SAN GREGORIO MAGNO

Morales sobre Job

Moralia

SABBATISMUS

San Gregorio Magno (540–604)
Moralia · Morales sobre Job

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

[MORALIA.]

PREFACIO A LOS LIBROS DE LOS MORALES.

I. Comenzamos el nuevo cuidado e impresión de las obras de Gregorio con los Morales sobre Job, por la antigüedad tanto de la obra (pues es la primera de todas las que el santo Doctor elaboró), como del autor sagrado explicado en este comentario; ya que el libro de Job tiene o a Moisés, como la mayoría siente, o a un padre más antiguo que Moisés. Nuestro Gregorio acometió esta exposición cuando desempeñaba el cargo de apocrisiario o legado de la sede apostólica en Constantinopla, como explica más ampliamente en la carta a Leandro que sigue inmediatamente; pero después, habiendo obtenido mayor ocio, la retiró al yunque y la revisó; y así la obra, reconocida una segunda y tercera vez con mayor diligencia por el santísimo y doctísimo Padre (lo que no se puede afirmar de ninguna otra de sus elaboraciones), como la más perfecta en todas sus partes, obtuvo por derecho también el primer lugar en orden de dignidad.

En esa exposición, igualmente copiosa y elegante, aventaja tanto a los demás escritores que han intentado ilustrar el libro de Job con comentarios, cuanto fue muy superior en el conocimiento y contemplación de los misterios divinos, en la ciencia de la ética cristiana unida a la experiencia, y en la pericia de todas las cosas sagradas. De modo que en estos libros tenemos al mismo tiempo un arsenal muy completo para construir y confirmar los dogmas eclesiásticos, y

un almacén muy copioso para instruir e informar las costumbres.

II. Tan pronto como salieron a la luz aquellos libros, cuán ávidamente fueron acogidos, ordenando incluso los obispos que se leyeran en las vigilias sagradas, y cuán a regañadientes lo llevó él, varón sobresaliente por su humildad, él mismo nos lo enseña en la carta a Juan, subdiácono de Rávena, con estas palabras: «Pero aquello que me ha sido traído por el relato de algunos, de que mi reverendísimo hermano y coepiscopo Marinianio hace leer públicamente los comentarios del bienaventurado Job en las vigilias, no lo he recibido con agrado, porque esa obra no es popular; y a los oyentes rudos les generaría más impedimento que provecho. Pero dile que haga leer los comentarios de los Salmos en las vigilias» (Lib. XII, epíst. 24).

III. Nuestros antepasados también nos dejaron testificada la opinión preconcebida de los Morales de san Gregorio propagada a la posteridad, especialmente cuando de ellos, para que pudieran tenerse siempre a mano, confeccionaron tantos epítomes bajo diversos nombres. Conmemoraremos aquí los más insignes encontrados por nosotros en las bibliotecas. En el Códice de Corbie, ahora en la biblioteca de san Germán de los Prados, que contiene una colección de ciertas cartas de san Gregorio enviadas por Paulo Diácono a san Adalardo, abad de Corbie, existe también un opúsculo con este título: En el nombre de Dios Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Comienza la Égloga que escribió Lateen hijo de

Haith, de los Morales de Job que hizo Gregorio. Parece tener al menos 800 años. Algunos folios han perecido. Después del libro trigésimo, no se lee nada de los cinco restantes.

En la biblioteca de san Ouen de Ruán tenemos escrito de mano, el Espejo de Adalberto el Levita al presbítero Hairmann, o los Morales del bienaventurado Gregorio abreviados. El Códice es de 600 años. Un ejemplar de la misma colección ya se le había ocurrido a nuestro doctísimo Juan Mabillón al examinar la biblioteca Premonstratense (Tom. I vet. Anal., p. 317).

En el Cód. ms. de la biblioteca de Jumièges hay abreviaciones de los Morales bajo el título de Reclinatorio del alma.

Se dice que los mismos fueron recopilados por Simón, monje de Affligem, en diez pequeños libros, y por Garnerio, canónigo y subprior de san Víctor de París, en dieciséis libros. Existe la obra de Garnerio llamada Gregoriano en la biblioteca de Navarra. Pero de todos los que compusieron compendios de este tipo, el más insigne fue san Odón, de canónigo de san Martín de Tours, hecho monje y después abad de Cluny, cuyos treinta y cinco libros recopilados de los Morales gregorianos editó en París D. Martín Marrier, monje de san Martín de los Prados, en el año 1617. Existen en la biblioteca de los Padres de Lyon, t. XVII. A este escrito dio esfuerzo Odón cuando todavía era joven y militaba en la cofradía de san Martín. Siguiendo el ejemplo de Odón, Juan su discípulo, que compuso su vida en tres libros, concibió un opúsculo entresacado de los Morales de Gregorio,

que el mismo Mabillón testifica haber sido encontrado por él en la biblioteca de Montecasino (Mus. Ital. t. I, p. 123).

En la biblioteca de la Iglesia de Laon es insigne un Códice escrito a mano que exhibe los mismos libros de los Morales reducidos a un compendio, que dos canónigos de la misma, Adalelmo el Tesorero, después, por testimonio de Flodoardo, creado obispo de la misma Iglesia en el año 921, y Bernardo, donaron a esta Iglesia (Gall. Christ., en los obispos de Laon). La obra comienza así: En el nombre del Señor. Prólogo del bienaventurado Job. Entre muchos se pregunta a menudo, quién debe tenerse como el escritor del libro del bienaventurado Job. Algunos por cierto a Moisés, etc. Así se concluye el prólogo: narró las gestas de su victoria. Después del prólogo se lee: Comienzan los Morales de san Gregorio papa sobre el libro de Job. Había un hombre en la tierra de Uz llamado Job. Por eso se dice dónde habitó el santo varón, para que se exprese su mérito de virtud. Pues como es de una culpa más grave, etc. El libro primero termina en estas palabras: porque sin cesar demuestra al Padre su encarnación por nosotros. Siguen por orden treinta y tres libros. Pues el trigésimo quinto falta. Quién sea el autor de esta colección, todavía no ha sido descubierto por nosotros.

IV. De esto se desprende cuán asiduos eran los antiguos en leer y recopilar, como en fascículos, los libros de los Morales gregorianos; lo cual es un argumento clarísimo de la estimación que se tenía de ellos. Para que la impericia de la lengua

latina no impidiera que fueran leídos, se hicieron muchísimas traducciones de ellos a las lenguas vulgares. Pues se dice que Notker los vertió al alemán; y Grimoaldo, monje del monasterio de San Millán, al español cerca del fin del siglo XI, por no hablar de los demás (Bibl. vet. Hisp., t. II, libro VII, c. 1, num. 13). No menos prueba la avidez de leer los libros de los Morales la multitud casi innumerable de Códices escritos a mano que representan esos libros. Hemos creído que vale la pena revisar aquí los principales leídos y examinados por nosotros.

Sobresaliente por su antigüedad es el Códice del ilustre varón Etienne Baluze, que se cree que casi alcanza la edad de Gregorio. ¡Ojalá que abarcara más que cinco libros, a saber, desde el vigésimo tercero al vigésimo séptimo!

El segundo lugar debido a la antigüedad se debe al de Reims de más de novecientos años, que fue dado como regalo a la Iglesia de Reims por el arzobispo Hincmaro. A este lo llamamos Reims viejo, o 1.º de Reims, para que se distinga de otro Códice de la misma Iglesia, pero de edad inferior.

Tres Códices nos suministró la biblioteca del archi-monasterio de san Remigio de Reims. El primero de mayor forma será llamado por nosotros Remig. 1; los siguientes, 2 y 3.

Tuvimos la disposición de un insigne Códice de la Iglesia de Beauvais, por el esfuerzo del ilustre varón D. Foy, canónigo de la misma Iglesia de san Hilario, quien mientras vivió se mostró muy estudioso de las letras y de todos los literatos. El Códice, que muestra una edad de 700 años,

abarca los veinte primeros libros de los Morales. En algunos lugares fue corregido por una mano más reciente, o más bien corrompido; pero hemos tenido en cuenta la lectura anterior, que se distingue fácilmente. Al libro undécimo se le antepone un índice de capítulos, cuya distinción se repite de los textos del libro de Job explicados. Se añaden algunos argumentos, sobre el fuego eterno, sobre la felicidad, sobre el temor de Dios, etc. El Códice de Remigio 1 exhibe también algunos sumarios anotados en lugar de los títulos. El Códice de Beauvais se significará con estas primeras letras Bellov., o Belvac.

Extrajimos variantes de las lecturas de los diez primeros libros de los Morales de dos Códices de Corbie, los cuales, como casi nunca discrepan entre sí, ambos se notarán así, Corb. Ocurrirá a menudo la mención de otro de Corbie, que como se conserva ahora en París en la biblioteca de san Germán de los Prados, se dirá Corb. Germ. La misma biblioteca de san Germán nos proporcionó un Códice de excelente nota, que se indicará abajo con el título Germanensis.

Del monasterio de san Dionisio cerca de París fue antiguamente un Códice descrito hace unos 800 años, que nombramos Colbertino, porque se conserva ahora en la celebérrima biblioteca Colbertina.

De la Iglesia de Laon aceptamos para su uso dos Códices en los que se contienen los libros de los Morales desde el decimoséptimo inclusive hasta el último, que se indicarán abajo así: Laud. primero, Laud. segundo.

Los seis primeros libros y otros tantos posteriores con el vigésimo, vigésimo primero y vigésimo segundo, los sacamos de la biblioteca del monasterio de Val-Clair, de la orden Cisterciense en la diócesis de Laon, con el consentimiento del reverendísimo abad, y favorecidos por el doctísimo a la vez que humanísimo varón domno de Noyville, vigilantísimo prepósito del mismo monasterio, con cuya ayuda y trabajo conseguimos muchas otras cosas para adornar nuestra Edición. A este Códice le asignamos esta nota Val. Clar.

Los diez primeros libros de los Morales, y los once novísimos los encontramos en los pergaminos del monasterio de Longpont de la misma orden Cisterciense de excelente nota, que muestran una antigüedad de unos seiscientos años; que con este nombre abreviado Longipont. se distinguirán fácilmente de los demás.

Usamos dos Códices de san Cornelio de Compiègne, uno de 700 años, otro de edad inferior. Al más antiguo llamaremos Compend. 1, al otro Compend. 2.

Consultamos los Códices de la biblioteca Real de París, recomendados más por su elegancia y belleza que por su antigüedad, y en gran parte los examinamos. Uno contiene todos los libros de los Morales, otro dieciocho, un tercero solo cinco; un cuarto, de forma mucho mayor y escrito con caracteres elegantísimos, solo diecisiete.

De un Códice de la Iglesia de Chartres, escrito en el siglo X, probamos unas pocas cosas, porque no discrepaba de otros ya leídos por nosotros.

En el monasterio de san Pedro en el valle de Chartres existe un Códice de los Morales escrito hace 800 años, que se dice que trajo consigo Ardeo, deán de la Iglesia de Chartres, después monje en el monasterio de Fleury, y de allí enviado a Chartres para restaurar el monasterio de san Pedro. Este lo consultamos solo en algunos lugares más insignes, porque en gran parte está mutilado.

La biblioteca del monasterio de Fleury, antiguamente muy instruida con un gran mobiliario de Mss., conserva tres ejemplares de los Morales escritos a mano, de los cuales extrajimos no pocas variantes de lectura.

De la Biblioteca de san Martín de Tours obtuvimos un antiguo ejemplar de los mismos Morales para examinar, respondiendo por nosotros el ilustre varón D. de Galiczon, doctor y socio de la Sorbona, canónigo y precentor de la misma Iglesia, a quien las letras deben muchísimo.

De un Códice de san Albino de Angers aceptamos muchas variantes de lectura de los Morales, y las insertamos en la nueva Edición.

En la biblioteca del monasterio de Vendôme obtuvimos tres Códices de los Morales escritos a mano muy antiguos. El que sobresale en antigüedad exhibe los trece últimos libros; otro los doce primeros, el tercero veintidós. En él, a cada libro se le anteponen ciertos índices de argumentos o títulos y como capítulos, en los que se dividen los libros. El mismo exhibe a menudo una doble lectura, lo que también observamos en los de Ouche, Lyra y el Bigotiano que se conmemorarán abajo.

Pero Normandía, provincia en la que esta nueva Edición fue especialmente adornada, nos suministró una mayor copia de Códices mss., y una cosecha de variantes de lectura.

Recibimos los quince primeros libros de la biblioteca de la Iglesia de Bayeux, favorecidos especialmente por el ilustrísimo y reverendísimo obispo Henri de Nesmond; quien, siendo muy estudioso de reparar la disciplina eclesiástica a partir de la doctrina de san Gregorio, pensó que debía cuidarse que las obras del mismo santo Doctor salieran enmendadas.

Leímos todos los libros de los Morales en los Códices de la Iglesia de Évreux prestados por beneficio especialmente de los clarísimos varones DD. Bitaut deán, Petit precentor, y Aubery canónigo y prefecto de la biblioteca.

Cotejamos los mismos libros con varios Mss. de san Miguel en el peligro del mar, san Martín de Séez, san Evroult en el pago de Ouche, la bienaventurada María de Lyra, el bienaventurado Pedro de Conches, el monasterio de Bec, de Préaux, de Jumièges. Estos Códices parecen casi todos alcanzar una edad de 700 años, y son de excelente nota, especialmente los de Préaux y Jumièges que sobresalen en antigüedad. A los Códices de san Evroult los llamaremos a veces Uticenses por el pago de Ouche en el que está situado aquel monasterio. El de Conches se conserva ahora en la celebérrima biblioteca Bigotiana en Ruán, de la cual lo recibimos con muchísimos otros, por la humanidad del clarísimo varón D. Bigot de Monville, senador íntegro en la suprema curia

de Normandía; por lo cual no lo llamaremos Conchense sino Bigotiano.

Thomas James suministró variantes de lectura de ocho Mss. ingleses en las Vindicaciones Gregorianas, pero muy pocas; de las cuales sin embargo se puede entender que los Códices de Inglaterra escritos a mano no discrepan de los nuestros.

Finalmente, D. Claudio Estiennot nos envió diversas lecturas de los Códices Romanos y Vaticanos, cuya muerte en este trabajo y en muchos otros emprendidos por el bien de la república literaria, lamentamos.

V. El estudio de los cristianos hacia los libros de los Morales de san Gregorio lo prueban no menos las frecuentes Ediciones de ellos, desde que el arte tipográfico alivió los trabajos de los amanuenses, que la copia de Códices escritos a mano. Bastará aquí enumerar solo aquellas que hemos usado, ya sea que los alabados libros se imprimieran por separado, o junto con otras obras del santo Doctor; pues enumerarlas todas sería tarea de inmenso trabajo y superflua.

La más antigua leída por nosotros es la parisina del año 1495, que salió por cuidado del maestro Ulrico Gering de Constanza, y de Bertoldo Rembolt de Estrasburgo, socios que moraban en el Sol de Oro de la calle Sorbona.

A esta siguieron muchísimas parisinas, a saber, en el año 1518, con todas las obras de san Gregorio por estudio del mismo Rembolt o de otro del mismo nombre en la casa de Jean Petit. En los años 1533, 1542, 1551, 1562, 1571, 1575 (las cuales dos alabadas en último lugar salieron por

obra del doctísimo varón Juan Gilot de Champaña), 1586, 1605, 1619, 1640 y 1675, adornada por Goussaunville. La primera de Basilea es del año 1496, a la que siguió muy pronto la impresa en el taller de Nicolás Kessler en el año 1503. A esta sucedió la que se hizo de derecho público en la misma ciudad, a expensas de Ludwig Horneken, librero y ciudadano de la gran Colonia, pero por el trabajo y cuidado de Adán Petri de Lagendorf, maestro impresor, el día antes de las Calendas de febrero del año 1514, desde la noble Basilea, reinando nuestro Salvador revestido de carne. Esta Edición no parece discrepar de la superior de Basilea, ni en el texto ni en la partición de capítulos. Una cuarta se hizo de derecho público en el año 1551, y de nuevo salió en el año 1564, del taller frobeniano, por cuidado de Buldricho Coccio.

La edición romana de 1475 supera en antigüedad a todas las alabadas Ediciones, estando Sixto IV en Roma, a la cual se le antepone un breve prefacio de Domingo, obispo de Brescia. Sobre otra romana en la que puso su esfuerzo el obispo de Venosa, ya hemos hablado en el prefacio general.

No pocas veces hemos aplicado la edición veneciana del año 1494, designada abajo con el nombre abreviado Barthol. por Bartolomé de Cremona, canónigo regular, que presidió la exactitud de esta. La precedió una anterior veneciana del año 1480, que no se nos presentó. Sobre otras Ediciones hechas en Lyon, Ruán, Douai, Amberes, o en otro lugar, desistimos de hablar, para que sea lícito explicar más ampliamente qué se ha logrado por nosotros en esta novísima.

VI. En primer lugar, a partir de varios Mss. cotejados con gran trabajo y no menor fe, hemos restituido el texto puro de san Gregorio, según estuvo en nosotros. Recibe aquí un espécimen de los lugares enmendados por nosotros en el libro primero y segundo; pues la angostura del prefacio no permite examinar todos los libros de los Morales.

En el Libro I, num. 17, antes se leía sobre Cristo, asumió una muerte (mortem) humilde por él; cuando debe leerse mente (mentem), etc. Num. 18, el cual (año jubilar) añadida una mónada, se llena la suma de nuestra unificación, donde redunda suma (summa), y cambia el sentido; como se puede leer en la nota a este lugar. Num. 20, recibimos las mentes más débiles de los fieles, que sostienen la fe de la Trinidad; cuyas tres últimas palabras, añadidas contra la voluntad de los Mss., las borramos como del todo superfluas; lo cual queda claro inmediatamente para quien lea lo que sigue. Num. 21, antes leído, mencionados los hijos e hijas; aunque en este lugar solo deba hacerse mención de las hijas. Asimismo erróneamente antes, toda la viciosidad de los gentiles (gentilium), por torcida (torta), etc., cuya lectura de los Códices mss. se confirma por lo siguiente: en las conversaciones torcidas y viciosas de la vida vieja; donde corruptamente los editores anteriores leyeron en una sola voz, intortis. Num. 22, por en todo lo que hacen (modo de hablar familiar a Gregorio) antes se leía, todo ello (id omne).

En el número inmediatamente siguiente, en otras Ediciones tienes: qué es, en efecto, venir a Jerusalén sentándose (sedendo) en un asno. Donde contra la mente del santo Doctor Goussaunville lee: sentándose en una asna (asinam). Num. 31, en el mismo ocurre: a través de ellos se deriva la gracia de la predicación (praedicationis), por de la purgación (purgationis). Allí mismo por un error más grave se lee sobre Cristo: pues sabiendo todo, pero asumiendo en sí mismo nuestra ignorancia, etc. Estas cosas por cierto aborrecen por completo de la doctrina de san Gregorio, como observamos al enmendar este lugar. Por lo tanto, siguiendo los Códices mss., restituimos: Pero en su locución asumiendo nuestra ignorancia. Num. 37, antes escrito: la cual, por miedo (metu) se deja, por la cual por la mente (mente) se deja, lo cual repusimos de los Mss.

En el Libro segundo, num. 9, antes corruptamente: se dice a los que asistían (aderant), cuando debe leerse, tanto por los Mss. como por la serie del discurso: se dice a los que se adhieren (adhaerent). No menos viciosamente, num. 11, se había deslizado, expresa una voz tanto mayor a los oídos del espíritu circunscrito (circumscripti), por del espíritu incircunscrito (incircumscripti), a saber, Dios. Allí mismo, cómo se dice que desean (desiderare) la venganza, por cómo se dice que piden (petere). Num. 13, donde se lee, decimos que Dios perdió en su proposición, se añadió gratuitamente por otros Editores, la victoria. Num. 15, los mismos cambiaron addicat, que significa condene (condemnet), en addiscat.

Num. 19, en otras Ediciones contra la fe de los Mss. y la mente del santo Doctor, después de estas palabras, da unas para tentar, se añadió, otras para afligir. Num. 28, por golpe de azotes (verberum), en las Ediciones de Goussaunville, golpe de palabras (verborum). Num. 35, los impresos tienen, habla de las cosas temporales publicadas (editis), añadida incautamente la partícula de, la cual cambia el sentido. Num. 49, se lee saber (sapere) cosas altas, por captar (capere). Num. 56, después de estas palabras, perdió la unidad de la concordia, en las Ediciones sigue este largo añadido reprobado por los Mss., y que no guarda coherencia ni con lo anterior ni con lo siguiente: cuando también después de su resurrección se ocultó a algunos que no habrían de creer. Num. 59, donde simplemente debe leerse, será pues cuando aparezca conspicuo también a la Sinagoga, así cambiado por los Editores, será pues alguna vez conspicuo, para que aparezca también a la Sinagoga. Num. 60, en los impresos lees, recibe todo, por recibe entre todo; y num. 61, en la persecución (persecutione), por en la percusión (percussione). Num. 76, esta lectura genuina, la casa es rescatada (eruitur), había sido cambiada en, la casa es sepultada (obruitur). Finalmente num. 92, poco antes del fin del libro, esta sentencia sobre el Espíritu Santo: de manera distinta pues el espíritu permanece en aquel, de quien por naturaleza nunca se retira, así interpolada se leía: permanece en aquel, a quien se exhibe sustancialmente según su deseo, y de quien, etc.

Sobre estas restituciones y enmiendas hechas por nosotros, siempre hemos añadido la razón en breves notas, buscada con frecuencia en el consenso de los Mss. Cuando en cambio los antiguos ejemplares disienten, nos bastó indicar algunas variantes de lectura que parecieron de alguna importancia.

VII. En segundo lugar, hemos seguido la división de esta obra en seis partes instituida por el santo Doctor, observada en nuestros Mss., pero descuidada en los impresos, y quizás ignorada por la mayoría de los Editores. Sobre esa partición san Gregorio habla así en la epíst. a Leandro que se añadirá pronto: He completado esta obra extendida en treinta y cinco volúmenes en seis Códices. Al principio del libro XI: En la epístola, dice, antepuesta a los libros, di la razón por la cual no llevé la tercera parte de esta obra, mediante la enmienda, hasta la semejanza de las otras. Finalmente al fin del libro XVI: estas cosas, como recuerdo haber prometido al principio de esta tercera parte, las he recorrido con brevedad. No vale la pena confirmar esto con más cosas buscadas sea del mismo Gregorio, sea de otros escritores. Por lo tanto, la primera parte, como se entenderá fácilmente por la inspección de los Mss., contiene los cinco primeros libros. La segunda parte otros cinco hasta el undécimo. Desde el undécimo comienza la tercera parte. La cuarta se inicia desde el decimoséptimo, no desde el decimoctavo, como se tiene erróneamente en la Edición de París de 1518. La quinta desde el vigésimo tercero, y termina en el vigésimo séptimo. A

la sexta parte pertenece el libro vigésimo octavo con los restantes.

VIII. En tercer lugar, aunque estaba en nuestro ánimo retener la división de capítulos instituida por los Editores que nos precedieron, nos vimos sin embargo obligados a cambiarla por razones gravísimas. Es confesado por todos que san Gregorio no se cuidó de distinguir los libros de los Morales por capítulos. Sobre el primer autor de la división hecha por capítulos se leen estas cosas en el Cód. Colbertino marcado 62, después de la epístola a Leandro, y el prefacio a los libros de los Morales.

En el nombre de Dios Padre, y de nuestro Señor Jesucristo, y del Espíritu Santo. Comienza el prólogo sobre los capítulos de los Morales del bienaventurado Gregorio papa venerabilíssimo. Gregorio, siervo de Cristo Jesús y papa de la ciudad de Roma venerabilíssimo, compuso y tituló previamente muchos volúmenes de libros. Antepuso también por los libros una serie de capítulos. Hizo también sobre las palabras de Job una exposición, pero no añadió a sus sentencias una ordenación de capítulos. Por lo tanto, en tiempo del emperador Enrique II, Rainerio, presbítero canónigo de la Iglesia de Arezzo, por todas casi las sentencias de la sobredicha exposición, con vigilante estudio y pensamiento puso capítulos, no por el favor de la vanagloria, sino conducido por el celo del amor divino y por la utilidad de los lectores, o incluso de los que escuchan a los que leen; para que cualquier cosa útil que buscara al

momento en aquellas sentencias, la encontrara pronto y como sin trabajo.

En las anteriores Edic. parisinas, y en otras o más antiguas o casi contemporáneas, los libros de los Morales fueron distinguidos en varias secciones brevísimas, sin que se hiciera mención de capítulos. La de Basilea del año 1503 exhibe la partición de capítulos, que retuvieron los siguientes Editores hasta Coccio. Este, en efecto, habiendo seguido otro método de división, como él mismo prefacia, instituyó nuevos capítulos; cuya división perseveró en todas las otras Ediciones posteriores. Pero que nos apartáramos de esta y de aquella razón de dividir que había precedido, nos persuadió que observamos que el mismo capítulo a menudo abarcaba cosas totalmente diversas: o que el mismo argumento, al cual se le debería un único capítulo, se distribuía en muchos. Sean ejemplo en las viejas Ediciones antes de Coccio los caps. 3, 4 y 5 del libro primero, y en las posteriores Ediciones cocciana y demás que siguieron, del mismo libro los capítulos también 3, 4 y 5, en los que se concluye la explicación histórica y literal del texto de Job, y cambiado el estilo se inicia la exposición alegórica a estas palabras: Había un hombre en la tierra de Uz, etc., estas cosas creemos que se hicieron por la historia, etc.

Habiendo, pues, no agradado ninguno de los dos modos de asignar capítulos, abrazamos aquel que parecían ofrecer los versículos del libro de Job o íntegros o divididos, mientras se proponen para ser explicados singularmente por el santo

Doctor; de modo que casi siempre sea el mismo comienzo tanto del capítulo como de la paráfrasis o explicación. No obstante, sin embargo, procuramos partir el texto en secciones menores distinguidas por notas numerales. También asignamos entre corchetes los capítulos de las anteriores Ediciones, para que los que se citan por doquier en los libros según aquellas Ediciones, puedan encontrarse sin ninguna dificultad. A las más antiguas antes de la Cocciana las llamamos Vet.; a esta, en cambio, y a las siguientes, Rec.

IX. En cuarto lugar, cambiamos los argumentos de los capítulos en casi todas partes, porque respondían mínimamente al texto. Inmediatamente ocurre el ejemplo del argumento del capítulo 1 del prefacio. En la Edic. de París del año 1518, se lee: de qué estirpe, o en qué tiempo fue Job; lo cual perseveró en las siguientes Edic., incluso en la de Goussaunville del año 1675. Sin embargo, representa mínimamente el propósito de san Gregorio; diserta pues en este lugar sobre el escritor del libro de Job; pregunta si fue Moisés u otro de los profetas, y finalmente enseña que el Espíritu Santo es el único autor de este libro sagrado, habiendo usado sin embargo la pluma del mismo Job, lo cual estimamos que debía significarse en el argumento.

Como los argumentos en las anteriores Ediciones hayan sido anotados hasta ahora en un orden prepostero antes de la inscripción de los capítulos, preferimos seguir la costumbre solida observada en la edición de otros libros; y primero ciertamente juzgamos que el capítulo debía ser

inscrito; luego, qué se trata en el capítulo asignado, abrirlo con un breve argumento. Además, todo lo que nos ocurrió en el texto digno de observación, lo describimos sumariamente en el margen. Con breves notas también rechazadas al pie de las columnas, hemos ilustrado algunos lugares oscuros y mínimamente perspicuos para los lectores más rudos. Por lo demás, cuán antiguo sea el uso de anotar en el margen exterior los sumarios de aquellas cosas que se contienen más ampliamente en el contexto, queda claro por la epíst. 101 de Jerónimo, a Pamaquio, quien rogado por Eusebio de Cremona para que vertiera al latín una cierta Epístola de Epifanio, escribe así sobre esta obra: Hice lo que quiso, y llamado un notario dicté rápida y velozmente desde el lado en la página, anotando brevemente qué sentido interior contenían los capítulos individuales.

Quinto, recortamos como inútiles los largos textos del libro de Job que contenían capítulos íntegros, los cuales no encontramos en ningún libro de los Mss.

Sexto, antepusimos los testimonios y elogios de los antiguos escritores sobre los libros de los Morales ya editados, con algunas cosas añadidas o quitadas.

X. De esta edición no quisimos borrar la historia de los Morales encontrados por Tajón, obispo de Zaragoza, aunque no sea cierta en todas sus partes; la cual leímos no solo en todas las Ediciones más antiguas, sino también en el Códice escrito a mano del monasterio de Longpont. Las

razones para dudar de la verdad de esta narración son muchas.

Primero, se dice aquí que san Leandro llevó a Job expuesto por san Gregorio a España, a la sede de Sevilla. Consta sin embargo que, a ruego de Leandro, fue enviado por el santo Doctor a través de Probino el presbítero, como se lee en el lib. V, epíst. 49. Por otra parte, ¿cómo podría probarse que san Leandro vino a Roma estando san Gregorio en la sede?

Segundo, el pontífice romano en esta relación es llamado simplemente papa y señor papa, como si ya entonces gozara singularmente de este título; si esto sabe a esta edad y antigüedad no lo sabemos suficientemente.

Tercero, existe una carta del mismo Tajón a Eugenio de Toledo editada por el ilustre varón Etienne Baluze, en el tomo IV de las Misceláneas, a partir del Cód. Colbertino, en la cual no se hace mención alguna del milagro sobre la invención de los Morales, aun si Tajón hubiera tenido ocasión de conmemorar esto. Más aún, niega que Gregorio fuera visto alguna vez por él: Hemos visto, dice, a nuestro Gregorio puesto en Roma, no con las visiones del cuerpo, sino con las miradas de la mente. Lo hemos visto no solo en sus notarios, sino también en sus familiares, etc. Por lo tanto, las cosas que se tienen sobre Gregorio visto por Tajón en la historia de la invención de los Morales, deben ser rechazadas.

Cuarto, lo que se lee en esta relación, de que Agustín es contenido en un lugar más alto que cualquiera de los sucesores de los santos apósto-

les Pedro y Pablo, entre los cuales se cuentan muchísimos mártires, no parece digno de fe. Sobre Tajón y los Morales encontrados por él pueden leerse Mariana, lib. VI de la Historia, c. 8, y Mabillón, tomo II de los Analect., p. 78.

Sobre el género de escritura observado por san Gregorio en los libros de los Morales no hay nada más que advertir que lo que dijimos arriba en el prefacio general. De estos libros habla ciertamente de modo principal cuando dice al fin de la epístola a Leandro: No huyo de la colisión del metacismo; no evito la confusión del barbarismo, etc. Donde por metacismo conjeturamos que pueden entenderse los frecuentes hipérbatos o transposiciones de palabras, que ocurren tanto en los Morales como en otras obras de san Gregorio. Quizás sin embargo por metacismo deba entenderse más bien, según el sentir de los gramáticos, la frecuente repetición de la letra m, que genera una colisión ingrata en el discurso, aunque no hayamos captado repeticiones de este tipo en los Morales.

Col. 767, en una nota se lee cambiada la puntuación, y se añade: con esta voz, puntuación (punctuatio), aunque menos usada o incluso recientemente forjada, la necesidad obligará alguna vez a usarla, para que no se dé lugar a circunloquios. Sin embargo, de esta voz que se nos presentó en las notas de Angelo Rocca al libro de los Sacramentos, y en escritores similares, nos abstuvimos en adelante, y agradó más interpunción (interpunctio).

SOBRE EL ENCUENTRO DE LOS LIBROS DE LOS MORALES DE SAN GREGORIO. (C,S)*

El bienaventurado Gregorio papa expuso el libro del bienaventurado Job, a petición de san Leandro, obispo de Sevilla, como puede verse patentemente en el prólogo de los Morales, y se lo entregó expuesto; y él lo llevó expuesto a España, a la sede de Sevilla. La ciudad de Sevilla se llama en el nombre vulgar Sevilla, y es la metrópolis de España. Al fallecer, pues, el bienaventurado Leandro, san Isidoro su hermano, doctor insigne, fue hecho arzobispo en su lugar. Después de su fallecimiento, los libros de los Morales, que el bienaventurado Leandro había traído, se perdieron de tal modo por negligencia, que no se encontraban en toda España. Después de algunos años, pues, Chindasvinto, rey de España, congregó un concilio de treinta obispos en la ciudad de Toledo: donde, hecha la queja sobre la pérdida de los Morales, por unánime consejo de los obispos, el prefato rey envió a Tajón, obispo de Zaragoza, a Roma con cartas al papa, para buscar los mismos libros. Pues el obispo Tajón era un amante fervorosísimo de la divina Escritura. Vino, pues, a Roma, y presentadas las cartas y dones reales, viendo día tras día que su petición era diferida por el papa, como si por la multitud de otros libros, aquellos que buscaba no pudieran encontrarse en el archivo de la sede apostólica, al final pidió que al menos se le diera licencia para vigilar y orar una noche íntegra en la iglesia del bienaventurado Pedro. Recibida la cual, suplicando con más empeño a Dios para que ya mismo

se prosperara el efecto de su viaje, he aquí que cerca de la medianoche, persistiendo en el fervor de la oración, vio toda la Iglesia llenarse de una inmensa luz. Luego divisa una gran multitud de varones venerables vestidos con ropas níveas, entrando por la puerta de la iglesia, y tendiendo en orden decente de dos en dos hacia el altar de san Pedro. Y como, aterrado por un miedo excesivo, no se atreviera a moverse del lugar en que estaba, he aquí que vio a dos de ellos, salidos de su grupo, viniendo hacia él. De los cuales uno, saludándolo dulcemente, le pregunta quién era, de dónde y por qué había venido, y por qué vigilaba allí a esa hora. Respondiendo el obispo a cada cosa, y refiriendo toda la causa de su viaje y oración, aquel que había venido, extendiendo el dedo: en ese cofre, dijo, que divisas, se contienen los libros que buscas. Entonces ciertamente el obispo, asumida la confianza: Te ruego, dijo, mi señor, que te dignes abrirme a mí, tu siervo, qué es esa tan preclara procesión de varones que diviso. Al punto él respondiendo: Esos dos, dijo, que ves precediendo, y abrazándose mutuamente con la mano entrelazada, son los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo. Los demás, en cambio, que divisas parados tras ellos, son los sucesores de ellos, los pontífices de esta sede apostólica. Y en el mismo orden en que los siguieron en el episcopado, también ahora los siguen. Y así como amaron esta Iglesia en su vida, así también ahora después de la muerte la aman, y frecuentemente vienen a visitarla. Entonces el obispo: Te ruego, dijo, mi señor, que me digas quién eres tú mismo.

Él respondió: Yo soy Gregorio, por cuyos libros has sostenido el trabajo de tan gran viaje. Y por eso he venido ahora para satisfacer tu petición. Entonces el obispo dijo: Te ruego, mi señor, si está aquí, dime quién de estos es el bienaventurado Padre Agustín, cuyos libros he amado no menos que los tuyos. Respondió: Un lugar más alto que nosotros contiene al bienaventurado Agustín, varón excelentísimo, por quien preguntas. Dijo estas cosas, e inmediatamente con el compañero que había venido con él, regresó al grupo de los otros. Después, viéndolo el obispo, todos juntos inclinándose reverentemente con las cabezas bajas ante el altar del bienaventurado Pedro, en el mismo orden en que habían venido, volvieron a la puerta de la Iglesia, y con la luz que antes había visto se retiraron. Hecha la mañana, el prefato obispo refirió al señor Papa todo lo que había visto. Y así trajo de vuelta a España los libros de los Morales, recibidos y transcritos. E instituyó que esta visión se anotara y prescribiera ante ellos en adelante.

LOS LIBROS DE LOS MORALES DE SAN GREGORIO MAGNO, PONTÍFICE ROMANO, O LA EXPOSICIÓN SOBRE EL LIBRO DEL BIENAVENTURADO JOB. (C,S)

Epístola En la cual explica el tiempo, la ocasión, la división, el propósito y el modo de decir e interpretar de su obra.

CAPÍTULO PRIMERO. Cuándo se inició la obra siguiente, con qué ocasión, con qué exhortadores o qué solicitaron.

1. Al reverendísimo y santísimo hermano Leandro, coepíscopo, Gregorio, siervo de los siervos de Dios.

Conociéndote, hermano beatísimo, desde hace tiempo en la ciudad de Constantinopla, cuando las respuestas de la Sede Apostólica me retenían allí, y la legación que se te encomendó por las causas de la fe de los visigodos te había llevado a ese lugar, expuse ante tus oídos todo lo que de mí mismo me desagradaba: porque durante mucho tiempo y desde lejos postergué la gracia de la conversión, y después de que fui inflamado por el deseo celestial, pensé que era mejor estar cubierto con el hábito secular. Pues ya se me abría por el amor de la eternidad qué debía buscar, pero la costumbre arraigada me había encadenado para que no cambiara el culto exterior. Y mientras mi ánimo aún me obligaba a servir al mundo presente casi solo en apariencia, empezaron a crecer contra mí muchas cosas del cuidado del mismo mundo, de modo que en él ya no era retenido por la apariencia, sino, lo que es más grave, por la mente. Huyendo finalmente de todo aquello con solicitud, busqué el puerto del monasterio y, dejadas las cosas que son del mundo, como entonces creí en vano, escapé desnudo del naufragio de esta vida. Pues como a menudo la ola arroja la nave descuidadamente amarrada, incluso desde el seno de la orilla más segura, cuando crece la tempestad, de repente me encontré, bajo el pretexto del orden eclesiástico, en el piélago de las causas seculares; y la quietud del monasterio, porque al tenerla no la mantuve con

fortaleza, conocí al perderla cuán estrictamente debía haber sido mantenida. Pues cuando se me opuso la virtud de la obediencia para recibir el ministerio del sagrado altar, esto fue asumido bajo el color de la Iglesia, de modo que si se permitiera impunemente, volvería a desviarse huyendo. Y después de esto, contra mi voluntad y resistiéndome, siendo ya grave el ministerio del altar, se me impuso también el peso del cuidado pastoral. Lo cual tolero ahora tanto más duramente cuanto que, sintiéndome desigual a ello, no respiro en ningún consuelo de confianza. Porque, habiéndose turbado ya los tiempos del mundo con los males que arrecian al acercarse el fin, nosotros mismos, que se cree servimos a los misterios internos, nos vemos implicados en cuidados externos: tal como sucedió también en aquel tiempo en que accedí al ministerio del altar, que se hizo esto de mí, ignorándolo yo, para que recibiera el peso del orden sagrado, a fin de que vigilara con más libertad en el palacio terrenal; donde ciertamente muchos de mis hermanos del monasterio, unidos por una caridad germana, me siguieron. Lo cual veo que fue hecho por divina dispensación, para que por su ejemplo siempre fuera retenido hacia la plácida orilla de la oración, como por la cuerda de un ancla, cuando fluctuaba por el incesante impulso de las causas seculares. Hacia su compañía, como hacia el seno del puerto más seguro, huía de los volúmenes y olas de los actos terrenales; y aunque aquel ministerio, al haberme sustraído del monasterio, había extinguido la vida de mi antigua quietud con el filo

de su ocupación, sin embargo, entre ellos, por el coloquio de la lectura estudiosa, me animaba la aspiración de la compunción cotidiana. Entonces plugo a los mismos hermanos, obligándome tú también, como tú mismo recuerdas, que me compelieran con importuna petición a exponer el libro del bienaventurado Job; y según la verdad infundiera fuerzas, les abriera misterios de tanta profundidad. Los cuales añadieron también esto para mí en la carga de su petición: que no solo examinara las palabras de la historia a través de los sentidos de las alegorías, sino que inclinara inmediatamente los sentidos de las alegorías al ejercicio de la moralidad; añadiendo todavía algo más grave: que ciñera cada cosa entendida con testimonios, y que los testimonios presentados, si tal vez parecían implicados, los desenredara mediante la interposición de una exposición añadida.

CAPÍTULO II.

Con qué humildad de ánimo, con qué confianza en Dios. Por qué razón la misma obra fue revisada, terminada y dividida. Qué sentidos rastrea.

Pero pronto, en cuanto me vi arrastrado a cosas tan grandes y tales en esta obra oscura y hasta ahora no discutida ante nosotros, confieso que, vencido por el solo peso de lo oído y cansado, sucumbí. Pero de repente, atrapado entre el temor y la devoción, al elevar los ojos de la mente al dador de los dones, pospuesta toda duda, atendí al punto con certeza, porque no podía ser imposible lo

que la caridad me imperaba desde los corazones fraternos. Ciertamente desesperé de ser idóneo para ello, pero más robusto por esa misma desesperación mía, erigí al punto mi esperanza hacia Aquel por quien se abre la lengua de los mudos, que hace disertas las lenguas de los niños; que distinguió los inmensos y brutos rebuznos de la asna mediante los modos sensatos del coloquio humano. ¿Qué tiene de extraño, pues, que preste entendimiento al hombre necio quien narra su verdad, cuando quiere, incluso por la boca de los jumentos? Ceñido por la fuerza de esta consideración, incité mi aridez a indagar la fuente de tanta profundidad. Y aunque la vida de aquellos a quienes se me obligaba a exponer me trascendía con mucho, no creí, sin embargo, que fuera injurioso si una fístula de plomo suministrara los raudales para el uso de los hombres. Por lo cual, pronto, estando presentes los mismos hermanos, dije las primeras partes del libro ante sus ojos; y porque encontré un tiempo un poco más vacante, dicté las posteriores tratándolas. Y al disponer de espacios más amplios, aumentando muchas cosas, restando pocas y dejando algunas tal como se encontraron, compuse mediante libros, enmendándolas, aquellas cosas que habían sido recogidas ante mis ojos mientras yo hablaba, porque también cuando dictaba las últimas partes, atendí con solicitud con qué estilo había dicho las primeras. Actué, pues, de modo que, recorriendo con estudiosa enmienda lo que hablé, lo elevara casi a la semejanza de lo dictado; y que lo que había dictado no discrepara mucho del sermón

del que conversa; a fin de que, mientras esto se tensa y aquello se atrae, se formara de modo disímil una cosa no disímil; aunque la tercera parte de esta obra, tal como la pronuncié conversando, casi así la dejé, porque al arrastrarme los hermanos a otras cosas, no quisieron que esta fuera enmendada más sutilmente. A los cuales, mandando ciertamente muchas cosas, mientras quise obedecer ya por el ministerio de la exposición, ya por el ascenso de la contemplación, ya por el instrumento de la moralidad, completé esta obra extendida en treinta y cinco volúmenes, en seis códices. Por lo cual también en ella a menudo se me encuentra como posponiendo el orden de la exposición, y sudo un poco más de tiempo en la latitud de la contemplación y de la moralidad. Pero, no obstante, quienquiera que hable de Dios, es necesario que cuide de rastrear todo lo que instruye las costumbres de los oyentes; y que considere este el recto orden de hablar si, cuando la oportunidad de la edificación lo exige, se desvía útilmente de aquello que había comenzado a hablar. Pues el tratadista del elocuio sagrado debe imitar la costumbre del río. Pues el río, mientras fluye por su álveo, si toca valles cóncavos por el lado, desvía al punto hacia ellos el curso de su ímpetu; y cuando los ha llenado suficientemente, de repente se refunde en su álveo. Así ciertamente, así debe ser el tratadista de la palabra divina: que cuando diserte sobre cualquier cosa, si tal vez encontrara una ocasión de edificación congruente puesta al lado, tuerza las ondas de su lengua como hacia un valle vecino; y cuando haya infun-

dido suficientemente el campo de la instrucción subyacente, recurra al álveo del sermón propuesto.

CAPÍTULO III.

En qué orden explica cada uno de los sentidos. A veces es necesario adherirse a lo alegórico.

Debe saberse que recorremos algunas cosas con una exposición histórica, y escrutamos otras con una investigación típica a través de la alegoría; discutimos algunas solo mediante los instrumentos de la moralidad alegórica; otras, en fin, buscándolas todas a la vez con más solicitud, las indagamos de forma triple. Pues primero ponemos los fundamentos de la historia; luego, por la significación típica, erigimos la fábrica de la mente hacia la fortaleza de la fe; al final, también por la gracia de la moralidad, vestimos el edificio como con un color sobrepuesto. ¿O acaso qué son los dichos de la verdad sino alimentos para restaurar la mente? Los cuales, discurriendo de múltiples maneras con modos alternos, ofrecemos como un manjar a la boca; para que repelamos el fastidio del lector invitado, como si fuera nuestro comensal, quien, al considerar las muchas cosas que se le ofrecen, tome lo que decida que es más elegante. A veces, en cambio, descuidamos exponer las palabras claras de la historia para no llegar más tarde a las oscuras; otras veces, sin embargo, no pueden entenderse según la letra, porque aceptadas superficialmente, de ningún modo engendran instrucción para los lectores,

sino error. Pues he aquí que se dice: «Bajo el cual se curvan los que llevan el mundo» (Job IX, 13). Y de tan gran varón, ¿quién no sabe que de ningún modo sigue las vanas fábulas de los poetas, para que sospeche que la mole del mundo es sostenida bajo un sudor gigantesco? El cual, de nuevo, oprimido por los golpes, dice: «Eligió mi alma el ahorcamiento, y mis huesos la muerte» (Job VII, 15). ¿Y quién que sea rectamente sabio creería que un varón de tanto encomio, de quien consta ciertamente que recibe premios del juez interno por la virtud de la paciencia, hubiera decidido terminar su vida con el ahorcamiento entre los azotes? A veces también, para que tal vez no deban entenderse según la letra, las mismas palabras de la letra se impugnan a sí mismas. Pues dice: «Perezca el día en que nací, y la noche en que se dijo: Un hombre ha sido concebido» (Job III, 2). Y poco después añade: «Ocúpelo la oscuridad, y sea envuelto en amargura» (Ibíd., 5). Y en la maldición de la misma noche añade: «Sea aquella noche solitaria» (Ibíd., 7). El cual día de nacimiento, ciertamente, transcurrido por el mismo impulso del tiempo, no podía detenerse. ¿De qué modo, pues, deseaba que este fuera envuelto en la oscuridad? Pues habiendo pasado, ya no era; y sin embargo, si subsistiera en la naturaleza de las cosas, de ningún modo podría sentir amargura. Consta, pues, que de ningún modo se dice del día insensible aquello que se desea que sea herido por el sentido de la amargura. Y si la noche de la concepción, unida a las demás noches, se había marchado, ¿de qué modo desea que

esta se haga solitaria? La cual, así como no pudo fijarse por el transcurso del tiempo, así tampoco pudo separarse de la conjunción de las demás noches. El cual dice de nuevo: «¿Hasta cuándo no me perdonas, ni me dejas para que trague mi saliva?» (Job VII, 19). Y sin embargo, poco más arriba había dicho: «Lo que antes no quería tocar mi alma, ahora por la angustia son mis comidas» (Job VI, 7). ¿Quién no sabe que la saliva puede tragarse más fácilmente que la comida? Quien, por tanto, anuncia que toma comida, es muy increíble en qué orden niega que puede tragar la saliva. Y de nuevo dice: «Pequé, ¿qué te haré, oh guardián de los hombres?» (Job VII, 20); o ciertamente: «Consumirme quieres con los pecados de mi juventud» (Job XIII, 26). Y sin embargo, en otra respuesta añade: «Ni siquiera me reprendió mi corazón en toda mi vida» (Job XXVII, 6). ¿De qué modo, pues, es mínimamente reprendido por su corazón en toda su vida quien atestigua con voz pública que ha pecado? Pues nunca se juntan a la vez la culpa de la obra y la irreprensibilidad del corazón. Pero ciertamente las palabras de la letra, mientras que cotejadas no pueden convenir entre sí, muestran en sí algo más que debe ser buscado, como si dijeran con ciertas voces: Mientras nos veis ser destruidas en nuestra superficie, buscad esto en nosotros, aquello que, ordenado y congruente consigo mismo, pueda hallarse en nuestro interior.

CAPÍTULO IV.

A veces es necesario adherirse al sentido literal.

Pero a veces, quien descuida aceptar las palabras de la historia según la letra, esconde la luz de la verdad que se le ofrece; y mientras desea laboriosamente encontrar en ellas otra cosa intrínsecamente, pierde esto que podía alcanzar fuera sin dificultad. Pues el santo varón dice: «Si negué lo que querían los pobres, e hice esperar los ojos de la viuda; si comí mi bocado solo, y no comió el huérfano de él; si desprecié al que pasaba porque no tenía vestido, y al pobre sin cobertura; si no me bendijeron sus costados, y con los vellocinos de mis ovejas se calentó» (Job XXXI, 16 y ss.). Las cuales cosas, ciertamente, si las desviamos violentamente hacia el sentido de la alegoría, vaciamos todos los hechos de su misericordia. Pues el sermón divino, así como ejercita a los prudentes con los misterios, así la mayoría de las veces reconforta a los sencillos con la superficie. Tiene en público de donde nutrir a los pequeños, guarda en secreto de donde suspender en admiración las mentes de los sublimes. Pues es como un cierto río, por así decirlo, llano y profundo, en el cual camina el cordero y nada el elefante. Así pues, según lo pide la oportunidad de cada lugar, así se muda el orden a través del estudio de la exposición, a fin de que tanto más verdaderamente encuentre el sentido de la locución divina cuanto que, según lo exija cada cosa, alterna a través de las especies de las causas.

CAPÍTULO V.

Gregorio, trabajando bajo la enfermedad, terminó la obra siguiente. Descuidó el arte de hablar. Qué versiones de la Escritura utiliza.

Dicha exposición, ciertamente, la he transmitido a tu beatitud para ser revisada, no porque deba como si fuera digna, sino porque recuerdo haberlo prometido a petición tuya. En la cual, lo que sea que tu santidad encuentre tibio e inculto, me lo indulte tanto más rápido cuanto que no ignora que yo, un hombre enfermo, digo esto. Pues mientras el cuerpo es desgastado por la molestia, con la mente afectada languidecen también los estudios del hablar. Pues ya transcurren muchos ciclos de años en que soy torturado por frecuentes dolores de las entrañas, a cada hora y momento desfallezco por la rota fuerza del estómago, anhelo con fiebres lentas ciertamente, pero continuas. Y entre estas cosas, mientras peso solícitamente que, según testimonio de la Escritura, «todo hijo que es recibido por Dios es azotado» (Heb. XII, 6), cuanto más duramente soy deprimido por los males presentes, tanto más ciertamente respiro por la presunción eterna. And perhaps this was the counsel of divine providence, that I, being smitten, should explain the smitten Job, and should better feel the mind of the scourged through scourges. Pero, sin embargo, a quienes lo consideran rectamente les queda claro que la molestia corporal se opone a los estudios de mi trabajo en esta no pequeña adversidad, pues cuando la fuerza de la carne apenas basta para exhibir el ministerio de la locución, la mente no puede intimar dignamente lo que siente. Pues

¿qué es el oficio del cuerpo sino el órgano del corazón? Y por muy perito que sea el artífice del canto, no puede completar el arte a menos que para ello también los ministerios exteriores le concuerden: porque, ciertamente, el cántico que manda la mano docta, los órganos quebrados no lo resuenan propiamente; ni expresa el arte el soplo si la fístula, rasgada por las grietas, chirría. ¿Cuánto más gravemente, por tanto, es oprimida la calidad de mi exposición, en la cual la fractura del órgano disipa de tal modo la gracia de hablar que ningún arte de pericia la recompone? Ruego, además, que recorriendo los dichos de esta obra, no busques en ellos el follaje de las palabras, porque a través de los sagrados elocuio se refrena estudiosamente por sus tratadistas la levedad de la locuacidad infructuosa, mientras se prohíbe plantar un bosque en el templo de Dios (Deut. XVI, 21). Y todos, sin duda, sabemos que cada vez que los tallos de la mies aprovechan malamente alegres en hojas, los granos de las espigas se hinchan con menor plenitud. Por lo cual, también desprecié guardar el arte mismo de hablar que insinúan las maestrías de la disciplina exterior. Pues, como enuncia también el tenor de esta epístola, no huyo de la colisión del metacismo, no evito la confusión del barbarismo, desprecio guardar los sitios, movimientos y casos de las preposiciones, porque considero vehementemente indigno restringir las palabras del oráculo celestial bajo las reglas de Donato. Pues ni estas han sido guardadas por ningunos intérpretes en la autoridad de la sagrada Escritura. De la cual,

ciertamente, porque nace nuestra exposición, es digno profecto que la prole nacida como tal imite la apariencia de su madre. Discuto, pues, la nueva traducción; pero cuando lo exige la causa de la prueba, asumo por testimonios ya la nueva, ya la vieja; para que, puesto que la Sede Apostólica, que presido por autoridad de Dios, usa ambas, el trabajo de mi estudio sea también apoyado por ambas.

PREFACIO EN EL CUAL TOCA EN POCAS PALABRAS LO QUE SE HA DE EXPLICAR EN TODA LA OBRA.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Quién es el escritor del libro de Job. ---A menudo se pregunta entre muchos quién debe ser tenido por escritor del libro del bienaventurado Job. Y algunos sospechan que Moisés, otros que alguno de los profetas fue el escritor de esta obra. Pues porque en el libro del Génesis (Gén. 36, 33) se describe que Jobab descendió de la estirpe de Esaú, y que sucedió en el reino a Bela, hijo de Beor, creyeron que este bienaventurado Job existió mucho antes de los tiempos de Moisés, ignorando por cierto la costumbre del elocuio sagrado, porque en sus partes superiores suele tocar brevemente lo que ha de seguir mucho después, cuando se esfuerza por apresurarse a enumerar otras cosas más sutilmente. De donde también allí se recuerda que Jobab existió antes de que hubiera reyes en Israel. De ninguna manera, pues, se reconoce que existió antes de la

ley quien es señalado como habiendo sido en el tiempo de los jueces israelitas. Mientras algunos consideran esto con menos cautela, piensan que Moisés es el escritor de sus gestas como si estuvieran antepuestas desde mucho antes; para que, ciertamente, aquel que pudo dar los preceptos de la ley para nuestra erudición, el mismo sea creído haber encomendado también a nosotros ejemplos de virtud de la historia de un hombre gentil. Algunos, en verdad, como se ha dicho, consideran que el escritor de esta obra es alguno de los profetas: afirmando que nadie pudo conocer palabras de Dios tan místicas, sino aquel cuya mente el espíritu de profecía elevó a las cosas celestiales.

2. El Espíritu Santo es el autor. ---Pero se pregunta muy superfluamente quién escribió estas cosas, cuando sin embargo se cree fielmente que el autor del libro es el Espíritu Santo. Él, por tanto, escribió estas cosas, quien dictó lo que se había de escribir. Él las escribió, quien existió como inspirador en su obra, y transmitió a nosotros sus hechos para ser imitados a través de la voz del que escribía. Si leyéramos las palabras de algún gran hombre en epístolas recibidas, pero preguntáramos con qué cálamo fueron escritas, sería ciertamente ridículo conocer al autor de las epístolas y comprender el sentido, pero indagar con qué clase de cálamo fueron impresas sus palabras. Cuando, pues, conocemos el asunto y tenemos por autor de tal asunto al Espíritu Santo, al buscar al escritor, ¿qué otra cosa hacemos sino que, leyendo las letras, preguntamos por el cálamo?

[Vet. II.] 3. Por inspiración de quién Job describió sus certámenes. ---Podemos, no obstante, pensar más verdaderamente que el mismo bienaventurado Job, que sostuvo los certámenes de la lucha espiritual, narró también las gestas de su victoria consumada. Ni debe movernos el que se diga en el mismo libro: «Dijo Job»; o bien: «estas y aquellas cosas padeció Job». Pues es costumbre de la sagrada Escritura que los mismos que escriben hablen así de sí mismos en ella como de otros. De aquí es que Moisés dice: «Era Moisés un varón muy manso sobre todos los hombres que moraban en la tierra» (Núm. XII, 3). De aquí dice Juan: «Aquel discípulo a quien amaba Jesús» (Juan XIX, 26). De aquí dice Lucas: «Que caminaban dos de los discípulos por el camino, Cleofás y otro» (Luc. XXIV, 13); el cual otro, ciertamente, al callar tan estudiosamente, como dicen algunos, mostró haber sido él mismo. Los escritores, pues, del elocuio sagrado, porque son movidos por el impulso del Espíritu Santo, presentan así testimonio de sí mismos en él como de otros. Por tanto, el Espíritu Santo habló de Moisés a través de Moisés; el Espíritu Santo habló de Juan a través de Juan. Pablo también, porque no hablaría de sí mismo, lo insinúa diciendo: «¿Buscáis una prueba de Cristo que habla en mí?» (II Cor. XIII, 3). De aquí es que el ángel que se describe haber aparecido a Moisés, a veces es mencionado como ángel, a veces como el Señor: ángel, ciertamente, por esto, porque servía hablando exteriormente; pero es llamado Señor porque, presidiendo interiormente, administraba la eficacia del hablar. Cuan-

do, pues, el que habla es regido desde el interior, es nombrado tanto ángel por el obsequio, como Señor por la inspiración. De aquí dice David: «Atended, pueblo mío, a mi ley; inclinad vuestro oído a las palabras de mi boca» (Salm. LXXVII, 1). Pues no es la ley de David, ni el pueblo de David, sino que, asumiendo la persona de aquel por quien hablaba, habla con la autoridad de aquel por cuya inspiración era colmado. Esto vemos hacerse diariamente en la Iglesia, si miramos vigilantemente. Pues estando en medio del pueblo, el lector clama: «Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob» (Éxod. III, 6). Y que él mismo sea Dios, en verdad no lo dice; ni sin embargo, por esto que dice, deserta de la regla de la verdad; porque a quien exhibe ministerio por la lectura, su dominio lo manifiesta por la voz. Así pues, los escritores del elocuio sagrado, porque colmados del Espíritu Santo son atraídos sobre sí, se vuelven como fuera de sí mismos; y así profieren sentencias sobre sí mismos como de otros. De donde también el bienaventurado Job, inspirado por el Espíritu Santo, pudo escribir sus hechos, que eran por cierto dones de la aspiración celestial, como si no fueran suyos: porque de otro eran las cosas que hablaba, en cuanto hombre hablaba las cosas que son de Dios; y como otro hablaba las cosas que eran suyas, en cuanto el Espíritu Santo hablaba las cosas que son del hombre.

CAPÍTULO II

[Vet. III].

4. Preceptos dados al hombre. ---Pero ya debemos posponer esas cosas y apresurarnos a considerar las gestas de la sagrada historia. Todo hombre, por el hecho mismo de ser hombre, debe entender a su Creador; a cuya voluntad tanto más debe servir cuanto que piensa que de sí mismo no es nada; mas he aquí que hemos descuidado considerar al Dios de nuestra creación. Se han aplicado preceptos, y también a los preceptos hemos rehusado obedecer. Se añaden ejemplos, y también declinamos imitar los mismos ejemplos que vemos haber sido propuestos para nosotros por los puestos bajo la ley. Pues porque Dios habló abiertamente a algunos puestos bajo la ley, nos miramos como ajenos a esos mismos preceptos, a quienes Él no ha hablado estas cosas especialmente. Por lo cual, para confundir nuestra impudencia, es traído como ejemplo un hombre gentil; para que, puesto que el hombre, estando bajo la ley, desprecia obedecer la ley, al menos despierte por la comparación de aquel que vivió legalmente sin ley. Al hombre errante, pues, le fue dada la ley; pero al errante aun bajo la ley, se le aduce el testimonio de aquellos que están fuera de la ley, para que, puesto que no quisimos guardar el orden de nuestra condición, fuéramos amonestados por los preceptos; y porque menospreciamos obedecer a los preceptos, fuéramos confundidos por los ejemplos; ni, como se ha dicho, por ejemplos de aquellos a quienes la ley obligara, sino a quienes ninguna ley cohibiera del pecado.

5. Al que desprecia los preceptos se añaden los ejemplos de Job, hombre gentil. ---La divina providencia nos ha circunscrito, ha cercado nuestra excusa; por todas partes está cerrada la entrada a la tergiversación humana. Un hombre gentil, hombre sin ley, es traído al medio para que sea confundida la depravación de aquellos que están bajo la ley. Lo cual se muestra bien y brevemente diciendo el profeta: «Avergüénzate, Sidón, dice el mar» (Is. XXIII, 4). Pues en Sidón se figura la estabilidad de los puestos en la ley; mas en el mar, la vida de los gentiles. Avergüénzate, pues, Sidón, dice el mar, porque por la vida de los gentiles es redargüida la vida de los puestos bajo la ley, y por la acción de los seculares es confundida la acción de los religiosos: mientras aquellos ni aun prometiendo guardan lo que oyen en los preceptos; y estos viviendo custodian aquellas cosas en las cuales de ninguna manera están obligados por mandatos legales [Vet. IV]. Por qué autoridad, en verdad, esté dotado este libro, la misma solidez de las sagradas páginas lo atestigua, cuando se dice por el profeta Ezequiel (Ezeq. XIV, 14) que solo tres varones son librados, a saber: Noé, Daniel y Job. Ni sin mérito se introduce entre las vidas de los hebreos, para reverencia de la autoridad, la vida de un justo gentil, porque nuestro Redentor, así como vino para la redención de judíos y gentiles, así quiso ser profetizado por las voces de judíos y gentiles; para que por ambos pueblos fuera anunciado aquel que algún día padecería por ambos pueblos.

6. Su virtud, para que más fragancia diera, fue desgastada por los azotes. ---Este varón, pues, apoyado en las más altas fuerzas, era conocido para sí mismo y para Dios; el cual, si no fuera azotado, de ninguna manera sería reconocido por nosotros. Pues la virtud, ciertamente, se ejercitó también por el sosiego, pero la opinión de la virtud, conmovida por los azotes, dio su fragancia. Y el que, estando quieto en sí mismo, contenía lo que era, conmovido, esparció el olor de su fortaleza para noticia de todos. Porque así como los ungüentos no saben oler más ampliamente si no son movidos, y así como los aromas no expanden su fragancia sino cuando son quemados; así los varones santos en las tribulaciones se dan a conocer en todo lo que huelen por sus virtudes. De donde también rectamente se dice en el Evangelio: «Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a este monte: Pasa de aquí, y pasará» (Mat. XVII, 19 [17, 20]). El grano de mostaza, ciertamente, a menos que sea triturado, de ninguna manera se reconoce la fuerza de su virtud. Pues no triturado es suave; mas si es triturado, se enciende y muestra lo que en sí latía como muy acre. Así, cada varón santo, cuando no es golpeado, es visto como despreciable y suave; mas si alguna trituración de persecución lo oprime, pronto muestra todo lo que sabe a calor; y se convierte en fervor de virtud todo lo que antes parecía despreciable y débil en él; y lo que en sí, por los tiempos de tranquilidad, de buena gana había ocultado, agitado por las tribulaciones es forzado a darse a conocer. Por lo cual bien se dice por el profeta: «En el día

mandó el Señor su misericordia, y en la noche la declaró» (Salm. XLI, 9 [42, 8]). Pues la misericordia del Señor es mandada en el día, porque en el tiempo tranquilo se percibe por el conocimiento; mas en la noche es declarada, porque el don que se recibe en la tranquilidad se manifiesta en las tribulaciones.

CAPÍTULO III

[Vet. V].

7. Se enumeran las virtudes de Job. ---Pero se ha de escudriñar más sutilmente por qué padeció tantos azotes quien guardó tan gran custodia de las virtudes sin reproche. Tuvo, ciertamente, humildad, porque él mismo testifica: «Si desprecié someterme a juicio con mi siervo y mi sierva cuando disceptaban contra mí» (Job XXXI, 13). Exhibió hospitalidad, como él mismo asegura diciendo: «Fuera no permaneció el peregrino, mi puerta estuvo abierta al viajero» (Job XXXI, 32). Mantuvo el vigor de la disciplina, como él mismo indica diciendo: «Los príncipes cesaban de hablar y ponían el dedo sobre su boca» (Job XXIX, 9). Custodió la mansedumbre en el vigor, como él mismo confiesa diciendo: «Y cuando me sentaba como rey, con el ejército alrededor, era, no obstante, consolador de los que lloraban» (Ibíd., 25). Abrazó la largueza de las limosnas, como él mismo insinúa diciendo: «Si comí mi bocado solo y no comió de él el huérfano» (Job XXXI, 17). Puesto que, por tanto, perfeccionaba todos los mandatos de las virtudes, una cosa le faltaba:

que aun azotado supiera dar gracias. Era sabido que sabía servir a Dios entre los dones; pero había sido digno que la distreción de la severidad inquiriera si permanecería devoto a Dios también entre los azotes. La pena, ciertamente, interroga si alguien ama verazmente estando tranquilo. Al cual el enemigo, ciertamente, pidió para que desfalleciera, pero lo recibió para que aprovechara. El Señor permitió benignamente que se hiciera lo que el diablo postuló inicuamente. Pues habiéndolo pedido el enemigo con el fin de consumirlo, tentando obró de modo que aumentara sus méritos. Escrito está, en efecto: «En todas estas cosas no pecó Job con sus labios» (Job I, 22). Y ciertamente, algunas palabras de sus respuestas suenan ásperas a los lectores inexpertos, porque ignoran cómo entender piadosamente los dichos de los santos tal como se dicen; y porque no saben asumir en sí mismos el ánimo del que sufre y del justo, por eso no pueden interpretar bien las palabras del dolor. Pues la condescendencia de la pasión sabe pesar bien la mente del que padece.

8. Por el juicio de Dios es absuelto de las criminaciones de los inexpertos. ---Creen, pues, que el bienaventurado Job delinquió en sus sermones, mirando con poca cautela que, si se reprueban las respuestas del bienaventurado Job, testifican que también la sentencia del Señor sobre él fue falsa. Pues por el Señor se dice al diablo: «¿Has considerado a mi siervo Job, que no hay otro semejante a él en la tierra: varón simple y recto y temeroso de Dios, y que se aparta del mal?» (Vers. 8). A lo cual responde pronto el diablo: «¿Acaso Job teme

a Dios de balde? ¿No lo has cercado tú a él y a toda su familia? Mas extiende tu mano y tócalo, a ver si no te bendice en tu cara» (Vers. 10). El enemigo, pues, ejercitó sus fuerzas en el bienaventurado Job, pero sin embargo asumió el certamen contra Dios. Entre Dios, pues, y el diablo, el bienaventurado Job fue en medio la materia del certamen [Vet. VI]. Quienquiera, por tanto, que afirme que el varón santo, puesto entre los azotes, pecó en sus dichos, ¿qué otra cosa hace sino reprender a Dios, que había propuesto por él, como habiendo perdido? Él mismo, ciertamente, quiso tomar en sí la causa del tentado, quien tanto lo prefirió antes de los azotes como, prefiriéndolo, permitió que fuera tentado por los azotes. Si, pues, se dice que Job se excedió, se pregona que su alabador sucumbió, aunque también los dones testifican que de ninguna manera delinquió. Pues ¿quién no sabe que a las culpas se deben no premios, sino penas? El que, por tanto, mereció recibir el doble de lo que había perdido, enseñó por la remuneración que de ninguna manera fue vicio, sino virtud, todo lo que dijo. A esta aserción se añade aún que él mismo intercede por sus amigos delincuentes. Pues quien está puesto en graves pecados (Causa 3, q. 7, c. In gravibus), mientras es oprimido por los suyos, no diluye los ajenos. Se muestra, pues, que está limpio de sí mismo quien pudo obtener la purificación para otros. Pero si a algunos les desplace esto de que él mismo narró sus bienes, se ha de saber que entre tantos daños de cosas, entre tantas heridas del cuerpo, entre tantos funerales de hijos, ante los amigos que

venían para la consolación y prorrumpían en la increpación, se veía compelido a desesperar de su vida; y a quien tantos detrimentos habían afligido, le herían además las contumeliosas palabras de los que le increpaban. Pues estos, que habían venido para consolar, mientras le reprochaban como su injusticia, le compelían a desesperar de sí mismo fundamentalmente. El que, por tanto, traiga sus bienes a la mente, no se eleva por jactancia; sino que, como colapsado entre palabras y heridas, reforma su ánimo a la esperanza. Pues por el grave dardo de la desesperación es herida la mente cuando es oprimida por las tribulaciones de la ira celestial y es urgida por fuera por los oprobios de las lenguas. El bienaventurado Job, pues, atravesado por la jactancia de tantos dolores, mientras temió ser desfallecido por los oprobios, se revocó al estado de la confianza confirmándose por su vida anteacta. De ninguna manera, pues, cayó en el vicio de la arrogancia, porque luchó contra el impulso interno de la desesperación a través de las palabras externas de sus pregonerías; para que, al decir los bienes que había hecho, de ninguna manera desesperara del bien que había buscado.

CAPÍTULO IV

[Vet. VII].

9. Todas las maquinaciones de Satán levantadas contra Job. ---Pero sigamos ya el mismo orden de su tentación. El enemigo enfurecido, y esforzándose por debelar el fortísimo pecho del

varón santo, levantó contra él todas las máquinas de las tentaciones; le quitó la hacienda, mató a los hijos, hirió el cuerpo, instigó a la mujer, trajo a los amigos para el consuelo; pero los excitó a la aspereza de la increpación: reservó además a otro amigo que increpaba más duramente para una invectiva extrema y más acre, para que al menos golpeando más frecuentemente tocara el corazón, que siempre recibiría con una nueva herida. Pues porque lo vio potente en el siglo, creyó que se conmovería por los daños de la hacienda, a quien golpeó no conmovido por la muerte de los hijos. Viendo además que incluso por la herida de la orfandad creció para aumento de la alabanza divina, pidió que fuera herida la salud del cuerpo. Intuyendo también que por el dolor del cuerpo no pudo llegar a la pasión de la mente, instigó a la mujer. Pues vio la ciudad que deseaba expugnar demasiado fortificada; y por ello infiriendo tantas plagas exteriormente, como que movió el ejército por fuera; pero encendiendo el ánimo de la mujer con palabras de mala persuasión, como que corrompió dentro los corazones de los ciudadanos. Pues por las guerras exteriores aprendemos qué sentir de las interiores. El enemigo, en efecto, enfurecido y cercando la ciudad con los ejércitos circundantes, si viere sus defensas invictas, se vuelve a otros argumentos de lucha, para corromper también dentro los corazones de algunos ciudadanos; a fin de que, cuando haya movido a los impugnadores desde fuera, tenga también ayudantes internos, y al crecer el certamen de la guerra por fuera, sea tomada la ciudad destituida

por la perfidia de aquellos en cuya fidelidad se confía dentro.

10. Guerra fuera, aplicó virulentos consejos dentro. Así pues, dispuesto como un ariete por fuera, sacudió el muro de esta ciudad con tantos golpes cuantas veces anunció cosas adversas. Por dentro, en cambio, como que corrompió los corazones de los ciudadanos mientras se esforzó por destruir las fuertes defensas de esta ciudad por la persuasión de la cónyuge. Por fuera, pues, movió el ímpetu de la guerra; por dentro, los venenos del consejo: para tanto más pronto tomar la ciudad cuanto más la turbara exterior e interiormente. [Vet. VIII.] Como quiera, además, que a veces perturban más las palabras que las heridas, se armó, como se ha dicho, con las lenguas de los amigos. Los cuales, ciertamente, porque eran mayores, de sus palabras quizá se podía doler menos. Eliú, más joven, es subrogado para que hiriera el santo pecho con una herida tanto más acre cuanto contra él excitara los golpes de un brazo más vil. Ved, para herir la invictísima fortaleza, el enemigo enfurecido cuántos dardos de tentaciones encontró; ved cuántas maquinaciones de asedios puso alrededor; ved cuántas armas de percusiones envió: pero en todas estas cosas permaneció la mente impertérrita, estuvo la ciudad inconmovible.

CAPÍTULO V.

11. La paciencia de Job en las adversidades. ---Los enemigos, cuando vienen de frente, procuran enviar a otros desde lo oculto que golpeen el flanco del que lucha tanto más libremente

cuanto más intensamente mira el que lucha a los enemigos que vienen de frente. [Rec. 5.] Por tanto Job, sorprendido en la guerra de este certamen, recibió los daños como enemigos de frente; sostuvo las palabras de los que le consolaban como enemigos de flanco: pero en todas estas cosas, girando el escudo de su gravedad, permaneció protegido por doquier, salió al encuentro vigilante de las espadas que venían de todas partes: desprecia en silencio la hacienda perdida, le duele con ecuanimidad la carne muerta en sus hijos, tolera con paciencia la carne herida en sí mismo, instruye con sabiduría a la carne que mal le aconseja en su cónyuge. Sobre esto, los amigos prorrumpen en una áspera corrección; y viniendo para calmar el dolor, añaden la fuerza del dolor. Todas las maquinaciones de las tentaciones, pues, se convierten para el varón santo en aumentos de las virtudes. Pues por las heridas es probada su paciencia; mas por las palabras es ejercitada su sabiduría. Por todas partes sale al paso con fortaleza, porque superó tanto los azotes con el vigor como las palabras con la razón. De sus amigos, en verdad, que vienen ciertamente para el consuelo, pero se exceden hasta las palabras de increpación, se ha de creer que delinquieron por ignorancia más que por malicia. Pues no se ha de creer que varón tan grande tuviera amigos inicuos; sino que, mientras no pueden discernir la causa de los azotes, caen en la culpa.

[Vet. IX.] 12. Varios géneros de percusiones. ---Pues los géneros de las percusiones son diversos. Hay, en efecto, una percusión por la que

el pecador es herido para que sea castigado sin retractación; otra, por la que el pecador es herido para que sea corregido; otra, por la que a veces alguien es herido, no para que corrija lo pasado, sino para que no cometa lo futuro; otra por la que frecuentemente se es herido, por la cual ni se corrige la culpa pasada ni se prohíbe la futura, sino para que, al seguir a la percusión una salud inesperada, la virtud del que salva, una vez conocida, sea más ardientemente amada; y cuando el inocente es desgastado por el azote, se le acumule por la paciencia la suma de los méritos. A veces, en efecto, el pecador es herido para que sea castigado sin retractación, como se dice a la Judea que ha de perecer: «Te herí con llaga de enemigo, con castigo cruel» (Jer. XXX, 14). Y de nuevo: «¿Por qué clamas a mí sobre tu contrición? Tu dolor es incurable» (Ibíd., 15). A veces el pecador es herido para que sea corregido, como se dice a uno en el Evangelio: «Mira que has sido sanado, ya no quieras pecar, no sea que te suceda algo peor» (Juan V, 14). Pues las palabras del salvador indican que los pecados precedentes exigían la fuerza del dolor tenido. A veces alguien es herido no para diluir la culpa pasada, sino para evitar la futura; lo cual el apóstol Pablo atestigua abiertamente de sí mismo diciendo: «Para que la magnitud de las revelaciones no me ensalce, me ha sido dado un aguijón de mi carne, un ángel de Satán que me abofetee» (II Cor. XII, 7). Pues el que no dice «porque me ensalzó», sino «para que no me ensalce», indica abiertamente que con aquella percusión se le refrena para que no suceda el pecado, mas no

se purga la culpa que sucedió. A veces, en verdad, alguien es herido ni por la iniquidad pasada ni por la futura, sino para que sola la potencia de la divina virtud se muestre por la percusión amputada. De donde, diciéndose al Señor en el Evangelio sobre el ciego de nacimiento: «¿Pecó este o sus padres para que naciera ciego?» (Juan IX, 2), respondió el Señor diciendo: «Ni pecó este ni sus padres, sino para que se manifiesten las obras de Dios» (Ibíd. 3). En cuya manifestación ¿qué se hace sino que por el azote se aumente la virtud de los méritos y, no limpiándose ninguna iniquidad pasada, se genere una gran fortaleza de la paciencia? De donde el mismo bienaventurado Job es preferido primero por la voz del juez, y después es entregado a la mano del tentador; a quien, después del azote, mientras Dios remunerándole le habla más familiarmente, se indica abiertamente cuánto creció por el golpe. Los amigos, pues, del bienaventurado Job, mientras no saben distinguir los géneros de las percusiones, creyeron que el herido lo era por culpa; y mientras intentan afirmar a Dios justo en su percusión, se vieron compelidos a reprobar al bienaventurado Job por injusticia; ignorando, a saber, que por eso había sido azotado: para que por su azote creciera la alabanza de la gloria divina, mas no para que por los azotes enmendara pecados que de ninguna manera había cometido. Por lo cual también vuelven más pronto al perdón, porque pecaron por ignorancia más que por malicia. Cuya soberbia la divina justicia humilla vehementemente en esto: que de ninguna manera los reforma a su

gracia sino por medio de aquel a quien habían despreciado. Pues la mente muy elevada es rebatida si se la somete a aquel mismo sobre el cual se ensalzó.

CAPÍTULO VI

[Vet. X].

13. Todos los santos, cual estrellas, iluminan la noche de la vida presente. ---Pero agrada ver entre estas maravillosas obras de la divina disposición cómo, para iluminar la noche de la vida presente, cada una de las estrellas viene a su turno a la faz del cielo, hasta que al final de la noche surge el Redentor del género humano como verdadero lucero del alba. Pues el espacio nocturno, mientras es ilustrado por los cursos de las estrellas que se retiran y se suceden, transcurre con gran decoro del cielo. Para que, por tanto, el rayo de las estrellas, salido a su tiempo y cambiado sucesivamente, tocara las tinieblas de nuestra noche, para mostrar la inocencia vino Abel; para enseñar la pureza de la acción vino Enoc; para insinuar la longanimidad de la esperanza y de la obra vino Noé; para manifestar la obediencia vino Abraham; para demostrar la castidad de la vida conyugal vino Isaac; para insinuar la tolerancia del trabajo vino Jacob; para devolver la gracia de la buena retribución por el mal vino José; para mostrar la mansedumbre vino Moisés; para informar la confianza contra las adversidades vino Josué; para mostrar la paciencia entre los azotes vino Job. Ved qué estrellas tan

fulgentes vemos en el cielo, para que con pie de obra no ofendido caminemos por el itinerario de nuestra noche. Pues cuantos justos exhibió la divina disposición al conocimiento de los hombres, como otras tantas estrellas envió el cielo sobre las tinieblas de los pecadores, hasta que surgiera el verdadero lucero que, anunciándonos la mañana eterna, radiara de la divinidad más claramente que las demás estrellas.

14. Todos prenunciaron a Cristo, especialmente Job. ---Al cual, mientras todos los elegidos le preceden viviendo bien, lo prometieron profetizando tanto con hechos como con voces. Pues no hubo ningún justo que no fuera su nuncio por medio de la figura. Digno era, ciertamente, que todos mostraran en sí mismos el bien por el cual todos fueran buenos y que supieran que a todos aprovecha. Por lo cual, debió prometerse sin cesar lo que se daba a percibir sin estimación y a retenerse sin fin; para que todos los siglos a la vez dijeran lo que el fin de los siglos exhibiría en la redención común. Por lo cual, también fue necesario que el bienaventurado Job, que profirió tantos misterios de su encarnación, señalara con su conducta a aquel a quien anunciaba con su voz; y que por lo que padeció mostrara lo que Él había de padecer; y tanto más verdaderamente predijera los sacramentos de aquella pasión cuanto que los profetizaría no solo hablando, sino también padeciendo. [Vet. XI.] Pero porque nuestro Redentor se exhibió como una sola persona con la santa Iglesia que asumió; pues de Él se dice: «Que es la cabeza de todos nosotros» (Ef. IV, 15); y de su

Iglesia está escrito: «El cuerpo de Cristo, que es la Iglesia» (Col. I, 24); quienquiera que lo signifique en sí mismo, unas veces lo designa por la cabeza, otras por el cuerpo, para que tenga no solo la voz de la cabeza, sino también la del cuerpo. De donde también el profeta Isaías, expresando las palabras del mismo Señor, dice: «Como a esposo me puso la mitra, y como a esposa me adornó con ornamento» (Is. LXI, 10). Puesto que, por tanto, Él mismo es el esposo en la cabeza, Él mismo es la esposa en el cuerpo, es necesario que, cuando a veces se dice algo de la cabeza, paulatina y súbitamente se derive también a la voz del cuerpo; y de nuevo, cuando se dice algo del cuerpo, de repente se ascienda a la voz de la cabeza. [Vet. XII.] El bienaventurado Job, pues, insinúa un tipo del Redentor que ha de venir con su cuerpo; mas su mujer, que lo provoca a maldecir, designa la vida de los carnales; quienes, puestos dentro de la santa Iglesia con costumbres no corregidas, cuanto por la fe están cerca de los buenos, tanto por la vida los oprimen más duramente; porque mientras como fieles no pueden ser evitados, son tolerados por los fieles tanto peor cuanto más interiormente.

15. Los amigos de Job prefiguran a los heréticos. ---Mas sus amigos, que mientras aconsejan injurian, expresan la figura de los heréticos, quienes bajo especie de aconsejar actúan en el negocio de seducir. Por lo cual también hablan al bienaventurado Job como de parte del Señor, pero sin embargo no son aprobados por el Señor; porque evidentemente todos los heréticos, mientras

intentan defender a Dios, lo ofenden. De donde se les dice abiertamente también por el mismo santo varón: «Deseo disputar con Dios: mostrándoos primero a vosotros como fabricadores de mentiras y cultivadores de dogmas perversos» (Job XIII, 3 y 4). Consta, pues, que ellos representan el tipo de los heréticos al errar, a quienes el santo varón reprende por servir al culto de dogmas perversos. [Rec. VII.] Pues todo herético, en aquello en que se ve que defiende a Dios, se opone a su verdad, como atestigua el Salmista, que dice: «Para que destruyas al enemigo y al defensor» (Salm. VIII, 3). Pues es enemigo y defensor el que impugna a Dios por aquello mismo que predica.

CAPÍTULO VII.

16. Por sus nombres Job significa a Cristo, sus amigos significan a los heréticos. ---Pues porque el bienaventurado Job mantiene la especie del Redentor que ha de venir, lo demuestra también por su nombre. Pues Job se interpreta como «doliente». Por cuyo dolor, sin duda, se expresa o la pasión del Mediador, o el trabajo de la santa Iglesia, que es atormentada por la múltiple fatiga de la presente vida. Sus amigos también, por el vocablo de su nombre, indican el mérito de su acción. Pues Elifaz, en lengua latina, se dice «desprecio del Señor». ¿Y qué otra cosa hacen los heréticos, sino que, mientras sienten cosas falsas sobre Dios, lo desprecian con soberbia? Baldad se interpreta como «vejez sola». Pues bien son llamados todos los heréticos «vejez sola» en aquellas cosas que hablan de Dios, mientras no

con intención recta, sino por el apetito de gloria temporal desean ser vistos como predicadores. Pues son incitados a hablar no por el celo del hombre nuevo, sino por la depravación de la vida vieja. Sofar también, en el habla latina, se dice «disipación de la atalaya», o «que disipa la especulación». Pues las mentes de los fieles se erigen para contemplar las cosas celestiales; pero mientras los heréticos desean pervertir con sus palabras a los que contemplan lo recto, se esfuerzan por disipar la atalaya. [Vet. XIII.] Así pues, en los tres nombres de los amigos de Job, se expresan tres casos de perdición de las mentes heréticas. Pues si no despreciaran a Dios, de ninguna manera sentirían cosas perversas sobre Él; y si no arrastraran el corazón de la vejez, no errarían en la inteligencia de la vida nueva; y si no destruyeran la especulación de los buenos, de ninguna manera los juicios celestiales los reprobarían con tan estrecho examen por la culpa de sus palabras. Despreciando, pues, a Dios, se mantienen en la vejez; pero manteniéndose en la vejez, dañan con sus depravados sermones la especulación de los rectos.

CAPÍTULO VIII.

17. En la reconciliación de los amigos de Job se figura la conversión de los heréticos. ---Pero porque a veces los heréticos, colmados por la generosidad de la divina gracia, vuelven a la unidad de la santa Iglesia, esto se señala bien por la misma reconciliación de los amigos. Por los cuales, sin embargo, se manda orar al bienaventurado Job,

porque los sacrificios de los heréticos no pueden ser aceptos a Dios, si no son ofrecidos por ellos por las manos de la Iglesia universal; para que por los méritos de ella encuentren el remedio de la salvación, a la cual herían impugnándola con los dardos de sus palabras. De donde también se mencionan siete sacrificios ofrecidos por ellos; porque mientras reciben al Espíritu de la gracia septiforme al confesar, son expiados como por siete oblaciones. De aquí es que en el Apocalipsis de Juan la Iglesia universal se designa por el número de siete iglesias (Apoc. I, 11). De aquí se dice por Salomón acerca de la Sabiduría: «La Sabiduría se edificó una casa, labró siete columnas» (Prov. IX, 1). Por ese mismo número de sacrificios, pues, los heréticos reconciliados expresan lo que antes fueron, quienes no se unen a la perfección de la gracia septiforme sino volviendo.

18. Debe inmolarse la soberbia de ellos para que sean restituidos a la Iglesia por este sacrificio. ---Bien, además, se describe que ofrecieron toros y carneros por sí mismos. Pues en el toro se designa la cerviz de la soberbia, y en el carnero el liderazgo de las greyes que siguen. ¿Qué es, pues, inmolar toros y carneros por ellos, sino matar su soberbio liderazgo, para que sientan cosas humildes de sí mismos y no seduzcan tras de sí los corazones de los inocentes? Pues con la cerviz hinchada habían retrocedido de la unidad de la Iglesia, y arrastraban tras de sí a los pueblos débiles como greyes que los seguían. Vengan, pues, al bienaventurado Job, esto es, vuelvan a la Iglesia, y ofrezcan en sacrificio septenario toros y carne-

ros para ser inmolados; los cuales, para unirse a la Iglesia universal, maten por la intervención de la humildad cualquier cosa que antes saborearan como hinchada de soberbio liderazgo.

CAPÍTULO IX.

19. El soberbio, aunque sienta rectamente, debe ser increpado. Por qué razón no necesita sacrificio. ---Pero por Eliú, que habla ciertamente con sentidos rectos, pero se deriva a necias palabras de elación, se expresa la persona de cada arrogante. Pues muchos, puestos dentro de la santa Iglesia, desprecian proferir rectamente las cosas rectas que saborean. Por lo cual también es argüido por las palabras de la increpación divina, mas sin embargo no se ofrece sacrificio por él; porque es ciertamente fiel, pero sin embargo arrogante: por la verdad de la creencia está dentro, pero por el obstáculo de su hinchazón no es aceptable. De aquí, pues, que la increpación lo refute, pero el sacrificio no lo reintegre; porque está ciertamente en aquella fe en la que debió estar, pero la justicia celestial, increpándolo, lo repele por cosas superfluas. De donde también bien se dice Eliú en el habla latina: «Ese es mi Dios», o «Dios el Señor». Pues los hombres arrogantes dentro de la santa Iglesia, aunque huyen de Dios viviendo con elación, sin embargo lo confiesan creyendo verazmente. ¿Pues qué es decir por nombre «Ese es mi Dios», sino mostrar por una abierta profesión a aquel en quien ha creído? ¿O qué es decir «Dios el Señor», sino creer que este es tanto Dios

por su divinidad, como sostener que es el Señor por su encarnación?

CAPÍTULO X.

[Vet. XIV.]

20. Qué presagia que Job reciba el doble. De los santos, antes de la resurrección, una sola bienaventuranza; después, doble. ---Bien, además, después de las pérdidas de las cosas, después de los funerales de las prendas, después de los tormentos de las llagas, después de los certámenes y luchas de las palabras, es aliviado con una doble remuneración; porque, sin duda, la santa Iglesia, puesta todavía en esta vida, recibe dones dobles por los trabajos que sostiene; cuando, recibidas plenamente las gentes, al fin del mundo convierte también hacia sí los corazones de los judíos. Pues de aquí está escrito: «Hasta que entrase la plenitud de las gentes, y así todo Israel fuese salvo» (Rom. XI, 25). Recibirá también después cosas dobles: porque terminado el trabajo del tiempo presente, asciende no solo al gozo de las almas, sino también a la bienaventuranza de los cuerpos. De donde bien se dice por el profeta: «En su tierra poseerán cosas dobles» (Is. LXI, 7). Pues los santos en la tierra de los vivientes poseen cosas dobles, porque sin duda gozan de la bienaventuranza de la mente y del cuerpo a la vez. Por lo cual Juan en el Apocalipsis, porque antes de la resurrección de los cuerpos vio a las almas de los santos clamando, observó que habían recibido estolas individuales, diciendo: «Y les fueron

dadas a cada uno sendas estolas blancas, y se les dijo que descansasen todavía un poco de tiempo, hasta que se completase el número de sus consiervos y de sus hermanos» (Apoc. VI, 11). Pues antes de la resurrección se dice que recibieron estolas individuales, porque todavía disfrutan solo de la bienaventuranza de la mente. Han de recibir, pues, dos, cuando con el perfecto gozo de las almas, sean vestidos también con la incorrupción de los cuerpos.

21. La aflicción aquí es cierta; cuánto ha de durar, es incierto. ---Rectamente, además, se habla ciertamente de la aflicción del bienaventurado Job, pero se silencia la cantidad de tiempo de su aflicción; porque se ve la tribulación de la santa Iglesia en esta vida, pero se ignora por cuánto tiempo ha de ser aquí quebrantada y postergada. De donde también se dice por boca de la Verdad: «No os toca a vosotros conocer los tiempos ni los momentos que el Padre puso en su potestad» (Hech. I, 7). Por esto, pues, que se habla de la pasión del bienaventurado Job, se nos enseña lo que por experiencia conocemos. Pero por esto, que se silencia la cantidad de tiempo en la pasión, se nos enseña lo que debemos ignorar.

Hemos prolongado largamente las palabras del prefacio, para hablar como recorriendo todo brevemente. Pero porque hemos llegado al inicio del hablar, hablando mucho tiempo, debemos fijar primero la raíz de la historia, para que podamos después saciar la mente con el fruto de las alegorías.

Parte primera

, QUE COMPRENDE CINCO LIBROS.

LIBRO PRIMERO.

Explica los primeros versículos del capítulo primero del libro de Job, primero en sentido histórico, después en el alegórico y, por último, en el moral.

CAPÍTULO PRIMERO.

VERS. 1.---Había un hombre en la tierra de Hus, de nombre Job. SENTIDO HISTÓRICO.---1. Job es llamado bueno entre los malos, lo cual es la suma alabanza. ---Por eso se dice dónde habitó el santo varón, para que se exprese el mérito de su virtud. Pues ¿quién ignora que Hus es tierra de gentiles? La gentilidad, empero, estuvo obligada a los vicios en la medida en que ignoró el conocimiento de su creador. Dígase, pues, dónde habitó, para que esto sirva a sus alabanzas: que fue bueno entre los malos. Pues no es muy loable ser bueno con los buenos, sino ser bueno con los malos. Pues así como es de culpa más grave no ser bueno entre los buenos; así es de inmenso elogio haber existido como bueno incluso entre los malos. De aquí es que el mismo bienaventurado Job atestigua de sí mismo diciendo: «Fui hermano de

dragones y compañero de avestruces» (Job XXX, 29). De aquí Pedro ensalzó con grandes alabanzas a Lot, porque lo encontró bueno entre los réprobos, diciendo: «Y libró al justo Lot, oprimido por la injusta conversación de los malvados. Pues por la vista y el oído era justo, habitando entre aquellos que de día en día atormentaban el alma del justo con obras inicuas» (II Pe. II, 7, 8). El cual, sin duda, no podría ser atormentado si no oyera y viera las depravadas obras de sus allegados. Y, sin embargo, por la vista y el oído es llamado justo, porque la vida de los inicuos tocaba los oídos y los ojos del justo no deleitándolos, sino hiriéndolos. De aquí Pablo dice a sus discípulos: «En medio de una nación depravada y perversa, entre los cuales brilláis como luminares en el mundo» (Filip. II, 15). De aquí se dice al ángel de la iglesia de Pérgamo: «Sé dónde habitas, donde está la sede de Satanás; y mantienes mi nombre, y no negaste mi fe» (Apoc. II, 13). De aquí la santa Iglesia es alabada por la voz del esposo cuando se le dice en el Cántico del amor: «Como el lirio entre las espinas, así mi amiga entre las hijas» (Cant. II, 2). Bien, pues, el bienaventurado Job, mencionada la tierra gentil, se describe como habiendo vivido entre los inicuos; para que, según el elogio del esposo, se muestre que un lirio creció entre las espinas. Por lo cual rectamente se añade luego:

CAPÍTULO II.

Mismo Vers.---Sencillo y recto.

2. La sencillez y rectitud de Job. Ambas son necesarias. ---Pues algunos son tan sencillos que

ignoran qué es lo recto. Pero abandonan la inocencia de la verdadera sencillez en la medida en que no se elevan a la virtud de la rectitud; porque mientras no saben ser cautos por la rectitud, de ninguna manera pueden persistir inocentes por la sencillez. De aquí es que Pablo amonesta a sus discípulos diciendo: «Quiero que seáis sabios en el bien, pero sencillos en el mal» (Rom. XVI, 19). De aquí de nuevo dice: «No os hagáis niños en los sentidos, sino sed pequeñuelos en la malicia» (I Cor. XIV, 20). De aquí por sí misma la Verdad manda a los discípulos diciendo: «Sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas» (Mat. X, 16). Pues unió ambas necesariamente en la amonestación, para que tanto la astucia de la serpiente instruyera la sencillez de la paloma, como a su vez la sencillez de la paloma templara la astucia de la serpiente. De aquí es que el Espíritu Santo manifestó su presencia a los hombres no solo en la paloma, sino también en el fuego (Mat. III, 11, 16). Pues por la paloma se indica la sencillez, mas por el fuego el celo. En la paloma, pues, y en el fuego se muestra (Hech. II, 3) que quienesquiera que están llenos de Él, de tal modo sirven a la mansedumbre de la sencillez que también se encienden contra las culpas de los delincuentes por el celo de la rectitud. Sigue:

CAPÍTULO III.

Mismo Vers.---Temeroso de Dios y apartado del mal.

3. Qué es temer a Dios. Se reprueban las cosas buenas mezcladas con las malas. ---Temer a Dios

es no pasar por alto nada de lo bueno que debe hacerse. De donde se dice por Salomón: «El que teme a Dios nada descuida» (Ecl. VII, 19). Pero porque algunos hacen de tal modo ciertas cosas buenas que, sin embargo, de ninguna manera se suspenden de ciertos males, bien después de decir «temeroso de Dios», se afirma también que es «apartado del mal». Pues está escrito: «Desvíate del mal y haz el bien» (Salm. XXXVI, 27). Pues ni son aceptos a Dios los bienes que ante sus ojos se manchan con la mezcla de los males. Pues de aquí se dice por Salomón: «El que ofendiere en uno, perderá muchos bienes» (Ecl. IX, 18). De aquí Santiago atestigua diciendo: «Quienquiera que haya guardado toda la ley, pero ofenda en uno, se hace reo de todos» (Sant. II, 10). De aquí Pablo dice: «Un poco de levadura corrompe toda la masa» (I Cor. V, 6). [Vet. III.] El bienaventurado Job, pues, para que se mostrara cuán limpio existió en las cosas buenas, es indicado con destreza cuán ajeno fue de las malas.

4. Por qué se describen las virtudes de Job desde el principio. ---Suele ser costumbre de los narradores que, cuando presentan un certamen de gimnasio, primero describan los miembros de los luchadores: cuán ancho y fuerte es el pecho, cuán sano, cuán llenos se hinchan los brazos, cómo el vientre situado debajo ni grava con su mole ni debilita con su extenuación; para que, cuando primero hayan mostrado los miembros aptos para el certamen, entonces por fin narren los golpes de gran fortaleza. Porque, pues, nuestro atleta había de luchar contra el diablo, como antes del

espectáculo de la arena, el escritor de la sagrada historia, enumerando en este atleta las virtudes espirituales, describe los miembros de la mente, diciendo: «Era aquel hombre sencillo y recto, y temeroso de Dios y apartado del mal», para que, mientras se conoce que la posición de los miembros es grande, por esta misma posición fuerte ya se prevea también la victoria subsiguiente. Sigue:

CAPÍTULO IV.

VERS. 2.---Y le nacieron siete hijos y tres hijas.

5. La multitud de hijos no lo incitó a la avaricia. ---A menudo la fecundidad de la prole atrae el corazón del padre a la avaricia. Pues tanto más se enciende en la ambición de congregar una herencia, cuanto más se fecunda con muchos herederos. Para que, pues, se muestre cuán santa fue la mente del bienaventurado Job, se dice que es justo y se afirma que fue padre de mucha prole. Él, que en el exordio de su libro es afirmado como devoto en ofrecer sacrificios, es recordado por sí mismo también después como pronto en las larguezas. Pensemos, pues, de cuánta fortaleza estuvo dotado, a quien ni el afecto de tantos herederos inclinó a la tenacidad de la herencia. Sigue:

CAPÍTULO V

[Vet. IV].

VERS. 3.---Y fue su posesión siete mil ovejas, y tres mil camellos; y quinientas yuntas de bueyes, y quinientas asnas, y una familia muy numerosa.

6. Poseyó las riquezas sin amor. ---Sabemos que las pérdidas mayores conmueven la mente a un dolor mayor. Para que, pues, se muestre de cuánta virtud estuvo dotado, se dice que fue mucho lo que perdió con paciencia. Pues nunca se pierde sin dolor, sino lo que se posee sin amor. Así pues, mientras se describe una gran sustancia, y sin embargo poco después se afirma que fue perdida con paciencia; consta que lo que perdió sin dolor, lo poseyó sin amor. Debe notarse también que primero se describen las riquezas del corazón y después las riquezas del cuerpo. Pues la abundancia de cosas suele desligar la mente del temor divino tanto más, cuanto más exige que esta piense en cosas diversas. Pues mientras se dispersa por muchas cosas, se le prohíbe permanecer fija en lo íntimo. Lo cual la Verdad misma, al exponer la parábola del sembrador, indicó diciendo: «El que fue sembrado entre espinas, este es el que oye la palabra, y la solicitud de este siglo y el engaño de las riquezas sofocan la palabra, y se hace sin fruto» (Mat. XIII, 22; Luc. VIII, 7, 8; Mar. IV, 7). He aquí que se dice que el bienaventurado Job posee muchas cosas, y poco después se afirma que sirve con instancia a los sacrificios divinos.

7. Ya lo había dejado todo en su corazón. ---Consideremos, pues, de qué santidad fue este varón, que para tan diligentes obsequios de Dios, aun así ocupado, tuvo tiempo. Aún no había brillado la virtud del precepto que mandara dejarlo todo; pero, sin embargo, el bienaventurado Job ya guardaba en su corazón la fuerza de ese mismo

precepto; porque sin duda había dejado en su mente su sustancia, la cual poseía sin deleite.

CAPÍTULO VI.

MISMO VERS.---Y era aquel varón grande entre todos los orientales.

8. Con cuántas riquezas abundaba. ---¿Quién ignora que los varones orientales son muy ricos? Grande, pues, fue entre los orientales, como si se dijera abiertamente: porque fue más rico incluso que los ricos.

CAPÍTULO VII.

VERS. 4.---E iban sus hijos y hacían convites por las casas, cada uno en su día: y enviando llamaban a sus tres hermanas, para que comieran y bebieran con ellos.

9. La sustancia que se había de dividir entre los hijos no dividió sus corazones. ---Suele ser entre hermanos una sustancia mayor causa de una discordia más grave. ¡Oh inestimable alabanza de la institución paterna! Se dice que el padre es rico y se afirma que los hijos son concordes. Y mientras estaba presente la sustancia que se había de dividir entre ellos, sin embargo, la caridad indivisa llenaba los corazones de todos.

CAPÍTULO VIII

[Vet. V, Rec. IV].

VERS. 5.---Y cuando habían pasado en su giro los días del convite, enviaba Job a ellos y los san-

tificaba, y levantándose de madrugada ofrecía holocaustos por cada uno.

10. Casi ningún convite es sin culpa, a causa del placer y la locuacidad. ---Cuando se dice «enviaba y los santificaba», se demuestra abiertamente qué rigor ejercía para con ellos estando presente, a quienes estando ausente no faltaba con su solicitud. Pero esto debemos nosotros observar con destreza: que, terminados los días del convite, se aplica la purga del holocausto por cada uno. Pues el varón santo sabía que apenas podían celebrarse convites sin culpa. Sabía que los banquetes de los convites han de ser diluidos con una gran purga de sacrificios; y lo que los hijos que banqueteaban habían manchado en sí mismos, el padre lo limpiaba inmolando el sacrificio. Pues hay algunos vicios que apenas pueden separarse de los convites, o ciertamente de ninguna manera pueden. Pues casi siempre el placer acompaña a los banquetes. Pues mientras el cuerpo se disuelve en el deleite del refrigerio, el corazón se relaja hacia un gozo vano. De donde está escrito: «Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantaron a jugar» (Éxod. XXXII, 6).

11. Casi siempre la locuacidad sigue a los banquetes; y cuando el vientre se repara, la lengua se desboca. De donde rectamente el rico es descrito entre los infiernos deseando agua, diciendo: «Padre Abraham, ten misericordia de mí y envía a Lázaro para que moje el extremo de su dedo en agua y refresque mi lengua, porque soy atormentado en esta llama» (Luc. XVI, 24). Primero se dice que banqueteaba cada día espléndidamente; y

después se recuerda que pide agua para la lengua. Porque, como hemos dicho, entre los banquetes suele desbordarse mucho la locuacidad, por la pena indica la culpa, cuando a aquel de quien la Verdad había dicho que banqueteaba cada día espléndidamente, afirmaba que ardía más en la lengua. Los que templan la armonía de las cuerdas, dispensan esta con tal arte que, por lo general, cuando se toca una, se sacude otra cuerda situada lejos y con muchas intermedias: y cuando aquella da el sonido, esta, que está templada en el mismo canto, tiembla sin que las otras sean heridas. Así pues, en la sagrada Escritura se trata por lo general de las virtudes, así de los vicios; para que mientras al hablar insinúa una cosa, al callar se dé a conocer otra. [Vet. VI.] Pues nada se menciona contra el rico sobre la locuacidad; pero al decirse que la pena está en la lengua, se muestra cuál fue entre otras la culpa más grave en el convite.

12. Job ofreciendo el sacrificio al octavo día, cultiva el misterio de la resurrección. ---Pero cuando se describe que los siete hermanos hacían convites por cada uno de los días, y terminados los días del convite, se afirma que Job ofrece siete sacrificios; abiertamente indica la historia que el bienaventurado Job, ofreciendo el sacrificio al octavo día, cultiva el misterio de la resurrección. Pues el día que ahora se llama Dominical es el tercero desde la muerte del Redentor, pero en el orden de la creación el octavo, el cual es también el primero en la creación. Pero porque al girar sigue al séptimo, rectamente se numera como oc-

tavo. Porque, pues, se dice que al octavo día ofrece siete sacrificios, se afirma que sirvió al Señor por la esperanza de la resurrección, lleno del Espíritu de la gracia septiforme. De donde también se prescribe un salmo para la octava, en el cual se anuncia el gozo de la resurrección [Vet. VII]. Pero porque los hijos del bienaventurado Job habían sido ceñidos con tanta disciplina de buena institución que ni por los hechos en los convites ni por las palabras delinquían, se muestra abiertamente cuando se añade:

CAPÍTULO IX

[Rec. V].

MISMO VERS.---Pues decía: No sea que acaso hayan pecado mis hijos y hayan bendecido a Dios en sus corazones.

13. No se ha de juzgar temerariamente sobre el corazón ajeno. Contra los rectores de los fieles que ignoran las obras de estos. ---Pues los había enseñado a ser perfectos en obra y palabra, por quienes el padre temía solo por el pensamiento. Pero porque no debemos juzgar temerariamente sobre los corazones ajenos, lo reconocemos en las palabras de este varón santo, que no dice: «Porque bendijeron en sus corazones», sino: «No sea que acaso hayan bendecido a Dios en sus corazones». De donde bien se dice por Pablo: «No juzguéis antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual iluminará lo escondido de las tinieblas y manifestará los consejos de los corazones» (I Cor. IV, 5). [Vet. VIII]. Pues quienquiera

que en el pensamiento se desvía de la rectitud, peca en las tinieblas. Nosotros, pues, tanto menos debemos reprender audazmente los corazones ajenos, cuanto sabemos que con nuestra vista no podemos ilustrar las tinieblas del pensamiento ajeno. Pero aquí se ha de observar con destreza con cuánta severidad pudo el padre corregir las obras de los hijos, él que con tanta solicitud estudió limpiar los corazones. ¿Qué dicen a esto los rectores de los fieles, que ignoran incluso las obras abiertas de sus discípulos? ¿Qué piensan en su excusa los que en los encomendados a sí ni siquiera cuidan las heridas de las acciones? Para que se demuestre también la perseverancia de esta santa obra, rectamente se añade:

CAPÍTULO X.

MISMO VERS.---Así hacía Job todos los días.

14. La perseverancia de Job. ---Pues está escrito: «El que perseverare hasta el fin, este será salvo» (Mat. X, 22; XXIV, 13). En el sacrificio, pues, se muestra la acción santa, pero en todos los días del sacrificio, la constancia de la acción santa. Estas cosas las hemos recorrido brevemente siguiendo la historia; ahora el orden de la exposición exige que, repitiendo el principio, desentrañemos ya los secretos de las alegorías.

CAPÍTULO XI

[Vet. IX].

VERS. 1.---Había un varón en la tierra de Hus, por nombre Job.

15. SENTIDO ALEGÓRICO.---Cristo designado por el nombre de Job. ---Creemos que estas cosas fueron hechas por la historia, pero veamos ya cómo se han cumplido por la alegoría. Pues Job, como hemos dicho, se interpreta como «doliente», pero Hus como «consejero». ¿A quién otro, pues, expresa el bienaventurado Job con su nombre, sino a aquel de quien el profeta habla diciendo: «Él mismo llevó nuestros dolores» (Isa. LIII, 4)? El cual habita la tierra de Hus, porque reina en los corazones del pueblo consejero. Pues Pablo dice que Cristo es la virtud de Dios y la sabiduría de Dios (I Cor. I, 24). Y esta misma Sabiduría dice por Salomón: «Yo, la sabiduría, habito en el consejo y asisto a los pensamientos eruditos» (Prov. VIII, 12). Job, pues, habita la tierra de Hus, porque la Sabiduría, que por nosotros sostuvo el dolor de la pasión, se hizo para sí una habitación en los corazones entregados a los consejos de la vida.

CAPÍTULO XII

[Vet. X].

MISMO VERS.---Y era aquel varón sencillo y recto.

16. Mantuvo la sencillez y la rectitud. ---En la rectitud se significa la justicia, pero en la sencillez la mansedumbre. Por lo general nosotros, cuando seguimos la rectitud de la justicia, abandonamos la mansedumbre; y cuando deseamos

guardar la mansedumbre, nos desviamos de la rectitud de la justicia. Pero el Señor encarnado mantuvo la sencillez con la rectitud: porque ni en la mansedumbre perdió el rigor de la justicia, ni de nuevo en el rigor de la justicia la virtud de la mansedumbre. De donde cuando algunos, traída una adúltera, quisieron tentarlo para que cayera en la culpa o de la falta de mansedumbre o de la injusticia, respondió a ambas cosas diciendo: «Aquel de vosotros que esté sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra contra ella» (Juan VIII, 7). Da la sencillez de la mansedumbre en «aquel de vosotros que esté sin pecado»; da el celo de la justicia en «sea el primero en arrojar la piedra contra ella». De donde también el profeta le dice: «Apresta tu arco, camina prósperamente y reina por la verdad, la mansedumbre y la justicia» (Salm. XLIV, 5). Pues siguiendo la verdad, conservó la mansedumbre con la justicia; para que ni perdiera el celo de la rectitud en el peso de la mansedumbre, ni de nuevo perturbara el peso de la mansedumbre con el celo de la rectitud. Sigue:

CAPÍTULO XIII.

MISMO VERS.---Temeroso de Dios y apartado del mal.

17. Cómo temió a Dios. ---Está escrito de Él: «Y lo llenó el espíritu del temor del Señor» (Isa. XI, 3). Pues el Señor encarnado mostró en sí mismo todo lo que nos inspiró; para que lo que dijera con el precepto, lo persuadiera con el ejemplo. Según, pues, la naturaleza de la humanidad, nuestro Re-

dentor temió a Dios; porque para redimir al hombre soberbio asumió por él una mente humilde. De quien bien por esto de que se dice que Job se aparta del mal, se designa también la acción. Pues Él mismo se apartó del mal, no porque lo tocara al hacerlo, sino porque lo reprobó al encontrarlo: porque la vida vieja de la conversación humana, que encontró al nacer, la abandonó; y la nueva, que trajo consigo, la imprimió en las costumbres de sus seguidores.

CAPÍTULO XIV

[Rec. VI].

Vers. 2.---Y le nacieron siete hijos y tres hijas.

18. El número siete es perfecto. ---¿Qué se entiende por el número siete sino la suma de la perfección? Pues, para callar las causas de la razón humana sobre el número siete, que afirman que es perfecto porque consta del primer par y del primer impar; del primero que puede dividirse y del primero que no puede dividirse; sabemos con toda certeza que la sagrada Escritura acostumbra a poner el número siete por la perfección (Gén. 2, 3). De donde también afirma que en el séptimo día el Señor descansó de sus obras. De aquí es también que el séptimo día fue dado para el descanso a los hombres, esto es, para el sábado. De aquí es que el año del jubileo, en el que se expresa el descanso plenario, se consuma por siete semanas, el cual, añadida la mónada, se completa para nuestra unión.

[Vet. XII.] 19. Los hijos de Job significan a los apóstoles. ---Le nacieron, pues, siete hijos. A saber, los apóstoles que salían virilmente a predicar. Quienes, mientras cumplen los preceptos de la perfección, mantuvieron, por así decirlo, la fortaleza del sexo superior en su conversación. Pues de aquí es que, para ser llenados por el Espíritu de la perfección de la gracia septiforme, fueron elegidos doce. Pues del número siete se sube al duodenario. Porque el siete, multiplicado por sus propias partes en sí mismo, se extiende al duodenario. Pues ya sea que cuatro se lleven por tres, o tres por cuatro, siete se convierten en doce. De donde los santos apóstoles, porque eran enviados a predicar la santa Trinidad en las cuatro partes del mundo, fueron elegidos doce; para que también con el número mostraran la perfección que predicaban con la vida y con la voz.

20. Las hijas son las plebes de los fieles. Tres órdenes de fieles. ---Y nacieron también tres hijas. ¿Qué entendemos por las hijas sino las plebes más débiles de los fieles, las cuales, aunque de ninguna manera permanecen con fuerte virtud para la perfección de la obra, mantienen sin embargo constantemente la fe conocida de la Trinidad? En los siete hijos, pues, se significa el orden de los que predican, pero en las tres hijas la multitud de los oyentes. También pueden designarse por las tres hijas tres órdenes de fieles. Después de los hijos, en efecto, se nombran las hijas, porque tras haber visto la fortaleza de los apóstoles, siguieron tres distinciones de fieles en la conversación de la Iglesia: a saber, la de los pastores, la

de los continentes y la de los casados. [Vet. XIII.] De donde también el profeta Ezequiel afirma haber oído de tres hombres liberados, a saber, Noé, Daniel y Job (Ezeq. 14). Pues, ¿qué se significa por Noé, que rigió el arca en las aguas, sino el orden de los prelados; quienes, mientras presiden a los pueblos para forma de vida, rigen a la santa Iglesia en las fluctuaciones de las tentaciones? ¿Qué se figura por la vida de los continentes por Daniel, cuya admirable abstinencia se escribe, sino aquellos que, mientras abandonan todo lo que es del mundo, dominan con mente alta sobre la despreciada Babilonia? ¿Qué se significa por Job sino la vida de los buenos cónyuges; quienes, mientras hacen obras piadosas de las cosas del mundo que poseen, tienden como por el camino de la tierra hacia la patria celestial? Porque, por tanto, después de los santos apóstoles siguieron estas tres distinciones de fieles, rectamente después de los hijos se mencionan como nacidas tres hijas. Sigue:

CAPÍTULO XV.

VERS. 3.---Y fue su posesión siete mil ovejas y tres mil camellos.

21. En las ovejas se adombran los inocentes, en los camellos los gentiles viciosos y los samaritanos. ---Porque los oyentes fieles han sido recogidos de diversa conversación, lo que primero se dice universalmente, mencionadas las hijas, esto se añade después distintamente por la apelación de los animales. Pues, ¿qué expresa en las siete mil ovejas sino la perfecta inocencia de algunos,

que viene a la perfección de la gracia desde los pastos de la ley? ¿Y qué se designa en los tres mil camellos sino la torcida viciosidad de los gentiles que viene a la plenitud de la fe? [Vet. XIV.] En la sagrada Escritura, por otra parte, a veces por el nombre del camello se expresa el mismo Señor, y a veces el pueblo gentil. Pues por el nombre del camello se designa al Señor, como dice el mismo Señor a los judíos que se le oponían: «Coláis el mosquito, pero os tragáis el camello» (Mat. 23, 24). Pues el mosquito hiere con su susurro, pero el camello se inclina espontáneamente para recibir las cargas. Colaron, pues, los judíos el mosquito, porque pidieron que se soltara a un ladrón sedicioso; pero se tragaron el camello, porque intentaron extinguir con sus gritos a Aquel que espontáneamente había descendido para recibir las cargas de nuestra mortalidad. De nuevo, por el nombre del camello se designa la gentilidad. De donde también Rebeca, viniendo hacia Isaac (Gén. 24, 61), es conducida sobre el lomo de un camello; porque la Iglesia, apresurándose hacia Cristo desde la gentilidad, se encuentra en las torcidas y viciosas conversaciones de la vida vieja. La cual, visto Isaac, descendió; porque conocida la voluntad del Señor, la gentilidad abandonó sus vicios, y desde la elación de la alteza buscó lo profundo de la humildad. La cual también, avergonzada, se cubre con un velo, porque ante Él se confunde por su vida pasada. De donde también se dice por el Apóstol a esas mismas gentes: «¿Qué fruto tuvisteis entonces de aquellas cosas de las que ahora os avergonzáis?» (Rom. 6, 21).

Porque, por tanto, por las ovejas entendemos a los hebreos que vienen a la fe desde los pastos de la ley, nada impide que sintamos por los camellos a los pueblos de los gentiles, torcidos en sus costumbres y cargados con los cultos de los ídolos. Pues porque de sí mismos se encontraron dioses a quienes adoraran, como de sí mismos les había crecido en el lomo una carga que llevaran.

[Vet. XV.] 22. También puede significarse por los camellos, porque son animales comunes, la vida de los samaritanos. Pues los camellos rumian, pero de ninguna manera parten la pezuña. Los samaritanos también como que rumian, porque reciben las palabras de parte de la ley; y como que no parten la pezuña, porque la desprecian en parte. Los cuales también toleran una pesada carga en el lomo de la mente, porque en todo lo que hacen, trabajan sin esperanza de eternidad. Pues no conocen la fe de la resurrección. ¿Y qué puede haber más pesado y cargado que padecer la aflicción del siglo que pasa, y de ninguna manera esperar para alivio de la mente los gozos de la remuneración? Pero porque el Señor, apareciendo en la carne, tanto llenó a los pueblos de los hebreos con la gracia de la perfección, como condujo a algunos de los samaritanos al conocimiento de la fe, mostrando obras admirables; dígase rectamente de la sombra que expresaría la verdad, que poseía tanto siete mil ovejas como tres mil camellos. Sigue:

CAPÍTULO XVI.

IBID.---Quinientas yuntas de bueyes y quinientas asnas.

23. Qué se designa con el nombre de los bueyes. Qué con el nombre de los asnos. ---Ya se ha dicho anteriormente que en el número cincuenta, que se completa con siete semanas y la adición de la mónada, se designa el descanso; por el número diez, en cambio, se expresa la suma de la perfección. Como quiera que a los fieles se les promete la perfección del descanso, al llevar el cincuenta diez veces se llega al quinientos. [Vet. XVI.] En la sagrada Escritura, por lo demás, con el nombre de buey se significa a veces la pesadez de los necios, y a veces la vida de los que obran bien. Pues porque con el nombre del buey se figura la estulticia de los necios, rectamente se dice por Salomón: «Y al punto la sigue como buey llevado al matadero» (Prov. 7, 22). De nuevo, porque con el nombre de bueyes se expresa la vida de cada uno que trabaja, lo atestiguan los preceptos de la ley, que mandó por Moisés, diciendo: «No bozalearás al buey que trilla» (Deut. 25, 4). Lo cual se dice abiertamente de nuevo: «Digno es el obrero de su salario» (Luc. 10, 7). Con el nombre de asnos también se designa a veces la pereza de los necios, a veces la inmoderada lujuria de los petulantes, a veces la simplicidad de los gentiles. La pereza de los necios se figura con la apelación de los asnos, como se dice por Moisés: «No ararás con buey y asno juntamente» (Deut. 22, 10). Como si dijera: No asocies a los fatuos con los sabios en la predicación, no sea que por aquel que no puede cumplir la cosa, estorbes al que puede. También

la inmoderada lujuria de los petulantes se expresa con la apelación de los asnos, como atestigua el profeta, que dice: «Cuya carne es como carne de asnos» (Ezeq. 23, 20). De nuevo, con el nombre de asnos se muestra la simplicidad de la gentilidad. De donde se refiere que el Señor, tendiendo a Jerusalén, se sentó sobre un asnal (Mat. 21, 5). ¿Qué es venir a Jerusalén sentado sobre un asno, sino, poseyendo los corazones simples de la gentilidad, conducirlos a la visión de la paz rigiéndolos y presidiéndolos? Lo cual se muestra por un único y fácil testimonio: porque tanto por los bueyes se designan los obreros de Judea, como por el asno los pueblos gentiles, cuando se dice por el profeta: «Conoció el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su señor» (Is. 1, 3). ¿Quién fue el buey, sino el pueblo judaico, cuyo cuello desgastó el yugo de la ley? ¿Y quién fue el asno, sino la gentilidad, a la cual cualquier seductor encontró como un animal bruto y, no resistiendo con razón alguna, la sometió al error que quiso? El buey, pues, conoció a su dueño, y el asno el pesebre de su señor, porque tanto el pueblo hebreo encontró a Dios, a quien adoraba pero ignoraba; como la gentilidad recibió el pasto de la ley, que no tenía. Lo que, por tanto, se dice de las ovejas y camellos nombrados arriba, esto se replica abajo en los bueyes y asnas.

24. Los predicadores de los judíos, bueyes presionados por el yugo de la ley. ---Tuvo por cierto Judea, aun antes del advenimiento del Redentor, bueyes, porque envió obreros a predicar, a quienes dice la voz de la Verdad: «¡Ay de vosotros, hi-

pócritas, que recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y cuando está hecho, lo hacéis hijo de la gehenna el doble que vosotros!» (Mat. 23, 15). A quienes había presionado el pesado yugo de la ley, porque toleraban los mandatos exteriores de la letra. A quienes dice la voz de la Verdad: «Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mat. 11, 28-29). Lo que, por tanto, en el Evangelio se promete como descanso a los que trabajan bien, esto es lo que aquí se menciona como quinientas yuntas de bueyes: porque quienes someten el cuello al dominio del Redentor, ¿hacia dónde tienden sino hacia el descanso? [Vet. XVII.] De donde también se mencionan quinientas asnas; porque las plebes llamadas de los gentiles, mientras desean llegar al descanso, llevan de buena gana todas las cargas de los mandatos. De donde bien, que el pueblo gentil buscaría este descanso, Jacob, hablando a sus hijos, procuró significarlo con voz profética, diciendo: «Isacar es asno fuerte, que se recuesta entre los términos; vio que el descanso era bueno y la tierra óptima, y sometió su hombro para llevar» (Gén. 49, 14-15). Pues recostarse entre los términos es descansar esperando el fin del mundo, y no buscar nada de estas cosas que ahora pasan en medio, sino desear las últimas. Y el asno fuerte ve el descanso y la tierra óptima, cuando la simple gentilidad por eso mismo se levanta a la fortaleza de la buena obra, porque tiende hacia la patria de la vida eterna. La cual somete su hombro para lle-

var; porque visto el descanso superior, se sujeta en la operación incluso a preceptos pesados, y lo que la pusilanimidad afirma ser intolerable, la esperanza de la remuneración se lo muestra como leve y fácil. Porque, por tanto, por la parte de los elegidos se recogen Judea y la gentilidad para el descanso eterno, rectamente se menciona que se poseen quinientas yuntas de bueyes y quinientas asnas. Sigue:

CAPÍTULO XVIII

[Vet. XVIII].

IBID.---Y una familia muy grande.

25. Los necios del mundo fueron llamados antes que los sabios. ---¿Qué es esto de que primero se describa la multitud de los animales, y la familia se mencione al final, sino que primero se recogieron las cosas necias del mundo para el conocimiento de la fe, para que después también fueran llamadas sus cosas astutas, como atestigua Pablo, que dice: «No hay muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles; sino que Dios eligió lo que es necio del mundo para confundir a los sabios» (1 Cor. 1, 26-27)? Pues se refiere que los mismos principios de la santa Iglesia fueron ignorantes de las letras, para que, a saber, el Redentor mostrara en todos sus predicadores que a los pueblos creyentes no los persuadiría a la vida el discurso, sino la causa. Sigue:

CAPÍTULO XVIII

[Vet. XIX].

IBID.---Y aquel varón era grande entre todos los orientales.

26. Cristo semejante a los demás en la humanidad, singular en la divinidad.

---Que nuestro Redentor es llamado Oriente (Oriens), se refiere por el testimonio del profeta, que dice: «He aquí el varón cuyo nombre es Oriente» (Zac. 6, 12). Todos, pues, los que en este Oriente consisten por la fe, rectamente son llamados orientales (Orientales). Pero porque todos los hombres son solamente hombres, y el mismo Oriente es Dios y hombre, rectamente se dice: «Era grande entre todos los orientales». Como si se dijera abiertamente: Sobrepasa a todos los que nacen para Dios en la fe; porque no la adopción como a los demás, sino la naturaleza lo ensalza a Él en la divinidad, el cual, aunque por la humanidad apareció semejante a los demás, por la divinidad sin embargo permaneció singular sobre todas las cosas.

CAPÍTULO XIX

[Rec. VII, Vet. XX].

Vers. 4.---E iban sus hijos y hacían banquetes por las casas.

27. En los hijos de Job que celebran banquetes han de entenderse los predicadores. ---Los hijos iban a hacer banquetes por las casas, cuando los apóstoles predicadores, en diversas regiones del mundo, ministraban los manjares de las virtudes

a los oyentes, como a quienes comen. De donde también se dice a esos mismos hijos acerca de las plebes hambrientas: «Dadles vosotros de comer» (Mat. 14, 17; 15, 32; Marc. 6, 37; Luc. 9, 13). Y de nuevo: «No quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino». Esto es, reciban en vuestra predicación la palabra de consolación, para que, permaneciendo en ayunas del pasto de la verdad, no sucumban en el trabajo de esta vida. De aquí de nuevo se dice a los mismos hijos: «Trabajad no por la comida que perece, sino por la que permanece para la vida eterna» (Juan 6, 27). Cómo se exhibieran estos banquetes, se añade, cuando se subraya a continuación:

CAPÍTULO XX.

IBID.---Cada uno en su día.

28. Han de ser alimentados los oyentes según la medida de la inteligencia. ---Si la oscuridad de la ignorancia es sin duda la noche del corazón, el entendimiento no inmerecidamente es llamado día. De donde también se dice por Pablo: «Uno juzga un día entre otro día, otro juzga todos los días» (Rom. 14, 5). Como si dijera abiertamente: Uno entiende algunas cosas con omisión de otras, pero otro conoce todas las cosas posibles de entender tal como deben ser vistas. Cada hijo, pues, exhibe un banquete en su día, porque cada santo predicador, según la medida de su inteligencia iluminada, alimenta las mentes de los oyentes con los manjares de la verdad. En su día Pablo había hecho un banquete cuando decía: «Serán más felices si permanecen así según mi consejo»

(1 Cor. 7, 40). Amonestaba a cada uno a pensar sobre su día cuando decía: «Abunde cada uno en su propio sentido» (Rom. 14, 5). Sigue:

CAPÍTULO XXI.

IBID.---Y enviando llamaban a sus tres hermanas para que comieran y bebieran con ellos.

29. Estos son significados por las hijas de Job. La sagrada Escritura es a veces comida, a veces bebida. ---Los hijos llaman a las hermanas al banquete porque los santos apóstoles predican a los oyentes débiles los gozos de la refección superior, y alimentan sus mentes con los manjares del discurso divino, porque las ven ayunas del pasto de la verdad. [Vet. XXI.] Bien se dice, además: «Para que comieran y bebieran con ellos». Pues la sagrada Escritura a veces es para nosotros comida, a veces bebida. Es comida en los lugares más oscuros, porque como que se parte al exponerla, y se traga al masticarla. En cambio, es bebida en los lugares más abiertos, porque se sorbe tal como se encuentra. El profeta vio la sagrada Escritura como comida, que se partiría al exponerla, cuando decía: «Los pequeñuelos pidieron pan y no había quien se lo partiera» (Tren. 4, 4): esto es, todos los débiles pidieron que las sentencias más fuertes de la sagrada Escritura se desmenuzaran al exponerlas; pero no puede encontrarse quien deba exponerlas. El profeta vio la sagrada Escritura como bebida cuando decía: «Todos los sedientos, venid a las aguas» (Is. 55, 1). Si los mandatos abiertos no fueran bebida, la Verdad no clamaría por sí misma: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba»

(Juan 7, 37). El profeta vio que a Judea le habían faltado la comida y la bebida cuando decía: «Sus nobles perecieron de hambre y su multitud se secó de sed» (Is. 5, 13). Pues es de pocos conocer las cosas fuertes y ocultas; pero de muchos, sentir las cosas abiertas de la historia. Y por eso afirma que los nobles de Judea perecieron no de sed, sino de hambre; porque los que parecían presidir, mientras se habían entregado totalmente a la inteligencia exterior, no tenían lo que masticaran discutiendo de las cosas íntimas. Pero porque al caer los más sublimes del entendimiento interno, la inteligencia de los pequeños se seca incluso en las cosas exteriores, rectamente se añade allí: «Su multitud se secó de sed». Como si dijera abiertamente: mientras el vulgo abandona el estudio de su vida, ya ni siquiera busca los torrentes de la historia. Y que han entendido tanto los mandatos ocultos como los abiertos del discurso sagrado lo atestiguan quienes, quejándose ante el juez que los reprueba, dicen: «Hemos comido y bebido en tu presencia» (Luc. 13, 26). Lo cual añaden abiertamente al exponer: «Y en nuestras plazas enseñaste» (Ibid.). Porque, por tanto, los sagrados elocuios en los lugares más oscuros se parten al exponerlos, pero en los lugares más abiertos se beben tal como fueron encontrados, dígase rectamente: «Enviando llamaban a sus tres hermanas para que comieran y bebieran con ellos». Como si se dijera abiertamente: atraían a cada uno de los débiles con suave persuasión hacia sí, a fin de que alimentaran sus mentes tanto disertando sobre las cosas grandes por la contemplación, como

nutriéndolas entregando las cosas pequeñas por la historia. Sigue:

CAPÍTULO XXII

[Vet. XXII].

VERS. 5.---Y cuando habían pasado en turno los días del banquete, Job enviaba y los santificaba; y levantándose de madrugada, ofrecía holocaustos por cada uno de ellos.

30. Cristo limpia los corazones de sus predicadores. ---Pasan en turno los días del banquete cuando se cumplen los ministerios de las predicaciones. Y terminados los banquetes, Job ofreció un holocausto por sus hijos; porque por los apóstoles que regresaban de la predicación, el Redentor suplicó al Padre. Bien se dice, además, que los santifica enviando; porque mientras otorga a los corazones de los discípulos el Espíritu Santo, que procede de Sí mismo, limpió cualquier culpa que pudiera haber en ellos. Y rectamente se refiere que se levanta de madrugada para ofrecer holocaustos; porque por esto de que ofreció por nosotros la petición de su intercesión, disipada la noche del error, iluminó las tinieblas de la mente humana; no sea que por algún contagio de pecado, por la misma gracia de la predicación, la mente se manche en lo oculto; no sea que se atribuya a sí misma lo que hace; no sea que, al atribuirse lo que hacía, lo pierda. De donde rectamente se añade:

CAPÍTULO XXIII

JOB 1, 5. --- Pues decía: No sea que mis hijos hayan pecado, y hayan bendecido a Dios en sus corazones.

31. Cómo han de ser lavadas las manchas contraídas por los predicadores. ---Bendecir a Dios, esto es, maldecirlo, es atribuirse gloria a sí mismo por el don de Él. Por lo cual, rectamente, después de la predicación, el Señor lavó los pies de los santos Apóstoles (Jn 13, 5); para que evidentemente mostrara que la mayoría de las veces, incluso en una obra buena, se contrae el polvo del pecado, y de ahí se manchan las huellas de los que hablan, de donde se limpian los corazones de los que oyen. Pues a menudo muchos, mientras pronuncian palabras de exhortación, por levemente que sea, se enaltecen interiormente porque a través de ellos se deriva la gracia de la purificación; y mientras lavan con la palabra las obras ajenas, recogen, como de un buen camino, el polvo de un mal pensamiento. ¿Qué fue, pues, lavar los pies de los discípulos después de la predicación, sino limpiar el polvo de los pensamientos después de la gloria de la predicación, y purificar los pasos del corazón de la elación interna? Ni obsta a la omnímoda ciencia del Mediador lo que se dice: "No sea que". Pues conociéndolo todo, pero asumiendo en su locución nuestra ignorancia, y enseñando mientras la asume, a veces habla como desde nuestra duda, como dice: "Cuando venga el Hijo del hombre, ¿crees que hallará fe sobre la tierra?" (Lc 18, 8). Terminados, pues, los banquetes, Job, ofreciendo sacrificio por sus hijos, decía: "No sea que mis hijos hayan pecado, y ha-

yan bendecido a Dios en sus corazones"; porque nuestro Redentor, después de que ha limpiado a sus predicadores de los males que los impugnan, también los defiende de las tentaciones incluso entre las cosas buenas que habían hecho. Sigue:

CAPÍTULO XXIV

JOB 1, 5. --- Así hacía Job todos los días.

32. El holocausto ofrecido continuamente por Cristo por nosotros. Todos los días Job no cesa de ofrecer sacrificio; porque sin intermisión el Redentor inmola un holocausto por nosotros, quien sin cesar muestra al Padre su encarnación por nosotros. Pues su misma encarnación es la oblación de nuestra limpieza; y cuando se muestra como hombre, lava los pecados del hombre interviniendo. Y por el misterio de su humanidad inmola un sacrificio perenne, porque también son eternas estas cosas que limpia.

33. Qué se ha tratado hasta ahora sobre el sentido histórico y alegórico, y qué ha de seguirse después sobre el moral. ---Por lo tanto, puesto que en el mismo comienzo de la exposición dijimos que la persona del bienaventurado Job anunciaba al Señor de tal modo que decíamos que por él se designaba la cabeza y el cuerpo, esto es, Cristo y la Iglesia; después de que hemos mostrado cómo se cree que fue designada nuestra cabeza, indiquemos ahora cómo se expresa su cuerpo, que somos nosotros; para que, habiendo oído de la historia lo que admiremos, y habiendo conocido de la cabeza lo que creamos, consideremos ahora del cuerpo lo que retengamos viviendo.

Pues en nosotros mismos debemos transformar lo que leemos; para que cuando el ánimo se excite por el oído, la vida concurra para obrar lo que haya escuchado.

CAPÍTULO XXV

JOB 1, 1. --- Había un hombre en la tierra de Hus por nombre Job.

34. SENTIDO MORAL. --- Job significa los elegidos. Cuál es su afecto acerca de las cosas terrenas y eternas. ---Si Job se dice doliente (dolens), y Hus consejero (consiliator), no sin mérito por ambos nombres se figura cada uno de los elegidos; porque indudablemente habita en una mente consejera quien, doliéndose de las cosas presentes, se apresura a las eternas. Pues hay algunos que descuidan su vida; y mientras apetecen las transitorias, mientras o bien no entienden las eternas, o bien desprecian las entendidas, ni sienten dolor ni saben tener consejo. Y como no consideran las cosas celestiales que perdieron, se consideran a sí mismos, ¡ay miserables!, estar en bienes. Pues de ningún modo levantan los ojos de su mente a la luz de la verdad para la cual fueron creados; de ningún modo tienden el filo de su deseo a la contemplación de la patria eterna: sino que desertando de sí mismos en estas cosas a las que han sido arrojados, aman en lugar de la patria el exilio que padecen, y en la ceguera que toleran, se regocijan como en la claridad de la luz. Pero, por el contrario, las mentes de los elegidos, mientras ven que todas las cosas transitorias no son nada, inquieren para qué fueron

creadas; y como nada fuera de Dios basta para su satisfacción, su pensamiento, fatigado por el mismo ejercicio de la inquisición, descansa en la esperanza y contemplación de su Creador, y apetece ser intercalado entre los ciudadanos celestiales; y cada uno de ellos, todavía puesto en el cuerpo en el mundo, ya surge con la mente fuera del mundo, deplora la miseria del exilio que tolera, y se excita con incesantes estímulos de amor hacia la sublime patria. Cuando, por lo tanto, doliente ve cuán eterno es lo que perdió, encuentra el consejo saludable de despreciar esto temporal por lo que corre; y cuanto más crece la ciencia del consejo para desertar de lo perecedero, tanto más se aumenta el dolor porque todavía no llega a lo permanente. De donde bien se dice por Salomón: "Quien añade ciencia, añade dolor" (Ecl 1, 18). Pues quien ya conoce lo sumo que todavía no tiene, más se duele por lo ínfimo en lo que es retenido.

35. Habitan en la tierra de Hus, esto es, en el consejo. ---Rectamente, pues, se dice que Job habita en la tierra de Hus, porque el ánimo doliente de cada uno de los elegidos se mantiene en el consejo de la ciencia. Se debe observar también cómo no hay ningún dolor de la mente en una acción de precipitación. Pues los que viven sin consejos, los que se abandonan precipitados a los eventos de las cosas, no son fatigados por ningún dolor de los pensamientos mientras tanto. Pues quien hábilmente fija la mente en el consejo de la vida, se considera cautamente mirándose a sí mismo en toda acción; y para que de la cosa que se

hace no le sorprenda un fin repentino y adverso, primero palpa esto con el pie del pensamiento suavemente puesto; sopesa para que el temor no impida estas cosas que se deben hacer; para que la precipitación no impulse en aquellas que se deben diferir; para que las cosas malas no venzan por la concupiscentia en guerra abierta; para que las cosas rectas no suplanten por la vanagloria acechando. Job, pues, habita en la tierra de Hus, mientras la mente del elegido, cuanto más se esfuerza por vivir mediante el consejo, tanto más se fatiga por el dolor del camino estrecho. Sigue:

CAPÍTULO XXVI

JOB 1, 1. --- Sencillo y recto, temeroso de Dios y apartado del mal.

36. La sencillez y rectitud del justo. Quienquiera que apetezca la patria eterna, vive sin duda sencillo y recto: sencillo, a saber, en la obra, recto en la fe; sencillo en los bienes que realiza abajo, recto en lo sumo que siente en lo íntimo. Pues hay algunos que en los bienes que hacen no son sencillos, mientras no buscan en ellos la retribución interiormente, sino el favor exteriormente. De donde bien se dice por cierto sabio: "¡Ay del pecador que entra en la tierra por dos caminos!" (Eclo 2, 14). Por dos caminos entra el pecador en la tierra, cuando tanto es de Dios lo que exhibe en la obra, como es del mundo lo que busca por el pensamiento.

37. Comienza por el temor, se consuma en la caridad. Bien se dice, además: "Temeroso de Dios y apartado del mal"; porque la santa Iglesia de

los elegidos comienza los caminos de su sencillez y rectitud por el temor, pero los consuma por la caridad. Para la cual es entonces apartarse de raíz del mal, cuando por el amor de Dios ha comenzado ya a no querer pecar. Pero cuando todavía hace cosas buenas por temor, no se ha apartado del mal por completo; porque por eso mismo peca, por lo cual querría pecar si hubiera podido hacerlo impunemente. Rectamente, pues, cuando se dice que Job teme a Dios, se refiere también que se aparta del mal; porque mientras la caridad sigue al temor, aquellas cosas que se dejan con la mente, la culpa es también pisoteada por el propósito del pensamiento. Y porque por el temor se reprime cada vicio, y por la caridad nacen las virtudes, rectamente se añade:

CAPÍTULO XXVII

JOB 1, 2. --- Y le nacieron siete hijos y tres hijas.

38. Los siete hijos de Job significan otros tantos dones del Espíritu Santo; las tres hijas, la esperanza, la fe y la caridad. Siete hijos nos nacen, en efecto, cuando por la concepción del buen pensamiento, se originan en nosotros las siete virtudes del Espíritu Santo. Pues el profeta enumera esta prole interna cuando el Espíritu fecunda la mente, diciendo: "Reposará sobre él el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y le llenará el espíritu del temor del Señor" (Is 11, 2). Cuando, por lo tanto, por el advenimiento del Espíritu Santo, nacen en cada uno de nosotros la sabiduría, el

entendimiento, el consejo, la fortaleza, la ciencia, la piedad y el temor del Señor, se propaga en la mente como una posteridad permanente, que conserva el género de nuestra nobleza celestial tanto más largamente para la vida, cuanto más lo asocia al amor de la eternidad. Pero los siete hijos tienen en nosotros, sin duda, sus tres hermanas, porque todo lo varonil que estos sentidos de las virtudes hacen, lo unen a la esperanza, la fe y la caridad. Pues los siete hijos no llegan a la perfección del número denario (diez), si no estuviere en la fe, la esperanza y la caridad todo lo que hacen. Pero como a esta abundancia de las virtudes precedentes sigue un pensamiento multiforme de buenas obras, rectamente se añade:

CAPÍTULO XXVIII

JOB 1, 3. --- Y su posesión fue de siete mil ovejas y tres mil camellos.

39. Posee ovejas quien alimenta en su interior una mente inocente con la verdad. Guardada la verdad de la historia, podemos imitar espiritualmente lo que oímos carnalmente. Pues poseemos siete mil ovejas cuando alimentamos pensamientos inocentes, con perfecta limpieza de corazón, dentro de nosotros mismos, con el pasto de la verdad buscado.

40. Posee camellos quien somete lo que hay de alto y tortuoso en sí mismo, o bien a la fe, o bien lo inclina por la caridad. ---Y estarán en nuestra posesión también tres mil camellos si todo lo que en nosotros es alto y tortuoso se somete a la razón de la fe, y bajo el conocimiento de la

Trinidad, se inclina espontáneamente en el deseo de la humildad. Pues poseemos camellos si deponemos humildemente lo que sentimos elevado. Poseemos camellos indudablemente cuando inclinamos nuestros pensamientos a la compasión de la enfermedad fraterna, para que, llevando nuestras cargas mutuamente, sepamos compadecernos de la enfermedad ajena descendiendo hasta ella. Pueden también entenderse por los camellos, que de ningún modo parten la pezuña pero sí rumian, las buenas dispensaciones de las cosas terrenas: las cuales, porque tienen algo del siglo y algo de Dios, es necesario que sean designadas por un animal común. Pues la dispensación terrena, aunque sirva a la utilidad eterna, no puede ejercerse sin perturbación de la mente. Por lo cual, ya que por esta la mente se confunde al presente y para siempre se prepara la recompensa, como animal común tiene algo de la ley y algo no tiene. Pues no parte la pezuña porque el alma no se desune plenamente de toda obra terrena; pero sin embargo rumia porque, dispensando bien lo temporal, espera lo celestial por la confianza de la certeza. Las dispensaciones terrenas, por lo tanto, al modo de los camellos, concuerdan con la ley por la cabeza y discrepan por el pie; porque tanto son del cielo aquellas cosas que los que viven justamente apetecen, como son de este mundo aquellas en las que se ocupan mediante la obra. Nosotros, por tanto, cuando sometemos esas mismas dispensaciones terrenas al conocimiento de la Trinidad, poseemos como camellos por la fe. Sigue:

CAPÍTULO XXIX

JOB 1, 3. --- Quinientas yuntas de bueyes y quinientas asnas.

41. Las yuntas de bueyes son virtudes concordes. Las asnas son movimientos lascivos o pensamientos sencillos. Las yuntas de bueyes están para el uso de nuestra posesión cuando las virtudes concordes aran la dureza de la mente. Poseemos también quinientas asnas cuando restringimos los movimientos lascivos; y todo lo que de carnal apetece surgir en nosotros, lo refrenamos con el dominio espiritual del corazón. O ciertamente poseer asnas es gobernar los pensamientos sencillos dentro de nosotros: los cuales, mientras no pueden correr en un entendimiento más sutil, cuanto más lentamente caminan, tanto más suavemente llevan las cargas fraternas. Pues hay algunos que, mientras no entienden las cosas altas, se aplican más humildemente a las obras exteriores de la conversación. Bien, por tanto, por las asnas, animal lento por cierto pero dedicado a llevar cargas, recibimos los pensamientos sencillos; porque mientras reconocemos frecuentemente nuestra ignorancia, toleramos más levemente las cargas ajenas. Y como no nos eleva como una altura de singular sabiduría, nuestra mente se inclina ecuánimemente para sobrellevar la inercia del corazón ajeno. Rectamente, además, se refieren ya sean yuntas de bueyes o quinientas asnas; porque o bien en esto que sabiamente conocemos, o bien en esto que humildemente ignoramos, mientras buscamos

el descanso de la paz eterna, nos mantenemos como dentro del número del jubileo. Sigue:

CAPÍTULO XXX

JOB 1, 3. --- Y una servidumbre muy numerosa.

42. La numerosa servidumbre es la multitud de pensamientos que debe ser contenida. Poseemos una servidumbre muy numerosa cuando restringimos pensamientos innumerables bajo el dominio de la mente; no sea que por su misma multitud superen al ánimo, no sea que por un orden perverso pisoteen el principado de nuestra discreción. Y bien se significa la turba de los pensamientos con la apelación de numerosa servidumbre. Pues sabemos que, ausente la señora, las lenguas de las esclavas alborotan, abandonan el silencio, descuidan los oficios de la obra asignada, y confunden para sí todo el orden de vivir. Pero si de repente viene la señora, pronto las lenguas alborotadoras callan, retoman los oficios de cada obra; y así vuelven a su propio trabajo como si no se hubieran retirado. Si, por lo tanto, la razón se aleja de la casa de la mente hacia un monumento (distracción), como si la señora estuviera ausente, el clamor de los pensamientos se multiplica como una gárrula turba de esclavas. Pero en cuanto la razón vuelve a la mente, pronto se reprime la confusión tumultuosa; y como si las esclavas se reprimieran tácitamente para la obra mandada, así los pensamientos se someten enseguida por sus propias causas a la utilidad. Poseemos, por lo tanto, una numerosa servidumbre cuando por derecho recto dominamos los

innumerables pensamientos con la discreción de la razón. Lo cual, sin duda, cuando lo hacemos hábilmente, intentamos unirnos a través de esa misma discreción con los ángeles. Por lo cual también rectamente se añade:

CAPÍTULO XXXI

JOB 1, 3. --- Y aquel hombre era grande entre todos los orientales.

43. Por el refrenamiento de estas cosas somos hechos grandes. Pues entonces somos hechos grandes entre todos los orientales cuando, reprimida la niebla de la corrupción carnal, nos asociamos, en cuanto la posibilidad lo permite, por los rayos de nuestra discreción, a aquellos espíritus que se adhieren a la luz que nace (orienti). De donde también se dice por Pablo: "Nuestra conversación está en los cielos" (Fil 3, 20). Quienquiera que sigue las cosas temporales y defectuosas, busca el ocaso; pero quienquiera que desea las cosas celestiales, demuestra que habita en el Oriente. Se hace grande, por lo tanto, no entre los occidentales, sino entre los orientales, quien se esfuerza por progresar no entre las acciones de los malvados que buscan lo ínfimo y fugitivo, sino entre los coros de los ciudadanos celestiales. Sigue:

CAPÍTULO XXXII

JOB 1, 4. --- E iban sus hijos y hacían banquetes por las casas, cada uno en su día.

44. Cada una de las virtudes hace un banquete en su propio día. Los hijos hacen banquetes por las casas mientras cada una de las virtudes alimenta la mente según su propio modo. Y bien se dice: "Cada uno en su día". Pues el día de cada hijo es la iluminación de cada virtud. Pues para que repita brevemente estos mismos dones de la gracia septiforme: un día tiene la sabiduría, otro el entendimiento, otro el consejo, otro la fortaleza, otro la ciencia, otro la piedad, otro el temor. Pues no es lo mismo tener sabiduría (sapere) que entender (intelligere); porque muchos, por cierto, tienen sabiduría de las cosas eternas, pero de ningún modo pueden entenderlas. La sabiduría, por lo tanto, en su día hace un banquete porque recrea la mente con la esperanza y la certeza de las cosas eternas. El entendimiento prepara un banquete en su día porque en aquello que penetra lo escuchado, recreando el corazón, ilumina sus tinieblas. El consejo ofrece un banquete en su día porque, mientras prohíbe ser precipitado, llena el ánimo de razón. La fortaleza hace un banquete en su día porque, mientras no teme las cosas adversas, pone los alimentos de la confianza ante la mente temblorosa. La ciencia prepara un banquete en su día porque en el vientre de la mente vence el ayuno de la ignorancia. La piedad ofrece un banquete en su día porque llena las entrañas del corazón con obras de misericordia. El temor hace un banquete en su día porque, mientras reprime la mente para que no se ensoberbezca por las cosas presentes, la conforta con el alimento de la esperanza sobre las futuras.

45. Si se separan unas de otras, desfallecen. Pero veo que en este banquete de los hijos debe escrutarse que se alimentan mutuamente. Pues cada virtud individual queda muy desvalida si una virtud no auxilia a la otra. Pues es menor la sabiduría si carece de entendimiento; y el entendimiento es muy inútil si no subsiste de la sabiduría; porque cuando penetra las cosas más altas sin el peso de la sabiduría, su propia ligereza lo eleva para caer más gravemente. Vil es el consejo al que le falta el robo de la fortaleza; porque lo que encuentra tratando, careciendo de fuerzas, no lo lleva hasta la perfección de la obra: y la fortaleza se destruye mucho a menos que sea apoyada por el consejo; porque cuanto más se ve capaz, tanto más la virtud sin la moderación de la razón se precipita peor al abismo. Ninguna es la ciencia si no tiene la utilidad de la piedad; porque mientras descuida ejecutar los bienes conocidos, se ata más estrechamente para el juicio. Y muy inútil es la piedad si carece de la discreción de la ciencia; porque mientras ninguna ciencia la ilumina, ignora cómo compadecerse. El temor mismo también, si no tuviere además estas virtudes, no surge sin duda para ninguna obra de buena acción; porque mientras tiembla ante todo, por su mismo pavor vacila torpe de todos los bienes. Porque, por tanto, por un ministerio alterno la virtud es recreada por la virtud, rectamente se dice que los hijos banquetean mutuamente entre sí. Y cuando una apoyando apoya a la otra, como a través de sus días la numerosa prole prepara el banquete para ser alimentada. Sigue:

CAPÍTULO XXXIII

IBÍD. --- Y enviando llamaron a sus tres hermanas, para que comieran y bebieran con ellos.

46. Al banquete de las virtudes deben ser invitadas la esperanza, la fe y la caridad. Cuando nuestras virtudes en todo lo que hacen, suscitan la esperanza, la fe y la caridad, como hijos trabajadores, llaman a las tres hermanas al banquete, para que la fe, la esperanza y la caridad se regocijen en la obra buena que cada virtud administra. Las cuales reciben fuerzas como del alimento, mientras se hacen más confiadas por las buenas obras; y mientras después del alimento desean ser regadas por el rocío de la contemplación, se embriagan como de la copa.

47. Por los mismos bienes que hacemos, nos acercamos a lo peor. Pero ¿qué es lo que en esta vida se realiza sin la mancha de algún contagio, por sutil que sea? Pues a veces, por los mismos bienes que hacemos, nos acercamos a lo peor; porque mientras producen alegría en la mente, engendran también una cierta seguridad; y mientras la mente se vuelve segura, se relaja en el torpor. Pero a veces nos contaminan con una pequeña elación; y nos hacen tanto más abatidos ante Dios, cuanto más hinchados nos vuelven ante nosotros mismos. Por lo cual se añade bien:

CAPÍTULO XXXIV

VERS. 5. Y cuando los días del banquete habían pasado en circuito, Job enviaba y los santificaba.

47. En las buenas obras debe purificarse la intención. Pues habiendo pasado el circuito de los días del banquete, enviar a los hijos y santificarlos es, después del sentido de las virtudes, dirigir la intención del corazón y limpiar todo lo que se hace con una rigurosa discusión de retractación; para que no se estimen buenas las cosas que son malas; para que al menos las cosas tenidas verdaderamente por buenas no se piensen suficientes cuando no son perfectas. Pues así la mente se engaña a menudo, de modo que es engañada o por la calidad del mal o por la cantidad del bien. Pero las oraciones encuentran estos sentidos de las virtudes mejor que las discusiones; pues aquellas cosas que nos esforzamos por escudriñar más plenamente en nosotros mismos, a menudo las penetramos más verdaderamente orando que investigando. Pues cuando la mente es elevada a las cosas altas por una cierta máquina de compunción, contempla con más certeza todo lo que le ha ocurrido sobre sí misma, juzgándolo por debajo de sí misma. Por lo cual también se añade rectamente:

CAPÍTULO XXXV

IBÍD. --- Y levantándose de madrugada ofrecía holocaustos por cada uno.

48. Debe ofrecerse el holocausto de la oración para purificar cada una de las virtudes. Pues nos levantamos de madrugada cuando, inundados por la luz de la compunción, abandonamos la noche de nuestra humanidad y abrimos los ojos de la mente a los rayos de la verdadera luz. Y ofre-

cemos un holocausto por cada uno de los hijos cuando inmolamos al Señor la hostia de nuestra oración por cada virtud: para que la sabiduría no eleve; para que el entendimiento, mientras corre sutilmente, no yerre; para que el consejo, mientras se multiplica, no confunda; para que la fortaleza, mientras ofrece confianza, no precipite; para que la ciencia, mientras conoce y no ama, no hinche; para que la piedad, mientras se inclina fuera de la rectitud, no tuerza; para que el temor, mientras tiembla más de lo justo, no sumerja en el foso de la desesperación. Por tanto, cuando derramamos oraciones al Señor por cada virtud para que sea pura, ¿qué otra cosa hacemos sino presentar un holocausto por cada uno según el número de los hijos? Pues se llama holocausto a lo que es totalmente quemado. Dar un holocausto, por lo tanto, es encender toda la mente con el fuego de la compunción, para que el corazón arda en el ara del amor y queme, como los pecados de la propia prole, las manchas del pensamiento.

49. No ofrece esto quien no frena los movimientos internos. Pero no saben hacer esto sino aquellos que, antes de que los pensamientos salgan a la obra, frenan sus movimientos internos vigilándolos solícitamente; no saben hacer esto sino quienes han sabido proteger la mente con una custodia varonil. Por lo cual se dice rectamente que Isboset fue extinguido por una muerte inesperada, de quien también la sagrada Escritura testifica que no tenía en su casa un portero, sino una portera, diciendo: Los hijos de Rimón de Berot, Recab y Baaná, llegando, entraron en la

casa de Isboset en el calor del día, el cual dormía sobre su lecho al mediodía. Entraron en la casa; y la portera de la casa, que limpiaba el trigo, se durmió. Tomando espigas de trigo, entraron ocultamente y le hirieron en la ingle. (2 Sam 4, 5). La portera limpia el trigo cuando la custodia de la mente separa las virtudes de los vicios discerniendo. La cual, si se durmiere, admite a los acechadores para la muerte de su propio Señor; porque cuando ha cesado la solicitud de la discreción, abre el camino a los espíritus malignos para matar el alma. Los cuales, entrando, se llevan las espigas porque pronto arrebatan los gérmenes de los buenos pensamientos. E hieren en la ingle porque matan la virtud del corazón con el deleite de la carne. Pues herir en la ingle es perforar la vida de la mente con el deleite de la carne. De ningún modo este Isboset sucumbiría a esta muerte si no hubiera puesto a la entrada de la casa a una mujer, esto es, una custodia blanda al acceso de la mente. Pues un sentido fuerte y varonil debe ser antepuesto a las puertas del corazón, al cual ni el sueño de la negligencia lo oprima, ni el error de la ignorancia lo engañe. Por lo cual bien fue llamado Isboset, el cual con una mujer por guardia es despojado por las espadas enemigas. Pues Isboset significa varón de confusión. Y es varón de confusión quien no está protegido por una fuerte custodia de la mente; porque mientras estima que practica las virtudes, los vicios que subentran lo matan sin saberlo. Por tanto, el acceso de la mente debe ser protegido con toda virtud, para que en ningún momento los enemi-

gos que acechan lo penetren por el agujero de un pensamiento descuidado. De aquí dice Salomón: Con toda custodia guarda tu corazón, porque de él procede la vida. (Prov 4, 23). Es digno, pues, que pesemos con sumo esfuerzo las virtudes que practicamos desde el origen de la intención, para que no procedan de un mal nacimiento, aunque sean rectas las cosas que ostentan. Por lo cual aquí también se añade rectamente:

CAPÍTULO XXXVI

IBÍD. --- Pues decía: No sea que mis hijos hayan pecado y hayan bendecido a Dios en sus corazones.

50. Diversas acechanzas del enemigo; para que vicie las buenas obras, al inicio de la obra, en el progreso, en el fin. Los hijos maldicen en sus corazones cuando nuestras obras rectas proceden de pensamientos no rectos; cuando muestran bienes en público, pero en lo oculto traman cosas nocivas. Pues maldicen a Dios cuando nuestras mentes estiman tener de sí mismas lo que son. Maldicen a Dios cuando entienden que han recibido de Él las fuerzas, pero sin embargo buscan su propia alabanza de los dones de Él. Pero debe saberse que el antiguo enemigo persigue nuestros bienes de tres modos, para que, a saber, esto que se hace recto ante los hombres, sea viciado ante el rostro del juez interno. Pues a veces contamina la intención en la obra buena, para que todo lo que sigue en la acción no salga puro y limpio, por cuanto perturba esto desde el origen. Pero a veces no prevalece para viciar la intención de

la obra buena, sino que en la misma acción se opone como en el camino; para que, mientras cada uno sale más seguro por el propósito de la mente, subentrado ocultamente un vicio, sea muerto como por acechanzas. Pero a veces ni vicia la intención, ni suplanta en el camino, sino que pone lazo a la obra buena en el fin de la acción; y cuanto más simula haberse alejado o de la casa del corazón o del camino de la obra, tanto más astutamente espera el término de la buena acción para engañar; y cuanto más incauto haya vuelto a cada uno como alejándose, tanto más duramente e incurablemente lo traspasa a veces con una herida repentina.

Pues contamina la intención en la obra buena porque, cuando ve los corazones de los hombres fáciles de engañar, aplica a sus deseos el aura del favor transitorio; para que en aquellas cosas que hacen rectas, se inclinen por la fortaleza de la intención a apetecer lo ínfimo. Por lo cual rectamente bajo la especie de Judea, sobre cada alma capturada en el lazo de una miserable intención, se dice por el profeta: Sus enemigos se han vuelto en cabeza. (Lam 1, 5). Como si se dijera abiertamente: Cuando la obra buena se asume con una intención no buena, los espíritus que se oponen a esto dominan desde el mismo inicio del pensamiento; y tanto más plenamente la poseen cuanto también la tienen dominada por el principio.

Pero cuando no prevalecen para viciar la intención, ocultan lazos puestos en el camino, para que en aquello que se hace bien el corazón, exal-

tándose, se desvíe por un lado hacia el vicio; a fin de que lo que al comenzar se había propuesto de un modo, en la acción lo recorra de un modo muy distinto a como empezó. Pues a menudo, mientras la alabanza humana sale al encuentro de la obra buena, cambia la mente del que obra: la cual, aunque no había sido buscada, sin embargo, al ser ofrecida, deleita. Con cuyo deleite, cuando la mente del que obra bien se relaja, se disipa de todo vigor de la intención íntima. A menudo a nuestra justicia bien comenzada se le une la ira por un lado; y mientras turba la mente de modo inmoderado por el celo de la rectitud, hiere toda la salud del sosiego íntimo. A menudo una tristeza unida como por un lado sigue a la gravedad del corazón; y toda la obra que la mente comienza con buena intención, esta la ensombrece con el velo del pesar. La cual también a veces es rechazada tanto más tarde cuanto que sirve a la mente oprimida como si fuera más tardía. A menudo la alegría inmoderada se une a la obra buena; y cuando exige que la mente se alegre más de lo que conviene, rechaza de la buena acción todo peso de gravedad. Porque, por tanto, el Salmista había visto que había lazos en el camino incluso para los que comenzaban bien, rectamente decía lleno de espíritu profético: En este camino por el que yo andaba, me escondieron un lazo. (Sal 141, 4). Lo cual bien y sutilmente insinúa Jeremías, quien mientras procuró referir los hechos de fuera, indicó lo que se hacía dentro entre nosotros mismos, diciendo: Vinieron ochenta varones de Siquem, de Silo y de Samaria, rapada la barba, rotas las

vestiduras y descuidados (squalentes); traían en su mano presentes e incienso para ofrecerlos en la casa del Señor. Pero Ismael hijo de Natatías salió a su encuentro desde Masfa, e iba llorando mientras caminaba. Y cuando se encontró con ellos, les dijo: Venid a Godolías hijo de Ahicán. Los cuales, habiendo llegado al medio de la ciudad, los mató. (Jer 41, 5). Pues rapan la barba quienes se quitan a sí mismos la confianza de sus propias fuerzas. Rompen las vestiduras quienes no se perdonan a sí mismos en la laceración del decoro exterior. Vienen incienso y presentes para ofrecer en la casa del Señor quienes prometen exhibirse en el sacrificio de Dios, la oración con las obras. Pero, sin embargo, si no saben vigilarse cautamente en el mismo camino de la santa devoción, Ismael hijo de Natatías sale a su encuentro; porque, sin duda, cualquier espíritu maligno, engendrado en el error de la soberbia por el ejemplo de su antecesor, a saber, Satanás, se opone para el lazo del engaño. De quien también bien se dice: Iba llorando mientras caminaba; porque, para poder matar hiriendo a las mentes devotas, se oculta a sí mismo como bajo el velo de la virtud; y mientras simula concordar con los que verdaderamente lloran, admitido más con más seguridad en lo íntimo del corazón, mata esto que de la virtud se oculta dentro. El cual la mayoría de las veces promete promover a cosas más altas. Por lo cual se refiere que dijo: Venid a Godolías hijo de Ahicán; y mientras promete cosas mayores, quita incluso las mínimas. Por lo cual también rectamente se dijo: Los cuales, habiendo llegado al medio de la

ciudad, los mató. A los varones, pues, que venían a ofrecer dones a Dios, los mata en medio de la ciudad; porque las mentes dedicadas a las obras divinas, a menos que se guarden con gran circunspección, deslizándose el enemigo mientras llevan la hostia de la devoción, pierden la vida en el mismo camino. De cuya mano del enemigo no se escapa a menos que se recurra más pronto a la penitencia. Por lo cual allí se añade adecuadamente: Pero se hallaron diez varones entre ellos que dijeron a Ismael: No nos mates, porque tenemos tesoros en el campo de trigo, de cebada, de aceite y de miel; y no los mató. (Jer 41, 8). Pues el tesoro en el campo es la esperanza en la penitencia, la cual, porque no se ve, se contiene como desenterrada en la tierra del corazón. Quienes, por tanto, tuvieron tesoros en el campo, fueron salvados; porque quienes después del vicio de su incautela vuelven al lamento de la penitencia, no mueren aunque sean capturados.

Pero cuando el antiguo enemigo ni hiere en el exordio de la intención, ni intercepta en el camino de la acción, tiende lazos más duros en el fin. Al cual asedia tanto más inicuamente cuanto más ve que solo le queda eso para engañar. El Profeta vio estos lazos puestos en su fin cuando decía: Ellos observarán mi calcañar. (Sal 55, 7). Porque, habiendo en el calcañar el fin del cuerpo, ¿qué se significa por este sino el término de la acción? Ya sea, pues, que los espíritus malignos, o cualesquiera hombres inicuos, seguidores de la soberbia de aquellos, observen el calcañar cuando desean viciar el fin de la acción buena. Por lo

cual también se dice a la misma serpiente: Ella observará tu cabeza, y tú su calcañar. (Gén 3, 15, según los LXX). Observar la cabeza de la serpiente es mirar los inicios de su sugerencia y extirparlos totalmente del acceso del corazón con la mano de una solícita consideración. El cual, sin embargo, cuando es descubierto desde el principio, se esfuerza por herir el calcañar, porque aunque no hiera la intención con la primera sugerencia, tiende a engañar al final. Pero si una vez el corazón se corrompe en la intención, la mitad y el término de la acción subsiguiente son poseídos con seguridad por el astuto enemigo; puesto que ve que el árbol le da todos los frutos que vició con el diente del veneno en la raíz. Porque, por tanto, debe vigilarse con sumo cuidado para que la mente que sirve a las buenas obras no se contamine con una intención réproba, rectamente se dice: No sea que mis hijos hayan pecado y hayan bendecido a Dios en sus corazones. Como si se dijera abiertamente: Ningún bien hay que se haga fuera si por él no se inmola dentro, ante los ojos de Dios, la víctima de la inocencia en el ara del corazón.

Por tanto, con toda virtud debe examinarse el río de la obra, si emana puro de la fuente del pensamiento. Con todo cuidado debe guardarse del polvo de la malicia el ojo del corazón; para que esto que muestra recto a los hombres en la acción, no lo tuerza dentro de sí por el vicio de una intención depravada.

Por eso debe cuidarse que nuestras buenas obras no sean pocas, ni dejen de ser examinadas. Por tanto, debe cuidarse que nuestros bienes

no sean pocos; cuidarse que no dejen de ser examinados; no sea que, haciendo pocos, seamos hallados estériles; o dejándolos sin examinar, seamos hallados necios. Pues tampoco cada cosa es verdaderamente virtud si no está mezclada con otras virtudes. Por lo cual se dice rectamente a Moisés: Toma para ti aromas, estacte, uña olorosa, gálbano de buen olor e incienso lucidísimo; todos serán de igual peso, y harás un perfume compuesto por obra del perfumista, mezclado diligentemente y puro. (Éx 30, 34). Pues hacemos un perfume compuesto de aromas cuando, en el altar de la buena obra, olemos por la multiplicidad de las virtudes. El cual se vuelve mezclado y puro porque cuanto más se une virtud con virtud, tanto más sinceramente se presenta el incienso de la buena obra. Por lo cual también bien se añade: Y cuando hubieres triturado todo en un polvo finísimo, pondrás de él ante el tabernáculo del testimonio. (Ibíd., 36). En polvo finísimo trituramos todos los aromas cuando nuestros bienes los machacamos como en el mortero del corazón con una discusión oculta; y si son verdaderamente buenos, los retractamos sutilmente. Reducir, pues, los aromas a polvo es desmenuzar las virtudes volviéndolas a considerar, y revocarlas hasta la sutileza de un examen oculto. Y debe notarse que de ese mismo polvo se dice: Pondrás de él ante el tabernáculo del testimonio; porque entonces, sin duda, nuestros bienes agradan verdaderamente ante la vista del juez, cuando la mente los tritura volviéndolos a considerar más sutilmente y, como si fuera de aromas, devuelve

polvo; para que no sea tosco y duro el bien que se hace; no sea que, si la mano estrecha de la retractación no lo desmenuza, no esparza más sutilmente su olor. De aquí es, pues, que la virtud de la esposa es alabada por la voz del esposo cuando se dice: ¿Quién es esta que sube por el desierto como una columnita de humo de los aromas de mirra e incienso, y de todo polvo de perfumista? (Cant 3, 6). Pues la santa Iglesia sube como una columnita de humo de los aromas porque, por las virtudes de su vida, progresa diariamente en la rectitud del incienso interno, y no se desparrama dispersa por los pensamientos, sino que se contiene dentro de los arcanos del corazón en la vara del rigor. La cual, mientras no cesa de volver a considerar y retractar lo que hace, tiene ciertamente mirra e incienso en la obra, pero polvo en el pensamiento. De aquí es que se dice de nuevo a Moisés sobre los que ofrecen la hostia: Quitada la piel de la hostia, corten los miembros en trozos. (Lev 1, 6). [Vet. XL.] Pues quitamos la piel de la hostia cuando removemos de los ojos de nuestra mente la superficie de la virtud. Cuyos miembros cortamos en trozos cuando, distinguiendo sutilmente sus partes íntimas, pensamos miembro por miembro. Debe cuidarse, pues, que cuando vencemos los males, no seamos suplantados por los bienes que se desenfrenan; no sea que tal vez salgan fluidos, no sea que sean capturados por falta de circunspección, no sea que por error abandonen el camino, no sea que quebrados por el cansancio pierdan el mérito del trabajo anterior. Pues en todo debe la mente vigilarse a sí

misma y perseverar en la misma providencia de su circunspección. Por lo cual también se añade rectamente:

CAPÍTULO XXXVII

IBÍD. --- Así hacía Job todos los días.

55. La perseverancia necesaria. Pues en vano se hace el bien si se abandona antes del término de la vida; porque también en vano corre velozmente quien desfallece antes de llegar a la meta. De aquí es, pues, que se dice de los réprobos: ¡Ay de aquellos que perdieron la paciencia! (Eclo 2, 16). De aquí la Verdad dice a sus elegidos: Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis tentaciones. (Lc 22, 28). De aquí José, quien se describe que perseveró justo entre sus hermanos hasta el fin, se refiere que solo él tuvo una túnica talar (que llegaba hasta los talones). (Gén 37, 24, según los LXX). Pues ¿qué es la túnica talar sino la acción consumada? Pues así como una túnica extendida cubre el talón del cuerpo, así la acción buena ante los ojos de Dios nos cubre hasta el término de la vida. De aquí es que por Moisés se manda ofrecer en el altar la cola de la hostia (Éx 29, 22; Lev 3, 9); para que, a saber, todo bien que comenzamos, también lo completemos con un fin perseverante. Bien, pues, las cosas comenzadas deben hacerse todos los días; para que cuando el mal es rechazado luchando, la misma victoria del bien sea mantenida por la mano de la constancia.

Estas cosas, por tanto, las hemos dicho bajo un triple entendimiento para que, proponiendo

diversos alimentos a un alma fastidiada, ofrezcamos algo que pueda tomar eligiendo. Sin embargo, pedimos encarecidamente esto: que quien eleva la mente al entendimiento espiritual, no se aparte de la veneración de la historia.

LIBRO SEGUNDO.

Prosigue la narración del primer capítulo desde el versículo sexto hasta el fin, según el triple sentido.

CAPÍTULO I

1. La sagrada Escritura es un Espejo. La sagrada Escritura se antepone a los ojos de la mente como un cierto espejo (Vid. Agustín en Sal 103, ser. 1, n. 4), para que nuestro rostro interno se vea en ella. Pues allí conocemos nuestras cosas feas, allí las hermosas. Allí sentimos cuánto progresamos, allí a qué distancia estamos del provecho. Pues narra los hechos de los santos y provoca los corazones de los débiles a la imitación. Y mientras conmemora sus hechos victoriosos, contra las batallas de los vicios confirma nuestras cosas débiles; y sucede por sus palabras que la mente tiembla tanto menos durante las contiendas cuanto más ve puestos ante sí los triunfos de tantos varones fuertes. Pero a veces no solo nos afirma sus virtudes, sino que también nos da a conocer sus caídas; para que veamos tanto en la victoria de los fuertes qué tomar imitando, como de nuevo en los lapsos qué debemos temer. Pues he aquí que Job se describe acrecentado por la tentación, pero David postrado por la tentación;

para que tanto la virtud de los mayores fomente nuestra esperanza, como la caída de los mayores nos ciña para la cautela de la humildad; a fin de que mientras aquellas cosas alegrando elevan, estas cosas temiendo abaten; y el ánimo del que escucha, instruido de una parte con la confianza de la esperanza y de otra con la humildad del temor, ni se ensoberbezca por la temeridad porque es reprimido por el pavor, ni oprimido por el temor desespere porque se fortalece para la confianza de la esperanza por el ejemplo de la virtud.

CAPÍTULO II.

VERS. 6.---Cierto día, cuando vinieron los hijos de Dios para asistir ante el Señor, se presentó entre ellos también Satán.

2. SENTIDO HISTÓRICO. Con cuánta exactitud la Sagrada Escritura describe los hechos. Es grato observar cómo las sagradas palabras expresan en los comienzos de las narraciones las cualidades y los términos de las causas. Pues a veces señalan lo que añaden sobre la acción venidera por la posición del lugar, a veces por la posición del cuerpo, a veces por la calidad del aire, a veces por la calidad del tiempo. Ciertamente, por la posición de los lugares la divina Escritura expresa los méritos y fines de las causas subsiguientes, como dice de Israel que no pudo oír las palabras de Dios en el monte, sino que recibió los preceptos en las llanuras: indicando sin duda la subsiguiente flaqueza del pueblo, que no fue capaz de ascender a lo más alto, sino que se relajó en lo más bajo viviendo con descuido. Por

la posición del cuerpo anuncia las cosas futuras, como en los Hechos de los Apóstoles Esteban manifiesta haber visto a Jesús, que está sentado a la diestra de la virtud de Dios, estando de pie (Hech. VII, 55, 56). Pues estar de pie es propio del que ayuda. And rectamente se le ve estar de pie a quien auxilia en la guerra del certamen. Por la calidad del aire se demuestra la cosa subsiguiente, como el evangelista, cuando iba a decir que ninguno de Judea creería entonces mientras el Señor predicaba, antepuso diciendo: 'Era invierno' (Juan X, 22). Pues está escrito: 'Porque abundará la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos' (Mat. XXIV, 12). Por eso, pues, se cuidó de expresar el tiempo del invierno, para indicar que en el corazón de los oyentes estaba el frío de la malicia. De aquí es que sobre Pedro que iba a negar se antepone: 'Porque hacía frío, y estando junto a las brasas se calentaba' (Juan XVIII, 18). Pues ya se había entorpecido por dentro del calor de la caridad, y se recalentaba en el amor de la vida presente, como ante las brasas de los perseguidores, por su flaqueza agitada. Por la calidad del tiempo también se expresa el fin de la acción, como se refiere que Judas salió de noche (Juan XIII, 30) para la perfidia de la traición como quien no habría de volver al perdón, cuando al salir él, dice el evangelista: 'Era de noche'. Pues de aquí también se dice al rico inicuo: 'Esta noche pedirán tu alma de ti' (Luc. XII, 20). Pues el alma, que es llevada a las tinieblas, se recuerda que es pedida no en el día, sino en la noche. De aquí es que Salomón, que recibió la sabiduría como quien no

habría de perseverar, se describe que recibió esta en sueños y de noche (III Rey. III, 11). De aquí es que los ángeles vienen a Abraham al mediodía; pero para castigar a Sodoma, se recuerda que vinieron a ella al atardecer (Gén. XVIII, 1, 2; XIX, 1). Porque, por tanto, la tentación del bienaventurado Job es conducida a la victoria, se relata que comenzó desde un día, cuando se dice:

CAPÍTULO III.

IBID.---Cierto día, cuando vinieron los hijos de Dios para asistir ante el Señor, se presentó entre ellos también Satán.

3. Cómo los ángeles están presentes ante Dios, aun siendo enviados en ministerio. De cuánta sutileza son los ángeles. ¿Pero quiénes son llamados hijos de Dios, sino los ángeles electos? Sobre los cuales, constando que sirven a los ojos de la majestad, es muy de preguntar de dónde vienen para que asistan ante el Señor. Pues de estos se dice por la voz de la Verdad: 'Sus ángeles en los cielos siempre ven la faz de mi Padre, que está en los cielos' (Mat. XVIII, 10). De estos dice el profeta: 'Miles de miles le ministraban, y diez mil veces cien mil le asistían' (Dan. VII, 10). Si, pues, siempre ven, y siempre asisten, ha de preguntarse con vigilante cuidado de dónde vienen los que nunca se retiran. Pero cuando se dice de ellos por medio de Pablo: '¿No son todos espíritus administradores, enviados en ministerio por causa de aquellos que reciben la herencia de la salvación?' (Heb. I, 14). Por esto, que conocemos que son enviados, encontramos de dónde vienen.

Pero he aquí que unimos cuestión a cuestión, y como si mientras nos esforzamos por soltar el asa, ligáramos un nudo. ¿Cómo pueden o siempre asistir, o ver siempre la faz del Padre, si son enviados al ministerio exterior para nuestra salvación? Lo cual, sin embargo, resolvemos más pronto si sopesamos de cuánta sutileza es la naturaleza angélica. Pues no salen fuera de la visión divina de tal modo que se priven de los goces de la contemplación interna; porque si al salir perdieran el aspecto del creador, ni podrían levantar a los que yacen, ni anunciar las cosas verdaderas a los que las ignoran; y la fuente de luz, que ellos mismos perderían al salir, de ningún modo la ofrecerían a los ciegos. En esto, por tanto, está ahora la naturaleza angélica distinta de la condición de nuestra naturaleza: en que nosotros somos circunscritos por el lugar, y somos coartados por la ignorancia de la ceguera; pero los espíritus de los ángeles están ciertamente circunscritos por el lugar, pero sin embargo sus conocimientos se dilatan incomparablemente lejos sobre nosotros. Pues están extendidos conociendo interior y exteriormente, porque contemplan la misma fuente de la ciencia. ¿Qué ignoran de aquellas cosas que deben saberse, quienes conocen al que todo lo sabe? Por tanto, su conocimiento está muy dilatado en comparación del nuestro, pero sin embargo es angosto en comparación del conocimiento divino: como también sus mismos espíritus, en comparación ciertamente con nuestros cuerpos, son espíritus, pero en comparación con el espíritu sumo e incircunscrito, cuerpo. Y por tanto, son

enviados y asisten: porque tanto por esto, que son circunscritos, salen; como por esto, que están también presentes dentro, nunca se retiran. Y por tanto siempre ven la faz del Padre, y sin embargo vienen a nosotros; porque salen hacia nosotros por presencia espiritual, y sin embargo se mantienen allí de donde se habían retirado, por la contemplación interna. Dígase, pues: 'Vinieron los hijos de Dios para asistir ante el Señor', porque vuelven allá por conversión de espíritu de donde no se apartan por ninguna aversión de la mente.

CAPÍTULO IV.

IBID.---Se presentó entre ellos también Satán.

4. Satán entre los ángeles, porque no perdió su naturaleza. Es muy de preguntar cómo pudo estar presente Satán entre los ángeles electos, quien habiendo sido condenado salió hace tiempo de la suerte de ellos por exigencia de su soberbia. Pero rectamente se describe que estuvo presente entre los hijos de Dios ante el Señor; porque aunque perdió la bienaventuranza, sin embargo no perdió una naturaleza semejante a la de ellos; y si está sobrecargado por sus méritos, es elevado por la condición de su naturaleza sutil. Se dice, pues, que estuvo presente entre los hijos de Dios ante el Señor; porque con aquella mirada con la que Dios omnipotente contempla todas las cosas espirituales, ve también a Satán en el orden de la naturaleza más sutil, como atestigua la Escritura, que dice: 'Los ojos del Señor contemplan a malos y buenos' (Prov. XV, 3). Pero esto, que se dice que Satán estuvo presente ante el Señor, se nos con-

vierte en una grave cuestión. Pues está escrito: 'Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios' (Mat. V, 8). Pero Satán, que no puede ser de limpio corazón, ¿cómo pudo estar presente para ver al Señor?

5. Está presente ante Dios, porque es visto por Él. Pero se ha de observar que se refiere que estuvo presente ante el Señor, mas no que haya visto al Señor. Pues vino para ser visto, no para ver. Él estuvo en la presencia del Señor, pero sin embargo el Señor no estuvo en su presencia: como el ciego cuando está en el sol, él ciertamente es bañado por los rayos del sol, pero sin embargo no ve la luz por la que es iluminado. Así pues, también entre los ángeles Satán estuvo presente en la presencia del Señor; porque la potencia divina, que contemplando penetra todas las cosas, vio al espíritu inmundo que no la veía a ella. Pues porque incluso aquellas cosas que huyen de Dios no pueden ocultarse, mientras todas las cosas están desnudas al superno aspecto, Satán estuvo presente, ausente del presente. Sigue:

CAPÍTULO V.

VERS. 7.---Al cual dijo el Señor: ¿De dónde vienes?

6. El no saber de Dios es reprobar. ¿Qué es esto, que a los ángeles electos que vienen de ningún modo se les dice: ¿De dónde venís?, pero se pregunta a Satán de dónde viene? Pues no preguntamos sino aquellas cosas que ciertamente ignoramos. Pero el no saber de Dios es reprobar. Por lo cual a algunos les ha de decir al fin: 'No sé de

dónde sois; apartaos de mí, todos los que obráis la iniquidad' (Luc. XIII, 27). Así como del hombre veraz se dice que no sabe mentir quien se digna no caer por la mentira; no porque si quisiera mentir no supiera, sino porque por amor a la verdad desprecia decir cosas falsas. ¿Qué es, pues, decir a Satán: '¿De dónde vienes?', sino reprobar sus caminos como si fueran desconocidos? Por tanto, la luz de la Verdad ignora las tinieblas que reprueba; y es digno que pregunte por los itinerarios de Satán porque juzgando los condena, como si no los supiera. De aquí es que se dice por la voz del Creador a Adán cuando pecó: 'Adán, ¿dónde estás?' (Gén. III, 9). Pues ni la potencia divina ignoraba a qué escondrijos había huido el siervo después de la culpa; sino porque le vio caído en la culpa, ya escondido bajo el pecado como de los ojos de la verdad, porque no aprueba las tinieblas de su error, es como si ignorara dónde está el pecador; y tanto le llama, como le busca, diciendo: 'Adán, ¿dónde estás?'. Por esto que le llama, da señal de que le llama a la penitencia. Por esto que le busca, insinúa abiertamente que ignora a los pecadores que justamente han de ser condenados. Por tanto, el Señor no llama a Satán, pero sin embargo le pregunta diciendo: '¿De dónde vienes?', porque sin duda Dios de ningún modo llama al espíritu apóstata a la penitencia; sino que ignorando los caminos de su soberbia, los condena. Por tanto, mientras se discute a Satán sobre su itinerario, no se ha de preguntar a los ángeles electos de dónde vienen: porque sus caminos son tan conocidos para Dios cuanto son realizados por Él mismo

como autor; y mientras sirven solo a su voluntad, no pueden ser allí desconocidos de donde se hacen siempre ante Él por el ojo de la aprobación. Sigue:

CAPÍTULO VI.

IBID.---Respondiendo Satán, dijo: He circundado la tierra, y la he recorrido.

7. El circuito de Satán, argumento de su ansiedad. Suele designarse por el circuito en giro la ansiedad del trabajo. Satán, por tanto, trabajando circundó la tierra, porque despreció estar quieto en la cumbre del cielo. Y cuando insinúa que no ha volado, sino que ha caminado por ella, demuestra por cuánta pesadez de pecado es oprimido en lo más bajo. Caminando, pues, circundó la tierra; porque cayendo de aquel vuelo de la potencia espiritual, oprimido por la gravedad de su malicia, salió al giro del trabajo. Pues de aquí es que de sus miembros se dice por el Salmista: 'En circuito andan los impíos' (Sal. XI, 9); porque mientras no apetecen las cosas interiores, se fatigan en el trabajo de las exteriores. Sigue:

CAPÍTULO VII.

VERS. 8.---¿Acaso has considerado a mi siervo Job, que no hay en la tierra otro semejante a él, varón sencillo y recto, y temeroso de Dios, y apartado del mal?

8. Varias locuciones de Dios y de los espíritus. Esto que por la divina voz el bienaventurado Job es llamado sencillo y recto, y temeroso de Dios, y

apartado del mal, porque lo hemos explicado sutilmente y por partes más arriba, evitamos repetir lo que hemos dicho; no sea que mientras repetimos lo discutido, lleguemos más tarde a lo no discutido. Esto, por tanto, hemos de observar con solercia: qué es eso de que o el Señor se diga que habla a Satán, o que se refiera que Satán responde al Señor. Pues se ha de discutir qué clase de locución sea esa. Pues ni por parte del Señor, que es el espíritu sumo e incircunscrito, ni por parte de Satán, que no está vestido de ninguna naturaleza carnal, se atrae al modo humano el soplo aéreo por el fuelle del vientre, para que sea devuelto por la expresión de la voz a través del órgano de la garganta. Sino que mientras la naturaleza incomprensible habla a la naturaleza invisible, es digno que nuestra mente, excediendo la calidad de la locución corpórea, se suspenda a los sublimes y desconocidos modos de la locución íntima. Nosotros, pues, para expresar hacia fuera aquellas cosas que sentimos por dentro, las emitimos por el órgano de la garganta, por el sonido de la voz. Pues estamos ante los ojos ajenos dentro del secreto de la mente, como tras la pared del cuerpo; pero cuando deseamos manifestarnos, salimos como por la puerta de la lengua, para mostrar cómo somos por dentro. Pero la naturaleza espiritual no es así, la cual no es doble por estar compuesta de mente y cuerpo. Pero de nuevo se ha de saber que incluso esa misma naturaleza incorporea cuando se dice que habla, su locución de ningún modo se forma con una misma calidad. Pues de un modo habla Dios a los ángeles, de otro

los ángeles a Dios; de un modo Dios a las almas de los santos, de otro las almas de los santos a Dios; de un modo Dios al diablo, de otro el diablo a Dios.

9. De un modo habla Dios a los ángeles. Pues porque a la naturaleza espiritual nada le obsta por oposición corpórea, habla Dios a los ángeles santos por eso mismo por lo que muestra a sus corazones sus secretos invisibles: para que todo lo que deban hacer, lo lean en la misma contemplación de la verdad, y sean como ciertos preceptos de la voz los mismos goces de la contemplación. Pues se dice como a quienes oyen lo que se inspira a quienes ven. Por lo cual, cuando Dios infundía en sus corazones la animadversión de la venganza contra la soberbia humana, dijo: 'Venid, descendamos, y confundamos allí su lengua' (Gén. XI, 7). Se dice a los que están adheridos: 'Venid'; porque sin duda esto mismo de no decrecer nunca de la contemplación divina es acrecentarse siempre en la contemplación divina; y no apartarse nunca de corazón es como un cierto movimiento estable de estar siempre viniendo. A los cuales también dice: 'Descendamos y confundamos su lengua'. Ascienden los ángeles en cuanto contemplan al creador. Descienden los ángeles en cuanto oprimen con el examen del rigor a la criatura que se levanta en cosas ilícitas. Decir, pues, de Dios es: 'Descendamos y confundamos su lengua', mostrarles en sí mismo aquello que se ha de hacer rectamente, e inspirar por la fuerza de la visión interna los juicios que

han de exhibirse a sus mentes mediante ocultos movimientos.

10. De otro modo los ángeles a Dios. De otro modo hablan los ángeles a Dios, como también dicen por el Apocalipsis de Juan: 'Digno es el Cordero, que fue sacrificado, de recibir la virtud, y la divinidad, y la sabiduría' (Apoc. V, 12). Pues la voz de los ángeles en la alabanza del creador es la misma admiración de la contemplación íntima. Haberse pasmado ante los milagros de la virtud divina es haber hablado, porque el movimiento del corazón excitado con reverencia es un gran clamor de la voz a los oídos del espíritu incircunscrito. Cuya voz se explica como por distintas palabras mientras se forma por innumerables modos de admiración. Dios, pues, habla a los ángeles cuando se les manifiesta su voluntad íntima para ser vista. Pero los ángeles hablan al Señor cuando, por esto mismo de que miran por encima de sí mismos, se levantan en movimiento de admiración.

11. De otro modo Dios a las almas de los santos, y estas a Dios. De un modo habla Dios a las almas de los santos, de otro modo hablan las almas de los santos a Dios. Por lo cual también en el Apocalipsis de Juan se dice de nuevo: 'Vi debajo del altar las almas de los que habían sido muertos por la palabra de Dios y por el testimonio que tenían; y clamaban a gran voz diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre de los que habitan en la tierra?'. Donde allí mismo se añade: 'Se les dieron sendas estolas blancas, y se les dijo que

descansaran todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y de sus hermanos'. Pues ¿qué es decir las almas la petición de venganza, sino desear el día del juicio final y la resurrección de sus cuerpos extintos? Pues su gran clamor es su gran deseo.

Pues tanto menos clama cada uno cuanto menos desea; y tanto mayor voz expresa en los oídos del espíritu incircunscrito cuanto más plenamente se vierte en su deseo.

Las palabras de las almas, por tanto, son sus mismos deseos. Pues si el deseo no fuera discurso, el Profeta no diría: 'El deseo de su corazón oyó tu oído' (Sal. IX, 17). Pero como suele moverse de un modo la mente que pide, y de otro la que es pedida, y las almas de los santos de tal modo se adhieren a Dios en el seno del secreto interno que al adherirse descansan; ¿cómo se dice que piden aquellas de quienes consta que de ningún modo discrepan de la voluntad interna? ¿cómo se dice que piden aquellas de quienes es cierto que no ignoran ni la voluntad de Dios ni las cosas que han de venir? Pero puestas en Él mismo, se dice que le piden algo, no porque deseen nada que discrepe de su voluntad, a quien ven: sino porque cuanto más ardientemente se adhieren con la mente, tanto más reciben de Él para pedirle lo que saben que Él quiere hacer. Beben, pues, de Él lo que de Él tienen sed; y de un modo todavía para nosotros incomprensible, en esto de que pidiendo tienen hambre, preconociendo se sacian. Discreparían, pues, de la voluntad del Creador si no pidieran lo que ven que Él quiere;

y se adherirían menos a Él si pulsaran con deseo más perezoso a quien quiere dar. A las cuales se les dice divinamente en respuesta: 'Descansad todavía un poco de tiempo, hasta que se complete el número de vuestros consiervos y de vuestros hermanos'. Decir a las almas deseosas: 'Descansad todavía un poco de tiempo', es inspirar entre el ardor del deseo el solaz de la consolación por la misma precognición; de modo que tanto la voz de las almas sea esto que amando desean, como el discurso de Dios que responde sea esto que las confirma entre los deseos por la certidumbre de la retribución. Responder de Él es, pues, que deban esperar la reunión de los hermanos, infundir en sus mentes las demoras de esperar gustosamente; para que cuando apetecen la resurrección de la carne, también se congratulen por el aumento de los hermanos que han de ser reunidos.

12. De otro modo Dios al diablo, y este a Dios. De un modo habla Dios al diablo, de otro modo el diablo a Dios. Pues hablar Dios al diablo es increpar sus caminos y negocios con la animadversión del rigor oculto, como se dice aquí: '¿De dónde vienes?'. Pero responderle el diablo es no poder ocultar nada a su majestad omnipotente. Por lo cual dice aquí: 'He circundado la tierra, y la he recorrido'. Pues es como si dijera lo que ha hecho el saber que no puede ocultar sus actos a los ojos de Aquel. Se ha de saber, en verdad, que como aprendemos en este lugar, de cuatro modos habla Dios al diablo; de tres modos el diablo a Dios. De cuatro modos habla Dios al diablo: porque o bien arguye sus caminos injustos, o propone la

justicia de sus electos contra él, o permite que su inocencia sea tentada concediéndoselo, o a veces le prohíbe que se atreva a tentar. Redarguye, pues, sus caminos injustos, como ya se ha dicho: '¿De dónde vienes?'. Propone la justicia de sus electos contra él, como dice: '¿Has considerado a mi siervo Job, que no hay otro semejante a él sobre la tierra?'. Permite que su inocencia sea tentada concediéndoselo, como dice: 'He aquí que todas las cosas que tiene están en tu mano'. Y de nuevo le prohíbe la tentación cuando dice: 'Solo en él no extiendas tu mano'. De tres modos, en cambio, habla el diablo a Dios: cuando o bien insinúa sus caminos, o acusa la inocencia de los electos con crímenes fingidos, o pide que esa misma inocencia sea tentada. Insinúa, por cierto, sus caminos el que dice: 'He circundado la tierra, y la he recorrido'. Acusa la inocencia de los electos el que dice: '¿Acaso Job teme a Dios en vano? ¿No lo has vallado tú, y a su casa, y a toda su sustancia en circuito?'. Pide que esa misma inocencia sea tentada cuando dice: 'Extiende tu mano, y toca todas las cosas que posee, si no te bendijere en tu cara'. Pero decir Dios: '¿De dónde vienes?', es, como también insinuamos arriba, increpar con la fuerza de su justicia los itinerarios de su malicia. Decir Dios: '¿Has considerado a mi siervo Job, que no hay otro semejante a él sobre la tierra?', es hacer a sus electos, justificándolos, tales que el ángel apóstata pueda sin duda envidiarlos. Decir Dios: 'He aquí que todas las cosas que tiene están en tu mano', es relajar aquel incurso de su malicia contra ellos con una fuerza oculta, para prueba

de los fieles. Decir Dios: 'Solo en él no extiendas tu mano', es restringirle, aun permitiéndolo, del ímpetu de una tentación inmoderada. Pero decir el diablo: 'He circundado la tierra, y la he recorrido', es no poder ocultar la sagacidad de su malicia a los ojos invisibles de Aquel. Decir el diablo: '¿Acaso Job teme a Dios en vano?', es quejarse contra los buenos dentro de los escondrijos de sus pensamientos; y envidiar sus progresos, y envidiando buscar las grietas de la reprobación. Decir el diablo: 'Extiende un poco tu mano, y toca todas las cosas que posee', es jadear con los hervores de la malicia por la aflicción de los buenos. Pues en cuanto envidiando apetece su tentación, en eso pide como suplicando su prueba. Porque, por tanto, hemos dicho sucintamente los modos de las locuciones internas, volvamos al orden de la exposición que fue interrumpido por un poco.

CAPÍTULO VIII.

VERS. 8.---¿Has considerado a mi siervo Job, que no hay otro semejante a él sobre la tierra, varón sencillo y recto, y temeroso de Dios, y apartado del mal?

13. La lucha de Dios y del diablo, cuya materia fue Job. Ya se ha tratado en el discurso precedente que el diablo no propuso un certamen contra Job, sino contra Dios; pero el bienaventurado Job estuvo en medio como materia del certamen. And si decimos en sus discursos que Job faltó entre los azotes, lo cual es un nefas sentir, decimos que Dios perdió en su proposición. Pues he aquí que incluso en este lugar se ha de observar que no

pidió primero el diablo al bienaventurado Job del Señor, sino que el Señor lo alabó para desprecio del diablo. Y si no supiera que habría de permanecer en su justicia, no lo habría propuesto por cierto. Ni concedería que pereciera en la tentación aquel sobre quien, antes de la tentación, por las alabanzas de Dios, se habían excitado las teas de la envidia en la mente del tentador.

14. Con cuánta astucia busca el diablo de dónde acusarnos. Pero el antiguo adversario, cuando no encuentra males que acusar, busca torcer hacia el mal las mismas cosas buenas. Y cuando es vencido en cuanto a las obras, escruta nuestras palabras para acusar. Cuando no encuentra acusación ni siquiera en las palabras, contiende por oscurecer la intención del corazón; como si las buenas acciones no se hicieran con buen ánimo, y por tanto no debieran ser pesadas como buenas por el juez. Pues porque contempla que los frutos del árbol están verdes incluso en el calor, busca como poner un gusano en la raíz. Pues dice:

CAPÍTULO IX.

VERS. 9, 10.---¿Acaso Job teme a Dios en vano? ¿No lo has vallado tú, y a su casa, y a toda su sustancia en circuito? Has bendecido las obras de sus manos, y su posesión se ha incrementado en la tierra.

15. Tienta por las cosas prósperas y por las adversas. Como si dijera abiertamente: Quien recibió tantos bienes en la tierra, ¿qué tiene de extraño que se comporte inocentemente por ellos? Sería verdaderamente inocente si permaneciera

bueno entre las cosas adversas. ¿Pero por qué es llamado grande aquel a quien acompaña la recompensa de cada una de sus obras con tanta multiplicidad de cosas? Pues el astuto adversario, cuando considera que el varón santo ha obrado bien entre las cosas prósperas, se apresura a reprobarlo ante el juez mediante las adversas. Por lo cual rectamente se dice en el Apocalipsis por voz angélica: 'Ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, el cual los acusaba ante el aspecto de nuestro Dios día y noche' (Apoc. XII, 10). La sagrada Escritura, en verdad, suele poner a menudo el día por las cosas prósperas, y la noche por las adversas. En el día y en la noche, por tanto, no cesa de acusar, porque pretende mostrarnos acusables ya en la prosperidad, ya en la adversidad. Acusa en el día cuando insinúa que usamos mal la prosperidad. Acusa en la noche cuando demuestra que no tenemos paciencia en la adversidad. Porque, por tanto, los azotes todavía no habían tocado al bienaventurado Job, no tenía como todavía de dónde acusarlo en la noche. Pero porque había florecido con gran santidad en la prosperidad, simulaba que había obrado bien por esa misma prosperidad: mintiendo con una astuta aserción que no poseía la sustancia para el uso del Señor, sino que cultivaba al Señor para el uso de la sustancia. Pues hay algunos que, para disfrutar de Dios, usan de este siglo dispensativamente. Y hay algunos que, para disfrutar de este siglo, quieren usar de Dios transitoriamente. Cuando, pues, relata los bienes del don divino, piensa que aligera los hechos del fuerte operario;

para que de aquel cuya vida no puede reprender por sus obras, adjudique su mente como por sus pensamientos; mintiendo que todo lo que vivió inocuamente en lo exterior, no sirvió por el amor del Señor, sino por el deseo de la prosperidad temporal. Ignorando, pues, las fuerzas del bienaventurado Job, pero sabiendo sin embargo con más verdad que cada uno es probado por las cosas adversas, pide que este sea tentado; para que quien había caminado con paso sin tropiezo por el día de la prosperidad, al menos tropezara en la noche de la adversidad, y yaciera postrado ante los ojos de quien lo alaba por la ofensa de la impaciencia. Por lo cual añade:

CAPÍTULO X.

VERS. 11.---Pero extiende un poco tu mano, y toca todas las cosas que posee, si no te bendijere en tu cara.

16. El diablo nada puede si Dios no lo permite. Cuando Satán desea tentar al varón santo, y sin embargo dice al Señor que debe extender su mano; es muy de notar que ni siquiera él mismo se atribuye las fuerzas de herir, él que se ensoberbece singularmente contra el autor de todo. Sabe, pues, el diablo que no es suficiente para hacer cualquier cosa por sí mismo, porque ni por sí mismo existe en lo que es espíritu. De aquí es que en el Evangelio la legión que iba a ser expulsada del hombre decía: 'Si nos echas fuera, envíanos a la piara de cerdos' (Mat. VIII, 31). Pues quien por sí mismo no podía ir a los cerdos, ¿qué tiene de

extraño que sin la mano del autor no fuera capaz de tocar la casa del varón santo?

17. La voluntad del diablo es mala, pero su potestad justa. Se ha de saber, en verdad, que la voluntad de Satán siempre es inicua, pero su potestad nunca es injusta: porque tiene la voluntad de sí mismo, pero la potestad del Señor. Pues lo que él mismo desea hacer inicuamente, Dios no permite que se haga sino justamente. Por lo cual bien se dice en los libros de los Reyes: 'Un espíritu malo del Señor irrumpía en Saúl' (I Rey. XVIII, 10). He aquí que un mismo espíritu es llamado tanto del Señor como malo: del Señor, a saber, por la licencia de la potestad justa, pero malo por el deseo de la voluntad inicua. No debe, pues, ser temido quien nada puede si no es permitido. Solo, por tanto, ha de ser temida aquella fuerza que, cuando permite que el enemigo se enfurezca, también su voluntad inicua le sirve para el uso de un juicio justo. Pide, en verdad, que se extienda un poco la mano; porque son cosas exteriores las que desea que sean quebrantadas. Pues ni Satán piensa que hace algo mucho sino cuando hiere en el alma, para que hiriendo lo retire de aquella patria de la cual él mismo yace postrado lejos por el dardo de su soberbia.

18. La cara de Dios es el respeto de la gracia. Pero, ¿qué es lo que dice: 'Si no te bendijere en tu cara'? Pues nosotros ciertamente miramos lo que amamos; pero de aquello que queremos rechazar, apartamos la cara. ¿Qué, pues, se da a entender por la cara de Dios, sino el respeto de su gracia? Dice, pues: 'Extiende un poco tu mano, y

toca todas las cosas que posee, si no te bendijere en tu cara'. Como si dijera abiertamente: Quita las cosas que diste; pues si perdiere lo recibido, no buscará el respeto de tu gracia, una vez arrebatadas las cosas temporales. Pues si no tuviere aquellas cosas en las que se deleita, despreciará tu favor incluso maldiciendo. Por cuya astuta petición la Verdad, de ninguna manera provocada, no es vencida, sino que se concede al enemigo, para su propio engaño, lo que ayude al fiel siervo para el aumento de su don. Por lo cual pronto se añade:

CAPÍTULO XI.

VERS. 12.--- He aquí que todas las cosas que tiene están en tu mano: solamente sobre él no extiendas tu mano.

19. Dios permite al tentador algunas cosas, y le niega otras. Se ha de considerar en las palabras del Señor la dispensación de la santa piedad, cómo permite y retiene a nuestro enemigo; lo suelta y lo refrena. Da unas cosas para tentar, pero de otras lo liga. 'Todas las cosas que tiene están en tu mano, solamente sobre él no extiendas tu mano'. Entrega la sustancia, pero protege sin embargo su cuerpo, el cual ciertamente después entregará al tentador; pero sin embargo no suelta al enemigo para todo a la vez, no sea que hiriendo por todas partes quebrante al ciudadano. Pues cuando muchos males acontecen a los elegidos, por la admirable gracia del Creador se dispensan en el tiempo; para que aquellas cosas que amontonadas destruirían, divididas puedan ser toleradas.

De aquí dice Pablo: 'Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados sobre lo que podéis, sino que hará con la tentación también el éxito, para que podáis sostenerla' (I Cor. X, 13). De aquí dice David: 'Pruébame, Señor, y tiéntame' (Sal. XXV, 2). Como si dijera abiertamente: Primero inspecciona las fuerzas, y entonces, según soy capaz de llevarlo, permite que sea tentado. Esto, sin embargo, que se dice: 'He aquí que todas las cosas que tiene están en tu mano, solamente sobre él no extiendas tu mano', puede entenderse también de otro modo, porque el Señor conocía ciertamente a su fuerte luchador, pero sin embargo quería dividirle los certámenes contra el enemigo; para que, aunque al robusto guerrero le fuera suficiente la victoria en todo, primero sin embargo el enemigo volviera vencido al Señor de un solo certamen: y entonces le concediera de nuevo otro para vencer, a fin de que el fiel siervo existiera como un vencedor más admirable, en cuanto que el enemigo vencido se reparara de nuevo contra él para nuevas guerras. Sigue:

CAPÍTULO XII.

IBID.---Y salió Satán de la presencia del Señor.

20. Dios está dentro y fuera de todas las cosas, arriba y abajo de todas las cosas. ¿Qué es lo que se dice que Satán salió de la presencia del Señor? ¿Pues a dónde se sale de aquel que está en todas partes? Pues por eso dice: 'Yo lleno el cielo y la tierra' (Jer. XXIII, 24). Por eso es que su Sabiduría dice: 'Yo sola he rodeado el circuito del cielo' (Ecli. XXIV, 8). Por eso de su Espíritu está escrito: 'El

Espíritu del Señor llenó el orbe de la tierra' (Sab. I, 7). Por eso es que el Señor dice de nuevo: 'El cielo es para mí el trono, y la tierra el escabel de mis pies' (Isa. LXVI, 1). Y de nuevo de Él está escrito: 'Mide el cielo con el palmo y concluye toda la tierra en el puño' (Isa. XL, 12). Permanece, ciertamente, interior y exterior al trono sobre el cual preside. Midiendo el cielo con el palmo, y concluyendo la tierra en el puño, se muestra que Él mismo es exterior por todas partes a todas las cosas que creó. Pues aquello que se concluye interiormente, es contenido exteriormente por quien lo concluye. Por el trono, pues, sobre el cual preside, se entiende que está interiormente y arriba; por el puño con que contiene, se significa que está exteriormente y abajo. Porque Él mismo permanece dentro de todas las cosas, Él mismo fuera de todas las cosas, Él mismo arriba de todas las cosas, Él mismo abajo de todas las cosas; y es superior por la potencia, e inferior por la sustentación; exterior por la magnitud, e interior por la sutileza: rigiendo arriba, conteniendo abajo; rodeando por fuera, penetrando interiormente; ni permanece superior por una parte, e inferior por otra, o exterior por una parte, e interior por otra: sino que uno y el mismo todo en todas partes sustentando al presidir, presidiendo al sustentar, penetrando al rodear, rodeando al penetrar; de donde presidiendo arriba, de allí sustentando abajo; y de donde rodeando exteriormente, de allí llenando interiormente: rigiendo arriba sin inquietud, sustentando abajo sin trabajo; penetrando interiormente sin atenuación, rodeando

exteriormente sin extensión. Es, por tanto, inferior y superior sin lugar; es más amplio sin latitud, es más sutil sin atenuación.

21. Satán sale de la presencia del Señor cuando llega al efecto de su deseo. ¿A dónde, pues, se sale de aquel que, mientras por la masa del cuerpo no está en ningún lugar, por su sustancia incircunscrita en ningún lugar falta? Pero mientras Satán, oprimido por la potencia de la majestad, no pudo ejercer el apetito de su malicia, estuvo como ante la presencia del Señor. Pero salió de la presencia del Señor; porque soltado divinamente de la angustia de la retención interna, llegó al efecto de su deseo. Salió de la presencia del Señor, porque la voluntad nociva, ligada por mucho tiempo con los vínculos de la disciplina, en algún momento procedió a la obra. Pues cuando, como se ha dicho, no pudo cumplir lo que quería, estuvo como ante la presencia del Señor; porque la dispensación superior lo coartó del efecto de la malicia. Pero salió de su presencia, porque recibiendo la potestad de la tentación, llegó a los deseos de su malicia. Sigue:

CAPÍTULO XIII.

VERS. 13, 14, 15.---Y aconteció que un día, cuando sus hijos y sus hijas comían y bebían vino en casa de su hermano primogénito, vino un mensajero a Job, que le dijo: Los bueyes estaban arando, y las asnas paciendo junto a ellos, e irrumpieron los sabeos, y se lo llevaron todo, y a los mozos hirieron a filo de espada, y escapé yo solo para contártelo.

22. El diablo elige los tiempos para tentar. Se ha de notar qué tiempos son congruentes para las tentaciones. Pues entonces el diablo eligió el tiempo para tentar, cuando encontró a los hijos del bienaventurado Job en un banquete. Pues el enemigo no solo observa qué hace, sino también cuándo lo hace. Pues aunque haya recibido potestad, buscó sin embargo un tiempo apto para la subversión; para que, a saber, se nos manifestara por la dispensación de Dios, que la alegría de la saciedad es la precursora de la tribulación. Se ha de observar en verdad, con qué astucia se anuncian los daños mismos que han sido inferidos. Pues no se dice, 'los bueyes fueron arrebatados por los sabeos': sino que los que fueron arrebatados, 'los bueyes estaban arando'; para que, a saber, por el mencionado fruto del trabajo, crezca la causa del dolor. Por lo cual también entre los griegos no solo las asnas, sino 'asnas preñadas' se relata que fueron robadas; para que mientras los pequeños animales hirieran menos el ánimo del que escucha por su calidad, lo hirieran más por su fecundidad. Y porque tanto más las cosas adversas hieren el ánimo cuanto cuando son muchas, también se anuncian de repente, se aumentó la medida de los gemidos, incluso por los artículos de los mensajeros. Pues sigue:

CAPÍTULO XIV.

VERS. 16.---Y mientras todavía hablaba aquel, vino otro y dijo: Fuego de Dios cayó del cielo, y habiendo tocado a las ovejas y a los mozos, los consumió, y escapé yo solo para contártelo.

23. Con casos repentinos intenta trastornar la constancia de Job. Para que por las cosas perdidas no mueva menor dolor en el que escucha, instiga su ánimo a excederse incluso por las mismas palabras de los mensajeros. Se ha de observar en verdad, con qué astucia se dice: 'Fuego de Dios', como si se dijera: Sostienes la animadversión de aquel a quien quisiste aplacar con tantas hostias; toleras la ira de aquel a quien sirviendo diariamente te afanabas. Pues mientras indica que Dios, a quien había servido, ha inferido las cosas adversas, conmemora al lesionado en quien se exceda; para que trajera a la mente los servicios pasados, y estimando que en vano había servido, se ensoberbeciera en injuria del autor. Pues la mente piadosa, cuando ve que padece adversidades de los hombres, descansa en la consolación de la gracia divina; y cuando ha visto arreciar las tormentas de las tentaciones desde fuera, buscando el retiro de la esperanza dominical, huye dentro del puerto de la conciencia. Pero para que el versuto enemigo en uno y el mismo tiempo sacudiera el robustísimo pecho del varón santo tanto con las adversidades humanas como con la desesperación divina, e infirió primero que habían irrumpido los sabeos, y pronto anunció que el fuego de Dios había caído del cielo; para que como si excluyera todo acceso de consolación, mientras mostrara como adversario a aquel mismo que habría podido consolar el ánimo entre las adversidades: a fin de que mientras el tentado considera que por todas partes está desamparado y por todas partes oprimido, prorrumpa en con-

tumelia tanto más audazmente cuanto también más desesperadamente. Sigue:

CAPÍTULO XV.

VERS. 17.---Pero también mientras todavía hablaba aquel, vino otro y dijo: Los caldeos hicieron tres escuadrones, e invadieron los camellos, y se los llevaron, y también a los mozos hirieron a filo de espada, y escapé yo solo para contártelo.

24. Duplica las heridas. He aquí de nuevo, para que nada menos le doliera la adversidad humana, denuncia que han irrumpido escuadrones de caldeos; y para que menos lo hiera la adversidad que viene de arriba, demuestra la ira reiterada en el aire. Pues sigue:

CAPÍTULO XVI.

VERS. 18, 19.---Hablaba aquel, y he aquí que entró otro y dijo: Mientras tus hijos y tus hijas comían y bebían vino en casa de su hermano primogénito, de repente un viento vehemente irrumpió de la región del desierto, y sacudió las cuatro esquinas de la casa, la cual derrumbándose oprimió a tus hijos, y murieron, y escapé yo solo para contártelo.

25. Intenta provocar al odio a Dios. Quien no es postrado por una sola herida, por eso es herido dos y tres veces, para que en algún momento sea herido hasta lo íntimo. Había sido, pues, anunciada la adversidad de los sabeos, anunciada la divina animadversión por el fuego del cielo, se anuncia por los hombres de nuevo el rapto de los

camellos y la matanza de los mozos, y se repite la ira de la indignación divina, mientras se indica que el viento irrumpiente sacudió las esquinas de la casa y extinguió a los hijos. Porque, en efecto, es sabido que sin el mandato superior no pueden moverse los elementos, latente se infiere que Él mismo movió los elementos contra aquel, quien permitió que se movieran; aunque Satán, una vez recibida la potestad del Señor, prevalece para sacudir incluso los elementos para el uso de su maldad. Ni debe extrañar si un espíritu proyectado de lo alto pudo turbar el aire en vientos; cuando ciertamente consta que incluso a los condenados a la mina les sirve para el uso el agua y el fuego. Se buscó, pues, que se anunciaran males, se buscó que fueran muchos, se buscó que fueran repentinos. Pero cuando primero anunció las cosas adversas, infligió una herida al pecho todavía tranquilo como a miembros sanos; pero cuando repitió hiriendo el corazón ya herido, para que lo compeliera a palabras de impaciencia, irrogó herida sobre heridas.

26. Las plagas de Job fueron repentinas y múltiples. Se ha de observar en verdad con qué astucia procuró el antiguo enemigo romper la paciencia del varón santo no tanto por la pérdida de las cosas como por el mismo orden de los mensajeros. Quien estudiando anunciar primero cosas pequeñas, y después mayores, en el extremo infirió la muerte de los hijos, no fuera que el padre de familia considerara viles los daños de las cosas, si los oyera estando ya privado de ellos; y menos hiriera la pérdida de las cosas, conocien-

do de antemano la muerte de los hijos, porque a saber no habría ninguna herencia, si retirara primero a aquellos que se guardaban como herederos. Pero comenzando por lo mínimo, anunció cosas más graves al último; para que mientras gradualmente conociera cosas peores, en su corazón encontrara lugar de dolor cada herida. Se ha de notar con qué astucia tantos pesos de males se anuncian tanto divididos como repentinos, para que tanto de repente como creciendo por partes, el dolor mismo no se cupiera en el corazón del que escucha; y lo encendiera tanto más ardientemente en blasfemia, cuanto por los repentinos y múltiples mensajes se angustiara más en sí mismo.

27. Cuando los prepuestos sirven a la voluptuosidad, se relajan los frenos a los súbditos. Incluso en los banquetes moderados el diablo encuentra lugar. Pero tampoco pienso que esto deba pasarse por alto negligentemente, que los hijos estuvieran de banquete en casa del hermano mayor cuando perecen. Pues se dijo arriba que los banquetes apenas pueden realizarse sin culpa. Para que hablemos, pues, de las nuestras, no de las de ellos, hemos de saber que lo que los menores hacen voluptuosamente, se cohíbe por la disciplina de los mayores; pero cuando los mayores mismos sirven a la voluptuosidad, ciertamente se relajan a los menores los frenos de la lascivia. ¿Quién se retendría bajo la constricción de la disciplina, cuando incluso ellos mismos, que reciben el derecho de la constricción, se relajan a los placeres? Mientras, pues, banquetean

en la casa del hermano mayor, perecen, porque entonces el enemigo recibe fuerzas más vehementemente contra nosotros, cuando conoce que incluso aquellos que han sido puestos al frente para la custodia de la disciplina sirven a la alegría. Pues tanto más lícitamente ocupa para herir, cuanto también estos que podían interceder por las culpas vacan al placer. Lejos esté, sin embargo, que sospechemos que los hijos de tan gran varón, por el afán de los banquetes, hubieran vacado a ingurgitar el vientre; pero sin embargo sabemos verazmente que aunque cada cual por la custodia de la disciplina no pase las metas de la necesidad al comer, sin embargo la intención encendida de la mente se entorpece entre los banquetes; y menos considera en cuán grande guerra de tentaciones está, la cual se relaja por la seguridad. En el día, pues, del primer hermano abrumó a los hijos, porque el antiguo enemigo busca acceso de subversión en la muerte de los menores por la negligencia de los mayores. Pero porque hemos conocido con cuántos dardos de mensajeros fue herido; oigamos a nuestro varón fuerte, de qué modo consiste entre las heridas. Sigue:

CAPÍTULO XVI.

VERS. 20.---Entonces Job se levantó, y rasgó su manto, y trasquiló su cabeza, y cayendo en tierra, adoró.

28. Es un vicio o no sentir los azotes de Dios, o sentirlos demasiado. Algunos piensan que es una filosofía de gran constancia si, corregidos por la aspereza de la disciplina, no sienten los golpes

de los azotes ni los dolores. Pero algunos sienten tanto los azotes de las percusiones que, movidos por un dolor inmoderado, incluso caen en el exceso de la lengua. Pero quienquiera que se esfuerce por mantener la verdadera filosofía, es necesario que camine entre ambos. Pues no es el peso de la verdadera virtud la insensibilidad del corazón: porque también son muy insanos los miembros por el estupor, los cuales ni siendo cortados pueden sentir dolor. De nuevo, abandona la custodia de la virtud quien siente el dolor de los azotes más de lo necesario; porque mientras el corazón es tocado por una aflicción excesiva, es excitado hasta las contumelias de la impaciencia, y quien debiera haber corregido los malos hechos por los azotes, actúa de modo que la maldad crezca por el azote. Pues contra la insensibilidad de los golpeados se dice por el profeta: 'Los heriste, y no les dolió; los consumiste, y rehusaron recibir disciplina' (Jer. V, 3). Contra la pusilanimidad de los golpeados se dice por el Salmista: 'No subsistirán en las miserias' (Sal. CXXXIX 11). Pues subsistirían en las miserias si toleraran ecuánimemente las cosas adversas. Pero después de que caen en la mente entre los azotes, pierden como la constancia de subsistir entre las miserias inferidas.

32. El diablo, al atacarnos, es atravesado por nuestra humildad y paciencia. Pero ya que hemos oído cómo el valiente orador alegó la afirmación de su parte contra el adversario, oigamos ahora cómo, al final de su discurso, alaba al Juez bendiciéndolo. Sigue: Sea bendito el nombre del Señor. He aquí que todo lo que sintió recto, lo concluyó

con la bendición del Señor; para que de aquí el adversario mire, y vencido se avergüence para su propio castigo, porque él mismo se mostró contumaz al Señor incluso habiendo sido creado en la bienaventuranza, a quien el hombre dice un himno de gloria incluso estando golpeado. [Vet. XIX.] Ciertamente se debe observar que nuestro enemigo nos golpea con tantos dardos cuantas tentaciones nos aflige. Pues diariamente estamos en la línea de batalla, diariamente recibimos los proyectiles de sus tentaciones. Pero también nosotros enviamos dardos contra él si, atravesados por las tribulaciones, respondemos humildemente. Por tanto, el bienaventurado Job, golpeado por la pérdida de sus bienes, golpeado por la muerte de sus hijos, porque convirtió la fuerza del dolor en alabanza del Creador, diciendo: El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le plugo, así se ha hecho; sea bendito el nombre del Señor; hirió al soberbio enemigo con la humildad, y postró al cruel con la paciencia. Ni creamos que nuestro guerrero recibió heridas y no las infligió. Pues cuantas voces de paciencia devolvió en alabanza de Dios estando golpeado, tantos dardos retorció casi en el pecho del adversario, e infligió unos mucho más agudos que los que él mismo sostuvo. Pues afligido perdió las cosas terrenas, pero sosteniendo la aflicción humildemente, multiplicó las celestiales. Sigue:

CAPÍTULO XIX

[Rec. XIV].

VERS. 22.---En todas estas cosas no pecó Job: ni habló nada necio contra Dios.

33. Job se abstuvo de la murmuración de boca y de corazón.---Porque sorprendidos por las tribulaciones de las tentaciones, incluso con el movimiento tácito de los pensamientos podemos pecar sin hablar, se da testimonio al bienaventurado Job tanto de su boca como de su corazón. Pues primero se dice: No pecó; y sólo entonces se añade: Ni habló nada necio contra Dios. Pues quien no ha hablado necedad, ha refrenado la culpa de su lengua; pero cuando se antepone, No pecó, consta que restringió el vicio de la murmuración incluso del pensamiento. No pecó, pues, ni habló neciamente, porque ni se hinchó tácitamente en su conciencia, ni relajó la lengua en la contumacia. Pues habla neciamente contra Dios quien, puesto entre los azotes de la animadversión divina, intenta justificarse a sí mismo. Pues si se atreviera soberbiamente a afirmarse inocente, ¿qué otra cosa hace sino acusar la justicia del que golpea? Baste que hasta aquí hayamos recorrido las palabras de la historia: que ahora el discurso se vuelva a indagar los misterios de la alegoría de la exposición. Pero en esto que está escrito:

CAPÍTULO XX

[Vet. XX, Rec. XV].

VERS. 6.---Un día en que habían venido los hijos de Dios ante el Señor, se presentó también entre ellos Satán:

34. Dios dispone los tiempos sin tiempo.---Se debe discutir primero por qué se dice que algo se hizo 'un cierto día' ante el Señor, cuando para Él de ningún modo el curso del tiempo varía por el cambio del día y de la noche. Pues en aquella luz que, sin acercarse, ilustra lo que elige, y sin alejarse, abandona lo que rechaza, no entra el defecto de la mutabilidad; porque permaneciendo inmutable en sí misma, dispone todas las cosas mutables; y así creó en sí misma las cosas transitorias que de ningún modo pueden pasar ante ella; ni el tiempo fluye dentro en su presencia, el cual corre fuera entre nosotros. De donde resulta que en su eternidad permanecen fijas las cosas que, no fijas, emanan en los volúmenes exteriores de los siglos. ¿Por qué, pues, se dice ante Él: 'un cierto día', para quien ciertamente un solo día es su propia eternidad? la cual el Salmista vio que ni se cerraba por el fin, ni se abría por el principio, cuando dice: Mejor es un día en tus atrios sobre mil (Sal. LXXXIII, 11).

35. A los habituados a lo temporal los conduce gradualmente a lo eterno.---Pero cuando la Sagrada Escritura habla a los nacidos temporalmente, es digno que use palabras temporales, para que condescendiendo nos eleve; y mientras narra algo de la eternidad temporalmente, traslade gradualmente a los habituados a lo temporal hacia lo eterno; y para que la eternidad desconocida se infunda bien en nuestras mentes mientras las halaga con palabras conocidas. ¿Y qué de extraño tiene si en el sagrado elocuio Dios no abre apresuradamente su inmutabilidad

a la mente humana, cuando incluso celebrada la solemnidad de su resurrección, se dio a conocer por ciertos accesos de progresos como la incorrupción del cuerpo que reasumió? Pues por testimonio de Lucas (Luc. XXIV, 4) aprendimos que a unos que le buscaban en el sepulcro les envió primero ángeles; y de nuevo a los discípulos que hablaban de Él en el camino, se les apareció Él mismo, pero no para ser reconocido (Ibíd., 15), el cual tras las demoras de la exhortación, se mostró para ser reconocido en la fracción del pan; y finalmente entrando de repente, se presentó no sólo reconocible, sino también palpable. Pues porque los discípulos llevaban todavía corazones débiles, en el conocimiento de tan gran misterio debían ser nutridos con esta dispensación, para que buscando por un poco encontraran; encontrando crecieran, y creciendo mantuvieran más robustamente lo conocido. Por tanto, porque no de repente, sino por los incrementos de las causas y de las palabras, como por ciertos pasos hacia la eternidad somos conducidos, se dice que dentro ante Él se hizo algo 'un cierto día', quien contempla también los mismos tiempos sin tiempo.

[Vet. XXI.] 36. En la luz ve las tinieblas.----¿O fue porque también Satán estuvo presente, mientras se dice que esto se hizo 'un cierto día', que la Sagrada Escritura estudió indicar que en la luz Dios vio las tinieblas? Nosotros ciertamente no podemos contemplar con una sola y misma mirada la luz y las tinieblas: porque cuando el ojo se fija en las tinieblas, la luz se ahuyenta; y cuando se vuelve al resplandor de la luz, la sombra de

las tinieblas se retira. Pero aquella fuerza que ve inmutablemente todas las cosas mutables, Satán estuvo presente para ella como en el día, porque comprende las tinieblas del ángel apóstata sin oscuridad. Nosotros, como se ha dicho, no podemos contemplar con una sola y misma intuición tanto lo que elegimos aprobando, como lo que condenamos reprobando: porque cuando el ánimo se vuelve a esto, se separa de aquel pensamiento; pero cuando es devuelto a aquel, se retira de esto a lo que estaba adherido.

Pero Dios, porque sin mutabilidad mira todas las cosas a la vez, las comprende sin distensión, a saber, tanto lo bueno que ayuda, como lo malo que juzga, y lo que ayudado remunera, y lo que juzgando condena; en estas cosas que dispone en diverso orden, Él no es diverso. En el día, pues, se describe que Satán estuvo presente ante Él, porque la luz de su eternidad no es tocada por ningún oscurecimiento de mutabilidad; y en esto de que las tinieblas se le hacen presentes, se dice que estuvo presente entre los hijos de Dios: porque por aquella fuerza de la justicia el espíritu inmundo es penetrado, por la cual a saber los corazones de los espíritus limpios son llenados; y por aquel rayo de luz aquel es atravesado, por el cual aquellos son bañados para que brillen.

38. Los ángeles buenos sirven a Dios para ayuda, los malos para prueba.---Entre los hijos de Dios estuvo presente, porque aunque aquellos sirven a Dios para ayuda de los elegidos, este sirve para la prueba. Entre los hijos de Dios estuvo presente, porque aunque por aquellos que trabajan

en esta vida se imparte el auxilio de la piedad, este, sirviendo sin saberlo a su oculta justicia, intenta ejecutar el ministerio de la reprobación. [Rec. XVI.] De donde bien se dice en los libros de los Reyes por el profeta: Vi al Señor sentado sobre su trono, y al ejército del cielo a su derecha y a su izquierda, y se dijo: ¿En qué engañaré a Acab, para que suba y caiga en Ramot de Galaad? Y dijo uno así, y otro de otro modo. Y salió uno, y dijo: Yo engañaré a Acab. Y se dijo: ¿En qué engañarás? El cual respondió, diciendo: Saldré, y seré espíritu mentiroso en la boca de todos sus profetas (III Rey. XXII, 19 sigs.). ¿Pues qué entendemos por el trono del Señor, sino las potestades angélicas, presidiendo sobre cuyas mentes más altamente, dispone todas las cosas inferiores? ¿Y qué es el ejército del cielo, sino la multitud de ángeles ministrantes descrita? ¿Qué es, pues, que el ejército del cielo se diga estar a su derecha y a su izquierda? Pues Dios, que de tal modo está dentro de todas las cosas que también está fuera de todas las cosas, no es concluido ni por la derecha ni por la izquierda. Pero por la derecha de Dios se designa la parte elegida de los ángeles; por la izquierda de Dios, en cambio, la parte reprobada de los ángeles. Pues no sólo sirven a Dios los buenos, que ayuden; sino también los malos, que prueben; no sólo los que levanten a los que vuelven de la culpa, sino también los que agobien a los que no quieren volver. Ni se prohíbe que en lo que se llama ejército del cielo pueda entenderse la parte reprobada de los ángeles. Pues a las que sabemos suspendidas en el aire, las llamamos

aves del cielo. Y de los mismos espíritus dice Pablo: Contra las espiritualidades de maldad en los cielos (Efes. VI, 12). Cuyo jefe enunciando, dice: Según el príncipe de la potestad de su aire (Efes. II, 2). A la derecha, pues, de Dios y a la izquierda el ejército de los ángeles está: porque tanto la voluntad de los espíritus elegidos concuerda con la piedad divina; como el sentido de los reprobados, sirviendo a su propia malicia, obedece al juicio de su rigor. De donde también pronto se describe que el espíritu falaz saltó al medio, por el cual el rey Acab, exigiéndolo sus méritos, sea engañado. Pues no es lícito creer que un espíritu bueno quisiera servir a la falacia, para decir: Saldré, y seré espíritu mentiroso en la boca de todos sus profetas. Sino que porque el rey Acab por sus pecados precedentes era digno de que debiera haber sido condenado por tal engaño: para que quien a menudo queriendo había caído en la culpa, alguna vez sin querer fuera llevado al castigo, se da licencia a los espíritus malignos por la oculta justicia, para que a quienes queriendo estrangulan en el lazo del pecado, los arrastren incluso sin querer al castigo del pecado. Lo que, pues, allí se describe que el ejército del cielo estuvo a la derecha y a la izquierda de Dios, eso aquí se refiere que Satán estuvo presente entre los hijos de Dios. He aquí que a la derecha de Dios estuvieron los ángeles, porque son llamados hijos de Dios; he aquí que a la izquierda están los ángeles, porque estuvo presente entre ellos también Satán.

[Vet. XXII.] 39. Pero como hemos decretado indagar los misterios de la alegoría, no inconve-

nientemente entendemos que en el día el Señor vio a Satán, porque corrigió sus caminos en la encarnación de su Sabiduría; como si hubiera sido no haberle visto, tanto tiempo como toleró la maldad de aquel en la perdición del género humano. Por lo cual también se le dice pronto por la voz divina:

CAPÍTULO XXI.

VERS. 7. ¿De dónde vienes?

40. Dios detectó las insidias del diablo con la luz de la sabiduría encarnada.---En el día se le pregunta a Satán sobre sus caminos, porque en la luz de la sabiduría manifestada se detectan las insidias del enemigo oculto. Porque, pues, encarnado el Señor el diablo es increpado, y es corregido de su pestífera falta de freno, rectamente se añade: Al cual dijo el Señor: ¿De dónde vienes? Pues entonces arguyó requiriendo los caminos de Satán, cuando por el advenimiento del Mediador, reprimiendo las necedades de su persuasión, le increpó. Ni inmerecidamente en este día se refiere que los hijos de Dios estuvieron presentes ante el Señor; porque a saber todos los elegidos para la vocación de la patria eterna, ilustrándolos la luz de la sabiduría, fueron congregados. A los cual, aunque la Sabiduría encarnada había venido a agregar por el efecto de la obra, asistían ya sin embargo a su divinidad intrínsecamente por su presciencia. Pero porque el antiguo enemigo es discutido sobre sus caminos viniendo el Redentor, oigamos qué diga.

CAPÍTULO XXII.

[Rec. XVII.]

IBÍD.---He circundado la tierra, y la he recorrido.

41. El diablo circundó la tierra, porque rodeó y poseyó a todos los hombres.---Desde Adán, ciertamente, antes del advenimiento del Señor, arrastró tras de sí a todas las naciones de los gentiles. He circundado la tierra y la he recorrido, porque a través de los corazones de los gentiles imprimió las huellas de su iniquidad. Pues cayendo de las alturas, poseyó por derecho las mentes humanas, porque las ató voluntariamente en el vínculo de su culpa; y tanto más ampliamente vagó por el mundo, cuanto que nadie fue hallado libre de su reato por todas las cosas. Para quien haber circundado el mundo casi por potestad, fue no haber hallado a ningún hombre que plenamente se le resistiera. Pero que ya Satán regrese, esto es, que la fuerza divina le restrinja del efecto de su malicia, porque ya apareció en la carne quien en el contagio del pecado nada tenía de la enfermedad de la carne. Vino humilde, para que incluso el soberbio enemigo le admire; para que quien había despreciado las cosas fuertes de su divinidad, tema también las cosas débiles de su humanidad. Por lo cual también pronto, con una significación admirable, se propone contra él esa misma debilidad de la humanidad para ser asombrada, para que se diga:

CAPÍTULO XXIII.

VERS. 8.---¿Acaso has considerado a mi siervo Job, que no hay semejante a él en la tierra?

42. Hasta que viniera Cristo, de quien de nuevo se explican los dichos sobre Job. Asumió la humildad de la carne, sin injuria de la majestad. Por sus virtudes reprimió la soberbia del diablo.---Ya dijimos poco antes que Job se interpreta como 'dolente'. Verdaderamente él es llamado doliente por figura, el cual, por testimonio del profeta, se refiere que carga con nuestros dolores. No hay semejante a él en la tierra, porque todo hombre es solamente hombre, pero Él es Dios y hombre. No hay semejante a él en la tierra, porque aunque todo hijo adoptivo progrese para percibir la divinidad, de ningún modo recibe sin embargo el ser Dios por naturaleza. El cual bien es llamado también siervo, porque no se dignó no tomar la forma de siervo. Ni la asumida humildad de la carne infirió injuria a la majestad; porque tanto para recibir lo que debía ser salvado, como para no cambiar lo que ya se poseía, ni disminuyó las cosas divinas por la humanidad, ni consumió las humanas por la divinidad; porque aunque se diga por Pablo: El cual, estando en forma de Dios, no consideró como rapiña el ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo (Filip. II, 6), para Él haberse anonadado es haberse mostrado visible desde la magnitud de su invisibilidad, para que la forma de siervo cubriera aquello que incircunscritamente penetraba todo desde la divinidad. Decir Dios a Satán por figura: ¿Acaso has considerado a mi siervo Job? es demostrar contra él a su Hijo unigénito

admirable en forma de siervo. Pues por aquello en que le dio a conocer como de tanta virtud en la carne, indicó al soberbio adversario, como algo que considerara con dolor. Pero porque había introducido lo bueno que le asombrara, resta que para reprimir su soberbia añada todavía sus virtudes enumerándolas. Sigue.

CAPÍTULO XXIV.

[Vet. XXIII].

IBÍD.---Hombre sencillo y recto, y temeroso de Dios, y apartado del mal.

43. Por qué razón Cristo es sencillo, recto, etc. Hizo dudosa su divinidad al diablo por lo que padeció.---Vino, pues, entre los hombres el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, para dar ejemplo de vida a los hombres, sencillo; para no perdonar a los espíritus malignos, recto; para debelar la soberbia, temeroso de Dios; para limpiar en sus elegidos la inmundicia de la vida, apartado del mal. Pues de Él se dice principalmente por Isaías: Y le llenará el espíritu del temor del Señor (Is. XI, 3). Y Él singularmente se apartó del mal: porque no quiso imitar los hechos que encontró en los hombres, puesto que, atestiguándolo Pedro: No cometió pecado, ni se halló engaño en su boca (I Ped. II, 22). Sigue: Respondiendo Satán dijo: ¿Acaso Job teme a Dios en vano? ¿No lo has cercado tú a él, y a su casa, y a toda su sustancia por el circuito? Has bendecido las obras de sus manos, y su posesión creció en la tierra. El antiguo enemigo conoció que el Redentor

del género humano, su propio debelador, había venido al mundo: por lo cual también se dice por un hombre obseso en el Evangelio: ¿Qué tenemos nosotros contigo, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí antes de tiempo a atormentarnos? (Mat. VIII, 29). El cual, sin embargo, cuando al principio le vio pasible, cuando vio que podía padecer las cosas mortales de la humanidad, todo lo que sospechó de su divinidad le entró en duda por la altivez de su soberbia. Pues no sabiendo nada sino lo soberbio, al verle humilde, dudó que fuera Dios. Por lo cual también se volvió a los argumentos de las tentaciones, diciendo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes (Mat. IV, 3). Porque, pues, le vio pasible, creyó que no era Dios nacido, sino custodiado por la gracia de Dios. Por lo cual también ahora se refiere que infiere:

CAPÍTULO XXV.

VERS. 9, 10.---¿Acaso no lo has cercado tú a él, y a su casa, y a toda su sustancia por el circuito? Has bendecido las obras de sus manos, y su posesión creció en la tierra.

44. El soberbio diablo, viéndole humilde, dudó que fuera Dios.---Dice ciertamente que Él y su casa fueron cercados por Dios; porque tentando no pudo penetrar su conciencia. Afirma que su sustancia está cercada, porque no presume invadir a sus elegidos. Se queja de que Dios ha bendecido las obras de sus manos, y de que su posesión se ha acrecentado en la tierra: porque a saber, consumiéndose, ve que su fe se multiplica en el conocimiento de los hombres, por la

predicación de los apóstoles. Pues se dice que su posesión crece, mientras que, trabajando los predicadores, aumenta diariamente el número de los fieles. Esto es lo que se dice que Satán dijo a Dios, habiendo sentido tales cosas por envidia. Esto es lo que se dice que Satán dijo a Dios, habiendo dolido por ellas al consumirse. Sigue:

CAPÍTULO XXVI

[Vet. XXIV].

VERS. 11.---Pero extiende un poco tu mano, y toca todas las cosas que posee, a ver si no te bendice en tu cara.

45. Exploró su divinidad con las tentaciones.---A quien en tiempo de tranquilidad creyó custodiado por la gracia de Dios, pensó que podía pecar por la pasión. Como si dijera abiertamente: El hombre, interrogado por las aflicciones, es reconocido pecador, el cual en los milagros es tenido por Dios. Dijo, pues, el Señor a Satán:

CAPÍTULO XXVII.

VERS. 12.---He aquí que todo lo que tiene está en tu mano; solamente no extiendas tu mano contra él.

46. La mano de Satán no debe entenderse como potestad, sino como tentación. ---Cuando discutimos la historia sagrada bajo un entendimiento figural, la mano de Satán no debe entenderse como potestad, sino como tentación. Así pues, todas las cosas que tiene son entregadas

en la mano del tentador, y se prohíbe extender la mano de la tentación contra él; lo cual, sin embargo, se permite que suceda una vez perdida su sustancia: porque, sin duda, primero Judea, que había sido su posesión, fue arrebatada en la infidelidad, y después su carne fue clavada en el patíbulo de la cruz. El que, por tanto, primero soportó a Judea en su oposición, y después llegó hasta la cruz, perdió como aquello que antes poseía, y después soportó en sí mismo la maldad del adversario.

CAPÍTULO XXVIII.

IBID.---Y salió Satán de la presencia del Señor.

47. El diablo, habiendo obtenido su deseo, sale de la presencia del Señor. ---Como se ha dicho arriba, Satán salió de la presencia del Señor, porque alcanzó los deseos de su voluntad. Pues estaba como ante Él, mientras que por causa de Él no podía cumplir lo que malvadamente ansiaba.

CAPÍTULO XXIX.

VERS. 13.---Y sucedió que un día, mientras sus hijos y sus hijas comían y bebían vino en la casa de su hermano primogénito.

48. El hijo mayor del Señor es el pueblo judaico. ---Hemos dicho que los hijos e hijas del bienaventurado Job designaban o el orden de los apóstoles, o la multitud de todos los fieles. Pero el Señor encarnado primero eligió de Judea a unos pocos para la fe, y después se agregó una multitud de pueblo gentil. Pero, ¿quién debe ser

entendido como el hijo mayor del Señor, sino el pueblo judaico, que desde hace tiempo había sido engendrado por la doctrina de la ley que le fue dada; y el menor, el pueblo gentil, que fue reunido en la extremidad del mundo? Por tanto, puesto que mientras Satán servía sin saberlo a la utilidad de los hombres, y por los corazones corrompidos de los perseguidores pedía licencia para la Pasión del Señor, los santos apóstoles aún no sabían que la gentilidad debía ser agregada a Dios, y predicaban los arcanos de la fe solamente a Judea; cuando se dice que Satán salió del Señor, se refiere que los hijos e hijas banqueteaban en la casa del hermano primogénito. Pues se les había dicho: No vayáis por camino de gentiles (Mat. X, 5). Pues después de la muerte y resurrección del Señor se convirtieron a la predicación de las naciones. Por lo cual también dicen en sus Hechos: A vosotros os convenía hablar primero la palabra de Dios; pero como la rechazasteis, y os juzgasteis indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a los gentiles (Hech. XIII, 46). Así pues, estos hijos del esposo, de los cuales se dice por voz del mismo esposo: No pueden ayunar los hijos del esposo mientras el esposo está con ellos (Mat. IX, 15), banquetean en la casa del hermano primogénito, porque a saber, todavía los apóstoles se alimentaban con las delicias de la sagrada Escritura en la sola reunión del pueblo judaico.

CAPÍTULO XXX

[Vet. XXV, Rec. XVIII].

VERS. 14, 15.---Vino un mensajero a Job, que le dijo: Los bueyes araban, y las asnas pacían junto a ellos, e irrumpieron los sabeos, y se lo llevaron todo, e hirieron a los criados a filo de espada, y he escapado yo solo para anunciártelo.

49. Los sencillos, adhiriéndose a los más perfectos, se alimentan con el entendimiento de estos. ---¿Qué otra cosa entendemos por la figura de los bueyes sino a los que obran bien; qué otra cosa por las asnas sino a ciertos que viven sencillamente? Las cuales se refiere que pacen bien junto a los bueyes; porque las mentes de los sencillos, aun cuando no pueden captar cosas altas, tanto más cercanas están cuanto que creen los bienes fraternos como suyos por la caridad; y como no saben envidiar los sentidos ajenos, casi nada se dividen en el pasto. Así pues, las asnas se rehacen junto con los bueyes, porque los más lentos, unidos a los prudentes, se alimentan con la inteligencia de ellos. Ahora bien, los sabeos se interpretan como 'cautivadores'. ¿Y quiénes otros son designados con el nombre de cautivadores sino los espíritus inmundos, que llevan cautivos a la infidelidad a todos los que se someten a ellos? Los cuales también hieren a los jóvenes con la espada, porque vulneran gravemente con los dardos de su tentación a aquellos a quienes todavía la constancia juvenil no mantiene libres o robustos. Los cuales ciertamente comienzan bien las cosas buenas, pero en la misma ternura de su comienzo son postrados por los espíritus inmundos cautivadores. A estos el enemigo los hiere con

la espada, porque los traspasa con la desesperación de la eternidad.

[REC. XIX.] 50. La profecía, mientras los demás perecen, permanece para siempre. ---¿Pero qué es esto de que vino un mensajero que decía: He escapado yo solo? ¿Quién es este mensajero que, pereciendo los otros, escapa solo, sino la palabra profética, la cual, mientras suceden todos los males que predijo, vuelve sola como sana al Señor? Pues mientras se conoce que ha dicho la verdad sobre la caída de los perdidos, se muestra que ha vivido como entre los muertos. De aquí es que para llevar a Rebeca al matrimonio de Isaac es enviado un criado (Gén. XXIV, 9), porque a saber, la profecía interpuesta sirve para desposar la Iglesia con el Señor. Por tanto, irrumpiendo los sabeos, escapó solo el criado que lo anunciara, porque llevando los espíritus malignos las mentes de los débiles al cautiverio, convaleció la sentencia de la profecía; la cual, prenunciando aquel mismo cautiverio, dice: Por eso mi pueblo fue llevado cautivo, porque no tuvo ciencia (Is. V, 13). La profecía, pues, es como salvada, mientras se muestra el cautiverio que ella predijo. Sigue:

CAPÍTULO XXXI

[Vet. XXVI, Rec. XX].

VERS. 16.---Mientras él todavía hablaba, vino otro y dijo: Fuego de Dios cayó del cielo, y habiendo tocado a las ovejas y a los criados, los consumió, y he escapado yo solo para anunciártelo.

51. El fuego que consume las ovejas y criados de Job significa la envidia de los sacerdotes contra Cristo. El fuego atormenta a los malos ahora por la envidia, después por la venganza. ---Todos los que tuvieron el oficio de la predicación en la sinagoga, fueron rectamente llamados cielo, porque sin duda se creía que sabían las cosas celestiales. Por lo cual también Moisés, al incitar a los sacerdotes y al pueblo a las palabras de su amonestación, dijo: Atiende, cielo, y hablaré; y oiga la tierra las palabras de mi boca (Deut. XXXII, 1, sec. LXX); significando por el cielo el orden de los prepósitos, y por la tierra el pueblo súbdito. En este lugar, por tanto, no inconvenientemente entendemos por cielo a los sacerdotes, o a los fariseos, o a los doctores de la ley, los cuales, mientras servían en los oficios celestiales ante los ojos de los hombres, parecía que lucían desde lo alto. Pero porque ellos mismos se conmovieron sumamente en la adversidad de nuestro Redentor, fue como si cayera fuego del cielo, mientras que para engañar al pueblo ignorante, se encendió la llama de la envidia incluso por parte de aquellos que se pensaba que enseñaban la verdad. Pues por testimonio del Evangelio sabemos que, envidiando la doctrina de la verdad, buscaban la oportunidad para la traición del Señor; pero temiendo al pueblo, no se atrevían a dar a conocer lo que tramaban. De aquí también que esté escrito en él, que dicen para disuadir a los pueblos: ¿Acaso alguno de los príncipes ha creído en él, o de los fariseos? Pero esta turba que no conoce la ley, son malditos (Juan VII, 48). Pero ¿qué entendemos por las ovejas y

por los criados, sino a todos los inocentes, pero todavía débiles? los cuales, mientras temieron tolerar la adversidad de los fariseos y de los príncipes, fueron consumidos por la combustión de la infidelidad. Dígase, pues: Fuego de Dios cayó del cielo, y habiendo tocado a las ovejas y a los criados, los consumió, esto es, de los corazones de los prepósitos cayó la llama de la envidia, e incendió todo lo bueno que nacía en las plebes; porque mientras los malos prepósitos exigen su propio honor contra la verdad, subvierten de toda rectitud los corazones de los seguidores. Donde también se añade bien: Y he escapado yo solo para anunciártelo; porque mientras se cumple la predicha causa de malicia, el discurso de la profecía escapa a la destrucción de la falacia, el cual dice: Y ahora el fuego consume a los adversarios (Is. XXVI, 11). Como si dijera abiertamente: A los malos no solo el fuego los atormenta después por la venganza, sino que ahora también los quema por la envidia, porque los que después han de ser castigados con el suplicio de la retribución, ahora se afligen a sí mismos con el tormento de la envidia. El criado, pues, vuelve huyendo solo, y denuncia que las ovejas y los criados han perecido por el fuego, mientras la profecía, abandonando al pueblo judaico, manifiesta que ha dicho la verdad, cuando dice: El celo se apoderó del pueblo no instruido. Como si dijera abiertamente: Mientras el pueblo no quiso discutir las palabras de los profetas, sino que dio su credibilidad a las palabras de los envidiosos, pereció por

el fuego del celo, porque se quemó en la llama de la envidia ajena. Sigue:

CAPÍTULO XXXII

[Vet. XXVII].

VERS. 17.---Todavía estaba él hablando, cuando vino otro y dijo: Los caldeos hicieron tres escuadrones, e irrumpieron contra los camellos, y se los llevaron, y además hirieron a los criados a filo de espada, y he escapado yo solo para anunciártelo.

52. Los caldeos que hacen tres escuadrones son los fariseos, herodianos y saduceos. Los camellos, los samaritanos, o los judíos que se adhieren a la mera letra de la ley. ---Puesto que sabemos que los caldeos se interpretan como 'feroces', ¿quiénes otros son designados con el nombre de caldeos, sino los autores de la persecución que prorrumpen hasta los gritos abiertos de malicia, cuando dicen: Crucifícale, crucifícale (Luc. XXIII, 21; Mar. XV, 13)? Los cuales hicieron de sí mismos tres escuadrones, cuando para proponer cuestiones al Señor se dividieron los fariseos, herodianos y saduceos. Los cuales ciertamente fueron vencidos por la boca de la Sabiduría: pero como debe creerse que arrastraron tras de sí a algunos necios, hechos los escuadrones se llevaron los camellos. Pues cada uno de sus órdenes corrompió los corazones de los insipientes en las cosas depravadas que saboreó; y mientras persuadiendo los arrastró a la perdición, llevó como cautivas las mentes tortuosas de los débiles. Pues

predicando el Señor en Samaria, muchos de los samaritanos fueron admitidos en la posesión de nuestro mismo Redentor. Pero ¿acaso aquellos que por los siete maridos muertos de una sola mujer, tientan al Señor sobre la desesperación de la resurrección (Mat. XXII, 25), no intentaron de ningún modo apartar de la fe a los samaritanos creyentes, de quienes consta que ignoran la esperanza de la resurrección? Los cuales, mientras reciben algunas cosas de la ley y desprecian otras, a la manera de los camellos, rumian como un animal limpio, pero de ningún modo parten la pezuña como uno inmundo. Aunque también esos camellos que rumian, pero sin embargo no parten la pezuña, indican a los que en Judea habían oído la historia según la letra, pero no sabían distinguir espiritualmente su virtud. A estos los caldeos los arrebatan en tres escuadrones; mientras los fariseos, herodianos y saduceos los pervierten de toda rectitud de sentido con su inicua persuasión. Y al mismo tiempo hieren a los criados con la espada, porque aunque hubiera algunos en el pueblo que ya pudieran usar la razón, ellos se les oponían no con la virtud de la razón, sino con la autoridad del poder; y mientras quieren que los súbditos los imiten como a prepósitos, aunque los que los siguen puedan entender algo, sin embargo, por la autoridad del régimen asumido los arrastran a la pernición. De los cuales bien escapa solo el criado que lo anuncie: porque cometiendo iniquidades los fariseos, herodianos y saduceos, el discurso profético, abandonándolos,

convalece, el cual dice: Y los que tenían la ley no me conocieron (Jer. II, 8). Sigue:

CAPÍTULO XXXIII

[Vet. XXVIII, Rec. XXI].

VERS. 18, 19.---Todavía estaba él hablando, cuando he aquí que entró otro y dijo: Mientras tus hijos y tus hijas comían y bebían vino en la casa de su hermano primogénito, de repente un viento impetuoso irrumpió de la región del desierto, y sacudió las cuatro esquinas de la casa. La cual, derrumbándose, oprimió a tus hijos, y murieron.

53. El pueblo judaico figurado en el primogénito de Job. ---Poco antes ya dijimos que por los hijos e hijas entendemos a los apóstoles predicadores y a las plebes súbditas: de quienes se refiere que banqueteaban en la casa del hermano primogénito, porque se alimentaban con las delicias de la sagrada predicación todavía en la habitación del pueblo judaico. Pero de repente un viento impetuoso irrumpió de la región del desierto. La región del desierto es el corazón de los infieles, el cual, mientras el Creador lo abandona, ningún habitador lo cultiva. ¿Y qué otra cosa se entiende por viento impetuoso sino una fuerte tentación? Un viento impetuoso, pues, irrumpió de la región del desierto; porque en la Pasión de nuestro Redentor vino de los corazones de los judíos una fuerte tentación contra sus fieles. También la región del desierto puede no inconvenientemente entenderse como la abandonada multitud de espíritus inmundos. De la cual vino el viento,

y sacudió la casa, porque de ellos procedió la tentación, y conmovió los corazones de los perseguidores.

54. Su casa derribada es la sinagoga, destruida por la sacudida de sus cuatro esquinas, esto es, de sus cuatro órdenes. Por lo cual también los hijos fueron oprimidos. ---Pero esta casa, en la que los hijos banqueteaban, estaba sobre cuatro esquinas. Pues conocimos tres órdenes de rectores en la sinagoga, a saber, de los sacerdotes, de los escribas y de los ancianos del pueblo. A los cuales si unimos también a los fariseos, encontramos cuatro esquinas en esta casa. De la región del desierto, pues, vino el viento, y sacudió las cuatro esquinas de la casa, porque de los espíritus inmundos irrumpió la tentación, y excitó las mentes de los cuatro órdenes a la malicia de la persecución. La cual casa, derrumbándose, oprimió a los hijos, porque mientras Judea caía en la crueldad de la persecución del Señor, abatió la fe de los apóstoles con el temor de la desesperación. Pues solo vieron al Maestro apresado, y ya negándole huían por diversas partes. Y aunque una mano interna mantuvo su espíritu para la vida en la presciencia, sin embargo, por un tiempo el temor carnal los extinguió de la vida de la fe. Los que, por tanto, abandonaron a su Autor mientras Judea se enfurecía, murieron como por la casa derribada, sacudidas sus esquinas. ¿Pero qué creemos que sucedió en aquel tiempo con el rebaño de los fieles, cuando sabemos que huyeron incluso los mismos carneros? Pero entre estas cosas escapa uno para anunciarlo, porque

el discurso profético, que había denunciado estas cosas, mostró que había convalecido, diciendo del pueblo perseguidor: Mi amado en mi casa hizo muchas maldades (Jer. XI, 15); diciendo de los buenos predicadores, pero que sin embargo huyeron en la Pasión: Mis vecinos se detuvieron lejos (Sal. XXXVII, 12); diciendo de todos los que estaban sumamente atemorizados: Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño (Zac. XIII, 7; Mat. XXVI, 31). Sigue:

CAPÍTULO XXXIV

[Vet. XXIX, Rec. XXII].

VERS. 20.---Entonces se levantó Job, y rasgó sus vestiduras.

55. Job levantándose y rasgando su vestidura prefigura a Cristo. ---Al derrumbarse la casa y morir sus hijos, Job se levantó, porque perdida Judea en la infidelidad, y cayendo los predicadores en la muerte del pavor, el Redentor del género humano se resucitó a sí mismo de la muerte de su carne: y demostró con cuánto juicio desamparó a sus perseguidores. Pues levantarse es mostrar con qué rigor abandona a los pecadores, pues estar acostado como es tolerar pacientemente los males. Se levanta, pues, cuando ejerce contra los réprobos el juicio de la justicia. Por lo cual también se dice con razón que rasgó sus vestiduras. Pues ¿qué fue la vestidura del Señor sino la Sinagoga, que se adhirió a la expectativa de su encarnación mientras los profetas predicaban? Pues así como ahora es vestido por aquellos por

quienes es amado, según atestigua Pablo que dice: Para presentársela a sí mismo como una Iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga (Ef. V, 27). Pues la que se dice que no tiene mancha ni arruga, ciertamente se muestra como una vestidura racional, limpia por la acción y tensa por la esperanza. Así, cuando Judea creyó que Él se encarnaría, al adherirse fue no obstante su vestidura.

56. La Sinagoga fue su vestidura rasgada, unos creyendo, otros no. ---Pero porque vino como el esperado, y viniendo enseñó cosas nuevas, y enseñando obró maravillas, y obrando maravillas toleró maldades; rasgó la vestidura con que estaba vestido, mientras en Judea apartó a unos de la infidelidad, y dejó a otros en la infidelidad. ¿Qué es, pues, la vestidura rasgada, sino Judea dividida en sentencias contrarias? Pues si su vestidura no estuviera rasgada, el evangelista no diría que, predicando el Señor, se originaba una disensión en el pueblo, de modo que unos decían: Es bueno; otros en cambio: No, sino que seduce a las turbas (Juan VII, 12). Como rasgada fue su vestidura, la cual, dividida por las sentencias, perdió la unidad de la concordia. Sigue:

CAPÍTULO XXXV.

IBID.---Y afeitada su cabeza, cayendo en tierra, adoró.

57. Como afeitada la cabeza cae en tierra, mientras rechazado el sacerdocio judaico, desciende a las gentes. ---¿Qué por los cabellos cortados sino la sutileza de los sacramentos; qué por

la cabeza sino la suma del sacerdocio se designa? De donde también se dice al profeta Ezequiel: Tú, hijo de hombre, toma para ti una espada aguda, que afeite los pelos, y tómala y pásala por tu cabeza y barba (Ez. V, 1), para que a saber, por el hecho del profeta se exprese el juicio del Redentor, quien apareciendo en la carne afeitó su cabeza, porque quitó del sacerdocio judaico los sacramentos de sus preceptos; afeitó la barba, porque abandonando el reino israelítico, amputó el decoro de su virtud. [Vet. XXX.] Pero ¿qué en este lugar por la tierra, sino el hombre pecador se expresa? Pues al primer hombre pecador se le dijo: Tierra eres, y a la tierra irás (Gén. III, 19). Con el nombre de tierra, pues, se designa la gentilidad pecadora. Pues como Judea se creía justa, consta cuán réprobo sentía de la gentilidad, como atestigua Pablo que dice: Nosotros por naturaleza judíos, y no de los gentiles pecadores (Gál. II, 15). Nuestro Mediador, pues, como afeitada la cabeza cayó en tierra, porque abandonando Judea, mientras quitó sus sacramentos de su sacerdocio, llegó a la noticia de las gentes. Pues afeitó los cabellos de la cabeza, porque quitó los sacramentos de la ley de aquel su primer sacerdocio; y cayó en tierra, porque se dio a los pecadores para ser salvados; y mientras abandonó a los que se creían justos ante sí, asumió a estos que se sabían y confesaban injustos. De aquí también Él mismo dice en el Evangelio: Yo he venido para juicio a este mundo, para que los que no ven vean, y los que ven se hagan ciegos (Juan IX, 39). De aquí también la columna de nube, que precedía al pueblo en el desierto (Éx.

XIII, 21), radiaba con el esplendor del fuego no de día, sino de noche, porque a saber, nuestro redentor, con el ejemplo de su conversación, prestando guía a los que le siguen, no lució con ninguna luz para los que confiaban en su propia justicia; pero a los que reconocían las tinieblas de sus propios pecados, les iluminó con el fuego de su amor. Ni la mente piense que sea indigno que se diga que Job cae, en esta significación del Redentor. Pues escrito está: El Señor envió una palabra a Jacob, y cayó en Israel (Is. IX, 8). Pues Jacob se dice suplantador, e Israel viendo a Dios. ¿Y qué por Jacob sino el pueblo judaico; qué por Israel sino el pueblo gentil se designa? Porque a quien Jacob estudió suplantar por la muerte de la carne, a este sin duda por los ojos de la fe la gentilidad lo vio como Dios. A Jacob, pues, enviada la palabra, cayó en Israel, porque a quien al venir a sí el pueblo judaico rechazó, a este de repente confesándolo el pueblo gentil lo encontró. Pues del Espíritu Santo está escrito: Cayó el espíritu del Señor sobre ellos (Hech. X, 44).

58. Cómo se dice que cae la palabra de Dios o el Espíritu Santo. ---Por eso pues, o la palabra de Dios o el Espíritu Santo se dice en la sagrada Escritura que cae, para que se exprese su advento inesperado. Pues lo que cae o se derrumba, llega a lo bajo de repente. Para el Mediador, pues, haber caído en tierra es haber venido inesperadamente a las gentes sin signos precedentes. Bien se dice pues que cayendo adoró, porque mientras Él mismo asumió la humildad de la carne, infundió los votos de la humildad en los que creen en Él. Pues

lo hizo, porque enseñó a que se hiciera; como también de su Espíritu se dice: El mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inenarrables (Rom. VIII, 26). Pues no pide el que es igual, sino que se dice que pide; porque a saber, a quienes haya llenado, los hace suplicantes: aunque esto también en sí mismo nuestro Redentor lo mostró, quien también oró al Padre mientras se aproximaba a la pasión. Pues ¿qué tiene de extraño si en forma de siervo orando se sometió al Padre, en la cual también toleró las manos de los pecadores hasta los extremos de la muerte? Sigue:

CAPÍTULO XXXVI

[Vet. XXXI, Rec. XXIII].

VERS. 21.---Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá.

59. Cristo ha de volver al fin del mundo a los judíos de los cuales salió. ---La madre del Redentor según la carne fue la Sinagoga, de la cual salió a nosotros visible por el cuerpo. Pero ella lo mantuvo cubierto dentro de sí por el velo de la letra, mientras descuidó abrir los ojos de la mente a su inteligencia espiritual. Porque no quiso verle como Dios latente en la carne de un cuerpo humano, despreció considerarle como desnudo en su divinidad. Pero salió desnudo del vientre de su madre: porque procediendo de la carne de la Sinagoga, vino conspicuo a las gentes. Lo cual fue bien significado por José huyendo y dejando su manto (Gén. XXXIX, 12). Pues cuando la mujer adúltera quiso usar mal de él, dejando el

manto huyó fuera, porque mientras la Sinagoga, creyendo que el Señor era puro hombre, quiso constreñirle como en un abrazo adulterino, Él mismo dejó el tegumento de la letra a los ojos de ella, y se presentó conspicuo a las gentes para conocer la potencia de su divinidad. Por lo cual también Pablo dijo: Hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está sobre el corazón de ellos (2 Cor. III, 15), porque a saber, la mujer adúltera retuvo consigo el manto, y perdió a quien mal retenía, desnudo. El que, por tanto, viniendo de la Sinagoga, apareció conspicuo a la fe de las gentes, salió desnudo del vientre de su madre. ¿Pero acaso la abandona del todo? ¿Y dónde está lo que se dice por el profeta: Si fuera el número de los hijos de Israel como la arena del mar, las reliquias serán salvas (Is. X, 22; Rom. IX, 27)? ¿Dónde lo que está escrito: Hasta que entrara la plenitud de las naciones, y así todo Israel fuera salvo (Rom. XI, 25)? Habrá, pues, un tiempo en que aparezca conspicuo también a la Sinagoga. Será en el fin del mundo sin duda alguna, cuando a las reliquias de su nación se dé a conocer a sí mismo tal cual es, Dios. Por lo cual también bien se dice aquí: Desnudo volveré allá. Pues vuelve desnudo al vientre de su madre, cuando en el término de este mundo aquel que, hecho hombre en el siglo, es despreciado, es declarado ante los ojos de su Sinagoga Dios ante los siglos. Sigue:

CAPÍTULO XXXVII

[Rec. XXIV].

IBID.---El Señor dio, y el Señor quitó: como plugo al Señor, así se ha hecho: sea bendito el nombre del Señor.

60. Dios dio a Cristo la Judea y se la quitó. ---Nuestro Redentor, por aquello de que es Dios, da todas las cosas con el Padre; pero por aquello de que es hombre, recibe todas las cosas del Padre entre todas las cosas. Diga, pues, de Judea, cuando creía en el futuro misterio de su encarnación: El Señor dio. Diga de Judea, cuando había despreciado la esperada presencia de su encarnación: El Señor quitó. Pues fue dada, cuando a través de algunos creyó en las cosas futuras; pero fue quitada, por exigencia del mérito de su propia ceguera, cuando despreció venerar a través de algunos lo que había creído.

61. Cristo enseñó con el ejemplo a bendecir a Dios en los azotes. ---Pero enseñe a los que creen en Él, para que puestos en los azotes sepan bendecir al Señor, cuando se añade: Como plugo al Señor, así se ha hecho; sea bendito el nombre del Señor. Por lo cual también, según el testimonio del Evangelio (Mt. XXVI, 26), cuando se dice que se acerca a la pasión, se refiere que habiendo tomado el pan dio gracias. Da gracias, pues, el que recibe los azotes de la iniquidad ajena. Y el que no mostró nada digno de percusión, humildemente bendice en la percusión; para que de aquí muestre evidentemente qué debe hacer cada uno en el azote de la propia culpa, si Él mismo sobrelleva con ecuanimidad los azotes de la culpa ajena; para que de aquí muestre qué debe hacer el súb-

dito en la corrección, si Él, siendo igual, puesto en el azote da gracias al Padre. Sigue:

CAPÍTULO XXXVIII.

VERS. 22.---En todas estas cosas no pecó Job, ni habló ninguna cosa necia contra Dios.

62. El dolo entre los hombres es prudencia, ante Dios es necedad. ---Porque se afirma que ni pecó, ni habló nada necio contra Dios; de Él Pedro, como ya dijimos antes, testifica abiertamente, diciendo: El cual no cometió pecado, ni se halló dolo en su boca (1 Pe. II, 22). Pues el dolo en la boca, cuanto más prudentemente es hábil ante los hombres, tanto más neciamente desvaría ante Dios, como atestigua Pablo, que dice: La sabiduría de este mundo es necedad ante Dios (1 Cor. III, 19). Por tanto, porque no hubo dolo en su boca, nada necio dijo sin duda alguna. Los sacerdotes y los príncipes creyeron neciamente que Él había hablado contra Dios cuando, interrogado en el tiempo de la pasión, testificó que era el Hijo de Dios. Por lo cual también dicen, inquiriendo: ¿Qué necesidad tenemos aún de testigos? He aquí que nosotros mismos hemos oído la blasfemia (Mt. XXVI, 65). Pero nada necio dijo contra Dios: porque diciendo la verdad, infirió esto de sí a los infieles aun muriendo, lo cual poco después mostró resurgiendo para la redención de todos.

[Vet. XXXII.] 63. SENTIDO MORAL.---Satanás asiste a Dios con los santos ángeles, entremetiendo malos pensamientos en los buenos. ---Hemos recorrido brevemente estas cosas tratadas en significación de nuestra Cabeza: ahora volvamos a

tratarlas moralmente para la edificación de su cuerpo, para que lo que se narra como actuado fuera en la obra, sepamos cómo se actúa dentro en la mente. Pues cuando los hijos de Dios asisten ante Dios, entre ellos también asiste Satanás, porque muchísimas veces en nuestros buenos pensamientos, que son sembrados en nuestro corazón por la operación de la venida del Espíritu Santo, aquel antiguo enemigo se interpone y se une astutamente, para perturbar lo bien pensado, y despedazar lo mal perturbado. Pero de ninguna manera nos abandona en la tentación el que nos creó. Pues a nuestro enemigo, que se oculta contra nosotros en insidias, nos lo hace detectable por la ilustración de su luz; por lo cual pronto le dice:

CAPÍTULO XXXIX.

VERS. 7.---¿De dónde vienes?

64. ¿A quién debe decirse "¿de dónde vienes?"? ---Pues interrogar al astuto enemigo es declararnos sus insidias, para que por donde le vemos entrar en el corazón, vigilemos contra él con fuerte circunspección.

CAPÍTULO XL.

IBID.---El cual respondiendo dijo: He circundado la tierra, y la he recorrido.

65. Que Dios nos detecte sus insidias. ---Circundar la tierra para Satanás es escudriñar los corazones carnales, y buscar de dónde pueda encontrar ocasión de acusación. Circunda la tierra

porque rodea los corazones humanos, para quitar los bienes, para insertar males en las mentes, para acumular lo insertado, para perfeccionar lo acumulado, para adquirir como socios para la pena a los perfeccionados en las iniquidades. Y se debe notar que afirma que no sobrevoló, sino que recorrió, porque a saber, de ninguna manera abandona rápidamente a quien tienta; sino que donde encuentra un corazón blando, allí fija el pie de la miserable persuasión, para que permaneciendo imprima las huellas de la acción depravada, y por la semejanza de su iniquidad, rinda réprobos a quienes pueda. Pero contra este el bienaventurado Job es alabado, y se dice:

CAPÍTULO XLI.

VERS. 8.---¿Acaso has considerado a mi siervo Job, que no hay nadie semejante a él en la tierra, varón sencillo y recto, y temeroso de Dios, y apartado del mal?

66. Alabar de Dios es dar bienes y custodiar lo dado. ---A quien la inspiración divina fortalece contra el enemigo, a este como en los oídos de Satanás Dios alaba. Pues alabar de Él es, tanto primero conceder bienes, como después de concedidos custodiarlos. Pero el antiguo enemigo se ensaña contra los buenos tanto más gravemente, cuanto percibe que están amurallados por el don de la protección divina. Por lo cual también añadiendo dice:

CAPÍTULO XLII.

VERS. 9.---¿Acaso en vano Job teme a Dios? ¿No lo has amurallado a él, y a su casa, y a toda su sustancia por el circuito? Bendijiste las obras de sus manos, y su posesión creció en la tierra.

67. Por sus propias fuerzas el hombre no está en pie. ---Como si dijera abiertamente: ¿Por qué alabas a quien fortaleces protegiendo? Pues despreciado yo, sería un hombre digno de tus alabanzas si estuviera en pie contra mí por sus propias fuerzas. Por lo cual pronto y maliciosamente pide sobre el hombre, lo que sin embargo el protector del hombre benignamente concede. Pues se añade:

CAPÍTULO XLIII

[Rec. XXV].

VERS. 11. Pero extiende un poco tu mano, y toca todas las cosas que posee, si no te bendijera en la cara.

68. Los elegidos progresan en la tentación. ---Pues muchísimas veces, mientras devolvemos fecundamente los frutos de las virtudes, mientras disfrutamos de una continua prosperidad, la mente se eleva un poco, de modo que arbitra que existen por sí misma los bienes que posee. Los cuales bienes, a saber, el antiguo enemigo desea maliciosamente tocar; pero Dios no permite que estos sean tentados sino benignamente, para que mientras la mente, golpeando la tentación, es sacudida en los bienes de los que se alegraba, conocida la debilidad de su imbecilidad, se solidifique más robustamente en la esperanza del

auxilio divino. Y sucede por una maravillosa dispensación de piedad, que de donde el maligno enemigo tienta el corazón para matarlo, de allí el misericordioso Creador lo instruye para que viva. Por lo cual también bien se añade:

CAPÍTULO XLIV.

VERS. 12.---He aquí que todas las cosas que tiene están en tu mano, solamente no extiendas tu mano contra él.

69. Atribuyendo Dios la perseverancia. --- Como si dijera abiertamente: Así te concedo los bienes de cada uno de los elegidos para ser tentados exteriormente, para que tú sin embargo sepas que yo lo conservo para mí perseverante en la raíz de la mente. Donde bien se añade:

CAPÍTULO XLV.

IBID.---Y salió Satanás de la presencia del Señor:

70. Bajo cuya moderación el diablo no hiere los corazones de los buenos hasta el interdimiento. ---Porque por esto, de que de ninguna manera se le permite prevalecer hasta el desfallecimiento del corazón, excluido de lo íntimo, vaga fuera. El cual incluso si muchísimas veces perturba las virtudes de la mente, por eso mismo está fuera, porque resistiendo Dios, no hiere los corazones de los buenos hasta el exterminio. Pues solo se le permite ensañarse contra ellos en cuanto es necesario para que, instruidos por las tentaciones, se solidifiquen; para que no atribuyan a sus propias

fuerzas los bienes que hacen, ni se abandonen en el torpor de la seguridad, y se disuelvan de la ceñidura del temor: sino que vigilen tanto más solícitamente para la custodia de su aprovechamiento, cuanto se ven a sí mismos estar siempre en línea de batalla de las tentaciones contra el adversario.

CAPÍTULO XLVI

[Vet. XXXIII].

VERS. 13, 14, 15.---Mas aconteciendo que un día los hijos e hijas de él comieran y bebieran vino en la casa de su hermano primogénito, vino un nuncio a Job, que dijera: Los bueyes araban, y las asnas pacían junto a ellos, e irrumpieron los sabeos, y se llevaron todo, y a los mozos hirieron con la espada; y escapé yo solo, para anunciártelo.

71. La fe la primera de todas las virtudes. ---En el corazón de los elegidos nace primero la sabiduría de los bienes siguientes, y esta se profiere como prole primogénita por el don del Espíritu. La cual sabiduría es ciertamente nuestra fe, atestiguándolo el profeta, que dice: Si no creyereis, no entenderéis (Is. VII, 9, según los LXX). Pues entonces verdaderamente somos sabios para entender, cuando prestamos la fe de nuestra credulidad a todas las cosas que el Creador dice. En la casa, pues, del hermano primogénito banquetean los hijos, cuando las demás virtudes se dan un festín en la fe. La cual si no es engendrada primero en nuestro corazón, cualesquiera otras cosas no pueden ser buenas, aunque parezcan

buenas. En la casa del hermano primogénito banquetean los hijos, mientras nuestras virtudes se sacian con el alimento de la palabra sagrada en el habitáculo de la fe. Pues está escrito: Sin fe es imposible agradar a Dios (Heb. XI, 6). Entonces, pues, nuestras virtudes toman los verdaderos manjares de la vida, cuando empiezan a nutrirse con los sacramentos de la fe. En la casa del hermano primogénito banquetean los hijos, porque a no ser que las demás virtudes, llenas de los manjares de la sabiduría, hagan prudentemente aquellas cosas que desean, de ninguna manera pueden ser virtudes.

72. De cuántas maneras aceche el diablo a nuestras virtudes. ---Pero he aquí que mientras los bienes que hacemos se alimentan de los manjares de la sabiduría y de la fe, nuestro enemigo sustrae los bueyes que aran y las asnas que pacen, y mata a los mozos con la espada. ¿Qué recibimos por bueyes que aran, sino nuestros pensamientos más graves? los cuales, mientras conficcionan el corazón con estudioso ejercicio, devuelven ubérrimos frutos de aprovechamiento. ¿Qué entendemos por las asnas que pacen, sino los movimientos sencillos del corazón? a los cuales, mientras los contenemos estudiosamente del error de la duplicidad, los nutrimos como en un campo de libre pureza. Pero muchísimas veces el enemigo astuto, cuando percibe pensamientos graves en el corazón, los corrompe bajo una introducida delectación de placer; y mientras ve movimientos sencillos del corazón, muestra sutiles agudezas de invenciones; para que mientras se busca la

alabanza por la sutileza, se pierda la sencillez de la pureza; y si no vale para arrastrar hasta la obra depravada, sin embargo tentando daña sustrayendo a los pensamientos de los buenos; para que mientras se reconoce que perturba los bienes de la mente, parezca que los ha quitado como desde el fondo. También pueden entenderse por bueyes que aran los pensamientos de la caridad; con los cuales intentamos aprovechar a otros, cuando deseamos hendir la dureza del corazón fraterno predicando. También puede significarse por las asnas, que ciertamente no resisten con ninguna locura de ferocidad a quienes las cargan, la mansedumbre de la paciencia. Y a menudo el enemigo antiguo, cuando nos percibe queriendo aprovechar a otros hablando, sumerge la mente en un cierto torpor de ocio; para que no apetezca aprovechar a otros, incluso cuando vaca de lo propio. Sustrae, pues, los bueyes que aran cuando quebranta los pensamientos de la mente dedicados a los frutos de la utilidad fraterna, por medio de un sumiso torpor de negligencia. Y aunque los corazones de los elegidos vigilan dentro de los arcanos de su pensamiento, y ponderan qué es lo que sostienen del tentador, superándolo, sin embargo por eso mismo el maligno enemigo se goza de haber arrebatado algo, por lo cual prevalece sobre los pensamientos de los buenos aun por un momento.

73. Con cuánta vigilancia debe salirse al encuentro de sus intentos. El oficio de la discreción en la tentación. A menudo, cuando ve una mente preparada para la tolerancia, inquiere qué es lo

que más ama ella, y allí inserta los lazos del escándalo, para que cuanto más se ama una cosa, tanto más fácilmente se turbe la paciencia a través de ella. Y ciertamente, los corazones de los elegidos siempre vuelven a sí mismos con solicitud, y se afligen gravemente a sí mismos incluso por un leve movimiento de exceso; y mientras, al ser movidos, aprenden cómo debieron haber estado en pie, a veces se consolidan mejor al ser sacudidos. Pero el antiguo enemigo, mientras turba los pensamientos de tolerancia aunque sea por un momento, se exulta como si se hubiera llevado las asnas del campo del corazón. En aquellas cosas que disponemos hacer, pesamos solícitamente con custodia racional qué conviene a qué cosas. Pero por lo general el enemigo, mientras irrumpe sobre nosotros con una súbita perturbación de tentación, previniendo inopinadamente las circunspecciones del corazón, mata como a los mismos guardianes, los jóvenes, con la espada. Pero, sin embargo, uno huye para anunciar que los otros han perecido, porque en aquello que la mente padece del enemigo, la discreción de la razón siempre vuelve al ánimo; e indica que ella sola ha escapado, la cual pondera fuertes dentro de sí misma lo que sea que haya tolerado. Pereciendo, pues, los otros, uno vuelve a casa, mientras, turbados los movimientos en la tentación, la discreción recurre a la conciencia; para que lo que la mente preocupada piensa haber perdido por las incursiones repentinas, esto lo recupere afligida por el estudio de la compunción.

CAPÍTULO XLVII.

VERS. 16.---Y mientras todavía hablaba aquél, vino otro y dijo: Fuego de Dios cayó del cielo, y habiendo tocado a las ovejas y a los jóvenes, los consumió; y huí yo solo para anunciártelo.

74. El diablo intenta corromper los pensamientos castos. Pero la discreción evita el peligro. ¿Qué se designa por las ovejas, sino la inocencia de los pensamientos? ¿Qué por las ovejas, sino la limpieza de los buenos corazones? Ya hemos dicho poco antes que el cielo se llama aéreo: de donde también nombramos a las aves del cielo. Y sabemos que los espíritus inmundos, que cayeron del cielo etéreo, vagan en este medio entre el cielo y la tierra: quienes tanto más envidian que los corazones de los hombres asciendan a las cosas celestiales, cuanto que se ven a sí mismos arrojados de las cosas celestiales por la inmundicia de su soberbia. Porque, por tanto, de las potestades aéreas irrumpe contra la limpieza de nuestros pensamientos la llama de la envidia, del cielo viene el fuego a las ovejas. Pues a menudo encienden los limpios pensamientos de nuestra mente con el ardor de la libido; y como con fuego queman a las ovejas, mientras turban los castos movimientos del ánimo con la tentación de la lujuria. El cual se llama fuego de Dios, porque aunque Dios no lo haga, sin embargo se genera por su permiso. Y porque con un impulso súbito a veces abruman las mismas circunspecciones de la mente, matan como a los guardianes, los jóvenes, con la espada. Pero, sin embargo, uno huye

incólume, mientras la discreción perseverante observa sutilmente todo lo que la mente padece, y ella sola evita el peligro de muerte; porque aun con los pensamientos turbados, la discreción no sucumbe, para que anuncie sus daños al ánimo, y revoque como al señor al lamento.

CAPÍTULO XLVIII.

VERS. 17.---Pero todavía hablando aquél, vino otro y dijo: Los Caldeos hicieron tres escuadrones, e invadieron los camellos, y se los llevaron, y también hirieron a los jóvenes con la espada; y huí yo solo para anunciártelo.

75. A cuántos peligros está expuesta la administración de las cosas terrenas. Por los camellos, que tienen algo de limpio, en cuanto que rumian, y algo de inmundo, en cuanto que de ningún modo parten la pezuña, ya hemos dicho arriba que se entienden las buenas administraciones de las cosas temporales, en las cuales cuanto más extensa es la preocupación, tanto más múltiplemente nos acecha el enemigo. Pues todo el que preside la administración de las cosas terrenas, está más ampliamente expuesto a los dardos del enemigo oculto. Pues intenta actuar previendo algunas cosas, y a menudo, mientras cauto prevé sutilmente las futuras, incauto no ve de ningún modo los daños presentes; a menudo, mientras vigila las presentes, dormita para prever las inminentes; a menudo, mientras actúa con torpeza en algunas cosas, descuida las que deben hacerse con vigilancia; a menudo, mientras se muestra más vigilante de lo justo en la acción, daña peor

a las cosas súbditas por la misma inquietud de su acción. A veces intenta poner límite a la lengua, pero exigiéndolo el peso de la administración, se le prohíbe callar. A veces, mientras se restringe con excesiva censura, calla incluso lo que debió hablar. A veces, mientras se relaja más ampliamente para proferir lo necesario, dice incluso lo que no debió hablar. Pero por lo general se ve implicado en tantos volúmenes de pensamientos que apenas puede soportar los que provisoriamente revuelve dentro de sí; y aunque nada haga con la obra, suda vehementemente bajo el gran peso de su corazón. Pues porque son duras las cosas que padece dentro de sí mismo, se cansa fuera estando quieto y ocioso. Pues por lo general el ánimo contempla como si fueran a venir, y propone toda su intención contra ellas; y se inserta un gran ardor de contienda, el sueño huye, la noche se convierte en día; y cuando el lecho retiene los miembros quietos fuera, dentro se litiga con grandes clamores en el foro del corazón. Y sucede por lo general que no ocurre nada de lo que se prevé: y todo aquel pensamiento, que por mucho tiempo se había preparado con plena intención, de repente descansa vacío. Tanto más cesa la mente de lo necesario, cuanto más ampliamente piensa en lo vano. Porque, por tanto, los espíritus malignos golpean los cuidados de la administración ya con una acción torpe o precipitada, ya los confunden con una locución perezosa o inmoderada, pero casi siempre los oprimen con excesivas moles de pensamientos, los Caldeos arrebatan los camellos con tres escuadrones. Pues hacer

como tres escuadrones contra los camellos es devastar los afanes de las administraciones terrenas ya con obra ilícita, ya con locución superflua, ya con pensamiento inordinado; para que mientras la mente intenta extenderse eficazmente a administrar exteriormente, se separe de la consideración de sí misma; y por eso no conozca los daños que padece de sí misma, en cuanto que elabora con un estudio más fuerte de lo que conviene hacia lo ajeno. Pero la mente recta, cuando asume los cuidados de la administración, atiende a lo que debe a sí misma y a lo que a los prójimos; y ni por la inmoderación de la solicitud ajena descuida sus propios estudios, ni por la vigilancia de su propia utilidad pospone lo ajeno. Pero, sin embargo, por lo general, mientras la mente vigila con solercia en ambas cosas, mientras vaca a grandes circunspecciones hacia sí y hacia las cosas que le han sido encomendadas, turbada de repente por el artículo de cualquier causa emergente, es arrebatada de tal modo al precipicio que de repente son abrumadas por ella todas sus circunspecciones. De donde también los Caldeos hieren con la espada a los guardianes de los camellos, los jóvenes. Pero, sin embargo, uno vuelve; porque entre estas cosas la razón de la discreción sale al encuentro de los ojos de nuestra mente, y el alma solícita por sí misma entiende qué es lo que pierde interiormente por el súbito impulso de la tentación. Sigue.

CAPÍTULO XLIX.

VERS. 18, 19.---Él hablaba todavía, y he aquí que otro entró y dijo: Tus hijos y tus hijas estaban comiendo y bebiendo vino en la casa de su hermano primogénito; de repente un viento vehemente irrumpió de la región del desierto, y sacudió los cuatro ángulos de la casa, la cual cayendo oprimió a tus hijos, y han muerto: y huí yo solo para anunciártelo.

76. En cuatro virtudes se apoya el edificio espiritual. De dónde sea sacudido. Como ya dijimos arriba, la región del desierto es la multitud abandonada de los espíritus inmundos: la cual, mientras desertó de la bienaventuranza de su creador, perdió como la mano del cultivador de la cual viene el viento vehemente, y subvierte la casa; porque de los espíritus inmundos sobreviene una fuerte tentación, y subvierte la conciencia de su estado de tranquilidad. En cuatro ángulos, ciertamente, consiste esta casa, porque sin duda el sólido edificio de nuestra mente lo sostienen la prudencia, la templanza, la fortaleza y la justicia. En cuatro ángulos subsiste esta casa, porque en estas cuatro virtudes se levanta toda la estructura de la buena obra. Por lo cual también los cuatro ríos del paraíso irrigan la tierra, porque mientras el corazón es infundido por estas cuatro virtudes, se templa de todo ardor de los deseos carnales. Pero a veces, mientras la pereza sobreviene a la mente, la prudencia se enfría; pues cuando cansada torpece, no prevé las cosas futuras. A veces, mientras alguna delectación sobreviene a la mente, nuestra templanza se marchita; en cuanto, pues, somos llevados a la delectación de las

cosas presentes, en tanto menos nos templamos de las ilícitas. A veces el temor se insinúa en el corazón, y turba las fuerzas de nuestra fortaleza; y tanto menores somos contra las adversidades, cuanto más immoderadamente tememos perder algunas cosas amadas. Pero a veces el amor propio se introduce en la mente, y la desvía por un movimiento latente de la rectitud de la justicia; y en cuanto descuida entregarse toda al autor, en tanto contradice en sí al derecho de la justicia. El viento vehemente, pues, sacude los cuatro ángulos de la casa; mientras la fuerte tentación por movimientos ocultos sacude las cuatro virtudes; y la casa es derribada como sacudidos los ángulos, mientras turbada la conciencia por las virtudes pulsadas.

77. De allí las otras virtudes, como proles del corazón, se alimentan mutuamente. Dentro de estos cuatro ángulos de la casa conviven los hijos, porque dentro de los arcanos de la mente, que principalmente se erige al culmen de la suma rectitud por estas cuatro virtudes, las otras virtudes, como ciertas proles del corazón, se alimentan mutuamente. Pues el don del Espíritu, que en la mente sujeta forma antes de otras cosas la prudencia, la templanza, la fortaleza y la justicia, templa a la misma mente para que la instruya contra cada una de las tentaciones, en siete virtudes después, para que contra la estulticia, dé sabiduría; contra la hebetud, entendimiento; contra la precipitación, consejo; contra el temor, fortaleza; contra la ignorancia, ciencia; contra la dureza, piedad; contra la soberbia, dé temor.

78. De aquellos que están dotados de virtudes, la gracia a veces se retira útilmente. Pero a veces, mientras nuestra mente se apoya en la plenitud y abundancia de tan gran don, si disfruta de una continua seguridad en ellos, se olvida de quién le vienen estos; y piensa que tiene de sí misma lo que considera que nunca le falta. De donde sucede que a veces esta misma gracia se retira útilmente, y muestra a la mente presuntuosa cuánto se debilita en sí misma. Pues entonces conocemos verdaderamente de dónde son nuestros bienes, cuando al perderlos como por un momento, sentimos que no pueden ser conservados por nosotros. Para este magisterio de intimar la humildad, sucede por lo general que, al irrumpir un artículo de tentación, tanta estulticia golpea nuestra sabiduría que la mente turbada ignora cómo salir al encuentro de los males inminentes, o cómo prepararse contra la tentación. Pero por esta misma estulticia el corazón es instruido prudentemente, porque de donde por un momento desvaría, de allí después sabe más verdaderamente, en cuanto que más humildemente; y la sabiduría, de donde como que se pierde, de allí se posee más ciertamente. A veces, mientras el ánimo se erige en la soberbia entendiendo cosas sublimes, en las cosas ínfimas y viles se entorpece con una pesada hebetud, de modo que de repente vea cerradas para sí incluso las cosas ínfimas, quien ágilmente penetraba las sumas. Pero esta misma hebetud nos guarda el entendimiento mientras lo retira, porque mientras por un momento humilla el corazón, más verdadera-

mente lo confirma para entender las cosas sublimes. A veces, mientras nos gozamos de actuar en todo con la gravedad del consejo, al pulsar el artículo de una causa emergente, somos arrebatados por una súbita precipitación; y los que creímos haber vivido siempre ordenadamente, de repente somos devastados por una íntima confusión. Pero, sin embargo, por la instrucción de esa misma confusión aprendemos a no atribuir a nuestras fuerzas nuestros consejos; y tanto más maduramente somos restringidos a la gravedad, cuanto volvemos a ella como perdida. A veces, mientras la mente desprecia fuertemente las adversidades, al surgir los eventos de la adversidad, un temor vehemente la sacude. Pero sacudida por este, aprende a quién atribuir el que en algunas cosas estuviera fuerte; y tanto más válidamente retiene después la fortaleza, cuanto que la ve como ya deslizada por el temor que súbitamente irrumpe. A veces, mientras nos gozamos de saber grandes cosas, nos entorpecemos con la ceguera de una repentina ignorancia. Pero en cuanto el ojo de la mente se cierra al conocimiento por un momento, tanto más verdaderamente se abre después a la ciencia, para que sin duda instruido por el azote de su ceguera, sepa de quién tiene el saber mismo. A veces, mientras disponemos todo religiosamente, mientras nos felicitamos de tener plenamente las entrañas de la piedad, somos golpeados por una cierta dureza de mente que irrumpe. Pero como endurecidos conocemos a quién atribuir los bienes de la piedad tenida; y la piedad se recibe más verdaderamente como

extinguida, mientras como perdida se ama más. A veces, mientras el ánimo se goza de estar sujeto al temor divino, de repente se endurece por la tentación de la soberbia. Pero, sin embargo, temiendo mucho pronto porque no teme, se inclina de nuevo festino a la humildad; y tanto más sólidamente la recibe, cuanto ponderó el peso de esa virtud como al perderla.

79. Por las tentaciones se adquieren la humildad y la vigilancia. Derribada, pues, la casa, mueren los hijos porque, turbada la conciencia en la tentación, para utilidad del propio conocimiento son abrumadas rápidamente y en un momento de tiempo las virtudes engendradas en el corazón. Los cuales hijos ciertamente viven dentro por el espíritu, mientras fuera mueren en la carne, porque a saber nuestras virtudes en el tiempo de la tentación, aunque por un momento turbadas decaigan de la incolumidad de su estado, sin embargo por la perseverancia de la intención subsisten íntegras en la raíz de la mente. Con los cuales también las tres hermanas sucumben, porque en el corazón a veces por los azotes se turba la caridad, por el temor se sacude la esperanza, por las cuestiones es pulsada la fe. Pues a menudo como que nos entorpecemos del amor del creador, mientras más allá de lo que creemos que nos conviene, somos fatigados por el azote. A menudo, mientras la mente teme más de lo que es necesario, debilita para sí misma la confianza de la esperanza. A menudo, mientras el ánimo se tensa por inmensas cuestiones, la fe turbada se fatiga como si fuera a faltar. Pero, sin

embargo, viven las hijas, que mueren sacudida la casa, porque aunque dentro de la conciencia, la perturbación misma anuncie que la esperanza, la fe y la caridad casi sucumben, sin embargo la perseverancia de la recta intención guarda a estas vivas ante los ojos de Dios. Por lo cual también el joven que anuncie estas cosas escapa solo, porque la discreción de la mente permanece incólume incluso entre las tentaciones. Y actúa el joven para que Job reciba a los hijos llorando, mientras, anunciando la discreción, el ánimo doliente conserva arrepintiéndose las fuerzas que ya casi había empezado a perder. Pero esto se hace con nosotros por una maravillosa dispensación, para que nuestra mente a veces sea golpeada por la pulsación de la culpa. Pues el hombre creería ser de grandes fuerzas, si nunca sintiera defecto alguno de esas mismas fuerzas dentro de los arcanos de la mente. Pero mientras es sacudido por la tentación que irrumpe, y fatigado como más allá de lo que basta, se le muestra contra las insidias de su enemigo el baluarte de la humildad, y de donde se teme caer enervado, de allí recibe el estar fuerte. El tentado, pues, no sólo aprende de quién reciba las fuerzas, sino que entiende con cuánta vigilancia las guarde. Pues a menudo a quien el certamen de la tentación no pudo vencer, su propia seguridad lo derribó peor. Pues mientras cada cual se relaja cansado en el ocio, prostituye la mente disoluta al corruptor; pero si por la dispensación de la piedad superna la tentación lo pulsa, no irrumpiendo de repente con vehemencia, sino instruyendo con un acceso templado,

sin duda despierta para proveer las insidias, para que cauteloso se ciña para el certamen contra el enemigo. Por lo cual también bien se subyuga:

CAPÍTULO L.

VERS. 20.---Entonces Job se levantó.

80. La discreción aprovecha con las tentaciones. Pues estar sentado es propio de quien descansa; levantarse, de quien lucha. Levantarse, pues, oídas las adversidades, es preparar la mente más robustamente para los certámenes una vez experimentadas las tentaciones. En cuyas tentaciones también la discreción aprovecha, porque reconoce cómo distinguir más sutilmente las virtudes de los vicios. Por lo cual también bien se subyuga:

CAPÍTULO LI.

IBÍDEM.---Rasgó sus vestiduras.

81. Los pulsados por las tentaciones se refugien en el luto de la penitencia y la humildad para que sean sanados. Rasgamos las vestiduras cuando, discerniendo, retractamos nuestras obras. Pues si ante Dios nuestras obras no nos cubrieran como vestiduras, de ningún modo se diría por la voz angélica: Bienaventurado el que vigila, y guarda sus vestiduras, para que no ande desnudo, y vean su torpeza (Apoc. XVI, 15). Pues nuestra torpeza entonces se percibe, cuando la vida reprensible ante los ojos de los justos en el juicio, de ningún modo se vela con el tegumento de la buena obra subsiguiente. Pero porque

cuando somos tentados con la culpa, nos encendemos en lamentos; y excitados por los mismos lamentos, abrimos más sutilmente los ojos de la mente para percibir la luz de la justicia, como con dolor rasgamos las vestiduras, porque del llanto, creciendo la discreción, juzgamos todo lo que hacemos más estrictamente con mano airada. Entonces toda nuestra soberbia cae, entonces cae del ánimo toda superfluidad de pensamientos. Por lo cual también se añade:

CAPÍTULO LII.

IBÍDEM.---Y rasurada la cabeza cayendo en tierra adoró.

82. La soberbia y la vanidad de los pensamientos, cómo se cercenan. Pues ¿qué recibimos moralmente por los cabellos, sino los pensamientos fluidos del ánimo? Por lo cual también se dice en otra parte a la Iglesia: Como una cinta de escarlata tus labios, esposa, y tu habla dulce (Cant. IV, 3). La cinta, ciertamente, constriñe los cabellos de la cabeza. Los labios de la esposa, pues, son como una cinta, porque por la exhortación de la santa Iglesia, todos los pensamientos difundidos en las mentes de los oyentes son ligados; para que no fluyan sueltos, para que no se esparzan por lo ilícito, para que esparcidos no depriman los ojos del corazón; sino que como que se recojan a una sola intención, mientras la cinta de la santa predicación los liga. Cuán rectamente también afirma que es de escarlata; porque la predicación de los santos flamea sólo por el ardor de la caridad. ¿Qué, en verdad, por la cabeza, sino la

mente misma, que es lo principal de cada acción, se significa? Por lo cual también se dice en otra parte: Y el óleo de tu cabeza no falte (Ecl. IX, 8). El óleo en la cabeza es la caridad en la mente; y de la cabeza falta el óleo cuando la caridad se retira de la mente. Rasurar, pues, la cabeza es cercenar los pensamientos superfluos de la mente. Y rasurada la cabeza cae en tierra, quien reprimidos los pensamientos de su presunción, reconoce humildemente cuán enfermo es en sí mismo.

83. Difícil es hacer cosas grandes y no tener confianza de lo hecho. Pues es difícil hacer cosas grandes, y que alguien no tenga en sí mismo confianza de los pensamientos sobre sus grandes actos. Por eso mismo, pues, por lo que se vive fuertemente contra los vicios, se genera en el corazón la presunción de los pensamientos; y cuando la mente tritura valientemente las culpas fuera, por lo general se hincha latente dentro de sí misma; y ya se estima ser de algún gran mérito, ni piensa que peca en el pensamiento de su propia estimación. Ante los ojos del juez riguroso tanto peor se delinque, cuanto la culpa se perpetra más ocultamente y casi incorregiblemente: y tanto más ampliamente se abre el foso para devorar, cuanto más elevadamente se gloria la vida de sí misma. Por lo cual, como ya hemos dicho muchas veces, se actúa por la piadosa dispensación del creador para que el alma que confía en sí misma sea pulsada por la tentación dispensatoria para que, debilitada, encuentre qué es, y deponga el fausto de su propia presunción. Pues tan pronto como la tentación pulsa la mente, toda

presunción y tumulto de nuestros pensamientos descansa.

84. La mente elevada rompe en tiranía; sus satélites son ahuyentados por la tentación. Pues la mente, cuando se erige en la soberbia, rompe como en tiranía. Tiene, sin embargo, los satélites de su tiranía, sus pensamientos que la favorecen. Pero si sobre el tirano irrumpe el enemigo, el favor de los satélites pronto cesa. Pues al entrar el adversario, los satélites huyen, y se apartan aterrorizados quienes, puestos en paz, lo alababan con astuta adulación. Retirados los satélites, ante el enemigo queda solo, porque al retirarse los pensamientos elevados, el ánimo turbado se ve solamente a sí mismo y a la tentación. Oídas, pues, las adversidades, se rasura la cabeza, cuando, irrumpiendo las tentaciones con vehemencia, la mente se desnuda de los pensamientos de su presunción. ¿Qué es que los Nazareos críen los cabellos (Núm. VI, 5), sino que por la vida de gran continencia crecen los pensamientos de las presunciones? Pero ¿qué es que, completada la devoción, se manda al Nazareo rasurar la cabeza y poner los cabellos en el fuego del sacrificio, sino que entonces llegamos a la suma de la perfección, cuando así vencemos los vicios exteriores que también cercenamos los pensamientos superfluos de la mente? Los cuales, sin duda, quemar con el fuego del sacrificio es encenderlos con la llama del amor divino, para que todo el corazón arda en el amor de Dios, y quemando los pensamientos superfluos, los consuma como los cabellos del Nazareo en la perfección de la devo-

ción. Y hay que notar que cayendo en tierra adoró. Aquél, pues, exhibe una verdadera adoración a Dios que se ve humildemente a sí mismo como polvo, que nada de virtud se atribuye a sí mismo, que reconoce que los bienes que hace son de la misericordia del creador. Por lo cual también dice competentemente:

CAPÍTULO LIII.

VERS. 21.---Desnudo salí del útero de mi madre: desnudo volveré allá.

85. El que se piensa desnudo de virtudes, mejor es vestido por la misma humildad. Como si el ánimo tentado y sorprendido en la penuria de su enfermedad dijera: Desnudo me engendró la primera gracia en la fe, desnudo me salvará la misma gracia en la asunción. Pues es un gran consuelo del ánimo turbado que, pulsado por los vicios, cuando se ve como desnudarse de las virtudes, recurra a la sola esperanza de la misericordia; y por eso no se deje desnudar, por lo que se piensa humildemente desnudo de virtudes: quien aunque tal vez es descubierto de alguna virtud en la tentación, reconociendo sin embargo la propia enfermedad, mejor es vestido por la misma humildad; y yace mucho más robustamente de lo que había estado en pie, cuando cesa de atribuirse a sí mismo lo que tiene sin el auxilio divino. Por lo cual también reconoce pronto humildemente la mano del dador y del juez, diciendo:

CAPÍTULO LIV.

SOBRE LO MISMO.---El Señor dio, y el Señor quitó.

86. Crecemos instruidos por la tentación.---He aquí que creció instruido por las tentaciones, quien reconoce tanto la largueza del dador en la virtud poseída, como la potestad del que quita en la perturbación de su fortaleza. La cual fortaleza, sin embargo, no es quitada, sino que perturbada se fatiga; para que la mente sacudida, mientras teme perderla ya de un momento a otro, hecha siempre humilde, nunca la pierda.

CAPÍTULO LV.

SOBRE LO MISMO.---Como le plugo al Señor, así se ha hecho; sea bendito el nombre del Señor.

87. Qué debe hacer el tentado.---En esto, que somos sacudidos por la perturbación interna, es digno que recurramos al juicio del Creador; para que de allí nuestro corazón ofrezca mayores alabanzas a su ayudador, de donde, pulsado, pondera más verdaderamente la imbecilidad de su propia enfermedad. Mas bien se dice:

CAPÍTULO LVI.

VERS. 22.---En todo esto no pecó Job ni habló nada necio contra Dios.

88. No murmure de la tentación.---Porque con solícito cuidado debe custodiar el ánimo doliente, para que cuando la tentación lo estimule por dentro, no irrumpa en palabras de locución ilícita por fuera, ni murmure de la probación, y el fuego

que lo consume como oro, por el exceso del sermón ilícito lo convierta en ceniza de paja.

[Vet. XLI, Rec. XXVIII.] 89. Los dones de Dios a veces se retiran útilmente. El Espíritu de profecía no está siempre presente en los profetas.---Nada impide en verdad que esto que hemos dicho de las virtudes, lo sintamos de aquellos dones del Espíritu Santo que se dan en la ostentación de la virtud. Pues a unos se les da la profecía, a otros géneros de lenguas, a otros las virtudes de las curaciones. Pero porque estos mismos dones no están siempre en la mente del mismo modo, se muestra claramente que para que la mente no se eleve en la presunción, a veces se retiran útilmente. Pues si el espíritu de profecía estuviera siempre presente en los profetas, sin duda el profeta Eliseo no diría: "Déjala, porque su alma está en amargura, y el Señor me lo ha ocultado" (IV Rey. 4, 27). Si el espíritu de profecía estuviera siempre presente en los profetas, el profeta Amós, interrogado, no diría: "No soy profeta", donde también añadió: "Ni hijo de profeta; sino que soy pastor, y cultivador de sicómoros" (Amós 7, 14). ¿Cómo pues no fue profeta el que predijo tantas cosas verdaderas sobre el futuro? ¿O cómo fue profeta si negó lo que era verdadero de sí en el presente? Pero porque en la misma hora en que fue interrogado sintió que le faltaba el espíritu de profecía, dio testimonio veraz de sí mismo diciendo: "No soy profeta". Quien sin embargo siguió y añadió: "Y ahora oye la palabra del Señor." Así dice el Señor: Tu mujer fornicará en la ciudad, y tus hijos y tus hijas caerán a espada, y tu tierra será medida con

cordel; y tú morirás en tierra contaminada" (Ibid. 16, 17). Con cuyas palabras del profeta se muestra abiertamente que mientras hablaba aquello de sí mismo, fue llenado; y pronto mereció tener el espíritu de profetizar, porque reconoció humildemente no ser profeta. Y si el espíritu de profecía estuviera siempre presente en los profetas, de ninguna manera el profeta Natán concedería al rey David, que lo consultaba sobre la construcción del templo, lo que negaría poco después (II Rey. 7, 3, 5).

90. Tener el Espíritu permanentemente es privilegio de Cristo. De qué modo se dice que permanecerá también en los discípulos.---Por lo cual bien está escrito también en el Evangelio: "Sobre quien veas al Espíritu descender y permanecer sobre él, este es el que bautiza" (Juan 1, 33). Pues en todos los fieles viene el Espíritu, pero en el solo Mediador permanece singularmente, porque nunca desamparó su humanidad, de cuya divinidad procede. En él, por tanto, permanece, quien es el único que puede todo y siempre. Pues los fieles, que lo reciben, como no pueden tener siempre los dones de las señales, como quieren, atestiguan haberlo recibido como en una ostentación de tránsito. Pero cuando de nuevo se dice del mismo Espíritu a los discípulos por boca de la Verdad: "Permanecerá con vosotros, y estará en vosotros" (Juan 14, 17), ¿por qué se declara por la voz divina que esta misma permanencia del Espíritu Santo es la señal del Mediador, cuando se dice: "Sobre quien veas al Espíritu descender, y permanecer sobre él"? Si por tanto, según la

voz del maestro, permanece también en los discípulos, ¿cómo será ya una señal singular el que permanece en el Mediador? Lo cual, sin embargo, conocemos más pronto, si distinguimos los dones del mismo Espíritu.

LIBRO TERCERO.

Todo el capítulo segundo del libro de Job, al modo de los libros anteriores, lo explica histórica, alegórica y moralmente.

CAPÍTULO PRIMERO.

SENTIDO HISTÓRICO.---1. El bienaventurado Job, buscado para muerte en la tentación, creció para vida por el golpe; y el antiguo enemigo, de donde estimó extinguir sus bienes, de allí se dolió de haberlos multiplicado. Pero porque en el primer certamen considera haber sucumbido, se restaura para otras guerras de tentaciones, y todavía espera impudentemente males del santo varón; porque el malo no puede creer las cosas buenas, ni aun las experimentadas. Mas aquellas cosas que fueron premisas en su primera percusión, de nuevo se subconectan, cuando se dice:

VERS. 1, 2, 3.---Aconteció que un día, habiendo venido los hijos de Dios y asistiendo ante el Señor, vino también Satán entre ellos, y estuvo en su presencia, para que dijera el Señor a Satán: ¿De dónde vienes? El cual respondiendo, dijo: He circundado la tierra, y la he recorrido. Y dijo el Señor a Satán: ¿Acaso has considerado a mi siervo Job, que no hay semejante a él sobre la tierra, hombre

sencillo y recto, temeroso de Dios, y apartado del mal?

Se increpa la enfermedad de la soberbia del diablo.---Como hemos disertado sobre esto más largamente arriba, mejor lo pasamos en silencio: para que, mientras repetimos lo discutido a menudo, no vengamos más tarde a lo indiscuso. Aunque esto, que se dice por la voz del Señor a Satán: "¿De dónde vienes?", de ninguna manera estimo que se le diga como antes. Pues cuando vuelve vencido de aquel certamen en el que había sido relajado; y se requiere de dónde viene, sabiéndose de dónde viene; ¿qué otra cosa sino la enfermedad de su soberbia se increpa? como si le dijera abiertamente la voz divina: He aquí que por un solo hombre puesto aun en carne enferma eres vencido, tú que intentas erigirte contra mí, autor de todas las cosas. Por lo cual pronto el Señor, como si dijera los bienes del bienaventurado Job como antes, enumerando estos con los triunfos de la victoria, añade:

CAPÍTULO II.

SOBRE LO MISMO.---Y todavía retiene su inocencia.

2. Job conservó su inocencia más gloriosamente en el golpe.---Como si dijera abiertamente: Tú por cierto ejercitaste la malicia, pero él no perdió la inocencia; y de donde estimaste disminuir su provecho, de allí has sido compelido a servir a su provecho, porque la inocencia de la mente, que gloriosamente retuvo en la tranquili-

dad, más gloriosamente la conservó en el golpe. Sigue:

CAPÍTULO III.

SOBRE LO MISMO.---Pero tú me conmoviste contra él, para que lo afligiera en vano.

3. Dios afligió a Job en vano, porque en él no castigó el pecado; y no en vano, porque aumentó su mérito.---Siendo Dios justo y veraz, mucho hay que preguntar cómo indica haberse afligido al bienaventurado Job en vano. Pues porque es justo, no pudo afligir en vano; pero de nuevo porque es veraz, no pudo haber dicho de otro modo que como hizo. Para que, pues, ambas cosas convengan al Justo y Veraz, a fin de que diga cosas verdaderas y no haga cosas injustas; conozcamos que el bienaventurado Job fue golpeado en cierto sentido en vano, y de nuevo en otro sentido no en vano. Pues porque el Justo y Veraz asevera esto de sí mismo, mostremos tanto que existió verdadero lo que dijo, como que fue recto lo que hizo. Pues era necesario que el santo varón, conocido solo para Dios y para sí mismo, en cuánta virtud sobresaliera, se hiciera notar a todos para imitación. Pues no daría abiertamente ejemplos de virtud a otros, si él mismo permaneciera sin tentación. Se hizo, pues, para que tanto la misma fuerza de la percusión mostrara sus fuerzas para ser imitadas por todos, como los azotes manifestaran lo que en la tranquilidad había estado oculto. Pero por los mismos azotes creció la virtud de la paciencia, y del dolor del golpe se aumentó la gloria de la remuneración. Para que, por tanto, se tenga

la verdad en lo dicho del Señor, y la rectitud en el hecho, el bienaventurado Job tanto no es golpeado en vano, porque se aumenta el mérito; y sin embargo es golpeado en vano, porque no se castiga ninguna falta admitida. Pues en vano fue golpeado aquel a quien no se le imputa ninguna culpa; y no en vano fue golpeado aquel a quien se le acumula el mérito de la virtud.

[Vet. II.] 4. Cómo se entienda que Dios es conmovido.---Pero ¿qué es lo que se dice: "Me conmoviste contra él"? ¿Acaso por las palabras de Satán se enciende la Verdad, para que sea instigada en los tormentos de sus súbditos? ¿Quién pensará estas cosas de Dios, que las juzga indignas aun de un hombre recto? Pero porque nosotros no sabemos herir si no es conmovidos, la misma divina percusión se llama conmoción; y por la voz divina se desciende a nuestras palabras, para que su hecho sea captado de algún modo por el hombre. Pues aquella fuerza que sin necesidad creó todas las cosas, y sin desprecio preside a todos, y sin trabajo sustenta todo, y sin ocupación rige, también sin conmoción corrige, y así forma las mentes humanas con azotes para aquello que quisiere, para que no pase de la luz de su inmutabilidad a la sombra de la diversidad. Sigue:

CAPÍTULO IV.

VERS. 4, 5.---Respondiendo Satán, dijo: Piel por piel, y todo lo que tiene el hombre lo dará por su alma; de otro modo, extiende tu mano, y toca su hueso y su carne, y entonces verás si no te bendice en tu cara.

5. Dios permite al diablo reintegrar la guerra contra los santos, para que vencido a menudo enmudezca.---El antiguo enemigo colige de las cosas exteriores lo que inflige al bienaventurado varón como crimen de la mente. Pues asevera que se da piel por piel, porque a menudo, mientras vemos venir un golpe contra la cara, oponemos la mano a los párpados, para defender los ojos del golpe; y objetamos el cuerpo a la herida, para no ser heridos en una parte más tierna del cuerpo. Satán, pues, sabiendo que esto se hace habitualmente, dice: "Piel por piel, y todo lo que tiene el hombre, lo dará por su alma". Como si dijera abiertamente: Por eso Job padece con ecuanimidad tantos azotes fuera de sí, porque teme ser él mismo golpeado. Es, pues, cuidado de la carne que no se mueva por el daño de los afectos carnales, porque mientras teme por sí mismo, siente menos las percusiones de los suyos. Por lo cual también pronto postula que su carne sea golpeada, diciendo: "Extiende tu mano, y toca su hueso y su carne, y entonces verás si no te bendice en tu cara" (Job 2, 5). Arriba había dicho: "Toca todo lo que posee, y entonces verás si no te bendice en tu cara" (Job 1, 11). Ahora, como olvidado de la proposición anterior, quebrantado, postula unas cosas por otras. Lo cual, sin embargo, se permite rectamente por la divina dispensación, a fin de que el altercador impudente, vencido a menudo, enmudezca. Sigue:

CAPÍTULO V.

VERS. 6.---Dijo, pues, el Señor a Satán: He aquí que está en tu mano, pero guarda su alma.

6. Job es entregado de tal modo a la mano del adversario, que siempre es retenido en la mano del ayudador.---He aquí que de nuevo a la permisión del golpe la acompaña la custodia de la protección, y la divina dispensación custodiando desampara a su elegido, y desamparando lo custodia; entrega unas cosas de él, protege otras. Pues si desamparara totalmente a Job en manos de tan grande adversario, ¿qué sería el hombre? En la misma justicia de la permisión se mezcla cierta balanza de piedad, a fin de que en un mismo certamen tanto el siervo humilde aproveche de la opresión, como el enemigo soberbio sucumba por la permisión. A la mano, pues, del adversario es entregado el santo varón, pero sin embargo en lo íntimo es retenido en la mano de su ayudador. Pues fue de aquellas ovejas de las que en el Evangelio la misma Verdad dice: "Nadie las arrebatará de mi mano" (Juan 10, 28); y sin embargo se dice al enemigo que lo pide: "He aquí que está en tu mano". El mismo, por tanto, está en la mano de Dios, y el mismo en la mano del diablo. Pues diciendo: "Está en tu mano", cuando inmediatamente añade: "Pero guarda su alma", patentemente se dio a conocer el piadoso ayudador, porque retuvo a quien concedió, y dando no dio a quien, arrojándolo a los dardos de su adversario, lo escondió.

[Vet. III.] Se dice que Satán "guarda" aquello en lo que no se le permite irrumpir.---Pero ¿qué es esto que se dice a Satán: "Guarda su alma"?

¿Pues de qué modo custodia aquel que siempre apetece irrumpir en lo custodiado? Pero se dice que Satán "guarda", en cuanto no osa irrumpir, como por el contrario pedimos al Padre en la oración diciendo: "No nos dejes caer en la tentación" (Mat. 6, 13). Pues ni el Señor induce a la tentación, él que siempre protege misericordiosamente de la tentación a sus súbditos: pero sin embargo, inducir él a la tentación, por así decirlo, es no fortalecernos contra el halago de la tentación. Y entonces no nos induce al lazo de la tentación, cuando no permite que seamos tentados más allá de lo que podemos. Como por tanto Dios se dice que nos induce a la tentación si permite que seamos inducidos por el adversario; así el adversario se dice que guarda el alma cuando se le prohíbe superarla tentándola.

VERS. 7.---Salió, pues, Satán de la presencia del Señor.

De qué modo salga Satán de la presencia del Señor, ya lo manifiestan aquellas cosas que se dijeron arriba. Sigue:

VERS. 7.---E hirió a Job con una úlcera pésima, desde la planta de su pie hasta la coronilla.

7. Que el mismo Job, que perdió tantas cosas y tantas prendas, no fuera todavía herido en su carne por las asechanzas del enemigo, se dice por parte del diablo que ya en esto mismo es vencido, porque se conserva en la integridad de la carne: porque evidentemente el enemigo piensa que supera su carne por todas partes entonces, cuando no sólo la despoja en las pérdidas de las prendas, sino que ya penetra hasta las heridas de

los miembros. Ahora, pues, cuando Job es herido en la carne, de aquí nuevamente ha de pensarse cuál sea el certamen que el mismo Señor propone por sí mismo. Pues antes entregó todas sus cosas al diablo, pero no entregó la carne de Job. Pero ahora entrega todo Job al diablo, pero no entregó el alma de Job. He aquí que ya por orden el diablo es vencido, cuando no se le permite llegar a aquello de Job donde únicamente podría haber peligro por las asechanzas del enemigo.

CAPÍTULO VII.

VERS. 8.---El cual con un tiesto raía la podredumbre, sentado en un estercolero.

9. Job raiendo con un tiesto la podredumbre del cuerpo, nos enseña que el vaso de barro que llevamos ha de ser pronto quebrantado.---¿De qué se hace el tiesto, sino del lodo? ¿Qué es, en verdad, la podredumbre del cuerpo, sino lodo? Se dice, pues, que raía la podredumbre con un tiesto, como si se dijera abiertamente: Con lodo limpiaba el lodo. Pues el varón santo pensaba de dónde había sido tomado lo que llevaba, y con un fragmento de vaso de barro raía el vaso de barro quebrantado. Con lo cual se muestra patentemente cómo sometió a sí su cuerpo cuando estaba sano, el cual también así despreciándolo cuidó estando herido; qué blandura concedió a su carne sana, él que no aplicó un vestido, ni los dedos, sino incluso un tiesto a las heridas. Con un tiesto, pues, raía la podredumbre, para que considerándose a sí mismo incluso en un fragmento, también de

la limpieza de la herida tomara cuidado para su mente.

[Vet. IV.] 10. Yaciendo en un estercolero piensa que el cuerpo pronto será estiércol. Porque ciertamente a menudo por aquellas cosas que están alrededor del cuerpo, el ánimo se infla, y por esto que se hace con nosotros la fragilidad de nuestro cuerpo se aparta de los ojos del corazón (como algunos seculares cuando se apoyan en dignidades temporales, mientras presiden en lugares más altos, mientras ven que los obsequios de muchos les sobran a su antojo, descuidan mirar su fragilidad, y el vaso que llevan de barro, cuán velozmente ha de ser quebrantado, olvidándolo de ningún modo lo advierten), el bienaventurado Job, para que sacara la consideración de su fragilidad incluso de lo que le rodeaba, y aumentara ante sus ojos la fuerza de su desprecio, se describe que se sentó no en cualquier lugar de la tierra, que casi en todas partes se encuentra limpia, sino en un estercolero. Ponía el cuerpo en el estercolero, para que el ánimo, aprovechando bien, sopesara cuál era la sustancia de la carne tomada de la tierra. Ponía el cuerpo en el estercolero para que incluso por el hedor del lugar comprendiera que el cuerpo volvería pronto al hedor.

[Rec. V]. 11. Por los azotes de los santos ha de entenderse qué recompensa se les reserva, y qué pena a los inicuos.---Pero he aquí que, mientras el bienaventurado Job sostiene las pérdidas de tantas cosas, se duele herido por tantas muertes de sus prendas, tolera tantas heridas; mientras raía con un tiesto la podredumbre que corría,

mientras fluyendo por la putrefacción reside en un estercolero; agrada mirar qué es esto, que Dios omnipotente aflige tan vehementemente, como si los despreciara, a quienes ve tan caros para sí para siempre. Pero he aquí que, mientras considero las heridas y los tormentos del bienaventurado Job, de repente vuelvo los ojos de mi mente a Juan, y no sin una gravísima admiración considero que aquel que fue llenado del espíritu de profecía dentro del útero materno, y, por así decirlo, antes de nacer fue renacido: aquel amigo del esposo, aquel que de entre los nacidos de mujer ninguno mayor se levantó; aquel tan profeta, que incluso es más que un profeta (Mat. 11, 9), es metido en la cárcel por los inicuos, y por el baile de una muchacha es decapitado, y un varón de tanta severidad muere por la risa de los torpes. ¿Acaso creemos que hubo algo que aquella muerte tan despreciada limpiara en su vida? Pero ¿cuándo pecó él incluso en la comida, el que sólo comió langostas y miel silvestre? ¿En qué delinquió contra Dios incluso por la calidad de su vestido, él que cubrió su cuerpo con pelos de camello? ¿En qué pudo ofender por su conversación, él que no se apartó del desierto? ¿Qué reato de locuacidad lo manchó, él que estuvo lejos de los hombres? ¿Cuándo lo tocó incluso la culpa del silencio, él que reprendió tan vehementemente a los que venían a él, diciendo: "Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera?" (Mat. 3, 7; Luc. 3, 7; Marc. 1, 4.) ¿Qué es, pues, que Job es preferido por el testimonio de Dios, y sin embargo es derribado por llagas hasta el esterco-

lero? ¿Qué es que Juan es alabado por la voz de Dios, y sin embargo muere por las palabras de un borracho como premio de un baile? ¿Qué es que Dios omnipotente desprecia tan vehementemente en este siglo a quienes eligió tan sublimemente antes de los siglos: sino esto, que está patente para la piedad de los fieles, que por eso los oprime así en lo más bajo, porque ve cómo los remunerará en lo más alto; y los arroja fuera hasta lo despreciado, porque los conduce dentro hasta lo incomprensible. De aquí, pues, deduzca cada uno qué habrán de padecer allí aquellos a quienes reprueba, si aquí tortura así a los que ama; o de qué modo serán heridos los que han de ser argüidos en el juicio, si así es oprimida la vida de aquellos que son alabados por el testimonio del mismo juez. Sigue:

CAPÍTULO VIII.

VERS. 9.---Dijo entonces su mujer: ¿Todavía permaneces en tu integridad? Bendice a Dios, y muérete.

12. El diablo tienta a los que están en pie o para quebrantarlos con tribulaciones, o para ablandarlos con persuasiones. Busca a la mujer como una escala por la cual subir al corazón de Job: pero en vano.---El antiguo enemigo acostumbra a intentar al género humano de dos modos; a saber, para que o bien quebrante los corazones de los que están en pie con tribulaciones, o bien los ablande con persuasiones. En ambos modos, pues, se ejercitó vehementemente contra el bienaventurado Job. Pues primero infirió al padre de

familia pérdidas de sus bienes, privó al padre de la muerte de sus hijos, hirió al que estaba sano con la putrefacción de las llagas. Pero porque lo vio pudriéndose por fuera, pero todavía permaneciendo sano por dentro; y envidió que aquel a quien dejó desnudo exteriormente, se hiciera interiormente más rico por la alabanza ofrecida al Creador; pensando astutamente considera que el atleta de Dios de donde es oprimido contra él, de allí es levantado, y vencido se vuelve a sutiles argumentos de tentación. [Vet. V.] Pues repite las asechanzas de su antigua arte; y porque sabe cómo suele ser engañado Adán, recurre a Eva. Pues vio al bienaventurado Job entre tantas pérdidas de bienes, entre tantas heridas de golpes, permanecer invicto como en una cierta ciudadela de virtudes. Pues había fijado su mente en lo alto; y por eso las asechanzas hostiles no valían para irrumpir en ella. Se busca, pues, por el adversario por qué peldaños se sube a esta ciudadela tan fortificada. Pero la mujer está cerca del varón y unida a él. Ocupó, pues, el corazón de la mujer, y la encontró como una escala por la cual hubiera podido subir al corazón del varón. Ocupó el ánimo de la esposa, la escala del marido. Pero nada prevaleció con esta arte, porque el santo varón atendió a la mujer sujeta a él, y no antepuesta a él; y hablando cosas rectas enseñó a aquella a quien la serpiente instigó para que hablara cosas perversas. Pues era digno que la censura viril restringiera el ánimo fluyente, ya que ciertamente incluso por aquel primer lapso del género humano sabía que la mujer no sabía enseñar

cosas rectas. Por lo cual bien se dice también por Pablo: "Pero no permito a la mujer enseñar" (1 Tim. 2, 12); porque sin duda alguna vez cuando enseñó, separó de la eternidad de la sabiduría. El antiguo enemigo, pues, perdió ante Adán en el estercolero, él que superó a Adán en el paraíso; y mientras enciende a su ayudante la mujer para palabras de mala persuasión, la envió a la doctrina de la santa erudición; y la que había sido excitada para que perdiera, fue instruida para que no pereciera. Así, así es herido el enemigo por nuestros varones fuertes, que incluso sus propias armas le son arrebatadas. Pues de donde estima exagerar el dolor de la herida, de allí les sugiere contra sí mismo armas de virtud.

13. El diablo nos tienta por medio de los que nos están unidos.---Pero por las palabras del cónyuge que mal persuade debemos observar vigilantes que el antiguo adversario se afana por inclinar el estado de nuestra mente no sólo por sí mismo, sino también por medio de aquellos que nos están unidos. Pues cuando no subvierte nuestro corazón por su propia persuasión, se arrastra ciertamente hasta él por las lenguas de los que nos están unidos. Pues de aquí está escrito: "Guárdate de tus hijos, y estate atento de tus domésticos" (Ecli. 32, 26). De aquí se dice por el profeta: "Guárdese cada uno de su prójimo, y en ningún hermano suyo tenga confianza" (Jer. 9, 4). De aquí de nuevo está escrito: "Los enemigos del hombre son los de su propia casa" (Mat. 10, 36). Pues el astuto adversario, cuando se ve repelido de los corazones de los buenos, busca a

aquellos que son muy amados por ellos; y habla lisonjeramente por las palabras de ellos, que son amados más que los otros; para que mientras la fuerza del amor perfora el corazón, fácilmente la espada de su persuasión irrumpa hasta los baluartes de la rectitud íntima. Después de las pérdidas de los bienes, pues, después de las muertes de las prendas, después de las heridas y desgarros de los miembros, el antiguo enemigo movió la lengua de la esposa.

14. En la serie de tentaciones de Job, cuáles son las artes del enemigo.---Y ha de notarse en qué tiempo se afanó por corromper el ánimo del varón con un discurso virulento. Pues introdujo las palabras después de las heridas, para que sin duda cuando la fuerza del dolor se agravara, la perversa sugestión de la persuasión prevaleciera fácilmente. [Vet. VI.] Pero si consideramos sutilmente el mismo orden de su tentación, encontramos con qué astucia se ensaña. Pues movió primero las pérdidas de la sustancia, las cuales ciertamente estaban tanto fuera de la naturaleza como fuera del cuerpo. Sustrajo a los hijos, lo cual ya ciertamente no estaba fuera de la naturaleza, pero sin embargo todavía en cierta medida fuera del propio cuerpo. Al final hirió también el cuerpo. Pero porque por las heridas de la carne no valió para llegar a la herida del ánimo, buscó también la lengua de la mujer unida. Pues porque le dolió verse superado en certamen abierto, lanzó un dardo desde la boca de la esposa como desde una emboscada, la cual ciertamente dijera: "¿Todavía permaneces en tu integridad? Bendice

a Dios, y muérete". He aquí que tentando todo lo quitó, he aquí que tentando dejó a la mujer, y astutamente arrebató todo al santo varón; pero mucho más astutamente reservó a la mujer su ayudante, para que dijera: "¿Todavía permaneces en tu integridad?". Eva repite sus palabras. Pues ¿qué es decir: "Deja la integridad", sino: "Desprecia la obediencia comiendo lo prohibido"? ¿Y qué es decir: "Bendice a Dios, y muérete", sino: "Trascendiendo el precepto, vive más allá de lo que fuiste creado"? Pero nuestro Adán fuerte yació en el estercolero, él que en otro tiempo estuvo débil en el paraíso. Pues al punto respondió a las palabras de la que mal persuadía, diciendo:

CAPÍTULO IX.

VERS. 10.---Has hablado como una de las mujeres necias. ¿Si recibimos los bienes de la mano del Señor, por qué no habremos de sostener los males?

15. Job vacío de las cosas externas, lleno de Dios por dentro. Hasta qué punto los azotes pueden llamarse males.---He aquí que el enemigo es quebrantado por todas partes, por todas partes es superado, por todos los argumentos de las tentaciones sucumbió, porque perdió incluso aquel consuelo suyo familiar incluso por la mujer. Entre estas cosas, pues, agrada mirar al santo varón, vacío de cosas por fuera, lleno de Dios por dentro. Pablo, cuando consideraba en sí mismo las riquezas de la sabiduría interna, y veía que él mismo era exteriormente un cuerpo corruptible, dijo: "Tenemos este tesoro en vasos de barro" (2 Cor. 4,

7). He aquí que en el bienaventurado Job el vaso de barro sintió exteriormente los desgarros de las úlceras; pero este tesoro permaneció íntegro por dentro. Pues por fuera crujió por las heridas, pero el tesoro de la sabiduría, naciendo indefectiblemente por dentro, emanó por las palabras de la santa erudición, diciendo: "¿Si recibimos los bienes de la mano del Señor, por qué no habremos de sostener los males?", llamando bienes, a saber, a los dones de Dios ya sean temporales o eternos; y males, a los azotes presentes, de los cuales el Señor dice por el profeta: "Yo soy el Señor, y no hay otro, que formo la luz y creo las tinieblas; que hago la paz y creo los males" (Is. 45, 7). Pues ni los males, que no subsisten por ninguna naturaleza propia, son creados por el Señor; sino que el Señor indica que él crea los males cuando forma para nosotros, que obramos mal, las cosas bien creadas en azote, para que esas mismas cosas tanto por el dolor con que hieren sean males para los delincuentes, como por la naturaleza por la que existen sean bienes. De donde también el veneno es ciertamente muerte para el hombre, pero sin embargo vida para la serpiente. Pues por el amor de las cosas presentes nos apartamos del amor de nuestro Creador; y la mente perversa, mientras se sometió al amor de la criatura, se separó de la sociedad del Creador. Por estas cosas, pues, debía ser herida por el Creador, las cuales errante había antepuesto al Creador, para que de donde el hombre no temió admitir la culpa soberbio, de allí encontrara la pena para ser corregido; y tanto más pronto recobrara el sentido hacia aquellas

cosas que perdió, cuanto viera que estaban llenas de dolor las que buscó. Por lo cual bien se dice: "Formando la luz y creando las tinieblas", porque cuando por los azotes se crean exteriormente las tinieblas del dolor, por dentro por la erudición se enciende la luz de la mente. "Haciendo la paz y creando los males", porque entonces se nos devuelve la paz con Dios, cuando estas cosas que fueron bien creadas, pero no bien deseadas, se convierten en azotes en aquellas cosas que nos son males. Pues por la culpa estuvimos discordes con Dios; es digno, pues, que volvamos a su paz por los azotes; para que cuando cada cosa bien creada se nos convierte en dolor, la mente corregida se reforme humildemente hacia la paz del Creador. A estos azotes, por tanto, el bienaventurado Job los llama males; porque sopesa el bien de la salud y de la tranquilidad, por qué perturbación hieren.

16. La pena del azote ha de ser templada por la memoria del don, y la alegría del don por el miedo al azote. La falta está en el sentido de los malvados, no en el sexo.---Pero aquello ha de ser muy considerado en sus palabras, con qué gran arte de consideración se recoge contra la persuasión de su cónyuge, diciendo: "¿Si recibimos los bienes de la mano del Señor, por qué no habremos de sostener los males?". [Vet. VII.] Pues es un gran consuelo de la tribulación si, cuando padecemos cosas adversas, recordamos los dones de nuestro Creador. Ni rompe lo que nos sale al paso por el dolor, si a la mente le ocurre más pronto esto que la levanta por el don. Pues de aquí está escrito:

"En el día de los bienes no te olvides de los males, y en el día de los males no te olvides de los bienes" (Ecli. 11, 27). Pues quienquiera que percibe dones, pero en el tiempo de los dones de ningún modo teme también los azotes, cae en la elación por la alegría. Pero quienquiera que es desgastado por los azotes, pero en el tiempo de los azotes de ningún modo se consuela por los dones que le aconteció haber recibido, es destruido de su estado mental por una desesperación total. Así, pues, ambos han de unirse, para que uno siempre se apoye en el otro; a fin de que tanto la memoria del don temple la pena del azote, como la sospecha y el temor del azote muerda la alegría del don. El santo varón, pues, para calmar su ánimo oprimido entre las heridas, sopesa los halagos de los dones en los dolores de los azotes, diciendo: "¿Si recibimos los bienes de la mano del Señor, por qué no habremos de sostener los males?". Donde también bien antepone: "Has hablado como una de las mujeres necias". Pues porque el sentido de la mujer perversa, pero no el sexo, está en la falta, de ningún modo dice: "Has hablado como una de las mujeres", sino "de las mujeres necias", para que se muestre evidentemente que lo que sabe a perversidad es de la necedad que sobreviene, pero no de la naturaleza creada. Sigue:

CAPÍTULO X.

IBÍD.---En todo esto Job no pecó con sus labios.

17. Job no pecó con los labios, porque ni dijo cosas injustas, ni calló las justas.---Delinquimos

con los labios de dos modos, cuando o bien decimos cosas injustas, o bien callamos las justas. Pues si alguna vez incluso callar no fuera culpa, el profeta no diría: "¡Ay de mí, porque he callado!" (Is. 6, 5). El bienaventurado Job, pues, en todo lo que hizo, mínimamente pecó con sus labios, porque ni dijo cosas soberbias contra el que lo hería, ni calló las cosas rectas contra la que le persuadía. Ni hablando, pues, ni callando delinquió, el que tanto dio gracias al Padre que lo azotaba, como suministró la sabiduría de la doctrina al cónyuge que mal le persuadía. Pues porque sabía qué debía a Dios y qué al prójimo, a saber, paciencia al Creador, sabiduría al cónyuge, por eso tanto enseñó a ésta redarguyéndola, como alabó a aquel dando gracias. Pero ¿quién de nosotros, si recibiera una sola herida cualquiera de tan gran golpe como este, no yacería pronto postrado desde lo más íntimo? He aquí que postrado por fuera por las heridas de la carne, permanece erguido por dentro por el baluarte de la mente; y ve volar por debajo de sí todo dardo que el enemigo, ensañándose con mano rigurosa, le clava exteriormente; vigilante descubre los dardos, lanzados contra él ya con heridas de frente, ya con palabras como de lado. Y nuestro guerrero, atrapado por el fervor de los combates que lo cercan, por todas partes opone el escudo de su paciencia; sale al encuentro de las saetas que vienen de todas partes, y por todos los flancos de las virtudes gira su mente circunspecta contra las heridas que irrumpen.

[Vet. VIII.] 18. Es tentado por medio de sus amigos.---Pero el antiguo enemigo, cuanto más

valientemente es vencido, tanto más ardientemente es instigado todavía a las asechanzas. Pues porque la esposa, reprendida, calló, al punto excitó a otros que, para ser reprendidos, se levantaran a las contumelias. Pues así como se afanó por herir las pérdidas de las cosas anunciándolas más frecuentemente; así ahora se afana por penetrar el robusto pecho hiriéndolo más a menudo con las contumelias de las palabras. Sigue:

CAPÍTULO XI.

VERS. 11.---Oyendo, pues, tres amigos de Job todo el mal que le había acontecido, vinieron cada uno de su lugar: Elifaz temanita, Bildad suhita y Sofar naamatita. Pues se habían puesto de acuerdo para venir juntos a visitarlo y consolarlo.

19. La recta intención de los amigos de Job es oscurecida por la indiscreción.---Quienes vienen por común acuerdo al consuelo del afligido, demuestran cuánta caridad tuvieron tanto entre sí como para con el herido. Aunque también por esto que la Escritura testifica que fueron amigos de tan gran varón, se muestra que fueron de buen celo y de recta intención; pero sin embargo esta misma intención de ellos, cuando prorrumpen en palabras, es oscurecida ante los ojos del juez riguroso por una indiscreción sobrevenida. Sigue:

CAPÍTULO XII.

VERS. 12.---Y como alzaran desde lejos sus ojos, no le conocieron; y clamando lloraron, y

rasgadas sus vestiduras, esparcieron polvo sobre su cabeza hacia el cielo.

20. El que ha de consolar al afligido debe dolerse. Pero ponga límite al dolor.---Porque la llaga había cambiado la apariencia del herido, los amigos llorando claman, rasgan sus vestiduras, rocían sus cabezas con polvo; para que cuando lo vieran cambiado a él, a quien habían venido, un dolor espontáneo cambiara también la misma apariencia de los consoladores. Pues el orden de la consolación es que, cuando queremos suspender a algún afligido de su luto, procuremos primero por el llanto concordar con su duelo. Pues no puede consolar al que se duele quien no concuerda con su dolor, porque por eso mismo por lo que discrepa de la aflicción del que se duele, es menos recibido por aquel de quien se separa por la calidad de la mente. Debe, pues, ablandarse primero el ánimo para que sea congruente con el afligido, y siendo congruente se adhiera, y adhiriéndose lo atraiga. Pues ni el hierro se une al hierro si no se licuan ambos por el ardor del fuego; y lo duro no se adhiere a lo blando si antes su dureza, templándose, no se ablanda, para que se haga casi esto mismo que se procura que sostenga. Así tampoco levantamos a los que yacen si no nos inclinamos del rigor de nuestro estado, porque mientras la rectitud del que está en pie discrepa de la posición del que yace, de ningún modo levanta a aquel a quien descuida descender. Los amigos, pues, del bienaventurado Job, para suspender al afligido del dolor, cuidaron necesariamente de dolerse al mismo tiempo; y

cuando vieron su cuerpo herido, procuraron ellos mismos rasgar sus vestiduras; y cuando lo vieron cambiado, procuraron afear sus cabezas con polvo; a fin de que el varón afligido recibiera tanto más fácilmente sus palabras, cuanto hubiera reconocido en ellos algo suyo de la aflicción.

[Vet. IX.] 21. Pero entre estas cosas debe saberse que aquel que desea consolar al afligido, es necesario que ponga medida al dolor que asume, no sea que no sólo no calme al que se duele, sino que doliéndose intemperadamente, oprima el ánimo del afligido hacia el peso de la desesperación. Pues así ha de unirse nuestro dolor al dolor de los que se duelen, que por el temperamento alivie, y no por el aumento grave. De donde tal vez ha de colegirse que los amigos del bienaventurado Job se dolieron más de lo que había sido necesario en la consolación, los cuales mientras ven la herida, pero ignoran la mente del herido, así se volvieron a un inmenso duelo, como si el varón herido de tanta fortaleza, en la herida del cuerpo, hubiera caído también del corazón. Sigue:

CAPÍTULO XIII.

VERS. 13.---Y se sentaron con él en tierra siete días y siete noches, y ninguno le hablaba palabra; porque veían que su dolor era muy grande.

22. Es incierto si los amigos se sentaron con Job siete días y noches continuos o con interrupciones.---Ignoramos si se sentaron con el afligido Job por siete días y siete noches continuos, o si ciertamente por otros tantos días y noches le acompañaron con la instancia de frecuentes

visitas. Pues a menudo decimos que hacemos cualquier cosa por tantos días, aunque no nos ocupemos continuamente en ella durante esos mismos días. Pero a menudo la Sagrada Escritura acostumbra a poner el todo por la parte, así como la parte por el todo. Pues habla de la parte por el todo, como Jacob al describir su familia dice: Entró Jacob en Egipto con setenta almas (Gén. 46, 27). Lo cual, sin duda, cuando menciona las almas, consta que comprende también los cuerpos de los que entraban. Por el contrario, insinúa el todo por la parte, como María se lamenta ante el sepulcro diciendo: Se han llevado al Señor del sepulcro, y no sabemos dónde lo han puesto (Juan 20, 2). Pues ella había venido a buscar sólo el cuerpo del Señor, y deplora como si todo el Señor junto hubiera sido llevado. Si, pues, también en este lugar se dice el todo por la parte es incierto.

23. Que el habla no sea precipitada, ni indiscreta después del debido silencio.---Pero sin embargo esto, que callaron por mucho tiempo y en algún momento fueron reprobados por hablar, no debe pasarse por alto negligentemente. Pues hay algunos que comienzan a hablar precipitadamente, y ejecutan más desenfrenadamente lo que comenzaron sin freno. Y hay algunos que ciertamente comienzan a hablar tarde, pero una vez comenzando, ignoran cómo tener medida en la locución. Los amigos del bienaventurado Job, pues, viendo su dolor, callaron por mucho tiempo; pero comenzando tarde, hablaron indiscretamente, porque no quisieron perdonar al que se dolía. Sujetaron la lengua para que no comenzara apresu-

radamente; pero una vez comenzando de ningún modo la moderaron, para que no se desenfrenara desde la consolación hasta los insultos. Y ciertamente habían venido con buena intención para consolar; pero esto, que la mente piadosa ofreció puro a Dios, la locución precipitada lo vició. Pues está escrito: Si ofreces rectamente, pero no divides rectamente, pecaste (Gén. 4, 7, según la LXX). Pues se ofrece rectamente cuando algo se hace con recta intención. Pero no se divide rectamente si no se discierne también sutilmente esto que se hace. Pues dividir rectamente lo ofrecido es sopesar discerniendo solícitamente cualquiera de nuestros buenos propósitos. Lo cual, sin duda, quien descuida hacer, aun ofreciendo rectamente, peca.

[Vet. X.] 24. Debe proveerse que lo que empezamos con recto propósito, lo completemos con un recto fin.---A menudo, pues, incluso lo que realizamos con un buen propósito, mientras descuidamos discernir cautamente, ignoramos por qué fin será juzgado; y a veces se convierte en culpa de crimen lo que se piensa que es causa de virtud. Quienquiera que considere los hechos de los amigos del bienaventurado Job, no ignora con qué piadosa intención vinieron a él. Sopesemos, pues, de qué caridad fue el haberse reunido concordemente ante el afligido; cuánta virtud de longanimidad resultó el haber callado con el afligido por siete días y noches; qué humildad el haber estado sentado en tierra tantos días y noches; qué compasión el haber rociado sus cabezas con polvo. Pero sin embargo, comenzando a hablar,

de donde estimaron adquirir para sí el premio de la recompensa, de allí les aconteció encontrar la culpa de la reprobación, porque para los incautos a menudo se vuelve un fin de pecado incluso lo que se comienza por el solo propósito de la recompensa. He aquí que por una locución precipitada perdieron el bien que con tanto trabajo habían comprado. Y si la gracia de la Divinidad no les hubiera mandado ofrecer un sacrificio por su culpa, de allí podrían haber sido justamente castigados por el Señor, de donde maravillosamente estimaban complacer al Señor. De allí desagradan al Juez, de donde se complacen a sí mismos como por la defensa del Juez a través del desenfreno. Por eso decimos estas cosas para que las revoquemos a la memoria de los lectores, a fin de que cada cual considere solícitamente aquellas cosas que se perpetran con un mal voto, con cuánta animadversión las castiga el Señor, si aquellas cosas comenzadas con un buen propósito, pero mezcladas con la negligencia de la indiscreción, las castiga con tanta invectiva. ¿Quién no creería que ha cumplido una causa de recompensa si, en defensa de Dios, dijera algo contra su prójimo, o ciertamente si callara por siete días y noches por el dolor del prójimo? Y sin embargo los amigos del bienaventurado Job, haciendo estas cosas, llegaron a la culpa trabajando, porque conocían ciertamente el bien de la consolación que hacían, pero con qué gran balanza de discreción debía hacerse, lo ignoraban. De donde es necesario que no sólo miremos qué hacemos, sino también con cuánta discreción lo complete-

mos. Primero, ciertamente, para que no hagamos cosas malas de ningún modo, pero después para que no hagamos las buenas incautamente. A cuyas cosas buenas ciertamente, para ser realizadas solícitamente, el profeta nos amonesta diciendo: Maldito el hombre que hace la obra del Señor negligentemente (Jer. 48, 10). Para esto aprovechen estas cosas, para que ante el examen sutil e incomprensible del terrible Juez temamos no sólo los males que hemos cometido, sino también esas mismas cosas, si hay en nosotros algunas bien hechas, porque a menudo en su juicio se descubre que es culpa lo que se piensa que es virtud antes del juicio; y de donde se espera la piadosa recompensa de la obra, de allí sigue el suplicio de la justa venganza.

[Vet. XI. Rec. XI.] 25. SENTIDO ALEGÓRICO.--- Cuán grande sea la unión de Cristo y la Iglesia.--- Hemos recorrido estas cosas tratadas brevemente según la historia, ahora volvamos nuestras palabras al misterio de las alegorías. Pero porque en el exordio de esta obra, mientras tratábamos de la unidad de la cabeza y del cuerpo, expusimos con solícita intención cuánta es en ellos la trabazón de la caridad, porque sin duda el Señor todavía padece muchas cosas a través del cuerpo, que somos nosotros, y ya su cuerpo, esto es la Iglesia, se gloría de su cabeza, a saber, el Señor, en el cielo; así ahora deben expresarse las pasiones de la misma cabeza, para que se muestre cuántas cosas sostiene también en su cuerpo. Pues si nuestros tormentos no tocaran a nuestra cabeza, de ningún modo clamaría desde el cielo

a su perseguidor por los miembros afligidos: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hechos 9, 5.) Si nuestros suplicios no fueran sus penas, el convertido y afligido Pablo mínimamente diría: Suplo aquellas cosas que faltan de las pasiones de Cristo, en mi carne (Col. 1, 24). Y sin embargo, ya exaltado por la resurrección de su cabeza, dice: El cual nos resucitó juntamente, y nos hizo sentar en los cielos (Ef. 2, 6). Sin duda a este hombre en la tierra lo habían constreñido los tormentos de las persecuciones; pero oprimido por los pesos de sus penas, he aquí que ya por la gloria de la cabeza residía en el cielo. Porque, pues, conocemos la cabeza y el cuerpo unidos en todas las cosas, así comenzamos desde la herida de la cabeza, para que subsecuentemente vengamos a los azotes del cuerpo. Pero esto, que en cierto día se dice que Satanás estuvo ante el Señor, que se le pregunta de dónde viene, que el bienaventurado Job es preferido con grandes encomios del Creador, porque ya a menudo hemos discutido estas cosas, evitamos replicarlas. Pues si por mucho tiempo la mente se envuelve en cosas discutidas, se le impide llegar a las no discutidas. Allí, pues, ponemos ahora el inicio de la alegoría, donde tras palabras a menudo repetidas, sabemos que se añade algo nuevo. Así pues dice:

CAPÍTULO XIV.

Me has movido contra él, para que lo afligiera sin causa.

26. Cristo afligido sin causa por sí mismo, pero no sin causa por nosotros.---Si el bienaventurado

Job mantiene la figura de nuestro Redentor puesto en su pasión, ¿cómo es dicho por el Señor a Satanás: Me has movido contra él? El Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús, para extinguir las culpas de nuestra transgresión, vino a tolerar los azotes de nuestra mortalidad; pero porque es de una sola y misma naturaleza con el Padre, ¿cómo afirma el Padre que fue movido contra él por Satanás, cuando consta que ninguna desigualdad de poder, ninguna diversidad de voluntad, interrumpe la concordia del Padre y del Hijo? Pero sin embargo el mismo, que es igual al Padre por la divinidad, vino por nosotros a los azotes por la carne. Los cuales azotes sin duda no recibiría, si redimiendo no hubiera tomado la forma del hombre condenado. Y si el primer hombre no hubiera delinquido, el segundo de ningún modo vendría a los oprobios de la pasión. Cuando, pues, el primer hombre fue movido por Satanás contra el Señor, entonces fue el Señor movido en el segundo hombre. Satanás, pues, movió entonces al Señor para la aflicción de éste, cuando en el paraíso derribó al primer hombre desde la cumbre de la justicia por la culpa de la desobediencia. Pues si no hubiera arrastrado al primer Adán a través del vicio voluntario a la muerte del alma, el segundo Adán sin vicio no vendría a la muerte voluntaria de la carne. Bien, pues, se le dice también respecto a nuestro Redentor: Me has movido contra él, para que lo afligiera sin causa. Como si se dijera más claramente: Mientras éste muere no por su propia causa, sino por la de aquél, entonces me moviste

a su aflicción, cuando lo arrastraste de mí por astuta persuasión. Sobre lo cual también se añade bien, sin causa. Pues sin causa fue afligido quien fue oprimido por la venganza de la culpa, y no fue manchado por el contagio de la culpa. Sin causa fue afligido quien, encarnado, no tuvo pecados propios cometidos, y sin embargo recibió la pena de los carnales sin culpa. De aquí es, pues, lo que habla por el Profeta, diciendo: Lo que no robé, entonces lo pagaba (Sal. 68, 5). Pues otro, creado para el paraíso, quiso arrebatar soberbiamente la semejanza de la potencia divina, pero sin embargo el Mediador pagó sin culpa la culpa de esta soberbia. De aquí es lo que un cierto sabio dice al Padre: Siendo justo, justamente lo dispones todo, y también condenas al que no debe ser castigado (Sab. 12, 15).

27. De qué modo Dios afligió con penas al Cristo inocente.---Pero debe sopesarse cómo es justo y lo dispone todo justamente, si condena a quien no debe ser castigado. Pues nuestro Mediador no debió ser castigado por sí mismo, porque no perpetró ningún contagio de culpa. Pero si él mismo no aceptara la pena indebida, nunca nos libraría de la muerte debida. El Padre, pues, siendo justo, al castigar al Justo, lo dispone todo justamente; porque por esto lo justifica todo, en que condena por los pecadores a quien está sin pecado; para que por ello todos los elegidos subieran a la cumbre de la justicia; por cuanto aquel que está sobre todas las cosas sostendría los daños de nuestra injusticia. Por lo cual, lo que allí se dice condenado cuando no debe, esto aquí se recuerda como

afligido sin causa. El cual, sin embargo, respecto a sí mismo fue afligido sin causa, pero respecto a nuestros actos no sin causa. Pues el herrumbre del vicio no pudo purgarse sino por el fuego del tormento. Vino, pues, sin vicio quien se sometería espontáneamente al tormento; para que los suplicios debidos a nuestra iniquidad soltaran justamente a sus reos, por cuanto habían retenido injustamente a éste libre de ellos. Sin causa, pues, y no sin causa fue afligido, quien ciertamente no tuvo pecados cometidos en sí mismo, pero con su propia sangre borró la mancha de nuestra culpa.

CAPÍTULO XV.

VERS. 4, 5.---Y respondiendo Satanás dijo: Piel por piel, y todo lo que el hombre tiene, lo dará por su vida. Pero extiende ahora tu mano, y toca su hueso y su carne, y entonces verás que te bendice en tu cara.

28. De dónde sepa Satanás quién es Cristo, y de dónde dude de Él. En estimar la caridad y la paciencia de Cristo, de dónde se engañe. El habla de Satanás tanto por sí mismo como por los suyos.---El espíritu maligno, cuando ve a nuestro Redentor brillar con milagros, clama: Sabemos quién eres, el Santo de Dios (Lc. 4, 34). El cual, diciendo estas cosas, al conocer al Hijo de Dios teme sobremanera; pero sin embargo, ignorando la fuerza de la piedad superna, a veces mientras lo considera pasible, lo cree un hombre puro. Pero había aprendido de muchos puestos en lugar pastoral bajo apariencia de santidad, que siendo muy ajenos a las entrañas de la caridad, sope-

saban muy poco los daños ajenos. Colegiando, pues, a éste como de los otros, porque quitadas muchas cosas no lo vio vencido, se encendió hasta su carne, por el tacto de la pasión, de modo que dijo: Piel por piel, y todo lo que el hombre tiene, lo dará por su vida. Pero extiende ahora tu mano, y toca su hueso y su carne, y entonces verás que te bendice en tu cara. Como si dijera claramente: Descuida ser movido por aquellas cosas que están fuera de sí; pero entonces se reconoce verdaderamente quién es, si experimenta en sí mismo lo que pueda dolerle. Estas cosas Satanás, cuando desea que se hagan, las dijo por sí mismo no con palabras, sino con deseos. Estas cosas a través de sus miembros las introdujo tanto con palabras como con deseos. Pues él mismo habla cuando, según la voz del profeta, sus seguidores dicen: Pongamos leño en su pan, y borrémoslo de la tierra de los vivientes (Jer. 11, 19). Pues poner leño en el pan es aplicar al cuerpo de él el madero de la cruz clavándolo; y piensan que pueden borrar su vida de la tierra de los vivientes, a quien mientras ven mortal, sospechan que se acaba con la muerte.

CAPÍTULO XVI.

VERS. 6.---Y el Señor dijo a Satanás: He aquí que está en tu mano, pero guarda su vida.

29. Los miembros de Satanás son todos los que viven mal. La mano de Satanás es su poder. El Señor, entregándose a él, lo obliga a servirle.---¿Quién, aun siendo necio, creería que el Creador de todas las cosas fue entregado en la mano de

Satanás? Pero sin embargo, instruidos por la verdad, ¿quién no sabe que son miembros del mismo Satanás todos los que se unen a él viviendo perversamente? Pues su miembro resultó ser Pilato, quien, hasta los extremos de la muerte, no conoció al Señor que venía para nuestra redención. El cuerpo de él resultaron ser los príncipes de los sacerdotes, quienes intentaron repeler al Redentor del mundo fuera del mundo, persiguiéndolo hasta la cruz. Cuando, por tanto, por nuestra redención, el Señor se entregó a sí mismo en manos de los miembros de Satanás, ¿qué otra cosa hizo sino permitir que la mano de ese mismo Satanás se ensañara contra Sí mismo; para que de donde Él mismo sucumbiera exteriormente, de allí nos librara a nosotros exterior e interiormente? Si, por tanto, la mano de Satanás se toma por su poder, sufrió su mano según la carne, cuyo poder over el cuerpo toleró hasta los esputos, los bofetones, los azotes, la cruz y la lanza. De donde también dice a Pilato, a saber, a su cuerpo, cuando viene a la pasión: No tendrías en mí ningún poder, si no te fuera dado de arriba (Jn. 19, 11). Pero sin embargo este poder, que le había dado exteriormente contra Sí mismo, lo obligaba a servir a sus propios beneficios interiormente. Pues Pilato, o Satanás, que había resultado ser la cabeza de ese mismo Pilato, estaba sujeto bajo el poder de Aquel sobre quien había recibido poder; porque también el Superior mismo había dispuesto esto que, viniendo de abajo, toleraba del perseguidor; para que mientras surgía de la mala mente de los infieles, sin embargo esa misma crueldad sirviera

a la utilidad de todos los elegidos. Piadosamente, por tanto, disponía interiormente lo que malvadamente se permitía sufrir exteriormente. Pues de aquí es que se dice de Él en la cena: Sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en sus manos, y que de Dios había salido y a Dios iba, se levanta de la cena y pone sus vestidos (Jn. 13, 3). He aquí que yendo a las manos de los perseguidores, sabía que en su mano había recibido incluso a esos mismos perseguidores. Pues Aquel que sabía que había recibido todas las cosas, consta que también sujetaba a aquellos por quienes era sujetado; para que Él mismo retorciera para el uso de la piedad lo que fuera que la malicia de ellos permitida se ensañara contra Sí mismo. Dígasele por tanto: He aquí que está en tu mano; porque recibió licencia ensañándose para herir la carne, pero sin saberlo sirvió al poder de Él.

30. Se convence al diablo de no poder superar el alma de Cristo.---Pero se le manda guardar su vida (alma), no porque se le prohíba tentar a ésta, sino porque se le convence de no poder superarla. Pues no como nosotros, que somos hombres puros, somos sacudidos a menudo por la tentación que nos asalta, así el alma de nuestro Redentor fue turbada por la necesidad de la tentación. Pues nuestro enemigo, aunque se le permitió llevarlo a un monte alto, si mostró que le daría los reinos del mundo, si mostró que las piedras debían convertirse en pan (Mt. 4, 8; Lc. 4, 4), sin embargo no pudo sacudir la mente del Mediador de Dios y de los hombres con la tentación. Pues así se dignó recibir todas estas cosas exteriormente, para que

sin embargo su mente permaneciera inconcusa interiormente adherida a su divinidad. El cual, aun si alguna vez se dice que gimió turbado en espíritu (Jn. 11, 33, 38), Él mismo disponía divinamente cuánto Él mismo se turbaría humanamente, presidiendo inmutablemente sobre todas las cosas, y mostrándose a sí mismo mutable en la satisfacción de la enfermedad. Permaneciendo quieto, por tanto, en sí mismo, dispuso lo que fuera que hizo incluso estando turbado para la manifestación de la humanidad que había recibido.

31. Los elegidos pueden llamarse el alma de Cristo. Estos son eximidos del poder del diablo.---Pero porque cuando amamos rectamente, no amamos nada en las cosas creadas más entrañablemente que nuestra alma; y como decimos que amamos como a nuestra alma a aquellos a quienes intentamos expresar el peso de nuestro amor, puede significarse por su alma la vida de los elegidos. Y cuando a Satanás se le permite herir la carne del Redentor, es apartado del alma; porque mientras toma su cuerpo para la pasión, pierde a sus elegidos del derecho de su poder; y mientras la carne de Aquél muere por la cruz, la mente de éstos se consolida contra las tentaciones. Dígase, pues: He aquí que está en tu mano, pero guarda su vida (alma). Como si oyera claramente: Recibe licencia contra su cuerpo, y pierde el derecho de la dominación malvada sobre sus elegidos, a quienes posee, conociéndolos de antemano consigo antes de los siglos.

CAPÍTULO XVII.

VERS. 7.---Salió, pues, Satanás de la presencia del Señor, e hirió a Job con una úlcera pésima, desde la planta del pie hasta la coronilla.

32. Cristo herido en los suyos desde el exordio del mundo.---Ninguno de los elegidos ha venido a esta vida que no haya sostenido las adversidades de este enemigo. Pues resultaron ser miembros de nuestro Redentor incluso aquellos que desde el mismo exordio del mundo, mientras viven piadosamente, han padecido cosas crueles. ¿O acaso no dio Abel muestras de ser miembro de Aquél, que significó su muerte —de quien está escrito: Como oveja será llevado al matadero, y como cordero ante el trasquilador enmudecerá y no abrirá su boca (Is. 53, 7)— no sólo agradando en el sacrificio, sino también callando al morir? Desde el mismo exordio del mundo, por tanto, ha intentado expugnar el cuerpo de nuestro Redentor. Desde la planta del pie, pues, hasta la coronilla infligió la herida, porque comenzando por los hombres puros, llegó hasta la misma Cabeza de la Iglesia ensañándose. Pero bien se dice:

CAPÍTULO XVIII.

VERS. 8.---Raspaba la podredumbre con un tiesto.

33. Con el tiesto, es decir, con su carne tomada de la tierra, raspó la podredumbre del pecado.---¿Pues qué otra cosa es en la mano del Señor el tiesto, sino la carne tomada del lodo de nuestra sustancia? Pues el tiesto se solidifica por el fuego.

Pero la carne del Señor resultó ser tanto más robusta por su pasión, cuanto que muriendo por la flaqueza, resucitó de la muerte sin flaqueza. De donde rectamente se dice también por el Profeta: Mi fuerza se secó como un tiesto (Salm. 21, 16). Pues como un tiesto se secó su fuerza, quien robusteció la flaqueza de la carne asumida por el fuego de su pasión. ¿Pero qué debe entenderse por la podredumbre (sanies), sino el pecado? Pues por la carne y la sangre suelen designarse los pecados de la carne. De donde se dice por el Salmista: Líbrame de las sangres (Salm. 50, 16). La podredumbre, pues, es la putrefacción de la sangre. ¿Qué tomamos por podredumbre, sino los pecados de la carne hechos peores por su larga antigüedad? La herida, por tanto, se convierte en podredumbre cuando la culpa descuidada se agrava peor por el uso. Por tanto, el Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús (1 Tim. 2, 5), entregando su cuerpo en manos de los perseguidores, raspó la podredumbre con el tiesto, porque borró el pecado por la carne. Pues vino, según está escrito, en semejanza de carne de pecado, para que del pecado condenara al pecado (Rom. 8, 3). Y mientras opone al enemigo la inocencia de su carne, limpió los contagios de nuestra carne; y de aquello por lo cual el enemigo nos tuvo cautivos, por aquello nos expió libres; porque lo que nosotros hicimos instrumento de culpa, esto se nos ha convertido a través del Mediador en armas de justicia. El tiesto, pues, raspa la podredumbre cuando por la carne se vence la culpa. Pero bien se añade:

CAPÍTULO XIX.

IBID.---Sentado en el estercolero.

34. Se sentó en el estercolero porque eligió las cosas débiles del mundo.---No en el foro, en el que resuena la ley; no en el edificio, que se eleva con su cima en lo alto; sino que reside en el estercolero, porque a saber el Redentor del género humano viniendo a la carne, atestiguando Pablo, eligió las cosas débiles del mundo, para confundir a las fuertes (1 Cor. 1, 27). ¿O no reside como en edificios que caen en el estercolero quien, dejados los judíos soberbios, descansa en aquella gentilidad que hacía poco había rechazado? Se encuentra fuera del habitáculo en la herida quien, en aquello que sufrió de la Judea adversaria, sintió el dolor de la pasión despreciado por su propia gente; atestiguando Juan, quien dice: A lo suyo vino, y los suyos no lo recibieron (Jn. 1, 11). Pero cómo descansando sentado en el estercolero, diga esta misma Verdad de sí misma: Pues dice: Habrá alegría en el cielo por un solo pecador que haga penitencia, más que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia (Lc. 15, 7). He aquí que doliéndose se sienta en el estercolero quien, después de perpetradas las culpas, posee de buena gana los corazones de los penitentes. ¿O no son como un cierto estercolero los corazones de los penitentes, quienes mientras consideran sus males llorando, los amontonan como estiércol ante sí, despreciándose a sí mismos? Herido, pues, Job no buscó el monte, sino que se sentó en el estercolero, porque el Redentor viniendo a

la pasión, desamparó los altos corazones de los soberbios y descansó en la humildad de los afligidos. Lo cual, sin embargo, indicó de sí incluso antes de encarnarse, cuando dijo por el Profeta: ¿A quién miraré, sino al humilde y quieto y al que tiembla ante mis palabras? (Is. 66, 2, sec. LXX).

35. Cristo padece muchas cosas en los suyos, tanto de los infieles como de los fieles carnales.----¿Pero quién considerará cuántas cosas piadosas trajo Él a los hombres, cuántas cosas perversas toleró de los hombres? ¿Quién considerará cuántas cosas tolera incluso ahora, aun cuando reina desde el cielo sobre los corazones de los fieles? Pues Él mismo padece diariamente todo aquello por lo cual sus elegidos son lacerados por los réprobos. Y aunque la cabeza de este cuerpo, que somos nosotros, ya se eleva libre sobre todas las cosas, sin embargo todavía siente las heridas de los réprobos a través de su cuerpo, que retiene abajo. ¿Pero por qué decimos estas cosas de los infieles, cuando en la misma Iglesia vemos a muchos de los carnales luchar con costumbres perversas contra la vida del Redentor? Pues hay algunos que lo persiguen con actos perversos, porque no pueden con espadas; porque mientras ven que les falta en la Iglesia lo que ambicionan, se hacen enemigos de los buenos; y no sólo se insertan ellos mismos en la acción perversa, sino que también se esfuerzan por inclinar la rectitud de los justos hacia lo perverso. Pues descuidan mirar las cosas eternas, y sucumben al apetito de las temporales por la pusilanimidad de la mente; y tanto más profundamente caen de las eternas,

cuanto sospechan que los bienes temporales son como los únicos. A éstos les disgusta la sencillez de los justos, y cuando encuentran ocasión de perturbación, les persuaden a que asuman su propia duplicidad. De donde también cuadra aptamente esto que se añade:

CAPÍTULO XX.

VERS. 9.---Y le dijo su mujer: ¿Todavía permaneces en tu sencillez (integridad)? Bendice a Dios y muere.

36. La mujer de Job sugiriendo el mal es figura de los carnales puestos en el seno de la Iglesia.---¿Pues de quién tuvo la imagen la mujer sugiriendo el mal, sino de cualesquiera carnales puestos en el seno de la Iglesia, quienes por el hecho de que están dentro por las palabras de la fe profesada, tanto más pesadamente oprimen a los buenos con sus costumbres no corregidas? Pues menos daño hubieran hecho tal vez si la santa Iglesia, admitiéndolos dentro, no los recibiera hasta el lecho de la fe; a los cuales, mientras los recibe por la fe profesada, sin duda alguna se los hace casi inevitables para sí misma. De aquí es que, oprimiendo la multitud, una sola mujer tocó a nuestro Redentor; de donde también ese mismo Redentor nuestro dice pronto: ¿Quién me ha tocado? Al cual, cuando los discípulos le respondieron: Las multitudes te aprietan y te oprimen, ¿y dices: quién me ha tocado? al instante añadió: Alguien me ha tocado, pues yo he conocido que ha salido de mí una virtud (Lc. 8, 44-46).

37. Estos oprimen a Cristo, no lo tocan.---Muchos, por tanto, oprimen al Señor, y una sola lo toca, porque todos los carnales en la Iglesia lo oprimen, de quien están lejos; y sólo lo tocan quienes a Él se unen verdaderamente humildes. La multitud, por tanto, oprime, porque la muchedumbre de los carnales tanto más pesadamente se tolera cuanto más se admite dentro. Oprime y no toca, porque es tanto importuna por la presencia como ausente por la vida. Pues a veces nos persiguen con discursos perversos, a veces sin embargo sólo con costumbres perversas. Pues a veces sugieren lo que ellos sostienen; a veces sin embargo, aunque no sugieran, no cesan de ofrecer ejemplos de iniquidad. Quienes, por tanto, nos atraen a los males o con palabras o con ejemplos, ciertamente son nuestros perseguidores de quienes recibimos los combates de las tentaciones, para que al menos las venzamos en el corazón.

38. Sugieren lo perverso a veces por miedo, a veces por audacia.---Se debe saber, sin embargo, que los carnales en la Iglesia a veces por miedo, a veces por audacia se esfuerzan por sugerir lo perverso; y cuando ellos mismos desfallecen o por pusilanimidad o por elación, se esfuerzan por infundir estas cosas en los corazones de los justos como por amor. A saber, una mente carnal retenía Pedro antes de la muerte y resurrección del Redentor; con mente carnal el hijo de Sarvia, unido a su jefe David, se le había pegado; pero sin embargo uno pecaba por pavor, el otro por elación. Aquél, en efecto, oyendo la muerte del

Maestro, dijo: Lejos de ti, Señor, no te sucederá esto (Mt. 16, 22); éste, sin embargo, no sufriendo las injurias del jefe, dijo: ¿Acaso por estas palabras no morirá Semei, que maldijo al ungido del Señor? (2 Sam. 19, 21). Pero a aquél pronto se le dice: Retírate de mí, Satanás; y éste oyó al instante con su hermano: ¿Qué tengo yo que ver con vosotros, hijos de Sarvia, para que hoy os convirtáis para mí en un Satanás? (2 Sam. 19, 22). Los que sugieren el mal, por tanto, son juzgados con el nombre del ángel apóstata, quienes con palabras blandas atraen a lo ilícito como si amaran. Pero mucho peores son los que sucumben a esta culpa no por pavor, sino por elación: de los cuales especialmente la mujer del bienaventurado Job tuvo la figura, la cual orgullosa intentó sugerir a su marido diciendo: ¿Todavía permaneces en tu sencillez? Bendice a Dios y muere. Reprochó la sencillez (integridad) en el marido, porque despreciando todas las cosas transitorias, desea con corazón puro sólo las eternas. Como si dijera: ¿Por qué sencillamente buscas las cosas eternas, y gimes con ecuanimidad bajo los males presentes? Transgrediendo, desprecia lo eterno, y escapa de los males presentes incluso muriendo. Pero cuán grande forma de rectitud muestran todos los elegidos cuando toleran dentro lo perverso de los carnales, aprendámoslo de las palabras del herido e incólume, del sentado y erguido, que dice:

CAPÍTULO XXI.

VERS. 10.---Hablaste como una de las mujeres necias. Si de la mano del Señor recibimos los

bienes, ¿por qué no habríamos de soportar los males?

39. Los santos oponen a los que les hieren el escudo de la paciencia, y a los que les sugieren el mal les lanzan los dardos de la doctrina.---Los varones santos, sorprendidos por la guerra de las tribulaciones, cuando al mismo tiempo soportan a unos que les hieren y a otros que les sugieren el mal, a aquéllos oponen el escudo de la paciencia, y a éstos les lanzan los dardos de la doctrina; y se yerguen hacia ambos modos de luchar con el admirable arte de la virtud; a fin de que enseñen sabiamente lo perverso en el interior, y desprecien valientemente lo adverso en el exterior; que corrijan a éstos enseñando, y repriman a aquéllos tolerando. Pues a los enemigos que se levantan los desprecian padeciendo, pero a los ciudadanos que desfallecen los reducen a la salud compadeciéndose: a aquéllos resisten para que no arrastren a otros; por éstos temen para que no pierdan por completo la vida de la rectitud.

40. Se comprueba con el ejemplo de San Pablo.---Veamos al soldado de los campamentos de Dios luchando contra ambos. Dice: Por fuera combates, por dentro temores. Enumera las guerras que tolera exteriormente, diciendo: En peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de su raza, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos (2 Cor. 7, 5; 11, 26). Pero en esta guerra, para que se vea qué dardos lanza contra el adversario, añada: En trabajo y fatiga, en muchas vigilias, en hambre y

sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez (Ibid.). Pero sorprendido entre tantos certámenes, diga con cuánta defensa de vigilias custodia también los campamentos. Pues añade pronto: Además de aquellas cosas que son exteriores, mi instancia cotidiana, la solicitud de todas las Iglesias. He aquí que en sí recibe valientemente las guerras, y se entrega misericordiosamente a proteger a sus prójimos. Narra los males que padece, añade los bienes que imparte. Pensemos, pues, de qué trabajo sea soportar al mismo tiempo lo adverso fuera, y proteger lo débil dentro. Fuera padece combates, porque es desgarrado por los azotes, atado con cadenas; dentro tolera el temor, porque teme que su pasión sea obstáculo no para sí, sino para los discípulos. De donde también escribe a los mismos, diciendo: Que nadie se mueva en estas tribulaciones. Pues vosotros mismos sabéis que para esto estamos puestos (1 Tes. 3, 3). Pues temía la caída de otros en su propia pasión, no fuera que mientras los discípulos lo reconocieran afligido por los azotes por la fe, se negaran a profesarse fieles. ¡Oh entrañas de inmensa caridad! desprecia lo que él mismo padece, y cuida de que los discípulos no padezcan nada de persuasión perversa en el corazón. En sí desprecia las heridas del cuerpo, y en otros sana las heridas del corazón. Pues tienen esto propio los justos, que puestos en el dolor de su tribulación, no abandonan el cuidado de la utilidad ajena; y cuando se duelen de sí mismos padeciendo adversidades, prevén lo necesario para los otros enseñándoles, y como si fueran unos grandes médicos heridos,

enferman. Ellos mismos toleran los desgarros de la herida, y ofrecen a los otros los medicamentos de la salud. Pero es de mucho menor trabajo, o enseñar cuando nada toleras; o tolerar, cuando nada enseñas. De donde los varones santos se extienden con solercia a ambas cosas; y cuando tal vez son heridos por las tribulaciones, reciben de tal modo las guerras exteriores que piensan solícitamente para que no se desgarre lo interior de sus prójimos. Así los varones santos asisten fuertes en la línea de batalla; y de allí hieren con dardos los pechos adversarios, de aquí protegen con el escudo a los débiles puestos detrás, y así en ambos lados vigilan con la velocidad de la circunspección; para que traspasen a los audaces ante sí, y defiendan de la herida a los trémulos tras de sí. Porque, por tanto, los varones santos saben tolerar de tal modo lo adverso fuera, que también saben corregir lo perverso dentro, dígase rectamente: Hablaste como una de las mujeres necias. Pues porque se dice a los elegidos: Obrad virilmente, y confórtese vuestro corazón (Salm. 30, 25), las mentes de los carnales, que sirven a Dios con una intención fluctuante, no sin merecimiento se llaman mujeres.

41. El que tiende a los bienes eternos, no lleva a mal los males temporales.---Si de la mano del Señor recibimos los bienes, ¿por qué no habríamos de soportar los males? Como si dijera: Si tendemos a los bienes eternos, ¿qué maravilla es si sufrimos los males temporales? Pues estos bienes los había inspeccionado solícitamente Pablo, cuando toleraba con ecuanimidad los males que

se le inferían, diciendo: No son comparables las pasiones de este tiempo con la gloria venidera que se revelará en nosotros (Rom. 8, 18).

IBID.---En todo esto no pecó Job con sus labios.

No es contumelioso ni hacia Dios, ni hacia sus adversarios.---Los varones santos, cuando sufren persecución fuera y dentro, no sólo no se exceden en injurias hacia Dios, sino que tampoco lanzan palabras contumeliosas contra sus mismos adversarios. Lo cual Pedro, jefe de los buenos, amonesta rectamente diciendo: Ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o maldiciente (maledicus) (1 Ped. 4, 15). Pues padece como maldiciente quien, en el tiempo de su pasión, se desenfrena en injurias contra su perseguidor para su propia salud. Pero porque el cuerpo del Redentor, a saber la santa Iglesia, lleva de tal modo el peso de los dolores que no traspasa el modo de la humildad por las palabras, rectamente se dice de éste que se duele:

CAPÍTULO XXII.

IBID. Y VERS. 11.---En todo esto no pecó Job con sus labios; ni habló nada necio contra Dios. Oyendo, pues, los tres amigos de Job todo el mal que le había acontecido, vinieron cada uno de su lugar: Elifaz temanita, y Bildad suhita, y Sofar naamatita.

42. Los herejes adumbrados en los amigos de Job.---En el prefacio de esta obra dijimos que los amigos del bienaventurado Job, aunque concurren con buena intención hacia él, sin embargo

tienen la imagen de los herejes por esto: porque caen en la culpa hablando indiscretamente. De donde también se les dice por el mismo bienaventurado Job: Deseo disputar con Dios, mostrándoos primero a vosotros fabricadores de mentiras y cultivadores de dogmas perversos (Job 13, 3-4). La santa Iglesia, por tanto, constituida en aflicción en todo este tiempo de su peregrinación, mientras sostiene heridas, mientras se duele de las caídas de sus miembros, tolera además a otros enemigos de Cristo bajo el nombre de Cristo. Pues para aumento de su dolor, también los herejes concurren en contienda, y la traspasan como con ciertos dardos, por palabras irracionales.

43. El lugar de donde vinieron es la soberbia.---Bien se dice, sin embargo: Vinieron de su lugar. Pues el lugar de los herejes es la soberbia misma; porque si no se hincharan primero en el corazón, no vendrían a los combates de la aserción perversa. Pues así es lugar de los malos la soberbia, como es al contrario la humildad lugar de los buenos. De lo cual se dice por Salomón: Si el espíritu del que tiene el poder subiere sobre ti, no dejes tu lugar (Ecl. 10, 4). Como si dijera claramente: Si consideras que el espíritu del tentador prevalece contra ti en algo, no abandones la humildad de la penitencia. El cual, porque llamó lugar nuestro a la humildad de la penitencia, lo muestra por las palabras siguientes, diciendo: Porque la curación hará cesar los pecados máximos (Ibid.). ¿Pues qué otra cosa es la humildad del lamento, sino la medicina del pecado? Los herejes, por tanto, vienen de su propio lugar,

porque se mueven contra la santa Iglesia desde la soberbia.

44. Los nombres de los amigos de Job significan la acción de los herejes.---Cuya perversa acción se colige también de la interpretación misma de sus nombres. Pues se llaman Elifaz, Bildad, Sofar; y, como dijimos arriba, se dice que Elifaz interpretado significa "desprecio de Dios". Pues si no despreciaran a Dios, de ninguna manera sentirían cosas perversas acerca de Él. Bildad, sin embargo, se interpreta como "sola vetustez". Pues mientras rehúyen ser vencidos verdaderamente, y buscan ser vencedores por un estudio perverso, descuidan la conversación de la vida nueva; y es de la sola vetustez de lo que pretenden. Sofar, por su parte, es "disipador de la atalaya" (speculam). Pues éstos, que están situados en la santa Iglesia, contemplan humildemente los misterios de su Redentor con fe verdadera; pero mientras los herejes vienen con falsas alegaciones, disipan la atalaya, porque inclinan las mentes de aquellos a quienes atraen hacia sí de la intención de la recta contemplación.

45. La curiosidad, locuacidad e hipocresía de los herejes designada por los lugares de los amigos de Job.---Pero los lugares de donde vienen se describen bien como congruentes con los actos de los herejes. Pues se dice: temanita, suhita, naamatita. Pues Temán (Thema) se interpreta como Austro; Súa (Suhi), como hablante; Naamá (Naama), como decor (belleza). ¿Pero quién no sabe que el Austro es un viento cálido? Los herejes, por tanto, porque desean saber (saborear)

más ardientemente, como más de lo necesario, se esmeran por estar calientes. Pues la desidia corresponde al torpor del frío, y de nuevo la inquietud de la curiosidad inmoderada concuerda con el calor intemperante. Porque, por tanto, desean percibir el calor de la sabiduría más de lo que deben, se dice que vienen del Austro. De este calor de sabiduría inmoderada había procurado Pablo templar las mentes de los fieles, cuando decía: No saber más de lo que conviene saber, sino saber para la sobriedad (Rom. 12, 3). De aquí es que David hiere los valles de las salinas (2 Sam. 8, 13), porque a saber nuestro Redentor, por el examen de su rigor, extingue en aquellos que sienten cosas perversas acerca de Él la estulticia del sabor inmoderado. Súa, en cambio, se dice hablante. Pues desean tener calor no para vivir bien, sino para hablar con elación. De Temán, por tanto, y de Súa, esto es, del calor y de la locuacidad, se dice que vienen, porque por el hecho de que se muestran estudiosos de las Escrituras, no carecen de las palabras de la locuacidad sola, sino de las entrañas de la caridad. Naamá, por su parte, se interpreta como decor (belleza). Porque como desean no ser, sino parecer instruidos, de las palabras de la erudición toman la apariencia de los que viven bien; y por el calor de la locuacidad muestran en sí una imagen de decor, para que por el decor de la lengua persuadan fácilmente lo perverso, en cuanto que ocultan calladamente a los sentidos la fealdad de la vida. Pero tampoco los nombres mismos de los lugares están distinguidos en una narración inordinada.

Pues primero se pone Temán, después Súa, y luego Naamá; porque primero un calor inordinado los enciende, después el brillo de la locuacidad los yergue, y entonces finalmente la hipocresía los muestra hermosos ante los hombres.

CAPÍTULO XXIII.

IBID.—Pues se habían puesto de acuerdo para venir juntos a visitarlo y consolarlo.—46. Los herejes concuerdan contra la Iglesia. Pueden ser llamados amigos. Se ponen de acuerdo los herejes cuando sienten concordemente ciertas cosas perversas contra la Iglesia; y en aquello en lo que discrepan de la verdad, concuerdan entre sí en la falsedad. Pero todos los que nos instruyen sobre la eternidad, ¿qué otra cosa hacen sino consolarnos en la aflicción de nuestra peregrinación? Los herejes, en cambio, porque desean enseñar a la santa Iglesia sus propias cosas, se acercan a ella como consolándola. Ni es de extrañar que quienes expresan la forma de adversarios sean llamados amigos, cuando al traidor mismo se le dice: Amigo, ¿a qué has venido? (Mt 26, 50); y el rico, que se abrasa en el fuego del infierno, es llamado hijo por Abraham (Lc 16, 25); porque aunque por nosotros los malos descuiden corregirse, es digno sin embargo que por nuestra parte sean llamados amigos, no por su iniquidad, sino por nuestra benignidad.

CAPÍTULO XXIV.

VERS. 12.—Y como hubiesen alzado los ojos desde lejos, no lo conocieron. 47. No conocen a la Iglesia. Por qué.—Todos los herejes, cuando consideran los hechos de la santa Iglesia, alzan los ojos, porque a saber ellos mismos están puestos en lo más bajo, y cuando miran sus obras, están situadas en lo alto las cosas que distinguen; pero sin embargo no la conocen cuando está puesta en el dolor. Pues ella desea recibir aquí los males, para que, una vez purificada, pueda llegar al premio de la remuneración eterna. A menudo teme las cosas prósperas, y se alegra con la disciplina de la instrucción. Los herejes, por tanto, porque desean las cosas presentes como grandes, no la conocen cuando está puesta en las llagas. Pues esto que distinguen en ella, no lo releen en el conocimiento de sus propios corazones. Cuando, por tanto, ella aprovecha incluso de las adversidades, ellos se quedan en su propio estupor: porque por experiencia ignoran lo que ven.

CAPÍTULO XXV

[Vet. XIX].

IBID.—Y rasgadas sus vestiduras, esparcieron polvo sobre su cabeza hacia el cielo. 48. Se rasgan en muchas partes.—Así como recibimos a todos los fieles como las vestiduras de la Iglesia; por lo cual también se dice por el profeta: De todos estos te vestirás como de un ornamento; así las vestiduras de los herejes son todos aquellos que, adhiriéndose concordemente a ellos, se ven envueltos en sus errores. Tienen los herejes esto de propio,

que en aquel grado en que salen de la Iglesia, no pueden permanecer mucho tiempo; sino que diariamente se precipitan hacia cosas peores, y al sentir cosas peores, se rasgan en muchas partes, y la mayoría de las veces se dividen de sí mismos por la altercación de su propia confusión. Porque, por tanto, todavía desgarran en mucha división a aquellos a quienes unen a su propia perfidia, dígase rectamente que los amigos que vienen rompen sus vestiduras. Pues al romperse las vestiduras se muestra el cuerpo, porque a menudo, al rasgarse sus seguidores, se abre la malicia de su pensamiento; para que la discordia ponga al descubierto los engaños que antes cerraba la grave culpa de la concordia. 49. Saborean cosas terrenas de las palabras celestiales.—Esparcen, pues, polvo sobre sus cabezas hacia el cielo. ¿Qué se entiende por polvo, sino la inteligencia terrena? ¿Qué por la cabeza, sino esto que es lo principal nuestro, a saber, la mente? ¿Qué por el cielo, sino el precepto de la locución superna? Esparcir, pues, polvo sobre la cabeza hacia el cielo, es corromper la mente con un intelecto secular, y sentir cosas terrenas de las palabras celestiales. Pues la mayoría de las veces discuten las palabras divinas más de lo que las captan. Esparcen, por tanto, polvo sobre sus cabezas, porque en los preceptos de Dios, por la inteligencia terrena, se esfuerzan más allá de las fuerzas de sus mentes.

CAPÍTULO XXVI

[Rec. XV].

Vers. 13.—Y se sentaron con él en tierra siete días y siete noches. 50. Por una fingida humildad intentan persuadir cosas soberbias.—En el día reconocemos lo que vemos; en la noche, en cambio, o por la ceguera nada distinguimos, o por la duda estamos en tinieblas. Por el día, pues, se designa la inteligencia, por la noche, en cambio, la ignorancia. Por el número septenario se expresa la suma de la universalidad. Por lo cual también en no más de siete días se consuma todo este tiempo transitorio. ¿Qué es, por tanto, que se diga que los amigos del bienaventurado Job se sentaron con él siete días y siete noches, sino que los herejes, ya sea en aquello en que entienden la verdadera luz, o en aquello en que padecen las tinieblas de la ignorancia, simulan condescender con la santa Iglesia como si estuviera enferma, y le preparan, bajo la apariencia de halagos, los engaños de la decepción? Y aunque ya sea en aquello que entienden, o en aquello que no pueden entender, hinchados por el tipo de la elación, se consideran grandes ante sí mismos, a veces sin embargo se inclinan hacia la santa Iglesia en cuanto a la apariencia; y mientras suavizan las palabras, infunden el veneno. Sentarse en tierra, pues, es mostrar algo de la imagen de la humildad; para que mientras exhiben cosas humildes, persuadan las cosas soberbias que enseñan.

[Vet. XX.] 51. Se sientan con nosotros en tierra cuando consienten con nosotros acerca de la encarnación.—Puede también por la tierra designarse la misma encarnación del Mediador. Por lo cual también se dice a Israel: Un altar de tierra

me harás (Exodo 20, 24). Pues hacer un altar de tierra para Dios es esperar en la encarnación del Mediador. Pues entonces nuestro don es aceptado por Dios, cuando nuestra humildad haya puesto cuanto obra sobre este altar, esto es, sobre la fe de la encarnación del Señor. En un altar de tierra, pues, ponemos el don ofrecido, si consolidamos nuestros actos con la fe de la encarnación del Señor. Pero hay algunos herejes que no niegan la encarnación del Mediador realizada, sino que o bien estiman la divinidad de modo distinto a como es, o discrepan de nosotros en la calidad de la encarnación misma. Los que, por tanto, afirman con nosotros la verdadera encarnación del Redentor, se sientan como con Job en tierra. Se describen sentados en tierra siete días y siete noches, porque ya sea en esto que entienden algo de la plenitud de la verdad, o en esto que se ciegan con las tinieblas de su estulticia, no pueden negar el misterio de la encarnación. Sentarse con el bienaventurado Job en tierra es creer la verdadera carne del Redentor con la santa Iglesia.

52. Amigos de los mudos, se vuelven adversarios de los que contradicen.—A veces, en efecto, los herejes se ensañan contra nosotros incluso con suplicios, a veces nos persiguen con solas palabras, a veces provocan a los quietos, a veces, en cambio, si nos ven callados, callan; y son amigos de los mudos, pero se oponen a los que hablan. Por lo cual, porque el bienaventurado Job todavía no les había dicho nada discutiendo, rectamente se añade: Y nadie le hablaba palabra. Pues tenemos adversarios cuando callamos, si

descuidamos engendrar hijos de la verdadera fe predicando. Pero si empezamos a hablar cosas rectas, pronto sentimos graves contumelias de su respuesta; al punto saltan a la adversidad, y prorrumpen contra nosotros en una voz de dolor, porque a saber temen que la voz recta del que habla arrastre hacia lo alto los corazones que el peso de la estulticia agrava en lo más bajo. Porque, por tanto, como hemos dicho, los adversarios nos aman mudos y nos odian hablantes, rectamente se dice ante Job callado:

CAPÍTULO XXVII.

IBID. Nadie le hablaba palabra. 53. A veces los herejes se ven obligados a callar.—A veces, sin embargo, cuando consideran que los corazones de los fieles están en el torpor de la inercia, no cesan de esparcir las semillas del error hablando. Pero cuando ven que las mentes de los buenos saborean las cosas altas, buscan el regreso a la patria, se duelen esforzadamente de la miseria de este exilio, frenan su lengua con circunspección solícita, porque ven que hablando en vano contra los corazones de los que se duelen, enmudecen más rápidamente. Por lo cual también rectamente, cuando se decía: Nadie le hablaba palabra, pronto se añade la causa del silencio, cuando se dice:

CAPÍTULO XXVIII.

IBID.—Porque veían que su dolor era muy grande. 54. Cuando por el amor de Dios el cora-

zón se duele, el adversario teme hablar cosas perversas.—Pues cuando el dolor vehemente del amor de Dios traspasa nuestros corazones, el adversario teme hablar cosas perversas por doquier, porque ve que provocando a una mente atenta, no solo no puede arrastrarla a la perversidad, sino que tal vez, por haberla excitado, perderá incluso a los que retenía.

[Vet. XXI. Rec. XVI.] 55. En la Escritura, las cosas bien hechas a veces significan cosas que se han de hacer mal; y viceversa.—Tal vez a algunos les mueva que hayamos dicho estas cosas, que lo que fue bien hecho por los amigos signifique lo que ha de ser mal hecho por los herejes. Pero así la mayoría de las veces cualquier cosa es una virtud por la historia, y una culpa por la significación: igual que a veces una cosa hecha, en el hecho, es causa de condenación; pero en el escrito es profecía de virtud. Verdad que mostraremos más pronto si presentamos un solo testimonio de la sagrada Escritura para probar ambas cosas. Pues ¿quién que lo oiga, no solo de los fieles, sino también de los mismos infieles, no detestaría de todos modos que David, paseando por el terrado, codicie a Betsabé, esposa de Urías? A quien sin embargo, al regresar de la batalla, amonesta a que vaya a su casa y se lave los pies. Quien al punto respondió diciendo: El arca del Señor está bajo pieles (tiendas), ¿y yo descansaré en mi casa? (2 Sam. 11, 11). A quien David recibió en su propia mesa, y le entregó las cartas por las que debía morir. ¿De quién, pues, tiene David, paseando por el terrado, el tipo, sino de aquel de quien está

escrito: En el sol puso su tabernáculo? (Salmo 18, 6). ¿Qué es traer a sí a Betsabé, sino asociar a sí con intelecto espiritual la ley de la letra, unida al pueblo carnal? Pues Betsabé se llama "pozo séptimo", porque a saber por el conocimiento de la ley, por la infusión de la gracia espiritual, se nos ministra la sabiduría perfecta. ¿A quién, en cambio, significa Urías sino al pueblo judío? Cuyo nombre interpretado se dice "mi luz de Dios". El pueblo judío, pues, porque se ensalza por la ciencia de la ley recibida, se gloria como de la luz de Dios. Pero a este Urías le quitó David la esposa y la unió a sí: porque a saber el "fuerte de mano", que es lo que significa David, apareciendo como Redentor en la carne, mientras dio a conocer que la ley hablaba de Él espiritualmente, por el hecho de que se mantenía según la letra, demostró que esta era extraña al pueblo judío; y la unió a sí, porque declaró que Él mismo era predicado por ella. No obstante, David amonesta a Urías a ir a casa a lavarse los pies, porque el Señor encarnado, al venir, mandó al pueblo judío que volviera a la conciencia y limpiara las suciedades de sus obras con llantos; para que entendiera espiritualmente los mandatos de la ley y, tras tanta dureza de los preceptos, encontrando la fuente del bautismo, recurriera al agua después del trabajo. Pero Urías, que recordaba que el arca del Señor estaba bajo pieles, respondió que no podía entrar en su casa. Como si el pueblo judío dijera: Yo veo los mandatos de Dios en los sacrificios carnales, y no busco volver a la conciencia por la inteligencia espiritual. Pues como que dice que el arca

está bajo pieles el que no entiende los preceptos de Dios sino para exhibir el ministerio del sacrificio carnal. Sin embargo, David llama a la mesa incluso a este que no quiere volver a su casa; porque aunque el pueblo judío desprecie volver a la conciencia, sin embargo el Redentor al venir le predica los mandatos espirituales, diciendo: Si creyerais a Moisés, tal vez me creeríais también a mí, pues de mí escribió él (Juan 5, 46). El pueblo judío, por tanto, tiene la ley que habla de su divinidad, a la cual ese mismo pueblo se digna no creer. Por lo cual también Urías es enviado a Joab con las cartas por las que debe ser muerto, porque ese mismo pueblo judío porta la ley por la cual, al convencerlo esta, muera. Pues mientras reteniendo los mandatos de la ley se resiste a cumplirlos, él mismo a saber lleva el juicio por el que sea condenado. ¿Qué, pues, se puede decir más criminal que este hecho de David? ¿qué más puro que Urías? Pero de nuevo, por el misterio, ¿qué se encuentra más santo que David, qué más infiel que Urías, cuando tanto aquel, por la culpa de su vida, significa la inocencia en la profecía; como este, por la inocencia de su vida, expresa la culpa en la profecía? No es, pues, incongruente que por lo que fue bien hecho por los amigos de Job se signifique lo que ha de ser mal hecho por los herejes, mientras la virtud de la sagrada elocución narra lo pasado de tal modo que exprese lo futuro; de tal modo aprueba la cosa en el hecho que la contradiga en el misterio; de tal modo condena los hechos que persuada que estas cosas han de hacerse místicamente.

SENTIDO MORAL.—[Vet. XXII]. 56. Por qué el diablo a veces descansa de la tentación.—Por tanto, ya que hemos completado los misterios de la alegoría desatándolos miembro por miembro, ahora prosigamos tocando brevemente la inteligencia de la moralidad. Pues la mente se apresura a discutir las cosas más oscuras; y si se detiene mucho tiempo en las abiertas, se ve impedida de pulsar las cerradas, como es digno. A menudo el antiguo enemigo, después de haber infligido a nuestra mente el certamen de las tentaciones, se retira por un tiempo de su propio certamen; no para poner fin a su malicia, sino para que, regresando de repente, irrumpa más fácilmente de improviso en los corazones que ha vuelto seguros por el descanso. De aquí es que vuelve de nuevo para tentar al bienaventurado varón, y solicita sus tormentos, a quien sin embargo la piedad superna se lo concede reteniéndolo, diciendo:

CAPÍTULO XXIX.

VERS. 6.—He aquí que está en tu mano; pero guarda su vida (alma). 57. A veces Dios nos desampara para custodiarnos. La tentación ocurre quedando a salvo el alma, cuando se niega el consentimiento. La llaga del deleite, sin embargo, ha de ser curada por la penitencia.—Pues de tal modo nos desampara que nos custodia; de tal modo nos custodia, que sin embargo, por el artículo de la tentación permitido, nos muestra el estado de nuestra propia enfermedad. Quien pronto salió de la presencia del Señor, e hirió al que había recibido golpeándolo desde la planta del pie

hasta la coronilla, porque a saber cuando percibe licencia, empezando desde las cosas mínimas y llegando hasta las mayores, como que traspasa todo el cuerpo de la mente desgarrándolo con las tentaciones infligidas. Pero sin embargo no llega al alma hiriendo, porque más interior que todos los pensamientos, entre las mismas llagas de los deleites que recibe, resiste la intención del propósito secreto; para que aunque el deleite muerda la mente, no incline sin embargo la deliberación de la santa rectitud hasta la blandura del consentimiento. Debemos, no obstante, por la aspereza de la penitencia limpiar las mismas llagas de los deleites, y por la censura del rigor rígido, purificar si algo fluido emana en el pensamiento. Por lo cual bien se añade pronto,

CAPÍTULO XXX

[Rec. XVII].

VERS. 8.—Y tomó un tiesto para rascar la podredumbre. 58. Rascar la podredumbre con un tiesto es purgar el pecado juzgándose a sí mismo y contemplando su propia fragilidad.—¿Qué se entiende por el tiesto sino el vigor del rigor; qué por la podredumbre sino el flujo del pensamiento ilícito? Heridos, por tanto, rascamos la podredumbre con un tiesto cuando, tras las poluciones del pensamiento ilícito, nos limpiamos juzgándonos ásperamente a nosotros mismos. Puede también entenderse por el tiesto la fragilidad de la mortalidad. Limpiar la podredumbre con un tiesto, por tanto, es sopesar el curso y la fragilidad

de la mortalidad, y limpiar la putrefacción del miserable deleite. Pues mientras cada uno considera cuán pronto vuelve la carne al polvo, vence rápidamente aquello que dentro le impugna torpemente acerca de la carne. Cuando, por tanto, a causa de la tentación un pensamiento perverso fluye a la mente, corre como podredumbre de una llaga. Pero la podredumbre se limpia más pronto si en nuestra consideración la fragilidad se tiene como un tiesto en la mano.

59. Los pensamientos perversos no han de ser despreciados.—Pues ni han de estimarse en poco las cosas que, aunque no se lleven hasta el efecto, sin embargo se revuelven ilícitamente en la mente. De aquí es que nuestro Redentor había venido como a rascar la podredumbre de las llagas cuando decía: Oísteis que fue dicho a los antiguos: No adulterarás. Pero yo os digo que cualquiera que mirare a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón (Mt 5, 27-28). La podredumbre, por tanto, se limpia cuando la culpa se corta no solo de la obra, sino también del pensamiento. De aquí es que Jerobaal, cuando sacudía el trigo de la paja, vio a un ángel, a cuyo mandato coció al punto un cabrito, que puso sobre una peña, y derramó el caldo de la carne por encima; lo cual tocó el ángel con una vara, y un fuego que salió de la peña lo consumió (Jue 6, 11, 12, 19). Pues ¿qué es golpear el trigo con una vara sino, por la rectitud del juicio, separar los granos de las virtudes de la paja de los vicios? Pero el ángel se aparece a los que hacen estas cosas, porque tanto más denuncia el Señor las cosas interiores

cuanto más estudiosamente se purgan los hombres de las exteriores. El cual manda matar al cabrito, esto es, que se inmole todo apetito de nuestra carne, y que las carnes se pongan sobre la peña, y que el caldo de las carnes se derrame por encima. ¿A quién otro significa la peña sino a aquel de quien se dice por Pablo: Y la peña era Cristo (1 Cor 10, 4). Ponemos, por tanto, las carnes sobre la peña cuando atormentamos nuestro cuerpo en la imitación de Cristo. Derrama también por encima el caldo de las carnes quien en la conversación de Cristo anonada incluso los pensamientos carnales de sí mismo. Pues como que el caldo se derrama de la carne líquida sobre la peña cuando la mente se vacía también del flujo de los pensamientos carnales. Lo cual sin embargo toca pronto el ángel con la vara, porque de ningún modo desampara nuestra intención el poder de la ayuda divina. Pero de la peña sale fuego y consume el caldo y las carnes, porque el espíritu inspirado por el Redentor inflama nuestro corazón con tanta llama de compunción que quema todo lo que en él hay de ilícito tanto de obra como de pensamiento. Lo que, por tanto, es allí derramar el caldo sobre la peña, es aquí limpiar la podredumbre con un tiesto. Pues la mente perfecta vigila solícitamente para no solo rehusar hacer cosas perversas, sino también para limpiar todo lo que torpemente se liquida en sí por los pensamientos. [Vet. XXIII.] Pero a menudo de la misma victoria surge la guerra, de modo que cuando se vence el pensamiento inmundo, el ánimo del vencedor se ve golpeado por la elación.

Así pues, es necesario que la mente se eleve por la limpieza, de tal modo que deba sin embargo someterse solícitamente en la humildad. [Rec. XXVIII.] Por lo cual también cuando se decía del santo varón: Rascaba la podredumbre con un tiesto, al punto se añade aptamente,

CAPÍTULO XXXI.

IBÍD.—Sentado en el estercolero.

60. El vencedor de la tentación conserve la humildad. La pequeña elación de los que actúan, y de los que sienten grandes cosas de sí mismos. La elación de los inicuos, donde otros pecan en cosas en las que ellos mismos no pecan.—Sentarse en el estercolero, ciertamente, es sentir alguien de sí mismo cosas viles y abyectas. Sentarnos en el estercolero es reducir los ojos de la mente a aquellas cosas que hicimos ilícitamente, arrepintiéndonos; para que cuando veamos ante nosotros los estiércoles de los pecados, inclinemos todo lo que en el ánimo surge de elación. Se sienta en el estercolero quien mira solícito su propia enfermedad, y no se ensalza de los bienes que percibió por la gracia. ¿Acaso no se había sentado Abrahán en el estercolero dentro de sí, que decía: Hablaré a mi Señor, siendo yo polvo y ceniza (Gén 18, 27)? Pues claramente vemos en qué lugar se había puesto dentro de sí, el que se estimaba polvo y ceniza incluso mientras hablaba con Dios. Si, por tanto, así se desprecia quien ascendió hasta el honor de la divina plática, con solícita intención se ha de pensar con qué pena han de ser heridos aquellos

que ni aprovechan para lo sumo y sin embargo se ensalzan de lo mínimo. Pues hay algunos que, cuando hacen cosas pequeñas, sienten de sí mismos grandes cosas: elevan la mente a lo alto, y piensan que preceden a los demás en los méritos de las virtudes. Estos sin duda abandonan dentro de sí el estercolero de la humildad, y ascienden a las cumbres de la elación; imitando a aquel, a saber, que primero se ensalzó dentro de sí, pero elevándose se postró; imitando a aquel que no estuvo contento con la dignidad recibida de su condición, diciendo: Subiré al cielo, sobre las estrellas del cielo ensalzaré mi trono (Is 14, 13). De donde también Babilonia, esto es, la confusa multitud de los pecadores, malamente unida a él, dice: Me siento reina, y no soy viuda (Is 47, 8, según LXX). Quienquiera, pues, que dentro se hincha, se puso en lo alto en sí mismo. Pero tanto más gravemente se deprime en lo ínfimo cuanto más desprecia sentir de sí mismo verazmente cosas ínfimas. Hay en verdad algunos que nada de virtud procuran hacer, pero sin embargo cuando ven a otros pecar, se sospechan justos en comparación con ellos. Pues ni a los corazones de todos traspasa una sola o similar culpa. Pues a este la soberbia lo enreda, a aquel quizá la ira lo suplanta, a este empero la avaricia lo atormenta, a aquel en verdad la lujuria lo inflama. Y muchísimas veces acontece que aquel a quien la soberbia deprime, mira a otro cómo lo enciende la ira; y porque la ira no lo instiga tan pronto, ya se reputa mejor que el iracundo, y se ensalza en sí mismo como por la justicia, porque descuida sopesar el

vicio por el que más gravemente se siente sujeto. Muchísimas veces acontece que aquel a quien la avaricia hiere, ve a otro sumergido en la vorágine de la lujuria; y porque se ve ajeno de la polución carnal, no atiende a con qué suciedades de vicio espiritual se contamina intrínsecamente; y mientras sopesa en otro el mal que él mismo no tiene, descuida considerar en sí lo que tiene: así sucede que mientras la mente es llevada a juzgar lo ajeno, se priva de la luz de su propio juicio; y tanto más duramente se ensoberbece contra lo ajeno cuanto más negligentemente ignora lo suyo.

[Vet. XXIV.] 61. La humildad que no pierda el perfecto por la contemplación de la culpa ajena. La tentación a veces pulsa fuera y dentro.—Pero al contrario estos, que verazmente desean subir a lo alto de las virtudes, cuando oyen las culpas ajenas, al punto reducen el corazón a las propias; y tanto más rectamente juzgan aquellas cuanto más verazmente lloran estas. Puesto que, por tanto, cada elegido se reprime en la consideración de su propia enfermedad, dígase rectamente que el varón santo se sienta doliente en el estercolero. Pues quien verdaderamente se humilla, con el ojo de la continua consideración, sopesa aprovechando con qué suciedades de delitos está rodeado. Ha de saberse en verdad que muchísimas veces en las cosas prósperas la mente es tocada por una importuna tentación; pero sin embargo a veces también padecemos adversidades exteriormente, y dentro somos fatigados por el impulso de la tentación; de modo que los azotes atormenten la carne, y sin embargo a la mente

inunde la sugestión carnal. Por lo cual también bien después de tantas llagas del bienaventurado Job, todavía se añadieron incluso las palabras de la mujer que malamente persuade, la cual dice:

CAPÍTULO XXXII.

VERS. 9.—¿Todavía permaneces en tu sencillez? Bendice a Dios y muere.

62. La mujer de Job que malamente persuade, es el pensamiento carnal.—La mujer ciertamente que malamente persuade es el pensamiento carnal que hostiga la mente. Pues a menudo, como se ha dicho, somos desgastados por los azotes fuera y fatigados por la sugestión carnal dentro. Pues de aquí es que Jeremías deplora, diciendo: Fuera mata la espada, y en casa hay una muerte semejante (Lam 1, 20). Pues fuera la espada mata cuando la venganza hiriéndonos exteriormente nos atraviesa. Pero en casa hay una muerte semejante porque también se sufren azotes, y sin embargo dentro la conciencia no está limpia de las suciedades de la tentación. De aquí David dice: Sean como el polvo ante la faz del viento, y el ángel del Señor afligiéndolos (Sal 34, 5). Pues quien en su corazón es arrebatado por el aura de la tentación, es elevado como polvo ante la faz del viento. Y cuando entre estas cosas la divina severidad hiere, ¿qué otra cosa sino el ángel del Señor aflige?

63. La tentación la reciben de un modo los elegidos, de otro los reprobos.—Pero estas cosas se hacen de un modo por los réprobos, de otro

por los elegidos. Pues los corazones de aquellos son tentados de tal modo que consienten. Pero los de estos reciben ciertamente las tentaciones, pero resisten. La mente de aquellos es capturada deleitablemente; y si por un tiempo lo que malamente se sugiere desplace, pero después por la deliberación agrada. Pero estos de tal modo reciben los dardos de las tentaciones que siempre se fatigan resistiendo; y si alguna vez la mente tentada es arrebatada hasta la delectación, se avergüenzan sin embargo más pronto de esa misma subrección de su delectación, y con fuerte censura redarguyen cualquier cosa que dentro de sí detecten que surge carnal. Por lo cual también bien se añade pronto:

CAPÍTULO XXXIII [Rec. XIX]. VERS. 10.—Hablaste como una de las mujeres necias. Si recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no recibiremos los males? 64. Cómo se ha de resistir a lo áspero o a lo blando.—Digno es ciertamente que la mente santa reprima con corrección espiritual lo que dentro de sí murmura carnalmente con insolencia; para que la carne, o hablando cosas ásperas, no la arrastre a la impaciencia, o hablando cosas blandas, no la disuelva en los flujos de la lascivia. La censura viril, pues, redarguyendo la sugestión del pensamiento ilícito, reprima la disuelta blandura de la torpeza, diciendo: Hablaste como una de las mujeres necias. Quienquiera que desee someter los vicios, y tienda hacia las cumbres eternas de la retribución interna con los pasos de la verdadera intención, cuanto más se ve cercado por todas partes por la

guerra de los vicios, tanto más robustamente se ciñe con las armas de las virtudes; y tanto menos teme los dardos cuanto más fuertemente protege su pecho contra estas cosas que vienen.

65. Los vicios se ocultan bajo la apariencia de las virtudes.—Pero muchísimas veces, mientras nos esforzamos por apoyarnos en grandes virtudes contra esta guerra de las tentaciones, ciertos vicios se nos ocultan bajo la apariencia de las virtudes, y vienen a nosotros como con cara blanda; pero de qué adversidad sean, se siente cuando se discuten. De donde también los amigos del bienaventurado Job vienen como para consuelo, pero estallan en contumelias; porque los vicios que ponen insidias toman la cara de las virtudes, pero nos hieren con hostil invectiva. Pues a menudo la ira inmoderada quiere parecer justicia; y a menudo la remisión disuelta, misericordia. A menudo el temor incauto parece humildad; a menudo la soberbia desenfrenada desea aparecer como libertad. Para consolar, pues, vienen los amigos, pero se deslizan hacia las palabras de reprensión; porque sin duda los vicios paliados con la apariencia de las virtudes comienzan ciertamente con una superficie blanda, pero nos perturban con áspera contrariedad. Bien, sin embargo, se dice:

Y de nuevo la consideración de los dones refrene la impaciencia del pensamiento áspero, diciendo: Si recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no recibiremos los males?

CAPÍTULO XXXIV.

VERS. 11.—Pues se habían puesto de acuerdo para venir juntos a visitarle.

66. Inician un pacto contra nosotros.—Los vicios ciertamente se ponen de acuerdo entre sí bajo el pretexto de las virtudes, porque hay algunos que se unen entre sí por cierto convenio contra nosotros, como la soberbia y la ira, la remisión y el temor. Pues vecina es la ira a la soberbia, la remisión al temor. Por acuerdo, pues, vienen los que se asocian contra nosotros por cierto parentesco de perversidad. [Vet. XXV.] Pero si reconocemos la miseria de nuestra cautividad, si por el amor de la patria eterna nos dolemos en lo íntimo, los vicios, que se deslizan en los malamente alegres, no pueden prevalecer en los bien tristes. Por lo cual también bien se añade:

CAPÍTULO XXXV.

VERS. 12.—Y como hubiesen alzado de lejos sus ojos, no le conocieron.

67. La aflicción ahuyenta los vicios.—Pues los vicios de ningún modo nos conocen cuando estamos afligidos, porque tan pronto como pulsen el corazón triste, rechazados rebotan; y las cosas que nos habían conocido cuando alegres, porque nos penetraban, no pueden conocernos cuando estamos de duelo, porque se rompen por nuestro mismo rigor. Pero el antiguo enemigo, cuanto más fuertemente se ve detectado en ellos, tanto más profundamente los oculta bajo la imagen de las virtudes. Por lo cual también se añade:

CAPÍTULO XXXVI. IBÍD.—Y clamando lloraron, y rasgadas sus vestiduras esparcieron polvo sobre su cabeza hacia el cielo, y se sentaron con él en tierra siete días y siete noches. 68. A no ser que se burlen bajo la apariencia de las virtudes.—Se significa pues la piedad por el llanto, la discreción por la rasgadura de las vestiduras, el afecto de las obras por el polvo de las cabezas, la humildad por la sesión. Pues a veces el enemigo que pone insidias simula algo piadoso para conducir al término de la crueldad; como es cuando prohíbe que la culpa sea castigada por la disciplina, a fin de que lo que aquí no se reprime, sea herido por el fuego de la gehena. A veces pone ante los ojos la imagen de la discreción, y conduce a los lazos de la indiscreción; como es cuando por su impulso nos concedemos más alimentos como discretamente por la enfermedad, pero indiscretamente excitamos contra nosotros las guerras de la carne. A veces simula el afecto de las buenas obras, pero por este irroga la inquietud de los trabajos; como es cuando alguien no puede descansar, y como por el ocio teme ser juzgado. A veces ostenta la imagen de la humildad para sustraer el afecto de la utilidad; como es cuando a algunos afirma que son más enfermos e inútiles para sí mismos de lo que son, para que mientras se consideran demasiado indignos, teman administrar las cosas en las que podrían aprovechar a los prójimos.

69. La compunción protege contra los vicios. —Pero estos vicios que el antiguo enemigo oculta bajo la apariencia de las virtudes, la mano de la compunción los examina muy sutilmente. Pues

quien verdaderamente se duele por dentro, prevé con fuerza qué cosas se han de hacer fuera, y qué cosas no se han de hacer. Pues si la virtud de la compunción nos afecta en lo íntimo, todo el estrépito de la sugestión perversa enmudece. Por lo cual también sigue:

CAPÍTULO XXXVII.

VERS. 13.—Y nadie le hablaba palabra: porque veían que el dolor era muy grande.

70. Los que pueden hacer servir los vicios para el uso de la virtud.—Pues si el corazón verdaderamente se duele, los vicios no tienen lengua contra nosotros. Pues cuando se busca plenamente la vida de rectitud, se obstruye la superflua sugestión de la perversidad. A menudo, empero, si nos estrechamos con fuerte estudio contra los incentivos de los vicios, mudamos también esos mismos vicios al uso de la virtud. Pues a algunos los posee la ira: pero esta, mientras la sujetan a la razón, la vierten en el ministerio del celo santo. A algunos la soberbia los eleva; pero mientras inclinan el ánimo al temor divino, mudan esta para la defensa de la justicia en voz de libre autoridad. A algunos la fortaleza de la carne los seduce; pero mientras sujetan el cuerpo a ejercitar obras piadosas, de donde padecieron el aguijón de la iniquidad, de allí mercan los lucros de la piedad. Por lo cual también bien el mismo bienaventurado Job después de muchos certámenes inmola una hostia por sus amigos. Pues a los que por largo tiempo toleró como enemigos por

la contienda, en algún momento los devuelve como ciudadanos por el sacrificio; porque mientras al someter mudamos cualesquiera pensamientos viciosos en virtudes, permutamos los adversos estudios de las tentaciones por la hostia de la intención, como hacia corazones amigos. Baste que hayamos disertado estas cosas en tres volúmenes de triple modo. Pues en el mismo exordio de esta obra fijamos la raíz de la lengua como en la mole de un árbol que ha de nacer, para que produzcamos después los ramos de la exposición, según cada lugar lo requiera.

Libro C

UARTO.

En el cual Gregorio, habiendo prefaciado con pocas palabras que la letra de la Escritura a veces lucha consigo misma, y que las imprecaciones de Job como las de Jeremías y David, según aquello que suenan, no pueden entenderse sin absurdidad, expone las palabras de Job desde el principio del capítulo tercero hasta el verso vigésimo histórica, mística y moralmente.

CAPÍTULO PRIMERO.

PREFACIO. 101. La letra de la Escritura a veces se contradice a sí misma.

El sentido de la Escritura es penetrado por los humildes por la asiduidad de la lectura.—Quien considera el texto e ignora el sentido de la sagrada locución, no tanto se instruye con erudición cuanto se confunde con ambigüedad, porque a veces las palabras de la letra se contradicen a sí mismas; pero mientras disienten de sí mismas por la contrariedad, envían al lector al entendimiento de la verdad. ¿Qué es lo que dice Salomón: Mejor es comer y beber (Ecl 2, 24); y no mucho después añade: Mejor es ir a la casa del luto que a la casa del convite (Ecl 7, 3)? ¿Por qué prefirió

el luto al convite quien antes alabó el comer y el beber? Pues si por elección es bueno comer y beber, sin duda debe ser mejor apresurarse a la casa del gozo que a la casa del lamento. De aquí es que de nuevo dice: Alégrate, joven, en tu adolescencia (Ecl 11, 9). Y poco después añade: Pues la adolescencia y la voluntad son vanas (ibíd., 11, 10). ¿Qué es esto, que o primero manda cosas que han de ser reprendidas, o después de mandadas las reprende, sino que con las mismas palabras de la letra insinúa que quien padece dificultad exteriormente considere el entendimiento de la verdad que ha de seguir? Entendimiento de la verdad que sin duda, cuando se busca por la humildad del corazón, se penetra por la asiduidad de la lectura. Pues como vemos las caras de los hombres desconocidos y no conocemos los corazones, pero si nos unimos a ellos por la plática familiar, por el uso del coloquio indagamos también sus pensamientos; así cuando en el sagrado elocuio solo se mira la historia, nada más que la cara se ve; pero si a esta nos unimos por el uso asiduo, penetramos sin duda su mente como por la familiaridad de la conversación. Pues mientras colegimos unas cosas de otras, fácilmente reconocemos en sus palabras que es una cosa lo que intiman y otra lo que suenan. Pero tanto más se vuelve alguien extraño a esa noticia cuanto más se liga en sola su superficie.

CAPÍTULO II.

Las imprecaciones de Job no pueden entenderse según la letra sin absurdidad.

He aquí, por aquello que se describe que el bienaventurado Job maldijo su día, diciendo: Perezca el día en que nací, y la noche en que se dijo: Un hombre ha sido concebido; si se atiende según la superficie, ¿qué se encuentra más reprensible que estas palabras? Pues ¿quién no sabe que el día en el que nació de ningún modo podía estar entonces? Pues es el modo del tiempo que no tenga estado de permanencia. Pues porque tiende al ser por lo porvenir, siempre se apresura desde lo pasado al no ser. ¿Por qué, pues, maldeciría un varón tan grande a una cosa que no ignoraba que de ningún modo subsistía? Pero quizá alguien diga que por eso se ve el peso de su virtud, porque conmovido por la tribulación, irroga una maldición a aquella cosa que consta que mínimamente subsiste. Pero la razón percibida destruye esto pronto, porque si subsistía la cosa a la que maldecía, infirió una maldición perniciosa; pero si no subsistía, una ociosa.

Quienquiera en verdad que está lleno de su espíritu, que dice: De toda palabra ociosa que hablen los hombres, darán cuenta de ella en el día del juicio (Mt 12, 36), así teme admitir cosas ociosas como también perniciosas. A cuya sentencia todavía se añade: Aquel día se convierta en tinieblas, no lo busque Dios desde arriba, y no esté en la recordación, y no se ilustre con luz: oscurézcanlo las tinieblas y la sombra de la muerte, ocúpelo la calima, y envuélvase en amargura. Posea a aquella noche un torbellino tenebroso, sea aquella noche solitaria, ni digna de alabanza; espere la luz y no la vea, ni el orto de la aurora

que surge. El día que se sabe elapsado por el curso del tiempo, ¿por qué se dice que se convierte en tinieblas? Y constando que no subsistiría, ¿por qué se opta que la sombra de la muerte lo oscurezca; o qué calima lo ocupa, qué implicación de amargura lo envuelve; o qué torbellino tenebroso posee la noche, a la que ningún estado mantiene? ¿O cómo se opta que se haga solitaria, la cual al pasar ya era nada? ¿O cómo espera la luz la que carece de sentido y no permanece en su propio estado? A cuyas palabras todavía se añade:

VERS. 11.—¿Por qué no morí en la vulva? ¿Al salir del útero no perecí al punto? 71. Nada de impaciencia en Job.—Si consideramos solo la superficie de la historia, nada de impaciencia parece más abierto que el hecho de que un varón tan grande, roto por el peso de los dolores, busque su propia muerte. Pero porque consta que no fue roto por los dolores, resta que sea buscado en el sentido de sus palabras. Pues quien, habiéndolo perdido todo, decía: El Señor dio, y el Señor quitó; como plugo al Señor, así se ha hecho: bendito sea el nombre del Señor (Job 1, 21); quien, habiendo sido herido con una llaga, decía: Si recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no recibiremos los males? (Job 2, 10); ¿cómo podía aquel, que no fue roto por la pérdida de las cosas, ni por la muerte de los hijos, ni por la llaga del cuerpo, ser roto por las palabras de una mujer? Pues quien estuvo firme contra las cosas, ¿cómo podía caer ante las palabras? ¿Por qué, pues, maldice su día, sino porque el «día» aquí no es aquel que pasa por el curso del tiempo, sino aquel que es

la luz del conocimiento? Y la «noche» aquí no es aquella que sigue al día, sino aquella que es la ignorancia de la mente.

Pero ¿qué se entiende por el «día» sino aquel mismo tiempo de la caída del hombre? Pues entonces la luz de la verdad se convirtió para él como en tinieblas de error. ¿O qué se entiende por el «día» sino la misma luz del conocimiento de Dios, que el hombre perdió pecando? Pues quien pecando perdió la luz del conocimiento, sin duda cayó en la noche de la ignorancia. ¿Por qué, pues, maldice el día de su nacimiento, sino porque deplora la misma condición de la fragilidad humana? Pues quien nace en la noche de la ignorancia, sin duda busca la luz de la verdad. Pero quien nace en la luz del conocimiento, si peca, pierde la luz que tenía. Maldice, pues, el día de su nacimiento porque deplora haber nacido para el pecado. Pues quien nace para el pecado, sin duda nace para la noche de la ignorancia. Por lo cual también sigue:

CAPÍTULO III.

¿Por qué no morí en el vientre?, ¿por qué, salido del útero, no perecí al instante? ¿Por qué fui recibido sobre las rodillas? ¿Por qué amamantado a los pechos? Pues ahora yacería en silencio y descansaría en mi sueño.

Confirmación del argumento propuesto. Cómo se libraban los hombres del pecado original antes de instituido el bautismo. ¿Acaso si al salir del útero hubiera perecido al instante, concebiría el mérito de la retribución por esta misma perdi-

ción? ¿Acaso los abortivos disfrutan del descanso eterno? Pues quienquiera que no es liberado por el agua de la regeneración, se mantiene ligado por el reato del primer vínculo. Pero lo que entre nosotros vale el agua del bautismo, esto obraba entre los antiguos o bien la sola fe por los párvulos, o bien la virtud del sacrificio por los mayores, o bien, por aquellos que habían procedido del linaje de Abraham, el misterio de la circuncisión. Pues que cada uno es concebido con la culpa del primer padre, lo atestigua el Profeta, diciendo: He aquí que en iniquidades fui concebido (Sal. L, 7). Y porque aquel a quien el agua de la salud no diluye no pierde los suplicios de la culpa original, la Verdad manifiesta abiertamente por sí misma, diciendo: A menos que uno renazca del agua y del Espíritu Santo, no tendrá la vida eterna (Juan III, 5). ¿Qué es, pues, lo que desea haber estado muerto en el vientre, y espera haber podido descansar por los beneficios de esa misma muerte, cuando consta que de ninguna manera lo recibiría el descanso de la vida, si de ningún modo los sacramentos del conocimiento divino lo hubieran librado del reato de la culpa original? Él todavía añade con quiénes habría podido descansar, diciendo: Con los reyes y cónsules de la tierra, que se edifican para sí soledades. ¿Quién ignora que los reyes de la tierra y los cónsules están tanto más lejos de la soledad cuanto más están rodeados por innumerables multitudes de súbditos? ¿O cuán difícilmente tienden al descanso estos que están ligados por tan duros nudos de múltiples razonamientos? Atestiguándolo la Escritura, que

dice: Un juicio durísimo se hará con los que presiden (Sab. VI, 6). Por lo cual en el Evangelio dice la Verdad: Al quien mucho se le dio, mucho se le pedirá (Luc. XII, 48). Él todavía insinúa a quiénes habría tenido por compañeros en ese mismo descanso, diciendo: O con los príncipes, que poseen el oro y llenan sus casas de plata. Es muy raro que quienes poseen el oro tiendan al descanso, cuando por sí misma dice la Verdad: Difícilmente los que tienen riquezas entrarán en el reino de los cielos (Mat. XIX, 24). Pues quienes aquí anhelan multiplicar las riquezas, ¿qué gozos de la otra vida esperan? Lo cual, sin embargo, para mostrar nuestro Redentor que es muy raro y que puede suceder por un solo milagro divino: Para los hombres, dijo, esto es imposible, pero para Dios todas las cosas son posibles. Porque, por tanto, estas palabras en la superficie discrepan de la razón, la misma letra indica ya que el santo varón nada dice en ellas según la letra.

CAPÍTULO IV

[Vet. III].

Ni las imprecaciones de David ni las de Jeremías han de tomarse según la letra. Pero si primero discutimos otras maldiciones en la sagrada elocuencia, indagaremos más sutilmente esto que fue proferido por la boca del bienaventurado Job. Pues ¿qué es esto de que David, que no devolvió males a quienes se los retribuían, cuando Saúl y Jonatán sucumbieron en la guerra, maldice los montes de Gelboé, diciendo: Montes

de Gelboé, ni rocío ni lluvia venga sobre vosotros, ni sean campos de primicias, porque allí fue arrojado el escudo de Saúl, como si no hubiera sido ungido con óleo (II Reg. I, 21)? ¿Qué es esto de que Jeremías, al ver que su predicación era impedida por la dificultad de los oyentes, maldice diciendo: Maldito el varón que anunció a mi padre, diciendo: Te ha nacido un hijo varón (Jer. XX, 15)? ¿En qué, pues, delinquieron los montes de Gelboé al morir Saúl, para que en ellos ni el rocío ni la lluvia cayeran, y la palabra de la sentencia los secara de todo germen de verdor? Pero porque Gelboé se interpreta como "decurso" (corriente), y por Saúl ungido y muerto se expresa la muerte de nuestro Mediador; no sin razón por los montes de Gelboé se significan los corazones soberbios de los judíos, los cuales, mientras fluyen en los deseos de este mundo, se mezclaron en la muerte de Cristo, esto es, del Ungido. Y porque en ellos el rey ungido muere corporalmente, ellos mismos se secan de todo rocío de gracia. De los cuales también se dice bien: Para que no puedan ser campos de primicias. Pues las mentes soberbias de los hebreos no dan frutos primigenios porque, en el advenimiento del Redentor, permaneciendo en gran parte en la perfidia, no quisieron seguir las primicias de la fe. Pues la santa Iglesia, fecundada en sus primicias por la multitud de las gentes, apenas al fin del mundo recibirá a los judíos que encuentre; y recogiendo lo último, los pondrá como reliquias de los frutos. De cuyas reliquias ciertamente dice Isaías: Si fuera el número de los hijos de Israel

como la arena del mar, las reliquias serán salvas (Is. X, 22; Rom. IX, 27). Pueden, sin embargo, por eso ser maldecidos los montes de Gelboé por la boca del profeta, para que, mientras el fruto no nace por secarse la tierra, los poseedores de la tierra sean heridos con el daño de la esterilidad, a fin de que ellos mismos recibieran la sentencia de la maldición, quienes habían merecido por su iniquidad recibir la muerte del rey entre ellos. Pero ¿qué es esto de que aquel varón recibió del Profeta la sentencia de maldición, el cual anunció su nacimiento al padre? Esto ciertamente está tanto más lleno de misterio interiormente cuanto exteriormente está vacío de razón humana. Pues si algo exteriormente razonable acaso hubiera sonado, de ninguna manera nos encendería al estudio del intelecto interior. Por tanto, algo más plenamente nos insinúa por dentro por lo cual por fuera no muestra nada razonable. Pues si del útero de su madre el profeta salió a este mundo para ser afligido, ¿en qué delinquió el nuncio de su nacimiento? Pero ¿qué designa la persona del profeta fluctuante sino la mutabilidad del género humano que viene por el mérito de la pena? ¿Y qué se expresa por su padre sino este mundo del cual nacemos? ¿Y quién es ese varón que anuncia nuestro nacimiento al padre sino el antiguo enemigo, el cual, cuando nos considera fluctuar en los pensamientos, instiga las mentes de los malvados, que sobresalen por la autoridad de este mundo, a la persuasión de nuestro engaño; y cuando nos ve obrar débilmente, ensalza esas cosas como fuertes con favores, y habla como de

varones nacidos, cuando se felicita de que hayamos resultado corruptores de la verdad por la mentira? Al padre, pues, denuncia un varón nacido, cuando demuestra a este mundo que aquel a quien ha persuadido ha sido hecho corruptor de la inocencia. Pues cuando a cualquiera que peca y se ensoberbece se le dice: Has obrado como un hombre, ¿qué otra cosa se declara sino que ha nacido un varón en el mundo? Con justicia, pues, es maldecido el varón que anuncia que ha nacido el varón, porque por ese mismo anuncio suyo se indica el gozo réprobo de nuestro corruptor. Por estas maldiciones de la sagrada Escritura aprendemos, pues, qué hemos de buscar en la voz de la maldición en el bienaventurado Job, para que el lector, no entendiendo, no presuma refutar sus palabras, a quien Dios remunera después de las llagas y las palabras. Puesto que, por tanto, de algún modo hemos distinguido estas cosas que debían ser indagadas en el prefacio, prosigamos ya discurriendo las palabras de la historia.

CAPÍTULO PRIMERO

[Rec. V].

CAP. III. VERS. 1-3.---Después de esto abrió Job su boca y maldijo su día, diciendo: Perezca el día en que nací.

1. SENTIDO HISTÓRICO Y MÍSTICO. Job no profirió la maldición por impaciencia.---No debe tratarse negligentemente lo que se dice: Abrió su boca. Pues la sagrada Escritura, por estas cosas que antepone levemente, indica que han de espe-

rarse con reverencia las que añade. Pues así como ignoramos qué tienen dentro los vasos cerrados, pero abierta la boca de los vasos reconocemos lo que se contiene dentro; así los corazones de los santos, que están ocultos con la boca cerrada, se descubren con la boca abierta; y cuando descubren sus pensamientos, se dice que abren la boca, para que con mente atenta, como si de vasos abiertos se tratara, nos apresuremos a conocer qué contienen dentro y a recrearnos con su íntimo olor. Por lo cual también, al Señor que iba a decir sublimes preceptos en el monte, se antepone: Abriendo su boca dijo (Mat. V, 2); aunque allí también deba aceptarse esto: que entonces abrió su boca en los preceptos, en los cuales tiempo atrás había abierto la boca de los profetas. Pero ha de observarse muy hábilmente lo que se dice: Después de esto, para que ciertamente la virtud de lo que se hace se sienta verazmente por el tiempo. Pues primero se describe la vastedad de las cosas, la extinción de las prendas (hijos), el dolor de las llagas, la persuasión de la esposa, la llegada de los amigos, de quienes se recuerda que rasgaron sus vestiduras y que lloraron clamando, que esparcieron polvo sobre sus cabezas y que permanecieron sentados en tierra mucho tiempo en silencio, y luego se añade: Después de esto abrió Job su boca y maldijo su día; para que por el mismo orden de la narración se pondere que de ninguna manera profirió la maldición por impaciencia quien prorrumpió en la voz de la maldición estando sus amigos todavía callados. Pues si mal dijera movido por la ira, al oír el daño

de la hacienda, al conocer la muerte de sus hijos, el dolor lo excitaría sin duda a la maldición. Pero qué dijo entonces, lo hemos oído. Pues dijo: El Señor dio, el Señor quitó (Job I, 21). De nuevo, si mal dijera movido por la ira, al menos herido en el cuerpo, o mal aconsejado por su esposa, podría haber inferido la maldición. Pero qué respondió entonces, lo hemos reconocido. Pues dijo: Has hablado como una de las mujeres necias. Si hemos recibido bienes de mano del Señor, ¿por qué no habríamos de soportar los males? (Job II, 10.) Pero después de esto se describe que vienen los amigos, lloran, se sientan, callan; y pronto se añade esto: que se dice que maldijo su día. Por tanto, es demasiado incongruente que sospechemos que él, sin que nadie lo instigue, sin que nadie lo golpee, prorrumpe en la voz de la maldición por impaciencia, a quien ciertamente sabemos que entre las pérdidas de las cosas y la muerte de los hijos, entre las llagas del cuerpo, entre las palabras de la esposa que mal aconseja, devolvió grandes alabanzas al creador con mente humilde. Manifestó, pues, con qué mente dijo estas cosas estando tranquilo quien, incluso herido, emanó tantas alabanzas a Dios. Ni tampoco después pudo ensoberbecerse no siendo herido, a quien el dolor mostró humilde incluso en la herida. Pero cuando sabemos con certeza que la sagrada Escritura prohíbe la maldición, ¿por qué decimos que a veces se hace rectamente lo que no ignoramos que debe evitarse por la misma sagrada elocuencia?

[Rec. VI.] 2. Una maldición es por juicio, otra por venganza.---Se ha de saber que la sagrada Escritura menciona la maldición de dos modos: uno que aprueba, otro que condena. Pues de un modo se profiere la maldición por el juicio de la justicia, de otro por el rencor de la venganza. Pues la maldición por el juicio de la justicia fue proferida al mismo primer hombre que pecó, cuando oyó: Maldita la tierra en tu obra (Gén. III, 17). La maldición se profiere por el juicio de la justicia cuando se dice a Abraham: Maldeciré a los que te maldigan (Gén. XII, 3). Por otra parte, porque la maldición se emite no por el juicio de la justicia sino por el rencor de la venganza, somos amonestados por la voz del apóstol Pablo al predicar, que dice: Bendecid, y no maldigáis (Rom. XII, 14). Y de nuevo: Ni los maldicientes poseerán el reino de Dios (I Cor. VI, 10). Dios, pues, es dicho maldecir, y sin embargo al hombre se le prohíbe maldecir; porque lo que el hombre hace por malicia de venganza, Dios no lo hace sino por el examen y la virtud de la justicia. Pero cuando los varones santos profieren la sentencia de maldición, no prorrumpen en ella por deseo de venganza, sino por el examen de la justicia. Pues ven interiormente el sutil juicio de Dios, y conocen que deben herir con maldición los males que surgen fuera; y en esto no pecan en la maldición, en que no discrepan del juicio interno. De aquí es que Pedro lanzó contra Simón, que le ofrecía dinero, la sentencia de la maldición, diciendo: Tu dinero sea contigo para perdición (Hech. VIII, 20). Pues quien no dijo "es", sino "sea", señaló que había dicho estas co-

sas en modo optativo, no indicativo. De aquí que Elías dijo a los dos quincuagenarios que venían a él: Si soy hombre de Dios, descienda fuego del cielo y os consuma (IV Reg. I, 10). Cuánta razón de verdad tuvo la sentencia de ambos, lo mostró el término de la causa. Pues tanto Simón pereció en la perdición eterna, como la llama que venía de arriba consumió a los dos quincuagenarios. La virtud subsiguiente testifica, pues, con qué mente se emite la sentencia de la maldición. Pues cuando permanece la inocencia del que maldice y, sin embargo, la maldición absorbe hasta la perdición al que es maldecido, se colige por el fin de ambas partes que la sentencia tomada del único e íntimo Juez se lanza contra el reo.

3. La maldición de Job es por la rectitud del juez.---Por tanto, si sopesamos sutilmente las palabras del bienaventurado Job, su maldición no es por la malicia de un delincuente, sino por la rectitud de un juez; no es de uno conmovido por la ira, sino de uno tranquilo en la doctrina. Pues quien profirió cosas tan rectas al maldecir, no sucumbió al vicio de la perturbación, sino que impartió el magisterio de la doctrina. Pues vio a los amigos llorar con clamor, vio rasgar las vestiduras, vio esparcir polvo sobre las cabezas, vio enmudecer por la consideración de su herida; y el varón santo percibió que estos que buscaban bienes temporales, por la comparación de su propia mente, lo habían creído a él quebrantado por la adversidad temporal. Percibió que no llorarían tan desesperadamente a quien fue herido con aflicción transitoria, si ellos mismos no apartaran

la mente desesperada de la esperanza de la salud interna; y mientras prorrumpe fuera en la voz del dolor, muestra a los heridos por dentro la virtud de la medicina, diciendo: Perezca el día en que nací.

[Rec. VII.] 4. Maldice al día de la mutabilidad por la intuición de la eternidad.---¿Pues qué debe entenderse por el día del nacimiento, sino todo este tiempo de nuestra mortalidad? el cual, mientras nos retiene en esta corrupción de nuestra mutabilidad, no se nos aparece la inmutabilidad de la eternidad. Quien, por tanto, ya ve el día de la eternidad, soporta con dificultad el día de su mortalidad. Y se ha de notar que no dice: "Perezca el día en que fui creado", sino: Perezca el día en que nací. Pues en el día de la justicia el hombre fue creado, pero ya en el tiempo de la culpa nació. Pues Adán fue creado, pero Caín fue el primero en nacer. ¿Qué es, pues, maldecir el día del nacimiento sino decir abiertamente: Perezca el día de la mutabilidad y irrumpa la luz de la eternidad?

[Vet. VII.] 5. El tiempo de nuestra mutabilidad perecerá algún día por completo. El día que aquí se desea que perezca para que sea malo, es el espíritu apóstata.---Pero porque solemos decir "perecer" de dos modos (pues de un modo decimos que algo perece cuando deseamos que no sea; y de otro decimos que perece cuando deseamos que sea malo), por esto que se añade sobre este día: Oscurézcanlo las tinieblas y sea envuelto en amargura, se muestra claramente que este día se desea que perezca no para que no sea, sino para que sea malo. Pues no puede ser envuelto

en amargura lo que no está perdido por completo en todo sentido. Pero este tiempo de nuestra mutabilidad no ha de perecer algún día, esto es, transitar, para que sea malo; sino para que no sea en absoluto, atestiguándolo el ángel en la sagrada elocuencia, que dice: Por el que vive por los siglos, que el tiempo ya no será (Apoc. X, 6). Pues aunque el Profeta dice: Su tiempo será para siempre (Sal. LXXX, 16), porque el tiempo falla por momentos, llamó "tiempo" a su falla, mostrando que fallan sin falla absoluta los que son separados de la consolación de la visión interna. Puesto que, por tanto, este tiempo de nuestra mortalidad perece no para ser malo, sino para no ser; se ha de buscar qué es aquello que se desea que perezca no para que no sea, sino para que sea malo. Pues el alma humana, o el espíritu angélico, es tan inmortal que puede morir; tan mortal que no puede morir. Pues pierde el vivir bienaventuradamente, sea por el vicio o por el suplicio. Pero no pierde el vivir esencialmente, ni por el vicio ni por el suplicio. Pues falla en la calidad del vivir, pero no siente el interito de subsistir de ningún modo, ni aun muriendo. Para decirlo brevemente, es inmortalmente mortal e mortalmente inmortal.

[Rec. VIII.] Mientras, pues, se desea que el día perezca, y poco después se dice que ha de ser envuelto en amargura; ¿a quién creeremos que el varón santo quiso expresar con el nombre de día, sino al espíritu apóstata, que en la esencia del vivir subsiste aun muriendo? a quien el interito de la vida no sustrae, porque puesto en el dolor eterno, la muerte inmortal lo extingue conser-

vándolo: el cual, ya derribado de la gloria de la bienaventuranza, todavía se desea que perezca, para que ciertamente, recluido con dignos suplicios, pierda también la licencia de tentar.

[Vet. VIII, Rec. IX]. 6. Por qué razón sea día o por qué noche. Qué se le desea cuando se desea que perezca.---Él ciertamente se exhibe como día porque atrae por lo próspero; pero termina en las tinieblas de la noche porque conduce a lo adverso. Pues mostraba el día cuando decía: En cualquier día que comiereis de él, se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses (Gén. III, 5); pero introdujo la noche cuando condujo a las tinieblas de la mortalidad. El día es, pues, la promesa de cosas mejores introducida; pero la noche es la misma experiencia de las calamidades exhibida. El antiguo enemigo es día por naturaleza bien creado; pero es noche por mérito caído a las tinieblas. Es día cuando, prometiendo bienes, simula ante los aspectos humanos ser un ángel de luz, atestiguándolo Pablo que dice: Pues el mismo Satanás se transfigura en ángel de luz (II Cor. XI, 14), pero es noche cuando oscurece las mentes de los que consienten con las tinieblas del error. El varón santo, pues, llorando en su propio dolor la causa de todo el género humano, y no pensando nada especial de ningún modo en una herida especial, reduzca a la memoria el origen de la culpa; y por la consideración de la justicia, tempere el dolor de la pena. Vea al género humano de dónde a dónde cayó y diga: Perezca el día en que nací y la noche en que se dijo: Ha sido concebido un hombre. Como si dijera abiertamente: Perezca

la esperanza introducida por el ángel apóstata, quien simulando ser día, brilló por la promesa de la divinidad; pero exhibiéndose como noche, nos oscureció la luz de nuestra inmortalidad. Perezca el antiguo enemigo, que mostró la luz de la promesa y confirió las tinieblas del pecado; que se dio a conocer como día halagando, pero condujo hasta la tenebrosa noche por la ceguera impresa en el corazón. Sigue:

CAPÍTULO II.

VERS. 4.---Aquel día se convierta en tinieblas.

7. Se convierte en tinieblas cuando lo próspero que promete se entiende como adverso.---Casi brilla este día para las mentes de los hombres cuando la persuasión de su perversidad se cree próspera, y no se ve cuál sea intrínsecamente. Pero cuando su iniquidad se reconoce tal como es, el día de la falsa promesa se oscurece como por ciertas tinieblas ante los ojos de nuestro juicio; porque ciertamente tal como es por el mérito, tal se percibe en el halago. En tinieblas, pues, se convierte el día cuando entendemos como adverso incluso lo próspero que promete al persuadir. En tinieblas se convierte el día cuando el antiguo enemigo, tal como es cuando se enfurece, tal es percibido por nosotros aun cuando late bajo los halagos; para que no se burle con prosperidades fingidas como por la luz del día, y nos arrastre por verdaderas miserias a las tinieblas del pecado. Sigue:

CAPÍTULO III

[Vet. IX].

IBID.---No lo busque Dios desde arriba, y no sea ilustrado con la luz.

8. Por qué la naturaleza humana fue reparada y no la angélica.---Dios omnipotente, así como de la nada pudo hacer cosas buenas, así, cuando quiso, por el misterio de su encarnación reparó también los bienes perdidos. Dos criaturas había hecho para que lo entendieran, a saber, la angélica y la humana; a ambas las hirió la soberbia y las quebrantó de su estado de rectitud innata. Pero una tuvo la cobertura de la carne, la otra nada débil de la carne llevó. Pues el ángel es solamente espíritu, pero el hombre es espíritu y carne. Apiadándose, pues, el Creador para redimir, debió reducir a sí a aquella de la que consta que en la perpetración de la culpa tuvo algo de debilidad; y tanto más profundamente debió repeler al ángel apóstata cuanto que, cuando cayó de la fortaleza de persistir, nada débil llevó de la carne. Por lo cual rectamente el Salmista, al decir que el Redentor se había apiadado de los hombres, expresó también la causa misma de la misericordia, diciendo: Y se acordó de que son carne (Sal. LXXVII, 39). [Rec. X.] Como si dijera: Cuanto vio sus cosas débiles, tanto no quiso castigar estrictamente sus culpas. Hay todavía otra cosa por la cual tanto el hombre perdido debió ser reparado como el espíritu soberbio no pudo ser reparado: porque ciertamente el ángel cayó por su propia malicia, pero al hombre lo postró una ajena. Puesto que, por tanto, el género humano

es reducido a la luz de la penitencia por el advenimiento del Redentor, pero el ángel apóstata no es revocado a la luz de la restauración por ninguna esperanza de perdón, por ninguna enmienda de conversión; dígase rectamente: No lo busque Dios desde arriba, y no sea ilustrado con la luz. Como si se dijera abiertamente: Porque él mismo introdujo las tinieblas, tolere sin fin lo que hizo; ni reciba nunca la luz de su antiguo estado, porque perdió esta incluso sin ser persuadido. Sigue:

CAPÍTULO IV.

VERS. 5.---Oscurézcanlo las tinieblas y la sombra de la muerte.

9. La ceguera del error de tal modo abruma al diablo que no ha de resurgir a la luz de la penitencia.---Por la sombra de la muerte debe entenderse el olvido; porque así como la muerte quita la vida, así el olvido extingue la memoria. Puesto que, por tanto, el ángel apóstata es entregado al olvido eterno, es oscurecido por la sombra de la muerte. Dígase pues: Oscurézcanlo las tinieblas y la sombra de la muerte; esto es, de tal modo lo abrume la ceguera de su error que de ninguna manera resurja más a la luz de la penitencia por la memoria del respeto divino. Sigue:

CAPÍTULO V

[Vet. X].

IBID.---Ocúpelo la calina (oscuridad) y sea envuelto en amargura.

10. Qué padece ahora y qué ha de padecer después del juicio.---El antiguo enemigo, ligado por los vínculos de su maldad, una cosa es lo que padece ahora y otra lo que padecerá al fin. Pues porque cayó del orden de la luz íntima, ahora se confunde a sí mismo interiormente por la calina del error. Pero después de esto es envuelto en amargura, porque por el mérito de su calina espontánea es atormentado con el eterno suplicio de la gehena. Dígase, pues: El que perdió la serenidad de la luz íntima, ¿qué es lo que tolera antes del suplicio extremo? Ocúpelo la calina. Añádase también la pena subsiguiente que lo devasta incluso sin término: Sea envuelto en amargura. Pues todo lo que está envuelto indica su fin como en ninguna parte; porque así como no muestra por dónde empieza, así no descubre por dónde cesa. Ser envuelto en amargura se dice, pues, del antiguo enemigo, porque para su soberbia se preparan suplicios no solo de todo género, sino también infinitos. Cuya pena de él ciertamente toma inicio cuando viene el Juez, vuelto riguroso, al juicio extremo. Por lo cual también se añade bien:

CAPÍTULO VI

[Rec. XI].

VERS. 6.---A aquella noche la posea un torbellino tenebroso.

11. Con cuánta tempestad es arrebatado a los suplicios eternos.---Escrito está, en efecto: Dios vendrá manifiestamente, nuestro Dios, y no

callará. Un fuego arderá en su presencia, y en su contorno una tempestad válida (Sal. XLIX, 3). Un torbellino tenebroso posee, pues, esta noche, porque aquella pavorosa tempestad arrebata al espíritu apóstata de la presencia del Juez riguroso a los suplicios eternos. Por un torbellino es, pues, poseída esta noche, porque su soberbia ceguera es herida por una rigurosa animadversión (castigo). Sigue:

CAPÍTULO VII.

IBID.---No sea computada en los días del año, ni sea numerada en los meses.

12. Qué ha de entenderse por el nombre de día, de mes y de año en las palabras de Job.---No inconvenientemente aceptamos el año como la predicación de la gracia superna; porque así como en el año se perfecciona el tiempo por los días congregados, así en la gracia superna se completa la vida múltiple de las virtudes. Por el año puede entenderse también la multitud de los redimidos; porque así como por la multitud de los días se deduce el año, así por la colección de todos los bienes se llena aquella innumerable universidad de los elegidos. Pues este año de multitud perfecta lo predica Isaías, diciendo: El Espíritu del Señor sobre mí, por cuanto me ungió el Señor: a anunciar a los mansos me envió, para que sanara a los contritos de corazón, y predicara a los cautivos la indulgencia, y a los cerrados la apertura, para que predicara el año aplacable del Señor (Is. LXI, 1). Pues el año aplacable del Señor se predica cuando se predice la futura plebe de

los fieles que ha de ser ilustrada con la luz de la verdad. ¿Qué, pues, por los días sino cada una de las mentes de los elegidos?, ¿qué por los meses sino sus iglesias multiplicadas, que hacen una sola católica, se designa? Aquella noche, pues, no sea computada en los días del año, ni sea numerada en los meses; porque el antiguo enemigo, oprimido por las tinieblas de su propia soberbia, contempla ciertamente el advenimiento del Redentor, pero de ninguna manera vuelve al perdón con los elegidos. Pues de aquí está escrito: Pues en ningún lugar aprehende a los ángeles, sino que aprehende a la descendencia de Abraham (Heb. II, 16). [Rec. XII.] Pues por eso nuestro Redentor no se hizo ángel, sino hombre, porque esto sin duda debió ser hecho, lo que redimió; para que tanto abandonara al ángel perdido no aprehendiéndolo, como reparara al hombre aprehendiéndolo en sí mismo. [Vet. XI.] Pueden también estos días que permanecen en la luz interna entenderse como los espíritus angélicos; y los meses como sus órdenes y dignidades. Pues cada uno de los espíritus, porque lucen, son días. Pero porque se distinguen por ciertas dignidades determinadas, como que unos sean tronos, otros dominaciones, otros principados, otros potestades; por esta misma distribución de los ejércitos se llaman meses. Pero porque el antiguo enemigo de ninguna manera es reducido al mérito de la luz, de ninguna manera al orden de los ejércitos supernos: ni en los días del año ni en los meses es numerado. Pues de tal modo lo grava la ceguera de la soberbia perpetrada que ya no vuelve a aquellos ejércitos

supernos de la claridad íntima. De ninguna manera ya se mezcla con las dignidades de la luz que permanecen en pie, porque por el mérito de sus propias tinieblas siempre es deprimido hacia lo ínfimo. El cual, porque permanece por siempre excluido de aquella frecuencia de la patria celestial, rectamente todavía se añade:

CAPÍTULO VIII.

VERS. 7.---Que sea aquella noche solitaria, ni digna de alabanza.

13. El diablo, redimido el hombre y reprobados los ídolos, se vuelve solitario y sin alabanza.---Aquella noche se vuelve solitaria, porque es separada por una distinción perpetua de la frecuencia de la patria celestial. Lo cual, sin embargo, puede entenderse también de otro modo, a saber, que pierda al hombre, a quien había hecho su compañero para la perdición; y el enemigo perezca solo con su propio cuerpo, mientras la gracia del Redentor reforma a muchos que él había destruido. Por tanto, la noche se vuelve solitaria cuando, retirados aquellos que son elegidos, solo el antiguo enemigo es entregado a los fuegos eternos de la Gehena. Pero bien se dice: "Ni digna de alabanza". Pues cuando el género humano, oprimido por las tinieblas del error, creía que las piedras eran dioses, por el hecho mismo de que servía a los ídolos, ¿qué otra cosa hacía sino alabar los hechos de su seductor? Por lo cual bien se dice por Pablo: "Sabemos que el ídolo nada es; pero lo que los gentiles inmolan, a los demonios lo inmolan" (1 Cor. 8, 4). Aquellos, pues, que estuvieron someti-

dos a la veneración de los ídolos, ¿qué otra cosa alabaron sino las tinieblas de la noche? Pero he aquí que ya vemos que aquella noche se conoce como no digna de alabanza, cuando ya por el género humano redimido es reprobada la veneración de los ídolos; y queda una noche solitaria, porque no se va a los tormentos con el condenado espíritu apóstata. Sigue:

CAPÍTULO IX.

VERS. 8.---Maldíganla los que maldicen el día, los que están prestos para despertar a Leviatán.

14. Por Cristo su malicia ya es destruida; al fin del mundo su potencia será extinguida.---En la antigua traducción no se dice así; sino: "Maldígala aquel que maldijo el día, el que ha de capturar a la gran ballena". Con cuyas palabras abiertamente se muestra que por el santo varón se prevé la futura perdición del Anticristo al fin del mundo. Pues el espíritu maligno, que por mérito es noche, se simula día al fin del mundo, cuando se muestra a los hombres como si fuera Dios, cuando se atribuye falazmente la claridad de la Divinidad, y se ensalza sobre todo lo que se llama Dios o es adorado. Por tanto, maldice la noche quien maldice el día; porque aquel destruye ahora su malicia, quien por la ilustración de su venida entonces también extinguirá la potencia de su fortaleza. Por lo cual también bien se añade: "El que ha de capturar a la gran ballena". Pues la fortaleza de esta ballena es capturada en las aguas, porque la astucia del antiguo enemigo es superada por el sacramento del bautismo.

15. Los ángeles elegidos nos indican las tinieblas de su dolo.---Pero lo que en la antigua traducción se dice del Autor de todas las cosas, esto en esta traducción, que nos ha sido derivada del habla hebrea y arábiga, se menciona de sus ángeles elegidos. De estos, pues, se dice: "Maldíganla los que maldicen el día". [Rec. XIII.] Pues este espíritu soberbio quiso mostrarse como día incluso a las potestades angélicas, cuando ensalzándose sobre los demás como en la potencia de la divinidad, arrastró tras de sí a tantas legiones a la perdición. Pero estos, sin duda, que permanecieron con corazón humilde en su Autor, al ver que en su error había noche, hollaron el día de aquella claridad sintiendo cosas humildes de sí mismos: los cuales ahora nos indican las tinieblas de su dolo, y demuestran cuán despreciable es su fingida claridad. Dígase, pues, de la noche tenebrosa, que cierra los ojos de la humana flaqueza: "Maldíganla los que maldicen el día", esto es, denuncien condenando las tinieblas de su error aquellos espíritus elegidos que ven la magnitud de aquella claridad ya fingida desde el principio. Pero bien se añade: "Los que están prestos para despertar a Leviatán". Pues Leviatán, interpretado, se dice "adición de ellos". ¿De quiénes, sino de los hombres? Pero rectamente se dice "adición de ellos", porque después de que introdujo la primera culpa por mala sugestión, no desiste de aumentar esta diariamente con persuasiones más graves. O ciertamente por reproche fue llamado Leviatán, esto es, dicho adición de los hombres. Pues los encontró inmortales en el paraíso; pero

prometiendo la divinidad a los inmortales, prometió como si les añadiera algo más de lo que eran. Pero mientras blandamente afirmó que daría lo no tenido, astutamente también quitó lo tenido. Por lo cual también el profeta describe al mismo Leviatán diciendo: "Sobre Leviatán la serpiente barra, sobre Leviatán la serpiente tortuosa" (Is. 27, 1). Pues este Leviatán, en aquello que prometió añadir al hombre, se deslizó hacia él con sinuosos repliegues; porque mientras falsamente prometió imposibles, verdaderamente también arrebató los posibles. [Vet. XII.] Hemos de inquirir, en verdad, por qué quien había dicho "serpiente", y añadiendo al punto "tortuosa", interpuso "barra", sino es quizá porque en la tortuosidad de la serpiente hay una flácida blandura, mientras que en la barra hay la dureza de la rigidez. Para que, pues, lo señalara como duro y como blando, nombra tanto la barra como la serpiente. Pues es duro por la malicia, blando por los halagos. Se llama, pues, barra porque hiere hasta la muerte; pero serpiente porque se infunde blandamente por medio de asechanzas.

16. Los elegidos de los ángeles mantienen al diablo encerrado en el pozo del abismo.---Pero los espíritus elegidos de los ángeles mantienen ahora a este Leviatán encerrado en el pozo del abismo. Por lo cual está escrito: "Vi a un ángel que descendía del cielo, que tenía la llave del abismo, y una gran cadena en su mano: y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ligó por mil años, y lo envió al abismo" (Apoc. 20, 1, 2 y sigs.). Al cual, sin

embargo, al fin del mundo llaman de nuevo a certámenes más abiertos, y lo relajan todo en sus fuerzas contra nosotros. Por lo cual también allí de nuevo está escrito: "Cuando se hubieren cumplido los mil años, será soltado Satanás" (Ibíd., 7). Pues aquel ángel apóstata, porque de tal modo había sido creado que sobresalía a las demás legiones de los ángeles, de tal modo sucumbió por la soberbia que ha sido sometido al dominio de los ángeles que permanecen en pie; para que o bien ahora para nuestra utilidad, administrando ellos, permanezca oculto ligado, o bien entonces para nuestra probación, relajándolo ellos, suelto se ejercite con todas sus fuerzas contra nosotros. Porque, por tanto, estos espíritus elegidos comprimen al soberbio apóstata, los cuales humildes no quisieron seguirlo, y por la administración de ellos se dispone que en algún momento sea llamado para ser destruido totalmente con el propósito de un certamen abierto, dígase rectamente: "Los que están prestos para despertar a Leviatán". Pero porque el astuto enemigo aún no ha sido despertado para guerras abiertas, insinúese cómo esta noche oscurezca ahora latente los meses de algunos. Sigue:

CAPÍTULO X.

VERS. 9.---Oscurézcanse las estrellas con su calígine.

17. Las estrellas a veces se llaman santos, a veces hipócritas en las Escrituras. La luz de los hipócritas se oscurece por el error abierto.---En la sagrada Escritura, con el nombre de estrellas a ve-

ces se demuestra la justicia de los santos, que luce en las tinieblas de esta vida, pero a veces la ficción de los hipócritas, que muestran a los hombres las cosas buenas que hacen para recibir alabanzas. Pues si los que viven rectamente no fueran estrellas, de ninguna manera diría Pablo a sus discípulos: "En medio de una nación depravada y perversa, entre los cuales lucís como luminares en el mundo" (Filip. 2, 15). De nuevo, si entre aquellos que parecen actuar rectamente, algunos no buscaran la retribución del favor humano por su acción, de ninguna manera vería Juan caer estrellas de los cielos, diciendo: "El dragón envió su cola y arrastró la tercera parte de las estrellas" (Apoc. 12, 4). Pues por la cola del dragón es arrastrada una parte de las estrellas, porque por la extrema persuasión del Anticristo serán arrebatados algunos que parecen lucir. Pues arrastrar las estrellas a la tierra es envolver en la iniquidad del error abierto, por amor terreno, a aquellos que parecen adherirse al estudio de la vida celestial. Pues hay algunos que lucen ante los ojos humanos como por grandes obras; pero porque estas mismas obras no proceden de un corazón puro, capturados en pensamientos ocultos, son oscurecidos por las tinieblas de esta noche; los cuales a menudo pierden incluso aquellas obras que no hacen con un corazón puro. Porque, por tanto, se permite que la noche prevalezca, cuando incluso entre las buenas obras la intención del corazón de ninguna manera se purifica, dígase rectamente: "Oscurézcanse las estrellas con su calígine"; esto es, contra aquellos que ante los ojos humanos

resplandecen como por buenas obras, prevalezca la oscura malicia del antiguo enemigo; y depongan esta luz de alabanza que habían tomado ante los juicios humanos. Pues son oscurecidos por la calígine de la noche cuando su vida es confundida por el error abierto; para que sin duda tales aparezcan también fuera en la acción, cuales no temen parecer ante el juicio divino dentro de sí mismos. Sigue:

CAPÍTULO XI.

IBÍD. Espere la luz y no la vea, ni el orto de la aurora naciente.

18. Cristo con los buenos es una sola persona, y el diablo una sola con los réprobos. Quienes actúan mal, o rectamente no con recto corazón, en vano esperan la merced eterna.---En el Evangelio, la Verdad dice: "Yo soy la luz del mundo" (Jn. 8, 12). Así como el mismo Redentor nuestro es una sola persona con la congregación de los buenos; pues Él es la cabeza del cuerpo, y nosotros el cuerpo de esta cabeza; así el antiguo enemigo es una sola persona con toda la colectividad de los réprobos, porque él mismo les preside como cabeza hacia la iniquidad, y ellos, mientras sirven a sus persuasiones, se adhieren como un cuerpo unido a la cabeza. Lo que, por tanto, se dice de esta noche, esto es, del antiguo enemigo, es digno de que se derive a su cuerpo, esto es, a todos los inicuos. Porque, por tanto, el Redentor del género humano es luz, ¿qué es lo que se dice de esta noche: "Espere la luz y no la vea", sino que hay algunos que muestran de palabra tener la fe que

destruyen con las obras? De los cuales se dice por Pablo: "Confiesan conocer a Dios, pero con sus hechos lo niegan" (Tit. 1, 16). Estos, sin duda, o bien son perversas las cosas que hacen, o bien siguen las obras rectas no con un corazón recto. Pues no buscan de sus obras retribuciones perpetuas, sino favores transitorios; y sin embargo, porque se oyen alabar como si fueran santos, se consideran a sí mismos verdaderamente santos; y cuanto más irreprochables se creen por la estimación de muchos, tanto más seguros esperan el día del juicio riguroso. De los cuales bien se dice por el profeta: "¡Ay de los que desean el día del Señor!" (Amos 5, 18). A los cuales el bienaventurado Job profiere la debida sentencia, con el celo del que predice, no con el voto del que desea, diciendo: "Espere la luz y no la vea". Pues aquella noche, a saber, el tenebroso enemigo, espera la luz en sus miembros y no la ve, porque o bien estos que retienen la fe sin las obras, cuando por esa misma fe confían que pueden ser salvados en el juicio final, su esperanza será frustrada, porque destruyeron viviendo lo que retuvieron confesando, o bien estos que por la alabanza humana se muestran en la buena acción, en vano esperan del Juez que viene la retribución de las buenas obras; porque mientras hacen estas para la ostentación de la alabanza, ya recibieron su premio de la boca humana, atestiguándolo la Verdad, que dice: "En verdad os digo, recibieron su recompensa" (Mt. 6, 2, 5). Donde también bien se añade: "Ni el orto de la aurora naciente".

19. Los malvados no verán la claridad de la Iglesia en el juicio final. Pues la Iglesia es llamada la aurora, que se transforma de las tinieblas de sus pecados a la luz de la justicia. De donde también el Esposo se admira de ella en el Cantar de los Cantares, diciendo: "¿Quién es esta que avanza como la aurora naciente?" (Cant. 6:9). Pues como aurora surge la Iglesia de los elegidos, que abandona las tinieblas de su antigua maldad y se convierte al resplandor de la nueva luz. Por tanto, en aquella luz que se muestra en el advenimiento del Juez riguroso, el cuerpo del enemigo condenado no ve el orto de la aurora naciente; porque cuando el Juez riguroso venga para la retribución, cada inicuo, oprimido por la oscuridad de sus propios méritos, ignora con cuánta claridad surge la santa Iglesia hacia la luz interna del corazón. Pues entonces la mente de los elegidos es arrebatada a lo alto, para ser ilustrada por los rayos de la Divinidad; y por aquel respecto con que es bañada, es elevada por encima de sí misma por el destello de la gracia que corusca. Entonces la santa Iglesia se convierte en plena aurora, cuando pierde por completo las tinieblas de su mortalidad e ignorancia. En el juicio, por tanto, es todavía aurora, pero en el reino es día; porque aunque ya con la restauración de los cuerpos comienza a ver la luz en el juicio, consume sin embargo su visión plenamente en el reino. El orto de la aurora es, pues, el exordio de la Iglesia que se esclarece, el cual no pueden ver los réprobos, porque son arrastrados fuera de la presencia del Juez riguroso, oprimidos hacia las tinieblas por el

peso de sus males. De donde rectamente se dice por el profeta: "Sea quitado el impío para que no vea la gloria de Dios" (Is. 26:10, sec. LXX). De aquí es que se dice de esta aurora por el Salmista: "Los esconderás en lo oculto de tu rostro, de la turbación de los hombres" (Sal. 30:21). Pues cada elegido es escondido en el juicio por la visión interna en el rostro de la Divinidad, mientras que afuera la ceguera de los réprobos es turbada, rechazada por la rigurosa animadversión de la justicia.

20. Los hipócritas, viendo las obras de los justos pero no su intención, no ven su luz. Lo cual también recibimos no inconvenientemente para el presente, si indagamos más sutilmente los corazones de los simuladores. Pues los arrogantes e hipócritas miran exteriormente los hechos de los buenos, y reconocen que estos son alabados por los hombres en sus hechos, y admiran su nombre célebre, y ven que reciben alabanzas por lo bien realizado; pero con cuánto celo huyen de esas mismas alabanzas, no lo ven. Consideran sus obras abiertas; pero que operan estas por la sola esperanza íntima, lo ignoran. Pues los que son claros por la verdadera luz de la justicia, primero son transformados de las tinieblas de la intención interna, para que abandonen plenamente dentro la oscuridad del apetito terrenal, y conviertan perfectamente sus corazones a los deseos de la luz superna, no sea que mientras parecen lúcidos a otros, sean oscuros para sí mismos. Los arrogantes, por tanto, porque consideran los hechos de los buenos y no sopesan los corazones, imitan

aquello por lo que puedan ser alabados fuera, no por lo que dentro surjan a la luz de la justicia: y como si no supieran ver el orto de la aurora naciente, porque desprecian considerar la intención de la mente religiosa.

21. Judea no vio la luz de Cristo que venía y de la Iglesia que nacía. Puede también el varón santo, lleno de la gracia del espíritu profético, contemplar la perfidia de Judea al venir el Redentor, y profetizar los daños de su ceguera por medio de estas palabras como por la cualidad de quien desea, de modo que diga: "Espere la luz, y no la vea, ni el orto de la aurora naciente". Pues Judea esperó la luz, y no la vio; porque sostuvo por la profecía que el Redentor del género humano vendría ciertamente, pero de ningún modo lo conoció cuando vino; y los ojos de la mente que abrió a la esperanza, los cerró a la presencia de la luz. La cual tampoco vio el orto de la aurora naciente: porque despreció venerar aquellos débiles primordios de la santa Iglesia; y mientras creía que esta era debilitada por las muertes de los suyos, ignoró a qué cosas fuertes llegaría. Pero porque hablando de los infieles, dio a conocer los miembros de la cabeza inicua, vuelve de nuevo sus palabras a la misma cabeza de los inicuos, diciendo:

CAPÍTULO XII.

VERS. 10. "Porque no cerró las puertas del vientre que me llevó, ni quitó los males de mis ojos."

22. El paraíso fue el útero del género humano, cuyas puertas abrió la serpiente. Lo que para cada hombre es el vientre de su madre, eso fue para todo el género humano aquella habitación suprema del paraíso. Pues de ella salió la prole del género humano como de un vientre, y como hacia los incrementos del cuerpo, así emanó fuera para los aumentos de la progenie. Allí se coaligó nuestra concepción, donde habitó el primer hombre, origen de los hombres. Pero la serpiente abrió las puertas de este vientre, porque mediante una persuasión astuta disolvió el mandato celestial en el corazón del hombre. La serpiente abrió las puertas de este vientre, porque irrumpió en los claustros de la mente protegidos por las admoniciones supernas. El varón santo, por tanto, en la pena que tolera, reduzca los ojos de la mente hacia la culpa. Duela esto, que la noche tenebrosa, esto es, la oscura sugestión del antiguo enemigo, introdujo en las mentes humanas; duela esto, que la mente humana en su decepción consintió a la sugestión astuta, y diga: "Porque no cerró las puertas del vientre que me llevó, ni quitó los males de mis ojos". Ni mueva el que se queje de no haber cerrado a quien detesta por haber abierto la puerta del paraíso. Pues dice "no cerró", queriendo decir abrió; y "no quitó los males", queriendo decir los infligió. Pues como si los quitara, si descansara; y como si cerrara, si cesara de la irrupción. Pues considera de quién habla, y pondera que para el espíritu malvado fue como si nos hubiera dado ganancias, si no nos hubiera infligido daños. Así hablamos nosotros de los la-

drones, que dan la vida a sus cautivos, si no se la han quitado.

23. SENTIDO MORAL. Conviene repetir estas cosas desde el comienzo, y retractarlas moralmente a partir de aquello que reconocemos en el uso de la vida presente. El bienaventurado Job, considerando, después de que el género humano sucumbió del estado de la mente, con cuánta confianza se eleva en las cosas prósperas, o con cuánta perturbación se quiebra por las adversas, recurre mentalmente a aquel estado de inmutabilidad que pudo haber tenido en el paraíso, y declaró maldiciendo cuán despreciable veía el lapso de la mortalidad variando a través de lo próspero y lo adverso, diciendo:

CAPÍTULO XIII

[Rec. XV].

VERS. 3. "Perezca el día en que nací, y la noche en que se dijo: Un hombre es concebido."

24. El día es la prosperidad, la noche la tribulación. El día es el deleite del pecado, la noche la ceguera de la mente. Es como un cierto día cuando la prosperidad de este mundo sonríe. Pero este día termina en noche, porque a menudo la prosperidad temporal conduce a las tinieblas de la tribulación. El profeta había despreciado este día de prosperidad, cuando decía: "No he deseado el día del hombre, Tú lo sabes" (Jer. 17:16). El Señor anunciaba que sufriría esta noche de tribulación en el último tiempo de Su encarnación, cuando decía por medio del Salmista como desde el pa-

sado: "Incluso hasta la noche me han reprendido mis riñones" (Sal. 15:7). Además, por el día puede entenderse el deleite del pecado, y por la noche la ceguera de la mente, a través de la cual el hombre sufre ser postrado en la perpetración de la culpa. Desea, pues, que perezca el día, para que todo lo que se ve halagar a la culpa sea destruido por el vigor de la justicia que interviene. Desea también que perezca la noche, para que aquello que la mente cegada perpetra incluso por el consentimiento, lo extinga por la animadversión de la penitencia.

25. La Escritura llama al hombre de tres maneras. El hombre es arrebatado del deleite del pecado a través de las tinieblas voluntarias de la mente. Pero debemos preguntarnos ¿por qué en el día se dice que el hombre nace, y en la noche es concebido? La Sagrada Escritura llama al hombre de tres maneras, a saber, a veces por la naturaleza, a veces por la culpa, a veces por la enfermedad. Pues el hombre es llamado por naturaleza, como está escrito: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" (Gén. 1:26). El hombre por la culpa, como está escrito: "Yo dije: Dioses sois, y todos hijos del Altísimo; pero vosotros como hombres moriréis" (Sal. 81:6). Como si dijera abiertamente: Como delincuentes moriréis. De donde también Pablo dice: "¿Habiendo entre vosotros celo y contienda, no sois carnales, y andáis según el hombre?" (1 Cor. 3:3). Como si dijera: Vosotros que lleváis mentes discordantes, ¿no pecáis todavía por vuestra humanidad reprensible? El hombre es llamado por la enfer-

medad, como está escrito: "Maldito el hombre que pone su esperanza en el hombre" (Jer. 17:5). Como si dijera abiertamente, en la enfermedad. El hombre, pues, nace en el día, pero es concebido en la noche, porque de ningún modo es arrebatado por el deleite del pecado, a menos que primero sea debilitado por las tinieblas voluntarias de la mente. Pues primero se vuelve ciego en su mente, y después se somete al deleite réprobo. Dígase, pues: "Perezca el día en que nací, y la noche en que se dijo: Un hombre es concebido": esto es, perezca el deleite que arrebató al hombre hacia la culpa, perezca la incauta enfermedad de la mente, que cegó hasta las tinieblas del malvado consentimiento. Pues mientras el hombre no percibe cautamente los halagos del deleite, cae incluso en la noche de la perpetración más inicua. Por tanto, hay que vigilar con destreza, para que cuando la culpa comienza a halagar, la mente reconozca hacia qué gran perdición es arrastrada. De donde aptamente se añade:

CAPÍTULO XIV.

VERS. 4. "Que aquel día se convierta en tinieblas."

26. El inicio del deleite debe ser castigado por los lamentos de la penitencia. Pues el día se convierte en tinieblas cuando la culpa es vista en el mismo exordio del deleite, hacia qué fin de perdición arrebata. Convertimos el día en tinieblas cuando, castigándonos a nosotros mismos rigurosamente, atormentamos los mismos halagos del deleite malvado mediante los rigurosos

lamentos de la penitencia, cuando persiguiendo con el llanto lo que pecamos silenciosamente en el corazón por el deleite del pecado. Porque cada fiel no ignora que los pensamientos han de ser buscados sutilmente en el juicio, atestiguándolo Pablo, quien dice: "Acusándose mutuamente sus pensamientos, o también defendiéndose" (Rom. 2, 15); discutiéndose interiormente a sí mismo, se examina vehementemente antes del juicio, para que el Juez riguroso venga ya más tranquilamente, en tanto que ve su reato, que desea discutir, ya castigado como culpa. De donde también rectamente se subraya:

CAPÍTULO XV

[Vet. XVIII, Rec. XVI].

IBID. "Que Dios no lo requiera desde lo alto."

27. Para que no sea castigado por Dios en el juicio. Dios requiere lo que discute juzgando; no requiere lo que, perdonando, deja ya impune en Su propio juicio. Por tanto, este día, esto es, este deleite del pecado, no será requerido por el Señor si es castigado por una animadversión espontánea, atestiguándolo Pablo, quien dice: "Si nosotros mismos nos juzgáramos, ciertamente no seríamos juzgados por el Señor" (1 Cor. 11, 31). Por tanto, que Dios requiera nuestro día es indagar sutilmente en el juicio, contra nuestra mente, todo lo que se alegra en la culpa; en cuya requisición golpea entonces más severamente a aquel que descubre que ahora se ha perdonado a sí mismo más blandamente. Pero bien sigue: "Y no

lo ilustre con la luz". Pues el Señor, apareciendo en el juicio, ilustra con la luz todo lo que entonces reprende. Pues como bajo una cierta oscuridad se cubre lo que entonces no es recordado en la memoria del Juez. Pues está escrito: "Pero todas las cosas que son reprendidas, por la luz son manifestadas" (Ef. 5, 13). Como si ciertas tinieblas ocultaran los pecados de los penitentes, de los cuales se dice por el Profeta: "Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas y cuyos pecados han sido cubiertos" (Sal. 31, 1). Porque, por tanto, todo lo que se cubre, se oculta como en las tinieblas; en el día del juicio final no es ilustrado por la luz lo que no es discutido por la venganza. Pues nuestros actos, que entonces Él no hubiere querido castigar justamente, la misma misericordia divina de algún modo se los oculta a sí misma sabiéndolos. Pero en la luz se muestra lo que entonces se demuestra a la vista de todos. Conviértase, pues, este día en tinieblas, para que nosotros hiramos por la penitencia todo en lo que delinquimos. Que el Señor no requiera este día, y no lo ilustre con la luz; para que, hiriendo nosotros nuestra propia culpa, Él mismo no la reprenda con la animadversión del juicio final.

28. Sólo el penitente encuentra un lugar donde esconderse de Dios el Juez. Pero el Juez mismo ha de venir, para penetrarlo todo, para tocarlo todo. Quien, porque está en todas partes, no hay lugar hacia donde se huya. Pero porque se aplaca por los llantos de nuestra corrección, sólo encuentra lugar de fuga ante Él quien, después de perpetrada la culpa, ahora se le oculta en la penitencia.

De donde también aptamente se añade acerca de este día del deleite:

CAPÍTULO XVI

[Rec. XVII].

VERS. 5. "Que lo oscurezcan las tinieblas y la sombra de la muerte."

29. Los juicios ocultos de Dios son ciertas tinieblas. Ciertamente las tinieblas oscurecen el día cuando los lamentos de la penitencia infligidos atraviesan el deleite de la mente. También pueden designarse por las tinieblas los juicios ocultos. Pues en la luz reconocemos lo que vemos; pero en las tinieblas o no distinguimos nada en absoluto, o nos cegamos con una visión incierta. Los juicios ocultos son, por tanto, como ciertas tinieblas ante nuestros ojos, porque de ningún modo pueden ser escrutados. De donde también está escrito de Dios: "Puso las tinieblas por Su escondite" (Sal. 17, 12). Y porque no merecemos ser absueltos, lo reconocemos: pero por la gracia divina que nos previene, somos liberados a través de Sus juicios ocultos. Las tinieblas, por tanto, oscurecen el día cuando Sus juicios inescrutables ocultan misericordiosamente de aquel rayo de rigurosa animadversión el gozo de nuestro deleite que ha de ser llorado. Donde también aptamente se añade: "Y la sombra de la muerte".

30. La sombra de la muerte se toma de tres maneras en las Escrituras. Pues en la Sagrada Escritura la sombra de la muerte se toma a veces por el olvido de la mente, a veces por la imitación

del diablo, a veces por la muerte de la carne. Pues por sombra de la muerte se toma el olvido de la mente; porque, como dijimos arriba, así como la muerte hace que lo que mata no esté en la vida, así también el olvido hace que lo que intercepta no esté en la memoria. De donde también rectamente, porque Juan venía a predicar al pueblo de los hebreos a aquel Dios de quien se habían olvidado, se dice por medio de Zacarías: "Iluminar a los que están sentados en tinieblas y en sombra de la muerte" (Lc. 1, 79). Pues estar sentado en la sombra de la muerte es desfallecer en el olvido de la noticia del amor divino. La sombra de la muerte se toma por la imitación del antiguo enemigo. Pues él, porque introdujo la muerte, es llamado muerte, atestiguándolo Juan, quien dice: "Y su nombre era Muerte" (Apoc. 6, 8). Por la sombra de la muerte, por tanto, se designa su imitación; porque así como la sombra se proyecta según la cualidad del cuerpo, así las acciones de los inicuos se expresan a partir de la especie de su imitación. De donde rectamente Isaías, cuando veía a los pueblos gentiles desfallecer en la imitación del antiguo enemigo, y resurgir al orto del verdadero sol, relata como desde el pasado lo que considera ciertamente futuro, diciendo: "Para los que estaban sentados en tinieblas y sombra de la muerte, la luz les nació" (Is. 9, 2). También por sombra de la muerte se toma la muerte de la carne; porque así como la verdadera muerte es aquella por la cual el alma se separa de Dios, así la sombra de la muerte es aquella por la cual la carne se separa del alma. De donde rectamente se

dice por la voz de los mártires a través del Profeta: "Nos humillaste en el lugar de la aflicción, y nos cubrió la sombra de la muerte" (Sal. 43, 20). Pues aquellos de quienes consta que no mueren en el espíritu, sino en la sola carne, de ningún modo dicen que están cubiertos por la verdadera muerte, sino por la sombra de la muerte.

31. Cristo con Su única muerte borró la doble muerte de los hombres. ¿Qué es, por tanto, lo que el bienaventurado Job pide para que la sombra de la muerte oscurezca el día del deleite malvado; sino que para borrar los pecados ante los ojos de Dios, requiere al Mediador de Dios y de los hombres, quien asumiera por nosotros la sola muerte de la carne, y borrara la verdadera muerte de los delincuentes a través de la sombra de Su muerte? Pues vino a nosotros que estábamos retenidos en la muerte del espíritu y de la carne; trajo a nosotros Su única muerte, y desató nuestras dos que encontró. Pues si Él mismo asumiera ambas, no nos liberaría de ninguna. Pero misericordiosamente aceptó una, y justamente condenó ambas. Aplicó Su muerte simple a nuestra doble, y muriendo sometió nuestra doble muerte. De donde también no sin mérito yació un día en el sepulcro y dos noches, porque a saber unió la luz de Su muerte simple a las tinieblas de nuestra doble muerte. Aquel, pues, que tomó por nosotros la sola muerte de la carne, soportó la sombra de la muerte, y ocultó de los ojos de Dios la culpa que cometimos. Dígase, pues, rectamente: "Que lo oscurezcan las tinieblas y la sombra de la muerte." Como si se dijera abiertamente: venga

aquel que, para arrebatar a los deudores de la muerte de la carne y del espíritu, pague la muerte de la carne no debida. Pero porque el Señor no deja ningún pecado impune, pues o bien nosotros perseguimos esto llorando, o Él juzgando, resta que la mente vigile siempre con destreza por su enmienda. En lo que, por tanto, cada uno considera que se le socorre misericordiosamente, esto es necesario que confesando lo limpie. De donde también aptamente se añade:

CAPÍTULO XVII.

IBID. "Que la calina lo ocupe."

32. La calina saludable de la mente penitente. Porque en la calina el ojo se confunde, esa misma confusión de nuestra mente por la penitencia se llama calina. Pues así como la calina por la masa nebulosa oscurece el día, así la confusión por los pensamientos perturbados nubla la mente. De la cual se dice por alguien: "Hay una confusión que trae la gloria" (Ecli. 4, 25). Pues cuando al arrepentirnos traemos a la mente las cosas mal hechas, pronto nos confundimos con un grave pesar, resuena en el alma una multitud de pensamientos, el pesar nos tritura, la ansiedad nos devasta, la mente se vuelve hacia la miseria, y es como si se oscureciera por una cierta nube de calina. Pues esta calina de la confusión había oprimido saludablemente la mente de aquellos a quienes Pablo decía: "¿Qué fruto tuvisteis entonces de aquellas cosas de las que ahora os avergonzáis?" (Rom. 6, 21). Ocupe, pues, la calina este día del pecado, es decir, que la aflicción de

la penitencia perturbe el halago de la maldad con un pesar digno. De donde también aptamente se añade:

CAPÍTULO XVIII.

IBID. "Que se vea envuelto en amargura."

33. El pesar saludable por el deleite malvado. Pues el día se ve envuelto en amargura cuando, volviendo la mente al conocimiento, a los halagos del pecado siguen los tormentos de la penitencia. Envolvemos el día en amargura cuando miramos qué suplicios siguen al gozo del deleite malvado, y rodeamos esto con amargos llantos. Porque lo que se envuelve, se cubre por todos los flancos, se desea que el día se vea envuelto en amargura, a fin de que cada uno vea por todas partes qué males amenazan a los no corregidos, y limpie con los lamentos de la tristeza la lascivia de su placer.

34. Cuánto mayor deba ser por el consentimiento a la culpa. Pero si hemos oído que el día, que llamamos el deleite del pecado, es atacado por tantas súplicas, a fin de que a saber los llantos que lo rodean expíen lo que el ánimo deleitado delinquió por negligencia, ¿con cuánta animadversión de la penitencia debe ser golpeada la noche de este día, a saber, el mismo consentimiento a la culpa? Pues así como es de menor culpa cuando la mente es arrebatada carnalmente en el deleite, pero sin embargo se resiste a su deleite por el espíritu; así es de más grave y plena maldad no sólo ser arrastrado por el deleite hacia el incentivo del pecado, sino también servirle con el consentimiento. Con mano tanto más apreta-

da de la penitencia, por tanto, debe limpiarse la mente de la polución, cuanto más suciamente se ve manchada por el consentimiento. De donde también aptamente se añade:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 6. "Que a aquella noche la posea un torbellino tenebroso."

35. La fuerza de la compunción. Pues el espíritu de pesar excitado es como un cierto torbellino de tempestad. Pues mientras cada uno entiende el pecado que ha cometido; mientras pondera sutilmente la maldad de su propia depravación, nubla la mente con el pesar y, como si se sacudiera el aire de la serena alegría, devasta toda tranquilidad del corazón con el torbellino de la penitencia. Pues si este torbellino no triturara al ánimo que se reconoce a sí mismo, de ningún modo habría dicho el Profeta: "Con espíritu vehemente quebrarás las naves de Tarsis" (Sal. 47, 8). Tarsis ciertamente se traduce como exploración del gozo. Pero cuando el espíritu vehemente de la penitencia ocupa la mente, perturba en ella toda exploración de gozo reprensible, de modo que ya no le agrada sino llorar, y no atiende sino a lo que pueda aterrorizarle. Pues pone ante sus ojos, por un lado, el rigor de la justicia, por otro, el mérito de la culpa: contempla de qué suplicio es digno, si faltara la piedad del que perdona, la cual acostumbra rescatar de la pena eterna a través de los lamentos presentes. El espíritu vehemente quiebra las naves de Tarsis cuando la fuerza poderosa de la compunción confunde con

un terror saludable nuestras mentes entregadas a este mundo como a un mar. Diga pues: "Que a aquella noche la posea un torbellino tenebroso"; esto es, que los halagos de una quieta seguridad no fomenten la perpetración de la culpa, sino que irrumpa la amargura de la penitencia que se ensaña piadosamente.

36. Qué es poseer la noche, y ser poseído por la noche. Es de saber, ciertamente, que cuando dejamos los pecados impunes, somos poseídos por la noche; pero cuando castigamos estos con la animadversión de la penitencia, sin duda nosotros poseemos la noche que hemos hecho. Pero entonces el pecado del corazón se reduce bajo la posesión de nuestro derecho si, cuando comienza, es reprimido. De donde también por la voz divina se dice a Caín, que pensaba cosas depravadas: "En las puertas estará tu pecado, pero bajo ti estará su apetito, y tú te enseñorearás de él" (Gén. 4, 7). En las puertas está presente el pecado cuando golpea en los pensamientos. Su apetito está debajo y el hombre se enseñorea de él si, inspeccionada la maldad del corazón, es más pronto oprimida y, antes de que crezca hasta la dureza, es sometida por una mente que se resiste. Para que el ánimo sienta más pronto su delito, y restrinja bajo su derecho la tiranía de la culpa arrepintiéndose, dígase rectamente: "Que a aquella noche la posea un torbellino tenebroso." Como si se dijera abiertamente: Para que la mente cautiva no sirva a la culpa, que no deje a la culpa libre de la penitencia. Y porque lo que perseguimos llorando ciertamente esperamos que de ningún modo nos

sea objetado por el Juez que ha de venir, bien se añade:

CAPÍTULO XX

[Rec. XVIII].

IBID. "Que no se cuente en los días del año, ni se numere en los meses."

37. Se debe pedir a Dios que los males que hemos hecho no nos sean objetados en el juicio. El año de nuestra iluminación se perfecciona entonces cuando, apareciendo el Juez eterno a la santa Iglesia, se completa la vida de su peregrinación. Entonces recibe la remuneración de su trabajo cuando, cumplido este tiempo de guerra, regresa a la patria. De donde bien se dice por el Profeta: "Bendecirás la corona del año de Tu bondad" (Sal. 64, 12). Pues como si la corona del año fuera bendecida, cuando acabado el tiempo del trabajo, se confiere la remuneración de las virtudes. Los días de este año son cada una de las virtudes individuales; los meses, en cambio, los múltiples hechos de las virtudes. Pero he aquí que cuando el ánimo se eleva por la confianza, de modo que espera ser remunerado por las virtudes cuando el Juez venga, ocurren a su memoria también los males que hizo; y teme mucho que el Juez riguroso, que viene para remunerar las virtudes, examinando también aquellas cosas que fueron hechas ilícitamente, las sopesara sutilmente; no sea que cuando complete el año, numere también la noche. Diga, pues, de esta noche: "Que no se cuente en los días del año, ni se numere en los me-

ses". Como si suplicara al Juez riguroso, diciendo: Cuando, completado el tiempo de la santa Iglesia, Te manifiestes para el último examen, así remunera los dones que conferiste, que no requieras los males que cometimos. Pues si aquella noche se cuenta en los días del año, todo lo que hicimos se confunde a partir de la estimación de nuestra depravación. Y los días de las virtudes ya no brillan si la tenebrosa confusión de nuestra noche los oscurece en Tu presencia.

38. Por eso no dejemos nada impune. Pero si no queremos que se mueva entonces una inquisición acerca de nuestra noche, ahora hay que cuidar mucho que nosotros vigilemos en la discusión de ella; no sea que cualquier culpa nos quede impune, no sea que la mente perversa se atreva a defender lo que hizo y, defendiéndolo, añada maldad a la maldad. De donde también bien se subraya:

CAPÍTULO XXI

[Rec. XIX].

VERS. 7.---Sea aquella noche solitaria, y no digna de alabanza.

39. No exageremos excusando.---Hay algunos que no sólo de ninguna manera lloran lo que hacen, sino que incluso no cesan de alabar y defender sus acciones. Y sin duda, mientras se defiende la culpa, se duplica. Contra lo cual rectamente se dice por medio de alguien: Pecaste, no añadas de nuevo (Ecli. 21, 1). Pues añade pecado al pecado quien también defiende lo mal hecho; y no deja

la noche solitaria quien a las tinieblas de su culpa añade también los patrocinios de la defensa. De aquí es que el primer hombre, interrogado sobre la noche de su error, no quiso que esa misma noche fuera solitaria; porque mientras era llamado a la penitencia por el interrogatorio, le añadió los apoyos de la excusa, diciendo: La mujer que me diste por compañera, ella me dio del árbol y comí (Gén. 3, 12); a saber, retorciendo latente el vicio de su exceso sobre el Autor, como si dijera: Tú diste la ocasión de delinquir, quien diste a la mujer. De aquí es que la rama de este error se prolonga en el género humano desde aquella raíz hasta ahora, de modo que lo que se hace mal, todavía también se defiende. Diga, pues: Sea aquella noche solitaria, y no digna de alabanza. Como si abiertamente suplicara, diciendo: La culpa que cometimos permanezca sola, no sea que mientras se alaba y se defiende, nos ate más múltiplemente ante la presencia de nuestro Juez. No debimos ciertamente pecar; pero ojalá que, no uniendo otras cosas, al menos dejemos solas aquellas que hicimos.

40. Persigue verdaderamente su culpa quien pisa la prosperidad del siglo.---Pero entre estas cosas hay que saber que aquel persigue verdaderamente su culpa quien ya no es instigado al amor del presente siglo por ningún apetito de prosperidad; quien considera cuán fraudulentos son los halagos de este mundo, y pondera sus favores como si fueran ciertas persecuciones. De donde también bien se añade:

CAPÍTULO XXII

[Rec. XX].

VERS. 8.---Maldíganla los que maldicen el día.

41. Castiga las culpas pasadas quien detecta las insidias del seductor en la misma sugestión.---Como si dijera abiertamente: Hieran verdaderamente las tinieblas de esta noche arrepintiéndose aquellos que, despreciando, ya pisan la luz de la prosperidad del siglo. Pues si tomamos el día como la alegría del deleite, rectamente se dice de esta noche: Maldíganla los que maldicen el día; porque sin duda corrigen verdaderamente los males pasados por la animadversión de la penitencia aquellos que ya no son arrebatados por ningún deleite hacia los bienes engañosos. Pues para quienes todavía deleitan otras cosas nocivas, es falso lo que se percibe, porque lamentan otras cosas perpetradas. Pero si, como se dijo arriba, tomamos la sugestión astuta del antiguo enemigo, se entiende que maldicen la noche los que maldicen el día; porque a saber, castigan verdaderamente las culpas pasadas aquellos que detectan las insidias del maligno seductor en la misma blanda sugestión. Bien se añade:

CAPÍTULO XXIII

[Vet. XXIV, Rec. XXI].

[VERS. 8.] Los que están preparados para suscitar a Leviatán.

42. Suscitán al diablo contra sí quienes desprecian su tiranía.---Pues todos los que pisan con la mente las cosas que son del mundo, y desean

con plena intención las cosas que son de Dios, suscitan contra sí a Leviatán, porque inflaman su malicia por la instigación de su conducta. Pues los que están sujetos a su voluntad, son poseídos por él como por derecho tranquilo, y su orgulloso rey disfruta de una cierta seguridad, mientras domina sus corazones con poder inconcuso. Pero cuando el espíritu de cada uno vuelve a calentarse hacia el deseo de su Creador, cuando abandona el torpor de la negligencia, y enciende el frío de su antigua insensibilidad con el fuego del santo amor; cuando recuerda su libertad innata, y se avergüenza como siervo de ser retenido por el enemigo, porque ese mismo enemigo se considera despreciado, porque ve que los caminos de Dios son aprehendidos, le duele que el capturado resista contra él, y pronto se enciende en celo, pronto se mueve al combate, pronto se excita a innumerables tentaciones contra la mente rebelde, e instiga en todo arte de laceración, para que lanzando los dardos de las tentaciones pueda traspasar el corazón que hace poco poseía por derecho tranquilo. Como si durmiera, en efecto, mientras descansaba adormecido en el corazón depravado; pero se despierta en la provocación del certamen, cuando ha perdido el derecho de la perversa dominación. Maldigan, pues, a esta noche los que están preparados para suscitar a Leviatán: esto es, levántense estos fuertemente contra el pecado por el juicio del rigor, quienes en sus tentaciones no temen excitar al antiguo adversario. Pues está escrito: Hijo, al acceder al servicio de Dios, permanece en la justicia y el

temor, y prepara tu alma para la tentación (Ecli. 2, 1). Pues quienquiera que se apresura a ceñirse en el servicio divino, ¿qué otra cosa hace sino prepararse contra el combate del antiguo adversario, para que libre reciba golpes en el certamen quien tranquilo bajo la tiranía servía en cautiverio? Pero en eso mismo de que la mente se ciñe contra el enemigo, de que somete algunos vicios y resiste a otros, a veces se permite que permanezca algo de culpa que, sin embargo, no dañe mucho.

43. Por la humildad Dios permite que quien ha sometido muchos y graves vicios, no expugne uno mínimo.---Y a menudo la mente, que supera muchos y fuertes adversarios, no expugna en sí uno, y tal vez mínimo, aunque vigile con gran intención. Lo cual sin duda se hace por divina dispensación, no sea que brillando por todas partes con virtudes, se eleve en la elación; para que mientras ve en sí algo pequeño reprensible y, sin embargo, no puede someterlo, de ninguna manera se atribuya a sí la victoria, sino al Autor en aquellas cosas que puede someter fuertemente. De donde también bien se añade:

CAPÍTULO XXIV

[Rec. XXII].

VERS. 9.---Oscurézcanse las estrellas por su calina.

44. Así los que son estrellas, son oscurecidos por alguna calina.---Pues las estrellas de esta noche son oscurecidas por la calina cuando también estos que ya brillan con grandes virtudes, todavía

sostienen algo de la oscuridad de la culpa que se resiste, de modo que también brillen con gran claridad de vida y, sin embargo, todavía arrastren contra su voluntad las reliquias de la noche. Lo cual se hace para esto, como se ha dicho, para que la mente que progresa hacia la virtud de su justicia sea mejor fortalecida por la flaqueza; y brille más verdaderamente en los bienes desde aquello por lo que pequeñas cosas reprensibles la oscurecen humildemente aun contra su voluntad. De donde también bien se dice que, cuando el pueblo israelita recibió la tierra de la promesa, el pueblo gentil de los cananeos no fue muerto, sino hecho tributario, como está escrito: Habitó el cananeo en medio de Efraín como tributario (Jos. 16, 10). Pues ¿qué significa el cananeo, a saber, el pueblo gentil, sino el vicio? Y a menudo con grandes virtudes entramos en la tierra de la promesa, porque somos fortalecidos por la esperanza íntima de la eternidad. [Vet. XXV.] Pero mientras, entre actos sublimes, retenemos ciertos vicios pequeños, permitimos como que el cananeo viva en nuestra tierra. El cual, sin embargo, es hecho tributario, porque este mismo vicio que no podemos someter, lo retorcemos humildemente para el uso de nuestra utilidad; para que por él la mente sienta cosas viles de sí misma incluso en lo más alto, puesto que no expugna con sus propias fuerzas ni siquiera las pequeñas cosas que desea. De donde bien está escrito de nuevo: Estas son las naciones que el Señor dejó para instruir en ellas a Israel (Juec. 3, 1). Pues para esto son retenidos algunos vicios mínimos nuestros, para que nuestra inten-

ción se ejercite siempre solícita en el certamen; y no se enorgullezca de la victoria por aquello por lo que ve vivir en sí enemigos por los que todavía teme ser vencida. Israel, pues, es instruido por las naciones reservadas cuando en ciertos vicios mínimos se comprime la elación de nuestra virtud, y aprende en las pequeñas cosas que se le resisten que por sí misma no somete las mayores.

45. Nadie en esta vida, por más que brille con cualquier santidad, puede ver a Dios tal como es.---Esto mismo que se dice: Oscurézcanse las estrellas por su calina; puede entenderse también de otra manera. Pues aquella noche, a saber, el consenso hacia la culpa, que se nos ha propagado por el exceso del primer padre, hirió el ojo de nuestra mente con tan gran oscuridad que, en el exilio de esta vida, oprimido por las tinieblas de su propia ceguera, por mucha fuerza con que intente fijar la luz de la eternidad, no puede penetrarla. Pues tras la pena nacemos pecadores condenados, y venimos a esta vida con el mérito de nuestra muerte; y cuando elevamos la agudeza de la mente hacia el rayo de la luz superior, nos oscurecemos por la misma tiniebla de nuestra flaqueza. Y ciertamente muchos en esta flaqueza de la carne han sido fortalecidos con tan gran virtud que han podido resplandecer ante el mundo como estrellas. Muchos en las tinieblas de la vida presente, mientras muestran ejemplos superiores de sí mismos, nos brillan desde lo alto a la manera de los astros; pero por mucho que brillen con la coruscación de su obra, por mucho que se enciendan con el fuego de la compunción, consta

sin duda que, mientras están todavía gravados por la carne corruptible, de ninguna manera pueden ver la luz eterna tal como es. Diga, pues: Oscurézcanse las estrellas por su calina; esto es, sientan todavía en su contemplación las tinieblas de la antigua noche incluso aquellos de quienes consta ciertamente que ya expanden los rayos de sus virtudes al género humano en la calina de esta vida, porque aunque con la mente ya saltan hacia lo más alto, todavía sin embargo son gravados en lo más bajo por el peso de la primera culpa. De donde sucede que hacia fuera ofrecen ejemplos de luz como astros, pero sin embargo por dentro, oprimidos por la calina de la noche, no ascienden hasta la certidumbre de la visión fija. A menudo, pues, la mente se enciende de tal modo que, aunque esté puesta en la carne, es arrebatada hacia Dios sometido todo pensamiento carnal; y sin embargo no contempla a Dios tal como es, porque a saber, como se ha dicho, el peso de la primera condenación la oprime en la carne corruptible. A menudo desea ser absorbida tal como es, para alcanzar la vida eterna, si pudiera ser, sin la intervención de la muerte corporal. De donde Pablo, cuando buscaba ardientemente la luz interna pero, sin embargo, temía de algún modo los daños de la muerte exterior, dice: Mientras estamos en este tabernáculo, gemimos gravados, porque no queremos ser desnudados, sino sobrevestidos, para que lo que es mortal sea absorbido por la vida (2 Cor. 5, 4). [Vet. XXVI.] Los varones santos, por tanto, desean ver la verdadera mañana y, si se les concediera, quieren alcanzar incluso con el

cuerpo aquel secreto de la luz íntima. Pero por mucho ardor de intención con que salten, todavía la antigua noche los grava, y el Juez justo aparta de la contemplación de su fulgor interno los ojos de esta carne corruptible que el enemigo astuto abrió para la concupiscencia. De donde también bien se añade:

CAPÍTULO XXV

[Rec. XXIII].

[VERS. 9.] Espere la luz y no la vea, ni el orto de la aurora naciente.

46. El orto de la aurora es la claridad de la verdad interna.---Pues por mucha intención con que la mente todavía peregrina se afane por ver la luz tal como es, no puede, porque la ceguera de su propia condenación se la oculta. (El orto de la aurora es ciertamente la claridad de la verdad interna, que siempre debe ser nueva para nosotros. La cual sin duda la noche no ve, porque por la culpa nuestra ciega flaqueza no asciende a aquella luz que ya irradia a los ciudadanos celestiales, estando todavía puesta en la carne corruptible. Pues por dentro surge esta aurora, donde a los espíritus de los ángeles siempre se les muestra nueva la claridad de la divinidad; y como si siempre naciera el gozo de la luz, que nunca termina.) El orto de la aurora es ciertamente aquel nuevo nacimiento de la resurrección, por el cual la santa Iglesia, resucitada también la carne, nace para contemplar la luz de la eternidad. Pues si la misma resurrección de nuestra carne

no fuera como un cierto nacimiento, de ella no habría dicho la Verdad: En la regeneración, cuando el Hijo del hombre se siente en la sede de su majestad (Mat. 19, 28; Luc. 22, 69). Vio, pues, que esto era un orto, al que llamó regeneración. Pero por mucha virtud con que brillen ahora los elegidos, no pueden penetrar cuál será aquella gloria del nuevo nacimiento, por la cual entonces con la carne ascienden a contemplar la luz de la eternidad. De donde también Pablo dice: Lo que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre, las cosas que Dios ha preparado para los que le aman (1 Cor. 2, 9). Diga, pues: Espere la luz y no la vea, ni el orto de la aurora naciente; porque nuestra flaqueza, oscurecida por el vicio espontáneo, si no paga primero por la muerte la deuda de su propia pena, no penetra la claridad de la luz interna. Sigue:

CAPÍTULO XXVI

[Rec. XXIV].

VERS. 10.---Porque no cerró las puertas del vientre que me llevó, ni quitó los males de mis ojos.

47. Nuestro consenso abrió las puertas de la concupiscencia, de donde innumerables males.---Como también se dijo arriba, no cerró, dice por abrió; y no quitó, por irrogó. Esta noche, pues, a saber la culpa, abrió las puertas del vientre, porque abrió al hombre concebido para el pecado los deseos de la concupiscencia. Pues las puertas del vientre son los deseos de la concupiscencia, de

los cuales se dice por el profeta: Entra en tus aposentos, cierra tus puertas (Is. 26, 20). Entramos ciertamente en los aposentos cuando entramos en los secretos de nuestra mente. Y cerramos las puertas cuando refrenamos los deseos ilícitos. Estas puertas de la concupiscencia carnal, pues, mientras nuestro consenso las abrió, nos arrastraron a innumerables males de corrupción. De donde ya ahora gemimos bajo el peso de la mortalidad, aunque hayamos llegado a esto por nuestro propio albedrío; porque también así lo exige la justicia del juicio, para que lo que hicimos espontáneamente lo toleremos contra nuestra voluntad. Sigue:

CAPÍTULO XXVII.

VERS. 11, 12.---¿Por qué no morí en la vulva? ¿Por qué al salir del útero no perecí al instante? ¿Por qué fui acogido sobre las rodillas? ¿Por qué lactado por los pechos?

48. Qué ha de entenderse en las palabras de Job cuando se desea abortivo.---Lejos de nosotros creer que el bienaventurado Job, dotado de tanta ciencia del espíritu, alabado por tan gran testimonio del Juez interno, desee haber perecido abortivo. Pero porque, como también se reconoce por la remuneración, tiene dentro el testigo de su fortaleza, dentro han de pesarse los pesos de su locución.

[Vet. XXVII. Rec. XXV.] 49. El pecado se perfecciona de cuatro modos o grados en el corazón, y otros tantos en la obra.---Pues de cuatro modos se perpetra el pecado en el corazón, y en cuatro se

consuma en la obra. En el corazón, en efecto, se perpetra por la sugestión, el deleite, el consenso y la audacia de la defensa. Se produce, pues, la sugestión por el adversario, el deleite por la carne, el consenso por el espíritu, la audacia de la defensa por la elación. Pues la culpa, que debió aterrar a la mente, la ensalza, y al derribarla la eleva, pero al elevarla más gravemente la suplanta. De donde también el antiguo enemigo rompió aquella rectitud del primer hombre con estos cuatro golpes. Pues la serpiente persuadió, Eva se deleitó, Adán consintió; quien incluso interrogado, no quiso confesar la culpa por audacia. Esto ciertamente se hace diariamente en el género humano, lo cual no se ignora que fue hecho en el primer padre de nuestro género. La serpiente persuadió; porque el enemigo oculto sugiere latente males a los corazones de los hombres. Eva se deleitó; porque el sentido carnal pronto se somete al deleite ante las palabras de la serpiente. El asentimiento, empero, lo dio Adán puesto al frente de la mujer; porque mientras la carne es arrebatada al deleite, también el espíritu debilitado se inclina de su rectitud. E interrogado, Adán no quiso confesar la culpa, porque a saber el espíritu, por el cual al pecar se disjunta de la verdad, en tanto más neciamente se endurece en la audacia de su ruina. Por esos mismos cuatro modos también se consuma el pecado en la obra. Pues primero se hace la culpa latente; después, empero, incluso ante los ojos de los hombres se abre sin confusión del reato; de ahí también se lleva a la costumbre; al extremo también se nutre o por las seducciones

de la falsa esperanza, o por la obstinación de la miserable desesperación.

50. Job deplora estos cuatro modos de pecar en el corazón.---Estos modos del pecado, pues, que o se hacen latentes en el corazón, o se perpetran patentes en la obra, el bienaventurado Job los considera, y deplora en cuántos grados de pecados ha caído el género humano, diciendo: ¿Por qué no morí en la vulva? ¿Por qué al salir del útero no perecí al instante? ¿Por qué fui acogido sobre las rodillas? ¿Por qué lactado por los pechos? Pues la primera vulva de la concepción fue la lengua de la mala sugestión. Pero el pecador moriría en la vulva si el hombre se reconociera a punto de morir en la misma sugestión. Quien, sin embargo, salió del útero; porque después de que la lengua sugerente lo concibió en el pecado, pronto también el deleite lo arrebató hacia fuera. Tras la salida, empero, fue acogido sobre las rodillas; porque cuando salió al deleite de la carne, sin duda consumó la culpa por el consenso del espíritu, sometidos todos los sentidos, como si se hubieran puesto debajo las rodillas. Pero acogido sobre las rodillas, también fue lactado por los pechos. Pues en el consenso de la culpa, adictos los sentidos al espíritu, siguieron muchos argumentos de vana confianza, que nutrieron con leche virulenta al alma nacida en el pecado y, para que no temiera los ásperos suplicios de la muerte, la fomentaron con blandas excusas. [Vet. XXVIII.] De donde también el primer hombre tras la culpa se mostró más audaz, diciendo: La mujer que me diste por compañera, ella me dio del árbol y comí (Gén.

3, 12). Quien por cierto había huido para esconderse por temor; pero sin embargo, interrogado, se manifestó cuánto incluso temiendo estaba hinchado. Pues cuando por el pecado se teme la pena presente, y no se ama la faz de Dios perdida; el temor es por hinchazón, no por humildad. Se enorgullece, en efecto, quien no deja el pecado si le fuera lícito no ser castigado.

51. Deplora y depreca los cuatro modos por los que los hombres pecan en la obra.---Pero por estos cuatro modos, como se ha dicho, la culpa, así como se hace en el corazón, también se perpetra en la obra. Dice, en efecto: ¿Por qué no morí en la vulva? Pues la vulva del pecador es la culpa latente del hombre, que concibe ocultamente al pecador y todavía esconde su reato en las tinieblas. ¿Por qué al salir del útero no perecí al instante? Se sale de la vulva del útero cuando el pecador no se avergüenza de cometer también en lo abierto lo que cometió en lo oculto. Pues como si de la vulva de su ocultamiento hubieran salido aquellos de quienes el Profeta decía: Y predicaron su pecado como Sodoma, y no lo escondieron (Is. 3, 9). ¿Por qué fui acogido sobre las rodillas? Porque sin duda el pecador, cuando ya no se confunde por su iniquidad, en la misma iniquidad también es fortalecido por los apoyos de la pésima costumbre. Como sobre las rodillas es fomentado el pecador para que crezca, mientras la culpa se afirma por las costumbres para que medre. ¿Por qué lactado por los pechos? Porque mientras la culpa comenzó a salir al uso, sin duda se alimenta o por la falsa esperanza de la divina misericordia, o por la

abierta miseria de la desesperación; para que de ninguna manera vuelva a la corrección por cuanto o se simula desordenadamente a su Hacedor piadoso consigo, o teme desordenadamente esto que hizo. El varón bienaventurado, por tanto, mire los lapsos del género humano, e intente por qué precipicios se ha sumergido en la fosa de la iniquidad, diciendo: ¿Por qué no morí en la vulva? esto es, en la misma oculta perpetración del pecado, ¿por qué no quise mortificarme de la vida de la carne? ¿Por qué al salir del útero no perecí al instante? esto es, después de que salí a la abierta iniquidad, ¿por qué entonces al menos no me reconocí perdido? Pues habría perecido en su propio juicio si se hubiera reconocido perdido. ¿Por qué acogido sobre las rodillas? esto es, incluso después de la abierta culpa, ¿por qué todavía me recibió en ella la costumbre, para hacerme más valiente para las maldades y me fomentó sosteniéndome en los depravados usos? ¿Por qué lactado por los pechos? esto es, después de que llegué a la costumbre de la culpa, ¿por qué me nutrí para la maldad más atroz o por la confianza de la falsa esperanza, o por la leche de la miserable desesperación? Pues cuando la culpa llega al uso, ya el ánimo, incluso si lo desea, le resiste más débilmente; porque cuantas veces es atado por la depravada frecuentación, como por tantos vínculos es ligado a la mente. [Vet. XXIX.] De donde sucede que el ánimo enervado, cuando no puede ser desatado, se inclina a ciertos consuelos de falsa consolación; en tanto se promete del Juez venidero tanta misericordia que ni siquiera mate

del todo a aquellos que encuentre dignos de ser reprendidos. A lo cual ocurre esto peor: que le consiente la lengua de muchos semejantes, cuando muchos también exageran lo mal hecho con alabanzas: de donde sucede que incesantemente crece la culpa, nutrida por los favores. Se descuida, empero, curar la herida que parece digna del premio de la alabanza. De donde bien se dice por Salomón: Hijo mío, si te lactaren los pecadores, no asientas a ellos (Prov. 1, 10). Pues los pecadores lactan cuando o introducen con halagos los males que han de perpetrarse, o ensalzan con favores los perpetrados. ¿O no son lactados de quien se dice por el Salmista: Porque es alabado el pecador en los deseos de su alma: y el que hace cosas inicuas es bendecido (Sal. 9, 24)?

52. El cuarto grado del pecado se corrige más difícilmente.---Hay que saber también que aquellos tres modos de los pecadores se corrigen más fácilmente según el orden de su descenso, pero este cuarto se enmienda más difícilmente. De donde también nuestro Redentor resucita a la niña en la casa, al joven fuera de la puerta, y en el sepulcro a Lázaro. Todavía yace muerto en la casa quien está oculto en el pecado. Ya es sacado como fuera de la puerta aquel cuya iniquidad se abre hasta la desvergüenza de la pública perpetración. Es oprimido por el túmulo de la sepultura, empero, quien en la perpetración de la maldad es también gravado por el peso del uso de la costumbre. Pero a estos, compadecido, los rellama a la vida, porque frecuentemente la gracia divina ilustra con la luz de su mirada no sólo a los

muertos en iniquidades ocultas, sino también en las abiertas, y a los oprimidos por la mole de la depravada costumbre. Al cuarto muerto, empero, nuestro Redentor lo reconoce por anuncio del discípulo y, sin embargo, no lo resucita, porque es muy difícil que aquel a quien tras el uso de la mala costumbre también reciben las lenguas de los aduladores, sea rellamado de la muerte de su mente. De quien también bien se dice: Deja que los muertos entierren a sus muertos (Luc. 9, 60). Pues los muertos entierran a los muertos cuando los pecadores oprimen al pecador con favores. ¿Qué otra cosa es, en efecto, pecar sino caer; y enterrar sino esconder? Pero quienes prosiguen al pecador con alabanzas, esconden al extinguido bajo el túmulo de sus palabras. Estaba, empero, también Lázaro muerto, pero sin embargo no enterrado por los muertos. Pues mujeres fieles lo habían cubierto, las cuales también anunciaban su muerte al vivificador. De donde también al punto volvió a la luz, porque cuando el ánimo muere en el pecado, más pronto es devuelto a la vida si sobre él viven pensamientos solícitos. A veces, empero, como también se dijo arriba, la falsa esperanza no intercepta la mente, sino que la atraviesa una desesperación peor, la cual, mientras mata de raíz toda esperanza de perdón, nutre más abundantemente al alma con la leche del error.

[Vet. XXX, Rec. XXVI]. 53. Job lamenta haber pecado en el primer hombre, y las miserias de este pecado.---Considere, por tanto, el varón santo, tras la primera culpa cuántos males peores come-

tió el hombre; después de que perdió el paraíso, hasta qué precipicios de este exilio descendió, y diga: ¿Por qué no morí en la vulva? esto es, cuando la sugestión de la serpiente me concebía pecador, entonces ojalá hubiera reconocido qué muerte me seguiría, para que la sugestión no me arrebatara hasta el deleite y me atara más estrechamente a la muerte. ¿Por qué al salir del útero no perecí al instante? Como si dijera: Ojalá que al salir al deleite exterior, hubiera reconocido que era privado de la luz interior; y al menos en ese deleite sucumbiera, para que por el consenso la muerte no castigara más agudamente. ¿Por qué fui acogido sobre las rodillas? Como si dijera: Ojalá de ningún modo me hubiera acogido el consenso, sometidos los sentidos a la depravación, para que esa misma consensión no me arrebatara peor hacia la audacia. ¿Por qué lactado por los pechos? Como si dijera: Ojalá no hubiera querido lisonjearme al menos después de los males perpetrados, para no atarme más malvadamente a la culpa cuanto más suavemente me fomentara en ella. Con estas voces de sus reprensiones, por tanto, redarguye haber pecado en el primer padre. Pero si el hombre de ninguna manera descendiera por el pecado a la miseria de este exilio, diga de qué quietud podría haber disfrutado. Sigue:

CAPÍTULO XXVIII.

VERS. 13.---Pues ahora estaría durmiendo y guardaría silencio, y en mi sueño descansaría.

54. La primera condición del hombre, de la cual cayó por el pecado. El quieto silencio del

hombre inocente.---Para esto había sido puesto el hombre en el paraíso, para que, si se ligara a la obediencia de su creador con los vínculos de la caridad, pasara alguna vez a la patria celestial de los ángeles sin la muerte de la carne. Pues así fue creado inmortal, que sin embargo, si pecara, también pudiera morir; y así fue creado mortal, que si no pecara, también pudiera no morir; y por el mérito del libre albedrío alcanzara la bienaventuranza de aquella región en la cual no pudiera ni pecar ni morir.

Allí donde, por tanto, tras el tiempo de la redención, interpuesta la muerte de la carne, pasan los elegidos, allí sin duda los primeros padres, si hubieran persistido en el estado de su creación, podrían haber sido trasladados incluso sin la muerte de los cuerpos. Durmiendo, pues, guardaría silencio, y en su sueño el hombre descansaría, mientras, conducido al descanso de la patria eterna, encontraría como un cierto retiro del clamor de esta humana flaqueza. Pues después del pecado vigila como clamando quien lleva repugnante la contienda de su propia carne. Este silencio de descanso tuvo el hombre al ser creado, cuando recibió contra su enemigo el libre albedrío de la voluntad. Al cual, porque sucumbió por su propia voluntad, pronto encontró en sí lo que contra él hiciera estrépito, pronto halló en el certamen de la flaqueza tumultos; y aunque en la paz del silencio había sido creado por el autor, sometido empero voluntariamente al enemigo, toleró los clamores de la lucha.

Pues la misma sugestión de la carne es como un cierto clamor contra la quietud de la mente, que antes de la transgresión el hombre no sintió; porque sin duda no tuvo lo que de la flaqueza pudiera tolerar. Pero después de que voluntariamente se sometió al enemigo, atado por los vínculos de su propia culpa, le sirve en ciertas cosas incluso sin querer, y sufre clamores en la mente cuando la carne lucha contra el espíritu. ¿O es que no oía clamores en su interior quien toleraba contra sí las palabras de la depravada ley, diciendo: Veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo en la ley del pecado que está en mis miembros (Rom. 7, 23)? Contemple, pues, el varón santo en cuánta paz de corazón descansaría si el hombre no hubiera querido recibir las palabras de la serpiente, y diga: Pues ahora estaría durmiendo y guardaría silencio, y en mi sueño descansaría, esto es, dentro del secreto de la mente me retiraría a la contemplación del creador, si la culpa del primer consenso no me hubiera traicionado fuera de mí a los tumultos de las tentaciones. Pero con qué compañeros disfrutaría también de los gozos de este descanso, añada diciendo:

CAPÍTULO XXIX.

VERS. 14.---Con los reyes y los cónsules de la tierra.

55. Habría sido socio del gozo angélico. Quiénes sean los ángeles reyes y cónsules.---De las cosas insensibles aprendemos qué debamos sentir de las sensibles e inteligibles. Pues la tierra

es fecundada por el aire, y el aire es dispuesto por la calidad del cielo. Así los hombres presiden a los jumentos, los ángeles a los hombres, y los arcángeles ciertamente a los ángeles. Pues que los hombres presiden a los jumentos, tanto lo vemos por el uso como somos enseñados por las palabras del Salmista, que dice: Todo lo sometiste bajo sus pies, todas las ovejas y los bueyes, y además las bestias del campo (Salm. 8, 8).

Que los ángeles, empero, presiden a los hombres, lo atestigua el ángel por el profeta, diciendo: El príncipe del reino de los persas me resistió (Dan. 10, 13). Que los ángeles son dispensados por las potestades de los ángeles superiores, lo afirma el profeta Zacarías, que dice: He aquí que el ángel que hablaba en mí salía; y otro ángel salía a su encuentro, y le dijo: Corre, habla a este muchacho, diciendo: Sin muro será habitada Jerusalén (Zac. 2, 3). Pues si en los mismos oficios de los espíritus santos las potestades sumas de ningún modo dispusieran a las mínimas, de ninguna manera esto que diría al hombre lo habría conocido un ángel de otro ángel.

Puesto que, por tanto, el creador de todas las cosas lo sostiene todo por sí mismo y, sin embargo, para distinguir el orden de la hermosa universidad, rige unas cosas dispensándolas por otras, no inmerecidamente recibimos por reyes a los espíritus de los ángeles, quienes, cuanto más familiarmente sirven al autor de todo, tanto más rigen a los sujetos. Con los reyes, pues, dormiría, porque sin duda ya con los ángeles descansaría el hombre si no hubiera querido seguir la lengua del

persuasor. Los cuales bien son llamados también cónsules, porque consultan por la república espiritual mientras nos unen a sí como socios para el reino. Bien son llamados cónsules porque, mientras al anunciarlo ellos reconocemos la voluntad del creador, encontramos en ellos sin duda el consejo contra esta estrechez de nuestra tribulación.

[Vet. XXXII.] 56. Los santos antes de Cristo eran retenidos en el infierno, ahora buscan el cielo sin demora. Los santos predicadores son reyes y cónsules.---Pero porque el bienaventurado Job está lleno del santo espíritu de la eternidad, y la eternidad no tiene el "haber sido" o el "haber de ser", a la cual sin duda ni lo pasado se le pasa ni lo que ha de ser le llega, porque lo ve todo por el presente, puede contemplar a los futuros predicadores de la Iglesia en la presencia del espíritu, quienes, después de que pasan de sus cuerpos, de ninguna manera son diferidos por espacios de demoras, como los antiguos Padres, de la percepción de la patria celestial. Pues tan pronto como salen de la ligazón de la carne, descansan en la sede celestial, atestiguándolo Pablo, que dice: Sabemos que si nuestra casa terrena de esta habitación se disuelve, tenemos de Dios una edificación, una casa no hecha por manos, eterna en los cielos (2 Cor. 5, 1).

Antes, empero, de que nuestro Redentor con su muerte pagara la pena del género humano, los claustros del infierno retuvieron incluso a aquellos que siguieron los caminos de la patria celestial, tras su salida de la carne: no para que

la pena los castigara como a pecadores, sino para que, porque aún no había llegado la intercesión del Mediador, el reato de la primera culpa les prohibiera, descansando en lugares más remotos, el ingreso al reino. De donde, según el testimonio del mismo nuestro Redentor, el rico que es atormentado en los infiernos contempla a Lázaro descansar en el seno de Abraham (Luc. 16, 19). Quienes ciertamente, si aún no estuvieran en lo profundo, aquel puesto en tormentos no los vería. De donde también el mismo nuestro Redentor, muriendo por la deuda de nuestra culpa, penetra los infiernos para devolver a los suyos, que se le habían adherido, a las cosas celestiales.

Pero a donde ahora el hombre redimido asciende, allí ciertamente, si no hubiera querido pecar, llegaría incluso sin la redención. Considere, por tanto, el varón santo que si no hubiera pecado, ascendería incluso no redimido a aquello a donde es necesario que los santos predicadores lleguen con gran trabajo después de la redención. Y con quiénes ya ahora descansaría, lo insinúa diciendo: Con los reyes y los cónsules de la tierra [Vet. 33]. Pues los reyes son los santos predicadores de la Iglesia, que saben tanto disponer rectamente a los que les han sido encomendados como regir bien sus propios cuerpos; quienes, mientras templan en sí los movimientos de los deseos, reinan sobre los pensamientos sujetos por la ley de la virtud. Los cuales bien son llamados también cónsules de la tierra. Pues son reyes porque se presiden a sí mismos; pero cónsules de la tierra porque ofrecen el consejo de la vida a los pecado-

res extinguidos. Son reyes porque saben regirse a sí mismos; son cónsules de la tierra porque atraen las mentes terrenas hacia las celestiales mediante el consejo de su exhortación. ¿O acaso no era cónsul de la tierra el que decía: Acerca de las vírgenes no tengo precepto del Señor, pero doy un consejo (1 Cor. 7, 25)? Y de nuevo: Más bienaventurada será si así permaneciera, según mi consejo (ibíd., 40). Bien se añade, empero:

CAPÍTULO XXX.

IBID.---Que se edifican soledades.

57. Llevan una turba estrepitosa en sí mismos. El entregado a la lujuria, el iracundo, el avaro, el soberbio, el que sirve a los cuidados seculares.--- Pues todos los que, o apetecen cosas ilícitas, o quieren parecer algo en este mundo, son comprimidos en el corazón por densos tumultos de pensamientos; y mientras excitan turbas de deseos dentro de sí, pisan la mente postrada con el pie de una miserable frecuencia. Pues uno sometió su derecho a la lujuria, y finge ante los ojos de la mente esquemas de torpes perpetraciones: y cuando no se le concede el efecto de la obra, esto se hace más frecuentemente por la intención del pensamiento. Se busca la perfección del deleite, y sacudido el ánimo débilmente, por un lado y por otro solícito y cegado, escudriña la ocasión del nefasto cumplimiento. Esta mente, por tanto, padece como a un cierto pueblo, la cual es devastada por el insolente tumulto de los pensamientos.

Otro se abatió bajo el dominio de la ira; ¿y qué lleva a cabo en su corazón sino litigios, incluso

los que faltan? Éste a menudo no ve a los presentes, contradice a los ausentes, profiere y recibe contumelias dentro de sí mismo, y responde más duramente a las recibidas; y cuando no hay nadie que se le oponga, compone riñas en su corazón con grandes clamores. Una turba, pues, sostiene éste en su interior, a quien oprime el peso vehemente del pensamiento inflamado.

Otro se entregó al derecho de la avaricia, y asqueado de lo propio, codicia lo ajeno: Éste a menudo, no pudiendo alcanzar lo codiciado, convierte el día en ocio, pero la noche en pensamiento: se entorpece para la obra útil porque se fatiga con el pensamiento ilícito; multiplica los consejos, y expande el seno de la mente más ampliamente con las invenciones de los pensamientos; se afana por llegar a lo codiciado, y busca algunos canales secretísimos de causas para obtener estas cosas. El cual, tan pronto como estima haber encontrado algo sutil en una causa, ya salta de gozo por haber obtenido lo que había codiciado: ya piensa qué añadir incluso a la cosa conseguida, y trata cómo deba ser cultivada en mejor estado. Puesto que ya casi la posee, y casi la conduce a una mejor apariencia, pronto considera las insidias de los que le envidian, y piensa qué litigio se moverá contra él: inquiere qué responder, y no teniendo ninguna cosa, ya el litigante vacío se afana en la defensa de la cosa que apetece. Aunque, por tanto, nada haya recibido de la cosa codiciada, tiene empero en el corazón ya el fruto de la concupiscencia, el trabajo de la riña. Por un pesado pueblo, por tanto, es oprimido

quien es devastado por el tumulto de la avaricia instigadora.

Otro se sometió a la tiranía de la soberbia; y el corazón mísero, mientras lo yergue contra los hombres, lo somete al vicio. Apetece las ínfulas de los altos honores, busca ser exaltado por los éxitos, y todo lo que desea ser, se lo representa ante sí mismo en sus pensamientos: ya casi preside el tribunal, ya ve que le obedecen los obsequios de los súbditos, ya aventaja a los demás, ya infiere males a unos, ya recompensa a otros porque los infirieron. Ya dentro de sí mismo, rodeado de séquitos, procede en público, ya contempla por qué obsequios es apoyado; el cual, empero, pensando estas cosas, repta solo; ya pisotea unas cosas, levanta otras; ya de las pisoteadas satisface sus odios, ya de las levantadas recibe favores. Quien, por tanto, imprime tantos fantasmas en su corazón, ¿qué otra cosa ve éste sino un sueño vigilante? Porque, por tanto, tolera las causas de tantas cosas que finge, sin duda lleva en su interior turbas nacidas de los deseos.

Otro ya rehúye las cosas ilícitas, pero sin embargo teme carecer de los bienes del mundo: apetece retener lo concedido, se avergüenza de parecer menor entre los hombres, y cuida sumamente que no haya indigencia en su casa, ni desprecio en público. Inquiere qué le baste, qué pida la necesidad de los súbditos; y para cumplir suficientemente las leyes del patronato para con los súbditos, busca patronos a quienes él mismo sirva; pero mientras se une a éstos familiarmente, se ve sin duda implicado en sus causas, a

las cuales a menudo consiente en cosas ilícitas, y comete males que por causa de sí mismo no apetece, los comete por causa de otras cosas que no abandona. Pues a menudo, mientras teme que su honor en este mundo disminuya, aprueba ante personas mayores aquellas cosas que ya condena por su propio juicio. Éste, mientras piensa solícitamente qué deba a los patronos, qué deba a los súbditos; qué aumente para sí, qué aproveche a sus afectos, es oprimido como por tanta frecuencia de turbas cuanta es la inoportunidad de cuidados por la que es lacerado.

[Vet. XXXIV.] 58. Solos consigo están quienes han sometido los vicios.---Pero, por el contrario, los varones santos, porque nada de este mundo apetecen, sin duda por ningunos tumultos en el corazón son oprimidos; pues arrojan todos los movimientos desordenados de los deseos del lecho del corazón con la mano de la santa consideración, y porque desprecian todas las cosas transitorias, no sufren las insolencias de los pensamientos que de ellas nacen. Pues sólo la patria eterna apetecen; y porque nada de este mundo aman, disfrutan de una gran tranquilidad de mente. De donde también rectamente se dice: Que se edifican soledades. Pues edificar soledades es expulsar del secreto del corazón los tumultos de los deseos terrenales, y con una sola intención anhelar, por el amor de la quietud íntima, la patria eterna. ¿O es que no había expulsado de sí todos los tumultos de los pensamientos el que decía: Una cosa pedí al Señor, ésta buscaré: habitar en la casa del Señor (Salm. 26, 4)? Había

huido ciertamente de la frecuencia de los deseos terrenales hacia una gran soledad, a saber, él mismo, donde tanto más seguramente nada extraño vería cuanto nada incompetente amara. Del tumulto de las cosas temporales había buscado un cierto gran retiro, una mente quieta, en la cual tanto más puramente viera a Dios cuanto más a Él solo con él solo lo encontrara.

59. Y verdaderamente son cónsules, porque no cesan de consultar por otros.---Bien, empero, estos que se construyen soledades son llamados también cónsules, porque de tal modo edifican en sí la soledad de la mente que, sin embargo, en aquello en que prevalecen, de ningún modo cesan de consultar por otros mediante la caridad. A este cónsul, pues, que acabamos de presentar, considerémoslo un poco más sutilmente: cómo, para ofrecer ejemplos de una vida más sublime, esparce entre las falanges de los pueblos sujetos los cálculos de las virtudes. He aquí que, para informar la retribución del bien por el mal, confiesa de sí mismo diciendo: Si he devuelto males a quienes me los retribuían, caiga yo merecidamente vacío ante mis enemigos (Salm. 7, 5). Para excitar el amor del creador, insinúa diciendo: Para mí, empero, adherirme a Dios es bueno (Salm. 72, 28). Para imprimir la forma de la santa humildad, indica los secretos de su corazón diciendo: Señor, no se ha exaltado mi corazón, ni se han ensoberbecido mis ojos (Salm. 130, 1). Para imitar la rectitud del celo nos excita con su ejemplo diciendo: ¿Acaso no odiaba yo, Dios, a quienes te odiaban, y me consumía por tus enemigos? Con

odio perfecto los odiaba, se me han convertido en enemigos (Salm. 138, 22). Para encender en nosotros el deseo de la patria eterna, deplora la longitud de la vida presente diciendo: ¡Ay de mí, que mi peregrinación se ha prolongado! (Salm. 119, 5). Verdaderamente brilló por la largueza de su consulado quien, por el ejemplo de su propia conversación, nos esparce tantos cálculos de virtudes.

[Vet. XXXV.] 60. Pero diga este cónsul si también él se edifica una soledad. Pues dice: He aquí que me alejé huyendo, y permanecí en la soledad (Salm. 54, 8). Huyendo se aleja porque, de la turba de los deseos temporales, se eleva a la alta contemplación de Dios. Permanece en la soledad, empero, porque persevera en la remota intención de la mente. De la cual soledad bien dice Jeremías al Señor: Ante la faz de tu mano me sentaba solo, porque me llenaste de amenaza (Jer. 15, 17).

Pues la faz de la mano de Dios es aquella percusión del justo juicio por la cual repelió al hombre soberbio del paraíso y lo excluyó a esta ceguedad del presente exilio. Su amenaza, empero, es el terror del suplicio que aún ha de seguir. Después de la faz de la mano, por tanto, todavía nos aterran las amenazas, porque por la experiencia del juicio ya nos hirió tanto la pena del presente exilio y, si no cesamos de pecar, nos adjudica todavía a los suplicios eternos.

Considere, pues, el varón santo, arrojado aquí, de donde el hombre cayó, y a éste pecando después de aquellas cosas, a donde todavía lo arrebata la justicia del que juzga; y arroje de sí todas las

turbas de los deseos temporales y escóndase en la gran soledad de la mente, diciendo: Ante la faz de tu mano me sentaba solo, porque me llenaste de amenaza. Como si dijera: Mientras considero lo que ya sufro por la experiencia del juicio, trepido y busco el retiro de la mente del tumulto de los deseos temporales, porque también temo todavía más agudamente aquellas penas eternas que tú amenazas. Bien, pues, se dice de los reyes y de los cónsules: Que se edifican soledades. Porque estos que saben tanto regirse bien a sí mismos como consultar por otros, puesto que mientras tanto no pueden ser presentados a aquella quietud íntima, la imitan en sí mismos mediante el estudio de una mente tranquila. Sigue:

CAPÍTULO XXXI.

VERS. 15.---Con los príncipes que poseen oro, y llenan sus casas de plata.

61. Los príncipes son los rectores de la Iglesia, el oro la sabiduría, la plata la palabra de Dios.---¿A qué otros llama príncipes sino a los rectores de la santa Iglesia, a quienes incesantemente la divina dispensación subroga en el lugar de los predicadores precedentes? De los cuales dice el Salmista a la misma Iglesia: En lugar de tus padres te han nacido hijos: los constituirás príncipes sobre toda la tierra (Salm. 44, 17). ¿Qué otra cosa, empero, llama oro sino a la sabiduría? de la cual se dice por Salomón: Tesoro deseable descansa en la boca del sabio (Prov. 21, 20). Ciertamente vio por oro a la sabiduría, a la cual llamó tesoro. La cual también rectamente se significa

con la apelación del oro; porque, así como con el oro se compran las cosas temporales, así con la sabiduría los bienes eternos. Si la sabiduría no fuera oro, de ninguna manera se le diría a la Iglesia de Laodicea por el ángel: Te aconsejo comprar de mí oro encendido (Apoc. 3, 18). Compramos el oro, ciertamente, cuando, para recibir la sabiduría, primero ofrecemos la obediencia. A cuyo contrato, a saber, nos excita bien un cierto sabio, diciendo: ¿Codiciaste la sabiduría? Guarda los mandamientos, y el Señor te la ofrecerá (Ecli. 1, 33).

¿Qué se designa, empero, por las casas sino las conciencias? De donde se le dice a un cierto sanado: Vete a tu casa (Mat. 9, 6). Como si oyera abiertamente: Tras el milagro exterior, vuelve a la conciencia y considera qué tal debas exhibirte interiormente ante Dios. ¿Qué se figura también por la plata sino las elocuencias divinas? de las cuales se dice por el Salmista: Las elocuencias del Señor son elocuencias castas, plata examinada por el fuego (Salm. 11, 7). La elocuencia del Señor se dice plata examinada por el fuego porque la palabra de Dios, si se fija en el corazón, es probada por las tribulaciones.

[Vet. XXXVI.] 62. Si Adán no hubiera pecado, sólo nacerían los que ahora han de ser salvados.---El varón santo, por tanto, lleno del espíritu de la eternidad, recoge incluso las cosas que son futuras; y a los que los siglos venideros engendrarían mucho después, los comprende con el seno de la mente dilatado; y con gran admiración considera con qué elegidos descansaría sin trabajo

en la eternidad si, por el apetito de la soberbia, nadie hubiera pecado, y diga: Pues ahora estaría durmiendo y guardaría silencio, y en mi sueño descansaría con los reyes y los cónsules de la tierra que se edifican soledades, o con los príncipes que poseen oro y llenan sus casas de plata.

Porque, en efecto, si ninguna podredumbre de pecado corrompiera al primer padre, de ninguna manera engendraría de sí hijos de la Gehena; sino que estos que ahora han de ser salvados por la redención, solos nacerían de él como elegidos; mire a esos mismos elegidos e intente ver cómo habría podido descansar con ellos. Vea a los santos apóstoles rigiendo así la Iglesia recibida que no cesan de ofrecerle el consejo por la palabra de la predicación, y llámelos reyes y cónsules. Vea después de éstos surgir en su lugar a los rectores que, tanto por vivir sabiamente posean el oro como, por predicar cosas rectas a otros, brillen con la plata de la sagrada locución, y recuerde a esos príncipes ricos en oro y plata, llenas las casas de sus conciencias.

Pero porque a veces de ningún modo le basta al espíritu profético prever las cosas futuras, si no representa también al corazón del que profetiza las cosas pasadas y antiguas, el varón santo abre los ojos por debajo y por arriba, y no sólo contempla las cosas futuras, sino que también reduce a la memoria las pasadas. Pues al punto añade:

CAPÍTULO XXXII.

VERS. 16.---O como un aborto escondido no subsistiría: o como los que concebidos no vieron la luz.

63. Los santos nacidos antes del tiempo de la redención son como abortos. Fueron más de los que menciona Moisés.---El aborto, porque nace antes del tiempo pleno, extinguido al punto se oculta. ¿A qué otros abortos, por tanto, llama el varón santo, con los cuales considera que habría podido descansar, sino a todos los elegidos que desde el mismo principio del mundo nacieron antes del tiempo de la redención, y sin embargo cuidaron de mortificarse para este mundo? Quienes, no teniendo las tablas de la ley escrita, murieron como desde el útero porque temieron a su autor por la ley natural; y como creían en el Mediador que habría de venir, se afanaron sumamente, mortificando los placeres, en observar incluso los preceptos que no habían recibido por escrito.

Aquel tiempo, por tanto, que cerca del inicio del mundo produjo a nuestros padres muertos para este siglo, fue como el útero de un aborto. Allí, en efecto, Abel, de quien no se lee que resistiera a su hermano cuando lo mataba (Gén. 4, 8. 24). Allí Henoc, que se exhibió tal que, habiendo de caminar con el Señor, fue trasladado (Gén. 5, 22. 24). Allí Noé, quien por el hecho de que plugo al examen divino, fue sobreviviente en un mundo limpio (Gén. 7, 23). Allí Abraham, quien mientras es peregrino en el siglo, se hizo amigo de Dios (Gén. 12, 1). Allí Isaac, quien con los ojos de la carne oscurecidos por la edad ciertamente no vio

las cosas presentes, pero por la virtud del espíritu profético irradió con gran luz de visión incluso en los siglos futuros (Gén. 27, 1). Allí Jacob, quien huyó humildemente de la ira de su hermano y la domó clementemente; quien ciertamente fue fecundo en prole, pero sin embargo más fecundo por la abundancia del espíritu, ató a esa misma prole bajo los vínculos de su profecía (Gén. 33, 4).

Pero bien se dice este aborto escondido porque, desde los principios del mundo, mientras conocemos a unos pocos por el escrito de Moisés, la mayor parte del género humano se nos oculta. Pues no se ha de creer que sólo existieron tantos justos hasta la ley recibida cuantos Moisés tocó en una brevísima descripción. Porque, por tanto, la multitud de los buenos producida desde el principio del mundo se sustrae en gran parte a nuestra noticia, se llama este aborto escondido. El cual también se dice que no subsistió porque, enumerados unos pocos, su frecuencia no se retiene por ningún escrito de memoria entre nosotros.

[Vet. XXXVII.] 64. Fueron concebidos, pero no vieron la luz, los que nacieron después de la ley antes de Cristo.---Rectamente, empero, se añade: O como los que concebidos no vieron la luz. Pues estos que nacieron en este mundo tras la ley recibida, fueron concebidos para su autor por la admonición de la misma ley. Pero sin embargo, concebidos, de ninguna manera vieron la luz, porque no pudieron llegar al advenimiento de la encarnación del Señor, aunque fielmente creyeran en ella. Pues el Señor encarnado dice: Yo soy

la luz del mundo (Juan 8, 12). Y la misma Luz dice: Muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron (Mat. 13, 17). Fueron concebidos, por tanto, y no vieron la luz porque, excitados a la esperanza del Mediador que habría de venir por las abiertas voces de los profetas, de ninguna manera pudieron divisar su encarnación. En estos, por tanto, la concepción interior produjo la forma de la fe, pero no la condujo hasta la abierta visión de la presencia divina, porque la muerte interviniente los arrebató del mundo antes de que la Verdad manifiesta ilustrara al mundo.

[Vet. XXXVIII.] 65. Job viendo las cosas pasadas y futuras, anhela las eternas.---El varón santo, por tanto, lleno del espíritu de la eternidad, liga a la memoria con la mano del corazón todas las cosas que pasan; y porque toda criatura es estrecha para el creador, por el mismo espíritu, que no tiene en sí ni junto a sí otra cosa sino el siempre ser, contempla esto que será, esto que pasó; y extiende el ojo de la mente por debajo y por arriba, y considerando las cosas venideras como si fueran pasadas, se enardece en sus médulas por el ser eterno, diciendo: Pues ahora estaría durmiendo y guardaría silencio. Pues "ahora" es del tiempo presente. ¿Qué es buscar una quietud que esté siempre en el presente sino anhelar aquel gozo de la eternidad para el cual nada viene, nada pasa? Lo cual sin duda la Verdad, para infundirnos de algún modo su siempre ser, insinúa por medio de Moisés diciendo: Yo soy el que soy. Y dirás a los hijos de Israel: El que

es, me envió a vosotros (Éxod. 3, 14). Pero he aquí que, porque contempla lo que pasa, porque busca un gozo siempre presente, porque recuerda la luz venidera, porque enumerando pondera los órdenes de sus elegidos: insinúenos ya ahora más abiertamente la quietud de esta luz, y demuestre con palabras más manifiestas qué se hace diariamente acerca de la conversación de los malvados en aquella quietud. Sigue:

CAPÍTULO XXXIII

[Vet. XXXIX, Rec. XXX].

VERS. 17. --- Allí los impíos cesaron en su tumulto, y allí descansaron los fatigados en su fuerza.

66. Los impíos librados de un pesado trabajo por el beneficio de la Encarnación. --- Poco antes hemos dicho ya que, debido a que el estrépito de los deseos posee los corazones de los pecadores, un pesado tumulto de pensamientos instigadores los oprime. Pero en esta luz, que los concebidos mínimamente vieron, se dice que los impíos cesan en su tumulto, porque sin duda los pueblos gentiles encontraron para el descanso de su vida el advenimiento del Mediador, que los padres puestos bajo la ley esperaron largamente, según atestigua Pablo, quien dice: Lo que buscaba Israel, no lo consiguió, pero la elección sí lo consiguió (Rom. 11, 7). En esta luz, pues, los impíos cesan en su tumulto, mientras las mentes de los perversos, conocida la verdad, huyen de los laboriosos deseos del mundo y se entregan a

la tranquilidad del amor íntimo. ¿Acaso no llama a la cesación la Luz misma, que dice: Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os refrescaré: tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es suave y mi carga es ligera (Mat. 11, 28, 29, 30)? Pues, ¿qué cosa pesada impone a las cervices de nuestra mente quien manda evitar todo deseo que perturba? ¿Qué cosa pesada ordena a sus súbditos quien amonesta a declinar los laboriosos caminos de este mundo? Atestiguando además el apóstol Pablo: Cristo murió por los impíos (Rom. 5, 6). Pero por eso se dignó la Luz misma sucumbir por los impíos, para que los impíos no permanecieran en el tumulto de sus tinieblas. Contemple, pues, el varón santo que la Luz, por el misterio de su encarnación, libra a los impíos del pesado trabajo, mientras limpia de sus corazones los deseos de la maldad; contemple que todos los conversos degustan ya aquí, por la tranquilidad de la mente, el descanso que desean percibir en la eternidad, y diga: Allí los impíos cesaron en su tumulto, y allí descansaron los fatigados en su fuerza.

134 67. Cuanto más nos fortalecemos en el amor de Dios, tanto más desfallecemos de nuestra propia virtud. La luz eterna es nuestro lugar. --- Pues todos los que son fuertes en este mundo, son fuertes como por su fuerza, no fatigados en su fuerza. Pero aquellos que se fortalecen en el amor de su Autor, cuanto más convalecen en la fortaleza deseada de Dios, tanto más desfallecen

de su propia virtud; y cuanto más robustamente anhelan lo eterno, tanto más se cansan de lo temporal por un saludable desfallecimiento. De aquí que el Salmista, fatigado por la fuerza de su amor, decía: Desfalleció mi alma en tu salvación (Sal. 119, 81). Pues al progresar en la salvación de Dios había desfallecido, porque deseando la luz de la eternidad, ya roto en su confianza en la carne, jadeaba. De aquí que de nuevo diga: Codició y desfalleció mi alma en los atrios del Señor (Sal. 84, 3). Quien sin duda, al decir Codició, rectamente añadió Y desfalleció: porque es muy inferior la codicia de la divinidad si no le sigue pronto también un propio defecto. Pues quien se enciende para apetecer los atrios de la eternidad, es digno por cierto que se canse de este amor de la temporalidad, para que tanto se enfríe del estudio del siglo cuanto surge más ardiente en el amor de Dios. Al cual, si lo abraza perfectamente, también abandona plenamente el mundo; y muere tanto más profundamente a lo temporal cuanto más alto es animado a la vida suprema por el hálito de la eternidad. ¿Acaso no se había encontrado fatigada en su fuerza aquella que decía: Mi alma se derritió cuando él habló (Cant. 5, 6)? Porque sin duda la mente, mientras es tocada por la aspiración de la locución oculta, debilitada de su estado de fortaleza, se derrite por ese mismo deseo por el que es absorbida; y de ahí se encuentra fatigada en sí misma, desde donde contempla que la fortaleza que escala está más allá de sí. De aquí que el profeta, al decir que había contemplado la visión de Dios, añade:

Desfallecí y estuve enfermo por muchísimos días (Dan. 8, 27), porque cuando la mente es atraída hacia la virtud de Dios, la carne se cansa de su propia fortaleza. [Vet. XL.] De aquí que Jacob, que sujetó al ángel, pronto cojeó de un pie (Gén. 32, 25), porque quien con verdadero amor mira hacia lo sublime, ya no sabe caminar en este mundo con deseos dobles. Pues se apoya en un solo pie quien se fortalece solo con el amor de Dios; y es necesario que el otro se marchite, porque, al crecer la virtud de la mente, es necesario sin duda que la fortaleza de la carne se entorpezca. Contemple, pues, el bienaventurado Job los profundos corazones de los fieles, y pondere qué seno de quietud íntima encuentran, mientras al progresar en Dios se cansan de sus propias fuerzas, y diga: Allí descansaron los fatigados en su fuerza. Como si abiertamente insinuara, diciendo: Allí el descanso de la luz remunera a quienes aquí, recreándolos interiormente, su progreso los fatiga. Ni debe mover que al nombrar la luz, de ningún modo añadió: En esta, sino Allí. Pues a la que contempla que contiene a los elegidos, descubre que esta es como nuestro lugar. De donde el Salmista, cuando miraba la inmutabilidad de la eternidad, diciendo: Pero tú eres el mismo, y tus años no faltarán (Sal. 102, 27), denuncia que este es el lugar de los elegidos, añadiendo: Los hijos de tus siervos habitarán allí (Ibíd., 28). Pues Dios, que contiene todas las cosas sin posición, permanece como lugar no local para nosotros que venimos a Él. Lugar al que, mientras llegamos, vemos también incluso en esta vida cuán grande

fue la perturbación de la tranquilidad de nuestra mente; porque aunque ya los justos están quietos en comparación con los malvados, sin embargo, en la estimación de la quietud íntima, no están quietos de ningún modo. Por lo cual también se añade bien:

CAPÍTULO XXXIV.

VERS. 18. --- Y antes vinctos (atados) juntamente sin molestia.

68. Los duros vínculos con que aquí son atados incluso los justos. --- Pues aunque ningún tumulto de deseos carnales posea a los justos, sin embargo, la molestia de su corrupción los ata con duros vínculos puestos en esta vida. Pues está escrito: El cuerpo que se corrompe agrava el alma, y la morada terrenal deprime el sentido que piensa muchas cosas (Sab. 9, 15). Por eso mismo, pues, por lo que aún son mortales, son gravados por el peso de su corrupción, y atados por la molestia, están vinctos, porque aún no surgen en aquella libertad de la vida incorruptible. Pues toleran una cosa de la mente y otra del cuerpo, y sudan diariamente en un certamen interno contra sí mismos. ¿Acaso no son atados por un duro vínculo de molestia aquellos cuya mente, sin duda, se disuelve en la ignorancia sin trabajo, y no se instruye sino con el estudio del trabajo? Obligada se levanta, de buen grado yace, de lo más bajo apenas se eleva, y sin embargo, una vez elevada, cae enseguida. Venciéndose a sí misma laboriosamente, contempla lo supremo; pero rechazada, huye de la luz que la había irradiado. ¿Acaso no son

atados por un duro vínculo de molestia aquellos a quienes, cuando el espíritu encendido los atrae con pleno deseo al seno de la paz íntima, la carne los perturba con un ferviente certamen? La cual, aunque ya no se opone ante su faz como un ejército erigido en contra, todavía murmura desde la espalda de la mente como cautiva: y aunque temiendo, empaña con un torpe estrépito en el corazón la apariencia de la hermosa quietud. Los elegidos, pues, aunque lo superan todo valientemente, cuando desean la seguridad de la paz interna, les es una grave molestia tener todavía qué vencer. Quienes, exceptuados estos, sostienen también aquellos vínculos que la grave necesidad exterior aprieta. Pues tener hambre, tener sed, cansarse, son vínculos de la corrupción: los cuales ciertamente no pueden desatarse sino cuando nuestra mortalidad se muda en aquella gloria de la inmortalidad. [Vet. XLI.] Pues llenamos el cuerpo con refrigerios para que, atenuado, no desfallezca; lo atenuamos con la abstinencia para que, lleno, no nos oprima. Lo animamos con movimientos para que no perezca por el estado de inmovilidad; pero más pronto lo detenemos colocándolo, para que no sucumba por su propia animación. Lo cubrimos con los auxilios de los vestidos para que el frío no lo mate, y arrojamos los auxilios buscados para que el calor no lo abrase. Enfrentando, pues, tantas diversidades, ¿qué hacemos sino servir a la corruptibilidad, para que al menos la multiplicidad del obsequio prestado sostenga al cuerpo que la ansiedad de la enferma mutabilidad grava? Por lo cual bien se dice por

Pablo: Pues la criatura está sujeta a la vanidad no de grado, sino por aquel que la sujetó en la esperanza: porque la misma criatura será librada de la servidumbre de la corrupción a la libertad de la gloria de los hijos de Dios (Rom. 8, 20). Pues la criatura se somete a la vanidad no de grado, porque el hombre, que abandonó voluntariamente el estado de la constancia innata, oprimido por el peso de la justa mortalidad, sirve involuntariamente a la corrupción de su mutabilidad. Pero esta criatura es entonces arrancada de la servidumbre de la corrupción, cuando es levantada resurgiendo incorrupta a la gloria de los hijos de Dios. Aquí, pues, los elegidos están atados por la molestia, porque aún son deprimidos por la pena de su corrupción. Pero cuando somos despojados de la carne corruptible, somos relajados como de estos vínculos de molestia por los que ahora somos apretados. Pues ya deseamos presentarnos ante Dios, pero aún somos impedidos por la obligación del cuerpo mortal. Con derecho, pues, se nos dice atados, porque aún no tenemos libre el paso de nuestro deseo hacia Dios. Por lo cual bien Pablo, deseando lo eterno, pero llevando todavía la carga de su corrupción, clama atado: Deseo ser disuelto y estar con Cristo (Fil. 1, 23). Pues no buscaría ser disuelto si no se viera sin duda atado. Pero estos vínculos, porque había visto que ciertamente habrían de romperse en la resurrección, ya se alegraba el Profeta como si estuvieran rotos cuando decía: Rompiste mis vínculos, te sacrificaré hostia de alabanza (Sal. 116, 16).

Epílogo. --- Contemple, pues, el varón santo que la luz interna recibe a los pecadores conversos, y diga: Allí los impíos cesaron en su tumulto. Contemple que los santos varones, fatigados por el ejercicio del deseo, descansan más profundamente en aquel seno íntimo, y diga: Y allí descansaron los fatigados en su fuerza. Contemple que, una vez absueltos de todos los vínculos de su corrupción a la vez, llegan a aquellos goces incorruptos de la libertad, y diga: Y antes vinctos (atados) juntamente sin molestia. Bien se dice, además, Antes vinctos; porque mientras se discierne aquella alegría siempre presente, todo lo que será y fluye parece ya como pasado. Pues mientras se atiende al fin de las cosas, todo lo que pasa se pondera como si ya hubiera sido. Pero narre qué han hecho entre tanto aquí todos estos a quienes la quietud interna recibirá. Sigue:

CAPÍTULO XXXV

[Rec. XXXI].

IBID. --- No escucharon la voz del exactor.

69. El diablo es el exactor. No es escuchado cuando se resiste al que tienta. --- ¿Quién otro debe ser entendido con el nombre de exactor sino aquel importuno persuasor, que una vez entregó al género humano la moneda del engaño, y no desiste diariamente de exigir de este la deuda de la muerte? Quien en el paraíso prestó al hombre el dinero del pecado; pero al crecer la iniquidad, lo exige diariamente con usura. De este exactor dice la Verdad en el Evangelio: Y el juez te entregue

al exactor (Luc. 12, 58). La voz de este exactor, pues, es la tentación de una miserable sugestión. Oímos la voz del exactor cuando somos golpeados por su tentación; pero no la escuchamos (para obedecer) si resistimos al que golpea. Pues oye quien siente la tentación; pero escucha (para obedecer) quien consiente en la tentación. Dígase, pues, de los justos: No escucharon la voz del exactor, puesto que aunque oyen su sugestión, porque son tentados, no la escuchan, porque desprecian el consentir. [Vet. XLII.] Pero porque lo que la mente ama mucho, también lo repite con más frecuencia en el habla, el bienaventurado Job, porque contempla con amor la frecuencia de la paz interna, sirve de nuevo a la descripción de ella diciendo:

CAPÍTULO XXXVI.

VERS. 19. --- El pequeño y el grande están allí, y el siervo es libre de su señor.

70. Como aquí los méritos, así en el cielo serán diversos los premios. --- Porque en esta vida existe para nosotros una distinción de obras, habrá en aquella sin duda una distinción de dignidades, de modo que lo que aquí uno supera a otro en mérito, allí uno trascienda a otro en retribución. Por lo cual dice la Verdad en el Evangelio: En la casa de mi Padre hay muchas moradas (Juan 14, 2). Pero en esas mismas muchas moradas será de algún modo concorde esa misma diversidad de retribuciones; porque una fuerza tan grande en aquella paz nos asocia, que lo que cada uno no haya recibido en sí mismo, se alegre de haberlo

recibido en otro. Por lo cual también los que no trabajan por igual en la viña (Mat. 20, 10), reciben todos por igual un denario. Y ciertamente en la casa del Padre hay muchas moradas, y sin embargo trabajadores dispares reciben el mismo denario; porque habrá una sola bienaventuranza de alegría para todos, aunque no sea para todos una misma sublimidad de vida. Al pequeño y al grande en esta luz había contemplado quien decía por la voz de la Cabeza: Tus ojos vieron mi estado imperfecto, y en tu libro todos serán escritos (Sal. 139, 16). Al pequeño y al grande había contemplado cuando decía: El Señor bendijo a todos los que le temen, a los pequeños con los mayores (Sal. 115, 13).

71. Quién es el siervo del pecado, quién es libre de él, y que aquí nadie es libre de él. --- Bien se añade además: Y el siervo libre de su señor. Escrito está en efecto: Todo el que comete pecado, es siervo del pecado (Juan 8, 34); porque sin duda quienquiera que se somete a un deseo depravado, somete el cuello de su mente, antes libre, al dominio de la iniquidad. Pero a este señor nos oponemos cuando nos resistimos a la iniquidad que nos había capturado; cuando resistimos violentamente a la costumbre, y pisoteando los deseos perversos reivindicamos contra esta el derecho de nuestra libertad innata; cuando herimos la culpa mediante el arrepentimiento, y lavamos las manchas de suciedad con lágrimas. Pero la mayor parte de las veces la mente ya deplora aquello que recuerda haber hecho perversamente; ya no solo abandona las cosas mal hechas, sino que incluso

las castiga con amarguísimos lamentos; pero sin embargo, mientras recuerda las cosas que hizo, se aterroriza con pavor por el grave juicio. Ya se ha convertido perfectamente; pero aún no se eleva perfectamente hacia la seguridad, porque mientras pondera cuán grande es el rigor del último examen, tiembla ansiosa entre la esperanza y el temor, porque ignora qué reputará el justo Juez que viene de lo perpetrado, y qué perdonará. Pues recuerda cuán malas cosas cometió; pero no sabe si ha llorado dignamente lo cometido; y teme que la inmensidad de la culpa exceda la medida de la penitencia. Y frecuentemente la Verdad ya perdona la culpa, pero la mente afligida todavía tiembla por el perdón, mientras está muy ansiosa por sí misma. Aquí, pues, el siervo ya huye del señor, pero no es libre, porque el hombre ya abandona su pecado corrigiéndose y arrepintiéndose, pero todavía teme grandemente al Juez riguroso por su retribución. Allí, por tanto, el siervo será libre de su señor, donde ya no habrá duda sobre el perdón del pecado, donde ya la memoria de su culpa no condene a la mente segura, donde el ánimo no tiemble bajo el reato, sino que exulte libre por su indulgencia.

72. Si no hay memoria del pecado en el cielo; y cómo esto no perjudica a la bienaventuranza. --- Pero si el hombre no es tocado allí por ninguna memoria de su pecado, ¿de qué se felicita por haber sido rescatado? ¿O cómo da gracias al dador por el perdón que recibió, si, por el olvido interviniente de la maldad pasada, no sabe que es deudor de la pena? Pues no debe pasarse por alto

negligentemente lo que dice el Salmista: Cantaré eternamente las misericordias del Señor (Sal. 88, 1). ¿Cómo canta eternamente las misericordias de Dios, si ignora que fue miserable? ¿Y si no recuerda la miseria pasada, ¿de dónde rinde alabanzas a la liberalidad de la misericordia? Pero de nuevo hay que preguntar, ¿cómo podrá ser perfecta en la bienaventuranza la mente de los elegidos, si la memoria de su reato la toca entre los gozos? ¿O cómo brilla la gloria de la luz perfecta, a la cual ensombrece la culpa traída de nuevo al ánimo? Pero debe saberse que así como ahora a menudo recordamos con alegría las cosas tristes, así entonces recordamos la maldad pasada sin lesión de nuestra bienaventuranza. Pues frecuentemente en el tiempo de la salud traemos a la memoria los dolores pasados sin dolor; y cuanto más recordamos haber estado enfermos, tanto más nos amamos estando sanos. Habrá, pues, también en aquella bienaventuranza memoria de la culpa, no una que manche la mente, sino una que nos ligue más estrechamente a la alegría; para que mientras el ánimo recuerda su dolor sin dolor, se comprenda más verdaderamente deudor del médico, y tanto más ame la salud recibida, cuanto más recuerda de qué molestia escapó. En aquella alegría, por tanto, veremos entonces nuestros males sin tedio, tal como ahora situados en la luz, vemos las tinieblas con el ánimo sin ninguna oscuridad del corazón; porque aunque es oscuro lo que discernimos con la mente, esto es por el juicio de la luz, no por la pasión de la ceguera. Y eternamente, por tanto, rendimos

alabanza de misericordia a nuestro dador, y de ninguna manera somos gravados por la conciencia de la miseria; porque mientras miramos hacia atrás nuestros males sin ningún mal de la mente, ni habrá nunca nada que manche los corazones de los que alaban por las iniquidades pasadas, y siempre habrá lo que los encienda para la alabanza del libertador. Porque, por tanto, el descanso de la luz interna eleva así a los grandes en sí mismo, que sin embargo no abandona ni siquiera a los pequeños, dígase rectamente: El pequeño y el grande están allí. Y porque allí el ánimo del pecador convertido es tocado por la memoria de su culpa de tal modo que, sin embargo, no es deprimido por ninguna confusión de esa misma memoria, se añade congruentemente: Y el siervo libre de su señor.

LIBRO QUINTO.

Narra la parte restante del capítulo tercero desde el versículo 20, todo el capítulo cuarto, y los dos primeros versículos del quinto.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Que los santos temen aquí más la prosperidad que la adversidad. --- Aunque los juicios divinos son muy ocultos, por qué en esta vida a veces les va mal a los buenos y bien a los malos, son entonces más ocultos cuando también a los buenos les va bien aquí y a los malos mal. Pues cuando a los buenos les va mal y a los malos bien, esto tal vez se descubre porque también los buenos, si en algo delinquieron, lo reciben aquí para ser librados más plenamente de la condenación eterna; y los malos encuentran aquí los bienes que hacen para esta vida, para ser arrastrados en el futuro solo a los tormentos. Por lo cual también se dice al rico que arde en el infierno: Hijo, recuerda que recibiste bienes en tu vida, y Lázaro igualmente males (Luc. 16, 25). Pero cuando a los buenos les va bien aquí y a los malos mal, se vuelve muy incierto si los buenos reciben los bienes por esto, para que provocados crezcan hacia algo mejor; o si por un juicio oculto y justo perciben aquí la remuneración de sus obras, para

que queden vacíos de los premios de la vida siguiente; y si la adversidad hiere a los malos por esto, para que corrigiéndolos los defienda de los suplicios eternos; o si aquí comienza su pena, para que cuando haya de completarse los lleve a los últimos tormentos de la Gehena. Porque, por tanto, la mente humana es oprimida por la grave oscuridad de su incertidumbre entre los juicios divinos, los varones santos, cuando ven que les favorece la prosperidad de este mundo, se turban con pavorosa sospecha. Temen, en efecto, recibir aquí el fruto de sus trabajos; temen que lo que la justicia divina ve como una herida latente en ellos, los aleje de lo íntimo colmándolos con dones exteriores. Pero cuando piensan tácitamente que no hacen bienes sino para agradar solo al Señor, ni se regocijan en la misma afluencia de su prosperidad, temen menos ciertamente los juicios ocultos contra sí por lo próspero, pero sin embargo llevan esas mismas cosas prósperas con dificultad, porque los distraen de su intención íntima; y toleran con molestia los halagos de la vida presente, porque no ignoran que por estos se retrasan de algún modo en su deseo interno. Pues en este mundo ocupa más el honor que el desprecio, y grava más la sublimidad de la prosperidad que la adversidad de la necesidad. Por esta, en efecto, a veces cuando el hombre es oprimido exteriormente, se relaja más libremente para desear lo que está dentro. Por aquella, en cambio, la mente, mientras es obligada a obedecer a muchas cosas, es retenida de la carrera de su deseo. De donde resulta que los varones santos temen

más en este mundo la prosperidad que la adversidad. Saben, en efecto, que la mente, mientras es oprimida por una ocupación halagüeña, a veces se deriva gustosa hacia lo exterior. Saben que a menudo un pensamiento clandestino la engaña de tal modo que ignora cómo se cambia. Ponderan, además, cuáles son los bienes eternos que desean, y conocen cuán nada es todo lo que sonríe halagüeñamente por un tiempo; y su mente tolera toda la prosperidad de este mundo tanto más difícilmente, cuanto más herida está por el amor de la felicidad suprema, y tanto más se eleva en el desprecio de la dulzura presente, cuanto más contempla esta, porque furtivamente le halaga en el desprecio de la gloria eterna. Por lo cual el bienaventurado Job, cuando contemplando el descanso supremo decía: El pequeño y el grande están allí, y el siervo es libre de su señor, añade inmediatamente:

CAPÍTULO II

[Rec. II].

VERS. 20. --- ¿Por qué se ha dado luz al miserable?

2. Que los que contemplan lo eterno huyen de la prosperidad terrenal. --- En la sagrada Escritura a veces se designa con la apelación de luz la prosperidad, y con el nombre de noche la adversidad de este mundo. Por lo cual también se dice bien por el Salmista: Como son sus tinieblas, así es su luz (Sal. 138, 12). Pues porque los varones santos de tal modo pisan la prosperidad del

mundo despreciándola, como también toleran su adversidad pisándola, dicen, sometiendo a sí tanto lo adverso como lo próspero del mundo por la gran altura de su mente: Como son sus tinieblas, así es su luz. Como si dijeran más claramente: Así como las cosas tristes no oprimen la fortaleza de nuestra intención, así tampoco las halagüeñas la corrompen. Pero porque estas cosas, como dijimos, perturban la mente de los buenos incluso cuando no la elevan, los varones santos, que se reconocen miserables en la aflicción de este exilio, rehúyen brillar en su prosperidad. Por lo cual se dice bien ahora: ¿Por qué se ha dado luz al miserable? Pues la luz se da a los miserables cuando aquellos que, contemplando lo sublime, se reconocen miserables en esta peregrinación, reciben la claridad de la prosperidad transitoria. Y cuando lamentan mucho que regresan tarde a la patria, se ven obligados además a tolerar las cargas del honor. El amor de lo eterno los desgasta, y la gloria de lo temporal les sonríe. Quienes, mientras piensan qué es lo que los retiene en lo ínfimo, y qué es lo que no ven de lo sublime; qué es lo que los sostiene en la tierra, y qué han perdido de lo celestial, son mordidos por el pesar de su prosperidad; porque aunque ven que de ninguna manera son oprimidos totalmente por ella, ponderan sin embargo solícitamente que su pensamiento se divide entre el amor del Señor y la administración de ella. Por lo cual, habiendo dicho: ¿Por qué se ha dado luz al miserable?, añade inmediatamente:

CAPÍTULO III

[Vet. II, Rec. III].

VERS. 20. --- Y vida a los que están en amargura de alma.

3. Que aquí tanto los elegidos como los réprobos están en amargura; con qué distinción. --- Pues todos los elegidos están en amargura de alma, porque o no cesan de castigar llorando lo que delinquieron, o se afectan con un grave pesar porque, proyectados lejos de aquí de la faz de su creador, todavía no están en los gozos de la patria eterna. De cuyo corazón se dice bien por Salomón: El corazón que conoce la amargura de su alma, en su gozo no se mezclará el extraño (Prov. 14, 10). Pues en amargura están también los corazones de los réprobos, porque incluso por sus mismos deseos depravados son afligidos; pero ignoran esa misma amargura porque, cegados por su propia voluntad, no pueden ponderar lo que toleran. Por el contrario, el corazón de los buenos conoce su amargura, porque entiende la aflicción del exilio en la que, proyectado, es lacerado; y siente cuán tranquilas son las cosas que perdió, y cuán confusas aquellas en las que cayó. Pero este corazón amargado es reducido en algún momento a su gozo, y en su gozo no se mezcla el extraño; porque aquel que ahora por los deseos del corazón se arroja fuera de este pesar, permanecerá entonces excluido de aquella íntima solemnidad de aquel.

4. Quién está muerto para el mundo, y para quién está muerto el mundo. --- Estos, por tanto,

que están en amargura de alma, desean ardientemente morir totalmente para el mundo; para que así como ellos nada desean en el siglo, así ya no sean retenidos por ninguna obligación por el siglo. Y a menudo sucede que el hombre ya no retiene el mundo en su mente, pero sin embargo el mundo vincula al hombre con ocupaciones: y él ciertamente ya está muerto para el mundo, pero el mundo todavía no está muerto para él. Pues como si todavía viviera el mundo lo contempla, mientras intenta arrastrarlo a sus actos estando él atento a otra cosa. Por lo cual bien Pablo, como él mismo despreciara perfectamente el siglo, y se viera hecho tal que ya este siglo no pudiera desearlo en absoluto, rotos los vínculos de esta vida dice libre: El mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo (Gál. 6, 14). El mundo, en efecto, le había sido crucificado porque ya no lo amaba, estando muerto para su corazón. Pero también él mismo se había crucificado para el mundo, porque se esmeró en exhibirse ante él de tal modo que no pudiera ser deseado por él como muerto. Pues si en un lugar están un muerto y un vivo; aunque el muerto no vea al vivo, el vivo sin embargo ve al muerto; si en cambio ambos están muertos, el uno de ninguna manera ve al otro. Así, el que ya no ama al mundo, pero sin embargo es amado por él aunque no quiera, aunque él mismo como muerto no vea al mundo, sin embargo el mundo no muerto todavía lo ve a él. Si en cambio ni él mismo retiene en amor al mundo, ni a su vez es retenido por el amor del mundo, mutuamente se han extinguido el uno para el otro; porque

mientras el uno no desea al otro, como muerto el muerto no lo atiende. Porque, por tanto, Pablo ni buscaba la gloria del mundo, ni era buscado por la gloria del mundo, se gloría de que tanto él estaba crucificado para el mundo como el mundo para él. Porque, por tanto, muchos desean esto, pero sin embargo no se elevan de todo modo hasta la cumbre de la extinción, dicen rectamente gimiendo: ¿Por qué se ha dado luz al miserable, y vida a los que están en amargura de alma? Pues la vida se da a los amargados cuando la gloria de este mundo se otorga a los tristes y gemebundos. En cuya vida, ciertamente, se afectan con la pena de un poderosísimo temor, porque aunque ellos mismos no retengan al mundo, todavía sin embargo temen ser tales que sean retenidos por el mundo; porque si no le vivieran en lo más mínimo, sin duda este no los amaría para su uso. El mar, en efecto, retiene en sí mismo los cuerpos vivos; pero a los muertos los expulsa inmediatamente fuera de sí. Sigue:

CAPÍTULO IV

[Rec. IV].

VERS. 21. --- Que esperan la muerte, y no viene.

5. Que los que desean morir para el mundo a menudo se ven obligados a servir en ministerios humanos. No sin provecho propio y de otros. --- Desean, en efecto, mortificarse totalmente, y extinguirse de toda vida de gloria temporal; pero por los ocultos juicios de Dios a menudo se ven

obligados o a presidir en el gobierno, o a ser ocupados con honores impuestos, y entre estas cosas esperan sin cesar la mortificación plenísima. Pero la muerte esperada no viene, porque su uso vive para la gloria temporal aun sin quererlo, la cual sin embargo toleran por el temor divino. E interiormente ciertamente conservan el deseo de la piedad, pero exteriormente cumplen el ministerio del orden; a fin de que ni se aparten de la perfección por la intención, ni contradigan la disposición del creador por la soberbia. Pues por una maravillosa piedad de la divinidad se actúa cuando aquel que con corazón perfecto tiende a la contemplación, es ocupado en ministerios humanos; para que tanto su mente perfecta aproveche a muchos más débiles, como de donde él mismo se considera imperfecto, de allí surja más perfecto hacia la cumbre de la humildad. [Vet. III.] Pues a veces los varones santos, de donde toleran los detrimentos de sus deseos, de allí reportan mayores ganancias, convertidos otros; porque mientras no les es lícito vacar como desean, les place arrastrar consigo a otros, con quienes se mezclan. Resulta, pues, por una maravillosa dispensación de la piedad que de donde se juzgan más destruidos, de allí surjan más opulentos para la construcción de la patria celestial.

6. Que Dios a menudo difiere cumplir los deseos piadosos, para que crezcan. --- A veces, en cambio, por esto mismo no llegan a los deseos concevidos, para que por esa misma lentitud interviniente, se dilaten en los mismos deseos, relajado el seno de la mente; y aquellas cosas que

tal vez cumplidas podrían atenuarse, se actúa por una gran disposición para que, rechazadas, crezcan. Pues de tal modo desean ser mortificados que ya perfectamente, si fuera lícito, contemplen el rostro de su creador. Pero su deseo se difiere para que aproveche; y se nutre en el seno de su lentitud para que crezca. Por lo cual la esposa clamando en el deseo de su esposo clama: En mi lecho por las noches busqué al que ama mi alma; lo busqué y no lo encontré (Cant. 3, 1). Se esconde el esposo cuando es buscado, para que no encontrado sea buscado más ardientemente; y se difiere a la esposa que busca, para que no encuentre, para que hecha más capaz por su lentitud, encuentre en algún momento con más multiplicidad lo que buscaba. Por lo cual el bienaventurado Job, habiendo dicho: Esperan la muerte y no viene, para explicar más sutilmente este mismo deseo de los que buscan, añade inmediatamente:

CAPÍTULO [REC. V].

IBID. --- Como los que cavan un tesoro.

7. Crecen cuando el fin está más cerca. --- Pues todos los que buscan un tesoro cavando, cuando han comenzado a cavar más profundamente, se encienden con más instancia en el trabajo; porque de donde juzgan que ya mismo se aproximan al tesoro escondido, allí trabajan con más empeño en la excavación. Por tanto, los que desean plenamente su mortificación, la buscan como quienes cavan un tesoro; porque cuanto más cercanos se vuelven al fin, tanto más ardientes se muestran en la obra. Por lo tanto, no desfallecen

trabajando, sino que más bien crecen en el uso del trabajo; porque de donde consideran ya más cercanos los premios, allí sudan con más deleite en la obra. Por lo cual bien dice Pablo a algunos que buscaban el tesoro escondido de la patria eterna: No abandonando nuestra asamblea, como es costumbre de algunos, sino consolándonos, y tanto más cuanto viereis que se acerca el día (Heb. 10, 25). Pues consolar al que trabaja es persistir igualmente en el trabajo, porque el alivio del trabajo es la visión del que colabora: así como cuando en el camino se une un compañero, la vía ciertamente no se quita, pero sin embargo por la compañía del socio se aligera el trabajo del camino. Mientras, pues, Pablo buscaba a quienes se consolaran en los trabajos, añadió diciendo: Tanto más cuanto viereis que se acerca el día. Como si dijera: Que el trabajo crezca de donde ya se aproximan los mismos premios del trabajo, como si dijera claramente: ¿Buscáis un tesoro? pues debéis cavar más ardientemente de donde ya habéis llegado cavando junto al oro buscado.

8. Los muertos al mundo se esconden dentro de sí de las cosas terrenas. --- Aunque esto que se dice: Esperan la muerte y no viene, como los que cavan un tesoro, puede entenderse también de otro modo. Porque como no podemos morir perfectamente al mundo si no nos escondemos de las cosas visibles dentro de lo invisible de nuestra mente, rectamente los que desean su mortificación son comparados con los que cavan un tesoro. Pues morimos al mundo por la sabiduría invisible, de la cual dice Salomón: Si la buscares como

al dinero, y como a tesoros la desenterrares (Prov. 2, 4-5). Pues la sabiduría no yace en la superficie de las cosas; porque se oculta en lo invisible. Y entonces aprehendemos nuestra mortificación tocando la sabiduría, si dejadas las cosas visibles nos escondemos en lo invisible; si así buscamos ésta, cavando el corazón, para que la mente arroje de sí misma, con la mano de la santa discreción, todo lo que piensa que es terreno, y reconozca el tesoro de la virtud, que se ocultaba. Pues fácilmente encuentra en sí el tesoro, si repele de sí aquella mole de pensamiento terreno que malamente la había oprimido. Pero porque llama a la muerte buscada como un tesoro, rectamente añade:

CAPÍTULO VI.

VERS. 22. --- Y se alegran vehementemente, cuando han hallado el sepulcro.

9. La contemplación divina es un sepulcro en el que la mente muerta al mundo descansa. --- Pues así como el sepulcro es el lugar donde se esconde el cuerpo, así la contemplación divina es un cierto sepulcro de la mente, donde se esconde el alma. Pues vivimos como si todavía fuera para este mundo, cuando con la mente vagamos fuera de él; pero muertos somos escondidos en el sepulcro, cuando mortificados exteriormente, somos ocultados en el secreto de la contemplación interna. Por tanto, los varones santos no cesan de mortificarse a sí mismos con la espada de la sagrada palabra ante la importunidad de los deseos temporales, ante el tumulto de las

preocupaciones inútiles, ante el clamor de las perturbaciones estrepitosas, y se esconden interiormente ante el rostro de Dios en el seno de la mente. Por lo cual bien se dice por el Salmista: Los esconderás en lo secreto de tu rostro, de la perturbación de los hombres (Sal. 31, 20 [30, 21 Vulg.]). Lo cual, aunque se haga perfectamente después, incluso ahora se actúa en gran parte, cuando por el deleite son arrebatados a lo interior desde los tumultos de los deseos temporales; para que su mente, mientras se tiende toda hacia el amor de Dios, no sea lacerada por ninguna perturbación inútil. De aquí es que Pablo había visto por la contemplación a los discípulos muertos y como escondidos en el sepulcro, a quienes decía: Pues habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Col. 3, 3). El que, pues, busca la muerte, se alegra cuando encuentra el sepulcro, porque el que desea mortificarse, se alegra mucho por el descanso hallado de la contemplación; para que extinguido para el mundo yazga oculto, y de todas las perturbaciones de las cosas exteriores se esconda dentro del seno del íntimo amor.

10. Antiguamente los muertos eran sepultados con riquezas. --- Pero si a esto que se dice que se cava el tesoro, se añade también el hallazgo del sepulcro, es necesario que nuestra intención considere esto, que los antiguos enterraban a los muertos con riquezas. El que, pues, busca un tesoro, se alegra cuando haya hallado el sepulcro, porque buscando la sabiduría, cuando revolvemos las páginas de la sagrada Escritura, cuando

escudriñamos los ejemplos de los precedentes, tomamos alegría como del sepulcro, porque encontramos las riquezas de la mente entre los muertos: los cuales, porque están perfectamente extinguidos para este mundo, descansan en lo oculto con riquezas. Por el sepulcro, pues, se hace rico quien por los ejemplos de los justos es elevado en la virtud de la contemplación. Pero cuando el que busca dice: ¿Por qué se ha dado la luz al miserable?, insinúa por qué presume preguntar esto mismo, diciendo:

CAPÍTULO VII

[Rec. VI].

VERS. 23. --- Al hombre cuya vía está escondida, y a quien Dios ha rodeado de tinieblas.

11. El que obra rectamente ignora si ha de perseverar. --- Pues su vía está escondida para el hombre, porque aunque considera ya en qué calidad de vida está, todavía sin embargo ignora hacia qué fin tiende. Aunque ya apetece las cosas celestiales, aunque busca éstas con plenos deseos, todavía sin embargo no sabe si permanecerá en esos mismos deseos. Pues dejando los pecados, tendemos a la justicia; y de dónde venimos, lo sabemos; pero a dónde lleguemos, lo ignoramos. Qué fuimos el día de ayer, lo sabemos; pero qué nos toque ser el día de mañana, lo ignoramos. Por tanto, su vía está escondida para el hombre, porque de tal modo pone el pie de la obra, que sin embargo no puede prever el éxito de su consumación.

[Vet. IV.] 12. Ignora si Dios no condena lo que él piensa que es recto. Es rodeado de tinieblas. --- Hay además otro ocultamiento de nuestra vía; porque a veces esas mismas cosas que creemos que hacemos rectamente, ignoramos si son rectas en el examen del juez riguroso. Pues a menudo, como también dijimos mucho más arriba, nuestra obra es causa de condenación, y se piensa que es progreso de la virtud. A menudo de donde se cree que el juez es aplacado, de allí el pacífico es instigado a airarse; atestiguándolo Salomón, que dice: Hay una vía que al hombre le parece recta; pero sus fines últimos llevan a la muerte (Prov. 14, 12). Por lo cual los varones santos, cuando superan las cosas malas, temen incluso sus propias obras bien realizadas, no sea que mientras desean hacer cosas buenas, sean engañados por la imagen de la acción, no sea que una pestífera podredumbre de putrefacción se oculte bajo la apariencia de un buen color. Pues saben que todavía gravados por el peso de la corrupción, no saben juzgar las cosas buenas sutilmente; y cuando traen ante sus ojos la regla del último examen, temen a veces en sí mismos incluso estas cosas que aprueban. Y ciertamente desean las cosas internas con toda la mente, pero sin embargo trepidantes por la incertidumbre de las obras, ignoran hacia dónde caminan. Por lo cual bien, después de que se dijo: ¿Por qué se ha dado la luz al miserable?, se añade: Al hombre cuya vía está escondida. Como si se dijera: ¿Por qué recibe el éxito de esta vida quien ignora bajo qué estimación del juez está el camino de su obra?

Pero bien se añade: Y Dios lo rodeó de tinieblas. Pues el hombre es rodeado de tinieblas; porque aunque arda en deseo celestial, ignora qué está dispuesto sobre sí mismo interiormente. Y teme mucho que algo se le oponga en el juicio, que ahora se le oculta en el deseo del buen fervor. El hombre es rodeado de tinieblas porque es oprimido por la calina de su propia ignorancia. ¿O no está rodeado de tinieblas quien la mayoría de las veces no recuerda lo pasado, no encuentra lo futuro, apenas conoce lo presente? Cierto sabio se había visto rodeado de tinieblas cuando decía: Las cosas que están a la vista, las encontramos con trabajo; y las que están en los cielos, ¿quién las investigará? (Sab. 9, 16). Con estas tinieblas se vio rodeado el Profeta cuando no pudo penetrar lo interno de la disposición íntima, diciendo: Puso las tinieblas por su escondite (Sal. 18, 11 [17, 12 Vulg.]). Pues nuestro Autor, porque a nosotros arrojados a este exilio nos quitó la luz de su visión, se escondió de nuestros ojos como en un escondite de tinieblas.

13. De aquí materia de llanto para los santos. --- Las cuales tinieblas de nuestra ceguera ciertamente cuando las consideramos estudiosamente, provocamos la mente a los lamentos. Pues llora la ceguera que padece fuera, si recuerda humildemente que en lo interior es privado de la luz. Y cuando mira las tinieblas por las que es rodeado, se aflige con ardiente deseo del esplendor íntimo; y con todo el esfuerzo de la intención se sacude a sí misma, y busca rechazada la luz celestial, que creada desertó. De donde resulta

la mayoría de las veces que en esos mismos piadosos llantos brote aquella claridad del gozo interno; y la mente, que antes había yacido ciega en el torpor, vegetada por los suspiros convalezca para la inspección del fulgor íntimo. Por lo cual bien sigue:

CAPÍTULO VIII

[Rec. VII].

VERS. 24. --- Antes de comer, suspiro.

14. El gozo de la contemplación suele seguir a las lágrimas. --- Pues comer es para el alma ser alimentada por las contemplaciones de la luz celestial. Suspira, pues, antes de comer, porque primero es afectada por los gemidos de la tribulación, y después es saciada por el refrigerio de la contemplación. Pues si no suspira, no come; porque quien no se humilla en este exilio por los lamentos de los deseos celestiales, no degusta los gozos de la patria eterna. Pues están ayunos del pasto de la verdad quienes se alegran en esta indigencia de la peregrinación. Pero suspira el que come, porque a quienes afecta el amor de la verdad, también los alimenta el refrigerio de la contemplación. Suspirando comía el Profeta cuando decía: Mis lágrimas han sido mi pan (Sal. 42, 3 [41, 4 Vulg.]). Pues por su propio luto el alma es alimentada, cuando es elevada a los gozos celestiales llorando, e interiormente ciertamente tolera los gemidos de su propio dolor; pero de allí percibe el pasto del refrigerio, de donde emana la fuerza del amor por las lágrimas. Por lo cual el

bienaventurado Job todavía sigue la misma fuerza de las lágrimas, añadiendo:

CAPÍTULO IX.

IBID. --- Y como aguas desbordadas, así es mi rugido.

15. Qué causas tienen los santos para lamentar y temblar. --- Las aguas cuando se desbordan, vienen con ímpetu; y con múltiples volúmenes que crecen, se hinchan. Pero los elegidos, mientras oponen los juicios divinos ante los ojos de su mente, mientras tiemblan por la oculta sentencia sobre sí mismos, mientras confían en que pueden llegar a Dios, pero sin embargo temen no llegar, mientras recuerdan sus cosas pasadas, que lloran, mientras temen mucho las cosas que aún les son futuras, porque las ignoran; se recogen en ellos como ciertos volúmenes al modo de las aguas, que fluyen en los rugidos del pesar como hacia las playas subyacentes. El varón santo vio, pues, cuán grandes son los volúmenes de pensamientos en los lamentos de la penitencia; y llamó a esas mismas ondas de pesar aguas desbordadas, diciendo: Y como aguas desbordadas, así es mi rugido. [Vet. V.] A veces, en cambio, los justos, como también dijimos un poco más arriba, situados en las mismas obras buenas tiemblan, y para no desagradar en ellas por algún error oculto, vacan en continuos lamentos. A los cuales, cuando los azotes divinos los arrebatan de repente, sospechan haber ofendido la gracia de su autor, porque o impedidos por las enfermedades, o presionados por las amarguras, no se elevan

para dedicar obras piadosas a los prójimos. Y el corazón se vuelve en lamento, porque el cuerpo es retardado del ministerio de su devoción. Y cuando consideran que no aumentan su recompensa, temen también que las obras pasadas hayan desagradado. Por lo cual bien el bienaventurado Job, habiendo dicho que su rugido era como aguas desbordadas, añadió inmediatamente:

CAPÍTULO X.

VERS. 25. --- Porque el temor que temía me ha sobrevenido, y lo que me causaba pavor ha sucedido.

16. Cuán temibles son los juicios de Dios. --- Los justos, pues, lloran y pavorecen, y se atormentan con grandes lamentos, porque temen ser desamparados; y aunque se alegren por su propia corrección, sin embargo esa misma corrección perturba su mente trepidante; no sea que el mal que toleran no sea una piadosa percusión de disciplina, sino una justa animadversión de venganza. Lo cual, considerándolo bien el Salmista, dice: ¿Quién conoce el poder de tu ira? (Sal. 90, 11 [89, 11 Vulg.]). Pues el poder de la ira divina no puede ser comprendido por nuestra mente, porque su dispensación, por oscuras disposiciones sobre nosotros, a menudo de donde se estima que desampara, de allí nos recibe; y de donde se cree que nos recibe, de allí nos abandona; de modo que la mayoría de las veces esto se convierte en gracia, lo que se llama ira, y esto a veces sea ira, lo que se piensa que es gracia. Pues a algunos los azotes los corrigen, a otros los llevan a la locura

de la impaciencia; y a otros las cosas prósperas, porque los suavizan, los mitigan de la locura; a otros, porque los elevan, los erradican totalmente de toda esperanza de conversión. Pero a todos los vicios los arrastran a lo más profundo: pero sin embargo algunos vuelven de ellos más fácilmente, cuanto más profundamente se avergüenzan de haber caído en ellos. Y siempre las virtudes elevan a lo supremo; pero a veces algunos, mientras conciben hinchazón por la virtud, caen por el mismo sendero de la ascensión. Porque, por tanto, el poder de la ira divina mínimamente se conoce, en todas las cosas es necesario que sin cesar sea temido. Sigue:

CAPÍTULO XI

[Rec. VIII].

VERS. 26. --- ¿Acaso no disimulé? ¿acaso no callé? ¿acaso no estuve quieto? y vino sobre mí la indignación.

17. En qué cosas suelen pecar pensando, hablando y actuando los constituidos en poder. --- Aunque situados en cualquier lugar pecamos pensando, hablando y actuando, sin embargo entonces el ánimo es arrebatado más desenfrenadamente por estas tres cosas, cuando es elevado por la prosperidad de este mundo. Pues cuando se ve preceder a los demás en poder, siente pensando cosas altas de sí mismo con elación. Y cuando a la autoridad de su voz nadie se resiste, la lengua se desboca más licenciosamente por caminos abruptos. Y cuando es lícito hacer lo que place,

justamente estima que le es lícito todo lo que le place. Pero los varones santos, cuando son apoyados por el poder de este mundo, se reducen a sí mismos bajo tanto mayor disciplina de la mente, cuanto más saben que se les sugieren cosas ilícitas como con más licencia por la impaciencia del poder. Pues reprimen el corazón de considerar su propia gloria, restringen la lengua de la locución inmoderada, custodian la obra de la vagancia de la inquietud. [Vet. VI.] Pues a menudo quienes están en el poder pierden las cosas que hacen rectamente porque las piensan con elación; y mientras se estiman útiles para todas las cosas, condenan para sí mismos incluso el mérito de la utilidad prestada. Para que, en efecto, los hechos de cualquiera sean más dignos, es necesario que ante sí mismo siempre le parezcan indignos, no sea que esa misma buena acción eleve el corazón del agente, y elevándolo derribe al autor más por la elación de lo que ayuda a aquellos mismos a quienes tal vez se presta. De aquí es, en efecto, que el rey de Babilonia, mientras con mente elada revolvía silencioso ante sí diciendo: ¿No es ésta la Babilonia que yo edifiqué? (Dan. 4, 27), fue convertido al punto en animal irracional. Pues perdió lo que había sido hecho porque humildemente no quiso disimular lo que hizo. Y porque por la elación del pensamiento se ensalzó sobre los hombres, perdió ese mismo sentido de hombre que tenía en común con los hombres. A menudo, en cambio, los que están en el poder irrumpen por doquier en contumelias contra los súbditos; y esto que sirven vigilando en el gobierno, lo pier-

den por la procacidad de la lengua, sopesando sus palabras con menor temor al Juez, porque el que sin causa dijere a su hermano necio, se condena a los fuegos de la gehena (Mat. 5, 22). A menudo los que están en el poder, mientras no saben retenerse de las cosas lícitas, se deslizan hacia obras ilícitas e inquietas. Pues solo no cae en lo ilícito quien a veces se restringe cautamente incluso de lo lícito. Por la cual constricción ciertamente Pablo insinúa que está bien ligado, diciendo: Todas las cosas me son lícitas, pero no todas convienen (1 Cor. 6, 12). Y para mostrar por esa misma ligadura en cuán gran libertad de mente se dilataba, añadió al punto: Todas las cosas me son lícitas, pero yo bajo el poder de ninguno seré reducido (Ibíd.). Pues cuando la mente sigue los deseos concebidos, se convence de que sirve a las cosas por cuyo amor es vencida. Pero Pablo, a quien todas las cosas son lícitas, se reduce bajo el poder de nadie, porque restringiéndose a sí mismo incluso de las cosas lícitas, trasciende como despreciadas aquellas cosas que, deleitadas, lo oprimirían.

18. Cómo Job evitó estas cosas. --- El bienaventurado Job, pues, para instruirnos, dé a conocer cómo fue en el poder, diciendo: ¿Acaso no disimulé? Pues el poder cuando se tiene, tanto debe ser pensado para la utilidad, como disimulado por causa de la hinchazón; a fin de que quien lo usa, tanto sepa que puede, para que deba aprovechar; como ignore que puede, para que no deba ensalzarse. Qué tal fuera en la boca, añada diciendo: ¿Acaso no callé? Qué tal respecto a las obras ilícitas, todavía añada: ¿Acaso no estuve quieto?

Puede, en cambio, el callar y el estar quieto ser escudriñado todavía más sutilmente. Pues callar es restringir la mente de la voz de los deseos terrenales. Pues la fuerza de un gran clamor es el tumulto del corazón.

19. Quienes presiden deben intermitir las ocupaciones temporales para vacar a Dios. --- Descansan también quienes están bien en el poder, cuando posponen los ruidos de las acciones terrenales intermitiéndolos por el amor divino; no sea que mientras ocupan lo ínfimo incesantemente, el corazón caiga totalmente de lo sumo. Pues saben que de ningún modo la mente es elevada a lo supremo si es ocupada continuamente en lo ínfimo por los tumultos de las preocupaciones. Pues qué obtendrá acerca de Dios la que está ocupada, si incluso estando vacante trabaja para aprehender algo de Él. Pero bien se dice por el Salmista: Vacad y ved que yo soy Dios (Sal. 46, 10 [45, 11 Vulg.]); porque quien descuida vacar para Dios, esconde de sí mismo la luz de su visión por su propio juicio. De aquí también se dice por Moisés que los peces que no tienen aletas no sean comidos (Lev. 11, 12-13). Pues los peces que tienen aletas suelen dar saltos sobre las aguas. Solo aquellos, por tanto, en el cuerpo de los elegidos pasan como alimento, que en aquello en que sirven a lo ínfimo, saben a veces ascender a lo supremo con saltos de la mente, para no yacer siempre en lo profundo de las preocupaciones, y que ningún aura del amor sumo los toque como de aire libre. Los que, pues, son ocupados en las cosas temporales, entonces disponen bien lo exterior, cuando

solícitamente se refugian en lo interior; cuando de ningún modo aman fuera el estruendo de las perturbaciones, sino que descansan en sí mismos dentro, en el seno de la tranquilidad.

[Vet. VII.] 20. Cómo son afectadas respecto a estas ocupaciones las mentes depravadas. Cómo las piadosas. --- Pues las mentes depravadas no cesan de revolver los tumultos de las cosas temporales dentro de sí mismas, incluso cuando están vacantes. Pues en el pensamiento conservan pintadas las cosas que aman, y aunque nada hagan exteriormente, sin embargo en sí mismas trabajan bajo el peso de un inquieto quietismo. A las cuales, si se les ofrece la administración de esas mismas cosas, se abandonan totalmente a sí mismas, y siguen estas cosas temporales fugitivas por el curso de la intención con continuos pasos de pensamientos. Pero las mentes piadosas ni buscan estas cosas cuando faltan, y las llevan pesadamente incluso cuando están presentes, porque temen mucho salir de sí mismas por el cuidado de las cosas exteriores. Lo cual bien se significa por aquella vida de los dos hermanos, de quienes está escrito: Esaú se hizo varón diestro en la caza, y hombre agricultor; Jacob en cambio varón sencillo habitaba en tiendas (Gén. 25, 27, según LXX). O como se dice en otra traducción: Habitaba en casa. ¿Qué se figura por la caza de Esaú sino la vida de aquellos que, derramados en los placeres exteriores, siguen la carne? Quien también es descrito como agricultor, porque los amantes de este siglo tanto más cultivan lo exterior cuanto más abandonan inculto lo interior.

Jacob en cambio, varón sencillo, se dice que habita en tiendas o en casa, porque ciertamente todos los que huyen de esparcirse en las preocupaciones exteriores, consisten sencillos en el pensamiento y en la habitación de su propia conciencia. Pues habitar en tiendas o en casa es restringirse dentro de los secretos de la mente, y de ningún modo disiparse fuera por los deseos, no sea que mientras anhelan muchas cosas fuera, se aparten de sí mismos con pensamientos ajenos. Diga, pues, el varón probado y ejercitado en la prosperidad: ¿Acaso no disimulé? ¿acaso no callé? ¿acaso no estuve quieto? Pues como dijimos arriba, los varones santos, cuando les sonríe la prosperidad transitoria, disimulan el favor del mundo como ignorándolo, y con paso firme pisan interiormente esto por lo cual exteriormente son elevados. Callan, en cambio, porque no estrepitan con ningún clamor de acción depravada. Pues toda iniquidad tiene sus voces ante los secretos juicios de Dios. Por lo cual está escrito: El clamor de los sodomitas y gomorreos se ha multiplicado (Gén. 18, 20). Están quietos, en cambio, cuando no solo no son arrebatados por ningún apetito turbulento de las codicias temporales, sino que también huyen de ser ocupados inmoderadamente por las preocupaciones necesarias de la vida presente.

21. Por qué los justos sufren azotes asiduamente. --- Pero haciendo estas cosas, sienten todavía los azotes paternos, para que tanto más perfectos lleguen a la herencia cuanto más la disciplina, hiriéndolos piadosamente, los purga cada día incluso de lo mínimo. Hacen, pues, cosas

justas incesantemente, pero sufren asiduamente cosas duras, porque a menudo nuestra propia justicia, llevada al examen de la justicia divina, es injusticia, y es sucio ante el rigor del Juez lo que brilla en la estimación del que obra. Por lo cual Pablo, habiendo dicho: De nada soy consciente de mí mismo, añadió al punto: Pero no por esto soy justificado (1 Cor. 4, 4). Quien insinuando pronto la causa por la que no es justificado, dice: Quien en cambio me juzga es el Señor. Como si dijera: Por eso, en que de nada soy consciente de mí mismo me niego a ser justificado, porque sé que soy examinado más sutilmente por aquel que me juzga. [Vet. VIII.] Deben disimularse, pues, las cosas que favorecen exteriormente, reprimirse las que estrepitan interiormente, declinarse las que envuelven como necesarias; y sin embargo en todas estas cosas deben temerse todavía los azotes del examen riguroso, porque incluso nuestra misma perfección no carece de culpa, a no ser que el juez severo la sopesara misericordiosamente en la sutil balanza del examen.

[Rec. IX.] 22. Si tanto sufren los justos, ¿qué suplicios esperan a los inicuos? --- Bien se añade, en cambio: Y vino sobre mí la indignación. Pues con gran arte de doctrina, al ir a hablar prefirió los golpes a las obras bien hechas; para que de aquí cada uno considere qué suplicios esperan después a los que pecan, si incluso a los justos castigan aquí tan fuertes azotes. De aquí es, en efecto, lo que dice Pedro: Es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios. Y si el justo apenas se salvará, ¿dónde aparecerán el impío y el

pecador? (1 Pe. 4, 17-18). De aquí Pablo, habiendo dicho muchas cosas en alabanza de los tesalonicenses, añadió al punto: De modo que también nosotros mismos nos gloriamos en vosotros en las Iglesias de Dios por vuestra paciencia y fe, en todas vuestras persecuciones y tribulaciones, que sostenéis como ejemplo del justo juicio de Dios (2 Tes. 1, 4). Como si dijera: Mientras toleráis tantas cosas duras, vosotros que obráis tan rectamente, ¿qué otra cosa dais sino ejemplos del justo juicio de Dios? porque de vuestra pena debe colegirse cómo herirá a aquellos con quienes se aíra, si así permite que seáis afligidos vosotros, en quienes se alegra; o cómo va a herir a aquellos a quienes aplica un juicio justo, si así os atormenta incluso a vosotros, a quienes corrigiendo piadosamente acaricia.

[Vet. IX, Rec. X.] 23. La intención de los amigos de Job fue piadosa, pero su locución incauta. Qué debieron hacer ellos. --- Terminada, pues, la primera locución del bienaventurado Job, a su vez los amigos, que habían venido para consolar, se someten piadosamente a su increpación; y mientras saltan a palabras de contienda, pierden aquella causa de piedad por la que habían venido. Los que ciertamente no hacen esto con mala intención; pero aunque muestran afecto al golpeado, sin embargo no creyeron al golpeado sino por la iniquidad; y mientras a la buena intención no sigue de ningún modo una locución cauta, la misma propuesta de piedad se convierte en vicio de transgresión. Pues se debió sopesar a quién y cuándo hablaban. Pues era un justo a quien

habían venido, y rodeado de golpes divinos. De su vida pasada, pues, debieron sopesar aquellas palabras suyas que no podían entender; y por los azotes presentes no refutarlo a él, sino temer por su propia vida; y asociarse al justo azotado, no elevándose como razonando, sino llorando; para que de ningún modo se mostrara su ciencia por las palabras, sino que el dolor maestro instruyera la lengua de los que consuelan para hablar rectamente. Los cuales, aunque tal vez sintieran algunas cosas diversas, era digno ciertamente que las dijeran humildemente, para no acumular heridas al golpeado por palabras inmoderadas.

24. A los peores a menudo les desagradan los dichos o hechos de los mejores. --- Pues a menudo, porque no pueden ser entendidos, a los peores les desagradan o los hechos o los dichos de los mejores: pero no por eso deben ser reprendidos temerariamente por ellos, por cuanto de ningún modo pueden ser aprehendidos verazmente. A menudo algo se hace dispensativamente por los mayores, que es considerado error por los menores. A menudo muchas cosas se dicen por los fuertes, que los débiles juzgan por eso mismo, porque las ignoran. Lo cual significó bien aquella arca del testamento inclinada por los bueyes que coceaban, la cual, porque creyéndola a punto de caer el levita quiso erigirla, pronto recibió la sentencia de muerte (2 Sam. 6, 7). [Vet. X.] Pues ¿qué es la mente del justo sino el arca del testamento? La cual, llevada por bueyes que cocean, se inclina; porque a veces incluso quien preside bien, mientras es sacudido por la confusión de los

pueblos sujetos, es movido a la condescendencia de la dispensación solo por la caridad. Pero en esto que se hace dispensativamente, la misma inclinación de la fortaleza es considerada caída por los inexpertos. Por lo cual también algunos súbditos envían contra ésta la mano de la reprensión, pero desfallecen de la vida al punto por esa misma temeridad suya. El levita, pues, como ayudando, extendió la mano, pero delinquiendo perdió la vida, porque mientras los débiles corrigen los hechos de los fuertes, ellos mismos son reprobados de la suerte de los vivientes. A veces también los varones santos dicen ciertas cosas condescendiendo con los más pequeños, y otras veces profieren cosas sumas contemplándolas; y mientras ignoran la fuerza ya sea de la condescendencia o de la altura, los necios reprenden audazmente estas cosas. ¿Qué es querer corregir al justo de su condescendencia, sino levantar el arca inclinada con mano soberbia de reprensión? ¿Qué es reprender al justo de una locución desconocida, sino considerar el movimiento de su fortaleza como un tropiezo de error? Pero pierde la vida quien levanta hinchadamente el arca de Dios, porque de ningún modo alguien presumiría corregir las cosas rectas de los santos, si antes no hubiera sentido cosas mejores de sí mismo. Por lo cual también ese mismo levita es llamado rectamente Oza, que ciertamente se interpreta el robusto del Señor; porque todos los presuntuosos, si con mente audaz no se creyeran robustos en el Señor, de ningún modo juzgarían los hechos o dichos de los mejores como si fueran débiles. Los

amigos de Job, por tanto, mientras saltan contra él como en defensa de Dios, exceden soberbios la regla del precepto divino.

25. Si algo en ellos desagrada, no debe callarse, sino proferirse con gran humildad. --- Cuando, en cambio, ciertos hechos de los mejores desagradan a los peores, de ningún modo debe callarse esto que mueve la mente, sino proferirse con gran humildad; a fin de que la intención del que siente piadosamente conserve verdaderamente la forma de la rectitud en esto, que camina por la vía de la humildad. Y por tanto, libremente deben decirse las cosas que sentimos, y muy humildemente proferirse las que decimos, no sea que incluso lo que pretendemos rectamente, no lo hagamos recto al proferirlo con elación. Pablo había dicho muchas cosas humildemente a sus oyentes; pero de esa misma exhortación humilde se esforzaba por aplacarlos todavía más humildemente, diciendo: Os ruego, hermanos, que soportéis la palabra de consuelo; pues en muy pocas palabras os he escrito (Heb. 13, 22). También a los efesios, despidiéndose en Mileto, a los afligidos y gemebundos, les recuerda su humildad, diciendo: Vigilad, reteniendo en la memoria que por tres años noche y día no cesé con lágrimas de amonestar a cada uno de vosotros (Hech. 20, 31). A los mismos de nuevo por la Epístola les dice: Os ruego, hermanos, yo prisionero en el Señor, que caminéis dignamente de la vocación con que habéis sido llamados (Ef. 4, 1). De aquí, pues, colija el discípulo, si alguna vez siente algo rectamente, con cuánta humildad debe hablar al maestro; si el

mismo maestro de las naciones en las cosas que predica con autoridad, ruega tan sumisamente a los discípulos. De aquí colija cada uno, a aquellos de quienes recibió los ejemplos de vivir bien, cuán humildemente diga esto que entiende bien; si Pablo se sometió con voz humilde a aquellos a quienes él mismo resucitó a la vida.

26. Quien no sabe hablar con humildad ignora la regla de la consolación. Elifaz, sin embargo, que es el primero de los amigos que habla, aunque viene con piedad a consolar, abandonando la humildad del lenguaje, ignora la regla de la consolación. Quien, descuidando la guardia del hablar, llega hasta las contumelias al afligido, diciendo: Pereció el tigre porque no tenía presa. El rugido del león, y la voz de la leona, y los dientes de los cachorros de los leones se han dispersado (Job 4, 11). Notando, a saber, al bienaventurado Job con el nombre de tigre, como por el vicio de la variedad; por el rugido del león, el terror del mismo varón; por la voz de la leona, la locuacidad de su esposa; y por los dientes dispersos de los cachorros de los leones, la voracidad destruida de sus hijos. Por lo cual también rectamente la sentencia divina reprende el sentido de los amigos, que en su hinchada corrección se ensalzó, diciendo: No habéis hablado ante mí lo que es recto, como mi siervo Job (Job 42, 7).

27. Por qué razón Dios reprueba las sentencias de los amigos de Job, y Pablo las recomienda. Pero veo que debe preguntarse por qué Pablo usa las sentencias de ellos con tanta autoridad, si estas sentencias de ellos son anuladas por la

reprensión del Señor. Pues son palabras de Elifaz las que dirigió a los corintios diciendo, como está escrito: Aprenderé a los sabios en su astucia (1 Cor. 3, 19; Job 5, 13). ¿Cómo, pues, rechazamos como depravadas las cosas que Pablo afirma con autoridad? ¿O cómo por el testimonio de Pablo consideraremos rectas las cosas que el Señor por sí mismo definió como no rectas? Pero conocemos que ambas cosas no son divergentes antes de lo que lo pensamos, si pesamos más sutilmente las palabras de la misma sentencia divina; la cual, cuando decía: No habéis hablado ante mí lo que es recto, añadió inmediatamente: Como mi siervo Job. Queda claro, pues, que algunas cosas en sus dichos son rectas, pero por comparación con lo mejor son superadas. Pues entre otras cosas que dicen irracionalmente, profieren contra el bienaventurado Job muchas sentencias fuertes, pero comparadas con dichos más fuertes pierden la fuerza de su fortaleza. Maravillosas son, además, muchas cosas que dicen, a no ser que se dijeran contra la adversidad del santo varón. En sí mismas, por tanto, son grandes, pero porque desean traspasar a un varón justo, pierden el peso de esa misma grandeza; porque por muy fuerte que sea, en vano se lanza el dardo para que sean heridas las duras rocas; pues tanto más lejos salta embotado cuanto más fuerte llegó retorcido. Por tanto, aunque los dichos de los amigos de Job sean en algunos aspectos muy fuertes, cuando sin embargo golpean la vida fuerte del santo varón, embotan todo el filo de su agudeza. Porque, por tanto, son grandes en sí mismos, pero contra el bienaventu-

rado Job de ningún modo debieron ser asumidos; tanto Pablo, pesando esto por su virtud, lo profiere con autoridad; como el Juez, porque fueron proferidos incautamente, los reprende por la cualidad de la persona.

28. Aquellas cosas, así como tienen algunas rectas y otras perversas, concuerdan con los herejes. Pero porque dijimos arriba que los mismos amigos del bienaventurado Job representaban la figura de los herejes, indaguemos ahora cómo sus palabras concuerdan con los herejes. Pues sienten algunas cosas muy rectas, pero sin embargo entre ellas se deslizan hacia las perversas. Tienen, pues, los herejes esto como propio, mezclar las cosas buenas con las malas, a fin de burlar fácilmente el sentido del que oye. Pues si siempre dijeran cosas depravadas, reconocidos más pronto en su depravación, no persuadirían de lo que quisieran. Por el contrario, si siempre sintieran cosas rectas, ciertamente no habrían sido herejes. Pero mientras con el arte de engañar sirven a ambas cosas, tanto infectan las buenas de las malas, como esconden las malas entre las buenas para que sean recibidas; como quien ofrece una copa de veneno, toca los bordes de la copa con la dulzura de la miel; y mientras lo que es dulce se gusta al primer contacto, también aquello que es mortífero se absorbe sin duda. Así, pues, los herejes mezclan lo recto con lo perverso para que, mostrando lo bueno, atraigan hacia sí a los oyentes; y exhibiendo lo malo, los corrompan con la peste latente. Algunas veces, sin embargo, corregidos por la predicación de la santa Iglesia y por

la exhortación, son salvados de esta diversidad de su sentido. Por lo cual también los amigos de Job ofrecen el sacrificio de su reconciliación por manos del mismo santo varón, y siendo aun condenados son devueltos a la gracia del juez supremo. A quienes bien designa en el Evangelio aquella purificación de los diez leprosos (Lc. 17, 15). Pues en la lepra, tanto una parte de la piel es llevada al brillo, como una parte es retenida en el color sano. Los leprosos, por tanto, expresan a los herejes, porque mientras mezclan lo recto con lo depravado, rocían el color sano con manchas. Por lo cual también claman rectamente para ser salvados: Jesús, Maestro. Pues porque significan que han errado en sus palabras, llaman humildemente a éste Maestro por causa de ser salvados; y cuando vuelven al conocimiento del Maestro, pronto recurren a la forma de la salud. Pero porque en los dichos de los amigos hemos llevado el prefacio de la exposición un poco más lejos, pesemos ahora sutilmente sus mismas palabras. Sigue:

CAPÍTULO XII

[Ant. XII, Rec. XI].

JOB 4, 1, 2.---Respondiendo Elifaz el Temanita, dijo: Si comenzáramos a hablarte, quizá lo recibas con molestia.

29. Las palabras de los herejes, blandas al principio, después ásperas.---Ya se ha dicho anteriormente lo que se expresa por estas interpretaciones de nombres. Porque, por tanto, nos

apresuramos a lo no discutido, evitamos repetir lo proferido. Esto, por tanto, ha de ser diligentemente observado, que aquellos que representan la figura de los herejes, comienzan a hablar suavemente, diciendo: Si comenzáramos a hablarte, quizá lo recibas con molestia. Temen, pues, los herejes exasperar a sus oyentes al comienzo de su discurso, no sea que sean escuchados con vigilancia, y evitan mucho la tristeza de ellos, para que los tomen en negligencia. Y casi siempre son suaves las cosas que proponen; pero ásperas las que subinfieren al proseguir. De donde también ahora los amigos de Job comienzan por la reverencia de un habla mansa, pero rompen hasta los dardos de la más áspera invectiva; porque también las raíces de las espinas son blandas, pero sin embargo de esa misma blandura suya brota aquello con que punzan. Sigue:

CAPÍTULO XIII.

VERSÍCULO 2.---¿Pero quién podrá retener la palabra concebida?

30. Las palabras depravadas unos las conciben y profieren, otros las reprimen concebidas, otros ni siquiera las conciben.---Hay tres clases de hombres, que difieren por cualidades derivadas gradualmente de sí mismos. Pues hay otros que conciben cosas depravadas para hablar, y no son refrenados de su discurso por ninguna gravedad de silencio. Y hay otros que, cuando conciben cosas depravadas, se restringen con gran vigor de silencio. Y hay algunos que, robustecidos por el uso de las virtudes, son llevados hasta tal altura

que, para hablar, ni siquiera en el corazón conciben cosas perversas que deban reprimir callando. Por tanto, se muestra de qué orden es Elifaz, que testifica que no puede retener la palabra concebida. En lo cual también se dio a conocer que sabía que ofendería hablando. Pues no querría retener las palabras que no puede, a no ser que supiera de antemano que por ellas infeririía heridas. Pues los hombres buenos retienen con el freno del consejo la precipitación de la palabra, y consideran con cautela no sea que, relajando la lascivia de la lengua, traspasen la conciencia de los oyentes con un discurso incauto. De donde bien se dice por Salomón: Quien suelta el agua es cabeza de litigios (Prov. 17, 14). Se suelta el agua, pues, cuando se desenfrena el flujo de la lengua. Pero el que suelta el agua se convierte en cabeza de litigios, porque por la incontinencia de la lengua se propina el origen de la discordia. Los perversos, por tanto, así como son ligeros en el sentido, así son precipitados en el habla, y descuidan retener tratando a fondo lo que hablan. Pero lo que concibe una conciencia ligera, lo manifiesta pronto una lengua más ligera. De donde ahora Elifaz colige por su propia experiencia lo que desesperadamente siente acerca de todos, diciendo: ¿Pero quién podrá retener la palabra concebida? Sigue:

CAPÍTULO XIV

[Rec. XII].

VERSÍCULOS 3, 4.---He aquí que has enseñado a muchos, y las manos cansadas has fortaleci-

do; tus palabras han confirmado a los vacilantes, y las rodillas temblorosas has confortado.

31. Cuán grande fue Job, cuyas alabanzas ni siquiera puede callar quien intenta imputarle un crimen.---Si se atiende al texto mismo de la historia, es de gran utilidad para el lector que por los amigos litigantes en el bienaventurado Job, en lugar de la laceración de los vicios, se profieran los pregones de las virtudes. Nunca, pues, hay un testimonio de vida tan robusto como cuando dice cosas dignas de alabanza aquel que intenta imputar un crimen. Pesemos, sin embargo, de qué altura fue este varón, que enseñando a los ignorantes, robusteciendo a los cansados y confirmando a los vacilantes, entre los cuidados de la casa, entre la custodia de las múltiples cosas, entre el afecto de los hijos, entre los estudios de tantos trabajos, se entregó a sí mismo para instruir a los demás. Y ciertamente ocupado ejerció aquellas cosas, pero sin embargo militó libre en el magisterio de la doctrina. Dispuso de las cosas temporales rigiéndolas; anunció las eternas predicándolas; mostró a los que lo veían la rectitud de la vida obrando, y la infundió a los que lo oían hablando. Pero ya sean los herejes o cualesquiera perversos, cuando refieren las cosas buenas de los justos, las tuercen hacia el argumento de un crimen. De allí, pues, Elifaz recoge ocasión de reprensión contra el bienaventurado Job, de donde narró cosas dignas de alabanza. Pues sigue:

CAPÍTULO XV.

VERSÍCULO 5.---Pero ahora ha venido sobre ti la plaga, y has desmayado; te ha tocado, y estás conturbado.

32. Los perversos atacan la vida de los buenos de dos modos.---Cualesquiera perversos atacan la vida de los buenos de dos modos, porque o afirman que dicen cosas depravadas, o que no guardan las cosas rectas que dicen. De donde también el bienaventurado Job es reprendido más abajo por sus amigos acerca de su lenguaje; pero ahora es lacerado por haber dicho cosas rectas, pero no haberlas guardado. Por los inicuos, pues, a veces es reprobado el lenguaje de los buenos, a veces su acción, a fin de que, o la lengua reprendida calle, o la vida, adjudicada por el testimonio de su propia lengua, sucumba en el crimen. Y es de notar que primero infieren alabanzas de la lengua, y después se quejan de la debilidad de la vida. Los inicuos, en efecto, para no parecer públicamente perversos, dicen a veces cosas buenas de los justos, las cuales saben que ya son conocidas también por otros. Pero, como hemos dicho antes, atraen estas mismas cosas inmediatamente al cúmulo de la culpa, y muestran que se les debe creer en lo contrario por el hecho de que también decían cosas prósperas; e insinúan lo malo como más verdaderamente por cuanto también alababan lo bueno como devotamente. Tuercen, pues, las voces del favor al uso del crimen, mientras después hieren más gravemente la vida de los justos de allí de donde poco antes la defendían en apariencia. Muchas veces, además, aquellas cosas buenas que antes tenían

en desprecio, las admiran después como perdidas. De donde también Elifaz, porque afirma que las virtudes del santo varón se han perdido, las añade enumerándolas, diciendo:

CAPÍTULO XVI

[Rec. XIII].

VERSÍCULO 6.---¿Dónde está tu temor, tu fortaleza, y tu paciencia, y la perfección de tus caminos?

33. Los cuatro grados de las virtudes.---Ciertamente, todas estas cosas las sustituye por aquella sentencia que precedió, diciendo: Pero ahora ha venido sobre ti la plaga, y has desmayado; te ha tocado, y estás conturbado. Por tanto, afirma que todo ha perecido juntamente, en cuanto reprende al bienaventurado Job por estar turbado por el azote. Pero se ha de observar mucho que, aunque increpa inconvenientemente, narra sin embargo congruentemente el orden de las virtudes. Pues distinguió la vida del bienaventurado Job enumerando cuatro grados de virtudes, al unir la fortaleza al temor, la paciencia a la fortaleza, y la perfección a la paciencia. Pues en el camino de Dios se comienza por el temor, para que se llegue a la fortaleza. Pues así como en el camino del mundo la audacia engendra fortaleza, así en el camino de Dios la audacia engendra debilidad; y así como en el camino del mundo el temor engendra debilidad, así en el camino de Dios el temor engendra fortaleza, atestiguándolo Salomón, que dice: En el temor del Señor está

la confianza de la fortaleza (Prov. 14, 26). En el temor del Señor se dice que está la confianza de la fortaleza, porque ciertamente nuestra mente desprecia tanto más valientemente los terrores de las cosas temporales, cuanto más verdaderamente se somete por el pavor al Autor de esas mismas cosas temporales. La cual, constituida en el temor del Señor, no encuentra fuera qué temer, porque mientras por un recto temor se une al Creador de todas las cosas, es elevada por una cierta potestad por encima de todas las cosas. La fortaleza, empero, no se muestra sino en la adversidad, por lo cual pronto después de la fortaleza se añade la paciencia. Pues cada uno demuestra tanto más verdaderamente haber aprovechado para la fortaleza, cuanto más robustamente tolera los males ajenos. Pues menos se ha fortalecido en sí mismo aquel a quien la iniquidad ajena derriba. Quien yace atravesado por la espada de su propia pusilanimidad, en cuanto no puede soportar la contrariedad. Porque verdaderamente la perfección nace de la paciencia, inmediatamente después de la paciencia se añade la perfección de los caminos. [Ant. XIV.] Pues aquel es verdaderamente perfecto, que no es impaciente ante la imperfección del prójimo. Pues el que, no pudiendo soportar la imperfección ajena, la abandona, es testigo para sí mismo de que todavía no aprovecha perfectamente. De aquí que en el Evangelio la Verdad diga: En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas (Lc. 21, 19). ¿Qué es, pues, poseer las almas, sino vivir perfectamente en todas las cosas, dominar todos los movimientos de la

mente desde la ciudadela de la virtud? El que, por tanto, tiene paciencia, posee su alma; porque se hace fuerte contra todas las cosas adversas de allí de donde también se domina a sí mismo venciendo. Y en lo que laudablemente se quiebra, se muestra fuertemente inquebrantable; porque cuando se vence a sí mismo en sus placeres, se prepara invicto para las cosas contrarias. Pero porque Elifaz reprendió atacando, ahora añade algunas cosas como exhortando, diciendo:

CAPÍTULO XVII

[Rec. XIV].

VERSÍCULO 7.---Recuerda, te ruego, ¿quién pereció jamás siendo inocente? ¿o cuándo fueron borrados los rectos?

34. A menudo los inocentes aquí perecen y son borrados los rectos.---Ya sean los herejes, de quienes dijimos que los amigos del bienaventurado Job representan la figura, o cualesquiera perversos, tan inordinadamente como reprenden, tan reprensiblemente exhortan. Pues dice: ¿Quién pereció jamás siendo inocente, o cuándo fueron borrados los rectos? Pues a menudo aquí también los inocentes perecen, y los rectos son borrados de raíz; pero sin embargo son guardados para la gloria eterna al perecer. Pues si ningún inocente pereciera, el Profeta no diría: El justo pereció, y no hay quien lo considere (Is. 57, 1). Si Dios, proveyendo, no arrebatara a los rectos, de ningún modo de los justos la Sabiduría habría dicho: Fue arrebatado, no sea que la ma-

licia cambiara su entendimiento (Sab. 4, 11). Si ninguna animadversión hiriera a los justos, Pedro mínimamente habría prenunciado, diciendo: Es tiempo de que comience el juicio por la casa de Dios (1 Pe. 4, 17). Aquellos, por tanto, son verdaderamente rectos, que por amor de la patria superna están preparados para todas las adversidades de la vida presente. Pues los que temen padecer aquí males por los bienes eternos, evidentemente no son rectos. Pero Elifaz no estima que los rectos sean borrados, ni que los inocentes aquí perezcan, porque a menudo estos que sirven a Dios no por la esperanza de la gloria celestial, sino por la retribución terrena, ellos mismos se fingen lo que buscan; y presumiendo enseñar, cuando predican la seguridad terrena, muestran por todos sus trabajos lo que aman. Sigue:

CAPÍTULO XVIII

[Ant. y Rec. XV].

VERSÍCULOS 8, 9.---Antes bien vi a los que obran iniquidad, y siembran dolores, y los siegan, perecer al soplo de Dios, y ser consumidos por el espíritu de su ira.

35. Siembran dolores y los siegan. Por qué Dios a veces tolera a los malos, a veces los hiere pronto.---Sembrar dolores es decir cosas fraudulentas; segar dolores es prevalecer en el decir. O ciertamente siembran dolores los que obran perversamente; siegan dolores cuando son castigados por esa misma perversidad. Pues el fruto del dolor es la retribución de la condenación. Pero

cuando se añade inmediatamente que los que siembran dolores y los siegan perecen al soplo de Dios y son consumidos por el espíritu de su ira, en este lugar la siega del dolor no se muestra ya como pena, sino todavía como perfección de la iniquidad, porque por el espíritu de la ira divina se añade la pena de esa misma siega. Siembran, pues, aquí dolores y los siegan, porque son inicuas las cosas que hacen y prosperan en esa misma iniquidad; como se dice del inicuo por el Salmista: Sus caminos se polucionan en todo tiempo; se quitan tus juicios de su presencia, dominará a todos sus enemigos (Sal. 10, 5, sec. Heb.). De quien poco después se añade: Bajo su lengua trabajo y dolor (Ibid., 7). Siembra dolores, pues, cuando obra perversamente; siega dolores cuando por esas mismas perversidades crece temporalmente. ¿Cómo, pues, perecen al soplo de Dios los que generalmente se permite que subsistan aquí por largo tiempo y más felizmente que los justos? De aquí que de ellos se diga de nuevo por el Salmista: En los trabajos de los hombres no están, y con los hombres no serán azotados (Sal. 72, 5). De aquí Jeremías dice: ¿Por qué prospera el camino de los impíos? (Jer. 12, 1). Porque, como está escrito: El Señor es remunerador paciente (Eccli. 5, 4), a menudo tolera por largo tiempo a los que condena para siempre; pero a veces hiere pronto, quien acude para consolar la pusilanimidad de los inocentes. A veces, por tanto, Dios omnipotente permite que los inicuos prevalezcan por largo tiempo para que la vida de los justos se purifique más limpiamente. A veces, en

verdad, mata pronto a los injustos y confirma con su muerte los corazones de los inocentes. Pues si ahora hiriera a todos los que obran mal, ¿a quiénes exhibiría el juicio final? Si, en cambio, no hiriera a ninguno, ¿quién habría creído que Dios se cuida de las cosas humanas? A veces, por tanto, hiere a los inicuos para mostrar que no deja sin vengar los males. A veces, en verdad, tolera a los inicuos por largo tiempo para insinuar a los que consideran para qué juicio los reserva.

36. En qué sentido es falso y en qué sentido verdadero que los inicuos son borrados.---Esta sentencia, por tanto, de la desaparición de los inicuos, si no se dice generalmente de todos con el fin del mundo presente, es sin duda evacuada en gran parte por la virtud de la verdad. Pero entonces será verdadera cuando ya no haya dilación de la iniquidad. Lo cual quizá puede entenderse más rectamente de este modo: que ni el inocente perece ni el recto es borrado; porque aunque sea desgastado en la carne aquí, en presencia del juez eterno es reparado con la verdadera salud. And los que siembran dolores y los siegan perecen al soplo de Dios; porque cuanto más alto proficúan aquí obrando perversamente, tanto más duramente son heridos por la condenación subsiguiente. Pero cuando se antepone a la misma sentencia: Recuerda, evidentemente queda claro que se reduce a la mente una cosa pasada, no se anuncia una futura. Entonces, por tanto, Elifaz habría dicho con más verdad si hubiera creído que estas cosas sucedían generalmente de los inicuos en la última animadversión.

37. Se dice que Dios sopla aptamente cuando retribuye la venganza. Entonces aquel que en sí mismo es tranquilo, parece turbulento a los que perecen.---Pero esto de que se diga que Dios sopla, urge a que sea discernido más sutilmente. Nosotros, pues, cuando soplamos, atraemos el aire de las partes exteriores hacia dentro, y atraído hacia dentro lo devolvemos afuera. Se dice, pues, que Dios sopla en la retribución de la venganza porque desde las causas exteriores concibe hacia dentro el consejo del juicio, y desde el consejo interno emite hacia fuera la sentencia. Como si por el soplo de Dios algo fuera atraído desde fuera hacia dentro cuando mira fuera nuestros males y dispone dentro el juicio. Y de nuevo, como si por el soplo de Dios se emitiera el espíritu desde lo interior hacia fuera cuando desde el concepto interno del consejo se infiere exteriormente el juicio de la condenación. Bien, pues, se dice que los que siembran dolores perecen al soplo de Dios; porque de donde fuera hacen cosas perversas, de allí desde lo íntimo son rectamente heridos. O ciertamente, como se dice que Dios sopla porque también se añade inmediatamente el espíritu de su ira, con la apelación de aquel soplo puede designarse su misma animadversión. Nosotros, pues, cuando nos airamos, nos inflamamos por el soplo del furor. Para que se demuestre al Señor pensando en la venganza, se dice que sopla airándose; no porque Él mismo reciba en su naturaleza la vicisitud de la mutabilidad, sino porque tras larga paciencia, cuando ejecuta la venganza del pecador, aquel que en sí mismo es tranquilo

parece turbulento a los que perecen. La mente réproba, pues, porque mira al juez adverso a sus actos, se le muestra como conmovido, porque en presencia de Aquél ella misma se turba por su propio reato. Pero después de que amonestó como clementemente, añade abiertamente palabras de incremento, diciendo:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 10.---El rugido del león, y la voz de la leona, y los dientes de los cachorros de los leones, han sido quebrantados.

38. Duras palabras de Elifaz contra Job.---¿Pues qué llama rugido del león, sino, como poco antes premisamos, la severidad del varón? ¿qué la voz de la leona, sino la locuacidad de la cónyuge? ¿qué los dientes de los cachorros de los leones, sino la voracidad de la prole? Pues porque los hijos que banqueteaban fueron extinguidos, se significan por la expresión de los dientes. Todas las cuales cosas, mientras el rígido Elifaz se exulta de que han sido quebrantadas, las denuncia como si fueran justamente condenadas. Cuya dureza de reprensión todavía duplica, cuando añade:

CAPÍTULO XX.

VERS. 11.---El tigre pereció, porque no tenía presa, y los cachorros de los leones fueron dispersados.

39. El tigre, vario y rapaz, significa aptamente a los hipócritas.---¿A quién pues señala con el nombre de tigre, sino al bienaventurado Job

con la nota de la variedad, o salpicado con las manchas de la simulación? Pues todo simulador, en aquello que apetece parecer recto, no se muestra limpio por todas las cosas; porque mientras asume ciertas virtudes por la hipocresía, y secretamente se sujeta a los vicios, algunos vicios latentes brotan de repente en el rostro, y muestran el cuero de la simulación superpuesta, como de una visión, vario por su mezcla; de modo que frecuentemente sea admirable por qué un hombre, que se ve que descuella por tan grandes virtudes, sea también manchado por actos tan réprobos. Pero sin duda todo hipócrita es un tigre, porque mientras se saca un color limpio de la simulación, se varía por la negrura de los vicios que lo interrumpen. Pues a menudo, mientras se le ensalza por la limpieza de la castidad, se mancha con la suciedad de la avaricia. A menudo, mientras se muestra hermoso por la virtud de la largueza, se contamina con las manchas de la lujuria. A menudo, mientras se viste con el decoro de la castidad y de la largueza, como por celo de la justicia, se oscurece por la atrocidad de la crueldad. A menudo se viste de largueza, castidad y piedad a partir de una hermosa visión, pero se nota por la oscuridad de la soberbia infundida. Y así sucede que, entremezclados los vicios, mientras el hipócrita no muestra en sí una especie limpia, no puede de ningún modo tener, por así decirlo, un solo color de tigre. El cual tigre, a saber, arrebata la presa, porque usurpa para sí la gloria del favor humano. Pues el que se ensalza por la alabanza arrebatada, se sacia

como de una presa. Bien, además, se llama presa la alabanza de los hipócritas. Es presa, en efecto, cuando se quitan violentamente las cosas ajenas. Pero todo hipócrita, porque simulando la vida de justicia, arrebata para sí la alabanza de los justos, es ciertamente ajeno lo que quita. Elifaz, por tanto, porque supo que el bienaventurado Job en el tiempo de su incolumidad había hecho cosas dignas de alabanza, por la percusión subsiguiente creyó que él las había poseído por hipocresía, diciendo: El tigre pereció, porque no tenía presa. Como si dijera abiertamente: La variedad de tu simulación se ha extinguido, porque también se ha quitado la adulación de la alabanza; y ya tu hipocresía no tiene presa, porque herida por la divinidad, carece de los favores humanos.

40. El hormiga-león adumbra a los que son tímidos ante los más fuertes, audaces ante los pequeños.---Pero en la traducción de los Setenta intérpretes de ningún modo se dice tigre, sino: El hormiga-león (Myrmicoleon) pereció, porque no tenía presa. Pues el hormiga-león es un animal muy pequeño, adverso a las hormigas, que se esconde bajo el polvo, e interfiere a las hormigas que llevan granos, y a las interferidas las consume. Pero se llama Myrmicoleon en latín, o león de las hormigas, o ciertamente con más expresión hormiga y león a la vez. Rectamente, pues, se nombra hormiga y león, porque o para los volátiles, o para cualesquiera otros animales diminutos es hormiga, pero para las mismas hormigas es león. Pues a estas las devora como un león, pero por aquellos es devorado como una hormiga.

Cuando, por tanto, Elifaz dice: El hormiga-león pereció, ¿qué reprende en el bienaventurado Job bajo el nombre del hormiga-león, sino el pavor y la audacia? Como si le dijera abiertamente: No injustamente has sido herido, porque contra los erguidos fuiste tímido, contra los súbditos fuiste audaz. Como si dijera abiertamente: Contra los astutos te oprimió el miedo, contra los sencillos te infló la temeridad. Pero ya el hormiga-león no tiene prey, porque tu tímida elación, mientras es oprimida por los azotes, se ve prohibida de la lesión ajena. Pero porque hemos dicho que los amigos del bienaventurado Job mantienen la forma de los heréticos, urge necesariamente que íntimos cómo estas mismas palabras de Elifaz deben ser sentidas también típicamente.

CAPÍTULO XXI.

VERS. 10.---El rugido del león, y la voz de la leona, y los dientes de los cachorros de los leones, han sido quebrantados.

SENTIDO ALEGÓRICO.---41. Por la misma cosa se figuran diversas cosas en las Escrituras.---Porque la naturaleza de cada cosa se compone de diversidad, en el sagrado elocuio se figuran lícitamente diversas cosas por cualquier cosa. Pues el león tiene virtud, y tiene también crueldad. Por la virtud, por tanto, significa al Señor; por la crueldad, al diablo. Pues de aquí se dice del Señor: Venció el león de la tribu de Judá, la raíz de David (Apoc. 5, 5). De aquí se ha escrito del diablo: Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, rodea buscando a quién devorar (1 Pe.

5, 8). Con el nombre de leona se designa a veces a la santa Iglesia, a veces a Babilonia. Pues por lo mismo que es audaz contra las adversidades, la Iglesia es llamada leona; como se aprueba por las voces del mismo bienaventurado Job, quien, indicando a Judea abandonada por la Iglesia, dice: No la han pisado los hijos de los mercaderes, ni ha pasado por ella la leona (Job 28, 8). Pero a veces con el nombre de leona se expresa la ciudad de este mundo, esto es, Babilonia, la cual se embravece contra la vida de los inocentes por la inmanidad de su crueldad, la cual, asociada al antiguo enemigo como a un león crudelísimo, concibe las semillas de su perversa persuasión, y engendra de sí hijos réprobos a semejanza de aquél, como cachorros crueles. Pues los cachorros de los leones son cualesquiera réprobos, engendrados para una vida inicua por el error de los espíritus malignos: los cuales también todos juntos forman la ciudad universal del mundo, que antes dijimos, Babilonia, y sin embargo los mismos individuos, hijos de Babilonia, son llamados no leona, sino cachorros de leona. Pues como Sión toda ella junta es llamada Iglesia, pero los hijos de Sión se mencionan cada uno de los santos individualmente, así también los hijos de Babilonia son cada uno de los réprobos individualmente, y esa misma Babilonia son llamados todos los réprobos juntos.

42. Los santos temen las tentaciones; los heréticos, seguros de su propia santidad, las desprecian.---Pero los varones santos, mientras están en esta vida, se custodian a sí mismos con solicita

circunspección, para que el león que ronda no los arrebate acechando, esto es, que el antiguo enemigo no los mate bajo alguna imagen de virtud; para que la voz de la leona no estrépito en sus oídos, esto es, para que la gloria de Babilonia no aparte el sentido del amor a la patria celestial; para que los dientes de los cachorros de los leones no muerdan, esto es, para que la persuasión de los réprobos no convalezca en el corazón. Pero, por el contrario, los heréticos ya están como seguros de su santidad, porque sospechan que han superado todas las cosas por los méritos de su vida. Por lo cual también ahora se dice: El rugido del león, y la voz de la leona, y los dientes de los cachorros de los leones, han sido quebrantados. Como si se dijera abiertamente: Nosotros, por tanto, no somos desgastados por ningún azote, porque pisoteamos tanto la virtud del antiguo enemigo, como la codicia de la gloria terrenal, y las persuasiones de todos los réprobos, superándolas por los méritos de nuestra vida. Por lo cual todavía se añade:

CAPÍTULO XXII.

VERS. 11.---El tigre pereció, porque no tenía presa, y los cachorros de los leones fueron dispersados.

43. Satán es rectamente llamado tanto león, como tigre y hormiga-león. Los heréticos se glorían como de un Satán vencido.---Repite con el vocablo de tigre a aquel que señaló con la apelación de león. Pues Satán es llamado león por su crueldad, y no incongruentemente es llamado ti-

gre por la variedad de su multiforme astucia. Pues ahora se presenta a los sentidos humanos tal como es, perdido; ahora se muestra como un ángel de luz. Ahora, halagando, persuade a las mentes de los necios; ahora, aterrorizando, las arrastra a la culpa. Ahora se esfuerza abiertamente por persuadir a los vicios; ahora, en sus sugestiones, se encubre bajo la apariencia de la virtud. Esta bestia, por tanto, que está salpicada de tan gran variedad, es llamada con justicia tigre, la cual en los Setenta intérpretes, como ya hemos dicho, se llama hormiga-león (Myrmicoleon). El cual animal, a saber, escondido en el polvo, mata a las hormigas, como hemos dicho, que llevan granos; porque ciertamente el ángel apóstata, arrojado de los cielos a la tierra, asedia las mentes de los justos, que se preparan el refrigerio de las buenas obras, en el mismo camino de la acción; y cuando los vence por medio de asechanzas, los mata imprevistos como hormigas que llevan granos. Rectamente se llama hormiga-león, esto es, león y hormiga. Pues para las hormigas, como hemos dicho, es león, pero para los volátiles es hormiga; porque ciertamente el antiguo enemigo, así como es fuerte contra los que consienten, así es débil contra los que resisten. Pues si se presta asentimiento a sus sugestiones, de ningún modo puede ser tolerado como león; pero si se le resiste, es desgastado como hormiga. Para unos, pues, es león, para otros hormiga; porque las mentes carnales apenas toleran su crueldad, pero las espirituales pisotean su enfermedad con el pie de la virtud. Los heréticos, por tanto,

porque se enorgullecen por la presunción de santidad, dicen como exultando: El hormiga-león, o ciertamente el tigre, pereció, porque no tenía presa. Como si dijeran abiertamente: El antiguo adversario no tiene presa en nosotros, porque en cuanto a nuestros estudios ya yace vencido. Pero por esto se repite con la apelación de hormiga--león o de tigre el que ya había sido designado por el rugido quebrantado del león, porque todo lo que se dice por gozo, a menudo se replica. Pues el ánimo redobla sus voces cuando exulta. Por lo cual también con verdadera alegría el Salmista repite frecuentemente esto, que supo que había sido escuchado, diciendo: Escuchó el Señor la voz de mi llanto; escuchó el Señor mi deprecación; el Señor acogió mi oración (Salm. 6, 9, 10).

44. Los santos se alegran con temor de los vicios domados. Los hipócritas, aunque superen uno solo, se creen perfectos.---Pero los varones santos, cuando se alegran de haberse visto librados de ciertos vicios, se conmueven con gran temor incluso en esa misma exultación; porque aunque ya se han visto librados de la borrasca de cualquier tempestad, saben sin embargo que están todavía en las dudosas olas del mar incierto: y así exultan en la esperanza, que tiemblan de pavor; así tiemblan de pavor, que exultan en la confianza de la esperanza. Por lo cual se dice por el mismo Salmista: Servid al Señor con temor, y exultad ante Él con temblor (Salm. 2, 11). Pero al contrario, los que se hinchan por la apariencia de santidad, cuando superan cualquier vicio, pronto elevan su mente a la soberbia, y se glorían como

de la perfección de su vida; y porque quizá una vez fueron librados del peligro de la tempestad, ya olvidan que están navegando en el mar: se estiman grandes en todo, y piensan que han vencido al antiguo adversario de raíz; miran por debajo de sí a todos, porque juzgan que superan a todos por la sabiduría. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO XXIII.

VERS. 12.---Además, me fue dicha una palabra escondida.

45. Los heréticos afectan una doctrina nueva y oculta, por qué.---Los heréticos simulan que oyen una palabra escondida para inducir en las mentes de los oyentes cierta reverencia por su predicación. Por lo cual también predican latente, en cuanto que su predicación parezca tan santa cuanto es oculta. Pero rehúyen tener el conocimiento común, para no ser estimados iguales a los demás; y siempre buscan algunas cosas nuevas que, mientras los otros las ignoran, ellos se glorían ante las mentes de los inexpertos por la singularidad de su ciencia. La cual, como dijimos, insinúan como oculta porque, a saber, para poder mostrarla como admirable, confirman haberla percibido latente. Por lo cual, en Salomón, la mujer que mantiene la figura de los heréticos dice: Las aguas furtivas son más dulces, y el pan escondido es más suave (Prov. 9, 17). Por lo cual aquí también se añade: Y como furtivamente recibió mi oído las venas de su susurro. Perciben furtivamente las venas del susurro porque, desertando de la gracia de la ciencia social, de ningún

modo entran a ella por la puerta, atestiguándolo el Señor, que dice: El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador (Jn. 10, 1, 2). Recibe, pues, furtivamente las venas del susurro divino aquel que, para percibir la noticia de su virtud, abandonada la puerta de la predicación pública, busca las rendijas de la inteligencia depravada. Pero porque el ladrón y salteador, que entra por otra parte, ama las tinieblas y aborrece la claridad de la luz, rectamente se añade:

CAPÍTULO XXIV.

VERS. 13.---En el horror de una visión nocturna, cuando el sopor suele ocupar a los hombres.

46. Para mostrar que son elevadas las cosas que enseñan, declaran que apenas las captan. Ahora se ensalzan por la singularidad de su sabiduría.---A menudo los heréticos, mientras intentan decir cosas más elevadas, son ellos mismos testigos para sí de que las cosas que profieren no son verdaderas. Pues en la visión nocturna se discierne dudosamente. Afirman, pues, haber percibido las rendijas del susurro en el pavor de una visión nocturna porque, para mostrar a los otros que lo que enseñan es elevado, denuncian que ellos mismos apenas pueden captarlo. Pero de aquí ha de colegirse cómo podrán ser ciertas para los oyentes las cosas que ellos mismos vieron dudosamente. Por un orden admirable, pues, cuando fluyen hablando cosas elevadas, quedan ligados por las mismas voces de su altura en la manifestación de su necedad. Pero cuánto se ele-

van por la singularidad de su sabiduría, se muestra cuando inmediatamente se añade: Cuando el sopor suele ocupar a los hombres. Como si se dijera abiertamente por los heréticos: Cuando los hombres duermen abajo, nosotros vigilamos para percibir las cosas celestiales, porque nos son conocidas aquellas cosas para cuyo conocimiento, a saber, los corazones torpes de los demás hombres no se elevan. Como si dijeran más claramente: En aquello en que nuestra inteligencia se erige, el sentido del resto de los hombres duerme. Pero a veces, cuando ven que esto es despreciado por el oyente, simulan que ellos mismos temen lo que dicen. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO XXV.

VERS. 14.---El pavor me ocupó y el temblor, y todos mis huesos se aterrorizaron.

47. Ahora se simulan pavidos.---Pues porque apetecen parecer admirables por la altura de su doctrina, como que temen mucho las cosas que fingen; y como es de menor trabajo oír que decir, son audaces para proferir aquellas cosas que, a saber, sostienen porque ellos mismos apenas pudieron oírlas. Por lo cual todavía se añade:

CAPÍTULO XXVI.

VERS. 15, 16.---Y cuando un espíritu pasaba delante de mí, se erizaron los pelos de mi carne; se detuvo uno cuyo rostro yo no reconocía.

48. Ahora fingen haber conocido en sí cosas incomprensibles.---Para indicar que han conoci-

do cosas incomprensibles, narran que un espíritu no se detuvo, sino que pasó delante de ellos; y simulan haber visto un rostro desconocido para mostrar que ellos son conocidos por aquel que no puede ser conocido por la mente humana. Donde todavía se añade:

CAPÍTULO XXVII.

VERS. 16.---Una imagen ante mis ojos, y oí una voz como de una brisa ligera.

49. No pueden contemplar a Dios espiritualmente, ni sin embargo siempre yerran. Hablan algunas cosas verdaderas y sublimes.---A menudo los heréticos se imaginan a Dios de modo fantasioso, a quien no pueden contemplar espiritualmente; y pretenden oír su voz como de una brisa ligera, porque se gozan de ser como más familiares que los demás para conocer sus secretos. Pues no enseñan aquellas cosas que Dios habla públicamente, sino las que son como inspiradas latente en su oído. Estas cosas, por tanto, hemos dicho, para que íntimos más íntimamente qué debe sentirse bajo la apariencia de los heréticos en los sermones de Elifaz. Pero como los amigos del bienaventurado Job no serían amigos de tan gran varón si no hubieran aprendido manifiestamente algo de la verdad, porque aunque yerran en las sentencias de corrección, sin embargo en el conocimiento de la verdad no tropiezan del todo: repliquemos estas mismas palabras un poco más arriba, para que discernamos más sutilmente cómo aquellas cosas que se dicen sobre la percepción de la verdad, pueden ser proferi-

das verazmente por los que sienten rectamente. Pues a veces los heréticos hablan algunas cosas verdaderas y sublimes, no porque ellos mismos las perciban divinamente, sino porque las han aprendido de la contienda de la santa Iglesia; ni las atraen al provecho de la conciencia, sino a la ostentación de la ciencia. Por lo cual sucede la mayoría de las veces que dicen cosas elevadas por saberlas, pero no las saben por vivirlas. Sea, pues, desde la apariencia de los heréticos, a saber, de los que poseen no la vida de la ciencia sino las palabras, o ciertamente desde la persona de los amigos del bienaventurado Job, quienes por el conocimiento de la verdad pudieron sin duda experimentar percibiendo lo que se esforzaron por expresar enseñando, discutamos estas mismas cosas que hemos recorrido, dichas más sutilmente; para que mientras se discute solícitamente el sermón de Elifaz, se demuestre de cuán gran ciencia fue; aunque en esa misma ciencia no mantuvo la humildad, el que se arrogó especialmente para sí el bien común. Pues dice:

CAPÍTULO XXVIII.

VERS. 12.---Además, me fue dicha una palabra escondida.

SENTIDO ALEGÓRICO.---50. La palabra escondida, el Hijo de Dios, o la locución del Espíritu Santo. Ésta es percibida por pocos. Puede sentirse, no expresarse.---Pues el Hijo invisible es llamado la palabra escondida, de quien dice Juan: En el principio era el Verbo. El cual también él mismo insinúa como escondido cuando añade:

Y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Pero esta palabra escondida se dice a las mentes de los elegidos cuando el poder del Hijo unigénito se manifiesta a los creyentes. Puede también entenderse por la palabra escondida la alocución de la aspiración íntima; de la cual dice Juan: Su unción os enseña sobre todas las cosas (1 Jn. 2, 27). La cual aspiración, a saber, tocando eleva la mente humana, y deprimiendo los pensamientos temporales, la inflama con deseos eternos, para que ya nada le plazca sino lo que es celestial, y desprecie todas las cosas que resuenan abajo desde la corrupción humana. Oír la palabra escondida, por tanto, es concebir en el corazón la locución del Espíritu Santo. La cual ciertamente no puede conocerse sino por aquel por quien puede poseerse. Por lo cual también por la voz de la Verdad se dice sobre esta locución escondida: Yo rogaré al Padre, y os dará otro Paráclito, para que permanezca con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir (Jn. 14, 16). Pues como el mismo Paráclito tras la ascensión del Mediador, otro consolador del género humano, es invisible en sí mismo; así enciende a todo aquel a quien haya llenado para desear las cosas invisibles. Y puesto que los corazones mundanos solo aman las cosas visibles, el mundo no lo recibe, porque no se eleva a amar las cosas invisibles. Pues las mentes seculares, cuanto más se dilatan fuera por los deseos, tanto más angostan el seno del corazón para su recepción. Y puesto que son muy pocos en el género humano los que, purgados de la suciedad de los deseos

temporales, se dilatan por esta misma purga para la percepción del Espíritu Santo, esta palabra se llama escondida porque aquello es percibido sin duda en el corazón por algunos, lo cual es ignorado por la mayor parte de los hombres. O ciertamente esta misma aflación del Espíritu Santo es la palabra escondida, porque puede sentirse, pero no puede expresarse por el estrépito de la locución. Cuando, por tanto, la aspiración divina sin estrépito eleva la mente, se oye la palabra escondida, porque el sermón del Espíritu suena silenciosamente en el oído del corazón. Por lo cual también se añade:

CAPÍTULO XXIX

[Rec. XX].

IBID.---Y como furtivamente recibió mi oído las venas de su susurro.

51. Busca una mente abstraída de lo visible. De cuántos modos diversos le habla.---El oído del corazón recibe las venas del susurro celestial furtivamente, porque la mente, inspirada, conoce la sutileza de la locución íntima tanto rápida como ocultamente. Pues si no se esconde de los deseos exteriores, no penetra en los internos. Y se oculta para oír, y oye para ocultarse; porque sustraída de lo visible, contempla lo invisible, y llena de lo invisible, desprecia perfectamente lo visible. Debe notarse, sin embargo, que no dice: "Como furtivamente recibió mi oído su susurro"; sino "las venas de su susurro". Pues el susurro de la palabra oculta es esta misma locución de la

aspiración interna. Pero las venas del susurro se llaman los orígenes de las causas por las cuales esta misma aspiración es conducida a la mente. Pues Dios abre, por así decirlo, las venas de su susurro cuando nos insinúa latente mente de qué modos llega al oído de nuestra inteligencia. Pues a veces nos toca con amor, a veces con terror; a veces muestra cuán nada son las cosas presentes, y eleva el deseo de amar lo eterno; a veces indica primero lo eterno, para que después lo temporal se envilezca. A veces nos abre nuestros propios males, y nos extiende hasta esto, a que nos dolamos incluso de los males ajenos. A veces pone ante nuestros ojos los males ajenos, y maravillosamente nos corrige de nuestra depravación, tocados por la compunción. Oír las venas del susurro divino furtivamente, por tanto, es reconocer tenuemente y de forma latente los modos ocultos de la aspiración divina.

52. Dios nos susurra, porque no se manifiesta plenamente. A través de las obras creadas, como por ciertas rendijas, se ofrece para ser admirado.---Aunque todavía podemos entender de otro modo o el susurro, o las venas del susurro. Pues el que susurra habla ocultamente, y no expresa su voz, sino que la imita. Nosotros, por tanto, mientras estamos presionados por la corrupción de la carne, de ningún modo vemos la claridad de la potencia divina tal como permanece en sí misma inmutable: porque el filo de nuestra debilidad no soporta aquello que brilla intolerablemente sobre nosotros desde el rayo de su eternidad. Cuando, por tanto, Dios omnipotente se nos indica por

las rendijas de la contemplación, de ningún modo nos habla, sino que nos susurra, porque aunque no se nos íntima plenamente, manifiesta sin embargo algo de sí mismo a la mente humana. Pero entonces ya no susurra, sino que habla, cuando su especie cierta se nos revela. De aquí es, pues, lo que en el Evangelio dice la Verdad: "Claramente os anunciaré acerca del Padre" (Juan 16, 26). De aquí dice Juan: "Le veremos tal como es" (1 Juan 3, 2). De aquí dice Pablo: "Entonces conoceré como también soy conocido" (1 Cor. 13, 12). Pero ahora el susurro divino tiene para nosotros tantas venas cuantas obras creadas preside la divinidad misma. Pues mientras vemos todas las cosas que han sido creadas, nos elevamos en la admiración del creador. Pues así como el agua que fluye suavemente es buscada a través de las rendijas de las venas para que aumente, y se vierte tanto más vastamente cuanto más abiertas encuentre las venas; así nosotros, mientras recogemos estudiosamente el conocimiento de la divinidad a partir de la consideración de su criatura, abrimos, por así decirlo, las venas de aquel susurro para nosotros; porque por lo que vemos hecho, admiramos la virtud del hacedor; y por aquello que está en público, emana hacia nosotros lo que late en lo oculto. Pues estalla para nosotros como por un cierto sonido, mientras nos muestra sus obras que deben ser consideradas, en las cuales se indica de algún modo a sí mismo, mientras manifiesta cuán incomprensible es. Porque, por tanto, no podemos considerarle dignamente, no oímos su voz, sino apenas un susurro. Pues porque no

somos suficientes para sopesar plenamente ni siquiera las mismas cosas que han sido creadas, con razón se dice: "Y como furtivamente recibió mi oído las venas de su susurro". Expulsados, en efecto, de los gozos del paraíso, y castigados con la pena de la ceguera, apenas aprehendemos las venas del susurro, porque también nosotros pensamos sus obras admirables rápida y tenuemente. [Vet. XXI] Pero debe saberse que cuanto más considera la mente elevada su virtud, tanto más teme su rectitud, al verse reprimida. Por lo cual también se añade rectamente:

CAPÍTULO XXX

[Rec. XXI].

VERS. 13.---En el horror de una visión nocturna.

53. La mente tanto más tiembla por sus propios hechos, cuanto más alto se eleva hacia Dios. De aquí que tema y ame más a Dios.---El horror de la visión nocturna es el pavor de la contemplación oculta. Pues la mente humana, cuanto más alto se eleva para considerar las cosas eternas, tanto más gravemente teme, estremecida, por sus hechos temporales; porque tanto más verdaderamente se ve culpable, cuanto más contempla haber discrepado de aquella luz que centellea sobre ella; y así sucede que, iluminada, teme más, porque ve más por cuántas cosas discorda de la regla de la verdad; y su propio progreso la sacude con grave temor, ella que antes, como más segura, no veía nada. Aunque por mucha virtud que haya

progresado, no comprende ya algo manifiesto de la eternidad, sino que todavía contempla bajo una cierta calina de imaginación. De donde también esto mismo se llama visión nocturna. En la noche, en efecto, como dijimos antes, vemos dudosamente; pero en el día vemos constantemente. Porque, por tanto, para contemplar el rayo del sol interno, se interpone la nube de nuestra corrupción, y no estalla aquel luz inmutable, tal como es, para los ojos débiles de nuestra mente; todavía vemos a Dios como en una visión nocturna, cuando sin duda alguna estamos nublados bajo una contemplación incierta. Pero aunque la mente haya concebido algo último sobre Él, sin embargo, en la consideración de su magnitud se horroriza, y teme más, porque se siente impar ante esos mismos vestigios de su contemplación, y habiendo recaído en sí misma, lo ama más estrechamente, pues no pudiendo soportar su admirable dulzura, apenas la ha gustado bajo esta visión incierta. Pero porque al culmen de esta elevación no se llega de ningún modo si antes no se reprime la turba de los deseos carnales que resuena importunamente, se añade rectamente:

CAPÍTULO XXXI

[Rec. XXII].

IBID.---Cuando el sopor suele ocupar a los hombres.

54. A la contemplación no se llega si no es sosegando los deseos carnales. El sueño se toma de tres modos.---Quienquiera que apetece hacer

las cosas que son del mundo, está como despierto; pero quienquiera que, buscando la quietud interna, huye del estrépito de este mundo, está como dormido. Pero primero debe saberse que en la Sagrada Escritura el sueño, puesto figuradamente, se toma de tres modos. Pues a veces por el sueño se expresa la muerte de la carne, a veces el torpor de la negligencia, y a veces la quietud de la vida, pisoteados los deseos terrenales. Pues con el nombre de sueño o dormición se intima la muerte de la carne, como dice Pablo: "No quiero que ignoréis, hermanos, sobre los que duermen". Y poco después: "Así también Dios traerá con Él a los que durmieron por Jesús" (1 Tes. 4, 13-14). Por el sueño, por otra parte, se designa el torpor de la negligencia, como dice el mismo Pablo: "Ya es hora de que nosotros surjamos del sueño" (Rom. 13, 11). Y de nuevo: "Despertad, justos, y no queráis pecar" (1 Cor. 15, 34). Por el sueño también se figura la quietud de la vida, pisoteados los deseos de la carne, como se dice por la voz de la esposa en el Cantar de los Cantares: "Yo duermo, y mi corazón vigila" (Cant. 5, 2); porque, a saber, la mente santa, cuanto más se reprime del estrépito de la concupiscencia temporal, tanto más verdaderamente conoce las cosas internas; y tanto más alacremente vigila hacia lo íntimo, cuanto más se oculta de la inquietud exterior. Lo cual se figura bien por Jacob durmiendo en el camino (Gén. 28, 11), que puso una piedra por cabecera y se durmió: vio una escala que desde la tierra llegaba al cielo, al Señor apoyado en la escala, y también ángeles que subían y bajaban. Dormir en el camino, en

efecto, es descansar del amor a las cosas temporales en este tránsito de la vida presente. Dormir en el camino es cerrar los ojos de la mente al apetito de lo visible en el curso de los días que pasan: ojos que el seductor abrió a los primeros hombres, diciendo: "Sabe Dios que en cualquier día que comiereis de él, se abrirán vuestros ojos" (Gén. 3, 5). Por lo cual también poco después se añade: "Tomó de su fruto y comió; y dio a su marido, que comió, y se abrieron los ojos de ambos". La culpa, en efecto, abrió los ojos de la concupiscencia, que la inocencia mantenía cerrados. Ver a los ángeles subir y bajar es contemplar a los ciudadanos de la patria celestial, ya sea con cuánto amor se adhieren a su autor por encima de sí mismos, o con cuánta compasión de caridad descienden hasta nuestras flaquezas.

55. Para la contemplación no basta con descansar de las acciones del mundo, si no se ejercitan también las virtudes.---Y debe notarse mucho que ve a los ángeles aquel que duerme poniendo la cabeza sobre una piedra; porque sin duda penetra en lo interno aquel que, cesando de las obras exteriores, observa con mente atenta, que es la parte principal [Griego, *to hegemonikon*] del hombre, la imitación de su redentor. Poner la cabeza sobre una piedra, en efecto, es adherirse con la mente a Cristo. Pues quienes están alejados de la acción de la vida presente, pero no son arrebatados por ningún amor hacia lo celestial, pueden dormir, pero no pueden ver a los ángeles; porque desprecian mantener la cabeza sobre la piedra.

[Vet. XXII.] Pues hay algunos que huyen de las acciones del mundo, pero no se ejercitan en ninguna virtud. Estos, por cierto, duermen por torpor, no por estudio; y por ello no contemplan lo interno, porque no han puesto la cabeza sobre la piedra sino en la tierra. A los cuales les sucede con frecuencia que, cuanto más seguros cesan de las acciones externas, tanto más ampliamente amontonan en sí el estrépito de pensamientos impuros por el ocio. Por lo cual, bajo la especie de Judea, el Profeta llora el alma torpe por el ocio, cuando se dice: "La vieron los enemigos, y se burlaron de sus sábados" (Lam. 1, 7). Pues por el precepto de la ley se cesa del trabajo exterior en el sábado. Los enemigos, por tanto, al ver los sábados se burlan, cuando los espíritus malignos atraen los mismos ocios de la vacación hacia pensamientos ilícitos; de modo que cada alma, cuanto más se cree que sirve a Dios alejada de las acciones externas, tanto más sirve a la tiranía de ellos pensando cosas ilícitas. Pero los hombres santos, que no por torpor, sino por virtud, son sosegados de las obras del mundo, duermen más laboriosamente de lo que pudieron vigilar, porque en aquello que superan al desertar las acciones de este siglo, luchan diariamente con robusto conflicto contra sí mismos, para que la mente no se entorpezca por la negligencia, para que sometida al ocio no se enfríe hacia deseos impuros, para que en los mismos deseos buenos no se enfervorice más de lo justo, para que bajo la especie de discreción, perdonándose a sí misma, no lánguida de la perfección. Hace esto, y

se sustrae íntimamente de la inquieta concupiscencia de este mundo, y deserta el estrépito de las acciones terrenales, e intenta las virtudes por el estudio de la quietud, duerme vigilando. Pues no es conducida a contemplar lo interno si no se sustrae estudiosamente de aquellas cosas que implican exteriormente. De aquí es, pues, lo que por sí misma dice la Verdad: "Nadie puede servir a dos señores" (Mat. 6, 24). De aquí dice Pablo: "Nadie que milite para Dios se implica en negocios seculares, para agradar a aquel a quien se ha probado" (2 Tim. 2, 4). De aquí, por el Profeta, el Señor amonesta diciendo: "Vacad, y ved que yo soy Dios" (Sal. 46, 11). Puesto que, por tanto, de ningún modo se contempla la noticia interna si no se cesa de la implicación externa, rectamente se expresa ahora el tiempo de la palabra escondida y del susurro divino, cuando se dice: "en el horror de la visión nocturna, cuando el sopor suele ocupar a los hombres", porque sin duda nuestra mente de ningún modo es arrebatada a la fuerza de la contemplación íntima si no es sosegada antes estudiosamente del tumulto de los deseos terrenales. Pero el ánimo humano, elevado por una cierta máquina de su contemplación, cuanto más altas ve las cosas por encima de sí, tanto más terriblemente tiembla en sí mismo. Por lo cual también se añade aptamente:

CAPÍTULO XXXII

[Rec. XXIII].

VERS. 14.---El pavor se apoderó de mí, y el temblor, y todos mis huesos se aterraron.

56. Cuanto más alto contemplamos la rectitud de Dios, tanto más tememos por la nuestra.---¿Qué se significa por los huesos, sino los actos fuertes? De los cuales también se dice por el Profeta: "El Señor custodia todos sus huesos" (Sal. 34, 20). Y a menudo los hombres estiman que aquellas cosas que hacen son de algún momento, porque ignoran cuán sutil es el juicio del rigor íntimo. Pero cuando, arrebatados por la contemplación, contemplan lo celestial, se licuan de algún modo de aquella misma seguridad de su presunción; y tanto más tiemblan en la presencia divina, cuanto más sopesan que ni siquiera sus buenas obras son dignas del examen de Aquel a quien contemplan. De aquí es, en efecto, que aquel que había progresado operando cosas fuertes, elevado por el espíritu, clamaba: "Todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién semejante a ti?" (Sal. 35, 10). Como si dijera: Mis carnes no tienen palabras, porque mis debilidades callan profundamente ante ti; pero mis huesos dicen la alabanza de tu grandeza, porque incluso aquello que creí que era fuerte en mí, tiembla ante tu consideración. De aquí es que Manué, temiendo ante la visión del ángel, dice: "Moriremos de muerte, porque hemos visto al Señor" (Jueces 13, 22). A quien su mujer consuela al instante, diciendo: "Si el Señor nos quisiera matar, no habría recibido de nuestras manos el holocausto y las libaciones" (Ibíd., 23). ¿Qué es, pues, que ante la visión del ángel el varón se vuelve tímido y la mujer audaz,

sino que, cuantas veces se nos muestran las cosas celestiales, el espíritu ciertamente se sacude con pavor, pero sin embargo la esperanza presume? Pues de allí la esperanza se eleva para atreverse a cosas mayores, de donde el espíritu se turba, porque ve primero las cosas que son celestiales. [Vet. XXIII.] Puesto que, por tanto, cuando la mente elevada contempla lo más alto de los secretos celestiales, toda la solidez de las fuerzas humanas tiembla, rectamente se dice ahora: "El pavor se apoderó de mí, y el temblor, y todos mis huesos se aterraron". Como si se dijera abiertamente: Percibiendo los arcanos de la sutileza íntima, de donde me creí fuerte ante mí mismo, de allí titubeé ante la presencia del juez. Pues contemplando el rigor de la justicia divina, con razón tememos incluso por esas mismas obras que pensábamos haber hecho con fortaleza. Pues nuestra rectitud, conducida a la regla interna, si encuentra un juicio riguroso, choca contra la rectitud íntima con muchos senos de sus torceduras. Por lo cual Pablo, bien, cuando se veía tener los huesos de las virtudes, y sin embargo bajo el riguroso examen estos mismos huesos suyos temblaban, dijo: "Para mí es lo de menos ser juzgado por vosotros, o por día humano." Ni siquiera yo mismo me juzgo; pues de nada soy consciente (1 Cor. 4, 3). Pero porque, oídas las venas del susurro divino, estos mismos huesos suyos temblaron, al punto añadió: "Pero no por esto estoy justificado; el que me juzga es el Señor." Como si dijera: Recuerdo haber obrado rectamente, y sin embargo no presumo de mis méritos, porque nuestra vida es conducida a su

examen, bajo el cual se turban incluso los huesos de nuestra fortaleza.

57. La gracia de la contemplación no es duradera.---Pero cuando la mente se suspende en la contemplación, cuando superando las angustias de la carne, escudriña a través de la fuerza de la especulación algo de la libertad de la seguridad íntima, no puede estar mucho tiempo sobre sí misma; porque aunque el espíritu la eleve a lo sumo, la carne sin embargo la oprime hacia abajo por el mismo peso de su corrupción. Por lo cual también se añade:

CAPÍTULO XXXIII.

VERS. 15.---Y al pasar el espíritu delante de mí, se erizaron los pelos de mi carne.

58. Conocemos ciertamente lo invisible, pero de pasada.---Delante de nosotros pasa el espíritu, cuando conocemos lo invisible, y sin embargo no vemos esto de forma sólida, sino de pasada. Pues la mente no se fija mucho tiempo en la suavidad de la contemplación íntima, porque es devuelta a sí misma por la misma inmensidad de la luz que la reverbera. Y cuando gusta la dulzura interna, arde de amor, intenta ir sobre sí misma, pero recae fracturada hacia las tinieblas de su flaqueza; y progresando con gran virtud, ve que no puede ver eso que ardientemente ama, y sin embargo no lo amaría ardientemente si no lo viera en alguna medida. No está, pues, sino que pasa el espíritu, porque nuestra contemplación nos abre la luz celestial cuando la anhelamos, y pronto la esconde cuando flaqueamos. Y porque en esta

vida, por mucha virtud que uno haya progresado, siente todavía sin embargo el estímulo de su corrupción: "Pues el cuerpo que se corrompe agrava el alma, y la morada terrenal deprime el sentido que piensa muchas cosas" (Sab. 9, 15), con razón se añade: "Se erizaron los pelos de mi carne".

[Rec. XXIV.] 59. Nadie es aquí tan perfecto que no le nazca siempre algo que deba ser cercenado.---Pues los pelos de la carne son cualquier superfluidad de la corrupción humana. Los pelos de la carne son los pensamientos de la vida vieja, que cercenamos de la mente de tal modo que no nos fatigue ningún dolor por su pérdida. Bien se dice, por cierto, por Moisés: "Que los levitas rasuren todos los pelos de su carne" (Núm. 8, 7). Pues levita se llama el "asumido". Conviene, pues, que los levitas rasuren todos los pelos de la carne, porque aquel que es asumido en los obsequios divinos, debe aparecer limpio ante los ojos de Dios de todos los pensamientos de la carne, para que la mente no produzca pensamientos ilícitos, y vuelva deforme la bella especie del alma como por pelos que brotan. Pero por mucha virtud de santa conversación que haya elevado a alguien, como hemos dicho, todavía le nace de la vetustez de la vida algo que debe ser tolerado. Por lo cual también se mandó rasurar los mismos pelos de los levitas, no arrancarlos. Pues rasurados los pelos, las raíces permanecen en la carne, y crecen de nuevo para ser cercenadas, porque con gran estudio deben ser amputados los pensamientos superfluos, pero sin embargo de ningún modo pueden ser amputados del todo. Pues siempre

la carne genera superfluidades que siempre el espíritu cercena con el hierro de la solicitud. Pero sin embargo vemos estas cosas en nosotros más sutilmente entonces, cuando penetramos en lo alto de la especulación. Por lo cual rectamente se dice ahora: "Al pasar el espíritu delante de mí, se erizaron los pelos de mi carne".

[Vet. XXIV.] 60. Estas cosas las cercena más solícitamente la mente dedicada a la contemplación, y así casi fija al Espíritu, aunque no lo retiene mucho tiempo.---Pues la mente humana, elevada en la cima de la contemplación, tanto más duramente se tortura a sí misma por las superfluidades, cuanto más sutil contempla que es aquello que ama; y cuando intuye lo bello que desea por encima de sí, juzga rigurosamente cualquier cosa débil en sí que antes toleraba tranquilamente. Al pasar el espíritu, pues, los pelos temen, porque ante la fuerza de la compunción huyen los pensamientos superfluos, de modo que nada fluido, nada ya remiso agrade, porque la severidad de la visitación íntima inflama la mente inspirada incluso contra sí misma. Y cuando esto que nace ilícitamente en el corazón es cercenado por una continua rigurosidad, sucede frecuentemente que la mente vivificada se adhiere un poco más ampliamente al rayo de su especulación, y casi fija al espíritu que pasaba. Y sin embargo, esta misma demora de la contemplación no abre plenamente la fuerza de la Divinidad, porque su inmensidad trasciende las fuerzas humanas aun aumentadas y elevadas. Por lo cual también se añade bien:

CAPÍTULO XXXIV

[Rec. XXV].

VERS. 16.---Se detuvo uno, cuyo rostro no reconocía.

61. El hombre, hecho totalmente carnal por el pecado, no piensa sin imágenes de los cuerpos. Quién sin estas perciba su alma, y después a Dios.---Pues no decimos "un cierto" (quidam), sino de aquel a quien ciertamente no queremos o no podemos expresar. Pero con qué ánimo se dice en este lugar "un cierto", se expone a saber cuando al punto se añade: "Cuyo rostro no reconocía". Pues el alma humana, expulsada de los gozos del paraíso por el vicio de los primeros hombres, perdió la luz de lo invisible, y se volcó toda ella en el amor de lo visible; y tanto más se cegó de la especulación interna, cuanto más deformemente se dispersó fuera; de donde sucede que no conoce sino aquellas cosas que conoce, por así decirlo, palpando con los ojos corporales. Pues el hombre, que si hubiera querido guardar el precepto, habría de ser espiritual incluso en la carne, pecando se hizo carnal incluso en la mente, de modo que solo piensa aquello que atrae al ánimo por las imágenes de los cuerpos. Pues cuerpo es el del cielo, de la tierra, de las aguas, de los animales, y de todas las cosas visibles, las cuales contempla incesantemente, en las cuales, mientras la mente deleitada se proyecta toda ella, se vuelve gruesa por la sutileza de la inteligencia interna; y porque ya no puede elevarse a lo sumo, yace de buena gana débil en estas cosas. Pero

cuando con admirables esfuerzos intenta surgir de estas, es algo muy grande si, reprimida la especie corporal, el alma es conducida al conocimiento de sí misma; para que se piense a sí misma sin imagen corpórea, y pensándose a sí misma, se prepare un camino hasta considerar la sustancia de la eternidad.

[Vet. XXV.] 62. Cuánto dista el alma humana de la sustancia divina. Si aún no percibe qué es Dios, al menos percibe qué no es.---De este modo, pues, se exhibe a sí misma como una cierta escala, por la cual ascendiendo de lo exterior pase a sí misma, y de sí tienda al Autor. Pues cuando deserta las imágenes corpóreas, viniendo la mente a sí misma, asciende no poco. Pero aunque sea incorpórea el alma, porque sin embargo se adhiere al cuerpo, se reconoce por su propia cualidad, la cual es retenida en el lugar de la carne. La cual, mientras olvida lo sabido, conoce lo ignoto, recuerda lo mandado al olvido, se alegra tras lo triste, se abate tras lo alegre: por su misma diversidad indica cuánto dista de la sustancia de la eterna inmutabilidad, la cual siempre, tal como es, es lo mismo: en todas partes presente, en todas partes invisible, en todas partes toda, en todas partes incomprensible, es discernida por la mente anhelante sin aspecto, oída sin duda, recibida sin movimiento, tocada sin cuerpo, retenida sin lugar. Cuando el ánimo habituado a las cosas corporales piensa en esta sustancia, sostiene los fantasmas de diversas imágenes. Los cuales, mientras los ahuyenta de los ojos de su intención con la mano de la discreción, posponiéndole todo

a ella, ya la contempla en alguna medida. La cual, si aún no aprehende qué es, reconoció ciertamente qué no es. Porque, por tanto, el ánimo es arrebatado a cosas inusuales cuando escudriña la esencia de la divinidad, rectamente se dice ahora: "Se detuvo uno, cuyo rostro no reconocía".

63. Estar es solo de Dios.---Bien se ha dicho, pues, "se detuvo" (stetit). Pues toda criatura, porque ha sido hecha de la nada, y por sí misma tiende a la nada, no tiene el estar, sino el fluir. Pero la criatura racional, por aquello mismo por lo que ha sido creada a imagen del Autor, se fija para que no pase a la nada; la irracional, sin embargo, de ningún modo se fija, sino que hasta que cumpla con el ministerio de su visión la especie del universo, se retrasa al pasar. Pues aunque el cielo y la tierra permanezcan después eternamente, por sí mismos sin embargo se apresuran ahora a la nada, pero perseveran para ser cambiados en mejor para el uso de aquellos a quienes sirven. Estar, por tanto, es solo del Creador, por quien pasan todas las cosas a Él que no pasa, y en quien algunas son retenidas para que no pasen. Por lo cual también nuestro Redentor, porque el estado de su divinidad no pudo ser captado por la mente humana, nos mostró este estado al venir a nosotros, creado, nacido, muerto, sepultado, resucitando y regresando a lo celestial, como si fuera de paso. Lo cual indicó bien por el Evangelio al ciego iluminado, a quien pasando ofreció el oído, pero estando reparó los ojos (Mat. 9, 27; 20, 30; Mar. 8, 22; Luc. 18, 35; Juan 9, 1). Pues por la dispensación de la humanidad tenía que pasar;

pero por la potencia de la divinidad, porque está en todas partes presente, tiene que estar. Se dice, pues, que el Señor oye las voces de nuestra ceguera pasando, porque hecho hombre se compadece de la miseria humana. Pero estando repara la luz, porque ilustra las tinieblas de nuestra flaqueza por la virtud de la divinidad. Bien, pues, después de que se dijo: "Al pasar el espíritu delante de mí", se añade: "Se detuvo uno, cuyo rostro no reconocía". Como si se dijera abiertamente: A aquel que sentí de paso, no descubrí que pasara. Él mismo es, pues, el que pasa, Él mismo el que está. Pasa, en efecto, porque conocido no puede ser retenido; pero está, porque en cuanto es conocido, aparece inmutable. Puesto que, por tanto, es discernido rápidamente aquel que siempre es lo mismo, Dios es visto simultáneamente como el que pasa y como el que está. O ciertamente su estar es no variar por ninguna mutación, como se dice a Moisés: "Yo soy el que soy" (Éx. 3, 14). Y como Jacobo le insinúa diciendo: "En quien no hay transmutación, ni sombra de mudanza" (Sant. 1, 17). Puesto que, por cierto, quienquiera que ya aprehende algo de la contemplación de la eternidad, contempla esto por su especie coeterna, rectamente se añade:

CAPÍTULO XXXV.

IBID.---Una imagen ante mis ojos.

64. Lo que percibimos del Padre, lo vemos por el Hijo.---Pues la Imagen del Padre es el Hijo, como Moisés insinúa acerca del hombre creado, diciendo: "Creó Dios al hombre, a imagen de Dios lo creó" (Gén. 1, 27). Y como por la expresión de

la Sabiduría sobre el mismo Hijo dice un sabio: "Pues es el resplandor de la luz eterna" (Sab. 7, 26). Y como dice Pablo: "Quien siendo el resplandor de su gloria, y la figura de su sustancia" (Heb. 1, 3). Cuando, pues, es discernida su eternidad, según lo permite la posibilidad de nuestra flaqueza, su imagen es antepuesta a los ojos de nuestra mente; porque cuando verdaderamente intentamos mirar al Padre, vemos a este, en cuanto lo recibimos, por su imagen, es decir, por el Hijo; y por aquella especie que nació de Él sin principio, intentamos de algún modo discernir a aquel que ni empieza ni acaba. De donde también esta misma Verdad dice en el Evangelio: "Nadie viene al Padre sino por mí" (Juan 14, 6). Bien se añade, pues:

CAPÍTULO XXXVI

[Rec. XXVI].

IBID.---Y oí una voz como de brisa suave.

65. La voz del Espíritu Santo es tanto brisa suave como espíritu vehemente.---¿Qué se designa por la voz de brisa suave, sino el conocimiento del Espíritu Santo, que procediendo del Padre y recibiendo de lo que es del Hijo, se infunde tenuemente en la noticia de nuestra flaqueza? El cual sin embargo, viniendo sobre los apóstoles, es demostrado por un sonido exterior como por un espíritu vehemente, cuando se dice: "Y se hizo de repente del cielo un sonido como de un espíritu vehemente que venía" (Hech. 2, 2). Pues el Espíritu Santo, cuando se insinúa a la noticia de la

flaqueza humana, se expresa tanto por el sonido de un espíritu vehemente como por la voz de una brisa suave; porque a saber, al venir, es tanto vehemente como suave: suave, porque templa su noticia para nuestros sentidos, para que pueda ser conocido de algún modo; vehemente, porque por mucho que la temple, con su advenimiento perturba la ceguera de nuestra flaqueza iluminándola. Pues con su ilustración nos toca suavemente, pero sacude inmensamente nuestra penuria.

66. Brisa suave porque se abre aquí poco a los santos. En la contemplación, lo que la mente puede contemplar perfectamente no es Dios. --- La voz de Dios, por lo tanto, se oye como de una brisa suave, porque a sus contempladores aún situados en esta vida, la Divinidad de ningún modo se insinúa tal como es, sino que demuestra su claridad tenuemente a los ojos legañosos de nuestra mente. Lo cual se significa bien por la misma aceptación de la ley, cuando se dice que Moisés subió y el Señor bajó al monte (Éx. 24, 1). [Vet. XXVI.] El monte, en efecto, es nuestra propia contemplación, a la cual subimos para ser elevados a ver aquellas cosas que están más allá de nuestra flaqueza. Pero a este baja el Señor, porque a nosotros, que progresamos mucho, nos abre una pequeña parte de sí mismo a nuestros sentidos; si es que puede decirse en Él algo pequeño o una parte, que permaneciendo siempre uno y el mismo, no puede ser entendido parcialmente, y sin embargo se dice que es participado por sus fieles, cuando en su sustancia no se admite de ningún modo

parte alguna. Pero porque no podemos expresarlo con un lenguaje perfecto, según la medida de nuestra humanidad, como impedidos por la debilidad de la infancia, lo resonamos en alguna medida balbuciendo. Pero porque, incluso elevados en una gran contemplación, alcanzamos algo sutil del conocimiento de la eternidad, se muestra con las palabras de la historia sagrada cuando el noble profeta Elías es instruido sobre el conocimiento de Dios. Al cual, habiéndole prometido el Señor que pasaría ante él, diciendo: «He aquí que el Señor pasa, un viento grande y fuerte, que subvierte los montes y quebranta las peñas ante el Señor»; al punto añadió: «No estaba el Señor en el viento; y después del viento, una conmoción, no estaba el Señor en la conmoción; y después de la conmoción, un fuego, no estaba el Señor en el fuego; y después del fuego, un silbido de brisa tenue» (1 Re. 19, 11-12). En efecto, el viento ante el Señor echa por tierra los montes y quebranta las peñas; porque el pavor, que irrumpe por su advenimiento, abate la altura de nuestro corazón y licúa su dureza. Pero se dice que el Señor no está en el viento de conmoción ni en el fuego, y no se niega que esté en el silbido de brisa tenue; porque, ciertamente, cuando la mente es suspendida en la sublimidad de la contemplación, todo lo que prevalece a contemplar perfectamente no es Dios: pero cuando contempla algo sutil, esto es lo que oye de la incomprensible sustancia de la eternidad. Pues percibimos como un silbido de brisa tenue cuando degustamos sutilmente el sabor de la verdad incircunscrita por una súbita

contemplación. Entonces, pues, es verdad lo que conocemos de Dios, cuando sentimos que no podemos conocer plenamente nada de Él. De donde bien se añade allí: «Lo cual, cuando Elías lo oyó, cubrió su rostro con su palio, e ingresando, se detuvo en el umbral de la cueva» (Ibíd.). Tras el silbido de brisa tenue, el profeta cubre su rostro con su palio, porque en esa sutilísima contemplación de la verdad, reconoce por cuánta ignorancia está cubierto el hombre. Pues llevar el palio sobre el rostro es, para que la mente no se atreva a buscar cosas más altas, velar esta por la consideración de su propia flaqueza; para que de ningún modo abra los ojos del entendimiento precipitadamente más allá de sí, sino que los cierre con reverencia ante aquello que no puede aprehender. El cual, haciendo esto, se describe que se detuvo en el umbral de la cueva. Pues, ¿qué es nuestra cueva sino esta habitación de corrupción, en la cual somos aún retenidos por la antigua condición? Pero cuando empezamos a percibir algo del conocimiento de la Divinidad, ya estamos como en el umbral de nuestra cueva. Porque, como no podemos salir perfectamente, anhelando sin embargo el conocimiento de la verdad, ya captamos algo de la brisa de libertad. Estar, pues, en el umbral de la cueva es, reprimido el obstáculo de nuestra corrupción, comenzar a salir al conocimiento de la verdad. De donde también los israelitas, viendo de lejos la nube descender al tabernáculo, se recuerda que se detuvieron en los umbrales de sus tiendas (Éx. 33, 9); porque aquellos que de algún modo contemplan el advenimiento de la

Divinidad, ya proceden como del habitáculo de la carne. Puesto que, por lo tanto, la mente humana, por mucha virtud con que se extienda, apenas conoce los extremos de las cosas íntimas, con razón se dice ahora: «Y oí una voz como de brisa suave». Pero puesto que, cuando el conocimiento divino nos ofrece al menos un poco de sí, enseña perfectamente la ignorancia de nuestra flaqueza, diga quien oyó la voz de la brisa suave qué cosas aprendió de esta misma audición. Sigue:

CAPÍTULO XXXVII

[Rec. XXVII].

VERS. 17.---¿Acaso el hombre será justificado en comparación con Dios, o será el varón más puro que su Hacedor? 67. La justicia humana, comparada con la divina, es injusticia. Quienes deben reprimir las quejas sobre los azotes de Dios.---La justicia humana, comparada con la justicia divina, es injusticia: porque también una lámpara se ve brillar en las tinieblas, pero puesta al rayo del sol se oscurece. ¿Qué conoció, pues, Elifaz arrebatado en la contemplación, sino que el hombre no puede ser justificado en comparación con Dios? Pues creemos que son rectas las cosas que obramos exteriormente, pero como mínimamente conocemos las cosas internas, estamos como a oscuras puestos al rayo del sol. Pero cuando percibimos aquellas de algún modo, no juzgamos estas de cualquier modo, porque tanto más sutilmente juzga cada uno sobre las tinieblas, cuanto más verdaderamente le consta la claridad de la

luz. Pues el que ve la luz sabe qué estimar de las tinieblas. Pues el que ignora el candor de la luz, aprueba incluso las cosas oscuras como si fueran lúcidas. Pero bien se añade: ¿O será el varón más puro que su Hacedor? Cualquiera que murmura sobre una percusión, ¿qué otra cosa hace sino acusar la justicia del que hiere? El varón, por lo tanto, se estima más puro que su Hacedor si prepara una queja contra el azote; y sin duda alguna lo pospone a sí mismo, cuyo juicio sobre su propia aflicción redarguye. Para que, pues, el hombre no se atreva a reprender al juez de la culpa, piense humildemente en el autor de la naturaleza, porque el que admirablemente hizo al hombre de la nada, no lo aflige impíamente una vez hecho. Lo cual aprendió Elifaz cuando oyó una voz como de brisa suave. Pues en la consideración de la magnitud divina se aprende cuán humildemente debe ser temido en su animadversión. Y el que degusta las cosas celestiales, tolera las inferiores con ecuanimidad, porque contempla plenamente en su interior cuánto debe estimar lo que hace fuera. Pues mal se juzga recto quien ignora la regla de la suma rectitud; y a menudo se cree que un madero es recto si no se lleva a la regla; pero cuando se une a la regla, se descubre por cuánta tortuosidad se hincha, porque ciertamente la rectitud al tajar increpa lo que el ojo engañado aprobaba. Elifaz, por lo tanto, porque contempló las cosas celestiales, ejerce un juicio riguroso sobre las inferiores; y aunque no redarguye rectamente al bienaventurado Job, sin embargo, en comparación con el

creador de todas las cosas, describe rectamente la medida de la criatura, diciendo:

[CAPÍTULO XXXVIII [Vet. XXVII, Rec. XXVIII]. VERS. 18, 19. He aquí que los que le sirven no son estables, y en sus ángeles halló maldad: ¿cuánto más aquellos que habitan casas de barro, que tienen cimiento de tierra, se consumirán como por la polilla?

68. Por qué la naturaleza angélica es mudable, y de dónde se hace inmutable. El lapso de los ángeles amonesta a los hombres a desconfiar de su propia flaqueza. La polilla, la concupiscencia.--- La naturaleza angélica, aunque permaneciendo en su estado inmutablemente por adherirse a la contemplación del creador, sin embargo, por eso mismo que es criatura, tiene en sí misma la alternancia de la mutabilidad. Pues mudarse es ir de una cosa a otra, y no ser estable en sí mismo. Pues cada cosa tiende hacia otro tanto por cuantos pasos, por así decirlo, está sujeta a los movimientos de su propia mutabilidad. Pero solo la naturaleza incomprensible no sabe moverse de su estado, la cual, por aquello que es siempre lo mismo, no sabe mudarse. Pues si la sustancia de los ángeles hubiera sido ajena al movimiento de la mutabilidad, bien creada por el autor, de ningún modo habría caído en los espíritus réprobos de la cima de su beatitud. Pero maravillosamente Dios omnipotente creó la naturaleza de los sumos espíritus buena pero mudable, para que tanto los que no quisieran permanecer cayeran, como los que persistieran en su condición lo hicieran tanto más dignamente cuanto que estarían también

por su arbitrio; y se hicieran de mayor mérito ante Dios, por cuanto habrían fijado el movimiento de su mutabilidad con la estancia de su voluntad. Porque, por lo tanto, también la naturaleza angélica es en sí misma mudable, cuya mutabilidad, a saber, venció por esto: que se liga con los vínculos del amor a aquel que es siempre lo mismo, con razón se dice ahora: He aquí que los que le sirven no son estables. Y al punto se añade el documento de esa misma mutabilidad, cuando se infiere sobre los espíritus apóstatas: Y en sus ángeles halló maldad. De cuyo caso bien recoge la consideración de la flaqueza humana, cuando al punto añade: ¿Cuánto más aquellos que habitan casas de barro, que tienen cimiento de tierra, se consumirán como por la polilla? En efecto, habitamos casas de barro porque subsistimos en cuerpos terrenos. Lo cual Pablo, considerando solícitamente, dice: Tenemos este tesoro en vasos de barro (2 Cor. 4, 7). Y de nuevo: Sabemos que si nuestra casa terrena de esta morada se disuelve, tenemos una edificación de Dios, una casa no hecha por mano (2 Cor. 5, 1). El cimiento terreno también es la sustancia de la carne. Lo cual el salmista había contemplado solícitamente en sí mismo cuando decía: No se te ocultó mi hueso, que hiciste en oculto, y mi sustancia en lo inferior de la tierra (Sal. 138, 15). Pero la polilla nace del vestido, y corrompe al nacer ese mismo vestido del que surge. La carne es como un cierto vestido del alma; pero este vestido, ciertamente, tiene su propia polilla, porque de la misma carne surge la tentación carnal por la que es desgarrado. Pues

nuestro vestido es consumido como por su propia polilla cuando la carne corruptible engendra la tentación, y por esta llega al perecimiento. Como por la polilla es consumido el hombre cuando de sí mismo surge por lo que es quebrantado. Como si dijera abiertamente: Si aquellos espíritus no pueden ser de por sí inconmutables, los cuales no son oprimidos por ninguna flaqueza de la carne, ¿con qué temeridad los hombres piensan que permanecen constantemente en el bien, a quienes, en aquello en que el intelecto eleva a lo sumo, la flaqueza carnal agravando les impide, de modo que por el vicio de la corrupción tengan en sí mismos de donde envejecer desde su novedad íntima?

[Vet. XXVIII.] 69. Los ángeles son doctores, quienes por muy santos que sean, no están sin culpa. La polilla, haciendo daño sin sonido, exhibe a los inicuos no atendiendo a sus propios daños.---También pueden entenderse por ángeles los santos doctores, como se dice por el profeta: Los labios del sacerdote guardan la ciencia, y de su boca requieren la ley, porque es el ángel del Señor de los ejércitos (Mal. 2, 7). Los cuales, por mucha virtud con que brillen, no pueden estar del todo sin culpa cuando recorren el camino de la presente vida, porque sus pasos, ciertamente, son tocados o por el lodo de la obra ilícita, o por el polvo del pensamiento. Pero habitan casas de barro quienes se regocijan en esta vida seductora de la carne. Pablo había despreciado habitar esta casa de barro cuando decía: Pero nuestra conversación está en los cielos (Fil. 3, 20-21). Diga, pues: He

aquí que los que le sirven no son estables, y en sus ángeles halló maldad; ¿cuánto más aquellos que habitan casas de barro, que tienen cimiento de tierra, se consumirán como por la polilla? Como si dijera abiertamente: Si aquellos que, anunciando las cosas eternas, se arman contra las temporales, no pueden pasar el camino de la presente vida sin contagio, ¿qué menoscabos sufren aquellos que se gozan de estar en los placeres de la habitación carnal? Pues los que le sirven no son estables, porque cuando la mente tiende a lo alto, es disipada por el pensamiento de su propia carne; de modo que a menudo el ánimo, mientras anhela lo íntimo, mientras contempla solo lo celestial, herido por un súbito deleite carnal, yace desgarrado de sí mismo, y el que se alegraba de haber superado las molestias de su flaqueza, gime postrado por una súbita herida. La maldad, por lo tanto, se halla también en los ángeles, mientras que una subrección de la vida falaz grava a veces incluso a esos mismos que anuncian la verdad. Si, pues, incluso estos son heridos por la iniquidad de este mundo, a quienes una santa intención eleva contra él, ¿por qué golpes son penetrados aquellos a quienes el mismo deleite de su flaqueza abate ante sus dardos? Los cuales bien se describen como consumidos como por la polilla. Pues la polilla hace daño y no hace ruido; así las mentes de los inicuos, porque descuidan considerar sus daños, pierden la integridad como sin saberlo. Pues pierden del corazón la inocencia, de la boca la verdad, de la carne la continencia, y por el acceso del tiempo, la vida de su edad.

Pero de ningún modo ven que pierden estas cosas incesantemente, mientras se ocupan con todo deseo en los cuidados temporales. Como por la polilla, por lo tanto, son consumidos, porque sin ruido toleran el mordisco de la culpa, mientras ignoran cuántos menoscabos de vida e inocencia padecen. De donde también bien se añade:

CAPÍTULO XXXIX.

VERS. 20.---De la mañana a la tarde serán segados. 70. Los réprobos no cambian su mente perversa ni en el último momento.---De la mañana a la tarde el pecador es segado, mientras desde el exordio de su vida hasta el término es vulnerado por la perpetración de la iniquidad. Pues en todo tiempo los réprobos, por el aumento de la malicia, duplican contra sí los golpes por los cuales, segados, caen al profundo. Sobre los cuales bien se dice por el salmista: Los varones de sangre y los engañosos no dividirán por la mitad sus días (Sal. 54, 25). Dividir los días por la mitad, en efecto, es dividir el tiempo de la vida mal pasado en placeres para los lamentos de la penitencia, y reparar esto repartiéndolo para el buen uso. Pero los inicuos de ningún modo dividen sus días por la mitad, porque no cambian su mente perversa ni en el último momento. Contra lo cual bien amonesta Pablo diciendo: Redimiendo el tiempo, porque los días son malos (Ef. 5, 16). Redimimos el tiempo, en efecto, cuando reparamos llorando la vida pasada que perdimos viviendo lascivamente. Sigue:

CAPÍTULO XL.

IBÍD.---Y porque ninguno entiende, perecerán para siempre. 71. Descuidan saber qué suplicios les esperan y qué premios a los justos.---Ninguno, a saber, de aquellos que de la mañana a la tarde son segados. Ninguno entiende, sea de los que perecen, sea de los que imitan las costumbres perdidas de los que perecen. De donde en otro lugar está escrito: El justo perece y no hay nadie que lo considere en su corazón, y los varones de misericordia son recogidos porque no hay quien entienda (Is. 57, 1). Los inicuos, pues, mientras solo apetecen lo temporal, y desprecian saber qué bienes esperan a los elegidos en la eternidad; mientras ven la aflicción de los justos, pero no reconocen cuál sea la retribución de la aflicción, extienden el pie de su acción hacia lo profundo, porque cierran por su propia voluntad los ojos a la luz del entendimiento. Pues engañados por necios placeres, mientras aman temporalmente lo que ven, ajenos a sí mismos no ven a dónde se precipitan para siempre. También puede la mañana designar la prosperidad, y la tarde la adversidad de este mundo. De la mañana a la tarde, pues, los réprobos son segados, porque tanto por lo próspero perecen viviendo lascivamente, como por lo adverso se levantan a la locura por ser impacientes. A los cuales de la mañana a la tarde de ningún modo la culpa los segaría, si o bien creyeran que lo próspero es un fomento, o estimaran que lo adverso es la incisión de su herida.

[Vet. XXIX.] 72. Quienes usan bien de lo próspero o de lo adverso.---Pero porque de ningún modo la multitud del género humano es abandonada de tal suerte que se permita que todo tienda al perecimiento, hay algunos que desprecian el deleite de la presente vida, e incluso cuando están presentes, consideran que son transitorios, y los huellan por el amor de la eternidad. Y cuando ponen el paso en este primer grado del juicio, más vigorosos llegan a cosas más altas, de modo que desprecian todo lo temporal no solo porque han de perderse más pronto, sino que no desean adherirse a estas cosas aunque hubieran podido ser eternas; y sustraen el amor de las cosas bellamente creadas, porque tienden con los pasos del corazón hacia el mismo Autor de la belleza. Y hay algunos que aman los bienes de la vida presente, pero sin embargo de ningún modo los alcanzan: quienes anhelan con todos sus deseos las cosas temporales, buscan la gloria del mundo, pero de ningún modo pueden alcanzarla. A estos, por así decirlo, el corazón los arrastra hacia el mundo, el mundo los repele hacia el corazón. Pues a menudo sucede que, quebrantados por sus mismas adversidades, vuelven en sí, y regresados a sí mismos consideran cuán vanas eran las cosas que buscaban, y se vuelven al punto al lamento por tan necio deseo; y tanto más valientemente desean lo eterno, cuanto más se duelen de haber trabajado neciamente por lo temporal. De donde, bien descritos los réprobos, se añade:

CAPÍTULO XLI

[Rec. XXIX].

Vers. 21.---Pero los que quedaren, serán arrebatados de ellos. 73. A los que el mundo desprecia, Dios los elige.---¿A qué otros entendemos por los que quedan sino a los despreciados de este mundo? A los cuales, mientras el presente siglo no los elige para uso de gloria alguna, los abandona como mínimos e indignos. Pero se dice que el Señor arrebata a los que quedan del mundo, porque se digna elegir a los despreciados de este siglo, según atestigua Pablo que dice: No muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles; sino que lo necio del mundo eligió Dios para confundir a los sabios; y lo débil del mundo eligió Dios para confundir a lo fuerte (1 Cor. 1, 26-27). Lo cual se significa bien en los libros de los Reyes por el muchacho egipcio que desfallece en el camino, a quien el amalequita abandona enfermo en el viaje, pero David lo encuentra, lo recrea con comida, lo hace guía de su camino; persigue al amalequita, lo encuentra banqueteando y lo extingue por completo (1 Sam. 30, 13). Pues, ¿qué es que el muchacho egipcio del amalequita se canse en el camino sino que el amador del presente siglo, cubierto por la negrura de su pecado, a menudo es dejado por el mismo siglo enfermo y despreciado, de modo que no puede de ningún modo correr con él, sino que, quebrantado por la adversidad, se entorpece? Pero a este lo encuentra David, porque nuestro Redentor, verdaderamente fuerte de mano, a veces convierte a su amor a aquellos que encuentra

despreciados por la gloria del mundo. Lo alimenta con comida porque lo recrea con la ciencia de la palabra. Lo elige como guía del camino porque lo hace incluso su predicador. Y el que no pudo seguir al amalequita, es hecho guía de David, porque aquel a quien el mundo abandonó como indigno, convertido no solo recibe al Señor en sus mentes, sino que predicándolo lo conduce incluso hasta los corazones ajenos. Con el cual como guía, a saber, David encuentra al amalequita banqueteando y lo extingue, porque por esos mismos que predican Cristo destruye la alegría del mundo, a los cuales el mundo despreció tener por compañeros. Puesto que, por lo tanto, la mayoría de las veces a los que el mundo deja el Señor los elige, con razón se dice ahora: Los que quedaren, serán arrebatados de ellos. Sigue:

CAPÍTULO XLII.

IBÍD.---Morirán, y no en la sabiduría. 74. Costumbre de la Escritura, que donde interpone algo extraño, pronto vuelve al argumento tratado.---¿Qué es que arriba profirió el perecimiento de los réprobos, diciendo: Porque ninguno entiende, perecerán para siempre; y de los elegidos de Dios añadió al punto: Pero los que quedaren, serán arrebatados de ellos; y subraya esto inmediatamente, lo cual no convendría a los mismos elegidos, diciendo: Morirán, y no en la sabiduría? Pues si son arrebatados divinamente de los réprobos, ¿por qué pacto se dice que mueren no en la sabiduría? Pero ciertamente es costumbre de la sagrada Escritura que, cuando narra algo,

interpuesta una sentencia de otra causa, vuelva al punto a lo anterior. Pues después de que dijo: Y porque no hay nadie que entienda, perecerán para siempre, introdujo pronto la suerte de los elegidos, diciendo: Pero los que quedaren, serán arrebatados de ellos. Y de nuevo, enviando el ojo de su sentencia a aquel perecimiento de los réprobos que había predicho, súbitamente añadió: Morirán, y no en la sabiduría. Como si dijera: Estos de quienes dije que no entendiendo perecerán para siempre, sin duda alguna morirán no en la sabiduría. Pero que esta es a veces la costumbre del sagrado elocuente lo mostraremos mejor si de él proferimos alguna semejanza de este hecho. Pues el apóstol Pablo, cuando amonestaba al amado discípulo sobre la institución de los oficios de la Iglesia, para que no promoviera por ventura a algunos desordenadamente a los sagrados órdenes, dijo: No impongas las manos a nadie a la ligera, ni participes de los pecados ajenos, consérvate a ti mismo casto (1 Tim. 5, 22). Quien convirtiendo al punto las palabras a la flaqueza de su cuerpo, dice: No bebas ya agua, sino usa de un poco de vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades (Ibíd., 23). E inmediatamente añade, diciendo: Los pecados de algunos hombres son manifiestos, precediendo al juicio, pero a otros también les siguen (Ibíd., 24). ¿Qué pertenece, pues, a aquello de que prohibió beber agua al enfermo, esto que añadió sobre los pecados ocultos y manifiestos de algunos hombres, sino que interpuesta la sentencia sobre su flaqueza, volvió al extremo a lo que arriba dijo: No

impongas las manos a nadie a la ligera, ni participes de los pecados ajenos? Para mostrar, pues, con cuánta solicitud debían ser buscados esos mismos pecados, interpuesta contra la molestia de la flaqueza la amonestación de la discreción, al punto introdujo que en unos eran patentes y en otros latentes, diciendo: Los pecados de algunos hombres son manifiestos, precediendo al juicio, pero a otros también les siguen. Como, pues, por esta sentencia Pablo no concuerda con las mismas palabras con las que la añadió hablando de la flaqueza de Timoteo, sino que volvió a lo que arriba narró intermitiendo; así en este lugar Elifaz, cuando decía de los elegidos: Pero los que quedaren, serán arrebatados de ellos, añadiendo al punto: Morirán, y no en la sabiduría, recurre al punto a lo que arriba profirió de los réprobos, diciendo: Y porque ninguno entiende, perecerán para siempre.

[Vet. XXX.] 75. Mueren los réprobos y los elegidos, estos en sabiduría, aquellos en insipiencia.---Por eso, además, los réprobos desprecian a los elegidos, porque tienden a la vida invisible por la muerte visible. De los cuales bien se dice ahora: Morirán, y no en la sabiduría. Como si abiertamente se dijera: Huyen por igual de la muerte y de la sabiduría; pero abandonan de plano la sabiduría, pero no escapan de los lazos de la muerte. Y porque pudiendo morir alguna vez habrían podido vivir muriendo, mientras temen la muerte que sin duda ha de venir, pierden a la vez la vida y la sabiduría. Pero al contrario los justos mueren en la sabiduría, porque la muerte que no

pueden evitar del todo, cuando amenaza por la verdad, desprecian diferirla; y mientras la toleran con ecuanimidad, convierten la pena del linaje en instrumento de virtud, para que de allí deba recibirse la vida, de donde por el mérito de la primera culpa es forzada a terminarse. Pero porque estas cosas Elifaz las profirió verdaderamente contra los inicuos, juzgando reprensible al bienaventurado Job, se infló por el orgullo de la sabiduría. De donde también tras los predicamentos de tanta rectitud, añade palabras de escarnio, diciendo:

CAPÍTULO XLIII

[Rec. XXX].

CAP. V. VERS. 1.---Llama, pues, si hay quien te responda. 76. Qué es llamar a Dios, qué responder Dios.---Pues Dios omnipotente a menudo abandona la oración de aquel en la perturbación, que desprecia sus preceptos en la tranquilidad. De donde está escrito: El que aparta su oído para no oír la ley, su oración será execrable (Prov. 28, 9). Pero nuestro llamar es pedir a Dios con humilde oración; responder Dios, en cambio, es otorgar el efecto a las súplicas. Dice, pues: Llama, si hay quien te responda. Como si dijera abiertamente: Por mucho que afligido clames, no tienes a Dios respondiendo, porque la voz en la tribulación no encuentra a aquel a quien la mente en la tranquilidad despreció. Donde aún escarneciendo añade:

CAPÍTULO XLIV.

IBÍD.---Y vuélvete a alguno de los santos. 77. Como si dijera despreciando: Tampoco puedes encontrar a los santos por ayudadores en la aflicción, a los cuales no quisiste tener por socios en la alegría. Quien tras el escarnio al punto añade la sentencia, diciendo:

CAPÍTULO XLV.

VERS. 2.---Al hombre necio lo mata la ira, y al pequeño lo mata la envidia.

78. Verdades dice Elifaz, pero no verdaderas contra Job. Cuánta es la culpa de la ira, cuántos sus males. ---Sentencia que ciertamente sería verdadera, si no hubiera sido proferida contra la paciencia de tan gran varón. Pero sopesemos lo que se dice, aunque sea rechazado por la virtud de su oyente, para mostrar cuán recto es lo que se afirma, si no se mereciera injustamente contra el bienaventurado Job, estando escrito: Pero Tú, Señor, juzgas con tranquilidad (Sab. XII, 18); debemos saber muy bien que cuantas veces restringimos los movimientos turbulentos del ánimo bajo la virtud de la mansedumbre, intentamos volver a la semejanza del Creador. Pues cuando la ira fustiga la tranquilidad de la mente, la perturba, quedando en cierto modo lacerada y rota, de suerte que no concuerda consigo misma y pierde la fuerza de la semejanza íntima. Pensemos, pues, cuán grande es la culpa de la ira, por la cual, mientras se pierde la mansedumbre, se vicia la semejanza de la imagen celestial. Por la ira se pierde la sabiduría, de modo que no se sepa en absoluto qué o en qué orden deba hacerse, como

está escrito: La ira descansa en el seno del necio (Ecl. VII, 10); porque ciertamente sustrae la luz de la inteligencia, cuando confunde la mente al conmoverla. Por la ira se pierde la vida, aunque parezca conservarse la sabiduría, como está escrito: La ira pierde incluso a los prudentes (Prov. XV, 1, según los LXX); porque, a saber, el ánimo confundido de ninguna manera cumple, aunque sea capaz de entender algo prudentemente. Por la ira se abandona la justicia, como está escrito: La ira del hombre no obra la justicia de Dios (Sant. I, 20); porque mientras la mente perturbada exaspera el juicio de su propia razón, piensa que es recto todo lo que el furor sugiere. Por la ira se pierde la gracia de la vida social, como está escrito: No seas asiduo con el hombre iracundo, no sea que aprendas sus sendas y recibas un escándalo para tu alma (Prov. XXII, 24, 25). Y lo mismo: ¿Quién podrá habitar con el hombre cuyo espíritu es fácil para airarse? (Prov. XVIII, 14.) Porque quien no se templa según la razón humana, es necesario que viva solo como una bestia. Por la ira se rompe la concordia, como está escrito: El varón animoso engendra riñas. Y el varón iracundo desentierra pecados (Prov. XV, 18). Pues el iracundo desentierra pecados porque hace peores incluso a los malos, a quienes incautamente provoca a la discordia. Por la ira se pierde la luz de la verdad, como está escrito: No se ponga el sol sobre vuestra ira (Ef. IV, 26); porque cuando la ira infunde en la mente las tinieblas de la confusión, Dios oculta a esta el rayo de su conocimiento. Por la ira se excluye el esplendor del Espíritu Santo; por

el contrario, según la antigua traducción, está escrito: ¿Sobre quién descansará mi espíritu, sino sobre el humilde y el quieto y el que tiembla ante mis palabras? (Is. LXVI, 2.) Pues al decir humilde, añadió al punto quieto. Si, pues, la ira sustrae la quietud de la mente, cierra su habitación al Espíritu Santo, por cuyo alejamiento el ánimo, vacío, es conducido pronto a una abierta locura, y es disipado desde el fundamento íntimo de los pensamientos hasta la superficie.

79. La imagen del iracundo expresada con los mejores colores. ---Pues el corazón encendido por los estímulos de su propia ira palpita, el cuerpo tiembla, la lengua se traba, el rostro se inflama, los ojos se exasperan y de ninguna manera se reconoce a los conocidos. Con la boca ciertamente forma el clamor, pero el sentido ignora lo que habla. ¿En qué, pues, dista este de los energúmenos, que no es consciente de su propia acción? De donde resulta frecuentemente que la ira prorrumpe hasta las manos, y cuanto más se aleja la razón, tanto más audaz se levanta; y el ánimo no puede retenerse a sí mismo, porque se ha vuelto de potestad ajena; y el furor ejercita los miembros fuera en los golpes, allí donde dentro tiene cautiva a la mente misma, dueña de los miembros. A veces, sin embargo, no extiende las manos, sino que convierte la lengua en dardo de maldición. Pues solicita el exterminio del hermano con preces, y pretende que Dios perpetre aquello que el hombre perverso mismo o teme o se avergüenza de hacer. Y sucede que realiza el homicidio por el deseo y la voz, incluso cuando cesa de la lesión al

prójimo con las manos. A veces la ira, perturbado el ánimo, como por juicio indica silencio; y cuanto menos se expresa fuera por la lengua, tanto más gravemente se inflama por dentro, de modo que cualquier iracundo sustrae su interlocución al prójimo, y al no decir nada, dice cuánto está alejado. Y a veces esta severidad del silencio se ejerce por la administración de la disciplina, si sin embargo se mantiene solícitamente en lo íntimo la forma de la discreción. Otras veces, mientras el ánimo encendido se restringe del habla acostumbrada, por el transcurso del tiempo se separa totalmente del amor al prójimo, y vienen al ánimo estímulos más agrios, y surgen también causas que exasperan más gravemente; y en el ojo del iracundo la paja se convierte en viga, mientras la ira se transmuta en odio. Frecuentemente la ira cerrada dentro de la mente por el silencio hierve más vehementemente, y tácita forma voces clamorosas; se objeta a sí misma palabras con las que se exaspere, y como puesta en el examen de una causa, responde más duramente exasperada; lo cual Salomón insinúa brevemente diciendo: La expectación de los impíos es furor (Prov. XI, 23). Y así sucede que el ánimo perturbado siente el mayor estrépito de su propio silencio, y la llama de la ira cerrada lo consume más gravemente. Por lo cual bien dijo antes de nosotros cierto sabio: Los pensamientos del iracundo son generaciones viperinas, devoran a la mente, su madre.

80. Cuatro grados por los cuales somos afectados por la ira. ---Debe saberse ciertamente que a algunos la ira los enciende más pronto y los deja

más fácilmente. A otros, en cambio, los conmueve tarde ciertamente, pero los retiene más tiempo. Pues algunos, semejantes a cañas encendidas, mientras estrépito con voces, dan como ciertos sonidos de su encendimiento; ciertamente hacen llama más pronto, pero al punto se enfrían en ceniza. Otros, en cambio, no distintos de maderas más pesadas y duras, reciben el encendimiento tarde, pero sin embargo, una vez encendidos, se extinguen con más dificultad; y porque más tarde se incitan a la aspereza, conservan más tiempo el fuego de su furor. Otros, en cambio, lo que es más inicuo, tanto más pronto reciben las llamas de la iracundia cuanto más tarde las deponen. Algunos ciertamente tanto tarde las reciben como más pronto las pierden. En cuyos cuatro modos, por cierto, el lector reconoce claramente que tanto el último se aproxima más al bien de la tranquilidad que el primero, como el tercero supera al segundo en el mal. Pero ¿qué aprovecha que digamos cómo la ira retiene la mente, si no expresamos también cómo debe ser refrenada?

81. Dos modos de refrenar la ira. ---De dos modos, en efecto, la ira, una vez quebrantada, se deshabitúa de poseer el ánimo. El primero ciertamente es que la mente solícita, antes de empezar a actuar en cualquier cosa, se proponga todas las contumelias que pueda padecer, a fin de que, pensando en los oprobios de su Redentor, se prepare para las adversidades. Las cuales, al venir, las recibe tanto más fuertemente cuanto más cautamente se ha armado por la presciencia. Pues quien es sorprendido desprevenido por la adver-

sidad, es hallado como por el enemigo mientras duerme; y el enemigo lo mata más pronto, porque atraviesa a quien no se resiste. Pues quien anota previamente las males inminentes por la solicitud, espera las incursiones hostiles como quien vigila en la emboscada; y de ahí se ciñe valientemente para la victoria, de donde se pensaba que sería sorprendido sin saberlo. Solícitamente, pues, el ánimo, antes de los comienzos de su acción, debe meditar todas las adversidades; para que, pensando siempre en estas, siempre protegido contra ellas por el tórax de la paciencia, tanto supere providente lo que ocurra, como considere ganancia lo que no ocurra. El segundo modo de conservar la mansedumbre es que, cuando vemos los excesos ajenos, consideremos nuestros delitos, por los cuales hemos excedido en otras cosas. Pues la debilidad propia considerada nos excusa los males ajenos. Pues tolera pacientemente la injuria inferida quien recuerda piadosamente que quizá todavía tiene aquello en lo que él mismo deba ser tolerado. Y como por el agua se extingue el fuego, cuando surge el furor del ánimo, se le recuerda a cada uno su propia culpa, porque se avergüenza de no perdonar pecados quien recuerda haber pecado a menudo cosas que deben ser perdonadas ya por Dios, ya por el prójimo.

82. Una es la ira por la impaciencia, otra la que forma el celo. Aquélla por el vicio ciega el ojo, ésta lo turba de tal modo que lo dispone para ver más claramente. ---Pero entre estas cosas debe saberse solícitamente que una es la ira que la impaciencia excita, otra la que el celo forma.

Aquélla se genera del vicio, ésta de la virtud. Pues si ninguna ira surgiera de la virtud, Finees no habría aplacado el ímpetu de la animadversión divina por la espada. Porque Helí no tuvo esta ira, excitó contra sí el movimiento de la venganza celestial implacablemente. Pues cuanto más tibio fue contra los vicios de sus súbditos, tanto más ardió contra él el rigor del eterno Rector. De esta se dice por el Salmista: Airaos, y no queráis pecar (Sal. IV, 5). Lo cual ciertamente no entienden rectamente quienes quieren que nos airemos solo contra nosotros mismos, y no también contra los prójimos que delinquen. Pues si se nos manda amar a los prójimos como a nosotros mismos, resta que nos airemos por sus errores como por nuestros vicios. De esta se dice por Salomón: Mejor es la ira que la risa, porque por la tristeza del rostro se corrige el ánimo del que delinque (Ecl. VII, 4). De esta otra vez dice el Salmista: Turbado está por la ira mi ojo (Sal. VI, 8). Pues la ira por el vicio ciega el ojo de la mente, pero la ira por el celo lo turba; porque por aquello con que al menos se conmueve por la emulación de lo recto, se disipa la contemplación que no puede ser percibida sino con el corazón tranquilo. Pues el mismo celo de la rectitud, porque agita la mente con la inquietud, oscurece pronto su visión, de suerte que no vea en la conmoción las cosas más altas, que casi veía antes tranquila. Pero de ahí es conducida más sutilmente a lo alto, de donde por un tiempo, para que no vea, es rechazada. Pues esa misma emulación eterna de lo recto abre después de un poco en la tranquilidad más largamente las

cosas que entretanto cierra por la conmoción; y de donde la mente se turba para no ver, de ahí progresa para que se aclare para ver más verdaderamente: como cuando al ojo enfermo se le aplica el colirio, se le niega totalmente la luz; pero de ahí la recibe verdaderamente después de un poco, de donde por un tiempo la pierde saludablemente. Nunca ciertamente se une la contemplación a la conmoción, ni prevalece la mente perturbada para contemplar lo que apenas puede anhelar tranquila, porque ni se ve el rayo del sol cuando las nubes movidas cubren la faz del cielo, ni la fuente turbada devuelve la imagen del que mira, la cual muestra propiamente tranquila, porque cuanto su onda palpita, tanto oscurece en sí la especie de la semejanza.

83. Debe evitarse que la ira conmovida por el celo domine a la mente. ---Pero cuando el ánimo se mueve por el celo, debe cuidarse sumamente que esta misma ira, que se asume como instrumento de la virtud, no domine a la mente, ni preceda como señora, sino que como ancilla dispuesta al obsequio, nunca se aparte de las espaldas de la razón. Pues tanto más robustamente se levanta contra los vicios cuanto más súbdita sirve a la razón. Pues por mucho que la ira surja del celo de la rectitud, si inmoderada vence a la mente, al punto desprecia servir a la razón; y tanto más impúdicamente se dilata cuanto más piensa que el vicio de la impaciencia es virtud. Por lo cual es necesario que quien se mueve por el celo de la rectitud, atienda esto ante todo: que la ira no pase fuera del dominio de la mente,

sino que en la venganza del pecado, considerando el tiempo y el modo, restrinja la naciente perturbación del ánimo retrayéndose más sutilmente, reprima la animosidad y disponga los movimientos férvidos bajo la equidad; de suerte que tanto sea más justo vengador de lo ajeno cuanto antes existió vencedor de lo suyo, para que de tal modo corrija las culpas de los que delinquen que crezca antes por la paciencia quien corrige, y juzgue su propio fervor trascendiéndolo, no sea que excitado intemperadamente por el mismo celo de la rectitud, se desvíe lejos de la rectitud. Porque ciertamente, como hemos dicho, incluso la laudable emulación de una mente buena turba el ojo, rectamente se dice ahora: Al hombre necio lo mata la ira. Como si se dijera claramente: La ira por el celo turba a los sabios, la ira por el vicio mata a los necios, porque aquélla se restringe bajo la razón, ésta en cambio domina irracionalmente a la mente vencida. Bien se añade:

CAPÍTULO XLVI.

IBÍD.---Y al pequeño lo mata la envidia.

84. El invidioso, por el mismo hecho de envidiar, se confiesa menor que aquel a quien envidia. ---Pues no podemos envidiar sino a aquellos que pensamos mejores que nosotros en algo. Pequeño es, pues, quien por la envidia es muerto, porque él mismo se da testimonio de que es menor que aquel por cuya envidia es atormentado. De aquí es que el enemigo astuto sorprendió al primer hombre envidiándolo, porque perdida la bienaventuranza, se reconoció menor que la

inmortalidad de aquel. De aquí es que Caín cayó en perpetrar el fratricidio (Gén. IV, 5-7); porque despreciado su sacrificio, se enfureció de que se le prefiriera aquel cuya hostia Dios aceptó: y a quien aborreció que fuera mejor que él, lo amputó para que de ningún modo fuera. De aquí Esaú ardió para la persecución del hermano (Gén. XXV, 34; XXVII, 41), porque perdida la bendición de los primogénitos, la cual sin embargo él mismo había vendido por el comer de la lenteja, gimió ser menor que aquel a quien precedía al nacer. De aquí los hermanos de José lo vendieron a los ismaelitas que pasaban (Gén. XXXVII, 27, 28), porque conocido el misterio de la revelación, para que no se hiciera mejor que ellos, intentaron oponerse a sus progresos. De aquí Saúl persigue a David, su súbdito, lanzándole la lanza (I Rey. XVIII, 11), porque temió que creciera sobre él aquel que sentía aumentarse diariamente con grandes éxitos de virtudes. Pequeño es, pues, quien es muerto por la envidia, porque si él mismo no fuera inferior, no se dolería del bien ajeno.

85. En la envidia la serpiente antigua sacude y vomita todo su veneno. Descripción del envidioso. ---Pero entre estas cosas debe saberse que, aunque por todo vicio que se perpetra se infunda el veneno del antiguo enemigo en el corazón humano, en esta maldad, sin embargo, la serpiente sacude todas sus entrañas y vomita la peste de la malicia que ha de imprimirse. De lo cual ciertamente está escrito: Por la envidia del diablo entró la muerte en el orbe de la tierra (Sab. II, 24). Pues cuando la podredumbre de la envidia

ha corrompido el corazón vencido, también lo exterior indica cuán gravemente la locura instiga al ánimo. Pues el color se ve afectado por la palidez, los ojos se bajan, la mente se inflama y los miembros se enfrían, se produce la rabia en el pensamiento, el crujir en los dientes; y cuando el odio creciente se oculta en los escondrijos del corazón, la herida encerrada taladra la conciencia con dolor ciego. Nada le agrada de lo propio como alegre, porque su propia pena hiere la mente que desfallece, a la cual tortura la felicidad ajena; y cuanto más se eleva hacia lo alto la fábrica de la obra extraña, tanto más profundamente se socava el fundamento de la mente lívida; para que por donde otros se apresuran a cosas mejores, por ahí él mismo caiga más miserablemente; por cuya ruina ciertamente se destruye también aquello que en otros actos se pensaba que se había levantado como obra perfecta. Pues la envidia, cuando ha consumido la mente, consume todo lo bien hecho que encuentre. Por lo cual bien se dice por Salomón: Vida de las carnes es la sanidad del corazón; podredumbre de los huesos la envidia (Prov. XIV, 30). ¿Pues qué se significa por las carnes sino ciertas cosas débiles y tiernas; y qué por los huesos sino los actos fuertes? Y frecuentemente sucede que algunos, con verdadera inocencia de corazón, parecen débiles en algunos de sus actos; otros, en cambio, ejercitan ya algunas cosas robustas ante los ojos humanos, pero sin embargo desfallecen por dentro por la pestilencia de la envidia hacia los bienes ajenos. Bien se dice, pues: Vida de las carnes es la sanidad del

corazón, porque si se custodia la inocencia de la mente, incluso si algunas cosas son débiles fuera, alguna vez se robustecen. Y rectamente se añade: Podredumbre de los huesos la envidia, porque por el vicio de la envidia perecen ante los ojos de Dios incluso los fuertes actos de las virtudes. Pues que los huesos se pudran por la envidia es que perezcan incluso cosas robustas.

86. La disminución y muerte de la envidia es el amor incipiente o perfecto de la eternidad. Pero ¿por qué decimos estas cosas sobre la envidia, si no indicamos también cómo puede ser erradicada? Pues es difícil que uno no envidie a otro aquello que el otro desea alcanzar; porque cualquier cosa temporal que se percibe, se hace tanto menor para cada uno cuanto más se divide entre muchos; y por lo tanto, el livor atormenta la mente del que desea, porque eso que apetece, o bien otro al recibirlo por completo se lo quita, o bien lo restringe en su cantidad. Aquel, pues, que desea carecer plenamente de la peste del livor, que ame aquella herencia que el número de coherederos no angosta; la cual es a la vez una para todos y total para cada uno; la cual se muestra tanto más generosa cuanto más se dilata la multitud de los que la perciben. La disminución del livor es, por tanto, el afecto naciente de la dulzura interna, y su plena muerte es el perfecto amor de la eternidad. Pues cuando la mente se retrae del apetito de aquella cosa que se reparte por el número de los que la reciben, tanto más ama al prójimo cuanto menos teme sus propios daños por el provecho de aquel. La cual, si es arrebatada perfectamente

en el amor de la patria celestial, se consolida también plenamente en la dilección del prójimo sin envidia alguna; porque cuando no desea nada terrenal, no hay nada que contradiga su caridad para con el prójimo. Esta caridad, ¿qué otra cosa es sino el ojo de la mente, el cual, si es tocado por el polvo del amor terrenal, pronto es rechazado y herido en la contemplación de la luz interna? Pero dado que es párvulo quien ama las cosas terrenales, y grande quien codicia las eternas, puede también entenderse así no inconvenientemente: Al párvulo mata la envidia, puesto que no muere por el languidecer de esta peste sino aquel que todavía está débil en sus deseos.

Parte segunda

, QUE CONTIENE CINCO LIBROS.

LIBRO SEXTO.

Todo el capítulo quinto, comenzando desde el verso tercero, se expone en sentido espiritual, algunas pocas cosas alegóricamente, pero la mayor parte moralmente.

CAPÍTULO I.

181. Job prefigura a Cristo y a la Iglesia, sus amigos a los herejes. He propuesto discutir las palabras del bienaventurado Job y de sus amigos, preservando la verdad de la historia, mediante una interpretación mística; porque a todos los que conocen la verdad les consta que la santa Escritura procura prometer al Redentor del mundo en todas sus alegaciones, y se esmeró en significarlo a través de todos los elegidos, como a través de sus miembros. De donde también el mismo bienaventurado Job es llamado en la elocuencia latina "doliente", para que a través tanto de su nombre como de sus heridas, se designe la pasión de nuestro Redentor, de quien dice el profeta: Verdaderamente él llevó nuestras dolencias, y él mismo cargó con nuestros dolores (Is. 53, 4). A quien el tentador, arrebatadas todas las cosas, le

mató tanto a los siervos como a los hijos; porque no solo al pueblo judaico que servía por temor, sino también a los mismos apóstoles regenerados en su amor, los hirió con el dardo de la perfidia en el tiempo de su pasión. El cuerpo del bienaventurado Job es desgastado por una llaga, porque nuestro Redentor no se desdeñó de ser fijado con clavos en el patíbulo de la cruz. Pero desde la planta del pie hasta la coronilla recibió heridas, porque el tentador, ensañándose con la persecución, aflige a la santa Iglesia, que es su cuerpo, no solo en los miembros extremos y últimos, sino hasta los más elevados. De donde también dijo Pablo: Cumplo lo que falta de las pasiones de Cristo en mi carne (Col. 1, 24). A quien su esposa intenta persuadir para maldecir, porque todos los carnales dentro de la santa Iglesia existen como ayudantes astutos del tentador. Pues la que lo provoca a maldecir designa la vida de los carnales; porque, como ya dijimos arriba (Lib. III, c. 20, n. 36, 37), los que están situados dentro de la santa Iglesia con costumbres no corregidas, cuanto más cerca están de los buenos por la fe, tanto más duramente los oprimen por la vida. Porque, al no poder ser evitados por ser supuestamente fieles, son tolerados por los fieles tanto peor cuanto más interiormente. Pero sus amigos, que vienen como para consolar, pero se exceden en palabras de áspera invectiva, representan la figura de los herejes, quienes, cuando se esfuerzan por defender a Dios contra los buenos, ofenden.

2. Los sentidos espirituales que expone Gregorio proceden de la raíz de la historia. Las palabras

de los amigos de Job no deben ser reprobadas en todo. Estas cosas, por tanto, dichas arriba más largamente, he procurado ahora resumirlas brevemente bajo una designación mística, para que mi lector recuerde por esta misma réplica que en esta obra sirvo al entendimiento espiritual. Y sin embargo, cuando la utilidad lo requiere, procuro también discutir sutilmente las palabras de la historia. Pero cuando es necesario, abrazo ambas a la vez, para que la alegoría germine frutos espirituales, los cuales, no obstante, la verdad de la historia produce desde la raíz. Pero a los amigos del bienaventurado Job, de quienes dijimos que representan la figura de los herejes, en sus dichos no los reprobamos de ninguna manera en todo, porque mientras se dice contra ellos por sentencia suprema: No habéis hablado ante mí lo recto, e inmediatamente se añade, como mi siervo Job (Job 42, 7), ciertamente consta que no se desprecia del todo lo que se reproba por comparación con lo mejor. Pues caen incautamente en la reprensión de este; pero, sin embargo, al ser amigos de tan gran varón, aprendieron muchas cosas místicas de su familiaridad. De donde, como también dijimos arriba (Lib. V, n. 27), Pablo también usa las palabras de ellos, y asumiendo estas en ayuda de su aserción, testifica que fueron proferidas desde la verdad. La cual verdad, no obstante, rectamente los reprende, porque una sentencia, por fuerte que sea, no debió ser proferida contra un varón santo. Pueden, pues, pesarse místicamente las palabras de Elifaz, con las cuales habla al bienaventurado Job, diciendo:

CAPÍTULO II.

VERS. 3.---Yo vi al necio con raíz firme, y maldije su hermosura inmediatamente.

SENTIDO ALEGÓRICO. 3. Los judíos son los necios, incluso sujetos a la maldición de los herejes por el rechazo de Cristo. Pues el pueblo de los judíos resultó necio, porque despreció la presencia misma de la Sabiduría eterna en la carne. El cual cobró fuerza como con raíz firme, porque venció extinguiendo temporalmente la vida de los elegidos. Pero Elifaz desprecia a este maldiciéndolo, porque ciertamente todos los herejes, de quienes dijimos que los amigos del bienaventurado Job representan la figura, cuando se glorían en el nombre de Cristo, reprenden con autoridad la perfidia de los judíos. Sobre cuyo necio se añade inmediatamente:

CAPÍTULO III.

VERS. 4.---Aléjense sus hijos de la salud, y sean quebrantados en la puerta, y no haya quien los libre.

4. Todos los pérfidos son hijos de estos. En Cristo, que es la puerta, son quebrantados. Hijos de este necio son todos los que son engendrados por la predicación de aquella perfidia. Los cuales ciertamente están lejos de la salud, porque aunque perciban la vida temporal sin aflicción, son heridos más gravemente con la venganza eterna, como dice el Señor sobre estos mismos hijos de aquel: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que recorréis mar y tierra para hacer un

prosélito, y cuando llega a serlo, lo hacéis hijo de la gehena el doble que vosotros! (Mt. 23, 15). Sigue: Y sean quebrantados en la puerta, y no haya quien los libre. ¿Quién otro debe ser entendido por el nombre de "puerta", sino el mediador de Dios y de los hombres, que dice: Yo soy la puerta; si alguno entrare por mí, será salvo (Jn. 10, 9)? Los hijos de este necio, por tanto, prosperan fuera de la puerta, y en la puerta son quebrantados, porque las depravadas proles de los judíos florecieron en la observancia de la ley antes del advenimiento del Mediador; pero en la presencia misma de nuestro Redentor cayeron repelidos del obsequio de la Divinidad por los méritos de su perfidia. A los cuales ciertamente no hay quien libre, porque ciertamente, mientras intentaron extinguir al Redentor mismo persiguiéndolo, cercenaron para sí los remedios de liberación ofrecidos; sobre lo cual bien se añade:

CAPÍTULO IV.

VERS. 5.---Cuya mies comerá el hambriento, y a él mismo lo arrebatará el armado.

5. Los gentiles comen su mies, esto es, los sagrados oráculos, y arrebatan sus riquezas. Pues la mies de este necio había sido la cosecha del sagrado lenguaje. Pues ciertos granos de las espigas son las palabras de los profetas, que el necio tuvo, pero no comió, porque el pueblo judaico sostuvo ciertamente la ley de palabra, pero por el hastío de la necedad ayunó de su entendimiento. Pero el hambriento come la mies de este necio, porque ciertamente el pueblo gentil come enten-

diendo las palabras de la ley, en las cuales la plebe judaica trabajó sin entendimiento. El Señor previó a estos hambrientos de la fe, cuando dijo a través del evangelista: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mt. 5, 6). De estos hambrientos se dice en la profecía de Ana: Los que antes estaban saciados se alquilaron por pan, y los hambrientos fueron saciados (1 Sam. 2, 5). Pero porque perdió la mies, rectamente se añade cómo perece también el necio mismo, cuando se dice: Y a él mismo lo arrebatará el armado. Lo cual ciertamente la Verdad advierte a los discípulos, diciendo: Viene la hora en que cualquiera que os mate pensará que presta un obsequio a Dios (Jn. 16, 2). Sigue: El antiguo enemigo arrebató armado al pueblo judaico, porque en él extinguió la vida de la fe con los dardos de la sugerencia fraudulenta, de modo que de donde creía adherirse a Dios, de allí mismo impugnaba su ordenación.

CAPÍTULO V.

IBID.---Y beberán los sedientos sus riquezas.

6. Los oráculos de Dios son mies y riquezas. De qué modo se dice que son comidos y bebidos. Las riquezas de este necio las beben los sedientos, porque las mentes convertidas de los gentiles son irrigadas por los flujos de la sagrada locución, que el pueblo judaico había poseído en la ostentación de la soberbia. De donde también se les dice a ellos mismos por el profeta: Todos los sedientos, venid a las aguas; y los que no tenéis dinero, apresuraos (Is. 55, 1). Porque ciertamente con el voca-

blo de "dinero" (plata) se significan los oráculos divinos, como testifica el Salmista diciendo: Las palabras del Señor son palabras castas, plata examinada en el fuego (Sal. 11, 7). Los que, pues, no tienen dinero, son llamados a las aguas, porque ciertamente la gentilidad, que no había recibido los preceptos de la sagrada Escritura, es saciada por la inundación de la sagrada locución, la cual bebe ahora tanto más ávidamente cuanto más tiempo estuvo seca y sedienta de ella. Los mismos oráculos divinos, pues, se llaman mieses y riquezas: mieses porque refrescan la mente en ayunas; riquezas, porque nos componen con gran belleza de costumbres. Los mismos se dicen también ser comidos y bebidos, porque ciertamente, mientras algunas cosas en ellos son oscuras, que no entendemos sino interpretadas, estas las tragamos como masticando; mientras que algunas cosas fáciles de entender las tomamos tal como las encontramos, estas las bebemos como no masticadas, porque las sorbemos íntegras. Recorremos estas cosas bajo el entendimiento místico en una breve locución, para que no pareciera que pasamos algo por alto. Pero porque los amigos del bienaventurado Job no podrían serlo si no resplandecieran también en algunas cosas con gran honestidad de costumbres, resta que indaguemos moralmente la virtud de los sentidos en sus palabras, para que, mientras se discute el peso de su locución, se muestre de qué doctrina fueron.

CAPÍTULO VI.

VERS. 3.---Yo vi al necio con raíz firme, y maldije su hermosura inmediatamente.

SENTIDO MORAL. 7. Los que siguen las cosas terrenas parecen tener raíz firme en la prosperidad. Como con raíz firme se fija el necio en la tierra, porque con todos sus deseos se consolida en el amor terrenal. De donde también se describe que Caín fue el primero en edificar una ciudad en la tierra (Gén. 4, 17), para que se mostrase abiertamente que puso su fundamento en la tierra aquel que fue ajeno a la solidez de la patria celestial. Como con raíz firme se eleva el necio cuando aquí se apoya en la prosperidad temporal; para alcanzar todo lo que desea, no sufrir ninguna adversidad, prevalecer sin resistencia contra los débiles, contradecir con autoridad a los que actúan bien, llegar a mayores ventajas siempre desde una acción peor, para que de donde deserta de la vía de la vida, de allí viva por un tiempo más feliz. Pero cuando los débiles ven florecer a los malos, tiemblan; y turbados en sí mismos por la prosperidad de los pecadores, vacilan en los pasos de su mente. De los cuales ciertamente tomó la figura el Salmista cuando decía: Mis pies casi se movieron, casi se derramaron mis pasos; porque tuve celo de los pecadores, viendo la paz de los pecadores (Sal. 72, 2. 3).

8. Los prudentes desprecian su gloria. Ni difieren el condenarla. Pero cuando los fuertes ven la gloria de aquellos, atienden pronto a qué pena sigue tras la gloria; y con un profundo pensamiento interior desprecian aquello por lo que los soberbios se hinchan exteriormente con el

fasto de una vana inflación. Bien se dice, pues: Yo vi al necio con raíz firme, y maldije su hermosura inmediatamente. Pues maldecir la hermosura del necio es juzgar su gloria por la condenación considerada, porque tanto más atrozmente es sepultado en los tormentos cuanto más alto es elevado en los pecados; porque pasa lo que se ensalza, permanece lo que se castiga; porque quien es honrado en el camino, será condenado en la llegada; y llega como por amenos prados a la cárcel quien a través de la prosperidad de la vida presente tiende a la perdición. Se debe notar, sin embargo, que al decir que había maldecido la hermosura del necio, añadió pronto: inmediatamente. Pues es costumbre de la mente humana y débil variar con la calidad de aquellas cosas que mira. Pues a menudo su juicio es llevado por la especie misma de la cosa presente, y según esto que mira, se forma su intención y su sentido. Pues frecuentemente muchos, mientras ven la gloria de algunos, se deleitan con los aspectos de esa misma gloria, y la consideran algo grande, y desean para sí merecer tales cosas. Pero cuando ven a los gloriosos ya sea derribados de repente, o quizá incluso muriendo, porque la gloria humana es de todo punto nada, lo confiesan con gemido, de modo que dicen pronto: He aquí cuán nada es el hombre. Quienes ciertamente dirían esto más rectamente si, cuando veían al hombre en la gloria, pensando entonces en su perdición, hubieran sentido que la potencia transitoria era nada. Pues entonces ha de pesarse la elación humana cuán nada es, cuando se ensalza sobre los demás por

los éxitos. Entonces ha de considerarse con qué carrera vuela la felicidad, cuando ante los ojos humanos resplandece como permanente. Pues la gloria de quien va a morir, que no es nada, pueden pesarla en la muerte misma cualesquiera débiles. Pues entonces le derogan incluso aquellos que la aman siguiendo hasta la muerte. Bien se dice, pues: Yo vi al necio con raíz firme, y maldije su hermosura inmediatamente. Como si dijera abiertamente: Contra la hermosura del necio no tuve demora en la maldición, porque al ver esta, vi también a la vez la pena siguiente. Pues no maldeciría inmediatamente si algún deleite de aquella gloria me hubiera retenido; pero maldije sin tardanza porque, viendo los suplicios que han de permanecer, reprobé su potencia sin duda alguna. Pero porque los inicuos, cuanto más progresan en este mundo, a más arrastran consigo a la perdición, rectamente se añade: Aléjense sus hijos de la salud. Pues hijos del necio son los que nacen en la ambición de este siglo por imitación de aquel; los cuales ciertamente se alejan tanto más de la salud cuanto que en la perpetración de la maldad no son heridos por ninguna debilidad. Sobre los cuales bien se añade:

CAPÍTULO VII.

VERS. 4.---Y sean quebrantados en la puerta, y no haya quien los libre.

9. El día del juicio es la puerta del reino. Entonces no puede ser librado quien aquí rehusó ser corregido. Pues así como el acceso a la ciudad se llama puerta, así el día del juicio es la puerta

del reino, porque a través de él se entra por todos los elegidos a la gloria de la patria celestial. De donde también, cuando Salomón vio que este día se acercaba para la retribución de la santa Iglesia, dijo: Noble en las puertas su marido, cuando se sentare con los senadores de la tierra (Prov. 31, 23). Pues el marido de la Iglesia es el Redentor del género humano, que se muestra noble en las puertas, el cual antes estuvo despreciado en las contumelias, pero aparecerá sublime en el ingreso del reino. El cual reside con los senadores de la tierra, porque decretará la sentencia del juicio con los santos predicadores de la misma Iglesia, como él mismo dice en el Evangelio: Vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se siente en el trono de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mt. 19, 28). Lo cual Isaías también prediciendo mucho antes dice: El Señor vendrá a juicio con los ancianos de su pueblo (Is. 3, 14). De estas puertas dice Salomón otra vez: Dadle del fruto de sus manos, y alábenla en las puertas sus obras (Prov. 31, 31). Pues entonces la santa Iglesia recibe del fruto de sus manos, cuando la retribución de su trabajo la eleva a percibir lo celestial. Entonces sus obras la alaban en las puertas, cuando se dice a sus miembros en el mismo acceso al reino: Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui huésped, y me recogisteis; estaba desnudo, y me cubristeis (Mt. 25, 35), y lo demás. Los hijos de este necio, pues, se elevaron ante la puerta, pero en la puerta serán quebrantados, porque

los amantes de este mundo se ensoberbecen en la vida presente, pero en el mismo acceso del reino son heridos por la eterna animadversión. Pero bien se añade: Y no haya quien los libre. Pues la Verdad libra de la adversidad eterna a aquellos a quienes oprime por la disciplina en las prosperidades temporales. Quien, pues, ahora rehúsa ser oprimido, entonces no puede ser librado, porque los inicuos no encuentran en el tiempo de su aflicción como libertador por medio del auxilio a aquel a quien descuidan tener como padre por medio de la disciplina. Sigue:

CAPÍTULO VIII.

VERS. 5.---Cuya cosecha comerá el hambriento.

10. El malvado, entendiendo y diciendo cosas rectas, tiene una cosecha que otros comen. También el necio tiene una cosecha, cuando cualquier inicuo recibe el don de la recta inteligencia: es enseñado por las sentencias de la Sagrada Escritura, habla cosas buenas, pero sin embargo de ningún modo pone por obra lo que dice: profiere las palabras de Dios, pero no las ama; alabándolas las encarece, viviendo las pisotea. Porque, pues, este necio entiende y dice cosas rectas, pero sin embargo no las ama poniéndolas por obra, ayuna teniendo una cosecha. La cual ciertamente el hambriento come, porque aquel que anhela a Dios con santos deseos, aprende lo que oye, y hace lo que ha aprendido; y mientras es confortado por la recta predicación del maestro perverso, ¿qué otra cosa es sino que se sacia con el fruto

del necio? ¿Acaso no amonestaba la Verdad a sus hambrientos, para que comieran la cosecha del necio, cuando a los que ardían en deseos santos mandaba acerca de los fariseos, diciendo: Haced todo lo que os digan, pero no hagáis según sus obras (Mt. 23, 3). Como si dijera abiertamente: Cultivan la cosecha de la palabra hablando, pero no la tocan en absoluto viviendo mal. Refresque, pues, vuestra hambre esta cosecha, porque os la guardan a vosotros por el hastío de su propia fatuidad. Pero bien se añade:

CAPÍTULO IX.

IBID.---Y a él mismo lo arrebatará el armado.

11. El diablo a menudo permite la ciencia, para corromper la vida. Pues el antiguo enemigo es vencido como inerme, cuando, sugiriendo abiertamente cosas malas a la mente humana, intenta destruir al mismo tiempo todos los bienes. Pero viene armado cuando, dejando intactos otros bienes, corrompe latente otros. Pues a menudo no tienta a algunos en el intelecto, y no se les opone en la meditación del sagrado elocuio; pero sin embargo suplanta su vida en la obra, los cuales, mientras son alabados por la virtud de la ciencia, de ningún modo miran los daños de sus propias obras; y cuando el ánimo es llevado al deleite del favor, no cura las heridas de su propia vida. A éste, pues, arrebató el enemigo armado, al cual, cubierto por el fraude, dejándolo en unas cosas, lo superó por otra parte. Sigue:

CAPÍTULO X.

IBID.---Y beberán los sedientos sus riquezas.

12. A menudo el torpe entiende estudiando en la erudición de la ley divina, lo que por negligencia el ingenioso no sabe. A menudo el necio tiene la fuente del licor interno, pero no bebe, porque ciertamente recibe el ingenio de la inteligencia, pero sin embargo desprecia conocer las sentencias de la verdad leyendo; sabe que prevalecería en el entender estudiando, pero fastidioso cesa de todo estudio de la doctrina. Las riquezas de la mente son también las palabras de la sagrada locución; pero el necio mira estas riquezas con los ojos, y de ningún modo las asume para el uso de su ornamento, porque oyendo las palabras de la ley, considera ciertamente que son grandes, pero no se esfuerza con ningún estudio de amor para comprenderlas. Al contrario, otro tiene sed, pero no tiene ingenio; el amor lo arrastra a meditar, pero la torpeza del sentido se le opone; y a menudo entiende esto en la erudición de la ley divina estudiando alguna vez, lo que por negligencia el ingenioso no sabe. Beben, pues, los sedientos las riquezas de este necio, mientras los torpes amantes alcanzan los preceptos de Dios, que los ingeniosos fastidiosos no saben. En éstos ciertamente el ojo del amor ilumina las tinieblas de la torpeza; pues la sed abre a los más lentos lo que el fastidio cierra a los más veloces. Los cuales también por eso llegan a las alturas de la inteligencia, porque no desprecian nada de lo que entendieron, ni lo más mínimo; y mientras ayudan al sentido con las manos, se elevan a sí mismos más allá de la altura de los ingeniosos. De donde

bien se dice por Salomón: El estelión (lagarto) se apoya con las manos, y mora en los palacios del rey (Prov. 30, 28). Pues frecuentemente las aves, a las que la pluma eleva al vuelo, residen en los espinos; y el estelión, que no tiene plumas para el vuelo, apoyándose con las manos, alcanza el edificio del reino, porque ciertamente a menudo los que son ingeniosos, mientras están torpes por la negligencia, permanecen en actos depravados, y a los sencillos, a quienes la pluma del ingenio no ayuda, la virtud de la obra los eleva a obtener los muros del reino eterno. El estelión, pues, mientras se apoya con las manos, mora en los palacios del rey, porque allí llega el sencillo por la intención de la obra recta, a donde el ingenioso de ningún modo asciende. Pero oídas estas cosas, surge una cuestión en nuestro corazón, ¿por qué o se concede el don de la inteligencia al negligente, o cualquier estudioso se ve impedido por la lentitud de su propio sentido? A la cual se responde más pronto, mientras se añade inmediatamente:

CAPÍTULO XI.

VERS. 6.---Nada en la tierra es sin causa.

13. Por qué se concede el ingenio lento al estudio, pero agudo al negligente. Pues por eso a menudo incluso el desidioso recibe el ingenio, para que sea castigado más justamente por su negligencia, porque desprecia saber lo que pudo alcanzar sin trabajo. Y por eso a veces el estudioso se ve oprimido por la lentitud de la inteligencia, para que encuentre tanto mayores premios de retribución cuanto más se esfuerza en el estudio del

hallazgo. Nada, pues, hay en la tierra sin causa, cuando tanto la lentitud aprovecha al estudioso para el premio, como la velocidad crece para el desidioso para el suplicio. Para entender las cosas que son rectas, a veces somos instruidos por el estudio del trabajo, pero otras veces por el dolor de la percusión (el azote). De donde habiéndose dicho: Nada en la tierra es sin causa; se añade aptamente a continuación:

CAPÍTULO XII.

IBID.---Y del suelo no brotará el dolor.

14. Por los méritos ocultos de las mentes, brotan los azotes manifiestos de las penas. Pues el dolor brota como del suelo, cuando el hombre, creado a imagen de Dios, es azotado por cosas insensibles. Pero porque por los méritos ocultos de las mentes, brotan los azotes manifiestos de las penas, el dolor no brota del suelo, porque la malicia de nuestro sentido exige que sea herido por cosas insensibles. Pues he aquí que vemos que para nuestra corrección la lluvia esperada se suspende de la tierra árida, y el aire caliginoso se seca por el sol ardiente; el mar brama con tormentas que se hinchan, e intercepta a unos que han sido tomados para transitar, y a otros se les opone al viaje deseado con la ola levantada en montón; la tierra no solo disminuye los gérmenes de fecundidad, sino que incluso consume las semillas recibidas. En todas las cuales ciertamente se mira claramente esto que un cierto sabio atestigua sobre el Señor, diciendo: Y el orbe de la tierra peleará con él contra los insensatos (Sab.

5, 21). Pues el orbe de la tierra pelea con el Señor contra los insensatos, cuando en la pena de los delincuentes milita también la adversidad de los elementos. Pero sin embargo el dolor no brota del suelo, porque cualquier cosa insensible es excitada para nuestra aflicción por el estímulo de nuestra acción. El dolor no brota del suelo, porque de ningún modo la pena nace de aquella criatura que hiere, sino sin duda de aquella que pecando extorsionó la fuerza de la percusión. Pero hay que cuidar grandemente que cuando en las cosas exteriores somos afectados por el peso del dolor, tendamos por la esperanza a las cosas de arriba; para que la mente llegue allí a lo alto, a donde la pena exterior nos castiga. De donde también se añade aptamente:

CAPÍTULO XIII.

VERS. 7.---El hombre nace para el trabajo, y el ave para el vuelo.

15. Cuanto la carne es afectada por los azotes, tanto la mente es elevada a cosas más altas. Pues el hombre nace para el trabajo porque ciertamente aquel que está dotado de la razón recibida, considera que le es muy imposible escapar de estos tiempos de su peregrinación sin un gemido. De donde bien Pablo, cuando enumeraba sus tribulaciones a sus discípulos, añadió: Pues vosotros mismos sabéis que para esto hemos sido puestos (1 Tes. 3, 3). Pero en aquello que la carne es afectada por los azotes, la mente es elevada a desear cosas más altas; atestiguando de nuevo Pablo, quien dice: Y aunque este nuestro hombre

exterior se corrompa, sin embargo el interior se renueva de día en día (2 Cor. 4, 16). El hombre, pues, nace para el trabajo, y el ave para el vuelo, porque de allí la mente vuela a lo sumo, de donde la carne trabaja más duramente en lo ínfimo.

16. El pesado trabajo de los carnales, ninguno de los espirituales. También por la apelación de hombre puede ser significada la vida de los carnales. De donde también Pablo dice: Pues habiendo entre vosotros celo y contienda, ¿no sois carnales? (1 Cor. 3, 3). A los cuales poco después añadió, diciendo: ¿No sois hombres? (Ibíd., 4). En esta vida, pues, el hombre nace para el trabajo, porque cada carnal, cuando apetece cosas transitorias, se aflige a sí mismo con el peso de sus deseos. Pues es un trabajo pesado buscar esta misma gloria de la vida presente, percibirla alguna vez buscada, y guardarla con circunspección una vez percibida. Es un trabajo pesado aprehender esto con gran fatiga, lo cual el que lo aprehende sabe que no puede durar mucho tiempo. Pero los varones santos, porque no aman lo transitorio, no solo no toleran pesos de deseos temporales; sino que incluso si surgen cosas adversas, no trabajan en esas mismas presiones y languideces suyas. ¿Pues qué hay más duro que los azotes? y sin embargo de los apóstoles azotados está escrito: Iban gozosos de la presencia del concilio, porque fueron tenidos por dignos de sufrir contumelia por el nombre de Jesús (Hch. 5, 41). ¿Qué trabajo, pues, hay para sus mentes, para quienes incluso la pena de los azotes no es trabajo? El hombre, pues, nace para el trabajo, porque aquel siente verda-

deramente los males de este mundo, que apetece ansiosamente sus bienes. Pues para aquel cuya mente está suspendida a lo alto, debajo de ella está todo lo que exteriormente se mueve contra ella. Bien, pues, se añade: Y el ave para el vuelo. Porque tanto el ánimo se sustrae de la aflicción del trabajo, cuanto se eleva por la esperanza a lo sumo. ¿Acaso no había nacido Pablo como un ave para el vuelo, el cual sosteniendo tantas cosas adversas decía: Nuestra conversación está en los cielos (Fil. 3, 20)? Y de nuevo: Sabemos que si nuestra casa terrenal de esta habitación se disuelve, tenemos de Dios una edificación, una casa no hecha por manos, eterna en los cielos (2 Cor. 5, 1). Como un ave, pues, había trascendido lo ínfimo, al cual, demorándose todavía en el cuerpo en la tierra, ya la pluma de la esperanza lo elevaba a lo sublime. Pero porque nadie por sus propias fuerzas vale para elevarse a lo alto, de modo que cuando es afligido con lo visible, sea elevado a lo invisible, rectemente se añade pronto:

CAPÍTULO XIV.

VERS. 8.---Por lo cual yo suplicaré al Señor, y a Dios dirigiré mi elocuio.

17. Esto es don de Dios. Como si claramente dijera: a Él ruego, por quien sé que estas cosas son concedidas. Pues si creyera tener esto por sí mismo, no necesitaría suplicar a Dios. Sigue:

CAPÍTULO XV.

VERS. 9.---Quien hace cosas grandes e inescrutables y maravillosas sin número.

18. Las maravillosas obras de Dios se han vuelto viles a los ojos humanos por el uso. ¿Quién bastará para escudriñar las maravillas de Dios omnipotente, que creó todas las cosas de la nada, que la misma fábrica del mundo fue dispuesta por la maravillosa virtud de su potencia, y el cielo se suspende sobre el aire, y la tierra se equilibra sobre el abismo; que de cosas invisibles y visibles existe toda esta universidad, que hizo al hombre, por así decirlo, reuniendo en breve otro mundo, pero racional; que constituyéndolo de alma y carne, por una ininvestigable disposición de la virtud mezcló el espíritu y el lodo (lutum)? De estas cosas, pues, unas conocemos, y otras somos; pero sin embargo descuidamos maravillarnos, porque aquellas cosas que por incomprensible indagación son maravillosas, se han vuelto viles a los ojos humanos por el uso. De donde sucede que si un hombre muerto es resucitado, todos saltan de admiración, y diariamente nace el hombre que no era, y nadie se maravilla, constando sin duda a todos que es más ser creado lo que no era, que ser reparado lo que era. Porque la vara seca de Aarón floreció, todos se maravillaron; diariamente de la tierra árida se produce el árbol, y la virtud del polvo se convierte en leño, y nadie se maravilla. Porque cinco mil hombres fueron saciados con cinco panes, todos se maravillaron de que las comidas crecieran en los dientes; diariamente los granos de semillas esparcidos se multiplican en la plenitud de las espigas, y nadie se maravilla.

Viendo el agua mudada una vez en vino todos se maravillaron; diariamente el humor de la tierra atraído a la raíz de la vid, se convierte en vino a través del racimo, y nadie se maravilla. Maravillosas son, pues, todas las cosas que los hombres descuidan maravillarse, porque para considerarlas, como predijimos, se entorpecen por el uso. Pero bien cuando decía: Quien hace cosas grandes, añadió inmediatamente: E inescrutables. Pues menos hubiera sido hacer cosas grandes, si sin embargo las cosas que han sido hechas hubieran podido ser escudriñadas. Pero rectamente se añade: Y maravillas sin número, porque sería de menor magnitud si las cosas inescrutables que fundó hubieran sido pocas.

19. Los milagros de Dios han de ser considerados por el estudio, no discutidos por el intelecto. Donde la fe vacila, cómo ha de ser fortalecida. De donde la resurrección se hace creíble. Pero entre estas cosas hay que saber que los milagros divinos deben siempre ser considerados por el estudio, y nunca discutidos por el intelecto. Pues a menudo el sentido humano, mientras buscando la razón de ciertas cosas no la encuentra, se sumerge en la vorágine de la duda. De donde sucede que algunos hombres consideran los cuerpos de los muertos reducidos a polvo; y mientras no pueden colegir por la razón la fuerza de la resurrección, desesperan de que estos puedan volver a su estado antiguo. Las maravillas, pues, han de ser creídas por la fe, no han de ser escudriñadas por la razón; porque si la razón expandiera estas cosas ante nuestros ojos, no serían maravillosas.

Pero cuando tal vez el ánimo vacila en estas cosas, es necesario que reduzca a la memoria aquellas cosas que conoce por el uso, y sin embargo no colige por la razón; para que con el argumento de una cosa semejante fortalezca la fe, que descubre que es debilitada por su propia sagacidad. Pues considerado el polvo de la carne humana, la mente sacudida de algunos desespera, de cuándo el polvo volverá a la carne, y compondrá el cuerpo revivido por los lineamientos de los miembros; cuándo aquella aridez de la tierra verdee por los miembros vivientes, y se distinga por sus especies y formas. Esto ciertamente no puede ser comprendido por la razón, pero sin embargo puede ser creído fácilmente por un ejemplo. ¿Pues quién creería que de un solo grano de semilla surge un árbol inmenso, si no tuviera esto por cierto por el experimento? Pues en tanta pequeñez de un solo grano y casi ninguna disimilitud de sí mismo, ¿dónde se esconde la dureza del leño, y la médula más tierna o más dura que el leño, la aspereza de la corteza, el verdor de la raíz, el sabor de los frutos, la suavidad de los olores, la diversidad de los colores, la blandura de las hojas? Y sin embargo, porque conocemos esto por el experimento, no dudamos que todas las cosas proceden de un solo grano de semilla. ¿Qué hay, pues, de difícil en que el polvo vuelva a los miembros, mientras vemos diariamente la potencia del creador, que tanto crea maravillosamente leños de un grano, como todavía más maravillosamente frutos de los leños? Diga, pues: Quien hace cosas grandes e inescrutables, y maravillas sin número, porque la

magnitud de las obras divinas ni puede ser discutida por la calidad, ni numerada por la cantidad. De donde también todavía se añade:

CAPÍTULO XVI.

VERS. 10, 11.---Quien da la lluvia sobre la faz de la tierra, e irriga con aguas el universo. Quien pone a los humildes en lo sublime, y a los que lloran eleva con la salvación.

SENTIDO MÍSTICO.---20. Con las aguas de la gracia Dios irriga el universo. Por el nombre de universo el hombre es significado. Porque creemos que los amigos del bienaventurado Job fueron instruidos por su sociedad, es necesario que tratemos místicamente estas palabras de Elifaz. Pues Dios omnipotente concede la lluvia a la tierra, cuando infunde la gracia de la predicación celestial en los corazones áridos de los gentiles. E irriga con aguas el universo, porque forma la esterilidad del hombre perdido para la fructificación por la plenitud del Espíritu, como por sí misma dice la Verdad: El que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás (Jn. 4, 13). Pero por el nombre de universo el hombre es significado, porque en él se muestra la verdadera especie y la gran comunión del universo. Pues todo lo que es, o es y no vive; o es y vive, pero de ningún modo siente; o es y vive y siente, pero no entiende ni discierne; o es y vive y siente y entiende y discierne. Pues hay piedras, y sin embargo no viven. Hay arbustos, viven ciertamente, y sin embargo no sienten. Pues la vida de las hierbas y de los árboles es llamada verdor, como por Pablo se dice

de las semillas: Necio, lo que tú siembras no se vivifica si primero no muere (1 Cor. 15, 36). Hay animales brutos, viven y sienten, y sin embargo no entienden. Hay ángeles, y viven y sienten, y por el entender disciernen. El hombre, pues, porque tiene en común el ser con las piedras, el vivir con los árboles, el sentir con los animales, el discernir con los ángeles, rectamente es expresado con el nombre de universo, en quien según algo el mismo universo es contenido. De donde también la Verdad dice a los discípulos: Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura (Mc. 16, 15). A saber, quiso que por toda criatura se entendiera solo al hombre, al cual creó algo común con todas las cosas.

21. Dios irriga el universo, cuando de todo género de hombres llama a su conocimiento. Aunque en este lugar el universo puede entenderse también de otra manera. Pues la gracia del Espíritu Santo cuando se sujeta a los ricos, no repele a los pobres; cuando humilla a los fuertes, no rehúsa que los débiles vengan a ella; cuando reúne a los nobles, al mismo tiempo aprehende a los innobles; cuando recibe a los sabios, no desprecia la necedad de los inexpertos. Dios, pues, irriga el universo con aguas, el cual por el don del Espíritu Santo llama de todo género de hombres a su conocimiento.

22. Dios irriga el universo, porque forma la fuerza de su sermón en cada uno según la diversidad de las costumbres. Pero por el nombre de universo pueden ser designadas las mismas disimilitudes de las costumbres. Pues uno se eleva

por la elación, otro se inclina por el peso del temor, otro arde por la libido, otro anhela por la avaricia, otro se abate por la remisión, otro hierve por la ira. Pero por la doctrina del sagrado elocuio, mientras al soberbio se le concede la humildad, al temeroso se le presta la confianza, el lujurioso por el estudio de la castidad es limpiado de la inmundicia, el avaro por la continencia es templado del ardor de la ambición, el remiso por la rectitud del celo es elevado, el iracundo es refrenado de la excitación de su precipitación, Dios irriga el universo con aguas; porque forma la fuerza de su sermón en cada uno según la diversidad de las costumbres, para que cada uno encuentre esto en su elocuio, por lo cual lleve el germen de la virtud necesaria. De donde por un cierto sabio se dice de la dulzura del maná: Pan ya preparado del cielo les prestaste sin trabajo, que tenía en sí todo deleite, y la suavidad de todo sabor (Sab. 16, 20). Pues el maná tuvo en sí todo deleite y la suavidad de todo sabor, porque a saber en la boca de los espirituales, según la voluntad de los que comían, dio el sabor, porque el sermón divino, congruente para todos y no discrepante de sí mismo, condesciende a la calidad de los oyentes; el cual, mientras cada elegido lo entiende útilmente según su medida, convierte como el maná recibido en un sabor voluntario. Y porque a la labor de la buena obra sigue la gloria de la retribución, después de la irrigación de las aguas rectamente se añade: Quien pone a los humildes en lo sublime, y a los que lloran eleva con la salvación.

[Vet. VIII, Rec. X.] 23. La gloria y el gozo recibirán a los siervos de Dios, ahora despreciados y afligidos.--- Los humildes son puestos en lo sublime, porque aquellos que ahora son despreciados por amor a Dios, vienen entonces como jueces con Dios, tal como eso que ya dijimos un poco antes, la Verdad promete a los mismos humildes, diciendo: Vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se siente en la sede de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce sedes, juzgando a las doce tribus de Israel (Mt. 19, 28). Entonces el Señor eleva con la salvación (sospitate) a los que lloran, porque aquellos que, encendidos por los deseos de Él, huyen de las cosas prósperas, padecen adversidades, toleran los tormentos de los perseguidores y se castigan a sí mismos con lamentos, reciben entonces una salvación tanto más sublime cuanto ahora mueren devotamente a todos los gozos del mundo. De aquí es, pues, lo que se dice por Salomón: El corazón que conoce la amargura de su propia alma, en su gozo no se mezclará el extraño (Prov. 14, 10). Pues la mente humana conoce la amargura de su alma cuando, encendida por los deseos de la patria eterna, reconoce llorando la pena de su peregrinación; pero en su gozo no se mezclará el extraño, porque quien ahora es ajeno al dolor de la compunción, no es entonces partícipe de la alegría de la consolación. De aquí es que en el Evangelio la Verdad dice: En verdad, en verdad os digo, que lloraréis y lamentaréis vosotros, pero el mundo se alegrará; y vosotros os entristeceréis, pero vuestra tristeza

se convertirá en gozo (Jn. 16, 20). Y de nuevo: Vosotros, pues, ahora ciertamente tenéis tristeza, pero de nuevo os veré, y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo (Ibíd. 22). Por tanto, se dice que el Señor eleva con la salvación a los que lloran, porque consuela con la verdadera salud a los afligidos temporalmente por Él. Lo cual, sin embargo, nada impide que se entienda también de los elegidos de Dios en esta vida.

24. Los humildes ya desde esta vida están puestos en lo sublime.--- Ciertamente los humildes son puestos en lo sublime, porque cuando se someten por humildad, por el juicio de una mente elevada traspasan todas las cosas temporales; y cuando se estiman indignos en todas las cosas, por el examen del recto pensamiento pisan y trascienden la gloria de este mundo. Veamos al humilde Pablo. He aquí que dice a los discípulos: Pues no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo nuestro Señor, y a nosotros como vuestros siervos por Cristo (2 Cor. 4, 5). Veamos a este humilde puesto ya en lo sublime. Dice: ¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles (1 Cor. 6, 3)? Y de nuevo: Nos resucitó juntamente con Él y nos hizo sentar en los cielos (Ef. 2, 6). Quizá exteriormente entonces una cadena lo ligaba, pero en su mente había sido puesto en lo sublime, él que ya por la certeza de su esperanza se sentaba en los cielos. Los varones santos, pues, son despreciados por fuera, y toleran todo como si fueran indignos; pero confiando en que son dignos de las sedes celestiales, esperan con certeza la gloria de la eternidad; y mientras trabajan por fuera

en la adversidad de la persecución, recurren por dentro a la ciudadela fortificada de la mente; y desde allí desprecian que todas las cosas pasen bajo ellos, entre las cuales se ven también a sí mismos pasando corporalmente; no temen las amenazas, porque sufriéndolos desprecian incluso los tormentos. Pues de aquí se dice por Salomón: El justo, como un león confiado, estará sin terror (Prov. 28, 1). De aquí fue escrito por él de nuevo: No entristecerá al justo cualquier cosa que le suceda (Prov. 12, 21). Porque, puesto que todos los rectos están situados en la alta cumbre de su intención, mientras no sienten la muerte al morir, de modo admirable los dardos de los réprobos tanto los hieren como no los tocan. Los humildes, pues, están puestos en lo sublime, porque desde donde se desprecian a sí mismos en todo, desde allí se hacen más seguros contra todo.

[Vet. IX, Rec. XI.] La mente, cesando de anhelar las cosas que están sobre ella, cae incesantemente bajo sí misma.--- Por el contrario, rectamente se dice a la mente réproba bajo la figura de Babilonia por el profeta: Desciende, siéntate en el polvo, virgen hija de Babilonia, siéntate en la tierra; no hay solio para la hija de los Caldeos (Is. 47, 1). Pues en este lugar la mente humana es llamada virgen no como incorrupta, según creo, sino como infecunda. Y porque Babilonia se interpreta "confusión", rectamente la mente infecunda es llamada hija de Babilonia, la cual, en cuanto que de ningún modo germina buenas obras, mientras no se compone por ningún orden de vida recta, es engendrada como por la confu-

sión como madre. Pero si es llamada virgen no como infecunda, sino como incorrupta, después de haber perdido el estado de salud, es llamada por lo que fue para el colmo de su confusión. A la cual aptamente se le dice por reprensión por la voz divina: Desciende. Pues en lo alto está el ánimo humano cuando anhela las retribuciones celestiales; pero desciende de este estado cuando, torpemente vencido, se sujeta a los fluyentes deseos del mundo. A lo cual bien se añade pronto: Siéntate en el polvo. Pues descendiendo reside en el polvo, porque desertando las cosas celestiales, salpicado de pensamientos terrenos se envilece en las cosas débiles. Donde todavía duplicando se añade: Siéntate en la tierra. Como si abiertamente reprochando dijera: Puesto que no quisiste elevarte con la conversación celestial, postrado bajo ti mismo humíllate en los actos terrenos. De donde también necesariamente se añade al punto: No hay solio para la hija de los Caldeos. Pues "Caldeos" se interpreta "feroces". Pero son sumamente feroces los que, siguiendo sus propias voluntades, no saben perdonar ni sus propias muertes. Feroces son los deseos terrenos que, no solo contra los preceptos del Creador, sino a menudo incluso contra los golpes de los azotes, vuelven la mente dura e insensible. Pero la hija de los feroces no tiene solio, porque la mente que nace para el amor del mundo de los deseos depravados, y es endurecida por los mismos deseos, en cuanto que se sujeta a las concupiscencias terrenas, pierde la sede del juicio; y no preside en ningún solio ante sí misma, porque

carece del examen de la discreción, y es como repelida de la sesión de su propio juicio, porque vaga por las concupiscencias exteriores. Pues está claro que la mente que ha perdido dentro la sede del consejo, se esparce fuera por innumerables deseos. Y porque disimula actuar según lo entendido, es rectamente cegada, de modo que incluso ignore lo que hace; y a menudo por un justo juicio es dejada en su propia voluntad, y es relajada bajo esos laboriosos ministerios del mundo que ansiosamente apetece.

[Vet. X.] De donde aptamente allí se añade: Porque ya no serás llamada blanda y tierna; toma la mola y muele la harina (Ibíd. 2). Consta sin duda que los padres perdonan a su hija tierna, ni la afligen con obras duras y serviles. Dios omnipotente, pues, la llama como hija tierna cuando revoca el alma amada de cada uno de los laboriosos servicios de este mundo; no sea que mientras es afectada por los actos exteriores, sea endurecida para los deseos internos. Pero la hija de los Caldeos no es llamada blanda y tierna; porque la mente entregada a los deseos depravados, en aquello que ansiosamente apetece es dejada al trabajo de este siglo, para que sirva al mundo como esclava fuera, ella que dentro de ningún modo ama a Dios como hija. De donde también se le manda tomar la mola y moler la harina. La mola es llevada en círculo, y la harina es producida. Pero cada acción de este mundo es una mola, la cual, mientras amontona muchas preocupaciones, hace girar las mentes humanas como en círculo; y de sí proyecta como harinas, porque

con el corazón seducido, siempre engendra pensamientos pequeñísimos.

[Vet. XI.] Pero a veces el que es creído de algún mérito estando quieto, puesto en cualquier acción es desnudado; de donde allí se añade pronto: Desnuda tu turpitud, descubre el hombro, revela las piernas, pasa los ríos (Ibíd. 2). Pues en la administración de la obra se desnuda la turpitud, mientras la mente vil y abyecta es conocida en la ostentación de la acción, la cual antes, estando quieta, era tenida por grande. La mente descubre el hombro cuando muestra su obra que era ignorada. Revela las piernas porque manifiesta con qué pasos de deseos anhela los lucros del mundo. También pasa los ríos, porque apetece incesantemente las acciones de este mundo, que diariamente fluyen hacia un término; y mientras deja unas, sigue otras, como si siempre tendiera de río en río. Estas cosas hemos dicho en pocas palabras por digresión, para mostrar dónde yace la mente sacudida del solio de la santa intención; porque si cesare de anhelar las cosas que están sobre ella, cae incesantemente incluso bajo sí misma. Pero es fijada en lo alto si, desertando el amor de las cosas temporales, es ligada a la esperanza de la inmutable eternidad.

26. La alegría de los siervos de Dios es verdadera; la alegría de los inicuos es por la insania, no por la salvación.--- Bien, pues, se dice: Quien pone a los humildes en lo sublime. Y aptamente se añade: Y a los que lloran eleva con la salvación (sospitate). A menudo en este mundo también algunos alegres son elevados, mientras se hinchan

por la misma gloria de su prosperidad. Pero el Señor eleva con la salvación a los que lloran, porque levanta a sus afligidos hacia la gloria de la verdadera alegría con solidez. Ciertamente son elevados con la salvación, no con la insania, aquellos que, puestos en buenas obras, se congratulan con firme esperanza en Dios. Pues algunos, como hemos dicho, tanto perpetran iniquidades como no cesan de gozar; de los cuales se dice por Salomón: Que se alegran cuando han hecho el mal, y saltan de gozo en las cosas pésimas (Prov. 2, 14). Y de nuevo: Hay impíos que están tan seguros como si tuvieran las obras de los justos (Ecl. 8, 14). Estos, sin duda, no son elevados por la salvación, sino por la insania, los cuales se enorgullecen cuando debieron haber sido afligidos; y de aquello mismo los miserables se deshacen en exultación, por lo cual son llorados por los buenos. Siendo, a saber, semejantes a los sentidos de los frenéticos, piensan que la insania en la que prevalecen es virtud; los cuales no saben que esto que pueden más que los sanos es por la enfermedad; y estiman que como si hubieran crecido en fuerzas, mientras se aproximan al término de la vida por los aumentos del languidecimiento. Los cuales, porque no tienen el sentido de la razón, son llorados, y ellos ríen; y tanto se dilatan en gran exultación cuanto, siendo insensibles, ignoran el mal que padecen. Por tanto, el Señor eleva con la salvación a los que lloran, porque la mente de los elegidos no se alegra por la insania de la vida presente, sino por la certeza de la salvación eterna. De donde

aptamente pronto se añade sobre esta misma destrucción de los depravados:

CAPÍTULO XVII.

VERS. 12.---Quien disipa los pensamientos de los malignos, para que sus manos no puedan cumplir lo que habían comenzado.

27. A menudo los pensamientos de los malos son vanos, pero su conciencia no es por ello menos rea.--- Las mentes de los réprobos siempre vigilan pensamientos perversos, pero la mayoría de las veces se les opone la divina dispensación; y aunque no corrijan la depravación de su consejo ni aun quebrantados por las adversidades, Él refrena sus fuerzas para que no prevalezcan contra los buenos. Contra los cuales se actúa por un admirable juicio, de modo que carezcan ciertamente del efecto de la obra depravada, y sin embargo los declare reos de conciencia ante la justa sentencia del Juez. Por tanto, en lo que piensan cosas malas, muestran lo que ellos mismos harían; pero en lo que no pueden cumplir las cosas malas, son defendidos aquellos contra quienes las habían pensado. De donde también todavía bien se añade:

CAPÍTULO XVIII.

VERS. 13.---Quien atrapa a los sabios en su propia astucia, y disipa los consejos de los malvados.

28. Quienes se resisten a los consejos de Dios, les sirven contra su voluntad. Se muestra con los

ejemplos de los hermanos de José, de Saúl, de Jonás y de los judíos.--- Pues a menudo algunos, hinchados de sabiduría humana, al ver que los juicios divinos son contrarios a sus deseos, intentan resistirlos con astutas maquinaciones; y para torcer la fuerza de la divina dispensación hacia su propio voto, insisten en pensamientos astutos y buscan consejos más sutiles; pero por aquello mismo cumplen la voluntad de Dios, por lo cual pretenden cambiarla; y obedecen al consejo de Dios omnipotente mientras se esfuerzan por resistirlo, porque a menudo incluso eso que le resulta frívolamente contrario por el afán humano, milita aptamente para su disposición. Por tanto, el Señor atrapa a los sabios en su misma astucia, cuando los hechos humanos sirven congruentemente a sus consejos incluso cuando se resisten. Lo cual mostramos mejor si traemos al medio algunos ejemplos de cosas sucedidas.

[Vet. XII.] 29. José había tenido un sueño: que las gavillas de sus hermanos se postraban ante su gavilla (Gén. 37, 7); había tenido un sueño: que el sol y la luna con las demás estrellas lo adoraban. Porque refirió estas cosas puramente a sus hermanos, la envidia y el pavor de su futura dominación hirieron pronto sus corazones. Y cuando vieron que él venía hacia ellos, con malicia sañuda dijeron: He aquí que viene aquel soñador; venid, matémosle, y veamos qué le aprovecharán sus sueños (Ibíd. 20). Y cuando temen someterse a su dominio, deponen al soñador en un pozo, y lo venden a unos ismaelitas que pasaban: el cual, llevado a Egipto, sometido a servidumbre, conde-

nado por una acusación de lujuria, ayudado por el mérito de la castidad, elevado por el juicio de la profecía, fue antepuesto a todo Egipto; y por la sabiduría celestial, providente, amontonó granos y salió al encuentro del futuro peligro de la necesidad. Y cuando el hambre irrumpió en el mundo, Jacob, solícito por la preparación de los alimentos, envió a sus hijos a Egipto: los cuales encuentran sin saberlo a José puesto al frente de la dispensación de los granos, y para merecer percibir los alimentos, se vieron compelidos a adorar a su dispensador con las cervices inclinadas hacia la tierra. Pensemos, pues, el orden de la cosa sucedida, pensemos cómo la fuerza divina atrapa a los sabios en su propia astucia. Por eso José había sido vendido por ellos, para que no fuera adorado; pero por eso fue adorado, porque fue vendido. Pues se atrevieron a hacer algo astutamente para que el consejo de Dios fuera cambiado; pero sirvieron resistiendo al juicio divino que intentaron declinar. Pues de allí ciertamente fueron forzados a cumplir la voluntad de Dios, de donde se esforzaron astutamente por cambiarla. Así el consejo divino se cumple mientras es evitado; así la sabiduría humana es atrapada mientras forcejea. Temieron los hermanos que José creciera sobre ellos; pero por precaverse se hizo que sucediera eso que había sido dispuesto divinamente. La sabiduría humana, pues, fue atrapada en sí misma, la cual de donde resistió a la voluntad de Dios por la intención, de allí militó para su cumplimiento.

[Vet. XIII.] 30. Así Saúl, al ver que David, su súbdito, crecía por un diario éxito de virtudes, le

prometió a su hija en matrimonio, y pidió para su dote que le fueran dados por él cien prepucios de filisteos, para que cuando el provocado soldado buscara crecer más allá de sí mismo, terminara su vida entregado a las espadas de sus enemigos, como está escrito: El rey no tiene necesidad de dote, sino solo de cien prepucios de filisteos, para que se haga venganza de los enemigos del rey (1 Sam. 18, 25). Por lo demás, Saúl pensaba entregar a David en manos de los filisteos; pero David, robustecido por el favor de la disposición íntima, ofreció dar cien, y trajo doscientos prepucios. Por el argumento de cuya obra Saúl, sin duda superado, fue atrapado por la providencia soberana en el consejo de su propia sabiduría; porque de donde creyó que extinguiría la vida del soldado que crecía, de allí mismo acumuló la gloria de su virtud.

31. Pero porque a veces incluso los elegidos se esfuerzan por ser sabios astutamente, agrada traer al medio a otro sabio, y demostrar cómo la astucia de los mortales es atrapada en los consejos internos. Ciertamente Jonás quiso ser prudentemente sabio cuando, enviado a predicar la penitencia a los ninivitas, porque temió que Judea fuera desamparada si los gentiles eran elegidos, rehusó cumplir el oficio de la predicación (Jon. 1, 2, 3, etc.). Buscó una nave, eligió huir a Tarsis; pero pronto se levanta una tempestad, se echan suertes, para que a saber se conociera por culpa de quién se turbaba el mar. Jonás es descubierto en culpa, es sumergido en lo profundo, devorado por una ballena que lo absorbe, y

llega allí, llevado por la bestia, a donde espontáneamente despreció ir. He aquí que la tempestad encuentra al fugitivo de Dios, la suerte lo liga, el mar lo recibe, la bestia lo encierra, y porque se resiste a obedecer a su Autor, es llevado a su reo calabozo al lugar al que había sido enviado. Mandándolo Dios, el hombre no quiso ministrar la profecía; aspirándolo Dios, la bestia vomita al profeta. Atrapa, pues, el Señor a los sabios en su propia astucia, cuando reduce incluso esto al uso de su voluntad, por lo cual la voluntad humana le contradice.

32. Escrutemos todavía la sabiduría de los hebreos, para que veamos qué prohibió al prever, y qué provocó al prohibir. Ciertamente, cuando una multitud de creyentes confluía a los milagros de nuestro Redentor, cuando los sacerdotes del pueblo, encendidos por las teas de la envidia, proclamaban que el mundo iba tras Él, diciendo: ¿Veis que nada aprovechamos? He aquí que todo el mundo se ha ido tras él (Jn. 12, 19); para cortar de Él la fuerza de tan gran concurso, intentaron terminar su poder con la muerte, diciendo: Conviene que un hombre muera, y que no perezca toda la nación (Jn. 11, 50). Pero la muerte del Redentor valió para la unión de su cuerpo, esto es, de la Iglesia, no para su separación. De donde también por la ley se manda que a la tórtola o a la paloma, en figura de nuestro sacrificio, se le corte el gaznate y no se separe del todo, para que incluso después de la muerte la cabeza quede unida al cuerpo (Lev. 1, 15); porque a saber el Mediador de Dios y de los hombres (1 Tim. 2, 5), esto es, la

Cabeza de todos nosotros, y hostia de la verdadera purificación, de donde padeció la muerte por nosotros, de allí se nos unió más verdaderamente. Después de la sección, pues, la cabeza de la tórtola permanece unida a su cuerpo, porque ni la muerte interviniente divide a Cristo de la Iglesia. Los perseguidores, por tanto, realizaron aquello que perniciosamente intentaron; infirieron la muerte para cortar de Él la devoción de los fieles; pero de allí creció la fe, de donde la crueldad de los infieles creyó extinguirla. Y mientras estiman que cortan sus milagros persiguiéndolos, se vieron sin duda compelidos, sin saberlo, a dilatarlos. Atrapa, pues, el Señor a los sabios en su propia astucia, cuando reduce incluso al obsequio de su piedad aquello que la crueldad humana encendió contra Él.

33. Dios concede unas cosas propicio, otras las permite airado.--- Pues el Justo y Misericordioso, disponiendo los actos de los mortales, concede unas cosas propicio, otras las permite airado; y aquellas que permite, de tal modo las tolera que las convierte al uso de su propio consejo. [Vet. XIV.] De donde de modo admirable sucede que incluso lo que se hace sin la voluntad de Dios, no es contrario a la voluntad de Dios, porque mientras las malas obras se convierten en buen uso, militan para su consejo incluso aquellas cosas que repugnan a su consejo. Pues de aquí se dice por el Salmista: Grandes son las obras del Señor, buscadas según todas sus voluntades (Sal. 110, 2). Pues de tal modo sus obras son grandes, que por todo lo que se hace por los hombres, se busca su

voluntad. Pues a menudo por aquello se perfecciona, por lo cual se pensaba que era repelida. De aquí de nuevo se dice: Todo lo que quiso el Señor lo hizo en el cielo y en la tierra (Sal. 134, 6). De aquí dice Salomón: No hay sabiduría, no hay prudencia, no hay consejo contra el Señor (Prov. 21, 30). Resta, pues, que en todo lo que hacemos inquiramos la fuerza de la voluntad soberana, a la cual, una vez conocida, nuestra acción debe servir devotamente, y seguirla como guía de su itinerario, para que no le sirva incluso sin querer, si siendo soberbia la declina. Pues la fuerza del consejo soberano de ningún modo puede ser evitada; pero se la templa para sí con gran virtud quien se refrena bajo sus mandatos (nutus); y se aligera sus pesos quien la lleva voluntariamente sobre el hombro sometido del corazón. Pero porque arriba hicimos memoria de los perseguidores, mostremos cómo también aquellas cosas que se añaden concuerdan con su ceguera. Sigue:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 14.---Se encontrarán con tinieblas en pleno día, y como en la noche, así palparán al mediodía.

34. Los perseguidores de Cristo padecieron tinieblas en el día. Y como ciegos palparon al mediodía.--- Encontraron tinieblas en pleno día, porque en la misma presencia de la Verdad fueron cegados por el error de la perfidia. Pues claramente se ve por el día, pero por la noche nuestra vista se oscurece. Los perseguidores de nuestro Redentor, pues, mientras discernían los

milagros del poder divino y sin embargo dudaban de su divinidad, padecieron tinieblas en el día, porque perdieron la vista en la luz. De aquí es que la misma Luz les amonesta diciendo: Caminad mientras tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas (Jn. 12, 35). De aquí es que se dice de Judea: Se le puso el sol cuando aún era de día (Jer. 15, 9). De aquí es que el profeta tomó de nuevo en sí la voz de los penitentes, diciendo: Tropezamos al mediodía como en tinieblas; en lugares tenebrosos como muertos (Is. 59, 10). De aquí de nuevo dice: Centinela, ¿qué hay de la noche? centinela, ¿qué hay de la noche? Dijo el centinela: Viene la mañana y la noche (Is. 21, 11-12). Pues de la noche vino el centinela, porque el Protector del género humano apareció y se manifestó en la carne, y sin embargo Judea, oprimida por las tinieblas de su propia perfidia, de ningún modo le reconoció. Donde bien se añade por la voz del centinela: Viene la mañana y la noche, porque por su presencia tanto una nueva luz brilló para el mundo como, sin embargo, en el corazón de los infieles permaneció la antigua ceguera. [Vet. XV.] Pero bien se dice: Como en la noche, así palparán al mediodía. Pues buscamos palpando aquello que no vemos con los ojos. Pero los judíos habían visto sus milagros manifiestos, y todavía le buscaban como palpando, cuando decían: ¿Hasta cuándo nos tienes el alma en suspenso? Si tú eres el Cristo, dínoslo claramente (Jn. 10, 24). He aquí que la luz de los milagros estaba presente ante sus ojos, y sin embargo, tropezando en las tinieblas de su propio corazón, todavía palpaban pregun-

tando. Cuya ceguera, sin duda, se encendió en crueldad, y su crueldad incluso hasta obras abiertas de persecución. Pero el Redentor del género humano no pudo ser retenido por mucho tiempo por las manos de sus perseguidores. De donde también al punto se añade:

CAPÍTULO XX.

VERS. 15.---Pero salvará al necesitado de la espada de su boca, y al pobre de la mano del violento.

Cristo venció las lenguas de los judíos y la espada de los gentiles resucitando.--- Pues él mismo es ese pobre de quien se dice por Pablo: Por nosotros se hizo necesitado (egenus), siendo rico. Y porque los judíos entregaron al Señor acusándolo, al cual una vez entregado los gentiles mataron, puede por la espada de la boca significarse la lengua de los hebreos acusadores, de los cuales se dice por el Salmista: Hijos de los hombres, cuyos dientes son armas y saetas, y su lengua espada aguda (Sal. 56, 5); porque, siendo testigo también el Evangelio, clamaron: Crucifícale, crucifícale (Lc. 23, 21). Pero por la mano del violento puede expresarse la misma gentilidad crucificante, la cual en la muerte del Redentor cumplió con la obra las voces de los hebreos. Dios, pues, salvó a este pobre tanto de la mano del violento como de la espada de la boca; porque a saber nuestro Redentor tanto toleró las fuerzas de los gentiles como las lenguas de los judíos muriendo por su humanidad, pero las superó resucitando por la potencia de su divinidad. Por

cuya resurrección ¿qué otra cosa se realiza, sino que nuestra debilidad se robustezca para la esperanza de la vida subsiguiente? De donde también bien se añade pronto:

CAPÍTULO XXI.

VERS. 16.---Y habrá esperanza para el necesitado.

36. Solidificó la esperanza de los suyos.---Ciertamente, arrebatado el pobre, el necesitado es devuelto a la esperanza, porque el humilde pueblo de los fieles se sacude de pavor al morir el Redentor, pero se solidifica al resucitar Él. Pues a aquellos mismos primeros pobres de este pueblo, a saber, los predicadores elegidos, les hirió la muerte de Él vista, pero la resurrección mostrada los reparó. Salvado, pues, el pobre, el necesitado recibe esperanza, porque al resucitar el Señor en la carne, cada fiel recobra fuerzas para la confianza de la vida eterna. Pero he aquí que ya la Verdad ha venido en manifiesta ostentación, ya padeció la muerte de la carne y la destruyó resucitando, ya honró la resurrección con la gloria de la ascensión; y sin embargo la lengua de los hebreos todavía no cesa de provocarle con contumelias, a los cuales sin duda tolera con ecuanimidad, para convertir a unos tolerándolos, y herir en su día más rigurosamente a otros de ningún modo convertidos. Pues entonces la lengua de los infieles enmudecerá de la desenfreno de su locuacidad, cuando le vea venir como juez justo, a quien ahora juzgó injustamente. De donde también al punto se añade:

CAPÍTULO XXII.

IBID.---La iniquidad empero contraerá su boca.

37. Los judíos cesarán de las contumelias contra Cristo.--- Pues su boca aún ahora la dilata la iniquidad, porque la lengua de los infieles no cesa en absoluto de provocar al Redentor del género humano con contumelias. Pero entonces contraerá la boca, cuando cerrará por el suplicio aquello que no quiere cerrar por estudio. Lo cual, sin embargo, también puede entenderse bien de los perseguidores convertidos. Pues salvado el pobre (*pauper*), mientras el necesitado (*egenus*) vuelve a la esperanza, la iniquidad enmudece con la boca contraída, porque al esclarecerse el milagro de su resurrección, mientras la copiosa multitud de los infieles cree, cesó de las injurias y contumelias de su Redentor. Pues su boca, que abrió para burlarse de Dios, ya la contrajo por temor a Él.

SENTIDO MORAL.--- 38. Las tinieblas de los envidiosos y su ansiosa malicia.--- Aplace recorrer estas cosas moralmente, pospuesta la significación de los judíos, e indagar de los malvados en general cómo actúan. Pues las mentes de los hombres inicuos, cuando ven algunas cosas bien hechas por sus prójimos, son atormentadas en el extenso ecúleo de su envidia (*livor*), y sostienen una grave pena por su malicia, cuando ven los bienes en los otros mientras ellos mismos desfallecen. Rectamente, pues, se dice: De día tropezarán con tinieblas, porque su mente, cuan-

do se aflige por la mejoría ajena, se oscurece respecto al rayo de luz; porque a menudo en los prójimos, mientras consideran los bienes manifiestos, investigan si algunos males se ocultan, y trabajan en solícitas inquisiciones, por si acaso encuentran algo que puedan acusar. Ciertamente ven miembros sanos: pero con los ojos del corazón cerrados, buscan palpando una herida. De donde también bien se añade: Y como en la noche, así palparán al mediodía. El día de la buena obra luce exteriormente en el prójimo; pero palpan como en la noche, porque toleran en su interior las tinieblas de su envidia. Se afanan por llegar a algunas cosas que reprendan, buscan el acceso de la detracción; pero porque no pueden encontrar este, circulan ciegos por fuera. Lo cual se expresa bien cuando los sodomitas, protegiendo los ángeles, no encontraron en la casa de Lot la puerta, como está escrito: Hacían violencia a Lot vehementísimamente, y ya estaba cerca que rompieran las puertas, y los varones extendieron la mano, e introdujeron a sí a Lot, y cerraron la puerta, y a los que estaban fuera los hirieron con ceguera desde el mínimo hasta el máximo, de modo que no pudieran encontrar la puerta (Gén. 19, 9-11). ¿Qué es que, ante la oposición de los malos, Lot sea devuelto al interior de la casa y sea protegido, sino que cada justo, mientras sostiene las insidias de los malvados, vuelve a su mente y permanece impávido? Pero los varones de Sodoma no pueden encontrar la puerta en la casa de Lot, porque los corruptores de las mentes no encuentran ningún acceso de acusación contra la

vida del justo. Pues heridos de ceguera circulan como alrededor de la casa los que, envidiando, escudriñan los hechos y los dichos. Pero porque de la vida del justo les sale al encuentro por todas partes una fuerte y laudable acción, errantes no palpan otra cosa que la pared. Bien se dice, pues: Como en la noche, así palparán al mediodía, porque mientras no pueden acusar el bien que ven, cegados por la malicia, buscan para la acusación el mal que no ven.

39. El deleite o el terror nos arrastran a la culpa; ninguno de los dos prevalece contra el humilde.--- Donde también rectamente se añade: Por lo demás, salvará de la espada de su boca, y de la mano del violento al pobre. Pues es pobre (*pauper*), quienquiera que no se ensalza en sí mismo. De donde también por el Evangelio dice la Verdad: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mt. 5, 3). Además, cada uno es arrastrado a la culpa de dos modos. O bien es llevado por el deleite, o bien es superado por el terror. Pues la espada de la boca es la iniquidad de la persuasión, pero la mano del violento es la adversidad de la potestad. Pero porque el verdaderamente humilde, que en este lugar es llamado pobre, en cuanto no apetece ningún bien próspero de este mundo, por eso mismo también desprecia audazmente los adversos, rectamente se dice: Salvará de la espada de su boca y de la mano del violento al pobre. Como si se dijera abiertamente: Así consolida Dios en sí las mentes de los humildes, que ni los halagos de las persuasiones las arrastran a perpetrar la maldad,

ni los dolores de los suplicios las quebrantan. Pues la esperanza en la eternidad eleva el ánimo, y por ello no siente ningún mal de los que tolera exteriormente. De donde también se añade: Y habrá esperanza para el necesitado. Al fruto de cuya esperanza, a saber, cuando el pobre haya llegado, todo el que se ensalza enmudece. De donde también se añade todavía: La iniquidad empero contraerá su boca. Pues ahora el malo detrae de los buenos, y no cesa de desgarrar con sus calumnias aquellas cosas rectas que él descuida hacer en los demás. Pero entonces la iniquidad contrae su boca, cuando reconoce cuánta gloria de retribución se suministra a los justos. Pues entonces no le queda tiempo de hablar contra los buenos, porque los tormentos ligan su lengua para la digna retribución de sus males. De donde bien se dice, profetizando Ana: Guardará los pies de sus santos, y los impíos callarán en las tinieblas (1 Sam. 2, 9). Pero para que cada elegido escape de los suplicios eternos, y el pobre ascienda a la gloria perenne, debe ser aquí desgastado por asiduos azotes (*flagella*), a fin de que pueda ser hallado purgado en el juicio. Pues por el mismo peso de nuestra flaqueza somos llevados hacia abajo diariamente, si no somos elevados por la admirable mano del Artífice a través de los azotes que nos auxilian. De donde también se añade:

CAPÍTULO XXIII.

VERS. 17.---Bienaventurado el hombre que es corregido por Dios.

40. Todo elegido debe ser aquí desgastado por asiduos azotes (*flagella*).--- La primera virtud es evitar los pecados, para que no deban ser perpetrados; la segunda, empero, al menos corregir los perpetrados. Pero frecuentemente no solo no evitamos en absoluto las culpas inminentes, sino que ni siquiera reconocemos las cometidas. Y la mente del pecador se oscurece tanto más profundamente cuanto que ni siquiera entiende el daño de su propia ceguera. De donde sucede frecuentemente por la largueza del don divino, que la pena sigue a la culpa, y los azotes abren los ojos del delincuente, a los cuales la seguridad cegaba entre los vicios. Pues el ánimo torpe es tocado por el golpe para que se excite; a fin de que quien, estando seguro, perdió el estado de su rectitud, afligido considere dónde yace. De aquí, pues, la misma aspereza de la corrección se convierte en origen de luz. De donde también por Pablo se dice: *Todo lo que es argüido, por la luz es manifestado* (Ef. 5, 13), pues argumento de salud es la fuerza del dolor. De aquí es, ciertamente, que Salomón dice: *La curación hará cesar los pecados máximos* (Ecl. 10, 4). De aquí otra vez dice: *Porque a quien el Señor ama, castiga; y azota a todo hijo que recibe* (Heb. 12, 6). Yo a los que amo, los reprendo y castigo (Apoc. 3, 19). De aquí Pablo dice: *Toda disciplina, en el presente ciertamente no parece ser de gozo, sino de tristeza; después empero devuelve a los ejercitados por ella el fruto pacatísimo de la justicia* (Heb. 12, 11). Aunque, por tanto, no puedan convenir a la vez el dolor y la bienaventuranza, rectamente sin embargo se

dice ahora: *Bienaventurado el hombre que es corregido por el Señor*; porque por esto, que el pecador es oprimido por el dolor de la corrección, en su día es instruido para la bienaventuranza, que es sin la intervención del dolor. Sigue:

VERS. 17, 18.---No desprecies, pues, la corrección del Señor; porque él hiere, y sana; golpea, y sus manos curarán.

41. Aquí también de la esperanza vuelve al temor.--- La Sagrada Escritura habla a nuestras mentes como a un cierto enfermo; para quien los medicamentos de los médicos no pueden serlo, si no han sido templados de contrarios. Pues las cosas frías templan al enfermo caliente, y a su vez las calientes ayudan al frío. Así el sagrado elocuio, para oponerse a los vicios de los pecadores, propone ahora la esperanza, ahora el temor; a fin de que eleve a este por la esperanza, y deprima a aquel por el temor; y por medio de cada contrario temple una sola copa de salvación para la mente, para que ni por la confianza de la esperanza caiga en la presunción, ni por el peso del temor decline hacia la desesperación. De aquí es, ciertamente, que como se dijo poco antes: *Bienaventurado el hombre que es corregido por el Señor*; por lo cual las mentes de los que temen son aliviadas; así al punto se añade: *No desprecies, pues, la corrección del Señor*. Porque, puesto que es bienaventurado el que es corregido, es de temer mucho que alguien se aparte de esa misma bienaventuranza de la corrección. De donde también bien se adjunta: *Porque él hiere, y sana; golpea, y sus manos curarán*. Porque si el golpe no cortara la

culpa, ciertamente no prepararía el remedio para la mente. Golpea, pues, para sanar, hiere para curar; porque hacia la salud espiritual se va por los dolores de la carne; y mientras fuera los azotes se ensañan, dentro los remedios de las medicinas se fortalecen.

VERS. 19.---En seis tribulaciones te librará, y en la séptima no te tocará el mal.

42. En seis azotes libra quien custodia de las culpas; en el séptimo no toca el mal, porque ya no se vuelve más a la culpa.--- ¿Qué se expresa por el número seis sino el curso de la presente vida? el cual, a saber, se termina a través de seis edades, esto es, la infancia, la niñez, la adolescencia, la juventud, la madurez y la senectud, como a través de los espacios de seis días. En cuyas seis tribulaciones verdaderamente somos librados por el Señor, si por la gracia divina somos custodiados de los pecados singulares con que cada edad es instruida. Pues la infancia es ruda y simple, pero todavía obnoxio a los vicios de la carne; la niñez, ligera e inestable; la adolescencia, ferviente y precipitada; la juventud, grave y soberbia; la madurez, elada y rígida; la senectud, trémula y querellosa. En todas estas, a saber, como en seis tribulaciones, somos librados por el Señor, si en cada edad, ayudándonos la gracia divina, nos presenta limpios de iniquidad. Pero en la séptima no nos toca el mal; porque cuando tras este curso de seis días lleguemos a aquel séptimo descanso, en el cual, a saber, también nosotros descansamos de nuestros trabajos, como Dios descansa de sus obras, ninguna adversidad nos amenaza allí

entonces, ninguna tentación nos toca, ninguna iniquidad nos mancha, sino que, benditos en la pureza eterna, estamos seguros del azote y de la culpa. En la séptima, por tanto, no nos toca el mal, porque en el descanso eterno no sentimos la espada de la corrección nosotros, que ya no tenemos mancha de pecados. Sigue:

VERS. 20.---En el hambre te librará de la muerte, y en la guerra de la mano de la espada.

43. De la muerte del hambre, quien libra de la penuria de la buena obra; de la mano de la espada en la guerra, quien libra de la ferocidad de la tentación.--- ¿Qué se designa en este lugar con el nombre de hambre, sino la penuria de buenas obras; qué verdaderamente con el vocablo de guerra, sino la tentación misma? Por el hambre, pues, somos librados de la muerte, cuando somos arrebatados de esa misma penuria de obras, para que no muramos eternamente. Pero en la guerra somos salvados de la mano de la espada, cuando en la misma lucha de la tentación, protegiéndonos la gracia divina, somos custodiados para no ser heridos por la maldad del pecado. También pueden designarse de otro modo la muerte por el hambre, y la mano de la espada por la guerra. Pues morimos de hambre cuando carecemos del pasto de la palabra de Dios. De donde también se dice por el profeta: *Enviaré hambre a la tierra; no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Dios* (Amós 8, 11). Quien, por tanto, de ningún modo entiende la palabra de Dios, ese ciertamente muere de hambre. Pero en el hambre somos librados de la muerte, si somos llamados

por la gracia al pasto del elocuio divino para vivificarnos. Pero en la guerra somos salvados de la mano de la espada; porque mientras este mundo se ensaña contra nosotros por las tentaciones, no somos arrastrados por la ferocidad de la tentación misma. Pues por la *mano de la espada* se expresa la potestad de la tentación. En la guerra, por tanto, somos librados de la mano de la espada, si en el mismo certamen de la tentación somos arrebatados de las insidias del adversario. Sigue:

VERS. 21.---Del azote de la lengua serás escondido, y no temerás la calamidad cuando viniere.

44. Del azote de la lengua se esconde quien es librado de la elación de la soberbia.--- El azote de la lengua es la misma aspereza de la contumelia y de la detracción. La cual de ningún modo nos hiere, si dentro la recibe el escudo de nuestra humildad. Pues quienquiera que es elado, pronto es herido por el azote de la lengua, porque cree que es verdad aquello que de él se dice por los airados o malévolos. Pero quien está munido por la virtud de la humildad, es escondido del azote de la lengua; porque como él mismo se proyecta por debajo de todas las cosas, no cree lo que se dice; puesto que no ignora ser él plenamente eso que se dice por los detractores. Pues el soberbio, que cree de sí cosas buenas, no recibe de sí las malas; pero el humilde, que cree de sí cosas malas, no recibe de sí las buenas; porque desde esto se contempla verazmente, lo que ve en sí mismo, no desde aquello que en él otro habla detrayendo o halagando. Del azote de la lengua, por tanto, es

escondido quien dentro verazmente se humilla. Sigue:

VERS. 22.---En la vastedad y en el hambre te reirás, y de las bestias de la tierra no temerás.

45. Se reirá en la vastedad del mundo y en el hambre quien se goza de la esperanza de su retribución.--- ¿Qué se expresa por vastedad sino el perecimiento de este mundo; qué con el nombre de hambre sino esa misma penuria de buena obra que predijimos? Se reirá, pues, en la vastedad y en el hambre quien se goza de la esperanza de su retribución; porque cuando el mundo perece, él llega a aquella patria hacia la cual tiende por el amor. Y cuando los pecadores desfallecen por la penuria de buenas obras, él se felicita de su abundancia, porque él aquí fructificó por las buenas obras lo que allá pueda segar sin fin. De donde también se dice: *De las bestias de la tierra no temerás*. ¿Qué entendemos por las bestias de la tierra sino los espíritus inmundos, que por la ferocidad de la maldad y la voracidad de la malicia son rectamente designados con el nombre de bestias? Los cuales son llamados bestias de la tierra porque, por el mérito de su pecado, en esta calina del mundo han sido arrojados como a lo más bajo de la tierra. A las bestias de la tierra, por tanto, no teme quien suspira por el amor de la patria celestial; porque a este los espíritus inmundos de ningún modo lo arrastran a la maldad, a quien ningún deseo terrenal aprisiona. Pues quien nada terrenal codicia, nada tiene en absoluto por donde el espíritu inmundo pueda ocuparlo. Sigue:

VERS. 23.---Sino que con las piedras de las regiones será tu pacto, y las bestias de la tierra te serán pacíficas.

46. Piedra de la región es cada uno de los elegidos.--- ¿Quiénes son designados con el nombre de piedras sino todos los elegidos? De los cuales se dice por Pedro: *Vosotros mismos, como piedras vivas, sed edificados como casas espirituales* (1 Pe. 2, 5). ¿Y qué son las regiones sino las diversas virtudes? En cuyas regiones, a saber, son piedras todos los elegidos, quienes entonces no son extraños el uno para el otro, sino que cada uno es indígena de la región del otro, cuando admira en él, como en su propia región, la virtud por la que él mismo no brilla, pero el otro es insigne. La piedra, pues, tiene un pacto con las piedras de las regiones, porque por cada una de las virtudes cada elegido venera en el otro lo que ama. And las bestias de la tierra se le vuelven pacíficas; porque como los espíritus malignos de ningún modo lo arrastran a la maldad, lo pacifican en sí mismo ya quieto, como si no lo impugnaran. O ciertamente las bestias de la tierra se le vuelven pacíficas; porque mientras la carne ya no repugna al espíritu contra sí mismo, entonces se le amansa la misma ferocidad de su movimiento irracional. Sigue:

VERS. 24.---Y sabrás que tu tabernáculo tiene paz, y visitando tu belleza (*species*) no pecarás.

47. En el tabernáculo tiene paz quien en sí mismo no discorda.--- De la paz en el tabernáculo disfruta quien en sí mismo no es escindido por ninguna contradicción de la mente y de la carne. Pues nuestro cuerpo es un *tabernáculo*;

como también se dice por Pablo: *Pues sabemos que si nuestra casa terrenal de esta habitación se disolviere, tenemos una edificación de Dios* (2 Cor. 5, 1). Y otra vez: *Los que estamos en este tabernáculo gemimos cargados* (Ibíd., 4). De la paz, pues, disfruta el tabernáculo cuando la carne concuerda con el espíritu, cuando no agita apetitos mundanos, cuando no se rebela contra su razón por ninguna perturbación de deseo ilícito. De donde también rectamente se añade: *Y visitando tu belleza no pecarás*. Pues ¿quién hay que no corrompa su belleza pecando, sino aquel que se municiona visitándose a sí mismo diariamente? Pues visitamos nuestra belleza cuando nos vemos a nosotros mismos por dentro a través de la consideración. Y cuando, visitándonos a nosotros mismos, miramos qué somos por dentro, recurrimos al estado de rectitud de la mente por la penitencia; para que no afeeemos pecando en algo la belleza que Dios creó en nosotros a su imagen. Pues custodiamos nuestra belleza no pecando si la limpiamos visitándola asiduamente. Pues quien se descuida a sí mismo, degenera de aquella belleza que recibió a imagen de Dios; porque mientras apetece bienes carnales, mancha esta con la inmundicia del torpe placer. Y así como se llama belleza lo que se ve, así se llama belleza de la mente la misma intención del corazón, por la cual es vista interiormente por nuestro Creador. Visitamos, pues, nuestra belleza cuando miramos vigilantes nuestra intención. La cual belleza entonces, visitándola, no pecaramos, si la revocamos a aquella limpieza por la cual

es discernida por el juez supremo. Rectamente, por tanto, se dice: *Y visitando tu belleza no pecarás*. Porque aquel que, visitándose siempre, se desprecia a sí mismo, ese mismo se limpia por la penitencia a imagen de su Creador. Y así como quien ve su rostro en el espejo suele limpiar en él las suciedades, si algunas descubriere; así quien visita la belleza de su mente, se esfuerza entonces por extinguir las suciedades de la iniquidad para no afearla pecando. Sigue:

VERS. 25.---Y sabrás que múltiple será tu simiente, y tu progenie como la hierba de la tierra.

48. Simiente múltiple, multiplicadas las buenas obras.--- La simiente en la sagrada Escritura, ya se toma como palabra de predicación, ya como fruto de piadosa operación, ya como prole carnal. Pues la palabra de predicación es llamada simiente; como en el Evangelio dice la Verdad: *Salió el que siembra a sembrar su simiente* (Lc. 8, 5). Mas la operación de la piadosa largueza es llamada simiente; como dice Pablo: *El que suministra simiente al que siembra, también suministrará pan para comer, y multiplicará vuestra simiente* (2 Cor. 9, 10). Pero la prole carnal es llamada simiente; como está escrito en la Ley: *Si muriere un hermano sin hijos, tome su mujer su hermano, y suscite simiente a su hermano* (Dt. 25, 5; Mt. 22, 24). Pero en este lugar multiplicarse la simiente, es abundar en buenas obras. Mas la progenie es llamada como hierba de la tierra, cuando la misma cogitación espiritual es producida de nuestro cuerpo como de la tierra la hierba. Y entonces la simiente es tenida por múltiple, y la

progenie crece como la hierba de la tierra, cuando de la buena simiente de la acción, brota la hierba de la cogitación espiritual. Sigue:

VERS. 26.---Entrarás en abundancia al sepulcro, como se introduce la gavilla de trigo en su tiempo.

49. Sepulcro, el descanso eterno; gavilla de trigo, la asamblea de los santos.--- Con el nombre de sepulcro, en este lugar, no se designa el foso de una fosa, sino el descanso eterno. Mas entrar en abundancia al sepulcro, es llegar a aquel descanso después de las buenas obras. Pero la gavilla de trigo es la asamblea misma de los santos, que es recogida de esta era del mundo al descanso del granero celestial. La cual se dice ser introducida en su tiempo, porque cada elegido, cuando es conducido al descanso después de esta vida, es recogido en su tiempo, esto es, cuando le es congruente. Pues no todos vienen al descanso eterno en un mismo tiempo, sino que cada uno, cuando pone fin a esta vida, entonces en su tiempo es llevado como gavilla de trigo al granero. Pero debe notarse lo que se dice: *Como se introduce la gavilla de trigo*. Pues en la era el trigo es trillado para que sea limpiado de la paja; y así es llevado al granero como ya purgado. Así también todos los elegidos, en esta vida presente como en una era, son trillados por los golpes de los azotes, para que aquí sean limpiados de la paja de sus pecados; a fin de que allá sean conducidos a aquel descanso como ya limpios. Sigue:

CAPÍTULO XXXIII

IBID.---*Y las bestias de la tierra te serán pacíficas.*

51. Las asechanzas más agudas del enemigo nos compelen a pedir el auxilio de la gracia. ---Se debe notar primero que no dice pacatas (*pacatae*), sino pacíficas (*pacificae*), a saber, no porque tengan paz, sino porque hacen la paz. Porque los enemigos astutos, mientras acechan, afligen; pero la mente afligida ama tanto más el regreso a la patria eterna, cuanto más trabajosamente vive en este destierro miserable; y más verdaderamente se humilla ante la gracia de su Ayudador, cuando considera contra sí las asechanzas más agudas de los enemigos. Por lo tanto, las bestias de la tierra se vuelven pacíficas para los elegidos, porque los espíritus malignos (*maligni spiritus*), cuando al oponerse deprimen los corazones de los buenos, los impulsan, aun sin quererlo, al amor del Señor. De ahí, pues, surge una paz más robusta con Dios, de donde se genera para nosotros una lucha más dura por parte de los adversarios.

[Vet. XXII.] 52. Los movimientos de la carne rugen tentando, pero no llegan hasta la mordedura. Al contrario, nos procuran la paz con Dios. ---También pueden entenderse por las bestias de la tierra los movimientos de la carne (*motus carnis*), que mientras fatigan nuestra mente sugiriendo cosas irracionales, se levantan contra nosotros de manera bestial. Pero cuando el corazón se deprime bajo la ley divina, también los incentivos de la carne se calman; de modo que, aunque murmuren tentando, de ninguna manera

se levantan hasta el efecto de las obras, como si llegaran a la rabia de una mordedura abierta. Pues ¿quién, subsistiendo aún en esta carne corruptible, doma plenamente estas bestias de la tierra, cuando aquel insigne predicador, arrebatado hasta el tercer cielo, dice: *Veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros* (Rom. 7, 23)? Pero una cosa es ver estas bestias ensañarse en el campo de la obra, y otra tenerlas rugiendo dentro de la cueva del corazón. Pues reducidas dentro de los claustros de la continencia (*claustra continentiae*), aunque todavía rujan tentando, no exceden, sin embargo, como dijimos, hasta la mordedura de la acción ilícita. Así pues, las bestias de la tierra son pacíficas, porque aunque los movimientos de la carne palpiten por los deseos, no nos impugnan, sin embargo, con la contradicción abierta de la obra. Aunque por esto mismo que se llaman pacíficas, también aquello que dijimos de los espíritus malignos no se acepta inconvenientemente. Pues los movimientos de la carne nos hacen la paz con Dios cuando contradicen tentando. Pues la mente del justo, en aquello que se dirige a lo alto, se fatiga por una pesada guerra del cuerpo corruptible. Si alguna vez se retrasa de los deseos celestiales por cualquier mínima delectación de este mundo, se ve impulsada por la misma guerra de su tentación a amar con todo el corazón aquello que ninguna contradicción perturba. De donde ocurre que recuerda el descanso íntimo (*quietis intimae*), y huyendo

de los halagos de su carne, suspira por aquel con pleno amor. Pues cada uno se ve compelido por la tentación a considerar de dónde y a dónde cayó, el cual, después de haber desertado de la paz de Dios, siente que de sí mismo surge contra sí una disputa, y entonces ve más verdaderamente qué perdió de la segura dilección de Dios, quien, habiendo caído en sí mismo, encontró en sí su propio reproche. Por tanto, las bestias de la tierra nos hacen la paz, porque los movimientos de la carne, mientras nos fatigan tentando, nos impulsan al amor del descanso íntimo. Bien se añade:

CAPÍTULO XXXIV

[Vet. XXIII.]

VERS. 24.---*Y sabrás que tu tabernáculo tiene paz.*

205 53. En las Escrituras, paz plena y paz comenzada. ---En la Sagrada Escritura se habla de una manera de la paz plena (*pax plena*) y de otra de la paz comenzada (*pax inchoata*). Pues la Verdad había dado la paz comenzada a los discípulos cuando decía: *La paz os dejo, mi paz os doy* (Juan 14, 27); y Simeón había deseado la paz plena cuando oraba diciendo: *Ahora, Señor, dejas a tu siervo irse en paz, según tu palabra* (Luc. 2, 29). Pues nuestra paz se comienza por el deseo del Creador, pero se perfecciona por la visión manifiesta. Pues será plena entonces, cuando nuestra mente no esté cegada por la ignorancia, ni sacudida por la impugnación de su propia carne. Pero porque tocamos sus comien-

zos cuando subyugamos o la mente a Dios, o la carne a la mente, se dice que el tabernáculo del justo tiene paz, porque a saber, su cuerpo, que la mente habita, es refrenado de los movimientos perversos de los deseos bajo la disposición de la justicia. Pero ¿qué aprovecha restringir la carne por la continencia, si la mente no sabe dilatarse por la compasión en el amor al prójimo? Pues no hay castidad de la carne que no recomiende la suavidad de la mente (*suavitas mentis*). De donde, tras la paz del tabernáculo, se añade aptamente:

CAPÍTULO XXXV

IBID.---*Y visitando tu semejanza, no pecarás.*

54. Cada uno piense en sí mismo en el otro y ámelo. Pablo se hizo todo para todos condescendiendo, no cayendo. --- Pues la semejanza (*species*) del hombre es el otro hombre. Pues con razón se llama nuestra semejanza a nuestro prójimo, porque en él discernimos lo que nosotros mismos somos. Pues por una visitación corporal vamos al prójimo por el acceso de los pasos; pero por una espiritual somos llevados no por el paso, sino por el afecto. Por tanto, visita su propia semejanza quienquiera que tiende por los pasos del amor hacia aquel a quien contempla similar a sí mismo por naturaleza; de modo que considerando sus propias cosas en el otro, recoja de sí mismo cómo debe condescender al otro que está débil. Visita su semejanza quien, para reponer al otro en sí mismo, se considera a sí mismo en el

otro. De aquí que la Verdad, al describir por Moisés las cosas hechas, señalaba las que se debían hacer, diciendo: *Produjo la tierra la hierba verde y que da semilla según su género, y el árbol que hace fruto, y que tiene cada uno semilla según su especie* (Gén. 1, 12). Pues el árbol produce semilla según su especie cuando nuestra mente recoge de sí la consideración hacia el otro, y produce el germen de una obra recta. De aquí que un cierto sabio dice: *Lo que no quieres que te hagan a ti, no lo hagas tú a otro* (Tob. 4, 16). De aquí que en el Evangelio el Señor dice: *Todo lo que queréis que los hombres os hagan, hacedlo vosotros también a ellos* (Mat. 7, 12). Como si dijera abiertamente: Visitad vuestra semejanza en el otro, y conoced por vosotros mismos qué debéis exhibir a los demás. De aquí que Pablo dice: *Me hice a los judíos como judío, para ganar a los judíos; y a los que están bajo la ley, como si estuviera bajo la ley, no estando yo mismo bajo la ley, para ganar a los que estaban bajo la ley; y a los que están sin ley como si estuviera sin ley, no estando yo sin la ley de Dios, sino en la ley de Cristo* (1 Cor. 9, 20-21). Y poco después: *Me he hecho todo para todos, para hacerlos salvos a todos* (Ibid. v. 22). Pues ni el insigne predicador, para hacerse como judío, prorrumpió en la perfidia (*perfidiam*); ni para estar como bajo la ley, regresó al sacrificio carnal; ni para hacerse todo para todos, cambió la simplicidad de su mente en una variedad de error; sino que por la condescendencia se aproximó a los infieles, no por la caída; para, a saber, recibiendo a cada uno en sí mismo y transfigu-

rándose a sí mismo en cada uno, recoger por la compasión si él mismo fuera así como ellos eran, qué habría querido rectamente que se le dispensara por otros; y saldría al encuentro de cada uno que errara tanto más verdaderamente, cuanto hubiera aprendido el modo de su salvación por su propia consideración. Bien se dice, pues: *Y visitando tu semejanza no pecarás,* porque entonces el pecado es plenamente vencido, cuando cada uno considera desde su propia similitud cómo dilatarse en la dilección del prójimo. Pero cuando la carne es restringida de los vicios, cuando la mente es ejercitada en las virtudes, resta que cada uno enseñe hablando la vida que guarda en sus costumbres. [Vet. XXIV.] Pues recoge abundantes frutos de predicación quien envía por delante las semillas de la buena operación. De donde, tras la paz del tabernáculo y la visitación de nuestra semejanza, rectamente se añade:

CAPÍTULO XXXVI

VERS. 25.---*Y sabrás que tu semilla será múltiple, y tu progenie como la hierba de la tierra.*

55. Semilla del justo múltiple. ---Pues tras la paz del tabernáculo, tras la visitación de nuestra semejanza, surge la semilla múltiple del justo, porque sin duda, tras la maceración de los miembros y la grandeza de las costumbres, se le concede el verbo de la predicación tanto más fecundamente cuanto que esto es precedido en su pecho por el surco de la obra perfecta. Pues recibe la facundia del bien hablar quien extiende el seno del corazón por los estudios del recto vivir. Ni la

conciencia impide al que habla cuando la vida precede a la lengua. De aquí es que los egipcios, sujetos al servicio público bajo la administración de José (Gén. 47, 20 sigs.), cuando se humillan entregándose al derecho del rey, también se llevan granos para la semilla. Pues como libres recibimos el fruto para el alimento cuando somos alimentados por el sagrado coloquio y, sin embargo, vagamos tras ciertas cosas que deseamos en este mundo en nuestras deleytes. Pero hechos siervos, recibimos los granos también para la semilla, porque mientras estamos plenamente sometidos a Dios, también somos llenados del verbo de la predicación. Y puesto que una gran prole de fieles sigue cuando se dispensa la santa predicación, tras la multiplicidad de la semilla rectamente se añade: Y tu progenie como la hierba de la tierra. La progenie del justo se compara a la hierba de la tierra porque quien nace de su imitación, mientras deserta de la marchita gloria de la vida presente, reverdece por la esperanza en las cosas eternas. O ciertamente, la progenie del justo surge como la hierba porque mientras muestra con la vida lo que aserta con la predicación, surge una multitud innumerable de seguidores. Pero a quienquiera que ya desprecia los deseos terrenos, a quienquiera que se extiende por las obras de la vida activa (*activae vitae*), de ninguna manera le basta hacer grandes cosas exteriormente, si no es capaz también de penetrar las cosas internas por la contemplación. De donde también se añade aptamente a continuación:

CAPÍTULO XXXVII

[Edic. Rec. XVII.]

VERS. 26.---*Entrarás en abundancia en el sepulcro, como se introduce la gavilla de trigo en su tiempo.*

56. El que ha domado la carne, debe vacar a la contemplación. Y el que se dedica a la predicación. ---¿Pues qué se significa con el nombre de "sepulcro" sino la vida contemplativa (*contemplativa vita*), que nos sepulta como muertos para este mundo, mientras esconde en lo íntimo a los que ha recibido de los deseos terrenos? Pues muertos para la vida exterior y también sepultados por la contemplación estaban aquellos a quienes Pablo decía: *Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios* (Col. 3, 3). [Vet. XXV.] También la vida activa es un sepulcro porque nos cubre muertos para las obras perversas; pero la contemplativa sepulta más perfectamente porque nos separa radicalmente de todas las acciones del mundo. Quienquiera, pues, que ya ha domado en sí los reproches de la carne, resta que ejercite la mente por los estudios de la santa operación; y quienquiera que ya dilata la mente por las santas obras, resta que extienda ésta hasta los secretos estudios de la contemplación íntima. Pues no es un predicador perfecto quien, o por el estudio de la contemplación descuida lo que debe obrar, o por la instancia de la operación pospone lo que debe contemplar. De aquí es que Abraham sepulta a su esposa muerta en un sepulcro doble (*sepulcro duplici*) (Gén.

23, 19); porque sin duda todo predicador perfecto esconde su alma, extinguida de los deseos de la vida presente, bajo la cubierta de la buena operación y de la contemplación, para que como insensible a la concupiscencia carnal yazca oculta bajo la vida activa y contemplativa, la cual alma, sintiendo antes los deseos del mundo, vivía mortalmente. De aquí es que el Redentor del género humano exhibe milagros en las ciudades de día, y pernocta en el estudio de la oración en el monte, para insinuar a los predicadores perfectos que ni deserten radicalmente la vida activa por el amor de la especulación (*speculationis*), ni desprecien totalmente los gozos de la contemplación por el exceso de la operación; sino que contemplando en quietud absorban lo que ocupados refundan hablando a favor de los prójimos. Pues por la especulación se asciende al amor de Dios, pero por la predicación se regresa a la utilidad del prójimo. De donde en Moisés, mientras se sacrifica la vaca (Núm. 19, 3), se manda ofrecer con el hisopo (*hyssopo*) y el leño de cedro el carmesí dos veces teñido (*bis tinctus coccus*). Pues sacrificamos la vaca cuando extinguimos la carne de la lascivia de su deleyte. La cual ofrecemos con el hisopo, el leño de cedro y el carmesí; porque con la maceración de la carne, quemamos el sacrificio de la fe, la esperanza y la caridad. Pues el hisopo suele limpiar nuestro interior. And it is said by Peter: *Purifying their hearts by faith* (Acts 15:9). El leño de cedro no falla por ninguna podredumbre porque el término no consume la esperanza de las cosas celestiales. De donde tam-

bién por Pedro se dice: *Nos regeneró para una esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible* (1 Ped. 1, 3). El carmesí llamea con color rojo porque la caridad inflama a quien llena. De donde también en el Evangelio la Verdad dice: *Fuego vine a traer a la tierra* (Luc. 12, 49). Pero se manda ofrecer el carmesí dos veces teñido para que, a saber, ante los ojos del Juez interno nuestra caridad se coloree con la dilección de Dios y del prójimo; a fin de que la mente conversa no ame de tal modo la quietud por el amor de Dios que posponga el cuidado y la utilidad del prójimo; ni de tal modo sirva ocupada por el amor del prójimo que, desertando radicalmente de la quietud, extinga en sí el fuego del amor superno. Quienquiera, pues, que ya se ofreció a sí mismo como sacrificio a Dios, si desea cosas perfectas, es necesario que cuide de extenderse no sólo a la latitud de la operación, sino también a las cumbres de la contemplación.

[Vet. XXVI.] 57. La vida activa conviene más a unos, la contemplativa a otros. Una u otra debe ser cultivada por cada uno según su ingenio. --- Pero entre estas cosas se debe saber grandemente que las complexiones (*conspersiones*) de las mentes son muy diversas entre sí. Pues algunos hombres son de una mente tan ociosa que, si el trabajo de la ocupación los recibe, sucumben en el mismo inicio de la obra; y algunos son tan inquietos que, si tienen vacación del trabajo, trabajan más gravemente, porque toleran tanto peores tumultos del corazón cuanto más lícita-

mente vacan a los pensamientos. De donde es necesario que ni la mente quieta se dilate al ejercicio de la obra inmoderada, ni la inquieta se estreche al estudio de la contemplación. Pues a menudo los que podían contemplar a Dios en quietud, oprimidos por las ocupaciones, cayeron; y a menudo los que, ocupados, vivirían bien para los usos humanos, fueron extinguidos por la espada de su propia quietud. De aquí es, pues, que algunos espíritus inquietos, mientras inquieren más contemplando de lo que captan, prorrumpen hasta dogmas perversos; y mientras descuidan humildemente ser discípulos de la verdad, se convierten en maestros de errores. De aquí que por sí misma la Verdad dice: *Si tu ojo derecho te escandaliza, arráncalo y échalo de ti.* *Mejor te es entrar con un solo ojo en la vida, que teniendo dos ojos ser enviado a la gehena del fuego* (Mat. 5, 29). Pues las dos vidas, a saber, la activa y la contemplativa, cuando se conservan en la mente, se tienen como dos ojos en la cara. Pues el ojo derecho es la vida contemplativa, y el izquierdo la activa. Pero hay algunos, como dijimos, que de ninguna manera pueden mirar discretamente las cosas sumas y espirituales y, sin embargo, asumen las alturas de la contemplación, y por ello caen en el hoyo de la perfidia (*perfidiae foveam*), por el error de un intelecto perverso. A estos, por tanto, la vida contemplativa asumida más allá de sus fuerzas, los obliga a caer de la verdad, a quienes en el estado de su rectitud podía custodiar humildemente la sola vida activa. A los cuales rectamente dice la Verdad esto que hemos

prefacio: *Si tu ojo derecho te escandaliza, arráncalo y échalo de ti.* *Mejor te es entrar con un solo ojo en la vida, que teniendo dos ojos ser enviado a la gehena del fuego.* Como si dijera abiertamente: Cuando no eres suficiente para la vida contemplativa con la discreción idónea, mantén con más seguridad la sola activa. Y cuando fallas en esto que eliges como grande, estate contento con aquello que atiendes como mínimo; para que, si por la vida contemplativa te ves compelido a caer del conocimiento de la verdad, seas capaz al menos de entrar tuerto (*luscus*) en el reino de los cielos por la sola activa. De aquí otra vez dice: *Quien escandalizare a uno de estos pequeñuelos que creen en mí, más le vale que se le cuelgue una muela de asno (*mola asinaria*) al cuello y se le sumerja en lo profundo del mar* (Mat. 18, 6). ¿Qué por el mar sino el presente siglo; qué por la muela de asno sino la acción terrena se señala? La cual, mientras aprieta el cuello de la mente por deseos necios, la envía al circuito del trabajo. Hay, pues, algunos que, mientras desertan de las acciones terrenas y se elevan más allá de las fuerzas de su inteligencia a los estudios de la contemplación, pospuesta la humildad, no sólo se lanzan al error, sino que separan a los débiles del seno de la unidad (*gremio unitatis*). Quien, pues, escandaliza a uno de los mínimos, mejor le hubiera sido que, atada al cuello una muela de asno, fuera arrojado al mar; porque sin duda para una mente perversa hubiera podido ser más expedito que hiciera negocios terrenos ocupada en el mundo, que vacar por los estudios de la

contemplación para la perdición de muchos. Por otra parte, si a ciertas mentes no les conviniera la vida contemplativa más que la activa, de ninguna manera diría el Señor por el Salmista: *Vacad y ved que yo soy Dios* (Sal. 45, 11).

[Vet. XXVII.] 58. Qué valen el temor y el amor para la contemplación. ---Pero entre estas cosas se debe saber que a menudo el amor excita a las mentes perezosas a la obra, y el temor refrena a las inquietas en la contemplación. Pues el peso del temor es el ancla del corazón; y frecuentemente es sacudida por el flujo de los pensamientos, pero es retenida por los vínculos de su propia disciplina; ni la tempestad de su inquietud la arrastra al naufragio, porque en el litoral del amor divino la caridad perfecta la sujeta. De donde es necesario que quienquiera que se apresura a los estudios de la contemplación, se interrogue primero sutilmente cuánto ama. Pues la máquina (*machina*) de la mente es la fuerza del amor, la cual, mientras la extrae del mundo, la eleva a lo alto. Primero, pues, discuta si ama buscando las cosas sumas, si amando teme, si sabe o comprender por el amor lo incógnito, o venerar por el temor lo no comprendido. Pues en la contemplación, si el amor no excita la mente, el torpor de su tibieza la oscurece; si el temor no la grava, el sentido la eleva por las vanidades hasta la nube del error; y cuando la puerta cerrada de los secretos se le abre más tardíamente, es repelida más lejos de ella por su propia presunción; porque desea irrumpir en aquello que busca sin encontrar; y cuando la mente soberbia percibe el error por

la verdad, por donde dirige el paso como hacia dentro, tiende hacia fuera. De aquí es, pues, que el Señor, al dar la ley, descendió en fuego y humo (Éx. 19, 18); porque ilumina a los humildes por la claridad de su manifestación, y oscurece los ojos de los soberbios por la calina del error. Primero, pues, la mente debe ser limpiada del apetito de la gloria temporal y de toda delectación de la concupiscencia carnal, y entonces debe ser erigida a la agudeza de la contemplación. De donde también cuando se recibe la ley, el pueblo es prohibido del monte, para que, a saber, los que todavía desean cosas terrenas con mentes débiles, no presuman considerar las sublimes. De donde también rectamente se dice: *Si una bestia tocare el monte, será apedreada* (Ibid. v. 12, 13). La bestia toca el monte cuando la mente sujeta a deseos irracionales se erige a las alturas de la contemplación. Pero es golpeada por piedras porque, no sosteniendo las cosas sumas, es muerta por los mismos golpes del peso superno.

59. Qué perfección es necesaria para alcanzarla. ---Quienes, pues, se esfuerzan por aprehender la cumbre de la perfección, cuando desean tener la fortaleza de la contemplación, pruébense primero en el campo de la obra por el ejercicio, para que sepan solícitamente si ya no arrojan males a sus prójimos, si llevan con ecuanimidad los males arrojados por los prójimos, si ante los bienes temporales ofrecidos la mente de ninguna manera se disuelve por la alegría, si ante los sustraídos no es herida por excesivo pesar; y luego consideren si cuando regresan a sí mismos inte-

riormente, en aquello que escudriñan las cosas espirituales, de ninguna manera arrastran consigo las sombras de las cosas corporales, o tal vez ahuyentan las arrastradas con la mano de la discreción; si deseando ver la luz incircunscrita (*incircumscriptum lumen*), deprimen todas las imágenes de su propia circunscripción; y en aquello que desean tocar sobre sí mismos, vencen lo que son. [Vet. XXVIII.] De donde rectamente se dice ahora: *Entrarás en abundancia en el sepulcro.* Pues el varón perfecto entra en abundancia en el sepulcro porque primero congrega las obras de la vida activa, y después oculta radicalmente de este mundo el sentido de la carne muerto por la contemplación. De donde también se añade aptamente: *Como se introduce la gavilla de trigo en su tiempo* (Ibid.).

60. La acción debe preceder a la contemplación. ---Pues el tiempo de la acción es el primero, el de la contemplación el último. De donde es necesario que todo perfecto ejercite primero su mente en las virtudes, y después guarde a ésta en el granero (*horreum*) del descanso. De aquí es, pues, que aquel de quien partió la legión de demonios por mandato del Señor, se sienta a los pies de su Salvador, percibe las palabras de la doctrina, y desea marchar de su región junto con el Autor de la salvación; pero sin embargo, la misma Verdad que le dio la salud le dice: *Vuelve primero a tu casa, y cuenta cuán grandes cosas ha hecho el Señor contigo* (Luc. 8, 35-39). Pues cuando percibimos por poco que sea del conocimiento divino, ya no queremos volver a las cosas

humanas, y rehusamos ser cargados con las necesidades de los prójimos; buscamos el descanso de la contemplación, y no amamos ninguna otra cosa sino esto que reconforta sin trabajo. Pero la Verdad nos envía sanados a casa, nos manda contar lo que se ha hecho con nosotros, para que, a saber, la mente sude primero en la obra, y después deba ser reconfortada por la contemplación.

[Edic. Rec. XVIII.] 61. Figuras de la contemplación y de la acción son Raquel y Lía, María y Marta. Grandes son los méritos de la vida activa, pero los de la contemplativa son mejores. ---De aquí es que Jacob sirve por Raquel y recibe a Lía, y se le dice: *No es costumbre en nuestra tierra que entreguemos a las menores al matrimonio antes que a las mayores* (Gén. 29, 26-27). Pues Raquel se llama "principio visto" (*visum principium*); pero Lía se dice "laboriosa". ¿Y qué por Raquel sino la vida contemplativa, qué por Lía sino la vida activa se designa? En la contemplación, en efecto, se busca el Principio, que es Dios; pero en la operación se trabaja bajo el pesado fardo de las necesidades. De donde también Raquel es hermosa, pero estéril; Lía en cambio es legañosa (*lippa*), pero fecunda, porque sin duda la mente, cuando desea el ocio de contemplar, ve más, pero engendra menos hijos para Dios; cuando en cambio se dirige al trabajo de la predicación, ve menos, pero pare más abundantemente. Así pues, tras los abrazos de Lía, Jacob llega a Raquel, porque todo perfecto se une antes a la fecundidad de la vida activa, y después se acopla al descanso de la vida contemplativa. Pues que la vida con-

templativa es ciertamente menor en tiempo, pero mayor en mérito que la activa, se muestra por las palabras del santo Evangelio, en el cual se refiere que dos mujeres hicieron cosas diversas. Pues María, oyendo las palabras de nuestro Redentor, se sentaba a sus pies; Marta en cambio insistía en los ministerios corporales. Y como Marta se quejara contra el ocio de María, oyó: *Marta, Marta, solícita estás y te turbas por muchas cosas. Pero una sola es necesaria. María eligió la mejor parte, la cual no le será quitada* (Luc. 10, 41-42). ¿Pues qué por María, que sentada oía las palabras del Señor, sino la vida contemplativa se expresa? ¿Qué por Marta ocupada en los obsequios exteriores sino la vida activa se señala? Pero el cuidado de Marta no es reprendido, el de María en cambio es incluso alabado, porque grandes son los méritos de la vida activa, pero mejores los de la contemplativa. De donde tampoco se dice que la parte de María le sea quitada nunca, porque las obras de la vida activa pasan con el cuerpo, pero los gozos de la contemplativa convalecen mejor desde el fin. Lo cual bien y brevemente expresa el profeta Ezequiel, cuando contemplando a los animales voladores dijo: *Y la semejanza de una mano de hombre estaba bajo sus alas* (Ezeq. 10, 21). ¿Pues qué por las alas de los animales sino las contemplaciones de los santos podemos sentir, por las cuales vuelan hacia lo sumo, y desertando de lo terreno, se equilibran en lo celestial? ¿Qué por las manos sino las operaciones aceptamos? Porque cuando se dilatan en el amor al prójimo, administran incluso corporalmente los bienes

que pueden. Pero sus manos están bajo las alas, porque vencen las obras de su acción con la virtud de la contemplación.

[Vet. XXIX.] 62. Por el nombre de sepulcro puede entenderse el descanso eterno. ---Puede también entenderse por sepulcro no sólo la contemplación en esta nuestra vida, sino el descanso de la retribución eterna e íntima; en la cual se descansa tanto más verdaderamente, cuanto más perfectamente es muerta en nosotros la vida de corrupción. En abundancia, pues, entra en el sepulcro quien, tras haber amontonado las obras de la vida presente, plenamente muerto a su mutabilidad, es escondido en el secreto de la luz verdadera. De donde también por el Salmista se dice: *Los esconderás en el escondrijo de tu rostro, de la conturbación de los hombres* (Sal. 30, 21). Lo cual bien recomienda también la comparación añadida, cuando se subraya: *Como se introduce la gavilla de trigo en su tiempo.* Pues el grano en la mies es tocado por el sol porque en esta vida el alma humana es ilustrada respecto de la luz superna; recibe lluvias porque engorda por el elocuencia de la verdad; es sacudido por los vientos porque es ejercitado por las tentaciones; y lleva consigo la paja que crece porque tolera diariamente contra sí la vida más inicua de los pecadores; y llevado a la era (*area*), es oprimido por el peso de la trilla para que sea desatado de la conexión de la paja; porque nuestra mente, supeditada a la disciplina celestial, mientras percibe los azotes de la corrección, se retira más limpia de la sociedad de los carnales;

y dejada la paja, es conducida al granero (*horreum*), porque quedando fuera los réprobos, la alma electa es elevada a los gozos eternos de la mansión superna. Bien se dice, pues: *Entrarás en abundancia en el sepulcro, como se introduce la gavilla de trigo en su tiempo;* porque mientras tras la aflicción los justos encuentran los premios de la patria celestial, como tras las presiones los granos son llevados al granero; y en tiempo ajeno (*alieno tempore*) ciertamente sienten las percusiones, pero en el suyo descansan de la percusión. Pues para los elegidos el tiempo ajeno es la vida presente, de donde también a algunos todavía infieles dice la Verdad: *Mi tiempo aún no ha venido, pero vuestro tiempo siempre está preparado* (Juan 7, 6). Y de nuevo: *Esta es vuestra hora y la potestad de las tinieblas* (Luc. 22, 53). El sepulcro, pues, en su tiempo como una gavilla de trigo lo integra, porque aquel percibe el descanso eterno, que primero aquí, para estar libre de la paja que ha de quemarse, siente las presiones de la disciplina. Elifaz en cambio, porque en la serie de su locución nombró el tabernáculo, las piedras, las bestias, la semilla, las hierbas y el sepulcro, insinuó él mismo que no dijo estas cosas según la letra, quien tras todo ello subraya inmediatamente:

CAPÍTULO XXXVIII

VERS. 27.---*He aquí esto, como lo hemos investigado, así es.*

63. Las palabras de Elifaz deben entenderse espiritualmente. ---Consta ciertamente que en

estas palabras nada es dicho por él según la superficie, porque sin duda no yace ante la faz lo que se investiga. Quien, pues, indica haber investigado estas cosas, demuestra que ha buscado las interiores en las palabras exteriores. Pero tras todo ello llega a la estulticia de la jactancia, porque inmediatamente añade:

CAPÍTULO XXXIX.

IBÍD.---Lo cual, habiéndolo oído, considéralo en tu mente.

64. Es una grave impericia suya querer enseñar a quien es mejor. ---Por mucha doctrina de que esté dotada una mente, es una grave impericia suya querer enseñar a quien es mejor. De donde también aquellas cosas que fueron rectamente expuestas por los amigos, son juzgadas como no rectas por el Juez interno. Pues en ello pierden la fuerza de su rectitud, en que no convienen al oyente; porque también las medicinas pierden su fuerza cuando se aplican a miembros sanos. En todo lo que se dice, pues, es necesario que se ponderen la causa, el tiempo y la persona; si la verdad de la sentencia robustece las palabras, si el tiempo congruo exige esto, y si la calidad de la persona no impugna tanto la verdad de la sentencia como la congruencia del tiempo. Pues aquel lanza loablemente los dardos que primero ve al enemigo a quien ha de herir. Pues mal doblega los cuernos de un arco fuerte quien, dirigiendo con fuerza la saeta, hiere a un conciudadano.

LIBRO SÉPTIMO.

Explica todo el capítulo sexto, a excepción de los tres últimos versículos, en parte alegóricamente, en parte moralmente.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Job probado con azotes y oprobios. Si habla algo que suena a impaciencia, estas cosas deben ponderarse no por el juicio humano, sino por el divino. ---Las mentes de algunos son más torturadas por los azotes que por los oprobios; pero a las de otros los oprobios los castigan más que los azotes. Pues a menudo contra nosotros se ensañan más duramente los tormentos de las palabras que cualesquiera penas; y cuando nos incitan a la defensa, nos postran en la impaciencia. De donde, para que no hubiera podido faltar ninguna tentación al bienaventurado Job, no solo lo hieren los azotes desde lo alto, sino que los coloquios de sus amigos lo afligen más gravemente que sus llagas; para que el alma del santo varón, impulsada de una y otra parte, estallara en un movimiento de ira y de elación, y manchara con la contumacia de una locución soberbia cuanto había vivido puramente. Pero tocado por las llagas dio gracias; provocado por las palabras respondió rectamente; y herido da a conocer en cuán poco

tuvo la salud de la carne. Hablando también indica cuán sabiamente callaba. Pero algunas cosas están mezcladas en sus palabras que, según los juicios humanos, parecen traspasar el límite de la paciencia: las cuales nosotros entendemos verdaderamente si ponderamos la sentencia del Juez supremo en el examen de las mismas. Pues Él mismo prefirió al bienaventurado Job antes contra el adversario, diciendo: *¿Has visto a mi siervo Job, que no hay en la tierra otro semejante a él; varón sencillo y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?* (Job 1, 8). Él mismo, tras la prueba, reprendió a sus amigos diciendo: *No habéis hablado ante mí lo que es recto, como mi siervo Job* (Job 42, 7). Resta, pues, que cuando la mente fluctúa en los sermones del bienaventurado Job, pondere su peso a partir del inicio y del fin de la misma historia. Pues por el Juez eterno ni pudo ser alabado el que iba a caer, ni preferido el que hubiera tropezado. Si, pues, atrapados en la tempestad de la ambigüedad, contemplamos lo primero y lo último de esta historia, la nave del corazón es sujetada por las cuerdas de su consideración, como por la proa y la popa, para que no sea conducida a los escollos del error. No nos abruman ningunas tormentas de nuestra ignorancia si mantenemos el litoral tranquilo de la sentencia suprema. He aquí que dice algo que mueve el ánimo del lector con una cuestión no pequeña. Pero ¿quién se atrevería a llamar no recto a aquello que suena recto en los oídos de Dios?

CAPÍTULO II.

CAP. VI. VERS. 2, 3.---¡Ojalá fueran pesados en una balanza mis pecados, por los cuales he merecido la ira, y la calamidad que padezco: como arena del mar esta parecería más pesada!

SENTIDO TÍPICO. 2. Cristo es la balanza en la cual se pesan tanto lo que merecemos como lo que padeció por nosotros. Nos hizo conocer la gravedad de nuestra pena. ---¿Quién otro es expresado con el nombre de balanza sino el Mediador de Dios y de los hombres? El cual vino para pesar el mérito de nuestra vida, y trajo consigo a la vez la justicia y la misericordia; pero preponderando en el platillo de la misericordia, aligeró nuestras culpas perdonándonos. Pues en la mano del Padre, hecho como una balanza de admirable equilibrio, suspendió por un lado en sí nuestra calamidad, y por otro los pecados. Pero dio a conocer que la calamidad era de gran peso muriendo, y mostró que ante la misericordia el pecado es leve perdonándolo. El cual concedió este primer don de la gracia, porque hizo que nuestra pena nos fuera cognoscible. Pues el hombre fue creado para contemplar a su Creador, pero, por la exigencia de sus méritos, arrojado de los gozos internos, cayendo en la miseria de la corrupción, sosteniendo la ceguera del exilio, tanto toleraba los suplicios de su culpa como los desconocía; de modo que creía que el exilio era su patria, y así bajo el peso de la corrupción se regocijaba como en la libertad de la salvación. Pero Aquel a quien el hombre había dejado en

su interior, habiendo asumido la carne, apareció fuera como Dios; y cuando se presentó exteriormente, revocó a las cosas interiores al hombre expulsado fuera, para que ya vea sus daños, ya gima por la pena de su ceguera. La calamidad del hombre, pues, apareció pesada en la balanza, porque no reconoció el mal que padeció sino en presencia del Redentor; pues desconociendo la luz, toleraba voluptuosamente las tinieblas de su condenación. Pero después que vio lo que debía amar, entendió también lo que debía dolerle; y sintió pesado lo que padeció, porque se dio a conocer como dulce lo que perdió. El varón santo, pues, sacudido de los claustros del silencio por las sentencias del amigo que le habla, y lleno de la afluencia del espíritu profético, diga con su voz, diga con la voz del género humano: *¡Ojalá fueran pesados en una balanza mis pecados, por los cuales he merecido la ira, y la calamidad que padezco: como arena del mar esta parecería más pesada!* Como si dijera abiertamente: El mal de nuestra condenación se cree leve, porque aún no es pesado por la equidad reconocida del Redentor. Pero ojalá venga, y suspenda en el platillo de su misericordia la miseria de tan gran exilio, y nos enseñe qué debemos buscar tras el exilio. Pues si se da a conocer lo que hemos perdido, se insinúa que es pesado lo que toleramos. Bien, además, se compara esta misma calamidad de nuestra peregrinación a la arena del mar. Pues la arena del mar es empujada hacia fuera por el flujo de las olas, porque también el hombre delincuente, puesto que toleró de manera mudable el flujo de las ten-

taciones, salió de sí mismo desde lo más íntimo. Además, la arena del mar es de gran peso; pero la calamidad del hombre se dice más pesada que la arena del mar, porque se muestra que la pena fue dura, mientras que por el juez misericordioso la culpa es aligerada. Y porque quienquiera que reconoce la gracia del Redentor, quienquiera que ama el regreso a la patria, instruido gime bajo el peso de su peregrinación, tras el deseo de la balanza se añade rectamente:

CAPÍTULO III.

VERS. 2.---Por lo cual también mis palabras están llenas de dolor.

3. No cesa de gemir aquí quien se reconoce como exiliado. ---Quien ama su peregrinación como a su patria, no sabe dolerse ni siquiera entre los dolores. Pero las palabras de los justos están llenas de dolor porque, mientras tolera las cosas presentes, suspira por otra cosa al hablar; contempla todo lo que ha padecido pecando; y para que pueda regresar al estado de bienaventuranza, pondera solícitamente los juicios con que es afligido. De donde se añade:

CAPÍTULO IV.

VERS. 4.---Porque las saetas del Señor están en mí.

4. Por las saetas se significa la predicación o la pena. ---Pues con el nombre de saetas a veces se designan las palabras de la predicación, a veces las sentencias de la animadversión (cas-

tigo). Pues las elocuencias de la predicación se expresan con saetas porque, al herir los vicios, traspasan los corazones de los que viven mal. De estas saetas se dice al Redentor que viene: *Tus saetas son agudas, oh poderosísimo; los pueblos caerán debajo de ti en el corazón* (Sal. 44, 6). De lo cual dice Isaías: *Enviaré de los que se salvaren a las gentes en el mar, en África y en Lidia, que tienen la saeta, en Italia, en Grecia* (Is. 66, 19). De nuevo, por las saetas se designa la percusión de la animadversión, como se dice al rey Joás por Eliseo: *Arroja la saeta.* Quien, arrojándola, dijo: *Herirás a Siria hasta que la consumas* (4 Rey. 13, 17). El varón santo, pues, porque mira la miseria de su peregrinación, porque gime bajo las percusiones de la animadversión del Señor, diga: *Por lo cual también mis palabras están llenas de dolor, porque las saetas del Señor están en mí.* Como si dijera abiertamente: Yo no me gozo en la condenación del exilio, sino que, puesto bajo juicio, me duelo, porque reconozco la fuerza de la percusión. Pero hay muchos a quienes los tormentos torturan, pero no enmiendan. Contra lo cual se añade aptamente:

CAPÍTULO V.

IBÍD.---Cuya indignación bebe mi espíritu.

5. Los justos se enmiendan por las penas que sostienen. ---¿Qué es, pues, el espíritu del hombre, sino el espíritu de elación? Pero las saetas del Señor beben el espíritu del hombre cuando las sentencias de la animadversión suprema reprimen de la elación a la mente afligida. Las saetas

del Señor beben el espíritu del hombre porque atraen hacia el interior al que estaba atento a lo exterior. Pues el espíritu de David había sido bebido cuando decía: *Al desfallecer en mí mi espíritu, tú conociste mis sendas* (Sal. 140, 4). Y de nuevo: *Me negué a consolar mi alma, me acordé de Dios y me deleité, me ejercité y desfalleció por un momento mi espíritu* (Sal. 75, 4). La indignación de las saetas, pues, bebe el espíritu del justo porque las sentencias supremas cambian a los elegidos que encuentran en pecados mientras los hieren; para que la mente traspasada abandone su dureza y de la herida saludable corra la sangre de la confesión. Pues ponderan de dónde y a dónde han caído, ponderan de cuánta bienaventuranza a qué tormentos de su propia corrupción han caído; y no solo gimen en las cosas que sostienen, sino que además temen aquello que el juez riguroso amenaza a los delincuentes con los fuegos del infierno. De donde se añade rectamente:

CAPÍTULO VI.

IBÍD.---Y los terrores del Señor militan contra mí.

6. Se duelen de las penas presentes, temen las futuras. ---La mente de los justos no solo pondera lo que tolera, sino que también teme lo que resta; ve qué clase de cosas padece en esta vida; teme que tras esta padezca cosas más graves. Llora porque en el exilio de esta ceguera cayó de los gozos del paraíso; teme que, aun cuando se deje el exilio, siga la muerte eterna. Ya, pues, tolera la

sentencia en la pena; pero todavía teme las amenazas del Juez venidero por la culpa. De aquí que el Salmista diga: *Sobre mí pasaron tus iras, y tus terrores me conturbaron* (Sal. 86, 17). Pues después que pasan las iras del Juez interno, también los terrores conturban, porque ya padecemos una cosa por la condenación, y todavía tememos otra de la venganza eterna. El varón santo, pues, ponderando los males que tolera, diga: *Las saetas del Señor están en mí, cuya indignación bebe mi espíritu.* Pero, temiendo cosas más graves para siempre, añada: *Y sus terrores militan contra mí.* Como si dijera abiertamente: Herido ciertamente me duelo de las cosas presentes; pero esto se hace más grave en el dolor, porque aun puesto en la pena, todavía temo sumamente los suplicios eternos. Pero porque ya desea la intervención de la balanza, ya pondera los males en que cayó el género humano, aunque puesto en una nación gentil, sin embargo lleno del don del espíritu profético; con qué ardor la Gentilidad o Judea tengan sed del advenimiento del Redentor, lo demuestra con las palabras siguientes, diciendo:

CAPÍTULO VII.

VERS. 5.---¿Acaso rebuznará el onagro cuando tuviere hierba? ¿o mugirá el buey cuando estuviere ante el pesebre lleno?

7. Deseos de la Gentilidad y de Judea por el advenimiento del Redentor. ---¿Pues qué se designa por el onagro, esto es, el asno silvestre, sino el pueblo gentil? al cual, así como la naturaleza lo produjo fuera de los establos de la disciplina,

así permaneció vagabundo en el campo de sus placeres. ¿Qué se figura por el buey sino el pueblo judío, el cual, sometido al yugo de la dominación suprema, reuniendo prosélitos para la esperanza, trazó el surco de la ley por los corazones que pudo? Pero por el testimonio de la vida del bienaventurado Job conocemos que podemos creer que muchos, incluso de entre los gentiles, esperaron el advenimiento del Redentor. Y al nacer el Señor, viniendo Simeón en espíritu al templo, aprendimos con cuánto deseo los santos varones del pueblo israelita desearon ver el misterio de su encarnación. De donde también por el mismo Redentor se dice a los discípulos: *Muchos, os digo, justos y profetas desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron* (Lc. 10, 24). La hierba, pues, del onagro, y el heno del buey es esta misma encarnación del Mediador, por la cual a la vez la Gentilidad y Judea son saciadas. Pues porque se dice por el profeta: *Toda carne es heno* (Is. 40, 6), el Creador del universo, tomando carne de nuestra sustancia, quiso hacerse heno, para que nuestra carne no permaneciera heno para siempre. Entonces, pues, el onagro encontró la hierba cuando el pueblo gentil recibió la gracia de la encarnación divina. Entonces el buey no tuvo el pesebre vacío cuando la ley exhibió su carne al pueblo judío que la esperaba, al cual profetizó durante mucho tiempo. De donde también el Señor al nacer es puesto en un pesebre, para que evidentemente se significara que los santos animales, que fueron hallados ayunos por mucho tiempo bajo la ley, son saciados con el heno de su

encarnación. Pues al nacer llenó el pesebre quien se ofreció a sí mismo como alimento a las mentes de los mortales, diciendo: *El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece y yo en él* (Jn. 6, 57). Pero porque tanto los votos de los gentiles elegidos se dilataron mucho tiempo, como los santos del pueblo hebreo gimieron durante largo tiempo esperando su redención, el bienaventurado Job, narrando bien los misterios de la profecía, insinúa las causas de la aflicción de una y otra nación, diciendo: *¿Acaso rebuznará el onagro cuando tuviere hierba? ¿o mugirá el buey cuando estuviere ante el pesebre lleno?* Como si dijera abiertamente: Por eso gime la Gentilidad, porque aún no la refresca la gracia de su Redentor; y por eso Judea dilata sus mugidos porque, teniendo la ley pero no viendo al Autor de la ley, ayuna estando ante el pesebre. La cual ley ciertamente, porque antes del advenimiento del Mediador de ningún modo se observaba espiritualmente sino carnalmente, se añade rectamente:

CAPÍTULO VIII.

VERS. 6.---¿O podrá comerse lo insulso, que no está condimentado con sal?

8. La ley entendida carnalmente es insulsa, condimentada con sal por Cristo. ---En la ley, la sal de la letra es la virtud de la inteligencia oculta. Quienquiera, pues, atento a las observancias carnales, no quiso entender esta espiritualmente, ¿qué otra cosa comió sino un alimento insulso? Pero la Verdad reconocida puso sal en este alimento cuando enseñó que en la ley latía el sabor

de la inteligencia oculta, diciendo: *Si creyeseis a Moisés, tal vez me creeríais también a mí, porque de mí escribió él* (Jn. 5, 46). Y de nuevo: *Tened sal en vosotros, y tened paz entre vosotros* (Mc. 9, 49). Pero porque antes del advenimiento del Mediador Judea observaba la ley carnalmente, la Gentilidad rehusó someterse a sus preceptos que mandaban cosas duras. No quiso, pues, comer un alimento insulso porque, antes de percibir el condimento del Espíritu, temió observar la fuerza de la letra. ¿Pues quién de los gentiles soportaría lo que allí se manda: sajar la carne de los hijos por la observancia de la religión, o cercenar con la muerte las culpas de las palabras? De donde también se añade todavía bien:

CAPÍTULO IX.

IBID.---¿O puede alguien gustar lo que, una vez gustado, acarrea la muerte?

9. La ley gustada carnalmente era antes mortífera. ---Pues la ley gustada carnalmente acarreó la muerte, porque castigó las faltas de los delincuentes con duro rigor; acarreó la muerte porque, tanto por el precepto dio a conocer la culpa, como no la borró por la gracia, atestiguándolo Pablo, quien dice: *Nada llevó la ley a la perfección* (Heb. 7, 19). Y de nuevo: *La ley ciertamente es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno.* Y poco después: *El pecado, para que aparezca pecado, obró en mí la muerte por medio de lo bueno* (Rom. 7, 12. 13). Pero la Gentilidad convertida a Cristo, porque entiende que Él resuena a través de las palabras de la ley, angustiada por

sus deseos, busca espiritualmente entre los preceptos carnales a Aquel a quien ama vehementemente. De donde también se añade enseguida, por la voz de la Iglesia, a través del espíritu de profecía:

CAPÍTULO X.

VERS. 7.---Las cosas que antes mi alma no quería tocar, ahora, por la angustia, son mi alimento.

10. Las palabras de Job están preñadas de inteligencia espiritual. Se predice que las gentes buscarán el alimento de la ley, y que los judíos no desdeñarán la sociedad de las gentes. ---Pues cae mucho en el error quien sospecha que las palabras del bienaventurado Job fueron proferidas solo para la historia. Pues aquel varón santo, apoyado por tantos encomios de su Creador, ¿qué cosa grande, o más bien qué cosa verdadera diría, si hubiese dicho que no se puede comer un alimento insulso? ¿O quién había ofrecido a su comida alimentos mortíferos, para que añada: *¿O puede alguien gustar lo que, una vez gustado, acarrea la muerte?* Si sentimos que esto fue dicho sobre los coloquios de sus amigos, nos vemos impedidos de este entendimiento por la sentencia añadida, por la cual dice: *Las cosas que antes mi alma no quería tocar, ahora, por la angustia, son mi alimento.* Pues lejos esté que el varón santo, constituido en la integridad de su estado, despreciara alguna vez las palabras de sus amigos, él que, como aprendimos después por su propio testimonio, fue humilde incluso con

sus siervos. Sus palabras, por tanto, no carecen de misterios, los cuales, como aprendimos por el fin de la historia, también alaba el Juez interno. Las cuales de ninguna manera habrían corrido incluso con tanta veneración hasta los extremos del mundo, si no hubiesen estado preñadas de entendimiento místico.

11. El bienaventurado Job, por tanto, porque es miembro de la santa Iglesia, hable también por su voz, diciendo: *Las cosas que antes mi alma no quería tocar, ahora por la angustia, son mi alimento,* porque sin duda la gentilidad convertida, ansiosa por los ardores de su amor, tiene hambre del alimento de la antigua Escritura, al cual hace poco despreció soberbia. Las cuales cosas, sin embargo, concuerdan también con las voces de Judea, si se discuten con un poco más de consideración. Ella misma, ciertamente, por la erudición de la ley, por el conocimiento de un solo Dios, tuvo sal, y despreció a todas las gentes como a animales brutos. Pero porque, instruida en los preceptos de la ley, había despreciado recibir en sí misma la sociedad de los gentiles, ¿qué otra cosa hacía sino sentir asco de tomar un alimento insulso? Pues la divina sentencia, propuesta la muerte, había prohibido que el pueblo israelita se uniera en pacto con los extranjeros, y manchara la vida de la santa religión (Éx. 23, 32). De donde también se añade: *¿O puede alguien gustar lo que, una vez gustado, acarrea la muerte?* Pero porque esta misma Judea se convirtió a la fe del Redentor por parte de los elegidos, se esmeraba en predicar a los infieles de su propia prole, a

través de los santos apóstoles, la luz que había conocido. Pero la soberbia de los hebreos rechazó el servicio de esa predicación. De donde pronto desvió las palabras de su exhortación hacia la reunión de las gentes, como también se dice por los mismos apóstoles: *A vosotros convenía hablar primero la palabra de Dios; pero como la habéis rechazado, y os habéis juzgado indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a las gentes* (Hech. 13, 46). De donde en este lugar también se añade aptamente: *Las cosas que antes mi alma no quería tocar, ahora por la angustia, son mi alimento.* Pues Judea, desdeñando la vida de los gentiles, hace poco no quiso como tocarla, cuya sociedad despreció recibir; pero viniendo a la gracia del Redentor, rechazada por los israelitas infieles, mientras se dilata hacia la reunión de las gentes a través de los santos apóstoles, recibe como con hambre para alimento lo que antes despreció asqueada como indigno. Pues sufrió las angustias de su predicación, ella que vio que entre los hebreos se despreciaba lo que hablaba. Pero por la angustia comió los alimentos que hace poco había despreciado, ella que, rechazada la dureza de los judíos, desea recibir a los pueblos gentiles a los que había menospreciado. Porque, por tanto, hemos dicho estas cosas figuradamente, resta ahora que inquiramos moralmente.

SENTIDO MORAL.---12. El varón santo, deseando el advenimiento del Redentor bajo la apelación de la balanza, mientras se abre a través de la elocuencia, nos instruye en el estudio de vivir; mientras narra lo suyo, indica algunas cosas

nuestras; mientras insinúa sobre sí mismo lo que reconozcamos, nos confirma en la esperanza a nosotros, trémulos y débiles. Pues ya vivimos por la fe del Mediador, y sin embargo todavía sufrimos, por la expurgación de los vicios, los duros azotes del rigor íntimo. De donde también tras el deseo de la balanza añade:

CAPÍTULO XI.

VERS. 4.---Porque las saetas del Señor están en mí, cuya indignación agota mi espíritu.

13. Los buenos son traspasados por los azotes y por el terror del juicio. Sin embargo, es mejor ser movido por el amor. ---Pero he aquí que, como se ha dicho arriba, somos traspasados por el golpe de la corrección divina, y sin embargo todavía es más grave aquello que tememos sobre el terror del futuro Juez por la eterna animadversión. De donde pronto se añade: *Y los terrores del Señor militan contra mí.* Debe, sin embargo, el ánimo sacudirse del miedo y del dolor, y extenderse solo a los deseos de la patria eterna. Pues entonces mostramos la nobleza de nuestra regeneración, si lo amamos como a padre, a Él a quien ahora con mente servil tememos como a señor. De donde también se dice por Pablo: *No habéis recibido otra vez el espíritu de servidumbre en el temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos: ¡Abba, Padre!* (Rom. 8, 15). Posponga, pues, la mente del elegido el peso del temor, ejercítese en la virtud del amor, desee la dignidad de su renovación, anhele la presencia de su Creador; a quien, mientras no pueda

contemplar, es necesario que espere con hambre su eternidad, es decir, su alimento íntimo. De donde también se añade aptamente:

CAPÍTULO XII.

VERS. 5.---¿Acaso rebuznará el onagro cuando tenga hierba? ¿o mugirá el buey cuando esté ante el pesebre lleno?

14. El onagro designa al pueblo fiel, el buey al orden eclesiástico. La causa de los gemidos para ambos es aquí la visión de Dios diferida. ---¿Quiénes otros han sido señalados con la apelación de onagro, sino aquellos que, constituidos en el campo de la fe, no están ligados por las correas de ningún oficio? ¿O a quiénes expresa la significación del buey, sino a aquellos a quienes, dentro de la santa Iglesia, oprime el yugo del orden asumido para el oficio de la predicación? Pues la hierba del onagro y el pasto del buey es la refacción interna del pueblo fiel. Unos, en efecto, a la manera del buey, son retenidos dentro de la Iglesia por las correas del oficio asumido; otros, a la manera del onagro, no conocen los establos del orden sagrado, y viven en el campo de su propia voluntad. Pero cuando alguien, viniendo de la vida secular, arde con el deseo de la visión interna, cuando anhela el pasto de la refacción íntima, cuando considerándose ayuno en la ceguera de esta peregrinación, se refacción con los llantos que puede, el onagro, como no encontrando hierba, rebuzna. Otro también tolera la necesidad del orden asumido, suda en el trabajo de la predicación, y apetece ser ya refaccionado

por la contemplación eterna; pero porque todavía no contempla la presencia de su Redentor, gime como buey atado a un pesebre vacío. Pues porque, situados lejos de la sabiduría interna, no divisamos el verdor de la herencia eterna, como animales brutos, ayunamos de la hierba deseada. De cuya hierba ciertamente se dice por voz del Redentor: *Por mí si alguno entrare, se salvará; e entrará y saldrá, y hallará pastos* (Jn. 10, 9). Pero frecuentemente, lo cual suele ser más grave para los que aman, la vida de los malos contradice los santos estudios de los buenos; y cuando el ánimo es arrebatado hacia el deseo celestial, la intención bien comenzada es rechazada por las palabras y costumbres de los necios que la interrumpen; de modo que la que ya por el esfuerzo de la contemplación había volado a lo más alto, se dispone en lo más bajo para los certámenes encaminados a impugnar la estulticia de los malvados. De donde también se añade:

CAPÍTULO XIII.

VERS. 6.---¿O podrá comerse lo insulso, que no está condimentado con sal? ¿O puede alguien gustar lo que, una vez gustado, acarrea la muerte?

15. Cuán graves son para los elegidos las palabras y costumbres de los carnales. ---Las palabras, ciertamente, y las costumbres de los carnales, se introducen como alimento en nuestras mentes, para ser arrebatadas al vientre del deleite. Pero todo elegido no come lo insulso, porque, juzgando los dichos y hechos de los malvados, los repele de la boca del corazón. Pablo prohibió que

se introdujeran cosas insulsas para el alimento de las mentes, cuando dijo a los discípulos: *Vuestra palabra sea siempre con gracia, condimentada con sal* (Col. 4, 6). Y también al Salmista las palabras de los réprobos le habían sabido insulsas en la boca del corazón, cuando decía: *Me contaron los inicuos fábulas, pero no como tu ley, Señor* (Sal. 119, 85). Frecuentemente, sin embargo, las palabras de los carnales, mientras se introducen importunamente en nuestros oídos, engendran en el corazón una guerra de tentación; y aunque la razón las rechace y la lengua las reprenda, se vence con trabajo en el interior lo que en el exterior se juzga con autoridad. De donde es necesario que ni siquiera llegue a los oídos lo que la mente, vigilante desde el acceso del pensamiento, debe repeler. Los varones santos, por tanto, cuando anhelan los deseos de la eternidad, se elevan a tal altura de vida, que creen ya que es para ellos un peso grave y deprimente oír las cosas que son del mundo. Pues estiman como muy insolente e intolerable cualquier cosa que no resuene a aquello que aman en su interior.

16. No es de todos el estar ceñidos para sufrir los tormentos del cuerpo por Dios. ---Pero frecuentemente el alma ya es arrebatada por el deseo hacia las cosas sublimes, ya está totalmente separada de la necia locución de los hombres terrenos, y sin embargo todavía no está ceñida para soportar los tormentos de la presente vida por el amor de la verdad; ya apetece lo de arriba, ya desprecia lo necio en lo de abajo, pero aún no se dirige a la tolerancia de sufrir la adversidad.

De donde también se añade: *¿O puede alguien gustar lo que, una vez gustado, acarrea la muerte? *

CAPÍTULO XIV.

17. Tolerando las flaquezas de los prójimos, nos robustecemos para sufrir los tormentos. --- Duro es, ciertamente, apetecer lo que atormenta, seguir lo que ahuyenta la vida. Pero frecuentemente el alma del justo se extiende a tal culmen de virtud, que tanto preside en su interior en la alcázar de la razón interna, como convierte en el exterior la estulticia de algunos tolerándola. Pues a quienes intentamos atraer a cosas fuertes, es necesario que toleremos sus flaquezas, porque no yergue al que yace sino quien dobla la rectitud de su propio estado por la compasión. Pero cuando nos compadecemos de la flaqueza ajena, nos robustecemos más valientemente desde la nuestra; para que por el amor de las cosas futuras el alma se prepare para las adversidades presentes, y espere los tormentos del cuerpo que temía. Pues acrecentados los deseos celestiales, se angustia; y cuando considera cuán grande sea la dulzura de la patria eterna, ama ardientemente por ella las amarguras de la presente vida. De donde, tras el asco del alimento insulso, tras el imposible gusto de la muerte, rectamente se añade:

CAPÍTULO XV.

VERS. 7.---Las cosas que antes mi alma no quería tocar, ahora, por la angustia, son mi alimento.

18. Por el amor de la patria celestial amamos las penas del exilio. ---Pues el alma del justo que progresa, la cual antes, mientras solo cuidaba lo propio, sentía asco de soportar lo ajeno, la cual, compadeciéndose menos de lo ajeno, no podía fortalecerse contra las adversidades, cuando se atrae a sí misma a tolerar las flaquezas del prójimo, se fortalece para superar las adversidades; de modo que por el amor de la verdad apetece después tanto más fuertemente los tormentos de la presente vida, cuanto antes huía de las flaquezas. Pues por su propia inclinación se yergue, por la atracción se extiende, por la compasión se fortalece; y cuando se dilata en el amor del prójimo, recoge como de una meditación con cuánta fortaleza se eleva hacia su Autor. Pues la caridad, que nos humilla hasta la fuerza de la compasión, nos eleva más alto en la cumbre de la contemplación; y multiplicada ya arde con mayores deseos, ya anhela llegar a la vida del espíritu, incluso a través de los tormentos del cuerpo. Lo que, por tanto, antes no quería tocar, esto lo come después por la angustia, él que, apenas conteniendo sus deseos, ama ya incluso las mismas penas que hace poco temía, por el amor de la patria celestial. Pues si el alma se dirige con fuerte intención hacia Dios, cualquier cosa que le sea amarga en esta vida, la estima dulce, todo lo que la aflige lo considera descanso; apetece pasar incluso por la muerte, para poder obtener la vida más plena-

mente; desea extinguirse totalmente en lo más bajo, para ascender más verdaderamente a lo más alto. Pero estas cosas sobre el ánimo de cualquier justo, estas cosas sobre la mente del bienaventurado Job miento, a no ser que él mismo añada:

CAPÍTULO XVI.

VERS. 8-10.---¡Quién diera que se cumpliese mi petición, y que Dios me otorgase lo que espero; y que el que comenzó, él mismo me desmenuzase; soltase su mano y me cortase, y que esta fuese mi consolación: que afligiéndome con el dolor, no me perdonase!

19. Ejemplo de Job bendiciendo a quien lo hiere. Dios nos quebranta, y el diablo nos quebranta, con distintos fines. ---Pero tal vez pide estas cosas por contumacia, tal vez en eso de que desea ser perfectamente extinguido, acusa la injusticia del que lo hiere. Lejos esté esto. Pues con qué ánimo lo pida, lo demuestra por las palabras siguientes, diciendo: *Ni contradiré las palabras del Santo.* De ninguna manera, pues, murmura sobre la injusticia del que lo hiere, él que llama santo a quien lo golpea incluso entre los azotes. Debe saberse, ciertamente, que a veces nos quebranta el adversario, y a veces nos quebranta Dios. Por el quebrantamiento del adversario desfallecemos de la virtud; pero quebrantados por el quebrantamiento del Señor, nos robustecemos desde los vicios en la virtud. Este quebrantamiento lo había previsto el Profeta cuando decía: *Los regirás con vara de hierro, y como a vaso de alfarero los quebrantarás* (Sal. 2, 9). En vara de hierro nos rige y

quebranta el Señor, porque con la fuerte rectitud de su disposición, mientras nos restaura interiormente, nos aflige exteriormente. Pues por cuanto humilla la virtud de la carne, exalta la intención del espíritu. De donde también este mismo quebrantamiento es comparado al vaso del alfarero, como también se dice por Pablo: *Tenemos este tesoro en vasos de barro* (2 Cor. 4, 7). Quien, expresando a la vez el quebrantamiento y el régimen, dice: *Aunque este nuestro hombre exterior se corrompa, sin embargo el interior se renueva de día en día* (Ibíd. 16). El varón santo, por tanto, que desea aproximarse a Dios incluso a través de los azotes, diga por el espíritu de humildad:

CAPÍTULO XVII.

VERS. 9.---Que el que comenzó, él mismo me quebrante.

20. Dios corrige misericordiosamente al que se engríe por las virtudes. ---Frecuentemente, en efecto, el Señor comienza a obrar en nosotros el quebrantamiento de los vicios; pero cuando el alma se ensalza por el mismo comienzo de su progreso, y cuando ya se yergue como por sus virtudes, abre el acceso al adversario que rabia contra ella, el cual, penetrando lo íntimo del corazón, deshace todo lo que en él encuentre del estudio de un buen comienzo; y se muestra tanto más vehemente en su destrucción, cuanto más gravemente le duele que el alma haya progresado aunque sea un poco. De donde también, siendo testigo el Evangelio, por voz de la Verdad, a la casa descuidada de la conciencia el espíritu inmundo

que salió solo regresa con siete espíritus (Mt. 12, 45). Para que, por tanto, tras los comienzos de la corrección divina, el antiguo enemigo no se introduzca furtivamente y arrastre a la destrucción de las virtudes, el varón santo ora congruentemente, diciendo: *Que el que comenzó, él mismo me quebrante.* Como si dijera abiertamente: Esto que ha comenzado en mí no cese de perfeccionarlo hiriendo, para que no me entregue abandonado al adversario para el quebrantamiento. De donde también se añade aptamente:

CAPÍTULO XVIII.

IBID.---Que suelte su mano y me corte.

21. Cuán temible es que mantenga la mano ligada para no herir nuestros vicios. ---Frecuentemente, en efecto, inflados por la confianza de una larga prosperidad, nos erigimos en un cierto estado de elación. Y cuando el Creador nos ve ensalzarnos, pero no ejerce su amor hacia nosotros a través de los golpes, mantiene como la mano ligada para no herir nuestros vicios. ¿Acaso no había ligado la mano de su afecto cuando decía al pueblo pecador: *Ya no me iré contra ti* (Is. 54, 9); y: *Mi celo se ha retirado de ti* (Ez. 16, 42)? Suelte, pues, su mano se dice, para que ejerza su afecto. Pero rectamente se añade: *Y me corte.* Pues cuando a nosotros, seguros y engreídos por la afluencia de las virtudes, nos hiere un repentino dolor del azote, o una tentación de flaqueza, pronto la elación de nuestra mente, cortada, cae desde el vértice de su estado, de modo que nada ose de sí misma, sino que, postrada por el golpe

de su flaqueza, busque la mano del que la levanta. De aquí es que los varones santos, cuando sospechan de la oculta disposición hacia ellos, temen más a la misma prosperidad, desean ser tentados, ansían ser azotados, a fin de que el miedo y el dolor instruyan a la mente incauta, no sea que en este camino de peregrinación, irrumpiendo el enemigo desde las emboscadas, su propia seguridad la derribe peor. De aquí que el Salmista diga: *Pruébame, Señor, y tiéntame* (Sal. 26, 2). De aquí que diga de nuevo: *Yo estoy preparado para los azotes* (Sal. 38, 17). Porque, en efecto, los santos consideran que la herida de la corrección de su alma no carece de podredumbre, se preparan gustosos bajo la mano del médico para las incisiones, para que, abierta la herida, salga el virus del pecado, que mataba por dentro bajo una piel sana. De donde también se añade todavía:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 10.---Y que esta sea mi consolación, que afligiéndome con dolor, no perdone.

22. Los santos temen la prosperidad, desean los azotes. ---Los elegidos, que cuando saben que han cometido cosas ilícitas, pero buscando encuentran que no han padecido ninguna adversidad por esas cosas ilícitas, se consumen por la fuerza de un inmenso temor, hierven de pavor, trabajan agitados por siniestras sospechas, no sea que la gracia los haya abandonado para la eternidad, a quienes en la vida presente ninguna retribución de su mal custodia; temen que la venganza que se suspende se reserve más pesada

al final; desean ser heridos por la corrección paterna, y consideran el dolor de la herida como medicinas de la salvación. Rectamente, pues, se dice ahora: *Que esta sea mi consolación, que afligiéndome con dolor no perdone.* Como si abiertamente se dijera: El que por eso perdona aquí a algunos, para herirlos perpetuamente; por eso hiérame aquí, para que no perdonando, perdone perpetuamente. Pues por la aflicción me consuelo, porque conociendo la podredumbre de la corrupción humana, por la herida quedo seguro de la esperanza de la salvación. Lo cual, porque lo expresó no con mente hinchada sino humilde, lo pone de manifiesto añadiendo, como predijimos, diciendo:

CAPÍTULO XX.

IBID.---Ni contradiré las palabras del Santo.

23. Dios a menudo habla silenciosamente por sus obras. ---La mayor parte de las veces, las palabras de Dios para nosotros no son sonidos de lo dicho, sino efectos de sus operaciones. Pues nos habla en aquello que silenciosamente obra para con nosotros. El bienaventurado Job, por tanto, contradiría las palabras de Dios si murmurara de sus golpes. Pero qué piensa de quien lo hiere, lo indica aquel que (como ya hemos dicho) llama santo a quien tolera que lo hiera. Sigue:

CAPÍTULO XXI

[Vet. IX, Rec. VIII].

VERS. 11.---¿Cuál es, pues, mi fortaleza, para que sostenga; o cuál es mi fin, para que actúe con paciencia?

24. Cuál es la fortaleza de los justos y cuál la de los réprobos. ---Se ha de saber que una es la fortaleza de los justos y otra la fortaleza de los réprobos. En efecto, la fortaleza de los justos consiste en vencer la carne, en contradecir las propias voluntades, en extinguir el deleite de la vida presente, en amar las asperezas de este mundo por los premios eternos, en despreciar los halagos de la prosperidad y en superar en el corazón el temor a la adversidad. Pero la fortaleza de los réprobos consiste en amar sin cesar las cosas transitorias, en perseverar insensibilmente contra los azotes del Creador, en no descansar del amor de las cosas temporales ni siquiera en la adversidad, en llegar a la vanagloria aun con detrimento de la vida, en buscar aumentos de malicia, en impugnar la vida de los buenos no solo con palabras y costumbres, sino también con espadas, en poner la esperanza en sí mismos, en perpetrar diariamente la iniquidad sin ningún fallo del deseo. De aquí es que se dice a los elegidos por el Salmista: *Actuad varonilmente, y confórtese vuestro corazón, todos los que esperáis en el Señor* (Sal. 30, 25). De aquí que se diga a los réprobos por el profeta: *¡Ay de vosotros que sois potentes para beber vino, y varones fuertes para mezclar la embriaguez!* (Is. 5, 22). De aquí que se diga por Salomón que todos los santos contemplan el descanso interno sin ninguna debilidad del deseo: *He aquí el lecho de Salomón, sesenta fuertes lo

rodean, de los más fuertes de Israel* (Cant. 3, 7). De aquí que el Salmista, insinuando por la voz del Redentor puesto en la pasión contra los réprobos, diga: *He aquí que han ocupado mi alma, han irrumpido contra mí los fuertes* (Sal. 58, 4). Cuán bien comprendió Isaías ambas fortalezas diciendo: *Los que confían en el Señor, mudarán su fortaleza* (Is. 40, 31). Porque, en efecto, no dijo que tomarán, sino que *mudarán* su fortaleza, por lo cual claramente se dio a conocer que una es la que se deja y otra la que se comienza.

25. En qué cosas el réprobo es fuerte, el justo es perezoso. ---¿Acaso no son también fuertes los réprobos, que con tantos trabajos corren hacia la concupiscencia de la vida presente, que se exponen audazmente a los peligros, que llevan gustosamente contumelias por las ganancias, que no retroceden de la lascivia de su apetito vencidos por ninguna contrariedad, que se endurecen con los golpes y toleran los males del mundo por el mundo, y buscando sus goces, por así decirlo, los pierden, y sin embargo no se fatigan perdiendo estas cosas? Por lo cual bien se dice por la voz del género humano a través de Jeremías: *Me embriagó con ajenjo* (Lam. 3, 15). El borracho, en efecto, no sabe lo que padece. Está borracho con ajenjo, pues, el que, por amor del presente siglo ajeno al sentido de la razón, mientras considera ligero lo que sostiene por el mundo, ignora la amargura del trabajo que tolera, porque sin duda es llevado deleitablemente a todas las cosas en las que se fatiga penalmente. Pero al contrario, el varón justo procura ser débil para tolerar los

peligros del mundo por el mundo, contempla su fin, atiende a cuán transitoria es la vida presente, y rehúsa padecer exteriormente trabajos por ella, cuyo deleite venció intrínsecamente. El bienaventurado Job, por tanto, oprimido por las adversidades de la vida presente, diga por su voz, diga por la voz de todos los justos: *¿Cuál es, pues, mi fortaleza, para que sostenga? ¿o cuál es mi fin, para que actúe con paciencia?* Como si claramente insinuara diciendo: No puedo tolerar los males del mundo por el mundo, porque ya no soy fuerte en su deseo. Pues mientras contemplo el fin de la vida presente, ¿por qué sufro su peso, cuyo apetito piso? Y porque todos los injustos, como dijimos, con tanta más fuerza sobrellevan sus trabajos cuanto más ávidamente se alimentan de su deleite, rectamente añade pronto esa misma fortaleza de los réprobos, diciendo:

CAPÍTULO XXII

[Vet. X, Rec. IX].

VERS. 12.---Ni es mi fortaleza la fortaleza de las piedras, ni mi carne es de bronce.

26. Ante el golpe de Dios, unos son piedras sin sonido, otros bronce sonoro sin sentido. Job es fuerte no por insania, sino por el estado de salvación. ---¿Qué se significa en este lugar por el bronce y las piedras, sino los corazones de los hombres insensibles, que a menudo reciben golpes celestiales y, sin embargo, no se ablandan con ningún golpe de la disciplina? Por el contrario, a los elegidos se les dice por el profeta, prometién-

dolo el Señor: *Quitaré de vosotros el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne* (Ez. 11, 19). Pablo también dice: *Si hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tuviera caridad, he venido a ser como bronce que suena, o címbalo que retiñe* (1 Cor. 13, 1). Sabemos, en efecto, que las piedras, cuando son golpeadas, no pueden devolver un sonido claro; el bronce, en cambio, cuando es golpeado, se forma un sonido muy sonoro de su golpe. El cual, porque carece de vida como las piedras, no tiene sentido en el sonido. Y hay algunos que, semejantes a las piedras, se han endurecido tanto ante los preceptos de la piedad que, cuando el golpe de la animadversión celestial los examina, de ningún modo devuelven el sonido de una humilde confesión. Otros, en cambio, no discrepando en nada del metal del bronce, cuando reciben los azotes del golpe celestial, emiten el sonido de una piadosa confesión; pero porque no profieren las voces de la humildad desde el corazón, reducidos al estado de salvación, no saben lo que prometieron. Aquellos, pues, golpeados a modo de piedras, ni siquiera tienen voces; estos, en cambio, en nada huyen de la imitación del bronce, quienes, puestos en el golpe, hablan cosas buenas que no sienten. Aquellos niegan incluso las palabras a la veneración del que los hiere; estos, prometiendo lo que no cumplen, claman sin vida. El varón santo, por tanto, huyendo de la dureza de los réprobos entre los golpes, diga: *Ni es mi fortaleza la fortaleza de las piedras, ni mi carne es de bronce.* Como si abiertamente confesara diciendo: Huyo de la

similitud de los réprobos bajo el azote de la disciplina, porque ni me he endurecido a modo de piedras, de suerte que bajo el estímulo del golpe enmudezca para el ministerio de la confesión; ni de nuevo como el bronce resueno la voz de la confesión e ignoro el sentido de la voz. Pero porque ante el golpe los réprobos son débilmente fuertes, los elegidos en cambio son poderosamente débiles, el bienaventurado Job, mientras afirma que no es fuerte por insania, da a conocer que es fuerte por el estado de salvación. [Vet. XI.] De dónde, pues, percibió esta misma fortaleza, lo insinúe, no sea que si se arroga para sí las fuerzas que tiene, corra poderosamente hacia la muerte. Pues frecuentemente la virtud poseída mata peor que si faltara; porque mientras eleva la mente a la confianza en sí misma, la traspasa con la espada de la elación; y cuando la vivifica como robusteciéndola, la mata elevándola; es decir, arrastra a la destrucción a la que arranca de la confianza en la fortaleza interna por su propia esperanza. Pero porque el bienaventurado Job tanto prevalece en la virtud como no tiene confianza en sí mismo y, por así decirlo, siendo débil tiene fuerzas, aptamente añade diciendo:

CAPÍTULO XXIII.

VERS. 13.---He aquí que no hay para mí auxilio en mí.

27. Porque atribuye sus fuerzas no a sí mismo, sino a Dios. ---Es ya evidente a la esperanza de quién recurre el ánimo del golpeado, cuando niega que haya para sí auxilio en sí mismo. Pero

porque insinúa que es débil en sí mismo, para mérito de una fortaleza aún mayor, añada cómo también es desamparado por sus allegados,---IBID.:---Mis parientes también se han alejado de mí. Pero he aquí que, despreciado exteriormente, preside interiormente en el trono del juicio. Pues cuando afirma que está desamparado, inmediatamente prorrumpe en una sentencia diciendo:

CAPÍTULO XXIV

[Rec. X].

VERS. 14.---El que quita la misericordia de su amigo, abandona el temor del Señor.

28. Qué se prestan mutuamente el amor de Dios y el amor al prójimo. ---¿Quién es designado en este lugar con el nombre de amigo sino cualquier prójimo, que se nos une fielmente en esto, en que, habiendo recibido ahora de nosotros una buena obra, ayuda verazmente a obtener después la patria eterna? Mas porque dos son los preceptos de la caridad, a saber, el amor de Dios y el del prójimo, por el amor de Dios se engendra el amor al prójimo, y por el amor al prójimo se nutre el amor de Dios. Pues el que descuida amar a Dios, ciertamente no sabe amar al prójimo; y entonces progresamos más plenamente en el amor de Dios si en el seno del mismo amor somos primero amamantados por la caridad del prójimo. Pues porque el amor de Dios genera el amor al prójimo, el Señor, habiendo de decir por la ley: *Amarás a tu prójimo* (Dt. 6, 5; 10, 12), antepuso diciendo: *Amarás al Señor tu Dios* (Mt. 22, 37, 39): para

que, a saber, en la tierra de nuestro pecho fijara primero la raíz de su amor, a fin de que por los ramos germinara después la dilección fraterna. Y de nuevo, porque el amor de Dios se consolida por el amor al prójimo, testifica Juan diciendo: *El que no ama a su hermano, a quien ve, ¿cómo puede amar a Dios, a quien no ve?* (1 Jn. 4, 20). La cual dilección divina, sin embargo, nace por el temor, pero creciendo se muda en afecto.

29. La dilección al prójimo se prueba en sus tribulaciones. Cuánta iniquidad la del que desprecia al amigo en las adversidades. ---Frecuentemente, en efecto, Dios omnipotente, para que se manifieste cuánto dista cada uno de su caridad y de la del prójimo, o cuánto ha progresado en ella, dispensándolo todo con orden admirable, a unos los abate con azotes y a otros los sostiene con éxitos. Y cuando desampara a algunos temporalmente, muestra en los corazones de algunos qué mal se oculta. Pues la mayor parte de las veces nos persiguen como miserables los mismos que nos veneraron sin comparación como felices. Pues cuando se ama a alguien puesto en la prosperidad, es muy incierto si se ama la prosperidad o a la persona. Mas la pérdida de la felicidad interroga la fuerza de la dilección. Por lo cual bien dice un cierto sabio: *No se reconoce al amigo en los bienes, y no se oculta el enemigo en los males* (Eclo. 12, 8). Pues ni la prosperidad indica al amigo, ni la adversidad oculta al enemigo, porque tanto aquel a menudo se cubre por la reverencia de nuestra prosperidad, como este se descubre por la confianza de la adversidad. El varón justo,

por tanto, puesto en los azotes, diga: *El que quita la misericordia de su amigo, abandona el temor del Señor,* porque sin duda el que por la adversidad desprecia al prójimo, queda abiertamente convencido de que no amó a este en la prosperidad. Y puesto que Dios omnipotente hiere a algunos por eso, para instruir a los heridos y ofrecer a los no heridos ocasión de buena obra, quienquiera que desprecia al herido, repele de sí la ocasión de la virtud; y tanto más inicuamente se levanta contra el autor cuanto no reconoce a este ni como piadoso en su propia salud, ni como justo en la herida ajena. Pero se ha de considerar que el bienaventurado Job habla así lo suyo que la vida de todo el pueblo elegido es también significada por él. Pues porque es miembro del mismo pueblo, cuando narra lo que él mismo padece, denuncia también aquello que aquel sostiene diciendo:

CAPÍTULO XXV.

VERS. 15.---Mis hermanos han pasado de largo ante mí como un torrente, que pasa de prisa en los valles.

30. Por qué los réprobos son llamados por los justos tanto hermanos como transeúntes. Rectamente se comparan a un torrente. Por una vida breve y fugitiva pasan a los tormentos eternos. ---Porque la mente de los réprobos solo ama las cosas presentes, la mayor parte de las veces existe ahora tanto más ajena al azote, cuanto después permanece más extraña a la herencia; y soberbia desprecia a los justos, a quienes la severidad

paterna aflige misericordiosamente. Frecuentemente, en efecto, los réprobos retienen la misma fe por la que vivimos, reciben los mismos sacramentos de la fe, se contienen en la unidad de la misma religión; pero sin embargo desconocen las entrañas de la compasión, no reconocen la fuerza de la caridad con que nos inflamamos hacia Dios y el prójimo. Rectamente, pues, se llaman tanto hermanos como transeúntes, porque proceden del mismo seno materno con nosotros por la fe, pero no se fijan en el mismo estudio de la caridad hacia Dios y el prójimo. Por lo cual también se comparan aptamente a un torrente que pasa de prisa en los valles. Pues el torrente fluye desde las montañas hacia lo profundo, y recogido por las lluvias invernales, se seca con los soles estivales. Pues los que, amando las cosas terrenas, desamparan la esperanza de la patria celestial, como desde los montes buscan los valles; a los cuales sin embargo el invierno de la vida presente multiplica, pero el estío del juicio venidero seca, porque cuando el sol del rigor celestial se haya encendido, convierte la alegría de los réprobos en aridez. Bien se dice, pues: *Pasa de prisa en los valles.* Pues que el torrente pase de prisa a los valles es que las mentes de los malvados desciendan a los deseos más bajos sin ningún obstáculo ni dificultad. [Vet. XII.] Pues todo ascenso es con trabajo, el descenso con placer, porque por el esfuerzo el paso se tiende a lo superior, mas por la remisión se declina a lo inferior. Pues subir una piedra a la cumbre de un monte es de gran trabajo, y bajarla de lo más alto a lo más bajo no es trabajo.

Sin demora, evidentemente, se derrumba el que con grandes esfuerzos llegó a la cima. Con largo estudio se siembra la mies, se nutre con el sol y la lluvia duradera, pero sin embargo por una sola y súbita centella se consume. Por un poco de tiempo los edificios progresan hacia lo alto, mas por caídas repentinas buscan la tierra. El árbol robusto se yergue en el aire por lentos incrementos; mas lo que produjo por mucho tiempo hacia lo alto, cae de una vez y al mismo tiempo. Porque, pues, el ascenso es con trabajo y el descenso con placer, rectamente se dice ahora: *Mis hermanos han pasado de largo ante mí como un torrente, que pasa de prisa en los valles.* Lo cual sin embargo puede entenderse también de otro modo.

31. Pues si entendemos por valles los lugares más bajos de las penas, todos los injustos pasan como un torrente de prisa a los valles, porque en esta vida, que apetecen con todos sus deseos, de ningún modo pueden estar mucho tiempo. Pues cuantos días de edad reciben, como por otros tantos pasos tienden diariamente al fin. Desean que se les aumenten los tiempos, pero porque los concedidos no pueden subsistir, cuantos aumentos de vida perciben, otros tantos pierden del espacio de vivir. Los momentos, pues, de los tiempos huyen por aquello que siguen, pierden aquello que reciben. De prisa, por tanto, pasan a los valles los que ciertamente prolongan los deseos de los placeres, pero son conducidos de repente a los cerrojos del infierno. Porque, en efecto, también este tiempo, que está extendido por cualquier longevidad, si se cierra con un fin, no

es largo; por el fin los miserables coligen que fue breve lo que poseyeron perdiéndolo. Por lo cual bien se dice también por Salomón: *Si el hombre viviere muchos años, y en todos ellos se hubiere alegrado, debe acordarse del tiempo tenebroso, y de los muchos días, los cuales, cuando vinieren, las cosas pasadas serán acusadas de vanidad* (Ecl. 11, 8). Pues la mente necia, cuando haya encontrado de repente el mal que de ningún modo pasa, entiende su eternidad tolerándolo, porque lo que pudo pasar fue vano. Se ha de saber, en efecto, que muchos desean obrar rectamente, pero hay algunas cosas que contradicen a sus mentes débiles por la vida presente; y mientras temen padecer adversidades en las cosas ínfimas, tropiezan en la rectitud del juicio celestial. Por lo cual rectamente se añade:

CAPÍTULO XXVI

[Rec. XI].

VERS. 16.---Los que temen la escarcha, caerá sobre ellos la nieve.

32. Los que por temor a los daños temporales desamparan la justicia, caerán en los males eternos. ---En efecto, la escarcha se hiela abajo, mas la nieve cae de lo superior. Y a menudo algunos, mientras temen las adversidades temporales, se exponen al rigor de la eterna animadversión. De los cuales bien se dice por el Salmista: *Allí temblaron de miedo donde no había miedo* (Sal. 13, 5). Este, en efecto, desea ya defender libremente la verdad, pero sin embargo, en ese mismo

deseo suyo, tembloroso teme la indignación de la potestad humana; y mientras teme al hombre en la tierra contra la verdad, sostiene desde el cielo la ira de la misma verdad. Aquel, consciente de sus pecados, desea ya larguear lo que posee a los indigentes, pero sin embargo teme él mismo carecer de las cosas dadas. Y mientras tembloroso prepara los subsidios de la carne reservándolos, mata su alma por falta de los alimentos de la misericordia; y cuando teme padecer penuria en la tierra, se priva de la eterna abundancia de la refrigeración celestial. Rectamente, pues, se dice: *Los que temen la escarcha, caerá sobre ellos la nieve,* porque los que temen las cosas que han de ser pisoteadas por los ínfimos, padecen las cosas temibles de los sumos; y cuando no quieren pasar por lo que podían pisotear, reciben de lo alto el juicio que de ningún modo pueden tolerar. Pero haciendo estas cosas, obtienen temporalmente la gloria del mundo. ¿Mas qué harán en el tiempo de su vocación, cuando pavorosos desamparan a la vez todo lo que aquí guardaron con grave temor? De donde también se añade aptamente:

CAPÍTULO XXVII.

VERS. 17.---En el tiempo en que hayan sido disipados, perecerán.

33. Cuán grande es su pavor al acercarse el juicio. ---Pues a quienes la solicitud de la vida presente ordena, su pérdida los disipa; y entonces perecen también exteriormente los que ya hace tiempo perecieron interiormente por descuidar las cosas eternas. Sobre los cuales rectamente se

añade: *Y en cuanto se hayan calentado, se disolverán de su lugar.* [Vet. XIII.] Pues todo inicuo, cuando se haya calentado, se disuelve de su lugar, porque acercándose al juicio del rigor interno, cuando ya ha comenzado a arder por el conocimiento de la pena, se separa de aquel deleite de su carne al que ya hace tiempo se había apegado. De aquí es, en efecto, que se dice por el profeta contra los réprobos: *Y solamente la vejación dará entendimiento al oído* (Is. 28, 19), porque evidentemente no entienden las cosas eternas sino cuando ya son castigados por las temporales sin enmienda. Entonces la mente hierve, y se inflama con los fuegos de una penitencia infructuosa, teme ser llevada al suplicio, retiene la vida presente por el deseo; pero se disuelve de su lugar porque, abandonando los halagos de la carne, su dureza se licúa por el suplicio. Mas porque hemos oído qué padecerán todos los injustos en el tiempo de su sustracción, oigamos todavía algunas cosas en las que se implican en el espacio de su libertad. Sigue:

CAPÍTULO XXVIII

[Vet. XIV, Rec. XII].

VERS. 18.---Enredadas están las sendas de sus pasos.

34. Nada aprovecha proponer cosas rectas, si no somos tenaces en el propósito. ---Todo lo que se enreda se repliega sobre sí mismo. Y hay algunos que deliberan oponerse a los vicios seductores como con toda su intención, pero al irrumpir

el momento de la tentación, no perseveran en el propósito de la deliberación. Pues uno, inflado por el depravado atrevimiento de la soberbia, cuando considera que son grandes los premios de la humildad, se levanta contra sí mismo y como que depone la hinchazón del orgulloso fasto, promete mostrarse humilde ante cualesquiera contumelias; pero cuando de repente la injuria de una sola palabra lo golpea, vuelve pronto a su acostumbrada elación, y de tal modo es llevado a la hinchazón que de ningún modo se acuerda de que había deseado el bien de la humildad. Otro, hirviendo en avaricia, anhela aumentar sus facultades. Este, cuando ve que todo pasa velozmente, fija su mente que vagaba por las concupiscencias, decide ya no apetecer nada y poseer lo obtenido solamente bajo el freno de una gran moderación; pero cuando de repente se ofrecen a sus ojos cosas que le placen, pronto el ánimo anhela en la ambición, no cabe en sí mismo, busca ocasión de adquirir aquello y, olvidada la continencia que había pactado consigo mismo, se inquieta con los estímulos de los pensamientos por los deseos de adquisición. Otro está manchado por la podredumbre de la lujuria, y es retenido cautivo por una ya larga costumbre; mas ve cuán grande es la limpieza de la castidad, y encuentra torpe ser vencido por la carne. Delibera, pues, restringir el flujo de los placeres y se prepara para resistir a la costumbre como con todas sus fuerzas. Pero, ya sea por una forma presentada a sus ojos o recordada en la memoria, cuando es sacudido por una súbita tentación, pronto se disipa de su anterior

preparación; y el que había levantado contra esta el escudo de la deliberación, yace atravesado por el dardo del deleite; y así la lujuria lo vence sin nervio, como si ninguna arma de intención hubiera preparado contra ella. Otro se enciende con las llamas de la ira, y se desenfrena hasta inferir contumelias a sus prójimos. Mas cuando ninguna ocasión de furor golpea su ánimo, considera cuán grande es la virtud de la mansedumbre, cuán grande la altura de la paciencia, y se prepara paciente incluso contra las contumelias; pero cuando nace cualquier pequeña ocasión de conmoción, de repente se inflama hasta la médula hacia voces y contumelias; de suerte que no solo no vuelve a la memoria la paciencia prometida, sino que ni la mente se reconoce a sí misma ni a los insultos que profiere. Y cuando ha satisfecho plenamente su furor, como después de un ejercicio vuelve a la tranquilidad; y entonces se recoge en los cerrojos del silencio, cuando puso freno a la lengua no la paciencia, sino la satisfacción de su procacidad. Apenas, pues, tarde se contiene después de los insultos proferidos, porque también a menudo el término del campo, no la diestra del que preside, coarta a los caballos espumantes en su carrera. Bien se dice, pues, de los réprobos: *Enredadas están las sendas de sus pasos,* porque ciertamente apetecen cosas rectas deliberando, pero siempre se repliegan hacia sus acostumbrados males; y como tensos fuera de sí, vuelven a sí mismos por un circuito, quienes ciertamente desean cosas buenas, pero nunca se apartan de los males. Pues quieren ser humildes,

pero sin el desprecio; estar contentos con lo propio, pero sin la necesidad; ser castos, pero sin la maceración del cuerpo; ser pacientes, pero sin las contumelias; y cuando buscan alcanzar las virtudes, pero huyen de los trabajos de las virtudes, ¿qué otra cosa sino que desconocen los certámenes de la guerra en el campo, y ansían triunfar en las ciudades sobre la guerra?

[Vet. XV.] 35. Mientras algunos dominan ciertos vicios, descuidan otros, y pronto sucumben incluso a los que habían sometido. ---Aunque esto, que se menciona que sus sendas están enredadas, todavía puede entenderse de otra manera. Pues a menudo algunos se ciñen con vehemencia contra ciertos vicios, pero descuidan someter otros; y como no se levantan contra estos, también restauran contra sí mismos aquellos que habían sometido. Pues uno ya ha dominado la carne de la lujuria (luxuria), pero todavía no ha refrenado su mente de la avaricia (avaritia); y mientras se mantiene en el mundo para ejercitar la avaricia, y puesto que no se aparta de los actos terrenos, al surgir el momento de la ocasión, cae incluso en la lujuria, que ya parecía haber sometido. Otro venció el ardor de la avaricia, pero de ningún modo sometió la fuerza de la lujuria; y mientras prepara el precio para saciar la lujuria, somete también la cerviz del corazón al yugo de la avaricia, que poco antes había dominado. Otro ya abatió la impaciencia (impatientia) rebelde, pero aún no ha vencido la vanagloria (inanis gloria); y cuando por esta se inserta en los honores del mundo, atravesado por los estímulos de las

causas, vuelve cautivo a la impaciencia; y cuando la vanagloria levanta el ánimo para su propia defensa, él, vencido, tolera también aquella que superó. Otro sometió la vanagloria, pero todavía no abatió la impaciencia; y cuando amenaza con muchas cosas a los que se resisten por la impaciencia, avergonzándose de no cumplir lo que dice, es revocado bajo el yugo de la vanagloria; y vencido por una cosa, tolera aquello que se alegraba de haber vencido plenamente. Así pues, por ayuda vicaria, los vicios retienen a su fugitivo, y lo reciben como ya perdido bajo el derecho de su dominio, y se lo entregan mutuamente para la venganza. Para los perversos, por tanto, están enredadas las sendas de sus pasos, porque aunque levanten el pie de una maldad vencida, reinando sin embargo otra, lo enredan incluso en aquella que habían vencido.

36. El que peca se enreda a sí mismo, mientras que una culpa es ocasión de otra y de muchas subsiguientes. Como si el hombre terminara en bestia, mientras que bajo el pretexto de la razón peca contra la razón. ---Pero a veces, por las enredadas sendas de los pasos, ninguna culpa es vencida, y una se perpetra a través de la otra. Pues a menudo a la falacia de la negación se une el hurto, y a menudo la culpa de la falacia se acumula con el reato del perjurio. A menudo cualquier vicio se comete por impudente presunción, y a menudo (lo cual es más grave que toda culpa) uno incluso se enorgullece del vicio cometido. 228 Pues aunque la elación suele nacer de la virtud, a veces sin embargo la mente estúpida

se exalta por la maldad perpetrada. Pero cuando la culpa se añade a la culpa, ¿qué otra cosa sino que por sendas enredadas y nudosas ligaduras se atan los pasos de los perversos? Por lo cual bien se dice contra la mente perversa bajo la figura de Judea por Isaías: Será cubil de dragones, y pasto de avestruces, y se encontrarán los demonios con los onocentauros, y el velludo clamará el uno al otro (Is. XXXIV, 13). Pues ¿qué se designa por los dragones sino la malicia (malitia), y qué por el nombre de los avestruces sino la hipocresía (hypocrisis)? Pues el avestruz tiene apariencia de volar, pero no tiene el uso de volar, porque también la hipocresía insinúa la imagen de la santidad de sí misma a todos los que la miran, pero ignora cómo mantener la vida de la santidad. En la mente perversa, por tanto, se echa el dragón y se apacienta el avestruz, porque tanto la malicia latente se cubre astutamente, como la simulación de la bondad se antepone a los ojos de los que miran. Pero ¿qué se figura por el nombre de los onocentauros (onocentauri), sino tanto los lúbricos como los elados? Pues en la lengua griega onos se dice asno, y con la apelación de asno se designa la lujuria, atestiguándolo el profeta, quien dice: Como carnes de asnos, sus carnes (Ez. XXIII, 20). Pero con el vocablo de toro se demuestra la cerviz de la soberbia, como por la voz del Señor se dice de los judíos soberbios por el Salmista: Toros pingües me han sitiado (Sal. XXI, 13). Los onocentauros, por tanto, son los que, sujetos a los vicios de la lujuria, levantan de ahí la cerviz, de donde debieron ser humillados.

Los cuales, sirviendo a los placeres de su carne, expulsada lejos la vergüenza, no solo no se duelen de perder la rectitud, sino que todavía incluso se alegran por la obra de la confusión. Pero a los onocentauros les salen al encuentro los demonios, porque los espíritus malignos les sirven mucho según su deseo a quienes ven alegrarse de aquellas cosas por las que debieron llorar. Donde convenientemente se añade: Y el velludo clamará el uno al otro Pues ¿quiénes otros se figuran con la apelación de velludos (pilosi), sino estos que los griegos llaman Panes y los latinos íncubos? cuya forma ciertamente comienza por una efigie humana, pero termina con una extremidad bestial. Por el nombre de velludo, por tanto, se designa la aspereza de cualquier pecado, el cual, aun cuando a veces comienza como por un pretexto de la razón, tiende siempre a movimientos irracionales; y como si el hombre terminara en bestia, mientras la culpa, comenzando por la imagen de la razón, es arrastrada hasta un efecto irracional. Pues a menudo el deleite del comer sirve a la gula (gula), y simula que sirve a la necesidad de la naturaleza; y cuando extiende el vientre en la glotonería, levanta los miembros hacia la lujuria. Mas el velludo clama al otro, cuando la maldad perpetrada provoca a perpetrar otra, y como por una cierta voz del pensamiento, cometida ya la culpa, invita a la culpa que aún ha de cometerse. Pues a menudo, como dijimos, la gula dice: Si no reparas el cuerpo con abundante alimento, en ningún trabajo útil subsistes. Y cuando ha encendido la mente por los deseos de la carne, pronto

también la lujuria hace las palabras de su propia sugestión, diciendo: Si Dios no quisiera que los hombres se mezclaran corporalmente, no habría hecho los mismos miembros aptos para los usos del coito. And cuando sugiere estas cosas como por razón, arrastra la mente al desenfreno de las liviandades. La cual, a menudo descubierta, busca pronto el patrocinio de la falacia y de la negación; y no se estima rea si mintiendo defiende su vida. El velludo por tanto clama al otro, cuando bajo alguna apariencia de razonamiento una culpa subsiguiente enreda a la mente perversa por ocasión de la culpa precedente. Y cuando los pecados duros y ásperos deprimen a esta, como convocados en ella los velludos dominan concordemente; así sucede que siempre las sendas de los pasos se enredan para peor, mientras la culpa liga a la mente réproba por la culpa.

[Vet. XVI, Rec. XIII.] 37. La costumbre de pecar a veces es precedida por la ceguera de la mente, y a veces la precede. ---Pero entre estas cosas debe saberse que a veces primero se embota el ojo del intelecto, y después el ánimo cautivo vaga por los deseos exteriores, de suerte que la mente ciega no sepa a dónde es llevada, y se someta de grado a los halagos de su carne. Mas a veces primero hierven los deseos de la carne, y después de un largo uso de la obra ilícita cierran el ojo del corazón. Pues a menudo la mente ve lo recto, ni sin embargo se levanta audazmente contra lo perverso; y resistiendo es vencida, mientras que, juzgando esto mismo que hace, es superada por el deleite de su carne. Porque, en efecto, la mayoría de las veces

primero se pierde el ojo de la contemplación, y después el ánimo es sujetado a los trabajos del mundo por los deseos de esta carne, lo atestigua Sansón capturado por los Alófilos (Filisteos), quien después de perder los ojos, fue destinado a la muela, porque ciertamente los espíritus malignos, después de que excavan por dentro con los estímulos de las tentaciones el filo de la contemplación, lo envían fuera al circuito de los trabajos. Por otra parte, porque a menudo también se pierde la recta operación exteriormente, y sin embargo todavía se retiene en el corazón la luz de la razón, lo insinúa el profeta Jeremías, quien mientras narra la cautividad de Sedequías, denuncia el orden de la cautividad interna, diciendo: Y mató el rey de Babilonia a los hijos de Sedequías en Reblata ante sus ojos, y a todos los nobles de Judá mató el rey de Babilonia, y también arrancó los ojos de Sedequías (Jer. XXXIX, 6). El rey de Babilonia es el antiguo enemigo, poseedor de la íntima confusión, quien primero degüella a los hijos ante los ojos del que mira, porque a menudo mata de tal modo las buenas obras, que el mismo que ha sido capturado las ve perderse doliéndose. Pues gime la mayoría de las veces el ánimo; y sin embargo, vencido por los deleites de su carne, pierde amando las cosas buenas que engendró, considera los daños que padece, ni sin embargo levanta el brazo de la virtud contra el rey de Babilonia. Pero mientras viendo es herido por la perpetración de la maldad, a veces es llevado por el uso del pecado a esto, a que sea privado también de la misma luz de la razón. Por lo cual el rey de

Babilonia, extinguidos primero los hijos, arrancó los ojos a Sedequías, porque el espíritu maligno, retiradas primero las buenas obras, después quita también la luz del entendimiento. Lo cual rectamente padece Sedequías en Reblata. Pues Reblata se interpreta 'estas muchas cosas'. Pues a aquel también se le cierra la luz de la razón, que por el depravado uso es gravado por la multitud de su iniquidad. [Vet. XVII.] Mas de cualquier modo que proceda la culpa, o estalle por cualesquiera ocasiones, sin embargo las sendas de los réprobos siempre están enredadas, de modo que entregados a las depravadas concupiscencias, o no apetecen ningún bien, o apeteciéndolos con débil deseo, de ningún modo dirigen los libres pasos de la mente hacia ellos. Pues o no comienzan las cosas rectas, o, quebrantados en el mismo camino, mínimamente llegan a ellas. De donde sucede la mayoría de las veces que vuelven cansados a su costumbre, y se postran de la intención del ánimo en los placeres de la carne, piensen solo las cosas que pasan, ni cuiden de ninguna que permanezca con ellos. Por lo cual convenientemente se añade:

CAPÍTULO XXIX.

IBÍD.---Caminarán en el vacío, y perecerán.

38. Es vano el trabajo de los que jadean por los bienes transitorios. ---Pues caminan en el vacío (vacuus) los que nada llevan consigo del fruto de su trabajo. Pues uno suda por alcanzar honores, otro arde por multiplicar facultades, otro anhela por merecer alabanzas; pero como cada uno al morir deserta de todas estas cosas aquí, perdió

sus trabajos en el vacío, el que nada llevó consigo ante el juez. Por el contrario, bien se dice por la ley: No aparecerás en la presencia del Señor vacío (Ex. XXIII, 15). Pues el que no proveyó el premio de la vida que debe merecerse obrando bien, aparece vacío en la presencia del Señor. De aquí que de los justos se diga por el Salmista: Pero viniendo vendrán con júbilo, portando sus gavillas (Sal. CXXV, 6). Pues al examen del juicio vienen portando gavillas los que en sí mismos muestran las obras rectas por las que merezcan la vida. De aquí que de cada elegido el Salmista diga de nuevo: Quien no recibió en vano su alma (Sal. XXIII, 4). Pues en vano recibe su alma el que, pensando solo las cosas presentes, no atiende a las que le siguen para siempre. En vano recibe su alma el que, descuidando su vida, le antepone el cuidado de la carne. Pero los justos no reciben su alma en vano, porque con intención continua refieren a su utilidad lo que quiera que operen corporalmente, a fin de que, aun pasando la obra, no pase la causa de la obra, que prepara los premios de la vida después de la vida. Pero los réprobos descuidan cuidar estas cosas, porque ciertamente, caminando en el vacío, huyen de la vida que los sigue, y encontrándola la pierden. Pero mejor somos contenidos de la imitación de los perversos si sopesamos sus daños por el fin. Por lo cual bien también se añade con exhortación:

CAPÍTULO XXX

[Rec. XIV].

VERS. 19. Considerad las sendas de Temán, los itinerarios de Sabá, y esperad un poco.

39. Algunos son enredados en las redes del mundo bajo el nombre de la honestidad. Entre estos están los que llevan el cuidado de los asuntos familiares, o los que aman a sus parientes desordenadamente. ---Temán (Thema) ciertamente se interpreta Austro (Auster), mas Sabá (Saba) red (rete). ¿Qué se demuestra aquí por el Austro, que disuelve los miembros soplados por los calores, sino la fluida remisión del vivir; qué por la red sino la obligación de la acción? Los que con mente disuelta apetecen aquellas cosas que son eternas, para no avanzar con paso libre hacia Dios, se ligan a sí mismos por sus propios e inordinados esfuerzos; y cuando se enredan en los fluidos actos de su propia conversación, ponen los pies en las mallas de la red como para permanecer. Pues como poco antes dijimos que algunos son retraídos a las culpas ya vencidas a través de ciertos vicios abiertos y no vencidos, así algunos vuelven a las cosas que habían dejado a través de ciertas cosas que se encubren o bajo el nombre de honestidad o por el honor de la alabanza. Pues hay muchos que ya no apetecen lo ajeno, y se dividen de los litigios de este mundo por un iniciado amor al descanso, tienen sed de ser instruidos por las sagradas elocuencias, ansían vacar a las contemplaciones superiores; ni sin embargo desiertan con perfecta libertad de ánimo del cuidado de las cosas familiares, al cual mientras sirven lícitamente, también se enredan en los ilícitos litigios de este mundo; y mientras desean proteger estudiosa-

mente las cosas terrenas, desiertan del descanso del corazón que buscaban; y mientras la sustancia que huye es protegida por continua provisión, se disipa la palabra de la divina 231 ciencia concebida en el ánimo, porque, según la sentencia de la Verdad (Mat. XXIII, Mc. IV, Lc. VIII), las espinas oprimen la semilla nacida, cuando las importunas solicitudes de las cosas terrenas expulsan de la memoria la palabra de Dios. Con pasos disueltos, por tanto, caminan en la red los que, mientras no desiertan perfectamente del mundo, se ligan a sí mismos caminando, para no caminar.

40. Y hay muchos que no solo no apetecen lo ajeno, sino que incluso abandonan todo lo que habían poseído en el mundo, se desprecian a sí mismos, no buscan ninguna gloria de la presente vida, se separan de las acciones de este mundo y casi pisan cualquier prosperidad que les haya sonreído. Pero sin embargo todavía ligados por el vínculo de la carnal parentela, mientras sirven indiscretamente al amor de la proximidad, vuelven a menudo por el efecto de los parientes a aquellas cosas que ya habían sometido incluso con el propio desprecio. Y cuando aman a los parientes de la carne más de lo necesario, retraídos exteriormente, se dividen del padre del corazón. Pues a menudo vemos a algunos, en cuanto atañe al propio estudio, no tener ya los deseos de la presente vida, haber dejado el mundo tanto en la obra como en la profesión; pero sin embargo, por los afectos inordinados de los parientes, irrumpir en los pretorios, vacar a los litigios de las cosas terrenas, abandonar la libertad de la íntima

quietud y restaurar los estudios del mundo ya destruidos en sí mismos hace tiempo. ¿A dónde, pues, caminan estos sino en la red, a quienes la perfección de vida ya iniciada había soltado del presente siglo, pero el amor desordenado de la carnal parentela liga?

41. Debemos despreciar, odiar y no conocer a los parientes por causa de Dios. ---Pues quienes con estudio riguroso, y no con pasos disueltos, siguen el premio de la promesa eterna, así como se desprecian a sí mismos por el amor divino, así posponen todas las cosas por las que sienten que se les impide; y cuando por Dios es necesario que sirvan a todos con cuanto pueden, por Dios niegan obsequios privados incluso a los parientes. Pues de aquí es que cuando uno decía: Permíteme ir primero a enterrar a mi padre (Mat. VIII, 21), oyó inmediatamente de la boca de la Verdad: Deja que los muertos entierren a sus muertos, tú, en cambio, ve y anuncia el reino de Dios (Ibíd., 22). En lo cual debe notarse que, mientras al discípulo elegido se le impide el entierro del padre, no le es lícito exhibir por el Señor esto al padre muerto por afecto carnal, lo cual por el Señor debe incluso a los extraños. [Vet. XVIII.] De aquí de nuevo dice la Verdad: Si alguno viene a mí, y no odia a su padre, y a su madre, y a su esposa, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo (Lc. XIV, 26). En cuyo lugar, a saber, mientras al odio de los parientes se subañade el odio de nuestra propia alma, se muestra patentemente que se nos manda tener odio a los parientes así como a

nosotros mismos, para que, arrebatándolos hacia las cosas eternas y posponiendo su gracia carnal cuando impide, aprendamos por el arte templado de la discreción tanto a amarlos convenientemente como a odiarlos saludablemente, a fin de que sepa de tal modo surgir el odio por el amor, que podamos amarlos más verdaderamente por el odio. De aquí de nuevo se dice por Moisés: El que dijo a su padre y a su madre: No os conozco; y a sus hermanos: Los ignoro; y no conocieron a sus propios hijos; estos custodiaron tu elocuencia y tu pacto, y guardaron tus juicios (Dt. XXXIII, 9). Pues desea conocer a Dios más familiarmente aquel que, por el amor de la piedad, desea no conocer a quienes conoció carnalmente. 232 Pues con grave daño se disminuye la ciencia divina si se reparte con la noticia de la carne. Por tanto, cada uno debe hacerse extraño a sus parientes y allegados si quiere unirse más verdaderamente al Padre de todos, a fin de que ame tanto más sólidamente a los mismos que por Dios útilmente descuida, cuanto ignora en ellos el afecto soluble de la cópula carnal.

42. Debemos ser útiles a los parientes más que a los demás, con tal de que nuestro progreso hacia Dios no se retrase en nada por ello. Debemos ciertamente estar afectos benignamente hacia ellos, y sin embargo no declinar del camino que conduce a Dios. ---Debemos ciertamente también beneficiar temporalmente a aquellos a quienes nos unimos más cercanamente más que a los demás, porque también la llama extiende el incendio a las cosas acercadas, pero primero enciende aque-

llo mismo donde nace. Debemos reconocer la cópula (vínculo) de la carnal parentela; pero sin embargo ignorar esta cuando impide el curso de la mente, a fin de que el alma fiel, encendida en el estudio divino, ni desprecie aquellas cosas que le están unidas en lo ínfimo, y, ordenando rectamente estas cosas en sí misma, las trascienda por el amor de lo sumo. Por tanto, debe proveerse con solícita cura que la gracia de la carne no se subrepuje, y desvíe el paso del corazón del recto camino, para que no impida la fuerza del amor celestial, y oprima hacia abajo la mente que se eleva con un peso superpuesto. Pues así debe cada uno compadecerse de las necesidades de los parientes, que sin embargo no permita que por la compasión se impida la fuerza de su intención, de modo que el afecto ciertamente llene las entrañas de la mente, pero sin embargo no la aparte del propósito espiritual. Pues los varones santos no dejan de amar a los parientes de la carne para suministrarles lo necesario, sino que por el amor de lo espiritual vencen en sí mismos esa misma dilección, a fin de templarla de tal modo con el moderamen de la discreción, que por ella no declinen del recto camino ni siquiera en lo pequeño o mínimo. A quienes bien nos insinúan por la significación de las vacas, las cuales, tendiendo hacia los montes bajo el Arca del Señor, caminan con un afecto a la vez rígido y sensible, como está escrito: Tomando dos vacas que amamantaban terneros, las unieron al carro, y encerraron a sus terneros en casa, y pusieron el Arca de Dios sobre el carro (I Rey. VI, 10). Y poco después: Iban las

vacas en línea recta por el camino que lleva a Bet-semes, y caminaban por un solo trayecto, yendo y mugiendo, y no declinando ni a la derecha ni a la izquierda (Ibíd., 12). Pues he aquí que, encerrados los terneros en casa, las vacas que están ligadas al carro bajo el Arca del Señor, gimen y avanzan, dan mugidos desde lo íntimo, y sin embargo no cambian sus pasos del camino. Sienten ciertamente el amor por la compasión, pero no desvían los cuellos hacia atrás. Así, así es necesario que deban caminar quienes, sometidos al yugo de la ley sagrada, ya llevan por la ciencia interna el Arca del Señor, a fin de que por esto mismo, que se duelen de las necesidades de los parientes, no declinen del comenzado camino de rectitud. Bet-semes ciertamente se llama casa del sol. Por tanto, puesta encima el Arca del Señor, marchar a Bet-semes es aproximarse con la ciencia soberana al habitáculo de la luz eterna. Pero entonces tendemos verdaderamente a Bet-semes cuando, caminando por la vía de la rectitud, no declinamos hacia los lados vecinos del error ni siquiera por el afecto de las prendas (hijos). Cuya gracia sin duda debe sostener nuestra mente, pero no debe hacerla volver, para que esta misma mente, o si no es tocada por el afecto, sea dura; o si es tocada de más, si se doblega, sea remisa.

[Vet. XIX.] 43. La gracia de los parientes debe sostener, pero no debe hacer volver atrás. --- Agrada contemplar al bienaventurado Job, en quien el yugo del temor divino había desgastado los cuellos del corazón, bajo cuán gran moderamen de discreción lleva el Arca de la divina sen-

tencia. 233 Pues perdidos los terneros muge, porque, oída la muerte de sus hijos, cayó en tierra con la cabeza rasurada (Job I, 20); pero sin embargo camina mugiendo por el recto camino, porque su boca se abre en el gemido para las alabanzas de Dios, cuando al punto dice: El Señor dio, el Señor quitó; como le plugo al Señor, así se ha hecho; sea bendito el nombre del Señor (Ibíd., 21). Pero las mentes indiscretas no conocen esta regla de vida, y cuanto más disolutamente buscan los caminos de Dios, tanto más neciamente se repliegan hacia los itinerarios del mundo.

44. Los daños de la tibieza vistos en otros suelen mover más piadosamente. ---Rectamente, por tanto, el varón santo menciona las sendas de Temán tras los itinerarios de Sabá, porque a quienes el Austro del réprobo tibio ha disuelto, a estos sin duda los sostiene la red de la implicación. Pero describiendo bien los hechos de los malvados, amonesta a considerar estos, porque al hacer cosas perversas las amamos, pero juzgamos estas mismas cosas vistas en otros; y aquellas cosas que creemos que deben ser menos juzgadas en nosotros, conocemos cuán torpes son en la acción de los otros; y así sucede que la mente vuelve a sí misma, y se avergüenza de hacer lo que reprende. Pues como si fuera ante un espejo, desagrada un rostro sucio cuando la mente ve en sí misma, por una vida similar, aquello de lo que debe apartarse. Dice, pues: Considerad las sendas de Temán, los itinerarios de Sabá, y esperad un poco. Como si dijera abiertamente: Atended a los daños de la tibieza ajena, y entonces tomaréis la esperanza de

lo eterno con más firmeza, si veis con el ojo recto del corazón lo que desagrada en los otros.

[Vet. XX.] 45. Cuán útilmente se atiende a la brevedad de esta vida. ---Bien ciertamente se dice: Esperad un poco. Pues a menudo, mientras se ama la brevedad de la presente vida como si fuera a perseverar por mucho tiempo, el ánimo se quebranta de la esperanza eterna, y deleitado con lo presente, es reverberado por la calina (niebla) de su propia desesperación. Y cuando piensa que es largo el espacio que le resta para vivir, abandonando de repente la vida, encuentra las cosas eternas que ya no podrá evitar. Pues de aquí es que se dice por cierto sabio: ¡Ay de aquellos que perdieron la paciencia! (Eccli. II, 16). Pierden, pues, la paciencia los que, mientras estiman que han de permanecer mucho tiempo en lo visible, abandonan la esperanza de lo invisible. Y cuando la mente se fija en lo presente, la vida se termina; y de repente llegan a los suplicios imprevistos, que, engañados por sus propias presunciones, o creyeron que nunca les sucederían, o que tardarían. De aquí dice la Verdad: Vigilad, pues, porque no sabéis el día ni la hora (Mat. XXV, 13). De aquí de nuevo está escrito: El día del Señor como ladrón en la noche, así vendrá (I Tes. V, 2). Porque, como no se ve en absoluto cuando se acerca para arrebatar el alma, se compara al ladrón en la noche. Por tanto, tanto debe temerse como viniendo siempre, cuanto no puede por nosotros ser prescrito que vendrá. Por lo cual también los varones santos, porque miran incesantemente la brevedad de la vida, viven como muriendo a dia-

rio; y tanto más sólidamente se preparan para lo que ha de permanecer, cuanto siempre ponderan por el fin que nada son las cosas transitorias. Pues de aquí el Salmista, mirando que la vida del pecador huye con veloz curso, dice: Un poco todavía, y no será el pecador (Sal. XXXVI, 10). De aquí de nuevo dice: El hombre, como el heno sus días (Sal. CII, 15). De aquí dice Isaías: Toda carne es heno, y su gloria como la flor del heno (Is. XL, 6). De aquí reprende Santiago las mentes de los presuntuosos diciendo: ¿Qué es vuestra vida? Es un vapor que aparece por un momento (Sant. IV, 15). Rectamente, pues, se dice: Esperad un poco, porque es incluso inmenso lo que sigue sin término, y es poco lo que se acaba. Pues no debe parecer largo [234] para nosotros lo que tiende por el curso de su tiempo a dejar de ser; lo cual, mientras es conducido por momentos, estos mismos momentos suyos que lo difieren, lo impulsan; y de donde se discierne que es retenido, de allí es movido para que no se retenga. Bien además el bienaventurado Job, después que introdujo el desprecio de la brevedad de la presente vida, surge al punto en la voz de todos los elegidos contra los inicuos, añadiendo:

CAPÍTULO XXXI.

VERS. 20.---Se confundieron, porque esperé.

46. La constancia de los buenos afecta a los réprobos con la vergüenza. ---Cuando los réprobos lanzan males sobre los buenos, si ven que estos flaquean en su esperanza interna, se alegran por el efecto del engaño. Pues consideran como ga-

nancia máxima la propagación de su propio error, porque se regocijan de tener compañeros para su perdición. Pero cuando la esperanza de los buenos se fija interiormente, y de ningún modo se inclina hacia lo profundo por los males exteriores, la confusión ocupa la mente de los malvados, porque, al no poder llegar a lo íntimo de los afligidos, se avergüenzan de ser crueles en vano. Diga, pues, el varón santo por su propia voz, diga por la constancia de la Iglesia universal afligida y gemebunda, que entre las adversidades de los réprobos desea el gozo de la retribución celestial sin ningún defecto de la mente, y perdura hasta la vida muriendo: Se confundieron, porque esperé. Como si dijera abiertamente: Porque mediante duras persecuciones los réprobos no ablandan la fuerza de mi rigor, avergonzándose pierden sin duda el trabajo de su propia crueldad. Por lo cual también contempla los bienes de la futura retribución como si ya estuvieran presentes, y atiende a qué reato aguarda a los réprobos en el juicio, añadiendo:

CAPÍTULO XXXII.

IBÍD.---Vinieron también hasta mí, y de vergüenza fueron cubiertos.

47. La trepidación de los réprobos en el juicio. ---Hasta la santa Iglesia ciertamente vienen los réprobos en el día del juicio, porque hasta su gloria, entonces por contemplar, son conducidos, para que, repelidos a los mayores suplicios de su propio reato, vean lo que perdieron. Entonces verdaderamente la vergüenza cubre a los inicuos,

cuando en la presencia del juez el testigo de la conciencia los condena. Entonces el juez es discernido exteriormente, pero el acusador es tolerado interiormente. Entonces toda culpa es reducida ante los ojos, y la mente es atormentada más gravemente por su propio fuego sobre los incendios de la Gehena. De los cuales rectamente se dice por el Profeta: Señor, exáltese tu mano, para que no vean; vean y se confundan (Is. XXVI, 11). Pues los méritos ahora oscurecen el intelecto de los réprobos, pero entonces el conocimiento del reato lo ilumina, para que ni ahora vean lo que deben seguir, y entonces lo perciban después de haberlo perdido. Pues ahora ciertamente descuidan entender lo eterno, o desprecian apetecer lo entendido; pero entonces lo contemplan entendiéndolo sin duda y deseándolo, cuando de ningún modo pueden alcanzar lo deseado.

[Vet. XXI.] 48. Los amigos de Job, cubiertos de vergüenza por su confianza en Dios. ---Estas palabras del bienaventurado Job también concuerdan especialmente con sus amigos, quienes con duros reproches intentaban quebrantar el ánimo del varón santo. Pues dice: Se confundieron, porque esperé. Como si dijera abiertamente: Mientras con necias increpaciones no pueden inclinarme a la desesperación, ellos mismos se confunden por la insania de su propia temeridad. Vinieron también hasta mí, y de vergüenza fueron cubiertos. Como si dijera: Viendo las heridas del cuerpo, pero ignorando la constancia de la mente, mientras se atrevieron a increparme por la injusticia, aún no habían llegado hasta mí; pero

pulsándome con una dura [235] invectiva, mientras deprenden que el ánimo permanece firme entre las adversidades, se avergüenzan como viniendo hacia mí. Pues por esto vienen a mí, por lo cual me conocen en lo íntimo; y allí la vergüenza los cubre, donde la pérdida exterior no me toca a mí, que permanezco fuerte. Hay en verdad algunos que no saben temer a Dios sino cuando se aterran, sea por la adversidad experimentada en sí mismos o conocida en otros, a quienes las cosas prósperas elevan por la audacia, las contrarias los perturban por la flaqueza. De cuyo número, a saber, el bienaventurado Job redarguye que son sus amigos, cuando al punto añade diciendo:

CAPÍTULO XXXIII.

VERS. 21.---Ahora habéis venido, y ahora viendo mi llaga teméis.

49. Dios debe ser temido incluso en la prosperidad. ---Como si dijera abiertamente: Yo temí a Dios entonces, cuando, apoyado en las cosas prósperas, no sentía los detrimentos de los azotes. Vosotros, en cambio, que no habéis temido a Dios por amor, le teméis por la sola percusión del látigo. Sigue:

CAPÍTULO XXXIV.

VERS. 22, 23.---¿Acaso dije: Traedme, y de vuestra sustancia dadme? ¿o: Libradme de la mano del enemigo, y de la mano de los robustos rescatadme?

50. La Iglesia no quiere oír de aquellos que afirman cosas perversas sobre la fe, lo que enseñan de verdadero sobre las costumbres. Los espíritus malignos fueron creados sin la flaqueza de la carne. ---Si estas palabras se referiran a la persona de la santa Iglesia, porque dijimos que los amigos del bienaventurado Job representan el tipo de los herejes, rectamente afirma ella no necesitar de su sustancia. Pues la sustancia de los herejes no se entiende inconvenientemente como la sabiduría carnal, con la cual, mientras se apoyan perversamente, se muestran como ricos en palabras; la cual la santa Iglesia no busca, por cuanto la trasciende con el intelecto espiritual. Pero a menudo los herejes, mientras afirman cosas perversas sobre la fe, dicen algunas cosas sutiles contra el antiguo enemigo sobre las tentaciones de la carne. Pues a veces muestran en sí como miembros sanos de operación, en lo cual son retenidos en la cabeza por la mordedura de la serpiente, heridos en la fe. Pero la santa Iglesia no quiere oír de estos cosas sutiles sobre las tentaciones, quienes, mientras afirman ciertas cosas verdaderas sobre la conducta, conducen a las falsedades de la perfidia. Por lo cual rectamente se dice ahora: ¿Acaso dije: Traedme, y de vuestra sustancia dadme? ¿o: Libradme de la mano del enemigo, y de la mano de los robustos rescatadme? Pues llama mano del enemigo a la fortaleza de Satanás, y llama mano de los robustos a los poderes de los espíritus malignos. A los cuales menciona como robustos por esto, porque, al haber sido creados sin la flaqueza de la carne, no se

les opone una imbecilidad adjunta a sus perversos esfuerzos. Pero esto que se añade:

[Vet. XXIV.] 55. Quienes reprenden a otros, no se acaricien a sí mismos. ---Por los demás hechos de los santos aprendemos qué debemos pensar de los otros. Pues los varones santos, ni son libres por la elación, ni sumisos por el temor; sino que cuando la rectitud los eleva a la libertad de la voz, la consideración de la propia flaqueza los custodia en la humildad. Pues aunque golpeen las culpas de los delincuentes increpándolos desde lo alto, sin embargo, juzgándose a sí mismos más sutilmente ante sí, se sitúan como entre los abyectos; y por cuanto persiguen las cosas perversas en otros, por tanto vuelven más atroces para reprimirse a sí mismos; y a su vez, por cuanto de ningún modo se perdonan a sí mismos cuando obran mejor, por tanto más vigilantemente reprenden los hechos ajenos. Pues, ¿qué podrán admirar exteriormente de la potencia humana, quienes también se desprecian a sí mismos, aun cuando ya casi aprehenden la ciudadela de la sublimidad íntima? Por tanto, juzgan bien por fuera la altura de la celsitud terrena, porque dentro no agrava el ojo el peso de la hinchazón. Por lo cual también el bienaventurado Job, cuando despreciaba en sus amigos que hablaban duramente la prudencia terrena, las fuerzas y la sustancia, diciendo: ¿Acaso dije: Traedme, y de vuestra sustancia dadme? ¿o: Libradme de la mano del enemigo; y de la mano de los robustos rescatadme? Enseñadme, y yo callaré; y si acaso ignoré algo, instruidme; lo que siente de sí mismo, lo

manifiesta un poco más abajo, diciendo: Irrumpís sobre el pupilo (pupillum) (Vers. 27). Así pues, aparece más claro que la luz en cuánta flaqueza se contempla aquel a quien llama pupilo (pupillum). Sigue:

CAPÍTULO XXXVI

[Rec. XVI].

VERS. 25.---¿Por qué habéis detractado de las palabras de la verdad, no habiendo entre vosotros quien pueda reprender?

56. Debe estar limpio quien quiere corregir a otros. Limpio debe estar él mismo de los vicios quien se cuida de corregir los ajenos, para que no piense cosas terrenas, para que no sucumba a los deseos ínfimos; a fin de que tanto más perspicazmente vea lo que otros deben huir, cuanto más verdaderamente declina él mismo estas cosas por la ciencia y la vida, porque de ningún modo considera puramente una mancha en el miembro el ojo que el polvo agrava, y no pueden limpiar las suciedades sobrepuestas las manos que sostienen lodo. Lo cual, según la serie de la antigua traducción, bien insinúa la voz divina a David que trabajaba en guerras exteriores por medio de una significación, cuando dice: Tú no me edificarás un templo, porque eres varón de sangres (2 Sam. 7; 16, 8; 1 Par. 22, 8). Pues edifica el templo de Dios quien se dedica a corregir e instituir las mentes de los prójimos. Pues nosotros somos el templo de Dios, que somos construidos para la vida verdadera por su inhabitación, atestiguándolo Pablo,

quien dice: El templo de Dios es santo, el cual sois vosotros (1 Cor. 3, 17). Pero al varón de sangres se le prohíbe edificar un templo a Dios, porque quien aún incumbe en actos carnales es necesario que se avergüence de instruir espiritualmente las mentes de los prójimos. Bien se dice, pues: ¿Por qué habéis detractado de las palabras de la verdad, no habiendo entre vosotros quien pueda reprender? Como si se dijera abiertamente: ¿Con qué temeridad reprendéis lo oído, vosotros que, ignorando las causas de mi percusión, aún proferís cosas reprensibles? Sigue:

CAPÍTULO XVII

[Rec. XVII].

VERS. 26.---Para increpar solamente concertáis las elocuencias, y proferís palabras al viento.

57. Dos géneros de locuciones nocivos a los hombres. Dos son los géneros de locuciones muy inoportunos y nocivos al género humano, uno que cuida de alabar incluso las cosas perversas, otro que se esfuerza siempre en corregir incluso las rectas. Aquél es llevado hacia abajo con el río, pero éste intenta cerrar el paso contra las corrientes de la verdad y el cauce. A aquél lo oprime el temor, a éste lo eleva la elación. Aquél capta la gracia por los favores, a éste lo agita la ira para mostrarse como en un certamen. Aquél subyace pronto, éste siempre se hincha desde el lado opuesto. Por tanto, partiendo de la cualidad de éste, el bienaventurado Job refutó que sus amigos lo habían sido, cuando dice: Para increpar sola-

mente concertáis las elocuencias. Pero de dónde se llega hasta la audacia de la increpación injusta, se dio a conocer enseguida cuando añadió: Y proferís palabras al viento. Pues proferir palabras al viento es decir cosas ociosas. Pues a menudo, mientras de ningún modo se refrena la lengua de las palabras ociosas, se desboca también hacia la temeridad de la increpación estúpida. Pues por ciertos grados de su ruina la mente desidiosa es impulsada a la fosa de la caída. Pues mientras descuidamos evitar las palabras ociosas, llegamos a las nocivas, de modo que primero place hablar de lo ajeno, y después la lengua muerde con detracciones la vida de aquellos de quienes habla, y en algún momento estalla incluso hasta las contumelias abiertas. De aquí se siembran los aguijones de las iras, surgen las riñas, se encienden las antorchas de los odios, se extingue toda la paz de los corazones. Por lo cual bien se dice por Salomón: Quien suelta el agua es cabeza de los litigios (Prov. 17, 14). Pues soltar el agua es relajar la lengua en el flujo de la elocuencia. Contra lo cual también afirma en sentido bueno, diciendo: Agua profunda, las palabras de la boca del varón (Prov. 18, 4). Aquel, pues, que suelta el agua, es cabeza de los litigios, porque quien no refrena la lengua, disipa la concordia. Por lo cual, por el contrario, está escrito: Quien impone silencio al necio, mitiga las iras (Prov. 26, 10).

[Vet. XXV.] 58. Males del multiloquio. La palabra ociosa. Pero porque cualquiera que sirve al multiloquio no puede mantener la rectitud de la justicia, lo atestigua el Profeta, pues dice: El varón

lenguaraz no será enderezado sobre la tierra (Sal. 139, 12). De aquí que Salomón diga de nuevo: En el multiloquio no faltará el pecado (Prov. 10, 19). De aquí que Isaías diga: El culto de la justicia es el silencio (Is. 32, 17), indicando ciertamente que la justicia de la mente es desolada cuando no se perdona de la locución inmoderada. De aquí que Santiago diga: Si alguno piensa que es religioso, no refrenando su lengua, sino seduciendo su corazón, la religión de éste es vana (Sant. 1, 26). De aquí que de nuevo diga: Sea, pues, todo hombre veloz para oír, pero tardo para hablar (Ibíd., 19). De aquí que de nuevo añada: La lengua es un mal inquieto, llena de veneno mortífero (Sant. 3, 8). De aquí que por sí misma la Verdad nos amonesta, diciendo: De toda palabra ociosa que hablaren los hombres, darán cuenta de ella en el día del juicio (Mat. 12, 36). Pues palabra ociosa es la que o carece de la razón de justa necesidad, o de la intención de piadosa utilidad. Si, pues, se exige razón del sermón ocioso, debe pesarse mucho qué pena sigue a aquel multiloquio en el cual también se peca por las palabras de soberbia.

59. Sin la censura del silencio toda la mente yace abierta al enemigo. Debe saberse también que caen de todo estado de rectitud quienes se deslizan por palabras nocivas. Pues la mente humana, a manera del agua, estando cerrada se recoge hacia las cosas superiores, porque busca de nuevo aquello de donde descendió; y relajada perece, porque se dispersa inútilmente por las cosas ínfimas. Pues por cuantas palabras superfluas es disipada de la censura de su silencio, por

otros tantos arroyos, por así decirlo, es conducida fuera de sí. Por lo cual no es capaz de volver al interior para el conocimiento de sí misma, porque dispersa exteriormente por el multiloquio, pierde la fuerza de la íntima consideración. Se descubre, pues, toda ella a las heridas del enemigo que acecha, porque no se rodea de ninguna munición de custodia. Por lo cual está escrito: Como ciudad abierta, y sin recinto de muros, así es el varón que no puede contener su espíritu al hablar (Prov. 25, 28). Pues porque no tiene el muro del silencio, la ciudad de la mente está abierta a los dardos del enemigo; y cuando se arroja fuera de sí misma por las palabras, se muestra abierta al adversario, a quien éste vence sin trabajo tanto más cuanto ésta misma que es vencida lucha contra sí misma por el multiloquio.

60. Inconvenientes del silencio inmoderado. Pero entre estas cosas debe saberse que cuando somos restringidos de la locución por un temor excesivo, a veces somos coartados dentro de los claustros del silencio más de lo que es necesario; y mientras huimos incautamente de los vicios de la lengua, nos implicamos secretamente en otros peores. Pues a menudo, mientras somos reprimidos inmoderadamente de la elocuencia, toleramos un pesado multiloquio en el corazón, de modo que tanto más hierven los pensamientos en la mente cuanto la violenta custodia de un silencio indiscreto los angustia; y la mayoría de las veces fluyen tanto más ampliamente cuanto se estiman ser más seguros, porque fuera no son vistos por quienes los reprenderían. Por lo

cual la mente a veces se eleva en soberbia, y contempla a aquellos a quienes oye hablar como si fueran débiles. Y cuando cierra la boca del cuerpo, no reconoce cuánto se abre a los vicios al ensoberbecerse. Pues oprime la lengua, eleva el pensamiento; y cuando por negligencia mínimamente se considera a sí misma, tanto más libremente acusa a todos ante sí cuanto más secretamente lo hace. [Vet. XXVI.] Pero la mayoría de las veces los muy silenciosos, cuando padecen algunas cosas injustas, prorrumpen en un dolor más agudo por cuanto no hablan las cosas que soportan. Pues si la lengua dijera tranquilamente las molestias inferidas, el dolor emanaría de la conciencia. Pues las heridas cerradas atormentan más, porque cuando se expulsa la podredumbre que hierve intrínsecamente, el dolor se abre para la salud. La mayoría de las veces los muy silenciosos, mientras observan los males de algunos y, sin embargo, en el silencio oprimen la lengua, sustraen como el uso de la medicina a las heridas vistas. Pues en tanto se hacen autores de muerte en cuanto no quisieron expulsar hablando el veneno que podían. Por lo cual también, si el silencio inmoderado no estuviera en culpa, el profeta no diría: ¡Ay de mí, porque callé! (Is. 6, 5).

61. La lengua sea retenida por la disciplina, y relajada por la necesidad. ¿Qué hay, pues, entre estas cosas, sino que la lengua ha de ser refrenada estudiosamente bajo la libración de un gran moderamiento, no ligada indisolublemente, para que ni relajada fluya hacia el vicio, ni restringida se entorpezca incluso de la utilidad? Pues de

aquí se dice por alguien: El sabio callará hasta el tiempo (Ecli. 20, 7), para que ciertamente cuando lo considere oportuno, pospuesta la censura del silencio, hablando lo que conviene, se emplee en el uso de la utilidad. De aquí que Salomón diga: Tiempo de callar, y tiempo de hablar (Ecl. 3, 7). Discretamente ciertamente han de pesarse los tiempos de las vicisitudes, para que ni cuando la lengua deba ser restringida, se suelte inútilmente por las palabras; ni cuando pueda hablar útilmente, se restrinja a sí misma perezosamente. Lo cual, considerándolo bien el Salmista, lo comprendió en una breve postulación diciendo: Pon, Señor, guardia a mi boca, y puerta de circunstancia a mis labios (Sal. 140, 3). Pues la puerta se abre y se cierra. Aquel, pues, que pidió no que se pusiera un obstáculo a su boca, sino una puerta, enseñó claramente que la lengua debe ser retenida por la disciplina, y relajada por la necesidad, a fin de que la voz abra la boca discreta en tiempo congruo, y a su vez la taciturnidad la cierre en tiempo congruo. Lo cual, porque o los amigos del bienaventurado Job, o todos los herejes, cuyo tipo éstos representan, no saben observar, se dice que proferen palabras al viento, porque ciertamente el aura de la levedad arrebata los dichos que el peso de la discreción no solidifica.

LIBRO OCTAVO.

Explica la última parte del capítulo sexto, desde el versículo 27, y con el séptimo todo el octavo. Además, en esta explicación desde el versículo 11 del capítulo octavo hasta el final, diserta copiosamente sobre el vicio de la hipocresía.

CAPÍTULO I.

1. Humildad y amor de Job hacia los perseguidores. Con lo cual se adumbra la caridad de la Iglesia hacia los herejes. En el libro precedente ya tratamos que el bienaventurado Job nos da a conocer la fuerza de su humildad, diciendo:

CAP. VI, VERS. 27.---Irrumpís sobre el pupilo (pupillum), e intentáis subvertir a vuestro amigo.

Pues insinúa en cuánta flaqueza se considera aquel a quien llama pupilo (pupillum); pero porque la caridad herida no sabe apartarse del amor, tanto se queja de querer ser subvertido, como sin embargo testifica que es un amigo. Cuyas palabras, como ya dijimos a menudo, de tal modo le convienen a él especialmente, que sin embargo a través de ellas, por el espíritu profético, se expresa también la sentencia del pueblo fiel, por la voz de la Iglesia universal, la cual, tolerando la contrariedad de los herejes, tanto se contempla a sí misma como débil por la humildad, como

sin embargo no se aparta de la magnitud del amor que ha de conservarse. Pues el pueblo de la santa Iglesia, porque es el hijo de un padre muerto, no incongruentemente es llamado pupilo (pupillum); cuya vida de resucitado ya sigue ciertamente por la fe, pero todavía no contempla por la visión (speciem). Pero los herejes irrumpen sobre el pupilo (pupillum), cuando afligen la humildad del pueblo fiel con importunas y falsas alegaciones. Y sin embargo es amigo aquel a quien intentan derribar, porque el pueblo fiel de Dios no cesa amando de llamar a la verdad incluso a aquellos mismos a quienes tolera persiguiéndolo. Pero entre estas cosas debe saberse que los varones santos ni temen por flaqueza sostener cosas falsas, ni heridos callan jamás de la verdad. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO II.

VERS. 28.---Sin embargo, lo que empezasteis, cumplidlo; prestad oído y ved si miento.

2. A la caridad verdadera contra los adversarios deben asistirle la paciencia y la benignidad. Pues porque no teme padecer cosas adversas, diga: Sin embargo, lo que empezasteis, cumplidlo. Pero porque no sustrae a sus mismos perseguidores los predicamentos de la verdad, añada: Prestad oído, y ved si miento. Como si dijera abiertamente: Ni tiemblo ante las molestias inferidas, ni escondo a los oyentes ingratos los auxilios de la corrección, porque tanto presionado por los males soy ejercitado, como benignamente entregado a mis mismos perseguidores crezco. Pues la

mente de los santos en este campo de batalla de las tentaciones, tanto está protegida por el escudo (clypeo) de la paciencia como ceñida con las espadas del amor; toma fortaleza para soportar los males, y ejerce la benignidad para devolver bienes, a fin de que tanto reciba poderosamente los dardos de los odios, como devuelva valientemente los dardos del amor. De ningún modo ciertamente va armado a las guerras el que, o tomando el escudo no usa las espadas, o usando las espadas no se protege con el escudo. Por lo cual también el soldado de Dios, sorprendido en la guerra de la adversidad, tanto debe anteponer el escudo de la paciencia para no perecer, como estar pronto para inferir los dardos del amor para predicar y vencer. De cuya armadura Pablo insinúa brevemente la suma, diciendo: La caridad es paciente, es benigna (1 Cor. 13, 4). Pero cuando falta uno de los dos, no es caridad, si, a saber, o tolerando a los malos sin benignidad no ama, o a su vez, mostrándose sin paciencia, descuida tolerar a quienes ama. Para que, pues, la caridad verdadera sea mantenida por nosotros, es necesario que tanto la paciencia sufrague a la benignidad, como a su vez la benignidad a la paciencia; para que, construyendo un cierto gran edificio en nuestro corazón, tanto solidifique la paciencia la alcázar de la benignidad, como adorne la benignidad los edificios fundados en la paciencia. Diga, pues, el bienaventurado Job, pronto para la paciencia: Sin embargo, lo que empezasteis, cumplidlo; dotado de benignidad, añada: Prestad oído, y ved si miento.

3. La Iglesia se esfuerza en revocar a los errantes mediante razones. Pero porque la santa Iglesia, instituida desde el magisterio de la humildad, las cosas rectas que dice a los errantes no las manda como por autoridad, sino que las persuade por la razón, bien se dice ahora: Ved si miento. Como si dijera abiertamente: De ningún modo me creáis por autoridad las cosas que afirmo, sino pesad por la razón si son verdaderas. La cual, incluso si dice alguna vez lo que no puede ser comprendido por la razón, persuade razonablemente que no debe buscarse la razón humana sobre las cosas ocultas. Pero a menudo los herejes, mientras reciben la ocasión del raciocinio, se desbocan hacia los litigios de la contienda. Por lo cual también aptamente se añade pronto:

CAPÍTULO III.

VERS. 29.---Responded, os ruego, sin contención.

4. Los herejes buscan riñas, no razones. Pues los herejes no intentan alcanzar la verdad con sus inquisiciones, sino parecer vencedores. Y mientras desean ser mostrados sabios por fuera, son ligados por dentro por los vínculos de su elación a través de la estulticia. De donde resulta que buscan los certámenes de las contiendas, y no saben hablar pacíficamente de Dios, que es nuestra paz, y del negocio de la paz se hacen inventores de riña. A quienes bien se dice por Pablo: Pero si alguno parece ser contencioso, nosotros no tenemos tal costumbre, ni la Iglesia de Dios (1 Cor. 11, 16). Pero rectamente se añade:

CAPÍTULO IV.

IBID.---Y hablando lo que es justo, juzgad.

5. Nada ha de decirse inconsideradamente. Pues aquel que habla, mientras espera la sentencia del oyente sobre sus palabras, está como sometido al juicio de aquel por quien es oído. Aquel, pues, que teme ser reprobado en sus dichos, él mismo debe primero examinar lo que dice, a fin de que entre el corazón y la lengua se siente un cierto árbitro justo y discreto, pesando sutilmente si el corazón ofrece palabras rectas, las cuales la lengua, recibiéndolas útilmente, conduzca al juicio de los oyentes. El bienaventurado Job, pues, tratando lo suyo contra sus amigos, pero denunciando lo nuestro contra los herejes, reprenda la precipitación de los que hablan, y recoja las palabras para su mente, diciendo: Y hablando lo que es justo, juzgad. Como si dijera abiertamente: Si en aquello en que salís al egreso de la locución no queréis ser reprendidos, tened dentro la balanza de la justicia, para que tanto plazca fuera lo que se dice por el peso de la verdad, cuanto esto pesa dentro la balanza de la discreción. Y porque éstos ejercen un juicio recto hacia los dichos ajenos, quienes saben primero juzgar los propios, después de que dijo: Hablando lo que es justo, juzgad, aptamente añade pronto:

CAPÍTULO V.

VERS. 30.---Y no hallaréis en mi lengua iniquidad, ni en mis fauces resonará la necedad.

6. El censor de sus propios dichos juzga más rectamente los ajenos. Primero han de refutarse las falsedades, antes de que se enseñen las verdades. Como si dijera abiertamente: Si pesáis más sutilmente lo vuestro, ponderaréis con más verdad lo ajeno, y cuando lo que decís empiece a ser recto, conoceréis como justo lo que oís. Pues de ningún modo mi lengua os resuena necedad, si no procede de vuestra conciencia. Así la santa Iglesia se esmera primero en mostrar falsas las aserciones de los enemigos, y entonces abrir los predicamentos de la verdad, porque cuando estiman que ellos mantienen lo recto, impugnan contumazmente las cosas rectas que oyen. Antes, pues, es necesario que los herejes sientan su error, para que no contradigan la verdad oída, porque también si el arador no arranca las zarzas de los campos con la incisión de la reja, la tierra no produce en mies las semillas recibidas; y cuando el médico no expulsa la podredumbre con la apertura de la herida, de ningún modo en el lugar de la podredumbre se une la carne sana. Primero, pues, destruyendo lo perverso, diga: Hablando lo que es justo, juzgad; pero después insinuando lo recto, añada: Y no hallaréis en mi lengua iniquidad, ni en mis fauces resonará la necedad. Suelen, pues, los herejes decir unas cosas abiertamente, y tener otras en oculto. Por la lengua, ciertamente, se designa la locución abierta, pero por las fauces el tratado oculto.

7. La Iglesia no profiere unas cosas abiertamente y oculta otras, al modo de los herejes. En la santa Iglesia, pues, ni en la lengua resuena la

iniquidad, ni en las fauces la necedad, porque aquellas cosas que predica por la locución pública, también las guarda por la fe íntima; ni en lo abierto enseña una cosa, y en lo oculto retiene otra, sino que lo que siente lo expulsa hablando, y lo que habla lo custodia viviendo; y del convite de la sabiduría suprema, lo que emana por la lengua de la predicación, eso lo degusta por las fauces de la tácita expectación. Pero el bienaventurado Job, un miembro ciertamente de la Iglesia universal, insinuando lo suyo, y manifestando los corazones de todos los elegidos, abra todo lo que siente, para que la atestación de la locución dé a conocer la rectitud de su mente. Sigue:

CAPÍTULO VI

[Vet. IV, Rec. III].

CAP. VII, VERS. 1.---Milicia es la vida del hombre sobre la tierra.

8. Nuestra vida es a la vez milicia y tentación en el mismo sentido. Ella misma es tentación para sí. En este lugar, en la traslación antigua, de ningún modo se llama milicia a la vida del hombre, sino tentación. Pero si se mira el sentido de ambas palabras, es diverso ciertamente lo que resuena exteriormente, pero forma concordemente uno y el mismo entendimiento. ¿Pues qué se expresa con el nombre de tentación sino la lucha contra los espíritus malignos? ¿Y qué con la apelación de milicia sino el ejercicio contra los enemigos? La tentación, por tanto, es la milicia misma, porque mientras vigila contra las insidias

de los espíritus malignos, suda sin duda en el apresto de las guerras. Pero ha de notarse que no se dice que esta misma vida del hombre tenga tentación, sino que se afirma que ella misma es tentación. Pues habiendo caído espontáneamente del estado de su condición, y sometida a la podredumbre de su corrupción, mientras se engendra a sí misma molestias de sí misma, ya se ha convertido en aquello mismo que tolera. Porque habiendo desertado inclinada del estado de la mente, ¿qué encontró en sí sino el movimiento de la variedad? De donde ahora, aunque se erija para apetecer lo sumo, por el impulso de la mutabilidad lúbrica cae inmediatamente hacia sí misma. Quiere estar en contemplación, pero no puede. Se esfuerza por fijar el paso del pensamiento, pero se enerva por los lapsos de su propia enfermedad. Cargas éstas de su mutabilidad que, porque las buscó queriendo, las porta sin querer. El hombre hubiera podido poseer la carne en quietud si, bien formado por el autor, hubiera querido ser poseído. Y cuando se afanó por erigirse contra el creador, inmediatamente encontró en sí mismo la contumelia de la carne. Pero porque junto con la culpa desde el origen también se propaga la pena, nacemos con el vicio de la enfermedad inserto, y como si lleváramos con nosotros al enemigo, al cual superamos con trabajo. La vida misma del hombre, pues, es tentación, para la cual de sí misma nace de donde perezca. La cual, aunque siempre corta por la virtud lo que genera por la enfermedad, siempre sin embargo genera por la enfermedad lo que corte por la virtud.

9. De cuántos modos somos tentados; cómo a una tentación le sucede otra. Así pues, la vida humana es tentación, de tal modo que aunque ya se vea refrenada de la perpetración de la iniquidad, sin embargo en las mismas buenas obras se ve oscurecida, ya por la memoria de los males, ya por la calina de la seducción, ya por la interrupción de su intención. Pues uno ya refrena la carne de la lujuria, pero sin embargo todavía tolera los fantasmas de la lujuria, porque de aquellas cosas que hizo queriendo, se acuerda sin querer, y sostiene como pena lo que reputó como voluptuosidad. Pero porque teme ser retraído hacia la culpa vencida, restringe el vientre con el vigor de una admirable abstinencia, y el rostro palidece por la abstinencia; y cuando se mira la palidez en la faz, la vida es alabada por los hombres como reverenda; y pronto viene la vanagloria al ánimo del que se abstiene con palabras de favor, la cual el alma sacudida, mientras no puede sujetarla, busca borrar de la faz la palidez por la que aquélla había venido; y así sucede que, ligada por los nexos de la enfermedad, o huyendo de la palidez de la abstinencia, teme de nuevo ser sometida a la lujuria por los alimentos, o, superando el impulso de la lujuria por la abstinencia, teme mucho que su palidez milite para la vanagloria. Otro, superando el lapso de la soberbia, aprehende ya con todo el deseo el estado de la humildad; y cuando ve que algunos soberbios prorrumpen hasta la opresión de los inocentes, encendido por la excitación del celo, se ve obligado a posponer en alguna medida lo que decretó, ejerce la fuerza

de la rectitud, y contradice a los depravados no con mansedumbre, sino con autoridad. De donde frecuentemente sucede que, o por el estudio de la humildad deserta del celo de la rectitud, o de nuevo por el celo de la rectitud turba el estudio de la humildad que mantenía. Y como apenas puede conservarse a la vez la autoridad del celo y la humildad del propósito, el hombre se vuelve para sí mismo desconocido por la perturbación, de modo que duda vehementemente, no sea que en el ánimo seducido o la soberbia se insinúe bajo la autoridad del celo, o el torpor pávido finja la humildad. Otro, considerando cuán grande sea la culpa de la falacia, decide amurallarse en la fortaleza de la verdad, para que de su boca ya no salga sermón falso, y se disocie fundadamente de la transgresión de la mentira. Pero sucede frecuentemente que cuando se dice lo verdadero, se grava la vida del prójimo; y cuando teme inferir lesión a otro, vuelve como por estudio de piedad a aquel vicio de la falacia que hace poco había reprimido; y así sucede que aunque la malicia no posea la mente, sin embargo en ella la sombra de la mentira oscurece el rayo de la verdad. De donde a menudo, porque cada uno al ser preguntado no puede callar, o, diciendo lo falso, tritura su propia mente, o, hablando verdades, grava la vida del prójimo. Otro, excitado por el amor de su creador, procura suspender la mente de los pensamientos terrenos con la asidua oración, y colocarla en la seguridad secreta de la quietud íntima; pero en el mismo ascenso de su oración, mientras se esfuerza por elevarse de lo ínfimo, es rechazado

por el fantasma de lo ínfimo; y el ojo de la mente se tiende a intur la luz, pero por el uso corpóreo se oscurece por las imágenes de las cosas terrenas que surgen. De donde sucede frecuentemente que el ánimo del que intenta, fatigado por su misma enfermedad, o, desertando de la oración, se entorpece por la desidia, o, si permaneciera largo tiempo en la oración, se espesa ante sus ojos la calina de las imágenes surgidas.

[Vet. V.] 10. Por ocasión de las virtudes caemos a veces más gravemente. Bien se dice, pues: Tentación es la vida del hombre sobre la tierra, cuando allí también encuentra el reato del descenso, donde pensó haber aprehendido el provecho de la ascensión; y de allí se confunde la mente, de donde se esforzaba por surgir de la confusión, para que por aquello vuelva azotada hacia sí misma, por lo cual ya recogida y coadunada se trascendía a sí misma. Éste, ajeno a la erudición de la ley divina, se ve deprimido por su ignorancia, para que nada opere para obtener la salvación. Aquél, dotado de la ciencia de la ley divina, mientras se goza de que le sobra el entendimiento por encima de los demás, porque exulta en un gozo privado, disipa en sí los dones del entendimiento percibido; y de ahí se muestra en el juicio peor que los demás, de donde por un tiempo se mostraba más claro que los demás. A éste, porque los dones de las virtudes no lo elevan, declina incluso de la vía simple de la rectitud; y reputándose como extraño al don celestial, tanto más seguramente hace cosas depravadas cuanto no percibió los sublimes dones del don superno. A aquél lo llena

el espíritu de profecía, lo eleva a la presciencia, y le muestra como ya presentes todas las cosas venideras. Pero mientras a menudo y en muchas cosas es levantado por encima de sí mismo, para contemplar verazmente lo futuro, la mente, conducida a la confianza en sí misma, estima que el espíritu de profecía, que no puede tenerse siempre, le asiste siempre; y cuando piensa que todo lo que siente es profecía, porque se la atribuye a sí mismo incluso cuando no la tiene, pierde aquello que pudo tener. Y así sucede que de allí vuelve triste tras los méritos de los otros, de donde por la estimación de todos precedía alegre. Tentación es, pues, la vida del hombre sobre la tierra, la cual o ajena a las virtudes no puede surgir al premio celestial, o dotada de dones espirituales cae a veces más gravemente por ocasión de las virtudes.

[Vet. VI.] 11. Nuestra vida es milicia, porque al igual que ésta, creciendo decrece y se acaba. Pero porque poco antes dijimos que esto mismo es la tentación que la milicia, ha de saberse sumamente que algo más se nos insinúa con la apelación de milicia que con el nombre de tentación. Pues esto se añade a nuestro entendimiento por la expresión de milicia, que ciertamente por la milicia se tiende diariamente al fin; y cuando por el orden de la milicia crece el lugar, toda la milicia de los hombres desfallece a la vez. Milicia, pues, es la vida del hombre sobre la tierra, porque también, como arriba dijimos (Lib. VII, n. 31), cada uno mientras diariamente tiende al término de la vida por los aumentos de los tiempos, aumentando la vida, deja de vivir. Esperaba ciertamente que

vinieran los días; pero cuando vienen para el aumento de la vida, ya se sustraen del aumento de la vida, porque también el paso del que camina mientras progresa hacia adelante, decrece el camino que resta. Nuestra vida, pues, es milicia, la cual por lo mismo que es conducida al aumento, por eso se acaba para no ser. Bien se dice, por tanto: Milicia es la vida del hombre sobre la tierra, porque mientras apetece crecer por los espacios de los tiempos, por ese mismo espacio, que recoge perdiendo, transita creciendo. De donde aptamente también se expresa el curso mismo de la milicia, cuando se añade a continuación:

CAPÍTULO VII.

IBID.---Y como los días de un mercenario son sus días.

12. El elegido, a semejanza del mercenario, desea que sus días se pasen pronto. Trabaja en lo ajeno. Cuida que ningún día pase vacío de obra. El mercenario desea que sus días se pasen más pronto, para llegar sin tardanza al premio de su trabajo. Los días del hombre que es sabio con la sabiduría verdadera y eterna rectamente se comparan a los días del mercenario, porque considera la vida presente como camino y no como patria, como milicia y no como palma; y se ve tanto más lejos del premio, cuanto más tarde llega al fin. Ha de considerarse también que el mercenario suda en trabajos ajenos, pero sin embargo prepara para sí el premio propio. Por la voz de nuestro Redentor se dice: Mi reino no es de este mundo (Jn. 18, 36). Todos nosotros, pues, que, dotados de la

esperanza de lo celestial, somos desgastados por el ejercicio de la vida presente, trabajamos en lo ajeno. Pues a menudo nos vemos obligados a servir incluso a los réprobos, somos compelidos a dar al mundo lo que es del mundo; y ciertamente nos fatigamos con trabajo ajeno, pero sin embargo percibimos nuestros premios; y por esto llegamos a lo propio, porque administramos puramente lo ajeno. Por el contrario, a algunos dice la Verdad: Si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro? (Lc. 16, 12). Ha de saberse también que el mercenario cuida solícitamente de inspeccionar que nunca pase un día vacío de obra, y que el esperado fin del tiempo no llegue inútil para la remuneración. Pues en el estudio del trabajo ve lo que puede percibir en el tiempo de la remuneración. Porque cuando la obra crece, progresa la confianza del premio; pero cuando la obra se entorpece, la esperanza de la remuneración languidece. De donde cada elegido, ponderando su vida casi como los días de un mercenario, tanto más fidentemente tiende por la esperanza al premio, cuanto ahora más robustamente perdura en el incremento del trabajo; pondera cuál sea el decurso del tiempo presente, cuenta los días con las obras, teme que pasen vacíos de trabajo los momentos de la vida; se goza en las adversidades, se rehace en la pasión, se reconforta en el dolor, porque se ve remunerado tanto más largamente con los premios de la vida subsiguiente, cuanto por amor de Él más verdaderamente se entrega a muertes cotidianas. De aquí es que los ciudadanos de la patria superna

dicen a su creador con las voces del Salmista: Por ti somos entregados a la muerte todo el día (Sal. 43, 22). De aquí dice Pablo: Cada día muero por vuestra gloria, hermanos (1 Cor. 15, 31). De aquí dice otra vez: Por cuya causa padezco estas cosas, pero no me avergüenzo; pues sé a quién he creído, y estoy cierto de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día (2 Tim. 1, 12). Los varones santos, por tanto, cuantos trabajos exhiben ahora encomendándolos a la verdad, otras tantas prendas de su remuneración tienen ya cerradas dentro de la alcoba de la esperanza. Pero ahora se siente un grave calor en la obra, para que en algún momento se perciba el refrigerio de la quietud. De donde también aptamente se añade pronto:

CAPÍTULO VIII

[Rec. IV.].

VERS. 2, 3.---Como el siervo desea la sombra, y como el mercenario espera el fin de su obra, así también yo tuve meses vacíos, y noches laboriosas me conté.

13. Desea el descanso eterno. Es siervo, no libre, en cuanto está sujeto a la corrupción. Desear la sombra para el siervo es, ciertamente, buscar el descanso del refrigerio eterno después del calor de la tentación y el sudor de la obra. Pues esta sombra había deseado aquel siervo que decía: Mi alma tuvo sed del Dios vivo; ¿cuándo vendré y apareceré ante la faz de Dios? (Sal. 41, 3). Y de nuevo: ¡Ay de mí, que mi morada se ha prolongado! (Sal. 119, 5). El cual, como huyendo del calor

de un trabajo acre, y buscando el tegumento del refrigerio para obtener el descanso, dice otra vez: Entraré en el lugar del tabernáculo admirable, hasta la casa de Dios (Sal. 41, 5). Esta sombra anhelaba aprehender Pablo, teniendo deseo de ser disuelto y estar con Cristo (Flp. 1, 23). A esta sombra habían llegado por la perfección del deseo aquellos que decían: Nosotros que hemos llevado el peso del día y del calor (Mt. 20, 12). Bien se llama siervo al que se dice que desea la sombra, porque cada elegido, mientras se ve constreñido por la condición de la enfermedad, se mantiene bajo el yugo de la corrupción dominante, como bajo la ansiedad del calor. El cual, sin duda, cuando haya sido despojado de la corrupción, entonces se dará a conocer a sí mismo libre y tranquilo. De donde también rectamente se dice por Pablo: La misma criatura será liberada de la servidumbre de la corrupción, para la libertad de la gloria de los hijos de Dios (Rom. 8, 21). Pues ahora la pena de la corrupción agrava a los elegidos, pero entonces la gloria de la incorrupción los exalta; y cuanto respecto a los pesos de la necesidad presente nada se muestra ahora de libertad en los hijos de Dios, tanto respecto a la gloria de la libertad subsiguiente nada aparecerá entonces de servidumbre en los siervos de Dios. La criatura, pues, despojada de la servidumbre de la corrupción y aceptada la dignidad de la libertad, se convierte en la gloria de los hijos de Dios, porque, unida a Dios por el espíritu, se declara haber transitado y sometido aquello mismo que es criatura. Pero el que todavía desea la sombra

es siervo, porque mientras tolera el calor de las tentaciones, porta el yugo de la mísera condición. Donde aptamente se añade: Y como el mercenario espera el fin de su obra.

[Rec. V.] 14. El trabajo de los elegidos se alivia por la consideración del premio. Pues el mercenario, cuando ve las obras que ha de hacer, abate inmediatamente su mente por la largura y el peso del trabajo; pero cuando revoca el ánimo languideciente a la consideración del premio de la obra, reforma pronto el vigor del ánimo para el ejercicio del trabajo, y lo que ponderó como grave por la obra, lo estima leve por la remuneración. Así, así todos los elegidos, cuando padecen las adversidades de este mundo, cuando toleran las contumelias de la honestidad, los daños de las cosas, los suplicios del cuerpo, consideran que son graves las cosas con que son ejercitados, pero cuando tienden los ojos de la mente a la consideración de la patria eterna, encuentran, por la comparación del premio, cuán leve es lo que padecen. Pues lo que por el dolor se muestra como muy insoportable, por la consideración provida se aligera por la remuneración. De aquí es que Pablo se erige siempre más robusto que sí mismo contra las adversidades, porque sin duda espera el fin de su obra como un mercenario. Pues estima como grave lo que sostiene, pero pondera esto como leve por la consideración del premio. Él mismo, ciertamente, indica cuán grave es lo que padece (2 Cor. 11, 23), quien atestigua haber estado en cárceles más abundantemente, en azotes sobremanera, en muertes frecuentemente; quien de los

judíos recibió cinco veces cuarenta azotes menos uno, quien tres veces fue azotado con varas, una vez apedreado, tres veces padeció naufragio, noche y día estuvo en lo profundo del mar; quien sufrió peligros de ríos, de ladrones, de su linaje, de las gentes, en la ciudad, en la soledad, en el mar, entre falsos hermanos; quien trabajó en labor y miseria, en muchos ayunos, en hambre y sed, en frío y desnudez; quien sostuvo fuera combates, dentro temores; quien se afirma gravado sobre sus fuerzas, diciendo: Fuimos gravados sobremanera, sobre nuestra virtud, de tal modo que nos cansamos incluso de vivir (2 Cor. 1, 8). Pero cómo limpie los sudores de tanto trabajo con el lienzo de la remuneración, él mismo lo denuncia diciendo: No son condignas las pasiones de este tiempo para la gloria futura que se revelará en nosotros (Rom. 8, 18). Espera, pues, el fin de la obra casi como un mercenario quien, mientras considera el provecho de la remuneración, estima como vil aquello en que trabaja casi desfalleciendo. Y aptamente se añade: Si también yo tuve meses vacíos, y noches laboriosas me conté.

15. Para los elegidos hay meses vacíos y noches laboriosas, al padecer penuria y adversidades, y no poseer todavía el premio. Pues los elegidos sirven al creador de las cosas, y a menudo se ven angustiados por la penuria de las cosas; por amor se adhieren a Dios, y sin embargo carecen de los subsidios de la vida presente. Los que, por tanto, por sus acciones no buscan las cosas presentes, pasan meses vacíos de los lucros del mundo. Toleran también noches laboriosas, porque portan

las tinieblas de las adversidades no sólo hasta la penuria, sino a menudo hasta el suplicio del cuerpo. Pues padecer el desprecio y la indigencia no es laborioso para las buenas mentes; pero cuando la adversidad se vuelve hasta la aflicción de la carne, el trabajo se siente sin duda por el dolor. [Vet. VIII] Puede también entenderse no inconvenientemente que cada santo pasa meses vacíos como el mercenario, porque ya sostiene el trabajo, pero todavía no tiene el premio; tolera esto, espera aquél. Y cuenta noches laboriosas, porque se acumula las adversidades del tiempo presente ejercitándose en las virtudes. Pues si no apeteciera progresar en la mente, quizás sentiría menos ásperas las cosas que son del mundo.

16. La Iglesia tiene meses vacíos en los miembros débiles, y noches laboriosas en los fuertes. El trabajo por el siglo se reconoce como inútil por el fin. Sentencia ésta que, si se lleva a la voz de la santa Iglesia, se indaga su entendimiento un poco más sutilmente. Pues ella misma tiene meses vacíos, la cual sostiene en sus miembros débiles las acciones terrenas que fluyen sin el premio de la vida. Ella misma cuenta noches laboriosas, la cual porta en sus miembros fuertes múltiples tribulaciones. Pues en esta vida unas cosas son laboriosas, otras vacías, y otras ciertamente vacías y laboriosas a la vez. Por amor del creador, ejercitarse en las tribulaciones de la vida presente es ciertamente laborioso, pero no vacío. Pero por amor del siglo, disolverse en las voluptuosidades es ciertamente vacío, pero no laborioso. Por amor, empero, de ese mismo siglo,

padecer algunas adversidades es a la vez vacío y laborioso, porque la mente se ve afectada por la adversidad, y no se llena con el premio de la remuneración. Así pues, en aquellos que, ya puestos en ella, todavía fluyen en las voluptuosidades y, por ende, no se enriquecen con el fruto de la buena obra, la santa Iglesia pasa meses vacíos, porque expende los tiempos de la vida sin el don de la retribución. Pero en aquellos que, entregados a deseos eternos, padecen las adversidades de este mundo, cuenta noches laboriosas, porque porta las tinieblas de las adversidades como en la calina de la vida presente. Y en aquellos que aman el mundo transitorio y, sin embargo, se fatigan por su contrariedad, tolera a la vez meses vacíos y noches laboriosas, porque ninguna retribución subsiguiente remunera su vida, y la tribulación presente los angustia. Rectamente, por lo demás, afirma tener no días, sino meses vacíos en ellos. Pues con el nombre de meses se significa la colección y suma de los días. Por el día, por tanto, se expresa cada acción; por los meses, empero, se insinúa el fin de las acciones. Y a menudo, cuando hacemos algo en este mundo, suspensos por una intensa alacridad de esperanza, no pensamos que sea vacío esto mismo que hacemos; pero después de que llegamos al término de las acciones, al no obtener lo que apetecemos, nos dolemos de haber trabajado en vano. No sólo, por tanto, pasamos días, sino también meses vacíos, cuando ponderamos haber trabajado sin fruto en las acciones terrenas, no por el principio de las acciones, sino por el fin. Pues cuando la adversi-

dad sigue a nuestros trabajos, se arguyen como meses vacíos de nuestra vida, porque por la compleción de las acciones se reconoce cuán en vano se sudaba en las acciones.

17. La Iglesia gime por este trabajo inútil. Pero porque en el sagrado elocuio a veces se pone la noche por la ignorancia, atestiguándolo Pablo, quien dice a los discípulos conocedores de la vida venidera: Todos vosotros sois hijos de la luz, e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas (1 Tes. 5, 5); a los cuales premisó: Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os comprenda como ladrón (Ibíd., 4); puede en este lugar recibirse la voz de la santa Iglesia en la persona de aquellos que, tras la calina de su ignorancia, vuelven al amor de la rectitud, e ilustrados por los rayos de la verdad, diluyen con llantos lo que erraron. Pues cada iluminado respeta cuán torpe fue el haber trabajado por amor de la vida presente. [Vet. IX.]. En ellos, pues, la santa Iglesia, en los cuales vuelve a la vida, compara su trabajo al siervo que arde de calor y al mercenario que desea el fin, diciendo: Como el siervo desea la sombra y como el mercenario espera el fin de su obra: así también yo tuve meses vacíos, y noches laboriosas me conté. Pues en la comparación son dos las cosas que premisó; en la expresión también de la fatiga, dos añadió inmediatamente. Al que arde de calor, ciertamente, le aplicó los meses vacíos, porque cuanto más se busca el refrigerio eterno, tanto más se ve cuán vacíamente se trabaja por esta vida. Al que espera, empero, le añadió las noches laboriosas, por-

que cuanto más inspeccionamos por el término de la obra el premio que alcanzamos, tanto más gemimos por haber ignorado tanto tiempo lo que buscamos. De donde también se expresa vigilantemente la misma cura del penitente, para que se dijera que había contado las noches laboriosas, porque cuanto más verdaderamente volvemos a Dios, tanto más sutilmente ponderamos doliéndonos los trabajos que por ignorancia padecimos en este mundo. Pues cuanto a cada uno se le hace más dulce lo que de lo eterno desea, tanto más grave se le muestra lo que por amor de lo presente toleraba. Pero si las siguientes palabras se ponderan sólo según la historia, por ellas se expresa sin duda el ánimo del que se duele, cómo por diversos movimientos del deseo, impulsándolo la tristeza, varía. Pues se añade.

CAPÍTULO IX.

VERS. 4.---Si durmiera, diré: ¿Cuándo me levantaré? y de nuevo esperaré la tarde.

18. El que se duele desprecia lo presente, espera lo futuro. En la noche, ciertamente, se busca el día; en el día, se desea la tarde, porque sin duda el dolor no permite que plazcan las cosas que están presentes; y como afecta a la mente por el experimento de lo presente, siempre la tiende hacia otras cosas por la expectación, como por un deseo consolador. Pero porque el alma afligida es conducida por el apetito, y sin embargo su dolor, aun seducido por los deseos, no se acaba, rectamente se subraya,---IBID.:---Me llenaré de dolores has-

ta las tinieblas. Y la causa de ese mismo dolor se expresa cuando se añade inmediatamente:

CAPÍTULO X

[Rec. VI].

VERS. 5.---Mi carne está vestida de podredumbre y de suciedad de polvo; mi piel se ha secado y se ha contraído.

19. La inestabilidad del hombre caído.---Pero discutiremos estas cosas con más sutileza y propiedad si volvemos al orden de la exposición anterior. Pues por el sueño se expresa el torpor del ocio, y por el levantarse, el ejercicio de la acción. También con el nombre de tarde, porque es apto para el sueño, se figura de nuevo el deseo del ocio. Pero la Santa Iglesia, mientras lleva una vida de corrupción, no cesa de llorar los daños de su mutabilidad. Pues para esto había sido creado el hombre: para que, permaneciendo firme su mente, se elevara a la alcázar de la contemplación, y ninguna corrupción lo apartara del amor de su Creador. Pero en aquello en que movió el pie de su voluntad desde la solidez innata de estar en pie hacia la culpa, cayó inmediatamente del amor del Creador hacia sí mismo. Abandonando el amor de Dios, a saber, la verdadera alcázar de la estancia, ni siquiera pudo consistir en sí mismo, porque, por el impulso de la resbaladiza mutabilidad, cayendo bajo sí mismo por la corrupción, incluso disintió de sí mismo. El cual ahora, porque no se fija por la solidez de su condición, siempre varía por el movimiento del deseo alternante,

de modo que estando quieto desea la acción, y estando ocupado anhela el descanso. Porque la mente fija, cuando pudo estar en pie no quiso, ya no vale para estar en pie incluso cuando quiera. Ciertamente, abandonando la contemplación de su Creador, perdió la fortaleza de su salvación, y puesta en cualquier lugar, siempre enferma busca otro lugar. Expresando, pues, la variedad de la mente humana, diga: Si durmiere, diré: ¿Cuándo me levantaré? y de nuevo esperaré la tarde. Como si dijera abiertamente: Nada de lo percibido basta a la mente, porque perdió a Aquel que verdaderamente pudo bastar. Pues en el sueño deseo el levantamiento, en el levantamiento espero la tarde, porque incluso quieto apetezco el ejercicio de la acción, y ejercitado busco el descanso de la quietud.

20. El justo también debe buscar levantarse del pecado. Para no ensoberbecerse, desea ser fortalecido por las adversidades. ---Lo cual, sin embargo, puede entenderse también de otro modo. Pues dormir es yacer en los pecados. Pues si la apelación de sueño no fuera culpa, de ningún modo Pablo diría a sus discípulos: Vigilad, justos, y no pequéis (1 Cor. 15, 34). De donde también amonesta a su oyente, diciendo: Levántate, tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te iluminará Cristo (Ef. 5, 14). Y de nuevo: Ya es hora de que nos levantemos del sueño (Rom. 13, 11). De donde también Salomón increpa al pecador, diciendo: ¿Hasta cuándo, perezoso, dormirás? (Prov. 6, 9). Cada elegido, por tanto, cuando es oprimido por el sueño del pecado, in-

tenta levantarse a las vigilias de la justicia. Pero a menudo, cuando se ha levantado, siente que él mismo se ensalza por la magnitud de las virtudes. De donde también desea ser tentado por las adversidades de la vida presente después de las virtudes, para que no caiga peor por la confianza en las virtudes. Pues si no conociera que es mejor preservado por la tentación, de ningún modo el Salmista diría: Pruébame, Señor, y tiéntame (Sal. 25, 2). Bien, pues, se dice ahora: Si durmiere, diré: ¿Cuándo me levantaré? y de nuevo esperaré la tarde, porque incluso en el sueño del pecado se busca la luz de la justicia; y cuando las cosas prósperas de las virtudes elevan la mente, se desea la adversidad auxiliadora, para que ciertamente el ánimo, cuando se ensalza con el gozo de sus virtudes más de lo que debe, se solidifique por la contrariedad mediante el dolor producido por la vida presente. De donde también de ningún modo se dice: Temeré la tarde, sino: La esperaré. Pues esperamos las cosas prósperas, tememos las adversas. El varón justo, por tanto, espera la tarde, porque cuando es necesario que sea ejercitado por la tribulación, esa misma adversidad se le vuelve próspera.

21. Nunca deja de estar sujeto aquí a la tentación del pecado. No teme las tentaciones, sino que se prepara contra ellas. ---Por el nombre de tarde, también puede designarse la tentación del pecado, que a menudo acomete la mente tanto más agudamente cuanto más alto el espíritu eleva esa misma mente hacia lo celestial. De ningún modo, pues, en esta vida se abandona el

pecado por el ejercicio de la justicia de tal manera que se permanezca inconmovible en esa misma justicia, porque aunque la rectitud ya elimine la culpa del habitáculo del corazón, sin embargo esa misma culpa que es repelida, sentada a las puertas de nuestro pensamiento, llama para que se le abra. Lo cual Moisés también insinuó espiritualmente cuando narró los momentos de los tiempos hechos corporalmente, diciendo: Se hizo la luz; y añadiendo poco después: Se hizo la tarde (Gén. 1, 3, 5). Ciertamente el Creador de todos, presintiendo la culpa humana, expresó entonces en el tiempo lo que ahora se agita en la mente. Pues la luz es conducida hacia la tarde, porque sin duda la sombra de la tentación sigue a la luz de la rectitud. Pero porque la luz de los elegidos no se extingue por la tentación, de ningún modo se dice que se hizo la noche, sino la tarde, porque sin duda a menudo la tentación esconde en el corazón de los rectos la luz de la justicia, pero no la destruye; la arrastra como a la palidez de la trepidación, pero no la extingue por completo. Los elegidos, pues, después del sueño apetecen el levantarse, después del levantarse esperan la tarde, porque tanto despiertan del pecado a la luz de la justicia, como puestos en esa misma luz de la justicia, siempre se preparan contra los halagos de las tentaciones. A las cuales, por cierto, no temen, sino que las esperan, porque no ignoran que incluso las pruebas aprovechan para la utilidad de su rectitud.

22. Nadie aquí posee una salud íntegra.--- Por mucha virtud con que luchen contra su

corrupción, no pueden tener una salud íntegra hasta que termine el día de la presente vida. Por lo cual se añade: Y me llenaré de dolores hasta las tinieblas. Pues ahora irrumpen las cosas adversas: ahora también las mismas cosas prósperas halagan con astuta alegría. Ahora los vicios nacientes excitan la guerra de la carne, ahora los vencidos llaman al ánimo a la elación. La vida de los buenos, por tanto, se llena de dolores hasta las tinieblas, porque mientras se actúa el tiempo de la corrupción, es sacudida por la aflicción interna y externa, y no encuentra la seguridad de la salvación, sino cuando deja de raíz el día de la tentación. De donde bien se añade inmediatamente esta misma causa de los dolores, cuando se dice: Mi carne está vestida de podredumbre y de suciedad de polvo. Pues, como dijimos un poco arriba, el hombre abandonó voluntariamente la solidez innata y se sumergió en la vorágine de la corrupción; de donde ahora o bien resbala por obras inmundas, o bien se mancha por pensamientos ilícitos. Pues para que así lo diga, sometida penalmente a su propia culpa, nuestra misma naturaleza se ha vuelto ahora fuera de la naturaleza; y relajada es conducida incluso a obras perversas, pero restringida es oscurecida por el pensamiento importuno de las obras perversas. Por tanto, por la ejecución de la acción ilícita la podredumbre afecta a la carne, pero por la levedad del pensamiento malvado surge como polvo ante los ojos. Al consentir a los vicios somos desgastados por la podredumbre, pero al tolerar las imágenes de los vicios en el corazón somos

manchados por la suciedad del polvo. Dice, pues: Mi carne está vestida de podredumbre y de suciedad de polvo. Como si dijera abiertamente: La vida carnal que padezco, o bien la mancha de la operación resbaladiza la contamina, o bien desde la memoria de los vicios la tiniebla del miserable pensamiento la oprime.

23. La carne de la Iglesia se pudre en sus miembros resbaladizos, y se ensucia en los que buscan la tierra. ---Lo cual, sin embargo, si lo recibimos de la voz de la Iglesia universal, a veces la encontramos sin duda gravada por la podredumbre de la carne, y a veces por la suciedad del polvo. Pues muchos hay en ella que, mientras sirven al amor de la carne, se pudren con el hedor de la lujuria. Y hay algunos que ciertamente se abstienen del placer de la carne, pero sin embargo yacen con toda su mente en los actos terrenos. Diga, pues, la Santa Iglesia por las voces de su único miembro, diga qué tolera de ambos géneros de hombres: Mi carne está vestida de podredumbre y de suciedad de polvo. Como si abiertamente insinuara, diciendo: Hay muchísimos que me son miembros por la fe, pero sin embargo no están sanos ni limpios por la acción, porque o bien, vencidos por deseos torpes, fluyen hacia la podredumbre de la corrupción, o bien, entregados a los actos terrenos, son rociados con polvo. Pues en aquellos a quienes tolero como resbaladizos gimo por la carne que se pudre, pero en estos otros a quienes sufro buscando la tierra, ¿qué otra cosa porto sino a alguien afeado por el polvo?

24. La piel de la Iglesia son los que sirven solo a los cuidados exteriores: por qué se seque. ---De donde también se añade aptamente sobre ambos a la vez: Mi piel se ha secado y se ha contraído. Pues en el cuerpo de la Santa Iglesia aquellos que sirven solo a los cuidados exteriores son llamados congruentemente la piel. La cual piel ciertamente se contrae al secarse, porque las mentes de los carnales, mientras aman lo presente y lo codician como puesto cerca, no quieren ser tendidas hacia lo futuro por la longanimidad. Los cuales, mientras descuidan la pingüedumbre de la esperanza interna, se secan para ser contraídos, porque si la desesperación no secara sus corazones, de ningún modo el ardor de esta pusilanimidad los contraería. Pues esta contracción la había temido el Salmista cuando, temiendo la sequedad de la mente, decía: Como de adobo y de pingüedumbre se llene mi alma (Sal. 62, 6). Pues el adobo de la pingüedumbre llena el alma cuando la infusión de la esperanza superior la refresca contra el ardor de los deseos presentes. La piel, pues, al secarse se contrae cuando el corazón entregado a las cosas exteriores, y secado por la desesperación, no se tiende hacia el amor de su autor, sino que se repliega en sí mismo, por así decirlo, en rugoso pensamiento.

25. No es retenido por el amor de lo presente quien considera la brevedad de esta vida. ---Pero debe considerarse que las mentes carnales por eso aman lo presente, porque mínimamente consideran cuán fugitiva sea la vida de la carne. Pues si vieran la velocidad de su tránsito, míni-

mamente la amarían incluso cuando prospera. Pero la Santa Iglesia diariamente contempla en sus elegidos cuán grande sea el curso en las cosas exteriores, y por eso fija el pie de la solícita intención en lo íntimo. De donde también se añade aptamente:

CAPÍTULO XI

[Rec. VII].

VERS. 6.---Mis días pasaron más velozmente de lo que por el tejedor se corta la tela.

26. El tiempo de la carne se compara aptamente a la tela.---Con una similitud muy congruente se compara el tiempo de la carne a la tela, porque así como la tela progresa por los hilos, así la vida mortal por cada uno de los días; pero por lo que progresa hacia el aumento, por eso mismo tiende hacia la incisión, porque, como también dijimos arriba (Lib. VII, n. 30), cuando los tiempos percibidos pasan, los venideros se abrevian, y de todo el espacio de la vida se hacen tanto más pocos los que vienen, cuanto muchos son los que pasaron. Ciertamente la tela, ligada abajo y arriba, se une a dos maderas para que se teja; pero por lo que lo tejido se envuelve abajo, por eso lo que ha de tejerse se despliega arriba; y de donde se multiplica hacia el aumento, de allí se hace menos lo que resta. Así, sin duda, los tiempos de nuestra vida, tanto los pasados como si los envolviéramos abajo, como los venideros los desplegamos de lo superior, porque cuanto más se hacen pretéritos, menos empiezan a ser futuros. Pero porque ni

siquiera la tela basta para la expresión de nuestro tiempo, pues la velocidad de nuestra vida sobrepasa incluso su prisa, rectamente se dice ahora: Mis días pasaron más velozmente de lo que por el tejedor se corta la tela. Pues la tela tiene lentitud de avance, pero la vida presente no tiene demora de defecto. En aquella, en efecto, cuando la mano del que trabaja se fija, el término de la llegada se alarga; en esta, en cambio, porque consumimos incesantemente el tiempo que siempre se acaba, llegamos al fin de nuestro camino incluso descansando, e incluso durmiendo vamos por el curso de nuestro tránsito. Los elegidos, por tanto, porque ven decaer bajo la prisa los momentos de la vida presente, de ningún modo fijan la intención del corazón en este camino de tan gran movilidad. De donde también se añade aptamente de inmediato:

IBID.---Y se consumieron sin esperanza alguna.

27. Los elegidos piensan en la muerte incluso sanos, los réprobos ni siquiera cuando es inminente.---La mente de los réprobos se constriñe con tanto amor hacia los días de la vida presente, que siempre desean vivir aquí de tal modo que, si pudieran, desearían no terminar nunca el curso del vivir. Ciertamente desprecian pensar en lo futuro, ponen toda la esperanza en las cosas transitoras, no codician tener nada sino lo que pasa. Y cuando piensan demasiado en lo transitorio, y no esperan en absoluto en lo permanente, de tal modo se cierra el ojo del corazón por una ceguera insensible, que en modo alguno se dirige a la

luz eterna. De donde sucede que a menudo ya la molestia sacude el cuerpo, y la muerte cercana corta la fuerza del espíritu vital, y sin embargo no desisten de cuidar las cosas que son del mundo. Y ya el vengador los arrastra al juicio; y sin embargo ellos mismos, ocupados con solícita ordenación en las cosas transitoras, nada más piensan sino en cómo han de vivir todavía en este mundo. Dejándolo todo, disponen de ello como si lo poseyeran, porque la esperanza de vivir no se rompe incluso cuando la vida se termina. Ya son arrastrados al juicio por la sentencia, y sin embargo todavía se adhieren a las cosas que han de tenerse por el cuidado. Pues por una mente dura se cree que la muerte está lejos, incluso cuando se siente. Y así se suelta el alma de la carne, que reteniéndose hacia lo presente con amor inmoderado, mientras es conducida al suplicio eterno, esto mismo ignore adónde es conducida; y abandonando lo que no quiso amar con término, de repente encuentra sin término lo que nunca previó. Pero, por el contrario, la mente de los rectos se tiende hacia la intención de la eternidad, incluso cuando la vida presente la acompaña felizmente. Usa una gran salud de la carne, y sin embargo el ánimo no se retrasa por su confianza. Todavía no rompe ningún artículo de la muerte, y casi la contempla diariamente como presente. Porque como la vida resbala incesantemente, la esperanza de vivir se le amputa de raíz. Bien, pues, se dice de los días que pasan: Se consumieron sin esperanza alguna. Como si se dijera abiertamente: No puse la confianza de mi mente en la vida presente,

porque desesperé de todo lo que pasa pisándolo. De donde también se añade aptamente pronto:

CAPÍTULO XIII

[Rec. VIII].

VERS. 7.---Recuerda que mi vida es viento.

28. La vida presente, querida para los que no atienden a lo eterno, es vil para los que atienden. La consideración de la vida breve es una ofrenda grata a Dios.---Ciertamente aman la vida de la carne como permanente quienes no atienden a cuán grande sea la eternidad de la vida subsiguiente; y como no consideran la solidez de la perennidad, piensan que el exilio es la patria, la tiniebla la luz, el curso la estancia, porque quienes ignoran lo mayor de ningún modo pueden juzgar de lo mínimo. Pues el orden del juicio exige que trascendamos lo que nos esforzamos por examinar. Pues si el ánimo no puede estar por encima de todas las cosas, de ningún modo ve con claridad sobre estas cosas por las que es vencido. Por eso la mente réproba no basta para estimar el curso de la vida presente, porque sucumbe a la admiración de ella por amor. Pero los varones santos, cuanto más elevan el corazón hacia lo eterno, tanto más consideran cuán breve sea lo que se cierra con un fin; y tanto más se envilece en sus sentidos lo que pasa, cuanto más interluce por el intelecto radiante lo que, una vez recibido, nunca se retira; y cuando contemplan la infinitud de la perennidad, de ningún modo ya desean como grande aquello que el fin estrecha.

Pero la mente elevada es conducida fuera de los términos de los tiempos, incluso cuando es retenida por la carne en el tiempo; y tanto más altamente desprecia lo que ha de terminar, cuanto más verdaderamente conoce lo infinito. Pero esta misma consideración de la brevedad humana es una gran ofrenda de virtud para nuestro autor. De donde rectamente ahora con deprecación se ofrece el sacrificio de esa misma virtud, cuando se dice: Recuerda que mi vida es viento. Como si se dijera abiertamente: Mira benigno al que pasa velozmente, porque tanto más misericordiosamente debo ser visto por ti, cuanto yo mismo no aparto los ojos de la consideración de mi brevedad. Pero porque mientras se corta el tiempo de la vida presente, ya no se vuelve más a la operación de merecer el perdón, rectamente se añade:

CAPÍTULO XIV.

IBÍD.---Ni volverá mi ojo para ver bienes.

29. Después de la muerte no hay lugar para merecer el perdón.---Al ver los bienes, el ojo del extinguido no vuelve, porque el alma, despojada de la carne, no recurre a exhibir obras rectas. De aquí es que el rico a quien la llama del infierno atormentaba, porque había reconocido que no podía repararse a sí mismo obrando; pues de ningún modo se afanaba por ser de provecho para sí, sino para sus hermanos dejados atrás, diciendo: Te ruego, padre Abraham, que lo envíes a la casa de mi padre, pues tengo cinco hermanos, para que les dé testimonio, no sea que también ellos vengan a este lugar de tormentos (Lc 16, 27).

Pues suele la esperanza, aun falsa, confortar el ánimo triste. Pero para que los réprobos sientan más gravemente su pena, pierden también la esperanza del perdón. Por lo cual, entregado a las llamas vengadoras, deseó no socorrerse a sí mismo, como dijimos, sino a sus hermanos, porque reconoció, añadido el suplicio de la desesperación, que nunca carecería de los tormentos de los fuegos. De aquí dice Salomón: Todo lo que pueda hacer tu mano, hazlo instantáneamente, porque ni obra, ni razón, ni ciencia, ni sabiduría habrá entre los de abajo, a donde tú te apresuras (Ecl 9, 10). De ningún modo, por tanto, volverá el ojo para ver bienes, porque la mente, encontrando su retribución, no es de ningún modo revocada al uso de la operación. Porque, pues, huye todo lo que se ve, y han de permanecer las cosas que siguen, bien el bienaventurado Job abrazó ambas cosas en un solo verso, diciendo: Recuerda que mi vida es viento, ni volverá mi ojo para ver bienes. Ciertamente, contemplado el curso de las cosas presentes, dijo: Recuerda que mi vida es viento. Pero considerando la eternidad de las que siguen, añadió: Ni volverá mi ojo para ver bienes. Donde también aptamente toma al punto la voz de todo el género humano destituido del don de la redención, diciendo:

CAPÍTULO XV

[Vet. XIII].

VERS. 8.---Ni me mirará la vista del hombre.

30. Entonces la gracia de Cristo no libera a quien ahora no reforma.---Ciertamente la vista del hombre es la misericordia del Redentor, la cual, cuando mira, ablanda la dureza de nuestra insensibilidad. De donde, testificándolo también el Evangelio, se dice: Miró el Señor a Pedro, y se acordó Pedro de la palabra que había dicho Jesús; y saliendo fuera, lloró amargamente (Lc 22, 61). Pero a la mente despojada de la carne ya de ningún modo la mira la vista del hombre, porque después de la muerte no libera a quien antes de la muerte la gracia no reforma para el perdón. Pues de aquí dice Pablo: He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de la salvación (2 Cor 6, 2). De aquí dice el Salmista: Porque para el siglo es su misericordia (Sal 117, 1). Porque sin duda a quien de ningún modo ahora arrebata la misericordia, la sola justicia lo condena después del presente siglo. De aquí dice Salomón: Porque el leño en cualquier lugar que cayere, ya sea al Austro, ya al Aquilón, allí estará (Ecl 11, 3), porque cuando en el tiempo del ocaso humano, ya sea un espíritu santo o maligno haya recibido al alma que sale de los claustros de la carne, la retendrá consigo para siempre sin ninguna mudanza, de modo que ni exaltada se precipite al suplicio, ni sumergida en suplicios eternos, ascienda más al remedio de la liberación. El varón santo, por tanto, considerando los daños del género humano, porque es sustraído del presente siglo sin el conocimiento del Redentor, y es sepultado irreparablemente en los fuegos eternos, y asumiendo su voz en sí, diga: Ni me mirará la vista del hombre,

porque sin duda la gracia del Redentor, a quien ahora no mira para corregir, entonces no lo mira para esconderlo de la perdición. Pues el Señor, viniendo al juicio, ve al pecador para herirlo, pero no lo ve para reconocerlo para otorgarle la gracia de la salvación; examina las culpas, e ignora la vida de los que perecen. Por lo cual el varón santo, habiendo confesado que no podía ser visto por el respeto del hombre después de la presente vida, aptamente añadió luego:

CAPÍTULO XVI

[Rec. IX].

IBÍD.---Tus ojos están en mí, y no subsistiré.

31. Cristo en el juicio verá a los réprobos para herirlos, a quienes aquí no vio para impartir misericordia.---Como si dijera abiertamente: Viniendo severo al juicio, y no ves para salvar, y ves para herir, porque a quien en la presente vida no miras con la conmiseración de tu dispensación, mirándolo después, lo extingues por la justicia. Pues ahora cualquier pecador no teme a Dios y vive, blasfema y prospera, porque a saber el Creador misericordioso, a quien esperando quiere corregir, mirándolo no quiere castigar, como está escrito: Disimulando los pecados de los hombres por causa de la penitencia (Sab 11, 24). Pero entonces el pecador, cuando es mirado, no subsiste, porque cuando el juez severo inquiere los méritos sutilmente, el reo no basta para los tormentos.

32. Los justos saben que han de perecer si son juzgados por Dios retirada la piedad.---Aun-

que esto también concuera con la voz de los justos, cuya mente siempre solícita atiende al examen venidero. Pues temen todo lo que hacen, mientras consideran cautamente ante cuán gran juez estarán. Contemplan la potencia de aquella magnitud, y sopesan con cuán gran reo de su propia enfermedad están ligados. Enumeran los males de su propia obra, y contra estos exageran los bienes del Creador. Consideran cuán severamente juzga las cosas perversas, cuán sutilmente sopesa las buenas obras, y presaben sin ambigüedad que han de perecer si son juzgados retirada la piedad, porque esto mismo también que parecemos vivir justamente es culpa, si cuando juzga nuestra vida, la divina misericordia no la excusa ante sí. Pues de aquí está escrito en este mismo libro: Las estrellas no son limpias en su presencia (Job 25, 5), porque juzgados severamente ante él, también ellos mismos tienen manchas de contaminación, los cuales lucen por la limpieza de la santidad. Bien, por tanto, se dice: Tus ojos están en mí, y no subsistiré. Como si se dijera abiertamente por la voz del justo: Si soy discutido por un examen sutil, no me levanto sobrellevando el juicio, porque la vida no basta para la pena si la inmensidad de la justa retribución la oprime. Pero bien tanto la culpa del mismo género humano es brevemente añadida, como la pena, cuando se dice al punto:

CAPÍTULO XVII

[Vet. XIV, Rec. X].

VERS. 9.---Como se consume la nube, y pasa, así el que desciende a los infiernos no subirá.

33. Para los condenados no hay regreso al perdón, o a las cosas que amaban.---Ciertamente la nube es suspendida a lo más alto; pero densificada por el viento es impulsada para que corra, pero por el calor del sol es disipada para que se desvanezca. Así, así sin duda son los corazones de los hombres, los cuales por el ingenio de la razón recibida brillan hacia lo alto, pero impulsados por el soplo del espíritu maligno, son arrastrados de aquí para allá por los perversos movimientos de sus deseos; pero, por el severo respeto del juez celestial, se licuan como por el calor del sol, y, una vez entregados a los lugares penales, no vuelven más al uso de la operación. El varón santo, por tanto, expresando la elación, el curso y el defecto del género humano, diga: Como se consume la nube, y pasa, así el que desciende a los infiernos no subirá. Como si hablara abiertamente, diciendo: Falla al correr hacia lo alto el que por ensoberbecerse tiende a la perdición; a quien si una vez la culpa arrastra a la pena, la misericordia no lo reduce más al perdón. De donde también todavía se añade:

CAPÍTULO XVIII.

VERS. 10.---Ni volverá más a su casa.

34. Casa de la mente es aquello que habita amando. Los corazones de los desesperados son semejantes a nubes. Se derraman fuera de sí.---Así como la casa es el habitáculo corporal del cuerpo, así para cada mente se hace casa aquello

que por deseo acostumbró habitar. A su casa, por tanto, no vuelve más, porque una vez cada uno, entregado a los suplicios eternos, de ningún modo es revocado ya a esto donde por amor se había adherido. Puede también por el nombre del infierno designarse la desesperación del pecador, de la cual se dice por el Salmista: Pero en el infierno ¿quién te confesará? (Sal 6, 6). De donde de nuevo está escrito: El impío cuando viniere a lo profundo de los pecados, desprecia (Prov 18, 3). Pero quienquiera que sucumbe a la impiedad, ciertamente al morir deja la vida de la justicia. Pero el que aun después del pecado es abrumado por la mole de la desesperación, ¿qué otra cosa sino que después de la muerte es sepultado en los suplicios del infierno? Bien, por tanto, se dice: Como se consume la nube, y pasa, así el que desciende a los infiernos no subirá, porque muchísimas veces con la perpetración de la iniquidad también se asocia la desesperación, y ya se corta la vía del regreso. Rectamente, por otra parte, los corazones de los desesperados se comparan a las nubes, porque tanto son oscuros por la calima del error, como densos por la multiplicidad de los pecados; pero consumidos pasan, porque irradiados por la claridad del extremo juez se disipan. Suele también la habitación del corazón entenderse como casa. De donde se dice a cierto sanado: Vete a tu casa (Mc 5, 19), porque sin duda es digno que el pecador después del perdón vuelva a su mente, no sea que de nuevo admita aquello por lo que justamente sea herido. Pero el que bajare al infierno, no subirá más a su casa,

porque a quien la desesperación abruma, lo echa fuera del habitáculo de su corazón, y no puede volver al interior, porque, derramado al exterior, cae cada día compelido a cosas peores. Pues el hombre había sido creado para contemplar al Creador, para que siempre buscara su aspecto, y habitara en la solemnidad de su amor. Pero enviado fuera de sí por la desobediencia, perdió el lugar de su mente, porque, esparcido por itinerarios tenebrosos, se alejó de la habitación de la verdadera luz. De donde aptamente todavía se añade:

CAPÍTULO XIX

[Vet. XV].

IBÍD.---Ni lo conocerá más su lugar.

35. El lugar del hombre es Dios, desertado por la desobediencia. No ha de conocer en el juicio a quienes aquí lo despreciaron.---Ciertamente el lugar del hombre, pero no local, fue el mismo Creador, que lo creó para que consistiera en sí mismo. El cual lugar sin duda el hombre desertó cuando, oyendo las palabras del seductor, se apartó del amor del Creador. Pero cuando el Dios omnipotente, redimiendo, se mostró al hombre incluso corporalmente, él mismo, por así decirlo, siguiendo las huellas de su fugitivo, vino como lugar para retener al hombre que había perdido. Pues si de ningún modo el Creador pudiera llamarse lugar, el Salmista alabando a Dios no diría: Los hijos de tus siervos habitarán allí (Sal 101, 29). Pues no decimos "allí", sino cuando designamos

un lugar específicamente. Pero hay muchísimos que incluso después de haber percibido el auxilio del Redentor se devuelven a las tinieblas de la desesperación; y tanto más inicuamente perecen, cuanto más desprecian también los remedios ofrecidos de la misericordia. Rectamente, por tanto, se dice del hombre condenado: Ni lo conocerá más su lugar, porque por su Creador tanto más severamente entonces no es conocido en el juicio, cuanto ahora no es revocado a la gracia de la reparación ni siquiera por los dones. De donde también ha de notarse sumamente que no dice: Ni conocerá él más su lugar, sino que dice: Ni lo conocerá más su lugar. Pues mientras el conocimiento no se atribuye al hombre, sino al lugar, patentemente el mismo Creador es designado con el nombre de lugar, el cual, viniendo severo al examen último, dirá a los que perseveran en la iniquidad: No os conozco de dónde sois (Lc 13, 25). Pero todos los elegidos, cuanto más consideran que los réprobos son repelidos severamente, tanto más solícitamente se purgan cada día de las suciedades de la iniquidad perpetrada. Cuando ven a otros que han de perecer enfriarse del amor de la vida, estudiosamente se encienden a los lamentos de la penitencia. De donde también aptamente se añade:

CAPÍTULO XX.

VERS. 11.---Por lo cual yo tampoco perdonaré a mi boca.

36. Los elegidos previenen la ira del juez en la confesión.---Ciertamente perdona a su boca el

que se avergüenza de confesar el mal que hizo. Pues poner la boca en el trabajo es ocupar esta para la confesión de la iniquidad perpetrada. Pero el justo no perdona a su boca, porque previniendo la ira del juez severo, se ensaña contra sí con las palabras de su propia confesión. De aquí dice el Salmista: Prevengamos su rostro en la confesión (Sal 94, 2). De aquí se dice por Salomón: Quien esconde sus crímenes, no será enderezado; pero quien los hubiere confesado y abandonado, alcanzará misericordia (Prov 28, 13). De aquí de nuevo está escrito: El justo al principio es acusador de sí mismo (Prov 18, 17). Pero de ningún modo se abre la boca para la confesión, sino cuando por la consideración del juez severo es estrechada por el pavor del espíritu. De donde también aptamente se añade luego:

CAPÍTULO XXI

[Rec. XI].

IBÍD.---Hablaré en la tribulación de mi espíritu.

37. A la confesión de los pecados debe acompañar el luto de la penitencia.---Ciertamente la tribulación del espíritu mueve la lengua, para que la voz de la confesión impugne el reato de la obra perversa. Se ha de saber también que a menudo incluso los réprobos confiesan los pecados, pero desprecian deplorarlos. Los elegidos, en cambio, persiguen sus culpas, las cuales abren con voces de confesión, con los llantos de la severa animadversión. De donde bien el bienaventurado Job,

después de que prometió no perdonar a su boca, añadió al punto la tribulación del espíritu. Como si confesara abiertamente, diciendo: De tal modo habla la lengua el reato, que de ningún modo, libre del estímulo del pesar, vague el espíritu por otras cosas; sino que hablando las culpas, abro la herida; pero pensando las culpas para la corrección, busco la salud de la herida por el medicamento del pesar. Pues el que ciertamente insinúa los males que perpetró, pero rehúsa llorar lo que insinuó, como retirada la vestidura descubre la herida, pero con mente torpe no aplica el medicamento a la herida. Es necesario, por tanto, que solo el pesar arranque la voz de la confesión, no sea que la herida manifestada, pero descuidada, por lo cual ya se toca más lícitamente por el conocimiento humano, se pudra más gravemente. Por el contrario, el Salmista no solo había descubierto la llaga del corazón, sino que aplicaba también el medicamento del pesar a la descubierta, diciendo: Yo anuncio mi iniquidad, y pensaré por mi pecado (Sal 37, 19). Pues anunciando descubre la herida oculta, pero pensando ¿qué otra cosa sino que aplica el medicamento a la herida? [Vet. XVI.] Pero para la mente afligida, y que piensa solícitamente en sus daños, surge una riña por sí misma contra sí misma. Pues cuando se instiga a sí misma a los lamentos de la penitencia, se desgarra a sí misma con una secreta reprensión. De donde también aptamente se añade luego:

CAPÍTULO XXII.

IBÍD.---Hablaré con la amargura de mi alma.

38. La mente compungida descubre en sí muchas cosas que deplorar. Recuerda con cuántos dones de Dios fue ingrata.---Pues afligidos por el pavor del juicio divino, mientras lloramos ciertas cosas mal hechas, excitados más vigilantes a discutirnos por la fuerza misma de nuestra amargura, encontramos en nosotros también otras cosas que deploremos más ampliamente. Pues a menudo lo que estuvo oculto para los torpes, se hace más sutilmente conocido para los que lloran; y la mente afligida encuentra más ciertamente el mal que había hecho y no sabía, y su propia riña le abre más verdaderamente cuánto se desvió de la paz de la verdad, porque su propio reato, del cual segura no se acordaba, lo encuentra en sí conmovida. Pues la amargura de la penitencia que va creciendo, aporta importunamente al corazón avergonzado las cosas ilícitas que cometió, muestra contra estas al juez severo, incute amenazas de suplicios, hiere el ánimo con el pavor, lo confunde con el pudor, reprende los movimientos ilícitos, turba la quietud de la nociva seguridad; enumera qué bienes le confirió el Creador, qué males respondió él mismo a sus bienes, que maravillosamente fue creado por él, que gratuitamente fue nutrido, que fue enriquecido con la sustancia de la razón en su condición, que fue llamado por la gracia del Creador, que él mismo aun llamado no quiso seguir, que la misericordia del que llamaba ni siquiera lo despreció sordo y resistente, que fue iluminado por los dones, que por su propia voluntad fue cegado por actos perversos incluso después de los dones,

que fue expiado de los errores de su ceguera por los azotes de la paterna solicitud, que de los dolores de los azotes fue reducido a los gozos de la salud por el medicamento de la misericordia; que sometido a ciertas culpas, aunque no graves, sin embargo no deja de pecar incluso entre los azotes; que la gracia celestial no abandonó a su pecador ni siquiera despreciada. Cuando por tanto reprende a la mente afligida, ya por la replicación de los dones de Dios, ya por los reproches de su propia acción con tanta severidad, tiene en el corazón de los justos la amargura del alma su propia lengua, la cual tanto más sutilmente les habla, cuanto más interiormente es oída. De donde también de ningún modo se dice: Hablaré en la amargura de mi alma, sino, Hablaré con la amargura de mi alma, porque la fuerza del dolor, que reputando cada pecado, excita el ánimo torpe a los lamentos, forma como para él palabras de confabulación, en las cuales se encuentre a sí mismo corregido, y surja ya más solícito para su propia custodia. Diga, pues, el varón justo por su voz, y teniendo el tipo de la santa Iglesia, diga por la nuestra: Hablaré con la amargura de mi alma. Como si insinuara más abiertamente, diciendo: Por dentro hablo contra mí con el dolor de mi corazón, y por fuera me escondo del azote del juez. Pero la mente oprimida por los dolores de la penitencia es constreñida en sí misma, y es separada de todas las delectaciones de la carne por un fuerte pensamiento, apetece progresar hacia lo sumo, y sin embargo siente todavía la contra-

dicción de la corrupción del cuerpo. De donde también aptamente se añade luego:

CAPÍTULO XXIII.

VERS. 12.---¿Acaso soy yo el mar, o un cetáceo, porque me has rodeado con una cárcel?

39. El hombre, el diablo, los carnales, son constreñidos por una cárcel; cuando no pueden cumplir lo que quieren.---El hombre es rodeado con una cárcel, porque muchísimas veces tanto se esfuerza por surgir a lo alto por los progresos de las virtudes, como sin embargo es impedido por la corrupción de su carne. De la cual bien el Salmista depreca ser despojado, diciendo: Saca de la cárcel mi alma, para confesar a tu nombre (Sal 141, 8). Pero ¿qué se expresa con la apelación del mar, sino los corazones de los carnales fluctuantes por tumidos pensamientos; qué, en cambio, con el nombre de cetáceo, sino el antiguo enemigo? El cual, mientras penetra las mentes de los seculares poseyéndolas, nada como en el lubricidad de su pensamiento. Pero el cetáceo es constreñido por una cárcel, porque el espíritu maligno, arrojado a los lugares inferiores, para que no prevalezca para volar a las cosas celestiales, es coartado por el peso de su pena, atestiguándolo Pedro, quien dice: Dios no perdonó a los ángeles que pecaban, sino que arrastrados por las cuerdas del infierno al tártaro los entregó para ser reservados para ser atormentados en el juicio (2 Pe 2, 4). El cetáceo es constreñido por una cárcel, porque se le prohíbe tentar a los buenos tanto cuanto desea. También el mar es rodeado por una cárcel, porque los

tumidos e insanos deseos de las mentes carnales son gravados por la angustia de su propia imposibilidad para llevar a cabo los males que apetecen. Pues a menudo desean dominar a los mejores; pero sin embargo les están sometidos, disponiéndolo todo maravillosamente el juicio divino. Los elados desean dañar a los buenos, y sin embargo sometidos esperan de ellos consuelos. Para cumplir las voluptuosidades de la carne desean la longevidad de la vida presente, pero sin embargo son arrebatados de ella bajo celeridad. De los cuales bien se dice por el Salmista: Estableció las aguas como en un odre (Sal 77, 13). Pues las aguas están en un odre cuando sus lúbricos deseos, porque no encuentran el efecto de la obra, son deprimidos bajo el corazón carnal. El cetáceo, por tanto, y el mar son oprimidos por la circundación de la cárcel, porque o el espíritu maligno, o sus seguidores, en cuyas mentes se recoge, y revuelve en ellos las ondas de los tumidos pensamientos, para que no puedan cumplir los males que apetecen, la severidad suprema los estrecha.

[Vet. XVII, Rec. XII.] 40. Lo mismo se quejan de padecer los justos. No por tumor, sino por amor de la verdad.---Pero los varones santos, cuanto más con corazón limpio consideran los arcanos de las cosas celestiales, tanto más anhelan hacia ellos con ardores aumentados cada día. Allí ya desean ser plenamente saciados, de donde todavía degustan algo pequeño con la boca de la contemplación. Desean perfectamente someter el estímulo de la carne, no tolerar nada ilícito en el pensamiento de su ya corrupción; pero

porque está escrito: El cuerpo que se corrompe agrava el alma, y la habitación terrena deprime el sentido que piensa muchas cosas (Sab 9, 15), por la intención ya ciertamente descuellan sobre sí mismos, pero sin embargo, todavía sometidos a los inciertos movimientos de su propia enfermedad, se duelen de estar encerrados por la cárcel de la corrupción. Dice, pues: ¿Acaso soy yo el mar, o un cetáceo, porque me has rodeado con una cárcel? Como si dijera abiertamente: El mar o el cetáceo, a saber los inicuos, y su autor el espíritu maligno, porque desean desenfrenarse para la sola licencia de perpetrar la iniquidad, rectamente son constreñidos por la cárcel de su pena. Yo, en cambio, que ya deseo la libertad de tu eternidad, ¿por qué todavía soy oprimido por la cárcel de mi corrupción? Lo cual, sin embargo, ni es requerido soberbiamente por los justos, porque, encendidos por el amor de la verdad, desean perfectamente transgredir las angustias de su propia enfermedad; ni es dispuesto injustamente por el autor de los justos, porque difiriendo tortura los votos de sus elegidos, torturando purga, para que para percibir lo que desean alguna vez convalezcan mejor por la dilación. Pero los elegidos, mientras son diferidos de la íntima quietud, vuelven a su corazón; y allí, escondidos de los tumultos de su carne, buscan como un secretísimo amenísimo. Pero en él a menudo sienten los aguijones de la tentación, padecen los incentivos de la carne; y allí encuentran gravísimos trabajos, donde habían buscado gran descanso del trabajo. De donde el varón santo, después de la insinuada

cárcel de su corrupción, apresurándose a volver a los espacios quietos del corazón, porque encuentra la misma riña incluso en lo íntimo que huye de lo exterior, al punto añade, diciendo:

CAPÍTULO XXIV

[Rec. XIII].

VERS. 13, 14.---Si dijere, me consolará mi lecho, y seré aliviado hablando conmigo en mi cama; me aterrarás por sueños, y por visiones me sacudirás con horror.

41. El justo vuelve de lo exterior al corazón, ni encuentra allí descanso. Es turbado por el terror de los juicios de Dios.---En efecto, en la sagrada elocuencia (*sacro eloquio*) el lecho, el cubículo o la cama, suele entenderse como el secreto del corazón. Pues de aquí es que, bajo la especie de cada alma, la esposa, excitada por los ocultos estímulos del santo amor, dice en el Cantar de los cantares: En mi lecho por las noches busqué al que ama mi alma (Cant. 3, 1). Porque en el lecho y por la noche se busca al amado, ya que ciertamente la especie del invisible Creador, reprimida toda imagen de visión corporal, se encuentra en el cubículo del corazón. De donde también a sus mismos amadores la Verdad dice: El reino de Dios está dentro de vosotros (Luc. 17, 21). Y de nuevo: Si yo no me fuere, el Paráclito no vendrá (Juan 16, 7). Como si dijera abiertamente: Si de los ojos de vuestra intención no retiro el cuerpo, al entendimiento invisible no os conduzco por el Espíritu Consolador (*consolatorem Spiritum*).

De aquí que se diga de los justos por el Salmista: Exultarán los santos en gloria, se alegrarán en sus cubículos (Salm. 149, 5), porque a saber, cuando huyen de los males de lo exterior, se glorían seguros dentro de los secretos de las mentes. Pero entonces la alegría de los corazones será perfecta cuando no hubiere combate de la carne al exterior. Pues mientras la carne incita, porque como si la pared de nuestra casa se sacudiera, también el cubículo se turba. De donde también rectamente se dice por el mismo Salmista: Toda su cama mudaste en su enfermedad (Salm. 40, 4), porque mientras la tentación de la carne nos sacude, nuestra estremecida enfermedad confunde incluso el cubículo de la mente. Pero ¿qué tomamos en este lugar por sueños o visiones, sino las imaginaciones del último y estrecho examen? que ya de algún modo discernimos por el temor, pero sin embargo no vemos tal como es verdaderamente. Así pues, los varones santos, como hemos dicho, vuelven siempre a los secretos del corazón, cuando padecen de este mundo o prosperidad más allá de su deseo, o adversidad más allá de sus fuerzas; y, cansados por los trabajos externos, buscan los cubículos de la mente como cama o lecho. Pero mientras por ciertas imaginaciones de los pensamientos contemplan cuán sutiles son los juicios divinos, como en el mismo descanso de su cama son turbados por la visión del sueño. Pues contemplan cuán estrecho viene el juez, quien, mientras por la fuerza de su inmensa magnitud ilumina los secretos de los corazones, reduce ante los ojos todas las culpas.

Piensan cuán grande sea aquella vergüenza, el ser confundido entonces a la vista de todo el género humano, de todos los ángeles y de los arcángeles. Consideran qué tormento queda después de la confusión, cuando la gehena consume tanto al alma culpable que muere inmortalmente como a la carne que desfallece sin faltar. Cuando por tanto la mente es sacudida por tan pávida imaginación, ¿qué otra cosa se ve sino un triste sueño en la cama? Diga pues: Si dijere Me consolará mi lecho, y seré aliviado hablando conmigo en mi cama, me aterrarás por sueños, y por visiones me sacudirás con horror. Como si abiertamente confesara, diciendo: Si, huyendo de lo exterior, vuelvo al interior, y de algún modo deseo descansar en el cubículo del corazón, allí me aterras vehementemente por las mismas imaginaciones de mi providencia, mientras me opones a la contemplación de tu estrechez (*districtionis*). Pero bien se dice: Y seré aliviado, hablando conmigo en mi cama, porque ciertamente cuando volvemos cansados al silencio de nuestra mente, como hablando en la cama, revolvemos las ocultas palabras de los pensamientos dentro de nosotros. Pero esta misma confabulación nuestra se vuelve en pavor, porque de ella se nos abre más vehementemente el entendimiento, que intente el terror del juez en la mente.

[Vet. XVIII.] 42. Seis causas de los sueños.--- Para que nadie se dedique a escudriñar estas cosas según la letra, se ha de inquirir grandemente en cuántos modos tocan a la mente las imágenes de los sueños. Pues a veces los sueños se generan

por la plenitud o la vacuidad del vientre, pero a veces por la ilusión, a veces por el pensamiento y la ilusión al mismo tiempo, a veces por la revelación, pero a veces por el pensamiento y la revelación juntos. Pero los dos que primero dijimos todos los conocemos por experiencia, pero los cuatro siguientes los encontramos en las páginas de la Sagrada Escritura. Pues si los sueños no se hicieran frecuentemente por el enemigo oculto a través de la ilusión, de ningún modo el varón sabio indicaría esto diciendo: Muchos hicieron errar los sueños, e ilusiones vanas (Ecli. 34, 7). O ciertamente: No agoraréis, ni observaréis sueños (Lev. 19, 26). Con cuyas palabras ciertamente se muestra de qué detestación son las cosas que se unen a los augurios. De nuevo, si a veces no procedieran del pensamiento y la ilusión al mismo tiempo, Salomón mínimamente habría dicho: A muchos cuidados siguen los sueños (Ecl. 5, 1). Y si a veces los sueños no nacieran del misterio de la revelación, José no vería por un sueño que había de ser preferido a sus hermanos (Gén. 37, 7), ni el ángel amonestaría al esposo de María por un sueño para que, tomado el niño, huyera a Egipto (Mat. 2, 13. 14). De nuevo, si a veces los sueños no procedieran del pensamiento y la revelación al mismo tiempo, de ningún modo el profeta Daniel, al disertar sobre la visión de Nabucodonosor, habría comenzado desde la raíz del pensamiento: Tú, rey, comenzaste a pensar en tu cama qué sería el futuro después de esto, y el que revela los misterios te mostró las cosas que han de venir (Dan. 2, 29). Y un poco después: Veías, y

he aquí como una estatua grande, aquella estatua magna, y de estatura sublime estaba contra ti (Ibíd. 31), etc. Así pues, mientras Daniel insinúa reverentemente el sueño que ha de cumplirse, y manifiesta de qué pensamiento nació, se muestra patentemente que esto frecuentemente se genera del pensamiento y la relación juntos.

43. No hemos de creer fácilmente en los sueños. Por qué se permite al demonio afectar los corazones de los santos con sueños. Pero ciertamente como los sueños alternan con tantas calidades de cosas, tanto más difícilmente debe creerse en ellos, cuanto no brilla fácilmente de qué impulso vienen. Pues a menudo el espíritu maligno promete prosperidades incluso a los que duermen a quienes intercepta despiertos por el amor de la vida presente; y a los que considera que temen adversidades, se las intenta más duramente por las imágenes del sueño, para afectar a la mente indiscreta con diversa calidad, y confundirla, ya sea levantándola por la esperanza, o deprimiéndola por el temor. Pero a menudo intenta afectar incluso los corazones de los santos con sueños, para que se deriven al menos por un tiempo y un momento de la intención del pensamiento sólido, aunque ellos mismos sacudan al punto la mente de la imaginación de la ilusión. Pero el enemigo que acecha, en lo que mínimamente los vence despiertos, en aquello los impugna más gravemente durmiendo. Al cual sin embargo la suprema dispensación (*superna dispensatio*) permite benignamente obrar estas cosas malignamente, para que en los corazones

de los elegidos ni siquiera el sueño esté vacante del premio de la pasión. Bien pues se dice al Rector de todos (*rectori omnium*): Si dijere Me consolará mi lecho, y seré aliviado hablando conmigo en mi cama, me aterrarás por sueños, y por visiones me sacudirás con horror, porque ciertamente Dios dispensa maravillosamente todo, y él mismo hace lo que el espíritu maligno desea hacer injustamente, quien permite que esto se haga no sino justamente. Pero porque la vida de los justos tanto es sacudida por la tentación durante las vigilias, como es fatigada por la ilusión a través del sueño, tolera fuera las molestias de su corrupción, dentro lleva gravemente consigo misma pensamientos ilícitos, ¿qué es lo que haga para arrancar el pie del corazón de tantos lazos de escándalos? He aquí, varón bienaventurado, con cuánta perturbación hemos conocido que eres oprimido por todas partes, pero oigamos qué consejo encuentras contra esto. Sigue:

CAPÍTULO XXV

[Rec. XIV].

VERS. 15.---Por lo cual eligió la suspensión mi alma, y la muerte mis huesos.

44. Es remedio contra la ansiedad de la mente, el llevarla a lo alto.---¿Qué se designa por el alma sino la intención de la mente, qué por los huesos sino la fortaleza de la carne? Pero todo lo que es suspendido, sin duda alguna es elevado de lo más bajo. El alma por tanto elige la suspensión, para que los huesos mueran, porque mientras la

intención de la mente se eleva a lo alto, mata en sí toda la fortaleza de la vida exterior. Pues los varones santos saben ciertísimamente que de ningún modo pueden tener descanso en esta vida; y por ello eligen la suspensión, porque ciertamente, desertando de los deseos terrenos, levantan el ánimo a lo alto. Pero suspendidos infieren la muerte a sus huesos, porque por el amor de la patria suprema (*supernae patriae*), ceñidos en los estudios de las virtudes, persiguen con el vínculo de la humildad aquello que antes habían sido fuertes en el mundo. Agrada mirar cómo Pablo había suspendido su alma, el cual decía: Pero vivo yo, ya no yo, sino que vive en mí Cristo (Gál. 2, 20). Y de nuevo: Teniendo deseo de ser disuelto, y estar con Cristo (Filip. 1, 23). Y: Para mí el vivir es Cristo, y el morir ganancia (Ibíd. 21). El cual, revocando a la memoria las gestas de la fortaleza terrena, contaba como ciertos huesos en sí mismo, diciendo: Hebreo de hebreos, según la ley fariseo, según el celo persiguiendo a la Iglesia de Dios (Filip. 3, 5. 6). Pero por la suspensión del alma, porque mata estos huesos en sí, al punto afirma, quien añade: Pero las cosas que me fueron ganancias, estas las he arbitrado como detrimento por Cristo (Ibíd. 7). Cuantos huesos insinúa en sí mismo más vehementemente extintos, cuando añade: Por el cual todo lo he hecho detrimento, y lo arbitro como estiércol (Ibíd. 8). Pero con los huesos muertos muestra cuán exánime pende, quien allí mismo añade diciendo: Para ganar a Cristo, y ser encontrado en él no teniendo mi justicia, que es de la ley, sino aquella que es por

la fe de Jesucristo (Ibíd. 9). Pero porque comparados sus testimonios hemos testificado que Pablo estaba suspendido a lo alto, muerto al mundo, mostremos ahora si el bienaventurado Job, lleno del mismo espíritu, huye de la concupiscencia de la vida exterior. Sigue:

CAPÍTULO XXVI

[Vet. XIX, Rec. XV].

VERS. 16.---He desesperado, ya no viviré más.

45. Unos justos poseen las cosas terrenas, otros las renuncian.---Hay algunos de los justos que de tal modo desean las cosas celestiales, que sin embargo mínimamente se quiebran de la esperanza de las terrenas. Poseen los patrimonios largueados divinamente para el subsidio de la necesidad, tienen los honores temporalmente pagados a ellos, no ambicionan lo ajeno, usan lícitamente lo suyo. Los cuales sin embargo son ajenos a las mismas cosas que tienen, porque no son tenidos por el deseo a estas mismas cosas que poseen. Y hay algunos de los justos que, ceñidos para comprender la cumbre de la perfección, mientras desean cosas más altas al interior, abandonan todo al exterior; los cuales se despojan de las cosas que tenían, y se expropian de la gloria del honor; los cuales por el deseo de las cosas internas por la asiduidad se afectan a sí mismos con un amigado pesar (*amici moeroris*), y no quieren tener consolación de lo exterior; los cuales mientras se aproximan con la mente a los goces internos, matan en sí fundadamente la vida

de la delectación corpórea. Pues a tales se les dice por Pablo: Porque muertos estáis, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Col. 3, 3). El Salmista había expresado la voz de estos, cuando decía: Codicia y desfallece mi alma por los atrios del Señor (Salm. 83, 3). Pues codician, pero no desfallecen, los que ya ciertamente desean las cosas celestiales, pero todavía sin embargo mínimamente se cansan de las delectaciones de las terrenas. Pero codicia y desfallece en los atrios de Dios el que, cuando desea lo eterno, no perdura en el amor de lo temporal. De aquí que el Salmista diga de nuevo: Desfalleció en tu salvación mi alma (Salm. 118, 81). De aquí que por sí misma la Verdad amoneste, diciendo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo (Luc. 9, 23). Y de nuevo: Si alguno no renunciare a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo (Luc. 14, 33). Por tanto, el varón santo, con la mente dividida de los deseos terrenos, se inserta en el número de estos, el cual dice: He desesperado, ya no viviré más. Pues desesperar del justo es desertar de los bienes de la vida presente por la elección de la eternidad, buscar lo que ha de permanecer, y no tener confianza en las cosas temporales. El cual haciendo estas cosas afirma que de ningún modo vivirá más, porque a saber se mata cada día de la vida de la pasión por una muerte vivificante (*vivificatrice morte*). Pues lejos esté que el varón santo desespere de la largueza de la divina misericordia, para que no retire el paso del corazón del provecho del camino íntimo, para que, desertando del amor del Creador, no permanezca en

el camino como destituido por el guía, y caiga traspasado por la espada de la desesperación latrocinante. Pero para que no parezcamos inclinar sus dichos violentamente al arbitrio de nuestro entendimiento, debemos pensar lo premiso por lo posterior. Pues en qué sentido haya dicho esto, él mismo al punto lo indica, quien añade:

CAPÍTULO XXVII

[Rec. XVI].

IBÍD.---Perdóname, Señor, porque nada son mis días.

46. Job desertó de los bienes perecederos por una piadosa desesperación, y buscó lo que permanece eternamente.---Pues ni estas dos palabras convienen entre sí, *he desesperado* y *perdona*. Pues el que desespera de ningún modo ya pide que se le perdone, y el que todavía desea que se le perdone ciertamente mínimamente desespera. De una cosa es pues que el varón santo desespera, de otra que pide que se le perdone, porque a saber mientras deserta de los bienes de la vida transeúnte por la desesperación, se levanta más robusto en la esperanza para obtener lo que permanece. Así pues, desesperando es conducido mejor a la esperanza del perdón, el cual tanto más ciertamente desea lo venidero, cuanto más verdaderamente abandona lo presente por la desesperación. Y se ha de notar que, insinuándonos la fuerza de su corazón, profirió ciertamente una sentencia sobre sí, pero repitió esta insinuándola por tercera vez. Pues lo

que arriba había dicho: *Eligió la suspensión mi alma,* esto repitiendo añadió, *He desesperado;* y codiciando lo eterno, y posponiendo lo temporal, esto finalmente infirió, *Perdóname;* y lo que arriba dijo, *La muerte mis huesos,* esto ciertamente añadió, *Ya no viviré más;* esto último profirió, *Porque nada son mis días.* [Vet. XX.] Pero bien considera que sus días son nada, porque, como poco antes ya hemos dicho a menudo, los varones santos cuanto más verdaderamente conocen lo sumo, tanto más sublimemente desprecian lo terreno; y por ello consideran que los días de la vida presente son nada, porque fijan los ojos de la mente iluminada en la consideración de la eternidad. De la cual mientras vuelven a sí mismos, ¿qué se reconocen ser sino polvo, y conscientes de su enfermedad, temen ser juzgados estrechamente? Y cuando miran la fuerza de tanto vigor, trepidan al ser examinados lo que son. De donde también todavía aptamente se añade:

CAPÍTULO XXVIII.

VERS. 17.---¿Qué es el hombre para que lo engrandezcas? ¿o por qué pones tu corazón hacia él?

47. Los santos consideran siempre su propia vileza, y los dones y juicios de Dios.---Dios engrandece al hombre, porque lo enriquece con la largueza de la razón, lo visita con la infusión de la gracia, lo exalta con el honor de la virtud conferida. Y como por sí mismo nada sea, le concede por el don de la benignidad ser partícipe de su conocimiento. Pero hacia el mismo hombre engrandecido pone el Señor su corazón, porque

después de los dones ejerce el juicio, pesa sutilmente los méritos, examina vehementemente los pesos de la vida, y tanto más estrechamente exige de él las penas después, cuanto más largamente lo previno con el don impenso. Mire, pues, el varón santo la inmensidad de la majestad suprema, y reduzca el ojo de la consideración a la propia enfermedad. Vea que la carne no vale para captar esto que la Verdad enseña por el espíritu sobre sí misma. Vea que incluso el espíritu levantado del hombre no basta para tolerar el juicio que Dios intenta bajo el examen de la estrecha retribución, y diga: *¿Qué es el hombre para que lo engrandezcas? ¿o por qué pones tu corazón hacia él?* Como si abiertamente exclamara, diciendo: El hombre es engrandecido por el don espiritual, pero sin embargo es carne; y consideras sus caminos estrechamente después de los dones, pero sin embargo si se juzgara removida la piedad, el peso que de tu sutileza inminente, ni el espíritu levantado a la justicia vale para llevarlo, porque aunque tus dones lo dilatan más allá de sí, sin embargo su enfermedad lo angustia para la inquisición de tu estrecho examen. De donde también todavía aptamente se añade:

CAPÍTULO XXIX

[Rec. XVII].

VERS. 18.---Lo visitas al amanecer, y de repente lo pruebas.

48. A los que Dios enriqueció con dones, los prueba con tentaciones. Para que aprendan

qué son por Dios, qué por sí mismos. Por eso entonces son turbados por pensamientos lúbricos.---¿Quién de nosotros no sepa que se llama amanecer (*diluculum*) cuando ya los tiempos nocturnos se mudan en la claridad de la luz? Nosotros, pues, somos oprimidos por las tinieblas de la noche cuando somos oscurecidos por la perpetración de la iniquidad. Pero la noche se vuelve en luz cuando la oscuridad de nuestro error es irradiada por el conocimiento de la verdad. La noche se vuelve en luz cuando el fulgor de la justicia ilumina nuestros corazones, que la ceguera de la culpa deprimía. Pablo había visto este amanecer nacer en las mentes de los discípulos cuando decía: La noche pasó, y el día se acercó (Rom. 13, 12). Por tanto, el Señor nos visita al amanecer, porque ilustra las tinieblas de nuestro error con la luz de su conocimiento, nos levanta por el don de la contemplación, nos exalta al alcázar de la virtud (*arcem virtutis*). Se ha de notar que Dios después que visita al amanecer, de repente prueba al hombre, porque tanto acercándose promueve nuestros corazones a las virtudes, como retirándose permite que sean sacudidos por la tentación. Pues si después de los dones de las virtudes no es sacudido por ninguna tentación, el ánimo se gloría de tener estas por sí mismo. Para que por tanto tenga tanto los dones de la firmeza, como reconozca humildemente su enfermedad, es elevado a lo alto por el acceso de la gracia, y por el receso es probado qué sea de sí mismo. Lo cual bien se nos insinúa por la historia de la sagrada lección (3 Rey. 3, 16), por la cual Salomón es re-

cordado tanto por haber recibido divinamente la sabiduría, como sin embargo después de recibida la misma sabiduría haber sido pulsado inmediatamente por la cuestión de las meretrices. Pues tan pronto como recibió la gracia de tanta revelación, sufrió el certamen de torpes mujeres, porque a saber a menudo cuando el respecto de la íntima largueza ilustra nuestra mente con las virtudes concedidas, a esta al punto también la turban pensamientos lúbricos, para que la que exulta levantada por un inmenso don, también pulsada por la tentación encuentre qué es. Así Elías tanto visitado al amanecer, abrió los cielos con su palabra; como sin embargo probado de repente, huyendo débil por los desiertos, temió a una mujer (3 Rey. 19, 3). Así Pablo es llevado al tercer cielo, penetrando considera los secretos del paraíso (2 Cor. 12, 2); y sin embargo, volviendo a sí mismo, trabaja contra la guerra de la carne, sostiene otra ley en sus miembros, por cuya rebelión en sí la ley del espíritu se duele de ser fatigada (Rom. 7, 21). Por tanto, Dios visita al amanecer, pero de repente después de la visitación prueba, porque tanto por el don conferido levanta, como sustraído por un poquito, demuestra al hombre a sí mismo. Lo cual sin duda alguna padecemos hasta que, borrada fundadamente la mancha del pecado, seamos reformados a la sustancia de la incorrupción prometida. De donde todavía aptamente se añade:

CAPÍTULO XXX

[Vet. XXI, Rec. XVIII].

VERS. 19.---¿Hasta cuándo no me perdonas, ni me dejas, para que trague mi saliva?

49. El sabor de la contemplación, no la saciedad, se da aquí. ---La saliva se desliza a la boca desde la cabeza, pero de la boca es conducida al vientre cuando se traga. ¿Qué es, pues, nuestra cabeza sino la divinidad? por la cual tomamos el principio de existir, para que seamos criatura, atestiguando Pablo, quien dice: *La cabeza del varón es Cristo, pero la cabeza de Cristo es Dios* (1 Cor. 11, 3). Pero ¿qué es nuestro vientre, sino la mente? la cual mientras recibe su alimento, a saber el entendimiento supremo, refaccionada sin duda alguna rige los miembros de todas las acciones. Pues si la sagrada elocuencia (*sacra eloquia*) a veces no expresara la mente con el nombre de vientre, Salomón ciertamente no habría dicho: *Lámpara del Señor es el espíritu del hombre, que investiga todos los secretos del vientre* (Prov. 20, 27), porque a saber mientras la gracia del respeto supremo nos ilustra, también nos manifiesta todo lo escondido de nuestra mente. ¿Qué pues se toma por el nombre de saliva sino el sabor de la íntima contemplación? la cual fluye hacia la boca desde la cabeza, porque de la claridad del Creador todavía a nosotros puestos en esta vida apenas nos toca con el gusto de la revelación. De donde también el Redentor viniendo mezcló la saliva con el lodo, y reparó los ojos del nacido ciego (Juan 9, 6), porque la gracia suprema irradia nuestro pensamiento carnal por la mezcla de su contemplación, y reforma al hombre de la ceguera original al entendimiento.

Pues porque la naturaleza lo engendró en este exilio ya expulsado de los goces del paraíso, el hombre procedió como desde el nacimiento sin ojos. Pero como el varón santo insinúa, esta saliva ciertamente se desliza a la boca, para que en verdad llegue hasta el vientre no se traga, porque la contemplación de la divinidad toca el sentido, pero no refacciona plenamente la mente, ya que el ánimo no vale para contemplar perfectamente lo que todavía, porque la calígine de la corrupción lo impide, ve por momentos.

50. La mente oprimida por la mole del cuerpo, no vale para adherirse mucho tiempo a la luz suprema. ---He aquí pues que la mente de los elegidos ya somete los deseos terrenos, ya trasciende todo lo que considera pasar, ya se suspende de la delectación de lo exterior, e investiga cuáles sean los bienes invisibles, y haciendo estas cosas frecuentemente es arrebatada a la dulzura de la suprema contemplación, y ya de lo íntimo algo como por calígine contempla, e intenta con ardiente deseo interesar a los ministerios espirituales de los ángeles; se apacienta con el gusto de la luz incircunscrita (*incircumscripti luminis*), y elevada más allá de sí se digna de recaer en sí misma; pero porque todavía el cuerpo que se corrompe agrava al alma (Sab. 9, 15), no vale para adherirse mucho tiempo a la luz que ve por momentos. Esa misma enfermedad de la carne retrae al alma que se trasciende a sí misma, y la reduce suspirando a pensar lo ínfimo y necesario. La saliva por tanto fluyendo de la cabeza toca la boca, pero al vientre mínimamente llega, porque

con el licor de la suprema contemplación ya ciertamente nuestro entendimiento se infunde, pero de ningún modo la mente se sacia plenamente. Pues en la boca está el gusto, en el vientre la saciedad. Por tanto no podemos tragar la saliva, porque no se nos permite saciarnos con el bien de la claridad suprema, que todavía gustamos de la tenuidad. Pero porque esto mismo, que de algún modo ya conocemos desde arriba, es por la piedad del que perdona, pero que en verdad no podemos percibir esto perfectamente todavía por la pena de la antigua condenación, rectamente se dice ahora: *¿Hasta cuándo no me perdonas, ni me dejas, para que trague mi saliva?* Como si abiertamente se dijera: Entonces perdonas plenamente al hombre, cuando lo hubieres admitido a la perfección de tu contemplación, para que vea tu claridad arrebatado al interior, y la corrupción de su carne no lo repela al exterior. Entonces permites que trague la saliva, cuando me hubieres infundido con el sabor de tu claridad hasta la abundancia de la saciedad, para que de ningún modo ya por la indigencia tenga hambre por el gusto de la boca, sino que en ti subsista sólido irrigado el vientre de la mente. Pero el que quiere promeritar el bien que pide, debe confesar el mal que hizo. Sigue:

CAPÍTULO XXXI

[Rec. XIX].

VERS. 20.---Pequé; ¿qué te haré, oh guardián de los hombres?

51. El hombre caído por sí mismo, por sí mismo no vale para levantarse.---He aquí que confiesa el mal que hizo, pero no encuentra el bien que deba ofrecer a Dios en recompensa (*recompensationem*), porque para lavar la culpa cualquier virtud de la acción humana es débil, a no ser que la misericordia del que perdona la fomente, y no la oprima la justicia del que juzga rectamente. De donde rectamente se dice por el Salmista: *Mejor es tu misericordia que la vida* (Salm. 62, 4), porque por más que parezca inocente, sin embargo ante el juez estrecho nuestra vida no nos libra, si la benignidad de la misericordia no le relaja la deuda de su reato. O ciertamente cuando se dice: *¿Qué te haré?* patentemente se muestra que estos mismos bienes que se nos manda hacer, no aprovechan al preceptor, sino a nosotros. De donde de nuevo se dice por el Salmista: *Porque de mis bienes no necesitas* (Salm. 15, 2). Pero la humildad de nuestra destitución se expresa cuando Dios es llamado guardián de los hombres (*custos hominum*), porque si su custodia mínimamente nos protege, ante las asechanzas del enemigo oculto, el ojo vigilante de nuestra solicitud duerme, atestiguando de nuevo el Salmista, quien dice: *Si el Señor no guardare la ciudad, en vano vigilan los que la guardan* (Salm. 126, 1. 2). Pues por nosotros caímos, pero no valemos para resurgir con nuestras fuerzas. La culpa de la propia voluntad una vez nos abatió, pero la pena de la culpa peor nos deprime cada día. Intentamos levantarnos a la rectitud perdida por los conatos de los estudios, pero somos gravados por el peso

de los méritos. De donde también aptamente se añade.

CAPÍTULO XXXII

[Rec. XX, Vet. XXII].

IBÍD.---¿Por qué me pusiste contrario a ti, y me he vuelto pesado para mí mismo?

52. Pecando se hizo contrario a Dios.---Entonces Dios puso al hombre contrario a sí mismo, cuando el hombre abandonó a Dios pecando. Pues capturado por las persuasiones de la serpiente, existió como enemigo de aquel cuyos preceptos despreció. Pero el justo Creador lo puso contrario a sí mismo, porque lo reputó como enemigo por la soberbia (*elatione*). Pero esta misma contrariedad de la culpa se ha vuelto para el hombre un peso de la pena, para que sirva malamente libre a su propia corrupción, el que como buen siervo gozaba de la libertad de la incorrupción. Pues desertando del saludable alcázar de la humildad, llegó al yugo de la enfermedad por la soberbia, y al erguir sometió la cerviz del corazón, porque el que no quiso estar bajo los mandatos divinos, se abatió bajo sus propias necesidades. Lo cual mostramos mejor, si expresamos aquellas cosas que abatido sostiene, y primero los pesos de la carne, y después de la mente.

53. En cuántos modos el hombre sea pesado para sí mismo, por causa del cuerpo. Y por causa de la mente. Nuestra mente amplia y estrecha.---Pues para que callemos esto, que tolera dolores, que anhela con fiebres, por su propia enfermedad

es constreñida esta misma salud nuestra del cuerpo que se llama salud. Pues por el ocio se consume, por la obra desfallece; desfalleciendo por la inedia, se refacciona con el alimento para que subsista; cansándose por la refacción, se alivia por la abstinencia para que vigorice; se baña con agua, para que no se seque; se limpia con lienzos, para que no se licue demasiado por la misma perfusión; se vegeta por el trabajo, para que no se entorpezca por el reposo; se refomenta por el reposo, para que no sucumba por la ejercitación del trabajo; fatigada por las vigilias, se repara por el sueño; oprimida por el sueño, se sacude por las vigilias, para que no se canse peor por su propio reposo; se cubre con vestidos, para que no sea penetrada por la adversidad del frío; desfalleciendo por el calor buscado, se refomenta por el soplo de los aires. Y cuando de allí encuentra molestias, de donde buscó evitar las molestias, malamente herida, por así decirlo, languidece de su mismo medicamento. Removidas pues las fiebres, y cesando los dolores, nuestra misma salud es una enfermedad, a la cual nunca falta la necesidad de curar. Pues cuantos consuelos buscamos para el uso del vivir, nos oponemos como a otros tantos medicamentos de nuestra enfermedad. Pero el medicamento también se vuelve en herida, porque permaneciendo un poco más de tiempo en el exquisito remedio, desfallecemos más gravemente por aquello que providentemente preparamos para la refacción. Así ciertamente debió ser corregida la presunción, así abatida la soberbia.

Porque pues una vez tomamos el espíritu elado, he aquí que diariamente llevamos lodo que fluye.

54. Nuestra misma mente también, excluida del gozo seguro del secreto interior, ahora es engañada por la esperanza, ahora es vejada por el pavor, ahora es abatida por el dolor, ahora es aliviada por una falsa hilaridad; ama pertinazmente lo transitorio, y por su pérdida es incesantemente desgastada, porque también es incesantemente permutada por un curso rápido. Pero sometida a las cosas mutables, también es variada de sí misma. Pues buscando lo que no tiene, lo percibe ansiosa; y cuando ha comenzado a tener esto, le aburre haber percibido lo que buscó. Ama a menudo lo que había despreciado, desprecia lo que amaba. Con trabajo aprende las cosas que son eternas, pero de estas de repente se olvida, si dejare de trabajar. Busca mucho tiempo, para encontrar un poquito de lo sumo, pero recayendo más rápido a lo acostumbrado, ni un poco persevera en aquellas cosas que encuentra. Deseando ser instruida, apenas supera su propia ignorancia, pero instruida, lucha más gravemente contra la gloria de la ciencia. Apenas somete a sí la tiranía de su propia carne, pero sin embargo todavía dentro tolera las imágenes de la culpa, cuyas obras ya fuera restringió venciendo. Se yergue en la inquisición de su autor, pero la calígine familiar (*amica caligo*) de las cosas corpóreas la confunde siendo reverberada. Quiere mirar cómo lo incorpóreo rige el cuerpo, y no vale. Busca maravillosamente lo que no basta para responderse a sí misma, y bajo ello ignorante desfallece, lo que

prudentemente busca. Considerándose amplia y estrecha al mismo tiempo, ignora qué tal se estime verdaderamente, porque si no fuera amplia, de ningún modo buscaría tales cosas para investigar, y de nuevo si no fuera estrecha, encontraría al menos esto mismo que ella busca.

55. El hombre mientras, habiendo dejado a Dios, creyó bastarse a sí mismo, no encontró en sí nada sino un tumulto de perturbación. Job, oprimido por esto, pide la misericordia de Dios. ---Bien pues se dice: Me pusiste contrario a ti, y me he vuelto pesado para mí mismo, porque mientras el hombre, habiendo sido rechazado, tolera tanto las molestias de la carne como las cuestiones de la mente, lleva ciertamente a sí mismo como un pesado peso.

Por todas partes es oprimido por languideces, por todas partes es urgido por enfermedades, de modo que aquel que, habiendo dejado a Dios, creyó bastarse a sí mismo para el reposo, no encontrara en sí nada sino un tumulto de perturbación, y una vez encontrado buscara huir de sí mismo, pero, despreciado el Autor, no tuviera a dónde huir de sí mismo. Contemplando bien los pesos de esta enfermedad cierto sabio, dice: Un yugo pesado está sobre los hijos de Adán, desde el día de la salida del vientre de su madre hasta el día de la sepultura en la madre de todos (Ecli. 40, 1).

Pero el bienaventurado Job, considerando estas cosas y gimiendo por qué han sido así ordenadas, no rebate la justicia, sino que inquiere la misericordia, para que preguntando él mismo lla-

me humildemente a lo que la divina piedad mude perdonando. Como si dijera abiertamente: ¿Por qué desprecias al hombre como casi contrario a ti, siendo que sé por cierto que no quieres que perezca ni siquiera aquel mismo a quien se cree que desprecias? Por lo cual bien todavía expresa la humildad de la confesión, y añade la voz de la libre inquisición, diciendo:

CAPÍTULO XXXIII

[Vet. XXIII].

VERS. 21.---¿Por qué no quitas mi pecado, y por qué no remueves mi iniquidad?

56. Desea al Mediador y la resurrección.---¿En cuyas palabras verdaderamente qué otra cosa que el deseo del Mediador esperado se insinúa? de quien dice Juan: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (Juan 1, 29). O ciertamente el pecado es entonces plenamente quitado del género humano, cuando nuestra corrupción es permutada por la gloria de la incorrupción. Pues de ningún modo podemos ser libres de culpa, mientras somos retenidos en el cuerpo de muerte. Por tanto desea la gracia del Redentor, o la solidez de la resurrección, el que espera que su iniquidad sea removida de raíz. Por lo cual pronto añadiendo tanto la pena que mereció por su origen, como el juicio que teme por su propia acción, añade:

CAPÍTULO XXXIV

[Rec. XXI].

IBÍD.---He aquí que ahora dormiré en el polvo; y si por la mañana me buscares, no subsistiré.

57. Mientras es oprimido por la pena presente, es más gravemente urgido por las futuras. La humildad es una cobertura ante la espada del juez.---Al primer hombre que pecó se le dijo: Polvo eres, y al polvo volverás (Gén. 3, 19). Pero por la mañana se llama a aquella manifestación de las mentes, que en el advenimiento del juez es demostrada con los pensamientos abiertos casi después de las tinieblas de la noche. De cuya mañana ciertamente se dice por el Salmista: Por la mañana estaré ante ti y veré (Sal. 5, 5). Pero buscar por parte de Dios es discutir al hombre con una sutil interrogación, y juzgar discutiendo estrictamente.

Por tanto el bienaventurado Job, considerando los daños del abatimiento humano, vea que tanto es ya oprimido por la pena presente, como todavía es más gravemente urgido por las futuras: Y diga: He aquí que ahora dormiré en el polvo; y si por la mañana me buscares, no subsistiré. Como si más abiertamente deplorara, diciendo: en el presente ciertamente ya padezco la muerte de la carne, y sin embargo todavía temo del juicio venidero una muerte más grave, la sentencia de tu estrechez (districtionis): sostengo el exterminio por la culpa, pero todavía viniendo al juicio temo que las culpas sean restituidas aun después del exterminio.

Considerando pues la muerte exterior, diga: He aquí que ahora dormiré en el polvo; temiendo la interior añada: Y si por la mañana me buscares, no subsistiré. Pues por mucha justicia de que estén dotados, de ningún modo se bastan a sí mismos para la inocencia ni siquiera los elegidos, si en el juicio fueren estrictamente requeridos. Pero esto encuentran ahora para el consuelo de su liberación, que humildemente saben que no pueden bastarse a sí mismos. Bajo la cobertura de la humildad pues se esconden de la espada de tanta animadversión, y en cuanto aguardando el terror del juicio venidero trepidan con continuo temor, por eso incesantemente se actúa para que se hagan más preparados. Sigue.

CAPÍTULO XXXV

[Vet. XXIV, Rec. XXII].

CAP. VIII, VERS. 1, 2.---Respondiendo pues Baldad el Suhita dijo: ¿Hasta cuándo hablarás tales cosas, y será el espíritu de las palabras de tu boca múltiple?

58. Las palabras de los justos son pesadas para los injustos. Cuádruple fuerza del hablar. Una sola subyace al crimen.---Para los injustos siempre son pesadas las palabras de los justos; y lo que oyen proferido para edificación, esto lo llevan casi como un peso superpuesto. Lo cual de sí abiertamente indica Baldad el Suhita, diciendo: ¿Hasta cuándo hablarás tales cosas? Pues el que dice hasta cuándo muestra que ya no puede llevar las palabras de edificación. Pero cuando

los inicuos desprecian ser corregidos, criminan lo bien proferido. Por lo cual también inmediatamente añade: Y el espíritu del discurso de tu boca múltiple. Cuando la multiplicidad en el discurso es reprendida, sin duda la gravedad de la inteligencia en el sentido es denegada.

Pues la fuerza suma de los que hablan se distingue por una cualidad cuadriforme. Pues hay algunos a quienes la amplitud de sentir y de decir dilata, y hay algunos a quienes la inopia de sentir y de decir estrecha. Hay algunos que tienen la eficacia de decir, pero no tienen el agudeza de sentir; y hay algunos que se apoyan en el agudeza de sentir, pero enmudecen por la inopia de la locución. Pues esto vemos en los hombres, lo que vemos a menudo en las cosas insensibles. Pues frecuentemente tanto el agua abundante es conducida desde lo íntimo y es derivada por anchos conductos a la superficie. Frecuentemente estrecha yace oculta en lo íntimo, y encontrando difícilmente las grietas para progresar, rezuma más estrecha hacia fuera. Frecuentemente mínima nace en lo escondido; y cuando encuentra patentemente por dónde salir, procede tenue desde un ancho orificio, y los grandes conductos se dilatan, pero no hay lo que fundan. Pero frecuentemente en verdad amplia surge en lo escondido, pero oprimida por estrechos conductos fluye tenuísimamente.

Así pues en otros la boca patente emana lo que el largo fount del ingenio ministra. En otros ni el sentido ofrece el intelecto, ni la lengua lo funde. En otros ciertamente la boca está patente

para hablar, pero la lengua dispuesta para rendir nada recibe del sentido. Pero en otros el largo fount del sentir exuberante del corazón, pero una lengua impar estrecha este casi como un tenue conducto. En cuyas cuatro cualidades de decir ciertamente, solo la tercera subyace al crimen, la cual arrebata esto para sí por la locución, a lo que no asiente por el ingenio. Pues la primera es de alabar, la cual en ambos vale poderosamente. La segunda de compadecer, la cual de ambos carece humildemente. La cuarta de ayudar, la cual no vale para cumplir lo que siente. Pero la tercera de despreciar y reprimir, la cual, mientras se yergue por el discurso, yace por el sentido, la cual similar a miembros que se hinchan por la inflación, procede vasta, pero vacía, a los oídos de los oyentes. Lo cual ahora Baldad retuerce al crimen del bienaventurado Job, diciendo: [Vet. XXV.] El espíritu del discurso de tu boca múltiple. Pues el que atribuye multiplicidad del discurso a la boca, verdaderamente reprende la inopia del corazón. Como si dijera abiertamente: Por la abundancia de espíritu en el discurso de la boca te elevas, pero por la indigencia de sentido te estrechas. Pero los malvados, cuando reprenden cosas rectas, para que ellos mismos no parezcan ignorar lo que es justo, cosas buenas conocidas por todos, que aprendieron oyendo, las profieren como incógnitas. Por lo cual también Baldad inmediatamente añade:

CAPÍTULO XXXVI.

VERS. 3.---¿Acaso Dios suplanta el juicio, o el Omnipotente subvierte lo que es justo?

59. Los malvados cazan la alabanza de la doctrina. Alaban la justicia de Dios donde les va bien, donde les va mal la condenan.---Estas cosas el bienaventurado Job ni hablando las había negado, ni callando las ignoraba. Pero todos los procaces, como hemos dicho, profieren jactanciosamente aun las cosas conocidas, para que hablando parezcan doctos: desprecian callar moderadamente, para que no se crea que callaron por impericia. Pero se ha de saber verdaderamente que entonces alaban la rectitud de la divina justicia, cuando la incolumidad los eleva al gozo, y los azotes castigan a otros; cuando se ven a sí mismos disfrutar de la prosperidad de las cosas, y a otros ser fatigados por la adversidad. Pues mientras actúan perversamente, pero sin embargo se estiman rectos, esto de que les suministren cosas prósperas, creen que se debe a sus méritos; y por eso coligen que Dios no juzga injustamente, porque ninguna adversidad los contrista como a casi justos. Pero si la fuerza de la corrección suprema tocare su vida por breve que sea, golpeados inmediatamente increpan el consejo del examen divino, que poco antes incolumes preferían admirando, y niegan que sea justo el juicio que es adverso a sus costumbres, disputan sobre la equidad divina, saltan a palabras de resistencia (resultationis), y corregidos porque delinquieron, delinquen más gravemente. Por lo cual bien también se dice por el Salmista contra la confesión del pecador: Te confesará, cuando le

hicieres bien (Sal. 48, 19). Pues despreciada es la voz de la confesión que forma la jocundidad de la prosperidad. Pero solo la confesión tiene el mérito de gran peso, la cual de ningún modo separa la fuerza del dolor de la verdad de la rectitud, la cual la adversidad testigo del corazón aguza hasta el juicio de la voz. No es pues de extrañar que Baldad alabe la divina justicia, él que nada adverso tolera de la misma justicia.

60. La locura de los heréticos contra la Iglesia oprimida por las adversidades.---Pero porque dijimos que los amigos del bienaventurado Job tienen la especie de los heréticos, place que mostremos en pocos puntos cómo las palabras de Baldad concuerdan con las subrepcciones de los heréticos. Pues estos, mientras ven que la santa Iglesia es presa de la animadversión temporal en sí mismos, más audazmente se hinchan en la jactancia de la predicación perversa; y pretendiendo la rectitud del examen supremo, afirman que ellos prosperan por sus méritos, pero atestiguan que ella es afligida por dignas retribuciones, y con palabras halagüeñas buscan inmediatamente el acceso de la subrepcción entre los dolores, y hieren la vida de otros, reprochadas las muertes de otros, como si aquellos ya justamente hubieran muerto los que no quisieron creer cosas dignas sobre Dios. Por lo cual Baldad el Suhita, después que profirió la divina justicia, allí mismo añade:

CAPÍTULO XXXVII.

VERS. 4, 5, 6.---Aunque tus hijos pecaron contra él, y los dejó en mano de su iniquidad, tú sin

embargo si al amanecer te levantares hacia Dios, y deprecares al Omnipotente, si puro y recto caminares, al punto despertará hacia ti, y pacificado devolverá el habitáculo de tu justicia.

61. Reprocharon la escisión de los pueblos de la Iglesia como argumento de error.---Como si los predicadores de errores dijeran a los católicos afligidos: Proved vuestras vidas, y cuán perversas cosas sostenéis, conocedlo por la condenación de aquellos que han muerto entre vosotros, porque si vuestra perfidia no pluguiera al Creador de todos, de ningún modo os quitaría pueblos tan numerosos por el exterminio sañudo. Pues dice: Aunque tus hijos pecaron contra él, y los dejó en mano de su iniquidad. Como diciendo abiertamente: En la mano de su iniquidad fueron dejados los que no quisieron imitar la vida de nuestra rectitud. Tú sin embargo si al amanecer (diluculo) te levantares hacia Dios, y deprecares al Omnipotente. Pues porque los heréticos estiman poseer la luz de la verdad, llaman a la santa Iglesia como puesta en la noche del error, al amanecer (diluculum) de la verdad, para que tanto por el conocimiento de Dios surja como por el amanecer, y por la oración de la penitencia lave lo pasado. Si puro (mundus) y recto (rectus) caminares. Puro a saber en el pensamiento, recto en la obra. Al punto despertará hacia ti. Como si dijera abiertamente: Porque aquel que ahora no despliega la virtud de su protección en tus tribulaciones, duerme casi respecto al auxilio del que yerra. Y pacificado devolverá el habitáculo de tu justicia. Es decir, remueve las contrariedades de

la vida presente, y al punto ofrece la seguridad de la tranquilidad. Pues porque todos los perversos estiman el gozo temporal como el bien singular de la remuneración divina, aquellas cosas que ellos mismos ambicionan ansiosamente, estas prometen a otros como grandes. Por lo cual frecuentemente sucede que, o bien prometen recuperar las cosas perdidas, o bien extienden los ánimos de sus oyentes a premios todavía mayores de la vida presente. Lo cual patentemente expresa Baldad, cuando inmediatamente añade:

CAPÍTULO XXXVIII.

VERS. 7.---A tal punto, que si tus principios fueron pequeños, tus postrimerías se multipliquen en exceso.

62. Qué prometen a sus secuaces.---Pero si llama al consejo de la mente el habitáculo de la justicia, los maestros de errores prometen un pacificado habitáculo de justicia a los católicos afligidos, porque si los atraen a sus propias cosas, ciertamente callan de la contienda. Pues aquellos que pudieron ser atraídos a cosas perversas, tanto ya más tranquilamente están quietos en la paz temporal, cuanto más lejos son separados de la eterna. También prometen que las riquezas de la inteligencia crecerán para los que los siguen. Por lo cual también se añade: A tal punto, que si tus principios fueron pequeños, tus postrimerías se multipliquen en exceso. Pero porque no se cree fácilmente a sus palabras, puesto que a menudo su vida es demostrada despreciable, profieren las sentencias de los antiguos padres, y doblan la

rectitud de estas en argumento de su propio error. Por lo cual también se añade:

CAPÍTULO XXXIX

[Rec. XXIII]

VERS. 8. Interroga pues a la generación pristina, e investiga diligentemente la memoria de los padres.

63. Abusan de la autoridad de los antiguos padres.---Amonestan a que la generación pristina y la memoria de los padres de ningún modo sea vista, sino investigada: porque no quieren que se vea en ella lo que patentemente está a la vista de todos. A veces en verdad, a la manera de los buenos, enseñan algunas cosas moralmente, e insinúan cómo de lo pasado se colige lo presente, y por aquellas cosas que ya han sido sustraídas a nuestros ojos al pasar, demuestran cuán nulas son las cosas que se ven. Por lo cual también todavía se añade:

VERS. 9. Pues somos de ayer, e ignoramos que como sombras son nuestros días sobre la tierra.

64. Las cosas que ya han pasado nos enseñan con qué rapidez las demás han de pasar.---La generación pristina pues se propone para ser interrogada, para que se muestre que el tiempo de la vida presente pasa como una sombra; porque a saber, si reducimos a la memoria aquellas cosas que fueron y ya han pasado, reconocemos patentemente con qué rapidez huye también esto que tenemos. A menudo en verdad los heréticos alaban a los mismos padres con nosotros, a los que

veneramos, pero con el intelecto depravado, nos impugnan con las mismas alabanzas de ellos. Por lo cual también todavía se añade:

CAPÍTULO XLI.

VERS. 10.---¿Acaso ellos no te enseñarán, te hablarán, y de su corazón proferirán palabras?

65. Los malvados a veces profieren cosas buenas, pero no bien. Se hieren entonces con su propio dardo.---Se ha de notar que arriba había dicho: Espíritu múltiple del discurso de tu boca; ahora en cambio, reducidos los padres a la memoria, dice: De su corazón proferirán palabras. Como si los heréticos detestando la vida de la santa Iglesia, dijeran: Multiplicidad de espíritu tienes en la boca, no la tienes en el corazón. Pero aquellos han de ser oídos contra ti, los cuales proferiendo palabras del corazón, enseñaron cosas rectas viviendo.

A menudo en verdad los malvados, mientras ignoran el vicio de su propia fortaleza, laceran audazmente la rectitud de los demás; y cuando arrebatan para sí la autoridad de la reprensión contra los buenos, o bien profieren aquellos bienes que aprendieron no viendo sino oyendo; o bien cargan sobre otros, mintiendo, aquellos males que ellos mismos cometen. Sed cum ea bona proferunt quae servare contemnunt, sciendum est quia plerumque veritas sic per ora adversariorum sonat, ut eorum linguam movens vitam feriat, quatenus culmen rectitudinis loquentes et ignorantes, ipsi et verbis judices, et factis accusatores fiant. Por lo cual Baldad añade cosas mara-

villosas ciertamente contra los hipócritas, pero se acomete a sí mismo con el filo de la palabra, porque si no fuera él mismo un simulador de la justicia aunque sea en un poco, de ningún modo presumiría enseñar al justo con tanta temeridad.

Y ciertamente son muy fuertes las cosas que dice; pero estas debió decirlas a los necios, y no al sabio, a los malvados, y no al recto, porque también se afirma demente el que, estando sedientos los huertos, vierte agua en el río. Pero entre tanto posponiendo a quién se dice, pensemos sutilmente qué se dice, para que lo proferido nos instruya, aunque impugne el mérito de su autor. Sigue:

VERS. 11.---¿Acaso puede reverdecer el junco (scirpus) sin humedad, o crecer el carex (carectum) sin agua?

A quién compare Baldad el junco o el carex, él mismo al punto lo abre cuando subraya:

CAPÍTULO XLII.

VERS. 12, 13.---Estando aún en su flor, y sin ser arrancado por la mano, antes que todas las hierbas se seca; así son las vías de todos los que olvidan a Dios, y la esperanza del hipócrita perecerá.

66. El hipócrita tiene la apariencia de las buenas obras, no el fruto. Tiene los dones de Dios para incremento de su condenación.---Con el nombre pues de junco o de carex designa la vida del hipócrita, la cual tiene ciertamente la apariencia de verdor, pero no tiene el fruto de utilidad para los usos humanos; la cual, per-

maneciendo árida en la esterilidad de la obra, reverdece solo con el color de la santidad. Pero ni el junco aprovecha sin humedad, ni el carex sin agua, porque la vida de los hipócritas percibe ciertamente la infusión del don supremo para las buenas obras, pero, buscando las alabanzas exteriores en todo lo que hace, se desvanece del fruto de la infusión percibida.

Pues a menudo hacen obras maravillosas de signos, expulsan espíritus de cuerpos obsesos, y por el don de la profecía previenen conociendo todas las cosas venideras, pero sin embargo están divididos del dador de tantos dones por la intención del pensamiento, porque por sus dones no buscan la gloria de él, sino sus propios favores; y cuando por los bienes recibidos se elevan en su propia alabanza, con los mismos dones luchan contra el dador. Pues de allí ciertamente se ensoberbecen contra el dador, de donde debieron serle más humildes.

Pero tanto más los hiere después una sentencia más estrecha, cuanto más largamente la bondad suprema infunde ahora incluso a los ingratos. Y se vuelve para ellos la amplitud del don un incremento de condenación, porque irrigados no dan fruto, sino que bajo el color del verdor crecen vacíos hacia lo alto. A quienes la Verdad expresa bien por el Evangelio, diciendo: Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les confesaré: nunca os conocí, apartaos de mí los que obráis la iniquidad (Mt. 7,

22-23). El junco pues o el carex no vive sin agua, porque ciertamente los hipócritas no reciben el verdor de la buena operación sino del don supremo; pero porque arrebatan este para el uso de su propia alabanza, crecen ciertamente verdes en el agua, pero sin embargo vacíos.

68. El hipócrita no persevera en las buenas obras.

Entre estas cosas debe saberse que los bienes de los justos, porque comienzan desde el corazón, crecen hasta el término de la presente vida; pero las obras de los hipócritas, porque de ningún modo están radicadas en lo oculto, a menudo desfallecen antes de que la vida presente se acabe. Pues la mayoría de las veces insisten en el estudio de la sagrada erudición; y porque buscan esta no para preparar méritos, sino para granjearse favores, tan pronto como arrebatan el juicio de la alabanza humana, y por esto alcanzan la gracia del provecho transitorio, sirven con toda su mente a los cuidados seculares, y son vaciados totalmente de la sagrada erudición; y actuando después indican cuánto aman las cosas temporales, quienes antes predicaban solo las eternas. Pero la mayoría de las veces muestran la apariencia de una madurez asumida; se adornan con la quietud del silencio, la longanimidad de la paciencia, la virtud de la continencia; pero cuando por estas cosas han alcanzado la cima del honor buscado, y cuando ya se les tributa reverencia por parte de todos, al punto se derraman en la lascivia del placer, y ellos mismos son testigos para sí mismos de que no retuvieron los bienes desde el corazón,

quienes rápidamente los abandonaron. Pero a veces algunos dan lo que poseen, y distribuyen todo a los indigentes; pero sin embargo antes del término de la vida, encendidos por el prurito de la avaricia, apetecen lo ajeno, quienes parecían distribuir lo propio, y con pertinaz crueldad pretenden después lo que antes con fingida piedad abandonaron. [Vet. XXVIII.] Por lo cual también rectamente se dice ahora: Estando aún en su flor, y sin ser arrancado por la mano, antes que todas las hierbas se seca. Pues según la carne también los justos son hierba, atestiguándolo el profeta, que dice: Toda carne es heno (Is. 40, 6). Pero se dice que el junco se seca antes que todas las hierbas, porque, permaneciendo los justos en su bien, la vida de los hipócritas se seca del verdor de la rectitud asumida. Se secan también las demás hierbas, porque las obras de los justos desfallecen con la vida de la carne. Pero el junco previene la aridez de las hierbas, porque antes de que el hipócrita pase de la carne, abandona los hechos de las virtudes que había mostrado en sí. De los cuales bien se dice también por el Salmista: Sean como el heno de los tejados, que se seca antes de ser arrancado (Sal. 128, 6). Pues el heno del edificio nace en lo alto, pero de ningún modo se consolida con una raíz grasa, porque también el hipócrita se ve que ciertamente hace cosas elevadas, pero no se fortalece en ellas por la pureza del corazón. El cual ciertamente heno, aun no arrancado, se seca más rápido, porque a saber el hipócrita todavía subsiste en la vida presente, y ya pierde las obras de santidad como la apariencia del verdor.

Porque pues sin intención de recta reflexión se esforzó en hacer cosas buenas, perdiendo estas, indica que floreció sin raíz.

69. El hipócrita no puede disfrutar de su esperanza por mucho tiempo.

Pero Baldad, como ya hemos dicho, a quién compare el junco o el carex, al punto lo abre cuando subraya: Así son las vías de todos los que olvidan a Dios, y la esperanza del hipócrita perecerá. ¿Qué espera pues el hipócrita con todas sus obras, sino la reverencia del honor, la gloria de la alabanza, ser temido por los mejores, ser llamado santo por todos? Pero permanecer la esperanza del hipócrita no puede, porque, no buscando la eternidad, huye de lo que retiene. Pues de ningún modo la intención de su mente se fija en aquella gloria que se posee sin fin, sino que cuando ansía los favores transitorios, pierde al recibirlo aquello por lo que trabaja, atestiguándolo la Verdad, que dice: En verdad os digo que ya recibieron su recompensa (Mt. 6, 2, 5). Pero esta esperanza de recibir la recompensa no puede retenerse por mucho tiempo, porque por las obras mostradas se tributa el honor, pero la vida es urgida hacia el término; las alabanzas resuenan, pero los tiempos se apresuran hacia el fin con las alabanzas; y porque de ningún modo el ánimo se radica en el amor de la eternidad, cae ciertamente con las mismas cosas que ama. Pues nadie puede amar las cosas móviles y estar él mismo inmóvil. Porque el que abraza lo transitorio, por eso mismo es llevado a la carrera, por lo cual se implica con lo que corre. Diga pues: Y la esperanza del hipó-

crita perecerá, porque la alabanza humana que con grandes trabajos apetece, impulsada por los momentos de los tiempos se desliza. Bien pues se añade:

CAPÍTULO XLIII

[Rec. XXV].

VERS. 14.---No le complacerá su insensatez.

70. El hipócrita vende por poco precio una cosa de gran valor. Es semejante a la vid fecunda y descuidada.---Es ciertamente una gran insensatez hacer cosas laboriosas, y ansiar la brisa de la alabanza; servir a los preceptos celestiales con obra fuerte, pero buscar el premio de la retribución terrenal. Pues, por así decirlo, el que por la virtud que hace desea los favores humanos, lleva una cosa de gran mérito a la venta por un precio vil; de donde pudo merecer el reino del cielo, de allí busca la moneda del discurso transitorio. Por un precio vil pues vende la obra, porque gasta grandes cosas, pero recibe mínimas. [Vet. XXIX.] ¿A quiénes pues son semejantes los hipócritas, sino a las vides fecundas y descuidadas, las cuales producen fruto por su exuberancia, pero de ningún modo son levantadas de la tierra por el esmero? Lo que los pingües sarmientos germinan, las bestias errantes lo pisotean; y cuanto más abundantemente ven esto, arrojado en lo más bajo más ávidamente lo consumen, porque ciertamente las obras de los hipócritas, mientras se muestran claras, brotan como pingües, pero mientras buscan las alabanzas humanas son co-

mo abandonadas en la tierra. Las cuales bestias de este mundo, a saber los espíritus malignos, las comen, porque las inclinan al uso de la perdición; y tanto más ardientemente las arrebatan, cuanto también las grandes cosas se dan a conocer más claramente. Por lo cual bien se dice por el profeta: El tallo en pie, no hay en ellos germen, y no harán harina; que si la hicieren, los extraños la comerán (Os. 8, 7). Pues el tallo no tiene germen cuando la vida carece de los méritos de las virtudes. El tallo no hace harina cuando aquel que aprovecha en el presente siglo nada entiende de sutileza, ningún fruto de buena obra devuelve.

71. El hipócrita sacia a los espíritus malignos con sus frutos. Se alimenta también él mismo ahora, de otro modo después de la muerte.--- Pero a menudo también cuando la ha hecho, los extraños comen esta, porque también cuando los hipócritas muestran buenas obras, con estas se sacian los deseos de los espíritus malignos. Pues quienes por estas no buscan complacer a Dios, de ningún modo alimentan al señor del campo, sino a los extraños. El hipócrita pues, semejante al sarmiento fecundo y descuidado, no puede conservar el fruto, porque el racimo de la buena obra yace en la tierra. Pero sin embargo con esta misma insensatez suya se alimenta, porque por la buena obra es honrado por todos; sobresale ante los demás, retiene las mentes sujetas de los hombres, es ensalzado en lugares mayores, se nutre de favores. Pero estas cosas de su insensatez le complacen entre tanto, pero no le complacerán, porque cuando llegue el tiempo de la retribución,

desagrada en la pena que haya sido insensato. Entonces comprenderá que ha actuado neciamente, cuando por la delectación de la alabanza reciba la sentencia de la reprensión divina. Entonces considera que fue insensato, cuando por la gloria temporal que percibió le castigan los tormentos perpetuos. Entonces los suplicios abren el verdadero conocimiento, porque por estos ciertamente se colige que nada fueron todas las cosas que pudieron pasar. Por lo cual también rectamente se añade:

CAPÍTULO XLIV

[Rec. XXVI].

IBÍD.---Y como tela de araña su confianza.

72. La vana confianza del hipócrita, ningún bien ante Dios, predicación infructuosa, abstinencia inútil.---Bien se dice que la confianza de los hipócritas es semejante a las telas de araña, porque el viento de la vida mortal disipa todo lo que sudan para obtener la gloria. Pues ya que no buscan lo eterno, pierden con el tiempo los bienes temporales. Debe pensarse también que las arañas conducen sus hilos por orden, porque los hipócritas disponen sus obras como bajo discreción. La tela de araña se teje estudiosamente, pero se disipa por un soplo repentino, porque todo lo que el hipócrita realiza con trabajo se lo lleva la brisa del favor humano; y mientras la obra desfallece en el apetito de la alabanza, el trabajo se desvanece como en el viento. Pues a menudo los hechos de los hipócritas perduran hasta el tér-

mino de la presente vida, pero porque por estos no buscan la alabanza del autor, nunca fueron bienes ante los ojos de Dios. Pues la mayoría de las veces, como ya hemos dicho, se apoyan en la erudición de la ley sagrada, profieren palabras de doctrina, ciñen todo lo que sienten con testimonios, y sin embargo por estos no buscan la vida de los oyentes, sino sus propios favores, porque no han sabido proferir otras cosas, sino aquellas que sacudan los corazones de los oyentes para devolver alabanzas, pero no los enciendan para las lágrimas. [Vet. XXX.] Pues la mente ocupada en las concupiscencias exteriores no se calienta con el fuego del amor divino; y por eso no pueden inflamar a sus oyentes hacia el deseo supremo las palabras que se profieren con corazón frío. Pues ni una cosa que no haya ardido en sí misma enciende a otra. Por lo cual sucede la mayoría de las veces que los dichos de los hipócritas ni instruyen a los oyentes, y vuelven peores a esos mismos que se profieren, elados por las alabanzas. Pues atestiguándolo Pablo, La ciencia infla, la caridad edifica (1 Cor. 8, 1). Por tanto, cuando la caridad no erige edificando, la ciencia pervierte inflando. La mayoría de las veces los hipócritas se afligen con maravillosa abstinencia, desgastan todo el vigor del cuerpo, y viviendo en la carne extinguen como totalmente la vida de la carne, y así por la abstinencia se acercan a la muerte, que mueren casi viviendo a diario. Pero para esto buscan los ojos humanos, pretenden la gloria de la admiración, atestiguándolo la Verdad, que dice: Desfiguran sus rostros para que parezca a los hombres

que ayunan (Mt. 6, 16). Pues los rostros palidecen, el cuerpo es sacudido por la debilidad, el pecho es urgido por suspiros que lo interrumpen. Pero entre tanto, se busca de la boca de los prójimos el discurso de la admiración, y nada más se piensa con tanto trabajo, sino la estimación humana. A quienes ciertamente significa bien aquel Simón, que en el tiempo de la pasión del Señor llevaba la cruz por obligación (angaria), de quien está escrito: Hallaron a un hombre de Cirene, que venía al encuentro, de nombre Simón; a este lo obligaron para que llevara la cruz de Jesús (Mt. 27, 32; Mc. 15, 21). Pues lo que hacemos por obligación, no lo realizamos por esmero de amor. Llevar pues la cruz de Jesús por obligación es tolerar la aflicción de la abstinencia por otra intención de la que es necesaria. ¿O acaso no lleva la cruz de Jesús por obligación el que, como por precepto del Señor, doma la carne, pero sin embargo no ama la patria espiritual? Por lo cual también el mismo Simón lleva la cruz, pero de ningún modo muere, porque todo hipócrita aflige ciertamente el cuerpo por la abstinencia, pero sin embargo por el amor de la gloria vive para el mundo.

[Vet. XXXI.] 73. Inflige la cruz a la carne, pero vive para el mundo.---Por el contrario, bien se dice por Pablo acerca de los elegidos: Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus vicios y concupiscencias. Pues crucificamos la carne con sus vicios y concupiscencias, si de tal modo restringimos la gula, que ya no busquemos nada de la gloria del mundo. Pues el que macera el cuerpo, pero ansía los honores, ha infligido la

cruz a la carne, pero por la concupiscencia vive peor para el mundo, porque también a menudo por la imagen de la santidad el indigno alcanza un lugar de gobierno, el cual, si no mostrara algo de virtud en sí mismo, no merecería recibir por ningún trabajo. Pero pasa lo que obtiene deleitablemente, y permanece penalmente lo que sigue. La confianza de la santidad se pone ahora en la boca de los hombres; pero cuando el juez interno examina los secretos del corazón, no se buscan exteriormente testigos de la vida. Bien pues se dice: Como tela de araña su confianza, porque al aparecer el testigo del corazón, pasa todo lo que exteriormente confía en el favor humano. Por lo cual también todavía se añade aptamente:

CAPÍTULO XLV

[Rec. XXVII].

VERS. 15.---Se apoyará sobre su casa, y no permanecerá; la apuntalará, y no se levantará.

74. La casa del hipócrita sobre la cual se apoya es el favor humano. No puede permanecer en pie.---Así como la casa de la conversación exterior es el edificio que habita el cuerpo, así la casa de nuestro pensamiento es cualquier cosa que el ánimo habita por el amor. Pues todo lo que amamos, lo habitamos como descansando en ello. Por lo cual Pablo, porque había fijado su corazón en lo de arriba, puesto ciertamente en la tierra, pero sin embargo extraño a la tierra, decía: Nuestra conversación está en los cielos (Fil. 3, 20). Así pues la mente del hipócrita no piensa en

nada más en todo lo que hace sino en la gloria de su propia opinión, ni le importa a dónde sea llevado después por el mérito, sino qué se diga entre tanto. Su casa pues es la delectación del favor, la cual habita como tranquilo, porque por todas sus obras se reclina hacia esta dentro de su ánimo. Pero esta casa no puede permanecer en pie, porque la alabanza pasa con la vida, y el favor humano no subsiste en el juicio. Por lo cual también las vírgenes necias, que no habían tomado aceite en sus vasijas, porque a saber tenían la gloria en las voces ajenas y no en sus propias conciencias, turbadas por la presencia del esposo, dicen: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan (Mt. 25, 8). Pues pedir aceite a los prójimos es implorar la gloria de la buena obra del testimonio de la boca ajena. Pues la mente vacía, cuando con todos sus trabajos hubiere hallado que nada ha retenido dentro, busca el testimonio fuera. Como si abiertamente dijeran las vírgenes necias: Cuando nos veáis rechazadas sin retribución, decid qué visteis en nuestra obra.

[Vet. XXXII.] 75. Ni tampoco permanecerá en pie en el juicio la confianza de la santidad del hipócrita.---Pero en vano entonces se apoya el hipócrita en esta casa de alabanza, porque en nada le ayuda el testimonio humano en el juicio; porque aquella misma alabanza, que después exige en el testimonio, antes la recibió en recompensa. O ciertamente el hipócrita se apoya sobre su casa, cuando, engañado por vanos favores, se ensalza como por confianza de santidad. Pues muchos hipócritas hacen muchos males en oculto, pero

algunos bienes en público. Y cuando reciben alabanzas por los bienes patentes, apartan los ojos de la consideración de los males ocultos; y se estiman tales cuales oyen fuera, no cuales se conocen dentro. Por lo cual sucede la mayoría de las veces que vienen con confianza también al juicio supremo, porque se creen ante el árbitro interno tales cuales eran tenidos por los hombres fuera. Pero la casa del hipócrita no puede permanecer en pie, porque en el terror del estrecho examen cae toda la anterior confianza de santidad. Y cuando conociere que le faltan los testimonios de la boca ajena, se vuelve a enumerar sus propias obras. Por lo cual también todavía se añade: La apuntalará, y no se levantará. Pues esto, que por sí mismo no puede estar en pie, se apuntala para que esté, porque cuando el hipócrita ve que su vida se tambalea en el juicio, se esfuerza por establecerla apuntalándola con la enumeración de las obras. ¿O acaso no apuntalan de aquí y de allá el habitáculo de su alabanza, quienes enumerando sus hechos en el juicio, como antes dijimos, dicen: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? (Mt. 7, 22). Pero la casa de la alabanza apuntalada por tantas alegaciones mínimamente se levanta, porque al punto dice el juez: Nunca os conocí, apartaos de mí los que obráis la iniquidad (Ibíd. 23). Y debe saberse que esto que se levanta se erige desde lo más bajo hacia lo superior. La casa pues del hipócrita no puede levantarse, porque por todo lo que pudo hacer según los preceptos celestiales,

nunca levantó su ánimo de la tierra. Con justicia pues entonces de ningún modo es erigido para el premio de la retribución, el que por esto que ahora exhibe yace en el apetito de la gloria temporal. [Vet. XXXIII, Rec. XXVIII.] Pero porque hemos oído cómo la vida del hipócrita, designada con el nombre de junco, es reprobada en el juicio, antes de que aparezca el juez severo, oigamos cómo es tenido por los hombres. Sigue:

CAPÍTULO XLVI.

VERS. 16.---Se ve húmedo antes de que venga el sol.

76. Ahora el hipócrita es creído santo, pero al venir Cristo aparecerá inicuo.---A menudo en el sagrado elocuio el Señor es figurado por la apelación del sol, como se dice por el profeta: Mas para vosotros que teméis mi nombre, nacerá el sol de justicia (Mal. 4, 2). Y como los impíos rechazados en el juicio son descritos diciendo en el libro de la Sabiduría: Erramos el camino de la verdad, y la luz de la justicia no nos alumbró, y el sol no nació para nosotros (Sab. 5, 6). Antes del sol pues el junco se ve húmedo, porque antes de que la severidad divina resplandezca en el juicio, todo hipócrita se muestra infundido con la gracia de la santidad; se ve como verde, porque es estimado justo, obtiene un lugar de honor, prevalece por la gloria de la santidad, se le rinde veneración por todos, se extiende la opinión de su alabanza. Así pues este junco está húmedo en la noche; pero al venir el sol se seca, porque a saber el hipócrita en las tinieblas de la vida presente es creído santo

por todos, pero cuando venga el juez severo, aparecerá cuán inicuo es. Diga pues: Se ve húmedo antes de que venga el sol, porque ahora se muestra verde a los ojos humanos, pero entonces en el calor del juicio divino se secará. Sigue:

CAPÍTULO XLVII.

IBÍD.---Y en su nacimiento brota su germen.

77. Tan pronto como actúa rectamente, el hipócrita quiere ser alabado. Habiendo asumido el hábito de la santidad, a veces se vuelve peor.---Cualquier hierba al nacer es producida primero de la tierra, es tocada por la brisa y los calores, es nutrida por el sol y las lluvias, y entonces por fin se abre para producir el germen de su semilla. Pero el junco nace con su flor, y tan pronto como surge de la tierra, produce consigo el germen de su semilla. Bien pues por las demás hierbas se designa a cualesquiera santos, pero por el junco al hipócrita, porque los varones justos, antes de que nazcan en la obra de la santa conversación, toleran el invierno de esta vida, y los calores de las pesadas persecuciones los fatigan; pero cuando hacen cosas rectas, de ningún modo buscan aquí la remuneración de su rectitud; pero cuando salen de los trabajos del mundo presente, viniendo a la patria eterna, disfrutan de la retribución esperada. Por el contrario el hipócrita, porque pronto nace en la buena obra, se esfuerza por recibir la gloria del mundo presente. Como a la manera del junco nace con el germen, quien por aquello de que comienza a vivir bien, busca inmediatamente ser honrado por todos. El germen

pues en el nacimiento es la remuneración en el comienzo. Pues a menudo algunos abandonan las vías de la depravación abierta, toman el hábito de la santidad; y tan pronto como han llegado a los primeros umbrales del vivir bien, olvidados de quiénes fueron, ya no quieren ser afligidos por la penitencia por las maldades consumadas; sino que apetecen ser alabados por la justicia comenzada, desean presidir a los demás incluso mejores. A los cuales la mayoría de las veces, mientras les sigue la prosperidad presente según su deseo, se vuelven mucho peores de lo que habían sido antes por el hábito de la santidad. Pues ocupados en múltiples cosas, y confundidos por esa misma ocupación, no solo no deploran mínimamente lo perpetrado, sino que todavía exageran lo que debe ser deplorado.

[Vet. XXXIX. Rec. XXIV.] 78. El recién convertido no debe ser promovido a oficios exteriores. Nuestros bienes perecen si son revelados demasiado pronto.---Pues quienes abandonan el mundo no deben ser promovidos a oficios exteriores, a no ser que por la humildad se solidifiquen durante más tiempo en el desprecio de ese mismo mundo. Pues más rápido perecen los bienes que se dan a conocer a los hombres antes de tiempo, porque también los arbustos plantados antes de que se unan con una raíz fija, si la mano que los sacude los toca, los seca. Pero si la raíz se fija en lo profundo, y se solidifica rociada con las humedades de la tierra, a esta tanto la mano la empuja, pero no la daña; a estos también los soplos de los vientos los sacuden encorvándolos,

pero no los derriban. Para que no sea pues arrancada la vida de la obra comenzada, por mucho tiempo y robustamente debe fijarse la raíz del corazón en lo profundo de la humildad, para que cuando de la boca humana sopla el aura de la detracción o del favor, aunque la encorve hacia cualquier parte de cualquier modo, no arranque el ánimo de raíz; sino que vuelva a su estado inmediatamente después de la flexión, si permanece fuerte en su raíz ante sí mismo. ¿Qué hay en las cosas que crecen más robusto que una pared que se levanta? La cual sin embargo si, mientras se construye, es empujada, al punto se destruye sin trabajo; pero si por un espacio de tiempo se permite que se seque de su humedad, a menudo ni por los golpes de los arietes es sacudida. Así, así ciertamente nuestros bienes tanto perecen manifestados intempestivamente, como se solidifican ocultados más tiempo, porque cuando la mano de la ocupación humana toca la vida incipiente de nuestra conversación, empuja como a una pared reciente, y la destruye fácilmente, porque todavía no ha perdido la humedad de su propia flaqueza. Pero cuando en la larga abyección de su quietud se comprime el ánimo, se endurece como a la manera de una pared seca contra los golpes, y al punto rebota roto todo lo que golpea lo sólido. De aquí es que Moisés prohibió que la vida de los que comienzan fuera ejercida en ocupaciones humanas, diciendo: No trabajarás con el primogénito de tu buey, ni trasquilarás los primogénitos de tus ovejas (Dt. 15, 19). Pues trabajar con el primogénito del buey es mostrar los inicios de la buena

conversación en el ejercicio de la acción pública. Trasquilar también los primogénitos de las ovejas es desnudar nuestros bienes incipientes ante los ojos humanos de la cubierta de su ocultamiento. En el primogénito pues del buey se nos prohíbe trabajar, y somos refrenados de trasquilar los primogénitos de las ovejas, porque aunque comencemos algo robusto, no debemos ejercerlo en abierto demasiado pronto. Y cuando nuestra vida comienza algo simple e inocuo, es digno que no deje los velos de su secreto, no sea que muestre esto desnudo a los ojos humanos como con el vellón retirado.

[Vet. XXXV.] 79. Los inicios de la buena vida deben dedicarse solo a Dios. Por qué no deben darse a conocer demasiado pronto.---Para los solos sacrificios divinos pues aprovechen los primogénitos de los bueyes y de las ovejas, para que todo lo que comenzamos fuerte e inocuo, esto lo inmolemos para honor del juez íntimo en el ara del corazón. Lo cual sin duda alguna tanto más gustosamente es aceptado por Él, cuanto más, ocultado a los hombres, no es manchado por ningún apetito de alabanza. Pero a menudo los inicios de la nueva conversación están todavía mezclados con la vida carnal; y por eso no deben darse a conocer demasiado pronto, no sea que cuando se alaban los bienes que complacen, el ánimo engañado por su alabanza no pueda descubrir en ellos los males que se ocultan. Por lo cual rectamente se dice de nuevo por Moisés: Cuando hubiereis entrado en la tierra que yo os daré, y hubiereis plantado en ella árboles frutales,

quitaréis sus prepucios. Los frutos que broten, os serán inmundos, ni comeréis de ellos (Lv. 19, 23). Pues los árboles frutales son las obras fecundas en virtudes. Los prepucios pues de los árboles los quitamos cuando, sospechosos de esa misma flaqueza del comienzo, no aprobamos los inicios de nuestras obras. Mas los frutos que brotan los tenemos por inmundos, y no los adaptamos para nuestro alimento, porque cuando se alaban los inicios de la buena obra, es digno que esto no alimente el ánimo del que la realiza; no sea que mientras la alabanza recibida se cosecha suavemente, el fruto de la obra se coma intempestivamente. Quien pues por la virtud comenzada hubiere recibido la alabanza de la boca humana, como que ha comido el fruto del árbol plantado antes de tiempo.

80. El hipócrita busca testigos de su obra; si no están presentes, piensa que ha perdido su trabajo.---De aquí que por el Salmista la Verdad dice: Vano es para vosotros levantaros antes de la luz, levantaos después de haberos sentado (Sal. 126, 3). Pues levantarse antes de la luz es gozarse en la noche de la vida presente antes de que aparezca la claridad de la retribución eterna. Por tanto primero se debe estar sentado, para que después nos levantemos rectamente, porque quienquiera que ahora no se humille espontáneamente, de ningún modo lo ensalza la gloria subsiguiente. Lo que allí es pues levantarse antes de la luz, esto es aquí para el hipócrita producir el germen en su nacimiento, porque deseando las alabanzas humanas, donde nace para la buena obra, allí

pronto apetece alcanzar la gloria de la retribución. ¿Acaso no habían producido el germen en su nacimiento aquellos de quienes la Verdad decía: Aman los primeros asientos en los convites, y las primeras cátedras en las sinagogas, y las salutaciones en el foro, y ser llamados por los hombres rabbí (Lc. 20, 46; Mt. 23, 6)? Por aquello pues de que comienzan a actuar bien, porque intentan conseguir el honor de los hombres, como a la manera del junco surgen desde su nacimiento con el germen. Estos ciertamente cuando apetecen obrar cosas rectas, primero con mente solícita buscan testigos de su misma obra, y tratan con pensamiento tácito si hay quienes vean lo que se ha de hacer, si quienes lo vean pueden hablar dignamente de ello. Mas si acaso sugeriera que ningún hombre contempla sus hechos, sin duda alguna estiman que los han perdido; y consideran los ojos del árbitro interno como si estuvieran ausentes, porque rehúsan recibir de Él la recompensa de su obra en el futuro. Y puesto que cuando el hipócrita ha hecho algo recto, busca ser visto por muchos, bien se añade todavía sobre este junco:

CAPÍTULO XLVIII.

VERS. 17.---Sobre un montón de piedras se espesarán sus raíces, y entre piedras morará.

81. El hipócrita procura para sí la admiración de los hombres con toda su intención.---¿Pues qué recibimos con el nombre de raíces, sino los pensamientos latentes, que brotan en lo oculto, pero surgen por lo abierto en la manifestación

de las obras? como también de la semilla de la palabra se dice por el profeta: Y lo que hubiere sido salvado de la casa de Judá, y lo que quedare, echará raíz abajo, y hará fruto arriba (Is. 37, 31). Pues echar raíz abajo es multiplicar el buen pensamiento en lo escondido. Mas hacer fruto arriba, es mostrar por la eficacia de la obra las cosas rectas que pensó. Mas con el nombre de piedras en la Sagrada Escritura se designan a los hombres, como se dice a la santa Iglesia por Isaías: Pondré de jaspe tus baluartes, y tus puertas de piedras esculpidas (Is. 54, 12). El cual abrió qué había dicho de esas mismas piedras cuando añadió: Todos tus hijos serán enseñados por el Señor (Ibíd. 13): Y como se dice por amonestación de Pedro: Y vosotros como piedras vivas sed sobreedificados como casas espirituales (1 Pe. 2, 5). En este lugar pues porque se dice piedras, pero sin embargo mínimamente se dicen vivas, con la nuda apelación de piedras pueden ser figurados los réprobos y los elegidos mezclados. [Vet. XXXVI, Rec. XXX.] Así pues este junco que mora entre piedras, espesa sus raíces sobre un montón de piedras, porque todo hipócrita multiplica sus pensamientos en buscar la admiración de los hombres. Pues por todo lo que los hipócritas hacen, porque con pensamientos ocultos buscan las alabanzas de los hombres, como que envían las raíces del junco a un montón de piedras. Pues para trabajar piensan sus alabanzas, mas alabados vuelven a tratar estas consigo mismos tácitos en sus pensamientos. Se alegran de haber brillado como principales en la estimación humana. Y cuando inflados por los

favores se hinchan ante sí mismos, a menudo se maravillan tácitos incluso ellos mismos de lo que son. Desean parecer cada día más altos que sí mismos, y crecen en la obra con maravillosos inventos, porque así como las virtudes debilitan todo vicio, así la arrogancia fortalece. Pues obliga a la mente a rejuvenecer, y a prevalecer contra las fuerzas, porque también lo que niega el vigor de la salud, lo manda el amor de la alabanza. Por lo cual también para sus hechos, como dijimos, buscan árbitros. Mas si acaso sucediera que faltan testigos para su obra, narran ellos mismos lo que hicieron. Y cuando han comenzado a ser ensalzados por los favores, a menudo añaden algo mintiendo a esas mismas obras suyas que relatan haber hecho. Mas cuando dicen cosas verdaderas, al decirlas las hacen ajenas, porque recompensados con los favores buscados, son vaciados de su íntima retribución.

VERS. 18.---Si lo arrancare de su lugar, su lugar lo negará, y dirá: No te conozco.

82. Por el lugar del hipócrita, se entiende este mundo en el que es visto; en el cual, como ahora hace obras buenas, el lugar parece reconocerlo, porque así como es él mismo, así es también el lugar en el que está, esto es, así como el hipócrita quiere ser lo que no es, así su lugar parece ser lo que no es. Pues el hipócrita quiere ser santo en el corazón, pero lo es en la manifestación; por tanto, su lugar donde es llamado santo es aquello que él mismo no es. Pero cuando la muerte lo hubiere arrancado de su lugar, pronto ese mismo lugar

niega a aquel a quien había retenido. Por lo cual también se añade:

VERS. 19.---Pues esta es la alegría de su camino, para que otros germinen de nuevo de la tierra.

83. El lugar niega al hipócrita, porque la muerte lo separa de toda la claridad del mundo. Y porque aquel que había vivido bajo la apariencia de religión, es castigado en la Gehena después de la muerte, se dice que el lugar no lo conoció, porque lo que pronto se mostró amigo para el hipócrita, pronto por su condenación se muestra enemigo. Pues el lugar no conoció a aquel que amó su lugar solo para esto, para que en él hubiera podido ser visto como santo. Por lo cual, tan pronto como es arrancado de su lugar, ese mismo lugar niega a aquel a quien había retenido, porque tan pronto como muere aquel que es llamado grande en este mundo, a todos aparece que se alegran de su muerte, o pronto sus obras y nombre son borrados por el olvido en este mundo. Mas el que ahora es hipócrita, tan pronto como hubiere sido arrebatado de la tierra, otros germinan. Pues el lugar de la tierra también produce a otros hipócritas en este mundo pronto después de él. Los cuales, mientras nada temen de aquellos que fueron antes que ellos, así como ellos también parecen germinar en la tierra, así de nuevo como aquellos son arrancados de raíz de la misma tierra. Lo que se dice de su lugar: No te conozco, no absurdamente puede entenderse también del recuerdo de ese mismo hipócrita. El cual, mientras estuviere en los tormentos después de la muerte, y hubiere

vuelto a la memoria del mundo presente, nada encuentra en él para su salvación. Pues él mismo se dice entonces a sí mismo: No te conozco, porque su lugar donde estuvo ya no le aprovechará, porque aquello que había sido en el mundo no lo salvará entonces. Por lo cual también se añade:

VERS. 20.---Dios no desechará al simple, ni alargará la mano a los malos.

84. El sentido de aquel que ahora se implica en múltiples búsquedas de la alabanza humana, tan pronto como hubiere sido arrancado de su lugar, no es desechado, porque Dios no desecha al simple. Pues simple es aquel que lo que parece ser, esto es; que de ninguna manera se duplica en este mundo por la hipocresía, sino que el que es en el corazón, es en la manifestación. Mas este que Dios desecha, y no alargará la mano a los malos, es el mismo que se duplica. Pues el que se duplica en este mundo por la hipocresía, tan pronto como hubiere sido arrancado de su lugar, Dios no le alargará la mano, porque aquel que en este mundo buscó las alabanzas de los hombres, tan pronto como aquel que lo alabó hubiere sido arrebatado del mundo, no recibe la mano del Señor.

VERS. 21.---Hasta que se llene tu boca de risa, y tus labios de júbilo.

85. Si Dios no desecha al simple, ni alargará la mano a los malos, tan pronto como aquel que es simple hubiere sido arrebatado de la tribulación de su lugar, es conducido a la alegría; porque su boca se llena de risa, y sus labios de júbilo. Pues cuando después de las penalidades de esta vida,

que simplemente y por el solo amor de su Creador hubiere tolerado, hubiere sido arrebatado a aquella patria de la eternidad, entonces en él todo lo que es se llena de risa y de júbilo, porque el que entonces calla, ya no ora entonces por sí mismo, sino que el que ya posee, jubila en alabanzas. Por lo cual también se añade:

VERS. 22.---Los que te odian serán vestidos de confusión, y el tabernáculo de los impíos no subsistirá.

86. Pues el hipócrita odia al simple, porque mientras el que quiere parecer santo mira a este que verdaderamente es santo, lo ve como algo contrario a su simulación. Pues mientras el que es simple mora en la tribulación de su lugar, el hipócrita se gloria en la gloria de su lugar. Pero cuando el simple es conducido a la risa y al júbilo, el hipócrita, que entonces pronto en este mundo pareció haber sido su amigo, pronto por su condenación se muestra como enemigo. Pues entonces los que lo odiaron serán vestidos de confusión, porque los que en este mundo estuvieron en la gloria del mundo, en aquella eternidad de nuevo se avergüenzan. Pues entonces el tabernáculo de los impíos no subsistirá, porque tan pronto como muere aquel que es llamado grande en este mundo, a todos aparece que se alegran de su muerte, o pronto sus obras y nombre son borrados por el olvido en este mundo. Porque por tanto este discurso de Bildad designa ciertamente a los hipócritas a través del hipócrita, no absurdamente se dice: El tabernáculo de los impíos no subsistirá. Pues tan pronto como aquel que fue

impío hubiere sido arrebatado de la tierra, otros germinan. Los cuales, mientras nada temen de aquellos que fueron antes que ellos, así como ellos también parecen germinar en la tierra, así de nuevo como aquellos son arrancados de raíz de la misma tierra.

LIBRO NOVENO.

En el cual se expone la novena parte del libro de Job desde el principio del capítulo noveno hasta el fin del capítulo undécimo.

CAPÍTULO PRIMERO.

Cómo pueda ser que el hombre comparado con Dios no sea justificado.

VERS. 2.---Verdaderamente sé que es así, y que no se justificará el hombre comparado con Dios.

1. El bienaventurado Job, cuando se volvió a Bildad, que hablaba bajo la apariencia de un hipócrita, pronto desvió sus palabras hacia un buen sentido, porque ciertamente los varones santos recogen fruto también de los dichos de los malvados, y entonces vuelven sus palabras a la utilidad, cuando no ignoran que la mente de ellos es depravada respecto a esas mismas palabras que profirieron. Pues Bildad cuando dijo: Dios no desechará al simple, ni alargará la mano a los malos, pronto convirtió esas palabras que dijo hacia Job, porque ciertamente mostró al varón santo pronto arrancado de su lugar para morir y pronto arrojado en la Gehena, pronto después de su condenación ser mostrado, pronto no recibir la mano del Señor, pronto ser mostrado por su condenación.

2. En cuyas palabras el bienaventurado Job tanto capta la verdad de lo dicho, como desprecia la elación del que habla. Verdaderamente sé, dice, que es así. Como si dijera abiertamente: Sé que Dios no desecha al simple, y que no alarga la mano a los malos; pero esto que sé que es verdad, tú dices que no lo es, porque aquel que dices que no es simple, es el mismo que no niega que sea simple. Pero esto que sé que es verdad, tú dices que no lo es, porque aquel que dices que no es simple, es el mismo que no niega que sea simple.

Si por tanto Dios no desecha al simple, y yo soy simple, ¿por qué soy desechado en esta tribulación? Si Dios no alarga la mano a los malos, y yo soy malo, ¿por qué no alarga la mano para hablar? Mas si tú supieras qué es la justicia de Dios, pronto verías que aquel que tú dices que no es simple, es el mismo que no niega que sea simple. Porque por tanto Dios no desecha al simple, y yo no niego que sea simple, resta que aquel que tú dices que no es simple, sea el mismo que no niega que sea simple. Por lo cual también se añade: Y que no se justificará el hombre comparado con Dios.

3. Pues todo hombre que se compara a Dios, pronto es vaciado de la claridad de su propia justicia. Pues si el hombre es comparado a la divina justicia, toda justicia en él pronto se dice no ser justicia. Mas cuando el mismo Bildad dijo: Dios no desechará al simple, pronto convirtió esas palabras que dijo hacia Job, porque ciertamente mostró al varón santo pronto arrancado de su lugar para morir y pronto arrojado en la Gehena, pronto después de su condenación ser mostrado,

pronto no recibir la mano del Señor, pronto ser mostrado por su condenación. ¿Qué pues acusa Bildad en Job, sino la justicia divina? Pues cuando dijo: Dios no desechará al simple, pronto quiso argüir a Job de iniquidad, porque no ignoró que él había sido desechado por el Señor. Mas pronto el bienaventurado Job convirtió estas palabras a la justicia divina, porque ciertamente Dios no desecha al simple, pero sin embargo aquel que en los ojos de los hombres parece ser simple, en los ojos de Dios pronto se dice no ser simple. Pues el que en este mundo parece simple entre los hombres, comparado con Dios pronto se dice no ser justificado. Por lo cual también se añade:

VERS. 3.---Si quisiere contender con Él, no podrá responderle uno por mil.

4. Pues en la Sagrada Escritura, por el número mil se designa la universalidad, como se dice por el salmista: La palabra que mandó para mil generaciones (Sal. 104, 8). Pues mil generaciones no pueden ser hasta el advenimiento del Señor, en el cual se dice que la misma palabra fue mandada. ¿Qué pues por mil generaciones, sino la universalidad de las generaciones se designa?

CAPÍTULO LIII

[Rec. XXXII].

VERS. 22.---Los que te odian se vestirán de confusión.

90. Por qué los réprobos se avergonzarán en el día del juicio.---La confusión viste a los enemigos de los justos en el examen final, porque cuando

vean sus males pasados redundar ante los ojos de su mente, su propia culpa, oprimiéndolos por todas partes, los viste. Pues para pena toleran entonces la memoria de sus hechos, los que ahora pecan gozosos como ajenos al sentido de la razón. Allí ven cuánto debieron huir de lo que amaron; allí contemplan cuán lúgubre fue aquello en lo que ahora se felicitan en la culpa. Entonces la culpa nubla el ánimo, y la misma conciencia se impugna a sí misma con los dardos de su propio recuerdo. ¿Quién, pues, podrá ponderar dignamente cuán grande será entonces la confusión de los inicuos, cuando tanto fuera se ve al Juez eterno, como dentro se revuelve la culpa ante los ojos? Los cuales por esto llegan a estas cosas, porque amaron aquí solamente las cosas transitorias. Por lo cual también aptamente se añade después:

CAPÍTULO LIV.

IBÍD.---Y el tabernáculo de los impíos no subsistirá.

91. Cuál es el afecto de los réprobos acerca de los bienes terrenales. Cuál el de los justos.---El tabernáculo ciertamente se construye para que el cuerpo sea defendido del calor y del frío. ¿Qué, pues, se expresa en este lugar con el nombre de tabernáculo, sino la edificación de la felicidad terrenal, por la cual los réprobos multiplican sobre sí cosas que han de caer, para defenderse de las necesidades de la vida presente como del calor y de las lluvias? Pues ambicionan crecer en honores, para no parecer despreciados. Agregando

cosas terrenas las exageran, para no desfallecer por el frío de la penuria. Desprecian cuidar lo que sigue, y con toda intención se afanan para que nada falte en las cosas presentes. Estudian dilatar su nombre, para no estar ocultos; y si todo se les suministra según su deseo, se consideran protegidos en todo y felices. Donde, pues, construyen la habitación de su mente, allí sin duda fijaron sus tabernáculos. Sufren las adversidades con impaciencia, se alegran remisamente en las prosperidades. Piensan solo en las cosas que están presentes, ni respiran con recuerdo alguno hacia el afecto de la patria celestial. Se alegran de que les sobren los bienes que desean; y donde descansan en la carne, allí también entierran su mente extinguiéndola, porque, traspasados por el dardo del cuidado secular, llevan siempre interiormente por el pensamiento ese montón de cosas terrenas que multiplican buscando fuera.

92. [Vet. XL.] Mas por el contrario, los justos ni reciben los bienes ofrecidos aquí como algo grande, ni temen sobremanera los males infligidos. Sino que aun cuando usan los bienes presentes, temen los males futuros; y cuando gimen por los males presentes, se consuelan con el amor de los bienes siguientes. Y así son reconfortados por el subsidio temporal, como un viajero usa la cama en una posada: descansa, y se apresura a partir; reposa con el cuerpo, pero tiende a otra cosa con la mente. A veces, en verdad, también desean padecer adversidades, y rehúyen prosperar en las cosas transitorias, para no ser retrasados en la llegada a la patria por el deleite del camino, para

no fijar el paso del corazón en la vía de la peregrinación, y llegar alguna vez a la presencia de la patria celestial sin remuneración. Se alegran de ser despreciados, ni les duele ser afligidos por las necesidades. Los que, pues, no se protegen contra las adversidades presentes, es como si no quisieran tener un tabernáculo contra el calor y las lluvias. Por lo cual también Pedro es justamente reprendido, porque no habiendo sido aún fortalecido por la perfección de la mente, conocida la claridad de la verdad, intenta fijar un tabernáculo en la tierra (Mat. XVII, 4; Mar. IX, 2). Los justos, por tanto, descuidan construirse aquí, donde se han reconocido como peregrinos y huéspedes. Porque, deseando alegrarse en sus propias cosas, rehúsan ser felices en lo ajeno. Mas los injustos, cuanto más lejos están divididos de la herencia de la patria eterna, tanto más profundamente fijan en la tierra los cimientos del pensamiento. De aquí es que desde el mismo comienzo de la condición humana, en la prole elegida Enoc nace el séptimo. De aquí es que Caín llama a su primer hijo Enoc, y por su nombre llama a la ciudad que fundó (Gén. IV, 17). Enoc ciertamente significa dedicación. Los inicuos, pues, se dedican en los comienzos, porque en esta vida, que es la primera, plantan la raíz del corazón, para florecer aquí según su deseo, y secarse radicalmente para la patria siguiente. Mas para los justos Enoc nace séptimo, porque la festiva dedicación de su vida se reserva para el fin. De aquí es que, atestiguándolo Pablo, Abraham habita en chozas (Heb. XI, 9), porque espera la ciudad que tiene cimientos,

la cual construyó el arquitecto celestial. De aquí es que Jacob, siguiendo humildemente los rebaños de ovejas, camina (Gén. XXXIII, 14), y Esaú, viniendo a su encuentro, es elevado por el tumulto de un múltiple acompañamiento, porque ciertamente los elegidos no tienen aquí elación, y en los bienes de la carne los réprobos se hinchan alegres. De aquí dice el Señor a Israel: Si eligieres a uno del pueblo de la tierra, y constituyeres un príncipe sobre ti, no hará para sí caballos ni jinetes (Deut. XVII, 16). Y sin embargo, el primer rey elegido por el mismo pueblo, tan pronto como alcanzó la cumbre del poder, eligió para sí tres mil jinetes, salió inmediatamente a la elación, y estalló en la edificación de la cumbre recibida (1 Sam. XIII, 2), porque no podía restringir fuera bajo la igualdad lo que el ánimo hinchaba por dentro sobre los demás. Como si se hubiera construido un tabernáculo fortificado aquel rico que decía: Alma, tienes muchos bienes guardados para muchos años: descansa, come y bebe, y banquetea (Luc. XII, 19). Pero porque su tabernáculo no subsiste en el fundamento de la verdad, al punto oyó: Necio, esta noche te reclaman el alma; lo que has preparado, ¿de quién será? (Ibíd., 20). Bien pues se dice: El tabernáculo de los impíos no subsistirá, porque los amantes de una vida fugaz, mientras se construyen estudiosamente en las cosas presentes, son arrebatados repentinamente a las eternas.

LIBRO NOVENO.

EXPLICA EL CAPÍTULO NOVENO CON TODO EL DÉCIMO.

CAPÍTULO I.

1. Las mentes perversas, si una vez han estallado en el deseo de contradicción, ya sea que oigan algo malo o recto de quienes las contradicen, lo impugnan con respuestas adversas, porque cuando la persona desagrada por la oposición, ni siquiera las cosas rectas que ha proferido agradan. Mas por el contrario, los corazones de los buenos, en quienes no entra en odio la persona, sino la culpa, de tal modo juzgan las cosas perversas que asumen las rectas que se dicen. Pues se sientan como árbitros justísimos para discernir los sentidos de los que contradicen, y así rechazan lo mal proferido, que sin embargo aprueban lo que conocen por la verdad. Pues suele entre la multitud de espinas, crecer también una espiga de la semilla del fruto. Se debe, pues, actuar con la mano cauta del que trabaja, para que mientras se quita la espina, se nutra la espiga, a fin de que quien se afana por erradicar lo que punza, sepa conservar lo que reconforta. Por lo cual también el bienaventurado Job, porque Bildad el Shuhita había dicho rectamente por vía de interrogación: ¿Acaso Dios suplanta el juicio, o el Omnipotente subvierte lo que es justo (Job VIII, 3)? porque había proferido cosas verdaderas y robustas contra los hipócritas, viendo bien estas cosas proferidas generalmente incluso contra los malvados, pisotea el deseo de su propia defensa, y aprueba al punto lo oído, diciendo:

CAPÍTULO II

[Rec. II].

CAP. IX, VERS. 2.---Verdaderamente sé que es así, y que no se justifica el hombre comparado con Dios.

2. Debemos estar sometidos a Dios, no comparados con Él.---Pues el hombre sometido a Dios recibe la justicia, comparado con Él la pierde, porque quienquiera que se compara con el Autor de los bienes, se priva a sí mismo del bien que había recibido. Pues el que se arroga los bienes recibidos, lucha contra Dios con sus propios dones. Por lo cual, si por el desprecio es ensalzado, es digno que siendo ensalzado sea por ello destruido. Mas el varón santo, porque ve que todo mérito de nuestra virtud es falta, si es juzgado estrechamente por el Árbitro interno, rectamente añade:

CAPÍTULO III.

Si quisiere contender con Él, no podrá responderle uno por mil.

3. Pierde los dones de Dios el que se ensalza por ellos.---En la Sagrada Escritura el número mil suele entenderse por la universalidad. Pues de aquí dice el Salmista: De la palabra que mandó para mil generaciones (Sal. CIV, 8); constando ciertamente que desde el mismo comienzo del mundo hasta el advenimiento del Redentor, por el evangelista no se cuentan más de setenta y siete generaciones (Luc. III, 38). ¿Qué pues se expresa en el número mil, sino la perfecta universalidad de la generación prescrita para proferir una nueva prole? De aquí también se dice por

Juan: Y reinarán con Él mil años (Apoc. XX, 6), porque ciertamente el reino de la santa Iglesia se consolida por la perfección de la universalidad. Mas porque la unidad multiplicada se lleva a la decena, la decena llevada por sí misma se dilata al centenar, el cual de nuevo llevado por la decena tiende al millar, cuando empezamos por uno para llegar al mil, ¿qué se designa en este lugar con el nombre de uno sino el comienzo del buen vivir, qué con la amplitud del número mil sino la perfección de la misma buena vida? Mas contender con Dios es no atribuirle a Él, sino arrogarse para sí la gloria de su propia virtud. Mas vea el varón santo que incluso el que ya ha recibido los más altos dones, si se ensalza por los recibidos, pierde todo lo que había recibido, y diga: Si quisiere contender con Él, no podrá responderle uno por mil. Pues el que contiende con el Autor, no basta para responder uno por mil, porque el que se ensalza por la perfección, muestra no tener ni siquiera el comienzo del buen vivir. Pues no podemos responder uno por mil, porque cuando nos ensalzamos por la perfección de la buena vida, mostramos no haberla ni siquiera iniciado. Mas entonces somos más verdaderamente sacudidos por nuestra flaqueza, si sopesamos considerando cuán inmensa es la potencia del Juez. Por lo cual también se añade:

CAPÍTULO IV

[Vet. II].

VERS. 4.---Sabio es de corazón, y fuerte por su robustez.

4. Dios como sabio no puede ser engañado, como fuerte no puede ser evitado.---¿Qué maravilla si llamamos sabio al Fundador de los sabios, a quien sabemos que es la sabiduría misma? ¿Y qué maravilla que mencione que es fuerte, a quien nadie ignora que es esta misma fortaleza? Pero el varón santo, con dos palabras proferidas en alabanza del Autor, nos insinúa algo, por lo cual nos devuelva temblorosos al conocimiento de nosotros mismos. Pues Dios es llamado sabio, porque conoce sutilmente nuestras cosas ocultas; y se añade que es fuerte, porque hiere poderosamente lo conocido. No puede, pues, ser engañado por nosotros, porque es sabio; ni ser evitado, porque es fuerte. Ahora como sabio ve todas las cosas invisibles, entonces como fuerte castiga sin obstáculo alguno a los que reprueba. El cual también ordena aquí esto con fuerte sabiduría, que la mente humana, cuando se eleva contra el Autor, ella misma se confunda por su propia elación. Por lo cual también se añade:

CAPÍTULO V.

IBÍD.---¿Quién le resistió, y tuvo paz?

5. Quien resiste a Dios, cae de la paz. Qué sea resistir a Dios.---Pues Aquel que crea todas las cosas maravillosamente, Él mismo ordena que las cosas creadas concuerden consigo mismo. En aquello, pues, en que se resiste al Creador, el convenio de la paz se disipa, porque no pueden estar ordenadas las cosas que pierden la disposición

del moderamine superior. Pues las cosas que, sujetas a Dios, persistirían en la tranquilidad, ellas mismas dejadas a sí mismas se confunden, porque no encuentran en sí la paz, a la cual contradicen en el Autor cuando viene de lo alto. Así aquel supremo espíritu angélico, que sujeto a Dios hubiera podido estar en la cumbre, se padece a sí mismo rechazado, porque vaga fuera por la inquietud de su naturaleza. Así el primer padre del género humano, porque resistió al precepto del Autor, sintió al punto la contumelia de la carne; y porque no quiso estar sometido al Fundador por la obediencia, postrado bajo sí mismo, perdió también al punto la paz del cuerpo. Bien pues se dice: ¿Quién le resistió, y tuvo paz? porque la mente perversa, de donde se eleva contra el Autor, de allí se confunde en sí misma. Mas se dice que resistimos a Dios cuando intentamos pugnar contra sus disposiciones. Pues ni nuestra flaqueza se opone a su sentencia inconmutable, pero sin embargo intenta lo que no puede cumplir. Pues a menudo la flaqueza humana reconoce ocultamente la fuerza de la disposición, y sin embargo desea ésta si pudiera cambiarla. Se afana por contradecirla, pero se rompe con la misma espada de la contradicción. Se resiste al orden interno, pero vencida por sus propios esfuerzos queda ligada. No puede, pues, tener paz el que resiste, porque mientras la confusión sigue a la soberbia, lo que neciamente se hace por la culpa, esto se ordena maravillosamente para castigo del que lo hace. Mas el varón santo, lleno de la virtud del espíritu profético, cuando ve en general la

confusión de la soberbia humana, tiende al punto los ojos de su mente al mal especial del pueblo israelita, y muestra por la destrucción de una sola nación qué pena aguarda a todos los elados. Pues inmediatamente añade, diciendo:

CAPÍTULO VI.

VERS. 5.---El cual trasladó los montes, y no lo supieron estos, a quienes subvirtió en su furor.

6. Se predice que la predicación de la palabra de Dios ha de ser trasladada de los judíos a los gentiles.---En la Sagrada Escritura a menudo se significa con el nombre de montes la altura de los que predican, de los cuales se dice por el Salmista: Reciban los montes la paz para tu pueblo (Sal. LXXI, 3). Pues los elegidos predicadores de la patria eterna no sin mérito son llamados montes, porque por la celsitud de su vida abandonan lo ínfimo de la tierra, y se hacen cercanos al cielo. Mas la Verdad trasladó los montes, cuando retiró a los santos predicadores de la obduración de Judea. Por lo cual rectamente se dice también por el Salmista: Se trasladarán los montes al corazón del mar (Sal. XLV, 3). Pues al corazón del mar fueron trasladados los montes cuando los apóstoles predicadores, rechazados por la perfidia de Judea, llegaron al entendimiento de los gentiles. Por lo cual ellos mismos dicen en sus Hechos: A vosotros os convenía hablar primero la palabra de Dios; mas porque la rechazáis, y os habéis juzgado indignos de la vida eterna, he aquí que nos convertimos a los gentiles (Hech. XIII, 46). Mas esta misma traslación de los montes no la conocieron

estos mismos, que fueron subvertidos en el furor del Señor, porque cuando los hebreos expulsaban a los apóstoles de sus términos, arbitraron haber obtenido un lucro, en que perdieron la luz de la predicación. Pues exigiéndolo sus méritos, heridos por justa animadversión, fueron cegados por tan gran error de entendimiento, que aquello que perdían de luz, pensaran que era gozo. Mas rechazados los apóstoles, por el príncipe romano Tito Judea es al punto destruida, y esparcida entre todas las naciones se disipa. Por lo cual también a los montes trasladados rectamente se añade:

CAPÍTULO VII

[Vet. III].

VERS. 6.---Quien remueve la tierra de su lugar, y sus columnas se estremecen.

291 7. Se predice la dispersión de los judíos.--- Pues la tierra fue removida de su lugar cuando el pueblo israelita, arrancado de los confines de Judea, de seguro sometió su cuello a las naciones, porque rehusó someterse a su Autor. La cual tierra ciertamente tenía columnas, porque en los sacerdotes y príncipes, doctores de la ley y fariseos, se levantó la estructura de su pertinacia que habría de caer. Pues en ellos se mantuvo el edificio de la letra, y en el tiempo de su tranquilidad, llevó las cargas de los sacrificios carnales como de una fábrica superpuesta. Mas trasladados los montes, las columnas fueron sacudidas, porque retirados los apóstoles de Judea, ni ellos mismos fueron permitidos vivir en ella, quienes de ella

expulsaron a los predicadores de la vida. Pues digno era que perdieran la patria terrenal sometidos, por cuyo amor de ningún modo temieron impugnar a los soldados de la patria celestial. Mas expulsados los santos doctores, Judea se entorpeció de raíz, y por el justo examen del que juzga cerró los ojos de su mente en las tinieblas de su error. Por lo cual aún se añade:

CAPÍTULO VIII

[Rec. III].

VERS. 7.---Quien manda al sol, y no sale; y cierra las estrellas como bajo un sello.

8. Expulsados los predicadores, faltó la luz a Judea.---Pues a veces en la sagrada elocuencia, con el nombre de sol, se designa la claridad de los predicadores; como se dice por medio de Juan: El sol se puso como un saco de crin (Apoc. 6, 12). Pues en el último tiempo el sol se muestra como saco de crin, porque la resplandeciente vida de los que predican, ante los ojos de los réprobos se muestra áspera y despreciada. Quienes también son figurados por la claridad de las estrellas, porque mientras predican cosas rectas a los pecadores, ilustran las tinieblas de nuestra noche. Por lo cual, retirados los predicadores, se dice por el profeta: Prohibidas han sido las estrellas de las lluvias (Jerem. 3, 3). Mas porque el sol luce por el día, y las estrellas irradian la oscuridad de la noche; y frecuentemente en la sagrada elocuencia con la apelación de día se señala la patria eterna, mas con el nombre de noche la vida presente:

los predicadores santos se hacen como sol ante nuestros ojos cuando nos abren la contemplación de la verdadera luz, y como estrellas lucen en las tinieblas cuando por la vida activa disponen las cosas terrenas que han de ser provechosas para nuestras necesidades. Como en el día coruscan como sol cuando elevan el filo de nuestra mente a contemplar la patria de la claridad interna; y como estrellas en la noche resplandecen, porque también cuando tratan las cosas terrenas dirigen el pie de nuestra obra que está a punto de tropezar con el ejemplo de su rectitud. Mas porque, expulsados los predicadores, no hubo quien mostrara al pueblo judaico, que permanecía en la noche de su perfidia, o la claridad de la contemplación, o le abriera la luz de la vida activa (pues la verdad, que por el rechazo la desertó, retirado el lumbre de la predicación, por mérito de su maldad lo cegó), rectamente se dice: Quien manda al sol, y no sale; y cierra las estrellas como bajo un sello. Pues no quiso que para ella saliera el sol, de la cual apartó el ánimo de los que predicaban. Y como bajo un sello cerró las estrellas, quien mientras retuvo a sus predicadores por el silencio dentro de sí mismos, escondió la luz celestial de los ciegos sentidos de los inicuos.

[Vet. IV.] 9. Judea ha de ser revocada a la fe.--- Mas ha de considerarse que por eso cerramos algo bajo sello, para que esto lo saquemos al medio cuando el tiempo sea congruo. Y por el testimonio de la sagrada elocuencia hemos aprendido que Judea, que ahora es desertada, 292 sea recogida al seno de la fe al final. Pues de aquí

se dice por Isaías: Si fuere el número de los hijos de Israel como la arena del mar, las reliquias se salvarán (Isai. 10, 22). De aquí Pablo dice: Hasta que la plenitud de las naciones entre, y así todo Israel se salve (Rom. 11, 25). Quien, por tanto, ahora retira a sus predicadores de los ojos de Judea, mas después los muestra, como bajo un sello cerró las estrellas, para que, escondidos primero, y después coruscando, los rayos de los astros espirituales, ni ahora vea por el rechazo la noche de su perfidia, ni entonces iluminada la descubra. De aquí es que aquellos dos insignes predicadores fueron retirados, dilatada su muerte, para que al uso de la predicación en el fin sean revocados. De los cuales se dice por Juan: Estos son los dos olivos, y los dos candelabros que están en presencia del Señor de la tierra (Apoc. 11, 4). Uno de los cuales la Verdad en el Evangelio por sí misma promete, diciendo: Elías ha de venir, y restaurará todas las cosas (Mat. 17, 11). Como si, pues, bajo sello las estrellas fueran cerradas, quienes ahora se ocultan para no aparecer, y después para que puedan aprovechar aparecerán. Mas sin embargo el pueblo israelita, que abundantemente en el fin será recogido, en los mismos comienzos de la santa Iglesia cruelmente se endurece. Pues rechazó a los predicadores de la verdad, despreció las palabras de ayuda. Lo cual, no obstante, se hace por la admirable dispensación del Autor, para que sin duda la gloria de los que predican, que recibida en un solo pueblo pudiera estar oculta, sea dilatada en todas las naciones por el rechazo. Por lo cual también aptamente pronto se añade:

CAPÍTULO IX

[Rec. IV.]

VERS. 8.---Quien solo extiende los cielos.

10. Dios permitió que el Evangelio fuera repelido por los judíos, para que se difundiera en todas las naciones.---Pues ¿qué se designa con el nombre de cielos sino esta misma vida celestial de los que predican? De los cuales se dice por el Salmista: Los cielos narran la gloria de Dios (Sal. 18, 1). Ellos mismos, pues, son llamados cielos, ellos mismos son recordados como sol; cielos ciertamente, porque protegen interceden-do; mas sol, porque muestran la fuerza de la luz predicando. Conmovida, pues, la tierra, los cielos fueron extendidos, porque cuando Judea bramó ante la fuerza de la persecución, el Señor dilató la vida de los apóstoles al conocimiento de todas las naciones; y mientras aquella por el juicio es dispersada cautiva por el mundo, estos por doquier por la gracia son extendidos al honor. Pues estrechos habían sido los cielos, cuando un solo pueblo tenía tantos egregios predicadores. Pues ¿quién de los gentiles conocería a Pedro, si permaneciera en la predicación del solo pueblo israelita? ¿Quién reconocería las virtudes de Pablo, si Judea no lo hubiera transmitido a nuestra noticia persiguiéndolo? He aquí que ya los que fueron repelidos con azotes y contumelias por el pueblo israelita son honrados por los confines del mundo. Solo el Señor, por tanto, tendió los cielos, quien por la admirable dispensación de un secreto consejo hizo que sus predicadores

fueran dilatados de allí a los ejes del mundo, de donde permitió que fueran oprimidos en una sola nación. Mas ni esta misma gentilidad dedicada al presente mundo, cuando la lengua de los apóstoles corrigió sus culpas, recibió de buen grado las palabras de vida. Pues al punto se hinchó en la elación de la contradicción, y se excitó a la crueldad de la persecución. Mas lo que se esfuerza por contradecir las palabras de la predicación, es más pronto templado por la admiración de los signos. Por lo cual aptamente también en alabanza del Autor se añade:

CAPÍTULO X

[Vet. et Rec. V].

IBID.---Y camina sobre las olas del mar.

293 11. Las persecuciones de los gentiles han de ser quebrantadas por la virtud de los milagros.---Pues ¿qué se significa con el nombre de mar sino la amargura de este mundo que ruge en la matanza de los buenos? Del cual también se dice por el Salmista: Congregando como en un odre las aguas del mar (Sal. 32, 7). Pues el Señor congrega las aguas del mar como en un odre cuando, disponiendo todas las cosas con admirable moderación, frena las amenazas de los carnales encerradas en sus propios corazones. Sobre las olas del mar camina, pues, el Señor, porque cuando las tormentas de la persecución se levantan, se quebrantan por el asombro de sus milagros. Pues Aquel que mitiga los tumores de la locura humana, pisa como sobre las olas

levantadas en un montón. Porque cuando la gentilidad vio que su costumbre era destruida por la predicación de una nueva conversación, cuando los ricos de este mundo vieron que los hechos de los pobres se oponían a su elación, cuando los sabios del siglo ponderaron que las palabras de los indoctos les eran adversas, al punto se hincharon en la tempestad de la persecución. Mas aquellos que, movidos por la adversidad de las palabras, se lanzan a las tormentas de la persecución, son templados, como dijimos, por la admiración de los signos. Tantos pasos, pues, puso el Señor en estas olas, cuantos milagros mostró a los soberbios perseguidores. Por lo cual bien se dice de nuevo por el Salmista: Admirables son las elaciones del mar, admirable es el Señor en las alturas (Sal. 92, 4), porque contra la vida de los elegidos el mundo se elevó admirablemente a las olas de la persecución, mas estas el Fundador de las cosas superiores las postró más admirablemente al ser levantada la virtud de los que predican; pues mostró que sus ministros podían más por los milagros, que cuanto las potestades terrenas se habían hinchado por la ira. Lo cual bien dice también el Señor por Jeremías narrando las cosas exteriores, denunciando las interiores: He puesto la arena como término al mar, precepto sempiterno que no pasará; y se conmoverán, y no podrán, e hincharán sus olas, y no lo traspasarán (Jer. 5, 22). Pues el Señor puso la arena como término al mar, porque para quebrantar la gloria del mundo eligió a los abyectas y pobres. Cuyas olas del mar ciertamente se hinchan, cuando las

potestades del siglo se lanzan a la conmoción de la persecución. Mas no pueden traspasar la arena, porque se quebrantan por los milagros y la humildad de los despreciados. Mas mientras el mar ruge, mientras se eleva por las olas de su locura, porque sin embargo es pisado por la manifestación de la virtud íntima, la santa Iglesia progresa, y surge al estado de su orden por los incrementos de los tiempos. Por lo cual también se añade aptamente pronto:

CAPÍTULO XI

[Vet. et Rec. VI].

VERS. 9.---Quien hace el Arcturo, y los Orionés, y las Híades, e interioridades del Austro.

12. Por qué la Escritura usa las palabras de los sabios del mundo.---De ningún modo el sermón de la verdad sigue las vanas fábulas de Hesíodo, Arato y Calímaco, de modo que nombrando al Arcturo, sospeche la extrema cola de las siete estrellas de la Osa, y como si Orión, amante insano, sostuviera la espada. Pues estos nombres de los astros fueron inventados por los cultivadores de la sabiduría carnal; mas la Sagrada Escritura por eso usa los mismos vocablos, para que las cosas que apetece insinuar sean expresadas por la noticia de la apelación usual. Pues si dijera los astros que quisiera por nombres desconocidos para nosotros, el hombre, para quien esta misma Escritura fue hecha, no sabría sin duda alguna qué oiría. Así, pues, en la sagrada elocuencia los sabios de Dios toman su sermón de los sabios del siglo, co-

mo en ella para utilidad del hombre Dios mismo, el Creador de los hombres, asume en sí la voz de la pasión humana, de modo que diga, por ejemplo: Me arrepiento de haber hecho al hombre sobre la tierra (Gén. 6, 6, 7); cuando ciertamente consta que Aquel que contempla todas las cosas antes de que vengan, de ningún modo después de haber hecho algo se arrepiente volviendo sobre sí. ¿Qué maravilla, pues, si los varones espirituales usan las palabras de los carnales, cuando el mismo inefable Espíritu y Creador de todos, para atraer la carne a su entendimiento, forma en sí mismo el sermón de la carne? En la Sagrada Escritura, pues, mientras oímos los nombres conocidos de los astros, reconocemos de qué astros se trata el sermón. Mas cuando ponderamos qué astros se narran, resta que de sus movimientos nos elevemos a los arcanos de la inteligencia espiritual. Pues ni según la letra se dice algo admirable, que Dios hizo el Arcturo, los Oriones y las Híades, de lo cual ciertamente consta que en el mundo no hay absolutamente nada que Él mismo no haya hecho. Mas el varón santo dice que el Señor hizo estas cosas: por las cuales entiende que se significan propiamente aquellas que se gestionan espiritualmente.

13. Arcturo significa la Iglesia.---Pues ¿qué se expresa por el nombre de Arcturo, el cual, constituido en el eje del cielo, brilla con los rayos de siete estrellas, sino la Iglesia universal, que en el Apocalipsis de Juan es figurada por siete Iglesias y siete candelabros (Apoc. 1, 12, 20)? La cual, mientras contiene en sí los dones de la gracia septifor-

me del Espíritu, irradiando con la claridad de la suma virtud, luce como desde el eje de la verdad. Se ha de pensar también que el Arcturo siempre gira y nunca se sumerge, porque también la santa Iglesia tolera las persecuciones de los inicuos sin cesar, mas sin embargo perdura sin defecto hasta el fin del mundo. Pues a menudo los réprobos, porque la persiguieron hasta el exterminio, creyeron que la habían extinguido fundadamente; mas tanto más múltiplemente volvió al estado de su progreso, cuanto más trabajó muriendo entre las manos de los perseguidores. El Arcturo, pues, mientras gira es elevado, porque entonces la santa Iglesia se restaura con más valía en la verdad, cuando más ardientemente se fatiga por la verdad.

14. Los Oriones son los mártires.---Por lo cual aptamente también después del Arcturo añade al punto los Oriones. Pues los Oriones nacen en el mismo peso del tiempo invernal, y con su orto excitan tempestades, y perturban los mares y las tierras. ¿Qué se designa, pues, después del Arcturo por los Oriones sino los mártires? Los cuales, mientras la santa Iglesia se eleva al estado de la predicación, habiendo de padecer el peso de los perseguidores y las molestias, vinieron a la faz del cielo como en invierno. Pues nacidos estos, el mar y la tierra se turbaron, porque mientras la gentilidad dolióse de que sus costumbres fueran destruidas, ante la fortaleza de aquellos que aparecía, excitó para su matanza no solo a los iracundos y turbulentos, sino también a los plácidos. De los Oriones, por tanto, se erizó el

invierno, porque, al aclararse la constancia de los santos, la mente fría de los infieles se excitó a la tempestad de la persecución. El cielo, pues, produjo los Oriones, cuando la santa Iglesia envió a los mártires. Quienes, mientras osaron hablar cosas rectas a los rudos, soportaron todo el peso de la adversidad del frío.

15. Las Híades son los doctores.---Después de los Oriones también añade las Híades. Pues las Híades, al aclararse en el cielo en tiempo primaveral, excitan las lluvias. ¿Qué se expresa, pues, por las Híades sino los doctores de la Sagrada Escritura? Quienes, producidos a la faz del cielo, esto es, a la gracia de la predicación, regaron entonces el mundo con las lluvias de las palabras, cuando en ellos, transcurrido el invierno de la persecución, se calentó la gracia de la primavera por el orto de la luz celestial. Pues pasado el frío de los mártires, pronto los predicadores del mundo recibieron en ellos su turno, como en tiempo primaveral. Quienes empezaron entonces a aclararse, cuando ya la gentilidad, por la propicia divinidad, se abría a la luz de la verdad. Mas estas son llamadas Híades, porque tomaron su nombre de la lluvia en vocablo griego, de aquello que es hyen, lo cual ciertamente se dice llover. Rectamente, pues, son llamadas Híades las que con su llegada a la faz del mundo traen lluvias de doctrina. Las cuales, mientras se extienden a lo alto y giran en el eje del cielo, relajan nuestra tierra, árida de sed, en prole de frutos, infuso el aguacero de la doctrina. Pues si faltara el aguacero de la doctrina, de ningún modo los corazones

que se secan en nuestras tierras reverdecerían. Por lo cual también se dice por Moisés: Espérese como la lluvia mi elocuencia (Deut. 32, 2). De estas lluvias también se dice por el Salmista: Una lluvia voluntaria apartaste, Dios, para tu heredad (Sal. 67, 10). Por las Híades, pues, se expresan los doctores, porque mientras con su llegada se calentaba la faz primaveral del mundo, por su predicación la tierra de nuestras mentes progresó para germinar.

16. Las Híades son siete.---Estas mismas Híades también se dice que son siete. Porque ciertamente los doctores de la santa Iglesia, mientras reciben la plenitud del Espíritu septiforme, se difunden por todo el mundo para predicar en el número septenario. Mas porque las Híades están puestas en la frente del Toro, nos es muy necesario inquirir este orden. Pues ¿qué se entiende por el Toro sino o bien nuestro mismo Redentor, o bien cualquier predicador en su cuerpo? Porque ciertamente Él se dignó ser inmolado como víctima por nosotros; y estos, sufriendo el trabajo del certamen con mucho esfuerzo, como a la manera de los bueyes, recogen de las mentes aradas los frutos de las virtudes. Por lo cual se dice por la ley: No atarás la boca al buey que trilla (Deut. 25, 4). Y Pablo dice: ¿Acaso tiene Dios cuidado de los bueyes? (1 Cor. 9, 9). ¿Qué, pues, se designa por la cabeza del Toro sino nuestro mismo Autor? Mas ¿qué por la frente sino la presunción y confianza de nuestro mismo Autor? Las Híades, por tanto, están puestas en la frente del Toro, porque los santos doctores brillan en la presunción y

confianza de nuestro Autor. Pues si no fueran protegidos por su gracia, y se robustecieran en la presunción de Él, de ningún modo habrían podido entonces resistir a la vana gloria del mundo, y dilatar hasta nosotros la lluvia de su doctrina. Ellos mismos también lucen en su frente, por quienes se nos demuestra el precepto de su fe y rectitud. A los cuales, mientras los oímos hablar, reconocemos en qué confianza brillan.

17. Las interioridades del Austro, ¿quién es el Austro?---Mas a todas estas cosas añade las interioridades del Austro. Pues ¿qué se figura con el nombre del Austro sino la gracia del Espíritu Santo? El cual, mientras toca los corazones de los hombres con su calor, relaja de ellos el torpor del frío. Por lo cual se dice por el Salmista: Convierte, Señor, nuestra cautividad como torrente en el Austro (Sal. 125, 4). Pues el Austro es un viento cálido, y desde su lugar disuelve las aguas aletargadas. Así, así la llegada del Espíritu Santo relaja en nosotros el frío de la iniquidad, y disuelve en torrentes de penitencia las lágrimas de la estrechez. El cual Austro de nuevo se dice por Salomón: Levántate, Aquilón, y ven, Austro, sopla por mi huerto, y fluyan sus aromas (Cant. 4, 16). Pues el Aquilón es el espíritu maligno, que constriñe nuestros corazones, y de ningún modo permite que florezcan para los frutos de la buena obra. Mas se manda al Aquilón retirarse del huerto del Señor, y venir al Austro, para que mientras el Espíritu de la gracia suprema posea la mente, por su amor fluyan los aromas de las virtudes. Porque, por tanto, el Espíritu Santo es llamado

Austro, ¿qué se designa por sus interioridades sino sus secretos y ocultos juicios? Los cuales, así como no pueden ser vistos por nosotros, así en aquellas cosas que se hacen fuera la virtud del mismo Espíritu es maravillosamente ordenada. Después del Arcturo, pues, después de los Oriones, después de las Híades, añade las interioridades del Austro; porque después del estado de la Iglesia, después de los certámenes de los mártires, después de las lluvias de los doctores, muestra los admirables y ocultos juicios del mismo Espíritu, por los cuales estas mismas cosas son dispensadas. Pues mientras muchos vienen a la fe, muchos son dejados en su perfidia; mientras unos vuelven a la penitencia desde los actos depravados, otros perseveran en sus iniquidades; mientras unos son coronados con la palma del martirio, otros, llevados a la pena, son vueltos por la fragilidad rota a la abnegación; mientras las Híades derraman la doctrina, unos reciben esta para el aumento del fruto, otros, cerrado el corazón, callan en su esterilidad. ¿Qué son estas cosas sino las interioridades del Austro, esto es, los juicios escondidos del Espíritu Santo? Los cuales ciertamente, cuanto más ocultos son, tanto más han de ser admirados en sus alabanzas. Por lo cual también se añade aptamente:

VERS. 10.---Quien hace cosas grandes e incomprensibles, y maravillosas, de las cuales no hay número.

18. Toda criatura es nada ante su Creador.---¿Quién duda que, según la letra, Dios hizo todas estas cosas antes, y las hace cotidianamente? Mas

el varón santo, como dijimos, admira los hechos de Dios, por los cuales entiende que se designa otra cosa. Pues admira el estado de la Iglesia, los certámenes de los mártires, y los aguaceros de los doctores, y ¿qué otra cosa en ellos sino al Señor que los hace se estupefacta? Mas porque estas mismas cosas son grandes por sí, mas comparadas con Aquel que las hizo, de ningún modo son grandes, rectamente se añade: Quien hace cosas grandes e incomprensibles, y maravillosas, de las cuales no hay número. Pues las cosas que son creadas, aunque incomprensibles para nosotros, sin embargo para Aquel que las hizo son comprensibles. Por lo cual también dice Juan: Lo que fue hecho, en Él era vida (Jn. 1, 3). Pues en sí la cosa creada no es vida, mas en su autor es vida, porque en su disposición vive eternalmente. Aquellas cosas, pues, incomprensibles para el hombre, en Dios están comprendidas; y las que en sí son numerables, en Él son innumerables, porque de su sabiduría no hay número. Pues aquellas cosas que son numerables, si no fueran en sí innumerables, harían número a su sabiduría. Mas porque para Él todas las cosas terminan, mas Él por nadie es terminado, aquellas mismas que en sí tienen fin, en su incomprensibilidad son sin fin. Rectamente, pues, se dice: Quien hace cosas grandes e incomprensibles, y maravillosas, de las cuales no hay número. Como si dijera abiertamente: ¿Qué maravilla si creemos que estas cosas fueron hechas por Él, a quien nada comprendido encierra, nada acabado termina? Quien siendo Él mismo incomprensible, también gobierna in-

comprensiblemente aquellas cosas que hizo. Por lo cual también Job volviendo a sí mismo, y admirando en sí mismo la incomprensibilidad del creador, añade:

VERS. 11.---Si viniere a mí, no lo veré; si se fuere, no lo entenderé.

19. Dios, aunque sea visto, no es visto.---El bienaventurado Job no solo en la gobernación del mundo, sino también en sí mismo considera la potencia de Dios. Pues mientras advierte en qué orden fue fundado, y en qué orden de nuevo es gobernado, siente estas mismas cosas por las que es gobernado, mas cómo es gobernado no lo ve. Pues como dijimos, arriba el espíritu de la criatura es medio entre Dios y la carne; el cual en esto que es vivificado por Dios, está debajo de Dios; mas en esto que vivifica a la carne, está sobre la carne. El que, por tanto, está sobre la carne, bien ve todas las cosas que están debajo de él; mas porque está debajo de Dios, esto que está sobre él no puede comprenderlo. Pues ¿cómo el que es comprendido él mismo, comprendería aquello por lo que es comprendido? Dios, por tanto, contempla todas las cosas que son, y por estas que son de ningún modo puede ser visto. De quien se dice por Juan: A Dios nadie lo vio jamás (Jn. 1, 18). Y de nuevo está escrito: Mi rostro nadie lo verá, y vivirá (Éx. 33, 20); porque ciertamente en esta vida quienquiera que ve a Dios, muere para ella, para que viendo no viva. Pues si no muriera fundadamente para la delectación del presente siglo, de ningún modo se elevaría a la visión de la eternidad. Por lo cual también Job dice: Si

viniere a mí, no lo veré. Pues viene a nosotros el Señor, cuando ilustra nuestras mentes con la gracia de su visitación. Lo cual mientras se hace, porque su virtud pronto se siente en nosotros, se dice que viene. Mas porque su misma esencia por ninguna criatura es contemplada, rectamente se añade: No lo veré. Pues el hombre siente su visitación, mas no lo ve a Él. Quien entonces eleva la mente hacia sí misma, cuando evacua las formas de las cogitaciones humanas, y por la intención se tiende a aquello que está más allá del hombre. Mas cuando el mismo fulgor inaccesible repele la intención de la mente, su misma flaqueza repelida a aquello que puede entender, recae como en sí misma. Porque, por tanto, la gracia de su visitación está presente, mas quién sea el que viene no se ve, rectamente se dice: Si viniere a mí, no lo veré.

20. Cómo Dios viene, cómo se va.---Porque verdaderamente esta misma gracia a veces es sustraída, para que la mente remitida a sí misma conozca qué es ella misma, rectamente se añade: Si se fuere, no lo entenderé. Pues cuando viene, se siente su virtud; mas cuando se aleja, se ignora de dónde viene o a dónde va. Porque ciertamente de ningún modo podemos conocer el inicio y el fin de su visitación. Por lo cual también se dice a Nicodemo: El Espíritu sopla donde quiere, y oyes su voz, mas no sabes de dónde viene ni a dónde va (Jn. 3, 8). Pues oímos la voz del Espíritu cuando por su gracia somos compungidos por su aspiración. Mas de dónde venga o a dónde vaya no lo sabemos, porque ni vemos los inicios de su visita-

ción por presciencia, ni retenemos la perseverancia por comprensión. Rectamente, pues, se dice: Si se fuere, no lo entenderé. Como si, pues, el venir el Señor a nosotros se dijera entonces, cuando compunge nuestras mentes con grata visitación; mas entonces el irse, cuando tras la gracia de su compunción deserta nuestras mentes. Porque ciertamente si siempre tuviera nuestras mentes en esta gracia de su visitación, ya veríamos en esta vida los gozos de la patria celestial. Mas esta misma gracia se concede por una hora, y al punto es sustraída, para que nos rapte hacia sí por el deseo, mas para que no nos retenga hacia sí por la saciedad. A sí mismo, pues, nos hace venir, mas de ningún modo permite que le seamos presentados en esta vida.

VERS. 12.---Si interrogare repentinamente, ¿quién le responderá? ¿o quién puede decir: ¿Por qué haces así?

21. Qué sea la interrogación de Dios.---A menudo la interrogación de Dios es la misma percusión del hombre. Pues el Señor interroga cuando hiere, porque por el dolor que infiere por fuera, inclina la mente por dentro al conocimiento de sí misma. Y cuando el hombre herido reconoce sus culpas, que cometió, responde al Señor como a quien interroga. Mas si interrogare repentinamente, ¿quién le responderá? Pues la percusión, si se preconoce, se sostiene más tolerablemente por la mente. Mas si fuera repentina, conturba todos los secretos del corazón. Porque, por tanto, Dios la más de las veces interroga entonces, cuando hiere; y entonces máxime hiere, cuando la mente

prescia nada tal sospecha, rectamente se dice: Si interrogare repentinamente, ¿quién le responderá? Como si dijera: Si entonces máxime el Señor hiere, cuando nada tal tememos, ¿quién prepara la voz de la razón contra su percusión, la cual turba la imprevista ferocidad de la mente herida?

22. En los juicios de Dios no se ha de inquirir la causa.---Por lo cual también pronto rectamente se añade: ¿O quién puede decir: ¿Por qué haces así? Porque ciertamente en sus ocultos juicios, aunque la causa por qué algo se hace de ningún modo esté patente, no es sin embargo necesario que alguien le pregunte por la causa. Pues cuando el que es herido no conociere el derecho de Dios, debe reflejarse a esto solo, para que sepa que Aquel que hiere no es injusto. Y Job reduciéndonos a esto, qué debamos sentir de su omnipotencia, añade:

VERS. 13.---Dios, a cuya ira nadie puede resistir, y bajo el cual se encorvan los que portan el orbe.

23. Qué sea la ira de Dios.---La ira de Dios no es una perturbación del ánimo, como en el hombre, sino que es el rostro de un juez justo movido a la venganza del pecado. Lo cual se toma también de la misma costumbre de los hombres, de modo que por causa de la venganza se diga que cualquiera está airado. Puede, por tanto, sentirse su ira, mas de ningún modo vale que se le resista por aquel por quien es sentida. Por lo cual también rectamente se añade: Y bajo el cual se encorvan los que portan el orbe. Pues portan el orbe los que presiden su administración mundana. Mas

también estos se encorvan bajo Él, porque a cuyo arbitrio todas las cosas son gobernadas, aquellos también que gobiernan, sin duda alguna son humillados. O ciertamente portan el orbe los que llevan el peso de la sabiduría mundana. Estos, pues, se encorvan bajo Él, porque comparados con su omnipotencia, ¿qué otra cosa son sino abyectos? Quienes tanto más se encorvan, cuanto menos se elevan a la estabilidad eterna por la humildad. O ciertamente portan el orbe los que gobiernan a los demás para su propio favor. Mas se encorvan bajo Él, porque estos que son los sumos entre los hombres, son entonces máxime condenados por el Señor, cuando son sorprendidos en su ira. Mas el bienaventurado Job, cuando considera su omnipotencia, volviendo a sí mismo, y comparando su fragilidad con tan gran virtud de Él, dice:

VERS. 14.---¿Cuán grande soy yo, pues, para que le responda, y hable con mis palabras con Él?

24. Los pecadores no osan hablar con Dios.--- Como si dijera: Si aquellos se encorvan bajo Él que portan el orbe, ¿qué haré yo, que contra Él no tengo tan gran virtud? Mas se ha de saber que aquel que obra cosas buenas, se dice que responde al Señor, cuando instruye su vida según sus preceptos. Mas aquel que no basta para las buenas obras, y sin embargo eleva contra Él la voz de su defensa, parece hablar con Él con palabras. Mas el varón santo considerando que él de ningún modo basta para los preceptos divinos, confiesa no solo que no le responde, sino que ni siquiera puede hablar con Él con palabras. Porque

ciertamente aquel que todavía está en pecado, puesto que no responde al Señor con hechos, no debe ni siquiera prorrumpir en su defensa, para que de ningún modo se vuelva hinchado por las palabras contra Aquel a quien no puede aplacar por los hechos. Por lo cual también aptamente se añade:

VERS. 15.---Quien aunque tuviere yo algo justo, no responderé, sino que deprecaré a mi juez.

25. Nuestra justicia ante la divina es injusticia.---¿En cuya voz, sino en la humildad de todo el género humano se expresa esto? Pues toda justicia humana se convence de ser injusticia, si se juzga estrechamente. Por tanto, tras la justicia necesita la súplica, para que lo que discutido podía sucumbir, convalezca por la sola piedad del juez. Por lo cual también rectamente se dice: Quien aunque tuviere yo algo justo, no responderé, sino que deprecaré a mi juez. Como si dijera abiertamente: Aunque haya germinado para obras rectas, me esforzaré por la vida no por el mérito, sino por el perdón. Pues las cosas buenas que hacemos, son de Él; y por ello le somos deudores, de donde por los méritos esperamos los premios. De Él es, por tanto, lo que hacemos, de Él la inmolación por la que es aplacado. Los varones justos, pues, mientras ven su justicia, no confían en sus méritos, sino en la sola piedad del Autor. Por lo cual también rectamente se añade:

VERS. 16.---Cuando hubiere invocado, y me hubiere oído, no creo que haya oído mi voz.

26. La oración no se cree por el oído.---Como si dijera: Si entonces máxime el Señor se aíra,

cuando hiere nuestros pecados, ¿quién confiará en su ira? Pues cuando nos convertimos a Él por la penitencia, y creemos ser oídos, sin embargo en nuestra misma conversión trepidamos. Porque ciertamente aquel que se contempla a sí mismo todavía estar en pecados, no debe confiar en el solo haber sido oído, sino que debe trepidar ante aquello que todavía resta en sí de pecado. Por lo cual también rectamente se dice: Cuando hubiere invocado, y me hubiere oído, no creo que haya oído mi voz. Porque ciertamente aquel que vuelve al Señor por la penitencia, y contempla que es oído, no debe gozarse solo por haber sido oído, sino que debe temer por la mancha del pecado que aún permanece. Pues ni debe creer que es oído el que se reconoce todavía estar en pecados. Mas estas cosas las dice el bienaventurado Job por humildad, quien confiesa ser oído no por sus méritos, sino por la sola piedad del Señor. Quien mientras ve su omnipotencia, se refleja a esto solo, para que conozca que él no es nada. Por lo cual también rectamente se añade:

VERS. 17.---Pues en un torbellino me quebrantará, y multiplicará mis heridas, incluso sin causa.

27. ¿Por qué se dice que Job fue herido sin causa?---Con el nombre de torbellino, ¿qué se expresa sino la fuerza de la percusión repentina? La cual, mientras nos invade inesperadamente, atrae la mente como en un torbellino al conocimiento de sí misma. Mas se ha de saber que Job, mientras dice que es herido sin causa, no habla de la injusticia del Creador, sino que se

admira de sus ocultos juicios. Pues como dijimos arriba, el que se reconoce todavía estar en pecados, no debe confiar en el solo haber sido oído. Mas el bienaventurado Job, que se ve limpio de sus iniquidades, no debe presumir de su sola justicia. Porque ciertamente aquel que se ve justo, pero sin embargo se contempla herido, entonces máxime se estupefacta ante los ocultos juicios del Creador, cuando no ve en sí causa alguna de percusión. Lo cual bien se dice también por Eliú: Pues Job se justificó a sí mismo ante Dios (Job 32, 2). Porque ciertamente mientras afirma su justicia, sin embargo se somete a sus ocultos juicios. Por lo cual también rectamente se dice: Pues en un torbellino me quebrantará, y multiplicará mis heridas, incluso sin causa. Como si dijera abiertamente: Si entonces máxime el Señor hiere, cuando nada tal merecemos, ¿quién no trepidará en sus ocultos juicios, el cual incluso sin causa no teme herirnos? Mas esta percusión sin causa no se refiere a la injusticia del Juez, sino a su secreta dispensación. Quien mientras hiere a sus elegidos sin causa, se refleja a esto solo, para que por la paciencia de ellos instruya a otros, y por las heridas de ellos sane a otros. Por lo cual también aptamente se añade:

VERS. 18.---No permite descansar a mi espíritu, y me llena de amarguras.

28. Qué sea la amargura del ánimo.---Pues a menudo acontece que la mente, mientras es raptada a la contemplación, en su mismo rapto siente amargura. Porque ciertamente mientras se eleva hacia Dios, y sin embargo todavía recae

en sí misma, en su misma elevación se duele, porque todavía de ningún modo retiene aquello que apetece. Y porque en esta vida de ningún modo se le permite llegar a su visión, remitida a sí misma, sigue la amargura. Por lo cual también rectamente se dice: Y me llena de amarguras. Porque ciertamente aquel que se extiende a la patria eterna por el deseo, peregrinando en este mundo, padece amargura. El cual, como dijimos arriba, tanto más se duele, cuanto más es raptado a la visión de la eternidad por el deseo. Porque ciertamente mientras ve aquello que apetece, y sin embargo todavía siente aquello que es, en su mismo rapto es crucificado. Mas esta amargura no es de pecado, sino de deseo. La cual ciertamente máxime llena las mentes de los elegidos, cuando los rapta hacia sí por el amor. Por lo cual también Job reduciéndonos a esto, qué debamos sentir de su omnipotencia, añade:

VERS. 19.---Si se busca la fortaleza, Él es el más fuerte; si la equidad del juicio, nadie osa decir testimonio por mí.

29. Qué sea la fortaleza de Dios.---Como si dijera: Si contra Él se opone la fortaleza, Él es el más fuerte; si la equidad del juicio, ¿quién prepara la voz de la razón contra su juicio? Porque ciertamente nadie vale para resistir a su omnipotencia, y nadie puede compararse a su equidad. Su fortaleza, pues, es su misma fuerza con que todo lo gobierna; mas la equidad del juicio es su misma justicia con que todo lo dispone. Porque, por tanto, nadie resiste a su fortaleza, y nadie se iguala a su justicia, rectamente se dice: Si se busca

la fortaleza, Él es el más fuerte; si la equidad del juicio, nadie osa decir testimonio por mí. Como si dijera abiertamente: ¿Quién prepara su fortaleza contra la fuerza de Él, o quién contra su justicia osa decir testimonio por mí, cuando él mismo que parece hablar por mí, comparado con la equidad de Él, se convence de ser injusto? Mas estas cosas las dice el varón santo sobre su incomprensibilidad, el cual confiesa haber de ser salvado no por sus méritos, sino por la sola piedad del Creador. Por lo cual también rectamente se añade:

VERS. 20.---Si quisiere justificarme, mi propia boca me condenará; si me mostrare inocente, me argüirá de depravado.

30. La justicia humana ante Dios es injusticia.---¿En cuya voz, sino en la humildad de todo el género humano se expresa esto? Pues toda justicia humana se convence de ser injusticia, si se juzga estrechamente. Pues si abrimos nuestra boca para nuestra justificación, nuestra misma boca nos condena, porque en nuestra misma locución, ¿qué otra cosa mostramos sino nuestra soberbia? Mas si nos mostramos inocentes, nuestra misma inocencia nos arguye de depravados, porque mientras nos creemos inocentes, nos desviamos de la misma rectitud de la humildad. Por lo cual también rectamente se dice: Si quisiere justificarme, mi propia boca me condenará; si me mostrare inocente, me argüirá de depravado. Como si dijera abiertamente: Aunque haya germinado para obras rectas, me esforzaré por la vida no por el mérito, sino por el perdón. Pues aun si dijere que soy inocente, en mi misma elación

soy argüido de depravado. El bienaventurado Job, pues, mientras ve su equidad, se refleja a esto solo, para que conozca que él no es nada. Por lo cual también rectamente se añade:

24. La virtud de la oración por los enemigos.--- En cuya materia se puede inquirir útilmente por qué, dejados de lado tantos padres más antiguos, solo Moisés y Samuel son nombrados más excelente y elegantemente para derramar la súplica?

Lo cual, sin embargo, fácilmente reconocemos, si pesamos los méritos de aquella caridad que es mandada para amar también a los enemigos. [Vet. XIII.] Pues a los oídos del Creador máxime se encomienda aquella oración que se esfuerza por interceder también por los enemigos. Por lo cual también la Verdad por sí misma dice: Orad por los que os persiguen y calumnian (Mat. 5, 44). Y de nuevo: Cuando estéis para orar, perdonad si tenéis algo contra otro (Mar. 11, 25). Mas cuando revolvemos los hechos de los padres anteriores describiéndolos la sagrada elocuencia, encontramos que Moisés y Samuel oraron por los que se les oponían. Pues uno de ellos huyó de la persecución de un pueblo enfurecido, y sin embargo intervino por la vida de su perseguidor; el otro, depuesto de la jefatura del pueblo, dice a sus mismos adversarios: Lejos esté de mí este pecado ante el Señor, que cese de orar por vosotros (1 Rey. 12, 23). ¿Qué es, pues, en la dificultad de deprecar traer a Moisés y a Samuel, sino indicar más claramente que ni ellos, si estuvieran presentes, se opondrían a su ira, los cuales por ello podrían intervenir más rápidamente por los amigos, porque

solían interceder ante Él también por los enemigos? De aquí se dice a la misma Judea: Te herí con la llaga del enemigo, con castigo cruel (Jer. 30, 14). Y de nuevo: ¿Por qué clamas a mí sobre tu contrición? Tu dolor es incurable (Ibíd., 15). El varón santo, pues, contemple que por la intervención de nadie se restringe la ira divina cuando se excita implacablemente, y diga: Dios, a cuya ira nadie puede resistir. Lo cual bien llevamos también a un entendimiento especial, si pesamos las pérdidas de la misma plebe israelita, a la cual el Redentor, manifestado por el misterio de su dispensación, abandonó en su soberbia, y llamó a los gentiles a la gracia de su conocimiento. Por lo cual también aptamente se añade luego: Bajo el cual se encorvan los que portan el orbe.

[Rec. X.] 25. Portan el orbe los que gobiernan.---Pues ellos mismos portan el orbe que toleran los cuidados del presente siglo. Pues cada uno es compelido a sostener tantos pesos, cuantos son aquellos sobre los que manda en este mundo. Por lo cual también el príncipe de la tierra no incongruentemente es llamado basileus en la elocuencia griega. Pues laos se interpreta como pueblo. Basileus, pues, se llama basis laou, porque en la lengua latina se dice que es la base del pueblo, porque ciertamente él mismo sostiene sobre sí al pueblo, al cual gobierna fijo por el peso de aquel poder de movimiento. Pues en cuanto tolera las cargas de sus súbditos, en ello la base porta como una columna superpuesta. El bienaventurado Job, pues, lleno de la virtud del espíritu profético, contemple que Judea es aban-

donada, y que los príncipes de los gentiles se inclinan al culto de la Divinidad, y diga: Dios, a cuya ira nadie puede resistir, bajo el cual se encorvan los que portan el orbe. Como si abiertamente confesara diciendo: Y abandonas a los antes sujetos a la estrechez, y doblas misericordiosamente las potestades erguidas de los gentiles.

[Vet. XIV.] 26. Tales ángeles en ministerio enviados.---Aunque por lo que se dice, "bajo el cual se encorvan los que portan el orbe", también pueden entenderse las virtudes angélicas. Pues ellas mismas portan el orbe, las cuales administran los cuidados de gobernar el mundo, atestiguándolo Pablo, quien dice: "¿No son todos espíritus administradores, enviados en ministerio por causa de aquellos que reciben la herencia de la salvación?" (Heb. 1, 14). Dice, pues: "Dios, a cuya ira nadie puede resistir, bajo el cual se encorvan los que portan el orbe". Como si contemplara la humildad de toda criatura, y estremecido dijera: "¿Quién de los débiles hombres se opone a tus designios, a cuya fortaleza incluso las virtudes angélicas se inclinan?" O ciertamente, puesto que cuando nos encorvamos, no divisamos las cosas superiores: erguidos estarían aquellos sutilísimos espíritus, si alcanzaran plenamente la potencia de su majestad. Mas los que portan el orbe, bajo Dios están encorvados, porque aunque vean elevada la celsitud de su divinidad, sin embargo las virtudes angélicas no la comprenden. La cual el varón justo, no penetrándola por su flaqueza, sino pesándola de algún modo desde los ministerios sujetos de los espíritus supremos,

se recoge a su propia consideración con solícita humildad, y se envilece ante sí mismo frente a la potestad de la magnitud suprema, diciendo:

CAPÍTULO XVII.

VERS. 14.---¿Cuán grande soy yo, pues, para que le responda, y hable con mis palabras con Él?

27. No pueden disputar sobre los juicios de Dios los que son oprimidos por el peso de la corrupción.---Como si abiertamente dijera: Si aquella criatura no basta para considerarlo a Él, la cual no es oprimida por la carne, ¿con qué mente disputo yo sobre sus juicios, que soy angustiado por el peso de la corrupción? Pues así como a menudo para nosotros las palabras de Dios son sus juicios, los cuales hablan la sentencia de nuestros actos, así nuestras palabras para con Dios son las obras que mostramos. Mas el hombre no puede hablar con Dios con sus palabras, porque ante su sutil juicio no tiene confianza alguna sobre sus propios actos. Por lo cual también aptamente se añade:

CAPÍTULO XVIII

[Rec. XI].

VERS. 15.---Quien aunque tuviere yo algo justo, no responderé, sino que deprecaré a mi juez.

28. Nuestra justicia necesita de la súplica del perdón.---Pues como a menudo hemos dicho, toda justicia humana se convence de ser injusticia, si se juzga estrechamente. Por tanto, tras

la justicia necesita la súplica, para que lo que discutido podía sucumbir, convalezca por la sola piedad del juez. La cual cuando es poseída plenamente por los más perfectos, se dice que se posee "algo" de ella, porque la mente humana apenas realiza lo que comprende, y son muy extremas las cosas que comprende. Diga, pues: "Quien aunque tuviere yo algo justo, no responderé, sino que deprecaré a mi juez". Como si más abiertamente confesara diciendo: "Y si hubiere crecido para la obra de la virtud, convalezco para la vida no por los méritos, sino por el perdón". Por tanto, se debe apoyar en la súplica cuando obramos rectamente, para que todo lo que vivimos justamente, lo sazonemos con la humildad. [Vet. XV.] Mas a menudo nuestra misma súplica es sacudida por tantas tentaciones, que casi parece repelida de la vista del juez. Y a menudo el Creador misericordioso la percibe; mas porque ella no puede ejercerse ilesa como quiere, teme sobre sí el juicio de reprobación. Por lo cual también se añade:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 16.---Y cuando me hubiere oído al invocarlo, no creo que haya oído mi voz.

29. Movimientos alternantes del ánimo durante la oración.---Pues a menudo la mente se enciende con el fuego del amor divino, y se eleva a contemplar las cosas celestiales y arcanas; ya es raptada a lo sumo, y, compungida por un deseo perfecto, se enajena de lo ínfimo; mas sacudida por una repentina tentación, la que con fuerte intención se había erguido en Dios, es encorvada

traspasada por los pensamientos surgidos; de modo que no puede discernirse a sí misma, y sorprendida entre los vicios y las virtudes, no reconoce en qué parte es más valiente. Pues a menudo se llega hasta esto, que se admire cómo comprende de cosas tan sumas la que un pensamiento ilícito mancilla; y de nuevo cómo recibe pensamientos ilícitos aquella sobre la cual vale fuertemente el fervor del espíritu. Cuyos movimientos alternantes de los pensamientos en el ánimo contemplando bien el Salmista, dice: "Ascienden hasta los cielos, y descienden hasta los abismos" (Sal. 106, 26). Hasta los cielos ciertamente ascendemos cuando penetramos lo sumo; mas hasta los abismos descendemos, cuando de repente somos derribados desde la cumbre de la contemplación por torpes tentaciones. Los movimientos, pues, del ánimo, mientras alternan entre los votos y los vicios, ciertamente se nublan a sí mismos la certeza de haber sido oídos. Rectamente, pues, se dice: "Y cuando me hubiere oído al invocarlo, no creo que haya oído mi voz", porque la mente por su misma mutabilidad se vuelve trepida; y por aquello que padece sin quererlo, se sospecha repelida y abyecta.

30. La severidad del juicio extremo. Máxime en aquellos a quienes la paciencia de Dios ha tolerado por mucho tiempo.---Gusta considerar con cuánta sutileza el varón santo se juzga a sí mismo, para que nada en él reprendan los divinos juicios. Pues contemplando su flaqueza, dice: "¿Cuán grande soy yo, pues, que le responda, y hable con mis palabras con Él?" [Rec. XII.] No confiando en

los méritos de su justicia, sino entregándose a la sola esperanza de la petición, añade: "Quien aunque tuviere yo algo justo, no responderé, sino que deprecaré a mi juez". Mas pávido también por la misma petición, añade: "Y cuando me hubiere oído al invocarlo, no creo que haya oído mi voz". ¿Por qué tiembla con tanta circunspección, por qué teme con tanta solicitud, sino porque considera el terror del juez en la estrechez extrema, y, no soportando la fuerza de aquella discusión, piensa que todo lo que hace le es insuficiente? Por lo cual también inmediatamente añade:

CAPÍTULO XX

[Vet. XVI].

VERS. 17.---Pues en un torbellino me quebrantará.

31. Todo pecador es desmenuzado en el torbellino, el que parecía erguido en la tranquilidad, porque a quien por mucho tiempo la longanimidad suprema tolera, la extrema severidad del juicio lo mata; el cual rectamente se llama torbellino, porque se revela en la conmoción de los elementos, atestiguándolo el Salmista, quien dice: "Dios nuestro Dios vendrá manifiesto, y no callará. Fuego arderá en su presencia, y en su circuito una tempestad fuerte" (Sal. 49, 3). Por lo cual también otro profeta dice: "El Señor en la tempestad y en el torbellino es su camino" (Nah. 1, 3). En cuyo torbellino ciertamente el justo de ningún modo es quebrantado, porque siempre aquí teme solícitamente ser quebrantado. Pues

considera, estando todavía constituido en el camino de la presente vida, cuán estrecho aparece el exactor de las obras ante los actos humanos, el cual condena entonces a algunos ligados por el reato de la culpa original incluso sin obras. Por lo cual rectamente el varón santo, por la voz del género humano, añade inmediatamente:

CAPÍTULO XXI.

IBÍD.---Y multiplicará mis heridas incluso sin causa.

32. Son condenados los párvulos solo por la culpa original.---Pues algunos son sustraídos de la presente luz antes de que lleguen a producir méritos buenos o malos de la vida activa. A los cuales, porque los sacramentos de la salvación no los libran de la culpa de origen, y aquí nada hicieron de lo propio, y allí llegan a los tormentos. Para quienes una herida es nacer corruptiblemente, otra morir carnalmente. Mas porque tras la muerte también sigue la muerte eterna, por oculto y justo juicio se les multiplican las heridas incluso sin causa. Pues perciben perpetuos tormentos incluso quienes nada pecaron por propia voluntad. Pues de aquí está escrito: "No es limpio en su presencia ni el infante de un día sobre la tierra" (Job 15, 14). De aquí por sí misma la Verdad dice: "Si uno no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios" (Juan 3, 5). De aquí Pablo dice: "Éramos por naturaleza hijos de ira, como también los demás" (Ef. 2, 3). El que, por tanto, no añadiendo nada propio, perece por el solo reato de origen, ¿qué es este en

aquel examen extremo, en cuanto a la estimación del sentido humano, sino herido sin causa? Pero, sin embargo, bajo la estrechez divina es justo que la progenie mortal, como árbol infructuoso, conserve también en las ramas la amargura que trajo de la raíz. Dice, pues: "Pues en un torbellino me quebrantará, y multiplicará mis heridas incluso sin causa". Como si, considerando abiertamente las pérdidas del género humano, dijera: ¿Con qué animadversión mata el juez estrecho a aquellos a quienes la culpa de la propia acción condena, si también hiere eternamente a aquellos a quienes el reato del albedrío no sentencia?

33. Job teme el juicio de Dios. Fue herido para que el mérito aumentara, no para que el vicio se limpiara.---Cuyas palabras ciertamente reconocemos que no discrepan de Job especialmente, si indagamos cuán verdaderamente fueron proferidas. Pues pesándose a sí mismo sutilmente, y juzgándose en toda acción, insinúa con cuánta solicitud teme la fuerza de la estrechez suprema, añadiendo: "Pues en un torbellino me quebrantará". Como si abiertamente dijera: Por ello lo temo siempre incluso en la tranquilidad, porque por los flagelos no ignoro de qué clase viene en el torbellino. Cuyos flagelos, a saber, tanto temiendo los previó, como previéndolos los sobrellevó. Por lo cual añade: "Y multiplicará mis heridas incluso sin causa". Pues como ya a menudo hemos dicho, de ningún modo el bienaventurado Job fue herido para que en él la percusión limpiara el vicio, sino para que aumentara el mérito. Afirmándose, pues, herido sin causa, habla esto de sí exterior-

mente, lo que de él la Verdad testifica en lo oculto, diciendo: "Me conmoviste contra él, para que lo afligiera en vano" (Job 2, 3). El varón santo, pues, no dice soberbiamente lo que dice verazmente, ni por estas palabras discrepa de la rectitud, por las cuales no discorda del juez. Quien expresa inmediatamente la continuación de las mismas heridas, cuando añade:

CAPÍTULO XXII

[Vet. XVII].

VERS. 18.---No concede descansar a mi espíritu, y me llena de amarguras.

34. Job es afligido por dentro y por fuera.---A menudo para los justos es ejercicio de virtud el tolerar solo exteriormente las adversidades. Pero para que el certamen de la plena prueba instruya sus fuerzas, a veces también los tormentos los laceran por fuera, y las tentaciones los castigan por dentro. Por lo cual el varón santo se afirma lleno de amarguras, porque cuando tolera los flagelos exteriormente, aquello es más grave lo que porta en lo íntimo de la tentación del adversario. Mas entre estas cosas mitiga la fuerza del dolor la considerada equidad y potencia del que hiere. Por lo cual añade:

CAPÍTULO XXIII.

VERS. 19.---Si se busca la fortaleza, Él es robustísimo; si la equidad del juicio, nadie osa decir testimonio por mí.

35. La equidad del juicio de Dios.---Pues Él examina las causas de la vida, quien no las explora por el testimonio ajeno, porque Aquel que alguna vez se muestra como el estrecho ejecutor de la pena, Él mismo existió por largo tiempo como testigo silencioso de la culpa. Pues de aquí se dice por el profeta: "Yo soy juez y testigo" (Jer. 29, 23). De aquí de nuevo dice: "Callé, siempre estuve en silencio, fui paciente, hablaré como mujer de parto" (Is. 42, 14). Pues la mujer de parto con dolor expulsa lo que largamente llevó con peso en lugares recónditos. Tras un largo silencio, por tanto, como mujer de parto, el Señor habla, porque lo que ahora tolera silencioso en sí, en la venganza del juicio lo manifiesta alguna vez como con dolor. Mas debemos indagar nosotros, aquel varón justo, si alguien presumiera decir testimonio por él, ¿lo libraría acaso del reato? Y si otro no imparte testimonio a este, ¿convalecerá acaso él mismo al menos para proferir testimonio por sí mismo? Sigue.

VERS. 20.---Si quisiere justificarme, mi propia boca me condenará; si me mostrare inocente, me comprobará depravado.

36. Nadie se sabe inocente con certeza.---Como si abiertamente dijera: ¿Qué diré de los otros, que yo mismo no valgo para dar testimonio de mí? Pero porque no bastas para testificar de tu inocencia, ¿sabes acaso esto mismo, que tienes inocencia? Añade:

CAPÍTULO XXV

[Rec. XIII].

VERS. 21.---Incluso si fuere yo simple, mi alma ignorará esto mismo.

37. Utilidad e incomodidad de nuestra ignorancia. [Vet. XVIII]. El vicio a menudo realiza lo que la virtud comenzó.---A menudo si sabemos las cosas buenas que hacemos, somos llevados a la elación; si las ignoramos, de ningún modo las conservamos. ¿Quién no se ensoberbece por poco que sea por la conciencia de su propia virtud? ¿O quién de nuevo conservaría en sí el bien que ignora; mas contra ambos qué resta, sino que ignoremos al saber las cosas rectas que hacemos, para que las estimemos como rectas, y como mínimas, a fin de que la ciencia de la rectitud sensibilice el ánimo para la custodia, y la estimación de la minoración no lo eleve a la hinchazón? Mas hay algunas cosas que no pueden ser fácilmente sabidas por nosotros, incluso cuando se hacen. Pues a menudo con recto celo contra las culpas de los delincuentes nos encendemos; y cuando más allá de las metas de la equidad somos raptados por la ira, esto lo estimamos como el celo de la justa estrechez. A menudo asumimos el oficio de la predicación, para que por esto sirvamos a la utilidad fraterna; mas a no ser que gustemos a quien hablamos, de ningún modo se recibe de buen grado lo que predicamos. Y cuando la mente útilmente estudia gustar, fluye torpemente al amor de la propia alabanza; y la que de la cautividad de los vicios a otros cuidaba de librar, ella misma empieza a servir cautivada por sus propios favores. Pues es como un ladronzuelo el apetito de la alabanza humana, que se une de

lado a los que caminan por el camino recto, para que, sacada la espada de los lugares ocultos, la vida de los caminantes sea degollada. Y cuando la intención de la utilidad propuesta se deduce a los estudios privados, de horrendo modo una y la misma obra realiza la culpa, que la virtud comenzó. A menudo también desde los mismos exordios una cosa apetece el pensamiento, otra muestra la acción.

[Vet. XIX.] 38. A veces la acción es recta, no el ánimo.---A menudo ni el mismo pensamiento se muestra fiel a sí mismo, porque una cosa revuelve ante los ojos de la mente, y de intención se apresura lejos hacia otra. Pues a menudo algunos apetecen premios terrenos, y defienden la justicia, y se estiman inocentes, y se regocijan de ser defensores de la rectitud. A los cuales si se les quita la esperanza del dinero, cesan inmediatamente de la defensa de la justicia; y sin embargo se piensan defensores de la justicia, y se afirman rectos a sí mismos, los cuales de ningún modo buscan la rectitud, sino el dinero. Contra quienes bien se dice por Moisés: "Justamente lo que es justo seguirás" (Deut. 16, 20). Pues injustamente lo que es justo sigue, quien a la defensa de la justicia no por emulación de la virtud, sino por amor del premio temporal es excitado. Injustamente lo que es justo sigue, quien la misma justicia que pretende no teme en absoluto venderla. Justamente, pues, seguir lo justo es buscar esa misma justicia en la aserción de la justicia. A menudo hacemos cosas rectas, y de ningún modo esperamos premios, de ningún modo alabanzas de los hombres; pero sin

embargo la mente, erguida en su propia confianza, desprecia el gustar a aquellos de quienes nada busca, desprecia los juicios de ellos, y se rapta a sí misma malamente libre por los precipicios de la elación; y de allí bajo el vicio peor se abruma, de donde, como si los vicios fueran vencidos, se gloría de no estar sujeta a ningunos deseos.

39. Hay para nosotros un peligro por la demasiada o ninguna discusión de nosotros mismos. A menudo, mientras nos discutimos a nosotros mismos más de lo justo, erramos más indiscretamente por el mismo estudio de la discreción; y la agudeza de nuestra mente, cuanto más se esfuerza por discernir, tanto más se oscurece, porque también quien mira importunamente los rayos del sol, se entenebrece; y de allí es compelido a no ver nada, de donde se esfuerza por ver más. Porque, por tanto, nos ignoramos totalmente a nosotros mismos cuando estamos torpes en nuestra inquisición, o si nos buscamos con sutil discusión, la mayoría de las veces estamos en tinieblas entre los vicios y las virtudes, rectamente se dice ahora: Aunque yo fuera simple, mi alma ignorará esto mismo. Como si se dijera abiertamente: ¿Con qué temeridad refuto los juicios del Creador contra mí, que me ignoro a mí mismo por la calígine de mi flaqueza? De donde bien se dice por el profeta: El abismo dio su voz desde la altura de su fantasía (Hab. 3, 10). Pues el abismo porta la altura de la fantasía cuando el ánimo humano, caliginoso por el inmenso pensamiento, no se penetra a sí mismo ni siquiera discutiéndose. Pero dar voz desde esta altura es porque, mientras no

puede aprehenderse a sí mismo, se ve compelido a levantarse en admiración, para que no ose escudriñar lo que está sobre él, en aquello en que, pensando él mismo su incomprensibilidad, no vale encontrar lo que es. Pero los corazones de los justos, porque no pueden examinarse a sí mismos hasta la perfección, llevan a mal este exilio de ceguedad.

De donde también se añade,---IBID.:---Y me hastiaré de mi vida. Hastía al justo vivir, porque aun obrando no cesa de buscar la vida, y sin embargo no vale encontrar el mérito de esa misma vida suya. Pues saca la balanza del examen del seno de la íntima equidad; y de allí desfallece en sí mismo hacia el efecto del hallazgo, de donde arrebatado sobre sí crece hacia la fuerza de la inquisición. Pero es consuelo de nuestra calígine, devuelta al ánimo, la justa e incomprensible potencia del Creador, la cual ni deja a los inicuos sin venganza, y trasciende la justicia de los rectos por la inmensidad de la incomprensibilidad. De donde también se añade aptamente:

CAPÍTULO XXVI

[Rec. XIV].

VERS. 22.---Una cosa es lo que he hablado: él consume tanto al inocente como al impío.

40. La pureza humana comparada con la divina se desvanece. El impío no escapa a la venganza de Dios. La muerte invade a todos.---El inocente es consumido por el Creador, porque por grande que haya sido su simplicidad, es devorada por la

simplicidad de la magnitud divina. Pues aunque conservemos estudiosamente la simplicidad, sin embargo, por la consideración de la pureza íntima se muestra que esta misma simplicidad que practicamos no es simplicidad. El impío también es consumido por el Creador, porque, ordenando Dios todas las cosas admirablemente, por sus mismas astucias su impiedad es ligada. Pues de allí se implica en suplicios aun sin saberlo, de donde se exulta de hacer algo a sabiendas. Porque, por tanto, Dios omnipotente tanto supera la inocencia de los buenos por la simplicidad, como penetrando la astucia de los malos la condena, rectamente se dice ahora: Una cosa es lo que he hablado: él consume tanto al inocente como al impío. Como si se dijera abiertamente: Esta palabra de pensamiento proferí ante mí, porque ni el inocente, si soy discutido estrechamente, pareceré inocente; ni el impío, si quisiere esconderme ante mí, soy ocultado del acumen del examen supremo, puesto que el juez estrecho, comprendiéndolo todo, penetra admirablemente los secretos de la malicia, y ordenando bien ésta por sus hallazgos, la condena. O ciertamente se dice que él consume tanto al inocente como al impío, porque aunque en la vida de la mente estén divididos, sin embargo, por el mérito de la primera culpa son atraídos igualmente al interito de la carne. De donde también se dice por Salomón: Muere el docto lo mismo que el indocto (Ecl. 2, 16). Y de nuevo: Todas las cosas están sujetas a la vanidad, y todas van a un mismo lugar;

de la tierra han sido hechas, y a la tierra vuelven igualmente (Ecl. 3, 19). Sigue:

CAPÍTULO XXVII

[Rec. XV].

VERS. 23.---Si azota, mate de una vez y no se ría de las penas de los inocentes.

41. Job desea un mediador que con su muerte nos libre.---¿Quién no creería que estas cosas han sido proferidas por soberbia, si no oyera la sentencia del Juez, que dice: No habéis hablado ante mí rectamente, como mi siervo Job (Job 42, 7)? Resta, pues, que nadie ose reprender las palabras del autor, las cuales consta que el Juez alaba. [Vet. XX.] Pero tanto más cauta y sutilmente han de ser escudriñadas en sus entrañas, cuanto más duramente suenan por fuera. Pues el varón santo, considerando los daños del género humano, pensando de dónde y a dónde han venido; que el hombre, prometiéndolo el adversario, deseando conocer la ciencia del bien y del mal, se perdió aun a sí mismo, de modo que verazmente dice: Aunque yo fuera simple, mi alma ignorará esto mismo; que después de la pena de la expulsión sostiene también los azotes de la corrupción, y todavía tiende al interito de la carne, o ciertamente de la mente, incluso después del tormento, de modo que rectamente dice: Él consume tanto al inocente como al impío; requiere contra estas cosas la gracia del Mediador, diciendo: Si azota, mate de una vez. Pues nosotros, porque tanto nos retiramos de Dios en la mente, como volvemos al

polvo en la carne, estamos ligados por la pena de una doble muerte. Pero vino a nosotros quien por nosotros muriera en la sola carne, quien uniera su muerte simple a nuestra muerte doble, y nos librara de ambas muertes. De la cual se dice por Pablo: 307 En cuanto a que murió al pecado, murió una vez (Rom. 6, 10). Mire, pues, el varón santo los daños de nuestra corrupción, y busque la sola muerte del Mediador, que destruya nuestras dos muertes, y deseando ésta diga: Si azota, mate de una vez.

42. Apetece que su deseo no se difiera.---Pero he aquí que, como si se resistiera a la humildad, lo que inmediatamente se añade: Y no se ría de las penas de los inocentes. Lo cual, sin embargo, conocemos como muy humilde sin dificultad, si lo pensamos con mente humilde. Pues a todos es manifiesto que todo deseo es una pena cuando se difiere, atestiguándolo también Salomón, que dice: La esperanza que se difiere aflige al alma (Prov. 13, 12). Reírse, para Dios, es no querer compadecerse de la aflicción humana. De donde por Salomón de nuevo el Señor dice a los réprobos que duran en la culpa: Yo también me reiré en vuestro interito (Prov. 1, 26); esto es, no me compadeceré de vuestra aflicción con ninguna piedad. Antes del advenimiento del Redentor, por tanto, todos los elegidos tuvieron su pena, porque, con ardiente deseo, quisieron ver el misterio de su encarnación, atestiguándolo él mismo, que dice: Muchos, os digo, justos y profetas quisieron ver lo que veis, y no lo vieron (Lc. 10, 24). Las penas de los inocentes son, pues, los deseos de los

justos. ¿Cuánto tiempo, pues, el Señor, no compadeciéndose, difirió los votos de sus elegidos, qué otra cosa sino se rió de las penas de los inocentes? Por tanto, el varón santo, considerando los dones del Redentor venidero, y tolerando gravemente la dilación de sus votos, diga: Si azota, mate de una vez, y no se ría de las penas de los inocentes. Como si orara abiertamente, diciendo: Porque nuestra vida diariamente es desgastada por el azote de la venganza por la culpa, venga ya aquel que por nosotros una vez muera sin culpa, para que de las penas de los inocentes Dios no se ría más, si él mismo aparece pasible en la carne, en cuyos deseos nuestra mente se castiga.

[Vet. XXI.] 43. Dios se ríe de las penas de los inocentes cuando se deleita con sus lágrimas. O ciertamente, si llama risa de Dios a su alegría, se dice que el Señor se ríe de las penas de los inocentes porque cuanto más ardientemente es buscado por nosotros, tanto más suavemente se alegra de nosotros. Pues casi le causamos un cierto gozo de la pena, cuando por santos deseos nos castigamos por su amor. De aquí dice el Salmista: Constituid un día solemne en las frecuentaciones, hasta el cuerno del altar (Sal. 117, 27). Pues constituye un día solemne al Señor en la frecuentación, quienquiera que se aflige asiduamente en el deseo de él. El cual día de solemnidad se preceptúa que se tienda hasta el cuerno del altar, porque tanto tiempo es necesario que cada uno se aflija, hasta que llegue a la altura del sacrificio supremo, esto es, a los gozos eternos.

El varón justo, pues, porque apetece que su deseo se cumpla, no que se difiera, humildemente dice: No se ría de las penas de los inocentes. Como si dijera: Recibiendo de buena gana nuestros votos, no los difiera más, sino que muestre presentándolo a aquel que nos castiga en su espera. Pero porque especialmente el bienaventurado Job pidió que fuera muerto una vez aquel que toleró la muerte de la sola carne por nosotros en el fin del mundo, inmediatamente lo abre, él que también adjunta el orden mismo de su pasión, diciendo:

CAPÍTULO XXVIII.

VERS. 24.---La tierra es entregada en manos del impío, él cubre el rostro de sus jueces.

44. La carne de Cristo entregada al impío diablo. Los matadores de Cristo cegados por el diablo. Los inicuos y el diablo son una sola persona, de la cual nada es más impío.---¿Pues qué se expresa por el nombre de tierra sino la carne? ¿Quién se designa por la apelación del impío sino el diablo? Las manos de este impío fueron aquellos que se ensañaron en la muerte de nuestro Redentor. La tierra, por tanto, fue entregada en manos del impío, porque el antiguo enemigo no valió corromper la mente del Redentor tentándolo por sí mismo (Mt. 4, 10. 11), sino que se le permitió extinguir su carne por medio de sus satélites por tres días (Mt. 27, 45), y sirvió sin saberlo a la dispensación de la piedad suprema por esta misma permisión. Pues pulsando a nuestro Redentor con tres tentaciones, no valió violar el corazón de Dios. Pero cuando excitó la mente de

Judas a la muerte de su carne (Mt. 26, 14), y cuando le entregó la cohorte y los ministros de los pontífices y fariseos, ciertamente aquel impío extendió sus manos hacia la tierra. Los jueces de esta tierra fueron los sacerdotes y príncipes, Pilato y los soldados burladores. Aquel impío, por tanto, cubrió el rostro de sus jueces, porque veló los corazones de los perseguidores con la nube de la malicia, para que no conocieran a su autor. De donde se dice por Pablo: Hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está sobre el corazón de ellos (2 Cor. 3, 15). El cual dice de nuevo: Pues si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (1 Cor. 2, 8). El rostro de los jueces, por tanto, estuvo cubierto, porque la mente de los que le perseguían no le reconoció como Dios ni siquiera por los milagros, a quien pudo retener en la carne. Pero porque el antiguo enemigo es una sola persona con todos los inicuos, así la mayoría de las veces la Sagrada Escritura habla de la cabeza de los inicuos, esto es, el diablo, de modo que de repente se deriva a su cuerpo, esto es, a sus secuaces. [Vet. XXII.] Puede, pues, por el nombre de impío designarse al pueblo infiel y perseguidor, al cual también conviene del todo esto que se añade:

CAPÍTULO XXIX.

IBID.---Que si no es él, ¿quién es, pues?

45. Como si se dijera abiertamente: ¿Quién podrá ser jamás considerado impío, si aquel pueblo, que persiguió a la misma piedad, no es impío? Pero considerada por el varón santo la perfidia de

la plebe judaica, vuelve los ojos de la mente hacia sí mismo; se duele de no poder ver a quien ama; se aflige de dolor, porque es sustraído del presente mundo antes de que la salvación del mundo sea revelada. De donde también añade:

CAPÍTULO XXX

[Rec. XVI].

VERS. 25.---Mis días fueron más veloces que un corredor; huyeron, y no vieron el bien.

46. Los antiguos justos se duelen de no haber llegado a los tiempos de Cristo.---Pues el oficio del corredor es anunciar lo que ha de seguir. Todos los elegidos, por tanto, que nacieron antes del advenimiento del Redentor, porque lo anunciaron ya sea solo viviendo, o también hablando, fueron como ciertos corredores en el mundo. Pero porque prevén que son retirados antes del tiempo esperado de la redención, se duelen de pasar más veloces que un corredor; y gimen de que sus días sean breves, porque mínimamente se extienden hasta ver la luz del Redentor. De donde aptamente se dice: Huyeron, y no vieron el bien. Todas las cosas que fueron creadas son buenas, atestiguándolo Moisés, quien dice: Vio Dios todas las cosas que había hecho, y he aquí que eran muy buenas (Gén. I, 31). Pero solo este bien es principalmente bueno, por el cual todas estas cosas son buenas, las cuales no existen principalmente como buenas. De cuyo bien dice la Verdad por el Evangelio: Nadie es bueno sino solo Dios (Luc. XVIII, 19). Porque, por tanto, los días de los antiguos padres

terminaron antes de que Dios se mostrara en la carne al mundo, rectamente se dice de esos mismos días: Huyeron, y no vieron el bien. Como si se dijera abiertamente: Transcurrieron antes del tiempo esperado, porque no pudieron llegar a la presencia del Redentor. De donde todavía se añade:

CAPÍTULO XXXI.

VERS. 26.---Pasaron como naves que llevan frutos.

47. De aquel a quien esperando olfatearon, de él nosotros con la vista y el fruto nos saciamos. El oculto fruto del Espíritu nos trajeron.---Estos que atravesando los mares llevan frutos, ellos por cierto disfrutan del olor de los frutos, pero de los mismos frutos llevan alimentos para otros. ¿Qué, pues, fueron los antiguos padres sino naves que llevan frutos? Quienes profetizando el misterio de la divina encarnación, ellos mismos poseyeron el olor de la esperanza, pero a nosotros nos trajeron el fruto de la perfección de la misma esperanza. Pues lo que ellos esperando olfatearon, de esto nosotros viéndolo y percibiéndolo nos saciamos. De donde también el Redentor dice a esos mismos discípulos: Otros trabajaron, y vosotros entrasteis en sus trabajos (Juan IV, 38). Cuyos días, a saber, se comparan a las naves, porque corren; y rectamente a las que llevan frutos, porque a todos los elegidos que gestaron antes de la presencia del Redentor, pudieron reconfortar con la expectativa por el espíritu de profecía, pero no restaurar con la manifiesta exhibición.

O ciertamente porque las naves cuando llevan frutos, los mezclan con paja, para que los conduzcan ilesos a tierras, rectamente los días de los padres precedentes se describen como similares a naves que llevan frutos, porque los dichos de los antiguos, en lo que anuncian los misterios de la vida espiritual, los conservan por la paja de la historia intercalada, y nos traen el oculto fruto del Espíritu cuando hablan cosas carnales. Pues a menudo mientras narran ciertas cosas propias, se elevan a los arcanos de la Divinidad. Quienes frecuentemente también cuando miran la altura de la Divinidad, de repente se derraman al misterio de su encarnación. [Vet. XXIII.] De donde todavía aptamente se subraya:

CAPÍTULO XXXII.

IBID.---Como águila que vuela hacia su presa.

48. Como águilas descienden de lo más alto a lo más bajo, para ser alimentados con la carne de Cristo.---Pues es costumbre del águila mirar los rayos del sol con mirada firme; pero cuando la necesidad de alimento la apremia, inclina esa misma mirada de los ojos, que había fijado en los rayos del sol, hacia el respeto de un cadáver; y aunque vuela hacia lo alto, sin embargo, para tomar carnes busca la tierra. Así, a saber, así fueron los antiguos padres, quienes en cuanto la enfermedad de la humanidad lo permitía, contemplaron la luz del Creador con mente erguida; pero previendo que este se encarnaría al fin del mundo, desviaron sus ojos como de los rayos del sol hacia la tierra. Y vienen como de lo más alto

a lo más bajo, mientras reconocen a este Dios sobre todas las cosas y hombre dentro de todas las cosas. A quien, mientras lo ven que ha de padecer y morir por el género humano, por cuya muerte a saber supieron que ellos mismos eran reconfortados y reformados para la vida, como si al modo del águila tras haber contemplado los rayos del sol buscan el alimento en el cadáver. Agrada mirar al águila intuyendo los rayos del sol, que dice: Dios fuerte, padre del siglo futuro, príncipe de la paz (Isa. IX, 6). Pero venga de su alto vuelo de altura a las tierras, busque abajo el alimento del cadáver. Pues poco después añade, diciendo: La disciplina de nuestra paz sobre él, y por su cardenal somos sanados (Isa. LIII, 5). Y de nuevo: Y es hombre, ¿y quién lo conocerá? (Jer. XVII, 10, sec. LXX). Sublevada, pues, a la divinidad la mente del justo, cuando considera la gracia de la dispensación desde su carne, vuela de repente como de lo más alto, como águila hacia su presa. Pero he aquí que aquel pueblo israelita, infundido hace tiempo con el inmenso espíritu de profecía, perdió los dones de la misma profecía, y no permaneció en esa fe que previendo había anunciado; y repelió de sí negándola la presencia del Redentor, la cual declaró preanunciando a todos los que lo seguían. De donde también aptamente el discurso se convierte enseguida por compasión hacia la dureza de ellos también, y se indica de qué modo se les sustrae la gracia de la profecía. Pues se añade:

CAPÍTULO XXXIII.

VERS. 27.---Cuando dijere: De ningún modo hablaré así, mudo mi rostro, y soy atormentado por el dolor.

49. Perfidia y reprobación de los judíos.---Pues la plebe judaica no quiso hablar como antes, la cual negó a aquel a quien había predicho. Pero mudado el rostro es atormentada por el dolor, porque mientras manchó el aspecto de su hombre interno, por el cual pudo haber sido reconocida por su creador, con la fealdad de la perfidia, empezando desde los males presentes, se condenó bajo la eterna venganza. Pues como con el rostro mudado, no es reconocida por el autor, la cual, perdida la fe de la buena conciencia, es reprobada. Pero sin duda resta que el dolor de los suplicios atormente a la que su creador, no reconociéndola, ignora. Porque, por tanto, hemos recorrido estas cosas bajo la significación de nuestro Redentor, ahora repitámoslas discutiendo moralmente.

SENTIDO MORAL.---50. CAP. IX, VERS. 25.---Mis días fueron más veloces que un corredor; huyeron, y no vieron el bien.---De qué bienes fue despojado el hombre por pecar, a qué males quedó sujeto.---Como ya hemos dicho a menudo, así fue creado el primer hombre, para que por los aumentos de los tiempos pudiera solo extenderse su vida, no evolucionar. Pero porque espontáneamente cayó en la culpa, en lo que tocó lo prohibido, padeció el decurso, que ahora el hombre, oprimido por el deseo de la vida presente, incesantemente tanto tolera como desea. Pues para no terminarse, apetece vivir, pero por los aumen-

tos de la vida diariamente tiende al fin. Ni percibe cuán nulos son los incrementos de los tiempos, sino cuando de repente se hacen transcurridos los que viniendo parecían largos. [Vet. XXIV.] El varón santo, pues, mire el estado de su condición, y gima por los daños del decurso desde la voz del género humano, diciendo: Mis días fueron más veloces que un corredor; huyeron, y no vieron el bien. Como si dijera abiertamente: Para esto fue creado el hombre, para que hubiera podido ver el bien, que es Dios; pero quien no quiso estar en la luz, huyendo perdió los ojos, porque en lo que empezó a decaer a lo más bajo por la culpa, en ello padeció la ceguera, para no ver la luz íntima. De cuyos días todavía aptamente se subraya: Pasaron como naves que llevan frutos. Las naves cuando llevan frutos, a saber, llevan los frutos de la tierra por las olas. Pero la tierra del hombre fue el paraíso, la cual pudo mantenerlo inconcuso, si hubiera querido estar por la inocencia. Pero porque cayó a las ondas de la mutabilidad por la culpa, vino a los mares de la vida presente después de la tierra. Los frutos también de esta tierra fueron la palabra del mandato, la concedida posibilidad de la obra, la inteligencia del creador injertada en la naturaleza. Pero estos frutos que rehusamos comer en la tierra, los llevamos por los mares, porque no quisimos custodiar inconcusos en el paraíso los bienes concedidos de tantos dones, y tratamos de conservarlos ahora en las tentaciones. Tendiendo al término, somos impulsados por el aura de la vida presente, somos fatigados por la ola de nuestra mutabilidad.

Pero porque por el misterio de la cruz somos restringidos a los bienes innatos de la naturaleza, llevamos frutos como por el leño. Lo cual, sin embargo, puede entenderse también de otro modo. Pues las naves cuando llevan frutos, tienen la suavidad del olor, pero no tienen la gravedad del peso. Y el género humano, expulsado de los gozos del paraíso, perdió la fuerza de la contemplación, perdió el robusto vigor de la fortaleza creada; y cuando se erige para repetir las cosas supernas, fragua por cierto con el olor de la memoria, pero no ejerce dignamente el peso de la vida. Se llena, pues, con los olores de los frutos, y sin embargo la nave de nuestra mente es impulsada levemente de aquí para allá, porque tanto recordamos la altura del paraíso con el recuerdo del olor, como toleramos las importunas olas de las tentaciones desde la carne. De donde también aptamente se subraya: Como águila que vuela hacia su presa. [Vet. XXV.] Pues el águila se suspende con un vuelo muy alto, y con esfuerzo veloz se equilibra hacia los éteres; pero por el apetito del vientre busca las tierras, y se vierte de repente desde lo alto hacia abajo. Así así el género humano cayó a lo más bajo desde lo alto en el primer padre, al cual a saber la dignidad de su condición había suspendido en la altura de la razón como en la libertad del aire; pero porque, contra el precepto, tocó el alimento prohibido, vino a las tierras por la concupiscencia del vientre; y como si después del vuelo se alimentara de carnes, porque perdió aquellos libres suspiros de la contemplación, y abajo se deleita con placeres corpóreos. Como por

tanto el águila que vuela hacia su presa, nuestros días pasan velozmente, porque en lo que buscamos lo más bajo, en ello se nos prohíbe subsistir en la vida.

51. Cuestiones duras acerca del lapso del hombre que deben ser refrenadas. Ceguedad de la mente, aunque justa, sin embargo dura.--- Pero cuando revolvemos estas cosas ante los ojos de la mente con continuo pensamiento, somos urgidos por duras cuestiones tácitas: ¿por qué el Dios omnipotente creó a quien previó que habría de perecer? ¿por qué aquel que es sumamente poderoso y sumamente bueno de ningún modo quiso hacer al hombre tal que no pudiera perecer? Pero cuando la mente tácita interroga estas cosas, teme no sea que por el mismo atrevimiento de la interrogación rompa en soberbia, y se comprime a sí misma humildemente, y restringe los pensamientos. Pero es afligida tanto más gravemente cuanto que, entre los males que sostiene, también es torturada por el escondido entendimiento de su propia condición. De donde aquí también se añade aptamente: Cuando dijere: De ningún modo hablaré así, cambio mi rostro, y soy atormentado por el dolor. Pues decimos que de ningún modo debemos hablar así cuando, traspasando el modo de nuestra enfermedad por la inquisición, nos reprendemos a nosotros mismos con pavor, y nos refrenamos por la consideración de la suprema reverencia. En cuya refrenación ciertamente el rostro de nuestra mente es cambiado, porque la que antes, no captando, audazmente requería las cosas sumas, reconociendo después su enfer-

medad, comienza a venerar lo que ignora. Pero en la misma conmutación hay dolor, porque es muy afligida, ya que por el mérito de la primera culpa es cegada para entender aquellas cosas que son acerca de ella misma. Considera que lo que padece es justo; teme no sea que en el dolor exceda por la licencia de la locución; impone silencio a su boca, pero el dolor excitado es aumentado por aquello mismo por lo que es restringido. Diga, pues: Cuando dijere: De ningún modo hablaré así, cambio mi rostro, y soy atormentado por el dolor, porque entonces somos afligidos generalmente de modo más grave, cuando como por el estudio de la consolación intentamos suavizarnos los males de nuestra aflicción. Pero quienquiera que, ya sutilmente propagada la condenación del primer pariente, considera los daños del género humano, resta que tema añadir a estos los propios. De donde el varón santo, después que introdujo las cosas comunes, de repente añade las especiales, diciendo:

CAPÍTULO XXXIV

[Rec. XVII].

VERS. 28.---Temía todas mis obras, sabiendo que no perdonarías al delincuente.

52. Job enseña que incluso de las obras buenas se debe temer.---Qué obras ejercitó el bienaventurado Job, lo muestra el texto de esta sagrada historia. Pues con holocaustos múltiples estudió aplacar al Autor, porque según el número de sus hijos, como está escrito, levantándose al

amanecer, ofrecía holocaustos por cada uno; y los limpiaba no solo de los actos inmundos, sino también del pensamiento depravado. De quien, siendo testigo la Escritura, se relata: Pues decía: No sea que por ventura mis hijos hayan pecado, y hayan bendecido a Dios en sus corazones (Job 1, 5). Ejercitó, pues, el afecto de la compasión, porque él mismo, instado por las cuestiones de sus amigos, dice de sí mismo: Lloraba en otro tiempo sobre el que estaba afligido (Job 30, 25). Impartió el ministerio de la piedad, quien dice: Fui ojo para el ciego, y pie para el cojo (Job 29, 15). Custodió la limpieza de la castidad en su corazón, quien protestando se abre, diciendo: Si mi corazón fue engañado sobre mujer (Job 31, 9). Mantuvo el colmo de la humildad desde la médula, quien dice: Si desprecié sufrir juicio con mi siervo y mi sierva, cuando disputaban contra mí (Ibíd., 13). Impartió los beneficios de la largueza, quien dice: Si comí mi bocado solo, y no comió el huérfano de él (Ibíd., 17). Y de nuevo: Si no me bendijeron sus costados, y fue calentado con los vellones de mis ovejas (Ibíd., 20). Exhibió la gracia de la hospitalidad, quien dice: Fuera no permaneció el peregrino, mi puerta estuvo patente al viajero (Ibíd., 32). Y entre estas cosas, para el colmo de las virtudes por la más excelente vía de la caridad, amó también a sus enemigos, quien dice: Si me alegré por la ruina de aquel que me odiaba (Ibíd., 29). Y de nuevo: Pues no di al pecado mi garganta, para que buscara maldiciendo su alma (Ibíd., 30). ¿Por qué, pues, el varón santo temía sus obras, el cual siempre exhibió aquellas por las que Dios

suele ser aplacado ante las iniquidades? ¿Qué es, pues, lo que, haciendo obras admirables, teme también estas mismas pavorecido, cuando dice: Temía todas mis obras, sino lo que recogemos en los actos y palabras del santo varón, que si deseamos verazmente agradar a Dios, después que sometemos lo perverso, temamos en nosotros mismos incluso lo bien gestionado?

[Vet. XXVI.] 53. En ellas deben ser temidas la desidia y el fraude.---Dos son ciertamente las cosas que en las buenas obras es necesario que sean pavorosamente temidas, a saber, la desidia y el fraude. De donde también por el profeta en la antigua traducción se dice: Maldito todo el que hace la obra de Dios fraudulenta y desidiosamente (Jer. 48, 10). Pero debe saberse grandemente, que la desidia nace por el torpor, el fraude por el amor privado. Pues a aquella la evita el menor amor de Dios, pero a este lo crea el amor propio que posee mal la mente. Pues perpetra fraude en la obra de Dios quienquiera que, amándose a sí mismo desordenadamente, por aquello que haya obrado rectamente, se apresura hacia los bienes transitorios de la remuneración. Debe saberse también que por tres modos se comete el fraude mismo, porque por este sin duda o se desea la tácita gracia del corazón humano, o el aura del favor, o cualquier cosa exterior. Contra lo cual rectamente se dice del justo por el profeta: Bienaventurado el que sacude sus manos de todo don (Isa. 33, 15). Porque pues no solo el fraude está en la acepción de dinero, el don sin duda no es uno. Pero tres son las acepciones de los dones, a

las que por el fraude se apresura. Pues el don desde el corazón es la gracia captada por el pensamiento. El don desde la boca es la gloria por el favor. El don desde la mano es el premio por la dación. Pero 313 cada justo sacude las manos de todo don, porque en aquello que hace rectamente, ni busca recibir del corazón humano la vana gloria, ni de la boca la alabanza, ni de la mano la dación. Solo, pues, no hace fraude en la obra de Dios, quien cuando vigila para los estudios de la buena acción, ni anhela los premios de la cosa corpórea, ni las palabras de alabanza, ni la gracia del juicio humano. Por tanto, nuestras mismas obras buenas, porque no pueden evitar la espada de la culpa que acecha, si no son fortificadas diariamente por el solícito temor, ahora rectamente se dice por el santo varón: Temía todas mis obras. Como si se dijera por humilde confesión: Lo que abiertamente haya obrado lo veo, pero qué haya tolerado en estas latente lo ignoro. [Vet. XXVII]. Pues a menudo nuestras obras buenas perecen por el fraude latrocinante, porque a nuestros actos rectos se subyugan las concupiscencias terrenas. A menudo desfallecen interviniendo la desidia, porque del fervor con que fueron comenzadas se consumen al enfriarse el amor. Porque, pues, la subrepción de la culpa incluso en el acto mismo de la virtud apenas se vence, ¿qué resta para la seguridad, sino que se tema estudiosamente siempre incluso en la virtud?

54. Ningún delito queda sin castigo.---Pero después de estas cosas algo muy escrupuloso se objeta al corazón en lo que añade: Sabiendo que

no perdonarías al delincuente. Pues si al delincuente no se le perdona, ¿quién es librado de la muerte eterna, cuando no se encuentra nadie limpio de delito? ¿O es que perdona al penitente y no perdona al delincuente? Porque cuando lloramos los delitos, de ningún modo somos ya delincuentes. Pero ¿qué hay del hecho de que Pedro cuando niega es mirado, y por la mirada del Redentor negado es llamado a las lágrimas? ¿Qué del hecho de que Pablo cuando intentaba extinguir en la tierra el nombre del Redentor, mereció oír sus palabras desde el cielo? Pero sin embargo la culpa en ambos fue castigada, porque también de Pedro, siendo testigo el Evangelio, está escrito: Recordó Pedro la palabra de Jesús, y saliendo fuera, lloró amargamente (Luc. 22, 61). Y de Pablo esta misma Verdad, que lo llamó, dice: Yo le mostraré cuánto le conviene padecer por mi nombre (Hech. 9, 16). Por tanto, el Señor de ningún modo perdona al delincuente, porque no deja el delito sin venganza. Pues o este lo castiga el hombre mismo en sí penitente, o esto Dios lo hiere vindicándolo con el hombre. De ningún modo, pues, se perdona el pecado, porque de ninguna manera se relaja sin vindicta. Así David mereció oír tras la confesión: El Señor trasladó tu pecado (2 Sam. 12, 13). Y sin embargo, afligido y huyendo tras muchos tormentos, pagó el reato de la culpa que había perpetrado. Así nosotros por la onda de la salvación somos absueltos de la culpa del primer pariente; pero sin embargo, diluyendo el reato de la misma culpa, absueltos también todavía morimos carnalmente. Bien, pues, se di-

ce: Sabiendo que no perdonarías al delincuente, porque recorta nuestros delitos sea por nosotros, sea por sí mismo, incluso cuando los relaja. Pues de sus elegidos estudia limpiar las manchas de las iniquidades con la aflicción temporal, las cuales no quiere ver en ellos para siempre. Pero a menudo la mente, mientras trepida más de lo justo, mientras es sacudida por el pavor, mientras es urgida por siniestras sospechas, le hastía a esta vivir, la cual duda que ella llegue a la vida incluso por los trabajos. De donde también subsecuentemente se añade: VERS. 29.---Pero si también así soy impío, ¿por qué he trabajado en vano?

CAPÍTULO XXXV

[Rec. XVIII].

314 55. Los santos son de tal modo inciertos que confían, de tal modo confían que no se entorpecen.---Pues si somos discutidos removida la piedad, nuestra obra es digna de pena, la cual esperamos sea remunerada con premios. Por tanto, el varón santo, trepidando bajo los ocultos juicios, dice: Pero si también así soy impío, ¿por qué he trabajado en vano? no porque le pese haber trabajado, sino porque le duele estar incierto de los premios incluso entre los trabajos. Pero debe saberse que los varones santos son de tal modo inciertos que confían, y de tal modo confían que sin embargo por la seguridad no se entorpecen. Porque pues generalmente la mente incluso empleada en actos rectos trepida, resta que después que se hace la buena obra se busquen las lágrimas

de la deprecación, en tanto que la humildad de la postulación suba el mérito de la obra recta hacia los premios eternos. [Vet. XXVIII, Rec. XIX.] Pero sin embargo debe saberse que ni la vida ni las lágrimas valen para devolvernos limpios hasta la perfección, mientras nos retenga la mortalidad de nuestra corrupción. De donde también se añade aptamente:

CAPÍTULO XXXVI.

VERS. 30, 31.---Si fuere lavado como con aguas de nieve, y brillaren como muy limpias mis manos; sin embargo en suciedades me teñirás, y me abominarán mis vestidos.

56. Las lágrimas limpian, si fluyen con humildad. Si no por los bienes terrenos, sino por los supremos.---Pues aguas de nieve son los lamentos de la humildad. Cuya humildad ciertamente, porque ante los ojos del juez estricto descuella sobre las demás virtudes, brilla como por el color de un gran mérito. Pues hay algunos que tienen lamentos, pero no tienen humildad, porque afligidos lloran, pero sin embargo en esos mismos llantos o se ensoberbecen contra la vida de los prójimos, o se erigen contra la ordenación del creador. Estos ciertamente tienen aguas, pero no tienen aguas de nieve, y no pueden estar limpios, porque de ningún modo son lavados por los llantos de la humildad. Pero con aguas de nieve de la culpa se había lavado quien confiadamente decía: El corazón contrito y humillado Dios no lo desprecia (Sal. 50, 19). Pues los que por los lamentos son afligidos, pero murmurando son rebeldes,

ciertamente trituran la mente, pero desprecian humillarse. Aunque las aguas de nieve pueden entenderse también de otro modo. Pues el agua de la fuente y del río nace de la tierra, pero el agua de nieve cae del aire. Y hay muchísimos que por los lamentos de las oraciones se crucifican, pero sin embargo por todos los trabajos de los lamentos sudan por los solos deseos terrenos; se compungen en las preces, pero buscan los gozos de la felicidad transitoria. A estos, pues, el agua de nieve no los lava, porque su llanto viene de lo más bajo. Pues como del agua de la tierra están empapados, quienes por los bienes terrenos se compungen en las preces. Pero quienes por eso lloran, porque desean los premios supremos, el agua de nieve a estos los diluye, porque la compunción celestial los infunde. Pues cuando por los lamentos apetecen la patria perenne, e inflamados por sus deseos lloran, de lo sumo reciben de donde sean limpiados. Por las manos ¿qué otra cosa que las obras se designan? De donde a algunos por el profeta se dice: Vuestras manos están llenas de sangre (Isa. 1, 15); esto es, las obras con crueldad.

57. No conseguimos aquí la perfecta limpieza.---Debe notarse ciertamente que el varón santo no dice: Brillaron mis muy limpias manos; sino, como muy limpias mis manos, porque mientras somos retenidos por la pena de la corrupción, por más que con actos rectos, de ningún modo aprehendemos la verdadera limpieza, sino que la imitamos. De donde también se añade aptamente: Sin embargo en suciedades 315 me

teñirás. Dios se dice que nos tiñe en suciedades, para mostrarte teñido en suciedades, porque cuanto más verdaderamente hacia él nos levantamos por las buenas obras, tanto más sutilmente reconocemos las suciedades de nuestra vida, con las que discordamos de su limpieza. Dice, pues: Si fuere lavado como con aguas de nieve, y brillaren como muy limpias mis manos, sin embargo en suciedades me teñirás. Como si dijera más abiertamente: Aunque sea infundido por los lamentos de la compunción suprema, aunque sea ejercitado por los estudios de la recta operación, sin embargo en tu limpieza veo que no estoy limpio. Pues a la mente atenta a Dios la golpea todavía la carne corruptible, y afea la belleza de su amor con los movimientos obscenos e ilícitos de los pensamientos.

[Vet. XXIX.] 58. El vestido de la alma es el cuerpo.---De donde también se añade: Y me abominarán mis vestidos. Pues ¿qué se expresa con el nombre de vestido sino este cuerpo terreno, con el que la alma vestida se cubre, para que no se vea desnuda en la sutileza de su sustancia? Por esto Salomón dice: En todo tiempo sean blancos tus vestidos (Ecl. 9, 8); esto es, los miembros del cuerpo limpios de actos sórdidos. Por esto Isaías dice: El vestido mezclado con sangre será para combustión (Isa. 9, 5). Pues mezclar con sangre el vestido es inquina con deseos carnales el cuerpo. Con los que ciertamente el Salmista había temido poluirse, cuando decía: Líbrame de las sangres Dios, Dios de mi salud (Sal. 50, 16). Por esto por la voz del ángel se dice a Juan: Tienes unos pocos

nombres en Sardes, que no inquinaron sus vestidos (Apoc. 3, 4). Según el modo de la sagrada elocuencia, de nuestros vestidos se refiere que nos abominan, porque nos vuelven abominables; como también por Pedro se dice de Judas: Este poseyó un campo de la merced de la iniquidad (Hech. 1, 18). Pues ni pudo Judas poseer el campo del alfarero comprado con el precio de la sangre, el cual, devueltos los treinta dineros de plata, castigó en sí el crimen de la tradición con una muerte más criminosa; sino que se dijo poseyó por hizo poseer. Así en este lugar: Me abominarán mis vestidos se dice me harán abominable, porque ciertamente mientras los miembros se ensoberbecen contra la mente, mientras interrumpen los estudios del santo deseo con los tumultos de sus tentaciones, la alma puesta en su mismo certamen reconoce cuánto todavía es despreciada por la divinidad, la cual deseando plenamente pasar su corrección, pero no pudiendo, es inquinada por el polvo del pensamiento torpe. Esta abominación de los vestidos la había sentido quien decía: Veo otra ley en mis miembros repugnante a la ley de mi mente, y llevándome cautivo en la ley del pecado, que está en mis miembros (Rom. 7, 23). Estos vestidos también, en los que no podía agradar perfectamente, deseaba prontamente deponer, para ser mejor resumidos alguna vez, diciendo: Infeliz hombre yo, ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte (Rom. 7, 24)? Diga, pues, el varón justo: Si fuere lavado como con aguas de nieve, y brillaren como muy limpias mis manos; sin embargo en suciedades me teñirás, y me abo-

minarán mis vestidos, porque por más que a lo sumo haya ascendido por la compunción de la contemplación, por más que en la obra se haya ceñido por el ejercicio del trabajo, siente todavía algo indigno del cuerpo de muerte, y considera que él es abominable en muchas cosas, que porta del peso de la corrupción.

[Vet. XXX, Rec. XX.] A quien esto también se le hace más grave, que a menudo ni esto entiende de dónde delinque. Recibe flagelos, pero no reconoce ante el juez estricto qué 316 en sí le disgusta más, o qué menos. De donde también se añade:

CAPÍTULO XXXVII.

VERS. 32.---Pues ni a un hombre, que es semejante a mí, responderé, ni quien conmigo en juicio ex aequo pueda ser oído.

59. Cuán grave sea para el justo ignorar de dónde delinque.---Mientras con cualquiera en juicio ex aequo contendemos, y reconocemos lo que contra nosotros se dice, y en lo que decimos somos oídos, y por cuanto patentemente aprehendemos lo objetado, por tanto audazmente respondemos a lo propuesto. Porque, pues, el juez invisible ve lo que hacemos, casi oye lo que decimos; pero porque aquello que le disgusta de ningún modo lo conocemos plenamente, casi ignoramos lo que él mismo dice. El varón santo, pues, considerando la abominación de sus vestidos, teme tanto más, cuanto que no vale para ser oído ex aequo en juicio, porque mientras es oprimido por el peso de su corrupción, esto tolera más gravemente en su pena, que también ignora

el sentido de su reprensor. Como si dijera abiertamente: En esto no soy oído ex aequo, porque y patentes están todas las cosas que hago, y sin embargo yo mismo no sé por cuántas soy reprendido. Sigue:

CAPÍTULO XXXVIII.

VERS. 33.---No hay quien valga para reprender a ambos, y poner su mano sobre ambos.

60. Qué sea reprender a Dios.---Duro suena que se busque quien reprenda a Dios; pero no será duro, si vuelve a la memoria lo que él mismo dice por otro profeta. Pues por Isaías amonesta, diciendo: Cesad de obrar perversamente, aprended a hacer el bien, buscad el juicio, socorred al oprimido, juzgad al huérfano, defended a la viuda; y venid, y reprendedme, dice el Señor (Isai. I, 16). Pues a aquel a quien reprendemos, nos oponemos con la autoridad de la razón. ¿Y qué es lo que el Señor, amonestándonos a obrar cosas santas, añade: Venid, y reprendedme, sino que abiertamente insinúa cuánta confianza presta a los buenos actos? Como si dijera claramente: Obrad rectamente, y a los movimientos de mi animadversión ya no por el gemido de la deprecación, sino por la confianza de la autoridad salid al encuentro. De aquí pues dice Juan: Si nuestro corazón no nos reprendiere, confianza tenemos ante Dios (I Juan III, 21). De aquí es que Moisés, porque agrada sirviendo, es oído callando, cuando al que calla se le dice: ¿Por qué clamas a mí? (Éxod. XIV, 15). De aquí es que retiene al que se aíra, cuando oye: Déjame, para que se encienda

mi furor contra este pueblo (Éxod. XXXII, 10). De aquí es que el Señor se queja de no haber tenido quien le reprendiera, cuando por el profeta se dice: Busqué un varón que interpusiera un vallado, y se pusiera opuesto contra mí, para que no la disipara, y no lo hallé (Ezeq. XXII, 30). De aquí es que Isaías deplora gravemente, diciendo: Todos nosotros caímos como una hoja, y nuestras iniquidades como el viento nos arrebataron; no hay quien invoque tu nombre, que se levante y te retenga (Isai. LXIV, 6, 7).

61. Cristo solo pudo liberarnos de la muerte. Padeciendo corrigió la culpa del hombre, y aplacó la ira de Dios. ---Pero pueden algunos rectos por el mérito de la inocencia recibida a veces oponerse a los movimientos de la presente animadversión, pero no valen por su propia virtud para expulsar del género humano los suplicios de la muerte que ha de seguir. El varón santo, pues, considere al género humano a dónde ha fluido; contemple los daños de la muerte eterna; contra la cual por cierto consta que de ningún modo la justicia humana contradice, vea cuán perversamente el hombre delinquió; vea cuán estrictamente el creador se aíra contra el hombre, y busque al mediador de Dios y del hombre, Dios y hombre. [Vet. XXXI, Rec. XXI.] Al cual, porque considera que ha de venir mucho después, deplorando diga: No hay quien valga para reprender a ambos, y poner su mano sobre ambos. Pues el Redentor del género humano, hecho mediador de Dios y del hombre por la carne, porque solo apareció justo entre los hombres, y sin embargo

llegó a la pena de la culpa aun sin culpa, y reprendió al hombre para que no delinquiera, y se opuso a Dios para que no hiriera, dio ejemplos de inocencia, recibió la pena de la malicia. Padeciendo, pues, reprendió a ambos, quien y la culpa del hombre, aspirando la justicia, corrigió, y la ira del juez, muriendo, templó; y en ambos puso la mano, porque y dio ejemplos a los hombres que imitaran, y mostró a Dios en sí obras, por las cuales para con los hombres se aplacara. Pues ninguno antes de este existió, que así intercediera por los reatos ajenos, que los propios no tuviera. A la muerte eterna, pues, tanto uno no podía en otros oponerse, cuanto a este el reato de los propios lo ataba. Vino, pues, el nuevo hombre a los hombres, contradictor de la culpa, amigo de la pena; maravillas mostró, crueldades padeció. La mano, pues, en ambos puso, porque de donde al reo enseñó cosas rectas, de allí al juez airado aplacó. Quien esto también por sus mismos milagros más admirablemente dio, porque corrigió los corazones de los delincuentes más con la mansedumbre que con el terror. Por lo cual también se añade:

CAPÍTULO XXXIX

[Rec. XXII].

VERS. 34.---Quite de mí su vara, y su pavor no me terree.

62. Con la mansedumbre más que con el terror nos corrigió. ---Pues por la ley Dios había tenido la vara, cuando decía: Si alguno hiciere esto o

aquello, muera de muerte. Pero encarnado quitó la vara, porque mostró los caminos de la vida por la mansedumbre. Por lo cual se le dice por el Salmista: Apunta, procede prósperamente, y reina, por la verdad y la mansedumbre y la justicia (Sal. XLIV, 5). [Vet. XXXII.] Pues ser temido como Dios no quiso, sino como padre para que fuera amado inspiró. Lo cual líquidamente dice Pablo: Pues no recibisteis el espíritu de servidumbre otra vez en el temor, sino que recibisteis el espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos, Abbá padre (Rom. VIII, 15). Por lo cual aquí también aptamente se añade:

CAPÍTULO XL.

VERS. 35.---Hablaré, y no lo temeré.

63. El temor no valió para suscitarnos del pecado.---Pues el varón santo, porque contempla que el Redentor del género humano viene manso, no toma miedo hacia el Señor, sino afecto hacia el padre; y desprecia el temor, porque por la gracia de la adopción surge al amor. De aquí Juan dice: El temor no está en la caridad, sino que la perfecta caridad echa fuera el temor (I Juan IV, 18). De aquí Zacarías dice: Para que librados de la mano de nuestros enemigos le sirvamos sin temor (Luc. I, 74). De la muerte del pecado, pues, el temor no valió para suscitarnos, sino que al estado de la vida la aspirada gracia de la mansedumbre nos erigió. Lo cual bien se significa por Eliseo suscitando al hijo de la Sunamita (IV Rey. IV, 30, 34), quien enviando al joven con el báculo, al hijo extinguido de ningún modo le devolvió la

vida; pero viniendo por sí mismo, y tendiéndose sobre el muerto, y recogiéndose a sus miembros, deambulando de aquí para allá, e inspirando siete veces en la boca del muerto, a este a la luz rediviva al punto animó por el ministerio de la compasión. Pues Dios, el Autor del género humano, se dolió de como un niño muerto, cuando a nosotros extinguidos por el aguijón de la iniquidad nos miró compadecido. Y porque por Moisés profirió el terror de la ley, casi por el joven envió la vara. Pero el joven con el báculo no valió para suscitar al muerto, porque, atestiguando Pablo: Nada llevó a lo perfecto la ley (Hebr. VII, 19). Pero Él mismo viniendo por sí mismo, y tendiéndose humildemente sobre el cadáver, se recogió para igualar a sí los miembros del muerto: Porque estando en forma de Dios, no juzgó rapiña ser igual a Dios; sino que se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho en semejanza de hombres, y en el hábito hallado como hombre (Filip. II, 6). Deambula de aquí para allá, porque y a Judea cerca, y a las naciones puestas lejos llama. Inspira siete veces sobre el muerto, porque por la apertura del don divino tribuye el espíritu de gracia septiforme a los que yacen en la muerte del pecado. Y pronto el viviente se erige, porque aquel a quien la vara del terror no pudo suscitar, por el espíritu del amor el niño volvió a la vida. Diga, pues, de la suya, diga de la voz del género humano: Quite de mí su vara, y su pavor no me terree; hablaré, y no lo temeré. Donde también aptamente se añade:

CAPÍTULO XLI.

IBÍD.---Pues no puedo responder temiendo.

64. El temor no rinde a Dios obsequios dignos de él por sus dones.---Pues se dice que respondemos a cualquiera cuando recompensamos sus hechos con obras dignas. Responder a Dios, pues, es rendir nuestros obsequios a sus dones precedentes. Por lo cual también ciertos salmos, en los cuales se propone la santa operación para ser imitada, se prenotan para responder. Pues Dios creó recto al hombre, y al que fluía hacia cosas perversas lo toleró con longanimidad. Diariamente contempla la culpa, y sin embargo no corta más pronto los espacios de vivir; otorga dones por su benignidad, y usa su paciencia para con los malos. El hombre debe responder a tantos beneficios; pero sin embargo responder temiendo no vale, porque quien todavía servilmente teme al Creador del género humano, sin duda no lo ama. Pues entonces solamente rendimos a Dios verdaderos obsequios, cuando no lo tememos por la confianza del amor; cuando el afecto, no el miedo, nos dirige a las buenas obras; cuando el mal ya no agrada a nuestra mente, aunque sea lícito. Pues el que es restringido de la obra de la perversidad por el temor, perversidades libremente haría, si fuera lícito. De ningún modo, pues, es verazmente recto, el que todavía del deseo de la pravidad libre no es. Bien, pues, se dice: Pues no puedo responder temiendo, porque no rendimos verdaderos obsequios a Dios, si por temor servimos a sus mandatos, y no más bien por amor. Pero cuando en nuestra mente el amor de su dulzura se enciende, todo deseo de la vida

presente se aligera, en tedio la dilección se vuelve, y esta tolera con dolor la mente, a la cual antes servía vencida por un réprobo amor. Por lo cual también aptamente se añade:

CAPÍTULO XLII

[Vet. XXXIII, Rec. XXIII].

CAP. X, VERS. 1.---Hastío tiene mi alma de mi vida.

65. El amor de Dios pare el tedio de esta vida, y conduce a la confesión de los errores. ---Pero cuando la vida presente comienza a envilecerse, cuando el amor del creador comienza a endulzarse, el ánimo se enciende contra sí mismo, para que deba acusarse de las culpas, en las cuales antes, ignorante de las cosas celestiales, se defendía. Por lo cual todavía rectamente añade:

CAPÍTULO XLIII.

IBÍD.---Soltaré contra mí mi elocuencia.

66. Como a favor de sí usa su elocuencia, quien las cosas malas que hizo intenta defender con excusas. Pero suelta contra sí la elocuencia, quien empieza a acusar en sí esto en que erró. A menudo, por cierto, aun cuando delinquimos también juzgamos esas cosas que hacemos. Acusa la mente misma lo que perpetra; pero porque esto por el deseo de ningún modo lo deserta, se avergüenza de confesar lo que hizo. Pero cuando ya con todo el juicio reprime la delectación de la carne, con audaz voz a la confesión de su acusa-

ción se erige. Por lo cual rectamente ahora se dice: Soltaré contra mí mi elocuencia, porque la mente fuerte empieza a relajar contra sí palabras de detestación, que ante sí misma antes débilmente avergonzada retenía. Pero hay algunos que con abiertas voces confiesan sus culpas, pero sin embargo en la confesión gemir no saben, y dicen cosas de lamentar gozando. Por lo cual todavía aptamente se añade:

CAPÍTULO XLIV

[Rec. XXIV].

IBÍD.---Hablaré en la amargura de mi alma.

67. La confesión hágase en la amargura del alma.---Quien detestando sus culpas habla, resta que es necesario que estas en la amargura del alma las hable, para que esta misma amargura castigue lo que la lengua por el juicio de la mente acusa. Pues se ha de saber que por la pena de la penitencia, que la mente se irroga a sí misma, en alguna medida percibe seguridad, y surge más fidente a la interrogación del Juez supremo, para que a sí misma más sutilmente se encuentre, y reconozca para consigo cómo se disponen cada una de las cosas. Por lo cual también al punto se añade:

CAPÍTULO XLV.

VERS. 2.---Diré a Dios: No me condenes; indícame por qué me juzgas así.

68. Nos juzga aquí y castiga Dios de dos modos.---Porque se aserta pecador en la amargura de su alma, ¿qué otra cosa a Dios sino que no sea condenado dice?, porque la amargura de la presente penitencia extingue los suplicios de la ira siguiente. De dos modos, pues, en esta vida juzga Dios al hombre, porque o por los males presentes empieza ya a irrogar los tormentos siguientes, o extingue los tormentos siguientes con los flagelos presentes. Pues si, exigiéndolo los delitos, el justo juez no hiriera a algunos y ahora y después, Judas de ningún modo hubiera dicho: A los que no creyeron por segunda vez los perdió (Judas 5); y de los inicuos el Salmista no diría: Vístanse como de diploide de su confusión (Sal. CVIII, 29). Diploide por cierto decimos a un vestido doble. De confusión, pues, como de diploide están vestidos los que según el mérito de su reato son heridos con animadversión tanto temporal como perpetua. Solo la pena, pues, de los suplicios libera a los que inmuta. Pues a los que los males presentes no corrigen, a los siguientes los conducen. Pero si de ningún modo la pena presente defendiera a algunos del suplicio eterno, Pablo de ningún modo hubiera dicho: Cuando somos juzgados, somos reprendidos por el Señor, para que no seamos condenados con este mundo (I Cor. XI, 32). De aquí por voz angélica se dice a Juan: Yo a los que amo los redarguyo y castigo (Apoc. III, 19). De aquí también está escrito: A quien el Señor ama castiga, azota a todo hijo que recibe (Hebr. XII, 6):

[Vet. XXXIV.] 69. La mente del justo para que esté segura, trepida.---A menudo, pues, la mente

del justo, para que esté más segura, trepida más profundamente; y cuando es rodeada de flagelos, por la incertidumbre del juicio supremo se turba. Teme que sea inicio de la condenación siguiente todo lo que padece; y por el pensamiento interroga al juez, porque duda de los méritos de su vida en la percusión. Pero cuando la virtud de la vida es reducida a los ojos de la mente, casi una consolación es respondida por el juez, porque de ningún modo hiere para perder a quien en la inocencia de la acción hiriendo custodia. Bien, pues, se dice ahora: Indícame por qué me juzgas así. Como si abiertamente se dijera: Porque flagelándome me juzgas, muestra lo que para el juicio por los flagelos rindas seguro. Lo cual, sin embargo, puede entenderse también de otro modo. Pues muchísimas veces el varón justo percibe flagelos para prueba, y discutiendo su vida con sutilísima inquisición, aunque se sienta y se confiese pecador, por qué culpa sin embargo especialmente es herido, de ningún modo conoce; y tanto más en la percusión trepida, cuanto ignora las causas de su percusión. Pide que el juez se le indique a sí mismo, a fin de que lo que aquel hiriendo advierte, esto llorando castigue también él mismo en sí. Pues sabe que el equitativísimo vengador de ningún modo aflige injustamente a cualquiera de nosotros, y es sacudido por gran miedo, porque y se duele en el azote, y no vale para aprehender perfectamente en sí lo que deplore. Por lo cual todavía se añade:

CAPÍTULO XLVI

[Rec. XXV].

VERS. 3.---¿Acaso te parece bueno, si calumnias y oprimes al pobre, obra de tus manos, y ayudas el consejo de los impíos?

70. La ansiedad del justo ignorante de por qué sea flagelado.---Esto sin duda así se dice por interrogación, para que se niegue. Como si se dijera abiertamente: Tú que eres sumamente bueno, sé que no estimas bueno, que oprimas al pobre por calumnia. Y sé, pues, que no es injusto lo que padezco, y tanto más me duelo cuanto las causas de la justicia ignoro. Se ha de notar por cierto que no dice Para que oprimas al inocente, sino al pobre. Pues quien a la estrechez del juez de ningún modo la inocencia, sino su pobreza objeta, ya no de la vida toma audacia, sino cuán enfermo se contempla muestra. Where also he congruously subjoins: Obra de tus manos. Como si dijera claramente: Impíamente oprimir no puedes, a quien te recuerdas haber hecho gratuitamente.

71. Dios no permite que seamos tentados sobre las fuerzas.---Bien, pues, se añade: ¿Y ayudes el consejo de los impíos? ¿A quiénes pues en este lugar impíos, sino a los espíritus malignos llama? Los cuales como volver ellos mismos a la vida no puedan, cruelmente buscan socios para la muerte. Cuyo consejo por cierto fue que la divina corrección tocara al bienaventurado Job, y que el que en la tranquilidad justo había existido, al menos por los flagelos pecara. Pero el consejo de los impíos el Señor no ayudó, porque para sus tentaciones la carne del justo entregó, el alma negó.

Este consejo incesantemente contra los buenos los espíritus malignos inician, para que estos a quienes servir a Dios inocuamente en la tranquilidad contemplan, vejados por adversidades a la vorágine de la culpa sean arrebatados. Pero el agudeza de su consejo es destruida, porque el piadoso creador con las fuerzas los flagelos modera, para que la pena no sobrepase a la virtud, y por la astucia de los fuertes la humana flaqueza caiga. Por lo cual también bien por Pablo se dice: Fiel es pues Dios, que no permitirá que seáis tentados sobre lo que podéis, sino que hará con la tentación también el provecho, para que podáis sostener (I Cor. X, 13). Pues si el misericordioso Dios con las fuerzas no modificara los tentamentos, no hay por cierto nadie que las insidias de los espíritus malignos no porte cayendo, porque si medida el juez a las tentaciones no presta, por eso mismo al punto al que está en pie derriba, por lo que impone cargas sobre las fuerzas. Así pues el bienaventurado Job negando buscó estas cosas que profirió, como también buscando niega las cosas que al punto añade, diciendo:

CAPÍTULO XLVII

[Rec. XXVI].

VERS. 4-7.---¿Acaso ojos carnales tienes tú, o como ve el hombre también tú verás? ¿Acaso como los días del hombre son tus días, o tus años como son los tiempos humanos, para que busques mi iniquidad, y mi pecado escudriñes? y sepas que nada impío hice.

72. Diferencia de la vista humana y divina, de nuestros días y de la eternidad.---Los ojos carnales los hechos de los tiempos no sino en el tiempo los reconocen, porque también ellos mismos para ver con el tiempo salen, con el tiempo se cierran; y la vista humana a cualquier obra sigue, no precede, porque apenas las cosas existentes contempla, y las futuras de ningún modo reconoce. [Vet. XXXV.] Los días también y los años del hombre de los días y años discrepan de la eternidad, porque nuestra vida, que en el tiempo se empieza, en el tiempo se termina; mientras dentro de la latitud de su seno la forma, la eternidad la devora. Cuya inmensidad, por cierto, porque más allá y más acá sobre nosotros se tiende, sin iniciación y término su ser eterno se dilata; y a ella ni las cosas pasadas le pasan, ni las todavía futuras, como que no aparezcan, le faltan, porque aquel que siempre tiene el ser, todas las cosas presentes para sí contempla; y como al mirar no se tiende después y antes, por ninguna mutación de la intuición se varía. Diga, pues: ¿Acaso ojos carnales tienes tú; o como ve el hombre, también tú verás? ¿Acaso como los días del hombre son tus días, y tus años como los tiempos humanos, para que busques mi iniquidad, y mi pecado escudriñes? y sepas que nada impío hice. Como si humildemente inquiriendo, dijera: ¿Por qué me examinas en el tiempo por los flagelos, a quien junto a ti perfectamente y antes de los tiempos supiste? ¿Por qué mis culpas con los azotes interrogas, a quien por la potencia de tu eternidad ni antes de que crearas ignoras? De

cuya potencia por cierto pronto el peso expresa, cuando añade:

CAPÍTULO XLVIII.

IBÍD.---Puesto que no hay nadie que de tu mano pueda librar.

73. Humilde deprecación del flagelado.---Como si abiertamente dijera: ¿Qué te queda, sino perdonar, a cuya virtud nadie puede oponerse? Pues por cuanto no hay nadie que tu animadversión por el mérito de su propia virtud retenga, por tanto más fácilmente tu piedad exija de sí misma que perdone. Pero porque nosotros, concebidos en delito, en iniquidades engendrados, o nocivamente perpetramos cosas depravadas, o incautamente aun obrando cosas rectas delinquimos, no tenemos de dónde el juez riguroso se nos haga aplacable. Pero cuando nuestra obra digna a sus ojos no podemos presentar, resta que para su aplacamiento su propia obra le ofrezcamos. De donde también se añade:

CAPÍTULO XLIX

[Rec. XXVII].

VERS. 8.---Tus manos me han plasmado, y me han hecho todo en derredor, ¿y así de repente me precipitas?

74. El dogma del maniqueo es destruido.---Como si humildemente le dijera: Porque bajo un justo examen no es digno de tu aplacamiento lo que hice, piensa misericordiosamente, para que

no perezca lo que tú hiciste. Con cuyas palabras también el perverso dogma del maniqueo se destruye, quien mintiendo que hay dos principios, intenta aseverar que el espíritu fue creado por Dios, mas la carne por Satanás. Pues el santo varón, lleno de la gracia del espíritu profético, considera las cosas que han de venir mucho después, y previendo las simientes de los errores las pisa, diciendo: Tus manos me han plasmado, y me han hecho todo en derredor. Pues el que asevera que él fue tanto plasmado como hecho todo en derredor por Dios, nada deja a la nación de las tinieblas ni en su espíritu ni en su carne. Pues se refirió a sí mismo como plasmado por la imagen interna; mas como hecho todo en derredor, en aquello que consiste en el indumento de la carne, hizo memoria.

[Vet. XXXVI.] 75. La prerrogativa del hombre en la condición de las cosas.---Pero debe notarse que por esto mismo que asevera que fue plasmado por las manos de Dios, opone la dignidad de su condición a la misericordia del juez. Pues aunque por el Verbo coeterno al Padre todas las cosas fueron creadas, sin embargo en esa misma relación de la creación se muestra cuánto a todos los animales, cuánto a las cosas aun celestiales, pero sin embargo insensibles, el hombre es preferido. Pues dijo todas las cosas y fueron hechas (Salmo CXLVIII, 5). Mas cuando decreta hacer al hombre, esto que debe ser reverentemente pesado antepone, diciendo: Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra (Gén. I, 26). Ni de él como de las demás cosas está escrito: Hágase, y fue hecho

(Ibíd., 3); ni como las aguas los volátiles, así la tierra al hombre produjo; sino antes de que se hiciera se dice Hagamos, para que a saber, porque una criatura racional se creaba, como con consejo hecha pareciera. Como por estudio de la tierra es plasmado, y por la inspiración del creador en la virtud del espíritu vital es erigido, para que a saber no por la voz del mandato, sino por la dignidad de la operación existiera, quien a imagen del creador se hacía. Lo que, pues, por la condición el hombre más elegantemente en la tierra que a las demás criaturas recibió, esto puesto en el flagelo lo opone a la piedad de su hacedor, diciendo: Tus manos me han plasmado, y me han hecho todo en derredor, ¿y así de repente me precipitas? Como si abiertamente dijera: ¿Por qué con tanta vileza desprecias a quien con tanta dignidad creaste? Y a quien por la razón antepones a las demás cosas, ¿por qué lo sujetas al dolor? Pero sin embargo esta misma dignidad nuestra brilla por la imagen, y dista mucho de la perfección de la bienaventuranza por la carne, porque mientras el espíritu se mezcla con el polvo, de cierto modo se conecta con la debilidad. Cuya debilidad por cierto el bienaventurado Job objeta a la piedad del juez, cuando añade:

CAPÍTULO L

[Rec. XXVIII].

VERS. 9.---Acuérdate, te ruego, que como el barro me hiciste.

76. Por qué el ángel irremisiblemente pecó, no el hombre.---Los espíritus de los ángeles por eso irremisiblemente pecaron, porque tanto más robustamente podían estar en pie, cuanto la mezcla de la carne no los retenía. Mas el hombre por eso después de la culpa mereció el perdón, porque por el cuerpo carnal recibió algo por lo cual fuera menor que sí mismo. De donde también ante la mirada del juez es argumento de piedad esta misma debilidad de la carne; como por el Salmista se dice: Mas él es misericordioso, y propicio se hará a los pecados de ellos, y no los perderá. Y multiplicó para apartar su ira de ellos, y no encendió toda su ira, y se acordó de que son carne (Salmo LXXVII, 38). Como barro, pues, el hombre fue hecho, porque del limo fue tomado para su condición. Barro por cierto se hace, cuando el agua a la tierra rocía. Como barro así el hombre fue creado, porque como si el agua infundiera el polvo, cuando el alma riega la carne. Lo cual el santo varón bien a la piedad del juez objeta, cuando pidiendo dice: Acuérdate, te ruego, que como el barro me hiciste. Como si abiertamente dijera: La debilidad de la carne considera, y el reato de la iniquidad relaja. Donde abiertamente también la muerte de la misma carne se añade, cuando al punto se subañade:

CAPÍTULO LI.

IBÍD.---Y al polvo me reducirás.

77. Al hombre lo excusa la debilidad de la carne.---Como si patentemente pidiera, diciendo: Acuérdate, te ruego, que por la carne de la tierra

vengo, y por su destrucción a la tierra tiendo. La materia, pues, del origen, y la pena del fin mira, y a la culpa más pronto transitoria perdona. [Vet. XXXVII, Rec. XXIX.] Pero porque presentó la cualidad del hombre creado, ahora añade el orden del propagado, diciendo:

CAPÍTULO LII.

VERS. 10, 11.---¿Acaso no como leche me ordeñaste, y como queso me coagulaste? De piel y carnes me vestiste, con huesos y nervios me compactaste.

78. Descripción del nacimiento del hombre.---Plasmado por cierto el hombre como barro fue hecho, mas propagado también como leche es ordeñado por la semilla, y como queso es coagulado en la carne. De carnes y piel es vestido, con huesos y nervios es consolidado. Por el barro, pues, la cualidad de la primera condición, por la leche mas el orden de la siguiente concepción se expresa, porque por los incrementos de la coagulación es llevado, para que poco a poco en huesos se robustezca. Pero estrecha alabanza de Dios es la descripción del cuerpo creado, si no también subsiguientemente se expresa la maravillosa aspiración de la vivificación. De donde también se añade:

CAPÍTULO LIII.

VERS. 12.---Vida y misericordia me otorgaste.

79. Inspiración y conservación de la vida.---Pero en vano el creador nos otorga los bienes,

si no todo lo que otorga él mismo lo custodia. Sigue,---IBÍD.---Y tu visitación ha custodiado mi espíritu. Mas estas cosas que del hombre exterior dijimos, también al interior de qué modo puedan convenir place que brevemente replicando mostremos.

80. El hombre es barro, se hace polvo retirada la gracia. Los combates de la carne padece, mas por la gracia se robustece.---Acuérdate, te ruego, que como el barro me hiciste. Como barro por cierto nuestro hombre interior existe, porque la gracia del Espíritu Santo a la mente terrena se infunde, para que al entendimiento de su creador se erija. Pues el pensamiento humano, que por la esterilidad de su pecado se secó, por la fuerza del Espíritu Santo, como tierra irrigada reverdece. Pero a menudo mientras de las virtudes del don supremo percibidas sin interrupción usamos, a una privada confianza por el uso de la continua prosperidad somos elevados. De donde sucede frecuentemente que el mismo Espíritu que había levantado por un poco deserte, para que al hombre mismo se lo muestre a sí mismo. Lo cual el santo varón al punto expresa, cuando añade: Y al polvo me reducirás. Porque por la sustracción del Espíritu la mente un poco en la tentación es desamparada, como de su humor prístino la tierra se seca, para que su debilidad desamparada sienta, y sin la infusión de la gracia suprema cuánto el hombre se secó conozca. El cual aptamente también se dice ser reducido al polvo, porque dejado a sí mismo por el aura de cualquier tentación es arrebatado. Mas mientras desamparados somos

sacudidos, aquellas cosas que inspirados conocimos más sutilmente ya los dones pensamos. De donde añade: ¿Acaso no como leche me ordeñaste, y como queso me coagulaste? Pues nuestra mente cuando por la gracia del Espíritu Santo del uso de la antigua conversación es abstraída, como leche es ordeñada, porque en cierta ternura y sutileza de una nueva iniciación se forma; y como queso se coagula, porque en la constipación del pensamiento que engorda se constriñe, para que ya de ningún modo por los deseos se derrame, sino en un solo amor recogiéndose, a la sólida reformación se levante. [Vet. XXXVIII.] Pero frecuentemente contra estos mismos rudimentos espirituales por el uso viejo la carne murmura, y la mente tolera combates del hombre que fuera porta. De donde añade: De piel y carnes me vestiste. De piel por cierto y carnes el hombre interior es vestido, porque en aquello que a lo supremo se erige, por el asedio de los movimientos carnales es vallado. Mas al que tiende a la justicia de ningún modo en la tentación el creador deserta, el cual por la infusión de la gracia aun al que peca previene; sino a la mente levantada tanto a los combates exteriormente la suelta, como interiormente la robustece. De donde todavía aptamente se subañade: Con huesos y nervios me compactaste. De carnes y piel somos vestidos, mas con huesos y nervios somos compactados, porque aunque por la tentación que fuera irrumpre somos sacudidos, dentro sin embargo la mano del creador nos robustece, para que no nos rompamos. Por los movimientos de la carne,

pues, nos humilla para los dones, mas por los huesos de las virtudes nos robustece contra las tentaciones. Dice, pues: De carne y piel me vestiste, con huesos y nervios me compactaste. Como si abiertamente dijera: Fuera me desamparas para la prueba, mas sin embargo dentro para que no perezca con las virtudes atándome me custodias. El cual por eso nos otorga la rectitud de vivir bien, porque benignamente las cosas pasadas en que delinquimos perdona. De donde también todavía aptamente se subañade: Vida y misericordia me otorgaste.

81. Recibe y conserva la vida por la misericordia de Dios preveniente y subsiguiente.---La vida por cierto es otorgada cuando a las mentes malignas se les inspira la benignidad. Mas la vida sin misericordia de ningún modo puede recibirse, porque para obtener los bienes de la justicia el Señor no ayuda, si antes misericordiosamente las pasadas iniquidades no relaja. O ciertamente nos otorga la vida y la misericordia, porque aquella misericordia con que nos previene para vivir bien, también con la subsiguiente nos custodia. Pues si no subrogara la misericordia, no puede conservarse la vida que ofrece. Pues por el mismo uso diario de la vida humana envejecemos, y por el impulso del hombre exterior con pensamiento resbaladizo de las cosas interiores salimos. Y si no nos vivificara la visitación suprema, o compungiendo para el amor, o restaurando flagelando para el temor, por un repentino lapso la mente desde el fondo toda se destruye, la cual por un largo estudio de la virtud parecía innovada. De

donde añade: Y tu visitación ha custodiado mi espíritu. Pues al espíritu humano la visitación suprema lo custodia, cuando a éste dotado de virtudes, o no cesa de herir con el flagelo, o de compungir con el amor. Pues si presta los dones, mas a éste no lo levanta restaurándolo continuamente, más pronto se pierde el bien, que no es custodiado por el dador. Pero he aquí que el santo varón mientras humildemente se reconoce, descubre los secretos de la divina misericordia que han de conferirse generalmente; y cuando su debilidad verazmente confiesa, de repente para conocer la vocación de las gentes es sublimemente arrebatado. Pues al punto añade:

CAPÍTULO LIV

[Rec. XXX].

VERS. 13.---Aunque estas cosas ocultes en tu corazón, sin embargo sé que de todas las cosas te acuerdas.

82. La vocación de las gentes escondida en el consejo de Dios.---Como si abiertamente dijera: ¿Por qué de mí trepido, yo que también a todas las gentes que recoges sé? Lo cual sin embargo en tu corazón ocultas, porque esto todavía con abierto sermón no indicas. Pero tú que también de todas las cosas te acuerdas, me haces sin duda alguna cierto del perdón. [Vet. XXXIX.] Debe saberse mas que en algunos hechos tanto ciertos del perdón somos hechos, como después de perpetradas las culpas para la confianza de nuestra absolución por la corrección y penitencia

subsiguiente somos robustecidos; sin embargo, de nuestras nequicias perpetradas todavía por la memoria somos tocados, y por el pensamiento ilícito apartados y no queriendo somos pulsados. De donde también aptamente se subañade:

CAPÍTULO LV

[Rec. XXXI].

VERS. 14.---Si pequé, y por una hora me perdonaste, ¿por qué de mi iniquidad limpio me ser no permites?

83. Cómo los pecados borrados infectan la memoria y reparan la guerra. Qué debe hacerse entonces.---Por una hora el Señor perdona el pecado, cuando el reato de la culpa con los llantos otorgados al punto diluye. Pero de nuestra iniquidad limpios nos ser no permite, porque queriendo por cierto la culpa hicimos, pero a veces no queriendo su memoria con delectación toleramos. Pues a menudo esto que de la mirada ya del juez por el llanto interviniente fue borrado al ánimo vuelve, y la vencida culpa a la delectación de nuevo intenta serpentear, y en el antiguo certamen con rediviva pulsación se repara; de modo que lo que antes hizo en el cuerpo, esto con importuno pensamiento después verse en la mente. Lo cual cautamente aquel atleta espiritual mirar sabía, quien decía: Se pudrieron y se deterioraron mis cicatrices, ante la faz de mi insipiencia (Salmo XXXVII, 6). Pues ¿qué son las cicatrices, sino sanaciones de las heridas? [Vet. XL.] Las relajadas, pues, nequicias a la delectación de

la memoria volver había mirado, quien las cicatrices deflaba. Pudrirse por cierto las cicatrices es las sanadas ya heridas de los pecados de nuevo en la tentación serpentear, y por las sugestiones de ellos, después de sobreducida la piel de la penitencia, el hedor de la culpa otra vez y el dolor sentir. En cuya cosa a saber y nada fuera con la obra se hace, y sola dentro con el pensamiento se peca; y con estricto reato la mente se obliga, si no esto con solícitos lamentos limpia.

84. De donde bien por Moisés se dice: Si hubiere entre vosotros un hombre que por un sueño nocturno estuviere poluto, saldrá fuera del campamento; y no volverá antes de que a la tarde se lave con agua, y después del ocaso del sol volverá al campamento (Deut. XXIII, 10). Pues sueño nocturno es la tentación oculta, por la cual con tenebroso pensamiento algo torpe en el corazón se concibe, que sin embargo con la obra del cuerpo no se completa. Pero al poluto por sueño nocturno se le manda salir fuera del campamento, porque a saber es digno que quien por un pensamiento inmundo se mancha, indigno se juzgue de las sociedades de todos los fieles, el mérito de su culpa ante los ojos ponga, y por la estimación de los buenos se desprecie. Salir, pues, fuera del campamento para el poluto es, para el que trabaja en una torpe impugnación, despreciarse a sí mismo por la comparación de los continentes. El cual a la tarde se llama con agua, cuando viendo su defecto a los lamentos de la penitencia se convierte, para que con llantos diluya todo lo que la oculta inquinación acusa al ánimo. Pero después

del ocaso del sol al campamento vuelva, porque, enfervorizándose el ardor de la tentación, es necesario que otra vez la confianza hacia la sociedad de los buenos tome. Pues después de la lavación del agua, al ponerse el sol al campamento vuelve, quien después de los lamentos de la penitencia, enfriándose la llama del pensamiento ilícito, a los méritos de los fieles que han de presumirse se repara; para que ya no se estime estar lejos de los demás, quien se goza limpio por el óbito del ardor íntimo. Pero entre estas cosas debe saberse que por eso a veces por el impulso del pensamiento ilícito somos afligidos, porque en algunos actos de la conversación terrena, aunque lícitos, de buena gana nos ocupamos. Y cuando aun en lo mínimo la acción terrena por el deseo es tocada, creciendo contra nosotros la fortaleza del antiguo enemigo, nuestra mente por no mínima importunidad de la tentación es manchada. De donde también el sacerdote de la ley, los miembros de la hostia por trozos concisos, la cabeza y aquellas cosas que están cerca del hígado, se le manda quemar con fuegos, mas los pies y los intestinos de la hostia primero con agua diluir (Levit. I, 7, 12). Nosotros por cierto a nosotros mismos sacrificio a Dios ofrecemos cuando nuestra vida al culto divino dedicamos. Quienes los miembros de la hostia por trozos concisos sobre el fuego ponemos, cuando las obras de nuestra vida en las virtudes distinguiendo inmolamos. La cabeza y aquellas cosas que junto al hígado se contienen incendiamos, cuando en nuestro sentido, por el cual todo el cuerpo se rige, y en los deseos ocul-

tos con la llama del divino amor ardemos. Y sin embargo se manda que los pies y los intestinos de la hostia se laven. Pues con los pies la tierra se toca, mas en los intestinos los estiércoles se gestan, porque frecuentemente ya por el deseo en la eternidad nos encendemos, ya con todo el sentido de la devoción al apetito de nuestra mortificación anhelamos; pero porque todavía algo terreno por la debilidad hacemos, algunas cosas también que ya subyugamos ilícitas en el corazón toleramos. Y cuando a nuestros pensamientos la inmunda tentación mancha, ¿qué otra cosa que los intestinos de la hostia estiércol portan? Pero para que deban quemarse, lávense, porque por cierto es necesario que el llanto del temor diluya los inmundos pensamientos, los cuales en la acepción del sacrificio el amor supremo incendie. Y lo que sea que la mente o por el inexperto certamen, o por la memoria de la conversación prístina padece, lávese, para que tanto más suavemente en la mirada de su espectador arda, cuanto cuando a él asistir hubiere comenzado nada terreno consigo, nada resbaladizo en el ara de su oración imponga. El varón, pues, santo los daños de la mente humana contemple, que frecuentemente con pensamiento ilícito se mancha; y después de que el reato de la obra el juez relaja, y llorando lo suyo, abra lo nuestro que lloremos, diciendo: Si pequé, y por una hora me perdonaste, ¿por qué de mi iniquidad limpio me ser no permites? Como si abiertamente dijera: Si a la culpa el perdón quitó, ¿por qué ésta también de la memoria no deterge? [Vet. XLI, Rec. XXXII.]

A menudo mas así la mente en la recordación de la culpa es sacudida, que a la perpetración de aquélla mucho más gravemente que antes había sido captada sea urgida; y sorprendida trepida, y a sí misma por varios movimientos impulsada perturba. Teme por cierto no sea vencida por las tentaciones, pero resistiendo esto mismo que por el largo trabajo del certamen es afligida lo horroriza. De donde también aptamente se subañade:

CAPÍTULO LVI.

VERSO 15.---Y si fuere impío, ¡ay de mí!; y si justo, no levantaré la cabeza, saturado de aflicción y de miseria.

85. El discernimiento entre el que resiste y el que cede a los vicios.---Pues el impío tiene el "ay", el justo la miseria, porque tanto la condenación eterna sigue al réprobo, como cada elegido es expiado por los dolores de la adversidad transitoria. El impío levanta la cabeza, pero elado no vale para evadir el "ay" que le sigue. El justo, afligido por el trabajo de su certamen, no se le permite levantar la cabeza, sino que oprimido de la perpetua aflicción es liberado. Aquél se erige en las voluptuosidades, pero con los suplicios siguientes se sumerge. Éste se deprime en el dolor, pero sin embargo se esconde del peso de la eterna animadversión. Considere, pues, el varón santo que o el hombre que resiste a los vicios por el presente trabajo es afectado, o el que sucumbe a la perpetua aflicción es entregado, y diga: Y si fuere impío, ¡ay de mí!; y si justo, no levantaré la cabeza, saturado de aflicción y de miseria. Como

si abiertamente deplorara, diciendo: O postrado bajo los deseos de la carne, al suplicio eterno soy sujetado; o repugnando a los ilícitos movimientos por la pena presente soy crucificado, porque del trabajo del certamen libre no soy. Pero la suprema dispensación por eso a nosotros, que con toda la intención le servimos, permite ser sacudidos por las impugnaciones de nuestra carne, para que nuestra mente no ose elevarse a la soberbia por la presunción de su propia seguridad, para que mientras pulsada trepida, en el solo auxilio del autor el pie de la esperanza más robustamente fije. De donde también todavía aptamente se subañade:

CAPÍTULO LVII

[Rec. XXXIII].

VERSO 16.---Y por la soberbia, como a leona me cazarás.

86. Por qué arte sea cazada la leona. De igual modo también hemos caído y hemos sido reparados.---La leona, cuando busca alimento para los cachorros, ansiosamente se lanza al hoyo de la captura. Pues como se cuenta de algunas regiones, se hace en su camino un hoyo, en el cual se deposita una res, para que allí, por el apetito de ella, la leona sea provocada a proyectarse: el cual se prepara estrecho y al mismo tiempo profundo, para que en él pueda caer rodeándolo, pero de él saltando de ningún modo escape. Otro hoyo también, que sea coherente con el primero, se cava, el cual sin embargo se une a aquél en que

está la res por la apertura de la parte extrema. En el cual por cierto se pone una jaula, para que la leona al caer, porque desde arriba es urgida por terrores, cuando desea ocultarse como en la parte más secreta del hoyo, entre queriendo en la jaula; cuya saicia ya de ningún modo se teme, porque cerrada en la jaula es levantada. Pues la que por su propia voluntad cayó en el hoyo, vuelve a las partes superiores cercada por barrotes. Así, así por cierto la mente humana fue capturada, la cual, constituida en la libertad del albedrío, mientras apeteció nutrir los deseos de la carne, como leona buscó alimento para los cachorros, y cayó en el hoyo de su propia decepción, la cual, por sugerencia del enemigo, hacia el alimento prohibido extendió la mano. Pero en el hoyo al punto encontró la jaula, porque viniendo espontáneamente a la muerte pronto sufrió la cárcel de su propia corrupción; y hacia los aires libres, interviniendo la gracia, es reducida. Pero cuando intenta hacer muchas cosas y no vale, por los obstáculos de su misma corrupción es ligada como por los barrotes de una jaula. Ya por cierto escapó de aquel hoyo de la condenación en el que había caído, porque el suplicio de la muerte que ha de seguir, ayudada por la mano de la redención, volviendo al perdón lo superó. Pero sin embargo estrechada tolera la jaula, porque también por los nexos de la suprema disciplina es ceñida, para que no vague por los deseos de la carne. La que, pues, por su propia voluntad cayó en el hoyo, vuelve cerrada a los aires libres, porque tanto por la libertad del albedrío cayó en

la culpa, y sin embargo la gracia del creador la constriñe de sus propios movimientos, forzada y no queriendo. Después del hoyo, por tanto, padece la jaula, la que, arrebatada del eterno suplicio, de los movimientos de la depravada libertad es también ligada bajo la dispensación del celestial artífice. Rectamente, pues, dice: Y por la soberbia, como a leona me cazarás, porque tanto el hombre libre por el alimento se trajo la muerte, como reducido al perdón vive mejor cerrado bajo la disciplina. Como leona, pues, por la soberbia fue capturado, porque de allí ahora la disciplina de su corrupción lo deprime, de donde no temiendo la transgresión del precepto, audazmente dio el salto al hoyo.

[Vet. XLII.] 87. Así también el elado por la virtud se permite caer, para que sea sanado de la soberbia.---Pero si por un poco apartamos la mirada de la mente de la culpa del primer padre, todavía diariamente nos encontramos siendo cazados como leona por el vicio de la elación. Pues a menudo el hombre, recibidas las virtudes, se eleva a la audacia de su propia presunción, pero por una maravillosa dispensación de piedad cualquier cosa ante sus ojos, en la cual caiga, se ordena. Y mientras por la culpa algo apetece, ¿qué otra cosa que la presa en el hoyo codicia? Por su propia voluntad ansioso cae, pero por sus propias fuerzas no vale levantarse. Quien cuando considera que nada es por sí mismo, aprende sin duda de quién deba requerir el auxilio. A quien sin embargo la suprema miseración, capturado, lo eleva como del hoyo, porque a éste, conocida

su debilidad, lo reduce al perdón. Al modo, pues, de la leona, por la soberbia vuelve a las partes superiores en la jaula, quien cuando de la virtud es ensalzado, habiendo caído a los deseos, es ligado en la humildad. Porque puesto que antes por su propia presunción había perecido, con maravillosa piedad se actúa para que ya con la noticia de su debilidad viva cerrado. Lo cual, porque el varón santo frecuentemente ve suceder a los hombres, toma en sí la voz de nuestro peligro; para que cuando nosotros reconocemos su llanto, aprendamos las cosas que en nosotros son de llorar. Pero cuando la elación eleva nuestra mente, la compunción del sumo amor al punto se retira de nosotros; pero cuando la suprema gracia nos visita, pronto por las lágrimas hacia sus deseos nos instiga. De donde también aptamente se subañade:

CAPÍTULO LVIII

[Rec. XXXIV].

IBID.---Y vuelto maravillosamente me torturas.

88. El endurecimiento de la mente desertada por Dios, la compunción de la visitada.---Cuando somos abandonados por el autor, ni siquiera sentimos en absoluto los daños mismos de nuestra destitución. Pues por cuanto lejos nos deserta el creador, por tanto nuestra mente más insensiblemente se endurece, nada de lo que es de Dios ama, de ningún modo lo supremo codicia; y porque el calor del amor íntimo no tiene, fría yace abajo,

y de modo miserable se hace cada día tanto más segura cuanto peor; y cuando no recuerda de dónde ha caído, y no teme los suplicios que han de seguir, cuánto haya de ser llorada no sabe. Mas si por el aliento del Espíritu Santo es tocada, al punto para la consideración de su perdición despierta, en la inquisición de lo celestial se sacude, con los ardores del sumo amor se enciende, considera los daños que la circundan, y llora progresando la que antes alegre perecía. Bien, pues, al creador se dice: Y vuelto maravillosamente me torturas, porque el Dios omnipotente de donde visitando nuestra mente la eleva a su amor, de allí la aflige más gravemente por las lágrimas. Como si abiertamente dijera: Abandonándome de ningún modo me afectas, porque me vuelves insensible; pero cuando vuelves me torturas, porque mientras te me insinúas me demuestras cuán digno de llanto soy. De donde también asegura ser torturado no penalmente, sino maravillosamente, porque mientras por el llanto la mente a lo sumo es raptada, gozosa se maravilla de la pena de su compunción; y place ser afectada, porque por su aflicción se ve a sí misma ser elevada a lo alto. [Vet. XLIII.] A menudo mas cuando la suprema piedad ve que nosotros por el ejercicio del santo deseo nos entorpecemos, los ejemplos de los que la siguen a nuestras miradas objeta, para que la mente por el ocio remisa, por cuanto en otros los progresos de los vigilantes considera, por tanto en sí la pereza de su torpor se avergüence. De donde también rectamente se subañade:

CAPÍTULO LIX

[Rec. XXXV].

VERSO 17.---Instauras tus testigos contra mí, y multiplicas tu ira, y las penas militan en mí.

89. Por los ejemplos de los buenos Dios nos revoca a sí.---Pues testigos de Dios son los que, por el ejercicio de la santa obra, testifican qué premios de la verdad han de seguir a los elegidos. De donde a estos también que reconocemos haber padecido por la verdad, los llamamos en la elocuencia griega mártires, esto es, testigos. Y por Juan, con voz angélica dirá el Señor: En los días de Antipas, mi testigo fiel, que fue muerto entre vosotros (Apoc. 2, 13). Pero el Señor instaura sus testigos contra nosotros cuando multiplica la vida de los elegidos, contraria a nuestra depravación, para argüirnos e instruirnos. Contra nosotros, pues, sus testigos se instauran, porque todas las cosas que hacen son adversas a los estudios de nuestra depravación. De donde también la palabra de la verdad es llamada adversaria, cuando por la voz del Mediador a través del Evangelio se dice: Sé consintiente con tu adversario pronto, mientras estás con él en el camino (Mat. 5, 25). Y de este mismo Redentor los réprobos perseguidores dicen: Contrario es a nuestras obras (Sab. 2, 12); y poco después: Y disímil es de los otros la vida de aquél (Ibíd., 15). El Señor, por tanto, instaura sus testigos contra nosotros, porque los bienes que nosotros mismos descuidamos hacer, demuestra que son hechos por otros para nuestra corrección; para que quienes no nos encendemos

por los preceptos, al menos por los ejemplos seamos excitados, y en el apetito de la rectitud nuestra mente nada estime difícil para sí que vea ser perfectamente acabado por otros. Y sucede frecuentemente que cuando los bienes de la vida ajena contemplamos, más solícitamente los daños de la nuestra temamos; y por tanto sea patente con cuánto peso de animadversión después somos afectados, por cuanto ahora de las costumbres de los buenos lejos discrepamos.

90. El trabajo de ellos indica qué pena aguarda a los réprobos. Qué movimientos del ánimo deben excitar los bienes vistos en otros.---De donde, mencionada la instauración de los testigos, al punto aptamente se subañade: Y multiplicas tu ira. Se nos dice que se nos multiplica la ira de Dios en esto, en que se indica ser múltiple, porque por la misma vida y trabajo de los buenos ahora conocemos, si no queremos ser enmendados mientras hay tiempo, con cuánta animadversión después seremos heridos. Pues a los elegidos de Dios vemos tanto obrar piadosamente como tolerar muchas cosas crueles. De aquí, pues, se colige con cuánta estrechez el juez estrecho herirá allí a quienes reprueba, si aquí así tortura a quienes ama; atestiguándolo Pedro, que dice: Tiempo es de que el juicio comience por la casa de Dios; pero si primero por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no creen al Evangelio de Dios (1 Ped. 4, 17)? El Dios omnipotente, por tanto, cuando contra nosotros instaura testigos, multiplica la ira, porque por cuanto la vida de los buenos a nuestros ojos objeta, por tanto demues-

tra la dureza de la depravación perpetrada, con qué estrechez en el juicio herirá. Pues cuando solo a los que le siguen lanza los dones, demuestra que ya ha abandonado a los torpes. Cuando, pues, vemos los bienes en otros, muy necesario es que mezclemos tanto la exultación a nuestro temor, como el temor a nuestra exultación, a fin de que tanto la caridad se goce de los progresos ajenos, como la conciencia tiemble de sus propias debilidades. Pero cuando por el progreso fraterno somos refrescados, cuando la estrechez del juez interno sobre nosotros por nuestro mismo torpor pensamos, ¿qué resta sino que el ánimo vuelva a discutirse a sí mismo, y lo que sea que en sí encuentre réprobo, lo que sea depravado, lo aflija? De donde también aptamente se subañade: Y las penas militan en mí. Pues considerados los testigos de Dios, las penas militan en nosotros, porque mientras contemplamos sus hechos admirables, nuestra vida, que por la comparación de ellos nos desplace, con estudiosa aflicción la torturamos; para que lo que sea que en nosotros mancharon las obras, lo diluyan los lamentos; y si algo todavía la culpa del deleite mancha, la pena del moeror lo deterja. El bienaventurado Job, por tanto, porque contempla la vida de los padres precedentes, reconoce más sutilmente qué deba gemir en sí. Pero por el magisterio de un gran dolor, mientras llora lo suyo, a los lamentos nos instruye: para que por cuanto vemos las virtudes en otros, por tanto ante el juez estrecho solícitamente temamos nuestros delitos. Sigue:

CAPÍTULO LX.

VERSO 18.---¿Por qué me sacaste de la vulva? Ojalá hubiera sido consumido, para que ningún ojo me viera.

91. Lo cual por cierto ya profirió en su primer discurso, diciendo: ¿Por qué no morí en la vulva? El cual esto también que aquí añade, subañadiendo,---VERSO 19.---Hubiera sido como si no fuera, del útero traslatado al túmulo, allí con otras palabras no de otro modo adjunta, diciendo: Como abortivo escondido no subsistiría, o los que concebidos no vieron la luz (Job 3, 16). Pero porque estas cosas arriba extensamente digerimos (Lib. IV, n. 48 y sig.), para evitar el fastidio del lector, declinamos replicar lo expuesto. Sigue:

CAPÍTULO LXI

[Vet. XLIV, Rec. XXXVI].

VERSO 20.---¿Acaso la poquedad de mis días no se acabará pronto?

92. El término de la vida debe ser especialmente atendido. Muestra que vive cauto y solícito quien, considerando la brevedad de la vida presente, no mira su uso, sino su término, para que del fin colija que nada es lo que deleita pasando. Pues de aquí se dice por Salomón: Si el hombre viviere muchos años, y en todos ellos se hubiere alegrado, debe acordarse del tiempo tenebroso y de los muchos días; los cuales, cuando vinieren, serán argüidos de vanidad los pasados (Ecl. 11, 8). De aquí otra vez está escrito: En todas tus obras

acuérdate de tus novísimos, y no pecarás eternamente (Eclo. 7, 40). Por tanto, cuando la culpa tienta al ánimo, es necesario que la mente mire la brevedad de su delectación, no sea que la iniquidad rapte hacia la muerte vivificante (vivacem mortem), constando que la vida mortal corre más velozmente hacia su término. Pero a menudo el ojo de nuestra contemplación se confunde mientras nuestro dolor se agrava por los flagelos que crecen. Place gemir el exilio de la vida presente, pero por la misma aflicción la mente no vale para estimar los daños de su ceguera. Por lo cual inmediatamente añade:

CAPÍTULO LXII.

[Rec. XXXVII].

IBID.---Déjame, pues, para que llore un poco mi dolor.

93. El excesivo pesar quita las lágrimas y el sentido del dolor. La fuerza de la costumbre no nos deja llorar nuestros males. Pues así como la aflicción moderada expresa las lágrimas, así la inmoderada las retira, porque el pesar mismo se hace como si fuera sin pesar, el cual, devorando la mente del afligido, quita el sentido del dolor.

El varón santo, por tanto, teme ser herido más de lo que basta, diciendo: Déjame, pues, para que llore un poco mi dolor.

Como si abiertamente dijera: Templa los flagelos de tu percusión, para que, con dolores moderados, convalezca para estimar llorando los males que padezco. Lo cual, sin embargo, puede

entenderse de otro modo. Pues a menudo el pecador está de tal modo constreñido por los vínculos de su iniquidad, que tolera ciertamente el peso de los pecados, pero sin embargo porque lo tolera lo ignora. A menudo, aunque conozca con cuánto reato es oprimido, intenta brotar y no puede, para perseguir esto en sí con mente libre y conversión íntegra. No vale, pues, para llorar su dolor, porque considera el reato de su iniquidad, y sin embargo, por el peso de la ocupación terrena, de ningún modo le queda vagar para gemirlo. No vale para llorar su dolor quien ciertamente se esfuerza por contrariar la depravada costumbre, pero todavía es gravado por los deseos de la carne que crecen. La presencia de este dolor había crucificado la mente del Profeta, cuando decía: Mi dolor está siempre ante mí, porque yo pronunciaré mi iniquidad, y pensaré por mi pecado (Salm. 37, 18. 19). Pero se conocía desatado, rotos los vínculos de la iniquidad, el que exultaba diciendo: Rompiste mis vínculos, a ti sacrificaré hostia de alabanza (Salm. 115, 16).

94. Si Dios no nos ayuda para ello. Entonces, pues, el Señor nos deja para llorar el dolor, cuando nos demuestra los males que hemos hecho, y nos ayuda a llorar estos mismos que conocemos. Pone las culpas ante los ojos, y con piadosa mano de gracia suelta los vínculos del corazón, para que nuestra mente se erija a la vacación de la penitencia, y, suelta de los grillos de la carne, tienda libre el paso del amor hacia su autor. [Vet. XLV.] Pues muchísimas veces nosotros mismos reprendemos nuestra vida, pero sin embargo gustosa-

mente hacemos esto que en nosotros rectamente reprobamos. Al espíritu nos erige la justicia, a la costumbre nos restringe la carne. Al amor suyo la mente renitente se opone, pero inmediatamente deleitada es captivada. Bien, pues, se dice: Déjame, pues, para que llore un poco mi dolor, porque si no somos misericordiosamente dejados del reato de la culpa con que nos ligamos, no podemos llorar perfectamente esto que en nosotros mismos contra nosotros mismos dolemos. Pero entonces verazmente se llora el dolor de nuestro reato, cuando aquella tenebrosa retribución del infierno se prevé con intento temor. Por lo cual aptamente se subyunta:

CAPÍTULO LXIII

[Rec. XXXVIII].

VERSO 21.---Antes que vaya, y no vuelva, a la tierra tenebrosa y cubierta de la calígine de la muerte.

95. Las penas del infierno no son transitorias ni fantásticas. Por qué el infierno es tierra, por qué lago. ¿Pues qué se significa con el nombre de tierra tenebrosa, sino los lúgubres claustros del tártaro? Los cuales cubre la calígine de la muerte eterna, porque disgrega a todos los condenados a perpetuidad de la luz de la vida. Ni inmerecidamente el infierno se llama tierra, porque quienesquiera que fueran capturados por él, son tenidos establemente. Pues escrito está: Una generación pasa, y otra generación viene, pero la tierra permanece eternamente (Ecl. 1, 4). Recta-

mente, pues, los claustros tenebrosos del infierno se nombran tierra, porque a los que reciben para ser castigados, de ningún modo los crucian con pena transitoria o con imaginación fantástica, sino que los conservan con sólida venganza de perpetua condenación. Las cuales lugares a veces sin embargo se significan con la apelación de lago, atestiguando el profeta, que dice: Llevaron su ignominia con estos que descienden al lago (Ezeq. 32, 24. 25). El infierno, pues, y tierra se nombra, porque a los recibidos establemente los tiene; y lago se dice, porque a estos que una vez capturó siempre fluctuantes y trépidos los absorbe con los tormentos que circufluyen. El varón santo, empero, sea por su voz o por la del género humano, postula ser dejado antes que vaya, no porque a la tierra tenebrosa ha de ir el que llora la culpa, sino porque a esta proculdubio va el que negligente no la llora; como al deudor suyo el acreedor dice: Soluciona la deuda antes que seas constreñido por la deuda; el cual sin embargo no es constreñido si no demora en solucionar lo que debe. Donde también rectamente se subañade: No volveré, porque de ningún modo más allá la misericordia del que perdona libera a los que una vez la justicia del que juzga condena en los lugares penales [Vet. XLVI]. Los cuales lugares todavía más sutilmente se describen cuando se dice:

CAPÍTULO LXIV.

VERSO 22.---Tierra de miseria y de tinieblas.

96. Los que tiene, por fuera son cruciados, por dentro cegados. La miseria pertenece al dolor, las

tinieblas a la ceguera. Aquella tierra, pues, que tiene a los expulsados del conspecto del juez riguroso, es tenida por tierra de miseria y de tinieblas, porque por fuera el dolor crucia a los que divididos de la verdadera luz por dentro la ceguera oscurece. Aunque la tierra de miseria y de tinieblas puede entenderse de otro modo. Pues esta tierra también en que nacemos es ciertamente de miseria, pero de tinieblas no es, porque padecemos aquí muchos males de nuestra corrupción, pero sin embargo todavía en ella por la gracia de la conversión volvemos a la luz, persuadiendo la Verdad, que dice: Caminad mientras tenéis luz, no sea que las tinieblas os comprendan (Juan 12, 35). Aquella, empero, simul es tierra de miseria y de tinieblas, porque quienquiera que descendiera a tolerar sus males, de ningún modo ulteriormente vuelve a la luz. En cuya descripción todavía se subyunta:

CAPÍTULO LXV.

IBID.---Donde está la sombra de la muerte, y ningún orden.

97. Tiene venganza, no luz. Cuán justas son estas penas. Así como la muerte exterior divide del alma la carne, así la muerte interior separa de Dios el alma. La sombra de la muerte, pues, es la obscuridad de la división, porque todo condenado, cuando es encendido con el fuego eterno, es obscurecido de la luz interna. La naturaleza del fuego, por cierto, es que de sí mismo exhiba y luz y concremación; pero aquella llama vengadora de los pasados vicios tiene concremación, y

luz no tiene. Pues de aquí es que a los réprobos dice la Verdad: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. 25, 41). De todos los cuales rursus significando el cuerpo en la persona de uno solo, dice: Atadle manos y pies, y echadle a las tinieblas exteriores (Mat. 22, 13). Si por tanto el fuego que crucia a los réprobos hubiera podido tener luz, el que es repelido de ningún modo se diría ser enviado a las tinieblas. De aquí también dice el Salmista: Cayó sobre ellos el fuego y no vieron el sol (Salm. 57, 9). Pues el fuego cae sobre los impíos, pero el sol, cayendo el fuego, no se distingue, porque por donde la llama de la gehena los devora, de la visión de la verdadera luz los ciega; para que y por fuera los crucie el dolor de la combustión, y por dentro la pena de la ceguera los obscurezca; a fin de que quienes delinquieron contra su autor y con el cuerpo y con el corazón, simul y con el cuerpo y con el corazón sean castigados; y por ambos lados sientan penas, quienes mientras aquí vivían con sus depravadas delectaciones a ambos servían. Por lo cual bien se dice por el profeta: Descendieron al infierno con sus armas (Ezeq. 32, 27). Las armas de los pecadores son por cierto los miembros del cuerpo, con los cuales los perversos deseos que conciben ejecutan. Por lo cual rectamente se dice por Pablo: Ni exhibáis vuestros miembros como armas de iniquidad al pecado (Rom. 6, 13). Descender, pues, con armas al infierno es tolerar los tormentos del juicio eterno con los mismos miembros con que los deseos de la voluptuosidad

expletaron, para que entonces por todas partes el dolor los absorba, quienes ahora, súbditos a sus delectaciones, por todas partes luchan contra la justicia del que justamente juzga.

[Vet. XLVII. Rec. XXXIX]. 98. Están ordenadas, como por un juez equitativo conmensuradas con los crímenes.

Es por cierto muy admirable lo que se dice: Donde ningún orden. Pues ni Dios omnipotente, que castiga bien los males, de ningún modo permite que los tormentos sean desordenados, porque los mismos suplicios que proceden de la balanza de la justicia de ningún modo pueden inferirse sin orden. ¿Pues cómo en los suplicios no habrá orden, mientras a cada condenado según el modo del crimen sigue también la retribución de la venganza? Pues de aquí está escrito: Los potentes potentalmente padecerán tormentos, y a los más fuertes les insta una cruciación más fuerte (Sab. 6, 7). De aquí en la condenación de Babilonia se dice: Cuanto se exultó a sí misma, y estuvo en delicias, tanto dadle de tormento y de luto (Apoc. 18, 7). Si por tanto según el modo de la culpa se distingue la pena, consta por cierto que en los suplicios se sirve el orden. Y si los actos de los méritos no dirimieran la suma de los tormentos, de ningún modo el juez que viene se diría que había de decir a los segadores: Coged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemar (Mat. 13, 30). Pues si ningún orden se servará en los suplicios, ¿por qué la cizaña para quemar se ata en manojos? Pero por cierto atar manojos para quemar es asociar pares con pares a los que

han de ser entregados al fuego eterno, para que a los que una culpa similar mancha, también una pena par los constriña, y los que de ningún modo están polucionados por una iniquidad dispar, de ningún modo sean cruciados por un tormento dispar; a fin de que simul la condenación contera a los que simul la elación sublevaba; y a quienes no disimilmente dilató la ambición, no disimilmente los angustie la aflicción, y par crucie la llama del suplicio a quienes en el fuego de la lujuria par encendió la llama del pecado. Pues así como en la casa del Padre muchas mansiones hay por la diversidad de la virtud (Juan 14, 2), así la disparidad del crimen sujeta a los condenados a los fuegos de la gehena con diverso suplicio. La cual gehena por cierto, aunque para todos sea una, no sin embargo a todos con una y la misma calidad los enciende. Pues así como por un solo sol todos somos tocados, y sin embargo bajo él no todos en un mismo orden nos abrasamos, porque según la calidad del cuerpo se siente también el peso del calor, así para los condenados y una es la gehena que afecta, y sin embargo no a todos con una calidad los quema, porque lo que aquí hace la dispar salud de los cuerpos, esto allí exhibe la dispar causa de los méritos. ¿Cómo pues se dice que ningún orden hay en los suplicios, en los cuales profecto cada uno según el modo de la culpa es cruciado?

[Vet. XLVIII.] 99. Pero no están ordenadas en el corazón de los condenados. Pero el varón santo, después que introdujo la sombra de la muerte, subyunta cuánta sea la confusión en la mente

de los condenados, porque los mismos suplicios que vienen ordenados por la justicia, no están ordenados proculdubio en el corazón de los que mueren. Pues como poco antes dijimos, mientras cada condenado por fuera es encendido por la llama, por dentro es devorado por el fuego de la ceguera, y puesto en dolor, por fuera y por dentro se confunde, de modo que por su propia confusión más torpemente sea cruciado. En el suplicio de los repulsos, pues, no habrá orden, porque en su muerte más atrozmente saña la misma confusión de la mente. La cual sin embargo con mira potencia la equidad del que juzga ordena, para que la pena confunda el ánimo como si fuera desordenada. O ciertamente se dice que el orden falta en los suplicios porque a cualesquiera cosas que surgen para la pena no se les sirve la propia calidad. Por lo cual también inmediatamente se subinfiere:

CAPÍTULO LXVI.

IBID.---Y un horror sempiterno lo habita.

100. Descripción de las penas del infierno. En los tormentos de esta vida el temor tiene dolor, el dolor no tiene temor, porque de ningún modo el miedo crucia la mente, cuando ya comenzó a padecer lo que temía. Al infierno, empero, y la sombra de la muerte lo obscurece, y un horror sempiterno lo habita, porque entregados a sus fuegos, y en los suplicios sienten dolor, y en la angustia del dolor son heridos por un pavor que siempre los pulsa, para que y lo que temen toleren, y rursus lo que toleran sin cesación teman.

De estos por cierto está escrito: El gusano de ellos no morirá, y el fuego de ellos no se extinguirá (Isai. 66, 24). Aquí la llama que enciende ilumina; allí, como arriba enseñamos con las palabras del Salmista, el fuego que crucia obscurece. Aquí el miedo se pierde, cuando ya comenzó a tolerarse lo que se temía; allí y el dolor dilania, y el pavor angustia. De un modo horrendo, pues, habrá entonces para los réprobos dolor con miedo, llama con obscuridad. Así, así por cierto debe sentirse por los condenados el peso de la suma equidad, para que quienes de ningún modo temieron discrepar de la voluntad del creador mientras vivían, en su destrucción alguna vez los mismos tormentos incluso de sus calidades discrepen, a fin de que por donde se impugnan, aumenten las cruciaciones, y cuando variamente proceden múltiplemente sean sentidos. Los cuales suplicios sin embargo y ultra las fuerzas crucian a los sumergidos en ellos, y en ellos conservan el subsidio de la vida extinguiéndola, para que así el término castigue la vida; a fin de que siempre sin término la cruciación viva, porque y hacia el fin por los tormentos se apresura, y sin fin deficiente dura. Se hace, pues, para los míseros muerte sin muerte, fin sin fin, defecto sin defecto, porque y la muerte vive, y el fin siempre empieza, y el defecto no sabe desfallecer. Porque por tanto y la muerte mata, y no extingue, el dolor crucia, pero de ningún modo ahuyenta el pavor; la llama quema, pero de ningún modo discute las tinieblas; cuanto por la noticia de la vida presente se colige, los suplicios

no tienen orden, los cuales no tienen por todo su calidad.

[Vet. XLIX.] 101. El fuego allí niega la luz para el consuelo, la conserva para el tormento. Aunque allí el fuego y para el consuelo no luce, y sin embargo para que más atormente para algo luce. Pues a cualesquiera secuaces suyos los réprobos con la llama ilustrante han de ver con ellos en el tormento, por cuyo amor delinquieron, a fin de que quienes amaron la vida de ellos carnalmente contra los preceptos del creador, la muerte de ellos mismos también los aflija para el aumento de su propia condenación. Lo cual profecto coligimos atestiguando el Evangelio (Luc. 16, 23), en el cual, anunciando la Verdad, aquel rico a quien aconteció descender a los tormentos del incendio eterno se describe haberse acordado de cinco hermanos, que pidió de Abraham que enviara para la erudición de ellos, no sea que allí alguna vez viniendo una par pena los cruciara. El que por tanto para el cúmulo de su dolor se acordó de los parientes ausentes, consta proculdubio porque pudo también verlos presentes poco después para el aumento del suplicio. ¿Qué empero de admirar si vea también con él a los réprobos quemarse, el que, para el cúmulo de su dolor, vio a aquel que había despreciado, Lázaro, en el seno de Abraham? Él, pues, a quien para que la pena creciera también el varón electo apareció, ¿por qué no ha de creerse que pueda ver en el suplicio también a estos que contra Dios había amado? De cuya cosa se colige que a estos que inordinadamente ahora los réprobos aman, con

un miro orden del juicio con ellos entonces en los tormentos verán, para que la pena de la propia punición exagere aquella carnal cognación antepuesta al autor, damnada ante los ojos con una par venganza. El fuego, pues, que en la obscuridad crucia ha de creerse porque conserva la luz para el tormento. Lo cual si no podemos aprobar con testimonios en su expresión, resta pues que de lo diverso enseñemos.

102. En el fuego puede haber simul luz y obscuridad. Tres jóvenes por cierto de la nación hebrea, por imperio del rey Caldeo, encendidos los fuegos del camino, fueron proyectados atados de manos y pies: a los cuales sin embargo cuando el mismo rey por misericordia los exploraba en el incendio del camino, los vio deambulando con las vestiduras ilesas. Donde abiertamente se colige que por mira dispensación del creador la calidad del fuego, temperada en diversa virtud, y no tocó las vestiduras, y quemó los vínculos, y para los varones santos la llama se enfrió para inferir el tormento, y para el ministerio de la solución se encendió. Así como pues para los electos el fuego supo arder para el solacio, y sin embargo no supo arder para el suplicio; así de lo diverso la llama de la gehena para los réprobos y de ningún modo luce para la gracia de la consolación, y sin embargo luce para la pena; para que a los ojos de los condenados el fuego del suplicio y con ninguna claridad resplandezca, y, para el cúmulo del dolor, de qué modo los dilectos son cruciados muestre. ¿Qué empero de admirar si creemos que el fuego de la gehena tiene suplicio simul de obscuridad y

de luz, cuando por experimento conocemos que también la llama de las teas luce obscura? Entonces la edaz llama quemará a los que ahora la carnal delectación poluciona, entonces el infinitamente patente baratro del infierno devorará a los que ahora la inane elación exalta; y quienes de cualquier vicio aquí la voluntad del callado persuasor expletaron, entonces con su duque los réprobos llegan a los tormentos.

[Vet. L.] 103. A los ángeles y a los hombres réprobos una sola pena los implica. El malo, sepulcro del diablo. Y aunque de los ángeles y de los hombres sea longe la naturaleza disímil, una sola pena sin embargo implica a quienes un solo reato liga en el crimen. Lo cual bien y brevemente insinúa el profeta, que dice: Allí el Asur y toda su multitud, y en su circuito los sepulcros de él (Ezeq. 32, 22). ¿Pues quién con el nombre del soberbio rey Asur sino aquel que por la elación cayó, el antiguo hostil se expresa, que por aquello que a muchos a la culpa arrastra, con toda su multitud a los claustros del infierno desciende? Los sepulcros empero cubren a los muertos. ¿Y quién otro la muerte más agriamente sufrió que el que, despreciando a su creador, dejó la vida? Al cual por cierto muerto cuando los corazones humanos lo reciben, de él proculdubio sepulcros se hacen. Pero en el circuito de él están los sepulcros de él, porque en cuyas mentes ahora por los deseos se sepulta, a estos después por los tormentos se los conjunta. Y puesto que ahora en sí mismos los réprobos a los malignos espíritus recibiendo

lo ilícito perpetran, entonces los sepulcros con los muertos arderán.

[Rec. XL.] 104. Prenocer las penas del infierno no prodesa, sino evadirlas. He aquí qué pena mane a los condenados hemos conocido; e instruyéndonos la sagrada elocuencia, cuánto el fuego en la condenación, cuánta en el fuego la obscuridad, y cuánto en la obscuridad sea el pavor, de ningún modo ambigüamos. ¿Pero qué prodesa prenocer estas cosas, si no contigiera evadirlas? Con toda la intención por tanto debe cuidarse que, cuando el tiempo de vacación recibimos, con el estudio de bien vivir, los ultrices tormentos de los males huyamos. Pues de aquí por Salomón se dice: Todo lo que puede tu mano hacer, instantemente opéralo, porque ni obra, ni razón, ni ciencia, ni sabiduría habrá entre los ínferos, a donde tú te apresuras (Ecl. 9, 10). De aquí Isaías dice: Buscad al Señor mientras puede ser hallado, invocadle mientras está cerca (Isai. 55, 6). De aquí Pablo dice: He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de la salud (2 Cor. 6, 2). De aquí rursus dice: Mientras tiempo tenemos, operemos el bien a todos (Gál. 6, 10).

[Vet. LI.] 105. Al ánimo que tiende a ello le obsta la cura de la carne. Pero muchísimas veces el ánimo se ciñe para la vía de la rectitud, discute el torpor; y con tanto deseo es raptado en lo celestiales, que casi nada de él parece haber quedado abajo. Y sin embargo cuando se reduce a la cura de la carne, sin la cual la vía de la vida presente de ningún modo se expleta, de tal modo lo tiene deprimido abajo, como si todavía de lo sumo nada

hubiera contigido. Oídas las palabras del oráculo celestial, se erige en el amor de la patria celestial; pero resurgiendo el estudio de la vida presente, bajo el montón de la cura terrena se sepulta; y en la tierra del corazón de ningún modo el semen de la esperanza superna aprovecha, porque la espina de la cogitación ínfima se densifica. La cual espina por cierto por sí misma la Verdad con la mano de la santa exhortación erradica, diciendo: No estéis solícitos por el mañana (Mat. 6, 34). Contra esta también por Pablo se dice: No hagáis la cura de la carne en concupiscencias (Rom. 13, 14). Pero en estas palabras del duque y del militar reconocemos por cierto que entonces el ánimo es punzado por ella con herida mortífera, cuando en ella no se tiene la equidad de la medida.

106. Esta no debe ser abscidida prorsus, sino moderada. Pues ni a los que todavía viven en la carne mortal funditus se abscinde la cura de la carne, sino que se tempera para que discretamente sirva al ánimo. Pues porque la Verdad nos prohíbe estar solícitos por el mañana, no niega que tengamos de algún modo cura en lo presente, la cual prohíbe ser tendida al tiempo que sigue. Y por cierto Pablo cuando no permite que la cura de la carne se haga en concupiscencias, procul-dubio todavía la concede en la necesidad. Con la discreción de un gran moderamen, por tanto, la cura de la carne debe ser frenada, para que sirva y mínimamente principie, no sea que como señora venza al ánimo, sino que, subacta al dominio de la mente, como ancila famule, para que mandada asista, y al nuto del corazón repulsa desista, para

que apenas aparezca por la espalda de la santa cogitación, y nunca obsisit contra la faz del que rectamente cogita. Lo cual bien por la historia de la sagrada lección se nos insinúa, cuando se recuerda que Abraham ocurrió a tres ángeles (Gén. 18, 2 sig.). Él por cierto ocurrió a los que venían fuera de la puerta, Sara empero tras la puerta estuvo, porque a saber como varón y señor de la casa espiritual, nuestro intelecto a saber, debe en la cognición de la Trinidad exceder los claustros de la carne, y como salir de la puerta de la habitación ínfima; la cura de la carne empero, como mujer, fuera no aparezca, y se avergüence de ser vista jactanciosamente, para que como tras la espalda del varón bajo la discreción del espíritu, intenta solo a lo necesario, de ningún modo sepa ser descubierta procazmente, sino moderarse verecundamente. A la cual sin embargo cuando a menudo se le dice que de sí mínimamente presuma, sino que toda ella se trasfiera a la fiducia de la divina esperanza, desprecia, y, cesando el estudio, desconfía de que puedan asistirle los subsidios de la vida. Por lo cual también esta misma Sara oyendo las promisiones de Dios ríe, pero riendo es corregida, corregida empero inmediatamente es fecundada; y la que en la juventud vigente no pudo ser fecundada, fracta por los años seniles, con el útero marchitándose, concibió, porque cuando la cura de la carne haya dejado de tener su propia confianza, contra la esperanza recibe de la divina promisión lo que dudó que habría de tener de la humana razón. Por lo cual también bien se dice Isaac, esto es risa, el que es generado, porque

cuando la mente concibe la fiducia de la superna esperanza, ¿qué otra cosa nuestra mente sino gozo pare? Debe cuidarse por tanto que ni las metas de la necesidad traspase la cura de la carne, ni en esto que moderadamente exigue, presuma de sí misma. A menudo por cierto el ánimo se engaña, de modo que lo que voluptuosamente apetece, lo sospeche necesario, a fin de que todo lo que le place lo piense utilidad debida de la vida. Y a menudo porque el efecto sigue a la providencia, en la fiducia de sí la mente se eleva. Y cuando le asiste lo que viere faltar a los otros, con cogitación tácita de la magnitud de su propia provisión se alegra; y tanto ya de la verdadera provisión se hace longe, cuanto la elación misma que padece ignora. Por lo cual con solerte intención de custodia siempre debe ser pesado o qué obramos en la obra, o qué versamos en el corazón, no sea que o prepidiendo la mente, fuera se multiplique la terrena cura, o al menos de su moderamen dentro se exalte la cogitación; para que cuando los divinos juicios con temporal circunspección tememos, los suplicios del sempiterno horror evadamos.

Libro D

ÉCIMO.

Explicado todo el capítulo undécimo del libro de Job y los cinco primeros versos del duodécimo, cierra la segunda parte de esta obra.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La fortaleza de Job, que ni por la sucesiva mutación de los adversantes es superado. Cuantas veces en el espectáculo de la arena descendiera un fuerte atleta, aquellos que existen impares en fuerzas se sujetan por turnos a su expugnación: y uno vencido, contra este inmediatamente otro se erige; y este subactado, otro es subrogado; para que las fuerzas del que lucha alguna vez las encuentren más blandas las cuales su propia crecientes victoria fatiga; a fin de que cuando cada uno nuevo se congrediere, el que no vale para ser vencido por la calidad de las fuerzas, al menos por la mutación de las personas sea superado. Así, así en este espectáculo de hombres y ángeles el bienaventurado Job salió como fuerte atleta, y cuánto vale contra las mutaciones de los adversantes mostró con la continuación de su indefeso vigor. Al cual primero se opuso Elifaz, segundo empero Baldad, y al extremo se supone Sofar en

su expugnación: los cuales con todos los conatos se erigen para inferir golpes, pero sin embargo no llegan a herir la altitud del robusto pecho. Pues sus mismas palabras patentemente insinúan que lanzan golpes al aire, porque como no reprenden rectamente al varón santo, pierden en el vacío las expresadas palabras de la percusión. Lo cual líquidamente se muestra, cuando la respuesta de Sofar el Naamatita se incoa desde las contumelias, el cual dice:

CAPÍTULO II.

JOB XI, VERS. 2.---¿Acaso el que habla mucho no oirá también él mismo? ¿O será justificado el varón lenguaraz?

2. Los procaces siempre responden a lo rectamente dicho desde lo opuesto. La sentencia de Sofar es verdadera, pero mal proferida. Suele ser costumbre de los procaces que a lo rectamente dicho siempre respondan desde lo opuesto, para que no parezca que son inferiores si consienten a lo proferido. Para los cuales las palabras de los justos, por pocas que sonaren, son muchas, porque por aquello con que sus vicios resecan, gravan el oído. De donde también a crimen se arrastra esto que por recta predicación contra los crímenes se profiere. Pues Sofar, redarguyendo a aquel mismo que desde la verdad había dicho fuertes sentencias, lo llama lenguaraz, porque cuando la sabiduría desde la boca de los justos increpa las culpas, a los oídos de los necios suena la superfluidad del multiloquio. Pues los perversos nada recto piensan, sino lo que ellos mismos han

sentido; y las palabras de los justos las estiman ociosas por aquello en que las encuentran diversas de sus sentidos. Ni por cierto profirió Sofar una sentencia falaz, que el varón lenguaraz (vir verbosus) de ninguna manera pueda ser justificado, porque mientras cada uno se desparrama por las palabras, perdida la gravedad del silencio, pierde la custodia de la mente. Pues de aquí está escrito: El culto de la justicia, el silencio (Isa. XXXII, 17). De aquí Salomón dice: Como ciudad abierta y sin recinto de muros, así es el varón que no puede cohibir su espíritu al hablar (Prov. XXV, 28). De aquí rursum dice: En el multiloquio (multiloquio) no faltará el pecado (Prov. X, 19). De aquí el Salmista testifica, diciendo: El varón lenguaraz no será dirigido sobre la tierra (Sal. CXXXIX, 12). Pero la virtud de la verdadera sentencia se pierde, la cual no se profiere bajo la custodia de la discreción (discretionis). Es cierto, por tanto, que el varón lenguaraz no puede ser justificado. Pero lo bueno no se dice bien, porque no se atiende a quién se dice. Pues la sentencia verdadera contra los malos, si impetiza la rectitud de los buenos, pierde la suya, y por ello rechazada rebota, por lo cual es fuerte aquello que hiere. Pero porque los perversos no pueden oír las cosas buenas pacientemente, y cuando descuidan la enmienda de la vida, se aprestan a las palabras de la respuesta, abiertamente Sofar lo insinúa, el cual subyunge:

CAPÍTULO III.

VERS. 3.---¿A ti solo callarán los hombres, y cuando hayas escarnecido a los demás, por nadie serás confundido?

3. Cuán diversamente se afectan los perversos y los rectos ante la corrección. La mente imperita, como hemos dicho, tolera con dificultad las sentencias de la verdad, y piensa que el silencio es un castigo y juzga todo lo que se dice rectamente como el desdoro de su propia irrisión (irrisionis), porque cuando la voz verdadera se llega a los oídos de los perversos, la culpa muerde la memoria, y en la redargución (redargutione) de los vicios, por aquello en que la mente es tocada por el conocimiento en el interior, es excitada en el exterior al estudio de la contradicción. No puede soportar la voz, porque le duele ser tocada en la herida de su propio reato, y por aquello que se dice generalmente contra los perversos, sospecha que se le ataca a ella especialmente. Pues lo que recuerda haber hecho en el interior, se avergüenza de oírlo en el exterior. De donde pronto se prepara para la defensa, para cubrir la vergüenza de su reato por medio de las palabras de una perversa refutación. Pues así como los rectos juzgan la voz de la corrección (correptionis) sobre algunas cosas que no han sido hechas rectamente por ellos como un ministerio de caridad, así los perversos la piensan una contumelia (contumeliam) de escarnio. Aquellos se postran pronto a la obediencia, estos se erigen a la locura de su defensa. Aquellos consideran el auxilio de la corrección como el patrocinio de su vida, por el cual, mientras se corrige la culpa de la vida presente, se templa la

ira del juez venidero; estos, cuando ven que se les ataca con la redargución, creen que es una espada de percusión, porque mientras por la voz de la corrección se detecta la culpa, se empaña la opinión de la gloria presente. Pues de aquí, en alabanza del justo, por Salomón dice la Verdad: Enseña al justo, y se apresurará a recibir (Prov. IX, 9). De aquí desprecia la contumacia de los perversos, diciendo: El que instruye al mofador, se hace injuria a sí mismo (Ibíd. 7). Pues sucede frecuentemente que cuando no pueden defender los males corregidos en sí mismos, por la vergüenza se hacen peores; y así se ensoberbecen en su defensa, que inquieren algunos vicios contra la vida del que los corrige; y por ello no se consideran criminales si imponen crímenes también a otros. Los cuales, cuando no pueden encontrarlos verdaderos, los fingen, para que ellos también tengan algo que parezcan increpar con no desigual justicia. De donde también Sofar, porque se dolió como de ser escarnecido por la increpación, inmediatamente mintiendo subyunge:

Pues ¿cómo pudo decir que era limpio el que dijo: Si quisiere justificarme, mi propia boca me condenará (Job IX, 20)?

CAPÍTULO IV.

VERS. 4.---Pues has dicho: Puro es mi discurso, y limpio soy ante tu vista.

4. Los perversos rehúsan llorar los males verdaderos en sí mismos, e imputan falsos a otros. Quien recuerda los dichos del bienaventurado Job, reconoce cuán falsamente se imputa esto a

su voz. Pero tiene esto la malicia de los perversos, que cuando rehúsa llorar los males verdaderos en sí, finge los ajenos. Pues usa como un consuelo del crimen (solatio facinoris), si por falsas voces también se mancha la vida del que corrige. Pero debe saberse que frecuentemente los perversos optan por cosas buenas de palabra, para mostrar que son malas las que se tienen en las presentes; y como favoreciendo, piden cosas prósperas para parecer benignos. De donde también Sofar inmediatamente subyunge, diciendo:

CAPÍTULO V.

VERS. 5.---¡Y ojalá Dios hablara contigo, y abriera sus labios para ti!

5. Cuándo habla Dios al hombre, y cuándo el hombre a sí mismo. Pues el hombre se habla a sí mismo cuando por aquello que siente de ninguna manera es separado del intelecto de la prudencia carnal (carnalis prudentiae intellectu) por el espíritu de la Divinidad; cuando la carne ejerce su sentido y envía la mente fuera, como provocándola a la inteligencia. De donde también a Pedro, que aún saboreaba las cosas terrenas, dice la Verdad: Pues no sabes las cosas que son de Dios, sino las que son de los hombres (Mc VIII, 33). Al cual, sin embargo, cuando confiesa cosas rectas, se le dice: La carne y la sangre no te lo revelaron, sino mi Padre que está en los cielos (Mt XVI, 17). ¿Pero qué tomamos por los labios de Dios (Dei labia) sino sus juicios (judicia)? Pues con los labios cerrados la voz es reprimida y el sentido del que calla es ignorado; pero con los abiertos,

mientras se emite el discurso, se encuentra el ánimo del que habla. Por tanto, Dios abre sus labios cuando muestra su voluntad a los hombres por medio de juicios abiertos. Pues habla como con la boca abierta cuando, removida la obscuridad de la disposición íntima, rehúsa ocultar lo que quiere. Pues como con los labios cerrados no nos indica su sentido cuando por juicios ocultos oculta por qué hace lo que hace. Así pues Sofar, para redargüir al bienaventurado Job sobre el intelecto carnal y mostrar de cuánta benignidad sea él mismo, le opta cosas buenas, las cuales ignora incluso cuando se tienen, diciendo: ¡Y ojalá Dios hablara contigo y abriera sus labios para ti! Como si dijera patentemente: Compadezco tu impericia (imperitiae) más que tu pena, porque te reconozco dotado solo de la prudencia carnal, vacío del espíritu de la verdad. Pues si conocieras los juicios ocultos de Dios, no sonarías tan procaces sentencias contra Él. Y porque el Dios omnipotente, cuando nos eleva a considerar sus juicios, pronto ahuyenta la ceguera de nuestra ignorancia, qué instrucción salga hacia nosotros por sus labios abiertos, pronto lo manifiesta añadiendo:

CAPÍTULO VI

[Rec. IV].

VERS. 6.---Para que te mostrara los secretos de la sabiduría, y que su ley es múltiple.

6. Obras de la sabiduría que son públicas. Cuáles son secretas.---Públicas son las obras de la sabiduría suprema, cuando el Dios omnipotente

rige a quienes crea, perfecciona los bienes que inicia, y aspirando ayuda a quienes ilustra con la luz de su visitación. Pues a todos consta que a quienes creó gratuitamente, los dispone benignamente. Cuando otorga dones espirituales, él mismo perfecciona lo que él mismo por don de su benignidad inició. Secretas, empero, son las obras de la sabiduría suprema cuando Dios desampara a quienes creó; cuando de ningún modo consuma prosiguiendo los bienes que por prevención había comenzado; cuando nos ilumina con la claridad de su ilustración, y sin embargo, permitidas las tentaciones de la carne, nos golpea con las tinieblas de la ceguera; cuando mínimamente custodia los dones que confirió; cuando tanto excita hacia sí los deseos de nuestra mente, como sin embargo por oculto juicio nos estrecha con la dificultad de nuestra imbecilidad.

[Vet. V.] 7. Estos no encontrándolos los encuentra, quien aprendió que no pueden ser comprendidos. La ley de Dios y la caridad de Cristo.---Cuyos secretos de su sabiduría, a saber, pocos pueden inquirir, pero ninguno encontrar, porque lo que sobre nosotros acerca de nosotros por la sabiduría inmortal no injustamente se dispone, justo es por cierto que sea ignorado todavía por nosotros mortales. Pero contemplar de algún modo estos mismos secretos de aquella sabiduría es ya ver la potencia de su incomprensibilidad, porque aunque desfallecemos en la misma inquisición de sus consejos, desfalleciendo sin embargo más verdaderamente aprendemos a quién debemos temer. A estos secretos de aquella sabi-

duría se había extendido Pablo, cuando decía: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios e investigables sus caminos! ¿Pues quién conoció el sentido del Señor? ¿o quién fue su consejero? (Rom. XI, 33). Quien también arriba cansándose por la misma inquisición, pero sin embargo aprovechando por el cansancio para el conocimiento de su propia debilidad, premite diciendo: Oh hombre, ¿quién eres tú que respondas a Dios? ¿Acaso dice lo formado al que lo formó: Por qué me hiciste así? (Rom. IX, 20). Quien, por tanto, no pudiendo llegar a lo oculto de Dios regresó al conocimiento de su debilidad, y se revocó a su propia erudición desfalleciendo, por así decirlo, no encontrando los secretos de la sabiduría los encontró, porque cuando se cansaba para requerir los consejos supernos, aprendió a temer más humildemente; y a quien su debilidad repelió del conocimiento íntimo, a este le unió más verdaderamente la humildad. Sofar, pues, tanto perito por el estudio de la ciencia, como ignorante por la audacia de su hinchada locución, porque él mismo no tiene gravedad, desea para el mejor lo que tiene, diciendo: ¡Y ojalá Dios hablara contigo, y abriera sus labios para ti, para que te mostrara los secretos de la sabiduría! Quien también ostenta aquella sabiduría por la que estima aventajar a su amigo, deseándola, cuando enseguida añade: Y que su ley es múltiple. ¿Qué debe entenderse en este lugar por ley de Dios sino la caridad, por la cual siempre se lee en la mente de qué modo se han de mantener en la acción los

preceptos de la vida? Pues acerca de esta ley se dice por la voz de la Verdad: Este es mi precepto, que os améis los unos a los otros (Juan XV, 12). De esta dice Pablo: La plenitud de la ley es la dilección (Rom. XIII, 10). De esta dice de nuevo: Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo (Gálat. VI, 2). Pues qué puede entenderse más congruentemente como ley de Cristo que la caridad, la cual entonces verdaderamente perfeccionamos cuando toleramos las cargas fraternas por amor.

8. La caridad comienza por dos preceptos, y se extiende a innumerables. El amor al prójimo evita dañar, cuida de beneficiar. Estos dos de cuántos modos se prestan.---Pero esta misma ley se dice múltiple, porque con estudiosa solicitud la caridad se dilata a todos los hechos de las virtudes. La cual comienza por cierto de dos preceptos, pero se extiende a innumerables. Pues el inicio de esta ley es la dilección de Dios y la dilección del prójimo. [Vet. VI.] Pero la dilección de Dios se distingue por tres, porque se manda amar al creador con todo el corazón, y con toda el alma, y con toda la fortaleza. En cuya cosa ha de notarse que el discurso divino cuando manda amar a Dios, no solo narra desde qué, sino que también informa desde cuánto, cuando subraya "con todo", para que a saber quien desea agradar perfectamente a Dios no se deje nada de sí para sí. Pero la dilección del prójimo se deriva a dos preceptos, cuando también por cierto justo se dice: Lo que odias que otro te haga, mira que tú no lo hagas a otro (Tob. IV, 16). Y por sí misma dice la

Verdad: Las cosas que queréis que los hombres os hagan, hacedlas vosotros también a ellos (Mat. VII, 12). Con cuyos dos mandatos, a saber de ambos Testamentos, por uno se reprime la malicia, por el otro se prorroga la benignidad, para que no haciendo cada uno el mal que no quiere padecer, cese de la obra de dañar; y de nuevo impendiendo el bien que apetece que se le haga, se ejercite hacia la utilidad del prójimo por benignidad. Pero estos dos a saber, mientras se piensan con solicita intención, el corazón se extiende a innumerables ministerios de las virtudes, para que ni la mente inquieta por los deseos hierva por inferir lo que no debe, ni se entorpezca resuelta en el ocio por exhibir lo que debe. Pues cuando evita hacer a otro lo que de ningún modo quiere tolerar de otro, se circunscribe con solicita intención, para que la soberbia no la eleve, y deponiendo el ánimo hasta el desprecio del prójimo lo exalte; para que la ambición no lacere el pensamiento, y cuando lo dilata hacia lo ajeno apetecible, lo estreche; para que la lujuria no manche el corazón, y corrompa al sujeto a los deseos por lo ilícito; para que la ira no exaspere, e inflame hasta proferir la contumelia; para que la envidia no muerda, y émula de las felicidades ajenas, se consuma con su propia tea; para que la locuacidad no arrastre inmoderadamente la lengua, y la extienda hasta la lascivia de la detracción; para que la malicia no excite el odio, e irrite la boca hasta el dardo de la maldición. De nuevo cuando piensa hacer a otro aquellas cosas que ella misma espera que otro le haga, sopesa a saber que responda a los males con bienes, y a los

bienes con cosas mejores; que hacia los procaces exhiba la mansedumbre de la longanimidad; que a los que languidecen por la peste de la malicia les impenda la gracia de la benignidad; que una con la paz a los discordes, y ciña a los concordes a la concupiscencia de la verdadera paz; que a los indigentes les atribuya lo necesario; que a los errantes les muestre el camino de la rectitud; que a los afligidos los acaricie con la palabra y la compasión; que a los encendidos en los deseos de este mundo los restrinja con la increpación; que mitigue las amenazas de los potentes con el razonamiento; que alivie las angustias de los oprimidos con cuanta ayuda prevalezca; que a los que resisten por fuera les oponga la paciencia; que a los que se ensoberbecen por dentro les exhiba con paciencia la disciplina; que hacia los errores de los súbditos la mansedumbre temple de tal modo el celo, que no lo enerve del estudio de la justicia; el celo hierva así para la venganza, que sin embargo no trascienda hirviendo el límite de la piedad; que a los ingratos los provoque al amor con beneficios; que a todos los gratos los mantenga en el amor con ministerios; que cuando no puede corregir los males de los prójimos, calle, y que cuando pueden ser corregidos hablando, tema que el silencio sea consentimiento; que tolere así aquellas cosas que calla, que sin embargo no oculte en el alma el virus del dolor; que exhiba así a los malévolos el don de la benignidad, que sin embargo no exceda por la gracia del derecho de la rectitud; que impenda a los prójimos todo lo que prevalezca, pero que impendiendo esto no

se hinche; que tema así el precipicio del tumor en los bienes que exhibe, que sin embargo no se entorpezca por el ejercicio del bien; que así dé lo que posee, en cuanto atiende cuán grande es la largueza del remunerador; para que cuando impende cosas terrenas, no piense su propia penuria más de lo necesario, y en la oblación del don la tristeza no obscurezca la luz de la hilaridad.

9. La caridad (charitas) multiforme se muestra por los ejemplos de los santos. Bien pues se dice múltiple la ley de Dios, porque a saber siendo una y la misma la caridad, si ocupare plenamente la mente, la enciende para innumerables obras multiformemente. Cuya diversidad expresamos brevemente, si en cada uno de los elegidos numeramos sus bienes pasándolos ligeramente. Pues esta por medio de Abel y ofreció a Dios dones selectos, y toleró la espada del hermano sin resistirse (Gén IV, 4, 8). Esta a Enoc enseñó a vivir espiritualmente entre los hombres, y hasta lo abstrajo de los hombres corporalmente a una vida sublime (Gén V, 24). Esta a Noé, despreciados todos, lo mostró aplacable solo a Dios, y lo ejercitó en la fábrica del arca con el estudio de un largo trabajo, y lo conservó superviviente al mundo ejercitándolo en una piadosa obra (Gén VII, 6). Esta por medio de Sem y Jafet se avergonzó humildemente de las vergüenzas del padre, y echado el manto sobre las espaldas, ocultó lo que no veía (Gén IX, 23). Esta porque elevó la diestra de Abraham obedeciendo hasta la muerte del hijo, lo hizo padre de una prole innumerable, de las gentes (Gén XXII, 10). Esta dilató la mente de

Isaac, porque siempre la mantuvo en la limpieza, aun con los ojos oscurecidos por la edad, para ver las cosas que habían de venir mucho después (Gén XXVII, 1). Esta compelió a Jacob tanto a gemir desde las entrañas por el buen hijo perdido, como a tolerar con ecuanimidad la presencia de los hijos perversos (Gén XXXVII, 34). Esta enseñó a José, vendido por sus hermanos, tanto a padecer el servicio con la libertad del ánimo no quebrantada, como a mandar después sobre esos mismos hermanos con la mente no elada (Gén XLII, 33). Esta a Moisés, delinquiendo el pueblo, tanto lo postró en ruegos hasta la petición de la muerte, como lo erigió por el estudio del celo hasta la matanza del pueblo, para que tanto se ofreciera él mismo a la muerte por la plebe que perecía, como sañara pronto contra el que pecaba en vez del Señor que se airaba (Éxodo XXXII, 33). Esta erigió el brazo de Finees para la venganza de los que pecaban, para que arrebatada la espada, traspasara a los que se juntaban, y airado aplacara la ira del Señor (Núm XXV, 8, 9). Esta enseñó a Josué (Jesum) el explorador, para que tanto antes defendiera con la palabra la verdad contra los ciudadanos falsilocuos, como después alegara esta con la espada contra los enemigos (Josué I, 2, sig.; Núm XIV, 6, 7, sig.). Esta a Samuel tanto lo mostró humilde en el principado, como lo conservó íntegro en la deyección, el cual como amara a la plebe que lo perseguía, fue él mismo testimonio para sí, porque no amó la cumbre de la cual fue deyectado (I Rey III, 4, sig.). Esta ante un rey inicuo tanto conmovió a David por la

humildad a la fuga, como lo llenó por la piedad para el perdón; el cual huyó de su perseguidor temiéndolo como a señor, y sin embargo cuando encontró la potestad de herir, no reconoció al enemigo (I Rey XXIV, 6, 18). Esta a Natán tanto lo levantó contra el rey pecador a la autoridad de una libre increpación, como lo postró humildemente en la petición cuando faltaba la culpa del rey (II Rey XII, 1, sig.). Esta por medio de Isaías no se avergonzó de la desnudez de la carne en la predicación, y retirado el velo carnal, penetró los misterios supremos (Isaías XX, 2). Esta a Elías, porque le enseñó a vivir espiritualmente por el celo del fervor, lo abstrajo también corporalmente a la vida (IV Rey II, 11). Esta a Eliseo, porque lo instituyó para amar sencillamente al maestro, lo llenó doblemente con el espíritu del maestro (Ibíd. 10). Por esta Jeremías resistió para que el pueblo no descendiera a Egipto; pero sin embargo amando también a los inobedientes, adonde prohibió descender, allí descendió él mismo (Jerem XLII, 18). Esta a Ezequiel, porque primero lo levantó de los deseos terrenos, después lo equilibró en el aire por un guedeja de su cabeza (Ezeq VIII, 3). Esta en Daniel, porque cohibió la gula de los manjares regios, también le cerró las bocas de los leones hambrientos (Dan XIV, 40). Esta a los tres jóvenes, porque les sometió los incendios de los vicios estando en tranquilidad, en el tiempo de la tribulación también templó las llamas en el horno (Dan III, 50). Esta en Pedro tanto resistió fuertemente a las amenazas de los príncipes que aterrorizaban, como escuchó humildemente las

palabras de los menores sobre la circuncisión que debía removerse. Esta en Pablo tanto sobrellevó humildemente las manos de los perseguidores, como sin embargo en el negocio de la circuncisión increpó audazmente el sentido del anterior muy desigual a sí (Hechos XV). Múltiple (multiplex) es pues esa ley de Dios, que a cada uno de los artículos de las cosas se adapta sin ser permutada, y a las causas que se varían se conjunta sin ser variada.

10. Los oficios de la caridad (charitas) según Pablo. Cuya multiplicidad de la ley por cierto bien enumera Pablo, diciendo: La caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no se hincha, no obra perversamente, no es ambiciosa, no busca lo suyo, no se irrita, no piensa mal, no se goza sobre la iniquidad (iniquitate), mas se congoza con la verdad (I Cor XIII, 4). Pues la caridad es paciente (patiens), porque tolera con ecuanimidad los males inferidos. Mas es benigna (benigna), porque por los males ministra largamente bienes. No es envidiosa (non aemulatur), porque por esto que nada apetece en el presente mundo, no sabe envidiar los sucesos terrenos. No se hincha (non inflatur), porque cuando desea ansiosa el premio de la retribución interna, no se exalta por los bienes exteriores. No obra perversamente, porque en lo que se dilata en el solo amor de Dios y del prójimo, ignora todo lo que discrepa de la rectitud. No es ambiciosa, porque en lo que ardientemente se afana dentro por lo suyo, de ninguna manera codicia fuera lo ajeno. No busca lo suyo, porque todas las cosas que posee aquí transitoriamente

las descuida como ajenas, ya que reconoce que nada es su propiedad sino lo que permanece consigo. No se irrita, porque aun provocada por injurias no se excita a ningún movimiento de su venganza, mientras espera por grandes trabajos mayores premios después. No piensa mal, porque consolidando la mente en el amor de la limpieza, mientras arranca de raíz todo odio, no sabe revolver en el ánimo lo que mancha. No se goza sobre la iniquidad, porque en lo que anhela hacia todos con sola la dilección, tampoco se exulta por la perdición de los adversarios. Mas se congoza con la verdad, porque amando a los demás como a sí misma, por aquello que ve recto en los otros, se alegra como por el aumento del propio provecho. Múltiple (multiplex) es pues esta ley de Dios, que contra el dardo de la culpa de cada uno, que ataca la mente para destruirla, sale al paso con el baluarte de su instrucción, para que porque el antiguo enemigo nos obsesiona con variada circunsfusión, ella misma lo expugne de nosotros múltiplemente. Cuya ley por cierto si pensamos con solícita consideración, reconocemos cuánto delinquimos diariamente ante nuestro autor. Mas si pesamos las culpas, por cierto toleramos con ecuanimidad los azotes; ni prorrumpe a la impaciencia por el dolor, cuando la conciencia se adjudica por su propio juicio. De donde Sofar, sabiendo qué decía, pero no sabiendo a quién lo decía, después de que premisó diciendo: Para que te mostrara los secretos de la sabiduría, y que su ley es múltiple, pronto añade:

CAPÍTULO VII.

IBID.---Y para que entendieras que eres exigido por Dios mucho menos de lo que merece tu iniquidad (iniquitas).

11. El conocimiento de nuestras culpas templa el dolor de los azotes (flagellorum). El dolor del azote por cierto se templa, como hemos dicho, cuando se reconoce la culpa, porque tanto más pacientemente cada uno tolera el instrumento de hierro del médico, cuanto más ve que está podrido lo que corta. El que por tanto entiende la multiplicidad de la ley, pondera cuán menores son todas las cosas que padece, porque por esto que se reconoce el peso de la culpa, se alivia la pena de la aflicción.

12. Pecan venialmente los que por el fervor del celo exceden el modo de la corrección (correptionis). Pero entre estas cosas debe saberse que no habrá sido sin gran iniquidad el que Sofar increpara al varón justo hasta la objeción de la iniquidad. De donde también la Verdad justamente redarguye su audacia, pero benignamente los reduce a la gracia; porque ante el Juez misericordioso de ninguna manera se deja sin perdón la culpa, cuando por fervor del celo (zeli) se peca por amor de Él. Pues frecuentemente acontece esto a grandes y admirables doctores, que por lo que hierven con alta caridad, exageran el modo de la corrección, y la lengua dice algo que no debe, porque la dilección inflama la mente cuanto debe. Pero la palabra de la contumelia proferida tanto más pronto se perdona, cuanto más se piensa

también de qué raíz sale. De donde bien por Moisés mandó el Señor diciendo: Si alguno fuere con su amigo simplemente a la selva (silvam) a cortar leña, y el palo de la hacha (securis) se le escapare de la mano, y el hierro caído del mango hiriere a su amigo y lo matare, éste huirá a una de las ciudades sobredichas y vivirá, no sea que el pariente de aquel cuya sangre fue derramada, perseguido por el estímulo del dolor, lo alcance y hiera su alma (Deut XIX, 5). Pues a la selva vamos con el amigo cuantas veces nos convertimos con cualquier prójimo a contemplar nuestros delitos, y simplemente cortamos leña cuando reseca los vicios de los delincuentes con piadosa intención. Pero el hacha se escapa de la mano cuando la increpación se prolonga más de lo necesario en la aspereza. Y el hierro salta del mango cuando de la corrección excede un discurso más duro; e hiriendo al amigo lo mata, porque la contumelia proferida mata a su oyente desde el espíritu de la dilección. Pues la mente del corregido de repente prorrumpe al odio, si la increpación inmoderada la condena más de lo que debió. Pero el que incautamente hiere la leña y extingue al prójimo, es necesario que huya a tres ciudades para que viva defendido en una de ellas, porque si, convertido a los lamentos de la penitencia, se esconde en la unidad del sacramento bajo la esperanza, la fe y la caridad, no es tenido por reo del homicidio perpetrado; y el prójimo del extinguido no lo mata ni aun cuando lo hubiere encontrado, porque cuando viniere el Juez severo, el cual se unió a nosotros por el consorcio de nuestra naturaleza,

sin duda no exigirá de él la venganza por el reato de la culpa a quien la esperanza, la fe y la caridad esconden bajo su perdón. Más pronto pues se perdona la culpa que de ninguna manera se perpetra por estudio de malicia. De donde también Sofar llama inicuo a quien la sentencia suprema había alabado; ni sin embargo siendo reprobado es excluido del perdón, porque es movido a las palabras de la contumelia por el celo del amor divino. El cual, por esto que no reconoce los méritos del bienaventurado Job, por una irrisión todavía imperita subyunge, diciendo:

CAPÍTULO VIII.

VERS. 7.---¿Por ventura comprenderás los vestigios de Dios, y al Omnipotente encontrarás hasta la perfección?

13. Los vestigios de Dios son sus dones por los cuales somos provocados a las cosas supremas. Dios no se ve manifiestamente aquí. La fuerza de la contemplación. La mente angélica o humana no contempla plenamente la esencia de Dios. ¿A qué llama vestigios de Dios (vestigia Dei) sino a la benignidad de su visitación? Por los cuales por cierto somos provocados a progresar hacia las cosas supremas cuando somos tocados por el soplo de su Espíritu y, levantados fuera de las angustias de la carne, reconocemos por el amor la especie contemplable de nuestro autor, la cual sigamos. Pues cuando el amor de la patria espiritual inflama nuestra mente, como que insinúa el camino a los que le siguen, y en el corazón substrato se imprime como un cierto vestigio de

Dios que camina, para que por él se mantenga el camino de la vida con rectos pasos de pensamientos. Pues a aquel a quien todavía no divisamos, resta que es necesario que lo rastreemos por los vestigios de su amor, a fin de que hasta la especie de la contemplación (contemplationis) la mente encuentre alguna vez a aquel a quien ahora, como siguiendo por detrás, explora por medio de santos deseos. Estos vestigios de nuestro autor bien sabía seguir el Salmista cuando decía: Mi alma se pegó tras de ti (Sal LXII, 9). Al cual también se afanaba por encontrar hasta la visión de su alteza, diciendo: Mi alma tuvo sed del Dios vivo; ¿cuándo vendré y apareceré ante la faz de Dios? (Sal XLI, 3). Pues entonces por cierto el Dios omnipotente (Omnipotens) es encontrado por el pensamiento manifiesto, cuando, pisoteada a fondo la corrupción de nuestra mortalidad, es visto por nosotros asumidos en la claridad de su divinidad. Pero ahora la gracia del Espíritu infundido levanta el ánimo del pensamiento carnal, y lo exalta al desprecio de las cosas transitorias; y la mente desprecia todo lo que apetecía en lo ínfimo, y se enciende hacia los deseos supremos, y por la fuerza de su contemplación es arrebatada fuera de la carne, ella que por el peso de su corrupción todavía es retenida en la carne. Intenta contemplar el rayo de la luz incircunscrita, y no puede; lo cual el ánimo oprimido por la enfermedad de ninguna manera penetra, y sin embargo rechazado ama. Pues ya el Creador muestra de sí aquello por lo cual sea amado, pero sustrae la especie de su visión a los que le aman. Por tanto

caminamos contemplando solo sus vestigios, los que seguimos a este por las señales de sus dones, al cual todavía no vemos.

Cuyos vestigios por cierto no pueden ser comprendidos, porque de dónde, adónde, o por qué modos vengan los dones de su Espíritu, no se sabe, atestiguándolo la Verdad, que dice: El Espíritu sopla donde quiere, y oyes su voz, y no sabes de dónde viene ni a dónde va (Jn III, 8). Mas en la cumbre de la retribución puede ser encontrado el Omnipotente (Omnipotens) por la especie de la contemplación, pero sin embargo no hasta la perfección, porque aunque a este alguna vez lo contemplemos en su claridad, sin embargo no contemplamos plenamente su esencia (essentiam). Pues la mente angélica o humana, cuando anhela hacia la luz incircunscrita, por eso mismo que es criatura, se coarta; y por cierto se tiende sobre sí por el provecho, pero sin embargo ni dilatada basta para comprender su fulgor, el cual tanto trascendiendo como portando todas las cosas y llenándolas las concluye. De donde también todavía se añade:

CAPÍTULO IX.

VERS. 8, 9.---Es más excelso que el cielo, ¿y qué harás? más profundo que el infierno, ¿y de dónde lo conocerás? Más larga que la tierra es su medida, y más lata que el mar.

14. Cómo Dios trasciende todas las cosas.---El que Dios sea descrito como más excelso que el cielo, más profundo que el infierno, más largo que la tierra y más lato que el mar, debe entenderse

tanto más espiritualmente cuanto que es ilícito sentir algo de Él según lineamientos corpóreos. Pero es más excelso que el cielo, porque por la incircunscripción de su espíritu trasciende todas las cosas; más profundo que el infierno, porque trascendiendo las sostiene; más largo que la tierra, porque excede el modo de la criatura por la perennidad de su eternidad; más lato que el mar, porque de tal modo posee las olas de las cosas temporales rigiéndolas, que las rodea coartándolas bajo la presencia omnímoda de su potencia. Aunque también pueden designarse por la apelación del cielo los ángeles, y por el vocablo del infierno los demonios; pero por la tierra entenderse los hombres justos, y por el mar los pecadores. Es, pues, más excelso que el cielo, porque los mismos espíritus electos no penetran perfectamente la visión de tan gran altura. Es más profundo que el infierno, porque juzgando condena las astucias de los espíritus malignos mucho más sutilmente de lo que ellos mismos habían pensado. Más largo que la tierra, porque la paciencia de la divina longanimidad (longanimitatis) supera nuestra longanimidad, la cual tanto nos tolera cuando pecamos, como nos aguarda convertidos para los premios de la remuneración. Más lato que el mar, porque por doquier la presencia de su retribución ocupa los hechos de los pecadores, para que aun cuando no sea discernido presente por la especie, sea sentido presente por el juicio.

15. Sin embargo, todas las cosas pueden referirse al solo hombre, de modo que él mismo sea el cielo cuando ya por el deseo se adhiere a lo sumo;

él mismo el infierno, cuando, perturbado por la calígine de sus tentaciones, yace en lo ínfimo; él mismo la tierra, porque fructifica en la ubertad de la esperanza fija en la buena obra; él mismo el mar, porque en ciertas cosas es sacudido trépido, y es agitado por el aura de su mutabilidad. Pero Dios es más excelso que el cielo, porque somos vencidos por la magnitud de su potencia, aun cuando somos elevados sobre nosotros mismos; más profundo que el infierno, porque por cierto juzga más de lo que el mismo ánimo humano se investiga a sí mismo en las tentaciones; más largo que la tierra, porque de ningún modo comprende ahora nuestra esperanza los frutos de la vida que Él retribuye al final; más lato que el mar, porque la mente humana fluctuante conjetura muchas cosas de aquellas que han de venir, pero cuando ya ha comenzado a discernir lo que había estimado, reconoce que ella fue estrecha en su propia estimación.

[Vet. XI.] Por tanto, se hace más excelso que el cielo cuando nuestra misma contemplación en Él desfallece. De donde también el Salmista había puesto su corazón en lo alto, pero aún no sentía haberlo tocado, diciendo: Maravillosa se ha hecho tu ciencia sobre mí, se ha fortalecido, y no podré llegar a ella (Sal. CXXXVIII, 6). Lo conocía como más profundo que el infierno quien, discutiéndose a sí mismo, pero temiendo mucho sus juicios más sutiles, decía: De nada soy consciente a mí mismo, pero no por esto soy justificado; pues quien me juzga es el Señor (I Cor. IV, 4). Lo había visto más largo que la tierra cuando pensaba que

los votos de la mente humana eran menores que Él, diciendo: Que es potente para hacer todas las cosas superabundantemente más de lo que pedimos o entendemos (Ef. III, 20). Lo había contemplado más lato que el mar quien, temiendo, pensaba que de ningún modo la mente humana reconocería la inmensidad de su estrechez (districtionis), por más que fluctuara inquiriendo, diciendo: ¿Quién conoce la potestad de tu ira, o por temor dinumerar tu ira? (Sal. LXXXIX, 11). Cuya potencia bien nos insinúa el egregio doctor, cuando brevemente narra: Para que podáis comprender con todos los santos cuál sea la latitud, la longitud, la sublimidad y la profundidad (Ef. III, 18). Pues Dios tiene latitud, porque tiende su dilección hasta la congregación de los que lo persiguen. Tiene longitud, porque nos conduce a la patria de la vida tolerándonos longánimamente. Tiene sublimidad, porque trasciende también la inteligencia de aquellos que hayan sido recibidos en la congregación suprema. Tiene profundidad, porque ejerce incomprensiblemente el juicio de su estrechez sobre los condenados abajo. Las cuales cuatro cosas por cierto ejerce para cada uno de nosotros puestos en esta vida, porque exhibe tanto la latitud amando, como la longitud tolerando, y la celsitud, superando no sólo nuestra inteligencia, sino también nuestros votos, y su profundidad, juzgando estrechamente los movimientos ocultos e ilícitos de los pensamientos. Pero cuán investigable sea su celsitud y profundidad nadie lo reconoce, sino quien haya comenzado o a ser llevado por la contemplación a lo sumo,

o, resistiendo a los movimientos ocultos, a ser perturbado por la importunidad de las tentaciones. De donde también se dice al bienaventurado Job: Es más excelso que el cielo, ¿y qué harás? más profundo que el infierno, ¿y de dónde lo conocerás? Como si se le dijera en abierto desprecio: Cuándo bastas tú para conocer su profundidad y excelencia, tú que no sabes ni ser elevado por la virtud a lo sumo, ni reprenderte a ti mismo en las tentaciones. Sigue:

CAPÍTULO X.

[Rec. VIII].

VERS. 10.---Si subvirtiera todas las cosas, o las coartara en una sola, ¿quién le contradirá? ¿o quién puede decirle: ¿Por qué haces así?

16. Cómo Dios subvierte en nosotros el cielo, el infierno, la tierra, el mar.---Subvierte el Señor el cielo cuando por una terrible y oculta dispensación destruye la celsitud de la contemplación humana. Subvierte el infierno cuando permite que la mente de cualquiera, pávida en sus propias tentaciones, caiga aun hacia cosas peores. Subvierte la tierra cuando interrumpe la fructificación de la buena obra por adversidades que irrumpen. Subvierte el mar cuando confunde la fluctuación de nuestra titubeación por un pavor que emerge súbitamente. Pues por su propia duda el corazón ansioso teme grandemente esto mismo que titubea, y como el mar es subvertido cuando nuestra misma trepidación hacia Dios, considerado el terror de su juicio, se turba. [Vet.

XII.] Porque, por tanto, hemos dicho brevemente cómo se subvierte el cielo o el infierno, la tierra o el mar, ahora resta que demostremos algo más laboriosamente cómo estas cosas puedan coartarse en una sola.

17. El cielo y el infierno juntos, en una sola mente la contemplación y la tentación de la carne.---Pues a menudo acontece que el espíritu ya eleva la mente a lo sumo, pero sin embargo la carne impugna a esta con importunas tentaciones. Y cuando el ánimo es llevado a contemplar las cosas celestiales, es reverberado por las imágenes de la acción ilícita objetadas. Pues de repente el estímulo de la carne hiere a aquel a quien la santa contemplación arrebataba fuera de la carne. El cielo, pues, y el infierno se coartan juntos cuando tanto la elevación de la contemplación ilumina una sola y misma mente, como la importunidad de la tentación la oscurece; de modo que tanto vea pretendiendo lo que desee, como sucumbiendo en el pensamiento tolere lo que se avergüence. Pues del cielo nace la luz, mas el infierno es poseído por las tinieblas. En uno solo, pues, se reducen el cielo y el infierno cuando la mente, que ya considera la luz de la patria suprema, también porta desde la guerra de la carne las tinieblas de la oculta tentación. Ciertamente ya Pablo había ascendido a la cumbre del tercer cielo, ya había conocido los secretos del paraíso, y sin embargo todavía gemía tolerando las guerras de la carne, diciendo: Veo otra ley en mis miembros que pugna contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo en la ley del pecado, la cual está

en mis miembros (Rom. VII, 23). ¿Qué, pues, en el pecho de este tan gran predicador sino el cielo y el infierno había coartado Dios, quien tanto ya había recibido la luz de la visión íntima, como sin embargo todavía toleraba las tinieblas desde la carne? Sobre sí había visto lo que alegre desearía, en sí veía por lo que temiendo se dolería. Ya la luz de la patria celestial había irradiado, pero todavía la oscuridad de la tentación confundía el ánimo. Con el cielo, pues, sufrió el infierno, porque tanto la seguridad lo erigió iluminado, como el gemido lo postró tentado.

18. Tierra y mar juntos, la certidumbre de la fe con alguna pequeña duda.---Y a menudo acontece que la fe ya vigora en la mente, pero sin embargo en alguna pequeña parte desfallece en la duda; para que tanto cierta se eleve de las cosas visibles, como por ciertas cosas incierta se perturbe. Pues muchísimas veces se erige para desear las cosas eternas, y agitada por los estímulos de los pensamientos que surgen, se contradice a sí misma. [Vet. XIII.] En uno solo, pues, se coartan la tierra y el mar cuando tanto la certidumbre de la fe sólida robustece una sola y misma mente, como sin embargo por alguna pequeña mutabilidad de la perfidia el aura de la duda la versa. ¿O acaso no había reconocido que se coartaban en su pecho la tierra y el mar quien, tanto esperando por la fe como fluctuando por la infidelidad, decía: Creo, Señor, ayuda mi incredulidad (Mc. IX, 23)? ¿Qué es, pues, lo que tanto asevera que cree, como busca ser ayudado en la incredulidad en sí, sino que había aprehendido que se coartaba en

sus pensamientos la tierra con el mar, quien tanto ya había comenzado a orar cierto por la fe, como todavía incierto toleraba las ondas de la perfidia desde la incredulidad?

19. Por qué Dios permite que la mente que surge hacia lo recto sea impugnada.---Lo cual, sin embargo, se permite que se haga por una oculta dispensación, para que cuando la mente ya haya comenzado a surgir hacia la rectitud, sea impugnada por las reliquias de su propia pravidad; para que esta misma impugnación, o ejercite al que resiste, o quebrante al seducido por los deleites. Rectamente, pues, se dice ahora: Si subvirtiera todas las cosas, o las coartara en una sola, ¿quién le contradirá? ¿o quién puede decirle: ¿Por qué haces así?, porque ciertamente el juicio divino ni puede ser disminuido por la adversidad, ni conocido por la inquisición, cuando o retira las virtudes que había dado, o no quitando estas del todo, permite que [la mente] sea sacudida por la impugnación de los vicios. Pues a menudo el corazón se eleva a la elación cuando es robustecido en la virtud por sucesos alegres, pero mientras el Creador contempla los latentes movimientos de audacia en el pensamiento, abandona al hombre a sí mismo mostrándoselo a sí mismo, para que su mente, abandonada, encuentre lo que ella es, la que malvadamente se alegraba segura en sí misma. De donde, al decirse que todas las cosas eran subvertidas, o coartadas en una sola, prontamente se añade:

CAPÍTULO XI

[Rec. IX].

VERS. 11.---Pues él conoce la vanidad de los hombres, y viendo la iniquidad, ¿no la considera?

20. El discrimen de la vanidad respecto de la iniquidad.---Como si patentizando lo premiso subyugara, diciendo: Porque por tolerar contempla que crecen los vicios, por juzgar confunde los dones. Mas se guarda un orden recto en la descripción, cuando primero se hace conocer la vanidad, y después se afirma ser considerada la iniquidad. Pues toda iniquidad es vanidad, mas sin embargo no toda vanidad suele ser iniquidad. Pues hacemos cosas vanas cuantas veces pensamos cosas transitorias. De donde también se dice desvanecerse lo que de repente es quitado de los ojos de los que miran. De aquí el Salmista dice: Universal vanidad todo hombre que vive (Sal. XXXVIII, 6); puesto que por esto que viviendo tiende al interito, rectamente por cierto se dice vanidad, pero de ningún modo rectamente se llama también iniquidad, porque aunque es por la pena de la culpa el que desfallezca, sin embargo no es esto mismo la culpa, el que recorra la vida. Vanas son, por tanto, las cosas que pasan. De donde también se dice por Salomón: Todo vanidad (Ecl. I, 2).

21. La vanidad conduce a la iniquidad. La vanidad obnubila la mente, la iniquidad la ciega.---Aptamente, pues, después de la vanidad se subinfiere la iniquidad, porque mientras somos llevados por ciertas cosas transitorias, en ciertas otras nos ligamos nocivamente; y cuando la men-

te no mantiene el estado de la inmutabilidad, fluyendo de sí misma, prorrumpe a los vicios. Por la vanidad, pues, se desliza a la iniquidad, la cual, acostumbrada a las cosas mutables, mientras siempre es impulsada de unas a otras, se mancha por las culpas que surgen. [Vet. XIV.] Puede, sin embargo, entenderse también la vanidad por culpa, y demostrarse con el nombre de iniquidad un reato más grave. Pues si alguna vez la vanidad no fuera culpa, el Salmista no diría: Aunque el hombre camine en la imagen de Dios, sin embargo vanamente se conturba; atesora, e ignora para quién congrega esas cosas (Sal. XXXVIII, 8); porque aunque guardemos la imagen de la Trinidad en la naturaleza, sin embargo perturbados por vanos movimientos de delectación, delinquimos en nuestra conversación; para que con modos siempre alternantes nos sacuda el deseo, nos quebrante el miedo, nos halague la alegría, nos aflija el dolor. De la vanidad, pues, como también se dijo arriba, somos conducidos a la iniquidad cuando primero fluimos por delitos leves, para que, nivelándolo todo el uso, de ningún modo temamos después cometer aun cosas más graves.

CAPÍTULO XII

[Rec. XV, Rec. X].

VERS. 12.---El varón vano se erige en soberbia.

22. La vanidad hace al audaz por la culpa, y desenfrenado en los movimientos de la naturaleza.---Pues el fin de la vanidad es que, cuando hiere la mente con el pecado, la vuelva audaz por

la culpa; para que, olvidada de su reato, la que no se duele de haber perdido la inocencia, cegada por un justo juicio, pierda a la vez la humildad. Y acontece muchísimas veces que, sirviendo a los depravados deseos, se sacuda de sí el yugo del temor divino, y, como si ya estuviera libre para la perpetración de los males, contienda por cumplir todo lo que la voluptuosidad sugiere. De donde, al decirse que el varón vano se erige en soberbia, al punto se subinfiere:

CAPÍTULO XIII.

IBID.---Y como pollino de onagro se piensa nacido libre.

23. Pues por el pollino del onagro se expresa todo género de fieras, que, abandonado a los movimientos de la naturaleza, no es retenido por las bridas de los que dominan. Pues los animales del campo tienen en su libertad tanto el ir a donde desean, como el descansar cuando se cansan. Y aunque el hombre es mucho mejor que los animales insensatos; sin embargo, esto la mayoría de las veces no le es lícito al hombre, lo que les es lícito a los animales brutos. Pues aquellos que para nada más se reservan, su movimiento sin duda de ningún modo se restringe bajo la disciplina. Mas el hombre que es conducido a la vida siguiente, es ciertamente necesario que en todos sus movimientos sea ligado bajo la disposición de la disciplina, y como animal doméstico sirva atado con bridas, y viva restringido por las eternas disposiciones. Quien, pues, busca cumplir todas las cosas que desea por una libertad desenfrena-

da, ¿qué otra cosa apetece sino ser semejante al pollino del onagro, para que las bridas de la disciplina no lo retengan, sino que corra audazmente vago por la selva de los deseos?

24. Las bridas con que Dios nos coarta y rige.---Mas a menudo la divina misericordia, a los que contempla salir al desenfreno de la ilícita libertad, los quebranta con la objeción de una súbita adversidad, para que abatidos aprendan con cuánta réproba erección se habían hinchado; para que ya domados por las experiencias del azote, sometan los cuellos de la mente a las bridas de los preceptos como jumentos domésticos, y recorran los itinerarios de la vida presente al arbitrio del que los preside. Con cuyas bridas bien se conocía ligado aquel que decía: Como un jumento me he hecho ante ti, y yo siempre contigo (Sal. LXXII, 23). De donde también aquel saevo perseguidor, conducido desde el campo de la pérfida voluptuosidad a la casa de la fe, punzado por los espolones de su rector, oía: Duro es para ti dar coces contra el aguijón (Hch. IX, 5). Resta, pues, que si ya no queremos ser semejantes al pollino del onagro, en todas las cosas que apetecemos busquemos primero el arbitrio de la íntima dispensación, para que nuestra mente en todo lo que se esfuerza, sea retenida por la brida del régimen supremo; y de ahí más bien cumpla sus votos para la vida, de donde pisa los estudios de su vida aun contra su propia voluntad. Muchas cosas fuertes profirió Sofar, pero ignora que habla estas cosas a uno mejor que él. De donde todavía increpando subyuga:

CAPÍTULO XIV.

VERS. 13.---Mas tú has afirmado tu corazón, y has extendido a él tus manos.

25. Sofar arguye a Job de ánimo obdurado y soberbio. A aquel imitan los malos y heréticos contra los buenos y católicos.---Afirmar el corazón no se dice en este lugar por virtud, sino por insensibilidad. Pues todo aquel que por dentro se somete a la consideración de la íntima estrechez (districtionis), al punto se ablanda por el temor de ella; y lo penetra la saeta de la divina formación, porque gesta débiles vísceras por la humildad. Mas quienquiera que se endurece por la pertinacia de la insensibilidad, como que afirma el corazón, para que no lo traspasen los dardos del temor supremo. De donde a algunos por el profeta dice el Señor misericordiosamente: Quitaré de vosotros el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne (Ez. XXXVI, 26). Pues quita el corazón de piedra cuando retira de nosotros la dureza de la soberbia, y otorga el corazón de carne cuando vuelve esa misma dureza nuestra al punto a la sensibilidad. Mas por las manos, como ya frecuentemente hemos enseñado, se designan las obras. Extender las manos a Dios con culpa, por tanto, es soberbecerse por la virtud de las obras contra la gracia del dador. Pues quien, hablando en la presencia del Juez eterno, se atribuye a sí mismo los bienes que hace, tiende a Dios manos soberbias. Así por cierto siempre se desenfrenan los réprobos contra los electos, así los heréticos contra los católicos, para que cuan-

do no pueden objetar los hechos, se empeñen en reprender a los buenos por la elación de sus hechos, a fin de que a aquellos a quienes no valen redargüir por la enfermedad de la acción, los acusen por el crimen de la hinchazón (tumoris). De donde también esos bienes que se hacen exteriormente, de ningún modo juzgan ya que sean bienes, los cuales se exhiben como por el estudio de un pensamiento turgente. Quienes a menudo hinchados increpan a los humildes, e ignoran que con sus dichos se hieren a sí mismos. Pero porque Sofar hasta aquí corrigió al varón justo reprendiéndolo, ahora subyuga como enseñando:

CAPÍTULO XV

[Vet. XVI, Rec. XI].

VERS. 14, 15.---Si la iniquidad que está en tu mano la quitares de ti, y no permaneciera en tu tabernáculo la injusticia, entonces podrás levantar tu rostro sin mancha, y serás estable, y no temerás.

26. Para que la mente sea limpia, primero debe ser cercenada la iniquidad de la obra, luego la del corazón.---Todo pecado o se comete por el solo pensamiento, o se perpetra por el pensamiento y la obra a la vez. La iniquidad, pues, en la mano es la culpa en la obra, mas la injusticia en el tabernáculo es la iniquidad en la mente. Pues nuestra mente no incongruentemente es llamada tabernáculo, en el cual nos escondemos ante nosotros mismos, cuando fuera en la obra no somos vistos. Sofar, por tanto, porque es amigo del varón

justo, sabe lo que dice; pero porque increpa al justo, manteniendo la apariencia de los heréticos, ignora proferir rectamente aun lo que sabe. Mas nosotros, pisando esto que por él se dice tumidamente, pesemos sus palabras cuán verdaderas serían si se dijeran rectamente. Pues amonesta que primero se retire la iniquidad de la mano, y después se cercene del tabernáculo la injusticia, porque quienquiera que ya corta de sí las obras depravadas exteriormente, es ciertamente necesario que, volviendo a sí mismo, solícitamente se discierna en la intención de la mente; no sea que la culpa, que ya no tiene en la acción, todavía perdure en el pensamiento. De donde bien se dice también por Salomón: Prepara fuera tu obra, y cultiva diligentemente tu campo, para que después edifiques tu casa (Prov. XXIV, 27). ¿Qué es, preparada la obra, cultivar diligentemente el campo exteriormente, sino, arrancadas las espinas de la iniquidad, cultivar nuestra acción para el fruto de la retribución? ¿Qué es después del cultivo del campo volver a la edificación de la casa, sino que muchísimas veces aprendemos de las buenas obras cuánta limpieza de vida debemos construir en el pensamiento? Pues casi todas las buenas obras proceden del pensamiento, pero hay algunos aguzamientos (acumina) del pensamiento que nacen de la operación; pues así como del ánimo se toma la obra, así de nuevo por la obra el ánimo es instruido. Pues la mente, tomando los inicios del amor divino, impera los bienes que se hagan; pero después de que lo imperado haya comenzado a hacerse, ejercitada por

esas sus mismas acciones aprende, cuando había comenzado a imperar los bienes, cuánto menos veía. Fuera, pues, se cultiva el campo para que la casa sea después edificada, porque muchísimas veces tomamos de la obra exterior cuánta sutileza de rectitud mantenemos en el corazón. El cual orden bien se esmeró Sofar en guardar, cuando primero dijo que se quitara la iniquidad de las manos, y después del tabernáculo la injusticia, porque de ningún modo plenamente el ánimo se erige en el pensamiento, cuando todavía por él se yerra extrínsecamente en la obra.

[Vet. XVII.] 27. Esta limpieza otorga confianza en la oración; al contrario si falta.---Las cuales dos cosas si perfectamente limpiamos, al punto levantamos a Dios el rostro sin mancha. Pues el rostro interno del hombre es la mente, en la cual por cierto somos reconocidos para que seamos dirigidos por nuestro autor. El cual rostro levantar es elevar el ánimo a Dios por los estudios de la oración. Mas una mancha mancha el rostro elevado, si la conciencia de su reato acusa a la mente que intenta [orar], porque al punto se quebranta de la confianza de la esperanza, si mordida por la memoria de la culpa aún no vencida intenta las preces. Pues desconfía de poder recibir lo que apetece, la que por cierto recuerda no querer todavía hacer lo que divinamente oyó. De aquí se dice por Juan: Si nuestro corazón no nos reprendiera, confianza tenemos ante Dios, y cualquier cosa que pidiéramos de Él recibiremos (I Jn. III, 21). De aquí Salomón dice: Quien aparta su oído para no oír la ley, su oración será execrable

(Prov. XXVIII, 9). Pues el corazón nos reprende en la petición cuando recuerda resistirse a los preceptos de Aquel a quien pide, y la oración se hace execrable cuando se aparta de la censura de la ley, porque es ciertamente digno que de sus beneficios sea cualquiera extraño a cuyas órdenes por cierto no quiere estar sujeto.

28. Cuando no está presente [la limpieza], qué debe hacerse.---En la cual cosa este es el saludable remedio: que cuando la mente se reprende a sí misma por la memoria de la culpa, llore esto primero en la oración, el que erró; para que, limpiada con llantos la mancha del error, en su petición el rostro del corazón se vea limpio por su autor. Pero debe cuidarse mucho que no prorrumpa de nuevo en aquello que se exulta de haber limpiado con llantos, no sea que mientras se comete de nuevo la culpa deplorada, en la presencia del justo Juez se aligeren aun los mismos lamentos. Pues solícitamente debemos recordar lo que se dice: No reiteres palabra en tu oración (Ecli. VII, 15). Con cuyo dicho por cierto el varón sabio de ningún modo nos prohíbe pedir perdón a menudo, sino reiterar las culpas. Como si abiertamente dijera: Cuando hayas llorado lo mal hecho, de ningún modo hagas de nuevo lo que en las preces de nuevo llores.

29. Antes de la oración deben apartarse los pensamientos inmundos y terrenos.---Para que, por tanto, se levante el rostro sin mancha a la prece, antes de los tiempos de la oración debe siempre verse solícitamente cualquier cosa que pueda ser reprobada en la oración; y la mente

debe apresurarse a exhibirse tal aun cuando cesa de la oración, cual desea aparecer al juez en el mismo tiempo de la oración. Pues a menudo versamos en el ánimo algunas cosas inmundas o ilícitas, cuantas veces vacamos de las preces. Mas cuando la mente se ha erguido a los estudios de la oración, padece reverberada las imágenes de esas cosas por las cuales antes de buena gana era oprimida ociosa; y como que ya el alma no basta para levantar su rostro a Dios, porque por cierto en su mente manchada se avergüenza de las manchas del pensamiento poluto. A menudo nos ocupamos de buena gana con los cuidados del mundo. Y cuando tras estas cosas intentamos el estudio de la oración, de ningún modo la mente se erige a las cosas celestiales, porque el peso de la solicitud terrena la sumergió en lo profundo; y en la prece el rostro no se muestra limpio, porque se mancha con el lodo del pensamiento ínfimo.

[Vet. XVIII.] 30. Deben perdonarse las ofensas ajenas contra nosotros. Quién está libre de temor.---Pero a veces sacudimos el corazón de todas las cosas, y nos oponemos a los movimientos ilícitos, aun cuando vaca de la oración; pero sin embargo, porque nosotros cometemos culpas más raramente, perdonamos más perezosamente los delitos ajenos; y cuanto más solícitamente teme pecar nuestro ánimo, tanto más estrechamente aborrece esto que se delinque contra sí por otro. De donde sucede que cada uno se encuentra tardo para el perdón, en cuanto que progresando se ha hecho cauto para la culpa; y en cuanto él mismo teme excederse contra otro, busca cas-

tigar más duramente esto en que se exceden contra él. Pero ¿qué puede encontrarse peor que esta mancha de dolor, que en la presencia del juez no mancha la caridad, sino que la mata? Pues cualquier culpa mancha la vida del alma, pero el dolor guardado contra el prójimo la mata. Pues se clava en la mente como una espada, y con su punta se perforan los mismos secretos de las vísceras. La cual por cierto del corazón traspasado, si no se saca primero, nada se obtiene en las preces del auxilio divino, porque tampoco pueden imponerse los medicamentos de la salud a los miembros heridos, si no se retira antes el hierro de la herida. Pues de aquí es que la Verdad dice por sí misma: Si no perdonareis a los hombres sus pecados, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestros pecados (Mat. VI, 15). De aquí amonesta, diciendo: Cuando estuviereis para orar, perdonad si tenéis algo contra otro (Mar. XI, 25). De aquí de nuevo dice: Dad, y se os dará; perdonad, y se os perdonará (Luc. VI, 38). De aquí puso a la constitución de la postulación la condición de la piedad, diciendo: Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. VI, 12); para que por cierto el bien que compungidos pedimos a Dios, esto primero lo hagamos convertidos con el prójimo. Entonces, pues, verdaderamente levantamos el rostro sin mancha, cuando ni nosotros cometemos los males prohibidos, ni retenemos por propio celo los que han sido cometidos contra nosotros. Pues nuestra mente es deprimida por una grave confusión al tiempo de su oración, si o

su propia operación todavía la mancha, o el dolor guardado de la malicia ajena la acusa. Las cuales dos cosas mientras cada uno las limpie, surge libre al punto hacia aquellas cosas que están añadidas. Y serás estable, y no temerás; porque por cierto tanto menos teme al juez, cuanto más sólidamente está en los buenos actos. Pues supera el temor el que guarda la estabilidad, porque mientras estudia solícito realizar lo que el creador manda mansamente, piensa también seguro lo que terriblemente amenaza.

31. Se persevera más fácilmente en la vida activa que en la contemplativa. Quién se considere que persiste en la contemplación.---Debe saberse además que hay algunos bienes en los cuales persistimos infatigables, y de nuevo hay algunos de los cuales desfalleciendo continuamente caemos, y a estos somos reformados por grandes esfuerzos por intervalos de tiempos. [Vet. XIX.] Pues en la vida activa la mente se fija sin desfallecer, pero de la contemplativa, vencida por el peso de su propia enfermedad, se cansa. Aquélla por cierto dura tanto más firmemente, cuanto más hacia lo cercano se dilata para la utilidad del prójimo; ésta tanto más pronto cae, cuanto que también transgrediendo los claustros de la carne, intenta ir sobre sí misma. Aquélla se dirige por lugares llanos, y por eso fija el pie de la obra más robustamente; ésta empero, cuanto sobre sí apetece cosas altas, tanto más pronto cansada desciende a sí misma. Lo cual bien y brevemente insinúa Ezequiel, cuando narra los movimientos de aquellos animales que había visto, diciendo:

No se volvían cuando caminaban. Y poco después añade, adjuntando: Y los animales iban y volvían (Ezec. I, 9, 14). Pues los santos animales algunas veces van, y de ningún modo vuelven; algunas veces van, y al punto retornan, porque las mentes de los electos cuando por la gracia de la vida activa que se les ha dado abandonan los caminos del error, no saben volver a los males del mundo que dejaron; mas cuando por el filo de la contemplación se suspenden de esta misma vida activa, van y vuelven, porque por esto que de ningún modo bastan para persistir mucho tiempo en la contemplación, se vuelven de nuevo a la operación; para que en estas cosas que les son próximas se reconforten ejercitándose, y para contemplar de nuevo sobre sí crezcan convalecientes. Pero mientras esta misma contemplación se repite de modo debido por intervalos de tiempos, sin desfallecer sin duda alguna se persiste también en su solidez, porque aunque vencida por el peso de su enfermedad la mente desfallece, sin embargo reparada por continuos esfuerzos la aprehende de nuevo. Ni debe decirse que ha perdido su estabilidad en ella, de la cual aunque siempre desfallece, siempre la busca aun cuando la haya perdido. Sigue:

CAPÍTULO XVI

[Rec. XII].

VERS. 16.---354 También te olvidarás de la miseria, y como de las aguas que pasaron, no te acordarás.

32. Los males graves de esta vida no son eternos para quien piensa en los bienes.---El ánimo siente los males de la vida presente tanto más duramente, cuanto más descuida sopesar el bien que sigue; y en cuanto no quiere considerar los premios que restan, estima que son graves las cosas que tolera. De donde también contra el golpe del flagelo la ciega reflexión se queja, y se cree como una calamidad infinita lo que por el curso diario de los días cotidianamente se termina. Mas si una vez cada uno se erige a las cosas eternas, y en aquellas que permanecen inconmutablemente fija el ojo del corazón, columbra que es casi nada aquí cualquier cosa que corre hacia el fin. Tolera las adversidades de la vida presente, pero sopesa como casi nada todo lo que pasa. Pues cuanto más robustamente se inserta en los gozos internos, tanto menos siente exteriormente los dolores. De donde Sofar, de ningún modo temiendo con temerario atrevimiento enseñar a uno mejor, exhorta a la justicia, y demuestra qué nula parece a los ojos del justo la pena. Como si abiertamente dijera: Si degustas el gozo que permanece dentro, se vuelve al punto leve todo lo que duele fuera. Mas bien compara las miserias de la vida presente con las aguas que pasan, porque la calamidad que transcurre de ningún modo abruma la mente del electo por la fuerza de su sacudida, pero sin embargo la infunde con el toque del pesar. Pues se moja por cierto por la sangre de la herida, aunque no se rompe de la certidumbre de su propia salud. [Vet. XX.] Pero a menudo no sólo los flagelos desgastan, sino que en el ánimo

de cada justo también se ensañan las tentaciones de los espíritus malignos, para que exteriormente duela por la percusión, e interiormente se enfríe en algún modo por la tentación. Pero de ningún modo deserta la gracia, la cual cuanto más duramente nos hiere por dispensación, tanto más ampliamente nos guarda por piedad. Pues cuando haya empezado a oscurecerse por la tentación, se enciende de nuevo la luz interna. De donde también se añade:

CAPÍTULO XVII.

VERS. 17.---Y como el brillo meridiano te surgirá al atardecer.

33. La virtud se renueva en la tentación.--- Pues el brillo meridiano al atardecer es la renovación de la virtud en la tentación, para que con repentino hervor de caridad cobre vigor la mente, que ya mismo temía que se le había ocultado la luz de la gracia. Lo cual aún Sofar abre más sutilmente, cuando añade:

CAPÍTULO XVIII.

IBID.---Y cuando te hubieres pensado consumido, surgirás como el lucero de la mañana.

34. La tristeza por la tentación implora por nosotros la misericordia de Dios. El justo, lucero.--- Pues a menudo tantas tentaciones nos asedian, que su misma numerosidad casi nos inclina a la caída de la desesperación. De donde generalmente cuando la mente se vuelve al tedio, apenas considera los daños de su propia virtud; y toda

doliente, mas como ya ajena aun del sentido del dolor, se rompe, y no vale enumerar con cuánto tumulto de pensamientos es devastada. Se ve a sí misma por caer por momentos, y la misma tristeza más duramente le contradice para que no tome las armas de la pugna. La obscuridad asedia los ojos vueltos hacia cualquier lado, y como las tinieblas siempre impidan la vista, la mente mesta nada más que tinieblas ve. Pero ante el misericordioso juez a menudo esto mismo, que agrava también el esfuerzo de la oración, más sutilmente implora por nosotros como tristeza. Pues entonces el creador ve la calígine de nuestro pesar, y vuelve a infundir los rayos de la luz sustraída, de modo que al punto por los dones cobre vigor la mente, que poco antes los vicios combatientes deprimían con el calcañar de la soberbia. Luego sacude el peso del torpor, y estalla hacia la luz de la contemplación tras las tinieblas de su propia turbación. Luego en progreso se eleva al gozo, la que entre las tentaciones se pensaba que caería peor por la desesperación. Sin el certamen del pensamiento desprecia las cosas presentes, sin el obstáculo de la duda confía en la futura retribución. El justo, pues, cuando se hubiere pensado consumido, surge como el lucero, porque tan pronto como hubiere empezado a oscurecerse con la calígine de las tentaciones, se reforma a la luz de la gracia, y en sí mismo muestra el día de la justicia el que poco antes temió que caería la noche de la culpa. Rectamente empero se compara con el lucero la vida del justo. [Vet. XXI.] Pues precediendo al sol, el lucero anuncia el día. ¿Y qué

nos grita la inocencia de los santos sino la claridad del juez que sigue? Pues en la admiración de ellos percibimos qué debemos estimar acerca de la majestad de la verdadera luz. Aún no vemos la potencia de nuestro Redentor, pero sin embargo admiramos su virtud en las costumbres de sus electos. Porque por tanto la vida de los buenos en su consideración objetiva a nuestros ojos la fuerza de la verdad, el claro lucero viene a nosotros antes del sol.

35. El justo padece aquí cosas duras, pero le irá bien al final. Cayendo ya desde aquí por fuera, se innova por dentro. ---Debe saberse por cierto que estas cosas que hemos discutido por la adversidad de las tentaciones espirituales, nada obsta que se entiendan también según los males exteriores. Pues los varones santos, porque aman lo sumo íntimamente, en lo ínfimo padecen cosas duras; pero al fin del gozo encuentran la luz, que desprecian tener en este espacio de la vida que transcurre. De donde ahora se dice por Sofar: Y como el brillo meridiano te surgirá al atardecer. Pues la luz del pecador en el día es obscuridad al atardecer, porque en la vida presente se eleva por la felicidad, pero es devorado por las tinieblas de la adversidad al fin. Mas al justo el brillo meridiano le surge al atardecer, porque reconoce cuánta claridad le queda cuando ya hubiere empezado a ocultarse. Pues de aquí está escrito: Al que teme a Dios le irá bien al final (Ecli. I, 13). De aquí se dice por el Salmista: Cuando hubiere dado el sueño a sus amados, esta es la herencia del Señor (Sal. CXXVI, 2). El cual, puesto aún en

el certamen de esta vida, cuando se hubiere pensado consumido, surge como el lucero, porque cayendo por fuera, se innova por dentro; y cuanto más tolera adversidades exteriormente, tanto más abundantemente centellea interiormente con la luz de las virtudes, atestiguándolo Pablo, quien dice: Pero aunque este nuestro hombre exterior se corrompe, sin embargo el interior se renueva de día en día. Pues eso que al presente es momentáneo y leve de nuestra tribulación, obra en nosotros sobremanera en sublimidad un eterno peso de gloria (II Cor. IV, 16). Y debe notarse que de ningún modo dice cuando fueres consumido, sino cuando te hubieres pensado consumido, porque tanto lo que vemos está en duda, como lo que esperamos en certidumbre. De donde también el mismo Pablo no se sabía consumido, sino que lo pensaba, él que aun cayendo en las adversidades de las tribulaciones resplandecía como el lucero, diciendo: Como moribundos, y he aquí que vivimos; como tristes, mas siempre gozosos; como necesitados, mas enriqueciendo a muchos (II Cor. VI, 9). [Vet. XXII.] Debe saberse también que la mente de los buenos, cuanto más duras cosas tolera por la verdad, tanto más ciertamente espera los premios de la eternidad. De donde también se añade aptamente:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 18.---Y tendrás confianza, propuesta para ti la esperanza.

36. Tanto más ciertamente espera en Dios, cuanto más duras cosas padece por él.---Pues

tanto más sólida surge la esperanza en Dios, cuanto más graves cosas cada uno hubiere soportado por él, porque de ningún modo se recoge el gozo de la retribución de la eternidad, que no se siembra aquí antes por la piadosa tribulación. 356 Pues de aquí se dice por el Salmista: Yendo, iban y lloraban, echando sus semillas; mas viniendo, vendrán en exultación, trayendo sus manojos (Sal. CXXV, 6). De aquí dice Pablo: Si morimos juntos, también viviremos juntos; si sostenemos, también reinaremos juntos (II Tim. II, 11). De aquí amonesta a los discípulos, diciendo: Por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de Dios (Hech. XIV, 21). De aquí el ángel indicando la gloria de los santos a Juan, dice: Estos son los que vinieron de la gran tribulación, y lavaron sus estolas, y las blanquearon en la sangre del Cordero (Apoc. VII, 14). Porque por tanto ahora se siembra por la tribulación, para que después se siegue por los frutos del gozo, tanto mayor confianza robustece la mente, cuanto más fuerte aflicción por la verdad la angustia. De donde se añade aptamente al punto:

CAPÍTULO XX.

IBID.---Y cavado dormirás seguro.

37. A los malos la presente seguridad les pare el trabajo, a los buenos el presente trabajo la seguridad.---Pues así como a los malos la presente seguridad les pare el trabajo, así a los buenos el presente trabajo les pare la perpetua seguridad. De donde también ya sabía que él, cavado, dormiría seguro, el que decía: Pues yo ya soy sacrifi-

cado, e insta el tiempo de mi resolución; el buen certamen he combatido, he consumado el curso, he guardado la fe; de lo demás me está repuesta la corona de la justicia, que me dará el Señor en aquel día, justo juez (II Tim. IV, 6). Pues porque contra los males transitorios sin desfallecimiento había combatido, de los gozos que permanecen sin duda alguna presumía.

38. El descanso y la obra de los libres de los cuidados terrenos.---Aunque "cavado" puede entenderse también de otro modo. Pues a menudo, ocupados en las cosas transitorias, descuidamos sopesar por cuántas cosas pecamos; mas si, vuelto el ojo de la consideración, se sacude del seno del corazón el montón del pensamiento terreno, se encuentra cualquier cosa que en la mente se ocultaba. De donde los varones santos no cesan de escudriñar los escondrijos de las almas, indagándose a sí mismos sutilmente, arrojan los cuidados de las cosas terrenas, y, cavados plenamente los pensamientos, cuando se deparan mordidos por ningún reato de crimen, descansan como en el lecho del corazón seguros en sí mismos. También apetecen ocultarse de los actos de este mundo, siempre consideran lo suyo, y cuando de ningún modo son constreñidos por la correa del gobierno, rehúsan juzgar lo que es ajeno. Cavados, pues, duermen seguros, porque mientras penetran vigilantes sus cosas íntimas, se ocultan de las laboriosas cargas de este mundo bajo el ocio de la quietud. De donde también se añade aún:

CAPÍTULO XXI.

VERS. 19.---Descansarás, y no habrá quien te aterrorice.

39. El que anhela las cosas eternas nada teme del mundo.---Quienquiera que busca la gloria presente, por cierto teme el desprecio. El que siempre anhela las ganancias, siempre a saber teme las pérdidas. Pues por cuya percepción se reconforta, por la pérdida de esa cosa sin duda alguna también se llaga; y en cuanto ligado se adhiere a las cosas mutables y perecederas, tanto yace lejos en lo ínfimo del alcázar de la seguridad. Mas por el contrario, quienquiera que se fija en el solo deseo de la eternidad, ni se eleva por la prosperidad, ni se sacude por la adversidad; mientras nada tiene en el mundo que apetezca, nada hay que del mundo tema grandemente. Pues de aquí Salomón dice: No contristará al justo cualquier cosa que le aconteciere (Prov. XII, 21). De aquí de nuevo dice: El justo como un león confiado estará sin terror (Prov. XXVIII, 1). Bien, pues, se dice ahora: Descansarás, y no habrá quien te aterrorice (Job XI, 19), porque tanto más plenamente cada uno arroja de sí el pavor que es del mundo, cuanto más verdaderamente en sí mismo vence la concupiscencia del mundo. ¿O no 357 había descansado sin terror Pablo en el corazón, el que decía: Cierto estoy pues que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fortaleza, ni la altura, ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos de la caridad de Dios, que es

en Cristo Jesús Señor nuestro (Rom. VIII, 38)? Cuya fortaleza de caridad por cierto es alabada por la verdadera voz de la santa Iglesia, cuando se dice por el Cantar de los Cantares (Cant. VIII, 6): Valiente es como la muerte el amor. Pues a la virtud de la muerte se compara el amor, porque sin duda alguna a la mente, que una vez hubiere tomado, la mata fundadamente de la delectación del mundo; y tanto más valientemente la erige en autoridad, cuanto más también la vuelve insensible contra los terrores. [Vet. XXIII.] Pero entre estas cosas debe saberse que los malvados cuando predican cosas rectas, es muy difícil que no prorrumpan hacia esto que tácitamente ambicionan. De donde también Sofar añade al punto:

CAPÍTULO XXII.

IBID.---Y muchísimos suplicarán ante tu rostro.

40. Los rectos no ambicionan ser vistos como intercesores por otros.---Pues ni los varones justos por eso se guardan por los estrechos caminos de la inocencia, para ser suplicados por otros. Sino que o los herejes, o cualesquiera perversos, por esto que viven como inocentemente entre los hombres, quieren ser vistos como intercesores por los hombres; y cuando hablando insinúan cosas santas, lo que ellos mismos apetecen, esto prometen a otros como gran cosa; y mientras predican cosas celestiales, en sus repentinas promesas muestran lo que aman. Pero para que no se patentice por mucho tiempo lo que son prome-

tiendo cosas terrenas, recurren más pronto a las palabras de rectitud. De donde pronto se añade.

CAPÍTULO XXIII

[Rec. XIII].

VERS. 20.---Pero los ojos de los impíos desfallecerán, y el escape perecerá para ellos.

41. Para los impíos hay aquí algún escape de la miseria; después de la muerte, ninguno.--- Que por el nombre de los ojos se expresa la fuerza de la intención, la Verdad lo atestigua por el Evangelio, diciendo: Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado (Matth. VI, 22); porque a saber, si una intención pura precediere nuestra operación, por más que de otro modo parezca a los hombres, sin embargo ante los ojos del juez interno se muestra puro el cuerpo de la acción subsiguiente. Los ojos de los impíos, por tanto, son las intenciones de los deseos carnales en ellos. Los cuales por eso desfallecen, porque descuidan las cosas eternas, y siempre aguardan solo las transitorias. Pues piensan alcanzar la gloria terrena, anhelan multiplicarse en las cosas temporales, tienden diariamente hacia la muerte por el curso de las cosas que se deslizan; pero no saben pensar mortalmente las cosas mortales. La vida de la carne desfallece por momentos, y sin embargo el deseo carnal crece. La cosa poseída se acorta por un fin instantáneo, y la ansiedad de poseer no se termina. Pero cuando la muerte arrebata a los impíos, sus deseos ciertamente se terminan con la vida. Cuyos ojos, a saber, enton-

ces desfallecen por la venganza suprema, porque no quisieron desfallecer aquí por su propio juicio de la delectación terrena. Que estos ojos de ellos se cerraban a la antigua amenidad lo había visto el Salmista, cuando decía: En aquel día perecerán todos sus pensamientos (Psal. CXLV, 4); porque encuentran males eternos nunca pensados, y de repente pierden los bienes temporales que mantuvieron largamente tratados. Para los cuales también perece todo escape, porque su malicia no encuentra dónde pueda ocultarse de la animadversión del juez estricto (districti). Pues ahora los inicuos, cuando padecen alguna tristeza o adversidades, encuentran escondrijos de escape, porque recurren enseguida al placer de los deseos carnales. Pues para que la pobreza no los atormente, acarician el ánimo con riquezas. Para que el desprecio de los prójimos no los deprima, se exaltan a sí mismos con dignidades. Si por el hastío se desgasta el cuerpo, se nutre con las diversidades de manjares puestos delante. Si por algún impulso de tristeza el ánimo es abatido, pronto es aliviado por los halagos de las bromas interpuestas. Tantos escapes, por tanto, tienen aquí, cuantos deleites se preparan para sí mismos. Pero alguna vez el escape perece para ellos, porque su mente, perdidas todas las cosas, se contempla solo a sí misma y al juez. Entonces el placer se retira, pero la culpa del placer se conserva, y de repente los miserables aprenden pereciendo porque retuvieron cosas perecederas. Quienes sin embargo, mientras viven corporalmente, no cesan de buscar cosas nocivas. De donde todavía se añade:

CAPÍTULO XXIV.

IBID.---Y la esperanza de ellos es la abominación del alma.

42. Lo que para el inicuo es placer, esto para el justo es pena. De donde se refresca la carne, de allí desfallece el espíritu.---¿Qué espera aquí el pecador con todos sus pensamientos, sino sobrepasar a los demás en poder, trascender a todos por la multiplicidad de las cosas, sujetar a los que se le oponen dominándolos, darse a conocer como admirable a los que le obedecen, satisfacer su ira según su deseo, mostrarse benigno cuando es alabado; ofrecer todo lo que la gula apetece; y concurrir con la ejecución de la obra a aquello que el placer manda? Bien, por tanto, se dice que la esperanza de ellos es la abominación del alma, porque aquellas cosas que los carnales ambicionan, todos los espirituales por el juicio de la rectitud las aborrecen. Pues lo que los pecadores estiman como placer, esto los justos sin duda alguna lo juzgan como una pena. [Vet. XXIV.] Es, pues, abominación del alma la esperanza de los malvados, porque sin duda el espíritu desfallece donde la carne descansa. Pues así como la carne se nutre de cosas blandas, así el alma de cosas duras: a aquella las cosas suaves la reaniman, a esta las cosas ásperas la ejercitan; aquella se alimenta de deleites, esta se vigoriza con amarguras. Y así como las cosas duras hieren la carne, así las cosas blandas matan al espíritu; así como las cosas laboriosas destruyen a aquella, así las cosas deleitables extinguen a este. La esperanza

de los carnales, por tanto, se llama abominación del alma, porque de allí perece el espíritu para siempre, de donde por un tiempo la carne vive suavemente.

43. La indiscreción del que habla a menudo corrompe las cosas rectamente dichas.---Pero estas cosas las diría Sofar rectamente, si el bienaventurado Job no hubiera predicado todas las cosas aun más ampliamente viviendo. Pero después que intenta amonestar al más santo sobre la vida, y se esfuerza por instruir al más docto con el magisterio de la sabiduría, él mismo aligera el peso de sus propios dichos, quien, interponiendo la indiscreción, destruye todo lo que habla, porque derrama el licor de la ciencia sobre un vasija llena. Pues así las riquezas de la ciencia son poseídas por los indiscretos, como a menudo las riquezas de la sustancia corporal son poseídas por los necios. Pues algunos, que se apoyan en la multiplicidad de las cosas terrenas, a veces dan mucho incluso a los que tienen, para que ellos mismos parezcan tener estas cosas más largamente que todos. Así los perversos, cuando conocen cosas verdaderas, dicen algunas cosas rectas incluso a los más rectos; no para que enseñen a los que oyen, sino para que ellos mismos se den a conocer por cuánta doctrina destacan. Pues piensan que aventajan a todos en sabiduría, y por eso piensan que no dicen nada a nadie más allá de las medidas de su propia grandeza. Así cualesquiera perversos, así todos los herejes, no temen enseñar a los mejores con voz soberbia, porque a todos los consideran inferiores a sí mismos. [Vet. XXIV.] Pero la santa

Iglesia retira a todos los elevados de la cumbre de su propia estimación, y por la mano de la discreción (discretionis) los reforma al marco de la igualdad. De donde el bienaventurado Job, que es miembro de la misma santa Iglesia, viendo que el ánimo de los amigos se hinchó por las palabras de la instrucción proferida, respondió al punto, diciendo:

CAPÍTULO XXV

[Vet. XXV].

CAP. XII, VERS. 2.---¿Sois vosotros acaso los únicos hombres, y con vosotros morirá la sabiduría?

44. La fatuidad del que es soberbiamente sabio.---Quienquiera que piensa que aventaja a todos en la razón, ¿en qué otra cosa se exulta sino en ser él el único hombre? Y a menudo sucede que cuando el ánimo es llevado a lo alto por la hinchazón, se eleva al desprecio de todos y a la admiración de sí mismo. Pues en el pensamiento surgen los propios favores, y la misma fatuidad se lisonjea a sí misma por la singularidad de la sabiduría. Sopesa aquellas cosas que ha oído, y las palabras que profiere; y admira las suyas, se ríe de las ajenas. Aquél, por tanto, que estima que él solo sabe, ¿qué otra cosa piensa sino que esta misma sabiduría morirá con él? Pues la que niega que esté presente en los otros, atribuyéndosela a sí solo, ciertamente la encierra dentro de los tiempos de su propia brevedad. Pero debe considerarse de cuánta discreción (discretione) usa el

varón santo, para que la arrogancia de los amigos que se ensoberbecen sea reprimida, cuando al punto añade:

CAPÍTULO XXVI.

VERS. 3.---Y yo también tengo corazón, como vosotros, y no soy inferior a vosotros.

45. La arrogancia de este debe ser reprimida con modestia.---Pues, ¿quién ignora cuánto la vida y la ciencia del bienaventurado Job exceden a la ciencia de sus amigos? Pero para corregir la soberbia de ellos, niega ser inferior; y para no traspasar el límite de su propia humildad, calla el ser superior: no prefiriéndose, sino igualándose, indica lo que de él aprendan estos que le son muy desiguales, para que mientras espontáneamente se inclina la sabiduría que sobresale, de ningún modo se erija contra sus fuerzas la ciencia que yace postrada. A los cuales bien pronto los retira al sentido de la igualdad, porque considera que es gran cosa hincharse como por la singularidad de la grandeza, cuando añade a continuación:

CAPÍTULO XXVII.

IBID.---¿Pues quién ignora estas cosas que vosotros sabéis?

46. Mostrando que aquellas cosas que él se gloria de saber no son ignoradas por nadie.---Como si dijera abiertamente: Puesto que son conocidas por todos las cosas que decís, ¿por qué os hincháis singularmente por la ciencia de lo dicho? Porque, por tanto, retirando la elación de los

arrogantes a la comunión de la igualdad, los refutó con perfecta corrección, irrumpe ahora en las sentencias de la doctrina, para que sus amigos, humillados, aprendieran primero los pesos de la verdad antes de que la escucharan con reverencia. Sigue:

CAPÍTULO XXVIII

[Vet. XXVI, Rec. XV].

VERS. 4.---El que es burlado por su amigo como yo, invocará a Dios, y él le oirá.

47. Cómo daña la alabanza y cómo aprovecha la burla al que actúa rectamente. La burla aprovecha donde no hay mérito de culpa.---A menudo el ánimo débil, cuando es recibido por el aura del favor humano por sus buenas acciones, se deriva hacia los goces exteriores, de modo que pospone lo que desea interiormente, y yace relajado voluntariamente en aquello que oye fuera; de tal modo que se alegra no tanto por ser bienaventurado, sino por ser llamado así. And cuando está boquiabierto por las voces de su propia alabanza, abandona lo que había empezado a ser. De allí, por tanto, se separa de Dios, de donde parecía laudable en Dios. Pero a veces el ánimo se apoya constantemente en una obra recta, y sin embargo es urgido por las burlas humanas: hace cosas admirables, y recibe oprobios; y el que pudo salir fuera por las alabanzas, rechazado por las contumelias, vuelve a sí mismo; y tanto más robustamente se consolida dentro en Dios, cuanto fuera no encuentra donde descansar. Pues

toda la esperanza se fija en el Autor, y entre los insultos de las burlas se implora al solo testigo interior; y el ánimo del afligido se hace tanto más próximo a Dios, cuanto más ajeno está de la gracia del favor humano: se derrama enseguida en la oración, y presionado exteriormente, se depura más limpiamente para penetrar las cosas que están dentro. Bien, por tanto, se dice ahora: El que es burlado por su amigo como yo, invocará a Dios, y él le oirá, porque mientras los perversos reprochan la mente de los buenos, muestran a quién deben buscar como testigo de sus actos. La cual, mientras compungida se apresta en las oraciones, de allí se une interiormente a la audición suprema, de donde exteriormente se separa de la alabanza humana. [Vet. XXVII.] Pero debe notarse cuán providencialmente se interpone Como yo, porque hay algunos a quienes también las burlas humanas los deprimen, y sin embargo no son audibles para los oídos divinos. Pues cuando la burla nace contra la culpa, ciertamente ningún mérito de virtud se genera en la burla. Pues los sacerdotes de Baal, implorándole con clamorosas voces, habían sido burlados por Elías, cuando decía: Clamad con voz mayor, porque es Dios, y tal vez está hablando, o está en la posada (III Reg. XVIII, 27). Pero esta burla no fue para ellos para provecho de la virtud, porque vino por el mérito de la culpa. Providencialmente, por tanto, se dice ahora: El que es burlado por su amigo, como yo, invocará a Dios, y él le oirá, porque la burla humana hace cercano a Dios a aquel a quien la

inocencia de la vida mantiene ajeno a las perversidades humanas. Sigue:

CAPÍTULO XXIX

[Rec. XVI].

IBID.---Pues se burla de la simplicidad del justo.

48. Qué es la sabiduría de este mundo. Qué es la sabiduría de los justos. Por qué es reída por el mundo.---La sabiduría de este mundo es cubrir el corazón con maquinaciones, velar el sentido con palabras, mostrar como verdadero lo que es falso, demostrar como falaz lo que es verdadero. Esta prudencia, por cierto, es conocida por el uso por los jóvenes, esta es aprendida por precio por los niños; los que la conocen, ensoberbeciéndose, desprecian a los demás; los que no la conocen, sumisos y tímidos, la admiran en los otros, porque por ellos esta misma duplicidad de la iniquidad, encubierta con un nombre, es amada, mientras la perversidad de la mente es llamada urbanidad. Esta manda a los que le obedecen buscar las cumbres de los honores, gozarse en la vanidad de la gloria temporal alcanzada, devolver más multiplicadamente los males irrogados por otros, no ceder ante ninguno que resista cuando las fuerzas lo permiten, y cuando falta la posibilidad de la virtud, aquello que no puede cumplir por la malicia, simularlo en una pacífica bondad. Pero por el contrario, la sabiduría de los justos es no fingir nada por ostentación, abrir el sentido con palabras, amar las cosas verdaderas tal como son,

evitar las falsas, exhibir los bienes gratuitamente, tolerar los males más de buena gana que hacerlos; no buscar ninguna venganza de la injuria, considerar el oprobio por la verdad como una ganancia. Pero esta simplicidad (simplicitas) de los justos es burlada, porque por los sabios de este mundo la virtud de la pureza es creída fatuidad. Pues todo lo que se hace inocentemente, es sin duda juzgado como necio por ellos; y cualquier cosa que la verdad aprueba en la obra, suena como fatuo para la sabiduría carnal. ¿Pues qué parece más necio al mundo que mostrar la mente con palabras, no simular nada con una astuta maquinación, no devolver contumelias por las injurias, orar por los que maldicen, buscar la pobreza, abandonar lo poseído, no resistir al que arrebata, presentar la otra mejilla al que hiere? De donde bien dice aquel eximio sabio de Dios a los amadores de este mundo: Inmolaremos las abominaciones de los egipcios al Señor nuestro Dios (Exod. VIII, 26). Pues los egipcios se desdeñan de comer ovejas; pero lo que los egipcios abominan, esto los israelitas lo ofrecen a Dios, porque la simplicidad de la conciencia, que todos los injustos desprecian como ínfima y abyecta, esta los justos la convierten en sacrificio de virtud; y los rectos, cultivando la pureza y la mansedumbre, inmolan a Dios lo que los réprobos, abominándolo, juzgan fatuidad. La cual simplicidad del justo, a saber, se expresa breve pero suficientemente, cuando al punto se añade.

CAPÍTULO XXX

[Vet. XXVIII, Rec. XVII].

VERS. 5.---Lámpara despreciada en los pensamientos de los ricos.

49. Que la posesión de riquezas no está en el crimen, sino la codicia.---¿Qué se señala en este lugar con el nombre de ricos, sino la elación de los soberbios, que no tienen respeto al juez venidero, mientras se hinchan con soberbios pensamientos en sí mismos? Pues hay algunos a quienes las riquezas no los elevan por la hinchazón, sino que los exaltan por las obras de misericordia. Y hay algunos que, mientras se ven abundar en bienes terrenos, no buscan las verdaderas riquezas de Dios, y no aman la patria eterna, porque piensan que esto les basta, el estar apoyados en las cosas temporales. No es, por tanto, el censo el que está en el crimen, sino el afecto. Pues todas las cosas que Dios creó son buenas; pero el que usa mal los bienes, ciertamente hace que, como por la glotonería de la edacidad, muera por aquel pan por el que debió vivir. El pobre Lázaro había llegado al descanso, pero al soberbio rico los tormentos lo torturaban (Luc. XVI, 26). Pero sin embargo rico había sido Abraham, que en su seno tenías a Lázaro; quien sin embargo hablando con su Autor, dice: Hablaré a mi Señor, siendo yo polvo y ceniza (Gén. XVIII, 27). ¿Qué sabía este, pues, estimar sus riquezas, él que se consideraba a sí mismo como polvo y ceniza? ¿O cuándo lo ensalzarían las cosas poseídas, a él que sentía cosas tan abyectas de sí mismo también, a saber, del poseedor de ellas?

50. Deben ser contados como ricos los que carecen, y se hinchan de orgullo. Para estos los despreciadores del mundo son objeto de desprecio.---Y de nuevo hay algunos a quienes tampoco las cosas terrenas les suministran, y sin embargo en sí mismos se erigen por el orgullo de la hinchazón. A estos el censo de ningún modo los eleva a la ostentación del poder, y sin embargo la protervia de las costumbres los adjudica entre los ricos réprobos. A quienesquiera, por tanto, el amor de la vida siguiente no humilla, en este lugar el sagrado discurso los llama ricos, porque también en la venganza del juicio no discrepan si se hinchan por las cosas o solo por las costumbres. Quienes cuando ven la vida de los simples en este mundo humilde y abyecta; se burlan enseguida con elevados desprecios. Pues de ningún modo consideran que esté presente en ellos exteriormente aquello por lo que ellos mismos anhelan con todos sus esfuerzos. Desprecian, por tanto, como a necios a aquellos que ciertamente no tienen aquellas cosas por las cuales ellos mismos, ya sea teniéndolas o solo amándolas, mueren; y los reputan como muertos, a quienes de ningún modo consideran que viven carnalmente con ellos. Pues el que muere al apetito de este mundo, por las mentes terrenas es ciertamente estimado extinguido de todo modo. Lo cual bien señala el milagro de nuestro Redentor, cuando libera a un hombre de un espíritu inmundo, de quien ciertamente está escrito: Clamando y desgarrándolo mucho, salió de él; y quedó como muerto, de modo que muchos decían que está muerto. Pero

Jesús, tomándole de la mano, lo levantó, y se levantó (Marc. IX, 25). Como muerto, en efecto, se muestra el que es liberado del poder del espíritu maligno, porque quienquiera que ya somete los deseos terrenos, extingue en sí la vida de la conversación carnal; y aparece muerto para el mundo, porque carece del poseedor perverso, que lo agitaba por deseos inmundos. A quien muchos llaman muerto, porque los que no saben vivir espiritualmente piensan que está totalmente extinguido aquel que no sigue los bienes carnales.

[Vet. XXIX.] 51. Los justos, sin luz a los ojos de los carnales, arden y lucen ante Dios.---Pero porque también estos mismos burladores de los simples son contados con el nombre de la cristiandad, presionados por la reverencia de la religión, se avergüenzan de exhibir el mal de la burla pública. De donde resulta que entre sí, hinchados y callados, se burlan de aquellos a quienes consideran muy abyectos e ínfimos por su simplicidad. Bien se dice, por tanto: Lámpara despreciada en los pensamientos de los ricos, porque todos los soberbios, mientras no saben considerar los bienes siguientes, como dijimos arriba, casi en nada estiman a quien no ven tener lo que aman. Pues a menudo sucede que cada uno de los elegidos, que es llevado a la felicidad eterna, es aquí deprimido por una continua adversidad, no lo apoya la abundancia de las cosas, no lo muestra honorable la gloria de las dignidades, ninguna frecuencia de subordinados le asiste, ninguna pompa de vestidos lo compone ante los ojos humanos; sino que por todos es visto como despreciable, y es

juzgado indigno de la gracia de este mundo. Pero sin embargo, ante los ojos del Juez oculto brilla por sus virtudes, resplandece por los méritos de su vida, teme ser honrado, no rehúye ser despreciado; aflige su cuerpo con la continencia, engorda en su alma solo con la dilección, prepara siempre su mente para la paciencia, y erguido por la justicia, se exulta de las contumelias recibidas, compadece de corazón a los afligidos, se alegra de las prosperidades de los buenos como de las propias, rumia solícito en su mente los pastos de la palabra sagrada, e interrogado sobre cualquier cosa ignora cómo hablar con doblez. Bien, por tanto, se dice que la expresión de la simplicidad del justo es lámpara y despreciada. Lámpara, porque luce interiormente; despreciada, porque no luce exteriormente. Por dentro arde la llama de la caridad, por fuera no resplandece ninguna gloria de decoro. Luce, pues, y es despreciado quien, inflamado en virtudes, es estimado abyecto. Pues las mentes de los carnales no pueden considerar los bienes sino los que ven carnalmente. De aquí es que al santo David su mismo padre lo había despreciado, a quien rehusaba presentar ante los ojos del profeta Samuel. Quien habiendo llevado a siete hijos a la gracia de la unción, interrogado por el profeta si había completado el número de la prole, respondió con gran desesperación: Queda un niño pequeño que apacienta las ovejas (I Reg. XVI, 10, 11). El cual, una vez traído y elegido, oyó al punto: El hombre ve en la cara, pero Dios escudriña el corazón (Ibíd., 7). Lámpara, pues, había sido David por su inocencia; pero sin embargo

muy despreciada, porque no lucía para los que ven las cosas exteriores. Pero debe saberse que cada justo o bien no tiene gloria temporal, o bien la quebranta bajo sí mismo, si la tiene, para que sobresalga libre para su honor, no sea que vencido por la delectación sucumba ante ella. Pues de aquí es que aquel egregio predicador había humillado ante los ojos humanos la gloria de su apostolado, quien decía: No hemos usado de esta potestad, pudiendo ser carga como apóstoles de Cristo, sino que nos hicimos pequeños en medio de vosotros (I Tes. II, 7). Pero en sus oyentes ciertamente la hinchazón de los ricos todavía había permanecido en el corazón, cuando decían: Las epístolas son graves y fuertes, pero la presencia del cuerpo débil, y la palabra despreciable (II Cor. X, 10). Pues a quien habían conocido que podía decir tales cosas, juzgaban que no podía vivir comúnmente con ellos. Y cuando lo veían tanto humilde viviendo, como lo consideraban alto en el hablar, su elación los compelió a que a quien habían temido por los escritos lo despreciaran por las palabras de su presencia. ¿Qué fue Pablo, pues, sino una lámpara despreciada en los pensamientos de los ricos, quien de donde exhibió el magisterio de la humildad, de allí recibió de los rudos discípulos las contumelias de la soberbia? Pues de un modo horrendo el lánguido mal de los que se ensoberbecen creció de donde debió deshincharse, mientras la mente elada de los carnales rechazó como algo desdeñable esto que el maestro mostró como imitable. ¿Acaso no era lámpara despreciada quien, brillando con

tantas virtudes, toleraba tantas adversidades de los perseguidores (Ef. VI, 20)? Ejerce su legación en una cadena, y sus vínculos se manifiestan en todo el pretorio, es azotado con varas, y es urgido por muchos peligros de su linaje, de las gentes (Fil. I, 13), es golpeado con piedras en Listra, es arrastrado por los pies fuera de la ciudad, porque es estimado extinguido (II Cor. XI, 26). Pero ¿hasta cuándo es despreciada esta lámpara? ¿Hasta cuándo es tenida por despreciable? ¿Acaso de ningún modo ejerce su fulgor, y nunca muestra con cuánta claridad brilla? Lo muestra claramente. Pues cuando se decía lámpara despreciada en los pensamientos de los ricos, se añade al punto:

CAPÍTULO XXXI.

IBID.---Preparada para el tiempo establecido.

52. Los justos aquí despreciados brillarán en el día del juicio.---El tiempo establecido de la lámpara despreciada es ciertamente el día predestinado del juicio final, en el cual se muestra con cuánta potestad brilla cada justo, que ahora es despreciado. [Vet. XXX.] Pues entonces vienen con Dios como jueces los que ahora son juzgados injustamente por Dios. Entonces la luz de ellos brilla tanto más ampliamente, cuanto ahora la mano de los perseguidores los angustia más duramente. Entonces se patentizará a los ojos de los réprobos que están apoyados por la potestad celestial los que espontáneamente abandonaron todas las cosas terrenas. De donde la Verdad dice a sus elegidos: Vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando se siente el Hijo del

hombre en la sede de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce sedes, juzgando a las doce tribus de Israel (Matth. XIX, 28). Y no es que aquella corte del tribunal interno no haya de tener más de doce jueces; sino que ciertamente en el número duodenario se expresa la cantidad de la universalidad, porque quienquiera que, excitado por el estímulo del divino amor, haya dejado aquí lo poseído, allí sin duda alguna obtendrá la cumbre de la potestad judicial, para que venga entonces el juez junto con el Juez, el que ahora por la consideración del juicio se castiga a sí mismo con espontánea pobreza. De aquí es, en efecto, que por Salomón se dice del esposo de la santa Iglesia: Noble en las puertas es su varón, cuando se siente con los senadores de la tierra (Prov. XXXI, 23). De aquí dice Isaías: El Señor vendrá al juicio con los ancianos de su pueblo (Isai. III, 14). De aquí la Verdad denuncia que esos mismos ancianos ya no son siervos, sino amigos, diciendo: Ya no os llamaré siervos, sino amigos míos (Juan XV, 15). A los cuales, ciertamente, mirando el Salmista, dice: Pero para mí tus amigos son sumamente honrados, Dios (Psal. CXXXVIII, 17). Cuya celsitud de corazón mientras miraba, añadió al punto la gloria del mundo que pisarían con el talón: Sumamente se ha fortalecido el principado de ellos. Y para que no creyéramos que son pocos, a los que reconocemos que aprovechan hasta la suma de tan gran perfección, añadió al punto: Los contaré, y se multiplicarán sobre la arena. Cuantos, por tanto, ahora por amor de la verdad se humillan espontáneamente, tantas

lámparas resplandecen entonces en el juicio. Dígase, pues, rectamente: Lámpara despreciada en los pensamientos de los ricos, preparada para el tiempo establecido, porque el alma de cada uno de los justos es despreciada como abyecta cuando viviendo aquí abajo no tiene gloria, pero es vista como admirable mientras brilla desde lo alto.

53. Cristo, lámpara aquí despreciada.---Place entre estas cosas elevar los ojos de la mente a los caminos del Redentor, y venir gradualmente de los miembros a la cabeza. Pues Él mismo existió para nosotros verdaderamente como lámpara, quien, muriendo en la cruz por nuestra redención, derramó luz a nuestras tenebrosas mentes por medio del madero. Por esta lámpara Juan había visto que éramos iluminados, cuando decía: Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan I, 9). La cual, sin embargo, vio despreciada en los pensamientos de los ricos, cuando poco después añadió: Vino a lo propio y los suyos no le recibieron (Ibíd., 11). Las llamas de esta lámpara quiso explorar Herodes, cuando deseó ver sus milagros, como está escrito: Pues estaba desde hacía mucho tiempo deseando verle, porque había oído muchas cosas de él, y esperaba ver hacerse por él algún signo (Luc. XXIII, 8). Pero esta lámpara ante sus ojos no brilló con ningún rayo de luz, porque a aquel que le había buscado no piadosamente sino con curiosidad, nada admirable mostró de sí mismo. Pues el Redentor, interrogado, calló; esperado, despreció exhibir milagros; y reteniéndose en sí mismo en lo oculto, a aquellos que comprobó que busca-

ban las cosas exteriores, los dejó ingratos fuera: eligiendo más bien ser despreciado abiertamente por los que se ensoberbecen, que ser alabado con voz vacía por los que no creen. De donde también al punto esta lámpara fue despreciada, como allí se añade: Pero Herodes con su ejército le despreció, y se burló de él vistiéndole con una vestidura blanca (Ibíd. 11).

[Vet. XXXI.] 54. En el último día centelleará.--- Pero la lámpara despreciada, que en la tierra tolera las burlas, centellea el juicio desde el cielo. De donde aquí se añade aptamente: Preparada para el tiempo establecido. De cuyo tiempo, a saber, dice por el Salmista: Cuando reciba el tiempo, yo juzgaré las justicias (Sal. LXXIV, 3). De aquí que en el Evangelio la Verdad denuncia por sí misma, diciendo: Mi tiempo aún no ha llegado (Juan VII, 6). De aquí dice Pedro: A quien conviene que el cielo reciba, hasta los tiempos de la restauración (Hechos III, 21). La lámpara, pues, que ahora es despreciada, se prepara para venir en el tiempo establecido, porque Él mismo juzga los pecados en el último día, Él que ahora soporta las burlas de los pecadores. Y tanto más duramente ejercerá entonces la estrechez (districtionem), cuanto ahora extiende más suavemente su paciencia para llamar a los pecadores. Pues Aquel que espera mucho tiempo a los que han de convertirse, atormenta sin retractación a los no convertidos. Lo cual insinúa brevemente por el profeta, diciendo: Callé, siempre estuve en silencio, fui paciente, hablaré como la que está de parto (Is. XLII, 14). Pues como ya hemos dicho, la que está de parto

expulsa con dolor aquello que gestó en su interior durante mucho tiempo. Aquel, pues, que siempre calló, habla como la que está de parto, porque el Juez que ha de venir, que durante mucho tiempo soportó los hechos de los hombres sin venganza, en algún momento, con el fervor del examen, como con dolor de mente, muestra cuánta sentencia de animadversión (animadversionis) guardó en su interior. Nadie, por tanto, desprecie esta lámpara cuando está oculta, para que no abrase a sus despreciadores cuando centellee desde el cielo. Pues para quien ahora no arde para el perdón, entonces sin duda arderá para la pena. Ya que, por tanto, recibimos por la gracia suprema el tiempo de la vocación, mientras todavía queda libertad, huyamos de la ira de Aquel que está en todas partes, cambiando nuestras costumbres para mejor. Pues ciertamente aquella animadversión no encuentra a quien la corrección esconde.

55. Baste que nosotros, por concesión del Señor, hayamos recorrido ya estas cosas en dos volúmenes (corporibus). Pues como no podemos abarcar brevemente exponiendo lo que sigue del sagrado libro, extendido por las virtudes de los misterios, es necesario que lo reservemos para otros volúmenes, a fin de que el lector vuelva tanto más fervoroso al estudio de la lectura, cuanto respira también por la interrupción de la misma.

Parte tercera

, QUE CONSTA DE SEIS LIBROS.

LIBRO UNDÉCIMO.

En el cual se explican el capítulo duodécimo, desde el verso sexto, el decimotercero, y los cuatro primeros versos del decimocuarto, habiéndose cambiado por un tiempo el estilo.

CAPÍTULO I.

1. Qué cosas han de ser explicadas en toda esta tercera parte y en qué estilo.---Aunque en una obra prolífica no debería ser culpable la mutabilidad del estilo, sin embargo, para que nadie me reprenda por el cambio de mi lenguaje, en la carta antepuesta a los libros di la razón de por qué llevé la tercera parte de esta obra a la semejanza de las otras enmendando mínimamente. Excluidos estos puntos, se añade también esto: que desde aquel verso en que se dice: Abundan los tabernáculos de los ladrones, comienza la exposición de esta misma parte, y llega discurriendo hasta aquello que está escrito: Su dulzura es un gusano. Las cuales cosas son ciertamente tantas, que no podrían ser comprendidas en un solo volumen (corpore), si no se dijeran con gran brevedad. Quien, por tanto, esté libre de otros actos, lea las

demás cosas dichas de múltiples maneras. Pero para quien no tiene tiempo para leer estudiosamente, le agrade la brevedad de esta parte, en la cual no decimos tanto lo que sentimos como señalamos lo que debe decirse. Por tanto, ya que en ella dejé muchas cosas tal como fueron recogidas mientras yo hablaba, recibe, lector mío, con ecuanimidad el cambio de estilo, porque incluso a los que comen los mismos alimentos les agrada la diversidad del modo de cocinarlos. Pero cada vez que tomes las partes individuales para leer, procura traer siempre a la memoria aquel origen de la causa que propuse: porque tanto por el bienaventurado Job, de quien se dice que sufre, se designan las pasiones del Señor y de su cuerpo, esto es, la santa Iglesia; y sus amigos representan la especie de los herejes, quienes, como ya hemos dicho a menudo (Pref. Máx., c. 6, n. 15), mientras intentan defender a Dios, le ofenden. Los cuales, mientras aconsejan ficticiamente, afligen fuertemente la mente de los santos; sin embargo, no desvarían del conocimiento de la verdad en todo lo que dicen, sino que la mayoría de las veces mezclan la prudencia con las necedades y las verdades con las ficciones, para que, mientras se arrogan algo de la verdad, arrastren fácilmente a la falsedad. De donde también los amigos del bienaventurado Job a veces dicen cosas despreciables, a veces cosas admirables; las cuales, sin embargo, el santo varón a veces rebate reprobándolas, a veces las acepta aprobándolas, y atrae al uso de la rectitud incluso las cosas que son proferidas por ellos rectamente, pero no de modo

recto. Así pues, despreciando a los que desprecian su indigencia, y puesto corporalmente en el estercolero, muestra en qué gran cumbre de virtudes se asienta en su interior, cuando menciona que nada son las riquezas de la vida presente, las cuales relata que abundan incluso para los réprobos, diciendo:

CAPÍTULO II

[Vet. I, Rec. II].

CAP. 12, VERS. 6.---Abundan los tabernáculos de los ladrones, y provocan audazmente a Dios, cuando Él mismo ha dado todas las cosas en sus manos.

2. Cuán gran desprecio de las riquezas brilla en Job.---Es fácil para el hombre despreciar las riquezas cuando las tiene; pero es difícil estimarlas como viles cuando no las tiene. De donde se muestra patentemente cuán gran desprecio de las cosas terrenas hubo en el pensamiento del bienaventurado Job, quien dice entonces que nada son las cosas que abundan para los réprobos, cuando lo ha perdido todo. Dice, pues: Abundan los tabernáculos de los ladrones, y provocan audazmente a Dios, porque la mayoría de las veces los malos se ensoberbecen tanto más contra Dios, cuanto más son enriquecidos por su largueza y contra su mérito; y quienes deberían haber sido provocados por los bienes a cosas mejores, se vuelven peores por los dones.

3. Lo que los malos hacen injustamente, Dios permite justamente que se haga.---Pero debemos

entender cómo son llamados ladrones, cuando al punto se añade: Cuando Él mismo ha dado todas las cosas en sus manos. Pues si son ladrones, las quitaron violentamente, y no hay duda de que Dios no es el ayudador de los violentos. ¿Cómo, pues, da Él mismo lo que estos que son ladrones quitan inicuamente? Pero debe saberse que una cosa es lo que Dios omnipotente concede misericordiosamente, y otra lo que airado permite que se posea. Pues lo que los ladrones hacen perversamente, esto el Dispenser equitativísimo permite que se haga solo justamente; para que tanto el que es permitido robar, cegado en su mente, aumente su culpa, como el que padece la rapiña sea ya herido en el daño de la misma rapiña por otra culpa que antes perpetró. Pues he aquí que alguien, puesto en la garganta de un monte, acecha a los caminantes; pero el que hace el camino acaso perpetró algunas cosas inicuas en algún momento, y Dios omnipotente, retribuyéndole su mal en la vida presente y entregándole en manos del acechador, permite que sea despojado de sus cosas, o incluso que sea muerto. Lo que, por tanto, el ladrón apeteció injustamente, esto el Juez equitativísimo permitió justamente que se hiciera; para que tanto aquel recibiera lo que injustamente había hecho, como este sea herido más gravemente en algún momento, por cuya nequísima voluntad Dios omnipotente vindicó justamente la culpa sobre el otro. Es purificado el que es oprimido; en este se aumenta el reato, el que oprime, para que o bien desde lo profundo de su nequedad vuelva en algún momento a la peni-

tencia, o bien, no volviendo, sea herido tanto más gravemente por la condenación eterna, cuanto más tiempo ha sido tolerado en su iniquidad. Con aquel, por tanto, se actúa misericordiosamente para que termine el pecado; con este, estrictamente para que lo multiplique, a no ser que recurra a la penitencia. En aquel se purifican los males mientras sostiene la violencia; en este se acumulan mientras la hace. Dios omnipotente, por tanto, es justo que permita hacerse lo que prohíbe hacerse, para que de donde ahora espera y tolera largamente a los no convertidos, de allí castigue después más. Bien se dice, pues: Abundan los tabernáculos de los ladrones, y provocan audazmente a Dios, cuando Él mismo ha dado todas las cosas en sus manos, porque lo que los inicuos quitan, esto se lo da Él mismo, que podría haberles resistido en la rapiña si hubiera querido tener misericordia.

[Vet. II.] 4. Son ladrones los que se ensoberbecen por los dones que Dios les ha conferido.---Lo cual, sin embargo, puede entenderse también de las cosas espirituales. Pues la mayoría de las veces algunos reciben dones de doctrina, pero se hinchan por esos mismos dones, y quieren parecer grandes ante los demás. Y provocar a Dios omnipotente es ensoberbecerse por sus dones entre los prójimos. Los cuales también son llamados ladrones no sin merecimiento, porque mientras dicen lo que no hacen, toman para el uso de su lenguaje las palabras de los justos. Pero porque la gracia suprema les concede estas mismas palabras, cuya vida sin embargo deja en costum-

bres depravadas, por sí mismos ciertamente son ladrones, pero sin embargo han recibido de Dios los bienes que tienen. Sigue: VERS. 7 y 8.---Sin duda interroga a las bestias, y te enseñarán; a las volátiles del cielo y te indicarán. Habla a la tierra, y te responderá, y te contarán los peces del mar.

CAPÍTULO III.

5. Qué se significa por las bestias y las volátiles del cielo, qué por la tierra y los peces del mar.---¿Qué debemos entender por las bestias, sino a los más lentos de sentido? ¿Qué por las volátiles del cielo, sino a los que saben cosas elevadas y sublimes? De las bestias, ciertamente, esto es, de los lentos de sentido, está escrito: Tus animales habitarán en ella (Sal. LXVII, 11). Y porque los que saben cosas sublimes vuelan en las palabras de nuestro Redentor, está escrito: De modo que las aves del cielo vienen y habitan en sus ramas (Mat. XIII, 32). ¿Qué en verdad por la tierra, sino a los que saben cosas terrenas? De donde también se dijo al primer hombre que desertaba de las cosas celestiales: Tierra eres, y a la tierra irás (Gén. III, 19). ¿Qué por los peces del mar debemos recibir, sino a los curiosos de este siglo? De los cuales dice el Salmista: Los peces del mar, que recorren las sendas del mar (Sal. VIII, 9). Los cuales en las grandes inquisiciones de las cosas se esconden como en olas recónditas. Pero qué enseñan todas estas cosas interrogadas, añade diciendo:

CAPÍTULO IV.

VERS. 9.---¿Quién ignora que la mano del Señor hizo todas estas cosas?

6. Todas las cosas predican a Dios como creador de todo.---Como si dijera abiertamente: Ya sea que busques a los más tardos de sentido, o a los que saben cosas sublimes, o a los entregados a los actos terrenales, o a los ocupados en las inquisiciones de este mundo, todas estas cosas confiesan a Dios como creador de todo, y sienten concordemente sobre su poder, aunque no vivan concordemente bajo él. Pues lo que cada justo dice incluso viviendo, esto el injusto la mayoría de las veces se ve compelido a confesarlo sobre Dios solo con la voz; y sucede que los malos sirven con su atestación al Autor de todo, a quien resisten con sus obras, porque a Aquel a quien se atrevieron a impugnar con sus costumbres, no pueden negarlo como creador de todo. Lo cual, sin embargo, puede entenderse útilmente incluso según la sola apariencia de la letra, porque toda criatura contemplada da como una voz de su propia atestación, por esa misma apariencia que tiene. Requerimos a las bestias, o a las volátiles, a la tierra, o a los peces, mientras consideramos las cosas que nos responden concordemente, que el Señor hizo todas las cosas; porque mientras presentan sus apariencias a nuestros ojos, atestiguan que no son por sí mismas. Por el hecho mismo, en efecto, de que son creadas, a través de la apariencia mostrada rinden como una voz de confesión a su Creador, quien, porque fundó todas las cosas, dispuso también cómo debían ser administradas. De donde se añade:

CAPÍTULO V

[Vet. y Rec. III].

VERS. 10.---En cuya mano está el alma de todo viviente, y el espíritu de toda carne de hombre.

7. Quien concedió que fuera lo que no era, proveyó cómo sea lo que ya existe. El espíritu del hombre se entiende de dos modos.---Por la mano, ciertamente, se expresa la potestad. El alma, pues, de todo viviente, y el espíritu de toda carne de hombre, está en la potestad de Aquel de quien procede; para que Él mismo provea cómo sea, Él que concedió que fuera lo que no fue. En verdad, por el alma de todo viviente puede significarse la vida de las bestias. Dios omnipotente vivifica el alma de las bestias hasta los sentidos corpóreos, pero extiende el espíritu de los hombres hasta el intelecto espiritual. En su mano, por tanto, está el alma de todo viviente, y el espíritu de toda carne de hombre, mientras que tanto en aquel concede esto al alma para que vivifique la carne, como en este vivifica el alma para esto, para que llegue a entender la eternidad. Pero debe saberse que en la sagrada elocuencia el espíritu del hombre suele ponerse de dos modos. Pues a veces el espíritu se pone por el alma, a veces por un efecto espiritual. Pues por el alma se dice espíritu, como está escrito de nuestra misma Cabeza: Inclinada la cabeza, entregó el espíritu (Juan XIX, 30). Pues si el evangelista llamara espíritu a algo distinto del alma, ciertamente al salir el espíritu, el alma habría permanecido. También por el efecto espiritual se dice espíritu, como está escrito:

Que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros fuego abrasador (Sal. CIII, 4). Los ángeles, ciertamente, esto es, los mensajeros, en la sagrada elocuencia a veces son llamados predicadores, como se dice por el profeta: Los labios del sacerdote guardan la ciencia, y de su boca requieren la ley, porque es el ángel del Señor de los ejércitos (Mal. II, 7). Dios omnipotente, por tanto, hace a sus ángeles espíritus, porque hace espirituales a sus predicadores. En este lugar, sin embargo, si por el alma de todo viviente se significa la misma vida del cuerpo, por el espíritu de toda carne de hombre se expresa el efecto de la inteligencia espiritual. Sigue:

CAPÍTULO VI

[Rec. IV].

VERS. 11.---¿Acaso el oído no discierne las palabras, y las fauces del que come el sabor?

8. Cuán diversos son los dones y los modos de habitación de una misma sabiduría.---A casi nadie se le oculta que los cinco sentidos de nuestro cuerpo, a saber, vista, oído, gusto, olfato y tacto, en todo lo que sienten y disciernen, extraen la virtud de la discreción y del sentido del cerebro. Y siendo uno el sentido del cerebro como juez que preside interiormente, sin embargo a través de los conductos propios discierne los cinco sentidos, obrando Dios maravillosamente, de modo que ni el ojo oye, ni el oído ve, ni la boca huele, ni las narices gustan, ni las manos perciben olores. Y aunque por un solo sentido del cerebro se

disponen todas las cosas, sin embargo cada uno de estos sentidos no puede hacer otra cosa sino aquello que recibió por disposición del Creador. De estas cosas corporales y exteriores, por tanto, han de colegirse las interiores y espirituales, para que por aquello que es público en nosotros debamos pasar a lo secreto que hay en nosotros y que se nos oculta a nosotros mismos. [Vet. IV.] Debe considerarse, ciertamente, que siendo una la sabiduría, habita en uno menos y en otro más; a uno le concede esto, a otro aquello, y, a la manera del cerebro, se sirve de nosotros mismos como de ciertos sentidos, de modo que aunque ella nunca sea distinta de sí misma, sin embargo a través de nosotros siempre obra cosas diversas y distintas, a fin de que este reciba el don de la sabiduría, aquel el de la ciencia; este los géneros de lenguas, aquel la gracia de las curaciones.

9. Las palabras de la sabiduría los réprobos solo las oyen, los elegidos también las gustan.--- Pero en estas palabras con las que el bienaventurado Job dice: El oído discierne las palabras, y las fauces del que come, el sabor, parece también insinuar algo sobre los elegidos y los réprobos, porque las palabras de la sabiduría, que los réprobos oyen, los elegidos no solo las oyen, sino que también las gustan, para que les sepa en el corazón lo que a los réprobos les suena no en las mentes, sino solamente en los oídos. Pues una cosa es oír solamente nombrar un alimento, y otra muy distinta también gustarlo. Los elegidos, por tanto, de tal modo oyen el alimento de la sabiduría que lo degustan, porque esto que oyen les sabe

íntimamente a través del amor. Pero la ciencia de los réprobos se extiende hasta el conocimiento del sonido, de modo que ciertamente oyen las virtudes, pero sin embargo con el corazón frío ignoran cómo saben. Con cuyas palabras, a saber, el bienaventurado Job reprueba la impericia de sus amigos, y la arrogancia de aquellos que se hinchan por la doctrina de la sabiduría, porque una cosa es saber algo de Dios, y otra muy distinta gustar esto que se conoce con las fauces de la inteligencia. Rectamente se dice, pues: ¿Acaso el oído no discierne las palabras, y las fauces del que come, el sabor? Como si se dijera abiertamente a los arrogantes: Las palabras de la doctrina, que a vosotros os llegan hasta el oído, a mí me tocan también las fauces de la inteligencia por un sabor íntimo. Pero porque la edad débil, aun cuando rectamente siente, no debe saltar incautamente a predicar, rectamente se añade:

CAPÍTULO VII.

VERS. 12.---En los ancianos está la sabiduría, y en el mucho tiempo la prudencia. 10. La sabiduría se confirma por el uso de la vida y por la experiencia.---En efecto, aquellos dichos están consolidados en la raíz de la sabiduría, que a través del uso de la vida también se fortalecen por el experimento de los actos. Pero como a muchos se les concede una vida más larga y no se les confiere la gracia de la sabiduría, rectamente se muestra todavía de cuyo juicio dependen esos mismos dones, mientras se añade:

CAPÍTULO VIII.

VERS. 12.---En él está la sabiduría y la fortaleza; él tiene el consejo y la inteligencia.

11. Cristo es la sabiduría y la fortaleza de Dios.---No recibimos estas cosas de manera incongruente acerca del Unigénito del sumo Padre, de modo que sintamos que él mismo es la sabiduría y la fortaleza de Dios. Pues Pablo también atestigua nuestro entendimiento, diciendo: Cristo fuerza de Dios y sabiduría de Dios (1 Cor. 1, 24); quien siempre está con él, porque en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Jn. 1, 1). Además, Dios tiene consejo e inteligencia: consejo, a saber, porque dispone lo suyo; inteligencia, porque conoce lo nuestro. [Vet. V.] También puede significarse con el nombre de consejo la misma demora del juicio oculto, de modo que el hecho de que a veces golpee más tardíamente a los delincuentes, no es porque no se vea la culpa de los inicuos, sino para que la sentencia de su condenación, que se difiere para que hagan penitencia, parezca proceder como tardía del consejo. Lo que, por tanto, a veces indica exteriormente una sentencia abierta, esto estaba oculto en el consejo ante el Señor omnipotente antes de los siglos. Sigue:

CAPÍTULO IX

[Rec. V].

VERS. 14.---Si destruyere, no hay quien edifique; si encerrare al hombre, no hay quien le abra.

12. Dios destruye la mente humana alejándose de ella. El que obra mal hace de su conciencia una cárcel para sí.---Dios Omnipotente destruye el corazón humano cuando lo abandona, lo edifica mientras lo llena. Pues no destruye la mente humana combatiéndola, sino alejándose, porque ella se basta para su propia perdición cuando es dejada a sí misma. De donde sucede frecuentemente que cuando el corazón del oyente no se llena con la gracia de Dios omnipotente por la exigencia de las culpas, es amonestado en vano exteriormente por el predicador, porque muda es toda boca que habla, si aquel que aspira las palabras que se oyen no clama interiormente en el corazón. De aquí dice el Profeta: Si el Señor no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican (Sal. 126, 1). De aquí dice Salomón: Considera las obras de Dios, que nadie puede corregir a quien él ha despreciado (Ecl. 7, 14). Ni es maravilla si el predicador es mínimamente oído por un corazón réprobo, mientras que a veces el mismo Señor también es impugnado en aquellas cosas que habla por las costumbres de los que resisten. Pues de aquí es que Caín pudo ser amonestado incluso por la voz divina, y no pudo ser cambiado, porque exigiendo la culpa de la malicia, ya Dios había dejado interiormente el corazón, al cual exteriormente dirigía palabras para testimonio. Pero bien se añade: Si encerrare al hombre, no hay quien le abra. Porque todo hombre, por aquello que obra mal, ¿qué otra cosa se hace para sí sino una cárcel de su propia conciencia, de modo que la reata del ánimo lo oprima, aunque nadie lo

acuse exteriormente? El cual cuando, juzgándolo Dios, es dejado en la ceguedad de su malicia, queda como encerrado dentro de sí mismo, para que no encuentre lugar de evasión, el cual mínimamente merece encontrar. Pues a menudo algunos desean salir de los actos depravados; pero porque son oprimidos por el peso de los mismos actos, encerrados en la cárcel de la mala costumbre, no pueden salir de sí mismos. Y algunos, queriendo castigar sus propias culpas, esto que estiman que obran rectamente, lo convierten en culpas más graves; y sucede de modo miserable que lo que piensan que es salida, esto encuentran como encierro. Así, a saber, el réprobo Judas (Mt. 27, 5), cuando se infirió la muerte contra el pecado, llegó a los suplicios de la muerte eterna, y se arrepintió peor del pecado de lo que pecó.

13. A Dios que llama nadie resiste, al que abandona nadie sale al paso.---Dígase, pues: Si encerrare al hombre, no hay quien le abra, porque así como nadie se opone a la largueza del que llama, así nadie sale al paso de la justicia del que abandona. Encerrar, por tanto, es de Dios no abrir a los cerrados. De donde también se dice a Moisés acerca de Faraón: Yo endureceré su corazón (Éx. 4, 21; 7, 3). Pues se dice que Dios endurece por justicia, cuando no ablanda el corazón réprobo por la gracia. Encierra, por tanto, al hombre a quien deja en las tinieblas de sus propias obras. [Vet. VI.] Pues Isaac quiso como abrir este encierro a su hijo primogénito, cuando intentó anteponerlo a su hermano bendiciéndolo (Gén. 27, 5). Pero al hijo que el padre quiso, el Señor lo reprobó, y al

que el Señor quiso, el padre también lo bendijo aun no queriendo (Ibíd., 25, 34), para que aquel que ya había vendido la primogenitura a su hermano por comida no recibiera la bendición de los primogénitos, la cual habría dejado por la codicia de la gula: quien, ambicionando cosas terrenas, siguiendo cosas fugitivas, deseando heredar la bendición, fue reprobado. Pues no encontró lugar de penitencia, aunque con lágrimas la hubiera buscado, porque a saber no tienen fruto los lamentos que se esmeran en desear con gemido cosas perecederas. Así pues, Isaac no pudo abrir ni siquiera a su hijo, a quien Dios omnipotente por un justo juicio encerró en la cárcel de su malicia. Sigue:

CAPÍTULO X

[Rec. VI].

VERS. 15.---Si detuviere las aguas, todo se secará; si las enviare, subvertirán la tierra.

14. Retirada la predicación o la gracia, el corazón se seca.---Si por el agua se entiende la ciencia de la predicación, como está escrito: Aguas profundas son las palabras de la boca del hombre, y torrente que redunda es la fuente de la sabiduría (Prov. 18, 4), cuando el agua es detenida, todas las cosas se secan; porque si se retira la ciencia de los predicadores, los corazones de aquellos que podían verdecer en la esperanza eterna, al punto se secan; de modo que permanezcan en una sequedad desesperada, mientras, amando las cosas fugitivas, no saben esperar las que permanecen.

Pero si por el nombre del agua se designa la gracia del Espíritu Santo, como se dice por la voz de la Verdad en el Evangelio: El que cree en mí, como dice la Escritura, de su vientre fluirán ríos de agua viva (Jn. 7, 38. 39); donde inmediatamente el evangelista añadió: Pero esto dijo del Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en él; resulta evidente el sentido congruente en estas palabras, por las cuales dice: Si detuviere las aguas, todo se secará, porque si la gracia del Espíritu Santo se retira de la mente del oyente, al punto se seca el entendimiento, que ya por la esperanza parecía verdecer en el oyente. Y el hecho de que no mencione el agua, sino las aguas, con apelación de pluralidad, recurre a la gracia septiforme de los dones espirituales, porque cada uno es como inundado por tantas aguas cuantos dones recibe. Sobre lo cual se añade aptamente: Si las enviare, subvertirán la tierra.

15. Al soplo de la gracia, el corazón que gusta de lo terreno es subvertido y cambiado.---Pues ¿qué se entiende por tierra, sino el pecador, al cual se le dijo por sentencia: Tierra eres y a la tierra irás (Gén. 3, 19)? Permanece, pues, la tierra inmóvil, cuando el pecador desprecia obedecer los preceptos del Señor; cuando yergue el cuello de la soberbia, y cierra los ojos de la mente a la luz de la verdad. Pero porque está escrito: Sus pies se detuvieron, y la tierra se movió (Hab. 3, 6, según la LXX), porque cuando la verdad se fija en el corazón, la inmovilidad de la mente se agita, si la gracia del Espíritu Santo es infundida por don celestial junto con la voz del que predica, al

punto la tierra es subvertida, porque la dureza de la mente pecadora es cambiada de la obstinación de su propia inmovilidad 372, de modo que después se someta tanto llorando a los preceptos del Señor, cuanto antes por soberbia erguía el cuello del corazón contra el Señor. Verías, pues, que la tierra del corazón humano, infundida el agua del don divino, después tolera de buena gana las injurias que antes infligía con vehemencia; después incluso da lo suyo, que antes arrebataba aun lo ajeno; después atormenta la carne con la abstinencia, la cual antes se desbordaba por los mortíferos deleites de las torpezas con la saciedad de la carne; después incluso ama a sus perseguidores, a los que antes no quería amar ni siquiera a los que la amaban. [Vet. VII.] Por tanto, cuando la mente humana, infundida por el don divino, comienza a obrar contra lo que solía hacer, la tierra ha sido subvertida, porque ha sido puesto debajo lo que antes sobresalía, y ha sido elevada hacia arriba la faz que antes estaba oprimida en lo profundo.

16. Lo cual brilla maravillosamente en el converso Pablo.---Aplace, como ejemplo de este asunto, llamar a Pablo de entre los muchos al medio; el cual, cuando se dirigía a Damasco habiendo recibido cartas contra Cristo, infundida la gracia del Espíritu Santo en el camino, al punto fue cambiado de aquella su crueldad; y después recibió azotes por Cristo, los cuales venía a inferir a los cristianos; y el que antes, viviendo carnalmente, se esforzaba por entregar a la muerte a los santos del Señor, después se goza por la vida de los santos en inmolar el sacrificio de su propia

carne (1 Tim. 1, 13). Aquellos sus fríos pensamientos de crueldad se convirtieron en ardor de piedad; y el que antes fue blasfemo y perseguidor, después se hizo humilde y piadoso predicador (Hch. 9, 1). El que consideró como lucro máximo matar a Cristo en sus discípulos, ya estima que su vida es Cristo, y el morir lucro (Fil. 1, 21). Enviada, pues, el agua, la tierra ha sido subvertida, porque la mente de Pablo, tan pronto como recibió la gracia del Espíritu Santo, cambió el estado de su inmovilidad y crueldad. Por el contrario, el Señor se queja por el profeta contra Efraín, diciendo: Efraín se ha vuelto pan subcinericio, que no se voltea (Os. 7, 8). Pues el pan subcinericio, llevando sobre sí la ceniza, oprime hacia abajo la parte más limpia, y tiene la parte superior tanto más sucia cuanto en ella tolera la ceniza. La mente, pues, que piensa cosas terrenas, ¿qué otra cosa lleva sobre sí sino una mole de ceniza? Pero si quisiere voltearse, reduce a la parte superior la cara limpia que había oprimido hacia abajo, una vez que haya sacudido la ceniza que llevaba. Si, por tanto, sacudimos de la mente la ceniza de los pensamientos terrenos, volteamos como el pan subcinericio, para que ya deba posponerse aquella nuestra intención que antes oprimía la ceniza del pensamiento ínfimo; y la cara limpia venga a lo superior, para que nuestra recta intención ya no sea oprimida por la mole del deseo terreno. Lo cual de ningún modo podemos hacer, si no somos inundados por la gracia del Espíritu Santo, porque, a saber, si Dios omnipotente enviare las aguas, subvertirán la tierra. Sigue:

CAPÍTULO XI

[Vet. VIII].

VERS. 16.---En él está la fortaleza y la sabiduría.

17. En el juicio los réprobos serán condenados antes de que los electos sean dotados de gloria.---Un poco más arriba se había dicho: En él está la sabiduría y la fortaleza; pero ahora se dice: En él está la fortaleza y la sabiduría. Porque como el Dios omnipotente, cuando por el misterio de su piedad se hizo hombre, primero presentó la doctrina de la mansedumbre, y después en el juicio muestra de cuánta fortaleza es, rectamente arriba se menciona la sabiduría antes de la fortaleza, cuando se dice del Unigénito del Padre 373: En él está la sabiduría y la fortaleza. Pero porque, viniendo a juzgar, aparecerá en el terror de su virtud, y, rechazados los réprobos, indicará a sus electos en el reino perpetuo de qué manera es la sabiduría del Padre, rectamente en la sentencia subsiguiente se dice que en él está primero la fortaleza, y después la sabiduría. En las palabras anteriores, por tanto, en las que dice: En él está la sabiduría y la fortaleza, indica abiertamente que esto que manso enseñó cómo debía ser creído, lo mostrará terrible en la virtud del juicio. Pero en las palabras subsiguientes, en las que dice: En él está la fortaleza y la sabiduría, demuestra más claro que la luz que primero en el juicio destruye a los réprobos por la virtud, y después ilumina las mentes de los electos con la luz perfecta del reino eterno. Pero porque, antes del día del juicio final,

no cesa de juzgar diariamente los hechos de los mortales por disposiciones ocultas, se vuelve a esto que ahora se trata, cuando se añade:

CAPÍTULO XII

[Rec. VII].

VERS. 16, 17.---Él conoce tanto al que engaña como al que es engañado. Conduce a los consejeros a un fin necio y a los jueces al estupor.

18. Dios tanto conoce los dolo de los inicuos en el examen, como los desconoce en el amor.---Como todo el que intenta engañar a su prójimo es inicuo, y la Verdad dice a los inicuos: No os conozco, apartaos de mí todos los que obráis la iniquidad (Mt. 7, 23), ¿de qué manera se dice en este lugar que el Señor conoce al que engaña? Pero porque el saber de Dios a veces se dice por conocer, a veces por aprobar; y conoce al inicuo, porque conociéndolo lo juzga (pues de ningún modo habría juzgado a alguien como inicuo si no lo conociera), y sin embargo no conoce al inicuo, porque no aprueba sus hechos. Y lo conoce, por tanto, porque lo descubre; y no lo conoce, porque no lo reconoce en la belleza de su sabiduría: así como se dice de cualquier hombre veraz que no conoce la falsedad, no porque ignore cómo reprenderla cuando es dicha por él o por otros, sino que conoce esa misma falacia en el examen, y la desconoce en el amor, para que, a saber, él mismo no la cometa, aunque la condena cometida por otros. Y sucede frecuentemente que algunos, dándose a las acechanzas, tienden los lazos de

su propia perversidad a la vida ajena; y cuando se ve a alguien ser atrapado sin saberlo en esos mismos lazos, tal vez se duda si estas cosas son vistas divinamente; y los hombres se maravillan de que, si Dios ve estas cosas, por qué permite que se hagan; pero él mismo conoce al que engaña y al que es engañado. Pues conoce al que engaña, porque frecuentemente contempla sus actos anteriores, y por justo juicio permite que este caiga incluso en otros pecados. Conoce al que engaña, porque, abandonado en la mano de sus propias obras, lo desampara para que se precipite en cosas peores, como está escrito: El que daña, dañe todavía; y el que está en la inmundicia, ensúciese todavía (Apoc. 22, 11). Conoce también al que es engañado, porque a menudo los hombres cometen males que conocen, y por eso se les permite ser engañados, para que caigan en males que incluso desconocen. Lo cual, sin embargo, suele suceder a los engañados a veces para purgación, y a veces para el inicio de la venganza.

19. El fin necio de aquellos que hacen el bien no con buena intención.---Pero conduce a los consejeros a un fin necio, cuando hacen cualquier bien no con buena intención, sino que tienden a la retribución de un don temporal. Pues si el mismo Unigénito del sumo Padre, porque por el hecho de haberse hecho hombre anunció las cosas eternas, fue llamado Ángel del Gran Consejo, rectamente entendemos por consejeros a los predicadores, que ofrecen a sus oyentes el consejo de la vida. Pero cuando un predicador predica las cosas eternas para conseguir lucros temporales, cierta-

mente es conducido a un fin necio 374, porque tiende a través del trabajo hacia aquello de lo que debió huir por la rectitud de la mente.

[Vet. IX, rec. VIII.] 20. El estupor de aquellos que presiden sobre otros y no vigilan.---Bien, pues, se añade: Y a los jueces al estupor. Pues todos los que presiden para examinar las costumbres de otros son rectamente llamados jueces. Pero cuando el que preside de ningún modo discute solícitamente la vida de los súbditos, ni reconoce a quién ni cómo corregir, el juez ha sido conducido al estupor, porque el que debió juzgar los hechos mal realizados, de ningún modo descubre aquellas cosas que deben ser juzgadas. Sigue:

CAPÍTULO XIII.

VERS. 18.---Él desata el cinturón de los reyes, y ciñe con una cuerda sus lomos.

21. Dios castiga la elación de la mente con pecados carnales.---Los que saben regir bien los movimientos de sus miembros, no sin razón son llamados reyes. Pero cuando la mente es tocada por la elación a causa de esa misma continencia, frecuentemente el Dios omnipotente, desamparando su soberbia, permite que esta caiga en la inmundicia de la obra. Desata, pues, el cinturón de los reyes, cuando en aquellos que parecían regir bien sus miembros, por la culpa de la elación, destruye en ellos el cíngulo de la castidad. Pero ¿qué se entiende por la cuerda, sino el pecado? Como se dice por Salomón: Sus propias iniquidades atrapan al impío, y es ligado con las cuerdas

de sus propios pecados (Prov. 5, 22). Y porque en los lomos domina el deleite de la carne, el juez severo de las conciencias, que desata el cinturón de los reyes, ciñe con una cuerda sus lomos, para que, desatado el cíngulo de la castidad, a saber, el deleite del pecado domine sus miembros, de modo que muestre incluso en público cuán detestables son aquellos a quienes la soberbia mancha en lo oculto. Sigue:

CAPÍTULO XIV

[Rec. IX].

VERS. 19.---Lleva a los sacerdotes sin gloria, y suplanta a los optimates.

22. Los que descuidan el cuidado de sus súbditos, o buscan otra cosa que los premios eternos, no tienen gloria.---La gran gloria del sacerdote es la rectitud de sus súbditos. De donde bien dice el egregio predicador a sus discípulos: ¿Pues cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de gloria? ¿No lo sois vosotros ante el Señor? (1 Tes. 2, 19). Pero cuando los sacerdotes descuidan la vida de sus discípulos, y no dan ningún fruto ante el Señor por el progreso de ellos, ¿qué otra cosa se les llama sino sin gloria? Porque ante el juez severo ciertamente no encontrarán entonces la gloria, que ahora no buscan en las costumbres de sus súbditos por el estudio de la predicación. Pero bien se dice: Y suplanta a los optimates, porque cuando por justo juicio desampara la mente de los que gobiernan, esta no busca el premio interno de la retribución; y es suplantada en aquello por lo

que se engaña, de modo que en vez de la gloria eterna se felicite por el principado temporal. Son suplantados, por tanto, los optimates, porque mientras descuidan los verdaderos premios de la patria celestial, caen aquí en sus propios placeres. Sigue:

CAPÍTULO XV.

VERS. 20.---Mudando el labio de los veraces, y quitando la doctrina de los ancianos.

23. Dios da la palabra de verdad a los que la cumplen, y la quita a los que no la cumplen.--- Cuando el sacerdote no hace las cosas buenas que dice, también se le sustrae el habla, para que no se atreva a decir lo que no obra, como se dice por el Profeta: Pero al pecador dijo Dios: ¿Por qué tú cuentas mis justicias, y tomas mi testamento por tu boca (Sal. 49, 16)? De donde también suplica, diciendo: Y no quites de mi boca la palabra de verdad de ninguna manera (Sal. 118, 43). Pues consideró que Dios omnipotente da la palabra de verdad a los que la cumplen, y la quita a los que no la cumplen. El que, por tanto, pidió que esto no fuera quitado de su boca, ¿qué otra cosa buscó sino la gracia de la buena operación? Como si abiertamente dijera: No me permitas errar de la buena obra, para que mientras pierdo el orden de vivir bien, no pierda la rectitud de hablar. [Vet. X.] Y a menudo el doctor que se atreve a enseñar lo que descuida hacer, cuando ha dejado de decir las cosas buenas que despreció obrar, empieza a enseñar a sus súbditos las cosas depravadas que hace, para que por el justo juicio

de Dios omnipotente, ya no tenga lengua en el bien quien rehúsa tener una buena vida, de modo que cuando su mente se enciende con el amor de las cosas terrenas, hable siempre de las cosas terrenas. De donde en el Evangelio dice la Verdad: De la abundancia del corazón habla la boca: El hombre bueno del buen tesoro saca cosas buenas, y el hombre malo del mal tesoro saca cosas malas (Mt. 12, 34; Lc. 6, 45). De aquí también dice Juan: Ellos son del mundo, por eso del mundo hablan (1 Jn 4, 5). Bien pues se dice: Mudando el labio de los veraces, y quitando la doctrina de los ancianos, porque estos que antes eran veraces predicando las cosas celestiales, mientras amando lo temporal caen a lo terreno, el labio de los veraces se muda, y la doctrina de los ancianos se quita, porque amando lo temporal mínimamente siguen los preceptos de sus mayores, para que tengan el lugar del régimen como para el fruto de la voluptuosidad, no para el uso del trabajo.

24. Los judíos negaron presente a Cristo a quien habían dicho que vendría.---Lo cual, sin embargo, se entiende más claramente de los judíos, quienes antes de la encarnación del Señor fueron veraces, porque creyeron que él vendría y lo anunciaron; pero después de que apareció en la carne, negaron que fuera él. El labio de los veraces, por tanto, fue mudado, porque negaron presente a quien habían dicho que vendría. Y la doctrina de los ancianos fue quitada, porque de ninguna manera siguieron creyendo aquellas cosas que recordaron que sus padres habían predicho. De donde también se promete que, vi-

niendo Elías, reducirá los corazones de los hijos a sus padres (Mal. 4, 6), para que la doctrina de los ancianos que ahora está quitada del corazón de los judíos, vuelva entonces por la misericordia del Señor, cuando los hijos empiecen a entender acerca del Señor esto mismo que predicaron los padres. Pero si por ancianos recibimos también a esos mismos judíos que, persuadiéndoles la perfidia, intentaron contradecir la palabra de la Verdad, la doctrina de los ancianos fue quitada después de que la Iglesia de las gentes, a saber la jovencilla, la recibió, la cual dice por el Salmista: Sobre los ancianos entendí (Sal. 118, 100). La cual, porque la mantuvo obrando, mostró cómo entendió sobre los ancianos, cuando inmediatamente añade diciendo: Porque busqué tus mandatos. Pues porque se esmeró en cumplir obrando lo que aprendió, recibió entender lo que enseñara. De donde todavía aptamente se añade:

CAPÍTULO XVI.

VERS. 21.---Derrama el desprecio sobre los príncipes, y aliviando a los que habían sido oprimidos.

25. Los judíos despreciados por su infidelidad. Los gentiles erguidos de su caída por la fe.---Pues cuando el pueblo de los judíos permanecía en el mandato de la ley, y toda la gentilidad no conocía ningún precepto de Dios, tanto aquellos parecían tener el principado por la fe, como estos yacían oprimidos en lo profundo por la infidelidad. Pero cuando Judea negó el misterio de la encarnación del Señor, y la gentilidad creyó, tanto los prínci-

pes cayeron en el desprecio, como aquellos que habían estado oprimidos en la culpa de la perfidia fueron elevados a la libertad de la verdadera fe. Jeremías, viendo mucho antes esta caída de los israelitas, dijo: Se ha vuelto el Señor como un enemigo, ha precipitado a Israel, ha precipitado todos sus muros, ha disipado sus fortificaciones (Lam. 2, 5). Pues los muros en las ciudades son para ornamento, pero las fortificaciones son para la defensa. [Vet. XI.] Y unos son los dones que nos defienden, otros los que nos adornan. Pues la doctrina profética, los géneros de lenguas, la virtud de las curaciones, son como ciertos muros de la mente. Los cuales, aunque alguien no los tenga, puede estar defendido por la fe y la justicia 376, aunque mínimamente parezca estar adornado por la altura de las virtudes. Pero la esperanza, la fe y la caridad no son nuestros muros, sino nuestras fortificaciones; las cuales, si descuidamos tener, estamos expuestos a las asechanzas hostiles. De Judea, por tanto, porque quitó la profecía y la doctrina, o los signos de los milagros, precipitó los muros. Pero porque permitió que se quitaran la esperanza, la fe y la caridad a causa de su dureza, se esmeró en disipar sus fortificaciones. Pero se guardó el orden recto, de modo que primero se dijeran disipados los muros, y después las fortificaciones, porque cuando el alma pecadora es abandonada, primero se destruyen en ella los dones de las virtudes, que son dados para la manifestación del espíritu, y después los fundamentos de la esperanza, la fe y la caridad. Todas las cuales cosas el Señor, quitadas a los pérfidos,

las concedió a la gentilidad, y con aquello que quitó a los infieles adornó las mentes de los fieles. De donde está escrito: Y de la belleza de la casa repartir los despojos (Sal. 67, 13). Pues cuando quitó los despojos de las virtudes a los judíos, dio la belleza de los dones a la casa del corazón de los gentiles, la cual se dignó habitar por la fe. Lo cual ciertamente se realizó cuando, tanto el pueblo de los judíos recibió las palabras de Dios según la sola letra que mata, como la gentilidad conversa las penetró por el espíritu que vivifica. De donde pronto se añade:

CAPÍTULO XVII

[Rec. X].

VERS. 22.---El cual revela las cosas profundas de las tinieblas, y saca a la luz la sombra de la muerte.

26. Cristo reveló las cosas ocultas, y cambió la sombra de la muerte en luz.---Pues cuando cualesquiera cosas místicas de las palabras ocultas de los profetas son reconocidas por los creyentes, ¿qué otra cosa sino las profundidades son reveladas de las tinieblas? De donde también la Verdad misma, hablando a los discípulos en parábolas, dice: Lo que os digo en tinieblas, decidlo en la luz (Mt 10, 27). Pues cuando soltamos los nudos místicos de las alegorías mediante la explicación, decimos en la luz lo que oímos en tinieblas. Mas la sombra de la muerte era la dureza de la ley, que sancionaba que cada uno que pecara fuera castigado con la muerte del cuerpo. Pero después

que nuestro Redentor templó la aspereza de la sanción legal por la mansedumbre, y ya no constituyó que se infiriera la muerte de la carne por la culpa, sino que indicó cuánto debía temerse la muerte del espíritu, sin duda alguna sacó a la luz la sombra de la muerte. [Vet. XXII.] Pues esta muerte en la que la carne se separa del alma es sombra de aquella muerte en la que el alma se separa de Dios. Por tanto, la sombra de la muerte es sacada a la luz cuando, entendida la muerte del espíritu, la muerte de la carne mínimamente se teme. Lo cual, sin embargo, también puede entenderse de otro modo. Pues no sin merecimiento son llamados príncipes los que siempre presiden sus propios pensamientos con gran juicio de consejo, y reprimen todos los movimientos necios con la potestad de la sabiduría. Pero a menudo sucede que en lo oculto el ánimo se eleva en el orgullo de la elación por su misma sabiduría, y cae bajo aquellos vicios de los cuales se alegraba de haber sido vencedor. Rectamente, pues, se dice: Derrama el desprecio sobre los príncipes. Pero porque a veces estos que parecen yacer en los vicios corren a los lamentos de la penitencia, y se erigen contra las culpas a las que estaban sujetos, aptamente se añade: Y aliviando a los que habían sido oprimidos. Pues algunos, ilustrados por el don supremo, ven en cuánta torpeza de sus pecados yacen, lavan las manchas de sus hechos con lágrimas, y reprimen después bajo sí los movimientos de su carne, por los cuales antes eran oprimidos.

377 27. Por una gran dispensación de Dios todo se tiene aquí por incierto.---Lo cual ciertamente se hace por una gran dispensación de Dios omnipotente, a saber, para que en esta vida todo se tenga por incierto, y ninguno se enorgullezca de la castidad poseída, porque derrama el desprecio sobre los príncipes. Ninguno desespere por la depresión de sus vicios, porque alivia a los que habían sido oprimidos. Y puesto que cuando estas cosas se hacen, se produce una sentencia abierta de los consejos ocultos de Dios sobre cada uno, rectamente se añade: Y revela las profundidades de las tinieblas.

28. Dios en sus juicios ocultos todo lo ve y no es visto.---Pues el Señor revela las profundidades de las tinieblas cuando indica una sentencia abierta de sus consejos ocultos, para mostrar lo que siente de cada uno. Porque, pues, el Creador ve ahora todas las cosas, y Él mismo no es visto en sus consejos, rectamente se dice de Él por el Salmista: Puso las tinieblas por su escondite (Sal 17, 12). Pero como que sale de estas tinieblas a la luz cuando muestra lo que siente de los actos de cada uno. Y porque cuando aquel que estaba oprimido por el peso de sus pecados es conducido al estado de rectitud, primero contempla esa misma muerte en la que también solía desfallecer, y no sabía considerar esto, rectamente se añade: Y saca a la luz la sombra de la muerte. Pues la sombra de la muerte es la obra depravada que, por la imitación del antiguo enemigo, se expresa como por los lineamientos del cuerpo. Del cual también se dice bajo una cierta significación: Y su nombre era

Muerte (Ap 6, 8). Y la mayor parte de las veces su pensamiento maligno se oculta a las mentes de los hombres, y por esto mismo que no se conoce prevalece más. Por tanto, la sombra de la muerte es sacada a la luz mientras se abre a las mentes de los santos la obra maligna del antiguo enemigo, para que pueda ser destruida. Sigue:

VERS. 23.---El cual multiplica las gentes, y las pierde, y a las subvertidas las restituye íntegramente.

29. Por los juicios ocultos de Dios unos caen, otros resurgen.---Tal vez puede entenderse que el Señor multiplica las gentes y las pierde, porque nacen diariamente los que han de morir; y a las subvertidas las restituye íntegramente, porque resurgirán los que hubieren muerto. Lo cual, sin embargo, lo aceptamos mejor si percibimos cómo se hace esto en la mente de ellas. Pues multiplica las gentes y las pierde, porque tanto las extiende por la fecundidad de la prole, como las deja en su propia infidelidad. Pero a las subvertidas las restituye íntegramente, porque a las que había dejado en la caída de la infidelidad, en algún momento las vuelve al estado de la fe. Restituidas las cuales ciertamente en la integridad de la mente, aquel antiguo pueblo, que parecía ser fiel a Dios, reprobado, fue rechazado en su corazón, de modo que engañado por su propia perfidia, después se insurgió contra aquel mismo que antes predicó. Sigue:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 24, 25.---El cual muda el corazón de los príncipes del pueblo de la tierra, y los engaña para que caminen en vano por lo invío. Palparán como en tinieblas, y no en la luz, y los hará errar como ebrios.

30. La ceguera de los judíos hacia Cristo que padece cosas humanas, pero muestra cosas divinas.---Pues el corazón de los príncipes de la tierra fue mudado cuando en Judea los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo intentaban oponerse con su consejo a aquel que antes predicaban que habría de venir. Y cuando se esforzaban por extinguir su nombre persiguiéndolo, engañados por su propia malicia, intentaban en vano caminar por lo invío, porque el camino no podía estar abierto a su crueldad contra el Autor de todo; veían milagros, se aterraban por su virtud; pero, rehusando creer, todavía buscaban señales, diciendo: ¿Qué 378 señal, pues, haces tú, para que veamos y te creamos? ¿qué obras? (Jn 6, 30). Bien, pues, se dice: Palparán como en tinieblas, y no en la luz. Pues el que entre tantos milagros manifiestos trepida, palpa como en tinieblas, porque lo que toca no lo ve. Mas todo el que yerra, ahora es llevado acá, ahora allá. Y porque a veces se mostraba que creían, diciendo: Si este no fuera de Dios, no podría hacer nada (Jn 9, 33); pero otras veces negaban que este fuera de Dios, diciendo con desprecio: ¿No es este el hijo del carpintero? ¿no se llama su madre María, y sus hermanos Santiago, y José, y Simón, y Judas, y sus hermanas no están todas entre nosotros? (Mt 13, 55); rectamente se añade: Y los hará errar como ebrios. [Vet. XIV.] Pues lo

veían tanto resucitar a los muertos como, sin embargo, ser mortal. ¿Quién no creería que es Dios aquel a quien veían resucitar a un muerto? Pero de nuevo, al verlo mortal, despreciaban creer que este fuera el Dios inmortal. Por esto, pues, que Dios omnipotente se exhibió tal ante sus ojos, que podía tanto mostrar cosas divinas como padecer cosas humanas, los hizo errar como ebrios, para que la soberbia de ellos, que prefirió despreciar el misterio de su encarnación antes que seguirlo, tanto se ensalzara contra su humanidad como se admirara de la potencia de su Divinidad que lucía en su interior. Todas las cuales cosas, porque se hicieron presentes a los ojos del bienaventurado Job por el espíritu de profecía, rectamente se añade:

CAPÍTULO XX

[Rec. XII].

JOB CAP. XIII. VERS. 1.---He aquí todas las cosas.

31. Job era fuerte en el espíritu de profecía.---Pues veía en Aquel como presentes las cosas que habrían de seguir, para quien ni las cosas futuras vienen, ni las pasadas se van, sino que todas a la vez asisten ante sus ojos. Y porque vio que esas mismas cosas que habrían de venir, unas consistían en obras, otras en dichos, rectamente se añade,---IBID.:---Y lo vio mi ojo, y lo oyó mi oído. Pero los dichos no tienen utilidad si carecen de entendimiento. De donde aptamente se añade,---IBID.:---Y entendí cada una de ellas. Pues cuando

algo se muestra o se oye, si no se concede el entendimiento, de ningún modo es profecía. Pues Faraón vio por un sueño las cosas que habrían de venir a Egipto (Gén 41, 2, ss.); pero porque no pudo entender lo que vio, no fue profeta. El rey Baltasar miró los dedos de la mano que escribía en la pared (Dan 5, 5); pero no fue profeta, porque no recibió el entendimiento de la cosa que había visto. Para que, pues, el bienaventurado Job testifique que tiene el espíritu de profecía, asevera no solo que vio y oyó, sino también que entendió todas las cosas. De cuyo entendimiento, puesto que no se enorgullece, sus palabras añadidas lo testifican cuando dice:

CAPÍTULO XXI.

VERS. 2.---Según vuestra ciencia yo también sé, ni soy inferior a vosotros.

32. No se hinchó por este don recibido.---Por cuyas palabras ciertamente se dio a conocer de cuánta humildad fue, el cual niega ser inferior a aquellos cuya vida había trascendido de lejos viviendo santamente. Pues también confirma que sabe según la ciencia de ellos, quien, sabiendo las cosas celestiales, traspasaba los pensamientos terrenales de ellos también por el espíritu de profecía. Sigue:

CAPÍTULO XXII

[Rec. XIII].

VERS. 3.---Mas sin embargo hablaré al Omnipotente, y deseo disputar con Dios.

33. El que ahora es familiar a Dios en la oración, después juzgará con Él mismo.---Hablamos con el Omnipotente mientras suplicamos su misericordia; mas disputamos con Él cuando, uniéndonos a su justicia, discutimos nuestros hechos con sutil indagación. O ciertamente 379 disputar con Dios es que aquel que aquí obedeció sus preceptos venga después con Él como juez para juzgar a los pueblos, como se dice a los predicadores que lo dejan todo: Vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se siente en la sede de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mt 19, 28). De donde también el Señor dice por Isaías: Socorred al que padece injuria, juzgad al pupilo, y justificad a la viuda, y venid, disputemos (Is 1, 17-18). Pues es recto que disputen con Dios sobre los pupilos en el juicio quienes por las palabras de Dios abandonan perfectamente el presente siglo. Hablar, pues, pertenece a la oración, disputar al juicio. El varón santo, por tanto, habla ahora al Omnipotente para disputar después con el Omnipotente, porque aquel viene después con Dios como juez, que aquí le ha sido familiar en la oración. Pero la santa Iglesia, de la cual ya a menudo hemos dicho que el bienaventurado Job representa la figura (especialmente en el Prefacio, c. 6 y ss.), no solo juzga entonces sobre los inicuos, cuando llegare el día del último juicio, sino que también ahora

no cesa de juzgar sobre todos los que obran mal, o sienten neciamente. De donde también se añade:

CAPÍTULO XXIII

[Vet. XV].

VERS. 4.---Mostrándoos primero como fabricadores de mentiras, y cultivadores de dogmas perversos.

34. Los herejes son fabricadores de mentiras.---Por cuyas palabras ciertamente se muestra abiertamente que sus amigos, como por una especie de herejes, se oponen a los juicios del varón santo. Pues consta que no representan la figura de los católicos quienes son llamados cultivadores de dogmas perversos. En lo cual también conviene que se atienda que son llamados fabricadores de mentiras. Pues así como un edificio se fabrica con piedras, así la mentira se fabrica con palabras. Pues donde no hay una locución engañosa, sino el sentido de la verdad, surge como una mole fortificada, no por la fábrica, sino por la naturaleza. Sigue:

CAPÍTULO XXIV.

VERS. 5.---¡Y ojalá callarais, para que fuerais tenidos por sabios!

35. El silencio es útil para ocultar la estulticia.---Así como cuando la puerta está cerrada en una casa se ignora qué miembros se ocultan dentro, así la mayor parte de las veces el necio, si callare, se esconde si es sabio o necio, si sin

embargo no brotan otras obras que hablen el sentido incluso del que calla. El varón santo, por tanto, mirando que sus amigos querían parecer lo que no eran, los amonestó a callar, para que no pudieran parecer lo que eran. De donde también se dice por Salomón: El necio, si callare, será tenido por sabio (Prov 17, 28). Pero porque el necio, cuando habla, por esto que introduce lo suyo no es suficiente para sopesar las palabras de los sabios, rectamente todavía, después que indicó el silencio, añade:

CAPÍTULO XXV.

VERS. 6.---Oíd, pues, mis correcciones, y atended al juicio de mis labios.

36. La corrección es necesaria para los necios.---Bien introdujo primero la corrección, y después el juicio, porque si no se deprime primero el tumor del necio por la corrección, de ningún modo se conoce el juicio del justo por el entendimiento. Sigue:

CAPÍTULO XXVI.

VERS. 7.---¿Acaso Dios necesita vuestra mentira, para que habléis engaños por Él?

37. La Verdad no busca ser apoyada por el auxilio de la falsedad.---Dios no necesita de la mentira, porque la verdad no busca ser apoyada por el auxilio de la falsedad. Pero los herejes, porque no pueden defender por la verdad aquellas cosas que entienden depravadamente sobre Dios, como para probar un rayo de luz, requieren

la sombra de la falsedad. Y hablan engaños por Él 380, mientras engañan a las mentes débiles en el entendimiento de Él con una necia seducción. Sigue:

CAPÍTULO XXVII.

VERS. 8.---¿Acaso aceptáis su persona, y os esforzáis por juzgar en lugar de Dios?

38. Los necios juzgan a los demás tanto más severamente cuanto más profundamente ignoran lo propio.---Cuando los necios contemplan los hechos de los prudentes, todas estas cosas les parecen reprensibles; ellos, olvidados de su propia impericia e infirmidad, juzgan a los demás tanto más intensamente cuanto más profundamente ignoran lo propio. Por el contrario, los justos, cuando rebaten los hechos de los malvados, siempre conscientes de su propia infirmidad, los reprenden, aunque por fuera mostrándose severos, sin embargo por dentro compadeciéndose; porque solo a Aquel pertenece discutir los pecados de los hombres sin compasión, quien por la omnipotencia de su naturaleza ignora el pecar. Puesto que, por tanto, los amigos del bienaventurado Job habían reprendido sus hechos de tal modo como si ellos mismos no tuvieran nada reprensible, rectamente se dice ahora: ¿Acaso aceptáis su persona, y os esforzáis por juzgar en lugar de Dios? Pues aceptar su persona es tomar su autoridad en el juicio; y se esfuerza por juzgar como en lugar de Dios quien, cuando reprende cualquier cosa débil en otro, no se debilita en su interior por la compasión. Sigue:

CAPÍTULO XXVIII.

VERS. 9.---¿O le agradará a Aquel a quien nada puede ocultársele; o será engañado, como un hombre, por vuestros engaños?

39. Los herejes, mientras fingen defender a Dios, le ofenden.---Los herejes muestran fraude a Dios, porque aseguran aquellas cosas que de ningún modo agradan a Aquel por quien hablan; y mientras se esfuerzan por defenderle, por así decirlo, le ofenden, mientras caen en la adversidad de Aquel a quien parecen servir con su predicación. De donde también se dice por el Salmista: Para que destruyas al enemigo y al defensor (Sal. VIII, 3). Pues todo hereje es enemigo y defensor del Dios omnipotente, porque desde donde se esfuerza por defenderle, por así decirlo, desde allí se opone a su verdad. Pero porque nada puede estar oculto para Dios, Él juzga en ellos lo que sienten por dentro, no lo que parecen servir por fuera. Puesto que, por tanto, Dios no se engaña con sus fraudes como un hombre, rectamente se añade:

CAPÍTULO XXIX.

VERS. 10, 11.---Él ciertamente os reprenderá, porque en lo oculto aceptáis su persona. Tan pronto como se conmueva, os turbará, y su terror caerá sobre vosotros.

40. Qué pena merecen quienes impugnan la verdad conocida.---Esto, que afirma que la persona de Dios es aceptada en lo oculto, puede entenderse de dos modos. Pues hay algunos que sienten la verdad en su corazón, y sin embargo

dicen por fuera cosas falsas sobre Dios. Pues para no parecer vencidos, conocen la verdad en su interior, y sin embargo la impugnan por fuera. De donde ahora se dice bien: Él ciertamente os reprenderá, porque en lo oculto aceptáis su persona. Como si se dijera abiertamente: Tanto más sois reprensibles de falsedad ante Él, cuanto que veis incluso en vosotros mismos lo que es verdadero. Y hay algunos que cuando vuelven a su mente, contemplan la justicia y la rectitud de Dios, y tiemblan orando y llorando; pero después de que ha pasado la hora de la contemplación, vuelven tan audaces a las iniquidades como si, puestos a sus espaldas, no fueran vistos en absoluto por la luz de su justicia. Estos, por tanto, en lo oculto de su interior reciben la persona de Dios como si lo vieran corporalmente, porque tanto le halagan con llantos cuando se hacen presentes, como le detractan con sus costumbres cuando se retiran como de su vista. Quienes tanto más han de ser heridos por sus males, cuanto que también conocen en el secreto de su pensamiento los rectos juicios de Dios. De donde también se añade: Tan pronto como se conmueva, os turbará; y su terror caerá sobre vosotros.

41. Los justos temen a Dios antes de que le experimenten airado.---Siendo el Dios omnipotente de naturaleza inmutable, en la ira del juicio no es perturbable. Pero con palabra humana se llama movimiento de Dios a esa misma estrechez de su rectitud, con la cual la depravación humana es herida. Pero los varones justos temen a Dios antes de que su ira se mueva contra ellos; y

para no sentirlo conmovido, lo temen tranquilo. Pero por el contrario, los perversos solo entonces temen ser heridos cuando son heridos; y entonces su terror los despierta del sueño de su torpor, cuando la venganza los turba. De donde también se dice por el profeta: Y solo la vejación dará entendimiento al oído (Isai. XXVIII, 19). Pues cuando por los preceptos de Dios despreciados y menospreciados hayan comenzado a ser azotados por la venganza, entonces entienden lo que oyeron. Y el Salmista dice: Cuando los mataba, entonces lo buscaban (Sal. LXXVII, 34). Bien se dice, por tanto: Tan pronto como se conmueva, os turbará; y su terror caerá sobre vosotros, porque para los corazones de los réprobos no el temor produce descanso, sino la pena el temor. Sigue:

CAPÍTULO XXX.

VERS. 12.---Vuestra memoria será comparada con la ceniza.

42. La memoria de los soberbios se compara con la ceniza arrebatada por el viento, y con el lodo.---Todos los que por el pensamiento terreno se conforman a este siglo, se esfuerzan por todo lo que hacen por dejar su memoria a este mundo. Unos por títulos de guerras, otros por altos muros de edificios, otros por elocuentes libros de doctrinas seculares, trabajan instantemente, y se edifican un nombre de memoria. Pero como la vida misma corre más velozmente hacia el fin, ¿qué permanecerá fijo en ella, cuando ella misma velozmente móvil pasa de largo? Pues una brisa arrebata la ceniza, como está escrito: No así los

impíos, no así, sino como el polvo, que el viento arroja de la faz de la tierra (Sal. I, 4). Rectamente, por tanto, la memoria de los necios se compara con la ceniza, porque se pone allí donde puede ser arrebatada por una brisa. Pues por mucho que cualquiera trabaje por perfeccionar la gloria de su nombre, ha puesto su memoria como ceniza, porque el viento de la mortalidad la arrebata más pronto. Por el contrario, del justo está escrito: En memoria eterna estará el justo (Sal. CXI, 4). Pues por eso mismo, por lo que imprime sus hechos solo ante los ojos de Dios, fija el nombre de su memoria en la eternidad. Sigue:

CAPÍTULO XXXI.

IBÍD.---Y vuestras cervices serán reducidas a lodo.

43. Así como por el ojo la vista, así por la cerviz suele designarse la soberbia. La cerviz, por tanto, es reducida a lodo cuando cada soberbio es humillado en la muerte, y la carne elevada se deshace en la podredumbre. Contemplemos, en efecto, qué clase de cadáveres de ricos yacen en los sepulcros, cuál es la imagen de la muerte en esa carne extinguida, qué podredumbre de corrupción. Y ciertamente eran ellos los que se ensalzaban con honores, se hinchaban con las cosas poseídas, despreciaban a los demás, y se gozaban como si solo ellos existieran; y mientras no sopesaban hacia dónde tendían, no sabían lo que eran. Pero la cerviz ha sido reducida a lodo, porque yacen despreciados en la podredumbre los que se hinchaban en la vanidad. A lodo es

reducida la cerviz, porque la podredumbre de la corrupción prueba cuánto vale la potencia de la carne. Sigue:

CAPÍTULO XXXII.

VERS. 13.---Callad por un poco, para que yo hable lo que mi mente me sugiera.

44. Quienes hablan carnalmente han de ser llamados al silencio.---Indica que habían hablado según el sentido de la carne aquellos a quienes por eso restringe al silencio, para decir las cosas que su mente le sugiera. Como si dijera abiertamente: No hablo yo carnalmente, sino espiritualmente, porque por el sentido del espíritu oigo lo que por el ministerio del cuerpo profiero. De donde pronto asciende a las cosas altas, y se eleva en los misterios, y cambia la increpación que había proferido en palabras místicas, diciendo:

CAPÍTULO XXXIII.

VERS. 14.---¿Por qué desgarro mis carnes con mis dientes, y llevo mi alma en mis manos?

45. Los justos castigan sus delitos más leves con grandes tormentos en sí mismos.---En la Sagrada Escritura, por los dientes suelen entenderse a veces los santos predicadores, y a veces los sentidos internos. Pues de los santos predicadores se ha dicho a la esposa: Tus dientes como rebaños de trasquiladas, que subieron del lavadero (Cant. IV, 2). De donde también se dice a uno de ellos, mostrándosele en figura las gentes: Mata y come (Hech. X, 13); esto es, tritura su

antigüedad y conviértelos al cuerpo de la Iglesia, a saber, a tus miembros. De nuevo, porque por los dientes suelen entenderse los sentidos interiores, el profeta Jeremías testifica diciendo: Quebrantó mis dientes según el número (Lam. III, 10). Pues por los dientes se tritura el alimento para que sea tragado. De donde no inmerecidamente entendemos por los dientes los sentidos internos, que mastican y desmenuzan, por así decirlo, cada una de las cosas que piensan, y las transmiten al vientre de la memoria. A los cuales el profeta dice quebrantados según el número, porque según la medida del pecado de cada uno se genera en los sentidos una ceguera de inteligencia, y según lo que cada uno ha hecho exteriormente, en eso se entorpece respecto a lo que pudo entender de las cosas internas e invisibles. De donde rectamente también está escrito: Todo hombre que comiere la uva acerba, sus dientes se entorpecerán (Ezeq. XVIII, 2; Jer. XXXI, 30). Pues ¿qué es la uva acerba sino el pecado? En efecto, la uva acerba es el fruto antes de tiempo. Pues quienquiera que desea saciarse con los deleites de la vida presente, se apresura a comer el fruto como antes de tiempo. Quien, por tanto, come la uva acerba, sus dientes se entorpecen, porque quien se alimenta con el deleite del mundo presente, sus sentidos internos se ligan, de modo que ya no puedan masticar, esto es, entender, las cosas espirituales, porque desde donde se deleitaron en lo exterior, desde allí se entorpecen en lo íntimo. Y mientras el alma se alimenta del pecado, no puede comer el pan de la justicia, puesto que los dientes ligados, por la

costumbre del pecado, de ningún modo pueden comer lo justo que sabe por dentro. En este lugar, por tanto, porque entendemos por dientes, como hemos dicho, los sentidos internos, debemos considerar grandemente qué suelen hacer los justos. Quienes frecuentemente, si de algún modo detectan en sí cosas carnales por levemente que sea, retractando estas en sus sentidos internos, las persiguen vehementemente en sí mismos, se trituran con la aflicción, y con grandes tormentos juzgan incluso las más mínimas cosas depravadas en sí, y las condenan por la penitencia. Lo cual hacen por esto, para que ante la vista del eterno Juez también ellos deban ser hallados, en cuanto es posible, irreprensibles, y para que estos que los ven juzgarse así se enciendan en enmendarse de culpas más graves. Lo cual, evidentemente, el bienaventurado Job había hecho ante sus amigos que poseían la gloria temporal y alababan los bienes pasajeros; pero sin embargo no podía conducir el sentido de ellos a conocer la utilidad de su azote, de modo que pudieran sopesar que el Dios omnipotente no solo otorgaba cosas prósperas, sino que a veces también infligía misericordiosamente cosas adversas. De donde bien dice ahora: ¿Por qué desgarro mis carnes con mis dientes? Como si dijera abiertamente: ¿Por qué discuto con mis sentidos internos las cosas carnales, si en mí se hubieran hecho algunos hechos, si no puedo aprovechar a mis espectadores? Donde también se añade aptamente: Y llevo mi alma en mis manos.

46. No solo su provecho, sino la edificación del prójimo buscan en todas las cosas.---Llevar el alma en las manos es mostrar la intención del corazón en la obra. Pues tienen los justos esto como propio: que en todo lo que dicen y en todo lo que hacen, no solo buscan su propio provecho, sino también la edificación de los prójimos. Y a veces en algunas cosas se juzgan a sí mismos, para llamar a los oyentes perezosos a considerarse a sí mismos. A veces muestran las buenas obras, para que quienes las contemplan se avergüencen de no imitar lo que ven. Pues está escrito: Vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos (Mat. V, 16). El que, por tanto, insinúa su intención por medio de las obras, lleva su alma en sus manos. Pero cuando cualquier justo no aprovecha ni juzgándose a sí mismo, ni mostrando buenas obras, para la utilidad de los prójimos, vuelve por aquello que ha hecho a palabras de dolor. De donde ahora rectamente se dice: ¿Por qué desgarro mis carnes con mis dientes, y llevo mi alma en mis manos? Esto es, ¿por qué o me juzgo estrechamente ante los hombres, o muestro qué pretendo en la obra, si no aprovecho a la utilidad de los prójimos ni juzgando las cosas malas, ni mostrando las buenas? Pero sin embargo los justos, incluso cuando dicen estas cosas, nunca desfallecen en ofrecer un buen ejemplo a los prójimos. De donde todavía ante sus amigos el bienaventurado Job, exhibiendo y mostrando la virtud de la paciencia, dice:

CAPÍTULO XXVII.

VERS. 15.---Aunque me mate, en Él esperaré.

47. El justo alaba a Dios incluso en las adversidades.---Nunca está la virtud de la paciencia en las cosas prósperas. Pero aquel es verdaderamente paciente, el que es desgastado por las adversidades, y sin embargo no se tuerce de la rectitud de su esperanza. Pues del sentido del réprobo está escrito: Y te confesará cuando le hagas bien (Sal. XLVIII, 19). En esto, por tanto, la mente justa se distingue de la injusta, en que confiesa la alabanza del Dios omnipotente incluso entre las adversidades, en que no se rompe con las cosas, no cae con la caída de la gloria exterior, sino que en esto más bien demuestra qué tal era con las cosas, la que permanece más robusta incluso sin las cosas. Sigue:

CAPÍTULO XXXV.

VERS. 15, 16.---No obstante, reprenderé mis caminos en su presencia, y Él será mi salvador.

48. No sabe perdonar sus propias culpas para que Dios perdone.---Como dice el apóstol Pablo: Si nosotros mismos nos juzgáramos, ciertamente no seríamos juzgados (I Cor. XI, 31), el Señor es hallado entonces salvador, cuando ahora, por temor a Dios, nuestro pecado es reprobado por nosotros mismos. De donde todos los elegidos nunca saben perdonar sus propias culpas, para poder encontrar aplacado al Juez de las culpas. Y verdaderamente creen que después le encontrarán salvador a Aquel a quien ahora temen como Juez riguroso. Pues el que ahora se perdona a sí mismo en la culpa, no es perdonado después en

la pena. Diga, pues: No obstante, reprenderé mis caminos en su presencia. Y añada qué utilidad sigue de esta reprensión: Y Él será mi salvador. Sigue:

CAPÍTULO XXXVI

[Rec. XVIII].

IBID.---Porque no vendrá a su presencia todo hipócrita.

49. El hipócrita huye de la presencia de Dios, mientras desea agradar a los ojos humanos.--- Puesto que consta que el juez que viene pondrá a las ovejas a la derecha, y a los cabritos a la izquierda (Mat. XXV, 33), ¿por qué razón se dice ahora que el hipócrita no ha de venir a su presencia, quien ciertamente, si estuviere entre los cabritos, aparecerá a la izquierda del juez? [Vet. XX.] Pero se ha de saber que de dos modos venimos a la presencia del Señor. De uno, por cierto, por el cual aquí, pesando sutilmente nuestros pecados, los castigamos en su presencia, y los juzgamos llorando. Pues cuantas veces traemos al sentido la potencia de nuestro Creador, tantas veces estamos en su presencia. De donde rectamente también se dice por el varón de Dios Elías: Vive el Señor Dios de Israel, en cuya presencia estoy (III Reyes XVII, 1). De otro modo también venimos a la presencia del Señor, cuando en el juicio final asistimos ante su tribunal. El hipócrita, por tanto, por el examen último viene ante la presencia del juez; pero porque ahora disimula considerar y llorar sus culpas, rehúsa venir a la presencia del

Señor. Pues así como los varones justos, cuando contemplan el rigor del juez venidero, traen sus pecados a la memoria, lloran lo que cometieron, y se juzgan rigurosamente a sí mismos, para no ser juzgados; así los hipócritas, cuanto más agradan exteriormente a los hombres, tanto más descuidan mirarse interiormente; y se derraman todos en las palabras de sus prójimos, y se estiman santos, porque piensan que así son tenidos por los hombres. Y cuando han dispersado la mente por las palabras de su propia alabanza, nunca la vuelven al conocimiento de la culpa, nunca consideran en qué ofenden al juez interno, nada temen de su rigor, porque creen haberle agradado a Él así como a los hombres. Quienes si trajeran su terror a la mente, temerían más esto mismo, que estando puestos en una mala intención agraden a los hombres. Bien, pues, se dice: Porque no vendrá a su presencia todo hipócrita, porque no pone el rigor de Dios ante sus ojos, mientras apetece agradar a los ojos humanos. El cual si, discutiendo su mente, se pusiera a sí mismo en la presencia de Dios, de cierto ya no sería hipócrita. Sigue:

CAPÍTULO XXXVII.

VERS. 17.---Oíd mi sermón, y percibid mis enigmas con vuestros oídos.

50. Locución figurada de Job.---Por el hecho de que nombra enigmas, demuestra que tiene locuciones figuradas. De donde también aptamente se añade con la voz del pueblo fiel:

CAPÍTULO XXXVIII

[Rec. XIX].

VERS. 18.---Si fuere juzgado, sé que seré hallado justo.

51. Humildad de Job incluso al alabarse a sí mismo. Se atribuye a sí mismo la iniquidad, pero a Dios su purgación.---Lo cual no discrepa de la persona del mismo bienaventurado Job, cuando él mismo habla esto exteriormente de sí mismo, lo que la Verdad había dicho interiormente de él a su enemigo: ¿Has visto a mi siervo Job, que no hay semejante a él sobre la tierra? (Job I, 8). Y ciertamente el mismo varón es muy inferior en lo que de sí mismo recuerda que lo que el Señor dijo de él. Pues una cosa es ser justo, otra es no tener semejante a él. Humildemente, por tanto, sintió de sí mismo, quien mientras existió justo sin comparación, no mencionó que pudiera ser hallado justo sobre los demás, sino solamente justo. [Vet. XXI.] Esto, sin embargo, parece tener una cuestión en sus palabras, que quien arriba dijo: Reprenderé mis caminos en su presencia (Vers. 15); y abajo dice: Me quieres consumir con los pecados de mi adolescencia; y reconociendo sutilmente sus pecados, todavía más abajo añade: Sellaste como en un saquito mis delitos; ahora dice: Si fuere juzgado, sé que seré hallado justo. Pues no pueden convenir al mismo tiempo el pecado y la justicia. Pero el santo varón atribuyéndose a sí mismo la iniquidad, y al omnipotente Señor su purgación, tanto se reconoce pecador por sí mismo, como no ignora haberse hecho jus-

to por don. Quien puesto también en obra recta mereció por abundante gracia sostener azotes. Y ya se goza de ser hallado justo en el juicio, quien se vio herido antes del juicio. De donde también cuando dice mucho después: Sellaste como en un saquito mis delitos, inmediatamente añade: IBID.---Pero curaste mi iniquidad. El que, por tanto, recuerda que es hallado justo en el juicio, de ninguna manera niega haber sido justamente azotado; aunque por su azote el Señor no estudió borrar pecados, sino aumentar méritos. Sigue:

CAPÍTULO XXXIX.

VERS. 19.---¿Quién es el que será juzgado conmigo? venga.

52. Ninguno puede estar exento del pensamiento de pecado.---Los santos varones de tal manera se guardan en sus obras, siendo Dios el autor, que de ningún modo se encuentra de qué sean acusados exteriormente; pero interiormente en sus pensamientos se vigilan con tanta cautela, que, si pudiere hacerse, siempre asistan irreprensibles ante los ojos del juez interno. Pero cuanto pueden actuar para no resbalar exteriormente en la obra, tanto no pueden actuar de ningún modo interiormente para nunca resbalar en el pensamiento. Pues la conciencia humana, por el hecho mismo de que se aleja de lo más íntimo, siempre está en terreno resbaladizo. De donde sucede que también los santos varones frecuentemente resbalan en el corazón. Diga, pues, el bienaventurado Job, hablando tanto desde su propia voz como desde la voz de los elegidos: ¿Quién es el

que será juzgado conmigo? venga. Porque en los actos exteriores no tiene de qué ser reprendido, libremente busca acusador. Pero porque también los corazones de los justos a veces se reprenden a sí mismos de pensamiento necio, por esto tal vez se añade:

CAPÍTULO XL.

IBID.---¿Por qué callando soy consumido?

53. Cuya penitencia ha de ser hecha en lo oculto.---Pues callando es consumido quien, reprendiéndose a sí mismo de pensamiento necio, es mordido en sí mismo por el diente de la conciencia. Como si dijera abiertamente: ¡Así como viví para no temer a ningún acusador exteriormente, ojalá así hubiera vivido para no tener una conciencia acusadora dentro de mí mismo! Pues callando es consumido quien encuentra dentro de sí aquello por lo que se quema. Sigue:

VERS. 20.---Solo dos cosas no me hagas, y entonces no me esconderé de tu faz.

54. Nadie seguro de la animadversión de Dios.---En este lugar, ¿qué debemos entender por la faz de Dios sino la animadversión, en la cual mientras mira los pecados los castiga? De la cual ciertamente ni siquiera ningún justo es escondido, si no se quitan las dos cosas que pide; sobre las cuales añade:

CAPÍTULO XLI

[Vet. XXII, Rec. XX].

VERS. 21.---Retira tu mano lejos de mí, y tu terror no me espante.

55. Los santos antes de Cristo deseaban aquella ley, en la cual sirvieran no por temor, sino por amor.---En las cuales dos cosas, ciertamente, ¿qué otra cosa busca a través de la voz de la profecía sino el tiempo de la gracia y de la redención? Pues la Ley mantuvo al pueblo bajo la percusión de la venganza, de modo que cualquiera que pecara bajo ella fuera castigado inmediatamente con la muerte. Ni el pueblo israelita servía al Señor por amor, sino por temor. Pero nunca puede cumplirse la justicia por el temor, porque, según la voz de Juan: La perfecta caridad echa fuera el temor (I Juan IV, 18). Y Pablo también consuela a los hijos de la adopción, diciendo: No habéis recibido el espíritu de servidumbre otra vez en el temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos: ¡Abba, Padre! (Rom. VIII, 15). Por la voz del género humano, por tanto, deseando pasar la dureza de la percusión legal, y apeteciendo llegar del pavor a la dilección, suplica que Dios omnipotente aleje de sí estas dos cosas, diciendo: Retira tu mano lejos de mí, y tu terror no me espante; esto es, quita de mí la dureza de la percusión, quita el peso del pavor, pero por la irradiante gracia de la dilección, infunde el espíritu de seguridad, porque si no estuviere lejos de la percusión y del pavor, sé que no me esconderé del rigor de tu examen, puesto que en tu presencia no puede ser justo quien te sirve no por dilección, sino por temor. De donde también busca la misma presencia de su

Creador como familiar y corporalmente, para que por ella tanto oiga lo que ignora, como sea oído en aquellas cosas que conoce. Pues inmediatamente añade:

VERS. 22.---Llámame, y yo te responderé; o ciertamente hablaré, y tú respóndeme.

56. Cristo manifestó los pecados que estaban ocultos.---Quien mientras apareció a los ojos humanos por la carne asumida, abrió a los hombres sus pecados, que tanto perpetraban como ignoraban. De donde se añade:

CAPÍTULO XLII

[Rec. XXI].

VERS. 23.---Cuántas iniquidades y pecados tengo, muéstrame mis crímenes y delitos.

57. Dios llama cuando nos mira amando y eligiendo. Respondemos obedeciéndole. Qué dista entre pecado e iniquidad, entre crímenes y delitos.---Aunque llamar y responder puede entenderse también de otro modo. Pues llamar es de Dios, mirarnos amando y eligiendo. Responder, en cambio, es nuestro, obedecer a su amor con buenas obras. Donde aptamente se añade: O ciertamente hablaré, y tú respóndeme. Pues hablamos cuando pedimos su faz por el deseo. Dios, en cambio, responde a los que hablan cuando se nos aparece a nosotros que le amamos. Pero porque quien anhela por el deseo de la eternidad, reprendiéndose sutilmente a sí mismo, discute sus hechos, y busca que no haya nada en él en que ofenda la faz de su Creador, rectamente

subyuga: Cuántas iniquidades y pecados tengo, muéstrame mis crímenes y delitos. Este es en esta vida el trabajo de los justos, que se encuentren a sí mismos, y encontrándose, llorando y corrigiendo, se conduzcan a cosas mejores. Y aunque entre la iniquidad y el pecado nada diga que dista el apóstol Juan, quien dice: La iniquidad es pecado (I Juan III, 4), por el mismo uso de hablar suena más iniquidad que pecado, y todo hombre libremente se confiesa pecador, pero a veces se avergüenza de decirse inicuo. [Vet. XXIII.] Entre los crímenes (scelera) y los delitos (delicta), en cambio, dista esto: que el crimen incluso sobrepasa el peso del pecado, el delito en cambio no sobrepasa el peso del pecado, porque también cuando se manda ofrecer sacrificio por la ley, ciertamente se prescribe tanto por el pecado como por el delito. Y nunca hay crimen sino en la obra, el delito en cambio frecuentemente está en el solo pensamiento. De donde también se dice por el Salmista: ¿Quién entiende los delitos? (Sal. XVIII, 13). Porque ciertamente los pecados de obra tanto más pronto se conocen, cuanto que se ven exteriormente; los pecados de pensamiento, en cambio, tanto son difíciles de entender, cuanto que se perpetran invisiblemente. Quienquiera, por tanto, ansioso por el deseo de la eternidad desea aparecer limpio ante el juez venidero, tanto más sutilmente se examina ahora, cuanto que ciertamente considera, para que entonces asista libre a su terror, y suplica que se le muestre en qué desagrada, para castigar esto en sí mismo por la penitencia, y juzgándose aquí se haga injuzgable.

58. Hemos venido a tal ceguera por el pecado, que nos ignoramos a nosotros mismos.---Pero entre estas cosas es necesario mirar cuánta pena de nuestra peregrinación nos hirió, que hemos venido a tal ceguera, que nos ignoramos a nosotros mismos. Perpetramos males, y sin embargo no los detectamos muy pronto ni siquiera perpetrados. Pues la mente, excluida de la luz de la verdad, nada encuentra en sí sino tinieblas, y frecuentemente alarga el pie a la fosa del pecado, y no lo sabe. Lo cual ciertamente padece por la sola ceguera de su exilio, porque, rechazada de la iluminación del Señor, perdió también el verse a sí misma, ella que no amó la faz de su Creador. De donde también se añade:

CAPÍTULO XLIII.

VERS. 24.---¿Por qué escondes tu faz, y me consideras tu enemigo?

59. Del temor penal se ha de volver al amor.---El género humano tuvo la contemplación de la luz íntima en el paraíso; pero agradándose a sí mismo, cuanto más retrocedió de sí, perdió la luz del Creador, y su faz; huyó a los árboles del paraíso, porque después de la culpa temía ver a quien solía amar. Pero he aquí que después de la culpa viene a la pena, de la pena en cambio vuelve al amor, porque encuentra cuál haya sido el fruto de la culpa; y aquella faz que temió en la culpa, excitado la busca desde la pena, para huir ya de la calígine de su ceguera, y para horrorizarse grandemente de esto mismo, de que no ve a su Creador. Compungido por el cual deseo, el santo

varón clama: ¿Por qué escondes tu faz, y me consideras tu enemigo? porque si me miraras como a amigo, no me privarías de la luz de tu visión. El cual siguiendo también la movilidad del corazón humano añade:

CAPÍTULO XLIV.

VERS. 25.---¿Contra una hoja, que es arrebatada por el viento, muestras tu potencia, y persigues una estipula seca?

60. El hombre como hoja y estipula, es movido por el viento de la tentación.---¿Qué es, pues, el hombre, sino una hoja, que ciertamente en el paraíso cayó del árbol? ¿Qué es sino una hoja, que es arrebatada por el viento de la tentación, y es levantada por los soplos de los deseos? [Vet. XXIV.] Pues cuantas tentaciones padece la mente humana, por tantos soplos es movida. Pues a esta frecuentemente la perturba la ira; cuando se retira la ira, sucede una alegría inepta. Es urgida por los estímulos de la lujuria, por el ardor de la avaricia se extiende a lo largo y a lo ancho para ambicionar las cosas que son terrenas. A veces la soberbia la eleva; a veces en cambio el temor desordenado la depone en lo más bajo. Porque, por tanto, por tantos soplos de tentaciones es elevada y llevada, rectamente el hombre es comparado a la hoja. De donde bien también se dice por Isaías: Todos caímos como hoja, y nuestras iniquidades como viento nos llevaron (Isa. LXIV, 6). Pues la iniquidad nos llevó como viento, porque nos levantó a una vana elación, no estando fijos por ningún peso de virtud. Bien, en cambio, después

de hoja también es llamado el hombre estipula. Pues el que fue árbol en la condición, se hizo hoja por sí mismo en la tentación, pero después apareció estipula en la deyección. Porque como cayó de lo alto, hoja; porque en cambio por la carne estuvo próximo a la tierra, incluso cuando parecía estar de pie, se recuerda que es estipula. Pero porque perdió el verdor del amor íntimo, ya es estipula seca. Considere, pues, el varón santo, tanto el hombre de cuánta vileza sea, como Dios de cuánto rigor, y diga: ¿Contra una hoja, que es arrebatada por el viento, muestras tu potencia, y persigues una estipula seca? Como si abiertamente deplorara, diciendo: ¿Por qué con tanta rectitud acometes a quien conoces que es tan débil en la tentación? Sigue:

CAPÍTULO XLV.

[Rec. XXIII].

VERS. 26.---Pues escribes contra mí amarguras.

61. La sentencia escrita sobre la muerte del hombre pecador no puede ser cambiada.---Porque todo lo que hablamos pasa, lo que en cambio escribimos permanece, Dios es dicho no hablar, sino escribir amarguras, cuando sus azotes perduran largo tiempo sobre nosotros. Pues una vez al hombre pecador se le dijo: Tierra eres, y a la tierra irás (Gén. III, 19). Y frecuentemente ángeles apareciendo dieron preceptos a los hombres. Moisés el legislador por el rigor cohibió los pecados. El mismo Unigénito del sumo Padre vino

a redimirnos, muriendo absorbió la muerte; nos anunció la vida perpetua, la cual mostró en sí mismo. Pero sin embargo aquella sentencia que fue dada en el paraíso sobre la muerte de nuestra carne desde el principio mismo del género humano hasta el fin del siglo no se cambia. ¿Pues quién es el hombre que vive, y no verá la muerte? (Sal. LXXXVIII, 49). Lo cual bien de nuevo mirando el Salmista dice: Tú eres terrible, ¿y quién te resistirá? desde entonces tu ira (Sal. LXXV, 8). Quien ciertamente airado con el hombre pecador en el paraíso fijó una vez la sentencia sobre la mortalidad de nuestra carne, la cual ahora e incluso hasta lo último de ningún modo podrá cambiarse. Diga, pues: Escribes contra mí amarguras. De donde todavía se añade:

CAPÍTULO XLVI.

[Vet. XXV, Rec. XXIV].

IBÍD.---Y quieres consumirme con los pecados de mi adolescencia.

62. Así como hay diversas edades del cuerpo, así también de la mente.---He aquí que el varón justo, porque no encuentra que haya pecado en su juventud, teme los hechos de su adolescencia. Pero debe saberse que así como en el cuerpo, así hay también incrementos de edad en la mente. Pues la primera edad del hombre es la infancia, cuando aunque vive inocentemente, no sabe sin embargo expresar la inocencia que tiene. Y después sigue la puericia, en la cual ya puede decir lo que quiere; a la cual sucede la adolescencia, que

es ciertamente la primera edad en la operación; a la cual sigue la juventud, a saber, apta para la fortaleza; y después la vejez, ya también por el tiempo congruente con la madurez. Puesto que, por tanto, dijimos que la primera edad apta para los buenos actos es la adolescencia, y los varones justos, cuando aprovechan en gran madurez de mente, a veces reducen a la memoria el inicio de sus acciones, y se reprenden a sí mismos de sus primordios tanto cuanto han aprovechado más profundamente por la gravedad de su mente, porque se encuentran haber sido tanto más indiscretos cuanto más plenamente alcanzan después el alcázar de la discreción, rectamente ahora por la voz del santo varón se temen los pecados de la adolescencia. Que si ha de mantenerse según la letra misma, de aquí debe considerarse cuán graves son los pecados de los jóvenes y de los ancianos, si incluso aquello que delinquieron en una edad enferma los justos así lo temen. Sigue:

CAPÍTULO XLVII

[Rec. XXV].

VERS. 27.---Pusiste en el cepo (nervo) mi pie, y observaste todas mis sendas, y consideraste las huellas de mis pies.

63. La severidad del juicio divino al castigar incluso los pensamientos malvados.---En el cepo Dios puso el pie del hombre, porque ligó la perversidad de aquel con la fuerte sentencia de su rigor (districtio). Cuyas sendas todas observa, porque sutilmente juzga cada una de sus cosas.

Pues la senda suele ser más estrecha que el camino. Pero como por los caminos entendemos las acciones, no inmerecidamente recibimos las sendas mismas como los pensamientos de las acciones. Dios, pues, observa todas las sendas, porque en cada uno de nuestros actos también pondera los pensamientos. Y considera las huellas de los pies, porque examina cuán rectamente se ponen las intenciones de nuestras obras, para que ni siquiera esto que se hace bueno se hace con un deseo no recto. También pueden significarse por las huellas de los pies ciertos actos mal hechos. Pues el pie en el cuerpo es la huella en el camino. Frecuentemente mientras hacemos ciertas cosas perversas, a los hermanos que miran esto, les ofrecemos un mal ejemplo; y, como con el pie torcido fuera del camino, dejamos huellas distorsionadas a los que siguen, mientras por nuestras obras provocamos a escándalo los corazones ajenos. Pero es muy laborioso custodiar que el hombre no se atreva a hacer cosas malas, que en los buenos actos no titubee por la intención, y entre las obras rectas no le ilusione un pensamiento siniestro. Todas estas cosas, sin embargo, el Dios omnipotente las examina sutilmente, y en el juicio recompensa cada una. Pero, ¿cuándo podrá el hombre, que está constreñido por la flaqueza de su carne, levantarse sutilmente contra todo, y mantener la rectitud con un pensamiento inconmovible? De donde aptamente se añade:

CAPÍTULO XLVIII.

VERS. 28.---Yo que he de ser consumido como podredumbre, y como vestido que es comido por la polilla.

64. El hombre es consumido por la podredumbre innata en sí mismo.---Pues así como el vestido es comido por la polilla nacida de sí mismo, así el hombre tiene en sí mismo la podredumbre, por la cual sea consumido; y esto es lo que es de donde sea consumido para que no sea. Lo cual puede entenderse también de otro modo, si se dice por la voz del hombre tentado: Yo que he de ser consumido como podredumbre, y como vestido que es comido por la polilla. Pues el hombre es consumido como podredumbre, mientras es desgastado por la corrupción de su carne. A quien, porque la tentación inmunda no le nace de otra parte, sino de sí mismo, a modo de polilla la tentación consume la carne, como el vestido de donde sale. Pues en sí mismo tiene el hombre de donde sea tentado. Como, pues, la polilla consume el vestido, la cual procedió del mismo vestido. Debe saberse también que la polilla perfora el vestido sin sonido; y frecuentemente el pensamiento de tal modo traspasa la mente, que la mente misma no lo siente, sino después que ha sido traspasada por su aguijón. Bien, pues, se dice que el hombre es consumido como un vestido por la polilla, porque a veces no conocemos las heridas de nuestras tentaciones, sino después que hayamos sido atravesados por ellas en la mente. Cuaya flaqueza nuestra, ciertamente, considerando todavía bien el santo varón, añade:

CAPÍTULO XLIX

[Vet. et Rec. XXVI].

CAP. XIV, VERS. 1.---El hombre nacido de mujer, viviendo por breve tiempo, se llena de muchas miserias.

65. El hombre nacido de la flaqueza, porque nació de mujer.---En la sagrada elocuencia (sacro eloquio) la mujer se pone o por el sexo, o por la flaqueza (infirmitate). Por el sexo ciertamente, como está escrito: Envió Dios a su Hijo, hecho de mujer, hecho bajo la ley (Gál. IV, 4). Por la flaqueza en cambio, como se dice por cierto sabio: Mejor es la iniquidad del varón, que la mujer que hace bien (Ecli. XLII, 14). Pues cualquier varón fuerte y discreto es llamado varón (vir), en cambio la mente flaca o indiscreta se recibe como mujer (mulier). Y a menudo sucede que incluso cualquier discreto cae súbitamente en culpa, y otro indiscreto y flaco exhibe una buena obra. Pero aquel que es indiscreto y flaco a veces se eleva más por aquello que ha obrado bien, y cae más gravemente en culpa; en cambio cada discreto, incluso de aquello que entiende haber obrado mal, se reduce más estrechamente a la regla del rigor; y de ahí aprovecha más profundamente para la justicia, de donde por un tiempo parecía haber caído de la justicia. En lo cual rectamente se dice: Mejor es la iniquidad del varón, que la mujer que hace bien, porque a veces incluso la culpa de los fuertes se hace ocasión de virtud, y la virtud de los flacos ocasión de pecado. En este lugar, pues, ¿qué se designa con el nombre

de mujer sino la flaqueza, cuando se dice: El hombre nacido de mujer? Como si se dijera más claramente: ¿Qué tendrá en sí de fortaleza, el que ha nacido de la flaqueza?

66. Se estrecha para la vida, se dilata para la miseria.---Viviendo por breve tiempo, se llena de muchas miserias. He aquí que en las voces del varón santo la pena del hombre está brevemente expresada, porque tanto se estrecha para la vida, como se dilata para la miseria. Pues si se considera sutilmente todo lo que aquí se hace, es pena y miseria. Pues servir a la misma corrupción de la carne para las cosas necesarias y concedidas es miseria, como que contra el frío se busquen vestidos, contra el hambre alimentos, contra el calor frescuras. Que con mucha cautela se custodie la salud del cuerpo; que incluso custodiada se pierda, perdida con grave trabajo se repare, y sin embargo reparada está siempre en duda; ¿qué es esto sino miseria de la vida mortal? Que amamos a los amigos, sospechosos de que puedan ser ofendidos; tememos a los enemigos, y ciertamente no estamos seguros de aquellos a quienes tememos; que frecuentemente hablamos a los enemigos tan confiadamente como a los amigos, y a veces las palabras puras de los prójimos, y que tal vez mucho nos aman, las recibimos como palabras de enemigos, y los que nunca queremos ser engañados ni engañar, por nuestra cautela erramos más gravemente; ¿qué es, pues, esto sino miseria de la vida humana? Que, perdida la patria celestial, el hombre rechazado se deleita en el exilio, es gravado por las preocupaciones, y sin embargo

disimula pensar cuán grave es que se piensen muchas cosas; que está privado de la luz interna, y sin embargo en esta vida quiere padecer mucho tiempo su ceguera; ¿qué es esto sino miseria nacida de nuestra pena? Pero aunque desee estar aquí mucho tiempo, sin embargo es impulsado por el curso mismo de la vida mortal para que salga. De donde el varón santo rectamente añade:

CAPÍTULO L

[Vet. XXVII].

VERS. 2.---Que sale como una flor y es quebrantado, y huye como una sombra, y nunca permanece en el mismo estado.

67. El mundo se llena de tantas flores que pronto se han de secar, cuantos son los nombres.---Pues sale como una flor, porque brilla en la carne; pero es quebrantado, porque es reducido a la podredumbre. ¿Pues qué son los hombres nacidos en el mundo, sino ciertas flores en el campo? Tendamos los ojos del corazón a esta latitud del mundo presente, y he aquí que está lleno de tantas flores cuantos son los hombres. La vida, pues, en la carne, es flor en el heno. De donde bien se dice por el Salmista: El hombre, como el heno son sus días; y como flor del campo, así florecerá (Sal. CII, 15). Isaías también dice: Toda carne es heno, y toda su gloria como flor del campo (Is. XL, 6). Pues el hombre, a modo de flor, procede de lo oculto, y súbitamente aparece en público, quien inmediatamente desde lo público, por la muerte, es retirado a lo oculto. El verdor de la carne nos

muestra, pero la aridez del polvo nos retira de la vista. Como flor aparecimos, los que no éramos; como flor nos secamos, los que temporalmente aparecábamos.

68. El hombre en cada momento de la vida camina hacia la muerte. De donde desfallece, de allí mismo aprovecha.---Y porque por momentos el hombre es diariamente impulsado a la muerte, rectamente se añade: Y huye como una sombra, y nunca permanece en el mismo estado. Pero cuando el sol también realiza incesantemente su curso, y nunca se fija en la estabilidad; ¿por qué el curso de la vida del hombre se compara a la sombra más que al sol, sino porque, habiendo perdido el amor del Creador, perdió el calor del corazón, y permaneció solo en el frío de su iniquidad? Porque según la voz de la Verdad: Abundará la iniquidad, y se enfriará la caridad de muchos (Mat. XXIV, 12). El que, por tanto, en el amor de Dios no tiene el calor del corazón, ni sin embargo retiene la vida que ama, ciertamente huye como sombra. De donde rectamente también de él está escrito: Porque ha seguido a la sombra (Ecli. XXXIV). Bien, pues, se dice: Y nunca permanece en el mismo estado, porque mientras la infancia pasa a la puericia, la puericia a la adolescencia, la adolescencia a la juventud, la juventud a la vejez, la vejez pasa a la muerte, en el curso de la vida presente, por sus mismos incrementos es impulsado a los detrimentos; y de allí siempre desfallece, de donde cree aprovechar en el espacio de la vida. Pues no podemos tener aquí un estado fijo, donde vinimos para pasar: y este mismo vivir nuestro, es

diariamente pasar de la vida. Cuya caída (lapsus), ciertamente, el primer hombre antes de la culpa no pudo tener, porque los tiempos, estando él de pie, pasaban. Pero después que delinquió, se puso en algo así como un resbaladero de la temporalidad; y porque comió el alimento prohibido, al instante encontró el defecto de su estado. Cuya mutabilidad, sin embargo, no solo exteriormente, sino interiormente también padece el hombre, mientras intenta levantarse a mejores obras. Pues la mente, por el peso de su mutabilidad, es siempre impulsada a otra cosa de lo que es, y si no se mantiene en su estado por la estrecha disciplina de la custodia, siempre se desliza hacia lo peor. Pues la que abandonó al que siempre estaba de pie, perdió el estado que pudo tener. De donde ahora, cuando se esfuerza por lo mejor, lucha como contra el golpe de un río. Pero cuando se relaja de la intención de ascender, sin trabajo es reducida a lo más bajo. Porque puesto que en el ascenso hay trabajo, y en el descenso ocio, el Señor amonesta a los que han de entrar por la puerta estrecha, diciendo: Esforzaos por entrar por la puerta estrecha (Luc. XIII, 24). Ciertamente, para decir la entrada de la puerta estrecha, antepuso: esforzaos, porque si no hierve la contención de la mente, no se vence la ola del mundo, por la cual el alma es siempre revocada a lo más bajo. Puesto que, por tanto, el hombre nace como flor y es quebrantado, porque huye como sombra, y en su estado nunca permanece, oigamos qué añade en esta consideración. Sigue:

CAPÍTULO LI.

VERS. 3.---¿Y crees digno abrir tus ojos sobre uno de esta clase, y traerlo contigo a juicio?

69. Dos extremos: el hombre y el Creador, el polvo y Dios.---Consideró ciertamente arriba tanto la potencia del Dios omnipotente, como su propia flaqueza; puso ante sus ojos a sí mismo y a Dios, ponderó quién viene con quién a juicio. Vio de un lado al hombre, de otro al Creador, esto es, al polvo y a Dios; y rectamente dice: ¿Y crees digno abrir tus ojos sobre uno de esta clase? Abrir los ojos para el Dios omnipotente es ejercer juicios, ver a quién herir. Pues como con los ojos cerrados no quiere mirar a quien no quiere herir. De donde pronto sobre el mismo juicio se añade: ¿Y traerlo contigo a juicio? Pero porque ha contemplado a Dios viniendo a juicio, de nuevo considera su flaqueza. Ve que el mundo por sí mismo no puede ser, el cual para que pudiera ser, procedió de la inmundicia, y añade:

CAPÍTULO LII.

VERS. 4.---¿Quién puede hacer limpio lo concebido de semilla inmunda? ¿No eres tú, que eres el único?

70. El hombre, a causa de su origen viciado, padece cosas inmundas incluso sin quererlo.---Aquel que por sí mismo es el único limpio, puede limpiar lo inmundo. Pues el hombre que vive en carne corruptible tiene inmundicias de tentaciones impresas en sí mismo, porque sin duda las arrastró desde su origen. Pues su misma con-

cepción, a causa del deleite de la carne, es inmundicia. De donde también el Salmista dice: Pues he aquí que en iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre (Sal. L, 7). De aquí es, pues, que frecuentemente es tentado incluso sin quererlo. De aquí es que padece ciertas cosas inmundas en la mente, aunque por juicio se resista, porque concebido de la inmundicia, mientras tiende a la limpieza, intenta vencer esto que es. Pero quienquiera que venza los movimientos de la tentación oculta y la inmundicia del pensamiento, de ningún modo se atribuya a sí mismo su limpieza, porque nadie puede hacer limpio lo concebido de semilla inmunda, sino aquel que por sí mismo es el único limpio. El que, por tanto, ya llegó con la mente al lugar de la limpieza, mire atrás el camino de su concepción, por el cual vino, y de ahí colija que no tiene por su virtud la limpieza del vivir, a quien se le dio un inicio de subsistir desde la inmundicia. Pero puede esto en este lugar entenderse, porque el bienaventurado Job, habiendo intuido la encarnación del Redentor, vio que solo Él en el mundo no fue concebido de semilla inmunda, el cual así vino al mundo de la Virgen, que nada tuvo de la concepción inmunda. Pues no procedió de varón y mujer, sino del Espíritu Santo y de la virgen María. Él solo, pues, en su carne existió verdaderamente limpio, quien no pudo ser tocado por el deleite de la carne, porque tampoco vino aquí por el deleite carnal.

Libro D

UODÉCIMO.

En el cual, expuesto el capítulo XIV del libro de Job desde el verso quinto, el capítulo XV se explica en su integridad mayormente de forma moral.

[Vet. et Rec. I.] Es costumbre de los justos pensar tanto más solícitamente cuán fugitiva es la vida presente, cuanto más estudiosamente supieren ponderar los bienes eternos de la patria celestial (coelestis patriae). Pues de estas cosas que ven como permanecientes dentro, atienden más sutilmente fuera a la fuga de las cosas que caen. De donde el bienaventurado Job, habiendo proferido una sentencia sobre el lapso del tiempo humano, diciendo: El hombre nacido de mujer, viviendo por breve tiempo. Y de nuevo: Y huye como una sombra, y nunca permanece en el mismo estado, todavía añade sobre la brevedad de su vida:

CAPÍTULO PRIMERO.

CAP. XIV, VERS. 5.---Breves son los días del hombre, el número de sus meses está en tu mano (apud te).

1. Lo que transcurre con tanta velocidad es como si no fuera.---Considera ciertamente como

si no fuera entre nosotros aquello que transcurre con tanta velocidad. Pero porque ante el Dios omnipotente incluso las cosas que caen permanecen, afirma que el número de nuestros meses está ante Él. O ciertamente en los días se designa la brevedad del tiempo, pero en los meses los espacios de los días como multiplicados. Para nosotros, pues, los días son breves. Pero porque nuestra vida se extiende después, se menciona que el número de nuestros meses está ante Dios. De donde también se dice por Salomón: La largura de días está en su diestra. Sigue:

CAPÍTULO II

[Rec. II].

IBÍD.---Pusiste sus términos (constituiti terminos ejus), los cuales no podrán ser traspasados.

2. Nada sucede a los hombres sin el consejo de Dios, aunque sea oculto. Nada de lo que sucede a los hombres en este mundo viene sin el consejo oculto del Dios omnipotente. Pues Dios, presciente de todas las cosas que han de seguir, decretó antes de los siglos de qué manera se dispusieran a través de los siglos. Pues ya está determinado para el hombre, o cuánto le siga la prosperidad de este mundo, o cuánto le hiera la adversidad, para que ni la prosperidad inmoderada eleve a sus electos, ni la excesiva adversidad los grave. También está determinado cuánto viva temporalmente en la misma vida mortal. Pues aunque el Dios omnipotente añadió quince años

a la vida del rey Ezequías (IV Rey. XX, 1), cuando le permitió morir, entonces supo de antemano que él había de morir. En lo cual surge la cuestión de cómo se le dice por el profeta: Dispón de tu casa, porque morirás tú, y no vivirás; a quien cuando se le dijo la sentencia de muerte, al punto por sus lágrimas se le añadió vida. Pero por el profeta dijo el Señor en qué tiempo él mismo merecía morir; en cambio por la largueza de la misericordia lo difirió para la muerte en aquel tiempo que Él mismo antes de los siglos previó. Ni el profeta, por tanto, fue falaz, porque dio a conocer el tiempo de la muerte en que aquel varón merecía morir; ni los decretos dominicales fueron convulsionados, porque el hecho de que por la largueza de Dios crecieran los años de vida, esto también estuvo prefijado antes de los siglos; y el espacio de vida que inesperadamente fuera fue añadido, estuvo determinado dentro sin aumento de la presciencia. Bien, pues, se dice: [Vet. II.] Pusiste sus términos, los cuales no podrán ser traspasados.

3. Dios pone medida a los aprovechamientos espirituales.---Lo cual sin embargo vale entenderse también según el espíritu, porque a veces intentamos aprovechar en las virtudes, y percibimos ciertos dones, pero rechazados de algunos yacemos en lo más bajo. Pues no hay nadie que aprehenda tanta virtud cuanto desea, porque el Dios omnipotente, discerniendo las cosas interiores, pone medida a los mismos aprovechamientos espirituales, para que por esto que el hombre intenta aprehender, y no puede, no se

eleve en aquellas cosas que puede. De donde aquel también eximio predicador, que había sido arrebatado al tercer cielo, había penetrado los arcanos del paraíso, no podía estar tranquilo y sin tentaciones después de la revelación (II Cor. XII, 3). Pero porque el Dios omnipotente puso términos al hombre, que no podrán ser traspasados, tanto lo elevó para conocer cosas sublimes, como lo redujo de nuevo para tolerar cosas flacas, para que mirando la medida de su término, mientras intentaba comprender la seguridad, y no podía, para que por la elación no saliera fuera de sí, fuera compelido por la humildad a volver siempre dentro de sus términos. Sigue:

CAPÍTULO III

[Rec. III].

VERSÍCULO 6.---Apártate un poco de él, para que descanse, hasta que llegue el día deseado, como el de un mercenario.

4. Los santos, por el tedio de la vida presente, anhelan siempre el descanso eterno.---En este lugar, "apártate" se dice en el sentido de "retira la fuerza del azote". Pues, ¿quién puede descansar si Dios se aparta, siendo que Él solo es el descanso, y cuanto más lejos esté uno de Él, tanto más inquieto se vuelve? Por lo tanto, se dice "apártate de él" de modo que entiendas "de herir". Pues aptamente se añade: "Hasta que llegue el día deseado, como el de un mercenario". El mercenario (mercenarius), cuanto más lejos está del fin de su obra, tanto más lo está de la retribución de su

salario (mercedis). Así, cada varón santo puesto en esta vida, mientras ve que está lejos del fin de la vida presente, gime por estar lejos de los gozos eternos. ¿Qué es, pues, decir: "Apártate un poco de él, para que descanse", sino: "retira ya los azotes de la vida presente y muestra los bienes del descanso eterno"? De donde también sobre ese descanso se añade: "Hasta que llegue el día deseado, como el de un mercenario". Pues entonces llega al hombre el día deseado como el de un mercenario, cuando haya recibido el descanso eterno como recompensa de su trabajo. En cuanto a lo que toca a la apariencia de la vida presente, todavía el bienaventurado Job insinúa cuán despreciable es el género humano lleno de muchas miserias, y narra cuánto incluso las cosas insensibles parecen aventajarlo, cuando dice:

CAPÍTULO IV

[Vet. III, Rec. IV].

VERSÍCULOS 7-10.---El árbol tiene esperanza; si fuere cortado, vuelve a verdear, y sus ramas brotan. Si envejeciere su raíz en la tierra, y en el polvo estuviere muerto su tronco, al olor del agua germinará, y echará copa como cuando primero fue plantado. El hombre, en cambio, cuando hubiere muerto, y despojado y consumido, ¿dónde, ruego, está?

5. Con el nombre de árbol se significan muchas cosas: la Cruz, el varón justo, la Sabiduría de Dios encarnada. Por la percusión del justo se encienden los hombres al amor de la patria celes-

tial.---Pero porque esto es patente según la letra, debemos reducir el sentido a las cosas interiores, y escudriñar cómo deben entenderse estas cosas según el espíritu. Pues en la Sagrada Escritura, con el nombre de árbol (ligni), a veces se figura la cruz, a veces el varón justo, o incluso el injusto, y a veces la sabiduría de Dios encarnada. Pues la cruz se significa por el árbol, cuando se dice: "Metamos madera (lignum) en su pan" (Jer. XI, 19). Pues meter madera en el pan es aplicar la cruz al cuerpo del Señor. De nuevo, con el nombre de árbol se expresa el varón justo o incluso el injusto, como dice el Señor por el profeta: "Yo el Señor humillé el árbol sublime, y exalté el árbol humilde" (Ezeq. XVII, 24). Porque según la voz de la misma Verdad: "Todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado" (Luc. XIV, 11). Salomón también dice: "Si cayere el árbol hacia el Austro, o hacia el Aquilón, en cualquier lugar que cayere, allí estará" (Ecl. XI, 3). Pues en el día de su muerte el justo cae hacia el Austro, el pecador hacia el Aquilón, porque tanto el justo por el fervor del espíritu es conducido a los gozos, como el pecador, con el ángel apóstata que dijo: "Me sentaré en el monte del testamento, en los lados del Aquilón" (Is. XIV, 13), es reprobado en su corazón frío. De nuevo, por el árbol se figura la Sabiduría de Dios encarnada, como de ella está escrito: "Árbol de vida es para los que la aprehendieren" (Prov. III, 18); y como ella misma dice: "Si en el leño verde hacen estas cosas, en el seco ¿qué se hará?" (Luc. XXIII, 31). En este lugar, pues, cuando se prefiere el árbol al hombre, ¿qué

se entiende por hombre sino cada carnal? ¿Y qué se designa con el nombre de árbol sino la vida de cada justo? "Pues el árbol tiene esperanza; si fuere cortado, vuelve a verdear", porque cuando el justo es afligido en la muerte de la pasión por la verdad, es recuperado en el verdor de la vida eterna. Y el que aquí verdeaba por la fe, allí verdea por la visión (speciem). Y sus ramas brotan, porque frecuentemente por la pasión del justo los fieles se multiplican al amor de la patria celestial, y reciben el verdor de la vida espiritual, mientras se alegran de que aquí se haya obrado con fortaleza por Dios. Sigue:

CAPÍTULO V.

VERSÍCULOS 8, 9.---Si envejeciere su raíz en la tierra, y en el polvo estuviere muerto su tronco, al olor del agua germinará, y echará copa como cuando primero fue plantado.

6. Por su muerte engendran los justos frutos abundantes en nosotros.---¿Qué es la raíz del justo sino la santa predicación, porque de ella nace y en ella subsiste? ¿Y qué se entiende por el nombre de tierra o de polvo sino el pecador? a quien se dice por la voz del Creador: "Tierra eres, y a la tierra irás", o ciertamente, como tiene nuestra traducción: "Polvo eres, y al polvo volverás" (Gén. III, 19). La raíz del justo, por tanto, envejece en la tierra, y el tronco muere en el polvo, porque ante los corazones de los perversos su predicación es creída despreciable y agotada de todas sus fuerzas. Y el tronco muere en el polvo, porque entre las manos de los perseguidores su cuerpo queda

exánime. Pues según la voz de la Sabiduría: "Parecieron a los ojos de los insensatos morir, y fue estimada su aflicción como un tránsito" (Sab. III, 2). Pero este cuya raíz envejeció en la tierra, y cuyo tronco murió en el polvo, germina al olor del agua, porque por la inspiración del Espíritu Santo produce en los corazones de los elegidos el germen de la virtud con el ejemplo de su obra. Pues con la apelación de agua suele designarse a veces la irrigación del Espíritu Santo, como está escrito: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed para siempre" (Juan VII, 37; IV, 13). Sigue: "Y echará copa como cuando primero fue plantado". Echar copa al ser cortado el tronco es, extinguido corporalmente el justo, suscitar los corazones de muchos con el mismo ejemplo de su pasión, y mostrar por la fe recta el verdor de la verdad. Pero bien se dice: "Como cuando primero fue plantado". Todo lo que aquí se hace por los justos es una segunda plantación, porque la primera plantación, a saber, no está en la obra de los justos, sino en la presciencia del Creador. Y porque todas las cosas que hacen los elegidos, así como primero son vistas y dispuestas interiormente, así después son perfeccionadas exteriormente, bien se dice: "Echará copa como cuando primero fue plantado"; esto es, muestra su verdor en el efecto de la obra, el cual tuvo antes en la presciencia del Creador.

[Vet. IV.] 7. El hombre falla por sí mismo, pero al venir el Espíritu Santo se renueva.--- Puede también entenderse por la raíz del justo

la misma naturaleza de la humanidad, de la cual subsiste. La cual raíz, a saber, envejece en la tierra cuando la naturaleza de la carne falla reducida a polvo. Cuyo tronco muere en el polvo, porque el cuerpo extinguido se disipa de su forma (specie). Pero germina al olor del agua, porque por el advenimiento del Espíritu Santo resucita: "Y echará copa como cuando primero fue plantado", porque vuelve a aquella forma (speciem) para recibir la cual había sido creado, si, puesto en el paraíso, no hubiera querido pecar.

8. Cristo es el árbol cortado en su pasión, multiplicado en su resurrección.---Lo cual tal vez puede entenderse también del mismo Señor, a saber, la cabeza de todos los buenos; según aquello, pues, que dijimos antes, porque dice de sí mismo: "Si en el leño verde hacen estas cosas, en el seco ¿qué se hará?" (Luc. XXIII, 31). Dijo que Él era el leño verde, y nosotros el leño seco, porque Él mismo tenía en sí la fuerza de la divinidad; nosotros, en cambio, que somos meros hombres, somos llamados leño seco. El árbol (lignum), por tanto, tiene esperanza, si fuere cortado, porque vuelve a verdear, ya que aunque pudo ser muerto por la pasión, por la gloria de la resurrección volvió de nuevo al verdor de la vida. Sus ramas brotan, porque, multiplicados por su resurrección, los fieles han crecido a lo largo y a lo ancho. Su raíz en la tierra como que envejeció, porque su predicación fue despreciable para la perfidia de los judíos. Y en el polvo el tronco murió, porque en el corazón de los perseguidores, que era levantado por el viento de su propia perfidia, fue tenido

por despreciable y desestimado, porque pudo ser muerto en la carne. Pero al olor del agua germinó, porque por el poder de Dios su carne extinguida volvió a la vida, según lo que está escrito: "A quien Dios resucitó de entre los muertos" (Hech. III, 15). Pues porque Dios es Trinidad, la Santa Trinidad, esto es, el Padre, y el mismo Hijo, y el Espíritu Santo, resucitó la carne extinguida del Hijo unigénito. Y echó copa como cuando primero fue plantado, porque aquella debilidad de los apóstoles, que en su muerte se espantó, y negó, y negando se secó, por la gloria de su resurrección volvió a verdear para la fe. En comparación con cuyo árbol, ¿qué es todo hombre sino polvo? De donde también se añade:

CAPÍTULO VI

[Vet. V].

VERSÍCULO 10.---El hombre, en cambio, cuando hubiere muerto, y despojado y consumido, ¿dónde, ruego, está?

9. El hombre pecador muere en la culpa, es despojado de la justicia y es consumido en la pena.---Ningún hombre está sin pecado, excepto aquel que no vino a este mundo del pecado. Y porque todos estamos ligados en la culpa, morimos por la misma pérdida de la justicia (justitiae); somos despojados de la vestidura de inocencia concedida antes en el paraíso; somos también consumidos por el subsiguiente perecimiento de la carne. El hombre pecador, por tanto, muere en la culpa, es despojado de la justicia y es con-

sumido en la pena. El padre se dignó cubrir esta desnudez del hijo pecador, quien al volver este dijo: "Pronto traed la primera estola" (Luc. XV, 22). Pues la primera estola es el vestido de la inocencia, que el hombre bien creado recibió, pero mal persuadido por la serpiente perdió. Contra esta desnudez de nuevo se dice: "Bienaventurado el que vigila, y guarda sus vestidos, para que no ande desnudo" (Apoc. XVI, 15). Pues guardamos los vestidos cuando conservamos los preceptos de la inocencia en la mente, para que cuando la culpa nos desnude ante el juez, la penitencia nos cubra al volver a la inocencia perdida. Bien, pues, se dice: "¿Dónde, ruego, está?", porque el hombre pecador no quiso estar allí donde fue creado; pero aquí, donde cayó, se le prohíbe estar por mucho tiempo. Perdió su patria voluntariamente, pero de su peregrinación que ama es expulsado involuntariamente. ¿Dónde, pues, está el que, en el amor de Aquel, no está donde está el verdadero ser? Sigue:

CAPÍTULO VII.

VERSÍCULOS 11, 12.---Como si se retiraran las aguas del mar, y el río vaciado se secase, así el hombre, cuando hubiere dormido, no resurgirá.

10. La mente humana es semejante al mar agitado.---El mar es la mente del hombre, y como las olas del mar son los pensamientos de la mente, que a veces se hinchan por la ira (iram), por la gracia (gratiam) se vuelven tranquilos, y por el odio con amargura fluyen. Pero cuando el hombre muere, las aguas del mar se retiran,

porque, según la voz del Salmista: "En aquel día perecerán todos sus pensamientos" (Sal. CXLV, 4). Y de nuevo está escrito del que muere: "Su amor también y su odio perecerán a la vez" (Ecl. IX, 6). Se seca, pues, el río vaciado, porque, retirada el alma, queda vacío el cuerpo. Pues como el cauce de un río vacío es el cuerpo exánime. En lo cual se ha de considerar vigilantemente que la vida presente, a saber, mientras el alma mora en el cuerpo, se compara al mar y al río. Pues el agua del mar es amarga, la del río dulce. Y porque los que aquí vivimos a veces somos afectados por ciertas amarguras (amaritudinibus), y a veces somos hallados tranquilos y mansos en la dulzura, el decurso de la vida presente se expresa con la comparación del mar y del río.

11. [Vet. VI, Rec. V.] Job no niega absolutamente la resurrección, sino solo que haya de ser antes del fin del mundo.---Pero en estas cosas parece ser muy duro lo que se añade: "Así el hombre, cuando hubiere dormido, no resurgirá". ¿Por qué, pues, trabajamos, si no tendemos a la retribución (retributionem) de la resurrección? ¿Cómo, pues, se dice: "No resurgirá", cuando está escrito: "Todos ciertamente resurgiremos, pero no todos seremos inmutados" (I Cor. XV, 51)? Y de nuevo: "Si en esta vida solamente somos esperanzados en Cristo, somos más miserables que todos los hombres" (I Cor. XV, 19). Y la Verdad misma dice: "Todos los que están en los monumentos oirán su voz, y saldrán los que hicieron bienes a la resurrección de la vida" (Juan V, 28). Pero la sen-

tencia añadida indica qué discreción se oculta en la premisa. Pues se añade:

CAPÍTULO VIII.

VERSÍCULO 12.---Hasta que se desgaste el cielo, no despertará, ni resurgirá de su sueño.

12. Pues es claro que no resurgirá, a saber, hasta que se desgaste el cielo, porque si no llegare el fin de este mundo, el género humano no despertará a la vida del sueño de la muerte. No insinúa, pues, que no resurgirá en absoluto, sino que el género humano de ningún modo resurgirá antes de la contrición del cielo. Se ha de notar también por qué, después de haber llamado arriba al hombre muerto, abajo lo nombra no muerto, sino durmiente, y narra que de ningún modo resurgirá de su sueño hasta que se desgaste el cielo; sino porque patéticamente se da a entender que, en comparación con el árbol que reverdece, llama hombre muerto al pecador, a saber, al extinguido de la vida de la justicia (justitiae). En cambio, donde habla de la muerte de la carne, prefirió llamar a esta no muerte, sino sueño, insinuando sin duda la esperanza de la resurrección, porque así como el hombre despierta más pronto del sueño, así resurgirá concitadamente de la muerte del cuerpo al mandato del Creador. Pues el nombre de muerte es temido vehementemente por las mentes flacas, pero el vocablo de sueño no se teme. De donde también Pablo, amonestando a los discípulos, dice: "No queremos que ignoréis, hermanos, sobre los que duermen, para que no os entristezcáis como los demás que no tienen espe-

ranza. Pues si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios a los que durmieron por Jesús los traerá con Él" (I Tes. IV, 13). ¿Qué es lo que el eximio predicador llama a la muerte del Señor "muerte", y en cambio a la muerte de los siervos del Señor la nombra no muerte, sino "sueño", sino porque, mirando a los flacos corazones de los oyentes, compone el medicamento de su predicación con arte admirable, y no duda en insinuarles como muerto a Aquel que ya sabían que había resucitado; pero a los que aún no habían resucitado, para insinuar la esperanza de la resurrección, los llama no muertos, sino "durmientes"? Pues no temía decir muerto a Aquel que los oyentes ya sabían que había resucitado, y temía decir muertos a los que apenas creían que habían de resucitar. El bienaventurado Job, por tanto, porque no duda que los muertos en la carne despertarán de nuevo a la vida, los llama durmientes más bien que muertos. Sigue:

CAPÍTULO IX

[Vet. VII, Rec. VI].

VERSÍCULO 13.---¿Quién me concederá que en el infierno me protejas?

13. Doble infierno: uno inferior para atormentar a los malos; otro superior destinado a recibir a los justos hasta el advenimiento de Cristo.---Porque antes del advenimiento del Mediador de Dios y de los hombres (mediatoris Dei et hominis), todo hombre, aunque hubiera sido de vida limpia y probada, descendía a los claustros del

infierno, no hay duda, ya que el hombre, que por sí cayó, por sí no pudo volver al descanso del paraíso (paradisi), a menos que viniera Aquel que por el misterio de su encarnación nos abriera el camino de ese mismo paraíso. De donde también después de la culpa del primer hombre se recuerda que en la entrada del paraíso fue puesta una espada flamígera (romphaea flammea) (Gén. III, 24), la cual también se dice versátil, por el hecho de que llegaría un tiempo en que también pudiera ser removida. Sin embargo, no decimos que las almas de los justos descendieran de tal modo al infierno que fueran retenidas en lugares penales. Sino que se ha de creer que hay lugares superiores del infierno y otros inferiores, para que en los superiores descansaran los justos y en los inferiores fueran atormentados los injustos. De donde también el Salmista, por la gracia de Dios que se le anticipaba, dice: "Eripuiste mi alma del infierno inferior" (Sal. LXXXV, 13). El bienaventurado Job, por tanto, sabiendo que él descendía al infierno antes del advenimiento del Mediador, pide allí la protección de su Creador, para estar ajeno a los lugares penales, donde, mientras es conducido al descanso, sea escondido de los suplicios. Por lo cual añade:

CAPÍTULO X

[Rec. VII].

IBÍD.---Y me escondas hasta que pase tu furor.

14. El furor de Dios está exento de perturbación, y se consuma en el fin del mundo.---El

furor también del Dios omnipotente realiza cada día la fuerza de su estrechez (districtionis) en esto: que sumerge a los que viven indignamente en suplicios dignos. El cual furor ciertamente pasa ahora, pero al fin traspasa, porque ahora se realiza, pero en el término del mundo se consuma. El cual furor, sin embargo, en cuanto a las almas de los elegidos, pasó en el advenimiento de nuestro Redentor, porque a ellas las redujo de los claustros del infierno a los gozos del paraíso el Mediador de Dios y de los hombres (mediator Dei et hominum), mientras Él mismo descendía allá piadosamente. Entre tanto, se ha de saber que el nombre de furor no conviene a la Divinidad, porque ninguna perturbación confunde la naturaleza simple de Dios. Por lo cual se le dice: "Tú, pues, dominador de la virtud, juzgas con tranquilidad, y con gran reverencia nos dispones" (Sab. XII, 18). Pero porque las almas de los justos habían de ser algún día libradas de los lugares del infierno, aunque no penales, por el advenimiento del Mediador, esto también lo prevé el varón justo, y añade pidiendo:

CAPÍTULO XI

[Vet. y Rec. VIII].

IBÍD.---¿Y me constituyas un tiempo en que te acuerdes de mí?

15. Cristo sacó del infierno solo a aquellos que previó que se le habían adherido.---Pero cuando vino la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, hecho de mujer, hecho bajo la ley, para que

redimiera a los que estaban bajo la ley (Gál. IV, 4). Presintiendo, pues, esta redención el varón del Señor, en la cual muchos incluso de la gentilidad habían de ser librados, como Él mismo dice: "Aunque escondas estas cosas en tu corazón, sin embargo sé que de todos te acuerdas" (Job X, 13), pide que ante el Dios omnipotente se le constituya el tiempo de su recordación. De aquí es, pues, que en el Evangelio dice el Señor: "Y yo, si fuere exaltado de la tierra, todo lo atraeré a mí mismo" (Juan XII, 32), a saber, todo lo elegido. Pues al volver del infierno el Señor no atrajo a la vez a los elegidos y a los réprobos, sino que de allí sustrajo todas aquellas cosas que previó que se le habían adherido. Por lo cual también dice por el profeta Oseas: "Seré tu muerte, oh muerte; seré tu mordedura, oh infierno" (Os. XIII, 14). Pues lo que matamos, hacemos que no sea en absoluto. De aquello que mordemos, una parte sustraemos y otra parte dejamos. Porque, por tanto, en sus elegidos el Señor mató de raíz la muerte, existió como la muerte de la muerte. Pero porque del infierno sustrajo una parte y dejó otra parte, no mató de raíz, sino que mordió al infierno. Dice, pues: "Seré tu muerte, oh muerte"; esto es, en mis elegidos te destruyo de raíz. Seré tu mordedura, oh infierno", porque, llevados ellos, te traspaso en parte. Sabiendo, por tanto, el bienaventurado Job este advenimiento a los infiernos de nuestro Redentor, pida lo que previó futuro y diga: "Y me constituyas un tiempo en que te acuerdes de mí". Sigue:

CAPÍTULO XII.

VERS. 14.---¿Piensas que el hombre muerto volverá a vivir?

16. A veces, los fuertes deben asumir palabras de debilidad.---Suelen los varones justos, en aquello que ellos mismos sienten como cierto y sólido, proferir algo como por duda, para transferir a sí mismos las palabras de los débiles. Pero de nuevo, por medio de una sentencia fuerte, contradicen en todo la duda del que flaquea, a fin de que, por aquello que se les ve proferir con duda, condesciendan en algo con los débiles, y por aquello que profieren como sentencia cierta, atraigan a la solidez (soliditatem) las mentes dudosas de los débiles. Lo cual, por cierto, hacen siguiendo el ejemplo de nuestra Cabeza. Pues al Señor, acercándose a la Pasión, tomó en sí la voz de los que flaquean, diciendo: "Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz" (Mat. XXVI, 39), y asumió el temor de ellos para apartarlo; y de nuevo, mostrando la fuerza de la fortaleza (fortitudinis) por la obediencia, dijo: "Pero no como yo quiero, sino como tú" (Ibíd. 39), para que, cuando amenaza aquello que no queremos que se haga, pidamos así por la debilidad que no se haga, a fin de que por la fortaleza estemos preparados para que la voluntad de nuestro Creador se haga incluso contra nuestra voluntad. Por este ejemplo, por tanto, a veces los fuertes deben asumir palabras de debilidad, para que por ellas, después de fuertes predicaciones, los corazones de los débiles se robustezcan más gratamente. Por lo cual el bien-

aventurado Job, cuando profirió palabras como de quien duda, diciendo: "¿Piensas que el hombre muerto volverá a vivir?", al punto añadió la sentencia de su certidumbre, por la cual dice:

CAPÍTULO XIII

[Vet. y Rec. IX].

IBÍD.---Todos los días en que ahora milito, espero hasta que venga mi mudanza.

17. Job, despreciado el curso de esta vida, requiere el estado de inmutabilidad.---Aquel, pues, que espera su mudanza con tanto deseo, insinúa cuán cierto está de la resurrección; y da a conocer cuánto desprecia el curso de la vida presente, al cual llama milicia (militiam). Pues por la milicia siempre se tiende al fin, y diariamente se espera el término de la conclusión. Desprecia, pues, el curso de esta vida y requiere el estado de solidez (soliditatis), aquel que, por el hecho de militar mudablemente, se apresura a llegar a su mudanza. Pues para el justo en esta vida la carga misma de su corrupción es onerosa. Porque las vigilias lo fatigan, se busca el sueño para que el trabajo y la ansiedad de las vigilias se templen. Pero a veces incluso el sueño mata. El hambre desgasta el cuerpo y, para que su necesidad sea repelida, se requieren alimentos; pero a menudo incluso los alimentos gravan, los cuales habían sido buscados para repeler el gravamen de la debilidad. Pesada es, pues, la carga de la corrupción, la cual, si no fuera tan pesada, Pablo de ninguna manera diría: "La criatura está sujeta a la vanidad, no de

grado, sino por aquel que la sujetó en esperanza, porque también la misma criatura será librada de la servidumbre de la corrupción, a la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Pues sabemos que toda criatura gime y está de parto hasta ahora" (Rom. VIII, 20). Diga, pues, el varón santo, deseando el estado de incorrupción: "Todos los días en que ahora milito, espero hasta que venga mi mudanza". En cuya mudanza qué se haga, añade:

CAPÍTULO XIV

[Rec. X].

VERS. 15.---Me llamarás, y yo te responderé.

18. Responderemos a Dios que nos llama, cuando por su mandato resucitemos incorruptibles.---Se dice que respondemos a alguien cuando devolvemos obras congruentes a sus hechos. En aquella mudanza, pues, llama el Señor y responde el hombre, porque ante la claridad del Incorrupto, el hombre se muestra incorrupto después de la corrupción. Pues ahora, mientras estamos sujetos a la corrupción, de ninguna manera respondemos a nuestro Autor, porque mientras la corrupción está lejos de la incorrupción, no hay semejanza apta para nuestra respuesta. Pero de aquella mudanza está escrito: "Cuando apareciere, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es" (1 Juan III, 2). Entonces, pues, responderemos verdaderamente a Dios que nos llama, cuando al mandato de la suprema incorrupción surjamos incorruptibles. Y porque la criatura no puede percibir esto por sí misma, sino que se hace

por el don del solo Dios omnipotente que sea mudada a tanta gloria de incorrupción, rectamente se subraya:

CAPÍTULO XV

[Rec. XI].

IBÍD.---Alargaras tu diestra a la obra de tus manos.

19. Lo que el hombre no puede alcanzar por sí mismo.---Como si dijera claramente: Por eso tu criatura corruptible puede persistir hacia la incorrupción, porque es erigida por la mano de tu potestad, y por la gracia de tu mirada es sostenida para que persista. Pues la criatura humana, por el hecho mismo de ser criatura, tiene en sí misma el fluir hacia abajo de sí misma; pero de su Creador recibió el hombre que sea arrebatado sobre sí mismo por la contemplación (contemplatione), y sea mantenido en la incorrupción en sí mismo. Para que la criatura, pues, no fluya hacia abajo de sí misma, sino que persista en la incorrupción, es levantada al estado de inmutabilidad por la diestra de su Autor. También por el nombre de diestra puede ser designado el Hijo: porque "todas las cosas por él fueron hechas" (Juan I, 3). A la obra, pues, de sus manos alargó el Dios omnipotente su diestra, porque para erigir a lo más alto al género humano, abyecto y yacente en lo más bajo, envió para esto a su Unigénito encarnado. Por cuya encarnación se nos ha dado que nosotros, que por voluntad propia caímos en la corrupción, podamos alguna vez responder a Dios que nos

llama a la gloria de la incorrupción. En lo cual, ¿quién podrá ponderar la largueza de la divina misericordia, que conduce a tanta gloria al hombre después de la culpa? Pondera Dios los males que hacemos, y sin embargo, por la gracia de su benignidad, los perdona misericordiosamente. Por lo cual también se añade:

CAPÍTULO XVI

[Rec. XII].

VERS. 16.---Tú ciertamente has contado mis pasos, pero perdonas mis pecados.

20. Nuestras culpas, para que Dios no las castigue, han de ser castigadas por la penitencia.---Dios cuenta los pasos cuando señala cada una de nuestras obras en vista de la retribución (retributionem). Pues, ¿qué se designa en los pasos, sino cada una de nuestras acciones? El Dios omnipotente, pues, tanto cuenta los pasos como perdona los pecados, porque tanto considera sutilmente nuestros actos, como sin embargo los perdona misericordiosamente a los penitentes. Él también ve la dureza en los pecadores, pero sin embargo la ablanda para la penitencia (poenitentiam) por la gracia que previene. Cuenta, pues, las culpas cuando nos convierte a nosotros mismos para deplorar cada cosa que hicimos. Las cuales perdona misericordiosamente, porque mientras nosotros mismos las castigamos, Él de ninguna manera las juzga en el examen extremo, como atestigua Pablo, quien dice: "Si nosotros mismos nos juzgá-

ramos, ciertamente no seríamos juzgados" (I Cor. XI, 31). Por lo cual todavía se añade:

CAPÍTULO XVII

[Vet. XI].

VERS. 17.---Sellaste como en un saco mis delitos, pero curaste mi iniquidad.

21. Los pecados, si no son lavados por la penitencia, saldrán del saco del secreto al público del juicio.---Se sellan como en un saco nuestros delitos (delicta), porque esto que hacemos exteriormente, si no lo lavamos por la penitencia (poenitencia) que interviene, se guarda en el secreto de los juicios de Dios bajo cierta ocultación, para que alguna vez salga incluso del saco del secreto al público del juicio. Por lo cual también se dice por Moisés: "¿No están estas cosas congregadas conmigo, y selladas en mis tesoros? En el día de la venganza les retribuiré" (Deut. XXXII, 34, 35). Pero cuando por los males que hicimos somos desgastados por el flagelo de la disciplina, y lloramos estos por la penitencia, sella y cura nuestra iniquidad (iniquitatem), porque ni los deja aquí sin castigo, ni los reserva para ser castigados en el juicio. Sella, pues, los delitos, porque aquí los atiende sutilmente para herir; pero los cura, porque los perdona de raíz por el flagelo. Por lo cual también curó, sellando, la iniquidad de aquel su perseguidor, a quien había postrado en tierra, cuando dijo de él a Ananías: "Vaso de elección es para mí este, para que lleve mi nombre ante las gentes, y los reyes, y los hijos

de Israel. Pues yo le mostraré cuántas cosas le conviene padecer por mi nombre" (Hech. IX, 15). Pues a aquel a quien todavía amenaza con futuras pasiones por los excesos pasados, ciertamente tenía sellado en su corazón aquello en que había delinquido. Pero sin duda había curado sus delitos sellándolos, a quien llamaba Vaso de elección. O ciertamente nuestros pecados se sellan en el saco cuando ponderamos los males que hicimos siempre con corazón solícito. ¿Qué es, pues, el corazón del hombre, sino el saco de Dios? Donde, mientras miramos estudiosamente por cuánto delinquimos, llevamos nuestros pecados como sellados en el saco de Dios. ¿Acaso no tenía David su pecado sellado en el saco, quien decía: "Mi iniquidad yo la reconozco, y mi delito está siempre ante mí" (Sal. L, 5)? Y porque nuestro piadoso Creador perdona las culpas que reconocemos mirándolas y haciendo penitencia, rectamente se añade después de los delitos sellados en el saco: "Pero curaste mi iniquidad". Como si dijera abiertamente: Las cosas que ahora sellas para que yo las vea haciendo penitencia, las haces sin duda para que no se vean en la retribución (retributione). Sigue:

CAPÍTULO XVIII

[Rec. XIII].

VERS. 18, 19.---Ciertamente el monte al caer se deshace, y la peña se traslada de su lugar. Las aguas horadan las piedras, y por el aluvión poco

a poco se consume la tierra, y así de la misma manera destruirás a los hombres.

22. Unos son derribados por súbitas tentaciones, otros por tentaciones lentas y suaves.---Esto se hace frecuentemente para que, al caer las rocas, la piedra se traslade a otros lugares; para que las aguas horaden las piedras, y poco a poco la tierra se consuma por los aluviones. Pero debemos discutir con gran intención lo que se infiere: "Y así de la misma manera destruirás a los hombres". Pues, ¿qué es esto, que la perdición humana se compare al monte que cae y a la peña trasladada, a la piedra horadada y a la tierra consumida por el aluvión, sino aquello que patenteramente se da a entender, porque hay dos géneros de tentaciones (tentationum)? Uno, que se produce en la mente incluso de un hombre justo por un suceso repentino, de tal modo que sea tentado tan súbitamente, que lo sacuda y lo prostre por un resultado inesperado, y no vea su caída sino después de haber caído. Pero el otro, que viene poco a poco a la mente, e infecta el ánimo que resiste con suaves sugestiones, y consume en él todas las fuerzas de la justicia (justitiae) no por su exceso, sino por su asiduidad. Porque, por tanto, hay una tentación que por lo común prostra a los justos por una súbita invasión, dígase: "El monte al caer se deshace, y la peña se traslada de su lugar"; esto es, la mente santa, cuyo lugar había sido la justicia, por un impulso súbito es trasladada a la culpa. De nuevo, porque hay otra tentación, que se infunde suavemente en el corazón del hombre, y corrompe y consume toda la dureza de la forta-

leza (fortitudinis), dígase: "Las aguas horadan las piedras", porque a saber, los asiduos y blandos halagos de la lascivia absorben la dureza de la mente, y el vicio lento y sutil corrompe el duro y fuerte propósito de la mente. Por lo cual se añade: "Y por el aluvión poco a poco se consume la tierra". Pues así como al afluir el agua poco a poco se consume la tierra, así por el vicio que se desliza suavemente, incluso la mente fuerte es absorbida. Por lo cual bien se añade: "And so Thou destroyest men likewise." Esto es, porque cuando por justo juicio permites que la tentación domine repentinamente la mente de aquel que se ve estar en lo alto, haces que el monte caiga y se deshaga; y cuando la voluntad se muda al vicio, la peña se traslada como a otro lugar; pero cuando permites que la tentación lenta y sutil, pero sin embargo asidua, prevalezca en las mentes de aquellos que se creen ser fuertes, es como si las aguas horadaran las piedras, y por el aluvión poco a poco se consume la tierra, porque ciertamente la dureza de la mente, subyugada por la suave sugestión, se ablanda.

23. David, monte alto, cayó por repentina caída. Salomón por el lento deslizamiento del pecado. ---Veamos cuán alto monte fue aquel David, que pudo contemplar tan grandes misterios de Dios con espíritu profético; pero miremos por cuán súbita caída fluyó hacia abajo, quien mientras, paseando por el terrado, codició y tomó la esposa ajena, e hizo morir a su marido con pérdida de su ejército (2 Sam. XI, 4, sig.), por repentina caída el monte cayó, cuando aquella mente

acostumbrada a los misterios celestiales fue vencida por una inesperada tentación (tentatione), y sometida a tan inmensa torpeza. La peña, pues, fue trasladada de su lugar, cuando el ánimo del profeta, excluido de los misterios de la profecía, vino a pensar torpezas. Veamos también de qué manera las aguas horadan las piedras, y por el aluvión poco a poco se consume la tierra. Pues Salomón por el uso inmoderado y la asiduidad de las mujeres fue conducido hasta esto, a fabricar un templo a los ídolos (3 Rey. XI, 7); y el que antes había construido un templo a Dios, sometido por la asiduidad de la lascivia, incluso de la perfidia, no temió construir templos a los ídolos. Y así se hizo que llegara desde la asidua petulancia de la carne hasta la perfidia de la mente. ¿Qué otra cosa, pues, sino que las aguas horadaron la piedra, y por el aluvión poco a poco la tierra fue consumida, porque al deslizarse poco a poco la infusión del pecado, la tierra de su corazón fluyó hacia la consumación? Considere, pues, el bienaventurado Job ambas tentaciones, o la súbita e inmensa, o la lenta y más larga; considere las caídas de los hombres, y de aquellas cosas que suceden exteriormente arrebate interiormente la contemplación (contemplationem), diciendo: "El monte al caer se deshace, y la peña se traslada de su lugar. Las aguas horadan las piedras, y por el aluvión poco a poco se consume la tierra, y así de la misma manera destruirás a los hombres"; esto es, así como estas cosas insensibles ahora caen súbitamente, ahora se consumen por la blandura de las aguas infundida poco a poco, así también a

aquel que criaste racional, o lo derribas por súbita tentación, o permites que sea consumido por una larga y lenta. Y al punto explica la misma criatura racional con las palabras siguientes, diciendo:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 20.---Lo robusteciste un poco, para que pasara para siempre.

24. A la vida breve sucede la eternidad.---Un poco fue robustecido el hombre, porque aquí recibió las fuerzas de vivir por un momento, para que pase para siempre a donde el término no concluya su vida. Pero en esta brevedad donde fue robustecido, recoge de donde halle en la perpetuidad, o para que siempre goce, o para que no escape de los suplicios recibidos. Por lo cual, habiendo sido robustecido un poco para que pasara para siempre, aptamente se añade al punto:

CAPÍTULO XX

[Rec. XIV].

IBÍD.---Mudarás su rostro, y lo despedirás.

25. Cuán grande es la mudanza del hombre en la muerte.---El rostro del hombre se muda cuando su apariencia es desgastada por la muerte. Pero es despedido, porque es obligado contra su voluntad a pasar de aquellas cosas que sostuvo voluntariamente a las eternas; y mientras es conducido a aquellas, no sabe de qué manera habrán de estar estas cosas que tuvo largamente en el

pensamiento cuando queden abandonadas. Por lo cual también se añade.

CAPÍTULO XXI

[Vet. XIII].

VERS. 21. Ya sea que sus hijos fueren nobles, o innobles, no lo entiende.

26. Las almas de los santos que ven a Dios, nada ignoran de aquellas cosas que están fuera de sí; de otro modo las otras.---Pues así como los que aún viven ignoran en qué lugar se encuentran las almas de los muertos, así los muertos no saben de qué manera se dispone la vida de los que viven en la carne tras ellos, porque tanto la vida del espíritu está lejos de la vida de la carne; y así como las cosas corpóreas e incorpóreas son diversas por su género, así también por un conocimiento distinto. Lo cual, sin embargo, no debe sentirse acerca de las almas santas, porque de ningún modo se ha de creer que las que ven en su interior la claridad del Dios omnipotente ignoren algo que esté fuera. Pero todos los carnales, porque dedican un amor principal a sus hijos, el bienaventurado Job afirma que ellos después no saben esto que aquí amaron vehementemente, de modo que ya sean sus hijos nobles o innobles, no lo sepan, cuyo cuidado siempre los fatigaba. Lo cual, sin embargo, si debe entenderse espiritualmente, no congruentemente se designan las obras con el nombre de hijos; como dice Pablo de la mujer: Porque se salvará por la generación de hijos (1 Tim. 2, 15). Pues ni dejará de salvarse la mujer

que, procurando la continencia, de ningún modo engendra hijos, sino que se dice que se salva por la generación de hijos, porque por el efecto de las buenas obras se asocia a la salvación perpetua. Hijos nobles son, pues, las obras rectas, e innobles los hechos perversos. Y a menudo el hombre se esfuerza por realizar cualquier bien con recta intención; pero sin embargo, por muchas cosas que se infiltran, es incierto cómo se consideran sus actos ante el Dios omnipotente. Ya sea, pues, que sus hijos fueren nobles, o innobles, no lo entiende, porque, discutidas por un sutil examen, ignora si sus obras son aprobadas o reprobadas. Y aquí, pues, el hombre está puesto en el dolor del trabajo, y allá es conducido en el temor de la sospecha. Por lo cual aún se añade sobre el mismo trabajo de la vida presente:

CAPÍTULO XXII.

VERS. 22.---Pero su carne, mientras vive, tendrá dolor, y su alma se lamentará sobre sí mismo.

27. Quienes se deleitan en los placeres de la carne, experimentan mayores tribulaciones de la carne.---De los casados dice Pablo: Sin embargo, tales tendrán la tribulación de la carne (1 Cor. 7, 28). Pero la tribulación de la carne la pueden padecer aquí incluso los que ya viven espiritualmente. ¿Por qué, pues, se dice que la tribulación de la carne está en los casados como algo especial, la cual no está lejos de la vida de los espirituales, sino porque aquellos frecuentemente reciben mayores tribulaciones de la carne quienes se deleitan en los placeres de la carne? Pero bien

se dice: Y su alma se lamentará sobre sí mismo, porque quienquiera que apetezca gozarse en sí mismo, por eso mismo ya está en luto por lo cual se apartó de la verdadera alegría. Pues la verdadera alegría de la mente es el Creador. Digno es, pues, que el hombre encuentre siempre tristezas en sí mismo, el cual, habiendo abandonado al Creador, buscaba el gozo en sí mismo. Sigue.

CAPÍTULO XXIII

[Vet. XIV, Rec. XV].

CAP. XV, VERS. 1, 2.---Respondiendo entonces Elifaz Temanita, dijo: ¿Acaso responderá el sabio como quien habla al viento, e inflamará su pecho de ardor?

28. Los malos consideran las palabras de los buenos no como sentencias de razón, sino como aguijones de furor.---Ya hemos dicho frecuentemente que el bienaventurado Job representa el tipo de la santa Iglesia universal, pero sus amigos el de los herejes, quienes, como si fuera en defensa del Señor, encuentran ocasión para el discurso necio, y lanzan palabras contumeliosas contra los buenos. A quienes todas las cosas que sienten los fieles les desagradan como si fueran proferidas al viento. Por lo cual se dice ahora: ¿Acaso responderá el sabio como quien habla al viento? Ni consideran que las palabras de los buenos sean dichos de la razón, sino aguijones de furor. Por lo cual también se añade: E inflamará su pecho de ardor. Porque incluso aquellas cosas que saben que dicen contumeliosamente, procu-

ran siempre, como se ha dicho, encubrirlas con la defensa del Señor. Por lo cual añade Elifaz:

CAPÍTULO XXIV.

VERS. 3.---Arguyes con palabras a aquel que no es igual a ti, y hablas lo que no te conviene.

29. Mientras los herejes no encuentran cosas verdaderas para reprochar, fingen las falsas.--- Ellos piensan que nadie tiene el temor del Señor, sino aquel a quien pudieron atraer a la estulticia de su propia confesión. Por lo cual añade:--- VERS. 4---En cuanto está en ti, has evacuado el temor, y has quitado las preces ante Dios. 'Tulisti' se dice por 'abstulisti' (quitaste), como si dijera abiertamente: Presumiendo de tu propia justicia, desprecias deprecar la gracia de tu Creador. Pues cuando los herejes no encuentran males verdaderos contra los buenos, fingen lo que puedan refutar, para que parezcan ser justos, y sucede muy a menudo que llegan a palabras abiertas de contumelias. Por lo cual aún se añade:

CAPÍTULO XXV.

VERS. 5.---Pues tu iniquidad ha enseñado a tu boca, e imitas la lengua de los blasfemos.

30. Cuidando en apariencia del honor de Dios, detractan de su bondad. ---La iniquidad enseña a la boca cuando de una vida mala se concibe lo que se dice peor. Pero porque el bienaventurado Job había sido tan libre en su boca cuanto justo en su obra, es reprendido por sus amigos, que tienen el tipo de los herejes, tanto por una vida

inicua cuanto por una boca audaz, de modo que se diga: Pues tu iniquidad ha enseñado a tu boca. Como si se le dijera abiertamente: Lo que hablas perversamente, lo has aprendido de una vida más perversa. Pues a menudo los herejes, mientras veneran como si fuera a Dios, contradicen sus misterios, y piensan que es humildad si niegan la verdad. Pues hay algunos que piensan que irrogan una injuria a Dios si confiesan que Él asumió verdadera carne, o si creyeran que Él pudo verdaderamente morir por nosotros en la carne. Y cuando intentan atribuir como si fuera más honor a Dios, se ven obligados a negar las verdaderas alabanzas de su bondad. Pues ¿qué hay de más potente en la alabanza de su caridad que el que Él hiciera dignas para su propia recepción por nosotros aquellas cosas que a Él le parecen indignas? Pero la Santa Iglesia confiesa su verdadera carne, su verdadera muerte; pero diciendo estas cosas, los herejes creen que ella irroga contumelia a Dios. Por lo cual ahora se dice: E imitas la lengua de los blasfemos. A la cual, si le sucediera alguna adversidad en este mundo, dicen que esto le acontece por esta misma injuria de su confesión. Por lo cual aún se añade:

CAPÍTULO XXVI.

VERS. 6.---Te condenará tu propia boca y no yo, y tus labios te responderán.

31. Deliran que la confesión de la fe recta es castigada por los flagelos de la adversidad.---Porque pues piensan que los males de la adversidad brotan del error de la confesión, afirman que

sus propios labios le responden, de modo que la culpa de la elocución sea la causa del flagelo. Pero a veces quieren reprimirla como si estuvieran razonando. [Vet. XV.] Por lo cual Elifaz intenta reprender al bienaventurado Job como si fuera por la razón, diciendo:

CAPÍTULO XXVII.

VERS. 7, 8.---¿Acaso fuiste tú el primer hombre nacido, y fuiste formado antes que los collados? ¿Acaso escuchaste el consejo de Dios, y será inferior a ti su sabiduría?

32. Mientras parecen defender la gloria divina, miran por la suya.---Como si dijera con palabras más abiertas: Tú que hablas de lo Eterno, piensa que eres temporal; tú que disputas sobre su sabiduría, piensa que ignoras su consejo. Pero porque para esto asumen los herejes las palabras de la defensa del Señor, para que parezcan ser doctos, y mientras parecen defender la gloria divina, den a conocer a los hombres su propia ciencia, estas mismas palabras de Elifaz añadidas lo testifican, el cual ciertamente comenzó a hablar de la sabiduría de Dios, pero al punto cayó en su propia elación, diciendo:

VERS. 9.---¿Qué sabes tú que nosotros ignoremos? ¿qué entiendes que nosotros no sepamos?

Cuyos dichos ciertamente muestran patentemente de qué elación de la mente procede cualquier cosa que suena como para la defensa del Señor. Sigue:

CAPÍTULO XXVIII.

VERS. 10.---Tanto los ancianos como los antiguos están con nosotros, mucho más viejos que tus padres.

33. Falsamente se halagan con el magisterio y consenso de los antiguos padres.---Porque todos los herejes han salido de la santa Iglesia universal, lo atestigua Juan, quien dice: De nosotros salieron, pero no eran de los nuestros (1 Juan 2, 19). Pero para que puedan encomendar aquellas cosas que afirman a las mentes necias de los hombres como si fuera por la antigüedad, atestiguan que tienen a los antiguos padres, y llaman a los mismos doctores de la Iglesia maestros de su propia profesión. Y mientras desprecian a los predicadores presentes, se glorían con una falsa presunción del magisterio de los antiguos Padres, de modo que confiesen que también los antiguos padres sostuvieron aquellas cosas que ellos mismos dicen, a fin de que lo que no pueden edificar por la rectitud lo confirmen como por la autoridad de aquellos. Porque ciertamente está escrito: A quien el Señor ama castiga, pero azota a todo hijo que recibe (Heb. 12, 6). A menudo la Santa Iglesia trabaja en muchas adversidades en esta vida, y la vida de los réprobos es despedida tanto sin flagelo, cuanto que para ningún premio se reserva. Pero los herejes, viendo las aflicciones de la Santa Iglesia, la desprecian, y sospechan que ella es desgastada por tantos flagelos por el mérito de una profesión depravada. Por lo cual aún se añade:

CAPÍTULO XXIX.

VERS. 11.---¿Es acaso cosa grande que Dios te consuele? pero tus palabras depravadas lo prohiben.

34. Desprecian a la Iglesia afligida.---Como si le dijera patentemente: Si corrigieras la profesión de la fe, ya de antiguo habrías podido tener consuelo de los flagelos. Sigue:

CAPÍTULO XXX.

VERS. 12.---¿Por qué te levanta tu corazón, y, como si pensaras en grandes cosas, tienes los ojos atónitos?

35. Se burlan de la contemplación de los santos, nunca habiéndola experimentado.---A menudo la mente de los justos es tan suspendida para contemplar cosas más altas, que exteriormente su rostro parece haber quedado atónito. Pero porque los herejes ignoran que esta fuerza de la contemplación actúa en lo oculto, piensan que esto se hace por los justos y los rectamente sabios más por hipocresía que por verdad, porque no sospechan que esto que ellos mismos no pueden tener exista verdaderamente en otros. Sigue:

CAPÍTULO XXXI.

VERS. 13.---¿Por qué se hincha contra Dios tu espíritu, para que prorrumpas de tu boca en semejantes sermones?

36. Las palabras de los justos y de los inicuos son a menudo similares, pero el corazón es disímil. Los herejes mezclan algunas verdades con falsedades, que no deben ser rechazadas.---

Generalmente los justos, afligidos por algunas necesidades, se ven obligados a confesar sus propias obras, lo que el bienaventurado Job había hecho, a quien después de su justicia los flagelos deprimían; pero cuando los injustos oyen sus dichos, piensan que estos han sido proferidos por elación más que por verdad. Pues pesan las palabras de los justos desde sus propios corazones, y no piensan que puedan decirse humildemente palabras buenas. Porque así como es una grave culpa arrogarse el hombre aquello que no es, así generalmente no hay culpa alguna si humildemente dice el bien que es. Por lo cual sucede a menudo que los justos y los injustos tienen palabras similares, pero sin embargo siempre el corazón es muy disímil, y por los mismos dichos por los que el Señor es ofendido por los injustos, en ellos mismos también es aplacado por los justos. Pues el fariseo, habiendo entrado en el templo, decía: Ayuno dos veces en el sábado, doy diezmos de todo lo que poseo (Luc. 18, 12); pero el publicano salió justificado más que aquel. También el rey Ezequías cuando, afligido por la molestia del cuerpo, había llegado a la extremidad de la vida, compungido en la oración dijo: Te ruego, Señor, acuérdate, te pido, cómo he caminado ante ti en verdad y con corazón perfecto (Isa. 38, 3). No obstante, el Señor no despreció ni rechazó esta confesión de su perfección, a quien pronto escuchó en sus súplicas. He aquí que el fariseo se justificó en la obra, y Ezequías afirmó que era justo incluso en el pensamiento, y de donde aquel ofendió, de allí este aplacó al Señor. ¿Por qué, pues, esto,

sino porque Dios omnipotente pesa las palabras de cada uno por los pensamientos, y en sus oídos no son soberbias las que se profieren con corazón humilde? Por lo cual el bienaventurado Job, cuando expuso sus obras, de ningún modo se hinchó contra Dios, porque dijo humildemente las cosas que verdaderamente había hecho. Pero suelen los herejes mezclar algunas verdades con los dichos de sus errores, y los amigos del bienaventurado Job, aunque en la reprensión de este se engañan de todo punto, pueden sin embargo decir también algunas verdades, que aprendieron de su asiduidad. Si todos los dichos de estos hubieran de ser refutados, el apóstol Pablo de ningún modo habría proferido la sentencia de Elifaz, diciendo: Él atrapa a los sabios en su propia astucia (1 Cor. 3, 19). Porque, por lo tanto, incluso aquellas cosas que dicen rectamente no las dicen rectamente contra el bienaventurado Job, pisoteemos en sus dichos el vicio de la indiscreción (indiscretionis) y discutamos las fuerzas de la rectitud. Sigue:

CAPÍTULO XXXII.

VERS. 14.---¿Qué es el hombre, para que sea inmaculado?

37. El hombre surgido del suelo (humus) y de una mujer, ¿quién podrá ser sin mancha?--- Pues por el hecho mismo de que se le llama hombre (homo), se le expresa como terrenal y débil: pues el hombre (homo) fue llamado así por el suelo (humo). ¿Y cómo puede ser sin mancha quien por su propia voluntad cayó en la debilidad habiendo sido hecho de la tierra? Donde también

se añade:---IBID.---Y para que aparezca justo el nacido de mujer. Pues la mujer propinó al varón la primera injusticia en el paraíso. ¿Cómo, pues, aparecerá justo quien nació de aquella que existió como propinadora de la injusticia? Sigue:

CAPÍTULO XXXIII.

VERS. 15.---He aquí que entre sus santos nadie es inmutable, y los cielos no son limpios en su presencia.

38. Sólo Dios está exento de mutabilidad.---Con este nombre de los cielos repitió lo que antes significó con la apelación de los santos. Pues de los mismos santos está escrito: Los cielos narran la gloria de Dios (Sal. 18, 1). Quienes por naturaleza todos tienen en sí mismos su propia mutabilidad; pero mientras desean adherirse siempre estudiosamente a la verdad inmutable, al adherirse actúan de modo que se vuelven inmutables. Y cuando se aferran a ella con todo el afecto, en algún momento reciben que, elevados por encima de sí mismos, venzan esto en lo que existieron como mutables en sí mismos. ¿Qué es, pues, la mutabilidad sino una cierta muerte? La cual, mientras cambia cualquier cosa en otra, como que mata lo que había sido, para que empiece a ser lo que no era. Y del autor de todas las cosas está escrito: Quien solo tiene la inmutabilidad (1 Tim. 6, 16), porque evidentemente solo en sí mismo es inmutable. De quien se dice por Santiago: En el cual no hay transmutación, ni sombra de vicisitud (Sant. 1, 17). Pues la misma mutabilidad es una sombra, que como si oscureciera la luz, si

la permutara por algunas vicisitud. Pero porque en Dios la mutabilidad no entra, ninguna sombra de vicisitud intercepta su luz. Y bien se dice: Los cielos no son limpios en su presencia, porque por sí mismos ante el estrecho juicio de Dios ni ellos mismos pueden ser limpios hasta la perfección, quienes se convierten en predicadores de la limpieza, atestiguándolo Juan, quien dice: Si dijéramos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos seducimos (1 Juan 1, 8). Si, por lo tanto, entre sus santos nadie es inmutable, y los cielos en su presencia no son limpios, ¿quién presumirá en sí mismo de la obra de la justicia? Por lo cual también se añade:

CAPÍTULO XXXIV.

VERS. 16.---¿Cuánto más abominable e inútil es el hombre, que bebe como aguas la iniquidad?

39. Nuestras obras malas son nequísimas, pero las buenas son imperfectas e inútiles.---Quien antes había negado que el hombre pudiera ser inmaculado y justo por sí mismo, lo llama abominable e inútil: abominable ciertamente por la inmundicia de su mancha, e inútil por la injusticia de una vida imperfecta. El cual abominable e inútil puede entenderse también de otro modo. Pues a veces un hombre perverso parece hacer algunas cosas rectamente, pero por aquellas que son inicuas también se destruyen aquellas cosas suyas que son rectas. Y porque a Dios le desagradan mucho las cosas malas, tampoco le placen aquellas que parecen buenas. Aquel, pues, que en sus males es abominable para Dios, en sus

bienes es inútil, porque mientras se muestra execrable a Dios por sus obras depravadas, tampoco place aquello de él que parece recto. Bien se dice, pues: Que bebe como aguas la iniquidad. Pues esto que se come se traga con demora, porque se mastica para que se trague. Pero lo que se bebe, tanto no tiene demora para tragarse, cuanto no tiene ninguna necesidad incluso para masticarse. La culpa, por tanto, porque es perpetrada por el hombre estulto sin ninguna retractación, se bebe como agua la iniquidad. Porque pues hace cosas ilícitas sin temor, traga como una poción de injusticia sin obstáculo. Sigue:

CAPÍTULO XXXV.

VERS. 17.---Te mostraré, óyeme, lo que he visto te contaré.

40. Los soberbios, cuanto más alto se elevan por la inteligencia, tanto más gravemente caen por la elación.---Tienen todos los arrogantes esto como propio, que cuando han percibido algo recto o pequeño, lo inclinan al uso de la elación; y de donde se vuelven más altos para sí mismos por el entendimiento, de allí por el hinchamiento caen en la fosa de la elación, y se consideran más doctos que los doctos, exigen para sí reverencia de sus superiores, y pretenden enseñar a los más santos como con autoridad. Por lo cual se dice ahora: Te mostraré, óyeme. Y porque con menor autoridad enseña aquel que habla cosas oídas que aquel que dice las cosas que ha visto, para que Elifaz se arrogue una autoridad más fuerte, dice: Lo que he visto te contaré. Pero porque a veces

los herejes se confunden por sus padres condenados, y sin embargo proferen sus sentencias al medio como con autoridad, por cuya estulticia son justamente reprobados, rectamente se añade la audacia de los herejes, cuando se dice:

CAPÍTULO XXXVI.

VERS. 18.---Los sabios confiesan, y no ocultan a sus padres.

41. Cuán insulsamente alardean los herejes de los sabios, a quienes tuvieron por maestros de error.---En cuya alabanza también prorrumpen, y se glorían de que aquellos, como si fueran los únicos, presidieron la Iglesia. Por lo cual aún se añade:---VERS. 19:---A quienes solos les fue dada la tierra, y no pasó extraño por ellos. Consideran que la tierra fue dada solo a sus padres, porque piensan que solo los maestros de sus errores gobernaron verdaderamente la Iglesia. Pero, ¿quién es llamado extraño sino el ángel apóstata? Por lo cual también se dice por el Salmista acerca de todos los espíritus malignos juntos: Quoniam alieni insurrexerunt in me, et fortes quaesierunt animam meam (Sal. 53, 5). Los herejes, por tanto, porque piensan que los corazones de sus doctores no estuvieron sujetos al ángel apóstata, niegan que haya pasado extraño por ellos. Para el cual extraño, evidentemente, pasar por cada uno es introducir pensamientos inicuos en su corazón. Por lo cual también se dice por la voz del profeta acerca de los espíritus malignos contra el alma que está en pie: Y dijeron a tu alma: Inclínate para que pasemos (Isa. 51, 23). Pero Elifaz el Temanita,

porque quiere ser escuchado pues va a narrar ciertas cosas, aunque sepa muchas cosas que deben decirse, pero porque no sepa que no debían decirse al bienaventurado Job, escuchemos las sentencias que profirió contra el bienaventurado Job. Pues no debemos pensar a quién, sino solo qué dijo. Sigue:

CAPÍTULO XXXVII.

VERS. 20.---Todos sus días el impío se ensoberbece.

42. Los electos terminan su vida en humildad, los réprobos en soberbia.---Suelen también los electos ensoberbecerse en algunos de sus pensamientos y actos. Pero porque son electos, no pueden ensoberbecerse todos sus días, porque antes de que terminen la vida, cambian los corazones desde la elación del corazón al temor de la humildad. Pero el impío en todos sus días se ensoberbece, porque así termina la vida, que de ningún modo se aparta de la elación. Considera lo que florece temporalmente, y descuida pesar hacia dónde es conducido para la eternidad. Pone la confianza en la vida de la carne, y piensa que han de permanecer mucho tiempo las cosas que posee al presente. Se solidifica el ánimo en la elación, todo prójimo es llevado al desprecio; nunca considera cuán repentina puede sobrevenir la muerte; nunca pesa cuán incierta sea su felicidad. Quien si contemplara la incertidumbre de la vida fugaz, de ningún modo tendría por ciertas las cosas inciertas. Por lo cual también bien se añade:

CAPÍTULO XXXVIII.

IBID.---Y el número de los años de su tiranía es incierto.

43. La muerte debe temerse, porque no puede preverse.---Pues de ningún modo habría debido ensoberbecerse, aunque hubiera podido tener cierto el número de sus años, para que sabiendo cuánto viviría, prescindiera cuándo se apartaría de la elación. Pero puesto que la vida presente es siempre incierta, tanto siempre debe temerse la muerte que sobreviene, cuanto nunca puede preverse. Bien, pues, llama tiranía a la soberbia del impío. Pues propiamente se llama tirano al que no gobierna por derecho en la república común. Pero debe saberse que todo soberbio ejerce la tiranía según su propia medida. Pues lo que a veces uno hace en la república, esto es, por la potestad de la dignidad recibida, otro lo hace en la provincia, otro en la ciudad, otro en su propia casa, otro por la latente maldad ejerce esto en sí mismo en su pensamiento. Ni mira el Señor cuánto mal pueda cada uno hacer, sino cuánto quiera. Y cuando falta la potestad fuera, es tirano dentro de sí mismo, a quien la iniquidad domina dentro, porque aunque exteriormente no aflija a los prójimos, interiormente sin embargo puede desear tener potestad para afligirlos. Y porque Dios omnipotente pesa los corazones, ya en sus ojos el impío hizo lo que pensó. Pero para esto nuestro Creador quiso que se nos ocultara nuestro fin, para que mientras estamos inciertos de cuándo moriremos, siempre seamos hallados

preparados para la muerte. Por lo cual rectamente después de que se dijo: Todos sus días el impío se ensoberbece, añade: Y el número de los años de su tiranía es incierto. Como si se dijera abiertamente: ¿Por qué se ensalza como si fuera por algo cierto, aquel cuya vida se mantiene bajo la pena de la incertidumbre? Pero Dios omnipotente no solo reserva para los que obran mal los suplicios venideros, sino que implica sus corazones en penas incluso aquí donde delinquen, para que por el hecho mismo de que pecan se golpeen a sí mismos, de modo que siempre trépidos y siempre sospechosos teman padecer de otros los males que recuerdan haber hecho a otros. Por lo cual aún se añade acerca de este impío:

CAPÍTULO XXXIX.

VERS. 21.---El sonido del terror siempre está en sus oídos; y cuando hay paz, él sospecha insidias.

44. La simplicidad del corazón es un alcázar fortificadísimo.---Nada hay más feliz que un corazón simple, porque en cuanto muestra inocencia hacia otros, no hay nada que tema padecer de otros. Pues tiene como un alcázar de fortaleza su propia simplicidad. Ni es sospechoso de padecer lo que no recuerda haber hecho. Por lo cual bien se dice por Salomón: En el temor del Señor está la confianza de la fortaleza (Prov. 14, 26). Quien también dice de nuevo: Mente segura, como un festín continuo (Prov. 15, 15). Como si fuera una continuación de refrigerio la misma tranquilidad de la seguridad. Pero, por el contrario, la mente

depravada siempre está en trabajos, porque o maquina males que inferir, o teme que estos le sean inferidos por otros. Y lo que sea que excogita contra los prójimos, esto teme que sea excogitado contra sí por los prójimos. Se vuelve por todas partes sospechosa, por todas partes trépida. Todo aquel que viene a la memoria se cree que busca cosas contrarias. A aquel, pues, a quien falta la tranquilidad de la seguridad, a este sin duda el sonido del terror siempre está en sus oídos. Y sucede a menudo que cualquier prójimo suyo le hable simplemente, y nada adverso piense. Pero cuando hay paz, él sospecha insidias, porque quien siempre actúa con dolo, no estima que se actúe simplemente hacia él. Y porque está escrito: El impío cuando hubiere llegado a lo profundo de los pecados, desprecia (Prov. 18, 3), envuelto en las tinieblas de su iniquidad ya desespera de la luz. Por lo cual también sigue:

CAPÍTULO XL.

VERS. 22.---No cree que pueda volver de las tinieblas a la luz, mirando por todas partes la espada.

45. El impío, desesperada la salud, siempre crece hacia la maldad.---Porque mientras cree que es golpeado por todas partes por insidias, desesperada la salud, siempre crece hacia la maldad. Pero a veces aquel perverso también atiende a los juicios celestiales, y teme que estos vengan sobre él. Pero cuando busca el estipendio (stipendium) de la vida presente, vencido por la locura de la avaricia desprecia estos mismos juicios que

había empezado a temer. Y ciertamente piensa que puede morir en el pecado, pero sin embargo no cesa del pecado. Por lo cual también se añade:

CAPÍTULO XLI.

VERS. 23.---Cuando se mueva a buscar el pan, sabe que está preparado en su mano el día de las tinieblas.

46. Aunque tema ser golpeado, siempre aumenta aquello por lo que sea golpeado.---Pues por el pan se toma el estipendio de la vida presente; por el día de las tinieblas, el tiempo de la venganza. En su acto, pues, a veces aquel perverso considera presente la ira del Juez Supremo; pero no se aparta del mal, para que también ella misma pueda apartarse de su perdición. Pero acusándole la conciencia teme ser golpeado, pero sin embargo siempre aumenta aquello por lo que sea golpeado. Desprecia su regreso, desespera del perdón, se ensoberbece en la culpa; pero sin embargo tiene dentro al temor como testigo de su maldad. Y aunque parezca actuar audazmente cosas depravadas fuera, de estas sin embargo se ve obligado a trepidar dentro de sí mismo. Por lo cual está escrito: Siendo pues temerosa la maldad, da testimonio de la condenación (Sab. 17, 10), porque cuando cualquiera perpetra cosas ilícitas, teme lo que hace; y el testigo manifiesto de la condenación es el temor mismo de la iniquidad, porque tanto se teme lo que se hace, y sin embargo no se vence el mal que se teme. De lo cual también aún se añade:

VERSÍCULO 24. --- Lo aterrará la tribulación, y la angustia lo cercará, como a un rey que se prepara para la batalla.

47. Con cuántas estrecheces es cercado quien abandona el camino de la verdad, compañera de la seguridad. Plano es el camino de la verdad; áspero el itinerario de la mentira. En todo lo que el inicuo hace, es cercado por la tribulación y la angustia, porque su corazón se confunde por la ansiedad y la sospecha. Uno desea ocultamente arrebatar por la fuerza lo ajeno, y trabaja en sus pensamientos para que no pueda ser descubierto. Otro, abandonada la verdad, delibera mentir para engañar el ánimo de los oyentes. Pero, ¿cuánto trabajo es custodiar solícitamente que esa misma falacia suya no pueda ser descubierta? Pues pone ante sus ojos qué se le podría responder por parte de quienes conocen la verdad, y con gran reflexión trata cómo superar los documentos de la verdad mediante los argumentos de la falsedad. Se protege por todas partes, y contra esto, donde pudiera ser descubierto, busca una respuesta semejante a la verdad, quien si hubiera querido decir lo verdadero, ciertamente lo habría podido hacer sin trabajo. Pues plano es el camino de la verdad, y pesado es el itinerario de la mentira. Por lo cual también se dice por el profeta: Enseñaron, pues, a su lengua a hablar mentira, trabajaron para actuar inicuamente (Jer. 9, 5). Bien, pues, se dice: Lo aterrará la tribulación, y la angustia lo cercará, porque desfallece en sí mismo en el

trabajo del temor quien abandona el camino de la verdad, compañera de la seguridad. Quien bien es comparado a un rey preparado para la batalla, porque en ese mismo mal que hace, tanto se aterra, como se apresura, y trepida por la conciencia, y anhela por el deseo, teme y se ensoberbece, padece pavores por sospechas, y yergue su mente por la audacia. [Vet. XXI.] Debe saberse también que un rey que se prepara para la batalla está de tal modo sospechoso del enemigo, que también teme por ese mismo ejército que conduce, no sea que se debilite, no sea que por la destitución de los soldados quede expuesto a los dardos de los enemigos. El inicuo, pues, es cercado por la angustia, como un rey que se prepara para la batalla, porque a saber, actuando falsamente, hablando falsamente, teme perder a sus soldados, esto es, los argumentos de la falsedad, y quedar expuesto a los dardos de la verdad, si acaso le faltara lo que pudiera oponer desde la falacia. Pero aunque el ánimo trepide, aunque la conciencia acuse, sin embargo el inicuo es vencido por su propia cupidez, y suprimido el pavor toma audacia de sus iniquidades. Y a menudo incluso, propuesta la venganza a su mente, se yergue contra Dios, deliberando padecer de Él cualesquiera adversidades, con tal que aquí, mientras puede, haga todo lo que le place. Por lo cual también se añade:

CAPÍTULO XLIII

[Rec. XXII]

VERSÍCULOS 25, 26. --- Pues tendió contra Dios su mano, y contra el Omnipotente se fortaleció. Corrió contra Él con el cuello erguido, y se armó con un cuello gordo.

48. Dios por misericordia a veces se opone a la voluntad de los perversos, la cual, airado, permite a veces que se cumpla. Estas cosas se entienden más claramente sobre esa misma cabeza de los inicuos, a saber, el Anticristo, quien levantando la mano contra Dios, se dice que se fortalece, porque por poco tiempo se le permite ser exaltado, para que en aquello en que se le permite gloriarse por un momento, sea castigado por ello perpetuamente de modo más atroz. Pero porque sus miembros son todos los inicuos, veamos ahora cómo esto que aquel ha de hacer entonces singularmente al fin del mundo siendo uno solo, es hecho por cada uno de los malos. Pues hay algunos que, aunque intenten alguna vez hacer algo contra el juicio de Dios omnipotente, rotos por la misma imposibilidad de cumplir su voluntad, vuelven la mirada a sí mismos, y se convierten a Aquel a quien habían querido despreciar; y los que habían podido alejarse mucho, si hubieran podido cumplir lo que querían, por esto a veces se salvan, porque lo que inicuamente quisieron, no pudieron cumplirlo. Por lo cual reducidos a sí mismos, miran de qué condición son, y lloran haber querido cosas contrarias a la verdad. And hay algunos a quienes se les permite más inicuamente cumplir, por justo juicio de Dios, aquello que perversamente apetecen contra Dios. Y cuando la malicia los enciende, y la potencia los fortalece,

tanto ya no pueden conocerse a sí mismos en el error, cuanto en las cosas afluentes siempre son arrastrados fuera de sí por la potencia. De cuya intención se dice ahora: Pues tendió contra Dios su mano, y contra el Omnipotente se fortaleció. Pues tender la mano contra Dios es perseverar en la operación depravada, despreciados los juicios de Dios. Y porque entonces se aira más Dios, cuando permite que se cumpla lo que al menos no debió concebirse en el pensamiento, este inicuo se fortalece contra el Omnipotente, porque se le permite prosperar en su mala acción, a fin de que tanto haga cosas perversas, como sin embargo viva felizmente. De lo cual aún se añade: Corrió contra Él con el cuello erguido.

49. Cuánta audacia de los opulentos soberbios en las obras depravadas. Correr contra Dios con el cuello erguido es perpetrar con audacia aquellas cosas que desagradan al Creador. De lo cual rectamente se dice: Corrió, esto es, en la mala obra no tuvo obstáculo de la adversidad. [Vet. XXII.] De lo cual aún se añade: Y se armó con un cuello gordo. El cuello gordo es la soberbia opulenta, apoyada a saber en las cosas afluentes como por mucha carne. El inicuo potente, pues, se arma contra Dios con el cuello gordo, quien, hinchado por las cosas temporales contra los preceptos de la verdad, se yergue como por la magnitud de la carne. Pues, ¿qué es la pobreza sino una cierta delgadez, y qué es la abundancia de cosas sino la gordura de la vida presente? Con el cuello gordo, pues, se yergue contra Dios quien asume la abundancia temporal en soberbia. Pues tienen esto los

potentes e inicuos como propio, que, ocupados por las riquezas falaces, descuiden las verdaderas riquezas de Dios; y cuanto menos inquieren lo que es verdadero, tanto más se ensalzan por las falsas riquezas. Pues el cuidado múltiple de las cosas terrenas, porque ocupa, ciega. Por lo cual aún aptamente se añade:

CAPÍTULO XLIV

VERSÍCULOS 27. --- Cubrió su rostro la gordura.

50. La abundancia de las cosas terrenas cerrando los ojos. Pues la vista está en el rostro, en el cual está la primera y más honorable parte del cuerpo. No inmerecidamente, pues, la intención de la mente se designa por el rostro, el cual a dondequiera que lo volvamos, allí vemos. La gordura, pues, cubre el rostro, porque la deseada abundancia de las cosas terrenas oprime los ojos de la mente, y afea ante los ojos de Dios aquello que en ellas debió ser honorable, porque las grava con cuidados múltiples. A quienes, sin embargo, no les basta solo que ellos mismos se ensoberbezcan, si no es que también estos que les están unidos se glorien también ellos mismos de su gordura. Pues hay algunos que, ayudados por patronos mayores, se ensoberbecen, y por la potencia de aquellos se ensalzan contra los necesitados. Por lo cual aún se añade:

CAPÍTULO XLV

IBÍDEM. --- Y de sus costados cuelga la gordura.

51. Quienes se adhieren al potente inicuo, se hinchan con la potencia de aquel. Porque la "arvina" es la gordura de la carne, y solemos llamar "costados" de los ricos a estos que vemos unidos a ellos, la gordura cuelga de sus costados porque cualquiera que se adhiere al potente e inicuo, él mismo también se hincha por la potencia de aquel, como por la gordura de las cosas, de modo que, siguiendo la iniquidad del patrono perverso, no teme a Dios, aflige a los pobres que puede y cuanto puede, y eleva su corazón por la gloria temporal. Cuando, pues, tal es el que se adhiere al potente inicuo, de su costado ciertamente cuelga la gordura. De los cuales aún se añade:

CAPÍTULO XLVI

[Vet. XXIII]

VERSÍCULO 28. --- Habitará en ciudades desoladas, y en casas desiertas, que han sido reducidas a montones de ruinas.

52. Él, a su vez, mientras es ensalzado por las alabanzas de los que le están unidos, es arrebatado más vehementemente hacia las obras depravadas. Pues porque la ciudad se denomina por la conversación de los que viven juntos, las ciudades desoladas son las mismas turbas de los perversos que le obedecen, con cuyos clamores este perverso es alabado cuando es arrebatado por la malicia hacia las obras depravadas. Por lo cual está escrito: Es alabado el pecador en los

deseos de su alma, y el que actúa inicuamente es bendecido (Sal. 10, 3, sec. Heb.). Las casas desiertas son, en verdad, los pensamientos depravados que este inicuo habita, porque por todo lo que hace apetece agradar a los pensamientos de los hombres inicuos. Las cuales ciudades desoladas y casas desiertas rectamente se nombran así, porque si Dios omnipotente no abandonara las conversaciones y pensamientos de tales hombres, precediendo sus culpas, de ningún modo llegarían a perpetrar cosas más graves. Bien se dice, además: Que han sido reducidas a montones de ruinas. Pues los edificios ruinosos de las casas y ciudades forman montones de escombros, porque mientras cada uno de los malos se une a sí mismo para las obras perversas con acciones confusas, muestran sin duda alguna que han caído del edificio de la vida. Sigue:

CAPÍTULO XLVII

VERSÍCULO 29. --- No será habitado, ni perseverará su sustancia, ni enviará su raíz a la tierra.

53. No se enriquece con virtudes sino aquel cuya mente Dios habita. Sin raíz está el soberbio, pronto a ser postrado por un leve soplo. Lo que aquí se ha dicho No será habitado, he hallado en algunos Códices que se lee No se enriquecerá; pero el sentido no discrepa, aunque la palabra sea distinta. Pues aquel se enriquece con virtudes, cuya mente habita Dios omnipotente. Pero porque el pensamiento del soberbio no es habitado por la gracia de su Autor, ciertamente por esto no se enriquece con virtudes. Por esto, pues, que está

vacío interiormente, dígase: No será habitado; pero por esto que lo transitorio se hincha exteriormente, rectamente añade: Ni perseverará su sustancia. Como si se dijera abiertamente: Esto que parece tener exteriormente pasa, y aquello que no podía pasar no lo tiene interiormente. Por lo cual también aptamente se añade: Ni enviará su raíz a la tierra. Que si lo entendemos dicho de esta tierra, está claro sin duda que el árbol que no tiene raíz en la tierra, cae movido incluso por los más tenues soplos. Y todo soberbio, mientras se fortalece contra el Señor omnipotente, mientras corre con el cuello erguido, y se yergue con el cuello gordo contra su Autor, parece estar de pie como un árbol. Pero su estado es sin raíz, porque como ante un leve soplo, así ante el movimiento de una oculta sentencia su vida es arrancada. Pero si en este lugar entendemos por tierra la retribución de la vida eterna, de la cual dice el Profeta: Mi porción en la tierra de los vivientes (Sal. 141, 6), este inicuo no envía su raíz a la tierra, porque nunca planta los pensamientos de su corazón hacia el deseo de la vida eterna. [Vet. XXIV.] Pues lo que la raíz es para el árbol, eso es para cada hombre su propio pensamiento, porque en esto que se ve exteriormente, es sostenido por aquello que no se ve exteriormente. Por lo cual también se dice por el profeta: Enviará la raíz hacia abajo, y dará fruto hacia arriba (Is. 37, 31). Pues cuando extendemos nuestro pensamiento para compadecernos del prójimo indigente, enviamos como una raíz hacia abajo, para dar el fruto de la retribución arriba. Sigue:

CAPÍTULO XLVIII

VERSÍCULO 30. --- No se retirará de las tinieblas.

54. Porque no busca la luz de la justicia, no se retira de las tinieblas. Si este soberbio quisiera volver de la culpa a la justicia, se retiraría de las tinieblas. Pero porque no busca la luz de la justicia, no se retira de las tinieblas. Por cuyo ejemplo también estos que se le adhieren anhelan en los progresos terrenales, se encienden con las teas de la avaricia, se queman con los fuegos de los deseos carnales. Por lo cual también se añade:

CAPÍTULO XLIX

IBÍDEM. --- La llama secará sus ramas.

55. Se quema con las teas de los deseos carnales junto con los que le están unidos. Pues si uniera a sí a algunos que buscan la patria eterna, tendría en sí ramas verdes. Pero porque estos también que le están unidos arden en deseos terrenales, y mientras la llama de los deseos enciende los ánimos de sus clientes, a saber, seca sus ramas, para que no den el fruto de la buena obra, porque anhelan por la malicia apetecer lo más bajo. Bien, pues, se añade:

CAPÍTULO L

IBÍDEM. --- Y será arrebatado por el espíritu de su boca.

56. Por los frenos relajados de la lengua ha de ser atormentado gravísimamente. Pues cada

soberbio, cuanto más puede en esta vida, tanto más audazmente se relaja los frenos de la lengua, de modo que hable cualesquiera cosas perversas, a nadie tema por sus palabras, a estos hiera con contumelias, a aquellos lance maldiciones. A veces, en verdad, es arrebatado a la blasfemia contra el Creador, como de tales se dice por el Salmista: Pusieron su boca en el cielo, y su lengua pasó sobre la tierra (Sal. 72, 9). Por lo cual también el rico puesto en el fuego, pide que se le deje caer una gota de agua del dedo de Lázaro en la lengua (Lc. 16, 24). Por lo cual se entiende que donde más había pecado, allí más atrozmente ardía. Rectamente, pues, se dice ahora: Y será arrebatado por el espíritu de su boca, porque recibió la sentencia de percusión allí donde no restringió el espíritu de su boca bajo el temor divino. Sigue:

CAPÍTULO LI

[Rec. XXIII]

VERSÍCULO 31. --- No crea, vanamente engañado, que ha de ser redimido con algún precio.

57. Solo entonces nos aprovechan las limosnas cuando lloramos y abandonamos los pecados. Cuantas veces después de la culpa hacemos limosnas, damos como un precio por los actos depravados. Por lo cual también se dice por el Profeta sobre aquel que no hace esto: No dará a Dios su propiciación, ni el precio de la redención de su alma (Sal. 48, 8, 9). A veces, en verdad, los ricos elados oprimen a los inferiores, arrebatan lo ajeno, y sin embargo dan como ciertas cosas

a otros; y aunque depriman a muchos, a veces llevan la ayuda de la defensa a algunos, y parecen dar un precio por las iniquidades que nunca abandonan. Pero entonces el precio de la limosna nos libra de las culpas, cuando lloramos y abandonamos lo perpetrado. Pues quien tanto quiere siempre pecar, como casi siempre dar limosna, en vano da el precio, porque no redime el alma, a la cual no refrena de los vicios. Por lo cual ahora se dice: No crea, vanamente engañado por el error, que ha de ser redimido con algún precio. Porque la limosna del rico soberbio no puede redimirlo, la cual la rapiña del pobre perpetrada simultáneamente no permite ascender ante los ojos de Dios. [Vet. XXV.] Lo cual tal vez puede entenderse de otro modo, porque a menudo los ricos soberbios cuando dan limosna, no dan esta por el deseo de la vida eterna, sino por extender la vida temporal; creen que pueden diferir la muerte con donaciones, pero no crea, vanamente engañado por el error, que ha de ser redimido con algún precio, porque no puede obtener del don entregado el evadir el fin debido, cuya malicia también interrumpe la vida. Por lo cual también se añade:

CAPÍTULO LII.

VERSÍCULO 32. --- Antes que sus días se cumplan perecerá, y sus manos se secarán.

58. Los días prefijados para cada uno, ni pueden aumentarse ni disminuirse. Quien espera días más largos, antes que se cumplan, perece. --- Los días prefijados para cada uno por la inter-

na presciencia de Dios ni pueden aumentarse ni disminuirse, a menos que suceda que sean de tal modo prescritos, que o sean más largos con las mejores obras, o más cortos con las peores, así como Ezequías (Ezechias) mereció el aumento de sus días por la efusión de sus lágrimas; y como está escrito de los perversos: La muerte sale al encuentro de los indisciplinados. Pero a menudo el inicuo, aunque en la oculta presciencia de Dios no estén predestinados largos tiempos de su vida, él mismo, porque apetece vivir carnalmente, se propone días con un ánimo de largo alcance. Y porque no puede llegar a aquel tiempo que espera, perece como antes de que sus días se cumplan. Lo cual, sin embargo, podemos entender también de otro modo. Pues frecuentemente vemos a algunos obrar perversamente y llegar hasta la extrema vejez. ¿Cómo, pues, se dice: Antes que sus días se cumplan perecerá, cuando en algunos vemos a menudo que por la larga edad ya fallan los miembros, y sin embargo sus deseos no desisten de seguir su depravación?

59. Quien vuelve a las cosas exteriores después de la conversión es erradicado de todo estado de buena obra. --- Pues hay algunos que después de una vida perdida vuelven a sí mismos, y acusándoles su conciencia, abandonan los caminos perversos, cambian sus obras, contradicen su antigua depravación, huyen de las acciones terrenas, siguen los deseos celestiales; pero antes de que se solidifiquen en esos mismos santos deseos, por el torpor de la mente vuelven a aquellas cosas que habían empezado a juzgar, y

recurren a los males que habían dispuesto huir. Porque como sucede a menudo que para utilidad de muchos incluso los varones santos sirven en actos exteriores, y se ocupan en los gobiernos de los pueblos, los débiles viendo esto, y buscando imitarlo por la vieja soberbia todavía persistente, se insertan en las acciones exteriores; pero cuanto más vienen a ellas no instruidos en lo espiritual, tanto más carnalmente las ejecutan. Pues a menos que primero el corazón convalezca en los deseos celestiales por largo estudio y diaria conversación, cuando se derrama hacia lo exterior para obrar, es erradicado de todo estado de buena obra. Por lo cual rectamente se dice también de este inicuo: Antes que sus días se cumplan perecerá. Porque aunque tal vez haya comenzado a obrar algo bueno, antes de que en ello convalezca por la longitud del tiempo, recae en lo exterior, y desertar perversamente lo que parecía haber comenzado rectamente. Por lo cual también se añade aptamente: Y sus manos se secarán. Porque mientras se involucra intempestivamente en actos exteriores, sin duda se seca de toda buena operación. Por lo cual todavía se añade bien:

CAPÍTULO LIII

[Rec. XXIV].

VERSÍCULOS 33, 34. --- Será dañado su racimo como viña en su primera flor, y como olivo que arroja su flor. Porque la congregación del hipócrita es estéril.

60. Por qué se agostan las buenas obras del hipócrita. Cuán peligrosamente presiden quienes son débiles en la virtud. --- Debe notarse que de tal modo habla generalmente de este inicuo, que sin embargo el sermón divino se deriva hacia su especial malicia. Pues quien diciendo: Será dañado su racimo como viña en su primera flor, y como olivo que arroja su flor, inmediatamente añade: Porque la congregación del hipócrita es estéril, indica patentemente que en este inicuo dicta sentencia de reprobación contra su hipocresía. [Vet. XXVI.] Pero ahora debemos considerar cómo el hipócrita es dañado como viña en primera flor, o como olivo que arroja su flor. Si un frío inmoderado, por la desigualdad del aire, toca a la viña floreciente, inmediatamente la agosta de todo humor de verdor. Y hay algunos que después de caminos perversos desean seguir las vías santas, pero antes de que en ellos, como dijimos, se robustezcan los buenos deseos, los recibe cierta prosperidad del presente siglo, que los implica en cosas exteriores, y mientras retrae su mente del calor del amor íntimo, la extingue como por el frío, y mata cualquier cosa que en ellos parecía aparecer de la flor de las virtudes. Ciertamente en los actos terrenos se enfría mucho el ánimo, si aún no ha sido solidificado por los dones íntimos. Por lo cual es necesario que aquellos asuman el ejercicio de lugares mayores o de obras exteriores, que han de aprovechar a las necesidades humanas, que han aprendido a juzgar estas cosas y a someterlas bajo sí mismos por la virtud íntima. Pues cuando cualquier débil es retraído o

al lugar del régimen, o a obrar cosas exteriores, por lo cual es conducido como fuera de sí, es erradicado, porque también el árbol que primero no envía las raíces a lo profundo, más pronto es derribado por el ímpetu de los vientos, si se eleva a lo alto con su copa; y tanto más pronto cae a lo profundo, cuanto más alto creció en el aire sin raíces. A veces, en verdad, no el frío, sino el calor agosta la viña floreciente. Y cuando es tocada por un calor inmoderado, sacudida la flor, el racimo se consume. Y frecuentemente sucede que estos que no vienen a las buenas obras con recta intención, cuando ven que agradan a los hombres, se encienden más vehementemente para ejercitar estas mismas obras, y estudian ansiosamente hacer cosas que han de agradar a los ojos humanos, y como que se enardecen en el santo estudio. ¿A quiénes, pues, sino el calor tocó a estos en su flor, a quienes el deseo de la alabanza humana hizo ajenos al fruto? Por lo cual también se añade bien: Y como olivo que arroja su flor. El olivo ciertamente cuando está en flor, si es tocado por una niebla inmoderada, se vacía de la plenitud de los frutos. Y cuantas veces cualesquiera que comienzan buenas obras empezaren a ser alabados por quienes los miran, y a deleitarse en sus propias alabanzas, se hace calígine de la inteligencia en el pensamiento, de modo que ya no pueden discernir con qué intención hacen lo que hacen, y pierden el fruto de la obra, como por la niebla del favor. Por lo cual bien se dice por Salomón: Levantémonos de mañana a las viñas, veamos si floreció la viña, si las flores paren frutos (Cant.

7, 12). Florecen ciertamente las viñas cuando las mentes de los fieles proponen buenas obras. Pero no paren frutos, si por algunos errores vencidos se debilitan de aquello que habían propuesto.

[Vet. XXVII.] 61. En las buenas obras no debe atenderse al inicio, sino al fin. --- Por lo tanto, no debe mirarse si las viñas florecen, sino si las flores convalecen para el parto de los frutos; porque no es maravilla si alguien comienza cosas buenas, pero es muy admirable si perdura en la buena obra con recta intención. De donde sucede frecuentemente que, si no se tiene recta intención en la buena obra, incluso esta misma obra que se cree buena se pierde. Pues a menudo hemos visto a algunos haber dejado las cosas terrenas que poseían, y no buscar ya nada transitorio, ni mezclarse en ningunas contiendas por esta vida. Cuando, por tanto, el alma fiel muestra esto en sí, produjo como la flor del olivo. Pero cuando algunos de tales de nuevo empezaren a buscar la gloria del mundo que habían despreciado, y a anhelar insaciablemente las cosas terrenas que parecían haber despreciado, a vacar en contiendas, a buscar las ofensas de los prójimos, sin duda el olivo arrojó la flor que propuso, porque no condujo los rudimentos del buen estudio a las obras perfectas. Pero debe saberse que estas cosas siempre les suceden a quienes no siguen a Dios con un estudio puro y sencillo. Por lo cual rectamente se añade: Porque la congregación del hipócrita es estéril. Pues no perdería los bienes comenzados, si no hubiera sido hipócrita. También los hipócritas congregan ciertamente

buenas obras, pero su congregación misma es estéril, porque por aquello que hacen no apetecen recibir el fruto en la eterna retribución. Fecundos y verdes parecen en sus obras a los ojos humanos, pero en el conspecto del oculto juez aparecen infecundos y secos. A menudo, en verdad, encendidos por el calor de la avaricia, tanto mayores obras muestran de sí a los ojos humanos, cuanto más amplios dones apetecen que se les ofrezcan por los hombres. Por lo cual todavía se añade:

CAPÍTULO LIV

[Rec. XXV].

VERSÍCULO 34. --- Y el fuego devorará los tabernáculos de aquellos que reciben dones libremente.

62. Poco es no recibir el don de la mano si no rechazamos el don de la boca. --- Pues así como el cuerpo habita en el tabernáculo, así la mente habita en el pensamiento. Pero el fuego devora los tabernáculos cuando el calor de la avaricia devasta los pensamientos. Y sucede frecuentemente que el hipócrita desprecia recibir de los hombres el oro o cualesquiera bienes corporales, pero porque no recibe estos, busca recibir de ellos mayores alabanzas; y tal vez no estima haber recibido un don, porque rehúsa recibir bienes corporales. Por lo cual debe saberse que a veces el don es alargado por la mano, a veces en verdad por la boca. Pues quien da una moneda, dio el don de la mano; pero quien emplea una palabra de alabanza, profirió el don de la boca. El hipócrita,

por tanto, aunque rehúse recibir dones exteriores, que tal vez convienen a la necesidad terrena, es más lo que apetece que se le retribuya, cuando, deseando ser alabado sobre el mérito, busca el don de la boca. Y porque en ese mismo deseo excesivo de alabanza el corazón se enciende con ardor, dígase rectamente: Y el fuego devorará los tabernáculos de aquellos que reciben dones libremente.

[Vet. XXVIII.] 63. El fuego devorará a los que se deleitan en estos dones. --- Pero si debemos tomar sus tabernáculos por los cuerpos, en los cuales habitan sus almas, el fuego devora sus tabernáculos, porque los que aquí arden en la mente con el fuego de la avaricia, allí también son quemados en la carne por los fuegos de la gehena; y porque la mente del hipócrita nunca está vacía del pensamiento de la malicia; pues ya sea que apetezca cualesquiera cosas terrenas o la alabanza, envidia estas a otros, las cuales anhela que se le den a sí mismo; y tanto se esfuerza por mostrar a los demás perversos, cuanto apetece parecer más santo que todos, para que de aquello que los demás se hacen despreciables, él mismo parezca siempre más reverendo. De donde sucede que sobre la opinión del prójimo ante los juicios humanos, tiende los lazos de su lengua, para que él solo capte la estimación de aquellos a quienes apetece agradar. Por lo cual también sigue:

CAPÍTULO LV.

VERSÍCULO 35. --- Concibió el dolor, y parió la iniquidad, y su útero prepara engaños.

64. Concibe el dolor quien piensa cosas perversas, habiendo de parir la iniquidad. --- Ciertamente concibe el dolor cuando piensa cosas perversas. Pare la iniquidad cuando ha comenzado a cumplir lo que pensó. Envidiando concibe el dolor, detractando pare la iniquidad. Pesada es ciertamente la iniquidad cuando aquel que es perverso se esfuerza por mostrar a los demás perversos, para que de ello él mismo parezca como santo, porque habrá enseñado que los demás no son santos. Pues la luz de la gracia, que viene de arriba, presta el soplo al hombre para la vida. La cual luz, a saber, se dice que investiga todos los secretos del vientre, porque penetra lo oculto de la mente, para que aquellas cosas que de sí misma se le ocultaban al alma, las reduzca ante sus ojos llorando. De aquí dice Jeremías: Me duele mi vientre, mi vientre (Jer. 4, 19). Quien para mostrar qué había llamado su vientre, añadió: Los sentidos de mi corazón están turbados. Por el nombre del útero, por tanto, rectamente se toma la mente, porque así como la prole se concibe en el útero, así el pensamiento se genera en la mente; y como los alimentos en el vientre, así se contienen en la mente los pensamientos. El útero del hipócrita, por tanto, prepara engaños, porque tanto mayor malicia concibe siempre en la mente contra los prójimos, cuanto más busca parecer él solo más inocente que todos. Estas cosas profirió Elifaz por esto, porque pensó que el bienaventurado Job había sido golpeado con tan gran azote a causa de la hipocresía. Pero sus palabras, aunque convienen a muchos, son ajenas a aquel solo por quien solo

se decían, porque el varón santo nada de duplicidad tuvo en sus actos, a quien la Verdad como testigo alabó por la simplicidad del corazón.

Libro D

ECIMOTERCERO.

En el cual se contiene una breve exposición moral y típica de los capítulos XVI y XVII del libro de Job.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Los santos toleran sufriendo a quienes no pueden corregir amonestando. --- Esto suele ser propio de los perversos, el que arrojen sus propios males sobre los buenos mediante el oprobio, antes de que ellos mismos sean verazmente acusados de ellos; y mientras temen ser increpados de aquellas cosas que hacen, testifican que los justos que se oponen a sus depravaciones hacen estas cosas. Pero los varones santos oyen pacientemente incluso aquellas cosas que no recuerdan haber hecho nunca, aunque sepan que aquellos males que ven arrojárseles fueron perpetrados por esos mismos criminadores suyos; y cuando no pueden corregirlos predicando, los toleran sufriendo, a fin de que, si no pueden obtener el fruto de su conversión, adquieran sin embargo de ellos el premio de la longanimidad. De donde también la santa Iglesia dice con las voces del profeta David: Sobre mi espalda fabricaron los pecadores

(Sal. 128, 3), porque a saber, mientras tolera a los herejes o a cualesquiera réprobos que no puede corregir, lleva los hechos de los pecadores sobre su espalda. El bienaventurado Job, pues, viendo a su amigo Elifaz quejarse mucho contra él sobre la hipocresía, quien de las palabras de consolación había prorrumpido en la amargura de la increpación, y aparecía como un consolador simulado, por su paciencia conserva el tipo de la Iglesia, la cual sabe tolerar tales cosas oyendo, y, cuando su sermón es admitido, destruirlas razonando, y dice:

CAPÍTULO II

[Rec II].

CAP. XVI, VERS. 2. --- Frecuentemente he oído tales cosas.

2. Job es tipo de la Iglesia oprimida por amigos ficticios, que simulan ser consoladores. De las palabras consolatorias a las increpatorias habían prorrumpido los amigos de Job. --- Ciertamente los electos frecuentemente oyen los males ajenos como si fueran suyos, y se les imputa un crimen por aquellos por quienes los crímenes imputados son perpetrados. Por esta respuesta, además, el bienaventurado Job significa aquel tiempo de la Iglesia en el que, oprimida por los adversarios, se cree que está como derribada por la potencia temporal de ellos. Por lo cual sigue: --- IBID. --- Consoladores onerosos sois todos vosotros. Pues ya sean los herejes, o cualesquiera depravados, cuando ven a los buenos trabajar en la adversi-

dad, en aquello que apetecen consolarlos, intentan persuadirles males. Por lo cual no inmerecidamente se hace onerosa la consolación de ellos para las mentes de los buenos, porque entre palabras de dulzura desean propinar el virus del error; y mientras con dichos suaves como que alivian los dolores, se apresuran a imponer la carga del pecado. Pero los varones electos, incluso cuando son privados de la gloria temporal, no pierden el vigor del juicio interno. Pues saben tanto padecer adversidades fuera, como sin embargo, quebrantados por dentro, defender lo recto sin temor. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO III.

VERSÍCULO 3. --- ¿Acaso tendrán fin las palabras ventosas?

3. Las palabras sanas son a veces ventosas por la elación de aquellos por quienes se profieren. No debe increparse al que está de luto. --- Ciertamente palabras ventosas son las que sirven a la inflación temporal más bien que a la rectitud. A menudo, además, los malos dicen incluso cosas buenas; pero porque no las dicen bien, profieren palabras ventosas. Pues sus dichos, aunque a veces sean sanos por la sentencia, están sin embargo inflados por la elación. [Vet. II.] En esto en verdad que se dijo: Consoladores onerosos sois todos vosotros, ¿qué otra cosa se nos enseña por el magisterio del bienaventurado Job, sino que cada uno sepa sopesar solícitamente para no inferir palabras de increpación en el tiempo del luto? Pues si hay algunas cosas que deban ser

increpadas por derecho, han de ser pospuestas en la aflicción, no sea que el consolador increpando aumente el dolor que había propuesto suavizar. Sigue:

CAPÍTULO IV.

IBID. --- ¿O te es algo molesto, si hablas?

4. Los justos no devuelven oprobios. --- Los varones malos, cuando profieren palabras oprobiosas con otros semejantes a sí, tanto más pronto enmudecen cuanto más pronto oyen de sí tales cosas cuales dicen a sus oyentes. Pero cuando lanzan palabras oprobiosas contra los varones buenos, nada de molestia les nace del oprobio, porque hablan contra quienes callan; ni son compelidos a oír lo que son, porque los justos no devuelven oprobios, incluso mientras son compelidos a oír lo que no son. Bien, pues, se dice: ¿O te es algo molesto, si hablas? Como si se le dijera abiertamente: Tanto más hablas cuanto de mí no oyes algo molesto sobre tu acción. Por lo cual también se añade: --- VERSÍCULO 4. --- También yo podría hablar cosas semejantes a vosotros. [Rec III.] El justo narra lo que pudo hacer; pero para no desertar la justicia, declina lo que pudo hacer. Sigue:

CAPÍTULO V.

VERSÍCULOS 4-6. --- ¡Y ojalá vuestra alma estuviera por mi alma! Yo también os consolaría con sermones, y movería mi cabeza sobre voso-

tros. Os robustecería con mi boca, y movería mis labios, como perdonándoos.

5. Los azotes divinos a veces deben ser deseados para los malos. --- A veces es necesario que, para las mentes depravadas que no pueden ser corregidas por la predicación humana, los azotes divinos deban ser deseados benignamente. Lo cual, cuando se hace con gran empeño de amor, a saber, cuando no se busca la pena del que yerra, sino la corrección, se muestra que es oración más que maldición. En estas palabras se muestra que el bienaventurado Job pretende esto: que los amigos, que no sabían compadecerse de su dolor por caridad, aprendieran por la experiencia cómo debieron haberse compadecido de la aflicción ajena; y, domados por los dolores, sacaran de su propia pasión cómo inferir consuelo a otros; y entonces vivirían más saludablemente por dentro, cuando sintieran algo por fuera de la enfermedad. Hay que notar que no dice: ¡Ojalá mi alma estuviera por vuestra alma!, sino ¡Ojalá vuestra alma estuviera por mi alma!, porque ciertamente se maldeciría a sí mismo si deseara hacerse semejante a ellos. Pero quiso cosas mejores para aquellos a quienes buscó que se hicieran semejantes a sí mismo. Consolamos, pues, a los malos constituidos en azotes cuando indicamos que, por la percusión exterior, la salud interior convalece en ellos. [Vet. III.] Movemos también la cabeza cuando inclinamos la mente, que es nuestro principio rector, a la compasión. Y los robustecemos entre los azotes cuando mitigamos la fuerza de su dolor con palabras suaves.

Pues hay algunos que, mientras no conocen las cosas internas, se afligen desesperadamente por los males exteriores, de los cuales se dice por el Salmista: En las miserias no subsistirán (Sal. 139, 11). Aquel, en efecto, sabe bien subsistir en las miserias exteriores, que sabe gozar siempre de la esperanza interna.

6. A veces la Iglesia, como perdonando, no perdona, y como no perdonando, perdona a los malos. --- En cuanto a que no dice Perdonando, sino Como perdonándoos, de ninguna manera pienso que esto deba pasarse por alto negligentemente, porque la santa Iglesia, conservando el vigor de la disciplina con una mezcla de mansedumbre, a veces, como perdonando a los malos, no perdona, y a veces, como no perdonando, perdona. Lo cual mostramos mejor si proferimos aquellas cosas que frecuentemente ocurren. Pongamos, pues, ante los ojos de la mente a dos malos constituidos en la santa Iglesia, de los cuales uno sea poderoso y protervo, el otro manso y súbdito. Si alguna culpa sorprendiera al manso y súbdito, el predicador la persigue y corrige inmediatamente increpando, y corrigiéndolo lo libera de la culpa y lo reforma al camino de la rectitud. ¿Qué, pues, hizo por este sino perdonarlo no perdonando, porque mientras no dilató la palabra de corrección, más pronto lo libró de la culpa? Pues arguyendo libremente no perdonó, pero perdonó en aquello que corrigió. Pero, por el contrario, el poderoso y protervo, cuando se conoce que ha perpetrado algo, se busca el tiempo para que sea increpado por el mal que hizo. Pues a menos que

el predicador espere cuando aquel pueda recibir congruentemente la corrección, aumenta en él el mal que persigue. Pues a menudo sucede que tal sea aquel que no acepte ninguna palabra de increpación. ¿Qué debe hacerse, pues, por el predicador en la culpa de este, sino que en el sermón de amonestación, que hace para la salud común de todos los oyentes, saque a relucir tales culpas cuales considera que ha perpetrado aquel que está presente, y que aún no puede ser argüido por sí solo, para que no se haga peor? Y cuando la invectiva se dirige generalmente contra la culpa, la palabra de corrección es llevada gustosamente a la mente, porque el poderoso malo ignora que esto se le dice a él especialmente. ¿Qué, pues, hizo por este su predicador sino mínimamente perdonarlo perdonando, a quien ni le infirió especialmente las palabras de corrección y, sin embargo, golpeó su herida bajo la amonestación común? De donde resulta frecuentemente que lamente tanto más vehementemente la culpa perpetrada, cuanto piensa que su reato no es conocido incluso cuando se siente golpeado.

[Vet. IV.] 7. Con qué discreción deben ser corregidos los protervos. --- Debe actuarse, pues, con gran arte de predicación para que quienes por la corrección abierta se hacen peores, vuelvan a la salud por un cierto temperamento de la corrección. De donde también dice Pablo: Los miembros del cuerpo que pensamos que son menos nobles, a estos los rodeamos de más abundante honor; y los que son deshonestos en nosotros, tienen más abundante honestidad; pero los

que en nosotros son honestos, de nada tienen necesidad (1 Cor. 12, 23). Pues como los miembros deshonestos en el cuerpo, así hay algunos dentro de la santa Iglesia, poderosos y protervos, que mientras no pueden ser golpeados por una invectiva abierta, son velados como por el honor de una cobertura. Pero hablamos esto de los delitos ocultos de los poderosos. Pues cuando pecan con conocimiento de otros, también deben ser increpados con conocimiento de otros, no sea que si el predicador calla, parezca haber aprobado la culpa, y esta creciendo venga a ser un ejemplo, que la lengua del pastor no corta. La santa Iglesia, pues, cuando por sus predicadores increpa ciertos hechos de los malos bajo la dispensación de la invectiva, mueve los labios como perdonando; pero, sin embargo, perdonando no perdona, porque no calla generalmente de la invectiva de la culpa, la cual calla especialmente. Sigue:

CAPÍTULO VI.

VERS. 7. --- Pero ¿qué haré? Si hablare, no descansará mi dolor; y si callare, no se apartará de mí.

8. El dolor de la Iglesia cuando ve que los perversos son corregidos en vano. --- Nadie ignora cómo esto concuerda con la persona del bienaventurado Job. Pero si se aplica al tipo de la santa Iglesia, ella, aun cuando habla, el dolor de ningún modo descansa, cuando ve que por su palabra los perversos de ningún modo se corrigen. Y cuando calla, el dolor de ningún modo se aparta, porque aunque haya enmudecido por aversión, gime más por esto mismo que calla, porque ve que,

callando ella, las culpas de los perversos crecen. Sigue:

CAPÍTULO VII.

[Rec. IV].

VERS. 8. --- Pero ahora me ha oprimido mi dolor, y en nada han sido reducidos todos mis miembros.

9. El dolor de la Iglesia mientras ve que los débiles son arrastrados por los ejemplos de los malos. --- Por su dolor la santa Iglesia es oprimida cuando intuye que los perversos crecen en su malicia. Y porque mientras los malos crecen también los débiles que están en ella son irritados a seguir los estudios de la depravación, rectamente se añade: Y en nada han sido reducidos todos mis miembros. Pues como por los huesos suelen designarse los fuertes, así por los miembros (artus) todos los débiles. Los miembros de la Iglesia, pues, son reducidos a nada cuando, por la imitación de los perversos que crecen en este mundo, todos los débiles se debilitan peor. Pues viendo la felicidad de los malos, a menudo se deslizan del mismo estado de la fe, apetecen los bienes temporales, y como que son reducidos a nada, porque mientras desertan la esencia permanente de Dios, amando lo transitorio, tienden como al no ser. Bien se dice, pues: Pero ahora me ha oprimido mi dolor, porque ciertamente el tiempo del dolor de la Iglesia es ahora, y el tiempo del gozo seguirá después. Pero a menudo sucede que la santa Iglesia no solo tolera a los infieles y a los ad-

versarios puestos fuera, sino que apenas soporta las insidias y la adversidad de aquellos a quienes tiene dentro. Por lo cual por la voz del bienaventurado varón aptamente se añade pronto:

CAPÍTULO VIII.

[Vet. V.]

VERS. 9. --- Mis arrugas dan testimonio contra mí.

10. Las arrugas de la Iglesia son los malos cristianos. --- ¿Qué se designa por las arrugas sino la duplicidad? Las arrugas de la santa Iglesia, pues, son todos los que en ella viven doblemente, que claman la fe con las voces, pero la deniegan con las obras. Estos ciertamente en tiempo de paz, porque ven que esa misma fe es de honor para las potestades de este mundo, mienten que son fieles. Pero cuando una súbita tormenta de adversidad haya turbado a la santa Iglesia, al punto muestran qué maquinan en la mente pérfida. Pero estas arrugas no las tiene la santa Iglesia en sus electos, porque ciertamente no saben mostrar una cosa fuera y tener otra dentro. Por lo cual rectamente dice el egregio predicador: Para presentársela a sí mismo una Iglesia gloriosa, que no tenga mancha ni arruga (Ef. 5, 27). Pues no tiene mancha ni arruga la que carece tanto de la torpeza de la obra como de la duplicidad del sermón. Pero porque ahora dentro del seno de la fe retiene a muchos incluso réprobos, cuando el tiempo de la persecución se haya encendido, padece a esos mismos enemigos que antes parecía alimentar

con las palabras de la predicación. Diga, pues, que: Mis arrugas dan testimonio contra mí, esto es, ellos mismos persiguiéndome me increpan, quienes ahora, puestos en mi cuerpo, no ocultan en sí la malicia de su duplicidad. Por lo cual bien se añade todavía:

IBID. --- Y se suscita el falsiloquio contra mi faz, contradiciéndome.

11. Por los malos se ensaña el diablo. --- También en el tiempo de su paz la santa Iglesia padece el falsiloquio, mientras hay en ella muchos que desconfían de la promesa de la eternidad, y sin embargo mienten que son fieles. Quienes mientras no presumen contradecir su predicación abiertamente, padece el falsiloquio no contra la faz, sino como por la espalda. Pero cuando el tiempo de la malicia haya estallado, aquel que ahora denigra temiendo, viene ante la faz para contradecir, porque se opone a las palabras de la verdadera fe con voces abiertas. Debe saberse ciertamente que cuando padecemos estas cosas de los carnales, no son tanto ellos mismos los que se ensañan en nuestra muerte como el espíritu maligno que señorea en sus mentes, como se dice por Pablo: No es nuestra lucha contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los rectores del mundo de estas tinieblas (Ef. 6, 12). Por lo cual habiendo hablado aquí también del falsiloquio, aptamente pronto convirtió las palabras a describir al príncipe de ese falsiloquio, diciendo:

CAPÍTULO X

[Rec. V].

VERS. 10. --- Ha reunido su furor contra mí, y, amenazándome, rechinó contra mí con sus dientes; mi enemigo me ha mirado con ojos terribles.

12. Por los malos se ensaña el diablo, de modo ora oculto, ora por abierta persecución. --- ¿Qué otra cosa son todos los inicuos sino miembros del diablo? Él, pues, actúa por ellos todo lo que infunde en sus corazones para que deban actuar. [Vet. VI]. Pero aun ahora el diablo tiene furor contra la santa Iglesia, pero su furor está disperso, porque mueve ocultas tentaciones por cada uno. Pero cuando haya irrumpido contra ella en abierta persecución, reúne su furor contra ella, porque en la aflicción de aquella se obliga con toda su intención. Pero sus miembros en este tiempo de paz no tienen por eso el furor reunido contra los electos, porque sienten que pueden cumplir menos su malicia de lo que quieren. Pero cuando hayan visto que les asiste la licencia de la depravación, tanto más audazmente hieren a esta, cuanto también se aglomeran contra ella por unanimidad. Rectamente, pues, se dice ahora: Ha reunido su furor contra mí. Cuyo furor, para que todavía se exponga más ampliamente, se dice: Y amenazándome, rechinó contra mí con sus dientes. De lo cual también se añade: Mi enemigo me ha mirado con ojos terribles. Pues aquel antiguo enemigo de la Iglesia rechina con los dientes contra esta, y la mira con ojos terribles, porque por unos ejercita crueldades, y por otros prevé qué ejercitar.

13. Los dientes del diablo, los perseguidores; los ojos, los que los rigen con sus consejos. --- Pues los dientes de este enemigo son los perseguidores y verdugos de los buenos, que desgarran sus miembros, mientras afligen a sus electos con sus persecuciones. Pero los ojos de este enemigo son aquellos que contra ella prevén los males que hagan, y con sus consejos inflaman las crueldades de sus perseguidores. Su antiguo adversario, pues, rechina contra ella con sus dientes, mientras por los crueles réprobos persigue en ella la vida de los buenos. Mira a esta con ojos terribles, el que por los consejos de los pravos no cesa de buscar males, en los cuales siempre aflija a esta peor. Pues así como la Verdad encarnada en su predicación eligió a pobres idiotas (idiotas) y simples, así por el contrario aquel hombre condenado, al cual en el fin del mundo el ángel apóstata asumirá para predicar su falsedad, ha de elegir a los astutos y dobles y que tienen la ciencia de este mundo. [Vet. VII]. Por lo cual también se dice por Isaías: ¡Ay de la tierra del címbalo de alas, que está más allá de los ríos de Etiopía, que envía legados en el mar, y en vasos de papiro sobre las aguas! (Is. 18, 1). Pues la tierra a la cual se dice el ¡ay! es principalmente aquel hombre condenado, que es llamado címbalo de alas, porque aquellos que por la soberbia vuelan a la altura del pensamiento, suenan a ese mismo hombre perverso predicando. La cual tierra ciertamente es tenida rectamente por estar más allá de los ríos de Etiopía. Pues Etiopía envía un pueblo negro, y este mundo, porque produce al pecador, pare

como un pueblo negro, así como Etiopía pare un pueblo. Pero la tierra a la cual se dice el ¡ay! es tenida por estar más allá de los ríos de Etiopía, porque aquel hombre condenado es inicuo con tanta inmensidad, que trasciende los pecados de todos los pecadores. El cual envía legados en el mar, porque esparce a sus predicadores en el siglo (saeculum). De los cuales rectamente se añade de qué manera sean enviados, cuando se dice: En vasos de papiro sobre las aguas. Pues del papiro ciertamente es el papel. ¿Qué, pues, se designa por el papiro sino la ciencia secular? Los vasos de papiro, pues, son los corazones de los doctores seculares. Enviar, pues, legados en vasos de papiro sobre las aguas es poner su predicación en los sentidos de los sabios carnales, y llamar a los pueblos que fluyen hacia la culpa. Los que, pues, allí por los vasos de papiro, esos mismos aquí, porque ven carnalmente, son designados por los ojos. De los cuales también todavía se añade:

CAPÍTULO XI.

VERS. 11. --- Abrieron sobre mí sus bocas, exprobrando.

14. La boca del diablo, los que predican errores. --- Los réprobos abren sus bocas exprobrando cuando no temen predicar los males de su error, y se burlan de las predicaciones de la recta fe. De los cuales debe saberse que persiguen especialmente a aquellos en la santa Iglesia que ven que han de ser provechosos para muchos, que quebrantan la vida de los carnales con la palabra de corrección,

y los vuelven espiritualmente en el cuerpo de la Iglesia. Por lo cual también se añade.

CAPÍTULO XII

[Rec. VI].

IBÍD.---Hirieron mi mejilla, se han saciado con mis penas.

15. La mejilla de la Iglesia son los santos predicadores.---La mejilla de la Iglesia son ciertamente los santos predicadores, como se dice bajo la especie de Judea por Jeremías: Llorando lloró en la noche, y sus lágrimas en sus mejillas (Lam. 1, 2), porque en las adversidades de la Iglesia lloran más aquellos que supieron quebrantar la vida de los carnales predicando. Pues por ellos la santa Iglesia tritura a los inicuos de sus vicios, y como tragándolos los convierte en sus miembros. De donde también a aquel primer predicador, como a mejilla de la Iglesia, se le dice: Mata y come (Hech. 10, 13). [Vet. VIII.] De aquí es también que Sansón tomó la quijada de un asno y aniquiló a los enemigos (Juec. 15, 16), porque nuestro Redentor, sosteniendo con la mano de su virtud la simplicidad y paciencia de los predicadores, mató a los carnales de sus vicios. Y la quijada proyectada en tierra después vertió aguas, porque los cuerpos de los predicadores entregados a la muerte mostraron grandes milagros a los pueblos. Los perversos, por tanto, hieren la mejilla de la Iglesia cuando persiguen a los buenos predicadores. Y porque entonces los réprobos estiman haber hecho algo grande cuando matan la

vida de los predicadores, tras la percusión de la mejilla aptamente se añade:---IBÍD.---Se han saciado con mis penas. Pues aquella pena los sacia que castiga principalmente la mente de la Iglesia. Sigue:

CAPÍTULO XIII.

VERS. 12. Dios me encerró con el inicuo, y me entregó en manos de los impíos.

16. Los electos permitidos temporalmente a las persecuciones del antiguo enemigo. --- El pueblo de los electos es encerrado con el inicuo cuando su carne es entregada temporalmente a las persecuciones del antiguo enemigo. El cual es entregado no al espíritu, sino a las manos de los impíos, porque cuanto no pueden captar a este en la mente, tanto más cruelmente se encienden contra su carne. Pero el pueblo de la santa Iglesia, cuando haya comenzado a padecer adversidades gravemente, y haya visto a sus enfermos deslizarse hacia cosas peores, recuerda a la mente los tiempos de su paz, cuando alimentaba a sus fieles con la opulencia de su predicación. Por lo cual aptamente se añade:

CAPÍTULO XIV.

VERS. 13. --- Yo, aquel otrora opulento, de repente he sido quebrantado.

17. --- A las mentes firmes ninguna adversidad llega de repente. --- En eso que aseveró haberse quebrantado de repente, designó la mente improvidente de los enfermos. Quienes mientras no

saben prever los males que han de venir, tanto más graves se les hacen cuanto también son tolerados por ellos como inesperados. Pero a las mentes firmes las adversidades no llegan de repente, porque se prevén antes de que lleguen. Lo cual, sin embargo, también ahora la santa Iglesia padece en algunos que resbalan hacia atrás, que después de la opulencia de la doctrina son quebrantados a veces por súbitos vicios, de modo que así caen en ciertos males como si nunca hubieran tenido el pasto de la palabra. Sigue:

CAPÍTULO XV.

IBID. --- Sostuvo mi cerviz, me quebrantó, me puso para sí como en señal (signum).

18. Los enfermos, urgiendo la persecución, trepidan predicar la verdad. --- Así como en los malos la cerviz significa la soberbia, así en los buenos significa la erección de la libertad. Por lo cual a veces esa misma soberbia se pone por la autoridad de la erección, como por el profeta dice el Señor prometiendo a la santa Iglesia: Te pondré en soberbia de los siglos (Is. 60, 15). Y porque en tiempo de persecución algunos enfermos no presumen predicar libremente las cosas verdaderas que sienten, rectamente se dice de este enemigo: Sostuvo mi cerviz, me quebrantó. [Vet. IX.] Pero tal vez por la apelación de cerviz son designados aquellos que en el tiempo de su paz se erigen más de lo que conviene, y bajo ocasión de defender la rectitud sirven al vicio de la elación. Quienes en tiempo de persecución por eso sienten más las adversidades, porque se ensalzan de las cosas

prósperas. De los cuales bien se dice: Sostuvo mi cerviz, me quebrantó. Esto es, la elación que tuvo en los enfermos, la inclinó por la estrechez de su percusión. Y me puso para sí como en señal. Consta ciertamente que por eso se pone la señal, para que sea herida por la emisión de las saetas. El pueblo fiel, pues, está puesto en señal para su enemigo, porque siempre lo acomete con sus golpes, y lo aflige con sus persecuciones. Pues el que en esta vida tolera asiduos males, puesto como en señal, recibe los golpes del que hiere. Por lo cual también el egregio predicador, cuando toleraba los males de las persecuciones, y gemía bajo la persecución de los adversarios, consolando la tierna mente de los discípulos sobre sus aflicciones, dice: Pues vosotros mismos sabéis que en esto estamos puestos (1 Tes. 3, 3). Como si les dijera abiertamente: ¿Qué os maravilláis de nuestras heridas en este tiempo, quienes si buscamos los gozos eternos, aquí a esto vinimos, para que seamos heridos? Sigue:

CAPÍTULO XVI.

VERS. 14. --- Me rodeó con sus lanzas, hirió mis lomos, no perdonó, y derramó en tierra mis vísceras.

19. El enemigo nos acomete por todas partes con los dardos de las tentaciones. --- Estas cosas según la letra parecían poder cuadrar al bienaventurado Job, por eso que se dice: Me rodeó con sus lanzas, hirió mis lomos, no perdonó, si no se añadiera lo que de él mínimamente se lee escrito: Derramó en tierra mis vísceras. Por

lo cual es necesario que mientras no podemos encontrar esto según la letra, inquiramos según el espíritu aquellas cosas que suenan en sus palabras según la historia. La santa Iglesia es rodeada con lanzas por su enemigo cuando es acometida en sus miembros por el impugnador astuto con los dardos de las tentaciones. Pero bien se dice que somos rodeados con lanzas, porque el antiguo enemigo nos acomete por todas partes con la herida de su tentación. Pues a menudo mientras se restringe la gula para que se sojuzgue la libido, el aguijón de la vanagloria pulsa la mente. Pero si el cuerpo no se desgasta por la aflicción de la abstinencia, la llama de la libido se excita contra la mente. A menudo mientras nos esforzamos por guardar la parsimonia, resbalamos a la tenacidad. Y a menudo mientras distribuimos efusivamente lo poseído, somos llevados a la avaricia, porque buscamos recoger de nuevo lo que distribuamos. Mientras, pues, los dardos del antiguo enemigo nos acometen por doquier, rectamente se dice: Me rodeó con sus lanzas. Y porque todo pecado ciertamente el enemigo astuto lo persuade, pero nosotros lo perpetramos consintiendo a sus persuasiones, aptamente se añade: Hirió (convulneravit) mis lomos. Pues en los lomos está la lujuria. Por lo cual también aquel que deseaba extinguir del corazón el placer de la libido, predicó diciendo: Ceñidos los lomos de vuestra mente (1 Pe. 1, 13). Cuando, pues, el antiguo enemigo arrastra al pueblo fiel a la lujuria, sin duda lo hiere en los lomos. Donde debe notarse también que no dice: Hirió (vulneravit), sino Hi-

rió juntamente (convulneravit) mis lomos. Pues así como hablar a veces es de uno, pero hablar juntos (colloqui) es de dos, o tal vez de muchos, así el antiguo enemigo, porque no nos arrebata a la culpa sin nuestra voluntad, de ningún modo se dice que hiere, sino que hiere juntamente nuestros lomos, porque esto que él nos sugiere mal, nosotros siguiéndolo lo cumplimos por voluntad propia, y como que juntamente con él nos herimos a nosotros mismos, porque somos llevados a perpetrar el mal por el libre arbitrio al mismo tiempo. Sigue: No perdonó. Como si dijera: No desistió. [Vet. X]. Y derramó en tierra mis vísceras. ¿Qué otra cosa debemos entender por las vísceras de la santa Iglesia, sino las mentes de aquellos que contienen en sí ciertos misterios de ella, que sirven a los sacramentos íntimos? Pero el adversario antiguo, cuando arrastra a algunos fieles, que parecían servir a los sacramentos interiores, a los negocios seculares, sin duda derrama sus vísceras en tierra, porque pisotea en las cosas ínfimas a aquellos que antes se ocultaban en actos secretos y espirituales. Sigue:

CAPÍTULO XVII.

VERS. 15. --- Me cortó con herida sobre herida.

20. Para que nos corte con herida sobre herida. --- En sus enfermos la santa Iglesia es cortada con herida sobre herida cuando el pecado se añade al pecado, para que la culpa se exagere más vehementemente. Pues a quien la avaricia arrastra a la rapiña, y la rapiña lleva a la falacia, para que, perpetrada la culpa, se defienda incluso por la

falsedad, ¿qué es este sino uno cortado por herida sobre herida? Por lo cual también bien se dice por el profeta: La maldición, y la mentira, y el homicidio, y el hurto, y el adulterio inundaron, y la sangre tocó a la sangre (Os. 4, 2). Pues suele significarse el pecado con el nombre de sangre. Por lo cual aquel que desea ser librado de los pecados clama por la penitencia: Líbrame de las sangres (Sal. 50, 16). La sangre, pues, toca a la sangre cuando la culpa ha acumulado la culpa. Y porque cuando la herida se añade a la herida las fuerzas del antiguo enemigo crecen más vehementemente contra nosotros, rectamente se añade:

CAPÍTULO XVIII.

IBID. Irrumpió en mí como un gigante.

21. Los que no se resisten, lo experimentan como un gigante luchando con ellos. --- Pues fácilmente se resiste al enemigo si no se le consiente por más tiempo, ya sea en muchos lapsos o en uno. Pero si el alma se acostumbró a estar sometida a sus persuasiones, cuanto más frecuentemente se le somete, tanto más intolerable lo hace para sí, de modo que no puede resistirse a él, porque ciertamente el adversario maligno lucha contra esta alma, vencida por la mala costumbre, como a la manera de un gigante. Pero, sin embargo, la mayor parte de las veces la santa Iglesia, incluso después de las culpas perpetradas, recuerda a la penitencia las mentes de los fieles, y limpia los pecados por la virtud de la obra de la aflicción espontánea. Por lo cual bien se añade:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 16. --- Cosí un saco sobre mi piel, y cubrí con ceniza mi carne.

22. La Iglesia enseña a limpiar los pecados por la aflicción espontánea. ¿Qué debe entenderse en el saco y la ceniza sino la penitencia, y qué en la piel y la carne sino el pecado de la carne? Cuando, pues, algunos después de un lapso de la carne vuelven a la penitencia, como que se cose el saco sobre la piel, y la carne se cubre con ceniza, porque la culpa de la carne se cubre por la penitencia, para que en el examen del Juez severo no se vea para la venganza. Pero la santa Iglesia, cuando retrae de los pecados a sus miembros enfermos, y los lleva al remedio de la penitencia, sin duda ayuda a estos con llantos, para que convalezcan para recibir la gracia de su Autor, y por los fuertes llora lo que ella no hizo, lo que en sus miembros débiles como que hizo ella misma. Por lo cual todavía bien se añade:

CAPÍTULO XX

[Vet. XI, Rec. VII].

VERS. 17. --- Mi rostro se ha hinchado por el llanto.

23. Ella ayuda a sus hijos penitentes con sus llantos. Que los prelados se aflijan por los lapsos ajenos como por los propios. Pues los rostros de la santa Iglesia son aquellos que, puestos en lugares de gobierno, aparecen los primeros, para que de su aspecto sea el honor del pueblo fiel, aunque

algo deforme se esconda en el cuerpo. Estos prelados ciertamente lloran ante los pueblos las culpas de los que enferman, y se afligen así por los lapsos ajenos como si fuera por los propios. Y a menudo, mientras ven a algunos volver al perdón después de las culpas, pero a otros persistir en la iniquidad, se admiran de los juicios ocultos del Dios omnipotente, pero no pueden penetrarlos. Pues se asombran de lo que no entienden. Por lo cual también aptamente se añade:

CAPÍTULO XXI.

IBÍDEM. --- Y mis párpados se han oscurecido.

24. Dirijan los caminos de los súbditos a modo de ojos. Pues rectamente son llamados párpados aquellos que vigilan para prever los itinerarios de los pies. Pero cuando ni los superiores vigilantes entienden los ocultos juicios de Dios, los párpados de la santa Iglesia se oscurecen. Pero, como recuerdo haber dicho ya a menudo, el bienaventurado Job, manteniendo el tipo de la santa Iglesia, a veces usa la voz del cuerpo, a veces la voz de la cabeza; y mientras habla de sus miembros, de repente se eleva a las palabras de la cabeza. Por lo cual aquí también se añade:

CAPÍTULO XXII

[Rec. VIII].

VERS. 18. --- Estas cosas he padecido sin iniquidad de mi mano, cuando tenía puras oraciones ante Dios.

25. Solo Cristo ante todos tuvo puras oraciones ante Dios. Pues sin iniquidad de su mano soportó Aquel que no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca (1 Ped. 2, 22 y ss.), y sin embargo toleró el dolor de la cruz para nuestra redención. Quien solo ante todos tuvo puras oraciones ante Dios, porque incluso en el mismo dolor de la pasión oró por sus perseguidores, diciendo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. 23, 34). ¿Qué puede decirse, qué puede pensarse en la oración más puro que cuando incluso a aquellos de quienes se tolera el dolor se les concede la misericordia de la intercesión? Por lo cual sucedió que la sangre de nuestro Redentor, que los rabiosos perseguidores habían derramado, después los creyentes la bebieron, y proclamaron que Él era el Hijo de Dios. De cuya sangre, ciertamente, aptamente se añade:

CAPÍTULO XXIII.

VERS. 19. --- Tierra, no cubras mi sangre, ni encuentre en ti lugar de escondrijo mi clamor.

26. Su sangre habla mejor que la sangre de Abel; pues esta implora venganza, aquella perdón. Al hombre pecador se le dijo: Tierra eres, y a la tierra irás (Gén. 3, 19). La cual tierra ciertamente no esconde la sangre de nuestro Redentor, porque cada pecador, tomando el precio de su redención, lo confiesa y alaba, y lo hace saber a los prójimos que puede. La tierra también no cubrió su sangre, porque la santa Iglesia ya ha predicado el misterio de su redención en todas las partes del mundo. [Vet. XII.] Debe notarse lo que se añade:

Ni encuentre en ti lugar de escondrijo mi clamor (Gén. 3, 19). Pues la misma sangre de la redención que se recibe es el clamor de nuestro Redentor. Por lo cual también Pablo dice: Y a la aspersión de la sangre que habla mejor que Abel (Heb. 12, 24). Sobre la sangre de Abel se había dicho: La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra (Gén. 4, 10). Pero la sangre de Jesús habla mejor que Abel, porque la sangre de Abel pidió la muerte del hermano fratricida, pero la sangre del Señor obtuvo la vida para los perseguidores. Para que, pues, en nosotros el sacramento de la pasión del Señor no sea ocioso, debemos imitar lo que recibimos, y predicar a los demás lo que veneramos. Pues lugar de escondrijo encuentra su clamor en nosotros si la lengua calla aquello que la mente ha creído. Pero para que su clamor no se esconda en nosotros, resta que cada uno, según su pequeña medida, haga saber el misterio de su vivificación a sus prójimos. Place llevar de nuevo los ojos de la mente a la hora de la pasión del Señor, cuando los judíos enfurecidos perseguían y los discípulos temerosos huían. Pues Aquel que parecía morir en la carne de ningún modo se creía que fuera Dios. Por lo cual aquí aptamente se añade:

CAPÍTULO XXIV

[Rec. IX.].

VERS. 20. --- Pues he aquí que mi testigo está en el cielo, y mi conocedor en las alturas.

27. Ignorando los hombres a Cristo, tuvo al Padre por testigo y conocedor en el cielo. Pues cuando el Hijo era abatido en la tierra, tenía un testigo en el cielo. Porque el testigo del Hijo es el Padre, de quien Él mismo dice en el Evangelio: Y el Padre que me envió, Él dio testimonio de mí (Juan 5, 37). Quien rectamente también es llamado conocedor, porque con una sola voluntad, con un solo consejo, el Padre siempre obra con el Hijo. De quien también es testigo, porque nadie conoce al Hijo sino el Padre (Mat. 11, 27). Entonces, pues, tuvo un testigo en el cielo y un conocedor en las alturas, cuando aquellos que lo veían morir en la carne no sabían considerar la potencia de su divinidad. And while men were ignorant, yet in death the Mediator of God and men knew that the Father worked with Him. Lo cual tal vez también puede referirse a la voz de su cuerpo. [Vet. XIII.] Pues la santa Iglesia por eso tolera las adversidades de la vida presente, para que la gracia suprema la lleve a los premios eternos. Desprecia la muerte de su carne, porque mira a la gloria de la resurrección. Y son transitorias las cosas que padece, perpetuas las que espera. De los cuales bienes perpetuos, ciertamente, no tiene duda, porque ya mantiene la gloria de su Redentor como testimonio fiel. Pues contempla con la mente la resurrección de su carne, y se fortalece para la esperanza porque, lo que ve ya hecho en su Cabeza, lo espera también en su cuerpo, al cual ciertamente ella misma ha de seguir sin duda. A la cual Iglesia el Salmista, viéndola como que ha de permanecer en perpe-

tua perfección, la describe bajo la apelación de la luna, diciendo: La luna perfecta para siempre (Salm. 88, 38). A la cual, porque la resurrección dominica la robustece para la esperanza de la resurrección, rectamente añadió: Y testigo fiel en el cielo, porque para que no trepide sobre su resurrección, ya tiene por testigo en el cielo a Aquel que resucitó de entre los muertos. El pueblo fiel, por tanto, cuando padece adversidades, cuando se fatiga por duras tribulaciones, eleve la mente a la esperanza de la gloria subsiguiente, y, confiando en la resurrección de su Redentor, diga: Pues he aquí que mi testigo está en el cielo, y mi conocedor en las alturas. Quien rectamente es llamado conocedor, porque conoció nuestra naturaleza no solo creándola, sino también asumiéndola. Pues su conocer es haber tomado lo nuestro. Por lo cual también se dice por el Salmista: Pues Él conoce nuestra hechura (Salm. 102, 13). ¿Qué maravilla, pues, si se dice que conoce especialmente nuestra hechura, cuando consta que no hay nada que ignore? Pero conocer nuestra hechura es para Él haberla tomado en sí mismo por piedad.

28. El mismo testigo debe ser buscado por nosotros. La cual voz, sin embargo, puede convenir también a cada uno de nosotros con el bienaventurado Job. Pues todo el que por aquello que hace apetece las alabanzas humanas, busca un testigo en la tierra. Pero el que se apresura a complacer al Dios omnipotente en sus actos, considera que tiene un testigo en el cielo. Y a menudo sucede que incluso las buenas obras en nosotros son reprendidas por hombres incautos. Pero quien

tiene un testigo en el cielo, no debe temer las reprensiones de los hombres. Por lo cual todavía se añade:

CAPÍTULO XXV

[Vet. XIV].

VERS. 21. --- Mis amigos locuaces, ante Dios destila mi ojo.

29. No debe buscarse el testimonio de los hombres. ¿Qué se designa por el ojo sino la intención del corazón? como está escrito: Si tu ojo fuera sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado (Mat. 6, 22). Porque cuando se hace algo con buena intención, la acción de esa intención no se oscurece en absoluto ante Dios. Cuando, pues, los amigos son locuaces, esto es, cuando incluso aquellos que se asocian en la fe denigran, es necesario que el ojo destile ante Dios, para que nuestra intención toda fluya en la compunción del amor íntimo, y tanto más sutilmente se eleve a las cosas interiores cuanto que, rechazada por los oprobios exteriores, es obligada a volver adentro, para que no se evapore fuera. Sigue.

CAPÍTULO XXVI.

VERS. 22. --- ¡Y ojalá así se juzgara el varón con Dios, como se juzga el hijo del hombre con su colega!

30. Es incierto qué pecado castigue Dios en nosotros con sus flagelos. Ciertamente siempre reconocemos que somos pecadores; pero sin em-

bargo a menudo, puestos en el flagelo, ignoramos por qué pecado somos más flagelados; y nos discutimos a nosotros mismos con sutil inquisición, para que, si de algún modo podemos, seamos capaces de investigar la causa de nuestra percusión. La cual, mientras la mayor parte de las veces se nos oculta, nuestra ceguera se nos hace carga, y nos duele más aquello que padecemos. Pero quienquiera que accede al juicio con su colega, tanto dice lo que siente, como reconoce cualquier cosa que se le contradice, y pulsa por donde quiere, y sabe por dónde es pulsado. Pero el que es herido por la divina animadversión, mientras sabe ciertamente que es golpeado, pero ignora por qué es golpeado, dice como que lo que siente, pero no sabe qué se dice contra él, porque él ciertamente gime en el azote, pero Dios no declara abiertamente por qué venganza lo hiere. Por tanto ahora se dice: ¡Y ojalá así se juzgara el varón con Dios, como se juzga el hijo del hombre con su colega! Como si abiertamente se dijera: Como en todo lo que digo soy oído, así todo lo que de mí se dice oiría. Lo cual sin embargo en esta vida no puede hacerse de ningún modo, porque es grande la interposición a los ojos de nuestro corazón para contemplar la sutileza de Dios, esto es, nuestra misma flaqueza. Pero entonces lo miraremos puramente a Él por quien ahora somos sutilmente mirados, cuando, depuesta esta flaqueza, lleguemos a la gracia de la contemplación interna, de la cual Pablo dice: Entonces conoceré como también soy conocido (1 Cor. 13, 12). Por lo cual el bienaventurado Job, viendo que esa

misma cognición de ningún modo puede perfeccionarse plenamente aquí, gime ciertamente por la ceguera de la vida presente, pero sin embargo se consuela de su brevedad, diciendo:

CAPÍTULO XXVII.

VERS. 23. --- Pues he aquí que pasan años breves, y camino por la senda por la cual no volveré.

31. Su brevedad mitiga y suaviza las miserias de la vida. Todo lo que pasa es breve, aunque parezca terminarse más tarde. Pero en la senda de la muerte, por la cual no volvemos, caminamos, no porque de ningún modo seamos devueltos resucitando a la vida de la carne, sino porque a los trabajos de esta vida mortal, o a la adquisición de premios mediante trabajos, no venimos de nuevo.

CAPÍTULO XXVIII

[Vet. XV, Rec. X].

CAP. XVII, VERS. 1. --- Mi espíritu será atenuado.

32. Los buenos se prometen una vida breve, pero los malos una larga. El espíritu se atenúa por el temor del juicio, porque las mentes de los electos, cuanto más sienten que se acercan al juicio extremo, tanto más terriblemente tiemblan para discutirse a sí mismos, y si alguna vez encuentran en sí pensamientos carnales, los consumen por el ardor de la penitencia, ni permiten que sus pensamientos se dilaten por el placer carnal, porque

se golpean a sí mismos tanto más sutilmente juzgándose, cuanto que esperan al Juez severo cercano. Por lo cual sucede que siempre sospechan que su fin está próximo. Pues las mentes de los réprobos por eso hacen muchas cosas inicuamente, porque piensan vivir aquí más tiempo. El espíritu, pues, de los justos se atenúa, pero se engruesa el de los inicuos. Pues en cuanto se hinchan por la elación, en eso no tienen atenuación del espíritu. Pero los justos, mientras consideran la brevedad de su vida, declinan las culpas de la elación y de la inmundicia. Por lo cual también se añade:

CAPÍTULO XXIX.

IBÍDEM. --- Mis días se abreviarán, y solo me resta el sepulcro.

33. De aquí que aquellos declinen las culpas de la elación y de la inmundicia, pero estos las multipliquen. La vida perfecta es imitación de la muerte. Pues el que considera cuál será en la muerte, siempre se vuelve tímido en la operación; y por cuanto a sus propios ojos ya casi no vive, por tanto vive verazmente a los ojos de su Creador. Nada de lo que pasa apetece, contradice a todos los deseos de la vida presente; y se considera a sí mismo casi muerto, porque de ningún modo ignora que ha de morir. Pues la vida perfecta es imitación de la muerte, la cual mientras los justos la recorren solícitamente, evaden los lazos de las culpas. Por lo cual está escrito: En todas tus obras acuérdate de tus novísimos, y no pecarás eternamente (Ecli. 7, 40). Por lo cual también

el bienaventurado Job, porque considera que sus días se abrevian, y piensa que solo le resta el sepulcro, aptamente añade:

CAPÍTULO XXX.

VERS. 2.---No he pecado, y en amarguras mora mi ojo.

34. Job fue herido no para corrección de la culpa, sino para aumento de la gracia. Como si dijera abiertamente: No cometí culpa, y recibí azotes. Pero en este asunto conmueve el ánimo, porque en muchos lugares de esta historia confiesa haber pecado; ¿por qué razón niega ahora haber pecado? Pero a esto la razón acude rápidamente, porque ni pecó tanto como para merecer los azotes, ni sin embargo pudo estar sin pecado. Pues que fue herido no para corrección de la culpa, sino para aumento de la gracia, el mismo Juez lo atestigua, que alaba y golpea. Y de nuevo, que no estuvo sin pecado, ni él mismo lo niega, el cual es alabado por el Juez, y por eso es alabado, porque no lo niega. Pero creo que discutimos mejor estas palabras si las sentimos dichas por la voz de la Cabeza. Pues nuestro Redentor, viniendo para nuestra redención, ni pecó, y padeció amargura, porque asumió la pena de nuestra culpa sin culpa; de cuya voz se añade:

CAPÍTULO XXXI.

VERS. 3.---Líbrame, y ponme junto a ti, y que la mano de cualquiera luche contra mí.

35. Cristo estuvo en amargura por la pasión, fue librado por la resurrección. Pues Él mismo no pecó de pensamiento ni de obra; Él mismo permaneció en amargura por la pasión; Él mismo fue librado por la resurrección; Él mismo fue puesto junto al Padre por la ascensión, porque habiendo subido al cielo está sentado a la diestra de Dios. Y porque después de la gloria de su ascensión Judea se conmovió en la persecución de sus discípulos, rectamente se dice ahora: Y que la mano de cualquiera luche contra mí. Pues entonces en sus miembros se ensañó el furor de los perseguidores; entonces contra la vida de los fieles se encendió la llama de la crueldad. Pero, ¿a dónde irían los inicuos, o qué harían, mientras aquel a quien perseguían en la tierra ya estaba sentado en el cielo? Sobre los cuales todavía se añade:

CAPÍTULO XXXII.

VERS. 4.---Alejaste su corazón de la disciplina.

36. Dios hace que el corazón de los malvados esté lejos de la disciplina solo permitiéndolo. Pues si conocieran la custodia de la disciplina, de ningún modo despreciarían los preceptos de nuestro Redentor; la misma mortalidad de su carne los habría excitado al amor de la vida inmortal. Pues esto mismo de que en esta vida estemos sujetos a la corrupción, ya es por el azote de la disciplina. Pues ser turbados por el calor y el frío, por el hambre y la sed, ser afectados por enfermedades, y a veces incluso ser extinguidos, ¿qué son estas cosas sino azotes del pecado? Pero hay algunos que toleran los azotes, y sin embargo

de ningún modo reforman su mente al temor del que azota. Por lo cual rectamente se dice ahora: Alejaste su corazón de la disciplina. Porque aunque el cuerpo está bajo la disciplina, el corazón no está bajo la disciplina, mientras cada uno es azotado, y sin embargo no es reducido a la humildad de la mente. Ni se dice esto como si el Dios omnipotente y misericordioso alejara el corazón del hombre de la disciplina, sino que permite que, habiendo caído espontáneamente, permanezca allí donde cayó juzgándolo, tal como también le decimos a Él en la oración: Y no nos dejes caer en la tentación (Mat. 6, 13); esto es, no permitas de ningún modo que seamos introducidos. Sigue:

CAPÍTULO XXXIII.

IBID.---Por eso no serán exaltados.

37. Los expertos en la disciplina nunca son elevados de las cosas ínfimas a las celestiales. Pues si el corazón estuviera bajo la disciplina, apetecería las cosas superiores, y no jadearía por adquirir bienes transitorios. De aquellos, por tanto, cuyo corazón no está bajo la disciplina, rectamente se dice: Por eso no serán exaltados, porque mientras ellos, abandonados a los placeres ínfimos, desean siempre los bienes terrenos, nunca elevan su corazón a los gozos supremos. Pues serían exaltados si erigieran su mente a la esperanza de la patria celestial. Pero los que por la disciplina no se esmeran en custodiar su vida, yacen siempre en lo profundo por los deseos, y, lo que es más grave, yaciendo se erigen, porque se enorgullecen de las cosas transitorias. Pues pueden enorgullecerse

(extolli), pero no pueden ser exaltados, porque están más profundamente en el fondo por aquello mismo por lo que se vuelven más altos ante sí mismos. Por tanto, el corazón que carece de disciplina no puede ser exaltado, porque la mente humana, así como mal elevada es oprimida en lo ínfimo, así bien oprimida es elevada a lo sublime. Sigue:

CAPÍTULO XXXIV.

VERS. 5.---Promete presa a sus socios, y los ojos de sus hijos desfallecerán.

38. El diablo y los malvados son un solo cuerpo. Sus socios, los ángeles apóstatas; sus hijos, los hombres perversos. Después de que el bienaventurado Job profirió sentencia sobre la multitud de los inicuos, esto es, sobre el cuerpo del antiguo enemigo, pronto vuelve la sentencia hacia el mismo príncipe de ellos, es decir, la cabeza de todos los perdidos, y vuelve del número plural al singular. Pues de tal manera son un solo cuerpo el diablo y todos los inicuos, que frecuentemente con el nombre de la cabeza se censura al cuerpo, y con el nombre del cuerpo se llama a la cabeza. Pues con el nombre de la cabeza se censura al cuerpo cuando se dice del hombre perverso: Uno de vosotros es un diablo (Jn. 6, 71). Y de nuevo se llama con el nombre del cuerpo a la cabeza cuando se dice de aquel mismo ángel apóstata: Un hombre enemigo hizo esto (Mt. 13, 28). Este príncipe de todos los perversos, por tanto, tiene a unos como socios y a otros como hijos. Pues, ¿quiénes son sus socios sino aquellos ángeles apóstatas que caye-

ron con él de la sede de la patria celestial? ¿O qué otros hijos tiene sino los hombres perversos, que por su torcida persuasión son engendrados en la operación de la malicia? Por lo cual también por la voz de la Verdad se dice a los infieles: Vosotros sois de vuestro padre el diablo (Jn. 8, 44).

39. Qué presa promete el diablo a sus socios. Este perverso autor del error, por tanto, promete presa a sus socios, porque promete a los espíritus malignos las almas de los malvados que han de ser arrebatadas en su fin. Y los ojos de sus hijos desfallecerán, porque mientras excita las intenciones de los hombres a esperar solo las cosas terrenas, les hace amar esto que no pueden retener por mucho tiempo. Pues no puede permanecer la intención de un amor perverso, cuando tanto lo que ama como el mismo que ama consta que desfallecen con celeridad. Pueden también por socios entenderse tal vez los más crueles y los ya llenos de toda malicia; por hijos, en cambio, aquellos que, todavía ilusionados por promesas engañosas, son nutridos para aumentar la perversidad, de modo que el diablo tenga ya como por mérito de malicia como socios a quienes ya no tienen en la perdición por dónde crecer, y a estos como hijos a quienes amamanta con promesas para que progresen hacia cosas peores. Pero los que los ojos de sus hijos desfallecerán, porque las intenciones de los malvados caen cuando abandonan todo lo que aquí apetecen, y allí padecen sin fin aquello por lo que se duelan. Sigue:

CAPÍTULO XXXV.

VERS. 6.---Me ha puesto como proverbio del vulgo: y soy un ejemplo ante ellos.

40. La tonta opinión del vulgo sobre los azotes de los elegidos. Diga el bienaventurado Job estas cosas de sí mismo, dígalas por las voces de todos los elegidos. Pues todo aquel que es herido con un azote es puesto como en proverbio del vulgo, porque todo necio, mientras desea maldecir a alguien, toma la maldición de la semejanza de aquel a quien ve herido temporalmente, y desea para su adversario aquella pena que contempla haberle sucedido al justo. Y así sucede que el recto no es rectamente propuesto como ejemplo a los sabios, mientras la pena del justo se cree que es condenación, y no se prevé ninguna gloria que le espere por ninguna esperanza de fe. Sigue:

CAPÍTULO XXXVI.

VERS. 7.---Se oscureció por la indignación mi ojo, y mis miembros han sido reducidos casi a la nada.

41. Al asombrarse y oscurecerse los ojos de los santos por los azotes, los débiles a veces sucumben. El ojo se oscurece por la indignación cuando aquellos mismos que en el cuerpo del Señor, esto es, en la Iglesia, tienen la luz de la verdad, mientras se ven despreciados y desdeñados por largo tiempo por los malvados, se turban por la admiración del juicio oculto, y no pueden penetrar el secreto de Dios de por qué se permite que los perversos prevalezcan contra la inocencia de los buenos. Pues, ¿quién no se asombraría cuando Herodías, ante un rey embriagado, obtiene por

el baile de su hija que la cabeza del amigo del Esposo, profeta y más que profeta, sea traída en una bandeja ante los rostros de los comensales (Mc. 6, 27)? Pero cuando los justos se oscurecen por la indignación, los débiles frecuentemente caen hasta la incredulidad. Por lo cual se añade: Y mis miembros han sido reducidos casi a la nada. Pues con el nombre de miembros se expresa la ternura de los débiles, quienes mientras contemplan que los perversos florecen y los justos son atormentados, llegan a veces a esto: a arrepentirse de haber siquiera comenzado las cosas buenas; y así se retiran más pronto a cometer males, como si a su vida le hubiera dañado el bien que comenzaron. Pero esto que dice: Se oscureció por la indignación mi ojo, lo abre con palabras más llanas, añadiendo:

CAPÍTULO XXXVII.

VERS. 8. Se asombrarán los justos sobre esto, y el inocente se suscitará contra el hipócrita.

42. Es propio de los imperfectos envidiar la gloria de los perversos. En este lugar el inocente es tomado como el justo aún no perfecto, quien comenzando todavía las cosas buenas, aunque no sabe dañar a otros, sin embargo él mismo de ningún modo puede realizar cosas perfectas. Y porque los corazones de los pequeños, mientras contemplan que los perversos florecen en la vida presente, se encienden con las teas de la envidia; pues tanto más envidia cada uno los bienes presentes de los otros, cuanto menos los haya él mismo despreciado. Pues lo que no puede ser

poseído por todos a la vez íntegramente, le falta a este lo que otro tuvo. Pero se enciende contra el hipócrita el inocente, mientras envidia la gloria del simulador incluso aquel que no suele dañar a nadie. Pero si en este lugar se toma a cualquier inocente perfecto en el bien, el inocente se suscita contra el hipócrita cuando tanto lo contempla florecer, y sin embargo lo desprecia con su flor; y predicando las cosas que son rectas, denuncia que él debe ser tanto más despreciado por los demás, cuanto lo contempla buscar ansiosamente aquellas cosas que no puedan permanecer con él por mucho tiempo. En cuyo sentido todavía se subraya:

CAPÍTULO XXXVIII.

VERS. 9.---Y mantendrá el justo su camino, y a las manos limpias añadirá fortaleza.

43. Dios, que concede bienes temporales a los malos, no negará los eternos a los justos. Pues, considerado el hipócrita, el justo mantiene su camino, porque mientras contempla que aquel, por una voluntad perversa, obtiene las cosas que son del mundo, él mismo se liga más robustamente al amor de las cosas celestiales, sabiendo que a los buenos deseos no faltarán los premios eternos, mientras que incluso a los corazones perversos y dobles no se les niegan los bienes temporales. Por lo cual también añade fortaleza a las manos limpias, porque contemplando que los perversos obtienen la gloria terrena, promueve sus propias obras buenas hacia la perfección; y tanto más profundamente desprecia las cosas temporales,

cuanto ve que estas abundan incluso para los malvados. Pues considera cuánto han de ser despreciadas aquellas cosas que el Dios omnipotente presta incluso a los perversos. Pues si fueran principalmente grandes, de ningún modo el Creador las concedería a sus adversarios. Por lo cual también considera indigno de sí mismo apetecer aquellos bienes que contempla abundar también para los malvados, sino que dirige su mente a percibir las cosas celestiales, que no pueden serle comunes con los réprobos. Por tanto, después de que introdujo los progresos exteriores de los malos, y los interiores de los buenos, profirió palabras de exhortación, diciendo:

CAPÍTULO XXXIX.

VERS. 10.---Por tanto, convertíos todos vosotros, y venid.

44. Debemos convertirnos a Dios por la fe, y venir por la obra. Palabras de exhortación que propiamente dirige a los elegidos, a quienes llama a la eternidad. Quienes son invitados de dos modos, a saber: a que se conviertan, y vengan: conviértanse ciertamente por la fe, vengan por la obra. O ciertamente conviértanse abandonando los males, y vengan haciendo el bien, como está escrito: Apártate del mal, y haz el bien (Sal. 36, 27). Pero es de admirar lo que se añade:

CAPÍTULO XL.

IBID.---Y no encontraré entre vosotros a ningún sabio.

45. Los que son sabios ante sí mismos no pueden llegar a la verdadera sabiduría. ¿Qué significa, pues, que los llame a la sabiduría y, sin embargo, desee no encontrarlos sabios, sino que a la verdadera sabiduría no pueden llegar quienes se dejan engañar por la confianza en su falsa sabiduría? De los cuales está escrito: ¡Ay de los que sois sabios a vuestros propios ojos, y prudentes delante de vosotros mismos! (Isa. 5, 21). Y a quienes de nuevo se les dice: No queráis ser prudentes ante vosotros mismos (Rom. 12, 16). Por lo cual, el mismo egregio predicador, a estos que había encontrado sabios según la carne, para que percibieran la verdadera sabiduría, buscaba que primero se hicieran necios, diciendo: Si alguno entre vosotros parece ser sabio en este siglo, hágase necio para ser sabio (1 Cor. 3, 18). Y la Verdad dice por sí misma: Te confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los prudentes, y las has revelado a los pequeñuelos (Mat. 11, 25). Porque, por tanto, aquellos que son sabios ante sí mismos no pueden llegar a la verdadera sabiduría, rectamente el bienaventurado Job, deseando la conversión de sus oyentes, anhela no encontrar en ellos a ningún sabio. Como si les dijera abiertamente: Aprended a ser necios ante vosotros mismos, para que podáis ser verdaderamente sabios en Dios. Sigue:

CAPÍTULO XLI

[Vet. XX, Rec. XV].

VERS. 11.---Pasaron mis días, mis pensamientos se han disipado, atormentando mi corazón.

46. Los días de la Iglesia son la prosperidad, las noches la adversidad. Los santos, obligados a administrar las cosas terrenas, se sienten atormentados. La santa Iglesia de los elegidos ve pasar los espacios de su vida a través de tiempos diurnos y nocturnos, porque acostumbra tener la noche en las adversidades, y el día en las prosperidades. Pues como la luz le nace de la tranquilidad de la paz, así la noche del dolor de la persecución. Pero cuando, tras los ocios del reposo, vuelve al trabajo de la persecución que crece contra ella, atestigua que sus días han pasado. En estos días, sin embargo, suele estar oprimida por cuidados tanto más graves cuanto más sutiles cuentas piensa que el Juez le exigirá de esa misma tranquilidad de la paz. Pues en la tranquilidad de la paz, unas veces piensa en las ganancias de las almas, otras cuida de las administraciones de las cosas terrenas. Estas administraciones de los actos terrenales son tanto más pesadas para las mentes buenas, cuanto que por su consideración son arrancadas, aunque sea por un momento, de la contemplación de las cosas celestiales. Por lo cual, bien el bienaventurado Job, sea con su voz o con la de la Iglesia universal, después de atestiguar que sus días han pasado, añadió inmediatamente: Mis pensamientos se han disipado, atormentando mi corazón. Porque cuando a las mentes buenas les pasa la felicidad temporal, también se les quita el cuidado de la administración terrenal, que parecía atormentarlas en sus

pensamientos. Pues mientras desean estar siempre elevadas para percibir lo celestial, por eso mismo que a veces descienden por la administración terrenal a pensar en lo ínfimo, se sienten atormentadas. De donde resulta que la misma adversidad de la persecución se convierte en gran exultación de alegría, por la quietud del corazón alcanzada. Por lo cual también se añade aptamente:

CAPÍTULO XLII.

VERS. 12.---Cambiaron la noche en día.

47. Los santos prefieren padecer males antes que fatigarse con el cuidado de los bienes. Pues los pensamientos disipados cambian la noche en día, porque a veces a los justos les agrada más padecer males de la adversidad, que fatigarse con el cuidado de la administración terrena de la prosperidad. Pero porque conocieron con más cautela que tanto lo adverso pasa como lo próspero vuelve a brillar, se añade aptamente:

CAPÍTULO XLIII.

IBID.---Y de nuevo después de las tinieblas espero la luz.

48. Los santos son dotados de los premios celestiales inmediatamente después de la muerte. Pues la luz se espera después de las tinieblas, porque o bien se percibe la luz eterna después de la noche de la vida presente, o bien la adversidad y la prosperidad se alternan de tal modo aquí, que no dejan de sucederse por turno. De donde

resulta que tanto en la luz la noche esté en sospecha, como en la noche la luz esté en presunción, según está escrito: En el día de los bienes no seas inmemorable de los males, y en el día de los males no seas inmemorable de los bienes (Ecl. 11, 27). Pero he aquí que, porque hemos sido redimidos por la gracia de nuestro Autor, tenemos ya este don celestial: que cuando somos retirados de la habitación de nuestra carne, seamos conducidos pronto a los premios celestiales; porque mientras nuestro Creador y Redentor, penetrando los claustros del infierno, sacó de allí las almas de los elegidos, no permite que vayamos allá de donde ya liberó a otros descendiendo. Pero aquellos que vinieron a este mundo antes de su venida, por mucha virtud de justicia que tuvieran, al ser sacados de sus cuerpos no podían de ningún modo ser recibidos inmediatamente en el seno de la patria celestial, porque aún no había venido Aquel que soltaría los claustros del infierno con su descenso, y colocaría ya a las almas de los justos en su sede perpetua. Por lo cual el bienaventurado Job, sintiendo la aflicción y sabiendo que aún se difería la retribución de los justos, añade aptamente:

CAPÍTULO XLIV

[Vet. XXI, Rec. XVI].

VERS. 13.---Si espero, el infierno es mi casa, y en las tinieblas he tendido mi lecho.

49. Antes de Cristo, las almas de los justos eran retenidas en el infierno libres de tormentos. Pues los primeros santos podían soportar las ad-

versidades y, sin embargo, una vez salidos de sus cuerpos, aún no podían ser librados de los lugares del infierno, porque aún no había venido Aquel que descendería allá sin culpa, para librar de la culpa a los que allí estaban retenidos. Entonces el hombre tendió su lecho en las tinieblas, cuando abandonó la luz de la justicia por consentir al astuto persuasor. Y porque también en esos mismos lugares del infierno las almas de los justos eran retenidas sin tormento, de modo que por la culpa original aún descendían allá y, sin embargo, por sus propios actos no sufrían suplicio, tender el lecho en las tinieblas es como haberse preparado el descanso en el infierno. Pues fue un grave tedio para los elegidos, después de la disolución de la carne, no ver todavía la faz del Creador. Tedio que no sin razón el bienaventurado Job llama tinieblas. Pero porque esto proviene de la pena de la flaqueza, rectamente añade a continuación esa misma flaqueza diciendo:

CAPÍTULO XLV

[Rec. XVII].

VERS. 14.---A la podredumbre dije: Tú eres mi padre; a los gusanos: Mi madre y mi hermana.

50. De nuestro origen viciado arrastramos los gusanos de la concupiscencia y de los cuidados. ¿Qué significa esto que dijo a la podredumbre: Tú eres mi padre, sino que todo hombre desciende de un origen ya viciado? Por lo cual también se añade: Mi madre y mi hermana, a los gusanos, porque ciertamente de la misma podredumbre y

con ella venimos a este mundo. Pues en cuanto a la materia de la carne corruptible, nuestra madre y hermana son los gusanos, porque tanto procedemos de la podredumbre como venimos con la podredumbre que portamos. Que si puede entenderse espiritualmente, la naturaleza es llamada madre y la costumbre no sin razón hermana, porque de aquélla somos con ésta. Estas madre y hermana son gusanos, porque por la naturaleza corruptible y la costumbre perversa somos obligados a fatigarnos en la mente con pensamientos inquietos, como por ciertos gusanos. Pues la naturaleza viciada de la carne y la costumbre perversa, porque engendran innumerables cuidados en el corazón de nuestra flaqueza, bien son llamadas madre y hermana gusanos. Pues los cuidados muerden el ánimo mientras lo inquietan. No cesan, en efecto, los varones justos de pensar y tratar solícitamente qué han de hacer, o de inspeccionar providentemente a dónde han de ser conducidos después de la vida presente. Porque, por tanto, entonces los elegidos, antes de la venida del Señor, se veían a sí mismos en el trabajo de la vida presente y, sin embargo, después de la vida presente aún no podían percibir los bienes celestiales, se consumían en muchos pensamientos. Pues esperaban la gracia de su Redentor y, no obstante, no podían llegar a ella viviendo en la carne. Por lo cual también se añade aptamente:

CAPÍTULO XLVI.

VERS 15.---¿Dónde está, pues, ahora mi esperanza?

51. Entre tantos males de los justos, la única esperanza es Cristo. ¿Cuál pudo ser la esperanza de los justos, sino Dios que justifica a los justos, el cual descendería espontáneamente a las penas del género humano, y libraría a los cautivos de la muerte por la virtud de su justicia? Su presencia no cesaban de esperarla con atento pensamiento: sabían que había de venir, pero buscaban que viniera más pronto. Por lo cual no dice: ¿Dónde está, pues, mi esperanza? sino que dice: ¿Dónde está, pues, ahora mi esperanza? [Vet. XXII.] Pues al añadir ahora, muestra que deseaba que viniera más pronto lo que alguna vez había de venir. Sigue:

CAPÍTULO XLVII.

IBID.---¿Y mi paciencia quién la considera?

52. Buscado por ellos con ardientes deseos. Expresó el deseo con el que se apresura, estando en la carne, a ser redimido y a ser revocado de los infiernos a lo superior. Y ciertamente fue de pocos hombres considerar estas cosas, de modo que supieran pensar sobre los trabajos de la vida presente o sobre la subsiguiente dilación después de la muerte. Los justos se dolían de padecer ambas cosas antes de la venida de nuestro Redentor. Por lo cual rectamente se dice: ¿Y mi paciencia quién la considera? Ciertamente no falta quien considere la paciencia; pero cuando no escucha más pronto, Dios parece considerar menos. Pues la misma redención del género humano que vino al fin del mundo, era creída tardía por aquellos que precedieron desde el principio del mundo,

porque por un largo espacio de tiempo estuvieron separados de la remuneración celestial, atestiguándolo la Verdad, que dice: Muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron (Luc. 10, 24). Así pues, lo que ahora se dice: ¿Mi paciencia quién la considera?, manifiesta los votos de un ardiente deseo. Pues ni, como dijimos antes, Dios deja de considerar la paciencia de los justos, sino que se dice que casi no la considera por aparecer menos pronto al voto del deseo, y por diferir la gracia de su dispensación por tiempos más prolongados. Diga, pues: ¿Mi paciencia quién la considera?, porque lo que para el que lo dispone es breve, para el que ama es largo. Por lo cual, considerando aún los daños de su dilación, repite lo que ya había dicho antes y, a punto de descender a lo profundo, duplica su voz de dolor, diciendo:

CAPÍTULO XLVIII.

VERS. 16.---A lo más profundo del infierno descenderán todas mis cosas.

53. Cuál sea el infierno profundísimo, y dígase cuáles son sus receptáculos. Constando que entre los infiernos los justos eran retenidos no en lugares penales, sino en un superior seno de descanso, se nos plantea una gran cuestión: qué es lo que afirma el bienaventurado Job cuando dice: A lo más profundo del infierno descenderán todas mis cosas. El cual, aunque antes de la venida del mediador entre Dios y los hombres había de descender al infierno, es evidente, sin embargo, que no había de descender a lo más profundo del

infierno. ¿O acaso llama infierno profundísimo a esos mismos lugares superiores del infierno? Porque ciertamente, en cuanto a la sublimidad del cielo, ya el espacio de este aire puede llamarse infierno no sin razón. Por lo cual, habiendo sido los ángeles apóstatas sumergidos desde las sedes celestiales en este aire tenebroso, dice el apóstol Pedro: No perdonó a los ángeles que pecaron, sino que, arrastrados por sogas del infierno al tártaro, los entregó para ser reservados para el juicio y ser atormentados (2 Ped. 2, 4). Si, por tanto, en cuanto a la celsitud del cielo, este aire tenebroso es el infierno; en cuanto a la altitud del mismo aire, la tierra que yace más abajo puede entenderse como infierno y profundo; y en cuanto a la altitud de la misma tierra, también aquellos lugares del infierno que son superiores a otros receptáculos del infierno, en este lugar no incongruentemente son señalados con la apelación de infierno profundísimo, porque lo que el aire es para el cielo y la tierra para el aire, eso es aquel seno superior de los infiernos para la tierra.

[Vet. XXIII.] 54. Job siente que solo el alma es el hombre todo. Pero es muy admirable lo que añade: Descenderán todas mis cosas. Pues habiendo de descender solo el alma a los lugares del infierno, ¿qué significa que el santo varón afirme que allí descienden todas sus cosas, sino que allí se vio a sí mismo todo, donde entiende el peso de su remuneración? Porque aquello que deja de sí mismo insensible en la tierra, hasta que vuelva a la incorrupción de la resurrección, no siente que sea él mismo. Así pues, afirma que

todas sus cosas han de descender al infierno profundísimo, a donde ve que ha de descender solo su alma, porque allí está todo él, donde pueda sentir lo que haya recibido. O ciertamente todas sus cosas descienden al infierno, porque la retribución de todos sus trabajos todavía se esperaba recibir solo en el descanso del infierno. Y como si allá descendiera todo lo que hizo, porque allí encontró el descanso de su retribución de todas las cosas. Por lo cual también se añade el mismo descanso esperado, cuando se añade inmediatamente:

CAPÍTULO XLIX.

IBID.---¿Piensas que al menos allí habrá descanso para mí?

55. Estando Job temblando por su salvación, nadie esté seguro. En cuyas palabras ciertamente se da a conocer lo que desea y, sin embargo, se designa a sí mismo todavía dudoso de recibir el descanso, no sea que a quien tantos azotes han seguido a sus obras santas, por el juicio oculto del Juez supremo, tras los azotes temporales le siguieran también tormentos permanentes. En lo cual debemos ponderar con gran temor quién de nosotros está ya seguro del descanso eterno, si de él todavía tiembla aquel cuyos elogios de virtud el mismo Juez que lo hiere proclama: Porque si el justo apenas se salvará, ¿dónde aparecerán el impío y el pecador? (1 Ped. 4, 18). Pues el bienaventurado Job sabía que llegaría al descanso después de los azotes; pero para sacudir nuestros corazones con el temor, él mismo pareció dudar de

la retribución del descanso eterno cuando dice: ¿Piensas?; para que nosotros, a saber, consideremos con cuánto pavor debemos siempre temer el juicio venidero, cuando incluso aquel que fue alabado por el Juez todavía no está seguro en sus palabras sobre la retribución del juicio.

LIBRO D

ECIMOCUARTO, En el cual san Gregorio abre el sentido histórico, alegórico y moral de los capítulos XVIII y XIX del libro de Job.

CAPÍTULO I.

1. Recapitulación de lo dicho arriba.---En la parte anterior de esta obra (Especialmente en el Prefacio, cap. 2) tratamos cómo Dios omnipotente, para corregir las mentes de los puestos bajo la ley, trajo a testimonio la vida del bienaventurado Job, quien no conoció la ley y, sin embargo, la guardó, quien custodió los preceptos de vida que no había recibido por escrito. Su acción es primero alabada con el testimonio de Dios, y después se permite que sea probada por las asechanzas del diablo, para que a través de las tentaciones de la tribulación mostrara cuánto había progresado antes en la tranquilidad. El enemigo del género humano, malvado según su costumbre, supo que su vida era alabada por el testimonio de Dios y, sin embargo, la pidió para tentarla. Como no pudo derribarlo, golpeado con tantas pérdidas de bienes y tantas orfandades, incitó a su esposa contra él como aguijón de mala persuasión, para que al menos por palabras familiares corrompie-

ra a quien por tantos tormentos de mensajeros no lograba derribar. Pero como con el auxilio de la mujer, que antes obtuvo contra Adán en el paraíso, no pudo fortalecerse contra este segundo hombre puesto en el estercolero, se volvió a otros argumentos de tentación, para traer a sus amigos como si lo consolaran y, sin embargo, incitar sus mentes a la aspereza de la reprensión; para que a aquel cuya paciencia no habían vencido los azotes, lo superaran al menos las palabras ásperas entre los azotes. Pero el enemigo, acechando astutamente, sufrió el fraude que había preparado contra el santo varón, porque cuantas ocasiones de perdición infirió al santo varón, tantas causas de victoria suministró. Pues contra los tormentos mantuvo la paciencia, contra las palabras la sabiduría, porque soportó con ecuanimidad los dolores de los golpes y frenó sabiamente la estulticia de los que mal le persuadían. Pero porque en sus mismas pasiones y doctas alocuciones mantiene el tipo de la santa Iglesia, sus amigos, como ya hemos dicho a menudo, diciendo algunas cosas rectas y otras necias, no sin razón figuran a los herejes, quienes por el hecho de ser amigos del santo varón, dicen muchas cosas rectas sobre los réprobos; pero por el hecho de mantener la apariencia de herejes, frecuentemente se deslizan en el exceso de su boca, y hieren el pecho del santo varón con los dardos de sus palabras, pero se fatigan por su mismo golpe contra una mente inexpugnable. Nosotros, por tanto, debemos distinguir con sutil discreción, tanto qué es en sus palabras lo que verdaderamente sienten sobre los

réprobos, como qué es lo que suena necio contra el bienaventurado Job.

CAPÍTULO II.

CAP. XVIII, VERS. 1, 2.---Respondiendo entonces Bildad suhita, dijo: ¿Hasta cuándo arrojarás palabras? Entiende primero, y así hablemos.

2. Los herejes acusan a la Iglesia de soberbia e ignorancia.---Todos los herejes piensan que la santa Iglesia se ensoberbece en algunas cosas conocidas, pero sospechan que ni siquiera entiende algunas cosas. Por lo cual Bildad suhita (Suhites) acusa al bienaventurado Job de haber estallado en soberbia, de quien confiesa que arroja palabras. Pero él mismo señala con cuánta elación se había hinchado, al pensar que el bienaventurado Job decía cosas que no entendía. Y porque todos los herejes se quejan de ser despreciados por la santa Iglesia en su propia estimación, se añade aptamente:

CAPÍTULO III.

VERS. 3.---¿Por qué somos reputados como jumentos, y hemos sido viles ante ti?

3. Sospechas y oprobios de los herejes contra la Iglesia.---Es propio de la mente humana sospechar que se le hace lo que ella hace. Pues piensan que son despreciados los que se han acostumbrado a despreciar las costumbres de los buenos. Y porque la Iglesia muestra en aquellas cosas que pueden ser comprendidas por la razón contra los herejes que no es razonable lo que

afirman, sospechan ser estimados por su juicio como jumentos (jumenta). De cuya sospecha de su propio desprecio saltan inmediatamente a la indignación, y se excitan a los oprobios de la misma Iglesia. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO IV.

VERS. 4.---¿Por qué pierdes tu alma en tu furor?

4. Los herejes llaman al celo de la Iglesia furor y locura.---Los herejes estiman o el celo de la rectitud, o la gracia espiritual de la santa predicación, no como el peso de la virtud, sino como la locura del furor (furore). Por el cual furor, a saber, piensan que perecen las almas de los fieles porque creen que de allí perece la vida de la Iglesia, de donde la ven inflamarse contra ellos. Sigue:

CAPÍTULO V.

IBID.---¿Acaso por ti será abandonada la tierra?

5. Dios no es adorado verdaderamente fuera de la verdadera Iglesia.---Pues piensan que ellos mismos adoran a Dios en todas partes, y que han ocupado todo el mundo. ¿Qué es, pues, decir: ¿Acaso por ti será abandonada la tierra?, sino aquello que a menudo dicen a los fieles, porque si es verdad lo que vosotros decís, toda la tierra ha sido abandonada por Dios, la cual ya nosotros poseemos por nuestra multitud; pero la santa Iglesia universal predica que Dios no puede ser adorado verdaderamente sino dentro de ella,

afirmando que todos los que están fuera de ella de ningún modo se salvarán. Pero, por el contrario, los herejes, que confían en que pueden salvarse incluso fuera de ella, profesan que el auxilio divino les asiste en cualquier lugar. Por lo cual dicen: ¿Acaso por ti será abandonada la tierra?, esto es, ¿para que cualquiera que esté fuera de ti de ningún modo se salve? Por lo cual también se añade:

CAPÍTULO VI.

IBID.---Y las rocas (rupes) serán trasladadas de su lugar.

6. Los herejes llaman rocas a sus doctores.---Los herejes llaman rocas (rupes) a aquellos que estiman que exceden al género humano en sentidos sublimes, de quienes ciertamente se glorían de tener como doctores. Pero cuando la santa Iglesia se esmera en reunir a todos los predicadores perversos dentro del seno de la recta fe, ¿qué otra cosa hace sino mover las rocas de sus propios lugares, para que yazcan humildemente dentro de ella sintiendo rectamente los que antes estaban rígidos en sus sentidos perversos? Pero los herejes contradicen totalmente que esto se haga, y por causa de su voz se resisten a que las rocas sean trasladadas de su propio lugar, porque a saber no quieren que los que entre ellos sabían falsedades, elados en sus sentidos, sientan lo verdadero humildemente al venir a ella.

7. Se enfurecen contra la Iglesia por los azotes que padece.---Frecuentemente, en cambio, los herejes, cuando ven a algunos dentro de la santa

Iglesia trabajando o en la indigencia o bajo azotes, se ensalzan pronto en la arrogancia de la justicia; y lo que consideran que ha sucedido adverso a los fieles, piensan que esto se ha hecho por sus iniquidades, ignorando ciertamente que la calidad de la vida presente de ningún modo prueba el mérito de las acciones. Pues frecuentemente tanto las cosas buenas suceden a los malos, como las malas a los buenos, por el hecho de que tanto los verdaderos bienes se guardan para los buenos, como los verdaderos males para los malos en la retribución eterna. Bildad, por tanto, manteniendo el tipo de los herejes que se ensalzan por la prosperidad de la vida presente, se hincha contra los azotes del bienaventurado Job como por la voz de ellos contra los oprobios de los justos, y ciertamente disputa elocuentemente contra los impíos; pero cuán perversamente dice tales cosas contra el justo lo ignora, pues añadió diciendo:

CAPÍTULO VII.

VERS. 5.---¿Acaso no se extinguirá la luz del impío, ni brillará la llama de su fuego?

8. Frecuentemente las cosas malas suceden a los buenos, y las buenas a los malos en la vida.---Si denuncia estas cosas en la definición de la vida presente, se equivoca; porque frecuentemente se ve que la luz de la prosperidad está en los impíos, y las tinieblas de la innobleza y de la pobreza ocultan a los piadosos. Pero si ciertamente su discurso se dirige a esto, a mostrar qué sufren los impíos en su fin, se dice con verdad: ¿Acaso no

se extinguirá la luz del impío, ni brillará la llama de su fuego? Lo cual, si pudo decirse rectamente del impío, sin embargo no debió decirse contra el santo varón constituido en azotes. Pero nosotros, ponderando la fuerza de sus brazos en sus sentencias, consideremos cuán valientemente arroja los dardos, y dejemos de mirar a quién ataca al arrojarlos, sabiendo ciertamente que con golpes frustrados hiere una piedra. Diga, pues: ¿Acaso no se extinguirá la luz del impío? Porque también los impíos tienen su luz, a saber, la prosperidad de la vida presente. Pero la luz del impío se extinguirá; porque la prosperidad de una vida fugitiva se termina más pronto con la vida misma. Por lo cual se añade aptamente: ¿Ni brillará la llama de su fuego?

9. Los malos lo que apetecen, frecuentemente lo obtienen para el cúmulo de su perdición.--- Pues todo impío tiene la llama de su propio fuego, que enciende en su corazón por el fervor de los deseos temporales, mientras que ya arde con estas, ya con aquellas concupiscencias, e inflama sus pensamientos más a través de los múltiples halagos del siglo. Pero el fuego, si no tiene llama, de ningún modo brilla con luz derramada. La llama, pues, de su fuego es el decoro o la potestad exterior, que procede de su ardor interno, porque lo que ansiosamente desea conseguir en este mundo, frecuentemente lo obtiene para el cúmulo de su perdición, y ya sea en la potestad de la cumbre, ya sea en las riquezas de la multiplicación, brilla como por una gloria exterior. Pero no brillará la llama de su fuego; cuando en el

día de la salida, todo decoro exterior se retira, y es quemado solo por su propio ardor intrínseco. La llama, por tanto, se retira del fuego cuando la gloria exterior se separa de su ardor interno. También los justos tienen la llama de su fuego, pero ciertamente la que resplandezca, porque a saber sus deseos brillan en las buenas obras. La llama de los inicuos, en cambio, de ningún modo brilla, porque por esto que apetecen cosas malas, son arrastrados a las tinieblas. Por lo cual también sigue:

CAPÍTULO VIII.

VERS. 6.---La luz se oscurecerá en su tabernáculo.

10. El gozo de los inicuos pronto falla. Sobre ellos está el gozo; de los justos, dentro.---Si frecuentemente tomamos las tinieblas por la tristeza, no sin razón debemos tomar la luz por el gozo. La luz, por tanto, en su tabernáculo se oscurece, porque en su conciencia, que habita malvadamente, falla el gozo que había sido por las cosas temporales. Por lo cual también se añade aptamente:

IBID.---Y la lámpara que está sobre él se extinguirá.

Para hablar según el uso de muchos, la lámpara (lucerna) es luz en la testa (testa), pero la luz en la testa es el gozo en la carne. La lámpara, pues, que está sobre él se extingue, porque cuando la retribución de sus males sigue al impío, el gozo carnal se disipa en su mente. Pero bien se dice de esta lámpara no la que está con él, sino la que

está sobre él, porque los goces terrenos poseen la mente de los inicuos, y de tal modo la absorben en los placeres, que están sobre ella, no con ella. Los justos, en cambio, incluso cuando tienen la prosperidad de la vida presente, saben oprimirla bajo sí mismos, de modo que esto que en los bienes se alegran consigo mismos, lo atraviesen por el consejo de la gravedad, y lo excedan por el régimen de la virtud. La lámpara, pues, del impío que está sobre él se extingue, porque su gozo falla más pronto, el cual lo poseyó todo en esta vida. Y el que ahora malvadamente se dilata en los placeres, después la pena lo angustia en los suplicios. Por lo cual todavía se añade:

CAPÍTULO IX.

VERS. 7.---Se estrecharán los pasos de su virtud.

11. Los que ahora vagan en delicias, serán estrechados en suplicios.---Pues ahora ejerce los pasos de su virtud tantas veces cuantas ejerce las violencias de su potestad. Pero los pasos de su virtud se estrecharán, porque las fuerzas de su malicia, que ahora exhibe en su placer, después la pena las constriñe. Sigue:

CAPÍTULO X

[Rec. V].

IBID.---Y su propio consejo lo precipitará.

12. Cada impío se precipita por su propio consejo.---Todo inicuo tiene ahora su propio consejo:

apetecer lo presente, desertar de lo eterno, hacer lo injusto, burlarse de lo justo; pero cuando venga el juez de justos e injustos, cada impío es precipitado por su propio consejo, porque por aquello que aquí eligió apetecer con pensamientos depravados, es sumergido en las tinieblas del suplicio eterno. Pues a quien aquí la gloria temporal ensalza, allí la pena sin término lo oprime. Quien aquí se regocijó en el placer, allí es atormentado con perpetua venganza (ultione). Y sucede frecuentemente que esta misma prosperidad de este mundo, que es apetecida ansiosamente por los impíos, obliga tanto sus pasos que, incluso cuando quieran volver a las buenas obras, apenas pueden, porque no valen para obrar rectamente pues temen desplacer a los amantes de este mundo. De donde resulta que por la gloria que el impío alcanza por el pecado, sus pecados se multiplican todavía más ampliamente, lo que bien expresa Bildad cuando añade:

CAPÍTULO XI

[Rec. VI].

VERS. 8.---Pues metió su pie en la red, y camina en sus mallas.

13. El pecador, cuando intenta desatarse de los lazos del pecado, conoce con cuán duros nexos está sujeto, especialmente al final de la vida. --- Quien mete los pies en la red, no los saca cuando quiere, así quien se arroja en los pecados no se levanta tan pronto como quiere; y quien camina en las mallas (maculis) de la red, implica sus

pasos al caminar, y cuando intenta desatarse para caminar, queda obligado a no caminar. Pues a menudo sucede que alguien, persuadido por la delectación de este mundo, llega en él a la gloria del honor, de modo que alcanza el efecto de sus deseos, y se alegra de haber llegado a lo que pretendió. Pero porque los bienes del mundo son amados cuando no se tienen, y la mayoría de las veces se envilecen cuando se tienen, al percibirlos aprende cuán vil es lo que pretendió. De donde, vuelto a su sano juicio, busca cómo huir sin culpa de aquello que ve que alcanzó con culpa; pero la misma dignidad que lo implicó lo retiene, y no vale para huir sin otras culpas de esto a donde llegó no sin culpa. Metió, pues, sus pies en la red, y camina en sus mallas, porque cuando intenta desatarse, entonces ve verdaderamente con cuán duros nexos está sujeto. Pues no conocemos verdaderamente nuestra obligación, sino cuando, intentando escapar, tratamos como de levantar los pies. De donde también abre esta misma obligación, añadiendo:

VERS. 9.---Su planta será retenida por el lazo.

[Vet. V.] Porque, a saber, el fin (finis) se estrechará en el pecado. Y porque el enemigo del género humano, cuando obliga la vida de cada uno en la culpa, anhela ansioso su muerte, rectamente se añade:

CAPÍTULO XII.

IBID.---Y la sed arderá contra él.

14. Cuando se experimenta obligado, el pecador arde más agudamente con la concupiscencia.

---Pues nuestro antiguo enemigo, cuando enlaza la vida en el pecado, tiene sed de beber la muerte del pecador. Lo cual, sin embargo, puede entenderse también de otro modo. Pues la mente perversa, cuando ve que ha caído en el pecado, busca escapar de los lazos del pecado con cierta superficie de pensamiento; pero temiendo ya sea los terrores o los oprobios de los hombres, elige morir eternamente antes que padecer algo de adversidad por un tiempo. Por lo cual se entrega totalmente a los vicios por los que se siente ya una vez ligado. Aquel cuya vida, pues, es constreñida en la culpa hasta el fin, su planta es retenida por el lazo. Pero porque cuanto más se considera ligado por los males, tanto más desespera de su regreso, por esa misma desesperación arde ya más agudamente hacia las concupiscencias de este mundo; se produce un fervor de deseos en la mente, y el alma, enredada por los pecados precedentes, se enciende incluso hacia delitos mayores. Por lo cual también se añade: Y la sed arderá contra él. Pues en su alma arde la sed contra él, porque cuanto más se acostumbró a hacer cosas perversas, tanto más vehementemente se enciende para beber los males. Pues para el impío tener sed es codiciar los bienes de este mundo. Por lo cual también nuestro Redentor cura a un hidrópico ante la casa de un fariseo, y cuando disputaba contra la avaricia, está escrito: Oían, pues, todas estas cosas los fariseos, que eran avaros, y se burlaban de él (Luc. 14, 12; 16, 4). ¿Qué es, pues, que ante la casa del fariseo sea curado un hidrópico, sino que por la enfermedad del cuerpo en uno,

se expresa la enfermedad del corazón en el otro? Pues el hidrópico cuanto más bebe, tanto más tiene sed; y todo avaro multiplica la sed por la bebida, porque cuando alcanza las cosas que desea, anhela más ampliamente desear otras. Pues quien por alcanzar desea más, su sed crece por la bebida. Sigue:

CAPÍTULO XIII

[Vet. VI, Rec. VII].

VERS. 10.---Su lazo (pedica) está escondido en la tierra, y su trampa (decipula) sobre la senda.

15. Cuánta es la astucia del diablo en el engaño. Cualidades de las costumbres afines a ciertos vicios. ---El lazo se esconde en la tierra cuando la culpa se oculta bajo las ventajas terrenas. Pues el enemigo insidiador muestra a la mente humana en el lucro terreno qué apetecer, y oculta el lazo del pecado para atrapar su alma, a fin de que vea ciertamente lo que puede codiciar, y sin embargo de ningún modo vea en qué lazo de culpa pone el pie. La trampa (decipula), en cambio, se llama así por el engaño (decipiendo). Y entonces el antiguo enemigo pone una trampa sobre la senda cuando en la acción de este mundo, que la mente apetece, se prepara el lazo del pecado; el cual, a saber, no engañaría fácilmente si pudiera ser visto. Pues la trampa se pone de tal modo que, mientras se muestra el cebo (esca), de ningún modo sea vista ella misma por el que pasa. Pues como un cebo en el lazo es el lucro con culpa, y la prosperidad de este mundo con iniquidad. Mientras, pues, el

codicioso apetece el lucro, la trampa que no se ve atrapa como el pie de la mente. Por lo tanto, a menudo se proponen al alma con culpa los honores, las riquezas, la salud y la vida temporal; cosas que la mente enferma, mientras las ve como cebo y no ve la trampa, por el cebo que viendo apetece, queda constreñida en la culpa que no se ve. Pues existen cualidades de las costumbres que son vecinas a ciertos vicios. Pues las costumbres ásperas suelen estar conjuntas o a la crueldad o a la soberbia; en cambio, las costumbres suaves, y un poco más alegres de lo que conviene, a veces a la lujuria y a la disolución. Mira, pues, el enemigo del género humano las costumbres de cada uno, a qué vicio son próximas, y opone ante su faz aquellas cosas a las que conoce que la mente se inclina más fácilmente, de modo que a las costumbres suaves y alegres a menudo proponga la lujuria, a veces la vanagloria; y a las mentes ásperas la ira, la soberbia o la crueldad. Allí, pues, pone la trampa donde ve que está la senda de la mente, porque allí inserta el peligro del engaño donde halla que está la vía de un pensamiento próximo. Y porque el hombre perverso teme también padecer todo lo que hace, y juzga que le ha de ser hecho por todos lo que él mismo prepara para todos sobre los que tiene poder, rectamente sigue:

CAPÍTULO XIV.

VERS. 11.---Por todas partes lo aterrarán los pavores.

16. El pecador, arrastrado por deseos depravados a la mala acción, queda enredado por el

temor. ---Pues sospecha que todos son contra él tales cual él mismo se esfuerza por ser contra todos. Y lo que estos pavores hacen en su acción, se añade cuando se dice:

IBID.---Y envolverán sus pies.

[Vet. VII.] Pues si los pies están envueltos, no pueden tener pasos libres, y no valen para emprender ningún camino, porque sus envolturas los retienen. Los deseos depravados, pues, arrastran a la peor acción, pero la peor acción restringe en el pavor. El cual pavor, a saber, envuelve los pies para que no valgan para salir a la acción recta. Y a menudo sucede que por eso mismo cada uno teme ser bueno, para no padecer él mismo de los malvados aquello que recuerda haber hecho a los buenos; y mientras teme padecer lo que hizo, aterrado por todas partes, sospechoso por todas partes, tiene como los pies envueltos quien, enredado por el temor, nada libremente puede hacer, porque en la buena obra como que perdió el paso desde aquel punto desde donde se excedió hacia los males que había codiciado. Sigue:

CAPÍTULO XV.

VERS. 12.---Que su fortaleza (robur) se atenúe por el hambre, y la inedia invada sus costillas.

17. El inicuo desfallece por el hambre, porque no se alimenta con ninguna refacción de comida interna. ---Según la costumbre de la Sagrada Escritura, parece desear lo que prevé que ha de ser, a saber, no con ánimo de quien maldice, sino de quien predice. Todo hombre, pues, porque consta de alma y carne, está compuesto como de forta-

leza (robore) e infirmeza. Pues por aquella parte en que el espíritu racional fue criado, no incongruentemente es llamado robusto; en cambio, por aquella en que es carnal, es enfermo. La fortaleza del hombre es, pues, el alma racional, que vale para resistir a los vicios impugnadores por la razón. De donde también se dijo arriba por el bienaventurado Job: Lo fortaleciste un poco, para que pasara para siempre (Job 14, 20). Pues del alma racional tiene el hombre el vivir para siempre. La fortaleza de este inicuo se atenúa, pues, por el hambre, porque su alma no se alimenta con ninguna refacción de comida interna. De la cual hambre ciertamente Dios habla por el profeta: Enviaré hambre a la tierra, no hambre de pan ni sed de agua, sino de oír la palabra del Señor (Amós 8, 11).

18. De aquí que los sentidos de la mente desfallezcan.---Bien se añade, pues: Y la inedia invada sus costillas. Pues las costillas (costae) constriñen las vísceras, para que las cosas que yacen ocultas en su interior sean protegidas por su solidez. Las costillas de cada uno son, pues, los sentidos del ánimo, que protegen los pensamientos latentes. La inedia invade, pues, las costillas cuando, sustraída toda refacción espiritual, los sentidos de la mente desfallecen, y no pueden regir ni proteger sus pensamientos. La inedia invade las costillas del inicuo porque el hambre interna atenúa los sentidos de la mente, de modo que de ningún modo rijan sus pensamientos. Pues mientras los sentidos de la mente estén embotados, los pensamientos salen a lo exterior

y, como si las costillas enfermaran, aquellas vísceras que en lo oculto podían haber permanecido sanas se derraman fuera. De donde resulta que, esparcidos los pensamientos exteriormente, el alma engañada apetece la apariencia de la gloria exterior, y nada ama sino lo que ve hermoso por fuera. Contra quien todavía aptamente se añade:

CAPÍTULO XVI

[Vet. et Rec. VIII].

VERS. 13.---Devore la hermosura de su piel, y consuma sus brazos la muerte primogénita.

19. La muerte primogénita es la soberbia, la cual apenas pueden evitar los ricos.---La hermosura de la piel es la gloria temporal, la cual mientras se codicia fuera, se retiene como especie en la piel. Pero con el nombre de brazos no incongruentemente se designan las obras, porque la obra corporal se hace con los brazos. Pero, ¿qué es la muerte sino el pecado, que mata al alma de la vida interior? de donde está escrito: Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección (Apoc. 20, 6), porque aquel resurgirá después felizmente en la carne, quien, puesto en esta vida, hubiere resurgido de la muerte de su mente. Si por tanto el pecado es muerte, no incongruentemente puede entenderse por muerte primogénita la soberbia, porque está escrito: El principio de todo pecado es la soberbia (Eclo. 10, 15). La muerte primogénita, pues, devora la hermosura de su piel y sus brazos, porque la soberbia suplanta la gloria o la operación de los

inicuos. Pues pudo incluso en esta vida existir glorioso sin culpa, si mínimamente hubiera sido soberbio; pudo por el juicio de su autor ser encomendado por algunas de sus obras, si la elación no suplantara estas mismas obras ante sus ojos. Pues a menudo vemos a algunos ricos que hubieran podido tener riquezas y gloria sin culpa, si hubieran querido tenerlas con humildad. Pero se extreman por las cosas, se inflan por los honores, desdeñan a los demás, y ponen toda la confianza de su vida en esa misma abundancia de las cosas. De donde también un cierto rico decía: Alma, tienes muchos bienes reposados para muchísimos años; descansa, come, bebe, banquetea (Lc. 12, 19). Cuyos pensamientos de ellos mientras el Juez supremo los mira, de esta misma confianza suya los arranca. De donde aquí también aptamente se añade:

CAPÍTULO XVII

[Rec. IX].

VERS. 14.---Sea arrancada de su tabernáculo su confianza, y lo pise el interitus como un rey.

20. A quienes el diablo engaña con blandas persuasiones, los arrastra al suplicio con violentos nexos. ---En este lugar, con el nombre de interitus (interitus) se designa al mismo enemigo del género humano que trajo la destrucción; el cual se expresa por medio de cierto satélite suyo, de quien se dice a Juan: Su nombre es Muerte (Apoc. 6, 8). Este interitus, pues, en el día de la partida pisa al impío como un rey, porque a quien

antes engañó con blandas persuasiones, al final lo arrastra al suplicio con violentos nexos, y tanto más duramente lo oprime cuanto más vehementemente lo liga en los actos depravados. El cual también aquí pisa la mente del réprobo mientras la posee, porque cuantas veces la oprimió con deleites, tantas veces como que puso sobre ella los pies de su tiránica dominación.

[Vet. IX.] 21. No podemos evitar la tentación del pecado, pero sí su dominación. ---Si en cambio por el nombre de interitus no debe entenderse abiertamente el diablo, sino el pecado, por el cual sucede que los réprobos son arrastrados a la destrucción, tal interitus ciertamente pisa la mente como un rey cuando la posee sin que ella resista. Pues no puede faltar al hombre puesto en esta vida la tentación del pecado, pero una cosa es resistir al pecado que tienta y otra servir al que domina. Pero todo inicuo, porque no sabe resistir a las persuasiones del pecado y no teme ser subyugado a su dominio, rectamente se dice de él: Lo pise el interitus como un rey. Pues el Apóstol repelía el reino de este interitus de los corazones de los discípulos cuando decía: No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal (Rom. 6, 12). Pues no dijo: No esté, sino No reine, porque el no estar no puede ser, pero el no reinar en los corazones de los buenos sí puede ser. Porque, pues, cuando cualquier culpa llame al corazón del inicuo, no lo halla resistiendo, sino que lo somete a su dominio, dígase rectamente: Sea arrancada de su tabernáculo su confianza, y lo pise el interitus como un rey. De la tierra, pues, su confianza

es arrancada cuando cada perverso, que muchas cosas para sí según su deseo en esta vida había preparado, es disipado por la muerte repentina. Y el interitus lo pise como un rey, porque o bien aquí es oprimido por los vicios, o bien en el tiempo de su muerte, por esto que es arrastrado a los suplicios, es subyugado a la potestad demoníaca. Lo cual por eso se hace así en las mentes de los réprobos, porque incluso cuando falta la ocasión de perpetrar el pecado, los pensamientos de los deseos de ningún modo faltan a sus corazones. Y aunque siempre sigan al diablo en la obra, sin embargo se obligan mucho a él en el pensamiento. Primero, pues, la culpa está en el pensamiento, y después en la obra. De donde se dice a la hija de Babilonia: Desciende al polvo, virgen hija de Babilonia, siéntate en la tierra (Isa. 47, 1). Pues aunque el polvo sea siempre tierra, sin embargo la tierra no siempre es polvo. ¿Qué, pues, debemos entender por el polvo sino los pensamientos, que mientras vuelan importuna y silenciosamente en la mente, ciegan sus ojos? ¿Y qué por la tierra sino la acción terrena se designa? Y porque la mente de los réprobos primero es derribada a pensar cosas depravadas, y después a hacerlas, rectamente se dice a la hija de Babilonia, que desciende del juicio de la rectitud interna, por una sentencia hiriente, que primero se siente en el polvo y después en la tierra, porque si no se postrara en el pensamiento, no se habría adherido a la mala obra. Sigue:

CAPÍTULO XVIII

[Rec. X].

VERS. 15.---Habiten en su tabernáculo sus compañeros, porque él no es.

22. Se dice que Satanás no es porque perdió el bien-ser (bene esse). ---Es decir, en su mente conversen los ángeles apóstatas por medio de pensamientos nequísimos, sus compañeros a saber, quien por eso ya no es, porque se apartó de la suma Esencia, y por esto, creciendo diariamente su defecto, tiende como al no-ser, a donde una vez cayó desde Aquel que verdaderamente es; de quien también rectamente se dice que no es porque perdió el bien-ser, aunque no perdió la esencia de su naturaleza. [Vet. X.] Todavía, sin embargo, expresando más sutilmente los mismos pensamientos del inicuo, añade diciendo:

CAPÍTULO XIX.

IBID.---Espárzase en su tabernáculo el azufre.

23. Los pecados de la carne se comparan rectamente al azufre fétido y ardiente. ---¿Qué otra cosa es el azufre sino el fomento del fuego? El cual, sin embargo, de tal modo nutre el fuego que exhala un fétor gravísimo. ¿Qué otra cosa, pues, aceptamos en el azufre sino el pecado de la carne? El cual, mientras llena la mente con pensamientos perversos como con ciertos fétores, le prepara incendios eternos; y mientras dilata la niebla de su fétor en la mente réproba, suministra contra ella como alimentos por medio de las llamas subsiguientes. Pues que por el azufre se entiende el fétor de la carne, lo testifica la misma historia de

la sagrada elocuencia, que narra que el Señor hizo llover fuego y azufre contra Sodoma (Gén. 19, 24). Quien habiendo decretado castigar los crímenes de su carne, notó en la misma calidad de la venganza la mancha del crimen. Pues el azufre tiene fétor, el fuego ardor. Porque, pues, habían ardido en deseos perversos por el fétor de la carne, fue digno que perecieran a la vez por el fuego y el azufre, a fin de que por la justa pena aprendieran qué habían hecho por el injusto deseo. Este azufre, pues, se esparce en el tabernáculo del impío cuantas veces la perversa delectación de la carne domina en su mente. A quien porque incesantemente lo poseen pensamientos depravados, y le prohíben dar fruto de buena obra, rectamente se añade:

CAPÍTULO XX.

VERS. 16.---Séquense sus raíces desde abajo, y desde arriba sea triturada su mies.

24. La aridez y esterilidad de los inicuos. ---¿Pues qué otra cosa entendemos por el nombre de raíces, que están situadas en lo oculto y llevan el germen a lo abierto, sino los pensamientos, que mientras no se ven en el corazón, producen obras visibles? De donde también por el nombre de mies se significa esa misma operación abierta que se produce, a saber, de una raíz latente. Y porque todo inicuo primero se seca en los pensamientos de las tentaciones, y después desfallece de los buenos actos, rectamente se dice por Bildad: Séquense sus raíces desde abajo, y desde arriba sea triturada su mies. Porque mien-

tras cada depravado pone sus pensamientos en las cosas ínfimas y descuida apetecer los gozos de la perenne verdez, ¿qué otra cosa hace sino permitir que sus raíces se sequen desde abajo? Cuya mies es triturada desde arriba, porque toda su operación es reputada como nada por el juicio supremo, aun si ante los ojos humanos parece buena. En lo íntimo, pues, están las raíces, y arriba la mies, porque aquí primero emitimos los buenos pensamientos, para que alguna vez merezcamos percibir el fruto de las buenas obras en la retribución eterna. Pero cada inicuo, cuando deserta los buenos pensamientos y se vierte a sí mismo hacia aquellas cosas que están afuera, se secan sus raíces desde abajo. Pero desde arriba su mies es triturada, porque quien aquí persiste estéril, después de esta vida a ningún premio es llamado. Sigue:

CAPÍTULO XXI

[Vet. y Rec. XI].

VERS. 17.---Perezca su memoria de la tierra, y no se celebre su nombre en las plazas.

25. Cuán breve es la gloria del Anticristo y de todos los inicuos. ---Debemos observar que Bildad el Suhita habla de cada inicuo de tal modo que sus palabras se vuelven latentemente hacia la cabeza de todos los inicuos. Pues la cabeza de los inicuos es el diablo. Él, en los últimos tiempos, habiendo entrado en aquel vaso de perdición, será llamado Anticristo, el cual se esforzará por difundir su nombre a lo largo y a lo ancho, a

quien ahora cada uno imita cuando se esfuerza por extender la gloria de su alabanza desde la memoria de un nombre terrenal, y se alegra con la opinión transitoria. Así pues, entiéndanse estas palabras de cada inicuo, de modo que deban referirse también especialmente a la misma cabeza de los inicuos. Diga, pues: Perezca su memoria de la tierra, y no se celebre su nombre en las plazas. Pues las plazas (plateae) han sido llamadas así por la latitud en la apelación griega. El Anticristo se esfuerza por establecer su memoria en la tierra, cuando apetece, si fuera posible, permanecer para siempre en la gloria terrenal. Se goza de que su nombre sea celebrado en las plazas, cuando extiende a lo largo y a lo ancho la operación de su iniquidad. Pero porque no se permite que esta su iniquidad se ensalce por mucho tiempo, dígase: Perezca su memoria de la tierra, y no se celebre su nombre en las plazas; esto es, que pierda más pronto la alabanza de la potestad terrenal, y pierda todo el gozo de su nombre, que había difundido a lo largo y a lo ancho en una breve prosperidad de tiempo. Sigue:

CAPÍTULO XXII.

VERS. 18.---Lo expulsará de la luz a las tinieblas.

26. El suplicio eterno sucede a la gloria de los inicuos. ---De la luz a las tinieblas es llevado cuando del honor de la vida presente es condenado a los suplicios eternos. De donde también más claramente se añade:

IBID.---Y lo trasladará del orbe.

Del orbe, en efecto, es trasladado cuando, apareciendo el Juez supremo, es quitado de este mundo, en el cual perversamente se gloría. Quien por eso, porque con todos sus seguidores, interviniendo el fin del mundo, es condenado, rectamente se añade:

VERS. 19.---No será su semilla, ni su progenie en su pueblo, ni reliquias algunas en sus regiones.

Escrito está, en efecto, que el Señor Jesús lo matará con el espíritu de su boca, y lo destruirá con la ilustración de su venida (2 Tes. 2, 8). Mientras, pues, su iniquidad se termina con el estado del mundo, su progenie no se deja en su pueblo, porque tanto él como su pueblo son urgidos a la vez con ella al suplicio, y todos los inicuos, que de su perversa persuasión nacieron en acciones depravadas, serán heridos con el interito eterno con ese mismo jefe suyo por la ilustración de la venida del Señor. Y ninguna progenie suya permanece en el mundo, porque el Juez estrecho concluye las iniquidades de aquel con el mismo fin del mundo. Pero que estas cosas deben entenderse abiertamente del Anticristo, se demuestra cuando se añade:

CAPÍTULO XXIII

[Vet. XII].

VERS. 20.---En sus días se estupendizarán los novísimos, y a los primeros invadirá el horror.

27. La saeva persecución del Anticristo. Entonces asistirá a los santos tanto la constancia por la virtud como el pavor por la carne. ---

Tanta iniquidad se desenfrenará entonces contra los justos, que aun los corazones de los electos serán heridos con no pequeño pavor. De donde está escrito: De tal manera que sean inducidos al error, si fuera posible, aun los electos (Mat. 24, 24). Lo cual a saber se dice, no porque los electos han de caer, sino porque han de trepidar con grandes terrores. Entonces, en verdad, se narra que tienen contra él el certamen de la justicia tanto los novísimos electos como los primeros, porque a saber tanto estos que al fin del mundo sean hallados electos han de ser postrados en la muerte de la carne, como aquellos también que procedieron de las primeras partes del mundo, a saber, Enoc y Elías, serán revocados al medio, y han de padecer la sevicia de su crueldad en su carne todavía mortal. Ante las fuerzas de este relajadas en tanta potestad se estupendizan los novísimos, y temen los primeros, porque aunque según esto que son elevados por el espíritu de soberbia, desprecian toda su potestad temporal, según esto sin embargo que ellos mismos están todavía en la carne mortal, en la cual pueden ser atormentados temporalmente, horrorizan esos mismos suplicios que fuertemente toleran; de modo que en ellos en uno y mismo tiempo haya tanto constancia por la virtud como pavor por la carne, porque aunque son electos para que no puedan ser vencidos por los tormentos, por esto sin embargo que son hombres, también temen los tormentos que vencen. Dígase, pues: En sus días se estupendizarán los novísimos, y a los primeros invadirá el horror, porque a saber tantos

signos ha de mostrar entonces, y cosas crueles y duras ha de hacer, que lleve al estupor a quienes en el fin del mundo hallare, y traspase con el dolor de la muerte carnal a los primeros padres que para su expugnación fueron reservados. Por tanto, porque de todos los inicuos, o de la misma cabeza de los inicuos muchas cosas narró, subyuga pronto por una definición general:

CAPÍTULO XXIV.

VERS. 21.---Estos son, pues, los tabernáculos del inicuo, y este es el lugar de aquel que ignora a Dios.

28. El lugar del Anticristo son las tinieblas, a las cuales será empujado con todos los inicuos. ---Arriba, en efecto, había dicho: Lo expulsará de la luz a las tinieblas, y lo trasladará del orbe. Al añadir sus males, añadió: Estos son los tabernáculos del inicuo, y este es el lugar de aquel que ignora a Dios, indicando a saber que aquel que ahora por ignorar a Dios es ensalzado, entonces llega a sus propios tabernáculos, cuando su iniquidad lo sumerge en los suplicios; y alguna vez encuentra que su lugar son las tinieblas, quien mientras aquí se gozaba de la falsa luz de la justicia, ocupaba un lugar ajeno. Pues los perversos en todo lo que hacen por simulación, se esfuerzan por ocupar como un lugar ajeno el nombre de la gloria de los justos. Pero llegan a su lugar entonces, cuando por el mérito de su iniquidad son atormentados con fuego perpetuo. Pues aquí, por medio de todo lo que hacen, sirven al deseo de percibir alabanza, y por medio de la

imagen de las buenas obras extienden el seno de la mente a la avaricia. Vaya, pues, ahora el inicuo, y, henchido con muchos aparatos, construya aquí sus habitáculos, extienda el nombre de su gloria, multiplique los campos, y deléitese con abundantes riquezas; pero cuando llegue a los suplicios eternos, de cierto conocerá que estos son los tabernáculos del inicuo, y este es el lugar de aquel que ignora a Dios. Rectamente, en verdad, Bildad había dicho estas cosas, pero ignoraba a quién las decía. Pero vehementemente se aflige el corazón del justo, cuando contra él se profieren sentencias por una injusta estimación. De donde el bienaventurado Job respondió de inmediato, diciendo:

CAPÍTULO XXV

[Vet. XIII, Rec. XII].

CAP. XIX, VERS. 2.---¿Hasta cuándo afligís mi alma, y me trituráis con sermones?

29. Qué padecen los justos de los malos. ---Las elocuencias del varón santo, como ya a menudo dijimos, han de ser sentidas algunas veces desde la persona propia, otras veces desde la voz de la Cabeza, y otras veces bajo el tipo de la Iglesia universal. Valde en verdad se aflige el alma de los justos cuando contra los buenos lanzan sentencias estrechas aquellos que ignoran el vivir bien; y de voz se reivindican para sí la justicia que con sus costumbres impugnan. De donde a los amigos del bienaventurado Job, que como a menudo ya dijimos mantienen el tipo de los herejes, rectamente

se les responde por el mismo: ¿Hasta cuándo afligís mi alma, y me trituráis con sermones? Pues son triturados los buenos por los sermones de los inicuos, cuando contra ellos se hinchan en palabras aquellos que o yacen en una fe perversa, o en costumbres depravadas. Sigue:

CAPÍTULO XXVI.

VERS. 3.---He aquí que diez veces me confundís.

30. Ya sea que los justos callen, o ya sea que hablen, siempre experimentan a los malos como adversarios. ---Contadas las veces de las locuciones de los amigos de Job, hasta ahora solo cinco veces los conocemos habiendo hablado. Pero por esto de que de ellos cinco veces había oído increpaciones, a cuyas increpaciones él mismo respondió cinco veces, diez veces afirma estar confundido, porque tanto trabajó gravemente en eso que fue increpado en vano, como en eso que dijo palabras de doctrina a quienes no oían, sufrió confusión. Y así, tanto cuando oyendo callaba, como cuando hablando no era oído, él mismo sufrió el trabajo, quien tanto callando pacientemente, como hablándoles inútilmente, sintió el dolor del corazón. De donde también arriba dice: ¿Qué haré? Si hablare, no descansará mi dolor; y si callare, no se retirará de mí (Job 16, 7). Si en verdad referimos estas palabras al tipo de la santa Iglesia, es patente que su gran gozo es guardar los preceptos del Decálogo. Pero los perversos la confunden diez veces, porque en todo lo que pecan por sus costumbres depravadas dejan los

preceptos del Decálogo, y tantas veces causan confusión a los buenos cuantas veces en sus actos se oponen a las voces divinas. Sigue:

CAPÍTULO XXVII.

IBID.---Y no os avergonzáis de oprimirme.

31. Los enemigos de la Iglesia no se refrenan ni por el temor de Dios ni por el pudor de los hombres. ---Hay algunos a quienes la malicia surgida súbitamente los invita a perpetrar la iniquidad, pero sin embargo la vergüenza humana los retrae. And muchísimas veces por esto que exteriormente se avergüenzan, vuelven a sus interiores y asumen contra sí mismos un juicio interno, porque si por causa del hombre temen hacer cosas malas, ¿cuánto más por causa de Dios, que todo lo inspecciona, ni siquiera debieron apetecer las cosas malas? En los cuales sucede que corrigen males mayores por bienes mínimos, a saber, por la vergüenza exterior la culpa interior. Y hay algunos que después de que han despreciado a Dios en la mente, mucho más desprecian los juicios humanos, y todo el mal que apetecen, no se avergüenzan de llevarlo a cabo audazmente. A quienes la iniquidad oculta invita a perpetrar el mal, y ninguna vergüenza abierta los retarda; como también se dice de cierto juez inicuo: No temía a Dios, ni respetaba al hombre (Luc. 18, 2). De aquí es también lo que se dijo de algunos que pecaban con frente impudente: Y predicaron su pecado como Sodoma (Isa. 3, 9). Muchísimas veces, pues, tales son los adversarios de la santa Iglesia, que de perpetrar los males

ni por el temor del Señor, ni por el pudor de los hombres se refrenan. A los cuales bien se les dice por el bienaventurado Job: Y no os avergonzáis de oprimirme, porque aunque fue depravado haber querido las cosas malas, peor es no avergonzarse de lo mal apetecido. Sigue:

CAPÍTULO XXVIII.

VERS. 4.---Por cierto, si he ignorado, conmigo estará mi ignorancia.

32. Los herejes oponen la arrogancia a la humildad de la Iglesia. ---Tienen esto los herejes como propio: hincharse por la vana arrogancia de su ciencia, y a menudo burlarse de la simplicidad de los que creen rectamente, y considerar de ningún mérito la vida de los humildes. [Vet. XIV.] Pero al contrario, la santa Iglesia en todo lo que verdaderamente sabe, deprime humildemente su sentido, para que la ciencia no la hinche, para que no se envanezca en la búsqueda de lo oculto, ni presuma escudriñar algunas cosas que están más allá de sus fuerzas. Pues más útilmente estudia ignorar lo que no puede escudriñar que definir audazmente lo que ignora. Escrito está, en efecto: Como quien come mucha miel no es bueno para él; así quien es escudriñador de la majestad será oprimido por la gloria (Prov. 25, 27). Pues la dulzura de la miel, si se toma más de lo necesario, de donde se deleita la boca, de allí se mata la vida del que la come. Dulce es también la búsqueda de la majestad; pero quien apetece escudriñar esto más de lo que permite el conocimiento de la humanidad, su misma gloria

lo oprime, porque como la miel tomada inmoderadamente, rompe el sentido del que escudriña, mientras no es captada. Se dice que está con nosotros lo que es para nosotros; y de nuevo se dice que no está con nosotros lo que está contra nosotros (Luc. 11, 13). Porque, pues, su ciencia hincha el corazón de los herejes, pero el conocimiento de su ignorancia humilla a los fieles, diga el bienaventurado Job con su voz, diga también con la confesión de la Iglesia universal: Por cierto, si he ignorado, conmigo estará mi ignorancia. Como si abiertamente se dijera a los herejes: Toda vuestra ciencia no está con vosotros, porque está contra vosotros, mientras os yergue con estulta elación. Mi ignorancia, en cambio, está conmigo, porque es para mí; puesto que mientras no me atrevo soberbiamente a escudriñar algo sobre Dios, en la verdad me guardo humildemente. Y porque estas mismas cosas que buscan saber los herejes las arrebatan para el uso de la sola elación, para que parezcan doctos contra los fieles y humildes, rectamente se añade:

CAPÍTULO XXIX

[Rec. XIII].

VERS. 5.---Pero vosotros os ensalzáis contra mí.

33. El orden exige que primero nos ensalcemos contra nosotros mismos, y después contra los malos. Los malos ignoran esta razón de la corrección.---Pero tal vez pesemos mejor estas palabras si demostramos cómo convienen especialmente

a los mismos amigos del bienaventurado Job. Pues ellos, viendo al justo herido, debieron volver a su propio interior, y de ninguna manera oprimir al bienaventurado Job con palabras de increpación, sino llorarse a sí mismos, porque si así había sido herido quien tanto servía, ¿con qué venganza merecían ser heridos los que no habían servido así? A los cuales bien se dice: Pero vosotros os ensalzáis contra mí. Como si se les dijera más claramente: Vosotros que debisteis ensalzaros contra vosotros mismos por mi herida. Pues este es el orden del ensalzamiento en el bien, que primero nos ensalcemos contra nosotros mismos y después contra los malos. Porque el que se ensalza contra los buenos se hincha por la soberbia. Pues nos ensalcemos contra nosotros mismos cuando, reconociendo los propios males, nos herimos a nosotros mismos con la estrecha venganza de la penitencia, cuando de ninguna manera nos perdonamos en los pecados, y no nos inclinamos por ningún halago de los pensamientos hacia nosotros. Si primero perseguimos estrechamente nuestros males en nosotros, también es justo que nos ensalcemos útilmente contra los males ajenos; y aquellas cosas que castigamos en nosotros, las superemos también en los otros redarguyéndolos.

34. Pero los malos no conocen este ensalzamiento, porque se abandonan a sí mismos y atacan a los buenos. Se inclinan hacia sí dentro de su conciencia con la molicie de la suave adulación, y se ensalzan contra la vida de los buenos con la estrechez de la aspereza. Por lo cual se

dice ahora rectamente a los amigos del bienaventurado Job, que se hinchan ante su azote: Pero vosotros os ensalcáis contra mí; es decir, os dejáis a vosotros mismos sin redargüir, y me increpáis con sentencias estrechas. Pues el que no se juzga a sí mismo primero, ignora qué juzgar rectamente en otro. Y si conoce tal vez por el oído lo que debe juzgar rectamente, sin embargo no puede juzgar rectamente los méritos ajenos aquel a quien la conciencia de su propia inocencia no le ofrece ninguna regla de juicio. De aquí es, pues, que a ciertos hombres que acechaban y traían a la adúltera para ser castigada se les dice (Juan 8, 7): El que de vosotros esté sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra contra ella. Iban, pues, a castigar los pecados ajenos, y habían abandonado los suyos. Son, por tanto, revocados adentro, a la conciencia, para que primero corrijan lo propio, y entonces reprendan lo ajeno. De aquí es que cuando la tribu de Benjamín había sido abrumada en un crimen de la carne, todo Israel reunido quiso vengar la iniquidad, pero sin embargo una y otra vez fue él mismo postrado en el certamen de la guerra. Pero consultado el Señor si debían ir a vengar, se les mandó. El cual marchó según el imperio de la voz divina, y cayó una y dos veces, y entonces finalmente, hiriendo fuertemente a la tribu pecadora, casi la extinguió por completo. ¿A qué se debe que se inflame para la venganza del crimen, y sin embargo primero sea él mismo postrado, sino a que primero deben ser purgados aquellos por quienes son heridas las culpas de los otros, para que ellos mismos vengan ya limpios

por la venganza, los que se apresuran a corregir los vicios de los otros? Por lo cual es necesario que cuando la venganza del examen divino cesa contra nosotros, nuestra misma conciencia se reprenda a sí misma, y se ensalce ella misma contra sí misma hacia los lamentos de la penitencia, y no sea elada contra los buenos y humilde para sí, sino rígida contra sí, y sumisa a todos los buenos. Por tanto, a los soberbios que corrigen se les dice ahora rectamente: Pero vosotros os ensalzáis contra mí, y me argüís con mis oprobios. Todos los elados consideran que es un grave oprobio los males temporales; y creen que cada uno es tanto más despreciado por Dios, cuanto más lo ven afligido por el azote de la herida. Pues nada buscan en las costumbres, nada en los actos; sino que a cualesquiera que ven heridos en esta vida, piensan que ya han sido condenados por el juicio divino. Por lo cual bien se dice ahora con la voz del bienaventurado Job:

CAPÍTULO XXX.

IBID.---Y me argüís con mis oprobios.

35. Falsos juicios de los réprobos sobre los azotes de los justos. ---Porque aquellos que lo conocían como justo antes de los azotes, lo juzgaban injusto por su misma herida. De donde también los herejes a menudo, porque ven a algunos ser afligidos dentro de la santa Iglesia, siendo así que está escrito sobre Dios: Azota a todo hijo que recibe (Heb. 12, 6), sospechan que las tribulaciones de los fieles no son sino por el pecado, y se creen por eso justos, porque, abandonados en el senti-

do de su propia depravación, se endurecieron sin el azote. Sigue:

CAPÍTULO XXXI

[Rec. XIV].

VERS. 6.---Al menos ahora entended que Dios me ha afligido con un juicio no equitativo.

36. Ciertas palabras de la Sagrada Escritura se consideran depravadas porque no se las examina en su inteligencia interior. ---¡Oh, cuán duro suena la voz del justo afligido por los azotes; la cual, sin embargo, no la expresó la elación, sino el dolor! Pero no es justo el que abandona la justicia en el dolor. Pero el bienaventurado Job, porque tuvo un corazón mitigado, no pecó ni siquiera en la voz dura. Pues si decimos que este pecó en esta voz, afirmamos que el diablo cumplió lo que propuso, diciendo: Toca su hueso y su carne, si no te bendice en tu cara (Job 2, 5). Por lo tanto, surge una grave cuestión. Pues si de hecho no pecó en lo que dice: Al menos ahora entended que Dios me ha afligido con un juicio no equitativo, consentimos que Dios (lo cual es nefando decir) hizo algo injustamente. Pero si pecó, el diablo exhibió sobre él lo que prometió. Se debe sostener, por tanto, que Dios obró rectamente con respecto al bienaventurado Job, y sin embargo el bienaventurado Job no mintió en aquello que dice de que fue afligido por un juicio no justo de Dios, y el antiguo enemigo mintió en la culpa que había prometido del bienaventurado varón. Pues a veces se creen depravadas las palabras de los buenos por esto,

porque mínimamente se pesan en su inteligencia interior. Pues el bienaventurado Job había atendido a su vida, y pesaba aquellos azotes que padecía, y veía que no era equitativo que para tal vida recibiera tales azotes. Y cuando dice que fue afligido por un juicio no equitativo, habló esto con voz libre, lo cual en su secreto el Señor había dicho de él a su adversario: Me conmoviste contra él, para que lo afligiera sin causa (Job 2, 3). Pues lo que Dios dice, que afligió al bienaventurado Job sin causa (frustra), esto mismo afirma el bienaventurado Job, que fue afligido por el Señor con un juicio no equitativo. ¿En qué, por tanto, pecó el que en nada discrepó de la sentencia de su Autor?

[Vet. XVII.] 37. Decir cosas buenas de sí mismo, con tal que sean verdaderas, a veces es lícito. Lo cual se confirma con el ejemplo de Pablo y de Job.---Pero tal vez alguien diga que no puede ser sin pecado que digamos de nosotros mismos aquello bueno que el Juez ha dicho de nosotros en lo oculto. Pues a quien el Juez justo alaba, no se duda que este sea justamente laudable. Pero si de hecho él se ha alabado a sí mismo, ya no se cree que su justicia sea digna de alabanza. Lo cual ciertamente se dice rectamente, si aquello que el Juez justo ofrece por una sentencia equitativa, aquel de quien se trata presume después decirlo de sí mismo por una mente elada. Pues si él mismo permaneciendo también en un humilde pensamiento, por exigencia de la causa o del dolor, ha dicho cosas buenas verdaderas de sí mismo, tanto no se apartó de la justicia, cuanto de ninguna manera discrepó de la verdad.

38. De donde también Pablo el apóstol relató muchas cosas fuertes de sí mismo para la edificación de sus discípulos; pero al relatar estas cosas mínimamente delinquió, porque no se apartó del sendero de la verdad y de la atestación cierta y del corazón humilde. Por tanto, sintiendo el bienaventurado Job que su vida era justa, diga que no fue afligido por un juicio justo. Ni peca en esta voz en la cual no discrepa de su autor, porque aquel a quien Dios hirió sin causa (frustra), él mismo también afirma de sí mismo que fue afligido por un juicio no justo. Pero de nuevo surge otra cuestión que ya recuerdo haber resuelto en el exordio de esta obra (Lib. III, cap. y núm. 3), siendo así que Dios omnipotente nada hace en vano (frustra), ¿por qué atestigua que afligió al bienaventurado Job en vano? Pues nuestro justo Creador, con tantos azotes sobre el bienaventurado Job, no cuidó de extinguir los vicios de aquel, sino de aumentar sus méritos. Fue, por tanto, equitativo (aequum) lo que hizo por el aumento del buen mérito; sin embargo no parecía equitativo aquello que se creía castigar las causas del pecado. Pero el bienaventurado Job creyó que sus pecados eran borrados con aquellos azotes, no que sus méritos aumentaban; y por eso lo llama juicio no equitativo, porque examina su vida con los azotes. Por tanto, si se pesan la vida y los azotes, no fue equitativo lo que el bienaventurado Job, como dije, creyó que se le hacía por la ira de la estrechez. Pero si se atiende a la misericordia del Juez, porque por la pena del varón justo se acumulan los méritos de su vida, fue un juicio equitativo o

más bien misericordioso. Por tanto, Job dijo cosas verdaderas, mientras pesó la vida con el azote; y Dios no afligió a Job con un juicio injusto, porque acumuló méritos por el azote; y el diablo no cumplió lo que había prometido, porque el bienaventurado Job, entre palabras que suenan duro, no se apartó ni de la verdadera sentencia ni de la mente humilde. Pero estas palabras del afligido tal vez las entendamos menos, si no conocemos la sentencia del Juez. El cual (451) cuando dio sentencia entre ambas partes, dice a los amigos de Job: No habéis hablado ante Mí lo recto, como mi siervo Job (Job 42, 8). ¿Quién, pues, con mente estulta confesaría que el bienaventurado Job pecó en su locución, cuando por la misma voz del Juez se afirma que habló rectamente? Cuya voz ciertamente si la referimos a la persona de la santa Iglesia, la adaptamos no incongruentemente a sus miembros débiles, los cuales, en el tiempo de su persecución, mientras consideran tanto sus méritos como sus azotes, porque ven florecer a los injustos y perecer a los justos, de ninguna manera sospechan que esto sea justo. Pero bien se añade con la voz del bienaventurado varón:

CAPÍTULO XXXII

[Vet. XVIII].

IBID.---Y me ha cercado con sus azotes.

39. Los miembros débiles de la Iglesia se turban por los asiduos azotes.---Pues una cosa es ser herido por los azotes, y otra ser cercado por ellos. Pues somos heridos por los azotes cuando

tenemos consuelo incluso en los dolores por otras cosas. Pero cuando tanta aflicción nos oprime, que el ánimo no puede respirar por el consuelo de ninguna cosa, ya no somos solo heridos por los azotes, sino también cercados, porque somos rodeados por todas partes por el látigo de las tribulaciones. Cercado por los azotes había estado Pablo, cuando decía: Fuera combates, dentro temores (2 Cor. 7, 5). Cercado por los azotes había estado, cuando decía: En peligros de mi nación, en peligros de los gentiles, en peligros en la ciudad, en peligros en la soledad (2 Cor. 11, 26), y lo demás, que enumera de tal modo que muestra no haber tenido descanso en ninguna parte. Pero cuando la santa Iglesia es cercada por los azotes de sus tribulaciones, en ella todos los débiles son reducidos a un caso de pusilanimidad, de modo que se consideran ya despreciados en esto, en lo cual ven que se les escucha más tardíamente. Rectamente todavía, partiendo del tipo de ellos, se añade con la voz del santo varón:

CAPÍTULO XXXIII.

VERS. 7.---He aquí que clamaré sufriendo violencia, y nadie oirá; vociferaré, y no hay quien juzgue.

40. Dios disimula las querellas de los dolientes, para que aumente la utilidad.---Dios omnipotente, sabiendo qué puede sernos provechoso, disimula oír la voz de los dolientes para aumentar la utilidad, para que la vida sea purgada por la pena, y la tranquilidad del descanso, que aquí no se puede encontrar, se busque en otra parte. Pero

esta gracia de la dispensación algunos incluso de los fieles la ignoran. De cuya persona también se dice ahora: He aquí que clamaré sufriendo violencia, y nadie oirá; vociferaré, y no hay quien juzgue. Pues se dice no hay quien juzgue cuando disimula juzgar aquel mismo que es, porque nuestra causa contra el adversario, fuera de él, no hay quien la juzgue. Y sin embargo no carece de juicio esto de que el juicio se difiera, porque cuando el bienaventurado Job decía estas cosas, crecían tanto los méritos del santo varón como la pena del adversario. Por tanto, el diferir este mismo juicio es propio del Juez. Pero una cosa es lo que Dios dispone justamente en el interior, y otra lo que el ánimo, desgastado por los azotes en el exterior, apetece. Por lo cual todavía, sobre esa misma depresión de los azotes, añade:

CAPÍTULO XXXIV

[Rec. XV].

VERS. 8.---Cercó mi senda, y no puedo pasar, y en mi camino puso tinieblas.

41. A los que pecan por ignorancia e infirmidad les asiste Dios como nuestra iluminación y salud. ---Vio su senda cercada por los azotes cuando, deseando pasar a la seguridad, no pudo evitar los azotes. Y porque se vio herido, y sin embargo no encontró en sí mismo una vida digna de la herida, encontró como tinieblas en el camino del corazón de su ignorancia, al no poder penetrar por qué era así azotado. Lo cual se refiere no incongruentemente también a los miembros débiles de la santa

Iglesia, cuando por esto de que recuerdan haber obrado perversamente, son retardados también de la (452) buena obra; y tímidos por su propia infirmidad, no presumen emprender cosas buenas fuertes contra estas. Pues temen empezar grandes bienes los que recuerdan haber sido débiles en sus actos. Y cuando frecuentemente incluso ignoran qué bien elegir, se horrorizan ante las tinieblas puestas como en su camino. Pues a menudo el ánimo se vuelve tan incierto sobre su obra, que ignora del todo qué sea virtud, qué sea culpa. En su camino, pues, encuentra tinieblas el que en las cosas que apetece hacer no sabe qué debe elegir. [Vet. XIX.] Porque, por tanto, a menudo se peca por infirmidad, y a veces ciertamente por ignorancia, se dice por los miembros que se debilitan: Cercó mi senda, y no puedo pasar. Pero por aquellos que están en tinieblas sobre qué obra buena elegir, se añade: Y en mi camino puso tinieblas. Pues ciertamente es por la pena de la culpa el ver el bien que se debe hacer, y sin embargo no poder cumplirlo; y de nuevo es por la más grave pena de la culpa el ni siquiera ver lo que se debe hacer. Por lo cual también contra ambas cosas se dice con la voz del Salmista: El Señor es mi iluminación y mi salud, ¿a quién temeré? (Salmo 26, 1). Pues contra las tinieblas de la ignorancia el Señor es iluminación, pero contra la infirmidad es salud, cuando tanto muestra qué se debe apetecer para obrar, como ofrece fuerzas para que pueda cumplirse lo que mostró. Sigue:

CAPÍTULO XXXV

[Rec. XVI.]

VERS. 9.---Me despojó de mi gloria, y quitó la corona de mi cabeza.

42. Los miembros débiles de la Iglesia a veces son despojados de la justicia por un tiempo.---Que todas estas cosas convienen a la persona del bienaventurado varón puesto en aflicción, no hay duda. Pero porque las palabras de la historia son patentes, según la letra no necesitan exposición. Conviene, pues, que deban ser investigadas por los sentidos místicos. Pues dice: Me despojó de mi gloria. La gloria ciertamente de cada uno es la justicia. Pues así como el vestido cubre del frío, así la justicia protege de la muerte. Por lo cual no sin razón se compara la justicia con un vestido, cuando se dice por el Profeta: Tus sacerdotes se vistan de justicia (Salmo 131, 9). Pero porque en el tiempo de su aflicción la santa Iglesia pierde este vestido de justicia, que protege ante Dios, en sus miembros que flaquean, dígase rectamente: Me despojó de mi gloria; es decir, la justicia fue quitada a los débiles, la cual no podría serles quitada si hubiera estado arraigada en la médula; pero por eso pudo ser quitada, porque a modo de vestido se adhería exteriormente. En lo cual se debe preguntar cómo pueden llamarse miembros de la santa Iglesia aquellos que pudieron perder la justicia que parecían tener. Pero se debe saber que frecuentemente la justicia se pierde por un tiempo por sus miembros que flaquean; pero cuando después, por el conocimiento de la culpa, vuelven a la penitencia, se atan a la misma justicia que

habían perdido más fuertemente de lo que se creía. Donde todavía se añade: Y quitó la corona de mi cabeza. Así como la cabeza del cuerpo es la primera parte, así lo principal del hombre interior es la mente. La corona es el premio de la victoria, que se obtiene desde lo alto, para que sea remunerado el que haya luchado. Porque, por tanto, muchos oprimidos por las adversidades mínimamente perduran en el certamen, en ellos la santa Iglesia pierde como la corona de la cabeza. Pues la corona en la cabeza es la remuneración celestial en la mente. Y hay muchísimos que, mientras son afligidos por las adversidades, descuidan pensar en los premios celestiales, y no pueden llegar a la perfección de la victoria. En estos, por tanto, la corona es quitada de la cabeza, porque (453) el premio celestial y espiritual es quitado del pensamiento de la mente, de modo que ya apetecen las cosas exteriores tranquilas, y no buscan los premios eternos, porque habían solido pensar en ellos.

43. La corona es quitada de la cabeza de la Iglesia cuando los prelados descuidan los bienes espirituales.---O ciertamente no sin razón los sacerdotes son tomados por la cabeza de los fieles, porque son la primera parte de los miembros del Señor. Por lo cual también por el profeta se dice que la cabeza y la cola han de ser exterminadas, donde ciertamente con el nombre de cabeza se designa a los sacerdotes, y con la apelación de cola a los profetas réprobos. La corona, pues, es quitada de la cabeza cuando los premios de la remuneración celestial son abandonados incluso

por aquellos que parecían presidir en este cuerpo de la Iglesia. Y frecuentemente, al caer los jefes, sucumbe más extensamente el ejército que los seguía. Por lo cual, poco después de los daños de los mayores, añadió lo que sigue sobre el multiforme desmoronamiento de la Iglesia:

CAPÍTULO XXXVI

[Vet. XX].

VERS. 10.---Me destruyó por todas partes, y perezco, y como a un árbol arrancado quitó mi esperanza.

44. Al caer los prepósitos, caen los débiles.---Pues casi por todas partes la Iglesia es destruida, y perece en sus miembros débiles, cuando aquellas mismas cosas que parecían fuertes caen, cuando la corona es arrancada de la cabeza, es decir, cuando los premios eternos son descuidados incluso por los prepósitos. Pero bien se añade sobre los débiles que caen: Y como a un árbol arrancado quitó mi esperanza. Pues ciertamente el árbol es impulsado por el viento para que caiga. Y aquel a quien las amenazas aterran, de modo que cae en la injusticia, ¿qué otra cosa sino un árbol ha sufrido el soplo del viento, y ha perdido el estado de su rectitud? Pues como por causa del viento perdió la esperanza aquel que, vencido por las amenazas y persuasiones de los malvados, abandonó los premios eternos que esperaba. Y porque frecuentemente sucede que, mientras uno teme las penas, abandona la justicia, ocurre que, por juicio de Dios, incluso abandonando la

justicia no evita las penas que temía, y quien mínimamente temió la muerte de la mente, tolera también los males de la carne que temía. Por lo cual todavía se añade:

CAPÍTULO XXXVII

[Rec. XVII].

VERS. 11.---Se inflamó contra mí su furor, y así me tuvo como a su enemigo.

45. A unos los hiere Dios como a hijos, a otros como a enemigos.---Pues, atestiguándolo el egregio predicador, decimos que fiel es Dios, y no permitirá que seamos tentados sobre aquello que podemos soportar, sino que hará con la tentación el provecho, para que podamos sostenerla (1 Cor. 10, 13). Por el profeta también dice el Señor: Con la llaga del enemigo te herí, con castigo cruel (Jer. 30, 14). Aquel, pues, que es herido de tal modo que sus fuerzas son superadas por la herida, el Señor ya no lo hiere como a un hijo por la disciplina, sino como a un enemigo por la ira. Cuando, por tanto, los azotes superan la virtud de nuestra paciencia, se debe temer grandemente que, por exigencia de nuestros pecados, ya no seamos heridos como hijos por un padre, sino como enemigos por el Señor. Y porque sucede frecuentemente que incluso los espíritus malignos sugieren muchas cosas a los corazones de los afligidos, y entre los azotes que hieren exteriormente infunden pensamientos nocivos en las mentes, tras el furor del Señor se añade rectamente:

CAPÍTULO XXXVIII

[Rec. XVIII].

VERS. 12.---Vinieron juntos sus ladrones, y se hicieron camino a través de mí.

46. Los espíritus malignos, irrumpiendo, asedian a los afligidos. En ellos la voluntad es injusta, y la potestad justa. Pues sus "ladrones" son los espíritus malignos, que se ocupan en buscar la muerte de los hombres. Porque se hacen camino en los corazones de los afligidos, cuando entre las adversidades que se toleran exteriormente no dejan de infundir también pensamientos perversos. De los cuales todavía se dice:

Y asediaron en derredor mi tabernáculo.

Pues asedian el tabernáculo en derredor cuando rodean la mente por todas partes con sus tentaciones. A la cual persuaden con pésima sugerencia ya a lamentarse por las cosas temporales, ya a desesperar de las eternas, ya a caer en la impaciencia, y a lanzar palabras de blasfemia contra Dios. Palabras que, sin embargo, como ya hemos dicho, convienen al bienaventurado Job incluso según la historia, quien mientras amontonaba ante sus ojos los males que padeció, juzgó que era herido no como un hijo que debe ser corregido, sino como un enemigo. A través del cual también sus ladrones se hicieron camino, porque los espíritus malignos recibieron contra él licencia de herir. Cuyo tabernáculo asediaron en derredor, porque, quitadas sus cosas y sus hijos, también desgastaron todo su cuerpo con llagas. [Vet. XXI.] Pero es muy admirable que, habiendo

dicho "ladrones", ¿por qué añadió "suyos"? para mostrar, evidentemente, que esos mismos ladrones son de Dios. En lo cual, si se distinguen la voluntad y la potestad de los espíritus malignos, se aclara por qué son llamados ladrones de Dios. Pues los espíritus malignos anhelan incesantemente hacernos daño; pero, aunque tienen la voluntad perversa por sí mismos, sin embargo no tienen la potestad de dañar, a menos que la voluntad suprema se lo permita. Y aunque ellos ciertamente desean injustamente herirnos, sin embargo no se les permite por el Señor herir a nadie sino justamente. Porque, por tanto, en ellos la voluntad es injusta y la potestad justa, son llamados tanto "ladrones" como "de Dios", para que sea de ellos mismos el que deseen injustamente infligir males, y de Dios el que consumen justamente lo deseado. Pero porque, como ya hemos dicho a menudo, el santo varón puesto en el dolor de las penas, usa ya sus propias voces, ya las de la Iglesia, ya las de nuestro Redentor, y frecuentemente narra sus cosas de tal modo que, sin embargo, a través del tipo presenta aquellas que son de la santa Iglesia y de nuestro Redentor, pospuesta por un poco la preocupación de la historia, demostremos en las cosas que añade de qué manera concuerda con las voces de nuestro Redentor. Sigue:

CAPÍTULO XXXIX

[Rec. XIX].

VERS. 13, 14.---A mis hermanos alejó de mí, y mis conocidos como extraños se apartaron de mí. Me abandonaron mis parientes, y los que me conocían se olvidaron de mí.

SENTIDO ALEGÓRICO.---47. Los judíos, hermanos, conocidos y parientes de Cristo, negaron encarnado a quien habían predicho que se encarnaría.

Esto lo mostramos mejor si traemos al medio el testimonio de Juan, que dice: A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron (Juan 1, 11). Pues de él se alejaron sus hermanos, y se apartaron sus conocidos, a quien los hebreos, guardando la ley, supieron profetizar, y estando presente mínimamente le reconocieron. Por lo cual rectamente se dice: Me abandonaron mis parientes, y los que me conocían se olvidaron de mí. Pues los judíos, parientes según la carne, conocidos por la instrucción de la ley, casi se olvidaron de aquel a quien habían profetizado, mientras tanto cantaban con las palabras de la ley que se encarnaría, como negaban con palabras de perfidia que se hubiera encarnado. Sigue:

CAPÍTULO XL.

VERS. 15.---Los moradores de mi casa y mis criadas me tuvieron por extraño.

48. Por los sacerdotes y levitas Cristo fue tenido por extraño. Los moradores de la casa de Dios fueron los sacerdotes, cuyo origen, destinado al servicio de Dios, ya por el oficio se mantenía en esa condición. Por criadas, además, se entienden no sin razón las almas de los levitas, que servían

más familiarmente en los secretos del tabernáculo, como en lo interior de una alcoba. Diga, pues, de los sacerdotes que servían con solícito cuidado, diga de los levitas obedientes a lo interior de la casa de Dios: Los moradores de mi casa y mis criadas me tuvieron por extraño, porque no quisieron reconocer ni venerar al Señor encarnado, a quien tiempo atrás habían predicho por las palabras de la ley. El cual manifiesta todavía más claramente que no fue reconocido por la perversa voluntad de ellos cuando añade:

CAPÍTULO XLI.

IBID.---Y fui como un extraño a sus ojos.

49. Cristo, un extraño en su propia casa. Pues nuestro Redentor, mientras no fue reconocido por la sinagoga, existió en su propia casa casi como un extraño. Lo cual el profeta atestigua abiertamente diciendo: ¿Por qué habrías de ser como un morador en la tierra, y como un caminante que se desvía para pernoctar (Jer. 14, 8)? Porque como no fue escuchado como Señor, no fue creído poseedor del campo, sino morador. El cual, como un caminante, se desvió sólo para pernoctar, porque se llevó a unos pocos de Judea, y dirigiéndose a la vocación de las gentes, completó el camino comenzado. Fue, por tanto, un extraño a sus ojos, porque mientras pensaban sólo en las cosas que podían ver, no valieron para entender en el Señor lo que no podían ver. Pues mientras desprecian la carne visible, no llegaron a la invisible majestad. Dígase, por tanto, rectamente: Y

fui como un extraño a sus ojos. De cuyo pueblo todavía se añade aptamente:

CAPÍTULO XLII.

VERS. 16.---Llamé a mi siervo, y no respondió.

50. Cristo despreciado por su propio siervo, a saber, el pueblo judaico. ¿Pues qué fue el pueblo judaico sino un siervo, que no obedecía al Señor con amor de hijo, sino con temor servil? Por el contrario, se nos dice por medio de Pablo: No habéis recibido otra vez el espíritu de servidumbre en el temor, sino el espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos: ¡Abba, Padre! (Rom. 8, 15). A este siervo, pues, llamó el Señor, porque, otorgados los dones, estudió atraerlo hacia sí como con voces emitidas. Pero no respondió, porque despreció devolver obras dignas por sus dones. Pues Dios nos llama cuando se nos anticipa con dones; pero respondemos a su vocación cuando servimos dignamente según los dones recibidos. Porque, por tanto, se anticipó al pueblo judaico con tantos dones, diga: Llamé a mi siervo. Pero porque incluso después de tantos dones él lo despreció, añada: Y no respondió. Sigue:

CAPÍTULO XLIII

(Vet. XXII, Rec. XX).

IBID.---Con mi propia boca le suplicaba.

51. Cristo suplicó al que se resistía a sus mandatos, y no fue escuchado. Como si dijera más claramente: Yo, aquel que antes de mi encar-

nación le había mandado tantos preceptos que debía cumplir por boca de los profetas, viniendo a él encarnado, le suplicaba con mi propia boca. Por lo cual también Mateo, al describir los preceptos dados por él en el monte, dice: Abriendo su boca, dijo (Mat. 5, 2). Como si dijera patentemente: Entonces abrió su propia boca el que antes había abierto las bocas de los profetas. De aquí es también lo que se dice de él por la esposa que desea su presencia: Béseme con los besos de su boca (Cant. 1, 1). Pues la santa Iglesia, cuantos preceptos conoció por su predicación, recibió casi otros tantos besos de su boca. Pero bien se dice: Suplicaba, porque mostrado en la carne, mientras decía humildemente los mandatos de la vida, rogó casi a un siervo soberbio para que viniera. Donde también se añade aptamente:

CAPÍTULO XLIV

(Rec. XXI).

VERS. 17.---Mi esposa aborreció mi aliento.

52. La sinagoga, esposa, aborreció a Cristo. ¿Qué se entiende por la esposa del Señor sino la Sinagoga, sujeta a Él en el entendimiento carnal del pacto de la ley? Pues el aliento es de la carne. Pero el pueblo infiel entendió carnalmente la carne del Señor, porque creyó que Él era un puro hombre. Su esposa, por tanto, aborreció su aliento, porque la Sinagoga temió creer que Aquel a quien veía como hombre era Dios. Y cuando oía de su boca palabras corporalmente, rehusó entender en Él los secretos de la Divinidad, y no

creyó que fuera el Creador a quien veía como creado. La esposa carnal, por tanto, aborreció el aliento de la carne, porque, entregada a los sentidos carnales, no conoció el misterio de su encarnación. Sigue:

CAPÍTULO XLV

(Rec. XXII).

IBID.---Y suplicaba a los hijos de mi vientre.

53. Cómo se dice que Dios tiene miembros corporales. En Dios, que no está circunscrito por la forma de un cuerpo, los miembros del cuerpo, esto es, las manos, el ojo, el vientre, son nombrados de tal manera que por los vocablos de los miembros se designen los efectos de su potencia. Pues se dice que tiene ojos porque todo lo ve; se describe que tiene manos porque todo lo obra; y en el vientre se concibe la prole que es traída a esta vida. ¿Qué, pues, debemos entender por el vientre de Dios sino su consejo, en el cual antes de los siglos fuimos concebidos por la predestinación, para que creados a través de los siglos seamos producidos? Dios, pues, que permanece antes de los siglos, suplicó a los hijos de su vientre, porque a aquellos a quienes poderosamente creó por su divinidad, viniendo encarnado los suplicó humildemente. Pero porque en esa misma carne en la que apareció fue despreciado por la estimación de ellos, se añade:

CAPÍTULO XLVI.

VERS. 18.---También los necios me despreciaban.

54. Cayendo los sabios de la verdad, también los necios desfallecieron. Cayendo los sabios de la fe de la verdad, rectamente se añade también sobre los necios, porque mientras los fariseos y jurisperitos despreciaban al Señor, también la turba del pueblo siguió la incredulidad de ellos, la cual, en aquello que veía a un hombre, despreció las predicaciones del Redentor del mundo. Pues frecuentemente con el nombre de "necios" se designa a los que son pobres en el pueblo. Por lo cual también se dice por Jeremías: Dije: Por ventura son pobres y necios, que ignoran el camino del Señor y el juicio de su Dios (Jer. 5, 4). Pero dejados los sabios y ricos del mundo, nuestro Redentor había venido a buscar a los pobres y necios. Por lo cual ahora, como para aumento del dolor, se dice: También los necios me despreciaban. Como si se dijera abiertamente: Ellos mismos también me despreciaron, por cuya sanación asumí la necedad de la predicación. Pues está escrito: Porque, puesto que en la sabiduría de Dios el mundo no conoció a Dios por la sabiduría, plugo a Dios salvar a los creyentes por la necedad de la predicación (1 Cor. 1, 21). Pues el Verbo de Dios es sabiduría, pero la necedad de esta sabiduría es llamada la carne del Verbo; para que, como todos los carnales por la prudencia de su propia carne no valían para alcanzar la sabiduría de Dios, fueran sanados por la necedad de la predicación, esto es, por la carne del Verbo. Dice, por tanto: También los necios me despreciaban. Como si se

dijera abiertamente: y por ellos mismos fui despreciado, por quienes no temí ser estimado necio. Y porque la plebe de los judíos, cuando veía los milagros de nuestro Redentor, lo honraba por las señales diciendo: Éste es el Cristo (Mar. 13, 21); pero cuando contemplaba lo débil de su humanidad, se dignaba poco de creer que Él fuera el creador diciendo: No, sino que seduce a las turbas (Juan 7, 12); rectamente se añade:

CAPÍTULO XLVII

(Vet. XXIII).

IBID.---Y cuando me había retirado de ellos, me calumniaban.

55. Calumniaron a Cristo cuando cesaba de los milagros. Pues como que se acercaba el Señor a los corazones de los pueblos cuando les mostraba milagros, y como que se retiraba cuando no mostraba ninguna señal. Pero calumniaban al Señor cuando se retiraba, puesto que no querían prestarle fe cuando cesaba de los milagros. Pero, ¿qué maravilla es que Él padeciera estas cosas de las plebes, cuando ellos mismos que parecían ser doctores de la ley, que afirmaban con palabras proféticas que Él se encarnaría, y lo vieron encarnado, sin embargo fueron divididos de Él por la interrupción de la perfidia? De los cuales se añade:

CAPÍTULO XLVIII.

VERS. 19.---Mis consejeros de antaño me han abominado, y aquel a quien yo más amaba se ha vuelto contra mí.

56. Los doctores de la ley y los fariseos lo abominaron.---Es patente para todos que Dios no necesita consejeros, Él mismo suministra el consejo de la sabiduría a los consejeros de los hombres. De lo cual también está escrito: ¿Quién conoció el sentido del Señor, o quién fue su consejero? (Rom. 11, 34, de Is. 40, 13). Pero así como cuando se da pan o vestido al necesitado, el Señor testifica que Él mismo lo ha recibido (Mt 25, 40), así cuando se da un recto consejo a cualquier ignorante, Él mismo lo recibe, de quien es miembro aquel que es instruido. Porque todos los fieles somos miembros de nuestro Redentor; y así como Él es alimentado en nosotros por la misericordia de la largueza, así Él mismo es ayudado en nosotros por el consejo de la doctrina. Por tanto, los escribas y los doctores de la ley, que solían instruir a los pueblos para la vida, ¿qué otra cosa fueron sino consejeros del Redentor que había de venir? Los cuales, sin embargo, al contemplar al Señor encarnado, con sus consejos apartaron a muchos de la fe en Él, aunque antes parecían haber enseñado a muchos a creer en el misterio de su encarnación por las palabras de los profetas. Y porque aquel está más en el amor ante Dios, que atrae a muchísimos a su amor, todavía se añade sobre el mismo orden de los doctores de la ley y fariseos: Y aquel a quien yo más amaba se ha vuelto contra mí. Pues ese mismo orden, por persuasión de la perfidia, se apartó de la fe de la

verdad, el cual antes, sirviendo en el trabajo de la predicación, era amado sobremanera; al cual siguió la turba de los pueblos no solo para no creer, sino incluso para perseguir al Señor, e inflamada con las teas de aquella crueldad hasta su pasión. En la cual pasión, por cierto, los corazones de los discípulos fueron turbados. Por lo cual ahora se añade:

CAPÍTULO XLIX

[Rec XXIII].

VERS. 20.---A mi piel, consumidas las carnes, se pegó mi hueso.

57. Sufriendo Cristo y huyendo los apóstoles, las santas mujeres se adhirieron a Él como la piel.---En el hueso se designa la fortaleza, pero en las carnes la debilidad del cuerpo. Puesto que, por tanto, Cristo y la Iglesia son una sola persona, ¿qué se designa por el hueso sino el mismo Señor? ¿Qué por la carne sino los discípulos, que en el tiempo de su pasión gustaron de cosas débiles? Pero por la piel, que permanece exterior a la carne en el cuerpo, ¿qué sino aquellas santas mujeres son figuradas, las cuales servían al Señor con ministerios exteriores para preparar los subsidios del cuerpo? Pues mientras sus discípulos, aunque todavía no firmes, predicaban a los pueblos la fe de la verdad, las carnes se adherían a su hueso. Y cuando las santas mujeres preparaban aquellas cosas exteriores que eran necesarias, permanecían como la piel en el exterior del cuerpo. Pero cuando se llegó a la hora de la cruz, un grave

temor por la persecución de los judíos invadió a sus discípulos: huyeron cada uno por su lado, las mujeres se adhirieron. Como si, por tanto, consumida la carne, el hueso del Señor se adhiriera a su piel, porque su fortaleza, en el tiempo de la pasión, al huir los discípulos, encontró a las mujeres junto a sí. Permaneció, en efecto, por algún tiempo Pedro, pero sin embargo después, aterrorizado, lo negó (Mt 26, 70). Permaneció también Juan, a quien en el mismo tiempo de la cruz se le dijo: He ahí a tu madre (Jn 19, 27). Pero de ningún modo pudo perseverar, porque de él también está escrito que un cierto joven lo seguía envuelto en una sábana sobre el cuerpo desnudo, y lo prendieron; pero él, arrojada la sábana, huyó desnudo de ellos (Mc 14, 51). El cual, aunque después volvió a la hora de la cruz para oír las palabras de su Redentor, sin embargo primero, aterrorizado, huyó. Pero las mujeres se recuerda que no solo no temieron, ni huyeron, sino que incluso permanecieron hasta el sepulcro. Diga, pues: A mi piel, consumidas las carnes, se pegó mi hueso. Esto es: aquellos que debieron haberse adherido más cercanamente a mi fortaleza, en el tiempo de mi pasión fueron consumidos por el temor, y a aquellas que puse para los ministerios exteriores, en mi pasión las encontré adhiriéndose a mí fielmente y sin temor. Donde también se sobrentiende claramente que estas palabras se dicen por misterio, mientras sigue:

CAPÍTULO L

[Vet. XXIV].

IBID.---Y solo han quedado los labios alrededor de mis dientes.

58. Los apóstoles, dientes de Cristo, sufriendo Él habían perdido toda su virtud.---¿Pues qué otra cosa tenemos alrededor de los dientes sino los labios, aunque no padezcamos ningún azote? Pero ¿qué se designa por los labios sino la locución, y qué por los dientes sino los santos apóstoles? Los cuales están puestos en este cuerpo de la Iglesia para esto, para que muerdan la vida de los carnales con la corrección, y la quebranten de la dureza de su pertinacia. Por lo cual también se le dice al mismo primero de los apóstoles, como a un diente puesto en su cuerpo: Mata y come (Hech 10, 13). Pero porque en el tiempo de su pasión estos dientes, por temor a la muerte, perdieron el mordisco de la corrección, perdieron la confianza de la fortaleza, perdieron la eficacia de toda clase de operación, de tal manera que dos de ellos caminando, después de su muerte y resurrección, hablaban en el camino y decían: Nosotros esperábamos que Él fuera el que había de redimir a Israel (Lc 24, 21), rectamente se dice ahora: Y solo han quedado los labios alrededor de mis dientes. Confabulaban todavía sobre Él, pero ya creían muy poco en Él. Solo, pues, los labios habían quedado alrededor de sus dientes, porque habían perdido la virtud de la buena operación, y solo retenían palabras de confabulación sobre Él. Habían perdido el mordisco de la corrección, y tenían el movimiento de la locución. Por tanto, los labios solo quedaron alrededor de los dientes, porque todavía ciertamente sabían confabular,

pero ya temían predicarlo a Él, o morder los vicios de los infieles. Terminadas, pues, estas cosas que dijo en la voz de la Cabeza, el bienaventurado Job vuelve a sus propias palabras, diciendo:

CAPÍTULO LI.

VERS. 21.---Compadeceos de mí, compadeceos de mí, al menos vosotros mis amigos, porque la mano del Señor me ha tocado.

59. La mente de los piadosos en las adversidades se mueve a las preces, no a la ira.---Suele tener esto de propio la mente de los piadosos, que cuando padece injusticias de los adversarios, no se mueva tanto a la ira cuanto a las preces, de modo que si la depravación de aquellos puede ser moderada plácidamente, elijan más rogar que airarse. Por lo cual rectamente se dice ahora: Compadeceos de mí, compadeceos de mí, al menos vosotros mis amigos, porque la mano del Señor me ha tocado. He aquí que llama amigos a aquellos por quienes considera que siempre es afligido con contumelias, porque para las buenas mentes incluso aquellas cosas se vuelven prósperas, que parecen adversas. Pues todos los perversos, o son convertidos por la dulzura de los buenos, para que vuelvan, y por eso mismo son amigos por lo cual se hacen buenos; o perseveran en la malicia, y en esto también incluso no queriendo son amigos, porque si hay algunos delitos de los buenos, ellos con sus persecuciones incluso sin saberlo los purgan. Hay que notar también que con aquellas cosas que secretamente fueron hechas ante Dios, concuerdan las palabras del bienaventura-

do varón en público. Pues ciertamente había sido golpeado por Satanás, y sin embargo no atribuye su golpe a Satanás, sino que se llama a sí mismo tocado por la mano del Señor, tal como el mismo Satanás también había dicho: Extiende tu mano y toca su hueso y su carne, si no te bendijere en tu cara (Job 2, 5). Pues sabía el varón santo que incluso por esto mismo que Satanás había obrado con voluntad perversa contra él, tenía la potestad no de sí mismo, sino del Señor. Sigue:

CAPÍTULO LII

[Vet. XXV, Rec. XXIV].

VERS. 22.---¿Por qué me perseguís como Dios, y os saciáis de mis carnes?

60. Dios no nos persigue siendo cruel.---No es ajeno a la locución de la piedad que afirme que es perseguido por Dios. Pues hay un perseguidor bueno, como de sí mismo dice el Señor por la boca profética: Al que calumniaba en secreto a su prójimo, a este yo perseguía. Pero cuando a cualquier santo se le permite ser azotado, sabe que padece la persecución contra los vicios cometidos por una disposición interna. Pero las mentes crueles de los perseguidores, cuando apetecen la potestad de herir, se inflaman contra la vida de los buenos no por el estudio de la purgación, sino con las teas de la envidia. Y ciertamente hacen esto que Dios omnipotente permite que se haga. Pero mientras una misma causa con Dios se actúa también por medio de ellos, sin embargo no se guarda una misma voluntad en la misma causa,

porque mientras el Dios omnipotente amando exhibe la purgación, la depravación de los injustos ensañándose ejercita la malicia. Aquello, pues, que se dice, ¿por qué me perseguís como Dios?, lo refirió a la percusión exterior, no a la intención íntima, porque aunque hagan esto exteriormente lo que Dios dispuso que se hiciera, sin embargo no apetecen esto que Dios apetece en su acción, que los buenos sean purificados por la aflicción. Lo cual puede entenderse también de otra manera. Pues tanto más justamente el Dios omnipotente hiere los vicios ajenos, cuanto nada tiene de vicios en sí mismo. Los hombres, en cambio, cuando por la disciplina hieren a otros, deben herir de tal modo la flaqueza ajena, que sepan también volver los ojos a la suya propia, para que consideren por sí mismos cuánto perdonen a otros al herirlos, cuando no ignoran que ellos mismos también son dignos de percusiones. Por tanto, ahora se dice: ¿Por qué me perseguís como Dios? Como si se dijera abiertamente: Me afligís de tal modo por mis flaquezas, como si vosotros mismos al modo de Dios nada tuvierais de flaqueza. Por lo cual hay que considerar que si hay algunos que tal vez necesiten la aspereza de la corrección, entonces debemos aplicarles una dura corrección nosotros, cuando la mano de Dios cesa del azote. Pero cuando los azotes celestiales están presentes, ya no se debe de nosotros la corrección, sino la consolación, para que mientras unimos la increpación al dolor, no asociemos percusión a percusión.

61. Los detractores, al modo de las fieras, devoran a los hombres.---Pero se añade bien: ¿Y os saciáis de mis carnes? Aquellos cuya mente tiene hambre de las penas de los prójimos, sin duda alguna buscan saciarse de las carnes ajenas. Hay que saber también que estos mismos que se alimentan de la detracción de la vida ajena, sin duda alguna se sacian de las carnes ajenas. Por lo cual se dice por Salomón: No estés en los convites de los bebedores, ni comas con aquellos que aportan carnes para comer (Prov 23, 20). Pues aportar carnes para comer es decir por turnos los vicios de los prójimos en la conversación de la detracción. De cuya pena allí mismo se añade luego: Porque los que se entregan a la bebida y dan su aporte serán consumidos, y la somnolencia se vestirá de harapos (Ibid.). Se entregan a la bebida los que se embriagan del oprobio de la vida ajena. Pero dar el aporte es, tal como cada uno suele aportar por su parte los alimentos para comer, así aportar en la confabulación las palabras de la detracción. Pero los que se entregan a la bebida y dan su aporte serán consumidos, porque como está escrito: Todo detractor será erradicado. Se vestirá, en cambio, de harapos la somnolencia, porque a aquel a quien aquí el lánguido deseo de su detracción lo ocupó en inquirir los crímenes de la vida ajena, su propia muerte lo encuentra despreciado y pobre de todas las buenas obras. [Vet. XXVI.] Pero tantas durezas que el bienaventurado Job sostiene, no es digno que pasen en silencio, y que la oscuridad de la ignorancia las oculte de la noticia de los hombres. Pues tantos pueden ser

edificados para guardar la paciencia, cuantos, llenándolos la gracia soberana, hubieren conocido los hechos de su paciencia. Por lo cual también el mismo bienaventurado Job quiere que los azotes que siente sean tomados por ejemplo, el cual inmediatamente añade diciendo:

CAPÍTULO LIII

[Rec. XXV].

VERS. 23, 24.---¿Quién me otorgará que se escriban mis sermones? ¿Quién me dará que se graben en un libro con estilo de hierro, y en lámina de plomo, o al menos se esculpan en pedernal?

62. Por la lámina de plomo se designan los corazones de los judíos, por el pedernal los de los gentiles.---Todas las cosas que el bienaventurado Job padeció, porque aquel pesado pueblo de los judíos, instruido por la fuerte sentencia de los padres, las reconoció, están escritas con estilo de hierro y lámina de plomo. Pero porque estas cosas también las conocieron los duros corazones de los gentiles, ¿qué vemos sino que están esculpidas en pedernal? Y es de notar que lo que se escribe en plomo, por la misma blandura del metal, se borra más pronto; en el pedernal, en cambio, más tardíamente pueden imprimirse las letras, pero más difícilmente borrarse. No sin razón, pues, por la lámina de plomo se expresa Judea, que percibió los preceptos de Dios sin trabajo, y con celeridad los perdió. Rectamente por el pedernal se figura la gentilidad, que apenas pudo recibir para ser custodiadas las palabras de la sagrada

elocuencia; pero, sin embargo, fuertemente recibidas las guardó. Pero por el estilo de hierro ¿qué otra cosa se designa sino la fuerte sentencia de Dios? Por lo cual también se dice por el profeta: El pecado de Judá escrito está con estilo de hierro en uña diamantina (Jer. 17, 1). En la uña está el fin del cuerpo. Además, de tal modo es dura la piedra de diamante, que no puede ser cortada por el hierro. Por el estilo de hierro se significa la fuerte sentencia, pero por la uña diamantina el fin eterno. El pecado de Judá, por tanto, se dice que está escrito con estilo de hierro en uña diamantina, porque la culpa de los judíos por la fuerte sentencia de Dios se reserva para un fin infinito.

63. El plomo significa la avaricia.---Rectamente también por la lámina de plomo entendemos a aquellos a quienes grava el peso de la avaricia, a los cuales se les dice por el Profeta que les increpa: Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis pesados de corazón (Sal. 4, 3)? Por el plomo, pues, cuya naturaleza es de pesado peso, se designa especialmente el pecado de la avaricia, que de tal modo vuelve pesado el ánimo que infectó, que de ningún modo puede elevarse para apetecer las cosas sublimes. [Rec. XXVI.] Pues de aquí está escrito en Zacarías: Levanta tus ojos, y mira. ¿Qué es esto que sale? Y dije: ¿Qué es? Y dijo: Esta es una ánfora que sale, y dijo: Este es el ojo de ellos en toda la tierra. (Vet. XXVII.) Y he aquí que era llevado un talento de plomo, y he aquí una mujer sentada en medio de la ánfora, y dijo: Esta es la impiedad. Y la arrojó en medio de la ánfora, y echó la masa de plomo en su boca (Zac. 5, 5, sig.).

Aquel que, para mostrar que había conocido más ampliamente algo sobre esta visión de la ánfora, y de la mujer, y del plomo, siguiendo todavía añadió: Y levanté mis ojos, y vi; y he aquí dos mujeres que salían, y el espíritu estaba en sus alas, y tenían alas como alas de milano, y levantaron la ánfora entre la tierra y el cielo. Y dije al ángel que hablaba en mí: ¿A dónde llevan estas la ánfora? Y me dijo: Para que se le edifique una casa en la tierra de Senaar (Zac. 5, 9, sig.). El cual testimonio del profeta inútilmente hemos aducido como prueba del plomo, si no lo exponemos también repitiéndolo. Dice, pues: Levanta los ojos, y mira. ¿Qué es esto que sale? Y dije: ¿Qué es? Y dijo: Esta es una ánfora que sale (Ibíd.). Queriendo Dios mostrar al profeta el género humano, por qué culpa principalmente se desliza de Él, por la imagen de la ánfora designó como la boca abierta de la avaricia. La avaricia, pues, es como una ánfora, que tiene la boca del corazón abierta en su contorno. Y dijo: Este es el ojo de ellos en toda la tierra (Ibíd.). Vemos a muchos hombres de embotado sentido, y sin embargo los vemos astutos en los actos malos; atestiguándolo también el profeta, que dice: Sabios son para hacer el mal, pero hacer el bien no saben (Jer. 4, 22). Estos, por tanto, se entorpecen en el sentido, pero en aquellas cosas que apetecen se excitan por los estímulos de la avaricia; y los que para ver las cosas buenas son ciegos, excitándolos los premios, se vuelven vigilantes para realizar las malas. Por lo cual rectamente de esta misma avaricia se dice: Este es el ojo de ellos en toda la tierra. Y he aquí

que era llevado un talento de plomo (Ibíd.). ¿Qué es el talento de plomo, sino el peso del pecado de la misma avaricia? Y he aquí una mujer sentada en medio de la ánfora. Cuál mujer fuera, para que no pudiéramos tal vez dudar, al punto el ángel lo dio a conocer. Pues allí sigue luego: Y dijo: Esta es la impiedad. Y la arrojó en medio de la ánfora. La impiedad es arrojada en medio de la ánfora, porque sin duda en la avaricia siempre se tiene la impiedad. Y echó la masa de plomo en su boca. La masa de plomo es echada en la boca de la mujer, porque evidentemente la impiedad de la avaricia se grava con el peso de su pecado. Pues si no ambicionara las cosas que están abajo, para con Dios y el prójimo de ningún modo existiría impía.

[Vet. XXVIII.] 64. La soberbia y la gloria vana son dos vicios principales. Por estos se eleva la avaricia.---Y levanté mis ojos, y vi; y he aquí dos mujeres que salían, y el espíritu estaba en sus alas. ¿Qué otra cosa entendemos en estas dos mujeres, sino dos vicios principales, a saber, la soberbia y la gloria vana, que sin duda alguna están unidas a la impiedad? Las cuales también se narran tener el espíritu en sus alas, porque en sus acciones sirven a la voluntad de Satanás. A ese mismo espíritu llama el profeta, de quien Salomón dice: Si el espíritu del que tiene el poder subiere sobre ti, no dejes tu lugar (Ecl. 10, 4). Y de quien el Señor dice en el Evangelio: Cuando el espíritu inmundo hubiere salido del hombre, anda por lugares áridos e inacuosos (Mat. 12, 43). El espíritu está en sus alas, porque la soberbia y la gloria vana por todo lo que hacen sirven a

la voluntad de Satanás. Y tenían alas, como alas de milano. El milano siempre procura acechar la naturaleza de los polluelos. Estas mujeres, por tanto, tienen alas, como alas de milano, porque sus acciones son sin duda semejantes al diablo, que acecha siempre la vida de los párvulos. Y levantaron la ánfora entre el cielo y la tierra. La soberbia y la vana gloria tienen esto de propio, que a aquel a quien han infectado lo ensalzan en su pensamiento sobre los demás hombres, y ya por la ambición de las cosas, ya por el deseo de las dignidades, a quien una vez han tenido cautivo lo elevan como a la altura del honor. Pero el que está entre el cielo y la tierra, y deja las cosas ínfimas, y las superiores de ningún modo alcanza.

65. Levantan, pues, estas mujeres la ánfora entre el cielo y la tierra, porque la soberbia y la gloria vana elevan de tal modo el ánimo cautivado por la avaricia del honor, que despreciando a cualesquiera prójimos como que abandonan las cosas ínfimas, y jactándose buscan las altas. Pero tales personas, mientras se ensoberbecen, tanto pasan con la mente a aquellos con quienes están, como de ningún modo se unen a los ciudadanos superiores. La ánfora, pues, se dice levantada entre la tierra y el cielo, porque todos los avaros, por la soberbia y la vana gloria, tanto desprecian a los prójimos junto a sí, como de ninguna manera aprehenden las cosas superiores que están más allá de ellos. Entre la tierra, por tanto, y el cielo son llevados, porque ni mantienen la igualdad de la fraternidad en lo ínfimo por la caridad, ni sin embargo prevalecen ensalzándose para alcanzar

lo sumo. Y dije al ángel que hablaba en mí: ¿A dónde llevan estas la ánfora? Y me dijo: Para que se le edifique una casa en la tierra de Senaar. A la misma ánfora se le edifica una casa en la tierra de Senaar. Senaar, en efecto, se dice hedor de ellos. Y como el buen olor es por la virtud, atestiguándolo Pablo, que dice: Manifiesta el olor de su noticia por nosotros en todo lugar, porque buen olor de Cristo somos para Dios (2 Cor. 2, 14). Así, por el contrario, el hedor es por el vicio. Pues la raíz de todos los males es la codicia (1 Tim. 6, 10). Y porque cualquier mal se engendra por la avaricia, es digno que la casa de la avaricia se construya en el hedor. Se ha de saber también que Senaar es un valle muy ancho, en el cual había comenzado a ser edificada por los soberbios una torre que, hecha la diversidad de lenguas, fue destruida. La cual torre, por cierto, fue llamada Babilonia, por la misma confusión de mentes y de lenguas. No sin razón allí se pone la ánfora de la avaricia, donde se edifica Babilonia, esto es, la confusión, porque siendo cierto que por la avaricia y la impiedad surgen todos los males, rectamente se dice que esta misma avaricia e impiedad habitan en la confusión.

66. La Iglesia pide que sus sermones se graben en los corazones pesados por la avaricia, y en los duros.---Estas cosas hemos dicho en pocas palabras por exceso, para mostrar que el peso del pecado se expresa por la lámina de plomo. Las cuales palabras, sin embargo, del bienaventurado Job convienen también a la santa Iglesia, la cual custodiando los dos Testamentos de la sa-

grada elocuencia, como por segunda vez pide que se escriban sus sermones, diciendo: ¿Quién me otorgará que se escriban mis sermones? ¿Quién me dará que se graben en un libro? La cual, porque con fuerte sentencia habla ya a los corazones pesados por el peso de la avaricia, ya a los corazones duros, escribe con estilo de hierro en lámina de plomo o ciertamente en pedernal. Pero con derecho decimos que el bienaventurado Job usa las voces de nuestro Redentor y de su Iglesia si encontramos algo que habla abiertamente del mismo nuestro Redentor. [Vet. XXIX.] Pues ¿de qué modo se ha de creer que insinúa algo de él por figura, si no nos lo demuestra con voces abiertas? Pero ya abra lo que siente de él, y quítenos todas las ambigüedades de los pensamientos. Sigue:

66. La Iglesia pide que sus sermones se graben en los corazones pesados por la avaricia, y en los duros.---Estas cosas hemos dicho en pocas palabras por exceso, para mostrar que el peso del pecado se expresa por la lámina de plomo. Las cuales palabras, sin embargo, del bienaventurado Job convienen también a la santa Iglesia, la cual custodiando los dos Testamentos de la sagrada elocuencia, como por segunda vez pide que se escriban sus sermones, diciendo: ¿Quién me otorgará que se escriban mis sermones? ¿Quién me dará que se graben en un libro? La cual, porque con fuerte sentencia habla ya a los corazones pesados por el peso de la avaricia, ya a los corazones duros, escribe con estilo de hierro en lámina de plomo o ciertamente en pedernal. Pero con derecho decimos que el bienaventurado Job

usa las voces de nuestro Redentor y de su Iglesia si encontramos algo que habla abiertamente del mismo nuestro Redentor. [Vet. XXIX.] Pues ¿de qué modo se ha de creer que insinúa algo de él por figura, si no nos lo demuestra con voces abiertas? Pero ya abra lo que siente de él, y quítenos todas las ambigüedades de los pensamientos. Sigue:

CAPÍTULO LIV.

VERS. 25.---Pues yo sé que mi Redentor vive.

67. Job anunció abiertamente a Cristo Redentor.---Pues quien no dice creador, sino Redentor, lo anuncia abiertamente a Él que, después que creó todas las cosas, para redimirnos de la cautividad, apareció encarnado entre nosotros, y por su pasión nos libró de la muerte perpetua. Y es de notar con cuánta fe se adhiere a la virtud de su divinidad, de quien se dice por Pablo: Que aunque fue crucificado por flaqueza, pero vive por la virtud de Dios (2 Cor. 13, 4). Dice, pues: Pues yo sé que mi Redentor vive. Como si dijera con voces abiertas: Conozca cualquier infiel a aquel azotado, burlado, herido con palmas, coronado con corona de espinas, manchado con salivazos, crucificado, muerto; yo creo con fe cierta que Él vive después de la muerte, con voz libre profeso, porque mi Redentor vive, el cual sucumbió entre las manos de los impíos. Pero qué, bienaventurado Job, por su resurrección confías tú también de la resurrección de tu carne, profesa, te ruego, con voz abierta. Sigue:

CAPÍTULO LV

[Rec. XXVII].

IBÍD.---Y en el novísimo día he de resucitar de la tierra.

68. Cristo murió para que no temiéramos morir; resucitó para que confiáramos en que podemos resucitar.---Porque, a saber, la resurrección que mostró en sí mismo, la ha de realizar también en nosotros en algún momento. Pues la resurrección que mostró en sí mismo nos la prometió, porque los miembros siguen la gloria de su cabeza. Nuestro Redentor, por tanto, asumió la muerte para que no temiéramos morir. Mostró la resurrección para que confiáramos en que podemos resucitar. Por lo cual también quiso que esa misma muerte no fuera de más de tres días, no fuera que, si en él se dilataba la resurrección, en nosotros se desesperara de todo punto. Lo cual se dice bien de él por el Profeta: Del torrente beberá en el camino, por eso exaltará la cabeza (Sal. 109, 7). Pues se dignó beber como de un cierto río de nuestra pasión, no en la mansión, sino en el camino, porque tocó la muerte transitoriamente, esto es, por tres días, y en esa muerte que tocó, de ningún modo permaneció como nosotros hasta el fin del siglo. [Rec. XXVIII.] Mientras, pues, resucitó al tercer día, mostró lo que ha de seguir en su cuerpo, esto es, la Iglesia. Pues mostró con el ejemplo lo que prometió en el premio, para que así como los fieles reconocieran que él mismo había resucitado, así esperaran en sí mismos al fin del mundo los premios de la resurrección. He aquí que nosotros, por la muerte de la carne, per-

manecemos en el polvo hasta el fin del mundo, pero él al tercer día reverdeció de la aridez de la muerte; para que nos mostrara el poder de su divinidad por la misma innovación de su carne. Lo cual se demuestra bien por el Moisés con las doce varas puestas en el tabernáculo (Núm. 17, 2). Pues como se despreciara el sacerdocio de Aarón, que había sido de la tribu de Leví, y no se creyera digna a la tribu para ofrecer holocaustos, se mandó poner doce varas, según las doce tribus, en el tabernáculo; y he aquí que la vara de Leví reverdeció, y mostró qué virtud tenía Aarón en su oficio (Ibíd., 8). Con el cual signo, ¿qué se insinúa, sino que todos los que yacemos en la muerte hasta el fin del mundo, permanecemos como las varas restantes en la aridez? Pero permaneciendo todas las varas en la aridez, la vara de Leví vuelve a la flor, porque el cuerpo del Señor, nuestro verdadero sacerdote a saber, puesto en la aridez de la muerte, brotó en la flor de la resurrección. Por la cual flor rectamente se reconoce que Aarón es sacerdote, porque por esta gloria de la resurrección se muestra que nuestro Redentor, que nació de la tribu de Judá y de Leví, es intercesor por nosotros. He aquí, pues, que ya la vara de Aarón florece después de la aridez; pero las varas de las doce tribus permanecen en la aridez, porque ya ciertamente el cuerpo del Señor vive después de la muerte, pero nuestros cuerpos todavía se dilatan de la gloria de la resurrección hasta el fin del mundo. Por lo cual cautamente introdujo esta misma dilación, diciendo: Y en el novísimo día he de resucitar de la tierra.

[Vet. XXX.] 69. La resurrección de muchos muertos robustece nuestra confianza.---Tenemos, pues, esperanza de nuestra resurrección, considerada la gloria de nuestra cabeza. Pero para que nadie, tal vez con pensamiento tácito, diga que por eso él resucitó de la muerte porque él mismo, siendo uno solo Dios y hombre, superó con la divinidad la muerte que padeció por la humanidad, y que nosotros, que somos puros hombres, no podemos surgir de la condenación de la muerte, rectamente en el tiempo de su resurrección resucitaron también los cuerpos de muchos santos, para que nos mostrara el ejemplo en sí mismo y nos robusteciera con la resurrección de los otros que fueron semejantes a nosotros por la pura humanidad, a fin de que, cuando el hombre desesperara de percibir lo que el Dios hombre había mostrado en sí mismo, presumiera que esto podía hacerse en él, lo cual reconocería que se había hecho en aquellos que no dudaría que habían sido puros hombres.

70. Se establece la fe de la resurrección.---Hay, sin embargo, algunos que, considerando que el espíritu se separa de la carne, que la carne se convierte en podredumbre, que la podredumbre se reduce a polvo, que el polvo se disuelve de tal modo en los elementos que de ningún modo se ve por los ojos humanos, desesperan de que la resurrección pueda realizarse; y mientras miran los huesos secos, desconfían de que estos puedan vestirse de carnes y reverdecer de nuevo a la vida. Los cuales, si no mantienen la fe de la resurrección por obediencia, ciertamente debieron

haberla mantenido por la razón. Pues, ¿qué imita diariamente el mundo en sus elementos sino nuestra resurrección? Pues por los momentos de cada día la misma luz temporal como que muere, mientras, sobreviniendo las tinieblas de la noche, se sustrae aquello que se miraba, y como que diariamente resucita, mientras la luz quitada a los ojos se repara de nuevo suprimida la noche. Por los momentos de las estaciones también vemos que los árboles pierden el verdor de las hojas, y cesan de la procreación de los frutos; y he aquí que de repente, como de la leña seca, viniendo como una cierta resurrección, vemos brotar las hojas, crecer los frutos y vestirse todo el árbol con renovado decoro. Incesantemente vemos que las pequeñas semillas de los árboles se encomiendan a los humores de la tierra, de las cuales no mucho después vemos surgir grandes árboles, y brotar hojas y manzanas. Consideremos, pues, la pequeña semilla de cualquier árbol que se echa en la tierra para que de ella se produzca el árbol, y comprendamos, si podemos, dónde en aquella tan gran brevedad de la semilla se ocultó tan inmenso árbol que de ella salió, dónde la madera, dónde la corteza, dónde el verdor de las hojas, dónde la abundancia de los frutos. ¿Acaso se discernía algo semejante en la semilla cuando se echaba en la tierra? Y sin embargo, ordenándolo todo maravillosamente el oculto Artífice de todas las cosas, tanto en la blandura de la semilla se ocultó la aspereza de la corteza, como en su ternura se escondió la fortaleza del roble, y en su sequedad la abundancia de la fructificación. ¿Qué tiene, pues,

de extraño si reforma en hombre cuando quiere el finísimo polvo, reducido ante nuestros ojos en los elementos, él que reintegra inmensos árboles de las semillas más finas? Porque, pues, hemos sido creados racionales, debemos recoger la esperanza de nuestra resurrección de la misma apariencia y contemplación de las cosas. Pero porque en nosotros se entorpeció el sentido de la razón, se añadió como ejemplo la gracia del Redentor. Pues vino nuestro Creador, asumió la muerte, mostró la resurrección, para que los que no quisimos mantener la esperanza de la resurrección por la razón, la mantuviéramos por su ayuda y ejemplo. Diga, pues, el bienaventurado Job: Sé que mi Redentor vive, y en el novísimo día he de resucitar de la tierra. Y quienquiera que desespere de que la virtud de la resurrección pueda realizarse en él, avergüéncese de las palabras de un hombre fiel puesto en la gentilidad, y piense con cuánto peso de pena ha de ser herido, si todavía no cree la suya el que ya conoció realizada la resurrección del Señor, si también aquel creyó la suya, el que todavía esperaba que la del Señor Jesús se había de realizar.

[Vet. XXXI.] 1. Calidad de los cuerpos después de la resurrección.---Pero he aquí que oigo la resurrección, sin embargo inquiero el efecto de la misma resurrección. Pues creo que he de resucitar, pero quiero oír de qué clase. Pues me es necesario saber si resucitaré en algún otro cuerpo sutil tal vez, o aéreo, o en aquel cuerpo en que muera. Pero si resucitara en un cuerpo aéreo, ya no seré yo el que resucite. Pues, ¿cómo es verdadera la

resurrección si no puede ser verdadera la carne? Por tanto, la razón abierta sugiere que, si no fuera verdadera carne, sin duda no será verdadera resurrección. Pues ni rectamente puede llamarse resurrección donde no resucita lo que cayó. Pero quítanos estas nubes de duda, bienaventurado Job, y puesto que por la gracia recibida del Espíritu Santo comenzaste a hablarnos de la esperanza de nuestra resurrección, indica abiertamente si nuestra carne resucita verazmente. Sigue:

CAPÍTULO LVI

[Rec XXIX].

VERS. 26.---Y de nuevo seré rodeado de mi piel.

72. Se refuta el error de Eutiquio, que afirma que el cuerpo será impalpable y más sutil que el aire.---Al decirse abiertamente "piel", se quita toda duda de la verdadera resurrección, porque nuestro cuerpo no será, como escribió Eutiquio, obispo de la ciudad de Constantinopla, impalpable en aquella gloria de la resurrección, más sutil que los vientos y el aire. Pues en aquella gloria de la resurrección nuestro cuerpo será ciertamente sutil por el efecto de la potencia espiritual, pero palpable por la verdad de la naturaleza. Por lo cual también nuestro Redentor, a los discípulos que dudaban de su resurrección, les mostró las manos y el costado, ofreció los huesos y la carne para ser palpados, diciendo: Palpad y ved, porque el espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo (Lc. 24, 39). Al cual, estando yo

en la ciudad de Constantinopla, habiéndole presentado al mismo Eutiquio este testimonio de la verdad evangélica, dijo: Por eso el Señor hizo esto, para quitar la duda de su resurrección de los corazones de los discípulos. A quien dije: Es cosa muy admirable la que afirmas, que de allí nos nazca la duda de donde los corazones de los discípulos fueron sanados de la duda. Pues, ¿qué cosa peor puede decirse sino que esto se nos vuelva dudoso sobre su verdadera carne, por lo cual sus discípulos fueron reparados a la fe de toda duda? Pues si se afirma que no tuvo esto que mostró, de donde se confirmó la fe para sus discípulos, de allí se destruye la nuestra. El cual añadía también, diciendo: Tuvo un cuerpo palpable que mostró; pero después de confirmados los corazones de los que palpaban, todo aquello en el Señor que pudo palparse fue reducido a alguna sutileza. A estas mismas cosas respondí, diciendo: Escrito está: Cristo, resucitando de los muertos, ya no muere, la muerte no se enseñoreará más de él (Rom. 6, 9). Si, pues, algo en su cuerpo pudo mudarse después de la resurrección, contra la verídica sentencia de Pablo, después de la resurrección el Señor volvió a la muerte. ¿Lo cual quién, aun necio, presumirá decir, sino el que niega la verdadera resurrección de su carne? Entonces me objetó, diciendo: Como esté escrito: La carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios (1 Cor. 15, 50), ¿por qué razón se ha de creer que la carne resucita verazmente? A quien dije: en la sagrada elocuencia de un modo se dice carne según la naturaleza, y de otro modo según la culpa, o la corrupción. Carne ciertamen-

te según la naturaleza, como está escrito: Esto es ahora hueso de mis huesos, y carne de mi carne (Gén. 2, 23); y El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Jn. 1, 14). Pero carne según la culpa, como está escrito: No permanecerá mi espíritu en estos hombres, porque son carne (Gén. 6, 3). Y como dice el Salmista: Se acordó de que son carne: espíritu que va y no vuelve (Sal. 77, 39). Por lo cual también Pablo decía a los discípulos: Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu (Rom. 8, 9). Pues ni dejaban de estar en la carne aquellos a quienes transmitía las epístolas, sino que porque habían vencido las pasiones de los deseos carnales, ya libres por la virtud del espíritu, no estaban en la carne. Por tanto, lo que dice el apóstol Pablo: Porque la carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios, quiere que se entienda la carne según la culpa, no la carne según la naturaleza. Por lo cual también pronto mostró que decía la carne según la culpa, añadiendo: Ni la corrupción poseerá la incorrupción. En aquella gloria, pues, del reino celestial, la carne según la naturaleza estará, pero según los deseos de las pasiones no estará, porque vencido el aguijón de la muerte, reinará en la eterna incorrupción.

[Vet. XXXII.] 73. Se disuelven las respuestas y efugios de Eutiquio.---Dichas las cuales cosas, el mismo Eutiquio respondió que al punto consentía, pero sin embargo todavía negaba que el cuerpo palpable pudiera resucitar. El cual también en el librito que había escrito sobre la resurrección había insertado el testimonio del apóstol Pablo que dice: Lo que tú siembras no se vivifica si antes

no muere; y lo que siembras, no siembras el cuerpo que ha de ser, sino el grano desnudo (1 Cor. 15, 36). Apresurándose a mostrar esto, a saber, que la carne o será impalpable, o no será ella misma, mientras el santo Apóstol, tratando de la gloria de la resurrección, dijo que no se siembra el cuerpo que ha de ser. Pero a estas cosas se responde más pronto. Pues el apóstol Pablo, al decir: No siembras el cuerpo que ha de ser, sino el grano desnudo, insinúa esto que vemos, que el grano nace con el tallo y las hojas, el cual se siembra sin tallo y sin hojas. Él, por tanto, en el aumento de la gloria de la resurrección, no dijo que al grano de la semilla le faltara lo que era, sino que le asistiera lo que no era. Este, en cambio, mientras niega que resucite el cuerpo verdadero, de ningún modo dice que asista lo que faltaba, sino que falte lo que era.

74. El emperador piensa entregar a las llamas el libro de Eutiquio. Muere Eutiquio, abjurado el error.---Entonces, pues, llevados a una larga contienda sobre este asunto, comenzamos a apartarnos con gravísima simulación el uno del otro, cuando el emperador Tiberio Constantino, de piadosa memoria, recibiéndonos en secreto a mí y a él, conoció qué discordia versaba entre nosotros, y pesando la alegación de cada parte, destruyendo el mismo libro que había escrito sobre la resurrección también con sus propias alegaciones, deliberó que debiera haber sido quemado en las llamas. De lo cual, en cuanto salimos, me siguió una enfermedad válida, y al mismo Eutiquio le siguió al punto una enfermedad y

la muerte. Muerto el cual, porque casi no había nadie que siguiera sus dichos, disimulé proseguir lo comenzado, para no parecer que lanzaba palabras a las cenizas. Mientras, sin embargo, todavía vivía él, y yo estaba enfermo con fiebres validísimas, cualesquiera conocidos míos que iban a él por causa de saludo, según supe por su relación, tenía ante sus ojos la piel de su mano, diciendo: Confieso que todos resucitaremos en esta carne. Lo cual, como ellos mismos confesaban, antes había acostumbrado negar del todo.

75. Por las palabras de Job se prueba la resurrección.---Pero nosotros, posponiendo aquellas cosas, inquiramos sutilmente en los sermones del bienaventurado Job si la resurrección será verdadera y el cuerpo verdadero en la resurrección. [Vet. XXXIII.] Pues he aquí que ya no podemos dudar de la esperanza de la resurrección, cuando dice: Y en el novísimo día he de resucitar de la tierra. También quitó la duda sobre la verdadera reparación del cuerpo el que dijo: Y de nuevo seré rodeado de mi piel. El cual todavía, para quitar las ambages de nuestro pensamiento, añade:

VERS. 26.---Y en mi carne veré a Dios.

76. Job creyó que la carne ha de ser reducida al estado íntegro.---He aquí que confiesa con voces abiertas la resurrección, la piel, la carne. ¿Qué queda, pues, de donde nuestra mente pueda dudar? Si, pues, este varón santo, antes del efecto de la resurrección dominical, creyó que la carne ha de ser reducida al estado íntegro, ¿cuál será el reato de nuestra duda, si no se cree la verdadera resurrección de la carne ni después del ejemplo

del Redentor? Pues si después de la resurrección el cuerpo no ha de ser palpable, ciertamente resucita otro que el que muere, lo cual es nefasto de creer, que yo muera y otro resucite. Por lo cual te ruego, bienaventurado Job, añade lo que sientes y quítanos el escrúpulo de esta cuestión. Sigue:

CAPÍTULO LVII

[Rec. XXX].

VERS. 26.---A quien yo mismo he de ver, y mis ojos han de contemplar, y no otro.

77. Nuestra carne después de la resurrección será la misma por naturaleza, y diversa por gloria.---Pues si, como piensan algunos seguidores de errores, después de la resurrección el cuerpo no ha de ser palpable, sino que la sutileza de un cuerpo invisible se llamará carne, aunque no sea sustancia de carne, ciertamente es uno el que muere y otro el que resucita. Pero el bienaventurado Job les destruye esta sentencia con voz verídica, al decir: A quien yo mismo he de ver, y mis ojos han de contemplar, y no otro. Nosotros, en cambio, siguiendo la fe del bienaventurado Job, y creyendo verazmente que el cuerpo de nuestro Redentor fue palpable después de la resurrección, confesamos que nuestra carne después de la resurrección ha de ser la misma y diversa: la misma por naturaleza, diversa por gloria; la misma por verdad, diversa por potencia. Será, pues, sutil, porque también incorruptible. Será palpable, porque no perderá la esencia de la naturaleza veraz. Pero el varón santo añade con

qué esperanza mantiene esa misma confianza de la resurrección, con cuánta certeza la espera. Sigue:

CAPÍTULO LVIII.

IBÍD.---Esta mi esperanza está depositada en mi seno.

78. Job está certísimo de su resurrección.---Creemos que no tenemos nada más cierto que esto que tenemos en el seno. Por tanto, tuvo la esperanza depositada en su seno, porque presumió una verdadera certeza sobre la esperanza de la resurrección. Pero porque dio a conocer el día venidero de la resurrección, ya ahora, sea por su propia voz, sea en tipo de la santa y universal Iglesia, reprende los hechos de los malvados, y predice el juicio que sigue en el día de la resurrección. Pues al punto añade:

CAPÍTULO LIX.

VERS. 28, 29.---¿Por qué, pues, decís ahora: Persigámosle, y hallemos contra él la raíz de la palabra? Huid, pues, de la faz de la espada, porque la espada es vengadora de las iniquidades, y sabed que hay un juicio.

79. Por el juicio que ha de seguir a la resurrección, urge a los inicuos a la penitencia.---Pues con la anterior sentencia reprendió los hechos de los inicuos, pero con la siguiente dio a conocer las penas del juicio divino. Pues dice: ¿Por qué, pues, decís ahora: Persigámosle, y hallemos contra él la raíz de la palabra? Cualesquiera perversos,

porque con mal estudio oyen las cosas bien proferidas, y apetecen hallar entrada de acusación en la lengua del justo, ¿qué otra cosa buscan sino la raíz de la palabra contra él, de la cual a saber tomen el origen de hablar, y dilaten los ramos de la depravada locuacidad en la acusación? Pero el varón santo, cuando sufre tales cosas de los perversos, no se duele contra ellos, sino más bien por ellos, y reprende lo mal pensado, y les muestra los males que huyan, diciendo: Huid, pues, de la faz de la espada, porque la espada es vengadora de las iniquidades, y sabed que hay un juicio. Todo el que obra perversamente, por eso mismo por lo que desprecia temer esto, ignora que hay juicio de Dios. Pues si supiera que esto es de temer, no obraría lo que en él ha de ser castigado. Pues hay muchísimos que saben de palabra que hay un juicio final, pero obrando perversamente testifican que lo ignoran. Pues porque no teme esto como debe, aún no ha conocido con cuánto torbellino de terror llega. Pues si supiera pesar el peso del tremendo examen, precavería ciertamente temiendo el día de la ira. Huir también de la faz de la espada es aplacar la sentencia de la animadversión estrecha antes de que aparezca. Pues el terror del juez no puede evitarse sino antes del juicio. Ahora no se discierne, pero se aplaca con ruegos. Pero cuando se siente en aquel tremendo examen, y pueda ser visto, ya no podrá ser aplacado, porque los hechos de los perversos, que por mucho tiempo sostuvo tácito, los devolverá todos juntos airado. Por lo cual es necesario temer ahora al juez, cuando aún no ejerce el jui-

cio, cuando sostiene por mucho tiempo, cuando tolera todavía los males que ve, para que, cuando una vez sacuda la mano en la retribución de la venganza, tanto más estrechamente hiera en el juicio cuanto más tiempo esperó antes del juicio.

Libro D

ÉCIMO QUINTO.

En el cual se concluye la breve explicación de los capítulos 20 y 21 del libro de Job.

[Vet. et Rec. I.] Que los amigos del bienaventurado Job de ningún modo pudieron ser perversos, lo testifican las palabras de Sofar el Naamatita, el cual, oyendo de su boca el terror del juicio venidero, al punto añade:

CAPÍTULO PRIMERO.

CAP. XX, VERS. 2.---Por eso mis diversos pensamientos se suceden unos a otros, y mi mente es arrebatada a cosas diversas.

1. Con cuánto terror debemos ser afectados por su asidua consideración.---Como si dijera con voces abiertas: Porque considero el terror del juicio extremo, por eso me confundo en el temor por los tumultos de los pensamientos. Pues tanto más se dilata el ánimo en el pensamiento cuanto más pesa que es terrible aquello que amenaza. Y la mente es arrebatada a cosas diversas cuando ahora los males que hizo, ahora los bienes que descuidó hacer, ahora las cosas reprensibles en las que está, ahora las rectas que ve que aún le faltan, las pesa con solícito pavor. Pero los amigos

del bienaventurado Job, aunque enseñados por la asiduidad de su vida supieran vivir bien, sin embargo, ignorando pesar sutilmente los juicios de Dios, no creían que alguno de los justos pudiera recibir aquí males. Por lo cual también sospecharon que ese mismo varón santo era inicuo, a quien vieron azotado, y por esta sospecha se hacía que cayeran también en su reprensión; a la cual reprensión, sin embargo, descienden como bajo una cierta reverencia. Por lo cual Sofar añade diciendo:

CAPÍTULO II.

VERS. 3.---Oiré la doctrina con que me reprendes, y el espíritu de mi inteligencia me responderá.

2. Muchos oyen las advertencias para juzgar, no para seguir.---Como si dijera abiertamente: Oigo ciertamente tus palabras, pero si han sido rectamente proferidas, lo discierno por el espíritu de mi inteligencia. Pues los que desprecian las palabras del que enseña, toman su doctrina no para ayuda, sino para ocasión de contienda, para juzgar lo oído más bien que para seguirlo. Premitidas, pues, estas cosas bajo una cierta moderación, prorumpe ya en abierta exprobración del varón bienaventurado, cuando añade:

CAPÍTULO III

[Rec. II].

VERS. 4, 5.---Esto sé desde el principio, desde que fue puesto el hombre sobre la tierra, que la alabanza de los impíos es breve, y el gozo del hipócrita como un punto.

3. Breve es todo lo que se termina.---Está claro ahora que, inflado por el espíritu de su propia inteligencia, vuelve contra el bienaventurado Job aquellas sentencias que profiere contra los impíos. Pues a quien antes vio actuar justamente y después tolerar penas, estima que todo lo que vio en él fue hipocresía (hypocrisim), porque evidentemente no creyó que un siervo justo pudiera ser afligido por un Dios justo. Pero nosotros sigamos esas mismas sentencias suyas, que profirió como rectas aunque no rectamente, sopesándolas con solícita intención; y despreciando lo que dice falso contra el bienaventurado Job, miremos cuán verdaderas cosas diría si hablara esto contra los impíos. Dice, pues: Esto sé desde el principio, desde que fue puesto el hombre sobre la tierra, que la alabanza de los impíos es breve. [Vet. II.] Al ir a hablar de la brevedad de la vida presente, redujo el ojo del corazón al exordio del origen, para colegir de lo pasado cuán nulas son las cosas que parecen ser algo mientras son. Pues si desde el mismo nacimiento del género humano hasta este tiempo en que estamos dirigimos los ojos de la mente, vemos cuán breve ha sido todo lo que pudo terminarse. Supongamos, pues, que cualquier hombre llevara su vida desde el primer día de la creación del mundo hasta el día de hoy, y que hoy, sin embargo, terminara esa misma vida que parecía llevar tan larga; he aquí que el fin está

presente, lo pasado ya es nada, porque todo ha pasado. Nada hay futuro en este mundo, porque no queda para la vida ni el más breve momento. ¿Dónde está, pues, el largo tiempo que, comprendido entre el inicio y el fin, se consume de tal modo como si nunca hubiera sido ni siquiera breve?

4. Muchos no se cuidan de ser, sino de ser llamados buenos. El gozo del hipócrita pasa, la pena permanece. Los impíos (impii), por tanto, porque aman la vida presente, en ella sin duda elevados buscan recibir alabanza. Se ensalzan con los favores de la lengua, y no desean ser buenos, sino ser llamados así. Alabanza que ciertamente consideran larga mientras la consiguen, pero entienden que fue breve mientras la pierden. En el fin, en efecto, se les muestra cuán nada fue lo que amaron. Por lo cual rectamente se dice contra los mismos impíos: Esto sé desde el principio, desde que fue puesto el hombre sobre la tierra, que la alabanza de los impíos es breve. Donde se añade aptamente: Y el gozo del hipócrita como un punto. A menudo el hipócrita, mientras se simula santo y no teme en lo mínimo mostrarse inicuo, es honrado por todos, y se le otorga la gloria de la santidad por aquellos que ven lo exterior, pero no pueden penetrar lo interior. De donde resulta que se goza en la primera sesión, se alegra en el primer puesto de la mesa, se infla en el primer saludo, se eleva en la voz reverente de los que le obedecen, y se hincha con soberbia cogitación en el servicio de los súbditos, como también por la voz de la Verdad se dice de tales: Pero todas

sus obras las hacen para ser vistos por los hombres. Pues dilatan sus filacterias y engrandecen sus franjas. Aman los primeros puestos en las cenas, y las primeras cátedras en las sinagogas, y los saludos en el foro, y ser llamados por los hombres: Rabbí (Matth. XXIII, 5). Pero, ¿qué será este gozo de ellos comparado con la eternidad, cuando, irrumpiendo el trance de la muerte, se consume de tal modo como si no hubiera existido en absoluto? La alegría de tal gozo ciertamente pasó, y la pena permanece, y cuando se pierde la cosa, la causa dura. Bien se dice, pues: El gozo del hipócrita como un punto. En el punto, en efecto, el estilo nada más ponerse se levanta, ni se hace demora alguna para que se trace una línea que lo exprese. El gozo, pues, del hipócrita es a semejanza del punto, porque aparece por un momento, pero desaparece para siempre; y así como el estilo en el punto se levanta nada más ponerse, así el hipócrita pierde los gozos de la vida presente nada más tocarlos. Sobre lo cual también se añade:

CAPÍTULO IV

[Rec. III].

VERS. 6, 7.---Si su soberbia subiere hasta el cielo, y su cabeza tocare las nubes, al fin se perderá como un estercolero.

5. Los gozos de la vida presente, que los inicuos tanto estiman, los justos los consideran estiércol.---Se dice que la soberbia del hipócrita sube hasta el cielo, cuando su elación parece llevar una vida celestial. Su cabeza también toca

como las nubes cuando su parte principal, a saber, su intelecto, se cree igualado a los méritos de los santos precedentes. Pero al fin se pierde como un estercolero (sterquilinium), porque en su muerte, cuando es llevado a los tormentos, lleno del estiércol de los vicios, es pisoteado por los espíritus malignos. [Vet. III.] Pues los gozos de la vida presente, que los injustos estiman como grandes bienes, los justos los reputan estiércol. Por lo cual está escrito: Por el estiércol de los bueyes fue apedreado el perezoso (Eccli. XXII, 2). Aquel, pues, que no quisiere seguir a Dios, se vuelve perezoso por el amor de la vida eterna. Y cuantas veces es golpeado por el daño de las cosas temporales, sin duda se aflige por aquellas cosas que los varones justos desprecian como estiércol. El que, por tanto, se desgasta por el golpe de las cosas terrenas, ¿qué otra cosa es sino que es apedreado con el estiércol de los bueyes? Y rectamente se dice que el hipócrita es semejante al estercolero, porque mientras desea tener gloria temporal, ora por el pensamiento se hincha en sí mismo, ora envidia esa misma gloria en otros, e irradia a los que verdaderamente la tienen. De cuantos vicios está lleno, con tantos estiércoles hiede su pecho ante la vista del Juez eterno. Dígase, pues: Si su soberbia subiere hasta el cielo, y su cabeza tocare las nubes, al fin se perderá como un estercolero. El cual, aunque simula llevar una vida celestial, aunque ostenta que su intelecto es semejante al de los verdaderos predicadores, sin embargo al fin se pierde como un estercolero,

porque su mente es condenada por el hedor de sus vicios. Sigue:

CAPÍTULO V.

VERS. 7.---Y los que lo habían visto dirán: ¿Dónde está?

6. La vida de los hipócritas se detecta al fin.---Casi siempre la vida de los hipócritas, siendo réproba incluso para todos, se conoce al fin, para que por signos ya más abiertos se muestre quiénes fueron. Los que, pues, ahora lo vieron elevado, dirán del extinto: ¿Dónde está? Porque ni aparece aquí donde había estado elevado, ni en el descanso de la eternidad, en el que se pensaba que estaba. Sobre cuya brevedad de vida todavía se añade aptamente:

CAPÍTULO VI

[Rec. IV].

VERS. 8.---Como un sueño que se vuela no será hallado, pasará como una visión nocturna.

7. La vida del hipócrita es semejante a un fantasma.---¿Qué es la vida del hipócrita sino una cierta visión de un fantasma (phantasmatis), que muestra en imagen lo que no tiene por verdad? Por lo cual también se compara rectamente con un sueño, porque toda alabanza y gloria se pierden para él casi mientras se poseen. Pues a menudo en una visión nocturna, algunos pobres se admiran de haberse vuelto ricos, ven que se les otorgan honores, consideran que tienen ante

sí montones de riquezas, multitud de servidores, belleza de vestidos, abundancia de manjares; se alegran de haber escapado de la penuria que toleraban con gemido; pero de repente, cuando despiertan, hallan cuán falso era aquello de lo que se alegraban, y les pesa haber despertado, porque la verdadera penuria los atenaza al estar despiertos. Así las mentes de los hipócritas, mientras una cosa es lo que hacen y otra lo que muestran a los hombres, reciben alabanzas de la misma ostentación de santidad, son preferidos en la estimación de los hombres a muchos mejores, y mientras interiormente en su callada cogitación se ensoberbecen, exteriormente se muestran humildes. Y cuando son alabados inmoderadamente por los hombres, se consideran tales también ante Dios, cuales se alegran de haber sido conocidos por los hombres. De donde resulta que incluso presumen que han de percibir los premios de la vida eterna, y los que aquí saltan de gozo por los favores humanos, no dudan en absoluto que allá han de tener descanso. Pero entre estas cosas se desliza la hora oculta de la vocación, y cuando cierran los ojos de la carne, abren los de la mente, y nada más recibir los suplicios eternos, ven allí que fueron ricos en la estimación de las virtudes en sueños. Bien se dice, pues, de este hipócrita: Pasará como una visión nocturna. Porque esto de verse por un momento rico en las estimaciones humanas, es por la ostentación del fantasma, no por la solidez de la virtud. Pues cuando su mente despierta en la muerte de la carne, conoce sin duda que veía

los favores de los hombres a su alrededor estando dormido. Sigue:

CAPÍTULO VII

[Rec. V].

VERS. 9.---El ojo que lo había visto no lo verá, ni lo contemplará más su lugar.

8. Las lenguas de los aduladores nada le aprovechan en el juicio.---¿Cuál es el lugar del hipócrita sino el corazón de los aduladores? Allí ciertamente descansa, donde ha hallado favores. El ojo, pues, que lo había visto no lo verá, porque, retirado por la muerte, se esconde a sus necios amantes, que solían contemplarlo con admiración. Ni lo contemplará más su lugar, porque las lenguas de los aduladores no lo siguen al juicio con sus favores. Pero, sin embargo, mientras vive, no deja de enseñar incluso a sus seguidores las cosas que él mismo hace, y por la depravación de su error genera también a otros para esa simulación (simulationem) que exhibe. Sobre los cuales se añade aquí aptamente:

CAPÍTULO VIII.

VERS. 10.---Sus hijos serán desgastados por la penuria.

9. Multiplicados los hipócritas exteriormente, se vuelven vacíos interiormente.---Está escrito: En un alma malevolente no entrará la sabiduría (Sap. I, 4). Y por el Salmista se dice: Los ricos padecieron necesidad y tuvieron hambre (Psal.

XXXIII, 11). Pues si de hambre exterior se dijera su penuria y hambre, ciertamente no serían ricos los que carecieran del pan del cuerpo. Pero porque mientras se multiplican exteriormente, se vuelven vacíos interiormente, se mencionan como ricos e indigentes a la vez, porque evidentemente no merecen en lo más mínimo ser saciados con el pan de la sabiduría. Los hijos, pues, de este hipócrita son desgastados por la penuria (egestate), porque los que nacen en la hipocresía por la imitación de él, mientras no mantienen la solidez de la verdad, desfallecen en la penuria del corazón.

CAPÍTULO IX

[Vet. IV].

IBID.---Y sus manos le devolverán su dolor.

10. El suplicio eterno se pagará a los hipócritas como una especie de deuda.---¿Qué se designa por las manos sino las obras? Sus manos, pues, le devolverán el dolor, porque recibirá la justa condenación de su inicua operación. Bien se dice, pues, no que darán, sino que devolverán, porque sus acciones perversas le pagarán el suplicio eterno como una especie de deuda. Pero antes de que llegue a los suplicios eternos, añada más plenamente qué clase de hombre se muestra aquí. Sigue:

CAPÍTULO X.

VERS. 11.---Sus huesos se llenarán de los vicios de su adolescencia, y dormirán con él en el polvo.

11. Los vicios nunca abandonan a los hipócritas.---El origen de un mal comienzo multiplica las causas de la culpa incluso por presunción. Pues mientras uno comienza a obrar mal, por el uso crece ya para peor en aquello que había comenzado. ¿Qué es, pues, la adolescencia de este hipócrita sino el comienzo de la depravación? En la adolescencia ciertamente ya comienza a enfervorizarse la libídine. Y entonces el hipócrita tiene adolescencia, cuando comienza a apetecer y abrazar la libídine de la gloria. La cual en él, mientras los blandos fomentos de los aduladores la multiplican, la vuelven más robusta y la convierten casi en huesos. Pues esto que comenzó mal, lo robustece cada día para peor por la consuetumbre (consuetudinem). Dígase, pues: Sus huesos se llenarán de los vicios de su adolescencia, porque las duras consuetumbres de las depravaciones en él fueron tomadas del vicio de un pésimo comienzo. Por lo cual está escrito en los Proverbios: El adolescente según su camino, aun cuando envejeciere, no se apartará de él (Prov. XXII, 6). Huesos que ciertamente dormirán con él en el polvo, porque hasta tal punto perduran en él las inicuas consuetumbres, que lo arrastran hasta el polvo de la muerte. Pues dormir los huesos o los vicios con él en el polvo es no abandonarlo hasta el polvo, esto es, no cesar en lo mínimo de la iniquidad hasta la muerte. Lo atenazan, pues, las depravadas consuetumbres que una vez comenzaron, y cada día existen más duras. Y duermen con él en el polvo, porque no se terminan sino con su vida.

Pero estas cosas pueden entenderse también de otro modo.

[Vet. V.] 12. Simulando tener muchas cosas que no tienen, los hipócritas pierden incluso las que tienen.---Pues el hipócrita tiene a veces algo fuerte y válido en su operación; pero mientras simula tener muchos bienes que no tiene, pierde incluso los que tiene. Por lo cual bien se dice ahora: Sus huesos se llenarán de los vicios de su adolescencia. Porque siendo ligero y movible hace muchas cosas puerilmente, incluso en aquellas que hiciera fuertes se ablanda en el vicio. Huesos suyos que ciertamente dormirán con él en el polvo, porque evidentemente así como es polvo toda esa simulación que realiza, así también en él, si tiene algo válido, se vacía de toda solidez, de modo que por la arrogancia de la virtud pierda también esto que en él pudo ser virtud. Dormir los huesos con él en el polvo es, pues, perecer juntamente con sus actos depravados incluso lo que haya sido bien hecho. Sigue:

CAPÍTULO XI.

VERS. 12.---Pues cuando el mal fuere dulce en su boca, lo esconderá bajo su lengua.

13. Propio del hipócrita es pretender dulzuras con las palabras y maquinar perversidades con los pensamientos.---En la boca del hipócrita el mal es dulce, porque le es suave la iniquidad en la mente. La boca, en efecto, es la cogitación del corazón, de la cual está escrito: Labios engañosos en el corazón, y con el corazón hablaron males (Psal. XI, 3). Pero este mal, que en la boca del hipócrita

es dulce, se esconde bajo su lengua, porque la aspereza de la malicia que late en la mente se cubre bajo el velo de una blanda locución. Pues el mal estaría en la lengua, y no bajo la lengua, si el hipócrita al hablar abriera la malicia de su depravación. Pero así como la mayoría de los justos, cuando ven a algunos actuar perversamente, a los que hay que herir con duras reprensiones, toman aspereza en la lengua, pero bajo la lengua ocultan la benignidad de su mente. De donde también se dice por la voz del esposo de la santa Iglesia: Miel y leche bajo tu lengua (Cant. IV, 11). Pues los que no quieren abrir la dulzura de su mente a los débiles, sino que al hablar los hieren con cierta aspereza, y sin embargo entre las palabras ásperas como latente intercalan algo de dulzura, estos evidentemente no en la lengua, sino bajo la lengua tienen la dulzura, porque entre las cosas duras que profieren emiten algunas blandas y dulces, con las que la mente del contristado pueda ser confortada por la benignidad. Así todos los perversos, porque tienen el mal no en la lengua, sino bajo la lengua, pretenden dulzuras en sus discursos y maquinan perversidades en sus pensamientos. De aquí es, en efecto, que Joab tomó la barba de Amasa con la mano derecha, pero metiendo secretamente la izquierda hacia la espada, derramó sus entrañas (II Reg. XX, 9). Pues tomar la barba con la derecha es como adular por benignidad. Pero mete la izquierda hacia la espada el que hiere secretamente por malicia. De aquí que de su mismo jefe esté escrito: Bajo su lengua trabajo y dolor (Psal. X, 7). Pues el que no muestra

abiertamente los males que piensa, no ejerce en la lengua el trabajo y el dolor de aquellos cuya muerte desea, sino que lo presiona bajo la lengua. Bien se añade sobre este hipócrita:

CAPÍTULO XII

[Rec. VI].

VERS. 13.---Le perdonará, y no lo abandonará, y lo esconderá en su garganta.

14. Propio del hipócrita es no confesar nunca lo perpetrado.---Pues perdona al mal que ama, porque no lo persigue en sí mismo arrepintiéndose. De donde también se añade: No lo abandonará. Pues si quisiera abandonarlo, de ningún modo lo perdonaría, porque lo perseguiría. Pero esto lo esconde en la garganta, porque así lo guarda en la cogitación, que nunca lo profiere con la voz. Sigue:

CAPÍTULO XIII.

VERS. 14.---Su pan en su vientre se convertirá en hiel de áspides en su interior.

15. La gloria con que el hipócrita se deleita se convierte en hiel de áspides.---Lo que es el pan en el vientre, esto es la saciedad de la deleitación temporal en la mente. Sacíese, pues, ahora el hipócrita con la alabanza recibida, deléitese con los honores; su pan en su vientre se convertirá en hiel de áspides en su interior, porque la saciedad de la deleitación transitoria en el fin de la retribución se convertirá en amargura; y se reconoce que fue

la persuasión de la hiel de áspides, es decir, de los espíritus malignos, lo que aquí se creía que era alabanza de gloria. Pues entonces los inicuos ven que han sido infectados con el veneno de la antigua serpiente, cuando, entregados a las llamas vengadoras, son atormentados con ese mismo persuasor suyo. Por tanto, este pan sabe a una cosa en la boca, pero a otra en el vientre, porque la alegría de la deleitación transitoria es dulce mientras se realiza aquí como masticando; pero se amarga en el vientre, porque terminada la alegría, es tragada para la pena.

[Vet. VI.] 16. El hipócrita desea ser instruido en los misterios de la Sagrada Escritura, no para vivir de ellos, sino para ser ensalzado. O ciertamente, porque el pan se acepta no inconvenientemente como la inteligencia de la Sagrada Escritura, que refresca la mente y le proporciona las fuerzas para la buena obra, y a menudo el hipócrita también se esmera en ser instruido en los misterios de la sagrada elocuencia (*sacri eloquii*); sin embargo, no para vivir de ellos mismos, sino para que aparezca ante los demás hombres cuán docto es; su pan en su vientre se convertirá en hiel de áspides en su interior, porque mientras se gloría en la ciencia de la ley sagrada, convierte para sí la bebida de vida en una copa de veneno; y de allí muere el réprobo, de donde parecía ser instruido para la vida. Y esto no se acepta inconvenientemente, que a veces el hipócrita, mientras se esmera en la palabra de la doctrina para la ostentación, cegado por el juicio divino, entiende perversamente esta misma palabra que malamente busca. Pero

cuando cae en el error de la herejía, le sucede que, así como por la hiel de áspides, así el infeliz muere por el pan; y en su doctrina encuentra la muerte, porque en las palabras de vida mínimamente buscó la vida. Pero a menudo sucede que las elocuencias de la divina amonestación, aunque el hipócrita las entienda rectamente, porque de ningún modo las guarda en la obra, las pierda incluso antes de que termine el curso de la vida presente, para que pierda el saber lo que sabiendo no quiso hacer. De donde también se añade:

CAPÍTULO XIV

[Vec. VII.]

VERS. 15.---Las riquezas que devoró las vomitará, y de su vientre las extraerá Dios.

17. Por despreciar la buena obra, a menudo el hipócrita pierde incluso la ciencia.---El hipócrita quiere conocer las divinas elocuencias (*divina eloquia*), y sin embargo no hacerlas. Quiere hablar doctamente, y no vivir así. Por el hecho, pues, de que no actúa lo que conoce, pierde incluso esto que conoce, para que, al no asociar la pura operación a su ciencia, por despreciar la pureza de la buena obra pierda también la ciencia. Por tanto, las riquezas de la ley sagrada, que leyendo devoró, olvidando las vomita, y de su vientre Dios las extrae, porque lo que no quiso observar, por un justo juicio lo arranca de su memoria, para que no retenga los preceptos de Dios al menos en la lengua, los cuales no guardó en la vida. De donde se dice por el Profeta: Pero al pecador dijo Dios:

¿Por qué tú relatas mis justicias, y tomas mi testamento por tu boca (Psal. XLIX, 16)? Las cuales palabras de la doctrina también, si alguna vez sucede que el hipócrita parezca retenerlas en la boca hasta el fin, por ello más será condenado, de donde incluso el malo mínimamente es privado del buen don de Dios. Pues está escrito: Para los que retienen en la memoria sus mandamientos, para hacerlos (Psal. CII, 18). El que, pues, retiene sus mandamientos en la memoria, pero de ningún modo los hace, este retiene en las palabras de la doctrina las sentencias por las que sea condenado.

[Rec. VIII.] 18. Las sagradas elocuencias son para eterna condenación para aquellos que o no quieren conocerlas, o conociéndolas las desprecian. De aquí, en efecto, está escrito en Zacarías: ¿Qué ves tú, Zacarías? Y dije: Yo veo un volumen volador, su longitud de veinte codos, y su latitud de diez codos. Y me dijo: Esta es la maldición que saldrá sobre la faz de toda la tierra, porque todo ladrón, como allí está escrito, será juzgado (Zach. V, 2). Pues ¿qué es el volumen volador, sino la Sagrada Escritura? La cual, mientras habla de las cosas celestiales, eleva la intención hacia las cosas superiores de nuestra mente, porque mientras la vemos estar sobre nosotros, evitamos atender, esto es, codiciar, las cosas ínfimas. [Vet. VII.] La cual se dice que tiene una latitud de diez codos, y una longitud de veinte, porque la latitud de nuestra operación es simple, y la longanimidad (*longanimitas*) de la esperanza se extiende al doble, puesto que por nuestra buena obra se

nos prepara tanto aquí el descanso de la mente, como allí los gozos eternos, atestiguándolo la Verdad, que dice: Si alguno dejare casa, o campos, y lo demás, recibirá el céntuplo en este siglo, y en el futuro poseerá la vida eterna (Matth. XIX, 29; Luc. XVIII, 30). Pues el número cien se hace perfecto por la decena multiplicada por diez. Así, pues, recibe el céntuplo aquí el que, aunque nada tuviera, por esa misma perfección de la mente ya en este siglo no busca tener nada. Porque, pues, por esto se nos devuelve el doble por lo simple, rectamente este volumen se extiende en largo por veinte codos, el cual se dilata por diez. Pero porque estas mismas sagradas elocuencias son para eterna condenación para aquellos que o no quieren conocerlas, o ciertamente conociéndolas las desprecian, rectamente se dice de este volumen: Esta es la maldición que saldrá sobre la faz de toda la tierra (Zach. V, 3). Y por qué se llame maldición, añade: Porque todo ladrón, como allí está escrito, será juzgado. El hipócrita, pues, porque desprecia vivir según las palabras de la ley que conoce, y busca favores de la doctrina, será juzgado como ladrón, porque por esto que habla cosas justas, arrebata para sí la alabanza de la vida de los justos. Sobre quien todavía bien se añade:

CAPÍTULO XV

[Rec. IX].

VERS. 16.---Chupará la cabeza de los áspides, y le matará la lengua de la víbora.

19. El diablo en la tentación primero se desliza suavemente, después arrastra violentamente.--- El áspid es una serpiente pequeña, pero la víbora es de cuerpo más prolongado; y los áspides engendran huevos, y de sus huevos se procrean sus hijos, pero las víboras cuando han concebido, sus hijos se ensañan en el vientre, los cuales, rotos los costados de las madres, salen de sus vientres. De donde también la víbora, por el hecho de que pare por la fuerza (*vi pariat*), es nombrada. Por tanto, la víbora nace de tal modo que sale violentamente, y se produce con la extinción de su madre. ¿Qué, pues, se figura por los pequeños áspides sino las latentes sugestiones de los espíritus inmundos, que primero se deslizan en los corazones de los hombres con una pequeña persuasión? Pero ¿qué se designa por la lengua de la víbora, sino la violenta tentación del diablo? Pues primero se desliza suavemente, pero después incluso arrastra violentamente. Por tanto, chupa la cabeza de los áspides, porque el inicio de una sugestión oculta nace primero pequeño en el corazón, pero le mata la lengua de la víbora, porque después la mente capturada es muerta por el veneno de la violenta tentación. Primero los espíritus inmundos hablan al corazón del hombre con sutiles consejos, quienes mientras persuaden suavemente, como si derramaran el veneno de los áspides. De donde está escrito: Rompieron los huevos de los áspides y tejieron las telas de la araña. El que comiere de sus huevos morirá, y lo que fue calentado brotará en un regulo (*regulum*) (Isai. LIX, 5). [Vet. VIII.] Romper los huevos de los

áspides para los hombres malvados es abrir con obras perversas los consejos de los espíritus malignos, que laten en sus corazones. Tejer también las telas de la araña es obrar cualesquiera cosas temporales por la concupiscencia de este mundo. Las cuales, mientras no están consolidadas por ninguna estabilidad, sin duda las arrebata el viento de la vida mortal. Pero bien se añade: El que comiere de sus huevos morirá (Ibid.), porque el que recibe los consejos de los espíritus inmundos, mata en sí la vida del alma. Y lo que fue calentado brotará en un regulo (*regulum*), porque el consejo del espíritu maligno que se cubre en el corazón se nutre para la plena iniquidad (*iniquitatem*). Pues el regulo (*regulus*) se dice el rey de las serpientes. ¿Quién es la cabeza de los réprobos, sino el Anticristo? Por tanto, lo que haya sido calentado, brotará en un regulo (*regulum*), porque el que recibe en sí para ser nutridos los consejos del áspid, hecho miembro de la cabeza inicua crece en el cuerpo del Anticristo. Sobre este hipócrita, pues, se dice: Chupará la cabeza de los áspides, y le matará la lengua de la víbora, porque cuando recibe gustosamente la iniqua sugestión del antiguo enemigo, se entrega después vencido a sus violentas tentaciones. De donde también en el paraíso, al hombre que estaba en pie le llevó palabras de blanda persuasión (Gen. III, 5 ss.); pero a quien una vez arrebató al consentimiento, ya ahora incluso al que se resiste lo arrastra, y casi violentamente mata al vencido por las deleitaciones de su corrupción. Pero quizás podemos entender estas mismas cosas incluso por una

interpretación contraria. Pues porque con su veneno el áspid mata prontamente, pero la víbora más tarde, por el áspid se designa la violenta y súbita tentación, pero por la víbora la suave y diuturna. De donde también a aquel se le dice que la muerte está en la succión de la cabeza, pero a la víbora en la lengua, porque la tentación repentina a menudo mata a la mente que no lo espera tan pronto como surge; pero la tentación larga, porque sugiere cosas perversas persuadiendo por más tiempo, como desde la lengua la víbora mata. Y porque todo hipócrita, penetrado por la sugestión de los espíritus inmundos, como por el veneno de las serpientes, de ningún modo considera cuáles sean los dones supremos del Espíritu Santo, mientras divulga la intención del corazón en favores exteriores, rectamente se subraya:

CAPÍTULO XVI

[Rec. X].

VERS. 17.---No vea los rívulos del río, los torrentes de miel y de manteca.

20. El hipócrita está privado de la fe, la esperanza y la caridad.---En el Evangelio dice el Señor: El que cree en mí, como dice la Escritura, de su vientre fluirán ríos de agua viva (Juan VII, 38). Donde el Evangelista añade, diciendo: Pero esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en Él. Los rívulos del río, pues, son los dones del Espíritu Santo. Rívulo del río es la caridad (*charitas*), rívulo del río la fe, rívulo del río la esperanza. Pero puesto que todo hipócrita

no ama ni a Dios ni al prójimo, mientras busca la gloria transitoria del mundo, no ve los rívulos del río, porque no es infundido por la irrigación de la caridad. El hipócrita, mientras busca los lucros presentes, desprecia los dones futuros, y no teniendo fe, no ve en su mente el rívulo del río, porque la fe es el argumento de las cosas que no aparecen (Hebr. XI, 1). And mientras el hipócrita retiene las cosas que se ven, descuida la esperanza de las que no se ven. Por tanto, no ve el rívulo del río por el deseo, porque solo atiende a lo visible. Y está escrito: Pues lo que uno ve, ¿qué lo espera? (Rom. VIII, 24). Habría visto, pues, los rívulos del río, si cerrara los ojos a la gloria del mundo presente, y los abriera al amor de la patria celestial (*coelestis patriae*). Y hay que notar que no dice ríos, sino rívulos (*rivulos*). Pues por rívulos del río pueden entenderse aquellos dones espirituales que corren tan sutilmente de las cosas celestiales en la mente del amante, que no pueden ser expresados por la boca de la carne. Pues a menudo el alma del amante se llena de tanto don de la contemplación (*contemplationis*), que puede ver lo que no puede hablar. Pero el río torrente es esa misma inundación del Espíritu Santo, que se recoge en el alma del contemplador por una exuberante infusión, cuando la mente se llena más de lo que alcanza a entender.

[Vet. IX.] Y hay que saber que cuando la gracia del Espíritu Santo nos infunde, nos llena igualmente de miel y de manteca. Pues la miel cae de lo alto, pero la manteca se recoge de la leche

de los animales. Por tanto, la miel es del aire, pero la manteca es de la carne. Pero el Unigénito del Sumo Padre, aunque sea Dios sobre todas las cosas, se hizo hombre entre todas las cosas. Quien cuando nos llenó con la dulzura de su divinidad y con el misterio de su encarnación, nos sació igualmente con miel y con manteca. Porque, pues, el espíritu de Cristo alegra la mente que ha llenado, tanto con la dulzura de su divinidad como con la fe de su encarnación, estos rívulos del río torrente se mencionan como siendo de miel y de manteca a la vez, porque tanto por el conocimiento de Dios refrescan la mente con una alta suavidad, como por la gracia de la encarnación la ungen con el misterio del carisma. Pero porque este hipócrita, derramado en los favores exteriores, no percibe estos dones internos, añade hacia qué cosas tienda después de los suplicios, cuando se añade:

CAPÍTULO XVII

[Rec. XI].

VERS. 18.---Pagará todo lo que hizo, y sin embargo no será consumido.

21. Los condenados siempre mueren, sin ser nunca consumidos por la muerte.---Pues paga en el tormento aquellos deseos que aquí guardó ilícitamente; y, entregado a las llamas vengadoras, siempre muere, porque siempre se conserva en la muerte. Pues no se consume en la muerte, porque si se consumiera la vida del que muere, con la vida también terminaría la pena. Pero para que

sea crucificado sin fin, se le obliga a vivir sin fin en la pena, para que aquel cuya vida aquí estuvo muerta en la culpa, allí su muerte viva en la pena. Diga, pues: Pagará todo lo que hizo, y sin embargo no será consumido, porque es atormentado, y no se extingue; muere, y vive; desfallece, y subsiste; se termina siempre, y no tiene fin. Estas cosas son muy terribles solo de oír, ¡cuánto más por el padecimiento! Pero porque la multitud de su iniquidad (*iniquitatis*) exige que nunca pueda carecer de suplicios, se añade aptamente:

CAPÍTULO XVIII.

IBID.---Según la multitud de sus invenciones, así también padecerá.

22. Son atormentados para la pena con nuevas invenciones los que muchas cosas hallaron para la culpa.---Porque muchas cosas halló para la culpa, es atormentado con nuevas invenciones en la pena. Pues lo que aquí no pudo sospechar, esto siente allí entregado a la venganza. Pues así como los elegidos ejercitados en las buenas obras a menudo se esmeran en hacer más de lo que el Señor se dignó mandarles (pues la virginidad de la carne de ningún modo fue mandada, sino solamente alabada; pues si ella se mandara, sin duda el matrimonio ya se creería que es culpa, y sin embargo muchos valen por la virtud de la virginidad, para que evidentemente impendan más al obsequio de lo que recibieron por el precepto), así la mayoría de los perversos se ejercitan en actos malvados, para que hallen más que hacer en la perversa operación, de lo que pudieron recibir

ejemplos de iniquidad (*iniquitatis*) por el uso de los réprobos. De donde también son heridos con el tormento de una más amplia retribución, porque ellos mismos por sí mismos hallaron más acciones malvadas por las que deban ser heridos. [Vet. X, Rec. XII.] Bien, pues, se dice: Según la multitud de sus invenciones, así también padecerá. Pues no hallaría nueva iniquidad si no la buscara; y no la buscaría, si por el estudio no se apresurara a perpetrarla. Se pesa, pues, en su tormento la demasía de la mala cogitación, y recibe el dolor de la digna retribución. Y aunque el dolor de todos los condenados sea infinito, sin embargo reciben tormentos más graves los que muchas cosas hallaron en las iniquidades también por sus propios deseos. Pero porque Sofar introdujo la pena de este hipócrita, enseguida añade la culpa, ni narra una cualquiera, sino aquella de la que todas nacen. Pues está escrito: La raíz de todos los males es la codicia (*cupiditas*) (I Tim. VI, 10). Aquel, pues, a quien se dice que domina la codicia, se demuestra sin duda estar sujeto a todos los males. Pues añade:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 19, 20.---Porque quebrantando desnudó la casa del pobre, arrebató, y no la edificó, ni se sació su vientre.

23. Con pena eterna se castiga al que no dio lo suyo; cuánto más al que arrebató lo ajeno. La avaricia crece con los bienes deseados obtenidos, no se extingue.---Quebranta y desnuda la casa del pobre el que no se avergüenza de despojar tam-

bién por la avaricia (*avaritiam*) a aquel a quien oprime por el poder. La arrebata, y no la edifica. Como si abiertamente se dijera: El que debió edificarla, además la arrebata. Pues el Señor, que vendrá al juicio, ha de decir a los réprobos: Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui huésped, y no me recogisteis; desnudo, y no me cubristeis, y lo demás (Matth. XXV, 42). Por cuya culpa se añade: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles (Ibid.). Si, pues, con tanta pena es castigado el que se convence de no haber dado lo suyo, ¿con qué pena ha de ser herido el que se arguye de haber quitado lo ajeno? Arrebató, pues, y no la edificó, porque no solo nada dio de lo suyo, sino que también tomó lo que era ajeno. Pero bien se añade: Ni se sació su vientre. Pues el vientre del inicuo (*iniqui*) es la avaricia (*avaritia*), porque en ella se recoge cuanto se traga por el deseo perverso. Consta, en efecto, que la avaricia no se extingue con las cosas deseadas, sino que se aumenta. Pues a modo del fuego, cuando ha recibido la leña que consuma, crece; y de donde parece comprimirse la llama por un momento, de allí poco después se ve dilatarse. Y a menudo Dios omnipotente, cuando se aira vehementemente contra una mente avara, primero le permite que todo le abunde según su deseo, y después lo quita por la venganza, para que deba tolerar suplicios eternos por ello. De donde también se añade:

CAPÍTULO XX.

VERS. 20.---Y cuando haya tenido lo que deseaba, no lo podrá poseer.

24. Es signo de mayor ira, cuando se concede lo que malamente se desea.---Pues es de mayor ira (*iracundiae*) cuando se concede lo que malamente se desea, y de allí se sigue una repentina venganza, porque también obtuvo lo que deseó estando Dios airado. De donde también se dice por el Salmista, cuando se refiere que el pueblo deseó malamente el manjar de la carne: Aún estaba su manjar en su boca, y la ira (*ira*) de Dios subió sobre ellos, y mató a muchísimos de ellos (Psal. LXXVII, 31). Pues suelen aparecer más tarde los juicios divinos, cuando se impiden para que no deban cumplirse los malos deseos. Pues cuanto más pronto se permite que se cumpla un mal deseo, la mayoría de las veces tanto más rápido se castiga. De donde, pues, el hipócrita rápidamente se multiplica para ser poderoso, de allí se actúa con celeridad para que no sea, porque también los arbustos que crecen más tarde perduran por años; y los que progresan en la brevedad del tiempo se secan más rápido, y como cuando se apresuran a ser tienden al no ser. Sigue:

CAPÍTULO XXI

[Vet. XI].

VERS. 21.---Nada quedó de su comida.

25. Su comida es todo esto que deseó con deseo perverso. Pero herido el hipócrita, nada queda de su comida, porque cuando él es llevado a los suplicios eternos, es alienado de todos los

bienes que aquí había poseído. De donde también todavía se añade:

IBID.---Por eso nada permanecerá de sus bienes.

Pues si algo de sus bienes le permaneciera, se llevaría consigo lo que había tenido. Pero porque, rodeando todas las cosas, no quiso temer al Juez, retirado de esta vida, va desnudo al Juez. Para quien, sin embargo, siendo inicuo (*iniquo*), es menos para la retribución que sea atormentado en la pena subsiguiente, si al menos en esta vida se le permite ser libre. Pero no hay libertad en la culpa, porque está escrito: Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad (II Cor. III, 17). Y a menudo su misma culpa se convierte en pena para la mente perversa. De donde también rectamente se añade:

CAPÍTULO XXII

[Rex. XIII].

VERS. 22.---Cuando estuviere saciado, se angustiará (*arctabitur*).

26. La angustia de los ricos por la saciedad.---Pues primero anhela por la avaricia (*avaritiam*) congregar lo deseado; y cuando haya congregado muchas cosas como en un cierto vientre de la avaricia, saciado se angustia, porque mientras se ansía por cómo custodiar lo adquirido, su misma saciedad lo estrecha. Pues el campo de un cierto rico había dado abundantes frutos, pero porque no tenía dónde reponer tantos, dijo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde congregar mis frutos?

Y dijo: Esto haré, destruiré mis graneros, y los edificaré mayores (Luc. XII, 17). El que, pues, angustiado por la abundancia decía: ¿Qué haré?, como oprimido por mucho alimento se sofocaba. Pensemos con cuántos votos deseó que su campo diera abundantes frutos. He aquí, pues, que los votos se han cumplido, porque el campo había dado abundantes frutos. Pero porque los lugares no bastan para guardarlos, el rico multiplicado ignora qué hacer. ¡Oh angustia nacida de la saciedad! Por la ubertad del campo se angustia el alma del avaro. Pues diciendo: ¿Qué haré?, profectamente indica que, oprimido por los afectos de sus propios deseos, trabajaba bajo una cierta carga de cosas. Bien, pues, se dice: Cuando estuviere saciado, se angustiará (*arctabitur*). Porque la mente del avaro, que primero había buscado el descanso en la abundancia, después trabajaba más gravemente por la custodia. De donde aquí también todavía se añade:

CAPÍTULO XXIII.

IBÍD.---Se agitará (*aestuabit*), y todo dolor irrumpirá sobre él.

27. La ansiedad en adquirir y custodiar riquezas es un preludio de los suplicios eternos. Pues primero tuvo dolor en la misma fatiga de su concupiscencia, sobre cómo arrebataría lo deseado, cómo quitaría unas cosas con halagos (*blandimentis*), otras con terrores; pero después de que, por las cosas adquiridas, llegó al deseo, otro dolor lo fatiga, para que con solícito temor custodie lo que recuerda haber sido adquirido con grave

trabajo. De aquí y de allá teme a los acechadores, y teme mucho padecer aquello mismo que él hizo a otros. Teme a otro más poderoso, no sea que lo soporte violento; pero cuando mira al pobre, sospecha un ladrón. También cuida grandemente de aquellas mismas cosas que han sido amontonadas, no sea que por negligencia se consuman por el defecto de su propia naturaleza. En todas estas cosas, por tanto, porque el temor mismo es una pena, el infeliz padece tanto cuanto teme padecer. Después de esto también es llevado a la Gehena, y es entregado a los cruceamientos eternos. Todo dolor, por tanto, irrumpe sobre él, a quien aquí primero quema la pena de la concupiscencia, después ciertamente el cuidado de la custodia, y allí en algún momento la pena de la venganza.

[Vet. XII.] 28. La maravillosa seguridad del corazón no expuesto a la avaricia. Pero maravillosa es la seguridad del corazón, no buscar lo ajeno, sino permanecer contento con el sustento de cada día. De la cual seguridad, evidentemente, también nace el descanso perenne, porque de un pensamiento bueno y tranquilo se pasa a los gozos eternos. Por el contrario, los réprobos también aquí se fatigan en los deseos, y allí en los tormentos; y para ellos del trabajo del pensamiento nace el trabajo del dolor, mientras por el calor de la avaricia son arrastrados al fuego de la Gehena. Y porque, como ya hemos dicho arriba, a menudo cada perverso cuanto más rápido llega al deseo, tanto más fácilmente es arrebatado al tormento, se añade optando:

CAPÍTULO XXIII.

VERS. 23.---¡Ojalá se llenara su vientre, para que enviara en él la ira de su furor, y lloviera sobre él su guerra!

29. Los dardos de Dios llueven sobre el rico avaro. El Señor llueve su guerra sobre este hipócrita cuando hiere sus obras con las espadas de sus juicios. Pues llover guerra para Dios es urgir la vida del inicuo hacia la destrucción con sentencias estrechas desde lo alto. Llover guerra para Dios es herir los corazones que se enorgullecen contra Él, e impactar la mente árida, como con ciertas gotas de lluvia que se espesan, con los dardos de sus juicios, para que cuando ya sea arrebatado al juicio, ahora recuerde que deseó mal, y se esforzó por congregar lo deseado peor aún; ahora se duela de que deja lo congregado, y en algún momento también sienta el fuego de la venganza, que, para no vivir bien, despreció prever. Sigue:

CAPÍTULO XXV

[Rec. XIV].

VERS. 24.---Huirá de las armas de hierro, e irrumpirá en el arco de bronce.

30. Evitando la penuria temporal, la avaricia es entregada a suplicios perpetuos y, al mismo tiempo, eternos. Debe saberse que la avaricia a veces se insinúa por la elación, a veces ciertamente por el temor. Pues hay algunos que, mientras desean parecer más poderosos, se encienden en

la ambición de las cosas ajenas. And hay algunos que, mientras temen que les falten los medios necesarios de subsistencia, relajan su mente hacia la avaricia, y ambicionan lo ajeno, cuando sospechan que lo suyo no les puede bastar. Toda necesidad no incongruentemente es llamada hierro, porque tortura la vida del necesitado con la herida del dolor, como también está escrito de las necesidades de aquel que, vendido por sus hermanos, llevaba una vida afligida: *El hierro atravesó su alma* (Sal. 104, 18). ¿Qué son, pues, las armas de hierro, sino las necesidades de la vida presente, que oprimen duramente y persiguen la vida del necesitado? Pues el orín consume el hierro, pero el bronce suele ser más difícil de consumir. Por el hierro, por tanto, se figura la necesidad presente, que es transitoria, pero por el bronce la sentencia eterna. And porque el juicio soberano no es atendido por la mente del inicuo, justamente es comparado con un arco, ya que hiere como desde una emboscada, mientras aquel que es herido no lo advierte. Huirá, por tanto, de las armas de hierro, e irrumpirá en el arco de bronce, porque mientras, temiendo las necesidades presentes, arrebata muchas cosas por la avaricia, se antepone a las estrictas percusiones del juicio final. And cuando huye de las armas de hierro, es alcanzado por las saetas del arco de bronce, porque, precaviendo neciamente los males temporales, es herido por la sentencia eterna. Pues el que aquí huye con culpa de la dureza de la penuria, allí encuentra la perpetuidad de la justa venganza. [Vet. XIII.] Pero antes de que

sea arrebatado al juicio, todavía insinúa lo que este inicuo obra aquí. Sigue:

CAPÍTULO XXVI

[Rec. XV].

VERS. 25.---Sacada, y saliendo de su vaina, y relampagueando (*fulgurans*) en su amargura.

31. Atraídos al pecado por el diablo, salimos por nuestra propia voluntad. Este inicuo acecha las depredaciones de sus prójimos; pero mientras maquina cosas depravadas en sus pensamientos, es como si la espada estuviera todavía en la vaina; pero cuando perfecciona inicuamente el mal que pensó, sale de su vaina, porque de la ocultación de su pensamiento se abre por la iniquidad de la mala operación. Se muestra en la obra de qué tipo se ocultaba en el pensamiento. Y debe notarse lo que dice: *Sacada, y saliendo de su vaina*; sacada, a saber, por el seductor, pero saliendo por la propia voluntad. Pues el que es llevado, sin duda sigue al que lo lleva; pero el que sale, parece proceder según su propia voluntad. El que, por tanto, es a la vez atraído a cualquier obra mala por el antiguo enemigo, y sin embargo es ligado en sus deseos por su propio libre albedrío, se dice sacado y saliendo de su vaina, ya que esto que sale de un pensamiento depravado hacia una pésima operación, es tanto de aquel espíritu que sugirió, como de la maldad de aquel que consintió por su propia voluntad.

32. Cuanto más brillan los inicuos, tanto más agudamente serán castigados. Cuya terror de po-

der todavía se muestra cuando inmediatamente se subañade: *Y relampagueando en su amargura*. Pues el relámpago (*fulgur*) cuando viene de repente desde lo alto, con terror resplandece ante los ojos, muestra claridad, e hiere lo antepuesto. Así, así ciertamente, el inicuo cuando ha asumido la gloria de la vida presente, por la cual en este mundo se muestra claro por el poder, de ahí se actúa para que en lo último sea herido. Pues relampaguear, por así decirlo, es propio de los inicuos brillar en el honor de esta vida. Pero porque el esplendor de aquella gloria es entregado a los eternos suplicios de la Gehena, rectamente se dice ahora: *Relampagueando en su amargura*. Pues el que ahora se alegra hiriendo como por el terror y la claridad, de ahí después sostiene suplicios perpetuamente. Y ciertamente de un cierto rico está escrito (Lc. 16, 19) que banqueteaba cada día espléndidamente. Pero una cosa es brillar (*splendere*), y otra relampaguear (*fulgurare*). Pues a veces hay esplendor sin percusión, pero con el nombre de relámpago se expresa el esplendor con percusión. El que, por tanto, puesto en el poder daña a otros, no incongruentemente es llamado relampagueante, porque de donde él mismo se ensalza contra los buenos como por la luz de la gloria, de ahí es torturada la vida de los buenos. Sigue:

CAPÍTULO XXVII

[Rec. XVI].

IBÍD.---Irán, y vendrán sobre él seres horribles (*horribiles*).

33. Por cuantos vicios que se suceden es oprimido el pecador, por tantos espíritus malignos que van y vuelven es devastado. ¿Quiénes en este lugar son llamados horribiles, sino los espíritus malignos, que deben ser temidos y evitados por las mentes buenas? Y porque se debe creer que esos mismos espíritus malignos sirven cada uno a ciertos vicios, cuando este perverso parece ciertamente abandonar algunos vicios por un momento, pero comienza a realizar otros, sobre este profectamente van y vienen seres horribles, porque aunque otros males abandonen la mente del perverso, otros la ocupan. Pues a menudo verías a un inicuo constituido en el poder terrenal, conmoverse por un grave furor, ejecutar cualquier cosa que la ira haya sugerido; y cuando el furor se ha retirado, pronto la lujuria devasta su mente; cuando la lujuria se interrumpe por un tiempo, la elación inmediatamente, como por la continencia, se subroga en su pensamiento, y para que sea temido por los demás, apetece parecer terrible. Pero cuando la realidad exige que deba hablar algo con doblez, como pospuesto el terror de la soberbia, halaga con una locución remisa; y cuando ha dejado de parecer soberbio, no teme hacerse doble. En cuya mente, por tanto, los vicios se suceden a los vicios, rectamente se dice de él: *Irán, y vendrán sobre él seres horribles*, porque por cuantos vicios que se retiran y se suceden es oprimido, por tantos espíritus malignos es devastado su ánimo como por seres que

van y vuelven. Pero estas cosas que hace exteriormente proceden por partes; pues a su mente se ligan todos los males al mismo tiempo. De donde también se subañade:

CAPÍTULO XXVIII.

VERS. 26.---Todas las tinieblas están escondidas en sus lugares ocultos.

34. Todos los vicios están ligados en la mente del hipócrita. Pues aunque el hipócrita muestre acciones buenas en la superficie, aparecen sin embargo en él algunas tinieblas de malas obras; pero aun así manifiesta menos en la obra de lo que yace oculto en su pensamiento. Pues el que no cumple todas las cosas a la vez en el efecto, retiene tácitamente en su mente todas las cosas que puedan dañar. Todas las tinieblas, por tanto, se dicen escondidas en sus lugares ocultos, porque aunque no muestre en sí todos los males, apetece sin embargo inferir todos a sus prójimos. [Vet. XIV, Rec. XVII.] Pero subañada con qué venganza ha de ser herida esa mente tan réproba. Sigue:

CAPÍTULO XXIX.

IBÍD.---Lo devorará un fuego que no se enciende.

35. El fuego de la Gehena se fomenta maravillosamente, y tortura tanto el alma como el cuerpo. De un modo muy maravilloso ha sido expresado el fuego de la Gehena en pocas palabras. Pues el fuego corpóreo, para que pueda ser fuego, necesita de fomentos corpóreos. El cual,

cuando es necesario que se conserve, sin duda se nutre mediante leños amontonados; y no puede ser sino encendido, ni subsistir sino fomentado. Por el contrario, el fuego de la Gehena, aunque sea corpóreo, y queme corporalmente a los réprobos enviados a él, ni se enciende por el estudio humano, ni se nutre con leños, sino que una vez creado dura inextinguible, y no necesita encendido, ni carece de ardor. Bien, pues, se dice de este inicuo: *Lo devorará un fuego que no se enciende*, porque la justicia del Omnipotente, prescia de lo futuro, desde el mismo origen del mundo creó el fuego de la Gehena, que comenzara una vez a estar en la pena de los réprobos, pero nunca terminara su ardor aun sin leños. Pero debe saberse que todos los réprobos, porque pecaron a la vez por el alma y la carne, allí son atormentados igualmente en el alma y la carne. De donde por el Salmista se dice: *Los pondrás como horno de fuego, en el tiempo de tu rostro; el Señor en su ira los conturbará, y los devorará el fuego* (Sal. 20, 10). Pues el horno arde por dentro, pero aquel que es devorado por el fuego comienza a ser quemado desde la parte exterior. Para que, pues, las sagradas elocuencias demostraran que los réprobos arden tanto exterior como interiormente, testifican que ellos son devorados por el fuego y puestos como horno, para que sean torturados en el cuerpo por el fuego, y ardan en la mente por el dolor. De donde aquí también, cuando se decía de este impío: *Lo devorará un fuego que no se enciende*, inmediatamente se añade sobre su espíritu:

CAPÍTULO XXX

[Rec. XVIII].

IBÍD. Será afligido siendo dejado en su tabernáculo.

36. Los malos que ahora son sacados del cuerpo no queriendo, serán retenidos en el cuerpo contra su voluntad. Pues el tabernáculo de los inicuos es la carne, porque la habita alegre, y si fuera posible, desea no dejarla nunca. Pero los justos, porque ponen su gozo en la esperanza de las cosas celestiales, y su conversación está en los cielos (Fil. 3, 20), aunque todavía estén en la carne, están como si ya no estuvieran en la carne, porque no se alimentan de ningún deleite de la carne. De donde también se dice a algunos: *Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu* (Rom. 8, 9). Pues no es que no estuvieran en la carne quienes por las epístolas del maestro recibían las elocuencias de la exhortación; sino que estar como si ya no se estuviera en la carne es no tener nada del amor de las cosas carnales. Por el contrario este inicuo, porque puso todo su gozo en la vida carnal, habitó en el tabernáculo de la carne. La cual carne ciertamente, cuando la haya recibido en la resurrección, arderá con ella entregado al fuego de la Gehena. Entonces desea ser sacado de ella, entonces busca evitar sus tormentos, si puede; entonces comienza a querer evitar lo que amó. Pero porque antepuso esa misma carne a Dios, por el juicio de Dios se actúa para que por ella sea más torturado en el fuego. Aquí, por tanto, no quiere dejarla, y sin embargo es

arrancado de ella; allí desea dejarla, y sin embargo es retenido en ella a causa de los suplicios. Para el aumento, por tanto, del tormento, tanto aquí es sacado del cuerpo no queriendo, como allí es retenido en el cuerpo contra su voluntad. Porque, por tanto, su espíritu querrá evitar en el tormento la carne que se antepuso a sí mismo amándola mal, y no podrá, rectamente se dice ahora: *Será afligido siendo dejado en su tabernáculo*. Sobre cuya acusación pronto se dice:

CAPÍTULO XXXI

[Vet. XX, Rec XIX].

VERS. 27.---Los cielos revelarán su iniquidad, y la tierra se levantará contra él.

37. En el juicio los inicuos experimentarán acusadores justos e injustos. ¿Qué entendemos por los cielos sino a los justos, y qué por la tierra sino a los pecadores? De donde también en la oración dominical pedimos: *Hágase tu voluntad como en el cielo y en la tierra* (Mt. 6, 10), para que evidentemente la voluntad de nuestro creador, así como se perfecciona en todos los justos, así también se cumpla en todos los pecadores por igual. De los justos también está escrito: *Los cielos pregonan la gloria de Dios* (Sal. 18, 1). Al hombre que peca se le impone la sentencia por la que se dice: *Tierra eres, y a la tierra irás* (Gén. 3, 19). De este impío, por tanto, conducido a aquel terrible juicio, los cielos revelan la iniquidad, y la tierra se levanta contra él, para que quien aquí nunca perdonó ni a los buenos ni a los malos,

en aquel tremendo examen tanto la vida de los justos como la de los pecadores por igual lo acuse. Y ciertamente es más grave si alguien daña a los justos más que a los pecadores. De donde también se dice por el profeta: *Su sangre está en medio de ella, sobre la piedra limpísima la derramó; no la derramó sobre la tierra, para que pudiera ser cubierta por el polvo* (Ez. 24, 7). Significando por la tierra y el polvo a los pecadores, pero por la piedra limpísima al justo, que no se exacerba por los graves contagios de los pecadores. La sangre, por tanto, se derrama sobre la piedra limpísima, cuando la malicia de una mente sanguinaria se ensaña en la aflicción de un alma justa. Siendo, pues, más grave afligir injustamente a los justos que a los injustos, es sin embargo mucho más grave dañar a la vez tanto a los justos como a los injustos. Porque, por tanto, aquí el inicuo dañó a la vez tanto a los justos como a los injustos, en la acusación de condenación los cielos revelarán su iniquidad, y la tierra se levantará contra él, porque tanto se opuso a aquellos que gustaron de lo celestial, como oprimió a los que gustaron de lo ínfimo. En verdad por la tierra pueden ser designados no los pecadores y réprobos, sino aquellos que, ocupados en actos terrenales, por la ayuda de las limosnas y las lágrimas llegan a la vida eterna, de quienes se dice por el Salmista, cuando se anunciaba que el Señor vendría al juicio: *Convocó a los cielos desde arriba y a la tierra, para juzgar a su pueblo* (Sal. 49, 4). Pues convoca a los cielos desde arriba cuando aquellos que, dejando todas sus cosas, mantuvieron la

conversación de la vida celestial, son llamados para sentarse en el juicio, y vienen como jueces con Él. La tierra también es llamada desde arriba cuando aquellos que habían estado ligados a actos terrenales, buscaron sin embargo en ellos más los lucros celestiales que los terrenales, a quienes se dice: *Fui huésped y me recogisteis; desnudo, y me cubristeis* (Mt. 25, 43). Los cielos, por tanto, revelan la iniquidad de este hipócrita, y contra él se levanta la tierra, mientras tanto los que vienen como jueces con Dios, como los que son liberados por el juicio, existen como testigos de aquella depravación. Nada, por tanto, de lo que hizo en el tiempo se oculta para su condenación, y si bien sus actos ahora se ocultan mucho a los hombres por la duplicidad, en el día de la condenación se muestra todo lo que en él yacía oculto intrínsecamente. De donde aptamente se subañade:

CAPÍTULO XXXII

[Vet. XVI].

VERS. 28.---Será manifiesto el germen de su casa, será arrastrado en el día del furor de Dios.

38. En el juicio se revelarán los males que yacen ocultos por dentro. Entonces se manifiesta el germen de su casa, cuando se muestra todo el mal que nacía en su conciencia. Pues ahora el germen de la casa del hipócrita permanece oculto, porque aunque su operación aparezca buena en imagen, late sin embargo la intención. Pues una cosa es lo que hace, otra lo que intenta. Pero cuando, al venir el Juez, la conciencia de cada uno haya sido

conducida al testimonio, de donde está escrito: *Acusándoles sus pensamientos, o también defendiéndoles* (Rom. 2, 15), en esto se manifiesta el germen de la casa del hipócrita, porque en su mente se detecta el pensamiento perverso. Y en el día del furor de Dios es arrastrado, porque, mostrada la ira del juez, entregado a las llamas vengadoras, es separado de su presencia. Pues el que no quiso pensar en lo sumo mientras vivía, deprimido por el peso de sus propios pecados, caerá de la faz del Juez a lo ínfimo de los suplicios. Pero ahora el juez considera al pecador y lo tolera, y espera a cada uno a la conversión, porque es día de paciencia, y aún no es día de furor. Pero en este día de paciencia permanece como inmóvil el hipócrita, mientras tanto perpetra muchos males, y ningún azote lo castiga. Pero en el día del furor será arrastrado, porque, arrebatado en el tiempo de la venganza a los suplicios, es separado del rostro del Juez eterno. Sigue:

CAPÍTULO XXXIII

[Rec. XX].

Esta es la parte del hombre impío de Dios, y la heredad de sus palabras del Señor.

39. En el juicio se castigarán hasta los males más pequeños. ---Pues si hubiera querido obrar bien estando puesto en esta vida, tendría su parte con el Señor en el consorcio del reino celestial. Pero porque eligió estar sujeto a deseos depravados, encuentra su parte de parte del Señor en los tormentos, porque no buscó participar de la

gracia del mismo Señor. Pero bien se dice: Y la heredad de sus palabras del Señor. Pues el que por grandes males es sumergido en el suplicio, tal vez se creía que por las palabras que había dicho mal mínimamente sería juzgado. Pero cuando la estricta justicia de Dios omnipotente exige el suplicio de los réprobos por sus actos perversos, les devuelve los males hasta la retribución (retributionem) de las palabras, para que quienes son deudores de grandes males, entregados a los suplicios, paguen hasta el último cuadrante. Pues aquellas cosas mínimas se perdonan a quienes lloraron en sí mismos estrictamente los males mayores. Porque a quienes las grandes cosas oprimen, también los males mínimos en la Gehena (gehenna) igualmente los afligen. Los hombres santos, sin embargo, no desean recibir una parte del Señor, sino tener al mismo Señor por su parte. Por lo cual el Profeta suplica, diciendo: Dios es mi porción (Sal. 72, 26). Pero el inicuo, porque no buscó tener al mismo Señor como su porción, encuentra su parte fuera del Señor en el fuego, para que, excluido de su rostro, porque no apeteció gozar en Él, sea atormentado bajo Él. Estas cosas Sofar las introdujo de tal modo que por medio de las cosas que había dicho contra el hipócrita hería la vida del bienaventurado Job, estimando que aquel que había sido herido por el Señor no habría obrado con mente sencilla todas las cosas buenas que había hecho. Pues a quien vio herido, creyó que había desplacido a Dios. Pero los amigos del bienaventurado Job también en esto mantienen la semejanza de los herejes,

que en la santa Iglesia, mientras ven a algunos que obran bien gemir bajo los azotes, estiman que no tienen buenos méritos en sus buenos actos, y creen malos a quienes ven afligidos por el golpe divino, ignorando a saber que muchas son las tribulaciones de los justos (Sal. 33, 20); y azota a todo hijo que recibe (Heb. 12, 6). Pero el bienaventurado Job, al modo de la santa e Iglesia universal, que tolera con ecuanimidad los dardos de las palabras de los perversos, y cuando oye los dichos de los soberbios, no abandona el sendero de su humildad, añadió con gran humildad de corazón, diciendo:

CAPÍTULO XXXIV

[Vet. XXII, Rec. XXI].

JOB CAPÍTULO XXI, VERS. 2.---Oíd, os ruego, mis palabras, y haced penitencia.

40. Los santos, mientras enseñan rectamente, no temen ser burlados. ---Pues el que al decir Oíd, añadió Os ruego, insinúa con cuánta humildad habla, mientras ruega a quienes se ensoberbecen contra él, para que reduzca el sentido de ellos a la doctrina de la salvación. Los hombres santos, en cambio, mientras dentro de la Iglesia universal están dispuestos no sólo a enseñar lo recto, sino también a tolerar lo perverso, no temen ser burlados. Por lo cual también se añade:

CAPÍTULO XXXV.

VERS. 3.---Soportadme, para que también yo hable, y después de mis palabras, si os parece, reíd.

41. Los santos en sus palabras buscan aprovechar a sus oyentes y a sí mismos. Para los oyentes soberbios es carga pesada la doctrina de la humildad. ---Pues los buenos, cuando hablan, son dos cosas las que atienden en sus locuciones, a saber, que aprovechen o a sí mismos y a sus oyentes, o a sí mismos solos, si no pueden aprovechar a los oyentes. Pues cuando se oyen bien las cosas buenas que dicen, aprovechan a la vez a sí mismos y a los oyentes. Pero cuando son burlados por los oyentes, sin duda se aprovecharon a sí mismos, a quienes hicieron libres de la culpa del silencio. El bienaventurado Job, por tanto, para aprovecharse a sí mismo y a sus oyentes, diga: Oíd, os ruego, mis palabras, y haced penitencia. Pero para que él mismo pague lo que debe, aunque no pueda aprovechar a los oyentes, añade: Soportadme, para que también yo hable, y después de mis palabras, si os parece, reíd. Y hay que notar que al añadir Haced penitencia, antepuso Oíd; pero cuando añadió Después de mis palabras, si os parece, reíd, antepuso Soportadme. Pues oír es propio del que quiere, soportar del que no quiere. Sus amigos, pues, si desean ser enseñados, oigan; pero si están dispuestos a burlarse, soporten lo que se dice, porque a saber para las mentes soberbias es peso grave de carga la doctrina de la humildad. Sigue:

CAPÍTULO XXXVI

[Rec. XXII].

VERS. 4.---¿Acaso es contra el hombre mi disputa, para que no deba contristarme merecidamente?

42. Job, hecho más humilde por los azotes, sólo temió haber desplacido a Dios. ---Todo aquel que, complaciendo a Dios, desplace a los hombres, no tiene causas de tristeza. Pero el que, o complaciendo a los hombres desplace a Dios, o cree que desplace a la vez a Dios y a los hombres, si a este la tristeza no lo afecta, existe ajeno a la virtud de la sabiduría. Pero el bienaventurado Job creyó haber desplacido a Dios entre los azotes, y por ello revocó su ánimo a la tristeza, porque no era despreciable aquel a quien temía haber desplacido. Si, en cambio, disputara contra el hombre sobre los méritos de su vida, de ningún modo debería haberse contristado; pero porque por los azotes presentes se había vuelto dudoso sobre su vida pasada, en el azote requería con derecho la tristeza. Por lo cual también añade:

CAPÍTULO XXXVII.

VERS. 3.---Atendedme, y estupefactos quedaos.

43. De las percusiones de Job hay que aprender qué debemos temer. ---Es decir, considerad las cosas que hice, y admiraos de esta percusión que padezco. El cual todavía rectamente añade, diciendo:

IBÍD.---Y poned el dedo sobre vuestra boca.

Como si abiertamente dijera: Sabiendo las cosas buenas que hice, y considerando los males que padezco, refrenaos también vosotros de la culpa de las palabras, y temed vuestros propios daños en mis percusiones. O ciertamente porque con los dedos discernimos cada cosa, no incongruentemente por el dedo se designa la discreción. Por lo cual también se dice por el Salmista: Bendito el Señor Dios mío, que enseña mis manos para el combate, y mis dedos para la guerra (Sal. 143, 1). Designando por las manos la operación, por los dedos en cambio la discreción. [Vet. XVIII.] El dedo pues se pone sobre la boca cuando por la discreción se refrena la lengua, para que por esto que habla no caiga en la culpa de la estulticia. Dice pues: Poned el dedo sobre vuestra boca, es decir, adjuntad a vuestra locución la virtud de la discreción, para que por medio de estas cosas rectas que decís contra el hipócrita veáis a quiénes se han de decir. Sigue:

CAPÍTULO XXXVIII.

VERS. 6.---Y yo cuando me acuerdo, me aterrorizo, y sacude mi carne el temblor.

44. Algunas cosas se dicen irónicamente y por burla por los santos. ---Puesto que el bienaventurado Job no fue olvidadizo de sus propios actos, su última locución lo muestra. Por lo cual esto que ahora se dice por él a los amigos: Y yo cuando me acuerdo, me aterrorizo, y sacude mi carne el temblor, consta sin duda que se dice por burla. Como si abiertamente se dijera: Si me acuerdo de haber tenido algo de hipócrita, al punto tiemblo

en el llanto de la penitencia. Pero dice que su carne, si se acordara, es sacudida por el temblor, es decir, que la debilidad de la obra es fatigada por el pavor de la venganza. Pero porque Sofar afirmó muchas cosas sobre la súbita condenación del impío, en las cuales mordió la potencia del bienaventurado Job, el hombre santo añade contra sus dichos, diciendo:

CAPÍTULO XXXIX

[Rec. XXIII].

VERS. 7.---¿Por qué, pues, viven los impíos, han sido elevados y confortados con riquezas?

45. Se pondera la felicidad de esta vida, en las dignidades y riquezas, en los hijos y parientes; en la casa pacificada; en la fecundidad de los rebaños; en la multitud y exultación de la familia. ---Pues si no los tolerara la paciencia divina, de ningún modo llevarían por mucho tiempo la vida en pecados. Pues son elevados con las riquezas cuando empiezan a ser potentes, pero son confortados cuando se les permite subsistir por mucho tiempo en esta vida. Pues a quienes la sustancia eleva, en el fasto de su potencia la longitud de los días los conforta. O ciertamente se dicen elevados y confortados, porque son elevados por los honores, confortados por las cosas. Pero hay muchos que, tanto elevados por los honores como confortados por las riquezas, reciben aquellas cosas que desean en esta vida, pero son privados de la sucesión de la prole. Para estos sin duda su misma potencia es pena, cuando consideran que

tienen una gran herencia, y no tienen herederos a quienes dejarla. ¿Qué aprovecha pues si todas las cosas están presentes, y faltan los hijos que sean sucesores? Sigue:

CAPÍTULO XL.

VERS. 8.---Su simiente permanece ante ellos con ellos.

46. Para aumento de la gran felicidad, con el gran patrimonio se dan también herederos; y para que ninguna necesidad siquiera temporal sustraiga de sus ojos a aquellos en quienes el alma exulta, de esta simiente de ellos se dice: Permanece ante ellos. Pero ¿qué si se han dado hijos, pero ellos mismos son heridos por la esterilidad? Así se extingue en ellos el linaje, tal como se temía que se extinguiera por la esterilidad de los padres. Sigue:

IBÍD.---La muchedumbre de sus parientes y nietos ante sus ojos. [Propinquorum turba et nepotum in conspectu eorum.]

He aquí que la vida está presente, los honores y riquezas están presentes, los hijos están presentes, los nietos están presentes. ¿Qué si algún pensamiento interno abrasara la mente, y la riña doméstica atravesara los goces de la seguridad? ¿Qué es la felicidad de este mundo, si no es alegre? Sigue:

CAPÍTULO XLI.

VERS. 9.---Sus casas están seguras y pacíficas, y no está la vara de Dios sobre ellos.

47. Seguras y pacíficas son, porque viven pecando, hacen cosas lamentables, y no abandonan los goces. La vara (virga) de la disciplina celestial no los hiere, y tanto más aprovechan en la culpa, cuanto menos por la culpa son golpeados. Pero porque hemos oído las cosas que prosperan por dentro, veamos también en los campos qué prosperidad les sonríe. Sigue:

VERS. 10.---Su buey concibe, y no aborta; su vaca pare, y no es privada de su feto.

El uso de la locución vulgar es que llame al macho buey y a la hembra vaca, pero la locución de la literatura (es decir, de la gramática), llama al buey de género común. Por lo cual ahora se dice: Su buey concibe, y no aborta; su vaca pare, y no es privada de su feto. Para los dueños de los rebaños la primera felicidad es, si el rebaño no teniendo esterilidad concibe; la segunda, si lo concebido llega al parto; la tercera en cambio, si esto que ha nacido por medio de los alimentos es conducido al crecimiento. Para demostrar pues que todo a la vez estaba presente para los impíos, el bienaventurado Job afirma que sus rebaños concibieron, y no abortaron; parieron, y de su propio feto no fueron privados. Pero menor es la felicidad si, cuando los rebaños crecen, los custodios de los rebaños tampoco aprovechan. Por lo cual también a la fecundidad de los rebaños pronto se subroga la fecundidad de la familia. Pues se dice:

CAPÍTULO XLII.

VERS. 11.---Salen como rebaños sus pequeñuelos, y sus niños saltan de gozo.

48. Para que así como se han concedido cosas mayores para poseer, así muchos broten para custodiarlas. Pero porque dijo Saltan de gozo, para que no creyéramos que el mismo juego de los infantes en la casa de los inicuos fuera muy vil, añadiendo, dice:

VERS. 12.---Toman el tamboril y la cítara, y gozan al sonido del órgano.

Como si patéticamente dijera: Cuando los señores se hinchan con honores y cosas, los súbditos gozan en actos lúdicos. Pero, oh varón bienaventurado, ¿por qué nos cuentas tantas cosas de los placeres de los inicuos? Ya hace mucho que hablas en su descripción, después de muchas cosas distingue brevemente lo que sientes. Sigue:

CAPÍTULO XLIII

[Vet. XIX, Rec. XXIV].

VERS. 13.---Pasan sus días en bienes, y en un punto descienden al infierno.

49. Todo lo que tiene fin es momentáneo. La prosperidad de la inocencia y la adversidad de la iniquidad no son argumentos.--- He aquí, varón bienaventurado, habías narrado largamente sus goces; ¿cómo afirmas ahora que en un punto descienden al infierno, sino porque toda longitud de tiempo de la vida presente se reconoce como un punto, cuando se termina con el fin? Pues cuando cada uno es conducido al extremo, ya nada retiene de lo pasado, porque todos los tiempos se han deslizado; en el futuro nada tiene, porque no restan los momentos de una sola hora. La vida,

pues, que así pudo estrecharse, fue un punto. Pues como dijimos antes, en un punto ponemos y levantamos el estilo. Como en un punto tocó la vida el que la recibió y la perdió. En este punto puede también entenderse que a menudo aquellos que han sido largamente tolerados en la iniquidad son arrebatados por una muerte súbita, de modo que ni siquiera se les permita llorar antes de la muerte lo que pecaron. Pero porque a veces también la vida de los justos termina con un fin súbito, mejor aceptamos aquello, si sentimos esto sobre su vida temporal, porque todo lo que pudo pasar fue súbito. Pero a los amigos del bienaventurado Job, que por eso creyeron que este era injusto porque lo vieron azotado, rectamente se mostró por la voz del mismo santo varón sobre el florecimiento y la perdición de los inicuos que la prosperidad de la vida presente no es testigo de la inocencia, porque muchos vuelven a la vida perenne por los azotes, y muchísimos, que han de ser conducidos a castigos infinitos, mueren sin azote. Sobre los cuales todavía se añade:

CAPÍTULO XLIV

[Rec. XXV].

VERS. 14.---Que dijeron a Dios: Apártate de nosotros.

50. Quienes no obedecen los mandatos de Dios, lo alejan de sí.--- Estas cosas ni siquiera los necios presumen decirlas con palabras; pero, sin embargo, todos los perversos dicen a Dios "Apártate", no con palabras, sino con sus costumbres.

Pues quienes hacen aquellas cosas que el Dios omnipotente prohíbe, ¿qué otra cosa hacen sino cerrar su ánimo contra el Omnipotente? Pues así como pensar en sus preceptos es introducirlo en uno mismo, así resistir a sus mandatos es repelerlo de la inhabitación del corazón. Dicen, pues: "Apártate de nosotros", quienes se niegan a darle acceso a sí mismos, y lo impugnan con actos depravados, aunque parezcan alabarlo con palabras. Dicen también:

CAPÍTULO XLV.

IBÍDEM.---No queremos la ciencia de tus caminos.

51. Una cosa es no saber los caminos de Dios, otra no querer saberlos.--- Por eso mismo por lo que desprecian aprehender su ciencia. Pues hay algunos que, por aquello que dice la Verdad: "El siervo que no conoció la voluntad de su señor, e hizo cosas dignas de azotes, será azotado con pocos; y el siervo que conoció la voluntad de su señor, y no hizo conforme a ella, será azotado con muchos" (Luc. 12, 47, 48); no quieren saber qué deben hacer, y piensan que han de ser menos azotados si no saben lo que debieron obrar. Pero una cosa es no haber sabido, otra haber no querido saber. Pues no sabe el que quiere aprehender y no puede. Pero el que para no saber aparta el oído de la voz de la verdad, este no es juzgado como ignorante, sino como despreciador. [Vet. XX.] Pero el camino de Dios es la paz, el camino de Dios es la humildad, el camino de Dios es la paciencia. Pero porque los inicuos desprecian todas estas cosas,

dicen: "No queremos la ciencia de tus caminos". Pues mientras se ensoberbecen en la vida presente, mientras se hinchan con honores, mientras los apetecen aunque no los tengan, desprecian los caminos de Dios en su pensamiento. Pues porque el camino de Dios en esta vida fue la humildad, el mismo Dios y Señor nuestro redentor vino a los oprobios, a las contumelias, a la pasión, y toleró con ecuanimidad las adversidades de este mundo, y evitó con fortaleza las prosperidades, para enseñar que se deben apetecer las prosperidades de la vida eterna, y no temer las adversidades de la vida presente. Pero porque los inicuos apetecen la gloria de la vida presente y huyen de la ignominia, se recuerda que dicen: "No queremos la ciencia de tus caminos". Pues no quieren saber lo que desprecian hacer. Cuyas palabras todavía se añaden, cuando se dice:

CAPÍTULO XLVI

[Rec. XXVI].

VERS. 15.---¿Quién es el Omnipotente, para que le sirvamos?

52. Los carnales, o sospechan que Dios no existe, o desprecian servirle.--- Pues la mente del hombre, mal derramada exteriormente, está tan dispersa en las cosas corpóreas, que ni vuelve a sí misma en su interior, ni es suficiente para pensar en aquel que es invisible. De donde los varones carnales, despreciando los mandatos espirituales, porque no ven a Dios corporalmente, llegan a veces a esto, a sospechar incluso que no

existe. De donde está escrito: "Dijo el necio en su corazón: No hay Dios" (Sal. 13, 1). De donde ahora también se dice: "¿Quién es el Omnipotente, para que le sirvamos?". Pues la mayoría de las veces los hombres desean más servir a los hombres, a quienes ven corporalmente, que servir a Dios, a quien no ven. Pues por todo lo que hacen, tienden al fin de sus ojos; y porque no pueden tender los ojos del cuerpo hacia Dios, o desprecian prestarle obsequios, o si han comenzado, se fatigan. Pues no creen que exista, como se ha dicho, aquel a quien no contemplan corporalmente. Quienes, si buscaran humildemente a Dios autor de todo, encontrarían en sí mismos que aquello que no se ve es mejor que aquella cosa que se ve. Pues ellos mismos subsisten de un alma invisible y de un cuerpo visible; pero si se les sustrae esto que no se ve, al punto se derrumba lo que se ve. Y ciertamente los ojos de la carne están abiertos; pero no pueden ver ni sentir nada. Pues el sentido de la visión pereció, porque el habitante se retiró; y la casa de la carne permanece vacía, porque se ausentó aquel espíritu invisible que solía mirar por sus ventanas. Como, pues, las cosas invisibles son más excelentes que las visibles, todos los carnales debieron ponderarlo por sí mismos, y tender hacia Dios a través de esta, por así decirlo, escala de consideración: porque es en cuanto que permanece invisible, y permanece sumo en cuanto que de ningún modo puede ser comprendido. Pero hay algunos que no dudan que Dios existe y es incomprensible; quienes, sin embargo, no buscan de él a él mismo, sino dones exteriores. Los

cuales, cuando ven que faltan a quienes le sirven, ellos mismos desprecian servirle. De cuyas palabras todavía se añade:

CAPÍTULO XLVII

[Rec. XXVII].

IBÍDEM.---¿Y de qué nos sirve si le oramos?

53. El orden de las cosas que se han de pedir en la oración.--- Cuando no se busca a Dios en la oración, más pronto se fatiga el ánimo en la oración: porque cuando cada uno pide aquellas cosas que tal vez, según un juicio oculto, Dios se niega a conceder, él también cae en fastidio, por no querer dar lo que se ama. Pero el Señor quiere ser amado más él mismo que las cosas que creó, y que se pidan las cosas eternas más que las terrenas, como está escrito: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os añadirán" (Mt. 6, 33). Pues quien no dijo "se os darán", sino "se os añadirán", ciertamente indica que una cosa es lo que se da principalmente, y otra lo que se superañade. Pues porque para nosotros la eternidad debe estar en la intención, pero la temporalidad en el uso, se da aquello, y esto ciertamente se superañade por abundancia. Y sin embargo, a menudo los hombres, cuando piden bienes temporales, pero no buscan los premios eternos, piden lo que se añade, y no desean aquello donde se ha de añadir. Ni computan como lucro de su petición el que aquí sean temporalmente pobres, y allí vivan eternamente ricos en la bienaventuranza; sino que, atentos sólo,

como se ha dicho, a lo visible, rehúsan con el trabajo de la petición comprar lo invisible. Quienes, si buscaran lo celestial, ya con fruto exhibirían el trabajo: porque cuando la mente en las preces jadea tras la especie de su autor, inflamada por los deseos divinos, se une a lo superior, se separa de lo inferior, por el amor de su fervor se abre para captar, y captando se inflama; y amar lo superior es ya ir hacia arriba; y mientras con gran deseo anhela lo celestial, de modo admirable degusta esto mismo que busca recibir. Sigue:

CAPÍTULO XLVIII

[Vet. XXI, Rec. XXVIII].

VERS. 16.---Sin embargo, porque no están en su mano sus bienes, el consejo de ellos esté lejos de mí.

54. Los justos poseen sus bienes, no son poseídos por ellos; al contrario los inicuos.--- Tiene los bienes en su mano quien, despreciando lo temporal, lo oprime bajo el dominio de su mente. Pues quienquiera que los ama excesivamente, se somete a ellos más que a sí mismo. Pues muchos de los justos fueron ricos en este mundo; apoyados en cosas y honores, parecían tener muchas cosas, cuya mente, porque no la poseía el deleite excesivo de las cosas que estaban presentes, sus bienes estaban en su mano: porque se mantenían sujetos a la potestad del alma. Pero, por el contrario, los inicuos de tal modo se derraman con todos sus deseos en las apetencias de las cosas exteriores, que no tanto ellos mantienen

lo tenido, sino que son mantenidos con mente cautiva por las cosas que tienen. Porque, pues, no están en su mano sus bienes, rectamente se añade: "El consejo de ellos esté lejos de mí". Pues ¿qué es el consejo de los inicuos sino buscar la gloria terrena, descuidar la eterna, apetecer la salud temporal con daño interior, y conmutar los dolores transitorios por gemidos eternos? El varón santo, pues, intuyendo estos pensamientos de los inicuos, desprécielos y diga: "El consejo de ellos esté lejos de mí". Porque ciertamente ve que es incomparablemente bueno, elige gemir aquí bajo el azote por breve tiempo que tolerar los suplicios de la venganza eterna. Pero ni en esta vida prosperan continuamente quienes en ella apetecen prosperar. Pues la mayoría de las veces los gemidos surgidos interrumpen sus goces. De donde se añade:

CAPÍTULO XLIX

[Rec. XXIX].

VERS. 17.---¿Cuántas veces se apagará su lámpara, y les sobrevendrá un aluvión, y repartirá los dolores de su furor?

55. Cuántas y de qué clase de penas son afectados los malos.--- A menudo el impío considera que su lámpara es la vida de sus hijos; pero cuando el hijo que es amado excesivamente es retirado, la lámpara del impío, que se veía, se apaga. A menudo el impío piensa que la gloria del honor presente es su lámpara; pero cuando, quitada la dignidad, es derribado, se apaga la lámpara que

le lucía según su deseo. A menudo el impío piensa que las riquezas de la sustancia terrena le asisten como una gran lámpara de luz; pero cuando, al sobrevenir un daño, pierde las riquezas que amaba más que a sí mismo, ¿qué otra cosa perdió sino la lámpara en cuya luz gozaba? Quien, pues, no apetece gozar de lo eterno, tampoco aquí donde quiere consolidarse puede alegrarse continuamente. Pues cuántas veces se apaga la lámpara de los impíos, y les sobreviene una inundación, y reparte los dolores de su furor. El aluvión sobreviene a los impíos cuando padecen fluctuaciones de dolores por alguna adversidad. Pues el Dios omnipotente, cuando se ve despreciado y ve al hombre alegrarse en la concupiscencia terrena, hiere también con dolores aquello que ve anteponerse a sí mismo en el pensamiento del impío. Pero bien se dice: "Y repartirá los dolores de su furor". Pues quien reserva los dolores eternos para el impío por retribución, también a veces traspasa su mente con un dolor temporal: porque hiere tanto aquí como allá, reparte los dolores de su furor sobre el impío. Pues ni la pena presente, que no cambia el alma del injusto de sus depravados deseos, libra de los suplicios eternos. De donde también se dice por el Salmista: "Lloverá sobre los pecadores lazos; fuego, azufre y espíritu de tormentas es la parte del cáliz de ellos" (Sal. 10, 7). Al decir, pues, lazos, fuego, azufre y espíritu de tormentas, introdujo ciertamente muchos dolores. Pero porque de esos dolores el pecador que no se corrige es llamado a los suplicios eternos, a esos mismos dolores no los llamó ya todo el cáliz,

sino parte del cáliz: porque a saber, su pasión ciertamente se inicia aquí por los dolores, pero se consuma en la venganza perpetua. Sobre cuyo fin todavía se añade:

CAPÍTULO L

[Vet. XXII, Rec. XXX].

VERS. 18.---Serán como paja ante la faz del viento, y como ceniza que el torbellino dispersa.

56. Como paja son transportados al fuego por el soplo de la ira divina.--- El inicuo, cuando se le ve en el poder, cuando se desenfrena grandemente en opresiones y violencias, es estimado por los pensamientos de los débiles como excesivamente pesado, y como si estuviera radicado en este mundo. Pero cuando venga la sentencia del juez severo, todos los inicuos serán como paja ante el viento: porque, por así decirlo, por el soplo de la ira son súbitamente levantados y transportados al fuego, ellos a quienes aquí en sus antiguos prejuicios, como una mole sobrepuesta de duro peso, las lágrimas de los necesitados no podían mover. Y son leves para las manos del juicio que arrebata, quienes por la injusticia fueron pesados para sus prójimos. "And como ceniza que el torbellino dispersa". Ante los ojos del Dios omnipotente, la vida del inicuo es ceniza: porque, aunque aparece verde por un momento, sin embargo por su juicio ya se ve consumida; porque está destinada a la consumación eterna. El torbellino dispersa esta ceniza: porque "Dios vendrá manifiestamente; nuestro Dios, y no callará. El fuego arderá en su

presencia, y a su alrededor una tempestad válida" (Sal. 49, 3). Por el torbellino de esta tempestad son arrebatados los inicuos de la vista del juez eterno; y quienes aquí habían consolidado su mente con un deseo perverso, allí serán vistos como paja y ceniza: porque el torbellino que los arrebata los transporta a los suplicios eternos. Sigue:

CAPÍTULO LI

[Rec. XXXI].

VERS. 19.---Dios reservará a sus hijos el dolor del padre: y cuando lo devuelva, entonces sabrá.

57. Cómo Dios castiga los pecados de los padres en los hijos.--- Sabemos que está escrito: "Que devuelves los pecados de los padres en los hijos y en los nietos, hasta la tercera y cuarta generación" (Éx. 34, 7). ¿Qué es (De Poenit., dist. 4, c. 13) que entre vosotros volvéis esta parábola en proverbio en la tierra de Israel, diciendo: Los padres comieron la uva acerba, y los dientes de los hijos sufrieron la dentera? Vivo yo, dice el Señor Dios, que no tendréis más esta parábola por proverbio en Israel. He aquí que todas las almas son mías; como el alma del padre, así el alma del hijo es mía. El alma que pecare, esa misma morirá" (Ez. 18, 2; Jer. 31, 29). En ambas sentencias, pues, mientras se encuentra un sentido disímil, se instruye el ánimo del auditor para que busque sutilmente el camino de la discreción. Pues el pecado original lo traemos de los padres; y si no somos liberados por la gracia del bautismo, tam-

bién portamos los pecados de los padres: porque todavía somos, a saber, uno con ellos. Devuelve, pues, los pecados de los padres en los hijos, mientras que por la culpa del padre, el alma de la prole se contamina del pecado original. And de nuevo no devuelve los pecados de los padres en los hijos: porque cuando somos liberados de la culpa original por el bautismo, ya no tenemos las culpas de los padres, sino las que nosotros mismos cometemos. Lo cual, sin embargo, puede entenderse también de otro modo: porque quienquiera que imita la iniquidad de un padre malvado, también es ligado por el delito de aquel. Pero quienquiera que no imita la iniquidad del padre, de ningún modo es gravado por el delito de aquel. De donde resulta que el hijo inicuo del padre inicuo no sólo pague los suyos que añadió, sino también los pecados del padre; cuando con los vicios del padre, por los cuales no ignora que el Señor se airó, no teme todavía añadir su propia malicia. Y es justo que quien bajo un juez severo no teme imitar los caminos del padre inicuo, sea compelido en la vida presente a pagar incluso las culpas del padre inicuo. De donde también allí se dijo: "El alma del padre es mía, y el alma del hijo es mía. El alma que pecare, esa misma morirá": porque en la carne a veces los hijos incluso perecen por el pecado del padre. Pero borrado el pecado original, no son retenidos en el alma por la nequicia de los padres. ¿Qué es que los hijos pequeños la mayoría de las veces sean arrebatados por los demonios, sino que la carne del hijo es multada por la pena del padre? Pues en sí mismo es herido el padre inicuo,

y desprecia sentir la fuerza de la percusión. A menudo es herido en los hijos, para que se queme más acremente; y el dolor del padre se devuelve a la carne de los hijos, a fin de que por las penas de los hijos sea castigada la mente inicua del padre. Pero cuando no los pequeños, sino ya los hijos más crecidos son heridos por la culpa de los padres, ¿qué otra cosa se da claramente a entender, sino que también pagan las penas de aquellos cuyos hechos siguieron? De donde también rectamente se dice: "Hasta la tercera y cuarta progenie". Pues porque hasta la tercera y cuarta progenie pueden ver los hijos la vida de los padres que imitan, hasta ellos se extiende la venganza, que vieron lo que malamente habrían de seguir.

[Vet. XXIII.] 58. La culpa cierra los ojos de los impíos, la pena los abre.--- Y porque la culpa cierra los ojos de los impíos, pero en el extremo la pena los abre, rectamente se añade: "Y cuando lo devuelva, entonces sabrá". Pues no sabe el impío los males que hizo, sino cuando por esos mismos males ya haya comenzado a ser castigado. De donde también se dice por el profeta: "Y solamente la sola vejación dará el entendimiento al oído" (Is. 28, 19). Pues entonces entiende lo que oyó, cuando ya le dolió ser vejado por su desprecio. De aquí se dice por Balaam sobre sí mismo: "Dijo el hombre cuyo ojo está obstruido: dijo el auditor de los sermones de Dios, que contempló la visión del Omnipotente, que caerá: y así se abrirán sus ojos" (Núm. 24, 3, 4). Ciertamente ofreció consejo contra los israelitas, pero después en la pena vio lo que antes cometió por la culpa. Pero los electos,

porque prevén para no deber pecar: sus ojos ciertamente están abiertos antes de la caída. Pero el inicuo abre los ojos después de la caída: puesto que después de la culpa ya en su pena contempla que debió evitar el mal que hizo. De cuya inútil ciencia ya entonces se añade:

CAPÍTULO LII.

VERS. 20.---Sus ojos verán su propia muerte, y beberá del furor del Omnipotente.

59. Inútilmente se abren los ojos después de la caída.--- Quien, si puesto en esta vida hubiera querido ver su propia culpa, no bebería después del furor del Omnipotente. Pero quien aquí aparta los ojos del respeto de su crimen, allí no podrá declinar la sentencia de condenación. A menudo, ciertamente, quienes no temen los suplicios eternos, temen obrar mal al menos por la percusión temporal. Pero hay algunos que de tal modo se han endurecido en la iniquidad, que ni siquiera temen ser heridos en aquellas cosas que aman, con tal de que cumplan lo que perversamente pensaron. De donde en este lugar, sobre la obduración del inicuo, se añade:

CAPÍTULO LIII.

VERS. 21.---¿Pues qué le importa a él de su casa después de él? ¿o si el número de sus meses fuera disminuido a la mitad?

60. Estupenda obduración y ceguera de algunos malos, aun mientras son heridos.--- Porque no debemos entenderlo de tal manera que este

inicuo, después de haber sido condenado a los suplicios eternos, no pensara en absoluto en su casa, esto es, en los parientes que dejó, cuando la Verdad misma dice que el rico que había sido sepultado en el infierno, aun puesto en el suplicio, tenía cuidado de los cinco hermanos que había dejado (Luc. XVI, 28). Pues todo pecador será prudente en la pena el que fue estulto en la culpa (Dist. 38, c. 10), porque allí ya constreñido por el dolor abre a la razón los ojos que aquí cerró entregado a la voluptuosidad; y por la pena atormentadora se exige que sea sabio quien aquí, cegándose por la soberbia, desvariaba. A quien, sin embargo, su sabiduría ya entonces de nada le servirá, porque aquí, donde debió obrar según la sabiduría, perdió el tiempo. Pues aquí desea como sumo bien tener descendencia de su estirpe, llenar la casa con familia y riquezas, y vivir largo tiempo en esta corrupción de la carne. Pero si tal vez le viene algo conforme a su deseo, que sin embargo no puede obtener sino con ofensa del Creador, su ánimo, perturbado por un momento, piensa que si hace esto aquí, por lo cual incurre en la ofensa de su Creador, será herido en su casa, en sus hijos, en su vida. Pero instigado inmediatamente por su soberbia, se endurece; y por más que sienta la percusión en su casa, por más que la sienta en su vida, en nada se cuida, con tal de que cumpla lo que pensó; y mientras vive, no desiste de perfeccionar sus placeres. He aquí que su casa es herida por su culpa; pero ¿qué le importa a él de su casa después de él? He aquí que, por la venganza de la mala obra, se abrevia la longitud

de la vida que pudo ser; pero ¿qué le importa a él, si el número de sus días fuera disminuido a la mitad? Y en esto, pues, se yergue el pecador contra Dios, allí donde Dios omnipotente quebranta su erección; y ni la percusión infligida humilla la mente, a la cual la obstinación endurece en la deliberación contra el Señor. Es de notar cuán grave es el reato de la culpa, y proponer a la mente la pena por la culpa, y sin embargo, ni por el miedo al tormento inclinar la cerviz del corazón bajo el yugo del Creador. [Vet. XXIV, Rec. XXXII.] Pero he aquí que al oír esto, surge en nuestro corazón una cuestión: ¿por qué Dios omnipotente y misericordioso permitió que la razón de la mente humana cayera en tanta ceguera? Para que nadie presuma discutir más de lo que debe los ocultos juicios de Dios, rectamente se añade:

CAPÍTULO LIV.

VERS. 22.---¿Acaso alguien enseñará a Dios la ciencia, él que juzga a los excelsos?

61. Los ocultos juicios de Dios no deben escrutarse con curiosidad.--- Cuando dudamos en aquellas cosas que se hacen de nosotros, debemos mirar otras cosas que nos son ciertas, y aplacar aquella queja de pensamiento que había surgido de nuestra incertidumbre sobre nosotros. He aquí que porque los azotes revocan a los elegidos a la vida, y los azotes no reprimen a los réprobos de sus malas acciones, los juicios de Dios omnipotente sobre nosotros son muy ocultos, y no son injustos. Pero si dirigimos el ojo de la mente a las cosas superiores, en ellas vemos que

no tenemos de qué quejarnos justamente sobre nosotros. Pues Dios omnipotente, discerniendo los méritos de los ángeles, constituyó a unos para permanecer sin caída en la luz eterna, y a otros, caídos espontáneamente de su estado de alteza, los postró en la venganza de la condenación eterna. Por tanto, nada injusto hace con nosotros el que también juzgó justamente una naturaleza más sutil que la nuestra. Diga, pues: ¿Acaso alguien enseñará a Dios la ciencia, él que juzga a los excelsos? Porque quien hace maravillas sobre nosotros, consta sin duda que dispone todas las cosas con conocimiento sobre nosotros. Premitidas, pues, estas cosas, se añade aquello en lo que el ánimo humano se fatiga en la indagación. Pues se añade:

CAPÍTULO LV.

VERS. 23-25.---Este muere robusto y sano, rico y feliz, sus entrañas están llenas de grasa, y con médulas sus huesos se riegan; otro en cambio muere en la amargura de su alma sin ninguna riqueza.

62. Vida dispar de los elegidos y los réprobos, pero la muerte de la carne es la misma. La alegría del inicuo pasa a la pena, la pena del inocente a la alegría.--- Siendo esto así, ¿quién discutirá los secretos de Dios omnipotente sobre por qué permite que esto sea así? Pues para los elegidos y los réprobos la vida ciertamente es dispar, pero la corrupción de la carne en la muerte no es dispar. De donde se añade:

VERS. 26.---Y sin embargo simultáneamente dormirán en el polvo, y los gusanos los cubrirán.

¿Qué tiene de extraño, pues, si corren de modo diferente por un momento en la prosperidad o la adversidad del presente siglo, los que vuelven a la tierra de igual modo por la corrupción de la carne? [Vet. XXV.] Por tanto, sólo se debe pensar en aquella vida en la que, con la resurrección de la carne, se llega a un fin de retribución diferente. ¿Qué salud o fuerza es para los inicuos, qué grasa y riquezas, mientras todo se deja aquí con celeridad, y allí se encuentra la retribución que nunca puede dejarse? Así como la alegría de este inicuo pasa a la pena, así la pena del inocente afligido pasa a la alegría. Ni las riquezas, pues, deben elevar la mente, ni la penuria perturbarla. De donde el bienaventurado Job, entre los daños de las cosas, no admite en su ánimo daño alguno de pensamientos, sino que a aquellos que lo desprecian en su percusión, les añade rebatiéndolos:

CAPÍTULO LVI

[Rec. XXXIII].

VERS. 27, 28.---Ciertamente conozco vuestros pensamientos, y las sentencias inicuas contra mí. Pues decís: ¿Dónde está la casa del príncipe, y dónde los tabernáculos de los impíos?

63. Job infracto, porque aun perdidas las demás cosas no había perdido a Dios.--- Pues lo habían creído impío a quien, arrebatadas sus cosas, veían destruido temporalmente. Pero el santo varón los juzga con tan alta consideración

cuanto, entre los daños que había padecido, permanecía con su rectitud inquebrantable. ¿Qué daño le habían hecho exteriormente los daños de las cosas, a quien no había perdido a aquel que amaba interiormente?

Sentido alegórico.---64. De la abundancia nace la soberbia.--- Esto que se dice: Simultáneamente dormirán en el polvo, y los gusanos los cubrirán, si alguien tal vez quiere entenderlo por alegoría, podemos explicarlo brevemente si repetimos sobre este rico inicuo lo que ya se ha dicho. Pues se dice: Sus entrañas están llenas de grasa. Como por el alimento abundante nace la grasa, así de la abundancia de las cosas nace la soberbia, que engorda la mente del rico mientras se eleva el ánimo del que se ensoberbece. Pues la soberbia del corazón es como una cierta gordura de crasitud. De donde, porque muchos perpetran pecados por la abundancia, se dice por el Profeta: Salió su iniquidad como de la gordura (Sal. LXXII, 7). Sigue: Y con médulas sus huesos se riegan. Los amantes de este siglo tienen como huesos cuando poseen en este mundo la fortaleza de las dignidades.

Pero si en la dignidad exterior faltan las riquezas terrenas y domésticas, en cuanto a su juicio ciertamente tienen huesos, pero no tienen médulas en los huesos. Porque, pues, de tal modo este amante de este siglo se apoya en la potestad exterior, que también se ceba con la abundancia interior de la casa terrena, se dice: Y con médulas sus huesos se riegan. O ciertamente los huesos son las depravadas y duras costumbres de este

rico, y las médulas en los huesos son los mismos deseos de vivir mal, que ni con la satisfacción de la perversidad se sacian. Las cuales médulas riegan como los huesos, cuando los deseos depravados conservan sus costumbres perversas en el deleite de las voluptuosidades.

[Vet. XXVI, Rec. XXXIV.] 65. De donde el rico se alegra vanamente, de allí otro pobre se aflige más vanamente. Los bienes que el rico tiene con miedo, el pobre los desea con ansiedad.--- Y hay algunos que no tienen riquezas en este mundo, pero desean tenerlas, apetecen ser elevados; aunque en este mundo no pueden obtener lo que desean; y no estando apoyados en ninguna cosa ni honores, por los malos deseos, sin embargo, la conciencia los condena como reos ante el juez interno. Tal persona, en efecto, suele afligirse por esto: porque no puede enriquecerse ni ensoberbecerse. Sobre lo cual también se añade: Otro en cambio muere en la amargura de su alma sin ninguna riqueza. He aquí que de donde el rico con corazón soberbio se alegra vanamente, de allí otro pobre con corazón soberbio se aflige más vanamente. Bien, pues, se añade sobre ambos: Y sin embargo simultáneamente dormirán en el polvo, y los gusanos los cubrirán. Pues dormir en el polvo es cerrar los ojos de la mente en los deseos terrenales. De donde se dice a todo el que peca y duerme en su culpa: Despierta tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te iluminará Cristo (Ef. V, 14). Los gusanos, en cambio, que nacen de la carne, los cubren a ambos, porque ya sea del rico, ya sea del pobre soberbio, las

preocupaciones carnales oprimen el ánimo. Pues en las cosas terrenales el pobre y el rico réprobo, aunque no se apoyen en igual prosperidad, se turban sin embargo con igual ansiedad, porque lo que aquel ya tiene con miedo, este lo desea con ansiedad; y porque no puede tenerlo, se duele. Dígase, pues: Simultáneamente dormirán en el polvo, y los gusanos los cubrirán, porque aunque no simultáneamente sean aliviados por las cosas temporales, simultáneamente sin embargo están adormecidos por el sopor de la mente en el cuidado de las cosas temporales. Y simultáneamente los cubren los gusanos, porque ya sea a este para que tenga lo deseado, ya sea a aquel para que no pierda lo tenido, los pensamientos carnales los oprimen.

66. Job no se elevó por las cosas poseídas, ni se angustió por las perdidas.--- Pero el bienaventurado Job, que ni se había elevado por las cosas poseídas, ni buscaba con ansiedad las perdidas, porque no era mordido por ningún pensamiento de daño exterior, no lo habían cubierto los gusanos del corazón. Y porque no había abatido su mente en el cuidado terrenal, de ningún modo dormía en el polvo.

Sigue: Ciertamente conozco vuestros pensamientos, y las sentencias inicuas contra mí. Puesto que está escrito: ¿Quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él (I Cor. II, 11)? ¿por qué razón se dice ahora: Ciertamente conozco vuestros pensamientos? Pero el espíritu del hombre es ignorado por otro cuando no se demuestra con palabras o

con obras. Pues como está escrito: Por sus frutos los conoceréis (Mat. VII, 20), por lo que se hace afuera se abre lo que dentro yace oculto. De donde rectamente se dice también por Salomón: Como en las aguas resplandecen los rostros de los que miran, así los corazones de los hombres son manifiestos para los prudentes (Prov. XXVII, 19). Por tanto, el bienaventurado Job, al decir que conocía los pensamientos de sus amigos que hablaban con él, añadió: Y las sentencias inicuas contra mí, para mostrar por una cosa patente que había encontrado lo que en ellos estaba oculto. De donde también añade las mismas sentencias inicuas de ellos, diciendo: Pues decís: ¿Dónde está la casa del príncipe, y dónde los tabernáculos de los impíos?

[Rec. XXXV.] 67. Falsa opinión de aquellos que miden las culpas por los azotes.--- Todos los débiles, que desean florecer en este mundo, y temen los azotes como grandes males, miden en aquellos que ven azotados las culpas por la pena. Pues a quienes ven heridos, sospechan que han desagradado a Dios. De donde los amigos del bienaventurado Job, a quien vieron herido, creyeron que había sido impío, estimando evidentemente que si no hubiera sido impío, sus tabernáculos permanecerían. Pero esto no lo piensa sino quien todavía trabaja con el tedio de la debilidad, quien fija el paso del pensamiento en el deleite del presente siglo, quien no sabe pasar a la patria eterna con deseos perfectos. De donde bien se añade:

CAPÍTULO LVII

[Vet. XXVII].

VERS. 29, 30.---Interrogad a cualquiera de los viajeros, y conoceréis que él entiende estas mismas cosas. Porque el malo es reservado para el día de la perdición, y es llevado al día del furor.

68. Deben ser consultados los que piensan que la vida es para ellos camino, no patria.--- Pues a menudo la paciencia divina tolera largo tiempo a quienes ya condena a los suplicios prescritos, permite florecer a quienes ve que todavía perpetran cosas peores. Porque viendo hacia qué fosa de condenación tienden, estima que es nada lo que aquí los perversos multiplican de las cosas que han de dejar. Pero quienquiera que ama la gloria de la vida presente, reputa como gran felicidad florecer aquí según su deseo, aunque sea obligado después a tolerar suplicios eternos. Solo aquel, pues, advierte que no es nada el que el inicuo florezca, el que ya apartó el paso del corazón del amor del presente siglo. De donde rectamente, al hablarse de la subsiguiente condenación del impío, se premite: Interrogad a cualquiera de los viajeros, y conoceréis que él entiende estas mismas cosas. Viajero, en efecto, se llama al que atiende a que la vida presente es para él camino y no patria, el que desprecia fijar el corazón en el amor del siglo que pasa, el que desea no permanecer en las cosas transeúntes, sino llegar a las eternas. Pues quien en esta vida no desea ser viajero, en nada desprecia las cosas prósperas de esta vida, y se maravilla de las cosas que él mismo desea cuando ve que abundan en otros. De donde el profeta David, puesto que ya había pasado con el corazón del amor del presen-

te siglo, describiendo la gloria del inicuo, decía: Vi al impío sobreexaltado y elevado como los cedros del Líbano (Sal. XXXVI, 35). Pero porque no sometió su corazón a este mundo, justamente lo despreció, diciendo: Pasé, y he aquí que no estaba (Ibíd., 36). Sería ciertamente algo el impío en su estimación, si él mismo no hubiera pasado de este siglo por la intención. Pero para aquel a quien, no pasando, le sería algo grande, para el ánimo que pasa apareció cuán nada era, porque mientras se piensa en la retribución eterna, se conoce cuán nula es la gloria presente. De aquí Moisés, cuando buscaba la gloria de la contemplación suprema, dijo: Pasando veré la visión (Ex. III, 3). Pues si no hubiera apartado el paso del corazón del amor del siglo, de ningún modo hubiera podido entender las cosas supremas. De aquí Jeremías, pidiendo que se considere el luto de su corazón, dice: Oh vosotros todos los que pasáis por el camino, atended y ved si hay dolor como mi dolor (Lam. I, 12). Pues los que no pasan por la vida presente como por un camino, sino que la atienden como patria, no saben considerar el luto del corazón de los elegidos. A aquellos, pues, busca el profeta para que consideren su dolor, a quienes aconteció no haber fijado el ánimo en este mundo. De aquí se dice por Salomón: Abre tu boca al mudo, y para las causas de todos los hijos que pasan (Prov. XXXI, 8). Pues mudos se llaman los que no resisten contradiciendo a las palabras de los predicadores. Los cuales también son los que pasan, porque desdeñan fijar la intención de la mente en el amor de la vida presente. Por tanto,

porque el malo es reservado para el día de la perdición, y es llevado al día del furor, esto no lo entiende sino quien es viajero, puesto que quien fijó el corazón en las cosas presentes, no percibe los suplicios que siguen al inicuo. Sobre lo cual todavía se añade:

CAPÍTULO LVIII

[Rec. XXXVI.]

VERS. 31.---¿Quién argüirá ante él su camino? y lo que hizo, ¿quién se lo retribuirá?

69. Solo Cristo ha de debelar al Anticristo, elevado por tantos signos y tanta ostentación de santidad.--- A menudo el malo experimenta la indignación de su Creador, que ha de padecer eternamente, también puesto en esta vida, mientras pierde la prosperidad que ama y encuentra la adversidad que teme. Y aunque pueda ser increpado de sus depravaciones por la lengua de los justos incluso en la prosperidad, sabemos sin embargo que, cuando sus propios hechos derriban a un perverso, la increpación de los justos cobra fuerza. Pero ¿por qué razón se dice ahora: ¿Quién argüirá ante él su camino?, cuando incluso, callando los justos, sea también notorio esto: que tantas veces es argüido aquí el camino del inicuo cuantas veces su prosperidad es turbada por la adversidad que interviene [Vet. XXVIII]. Pero el bienaventurado Job, mientras hablaba del cuerpo de todos los malos, súbitamente convirtió sus palabras a la cabeza de todos los inicuos. Pues vio que al fin del mundo Satanás, entrando en un

hombre a quien la sagrada Escritura llama Anticristo, se elevará con tanta elación, dominará con tanto poder, se alzará con tantos signos y prodigios en ostentación de santidad, que sus hechos no podrán ser argüidos por el hombre, porque al poder del terror añade también los signos de una santidad ostentada; y dice: ¿Quién argüirá ante él su camino? Es decir, ¿quién se atreverá a increpar a aquel hombre cuya vista teme soportar? Pero sin embargo, arguyen su camino no solo Elías y Enoc, que son traídos al medio para su exprobración, sino también todos los elegidos, mientras lo desprecian, mientras con la virtud de la mente resisten a su malicia. Pero porque hacen esto por la gracia divina y no por sus propias fuerzas, rectamente se dice ahora: ¿Quién argüirá ante él su camino? ¿Pues quién sino Dios, por cuya ayuda se apoyan los elegidos para que puedan resistir? Pues a veces en la sagrada Escritura, cuando se pone ¿Quién? interrogando, se designa al Omnipotente. De donde está escrito: ¿Quién lo despertará? (Gén. XLIX, 9). De lo cual se dice por Pablo: Al cual Dios resucitó de entre los muertos (Gál. I, 1). En eso, pues, que los santos varones contradicen su iniquidad, no son ellos mismos los que arguyen su camino, sino que es aquel por cuya gracia son confortados. Y porque su presencia, con la cual ha de venir en el hombre, será mucho más atroz en la persecución que ahora, cuando mínimamente se percibe, porque todavía no es llevado especialmente en aquel vaso suyo propio, bien se ha dicho: Ante él. Pues muchos corrigen ahora juzgando los caminos del Anticristo,

pero hacen esto como en su ausencia, mientras arguyen a aquel a quien todavía no miran especialmente. Mas cuando venga en aquel hombre condenado, quienquiera que resista a su presencia, arguye ante él su camino, cuyas fuerzas contempla y desprecia a la vez. O ciertamente, argüir su camino es turbar la prosperidad de su curso por la intervención del suplicio eterno. Lo cual, porque solo el Señor ha de hacerlo por su propia virtud, de quien está escrito: Al cual el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca, y destruirá con la ilustración de su advenimiento (II Tes. II, 8), rectamente se dice: ¿Quién argüirá ante él su camino? De donde también sigue: Y lo que hizo, ¿quién se lo retribuirá? ¿Quién, sin duda, sino el Señor? El cual solo retribuirá a aquel hombre perdido lo que hizo, cuando por su advenimiento quebrante con la condenación eterna su potestad tan válida. Pero oigamos qué hace este elevado príncipe de los malos mientras está puesto en esta vida. Sigue:

CAPÍTULO LIX

[Vet. XXIX, Rec. XXXVII].

VERS. 32.---Él mismo será llevado a los sepulcros, y en el montón de los muertos vigilará.

70. Satanás vigila en la multitud de los pecadores como en un montón de muertos, y en los sepulcros.--- Porque los sepulcros cubren a los muertos, ¿qué otra cosa se designa por los sepulcros sino los réprobos, en quienes las almas extinguidas de la vida de la bienaventuranza yacen

ocultas como en sepulcros? Este inicuo, pues, será llevado a los sepulcros, porque será recibido en los corazones de los malvados, ya que solo aquellos lo reciben en quienes se encuentran las almas muertas para Dios. Sobre lo cual rectamente también, mientras se describen sus suplicios, se dice por el profeta: Alrededor de él sus sepulcros, todos muertos, y los que cayeron por la espada (Ezeq. XXXII, 22). Aquellos ciertamente están en el infierno junto a él, en quienes el mismo espíritu maligno yace muerto. Los cuales cayeron heridos por la espada de su iniquidad. De donde está escrito: Tú que libraste a David tu siervo de la espada maligna (Sal. CLIII, 10). Y rectamente se dice: Y en el montón de los muertos vigilará, porque ahora en la congregación de los pecadores ejerce las insidias de su astucia. Y por el hecho de que en el mundo hay rareza de buenos y multitud de malos, rectamente se llama montón de muertos para que se signifique la misma multitud de los inicuos. Pues ancho es el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por él (Mat. VII, 13). Por tanto, que Satanás vigile en el montón de los muertos es ejercer las astucias de su malicia en los corazones de los réprobos. Sobre lo cual todavía se añade:

CAPÍTULO LX

[Rec. XXXVIII].

VERS. 33.---Dulce fue para los guijarros de Cocito.

71. Así como es amargo para los elegidos, así es dulce para los réprobos sugiriéndoles vicios.--- En lengua griega cocytus se dice luto, el cual luto, sin embargo, suele entenderse de las mujeres o de cualesquiera enfermos. Pero los sabios de este siglo, excluidos de la luz de la verdad, intentaron retener con su indagación como ciertas sombras de la verdad. De donde pensaron que el río Cocito corría entre los habitantes del infierno, designando evidentemente que estos que hacen obras dignas de dolores, bajan al infierno al luto. Pero nosotros despreciemos la sombra de la sabiduría carnal, nosotros que ya poseemos la luz de la verdad, y reconozcamos por la voz del bienaventurado varón que Cocito se dice luto de los enfermos. Pues está escrito: Obrad varonilmente, y confórtese vuestro corazón (Sal. XXX, 25). Pues los que rehúsan confortarse en Dios, tienden al luto por la enfermedad del ánimo. Guijarros, en cambio, solemos llamar a las piedrecillas de los ríos que el agua que fluye arrastra. ¿Qué se designa, pues, por los guijarros de Cocito sino los réprobos que, entregados a sus voluptuosidades, son como siempre arrastrados por el río hacia lo profundo? Pues los que no quieren estar firmes con fortaleza contra las voluptuosidades de este siglo, se hacen guijarros de Cocito, los cuales por sus caídas cotidianas tienden al luto, para que lloren después eternamente los que ahora se relajan deleitosamente en sus voluptuosidades. Y porque el antiguo enemigo, habiendo entrado en su vaso, aquel hombre réprobo, mientras atribuye dones a los perversos, mientras los ensalza

en este mundo con honores, mientras muestra prodigios a sus ojos, las mentes mudables lo admiran en sus prodigios y lo siguen, bien se dice de él: Dulce fue para los guijarros de Cocito. Pues mientras los elegidos lo desprecian, mientras lo pisan con el talón de la mente, aquellos que lo siguen lo aman, los cuales son arrastrados como por el agua de la voluptuosidad al luto perpetuo, los cuales por la concupiscencia terrenal, al modo del guijarro, se deslizan hacia lo profundo por sus caídas cotidianas. Pues a unos les ofrece el gusto de su dulzura por la soberbia, a otros por la avaricia, a otros por la envidia, a otros por la falacia, a otros por la lujuria; y a cuantos géneros de vicios los arrastra, les propina como otras tantas pociones de su dulzura. Pues cuando persuade algo soberbio en la mente, se hace dulce lo que dice, porque el hombre perverso desea parecer antepuesto a los demás. Mientras se esfuerza en infundir la avaricia en la mente, se hace dulce lo que habla ocultamente, porque por la abundancia se evita la necesidad. Mientras sugiere algo de envidia, se hace dulce lo que dice, porque la mente perversa, cuando ve que otro desmejora, se alegra de no verse en absoluto menor que él. Cuando persuade algo de falacia, se hace dulce lo que sugiere, porque por eso mismo con que engaña a los demás, se ve prudente a sí mismo. Cuando habla la lujuria a la mente engañada, se hace dulce lo que persuade, porque disuelve el ánimo en la voluptuosidad. Cuantos vicios, pues, inserta en los corazones de los carnales, les ofrece como otras tantas pociones de su dulzura. Cuya

dulzura, sin embargo, como predije, no perciben sino los que, entregados a las presentes voluptuosidades, son arrastrados al luto perpetuo. Bien, pues, se dice: Dulce fue para los guijarros de Cocito, porque es amargo para los elegidos y suave para los réprobos. Solo a aquellos, en efecto, apacienta con sus deleites, a quienes impele al gemido por sus caídas cotidianas. Sigue:

CAPÍTULO LXI

[Vet. XXX, Rec. XXXIX].

IBÍD.---Y tras de sí arrastra a todo hombre, y ante sí a innumerables.

CAPÍTULO LXII.

VERS. 54.— ¿Cómo, pues, me consoláis en vano, cuando se ha mostrado que vuestra respuesta es contraria a la verdad?

73. Cuán odiosa es la mentira para los santos. Los amigos del bienaventurado Job no podían consolarlo, en cuanto que con sus palabras se oponían a la verdad. Y al llamarlo hipócrita o impío, por el hecho de que ellos mismos, mintiendo, cometían una culpa, aumentaban sin duda la pena del justo afligido por las llagas. Pues las mentes de los santos, porque aman la verdad, se atormentan también por la culpa del engaño ajeno. Cuanto más grave ven que es el crimen de la mentira, tanto más lo odian no sólo en sí mismos, sino también en los demás.

Libro D

ECIMOSEXTO. Después de recorrer con una breve explicación los capítulos XXII, XXIII y XXIV del libro de Job, concluye la tercera parte hasta la mitad del versículo 20.

501 [Vet. y Rec. I.] Quienes desfallecen en su alegato contra las palabras de la verdad, a menudo repiten incluso cosas conocidas, para no parecer vencidos por callar. De donde Elifaz, presionado por los discursos del bienaventurado Job, dice aquellas cosas que nadie ignora. Pues dice:

CAPÍTULO PRIMERO.

CAP. XXII, VERS. 2.— ¿Acaso puede compararse el hombre con Dios, incluso cuando fuere de ciencia perfecta?

1. Nuestra ciencia, comparada con la divina, es ignorancia. Pues en comparación con Dios, nuestra ciencia es ignorancia. Pues somos sabios por participación de Dios, no por comparación. ¿Qué tiene, pues, de extraño cuando se dice casi como por doctrina aquello que pudo saberse aunque se callara? Quien añade todavía, como defendiendo la potencia de Dios:

CAPÍTULO II.

VERS. 3.— ¿Qué le aprovecha a Dios que fueras justo? ¿O qué le confieres si fuera inmaculada tu vida?

2. Dios no necesita de nuestra justicia. Ciertamente en todo lo que hacemos bien, nos ayudamos a nosotros mismos, no a Dios. De donde también por el Salmista se dice: Dije al Señor: Tú eres mi Dios, porque no necesitas de mis bienes (Sal. XV, 2). Pues Él es verdaderamente nuestro Señor, porque sin duda es Dios, quien no necesita del bien del que le sirve, sino que confiere la bondad que recibe, para que la bondad ofrecida no le aproveche a Él, sino primero a quienes la reciben y después a quienes la devuelven. Pues aunque el Señor, viniendo a juicio, diga: En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mt. XXV, 40), habla esto con admirable piedad por la compasión hacia sus miembros. Y Él mismo nos ayuda por el hecho de que es nuestra cabeza, Él que por nuestras buenas obras es ayudado en sus miembros. Todavía añade Elifaz lo que nadie ignora, diciendo:

CAPÍTULO III.

VERS. 4.— ¿Acaso temiendo te argüirá, y vendrá contigo a juicio?

3. Ociosamente se dice de Dios lo que nadie ignora. ¿Quién, aun siendo necio, sentiría esto, que el Señor nos arguye por temor, y por miedo propone su juicio contra nosotros? Pero quienes no saben medir sus palabras, sin duda se deslizan hacia dichos ociosos. En los cuales, si no se reprenden en lo más mínimo, saltan de inmedia-

to a palabras nocivas y contumeliosas. De donde Elifaz, que introdujo cosas ociosas, prorrumpió enseguida en palabras contumeliosas, diciendo:

CAPÍTULO IV.

VERS. 5.— ¿Y no es por tu malicia mucha, y por tus infinitas iniquidades?

4. De las palabras ociosas se llega a las contumeliosas. He aquí que de un corazón torpe llegó a las palabras ociosas, y de las palabras ociosas, por el crimen del engaño, se encendió en contumelias. Estos son ciertamente los casos de la culpa creciente, de modo que la lengua, cuando no se restringe, de ningún modo yace donde cayó, sino que siempre desciende a cosas peores. Aquello que se añade, porque es muy evidente según la historia, no ha de ser expuesto a la letra.

5. Pero porque hemos dicho que los amigos del bienaventurado Job representan a los herejes (Sup., en el pref., y en otros muchos lugares), y que él mismo lleva la significación de la santa Iglesia, mostremos ahora ya de qué modo las palabras de Elifaz concuerdan con la falsedad de los herejes. Pues sigue:

CAPÍTULO V

[Vet. y Rec. II].

502 Quitaste la prenda de tus hermanos sin causa, y a los desnudos despojaste de sus vestidos. No diste agua al cansado, y al hambriento

sustrajiste el pan. En la fortaleza de tu brazo poseías la tierra, y poderosísimo la obtenías.

SENTIDO TÍPICO. 6. Los herejes mienten diciendo que los suyos yerran y pierden el Espíritu Santo cuando vuelven a la Iglesia. En la Sagrada Escritura, con la apelación de prenda (pignus), se significan a veces los dones del Espíritu Santo, y a veces la confesión del pecado. Ciertamente se recibe como prenda el don del Espíritu Santo, como dice Pablo: Quien nos dio la prenda del Espíritu (2 Cor. 1). Pues para esto recibimos la prenda, para que tengamos certidumbre de la promesa que se nos hace. Se llama, pues, prenda al don del Espíritu Santo, porque por esto nuestra alma se robustece para la certidumbre de la esperanza interior. Por otra parte, con el nombre de prenda suele entenderse la confesión del pecado, como está escrito en la Ley: Cuando tu hermano te deba algo y hubieres tomado de él una prenda, antes del ocaso del sol restituye la prenda (Ex. XXII, 26). Pues nuestro hermano se hace deudor nuestro cuando se muestra que cualquier prójimo ha delinquido en algo contra nosotros. Ciertamente llamamos deudas a los pecados. De donde se dice al siervo que peca: Toda la deuda te perdoné (Mt. XVIII, 32). Y en la oración dominical rogamos diariamente: Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mt. VI, 12). Tomamos, pues, una prenda de nuestro deudor cuando ya tenemos la confesión del pecado de aquel que se reconoce que ha pecado contra nosotros, por la cual se nos pide relajar el pecado que se perpetró contra nosotros. Pues quien con-

fiesa el pecado que cometió y pide perdón, ya dio como prenda por la deuda. Prenda que sin duda se nos manda devolver antes del ocaso del sol, porque antes de que en nosotros se oculte el sol de justicia por el dolor del corazón, debemos devolverle la confesión del perdón a aquel de quien recibimos la confesión de la culpa, para que quien recuerda haber delinquido contra nosotros sienta pronto relajado por nuestra parte lo que delinquió. Porque, pues, la santa Iglesia, cuando recibe a algunos que vuelven de los herejes a la verdad de la fe, persuade primero que deben confesar la culpa de su error, se dice por Elifaz, casi bajo la figura de los herejes: Quitaste la prenda de tus hermanos sin causa. Es decir: de estos que vienen de nosotros a ti, inútilmente exigiste la confesión del error. Si, por el contrario, como dijimos antes, entendemos por prenda los dones del Espíritu Santo, los herejes dicen que la santa Iglesia quitó la prenda de sus hermanos, porque sospechan que quienes vienen a ella pierden los dones espirituales. De donde también sigue: Y a los desnudos despojaste de sus vestidos.

[Rec. III.] 7. A estos mismos los llaman perezosos y torpes. Los herejes piensan que aquellos a quienes arrastran con sus predicaciones perversas tienen los preceptos de su doctrina como unos vestidos, y los consideran vestidos mientras consideran que aquello que ellos mismos predicaron es guardado por ellos; de los cuales, cuando algunos vuelven a la santa Iglesia, sospechan enseguida que han perdido los vestidos de la doctrina. [Vet. III.] Pero puesto que un desnudo

no puede ser despojado, hemos de preguntarnos: ¿cómo se mencionan primero desnudos y después despojados? 503 Pero ha de saberse que todo el que disfruta de la pureza de corazón, por eso mismo que no tiene el tegumento de la duplicidad, está desnudo. Y hay algunos entre los herejes que tienen ciertamente pureza de corazón, pero sin embargo reciben los dogmas perversos de su doctrina. Estos, sin duda, están desnudos por su propia pureza, y están como vestidos por la predicación de aquellos. Y porque tales personas vuelven fácilmente a la santa Iglesia, por el hecho de que no usan de la malicia de la duplicidad, los herejes los llaman desnudos, a los cuales dicen que han sido despojados de sus vestidos por ella, porque piensan que los sencillos son perezosos y torpes, al considerar que han perdido sus dogmas perversos.

8. Acusan a la Iglesia de ignorancia cuando hablan de cosas incógnitas. Sigue: No diste agua al cansado, y al hambriento sustrajiste el pan. Los herejes, por cuanto no poseen la solidez de la verdad, por eso a veces se esfuerzan en parecer más locuaces, y se glorían de la ciencia de su doctrina como contra la fe de los católicos; buscan arrastrar a sí con discursos depravados a todos los que miran, y de donde se asocian a otros para su perdición, de allí piensan que actúan con alguna vivacidad. Ciertamente llamamos cansados a los que se fatigan bajo la carga laboriosa de este siglo. De donde también la Verdad dice por sí misma: Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os refrescaré (Mt. XI, 28).

Los herejes, pues, porque no cesan de predicar sus dogmas, se burlan de la santa Iglesia como por impericia, diciendo: No diste agua al cansado, y al hambriento sustrajiste el pan. Pues piensan que dan agua al cansado cuando ofrecen a algunos que trabajan bajo el fardo terrenal su copa de error. Y sospechan que no han sustraído el pan a los hambrientos, porque responden con soberbia audacia incluso cuando son preguntados sobre cosas invisibles e incomprensibles. Y entonces se creen sabios por encima de todos cuando presumen más infelizmente hablar de lo desconocido. Pero la santa Iglesia, cuando ve que alguien tiene hambre de lo que no le aprovecha recibir, o bien lo suprime modestamente si ya le es conocido, o bien lo confiesa humildemente si todavía parece desconocido, y los revoca al sentido de una humildad ordenada cuando les dice por su predicador: No saber más de lo que conviene saber, sino saber con sobriedad (Rom. XII, 3). Y de nuevo: No quieras saber lo alto, sino teme (Rom. XI, 20). Y otra vez: No busques lo que es más alto que tú, ni escudriñes lo que es más fuerte que tú (Ecl. III, 22). De nuevo: Hallaste miel, come lo que te basta, no sea que saciado la vomites (Prov. XXV, 15). Hallar miel es ciertamente degustar la dulzura del santo intelecto. Lo cual se come suficientemente cuando nuestra inteligencia se mantiene bajo moderación según la medida del sentido. Pues vomitó la miel el saciado que, deseando penetrar más de lo que capta, pierde incluso aquello de lo que pudo nutrirse. Porque, pues, la santa Iglesia prohíbe a las mentes enfermas escudriñar cosas

altas, se dice al bienaventurado Job: Al hambriento sustrajiste el pan.

[Vet. IV.] 9. Envidian su magnitud y universalidad. Y porque los herejes envidian también su magnitud, el que mantenga universalmente a los pueblos en la verdadera fe, cuando encuentran un tiempo de prosperidad terrenal, se exceden contra ella con voces soberbias, y exprobrando manifiestan cuánto envidiban antes latente su potencia. Pues sigue: En la fortaleza de tu brazo poseías la tierra, y poderosísimo la obtenías. Como si dijeran claramente: El que en tu predicación 504 hayas ocupado universalmente la tierra, fue potencia de fortaleza, no razón de verdad. Porque, pues, ven que los príncipes cristianos mantienen su predicación, sospechan que esto que se le cree por los pueblos no es virtud de rectitud, sino causa de potencia secular. Sigue:

CAPÍTULO VI.

VERS. 9.— A las viudas enviaste vacías, y los brazos de los huérfanos quebrantaste.

10. Calumnian a la Iglesia cuando acoge benignamente a los maestros de errores que se arrepienten. Los pueblos que están sujetos a los predicadores herejes conciben, por su inteligencia carnal, las semillas perversas de sus errores, y se asocian a ellos en su propia condenación. Pero cuando la santa Iglesia recibe en sí a los mismos predicadores de errores, ya sea vencidos por la razón, o bien restringe bajo el vínculo de su disciplina a los endurecidos en su empeño de perversidad, los herejes destituidos, cuando ven que los

pueblos quedan entre ellos sin predicadores, ¿qué otra cosa lamentan de la santa Iglesia sino que las viudas han quedado vacías? Y porque, retirados los maestros de los herejes, sospechan que sus discípulos se debilitan en su obra, se quejan de que los brazos de los huérfanos han sido quebrantados por la Iglesia. O ciertamente porque la santa Iglesia, al recibir a algunos que vienen de los herejes, es evidente que contradice su antiguo error. Pues hay algunos que de tal modo se dedican a la virginidad de la carne, que condenan las nupcias; y hay algunos que de tal modo alaban la abstinencia, que detestan a los que toman los alimentos necesarios. De los cuales se dice por Pablo: Que prohíben casarse y mandan abstenerse de alimentos que Dios creó para que los fieles los tomen con acción de gracias (1 Tim. IV, 3). Porque, pues, los revoca de la intención carnal de su superstición, los herejes, cuando ven a éstos vivir de otro modo que como enseñaron, testifican que sus brazos han sido quebrantados por la Iglesia de la operación que antes mantenían. De donde también en este tiempo de disciplina, si le sucede alguna adversidad, sospechan que esto ha sucedido por la digna retribución de los pecados. Pues se añade:

CAPÍTULO VII.

VERS. 10.— Por eso estás rodeado de lazos, y te conturba un temor súbito.

11. Reprochan a quien padece adversidades que son penas por sus crímenes. Aquel temor súbito conturba al que descuida considerar qué es

lo que inminente de la estrechez del juez que viene. Porque, pues, los herejes creen que el pueblo fiel está oprimido por las culpas de la perfidia, lo acusan de estar rodeado de lazos. Y porque piensan que no prevé las cosas futuras, creen que en su percusión éste ha sido conturbado por un temor súbito. Quienes todavía, insultando, añaden:

VERS. 11.— Y pensabas que no verías las tinieblas, y que no serías oprimido por el ímpetu de las aguas inundantes.

Como si dijera claramente: Te habías propuesto en la esperanza la seguridad de la paz, y por eso te gozabas de tu presunción como de la luz, ni pensaste nunca ser oprimido por las tribulaciones. Pero he aquí que, mientras eres afligido por los males que sobrevienen, las mismas tinieblas de las tribulaciones que te oprimen muestran si son rectas las cosas que mantienes. Las cuales tribulaciones, a saber, Elifaz compara con aguas inundantes, porque mientras unas irrumpen sobre otras, como con aguas hinchadas, las olas siguen a las olas. Sigue:

CAPÍTULO VIII

[Antiguo V].

VERS. 12-14.— ¿Acaso piensas que Dios es más excelso que el cielo, y que está sublimado sobre las cumbres de las estrellas? Y dices: ¿Qué es lo que sabe Dios? y juzga como a través de la calígine. Las nubes son su escondite, y no considera nuestras cosas, y deambula alrededor de los quicios del cielo.

12. Eximia descripción de la inmensidad y de la providencia divina. Dios atiende de tal modo a todas las cosas, que está presente en cada una. Hay muchos tan necios que no saben temer sino lo que ven corporalmente. De donde resulta que no temen a Dios, a quien no pueden ver. Pero los herejes, porque se consideran sabios, profieren palabras de irrisión contra los católicos, y sospechan que éstos no temen a Aquel a quien no pueden ver corporalmente; de modo que, como por un torpor del sentido, piensan que su Autor, porque es más excelso que el cielo y está sublimado sobre las cumbres de las estrellas, no puede ver desde lejos; y porque entre nosotros y la sede celestial se interponen las partes aéreas, juzga como escondido en la nube a través de la calígine, e intentado en las cosas superiores, pondera menos las ínfimas; y mientras constriñe los quicios del cielo rodeándolos, no ve las cosas interiores. Pero ¿quién, aun siendo insensato, sospecharía tales cosas de Dios, quien sin duda, siendo siempre Omnipotente, de tal modo atiende a todas las cosas que está presente en cada una; de tal modo está presente en cada una, que al mismo tiempo nunca falta a todas? Pues aunque desampara a algunos pecadores, sin embargo está presente para esos mismos por el juicio, para quienes se ve que falta por el auxilio. Así, pues, rodea las cosas exteriores de modo que llena las interiores; así llena las interiores de modo que rodea las exteriores; así rige las sumas, de modo que no desampara las ínfimas; así está presente en las ínfimas, de modo que no se retira de las superiores; así se esconde

en su propia especie, de modo que, sin embargo, sea conocido en la operación; así es conocido en su propia obra, de modo que, sin embargo, no pueda ser comprendido por la estimación del que lo conoce; de tal modo está presente, que no puede ser visto; de tal modo no puede ser visto, que sin embargo sus mismos juicios atestiguan su presencia; de tal modo se ofrece a nosotros para ser entendido, que sin embargo nos nubla el rayo mismo de su inteligencia; y de nuevo, de tal modo nos reprime con la calígine de la ignorancia, que sin embargo centellea en nuestra mente con los rayos de su claridad: para que, tanto levantada vea algo, como reverberada tiemble; y porque no puede verlo tal como es, lo conozca en alguna medida viviendo. Pero estas cosas los herejes no piensan que la santa Iglesia las sabe, porque por un juicio estulto piensan que ellos solos son sabios. De cuyo tipo todavía se añade:

CAPÍTULO IX.

VERS. 15.— ¿Deseas acaso guardar la senda de los siglos, que han pisado los varones inicuos?

13. La senda de Cristo es la humildad, la del mundo la soberbia. Así como la senda de nuestro Redentor es la humildad, así la senda de los siglos es la soberbia. Los varones inicuos pisan, pues, la senda de los siglos, porque a través de los deseos de esta vida deambulan en la elación. Sobre los cuales inicuos todavía se añade:

CAPÍTULO X

[Antiguo VI, Rec. IV].

VERS. 16.— Que fueron arrebatados antes de su tiempo y un río subvirtió su fundamento.

14. Los inicuos mueren siempre antes del tiempo que se prefijaron, nunca antes del constituido por Dios. Como el tiempo de la vida nos ha sido prefijado sin duda alguna por la divina presciencia, es muy de preguntar por qué razón se dice ahora que los inicuos son retirados del presente siglo antes de su tiempo propio. Pues Dios Omnipotente, aunque a menudo cambia la sentencia, nunca el consejo. En aquel tiempo, por lo tanto, cada uno es retirado de esta vida, en el que por la divina potencia es preconocido antes de los tiempos. Pero hay que saber que Dios Omnipotente, creándonos y ordenándonos, según los méritos de cada uno, dispone también los términos, para que o bien aquel malo viva brevemente, para que no dañe a muchos que actúan bien; o este bueno subsista más tiempo en esta vida, para que exista como ayudante de buena obra para muchos; o de nuevo el malo sea diferido más tiempo en la vida para que aumente todavía las obras depravadas, de cuya tentación los justos purgados vivan más verdaderamente; o el bueno sea más pronto retirado, para que si vive aquí mucho tiempo, la malicia no corrompa su inocencia. Hay que saber, sin embargo, que es bondad de Dios otorgar a los pecadores espacio de penitencia. Pero porque los tiempos aceptados no los vuelven al fruto de la penitencia, sino al uso de la iniquidad, pierden lo que de la divina mise-

ricordia podrían haber merecido. Aunque Dios Omnipotente preconoce aquel tiempo de cada uno para la muerte en el que se termina su vida, ni en otro tiempo cualquiera pudo morir, sino en aquel mismo en que muere. Pues si se mencionan quince años añadidos a la vida de Ezequías (IV Reg. 20, 6), el tiempo de la vida ciertamente creció desde aquel término en el que él mismo merecía morir. Pues la divina disposición entonces preconoció su tiempo, en el que después lo retiró de la presente vida. Siendo, pues, así, ¿qué es lo que se dice: Porque los inicuos fueron arrebatados antes de su tiempo, sino que todos los que aman la presente vida se prometen a sí mismos espacios más largos de la misma vida? Pero cuando la muerte que sobreviene los retira de la presente vida, corta los espacios de su vida, que solían tender para sí más largos como en el pensamiento. De los cuales rectamente se dice: [Rec. V.] Y un río subvirtió su fundamento.

15. El fundamento de los inicuos está en lo terreno, el de los justos en lo celestial. Los inicuos, en efecto, mientras descuidan en el corazón pasar a las cosas eternas, y no advierten que todas las cosas presentes son fugitivas, fijan la mente en el amor de la presente vida, y construyen para sí en ella como un fundamento de larga habitación, porque se solidifican en las cosas terrenas por el deseo. Así Caín es descrito como el primero que construyó una ciudad en la tierra (Gén. 4), quien a saber se muestra claramente como peregrino, porque él mismo puso el fundamento en la tierra, quien fue ajeno a la solidez de la patria eterna.

Peregrino, pues, de las cosas supremas, puso el fundamento en las ínfimas, quien colocó la estación del corazón en la delectación terrena. Por lo cual también en su estirpe nace primero Enoc, que se interpreta dedicación; pero en la progenie de los electos se recuerda que Enoc fue el séptimo, porque a saber los réprobos en esta vida que está antes se dedican a sí mismos edificándose, pero los electos esperan la dedicación de su edificación en el fin del tiempo, esto es, en el séptimo. Verías, en efecto, a muchísimos pensar solo en las cosas temporales, buscar honores, ansiar cosas que ambicionar, no requerir nada después de esta vida. ¿Qué, pues, hacen estos sino dedicarse en la primera generación? Verías a los electos no buscar nada de la gloria presente, sostener de buen grado la penuria, perpetrar ecuánimemente los males del mundo, para que puedan ser coronados al final. Para los electos, pues, Enoc nace en la séptima generación, porque requieren la dedicación de su gozo en la gloria de la extrema retribución. Y porque por el lapso diario del tiempo corre la misma mortalidad de la presente vida, y destruye la dedicación de los réprobos retirando a esos mismos réprobos, rectamente se dice de los inicuos: Y un río subvirtió su fundamento. Esto es, el mismo curso de la mutabilidad subvierte en ellos el estado de la perversa construcción. Sigue:

CAPÍTULO XI.

VERS. 17.— Quienes decían a Dios: Retírate de nosotros.

16. ¿Quién dudaría que también el bienaventurado Job dijo estas cosas? Pero aquellas que hemos expuesto en sus dichos, por el fastidio del lector evitamos replicar. Sigue:

IBÍD.— Y como si nada pudiese hacer el Omnipotente, lo estimaban.

En estas también el discurso, y no la sentencia, se transmuta. Pues lo que por el bienaventurado Job fue dicho: ¿Quién es el Omnipotente, para que le sirvamos? (Job 21, 15); esto por Elifaz se dice: Y como si nada pudiese hacer el Omnipotente, lo estimaban. Sigue:

CAPÍTULO XII

[Antiguo VII].

VERS. 18.— Habiendo él llenado sus casas de bienes.

17. Dios también colma de beneficios a los malos. Con qué designio. El Señor llena de bienes las casas de los malos, porque incluso a los ingratos no niega sus dones, para que o bien se avergüencen de la benignidad del creador, y vuelvan a la bondad; o despreciando en todo volver, sean allí más gravemente castigados, de donde aquí también por los bienes más largueros de Dios devolvieron males, para que castigos más duros los castiguen entonces, cuya malicia aquí ni los dones vencieron. Sigue:

IBÍD.— Cuya sentencia esté lejos de mí.

Una cosa es sentencia, otra consejo. Esto también fue dicho por el bienaventurado Job. Dice, en efecto: Cuyo consejo esté lejos de mí (Job 21, 16),

aunque una cosa pueda entenderse por sentencia, y otra por consejo. La sentencia ciertamente está en la boca, el consejo en el pensamiento. Mientras, pues, Elifaz deseó estar lejos de la sentencia de los malos, el bienaventurado Job del consejo, consta sin duda que aquél desea ser disímil a las palabras de los malos, pero éste incluso al pensamiento. Sigue:

CAPÍTULO XIII

[Rec. VI.]

VERS. 19.— Verán los justos, y se alegrarán, y el inocente se burlará de ellos.

18. Los justos se consumen ahora por los pecados de los inicuos, para alegrarse alguna vez de su muerte. Los justos, cuando ven aquí errar a los injustos, no pueden alegrarse del error de los que perecen. Pues si se alegran de los errores, no son justos. De nuevo, si se alegran por insulto de que no son tales como ven que son los otros, son del todo soberbios. De donde también el fariseo perdió la justificación, porque gozándose se prefirió a los méritos del publicano, diciendo: Gracias te doy, porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni como este publicano (Luc. 18, 11). De nuevo, si decimos que con perfecto gozo pueden los justos exultar de la muerte de los depravados, ¿qué clase de gozo es en este mundo el de la venganza de los que pecan, en el cual todavía es incierta la vida de los justos? Distingamos, pues, los tiempos del temblor y de la exultación. Pues ven ahora los justos a los in-

justos, y por su nequedad se consumen. Y cuando ven que son heridos, también ellos se vuelven sospechosos de su propia vida. ¿Cuándo, pues, verán los justos el exterminio de los inicuos, y se alegrarán, sino cuando se hayan adherido al juez estrecho con ya perfecta seguridad de exultación, cuando en aquel examen extremo contemplen la condenación de aquéllos, y ya no tengan de sí mismos qué temer? Ahora, pues, contemplan a los réprobos y gimen, entonces contemplarán y se burlarán, porque exultando despreciarán a aquéllos, a quienes ahora ni ven sin gemido perpetrando cosas inicuas, ni ven sin miedo muriendo por la iniquidad. Por lo cual, por esto que se añade, se muestra que se dice de la condenación última de aquéllos; pues enseguida se subiere:

CAPÍTULO XIV

[Rec. VII].

VERS. 20. ¿No ha sido acaso talada su elación y el fuego devoró sus restos?

19. Los malos florecen ahora, pero han de ser talados alguna vez, y castigados tanto en la carne como en el alma. Pues aquí los inicuos están erguidos, porque en sus depravadas acciones se ensalzan, porque actúan perversamente y, sin embargo, por sus actos perversos mínimamente son heridos. Pecan y florecen; aumentan los pecados y multiplican los bienes terrenos. Pero su elación entonces es talada, cuando o bien son arrastrados de la presente vida al exterminio, o desde el acatamiento del juez eterno al incendio

eterno de la Gehena. Quienes, aunque dejan aquí su carne muerta, la reciben también en la resurrección, para que ardan con la carne en la que pecaron. Pues como su culpa estuvo en la mente y en el cuerpo, así su pena estará en el alma a la par que en la carne. Porque, pues, ni esto les será libre de tormento, el que la dejen aquí muerta, rectamente se dice ahora: Sus restos devoró el fuego. Sigue:

CAPÍTULO XV

[Antiguo VIII].

VERS. 21, 22.— Aquiesce, pues, a él, y ten paz, y por estas cosas tendrás los mejores frutos. Recibe de su boca la ley, y pon sus palabras en tu corazón.

20. Soberbia y presunción de los herejes. Es culpa de la soberbia enseñar a quien es mejor, lo cual a menudo perpetran los herejes, quienes de aquellas cosas que sienten depravadamente presumen como enseñar a los católicos. Pues entonces piensan que aquéllos aquiescen a Dios, si sucediera que consienten a sus perversidades. Y a los que aquiescen les prometen la paz, porque ya desisten de litigar contra aquellos que les consienten. Pero prometen los mejores frutos a los que les consienten, porque piensan que solo aquellos hacen buenas obras, a quienes se gozan de atraer a sus dogmas. A los cuales también es congruente esto que añade: Recibe de su boca la ley. Porque sospechan que aquellas cosas que ellos mismos sienten proceden de la boca de Dios: Y pon sus palabras en tu corazón. Como

si abiertamente afirmara, diciendo: A los cuales hasta ahora has tenido en la boca, y no en el corazón. Porque, en efecto, rechaza sus perversos dogmas, lo acusan de haber tenido las palabras de Dios no en el sentido, sino en la ostentación. De donde, como bajo una cierta especie de dulzura, infunden el veneno de la pestífera persuasión, para amonestar a la Iglesia a poner las palabras de Dios en su corazón. Las cuales, si alguna vez hubieran retrocedido de su corazón, de ningún modo oiría de ellos tales cosas. Sigue:

CAPÍTULO XVI.

VERS. 23.— Si te volvieras al Omnipotente, serás edificado, y alejarás la iniquidad de tu tabernáculo.

21. Lo que se vuelve a Dios después de los pecados, se limpia en el pensamiento y en la obra. Los herejes piensan que el pueblo fiel se ha apartado de Dios, porque lo ven resistiendo a sus predicaciones. A quien, cuando contemplan afligido por los males presentes, intentan como por amonestación atraer a la gracia del creador, diciendo: Si te volvieras al Omnipotente, serás edificado. Como si abiertamente dijeran: Porque resistiendo a nuestros dogmas te apartaste del Señor, por eso has sido destruido de la edificación de la justicia. Pero el tabernáculo a veces lo tomamos por el habitáculo del cuerpo, a veces ciertamente por el habitáculo del corazón. Pues así como por el alma habitamos en el cuerpo, así por los pensamientos habitamos en la mente. La iniquidad, pues, en el tabernáculo de la mente, es la

intención perversa en el estudio del pensamiento; la iniquidad, en cambio, en el tabernáculo del cuerpo es la acción carnal por la ejecución de la obra. Elifaz, por lo tanto, porque fue amigo del varón bienaventurado, sintiendo algunas cosas verdaderas y, sin embargo, en aquellas en las que se desvía de la rectitud, manteniendo la especie de los herejes, ignorando que el bienaventurado Job fue azotado por sus virtudes, creyó que había errado aquel a quien vio herido, y le promete, si se hubiera vuelto al Omnipotente, diciendo: Alejarás la iniquidad de tu tabernáculo, como si patentemente dijera: Cualquiera que a Dios después de sus yerros se vuelve, en el pensamiento a la par que en la obra se limpia. Sigue:

CAPÍTULO XVII

[Antiguo IX, Rec. VIII].

VERS. 24.— Dará por tierra pedernal, y por pedernal torrentes de oro.

22. Los enfermos, sanándolos Dios, escapan fuertes, y ante otros lucen por la doctrina. ¿Qué por la tierra sino la enfermedad de la acción, qué por la dureza del pedernal sino la fortaleza se significa? ¿qué por los torrentes de oro, sino la doctrina de la íntima claridad recibimos? Dios Omnipotente, en cambio, a los convertidos a sí les da por tierra pedernal, porque por la enferma acción atribuye la fortaleza de robusta obra. Da también por pedernal torrentes de oro, porque por la robusta obra multiplica la doctrina de clara predicación, para que cada pecador convertido, y

de enfermo pueda existir fuerte, y en su fortaleza se levante hasta proferir las palabras de íntima claridad, para que en él tanto la enfermedad de la acción, en la cual como que se disuelve, se solidifique por la fortaleza de vivir bien; y de nuevo cuando el sentido se extrae de la vida, de esa misma fortaleza los torrentes de oro fluyan, porque en la boca de los que viven bien la claridad de la doctrina inunda. Sigue:

CAPÍTULO XVIII.

VERS. 25. Y será el Omnipotente contra tus enemigos, y la plata se te amontonará.

23. Dios, ahuyentados los enemigos, nos enriquece con la plata de la divina elocuencia. —¿Qué otros enemigos padecemos más que los espíritus malignos, que nos asedian en nuestros pensamientos, para poder irrumpir en la ciudad de nuestra mente y tenerla capturada bajo el yugo de su dominio? Pero que por el nombre de plata se designan las sagradas elocuencias lo atestigua el Salmista, quien dice: Las elocuencias del Señor son elocuencias castas, plata examinada por el fuego de la tierra (Sal. 11, 7). Y a menudo cuando atendemos a las sagradas elocuencias, toleramos más gravemente las insidias de los espíritus malignos, porque rocían en nuestra mente el polvo de los pensamientos terrenos, para oscurecer los ojos de nuestra intención de la luz de la visión íntima. Lo cual sin duda el Salmista había soportado, cuando decía: Apartaos de mí, malignos, y escudriñaré los mandatos de mi Dios (Sal. 118, 115). Evidentemente insinuando patentemente

que no podía escudriñar los mandatos de Dios cuando toleraba en su mente las insidias de los espíritus malignos. Lo cual también conocemos que se designa en la obra de Isaac bajo la maldad de los Alófilos, quienes llenaban con un montón de tierra los pozos que Isaac había cavado (Gén. 26, 15). Pues nosotros sin duda cavamos estos pozos cuando en los sentidos ocultos de la sagrada Escritura penetramos lo profundo. Los cuales, sin embargo, los Alófilos llenan ocultamente cuando, mientras tendemos a lo profundo, los espíritus inmundos nos ingieren pensamientos terrenos, y quitan como el agua hallada de la ciencia divina. Pero porque nadie vence a estos enemigos por su propia virtud, se dice por Elifaz: Y será el Omnipotente contra tus enemigos, y la plata se te amontonará. Como si se dijera abiertamente: Mientras el Señor por su propia virtud repeliera de ti a los espíritus malignos, el talento lúcido de la divina elocuencia crece por dentro. Sigue:

CAPÍTULO XIX

[Antiguo X, Rec. IX].

VERS. 26.— Entonces sobre el Omnipotente abundarás en delicias.

24. Abundan en delicias quienes saben discernir los múltiples sentidos en las sagradas Escrituras. — Abundar en delicias sobre el Omnipotente es saciarse con los banquetes de la sagrada Escritura en el amor de Él. En cuyos vocablos sin duda hallamos tantas delicias, cuantas diversidades de inteligencia recibimos para nuestro provecho, de

modo que a veces nos alimente desnuda la historia, a veces bajo el texto de la letra una velada alegoría moral nos restaure íntimamente, a veces nos suspenda a lo más alto la contemplación, en las tinieblas de la vida presente ya centelleando desde la luz de la eternidad. Y debe saberse que cualquiera que abunda en delicias se disuelve en una cierta remisión de sí mismo, y se relaja del estudio del trabajo como por el cansancio, porque sin duda cuando el alma ha comenzado a abundar en delicias internas, mínimamente consiente en incubar ya las obras terrenas; sino capturada por el amor del creador, y ya libre por su cautiverio, suspira por contemplar su belleza desfalleciendo, y como cansándose convalece, porque mientras ya no puede llevar las sucias cargas, se apresura por el descanso hacia aquel a quien ama por dentro. De aquí también en la admiración de la esposa está escrito: ¿Quién es esta que sube del desierto abundando en delicias? (Cant. 8, 5). Porque sin duda la santa Iglesia, si no abundara en las delicias de las palabras de Dios, no podría subir del desierto de la vida presente a las cosas superiores. Por tanto abunda en delicias, y sube, porque mientras se alimenta con las inteligencias místicas, se eleva diariamente a contemplar lo supremo. De aquí también el Salmista dice: Y la noche es mi iluminación en mis delicias (Sal. 138, 11), porque mientras por el intelecto místico la mente estudiosa se restaura, ya en ella la oscuridad de la vida presente se ilumina por el fulgor del día subsiguiente, para que incluso en la calígine de esta corrupción irrumpa en el intelecto

de aquella la fuerza de la luz futura, y alimentada por las delicias de las palabras aprenda pregustando de qué ha de tener hambre del pasto de la verdad. Sigue:

CAPÍTULO XX.

IBID. — Y levantarás hacia Dios tu cara.

25. Levantar la cara hacia Dios es elevar el corazón purificado por la penitencia a escudriñar lo divino. — Levantar la cara hacia Dios es elevar el corazón a escudriñar lo sublime. Pues así como somos conocidos y conspicuos al hombre por la cara del cuerpo, así por la imagen interior lo somos para Dios. Pero cuando somos deprimidos por el reato de la culpa, tememos levantar hacia Dios la cara de nuestro corazón. Pues mientras por ninguna confianza de las buenas obras se apoya, la mente suprema trepida al mirar, porque la misma conciencia se acusa a sí misma. Pero cuando ya por los lamentos de la penitencia se diluye la culpa, y así lo perpetrado se llora, de modo que lo que debe llorarse mínimamente se perpetre, nace una gran confianza en la mente, y se levanta la cara de nuestro corazón a contemplar los gozos de la retribución suprema. Pero estas cosas Elifaz las diría rectamente si amonestara a un enfermo. Pero cuando desprecia a un varón justo a causa de los azotes, ¿qué otra cosa que verba de ciencia desconociendo derrama? Dichas palabras sin duda si las llevamos al tipo de los herejes, ellos mismos con falsas promesas nos prometen levantar la cara a Dios. Como si al pueblo fiel patentemente dijeran: Mientras no

sigas nuestra predicación, oprimes el corazón en lo enfermo. Pero porque Elifaz amonestó al bienaventurado Job a volver a Dios, de quien evidentemente el mismo varón bienaventurado nunca se apartó, todavía prometiendo añade:

CAPÍTULO XXI.

VERS. 27. — Le rogarás, y te escuchará.

26. En vano ruegan a Dios quienes desprecian sus preceptos. — Ruegan ciertamente al Señor, pero mínimamente merecen ser escuchados, quienes desprecian los preceptos del Señor que manda. Por lo cual está escrito: El que aparta su oído para no oír la ley, su oración será execrable (Prov. 28, 9). Mientras, por tanto, Elifaz creyó que el bienaventurado Job no era escuchado, de aquí sin duda juzgó que había errado en su obra. Por lo cual también todavía añade:

IBID. — Y pagarás tus votos.

[Antiguo XI.] Quien prometió votos, pero no puede cumplirlos por la enfermedad, se le hace por la pena del pecado que se le quite el poder al que quiere el bien. Pero cuando en la presencia del juez íntimo se limpia la culpa que se opone, sucede al punto que la posibilidad sigue al voto. Sigue:

CAPÍTULO XXII.

VERS. 28. — Decretarás una cosa, y te vendrá.

27. Falsos juicios de los hombres sobre las adversidades y prosperidades. — Este suele ser el propio juicio de los enfermos, que tanto juzguen

a alguien justo, cuanto lo vean conseguir todo lo que desea. Cuando evidentemente sabemos que a veces los bienes terrenos se quitan a los justos, los cuales se atribuyen con largo don a los injustos, porque también a los enfermos desesperados los médicos mandan que se les dé todo lo que pidan, y a aquellos que prevén que pueden ser devueltos a la salud contradicen que se les dé lo que desean. Pero si estas palabras Elifaz las introdujo sobre los dones espirituales, debe saberse que la cosa se decreta y viene cuando la virtud que por el deseo se apetece, por la largueza de Dios, también prospera en el efecto. Por lo cual también todavía se añade:

CAPÍTULO XXIII

[Rec. X].

IBID. — Y en tus vías brillará la luz.

28. Admirable esplendor de la virtud. — En las vías ciertamente de los justos brillar la luz es rociar los signos de su claridad por las admirables obras de las virtudes, para que a cualquier lugar que por la intención vayan, sacudan de los corazones de los que miran la noche del pecado, y funden en ellos la luz de la justicia por el ejemplo de su obra. Pero por grande que sea la justicia de la obra, ante el juez interno no es nada si la eleva la hinchazón de la mente. Por lo cual también se añade:

CAPÍTULO XXIV.

VERS. 29. — Porque el que fuera humillado, será en la gloria; y el que inclinara sus ojos, él se salvará.

29. Recomendación de la humildad. — Cuya sentencia sin duda no discrepa de la boca de la Verdad que dice: Todo el que se ensalza, será humillado, y el que se humilla, será ensalzado (Luc. 14, 11). Por lo cual también por Salomón se dice: Antes que sea quebrantado, se ensalza el corazón del hombre; y antes que sea glorificado, se humilla (Prov. 18, 12). Con razón, en cambio, se dice: El que inclinara sus ojos, él se salvará, porque, cuanto por el ministerio de los miembros puede percibirse, la primera ostentación de la soberbia suele estar en los ojos. Por esto está escrito: Y los ojos de los soberbios humillarás (Sal. 17, 28). De aquí se dice de la misma cabeza de los soberbios: Todo lo sublime ve (Job 41, 25). De aquí de aquella que a él por la infidelidad se adhirió está escrito: Generación cuyos ojos son excelsos, y sus párpados levantados a lo alto (Prov. 30, 13). Inclinar por tanto los ojos es no despreciar a nadie mirando atrás, sino estimarse a sí mismo menor e impar a todos los que mira. Se salvará por tanto el que inclina los ojos, porque el que abandona el falso vértice de la soberbia, asciende a la altura de la verdad. Sigue:

CAPÍTULO XXV.

VERS. 30. — Se salvará el inocente, se salvará además por la limpieza de sus manos.

30. Necesidad de la gracia preveniente, a la cual debe acompañar y seguir el libre albedrío.

— Cuya sentencia sin duda si se profiere sobre la retribución del reino celestial, se apoya en la verdad, porque habiéndose escrito de Dios: Quien rinde a cada uno según sus obras (Rom. 2, 6), a aquel en el último examen la justicia del juez eterno salva, a quien aquí su piedad libera de las obras inmundas. Pero si por esto cada cual aquí se cree salvado por la limpieza de sus manos, para que por sus fuerzas se haga inocente, sin duda se yerra, porque si la gracia suprema no previene al nocivo, nunca ciertamente encontrará a un inocente a quien remunere. Por lo cual se dice por la verídica voz de Moisés: Y ninguno ante ti por sí mismo es inocente (Éxod. 34, 7). La piedad suprema por tanto primero hace en nosotros algo sin nosotros, para que, siguiendo también nuestro libre albedrío, el bien que ya apetecemos lo haga con nosotros, el cual sin embargo, por la gracia impartida en el juicio final así remunera en nosotros, como si solo hubiera procedido de nosotros. [Antiguo XII.] Porque pues la bondad divina, para hacernos inocentes, nos previene, Pablo dice: Por la gracia de Dios soy lo que soy (1 Cor. 15, 10). Y porque a la misma gracia nuestro libre albedrío sigue, añade: Y su gracia en mí no fue vacía, sino que más abundantemente que todos ellos trabajé. Quien mientras miraba que de sí nada era, dijo: Pero no yo. Y sin embargo porque se encontró ser algo con la gracia, añadió: Sino la gracia de Dios conmigo. Pues no diría conmigo si con la gracia preveniente no tuviera el libre albedrío subsiguiente. Para que por tanto mostrara que sin la gracia nada era, dijo: No yo.

Para que en cambio demostrara que había obrado con la gracia por el libre albedrío, añadió: Sino la gracia de Dios conmigo. Por la limpieza por tanto de sus manos el inocente se salvará, porque el que aquí es prevenido por un don para que se haga inocente, cuando es llevado al juicio, es remunerado por el mérito. Todas cuyas cosas Elifaz, como se ha dicho antes, aunque rectamente las profirió, sin embargo a quién las profería ignoró, porque no debió enseñar al mejor, sino escucharlo. Todas cuyas cosas sin embargo por tipo concuerdan con las promesas de los herejes, quienes cuando encuentran a algunos fieles afligidos en la vida presente, los juzgan heridos por la culpa de la perfidia, y les prometen si siguen sus dogmas, la salud de la inocencia por la limpieza de las buenas obras. Pero la mente de los fieles tanto más altamente los desprecia, cuanto no ve que ellos tengan la inocencia que prometen. Por lo cual bien por Salomón se dice: En vano se echa la red ante los ojos de los alados (Prov. 1, 17). Alados son ciertamente los espíritus de los buenos, quienes mientras vuelan a lo más alto por la esperanza de la verdad, declinan las redes de la decepción de los hombres malvados puestas. Sigue:

CAPÍTULO XXVI

[Rec. XI].

CAPÍTULO XXIII, VERS. 1, 2. — Respondiendo en cambio Job dijo: Incluso ahora en amargura está mi discurso, y la mano de mi llaga se ha agravado sobre mi gemido.

31. La consolación inordinada aumenta el dolor. — Según su costumbre, el bienaventurado Job comienza con palabras más llanas, pero consuma sus dichos con una alta prosecución de misterio. Ciertamente debiera haberse curado el dolor del afligido por la consolación de los amigos; pero porque la consolación prorrumpió en los halagos de la falacia, el dolor del afligido se horrorizó. Pues, porque Elifaz no temió prometer mejores cosas al convertido, como por una medicina nociva creció la herida. Por lo cual rectamente se dice: Incluso ahora en amargura está mi discurso, y la mano de mi llaga se ha agravado sobre mi gemido, porque evidentemente la intención de la consolación inordinada multiplicó la percusión que debió disminuir. En cuyas palabras sin duda por el tipo de la santa Iglesia se expresa también el dolor de los fieles, quienes tanto más gimen, cuanto ven a los malos lisonjear, quienes según la voz de Pablo: Por dulces discursos y bendiciones seducen los corazones de los inocentes (Rom. 16, 18).

32. [Antiguo XIII.] Las mentes de los fieles no saben estar sin amargura. Estas palabras también rectamente se refieren a considerar más sutilmente la mente de los fieles, que no saben estar sin amargura incluso si en este mundo parecen prosperar. A los cuales cuando también les sobreviene la adversidad, ingemina el dolor que encuentra. Por lo cual rectamente se dice: Incluso ahora en amargura está mi discurso, para que patentemente se muestre que la mente de los electos no estuvo sin amargura ni en la prosperi-

dad. Bien, en cambio, se dice: Y la mano de mi llaga se ha agravado sobre mi gemido. La mano de la llaga es ciertamente la fortaleza de la percusión. Pues su primera percusión consideran los electos, porque de la visión de su creador están divididos, porque de ninguna manera disfrutan de la claridad de la iluminación íntima, sino que gimen relegados en el exilio de la vida presente como en un lugar de ceguedad. Siempre por tanto tienen en esta mano de la llaga su gemido. Pero cuando todavía también las adversidades en esta vida ocurren, la mano de su llaga se agrava incluso sobre su gemido. Había pues gemido de la llaga incluso cuando faltaban las adversidades de la vida presente. Pero la amargura de la primera percusión crece incluso por la tentación de la adversidad. Dice por tanto: Y la mano de mi llaga se ha agravado sobre mi gemido: porque a cada justo en esta vida la adversidad no lo hirió alegre, sino que multiplicó en él el dolor de la herida. Sucede sin embargo por el admirable moderamine de Dios omnipotente que cuando en este mundo la mente del justo más trabaja con las adversidades, más tiene sed de contemplar la cara de su autor. Por lo cual aquí aptamente se subyuga:

CAPÍTULO XXVII

[Rec. XII].

VERS. 3. — ¡Quién me diera que yo lo conociese y lo encontrase, y llegase hasta su solio!

33. El ardor de los electos que desean disfrutar de la vista de Dios. — Cada electo, si no hubiera

conocido a Dios, ciertamente no lo amaría. Pero una cosa es conocer por la fe, y otra por la especie; una cosa encontrar por la credulidad, otra por la contemplación. Por lo cual sucede que todos los electos anhelan ver también por la especie a aquel que conocieron por la fe. Ardientes en su amor se abrasan, porque ya degustan la suavidad de su dulzura en la misma certidumbre de su fe. Lo cual bien designa aquel sanado de los demonios en la región de los gerasenos, que quiere irse con Jesús; pero le es dicho por el maestro de la salud: Vuelve a tu casa, y narra cuán grandes cosas te ha hecho Dios (Lc. 8, 39). Pues al que ama todavía se le impone una dilación, para que por el deseo del amor dilatado aumente el mérito de la retribución. Se nos hace, pues, Dios omnipotente dulce en los milagros, y sin embargo permanece oculto en su alteza, para que, tanto mostrando algo de sí, nos encienda en su amor por una oculta inspiración, como ocultando la gloria de su Majestad, aumente la fuerza de su amor por el calor del deseo. Pues si el varón santo no buscara ver a este en su Majestad, de ninguna manera subañadiría: Y llegase hasta su solio [Antiguo XIV]. Pues ¿qué es el solio de Dios, sino aquellos espíritus angélicos que, según el testimonio de la Escritura, son llamados tronos? El que, por tanto, quiere llegar hasta el solio de Dios, ¿qué otra cosa sino estar presente entre los espíritus angélicos concupisce, para que ya no sostenga ningún momento defectivo de los tiempos, sino que surja hacia la gloria permanente en la contemplación de la eternidad?

34. Los electos veneran los juicios ocultos de Dios. — Cuyas palabras, sin embargo, también convienen a los justos puestos en esta vida. Pues cuando ven que se hace cualquier cosa contra su voto y deseo, recurren a los juicios ocultos de Dios, para que vean en ellos que no se dispone inordinadamente dentro lo que parece correr inordinado fuera. Pues cuando contemplan con los ojos de la fe al Creador de todos presidiendo a los espíritus angélicos, llegan sin duda a su solio. Y porque consideran que aquel que admirablemente rige a los ángeles no dispone injustamente a los hombres, ciertamente encuentran cuán justas son las razones causales, mientras esas mismas causas parezcan injustas extrínsecamente; y mientras hacen esto humildemente, a menudo se reprenden a sí mismos en su voluntad, a veces juzgan sus propios votos en sí mismos, mientras piensan que son mejores aquellas cosas que dispone el creador. Por lo cual bien todavía se añade:

CAPÍTULO XXVIII

[Rec. XIII].

VERS. 4. — Pondría ante él mi juicio, y llenaría mi boca de reprensiones.

35. Por la consideración de los juicios ocultos de Dios los electos se encienden a la penitencia. — Poner ante Dios el juicio es, dentro del secreto de la mente por la contemplación de la fe, abrir los ojos de nuestra consideración al tremendo examen de su majestad, atender a lo que el hom-

bre pecador merece, y considerar cuán terrible aparecerá después el juez ahora oculto y silencioso. Por lo cual sucede que el alma es revocada más sutilmente al conocimiento de sí misma, y cuanto más ve a su juez oculto como terrible, tanto más temerosamente se angustia por sus propios actos. Tiembla ansiosamente, persigue sus culpas con lamentos, arrepintiéndose reprende lo que recuerda que ella fue. Por lo cual ahora también después de que se ha dicho: Pondría ante él mi juicio, rectamente se subyuga: Y llenaría mi boca de reprensiones. Pues el que se pone a sí mismo el juicio en conspecto de Dios, llena su boca de reprensiones, porque mientras contempla el sutil examen del tremendo juez contra sí, se persigue con la invectiva de la amarga penitencia. A menudo, en cambio, mientras descuidamos sopesar nuestras culpas, ignoramos qué reprensión de ellas siga en el juicio; pero cuando las perseguimos arrepintiéndonos, encontramos qué pueda decirnos el juez sobre ellas en su examen. Por lo cual todavía aptamente se subyuga:

CAPÍTULO XXIX.

VERS. 5. — Para que sepa las palabras que él me respondería, y entienda qué me hablaría.

36. Los electos, mientras temen los juicios ocultos de Dios, los evaden. — Pues entonces lloramos las culpas cuando comenzamos a sopesarlas. Pero entonces sopesamos más sutilmente, cuando lloramos más solícitamente, y de los lamentos nace más plenamente en nuestro corazón qué amenaza a los pecadores la estrechez

divina, cuáles serán aquellos improperios de los réprobos, qué terror, qué implacable aversión de la Majestad. Pues tantas cosas dirá entonces el Señor airado a los réprobos, cuantas les permita padecer por la equidad. Cuyas palabras de aquella animadversión los justos, mientras ahora solícitamente temen, evaden. Pero ¿quién podrá ser encontrado justo en aquel examen, si Dios discutiera la vida de los hombres según la Majestad de su fortaleza? Aptamente por tanto se subyuga:

CAPÍTULO XXX

[Antiguo XV, Rec. XIV].

VERS. 6. — No quiero que contienda conmigo con mucha fortaleza, ni me oprima con la mole de su grandeza.

37. Temiendo la fortaleza de Dios, desean la enfermedad en la humanidad asumida. — Pues la mente de cualquier justo, si es juzgada estrechamente por el Señor omnipotente, es oprimida por la mole de su grandeza. En cuyas palabras sin duda esto también se ha de entender, que el varón santo, mientras evita la fortaleza de Dios, ¿qué otra cosa desea sino su enfermedad? Y escrito está: Lo que es enfermo de Dios, es más fuerte que los hombres (1 Cor. 1, 25). Por lo cual también al punto añade:

VERS. 7. — Proponga la equidad contra mí, y llegará a la victoria mi juicio.

Pues ¿quién otro sino el Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús (1 Tim. 2, 5), es designado con el nombre de equidad? de quien

escrito está: Quien fue hecho sabiduría para nosotros por Dios y justicia (1 Cor. 1, 30). Cuya justicia ciertamente mientras viene a este mundo contra las vías de los pecadores, vencemos al antiguo enemigo, por quien éramos tenidos cautivos. Diga por tanto: No quiero que contienda conmigo con mucha fortaleza, ni me oprima con la mole de su grandeza; proponga la equidad contra mí, y llegará a la victoria mi juicio. Esto es, para redargüir mis vías envíe al Hijo encarnado, y entonces por el juicio de mi absolución excluiré victorioso al adversario insidioso. Pues si en la fortaleza de la divinidad así el unigénito Hijo de Dios permaneciera invisible, que nada de nuestra enfermedad tomara, ¿cuándo el hombre enfermo habría podido encontrar acceso de gracia hacia él? Pues el peso considerado de su grandeza oprimiría más bien que ayudaría. Pero apareció fuerte sobre todas las cosas, enfermo entre todas las cosas, para que mientras nos concurría por la enfermedad asumida, nos elevara a su fortaleza permanente. Pues en su altura la divinidad no podía ser aprehendida por nosotros como párvulos, pero se tendió a los hombres por la humanidad, y como sobre uno yacente ascendimos; se levantó, y hemos sido elevados. Por lo cual esto también pronto se añade, por lo cual la divinidad invisible e incomprensible se demuestre. Pues sigue:

CAPÍTULO XXXI

[Rec. XV].

VERS. 8, 9. — Si voy al Oriente, no aparece; si al Occidente, no lo entenderé; si a la izquierda, ¿qué haré? no lo aprehenderé; si me vuelvo a la derecha, no lo veré.

38. Dios es invisible e incomprensible, no en una parte sino en todas partes ha de ser buscado. — Pues el Creador de todos no está en una parte, porque está en todas partes. Y entonces menos es encontrado, cuando aquel que está todo en todas partes es buscado en una parte. Pues el espíritu incircunscrito tiene todas las cosas dentro de sí mismo, las cuales sin embargo y llenando las circunda, y circundando las llena, y sosteniendo las trasciende, y trascendiendo las sostiene. Bien en cambio después de que se ha dicho: Si voy al Oriente, no aparece; si al Occidente, no lo entenderé; si a la izquierda, ¿qué haré? no lo aprehenderé; si me vuelvo a la derecha, no lo veré; al punto añadió: Pero él sabe mi camino. Como si abiertamente diga: No puedo ver al que me ve, y al que me mira sutilmente no puedo mirarlo; para que evidentemente muestre que tanto más cautamente ha de ser temido, cuanto no es conspicuo. Pues el que así nos mira, que por nosotros no puede ser mirado, tanto más ha de ser temido, cuanto viendo todas las cosas mínimamente es visto. Pues cuando creemos que alguien yace contra nosotros en insidias, tanto más lo tememos, cuanto mínimamente lo vemos. Y cuando de ninguna manera deprendemos sus insidias donde están, también allí las tememos donde no están. Pero nuestro Creador, que está todo en todas partes, y discerniendo todas las cosas no es

discernido, tanto más ha de ser temido, cuanto permaneciendo invisible, se ignora cuándo y qué decrete de nuestros actos. Cuyas palabras, sin embargo, pueden entenderse también de otro modo. Pues al Oriente vamos, cuando levantamos la mente en la consideración de su majestad. Pero no aparece, porque cual es en su naturaleza no prevalece ser visto por el pensamiento mortal. Si al Occidente, no lo entenderé [Antiguo XVI]. Al Occidente vamos cuando el ojo del corazón levantado en Dios, pero reverberado por esa misma inmensidad de luz, lo reducimos a nosotros mismos, y cansados aprendemos que está muy sobre nosotros lo que buscábamos, y considerando nuestra mortalidad, nos deprendemos indignos todavía que podamos ver al Inmortal. Si a la izquierda, qué haré no lo aprehenderé. Ir a la izquierda es consentir en las delectaciones de los pecados. Y ciertamente consta que no puede aprehender a Dios el que todavía yace por la izquierda en la delectación del pecado. Si me vuelvo a la derecha, no lo veré. A la derecha sin duda se vuelve el que se eleva por las virtudes. Pero no puede ver a Dios el que goza con privada alegría por los buenos actos, porque en él el tumor de la elación oprime el ojo del corazón. Por lo cual bien en otra parte se dice: No declines a la derecha, ni a la izquierda (Dt. 17, 11). En todas las cuales cosas la mayor parte de las veces se discute el alma, ni sin embargo prevalece deprendese plenamente a sí misma. Por lo cual aquí aptamente se subyuga:

CAPÍTULO XXXII.

VERS. 10. — Pero él sabe mi camino.

39. Dios explora las vías de los justos y los prueba. — Como si patentemente diga: Yo también me discuto estrechamente, y no puedo conocerme perfectamente; y sin embargo aquel a quien no prevalezco ver, ve sutilmente todas las cosas que hago. Sigue:

Y me probará como oro que por el fuego pasa.

El oro en el horno aprovecha para la claridad de su naturaleza, mientras pierde las suciedades. Como oro por tanto que por el fuego pasa son probadas las almas de los justos, a quienes por la combustión de la tribulación tanto se les sustraen los vicios como se les aumentan los méritos. Ni fue de elación que el varón santo se comparara al oro puesto en la tribulación, porque el que fue dicho justo por la voz de Dios antes de los azotes, no por eso fue permitido ser tentado para que en él se purgaran los vicios, sino para que crecieran los méritos, pero el oro por el fuego se purga. Menos por tanto estimó de sí mismo que lo que era, mientras, entregado a la tribulación, creyó que se purgaba él, que no tenía nada que purgar en sí.

40. Los justos, por más humildes que sean, no ignoran sus buenas obras. — Se ha de saber ciertamente que aunque el ánimo de los justos sienta cosas humildes de sí, sin embargo ven que son rectas esas cosas que hacen, pero no presumen de su rectitud: Por lo cual todavía se subyuga: Sus vestigios siguió mi pie: su vía custodié, y no decliné de ella. De los mandatos de sus labios no me retiré, y en mi seno escondí las palabras de su

boca. Pero en todas estas cosas veamos si él existe que sea algo. Sigue: Pues él solo es [Rec. XVI]. Por cuya sentencia subyugada muestra que en tantos bienes que había hecho creyó que él no era nada. Pero repitiendo estas mismas palabras de arriba, según podemos, perstrinjamos.

CAPÍTULO XXXIII.

VERS. 11. — Sus vestigios siguió mi pie.

41. La longanimidad y la piedad de Dios han de ser imitadas por nosotros. Ejemplos de Cristo han de ser seguidos. — Pues como si fueran ciertos pasos de Dios son sus operaciones que vemos, por las cuales cada bueno y malo es regido, por las cuales los justos e injustos son dispuestos en sus órdenes, por las cuales tanto cada súbdito es conducido diariamente a cosas mejores, como el adverso que cae a cosas peores es tolerado. De cuyos pasos sin duda decía el Profeta: Vistos han sido tus pasos, Dios (Sal. 67, 25). Nosotros, pues, cuando intuimos la virtud de su longanimidad y piedad, e intuyendo contendemos imitar, ¿qué otra cosa que los vestigios de sus pasos seguimos, porque imitamos ciertos extremos de su operación? Pues la Verdad amonestaba a imitar estos vestigios de su Padre, cuando decía: Orad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace nacer su sol sobre malos y buenos (Mt. 5, 45; Lc. 6, 28). [Antiguo XVII.] Puede sin embargo el bienaventurado Job, que con fe cierta ya había dicho: Sé que mi Redentor vive, y en el novísimo día de la tierra he de resurgir (Job 19, 25), así en la

futura operación de la sabiduría que ha de encarnarse pretender, como nosotros los ya pasados actos de la misma sabiduría por la fe vemos, que el Mediador de Dios y de los hombres fue benigno para atribuir, humilde para sostener, paciente para ofrecer ejemplo. Cuya vida ciertamente mientras el bienaventurado Job, lleno del espíritu supremo, con solícita intención contemplara, previendo la futura humildad de aquella mansedumbre, recurre como a un ejemplo propuesto a sí, para que cuanto hiciera en esta vida, lo ligara a los vestigios de aquella imitación, en cuanto que el que no podía ver las sublimidades de su oculta disposición, como mirando en la tierra, para la imitación de él sostuviera los vestigios. De cuyos vestigios de él por Pedro se dice: Cristo padeció por nosotros, dejándoos ejemplo, para que sigáis sus vestigios (1 Pe. 2, 21). De lo cual todavía se subyuga:

CAPÍTULO XXXIV.

IBÍDEM. — Su vía custodié, y no decliné de ella.

42. La solicitud de los justos es observar las vías de la verdad. — Custodia y no declina, el que esto donde pretende lo obra. Pues custodiar por la intención, es no declinar por la operación. Pues esta es la solicitud de los justos, que diariamente examinen sus actos según las vías de la verdad, y, proponiéndose esas cosas como regla, no declinen del trámite de la rectitud de ellas. Pues diariamente pretenden ir sobre sí mismos, y en cuanto son promovidos al vértice de las

virtudes, juzgan con cauta reprensión cuanto de ellos por sí mismos queda bajo sí mismos, y se apresuran a llevarse todos allí, donde encuentran haber llegado en parte. Sigue:

CAPÍTULO XXXV.

VERS. 12. — De los mandatos de sus labios no me retiré.

43. Escrutar la voluntad de Dios en las Escrituras, otra solicitud de los justos. — Así como los siervos bien obedientes siempre están intentos a los rostros de sus señores, para que oigan festinadamente aquellas cosas que mandaren y contiendan cumplirlas, así las mentes de los justos por su intención asisten al Señor omnipotente, y en su escritura contemplan como su boca, para que porque por ella habla Dios todo lo que quiere, tanto no discrepen de su voluntad, cuanto la misma voluntad de aquel en su elocuencia reconocen. Por lo cual sucede que sus palabras no pasan superfluamente por sus oídos, sino que fijan estas en sus corazones. Por lo cual aquí se subyuga:

CAPÍTULO XXXVI

IBÍDEM. — Y en mi seno escondí las palabras de su boca.

44. Esconder las palabras de Dios en el seno, otra solicitud de los justos. — Pues en el seno del corazón escondemos las palabras de su boca, en cuanto oímos sus mandatos no transitoriamente, sino para ser cumplidos en la obra. De aquí es que

de la misma madre Virgen está escrito: María en cambio conservaba todas estas palabras, confiriéndolas en su corazón (Lc. 2, 19). Cuyas palabras ciertamente, incluso cuando salen a la operación, yacen escondidas en el seno del corazón, si por esto que se hace fuera no se eleva dentro el ánimo del que obra. Pues cuando el discurso concebido es llevado a la obra, si por esto se busca la alabanza humana, el discurso de Dios en el seno de la mente sin duda no se oculta. Pero quisiera saber, varón bienaventurado, ¿por qué con tanta intención te examinas, por qué con tanta solicitud te restringes? Sigue:

CAPÍTULO XXXVII.

[Vet. XVIII].

VERS. 13. — Porque Él solo es, y nadie puede apartar Su pensamiento.

45. Dios solo es aquel, en comparación de cuya esencia nuestro ser es no ser. — ¿Acaso no existen los ángeles y los hombres, el cielo y la tierra, el aire y los mares, todos los volátiles, cuadrúpedos y reptiles? Y ciertamente está escrito: Creó todas las cosas para que fuesen (Gén. 2, 3, sig.). Por tanto, habiendo tantas cosas en la naturaleza, ¿por qué se dice ahora por la voz del varón bienaventurado: Porque Él solo es? Pero una cosa es ser, y otra ser principalmente; una cosa es ser de modo mudable, y otra ser de modo inmutable. Pues todas estas cosas son, pero principalmente no son, porque en sí mismas mínimamente subsisten, y si no fuesen sostenidas por la mano del Gobernante,

de ningún modo podrían ser. Pues todas las cosas en Él subsisten; por quien fueron creadas, ni las cosas que viven se dan a sí mismas la vida, ni las cosas que se mueven y no viven son llevadas al movimiento por sus propios gestos, sino que Él mueve todas las cosas, quien a unas vivifica, y a otras ciertamente no vivificadas las conserva ordenándolas maravillosamente en una esencia extrema. Pues todas las cosas fueron hechas de la nada, y su esencia volvería a tender a la nada, si el autor de todo no la retuviera con la mano del régimen. Así pues, todas las cosas que han sido creadas, por sí mismas ni prevalecen para subsistir, ni para moverse; sino que subsisten en tanto en cuanto recibieron que deben ser; se mueven en tanto en cuanto son dispuestas por un instinto oculto. Pues he aquí que un pecador ha de ser azotado por las cosas humanas: se seca en sus trabajos la tierra, se sacude en sus naufragios el mar, se inflama en sus sudores el aire, se oscurece contra él por las inundaciones el cielo, se enardecen en sus opresiones los hombres, se mueven en su adversidad incluso las virtudes angélicas. ¿Acaso estas cosas, que dijimos inanimadas o vivientes, se agitan por sus instintos y no más bien por impulsos divinos? Por tanto, cualquier cosa que sea la que se ensaña exteriormente, por esto debe ser intuido Aquel que dispone esto interiormente. En toda causa, pues, solo Él debe ser intuido, quien principalmente es. Quien también dice a Moisés: Yo soy el que soy. Así dirás a los hijos de Israel: El que es, me envió a vosotros (Éx. 3, 14). Así pues, cuando somos azotados por las cosas que vemos,

debemos temer solícitamente a Aquel que no vemos. El varón santo, pues, desprecie cualquier cosa que aterre exteriormente, cualquier cosa que por su propia esencia, si no fuera regida, tendería a la nada, e intuya con el ojo de la mente, suprimidas todas las cosas, al Único en comparación de cuya esencia nuestro ser es no ser, y diga: Porque Él solo es.

46. Dios inmutable en naturaleza y voluntad. — De cuya inmutabilidad pronto se añade aptamente: Y nadie puede apartar Su pensamiento. Pues así como es inmutable por naturaleza, así es inmutable en voluntad. Ciertamente nadie aparta Su pensamiento, porque nadie prevalece para resistir a Sus juicios ocultos. Pues aunque hubo algunos que por sus ruegos parecieron haber apartado Su pensamiento, de tal modo fue Su pensamiento interno, que pudieron apartar Su sentencia rogando, y recibieron de Él lo que hiciesen ante Él. Diga, pues: Y nadie podrá apartar Su pensamiento, porque los juicios una vez fijados de ningún modo pueden ser cambiados. De donde está escrito: Puso un precepto, y no pasará (Sal. 148, 6); y de nuevo: El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán (Mc. 13, 31); y de nuevo: Pues no son mis pensamientos como vuestros pensamientos, ni mis caminos como vuestros caminos (Is. 55, 8). Por tanto, cuando exteriormente parece cambiarse la sentencia, interiormente el consejo no se cambia, porque de cada cosa se constituye inmutablemente dentro, cualquier cosa que fuera se haga mudablemente. Sigue:

CAPÍTULO XXXVIII.

[Vet. XIX, Rect. XVIII].

IBÍDEM. — Y lo que su alma quiso, esto hizo.

47. A Dios ni aquellas cosas le resisten que parecen hacerse contra Su voluntad. — Siendo Dios exterior a todos los cuerpos, interior a todas las mentes, esa misma fuerza suya, con la que todo lo penetra y todo lo dispone, es llamada Su alma. A cuya voluntad ciertamente ni aquellas cosas resisten, que parecen hacerse contra Su voluntad, porque para esto permite a veces que se haga incluso lo que no manda, para que por esto se cumpla más ciertamente lo que ordena. Pues del ángel apóstata es la voluntad perversa, pero sin embargo es maravillosamente ordenada por Dios, para que sus mismas insidias también sirvan a la utilidad de los buenos, a quienes purgan mientras los tientan. Así, pues, Su alma hizo lo que quiso, de modo que también de allí cumple Su voluntad, de donde parecía que se resistía a Su voluntad. Terréese, pues, el varón justo, y considerando el peso de tan gran majestad, descúbrase a sí mismo como débil.

48. Pero entre estas palabras agrada preguntar y decir: Oh bienaventurado Job, puesto entre tantos azotes, ¿por qué todavía temes las cosas adversas? ya estás ceñido de tribulaciones, ya estás angustiado por innumerables aflicciones. El mal debe ser temido que aún no ha sido recibido; tú, puesto en tan gran dolor, ¿qué temes? Pero he aquí que el varón justo, satisfaciendo nuestras inquisiciones, añade:

CAPÍTULO XXXIX.

VERS. 14. — Cuando hubiere cumplido en mí Su voluntad, y otras muchas cosas semejantes están presentes para Él.

49. Por estas cosas que padecemos, aprendemos a temer las que aún no hemos padecido. — Como si dijera abiertamente: Ya pondero lo que padezco, pero todavía temo lo que puedo padecer. Pues cumple en mí Su voluntad, porque con muchas percusiones me aflige. Pero muchas cosas semejantes están presentes para Él, porque si piensa herir, todavía encuentra donde la llaga crezca. De aquí, pues, debe ponderarse cuán pávido fue antes del azote, quien incluso golpeado todavía teme ser golpeado. Ciertamente, considerando que en Él hay una fuerza incomprensible tanto de potestad como de examen, el varón justo no quiso estar seguro ni siquiera del azote. Por lo cual, todavía temiendo, añade:

CAPÍTULO XL.

VERS. 15. — Y por eso ante Su faz estoy turbado, y considerándolo, me solicito con temor.

50. Mientras los malos muestran seguridad ante sí, los justos siempre temen. — Bien se turba ante la faz del Señor quien propone el terror de Su majestad ante los ojos de su corazón, y es sacudido por el pavor de Su rectitud, mientras se ve a sí mismo no ser idóneo para rendir cuentas, si es juzgado estrictamente. Pero rectamente se dice: Y considerándolo, me solicito con temor, porque cuando cada uno menos considera

la fuerza de la divina animadversión, menos la teme; y tanto más está en esta vida como seguro, cuanto más ajeno está de la consideración de la estrechez interna. Pues siempre los varones justos vuelven al secreto del corazón, intuyen la fuerza de la estrechez oculta, asisten al juicio de la majestad íntima, para que tanto más alguna vez estén seguros, cuanto aquí, mientras vivieran, no quisieron estar seguros. Pues las mentes de los malos, cuando rehúsan considerar lo que teman, llegan alguna vez gozando a aquello de lo que temiendo de ningún modo escaparían. Pero he aquí que de bienaventurado Job sabemos que estuvo entregado a frecuentes sacrificios a Dios, que fue pródigo en hospitalidades, en las necesidades de los pobres, que fue humilde incluso con sus súbditos, que fue benigno con los que se le oponían, y sin embargo recibió tantos azotes ni ya se mostró seguro entre los azotes, sino que todavía temió, todavía considerando la fuerza de la divina estrechez se estremece. ¿Qué, pues, decimos nosotros míseros, qué los pecadores, si así teme quien así obró? Pero si el peso de tanto temor lo tiene de sí mismo, lo da a conocer. Sigue:

CAPÍTULO XLI

[Vet. XX].

VERS. 16. Dios ablandó mi corazón, y el Omnipotente me conturbó.

51. Este temor es don de Dios. — Por un don divino se dice que el corazón del justo se ablanda, porque es penetrado por el temor del

juicio supremo. Pues es blando lo que puede ser penetrado, duro lo que no puede ser penetrado. Por lo cual se dice por Salomón: Bienaventurado el hombre que siempre es pávido, pero el que es de mente dura caerá en el mal (Prov. 28, 14). Por tanto, la virtud de su temor no se la atribuye a sí mismo, sino al autor, cuando dice: Dios ablandó mi corazón, y el Omnipotente me conturbó. No están seguros, sino perturbados los corazones de los buenos, porque mientras consideran el peso del futuro examen, no desean tener aquí quietud, perturban su seguridad con la consideración de la estrechez íntima. Quienes sin embargo entre esos mismos suplicios del temor a menudo retiran el ánimo hacia los dones, y para que se reconforten a sí mismos con la consolación, entre esto que temen vuelven el ojo a los dones que recibieron, para que la esperanza eleve a quien el temor oprime. Por lo cual también sigue:

CAPÍTULO XLII

[Rect. XIX].

VERS. 17. — Pues no perecí por las tinieblas inminentes, ni la calígine cubrió mi faz.

52. Los azotes de los justos o purgan los males perpetrados, o evitan los futuros. — Pues aquel puesto en el azote perece de la salud del cuerpo por las tinieblas inminentes, quien por eso es golpeado por las cosas pasadas, para que sea escondido de los suplicios futuros. Pues los azotes de los buenos o purgan los vicios perpetrados, o evitan los futuros que podrían haberse perpetra-

do. Pero el bienaventurado Job, porque puesto en el azote, ni era purgado de los pecados precedentes, ni era cubierto de los inminentes, sino que solamente su virtud aumentaba en el azote, dice fiducialmente: Pues no perecí por las tinieblas inminentes, ni la calígine cubrió mi faz. Pues quien siempre miró el peso del temor divino, la calígine del pecado no cubrió la faz de su corazón. Y aquel a quien ningún suplicio seguía, no perdió la salud del cuerpo por las tinieblas inminentes.

53. Nadie está inmune de los pensamientos depravados. — Y debe notarse que él, denunciando las cosas anteriores, de ningún modo dice: No tocó mi faz; sino: La calígine no cubrió. Pues a menudo incluso los corazones de los justos son polucionados por pensamientos subyacentes, los tocan con las delectaciones de las cosas terrenas, pero mientras son ahuyentados más pronto por la mano de la santa discreción, se actúa festinadamente para que la calígine no cubra la faz del corazón, la cual ya lo tocaba por la delectación ilícita. Pues a menudo en el mismo sacrificio de la oración se introducen pensamientos inoportunos, que pueden arrebatar o manchar aquello que llorando inmolamos en nosotros a Dios. Por lo cual Abraham, cuando ofrecía un sacrificio al ocaso del sol, soportó las aves que insistían, a las cuales ahuyentó estudiosamente, para que no arrebataran el sacrificio ofrecido (Gén. 15, 11). Así nosotros, cuando ofrecemos un holocausto a Dios en el ara del corazón, custodiémoslo de las aves inmundas, no sea que los espíritus malignos y los pensamientos perversos arrebaten lo que

nuestra mente espera ofrecer útilmente al Señor. Sigue:

CAPÍTULO XLIII

[Vet. et Rec. XX].

CAP. XXIV, VERS. 1. — Al Omnipotente no le están ocultos los tiempos; los que en cambio le conocieron, ignoran sus días.

54. Los días de Dios son Su eternidad. Dios es lo que tiene. — ¿Qué son los días de Dios, sino que Su misma eternidad es llamada así? La cual a veces se expresa con la pronunciación de un solo día, como está escrito: Mejor es un día en tus atrios sobre millares (Sal. 83, 11). Pero a veces ciertamente por su longitud se señala con la apelación de muchos días, de los cuales está escrito: Por siglo de siglo son tus años (Sal. 101, 25). Nosotros, pues, somos revolvidos dentro de los tiempos, por esto que somos criatura. Pero Dios, que es el creador de todos, comprende nuestros tiempos con Su eternidad. Dice, pues: Al Omnipotente no le están ocultos los tiempos; los que en cambio le conocieron, ignoran sus días. Porque Él ciertamente ve nuestras cosas de modo comprensible, nosotros en cambio de ningún modo valemos para comprender las cosas que son suyas. Pero siendo la naturaleza de Dios simple, es muy de admirar por qué dice: Los que le conocieron, ignoran sus días. Pues no son una cosa Él mismo, y otra sus días. Pues Dios es esto que tiene. Ciertamente tiene eternidad, pero Él mismo es la eternidad. Tiene luz, pero Su luz es

Él mismo. Tiene claridad, pero Él mismo es Su claridad. No hay, pues, en Él un ser y otro tener. ¿Qué es, pues, decir: Los que le conocieron, ignoran sus días, sino que incluso los que le conocen todavía no saben? Pues incluso los que ya le tienen por la fe, todavía por la especie ignoran. Y siendo Él mismo para sí la eternidad, al cual verdaderamente creemos, de qué modo sin embargo sea Su misma eternidad lo ignoramos. Pues en esto que oímos de la potencia de la naturaleza divina, solemos a veces pensar aquellas cosas que sabemos por experiencia. Pues todo lo que empieza y termina, se concluye por un inicio y un fin. Lo cual, si se difiere por alguna pequeña demora para que se termine, se dice largo; en cuya longitud ciertamente cuando cada uno retira los ojos de la mente atrás por la memoria, tiende adelante por la expectación, lo dilata en la mente como por un espacio de tiempo. Y cuando oye la eternidad de Dios, al ánimo que intenta al modo humano propone largos espacios de vida, en los cuales mida siempre tanto lo que se fue atrás, lo cual se retenga en la memoria, como lo que resta adelante, lo cual se espere por la intención.

55. En la eternidad nada es pretérito o futuro. — Pero cuantas veces pensamos en esa eternidad, aún no hemos conocido la eternidad. Allí ciertamente está lo que ni se empieza por un inicio, ni se termina por un fin, donde ni se espera lo que vendrá, ni transcurre lo que deba recordarse, sino que es uno solo lo que es siempre ser. Lo cual aunque nosotros y los ángeles empezamos a ver que es con un inicio, vemos sin embargo que

este ser es sin inicio, donde así es siempre ser sin fin, que nunca el ánimo se tienda a las cosas siguientes, como si se multiplicaran las cosas que son y se hicieran largas. Pues aunque por el espíritu de profecía se dijo: Señor, que reinas por la eternidad, y por el siglo, y todavía (Acaso Éx. 15, 18, donde se lee: El Señor reinará por la eternidad y más allá), al modo de la sagrada elocuencia, el espíritu habló a los hombres de modo humano, para que allí dijera "todavía", donde la expectación no estuviera presente. Pues la eternidad no tiene "todavía", la cual tiene "siempre ser", en la cual ninguna parte de su longitud pasa, para que otra parte suceda, sino que todo el ser es a la vez, para que nada parezca faltar que no discierna; en la cual el ánimo ve que todo lo que es no es tardo, y que es largo. Pero hablando nosotros estas cosas de los días de la eternidad, nos esforzamos más por ver algo que lo que vemos. Dígase, pues, rectamente: Los que en cambio le conocieron, ignoran sus días, porque aunque ya conocemos a Dios por la fe, de qué modo sea sin embargo Su eternidad, sin pretérito antes de los siglos, sin futuro después de los siglos, sin demora larga, sin prestación perpetua, no lo vemos. El bienaventurado Job, pues, teniendo el tipo de la santa Iglesia, porque se modera bajo el gran freno de la ciencia, para que no sepa más de lo que conviene saber, y testificando que los días de Dios no pueden ser comprendidos, pronto reduce el respeto de la mente a la soberbia de los herejes, que apetecen saber cosas altas, y de lo que de ningún modo

pueden captar se glorían de saberlo perfectamente. Pues sigue:

CAPÍTULO XLIV

[Rect. XXI].

VERS. 2. — Otros trasladaron los términos, arrebataron los rebaños, y los apacentaron.

56. Los herejes trasladan los términos establecidos por los padres. — ¿A quiénes designa con el nombre de otros sino a los herejes, que existen como extraños al seno de la santa Iglesia? Ellos mismos trasladan los términos, porque prevaricando trascienden las constituciones de los padres. De cuyas constituciones ciertamente está escrito: No traspases los términos antiguos que pusieron tus padres (Prov. 22, 28). Quienes arrebatan los rebaños y los apacientan, porque atraen a todos los inexpertos hacia sí con perversas persuasiones, y los nutren con doctrinas pestíferas para matarlos. Pues que con el nombre de rebaños se designa a los pueblos inexpertos, lo testifican las palabras del Esposo, que habla a su Esposa diciendo: Si no te conocieres, oh bella entre las mujeres, sal, y vete tras las huellas de los rebaños (Cant. 1, 7), esto es, si no conocieres tu honor, por el que fuiste creada a semejanza de Dios, viviendo bien, sal del aspecto de mi contemplación, e imita la vida de los pueblos inexpertos. Sigue:

CAPÍTULO XLV.

VERS. 3. — Se llevaron el asno de los huérfanos, y quitaron por prenda el buey de la viuda.

57. Los electos son los huérfanos. — ¿A quiénes aceptamos en este lugar por huérfanos, sino a los electos de Dios, puestos en la ternura de la mente, que son nutridos por la gran gracia de la fe, y todavía no ven la faz de su padre ya muerto por ellos? Y hay muchísimos en la Iglesia que contemplan a algunos apetecer las cosas celestiales, y tener en desprecio todas las terrenas; y aunque ellos mismos suden en los trabajos de este mundo, sin embargo a aquellos que ven anhelar las cosas celestiales les llevan el auxilio de esta vida de las cosas que poseen en este mundo. Y aunque ellos mismos no puedan realizar actos espirituales, sin embargo a los que tienden a lo sumo les suministran de buen grado subsidios. Pues el asno suele llevar las cargas de los hombres. Como si fuera, pues, un cierto asno de los electos es aquel que, sirviendo en los actos terrenos, transporta las cargas para los usos de los hombres. A menudo cuando los herejes apartan a cualquiera de tal clase del seno de la santa Iglesia, como si se llevaran el asno de los huérfanos, porque cuando atraen a este a su perfidia, lo repelen del ministerio de los buenos. La Iglesia es una viuda. — ¿Pero qué viuda debe entenderse sino la santa Iglesia, que mientras tanto está privada de la visión de su esposo muerto? El buey de esta viuda es cada uno de los predicadores. Y a menudo sucede que los herejes por sus perversos dogmas atraen incluso a los mismos que parecían ser predicadores. Se llevan, pues, el buey de la viuda, cuando de la

santa Iglesia quitan incluso al que predica. Donde rectamente se añade: Por prenda. Pues cuando se toma una prenda, una cosa es ciertamente la que se tiene, pero sin embargo todavía se busca otra. Y muchísimas veces los herejes por eso intentan quitar a los que predican, para atraer también a sus seguidores. Por prenda, pues, se toma el buey de la viuda, cuando por eso es arrebatado aquel mismo que predicaba, para que otros le sigan. De cuya ruina muchísimas veces se actúa para que estos también salgan del seno de la santa Iglesia, quienes en ella dotados de buenas costumbres parecían ser mansos y humildes. Por lo cual también se añade:

CAPÍTULO XLVI.

VERS. 4. — Subvirtieron el camino de los pobres, y oprimieron a la vez a los mansos de la tierra.

59. Por el nombre de pobres deben entenderse los humildes. — Pues por el nombre de pobreza suele designarse a menudo la humildad. Y a veces estos que parecen mansos y humildes, si no saben guardar la discreción, caen por los ejemplos de otros. Hay, ciertamente, algunos herejes que huyen de mezclarse con los pueblos, sino que buscan el retiro de una vida más secreta; quienes muchísimas veces infectan a los que encuentran tanto más con la peste de su persuasión, cuanto más reverendos parecen como por los méritos de la vida. De los cuales se añade:

CAPÍTULO XLVII

VERS. 5. — Otros, como onagros en el desierto, salen a su obra.

60. Los herejes son semejantes a los onagros. No realizan la obra de Dios, sino la suya. — Pues el onagro (onager) es un asno silvestre. Y rectamente en este lugar se compara a los herejes con los onagros, porque, entregados a sus propios placeres, son ajenos a los vínculos de la fe y de la razón. De donde está escrito: Onagro acostumbrado a la soledad, en el deseo de su alma atrajo el viento de su amor (Jer. 2, 24). Pues el onagro está acostumbrado a la soledad, porque mientras no cultiva la tierra de su corazón con la virtud de la disciplina, habita allí donde no hay fruto. Porque en el deseo de su alma atrae el viento de su amor, porque las cosas que concibe en su mente por el deseo de la ciencia prevalecen para inflar, no para edificar. Contra los cuales se dice: La ciencia infla, mas la caridad edifica (1 Cor. 8, 1). De donde aquí también se infiere congruentemente: Salen a su obra. Pues no realizan la obra de Dios, sino la suya, mientras no siguen dogmas rectos, sino sus propios deseos. Pues está escrito: El que anda en camino inmaculado, este me servía (Sal. 100, 6). Aquel, pues, que no anda en camino inmaculado, se sirve a sí mismo más que al Señor. Sigue:

CAPÍTULO XLVIII

IBID. — Vigilantes para la presa, preparan el pan para sus hijos.

61. Los herejes vigilan para la presa. — Vigilan para la presa quienes siempre intentan arrebatar las palabras de los justos a su propio sentido, para

preparar por medio de ellas el pan del error para sus hijos perversos. De cuyo pan, por cierto, se dice en Salomón por las palabras de la mujer que representa el tipo de la depravación herética: Las aguas hurtadas son más dulces, y el pan escondido es más suave (Prov. 9, 17). Sigue:

CAPÍTULO XLIX

VERS. 6. — Siegan el campo que no es suyo, y vendimian la viña de aquel a quien oprimieron por la fuerza.

62. Los herejes son los que devastan un campo que no es suyo y una viña ajena. — Por el nombre de campo puede significarse la latitud de la Sagrada Escritura, que los herejes siegan como no suya, porque toman de ella sentencias muy diversas de sus propios sentidos. La cual también se expresa con la apelación de viña, porque por las sentencias de la verdad produce racimos (botros) de virtudes. Al dueño de cuya viña, es decir, al autor de la Sagrada Escritura, lo oprimen casi por la fuerza, porque intentan violentamente inclinar su sentido a las palabras de la sagrada elocuencia, quien dice: Me hiciste servir en tus pecados, me diste trabajo en tus iniquidades (Is. 43, 24). Y vendimian la misma viña, porque amontonan de ella racimos de sentencias según la intención de su propia inteligencia. Por el nombre de campo o de viña puede designarse la Iglesia universal, que los predicadores perversos siegan, y vendimian a su autor oprimiéndolo en sus miembros, porque persiguiendo la gracia de nuestro Creador, mientras arrebatan de ella a algunos que parecían

rectos, ¿qué otra cosa hacen sino llevarse las espigas o los racimos de las almas? De los cuales todavía se añade:

CAPÍTULO L

VERS. 7. — Dejan desnudos a los hombres, quitándoles los vestidos, que no tienen cobertura en el frío.

63. Los herejes dejan desnudos a los hombres al destruir las buenas obras. — Así como los vestidos protegen el cuerpo, así las buenas obras protegen el alma. De donde se le dice a uno: Bienaventurado el que vela y guarda sus vestidos, para que no ande desnudo (Apoc. 16, 15). Los herejes, pues, cuando destruyen las buenas obras en las mentes de algunos, sin duda quitan los velos de los vestidos. Mas bien se dice: Que no tienen cobertura en el frío. Pues la cobertura pertenece a la justicia, el frío a la culpa. Y hay algunos que en ciertas cosas cometen pecados, mas en otras siguen obras rectas. Aquel, pues, que delinque en unos actos y en otros realiza la justicia, ¿qué es este sino alguien que se viste en el frío; tiene frío y está cubierto; porque por una obra se enardece para la justicia, por otra se enfría para la culpa? Mas cuando los herejes quitan las buenas obras a tales personas, actúan para que no tengan con qué vestirse en el frío. Rectamente, pues, se dice: Dejan desnudos a los hombres, quitándoles los vestidos, que no tienen cobertura en el frío, para que, a saber, solo el frío de la culpa mate a los que el calor de otra obra cubría en alguna parte. [Vet. XXIV.] Mas por el frío puede significarse el deseo,

por el vestido la operación. Y hay muchísimos que todavía se abrasan con deseos perversos, pero, luchando espiritualmente contra sí mismos, se oponen a ellos con obras rectas, y cubren con buenos actos aquello que por la tentación sienten que les resulta siniestro. Estos, pues, por donde desean cosas malas, por allí tienen frío; mas por donde obran cosas buenas, por allí están vestidos. Pero cuando los herejes por perversas alegaciones quitan las obras de la recta fe, ¿qué hacen sino que estos que todavía sienten los fríos de los deseos carnales, mueran sin el vestido de los buenos actos? Sigue:

CAPÍTULO LI

VERS. 8. — A los cuales riegan las lluvias de los montes, y no teniendo cobertura abrazan las piedras.

64. Por las sentencias de los Santos Padres somos regados como por torrentes. — Las lluvias de los montes son las palabras de los doctores (doctorum). De cuyos montes se dice por la voz de la santa Iglesia: Levanté mis ojos a los montes (Sal. 120, 1). A estos, pues, riegan las lluvias de los montes, porque los torrentes de los santos Padres los sacian. Mas por cobertura, como ya dijimos, recibimos la protección de la buena obra, con la cual cada uno se cubre, para que ante los ojos del Dios omnipotente, se cubra la fealdad de su depravación. De donde está escrito: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas, y cuyos pecados han sido cubiertos (Sal. 31, 1). Mas ¿a quiénes recibimos bajo el nombre

de piedras sino a los varones fuertes dentro de la santa Iglesia? A quienes se dice por el primer pastor: Y vosotros, como piedras vivas, sed edificados encima (1 Pe. 2, 5). Estos, pues, que no confían en ninguna obra suya, corren a la protección de los santos mártires, e insisten con llantos ante sus sagrados cuerpos, y suplican merecer el perdón por su intercesión. ¿Qué hacen, pues, estos en esta humildad, sino que, porque no tienen la cobertura de la buena acción, abrazan las piedras? Sigue:

CAPÍTULO LII

VERS. 9. — Hicieron violencia depredando a los huérfanos, y despojaron al vulgo de los pobres.

65. Los herejes cazan a los débiles y a los indoctos, ya por la fuerza, ya por halagos. — Cuando los herejes no tienen la prosperidad de la vida presente, persuaden a las mentes débiles de cosas perversas con palabras más suaves. Mas si alguna prosperidad del tiempo presente les sonriera, no cesan de atraer incluso violentamente a los que pueden. Por el nombre de huérfanos (pupillorum), por tanto, se designa a aquellos que todavía son tiernos, constituidos dentro de la santa Iglesia, cuya vida el Padre misericordioso salvó al morir, los cuales ya han sido conducidos a una buena intención, pero todavía no están fortalecidos con ninguna virtud en las buenas obras. Los herejes, pues, depredando a los huérfanos, hacen violencia, porque arremeten contra las mentes débiles de los fieles con violencia de

palabras y de obras. Mas el vulgo de los pobres es el pueblo indocto, el cual, si tuviera las riquezas de la verdadera sabiduría, de ningún modo perdería el vestido de su fe. Pues hay como ciertos senadores dentro de la santa Iglesia, los verdaderos doctores, quienes, cuando multiplican la ciencia en su corazón, abundan en sí mismos de verdaderas riquezas. Pero los herejes despojan al vulgo de los pobres, porque mientras no pueden prevalecer sobre los doctos, desnudan a todos los indoctos de la cobertura de la fe por su predicación pestífera. Sigue:

CAPÍTULO LIII

VERS. 10. — A los desnudos y a los que caminaban sin vestido, y a los hambrientos les quitaron las espigas.

66. Los herejes quitan la doctrina de los santos Padres a los ociosos y a los incautos. — En cuanto dice a los desnudos, repite esto, sin vestido; pero una cosa es estar desnudo y otra caminar desnudo. Pues todo el que no obra ni bien ni mal, está desnudo y ocioso; mas el que hace el mal, camina desnudo, porque sin la cobertura de la buena obra avanza por el camino de la depravación. Hay, sin embargo, algunos que, conociendo el mal de su iniquidad, se apresuran a saciarse con el pan de la justicia, y desean percibir los dichos de la sagrada elocuencia. Estos, cuantas veces consideran en su pensamiento las sentencias de los Padres para la edificación de sus mentes, llevan como espigas de una buena mies. Los herejes, pues, quitan las espigas a los desnudos y a los que caminan sin

vestido y a los hambrientos, porque ya sea que algunos estén ociosos y no se ejerciten en ningún bien, o ya sea que avancen por el camino de la impudencia sin la cobertura de la buena obra, aun si en algún momento ya desean volver a la penitencia y anhelan el pasto de la palabra, les quitan las espigas a los hambrientos, porque destruyen en su mente las sentencias de los Padres por medio de perniciosas persuasiones. Y no sin razón decimos que las espigas significan las sentencias de los Padres, porque a menudo, mientras se profieren por medio de elocuencias figuradas, les quitamos la cobertura de la letra como si fuera el tamo de las aristas, para que seamos reconfortados con la médula del espíritu. Sigue:

CAPÍTULO LIV

VERS. 11. — Entre sus montones sestearon al mediodía, los cuales, pisados los lagares, tienen sed.

67. Utilidad de las persecuciones que los herejes infligen a los fieles. Conmueven a los potentes del siglo contra ellos. — ¿Qué otra cosa hacen todos los que persiguen a la santa Iglesia sino pisar el lagar? Lo cual se permite que se haga por disposición divina, para que los racimos de las almas fluyan en vino espiritual, las cuales, despojadas de la carne corruptible, corran a los reinos celestiales como a un almacén (apothecam). Pues los injustos, mientras oprimen a los justos, ponen como racimos bajo sus pies. Mas los racimos comprimidos rebosan para la saciedad del convite celestial, los cuales antes pendían como en la

libertad de este aire. De donde el profeta David, contemplando la aflicción de la santa Iglesia, escribe un salmo para los lagares (Sal. 8, u 83). Pero todos los que persiguen la vida de los fieles, pisan y tienen sed, porque al hacer cosas crueles, se vuelven más feroces; cegados por los méritos de su propia impiedad, ambicionan hacer cosas más graves, cuanto ya las han hecho graves. Mas los herejes, cuando por sí mismos no tienen el poder de la persecución, conmueven a los potentes de este mundo, y atraen sus mentes a la persecución, y los encienden con las persuasiones que pueden. A quienes, cuando ven hacer cosas crueles contra la vida de los católicos, descansan como en el mismo fervor del sol. Bien, pues, se dice ahora: Entre sus montones sestearon al mediodía, los cuales, pisados los lagares, tienen sed, porque se unen a la multitud de aquellos a quienes ya ven hacer cosas graves, y todavía tener sed de cosas más graves. Cuyo fervor, mientras sacia sus deseos, descansan en sus actos, como en el mediodía. Sigue:

CAPÍTULO LV

VERS. 12. — De las ciudades hicieron gemir a los varones.

68. Los herejes intentan disolver la unidad de la Iglesia. — Puesto que las ciudades se llaman así por los pueblos que conviven, no sin razón por el nombre de ciudades se designan las Iglesias de la verdadera fe, las cuales, situadas en cada una de las partes del mundo, forman una sola Iglesia católica, en la cual todos los fieles, sintiendo rec-

tamente de Dios, viven en concordia. [Vet. XXVI.] Pues esta concordia de los pueblos que conviven la designó el Señor en el Evangelio incluso por la distinción de lugares, cuando, habiendo de saciar al pueblo con cinco panes, mandó que se recostaran por grupos de cincuenta, o de cien, para que, a saber, la multitud de los fieles percibiera su alimento tanto disjunta por lugares como conjunta por costumbres. Pues el descanso del Jubileo se contiene en el misterio del número cincuenta, y el cincuenta se duplica para llegar al centenario. Porque, por tanto, primero se descansa de la mala obra para que después el alma descanse más plenamente en el pensamiento, unos se recuestan de cincuenta en cincuenta, y otros de cien en cien, ya que hay algunos que ya tienen descanso de la obra de los actos depravados, y hay algunos que ya tienen descanso de la mente de los pensamientos perversos. Los herejes, pues, porque, adhiriéndose a menudo a los perversas potentes de este mundo, persiguen la vida social y la concordia de los buenos, rectamente se dice ahora: De las ciudades hicieron gemir a los varones. A quienes el bienaventurado Job menciona rectamente como varones (viros), porque los herejes ambicionan más extinguir a aquellos que corren con pasos perfectos por el camino de Dios, no de modo fluido y enervado, sino varonilmente. Quienes, cuando ven que se infiere la herida de la perfidia en la mente de los párvulos fieles, siempre vuelven al clamor y a los gemidos. De donde también rectamente se dice:

CAPÍTULO LVI

IBID. — Y el alma de los heridos clamó, y Dios no permite que quede sin castigo.

69. Dios no dejará impunes los crímenes de los herejes. — Pues el alma de los justos se hiere cuando se turba la fe de los débiles, para quienes ya esto mismo es clamar: consumirse por el tropiezo ajeno. Pero Dios no permite que quede sin castigo, porque aunque por orden justo permite que se haga algo injusto, sin embargo no deja ir sin castigo lo injusto que permitió justamente que se hiciera, porque incluso por medio de la injusticia de los réprobos golpea ciertas culpas de los electos que considera que existen en ellos, y sin embargo la eterna justicia no descuida herir la injusticia de los que hieren. Sigue:

CAPÍTULO LVII

VERS. 13.---Ellos han sido rebeldes a la luz.

70. El castigo de los que rechazan la luz divina es la ceguera.---La mayoría de las veces, los perversos tanto conocen las cosas rectas que deben seguir, como sin embargo desprecian seguir lo que conocen. Son, pues, rebeldes a la luz, porque, siguiendo sus propios deseos, desprecian el bien que han conocido. Aquellos, por tanto, que delinquen no por ignorancia, sino por soberbia, oponen el escudo de su elación a los dardos de la verdad, para no ser heridos saludablemente en el corazón. De la cual soberbia de ellos se trata que, porque no quieren hacer lo que conocen, ya ni siquiera conozcan las cosas buenas que deban

hacer, sino que su propia ceguera los excluya fundadamente de la luz de la verdad. De donde también se añade aptamente:

CAPÍTULO LVIII

IBID.---No conocieron sus caminos, ni regresaron por sus sendas.

71. Los perversos son, por tanto, entregados a un sentido réprobo, porque fueron rebeldes a la luz divina.---Pues los que primero son rebeldes conociendo, después son cegados para que no conozcan, como se dice de algunos: Porque, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias (Rom. 1, 21). De los cuales se añade un poco después: Dios los entregó a un sentido réprobo, para que hicieran las cosas que no convienen (Ibíd., 28). Porque, como no quisieron glorificar a aquel que habían conocido, entregados a un sentido réprobo, fueron abandonados para esto: para que ya no supieran ponderar los males que hacían. Bien se dice pues: No conocieron sus caminos, ni regresaron por sus sendas. Pues la senda es más estrecha que el camino. Pero los que desprecian hacer los bienes más manifiestos, de ningún modo llegan a entender las cosas más sutiles. Pero esperó Dios omnipotente que caminaran por sus sendas; ¡pero ojalá al menos hubieran querido regresar por ellas, para que mantuvieran por la penitencia al menos los itinerarios de la vida que no quisieron mantener por la inocencia! En lo cual se muestra cuán grandes son las entrañas de misericordia de Dios omnipotente, que busca que regresen aque-

llos a quienes ve alejarse de Él. De donde, tras enumerar las culpas de los delincuentes, convoca a la Sinagoga por la voz profética, diciendo: Por tanto, al menos desde ahora llámame: padre mío, tú eres el guía de mi virginidad (Jer. 3, 4). Sigue:

CAPÍTULO LIX

VERS. 14.---Al amanecer se levanta el homicida, mata al necesitado y al pobre; pero por la noche será como un ladrón.

72. Los perversos abusan de la prosperidad de la vida presente para oprimir a los justos.---Dado que el homicida suele ensañarse en la muerte de sus prójimos sobre todo durante el silencio nocturno, ¿por qué se dice en este lugar que se levanta al amanecer para matar al necesitado y al pobre, mientras que en la noche se dice que es como un ladrón? Pero mientras las palabras de la letra no concuerdan entre sí, somos llamados a investigar los secretos del espíritu. En la Sagrada Escritura, el "amanecer" suele ponerse a veces por el advenimiento de la encarnación del Señor, a veces por el advenimiento del Juez ya terrible y estricto, y a veces por la prosperidad de la vida presente. Pues el amanecer fue el advenimiento de la encarnación del Señor, como dice el profeta: Viene la mañana y la noche (Is. 21, 12), porque tanto los primordios de la nueva luz brillaron en la presencia del Redentor, como sin embargo no fueron borradas de los corazones de los perseguidores las tinieblas de su propia perfidia. Por otra parte, por el amanecer se designa el advenimiento del Juez. De donde se dice por

el Salmista: Por las mañanas mataba a todos los pecadores de la tierra (Sal. 101, 8). Como también expresando la persona de los electos, dice: Por la mañana estaré ante ti y veré (Sal. 5, 5). Por otra parte, por el amanecer se designa la prosperidad de la vida presente, como se dice por Salomón: ¡Ay de ti, tierra, cuyo rey es un niño, y cuyos príncipes comen por la mañana! (Ecl. 10, 16). Porque, como el amanecer es el primer tiempo del día y el atardecer el último, de ningún modo hemos de ser confortados por la prosperidad de esta vida que precede, sino por aquellas cosas que siguen al final del día, es decir, en el término del mundo. Comen, pues, por la mañana los que se ensalzan con las prosperidades de este mundo, y mientras cuidan vehementemente de las cosas presentes, no piensan en las futuras. Pues todo el que odia a su hermano es un homicida (1 Jn. 3, 15). Por tanto, al amanecer se levanta el homicida, porque en la gloria de la vida presente todo perverso se ensalza y deprime la vida de aquellos que, mientras tienen sed de la gloria subsiguiente, buscan como ser saciados al atardecer. Pues todo malvado, arrebatando en este mundo la dignidad de la potestad transitoria, se expande tanto más acerbamente para llevar a cabo los males cuanto que, por las entrañas de la caridad, no ama a nadie. Pues cuantas veces se enfurece en sus pensamientos contra los buenos, tantas veces extingue la vida de los inocentes.

73. Los hombres malos, oprimidos por la adversidad, dañan latente mediante consejos perversos.---El cual si, por disposición de Dios,

perdiera de repente la gloria de la potestad recibida, cambia de lugar, pero no cambia de mente, porque cae enseguida en aquello que se añade: Pero por la noche será como un ladrón. En la noche, pues, de su tribulación y abatimiento, aunque no puede ejercer la mano de la crueldad, ofrece sin embargo consejos de perversidad a aquellos que ve prevalecer; discurre de aquí para allá, y sugiere cuanto puede para el daño de los buenos. Quien rectamente es llamado "como un ladrón", porque en esos mismos consejos perversos suyos teme ser descubierto. Aquel, pues, que contra el necesitado y el pobre es homicida por la mañana, se esconde por la noche como un ladrón, porque todo perverso que en la prosperidad de la vida presente extingue la vida de los humildes deprimiéndola, puesto en la adversidad y el abatimiento, daña latentemente por consejos inicuos, y aquello que no puede cumplir por sí mismo, lo ejerce adhiriéndose a los poderosos de este mundo. Sigue.

CAPÍTULO LX

VERS. 15.---El ojo del adúltero observa la oscuridad, diciendo: Ningún ojo me verá.

74. Los herejes adulteran la palabra de Dios.---Esto también, según la letra, nada impide que se entienda, porque el que desea perpetrar un adulterio busca las tinieblas. Pero porque la sentencia se profiere contra los herejes, es digno que esto que se dice se sienta místicamente. Pues Pablo dice: Pues no somos, como muchísimos, adulterando la palabra de Dios (2 Cor. 2, 17). Pues el

adúltero en el coito carnal no busca la prole, sino el placer. Y todo perverso y servidor de la vanagloria es llamado rectamente adulterar la palabra de Dios, porque por la sagrada elocuencia no desea engendrar hijos para Dios, sino ostentar su propia ciencia. Pues a quien el líbido de la gloria arrastra a hablar, dedica su esfuerzo más al placer que a la generación. Donde también se añade aptamente: Ningún ojo me verá, porque el adulterio que se comete en la mente es muy difícil de ser penetrado por la visión humana. Lo cual la mente perversa comete tanto más seguramente cuanto que no teme ser vista por los hombres, ante quienes se avergonzaría. Debe saberse también que así como el que comete adulterio se une ilícitamente a la carne de la esposa ajena, así todos los herejes, cuando arrebatan un alma fiel a su propio error, toman como a una esposa ajena, porque ciertamente la mente que se adhiere espiritualmente a Dios, y está unida a Él como en una suerte de tálamo de amor, cuando es conducida a la bajeza del dogma por persuasiones perversas, es manchada como esposa ajena por un corruptor. Bien pues se añade:

CAPÍTULO LXI

IBID.---Y cubrirá su rostro.

75. Los herejes, al modo de los adúlteros, cubren su rostro.---Por eso el adúltero cubre su rostro, para no ser conocido. Pero todo el que vive inicuamente sintiendo o actuando, cubre su rostro, porque tiende a esto mediante la perversidad del dogma o de la obra: a que no pueda ser

reconocido por el Dios omnipotente en el juicio. De donde a algunos ha de decirles al final: Nunca os conocí; apartaos de mí, los que obráis la iniquidad (Mt. 7, 23). ¿Pero qué es el rostro del corazón humano, sino la semejanza de Dios? El cual rostro ciertamente el perverso cubre, para que no pueda ser conocido, cuando confunde su vida ya sea con malos actos, ya con el error de la perfidia. Pero tal individuo, cuando ve a los justos apoyados por la prosperidad de la vida presente, mínimamente presume sugerirles cosas perversas; pero si alguna tempestad de adversidad les alcanzara, prorrumpe enseguida en palabras de pestífera persuasión. De donde también se añade:

CAPÍTULO LXII

VERS. 16.---Perforan en las tinieblas las casas, como en el día se habían citado, e ignoraron la luz.

76. Los herejes en la noche de la adversidad intentan perforar la conciencia de los justos.---¿Pues qué se designa en este lugar con el nombre de casas sino las conciencias, en las cuales habitamos cuando tratamos lo que hacemos? De donde se dice a cierto sanado: Ve a tu casa a los tuyos, y núnciales cuán grandes cosas ha hecho contigo el Señor (Lc. 8, 39), esto es, seguro ya del vicio del pecado vuelve a la conciencia, y excítala en la voz de la predicación. Los justos, por tanto, cuando brillan en el presente siglo en el día de la prosperidad, los maestros de los errores temen sugerirles cosas perversas. Pero buscan consejos, esperan sumamente el abatimiento de su prosperidad, para que en las tinieblas de la

adversidad perforen sus mentes sugiriendo, a quienes viviendo prósperamente de ningún modo se atrevían a decir cosas perversas. A los cuales tan pronto como ven en la adversidad, se levantan, y aseguran que padecen tales cosas no sino por el mérito del pecado, porque amando solo la gloria de la vida presente, creen que el azote es la condenación. En las tinieblas, pues, perforan las casas, porque se esfuerzan por corromper las mentes de los buenos a partir de su misma adversidad. Bien pues se dice: Como en el día se habían citado, porque cuando veían a los justos haber brillado con la luz de la prosperidad, como no podían hablar, vacaban solamente a los malignos consejos contra ellos. Pero ya sean los herejes, ya cualesquiera perversos, cuando ven a los justos en el abatimiento, se alegran; pero cuando los ven irrumpir a la cumbre de la potestad regente, se perturban, temen, se consumen en aflicciones. De donde también se añade:

CAPÍTULO LXIII

VERS. 17.---Si de repente apareciera la aurora, la consideran sombra de muerte.

77. Los inicuos se turban por la prosperidad de los justos.---Los inicuos siempre esperan la aflicción de los fieles, y desean verlos en la tribulación. Y en las tinieblas perforan las casas, mientras corrompen el corazón de los inocentes, pero sin embargo débiles, en el tiempo del abatimiento con una pésima conversación. Pero la mayoría de las veces sucede que mientras ven a algunos buenos en el abatimiento, de repente por oculta

dispensación divina algún justo que parecía oprimido, es apoyado por alguna potestad del siglo, y le sonríe la prosperidad de la vida presente, a quien antes las tinieblas de la adversidad oprimían. La cual prosperidad de aquel cuando los perversos la ven, como se ha dicho, se perturban. Pues enseguida vuelven a sus corazones, revocan ante los ojos de la mente lo que sea que recuerdan haber hecho perversamente, temen que se vindique en ellos todo vicio, y de donde brilla aquel que recibe la potestad, de allí todo perverso que teme ser corregido se entenebrece en la tristeza. Bien pues se dice: Si de repente apareciera la aurora, la consideran sombra de muerte. Pues la aurora ciertamente es la mente del justo que, abandonando las tinieblas de su pecado, irrumpe ya a la luz de la eternidad, como se dice también de la santa Iglesia: ¿Quién es esta que progresa como la aurora naciente? (Cant. 6, 9). Por tanto, en cuanto cada justo, irradiando con la luz de la justicia, es sublimado con honores en la presente vida, en tanto ante los ojos de los perversos se hacen tinieblas de muerte, porque los que recuerdan haber hecho cosas perversas temen ser corregidos. Pues siempre desean relajarse en sus perversidades, vivir incorregidos, y tener gozo de la culpa. Cuya misma alegría letal se expresa convenientemente cuando enseguida se añade:

CAPÍTULO LXIV

IBID.---Y así caminan en las tinieblas como en la luz.

78. Los inicuos se alegran tanto en la noche del pecado, como si la luz de la justicia los rodeara.---Pues con mente perversa se alegran en las fechorías, por su propia culpa son arrastrados diariamente al suplicio, y están seguros. De donde también se dice por Salomón: Hay impíos que están tan seguros, como si tuvieran los hechos de los justos (Ecl. 8, 14). De los cuales de nuevo está escrito: Los que se alegran cuando han hecho mal, y se regocijan en las cosas peores (Prov. 2, 14). Así pues caminan en las tinieblas como en la luz, porque se alegran tanto en la noche del pecado, como si la luz de la justicia los rodeara. O ciertamente, porque las tinieblas expresan no inconvenientemente la vida presente, en la cual las conciencias ajenas no se ven; pero nuestra luz es la patria eterna, en la cual mientras miramos los rostros, vemos a nuestra vez nuestros corazones en nosotros; pero los inicuos porque aman tanto la vida presente, y abrazan estos tiempos de exilio como si ya reinaran en la patria; rectamente se dice: Así caminan en las tinieblas como en la luz, porque están tan alegres en la presente ceguera, como si ya disfrutaran de la luz de la patria eterna. Sigue:

CAPÍTULO LXV

VERS. 18.---Él es ligero sobre la faz del agua.

79. Los inicuos son ligeros ante cualquier viento de tentación o de error.---Vuelve del número plural al singular, porque la mayoría de las veces uno inicia los males y muchos le siguen imitando. Pero de aquel es principalmente la culpa

que ofreció ejemplos de iniquidad a los que le siguieron perversamente. De donde la sentencia vuelve con frecuencia a aquel que existió como autor en la culpa. Pero la superficie del agua es impulsada de aquí para allá por la brisa, y no consolidada por ninguna estabilidad se mueve por todas partes. La mente del inicuo, por tanto, es más ligera que la superficie del agua, porque cualquier brisa de tentación que la haya tocado, la arrastra sin tardanza alguna de retractación. Pues si consideramos el flujo del corazón de cualquier perverso, ¿qué otra cosa vemos sino la superficie del agua puesta al viento? Pues ahora la brisa de la ambición le impulsa a ir, ahora la brisa de la soberbia, ahora la brisa del lujo, ahora la brisa de la envidia, ahora la brisa del engaño le arrastra. Ligero es, pues, sobre la faz del agua aquel a quien cualquier viento de error cuando ha llegado le impulsa. De donde también se dice bien por el Salmista: Dios mío, ponlos como una rueda, y como estípula ante la faz del viento (Sal. 83, 13). Pues como rueda son puestos los inicuos, porque, enviados al circuito del trabajo, mientras descuidan las cosas que están delante y siguen las que deben ser abandonadas, son elevados desde las posteriores y caen en las anteriores. Los cuales rectamente también son comparados con la estípula ante la faz del viento, porque, al irrumpir la brisa de la tentación, mientras no están apoyados por ninguna razón de gravedad, son elevados para que caigan, y a menudo estiman que ellos mismos existen de algún mérito en aquello que el soplo del error los lleva a lo alto. Sigue:

CAPÍTULO LXVI

IBID.---Maldita sea su parte en la tierra, y no camine por la vía de las viñas.

80. Los inicuos, perdida la rectitud de la fe o de la justicia, son ligados por el reato de la maldición.---Quienquiera que en la vida presente actúa rectamente y sostiene cosas adversas, se ve ciamente trabajar en la adversidad, pero es consumado para la bendición de la herencia perpetua. Pero quienquiera que actúa perversamente, y sin embargo recibe cosas prósperas, y no se contiene de los malos actos ni por la largueza de los dones, se ve ciertamente prosperar, pero es ligado por el reato de la maldición perpetua. De donde rectamente se dice ahora: Maldita sea su parte en la tierra. Porque aunque por un tiempo sea bendecido, sin embargo es retenido en el reato de la maldición. De lo cual también se añade aptamente: Y no camine por la vía de las viñas. Pues la vía de las viñas es la rectitud de las Iglesias. En lo cual ya sea un hereje, ya cualquier carnal, nada impide entenderlo, porque la vía de las viñas, esto es, la rectitud de las Iglesias se pierde, mientras o la fe recta, o la rectitud de la justicia no se mantiene. Aquel pues camina por la vía de las viñas que, ponderando la predicación de la santa Iglesia universal, no declina ni de la rectitud de la fe, ni de los buenos actos. Pues caminar en la vía de las viñas es mirar a los Padres de la santa Iglesia como racimos colgantes, en cuyas palabras mientras atiende en el trabajo del itinerario, se embriaga con el amor de la eternidad. Sigue:

CAPÍTULO LXVII

[Rec. XXVII].

VERS. 19.---Pase de las aguas de las nieves al calor excesivo.

81. Cuán difícil es saber para la sobriedad.---Por eso la iniquidad se compara al frío, porque constriñe con torpeza la mente del que peca. De donde está escrito: Como la cisterna hizo fría su agua, así ella hizo fría su malicia (Jer. 6, 7). Por el contrario, la caridad es calor, porque evidentemente enciende la mente que llena. De este calor está escrito: Abundará la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos (Mat. 24, 12). Y hay algunos que, mientras disminuyen los fríos de sus iniquidades, vienen a la verdadera fe, o al hábito de la santidad. Pero porque presumen más de lo necesario de sus propios sentidos, a menudo quieren escudriñar en la fe que reciben aquellas cosas que no captan, para que se mantengan en Dios más por la razón que por la fe. Pero como la mente humana no puede escudriñar los secretos divinos, desprecian creer todo lo que no pueden escudriñar por la razón, y caen en el error por la inquisición excesiva. Estos, pues, cuando aún no creían, o todavía vacaban a las obras de la iniquidad, fueron aguas de nieves. Pero cuando, desertando los hechos carnales, desean escudriñar más de lo que captan en la fe a la que han sido conducidos, ciertamente se calientan más de lo que debieron calentarse. Bien, pues, se dice de cualquier perverso de este tipo, por la sentencia al menos del que profetiza, no del que desea: Pase

de las aguas de las nieves al calor excesivo. Como si se dijera abiertamente: El que no es restringido humildemente bajo el vínculo de la disciplina, cae en el error por la sabiduría inmoderada desde su infidelidad, o el frío de la obra perversa. De donde también el eminente predicador, evitando en los corazones de sus discípulos este calor excesivo de sabiduría exquisita, dice: No saber más de lo que conviene saber, sino saber para la sobriedad (Rom. 12, 3). No sea que tal vez el calor excesivo destruyera a los que antes las aguas de las nieves, esto es, los fríos de la infidelidad o de las acciones perezosas, retenían para morir. Y porque es muy difícil que aquel que se estima sabio reduzca su mente a la humildad, y crea a los que predican cosas rectas, y deseche el sentido de su propia perversidad, rectamente se subraya:

CAPÍTULO LXVIII

[Rec. XXVIII].

IBÍD.---Y hasta los infiernos el pecado de él.

82. El pecado que aquí no se enmienda, es irremisible.---Ciertamente el pecado es llevado hasta los infiernos, el cual antes del fin de la vida presente no se enmienda por la corrección a la penitencia. De cuyo pecado ciertamente se dice por Juan: Hay un pecado para muerte, no por ese digo que ruegue alguno (1 Juan 5, 16). [Vet. XXXI.] Pues el pecado para muerte es el pecado hasta la muerte, porque evidentemente el pecado que aquí no se corrige, su perdón se postula en vano. De lo cual todavía se añade:

VERS. 20.---Olvídese de él la misericordia.

La misericordia de Dios Omnipotente se dice que se olvida de aquel que hubiera olvidado la justicia de Dios Omnipotente, porque quienquiera que no le teme ahora justo, después no puede encontrarle misericordioso. Cuya sentencia ciertamente no solo se dirige a aquel que deserta las predicaciones de la verdadera fe, sino también a aquel que puesto en la fe recta vive carnalmente, porque la venganza de la eterna animadversión no se esquiva, ya sea que se peque en la fe o en la obra. Pues aunque sea dispar la calidad de la condenación, sin embargo para la culpa que de ninguna manera se limpia por la penitencia ninguna facultad de absolución se suministra. Sigue.

CAPÍTULO LXIX

[Rec. XXIX]

VERS. 21.---Su dulzura es el gusano.

83. Las preocupaciones seculares deleitan a los carnales, por las cuales son roídos como por gusanos.---Quienquiera que apetece prosperar en este mundo, exceder a los demás, hincharse con cosas y honores, para este ciertamente la preocupación secular está en el deleite, y el descanso en el trabajo. Pues se fatiga mucho, si falta la preocupación del siglo por la cual se fatigue. Porque como es propio de los gusanos moverse incesantemente en cada momento, no inmerecidamente se significa con el nombre de gusanos la inquietud de los pensamientos. La dulzura de la mente perversa, pues, es el gusano, porque de

ahí se apacienta deleitablemente, de donde por la inquietud incesantemente es agitada. También puede designarse más abiertamente la carne con el nombre de gusano. De donde también arriba se dice: El hombre es podredumbre, y el hijo del hombre un gusano (Job 25, 6). Cuánta sea, pues, la ceguedad de cualquier lujurioso y dado a las voluptuosidades de la carne se demuestra cuando se dice: Su dulzura es el gusano. ¿Pues qué es la carne sino podredumbre y gusano? Y quienquiera que anhela los deseos carnales, ¿qué otra cosa ama sino al gusano? Pues cuál sea la sustancia de la carne, lo testifican los sepulcros. ¿Quién de los parientes, quién de los amigos fieles, puede tocar la carne de su dilecto bullendo de gusanos? Por tanto, cuando la carne se concupisce, piénsese qué es exánime, y se entiende qué se ama. Nada ciertamente vale tanto para domar el apetito de los deseos carnales, como que cada uno piense cómo es muerto esto que vivo ama. Pues considerada la corrupción carnal, más rápido se conoce que cuando ilícitamente la carne se concupisce, se desea el tabes. Bien, pues, se dice de la mente del lujurioso: Su dulzura es el gusano; porque aquel que se inflama en el deseo de la corrupción carnal, anhela el hedor de la podredumbre. Estas cosas, como recuerdo haberme prometido al inicio de esta tercera parte (Lib. XI, in exord.), las he recorrido con brevedad: para que aquellas cosas que siguen en esta obra, porque están implicadas en gran oscuridad, se diserten más largamente con la ayuda de Dios.

Parte C

uarta, QUE CONTIENE SEIS LIBROS.

LIBRO DECIMOSÉPTIMO.

Expone lo que resta del cap. 24 desde el verso 20 mediado, con los capítulos 25 y 26 íntegros, principalmente en sentido moral.

CAPÍTULO PRIMERO.

533 El propósito del Santo Doctor es exponer la historia de Job típicamente y para el sentido místico.---Cuantas veces en la historia del santo varón intentamos desentrañar el misterio de la exposición típica por un nuevo volumen, conviene que profiramos la significación mística principalmente o del nombre o de la pasión del mismo varón, para que, a modo de los habitáculos, mientras prefijamos la suscripción del título en el mismo frente del poste, porque se reconoce de quién es la casa, se entre con más seguridad. Frecuentemente, pues, recuerdo haber dicho que el bienaventurado Job significó las pasiones de nuestro Redentor, y de su cuerpo, esto es, de la santa Iglesia, tanto por su pasión como por su nombre. Pues Job se interpreta doliente. ¿Quién otro se figura en este doliente, sino aquel de quien está escrito: Verdaderamente él llevó nues-

tras flaquezas, y portó nuestros dolores (Isa. 53, 4)? De quien de nuevo se dice: Por sus llagas somos sanados (Ibíd., 5). Pero sus amigos tienen la apariencia de los herejes, que, como ya dijimos a menudo, mientras se esfuerzan por defender a Dios, le ofenden. Hable, pues, el santo varón por sus llagas y sus palabras de tal modo que también signifique las nuestras, y frecuentemente por el espíritu de profecía narre las cosas futuras y trascienda las presentes; pero a veces diserte de tal modo de las presentes que calle de las futuras. 534 Conocida esta custodia de la discreción, alterne también nuestra inteligencia con la mudanza de su voz, para que tanto más verdaderamente concuerde con sus sentidos cuanto ella se mude también con sus voces. Por las palabras precedentes, pues, el santo varón por disertadas sentencias del arte de la prudencia profirió las culpas de cualquier inicuo, y expresó cuán condenable es su acción. De cuya pena pronto añade, diciendo:

CAPÍTULO II

[Rec. II].

VERS. 20.---No esté en memoria, sino sea quebrantado como leño infructuoso.

2. La pena de los inicuos es ser borrados de la memoria de Dios.---Ciertamente no es reducido a la memoria del Creador quienquiera que hasta el fin de la vida es subyugado a los vicios. Pues si a este le tocara la memoria del respeto superno, sin duda le revocaría de la iniquidad.

Sus méritos ciertamente exigen que sea borrado fundadamente de la memoria del Autor. Pero debe saberse que de Dios de ninguna manera se dice propiamente recordar. Pues quien no puede olvidar, ¿de qué modo puede recordar? Pero porque nosotros abrazamos a aquellos de quienes nos acordamos, y nos alejamos de aquellos de quienes nos olvidamos, por uso humano también se dice que Dios recuerda cuando tributa dones, y que olvida cuando abandona en la culpa. Pero como todo lo pondera, todo lo considera sin alternancia de intermisión; y recuerda a los buenos, de quienes sin embargo nunca se olvida; y de ningún modo recuerda a los malos, a quienes sin embargo siempre mira por el juicio. Pues como que vuelve a la memoria de los buenos, la cual sin embargo nunca desertó; y como que de ninguna manera mira a los malos, cuyos hechos sin embargo considera, pero sobre estos reserva el juicio de la condenación en los novísimos. Pues de aquí está escrito: Los ojos del Señor contemplan a los buenos y a los malos (Prov. 15, 3). De aquí se dice por el Salmista: El rostro del Señor sobre los que hacen el mal, para perder de la tierra la memoria de ellos (Sal. 33, 17). Considera, pues, a quiénes castigue, pero a esos mismos no vio antes, a quienes no conoce. Pues a algunos ha de decir en el fin: No os conozco de dónde seáis; apartaos de mí todos los obreros de la iniquidad (Mat. 7, 23; Luc. 13, 27). De modo admirable, pues, la vida de los perversos tanto la mira como la olvida, porque a quienes juzga por la estrechez de la sentencia, los ignora en cuanto a la memoria de la misericordia.

3. Los que como leño infructuoso serán quebrantados.---Los cuales, puesto que no vienen a su memoria, son como leño infructuoso por cuyo juicio son quebrantados. Ciertamente la tierra los alimentó con gasto temporal, la lluvia de la predicación los regó desde arriba. Pero porque la vida de ellos de ninguna manera produjo fruto de buena obra, el Agricultor airado la cortó, para que según la sentencia de la Verdad no ocupe el lugar que otro puede tener para el fruto (Luc. 13, 7). De este leño infructuoso se dice por Juan: Ya el hacha está puesta a la raíz del árbol. Todo árbol, pues, que no hace buen fruto, será cortado, y echado al fuego (Mat. 3, 10; Luc. 3, 9). Pero en este lugar, para que se designen los suplicios eternos del réprobo, de ninguna manera se dice que el leño es cortado, sino quebrantado, porque evidentemente la muerte de la carne corta a los réprobos, pero la pena subsiguiente los quebranta. Pues como que aquí se corta, cuando se separa de la vida presente. Pero en la gehena se quebranta, cuando se cruza con perpetua condenación. Pero el varón santo, porque profirió la estrecha pena del perverso, pronto recurre a la culpa, para que de la inmensidad de la injusticia enseñe que tanta condenación de él no sea injusta. Sigue:

CAPÍTULO III

[Rec. III].

VERS. 21.---Pues alimentó a la estéril, y a la que no pare, y a la viuda no hizo bien.

4. El inicuo alimentando la carne estéril, desierta el cuidado del alma.---¿Qué se llama en este lugar estéril, sino la carne? La cual mientras desea solo las cosas presentes, no sabe engendrar buenos pensamientos. ¿Pero qué se llama viuda, sino el alma? La cual porque el Creador quiso unirse a sí mismo, vino al tálamo del útero carnal, atestiguando el Salmista, quien dice: Y él como esposo, que procede de su tálamo (Sal. 18, 6). La cual rectamente se llama viuda, porque su esposo sufrió la muerte por ella, y ahora vive en los penetrales del cielo oculto a sus ojos, como en la parte de otra región. [Vet. II.] El inicuo, pues, alimenta a la estéril, y negligencia hacer bien a la viuda, porque sirviendo a los deseos carnales, desprecia el cuidado y la vida del alma. Pues con toda intención y todo estudio piensa cómo subsista sin ninguna necesidad la carne que ha de morir, y desprecia cuidar la vida del alma, la cual procul dubio vive para siempre o en la muerte o en la bienaventuranza. Pero rectamente cuando se decía: Alimentó a la estéril, pronto se añade: Y a la que no pare. Pues conocemos de la historia sagrada que ciertas mujeres existieron estériles, pero sin embargo en el tiempo extremo parieron. Pero la carne no solo se dice estéril, sino también la que no pare, porque por su propio sentido no puede engendrar buenos pensamientos ni en los novísimos. Pues ya desfallece de su propio vigor, y sin embargo todavía no desiste de concupiscer las cosas transitorias, y ya cansada de su prístino robustez, es repelida casi por el mismo mundo que ama, y sin embargo todavía con esfuerzo im-

probo intenta obtener las cosas temporales. Ya no basta actuar perversamente, pero sin embargo de ninguna manera desiste de pensar incluso lo que no actúa. Rectamente, pues, no solo estéril, sino también no pariente se dice, la cual por su sentido, como dijimos, a la prole de buena reflexión, ni cuando hubiera sido enfermada, se fecunda.

5. Los trabajos de los herejes son estériles.--- Lo cual sin embargo puede entenderse también de los predicadores herejes. Pues cada predicador del error, mientras enseña a la plebe puesta fuera de la unidad de la Iglesia, ciertamente alimenta a la estéril, y a la que no puede parir, porque también a ella impende el uso de su trabajo, que de ninguna manera devuelve frutos espirituales. Pero bien no hace a la viuda, porque evidentemente desprecia vivir y deservir a la santa Iglesia universal, cuyo esposo sufrió las adversidades de la muerte. Pues hacer bien a la viuda es laborar en la consolación de aquella que por el amor de su esposo muerto es quebrantada. De donde también por la voz del Salmista esta misma viuda, a saber, la santa Iglesia se queja, diciendo: Busqué quien me consolara, y no lo hallé (Sal. 68, 21). Solo entonces ciertamente encuentra quien la consuele, cuando de aquella muerte que su esposo sufrió ve a muchos dentro de sí misma surgir a la vida. Pero a menudo el predicador del error se une a los ricos de este mundo, quienes por lo mismo que incuban en las ocupaciones terrenas, ignoran de prender las astucias de los dichos; y cuando ambicionan ser potentes exteriormente,

por el lazo de la perversa predicación sin trabajo son capturados. De donde también se añade:

CAPÍTULO IV.

VERS. 22.---Detrajo a los fuertes en su fortaleza.

6. En la fortaleza ciertamente de su propia pravidad detrae a los fuertes, cuando por la astucia de su error rapta a los potentes de este mundo. Contra los cuales se dice por Pablo: Lo flaco del mundo escogió Dios, para confundir lo fuerte (1 Cor. 1, 27). Pero la fortaleza del perverso predicador es la elada ciencia de la locución, por la cual inflado, desprecia a los demás, y en el desprecio de todos se hincha como si fuera singularmente perito para sí mismo. Quien sintiendo grandes cosas de sí, pero ignorando las verdaderas sobre el Señor, se disyunge lejos del conocimiento de la fe, y sin embargo intenta ser visto como predicador de la fe. De donde todavía se añade:

CAPÍTULO V

[Vet. III].

IBÍD.---Y cuando estuviere en pie, no creerá a su vida.

7. Todo pecador reo de incredulidad.---Está en pie en este mundo cada predicador perverso, mientras vive en el cuerpo terreno. Pero rehúsa creer a su vida, porque desprecia conocer las cosas verdaderas de Dios. Pues creería a su vida, si sintiera rectamente de la sustancia de su Creador.

Estas cosas, pues, decíamos arriba que fueron proferidas de cualquier inicuo, pero de repente vertimos el intelecto al predicador del error. De donde debe saberse que así somos conducidos a la especie que, sin embargo, de ninguna manera somos arrancados fundadamente del género. Pues cada perverso, incluso si se vea que mantiene la fe recta en el seno de la Iglesia universal, está en pie, 537 y no cree a su vida, porque ciertamente son rectas las cosas que por la fe entiende del Creador, pero sin embargo desprecia mantener las obras de la fe; y es redargüido de incredulidad, porque por el vivir es reprobado de aquello que muestra creer. Pues de aquí se dice por Juan: Quien dice que conoce a Dios, y no custodia sus mandatos, es mentiroso (1 Juan 2, 4). De aquí dice Pablo: Confiesan que conocen a Dios, pero con los hechos le niegan (Tito 1, 16). De aquí dice Jacobo: La fe sin obras está muerta (Sant. 2, 20. 26). Pero entre estas cosas el Creador, por una admirable dispensación del consejo, tanto mira las culpas como impende los tiempos de vivir, para que los espacios más largos de la vida temporal o se hagan para el converso en ayuda del don, o para el no converso para el aumento de la condensación. De donde todavía se añade:

CAPÍTULO VI

[Rec. IV].

VERS. 23.---Dios le dio lugar de penitencia, y él abusa de ello en la soberbia.

8. La misericordia impendida al pecador y descuidada, se convierte en pena.---Quienquiera que delinque y vive, por eso la divina dispensación lo tolera en la iniquidad, para que lo contenga de la iniquidad. Pero el que es tolerado por más tiempo, y sin embargo no es contenido de la iniquidad, percibe ciertamente el don de la paciencia suprema, pero por los vínculos de su reato, se ata más estrechamente a partir de ese mismo don. Pues porque desvía los tiempos de penitencia recibidos hacia la culpa, el Juez estrecho en lo último convierte los argumentos impendidos de la misericordia en pena. Pues de aquí se dice por Pablo: ¿O ignoras que la paciencia de Dios te conduce a la penitencia? Pero tú, según tu dureza y corazón impenitente, atesoras para ti ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios (Rom. 2, 4. 5). De aquí dice Isaías: El niño de cien años morirá, y el pecador de cien años será maldito (Is. 65, 20). Como si abiertamente nos detuviera, diciendo: Ciertamente la vida del niño se prolonga por mucho tiempo, para que sea corregido de los hechos pueriles; pero si no es contenido de la perpetración del pecado ni por la longitud del tiempo, esta misma longitud de la vida, que recibió por misericordia, le crece para el cúmulo de la maldición. De donde es necesario que cuando vemos que somos esperados por más tiempo, temamos esos mismos tiempos de la piedad prorrogada como argumentos de condenación, no sea que por la clemencia del juez crezca el suplicio del pecador; y de donde cada uno podía ser arrancado de la muerte, de

allí tienda más gravemente a la muerte. Lo cual por eso se hace la mayoría de las veces, porque de ninguna manera el ojo de la mente se separa de las cosas presentes. Pues el pecador descuida considerar las vías del Redentor, y por eso en sus itinerarios envejece sin cesar. De donde también se añade:

CAPÍTULO VII

[Vet. IV, Rec. V].

IBÍD.---Pues sus ojos están en sus vías.

9. El pecador, dejadas las vías del Señor, se deleita en las suyas, esto es, en los vicios.---Pues el pecador intuye sus vías, porque se esfuerza en pensar y discernir solo aquellas cosas que le favorezcan para el provecho temporal. Pues de aquí dice Pablo: Todos buscan lo que es suyo, no lo que es de Jesucristo (Fil. 2, 21). Pues la vía del elado es la soberbia; la vía del raptor, la avaricia; la vía del lúbrico es la concupiscencia carnal. En sus vías, por tanto, cada inicuo baja los ojos, porque atiende solo a los vicios, para que por estos satisfaga su ánimo. De donde se dice por Salomón: Los ojos de los necios en los confines de la tierra (Prov. 17, 24), porque solo esto miran con toda la intención del corazón, por lo cual sean conducidos al fin del deseo terreno. De ninguna manera, por cierto, el pecador fijaría el obtuto de su consideración en la tierra, si 538 levantara los ojos de la mente a los santos itinerarios de su Redentor. De donde se dice de nuevo por Salomón: Los ojos del sabio en su cabeza (Ecl. 2, 14), porque a saber, cada

sabio considera con toda intención a Aquel de quien piensa que es miembro por la fe. Pues había despreciado ver estas vías de la conversación humana quien decía: En tus mandatos me ejercitaré, y consideraré tus vías (Sal. 118, 15). Y así prometa abiertamente, diciendo: Lo que es mío ya rehúso verlo, porque me enardezco en seguir por la vía de tu imitación con los pasos de la conversación. Pues quien ya contradice al presente mundo, por la continua excitación del amor pone ante los ojos del corazón las vías de su Redentor, para que la mente huya de lo próspero y se prepare para lo adverso; nada de lo que acaricia apetezca, nada de lo que cree que detiene tema; repute el dolor por gozo; piense que los gozos de la presente vida son daños de dolor; no tema los detractos de la abyección, sino que por estos busque el lugar de la gloria permanente. Pues estas vías mostraba la Verdad a los ojos de los que le seguían, cuando decía: Si alguno me sirve, sígame (Juan 12, 26). A estas vías revocaba los corazones hinchados de los discípulos, cuando ya buscaban el lugar de la gloria, pero ignoraban el camino de la misma gloria, diciendo: ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber (Mt. 20, 22)? Pues habían buscado la alteza de aquella confesión a la derecha y a la izquierda, pero no veían cuán grande era la estrechez del camino hacia ella. De donde también pronto se pone ante sus ojos el cáliz de la pasión que deben imitar, para que, a saber, si tendían a los gozos de la sublimidad, primero encontraran la vía de la humildad. Porque, por tanto, el pecador descuida considerar las vías de Dios, sino que atiende solo

a aquellas en las que se deleite carnalmente, rectamente se dice ahora: Pues sus ojos están en sus vías. Sigue:

CAPÍTULO VIII.

VERS. 24.---Se elevaron por un poco, y no subsistirán.

10. El elado por la vana gloria cae por un poco.---Cuando la gloria de los inicuos la mayoría de las veces se extiende a una multitud de años, es estimada por las mentes de los enfermos como larga y casi estable. Pero cuando el fin repentino intercepta esto, redarguye sin duda que fue breve, puesto que el fin determinante se da a conocer, porque lo que pudo pasar fue por un poco. Se elevan, por tanto, por un poco, y de ninguna manera subsisten, porque por eso mismo por lo que buscan ser vistos en alto, se hacen lejos de la verdadera esencia de Dios por la elación. Pues subsistir no pueden, porque se dividen de la solidez de la esencia eterna, y toleran esta primera ruina, porque por la gloria privada caen en sí mismos. Pues de aquí se dice por el Salmista: Los derribaste cuando se elevaban (Sal. 72, 18), porque allí dentro caen por donde mal fuera se levantan. [Vet. V]. Mirando esta brevedad de la gloria temporal, dice de nuevo: Vi al impío superexaltado y elevado como los cedros del Líbano; pasé, y he aquí que no estaba (Sal. 36, 35). De aquí de nuevo dice: Todavía un poco, y no estará el pecador (Ibíd. 10). De aquí dice Jacobo: ¿Cuál es, pues, vuestra vida? es un vapor que aparece por un poco (Sant. 4, 14). De aquí el profeta, pensando en la brevedad de la

gloria carnal, denuncia, diciendo: Toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del heno (Is. 40, 6). Pues la potencia de los inicuos se compara a la flor del heno, porque ciertamente la gloria carnal mientras brilla, cae; mientras se ensalza en sí misma, interceptada por un fin repentino, se termina. Pues así por el soplo de los vientos la estípula es arrebatada a lo alto, pero por una caída veloz es revocada a lo profundo. Así el humo se levanta hasta las nubes, pero de repente al hincharse en la nada se disipa. Así desde lo más bajo la niebla se erige densificándose; pero el rayo del sol al nacer limpia esta como si no hubiera sido. Así en la superficie de las hierbas se esparce el humor del rocío nocturno, pero por el calor súbito de la luz diaria se seca. Así las espumosas burbujas de las aguas, excitadas por las lluvias que comienzan, salen a porfía de lo íntimo; pero tanto más rápido perecen rotas cuanto más alto se extienden infladas. Y cuando crecen para aparecer, creciendo acaban para no subsistir. De los inicuos, por tanto, que se hinchan con la elación de la gloria temporal, pero sin embargo no duran en ninguna solidez en ella, dígase rectamente: Se elevaron por un poco, y no subsistirán. De los cuales todavía se añade:

CAPÍTULO IX.

IBÍD.---Y se humillarán como todas las cosas, y serán quitados.

11. La tierra en la esencia siempre estará en pie, aunque en la imagen continuamente pase.---Así debe ser el provecho de la contemplación

que, de pocas cosas, sea arrebatado a considerar muchas, a todas, para que educado gradualmente aproveche, y dijudicando todas las cosas transitorias, ella misma, al comprenderlas, crezca casi incomprensiblemente. De donde el varón santo, cuando discutía la gloria y el defecto de los malvados, tendió al punto el ojo de la mente a todo, diciendo: Se humillarán como todas las cosas, y serán quitados. Todas las cosas terrenas ciertamente. Como si abiertamente dijera: Estar de ninguna manera pueden, porque huyen también aquellas mismas en las que se apoyan; y mientras aman lo temporal, con esto transcurren por la volubilidad del tiempo. Pero puede preguntarse cuando se dice por Salomón: La generación pasa, y la generación viene, pero la tierra en eterno está en pie (Ecl. 1, 4), ¿por qué el bienaventurado Job asevere que todas las cosas se humillan y se quitan? Lo cual, sin embargo, fácilmente discutimos si distinguimos cómo la tierra y el cielo o pasan, o cómo permanecen. Pues ambos pasan por esa imagen que ahora tienen, pero sin embargo por la esencia subsisten sin fin. Pues de aquí se dice por Pablo: Pues pasa la figura de este mundo (1 Cor. 7, 31). De aquí por sí misma dice la Verdad: El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán (Mt. 24, 35). De aquí se manifiesta a Juan por voz angélica: Habrá un cielo nuevo y una tierra nueva (Apoc. 21, 1). Los cuales ciertamente no han de ser creados otros, sino que estos mismos se renuevan. El cielo, por tanto, y la tierra tanto pasan como serán, porque tanto de esa especie que ahora tienen se limpian por el fuego, y sin embargo

siempre se conservan en su propia naturaleza. De donde se dice por el Salmista: Los mudarás y se mudarán (Sal. 101, 27). Cuya última conmutación suya nos anuncian por esas mismas vicisitudes con las que para nuestros usos incesantemente alternan. Pues la tierra de su especie por la aridez invernal desfallece, por el humor vernal reverdece. El cielo diariamente por la calígine de la noche se cubre, y por la claridad diaria se renueva. De aquí, por tanto, de aquí cada fiel colija que estas cosas tanto perecen, y sin embargo por la innovación se rehacen, las cuales consta que ahora asiduamente se reparan como por defecto [Vet. et Rec. VI]. Entre estas cosas, por tanto, el varón santo cuando mira el curso de los malvados, da a conocer con cuánta animadversión a veces desfallecen, mientras al punto añade:

CAPÍTULO X.

IBÍD.---Y serán triturados como las puntas de las espigas.

12. Los ricos malvados, aunque concordes para oprimir a los justos, están separados entre sí por las codicias.---Las puntas de las espigas ciertamente son las aristas. Pero las aristas salen conjuntas en la espiga, pero creciendo por un poco, se disyuntan entre sí hirsutas y rígidas. 540 Así ciertamente, así los ricos malvados surgen para la gloria de este mundo. Pues están conjuntos entre sí por la comunión de la naturaleza, pero contra sí recíprocamente creciendo se dividen. Uno ciertamente desprecia al otro, y el uno en el otro se enciende con las teas de la envidia.

Quienes, por tanto, por el tumor de la mente se separan de la unidad de la caridad, están como a modo de aristas rígidos contra sí. ¿Qué, por tanto, diría que son los ricos malvados de este mundo, sino ciertas aristas del género humano? Quienes mientras se ensoberbecen contra sí, pero unánimemente afligen la vida de los buenos, contra sí ciertamente están divididos, pero sin embargo concordemente oprimen los granos hacia abajo.

13. Los réprobos a modo de aristas ahora se erigen; los electos como granos se ocultan.--- Ahora, por tanto, las aristas saltan a lo alto, los granos se ocultan, porque tanto la potencia de los réprobos sobresale, como la gloria de los electos no aparece. Aquellos se muestran con los fastos de los honores, estos se deprimen en la humildad. Pero vendrá el tiempo de la trilla, que tanto rompa la rigidez de las aristas como no triture los granos sólidos. Entonces ciertamente la soberbia de los inicuos se conminuye, entonces se declara con cuánta integridad brille la vida de los electos, porque cuando los injustos desfallecen, se hace por esta misma contrición de las aristas que aparezcan los granos que se ocultaban. Y cuando las aristas se rompen, se muestra el candor de los granos, porque al caer los inicuos en los suplicios eternos, se demuestra con cuánta verdad candee la justicia de los santos. De donde rectamente también se dice por Juan: Cuyo bieldo está en su mano, y limpiará su era; y ciertamente el trigo lo recogerá en su granero, pero la paja la quemará con fuego inextinguible (Mt. 3, 12; Lc. 3, 17). El bienaventurado Job, por tanto, mire con cuánta

animadversión se rompe la elación de los malvados, y comparándolos con las aristas que perecen diga: Como las puntas de las espigas serán triturados, porque ciertamente la rigidez de los soberbios se rompe por la fortaleza de la última trilla, la cual ahora se eleva despreciando la vida de los electos. Sigue:

CAPÍTULO XI.

[Rec. VII.]

VERS. 25.---Que si no es así, ¿quién podrá argüir que he mentido, y poner ante Dios mis palabras?

14. Los justos, si delinquen, de ninguna manera deben ser corregidos por los improbos.---Si no es así como habla, por cierto todos pueden argüirlo de falsedad. ¿Por qué, por tanto, se dice: Si no es así, quién podrá argüir que he mentido, cuando a saber sepamos que a cualquiera es lícito reprender al falaz? Pero si discutimos el sentido del que habla con sutil interrogación, más rápido encontramos cuán rectas son las cosas que profirió. Pues el justo, aunque algo alguna vez hable delinquiendo, no es digno que sea juzgado por los injustos y por los que viven malvadamente. De donde el varón santo, deprimiendo la soberbia de los amigos, no solo si es así, sino incluso si no es así como profirió, de ninguna manera confía en que él pueda ser reprendido, porque ciertamente ellos pueden rectamente redargüir las cosas falsas, los que no saben hacer cosas falsas. Pues pierden el arrojo de la corrección contra la falacia

los que todavía viven falazmente. Dice, por tanto: Que si así no es, ¿quién podrá argüir que he mentido? Como si abiertamente dijera: Así son todas las cosas como proferí, las cuales sin embargo, si así no fueran, por vosotros de ninguna manera podría ser redargüido, porque mientras todavía sucumbís a la propia, no valéis para reprender la falacia ajena.

15. Nuestros juicios deben ser ponderados ante el supremo juez.---Donde también aptamente se añade: Y poner ante Dios mis palabras. Pues quienquiera que las cosas dichas con falacia verazmente reprende, pensando lo oído, y ponderando esto según la regla de la verdad, pone las palabras ante Dios: porque 541 examina ante sí en presencia de la verdad lo que fuera decerna contra la falacia. Poner las palabras ante Dios es, considerado el juez íntimo, ponderar los dichos exteriores. El varón santo, por tanto, no estima que sus palabras puedan ser puestas ante Dios por los amigos soberbios. Como si abiertamente dijera: Por eso lo que hablo poner ante el juez no valéis, porque su faz os escondéis pecando. Lo cual, sin embargo, incluso desde el tipo de la santa Iglesia nada obsta que se entienda, la cual cuando es reprendida acerca de sus enfermos por la irrisión de los herejes, desdeña esa misma astucia de la irrisión de ellos, porque más tolerable es para Dios que alguien en la enfermedad y la ignorancia yazga con humildad que con elación comprenda las cosas altas. Pero porque el varón santo profirió muchas cosas contra aquellos que se ensoberbecen con la potestad fugitiva, y se

hinchan con honores ventosos, Bildad el Suhita, aprovechando de su corrección, reconoce ante quién está la verdadera potencia, diciendo:

CAPÍTULO XII

[Vet. VII, Rec. VIII].

CAP. XXV, VERS. 2---La potestad y el terror están ante él, que hace concordia en sus alturas.

16. Solo Dios es potente y temible.---Como si abiertamente dijera: Solo él aterra verazmente los corazones de los mortales, quien por la potencia de su divinidad verazmente los posee. ¿Qué terror incute la potencia humana, la cual por el derecho de la misma potencia cuándo carezca ignora? Pero rectamente se dice: Quien hace concordia en sus alturas, porque muchas cosas entre sí abajo disienten, pero hacia la concorde plenitud de las cosas de arriba corren; y por la causa de la paz interna se hace que a menudo aquellas cosas que están fuera se dispongan sin paz. Pues a los buenos Dios omnipotente los promueve al mérito, cuando permite que contra la vida de ellos los malvados sañen. Y en concordia se componen las cosas sumas, mientras se confunden las ínfimas, porque de allí en lo celestial asocia a sus electos a los coros de los ángeles, de donde en lo terreno e ínfimo porta las costumbres de los réprobos que a sus gestos adversan.

17. Qué ángeles sumamente concordes entre sí se diga que luchan.---Pero entre estas cosas agrada inquirir si la paz en las alturas sumamente se retiene, ¿qué es lo que por el ángel se dice a Da-

niel: Yo vine por tus palabras; pero el príncipe del reino de los persas me resistió veintiún días; y he aquí Miguel, uno de los primeros príncipes, vino en mi ayuda (Dan. 10, 13)? Y poco después: Ahora volveré para pelear contra el príncipe de los persas. Cuando yo salía, apareció el príncipe de los griegos viniendo (Ibíd. 20). ¿A qué otros príncipes de las gentes, por tanto, sino a los ángeles llama, que hubieran podido resistirle al salir? ¿Qué paz, por tanto, puede haber en las alturas si entre los mismos espíritus angélicos también se lleva a cabo el certamen de la lucha, los cuales siempre asisten a la mirada de la verdad? Pero porque ciertos ministerios de los ángeles han sido antepuestos para dispensar a cada una de las gentes, cuando las costumbres de los súbditos merecen el auxilio de los espíritus prepósitos contra sí recíprocamente, los mismos espíritus que presiden se refieren como viniendo contra sí. Pues aquel ángel que hablaba a Daniel se reconoce antepuesto al pueblo israelítico cautivo constituido en Persia. Pero Miguel se encuentra prepósito de aquellos que de la misma plebe habían permanecido en la tierra de Judea. De donde también por este mismo ángel poco después se dice a Daniel: Ninguno es mi ayudador en todas estas cosas sino Miguel, vuestro príncipe (Ibíd. 21). De quien también esto que premisimos dice: Y he aquí Miguel, uno de los primeros príncipes, vino en mi ayuda (Ibíd. 13). Quien mientras de ninguna manera se dice que esté al mismo tiempo, sino que viene en ayuda, 542 abiertamente se reconoce antepuesto a aquel pueblo que cautivo en otra parte se rete-

nía. ¿Qué es, por tanto, que el ángel diga: Yo vine por tus palabras, pero el príncipe del reino de los persas me resistió (Ibíd. 13), sino anunciar sus obras a los súbditos? Como si abiertamente dijera: Ciertamente los méritos de tus preces exigen que el pueblo israelítico sea despojado del yugo de su cautividad, pero hay todavía algo que en el mismo pueblo por el dominio de los persas deba ser purgado, para que del rescate de aquel el príncipe de los persas con derecho me contradiga, aunque las lágrimas de aquellos también que en Judea quedaron ayuden a tus preces. De donde también esto que dijimos añade: Miguel, vuestro príncipe, vino en mi ayuda. Y cuando sale para pelear contra el príncipe de los persas, le aparece el príncipe de los griegos viniendo. Por cuya cosa se insinúa que contra los griegos también algo Judea había cometido, por cuya causa por cierto resistía al rescate de ella. Las preces del profeta, por tanto, el ángel las escucha, pero el príncipe de los persas resiste, porque aunque ya la vida del justo que depreca el rescate del pueblo lo exige, sin embargo la vida del mismo pueblo todavía contradice, para que porque aún no han sido plenamente purgados estos que a la cautividad habían sido conducidos, con derecho todavía les dominen los persas. Miguel ayuda, pero el príncipe de los griegos viene a la pelea, porque ciertamente tan larga opresión de los cautivos podía merecer el perdón, pero al beneficio del rescate de ellos esto también se oponía en lo que contra los griegos habían delinquido. Rectamente, por tanto, se dice que contra sí vienen los ángeles,

porque los méritos de las gentes a ellos sujetas recíprocamente contradicen. Pues los espíritus sublimes que presiden a las mismas gentes de ninguna manera decertan por los que actúan injustamente; sino que sus hechos juzgando justamente los examinan. Y cuando o la culpa o la justicia de cada gente es conducida al consejo de la corte suprema, el prepósito de la misma gente se refiere o que ha obtenido en el certamen, o que no ha obtenido. De todos los cuales, sin embargo, una es la victoria, la voluntad suma de su Artífice sobre ellos, la cual mientras siempre miran, lo que no valen obtener nunca lo quieren. Bien, por tanto, se dice: Que hace concordia en sus alturas. Sigue:

CAPÍTULO XIII

[Rec. IX].

VERS. 3.---¿Acaso hay número de sus soldados?

18. El número de los ángeles, aunque para Dios es finito, para los hombres es infinito.---En la cognición de la razón humana no hay número de los espíritus superiores, porque ignora cuán grande sea aquella frecuencia del ejército invisible; de lo cual se dice por Daniel: Miles de miles le ministraban, y diez mil veces centenares de miles le asistían (Dan. 7, 10). El número de los ciudadanos superiores se expresa infinito y definido, para que se demuestre que lo que para Dios es numerable es para los hombres innumerable. Aunque una cosa es asistir, otra ministrar. Pues

asisten ciertamente aquellas potestades que para anunciar algunas cosas a los hombres no salen. Ministran vero hi qui ad explenda officia untiorum veniunt, sed tamen ipsi quoque contemplatione ab intimis non recedunt. Y porque son más los que ministran que estos que principalmente asisten, el número de los que asisten se muestra como definido, pero el de los que ministran ciertamente indefinido.

[Vet. VIII] 19. Por qué se digan soldados de Dios.---A los espíritus angélicos rectamente los llamamos soldados de Dios, porque no ignoramos que ellos decertan contra las potestades aéreas. Los cuales certámenes, sin embargo, no con trabajo sino con el imperio los llevan a cabo, porque lo que sea que apetecen actuando contra los espíritus inmundos, lo pueden por el auxilio de quien rige todas las cosas. De esta 543 milicia, ciertamente, al nacer nuestro Rey, está escrito: De repente se hizo con el ángel una multitud de la milicia celestial (Lc. 2, 13). A cuya milicia también el número de los hombres electos se une, que por el deseo sublime de la mente de la servidumbre de la conversación terrena son liberados. De los cuales se dice por Pablo: Ninguno que milita para Dios se implica en los negocios seculares (2 Tim. 2, 4). Los cuales aunque ahora aparezcan pocos, en la patria invisible sin embargo reinan innumerables, porque aunque por la comparación de los malvados sean pocos, en la frecuencia de su congregación de ninguna manera pueden medirse. Pero porque la virtud de los mismos soldados no por las propias fuerzas, sino por la infusión

de la gracia suprema se robustece, rectamente se añade:

CAPÍTULO XIV.

IBÍD.---¿Y sobre quién no surgirá su luz?

20. No por las propias fuerzas, sino por el don de la gracia son fuertes.---La luz de Dios ciertamente es la gracia preveniente. La cual, si de ninguna manera surgiera gratuitamente en nuestro corazón, por cierto nuestra mente en las tinieblas de sus pecados oscura permanecería. De donde también se añade:

CAPÍTULO XV.

Vers. 4. ¿Acaso puede el hombre justificarse comparado con Dios, o puede parecer puro el nacido de mujer?

21. Nadie es justo sino por la ilustración de Dios, no por comparación. Este verso fue dicho arriba por el bienaventurado Job, y ahora se repite en su reproche. Porque todo varón justo es justo por la ilustración de Dios, no por comparación. Pues la justicia humana, comparada con el Autor, es injusticia, porque aunque el hombre persistiera en su propia condición, la criatura no podría igualarse al Creador (Job 9, 2). Al cual, sin embargo, para los más pesados pesos del defecto, se añadió también la culpa, que la serpiente insidiosa introdujo, y la mujer debilitada persuadió (Gén. 3, 6). De donde ahora, porque el hombre nace a través de la mujer sujeta a la culpa, la debilidad del primer reato se propaga en la prole.

Y porque en la raíz se pudrió la rama del género humano, en la virginidad de su condición mínimamente subsiste. De donde rectamente se dice ahora: ¿Acaso puede el hombre justificarse comparado con Dios, o puede parecer puro el nacido de mujer? Como si abiertamente se dijera: Para que el hombre no se enorgullezca contra su autor, considere de dónde vino aquí, e entienda qué es. Pero he aquí que algunos, ayudados por el don del espíritu, se yerguen contra la debilidad de su carne, brillan por sus virtudes, fulguran también por los milagros de los signos; sin embargo, no hay nadie que pase la vida sin culpa, mientras lleve la carne de la corrupción. De donde todavía se añade:

CAPÍTULO XVI.

Vers. 5. He aquí que incluso la luna no brilla, y las estrellas no son puras ante su vista.

22. Nadie es tan justo que en la carne corruptible carezca de todo pecado. ¿Qué se designa por la luna, sino toda la Iglesia junta; qué por las estrellas, sino las almas de cada uno de los que viven bien? los cuales, entre las conversaciones de los hombres malvados, mientras sobresalen por sus grandes virtudes, lucen como en las tinieblas de la noche. De donde también por Pablo se dice a los discípulos: Entre los cuales lucís como luminares en el mundo (Fil. 2, 15). Porque la santa Iglesia se expresa con la apelación de la luna, el profeta atestigua, diciendo: Elevado fue el sol, y la luna permaneció en su orden (Hab. 3, 11). Pues elevado el sol, en su orden la luna se establece,

porque ascendiendo al cielo el Señor, la santa Iglesia al punto se fortalece en la autoridad de la predicación. Y porque con el nombre de estrellas se señalan los electos, de nuevo Pablo insinúa, diciendo: Pues una estrella difiere de otra estrella en claridad (1 Cor. 15, 41). La luna, pues, no brilla, y las estrellas no son puras ante su vista, porque ni la santa Iglesia fulgura por virtud propia con tantos milagros, si no la inundan los dones de la gracia preveniente (gratia praeveniens), ni las mentes de cada uno de los que viven bien están puras de las manchas de los pecados, si se juzgan retirada la piedad, porque ante los ojos del juez estrecho (districtus judex), su propia corruptibilidad mancha a cada uno, si la gracia del que perdona no la limpia diariamente. Porque el ánimo de los electos se esfuerza por salir a la libertad de la justicia, pero todavía se mantiene por el grillete de la debilidad; e incluso desea someter perfectamente las culpas, pero mientras se ve apretado por la corrupción de la carne, por sus vínculos, aun cuando no quiere, se liga. De aquí, por tanto, colija con cuán gran peso de pecados están oprimidos los que descuidan luchar contra esto, si plenamente la culpa ni siquiera la superan los que contra ella varonilmente pugnan. De donde, después de que se dijo: He aquí que incluso la luna no brilla, y las estrellas no son puras ante su vista, al punto se añade:

CAPÍTULO XVII.

Vers. 6. ¿Cuánto más el hombre es podredumbre, y el hijo del hombre un gusano?

23. Si los más santos no están exentos de manchas, cuántos se ensucian los que están sumergidos en las suciedades de la carne. Como si abiertamente se dijera: Si ellos mismos tampoco pueden estar sin contagio, los que lucen por sus virtudes entre las tinieblas de la presente vida, ¿con cuán gran reato de iniquidad están ligados los que todavía viven carnalmente? Si no pueden estar libres de pecado los que ya se ocupan en los deseos celestiales, ¿qué pesos de pecados toleran los que, entregados a los placeres de su carne, todavía llevan el yugo de la podredumbre (putredo)? De aquí dice Pedro: Si el justo apenas se salvará, ¿dónde aparecerán el impío y el pecador? (1 Pe. 4, 18). De aquí se dice por Isaías: Sobre la tierra de mi pueblo subirán espinas y abrojos, cuánto más sobre toda la casa del gozo de la ciudad exultante (Is. 32, 13). Pues el Señor llama tierra de su pueblo a la mente de todos los elegidos, sobre la cual afirma que suben espinas y abrojos, porque ve que ni ella misma está sin las punciones de los vicios. Pero la casa del gozo de la ciudad exultante es la mente de los malvados, la cual, mientras descuida mirar los suplicios venideros, abandonándose en el placer de la carne, se alegra vanamente. Dice, pues: Sobre la tierra de mi pueblo subirán espinas y abrojos, ¿cuánto más sobre toda la casa del gozo de la ciudad exultante? Como si abiertamente dijera: Si también a la mente de aquellos deprimen los vicios, que se afligen por el deseo de la patria celestial (coelestis patria), ¿a qué culpas están sometidos los que sin

ningún temor se abandonan en el placer de la carne?

24. El primer hombre es podredumbre, cuyos hijos son gusanos. Pero hay que notar en su sermón cuánto Bildad guardó el orden de nuestra condición y del nacimiento, el cual llama al hombre no gusano, sino podredumbre (putredo), pero al hijo del hombre gusano (vermis). Pues el primer progenitor del género humano fue hombre, no hijo de hombre, de quien cualquiera que procedió, no solo fue hombre, sino también hijo de hombre. Así pues, como del hombre el hijo del hombre, así de la podredumbre nace el gusano. De donde rectamente el hombre es llamado podredumbre, pero el hijo del hombre gusano. Pues el primer hombre ciertamente fue podredumbre, no gusano, porque aunque se pudrió por la muerte, sin embargo no vino de la podredumbre por el nacimiento. Pero el que es hijo de hombre se llama gusano, porque ya se propaga de la corrupción de los cuerpos mortales.

25. Por tanto, porque las palabras de los amigos se han terminado, el bienaventurado Job se apoya en una agudeza más profunda de la prosecución, y sus dichos son tan válidos como extremos, porque también suele ser uso de los jurisperitos guardar el argumento con el que prevén que sobresaldrán ante sus adversarios para la conclusión de la prosecución. Sigue:

CAPÍTULO XVIII

[Vet. X, Rec. XI].

CAP. XXVI, VERS. 1, 2.---Respondiendo Job dijo: ¿De quién eres ayudante? ¿acaso del débil? ¿y sostienes el brazo de aquel que no es fuerte?

26. Querer ayudar al débil es de caridad; al potente, de elación.---Ayudar al débil es de caridad; querer ayudar al potente es de elación. Porque, por tanto, sus amigos, manteniendo la especie de los herejes, como si ayudaran a Dios, intentaban mostrar su propia sabiduría, justamente es reprendido Bildad, para que se diga: ¿De quién eres ayudante? ¿acaso del débil? ¿y sostienes el brazo de aquel que no es fuerte? Como si abiertamente dijera: Mientras te esfuerzas por ayudarle a aquel bajo cuya magnitud sucumbes, todo consuelo que impendes es por ostentación, no por piedad.

27. En qué sentido se dice que ayudamos a Dios.---Pero entre estas cosas debe saberse que a menudo también ayudamos a Dios, quien a saber no es débil, obrando humildemente. De donde también se dice por Pablo: Pues somos ayudantes de Dios (1 Cor. 3, 9). Pues cuando concurrimos con la voz de la exhortación hacia aquel a quien él mismo infunde por la gracia interna, esto que él obra intrínsecamente por el Espíritu, nosotros lo ayudamos exteriormente con el ministerio para vosotros, y solo entonces nuestra exhortación es conducida a la perfección, cuando Dios hubiere estado en el corazón para ser ayudado. De donde también dice en otra parte: Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el incremento (Ibíd., 7). Pues plantar y regar es ayudar. Lo cual en ambos casos será un ministerio vacío, si Dios

no da el incremento en el corazón. Pero los que de su propio sentido saborean otras cosas, no quieren ser humildemente ayudantes de Dios, porque mientras se estiman útiles a Dios, se alejan del fruto de la utilidad. De donde también se dice por la voz de la Verdad a los discípulos: Cuando hubiereis hecho todas las cosas que os han sido mandadas, decid: Siervos inútiles somos, lo que debimos hacer hicimos (Lc. 17, 10). Sigue:

CAPÍTULO XIX.

Vers. 3. ¿A quién has dado consejo? ¿quizás a aquel que no tiene sabiduría?

28. Dar consejo al necio es de caridad, al sabio de ostentación; a la misma Sabiduría, de perversidad. Dar consejo al necio es de caridad; darlo al sabio, de ostentación; pero darlo a la misma Sabiduría es de perversidad. And because these who we said held the likeness of heretics were serving ostentation rather than usefulness by their speech, it is rightly still subjoined against Bildad:

IBÍD.---Y has mostrado tu prudencia muchísima. Todo aquel cuya prudencia es recta, no es "muchísima", porque, según la voz de Pablo, no apetece saber más de lo que conviene saber (Rom. 12, 3). Pero aquel para quien es muchísima, no es recta, porque mientras se extiende más allá de la medida, en cualquier lado de la culpa se declina. Pues muestran su prudencia muchísima los que desean parecer más prudentes que los demás. De donde sucede muchísimas veces que, como no saben saber con moderación, incluso hablen

cosas fatuas. Por lo cual el mismo exceso de la prudencia se añade, para que se diga:

CAPÍTULO XX.

VERS. 4.---¿A quién has querido enseñar? ¿no fue acaso a aquel que hizo el aliento?

29. Cuánta es la insapiencia de Bildad, que prefiere la suya a la sabiduría divina.---Por el aliento (spiramentum) vivimos, por la prudencia somos sabios. Pero primero es nuestro vivir, después el saber, porque para que podamos ser sabios, primero se trata de que seamos. Por lo tanto, quien dio la vida, él mismo sin duda alguna también confirió la prudencia. Pero Bildad, porque creyó que el bienaventurado Job era azotado por una culpa, intentó con soberbia temeridad penetrar el oculto juicio de Dios, que debió venerar humildemente. Por lo tanto, se prefirió a sí mismo por la prudencia a aquel cuyo juicio juzgó al no entenderlo. Se prefirió a sí mismo por la prudencia a aquel de quien recibió el soplo (spiraculum) de vida; como si fuera más sabio que aquel de quien tenía el ser. Pero porque el bienaventurado Job, manteniendo el tipo de la santa Iglesia, profirió pocas cosas en la corrección de los soberbios, de quienes no ignoraba que mantenían la apariencia de herejes, como dijo anteriormente: Deseo disputar con Dios, mostrándoos primero a vosotros como fabricadores de mentiras y cultivadores de dogmas perversos (Job 13, 3); de repente se yergue hacia la doctrina, y contra la impericia de los elados expande la latitud de su ciencia por medio de sentencias, diciendo:

CAPÍTULO XXI

[Vet. XI, Rec. XII].

VERS. 5.---He aquí que los gigantes gimen bajo las aguas.

30. Los ángeles y los hombres soberbios están envueltos en el abismo de la ignorancia.---Digno era ciertamente que por la increpación primero abatiera el tumor de la sabiduría terrena, y por la doctrina después pasara a las palabras llenas de misterios. Pues nada impide entender por 'gigantes' (gigantes) ya sea a los ángeles apóstatas (apostatas angelos), ya sea a cualesquiera hombres soberbios. De aquí que se diga por el profeta: Los muertos no vivirán, los gigantes no resurgirán (Is. 26, 16). ¿A quiénes llama muertos sino a los pecadores? ¿Y a quiénes gigantes sino a aquellos que incluso se enorgullecen del pecado? Aquellos no viven, porque pecando perdieron la vida de la justicia. Estos ni siquiera pueden resurgir después de la muerte, porque hinchados por la soberbia después de su culpa, no recurren a los remedios de la penitencia. De aquí que de nuevo esté escrito: El varón que errare de la vía de la doctrina, en la congregación de los gigantes habitará (Prov. 21, 16); porque quienquiera que deserta del camino de la rectitud, ¿a qué número se une sino al de los espíritus soberbios? Bien pues se dice contra los elados: He aquí que los gigantes gimen bajo las aguas. Como si se dijera abiertamente: ¿Por qué se ha de enorgullecer el hombre de la ciencia, cuando el abismo de la ignorancia opri-

me incluso a los mismos soberbísimos espíritus de los ángeles?

31. Los que ambicionan presidir a los demás, a ellos mismos se sujetan.---Pero si por el nombre de gigantes se designan los potentes de este siglo, en las aguas pueden figurarse los pueblos, como atestigua Juan, quien dice: Pues las aguas son los pueblos (Apoc. 17, 15). Bien pues se dice contra el soberbio: He aquí que los gigantes gimen bajo las aguas, porque todos los elados, mientras desean alcanzar en esta vida la excelsitud de los honores, gimen bajo los pesos de los pueblos. Pues cuanto más se eleva aquí alguien sobre otro, tanto más se carga de cuidados más graves; y se sujeta en mente y pensamiento a esos mismos pueblos a los que se superpone en dignidad. Y bien se indica brevemente con estas palabras que toda soberbia por eso mismo yace en lo ínfimo por lo que se yergue a lo alto, para que de allí sea más sujeta a todos desde donde busca estar sobre todos. El hombre elevado en lo sublime, tantos sostiene sobre sí cuantos rige como súbditos. Pero estos que se asocian a tales, ellos mismos también se deprimen por la participación de su trabajo. Pues toleran con ellos incluso el trabajo del peso, mientras igualmente afectan la gloria del honor. Por lo cual, habiendo dicho: He aquí que los gigantes gimen bajo las aguas, inmediatamente añadió:

CAPÍTULO XXII.

IBÍD.---Y los que habitan con ellos.

32. Las mayores preocupaciones abren un camino más fácil a los vicios. Las dignidades deseadas no pueden administrarse sin pecado.---Como si dijera: Igualmente gimen los que se asocian a su gloria por deleite. Pues la misma ocupación de las dignidades seculares es oprimida por vicios tanto más fáciles cuanto más gravada está por mayores cuidados. Pues el alma humana ¡ojalá valiera para ver y evitar los pecados incluso estando tranquila! Porque vio, pues, que las deseadas excelencias de las cosas no pueden administrarse sin pecados, y porque no se oculta a la ira divina cualquier cosa ilícita que se perpetre, aptamente siguiendo añadió:

CAPÍTULO XXIII.

VERS. 6.---Desnudo está el infierno ante él, y no hay cobertura para la perdición.

33. Ningún pecado se oculta a la ira divina.---Lo cual también dice el apóstol Pablo: Pues todas las cosas están desnudas y abiertas a sus ojos (Heb. 4, 13). Pues bajo el nombre de infierno y perdición designó al diablo y a todos los socios de su condenación. Pero quién sea aquel ante quien el infierno está desnudo, sigue diciendo:

CAPÍTULO XXIV

[Rec. XIII].

VERS. 7.---Quien extiende el Aquilón sobre el vacío.

34. El diablo llena los corazones vacíos del amor divino.---Bajo el nombre de Aquilón (Aquilonis), suele llamarse al diablo en la sagrada elocuencia, quien para estrechar los corazones de las gentes con el frío del torpor, dijo: Me sentaré en el monte del testamento, en los lados del Aquilón (Is. 14, 13). Quien se extiende sobre el vacío, porque posee aquellos corazones que no están llenos de la gracia del amor divino. Pero, sin embargo, a Dios omnipotente le compete también llenar los vasos del diablo vacíos de todas las virtudes con el don de su gracia, y poner en ellos la solidez del temor divino, a los cuales contempla fortalecidos por ninguna acción de rectitud. Por lo cual aptamente se añade:

CAPÍTULO XXV.

IBÍD.---Y cuelga la tierra sobre la nada.

35. La Iglesia fundada sobre los gentiles y judíos reducidos a nada por el pecado.---¿Qué se designa con el nombre de tierra sino la santa Iglesia, la cual mientras recibe las palabras de la predicación, rinde el fruto de la buena obra? De la cual se dice por Moisés: Oiga la tierra las palabras de mi boca, espérese como lluvia mi elocuio (Deut. 32, 2). ¿Y qué se designa por la nada sino los pueblos gentiles? De los cuales se dice por el profeta: Todas las gentes han sido reputadas como nada y vacío (Is. 40, 17). En esa nada, pues, se suspende la tierra, que antes era mantenida vacía por el Aquilón, porque aquellos corazones de los gentiles se han llenado con la caridad de Dios, los cuales antes habían sido oprimidos por

el torpor del diablo. [Vet. XII.] También puede designarse por este vacío la infidelidad de Judea y por la tierra, como hemos dicho, la fructificación de la santa Iglesia. El varón santo mire, pues, el caso de Judea que perece, y discierna los méritos de la gentilidad que vuelve al perdón, y diga: El que extiende el Aquilón sobre el vacío, y cuelga la tierra sobre la nada. Pues porque los corazones de los judíos, vacíos de fe, están sometidos al diablo, extiende el Aquilón sobre el vacío. Pero porque, no existiendo méritos ningunos, como se dijo: Por nada los salvarás (Sal. 55, 8), el Señor fundó su Iglesia sobre las gentes, las cuales por el profeta han sido llamadas nada, aptamente sigue añadiendo: Cuelga la tierra sobre la nada. De qué orden se haya hecho esto, lo entreteje añadiendo una razón mirífica. Pues dice:

CAPÍTULO XXVI

[Rec. XIV]

VERS. 8.---Quien liga las aguas en sus nubes, para que no estallen a la par hacia abajo.

36. Apóstoles y predicadores designados bajo el nombre de nubes.---¿A qué llama en este lugar agua (aquam) sino a la ciencia, a qué nubes sino a los predicadores? Pues que en la sagrada elocuencia a veces se diga que el agua es la ciencia, lo aprendimos por el testimonio de Salomón, quien dice: Agua profunda son las palabras de la boca del varón, y torrente que redunda es la fuente de la sabiduría (Prov. 18, 4). El profeta David atestigua que por el agua se significa la ciencia, dicien-

do: Tenebrosa agua en las nubes del aire (Sal. 17, 12). Es decir, ciencia oculta en los profetas, quienes antes del advenimiento del Señor, mientras grávidos de ocultos sacramentos portaban inmensos misterios, ante los ojos de los que los miraban su inteligencia se oscurecía. Pues bajo el nombre de nubes (nubium), ¿qué otra cosa se designa en este lugar sino los santos predicadores, esto es, los apóstoles, quienes transmitidos por todas partes a través del mundo, sabían tanto llover con palabras como fulgurar con milagros? A los cuales el profeta Isaías mirando desde mucho antes, dijo: ¿Quiénes son estos que vuelan como nubes? (Is. 60, 8). Porque pues este varón, lleno de espíritu profético, en esta locución suya desea comenzar los inicios de la naciente Iglesia para alabanza de Dios, se esmera en narrar su orden desde la predicación de los apóstoles, quienes cuidaron sumamente de anunciar a los pueblos rudos cosas llanas y capables, no las más altas y arduas. Pues si la santa ciencia, que aquí se designa con el nombre de agua, tal como la bebían en su corazón, así la derramaran por su boca, oprimirían a sus oyentes con su inmensidad más que regarlos. Por lo cual, ligada intrínsecamente la ciencia, para que no estallara a la par hacia abajo, nutriendo a sus oyentes con la destilación de las palabras, hablaba aquella nube diciendo: No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales; como a párvulos en Cristo os di a beber leche, no manjar (1 Cor. 3, 1, 2). ¿Pues quién hubiera podido soportarlo, si aquel arrebatado al tercer cielo, arrebatado al paraíso, oyendo incluso pala-

bras secretas que no es lícito al hombre hablar, abriera tan inmensos senos de la ciencia suprema (2 Cor. 12, 2. 4)? ¿O a qué virtud de oyente no oprimiría, si aquellas cosas que podía beber interiormente, en cuanto la lengua de carne bastara, la inmensidad de esta agua inundando al exterior hubiera emanado?

37. Los oyentes rudos no han de ser regados con inundación sino con destilación de la ciencia.---Pero para que los oyentes rudos no sean favorecidos con inundación de ciencia, sino con moderada destilación de la predicación, liga Dios las aguas en las nubes, para que no estallen a la par hacia abajo, porque templa la predicación de los doctores para que la enfermedad de los oyentes, nutrida por el rocío de los dichos, convalezca. Lo cual bien se narra en el Evangelio por mística descripción, cuando se dice: Subió Jesús a la barca de Pedro, y le rogó que la retirara un poco de tierra, y así sentado predicaba a las turbas (Lc. 5, 3). Por la nave de Pedro, ¿qué otra cosa se designa sino la Iglesia encomendada a Pedro? De la cual, para que el Señor predique a las turbas que confluyen, manda que sea retirada un poco de la tierra. A la cual manda que ni sea llevada a lo alto, y sin embargo que sea removida de la tierra, ciertamente significando que sus predicadores deben anunciar a los pueblos rudos cosas ni demasiado altas de lo celestial, ni sin embargo terrenales. Así pues el agua se liga en las nubes, porque la ciencia de los predicadores, hablando a las mentes de los enfermos, se prohíbe enseñar tanto cuanto vale sentir.

[Vet. XIII]. 38. La ciencia más alta ha de ocultarse a las mentes débiles. Pues muchísimas veces, si el corazón de los oyentes se corrompe por la inmensidad de la palabra, la lengua de los que enseñan es multada con la pena de la discreción. Por lo cual está escrito: Si alguien abriere una cisterna y cavare, y no la cubriere, y cayere en ella un buey o un asno, el dueño de la cisterna pagará el precio de los jumentos (Ex. 21, 33). ¿Pues qué es abrir una cisterna sino penetrar los arcanos de la Sagrada Escritura con un intelecto válido? ¿Y qué se entiende por el buey y el asno, a saber, un animal limpio e inmundo, sino todo fiel e infiel? Quien pues cava una cisterna, cúbrala, para que no caiga en ella un buey o un asno; es decir, quien en la sagrada elocuencia entiende ya cosas altas, oculte por el silencio los sentidos sublimes ante los que no los captan, para que por el escándalo de la mente no mate o al fiel párvulo, o al infiel que hubiera podido creer. Pues por la muerte de los jumentos debe el precio, porque se le convence de haber admitido aquello por lo que se le tiene como reo para hacer penitencia. Ha de cubrirse, pues, la cisterna, porque ante las mentes párvulas ha de ocultarse la ciencia alta, no sea que de donde el corazón de los que enseñan se eleva a lo sumo, de allí la flaqueza de los oyentes resbale a lo ínfimo. Dígase, pues, rectamente: Quien liga las aguas en las nubes, para que no estallen a la par hacia abajo. Pues a la par estallarían las aguas, si ante los oyentes débiles emanara de la boca del que habla cuanta ciencia es, si a la vez se derramara toda la plenitud de la predicación, y nada

se reservara para sí con los que aprovechan. Es digno ciertamente que quien predica considere el modo del que oye, para que la misma predicación crezca con los incrementos de su oyente. Pues así debe obrar cada predicador, tal como se obra con él divinamente, para que de ningún modo insinúe a los débiles todas las cosas que siente, porque también mientras él mismo es débil en la carne de la mortalidad, no siente todas aquellas cosas que son supremas. No debe pues predicar a los rudos cuanto conoce, porque ni él mismo puede conocer de los misterios supremos cuán grandes son. De aquí es pues que el apóstol Pablo, después de haber asistido a los misterios celestiales, dice: Vemos ahora por un espejo en enigma, pero entonces cara a cara (1 Cor. 13, 12). Por lo cual también sigue aquí continuamente:

CAPÍTULO XXVII

[Rec. XV].

VERS. 9.---Quien retiene la faz de su trono, y extiende sobre él su nube.

39. En esta vida la gloria de Dios se conoce sólo en parte.---En la faz suele demostrarse el conocimiento. La faz de su trono, pues, se retiene, porque la gloria de su reino no es reconocida por nosotros en esta vida tan grande como se posee interiormente. Sobre lo cual rectamente se dice que se extiende una nube (nebula), porque no se ve la gloria de aquel reino celestial tal como es. Pues el cuerpo que se corrompe agrava el alma, y la morada terrenal deprime el sentido que piensa

muchas cosas (Sab. 9, 15). Del verlo, pues, somos rociados con una nube, porque nos oscurecemos por la misma oscuridad de nuestra ignorancia. Por lo cual rectamente se dice por el Salmista: Calígine bajo sus pies, y subió sobre los querubines, y voló, voló sobre las plumas de los vientos, y puso las tinieblas por su escondite (Sal. 17, 10-11). Pues la calígine está bajo sus pies, porque no es visto por los inferiores con aquella claridad con que domina en los superiores. Pues subió sobre los querubines, y voló. Pues Querubines se dice plenitud de la ciencia. Por tanto se dice que subió sobre la plenitud de la ciencia, y que voló, porque ninguna ciencia comprende la excelsitud de su majestad. Voló, pues, porque se arrebató lejos a lo alto de nuestro intelecto. Voló sobre las plumas de los vientos, porque trasciende la ciencia de las almas. Quien puso las tinieblas por su escondite, porque mientras nos oscurecemos por la calígine de nuestra flaqueza, por nuestra ignorancia se nos oculta, no sea que sea visto por nosotros ahora en la eterna e íntima claridad. Por lo cual también se le dice en el Cantar de los cantares por la esposa: Huye, amado mío, huye (Cant. 8, 14). [Vet. XIV.] Nos huye, decimos, cuantas veces no ocurre a nuestra mente aquello que queremos recordar. Nos huye, decimos, cuando no tenemos en la memoria aquello que queremos. La santa Iglesia, pues, después de describir la muerte y resurrección del Señor, y su ascensión, le clama llena de espíritu profético: Huye, amado mío, huye. Como si dijera: Tú que por la carne te hiciste comprensible, por tu divinidad excede la

inteligencia de nuestro sentido, y permanece en ti mismo incomprensible para nosotros. Retiene, pues, la faz de su trono, porque oculta a los mortales la potencia de su majestad.

40. Los mismos ministerios de los ángeles son mínimamente conocidos.---Pero si por su trono tomamos las virtudes angélicas, pues preside a ellas como a sede regia, nos retiene la faz de su trono, porque mientras subsistimos en esta carne mortal, no vemos cuáles y cuán grandes sean aquellos ministerios de los ángeles. Y extiende sobre él su nube, porque sin duda alguna también eleva nuestro corazón para buscar, y sin embargo se obra con una oculta moderación, para que sea reprimido por la misma inmensidad de su búsqueda. Por lo cual está escrito: El abismo dio su voz, desde la altura de su fantasía (Hab. 3, 10). Pues la mente humana se ve compelida a exclamar en admiración, mientras en la altura de la consideración en sus búsquedas, por eso mismo que se extiende más ampliamente, se estrecha. O ciertamente, porque nosotros mismos somos el trono de Dios, no sin mérito se dice que retiene la faz de su trono, mientras nuestra ciencia se prohíbe progresar hacia lo más alto. Sobre el cual trono suyo se dice que Dios rocía su nube, porque permaneciendo invisible, ejerce sobre nosotros ocultos juicios, de modo que tanto se haga en lo patente lo que podamos ver, y sin embargo el origen del hecho yazga oculto en lo recóndito, de modo que debamos ignorar por qué se hace. Por lo cual también sigue aquí continuamente:

CAPÍTULO XXVIII

[Rec. XVI].

VERS. 10.---Rodeó con un término las aguas, hasta que se acaben la luz y las tinieblas.

41. El conocimiento perfecto de la eternidad no se concede a nadie mientras vivimos.---Porque muchísimas veces en la sagrada elocuencia, como dijimos arriba, se designa a los pueblos bajo el nombre de aguas (aquarum), el Señor rodea las aguas con un término, porque de tal modo modera la ciencia del género humano, que mientras pasen las vicisitudes de los tiempos alternantes, no llegue perfectamente al conocimiento de la claridad íntima. Pero si en verdad bajo el nombre de luz (lucis) tomamos a los justos, y bajo la apelación de tinieblas (tenebrarum) a los pecadores (de donde también Pablo dice: Fuisteis en algún tiempo tinieblas, pero ahora luz en el Señor [Ef. 5, 8]), nada impide sentir esto mismo que dijimos, porque el conocimiento perfecto de la eternidad a nadie se concede, hasta que se acabe el curso de los justos y de los injustos. Pero porque no es maravilla que los pueblos carnales ignoren lo supremo, el varón santo se yergue en la admiración de la misma divina potencia, y ve que trasciende también la misma ciencia de los ángeles y de los hombres perfectos, diciendo:

CAPÍTULO XXIX

[Rec. XVII].

VERS. 11.---Las columnas del cielo se estremecen, y se espantan a su mandato.

42. Las columnas del cielo son o los ángeles, o los sumos predicadores de la Iglesia, o también las Iglesias mismas.---¿A qué otra cosa llama columnas del cielo (columnas coeli) sino a los santos ángeles, o a los sumos predicadores de la Iglesia? Sobre los cuales, creciendo en lo celestial, se ha levantado toda la estructura de la fábrica espiritual, como en otro lugar atestigua la Sagrada Escritura, diciendo: Al que venciere, le haré columna en el templo de mi Dios (Apoc. 3, 12). Pues quienquiera que en la obra de Dios se afirma con recta intención, es erigido como columna en la estructura de la fábrica espiritual, para que, puesto en este templo, que es la Iglesia, sea de utilidad y decoro. Job llama columnas del cielo a aquellos que el Apóstol llama columnas de la Iglesia, diciendo: Pedro, Santiago y Juan, que parecían ser columnas, me dieron las diestras de compañía (Gál. 2, 9).

43. Podemos también, no inconvenientemente, entender por columnas del cielo a las mismas Iglesias, que, siendo muchas, constituyen una sola Iglesia católica difundida por todo el orbe de la tierra. De donde también el apóstol Juan escribe a las siete Iglesias, para designar en espíritu una sola Iglesia católica llena de la gracia septiforme (Apoc. 1, 4; 2, 29). Y del Señor sabemos que dijo Salomón: La Sabiduría se edificó una casa, labró siete columnas (Prov. 9, 1). El cual, para dar a conocer que había dicho esto de las siete Iglesias, prosiguiendo insertó también diligentemente los

mismos sacramentos, diciendo: Inmoló sus víctimas, mezcló su vino, y propuso su mesa, envió a sus criadas, para que llamaran al alcázar y a los muros de la ciudad: Si alguno es pequeñito, venga a mí (Ibíd.). Pues el Señor inmoló las víctimas, ofreciéndose a sí mismo por nosotros. Mezcló el vino, atemperando el cáliz de sus preceptos con la narración histórica y la inteligencia espiritual. De donde en otro lugar se dice: El cáliz en la mano del Señor, de vino puro, está lleno de mezcla (Sal. 74, 9). Y puso la mesa, esto es, la Sagrada Escritura, que nos refresca con el pan de la palabra cuando venimos a ella cansados y de las cargas del siglo, y nos robustece con su refrigerio contra los adversarios. De donde también en otro lugar dice la Iglesia: Pusiste ante mi vista una mesa, frente a los que me atribulan (Sal. 22, 5). Envió a sus criadas (ancillas), a saber, las almas de los apóstoles, débiles en su mismo principio, para que llamaran al alcázar y a los muros de la ciudad, porque mientras anuncian la vida interna, nos elevan a los altos muros de la ciudad suprema, muros que ciertamente no ascienden sino los humildes. Por eso allí se añade por la misma Sabiduría: Si alguno es pequeñito, venga a mí (Prov. 9, 4). Como si dijera abiertamente: Quienquiera que se estima grande ante sí mismo, estrecha para sí la entrada de mi acceso, porque tanto más alto se llega a mí, cuanto la mente de cada uno se humilla más severamente ante sí misma.

44. Nadie puede indagar los juicios de Dios.--- Pero por mucha virtud que alguien aproveche, por mucha ciencia que crezca, no le basta para

penetrar con qué moderación de los juicios nos rige el Creador. Diga, pues: Las columnas del cielo se estremecen, y se espantan a su mandato, porque en muchísimas cosas ni aun ellos prevalecen a alcanzar la altura de su voluntad, quienes ven y anuncian los premios de esa misma voluntad. Lo cual, como dijimos arriba, nada impide entenderlo también de los santos ángeles, porque las mismas virtudes de los seres celestiales, que le contemplan sin cesar, se estremecen en su misma contemplación. Pero para que ese mismo temblor no les sea penal, no es de temor, sino de admiración. Pero porque ha introducido cuán grande sea el pavor de su admiración, narra ahora el orden de nuestra salvación. Sigue:

CAPÍTULO XXX

[Rec. XVIII].

VERS. 12.---En su fortaleza de repente los mares fueron congregados, y su prudencia hirió al soberbio.

45. Por la Encarnación del Señor el mundo fue domado, reprimida su hinchazón.---¿Qué otra cosa se designa con el nombre del mar sino el presente siglo, en el cual los corazones de los hombres que buscan las cosas terrenas se hinchan con diversos flujos de pensamientos? Los cuales, incitados por la elación de la soberbia, mientras se acometen con alterna intención, chocan entre sí como por una ola contraria. Pero ya en su fortaleza los mares fueron congregados (maria congregata sunt), porque al encarnarse el

Señor los discordantes corazones de los hombres seculares creen concordemente. Ya Pedro camina sobre el mar, porque sin duda aquellos corazones antes hinchados han sido sometidos a los predicadores de Cristo con humilde oído, de modo que rectamente también figuró en el Evangelio la mansedumbre de este mundo, en que el agua procelosa del mar fue pisada por los pies del Señor, reprimida su hinchazón. Pero de qué modo se haya hecho esto se abre al decirse: Y su prudencia hirió al soberbio.

46. Dios prefirió herir al diablo con la prudencia, que con la fortaleza. La economía de la Encarnación.---¿A quién se llama aquí soberbio (superbum) sino a aquel que dijo: Subiré sobre la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo (Is. 14, 14)? Y de quien se dice por la voz de Dios: Que fue hecho para no temer a nadie, y él mismo es rey sobre todos los hijos de la soberbia (Job 41, 24-25). Sobre lo cual también el profeta David concuerda con esta sentencia, diciendo: Tú humillaste al soberbio, como a un herido (Sal. 88, 11). Pero aunque para la naturaleza simple de la divinidad no sea una cosa ser, y otra saber, ni una cosa saber, y otra ser fuerte, puesto que la misma fortaleza es la sabiduría, y la misma sabiduría es la esencia de la divinidad, considero sin embargo que debe observarse atentamente que este varón, lleno de espíritu profético, prefirió decir que el soberbio diablo fue herido por la prudencia (prudentia) de Dios antes que por su fortaleza. Pues no dijo su fortaleza, sino su prudencia hirió al soberbio. Porque aunque, como se ha dicho, por

la naturaleza simple, la fortaleza de Dios sea su sabiduría, sin embargo el Señor venció al diablo, en cuanto a lo que aparece exteriormente, no por la virtud, sino por la razón. Pues el mismo diablo, suplantándonos en aquella raíz del primer padre, retuvo bajo su cautiverio casi justamente al hombre, el cual, creado con libre albedrío, consintió a él que le sugería cosas injustas. Pues creado para la vida en la libertad de su propia voluntad, por su propia cuenta se hizo deudor de la muerte. Debía pues borrarse tal culpa, pero no podía borrarse sino por un sacrificio. Había que buscar el sacrificio, pero ¿qué clase de sacrificio podía hallarse para absolver a los hombres? Pues no era justo que por el hombre racional se inmolaran víctimas de animales brutos. De donde dice el Apóstol: Es necesario pues que los ejemplares de las cosas celestiales se purifiquen con estas, pero las cosas celestiales mismas con hostias mejores que estas (Heb. 9, 23). Por tanto, si los animales brutos por el animal racional, esto es, por el hombre, no fueron víctimas dignas, había que buscar un hombre que debiera ser ofrecido por los hombres, para que por el racional pecador se sacrificara una hostia racional. Pero ¿qué, siendo que no podía hallarse un hombre sin pecado, y cómo la hostia ofrecida por nosotros habría podido limpiarnos del pecado, si la misma hostia no careciera del contagio del pecado? Pues la manchada no habría podido limpiar a los manchados. Por tanto, para que fuera una hostia racional, debía ofrecerse un hombre; pero para que limpiara al hombre de los pecados, un hombre y sin pecado. Pero ¿quién

sería un hombre sin pecado, si descendiera de la mezcla del pecado? Por lo cual vino por nosotros al útero de la virgen el Hijo de Dios, allí por nosotros se hizo hombre. Fue asumida por Él la naturaleza, no la culpa. Hizo por nosotros el sacrificio, exhibió su cuerpo como víctima por los pecadores sin pecado, la cual pudiera tanto morir por la humanidad, como limpiar por la justicia. A este pues, cuando lo vio el antiguo enemigo después del bautismo, pronto lo acometió con tentaciones, y habiendo intentado colarse por diversos accesos a su interior, fue vencido, y postrado por esa misma inexpugnable integridad de su mente (Mt. 4, 1 ss.).

47. El diablo, habiendo tentado a Cristo en vano interiormente, lo acometió exteriormente.---Pero el que no prevaleció en lo interior, se volvió a lo exterior de Él, para que, ya que fue vencido por la virtud de su mente, pareciera al menos superar por la muerte de la carne a Aquel a quien no prevaleció engañar con la tentación; y, como se ha dicho antes de nosotros, se le permitió entrar en aquello que el Mediador había recibido de nosotros los mortales. Pero donde pudo hacer algo, allí fue vencido por todas partes; y de donde recibió exteriormente la potestad de matar la carne del Señor, de allí fue muerta su potestad interior con la que nos retenía. Pues él fue vencido interiormente, mientras casi venció exteriormente; y el que nos retenía justamente como deudores de la muerte, justamente perdió en nosotros el derecho de la muerte, porque a través de sus satélites buscó la destrucción de la carne de Aquel en

quien nada halló de la deuda de la culpa. Nuestro Señor, pues, pagó por nosotros una muerte no debida, para que la muerte debida no nos dañara. Bien se ha dicho, pues: Su prudencia hirió al soberbio, porque el antiguo enemigo, por el exceso de su presunción, perdió incluso a aquel a quien poseyó por la ley de la inicua persuasión; y mientras acometió audazmente a Aquel en quien nada le pertenecía, justamente perdió a aquel a quien retenía como si justamente. Por la prudencia, pues, no por la virtud, fue herido el que, mientras se suelta para tentar a Dios, es ligado de poseer al hombre, para que de allí perdiera al que estaba bajo él, de donde había presumido encontrarse con Aquel que está sobre él. Muerto pues el Señor en la carne, qué gloria de virtudes siguió a sus predicadores se narra cuando se añade:

CAPÍTULO XXXI

[Rec. XIX].

VERS. 13.---Su Espíritu adornó los cielos.

48. La enfermedad de los apóstoles y de su príncipe, antes de recibir el Espíritu Santo.---¿Qué cielos (coelos), sino aquellos de quienes está escrito: Los cielos narran la gloria de Dios (Sal. 18, 2)? A los cuales adornó entonces el Espíritu, cuando los llenó. Lo cual aprendimos por el relato de Lucas, quien dice: Se hizo de repente del cielo un sonido, como de un espíritu vehemente que llega, y llenó toda la casa donde estaban sentados. Y se les aparecieron lenguas repartidas como de fuego, y se sentó sobre cada uno de

ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en varias lenguas, según el Espíritu Santo les daba hablar (Hech. 2, 2-4). De Él, pues, recibieron los ornamentos de la virtud aquellos a quienes antes poseía una inmensa fealdad de temor. Pues sabemos que aquel, el primero de los apóstoles, esto es, de los cielos, antes de recibir la gracia de este Espíritu, cuantas veces temió morir, negó la vida. El cual fue postrado no por las penas, no por las aflicciones, no por la terrible potestad de nadie, sino por la sola interrogación de un solo siervo. E incluso, para que un sexo más firme no se le mostrara terrible, fue tentado por una criada (ancilla) que le preguntaba (Mt. 26, 70). And de nuevo, para que tal flaqueza de sexo también envileciera por la bajeza de su oficio, fue requerido no solo por una criada, sino por una criada portera (ostiaria) (Jn. 18, 25). He aquí cuán vil es la persona requerida para tentarlo, para que abiertamente se descubriera cuánta flaqueza de temor le poseía, que ni ante la voz de una criada portera subsistiría.

49. La fortaleza de Pedro al recibirlo.---Pero veamos ya cómo se mostró después de la venida del Espíritu el que poco antes era temeroso. Ciertamente, aprendimos por el testimonio de Lucas con cuánta autoridad predicó al Señor contra los sacerdotes y los príncipes. Pues hecho el milagro, habiendo surgido la cuestión (Hech. 4, 14), y concurriendo los príncipes de los sacerdotes, los ancianos y los escribas en la persecución de los apóstoles, poniéndolos en medio cuidaron de preguntar en qué virtud habían hecho el milagro.

A los cuales Pedro, lleno del Espíritu Santo, dijo: Príncipes del pueblo y ancianos, si nosotros hoy somos juzgados en el beneficio a un hombre enfermo, en el que este ha sido sanado, sea notorio a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo Nazareno, a quien vosotros crucificasteis, a quien Dios resucitó de los muertos, en este se presenta este sano ante vosotros (Ibíd. 8-10). Y creciendo ante esto el furor de los perseguidores, y prohibiéndoles aquellos sacerdotes y príncipes predicar a Jesús, se indica con qué autoridad creció Pedro contra la ira de los príncipes, cuando allí mismo se añade: Mas Pedro y los apóstoles dijeron: Conviene obedecer a Dios más que a los hombres (Hech. 5, 29). Pero como los preceptos de los que resistían no oprimían la autoridad de los que predicaban, se llega a los azotes. Pues se añade: Entonces los príncipes de los sacerdotes, habiéndoles azotado, les denunciaron que no hablasen en el nombre de Jesús, y los soltaron (Ibíd. 5, 40). Pero que ni los azotes pudieron oprimir la virtud de los apóstoles, se muestra patentemente cuando se añade a continuación: Y ellos ciertamente iban gozosos de la vista del concilio, porque fueron tenidos por dignos de sufrir contumelia por el nombre de Jesús (Ibíd. 41). Luego también se indica qué hacían después de los gozos de los azotes: Y cada día en el templo y por las casas no cesaban de enseñar y evangelizar a Cristo Jesús. He aquí el que poco antes era temeroso, ya habla en lenguas, brilla con milagros, increpa con voz libre la infidelidad de los sacerdotes y de los príncipes,

ofrece a los demás el ejemplo de autoridad para predicar a Jesús, es prohibido con azotes para que no deba hablar en su nombre, y sin embargo no es contenido. Desprecia los azotes de los que le golpean, el que poco antes había temido las palabras de los que le preguntaban; y el que, interrogado, se espantó de las fuerzas de una criada, azotado, oprime las fuerzas de los príncipes. Pues ya consolidado por la virtud del Espíritu Santo, deprimía con el talón de la libertad las alturas de este mundo, para que viera estar en lo más bajo cuanto se hinchara alto contra la gracia del Creador.

50. Con qué dones y virtudes brillaron los apóstoles, efundido en ellos el Espíritu Santo.--- Estos son los ornamentos de los cielos, estos son los dones del Espíritu, que suelen manifestarse con diversas virtudes, las cuales Pablo enumera como divididas por el don de la oculta dispensación, diciendo: A uno ciertamente se le da por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia según el mismo Espíritu, a otro fe en el mismo Espíritu, a otro gracia de sanidades en el único Espíritu, a otro operación de virtudes, a otro profecía, a otro discreción de espíritus, a otro géneros de lenguas, a otro interpretación de sermones (1 Cor. 12, 8-10). Lo cual, concluyendo pronto con una definición general, dice: Pero todas estas cosas las obra uno y el mismo Espíritu, dividiendo a cada uno como quiere. De estos cielos también se ha dicho en el salmo: Por la palabra del Señor los cielos fueron afirmados (Sal. 32, 6). De estos ornamentos del Espíritu se

añade: Y por el espíritu de su boca toda la virtud de ellos. Bien se dice, pues: Su Espíritu adornó los cielos, porque los santos predicadores, si no percibieran los dones prometidos del Paráclito, con ningún decoro de fortaleza habrían brillado. Pero porque, adornados los santos apóstoles con la gracia de las virtudes, la predicación de la vida cobró fuerza contra los corazones de los infieles, y el antiguo enemigo, expulsado por las voces de los predicadores, dejó las mentes obsesas de los infieles, después de los ornamentos de los cielos se añade aptamente:

CAPÍTULO XXXII

[Rec. XX].

Ibíd.---Y ayudando su mano como partera, fue sacada la serpiente tortuosa.

51. La antigua serpiente, por la mano de Dios, fue arrojada de los corazones de los pecadores como de sus propias cavernas.---¿A quién se llama con el nombre de serpiente (colubri), sino al antiguo enemigo, lubricante y tortuoso, que para engañar al hombre habló por la boca de una serpiente? De quien se dice por el profeta: Leviatán la serpiente, el cerrojo tortuoso (Is. 27, 1). Al cual se le permitió hablar por boca de serpiente para que, por su mismo vaso, el hombre conociera qué clase de ser era el que habitaba dentro. Pues la serpiente no solo es tortuosa, sino también lubricante. Como no permaneció en la rectitud de la verdad, entró en un animal tortuoso. Y como su sugestión, si no se resiste a

la primera, de repente se desliza toda entera al interior del corazón mientras no se siente, dirigió sus palabras al hombre por medio de un animal lubricante. Pero las cavernas de esta serpiente fueron los corazones de los inicuos. A los cuales, como atrajo a su propia depravación, descansó casi en su habitación. Pero ayudando la mano del Señor como partera (obstetricante manu), la serpiente tortuosa fue expulsada de sus propias cavernas, porque mientras la divina gracia nos sana, aquel antiguo enemigo que nos había retenido es arrojado de nosotros, como dice la Verdad encarnada: Ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera (Jn. 12, 31). Por lo cual ya ahora no posee a todos los santos reteniéndolos, sino que los persigue tentándolos. Pues porque no reina en ellos intrínsecamente, lucha contra ellos extrínsecamente; y porque perdió el dominio interior, maquina guerras afuera. Pues Aquel lo expulsó de los corazones carnales de los hombres, que por los hombres vino a la encarnación; y mientras retuvo los corazones de los infieles, casi puso su mano en los escondrijos de la serpiente. De donde rectamente se dice por el profeta: Se deleitará el niño de pecho sobre el agujero del áspid; y en la caverna del regulo el que había sido destetado pondrá su mano. No dañarán, y no matarán en todo mi monte santo (Is. 11, 8-9). ¿A qué niño de pecho, o al que hubiera sido destetado, llama sino al Señor? ¿Qué significó con el agujero del áspid y las cavernas del regulo sino los corazones de los inicuos? Porque el antiguo enemigo, mientras se entregó todo entero al consentimiento de ellos,

como en su propio agujero una serpiente tortuosa, acumuló los senos de su astucia replegándose. Al cual llama con el nombre de áspid cuando se enfurece ocultamente, y de regulo cuando hiere abiertamente. El Señor, pues, puso su mano en el agujero del regulo y del áspid, cuando retuvo los corazones de los inicuos con la divina potestad; y sacó de allí aprehendido al áspid, o regulo, esto es, al diablo cautivo, para que en su monte santo, que es la Iglesia, no dañara a los fieles electos.

52. El diablo comparado con un león.---De aquí que en el Cantar de los cantares se dice al venir el esposo: Serás coronada desde la cabeza del Amaná, desde la cumbre del Sanir y del Hermón, desde las guaridas de los leones (Cant. 4, 8). ¿Qué otra cosa se designa con el nombre de leones (leonum) sino los demonios, que se enfurecen contra nosotros con la ira de una crudelísima atrocidad? Y porque fueron llamados a la fe los pecadores, cuyos corazones fueron un tiempo guaridas de leones, mientras por la confesión de ellos se cree que el Señor venció a la muerte, es casi coronado desde las guaridas de los leones. Pues la corona es la remuneración de la victoria. Tantas veces, pues, le ofrecen la corona los fieles, cuantas confiesan que Él venció a la muerte por su resurrección. El león, pues, es expulsado de sus guaridas, porque, ayudando la mano del Señor como partera, se prohíbe a la serpiente tortuosa habitar en las cavernas que había retenido. Pues vencido salió de los corazones de los fieles, el que antes reinó sobre ellos con el cetro de la perfidia.

53. El primer advenimiento de Cristo en humildad, el segundo en terror.---He aquí que en pocas y breves sentencias el varón santo ha referido el orden del advenimiento del Señor, ha expresado sus pesos, ha narrado con admiración lo que pudo hacerse por su encarnación. Pero Aquel que hizo maravillas viniendo en humildad, no puede considerarse con cuánto terror ha de venir, apareciendo en la fortaleza de su majestad. El orden de su primer advenimiento pudo ser pesado y contemplado en tanto en cuanto, viniendo a redimir a los carnales, atemperó la magnitud de su divinidad a los ojos carnales. Pero ¿quién soportará el terror de su altura, cuando la potencia del segundo advenimiento, ejerciendo el juicio por el fuego, resplandezca en la majestad de su potestad? Por lo cual el varón santo narra su primer advenimiento, pero se fatiga para el segundo, diciendo:

CAPÍTULO XXXIII

VERS. 14.---He aquí que estas cosas han sido dichas de sus vías en parte; y cuando apenas hemos oído una pequeña gota de sus palabras, ¿quién podrá mirar el trueno de su grandeza?

54. La terrible descripción del juicio de Dios.---¿Qué otra cosa en este lugar con el nombre de "vías" sino las acciones del Señor llama? Por lo cual también por el profeta el Señor dice: Porque no son mis vías como vuestras vías (Is. 55, 8). Así pues, narrando el advenimiento del Señor, había referido las vías de Dios en parte, porque una fue su acción con la que nos creó, otra con la

que nos redimió. Aquellas cosas, por tanto, que sobre la acción del Señor narró, aligerándolas en comparación con el juicio final, dice: He aquí que estas cosas han sido dichas de sus vías en parte. Lo cual también llama una "pequeña gota" (parvam stillam) de sus palabras, porque cualquier cosa alta, cualquier cosa terrible que, puestos en esta vida, conocemos de su consideración, de la inmensidad de los secretos celestiales, emana hacia nosotros como una tenue gota de licor supremo: ¿Y quién podrá mirar el trueno de su grandeza? Como si dijera abiertamente: Si apenas soportamos las maravillas de su humildad, ¿con qué fuerza toleramos el sonoro y terrible advenimiento de su majestad? Este trueno de su advenimiento también el Salmista lo resuena, diciendo: Dios vendrá manifiestamente, nuestro Dios, y no callará; un fuego arderá en su presencia, y en su derredor una tempestad válida (Sal. 49, 3). De aquí el profeta Sofonías denuncia, diciendo: Cerca está el gran día del Señor, cerca y veloz en extremo. Amarga es la voz del día del Señor, allí se atribulará el fuerte. Día de ira aquel día, día de tribulación y de angustia, día de calamidad y de miseria, día de tinieblas y de calígine, día de nube y de torbellino, día de trompeta y de clamor (Sof. 1, 14). Por tanto, al terror del estrecho examen, que Sofonías llama "trompeta," el bienaventurado Job llama "trueno." El cual Joel también considerando dice: Contúrbense todos los moradores de la tierra, porque viene el día del Señor, porque está cerca el día de tinieblas y de calígine, día de nube y de torbellino: Porque grande es el día

del Señor, y terrible en gran manera, ¿y quién lo sostendrá? (Joel 2, 1). Pero cuán incomprensible e inconsiderable sea aquella magnitud con la que en la segunda manifestación ha de venir, bien de algún modo lo pesamos si pensamos con solícita consideración los pesos del primer advenimiento. Ciertamente, para redimirnos de la muerte, el Señor vino a morir, y toleró en su cuerpo el defecto de nuestra carne y las penas. Quien antes de llegar al patíbulo de la cruz, se permitió ser prendido, escupido, burlado y golpeado con bofetadas. He aquí a cuántos oprobios por nosotros consintió venir; y sin embargo, antes de permitirse ser prendido, preguntó a sus perseguidores, diciendo (Jn. 18, 4): ¿A quién buscáis? A lo cual inmediatamente respondieron: A Jesús Nazareno. A quienes cuando de repente les dijo: Yo soy, emitió solamente la voz de una mitísima respuesta, y al instante derribó por tierra a sus armados perseguidores. ¿Qué pues ha de hacer cuando venga a juzgar, quien con una sola voz golpeó a sus enemigos aun cuando vino para ser juzgado? ¿Cuál es aquel juicio que el Inmortal ejercerá, quien no pudo ser soportado en una sola voz habiendo de morir? ¿Quién tolerará su ira, cuya misma mansedumbre no pudo ser tolerada? Considere, pues, el varón santo, y diga: Cuando apenas hemos oído una pequeña gota de sus palabras, ¿quién podrá mirar el trueno de su grandeza?

Libro D

ÉCIMO OCTAVO.

(Contiene la exposición de los capítulos 28 y 29 del libro de Job hasta la mitad del verso 21, según los múltiples sentidos).

[Rec. I.] 1. La oscuridad de la Sagrada Escritura nos mueve a investigar su sentido más alto.---Frecuentemente en la sagrada elocuencia se describen algunas cosas místicas de tal modo que, sin embargo, parecen ser proferidas según la narración histórica. Pero a menudo tales dichos están mezclados en esa misma narración histórica, por los cuales toda la superficie de la historia se hace vana: los cuales, mientras nada histórico resuenan, obligan al lector a inquirir otra cosa en ellos. Pues con estos dichos que creemos abiertos, cuando encontramos entremezclados algunos más oscuramente, somos punzados como por ciertos estímulos, para que vigilemos hacia el entender algunas cosas más profundamente, y sintamos lo proferido más oscuramente, incluso aquellas cosas que pensamos que habían sido dichas abiertamente. Cuando, pues, el bienaventurado Job hablaba de la palabra del Señor y de la magnitud del trueno, en las mismas palabras se añade inmediatamente:

CAPÍTULO I

[Vet. I, Rec. II].

CAP. XXVII, VERS. 1.---Añadió también Job, asumiendo su parábola, y dijo.

2. El modo de hablar parabólico y místico de Job.---Por cuyo verso ciertamente se muestra cuán místicamente han sido proferidos los dichos de este santísimo varón, mientras una parábola, esto es, una similitud asumida, es narrada por aquel que nada inferior por comparación o similitud habla. Pues lejos esté que en este lugar sintamos que la parábola es aquel instrumento de música. Pues no es lícito creer que en la aflicción de las penas usara instrumentos musicales, cuando por su misma Escritura la Verdad dice: La música en el luto es narración inoportuna (Ecli. 22, 6). Nombrada, pues, la parábola, he aquí que por el texto mismo hablando ya aprendemos que no pesemos sus palabras solamente según el texto. A aquella similitud, por tanto, deben ser atraídas todas las cosas por las que figuradamente se designa a la Iglesia. Y en el mismo comienzo de la locución los dichos han sido proferidos abiertamente, pero se implican con cosas más oscuras adjuntas. Pues comienza, como suele, con locución plana, pero consume sus palabras por sentidos místicos en una narración grávida. Así pues, dice:

CAPÍTULO II

[Rec. III].

VERS. 2.---Vive Dios, que quitó mi juicio, y el Omnipotente que a la amargura condujo mi alma.

3. Sabiduría contra las palabras de los detractores, paciencia contra las espadas de los perseguidores necesaria.---3. Con cuyas palabras sin duda el bienaventurado Job tanto narra lo suyo, como significa los tiempos de la santa Iglesia afligida, en los cuales es oprimida por la abierta pervicacia de los infieles, y es perturbada por la amargura de la persecución. Pues de dos modos la Iglesia suele ser tentada por sus adversarios, a saber, para que sufra la persecución o por las palabras, o por las espadas. Pero la santa Iglesia procura sobremanera tener sabiduría y paciencia. Pero se ejercita su sabiduría cuando es tentada por las palabras, se ejercita su paciencia cuando es tentada por las espadas. Pero ahora habla de aquella persecución en la cual no por las espadas, sino por falsas aserciones es combatida. Por lo demás, hemos conocido a muchos que, cuando en esta vida sufren algunas cosas adversas, creen que existe Dios. Pero algunos consideran que Dios existe, pero que mínimamente cuida de las cosas humanas. Sobre aquellos ciertamente por David se dice: Dijo el necio en su corazón: No hay Dios (Sal. 13, 1). Estos por el contrario dicen entre sí: ¿Cómo sabe Dios, y si hay ciencia en el Excelso? (Sal. 72, 11). Y de nuevo: Y dijeron: No verá el Señor, ni entenderá el Dios de Jacob (Sal. 93, 7). Este varón, por tanto, gestando el tipo de la santa Iglesia, constituido en la misma amargura de su aflicción, respondió contra ambos. Pues

porque la esencia tiene vida, la muerte no la tiene, para confesar que Dios existe, dijo: Vive Dios. Para perhibir, en cambio, que Él cuida de las cosas humanas, añadió: Quien quitó mi juicio, y a la amargura condujo mi alma. Pues testifica que estas cosas que padece, no las padece por acaso, sino por Dios disponiendo todas las cosas; ni a su tentador atribuye la potestad de su amargura, sino al Autor.

4. El diablo no tiene ninguna potestad de tentar, sino permitiéndolo Dios.---Sabe pues que el diablo, aunque siempre apetezca la aflicción de los justos, sin embargo, si de nuestro Autor no recibe la potestad, de ningún modo llega al punto de la tentación. Por lo cual también toda voluntad del diablo es injusta, y sin embargo, permitiéndolo Dios, toda potestad es justa. Por sí mismo ciertamente apetece tentar injustamente a cualesquiera, pero a los que han de ser tentados, según han de ser tentados, Dios no permite que sean tentados sino justamente. [Vet. II.] Por lo cual también en los libros de los Reyes sobre el diablo está escrito: Que el espíritu malo del Señor irrumpía en Saúl (1 Sm. 18, 10). Donde justamente se pregunta: si del Señor, ¿por qué malo?; y si malo, ¿por qué del Señor se dice? Pero en dos palabras están comprendidas tanto la potestad justa en el diablo, como la voluntad injusta. Pues él mismo es llamado espíritu malo por la nequísima voluntad; y el mismo espíritu del Señor por la recibida justísima potestad. Bien por tanto se dice: Vive Dios, que quitó mi juicio, y el Omnipotente que a la amargura condujo mi alma, porque

aunque el enemigo se ensañe, que apetece herir, sin embargo es el Creador quien le permite prevalecer para algo. Pero porque el varón santo invoca a algo por la vida de Dios, oigamos qué se añade obligándose a sí mismo. Sigue:

CAPÍTULO III

[Rec. IV].

VERS. 3.---Porque mientras quede aliento en mí, y el Espíritu de Dios en mis narices, no hablarán mis labios iniquidad, ni mi lengua meditará mentira.

5. Puesto que toda mentira es iniquidad, ni siquiera es lícito defender la vida de cualquiera con una mentira.---Lo que primero llama iniquidad, esto después repitiendo llama mentira. Pues tanto toda mentira es iniquidad, como toda iniquidad mentira, porque ciertamente de la equidad discrepa lo que de la verdad discorda. Pero entre esto que dice, hablar, y después añade, meditar, hay una gran distancia. Pues a veces es peor meditar la mentira que hablarla. Pues hablar frecuentemente es de la precipitación, pero meditar de la estudiosa pravidad. ¿Y quién ignora en cuánta distancia la culpa se distingue si alguien miente por precipitación o por estudio? Pero el varón santo, para que perfectamente se adhiera a la verdad, ni por estudio perhibe que miente ni por precipitación. Pues sobremanera debe ser evitada toda mentira, aunque no pocas veces sea algún género de mentira de culpa más leve, si alguien miente para beneficiar. Pero porque está

escrito: La boca que miente mata el alma (Sab. 1, 11). Y: Perderás a todos los que hablan mentira (Sal. 5, 7), también este género de mentira los varones perfectos sobremanera huyen, para que ni siquiera la vida de cualquiera por su falacia sea defendida, no sea que a sus almas dañen mientras se esfuerzan por beneficiar la vida a la carne ajena; aunque este mismo género de pecado facilísimamente creemos que se relaja. Pues si cualquier culpa suele ser purgada por la siguiente piadosa operación, cuánto más fácilmente ésta se limpia, a la cual la misma piedad, madre de la buena obra, acompaña?

6. Se responde a la objeción peticionada por la mentira de las parteras egipcias.---Algunos ciertamente de la falacia de las parteras intentan asertar que este género de mentira no es pecado, máxime porque cuando ellas mentían está escrito: Que edificó para ellas el Señor casas (Éx. 1, 21). En cuya recompensa más bien se conoce qué merece la culpa de la mentira. Pues la merced de su benignidad, que a ellas en la vida eterna pudo ser retribuida, por la mezclada culpa de la mentira, en una terrena recompensa fue declinada, para que en su vida, que mintiendo quisieron proteger, recibieran aquellas cosas que hicieron buenas, y ulteriormente no tuvieran qué esperar de premio de su merced. Pues si sutilmente se piensa, por amor de la vida presente mintieron, no por intención de la merced. Perdonando ciertamente intentaron cubrir la vida de los infantes; mintiendo, la suya.

7. En el Antiguo Testamento la mentira era una culpa más leve que en el Nuevo.---Y aunque en el Antiguo Testamento no pocas cosas puedan encontrarse tales, casi nunca sin embargo este o tal género de mentira admitido por los perfectos el estudioso lector encontrará allí, aunque la mentira parezca tener cierta imagen de la verdad, y bajo el Antiguo Testamento tal vez pudo ser de menor culpa, en el cual por las víctimas de toros y machos cabríos el sacrificio no fue la verdad misma, sino la sombra de la verdad. Pues en el Nuevo Testamento con preceptos más altos por la Verdad manifestada por la carne aprovechamos; y es justo que abandonemos ciertos hechos que en aquel pueblo habían servido a las sombras de la verdad. [Vet. III.] Si alguien ciertamente por el Antiguo Testamento quiere proteger su mentira, porque menos allí a algunos tal vez dañó, diga es necesario que el rapto de las cosas ajenas, y la retribución de la injuria, que a los enfermos allí fueron concedidas, no pueden dañarle. Todas las cuales cosas consta a todos con cuánta animadversión la Verdad persigue, que a nosotros, ya pospuesta la sombra de su significación, en la verdadera carne se nos declara. Pero porque el varón santo ni que hablará ni que meditará la mentira promete, estas mismas cosas en las que con la verdad concuerda subraya ejecutándolas:

CAPÍTULO IV.

VERS. 5.---Lejos de mí que os juzgue justos, hasta que desfallezca no me apartaré de mi inocencia.

8. Cuán nocivo es adular a los pecadores.--- De la inocencia ciertamente se alejaría, si considerara cosas buenas de los malos, atestiguando Salomón, quien dice: El que justifica al impío, y el que condena al justo, ambos son abominables ante Dios (Prov. 17, 15). Pues hay algunos que mientras ensalzan con alabanzas los hechos malos de los hombres, aumentan lo que debieron haber increpado. De aquí pues por el profeta se dice: ¡Ay de los que cosen almohadillas bajo todo codo de la mano, y hacen cojines bajo la cabeza de toda edad! (Ez. 13, 18). Para esto ciertamente se pone la almohadilla, para que se descanse más muellemente. Quienquiera que, pues, adula a los que obran mal, pone una almohadilla bajo la cabeza o el codo del que yace, para que quien debió ser corregido por la culpa, apoyado en ella por las alabanzas muellemente descanse. De aquí de nuevo está escrito: Él mismo edificaba la pared, pero ellos la lucían (Ez. 13, 10). Con el nombre de pared ciertamente se designa la dureza del pecado. Edificar, pues, la pared es construir contra sí cualquiera los obstáculos del pecado. Pero lucen la pared, los que adulan a los que perpetran pecados, para que lo que aquéllos obrando perversamente edifican, ellos adulando como nítido lo vuelvan. Pero el varón santo, así como no estima cosas malas de los buenos, así rehúsa juzgar cosas buenas de los malos, diciendo: Lejos de mí que os juzgue justos, hasta que desfallezca no me apartaré de mi inocencia. Donde abiertamente añadió:

VERS. 6.---Mi justificación, que comencé a tener, no la desertaré.

La justificación comenzada ciertamente la desertaría, si en la alabanza de los que pecan declinara. Pero porque entonces más verdaderamente nos abstenemos de los pecados ajenos, cuando primero nos custodiamos de los propios, por qué tema pecar sobre ellos, las causas de la razón insinúa, cuando añade:

CAPÍTULO V.

IBID.---Pues no me ha reprendido mi corazón en toda mi vida.

9. Arguye a los que oyen los preceptos divinos y no los cumplen.---Como si dijera abiertamente: Por vosotros no debo ser arrastrado a la culpa, yo que temí pecar en mis propios asuntos. Pues debe saberse que quienquiera que con la obra discrepa de los preceptos dominicales, cuantas veces los oye, por su propio corazón es reprendido y confundido, porque aquello que no hizo se le recuerda. Pues en lo que considera haber errado, su propia conciencia latente lo acusa. De donde el profeta David depreca, diciendo: Entonces no seré confundido, mientras miro todos tus mandatos (Sal. 118, 6). Pues gravemente cada uno es confundido cuando los mandatos de Dios, o leyendo o escuchando, mira, los cuales viviendo despreció. Pues de aquí se dice por la voz de Juan: Si nuestro corazón no nos reprendiera, confianza tenemos ante Dios; y cualquier cosa que pidiéramos de él, recibiremos (1 Jn. 3, 21); como si dijera:

Si aquello que manda hacemos, aquello que pedimos obtendremos.

10. Que la acción se apoye en la oración, y la oración en la acción.---Pues ante Dios ambas cosas necesariamente se congruyen entre sí, de modo que tanto la operación sea apoyada por la oración, como la oración por la operación. Pues de aquí Jeremías dice: Escrutemos nuestros caminos, y busquemos, y volvamos al Señor. Levantemos nuestros corazones con las manos a Dios en los cielos (Lam. 3, 40). Pues escrutar nuestros caminos es discutir los internos de los pensamientos. Pero levanta los corazones con las manos, quien su oración robustece con las obras. Pues quienquiera que ora, pero disimula obrar, levanta el corazón, pero no levanta las manos. Pero quienquiera que obra, y no ora, levanta las manos, pero no levanta el corazón. Según pues la voz de Juan, entonces el corazón recibe confianza en la oración, cuando ninguna pravedad de vida le contradice. De cuya confianza rectamente por el varón santo ahora se dice: Pues no me ha reprendido mi corazón en toda mi vida. Como si dijera abiertamente: De ningún modo recuerda haber hecho aquello por lo que en sus preces sea confundido. Pero puede preguntarse de qué modo niega ser reprendido por su corazón, quien arriba se acusa de haber pecado, diciendo: Pequé, ¿qué te haré, oh guardián de los hombres? (Job 7, 20). O ciertamente: Si querre justificarme, mi boca me condenará (Job 9, 20).

11. Ciertos pecados no pueden evitarse.---Pero debe saberse que hay pecados que pueden ser

evitados por los justos, y hay algunos que incluso por los justos no pueden ser evitados. Pues ¿de quién el corazón, consistiendo en esta carne corruptible, no resbala en el pensamiento siniestro, aunque no se sumerja hasta la fosa del consenso? Y sin embargo, pensar estas mismas cosas pravas es pecar. Pero mientras se resiste al pensamiento, el ánimo es liberado de su propia confusión. La mente de los justos, pues, aunque es libre de la obra perversa, algunas veces sin embargo cae en el pensamiento perverso. Y en el pecado pues resbala, porque al menos en el pensamiento se declina; y sin embargo no tiene de qué se reprenda después llorando, porque se repara antes de que por el consenso caiga. Rectamente pues aquel que se confesó pecador, de ningún modo confiesa ser reprendido por su corazón, porque aunque por pensar tal vez algunas cosas ilícitas faltó alguna vez a la rectitud, con fuerte certamen de la mente sin embargo resistió al pensamiento. Sigue:

CAPÍTULO VI.

VERS. 7.---Sea como el impío mi enemigo, y mi adversario como el inicuo.

12. La Iglesia tiene por infiel al que, puesto dentro de ella, ve en costumbres pravas.---En la sagrada elocuencia, como (sicut) y como si (quasi), algunas veces no se pone por similitud, sino por verdad. De donde es aquello: Vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre (Jn. 1, 14). De donde también aquí como y como si, parece dicho por afirmación más bien que por similitud.

Entre el impío pues y el inicuo, esto suele distar no pocas veces, que todo impío es inicuo, pero no todo inicuo es impío. Pues el impío se pone por el infiel, esto es, ajeno de la piedad de la religión; inicuo pues se dice, el que por la pravedad de la obra discrepa de la equidad, aunque tal vez porte el nombre de la fe cristiana. Por la voz típica pues del bienaventurado Job, la santa Iglesia, que tolera a otros que contradicen la recta fe, confiesa tener un impío enemigo. Pero porque padece a otros bajo el pretexto de la fe puestos dentro en obras pravas, detesta a su inicuo adversario. Si pues conviene más que sintamos como y como si puesto por similitud, la santa Iglesia de la similitud de los impíos nota a aquellos que viviendo carnalmente dentro de sí tolera. Pues dentro le es enemigo, quien mientras se afirma fiel con las voces, lo niega con las costumbres. Y porque lo estima como infiel al que solo en apariencia puesto dentro la impugna por el vicio de la prava acción, rectamente dice: Sea como el impío mi enemigo, y mi adversario como el inicuo. Como si dijera abiertamente: De mí también en la fe discrepa, quien conmigo en la obra no concuerda. Sigue:

CAPÍTULO VII.

VERS. 8.---¿Qué esperanza es la del hipócrita, si avaramente arrebata, y no libera Dios su alma?

13. El hipócrita es avaro y arrebatador.---El hipócrita, que en lengua latina se llama simulador, no apetece ser justo, sino parecerlo. Y por eso es avaro arrebatador, porque mientras obrando

inicuamente desea ser venerado por la santidad, arrebata la alabanza de la vida ajena. Pues suele ser el estudio de los hipócritas tanto suprimir lo que son, como darse a conocer a los hombres como aquello que no son, para que trasciendan su medida por la estimación, y se muestren anteponerse a los demás por el nombre de la acción. Refuyen parecer lo que son, y ante los ojos de los hombres se visten con una sobrepuestos honestidad de inocencia. De donde rectamente por el Evangelio con la voz de nuestro Redentor son increpados, cuando se les dice: ¡Ay de vosotros, hipócritas, porque os habéis hecho semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera ciertamente aparecen hermosos a los hombres, pero por dentro están llenos de huesos de muertos, y de toda suciedad! Así también vosotros por fuera ciertamente aparecéis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de avaricia e iniquidad (Mt. 23, 27; Lc. 11, 39). Por el contrario todos los verdaderamente santos no solo no apetecen en absoluto la gloria sobre su medida, sino que incluso refuyen parecer aquello mismo que merecieron ser. De donde aquel egregio predicador de la verdad, hablando contra los pseudoapóstoles, mientras narraba las virtudes eximias de su operación para erudición de los discípulos (2 Cor. 11, 13, ss.), mientras describía haber tolerado tantos peligros en amontonada persecución, y tras esto recordaba haber sido arrebatado hasta el tercer cielo, y de nuevo al paraíso, donde pudo conocer tantas cosas, cuantas no podría hablar en absoluto (Ibíd. 12, 2), estaba por decir tal vez cosas

más admirables de sí, pero templándose de la alabanza humana con alta consideración, añade: Pero perdono, para que nadie me estime sobre lo que ve en mí, o algo oye de mí (Ibíd. 12, 6). Tenía pues todavía algo que decir de sí, quien perdona decir; pero hizo ambas cosas el doctor egregio, para que tanto hablando lo que había hecho instruyera a los discípulos, como callando se custodiara dentro del límite de la humildad. Pues sería demasiado ingrato, si de sí a los discípulos callara todo, y tal vez demasiado incauto, si de sí todo incluso a los discípulos manifestara. Pero maravillosamente, como se ha dicho, hizo ambas cosas, para que hablando erudiera la vida de los oyentes, y callando custodiara la suya.

14. Los santos algunas veces se alaban inocuamente.---Debe saberse que los varones santos, cuantas veces manifiestan algo de sí a los que les siguen, imitan el modo de su Creador. Pues Dios, que nos prohíbe ser alabados por la propia boca, por la Sagrada Escritura habla sus alabanzas, no porque él las necesite, él que no sabe progresar con las alabanzas, sino que mientras nos narra su magnitud, nuestra impericia hacia sí eleva; y hablando sus bienes nos enseña, a quien el hombre en absoluto conocería, si de sí hubiera querido callar. Por eso pues indica sus alabanzas, para que podamos oyéndolo conocerlo, conociéndolo amarlo, amándolo seguirlo, siguiéndolo alcanzarlo, alcanzándolo pues disfrutar de su visión. De donde el Psalmista dice: La virtud de sus obras anunciará a su pueblo, para darles la herencia de las gentes (Sal. 110, 6). Como si

dijera abiertamente: Por eso insinúa la fortaleza de su operación, para que quien la oiga se enriquezca con dones. Imitando pues el modo de su creador, los varones santos algunas veces manifiestan algunas cosas de sí, para que instruyan a los oyentes, no para que ellos mismos progresen; y sin embargo en estas cosas con alta consideración se custodian, no sea que mientras a otros de la intención terrena elevan, ellos mismos en el apetito de la alabanza terrena se sumerjan. Cuyos dichos frecuentemente imitan los hipócritas, pero el sentido de los dichos lo ignoran totalmente, porque lo que los justos hacen para utilidad del prójimo, esto ellos lo hacen para extensión de su nombre. Pero el varón santo, mirando a los hipócritas, afirma que de ningún modo apetecen la gloria futura, sino que desean tener la presente: ¿Qué esperanza es pues la del hipócrita?, porque mientras ama las cosas presentes, mínimamente espera las futuras. Pues escrito está: Lo que pues ve alguien, ¿qué lo espera? (Rom. 8, 24). Por eso pues por el hipócrita mínimamente se tiende por la esperanza hacia los premios eternos, porque lo que en otro lugar debió buscarse, aquí se gloria de tenerlo. Cuya culpa pues ha sido proferida, también la pena se añade, cuando inmediatamente se agrega:

CAPÍTULO VIII.

VERS. 9.---¿Acaso oirá Dios su clamor, cuando venga sobre él la angustia?

15. Quien no oye a Dios hablando en la ley, orando en los extremos no será oído por Dios.---

El clamor de él en el tiempo de la angustia Dios no lo oye, porque en el tiempo de la tranquilidad él mismo no oyó al Señor clamando en sus preceptos. Pues escrito está: El que aparta su oído para no oír la ley, su oración será execrable (Prov. 28, 9). El varón santo pues, mirando que todos los que ahora desprecian obrar rectamente en el tiempo extremo se convierten a las palabras de petición, dice: ¿Acaso oirá Dios su clamor? Con cuyas palabras ciertamente obedece a las voces de nuestro Redentor, quien dice: Novísimamente vienen también las vírgenes necias, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y se les responde: Amén os digo, no os conozco (Mt. 25, 11); porque tanta severidad grande entonces se ejerce, cuanto ahora mayor misericordia se prorroga; y estrechamente entonces el juicio ejerce sobre los no corregidos, quien la piedad ahora a los delincuentes pacientemente impende. Pues de aquí el profeta dice: Buscad al Señor mientras puede ser hallado, invocadlo mientras está cerca (Is. 55, 6). Pues ahora no se ve, y está cerca; entonces se verá, y cerca no estará. Aún no apareció en el juicio, y si se busca, se halla. Pues de modo admirable cuando en el juicio apareciere, y puede ser visto, y no puede ser hallado. [Vet. VI.] De aquí Salomón refiere a la Sabiduría tanto suavemente halagando, como terriblemente juzgando, diciendo: La Sabiduría predica fuera, en las plazas da su voz (Prov. 1, 20). Cuya voz también insinúa, añadiendo: ¿Hasta cuándo, párvulos, amáis la infancia, y los necios las cosas que les son nocivas desean, y los imprudentes odiarán la ciencia? (Ibíd., 22). Convertíos a

mi corrección; he aquí proferiré para vosotros mi espíritu, y os mostraré mis palabras (Ibíd., 23). He aquí con qué palabras está expresada la dulzura del que llama. Veamos ahora de qué modos se insinúa la severidad del que increpa, para que al fin cuando sea se ejerza la estrechez del que castiga. Porque llamé, dice, y rehuisteis; extendí mi mano, y no hubo quien mirara; despreciasteis todo mi consejo, y mis increpaciones descuidasteis (Ibíd., I, 24). Diga ya de qué modo hiere, a los que a sí de ningún modo volviendo con tanta longanimidad sustenta. Yo también en vuestro exterminio reiré y me burlaré, cuando os viniere lo que temíais, cuando irrumpiere la repentina calamidad, y el exterminio como tempestad sobreviniere, cuando viniere sobre vosotros la tribulación y la angustia. Entonces me invocarán, y no exaudiré; por la mañana se levantarán, y no me hallarán (Ibíd., I, 26). Por la boca pues del sapientísimo Salomón todas las cosas del juicio supremo diligentemente están expresadas, porque tanto primero dulcemente llama, como después terriblemente increpa, y al extremo inrretractablemente condena. Bien pues se dice: ¿Acaso oirá Dios su clamor, cuando venga sobre él la angustia? Porque sin duda todo hipócrita entonces no halla remedio en el clamor, quien ahora pierde el tiempo congruo del clamor. De cuya pravedad todavía se añade:

CAPÍTULO IX.

VERS. 10.---¿O podrá en el Omnipotente deleitarse?

16. Ambos amores, de Dios y del mundo, en un solo corazón no caben.---Quien pues por el amor de las cosas terrenas es vencido, en Dios de ningún modo se deleita. Ciertamente estar sin deleite el alma nunca puede, pues o por las ínfimas se deleita o por las sumas, y cuanto con más alto estudio se ejercita hacia las sumas, tanto con mayor hastío se entorpece hacia las ínfimas; y cuanto con más agudo cuidado se enardece hacia las ínfimas, tanto con tibieza condenable se enfría de las sumas. Pues ambos a la vez e igualmente amarse no pueden. De donde Juan el apóstol sabiendo que entre las espinas de los amores seculares la mies de la caridad suprema no puede germinar, antes de que las semillas del amor eterno profiera, de los corazones de los oyentes con la santa mano del verbo las espinas de los amores seculares erradica, diciendo: No queráis amar al mundo, ni las cosas que están en el mundo (1 Jn. 2, 15). Y pronto añade: Porque si alguien ama al mundo, no está la caridad del Padre en él. Como si dijera abiertamente: Ambos amores en un solo corazón no caben; ni en él brota la mies de la caridad suprema, en el que las espinas de la ínfima delectación la matan. Y enumera aquellas punciones nacientes de esta ínfima delectación, diciendo: Porque todo lo que está en el mundo, es concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida, la cual no es del Padre, sino que es del mundo; y el mundo pasa, y la concupiscencia de él (Ibíd. 2, 16). Deleitarse pues en Dios el hipócrita no puede, porque en su mente los deseos supremos no bro-

tan, a los cuales ciertamente las espinas del amor terreno oprimen. De lo cual aptamente se añade:

CAPÍTULO X.

IBID.---¿Y podrá invocar a Dios en todo tiempo?

17. El hipócrita no invoca a Dios, sino puesto en angustias.---Entonces pues el hipócrita invoca a Dios, cuando la tribulación de las cosas terrenas lo angustia. Pues cuando en este siglo ha hallado el efecto de la felicidad buscada, al autor que le dio esta misma felicidad no lo busca. Porque pues, como antes dijimos, debe ser el arte de los que enseñan que en las mentes de sus oyentes primero procuren destruir las cosas perversas, y después predicar las rectas, no sea que la buena semilla de la santa predicación no la reciban los corazones llenos de males; de donde se dice a Jeremías: He aquí te he constituido hoy sobre las gentes y los reinos, para que arranques y destruyas, y disperses y disipes, y edifiques y plantes (Jer. 1, 10) (primero pues se manda que destruya, y después edifique; primero que arranque, y después plante, porque de ningún modo se pone el fundamento de la recta verdad, si primero la fábrica del error no es destruida); el bienaventurado Job, después de que respondió a las causas de la Iglesia universal con los dichos de sus amigos como contra las palabras de los herejes, y la elación de ellos con múltiple respuesta destruyó, ya declara que enseña, para que evidentemente se vea que en lo que añadió planta lo recto, y en lo que antepuso arrancó lo perverso. Sigue:

CAPÍTULO XI.

VERS. 11.---Os enseñaré por la mano de Dios, lo que el Omnipotente tiene, no lo esconderé.

18. Los santos a Dios atribuyen su sabiduría, los soberbios a sí mismos.---Así el bienaventurado Job habla con sus palabras, que significa algo de las nuestras. Pues la santa Iglesia enseñando, en cuanto conviene conocer, nada de la verdad esconde. Porque la mano de Dios se llama el Hijo (pues todas las cosas por él fueron hechas, Jn. 1, 3), por la mano de Dios declara que enseña a aquellos que en su propia sabiduría ve permanecer necios. Como si dijera abiertamente: Yo de mí algo no sé; sino cualquier cosa que de la verdad siento, esto de la largueza de la misma Verdad lo comprendo. Vosotros por eso las cosas rectas no sabéis, porque esta misma sabiduría vuestra no a la mano de Dios, sino a vosotros mismos la dais. Pues los enemigos de la santa Iglesia, si algo de verdad alguna vez sienten, a sus propias fuerzas lo atribuyen; y tanto más se privan de la suprema sabiduría, cuanto aquella como de su propio ingenio quieren tenerla privada. A los cuales algunas veces se les da para su juicio que rectamente ciertamente algunas cosas sepan, pero por esta misma ciencia más obligados para la pena se vuelvan. De donde aptamente se añade:

CAPÍTULO XII.

VERS. 12.---He aquí todos vosotros lo sabéis, ¿y por qué sin causa vanidades habláis?

19. A algunos se les da para su juicio que rectamente algunas cosas sepan.---Escrito está: El siervo que conoció la voluntad de su señor, y no se preparó, y no hizo según la voluntad de él, será azotado con muchos azotes. Pero el que no conoció, e hizo cosas dignas de azotes, será azotado con pocos azotes (Lc. 12, 47). Y de nuevo escrito está: Al que pues sabe hacer el bien, y no lo hace, pecado le es (Sant. 4, 17). Para el cúmulo de la mayor culpa pues la santa Iglesia declara que sus enemigos tanto saben lo que deben seguir, como no quieren seguir lo que saben. De los cuales en otro lugar se ha dicho: Desciendan al infierno vivientes (Sal. 54, 16). Vivos son los que sienten las cosas que cerca de ellos se hacen. Pues los muertos ni saben en absoluto, ni sienten. Los muertos pues que no sienten por los ignorantes, los vivientes pues que sienten por los sabios suelen ser puestos. Vivientes pues descender al infierno es sabiendo y sintiendo pecar. [Rec. X.]

Sigue, VERS. 13,---Esta es la parte del hombre impío ante Dios, y la herencia de los violentos, que del Omnipotente recibirán. Cuya parte ciertamente y herencia pronto insinúa, cuando añade:

CAPÍTULO XIII.

VERS. 14.---Si fueren multiplicados sus hijos, en la espada estarán, y sus nietos no se saciarán de pan.

20. Los herejes que infieren violencia a la Sagrada Escritura han de ser heridos por Dios.---No absurdamente son llamados impíos los herejes,

que por el error de un dogma pravo son ajenos del conocimiento de la verdad, a los cuales en la palabra siguiente también llama violentos, como quienes las sentencias de la Sagrada Escritura que contienen rectos dogmas intentan violentamente inclinar al intelecto pravo. Violentos son pues, y si no en las cosas de los hombres, ciertamente en los sentidos de los preceptos. Pero los hijos de los violentos son los seguidores de los herejes, que mientras consienten en el error de ellos, como de la predicación de ellos son generados. Pero multiplicados en la espada estarán, porque aunque ahora con inmensa multitud en la perdida libertad crezcan, sin embargo por la sentencia del Juez venidero son heridos. De donde por Moisés el Señor dice: Mi espada devorará carnes (Deut. 32, 42). Pues la espada de Dios carnes come, porque en el juicio extremo su sentencia a aquellos que carnalmente saben mata. En lo cual ha de preguntarse por qué se dice que esta parte y herencia suya los pravos del Omnipotente perciben. Pero a los que rectamente consideran les consta que aunque de sí mismos tuvieron obrar injustamente, sin embargo a la equidad suprema le compete las cosas injustamente hechas justamente juzgar, para que la divina sentencia ordene para la pena a los que su inordinada acción arrastró a la culpa. De los cuales aptamente se añade: Y sus nietos no se saciarán de pan.

21. Del conocimiento de la verdad ayunan los que leen la Escritura para la cuestión, no para la refección.---Nietos pues de los herejes son los que de la predicación de los hijos errantes nacen.

A los cuales de ningún modo el pan sacia, porque mientras en el pasto del sagrado verbo buscan sentir más de lo que captan, siempre del conocimiento de la verdad ayunan; y los predicamentos de la doctrina que procuran buscar para la cuestión, tener no pueden para la refección. Porque pues a algunos de los mismos herejes la santa Iglesia recoge, a algunos en su malicia pertinaces deja, pronto se añade:

CAPÍTULO XIV

VERS. 15.---Los que quedaren de él, serán sepultados en la perdición.

22. La pena de los que mueren en el error.---De aquel pueblo de herejes, los que quedan son sepultados en la perdición, porque mientras no vuelven a la luz de la verdad, ciertamente en la pena perpetua son deprimidos por la inteligencia terrena. Y porque a veces, mientras el autor de los pueblos errantes es arrebatado a la pena, los pueblos seducidos son reformados a la ciencia de la verdad, y entonces vuelven al verdadero conocimiento los súbditos, cuando a los eternos suplicios llegan estos que mal habían sido prepósitos, aptamente se añade:

IBÍD.---Y sus viudas no llorarán.

23. Arrebatados a la pena los doctores del error, los pueblos engañados a menudo se arrepienten. ¿A qué viudas de él recibimos, sino a los pueblos súbditos felizmente destituidos por la muerte de aquel? Porque a menudo, como se ha dicho, mientras el predicador del error es arrebatado a los eternos suplicios, los pueblos súbditos

de aquel vuelven a la gracia del verdadero conocimiento. Pues sobre estos pueblos el perverso predicador como marido presidió, porque mal a ellos conjuntado se había adherido el corruptor de la mente. De ningún modo por tanto las viudas, o las destituidas lloran, porque por la muerte del pravo doctor encuentran la vía de la verdad, de cuya destrucción parecía que podían ser afligidas. O ciertamente no lloran las viudas, porque permaneciendo en su error, mientras piensan que fue santo su predicador, con esperanza falsa son consoladas para que no luten. Sigue:

CAPÍTULO XVI

[Vet. VIII, Rec. XI].

VERS. 16, 17.---Si comportare como tierra la plata, y como lodo preparare vestiduras, preparará por cierto, pero el justo se vestirá con ellas, y el inocente dividirá la plata.

24. Los católicos a los herejes con los mismos testimonios de la Sagra. Escritura que profieren, los debelan.---Plata entenderse la claridad del sacro elocuio suele, como en otro lugar se dice: Los elocuio del Señor elocuio castos, plata por el fuego examinada (Sal. 11, 7). Y porque algunos el elocuio de Dios no interiormente por la exhibición, sino exteriormente por la ostentación haber concupiscen; por tanto por el profeta se dice: Perecieron todos los envueltos en plata (Sofon. 1, 11). Estos sin duda que del elocuio de Dios no con la interior refección se llenan, sino con la exterior ostentación se visten. De donde tam-

bién la plata de estos, esto es el elocuio de los herejes, a la tierra es comparada, porque de la Escritura sagrada para que algo sepan por el apetito de la terrena alabanza elaboran. Los cuales también como lodo preparan vestiduras, porque fluyente e inquinablemente aquellas con que se quieren proteger de la Escritura sagrada contexen testimonios. Preparará por cierto, pero el justo se vestirá con ellas, porque el varón lleno de recta fe, que a los santos suele para la justicia ser deputada, aquellos mismos testimonios de la Escritura sagrada que el hereje trae recoge, y la pertinacia del error de aquel de allí convence. Pues contra nosotros mientras los testimonios de la ley sagrada aportan, consigo nos traen de donde sean vencidos. De donde también David significando el tipo del Señor, y Goliat la soberbia de los herejes, esto con los hechos hablaron lo que nosotros con las palabras abrimos. Pues Goliat con espada, David pues con alforja pastoril vino a la batalla. Pero al mismo Goliat David superando con su espada lo mató, lo cual nosotros también hacemos, que miembros del prometido David por su dignación ser merecimos. Pues cuando a los soberbios herejes y las sentencias de la sagrada Escritura defiriendo, con las mismas palabras y sentencias que profieren los vencemos, como al elado Goliat con su espada lo descabezamos. El justo pues se viste con aquellas vestiduras que prepara el injusto, porque el varón santo con aquellas mismas sentencias para la verdad usa, con que cada perverso mostrarse docto contra la verdad intenta.

25. El verbo de Dios discretamente debe ser expuesto, y a cada uno aptado. Y el inocente dividirá la plata. Dividir la plata inocente, es los elocuio del Señor menuda y discretamente exponer, y a cada uno qué dignamente le sea congruo coaptar. Pues el elocuio del Señor, que aquí plata, o vestiduras, esto en otro lugar despojos se nombra. Lo cual también el Salmista testifica por la comparación, diciendo: Me alegraré yo sobre tus elocuio, como quien halla despojos muchos (Sal. 119, 162). Los cuales por tanto despojos fueron llamados, porque a la fe del Señor pasando la gentilidad, los judíos de los sacros elocuio, con que habían sido vestidos, son desnudados. [Vet. IX.] De esta también división de plata o de despojos en otro lugar se dice: Benjamín lobo rapaz, a la mañana comerá la presa, a la tarde dividirá los despojos (Gén. 49, 27). Con cuyos dichos ciertamente Pablo apóstol es designado, de la estirpe de Benjamín progenitado, que a la mañana la presa comió, porque en sus primordios a los fieles que pudo arrebatando a la crueldad propia satisfizo. A la tarde los despojos dividió, porque fiel después hecho los sacros elocuio exponiendo los distribuyó.

26. Han de ser discernidas las cosas que salubremente por los herejes son dichas.---Aunque esta plata que divide el inocente entenderse también de otro modo puede. Pues los herejes, para que fácilmente valgan las cosas perversas persuadir, con sus dichos algunas cosas rectas mezclan, para que los ánimos de los oyentes de los rectos sentidos atraigan, de los perversos hieran. Los cuales en los preceptos de Dios, porque

con sana e insana locución se varían, bien en el Evangelio con la especie de los diez leprosos son designados (Luc. 17, 12), de cuyo color sano mientras el vicioso candor se asperja, con este inmoderado candor son afeados. De donde somos amonestados no saber más de lo que conviene saber, sino saber para la sobriedad (Rom. 12, 3). Los cuales también porque aún no aman a Dios, de quien mal sienten, ni al prójimo, de quien son divididos, a los preceptos del decálogo adversos son, y por tanto para deprecar al Señor diez vienen. Pero por lo que con las cosas sanas las insanas mezclaron, con la diversidad del color se varían. Pero porque en sus preceptos ofendieron, a aquel de donde habían ofendido lo llaman diciendo: Jesús preceptor (Luc. 17, 13); de donde también pronto curarse merecieron. Por tanto porque el varón católico las cosas que por ellos rectamente, o las que pravamente se sienten, entiende, la plata inocente divide, esto es las cosas que por ellos salubremente, o las que pestíferamente hubieren sido dichas discierne. Sigue:

CAPÍTULO XVII.

VERS. 18.---Edificó como polilla su casa.

27. Los maestros de las herejías las mentes que ocupan corrompen.---La polilla para sí casa corrompiendo edifica. Ni con mejor comparación pudo el hereje ser demostrado, que el lugar de su perfidia no sino en las mentes que hubiere corrompido hace, que también a sus seguidores libres del fuego eterno ser promete. Promete por cierto a ellos el refrigerio del descanso eterno;

pero sus palabras solidez no tienen, porque de la plenitud de la verdad carecen. De donde se añade: Y como el guardián hizo un cobertizo. Pues el cobertizo del guardián con ningún fundamento se solida, sino con el tiempo pronto pasando se destruye. Y el descanso prometido por los herejes con el tiempo se destruye, el cual después de esta vida de ningún modo se encuentra. Y porque a menudo los herejes en el desprecio de la Iglesia universal por los patrocinios de los potentes del siglo son apoyados, y a ellos los ricos con la protección y administración con cuanta prevalecen opitular no cesan, el mismo también cualquiera contra su hacedor con las cosas temporales intumesciendo por la sentencia del varón santo ahora es tocado, y de la especial destrucción de los herejes a la general definición de todos los elados el sermón se deriva, cuando se subdi:

CAPÍTULO XVIII.

VERS. 19.---El rico cuando dormiere, nada consigo llevará; abrirá sus ojos, y nada hallará.

28. Los bienes temporales para nosotros guardándolos los perdemos, a los pobres erogándolos los guardamos.---A cuya sentencia ciertamente el Salmista concinando dice: Turbados son todos los insipientes de corazón; durmieron su sueño, y nada hallaron todos los varones de riquezas en sus manos (Sal. 76, 5). Pues para que en su mano los ricos después de la muerte algo hallen, a ellos antes de la muerte se dice sus riquezas en manos de quiénes pongan: Haceos amigos del mamón de iniquidad, para que cuando desfallezcáis, os

reciban en los eternos tabernáculos (Luc. 16, 9). El rico cuando dormiere, nada consigo llevará. Sus cosas cuando muriera consigo llevaría, si al que pide con su voz cuando viviera para sí las hubiera llevado. Pues todas las cosas terrenas que guardando las perdemos, larguiendo las guardamos; y nuestro patrimonio retenido se pierde, permanece erogado. Pues mucho tiempo con nuestras cosas durar no podemos, porque o nosotros a aquellas muriendo las deserimos, o aquellas a nosotros vivientes como que nos deseren pereciendo. Obrar por tanto debemos para que las cosas absolutamente perecederas, en no perecedera las obliguemos pasar merced.

29. Los ojos del pecador la muerte abre, para que huir de sí los bienes temporales vea, y la pena suceder.---Pero de admirar mucho es lo que se dice: Cuando dormiere, abrirá sus ojos, y nada hallará. Pues para que durmamos, los ojos cerramos, y despertando los abrimos. Pero en este hecho, porque el hombre de alma consta y de cuerpo, cuando de una sola cosa el sueño se dice, de la otra las vigilias se demuestran, porque cuando el cuerpo se duerme en la muerte, entonces el alma despierta en el verdadero conocimiento. Y duerme pues el rico, y los ojos abre, porque cuando con la carne muere, su alma ver es obligada, lo que proveer contemnió. Entonces ciertamente en el verdadero conocimiento despierta, entonces nada ser conspicia lo que tenía. Entonces se vacua halla, la que plena de cosas ante los demás hombres estar se alegraba. Duerme, y nada consigo lleva, nada sin duda de las cosas que tuvo. Pues la

culpa de las cosas a la vez es conducida, aunque aquí todas las cosas, por las cuales la culpa fue perpetrada, sean dejadas. Vaya pues ahora, y con las cosas aceptadas intumesca, y a sí mismo sobre los demás se extolla, gloríese de tener lo que el prójimo no tiene. Vendrá cuandoque el tiempo de que despierte, y then conozca cuán vacuo fue lo que en el sueño había tenido. Pues a menudo acontece al durmiente inope que se por el sueño rico vea, y de aquellas mismas cosas el ánimo extolla, se alegre de tener lo que no tuvo, y ya desdeñar busque de quienes desdeñado ser se dolió. Pero de repente despertando, de haber despertado se duela, el que ínterin la imagen de las riquezas aun durmiendo tenía. Gime pues pronto bajo el peso de la pobreza, y en las angustias de su inopia es premido; y tanto peor, por cuanto por tiempo brevísimo, o vacuamente rico fue. Así así sin duda de este mundo son los ricos, que con las cosas aceptadas intumescen. Bien obrar de su abundancia no saben, como durmiendo son ricos; pero su pobreza despertando hallan, porque nada consigo a aquel juicio que permanece llevan, y cuanto ahora por breve tiempo más sublimemente elados son, tanto contra sí para siempre más gravemente ingemiscen. Diga pues: Abrirá sus ojos, y nada hallará, porque allí los abre para los suplicios, a los que aquí para la misericordia cerrados tenía. Abre sus ojos, y el fruto de la piedad no halla, a los que aquí cerrados tuvo cuando los halló. Tarde también aquellos los ojos abren, que, testigo la Sabiduría, en el tiempo de su condenación se refieren que han de decir: ¿Qué

nos aprovechó la soberbia, la jactancia de las riquezas qué nos confirió? Pasaron todas aquellas cosas como sombra, y como nuncio que corre por medio (Sab. 5, 8). Viles y fugitivas haber sido las que habían tenido, ya perdidas las conocen, las cuales cuanto estaban presentes a sus estultos corazones y grandes y mansas les parecían. Tarde el rico abrió los ojos (Luc. 16, 23), cuando a Lázaro descansando vio, a quien yaciente ante la puerta ver contemnió. Entendió allí lo que aquí hacer no quiso; en su condenación conocer obligado fue qué fue lo que perdió, cuando al indigente prójimo no agnoció. De quien aún se subdi:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 20.---Lo aprehenderá como agua la penuria, de noche lo oprimirá la tempestad.

30. Estupenda penuria del réprobo rico después de la muerte.---Veamos ahora la penuria del ardiente rico, cuya tanta abundancia fue del epulante. Pues dice: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro, para que moje el extremo de su dedo en agua, y refrigere mi lengua porque me atormento en esta llama (Luc. 16, 24). Con cuyas palabras no esto se nos innota, que allí en tanto ardor una sola gota de agua entonces para la suficiencia del refrigerio se requiera, sino que el que de la abundancia pecó, allí con la penuria demasiado hirviente sea quemado. Pues vemos en las palabras del rico por el sutilísimo juicio de Dios cuán digna a tal culpa pena respondió. Pues actuando la penuria, allí hasta las cosas mínimas a pedir fue obligado, el que aquí, actuando la

tenacidad, hasta las cosas mínimas a negar llegó. ¿Qué retribuirse más sutilmente, qué más estrechamente puede? Una gota de agua pide, quien las migajas de pan negó. Lo aprehenderá pues como agua la penuria. No inmerecidamente la penuria aquella entonces al agua es comparada, porque en el infierno atormenta, el cual absorbiendo a los recibidos en los profundos, suele con el nombre de lago ser designado. De donde por el profeta también por la voz del género humano se dice: Cayó en el lago mi vida (Lam. 3, 53). Pero por la exultación de los arrebatados se canta: Señor Dios mío, clamé a ti, y me sanaste; Señor, abstrajiste de los infiernos mi alma, me salvaste de los que descienden al lago (Sal. 30, 2-3).

31. El torbellino del divino juicio, en la hora que no piensa, y por tanto de noche, lo oprimirá.---De noche lo oprimirá la tempestad. ¿Qué en este lugar noche, sino el escondido tiempo del repentino éxito llama? Pues con el nombre de tempestad, el torbellino del juicio designa. Lo cual también el Salmista testifica, diciendo: Dios manifiestamente vendrá, Dios nuestro, y no callará; fuego en su conspecto arderá, y en su circuito tempestad válida (Sal. 50, 3). De cuya tempestad también la Sabiduría por Salomón dice: Yo también en vuestra destrucción reiré, y mofaré, cuando os sobrevenga lo que temíais, cuando irrumpa la repentina calamidad, y la destrucción como tempestad ingruya (Prov. 1, 26). Y porque la misma ignorancia del venidero éxito noche se llama, de noche lo oprimirá la tempestad, esto es el torbellino del divino juicio mientras ignora lo

aprehenderá. Pues de aquí es lo que por sí misma la Verdad dice: Si supiera el padre de familia a qué hora el ladrón vendría, velaría ciertamente, y no dejaría perfodir su casa. Y vosotros estad parados, porque a la hora que no pensáis el Hijo del hombre vendrá (Mat. 24, 43). De aquí también contra el mal siervo se dice: Pero si dijere aquel mal siervo en su corazón: Demora hace mi señor en venir, y comenzare a herir a sus consiervos; coma pues y beba con los ebrios; vendrá el señor de aquel siervo en el día que no espera, y en la hora que ignora (Ibíd., 48). De aquí Pablo a los discípulos dice: Pero vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día como ladrón os comprenda. Pues todos vosotros hijos de la luz sois, e hijos del día: no somos de la noche ni de las tinieblas (1 Tes. 5, 4). Aquí al soberbio rico por la voz de Dios se dice: Estulto, esta noche tu alma repiden de ti; las cosas pues que preparaste, ¿de quién serán? (Luc. 12, 20). De noche su alma rendir se refiere el que, la muerte no previendo, en las tinieblas del corazón es abstraído. Dice pues: De noche lo oprimirá la tempestad. Pues porque no quiere obrar las cosas buenas que ve, es sorprendido por la tempestad de su destrucción que no ve. De quien aún se subdi:

CAPÍTULO XX.

VERS. 21.---Lo llevará el viento ardiente, y lo quitará.

32. Será quitado por el diablo, que merecidamente se llama viento ardiente.---¿Quién en este lugar viento ardiente, sino el maligno espíritu se

llama, que las llamas de los deseos en el corazón excita, para que a la eternidad de los suplicios traiga? Al perverso pues cualquiera el viento ardiente llevar se dice, porque el insidiador maligno espíritu, que al viviente cualquiera enciende a los vicios, al moribundo trae a los tormentos. Pues porque el viento ardiente el inmundo espíritu suele entenderse, que con el soplo de la mala sugestión a los deseos terrenos los corazones de los inicuos enciende, Jeremías profeta testifica, diciendo: Una olla encendida yo veo, y su faz desde la faz del Aquilón (Jer. 1, 13). Pues la olla encendida es el corazón humano, con los ardores de las curas seculares, y con las ansiedades de los deseos hirviendo. La cual desde la faz del Aquilón se enciende, esto es con las sugestiones del diablo se inflama. Pues él mismo llamarse con el nombre de Aquilón suele, quien dijo: Sentaréme en el monte del testamento, en los costados del Aquilón, ascenderé sobre la altitud de las nubes (Isa. 14, 13). A este pues ardiente viento de cada electo la mente con la adustión se tempera, cuando en ella el fervor de los vicios se extingue, y la llama de los deseos carnales se enfría. De donde también la santa Iglesia en las alabanzas de su esposo alegre clama: Bajo la sombra de aquel que había deseado me senté (Cant. 2, 3). De la templanza de este ardor a ella por Isaías prometiendo el Señor se dice: Por la zarza ascenderá el abeto, y por la ortiga crecerá el mirto (Isa. 55, 13). Pues por la zarza en ella asciende el abeto, mientras en el corazón de los santos por la abyección de la cogitación terrena la altitud de la suprema contemplación

nace. Pero la ortiga de naturaleza enteramente ígnea es. Pero el mirto de virtud temperativa se dice ser. Por la ortiga pues crece el mirto, cuando las mentes de los justos del prurito y ardor de los vicios a la templanza y tranquilidad de las cogitaciones llegan, mientras ya las cosas terrenas no apetecen, mientras las llamas de la carne con los deseos celestiales extinguen.

33. Refrigerio de la mente dado a María.---Por este también refrigerio de la mente dado desde el cielo a María se dice: La virtud del Altísimo te obumbrará (Luc. 1, 35). Aunque en este hecho por el vocablo de obumbración de Dios que ha de encarnarse ambas naturalezas pudo signarse. Pues la sombra por la luz y el cuerpo se forma. Pero el Señor por la divinidad luz es, quien, mediante el alma, en el útero de ella hacerse dignó por la humanidad cuerpo. Porque pues la luz incorpórea en el útero de ella había de ser corporada, a ella que al Incorpóreo concibió para el cuerpo se dice: La virtud del Altísimo te obumbrará; esto es, el cuerpo en ti de la humanidad recibirá la incorpórea luz de la divinidad. Pero ya de cualquier inicuo lo que empezamos exsequamos. Lo lleva pues el viento ardiente, porque a saber el maligno espíritu a aquel a quien ahora hubiere encendido con el fuego de la perversa concupiscencia, lo rapta después a las llamas de la gehena. Sigue:

CAPÍTULO XXI.

IBÍD.---Y como torbellino lo raptará de su lugar.

34. Cuál sea el lugar de los inicuos.---El lugar de los perversos es la delectación de la vida temporal y la voluptuosidad de la carne. Como por torbellino pues cada uno de su lugar es raptado, cuando de todas sus delectaciones en el extremo día aterrado es separado. De cuyo extremo día aptamente pronto se subdi:

CAPÍTULO XXII

[Rec. XIII].

VERS. 22.---Emitirá sobre él, y no perdonará.

35. Dios a los electos flagela aquí para que perdone, a los réprobos para que comience a punir. Toda percusión divina, o purgación de la vida presente es, o inicio de la pena siguiente.---Al pecador Dios cuantas veces hiriendo lo corrige, para esto el flagelo emite, para que perdone. Pero cuando la vida de aquel en el pecado permanente hiriendo la concluye, el flagelo emite, pero de ningún modo perdona. Pues quien el flagelo emitió para que perdonara, para esto lo emite cuandoque para que no perdone. Pues en esta vida el Señor tanto más procura para que perdone, cuanto más esperando flagela, como Él mismo por la voz del ángel a Juan dice: Yo a los que amo, arguyo y castigo (Apoc. 3, 19). Y como en otro lugar se dice: A quien el Señor ama castiga, flagela pues a cada hijo que recibe (Heb. 12, 6). Econtra pues del flagelo de la condenación escrito está: En las obras de sus manos aprehendido es el pecador (Sal. 9, 16). De lo cual por Jeremías el Señor dice, mientras ve a los pueblos incorre-

giblemente delinquiendo, a los cuales no ya bajo disciplina hijos, sino bajo districta percusión los intuye como enemigos: Con la llaga del enemigo te herí, con castigación cruel (Jer. 30, 14). Y lo que aquí se dice: No perdonará; allí también con palabras otras se declara: ¿Qué clamas sobre tu contrición? Insanable es tu dolor (Ibíd., 15). De donde esto siempre los electos proveen, para que antes a la justicia vuelvan, de que se la ira del juez inextinguiblemente encienda, no sea que por el último flagelo sorprendidos a la vez se les acabe la vida con la culpa. Pues el flagelo entonces diluirá la culpa, cuando hubiere mudado la vida. Pues de quien las costumbres no muda, no expía las acciones. Toda pues divina percusión, o purgación en nosotros de la vida presente es, o inicio de la pena siguiente. Por aquellos pues que del flagelo aprovechan dicho está: Que finges el dolor en el precepto (Sal. 94, 20). Porque mientras es flagelado el inicuo, y corregido; oír el precepto no quiso, oye el dolor. El dolor pues en el precepto se finge, para aquel que de las malas obras como por vez de precepto, con el dolor es cohibido. De estos pues a quienes condenan los flagelos y no liberan, se dice: Los heriste, y no dolieron; los atriviste, y rehusaron recibir disciplina (Jer. 5, 3). Para estos los flagelos desde esta vida inician, y en la eterna percusión perduran. De donde por Moisés el Señor dice: Fuego se encendió desde mi ira, y arderá hasta los infiernos de abajo (Deut. 32, 22). En cuanto a la presente percusión especta, rectamente se dice: Fuego se encendió desde mi ira. En cuanto pues a la eterna condenación, aptamente

pronto se subdi: Y arderá hasta los infiernos de abajo. Aunque por algunos decirse suela aquello que escrito está: No juzga Dios dos veces en lo mismo (Nahum 1, 9). Quienes sin embargo esto que por el profeta de los inicuos se dice, no atienden: Y con doble confusión contérelos (Jer. 17, 18). Y lo que en otro lugar escrito está: Jesús al pueblo de la tierra de Egipto salvando, lo segundo a aquellos que no creyeron, los perdió (Judas 5). A los cuales sin embargo si consenso prestamos, que cualquier culpa dos veces ser herida no puede, esto de los por el pecado heridos y en su pecado muriendo debe ser estimado, porque la percusión de ellos aquí comenzada allí se perfice, para que para los incorrectos un solo flagelo sea el que temporalmente empieza, pero en los eternos suplicios se consuma, para que a aquellos que enteramente ser corregidos rehúsan ya de los presentes flagelos la percusión de los siguientes sea inicio de tormentos. Emitirá pues sobre él, y no perdonará. Sigue:

CAPÍTULO XXIII

[Vet. XIII].

IBÍD.---De su mano huyendo huirá.

36. La mano del que hiere sola con la emendación evadimos.---Aquel pues de la mano huye del que hiere, quien la pravidad de su acción corrige. O ciertamente porque en el sacro elocuio la mano la operación suele entenderse, de la mano del herido huye quien, mientras la perdición del pravo

conspicia, las vías de la pravidad deja. De donde aún se subdi:

CAPÍTULO XXIV.

VERS. 23.--- Apretará sobre él sus manos.

37. En la pena de los otros vemos lo que nosotros debemos temer.--- Pues apretar las manos es confirmar las obras de su vida en la rectitud. De donde también dice Pablo: Levantad las manos remisas y las rodillas disueltas (Heb. 12, 12). Mientras, por tanto, ven la perdición ajena, son revocados al corazón para que recapaciten sobre el suyo; y de donde uno es llevado a los tormentos, de ahí otro es liberado del tormento. Aprieta, pues, sobre él sus manos, porque ve en la pena ajena qué temer; y mientras ve al delincuente así herido, sus propias obras disueltas las constriñe con el vigor de la justicia. Y así sucede que quien viviendo inicuo había atraído a muchos a la culpa por el deleite del pecado, al morir revoca a algunos de la culpa por el terror del tormento. Lo cual el Salmista atestigua que también sucede a los buenos, diciendo: Se alegrará el justo cuando viere la venganza de los impíos, sus manos lavará en la sangre de los pecadores (Sal. 57, 11). En la sangre de los pecadores que mueren se lavan las manos de los justos, porque mientras se contempla su pena, la vida del que contempla se limpia. Sigue.

CAPÍTULO XXV.

IBÍD.--- Y silbará sobre él, mirando su lugar.

38. Y así somos contenidos del pecado.---¿Qué se expresa en el silbido sino la intención de la admiración? Si por ventura se busca en el silbido otra significación al morir el pecador, los que contemplan su perdición, contraen la boca en silbido, mientras se convierten a aquellas palabras espirituales que habían despreciado, para que ya empiecen a creer y predicar lo que antes, mientras veían florecer al inicuo, no creían. Pues sucede frecuentemente que el ánimo de los enfermos tanto más trepida por el oído de la verdad, cuanto más ve florecer a los despreciadores de la verdad. Pero mientras la justa venganza sustrae a los injustos, a otros los contiene de la pravidad. De donde por Salomón se dice: Castigado el pestilente, el párvulo será más sabio (Prov. 21, 11). El varón santo, por tanto, después de que agotó suficientemente las penas de los potentes que se ensalzan en el siglo, de nuevo convierte sus palabras a la soberbia de los herejes, que se ensalzan en la elocuencia. Pues sigue:

CAPÍTULO XXVI

[Vet. et Rec. XIV].

CAP. XXVIII, VERS. 1.---La plata tiene los principios de sus venas; y para el oro hay un lugar en el que se acrisola.

39. Los herejes deben ser remitidos a las sagradas páginas y a los libros de los antiguos padres.---En la plata suele designarse el elocuio, en el oro la claridad de la vida o de la sabiduría. And because heretics so pride themselves on the

luster of their eloquence, that they are solidified by no authority of the sacred books (which books are as it were certain veins of silver for us to speak, because from them we draw the origin of our speech), he recalls them to the pages of sacred authority, so that if they truly desire to speak, they ought to take from thence what they should speak. Y dice: La plata tiene los principios de sus venas. Como si abiertamente dijera: El que para las palabras de la verdadera predicación se prepara, es necesario que los orígenes de las causas los tome de las sagradas páginas, para que todo lo que habla lo remita al fundamento de la autoridad divina, y en él firme el edificio de su locución. Pues como ya dijimos, a menudo los herejes, mientras se esmeran en construir sus cosas perversas, profieren aquellas que por cierto no se contienen en las páginas de los libros sagrados. De donde también el egregio predicador amonesta a su discípulo, diciendo: Oh Timoteo, guarda el depósito, evitando las profanas novedades de voces (1 Tim. 6, 20); porque mientras los herejes desean ser alabados como por un excelente ingenio, profieren como ciertas cosas nuevas que en los libros viejos de los antiguos Padres no se contienen; y así sucede que mientras desean parecer sabios, esparcen semillas de estulticia a sus míseros oyentes.

40. Solo la Iglesia católica tiene mártires.--- Bien pues se añade: Y para el oro hay un lugar en el que se acrisola. Como si abiertamente dijera: La verdadera sabiduría de los fieles, para la cual la Iglesia universal es el lugar, padece tribulación

por vuestra persecución, pero de todas las suciedades de los pecados por el fuego de vuestra persecución se purga. De donde está escrito: En el fuego se prueba el oro y la plata, pero los hombres aceptables en el camino de la humillación (Eclo. 2, 5). En cuyo lugar puede esto también convenientemente entenderse, para que los herejes parezcan ser increpados por su estulta pasión. Pues a menudo por el nombre de Jesucristo el Señor y redentor nuestro padecen muchas cosas, y esperan ellos mismos hacerse mártires por esas pasiones. A los cuales por la voz de los varones santos ahora se dice: Para el oro hay un lugar en el que se acrisola. Pues según esto que ya y antes de nosotros se ha dicho (Por Cipriano, sobre la unidad de la Iglesia, y en otra parte), quienquiera que padece fuera de la unidad de la Iglesia, puede padecer penas, pero no puede hacerse mártir, porque para el oro hay un lugar en el que se acrisola. ¿Qué, pues, decís a esto, herejes? Queréis acrisolaros por la aflicción de la carne, o incluso por el martirio, pero no sabéis el lugar en el que debáis acrisolaros. Oíd lo que se dice por la voz del santo predicador: Para el oro hay un lugar en el que se acrisola. Buscad pues este lugar de acrisolamiento, encontrad este horno por el cual el oro pueda ser aptamente purgado.

41. Lo que se tolera fuera de la Iglesia tortura, no purga.---Una es la Iglesia en la cual quien pudiere ser acrisolado podrá también ser purgado de toda suciedad de pecados. Si sostenéis algo de amargura por Dios, algo de tribulación, puestos fuera de esta, podéis solamente ser incendiados,

no purgados. Diga Jeremías, diga cómo el fuego de vuestro acrisolamiento está vacío de toda virtud: En vano acrisoló el acrisolador, pues sus malicias no han sido consumidas (Jer. 6, 29). He aquí el fuego acrisolando exteriormente, y aplica la pena de la dura pasión, y sin embargo no cuece la culpa del error, y da los tormentos de las crueles penas, y no hace incrementos de los buenos méritos. De cómo también este fuego de acrisolamiento que se tolera fuera de la Iglesia católica no es de ninguna virtud en absoluto, el Apóstol Pablo lo insinúa diciendo: Si entregare mi cuerpo para que arda, y no tuviere caridad, nada me aprovecha (1 Cor. 13, 3). [Vet. XV.] Pues unos sienten cosas depravadas sobre Dios; otros mantienen cosas rectas sobre el autor; pero no mantienen la unidad con los hermanos. Aquellos por el error de la fe, estos en verdad por la perpetración del cisma están divididos. De donde también en esa misma primera parte del decálogo las culpas de ambas partes son reprimidas, cuando se dice por la voz divina: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de toda tu virtud (Deut. 6, 5). Y luego se añade: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Pues el que siente cosas perversas sobre Dios, consta ciertamente que no ama a Dios. Pero el que, sintiendo cosas rectas sobre Dios, está dividido de la unidad de la santa Iglesia, consta que no ama al prójimo, a quien rehúsa tener por socio.

43. Porque falta la caridad tanto a los cismáticos como a los herejes.---Quienquiera, pues, que de esta unidad de la madre Iglesia, ya sea sintien-

do cosas perversas sobre Dios por la herejía, o por el error del cisma no amando al prójimo se divide, es privado de la gracia de esta caridad, de la cual dice esto que hemos premiso Pablo: Si entregare mi cuerpo para que arda, y no tuviere caridad, nada me aprovecha (1 Cor. 13, 3). Como si con voz abierta dijera: El fuego aplicado a mí fuera de su lugar de acrisolamiento me cruza con tormento, no me purga con limpieza. Este lugar todos los amantes de la santa paz lo buscan con sumo estudio, buscándolo lo encuentran, encontrándolo lo mantienen, sabiendo dónde, o cuándo, o a qué clase de personas se da la remisión de los pecados. ¿Dónde ciertamente, sino en el seno de la madre católica? ¿Cuándo, sino antes del día de la salida venidera? Porque, he aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de la salud (2 Cor. 6, 2). Y: Buscad al Señor mientras puede ser hallado, invocadle mientras está cerca (Is. 55, 6). ¿A qué clase de personas, sino a los conversos, que para la imitación de los párvulos son formados por la maestra humildad? A los cuales se dice: Dejad a los párvulos venir a mí; pues de tales es el reino de los cielos (Mt. 19, 14). Y: Si no os convirtiereis y os hiciereis como párvulos, no entraréis en el reino de los cielos (Mt. 18, 3). [Rec. XV.] Porque por tanto no sino en la Iglesia católica se hacen verdaderos mártires, se dice rectamente: Para el oro hay un lugar en el que se acrisola, porque no resplandecerá el alma en el fulgor de la hermosura eterna si, por así decirlo, no ardiere primero aquí en la oficina de la caridad.

42. Porque falta la caridad tanto a los cismáticos como a los herejes.--- Quienquiera pues de esta unidad de la madre Iglesia, sea por sentir sobre Dios cosas perversas por la herejía, o por no amar al prójimo por el error del cisma, se divide, es privado de la gracia de esta caridad, de la cual Pablo dice esto que premisamos: Si entregare mi cuerpo para que arda, pero no tuviere caridad, de nada me aprovecha (1 Cor. 13, 3). Como si dijera en abierta voz: Fuera de su lugar de acrisolamiento, el fuego aplicado a mí me crucifica con el tormento, no me purga con la limpieza. Este lugar todos los amantes de la santa paz buscan con sumo estudio, buscándolo lo encuentran, encontrándolo lo retienen, sabiendo dónde, o cuándo, o a qué clase de personas se dé la remisión de los pecados. ¿Dónde ciertamente, sino en el seno de la madre católica? ¿Cuándo, sino antes del día de la futura salida? Porque, he aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de la salud (2 Cor. 6, 2). Y: Buscad al Señor mientras puede ser hallado, invocadle mientras está cerca (Is. 55, 6). ¿A qué clase de personas, sino a los convertidos, que se forman para la imitación de los párvulos, con la humildad por maestra? A los cuales se dice: Dejad a los párvulos venir a mí; pues de tales es el reino de los cielos (Mt. 19, 14). Y: Si no os convirtiereis, y os hiciereis como párvulos, no entraréis en el reino de los cielos (Mt. 18, 3). Porque por tanto no sino en la Iglesia católica se hacen los verdaderos mártires, se dice rectamente: Para el oro hay un lugar en el que se acrisola, porque no brillará el alma en el fulgor de la eterna belleza, si, por así

decirlo, antes no hubiere ardido aquí en la oficina de la caridad.

43. Dios a unos salva por la inocencia, a otros por la penitencia.--- Se ha de pensar además que por un oculto consejo Dios omnipotente a algunos guardándolos inocentes desde sus mismos comienzos, los promueve hasta la cima de las virtudes, para que creciendo la edad, a la vez progrese en ellos tanto la numerosidad de los años como la celsitud de los méritos. A otros verdaderamente en sus comienzos abandonándolos, permite que por los vicios que brotan vayan por los precipicios. Frecuentemente sin embargo también a ellos los mira, y para seguirle los enciende con el fuego del santo amor, y las pruritos de los vicios arraigados en sus corazones los convierte en el fervor de las virtudes, y tanto más se inflaman por el deseo de buscar la piedad de Dios, cuanto más se avergüenzan de la memoria de su iniquidad, como a menudo sucede que en el certamen de la lucha el soldado puesto ante los ojos de su jefe, cede torpemente a la virtud hostil, y entregando enervadamente la espalda es herido: quien sin embargo avergonzándose de esto mismo que torpemente hizo, ante los ojos de su jefe toma mayores fuerzas de esa misma vergüenza, y tanto después ejercita cosas fuertes, cuanto que tanto realiza la presente gloria de la virtud como cubre la pasada ignominia de la debilidad. Así pues a veces algunos en el servicio de Dios se robustecen más acérrimamente por la debilidad pasada, y tanto el deseo de las cosas futuras los atrae como la memoria de las pasadas

los impulsa a guardar los mandatos, de modo que por un lado el amor provoca a lo por venir, por el otro la vergüenza instiga sobre lo pasado. A los cuales sin embargo los adversarios de la Iglesia, mientras los ven dotados de sumas virtudes, y no pueden encontrar en su vida presente de qué detractarles, se esfuerzan por acusarles de lo pasado, como el maniqueo acomete a nuestro Moisés, en quien intenta manchar la gracia de las virtudes siguientes con la culpa del homicidio cometido. En lo cual no atiende cuán paciente fue después para sostener, sino cuán precipitado fue antes para herir. A tales adversarios pues el bienaventurado Job saliendo al encuentro con sutilísima consideración, después de que dijo: La plata tiene los principios de sus venas, y para el oro hay un lugar en el que se acrisola, aptamente añadió:

CAPÍTULO XXVII

[Rec. XVI].

VERS. 2.---El hierro se toma de la tierra.

44. No debe mirarse qué son por sí mismos los doctores de la Iglesia, sino qué han llegado a ser por la gracia.---Suelen los herejes gloriarse de la elación de su propia justicia contra nosotros, y jactarse de sus propias obras con la inflación de la ostentación, y nos criminan, como dijimos, o de ser o de haber sido inicuos. Por una humildísima confesión, pues, y una veraz defensa habla contra ellos el varón santo, diciendo: El hierro se toma de la tierra. Como si abiertamente dijera: Los

varones fuertes, que con los agudísimos cuchillos de sus lenguas se hacen hierro en esta línea de defensa de la fe, en algún tiempo fueron tierra en las ínfimas acciones. Pues al hombre pecador se le dijo: Tierra eres, y a la tierra irás (Gén. 3, 19). Pero de la tierra se toma el hierro, cuando el fuerte propugnador de la Iglesia es separado de la acción terrena que antes mantuvo. No debe pues ser despreciado en él lo que fue, quien ya empezó a ser lo que no fue. ¿Acaso no fue Mateo encontrado en la tierra, quien, implicado en negocios terrenos, servía a los usos del telonio (Mt. 9, 9)? Pero levantado de la tierra, convaleció en la fortaleza del hierro, por cuya lengua ciertamente, como por un agudísimo cuchillo de la administración del Evangelio, el Señor traspasó los corazones de los infieles; y el que antes fuera débil y despreciado por los negocios terrenos, después fue hecho fuerte para los celestiales predicamentos. De donde todavía se añade:

CAPÍTULO XXVIII

[Rec. XVII].

IBÍD.--- Y la piedra disuelta por el calor, en bronce se convierte.

45. Por la infusión de la gracia el corazón se ablanda para el amor, y se robustece para la operación.--- Entonces la piedra por el calor se disuelve, cuando el corazón duro y frío al fuego del divino amor es tocado por el mismo fuego del divino amor, y en el fervor del espíritu se liquida, para que arda con el ardor de los deseos por la

vida siguiente, ante la cual antes, oyéndola, permanecía insensible. De cuyo ardor ciertamente, tanto se ablanda para el amor como se robustece para la operación, para que así como antes había sido duro en el amor del siglo, así después se muestre fuerte en el amor de Dios; y lo que antes rehusaba oír, ya empiece tanto a creer como a predicar. La piedra pues disuelta por el calor, en bronce se convierte, porque la mente dura licuada por el fuego del amor superno se conmuta en la verdadera fortaleza, para que el pecador, que antes había existido insensible, después por la autoridad sea hecho fuerte y por la predicación sonoro. Lo cual bien se dice por Isaías: Los que confían en el Señor, mudarán su fortaleza (Is. 40, 31). Mudamos la fortaleza cuando convertidos con tanta virtud huimos del presente siglo con cuanta antes lo buscábamos. Pero porque la vida pasada es mal reputada por los adversarios de las costumbres católicas, rectamente se subdi:

CAPÍTULO XXIX.

VERS. 3.---Puso tiempo a las tinieblas y él mismo considera el fin de todos.

46. Dios mira el fin de los electos y de los réprobos. Hace y ordena las cosas buenas; las malas no las hace, pero las ordena.---Él mismo puso tiempo a las tinieblas, a saber, un modo para los inicuos por el cual los inicuos dejen de serlo. De donde se les dice por el Apóstol: Erais en algún tiempo tinieblas, pero ahora luz en el Señor. Como a otros discípulos también el mismo doctor egregio dice: La noche pasó, y el día se

acercó. Echemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz; caminemos honestamente como de día (Ef. 5, 8; Rom. 13, 12). De donde también en el Cantar de los cantares se dice de la Iglesia que viene: ¿Quién es esta que progresa como aurora que nace (Cant. 6, 9)? Pues aptamente se describe la Iglesia comparada con la aurora, la cual por el conocimiento de la fe se muda de las tinieblas de sus pecados a la clara luz de la justicia. Puso tiempo pues a las tinieblas, y él mismo considera el fin de todos. Con el nombre de todos, quiso que se comprendieran tanto los electos como los réprobos. Pues Dios, haciendo y ordenando las cosas buenas, pero no haciendo las malas, sino disponiendo él mismo las hechas por los inicuos para que no sucedan inordinadamente, considera el fin de todos, y tolerantemente lo sufre todo, y mira el término de los electos, que de lo malo se muden a lo bueno. Mira también el fin de los réprobos, que por la obra mala sean arrastrados al digno suplicio. Vio el fin de Saulo que perseguía, por el cual postrado diría: Señor, ¿qué quieres que yo haga (Hech. 9, 6)? Vio el fin del discípulo como obediente, que por el crimen cometido estrecharía su garganta con un lazo, y se castigaría a sí mismo pecando, y se engañaría castigándose peor. Vio a los ninivitas delinquiendo, pero consideró el fin de los delincuentes, la penitencia de los corregidos. Vio también a Sodoma delinquiendo, pero consideró el fin del ardor de la lujuria, el fuego de la gehena. Vio el fin de la gentilidad, que poseída por las tinieblas de las iniquidades, alguna vez resplandecería con la luz

de la fe. Vio también el término de Judea, que de aquella luz de la fe que mantenía se cegaría con las tinieblas de la endurecida perfidia. De donde todavía congruentemente se añade:

CAPÍTULO XXX

[Rec. XVIII].

IBID. VERS. 4.---También al lapis caliginis y a la sombra de muerte divide el torrente del pueblo peregrinante.

47. El fuego en el juicio final dividirá a los buenos de los malos. --- ¿Qué fue aquel pueblo de los judíos, duro por su perfidia, que no quiso ver por la fe al autor de la vida, a quien predijo por la profecía, sino un lapis caliginis? porque existió duro por la crueldad, y nebuloso por la infidelidad. El cual también es llamado con otro vocablo sombra de muerte. Pues la sombra se expresa tal como fueren los lineamientos de aquella cosa de la cual es traída. ¿Y quién es llamado con el nombre de muerte, sino el diablo? De quien se dice por medio de cierta significación de su ministro: Y su nombre es muerte (Apoc. VI, 8). Del cual aquel pueblo existió como sombra, porque siguiendo su iniquidad, expresó en sí la imagen de él. ¿Y qué se llama con el nombre de torrente, sino aquel fuego que sale de la presencia del tremendo juez por el último examen, y que divide a los elegidos y a los réprobos? De donde también se dice por el profeta: Un río de fuego y rápido salía de su presencia (Dan. VII, 10).

[Vet. XVIII, Rec. XIX.] 48. Todos los elegidos son peregrinos en el mundo. --- ¿Y qué pueblo peregrina en este mundo, sino el que corriendo hacia la suerte de los elegidos, sabe que tiene su patria en los cielos; y tanto más espera encontrar allí lo propio, cuanto aquí considera ajeno todo lo que pasa? Por tanto, el pueblo peregrino es el número total de los elegidos, quienes considerando esta vida como un cierto exilio para sí, suspiran hacia la patria celestial con toda la intención del corazón, de los cuales dice Pablo: Confesando que son peregrinos y huéspedes sobre la tierra (Hebr. XI, 13). Pues quienes dicen esto, significan que buscan una patria. Esta misma peregrinación toleraba también el Apóstol, cuando decía: Mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos fuera del Señor. Pues por la fe caminamos, y no por la visión (II Cor. V, 6). De las angustias de esta peregrinación se esforzaba por escapar, cuando decía: Teniendo deseo de ser disuelto, y de estar con Cristo (Filip. I, 23). Y de nuevo: Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia (Ibid. I, 21). El peso grave de esta peregrinación sentía el Salmista, cuando decía: ¡Ay de mí! porque mi morada se ha prolongado: habité con los que habitan en Cedar, mucho tiempo fue moradora mi alma (Sal. CXIX, 5). De ésta anhelaba ser arrancado cuanto antes, cuando ardiendo en deseos celestiales decía: Mi alma tuvo sed del Dios vivo; ¿cuándo vendré y apareceré ante la faz de Dios? (Sal. XLI, 3). Pero este deseo no lo conocen quienes fijan el corazón en los placeres terrenales. Pues mientras aman solo las cosas que son visibles, ciertamente no

aman las invisibles, aunque crean que existen, porque mientras se siguen demasiado exteriormente, también se vuelven carnales en la mente. Pues simultáneamente corre en esta vida uno y otro pueblo, pero no simultáneamente llega a la perpetua, porque al lapis caliginis y a la sombra de muerte divide el torrente del pueblo peregrinante. Como si dijera abiertamente: A los que ahora o la infidelidad ciega, o la crueldad endurece, el río de llamas que sale de la presencia del juez eterno, los separa entonces del pueblo de los elegidos, para que entonces el fuego del examen riguroso divida de los buenos a quienes ahora la iniquidad mancha en sus concupiscencias.

49. La irrigación de la predicación como un torrente divide a los buenos de los malos.--- Puede tal vez en el nombre de torrente entenderse la misma irrigación de la santa predicación, según aquello que por Salomón se dice: Al ojo que escarnece al padre, y que desprecia el parto de su madre, sáquenlo los cuervos de los torrentes (Prov. 30, 17). Pues los perversos, mientras reprenden los divinos juicios, escarnecen al padre. Y cualesquiera herejes, mientras derribando con burlas desprecian la predicación de la santa Iglesia y la fecundidad de ella, ¿qué otra cosa sino el parto de la madre desprecian? A la cual no sin mérito también llamamos madre de ellos, porque de ella salen quienes contra ella hablan; atestiguándolo Juan, quien dice: De nosotros salieron, pero no eran de nosotros; pues si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido ciertamente con nosotros (1 Juan 2, 19). Los cuervos verda-

deramente de los torrentes vienen, cuando los predicadores veraces para la defensa de la santa Iglesia proceden de los torrentes de los sagrados libros. Los que también rectamente son llamados cuervos, porque de ninguna manera se enorgullecen de la luz de su justicia, sino que por la gracia de la humildad confiesan en sí la negritud de los pecados. De donde también por la Iglesia de los electos se dice: Negra soy, pero hermosa (Cant. 1, 4). Y Juan dice: Si dijéremos que pecado no tenemos, a nosotros mismos nos seducimos (1 Juan 1, 8). Los cuales cuervos ciertamente el ojo del escarnecedor sacan, porque la intención de los hombres pravos y pertinaces vencen. Por este testimonio, pues, si aquí también por torrente debe entenderse la predicación, al torrente también de la calígine y sombra de muerte divide el torrente del pueblo peregrino, porque la predicación de los santos las mentes obduradas de los réprobos deja, y a los piadosos corazones de los humildes se convierte. De donde aún se subañade:

CAPÍTULO XXXI

[Vet. XIX].

VERS. 4.---Eos quos oblitus est pes egentis hominis, et invios.

50. Dejados los judíos, fluyó hacia los gentiles.---¿A quién en este lugar por otro se acepta como varón indigente (egens homo), sino a aquel de quien por Pablo se dice: Quien por nosotros se hizo indigente, siendo rico (2 Cor. 8, 9)? De cuyo varón indigente ciertamente los pies fueron

los santos predicadores, por cuya presencia ciertamente rodeando a la gentilidad, anduvo por el mundo entero. De los cuales por el profeta se dice: Y andaré en ellos (Lev. 26, 12; 2 Cor. 6, 16). ¿O acaso no era pie de él aquel que, tenido en grillos, decía: Por lo cual ejerzo legación en la cadena (Ef. 6, 20)? Pero de aquellos que sombra de muerte y piedra de calígine existieron, el pie del varón indigente se olvidó, porque en el mismo inicio de la naciente Iglesia, mientras los santos apóstoles hubieran querido predicar el reino de los cielos a Judea, viendo que en nada absolutamente le aprovechaban, hacia la predicación a las gentes fluyeron, como ellos mismos en sus Hechos dicen: A vosotros convenía primero hablar la palabra de Dios; pero puesto que la repeléis, y os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí que nos convertimos a las gentes (Hech. 13, 46). De los cuales también por el Salmista se dice: Se trasladarán los montes al corazón del mar (Sal. 45, 3), porque repelidos de Judea los apóstoles, a este siglo de la gentilidad fueron trasladados. ¿Quiénes son, pues, los que por inmensa dureza para la obscuridad del corazón, como una cierta piedra de calígine y sombra de muerte, del peregrinante pueblo de los santos son divididos, sino estos de quienes el pie del varón indigente se ha olvidado, esto es, a quienes los predicadores del Señor, a saber, por la humanidad del pobre, por el tumor de su soberbia dejaron, y de ellos se olvidaron totalmente, mientras las semillas de su predicación a la sola fructificación de las gentes trasladaron? A los cuales rectamente también e

invíos llama, porque mientras en su infidelidad están obdurados, a las palabras de vida al corazón vía prestar no quisieron. Pero esta Judea, que así se obduró, o cuál hace poco fuera, o qué después padeció, oigamos. Sigue:

CAPÍTULO XXXII.

VERS. 5.---Terra de qua oriebatur panis, in loco suo igne subversa est.

51. La Sinagoga, que suministraba el pan de la ley y de las Escrituras, inflamada por la envidia, fue destruida.---Pan Judea solía dar, la que las palabras de la ley profería. Cuya ley ciertamente, porque entender ya los réprobos y explicar no podían, el profeta Jeremías en sus lamentos deplora, diciendo: Los párvulos pidieron pan, y no había quien se lo partiera (Lam. 4, 4). Pero esta tierra en su lugar fue subvertida por el fuego, porque viendo los signos de los fieles, con la tea de la envidia se abrasó. Porque pues siempre la envidia de la soberbia suele nacer, en su lugar pereció por el fuego la que por eso ardió en envidia, porque la soberbia no dejó. La tierra, pues, que antes tuvo pan, después fue subvertida por el fuego, puesto que la sinagoga, que los mandatos de Dios por la ley profirió, persiguiendo a la naciente Iglesia, por el fuego de la envidia se consumió. ¿O acaso no ardía con las teas de su emulación, cuando viendo los signos de nuestro Redentor, decía por medio de algunos de los suyos: ¿Qué hacemos, porque este hombre hace muchos signos? o ciertamente: Veis que nada aprovechamos, he aquí que todo el mundo se va tras él (Juan 11, 47). Veían

de donde debían convertirse, y de allí se hacían más perversos. Buscaban extinguir a quien veían vivificar a los muertos. En la boca tenían la ley, pero perseguían al autor de la ley. La tierra, pues, de la que nacía el pan, en su lugar fue subvertida por el fuego, porque Judea en sí misma tuvo primero la ley que la alimentara, y después la envidia que la abrasara. De cuya descripción todavía se subañade:

CAPÍTULO XXXIII.

VERS. 6.---Locus sapphiri lapides ejus, et glebae illius aurum.

52. Aumenta la caída de los judíos la abundancia de dones y gracias con que antes fueron adornados.---Aumenta el reato de la culpa el elogio de la gloria precedente. Pues la caída de cada uno es de tanto mayor crimen, cuanto antes de que cayera pudo ser de mayor virtud. Dígase, pues, de Judea, dígase qué fue, y la magnitud de las virtudes precedentes crezca para el cúmulo de los delitos siguientes. Lugar de zafiro sus piedras, y sus terrones oro. ¿Qué otra cosa, pues, aceptamos en este lugar por piedras, sino las mentes de los santos y de los fuertes? Pues en la Sagrada Escritura a veces las piedras suelen aceptarse en mal sentido, y a veces en buen sentido. Pues cuando la piedra se pone por la insensibilidad, los corazones duros son significados por las piedras. De donde también por Juan se dice: Poderoso es Dios para de estas piedras suscitar hijos de Abraham (Mat. 3, 9). El cual ciertamente con el nombre de piedras designa los corazones de los gentiles,

duros entonces e insensibles por la infidelidad. Y por el profeta el Señor promete, diciendo: Quitaré el corazón de piedra de vuestra carne, y os daré un corazón de carne (Ezeq. 11, 19). De nuevo, por las piedras suelen designarse las mentes de los fuertes. De donde también por Pedro se dice a los santos: Y vosotros como piedras vivas sed sobreedificados casas espirituales (1 Ped. 2, 5). Y por el profeta el Señor promete a la Iglesia que ha de venir, diciendo: He aquí que yo extenderé por orden tus piedras, y te fundaré en zafiros, y pondré el jaspe por tus baluartes, y tus puertas en piedras esculpidas; y todos tus términos en piedras deseables, todos tus hijos enseñados por el Señor (Is. 54, 11). Pues extendió en ella por orden las piedras, porque en ella distinguió las almas santas por la diversidad de méritos. La fundó en zafiros, los cuales piedras ciertamente de color aéreo en sí tienen la similitud, porque la robustez de la Iglesia en las almas que apetecen las cosas celestiales se consolida. Y puesto que el jaspe es de color verde, puso por baluartes de ella el jaspe, porque aquellos fueron opuestos contra los adversarios para la defensa de la santa Iglesia, los cuales, verdeando por los deseos internos, por ninguna aridez de tibieza réproba se marchitan. Sus puertas verdaderamente puso en piedras esculpidas. Estos ciertamente son las puertas de la Iglesia, por cuya vida y doctrina entra en ella la multitud de los creyentes. Quienes por eso también que polen en grandes obras, y aquello que hablando aseveran, viviendo muestran, no puras, sino esculpidas piedras se mencionan ser. Pues en

cuya vida se discierne la recta operación, casi en ellos mismos se expresa lo que hicieron. Donde concluyendo también todo el número de los santos en una colección general, subañadió: Todos tus términos en piedras deseables (Ibíd. 54, 12). Y, como si los que oímos estas cosas pidiéramos que indicara estas piedras que decía, añadió: Todos tus hijos enseñados por el Señor. Porque, pues, de Judea nunca faltaron almas santas, que llevaran vida celestial, se dice: Lugar de zafiro sus piedras. Y porque brilló con gran claridad de vida y de sabiduría por la fe, se añade: Y sus terrones oro. ¿Qué por los terrones (glebas), sino las colecciones de cada uno de los órdenes y las multitudes se designan? Los terrones, empero, se constriñen por el humor y el polvo. Todos, pues, los que, infundidos por el rocío de la gracia, por el débito de la muerte confesaron con veraz conocimiento ser polvo, mientras por la virtud de la vida resplandecieran, como áureos terrones en ella yacieron. Terrones tuvo esta tierra en los profetas, terrones en los doctores, terrones en los antiguos Padres, que con gran infusión de gracia en la unanimidad de la profesión y de la obra se mantuvieron. Diga, pues: Y sus terrones oro, porque en ella la multitud de los espirituales con tanto mayor virtud brilló, cuanto con mayor unanimidad se unió en Dios y en el prójimo.

53. El oro con que brillaban, obscurecido por las tinieblas de la perfidia.---Pero este oro de la perfidia es después obscurecido por las tinieblas. Cuya nigredumbre ciertamente intuyendo el profeta Jeremías deplora, diciendo: ¿Cómo se ha

obscurecido el oro, se ha mudado el color óptimo? (Lam. 4, 1). Pues el oro se obscureció, porque en ellos aquel antiguo esplendor de la fe y de la inocencia, irrumpiendo la perfidia, se ennegreció con la noche de la malicia. Porque pues qué fue oímos: A saber, lugar de zafiro sus piedras, y sus terrones oro, ahora ya aquel pueblo amado por Dios por qué tantos de estos bienes perdió oigamos. Sigue.

CAPÍTULO XXXIV

[Vet. XXI].

VERS. 7.---Semitam ignoravit avis, nec intuitus est oculos vulturis.

54. Ignorando las vías de la humildad de Cristo, perdieron el fruto de su muerte.---¿A quién en este lugar con el nombre de ave, sino a aquel se significa, que el cuerpo carnal que asumió, ascendiendo a los éteres equilibró? El cual aptamente también incluso con la apelación de buitre se expresa. El buitre ciertamente mientras vuela, si un cadáver yacente columbra, para el comer del cadáver se depone; y frecuentemente así en la muerte es capturado, mientras al animal muerto desde lo más alto viene. Rectamente, pues, el mediador de Dios y de los hombres, nuestro redentor, con la apelación de buitre es significado, quien permaneciendo en la altura de su divinidad, casi desde un cierto vuelo sublime el cadáver de nuestra mortalidad divisó en lo ínfimo, y se sometió a sí mismo desde lo celestial a lo profundo. Pues dignóse hacerse hombre por nosotros,

y mientras buscó al animal muerto, la muerte encontró entre nosotros quien entre sí era inmortal. Pero del buitre el ojo fue la misma intención de nuestra resurrection, porque él mismo muerto por tres días, de la muerte eterna nos libró. Aquel, pues, pérfido pueblo de Judea al mortal vio; pero cómo con su muerte nuestra muerte destruiría, mínimamente atendió. Divisó ciertamente al buitre, pero los ojos del buitre no miró. El cual mientras las vías de su humildad, por las cuales nos elevó a lo alto, considerar no quiso, la senda de la ave ignoró. Pues ni pensar procuró que la humildad de él nos elevara a lo celestial y la intención de su muerte nos reformara para la vida. La senda, pues, ignoró la ave, ni miró los ojos del buitre, porque aunque vio a aquel a quien en la muerte retuvo, ver no quiso cuánta gloria de nuestra vida de la muerte de él se seguiría. De donde también para la crueldad de la persecución se inflamó, las palabras de vida recibir rehusó, a los predicadores del reino de los cielos prohibiendo, ensañándose, hiriendo repelió. Los cuales ciertamente repelidos, dejando a Judea a la cual habían sido enviados, en la colección de la gentilidad fueron dispersados. De donde todavía se subañade:

CAPÍTULO XXXV

[Rec. XX].

VERS. 8.---No la pisaron los hijos de los agentes, ni pasó por ella la leona.

55. Los Apóstoles y sus sucesores dejaron Judea y trabajaron por la conversión de los gentiles.---En todos los Códices Latinos encontramos puestos "institutores" (*institutores*), pero en los Griegos encontramos "negociantes" (*negotiatores*). Por lo cual se puede colegir que en este lugar, en vez de "agentes" (*institoribus*), los "institutores" (*institutores*) fueron puestos por cada uno de los escribas por ignorancia. Pues llamamos "agentes" (*institores*) a los negociantes, por el hecho de que insisten en el ejercicio de su obra. Pero cada palabra, aunque disuene en la voz, no discrepa en el entendimiento, porque todos los que instituyen las costumbres de los fieles gestionan un negocio espiritual, para que cuando ofrecen la predicación a sus oyentes, perciban de ellos la fe y las obras rectas, como está escrito de la santa Iglesia: "Hizo una túnica y la vendió" (Prov. 31, 24); de la cual también poco después se dice allí: "Vio que es buena su negociación" (Ibíd. 31, 18). ¿Quiénes en este lugar sino los santos profetas son llamados "institutores," los cuales procuraron instituir las costumbres de la sinagoga para la fe profetizando? De los cuales ciertamente los santos apóstoles son llamados hijos, quienes para que creyeran en Dios hombre, a esa misma fe fueron engendrados a partir de la predicación de aquellos. De los cuales se dice a la Iglesia por el Salmista: "En lugar de tus padres, te han nacido hijos: los constituirás príncipes sobre toda la tierra" (Sal. 44, 17). Pero porque los apóstoles repelidos salieron de los confines de la sinagoga, rectamente se dice ahora: "No la pisaron los

hijos de los agentes." Pues la pisarían los hijos de los agentes, si los santos predicadores oprimieran con el calcañar de la virtud los vicios de la misma sinagoga. Pero si aceptamos como "agentes" (*institores*) a esos mismos predicadores de la santa Iglesia, nada obsta que se entiendan como hijos de los agentes a los pastores y doctores que siguieron la vía de los apóstoles. Los cuales mínimamente pisaron la Sinagoga, porque mientras sus padres, esto es, los apóstoles, fueron repelidos de ella, ellos también cesaron de su vocación.

[Vet. XXII.] 56. Dejada la Sinagoga, la Iglesia se dedicó a reunir a los gentiles.---Por la cual Sinagoga ciertamente la leona no "pasó a través" (*pertransiit*), porque la santa Iglesia dedicada a la reunión de las gentes de ninguna manera se ocupó por más tiempo con aquel pueblo de Judea. Rectamente, pues, la Iglesia es llamada "leona," porque a los que viven mal en los vicios, los mata con la boca de la santa predicación. De donde también al mismo primer pastor, casi como a la boca de esta leona, se le dice: "Mata y come" (Hech. 10, 13). Pues lo que se mata se priva de la vida, pero aquello que se come, se conmuta en el cuerpo del que come. "Mata y come," pues, se dice, esto es, mátalos respecto al pecado en que viven, y conviértelos de sí mismos en tus miembros. Y porque esta Iglesia es el cuerpo del Señor, el mismo Señor es llamado también león por la voz de Jacob a partir de sí mismo, y leona a partir de su cuerpo, mientras se le dice bajo la especie de Judá: "A la presa, hijo mío, has subido: descansando te has recostado como león, y como leona;

¿quién lo despertará?" (Gén. 49, 9). Esta, pues, de ninguna manera se dice que es leona porque no pasó por Judea, sino que no "pasó a través" de ella. Pues predicando los apóstoles, primero tres mil, después cinco mil creyeron de ella. La Iglesia, por tanto, pasó por la Sinagoga, pero no "pasó a través" de ella, porque de ella arrebató a unos pocos para la fe, pero sin embargo a aquel pueblo infiel de su perfidia no lo extinguió totalmente. Pero, como ya hemos dicho a menudo, repelida de la infidelidad de los judíos, se desvió hacia la vocación de las gentes. De donde todavía se dice de la misma leona:

CAPÍTULO XXXVI.

VERS. 9.---Al pedernal extendió su mano, subvirtió de raíz los montes.

57. Cuya dureza ablandó, y cuya soberbia abatió.---Pues extendió su mano al pedernal, porque a la dureza de las gentes envió el brazo de su predicación. De donde también el mismo bienaventurado Job, conociendo de antemano que la historia de su pasión habría de ser dada a conocer a las gentes, dice: "Escríbanse estas cosas con estilo de hierro en lámina de plomo, o ciertamente sean esculpidas en pedernal" (Job 19, 24). ¿A quiénes sino a los poderosos de este siglo aceptamos en este lugar como montes, los cuales por la sustancia terrena se hinchan a lo alto? De los cuales dice el Salmista: "Toca los montes, y humearán" (Sal. 143, 5). Pero los montes han sido subvertidos de raíz, porque, predicando la santa Iglesia, las más altas potestades de este

siglo cayeron desde el íntimo pensamiento en la adoración del Dios omnipotente. Pues las raíces de los montes son los pensamientos íntimos de los soberbios. Y los montes caen de raíz, porque para el culto de Dios las potestades del siglo son postradas desde sus más profundos pensamientos. Rectamente, pues, por la raíz se significa el pensamiento oculto, porque a través de aquello que dentro no se discierne, irrumpe lo que se ve afuera. De donde también en sentido positivo se dice por el profeta: "Emitirá lo que hubiere sido salvado de la casa de Judá, y lo que restare, echará raíz hacia abajo, y hará fruto arriba" (Is. 37, 31). Como si abiertamente se dijera: En lo profundo nace el pensamiento, para que en lo alto se rinda la retribución. Diga, pues: "Al pedernal extendió su mano, subvirtió de raíz los montes," porque mientras la santa predicación buscó la dureza de las gentes, abatió desde los cimientos la altivez de los soberbios. Pero porque a aquellos a quienes vacía de pensamientos terrenos los colma con dones celestiales, y a quienes agota de cuidados ínfimos los riega con fluidos supremos, luego se subañade:

CAPÍTULO XXXVII.

VERS. 10.---En las piedras excavó arroyos.

58. En los pétreos corazones de los gentiles Dios abrió los ríos de la predicación.---Esto es, en los duros corazones de los gentiles abrió los ríos de la predicación, como por el profeta también se dice sobre el riego de la aridez de los gentiles: "Puso el desierto en estanque de aguas, y la tierra

sin agua en manantiales de aguas" (Sal. 106, 35). Y en el Evangelio promete el Señor, diciendo: "El que cree en mí, como dice la Escritura, ríos de agua viva fluirán de su vientre" (Juan 7, 38). La cual promesa entonces oímos, e incluso ahora vemos cumplida. Pues he aquí en los santos predicadores, y no de Judea engendrados, por toda la Iglesia difundida por todo el orbe, los raudales de los mandatos celestiales manan abundantemente de la boca de los gentiles. Porque en las piedras abrió arroyos, de los duros corazones también emanó el río de la santa predicación. Sigue:

CAPÍTULO XXXVIII.

IBÍD.---Y todo lo precioso vio su ojo.

60. Vil es para Dios el mundo, y preciosas las almas que eligió.---Ha de saberse grandemente que tanto más preciosa se hace cada alma ante los ojos de Dios, cuanto por el amor de la verdad hubiere sido más despreciable ante sus propios ojos. De aquí que se diga a Saúl: "¿Acaso cuando eras pequeñito a tus propios ojos, no te constituí cabeza en las tribus de Israel?" (1 Sam. 15, 17). Como si abiertamente dijera: Grande fuiste para mí, porque despreciable para ti; pero ahora porque eres grande para ti, te has vuelto despreciable para mí. De donde también se dice por el profeta: "¡Ay de vosotros que sois sabios a vuestros propios ojos, y ante vosotros mismos sois prudentes!" (Is. 5, 21). Tanto, pues, se hace cada uno más vil para Dios, cuanto más precioso para sí; tanto más precioso para Dios, cuanto por causa de él más vil para sí: "Porque a los humildes mira, y a los altos de lejos

conoce" (Sal. 137, 6). [Vet. XXIII.] "Y todo lo precioso vio su ojo." En la sagrada Escritura el "ver" de Dios se pone a veces por "elegir," como está escrito en el Evangelio: "Cuando estabas bajo la higuera, te vi" (Juan 1, 48); esto es, puesto tú bajo la sombra de la ley te elegí. Vio, pues, lo precioso porque a los humildes eligió: "Pues lo débil del mundo eligió Dios, para confundir lo fuerte" (1 Cor. 1, 27). Vio lo precioso, cuando miró al alma humana, sabia respecto de las cosas desechadas de sí misma, por la ilustración de su gracia. De la cual alma ciertamente se dice por el profeta: "Si separares lo precioso de lo vil, serás como mi boca" (Jer. 15, 19). Pues vil para Dios es el mundo presente, pero preciosa para él es el alma humana. Aquel, pues, que separa lo precioso de lo vil, es llamado casi como boca del Señor, porque a través de él Dios emite sus palabras, quien hablando lo que puede, arranca el alma humana del amor del presente siglo. Y porque los doctores del Nuevo Testamento fueron conducidos hasta esto, que escudriñen también las ocultas calígines de las alegorías en el Antiguo Testamento, rectamente se subañade:

CAPÍTULO XXXIX

[Rec. XXI].

VERS. 11.---Lo profundo de los ríos también escudriñó, y las cosas ocultas produjo a la luz.

60. Dios reveló a los santos doctores lo profundo y lo oculto de la ley y de los profetas.---¿Qué otra cosa sino los dichos de los antiguos Padres

son llamados aquí ríos? Pues ¿quién puede bastar para pensar cuán vehemente río, mientras fundaba la ley, brotó del pecho de Moisés; cuán vehemente río fluyó del corazón de David; cuántos raudales de ríos manaron de la boca de Salomón y de todos los profetas? Pero Judea retuvo la apariencia de estos ríos, mientras observando la superficie de la letra, ignoró sus profundidades. Pero nosotros, que a la venida del Señor buscamos en ellos lo interno espiritual, escudriñamos sus profundidades. Lo cual se dice que hace el mismo Señor, porque nosotros prevalecemos para hacerlo por su donación. Por nosotros, pues, que no seguimos la letra que mata, sino el espíritu que vivifica, el Señor escudriña lo profundo de los ríos, y produce a la luz lo oculto, porque la exposición espiritual ilumina ahora los dichos de la ley, que la historia demasiado oscura ensombrece. De donde también la Verdad, hablando en parábolas por el Evangelio, mandó a los discípulos, diciendo: "Lo que os digo en tinieblas, decidlo en la luz; y lo que oís al oído, predicadlo sobre los techos" (Mat. 10, 27). Pues los dichos claros de los que los exponen han hecho que nos sean ya conspicuas las sentencias de los antiguos Padres. De donde el profeta Isaías, contemplando las palabras claras de la exposición de la santa Iglesia, y no oscuras por las tinieblas de las alegorías, exclamó diciendo: "Lugar de ríos, arroyos anchísimos y patentes" (Is. 33, 21). Pues los dichos del antiguo Testamento habían sido como arroyos estrechos y cerrados, que constreñían las inmensas sentencias de su ciencia en una colección oscurísima.

Por el contrario, la doctrina de la santa Iglesia es como ríos anchos y patentes, porque sus dichos son muchos para los que los encuentran y claros para los que los buscan. Dice, pues: "Lo profundo de los ríos escudriñó, y las cosas ocultas produjo a la luz." Porque mientras infundió en sus expositores el espíritu de inteligencia, abrió las antiguas oscuridades de los que profetizaban. Y esto la santa Iglesia lo reconoce ya por el espíritu, lo cual la Sinagoga antes por la letra de ninguna manera pudo entender. De donde también Moisés, cuando hablaba al pueblo (Éx. 34, 33), velaba su cara, para que ciertamente designara que aquel pueblo de los judíos conociera las palabras de la ley, pero no viera de ninguna manera la claridad de la misma ley. De donde rectamente también se dice por Pablo: "Pues hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos" (2 Cor. 3, 15). Pero porque los dichos de Dios de ninguna manera se penetran sin su sabiduría (pues a menos que uno haya recibido su espíritu, de ninguna manera conoce sus palabras), el santo varón subañade palabras sobre la investigación de esa misma sabiduría de Dios, diciendo:

CAPÍTULO XL

[Vet. XXIV, Rec. XXII].

VERS. 12-15.---Mas la sabiduría ¿dónde se encuentra, y cuál es el lugar de la inteligencia? No sabe el hombre su precio, ni se encuentra en la tierra de los que viven suavemente. El abismo dice: No está en mí, y el mar habla: No está conmigo.

No se dará oro puro por ella, ni se pesará plata en su cambio.

61. No pueden asignarse lugar ni precio a la Sabiduría de Dios.---Debe notarse primero que se propuso dos cosas a sí mismo, y subañade dos al responder. Pues a aquello que dijo arriba: "Mas la sabiduría ¿dónde se encuentra, y cuál es el lugar de la inteligencia?" respondió con este verso: "El abismo dice: No está en mí, y el mar habla: No está conmigo." Pero a lo que había dicho: "No sabe el hombre su precio, ni se encuentra en la tierra de los que viven suavemente," rindió el verso inferior, diciendo: "No se dará oro puro por ella, ni se pesará plata en su cambio." A ambas cosas, pues, respondió, pero aumentando lo que había objetado, no resolviéndolo. Pues cuando buscaba el lugar de la sabiduría, y luego respondía abajo: "El abismo dice: No está en mí," no indicó dónde estaba, sino dónde no estaba. De nuevo, cuando decía que su precio era ignorado por el hombre, y a esto rendía abajo: "No se dará oro puro por ella," no mostró cuál era su precio, sino cuál no era. A todos consta que ni esta sabiduría humana puede ser tenida en un lugar, ni ser comprada con riquezas. Pero el santo varón, lleno de sentidos místicos, nos remite a entender otras cosas, para que busquemos no la sabiduría creada sino la creadora. Pues a menos que en estas palabras escudriñemos los secretos de las alegorías, aquellas cosas que siguen son ciertamente dignas de desprecio, si se pesan solo por la narración histórica. Pues poco después dice: "No se le igualará el oro ni el vidrio." Y como, según sabemos, el

vidrio es mucho y diversamente más vil que el oro, ¿por qué después del nombre del oro, metal ciertamente precioso, por inmensa alabanza dijo que el vidrio tampoco se iguala a la sabiduría? Por la misma dificultad de la letra somos compelidos a vigilar los sentidos místicos de estas palabras. ¿Qué sabiduría contempla, pues, el santo varón, sino aquella de la cual dice el apóstol Pablo: "Cristo virtud de Dios, y sabiduría de Dios" (1 Cor. 1, 24)? Sobre la cual está escrito por Salomón: "La sabiduría se edificó una casa" (Prov. 9, 1); y de la cual dice el Salmista: "Todas las cosas hiciste en la sabiduría" (Sal. 103, 24). De esta sabiduría ciertamente no sabe el hombre el precio, porque nada digno de la estimación de ella encuentra. No se dice que este precio de la sabiduría sea y no se sepa, sino que por eso no se sabe, porque falta: a saber, por aquel modo de hablar por el cual cualquiera sorprendido en angustias, cuando no encuentra el remedio de la subvención, suele confesar que no sabe qué hacer.

62. A ningún mérito de obra buena se debe.--- Ignorar, pues, el precio de esta sabiduría, es no encontrar mérito de obra digna por la cual percibirla. Pues para esto damos un precio, para que en su lugar debamos poseer la cosa que deseamos. Mas ¿qué dimos nosotros para que mereciéramos percibir esta sabiduría, que es Cristo (Rom. 11, 6)? Ciertamente por la gracia hemos sido redimidos. Pues aquellas solas obras dimos viviendo mal, por las cuales si se reservara una justa retribución, no a Cristo, sino los suplicios se rendirían. Pero una cosa mereció el hombre por la justicia,

otra recibió por la gracia. Atestigüe Pablo, antes que su mente recibiera la semilla de la verdad gratuita, por qué espinas de error era oprimido: "Quien antes," dice, "fui blasfemo, y perseguidor, y contumelioso; pero alcancé misericordia, porque ignorando lo hice en la incredulidad" (1 Tim. 1, 13). Atestigüe por quiénes dignóse morir Cristo: "Cuando todavía," dice, "éramos pecadores, según el tiempo Cristo murió por los impíos" (Rom. 5, 8). Nosotros, pues, que a la venida de la sabiduría fue hallados impíos, ¿qué de obra buena dimos, por lo que mereciéramos recibir esa misma sabiduría? No sabe, pues, el hombre el precio de esta sabiduría, porque cualquiera que por el entendimiento de la razón está distinguido de los animales brutos, puesto que entiende que no por sus méritos fue salvado, reconoce que nada dio de obra buena para que viniera a la fe. Pues dar un precio para percibir la sabiduría es como prevenir a Dios con la recompensa de la propia acción.

63. La gracia se da gratuitamente, no por los méritos.---Que no hay precio de esta sabiduría lo había conocido quien decía: "¿Quién le dio primero a él, y le será retribuido?" (Rom. 11, 35). De aquí que de nuevo esté escrito: "Por gracia habéis sido salvados por la fe, y esto no de vosotros, sino que es don de Dios; no por las obras, para que nadie se gloríe" (Ef. 2, 8). De aquí que de nuevo hable de sí mismo, diciendo: "Por la gracia de Dios soy lo que soy" (1 Cor. 15, 10). De cuya aspiración de la gracia ciertamente, porque las obras de las virtudes son generadas al punto en el corazón,

para que del libre albedrío también se siga la acción, a la cual después de esta vida responda la retribución eterna, al punto añadió: "Y su gracia en mí no fue vacua" (Ibíd. 15, 10). [Vet. XXV.] Pero hay algunos que se exultan de estar sanos por sus propias fuerzas, y se glorían de haber sido redimidos por sus propios méritos precedentes. Cuya aserción se encuentra ciertamente contraria a sí mismos, porque mientras se afirman tanto inocentes como redimidos, evacuan este mismo nombre de la redención en sí mismos. Pues todo el que es redimido, sin duda alguna es liberado de alguna cautividad. ¿De dónde, pues, fue redimido cualquiera de estos, si antes no fue cautivo bajo la culpa? Consta, pues, que mucho desvaría cualquiera que siente estas cosas. Pues la gracia suprema no encuentra el mérito del hombre para que venga, sino que después de que hubiere venido, lo hace; y Dios, viniendo incluso a una mente indigna, se la exhibe digna a sí mismo viniendo; y hace en ella el mérito que remunere, quien solo había encontrado aquello que castigar.

[Ret. XXIII.] 64. Ejemplo de la predestinación gratuita en el ladrón que alcanzó la salvación.--- Pláce entre estas cosas reducir los ojos de la mente a aquel ladrón, el cual desde la fauce del diablo ascendió a la cruz, de la cruz al paraíso. Consideremos de qué clase de hombre vino al patíbulo, y de qué clase de hombre del patíbulo se retiró. Vino culpable de sangre fraterna, vino ensangrentado, pero por la gracia interna fue mudado en la cruz; y aquel que la muerte a su hermano infirió, la vida del Señor moribundo

predicó, diciendo: "Acuérdate de mí, Señor, cuando vengas en tu reino" (Luc. 23, 42). En la cruz los clavos sus manos y sus pies habían ligado, y nada en él libre de las penas, excepto el corazón y la lengua, habían permanecido. Por la inspiración de Dios todo se lo ofreció a él, lo que en sí encontró libre, para que según esto que está escrito: "Con el corazón creyera para la justicia, con la boca confesara para la salvación" (Rom. 10, 10). Mas en el corazón de los fieles tres virtudes summamente permanecer atestigua el Apóstol, diciendo: "Mas ahora permanecen la fe, la esperanza, la caridad" (1 Cor. 13, 13). Todas las cuales, lleno de súbita gracia, tanto recibió el ladrón como las conservó en la cruz. Pues tuvo fe quien creyó que el Señor habría de reinar, a quien vio muriendo igualmente consigo: tuvo esperanza quien el acceso de su reino pidió, diciendo: "Acuérdate de mí, Señor, cuando vengas en tu reino" (Luc. 23, 42). La caridad también en su muerte vivamente mantuvo, quien a su hermano y coladrón muriendo por un crimen semejante, tanto por su iniquidad arguyó, como le predicó la vida que había conocido diciendo: "¿Ni tú temes a Dios, que estás en la misma condenación? Y nosotros ciertamente con justicia; pues cosas dignas de nuestros hechos recibimos; mas este nada malo hizo" (Ibíd., 40, 41). Aquel que de tal clase vino a la cruz por la culpa, he aquí de qué clase se retira de la cruz por la gracia. Confesaba al Señor, a quien veía morir consigo en la humana flaqueza, cuando lo negaban los apóstoles a aquel a quien habían visto hacer milagros por la divina virtud.

[Vet. XXVI.] 65. Error de aquellos que afirman que el hombre se salva por sus propias fuerzas.---Pero estos que afirman que el hombre se salva por sus propias fuerzas, sospechan que esa misma confesión del hombre es a partir de la virtud del mismo hombre. Lo cual si así fuera, en la alabanza de Dios el Salmista no diría: "Confesión y magnificencia son obra suya" (Sal. 110, 3). De él, pues, recibimos el confesar cosas rectas, de quien nos es dado también el obrar cosas grandes. Porque, por tanto, nada de obra buena dimos por lo que mereciéramos percibir esta sabiduría, dígase rectamente: "No sabe el hombre su precio," puesto que cualquiera que ya usa la razón, tanto más profundamente bajo el entendimiento de esta sabiduría se desprecia a sí mismo, cuanto de la misma sabiduría más verdaderamente lo interno conoce, para que se vea indigno de haber llegado a ella, a través de la cual gratuitamente se actúa para que se haga digno. Sobre la cual bien se subañade luego:

CAPÍTULO XLI

[Rec. XXIV].

VERS. 13.---Ni en la tierra de los que viven suavemente.

66. Cualquiera que se apacienta de las voluptuosidades de esta vida, se separa del entendimiento de la eterna sabiduría.---¿Qué se significa en este lugar con el nombre de tierra, sino el alma humana? De la cual dice el Salmista: "Mi alma es para ti como tierra sin agua" (Sal. 142, 6). Pero es-

ta sabiduría no puede encontrarse en la tierra de los que viven suavemente, porque cualquiera que todavía se apacienta de las voluptuosidades de esta vida, se separa del entendimiento de la sabiduría eterna. Pues si verdaderamente fuera sabio, expulsado de los goces internos, por aquella en la que cayó, lloraría en la ceguera de su exilio. Pues de aquí se dice por Salomón: "Quien añade ciencia, añade también dolor" (Ecl. 1, 18), porque cuanto más hubiere empezado el hombre a saber qué perdió, tanto más empieza a llorar la sentencia de su corrupción que encontró. Pues considera de dónde a dónde ha caído; que de los goces del paraíso vino a las penalidades de la vida presente, de las sociedades de los ángeles a los cuidados de las necesidades; sopesa en cuántos peligros yace ahora, quien antes desdeñó estar sin peligro; llora el exilio que condenado padece, y suspira por el estado de la gloria celestial, del cual seguro podría disfrutar si no hubiera querido pecar. Lo cual considerando bien el Salmista, dice: "Yo dije en mi pavor: He sido proyectado desde la faz de tus ojos" (Sal. 30, 23). Contemplados ciertamente los goces internos de la visión de Dios, y la frecuencia social de los ángeles persistentes, redujo los ojos a lo ínfimo, vio dónde yacía quien para esto había sido creado, para que pudiera estar en lo celestial; sopesó dónde estaba, y por lo que le faltaba gimió; y dolióse de estar proyectado desde la faz de los ojos de Dios, porque en comparación de la luz íntima, más gravemente había sentido las tinieblas de su exilio que toleraba. [Vet. XXVII.] De aquí es que a su ánimo no admite consolación

de ninguna gracia de la presente vida, diciendo: "Mi alma se negó a ser consolada" (Sal. 76, 3). Pues frecuentemente suelen los ricos de este siglo, afectados por el tedio de la mente, mirar los bienes recibidos temporalmente, y suavizar la tristeza. Pues cuando sienten que les toca cierta pesadumbre, miran los caballos, contemplan sus vasijas de oro y plata, recorren sus predios. Y cuando por estas cosas temporales de buen grado llevan los ojos, vencen la pesadumbre nacida en el alma. De donde a ellos dice también la Verdad en el Evangelio: "¡Ay de vosotros ricos, que aquí tenéis vuestra consolación!" (Luc. 6, 24). Pero el santo varón que llora esto, porque de los goces eternos cayó, no admite consolación de las cosas temporales, diciendo: "Mi alma se negó a ser consolada." Como si abiertamente dijera: Yo que no lloro por la pérdida de las cosas temporales, de la abundancia de las temporales de ninguna manera puedo ser consolado. A quien como si nosotros oyentes dijéramos estas cosas: ¿Qué buscas, pues, tú que rehúsas ser consolado en estas cosas que son del mundo? al punto añadió: "Me acordé de Dios, y me deleité" (Sal. 76, 4). Como si abiertamente dijera: Ni la abundancia de las cosas terrenas me reconforta, sino solo la memoria de mi autor, a quien todavía no puedo ver, me deleita. Esta es, pues, la amargura de los sabios, porque mientras con la esperanza están erigidos a lo alto, con ningún gozo aquí abaten el ánimo. Pues de aquí está escrito: "El corazón de los sabios donde está la tristeza, y el corazón de los necios donde la alegría" (Ecl. 7, 5). De aquí

dice Santiago: "Sed miserables, y llorad, y gemid, y vuestra risa se convierta en luto, y el gozo en pesadumbre" (Sant. 4, 9). De aquí por sí misma la Verdad atestigua, diciendo: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados" (Mat. 5, 5). No puede, pues, encontrarse la sabiduría en la tierra de aquellos que viven suavemente, porque tanto más verdaderamente son necios, cuanto perdiendo cosas mayores, en las mínimas se alegran. De aquí Pedro reprende esa misma necedad de los perversos, diciendo: "Estimando como voluptuosidad las delicias del día, manchas y máculas" (2 Ped. 2, 13). De aquí dice Salomón: "A la risa la reputé error, y al gozo dije: ¿Por qué te engañas frustradamente?" (Ecl. 2, 2). Diga, pues, el santo varón sobre la sabiduría: "Ni se encuentra en la tierra de los que viven suavemente," porque ciertamente los que en este mundo viven suavemente son todavía tan necios, que esto mismo también ignoran, de dónde cayeron. Sigue:

CAPÍTULO XLII

[Rec. XXV].

VERS. 14.---El abismo dice: No está en mí.

67. De la sabiduría de Dios son ajenos los que saben según la carne y el mundo.---¿A qué en este lugar llama abismo sino a los corazones de los hombres? los cuales son tanto fluidos por la caída como tenebrosos por la calígine de la duplicidad. El cual abismo ciertamente profesa no estar en sí esta sabiduría, porque la mente inicua, mientras desea ser sabia carnalmente, se muestra necia

para lo espiritual. Pues porque, como atestigua Pablo: "La sabiduría de este mundo necedad es ante Dios" (1 Cor. 3, 19), tanto más se hace cada uno necio interiormente, cuanto más se esfuerza por parecer sabio exteriormente. Sobre este abismo se dice por Juan: "Vi un ángel descendiendo del cielo, teniendo la llave del abismo, y una gran cadena en su mano; y aprehendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo, y satanás, y lo ligó por mil años, y lo envió al abismo, y lo cerró, y selló sobre él, para que no seduzca más a las gentes, hasta que se consuman los mil años" (Apoc. 20, 1-3). Pues con el número milenario no la cantidad del tiempo, sino la universalidad en la que reina la Iglesia designó. Mas la serpiente antigua ligada con cadena es enviada al abismo, porque relegada de los corazones de los buenos, recluida en las mentes de los réprobos, sobre ellos domina más atrozmente. El cual poco después también se describe ser sacado del pozo del abismo, porque de los corazones de los inicuos que ahora rabian ocultamente, entonces aceptada la potestad contra la Iglesia, irrumpirá en la fuerza de la persecución abierta. Este abismo, pues, en el cual ahora el diablo se reserva oculto, dice no estar en sí la sabiduría, porque se muestra ajeno a la verdadera sabiduría por las obras inicuas. Mientras, pues, cada uno encubre la malicia en el corazón, pero en la boca exhibe halagos, mientras nubla sus pensamientos con la duplicidad, mientras evita las palabras de pureza como si fueran fatuidad, mientras declina las vías de la simple inocencia, como que rehúsa el abismo tener la

sabiduría de Dios. Y porque las mentes dedicadas a este mundo son perturbadas por los cuidados y solicitudes de la presente vida, y por ello de ninguna manera pueden disfrutar de la tranquilidad de esa misma sabiduría, rectamente se subañade:

CAPÍTULO XLIII.

IBID.---Y el mar dice: No está conmigo.

68. No disfrutan de ella quienes se distraen con cuidados terrenos.---¿Pues qué se significa con el nombre del "mar" sino la amarga inquietud de las mentes seculares? Las cuales, mientras se acometen entre sí por turnos con enemistades, chocan como olas adversas. Rectamente, pues, la vida de los seculares es llamada mar, porque mientras es agitada por los procelosos movimientos de las acciones, es separada de la quietud y estabilidad de la sabiduría interna. Por el contrario, bien se dice por el profeta: "¿Sobre quién descansará mi espíritu, sino sobre el humilde y quieto, y el que tiembla ante mis palabras?" (Is. 66, 2). Pero el espíritu huye tanto más lejos de las mentes terrenas, cuanto que en ellas no encuentra quietud. De aquí es, pues, lo que de ciertos se dice por el Salmista: "Contrición e infelicidad hay en sus caminos, y el camino de la paz no lo conocieron" (Sal. 13, 3). De la cual contrición de perturbación ciertamente nos retrae el Señor, diciendo: "Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os refrescaré; tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, e inveniréis descanso para vuestras almas" (Mt. 11, 28-29). ¿Pues qué hay

en esta vida más laborioso que arder con deseos terrenos? ¿o qué hay aquí más quieto que no apetecer nada de este siglo?

[Vet. XXVIII.] De aquí es que el pueblo israelítico recibió la custodia del Sábado como un don (Éx. 16, 29); de aquí, por el contrario, es Egipto herido con una multitud de moscas (Éx. 8, 21). Pues el pueblo que sigue a Dios recibe el sábado, esto es, el descanso de la mente, para que por ningún apetito de deseos carnales sea fatigado en esta vida. Pero Egipto, que tiene la forma de este mundo, es herido con moscas. Pues la mosca es un animal excesivamente insolente e inquieto. ¿En la cual qué otra cosa se designa sino los insolentes cuidados de los deseos carnales? De donde se dice en otra parte: "Las moscas moribundas pierden la suavidad del ungüento" (Ecl. 10, 1), porque los pensamientos superfluos, que asiduamente en el ánimo que piensa cosas carnales nacen y mueren, pierden aquella suavidad con la cual cada uno ha sido ungido interiormente por el espíritu, puesto que no permiten disfrutar de su integridad. Egipto, por tanto, es herido con moscas, porque los corazones de aquellos que aman la vida terrena, mientras son heridos por las inquietudes de sus deseos, por las turbas de pensamientos carnales son deprimidos hacia lo bajo, de modo que no se levantan al deseo del descanso íntimo. De donde, cuando con la admirable ayuda de la piedad la verdad viene al corazón, primero expulsa de él el ardor de los pensamientos carnales, y después dispone en él los dones de las virtudes. Lo cual bien nos insinúa la sagrada historia del Evange-

lio, en la cual, mientras invitado para resucitar a la hija del príncipe el Señor era conducido, al punto se añade: "Y cuando fue expulsada la turba, entró, y tomó su mano, y la niña se levantó" (Mt. 9, 25). Fuera, pues, es expulsada la turba para que la niña sea resucitada, porque si no es expulsada primero de lo más secreto del corazón la importuna multitud de los cuidados seculares, el alma que yace muerta interiormente no resucita. Pues mientras se esparce por innumerables pensamientos de deseos terrenos, de ninguna manera se recoge para la consideración de sí misma. Reconociendo, pues, que la sabiduría no puede habitar en estos flujos de inquietudes, dice: "Y el mar dice: No está conmigo." Pues nadie la recibe plenamente, sino el que se esfuerza por abstraerse de toda fluctuación de acciones carnales. De donde también se dice en otra parte: "Escribe la sabiduría en tiempo de ocio, y el que se aminora en la acción, él la percibirá" (Ecl. 38, 24). Y de nuevo: "Vaciad y ved, que yo soy Dios" (Sal. 45, 11).

[Vet. XXIX.] 69. A menos que a ellas no se sirva con un estudio terreno.---¿Pero qué es lo que sabemos que muchos de los antiguos padres mantuvieron vivazmente esta sabiduría interiormente, y administraron solemnemente los cuidados del mundo exteriormente (Gén. 42:43, etc.)? ¿Acaso decimos que José fue privado de la percepción de esta sabiduría, quien en tiempo de hambre asumiendo los cuidados de todo Egipto, no solo proporcionó alimentos a los egipcios, sino que también salvó la vida de los extranjeros que

venían por el arte de su ministerio? ¿Acaso Daniel fue ajeno a esta sabiduría, quien por el rey de los caldeos fue hecho príncipe de los magistrados en Babilonia, y estuvo ocupado con cuidados tanto mayores cuanto que fue antepuesto a todos con una dignidad más sublime (Dan. 2:48)? Puesto que, por tanto, consta que frecuentemente incluso los buenos se implican en cuidados terrenos, no con un estudio terreno, reconocemos patentemente que a veces los ciudadanos de Jerusalén pagan angarias a Babilonia, así como a menudo los ciudadanos de Babilonia gastan angarias para Jerusalén. Pues hay algunos que predican la palabra de vida solo para la ostentación de la sabiduría, y suministran la ayuda de las limosnas por el apetito de la vana gloria. Y ciertamente parecen ser de Jerusalén las cosas que hacen, pero sin embargo son ciudadanos de Babilonia.

70. Solo a Dios se debe desear vacar, y a los cuidados externos se debe servir por la voluntad de Dios.---Así, pues, a veces sucede que quienes aman solo la patria celestial, parecen estar sujetos a los cuidados de la patria terrena. El ministerio de los cuales, sin embargo, se discierne frecuentemente de las obras de los malvados en el acto, pero a veces ante el Juez supremo solo en el pensamiento. Pues llenos de la sabiduría suprema disciernen cómo deben tanto vacar a una cosa interiormente, como estar ocupados en otra exteriormente; de modo que si por una oculta ordenación de Dios se les impone algo de los cuidados de este siglo sin que ellos lo deseen, cedan a Dios a quien aman, y por el amor de Él deseen so-

lo la visión de Él interiormente; pero por el temor de Él cumplan humildemente la acción impuesta exteriormente, de modo que tanto deseen vacar para Dios por la gracia del amor, como de nuevo cumplan los cuidados superpuestos por la condición de la servidumbre. Y cuando las ocupaciones hacen ruido exteriormente, interiormente en el amor se mantiene una quietud pacíficísima; y los tumultos de las ocupaciones que hacen ruido exteriormente los dispensa interiormente la razón como juez presidente, y con un tranquilo moderamen dispone aquellas cosas que a su alrededor son menos tranquilas. Pues así como el vigor de la mente preside para frenar los movimientos de la carne, así a menudo el amor a la quietud rige bien los tumultos superpuestos de la ocupación, porque los cuidados exteriores, si no se apetecen con un amor perverso, pueden ser administrados no con un ánimo confuso, sino ordenado. Pues los varones santos de ninguna manera los apetecen, sino que gimen por los cuidados que se les superponen por un orden oculto; y aunque huyan de ellos por una mejor intención, sin embargo los llevan por una mente sumisa. Los cuales ciertamente se apresuran a evitar en sumo grado, si es lícito; pero temiendo las ocultas dispensaciones de Dios, retienen lo que huyen, y ejercen lo que evitan. Pues entran en su corazón, y allí consultan qué quiere la oculta voluntad de Dios; y reconociendo que deben estar sometidos a las sumas ordenaciones, humillan la cerviz del corazón al yugo de la divina dispensación. Pero quienquiera que sea tal, cualesquiera tumultos se versen

exteriormente, nunca llegan a su interior. Así se hace que una cosa se mantenga interiormente por el voto, otra exteriormente por el oficio; y con esta sabiduría no ya turbulenta y confusa, sino corazones tranquilos se llenen. Bien, pues, se dice de ella que "El abismo dice: No está en mí, y el mar dice: No está conmigo." Como si se dijera abiertamente: Las mentes perturbadas de los seculares claman por eso mismo, puesto que están divididas lejos de la verdadera sabiduría, en que no están quietas. Pero porque esta sabiduría de Dios, permaneciendo con el Padre antes de los siglos, debía encarnarse al final de los siglos, para que para redimir al género humano no enviara ángeles santos, ni hombres justos, sino que en la manifestation de la visión por sí misma viniera, rectamente se subañade:

CAPÍTULO XLIV

[Rec. XXVI].

VERS. 15.---No se dará oro puro por ella.

71. Ángeles libres de toda mancha del mundo, no hombres.---¿Pues qué se designa por el "oro puro" sino los santos ángeles? Los cuales rectamente son llamados tanto oro como puro: oro, porque brillan con la claridad de la justicia; puro, porque nunca tuvieron contagio alguno de culpa. Pero los hombres justos, mientras viven mortalmente en esta carne corruptible, pueden ser ciertamente oro, pero de ninguna manera pueden ser puros, porque "el cuerpo que se corrompe agrava el alma, y la habitación terrena deprime

el sentido que piensa muchas cosas" (Sab. 9, 15). Pues aunque en esta vida resplandezcan por la gran claridad de la justicia, de ninguna manera carecen puramente de las heces de los pecados; atestiguándolo el Apóstol Juan, quien dice: "Si dijéramos que no tenemos pecado, nos seducimos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (1 Jn. 1, 8); y afirmándolo Santiago, quien asevera diciendo: "En muchas cosas ofendemos todos" (Sant. 3, 2). También el Profeta suplicando, quien dice: "No entres en juicio con tu siervo, porque no se justificará en tu presencia todo viviente" (Sal. 142, 2). Oro puro se llaman aquellos que perseverando en aquella inocencia en la que fueron creados, tanto brillan por la claridad de la justicia como no se manchan con ninguna suciedad de culpa, ni siquiera mínima.

[Vet. XXX.] 72. Ninguno de los ángeles fue enviado para redimir al hombre, ni es suficiente.---Pero porque por esta sabiduría ninguno de los ángeles debía ser enviado como redentor del género humano, para que nadie pusiera su esperanza en aquellos ángeles que hemos aprendido que a menudo han aparecido en ayuda de los hombres, se dijo: "No se dará oro puro por ella." Como si se dijera abiertamente: Por sí misma se manifestará la sabiduría, para que el género humano sea redimido de la culpa. Ningún ángel es enviado en su lugar, porque es necesario que la criatura sea liberada por el Creador. De donde también en el Evangelio dice el Señor: "Si el Hijo os liberare, seréis verdaderamente libres" (Jn. 8, 36). Pero el varón santo, lleno del espíritu de

esa misma sabiduría, previó que no faltarían en Judea algunos que pusieran su esperanza en el legislador, y pensaran que Moisés era el autor de su salvación, como también maldiciendo a cierto sanado dicen: "Sé tú discípulo de él, nosotros pues somos discípulos de Moisés" (Jn. 9, 28). De donde todavía congruentemente se subañade:

CAPÍTULO XLV.

IBID.---Ni se pesará plata en conmutación de ella.

73. La locura de quienes piensan que Moisés o cualquiera de los santos es el autor de su salvación.---Porque así como a menudo por la plata se designan las elocuciones divinas, por el vocablo plata pueden también entenderse los escritores de la misma elocución, cuya vida resplandeció entre las turbas de los hombres con la luz de las virtudes. Pero porque la ley pudo indicar los pecados, no quitarlos, ninguno de los antiguos padres, ni el legislador Moisés, fue el redentor del género humano. La plata, pues, no se pesa en conmutación de esta sabiduría, porque cualesquiera que hayan sido los santos, en comparación del Hijo unigénito de Dios se consideran de ningún mérito, los cuales si no se conocieran a sí mismos como siervos de esta sabiduría, de ninguna manera habrían sido santos. Pues para esto fueron enviados ellos: para preparar el camino a esta sabiduría en los corazones de los hombres por la predicación, no para que en lugar de ella, sino por ella rigieran a los pueblos súbditos. Porque como era cierto que por el acceso de los tiempos

los languores del siglo que decae crecerían, se hizo que la eterna sabiduría de Dios al final de los siglos viniera por sí misma a este gran enfermo de excesiva enfermedad, esto es, al género humano que yacía lánguido por todo el mundo, para que enviados primero los predicadores, como ciertos visitadores, tanto después viniera la mayor potencia del Médico cuanto más hubiera crecido la enfermedad del enfermo. Mas porque ninguno es enviado en su lugar para salvarnos, dígase rectamente: "Ni se pesará plata en conmutación de ella", puesto que la vida de los justos que predican, con cuanta quiera luz de santidad que prevalezca, no nos conmuta el advenimiento de la sabiduría suprema por su presencia. Pero hubo muchos de los gentiles que, dedicados a las disciplinas de los sabios de este mundo, observaban aquellas cosas que son honestas entre los hombres, y creían ser salvados observando la honestidad, y ya no buscaban al Mediador de Dios y de los hombres, como si tuvieran por suficiente para sí la doctrina de los filósofos. En desprecio de los cuales al punto se añade:

CAPÍTULO XLVI

[Rec. XXVII].

VERSÍCULO 16.---No se comparará con los colores teñidos de la India.

74. Cuánto aventaja la sabiduría de Dios a la filosofía maquillada con el brillo del discurso. ¿Pues qué se entiende por la India, que envía un pueblo negro, sino este mundo, en el cual la vida

de los hombres se genera oscura por la culpa? Mas los colores teñidos de la India son los sabios de este mundo; los cuales, aunque por la infidelidad y mayormente por la acción son feos, ante los ojos humanos, sin embargo, se maquillan con el color de una honestidad superpuesta. Pero la coeterna sabiduría de Dios no se compara con los colores teñidos de la India, porque quienquiera que entiende ésta verdaderamente reconoce cuán lejos dista de aquellos hombres a quienes el mundo adoró como sabios. Y las mismas palabras de sus mandatos difieren de los sabios de este mundo, quienes, mientras se entregan a la elocuencia, sus dichos aparecen como hermosos en su especie y por el maquillaje del tinte; y como carecen de la virtud de las cosas, mienten ser otra cosa de lo que son por las composiciones de las palabras, como por colores superpuestos. Pero, por el contrario, la doctrina de la sabiduría es hermosa también en la predicación y conspicua por la pura verdad; ni pretende una cosa exteriormente por falacia y reserva otra interiormente; ni en sus dichos apetece parecer hermosa por el brillo del discurso, sino por la integridad de la verdad. En sus mandatos, por tanto, la sabiduría de Dios no se compara con los colores teñidos de la India, porque, mientras no tiene los ornamentos maquillados de la elocuencia, place como un vestido sin tinte. El cual maquillaje del tinte bien lo había despreciado Pablo cuando decía: "Lo cual también hablamos, no con palabras aprendidas de sabiduría humana, sino en la doctrina del Espíritu" (1 Cor. 2, 13). Pues prefería mostrar esta

sabiduría por la sola pureza de la verdad, pero no maquillarla con el tinte de la elocuencia. Sigue:

CAPÍTULO XLVII.

IBÍDEM.---Ni a la piedra sardónice preciosísima, ni al zafiro.

75. Ninguno de los hombres o de los ángeles ha de ser comparado con Cristo. ¿Quién ignorará que el sardónice o el zafiro no son piedras preciosas? Y habiendo otras muchas piedras que son preciosas, que aventajan a éstas de lejos en la estimación de su magnitud, ¿por qué el zafiro o el sardónice fueron llamados preciosos por antonomasia, siendo ambas piedras vilísimas en comparación con otras piedras? a no ser para que, reconociendo que no son preciosas aquellas piedras que se describen como tales, busquemos otra cosa en su inteligencia. Pues el sardónice guarda semejanza con la tierra roja, y el zafiro tiene una apariencia aérea. Pueden, pues, designarse en el sardónice los hombres por la tierra roja, y en el zafiro los ángeles por la visión aérea. Pues teniendo la piedra sardónice la apariencia de la tierra roja, no sin razón designa al hombre, porque también Adán, que fue el primero en ser creado, es llamado en lengua latina "tierra roja". ¿Qué es, pues, lo que se dice, que esta sabiduría no se compara a la piedra sardónice ni al zafiro, sino que aquel que es la virtud de Dios y la sabiduría de Dios, a saber, el mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús, sobresale a todas las cosas con tan gran magnitud que ni los primeros hombres en la tierra ni los ángeles en el

cielo se le comparan? De donde también se dice por el Salmista: "¿Quién en las nubes será igual al Señor, o quién será semejante a Dios entre los hijos de Dios?" (Sal. 88, 7).

76. Cuánto aventajan los Apóstoles célibes a los padres casados del Antiguo Testamento. Pueden también expresarse por la piedra sardónice los padres del Antiguo Testamento, y por el zafiro los predicadores del Nuevo Testamento. Pues aquéllos, aunque guardaban una vida de gran justicia, servían sin embargo a la propagación carnal. Porque, por tanto, consta que realizaban ciertas cosas terrenales, no sin razón son designados por la piedra sardónice, la cual, como predijimos, tiene la apariencia de la tierra roja. Por el zafiro, en cambio, que es de color etéreo, entendemos congruentemente a los predicadores del Nuevo Testamento, los cuales, posponiendo los deseos de la progenie carnal, siguieron solo las cosas celestiales. De donde también el Profeta, viendo que los santos apóstoles trascendían todos los deseos de la carne con ardor espiritual, dijo admirado: "¿Quiénes son estos que vuelan como nubes?" (Is. 60, 8). Como si dijera abiertamente: Nosotros caminamos por la tierra, los que todavía estamos implicados en matrimonios y empleamos las obras de la carne para propagar la prole; éstos, en cambio, no caminan por la tierra, sino que vuelan como nubes, los cuales, mientras buscan las cosas celestiales, nada tocan de los deseos terrenales. Dice, pues, que la sabiduría de Dios no se compara con la piedra sardónice o el zafiro, como si insinuara patentemente, diciendo:

A Aquel que es visto como hombre entre los hombres, ninguno ni entre los antiguos ni entre los nuevos padres se iguala, porque tiene de la Divinidad lo que en la humanidad no tiene a nadie semejante. De donde todavía se subañade:

CAPÍTULO XLVIII.

VERSÍCULO 17.---No se le igualará el oro ni el vidrio.

77. Los bienaventurados brillarán en el cielo como el oro, y traslucirán como el vidrio. ¿Quién que esté sano de juicio se dignaría sentir esto según la letra? Pues el vidrio, como dijimos arriba, es mucho más vil que el oro; y después de haberse dicho que el oro no se iguala a esta sabiduría, todavía se subañade, como creciendo, que tampoco el vidrio puede igualársele. Pero la misma letra, desfalleciendo del entendimiento histórico, nos envía a indagar el misterio de la alegoría. Pues conocemos que el metal del oro brilla con una claridad superior a todos los metales. Pero es propio de la naturaleza del vidrio que, visto por fuera, brille con una pura perspicuidad por dentro. En otro metal, lo que se contiene por dentro queda escondido; pero en el vidrio, cualquier licor, tal como se contiene en el interior, tal se demuestra en el exterior, y, por así decirlo, todo licor encerrado en un vasito de vidrio está patente. ¿Qué otra cosa, pues, entendemos por el oro o el vidrio, sino aquella patria suprema, aquella sociedad de ciudadanos bienaventurados, cuyos corazones brillan entre sí con claridad y traslucen con pureza? La cual Juan había contemplado en el

Apocalipsis cuando decía: "Y la estructura de su muro era de piedra jaspe; pero la misma ciudad era oro puro, semejante al vidrio limpio" (Apoc. 21, 18). Porque, pues todos los santos brillarán en ella con la máxima claridad de la bienaventuranza, se dice que está construida de oro.

78. En sus rostros se ven los sentidos íntimos del alma. Y puesto que su misma claridad es mutuamente patente en sus alternos corazones, y cuando se atiende al rostro de cada uno, al mismo tiempo se penetra la conciencia, este mismo oro se recuerda ser semejante al vidrio limpio. Allí, en efecto, la corpulencia de los miembros no esconderá la mente de cada uno a los ojos de otro, sino que el alma estará patente, estará patente a los ojos corporales incluso la misma armonía del cuerpo, y así cada uno será entonces visible para el otro, como ahora no puede ser visible para sí mismo. Ahora, en cambio, nuestros corazones, mientras estamos en esta vida, porque no pueden ser vistos por el otro, no están encerrados dentro de vasijas de vidrio, sino de lodo; a cuyo lodo, por cierto, el Profeta temía quedar pegado por la pasión del alma, cuando decía: "Sácame del lodo, para que no quede pegado" (Sal. 68, 15). El cual habitáculo de los cuerpos Pablo lo llama casa terrestre, diciendo: "Sabemos que si nuestra casa terrestre de esta habitación se disuelve, tenemos una edificación de Dios, una casa no hecha por manos, eterna en los cielos" (2 Cor. 5, 1). En esta casa terrestre, por tanto, mientras vivimos, no penetramos de ninguna manera con los ojos del alma la misma pared, por así decirlo, de nuestra

corrupción, y no podemos ver mutuamente lo oculto en los otros. De donde la santa Iglesia, deseando ver la apariencia de su Esposo en la divinidad, y sin embargo no pudiendo, porque la humanidad asumida escondía de sus ojos la forma de aquella eternidad que había deseado contemplar, dice gimiendo en el Cantar de los Cantares: "He aquí que él está detrás de nuestra pared" (Cant. 2, 9). Como si dijera abiertamente: Yo deseo ver a éste ya en la apariencia de su divinidad, pero todavía soy excluida de su visión por la pared de la carne asumida. Por tanto, mientras vivimos en esta carne corruptible, no vemos nuestros pensamientos mutuamente. De donde otra vez se dice por el mismo Pablo: "¿Quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él?" (1 Cor. 2, 11). Y de nuevo: "No juzguéis antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual también iluminará lo oculto de las tinieblas y manifestará los consejos de los corazones" (1 Cor. 4, 5). Aquella ciudad, pues, que manifiesta mutuamente a cada uno sus corazones, se dice que es de oro semejante al vidrio limpio, para que se designe clara por el oro y perspicua por el vidrio.

79. Cómo los santos son semejantes y desemejantes a Dios. Pero aunque en aquella ciudad todos los santos brillen con tanta claridad y trasluzcan con tanta perspicuidad, sin embargo, no pueden igualarse a aquella Sabiduría de cuya imagen tienen todo lo que son. Bien, pues, se dice: "No se le igualará el oro ni el vidrio". Pues para esto llegan todos los santos a aquellos

goces eternos, para que puedan ser semejantes a Dios, como está escrito: "Cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es" (1 Jn. 3, 2). Y sin embargo está escrito: "Señor Dios de las virtudes, ¿quién semejante a ti?" (Sal. 88, 9). Y de nuevo: "¿O quién será semejante a Dios entre los hijos de Dios?". ¿De dónde, pues, semejantes, y de dónde no semejantes, sino porque a esta Sabiduría serán semejantes según la imagen y, sin embargo, no lo serán según la igualdad? Pues contemplando la eternidad de Dios, se les concede que sean eternos; y mientras perciben el don de su visión, por la percepción de la bienaventuranza imitan lo que ven. Y son, pues, semejantes, porque se hacen bienaventurados; y sin embargo no son semejantes al Creador, porque son criatura. Y tienen, por tanto, una cierta semejanza con Dios, porque no tienen fin; y sin embargo no tienen la igualdad del Incircunscrito, los que tienen circunscripción. Dígase, pues, rectamente: "No se le igualará el oro ni el vidrio", porque por mucha claridad y perspicuidad con que brille los santos, una cosa es que los hombres sean sabios en Dios, y otra cosa es ser el hombre la Sabiduría de Dios. La cual Sabiduría, por cierto, aquel la reconoció verdaderamente, que de ninguna manera presumió comparar a ninguno de los santos con el Mediador de Dios y de los hombres. De donde también se subañade:

CAPÍTULO XLIX

[Vet. XXXIII].

IBÍDEM.---Ni se conmutarán por ella vasos de oro excelsos y eminentes.

80. Han de ser traspasados todos los santos para que se llegue a Cristo, Dios y hombre. Pues vaso excelso de oro fue Elías, vaso excelso de oro Jeremías, vasos de oro excelsos y eminentes fueron los antiguos padres. Pero esta Sabiduría de Dios, para redimirnos de la conversación carnal, apareció en la carne, y quien no la reconoció verdaderamente, pensó que el mediador de Dios y de los hombres, el hombre Jesucristo, era uno de los profetas, a quien los ojos de los electos por la fe tuvieron por Dios cuando vieron a un hombre. De donde se dice por Él a sus santos discípulos: "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?" (Mt. 16, 13). A lo cual, respondiendo ellos al punto: "Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías, o uno de los profetas" (Ibíd., 14), se les pregunta luego por su propio sentir: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?" (Ibíd., 15). A lo cual Pedro, respondiendo al punto con la voz de toda la Iglesia, dice: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo" (Ibíd., 16). Puesto que, por tanto, según la voz de Pablo, conocemos que Cristo es la virtud de Dios y la sabiduría de Dios (1 Cor. 1, 18. 30), Pedro no quiso conmutar vasos de oro excelsos y eminentes por esta Sabiduría, porque no entendió de ella otra cosa de lo que era. Pues, como se ha dicho, gran vaso de oro fue Juan, gran vaso de oro Elías o Jeremías. Pero quienquiera que creyó que ese mismo Dios era cualquiera de ellos, conmutó un vaso de oro excelso y eminente por la Sabiduría. Mas la Igle-

sia no conmuta vasos de oro excelsos y eminentes por esta Sabiduría, porque cree que Cristo, el Hijo de Dios, no es uno de los profetas, sino el único Señor de los profetas. Pues viendo que la misma Sabiduría había venido a ella, no quiso fijarse en aquellos vasos de oro, sino que procuró traspasarlos con fe certísima. De donde dice en el Cantar de los Cantares: "Me encontraron los vigías que custodian la ciudad. ¿Habéis visto a aquel a quien ama mi alma? Un poco después que los hube traspasado, encontré a aquel a quien ama mi alma" (Cant. 3, 3). ¿A quiénes entendemos por los vigías que custodian la ciudad sino a los antiguos Padres o profetas, que procuraron vigilar para nuestra custodia con la voz de la santa predicación? Pero cuando la Iglesia buscaba a su Redentor, no quiso fijar su esperanza en aquellos antiguos predicadores, ella que dice: "Un poco después que los hube traspasado, encontré a aquel a quien ama mi alma" (Ibíd., 3, 4). Pues no podría haberlo encontrado si no hubiera querido traspasarlos a ellos. En estos custodios se habían fijado los infieles, que creían que Cristo, el Hijo de Dios, era cualquiera de ellos. Por la voz, pues, y la fe de Pedro, la santa Iglesia traspasó a los vigías encontrados, ella que despreció creer que el Señor de los profetas fuera cualquiera de los profetas. Dígase, pues: "Ni se conmutarán por ella vasos de oro excelsos y eminentes", porque los elegidos veneran la vida de los santos por su sublimidad y, sin embargo, no la reciben para el error. Pues a los que saben que son puros hombres, de ninguna

manera los comparan con el Dios hombre. De donde todavía se subañade:

CAPÍTULO L.

VERSÍCULO 18.---Ni se mencionarán en comparación con ella.

81. Todos los ciudadanos celestiales son santos y justos, pero por participación de la sabiduría divina, no por comparación. Pues todos los elegidos de la patria suprema son ciertamente santos y justos; pero por participación de la sabiduría, no por comparación. ¿Pues qué son los hombres comparados con Dios? Además, la sabiduría suele ser llamada luz, y los siervos de la sabiduría también suelen ser llamados luz. Pero aquélla es la luz iluminante, éstos son la luz iluminada, como está escrito: "Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo" (Jn. 1, 9). A éstos, en cambio, solo se les dice: "Vosotros sois la luz del mundo" (Mt. 5, 14). La sabiduría, por cierto, es llamada justicia, y los siervos de la sabiduría son llamados justicia; pero aquélla es la justicia justificante, mientras que éstos son la justicia justificada. De Dios, pues, que es la sabiduría, se dice: "Para que él mismo sea justo y el que justifica" (Rom. 3, 26); éstos, en cambio, dicen: "Para que nosotros fuéramos hechos justicia de Dios en él" (2 Cor. 5, 21). De una manera, pues, ha de ser venerada la luz iluminante, de otra la luz iluminada; de una manera la justicia justificante, de otra la justicia justificada. Pero la Sabiduría es, y sabe; ni tiene una cosa que es ser, y otra que es saber; mas los siervos de la sabiduría

pueden ciertamente ser sabios, pero no tienen este ser como idéntico al saber; pues pueden ser, y no ser sabios. La sabiduría tiene vida, pero no tiene una cosa y es otra, puesto que para ella ser es lo mismo que vivir. Mas los siervos de la sabiduría, cuando tienen vida, son una cosa y tienen otra, puesto que para ellos no es lo mismo ser que vivir; pues pueden ser según algo, y no vivir. Pues para ellos una cosa es ser, y otra vivir, porque en el mismo primer padre tuvieron la esencia por el inicio, y la vida por el acceso; puesto que primero fue hecho el hombre de la tierra, y después, como está escrito: "Inspiró en su rostro el soplo de vida, y fue hecho el hombre en alma viviente" (Gén. 2, 7). Mas la Sabiduría tiene esencia, tiene vida; pero eso que tiene, es ella misma. Por lo tanto, vive inmutablemente, porque vive no por accidente, sino esencialmente. Ella sola, pues, con el Padre y el Espíritu Santo, verdaderamente es, en comparación de cuya esencia nuestro ser es no ser. Si a ésta nos unimos, somos, vivimos, sabemos; si con ésta nos comparamos, ni sabemos, ni vivimos en absoluto, ni somos.

82. Cuanto más conocen los santos a Dios, tanto más se envilecen ante sí mismos. De aquí es que todos los santos, cuando progresan en la visión de Dios, cuanto más contemplan lo interno de la divinidad, tanto más reconocen que ellos no son nada. Pues en ninguna parte se lee que Abraham profesara ser ceniza y polvo, sino cuando mereció tener el coloquio de Dios. Pues dice: "Hablaré a mi Señor, siendo yo polvo y ceniza" (Gén. 18, 27). Pues tal vez creería ser

algo, si mínimamente hubiera sentido la verdadera esencia que está sobre él. Pero en verdad, cuando fue arrebatado a contemplar lo inmutable sobre sí mismo, lleno de tanta potencia de contemplación, mientras lo veía a Él, vio que él no era nada sino polvo. De aquí es también que el Profeta, lleno de la misma sabiduría, exclama: "Acuérdate, Señor, de que somos polvo" (Sal. 102, 15). Quien de nuevo, habiendo contemplado la inmutabilidad de la misma esencia, dice: "Todas las cosas envejecerán como un vestido, y como una vestidura las cambiarás, y se cambiarán; pero tú eres el mismo, y tus años no faltarán" (Sal. 101, 27, 28). De aquí se dice a Moisés: "YO SOY EL QUE SOY; y dirás a los hijos de Israel: EL QUE ES me envió a vosotros" (Éx. 3, 14. 15). Pues solo Él verdaderamente es, quien solo inmutablemente permanece. Pues todo lo que ahora es de una manera, y ahora de otra, está cerca del no ser. Pues no puede permanecer en su estado. Y de algún modo se va hacia el no ser, mientras de aquello que se había sido siempre se es conducido a otra cosa por los momentos del tiempo. Para que, por tanto, seamos algo en la participación de aquella esencia, reconozcámonos a nosotros mismos, porque somos casi nada. Bien, pues, se dice: "Ni se mencionarán en comparación con ella", porque los vasos de oro excelsos y eminentes, que han de ser venerados por nosotros por la participación de la sabiduría, ni siquiera han de ser mencionados en comparación con la sabiduría. Pero porque esta sabiduría se infunde latente en los corazones humanos, así como se dijo también del Espíritu

Santo: "El Espíritu sopla donde quiere, y oyes su voz, y no sabes de dónde viene ni a dónde va" (Jn. 3, 8), por eso se subañade:

CAPÍTULO LI.

IBÍDEM.---Pues la sabiduría se extrae de lugares ocultos.

83. La sabiduría de Dios revelada desde lo oculto. La Iglesia, cuando faltaron los enemigos manifiestos, empezó a ser tentada por los suyos. De lo oculto se extrae la sabiduría, porque, siendo invisible, no se encuentra sino invisiblemente. La cual también rectamente se dice que es extraída, porque así como extraemos el aliento para que el cuerpo viva, así de lo íntimo se conduce el espíritu de la sabiduría para que el alma subsista para la vida. De donde el Salmista dice: "Abrí mi boca y atraje el espíritu" (Sal. 118, 131). Porque ciertamente la Sabiduría, asumida la carne humana con el alma racional, habiendo aparecido patentemente desde lo íntimo, este mundo, porque no pudo ver a su Autor invisible, reconoció también como Dios invisible a quien contempló como hombre visible. Se convirtió de las tinieblas de su infidelidad la gentilidad antes soberbia en su aversión; mostrados los signos y prodigios, creció la fe; y propagada la fe, brilló en la veneración de todos la cumbre de la santa Iglesia. A la cual, cuando le faltaron adversarios manifiestos, empezó a ser tentada por los suyos. Pues también muchas herejías surgidas en ella prepararon guerras de duro certamen contra ella. Pues ha de ser ejercitada por el trabajo en este tiempo la que en

el siguiente tiende a la remuneración. Por lo cual sucedió que algunos salieron en ella que decían que el mediador de Dios y de los hombres, el hombre Jesucristo, era un puro hombre creado, pero deificado por la gracia; y tanto de santidad le atribuían cuanto de los demás santos, a saber, sus siervos, habían reconocido. A los cuales el bienaventurado Job, inspirado por el espíritu de profecía, refutó con la definición de su sentencia, diciendo:

CAPÍTULO LII

[Vet. XXXV].

VERSÍCULO 19.---No se le igualará el topacio de Etiopía.

84. Se refuta a los que enseñan que Cristo es semejante a los demás santos, como puro hombre. ¿Qué entendemos por Etiopía sino el presente mundo? El cual, por la negrura de su color, designa al pueblo pecador, por la fealdad de sus méritos. Pero a veces, con el nombre de Etiopía, suele designarse especialmente a la gentilidad, antes negra por los pecados de la infidelidad. A la cual el profeta Habacuc, al venir el Señor, vio aterrada por el temor, y dijo: "Las tiendas de los etíopes se espantan, las pieles de la tierra de Madián" (Hab. 3, 7). También David el profeta, viendo que el Señor vendría a redimir a Judea, pero que antes creería la gentilidad y después seguiría Judea, como está escrito: "Hasta que entrara la plenitud de las naciones, y así todo Israel se salvara" (Rom. 11, 25); dice: "Etiopía prevendrá sus manos ante

Dios" (Sal. 67, 32); esto es, antes de que Judea crea, la gentilidad negra por los pecados se ofrece para ser salvada al Dios omnipotente. El topacio, por su parte, es una piedra preciosa; y porque en lengua griega *pan* se dice "todo", por el hecho de que resplandece con todo color, el topacio se llama casi *topantium*. Pero mientras la gentilidad convertida a Dios creyó, muchos de ellos fueron de tal modo enriquecidos por el don de su Espíritu que, como con muchos colores, así brillan con muchas virtudes. Pero para que nadie se ensalce por las virtudes recibidas, se dice ahora por el santo varón: "No se le igualará el topacio de Etiopía". Como si dijera abiertamente: Ninguno de los santos, lleno de cualesquiera virtudes, recogido sin embargo de esa negrura del mundo, puede igualarse a Aquel de quien está escrito: "Lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios" (Lc. 1, 35). Pues nosotros, aunque somos hechos santos, no nacemos sin embargo santos, porque estamos ligados por la misma condición de la naturaleza corruptible, de modo que decimos con el Profeta: "He aquí que en iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre" (Sal. 50, 7). Aquel, en cambio, solo nació verdaderamente santo, el cual, para vencer la misma condición de la naturaleza corruptible, no fue concebido de la mezcla de la unión carnal.

85. La locura de Nestorio contra Cristo. Al cual, aunque puro hombre, enseñó que alcanzó por méritos ser Dios. Se refuta. El modo de la Encarnación del Verbo. Cristo es una cosa del Padre, otra de la madre, pero no otro. A esta Sabiduría se

quiso igualar como un cierto topacio de Etiopía, cuando un cierto heresiarca dijo: "No envidio a Cristo hecho Dios, puesto que si quiero, yo mismo puedo ser hecho". El cual pensó que Jesucristo nuestro Señor era Dios, no por el misterio de la concepción, sino por el progreso de la gracia, afirmando por una perversa alegación que nació puro hombre, pero que, para ser Dios, había progresado por el mérito, y por esto estimando que tanto él como cualesquiera otros podían igualársele, los cuales son hechos hijos de Dios por la gracia, no entendiendo, no atendiendo a que "no se le igualará el topacio de Etiopía". Pues una cosa es que los hombres nacidos reciban la gracia de la adopción, y otra que uno solo singularmente, por la potencia de la divinidad, haya salido Dios desde la misma concepción. Ni puede igualarse a la gloria del Unigénito tenida por naturaleza otra recibida por la gracia; pues el Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús (1 Tim. 2, 5), no es como desvaría este hereje, uno en la humanidad y otro en la divinidad. No fue concebido y dado a luz un puro hombre, recibiendo después por el mérito ser Dios, sino que, al anuncio del ángel y al venir el Espíritu, al punto el Verbo estuvo en el útero, al punto dentro del útero el Verbo fue carne, y permaneciendo la esencia inmutable, que le es coeterna con el Padre y con el Espíritu Santo, asumió dentro de las vísceras virginales aquello por lo cual pudiera, siendo impasible, padecer, y siendo inmortal, morir, y siendo eterno antes de los siglos, ser temporal al final de los siglos, para que por un inefable sacramento, por

la concepción santa y el parto inviolable, según la verdad de ambas naturalezas, la misma Virgen fuera a la vez esclava del Señor y madre. Pues así se le dice por Isabel: "¿De dónde a mí esto, que venga la madre de mi Señor a mí?" (Lc. 1, 43). Y la misma Virgen, concibiendo, dijo: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra" (Ibíd., 1, 38). Y aunque él sea una cosa del Padre y otra de la Virgen, no es sin embargo otro del Padre y otro de la Virgen, sino que él mismo es el eterno del Padre, él mismo el temporal de la madre; él mismo el que hizo, él mismo el que fue hecho; él mismo hermoso en su forma sobre los hijos de los hombres por la divinidad, y él mismo de quien se dijo: "Lo vimos, y no había aspecto, y no hay en él apariencia ni hermosura" (Is. 53, 2), por la humanidad. Él mismo antes de los siglos del Padre sin madre, él mismo al final de los siglos de la madre sin padre. Él mismo el templo, él mismo el constructor del templo; él mismo el autor de la obra, él mismo la obra del autor; permaneciendo uno de ambas y en ambas naturalezas, ni confundido por la unión de las naturalezas, ni duplicado por la distinción de las naturalezas. Pero porque no hemos emprendido tratar estas cosas, volvamos al orden de la exposición.

86. Recapitulación de lo dicho arriba. Debemos notar que el santo varón, para demostrar que los ángeles distan mucho de esta Sabiduría, dice: "No se dará oro puro por ella". El cual, para mostrar inferiores también a los antiguos Padres, tratadistas del sacro elocuio, añadió: "Ni se pesará plata en conmutación de ella". Para mostrar que

la sabiduría de los filósofos también está muy por debajo de ésta, introdujo: "No se comparará con los colores teñidos de la India". Y subañadió: "Ni a la piedra sardónice preciosísima, ni al zafiro". Para demostrar que en aquella ciudad suprema tampoco nadie llega a la igualdad del Unigénito, añadió: "No se le igualará el oro ni el vidrio". Para mostrar que los profetas también están por debajo de él, añadió: "Ni se conmutarán por ella vasos de oro excelsos y eminentes, ni se mencionarán en comparación con ella. Pues la sabiduría se extrae de lugares ocultos". Al final, en verdad, para increpar también a los mismos herejes en la Iglesia, que viniendo del error de la gentilidad, rasgan por la soberbia la fe que perciben, añadió: "No se le igualará el topacio de Etiopía". Como si insinuara patentemente, diciendo: Éstos que de la negrura del pecado vienen a la conversión, no pueden igualarse al Dios hombre, aunque parezcan resplandecer con muchas virtudes de colores. Para que se refute la soberbia de los cuales, aptamente se subañade:

CAPÍTULO LIII.

IBÍD.--- "Ni se le compondrán las tinturas purísimas".

87. Son verdaderamente humildes y santos quienes nada atribuyen a sus méritos.---Pues se llaman "tinturas purísimas" (tincturae mundissimae) aquellos que son verazmente humildes y verazmente santos, los cuales saben ciertamente que no tienen por sí mismos la apariencia de las virtudes, sino que poseen ésta por el don de la

gracia sobreviniente. Pues no estarían "teñidos" (tincti) si hubieran tenido la santidad naturalmente. Pero son "tinturas purísimas", porque custodian humildemente la gracia de las virtudes sobreviniente en ellos que han recibido. De aquí es, pues, que se dice por la voz del Esposo sobre la santa Iglesia: "¿Quién es ésta que sube blanqueada?" (Cant. 6, 9; 3, 6). Porque, como la santa Iglesia no tiene naturalmente la vida celestial, sino que, por el Espíritu sobreviniente, es compuesta con la hermosura de los dones, no se menciona como "blanca", sino como "blanqueada" (dealbata). Y debe notarse que, cuando dijo arriba: "No se comparará con los colores teñidos de la India", no introdujo aquellos mismos colores como "limpios". Pero en este lugar, para distinguir la tintura de las verdaderas virtudes de aquel afeite de los filósofos, al decir "tinturas", añadió "purísimas". Pues rectamente se nombran "tinturas purísimas" aquellos que antes habían sido feos por las obras depravadas, pero, por el Espíritu sobreviniente, son vestidos con el resplandor de la gracia, de modo que parezcan ser algo muy distinto de lo que eran. De donde también el bautismo, esto es, la "tintura" (tinctio), se llama nuestro mismo descenso al agua. Pues somos teñidos, y quienes antes éramos indecorosos por la deformidad de los vicios, recibida la fe somos vueltos hermosos por la gracia y el ornato de las virtudes. Sigue:

CAPÍTULO LIV

[Rec. XXVIII].

VERS. 20, 21.--- "¿De dónde pues viene la sabiduría, y cuál es el lugar de la inteligencia? Está escondida de los ojos de todos los vivientes".

88. Mientras vivimos mortalmente, vemos a Dios no en su propia naturaleza, sino por ciertas imágenes, a menos que primero muramos a la vida carnal, extinguido totalmente el amor de ella.---Debe pensarse encarecidamente que se pregunta por el santo varón de dónde viene la sabiduría. Pues viene de Aquel de quien nació. Pero porque nace del invisible y coeterno Padre, su vía es oculta. De donde también se dice por el profeta: "¿Su generación quién la contará?" (Is. 53, 8). Pero el lugar de su inteligencia es la mente humana, a la cual esta sabiduría de Dios, mientras la haya llenado, hace santa. Porque, pues, es invisible Aquel de quien salió, y nos es incierto en la mente de quién repose entendida, rectamente se dice ahora: "¿De dónde pues viene la sabiduría, y cuál es el lugar de la inteligencia?" (Vet. 37). Pero esto es muy admirable que se subañade inmediatamente: "Está escondida de los ojos de todos los vivientes". Pues la sabiduría que es Dios, si estuviera oculta a los ojos de todos los vivientes, sin duda ninguno de los santos la habría visto. Pero he aquí que oigo a Juan concordando con esta sentencia, el cual dice: "A Dios nadie lo vio jamás" (1 Jn. 4, 12). Y de nuevo, cuando miro a los padres del antiguo testamento, conozco que muchos de éstos vieron a Dios, por testimonio de la misma historia de la sagrada lección. Pues Jacob vio al Señor, el cual dice: "Vi al Señor cara a cara, y ha sido salva mi alma" (Gén. 32, 30). Vio Moisés a

Dios, de quien está escrito: "Hablaba el Señor a Moisés cara a cara, como suele hablar un hombre a su amigo" (Éx. 33, 11). Vio el mismo Job al Señor, el cual dice: "De oídas te había oído, pero ahora mi ojo te ve" (Job 42, 5). Vio Isaías al Señor, el cual dice: "El año en que murió el rey Ozías, vi al Señor sentado sobre un solio excelso y elevado" (Is. 6, 1). Vio Miqueas al Señor, el cual dice: "Vi al Señor sentado sobre su solio, y a todo el ejército del cielo asistiendo a él a la derecha y a la izquierda" (1 Re. 22, 19). ¿Qué es, pues, que tantos padres del antiguo testamento testificaron que ellos habían visto a Dios, y sin embargo de esta sabiduría que es Dios se dice: "Está escondida de los ojos de todos los vivientes"; y Juan dice: "A Dios nadie lo vio jamás" (1 Jn. 4, 12), sino esto que se da a entender patentemente, que mientras aquí se vive mortalmente, puede verse Dios por ciertas imágenes, pero por la misma especie de su naturaleza no puede, ¿para que el alma, inspirada por la gracia del espíritu, vea a Dios por ciertas figuras, pero no alcance la fuerza misma de su esencia? De aquí es, pues, que Jacob, que testifica haber visto a Dios, no lo vio sino en un ángel (Éx. 33, 11). De aquí es que Moisés, que hablaba con Dios cara a cara, como suele hablar un hombre con su amigo, le dice entre las mismas palabras de su locución: "Si he hallado gracia en tu presencia, muéstrate a mí mismo manifiestamente, para que te vea" (Éx. 33, 13). Pues ciertamente si no fuera Dios con quien hablaba, diría "muéstrame a Dios", y no "muéstrate a ti mismo". Pero si era Dios con quien hablaba cara a cara, ¿por qué pedía ver a quien

veía? Pero de esta petición suya se colige que tenía sed de contemplarlo por la claridad de su naturaleza incircunscrita, a quien ya había empezado a ver por ciertas imágenes, para que así la esencia suprema estuviera presente a los ojos de su mente, en tanto que ninguna imagen creada se interpusiera temporalmente para él para la visión de la eternidad. Y vieron, pues, los padres del antiguo testamento al Señor, y sin embargo, según la voz de Juan: "A Dios nadie lo vio jamás" (Jn. 4, 12); y según la sentencia del bienaventurado Job, la sabiduría que es Dios está escondida de los ojos de todos los vivientes, porque a los que consisten en esta carne mortal, pudo tanto ser visto por ciertas imágenes circunscritas, como no pudo ser visto por la luz incircunscrita de la eternidad.

89. Pero si por algunos que aún viven en esta carne corruptible, pero que crecen en una virtud inestimable, puede verse por un cierto aguzamiento de la contemplación la claridad eterna de Dios; esto tampoco desdice de la sentencia del bienaventurado Job, que dice: "Está escondida de los ojos de todos los vivientes"; puesto que quienquiera que ve la sabiduría que es Dios, muere totalmente para esta vida, para no estar ya retenido por el amor de ella. Pues nadie la ha visto, que viva aún carnalmente, porque nadie puede a la vez abrazar a Dios y al siglo. Pues quien ve a Dios, por eso mismo muere, por lo cual o por la intención del corazón, o por el efecto de la obra, es separado con toda su mente de los deleites de esta vida. De donde se dice todavía al mismo Moisés: "Pues no me verá el hombre, y

vivirá" (Éx. 33, 21). Como si se dijera abiertamente: Nadie jamás ve a Dios espiritualmente, y vive para el mundo carnalmente. De donde también el apóstol Pablo, que todavía había conocido en parte las cosas invisibles de Dios, como él mismo testifica (1 Cor. 13, 12), ya declaraba que él estaba totalmente muerto para este mundo, diciendo: "Para mí el mundo está crucificado, y yo para el mundo" (Gál. 6, 14). Pues como ya dijimos mucho más arriba, no bastaba que dijera: "Al mundo estoy crucificado", si no antepusiera también: "Para mí el mundo está crucificado", para testificar no solo que él estaba muerto para el mundo, sino también que el mundo estaba muerto para él, en tanto que ni él buscara al mundo, ni ya el mundo lo buscara a él. Pues si acaso dos están en un lugar, de los cuales uno está vivo, pero el otro está muerto, aunque el muerto no vea al vivo, el vivo sin embargo ve al muerto. Pero el predicador de Dios, para mostrar que por el desprecio con que se había abatido humillándose, ya se había hecho tal que ni él codiciara al mundo, ni el mundo a él, no solo dijo estar crucificado al mundo, para que él mismo no viera la gloria del mundo que buscara como muerto, sino que también afirmó que el mundo le estaba crucificado a él, en quien se había abatido en tan gran humildad, que también el mundo como muerto para él ya no pudiera ver de ninguna manera al humilde y despreciado Pablo.

90. Se refuta a los que afirman que Dios es visto por los bienaventurados solo en la claridad, no en su naturaleza.---Debe saberse, en verdad,

que hubo algunos que dijeran que Dios, aun en aquella región de la bienaventuranza, es contemplado ciertamente en su claridad, pero de ninguna manera visto en su naturaleza. A los cuales sin duda engañó una menor sutileza de inquisición. Pues para aquella esencia simple e inmutable no es una cosa la claridad y otra la naturaleza, sino que su misma naturaleza es su claridad, su misma claridad es su naturaleza. Porque, como esta sabiduría de Dios se mostraría alguna vez a sus amadores, él mismo lo promete, diciendo: "Quien me ama, será amado por mi Padre; y yo lo amaré, y me manifestaré a mí mismo a él" (Jn. 14, 21). Como si dijera patentemente: Ustedes que me ven en la vuestra [naturaleza], resta que me vean en mi naturaleza. De aquí de nuevo dice: "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios" (Mt. 5, 8). De aquí Pablo dice: "Ahora vemos por un espejo en enigma, pero entonces cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como también soy conocido" (1 Cor. 13, 12).

91. Se refuta también a los que sueñan que los ángeles están privados de la visión divina.---Pero porque se dice de Dios por el primer predicador de la Iglesia: "En el cual desean mirar los ángeles" (1 Pe. 1, 12), hay algunos que de ninguna manera sospechan que los ángeles vean a Dios, y sin embargo sabemos que fue dicho por la sentencia de la Verdad: "Sus ángeles en los cielos siempre ven la cara de mi Padre que está en los cielos" (Mt. 18, 10). ¿Acaso, pues, la verdad suena una cosa, y el predicador de la verdad otra? Pero si

ambas sentencias se comparan, se reconoce que de ninguna manera discrepan entre sí. Pues los ángeles tanto ven a Dios, como desean verlo; y tienen sed de contemplarlo y lo contemplan. Pues si de tal modo desean ver que de ninguna manera disfruten del efecto de su deseo, el deseo sin fruto tiene ansiedad, y la ansiedad tiene pena. Pero los bienaventurados ángeles están lejos de toda pena de ansiedad, porque nunca convienen a la vez la pena y la bienaventuranza. De nuevo, cuando decimos que ellos se sacian con la visión de Dios, porque también el Salmista dice: "Me saciaré cuando se manifieste tu gloria" (Sal. 16, 15), debemos considerar que suele seguir el fastidio a la saciedad. Para que, pues, rectamente convengan ambas entre sí, diga la Verdad: "Porque siempre ven"; diga el predicador egregio: "Porque siempre desean ver". Pues para que no haya ansiedad en el deseo, los deseantes se sacian; pero para que no haya fastidio en la saciedad, los saciados desean. Y desean, por tanto, sin trabajo, porque la saciedad acompaña al deseo; y se sacian sin fastidio, porque la saciedad misma siempre se enciende por el deseo. Así también seremos nosotros cuando hayamos llegado a la fuente misma de la vida. Habrá en nosotros una sed a la vez que una saciedad deleitablemente impresas. Pero está lejos de esa sed la necesidad, lejos de la saciedad el fastidio, porque tanto sedientos seremos saciados, como saciados tendremos sed. Veremos, pues, a Dios, y él mismo será el premio de nuestro trabajo, para que después de las tinieblas de esta

mortalidad, nos gocemos en su luz habiendo sido accedida.

92. En qué sentido Dios habita una luz inaccesible.---Pero cuando decimos que su luz es accedida, se opone al ánimo lo que Pablo dice: "Quien habita una luz inaccesible, a quien ninguno de los hombres vio, ni puede ver" (1 Tim. 6, 16). Y de nuevo oigo lo que el Salmista dice: "Accedan a él, y sean iluminados" (Sal. 33, 6). ¿Cómo, pues, accediendo somos iluminados, si no vemos esa misma luz por la cual podemos ser iluminados? Pero si accediendo a él vemos esa misma luz por la cual somos iluminados, ¿cómo se afirma ser inaccesible? En la cual cosa debe pensarse que dijo inaccesible ciertamente a todo hombre, a la sabiduría humana. Pues la sagrada Escritura suele notar a todos los seguidores de las cosas carnales con el nombre de humanidad. De donde el mismo apóstol dice a ciertos discordantes: "Pues habiendo entre ustedes celo y contienda, ¿no son carnales, y andan según el hombre?" (1 Cor. 3, 3, 4). A los cuales poco después subañade: "¿No son hombres?". Y de donde en otra parte trajo testimonio: "Que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre lo que preparó Dios para los que lo aman" (1 Cor. 2, 9). Y habiendo dicho esto escondido a los hombres, al punto subañadió: "Pero a nosotros nos lo reveló Dios por su espíritu" (Ibíd.); distinguiéndose a sí mismo de la vocación del hombre, quien arrebatado sobre el hombre ya sabía las cosas divinas. Así también en este lugar, al afirmar ser inaccesible la luz de Dios, para mostrar a quiénes, subañadió: "A

quien ninguno de los hombres vio, ni puede ver". Llamando según su costumbre hombres a todos los que saben lo humano, porque quienes saben lo divino, evidentemente están sobre los hombres. Veremos, pues, a Dios, si por la conversación celestial merecemos estar sobre los hombres. Y sin embargo no lo veremos así como él se ve a sí mismo. Pues de modo muy dispar ve el creador a sí mismo, de como ve la criatura al creador. Pues en cuanto a la inmensidad de Dios, se nos fija un cierto modo de contemplación, porque somos circunscritos por ese mismo peso por el que somos criaturas.

Libro D

ECIMONOVENO.

Llevada la exposición desde la parte extrema del vers. 21 del cap. XXVIII hasta el vers. 21 del cap. siguiente inclusive, se abren varios sentidos no menos doctamente que piadosamente, sobre todo sobre Cristo y la Iglesia. [Vet. et Rec. I] 1. ¿Qué maravilla si la eterna sabiduría de Dios no puede ser contemplada, cuando las mismas cosas invisibles que han sido creadas por ella tampoco pueden ser comprendidas por los ojos humanos? En las cosas creadas aprendemos, por tanto, con cuánta humildad debe ser venerado el creador de todas, para que en esta vida la mente humana nada ose para sí sobre la especie del Dios omnipotente, cuyo premio guarda solo para sus electos en la subsiguiente remuneración. De donde bien después de haberse dicho: "Está escondida de los ojos de todos los vivientes", al punto se subañade:

CAPÍTULO PRIMERO.

JOB 28, 21.--- "También a las aves del cielo se les oculta".

2. Las aves del cielo unas veces se toman en mala parte, otras en buena.---Pues en la sagrada Escritura las aves a veces se dan a entender en

mal sentido, a veces en buen sentido. Pues por las aves se designan a veces las potestades aéreas, adversas a los estudios de los buenos. De donde se dice por boca de la Verdad: "Porque la semilla que cayó junto al camino, vinieron las aves y se la comieron" (Mt. 13, 4; Lc. 8, 5); porque sin duda los espíritus malignos que asedian las mentes humanas, mientras sugieren pensamientos nocivos, arrancan la palabra de vida de la memoria. De aquí de nuevo se dice a un cierto sabio en su soberbia: "Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos; el Hijo del hombre sin embargo no tiene donde reclinar su cabeza" (Mt. 8, 20; Lc. 9, 58). Las zorras son animales muy fraudulentos, que se esconden en fosas o cavernas; y cuando aparecen, nunca corren por caminos rectos, sino por anfractos tortuosos. Pero las aves, como sabemos, se elevan al aire por un alto vuelo. Con el nombre de zorras, por tanto, se designan las cosas engañosas y fraudulentos, pero con el nombre de aves, estos mismos demonios soberbios. Como si dijera: Los demonios fraudulentos y elados encuentran su habitación en su corazón, esto es, en el pensamiento de la soberbia; el Hijo del hombre sin embargo no tiene donde reclinar su cabeza, esto es, mi humildad no encuentra descanso en su mente soberbia. Pues como por un cierto vuelo de ave se ensalzó aquel primero [Lucifer], que dijo por pensamiento elado: "Subiré al cielo, sobre los astros del cielo ensalzaré mi solio, me sentaré en el monte del testamento, en los lados del Aquilón, subiré sobre la altura de las nubes, y seré semejante al Altísimo" (Is. 14, 13). He aquí qué cosas

altas buscó volando soberbiamente. El cual vuelo también persuadió a los primeros hombres. Pues ellos volando como que intentaron ir sobre sí mismos, cuando se les dijo que gustaran y fueran como dioses (Gén. 3, 5, 19). Y cuando apetecen la semejanza de la divinidad, perdieron los dones de la inmortalidad (Ibíd. 19). Quienes no habrían ido a la tierra muriendo, si hubieran querido estar humildemente sobre la tierra.

3. Pero al contrario, las aves suelen ponerse en buen sentido, como en el Evangelio el Señor, cuando denunciaba la similitud del reino de los cielos por un grano de mostaza, dijo: "¿A qué es semejante el reino de Dios, y a qué lo compararé? Es semejante a un grano de mostaza, que tomado un hombre lo envió a su huerto, y creció, y se hizo un árbol grande, y las aves del cielo descansaron en sus ramas" (Mt. 13, 31). Pues él mismo es el grano de mostaza que, plantado en la sepultura del huerto, surgió como un árbol grande. Pues fue grano al morir, árbol al resurgir. Grano por la humildad de la carne, árbol por la potencia de la majestad. Grano, porque "lo vimos, y no había aspecto" (Is. 53, 2); pero árbol, porque es "hermoso en su forma sobre los hijos de los hombres" (Sal. 44, 3). [Vet. II.] Las ramas de este árbol son los santos predicadores. Y veamos cuán ampliamente se extienden. Pues ¿qué se dice de ellos? "A toda la tierra salió el sonido de ellos, y hasta los confines del orbe de la tierra sus palabras" (Sal. 18, 5). En estas ramas las aves descansan, porque las almas santas, que por ciertas alas de virtudes se elevan del pensamiento terreno, respiran de

la fatiga de esta vida en sus dichos y consolaciones. En este lugar, por tanto, después de que se dijo de la sabiduría: "Está escondida de los ojos de todos los vivientes", rectamente se subañade: "También a las aves del cielo se les oculta", porque consistiendo en esta carne corruptible, tampoco penetran viendo la potencia de su naturaleza, quienes ya vuelan por el mérito de la santa contemplación. Donde aptamente se subañade:

CAPÍTULO II

[Rec. II].

VERS. 22.--- "La perdición y la muerte dijeron: Con nuestros oídos hemos oído la fama de ella".

4. Los ángeles soberbios, porque no gozan de ella, de ninguna manera ven la sabiduría divina.--- ¿Quiénes se designan con el nombre de perdición y muerte sino los espíritus malignos? los cuales existieron como inventores de la muerte y la perdición, como se dice de su mismo príncipe bajo la especie de su ministro por Juan: "Y su nombre era Muerte" (Apoc. 6, 8). A quien todos los espíritus de la soberbia sujetos dicen de esta sabiduría que es Dios: "Con nuestros oídos hemos oído la fama de ella"; porque sin duda no pudieron tener la visión de ella en plena bienaventuranza. Pues ver perfectamente la sabiduría coeterna a Dios, esto es lo que es tenerla. De donde se dice a Juan sobre el don del vencedor: "Le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita un nombre nuevo escrito, que nadie sabe sino quien lo recibe" (Apoc. 2, 17). Pues en esta vida podemos

saber o ver algo incluso que no hemos recibido; pero tener un nombre nuevo escrito en la piedrecita, es tener en el premio eterno una noticia de Dios inusitada a los sentidos humanos, la cual no puede saber sino quien la recibe. Porque por tanto, como dijimos, ver a Dios esto es lo que es tenerlo, por eso los espíritus inicuos no ven esta sabiduría, porque repelidos por la soberbia de ninguna manera pudieron tenerla. Pues cerraron los ojos del corazón a la luz de ella, repugnando a sus rayos superfundidos, como puede entenderse también de los mismos espíritus malignos lo que está escrito: "Ellos mismos fueron rebeldes a la luz" (Job 24, 13). Haber oído los espíritus malignos la fama de la sabiduría, pero no haber visto la misma sabiduría, es tanto haber conocido la potencia de ella por su virtud, como sin embargo no haber querido estar humildemente bajo ella. De donde también se dice por voz de la Verdad del mismo jefe de los espíritus malignos: "Él era homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad" (Jn. 8, 44). Sigue:

CAPÍTULO III

[Rec. III].

VERS. 23.--- "Dios entiende la vía de ella, y él conoce su lugar".

5. A los hombres se les ocultó cuándo por la carne la Sabiduría vendría a los hombres; o cómo apareciendo fuera permanecería invisible junto al Padre.---Esta sabiduría coeterna a Dios tiene de un modo la vía, y de otro modo el lugar.

El lugar en verdad, si alguien lo entiende, no es local. Pues no puede ser retenido corporalmente Dios; sino que, como se dijo, se entiende un lugar no local. El lugar de la sabiduría es el Padre, el lugar del Padre la sabiduría, como se dice por testimonio de la misma Sabiduría: "Yo en el Padre, y el Padre en mí". De un modo, pues, la misma sabiduría tiene vía, y de otro modo lugar. Vía por el tránsito de la humanidad, lugar en verdad por el soplo de la divinidad. [Vet. III.] Pues de allí no pasa, de donde es eterna; sino que de allí pasa, de donde por nosotros apareció temporal. Pues así está escrito en el Evangelio: "Que saliendo de Jericó el Señor pasaba; y dos ciegos sentados junto al camino clamaron, diciendo: Señor, ten misericordia de nosotros, hijo de David" (Jn. 14, 10, 11; Mt. 20, 29, 30). A cuya voz, como allí está escrito, se detuvo Jesús, y devolvió la luz. But what is it to hear in passing, to restore light while standing, unless that He had mercy on us through His humanity, who through the power of His divinity excluded from us the darkness of our mind? Pues que por nosotros nació y padeció, que resurgió, ascendió al cielo, casi pasa Jesús, porque esta acción sin duda es temporal. Pero estando de pie los tocó e iluminó, porque no como aquella dispensación temporal, así pasa la eternidad del Verbo, la cual permaneciendo en sí innova todas las cosas. Pues el estar de pie de Dios, es disponer con pensamiento inmutable todas las cosas mudables. El que, por tanto, oyó las voces de los que pedían pasando, estando de pie devolvió la luz, porque aunque por nosotros

sufrió cosas temporales, de allí sin embargo nos tributó la luz, de donde no conoce el tránsito de la mutabilidad. Porque, pues, cuándo aparecería por la carne a los hombres fue incierto, rectamente se dice ahora: "Dios entiende la vía de ella, y él conoce su lugar". Como si se dijera abiertamente: Ocultas son al pensamiento humano, o cuándo por la carne la sabiduría venga a los hombres, o cómo permanezca invisible junto al Padre, incluso cuando hubiere aparecido fuera.

6. El advenimiento y la mansión de la misma en los corazones de los hombres se ignoran.--- Aunque esto también puede entenderse de otro modo. Pues su vía no inconvenientemente se toma como esto mismo que viene al corazón, y se nos infunde intrínsecamente. Su lugar en verdad se hace el corazón, al cual viniendo permanece. De esta vía de él se dice: "Voz del que clama en el desierto: preparen la vía al Señor" (Mt. 3, 3); esto es, en su corazón abran el acceso a la Sabiduría que viene, como en otra parte se dice: "Hagan camino al que asciende sobre el ocaso" (Sal. 67, 5). Sobre el ocaso fue ascender, el haber superado resurgiendo la misma muerte que había sufrido. Dice pues: "Al que asciende sobre el ocaso, háganle camino"; esto es, al Señor que resurge en sus corazones por la fe denle paso. De aquí se le dice a Juan por el espíritu: "Irás delante de la faz del Señor a preparar sus vías" (Lc. 1, 76). Pues quienquiera que predicando limpia de las suciedades de los vicios los corazones de los oyentes, prepara la vía a la sabiduría que viene. Tiene por tanto vía esta sabiduría, tiene también lugar: Vía

por la que viene, lugar en el que permanece, como ella misma dice: "Si alguien me ama, guardará mi palabra; y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos mansión junto a él" (Jn. 14, 23). Es por tanto la vía por la que viene, el lugar en el que permanece. ¿A dónde viene, la que está en todas partes? ¿O es venir de la sabiduría el indicar la presencia de su majestad por la iluminación de nuestra mente? Y porque a los hombres les es incierto o a qué corazón venga, o en quién después de haber venido repose permaneciendo, rectamente se dice ahora: "Dios entiende la vía de ella, y él conoce su lugar", porque solo es de la visión divina el discernir, o por qué modos el intelecto de la sabiduría venga al corazón del hombre, o cuya mente no pierda el intelecto de la vida, que hubiere percibido, por pensamientos mortíferos. Y porque esta misma sabiduría manifestada por la gracia de la humanidad había de llenar en todas las partes del mundo los corazones de los electos, rectamente se subañade:

CAPÍTULO IV

[Vet. IV].

VERS. 24.--- "Pues él contempla los fines del mundo, y mira todas las cosas que están bajo el cielo".

Dios al mirarnos por la gracia nos reforma.---7. Pues mirar de Dios es reformar a su gracia las cosas que habían sido perdidas y perecidas. De donde está escrito: "El rey que se sienta en el solio del juicio, disipa todo mal con su

mirada" (Prov. 20, 8). Pues mirando reprimió los males de nuestra levedad, y dio grandes méritos de madurez. De donde se subañade:

CAPÍTULO V

[Rec. IV].

VERSÍCULO 25.---Que hizo un peso para los vientos,

8. Él fija las almas errantes y las dota de gravedad.---Pues por la velocidad y sutileza de los vientos, en la Sagrada Escritura se suelen designar las almas, como se dice de Dios por el Salmista: "Que camina sobre las alas de los vientos" (Sal. 103, 3); esto es, que trasciende las virtudes de las almas. Hizo, pues, "un peso para los vientos", porque mientras la sabiduría suprema llena las almas, las vuelve graves por una madurez infundida; no con aquella gravedad de la cual se dice: "Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis pesados de corazón?" (Sal. 4, 3). Pues una cosa es ser grave por el consejo, otra por el pecado; una cosa es ser grave por la constancia, otra por la culpa. Pues esta gravedad tiene el peso de la carga, aquella la de la virtud. Por tanto, las almas reciben peso, para que ya no se desvíen de la intención de Dios por un movimiento leve, sino que consistan en Él fijas por la gravedad de la constancia. Todavía aquel pueblo se movía levemente, de quien se dice por el profeta: "Se fue errante por el camino de su propio corazón; vi sus caminos, y lo dejé" (Is. 57, 17). Pero el grave consejo del corazón expulsa toda la incons-

tancia de la vagancia. Y puesto que hay almas que por un movimiento leve desean ahora estas cosas, ahora aquellas, Dios omnipotente, porque no pesa levemente esas mismas leves fluctuaciones de las mentes, juzga la vagancia del corazón abandonándolo. Pero cuando por la gracia mira a la mente errante, la fija en la estabilidad del consejo. Rectamente, pues, se dice ahora: "Que hizo un peso para los vientos", porque cuando se digna mirar misericordiosamente los leves movimientos del alma, la forma de inmediato para la madurez de la constancia. O ciertamente, hacer un peso para los vientos es templar la gloria de las virtudes concedida aquí a los electos, mediante una mezcla de debilidad. De donde también se subañade:

CAPÍTULO VI.

IBID.---Y pesó las aguas por medida.

9. Él templa las virtudes de los electos con una mezcla de debilidad, para que no se ensoberbezcan. Las aguas en la Sagrada Escritura suelen designar a veces al Espíritu Santo, a veces la ciencia sagrada, a veces la ciencia malvada, a veces la tribulación, a veces los pueblos que fluyen, a veces las mentes de los que siguen la fe. Pues por el agua se designa la infusión del Espíritu Santo, como se dice en el Evangelio: "El que cree en mí, como dice la Escritura, de su vientre fluirán ríos de agua viva" (Jn. 7, 38). Donde el evangelista añadió a continuación: "Esto dijo del Espíritu, que habían de recibir los que creyesen en él". De nuevo, por el agua se designa la ciencia sagrada, como se dice:

"El agua de la sabiduría saludable los potará" (Eclo. 15, 3). Por el agua también se suele llamar a la ciencia malvada, como en Salomón la mujer, que tiene el tipo de la herjía, halaga con astutas persuasiones diciendo: "Las aguas furtivas son más dulces" (Prov. 9, 17). Con el nombre de aguas también se suelen entender a veces las tribulaciones, como se dice por el Salmista: "Sálvame, Dios, porque han entrado las aguas hasta mi alma" (Sal. 68, 2). Por el agua se designan los pueblos, como se dice por Juan: "Las aguas son pueblos" (Apoc. 17, 15). Por el agua también se designa no solo el flujo de los pueblos que decurren, sino también las mentes de los buenos, que siguen los predicamentos de la fe, como dice el profeta: "Bienaventurados los que sembráis sobre todas las aguas" (Is. 32, 20). Y se dice por el Salmista: "La voz del Señor sobre las aguas" (Sal. 28, 3). ¿Qué, pues, se significa en este lugar con el nombre de aguas sino los corazones de los electos, que por el entendimiento de la sabiduría han recibido ya el oído de la voz suprema? De los cuales rectamente se dice: "Y pesó las aguas por medida" [Vet. et Rec. V]. Porque los mismos santos que, por el Espíritu Santo que los eleva, son arrebatados a lo más alto, mientras están en esta vida, son reprimidos por ciertas tentaciones para que no se ensoberbezcan con alguna elación, de modo que de ninguna manera puedan aprovechar tanto cuanto quieren; sino que, para que no se exalten por la soberbia, haya en ellos una cierta medida de esas mismas virtudes.

10. Lo cual se confirma con el ejemplo de Elías huyendo de Jezabel.---Pues de aquí es que Elías, mientras había aprovechado en cosas altas por tantas virtudes, fue suspendido por una cierta medida, mientras después huyó de Jezabel, aunque reina, sin embargo una mujercilla (1 Rey. 19, 3). Pues considero a este varón de admirable virtud, atrayendo fuego del cielo, y por dos veces consumiendo a los cincuentenarios con todos los suyos por una petición súbita, cerrando los cielos a las lluvias con una palabra, abriendo los cielos a las lluvias con una palabra, resucitando a los muertos, previendo todas las cosas venideras; y he aquí que de nuevo ocurre a mi ánimo con qué pavor huyó ante una sola mujercilla. Considero al varón golpeado por el temor pidiendo la muerte de la mano de Dios, y no recibiéndola; evitando la muerte huyendo de la mano de una mujer. Pues buscaba la muerte mientras huía, diciendo: "Bástame, quita mi alma; pues no soy mejor que mis padres" (1 Rey. 19, 4). ¿De dónde, pues, tan potente, para que hiciera todas aquellas virtudes? ¿de dónde tan enfermo, para que temiera tanto a una mujer, sino porque "las aguas se pesan por medida", para que los mismos santos varones de Dios tanto valgan mucho por la potencia de Dios, y de nuevo estén moderados por una cierta medida por su propia enfermedad? En aquellas virtudes Elías reconocía qué había recibido de Dios; en estas enfermedades, qué podía ser de sí mismo. Aquella potencia fue virtud, esta enfermedad fue custodia de la virtud. En aquellas virtudes mostraba qué había recibido, en estas enfermedades

custodiaba esto que había recibido. En los milagros se mostraba Elías, en las enfermedades se conservaba.

11. Y de Pablo declinando la muerte, o sufriendo las tentaciones de Satanás.---Así veo a Pablo sosteniendo peligros de ríos y de ladrones, de ciudad y de soledad, de mar y de tierra (2 Cor. 11, 26), frenando su cuerpo con ayunos y vigilias, sosteniendo la pesadumbre del frío y de la desnudez, ejerciéndose vigilante y pastoralmente para la custodia de las iglesias, arrebatado hasta el tercer cielo, y de nuevo arrebatado al paraíso (Ibíd. 12, 4), y habiendo oído palabras arcanas que no es lícito al hombre hablar; y sin embargo se le concede a un ángel de Satanás para tentarlo (Ibíd. 12, 7), ora para que deba ser librado, y no es escuchado. Cuando miro sus mismos inicios de conversión, considero que la piedad suprema le abre los cielos, y Jesús se le muestra a él desde lo sublime. El que perdió la luz del cuerpo por un tiempo, recibió la luz del corazón para siempre. Es enviado a Ananías (Hech. 9, 7), es llamado vaso de elección; y sin embargo se retira huyendo de esa misma ciudad a la cual había entrado después de la visión de Jesús, como él mismo testifica diciendo: "En Damasco, el prepósito de la nación bajo el rey Aretas custodiaba la ciudad de los damascenos para prenderme; y por una ventana en una espuerta fui bajado por el muro, y así escapé de sus manos" (2 Cor. 11, 32). A quien libremente diría: ¡Oh Pablo!, ¿ya contemplas a Jesús en el cielo, y todavía huyes de un hombre en la tierra? ¿Eres llevado al paraíso, conoces las

secretas palabras de Dios, y todavía eres tentado por un ángel de Satanás? ¿De dónde tan fuerte, para que seas arrebatado a las cosas celestiales? ¿De dónde tan enfermo, para que huyas de un hombre en la tierra, y todavía toleres adversidades de un ángel de Satanás, sino porque aquel mismo que te eleva de nuevo te modera con una sutilísima medida, para que tanto en tus milagros nos prediques la virtud de Dios, como de nuevo en tu temor nos haga recordar nuestra propia enfermedad? La cual enfermedad, sin embargo, para que no nos arrastre a la desesperación cuando pulsa, mientras rogabas al Señor acerca de tu enfermedad, porque no fuiste escuchado, nos hablaste también lo que oíste: "Bástate mi gracia, pues la virtud se perfecciona en la enfermedad" (2 Cor. 12, 9).

12 La enfermedad es custodia de la virtud.--- Por la abierta voz de Dios, por tanto, se muestra que la enfermedad es custodia de la virtud. Pues entonces somos bien custodiados interiormente, cuando por la dispensación de Dios somos tolerablemte tentados exteriormente, a veces por los vicios, a veces por las presiones. Pues a aquellos también que conocimos que fueron varones de virtudes, no les faltaron tentaciones y combates de los vicios. Pues de aquí es que para nuestro consuelo el mismo predicador egregio se digna manifestar algunas tales cosas de sí, diciendo: "Veo otra ley en mis miembros, que repugna a la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado, que está en mis miembros" (Rom. 7, 23). Pues la carne arrastra a lo ínfimo, para que no se

exalte el espíritu: y el espíritu arrastra a lo sumo, para que no postre la carne. El espíritu eleva, para que no yazgamos en lo ínfimo; la carne agrava, para que no nos exaltemos de lo sumo. Si no elevándonos el espíritu nos tentara la carne, sin duda alguna por la perfección de su tentación nos arrojaría a lo ínfimo. Pero de nuevo, si no tentándonos la carne el espíritu nos elevara a lo sumo, en el caso de la soberbia ella misma nos postraría peor por la elevación. Pero sucede por un cierto moderamen que, mientras cada uno de los santos es ya en verdad arrebatado interiormente a lo sumo, pero todavía es tentado exteriormente, no incurra ni en el lapso de la desesperación ni en el de la elación, puesto que ni la tentación exterior perfecciona la culpa, porque la intención interior tira hacia arriba; ni de nuevo la intención interior eleva a la soberbia, porque la tentación exterior humilla mientras agrava. Y así conocemos con gran orden en el progreso interior qué recibimos, en el defecto exterior qué somos. Y de modo admirable se actúa, para que ni nadie deba exaltarse por la virtud, ni desesperar por la tentación, porque mientras el espíritu tira, y la carne retira, por un sutilísimo moderamen del juicio interno, la mente se equilibra en un cierto medio por debajo de lo sumo y por encima de lo ínfimo. Bien, pues, se dice: "Y pesó las aguas por medida". Sigue:

CAPÍTULO VII.

VERS. 26, 27.---Cuando ponía una ley a las lluvias, y un camino a las tormentas sonantes,

entonces la vio, y la narró, y la preparó, y la investigó.

13. A los pregoneros de la Palabra de Dios se les impone una ley, para que cumplan con la obra lo que predican. A los que guardan esta ley se les abre el acceso a los corazones de los hombres.--- Suelen significarse por las lluvias los dichos de los que predican. De donde se dice por Moisés: "Espérese como lluvia mi elocuio" (Deut. 32, 2). Cuyas palabras, a saber, cuando persuaden suavemente, son lluvias; pero cuando truenan cosas terribles sobre el juicio venidero, son tormentas sonantes. Y ha de notarse que se pone una ley a las lluvias, para que se abra camino a las tormentas sonantes. Pues la ley se les pone a los mismos predicadores, para que cumplan viviendo lo que se apresuran a persuadir hablando. Pues la autoridad de hablar se pierde cuando la voz no es ayudada por la obra. Pues de aquí se dice por el Salmista: "Pero al pecador dijo Dios: ¿Por qué tú narras mis justicias, y asumes mi testamento por tu boca? Tú en verdad odiaste la disciplina, y proyectaste mis sermones tras de ti" (Sal. 49, 16). Pues el predicador proyecta los sermones de Dios tras de sí cuando desprecia hacer esto que dice. ¿Pero cuándo obedecerá otro a sus dichos, mientras él mismo rechaza con la obra lo que predica con la voz, y disimula oír lo que narra? De esta ley de la predicación está escrito: "El que solviere uno de estos mandamientos mínimos, y enseñare así a los hombres, mínimo será llamado en el reino de los cielos; pero el que hiciere y enseñare así, grande será llamado en el reino de los cielos" (Mat. 5,

19). A saber, llama reino de los cielos a la Iglesia presente, de la cual está escrito: "Y recogerán de su reino todos los escándalos" (Mat. 13, 41). Pues en el reino supremo no se tienen escándalos que deban ser recogidos de él. El que, pues, solve con la obra, y así enseña con la voz, en este reino de los cielos será el mínimo, y en aquel ni siquiera el mínimo. Pero puso camino a las tormentas sonantes cuando hizo acceso a sus predicadores a los corazones de los hombres golpeados por el terror del juicio venidero. Primero, pues, se pone la ley, para que después se abra el camino, porque aquella voz penetra el corazón del que oye, la cual conserva con la obra lo que ha sonado con la boca. Pero cuando ponía ley a las lluvias y camino a las tormentas sonantes, entonces Dios vio esta sabiduría, la narró, la preparó y la investigó. Por una locución usual del sacro elocuio, se dice que Dios ve, cuando nos hace ver, como dice el Señor al varón justo: "Ahora conocí que temes a Dios" (Gén. 22, 12). Y los israelitas son prevenidos: "El Señor vuestro Dios os tienta para saber si lo amáis" (Deut. 13, 3); esto es, para haceros saber. Entonces, pues, cuando ponía ley a las lluvias, esto es, daba el mandato de custodia a los predicadores, hizo que esta sabiduría encarnada fuera vista y narrada por los predicadores, preparada e investigada por los oyentes. Pues se la prepara para sí quienquiera que la prepara propicia para el día del juicio viviendo bien. Y ha de notarse que de ella se han dicho cuatro cosas. Pues dice: "Vio, narró, preparó, investigó". Pues la vio, porque es la Especie (Forma); la narró, porque es la Palabra;

la preparó, porque es el Remedio; la investigó, porque es lo Oculto. ¿Pero cuándo se penetra por la mente humana esto de que la eterna sabiduría de Dios es llamada Especie del Padre y Palabra? ¿Pues quién entendería o una palabra sin tiempo, o una especie sin circunscripción? Debía, pues, decirse algo que el hombre conociera de ella en sí mismo. De donde aptamente se subañade:

CAPÍTULO VIII

[Rec. VI].

VERSÍCULO 28.---Y dijo al hombre: He aquí que el temor del Señor, esa es la sabiduría; y apartarse del mal es la inteligencia.

14. El que teme a Dios comienza a poseer su sabiduría, y la reconoce en sí mismo, la cual no puede reconocer en su propia naturaleza.---Como si se dijera abiertamente: Vuelve a ti mismo, hombre, escudriña los secretos de tu corazón. Si descubres que temes a Dios, ciertamente consta que estás lleno de esta sabiduría. La cual, si todavía no puedes conocer qué es en sí misma, ya conoces entretanto qué es en ti. Pues la que es temida entre los ángeles por sí misma, entre ti se llama temor del Señor, porque es cierto que la tienes si no es incierto que temes a Dios. De aquí también se dice por el Salmista: "El principio de la sabiduría es el temor del Señor" (Sal. 110, 10); porque entonces comienza a penetrar el corazón, cuando lo perturba con este pavor del juicio extremo. El sermón divino, por tanto, se atrae hacia nuestra pequeñez; como un padre habla con su

hijo pequeño, para que pueda ser entendido por él, balbucea espontáneamente. Pues porque no podemos penetrar la naturaleza de la sabiduría en lo que es en sí misma, por la condescendencia de Dios hemos oído qué es en nosotros, cuando se dice: "He aquí que el temor del Señor, esa es la sabiduría". Pero porque aquel entiende verdaderamente la fuerza del temor divino que se custodia de todas las obras depravadas, rectamente se subañade: "Y apartarse del mal, la inteligencia". Aquellas cosas, pues, que siguen, porque están llenas del espíritu de profecía, las mismas palabras de la sagrada historia testifican cuando se dice:

CAPÍTULO IX

[Vet. VIII, Rec. VII].

CAP. XXIX, VERS. 1.---Añadió también Job, asumiendo su parábola, y dijo.

15. Job prenuncia los últimos tiempos de la Iglesia, en los cuales ha de padecer por los carnales y los herejes.---Porque como la parábola se denomina similitud, consta abiertamente que por la forma de las palabras exteriores habla misterios quien se recuerda que asumió una parábola para hablar. Pues cuando narra las suyas, denuncia cualesquiera cosas que han de venir a la santa Iglesia; y por esto que él mismo padece, indica qué padece ella. A veces, en verdad, mezcla de tal modo las palabras de su historia que nada alegórico suena; pero a veces habla de tal modo sus dolores como si hablara por la voz de la Igle-

sia doliente. En esta última parte de su discurso designa el último tiempo de la Iglesia, cuando se ve obligada a tolerar con irrisión a sus adversarios, esto es, a todos los carnales, o a los herejes y gentiles, a quienes ahora procura reprimir por la autoridad de la sabiduría, cuando están elevados por una jactancia desenfrenada. De donde también en este discurso se dice: "Pero ahora me deriden los menores en tiempo, cuyos padres no me dignaba poner con los perros de mi grey" (Job 30, 1). Y la misma razón del orden exige que por las palabras del bienaventurado Job se designen los últimos días de la santa Iglesia, cuando, creciendo la persecución, se ve compelida a tolerar las voces abiertas de los herejes, cuando los movimientos de su corazón, que ahora cubren dentro de los senos de sus pensamientos, entonces los abren en la voz del error manifestado. Pues ahora, como se dice por Juan (Apoc. 20, 3), el dragón se tiene clausurado en el abismo, porque la malicia diabólica se oculta en sus corazones astutos. Pero como allí se ha dicho, se sacará al dragón del pozo del abismo, porque lo que ahora se cubre por temor, entonces contra la Iglesia se abre públicamente todo el veneno serpentino de los corazones de los inicuos. Pues ahora se esconde bajo una lengua halagadora la conciencia sañuda, y la malicia de la astucia se cubre como con un abismo de simulación; ahora el Señor, como se dice por la voz del Salmista, "congrega como en un odre las aguas del mar" (Sal. 32, 7). Pues el odre es el pensamiento carnal. Las aguas del mar, pues, están congregadas en un odre cuando la amargura

de la mente perversa no irrumpe exteriormente en la voz de la libertad depravada. Vendrá ciertamente el tiempo cuando contra esto los perversos y carnales prediquen con voz abierta lo que ahora maquinan con pensamiento oculto. Vendrá el tiempo cuando opriman a la Iglesia católica no solo con voces injustas, sino también con crueles llagas.

16. De dos modos padece persecución la Iglesia, con palabras y con espadas.---Pues de sus adversarios la Iglesia padece persecución de dos modos, a saber, o con palabras, o con espadas. Pero cuando sostiene la persecución con palabras, se ejercita su sabiduría; pero cuando con espadas, se ejercita su paciencia. Pero las persecuciones de las palabras de los herejes las toleramos ahora también diariamente, cuando los mismos herejes nos halagan con lenguas astutas y falsa humildad. Las persecuciones en verdad de las espadas han de seguir cerca del fin del mundo, para que los granos que han de ser guardados en los hórreos celestiales tanto más verdaderamente sean despojados de las pajas de los pecados cuanto más estrechamente sean afligidos. Entonces todos los electos que fueren comprendidos en aquella tribulación se acuerdan de estos tiempos en los que ahora la Iglesia tiene la paz de la fe, y reprime los cuellos soberbios de los herejes, no por el potentado de la cumbre, sino por el yugo de la razón. Se acuerdan de nosotros, que llevamos tiempos quietos de fe; que aunque seamos coartados en las guerras de las naciones, sin embargo no somos expugnados en los dichos de los padres.

El bienaventurado Job, pues, teniendo el tipo de la santa Iglesia, que entonces se encuentra en aquellas angustias; y sin embargo acordándose, como dije, de nuestra quietud, narra sus cosas pasadas, y denuncia a los otros las venideras, diciendo:

CAPÍTULO X

[Rec. VIII].

VERSÍCULO 2.---¿Quién me concederá que yo sea como en los meses antiguos?

17. Aunque la Iglesia ya ha padecido cosas graves, ha de padecer otras mucho más graves.--- Pues muchas tales cosas dirá la santa Iglesia oprimida por los dolores. Pues ha de suceder que sea angustiada por tan grandes tribulaciones, que desee con un gran suspiro estos tiempos que nosotros toleramos con gran dolor. Diga, pues, diga por la voz del bienaventurado Job: "¿Quién me concederá que sea como en los meses antiguos?". Pues como el número estatuido de días se llaman meses, ¿qué otra cosa significa con el nombre de meses sino las colecciones de almas? Pues los días, mientras se congregan en meses, se substraen, porque también en este tiempo la santa Iglesia, mientras congrega las almas que resplandecen con la luz de la verdad, las esconde en lo íntimo. A veces también el mes se pone por la perfección, como dice el profeta: "Habrá mes tras mes" (Is. 66, 23); a saber, perfección en el descanso para aquellos para quienes ahora hubo perfección en la operación. Acuérdese, pues, de la

perfección antigua, reduzca a la memoria cuántos lucros reportaba con su predicación a las almas congregadas, y angustiada por las tribulaciones diga: "¿Quién me concederá que sea como en los meses antiguos?". En los cuales meses, a saber, de qué clase fue, lo subañade enumerando, diciendo:

CAPÍTULO XI.

VERS. 2, 3.---Como en los días en que Dios me custodiaba, cuando resplandecía su lámpara sobre mi cabeza, y a su luz caminaba entre las tinieblas.

18.---Entonces muchos enfermos caerán, doliéndose los fuertes por su caída.---Pues entonces ve por sí misma, compeliendo la persecución, caer a muchos de los enfermos, a quienes ahora como madre fomenta pequeñuelos dentro del seno de la paz, y contiene dentro de las tranquilas cunas de la fe, porque mezclados con los fuertes, se nutren con esa misma tranquilidad de la fe. Pero entonces muchos tales han de caer, y por las vísceras de la caridad, el ánimo de los perfectos se duele de padecer todo lo que sostiene en el daño de los pequeñuelos. Pues los daños de los enfermos pasan a los corazones de los fuertes por la compasión. De donde se dice por Pablo: "¿Quién enferma y yo no enfermo? ¿quién se escandaliza y yo no me quemo?" (2 Cor. 11, 29). Pues tanto más perfecto es cada uno cuanto perfectamente siente los dolores ajenos. De donde la santa Iglesia angustiada por los enfermos que entonces caen, cuando se acuerda de estos tiempos, con derecho

ha de decir: "Como en los días en que Dios me custodiaba", porque estima que entonces cae en aquellos que ahora mira que son custodiados en estos. Pero bien se dice: "Cuando resplandecía su lámpara sobre mi cabeza, y a su luz caminaba entre las tinieblas". Pues con el nombre de lámpara se significa la luz de la sagrada Escritura, de la cual dice el mismo pastor de la Iglesia: "Tenemos el sermón profético más firme, al cual hacéis bien en atender, como a una lámpara que luce en lugar caliginoso, hasta que el día ilumine, y el lucero nazca en vuestros corazones" (2 Ped. 1, 19). Y el Salmista dice: "Lámpara para mis pies es tu palabra, Señor" (Sal. 118, 105). Pero porque nuestro principal es la mente, con la apelación de cabeza se llama la mente. De donde se dice por el Salmista: "Impinguaste en óleo mi cabeza" (Sal. 22, 5). Como si dijera abiertamente: Llenaste mi mente con la pingüedumbre de la caridad. Ahora, pues, la lámpara resplandece sobre la cabeza de la Iglesia, porque los sacros elocuios irradian las tinieblas de nuestra mente, para que en este lugar caliginoso de la vida presente, mientras percibimos la luz de las palabras de Dios, veamos qué cosas han de hacerse. Ahora camina a su luz en las tinieblas, puesto que la santa Iglesia universal, aunque no penetra los pensamientos ocultos ajenos, porque como si no conociera la cara en la noche, sin embargo pone los pasos de la buena obra, dirigida por la luz de la locución suprema. Sigue:

CAPÍTULO XII

[Rec. IX].

VERSÍCULO 4.---Como fui en los días de mi juventud, cuando secretamente Dios estaba en mi tabernáculo.

19. Las varias edades de la Iglesia: infancia, juventud, senectud. Al final, sin embargo, ha de recibir muchos hijos.---Como de cada hombre individual, así se describe la edad de la santa Iglesia. Pues era pequeñuela entonces cuando, recién nacida, no podía predicar la palabra de vida. Pues de aquí se dice de ella: "Nuestra hermana es pequeña, y no tiene pechos" (Cant. 8, 8), porque sin duda la santa Iglesia, antes de que aprovechara por los incrementos de la virtud, no pudo ofrecer los pechos de la predicación a cualesquiera oyentes enfermos. Pero la Iglesia se llama adulta cuando, acoplada al Verbo de Dios, llena del Espíritu Santo, se fecunda en la concepción de los hijos por el ministerio de la predicación, a quienes exhortando los parture, convirtiendo los pare. De esta edad de ella se dice al Señor: "Las jovencillas te amaron" (Cant. 1, 3). Pues todas las iglesias, que hacen una sola católica, se llaman jovencillas, no ya viejas por la culpa, sino noveles por la gracia; no estériles por la senectud, sino por la edad de la mente congruas a la fecundidad espiritual. Entonces, pues, cuando en aquellos días la Iglesia, como debilitada por una cierta senectud, no valga para parir hijos por la predicación, se acuerda de la fecundidad antigua diciendo: "Como fui en los días de mi juventud". Aunque después de esos mismos días en los que es depri-

mida, ya sin embargo cerca del mismo fin de los tiempos se robustecerá con gran virtud de predicación. Pues recibidas las gentes a pleno, atrae al seno de la fe a todo el pueblo israelítico que entonces se encuentre. Pues está escrito: "Hasta que la plenitud de las gentes entrara, y así todo Israel se salvara" (Rom. 11, 25). Pero antes de aquellos tiempos habrá días en los que se verá un poco oprimida por los adversarios, cuando también se acuerda de estos días diciendo: "Como fui en los días de mi juventud, cuando secretamente Dios estaba en mi tabernáculo".

20. [Vet. X]. El que medita los mandatos de Dios, tiene a Dios habitando en él. Los santos se circunspectan por fuera y por dentro.---¿Qué recibimos en este lugar por el tabernáculo sino la habitación de la mente? Porque por todo lo que hacemos pensando, habitamos en el consejo de nuestro corazón. Pero quienquiera que piensa tácito los mandatos de Dios, secretamente tiene a Dios en su tabernáculo. Pues había visto que la habitación de su corazón estaba ante los ojos de Dios el que decía: "Y la meditación de mi corazón siempre en tu presencia" (Sal. 18, 15). Pues las obras exteriores están patentes a los ojos de los hombres, pero mucho e incomparablemente nuestras pensamientos interiores y sutilísimos están patentes a los ojos de Dios. Pues todas las cosas, como está escrito, están desnudas y abiertas a sus ojos (Heb. 4, 13). And a menudo en la obra exterior tememos aparecer desordenados ante los ojos de los hombres, y en el pensamiento interior no tememos el respeto de aquel que

viéndolo todo no vemos. Pues somos mucho más conspicuos por dentro para Dios que por fuera para los hombres. De donde también todos los santos se circunspectan por fuera y por dentro, y temen o ser reprendidos por sí mismos exteriormente, o ser vistos invisibilmente inicuos por dentro. De aquí es que los animales que se ven por el profeta se recuerdan que están llenos de ojos en el circuito y por dentro (Ezeq. 1, 18; 10, 12). Pues quienquiera que dispone honestamente sus cosas exteriores, pero negligencia las interiores, tiene ojos en el circuito, pero no los tiene por dentro. Pero todos los santos, porque tanto circunspectan sus cosas exteriores para ofrecer buenos ejemplos de sí a los hermanos, como atienden vigilantes sus cosas interiores porque se preparan irreprochables para las miradas del juez interno, se dice que tienen ojos en el circuito y por dentro; y más se componen en sus cosas internas para agradar a Dios, como por el Salmista también se dice de la santa Iglesia: "Toda la gloria de ella, la hija del rey, desde dentro" (Sal. 44, 14). Pero porque también custodia sus cosas exteriores irreprensibles, con derecho subañadió de ella: "En fimbrias de oro circundada de variedad", para que sea bella para sí por dentro, y para otros por fuera; y promoviéndose por la gloria interna, y instruyendo a otros por los ejemplos exteriores de las obras. Diga, pues, el bienaventurado Job por sí mismo, diga por la persona de la Iglesia universal: "Cuando secretamente Dios estaba en mi tabernáculo". Pues para demostrar cuánto aprovechó por dentro, afirma que Dios estuvo

secretamente en su tabernáculo. Para mostrar también cuánto custodió por fuera las obras de rectitud, añade:

CAPÍTULO XIII.

VERS. 5.---Cuando estaba el Omnipotente conmigo, y en mi circuito mis hijos.

21. Mientras los santos vacan a Dios interiormente, los malos solo buscan lo exterior. No tienen religión, sino que la simulan. ---Todos los que temen los preceptos divinos se convierten en tabernáculo de Dios. Por lo cual, como ya dijimos arriba (Num. 6), la Verdad misma dice de aquel que guarda sus mandamientos: Yo y mi Padre vendremos, y haremos mansión en él (Juan XIV, 23). Por el contrario, los perversos, mientras no apetecen lo interno, se derraman fuera en sus pensamientos. Por lo cual se les dice por el profeta: Volved, prevaricadores, al corazón (Isa. XLVI, 8). Y de nuevo: ¡Ay de los que pensáis lo inútil! (Miq. II, 1). Pues en sus acciones temen a los hombres, a quienes ven corporalmente, y no estiman que Dios les está presente, a quien no ven. Por lo contrario se dice en alabanza del justo, cuando despreciaba al rey de Egipto y obedecía los mandatos de Dios: Porque sostuvo al invisible como si lo viera (Hebr. XI, 27). Pues casi no vio al perverso príncipe de la tierra, a quien arrojó de los ojos de su corazón. Pero sostuvo al Rey invisible como si lo viera, porque no desvió el ojo de la mente de la intuición de su temor. Así pues, la santa Iglesia, sorprendida entonces en grandes tribulaciones, cuando ve a muchos apar-

tarse de Dios por un pensamiento depravado, ve ciertamente que el habitáculo de su mente queda vacío al retirarse Dios, y con justicia deplora diciendo: Cuando secretamente Dios estaba en mi tabernáculo. [Vet. XI.] Con cuyas palabras no sin mérito se lamenta también la simulación de la religión, porque algunos aun ahora no apetecen ser cristianos, sino parecerlo. Para estos, evidentemente, Dios está en lo público, no en lo secreto. Pero la santa Iglesia desea tener a Dios en lo secreto, porque mira a aquellos verdaderos fieles, a quienes conoce que permanecen con pleno corazón en la vida de la fe. La cual dice también según la rectitud exterior de su vigor: Cuando estaba el Omnipotente conmigo, y en mi circuito mis hijos. Se llaman hijos, ciertamente, los que sirven a los mandatos celestiales. Por lo cual dice el Señor por el profeta: He aquí yo y mis hijos que me dio Dios (Isa. VIII, 18). Y de nuevo en el Evangelio: Hijos, ¿acaso tenéis algo de comer? (Juan XXI, 5). Ahora, pues, están sus hijos en su circuito, porque en casi todas las gentes se encuentran quienes guardan los mandatos celestiales y obedecen a las reglas de la disciplina espiritual. Los cuales ciertamente faltarán entonces al obsequio como hijos, cuando los malvados que fueren hallados desprecien sus mandatos espirituales. Sigue:

CAPÍTULO XIV

[Rec. X].

VERS. 6.---Cuando lavaba mis pies con manteca.

22. Los pies del Señor son los predicadores, a quienes unge y limpia. ---Como ya hemos dicho frecuentemente que Cristo y la Iglesia son una sola persona, a saber, Él la cabeza de este cuerpo, y ella el cuerpo de aquella cabeza, de una manera deben entenderse estas palabras según la voz de la cabeza, y de otra según la voz del cuerpo. ¿A quiénes, pues, entendemos por los pies del Señor sino a los santos predicadores? De los cuales dice: Y andaré en ellos (Lev. XXVI, 12). Con manteca (butyro), pues, se lavan los pies, porque los santos predicadores se llenan de la gordura de las buenas obras. Pues, como ya dijimos arriba (Lib. I, n. 30), apenas pasa la predicación misma sin alguna falta. Pues cualquier predicador, o es arrastrado a una pequeña indignación si es despreciado, o a una pequeña gloria si es venerado por los oyentes. Por lo cual también a los apóstoles se les lavaron los pies, para que se limpiaran de cualquier pequeño contagio contraído en la predicación misma, como de un polvo recogido en el camino. Y el bienaventurado Santiago dice: No os hagáis muchos maestros, hermanos míos (Sant. III, 1). Y poco después: Porque todos ofendemos en muchas cosas (Ibíd., 2). Se lavan, pues, los pies con manteca, porque con la gordura de la buena obra se infunde y se limpia el polvo recogido de la gloria de la predicación. O ciertamente se lavan los pies con manteca cuando se confieren a los santos predicadores los estipendios debidos por los oyentes, y a los que fatiga el trabajo mandado de la predicación, los recrea la gordura de la buena obra mostrada por los

discípulos; no porque por eso prediquen para ser alimentados, sino que por eso sean alimentados para que prediquen; esto es, para que subsistan para predicar, no para que la acción del predicador pase a la intención de recibir el sustento, sino que los ministerios de la sustentación sirvan a la utilidad de la predicación. Por lo cual por los buenos predicadores no se imparte la predicación por causa del sustento, sino que por causa de la predicación se recibe el sustento. Y cuantas veces se confiere a los predicadores lo necesario por los oyentes, no suelen gozarse por el don de las cosas, sino por el premio de los que lo confieren. Por lo cual se dice por Pablo: No busco el don, sino que requiero el fruto (Fil. IV, 17). El don es ciertamente la cosa misma que se imparte; pero el fruto del don es si se imparte algo con mente benigna por el deseo de la recompensa futura. Por tanto, el don lo recibimos en la cosa, el fruto en el corazón. Y porque el Apóstol se alimentaba más del premio que del don de sus discípulos, confiesa que de ningún modo buscaba el don, sino el fruto. Por lo cual añadió inmediatamente diciendo: Lo tengo todo, y abundó (Ibíd., 18). Con manteca, pues, se lavan los pies cuando los santos predicadores, como hemos dicho, fatigados por la predicación misma, son recreados por las buenas obras de sus oyentes. Pues había ungido con manteca los pies cansados aquel que oía: Las entrañas de los santos han descansado por ti, hermano (Filem. 7). Con esta manteca había sido ungido el pie que estaba retenido en la cadena, diciendo: Dé el Señor misericordia a la casa de Onesíforo, porque

muchas veces me refrigeró y no se avergonzó de mi cadena (I Tim. II, 16). Si, pues, pesamos estas palabras desde la voz de la cabeza, rectamente aceptamos por pies, como se ha dicho, a los predicadores.

[Vet. XII.] 23. Los pies de la Iglesia son los ministros inferiores, que cuidan de lo terreno. ---Si debemos entender estas cosas desde la voz del solo cuerpo, sin duda los pies de la Iglesia son los ministros de las obras inferiores, que mientras ejercen para los usos necesarios lo que está afuera, por el extremo ministerio se adhieren a la tierra como los pies. Pero deben los que presiden, que vigilan en el estudio de la doctrina, buscar con solícito cuidado los corazones de los ocupados, y suministrarles aquella infusión de gordura que ellos perciben en su ocio, mediante la voz de la frecuente amonestación. Pues porque en un solo cuerpo los miembros están solícitos los unos por los otros, así como por los ministerios de aquellos se sostienen nuestros extremos, así es necesario que por nuestros estudios se llenen los interiores de ellos. Cuando, pues, los santos doctores predican a algunos dedicados a los ministerios extremos la unción de la encarnación dominical, lavan los pies con la manteca del elocuio. Suelen también los pies ser lacerados por la misma aspereza del camino. Por lo cual es totalmente difícil hacer el camino de esta vida en las acciones terrenas, y no sostener ninguna herida por el trabajo del camino. Cuando, pues, los prepósitos vigilantes revocan al corazón a sus oyentes atentos a los cuidados exteriores, para

que conozcan los males que hubieren admitido entre las mismas obras lícitas, y lloren lo que conocieron, lavan los pies con manteca, porque suministran a sus heridas los ungüentos de la penitencia. Rememore, pues, la Iglesia entonces vehementemente afligida, cómo en el tiempo de su paz, por la palabra de exhortación, limpiaba en sí aun a los miembros extremos, y diga: Cuando lavaba mis pies con manteca. Lo cual place considerar admirablemente en el bienaventurado Job, quien entre tantos cuidados de las cosas, entre tantos afectos de los hijos, entre tantos estudios de los sacrificios, predicaba a sus súbditos, por extremos que fueran, los bienes de la vida siguiente, para imbuir de lo celestial a quienes le servían en las obras terrenas. ¿Qué decimos a esto nosotros los obispos, que no cuidamos de impartir la palabra de vida a los que nos han sido encomendados, cuando a un hombre casado no pudo prohibirle el oficio de la predicación ni el hábito secular ni la ocupación de una gran hacienda? [Rec. XI]. Pero, conservada la verdad de la historia, volvamos ya a las palabras de la santa Iglesia, que habla por el bienaventurado Job, esto es, por la boca de su miembro, de cuán grandes sean las cosas que padecerá en el tiempo extremo, cuando se acuerda de sus cosas pasadas, cuando por aquella gordura de la palabra se lavaba la vida de los que trabajaban. La cual, siguiendo más plenamente la misma vigilancia de sus predicadores, añade:

CAPÍTULO XV.

IBID. Y la piedra me derramaba arroyos de aceite.

24. En la Iglesia los arroyos de aceite son o los sagrados dogmas, o la gracia del Espíritu Santo. ---Porque bajo el nombre de piedra se entiende a Cristo, como confiesa el preclaro predicador diciendo: Pero la piedra era Cristo (I Cor. X, 4). Esta piedra, evidentemente, derrama ahora para uso de la santa Iglesia arroyos de aceite, porque el Señor, hablando en ella, emana las predicaciones de la unción íntima. De esta piedra salió un arroyo de aceite: el libro de Mateo, el libro de Marcos, el libro de Lucas y el libro de Juan. En las diversas partes de este mundo donde emitió sus predicaciones, tantos arroyos de aceite derramó esta piedra por las bocas de todos los apóstoles. Tantas veces se derrama aún de esta piedra un arroyo de aceite, cuantas veces se explican por el Espíritu Santo, para ungir las mentes de los oyentes, las cosas que fueron dichas de Cristo en los libros antiguos. Y se llaman arroyos de aceite porque corren y ungen. En los cuales quienquiera que se tiñe, se unge; quienquiera que se unge, se engorda interiormente [Vet. XIII]. De cuya gordura ciertamente dice el Salmista: Como de sebo y de gordura se llene mi alma (Sal. LXII, 6). Puede designarse con el nombre de aceite la misma unción del Espíritu Santo, de la cual se dice por el profeta: Se pudre el yugo ante la faz del aceite (Isa. X, 27). Pues el yugo se pudre ante la faz del aceite porque, mientras somos ungidos por la gracia del Espíritu Santo, somos librados de la servidumbre de nuestra cautividad; y mientras

se repele la soberbia dominación del espíritu maligno, se rompe el yugo con que eran oprimidos los cuellos de nuestra libertad. De este aceite está escrito de nuevo: Una viña se hizo para mi amado en un cuerno, hijo del aceite (Isa. V, 1). Pues hijo del aceite se llama al pueblo fiel, que es engendrado para la fe de Dios por la íntima unción del Espíritu Santo. Recuerde, pues, entonces la santa Iglesia, deprimida por muchas tribulaciones, los dones del Espíritu y las admirables predicaciones que ahora tiene, y deplore su silencio diciendo: La piedra me derramaba arroyos de aceite. A cuyas palabras añade congruentemente:

CAPÍTULO XVI.

VERS. 7-10.---Cuando yo salía a la puerta de la ciudad, y en la plaza me preparaban la cátedra. Me veían los jóvenes y se escondían, y los ancianos levantándose estaban en pie. Los príncipes cesaban de hablar y ponían el dedo sobre su boca. Los duques reprimían su voz, y su lengua se pegaba a su garganta.

25. Las buenas obras y la cátedra de la doctrina son insignias de la Iglesia. ---Fue costumbre de los antiguos que los mayores se sentaran en la puerta y juzgaran las causas de los que entraban, para que tanto más pacífico fuera el pueblo de la ciudad, cuanto no se permitiera entrar en ella a los discordes. Pero nosotros, venerando la sagrada historia, tenemos por cierto que el bienaventurado Job hizo estas cosas por el culto de la justicia, y somos conducidos a indagar los misterios de la alegoría. ¿Qué se designa, pues, por la

puerta de la ciudad sino cualquier buena acción, por la cual el alma entra a la asamblea del reino celestial? Por lo cual también dice el Profeta: Tú que me exaltas de las puertas de la muerte, para que anuncie todas tus alabanzas en las puertas de la hija de Sión (Sal. IX, 15). Pues las puertas de la muerte son las acciones depravadas que arrastran a la perdición. Pero porque Sión significa contemplación, entendemos por puertas de Sión las acciones buenas por las cuales entramos en la patria suprema para contemplar la gloria de nuestro Rey. ¿Y qué se designa por la cátedra sino la autoridad del magisterio? En la voz griega, plaza (platea) se pone por latitud. Ahora, pues, la santa Iglesia sale a la puerta de la ciudad porque, para percibir el acceso al reino celestial, se ejercita en las santas acciones. Para ella se prepara la cátedra en la plaza porque, en la latitud de una gran autoridad, muestra la libertad de su magisterio. Pues lo recto que siente lo predica con voz pública, como si se sentara en la cátedra en la plaza, cuando nada teme por su predicación y, no oprimida por los terrores de nadie, no se esconde bajo el silencio. ¿Acaso no preside en público para enseñar aquella a quien apoyan a la vez la verdad del sentir y la potestad del enseñar? Pero habiendo dicho que salía a la puerta y se sentaba en la cátedra en la plaza, añade lo que hacían los livianos y los graves, diciendo:

CAPÍTULO XVII.

VERS. 8.---Me veían los jóvenes y se escondían, y los ancianos levantándose estaban en pie.

618 26. Los imperfectos temen el vigor y la rectitud de la Iglesia; los perfectos los aman. --- Si atendemos a la historia, creemos lo que dijo; si a la alegoría, vemos lo que predijo. Pues suelen llamarse jóvenes los que no están moderados por ninguna gravedad de consejo. Pero la Sagrada Escritura no acostumbra llamar ancianos a los que lo son solo por la cantidad de tiempo, sino a los maduros por la ancianidad de las costumbres. Por lo cual se dice por cierto sabio: Porque la vejez venerable no es la de mucho tiempo, ni se computa por el número de los años. Las canas del hombre son sus sentidos, y la edad de la vejez es la vida inmaculada (Sab. IV, 8). Por lo cual rectamente dice también el Señor a Moisés: Congrégame setenta varones de los ancianos de Israel, que tú sepas que son ancianos del pueblo (Núm. XI, 16). En los cuales, ¿qué otra cosa se requiere sino la ancianidad del corazón, cuando se manda elegir a tales que se sepa que son ancianos? Pues si en ellos se buscara la ancianidad del cuerpo, podrían ser conocidos por tantos cuantos pudieran ser vistos. Pero cuando se dice: Que tú sepas que son ancianos del pueblo, ciertamente queda claro que se anuncia que debe elegirse la ancianidad de la mente, no la del cuerpo. [Vet. XIV.] Ven, pues, ahora a la santa Iglesia los jóvenes y se esconden, pero los ancianos levantándose la asisten, porque los inmaduros temen su vigor y rectitud, pero los ancianos la glorifican. Todos los que son livianos huyen; pero los graves y perfectos veneran a esta levantándose por los méritos de su vida. Ciertamente los perfectos aman su disci-

plina, los imperfectos la reprenden. Ven, pues, a esta los jóvenes y se esconden, porque temen ser descubiertos en sus acciones ocultas. Pero los ancianos levantándose están en pie, porque todos los perfectos indican por la humildad cuánto han aprovechado en la buena obra. Pero porque habla estas cosas de los suyos, narre también de qué modo es temida por los extraños:

CAPÍTULO XVIII.

VERS. 9, 10.---Los príncipes cesaban de hablar y ponían el dedo sobre su boca. Los duques reprimían su voz, y su lengua se pegaba a su garganta.

27. Los herejes fueron obligados a callar en tiempos de San Gregorio. Los herejes concuerdan en la culpa, pero discrepan en las sentencias. En las adversidades de la Iglesia, los herejes predican libremente. ---¿A qué otros duques o príncipes pueden entenderse en este lugar sino a los autores de la perversidad herética? De los cuales se dice por el Salmista: Se derramó el desprecio sobre sus príncipes, y los sedujeron en el extravío y no en el camino (Sal. CVI, 40). Pues ellos, mientras no temen interpretar perversamente la dispensación de Dios, ciertamente arrastran a los pueblos súbditos no a aquel camino que es Cristo, sino al extravío. Sobre los cuales rectamente se dice también derramada la contención, porque se contradicen unos a otros con sus alegaciones. Pues Arrio, aceptando tres personas en la divinidad, creyó también en tres dioses. Contra el cual Sabelio, aceptando un solo Dios, creyó que había una sola persona. Entre los cuales la

santa Iglesia, manteniendo indeclinablemente el recto trámite de su predicación, y predicando un solo Dios, afirma tres personas contra Sabelio, y afirmando tres personas, confiesa un solo Dios contra Arrio. Porque habiendo hallado Manes que en el sacro elocuio se alababa la virginidad, condenó los matrimonios. Pero por el contrario Joviniano, porque conoció que se concedían los matrimonios, despreció la limpieza de la virginidad. De donde resulta que, estando los herejes siempre confundidos por una perversa inteligencia, a su vez su maldad concuerda en la culpa y discrepa en la sentencia. Pero por el contrario la santa Iglesia camina con paz ordenada por medio de los pleitos de ambas partes, y así sabe recibir los bienes superiores, de modo que sepa también venerar los inferiores, a fin de que ni iguale lo sumo a lo ínfimo, ni por otra parte desprecie lo ínfimo cuando venera lo sumo. Ahora, pues, los príncipes de las plebes heréticas, considerando la autoridad de la santa Iglesia, cesan de hablar y casi ponen el dedo sobre su boca, mientras significan con falsas quejas que no son reprimidos por la razón de la voz, sino por la mano de la virtud. Los duques reprimían su voz, porque sin duda estos que intentan arrastrar tras sí a los pueblos errantes, para que no se atrevan ahora a hablar cosas perversas, son frenados tanto por el peso de la autoridad como por la virtud de la razón. Cuya lengua se pegaba a su garganta porque, aunque no se atrevan a hablar cosas perversas con voz libre, sin embargo ocultan dentro de sí todas las falsedades que maquinan proponer contra la ver-

dadera fe. Acordándose, pues, la Iglesia de estos tiempos, sorprendida por la tribulación siguiente, se lamenta diciendo: Cuando yo salía a la puerta de la ciudad, y en la plaza me preparaban la cátedra. Me veían los jóvenes y se escondían, y los ancianos levantándose estaban en pie. Los príncipes cesaban de hablar y ponían el dedo sobre su boca. Los duques reprimían su voz, y su lengua se pegaba a su garganta. Como si dijera abiertamente: Cuando me fue lícito predicar con voz pública, todo el que no estuvo sujeto a la verdad se espantó de mí. Pues en aquel tiempo cuando la santa Iglesia es oprimida por la adversidad, se da licencia de hablar a todos los malos predicadores. [Vet. XV.] Lo cual viendo Jeremías mucho antes, dijo: Pero también las lamias desnudaron sus pechos, dieron leche a sus cachorros (Tren. IV, 3). Pues, ¿a quiénes llama lamias sino a los herejes, que tienen ciertamente faz humana, pero corazones bestiales por la impiedad? Los cuales desnudan el pecho cuando predican libremente su error. Entonces amamantan a los cachorros, porque mientras insinúan cosas perversas a las almas de los párvulos que los siguen malamente, los confirman en la impiedad nutriéndolos. Sigue:

CAPÍTULO XIX

[Rec. XII].

VERS. 11.---El oído que me oía me llamaba bienaventurado, y el ojo que me veía me daba testimonio.

28. Debemos dar testimonio de la Iglesia viviendo bien. ---Al confesar el bienaventurado Job que era llamado bienaventurado por los que le oían, y que le daban testimonio los que le veían, se muestra cuál fue en el sermón y cuál en la obra. Pues ni es ya perfecto en la obra aquel a quien aún contradice la depravación de la lengua; ni es laudable en el sermón quien no muestra con la obra lo que habla. Para que, pues, el bienaventurado Job, compelido por las reprensiones de sus amigos, muestre que poseyó ambas cosas, manifiesta que fue venerado tanto por los oyentes como por los que le veían. Lo cual, si lo referimos a la voz de la santa Iglesia, aquel hace bienaventuradas sus palabras porque consuma con la obra lo que oyó. Aquel le da testimonio, que responde a ella viviendo bien con los ejemplos de su vida. Pues verdaderamente ve a la santa Iglesia aquel cuya vida atestigua que la ve. Pues para esto se percibe la rectitud de los buenos dentro de ella, para que quienes la vieren se corrijan de sus depravaciones. No ve, pues, aún a los buenos dentro de la santa Iglesia quien no se ha enmendado de sus males. Pero por qué se le da testimonio, se muestra cuando añade:

CAPÍTULO XX.

VERS. 12, 13.---Porque yo libraba al pobre que clamaba, y al huérfano que no tenía quien le ayudara. La bendición del que estaba para perecer venía sobre mí, y consolaba el corazón de la viuda.

29. La Iglesia apacienta y protege a sus hijos. ---Obras son estas de gran misericordia: librar al

pobre que clama, suministrar ayuda al huérfano, arrebatar al que va a perecer, consolar el corazón de la viuda. Pues arriba se dijo qué exhibió por la doctrina. Pues dice: El oído que me oía me llamaba bienaventurado. Pero ahora narra lo que impartió por la misericordia, diciendo: Porque yo libraba al pobre que clamaba, y al huérfano que no tenía quien le ayudara. Pues la voz concuerda necesariamente con su obra. Estas cosas el bienaventurado Job tanto las exhibió a sus súbditos, como señaló que habrían de ser exhibidas por la santa Iglesia. La cual ejercita ahora ambas incesantemente, a saber, para apacentar a sus hijos hablando, y protegerlos defendiéndolos, a fin de saciar a los buenos por las palabras y protegerlos de los malos por los patrocinios. Pues bien está escrito: Germine la tierra hierba verde, y que haga simiente, y árbol fructífero que haga fruto según su género (Gén. I, 11). Lo cual de tal modo se hizo verazmente, que significara que algo habría de hacerse verazmente. Pues por la tierra se figura la Iglesia, la cual tanto nos rehace con el pasto de la palabra, como nos custodia con el pabellón del patrocinio; la cual tanto apacienta hablando como protege ayudando, para que no solo produzca la hierba de la refección, sino también con el fruto de la obra el árbol de la protección.

[Vet. XVI.] 30. En los rectores de la Iglesia ni el vigor sea rígido, ni la mansedumbre disoluta. ---Veo que también deben considerar esto los que presiden los gobiernos de los pueblos, que habiendo dicho arriba: Me veían los jóvenes y se escondían; ahora añade: Consolaba el corazón

de la viuda. ¡Cuánta disciplina de gobierno, para que ante él se escondan los jóvenes; cuánta mansedumbre de piedad, para que por él se consuelen los corazones de las viudas! Pues hay algunos tan estrictos que pierden aun toda mansedumbre de benignidad, y hay algunos tan mansos que pierden los derechos del gobierno estricto. Por lo cual todos los rectores deben mantener ambas cosas sumamente, para que ni en el vigor de la disciplina abandonen la benignidad de la mansedumbre, ni por otra parte en la mansedumbre abandonen la estrechez de la disciplina, a fin de que ni se endurezcan por la compasión de la piedad cuando corrigen a los contumaces, ni ablanden el vigor de la disciplina cuando consuelan los ánimos de los enfermos. Rija, pues, el vigor de la disciplina a la mansedumbre, y la mansedumbre adorne al vigor, y así se recomiende lo uno por lo otro, de modo que ni el vigor sea rígido, ni la mansedumbre disoluta.

31. Las obras de piedad son exhibidas corporal y espiritualmente por la Iglesia. ---Y estas obras de piedad que dijimos arriba, la santa Iglesia tanto las exhibe corporalmente, como no cesa de exhibirlas espiritualmente. Pues libra al pobre que clama cuando relaja al pecador que pide perdón las culpas que había cometido. Pues de tales pobres se dice: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 3). Y el clamor de tales pobres es el de los que dicen por voz del Salmista: Pronto nos anticipe tu misericordia, porque hemos sido hechos pobres en exceso (Sal. LXXVIII, 8).

Libra al huérfano que no tiene quien le ayude cuando cada uno, muerto el antiguo padre diablo, corriendo al seno de la santa Iglesia, encuentra en ella la ayuda de la exhortación, quien ya huye de los deseos del mundo que le persigue. Puede entenderse bajo el nombre de huérfano también cada fiel por la muerte del buen padre, de cuya visión está privado por un tiempo, aunque no está privado del consuelo. También la bendición del que va a perecer viene sobre ella cuando previene la perdición del pecador, y con santas exhortaciones lo reduce de la fosa de la culpa. Por lo cual está escrito: Quien hiciere convertirse a un pecador del error de su camino, salvará su alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de los pecados (Sant. V, 20). Pues si es de gran recompensa arrebatar de la muerte a la carne que alguna vez ha de morir, ¿de cuánta recompensa es librar de la muerte al alma, que ha de vivir sin fin en la patria celestial? Consuela el corazón de la viuda cuando narra a cada alma fiel las eternas retribuciones del Señor, como si trajera a la memoria los bienes de su marido. A quien, porque el alma está unida espiritualmente, muerto Él se llama viuda, pero es confortada por las voces de la santa Iglesia por su resurrección. Gran consuelo recibe, pues, el corazón de la viuda cuando el alma fiel conoce en las palabras de la Iglesia algo sobre el advenimiento de Aquel a quien está unida espiritualmente. Sigue:

CAPÍTULO XXI.

VERS. 14.---Me revestí de justicia, y me vestí de ella como de un vestido.

32. No hay obras buenas, si se manchan con algunas depravadas.---Ciertamente, cuando nos vestimos con un vestido, somos rodeados por todas partes. Aquel, pues, se viste de justicia como de un vestido, que se protege por todas partes con la buena obra, y no deja ninguna parte de su acción desnuda al pecado. Pues el que en unas acciones es justo y en otras injusto, es como si cubriera este flanco y desnudara aquel, y ya no son buenas las obras que se ensucian con la aparición de otras obras depravadas. Pues por esto se dice por Salomón: El que ofendiere en una sola cosa, perderá muchos bienes (Ecl. 9, 18). Por esto dice Santiago: Cualquiera que hubiere guardado toda la ley, pero ofendiere en una sola cosa, se ha hecho reo de todas (Sant. 2, 10). Sentencia suya que él mismo explicó diligentemente cuando añadió: Porque el que dijo: No cometerás adulterio, dijo también: No matarás. Que si no cometes adulterio, pero matas, te has hecho transgresor de la ley (Ibíd., 11).

33. Por tanto, se debe emplear por todas partes custodia y vigilancia. En vano están fortificadas las demás cosas, cuando se abre al enemigo aunque sea un solo acceso.---Por tanto, extendiendo los ojos del corazón por todas partes, debemos emplear custodia sobre nosotros por todos los flancos. Por lo cual rectamente se dice también por Salomón: Con toda custodia guarda tu corazón, porque de él procede la vida (Prov. 4, 23). Pues al ir a decir custodia, antepuso toda, para

que ciertamente cada uno se inspeccione diligentemente por aquí y por allá, y mientras está en esta vida, sepa que está puesto en orden de batalla contra los enemigos espirituales, no sea que pierda la recompensa que recoge por estas acciones a través de las otras, no sea que por aquí obstruya las puertas al enemigo y por otro lado abra el acceso. Pues si alguna ciudad contra los enemigos que acechan es rodeada de un gran terraplén, ceñida de fuertes muros, y protegida por todas partes con insomne custodia, pero se deja por negligencia un solo agujero en ella sin proteger; por allí sin duda entra el enemigo, que parecía excluido por todas partes. Escuchemos, pues, con cuánta fortificación rodeó la ciudad de su mente aquel fariseo que subió al templo a orar: Ayuno, dice, dos veces por semana, doy diezmo de todo lo que poseo (Lc. 18, 12). Quien antepuso: Te doy gracias; ciertamente empleó grandes defensas. Pero veamos dónde dejó un agujero sin proteger para el enemigo que acecha: Porque no soy como ese publicano (Ibíd. 11). He aquí que abrió la ciudad de su corazón a los enemigos que acechan por la elación, la cual en vano cerró por el ayuno y las limosnas. Inútilmente están fortificadas las demás cosas, cuando no está protegido el único lugar por el que el enemigo tiene abierto el acceso. Rectamente dio gracias, pero perversamente se ensalzó sobre el publicano. Al ensalzarse entregó la ciudad de su corazón, la cual guardó absteniéndose y repartiendo. Fue vencida la gula por la abstinencia, destruida la glotonería del vientre, superada por la largueza la tacañería, deprimida

la avaricia. ¿Con cuántos trabajos creemos que se hizo esto? ¡Pero oh, cuántos trabajos cayeron heridos por un solo vicio, cuántos bienes fueron aniquilados por la espada de una sola culpa! Por lo cual es sumamente necesario tanto obrar siempre el bien, como guardarnos cautamente en el pensamiento de esas mismas obras buenas, no sea que si elevan la mente, no sean buenas las que no militan para el Autor, sino para la elación.

34. Se debe precaver sobre todo de la soberbia.---Sobre lo cual no obramos desordenadamente si presentamos un testimonio de los libros, aunque no canónicos, publicados sin embargo para la edificación de la Iglesia. Pues Eleazar, en la batalla, hiriendo a un elefante, lo derribó, pero sucumbió bajo el mismo que extinguió (1 Mac. 6, 46). ¿A quiénes significa, pues, este a quien su propia victoria oprimió, sino a los que superan los vicios, pero sucumben por soberbia bajo aquello mismo que subyugan? Pues muere como bajo el enemigo a quien derriba, el que se eleva por la culpa que supera. Se debe considerar, pues, sumamente, que los bienes no pueden aprovechar si no se precaven los males que se introducen furtivamente. Perece todo lo que se hace si no se guarda solícitamente en la humildad. Por lo cual se dice bien también de aquel mismo primer padre: Lo puso el Señor en el paraíso de delicias, para que lo trabajara y lo guardara (Gén. 2, 15). Ciertamente trabaja el que hace el bien que se manda, pero no guarda lo que ha trabajado aquel en quien se introduce lo que se prohíbe. Diga, pues, el bienaventurado Job, porque por todas

partes se había cubierto con la buena obra: Me revestí de justicia, y me vestí de ella como de un vestido. Donde inmediatamente se añade:

CAPÍTULO XXII

IBÍD.---Et diademate, judicio meo.

35. Justi sollicite attendunt, quid Deo, quid proximo debeant.---Los juicios de los justos rectamente se comparan con una diadema, porque a través de la gloria de la gran obra conducen a la corona de la retribución. Juicios que sin duda realizan diariamente en su interior; miran con destreza qué deben a Dios y qué al prójimo, y se encienden vehementemente para realizar cosas buenas, y se reprenden estrechamente por los males perpetrados. Por lo cual también se dice bien por Salomón: Los pensamientos de los justos son juicios (Prov. 12, 5). En su interior, regresando a sus corazones desde todo estrépito secular, suben allí al tribunal de la mente, y se ponen a sí mismos y al prójimo ante sus ojos, traen al medio la regla del testamento por la cual se dice: Todo lo que queráis que hagan con vosotros los hombres, hacedlo vosotros también con ellos (Mt. 7, 12). Transfieren a sí mismos la persona del prójimo, y atienden solícitamente qué habrían querido justamente que se les hiciera o no se les hiciera si ellos fueran tales; y así, con estrecho derecho y juicio, examinan su causa y la del prójimo según las tablas de la ley divina en el foro del corazón. Bien se dice, pues: Los pensamientos de los justos son juicios, porque ese mismo movimiento íntimo de su corazón es como una cierta balanza

de la potestad judicial. Realizado lo cual, porque no buscan la retribución abajo, sus juicios rectamente se comparan con una diadema. Diadema quippe in superiori parte corporis ponitur. El juicio de los justos, pues, se llama diadema, porque por esto desean ser remunerados no en las cosas terrenas e ínfimas, sino arriba.

CAPÍTULO XXIII.

VERS. 15, 16.---Fui ojo para el ciego, y pie para el cojo. Padre era de los pobres, y la causa que no conocía, la investigaba con suma diligencia.

36. Las obras buenas, aunque deben ocultarse por humildad, deben sin embargo publicarse a veces por necesidad.---Entre estas cosas, el ánimo del lector quizás pregunte por qué el bienaventurado Job enumera tan sutilmente sus virtudes. Ciertamente es propio de los varones santos ocultar los bienes que hicieren, no sea que les ocurra incurrir en la caída de la elación. Por lo cual la Verdad dice por sí misma: Atended a no hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos (Mt. 6, 1). De aquí es también que, iluminando a dos ciegos sentados junto al camino, les mandó diciendo: Mirad que nadie lo sepa (Mt. 9, 30). De los cuales al punto está escrito que ellos, al irse, lo difamaron por toda aquella tierra. Pero debemos preguntarnos qué es esto de que el mismo Omnipotente, para quien querer es poder, quiso que sus virtudes fueran calladas y, sin embargo, por estos que fueron iluminados es indicado como a pesar suyo; sino que dio ejemplo a sus siervos que le

siguen para que ellos ciertamente deseen que sus virtudes sean ocultadas y, sin embargo, para que otros aprovechen con su ejemplo, sean dadas a conocer a pesar suyo; y guardándose a sí mismos ocultando sus hechos, pero mientras son dados a conocer a pesar suyo, transmitan buenos ejemplos a sus prójimos. Ocúltense, pues, por propósito, publíquense por necesidad; y su ocultación sea custodia propia, y su publicación sea utilidad ajena. Por otra parte, porque está escrito: Ni encienden una lámpara y la ponen bajo el celemín, sino sobre el candelero, para que luzca a todos los que están en la casa. Así luzca vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mt. 5, 15. 16). A veces los varones santos también se ven compelidos a hacer el bien delante de los hombres, o a narrar a los hombres esos mismos hechos suyos; pero refiriéndolo todo a ese fin: que no ellos mismos deban ser glorificados por esas mismas obras, sino su Padre que está en los cielos. Pues mientras predican cosas santas, quizás se desprecia su misma predicación si se desconoce su vida. Se ven compelidos, pues, a decir su vida para que puedan cambiar la vida de sus oyentes. Y narran sus hechos para que sean tenidos en veneración; desean ser venerados para ser escuchados con reverencia. Ciertamente está escrito: Cuando se elevaban los seres vivientes de la tierra, se elevaban igualmente las ruedas (Ez. 1, 19), porque ciertamente cuando las mentes de los oyentes respetan la vida de los que predican,

necesariamente admiran también la fuerza de la predicación.

[Vet. XIX]. 37. Lo cual el santo Pablo comprobó con su ejemplo. Quienes lo imitan no sirven a la elación, sino a la humildad.---De aquí es, pues, que los buenos predicadores tanto huyen del honor por causa de la elación, como sin embargo quieren ser honrados por causa de la imitación. Así ciertamente el apóstol Pablo, hablando a sus discípulos, tanto huye del honor como sin embargo muestra cuánto debía ser honrado. Pues al decir a los tesalonicenses: Porque nunca estuvimos con palabras de adulación, como sabéis, ni con ocasión de avaricia, Dios es testigo (1 Tes. 2, 5), añadió a continuación: Ni buscamos gloria de los hombres, ni de vosotros ni de otros, aunque pudimos seros de carga como apóstoles de Cristo, sino que nos hicimos pequeñitos en medio de vosotros (Ibíd. 6, 7). Otra vez a los corintios, huyendo del honor, dice: Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo nuestro Señor, y a nosotros como vuestros siervos por Jesucristo (2 Cor. 4, 5). A los cuales, sin embargo, viendo desviarse de la senda de la verdadera fe por las persuasiones de falsos apóstoles, les mostró sumamente cuánto debía ser venerado, diciendo: En lo que alguien se atreve, lo digo con insensatez, también me atrevo yo. ¿Son hebreos? yo también. ¿Son israelitas? yo también. ¿Son descendencia de Abraham? yo también. ¿Son ministros de Cristo? yo también. Lo digo como menos sabio, más yo (2 Cor. 11, 21-23). A los cuales también añade que se le abrieron los secretos

del tercer cielo, que su rapto penetró también los arcanos del paraíso. He aquí que, huyendo del honor, se predica siervo de los discípulos. He aquí que, buscando el honor por la utilidad de los oyentes, sobrepone los méritos de su vida a los falsos apóstoles. Pues el egregio doctor obró de modo que, mientras se reconocía quién era él, tanto la vida como la lengua de los que predicaban mal, se envilecieran por comparación con él. Ciertamente los habría recomendado si se hubiera escondido; y al no mostrarse, habría dado lugar al error. De modo admirable, pues, tanto exhibe la gracia de la humildad como busca los incrementos de la utilidad, para que tanto se predique siervo de los discípulos como se muestre superior a los adversarios. Muestra a los discípulos qué ha recibido de humildad, muestra a los adversarios qué de sublimidad. Se da a conocer contra los adversarios qué tienen por don, se da a conocer a los discípulos qué permanece en él mismo en el pensamiento, se da a conocer a los adversarios cómo aparece exteriormente en la operación. Los varones santos, pues, cuando se ven obligados a narrar los bienes que hacen, no sirven a la elación, sino a la utilidad. Por lo cual el bienaventurado Job abre sus bienes hablando a sus amigos que le reprendían injustamente y que por ello los desconocían, para que ciertamente aprendieran no a elevarse reprendiendo contra su vida, sino a imitarla callando; aunque, como ya dijimos arriba, la desesperación introducida por los que le reprendían lo obligaba a traer a la memoria sus hechos. Pues entre tantos dolores de su llaga y palabras

de desesperación, cuando narra los bienes que hizo, reforma su ánimo hacia la esperanza, el cual se había colapsado por las palabras y los azotes. Diga, pues, los bienes que hizo, para no verse obligado a desesperar de sí mismo entre tantos males que oye. Fui ojo para el ciego, y pie para el cojo.

38. Las obras de justicia deben anteponerse a las obras de misericordia. Quien reparte limosnas y no se abstiene del pecado, entrega su cosa a Dios y a sí mismo al pecado.---Cuando pesamos los ejemplos de la obra santa, debemos mirar primero cuán recto orden de narración se guarda, de modo que se describan antes las obras de justicia y después las de misericordia. Ciertamente obra bien lo que es piadoso aquel que sabe guardar primero lo que es justo, para que el río de la misericordia vertido sobre los prójimos se derive de la fuente de la justicia. Pues muchos emplean con los prójimos como obras de misericordia, pero no abandonan los hechos de injusticia. Los cuales, si verdaderamente se esfuerzan por hacer misericordia con los prójimos, debieron primero compadecerse de sí mismos viviendo justamente. Por lo cual está escrito: Compadécete de tu alma agradando a Dios (Eclo. 30, 24). El que, pues, quiere compadecerse del prójimo, es necesario que extraiga de sí mismo el origen de la compasión. Ciertamente está escrito: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mt. 19, 19). ¿Cómo, pues, es piadoso compadeciéndose del otro el que todavía viviendo injustamente se hace impío consigo mismo? Por lo cual se dice por un cierto

sabio: El que para sí es malo, ¿para quién será bueno? (Eclo. 14, 5)? Ciertamente, para exhibir la misericordia de modo que pueda emplearse plenamente al exterior con los indigentes, concurren dos cosas necesarias: esto es, el hombre que la preste y la cosa que se preste. Pero el hombre es incomparablemente mejor que la cosa. El que, pues, presta al prójimo indigente la sustancia exterior, pero no guarda su vida de la maldad, entregó su cosa a Dios y a sí mismo al pecado. Ofreció al Autor lo que es menos y guardó para la iniquidad lo que es más. Bien se dice, pues, primero por el bienaventurado Job: Me revestí de justicia, y me vestí de ella como de un vestido; y como con una diadema, con mi juicio. Y después se añade: Fui ojo para el ciego, y pie para el cojo. Porque entonces es ante Dios la oblación de la verdadera rectitud cuando de la raíz de la justicia brotan las ramas de la piedad. Pero porque en la misma obra de misericordia suele pesarse ante el Juez interno más el ánimo que el hecho, se debe notar que afirma haber sido ojo para el ciego y pie para el cojo. Pues al decir estas cosas, ciertamente indica que tanto había prestado su mano por sí mismo a aquel, como sostenía a este llevándolo. De lo cual se colige cuánto se derramaban las entrañas de su misericordia sobre los indigentes y los débiles. Por lo cual también se añade: Padre era de los pobres.

39. La Iglesia ilumina a los ciegos, sostiene a los cojos.---Palabras que, si las referimos a la voz de la santa Iglesia por interpretación típica, ella misma es ojo para el ciego porque luce por la

palabra, ella misma es pie para el cojo porque lo sostiene por la ayuda. Pues ilumina a los ciegos predicando, y sostiene a los cojos auxiliándolos. Ciertamente es ciego el que todavía no ve a dónde dirigirse; y es cojo el que no puede ir a donde ve. Pues frecuentemente el pecado se perpetra o por ignorancia o por enfermedad, de modo que o el hombre no sabe qué debe querer, o no puede todo lo que quisiere. Por el contrario, rectamente se dice por el Salmista: El Señor es mi iluminación y mi salud (Sal. 26, 1). Porque como el Señor presta tanto la ciencia como la virtud, se llama iluminación contra la ignorancia y salud contra la enfermedad. De aquí también se dice de los inicuos: Sean sus caminos tinieblas y resbaladero (Sal. 34, 6), para que ciertamente por las tinieblas no vean a dónde deben ir los que, aunque vieran las cosas rectas, no podrían permanecer en ellas por el resbaladero. Estos, pues, por el resbaladero cojean entre los bienes; aquellos por las tinieblas ignoran qué bienes seguir. La santa Iglesia, pues, sorprendida por extremas tribulaciones, recuerda los tiempos antiguos, cuando acostumbraba tanto a iluminar enseñando como a firmar ayudando, y habla por la boca de su miembro precedente, diciendo: Fui ojo para el ciego, y pie para el cojo.

40. Los gentiles son los ciegos, pero los judíos los cojos.---Como ella ha reunido en sí a dos pueblos, a saber, al judío y al gentil, rectamente puede designarse por el ciego al pueblo gentil, y por el cojo al pueblo judío. Pues el gentil fue como si no tuviera ojos, porque al no haber recibido la

ley no vio a dónde debió haber ido. Pero por el contrario, el judío teniendo ojos, fue cojo, porque ciertamente mantuvo la ley conociéndola, pero no extendió en ella el paso de la obra recta. Pues si el pueblo gentil no hubiera sido ciego, no diría el profeta: El pueblo que se sentaba en tinieblas, vio una gran luz (Is. 9, 2). Otra vez, si el pueblo israelita no hubiera cojeado de la buena obra, de ningún modo habría dicho el Salmista por la voz del Señor: Los hijos extraños me mintieron, los hijos extraños envejecieron y cojearon de sus sendas (Sal. 17, 46). Pueblo que sin duda se llama cojo por esto: porque no tuvo un paso sano en la operación, ya que ciertamente no quiso usar ambos pies al recibir un Testamento y despreciar el otro. Al cual, cuando la santa Iglesia lo recibe viniendo a ella, como a él que ya mantiene el Antiguo le inserta también el Nuevo Testamento, le une como otro pie para dirigir sus pasos. Pueblo fiel de la santa Iglesia que todavía rectamente añade: Padre era de los pobres, porque ciertamente los humildes, que han sido llamados pobres de espíritu, son engendrados por su predicación. Pero conviene que en todas estas cosas pesemos sutilmente las mismas palabras de la historia. Dice, pues:

CAPÍTULO XXIV.

VERS. 16.---Padre era de los pobres, y la causa que no conocía la investigaba con suma diligencia.

41. Es mejor hacer una buena obra por afecto que por precepto.---Frecuentemente, en efecto,

los hombres reparten muchas cosas a los pobres, no porque amen a esos mismos pobres, sino porque, si no distribuyeran, temerían la ira del Juez supremo; los cuales, si no temieran a Dios, no habrían querido dar lo que tienen. Y ciertamente, en la buena obra, el primer grado de los que comienzan es que aquel que todavía no sabe amar al prójimo como a ti mismo, comience ya sin embargo a temer los juicios supremos. Como, pues, una cosa es hacer una buena obra por precepto y otra incluso por afecto, para insinuarnos el ánimo de su operación diga el santo varón: Padre era de los pobres. Pues no testifica haber sido patrono, o prójimo, o ayudante de los pobres, sino padre, porque ciertamente, con un gran oficio de caridad, convirtió el estudio de la misericordia en afecto de la naturaleza, de modo que viera como hijos por el amor a quienes como padre presidía por la protección. Como, pues, la fuerza de su misericordia había imitado a la naturaleza, recuerda haber sido padre de los pobres. Donde también añade.

CAPÍTULO XXV.

IBÍD.---Y la causa que no conocía la investigaba con suma diligencia.

42. Aunque no se debe descuidar ninguna obra buena, sin embargo las menores deben posponerse a las mejores.---En cuyas palabras ciertamente se debe considerar cuán distintamente se narran todas las cosas, que ninguna recompensa es pasada por alto por él. Es, en efecto, justo en sus acciones, piadoso en las enfermedades

de los prójimos, diligente en los negocios de los pobres. Pues el que piensa en los bienes de la retribución eterna, es necesario que se extienda a toda causa de recompensa futura. Por esto se dice por Salomón: El que teme a Dios, nada descuida (Ecl. 7, 18). De aquí también dice Pablo: Preparados para toda obra buena (2 Tim. 2, 21). Pero entre estas cosas se debe saber que a veces, en nuestras acciones, se deben pasar por alto bienes menores por la utilidad de los mayores. Pues, ¿quién ignora que es un mérito de buena obra sepultar a un muerto? y sin embargo a uno que había pedido ser despedido para sepultar a su padre, se le dijo: Deja que los muertos sepulten a sus muertos; tú, en cambio, ve y anuncia el reino de Dios (Lc. 9, 60). Pues se debía posponer el obsequio de este ministerio al oficio de la predicación, porque en aquel escondería en la tierra a los muertos en la carne, pero en este resucitaría a la vida a los muertos en el alma. Por el profeta también se dice a los primados de la sinagoga: Buscad el juicio, socorred al oprimido (Is. 1, 17). Y sin embargo el apóstol Pablo dice: A los que son despreciables en la Iglesia, a esos constituidlos para juzgar (1 Cor. 6, 4). Ciertamente encendía a sus oyentes a la virtud de la sabiduría, a los géneros de lenguas, a indagar también los misterios de la profecía, diciendo: Ambicionad los dones espirituales, pero sobre todo el que profeticéis (1 Cor. 14, 1). Pero porque no captarían los dones espirituales si los negocios terrenos los hubieran deprimido, antepuso mucho antes diciendo: A los que son despreciables en la Iglesia, a esos consti-

tuidlos para juzgar (1 Cor. 6, 4). Como si dijera abiertamente: los que son de menor mérito en la Iglesia y no brillan por ningunas virtudes de grandes dones, juzguen ellos sobre los negocios terrenos, a fin de que por quienes no pueden las cosas grandes, se suplan los bienes menores. A quienes llama tanto despreciables como sin embargo llama sabios cuando dice: ¿Así no hay entre vosotros ningún sabio que pueda juzgar entre su hermano? (Ibíd. 5). De lo cual, ¿qué se colige sino que examinen las causas terrenas aquellos que han percibido la sabiduría de las cosas exteriores? Pero los que están enriquecidos con dones espirituales, ciertamente no deben implicarse en negocios terrenos, para que, mientras no se vean obligados a disponer bienes inferiores, ejercitados puedan servir a los bienes superiores.

[Vet. XXII.] 43. Quienes no pueden por sí mismos, están obligados a ejercer los oficios de la caridad a través de otros.---Pero se debe cuidar sumamente que estos que brillan con dones espirituales de ningún modo abandonen totalmente los negocios de los prójimos que enferman, sino que encomienden estas cosas para ser tratadas por otros por quienes es digno. Por lo cual Moisés también constituyó para sí setenta varones sobre el pueblo, para que cuanto más se escondiera de las causas exteriores, tanto más ardientemente penetrara las internas. Y así se logra que los varones supremos aprovechen más para los dones espirituales, mientras las cosas ínfimas no conculcan sus mentes; y, por otra parte, los últimos varones en la Iglesia no vivan sin obra buena,

mientras en las cosas exteriores encuentran cosas rectas que hagan. Ciertamente la santa Iglesia así consiste en la unidad de los fieles, como nuestro cuerpo está unido por la trabazón de los miembros. Pues unos son los miembros en el cuerpo que sirven para mirar la luz, otros los que de ningún modo se disocian del contacto con la tierra. Ciertamente el ojo se dirige a la luz y, para que no pueda ser cegado, se guarda del polvo. Pero el pie entonces cumple rectamente su oficio cuando no huye de recibir el polvo de la tierra. Miembros del cuerpo que, sin embargo, se acoplan impartiéndose sus oficios mutuamente, de modo que el pie corre para los ojos y el ojo mira por el pie.

44. Los miembros de la Iglesia, aunque distintos en el oficio, están unidos por la caridad.--- Así, pues, así los miembros de la santa Iglesia deben estar tanto distinguidos por el oficio como unidos por la caridad, de modo que los varones supremos provean el camino de aquellos que están vacantes en los negocios terrenos, a fin de que el pie camine como hacia la luz de los ojos; y, por otra parte, lo que hagan los implicados en negocios terrenos, lo refieran a la utilidad de los mayores, de modo que el pie cuyo camino se provee, no camine solo para sí, sino también para los ojos. Mientras, pues, convienen entre sí por la administración mutua, se logra de modo admirable que, porque cada uno de los electos hace lo que puede dándose mutuamente, se hagan suyas también las obras que ellos mismos no pueden hacer.

45. Persuadiendo la necesidad, se debe interrumpir la contemplación para servir a la utilidad del prójimo.---Pero entre estas cosas se debe saber que, cuando faltan quienes sirvan aptamente a las causas exteriores de los prójimos, deben también estos que están llenos de dones espirituales condescender a su enfermedad y servir a sus necesidades terrenas, en cuanto decorosamente puedan, por la condescendencia de la caridad. Ni debe cansar al ánimo si su sentido, siempre atento a la contemplación de las cosas espirituales, a veces se inclina como minorado a disponer cosas mínimas, cuando aquel Verbo por quien consisten todas las cosas creadas, para que aprovechara a los hombres, asumida la humanidad, quiso ser minorado un poco de los ángeles. ¿Qué tiene, pues, de extraño si el hombre se atrae por causa del hombre, cuando el creador de los hombres y de los ángeles tomó la forma de hombre por causa del hombre? Ni sin embargo se minora el sentido cuando así se atrae, porque tanto más sutilmente penetra las cosas superiores cuanto más humildemente no desprecia ni las inferiores por el amor del Creador. ¿Qué tiene de indigno para nosotros o de difícil si dirigimos el ánimo arriba y abajo, nosotros que con la misma mano del cuerpo lavamos la cara con la que también calzamos el pie? El bienaventurado Job, pues, porque como hacía cosas grandes no despreció las mínimas, diga: [Vet. XXIII.] Y la causa que no conocía la investigaba con suma diligencia.

46. En los juicios no seamos precipitados. Los crímenes mayores deben creerse más lentamente; pero cuando se conocen, deben castigarse más pronto.---En lo cual veo que debe notarse que nunca debemos ser precipitados para proferir una sentencia, para que no juzguemos temerariamente cosas no discutidas, ni nos muevan cualesquiera males oídos, ni creamos lo dicho por doquier sin prueba. Lo cual ciertamente tememos perpetrar si sopesamos más sutilmente los hechos de nuestro autor. Pues Él mismo, para refrenarnos de una proferida precipitada de sentencia, aunque todas las cosas están desnudas y abiertas a sus ojos, sin embargo no quiso juzgar los males oídos de Sodoma, diciendo: El clamor de los sodomitas y gomorritas se ha multiplicado, y su pecado se ha agravado en exceso; descenderé y veré si han completado en la obra el clamor que ha llegado a mí, o si no es así, para que lo sepa (Gén. XVIII, 20). El Señor omnipotente, pues, y que todo lo sabe, ¿por qué duda antes de la prueba, sino para proponernos un ejemplo de gravedad, para que no presumamos creer los males de los hombres antes de probarlos? He aquí que desciende por los ángeles para conocer los males, y pronto hiere a los facinerosos; y Él, paciente, Él, manso, Él de quien está escrito: Tú, pues, Señor, juzgas con tranquilidad (Sab. XII, 18), Él de quien está escrito de nuevo: El Señor es un remunerador paciente (Ecli. V, 4); encontrándolos envueltos en tan gran crimen, como si hubiera pasado por alto la paciencia, y no hubiera querido esperar al día del juicio extremo para la venganza, sino

que los previno con el fuego del juicio antes del día del juicio. He aquí que creyó el mal como con dificultad cuando lo oyó, y sin embargo hirió sin tardanza cuando lo encontró conociendo la verdad, para darnos evidentemente el ejemplo de que los crímenes mayores deben creerse lentamente cuando se oyen, y deben castigarse más pronto cuando se conocen verazmente. Teniendo el bienaventurado Job la solicitud de esta diligencia, dice: Y la causa que no conocía, la investigaba con suma diligencia. Palabras que ciertamente también podemos referir no inconvenientemente, por la voz de la Iglesia, a una interpretación típica. Pues ella misma, cuando juzga los males de los carnales por medio de sus elegidos, investiga esto que no conoce, porque investiga los males que no conoce obrando, corrigiéndolos por el juicio. Así pues, la santa Iglesia, cuando haya sido comprimida por un tiempo por la improbidad de los injustos, recuerda diciendo: La causa que no conocía la investigaba con suma diligencia. Como si dijera abiertamente: Los males que no conocía por obra en mis elegidos, los castigaba en los hombres inicuos juzgándolos estrechamente. Y porque ahora, por la virtud de su predicación, quebranta al diablo y arrebata de su boca el alma de cada uno que recibe, sigue diciendo:

CAPÍTULO XXVI

[Rec. XV]. VERS. 17.---Quebrantaba las muelas del inicuo, y de sus dientes arrebataba la presa.

47. La Iglesia arrebata al diablo la presa cuando revoca a alguien del error o del pecado.---¡Oh, qué presa sacó de la boca del diablo cuando, convirtiéndolo, arrebató a aquel mismo salteador Saulo, cuando todavía respirando amenazas, recibidas las cartas, se dirigía a Damasco, y mientras persiguiendo a los fieles congregaba presa para el diablo, conociendo la fe él mismo fue agregado a Cristo (Hechos IX, 2)! Tantas veces la Iglesia ha sacado presa de los dientes del inicuo cuantas veces ha arrebatado un alma de la mordida del error mediante la predicación. ¿Quién pues puede ser llamado inicuo más verdaderamente que el diablo? Cuyas muelas (*molas*) quebrantamos cuantas veces, discurriendo contra sus insidias, mostramos sus ocultas maquinaciones; y arrebatamos la presa como de sus dientes porque el alma, a la que ya había mordido quebrantándola para el pecado, la revocamos convirtiéndola a la salud de la vida. Por las muelas, en efecto, se demuestran sus ocultas insidias, pero por los dientes la ya abierta perpetración de la culpa. De cuyas muelas y dientes ciertamente está escrito por el Salmista: Pero Dios quebrantará sus dientes en su boca, el Señor desmenuzará las muelas de los leones (Sal. LVII, 7). Pero el santo varón afirma que él primero quebranta las muelas, para que después pudiera arrebatar de sus dientes la presa, porque entonces arrebatamos verdaderamente la presa de sus dientes cuando primero sabemos quebrantar sus muelas. Pues primero es necesario poner de manifiesto las ocultas maquinaciones de sus consejos, para que podamos

después revocar el alma de nuestro oyente del lapso abierto. El mismo sumo pastor de la Iglesia quebrantaba las muelas de este inicuo predicando, cuando decía: Sed sobrios y vigilad, porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar; al cual resistid fuertes en la fe (I Pe. V, 8). Contra este león la santa Iglesia, porque ve sus insidias, fortifica los rediles de la fe. Cuyas muelas rompe tantas veces cuantas destruye los argumentos de los herejes; y de sus dientes arrebata la presa tantas veces cuantas convierte a alguien del error predicando. Y porque habrá entonces muchos de los justos que creyeron que habrían de salir de este mundo en el tiempo de la paz eclesiástica, el bienaventurado Job, mientras narra sus cosas, indica también las voces de los justos que le siguen, diciendo:

CAPÍTULO XXVII

[Rec. XVI]. VERS. 18.---Y decía: En mi nidillo moriré, y como palma multiplicaré los días.

48. Sus hijos, si desean gozar de la paz, permanezcan en su nido y en su seno.---¿Qué se expresa en este lugar por el nombre de nido, sino el tranquilo descanso de la fe, con el que cada uno de los débiles es nutrido? Pues aquella multitud de hombres buenos que fuera sorprendida en los tiempos de las persecuciones, creyó cumplir los días de sus nutriciones como en un nido, así en un lugar de descanso. Pues si la santa Iglesia no nutriera ahora a todos sus hijos débiles en el nido

de la paz, el Salmista no diría: Etenim el gorrión se halló casa, y la tórtola nido donde ponga sus polluelos (Sal. LXXXIII, 4). Pues ya el gorrión se halló casa, porque nuestro Redentor entró en el eterno habitáculo del cielo. Y la tórtola halló nido, porque la santa Iglesia, afectada por el amor del Creador, usa frecuentes gemidos, y construye para sí como un nido, esto es, el descansadísimo sosiego de la fe, en el que fomenta a los hijos crecientes como a polluelos que echan plumas, calentados en el regazo de la caridad, hasta que vuelen a las cosas superiores. Por tanto, porque habrá entonces quienes en el tiempo de la paz creyeron que habrían de emigrar a las cosas supremas, esto es, volar desde el nido, su voz es prevenida por la voz del bienaventurado Job, cuando dice: Y decía: En mi nidillo moriré. Pero porque ellos mismos se prometían este ocio de la paz por la longitud de muchos días, con razón añade, diciendo: Y como palma multiplicaré los días. Pues la palma progresa tarde, pero permanece mucho tiempo en verdor. Pero con muchas dificultades llega la santa Iglesia al estado de la fe, y por la recolección de muchísimos desea estar más tiempo en la gloria de la misma fe. Como palma, pues, creyó multiplicar sus días ella que, surgiendo el punto de la súbita tentación, se duele de que la gracia de su paz fuera tanto tardíamente alcanzada por los fieles, como más pronto interceptada por los infieles.

[Vet. XXV.] 49. Por qué los justos son comparados con la palma.---Ni sin mérito se compara la vida de los justos con la palma, porque, a

saber, la palma es áspera al tacto por abajo, y como envuelta en cortezas áridas; pero hermosa por arriba y a la vista con sus frutos; por abajo se estrecha por las involuciones de sus cortezas, pero por arriba se expande en la amplitud de un hermoso verdor. Así, pues, es la vida de los elegidos, despreciada abajo, hermosa arriba; en lo más ínfimo está como envuelta en muchas cortezas, mientras se estrecha por innumerables tribulaciones, pero en lo más sumo se expande en la amplitud de la retribución con las hojas de un hermoso verdor. Tiene ciertamente la palma otra cosa por la que difiere de todos los géneros de árboles. Pues todo árbol subsiste vasto en su robustez junto a la tierra, pero creciendo se estrecha arriba, y cuando es un poco más sublime, tanto más sutil se vuelve en lo alto. Pero la palma comienza con menor amplitud desde lo ínfimo, y surge con mayor robustez junto a las ramas y los frutos; y lo que progresa delgado desde lo ínfimo, crece más vasto hacia lo sumo. ¿A qué, pues, se hallan semejantes los otros arbustos sino a las mentes terrenas, vastas abajo, estrechas arriba? Porque, ciertamente, todos los amadores de este mundo son fuertes en las cosas terrenas, pero débiles en las celestiales. Pues por la gloria temporal desean sudar hasta la muerte, y por la esperanza perpetua no subsisten ni un poco en el trabajo. Por los lucros terrenos toleran cualesquiera injurias, y por la recompensa celestial rehúsan llevar las contumelias ni siquiera de una palabra sutilísima; para asistir a un juez terreno son fuertes incluso todo el día, pero en la oración ante el

Señor se cansan incluso en el momento de una sola hora. A menudo toleran desnudez, abatimiento, hambre, por adquirir riquezas y honores, y se atormentan con la abstinencia de aquellas cosas que se apresuran a alcanzar; pero disimulan buscar laboriosamente las cosas supremas tanto más cuanto piensan que se retribuyen más tarde. Estos, pues, como a la manera de los otros árboles, son vastos abajo, estrechos arriba, porque subsisten fuertes en lo inferior, pero desfallecen hacia lo superior. Al contrario, por la cualidad de las palmas se designa la vida de progreso de los justos, que de ningún modo son fuertes en los estudios terrenos y débiles en los celestiales; sino que se exhiben estudiosos de Dios más larga y distantemente de lo que recuerdan haberlo sido para el mundo. Pues cuando se dice a algunos por nuestro predicador: Hablo humanamente, por la enfermedad de vuestra carne; como pues exhibisteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad para la iniquidad, así ahora exhibid vuestros miembros para servir a la justicia para la santificación (Rom. VI, 19); se condesciende sin duda a su enfermedad, como si se les dijera más claramente: Si de ningún modo podéis más, al menos sed tales en el fruto de las buenas obras cuales fuisteis hace poco en la acción de los vicios, para que no os tenga más débiles la santa libertad de la caridad, a quienes tuvo válidos en la carne el uso del placer terreno.

[Vet. XXVI.] 50. No son comparados con las palmas quienes, habiendo comenzado bien, de ningún modo perseveran.---Hay ciertamente al-

gunos que, cuando desean las cosas celestiales y dejan los hechos nocivos de este mundo, desde su comienzo desfallecen diariamente por la pusilanimidad de la inconstancia. ¿A qué sino a los demás arbustos diría yo que son semejantes estos, que de ningún modo surgen tales arriba cuales nacen abajo? Pues estos, llegando a la conversión, no perseveran tales cuales comenzaron, y a la manera de los árboles son vastos en el comienzo, pero crecen delgados, porque poco a poco, por los aumentos de los tiempos, sufren detrimentos de las virtudes. Pues insensiblemente los deseos supremos languidecen en ellos; y quienes habían propuesto cosas robustas y fuertes, consuman cosas débiles e ínfimas; y mientras progresan por el aumento de la edad, crecen como flexibles. Pero la palma, como se ha dicho, es de cantidad más vasta en la cima de lo que comenzó a ser desde la raíz, porque a menudo la conversión de los elegidos realiza más terminando que lo que propone comenzando; y si comienza más tibiamente al principio, consuma más fervientemente al final, a saber, siempre estima que está comenzando, e idénticamente infatigable perdura en la novedad. Mirando esta constancia de los justos, el profeta dice: Los que confían en el Señor mudarán su fortaleza, tomarán alas como águilas, correrán y no trabajarán, caminarán y no desfallecerán (Is. XL, 31). Mudan, en efecto, la fortaleza, porque se esmeran en ser fuertes en la obra espiritual quienes hace poco habían sido fuertes en la carne. Pero toman alas como águilas porque volando contemplan. Corren y no trabajan porque predi-

can con gran celeridad a los veloces. Caminan y no desfallecerán porque retienen la velocidad de su entendimiento para condescender con los más lentos. En todas las cosas, el bien que reciben, cuanto más lo acomodan liberalmente a otros, tanto más ellos mismos perduran inmutables en la novedad; y quienes salen delgados de la raíz del comienzo, convalecen fuertes en la perfección de la cumbre. Diga, pues, el bienaventurado Job desde su persona, diga por la voz de la santa Iglesia por estos que en el tiempo de la paz había tenido convertidos a sí, y creía que habrían de perseverar en las buenas costumbres: Y decía: En mi nidillo moriré, y como palma multiplicaré los días. Pues como palma creyó multiplicar sus días ella, que pensaba que las mentes de los fieles habrían de surgir más robustas hasta el fin. Pues cuando los corazones de muchos hubieran comenzado a reblandecerse cansados por las persecuciones, se duele ya de que en ella tiendan como a la debilidad quienes se admiraba de que hubieran propuesto cosas fuertes. Y porque siempre atiende con la mente a la ciencia espiritual, con razón se añade:

CAPÍTULO XXVIII.

VERS. 19.---Mi raíz está abierta junto a las aguas.

51. Siempre atiende la Iglesia a la ciencia espiritual.---Junto a las aguas, en efecto, se abre la raíz cuando, para percibir los flujos de la verdad, se expande latente el pensamiento de la mente. Pues, como ya dijimos en el libro superior (Lib.

VIII, n. 81), suele designarse en el sacro elocuio con el nombre de raíz el pensamiento oculto. Abrimos, pues, nuestra raíz junto a las aguas cuando aplicamos el pensamiento del corazón tácito a la infusión íntima. Palabras que ciertamente, si las llevamos a la voz de la santa Iglesia, debe entenderse por su raíz la misma encarnación del Redentor. La cual se abrió junto a las aguas mientras el Dios invisible, por la asunción de su humanidad, se manifestó a los aspectos de nuestra visión. Pues el Creador, que en su divinidad no podía ser visto, asumió de nosotros de donde fuera visto por nosotros. La raíz, pues, se abre junto a las aguas porque el autor del género humano se demuestra a los hombres por su humanidad. De donde también con razón se dice por el Salmista: Y será como el árbol que está plantado junto a las corrientes de las aguas (Sal. I, 3). Pues las corrientes de las aguas son los tránsitos diarios de los pueblos que desfallecen. Y de sí misma dice la Verdad: Si en el leño verde hacen estas cosas, en el árido ¿qué se hará? (Lc. XXIII, 51). El leño, pues, junto a las corrientes de las aguas es porque, ofreciéndonos el fruto y la protección de su cobertizo (*umbraculi*), apareció el Creador en la carne para que fijara por la resurrección al género humano, que por el desfallecimiento iba diariamente a la muerte. Sigue:

CAPÍTULO XXIX.

IBID.---Y el rocío morará en mi cosecha.

52. Su cosecha debe atribuirse al rocío de la gracia.---Subentiende: decía. Pues la cosecha de la santa Iglesia no se recibe inconvenientemente cuando las almas perfectas, abstraídas de los cuerpos, como mieses maduras segadas de la tierra, emigran a los graneros celestiales; lo cual, porque se hace no por nuestra virtud, sino por la largueza de la gracia celestial, bien dice: Y el rocío morará en mi cosecha. Pues el rocío cae de arriba, la cosecha se recoge abajo. El rocío, pues, mora en la cosecha porque la gracia que viene de arriba hace que seamos dignos los que somos recogidos de las cosas inferiores. Infundiéndonos ella misma desde arriba, damos fruto de buenas obras. De donde también con razón se dice por Pablo: Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia en mí no fue vacua (I Cor. XV, 10). Pues si se busca qué es el rocío que viene de arriba, dice: Por la gracia de Dios soy lo que soy. Si miramos la cosecha que crece bajo el rocío, dice: Y su gracia en mí no fue vacua, sino que abundantemente trabajé más que todos ellos. Sigue:

CAPÍTULO XXX.

VERS. 20.---Mi gloria siempre se renovará, y mi arco se restaurará en mi mano.

53. La Iglesia llora a los hijos que conoce que vuelven a la vieja vida.---Subentiende: decía. Pues a la sentencia superior se une lo que se añade por locución continua, cuando dice: Y decía: En mi nidillo moriré, y como palma multiplicaré los días. Y después se añade: Mi raíz está abierta

junto a las aguas, y el rocío morará en mi cosecha. Mi gloria siempre se renovará, y mi arco se restaurará en mi mano. A todos los que conocen la verdad les consta que a la vida vieja pertenecen los vicios, a la nueva las virtudes. De aquí, en efecto, dice Pablo: Desnudándoos del viejo hombre con sus actos, e induiéndoos del nuevo (Coloss. III, 9). De aquí de nuevo dice: Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente (Rom. VI, 6). De aquí el Salmista, hablando por el tipo del género humano, dice encontrándose entre espíritus malignos: He envejecido entre todos mis enemigos (Sal. VI, 8). Pues, por el hervor de la mente, sea entre los enemigos espirituales, sea entre cualesquiera prójimos carnales, por el mismo uso de vivir de algún modo envejecemos y empañamos la apariencia de la novedad asumida. De cuya vejez, sin embargo, si vigilan los estudios de la circunspección, somos renovados diariamente orando, leyendo, viviendo bien; porque nuestra vida, mientras se lava con lágrimas, se ejercita en buenas obras y se tiende con santas meditaciones, se repara sin cesar para su novedad. El bienaventurado Job, pues, así narra sus cosas que signifique las nuestras, porque la santa Iglesia, cuando ve a sus fieles volver a las culpas de la vida vieja, se ve obligada a llorar a aquellos que ve que pierden la novedad de la mente. Pues el eximio predicador dice a sus discípulos: ¿Cuál es, pues, nuestra esperanza, o gozo, o corona de gloria? ¿No lo sois vosotros ante el Señor? (I Tes. II, 19). La santa Iglesia, pues, deplora como una gloria perdida cuando considera que sus fieles vuelven

a la vida vieja. Dice, en efecto: Decía: Mi gloria siempre se renovará, porque a aquellos que creyó que militaban en ella para la vida nueva, conoce que sirven a los viejos deseos.

[Vers. XXVIII.] 54. Cuántas cosas se significan en las sagradas Escrituras con el nombre de arco.---Con el nombre de arco, en el sacro elocuio, a veces se designan las insidias de los malos, a veces el día del juicio, y a veces los mismos sacros elocuios. Por el arco, en efecto, se figuran las insidias, como se dice por el Salmista: Entesaron su arco, cosa amarga (Sal. LXIII, 4). Por el arco también se designa el día del juicio extremo, como se dice de nuevo por el mismo Salmista: Has mostrado a tu pueblo cosas duras, nos has dado a beber el vino de la compunción; has dado a los que te temen una señal para que huyan de la faz del arco (Sal. LIX, 5). En el arco, en efecto, cuanto más largamente se tira de la cuerda, tanto más estrecha sale de él la saeta. Así, pues, así el día del juicio extremo, cuanto más largamente se difiere para que venga, tanto más estrecha sentencia procede de él cuando haya venido. Por eso, además, somos heridos ahora con diversas calamidades, para que, corregidos por ellas, podamos ser hallados entonces más preparados. De donde allí se premite: Has mostrado a tu pueblo cosas duras, a saber, los azotes del siglo, que preceden al día del juicio más grave que ha de seguir. Nos has dado a beber el vino de la compunción, para que los goces terrenos se convirtieran en lágrimas. Has dado a los que te temen una señal para que huyan de la faz del arco. Como si dijera abier-

tamente: Este es el tiempo de la misericordia, aquel será el tiempo del juicio. Por estos azotes de este tiempo, pues, significas cómo has de herir entonces cuando juzgues sin perdonar, tú que así de estrecho hieres ahora cuando perdonas.

55. La misma sagrada Escritura es el arco de la Iglesia.---A veces también por el arco se significa incluso la sagrada Escritura. Pues ella misma es el arco de la Iglesia, ella misma es el arco del Señor, de la cual, como saetas hirientes, así vienen a los corazones de los hombres sentencias aterradoras. De donde también con razón se dice por el Salmista: Su arco entesó y lo preparó, y en él preparó vasos de muerte, sus saetas para los que arden fabricó (Sal. VII, 13). Pues el Señor entesó su arco porque a todos los pecadores exhibió amenazas por la sagrada Escritura. En cuyo arco, a saber, prepara vasos de muerte porque, según la sentencia de su elocuio, condena como réprobos a aquellos que ahora descuidan corregirse. En el cual también sus saetas para los que arden fabricó porque, en aquellos a quienes corrige por el terror, emite encendidas sentencias de palabras. De este arco de los predicadores se dice por Isaías: Con saetas y arco entran allí (Is. VII, 24), porque ciertamente los santos apóstoles vinieron con estrictos aguijones de palabras a herir la dureza de la vida gentil. ¿Qué, pues, en este lugar debe entenderse con el nombre de arco sino el sacro elocuio? Pues en la cuerda se recibe el Nuevo Testamento, pero en el cuerno el Antiguo Testamento. En el arco, en efecto, mientras se tira de la cuerda se curva el cuerno; así en este

mismo sacro elocuio, mientras se lee el Nuevo Testamento, se ablanda la dureza del Antiguo Testamento. Pues hacia sus espirituales y suaves preceptos se inclina el rigor de aquella letra, porque el Nuevo Testamento, mientras es tirado como por un cierto brazo de buena operación, en el Antiguo Testamento se doblan las leyes de la severidad. Ni inconvenientemente decimos que la cuerda congruye al Nuevo Testamento, que es cierto que existió de la encarnación dominica. Como si, pues, se tira de la cuerda y se curvan los cuernos porque, mientras en el Nuevo Testamento se reconoce la encarnación del mediador, el rigor del Antiguo Testamento se inclina a la inteligencia espiritual. Dice, pues, el santo varón: Decía: Mi gloria siempre se renovará, y mi arco se restaurará en mi mano.

56. Usa rectamente este arco quien, entendiendo los elocuios divinos, los cumple con la obra.---El arco en la mano es la sagrada Escritura en la operación. Pues tiene el arco en la mano quien cumple con la operación los elocuios divinos que conoce por el entendimiento. Se restaura, pues, el arco en la mano mientras todo lo que se conoce estudiando del sacro elocuio, se completa viviendo. De aquí también Salomón, cuando describía a los fuertes guerreros de la lucha espiritual, dice: Todos teniendo espadas, y doctísimos para las guerras (Cant. III, 8). Pues qué se figure por la espada en la divina Escritura, lo abrió Pablo diciendo: Y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios (Ef. VI, 17). [Vet. XXIX.] Pero Salomón no dijo: Todos habiendo espadas,

sino teniendo (tenentes), porque, a saber, la palabra de Dios no es admirable solo saberla, sino hacerla. Pues tiene, pero no sostiene la espada, quien ciertamente conoce el elocuio divino, pero descuida vivir según él. Y ya no puede ser docto para las guerras quien de ningún modo ejercita esta espada espiritual que tiene. Pues de ningún modo basta para resistir a las tentaciones quien pospone sostener esta espada de la palabra de Dios viviendo mal. La santa Iglesia, pues, que es deprimida por la persecución subsiguiente, sopesando la abundancia de los malos y la penuria de los buenos, preanuncie sus daños con las voces del bienaventurado Job, diciendo: Y decía: En mi nidillo moriré, y como palma multiplicaré los días. Mi raíz está abierta junto a las aguas, y el rocío morará en mi cosecha. Mi gloria siempre se renovará, y mi arco se restaurará en mi mano. Todas las cuales cosas, ciertamente, considerando, de ningún modo se engañaba con una esperanza vana. Pues todos los perfectos ven ahora a muchos ayudantes suyos, pero sopesan sin duda que, surgiendo el punto de la persecución, muchísimos de estos se vuelven enemigos de ella, que en el tiempo de la paz parecen ser sus ciudadanos. No obstante, no desesperan así de todos, pero sin embargo sucede la mayoría de las veces que aquellos de quienes habían tenido mayor confianza de fe, ellos mismos se vuelven enemigos más atroces de la misma fe, de modo que ven a aquellos obrar entonces contra los sacros elocuios de cuya operación habían creído que estos mismos sacros elocuios se restauraban

para la gracia de la predicación. Tiempos que, sin embargo, ya ahora gemimos que han comenzado, cuando vemos a muchos puestos dentro de la Iglesia que, o no quieren obrar lo que entienden, o también desprecian entender y conocer este mismo sacro elocuio. Pues apartando el oído de la verdad, se convierten a las fábulas, mientras todos buscan las cosas que son suyas, no las que son de Jesucristo (Fil. II, 21). Los escritos de Dios hallados por doquier se oponen a los ojos, pero los hombres se dignan no conocerlos. Casi nadie busca saber lo que creyó. La multitud de hombres buenos precedentes, pues, lamente que su arco es destruido, ella que creía que el sacro elocuio se restauraría siempre por el estudio de los subsiguientes.

Libro VI

GÉSIMO.

Se explican más largamente los cinco últimos versículos del capítulo XXIX del libro de Job, junto con el capítulo XXX íntegro, tratándose principalmente de los herejes y carnales que vejan a la Iglesia.

CAPÍTULO PRIMERO.

635 1. La Sagrada Escritura debe anteponerse a los demás libros.---Aunque la Sagrada Escritura trasciende toda ciencia y doctrina sin comparación alguna, para callar que predica lo verdadero, que llama a la patria celestial; que del deseo de lo terreno muda el corazón del lector para abrazar lo supremo; que con sus dichos más oscuros ejercita a los fuertes y con su humilde sermón halaga a los pequeñuelos; que no está tan cerrada que deba temerse, ni tan abierta que se envilezca; que con el uso quita el hastío y tanto más se ama cuanto más se medita; que ayuda al ánimo del lector con palabras humildes y lo eleva con sublimes sentidos; que en cierto modo crece con los lectores; que por los lectores rudos es como reconocida y, sin embargo, por los doctos siempre se halla nueva; para callar, pues, sobre el peso de las cosas,

trasciende sin embargo todas las ciencias y doctrinas incluso por el modo mismo de su locución, porque en un mismo y único sermón, mientras narra el texto, produce el misterio, y sabe decir lo pasado de tal modo que por eso mismo sepa predicar lo futuro, y sin cambiar el orden del decir, sabe con esos mismos sermones describir lo ya hecho y anunciar lo que ha de hacerse, así como son estas mismas palabras del bienaventurado Job, quien mientras dice lo suyo, predica lo nuestro; y mientras indica por el sermón sus propios lamentos, suena por el entendimiento las causas de la santa Iglesia. Dice pues:

CAPÍTULO II.

CAP. XXIX, VERS. 21-23.---Los que me oían, esperaban mi sentencia, y atentos callaban ante mi consejo. A mis palabras nada osaban añadir, y sobre ellos goteaba mi elocuio. Me esperaban como a la lluvia, y abrían su boca como para la lluvia tardía.

2. Los fieles oyen a la Iglesia que enseña, para seguir sus palabras, no para juzgarlas.---Pues creemos sin duda que existió esta reverencia de los súbditos en el caso del bienaventurado Job. Pero, como ya hemos dicho a menudo, la santa Iglesia, oprimida por las tribulaciones de los herejes o de los carnales, recuerda los tiempos pasados, en los cuales todo lo que es dicho por ella es oído con temor por los fieles, y deplorando la protervia de sus adversarios, dice: [Rec. II.] Los que me oían, esperaban mi sentencia, y atentos callaban ante mi consejo. Como si dijera

abiertamente: No como estos protervos e hinchados, que mientras rehúsan recibir las palabras de la verdad, se adelantan a las sentencias de mi predicación como si enseñaran. Cuyos discípulos ahora, atentos a su consejo, callan, porque no osan impugnar sus palabras, sino creerlas. Pues para que puedan aprovechar de ellas, las oyen sin duda no para juzgarlas, sino para seguirlas.

3. Nada añaden a su doctrina. Al contrario los herejes.---De los cuales rectamente se subraya: A mis palabras nada osaban añadir, porque a buen seguro los herejes entonces, cuando han sido desenfrenados contra ella con la peor libertad, presumen añadir algo a sus dichos, cuando se esfuerzan por emendar, por así decirlo, la rectitud de sus predicamentos. Cosas que todavía añade sobre los buenos oyentes: Y sobre ellos goteaba mi elocuio.

4. Los predicadores deben contraerse a la capacidad de los oyentes.---En este goteo del elocuio ¿qué otra cosa 636 se acepta sino la medida de la santa predicación? porque conviene que la gracia de la exhortación se confiera a cada uno según la capacidad de su ingenio. Por esto, pues, que se dice: A mis palabras nada osaban añadir, se alaba la reverencia de los oyentes. Pero por esto que se añade: Y sobre ellos goteaba mi elocuio, se indica la dispensación de los maestros. Pues debe el que enseña mirar sutilmente para no procurar predicar más de lo que el oyente capta. Pues debe descender a la enfermedad de los oyentes contrayéndose a sí mismo, para que mientras habla cosas sublimes a los pequeños, y por tanto

no provechosas, no se cuide más de mostrarse a sí mismo que de aprovechar a los oyentes. [Vet. II.] Mandándolo el Señor, no solo se preparan las copas para la mesa del tabernáculo, sino también los vasos (Exod. XXXVII, 16). Pues ¿qué se designa por las copas sino la larga predicación, y qué por los vasos sino la mínima y tenue locución sobre Dios? En la mesa del Señor, pues, se preparan tanto las copas como los vasos, porque ciertamente en la doctrina del sacro elocuio no solo se han de exhibir cosas grandes y arcanas que embriagan, sino también pequeñas y sutiles que prestan noticia como por el gusto. De esta su discretísima dispensación, pues, recuérdese la santa Iglesia oprimida por los últimos tiempos, y diga: Sobre ellos goteaba mi elocuio.

5. Los humildes abren la boca para recibir su doctrina como lluvia tardía.---Donde también aptamente se añade: Me esperaban como a la lluvia, y abrían su boca como para la lluvia tardía. Pues sostenemos las palabras de la santa predicación como lluvia, cuando con verdadera humildad reconocemos la aridez de nuestro corazón, para ser regados por la bebida de la santa predicación. De donde rectamente se dice a Dios por el Salmista: Mi alma es como tierra sin agua para Ti (Sal. CXLII, 6). El Profeta nos amonesta a ser infundidos por estos raudales de doctrina, diciendo: Sedientos, venid a las aguas (Is. LV, 1). Quienes, mientras recibimos las palabras de la santa predicación ya en la parte extrema del siglo, abrimos la boca del corazón como para la lluvia tardía. Pues si no hubiera boca en el corazón,

el Salmista no diría: Labios engañosos en el corazón, y con el corazón hablaron cosas malas (Sal. XI, 3). La boca del corazón, pues, porque atendemos a las palabras de la última predicación, la abrimos como para los raudales tardíos. Cuya predicación, por cierto, brotó de Su sacrificio por nosotros, de Quien dice por el Salmista: La elevación de mis manos como sacrificio vespertino (Sal. CXL, 2). Pues porque nuestro Redentor cerca del fin del mundo sufrió la violencia de los que le perseguían, se dio a sí mismo por nosotros como sacrificio vespertino. De esta lluvia tardía está escrito en otra parte: Os daré lluvia temprana y tardía (Jer. V, 24). Pues dio la lluvia temprana porque confirió a sus elegidos en el tiempo anterior el entendimiento de la Ley. También concedió la lluvia tardía porque hizo que se predicara en los últimos días el misterio de su encarnación. Lo cual, porque la santa Iglesia no deja de anunciar diariamente, infunde las bocas del corazón de los oyentes como de una lluvia tardía. Sigue:

CAPÍTULO III

[Rec. III].

VERS. 24.---Si alguna vez me reía con ellos, no lo creían, y la luz de mi rostro no caía en tierra.

637 6. El Prelado debe mostrarse tan grave que no sea odioso; tan alegre que no sea vil.---Si percibimos esto según las palabras de la historia, es necesario creer que el varón santo se mostró tal ante sus súbditos que incluso riendo hubiera podido ser temido. Pero cuando más arriba afirma

que fue padre de los pobres y consolador de las viudas, el asunto necesita de una discreción muy grande, sobre cómo en tanto terror de régimen hubo también presente tanta lenidad y mansedumbre de piedad. Pues sin una gran lenidad de benignidad no fue esto, que se diga padre de los pobres y consolador de las viudas. Pero de nuevo, sin una gran severidad no pudo incluso riendo ser temido. En cuya cosa ¿qué otra cosa se nos enseña, sino que tal debe ser la dispensación del gobierno, que el que preside se modere con tal medida hacia los súbditos, de modo que tanto sonriendo deba ser temido, como airado deba ser amado? para que ni la demasiada alegría lo vuelva vil, ni la inmoderada severidad odioso. Pues a menudo quebramos a los súbditos cuando mantenemos el vigor de la justicia más de lo justo. El cual vigor por cierto ya no será de justicia si no se guarda bajo un justo moderamen. Y a menudo relajamos a los súbditos del miedo a la disciplina si aflojamos a nuestro régimen los frenos de la alegría, porque mientras nos ven como lícitamente alegres, ellos mismos se relajan audazmente hacia lo ilícito. [Vet. III.] Pero para que el rostro del rector incluso alegre deba ser temido, es necesario que él mismo tema el rostro de su Creador sin cesar. Pues a aquella mente difícilmente se le cree la alegría, de la cual se sabe por los súbditos que se aflige continuamente por amor al Señor. Pues quien con incesante ardor de deseo espiritual busca lo supremo, mucho se pone en duda sobre él esto, que alguna vez se alegre ante los hombres. De donde también el

mismo bienaventurado Job no mucho después dirá: Pues siempre temí a Dios como olas que se hinchan sobre mí (Job. XXXI, 23). Pues así temía a su juez, como impulsos inminentes de las olas, ya a punto de morir. En cuya mente, pues, el dolor del temor divino se había infundido, rectamente los súbditos no creían su alegría, porque se veían obligados a no creer al que reía, cuyo corazón en el temor del Creador sabían con cuánta continua tristeza se mantenía.

7. Nuestra luz cae en tierra cuando deseamos las cosas terrenas.---Esto también, según la historia, se toma no inconvenientemente, lo que se añade inmediatamente: Y la luz de mi rostro no caía en tierra. [Rec. IV.] Pues está escrito: Los ojos de los necios están en los confines de la tierra (Prov. XVII, 24). Y de nuevo se dice por el mismo Salomón: Los ojos del sabio están en su cabeza (Ecl. II, 14). Los ojos del sabio, pues, están en su cabeza, mientras contempla siempre las obras de su Redentor que debe imitar. La luz de su rostro, pues, no cayó en tierra, porque no miró por concupiscencia aquellas cosas que son terrenas.

8. Los Santos nunca están seguros. El peligro grave es la seguridad incauta.---Pero porque hemos discutido la superficie de la historia con brevedad, sopesemos qué se esconde en estas cosas sobre el entendimiento místico. Ya hemos dicho la mayoría de las veces que Cristo y la Iglesia son una sola persona, y a menudo la voz de la cabeza pasa a la voz del cuerpo, a menudo la voz del cuerpo a la voz de la cabeza. Pues los que están en una sola carne, nada obsta para que

convengan también en una sola voz. Diga, pues, la Iglesia por la voz de la cabeza sobre sus elegidos: Si alguna vez me reía con ellos, no lo creían. Pues reír, por parte de Dios, es que las vías de los santos prosperen con el favor subsiguiente, así como también se dice por el uso sobre aquellos a quienes en este mundo acompañan los 638 halagos de la felicidad: El tiempo les sonrió. De donde, por el contrario, se llama ira del Señor al debilitarse de las buenas acciones, como está escrito: No sea que alguna vez se aire el Señor, y perezcáis del camino justo (Sal. II, 12). Si, pues, se afirma que el Señor se aíra cuando los hombres pierden el camino de la justicia, rectamente se dice que el Señor sonríe cuando el favor de la gracia suprema acompaña nuestras buenas obras.

[Res. V.] Pero todos los elegidos, mientras están en esta vida, no se prometen la confianza de la seguridad. Pues sospechosos de tentaciones en todas las horas, temen las asechanzas del enemigo oculto, los cuales incluso cesando la tentación, se turban por una sola grave sospecha. Pues a menudo la seguridad incauta fue un grave peligro para muchos, de modo que conocieron las asechanzas del astuto enemigo no siendo tentados, sino ya postrados. Pues se ha de vigilar siempre, para que la mente continuamente solícita nunca se relaje de la intención suprema, no sea que desertando de lo laborioso, yaciendo en pensamientos fluidos, como en ciertos blandos jergones, la mente relajada se prostituya al diablo corruptor que viene. Pero siempre se ha de erigir el ánimo para el certamen con el adversario;

siempre contra las asechanzas ocultas se ha de proveer cautela. Pues de aquí el profeta Habacuc dice: Sobre mi guardia estaré (Hab. II, 1). De aquí de nuevo está escrito: Establécete una atalaya; pon para ti amarguras, tú que evangelizas a Sión (Jer. XXXI, 21). De aquí por Salomón se dice: Bienaventurado el varón que siempre está temeroso; pero el que es de mente dura, caerá en el mal (Prov. XXVIII, 14). De aquí de nuevo dice: La espada de cada uno sobre su muslo, por los temores nocturnos (Cant. III, 8). Pues los temores nocturnos son las asechanzas de la tentación oculta. Pero la espada sobre el muslo es la custodia vigilante, que oprime los halagos de la carne. Para que, pues, el temor nocturno, esto es, una tentación oculta y repentina no se deslice, siempre es necesario que nuestra espada sobrepuesta a la custodia oprima.

[Vet. IV.] Pues los varones santos están tan ciertos de la esperanza que, sin embargo, siempre están sospechosos de la tentación; ya que a ellos se les dice: Servid al Señor con temor, y exultad para Él con temblor (Sal. II, 11), para que tanto de la esperanza nazca la exultación, como de la sospecha el temblor. Con cuya voz de nuevo el Salmista dice: Alégrese mi corazón, para que tema Tu nombre (Sal. LXXXV, 11). En cuya cosa se ha de notar que no dice: Alégrese para que esté seguro, sino: Alégrese para que tema. Pues recuerdan que, aunque su acción prospere, todavía están en esta vida; de la cual se dice por el mismo Job: Tentación es la vida humana sobre la tierra (Job VII, 1). Recuerdan de nuevo lo que

está escrito: El cuerpo que se corrompe agrava el alma, y la habitación terrena deprime el sentido que piensa muchas cosas (Sab. IX, 15). Recuerdan y temen, y no presumen prometerse a sí mismos la certidumbre en sí mismos; sino puestos entre el gozo de la esperanza y el miedo a la tentación, confían y temen; se confortan y titubean; se certifican y están sospechosos. Bien, pues, se dice por la voz del miembro elegido bajo la figura de nuestra Cabeza: Si alguna vez me reía con ellos, no lo creían, porque no creemos a nuestro Redentor como si sonriera, mientras ya muchos dones suyos testificando, recibimos la gracia de su favor y, sin embargo, todavía titubeamos sobre nuestra flaqueza bajo su juicio.

9. San Pablo, ya arrebatado al tercer cielo, no estuvo libre de temor.---Veamos de qué modo a Pablo tanto se le sonríe ya por la gracia suprema, como él mismo todavía como que no cree por el miedo de la sospecha. Ya el Señor hablándole desde el cielo, 639 y abriendo sus ojos interiores, cerrando los exteriores, había mostrado la potencia de su majestad (Hech. IX, 4); ya había dicho de él a Ananías: Vaso de elección me es este (Ibíd. IX, 15); ya había sido arrebatado sobre sí mismo al tercer cielo (II Cor. XII, 2); ya llevado al paraíso había oído palabras arcanas que no podría decir; y sin embargo todavía temeroso dice: Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, no sea que predicando a otros, yo mismo sea reprobado (I Cor. IX, 27). He aquí que tanto cree ya por la esperanza en la gracia divina que le sonríe, como todavía no cree por la seguridad. Pues porque

estas palabras concuerdan bien con las voces de nuestro Redentor, también lo testifican las subyuntivas, cuando se dice: Y la luz de mi rostro no caía en tierra. Pues ¿qué se llama tierra sino el pecador, al cual se dijo en la primera sentencia: Tierra eres y a la tierra irás (Gén. III, 19)? La luz, pues, del rostro del Señor de ningún modo cae en la tierra, porque la claridad de su visión no aparece a los pecadores. Pues está escrito: Quítese al impío para que no vea la gloria de Dios (Is. XXVI, 10). Pues sería como si la luz cayera en tierra si, viniendo en el juicio extremo, abriera la claridad de su majestad a los pecadores.

10. No se han de predicar cosas fuertes a los débiles.---Que si recibimos estas palabras de la voz de la santa Iglesia, no incongruentemente podremos entender que la luz de su rostro no cae en tierra, porque a los ocupados en acciones terrenas les prohíbe predicar los sumos misterios de su contemplación. Pues prohíbe decir cosas fuertes a los débiles, no sea que mientras oyen cosas de las que son incapaces, sean oprimidos por las palabras de la predicación por las cuales debieron ser elevados. Pues la misma luz corpórea, que irradia los ojos sanos, oscurece a los enfermos; y mientras se mira a la claridad del sol con ojos lagañosos, la mayoría de las veces se les genera ceguera a partir de la luz. La santa Iglesia, pues, oprimida en el tiempo de la persecución, pero acordándose de su pasada discreción, diga: La luz de mi rostro no caía en tierra. Pero porque hemos empezado a entender estas palabras de

su cabeza, prosigamos en Él mismo lo que sigue. Pues se añade:

CAPÍTULO IV

[Rec. VI].

VERS. 24.---Si hubiera querido ir a ellos, me sentaba el primero.

11. En el corazón de los carnales Cristo se sienta el último, en el corazón de los justos el primero.---Porque en el corazón de los réprobos están en primer lugar las acciones de la carne, y en lugar posterior las acciones del alma, en sus pensamientos sin duda Cristo no se sienta el primero, sino el último. Pero todos los elegidos, porque piensan ante todo aquellas cosas que son eternas, y disponen con un cuidado posterior y mínimo las cosas temporales si las hay, a los cuales también se dice por la voz maestra de la Verdad: Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os añadirán (Mt. VI, 33), en su corazón el Señor se sienta el primero. Donde aptamente se antepone: Si hubiera querido ir a ellos. Pues porque, como está escrito (Ef. I, 5), todo lo obra según el consejo de su voluntad; no según nuestro mérito, sino porque Él mismo así lo quiere, el Señor nos ilustra con su visitación. Así pues, tanto viene cuando quiere, como cuando viene se sienta el primero, porque tanto su venida a nuestro corazón es gratuita, como el apetito de su deseo en nuestro pensamiento no es igual a los demás deseos. Sigue:

CAPÍTULO V

[Rec. VII].

IBID.---Y cuando me sentaba como rey rodeado del ejército, era sin embargo el consolador de los que lloran.

12. Cristo, sentándose en nosotros como rey, consuela a los que lloran. Lo mismo hace la Iglesia.---Como rey se sienta el Señor en el corazón, porque gobierna los ruidosos movimientos de los ánimos en nuestro pensamiento. Pues en la mente que habita, 640 mientras excita lo torpe, frena lo inquieto, enciende lo frío, modera lo encendido, ablanda lo rígido, restringe lo fluido; por esta misma diversidad de pensamientos lo rodea como un cierto ejército. O ciertamente se sienta como rey rodeado del ejército, porque a Aquel que preside las mentes de los elegidos lo rodea la turba de las virtudes. Quien también es el consolador de los que lloran, por aquella promesa en la que dice: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mt. V, 5). Y de nuevo: Otra vez os veré, y se alegrará vuestro corazón; y nadie os quitará vuestro gozo (Jn. XVI, 22). Las cosas que hemos dicho sobre la cabeza de la santa Iglesia, nada obsta si las referimas también a la voz de la misma Iglesia. Pues en ella el orden de los doctores preside como rey, al cual rodea la turba de sus fieles. La cual multitud de fieles rectamente se llama también ejército, porque en la disposición de las buenas obras se prepara incesantemente cada día contra las guerras de las tentaciones. [Vet. V.] También la santa Iglesia consuela los

corazones de los que lloran, mientras sopesa las mentes de los elegidos afligidas por la fatiga de la presente peregrinación, y las alegra con la promesa de la patria eterna. Considera también que los pensamientos de los fieles están heridos por el temor divino; y a quienes ve que han oído cosas estrechas sobre Dios para que teman, actúa también para que oigan la mansedumbre de su piedad para que presuman.

13. Mezcla la esperanza y el miedo, para que no confiemos incautamente en la misericordia, o temamos desesperadamente la justicia.---Pues así la santa Iglesia mezcla para sus fieles la esperanza y el miedo sobre la piedad y la justicia del Redentor en la serie de la predicación, para que ni confíen incautamente en la misericordia, ni teman desesperadamente la justicia. Pues con las palabras de su cabeza reanima a los que temen, diciendo: No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino (Lc. XII, 32). Y de nuevo aterra a los que presumen cuando dice: Vigilad y orad, para que no entréis en tentación (Mc. XIV, 38). De nuevo reanima a los que temen, diciendo: Alegraos porque vuestros nombres están escritos en el cielo (Lc. X, 20). Pero disuade a los que presumen de sí mismos cuando dice: Veía a Satanás como un relámpago caer del cielo (Ibíd., X, 18). Reanima a los que temen cuando dice: Mis ovejas oyen mi voz; y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy la vida eterna; y no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano (Jn. X, 27). Pero disuade a los que presumen de sí mismos, diciendo: Darán grandes

señales y prodigios, de modo que sean inducidos al error, si es posible, incluso los elegidos (Mt. XXIV, 24). Reanima a los que temen, diciendo: El que persevere hasta el fin, este será salvo (Ibíd., 13). Disuade a los que presumen, diciendo: Cuando venga el Hijo del hombre, ¿piensas que hallará fe en la tierra (Lc. XVIII, 8)? Reanima a los que temen cuando dice al ladrón: Hoy estarás conmigo en el paraíso (Lc. XXIII, 43). Pero aterra a los que presumen mientras Judas, desde la gloria del apostolado, cae al tártaro. De quien se dice por la definición de la sentencia: Doce os elegí, y uno de vosotros es un diablo (Jn. VI, 70). Reanima al que teme cuando dice: Si un hombre despide a su mujer, y ella yéndose de él se casa con otro hombre, ¿volverá él a ella más? ¿No estará contaminada y polucionada aquella mujer? Pero tú has fornicado con muchos amantes; sin embargo, vuelve a mí, dice el Señor (Jer. III, 1). Pero disuade al que presume cuando dice: ¿Por qué clamas sobre tu quebranto? Insaciable es tu dolor (Jer. XXX, 12). Reanima al que teme diciendo: Así pues, al menos desde ahora llámame: Padre mío, tú eres el guía de mi virginidad (Jer. III, 4). Pero disuade al que presume diciendo: Tu padre fue un amorreo, y tu madre una hetea (Ez. XVI, 3). Reanima al que teme cuando dice: Vuelve, adversaria Israel, y no apartaré mi rostro de vosotros, porque yo soy santo, dice el Señor, y no me airaré para siempre (Jer. III, 12). Pero disuade al que presume cuando prohíbe a su profeta la intercesión, diciendo: No asumas por ellos alabanza y oración, porque no los oiré en el tiempo de su clamor a mí en el

tiempo de la aflicción, porque si estuvieran ante mí Moisés y Samuel, no está mi alma con este pueblo (Jer. VII, 16).

[Rec. VIII.] La santa Iglesia, pues, tanto eleva la mente de sus oyentes con la benignidad de la misericordia, como la perturba con la estrechez del juicio, para que en su predicación, mientras mezcla bien ambas cosas, sus elegidos ni presuman de la justicia exhibida, ni desesperen de la iniquidad pasada.

14. En los buenos pastores se asocian la benignidad y la autoridad, la misericordia y la disciplina.---Pero esto que dice: Cuando me sentaba como rey rodeado del ejército, era sin embargo el consolador de los que lloran; debemos saber que puede edificar mucho al lector incluso según la historia, si considera cómo en los buenos rectores está mezclada tanto la autoridad de regir como la benignidad de consolar. Pues dice: Y cuando me sentaba como rey rodeado del ejército, he aquí la autoridad del régimen: Era sin embargo el consolador de los que lloran; he aquí el ministerio de la piedad. [Vet. VI.] Pues la disciplina (Dist. 45, cap. Disciplina) o la misericordia queda muy desvalida, si se mantiene una sin la otra. Pero respecto a sus súbditos, debe haber en los rectores tanto una misericordia que consuele justamente, como una disciplina que se ensañe piadosamente. De aquí es que a las heridas de aquel medio muerto, que fue llevado por el Samaritano a la posada, se le aplica tanto vino como aceite (Luc. 10, 33, 34), para que por el vino muerdan las heridas, y por el aceite se fomenten, de modo que cada uno de los

que presiden la curación de las heridas, aplique en el vino la mordacidad de la estrechez, y en el aceite la blandura de la piedad; por el vino se limpien las partes podridas, por el aceite se fomenten las que han de sanar. Se ha de mezclar, pues, la lenidad con la severidad, y hacerse un cierto temperamento de ambas, para que ni por mucha aspereza se exulceren los súbditos, ni por excesiva benignidad se relajen. Esto sin duda significa aquella arca del tabernáculo, en la cual junto con las tablas está la vara y el maná (Heb. 9, 4), porque cuando la ciencia de la Sagrada Escritura está en el pecho del buen rector, si está la vara de la estrechez, esté también el maná de la dulzura. De aquí también David dice: Tu vara y tu báculo ellos mismos me consolaron (Sal. 22, 4). Pues con la vara somos golpeados, y con el báculo somos sustentados. Si hay, pues, estrechez de la vara que hiera, haya también consolación del báculo que sustente. Haya, pues, amor, pero no que ablande; haya vigor, pero no que exaspere; haya celo, pero no que se ensañe inmoderadamente; haya piedad, pero no que perdone más de lo que conviene. Conviene contemplar en el pecho de Moisés la misericordia asociada con la severidad. Veámoslo amando piadosamente, y ensañándose estrechamente. Ciertamente cuando el pueblo israelita ante los ojos de Dios había contraído una ofensa casi inexpiable, de modo que su rector oyó: Desciende, tu pueblo ha pecado (Éxodo 32, 7); como si la voz divina luego le dijera: El que ha caído en tal pecado, ya no es mío, y añadiera: Déjame, para que se encienda mi furor contra ellos, y los

borre, y te haga a ti una nación grande; él una y otra vez oponiéndose como obstáculo al ímpetu de Dios airado por el pueblo al que presidía, dice: O perdónales esta falta; o si no lo haces, bórrame de tu libro que has escrito (Ibíd. 32, 32). Pesemos, pues, con qué entrañas amó a ese mismo pueblo, por cuya vida pidió ser borrado del libro de la vida. Pero sin embargo, pesemos con cuánto celo de rectitud se enciende contra sus culpas. Pues tan pronto como con la primera petición obtuvo el perdón de la culpa para que no fueran borrados, viniendo al mismo pueblo, dice: Ponga cada uno su espada sobre su muslo. Id y volved de puerta en puerta por medio del campamento, y mate cada uno a su hermano, a su amigo y a su prójimo. Y cayeron en aquel día casi veintitrés mil hombres (Ibíd. 32, 27). He aquí que el que pidió la vida de todos incluso con su propia muerte, extinguió la vida de unos pocos con la espada. Por dentro ardió con fuego de amor, por fuera se encendió con celo de severidad. Tan grande fue la piedad, que no dudó en ofrecerse a la muerte por ellos ante el Señor; tan grande la severidad, que a los que había temido que fueran heridos divinamente, él mismo los hirió con la espada del juicio. Así amó a los que presidió, que por ellos ni a sí mismo se perdonó; y sin embargo, así persiguió a los delincuentes, a quienes amó, que incluso perdonándolos el Señor los derribó. En ambos casos legado fuerte, en ambos casos mediador admirable, alegó la causa del pueblo ante Dios con preces, la causa de Dios ante el pueblo con espadas. Por dentro amando, resistió a la ira divi-

na suplicando; por fuera ensañándose, consumió la culpa hiriendo. Socorrió más pronto a todos, mostrada la muerte de unos pocos. Y por eso Dios omnipotente escuchó más pronto a su fiel siervo que actuaba por el pueblo, porque vio lo que él mismo iba a hacer sobre el pueblo por Dios. En el régimen del pueblo, pues, Moisés mezcló ambas cosas, para que ni faltara la disciplina a la misericordia, ni la misericordia a la disciplina. Por lo cual aquí también según ambas virtudes se dice: Y cuando me sentaba como rey rodeado del ejército, era sin embargo el consolador de los que lloran. Sentarse rodeado del ejército es vigor y disciplina del régimen; consolar los corazones de los que lloran es ministerio de la piedad. Pero porque entre estas cosas es necesario que el sermón de la exposición recurra a la inteligencia espiritual, la santa Iglesia, oprimida por sus adversarios en los últimos tiempos, recuerda los derechos del régimen pasado; recuerda también cuántos beneficios de piedad exhibió a los afligidos. Cuya disciplina y misericordia es entonces burlada por los ligeros. Por lo cual también se añade:

CAPÍTULO VI

[Vet. VII, Rec. IX].

CAP. XXX, VERS. 1.---Pero ahora se ríen de mí los que son más jóvenes que yo en tiempo.

15. Todos los herejes son más jóvenes que la Iglesia.---Todos los herejes, comparados con la edad de la Iglesia universal, son conveniente-

mente llamados más jóvenes en tiempo, porque ellos salieron de ella, pero no ella de ellos. Por lo cual también dice acertadamente Juan: Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; pues si hubieran sido de nosotros, ciertamente habrían permanecido con nosotros (1 Juan 2, 19). Los más jóvenes en tiempo, pues, se burlan de la santa Iglesia, cuando los que salieron de ella desprecian las palabras de su doctrina, de quienes además se añade:

IBÍD.---A cuyos padres yo no me dignaba poner con los perros de mi rebaño.

¿Quién es el rebaño de la santa Iglesia sino la multitud de los fieles? ¿O quiénes otros son llamados perros de este rebaño, sino los santos doctores, que fueron guardianes de esos mismos fieles? Quienes, mientras estuvieron atentos con vigilias diurnas y nocturnas por su Señor, dieron grandes, por así decir, ladridos de predicación. Acerca de los cuales se dice a la misma Iglesia por el Salmista: La lengua de tus perros de entre los enemigos por sí mismo (Sal. 67, 24). Pues algunos, revocados de los cultos de los ídolos, fueron hechos predicadores de Dios. La lengua de los perros de la Iglesia, pues, procede de entre los enemigos, porque el Señor hace predicadores incluso a los gentiles conversos. De donde es reprendida la tardanza de los judíos, que no quisieron hablar por Dios, por el profeta que dice: Perros mudos, no valientes para ladrar (Isa. 56, 10).

16. Sus jefes, incluso en aquellas cosas que parecen bien hechas, son reprobados.---Llama-

mos padres de los herejes, es decir, a aquellos a quienes llamamos heresiarcas; de cuya perversa predicación, esto es, la semilla de la palabra, se generaron los pueblos siguientes en el error. La santa Iglesia, pues, desdeña poner a los padres de los herejes con los perros de su rebaño, porque rechaza a los inventores de los errores juzgándolos, y desprecia contarlos entre los verdaderos padres. Quienes, aunque algunos parecieron haberlos revocado del error de la gentilidad, y haber enseñado a algunos a actuar honestamente, sin embargo, por aquello de que no sintieron rectamente acerca de Dios, no los pone con los perros de su rebaño, porque no los asocia con los predicadores rectos. Pues consta que Arrio, Fotino, Macedonio, Nestorio, Eutiques, Dióscoro, Severo, y muchos semejantes a estos, enseñando y persuadiendo se esforzaron por parecer padres; pero la santa Iglesia universal juzgando sus errores con estrecha severidad, no los numera entre los guardianes de su rebaño, a los cuales condena como disipadores de la unidad del mismo rebaño. De quienes se dice por la voz de Pablo a los efesios: Sé que después de mi partida entrarán entre vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño (Hech. 20, 29). Y porque a veces los herejes, cuanto más se deslizan en el error de la perfidia, tanto más se guardan en la operación exterior, de modo que parezcan hacer cosas grandes sobre los demás, la santa Iglesia universal desprecia todas sus obras, que percibe que no proceden de la autoridad de la fe. Por lo cual acertadamente

también por la voz del bienaventurado Job se añade:

CAPÍTULO VII.

VERS. 2.---La fortaleza de sus manos para mí era como nada: y eran considerados indignos de la vida misma.

17. Porque abandonaron la caridad de Dios y del prójimo. Algunos herejes hicieron milagros. Herejes indignos de la vida, porque bajo el nombre de Cristo militan contra Cristo.---La fortaleza en la mano es la magnitud en la operación. Pero la fortaleza de las manos de los herejes es considerada como nada por la santa Iglesia, porque percibe que no es de ningún mérito lo que sea que obren, perdida la verdadera fe. Pues abandonan la caridad de Dios y del prójimo, quienes tanto sienten falsamente acerca de Dios, como se dividen riñendo de sus prójimos. Pero el preclaro predicador atestigua que la fortaleza de las manos sin caridad no vale nada, diciendo: Si distribuyera todas mis facultades en alimentos para los pobres, y si entregara mi cuerpo para ser quemado, pero no tuviera caridad, de nada me sirve (1 Cor. 13, 3). [Vet. VIII.] A veces, pues, los herejes también hacen signos y milagros, pero para recibir aquí los premios de su aflicción y de su abstinencia, a saber, las alabanzas que buscan. Por lo cual también se dice por la voz del Redentor: Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿acaso no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les confe-

saré que nunca os conocí; apartaos de mí los que obráis la iniquidad. Con cuya sentencia ¿qué se da a entender sino que debe venerarse en los hombres la humildad de la caridad, y no los signos de las virtudes? Por lo cual ahora la santa Iglesia, aunque se hagan algunos milagros de los herejes, los desprecia, porque reconoce que estos no son un modelo de santidad. Pues la prueba de la santidad no es hacer signos, sino amar a cada uno como a sí mismo, sentir cosas verdaderas acerca de Dios, y mejores acerca del prójimo que de sí mismo. Pues porque la verdadera virtud está en el amor, y no en la ostentación del milagro, la Verdad demuestra, diciendo: En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos para con los otros (Juan 13, 35). Pues el que no dijo: En esto se conocerá que sois mis discípulos, si hiciereis signos, sino que dijo: Si tuviereis amor los unos para con los otros, indica claramente que a los verdaderos siervos de Dios no los prueban los milagros, sino sola la caridad. El testimonio, pues, del discipulado celestial es el don del amor fraterno. El cual amor, ciertamente, porque todos los herejes rehúsan tenerlo, mientras se dividen de la unidad de la Iglesia universal, con derecho se dice de ellos: La fortaleza de sus manos para mí era como nada. Y porque no concuerdan con aquellos mismos signos que exhiben con ninguna humildad, rectamente se añade: Y eran considerados indignos de la vida misma. O ciertamente la santa Iglesia confiesa a todos los herejes indignos de la vida misma, porque sin

duda bajo el nombre de Cristo militan contra el nombre de Cristo. De los cuales además se añade:

CAPÍTULO VIII

[Rec. X].

VERS. 3.---Estériles por la penuria y el hambre.

18. Escudriñando curiosamente lo divino, laboran con penuria y esterilidad.---Todos los herejes, mientras en el sacro elocuio estudian escudriñar los secretos de Dios más de lo que captan, se vuelven estériles por su hambre. Pues no buscan aquello por lo que se instruyan a sí mismos para la humildad, dispongan sus costumbres en la tranquilidad, guarden la paciencia, o exhiban la longanimidad; sino solamente aquello que los demuestre doctos y locuaces, aquellas cosas desean saber por las cuales parezcan singularmente eruditos. Pues frecuentemente tratan audazmente sobre la naturaleza de la divinidad, mientras los miserables no se conocen a sí mismos. Por la penuria, pues, y por su hambre se vuelven estériles, porque desean escudriñar aquello de lo cual no produzcan gérmenes de buena vida. Pues están más allá de ellos lo que escudriñan, y mientras tienden a esto que no pueden comprender, descuidan conocer aquello por lo que pudieron ser instruidos. Cuán bien refrena su audacia el preclaro predicador, diciendo: No saber más de lo que conviene saber, sino saber para la sobriedad (Rom. 12, 3). De aquí Salomón dice: Pon un límite a tu prudencia (Prov. 23, 4). De aquí otra vez dice:

¿Encontraste miel? come lo que te baste, no sea que por si acaso harto la vomites (Prov. 25, 16). Pues el que desea comer la dulzura de la inteligencia espiritual más de lo que capta, incluso vomita lo que había comido, porque mientras busca entender lo sumo más allá de sus fuerzas, pierde incluso lo que bien había entendido. De aquí otra vez dice: Así como el que come mucha miel no es bueno para él, así el que es escudriñador de la majestad, será oprimido por la gloria (Ibíd. 27). Pues la gloria del invisible Creador, que inquirida moderadamente nos levanta, escudriñada más allá de las fuerzas nos oprime. Así pues los herejes, porque cuanto más ambicionan llenarse de la sublime inteligencia, tanto más se vacían, bien se dice de ellos: Estériles por la penuria y el hambre. Pues por los inmoderados esfuerzos, cuanto más desean la ciencia del conocimiento supremo, más la pierden.

[Vet. IX.] 19. Los humildes entienden lo celestial, o veneran lo no entendido.---Pero al contrario, estos que en la santa Iglesia son verdaderamente humildes, y verdaderamente doctos, saben tanto entender algunas cosas consideradas de los secretos celestiales, como venerar algunas no entendidas, para que tanto retengan venerablemente lo que entienden, como esperen humildemente lo que aún no entienden. Por lo cual se nos dice por Moisés: Que comiendo el cordero, lo que quedara de él lo quemáramos con fuego (Éxodo 12, 10). Pues comemos el cordero, cuando reconditamos muchas cosas de la humanidad del Señor en el vientre de la mente por el enten-

dimiento. De lo cual nos quedan algunas cosas, que no pueden comerse, porque muchas cosas restan aún de Él, que de ningún modo pueden entenderse. Las cuales sin embargo han de quemarse con fuego, porque aquello que de Él no podemos captar, lo reservamos humildemente al Espíritu Santo. Cuya humildad frecuentemente abre incluso a los sentidos de los elegidos aquello que parecía ser imposible para el entendimiento. Pues las mentes perversas de los herejes mientras soberbiamente se atribuyen el entendimiento, presumen dar sentencias ciertas incluso sobre lo incógnito. De donde resulta que esa misma elación, que por dentro ante sí mismos los eleva, los repele fuera de la verdad, y apenas captan lo exterior en los dichos de Dios, quienes pensaban haber penetrado singularmente los secretos espirituales. Por lo cual aquí también se añade:

CAPÍTULO IX

[Rec. XI].

VERS. 3, 4.---Que roían en la soledad, escuálidos por la calamidad y la miseria; y comían hierbas y las cortezas de los árboles.

20. Los herejes no comen la médula de la Sagrada Escritura, sino que roen la corteza.---Suele roerse lo que no puede comerse. Pero los herejes, porque se esfuerzan por entender la Sagrada Escritura por su propia virtud, de ningún modo pueden aprehenderla; la cual, mientras no la entienden, es como si no la comieran. Y porque no ayudados por la gracia suprema no pueden

comerla, es como si la royeran con ciertos esfuerzos. Pues exteriormente la manejan, cuando ciertamente lo intentan, pero no llegan a sus partes interiores. Quienes, porque están disjuntos de la sociedad de la Iglesia universal, no se mencionan royendo en cualquier parte, sino en la soledad. A la cual soledad, ciertamente, porque los falsos predicadores atraerían a sus seguidores, mucho antes advirtió la Verdad, diciendo: Si os dijeren: He aquí está en el desierto, no salgáis (Mat. 24, 26). Quienes rectamente son presentados como escuálidos por la calamidad y la miseria, porque son despreciables tanto por la pernicie de sus costumbres como por la pravidad de sus sentidos. Quienes también manducan hierbas y cortezas de árboles, porque rechazados por el obstáculo de su elación, no pueden percibir las cosas grandes e íntimas en el sacro elocuio, sino que apenas conocen en él algunas cosas tiernas y exteriores. Por las hierbas se significan los dichos más planos, por las cortezas de los árboles los elocuios exteriores de los Padres. Quienes, pues, desean saber aquello por lo que de ningún modo sean doctos, sino que parezcan serlo, mientras en los sacros volúmenes no exquieren medularmente la fuerza de la caridad para con Dios y el prójimo, se alimentan como de hierba y corteza, porque son o bien cosas ínfimas o bien exteriores las que nutren las mentes de los que se ensoberbecen. O ciertamente comer hierbas es guardar los mínimos preceptos de la Sagrada Escritura, y despreciar los mayores. A quienes bien increpa la Verdad, diciendo: ¡Ay de vosotros, escribas y fari-

seos hipócritas, que diezmáis la menta, el eneldo y el comino, y habéis dejado lo que es más grave de la ley! (Mat. 23, 23). Quienes también roen las cortezas de los árboles, porque hay algunos que en los sacros volúmenes veneran sola la superficie de la letra, ni guardan nada del entendimiento espiritual, cuando nada sospechan en las palabras de Dios más que esto que exteriormente oyeron. A quienes sin embargo en todos sus errores posee el apetito de la vana gloria, y los tiene cautivos la ambición del honor, y frecuentemente por aquello mismo que hablan no desean otra cosa que lucros terrenales. De los cuales se dice por Pablo: Pues los tales no sirven a Cristo Señor, sino a su propio vientre (Rom. 16, 18). Por lo cual acertadamente también se añade:

CAPÍTULO X

[Rec. XII]

VERS. 4.---Y la raíz de los enebros era su comida.

21. Buscan solo los lucros temporales.---Pues el árbol del enebro tiene pinchazos en lugar de hojas. Pues son tan hirsutos lo que produce, que a semejanza de las espinas pueden pinchar al que los maneja. Pero espina es todo pecado, porque mientras atrae al deleite, como pinchando lacera la mente. De donde se dice por la voz del justo y del penitente: Me he vuelto en mi angustia mientras se rompe la espina (Sal. 31, 4), porque a saber, la mente se vuelve al lamento, para que el pinchazo del pecado se rompa arrepintiéndose.

Pero en otra traducción se dice que la espina no se rompe, sino que se clava, lo cual ciertamente no disuena de ese mismo sentido, porque el ánimo del penitente es llevado al luto, mientras la culpa perpetrada se retiene fija en la memoria [Vet. X]. ¿Qué se designa pues por la raíz del enebro sino la avaricia, de la cual se producen las espinas de todos los pecados? De la cual se dice por Pablo: La raíz de todos los males es la codicia (1 Tim. 6, 10). Pues ella surge latentemente en la mente, pero produce patentemente los pinchazos de todos los pecados en la obra. Cuyo pinchazos surgiendo de esta raíz, inmediatamente insinúa el preclaro predicador, cuando añade: La cual apeteciendo algunos erraron de la fe, y se traspasaron a sí mismos con muchos dolores (Ibíd. 10). Pues el que dijo muchos dolores, dio a conocer como naciendo de esta raíz los pinchazos. En los enebros pues los pecados, pero en la raíz de los enebros ¿qué otra cosa que la avaricia, esto es, la materia de los pecados entendemos? Puesto que por lo tanto frecuentemente los herejes siguen solo los lucros exteriores en sus palabras, ni ignoran que aseguran cosas perversas, pero no desertan de los predicamentos del error, mientras quieren recibir los gastos como si fueran de los doctores, bien se dice ahora por la voz del santo varón: Y la raíz de los enebros era su comida, porque mientras piensan con todos los sentidos de su mente la avaricia, es como si se alimentaran de aquel alimento, del cual suelen nacer sin duda los pinchazos de los pecados siguientes. Quienes si alguna vez encuentran en el sacro elocuio algunas cosas

como prudentemente, las cuales mientras no las entienden, sospechan que son para sus propias aserciones, pronto las esparcen vociferando a sus míseros oyentes, cuyas substancias, no almas, apetecen. Por lo cual congruentemente se infiere:

CAPÍTULO XI

[Rec. XIII].

VERS. 5.---Quienes arrebatando estas cosas de los valles, cuando encontraban cada una, corrían a ellas con clamor.

22. Tuercen y atraen hacia sí las oscuras sentencias de la Sagrada Escritura y de los Padres.---De los valles arrebatan aquellas cosas, porque recogen estas de los humildes dichos de los Padres con espíritu soberbio. Las cuales mientras se glorían de haberlas encontrado para sus propias partes, corren a ellas con clamores, porque a saber, intentan difuminar todo lo que sienten a los oídos de los hombres con el apetito de la alabanza. Sigue:

CAPÍTULO XII

VERS. 6.---En los desiertos de los torrentes habitaban, y en las cavernas de la tierra, o sobre la grava.

23. Los herejes son insignes por sus escondrijos y su inestabilidad.---Llamamos torrentes a los arroyos que se forman con las aguas invernales, los cuales se secan en ciertos tiempos. Con derecho, pues, los inventores de los dogmas perversos

son llamados torrentes, porque fríos por el calor de la caridad, crecen como en el torpor del tiempo invernal, porque no fluyen con plenitud perpetua, sino que son desecados por las alegaciones de los católicos como por los soles estivales. Y ciertamente los inventores de los dogmas perversos surgidos contra la santa Iglesia, ya se han extinguido por el fervor de la verdad, pero sin embargo sus discípulos no cesan de mantener y defender aquello que ellos enseñaron. Estos, pues, que siguen los errores de aquellos, habitan en los desiertos de los torrentes, es decir, confían en su predicación, cuyos elocuio están ya secos por la respuesta y el razonamiento de los católicos. [Vet. XI.] ¿Qué otra cosa entendemos por las cavernas de la tierra sino las ocultas predicaciones de los herejes? Pues los herejes así se reúnen entre sí en conventículos clandestinos, para que den a su error una reverencia que no pueden por la razón, por la ocultación, y para que a las almas débiles el sermón de la pravidad les parezca tanto más digno de reverencia cuanto más secreto. De donde en Salomón la mujer desde el tipo de la herejía persuade diciendo: Las aguas furtivas son más dulces, y el pan escondido es más suave (Prov. 9, 17). Las cuales predicaciones ocultas detesta la Verdad, diciendo: Si alguien os dijere: He aquí está Cristo, o he aquí allí, no creáis. Y rursum: Si os dijeren: He aquí está en el desierto, no salgáis; he aquí en los secretos, no creáis. Pues así como el relámpago sale del Oriente y aparece hasta el Occidente, así será también el advenimiento del Hijo del Hombre (Mat. 24, 23, 26). Esto es pues

allí en los secretos, lo que aquí se dice en las cavernas. En las cavernas pues habitan los herejes, porque frecuentemente ocultan su error con predicaciones secretas, para que por aquello por lo que no se indican a los más doctos y prudentes, por eso mismo atraigan hacia sí más vehementemente a los inexpertos. Por lo cual bien se añade también: O sobre la grava. Pues llamamos grava a aquellas piedrecitas pequeñísimas que el agua fluvial arrastra. Los doctores de dogmas perversos habitan pues sobre la grava, porque atraen aquellas mentes de hombres que no se solidifican con ninguna estabilidad de gravedad, a las cuales los ríos de los errores conducen siempre como de lugar en lugar. Por lo cual también el preclaro predicador, deseando que sus oyentes no fueran conducidos temporalmente, sino solidificados con fuerte gravedad, amonestó diciendo: Para que ya no seamos niños fluctuantes, ni seamos llevados de aquí para allá por todo viento de doctrina (Ef. 4, 14). La santa Iglesia pues, deprimida por un momento por sus adversarios, cuando vea las audaces mentes de los errantes insultarla; reduce a la memoria cuál fue su conversación, diciendo: En los desiertos de los torrentes habitaban, y en las cavernas de la tierra, o sobre la grava. Pues porque su perversa predicación, perdido el fuego de la caridad, convaleció del frío de la mente, ciertamente habitó en los desiertos de los torrentes. Porque verdaderamente no fue abierta y libre, se ocultó en las cavernas. Porque además sostuvo a un pueblo no fijo, sino móvil, no permaneció

sobre la piedra, sino sobre la grava; de los cuales además se añade:

CAPÍTULO XIII

[Rec. XIV].

VERS. 7.---Quienes entre los tales se alegraban, y computaban como delicias estar bajo los espinos.

24. En las cosas pésimas se exultan y deleitan.---¿Qué entendemos por el nombre de espinos sino aquellas punciones de los pecados que ya dijimos arriba (Núm. 21 de este libro)? Pero porque las mentes perversas se gozan en las iniquidades, las cuales debieron llorar, todos los herejes tanto se ensalzan con vana alegría, cuanto más convalecen hacia cosas peores; y consideran que es una delicia estar bajo los espinos, porque de ahí elevan la mente perversa al gozo, de donde llevan las espinas de los pecados. Pues si alguna vez pudieren atraer a alguien a su error, se jactan por la alegría; y de donde se congregan pecados diariamente para sí, incluso perdiendo a otros, de ahí se exultan como si fueran guías hacia la justicia. Bien pues se dice: Quienes entre los tales se alegraban, y computaban como delicias estar bajo los espinos. Pues atraen a quienes pueden hacia su propia perdición, y creen que estar bajo los pecados, o añadir culpas a las culpas, es acumular opulencia de virtudes.

CAPÍTULO XIV

[Rec. XV].

VERS. 8.---Hijos de necios y de hombres innobles, y en la tierra no apareciendo en absoluto.

25. Los padres de los herejes son necios e innobles.---A saber, los hijos de aquellos que fueron maestros de los errores. Se dicen pues hijos, no generados de su semilla, sino de la imitación, quienes enseñando cosas perversas, fueron necios por la ignorancia; viviendo inicuamente, innobles por la acción. Quienes a nuestro Redentor por ninguna cognación de sabiduría, por ninguna cognación de vida están conjuntados. De quien por la voz de Salomón en la alabanza de la santa Iglesia se dice: Noble en las puertas su marido (Prov. 31, 23). Estos pues, porque siguieron los perversos ejemplos de los errantes, se mencionan ser hijos de necios y de innobles. Rectamente pues se añade: Y en la tierra no apareciendo en absoluto, porque mientras aquí apetecen ser vistos como algo, sin duda se hacen exsortes de la tierra de los vivientes.

26. Lo mismo puede decirse de los carnales que de los herejes.---Pero esto que dijimos en el tipo de los herejes, en absoluto nada obsta si también lo sentimos de los perversos y carnales, aunque estén puestos en la recta fe. Pues la santa Iglesia de los elegidos no se computa solo para sí como adversarios a los que puestos fuera de su fe disienten, sino también a aquellos que su vida viviendo mal interiormente oprimen. Contemple pues, afligida por la angustia de la adversidad que se abalanza, cómo en el tiempo de su prosperidad

fue gravada por la pravidad de los inicuos y de los que dentro de ella vivían. Contemple que por la exigencia de los méritos de algunos, no injustamente en ella fue turbada la vida de todos, y diga: Que roían en la soledad, escuálidos por la calamidad y la miseria. Así como en la primera parte de esta obra prefacié, por la virtud de la contemplación no pocas veces suele entenderse la soledad de la mente. Pero en este lugar cuando la soledad se dice por reproche, ¿qué otra cosa que la destitución del bien se demuestra? De donde también bajo el tipo de Judea Jeremías deplora el alma del pecador, diciendo: Cómo se sienta sola la ciudad llena de pueblo (Lam. 1, 1). Pero cuando por el bienaventurado Job se dice de los pravos: Roían en la soledad, conviene contemplar esto también que fue dicho por el Salmista: Sus enemigos lamerán la tierra (Sal. 71, 9).

649 27. [Vet. XII]. Algunos se dedican a la adulación, otros a la abierta fuerza de la avaricia. Pues hay dos géneros de hombres que sirven a su propia ambición: uno, a saber, que siempre usa para la avaricia los halagos de la lengua; el otro, en cambio, que por la abierta fuerza tiende a la rapiña. Pues roemos cuando desgastamos algo exteriormente con fuerte esfuerzo. Pues se lame cuando esto que no puede ser comido fácilmente, es gustado por la suavidad aplicada de la lengua. Todos, por tanto, aun viviendo malvadamente bajo la apariencia de la fe, que apetecen lo ajeno, pero que de ningún modo pueden arrebatar aquello que apetecen, y que intentan atraer lo codiciado con blandos discursos y como con la

blandura de la dulzura, ¿qué otra cosa hacen sino lamer la tierra? Porque cualquier cosa terrenal que no pueden quitar por la fuerza, lo intentan por la blandura de la lengua. Pero aquellos que en este mundo están apoyados por alguna potestad, y codiciando lo ajeno, desprecian por cierto adular por fraude, porque aun con injusta fortaleza pueden cumplir lo que quieren, estos no lamen esto que apetecen, sino que lo roen, puesto que demuelen la vida de los prójimos por la fortaleza de sus fuerzas como por el esfuerzo de los dientes. Contemple pues la santa Iglesia las verdaderas riquezas de la patria eterna; contemple la concurrencia de los ciudadanos superiores; contemple en sus electos el cultivo de la mente, y los bienes de innumerables virtudes, y de ellos retire el ojo de la mente hacia la vida de los pravos destituida de todo bien; y por la comparación de aquellos vea de qué manera esta vida está vacía de todas las virtudes, porque desertó de lo supremo y codició lo ínfimo. Vea cómo la mayor parte de las veces esto que apetece, si por ventura prevalece, incluso lo arrebata violentamente. Vea que a tales hombres, puestos como dentro de ella, los toleró por mucho tiempo, y por las culpas de ellos llegó incluso hasta los peligros y detrimentos también de los buenos, y diga: Que roían en la soledad. Como si abiertamente se quejara, diciendo: No roerían arrebatando incluso violentamente lo ajeno, si antes ellos mismos no permanecieran en sus interiores solos y vacíos del cultivo de las virtudes. Pero bien explica la cualidad de ellos, diciendo: Escuálidos por la calamidad y la miseria.

Pues la carne enferma, si se descuida ser curada con diligencia, se grava peor en la enfermedad por la escualidez traída por encima; y mientras a la calamidad de la enfermedad se añade la miseria de la negligencia, se tolera una molestia más grave por la escualidez sobrevenida.

28. Sirviendo a las necesidades de la naturaleza más de lo justo, aumentamos sus enfermedades. La naturaleza humana, por tanto, bien establecida, pero caída en la enfermedad por la culpa de su propia voluntad, cayó en la calamidad, porque, oprimida por innumerables necesidades, nada encontró en esta vida sino de donde fuera afligida. Pero cuando servimos a esas mismas necesidades de nuestra naturaleza la mayor parte de las veces más de lo que conviene, y descuidamos el cuidado de la mente, añadimos por la miseria de la negligencia la escualidez de la culpa a nuestra enfermedad. Pues las necesidades naturales suelen tener esto de muy peligroso: que a menudo en ellas mínimamente se discierne qué se hace en torno a ellas por el estudio de la utilidad y qué por el vicio del placer. Pues frecuentemente, encontrada la ocasión de la seducción, mientras pagamos las deudas debidas a la necesidad, servimos al vicio del placer, y bajo el velo de la enfermedad nuestra excusa se encubre ante los ojos de la discreción, y se oculta como bajo el patrocinio de cumplir la utilidad. Pero relajar por negligencia la enfermedad de nuestra naturaleza, no es otra cosa sino añadir la miseria a la calamidad, y multiplicar la escualidez de los vicios por la misma miseria. De donde los varones

santos en todo lo que hacen disciernen con estudiadísima intención, 650 para que la enfermedad de su naturaleza no exija de ellos más de lo que se debe, para que bajo el tegumento de la necesidad no crezca en ellos el vicio del placer. Pues una cosa sostienen por la enfermedad, otra por la sugestión de la tentación; y como unos árbitros rectísimos constituidos entre la necesidad y el placer, a aquella la alivian consolándola, a este lo frenan oprimiéndolo. De donde resulta que aunque toleren la calamidad de su enfermedad, sin embargo no descienden por negligencia a la escualidez de la miseria. Pues estar en la calamidad es esto mismo: sostener las necesidades de la naturaleza por la enfermedad de la carne todavía corruptible. De cuyas necesidades deseaba escapar aquel que decía: De mis necesidades líbrame (Sal. 24, 17). Pues sabía que la mayor parte de las veces las culpas de los placeres brotan de la ocasión de las necesidades; y para no admitir espontáneamente nada ilícito, se afanaba en que fuera arrancado esto mismo que toleraba de raíz contra su voluntad.

29. Los carnales, mientras parecen obedecer a la necesidad, sirven al placer. Ojalá a los pravos les bastara su sola muerte. Pero al contrario, los pravos se gozan en esas necesidades de su corrupción, porque sin duda las retuercen para el uso de los placeres. Pues cuando sirven a la naturaleza para reparar los cuerpos con el alimento, se distienden en la glotonería del placer por el deleite de la gula. Cuando buscan vestiduras para cubrir los miembros, no solo buscan lo que cubra,

sino también lo que ensalce; y contra el torpor del frío, no solo lo que proteja por la densidad, sino también lo que deleite por la suavidad; no solo lo que acaricie el tacto por la suavidad, sino también lo que seduzca los ojos por el color. Convertir pues la causa de la necesidad en el uso del placer, ¿qué otra cosa es sino asociar la escualidez de la miseria a su calamidad? Oprimida pues la Iglesia por el tiempo de la adversidad, recuérdese de aquellos por cuyo mérito sostiene tales cosas, y diga: Que roían en la soledad, escuálidos por la calamidad y la miseria. Por cierto no estarían escuálidos por la calamidad, si no sobreañadieran la miseria de los placeres a las necesidades ínsitas. Las cuales necesidades merecimos por la culpa del primer padre. Pero estos que añaden la miseria de la negligencia a su calamidad, brotan del tormento de la pena hacia los aumentos de la culpa. Pero ojalá tales hombres, cuando desprecian ser mudados para mejor, de tal modo obraran perversamente que no propinaran esas mismas cosas también a otros. Ojalá les bastara su sola muerte, y no mataran también la vida ajena con virulentas persuasiones. Pues envidian que otros sean lo que ellos no son, se duelen de que otros alcancen lo que ellos pierden. Pues si por ventura contemplan que brotan algunos bienes en los actos de otros, pronto los arrancan con la mano de la pestífera exprobración. De donde también sigue [Vet. XIII]: Y mandaban hierbas, y cortezas de árboles.

30. Intentan pervertir a los que comienzan y a los que progresan en el bien. ¿Pues qué se designa

por las hierbas sino la vida tierna y próxima a la tierra de los que comienzan bien, y qué por las cortezas de los árboles sino las obras exteriores de aquellos que ya apetecen cosas sublimes? Pues los pravos, cuando ven a los que comienzan cosas rectas, contradicen o burlándose, o como aconsejando. Pero cuando ya consideran que algunos progresan hacia lo sumo, porque no pueden disipar por completo sus progresos, los desvían de algunas de sus obras. Mascarles pues las hierbas y las cortezas de los árboles es disipar con persuasiones pestíferas, como con ciertos dientes de su malicia, 651 o los estudios de los que comienzan bien, o las operaciones de algunos que ya tienden a lo superior a modo de árboles. Mascan las hierbas los réprobos cuando consumen los inicios de los débiles burlándose. Mascan también las cortezas de los árboles cuando con la mano del perverso consejo sustraen el tegumento de las buenas obras de la vida de los que crecen rectamente. A estos los despojan en algunos actos como a los árboles; a aquellos en cambio, porque los desprecian, los arrastran como a las hierbas, y como lo que pisan lo comen. La fortaleza de algunos que ya surge en lo alto la demuelen en parte; pero la ternura de algunos aun todavía puestos en lo ínfimo la trituran por completo. Diga pues: Mandaban hierbas, y cortezas de árboles, porque con perversas burlas disipaban en algunos las obras exteriores, pero en algunos los corazones que reverdecían por la esperanza.

31. Algunos se alimentan solo de la apariencia de la virtud, como de la corteza. O ciertamente

mandar hierbas es imitar algunas cosas leves y tiernas de los antiguos padres. Pero comer las cortezas de los árboles es realizar sus obras solo en la superficie, pero no tener la intención recta en las mismas obras. Pues hay algunos que, mientras no pueden alcanzar la gloria del presente mundo por las acciones del mismo mundo, apetecen la apariencia de la santidad, toman el hábito de la veneración, desean ser vistos como imitadores de los antiguos padres, y realizan ciertamente algunas cosas pequeñas y leves, pero desprecian imitar sus cosas fuertes, y aquellas que brotan de la sola raíz de la caridad. Estos a saber comen hierbas, porque descuidan las cosas grandes y se sacian de las viles. Sin embargo, la mayor parte de las veces también ejercitan ciertas obras como más robustas, pero no tienen la intención recta en las mismas obras. Para los cuales, por cierto, mascar las cortezas de los árboles es asumir los actos exteriores de los electos, y no tener la intención buena en las buenas acciones. Pues mientras por la alabanza humana buscan obras rectas, pero descuidan imitar el corazón de los que obran rectamente, se llenan solo de las cortezas de los árboles. Pues con todo el deseo buscan la gloria de la vida presente, o la abundancia. De donde también rectamente se añade: Y la raíz de los enebros era su comida.

32. La acción perversa que deleita en la culpa, punza en la pena. Pues dentro, aunque puestos por la fe, mientras la mayor parte de las veces sirven a los pensamientos de la avaricia, comen como aquello de donde en el extremo de la vida se

producen las asperezas de los suplicios. Quienes mientras no codician el fruto del divino elocuio, sino que sirven a la ambición de las cosas temporales, de ningún modo se sacian con el pan de trigo, sino con la raíz del enebro. Esas mismas cosas a saber los ocupan, nacidas de lo más profundo e ínfimo, que los punzarán después a modo de enebro por la dureza de las retribuciones como por la aspereza de las hojas. Pues despreciando a Dios aquí, mínimamente sienten cuán grande sea el mal que hacen. Todavía comen la raíz del enebro, pero no atienden cuán ásperos sean los ramos de esta raíz, porque sin duda la acción perversa ahora como desde la raíz deleita en la culpa, pero después como desde los ramos punza en la pena. Donde también bien se añade: Quienes arrebatando estas cosas de los valles, cuando hubieran encontrado cada una, corrían a ellas con clamor.

33. En el valle de la vida presente, a menudo se litiga con gran clamor por un vil estipendio. En comparación a saber de lo supremo, toda la vida presente es un valle. Estos, porque no saben contemplar la altura de los montes, esto es, los actos fuertes de los santos, siempre conversan en el deleite ínfimo como en valles; y mientras encuentran cualquier lucro aun de un pequeño estipendio, corren con 652 clamor, porque se esfuerzan en arrebatar esto incluso altercando. Pues correr con clamor a cada cosa encontrada en el valle es litigar incluso por un pequeño estipendio ante las ocasiones de las causas sobrevenidas. Sin embargo, la mayor parte de las veces, a quien

una buena acción muestra como santo, la ocasión de la ventaja terrena sobrevenida lo examina. Pues verías a algunos ya hacer cosas sublimes, ya seguir los ejemplos de los padres precedentes en la obra de la abstencia, ya en la de la doctrina; pero cuando de repente han encontrado el lucro de la vida presente como el fruto del valle, corren a esto con clamor, porque rota la tranquilidad de la santidad que se les había sobreañadido, saltan hacia ello.

Porque pues buscan aquí los halagos de la consolación transitoria, comen hierbas, porque en sus pensamientos meditan la gloria exterior de aquellos, mascan las cortezas de los árboles. Y porque en todas estas cosas sirven solo a la avaricia con toda su intención, se llenan de la raíz del enebro. Todas las cuales cosas las arrebatan de los valles, porque por el amor de esta vida ínfima y corruptible se encienden en inmensos deseos. Y cuando encuentran cada una, corren a ellas con clamores, porque a saber se afanan en aprehender los lugares y regímenes de los santos padres, cuyos méritos no buscan alcanzar; y cuando no pueden alcanzar estos tranquilamente la mayor parte de las veces, se esfuerzan incluso rompiendo la paz de la concordia.

35. Lo que los justos desprecian, eso ellos codician al máximo. Quienes por el hecho de que están disjuntos lejos de la acción de los padres precedentes, rectamente se añade: En los desiertos de los torrentes habitaban, y en las cavernas de la tierra, o sobre el cascajo. En buena parte pues rectamente aceptamos por torrentes a los

santos predicadores, quienes mientras en la presente vida nos fluyen con divinos elocuios, se recogen como en invierno por la multitud de las aguas. Quienes también al llegar el sol estival se retiran, porque cuando la luz de la patria eterna haya brillado, cesarán de predicar. Los desiertos de estos torrentes son las ventajas de la vida temporal. Pues estas cosas las desertan, y se convierten para alcanzar los lucros celestiales. Pero todas estas cosas aquel torrente las había dejado, que decía: Por quien hice de todas las cosas un detrimento, y las juzgo como estiércol (Fil. 3, 8). Pero porque las mentes de los pravos apetecen alcanzar en esta vida aquellas cosas que los justos dejan despreciándolas, se mencionan habitar en los desiertos de los torrentes. Pues aquellas cosas que son indignas de los santos, ellos mismos codician percibirlas como algo grande. Las cavernas de la tierra pues son los pensamientos pravos, en los cuales se esconden de los ojos humanos. Pues los pravos, según son, rehúyen ser vistos por los hombres, y mientras simulan otra cosa de lo que son, se ocultan en los escondrijos de su conciencia como en las cavernas de la tierra. Todas las cuales cosas no harían, si no desesperaran de la vida eterna y sólida, si no fijaran el ánimo en este incierto de la temporalidad. De donde bien se añade: O sobre el cascajo.

36. Inherentes a lo que fluye, son de vueltos hacia lo ínfimo. Cascajo es pues la vida presente, que incesantemente es conducida a su término por el mismo defecto de la mutabilidad, como por el impulso de un río. Habitar sobre el casca-

jo pues es tanto adherirse al flujo de la vida presente, como poner allí la intención, donde el paso no pueda solidificarse permaneciendo fijo. Hay otra cosa en el cascajo que de ningún modo debe pasarse por alto en silencio, porque cuando el pie se pone en su superficie, ella misma por su volubilidad resbala, y es devuelto hacia lo ínfimo. De cuya cosa por cierto en nada discrepa la vida de los pravos, porque cuando por el amor del mundo se dedican a hacer algunas cosas lícitas y honestas, ponen como el pie plano en la superficie; pero de repente el pie resbala hacia lo ínfimo, porque la acción de ellos, mientras siempre apetece más cosas, desciende hasta las inicuas e ilícitas. Cuando por tanto la santa Iglesia tolera los contrarios de este tiempo, recurra por la memoria a la vida de los carnales, a quienes sostuvo como adversarios para sí aun en las cosas prósperas, y reconozca por cuyos méritos padece estas cosas, diciendo: En los desiertos de los torrentes habitaban, y en las cavernas de la tierra, o sobre el cascajo. Porque pues están destituidos de la doctrina de los padres, se mencionan habitar en los desiertos de los torrentes; porque se cubren en los ocultos pensamientos, en las cavernas de la tierra; porque en cambio apetecen fijar su intención en la movilidad del presente siglo, sobre el cascajo. ¡Pero ojalá tales hombres, ya que no quieren impugnar los pecados que los tientan, al menos borraran llorando lo cometido! ¡Ojalá al menos reconocieran sus males perpetrados, y aplicaran a la higuera estéril el cesto de estiércol,

esto es, a la mente infructuosa la gordura de la lamentación!

[Vet. XV]. 37. El mal que hacemos pone un óbice al ojo de la mente. Pero tiene esto la mayor parte de las veces el ánimo humano por propio: que tan pronto como cae en la culpa, se separa todavía más lejos del conocimiento de sí mismo. Pues este mismo mal que hace se interpone a la mente como un óbice ante el ojo de la razón. De donde resulta que el alma, primero obsesionada por las tinieblas voluntarias, después ya ni siquiera reconozca el bien que busque. Pues cuanto más se adhiere a los males, tanto menos entiende los bienes que pierde. Pues la luz de la verdad, porque examina con sutileza las culpas de los réprobos, por cuanto tenida se descuida, por tanto permite juzgando más estrechamente, que ni lo perdido se requiera; y cuando es repelida del acto, huye del sentido, para que de aquella cuya cara como que se desprecia en la obra, ya ni sus espaldas se vean por la recordación. De aquí pues es que los réprobos sujetos a crímenes llorables se gozan, de los cuales se dice por Salomón: Que se alegran cuando han hecho el mal, y se regocijan en las cosas peores (Prov. 2, 14). De aquí es que realizan las causas de las lágrimas bailando; de aquí es que ejecutan el negocio de su muerte riendo. De donde aquí también aptamente se añade:

CAPÍTULO XV

[Rec. XVI].

VERSÍCULO 7. --- Que se alegraban entre tales cosas, y computaban por delicias estar bajo las zarzas.

38. Alegrándose en lo transitorio, son afligidos por graves cuidados. --- Se alegran entre tales cosas, porque ciertamente atienden a las cosas transitorias que perciben, y descuidan mirar los bienes permanentes que pierden. Y mientras arden con el amor de lo temporal, ignoran queriendo la verdadera alegría. La cual, si buscaran conocer estudiosamente, verían cuán dignos de ser llorados son los gozos que apetecen. Pero mientras desprecian saber cosas mejores, eligen para sí solas, como si fueran lo supremo, aquellas cosas que visiblemente halagan a los ojos con fugaz seducción. Siguiendo ciertamente lo visible, fijan el corazón; y tanto se gozan exteriormente, cuanto no tienen recordación de sí mismos interiormente. Se mezclan sin embargo con sus gozos la mayor parte de las veces las tribulaciones, y son azotados por las cosas mismas de las cuales se enorgullecen. Pues ni pueden, sin las graves molestias de los cuidados, o buscar las cosas temporales que apetecen cuando no las tienen, o conservar las buscadas, o apetecer una gloria más excelente entre sus iguales, o exigir de los menores más reverencia de la que conviene, o exhibir la misma a los mayores menos de lo que deben; la mayor parte de las veces mostrar la potencia a través de la impotencia; hacer siempre cosas pravas, y sin embargo, para no tener opinión de pravidad, custodiarse temerosamente. Todas estas cosas por cierto punzan a los míseros, pero no

sienten esas mismas punciones, vencidos por el amor de las cosas temporales mismas. De donde también rectamente se dice ahora: Y computaban por delicias estar bajo las zarzas, porque oprimidos por las deleitaciones de los pecados, por el afecto de la vida presente ignoran cuán ásperas son las cosas que padecen.

39. Estiman ser una delicia permanecer bajo las zarzas. --- Se alegran por tanto, pero bajo las zarzas, porque se gozan ciertamente en las cosas temporales, pero sin embargo, mientras no pueden dispensar esas mismas cosas temporales sin tribulación, son punzados los míseros por aquel cuidado por el cual son oprimidos. Permanecen bajo las zarzas, y estiman esto mismo por delicias, porque tanto toleran cosas duras por cierto por el amor de la vida presente, como sin embargo, ligados por el afecto de la excesiva codicia, piensan que el trabajo de esa misma tolerancia es placer. De donde rectamente Jeremías, tomando en sí la figura de toda la conversación humana, se queja por el lamento, diciendo: Me embriagó con ajenjo (absynthio) (Lam. 3, 15). Pues como ya dijimos antes en la parte superior (Lib. VII, n. 25), todo borracho no sabe lo que padece. Pero el que se embriaga con ajenjo, tanto lo que tomó es amargo, como sin embargo no entiende esa misma amargura de la cual está lleno. El género humano pues, por el recto juicio de Dios, dejado a sí mismo en sus placeres, y entregado a través de esos mismos placeres a espontáneas tribulaciones, está ebrio de ajenjo, porque son amargas las cosas que tolera por el amor de esta

vida, y sin embargo ignora esa misma amargura por la ceguera de la codicia como por la insensibilidad de la embriaguez. Pues sediento de la gloria del mundo, mientras encuentra muchas tribulaciones por ella, amargo es lo que bebe. Pero porque tomó esto demasiado ávidamente, ya no basta para discernir el mal de esa misma amargura ante la embriaguez misma. [Vet. XVI.] Pues los hombres perversos aman incluso las tribulaciones por la gloria de este mundo, y sirven gustosamente con todos los sudores por ella, y someten devotísimamente los cuellos al yugo de graves trabajos. Lo cual se describe bien bajo la especie de Efraín por Oseas profetizando, quien dice: Efraín es una becerra enseñada a amar la trilla (Os. 10, 11). Pues la becerra acostumbrada a los trabajos de la trilla, soltada la mayor parte de las veces vuelve al mismo uso del trabajo incluso sin ser compelida. Así la mente de los pravos, dada a los servicios de este mundo, y acostumbrada a las fatigas de las cosas temporales, aunque le sea lícito vacar libremente para sí, sin embargo se apresura a estar bajo los trabajos terrenales, y busca la trilla del trabajo como uso de una mísera conversación, de modo que no le plazca cesar del yugo de la servidumbre mundana, aunque sea lícito. El cual yugo por cierto el Señor soltaba de la cerviz de los discípulos, cuando dijo: Atended a vosotros, no sea que tal vez se graven vuestros corazones en la glotonería y la embriaguez (Lc. 21, 34), e inmediatamente añadió: Y en los cuidados de esta vida; y sobrevenga en vosotros repentino aquel día. Y de nuevo: Venid a Mí todos los que

trabajáis y estáis cargados, y Yo os refrescaré. Tomad Mi yugo sobre vosotros, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón (Mt. 11, 28). ¿Qué es pues el decir el Señor que es manso en el magisterio y humilde, sino demostrar unos caminos llanos de vivir bien, dejadas atrás las dificultades de ejercitar la elación? Pero porque las mentes de los pravos se deleitan más a través de las cosas ásperas de la elación que por las suaves de la humildad y la mansedumbre, consideran ser delicias estar bajo las zarzas. Pues están dispuestos a llevar cosas duras como si fueran algunas suaves y deleitables por el amor del siglo, mientras intentan aprehender en esta vida las cumbres de las cosas.

40. Se deleitan más por la aspereza del trabajo que por la dulzura del descanso. --- El Señor manda la cesación de los trabajos del mundo, persuade a la dulzura del santo descanso; y sin embargo la mente insana de los inicuos se goza más en seguir cosas ásperas carnalmente que en mantener cosas suaves espiritualmente, se alimenta más por la acritud de la fatiga que por la dulzura del descanso. Lo cual claramente nos mostró en sí mismo el pueblo israelita (Ex. 16, 3), el cual, mientras percibía el refresco del maná desde lo alto, concupisció de Egipto las ollas de las carnes, los melones, los puerros y las cebollas. ¿Qué se significa en el maná, sino el alimento de la gracia, de suave sabor, dado desde lo alto para el refresco de la vida interior a los que bien vacan? ¿Qué por las ollas de las carnes, sino las obras carnales, apenas cocidas por los trabajos

de las tribulaciones como por fuegos? ¿Qué por los melones, sino las dulzuras terrenas? ¿Qué se expresa por los puerros y las cebollas, que la mayor parte de las veces quienes los comen emiten lágrimas, sino la dificultad de la vida presente, la cual por sus amadores se pasa no sin luto, y sin embargo se ama con lágrimas? Dejando pues el maná, buscaron con los melones y las carnes los puerros y las cebollas, porque ciertamente las mentes perversas desprecian los dulces dones por la gracia del descanso, y por los placeres carnales concupiscen los laboriosos caminos de esta vida, incluso llenos de lágrimas; desprecian tener donde espiritualmente se gocen, y deseosamente apetecen donde también carnalmente giman. Reprenda pues Job la locura de estos con verídica voz, porque ciertamente por un juicio perverso anteponen lo perturbado a lo tranquilo, lo duro a lo leve, lo áspero a lo manso, lo transitorio a lo eterno, lo sospechoso a lo seguro. Recuerde la santa Iglesia la locura de estos, cuando es oprimida desde fuera por crueles adversidades, a quienes contuvo dentro de sí como si fueran fieles, pero toleró por mucho tiempo su vida adversa a la fe, y diga: Que se alegraban entre tales cosas, y computaban por delicias estar bajo las zarzas, porque ciertamente los males que hacen los aprendieron de la pravidad de los inicuos precedentes. De donde también rectamente se añade:

CAPÍTULO XVI

[Vet. XVII].

VERSÍCULO 8. --- Hijos de necios y de innobles.

41. Doble es la estulticia; una conjunta a la suma nobleza. --- Debemos saber que otros dentro de la santa Iglesia son llamados necios, pero sin embargo nobles, otros en cambio son necios e innobles. Pues se dicen necios, pero no pueden ser innobles, quienes despreciando la prudencia de la carne, apetecen la estulticia que les ha de ser provechosa, y son elevados a la novedad de una prole interna por la nobleza de la virtud; quienes desprecian la estulta sabiduría del mundo, y concupiscen la sabia estulticia de Dios. Escrito está por cierto: Porque lo necio de Dios es más sabio que los hombres (1 Cor. 1, 25). Pablo nos amonesta a comprender esta estulticia, diciendo: Si alguno entre vosotros parece ser sabio en este siglo, hágase necio para que sea sabio (Ibíd. 3, 18). Quienes perfectamente siguieron esta estulticia, merecieron oír por la voz de la Sabiduría: Vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando se siente el Hijo del hombre en la sede de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mt. 19, 28). He aquí que dejando lo temporal, compraron la gloria de la potestad eterna. ¿Qué pues hay en este mundo más necio que desertar de lo suyo? ¿Y qué en la eternidad más noble que venir como jueces con Dios? La nobleza de estos jueces por cierto se recuerda con el testimonio de Salomón, cuando se dice aquello que ya he mencionado: Noble en las puertas el varón de ella, cuando se siente con los senadores de la tierra

(Prov. 31, 23). Pues considera muy nobles por cierto a quienes llama senadores. Esta nobleza había visto Pablo en sí mismo, cuando unido por el espíritu al parentesco del Creador decía: Siendo pues linaje de Dios, no debemos estimar que lo divino sea semejante al oro, o a la plata, o a la piedra de escultura del arte, y al pensamiento del hombre (Hch. 17, 29). Pues somos llamados linaje de Dios, no como editados de su naturaleza, sino por el espíritu de aquel, y voluntariamente creados, y adoptivamente recreados. Por tanto, tanto más se eleva cada uno a esta nobleza, cuanto por la imagen recibida se renueva por la imitación a la semejanza de aquel.

42. Otra es la innoble, por la cual se deja la sabiduría suprema. --- Pero al contrario hay necios e innobles, que mientras huyen de la sabiduría suprema, siguiéndose a sí mismos, se adormecen en su ignorancia como en la vileza de una prole abyecta. Pues por cuanto no entienden aquello para lo cual fueron creados, por tanto también pierden el parentesco de la generosidad recibida por la imagen. Son necios pues e innobles, a quienes la servidumbre de la mente repele del consorcio de la eterna herencia. Escrito está por cierto: Todo el que comete pecado, esclavo es del pecado (Jn. 8, 34). Y por la voz del egregio predicador se dice: La sabiduría de este mundo, estulticia es ante Dios (1 Cor. 3, 19). Quienes pues, mientras sabían de las cosas terrenas fueron repelidos de la generosidad íntima, fueron necios a la vez e innobles. Mientras muchísimos imitan los actos de estos, se hacen hijos de necios y de

innobles; y mientras los siguen en sentidos y costumbres, tanto son necios, porque no entienden la verdadera sabiduría, como innobles, porque no se renuevan por ninguna libertad del espíritu. Pero estos, aunque ejerzan los actos de los inicuos, la mayor parte de las veces sin embargo en esta vida ocupan los lugares de los justos, y se estiman hijos de aquellos cuyos oficios administran exteriormente por la concupiscencia del honor. A quienes la santa corrección revoca al conocimiento de sí mismos, para que, puestos ciertamente en deseos pravos, atiendan de quiénes son hijos. Pues no son hijos de aquellos cuyos lugares tienen, sino de aquellos cuyas obras ejercen. Dígase pues rectamente: Hijos de necios y de innobles. Donde aptamente se añade:

CAPÍTULO XVII.

IBÍDEM. --- Y en la tierra no apareciendo en absoluto.

43. Son necios e innobles, a quienes Dios profesa no conocer. Muchos conociendo la verdad la oprimen, no la tocan. --- Pues así como muchísimos están en la tierra, y son escondidos del conocimiento de los hombres por la abyección de su vileza como por una cierta superducción de un velo, así hay algunos en la Iglesia que mientras se someten a la abyección de las obras pravas, no son conocidos a la divina vista. A quienes también alguna vez se ha de decir: En verdad os digo, no os conozco (Mt. 25, 12). Estar pues en la tierra y aparecer, es mostrar la nobleza de la mente por la virtud de la obra en la recta fe. Pero

estar en la tierra y no aparecer en absoluto, es consistir ciertamente en la fe en la Iglesia, pero no demostrar nada digno de la fe en la obra. Estos pues dentro de la santa Iglesia tanto son vistos por los ojos de la divinidad por el juicio, como sin embargo no son vistos por el mérito de la buena vida, porque aquellas cosas que mantienen confesando, no las exhiben viviendo. De los cuales dice Pablo: Confiesan que conocen a Dios, pero con los hechos lo niegan (Tit. 1, 16). Estos en la santa Iglesia oprimen más que veneran la fe que aseguran tener, mientras desean adquirir sus propias ganancias más en el nombre de aquel que las de aquel mismo. [Vet. XVIII]. En cambio los electos, mientras cuidan de conservar el mérito de la fe con obras rectas, se aproximan a la noticia de su autor incluso entre los tumultos de los réprobos. Lo cual bien se significó en el Evangelio en la mujer que trabajaba con flujo de sangre, de la cual cuando el Señor dijera: ¿Quién me tocó? (Lc. 8, 45), Pedro respondió razonando: Las turbas te comprimen y afligen, ¿y dices: quién me tocó? Pero mereció oír las causas de la verdadera razón, cuando el Señor le dijo: Alguien me tocó, pues yo conocí que salió virtud de mí. He aquí que las turbas oprimían al Señor, pero sin embargo sola tocó la que a él humildemente vino, porque ciertamente muchos réprobos incluso en la santa Iglesia conociendo la verdad la oprimen, la cual descuidan tocar viviendo bien. Opriman, y lejos están, porque siguen la noticia divina por las profesiones, huyen de ella por las costumbres. Opriman, digo, pero lejos están, porque contradicen

actuando esa misma fe que construyen hablando. Así pues por este testimonio somos enseñados que algunos tocando al Señor no lo tocan, así algunos no son vistos por el Señor incluso cuando son vistos, porque a sus ocultos ojos tanto aparecen para el suplicio de la condenación, como no aparecen para el mérito de la elección. Dígase pues rectamente: Y en la tierra no apareciendo en absoluto, porque aunque la Iglesia los tuvo en cuanto a la especie, sin embargo el Creador dentro de ella como que no vio a aquellos a quienes no conoció. Quienes en tiempo de tranquilidad por tanto mantienen la fe en cuanto a la palabra, porque ven que la misma fe florece generalmente. Pero cuando surge contra ella una repentina tormenta de adversidad, pronto son disjuntos de ella por la negación pública, y lo que antes habían mantenido como venerando, contra esto después luchan riendo. De donde aptamente se añade:

CAPÍTULO XVIII

[Res. XVII].

VERS. 9.---Ahora me he convertido en su cantar, y he pasado a ser su proverbio.

44. Al crecer los inicuos, la fe será para oprobio, y la verdad para crimen.---Con cuyas palabras ciertamente se expresa aquel tiempo de la santa Iglesia, en el cual es públicamente escarnecida por los réprobos, cuando al crecer los inicuos, la fe sea para oprobio, y la verdad sea para crimen. Pues tanto más despreciable será cada uno, cuanto más justo haya podido ser; tanto

más abominable, cuanto más laudable. Así pues, la santa Iglesia de los electos en el tiempo de la aflicción se convierte en proverbio para los malos, porque cuando contemplan a los buenos morir por los tormentos, toman de ellos una similitud de maldición. Pues por cuanto ven la muerte transitoria, pero no ven la vida permanente; tanto más huyen de los males presentes escarneciéndolos, cuanto por el entendimiento no alcanzan intrínsecamente los bienes permanentes. Pero las cosas que se han añadido, porque no están implicadas en sentencias más oscuras, debemos recorrerlas con brevedad, para que podamos llegar más pronto a aquellas en las que se ha de trabajar. Sigue:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 10.---Me abominan, y huyen lejos de mí, y no temen escupir mi rostro.

45. La Iglesia no es abatida sino que es erigida y crece por las burlas de los inicuos.---Lejos de la santa Iglesia huyen todos los inicuos no con los pasos de sus pies, sino por las cualidades de sus costumbres; huyen lejos no por el lugar, sino por el mérito; mientras, al crecer la soberbia, la desprecian con abierta exprobración. Pues escupir su rostro es no solo calumniar a los buenos en su ausencia, sino también refutar a cada justo incluso en su presencia. A quienes entonces los malos, mientras los desprecian burlándose abiertamente, emiten en sus contumelias palabras fluidas como salivas que fluyen. [Vet. XIX.] Pero sabe la santa Iglesia crecer en las pasiones, y mantener

una vida honorable entre los oprobios; sabe ni ser abatida por las cosas adversas, ni gloriarse de las prósperas; sabe contra las prósperas postrar su mente en la deyección, sabe contra las adversas exaltar el ánimo a la esperanza de la cumbre suprema; sabe atribuir sus bienes a la misericordia del Redentor, sabe atribuir sus males a la justicia del Juez; que tanto tiene los bienes por su largueza, como padece los males por su permiso. De donde también pronto añade sobre el Señor, diciendo:

CAPÍTULO XX.

VERS. 11.---Pues abrió su aljaba, y me afligió.

46. Por el permiso de Dios, aunque por un juicio oculto, sabe que padece los males.---¿Qué se designa por la aljaba de Dios, sino su consejo oculto? Pero el Señor lanza una saeta de la aljaba, cuando emite una sentencia abierta desde su consejo oculto. Pues que cada uno es azotado, lo conocemos; pero por qué causa venga el azote, lo ignoramos. Pero cuando tras los azotes sigue la corrección de la vida, también se abre la virtud misma del consejo. La aljaba por tanto está cerrada cuando es el consejo oculto. Pero con la aljaba abierta somos afligidos, cuando por aquello que sigue después del azote vemos con qué consejo somos azotados. Cuando el Señor ve los pecados, y sin embargo no mueve la mano para la venganza, mantiene como una aljaba cerrada; pero hiriendo indica cuánto le desagradó en nosotros aquello que toleró durante mucho tiempo viéndolo. Así pues diga la santa Iglesia de los elec-

tos, oprimida por las tribulaciones: Pues abrió su aljaba, y me afligió. La cual sosteniendo las voces insolentes de los adversarios, mientras discierne que su predicación no es admitida, abandonando la dureza de algunos, modera las palabras de su predicación. Pues considerando que sus perseguidores resultan peores ante la voz de su exhortación, prefiere callar. Y cuando contempla a los indignos de oír, restringe su predicación con el silencio interpuesto. De donde aptamente añade:

CAPÍTULO XXI.

IBID.---Y puso freno en mi boca.

47. Se ha de cesar de la predicación, cuando aquellos que reciben la palabra de Dios resultan peores por ello.---Habían conocido que se les había puesto un freno entre algunos, los que decían: A vosotros convenía hablar primero la palabra de Dios, pero puesto que la rechazáis, y os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a las naciones (Hech. 13, 46). El freno del silencio ven impuesto sobre sí los varones santos ante los duros corazones de los réprobos, los cuales dicen por el Profeta: ¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra ajena? (Sal. 136, 4). También Pablo amonestó a poner freno, quien mandó al discípulo diciendo: Al hombre herético, después de la primera y segunda corrección, evítalo, sabiendo que el que es tal está subvertido, y delinque condenado por su propio juicio (Tit. 3, 10). Pues los santos doctores muchas veces con alta consideración contemplan los corazones de los que resisten, y mientras los ven abandonados

por la divinidad, afligidos y gimiendo callan. ¿Acaso alguna vez Salomón no impone freno a los doctores, cuando dice: No reprendas al burlador, no sea que te odie? (Prov. 9, 8). Pero si callamos de la increpación por esto, porque tememos que los odios del burlador se levanten contra nosotros, ya no buscamos las ganancias de Dios, sino las nuestras. En lo cual se ha de saber que a veces cuando los malos son redargüidos, resultan peores. A ellos por tanto y no a nosotros perdonamos, si cesamos de su redargución por el amor a ellos. De donde es necesario que a veces callemos tolerando lo que son, a fin de que en nosotros aprendan viviendo bien lo que no son. Porque pues la santa Iglesia, que siempre emite sus palabras por la caridad, también a veces las restringe por la caridad, diga: Puso freno en mi boca. Como si abiertamente confesara diciendo: Porque en algunos no vi el provecho de la predicación, templé el ímpetu ante ellos, para que al menos por la paciencia aprendieran mi vida, ya que no querían admitir mis palabras por la predicación ofrecida. [Vet. XX.] Pero esto más nos duele la mayoría de las veces en las tribulaciones, que las padecemos de aquellos en quienes confiábamos con amor fraterno. De donde también se añade:

CAPÍTULO XXII

[Rec. XVII].

VERS. 12.---A la derecha del oriente mis calamidades pronto surgieron.

48. Por la izquierda se han de entender los gentiles, por la derecha los judíos.---Pues a la izquierda surgirían las calamidades si de cualesquiera puestos fuera de la religión, y negando abiertamente a Cristo, sostuviera las adversidades de la persecución. Pero cuando padece la tentación de los tormentos por algunos como fieles, como a la derecha le nacen las calamidades, porque estos que militan bajo el nombre de Cristo impugnan el nombre de Cristo en ella. Pues por el mismo uso de la locución decimos tener por derecho lo que pesamos por grande, pero por izquierdo aquello que despreciamos; lo cual Zacarías insinúa abiertamente diciendo: Y me mostró a Jesús gran sacerdote, que estaba ante el ángel del Señor, y Satanás estaba a su derecha para serle adversario (Zac. 3, 1). El cual para mostrar más patentemente esto que premencionó, siguiendo añadió: Y dijo el Señor a Satanás: Repréndate el Señor, Satanás, el que eligió a Jerusalén. ¿Acaso no es este un tizón sacado del fuego? Y Jesús estaba vestido de vestiduras sucias (Ibíd. 2). Pues de vestiduras sucias estaba vestido Jesús, porque aunque ajeno a todo pecado, sin embargo vino en semejanza de carne de pecado. Al cual viniendo Satanás estuvo a su derecha. Pues por grande parecía tener el Señor al pueblo judaico, y por nada a las naciones. Pero después que apareció encarnado, la gentilidad que había sido tenida por izquierda creyó; pero el pueblo judaico declinó a la perfidia. Satanás por tanto estuvo a su derecha, porque le arrebató aquel pueblo que hacía poco fue amado. Pero porque el mismo pueblo judaico,

ahora perdido, en el fin ha de creer alguna vez, atestiguándolo el profeta que dice: Las reliquias serán salvas (Is. 10, 21), el Señor remueve a Satanás de su derecha diciendo: Repréndate el Señor, Satanás (Zac. 3, 1). E indicando la liberación del mismo pueblo añade: Porque eligió a Jerusalén (Ibíd. 2). El cual pueblo ciertamente, porque a los incendios de la gehena fluía, con la perfidia por guía, pero mientras es reducido a la fe es liberado del mismo incendio del fuego eterno, pronto se añade de él allí: ¿Acaso no es este un tizón sacado del fuego?

49. Y los que siguen la fe de la Iglesia, de quienes ella a veces padece violencia.---Así como pues allí por la derecha el pueblo judaico, así en este lugar con el vocablo de la derecha se designa al pueblo fiel de la santa Iglesia. De donde también el juez venidero pondrá los cabritos a la izquierda, los corderos a la derecha (Mt. 25, 33). Pero cuando a la santa Iglesia en el tiempo de la adversidad también la hostigan los mismos que parecían ser fieles, sin duda a la derecha le surgen las calamidades. [Vet. XXI.] Pero bien esta misma derecha se llama del Oriente. De su misma cabeza está escrito: Oriente es su nombre (Zac. 6, 12). Pues porque del Oriente nace la luz, rectamente se llama Oriente aquel con cuya luz de justicia se ilustra la noche de nuestra injusticia. A la derecha pues del Oriente surgen las calamidades, porque estos también saltan a la persecución, que se creían ser miembros electos de nuestro Redentor. Las cuales calamidades rectamente afirma que surgen pronto, porque mientras no eran extraños

los que persiguen, de ellos de repente los males y pronto se hacen. Pero si derecha se llaman estos que verazmente son fieles, las calamidades surgen a la derecha del Oriente porque, al estallar el momento de la persecución, los justos padecen los crueles ímpetus de los malos. Sigue:

CAPÍTULO XXIII

[Rec. XIX].

IBÍD. Subvirtieron mis pies, y me oprimieron con sus sendas como con olas.

50. Sus miembros extremos, como pies, a veces son subvertidos.---¿Qué se significa por los pies de la Iglesia, sino sus miembros más extremos? Los cuales, mientras sirven a las obras terrenas, tanto más rápido pueden ser engañados por los adversarios, cuanto menos entienden las cosas sublimes. Estos pies, por tanto, los adversarios los subvierten, a saber, cuando atraen a sus miembros extremos al error de su dogma. Los pies subvertidos no pueden mantener el camino, cuando los débiles, ya sea persuadidos por las promesas de sus perseguidores, o aterrados por las amenazas, o quebrantados por los tormentos, se desvían del camino recto. Pero bien se comparan las sendas de los adversarios con las olas, cuando se dice: Y me oprimieron con sus sendas como con olas, porque ciertamente la vida de los malvados, molesta por su insolente inquietud, se desliza como una tempestad para abrumar, por así decirlo, la nave del corazón. De cuya tempestad se dice por Salomón: Como tempestad que

pasa, no será el impío (Prov. 10, 25). Y cuando algún débil contempla florecer a los perversos, la onda de una miserable imitación lo sumerge en el piélago de la perversidad. Sigue:

CAPÍTULO XXIV.

VERS. 13.---Disiparon mis caminos, me pusieron acechanzas y prevalecieron, y no hubo quien trajera auxilio.

51. Por las ocultas acechanzas de los enemigos sus vías son disipadas, desamparándola Dios útilmente por un tiempo.---Diga esto el bienaventurado Job de los espíritus malignos, a saber, los enemigos ocultos; dígalo la Iglesia universal de los malos que persiguen, es decir, los adversarios abiertos. Pues ellos disipan sus caminos cuando, en las mentes de algunos débiles, perturban las vías de la verdad con astuta persuasión. Ellos mismos acechando prevalecen, cuando a aquellos a quienes no pueden atraer abiertamente al mal, los pervierten simulando cosas buenas. Pero es muy admirable lo que añade: No hubo quien trajera auxilio, cuando del divino auxilio el Salmista clama: Ayudador en las oportunidades, en la tribulación (Sal. 9, 10); y: Esperen en ti los que conocieron tu nombre, porque no desamparará a los que te buscan, Señor. Y cuando de nuevo está escrito: ¿Quién esperó en el Señor y fue confundido; permaneció en sus mandamientos y fue desamparado? ¿O quién lo invocó y él lo despreció? (Eclo. 2, 11, 12). ¿Por qué razón, pues, se dice ahora: No hubo quien trajera auxilio, sino porque el Dios omnipotente a veces deja por un

tiempo a aquellos a quienes ama para la eternidad? De donde está escrito: Por un momento en lo poco te desamparé, y en misericordias grandes te congregaré. En un momento de indignación escondí mi rostro un poco de ti, y en misericordia sempiterna me compadecí de ti (Is. 54, 7). De aquí también el Salmista deprecaba diciendo: No me desampares totalmente (Sal. 118, 8). Sabía, pues, que podía ser útilmente desamparado por un poco, quien pedía que no fuera desamparado totalmente. Pues a sus santos el Señor los ayuda viniendo, los prueba dejando; los afirma con dones, los tienta con tribulaciones. De donde rectamente también se dice por cierto sabio: Al principio lo elige, inducirá sobre él temor y miedo y prueba, y lo atormentará en la tribulación de su doctrina, hasta que lo tiente en sus pensamientos (Eclo. 4, 18). Pues a la alma del justo la gracia la llama, la tentación la interroga. Y el Dios omnipotente permite que los adversarios de sus electos crezcan temporalmente, para que por la sevicia de los malos se purgue la vida de los buenos.

52. Para la utilidad de los justos milita también la potestad de los malos.---Pues nunca permitiría el Señor que hubiera adversos a los buenos, si no viera también cuánto les aprovecharían. Pues mientras los injustos se ensañan, los justos son purgados, y la vida de los malos milita para la utilidad de los inocentes, mientras a esta tanto la humilla oprimiéndola, como humillándola siempre la forma para lo mejor. De donde rectamente también se dice por Salomón: El que es necio servirá al sabio (Prov. 11, 29). Y sin embargo

a menudo contemplamos que los sabios están sometidos, y los necios ocupan el alcázar del dominio; que los sabios obedecen servilmente, y los necios dominan con tiránica elación. ¿Cómo, pues, por la definición de la sentencia divina, el necio sirve al sabio, mientras que la mayoría de las veces lo oprime por el derecho del dominio temporal? Pero se ha de saber que contra la vida del sabio, mientras el necio preeminente ejerce el terror de la potestad, mientras lo fatiga con trabajos, lo lacera con contumelias, ciertamente lo purga de todo el moho de los vicios quemándolo. El necio, pues, sirve al sabio aun dominando, a quien oprimiéndolo lo promueve a un estado mejor. Así, a veces, los siervos presiden a los señores pupilos para el magisterio de la disciplina, los aterran, los oprimen, los golpean, y sin embargo de ningún modo dejan de ser siervos, porque para esto mismo han sido ordenados, para que sirvan a sus señores que progresan aun golpeándolos. Porque, por tanto, los males de los réprobos purgan a los buenos mientras los atormentan, la potestad de los inicuos milita también para la utilidad de los justos. Pero la mayoría de las veces los justos, atrapados en la tribulación, estiman lenta la mano del que los socorre, cuando la inmanidad de los que los persiguen los angustia por un poco más de tiempo. Y ciertamente están aprestados los remedios del libertador, pero esto que por el libertador se hace más pronto, al que duele le parece lento. Y cuando se busca que el auxilio asista a la postulación, si no sigue pronto a la voz, se estima que falta. De donde ahora se

dice: Y no hubo quien trajera auxilio. En cuya voz ciertamente se expresa la misma fuerza de la pasión, porque el auxilio superno, aunque asiste en cuanto a la ordenada providencia del protector, se cree sin embargo que falta en cuanto a los apremiantes votos del que padece. Sigue:

CAPÍTULO XXV

[Vet. XXII, Rec. XX].

VERS. 14.---Como si el muro se hubiera roto y la puerta se hubiera abierto, irrumpieron sobre mí, y se han volcado a mis miserias.

53. Se debe lamentar el estado del alma cuando los enemigos irrumpen en ella, roto el muro de la fe, o destruida la materia de la disciplina.---¿Qué se llama en este lugar con el nombre de muro sino el Redentor del género humano? De quien se dice para la edificación de la santa Iglesia por el profeta: Se pondrá en ella muro y antemuro (Is. 26, 1). Pues él mismo es para nosotros muro, el cual prohíbe que el curso de los espíritus malignos llegue a nuestros corazones. El cual también puso un antemuro a nuestra fe, porque antes de mostrarse por la carne envió a los profetas como predicadores de su misterio. Rectamente ciertamente se llaman con el nombre de antemuro, porque mientras predicaron al Señor subsiguiente, estuvieron como ante el muro. Pero como el muro se rompe cuando, por las persuasiones de los malos, la fe que está en nuestro Redentor se disipa en el corazón de algunos. Y cuando se concede potestad a los perversos en esta vida,

¿qué otra cosa se abre sino la puerta del error? Como si pues el muro se hubiera roto, y la puerta se hubiera abierto, sobre los buenos irrumpen los malos, cuando, aceptada temporalmente la potestad, los perversos intentan destruir en el corazón de algunos las mismas defensas de la fe. De los cuales aptamente se dice: Y se han volcado a mis miserias, porque a saber primero, a las suyas. Pues si no cayeran antes a sus propias miserias viviendo perversamente, de ningún modo después persuadirían a otros a ellas. Pero después de las suyas los réprobos se vuelcan también a nuestras miserias, cuando atraen a aquellos males en los que ellos ya están implicados también a algunos unidos a nosotros.

54. Puede también entenderse con el nombre de muro la fortificación de la disciplina; atestiguándolo Salomón, quien dice: Pasé por el campo del hombre perezoso, y por la viña del varón estulto; y he aquí que todo lo habían llenado las ortigas, habían cubierto su superficie las espinas, y la cerca de piedras estaba destruida (Prov. 24, 30). Pues pasar por el campo del hombre perezoso y por la viña del varón estulto es inspeccionar la vida de cualquiera negligente, y considerar sus obras. Las cuales llenan las ortigas o las espinas, porque en el corazón de los negligentes brotan los deseos terrenales que pican y las punzadas de los vicios, ya que está escrito: En deseos está todo ocioso (Prov. 28, 19, sec. LXX). La cerca de piedras estaba destruida, esto es, la disciplina de los padres disuelta de su corazón. Pues porque vio que, destruida la cerca de piedras, la disciplina estaba

disuelta, pronto allí añadió siguiendo: Lo cual cuando vi, lo puse en mi corazón, y por el ejemplo aprendí la disciplina (Prov. 24, 32). Como si pues el muro se hubiera roto entra el enemigo cuando, ya sea por la astuta persuasión de los espíritus malignos, o de los hombres malos, las defensas de la disciplina se disipan en el corazón. Pero cuando el vigor de la misma disciplina se relaja en el corazón de los réprobos, ante sus ojos todas las obras de los buenos son tenidas por desprecio, y nada estiman cuanto ven de las virtudes de los electos. De donde también se añade:

CAPÍTULO XXVI.

VERS. 15.---He sido reducido a la nada.

55. Despreciados los verdaderos bienes, los carnales se apoyan en las cosas fugaces, con las cuales perecen.---En la estimación de los malos, ciertamente, somos reducidos a la nada, cuando no poseemos aquellos bienes temporales que ellos mismos aman como sumos. Pues, despreciadas las promesas celestiales, desean las terrenas; y si alguna vez nace en su mente algo del apetito por la eternidad, se disipa más pronto por el surgimiento de la delectación transitoria. De donde también se añade inmediatamente:

IBÍD.---Te llevaste como el viento mi deseo.

El pueblo fiel denuncia que padece lo que le duele que padezcan aquellos a quienes ama. El viento, pues, quita el deseo cuando cualquier cosa transitoria destruye el apetito por la eternidad. De donde todavía se infiere congruentemente:

IBÍD.---Y como nube pasó mi salud.

La nube ciertamente destaca en lo alto, pero el soplo del viento la impulsa a su curso. Así ciertamente, así son los bienes temporales de los inicuos. Parecen vivir como en lo alto por la celsitud del honor; pero cada día son impulsados al curso de la vida, como por ciertos soplos de su propia mortalidad. La salud, pues, pasa como nube, porque la gloria de los perversos, por lo que es alta, no es fija. Pero cumplidos los deseos y actos de los enfermos, el sermón se convierte a la voz de los electos, cuando pronto se añade:

CAPÍTULO XXVII.

VERS. 16.---Pero ahora en mí mismo se marchita mi alma, y me poseen los días de la aflicción.

56. Ahora en sí se marchitan los electos, pero en Dios reverdecen.---Pues la alma de los electos ahora se marchita, porque después reverdece en aquella eterna exultación. Ahora los poseen los días de la aflicción, porque después siguen los días de la alegría. Pues está escrito: Al que teme a Dios le irá bien en el fin (Eclo. 1, 13). Y de nuevo se dice de la Iglesia: Se reirá en el día novísimo (Prov. 31, 25). Pues ahora es tiempo de aflicción para los buenos, para que los siga alguna vez una exultación sin tiempo. De aquí se dice por ellos en otro lugar: Nos humillaste en el lugar de la aflicción (Sal. 43, 20). Pues el lugar de la aflicción es la vida presente. Los justos, pues, aquí, esto es, en el lugar de la aflicción, han sido humillados, porque en la vida eterna, esto es, en el lugar del gozo, son sublimados. Pero cuando decía que la alma se marchitaba, también rectamente premencionó:

En mí mismo, porque en nosotros mismos ciertamente es afligida, pero en Dios nuestra mente es recreada; y tanto se aleja del verdor del gozo, cuanto todavía retrocede hacia sí, repelida de la luz de su autor. Pero entonces llega al verdor de la verdadera alegría, cuando elevada por la gracia de la contemplación eterna, incluso se trasciende a sí misma. Pero estas cosas que recorremos con indagación alegórica, conviene que por todo las mantengamos también según la historia. Las cuales sin embargo ahora paso por alto, porque no ignoro que estas cosas son claras para los que leen. Pero en los días de la última persecución, porque son muchos los que perecen, y pocos los que se salvan; por eso el varón santo en el tiempo de su pasión habla tanto pocas cosas de los buenos, como muchas de los perversos. De donde también pronto convierte las palabras a la persona de aquellos que caen; y así insinúa las suyas, de modo que a los que caen puedan convenirles las cosas que narra. Pues sigue:

CAPÍTULO XXVIII

[Rec. XXI, Vet. XXIII].

VERS. 17.---En la noche mi hueso es perforado por los dolores, y los que me comen no duermen.

57. Al arreciar la persecución, los fuertes y los que están en el cuerpo de la Iglesia desfallecen como huesos.---Si atendemos a la historia misma, la causa es evidente, ya que la multitud de gusanos que brotaba por los senos de las úlceras laceraba el cuerpo del varón santo. Pero

si escudriñamos el misterio de la alegoría, ¿qué se designa por los huesos sino los fuertes en el cuerpo de la santa Iglesia? Los cuales, como por su propio vigor, contienen a los miembros, mientras sobrellevan con estabilidad las costumbres de los débiles. Pero cuando el fervor de la última tribulación haya crecido contra ella, en la noche su hueso es perforado por los dolores, porque a veces vencidos por los tormentos, incluso ellos mismos declinan hacia la perfidia, los que parecían mantener a otros en la fe. Dice pues: *En la noche mi hueso es perforado por los dolores*. Como si dijera abiertamente: Oprimidos por las tinieblas de la tribulación, de tal modo son taladrados por la aflicción que incluso los que tenían en mí el vigor de la fortaleza, como si ahora tuvieran ya un cierto agujero de temor. Pero bien se dice: *Y los que me comen no duermen*, porque los espíritus malignos, que consumen a los carnales de la Iglesia, tanto más no saben descansar de la tentación cuanto no están gravados por ningún peso de la carne. Pero ojalá los perseguidores de la santa Iglesia, porque son muy perversos, fueran pocos. Sigue:

CAPÍTULO XXIX

[Rec. XXII].

VERS. 18.---Por la multitud de ellos se consume mi vestidura, y como con el cabezal de mi túnica me ciñeron.

58. Los que se adhieren a la Iglesia como vestidura, a veces son separados de ella por la

fuerza de los tormentos.---Si atendemos a la historia, ¿qué otra cosa recibimos por vestidura del bienaventurado Job sino su cuerpo? Cuya vestidura ciertamente se consume mientras la carne es atormentada. Pero según el misterio de la alegoría, la vestidura es la vida de los fieles de la santa Iglesia. Pues así como toda la Iglesia junta es la vestidura de Cristo, así cada uno de los fieles de la misma Iglesia son reputados como vestiduras. Pues si la santa Iglesia no fuera la vestidura de Cristo, Pablo ciertamente no diría: *Para presentársela a sí mismo como una Iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga* (Ef. 5, 27); esto es, ni por el pecado teniendo mancha, ni por la duplicidad arruga, porque es limpia por la justicia y tensa por la intención simple. La que, por tanto, ha sido lavada para que no tenga mancha, y tensada para que no tenga arruga, es ciertamente una vestidura. Así como pues todo el vestido de Cristo se llama la Iglesia en general, así son el indumento de la Iglesia las almas de cada uno, las cuales, convertidas del error, rodean a la misma Iglesia creyendo y adhiriéndose fielmente a ella. De las cuales dice el Señor a la misma Iglesia por el profeta: *Vivo yo, porque de todos estos como de un ornamento te vestirás* (Is. 49, 18). Pero cuando surge la tempestad de la cruel persecución, muchos de los fieles son separados de su amor, los que parecían adherirse a ella con diligencia. Diga pues: *Por la multitud de ellos se consume mi vestidura*, porque mientras son muchos los que atormentan, se destruyen muchí-

simos de los que se adherían a ella por la conexión del amor.

59. Los réprobos intentan extinguir en la Iglesia la vida de la fe y la voz de la predicación.--- Pero bien se añade: *Y como con el cabezal de mi túnica me ciñeron*. Pues el cabezal de la túnica rodea el cuello del que la viste. Pero si el cuello se aprieta, se mata el uso de la voz y el aliento vital. Los réprobos, por tanto, constriñen a la santa Iglesia como con el cabezal de la túnica, porque en ella, con sus persecuciones, intentan extinguir la vida de la fe y la voz de la predicación. Esto suelen intentar especialmente sus perseguidores, para quitarle ante todo la palabra de la predicación. De donde también aquellos que resistían a los comienzos de la santa fe, azotados los Apóstoles, les denunciaban diciendo: *Mandando os mandamos que no enseñarais en este nombre, y he aquí que habéis llenado a Jerusalén con vuestra doctrina* (Hch. 5, 28). El cuerpo pues de la santa Iglesia lo habían ceñido como con el cabezal de la túnica los que, apretados los predicadores, como oprimiendo su cuello, querían cerrar en ella el camino de la voz. Pero los elegidos en el tiempo de su persecución están más dispuestos a morir que a callar. Los cuales, mientras caen corporalmente en la muerte, son estimados por los necios y carnales como despreciados y viles, porque cuando los réprobos no pueden ver qué bienes poseen los elegidos espiritualmente, juzgan infelices a los que ven extinguirse carnalmente. De donde también se añade:

CAPÍTULO XXX.

VERS. 19.---He sido comparado al lodo, y me he vuelto semejante a la brasa y a la ceniza.

60. A esta la pisotean como lodo, brasa y ceniza.---En el juicio de los réprobos, ciertamente, la santa Iglesia de los elegidos es comparada al lodo, porque, pisoteada temporalmente, es despreciada. Se asemeja a la brasa y a la ceniza, porque mientras no ven sus bienes interiores, estiman que ella ha llegado solo a aquellos males que ven exhibirse en ella corporalmente. Pero el pueblo fiel de los elegidos, cuando contempla que muchos de los suyos caen, desea, si pudiera obtenerlo, que los tiempos de su adversidad se cambien. Porque la oración de este pueblo se difiere, su gemido se aumenta. De donde todavía se añade:

CAPÍTULO XXXI

[Vet. XXIV].

VERS. 20.---Clamaré a ti, y no me oirás; me presento, y no me miras.

61. La oración de la Iglesia que pide ser liberada no es oída continuamente. Por qué razón.---La santa Iglesia, ciertamente, en el tiempo de su persecución está en pie por la fe, clama por sus deseos. Pero le duele que no es mirada, mientras ve que sus votos en las tribulaciones son diferidos. Pues por un alto consejo el Dios omnipotente, cuando sus santos son oprimidos por las persecuciones de los adversarios, y claman a él con

asiduas interpelaciones para que sean liberados, suele diferir las voces de los que piden, para que crezcan los méritos de los que padecen, a fin de que tanto más sean oídos para el mérito, cuanto más pronto no son oídos para el voto. De donde en otro lugar está escrito: *Dios mío, clamaré de día y no oirás, y de noche* (Sal. 21, 3). Y la misma utilidad de la demora de ser oído pronto se añade, cuando pronto se infiere allí: *Y no para insipiencia mía* (Ibíd.). Pues aprovecha para multiplicar la sabiduría de los santos el que perciban tarde lo pedido, para que de la dilación crezca el deseo, y del deseo se aumente el intelecto. Pero cuando el intelecto se intensifica, se abre hacia Dios un afecto más ardiente. Pero el afecto se hace tanto más capaz para merecer lo celestial, cuanto haya sido longánimo esperando. Pero sin embargo, entre estas cosas, el dolor urge a la paciencia de los santos a la voz, y cuando diferidos progresan, temen que, desfalleciendo sus fuerzas, sean reprobados por despreciables. Sigue:

CAPÍTULO XXXII

(Rec. XXIII).

VERS. 21. Te has vuelto cruel para conmigo, y en la dureza de tu mano me eres adversario.

62. Nada digno podemos decir o pensar de Dios.--- Mucho disuena de esta sentencia la vieja traducción, porque lo que en esta se dice de Dios, en aquella se menciona de los adversarios y perseguidores. Pero sin embargo, porque se afirma que esta nueva traducción nos ha trasfundido

todo más verdaderamente desde la elocuencia hebrea y arábica, debe creerse lo que en ella se dice, y conviene que nuestra exposición escudriñe sutilmente sus palabras. Dice, pues: Te has vuelto cruel para conmigo, y en la dureza de tu mano me eres adversario. En la Sagrada Escritura, cuando se dice algo indigno de Dios, se mueve el ánimo del que lee, como si alguna vez se dijera de Dios algo digno. Pues casi todo lo que se dice de Dios, por eso mismo ya es indigno, por cuanto pudo ser dicho. Pues ¿para cuya alabanza no basta la conciencia estupefacta, cuándo bastará la lengua que habla? Pero el Espíritu Santo, insinuando esto mismo a los hombres que entienden —cuán inefables sean las cosas sumas y divinas—, usa a veces de Dios incluso estas palabras que entre los hombres se tienen por vicio, para que, de estas cosas que parecen indignas a los hombres y, sin embargo, se dicen de Dios, se amonesten los hombres a saber que tampoco aquellas son ya dignas de Dios las cuales, mientras se tienen por dignas entre los hombres, se piensan dignas de Dios.

63. En qué sentido se diga que tiene celos, que se aira, que se arrepiente, que tiene misericordia, que preconoce. Para Dios nada es pasado ni futuro. Las cosas no son vistas por Dios porque son, sino que son porque son vistas.--- Pues Dios es llamado celoso, como está escrito: El Señor, cuyo nombre es Celoso (Éxodo 34, 14). Es llamado airado, de donde está escrito: Se airó el Señor contra Israel (Números 32, 13). Se dice que Dios se arrepiente, como está escrito: Me arrepiento

de haber hecho al hombre sobre la tierra (Génesis 6, 7). Y de nuevo: Me arrepiento de haber constituido a Saúl rey en Israel (1 Sam. 15, 11). Es llamado misericordioso, como está escrito: Misericordioso y clemente es el Señor, paciente y de mucha misericordia (Salmo 85, 15). Es llamado presciente, como de él dice el Apóstol: A los que conoció de antemano, también los predestinó a ser conformes a la imagen de su Hijo (Rom. 8, 29); cuando ni el celo, ni la ira, ni el arrepentimiento, ni propiamente la misericordia, ni la presciencia pueden estar en Dios. Pues todas estas cosas han sido tomadas para él de las cualidades humanas, mientras se desciende a las palabras de nuestra debilidad, para que, hechos para nosotros como ciertos escalones y puestos junto a nosotros, podamos alguna vez ascender a sus cosas supremas por aquellas que contemplamos cercanas a nosotros. Pues se dice que tiene celos el que con tormento de la mente custodia la castidad de su esposa. Se dice que se aira el que se enciende por el fervor del ánimo contra el vicio que debe ser castigado. Se dice que se arrepiente aquel a quien le disgusta lo que hizo y, por el contrario, cambiando algo hace otra cosa. Es llamado misericordioso el que se conmueve por piedad hacia el prójimo. Pero la misericordia fue llamada así por el corazón mísero (misericordia de misero corde), por cuanto cada uno contempla a alguien mísero y, compadeciéndose de él mientras es tocado por el dolor del ánimo, él mismo hace un corazón mísero para librar de la miseria a aquel a quien atiende. Se dice que preconoce el que ve cada cosa

antes de que venga y prevé lo que es futuro antes de que se haga presente. ¿Cómo, pues, es Dios celoso, quien en la custodia de nuestra castidad no es tocado por ningún tormento de la mente? ¿Cómo se aira, quien en la venganza de nuestros vicios no se conmueve por ninguna perturbación del ánimo? ¿Cómo se arrepiente, quien de ningún modo se duele de haber hecho lo que una vez hizo? ¿Cómo tiene misericordia, quien nunca tiene un corazón mísero? ¿Cómo es presciente, cuando nada sino lo que es futuro es preconocido? Y sabemos que para Dios nada es futuro, ante cuyos ojos nada es pasado, lo presente no transcurre, lo futuro no viene, porque ciertamente todo lo que para nosotros fue y será, está presente en su acatamiento; y todo lo que es presente, puede conocerlo más bien que preconocerlo. Y sin embargo es llamado celoso, es llamado airado, es llamado arrepentido, es llamado misericordioso, es llamado presciente, para que, porque custodia la castidad del alma de cada uno, sea llamado celoso al modo humano, aunque no sea tocado por tormento de la mente. Y porque hiere las culpas, se dice que se aira, aunque no se mueva por ninguna perturbación del ánimo. Y porque él mismo inmutable cambia lo que quiso, se dice que se arrepiente, aunque cambie la cosa, no cambie el consejo. Y cuando socorre nuestra miseria, es llamado misericordioso, aunque socorra a los míseros y nunca tenga un corazón mísero. Y porque ve aquellas cosas que para nosotros son futuras, las cuales sin embargo para él siempre están presentes, es llamado presciente, aunque

de ningún modo prevea lo futuro, que ve como presente. Pues también las cosas que son, no son vistas en su eternidad porque son, sino que son porque son vistas. Mientras, pues, se desciende a las palabras de nuestra mutabilidad, ascienda por ellas quien pueda, hechos ciertos escalones, a la inmutabilidad de Dios, para que vea al que tiene celos sin celo, al que se aira sin ira, al que se arrepiente sin dolor ni arrepentimiento, al misericordioso sin corazón mísero, al presciente sin previsiones. Pues en él no pueden hallarse ni cosas pasadas ni futuras, sino que todas las cosas mudables duran inmutablemente, y las que en sí mismas no pueden existir a la vez, todas le asisten a él a la vez, y nada en él pasa de lo que transcurre, porque en su eternidad, de un modo cierto e incomprensible, todos los volúmenes de los siglos que transcurren permanecen, y los que corren están quietos.

[Vet. XXV.] 64. Dios parece cruel cuando, aunque hiriendo justamente, no perdona.--- Como, pues, lo aceptamos como celoso sin celo, como airado sin ira, así por el santo varón pudo ser llamado cruel incluso sin crueldad. Pues se llama cruel al que, hiriendo estrechamente, no perdona; de modo que, a saber, en este lugar puede entenderse por cruel al que hiere estrechamente y no perdona la culpa que debe ser vengada. De donde Isaías también, cuando veía que el día del último juicio vendría ya no con perdón, sino con estrechez, dice: He aquí que viene el día del Señor, cruel y lleno de indignación, y de ira y de furor, para poner la tierra en soledad y para triturar

de ella a sus pecadores (Isaías 13, 9). El santo varón, pues, para afirmar que esta misma crueldad podía convenirle más bien a él que a Dios, dice: Te has vuelto cruel para conmigo. Como si dijera abiertamente: Tú, que en ti mismo nada tienes de crueldad, para mí, a quien no dejas respirar por la percusión, pareces cruel. Pues de tal modo Dios no puede ser cruel, como tampoco puede ser mudado en modo alguno. Pero puesto que en Dios nunca viene ni la crueldad ni la mutabilidad, al decir para conmigo, muestra que en sí mismo siente que Dios no es ni cruel ni mudable. Pues mientras en torno a nosotros se varían algunas cosas prósperas y adversas, en aquello en que nosotros somos mudados sospechamos como si su ánimo estuviera mudado en torno a nosotros. Pero él, permaneciendo inmutable en sí mismo, es sentido de un modo y de otro en el pensamiento de los hombres, según la calidad de sus méritos. Pues también la luz del sol, cuando de ningún modo es disímil a sí misma, parece áspera a los ojos débiles, pero suave a los sanos, a saber, por la mutación de ellos, no la suya. De donde, como ya dijimos, al decir: Te has vuelto, añadió para conmigo, para que esta misma crueldad y mutación no esté en la calidad del juez, sino en la mente del que padece. Lo cual también reveló con otras palabras, diciendo: Y en la dureza de tu mano me eres adversario. Pues la mano de Dios se cree dura cuando, contraria a nuestra voluntad, persigue hiriendo esto que le disgusta en nosotros y duplica los azotes cuando el alma del que duele espera clemencia. Las cuales cosas, sin embargo,

según el misterio de la alegoría, convienen bien a las palabras de la santa Iglesia por las voces de los débiles, que frecuentemente consideran que son más heridos de lo que piensan que merecen, y consideran como crueldad, por así decir, la estrechez equitativísima de la sección del juez; porque también cuando la herida del enfermo es cercenada con el hierro medicinal, el médico es llamado cruel, el cual, sin embargo, por la dureza de la mano que corta, es adversario de la herida, pero concuerda con la salud.

Sigue:

CAPÍTULO XXXIII

(Rec. XXIV).

VERS. 22. Me elevaste y, como poniéndome sobre el viento, me estrellaste fuertemente.

65. Sobre el viento se sienta el que se alegra con los éxitos transitorios. La adversidad no abate a quien la prosperidad no corrompe.--- Porque la gloria de la vida presente se percibe como en lo alto, pero no se consolida con ninguna estabilidad, como elevado sobre el viento es puesto el que se alegra con la prosperidad transitoria, puesto que el aura de la felicidad fugitiva lo subleva para esto solo: para que de repente lo derribe peor en lo más profundo. Pues porque la santa Iglesia es tenida en honor por todos, ¿quiénes en ella, sino los débiles que se alegran con las sucesiones transitorias, parecen elevados al ser puestos sobre el viento? porque, en el tiempo de persecución subsiguiente, mientras pasa el aura de la

prosperidad, su elevación al punto se derrumba, y cayendo de repente aprenden que, elevados antes, se sentaron sobre el viento. Las cuales palabras, a saber, convienen especialmente incluso a la persona del santo varón, no en cuanto a lo que era, sino en cuanto a lo que parecía ser. Pues la prosperidad fugitiva no había elevado su mente, la cual entre tantas afluencias de cosas oprimía siempre con el admirable peso de la virtud; sino que, según esto que pudo verse exteriormente, el que era humilde en los suyos, fue elevado en los ojos ajenos, y como puesto sobre el viento, fue estrellado fuertemente, porque apoyado en las cosas exteriores, de donde se estimaba que se levantaba, se veía que de allí había caído. Caída la cual, a saber, el santo varón no la sufrió en la mente, porque ninguna adversidad abate a quien ninguna prosperidad corrompe. Pues el que se adhiere a la verdad, de ningún modo sucumbe a la vanidad, porque mientras haya fijado su intención dentro con el pie fuerte del pensamiento, todo lo que se hace mudablemente fuera, mínimamente llega al alcázar de la mente. Sigue:

CAPÍTULO XXXIV

(Vet. XXVI, Rec. XXV).

VERS. 23. Sé que me entregarás a la muerte, donde está constituida la casa para todo viviente.

66. Nadie escapa a la muerte; pocos al hoyo de los placeres y al interito. Elías difirió la muerte, no la evadió.--- En la parte superior de esta obra (Libro XII, cap. 6) se trató que antes del adveni-

miento del Señor incluso los justos descendían a los receptáculos del infierno, aunque no fueran guardados en suplicios, sino en descanso. Lo cual ahora omitimos enseñar con testimonios, porque pensamos que ya ha sido suficientemente probado en aquella. Esto, pues, que se dice: Sé que me entregarás a la muerte, donde está constituida la casa para todo viviente, rectamente conviene al bienaventurado Job incluso según la historia, por cuanto consta sin duda que antes de la gracia del Redentor incluso los justos eran conducidos a los claustros del infierno. Pues la misma recepción del infierno es llamada casa de todos los vivientes, porque ninguno vino aquí que, antes del advenimiento del Mediador, no pasara por allí por la misma condición de su corrupción, ninguno vino aquí que no tendiera a la muerte de la carne por los pasos de esa misma corrupción suya. De la muerte la cual, a saber, se dice por el Salmista: ¿Quién es el hombre que vive y no verá la muerte? (Salmo 88, 49). Pues aunque se afirma que Elías fue arrebatado al cielo, sin embargo difirió la muerte, no la evadió. Pues de él se dice por la misma boca de la Verdad: Elías en verdad ha de venir y restaurará todas las cosas (Mateo 17, 11). Pues vendrá para restaurar todas las cosas, porque sin duda es restituido a este mundo para esto: para que cumpla los dones de la predicación y pague la deuda de la carne. Sentencia la cual del santo varón, sin embargo, según el misterio de la alegoría, conviene a las voces de la santa Iglesia por la persona de los débiles, que mantienen la fe solo de palabra, pero sirven a sus deseos

contra los preceptos de la fe. Pues dice: Sé que me entregarás a la muerte, donde está constituida la casa para todo viviente. Pues porque contempla en ella a muchos entregados a los placeres, y ya preconoce el interito de ellos, piensa que en la vía de la vida presente sirven ciertamente a sus propios deseos, pero sin embargo llegan a la casa de la muerte todos los que en ella viven carnalmente. Pero hay algunos que caen en el hoyo de sus placeres, pero sin embargo por los lamentos de la penitencia retiran más pronto el pie de lo profundo, a los cuales los azotes de la percusión suprema cortan para la erudición más bien que para la extinción. De los cuales aptamente se subraya:

CAPÍTULO XXXV.

VERS. 24. Pero no extiendes tu mano para la consumación de ellos y, si cayeren, tú mismo los salvarás.

67. Algunos, heridos por Dios para la erudición, no para la extinción, son librados del pecado.--- En las cuales palabras, por cierto, debe entenderse solícitamente esto: que el bienaventurado Job, mientras narra lo suyo, transfigura en sí a otros. Pues como decía especialmente de sí: Me elevaste y, como poniéndome sobre el viento, me estrellaste fuertemente; sé que me entregarás a la muerte, donde está constituida la casa para todo viviente; y sin embargo, no de sí, sino de otros añade: Pero no extiendes tu mano para la consumación de ellos. Pues mientras hablando de sí, razonando, añade las causas de

otros, muestra a cuántas personas significa en sí mismo. Por tanto, el Señor no extiende su mano para la consumación de los pecadores cuando, hiriendo, corrige de los pecados, y salva a los que caen mientras hiere para la salud del cuerpo a los que caen en la culpa, para que, postrados exteriormente, surjan interiormente; a fin de que, yaciendo en el cuerpo, vuelvan al estado interior los que, estando de pie exteriormente, yacían del estado de la mente. Sigue:

CAPÍTULO XXXVI

(Rec. XXVI).

VERS. 25. Lloraba yo en otro tiempo sobre el que estaba afligido, y mi alma se compadecía del pobre.

68. La limosna debe estimarse principalmente por el afecto de la mente con que se hace. No haga al dador la abundancia de cosas, sino la compasión.--- Aunque la verdadera compasión es concurrir con la pasión del prójimo por la largueza, a veces sin embargo, cuando todas las cosas exteriores están abundantemente a mano para dar, más pronto encuentra la mano del dador la dación que el ánimo el dolor. De donde es necesario saber que da perfectamente el que, con aquello que al afligido alarga, asume también en sí el ánimo del afligido, para que primero transfiera a sí la pasión del doliente, y entonces concurra por el ministerio contra el dolor de aquel. Pues a menudo, como ya dijimos, la abundancia de cosas hace al dador del don, y no la virtud de la compa-

sión. Pues el que perfectamente se compadece del afligido, frecuentemente entrega al indigente incluso esto en lo cual él mismo, si lo diere, se ve angustiado. Y entonces es plena la compasión de nuestro corazón, cuando no tememos asumir para nosotros el mal de la penuria por el prójimo, para librarlo a él de la pasión.

69. Cristo nos dio la forma de la piedad, y Pablo la enseñó.--- Forma la cual de piedad, a saber, nos dio el Mediador entre Dios y los hombres. El cual, pudiendo concurrir para nosotros incluso no muriendo, quiso sin embargo subvenir a los hombres muriendo, porque sin duda nos habría amado menos si no asumiera también nuestras llagas; ni nos mostraría la fuerza de su dilección si él mismo no sostuviera por un tiempo esto que de nosotros quitaba. Pues nos halló pasibles y mortales y él, que nos hizo existir de la nada, pudo a saber revocarnos de la pasión incluso sin su muerte. Pero para mostrar cuán grande fuera la virtud de la compasión, se dignó hacerse por nosotros lo que no quiso que nosotros fuéramos, para que en sí mismo asumiera temporalmente la muerte, la cual ahuyentara de nosotros para siempre. ¿Acaso no pudo, permaneciendo invisible para nosotros en las riquezas de su divinidad, enriquecernos con admirables virtudes? [Vet. XXVII.] Pero para que el hombre volviera a las riquezas internas, Dios se dignó aparecer pobre afuera. De donde también el predicador egregio, para encender las vísceras de nuestra compasión hacia la gracia de la largueza, dijo: Por nosotros se hizo indigente, siendo rico (2 Cor. 8, 9). Quien

también dice así: No para que para otros haya remisión, y para vosotros tribulación (Ibíd. 13). Esto sin duda lo infirió condesciendo con los débiles, puesto que para algunos que no pueden soportar la penuria es más tolerable dar menos que, después de su largueza, murmurar por la angustia de la penuria. Pues para encender las mentes de los oyentes hacia los grandes estudios del dar, poco después infirió, diciendo: Pero esto digo: El que siembra con escasez, con escasez también cosechará (2 Cor. 9, 6). Decimos que a veces es más compadecerse de corazón que dar, porque quienquiera que perfectamente se compadece del indigente, estima en menos todo lo que da. Pues si la buena voluntad no venciera la mano del dador, el mismo predicador egregio no habría dicho a los discípulos: Quienes no solo empezasteis a hacer, sino también a querer desde el año pasado (2 Cor. 8, 10). Pues es fácil obedecer en la buena obra incluso al que no quiere. Pero esta gran virtud había existido en los discípulos: que ellos hubieran querido incluso antes el bien que se les mandó.

70. Dando lo exterior, da algo de lo suyo; impendiendo compasión, da algo de sí mismo.--- Puesto que, por tanto, el varón santo conocía que ante Dios omnipotente a veces es mayor lo dado de la mente que lo del don, diga: Lloraba yo en otro tiempo sobre el que estaba afligido, y mi alma se compadecía del pobre. Pues dando lo exterior, ofreció una cosa fuera de sí mismo. Pero el que dio llanto y compasión al prójimo, le dio algo incluso de sí mismo. Por eso decimos que es

más la compasión que lo dado, porque frecuentemente da cualquier cosa incluso el que no se compadece, pero nunca el que verdaderamente se compadece niega lo que ve necesario para el prójimo.

71. La Iglesia, compadeciéndose de sus hijos penitentes, une sus lágrimas y oraciones.--- Sentencia la cual, sin duda, conviene bien también a las voces de la santa Iglesia: la cual, mientras contempla a todos los afligidos por los lamentos de la penitencia, les une sus llantos con continua oración, y tantas veces se compadece del indigente cuantas auxilia a la mente desnuda de virtudes con las preces de su intervención. Pues lloramos compadeciéndonos sobre el afligido cuando reputamos como nuestros los daños ajenos, y nos esforzamos en limpiar con nuestros llantos las culpas de los delincuentes. Haciendo lo cual, a saber, frecuentemente nos subvenimos más a nosotros que a aquellos por quienes se hace, porque ante el árbitro íntimo que aspira la gracia de la caridad, diluye perfectamente las propias cosas cometidas quien puramente llora las ajenas. Por tanto, la santa Iglesia, sorprendida por la tribulación de la persecución última, reduzca a la memoria los bienes que hizo en el tiempo de la paz, diciendo: Lloraba yo en otro tiempo sobre el que estaba afligido, y mi alma se compadecía del pobre. La cual, deseando los goces eternos de la luz interna, pero sin embargo todavía diferidos porque es oprimida por los males exteriores, añada a las voces del varón santo:

CAPÍTULO XXXVII

(Rec. XXVII).

VERS. 26. Esperaba yo bienes y me vinieron males; aguardé la luz y prorrumpieron las tinieblas.

72. El dolor de los electos y de la Iglesia, incluso en tiempo de paz, por los suyos que toleran la persecución.--- Pues el pueblo fiel espera bienes, pero recibe males; aguarda la luz e incurre en las tinieblas, porque por la gracia de la remuneración espera participar ya de los goces de los ángeles, y sin embargo, aquí todavía más largamente diferido, tolera las manos de los perseguidores; y quien estima que ha de disfrutar cuanto antes de la retribución de la luz eterna, aquí todavía es compelido a padecer las tinieblas de sus perseguidores. Males los cuales de los perseguidores, a saber, dolerían menos si surgieran de los infieles y adversarios. Pero tanto peor crucifican la mente de los electos, cuanto vienen de aquellos de quienes presumían bienes. De donde todavía se añade:

VERS. 27. Mis entrañas hirvieron sin descanso alguno.

Hervir las entrañas de la santa Iglesia, por cierto, es tolerar también en la atrocidad de la persecución a aquellos mismos a quienes, por el amor de la fe, antes había llevado como entrañas. Quienes, conociendo antes los secretos de ella, cuanto más saben dónde más duela, tanto peor mínimamente descansan de la aflicción de ella. A los cuales, sin embargo, incluso en el tiempo de su

paz tolera gravosamente, porque por sus predicaciones sopesa las costumbres contrarias de ellos. Pues gime cuando contempla la vida de ellos disímil a la suya. De los cuales también aptamente se añade:

IBÍD. Me previnieron los días de la aflicción.

[Vet. XXVIII.] Sabe, pues, la santa Iglesia de los electos que en la persecución última ha de padecer muchos males; pero a esta la previenen los días de su aflicción, porque lleva gravosamente dentro de sí la vida de los malos incluso en el tiempo de la paz. Pues aunque en los días últimos siga la abierta persecución de los infieles, a esta sin embargo, antes de que aparezca, quienes en ella son fieles solo de palabra la anteceden con sus depravadas costumbres. Sigue:

CAPÍTULO XXXVIII

(Rec. XXVIII).

VERS. 28. Lloroso andaba yo, levantándome sin furor clamé en la turba.

73. Los santos en la cumbre del honor conservan la humildad, en las cosas alegres el duelo. Luchan contra la prosperidad interiormente. Todo lo que abunda sin la visión de Dios es penuria.--- Veo que debe notarse solícitamente según la historia que el varón santo, que poco arriba dijo: Me elevaste, añade abajo: Lloroso andaba yo. Pues por un admirable orden, suele convenir en un mismo tiempo en los actos de los buenos tanto el honor de la cumbre por fuera, como el duelo de la humildad afligida por dentro. Por lo cual el

santo varón también, elevado por las cosas y los honores, andaba lloroso, porque aunque la gloria de la potestad lo había mostrado como prelado a los hombres, interiormente sin embargo con su duelo ofrecía al Señor un sacrificio secreto de corazón contrito. Pues sacrificio para Dios es el espíritu atribulado (Salmo 50, 19). Saben, pues, todos los electos luchar, por consideración íntima, contra las tentaciones de la excelencia exterior. Quienes, si pusieran su corazón en su felicidad exterior, por cierto no serían justos. Pero porque el corazón humano no puede de ningún modo dejar de ser tentado por cualquier gloria, por pequeña que sea, de las mismas prosperidades de las cosas, contra su misma prosperidad luchan los santos varones intrínsecamente, no digo para no sucumbir en la elación, sino para no sucumbir al menos en el amor de ella. Al cual es haber sucumbido mucho el haber sometido la mente cautiva a sus deseos. ¿Quién, sabiendo las cosas terrenas y abrazando las temporales, no creería al bienaventurado Job feliz entre tantas prosperidades, cuando le sobraba salud del cuerpo, vida de los hijos, incolumidad de la familia, integridad de los rebaños? Pero porque no se alegraría en todas estas cosas, él mismo es testigo para sí, quien dice: Lloroso andaba yo. Pues para un varón santo todavía puesto en esta peregrinación, todo lo que abunda sin la visión de Dios es penuria, porque cuando los electos ven que todo les asiste, gimen porque no ven al autor de todo; y todo esto les es menos porque todavía falta la especie del Único; y así los exalta por fuera la

gracia de la suprema dispensación, para que sin embargo los mantenga por dentro bajo disciplina el duelo de la caridad maestra. Por el cual, a saber, aprenden que de estas cosas que reciben exteriormente siempre se humillen más ante sí mismos, mantengan la mente bajo el yugo de la disciplina y nunca prorrumpan en impaciencia por la licencia de la potestad. De donde también aptamente se añade: Levantándome sin furor clamé en la turba. Pues a menudo los tumultos de los hombres sediciosos provocan la mente de sus prepósitos, y estos exceden el límite de su orden con inordinados movimientos.

74. La impaciencia es casi siempre amiga de la potestad, la cual los buenos superan.---Y la mayor parte de las veces los que presiden, si no son retenidos por el freno del Espíritu Santo en la boca del corazón, prorrumpen en la atrocidad de una airada retribución, y cuanto prevalecen para obrar, tanto estiman que les es lícito para con sus súbditos. Pues la impaciencia es casi siempre amiga de la potestad; y también manda a la maldad que le está sujeta, porque lo que ella siente, la potestad lo ejecuta. Pero los varones santos se someten más interiormente al yugo de la paciencia, que lo que presiden exteriormente a los hombres; y tanto más verdadero principado exhiben fuera, cuanto más humilde servidumbre mantienen para con Dios por dentro; y por eso a menudo toleran más a algunos, cuanto más pueden vengarse de ellos; y para que nunca pasen a lo ilícito, la mayor parte de las veces no quieren ejecutar para sí incluso lo que es lícito; sufren el

estrépito de los súbditos, y por amor increpan a los que por mansedumbre sobrellevan. De donde ahora rectamente se dice: *Levantándome sin furor clamé en la turba,* porque sin duda los buenos tienen clamor contra los tumultos de los insolentes, y no tienen furor, puesto que no cesan de enseñar a aquellos a quienes clementemente toleran. Pero estas cosas que según la historia hemos dicho de uno solo, es necesario que según la alegoría las sintamos de los diversos electos de la Iglesia. Pues ella misma en sus electos camina llorosa incluso a través de las prosperidades, porque nada se reputa verdaderamente próspero para sí, hasta que aprehenda el bien que singularmente busca. Pues sus fieles disfrutan por cierto de la paz temporal, pero suspiran perpetuamente; son honrados, y están afligidos; porque a menudo se ven allí en la cumbre, donde no son ciudadanos. Ella también en la turba se levanta sin furor, y clama, porque persigue la vida de los malvados con el estudio de una recta emulación, pero no con la vesania del furor. Se irrita y ama, se ensaña y está tranquila, a fin de corregir a sus débiles por emulación, y favorecerlos por piedad. Sigue:

CAPÍTULO XXXIX

(Rec. XXIX).

VERS. 29. Frater fui draconum, et socius struthionum. (Hermano fui de los dragones, y compañero de los avestruces).

75. No hay verdadera santidad, sino la que fue probada entre los malos.---¿Qué se significa con

el nombre de dragones sino la vida de los hombres maliciosos? De los cuales también se dice por el profeta: *Atrayeron el viento como dragones* (Jerem. XIV, 6). Pues todos los perversos atraen el viento como dragones, cuando se inflan con maliciosa soberbia. Pero, ¿quiénes suelen ser entendidos por la apelación de avestruces, sino los simuladores? Pues el avestruz tiene plumas, y no tiene vuelo; porque todos los simuladores tienen apariencia de santidad, pero no tienen la virtud de la santidad. Pues la visión de la buena acción los adorna, pero de ningún modo los levanta de la tierra la pluma de la virtud. El pueblo electo de la santa Iglesia, por tanto, porque en el tiempo de su paz sufre dentro de sí a algunos maliciosos y simuladores, diga: *Frater fui draconum, et socius struthionum.* Lo cual también con las voces del bienaventurado Job especialmente concuerda, quien hasta la cumbre de la gran fortaleza fue bueno entre los malos. Pues ninguno es perfecto, quien no es paciente entre los males de los prójimos. Pues el que no tolera con ecuanimidad los males ajenos, él mismo es para sí, por la impaciencia, testigo de que dista mucho de la plenitud del bien. Pues rehúsa ser Abel, a quien la malicia de Caín no ejercita (Gén. IV, 3 sigs.).

76. Los malos mezclados entre los buenos aquí, ¿por qué?---Así en la trilla de la era los granos son oprimidos bajo la paja, así las flores brotan entre las espinas, y la rosa que huele bien crece con la espina que punza. Pues dos hijos tuvo el primer hombre, pero uno fue electo y el otro réprobo (Gén. IV, 1, 2). Tres hijos también contuvo

el arca de Noé, pero persistiendo dos en la humildad, uno se precipitó a la irrisión del padre (Ibíd., IX, 18). Abraham tuvo dos hijos, pero uno fue inocente y el otro perseguidor de su hermano (Ibíd., XVI, 15; XXI, 9). Isaac también tuvo dos hijos, uno guardado en la humildad, el otro en cambio fue reprobado incluso antes de nacer (Ibíd., XXV, 24 sigs.). Jacob engendró doce hijos, pero de estos uno fue vendido por su inocencia, mientras que los demás fueron los vendedores del hermano por su malicia (Ibíd., XXXVII, 27). Doce apóstoles también fueron elegidos en la santa Iglesia, pero para que no permanecieran sin ser probados, uno les fue mezclado, que persiguiéndolos los probara. Pues así se une el pecador con malicia al justo, como en el horno se asocia la paja con el fuego al oro, para que con aquello que arde la paja, se purgue el oro. Estos, por tanto, son verdaderamente buenos, los que pueden persistir en la bondad incluso entre los malos. De aquí también se dice por la voz del Esposo a la santa Iglesia: *Como el lirio entre las espinas, así mi amiga entre las hijas* (Cant. II, 2). De aquí dice el Señor a Ezequiel: *Hijo de hombre, incrédulos y subversores están contigo, y con escorpiones habitas* (Ezeq. II, 6). De aquí Pedro glorifica la vida del bienaventurado Lot, diciendo: *Y libró al justo Lot, oprimido por la injuria de la conversación de los nefandos* (II Ped. II, 7). Pues por la vista y el oído era justo, habitando entre aquellos que de día en día crucificaban el alma del justo con sus obras inicuas. De aquí Pablo glorifica la vida de los discípulos, y glorificándola la confirma, diciendo: *En medio

de una nación depravada y perversa, entre los cuales lucís como luminares en el mundo, conteniendo la palabra de vida* (Filip. II, 15). De aquí por Juan el ángel de la Iglesia de Pérgamo atestigua, diciendo: *Sé dónde habitas, donde está la sede de Satanás, y mantienes mi nombre, y no has negado mi fe* (Apoc. II, 13). El bienaventurado Job, por tanto, para mostrar de qué fortaleza fue, insinúe con quiénes vivió, diciendo: *Frater fui draconum, et socius struthionum.* Porque sería menos que él mismo obrara cosas buenas, si no tolerara también, para el cúmulo de su bondad, los males de otros. Sigue:

CAPÍTULO XL

(Rec. XXX).

VERS. 30. Cutis mea denigrata est super me, et ossa mea aruerunt prae caumate. (Mi piel se ha ennegrecido sobre mí, y mis huesos se han secado por el calor).

77. Por la caída de los débiles, los fuertes se abrasan con el fuego de su celo.---Descuidamos ponderar estas cosas según la historia, porque evidentemente la virtud del discurso resalta por la pena de la pasión. Pero porque, como ya a menudo hemos dicho, el bienaventurado Job suele narrar lo hecho de modo que prenuncia lo que ha de hacerse, bien esto concuerda con las voces de la santa Iglesia, que siente gravemente en los débiles el dolor de la última persecución. Y cuando algunos perecen por ella, todos los más valientes son crucificados por el duelo. Pues la causa exte-

rior de ella es la dispensación terrena, pero el cuidado interior es celestial. Por el nombre de piel, por tanto, se significan los débiles, que ahora en ella sirven a la utilidad exterior. Pero por los huesos están figurados sus fuertes, en los cuales se solidifica toda la trabazón de aquel cuerpo. Porque, por tanto, o provocados por dones, o afligidos por persecuciones, muchos débiles en ella caen del estado de la fe, y ellos mismos después de que han caído la persiguen, ¿qué otra cosa padece ella sino la negrura de su piel, de modo que en ellos aparezca después torpe, en los cuales antes parecía hermosa? Pues mientras estos que antes solían dispensar bien las cosas exteriores, después se ensañan contra los electos de Dios, como si la piel de la Iglesia hubiera perdido el color de la justicia pasada, la cual ha llegado a la negrura de la iniquidad. Lo cual Jeremías también deplora bajo la especie del metal principal, diciendo: *¿Cómo se ha oscurecido el oro, se ha mudado el color óptimo?* (Tren. IV, 1). Pues los perversos, mientras salen de sus sacramentos, la mayor parte de las veces toman lugar de honor entre los réprobos, para que ellos mismos se ensañen contra la santa Iglesia con autoridad, ellos que la desprecian más atrozmente como si conociéndola. De donde también cuando decía: *Cutis mea denigrata est,* añadió, *super me,* porque a estos que antes tuvo como blancos para el decoro de la justicia, después los sobrelleva peores negros. Pero cuando la piel se vuelve a la negrura, los fuertes que están en ella se consumen por el celo de la fe. De donde aptamente añade: *Et ossa mea

aruerunt prae caumate.* Pues así también en el tiempo pasado aquel hueso fortísimo de la santa Iglesia, Pablo, se abrasaba con cierta aridez de tedio, cuando decía a algunos que caían: *¿Quién enferma y yo no enfermo? ¿quién se escandaliza y yo no me quemo?* (II Cor. XI, 29). La piel, por tanto, se ennegrece, y los huesos se secan por el calor, porque mientras los débiles prorrumpen en la iniquidad, todos los fuertes son crucificados por el fuego de su celo. Sigue:

CAPÍTULO XLI

[Vet. XXX, Rec. XXXI].

VERS. 31. Versa est in luctum cithara mea, et organum meum in vocem flentium. (Se ha convertido en luto mi cítara, y mi órgano en voz de los que lloran).

78. Los ministros de la palabra divina, cuando son despreciados, callen y se refugien en el luto de la penitencia. La discreción modere la abstinencia. Extínguandose los vicios de la carne, no la carne.---Porque el órgano suena por los tubos, y la cítara por las cuerdas, puede por la cítara designarse la recta operación, por el órgano en cambio la santa predicación. Pues no inconvenientemente aceptamos por los tubos del órgano las bocas de los que predican, por las cuerdas de la cítara en cambio la intención de los que viven rectamente. La cual, mientras se extiende a otra vida por la aflicción de la carne, como cuerda atenuada en la cítara suena por la admiración de los que miran. Pues se seca la cuerda para que devuelva

el canto congruo en la cítara, porque también los santos varones castigan su cuerpo y lo someten a servidumbre (I Cor. IX, 27), y se extienden de las cosas ínfimas a las superiores. Debe ponderarse también que la cuerda en la cítara si se tensa menos, no suena; si más, suena ronco, porque sin duda la virtud de la abstinencia o es del todo nula, si cada uno no doma el cuerpo tanto cuanto puede; o es muy inordinada, si desgasta el cuerpo más de lo que puede. Pues por la abstinencia han de extinguirse los vicios de la carne, no la carne; y tanto debe cada uno presidirse con moderación, que ni la carne se ensoberbezca para la culpa, y sin embargo subsista para el efecto de la rectitud en la operación. Agrada mirar entre estas cosas al egregio predicador, con cuánta arte de magisterio las almas de los fieles, como cuerdas tensas en la cítara, a unas las atenúa tensándolas más, y a otras las conserva relajándolas de su tensión. Pues a unos les dice: *No en comilonas y embriagueces, no en lechos e impudicias* (Rom. XIII, 13). Y de nuevo dice: *Mortificad vuestros miembros que están sobre la tierra* (Coloss. III, 5). Y sin embargo al carísimo predicador escribe, diciendo: *No bebas todavía agua, sino usa un poco de vino, por tu estómago y tus frecuentes enfermedades* (I Tim. V, 23). Aquellas cuerdas, por tanto, las tensa atenuándolas, no sea que no tensas de ningún modo no suenen; a esta en cambio la templa de la tensión, no sea que mientras más se tensa, menos suene.

79. Doble modo de exhortación, uno por palabras, otro por obras.---O bien los santos predica-

dores en la Iglesia, o cualesquiera sencillos y abstinentes, según reciben fuerzas, devuelven en ella a sus prójimos el cántico de la buena exhortación. Pues tanto todos los prudentes vigilan solícitamente para el fruto de la predicación, y para atraer a otros a la vida, elaboran con el sonido de la gran persuasión; como los que en ella parecen de ingenio más tardo, por el mismo mérito de su vida en cuanto ven que pueden, toman la autoridad de la exhortación hacia otros, y no desisten de atraer a cuantos pueden a la patria celestial. Pero la santa Iglesia oprimida por las extremas persecuciones, cuando considera que sus palabras son despreciadas por los réprobos, forma la gracia de su amor para los solos lamentos, porque sin duda llora a los que exhortando no puede atraer. Diga por tanto: *Versa est in luctum cithara mea, et organum meum in vocem flentium.* Como si abiertamente confesara diciendo: En el tiempo de mi paz por cierto predicaba por unos cosas pequeñas al modo de la cítara, por otros en cambio al modo del órgano cosas grandes y sonoras, pero ahora la cítara se ha convertido en luto, y el órgano en voz de los que lloran, porque mientras me veo despreciada, deploro a aquellos que no oyen el canto de la predicación. Estas cosas la santa Iglesia ha de hacer por algunos al final; estas cosas por algunos en sus mismos inicios hizo. Pues el primer mártir Esteban intentó aprovechar predicando a los judíos perseguidores, a quienes sin embargo después de las palabras de la predicación, al ver que habían concurrido para lanzar piedras, oraba de rodillas

fijas, diciendo: *Señor Jesús, no les imputes este pecado* (Act. VII, 59). ¿Qué, pues, para este, que durante mucho tiempo había narrado tanto cosas pequeñas como grandes, sino que ya los cantos de su cítara y de su órgano callaban y se habían convertido en luto, porque a los que predicando no había atraído, amando los lloraba? Lo cual sin duda la santa Iglesia no desiste de hacer diariamente, la cual ve que la palabra de la predicación ya casi en todas partes ha callado. Pues unos disimulan el hablar, otros desprecian el oír las cosas rectas. Pero la mente de los electos, mientras ve callar el canto de la predicación, gimiendo y tácita vuelve a los llantos. Diga por tanto: *Versa est in luctum cithara mea, et organum meum in vocem flentium,* porque cada electo cuanto más calló la voz de la santa predicación, tanto más gravemente llora los daños de la Iglesia.

Hasta aquí el bienaventurado Job describió los males que padeció, pero desde este lugar empieza a narrar más sutilmente los bienes que hizo. Pero las palabras de dolor las recorremos con exposición histórica y alegórica, las obras de las virtudes en cambio en gran parte las mantenemos según el solo texto de la historia, no sea que si las atraemos a indagar los misterios, parezcamos tal vez vaciar la verdad de la obra.

Libro VI

GÉSIMO PRIMERO.

Se expone el cap. XXXI del lib. de Job, hasta el verso 24 exclusive, y alabadas primero la castidad, la humildad, la misericordia, se enseñan muchas cosas sobre todo acerca de evitar la ocasión de pecado.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. En la explicación de las sagradas Escrituras, ni debe seguirse el solo sentido histórico, ni siempre el alegórico.---El intelecto del sagro elocuio debe ser pesado con tanta equilibración entre el texto y el misterio, que pesada la balanza moderada de cada parte, ni el peso de la demasiada discusión lo deprima, ni de nuevo el torpor de la incuria lo deje vacío. Pues muchas de sus sentencias están tan preñadas de la concepción de las alegorías, que quienquiera que se empeña en mantenerlas según la sola historia, por su propia incuria se priva de su noticia. Pero algunas sirven tanto a los preceptos exteriores, que si alguno desea penetrarlas más sutilmente, por dentro por cierto nada encuentre, sino que esconda para sí incluso esto que hablan por fuera.

2. Se prueba la anterior proposición.---De donde también bien se dice por la narración histórica mediante significación: *Tomando Jacob varas de álamo verdes, y de almendro, y de plátano, en parte las descortezó, y quitadas las cortezas, en aquellas que habían sido despojadas apareció la blancura; pero aquellas que estaban íntegras permanecieron verdes, y de este modo el color se volvió variado* (Gén. XXX, 37). Donde también se añade: *Y las puso en los canales donde se vertía el agua, para que cuando vinieran los rebaños a beber, tuvieran ante los ojos las varas, y concibieran ante su vista.* *And sucedió que en el mismo calor del coito las ovejas miraban las varas, y parían manchadas y variadas, y salpicadas de diverso color* (Ibíd. 38, 39). Pues, ¿qué es poner varas verdes de álamo, y de almendro, y de plátano ante los ojos de los rebaños, sino ofrecer a los pueblos por la serie de la sagrada Escritura las vidas y las sentencias de los antiguos Padres como ejemplo? Las cuales sin duda porque según el examen de la razón son rectas, se llaman varas. A las cuales en parte les quita la corteza, para que en aquellas que se despojan aparezca la blancura íntima; y en parte conserva la corteza, para que como habían sido exteriormente, permanezcan en verdor; y el color variado de las varas se produce, mientras la corteza en parte se quita, en parte se retiene. Pues ante los ojos de nuestra consideración las sentencias de los padres precedentes se ponen como varas variadas. En las cuales mientras a menudo rehuimos el intelecto de la letra, como si quitáramos la corteza; y mien-

tras a menudo seguimos el intelecto de la letra, como si reserváramos la corteza. Y mientras se les retira la corteza de la letra, se demuestra la blancura interior de la alegoría, y mientras se deja la corteza, se muestran los verdes ejemplos de la inteligencia exterior. Las cuales Jacob bien puso en los canales de agua, porque también nuestro Redentor en los libros de la sagrada ciencia, por los cuales nosotros interiormente somos infundidos, las fijó. Mirando estas, los carneros cohabitan con las ovejas, porque nuestros espíritus racionales, mientras están fijos en su intención, se mezclan con cada una de las acciones, para procrear tales fetos de obras cuales ejemplos de los precedentes ven en las voces de los preceptos; y diverso color tenga la prole de la buena obra, porque tanto a veces, retirada la corteza de la letra, considera más agudamente las cosas internas, como no pocas veces, reservado el velo de la historia, se forma bien en las cosas exteriores.

3. Se prueba la otra.---Pues porque las divinas sentencias a veces han de ser escudriñadas interiormente, y a veces observadas exteriormente, por Salomón también se dice: *Quien fuertemente presiona las ubres para sacar leche, saca manteca; y quien vehementemente se suena, saca sangre* (Prov. XXX, 33). Pues presionamos fuertemente las ubres cuando pesamos las palabras del sagro elocuio con sutil intelecto, por cuya presión mientras buscamos leche, encontramos manteca, porque mientras buscamos ser nutridos incluso por un tenue intelecto, somos ungidos por la ubertad de la gordura interna. Lo

cual sin embargo ni ha de hacerse demasiado ni siempre, no sea que mientras se busca leche de las ubres, siga la sangre. Pues la mayor parte de las veces algunos, mientras discuten las palabras del sagro elocuio más de lo que deben, caen en el intelecto carnal. Pues saca sangre quien vehementemente se suena, porque se vuelve carnal esto que se siente por la demasiada discusión del espíritu. Por lo cual es necesario que escudriñemos las obras del bienaventurado Job, las cuales por eso narra entre las palabras de los amigos que lo increpan, para que su mente afligida no desfallezca en la desesperación, según el peso de la historia, no sea que si el ánimo investiga estas más de lo necesario espiritualmente, la sangre nos responda por leche de las ubres de sus palabras. Si alguna vez por cierto mezcla algunas cosas místicas en la narración de sus obras, a estas es necesario que la mente incitada vuelva, a las cuales el orden del que habla mismo, según se da a entender, la llama. Pues el varón santo después de que narró aquellas cosas que le habían sido infligidas por el azote del Señor, ahora enumerando por orden sus propias virtudes, da a conocer cómo fue antes del azote; tejiendo así la historia de su vida, que le inserte algo muy raro que pueda ser entendido alegóricamente, a fin de que tanto sean en gran parte históricas las cosas que menciona, como sin embargo a veces por estas mismas cosas se eleve a la inteligencia espiritual. Con qué fortaleza, pues, de toda caída restringió sus cosas exteriores con la disciplina de la custodia interior, lo insinúa diciendo:

CAPÍTULO II.

JOB CAPÍTULO XXXI, VERS. 1.---Pepigi foedus cum oculis meis, ut ne cogitarem quidem de virgine. (Hice pacto con mis ojos, de ni siquiera pensar en una virgen).

4. Para que la mente no codicie cosas ilícitas, deben ser frenados los sentidos exteriores, que son los accesos de la mente. No conviene mirar lo que no es lícito codiciar.---Siendo el alma invisible, de ningún modo es tocada por la delectación de las cosas corpóreas, sino porque inherente al cuerpo tiene como ciertos orificios de salida del mismo cuerpo, los sentidos. Pues la vista, el oído, el gusto, el olfato y el tacto, son como ciertas vías de la mente, por las cuales sale fuera, y codicia aquellas cosas que están fuera de su sustancia. Pues por estos sentidos del cuerpo, como por ciertas ventanas, el alma mira cada una de las cosas exteriores, y mirando codicia. Pues de aquí dice Jeremías: *Subió la muerte por nuestras ventanas, entró en nuestras casas* (Jerem. IX, 21). Pues la muerte sube por las ventanas y entra en la casa, cuando viniendo la concupiscencia por los sentidos del cuerpo, entra en el habitáculo de la mente. Lo cual, contra esto que ya a menudo hemos dicho de los justos, se dice por Isaías: *¿Quiénes son estos que vuelan como nubes, y como palomas a sus ventanas?* (Isa. LX, 8). Pues los justos se dice que vuelan como nubes, porque son elevados de los contagios terrenos; y son como palomas a sus ventanas, porque por los sentidos del cuerpo no miran con intención de rapacidad

cada una de las cosas exteriores, ni los arrebata fuera la concupiscencia carnal. Pero quienquiera que por estas ventanas del cuerpo mira incautamente hacia fuera, la mayor parte de las veces cae en la delectación del pecado incluso sin querer; y ligado por los deseos, empieza a querer lo que no quiso. Pues el alma precipitada, mientras no prevea antes para no mirar incautamente lo que codicie, ciega empieza después a desear lo que vio. De donde también la mente del Profeta, que elevada a menudo asistía a los misterios internos, porque vio incautamente a la mujer ajena, oscurecida después se la unió para sí ilícitamente (II Rey. XI, 2). Pero el varón santo, que recibidos los sentidos del cuerpo como ministros sujetos preside como cierto juez equitativo, ve las culpas antes de que vengan, y como al enemigo que acecha le cierra las ventanas del cuerpo, diciendo: *Pepigi foedus cum oculis meis, ut ne cogitarem quidem de virgine.* Pues para haber podido conservar castos los pensamientos del corazón, hizo pacto con sus ojos, para no mirar antes incautamente lo que después amaría contra su voluntad. Pues es mucho lo que la carne arrastra hacia abajo, y una vez que la especie de la forma se liga al corazón por los ojos, apenas se suelta por la mano de una gran lucha. Para que por tanto no giremos cosas lúbricas en el pensamiento, debemos proveernos; porque no conviene mirar lo que no es lícito que sea codiciado. Pues para que la mente limpia se conserve en el pensamiento de la lascivia de su voluptuosidad, han de deprimirse los ojos como ciertos rapiñadores para la culpa. Pues ni Eva

hubiera tocado el leño prohibido, si no lo hubiera mirado antes incautamente. Pues está escrito: *Vio la mujer que el leño era bueno para comer, y hermoso a los ojos, y deleitable al aspecto; y tomó de su fruto, y comió* (Gén. III, 6). De aquí por tanto ha de ponderarse con cuánta moderación nosotros que vivimos mortalmente debemos restringir la vista hacia lo ilícito, si incluso la madre de los vivientes por los ojos llegó a la muerte. De aquí también bajo la voz de Judea, que viendo las cosas exteriores codiciando había perdido los bienes interiores, dice el profeta: *Mi ojo despojó mi alma* (Tren. III, 51). Pues codiciando las cosas visibles, perdió las virtudes invisibles. La que por tanto perdió el fruto interior por la vista exterior, por el ojo del cuerpo padeció la presa del corazón. Por lo cual para nosotros custodiar la limpieza del corazón, ha de guardarse la disciplina de los sentidos exteriores. Pues por cuanta virtud pollee la mente, por cuanta gravedad vigore, sin embargo los sentidos carnales ruidan fuera algo infantil, y si no son refrenados por el peso de la gravedad interior y como por cierto vigor juvenil, arrastran la mente enervada a todas las cosas fluidas y leves.

De donde también por el Señor se dice a la serpiente: *Pectore et ventre repes* (Gén. III, 14). 5. Ejemplo de Job refrenando no solo la lujuria de la carne, sino también del corazón y de la mente. Por Moisés la lujuria perpetrada, por Cristo también la pensada es condenada. Quien es ciudadano del cielo deje la lujuria, no por temor, sino por caridad.---Veamos por tanto cómo el bienaven-

turado Job, esto que en él la carne pudo saber a fluido e infantil, lo restringió con vigor juvenil de sabiduría. Pues dice: *Pepigi foedus cum oculis meis.* Y porque no solo en sí la acción, sino también el pensamiento de la lujuria extinguió, secunidó añadiendo: *Ut ne cogitarem quidem de virgine.* Sabía sin duda que la lujuria había de ser refrenada en el corazón, sabía, por el don del Espíritu Santo, que nuestro Redentor viniendo trascendería los preceptos de la ley, y aboliría de sus electos no solo la lujuria de la carne, sino también del corazón, diciendo: *Escrito está: No adulterarás; yo en cambio os digo, que todo el que viere a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón* (Mat. V, 27). Pues por Moisés la lujuria perpetrada, por el autor en cambio de la limpieza la lujuria pensada es condenada. De aquí es pues que el primer pastor de la Iglesia dice a los discípulos: *Por lo cual ceñid los lomos de vuestra mente, sobrios esperad perfectamente en la gracia que se os ofrece* (I Ped. I, 13). Pues ceñir los lomos de la carne es refrenar la lujuria del efecto. Ceñir en cambio los lomos de la mente es restringir ésta también del pensamiento. De aquí es que el ángel, que habla a Juan (Apoc. I, 13), se relata que está ceñido con una zona de oro sobre las tetillas. Porque la limpieza del Nuevo Testamento también frena la lujuria del corazón, el ángel que en él apareció vino ceñido en el pecho. Al cual bien la zona de oro lo ciñe, porque quienquiera que es ciudadano de la patria suprema, ya no por temor del suplicio, sino por amor de la caridad deja la inmundicia. Pero el mal de

la lujuria o se perpetra con el pensamiento, o con la obra. Pues nuestro astuto enemigo cuando es expulsado del efecto de la obra, se esfuerza en polucionar las cosas secretas con el pensamiento. La serpiente por cierto repta por el vientre, cuando el enemigo lúbrico por los miembros humanos a sí sometidos ejercita la lujuria hasta la expleción de la obra. La serpiente en cambio repta por el pecho, cuando a aquellos que no puede en la obra de la lujuria los poluciona en el pensamiento. Uno por tanto ya perpetra la lujuria con la acción, a éste la serpiente le repta desde el vientre. Otro en cambio gira lo que ha de ser perpetrado en la mente, a éste la serpiente le repta desde el pecho. Pero porque por el pensamiento se llega a cumplir las obras, rectamente la serpiente primero por el pecho, y después se describe que repta por el vientre. Por lo cual el bienaventurado Job, porque mantuvo la disciplina también en el pensamiento, con una sola custodia superó el pecho y el vientre de la serpiente, diciendo: *Pepigi foedus cum oculis meis, ut ne cogitarem quidem de virgine.* Cuya limpieza de corazón quienquiera que no apetece alcanzar, ¿qué otra cosa hace sino repeler de sí al autor de la misma limpieza? Por lo cual también el bienaventurado Job inmediatamente añade:

CAPÍTULO III.

VERS. 2.---¿Pues qué parte tendría Dios en mí desde lo alto, y qué herencia el Omnipotente desde los cielos?

6. Para que seamos herencia de Dios, no reine en nosotros el pecado. Nada aprovecha o la castidad soberbia, o la humildad no casta.---Como si abiertamente dijera: Si poluciono la mente en el pensamiento, de ningún modo puedo ser herencia de aquel que es el autor de la limpieza. Pues ninguna otra cosa buena existe, si no es aprobada por el testimonio de la castidad ante los ojos del juez oculto. Pues todas las virtudes en presencia del Creador se auxilian con ayuda recíproca, para que, porque una virtud sin la otra o no es nada en absoluto, o es mínima, se sostengan mutuamente por su conjunción. Pues si la humildad deja a la castidad, o la castidad abandona a la humildad, ¿qué puede aprovechar ante el autor de la humildad y de la limpieza o una castidad soberbia, o una humildad manchada? El varón santo, por tanto, para que merezca ser poseído por su autor en los demás bienes, custodiando la limpieza del corazón, diga: *Pepigi foedus cum oculis meis, ut ne cogitarem quidem de virgine.* *Quam enim partem haberet Deus in me desuper, et haereditatem Omnipotens de excelsis?* Como si abiertamente confesara, diciendo: El Creador de los cielos rehúsa tenerme como posesión suya, si mi mente ante su presencia se consume en deseos ínfimos.

7. El pensamiento inmundo no mancha cuando pulsa, sino cuando subyuga por la delectación. En la carne corruptible basta que el pecado no reine.---Pero entre estas cosas se ha de saber que es una cosa lo que el ánimo padece por la tentación de la carne, y otra cuando se obliga a las

delectaciones por el consenso. Pues muchísimas veces es pulsado por un pensamiento depravado, pero se resiste; muchísimas veces en cambio cuando concibe algo perverso, gira esto dentro de sí mismo incluso por el deseo. Y sin duda de ningún modo el pensamiento inmundo mancha la mente cuando pulsa, sino cuando subyuga ésta a sí por la delectación. De aquí pues dice el predicador egregio: *Tentatio vos non apprehendat, nisi humana* (I Cor. X, 13). Pues la tentación humana es por la cual muchísimas veces somos tocados en el pensamiento incluso no queriendo, porque el que a veces también cosas ilícitas vengan al ánimo, esto ciertamente lo tenemos en nosotros mismos por el peso de la humanidad corruptible. Ya en cambio es demoníaca, y no humana tentación, cuando a esto que la corruptibilidad de la carne sugiere el ánimo se obliga por el consenso. De aquí de nuevo dice: *Non regnet peccatum in vestro mortali corpore* (Rom. VI, 12). Pues prohibió no que el pecado estuviera en el cuerpo mortal, sino que reinara, porque en la carne corruptible puede no reinar, pero no puede no estar. Pues esto mismo el ser tentado por él acerca del pecado es pecado, del cual porque mientras vivimos perfectamente de todo modo no carecemos; la santa predicación puesto que no pudo expulsar esto plenamente, le quitó el reino del habitáculo de nuestro corazón, para que el apetito ilícito aunque muchísimas veces se inserte ocultamente como ladrón en nuestros buenos pensamientos, al menos si entra, no domine. El varón por tanto santo diciendo: *Pepigi foedus cum oculis meis,

ut ne cogitarem quidem de virgine,* de ningún modo quiere que se entienda que la culpa no tocó su ánimo en el pensamiento, sino que nunca superó a éste por el consenso. Pues como una íntegra posesión de Dios vindica su mente contra la depredación del adversario, quien inmediatamente añade: *Quam enim partem haberet Deus in me desuper, et haereditatem Omnipotens de excelsis?* Como si abiertamente dijera: Por la carne ciertamente mortal subyazco a la condición de la corrupción, pero ¿de dónde sirvo al autor, si no le defiendo un ánimo íntegro del consenso de la culpa? Sigue:

CAPÍTULO IV.

VERS. 3.---¿Acaso no es la perdición para el inicuo, y la enajenación para los que obran la iniquidad?

8. Los justos por un camino áspero tienden a la patria de la salvación, los réprobos por prados amenos tienden al hoyo.---Un rápido consuelo de los buenos es el considerado fin de los malos. Pues mientras por su interrupción contemplan el mal que evaden, consideran leve cualquier cosa adversa que padecen en esta vida. Vayan por tanto ahora los réprobos, y cumplan los deseos de sus delectaciones; en la condenación de su fin sentirán que viviendo mal amaron la muerte. Sean en cambio los electos afligidos con un azote transitorio, para que los azotes corrijan de la pravidad a los que la piedad paterna reserva para la herencia. Pues ahora es azotado el justo, y es corregido con el azote de la disciplina, porque es preparado

para el patrimonio de la herencia eterna. En sus placeres en cambio es relajado el injusto, porque tanto le suministran los bienes temporales cuanto se le deniegan los eternos. El injusto corriendo hacia la muerte debida, usa placeres desenfrenados, porque también los becerros que han de ser inmolados son dejados en libres pastos. Pero al contrario el justo es restringido de la jocundidad de la delectación transitoria, porque también sin duda el becerro diputado al uso del trabajo de la vida es retenido bajo el yugo. Se niegan a los electos en esta vida los bienes terrenos, porque también a los enfermos, para quienes existe esperanza de vivir, de ningún modo todas las cosas que apetecen les son concedidas por el médico. Se dan en cambio a los réprobos los bienes que en esta vida apetecen, porque también a los enfermos desesperados todo lo que desean no se les niega. Sopesen por tanto los justos cuáles son los males que esperan a los inicuos, y de ningún modo envidien su felicidad que transcurre. ¿Pues qué es lo que de sus gozos se admiren, cuando tanto ellos mismos por un camino áspero tienden a la patria de la salvación, como aquellos como por prados amenos tienden al hoyo? Diga por tanto el varón santo: *Nunquid non perditio est iniquo, et alienatio operantibus iniquitatem?* Cuya palabra de enajenación sonaría ciertamente más duramente, si el intérprete hubiera mantenido esto en la voz de su propia lengua. Pues lo que entre nosotros es enajenación, esto entre los hebreos se llama anatema. Entonces por tanto habrá enajenación para los réprobos, cuando de la herencia

del juez estrecho se contemplen ser anatema, porque aquí lo despreciaron con costumbres perversas. Florezcan por tanto los inicuos, ajenos de la flor de la herencia eterna; los justos en cambio inspecciónense a sí mismos con solercia, y en todas sus acciones teman ser vistos por el Señor. Por lo cual también aptamente se añade pronto:

CAPÍTULO V.

VERS. 4. ¿No considera él mis vías, y cuenta todos mis pasos?

9. Las minutísimas pensamientos, y las tenuísimas palabras que valoramos en poco, en el juicio de Dios no serán pretermitidas. Por los grados de la culpa, crece el orden de la sentencia condenatoria.---¿Qué denuncia con el nombre de vías sino las acciones? De aquí pues por Jeremías se dice: *Buenas haced vuestras vías y vuestros estudios* (Jer. VII, 3). ¿Qué en cambio aceptamos por la apelación de pasos, sino o los movimientos de las mentes, o el progreso de los méritos? A cuyos pasos por cierto la Verdad nos llama a sí misma, diciendo: *Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados* (Mat. XI, 28). Pues el Señor manda venir a él, sin duda no con pasos del cuerpo, sino con progresos del corazón. Pues él dice: *Vendrá la hora cuando ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre* (Juan IV, 21). Y poco después: *Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, pues también el Padre busca a tales que lo adoren* (Ibíd., 23). En el corazón por tanto insinúa que están los pasos, cuando tanto llama para que vengamos como sin

embargo por movimiento del cuerpo de ningún modo denuncia que pasemos a otras cosas. [Vet. V.] Así en cambio el Señor considera las vías de cada uno, así cuenta los pasos, para que ni las minutísimas pensamientos de él ni las palabras tenuísimas, que entre nosotros por el uso se han envilecido, permanezcan sin discutir en su juicio. De aquí pues dice: *Quien se irrite contra su hermano, será reo de juicio.* *Quien diga a su hermano: Raca, será reo de concilio. Quien diga: Necio, será reo del fuego de la gehenna* (Mat. V, 22). Pues *Raca* en la elocuencia hebrea es una voz de interjección, la cual ciertamente muestra el ánimo del que se irrita, mas no expresa una palabra plena de ira. Primero por tanto se reprende la ira sin voz, después en cambio la ira con voz, pero todavía no formada en palabra plena; al extremo también cuando se dice: Necio, es redargüida la ira, la cual con exceso de voz se cumple incluso por la perfección del sermón. Y se ha de notar que en la ira relata que es reo de juicio; en la voz de la ira, que es raca, reo de concilio; en la palabra de la voz que es necio, reo del fuego de la gehenna. Pues por los grados de la culpa creció el orden de la sentencia, porque en el juicio todavía se discute la causa, en el concilio en cambio ya se define la sentencia de la causa, en la gehenna en cambio de fuego se cumple aquella sentencia que sale del concilio. Porque por tanto el Señor con sutil examen cuenta los pasos de los actos humanos, la ira sin voz es mancipada al juicio; la ira con voz, al concilio; la ira en cambio con voz y sermón, a los fuegos de la gehenna. Esta sutile-

za de su consideración el profeta había mirado, cuando decía: *Fortísimo, grande, potente Señor de los ejércitos; tu nombre es, grande en el consejo, incomprensible en el pensamiento; cuyos ojos están abiertos sobre todas las vías de los hijos de Adán, para dar a cada uno según sus vías, y según el fruto de sus invenciones* (Jer. XXXII, 18).

10. Nada sin merced de lo bueno, nada de lo malo sin pena. Así las mismas vías el Señor considera con sutil examinación, para que en cada uno de nosotros ni pretermita las cosas buenas que remunere, ni deje sin increpación las malas, que por cierto desagradan. De aquí es pues que al ángel de la Iglesia de Pérgamo tanto alaba en algunas cosas, como en algunas cosas redarguye diciendo: *Sé dónde habitas, donde está la sede de satanás, y tienes mi nombre, y no negaste mi fe* (Apoc. II, 13). Y poco después: *Pero tengo contra ti unas pocas cosas, porque tienes allí a quienes tienen la doctrina de Balaam* (Ibíd., 14). De aquí se dice al ángel de la Iglesia de Tiatira: *Conozco tus obras, y tu caridad, y tu fe, y tu ministerio, y tu paciencia, y tus obras novísimas más que las primeras; pero tengo contra ti unas pocas cosas, porque permites a la mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñar y seducir a mis siervos, y fornicar, y comer lo idolatrado* (Ibíd., 19, 20). He aquí que menciona lo bueno, ni sin embargo relaja lo malo que ha de ser resecado sin penitencia, porque a saber así considera las vías de cada uno, así cuenta los pasos sopesando, para que con sutil examen pondere o cuánto cada uno aprovecha hacia lo bueno, o cuánto desviándose hacia

lo malo contradice sus propios progresos. Pues el incremento de los méritos, que se aumenta con los estudios de la buena vida, muchísimas veces es retraído por la mezcla de lo malo; y el bien que el ánimo construye operando, esto lo subvierte perpetrando otras cosas. Por lo cual los varones santos tanto más sutilmente se constriñen en el pensamiento, cuanto más estrechamente por el juez supremo se contemplan ser considerados. Pues discuten la mente, buscan encontrar si algunas cosas dejaron, para que tanto se hagan irreprensibles al juez, cuanto se reprenden a sí mismos diariamente y sin cesar. Ni sin embargo de esta cosa ya toman gozos de seguridad, porque consideran ser vistos por aquel que en ellos ve también aquellas cosas que ver ellos mismos en sí mismos no valen. Y ciertamente el bienaventurado Job mantuvo la vida de perfección entre los antiguos; pero porque su intención por el espíritu profético rompe en el advenimiento del Redentor en sus preceptos, sopesa él mismo cuántas cosas tiene de menos de la perfección. Por lo cual también añade:

CAPÍTULO VI.

VERS. 5, 6.---Si caminé en la vanidad, y se apresuró en el dolo mi pie, péseme en balanza justa, y conozca Dios mi simplicidad.

11. Los santos cuiden de pesar sus méritos en Cristo como en balanza, para que lo que tienen de menos, lo reconozcan.---Se dice que Dios sabe para hacernos saber a nosotros, por el modo usual de nuestra locución, que llamamos día ale-

gre a aquel por el cual sucede que nos alegremos. De aquí es pues que al Señor dice a Abraham: *Ahora conocí que temes a Dios* (Gén. 22, 12). Ni el creador de los tiempos conoció nada por el tiempo; sino que conocer suyo es desde el artículo de cualquier causa emergente proporcionarnos a nosotros el conocimiento. ¿Quién en cambio es designado con el nombre de balanza sino el Mediador de Dios y de los hombres? En el cual con escala igual todos nuestros méritos son pesados, y en cuyos preceptos reconocemos qué tenemos de menos en nuestra vida. En esta balanza en cambio somos pesados, cuantas veces somos provocados a los ejemplos de su vida. De aquí pues está escrito: *Cristo padeció por nosotros, dejándoos ejemplo, para que sigáis sus huellas; el cual no cometió pecado, ni fue hallado dolo en su boca. El cual cuando era maldecido, no maldecía; cuando padecía, no amenazaba* (I Ped. II, 21). De aquí por Pablo se dice: *Por la paciencia corramos al certamen que se nos propone, mirando al autor de la fe y consumador Jesús, quien propuesto para él el gozo sostuvo la cruz, despreciada la confusión* (Heb. XII, 1). Para esto por tanto el Señor apareció en la carne, para que la vida humana amonestando la excitara, proporcionando ejemplos la encendiera, muriendo la redimiera, resucitando la reparara. Cuando por tanto el bienaventurado Job no encuentra en sí ningunas cosas que justamente hayan de ser redargüidas, tiende los ojos de la mente a la vida del Redentor que excede todas las cosas, para que en ella él mismo reconozca qué tiene de menos, cuando

dice: *Si ambulavi in vanitate, et festinavit in dolo pes meus, appendat me in statera justa, et sciat Deus simplicitatem meam.* Como si abiertamente dijera: Si alguna vez algo levemente, si algo perniciosamente perpetré, el Mediador de Dios y de los hombres aparezca, para que en su vida reconozca si yo verazmente fui simple. Pues él que, como dijimos, había excedido a los varones de sus tiempos, buscaba al Mediador de Dios y de los hombres, para que pesado en él reconociera si la vida simple verdaderamente había mantenido. Diga por tanto: *Appendat me in statera justa, et sciat Deus simplicitatem meam.* Lo cual es, hágame saber. Como si patentemente confesara, diciendo: En cuanto al modo de la vida humana, ningunas cosas en mí que hayan de ser reprendidas veo ya; pero a menos que el Mediador de Dios y de los hombres aparezca con los preceptos de una vida más sutil, cuánto todavía discrepo de la verdadera simplicidad, no lo conozco. Pero el recto orden se sirve, si primero se diga haber caminado en la vanidad, y después se diga que el pie se apresuró en el dolo. Pues la vanidad pertenece a la levedad, el dolo en cambio a la malicia. Y algunos muchísimas veces llegan a ciertas cosas maliciosas después, porque primero no declinan las cosas leves. Sigue.

CAPÍTULO VII.

VERS. 7.---Si declinó mi paso del camino.

12. Del camino declinamos, cuantas veces al error consentimos.---Tantas veces el paso del camino declina, cuantas nuestra cogitación deja el

camino de la rectitud por el consenso del error. Como si en verdad tantos pasos fuera del camino pusiéramos, cuantos por perversos deseos de la delectación de la vida celestial somos separados. Pues como ya dijimos antes, todavía gravados por el peso de la carne corruptible, de ninguna manera podemos vivir así, que ninguna delectación de culpa nos pueda pulsar. Pero una cosa es no queriendo ser tocado, otra que el ánimo consintiendo sea aniquilado. Los varones santos en cambio con tanto más vigilante circunspección se custodian, cuanto más se desdeñan de ser pulsados por siniestros movimientos o por la delectación transitoria. Por lo cual todavía se añade:

CAPÍTULO VIII.

LO MISMO.---Si mi ojo siguió a mi corazón.

13. Al corazón que codicia cosas ilícitas el ojo niéguese a servir. La tentación algunas veces por los ojos es atraída, algunas veces intrínsecamente es concebida. El que del exterior negligentemente usa, en el ojo interior justamente es cegado. --- He aquí que de nuevo por la custodia del vigor interior a la disciplina de los miembros exteriores vuelve, para que si algo tal vez el corazón ilícito codiciara, presionado por el magisterio de la disciplina el ojo ver rehusara. Pues así como a menudo la tentación por los ojos es atraída, así no pocas veces concebida intrínsecamente compele a los ojos exteriores a servirle a ella. Pues muchísimas veces cualquier cosa con mente inocente es mirada, pero por el mismo aspecto el ánimo por el gladiador de la concupiscencia es traspa-

sado. Pues no, como por causa de ejemplo ya dijimos, David a la esposa de Urías por eso estudiosamente miró, porque había codiciado, sino más bien por eso codició porque incautamente miró. Sucede en verdad por el examen de la recta retribución que el que del exterior negligentemente usa, en el ojo interior no injustamente sea cegado. A menudo en cambio intrínsecamente la concupiscencia domina, y el ánimo engolosinado para sus usos a los sentidos corpóreos servirle a modo de tiranía exige, y a sus voluptuosidades a los ojos servir compele, y, para que así diga, las ventanas de la luz a las tinieblas abre de la ceguedad. Por lo cual los varones santos cuando con siniestra delectación ser pulsados se sienten, las mismas [ventanas] por las cuales la especie de la forma a la mente ingresa por el magisterio de la disciplina restringen, para que a la depravada cogitación la visión lenocinada no sirva. La cual si alguna vez sutilmente custodiarse se descuida, la inmundicia de la cogitación inmediatamente a la operación pasa. Por lo cual también pronto se añade:

CAPÍTULO IX.

LO MISMO.---Y si en mis manos se adhirió una mancha.

14. Para que la culpa a la obra no salga, dentro donde nace, sea extinguida.---El varón santo pues sabiendo que muchísimas veces la depravada cogitación por los ojos viene a la mente, poco más arriba dijo: *Pacté alianza con mis ojos, para que ni siquiera pensara en una

virgen.* Ponderando también que no pocas veces en la mente nace, pero a esta nacida los ojos perversamente sirven, dice: *Si mi ojo siguió a mi corazón.* Como si abiertamente dijera: Ni quise ver por doquier cosas que codiciara, ni viendo nunca seguí las cosas que codicié. Diga por tanto: *Si mi ojo siguió a mi corazón,* porque aunque algo alguna vez ilícito su mente, como a saber humana, concibió, por el magisterio de una más alta disciplina constreñidos a seguirle por cosas ilícitas y a servirle a él los ojos no quiso. Pesemos ante esto nuestras conciencias, y de cuánta altura este varón haya sido, desde la deyección de nuestro corazón veamos. He aquí que si algunas cosas ilícitas alguna vez pensó, porque ellas más pronto dentro de los arcanos del corazón con el gladiador del santo vigor extinguió, llegar aquellas hasta las obras no permitió. Por lo cual, como premisamos, al punto subjunta: *Y si en mis manos se adhirió una mancha.* Pues ¿cuándo la mancha en las manos, esto es la culpa en las acciones se adhiere, la cual la censura de la disciplina no permitía en la cogitación progresar? Pues ni la culpa a la obra salir se permite, si dentro donde nace se extingue. Si en cambio a la tentación en el corazón naciente rápido no se resiste, por esta misma demora con que se nutre se robustece; y existiendo fuera en las obras, ser vencida apenas prevalece, porque a la misma dentro de los miembros señora mente cautiva tiene. Porque en verdad el varón santo todas las cosas superiores bajo condición introdujo, si estas alguna vez perpetrara, con sentencia de maldición se constriñe, diciendo:

CAPÍTULO X.

VERS. 8.---Siembre yo, y otro coma, y mi progenie sea erradicada.

15. Siembra el predicador ayuno, y otro come, cuando lo que enseña no obra.---Al modo de la sagrada elocuencia sembrar decimos, las palabras de vida predicar. De aquí pues el profeta dice: *Bienaventurados los que sembráis sobre todas las aguas* (Is. 32, 20). Pues a los predicadores de la Santa Iglesia sobre todas las aguas sembrar contempló, porque a todos ampliamente los pueblos las palabras de vida, como granos de pan celestial, entregaron. Comer en cambio es saciarse con las buenas obras. Por lo cual por sí misma la Verdad dice: *Mi comida es que haga la voluntad de aquel que me envió* (Juan 4, 34). Si por tanto aquellas cosas que profirió hacer omitió, dice: *Siembre yo, y otro coma.* Como si abiertamente dijera: Lo que mi boca habla, no yo, sino otro lo obre. Pues el predicador que de sus voces por sus costumbres discrepa, ayuno siembra lo que otro manduque, porque de su semilla él mismo no se apacienta, cuando de la rectitud de su palabra por la depravada acción es vaciado. Y porque muchísimas veces los discípulos en vano cosas buenas oyen, cuando por la vida del maestro con el ejemplo de las obras son destruidos, rectamente se subjunta: *Y mi progenie sea erradicada.*

16. Su progenie es erradicada, porque a los que por la palabra engendra, por el ejemplo mata.---Pues la progenie del doctor es erradicada cuando aquel que por la palabra nace por el ejemplo

es matado, porque a quien la lengua vigilante engendra, la negligencia de la vida lo mata. Pues no con mente torpe hemos de pasar que ante Salomón la mujer al hijo, a quien vigilante lactar solía, durmiendo lo mató (III Rey. III, 19), porque sin duda los maestros vigilantes ciertamente en la ciencia, pero en la vida durmientes, a sus oyentes a quienes por las vigilias de la predicación nutren, mientras lo que dicen hacer descuidan, por el sueño del torpor los matan, y descuidando oprimen a los que con la leche de las palabras alimentar parecían. Por lo cual muchísimas veces mientras ellos mismos reprensiblemente viven, y tener discípulos de vida laudable no pueden, también a los ajenos a sí atraer intentan, para que mientras buenos seguidores tener se muestran, ante los juicios de los hombres excusen los males que hacen, y como por la vida mortífera de los súbditos cubran su negligencia. Por lo cual allí la mujer, porque extinguió al propio hijo, buscó al ajeno. Pero sin embargo a la verdadera madre el gladiador de Salomón encontró, porque a saber de quién el fruto viva, o de quién perezca, el extremo examen de la ira del juez estrecho lo demuestra. Donde también aquello ha de considerarse solícitamente, que el hijo viviente primero ser dividido se prescribe, para que a la sola madre después sea devuelto, porque en esta vida como partirse se concede la vida del discípulo, mientras de ella no pocas veces uno ante Dios el mérito, otro en cambio ante los hombres la alabanza tener se le permite.

CAPÍTULO XI.

VERS. 9.---Si fue engañado mi corazón sobre una mujer, y si a la puerta de mi amigo estuve al acecho.

18. En las sagradas letras el adulterio y la fornicación algunas veces se distinguen, algunas veces suenan lo mismo. Ambos prohibidos. De ambos incluso de la cogitación Job se abstuvo.--- Aunque no pocas veces del reato de adulterio de ninguna manera discrepe la culpa de fornicación, cuando la Verdad dice: *El que viere a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón* (Mat. 5, 28). (Pues porque por la palabra griega *moechus* se dice el adúltero, cuando no la esposa ajena, sino la mujer se prohíbe ser vista, abiertamente la Verdad muestra que también por el solo aspecto cuando torpemente incluso una no casada es codiciada, el adulterio se perpetra). Sin embargo muchísimas veces por el lugar, o por el orden del que codicia se discierne, porque a saber así a este en el orden sagrado la estudiosa concupiscencia, como a aquel la culpa del adulterio inquina. En personas sin embargo no disímiles el mismo reato de lujuria se distingue, en las cuales la culpa de fornicación, porque del reato de adulterio se discierne, por la lengua del predicador egregio se testifica, quien entre otras cosas aserta, diciendo: *Ni los fornicarios, ni los que sirven a los ídolos, ni los adúlteros, poseerán el reino de Dios* (I Cor. 6, 9). Pues en que al disjunto reato la sentencia subjunta, cuánto de sí disienta muestra. Por esto por tanto que se dice:

Si fue engañado mi corazón sobre una mujer, ni haber pensado el varón santo en la mancha de fornicación se demuestra. Por esto en cambio que subjunta: *Y si a la puerta de mi amigo estuve al acecho,* patentemente se hace notar que del reato de adulterio libre estuvo. Pero a esto tal vez alguien diga: ¿Qué de asombroso sobre sí el varón santo aserta, si no solo del crimen de adulterio, sino también de la inquinación de fornicación se mantuvo libre? Estas cosas en cambio poco las valoramos, si los tiempos de sus virtudes mínimamente pesamos. Pues todavía no a la restricción de la carne de la gracia revelada la censura más estrecha había procedido, la cual no solo del cuerpo, sino también del corazón la lascivia reprende. Todavía no los bienes de castidad de muchos continentes que habían de ser imitados habían salido, y sin embargo el bienaventurado Job ejemplos de limpieza, que no había recibido, entregaba. Por muchos en cambio ahora incluso después de la prohibición de Dios la inmundicia de la carne se perpetra. De aquí por tanto ha de colegirse, con cuánta culpa ahora incluso después del precepto en cosas graves se delinque, con cuánta alabanza antes de las cosas graves se abstenía. Quien si esto alguna vez hizo, la misma culpa convertirse para sí pide en pena, diciendo:

CAPÍTULO XII.

VERS. 10.---Sea mi esposa la manceba de otro, y sobre ella encórvense otros.

19. El crimen de lujuria hasta la perdición devora, y todas las virtudes destruye. Nadie aquí sin

pecado.---Y porque muchísimas veces esto que haciendo no ponderamos cuán grave sea, padeciendo pesamos la fuerza del mismo facineroso acto; el cual denuncia que él debe padecer, si es reo, expresándolo lo manifiesta, diciendo:

VERS. 11, 12.---Pues esto es un nefando acto e iniquidad máxima; es un fuego hasta la perdición devorando, y todas las progenies erradicando.

Esto dista entre pecado y crimen: que todo crimen es pecado, no sin embargo todo pecado es crimen. Y en esta vida muchos sin crimen, ninguno en verdad estar sin pecados puede. Por lo cual también el predicador santo, cuando al varón digno de la gracia sacerdotal describía, de ninguna manera dijo: Si alguno sin pecado; sino, *Si alguno sin crimen está* (Tit. 1, 6). ¿Quién en verdad estar sin pecado pueda, cuando Juan dice: *Si dijéramos que pecado no tenemos, nosotros mismos nos seducimos, y la verdad no está en nosotros* (I Juan 1, 8)? En la cual a saber de pecados y crímenes distinción ha de pesarse que algunos pecados el alma polucionan, los cuales crímenes extinguen. Por lo cual el bienaventurado Job el crimen de lujuria definiendo, dice: *Es un fuego hasta la perdición devorando,* porque sin duda el reato de este facineroso acto no solo hasta la inquinación mancha, sino hasta la perdición devora. Y porque cualesquiera otras hayan sido las buenas obras, si el escelo de lujuria no se lava, por la inmensidad de este crimen son sepultadas, seguido adjuntó: *Y todas las progenies erradicando.* Las progenies a saber son las operaciones buenas del alma. A la cual sin embargo si

por perverso orden la carne domina, por el fuego de la lujuria todas las cosas bien proferidas son quemadas. Pues ningunas ante los ojos de Dios omnipotente son las obras de justicia y de piedad, que por el contagio de la corrupción se muestran inmundas. ¿Pues qué aprovecha si piadosamente alguien de la necesidad se compadece del prójimo, cuando impíamente a sí mismo destruye habitación de Dios? Si por tanto por la limpieza del corazón la llama de la libídine no se extingue, en vano cualesquiera virtudes nacen, como por Moisés se dice: *Un fuego se encendió por mi ira, y arderá hasta los infiernos de abajo; comerá la tierra y sus nacimientos* (Deut. 32, 22). El fuego pues la tierra y sus nacimientos come, cuando la libídine la carne, y por esta todas las cosas bien hechas consume. Pues cualquier cosa que sale del fruto de la rectitud, esto sin duda quema la llama de la corrupción. Diga por tanto: *Es un fuego hasta la perdición devorando, y todas las progenies erradicando,* porque si al mal de la corrupción no se resiste, también aquellas sin duda perecen que buenas parecían. Pero suelen a algunos los vicios postrar a la humildad, y a tumor de la mente las virtudes elevar. Ha de buscarse pues por nosotros, si el bienaventurado Job en tanta limpieza de castidad también humilde fue. Pero el varón santo aunque altas cosas de las virtudes mantenga, qué humildes cosas de sí sienta, de repente abre, cuando subjunta:

CAPÍTULO XIII.

VERS. 13.---Si desprecié someterme a juicio con mi siervo y mi criada, cuando disputaban contra mí.

20. Mira la humildad de Job en tanta inocencia de vida.---Pues quien juzgarse con siervos y criadas no rehusó, líquidamente indica que contra ningún prójimo nunca fue orgulloso en sí. Entre estas cosas en cambio place considerar, con cuánta discreción el varón santo su vida en todo custodió. ¿No es verdad que no mucho más arriba dijo: *Me veían los jóvenes, y se escondían, y los ancianos levantándose estaban de pie; los príncipes cesaban de hablar, y ponían el dedo sobre su boca; su voz cohibían los duques, y su lengua a su garganta se adhería*? Ahora en verdad dice: *Si desprecié someterme a juicio con mi siervo y mi criada, cuando disputaban contra mí.* ¿Quién dignamente considerar valga de este varón tan sublimes moderámenes de las virtudes? En el cual tanta es la autoridad del régimen, que al silencio se restringen los duques; tanta la humildad del corazón, que de igual a igual al juicio venir se les permite a las criadas. He aquí que aparece de modo admirable en la potestad más potente que los príncipes, en el certamen igual a los siervos; en la asamblea de los príncipes memorioso del régimen, en el certamen de los famularios memorioso de su condición. Pues se contempla siervo bajo el verdadero Señor, y por ello por la altitud del corazón sobre los siervos no se ensalza. Por lo cual también al punto subjunta:

CAPÍTULO XIV.

VERS. 14.---¿Pues qué haré cuando se levantare para juzgar Dios? y cuando preguntare, ¿qué le responderé a Él?

21. Los que sobre otros están, a Dios estar sometidos siempre atiendan.---Quien al juez venidero piensa, incesantemente cada día de sus razones en mejoría las causas prepara; quien al eterno Señor con tremor del corazón intuye, las leyes del temporal dominio sobre los sujetos a moderar es compelido. Pondera pues nada ser que temporalmente esté sobre los demás, cuando a aquel para rendir razón está sometido quien sin fin domina. A menudo pues la transitoria potestad al ánimo por los abruptos de la elación lo arrebata. Y porque por eso cada uno se ensalza, por lo cual se ve a sí estar sobre algunos, a aquel conviene que a quien sobre sí está siempre mire, para que por el miedo de aquel que sobre todas las cosas está al creciente intrínsecamente tumor del ánimo oprima. Intuye pues a quienes bajo sí estén, pero considere bajo quién él mismo esté, para que desde la consideración del verdadero señor, decrezca el tumor de la falsa dominación. Por lo cual el bienaventurado Job, porque su juicio de aquel que sobre todas las cosas está temió, aquí al temporal juicio a los siervos igual vino, diciendo: *Si desprecié someterme a juicio con mi siervo y mi criada, cuando disputaban contra mí. ¿Pues qué haré cuando se levantare para juzgar Dios? y cuando preguntare, ¿qué le responderé a Él?* Quien para que siempre el corazón en la humildad deprima, de ninguna manera en los mismos siervos contempla, que para sí el estatus

es dispar, sino que la naturaleza es común. Por lo cual también subjunta:

CAPÍTULO XV.

VERS. 15.---¿Acaso no en el útero me hizo, quien también a aquel operó, y nos formó en la vulva uno solo?

22. ¿Consideren la igualdad de la condición, no la potestad del orden? y más a prodesar que a praeesar estudien.---Para los varones potentes grande es la virtud de la humildad, considerada la igualdad de la condición. Todos pues los hombres por naturaleza iguales somos; pero accedió por dispensatorio orden, que a algunos prelados parezcamos. Si por tanto esto de la mente deprimimos lo que temporalmente accedió, encontramos más pronto lo que naturalmente somos. Muchísimas veces pues se al ánimo la aceptada potestad objeta, y a él con túmidas cogitaciones lo engaña. Con la mano pues de la humildísima consideración ha de ser deprimido el tumor de la elación. Pues si ante sí misma la mente desciende del vértice de la cumbre, más pronto encuentra la planicie de la natural igualdad. Pues, como ya dijimos antes, a todos los hombres la naturaleza iguales engendró, pero variando el orden de los méritos, a unos a otros la dispensación oculta los pospone. Esa misma diversidad en cambio, que accedió por el vicio, rectamente está por los divinos juicios ordenada, para que porque todo hombre el camino de la vida igualmente no camina, uno por otro sea regido. Los varones santos en cambio cuando presiden, no en sí la potestad del

orden, sino la igualdad de la condición atienden, ni presidir gozan a los hombres, sino prodesar. Saben pues que los antiguos padres nuestros, no tanto reyes de los hombres cuanto pastores de los ganados haber sido se mencionan. Y cuando a Noé el Señor y a sus hijos dijera: *Cresced y multiplicaos y henchid la tierra,* subjunta: *Y vuestro terror y tremor sea sobre todos los animales de la tierra* (Gén. 9, 1, 2). Pues no dijo: Sea sobre los hombres, que han de ser; sino, *Sea sobre todos los animales de la tierra.*

23. El hombre a los irracionales animantes, no en cambio a los demás hombres por naturaleza es prelado.---El hombre pues a los animales irracionales, no en cambio a los demás hombres por naturaleza es prelado; y por ello a él se le dice, que por los animales y no por el hombre sea temido, porque contra la naturaleza soberbiar es, por un igual querer ser temido, aunque muchísimas veces de los súbditos también los varones santos ser temidos apetecen, pero cuando por esos mismos súbditos a Dios mínimamente ser temido deprenden, para que con humana al menos formidación pecar teman, quienes los divinos juicios no formidan. De ninguna manera por tanto los prepósitos por este buscado temor soberbean, en el cual no su gloria, sino la justicia de los súbditos buscan. En ello pues que el miedo para sí de los perversamente vivientes exigen, como de no hombres, sino de brutos animales dominan, porque a saber por aquella parte que bestiales son los súbditos, por ella también deben a la formidación yacer sustratos.

24. No habiendo ninguna necesidad de corregir el vicio, los prelados huyan de ser temidos y de ser estimados más de lo justo. ---Pero cuando falta el vicio que sea corregido, no de la excelencia de la potestad, sino de la igualdad de la condición se gozan; y no sólo de ser por ellos temidos, sino también de ser más de lo que es necesario honrados huyen. Pues no creen que sufren un leve daño de humildad, si por ellos por el mérito tal vez del orden en más sean estimados. De aquí es pues que el primer pastor de la Iglesia, cuando, adorándolo Cornelio, sobre sí vio el honor que se le ofrecía, a la igualdad de su condición más pronto recurrió, diciendo: Levántate, que yo mismo también soy hombre (Hech. 10, 26). ¿Pues quién no sepa que a su hacedor el hombre debe y no al hombre ser postrado? Porque por tanto humillarse ante sí más de lo que debió al prójimo vio, para que no más allá de las metas de la humanidad la mente se hinchara, ser él hombre reconoció, a fin de que la elación del honor que se le infería rompiera por la considerada igualdad de la condición. De aquí por Juan el ángel adorado, se reconoció ser criatura, diciendo: Mira que no lo hagas; consiervo tuyo soy, y de tus hermanos (Apoc. 19, 10; 22, 9). De aquí el profeta, cuando para ver cosas sublimes es arrebatado, hijo de hombre es llamado (Ezeq. 3, 1), para que llevado a lo celestial, que él es hombre se acuerde. Como si a él la divina voz con palabras más abiertas amonestara diciendo: Acuérdate de lo que eres, no sea que por estas cosas a las que eres arrebatado te ensalces, sino templa la altura de la revelación con la memoria

de la condición. De ello por tanto se ha de colegir con cuánta memoria de la común naturaleza en el corazón deprimirse deba el tumor de la terrena potestad, si del vocablo de humanidad se trata, no sea que la elación de la cogitación de los secretos celestiales se engendre. De cuya humanidad a saber el bienaventurado Job siempre el recuerdo tuvo, quien dice: ¿Acaso no en el útero me hizo, quien también a aquel operó, y nos formó en la vulva uno solo? Como si abiertamente diga: ¿Por qué no igualmente debamos en el juicio de cualquier negocio ser discutidos, quienes por la potencia del hacedor somos igualmente hechos? Pero porque de su castidad y de su humildad los actos conocimos, ahora de la liberalidad las obras conozcamos. Sigue:

CAPÍTULO XVI.

VERS. 16.---Si negué lo que deseaban los pobres, e hice esperar los ojos de la viuda.

25. La liberalidad de Job dando a los pobres según su deseo. Quienes piden fuera de las metas de la penuria, no merecen obtener. ---Por estas palabras el varón santo es mostrado, no sólo haber servido a la penuria de los pobres, sino también al deseo de tener. Pero ¿qué si quisieran los pobres aquellas cosas que tal vez recibir no conviniera? ¿O porque en la Sagrada Escritura suelen llamarse pobres los humildes, sólo han de ser estimadas aquellas cosas que los pobres quieren recibir, las que los humildes piden? Y sin duda alguna conviene que se dé sin tardanza cualquier cosa que con verdadera humildad se requiere; esto es, lo

que no por deseo, sino por necesidad se postula. Pues ya es soberbiar mucho, fuera de las metas de la penuria algo desear. Por lo cual también a los que piden soberbiamente se les dice: Pedís y no recibís, por cuanto pedís mal (Sant. 4, 3). Porque por tanto aquellos son verdaderamente pobres, que inflados por el espíritu de soberbia no están, a quienes la Verdad abiertamente expresa, cuando dice: Bienaventurados los pobres de espíritu (Mat. 5, 3); rectamente ahora por el varón santo se dice: Si negué lo que deseaban los pobres, puesto que quienes aquellas cosas quieren que de cierto consta que no les convienen, por eso mismo que abundan en el espíritu de soberbia, ya pobres no son. Pero mientras el bienaventurado Job a los humildes pobres llama, cualquier cosa que de él recibir el pobre quiso, no negó, porque verdaderamente cualquiera humilde lo que no pudo convenir, ni lo quiso.

26. La munificencia de Job no sólo por el don, sino por la celeridad del dar ha de ser pesada. ---Pero cuando la largueza de su mente indica, porque manifiesta que al deseo de los pobres concurrió, es necesario que busquemos no sea que la luz de la misericordia con la tardanza de la dación haya oscurecido. Por lo cual subjunta: E hice esperar los ojos de la viuda. A la viuda que le pedía esperar no quiso, para que no sólo por el don, sino también por la celeridad del don, los méritos de las buenas obras aumentara. Por lo cual en otra parte está escrito: No digas a tu amigo, ve y vuelve, mañana te daré, pudiendo dar al punto (Prov. 3, 28). Pero algunos suelen exterior-

mente mucho otorgar, pero rechazando la gracia de la vida común, huyen de tener a los pobres por socios en la conversación doméstica. Por lo cual el bienaventurado Job, para que no sólo insinúe haber exteriormente mucho provisto, sino haber recibido ante sí a cualesquiera indigentes incluso en la conversación doméstica, al punto añade:

CAPÍTULO XVII.

VERS. 17.---Si comí mi bocado solo, y no comió el huérfano de él.

27. Los indigentes han de ser recibidos en hospicio y admitidos a la mesa. ---A saber, estimando que hacía un prejuicio a la piedad, si solo comiera lo que el Señor de todos comúnmente había creado. Cuya comunión de conversación verdaderamente debe ser con tales dentro de las paredes domésticas, de los cuales aprovechen los méritos de la eterna retribución. Por lo cual el varón santo no a cualquiera, sino para comer socio a un huérfano dice haber tenido. Pero si estas tan grandes vísceras de piedad de sí mismo las tuvo, o por la gracia de su hacedor las ha conseguido, innotézcase. Sigue:

CAPÍTULO XVIII.

VERS. 18.---Porque desde mi infancia creció conmigo la miseración, y del útero de mi madre salió conmigo.

28. Los santos sus bienes no a sí, sino a Dios los atribuyen. Algunos mientras crecen en edad, decrecen de la inocencia. ---La miseración pues

aunque haya sido de su albedrío, para que con él aprovechara, consta sin embargo que de su albedrío no fue que con él del útero saliera. Consta por tanto que a su virtud nada atribuye, quien de cierto testifica que esto del don de la condición lo recibió. El bien por tanto que de la condición haber tenido intima, consta sin duda alguna que para alabanza del hacedor lo narra, indicando que de él recibió el ser piadoso, de quien recibió el ser, porque así como por su obra en el útero condito no fue, así tampoco por su virtud desde el útero piadoso fue. Pero hemos de pensar lo que aserta: Creció conmigo. Algunos pues en cuanto a la edad crecen, de la inocencia decrecen. Para los electos en cambio cuando fuera la edad del cuerpo, dentro, si decir se permite, crece la edad de la virtud. Sigue:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 19, 20.---Si desprecié al que pasaba, por lo que no tuvo vestido, y sin cobertura al pobre; si no me bendijeron sus costados, y con los vellones de mis ovejas fue calentado.

29. A la misericordia en los pobres la acompañe la humildad. Quienes previas injurias tributan limosna, apenas por la inferida injuria satisfacen. ---En que al pobre no despreció, la virtud de la humildad exhibió; en cambio en que lo cubrió, la de la piedad. Pues estas dos virtudes así entre sí conectadas deben estar, que por una obra vicaria siempre sean sustentadas; a fin de que ni la humildad, cuando venera al prójimo, la gracia de la largueza deserte, ni la piedad cuando otorga se

hinche. Hacia la indigencia por tanto del prójimo a la humildad la piedad sustente, la humildad a la piedad, para que cuando al indigente de cosas necesarias consorte de tu naturaleza veas, ni por impiedad dejes de cubrirlo, ni por soberbia descuides venerar a quien cubres. Pues hay algunos que tan pronto como por los hermanos indigentes les han sido pedidas cosas necesarias, tras ir a otorgar dones, en ellos primero palabras contumeliosas lanzan. Quienes aunque con las cosas el ministerio de la piedad perfeccionan, con las palabras sin embargo la gracia de la humildad pierden; de modo que muchísimas veces parezca que de la injuria ya inferida pagan satisfacción, cuando tras las contumelias dones otorgan. Ni de gran obra es lo que pedidos tributan, porque con el mismo don de su dación apenas el mismo exceso del sermón cubren. A los cuales bien por el libro Eclesiástico se dice: En todo dato no des la tristeza de la palabra mala (Ecli. 18, 16). Y de nuevo: He aquí la palabra sobre el dato bueno, y ambas con el hombre justificado (Ibid. 17), a saber, que el dato exhibirse debe por la piedad, y la buena palabra tributarse por la humildad. Por el contrario en cambio, otros no estudian a los hermanos indigentes con cosas sustentar pudiendo, sino con blandos sólo sermones fomentar. A quienes vehementemente la predicación santa de Santiago reprende, diciendo: Si en cambio el hermano o la hermana están desnudos, e indigen del sustento cotidiano, diga en cambio alguno de vosotros a ellos: Id en paz, calentaos y saciaos; no les hubiereis dado en cambio a ellos lo que

necesario es para el cuerpo, ¿qué os aprovechará? A quienes Juan el Apóstol también amonesta, diciendo: Hijitos míos, no amemos de palabra, ni de lengua, sino de obra y de verdad (1 Juan 3, 13). Pues nuestra dilección siempre ha de ser exhibida tanto por la veneración del sermón, como por el ministerio de la largueza.

[Vet. XIV.] A los pobres limosna dando, a los patronos dones ofrecemos. Sembramos lo que después con gran rédito segaremos. ---Mucho pues para domar la soberbia del que da vale, si cuando lo terreno otorga las palabras del maestro celestial solícito pesara, quien dice: Haceos amigos del mamón de la iniquidad, para que cuando faltéis, os reciban en los eternos tabernáculos (Luc. 16, 9). Pues si por sus amistades los eternos tabernáculos adquirimos, dantes sin duda alguna pesar debemos, que a los patronos más bien dones ofrecemos que a los indigentes dones otorgamos. De aquí por Pablo se dice: Vuestra abundancia la penuria de ellos supla, para que también la abundancia de ellos de vuestra penuria sea suplemento (2 Cor. 8, 14). Para que a saber solícitos perpendamos que también a los que ahora indigentes vemos, abundantes alguna vez veremos; y los que abundantes somos vistos, si otorgar descuidamos alguna vez indigentes seremos. El que por tanto ahora temporal subsidio al pobre tributa, de él después perpetuo a recibir, por así decirlo, como para el fruto la tierra cultiva, que lo que recibió más abundantemente devuelve. Resta por tanto que nunca la elación surja del don cuando a saber el rico de aquello

que al pobre tributa hace que para siempre pobre no sea. El bienaventurado Job por tanto para que diligentemente mostrara la humildad y la misericordia cuánta en él haya sido en la consideración asociada dice: Si desprecié al que pasaba, por lo que no tuvo vestido, y sin cobertura al pobre; si no me bendijeron sus costados, y con los vellones de mis ovejas fue calentado. Como si abiertamente dijera: En el amor del prójimo por uno y el mismo orden tanto el vicio de la soberbia como de la impiedad oprimiendo, al que pasaba a cualquiera e humildemente mirando no desprecié, y misericordiosamente calenté. Pues cualquiera que sobre aquel a quien algo tributa con el fasto de la elación se ensalza, mayor culpa intrínsecamente soberbiando comete, que extrínsecamente otorgando, merced, y se hace él mismo de los bienes interiores desnudo, cuando al desnudo desprecia vistiendo; y con ello hace que se peor que sí mismo se haga, por lo que se al indigente prójimo mejor se piensa. Menos pues indigente es quien vestido no tiene que quien humildad. Por lo cual es necesario que cuando a los consortes de nuestra naturaleza las cosas exteriores no tener vemos, cuán muchos a nosotros nos falten bienes interiores pesemos; a fin de que sobre los indigentes la cogitación no se eleve, cuando solícitamente ve que nosotros tanto más verdaderamente cuanto e interiormente indigentes somos.

31. También a los incógnitos se erogue limosna. ---Y porque hay algunos que las vísceras de su piedad tender hasta los incógnitos no saben,

sino a solos los que por la asiduidad de la noticia conocieron de ellos se apiadan, ante los cuales por cierto más la familiaridad que la naturaleza vale, mientras a algunos las cosas necesarias no porque hombres, sino porque conocidos son, otorgan, bien ahora por el bienaventurado Job se dice: Si desprecié al que pasaba, por lo que no tuvo vestido. Al incógnito pues prójimo compadecido se indica, a quien que pasaba llama, porque a saber ante la mente piadosa más la naturaleza vale que la noticia. Pues también cada uno que indige, por eso mismo que hombre es, para él ya incógnito no es. Sigue:

CAPÍTULO XX.

VERS. 21.---Si levanté sobre el huérfano mi mano, incluso cuando me veía en la puerta superior.

32. Los santos de buena gana la injuria padecen, y lo que a sí se les debe evitan más estrechamente exigir. ---Costumbre entre los antiguos fue que a la puerta los ancianos se sentaran, que las rencillas de los contendientes con judicial examen discernieran; a fin de que la ciudad, en la cual convenientemente se debiera vivir concordemente, los discordes mínimamente entraran. Por lo cual también por el profeta el Señor dice: Constituid en la puerta el juicio (Amós 5, 15). En este lugar por tanto ¿qué por el nombre de puerta se expresa sino lo que se hacía en la puerta? Así como pues pelear al campamento decimos, por lo que se pelea desde el campamento; así el juicio, que en la puerta hacerse solía, puerta se

nombra. En la puerta por tanto se ve superior, quien se de mejor parte ser en el juicio por el mérito de la equidad ve. El bienaventurado Job por tanto, porque ni entonces contra el huérfano la mano ejerció, cuando se incluso por el mérito de la justicia más potente vio, a nosotros la regla del temor insinuándonos, dice: Si levanté sobre el huérfano mi mano, incluso cuando me veía en la puerta superior. Como si patentemente diga: Ni entonces los negocios de mi utilidad con fuerza contra el huérfano ejecutar quise, cuando me en el juicio también por la justicia más potente vi. [Vet. XV.] Los varones santos pues cuando con personas menores negocios de contenciones emprenden, mientras gravar incluso en lo mínimo temen, ellos mismos contra la justicia ser gravados de ninguna manera huyen. Saben por cierto que toda humana justicia injusticia ser se reprende, si divinamente estrechamente sea juzgada. Por lo cual esto que a sí les compete evitan vehementemente exigir, no sea que sus actos a la suprema rectitud acontezca sutilmente examinar. Pero para que ser encontrados justos en el divino examen puedan, muchísimas veces ante los humanos juicios ser gravados y injustamente padecer se permiten. El bienaventurado Job en cambio la celsitud de su vida narrando, y muchas son y admirables las cosas que dijo. Pero porque muchísimas veces la mente humana rehúsa los bienes creer, que no sabe obrar, la sentencia de la maldición para sí al punto subjunta, si algo de esto que había dicho con la obra no cumplió, diciendo:

CAPÍTULO XXI.

VERS. 22.---Mi hombro de su juntura caiga, y mi brazo con sus huesos sea quebrantado.

33. La concordia en la sociedad, sin la paciencia perseverar no puede. ---Porque la operación corpórea por el hombro y el brazo se actúa, los bienes que con la boca profirió, si con la obra no cumplió, caer para sí el hombro y quebrantarse el brazo desea. Como si abiertamente diga: Si aquellas cosas que dije obrar rehusé, el mismo que para obrar dado me fue miembro del cuerpo pierda, para que a saber caiga del cuerpo, lo que ejercitar no quise para la utilidad. Si en cambio esta sentencia de la maldición a la espiritual inteligencia ha de ser referida, consta por cierto que el brazo al cuerpo por el hombro se une. Por lo cual el profeta también intuyendo los santos pueblos de la Iglesia universal a Dios concordemente servidores, dice: Y le servirán en un solo hombro (Sof. 3, 9). En aquello pues que dice: Si levanté sobre el huérfano mi mano, incluso cuando me veía en la puerta superior, admirable virtud de paciencia haber guardado aserta, quien ser gravado por personas mínimas, ni contra esto que a sí justamente competir podía, declinó. Lo cual sin embargo si mínimamente hizo, añade: Mi hombro de su juntura caiga. Porque de cierto quien la paciencia guardar contemne la vida social más pronto por la impaciencia deserta. Y así como por el brazo la buena operación, así por el hombro la conjunción de la vida social se designa. De la juntura pues el hombro cae, cuando algo de

adversidad llevar el ánimo no pudiendo, la concordia fraterna relincha; y como un miembro se separa del cuerpo, cuando aquel que obrar bienes podía de la universalidad de todos los bienes es abscindido. Ni nunca guardarse la concordia sino por sola la paciencia puede. Frecuentemente pues en la acción humana nace, de donde las mentes de los hombres recíprocamente de su unidad y dilección se separen; y si para las cosas adversas tolerar el ánimo no se prepara, sin duda el hombro al cuerpo no es inherente. De aquí pues Pablo dice: Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo (Gál. 6, 2). De aquí por sí misma la Verdad dice: En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas (Luc. 21, 19).

[Vet. XVI.] 34. Sin la paciencia a la caridad conjunta los buenos trabajos perecen. ---Rectamente en cambio, cayendo el hombro, se subjunta: Y mi brazo con sus huesos sea quebrantado: porque de cierto toda nuestra operación, aunque con cualesquiera se vea ser virtudes, se disuelve, si no por el vínculo de la caridad la paciencia se conserva. Pues sus bienes pierde de obrar quien los ajenos males rehúsa perpetrar. Por el fervor pues del airado espíritu herido cada cual de la dilección resalta, y cuando se exteriormente ser gravado no tolera, dentro se por la perdida luz de la caridad oscurece; ni ve ya a dónde tienda el pie de la buena obra, quien el ojo perdió de la dilección. Pero de un varón santo el hombro de su juntura no cae, porque a saber su dilección de la concordia de la vida social por la impaciencia no recede. Y su brazo mínimamente se rompe, porque toda

su operación en la conjunción del hombro, esto es en la conexión de la caridad se custodia. Pero con qué consideración estos bienes tan grandes hizo, y de todos los males se abstuvo, añade diciendo.

CAPÍTULO XXII.

VERS. 23.---Siempre pues como hinchadas sobre mí olas temí a Dios, y su peso llevar no pude.

35. Cuánta es la fuerza del temor de Dios para persuadir al desprecio de todo. Signos previos del juicio extremo. ---Por el pavor de tan gran similitud pesemos, si podemos, cuánta en el varón santo haya sido la fuerza del temor. Las olas pues cuando hinchadas desde arriba inminentes están, y cuando la muerte que traen amenazan, ninguna entonces para los navegantes preocupación de las cosas temporales, ninguna delectación de la carne a la mente se reduce; esas mismas cosas también de la nave proyectan, por las cuales largos viajes emprendieron; todas las cosas vienen al desprecio de la mente, por el amor de vivir. Como si por tanto hinchadas sobre sí olas temió a Dios, quien mientras la verdadera vida desea, todo desprecia lo que aquí poseyendo lleva. Pues como si por la tempestad sorprendidos el peso de la nave arrojamos, cuando de la oprimida mente los deseos terrenos removemos. Y se hace que la aliviada nave flote, que se sumergía cargada, porque de cierto las preocupaciones que en esta vida deprimen la mente a lo profundo arrastran. Cuya mente a saber tanto más alto entre las olas de las tentaciones se levanta, cuanto más solícitamente de la cogitación de este siglo

se vacía. Hay en cambio también otro que de la concusión del mar deba solícitamente intuirse. La tempestad pues cuando nace, primero leves ondas, y después volúmenes mayores se concitan; al extremo las olas se en lo alto erigen, y a los navegantes a cualesquiera por su misma altura subvierten. Así así de cierto aquella extrema se apresura, que al universo mundo subvierta tempestad de las almas. Ahora pues con guerras y matanzas como por algunas ondas sus exordios nos muestra, y cuanto al fin diariamente más próximos somos hechos, tanto más graves irrumpir volúmenes de tribulaciones vemos. Al extremo en cambio conmovidos todos los elementos, el juez supremo viniendo el fin de todos aporta, porque a saber entonces la tempestad las olas al cielo levanta. Por lo cual también se dice: Aún un poco, y yo moveré no sólo la tierra, sino también el cielo (Ageo 2, 7). Cuya tempestad porque los varones santos vigilantemente miran como hinchadas sobre sí diariamente olas expavescen, y por estas tribulaciones que al mundo hieren prevén las que siguen.

36. El juicio extremo los santos formidan; cuánto más expavescer deben los pecadores. Bien en cambio se subjunta: Y su peso llevar no pude, por cuanto quien del juicio extremo el advenimiento con intenta mente considera, de cierto ve que tanto pavor inminente está, cuanto no sólo entonces ver, sino se también ahora prever pertimesca. Por la consideración pues de tanto terror con miedo el ánimo palpita, y de su intención los ojos declinando, intuir lo que prevé rehúsa.

Bien por tanto se dice: Y su peso llevar no pude, porque cuando de la suprema majestad la fuerza al juicio viniendo y el terror de tanto examen considerando el ánimo se esfuerza por inquirir, al punto a sí mismo refugiándose, se expavesce haber encontrado. Pero entre esto se ha de pensar que el bienaventurado Job esto de sí lo habla laudado y flagelado. Si por tanto al menos al provecho de los méritos así percutido es quien así temió, ¿cómo ha de ser herido quien contemne? ¿Cómo deprimirán los juicios de Dios a quienes se elevan, si incluso a ellos por un tiempo deprimen quienes esto siempre en la humildad formidan? ¿Cómo el peso de Dios podrá llevar quien desprecia, si esto también aquel en el azote sobrellevó quien por el temor previo? Por lo cual sumamente formidando por nosotros es aquel de tanta estrechez examen. Consta en cambio que en esta vida cuando hiere, si a la percusión la corrección sigue, disciplina de padre es, no ira de juez; amor del que corrige es, no estrechez del que castiga. Por el mismo pues presente azote los juicios eternos han de ser pesados. De aquí pues perpendear sumamente debemos cómo se lleve aquella que reprueba, si llevarse apenas puede ahora su ira que purga.

Libro VI

GÉSIMO SEGUNDO.

Lo que restaba del capítulo XXXI del libro de Job se explica, y se encomiendan sobre todo la humillación y moderación del ánimo, la paciencia, la caridad, y hacia los súbditos la solicitud.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Para evitar la desesperación, es lícito recordar lo que se ha hecho rectamente. Lo que ya he dicho a menudo, no me es gravoso repetirlo con frecuencia, porque también el egregio predicador dice: Escribiros lo mismo a mí ciertamente no me es pesado, y para vosotros es necesario (Filip. III, 1). El bienaventurado Job narra por eso las virtudes realizadas, porque hallado entre las palabras de reprensión y los azotes de la percusión, considera que su mente se debilita en la confianza de la esperanza. Pues había oído de los amigos que lo reprendían que había hecho muchos males, y para que la mente, oprimida igualmente por las palabras y los flagelos, no caiga en la desesperación, la reforma hacia la esperanza por la memoria de sus virtudes, para que de ninguna manera deba abatirse en la calamidad la que recordaba haber hecho cosas tan sublimes en el tiempo de

su tranquilidad. Puesto que, por lo tanto, hemos dicho la causa de su intención, resta que ponderemos sutilmente las virtudes oídas de aquel.

2. Una virtud sin las otras, o no es nada, o es mínima. Esto, sin embargo, debe saberse primero, que quienquiera que se cree aventajado en alguna virtud, entonces aventaja verazmente cuando no está sujeto a los vicios por otra parte. Pues si por otra parte está sometido a los vicios, ni esto es sólido donde se pensaba estar de pie. Pues cada virtud es tanto menor cuanto faltan las demás: Pues a menudo nos aconteció haber visto a algunos ciertamente púdicos, pero no humildes; a algunos verdaderamente como humildes, pero no misericordiosos; a algunos como misericordiosos, pero de ninguna manera justos; a algunos verdaderamente como justos, pero confiando en sí mismos más bien que en el Señor. Y es cierto que ni la castidad en su corazón es verdadera a quien falta la humildad, ya que la soberbia, corrompiéndose intrínsecamente, fornica si, amándose a sí mismo, se aparta del amor divino. Ni la humildad es verdadera a la que no está unida la misericordia, porque ni debe llamarse humildad la que no sabe inclinarse a la compasión de la miseria fraterna. Ni la misericordia es verdadera la que existe ajena a la rectitud de la justicia, porque la que puede ser manchada por la injusticia, no sabe sin duda tener misericordia de sí misma. Ni la justicia es verdadera la que pone su confianza no en el creador de todos, sino tal vez en sí mismo o en las cosas creadas, porque mientras sustrae la esperanza del creador, él mismo pervierte para

sí el orden de la principal justicia. Así pues, una virtud sin las otras, o es totalmente nada, o es imperfecta. Pues para que, como pareció a algunos, hable de las cuatro primeras virtudes, prudencia, templanza, fortaleza y justicia; tanto son perfectas cada una, cuanto recíprocamente están unidas entre sí. Disociadas, sin embargo, de ninguna manera pueden ser perfectas, porque ni la prudencia es verdadera la que no es justa, templada y fuerte, ni es perfecta la templanza que no es fuerte, justa y prudente, ni la fortaleza es íntegra la que no es prudente, templada y justa, ni verdadera justicia la que no es prudente, fuerte y templada.

3. Todas concurrieron en Job. El bienaventurado Job, pues, se da a conocer enumerando cada una, de que no tuvo una sin la otra, sino las virtudes unidas en sí. Pues insinuando los bienes de la pudicicia, dice: Si fue engañado mi corazón sobre mujer (Cap. XXXI, 9). Y para demostrar que a la misma pudicicia de ninguna manera faltó la gracia de la humildad, añade después de lo demás: Si desprecié entrar en juicio con mi siervo (Vers. 13). El cual, para mostrar que a su humildad estuvo unida la misericordia, dice poco después: Si negué lo que querían a los pobres (Vers. 16). Y para mostrar que su misericordia descendía de la raíz de la justicia, puso antes un poco más arriba, diciendo: Si caminé en vanidad, y mi pie se apresuró en el dolo (Vers. 5). Y para que se mostrara cuán temeroso fue para todo, y para todo circunspecto, afirma más abajo, diciendo: Pues siempre temí al Señor como olas que se hinchan

sobre mí (Vers. 25). El cual, a saber, puesto en las cosas prósperas, y apoyado por la abundancia de las cosas, si pusiera la esperanza o en sus actos o en las cosas que fluyen alrededor, ciertamente no sería justo. Pero ¿cuándo este varón santo puso la esperanza en sí, el que dice abiertamente: He aquí que no hay auxilio para mí en mí (Job VI, 13)? ¿Qué resta, pues, ahora, sino que se dé a conocer también con qué mente poseyó las mismas riquezas? Pues dice:

CAPÍTULO II.

4. No debe confiarse en las riquezas que se deslizan, sino solo en Dios. Llamamos oro puro (obryzum) al oro muy puro (obrude). El varón santo, pues, ni creyó que el oro era su fortaleza, ni que el oro puro fuera para él, es decir, la mole de oro bruto, su confianza, porque fijando su esperanza y su deleite en la sola gracia del Creador, ni pecó por la cantidad del oro, ni por su apariencia. Pues haber puesto la esperanza en la criatura hubiera sido desesperar del Creador. En cosas dudosas, en cambio, había fijado la esperanza aquel rico que decía: Alma, tienes muchos bienes guardados para muchísimos años, descansa, come, bebe, banquetea. Pero a este lo increpa la voz suprema, diciendo: Necio, esta noche te reclaman el alma; lo que has preparado, ¿de quién será? (Luc. XII, 19, 20). Pues en esa misma noche fue quitado el que en la abundancia de las cosas para sí había esperado mucho tiempo, para que a saber, quien proveyera para largo tiempo recogiendo subsidios para sí, no viera mínimamente

ni un solo día siguiente. Pues es como poner el fundamento en aguas que fluyen querer consolidar la confianza de la esperanza en cosas que se deslizan. Pues estando Dios para siempre, todas las cosas pasan. ¿Qué es, pues, huir del que está de pie, sino adherirse a las cosas que pasan? Pues ¿quién arrebatado alguna vez por los hinchados vórtices de los ríos que corren pudo permanecer él mismo fijo, fluyendo la onda hacia abajo? Quienquiera, pues, que evita deslizarse, resta que huya de lo que se desliza, para que por esto que ama no se vea obligado a llegar a esto que evita. Pues quien se adhiere a las cosas que se deslizan, a saber, es arrastrado hacia aquello a donde tiende lo que sostiene. Así pues, primero debe cuidarse que nadie ame las cosas temporales, y luego que en las mismas cosas temporales que retiene no para su deleite, sino para el uso, no ponga la confianza, porque el ánimo unido a las cosas que corren pronto pierde su estado. Pues el flujo de la vida presente arrastra a quien eleva, y es muy demente quien se revuelve en la onda e intenta fijar la planta. Pero hay muchísimos que, aunque de ninguna manera ponen la confianza en las cosas que pasan, sin embargo, cuando abundan para sí para los usos necesarios, se alegran con mente tácita. En lo cual no hay duda de que cada uno tanto menos se duele de que falten las cosas eternas, cuanto más se goza de que estén presentes las temporales; y quien menos se duele de que falten las temporales, más ciertamente espera que estén presentes las eternas. Atestiguando,

pues, el bienaventurado Job que no tuvo este gozo de las cosas terrenas, añade diciendo:

CAPÍTULO III

[Vet. III].

VERS. 25.---Si me he alegrado sobre mis muchas riquezas, y porque mi mano halló muchísimas cosas.

5. Los santos o parten la carga de los bienes temporales repartiéndolos, o la deponen toda despreciándola. Pues los varones santos, en la tribulación de esta peregrinación, puesto que de ninguna manera se les permite contemplar todavía aquella especie de su Creador que desean, consideran toda la abundancia de la vida presente como penuria (inopiam), porque a saber, nada fuera de Dios basta a la mente que verazmente busca a Dios; y muchísimas veces su misma abundancia se les hace vehementemente onerosa, porque toleran esto mismo con pesadez, que apresurándose a la patria lleven muchas cosas en el camino. De donde resulta que parten devotamente estas cosas con los prójimos necesitados, para que mientras este toma lo que no tiene, aquel deponga lo que tenía de más; y ni el compañero de camino ande vacío, ni la excesiva carga grave a aquel a quien podía retardar en la vía. Los electos, pues, mínimamente se alegran de la mucha abundancia, la cual a saber, por amor del patrimonio celestial, o la dispersan repartiéndola, o la abandonan despreciándola. Sigue:

CAPÍTULO IV.

VERS. 26-28.---Si vi al sol cuando brillaba, y a la luna que caminaba claramente; y se alegró en lo escondido mi corazón, y besé mi mano con mi boca, lo cual es iniquidad máxima, y negación contra el Dios altísimo.

6. Coercen los sentidos, y con continuo estudio se recogen dentro de su mente. No es incierto que ambas lumbreras, diputadas para los ministerios humanos, son llamadas milicia del cielo (coeli militiae). En cuyo culto sabemos que muchos cayeron, atestiguándolo la Escritura, como está escrito: Adoraron a toda la milicia del cielo (IV Rey. XVII, 16). Y porque el sol y la luna de un modo se ven para el uso, y de otro para la veneración, según aquel modo por el cual suelen ser venerados por sus cultivadores, el bienaventurado Job de ninguna manera afirma haber visto al sol y a la luna, ni que su corazón se haya alegrado, ni haber besado su mano con su boca. En cuyo beso, a saber, ¿qué otra cosa sino la gracia de la veneración se expresa? Lo cual si hubiera hecho alguna vez, lo llama iniquidad máxima y negación de Dios. Pero después de que narró de sí en los lugares superiores tan grandes cumbres de virtudes, ¿qué cosa admirable menciona ahora, si manifiesta que no adoró al sol y a la luna? Por lo cual debe considerarse que después de que testifica no haber tenido confianza en el oro, ni haberse alegrado en las muchas riquezas, todavía es llevado a cosas más sublimes, para que tanto más nos instruya cuanto narra algunas cosas de

sí más sutilmente. Pues dice: Si vi al sol cuando brillaba, y a la luna que caminaba claramente, y se alegró en lo escondido mi corazón. ¿Qué se dice ver en este lugar, sino mirar deseosamente? De donde el Salmista dice: Si he contemplado la iniquidad en mi corazón, que no me escuche Dios (Sal. LXV, 18). La cual iniquidad ciertamente no podría expresarse en la boca, si no se contemplara en el corazón. Pero una cosa es ver por juicio, otra por apetito. El bienaventurado Job, pues, de ninguna manera afirma haber visto al sol fulgente y a la luna que camina claramente, para demostrar que no deseó la especie de la luz presente. Como si después del desprecio de su abundancia terrena insinuara patentemente: ¿Qué diré, que de ninguna manera me alegré en el oro, yo que ni en la misma luz corpórea me deleité? Pues los varones santos, después de que desprecian todos los deleites de la vida presente, por la dulzura de aquella luz interna, apartan el ánimo de esta luz exterior como de las tinieblas; y luchan mucho consigo mismos intrínsecamente, para no ser arrebatados por el deleite de esta luz que brilla exteriormente. Pues si la luz visible se ama incautamente, el corazón se ciega por la luz invisible, porque cuanto más el ánimo, anhelando fuera de sí, se derrama, tanto más es rechazado en las miradas internas. De donde todos los solícitos, para que no se deslicen demasiado hacia lo exterior por los sentidos corpóreos, con continuo estudio se recogen dentro de su mente con la oculta disciplina de la custodia, para que tanto más se encuentren íntegros interiormente,

cuanto menos están derramados exteriormente. Pues con este vigor de la disciplina se había constreñido dentro de los arcanos de su mente el que, huyendo del apetito de la vida exterior, decía: El día del hombre no he deseado, tú lo sabes (Jer. XVII, 16). Lo que pues se dice en el profeta: El día del hombre no he deseado, tú lo sabes, esto afirma el bienaventurado Job con otras palabras de sí mismo, que no vio al sol fulgente y a la luna que camina claramente, y por estas cosas no se alegró en lo recóndito del corazón, porque a saber no podía gozar de aquellas cosas que no veía por el deseo del deleite.

[Vet. IV.] 7. Se cuidan de no apoyarse en su propia prudencia.---Pero si escrutamos también a través de los misterios de la alegoría todas estas cosas que hemos recorrido tratando según la historia, ¿qué entendemos en este lugar por oro, sino el ingenio de un preclaro intelecto; qué por oro puro (obryzum), sino la mente? la cual, mientras se acrisola por el fuego del amor, siempre conserva en sí la claridad de la hermosura por una cotidiana innovación del fervor. Pues no sabe la mente envejecer por el torpor, ella que estudia siempre comenzar por el deseo. Pues de aquí se dice por Pablo: Renovaos en el espíritu de vuestra mente (Ef. IV, 23). De aquí el Salmista, que ya había llegado a la cumbre de la perfección, como empezando decía: Dije, ahora he comenzado (Sal. LXXVI, 11), porque a saber, si no queremos desfallecer de los bienes comenzados, es muy necesario que creamos que comenzamos diariamente. Ni aborrece del orden de la razón que

digamos que por el oro se designa el ingenio, porque así como en el ornamento se pone debajo el oro, para que arriba se disponga el orden de las gemas, así los claros ingenios de los santos se extienden humildemente bajo los dones divinos, y perciben sobre sí distintos dones de las gracias. Y a menos que el oro tuviera algo semejante con la sabiduría, un cierto sabio de ninguna manera hubiera dicho: Sabiduría escondida, y tesoro no visto, ¿qué utilidad hay en ambos (Ecli. XX, 32; XLI, 17)? Pero los varones santos no reputan su fortaleza como oro, porque por más que brillen con cualquier ingenio, consideran que nada son por sus propias fuerzas. Y cuando pueden sentir todas las cosas valientemente, primero desean entenderse a sí mismos, a fin de que la luz del ingenio, al modo del sol, ilustre primero el lugar en que nace, y después las demás cosas, a las cuales se dilata procediendo, no sea que si atendiendo a conocer a los otros no se conocen a sí mismos, allí el rayo del sol se oscurezca donde nace. Así pues, dirigen la virtud del ingenio a conocer la propia flaqueza, y de la mejor cognición de su flaqueza convalecen. El oro, pues, no se cree fortaleza, si no se tiene confianza en el ingenio recibido. Lo cual amonestando bien Salomón, dice: Ten confianza en el Señor con todo tu corazón, y no te apoyes en tu prudencia (Prov. III, 3). Diga pues: Si pensé que el oro era mi fortaleza, y dije al oro puro, mi confianza. Como si confesara abiertamente, diciendo: Ni las cosas que verdaderamente entendí, las atribuí a mi ingenio, ni a la propia mente, si aconteció que hice algunos bienes, las imputé

principalmente a ella. El cual todavía más sutilmente insinuándonos la humildad de su corazón, añade diciendo:

CAPÍTULO V

[Rec. III].

VERS. 25.---Si me alegré sobre mis muchas riquezas, y porque mi mano encontró muchísimas cosas.

8. Es peligroso entender muchas cosas en las sagradas letras, si no se guardan las cosas entendidas.---¿Qué creemos que son llamadas "muchas riquezas" por significación, sino la abundancia de las agudezas de los consejos? Las cuales encuentra la mano del que busca, cuando el pensamiento del que trata las produce. Pues Salomón, contemplando estas riquezas de la sabiduría, dice: La corona de los sabios son sus riquezas (Prov. XIV, 24). El cual, porque nombra la prudencia como riquezas, y no los metales terrenos, al punto añade por contrariedad: La fatuidad de los necios es la imprudencia (Ibid., 24). Pues si llamara corona de los sabios a las riquezas terrenas, sin duda alguna confesaría que la fatuidad de los necios es la pobreza antes que la imprudencia. Pero mientras añadió que la fatuidad de los necios es la imprudencia, indicó que había llamado riquezas de los sabios a la prudencia. Pablo, contemplando en sí estas riquezas de la ciencia, y humillando su contemplación por la consideración de la fragilidad humana, dice: Tenemos este tesoro en vasos de barro (II

Cor. IV, 7). Encontramos, pues, muchas riquezas con nosotros, cuando percibimos los dones de la abundante inteligencia investigando las sagradas elocuencias, y en estas sentimos muchas cosas, pero no diversas entre sí. Pero no es una alegría segura conocer cosas fuertes o muchas en las páginas divinas, sino guardar las cosas conocidas. Pues el que entiende bien, reconoce qué debe por el entendimiento. Pues cuanto más ampliamente se extiende por el intelecto, tanto más empeñadamente se liga a cumplir las obras. De donde en el Evangelio la Verdad dice: A quien mucho se le dio, mucho se le buscará; y a quien encomendaron mucho, más le pedirán (Lc. XII, 48).

[Vet. V.] 9. La inteligencia dada es como dinero recibido en préstamo, para ser devuelto con intereses.---Reputemos, pues, la inteligencia dada como dinero prestado, porque cuanto más se nos acredita por benignidad, tanto más deudores nos sentimos en la obra; y muchísimas veces esa misma moneda de la inteligencia recibida, cuando se da a los oyentes por usura, se pierde, a menos que se atribuya cautamente. Pues no debe mirarse negligentemente en el volumen de los Reyes, que cuando los hijos de los profetas cortaban maderas en el Jordán, a uno de ellos se le resbaló el hacha del mango y desapareció en lo profundo (IV Rey. VI). Pues el hierro en el mango es el don del intelecto en el corazón. Y cortar maderas por esto es increpar a los que obran depravadamente. Lo cual a veces, mientras se hace flojamente, mientras no se evita el desliz

de la vana gloria en esa misma ciencia recibida, el hierro se pierde en el agua, porque por la obra disuelta la inteligencia se entorpece. La cual inteligencia por cierto sabemos que es dada para esto, para que deba ser restituida por la buena acción ante los ojos de quien la da. De donde rectamente aquel que había perdido el hierro clamaba: ¡Ay! ¡ay! ¡ay! señor mío, y esto mismo lo había recibido prestado (IV Rey. VI, 5). Pues tienen los electos esto propio, que si alguna vez les sobreviene en su ciencia la culpa furtiva de la vana gloria, vuelven velozmente al corazón, y cualquier cosa que encuentran damnable en sí ante los ojos del Juez estrecho, la persiguen con lágrimas. Los cuales, llorando, no sólo miran cautamente los males que cometieron, sino también, por el don recibido, los bienes que debieron devolver, porque a saber, tanto más pecadores se sienten, cuanto por los bienes descuidados que pudieron hacer se sienten deudores. Rectamente pues, el que perdió el hierro, clamaba: ¡Ay! ¡ay! ¡ay! y esto mismo lo había recibido prestado. Como si dijera: Perdí por la disolución de la negligencia aquello que recibí por la gracia del acreedor para que lo devolviera por las buenas obras. Pero nunca Dios desampara a la mente que se reconoce verdaderamente en los pecados. De donde también pronto viniendo Eliseo, mete la madera hacia abajo, y levanta el hierro a la superficie, porque a saber, nuestro Redentor mirándonos piadosamente, humilla el corazón del pecador, y le reforma la inteligencia que había perdido; sumerge la madera, y eleva el hierro, porque aflige el corazón, y repara la

ciencia. Por lo cual bien se dice en otra traducción que quebró la madera y la arrojó, y así levantó el hierro. Pues quebrar la madera es contristar el corazón de la elación. Arrojar la madera a lo profundo es humillar el corazón elado en el conocimiento, como dijimos, de su propia flaqueza. Y al punto el hierro vuelve a la superficie, porque la inteligencia recurre al uso del ejercicio prístino.

10. Por esto los justos temen más de lo que se alegran por el don que se les ha confiado.--- Por tanto, puesto que el don del intelecto que se recibe apenas se custodia con tantas dificultades (pues hay que cuidar que no se entorpezca por el ocio, hay que cuidar que no se desvanezca por el vicio de la elación en el ejercicio de la obra), los varones santos de ninguna manera se exultan cuando conocen lo que deben hacer, sino cuando hacen lo que habían conocido; y si alegrándose juntos por el entendimiento gozan del don del Dador, sin embargo, afligidos consideran la deuda de la obra, para que a saber, paguen con la acción lo que se les ha anticipado en el conocimiento. Pues necio es el deudor que alegre recibe dinero prestado, y no atiende al tiempo en que debe devolverlo. Pero se modera la alegría de recibir, cuando por solícita providencia se piensa también en el tiempo constituido para devolver. Porque, pues, los varones justos no se elevan por una alegría segura en aquellas cosas que vigilantes entienden, dígase rectamente: Si me alegré sobre mis muchas riquezas, y porque mi mano encontró muchísimas cosas. Como si se dijera abiertamente: De ninguna manera me

creí rico por la justicia en aquello en que conocí también muchas cosas rectas que debí hacer, ni la inteligencia elevó el corazón, porque lo oprimió la consideración de la debida operación.

[Vet. VI.] Pero debe saberse que muchísimas veces acontece que, cuando se percibe la altura de la inteligencia, el ánimo muy solícito acerca de sí mismo se mantiene del desliz de la elación. Pero cuando comenzó a obrar también las cosas admirables que entiende, por eso mismo por lo cual se muestra fuera a veces se desliza, y se gloria de preceder a los demás en sus actos. Al bienaventurado Job, pues, no lo elevó el oro de la inteligencia, ni la luz de la admirable operación lo ensalzó ante los ojos humanos. Por lo cual también aptamente añade:

CAPÍTULO VI

[Rec. IV].

VERS. 26.---Si vi al sol cuando brillaba.

41. No se exultan por el brillo de sus buenas obras. No es absuelto el deudor que devuelve muchas cosas, sino el que todas.---Pues el sol en su brillo es la buena obra en la manifestación. Pues está escrito: Brille vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mt. V, 16). Y de nuevo: Estén vuestros lomos ceñidos, y las lámparas encendidas (Lc. XII, 33). Pues lo que en este lugar se designa por el sol brillante, eso en el Evangelio se designa por las lámparas encendidas. Pues la buena obra, cuando brilla en

medio de los pérfidos, es una lámpara que arde en la noche; pero cuando resplandece en la Iglesia, es el sol que brilla en el día. Si la buena obra es todavía tal que sólo los malos se admiran, es a saber, una lámpara en la noche; pero si aprovecha de tal modo que pueda ser admirada por los buenos y más perfectos, es ciertamente el sol en el día. La buena obra, cuando brilla por la vida activa del cuerpo, como al modo de una lámpara, la luz resplandece desde una testa. Pero cuando se eleva en la contemplación por la sola virtud de la mente, como al modo del sol, se ve la luz viniendo del cielo. Porque, pues, el bienaventurado Job había narrado de sí muchas cosas buenas de hospitalidad y de misericordia, las cuales por cierto eran todavía mínimas en cuanto las había conocido como gestas corporalmente, revocando el ojo de la mente a la cumbre de las virtudes espirituales, se acordó de su perfección, y llamó sol a la luz de los ejemplos que de sí dio a los otros. [Reg. V.] Pero hay algunos que, cuando hacen algunas cosas buenas, al punto se olvidan de sus iniquidades, y fijan el ojo del corazón en la consideración de las buenas obras que exhiben; y ya se consideran santos por aquello por lo cual declinan la memoria de sus males, en los cuales tal vez todavía están implicados, entre las cosas buenas que hacen. Los cuales, por cierto, si atendieran vigilantes a la estrechez del Juez, más temerían por sus males que lo que se exultarían por sus bienes imperfectos; más mirarían aquello por lo cual se sienten deudores de las cosas que todavía deben hacer, que aquello por lo cual, operando algunas

cosas, ya pagan parte de la deuda. Pues no es absuelto el deudor que devuelve muchas cosas, sino el que todas; ni llega al premio de la victoria el que corre velozmente en gran parte del espectáculo, si llegando cerca de las metas desfallece en lo que resta. Ni a los que van a cualesquiera lugares destinados les aprovecha haber emprendido un largo camino al comenzar, si no pueden también consumarlo todo. ¿Quiénes pues, buscamos la vida eterna, sino que hacemos algunos caminos, por los cuales nos apresuramos a la patria? Pero ¿qué aprovecha que recorramos tantos, si descuidamos los restantes que quedan para llegar?

12. No consideremos qué parte del camino ya se ha recorrido, sino qué queda por recorrer.--- A modo pues de los viajeros, de ninguna manera debemos mirar cuánto camino ya hemos hecho, sino cuánto queda para que lo recorramos, para que por un poco se haga pasado lo que incesante y temerosamente todavía se atiende como futuro. Más debemos pues inspeccionar qué bienes aún no hemos hecho, que aquellos que ya nos alegramos de haber hecho. Pero tiene la flaqueza humana esto propio, que le agrada más contemplar lo que le place en sí misma que lo que le displace en sí misma. Pues el ojo enfermo del corazón, mientras teme trabajar en su propia consideración, busca como un cierto lecho de deleite en el ánimo, donde yazca blandamente; y por eso entiende qué ventajas ha alcanzado de los bienes realizados, pero no sabe qué daños padece de los descuidados. Pues muchísimas veces incluso los electos son tentados por este vicio. Muchísimas

veces se les sugiere al corazón que revoquen al ánimo cualesquiera bienes que han hecho, y se exulten ya con la alegría de la seguridad. Pero si son verdaderamente electos, apartan los ojos de la mente de aquello en que se placen a sí mismos, reprimen en sí toda alegría por los bienes realizados, y buscan la tristeza por aquellas cosas que entienden haber hecho menos; se estiman indignos, y casi solos no ven sus propios bienes, que presentan en sí para ser vistos por todos como ejemplo. De aquí es que Pablo, mientras posponía los bienes cumplidos en sí mismo, y pensaba sólo en los restantes que debían cumplirse, dijo: Yo no juzgo haberlo alcanzado (Fil. III, 13). De aquí es que para poder humillarse por los bienes que hacía, estudiaba traer al ánimo los males pasados, diciendo: Que antes fui blasfemo, y perseguidor, e injurioso (I Tim. I, 13).

[Vet. VII.] 13. Cuándo sea lícito traer a la memoria o narrar los bienes hechos por uno mismo.---¿El cual también si alguna vez dijo: He combatido el buen combate, he consumado la carrera, he guardado la fe (II Tim. IV, 7)? Debe mirarse sumamente que aquello lo introdujo en aquel tiempo en que ya conoció que iba a partir del cuerpo. Pues allí antepuso diciendo: Pues yo ya soy sacrificado, y el tiempo de mi resolución insta (Ibid., 6). Entonces pues, trajo a la memoria la perfección de la obra, cuando ya previó que de ninguna manera subyacía tiempo de operación para el espacio de la largueza. Pues así como, mientras vivimos, debemos repeler nuestros bienes de la memoria, para que no nos eleven, así al

acercarse el fin, muchísimas veces los revocamos de nuevo a la memoria, para que a saber, proporcionen confianza y repriman el temor desesperado. El cual, aunque narró sus bienes enumerándolos a los Corintios, estudió confirmarlos a ellos, no mostrarse a sí mismo. Pues porque no atendería a ese mismos bienes en sí mismo, enseñó por la manifiesta tribulación de su propia tentación, la cual expresada añadió: Por lo cual me complazco en mis flaquezas (II Cor. XII, 10). Para que pues instruyera a los discípulos, refería de sí cosas sumas; pero para guardarse en la humildad, había fijado el ojo de la consideración no en sus virtudes, sino en sus flaquezas. Tienen pues los varones santos esto propio, que ven ciertamente los bienes que hacen; y sin embargo, cuando los han realizado, apartan los ojos de su memoria. De donde rectamente se dice por el bienaventurado Job: Si vi al sol cuando brillaba. Como si dijera abiertamente: Aun cuando mi obra diera luz de ejemplos a otros, no atendí a ella por la gracia de la presunción, porque mientras temí ser elevado por ella, aparté los ojos de contemplarla. Sigue:

CAPÍTULO VII.

IBID.---Y a la luna que caminaba claramente.

14. No se debe cazar la fama a partir de las buenas obras.---Después del sol antepuesto, aptamente también añadió a la luna que caminaba claramente, porque a saber, tras la buena obra, sigue la fama laudable, por la cual se posee un nombre célebre en esta noche de la vida presente. Pero si es verdad lo que algunos piensan, que la

luna recibe la ilustración por un círculo oculto desde el rayo del sol, para poder exhibir luz en los cursos nocturnos, de la orden de esta significación no aborrece tampoco esta sospecha. Pues la fama recibe fuerzas de la buena obra, y esparce la gracia del favor como la claridad de la luz. Hay también otra cosa en la luna que por semejanza convenga a la fama que esparce bienes. Pues su luz muestra el camino a los que andan incluso en el tiempo de las tinieblas, porque aun cuando de la vida ajena emana la luz de la alabanza, ilustra a otros para el ejercicio de la buena obra; y cuando la opinión de aquel se conoce clara, a este, como quien va de camino, se le ofrece la luz del ejemplo. Pero a veces la obra que se toma de la opinión ajena se forma en el ánimo con un deseo menos puro. Pues las mentes enfermas, cuando oyen cosas buenas de otros, a veces se encienden para la operación recta no por amor a la virtud, sino por el deleite de la alabanza. Y por cierto es evidente que, así como es naturaleza del sol encender y secar cuanto tocare, así es propio del fuego lunar que abrase ciertamente cuanto tocare, pero abrasando lo vuelva húmedo. A la buena vida, pues, a unos los inflama el afecto de la obra recta por amor a Dios, pero a otros el amor a la alabanza. Pero cuando nos encendemos con el afecto de la obra recta, nos secamos del humor de los vicios como por el fuego del sol. Pero a aquel a quien el amor a la alabanza provoca a la buena obra, la fama codiciada, como la luna, lo toca, porque a saber, su ánimo lo enciende y lo disuelve. Lo enciende ciertamente

para el ejercicio de la obra, pero lo disuelve para la concupiscencia del favor. Muchísimas veces, sin embargo, los ejemplos ajenos nos persuaden útilmente para ejercitar buenas obras. Y cuando con mente humilde recibimos los bienes de la opinión ajena, o producimos nuestros bienes para algo mejor, o mudamos los males en bien. Y cuando nos irradia el esplendor de la fama de la vida del prójimo, nuestra mente, que como dijimos antes se dirige a obtener el camino de la virtud, pone sus pasos como en la luz de la luna. Pero así como aprovechamos de la opinión ajena, así muchísimas veces, si atendemos a las alabanzas de nuestra propia fama, nos vaciamos de la virtud, porque cuando se deleita el ánimo en aquello que considera que se tiene de sí desde fuera, olvida aquello por lo que anhelaba por dentro.

[Vet. VIII.] 15. La inteligencia, las buenas obras, las alabanzas, nada dañaron a la humildad de Job (lo cual raramente acontece).---Porque, pues, la inteligencia de la ciencia no corrompió al varón santo, despreció alegrarse sobre las muchas riquezas. Porque, pues, la magnitud de la obra no lo infló, no vio al sol fulgente. Porque, pues, ni la fama de la alabanza lo elevó, de ninguna manera atendió a la luna que caminaba claramente. Pues hay algunos que caen en la elación por esto, porque por la sutil inteligencia conocen incluso los bienes que no hacen. Estos, a saber, se alegran sobre las muchas riquezas, cuando encuentran cualesquiera cosas sumas entendiendo, y por esas mismas invenciones se corrompen en la elación. Pero hay algunos a quienes la inteligencia

por cierto no los eleva, pero la operación exhibida los ensalza. Los cuales, mientras miran sus propias acciones, ante su propia mente se posponen a los otros desdeñándolos. Estos, a saber, aunque no se alegren en las muchas riquezas, sin embargo ven al sol fulgente porque se hinchan por la sola magnitud de la buena obra como despreciando a los otros. Y hay algunos a quienes ni la propia operación los eleva; pero cuando comenzaron a ser alabados por los hombres por esta misma buena operación, vencidos por esos mismos favores de los hombres, se ven en su pensamiento como unos grandes personajes, y se disuelven de la custodia del corazón. Estos, por cierto, aunque no quisieron ver al sol fulgente, sin embargo miran a la luna que camina claramente, porque entre las tinieblas de esta vida, mientras fijan el ánimo en la claridad de su propia opinión, pierden la gracia de la humildad como por una luz nocturna; y contemplando a la luna, no se ven a sí mismos, que comienzan a no conocerse, mientras fijan los ojos de la mente en el favor transitorio.

16. Varios progresos y grados hacia la virtud. Qué se debe temer en cada uno.---Pero el progreso de los hombres es tal como vemos que son los incrementos de los arbustos. Pues la potencia del futuro árbol primero está en la semilla, después en el nacimiento, y al fin se produce en ramas. Así ciertamente crece la virtud de cada uno que obra. Pues se siembra en la inteligencia, nace en la operación, y al último convalece hasta la latitud del gran progreso. Pero cuando a cualquiera lo eleva su inteligencia, el árbol que podía nacer se pudre

en la semilla. Pero cuando después de la buena operación se corrompe por la peste de la elación, se seca como si ya hubiera nacido. Pero cuando ni la inteligencia ni la operación corrompen, sino que creciendo la magnitud, mientras sigue el favor de los que alaban, y aparta de su estado el ánimo del que obra bien, el árbol sufrió los vientos de las lenguas, y la tempestad de la fama arrancó de raíz todo lo que en él había crecido robusto. Pues cuanto más alto se eleve el árbol hacia lo superior, tanto más vehementemente siente la fuerza de los vientos, porque cuanto más se ensalza uno en las buenas obras, tanto más se fatiga por el soplo más pleno de la boca de los que alaban. Si pues todavía el árbol está en la semilla, debe temerse que se pudra por el mismo conocimiento de la ciencia. Si ya brotó en arbusto, debe cuidarse que no lo toque la mano de la elación, y lo seque del verdor de su acción. Pero si con fuerza potente ya se eleva a lo alto, es muy de temer que el viento más grave de la alabanza aplicada lo arranque de raíz.

[Vet. IX.] 17. Por el peligro de la fama y las alabanzas humanas, Dios permite que se opongan las detraciones.---Pero entre estas cosas debe saberse que, para que no seamos arrancados por las alabanzas inmoderadas, muchísimas veces por una admirable moderación de nuestro Rector permitimos incluso ser lacerados por detraciones, para que cuando nos eleva la voz del que alaba, nos humille la lengua del que detrae, porque también el árbol que a menudo es impulsado por el impulso de un viento de tal modo que pa-

rece ya casi poder ser arrancado, se yergue por el soplo de otro que viene del lado opuesto, y lo que sufrió una inflexión por esta parte, vuelve a su estado por la otra. De donde también aquel árbol profundamente enraizado había permanecido fijo como entre vientos adversos, el cual decía: Por gloria e ignominia, por infamia y buena fama (II Cor. VI, 8). Pues a menudo la alabanza aplicada insolentemente a los oídos del que obra bien, mientras resuena fuera con sermones, engendra dentro para la mente una cierta tempestad silenciosa de elación: y sucede que esto, de que el ánimo goza por los favores humanos, no lo muestra fácilmente fuera, pero sin embargo siente no tenuemente dentro la fuerza de la corrupción. Y hay algunos a quienes la alabanza infla de tal modo que los arrastra hasta las palabras de la elación. Pero algunos, como dijimos antes, se avergüenzan de manifestar esto mismo de que son elevados, y se ensalzan al oír sus propios pregones; pero sin embargo no salen hasta las palabras de la elación, y no muestran gozarse en tales cosas. Por lo cual el bienaventurado Job, porque se conocía a sí mismo no haber sido arrogante de ninguna manera sólo en las palabras, sino también en el pensamiento silencioso, después de que dijo: Si vi al sol cuando brillaba, y a la luna que caminaba claramente, al punto añadió:

CAPÍTULO VIII.

VERS. 27.---Y se alegró en lo escondido mi corazón.

18. Se prohíbe alegrarse incluso tácitamente por las propias alabanzas.---Por cuya atestación, a saber, ¿qué se nos insinúa, sino que hay necesidad de gran temor y circunspección, para que nuestra mente nunca se alegre ni siquiera tácitamente por sus propias alabanzas? Pues quienquiera que contempla la magnitud de su propia fama como la claridad de la luna, y se fabrica para sí un gozo en lo oculto de la mente, ¿a quién se prefirió este sino al Autor, de cuyo don recibió el que obrara bien, y sin embargo en el don de Él se alegra por la gracia de su propia alabanza? Pues despreciado el honor del Creador, se convence de amarse más a sí mismo, en cuyos pregones se alegra. Aunque a veces también los varones santos se alegren de su buena opinión; pero cuando consideran que por esta los oyentes aprovechan para cosas mejores, ya no se alegran por su propia opinión, sino por la utilidad de los prójimos, porque una cosa es buscar favores, y otra exultar por los progresos. En la cual cosa es necesario que, cuando no aprovecha a la utilidad de los oyentes, la fama laudable no eleve nuestra mente, sino que la fatigue. Pues cuando somos alabados por la atestación de la lengua humana, se nos requiere por una oculta pulsación qué sentimos de nosotros mismos. Pues la mente soberbia se exulta incluso cuando se dicen de ella bienes falsos, porque no piensa cómo vive ante Dios, sino cómo se da a conocer ante los hombres. Pues despreciando el juicio de Dios omnipotente sobre sí, y buscando solamente el de los hombres, se ensalza entre las alabanzas oídas, y porque sólo

esto había buscado, se alegra como por el premio de la obra. Pero por el contrario, si el corazón es verdaderamente humilde, o de ninguna manera reconoce los bienes que oye de sí, y teme porque se dicen cosas falsas; o ciertamente si sabe que están verdaderamente en él, por eso mismo teme que se pierdan de la eterna retribución de Dios, por lo cual considera estas cosas divulgadas a los hombres, y tiembla vehementemente no sea que la esperanza del don futuro se mude en merced de favor transitorio.

19. Los santos son atormentados por sus propias alabanzas.---Por cuya razón sucede que el ánimo de los electos es atormentado por el gran fuego de sus propias alabanzas, y es acrisolado de todo el orín de su torpor por el lamento del pensamiento. Pues por una cauta consideración trepida, no sea que o bien por aquellas cosas en que es alabado y no son encuentre un mayor juicio de Dios, o bien por aquellas en que es alabado y son pierda el premio competente. De donde muchísimas veces sucede que, así como el injusto por su propia alabanza se contamina, así el varón justo por su propia alabanza oída se purifique. Pues mientras conoce que los bienes que hizo son proferidos por los hombres, teme el sutil examen del juicio final contra sí, como se ha dicho, y trepidando recurre a la conciencia, y corrige cualquier cosa que allí hay de reprensible. Pues mientras teme que sus bienes se hayan dado a conocer, temiendo sumamente la sutileza del examen que ha de seguir, amputa cualesquiera males ocultos que hay en él. Pues pavor tiene si al

menos no se muestra a Dios tal como es pensado por los hombres, y no está contento con que en aquello en que pudo darse a conocer, en eso deba permanecer. Pues ya juzga sobre sus bienes como si se le hubiera hecho una retribución, a menos que a ellos añada también otras cosas que son ignoradas por los hombres. De donde bien se dice por Salomón: Como se prueba en el crisol la plata, y en el horno el oro, así se prueba el hombre por la boca del que lo alaba (Prov. XXVII, 21). Pues la plata o el oro, si es réprobo, se consume por el fuego; pero si es probo, por el fuego se declara. Así ciertamente es también el sentido del que obra. Pues qué tal sea, se muestra en aquello en que es alabado. Pues si se ensalza al oír sus propias alabanzas, ¿qué fue este sino oro o plata réproba, a quien a saber consumió el horno de la lengua? Pero si oyendo sus favores, vuelve a la consideración del juicio supremo, y teme no sea que por estas cosas sea gravado ante el árbitro oculto, crece hasta la magnitud de la claridad como por el fuego de la expurgación, y de donde sostiene el incendio de la trepidación, de allí brilla más claramente. El bienaventurado Job, pues, porque de ninguna manera se prefirió por la operación, dice fidentemente: Si vi al sol cuando brillaba. Porque, pues, la fama laudable no lo desvió de la mirada del juicio interior, añade: Y a la luna que caminaba claramente. Porque, pues, ni en el pensamiento silencioso permitió que su ánimo fuera vencido por la gracia de su propia opinión, al punto añadió: Y si se alegró en lo escondido mi corazón.

[Vet. X.] Y porque muchísimas veces la mente inconsiderada, mientras no se resiste al favor transitorio, es arrastrada hasta esto, a que ella misma alabe lo que hace, a la condición que se antepuso se añade como congruentemente:

CAPÍTULO IX

IBID.---Y he besado mi mano con mi boca.

20. Atribuyen sus buenas obras a Dios, no a sí mismos. Gracia preveniente.---Pues por la mano se designa la operación, pero por la boca la locución; como se dice por Salomón: El perezoso esconde su mano bajo su axila, y se fatiga si la lleva a su boca (Prov. 19, 24). Para el perezoso es un trabajo llevar su mano a la boca, porque cualquier predicador desidioso ni siquiera quiere obrar lo que dice. Pues llevar la mano a la boca es concordar con la propia voz en la obra. Besa, pues, su mano con su boca aquel que alaba lo que hace, y por el testimonio de su propia locución se atribuye a sí mismo la virtud de la obra. En lo cual, ¿quién es despreciado, sino aquel que otorga los mismos dones de obrar? De donde bien se dice por el egregio predicador: ¿Qué tienes tú que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (1 Cor. 4, 7). Pero los varones santos saben que después de la caída del primer padre fueron engendrados de una estirpe corruptible, y que no por virtud propia, sino por la gracia suprema preveniente, fueron cambiados hacia mejores votos u obras; y cualquier cosa mala que reconocen que hay en ellos, sienten que es mérito de la descendencia

mortal; pero cualquier bien que contemplan en sí mismos, lo reconocen como don de la gracia inmortal, y se hacen deudores de Él por el don recibido, quien tanto previniendo les dio el querer el bien que no querían, como subsiguiendo les concedió el poder el bien que quieren. De donde bien se dice por Juan: Adoraron al que vive por los siglos de los siglos, arrojando sus coronas ante el trono del Señor (Apoc. 4, 10). Pues arrojar sus coronas ante el trono del Señor es no atribuirse a sí mismos las victorias de sus combates, sino al autor, para que refieran la gloria de la alabanza a aquel de quien saben que han recibido las fuerzas del combate. El bienaventurado Job, por tanto, porque de tal modo narra los bienes que ha obrado que, sin embargo, no los atribuye a su propia operación, sino que recurre a la alabanza del autor, niega haber besado su mano con su boca. Como si dijera patentemente: Yo no presento mis obras como mías, porque se convence de negar la gracia de su autor quienquiera que se atribuye lo que obra. De donde también al punto añade:

CAPÍTULO X

VERS. 28.---Que es la iniquidad máxima, y una negación contra el Dios altísimo.

21. Niega a Dios quien presume de sus propias fuerzas.---Pues está claro que lo niega aquel cuya gracia, habiendo sido despreciada, se arroga para sí las fuerzas de la buena obra. Lo cual rectamente también se llama iniquidad máxima, ya que todo pecado que es por flaqueza de ninguna manera pierde la esperanza, porque busca el perdón del

juez supremo. Pero la presunción de la virtud propia es tanto más grave en la desesperación, cuanto más lejos está de la humildad. Y cuando se atribuye a sí mismo las fuerzas de la obra, no recurre al auxilio del autor; y sucede que el pecador perece tanto más gravemente, cuanto que ignora incluso esto mismo, que es pecador. Sigue:

CAPÍTULO XI

[Rec. VI]

VERS. 29.---Si me he alegrado por la ruina de aquel que me odiaba, y he exultado de que el mal lo hubiera encontrado.

22. Sólo la caridad nos hace discípulos de Dios. Argumentos y signos de la caridad.---Que somos discípulos del Dios omnipotente, sólo lo prueba la custodia de la caridad. Pues de aquí es que por sí misma la Verdad dice: En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos para con los otros (Juan 13, 35). La cual dilección, por cierto, si llena verazmente nuestro corazón, suele mostrarse de dos modos, a saber, si amamos tanto a los amigos en Dios, como a los enemigos por causa de Dios. Pero debe saberse que la dilección del enemigo se custodia verazmente entonces, cuando ni nos afligimos por su provecho, ni nos alegramos por su ruina. Pues a menudo el ánimo se engaña en la imagen de la dilección hacia el enemigo, y estima que lo ama, si no existe como contrario a su vida. Pero o bien el provecho del enemigo, o su caída, interroga la fuerza de la dilección oculta y verazmente. Pues

sobre esta cosa la mente del hombre no se conoce a sí misma plenamente, a menos que encuentre que aquel a quien cree su adversario ha cambiado el modo de su estado en el defecto o en el provecho. Pues si se aflige por su prosperidad, y se alegra por la calamidad del que lo odia, consta que no ama a quien no quiere que sea mejor, y persigue con el deseo incluso al que está en pie, de cuya caída se felicita.

23. Cómo podemos alegrarnos de la ruina del enemigo sin dañar la caridad, o dolernos de su gloria. Qué debe evitarse en esta cosa.---Pero entre estas cosas debe saberse que suele ocurrir muchísimas veces que, sin haber perdido la caridad, tanto la ruina del enemigo nos alegre, como de nuevo su gloria nos contriste sin culpa de envidia, cuando, al caer él, creemos que algunos son bien levantados, y al prosperar aquel, tememos que muchos sean injustamente oprimidos. En la cual cosa nuestra mente ni se eleva por su defecto, ni se aflige por su provecho, si nuestro recto pensamiento no atiende a qué hay en él, sino a qué se hace de él en torno a otros. Pero para guardar estas cosas es muy necesario el examen de una discretísima sutileza, no sea que cuando ejecutamos nuestros odios, seamos engañados bajo la especie de la utilidad ajena. Pues si de ninguna manera hubiera que alegrarse por la muerte del enemigo, el Salmista no diría: Se alegrará el justo cuando viere la vindicta de los impíos (Sal. 57, 11). Pero una cosa es padecer al impío, y otra al enemigo. Pues hay muchísimos enemigos que no son impíos; y hay algunos impíos que

no nos parecen especialmente enemigos. Pero la mente humana a todo aquel a quien tolera como enemigo, lo juzga también impío e inicuo, porque el livor como acusador exagera sus culpas ante su pensamiento. Pero por cualesquiera crímenes que sea oprimido, se cree menos inicuo si de ninguna manera se siente como adversario. En lo cual debe discernirse que es una cosa lo que nuestro enemigo nos daña a nosotros, y otra lo que se daña a sí mismo y a los demás. Pues si es bueno para otros, tal vez no puede ser sin nuestra culpa que sea malo para nosotros; ni debe ya alegrarse de ninguna manera por la ruina de aquel de quien consta que sólo nosotros hemos tolerado adversidades. Cuando el hostil a nosotros y a muchos es aniquilado, es necesario que el ánimo se alegre por la liberación de los prójimos más que por el exterminio del enemigo.

24. Se debe condoler de la miseria del que perece, y conmoverse por la justicia del juez.--- Conviene pues que, al perecer el adversario, debamos sopesar sutilmente tanto qué debemos a la ruina del pecador, como qué a la justicia del que hiere. Pues cuando el Omnipotente hiere a cualquier perverso, tanto debe condolerse uno de la miseria del que perece, como alegrarse por la justicia del juez, para que tengamos tanto en el luto la pena del prójimo que muere, como de nuevo venga al gozo la equidad exhibida del Dios que juzga, de modo que ni existamos como adversarios para el hombre que perece, ni seamos encontrados ingratos para con el Dios que juzga. El bienaventurado Job, por tanto, porque holló

perfectamente todos los odios en la adversidad, diga: Si me he alegrado por la ruina de aquel que me odiaba, y he exultado de que el mal lo hubiera encontrado; quien a saber, amando también al enemigo, mientras se condolió del adversario que caía, creció él mismo hacia el bien en los males de aquel, para que de allí creciera hacia la benignidad, de donde a aquel lo habían encontrado los males que merecía.

Porque, pues, a menudo algunos hieren con la maldición a aquellos que juzgan como adversarios para sí, ya que de ninguna manera pueden por la fuerza; en los cuales aparece patentemente qué males harían si pudieran, quienes de ninguna manera desisten de imprecar los que no pueden hacer; el bienaventurado Job, mostrando que él era ajeno incluso a la culpa de la maldición, añadió a continuación:

CAPÍTULO XII

VERS. 30.---Pues no di al pecado mi garganta, para pedir maldiciendo su alma.

25. Se debe abstener de las maldiciones.---Pecaría, por cierto, si deseara que Dios hiciera aquello que él mismo o bien no podría hacer de ningún modo, o, si pudiera, de ninguna manera le convendría. Pues los que atacan al enemigo con maldiciones, ¿qué otra cosa quieren que Dios haga en él, sino lo que ellos mismos o no pueden hacer, o se avergüenzan de hacer? Pues desean la muerte para el adversario, la cual, aun si pueden inferirla, temen, no sea que o sean tenidos por reos de homicidio perpetrado, o parezcan inicuos

incluso cuando lo son. ¿Qué es, pues, decir a Dios: Mata a quien odio, sino clamarle con abiertas voces: Haz esto a mi adversario, lo cual ni a un pecador le conviene hacer contra aquel? En cuyas palabras debemos ciertamente considerar dónde había leído este varón: Amad a vuestros enemigos (Luc. 6, 27. 35); dónde había leído: Bendecid, y no maldigáis (Rom. 12, 14); y de nuevo: No devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición (1 Ped. 3, 9). Pero exteriormente guardaba los preceptos de la gracia suprema no oídos, porque el soplo del Espíritu Santo escribía estos en la mente de aquel hombre. Para quien, sin embargo, sería menos que amara a los puestos fuera, a menos que también tolerara dentro a los adversarios familiares que vivían y conversaban con él diariamente. De donde añade:

CAPÍTULO XIII

[Rec. VII]

VERS. 31.---Si no dijeron los varones de mi tabernáculo: ¿Quién dé de sus carnes para que nos saciemos?

26. Debemos tolerar pacientemente a los domésticos y familiares que se nos oponen. El sacrificio del altar. Las adversidades han de ser sufridas exteriormente con fortaleza, e interiormente con clemencia.---La cual sentencia, por cierto, puede también entenderse por el misterio desde la voz del Redentor. Pues los varones de su tabernáculo desearon saciarse de sus carnes, o bien a saber los Judíos que lo perseguían, o los gentiles

que creían, porque tanto aquellos se esforzaron por extinguir su cuerpo, como consumiéndolo, como estos desean saciar su mente hambrienta por el cotidiano sacrificio de la inmolación con sus carnes. [Vet. XII.] Pero ahora, siguiendo sólo la fuerza de la historia, consideremos con cuánta fortaleza el ánimo del varón santo, solicitado fuera y dentro, se divide ante todas las cosas. El cual, si alguna vez cediera por el silencio a los que actúan injustamente, o no se les opusiera por la rectitud, seguramente no habría tenido adversarios. Pero en aquello en que mantuvo las vías de la vida, encontró a los que deseaban su muerte. Sufrió adversarios patentes fuera, y latentes dentro. Pero es menor virtud del combate el que alguien vea fuera los males que supere, y no tenga dentro qué tolerar. Pero es alabanza de perfecta magnitud sufrir las adversidades exteriormente con fortaleza, e interiormente con clemencia. Pues hay algunas cosas que incluso en la misma conversación de los familiares no pueden corregirse sin culpa del que corrige; y por tanto, cuando o bien manchan al que corrige, o gravan al que de ninguna manera hace estas cosas, deben ser disimuladas con gran arte de magisterio, y ser toleradas por este mismo disimulo. Las cuales cosas, inferidas contra nosotros, las soltamos más rápido del corazón si conocemos nuestros errores en torno a los prójimos. De donde bien se dice también por Salomón: A todas las palabras que se dicen no acomodes tu corazón, no sea que tal vez oigas a tu siervo maldiciéndote. Pues sabe tu conciencia que también tú frecuentemente

has maldecido a otros (Ecl. 7, 22. 23). Pues mientras consideramos qué tales hemos sido para con otros, nos duele menos que otros sean tales para con nosotros, porque la injusticia ajena en nosotros venga lo que en sí justamente nuestra conciencia acusa. Sigue:

CAPÍTULO XIV

[Rec. VIII]

VERS. 32.---Fuera no permaneció el peregrino, mi puerta estuvo abierta al viajero.

27. A la misericordia en el perdonar suceda la misericordia en el otorgar.---Porque, según testimonio de Pablo, la caridad se describe como paciente y benigna (1 Cor. 13, 4), por la paciencia tolera los males ajenos con ecuanimidad, y por la benignidad también otorga misericordiosamente sus propios bienes. De donde el bienaventurado Job tanto toleró pacientemente a los domésticos que lo maldecían, como recibió benignamente en su casa a los viajeros y peregrinos: otorgándoles a aquellos ejemplos de costumbres, y concurriendo con el auxilio de las cosas exteriores para estos; para con aquellos no excitado a la ira por la mansedumbre, para con estos listo para socorrer por la misericordia. Pues el varón santo, contemplando al Redentor del género humano por el espíritu de profecía, guardaba también sus predicamentos en la obra, con los cuales nos amonesta diciendo: Perdonad, y se os perdonará; dad, y se os dará (Luc. 6, 37). Pues nuestro dar pertenece a las cosas que tenemos exteriormente,

pero el perdonar a relajar el dolor que contrajimos interiormente por la culpa ajena. Pero debe saberse que quien perdona y no da, aunque no haya obrado plenamente, mantuvo sin embargo la mejor parte de la misericordia. Pero quien da y mínimamente perdona, de ninguna manera hace misericordia alguna, porque por el Dios omnipotente no se acepta el don de la mano que se presenta con el corazón ligado en la malicia.

28. Condiciones de la limosna meritoria.--- Debe limpiarse, en efecto, primero el ánimo que ofrece la limosna, porque todo lo que se da a Dios se pondera desde la mente del que da. Por tanto, toda mancha de malicia debe ser limpiada de nuestro hombre interior del pensamiento por la mutación del pensamiento, porque la oblación no sabe aplacar la ira del juez, a menos que plazca por la limpieza del que ofrece. De donde está escrito: Miró Dios a Abel y a sus dones, pero a Caín y a sus dones no miró (Gén. 4, 4. 5). Ni en efecto la sagrada elocuencia dice: Miró a los dones de Abel, y a los dones de Caín no miró; sino que primero dice que miró a Abel, y después añadió: Y a sus dones. Y de nuevo dice que no miró a Caín, y después añadió: Ni a sus dones. Pues desde el corazón del que da se acepta lo que se da. Por eso no Abel por los dones, sino los dones ofrecidos por Abel pluguieron. Pues se lee que el Señor miró primero a aquel que daba, antes que a aquellas cosas que daba. De donde bien el bienaventurado Job, habiendo de decirnos su largueza en la gracia de la hospitalidad, primero presentó su paciencia y benignidad en torno a los adversarios: que no

se exultó de la ruina del enemigo, que no atacó con palabras maldicientes a sus perseguidores, que toleró con ecuanimidad a los que se embravecían intrínsecamente, y entonces por fin presentó la munificencia de su hospitalidad; para que, a saber, oído el orden de su narración, aprendamos que los dones exteriores se sazonan desde la limpieza interna del corazón, para que la trabazón de sus virtudes enseñe al lector qué tal debe ser en sí mismo cuando suministra bienes exteriores a otros.

29. Se debe evitar la elación en las buenas obras.---Pero, ¿quién no se creería santo entre tan grandes cumbres de virtudes? ¿Quién no sería tentado de algún modo por esos mismos tantos méritos, de modo que si alguna vez como hombre delinquiera, no quisiera que su delito llegara a conocimiento de los hombres; y creyera que es leve si pecara en lo mínimo; y prefiriera cubrir su culpa con el silencio que abrirla con la voz de la confesión? Pues a menudo ocurre que el ánimo elado por las virtudes, mientras conoce que muchos bienes se esparcen de sí en la estimación de los prójimos, no quiere que se reconozca si hay algo que hace reprensiblemente. Las cuales tinieblas de error, a saber, la mente las tolera por esto, porque el tumor del corazón grava el ojo. De donde el bienaventurado Job, entre tantos hechos eximios de virtudes, el cual existió tan sumo en la operación, para demostrar cuán humilde fue en la mente, añadió a continuación:

CAPÍTULO XV

VERS. 33.---Si escondí como hombre mi pecado, y celé en mi seno mi iniquidad.

30. Argumento de humildad es confesar la propia culpa; de soberbia, excusarla. Excusando los pecados, los hacemos más graves.---Pues estos son los testimonios de la verdadera humildad: tanto que cada uno conozca su iniquidad, como abrir la conocida con la voz de la confesión. Pero por el contrario, es vicio usual del género humano tanto cometer el pecado ocultándolo, como esconder el cometido negándolo, y multiplicar el convicto defendiéndolo. De aquella caída del primer hombre, por cierto, traemos estos aumentos de maldad, de la cual trajimos la raíz misma de la culpa. Pues así aquel, cuando hubo tocado el leño prohibido, se escondió de la faz del Señor entre los leños del paraíso. En cuya ocultación, a saber, porque no podía ocultarse de Dios, no se describe el efecto de ocultarse, sino que se nota el afecto. El cual, cuando era reprendido por el Señor por haber tocado el leño prohibido, respondió al punto: Mulier quam dedisti mihi sociam ipsa mihi dedit de ligno, et comedi (Gén. 3, 12). También la mujer, interrogada, respondió diciendo: Serpens decepit me, et comedi (Ibid., 13). Para esto, por cierto, habían sido requeridos, para que borraran confesando el pecado que habían cometido transgrediendo. De donde también aquella serpiente persuasora, que no debía ser revocada al perdón, no fue requerida sobre la culpa. Fue interrogado, pues, el hombre dónde estaba, para

que considerara la culpa perpetrada, y por la confesión conociera cuán lejos estaba de la faz de su creador. Pero eligieron aplicarse a sí mismos los consuelos de la defensa más que de la confesión. Y cuando el varón quiso excusar el pecado por la mujer, la mujer por la serpiente, aumentaron la culpa que intentaron proteger: Adán tocando oblicuamente al Señor, de que Él mismo existió como autor de su pecado, quien hizo a la mujer; y Eva refiriendo la culpa al Señor, que había puesto a la serpiente en el paraíso. Pues los que por la boca del diablo que los engañaba habían oído: Seréis como dioses (Ibid., 5), ya que no pudieron ser semejantes a Dios en la divinidad, intentaron hacerse a Dios semejante a sí mismos en la culpa, para colmo de su error. Así pues, mientras se esfuerzan por defender su reato, añadieron que su culpa se hiciera más atroz al ser discutida de lo que había sido al ser perpetrada.

31. Muchos imitan a Adán, pensando ocultar el pecado como con hojas de árboles. El pecador sale del sepulcro por la confesión.---De donde ahora también las ramas del género humano traen la amargura de esta raíz todavía, de modo que cuando cada uno es reprendido por su vicio, se esconde bajo las palabras de las defensas como bajo ciertas hojas de árboles, y como hacia ciertos secretos opacos de su propia excusa huye de la faz de su creador, mientras no quiere que se conozca lo que hizo. En la cual ocultación, a saber, no se oculta del Señor, sino que oculta al Señor para sí mismo. Hace, en efecto, que el que todo lo ve no lo vea a él, pero no que él mismo no sea visto. Por

el contrario, para todo pecador ya el exordio de la iluminación es la humildad de la confesión, porque ya rehúsa perdonarse a sí mismo, quien no se avergüenza de confesar el mal que hizo; y quien defendiendo pudo ser acusado, acusándose a sí mismo se defiende rapidísimamente. De donde también al muerto Lázaro, que era oprimido por una gran mole, de ninguna manera se le dice: Revive, sino: Sal fuera (Juan 11, 43). De cuya resurrección, a saber, la cual fue hecha en su cuerpo, se señala cómo seamos nosotros resucitados en el corazón, cuando a saber se le dice al muerto: Sal fuera, para que a saber el hombre muerto en su pecado, y por la mole de la mala costumbre ya sepultado, porque yace oculto dentro de su conciencia por la maldad, por la confesión salga fuera de sí mismo. Pues al muerto se le dice: Sal fuera, para que desde la excusa y la ocultación del pecado sea provocado a salir con la propia boca a su propia acusación. De donde David el profeta, reviviendo de aquella tan grande muerte de su crimen, salió como hacia fuera a la voz del Señor, mientras, reprendido por Natán, acusó lo que había hecho (2 Sam. 12, 13).

32. La culpa de ocultar el pecado ha crecido vehementemente.---Porque, por tanto, esta culpa de la ocultación ha crecido vehementemente en el género humano, bien el bienaventurado Job, cuando decía: Si escondí mi pecado, interpuso: como hombre. Pues considera que es propio del hombre lo que desciende de la imitación del antiguo padre. Donde aptamente se añade: Y celé en mi seno mi iniquidad. [Vet. XIV, rec. X.] Pues la

sagrada Escritura muchísimas veces acostumbró poner el seno por la mente, como por la voz de la Iglesia sobre nuestros perseguidores, que nos están unidos ciertamente por la naturaleza, pero disjuntos por la vida, se dice por el Salmista: Devuelve a nuestros vecinos el séptuplo en su seno (Sal. 78, 12). Como si dijera abiertamente: En su mente reciban esto que operan embraveciéndose en nuestros cuerpos, para que mientras nos castigan exteriormente en parte, ellos mismos sean castigados interiormente de forma perfecta. Porque, pues, el seno se toma por el secreto de la mente, celar la iniquidad en el seno es ocultar esta en los escondrijos de la conciencia, ni detectarla por la confesión, sino velarla por la defensa. Por el contrario, Santiago dice: Confesaos los unos a los otros vuestros pecados, y orad los unos por los otros para que seáis salvos (Sant. 5, 16). Salomón también dice: Quien esconde sus crímenes no será enderezado; pero quien los hubiere confesado y abandonado, conseguirá misericordia (Prov. 28, 13).

33. Es fingida la confesión del pecado sin humildad. Indicios de la confesión sincera.---Pero entre estas cosas debe saberse que muchísimas veces los hombres tanto confiesan las culpas, como no son humildes. Pues conocemos a muchos que, sin que nadie los reprenda, confiesan que son pecadores; pero cuando tal vez fueron corregidos por su culpa, buscan el patrocinio de la defensa, para que no parezca que son pecadores. Los cuales, si entonces cuando dicen eso espontáneamente se reconocieran con veraz humildad como

pecadores, cuando son reprendidos por otros, no negarían ser lo que habían confesado. En la cual cosa los indicios de la verdadera confesión son, si cuando cada uno se dice pecador, no contradice al que también dice eso de él. Porque, pues, está escrito: El justo al principio es acusador de sí mismo (Prov. 18, 17), no apetece más parecer pecador, sino justo, cuando cada uno se confiesa pecador sin que nadie lo reprenda, pero prueba la verdad de la confesión cuando otro reprende el mal que hicimos. Lo cual si defendemos soberbiamente, está claro que nos decíamos pecadores desde nosotros mismos de forma fingida. Por lo cual debe cuidarse sumamente que los males que hicimos, tanto los confesemos espontáneamente, como no los neguemos cuando otros los reprendan. Pues es vicio de la soberbia que lo que cada uno se digna confesar de sí mismo como por su propia voluntad, esto se desdeñe de que se le diga por otros.

34. Humildad de Job en la confesión del pecado. A menudo es de un combate más grave confesar los pecados que evitarlos.---El bienaventurado Job, por tanto, muestra de cuánta humildad fue, quien tanto supo vivir entre los adversarios, como sin embargo no temió abrir sus culpas con la voz de la confesión. Pero debe notarse que arriba dice sus virtudes, abajo confiesa el pecado. Pues de aquí demuestra liquidamente cuán veraces cosas había dicho de sus bienes, quien no quiso callar sobre los males. Ahora indica sus virtudes, ahora su culpa, porque tanto perpetró el pecado como no calló, lo manifiesta. De donde

certísimamente aparece de cuánta limpieza fue en los ojos del Dios omnipotente, quien tanto evitó los males para no cometerlos, como sin embargo los que le aconteció cometer no los ocultó a los hombres, a fin de que para él tanto sea gloria de la justicia haber declinado el pecado, como custodia de la justicia haber producido lo que no pudo declinar. Véase este varón como grande para cualquiera en sus virtudes, para mí ciertamente aparece sublime incluso en sus pecados. Admiren en él los que quieran la continencia de la castidad, admiren la integridad de la justicia, admiren las entrañas de la piedad; yo en él no menos admiro la confesión humildísima de los pecados que tantos hechos sublimes de virtudes. Pues sé que por la vergüenza de la flaqueza muchísimas veces es de un combate más grave producir los pecados cometidos que evitar los no admitidos, y cualquier mal, aunque se evite más robustamente, sin embargo se produce más humildemente. El bienaventurado Job, por tanto, quien apoyado en tantos grandes hechos no se avergonzó de confesar su culpa, mostró en las virtudes cuán humilde fue. Pero porque de la humildad verdadera siempre nace una autoridad segura, de modo que tanto nada tema fuera, cuanto hacia las cumbres de las cosas el ánimo por el deseo de la elación no anhela, expresada la confesión del pecado, rectamente se añade:

CAPÍTULO XVI.

VERS. 34.---Si temí a una multitud muy grande, y el desprecio de los parientes me aterró; y no guardé más bien silencio, ni salí de la puerta.

35. La maravillosa seguridad de un corazón libre del deseo de las cosas terrenales. La cual, sin embargo, no exime de la disciplina de la custodia. Grande es la seguridad del corazón, no tener ninguna concupiscencia secular. Porque si el corazón anhela alcanzar las cosas terrenales, de ninguna manera puede estar seguro y tranquilo, porque o desea lo que no tiene para tenerlo, o teme perder lo alcanzado; y mientras en las adversidades espera las prosperidades, en las prosperidades teme las adversidades, es lanzado de aquí para allá como por ciertas olas, y es agitado de varios modos por la mutabilidad de las cosas alternantes. Pero si una vez el ánimo se fija con fuerte estabilidad en el apetito de la patria suprema (superna patria), menos es vejado por la perturbación de las cosas temporales. Pues de todos los movimientos externos busca su misma intención como un cierto retiro secretísimo, y allí adhiriéndose a lo inmutable, y trascendiendo todas las cosas mutables, por la misma tranquilidad de su descanso está en el mundo fuera del mundo. Excede ciertamente todas las cosas ínfimas por la intención de las sumas, y por una cierta libertad siente que sobrevive a todas las cosas que no desea, ni sostiene dentro la tempestad de las cosas temporales que contempla fuera. Porque todas las cosas terrenales, que deseadas podían oprimir la mente, despreciadas yacen debajo. Por lo cual bien se dice por el profeta: "Pon para ti

una atalaya" (Jer. 31, 21), para que mientras cada uno contempla las cosas sumas, sobremine a las ínfimas. De aquí también dice Habacuc: "Estaré sobre mi custodia" (Hab. 2, 1). Pues está sobre su custodia quien por la destreza de la disciplina no sucumbe a los deseos terrenales, sino que sobremina, para que mientras siempre anhela la eternidad que permanece, le sea inferior todo lo que pasa.

36. Porque no excluye las enfermedades y perturbaciones de la carne. Los Santos, imperturbables por el don de Dios, por su propia enfermedad están sujetos a perturbaciones. Sin embargo, porque el varón santo, por mucha virtud que haya progresado, puesto aún en esta vida le oprime extrínsecamente la enfermedad de la carne, como está escrito: "Aunque el hombre camine en la imagen de Dios, sin embargo se conturba en vano" (Sal. 38, 7), sucede frecuentemente que tanto se turba exteriormente como perdura imperturbable interiormente; y lo que puede conturbarse en vano es de la enfermedad de la carne, aunque lo que camina en la imagen de Dios es de la virtud de la mente, a fin de que tanto se fortalezca dentro por el auxilio divino como, sin embargo, aún fuera sea oprimido por la carga humana (sarcina humana). Por lo cual bien Habacuc otra vez profirió una sentencia sirviendo a ambas cosas. Pues dice: "Y entró el temblor en mis huesos, y debajo de mí se turbó mi virtud" (Hab. 3, 16). Como si dijera: No es mi virtud en la que arriba arrebatado permanezco imperturbable, y es mi virtud en la que abajo me turbo. Él

mismo, pues, es imperturbable sobre sí mismo, él mismo perturbable bajo sí mismo, porque había ascendido sobre sí mismo en cuanto era arrebatado a las cosas sumas; y estaba bajo sí mismo en cuanto aún arrastraba las reliquias en las ínfimas. Él mismo es imperturbable sobre sí mismo porque ya había pasado a la contemplación (contemplatio) de Dios; él mismo perturbable bajo sí mismo porque bajo sí mismo aún permanecía hombre enfermo. Con esta sentencia concordando el profeta David, dice: "Yo dije en el exceso de mi mente: Todo hombre es mentiroso" (Sal. 115, 2). A quien se puede responder: Si todo hombre, también tú, y ya será falsa la sentencia que tú mismo mentiroso proferiste. Pero si tú mismo no eres mentiroso, ya no será verdadera la sentencia, porque mientras tú eres veraz, no todo hombre es conocido como mentiroso. Pero debe notarse lo que se antepone: "Yo dije en el exceso de mi mente." Por el exceso de la mente, pues, también se trascendió a sí mismo cuando definió sobre la cualidad del hombre. Como si dijera patentemente: De la falsedad de todos los hombres proferí allí una sentencia verdadera, de donde yo mismo estuve sobre el hombre. En tanto, pues, también él mismo mentiroso, en cuanto hombre; en tanto, sin embargo, de ninguna manera mentiroso, en cuanto por el exceso de la mente sobre el hombre.

37. Estas cosas no estorban el descanso interno y la contemplación. Así, pues, así todos los perfectos, aunque todavía toleren algo turbulento de la enfermedad de la carne, ya sin embargo

disfrutan intrínsecamente de un secreto tranquilísimo por la contemplación de la mente, de modo que cualquier cosa que suceda fuera, en nada turbe dentro. Por lo cual el bienaventurado Job, mostrando la seguridad de la mente santa, después de que profirió tantos predicamentos de sus virtudes, siguiendo lo que hemos antepuesto, añadió. "Si temí a una multitud muy grande, y el desprecio de los parientes me aterró; y no guardé más bien silencio, ni salí de la puerta". Como si dijera más claramente: Turbados otros contra mí exteriormente, yo mismo permanecí imperturbable en mí interiormente. ¿Pues qué en este lugar debemos entender por "puerta" sino la "boca"? Pues por ella como que salimos, mientras con las palabras que podemos abrimos los secretos de nuestro corazón; y tales como permanecemos dentro en la conciencia, tales salimos fuera por la lengua.

38. Los Santos callan en tiempo de conmoción. Otros de otro modo. Se debe callar, a no ser que hablando podamos aprovechar a otros. Hay, en efecto, algunos que temen sobremanera ser despreciados, y para no ser juzgados tal vez viles, desean parecer sabios. Estos son obligados a salir de la puerta, porque golpeados por los ultrajes, denuncian hablando cuán grandes yacen escondidos para sí mismos. Y mientras, vencidos por la impaciencia, sacan a la luz algunas cosas de sí que no se conocían, salen como por la puerta de la boca. Por lo cual el bienaventurado Job, habiendo de decir que no había salido por la puerta de la boca, bien antepuso: "Callé", porque ciertamente, tur-

bado por la impaciencia, habría salido de la casa de la conciencia si no hubiera sabido callar. Pues los varones santos en la tentación de la conmoción rehúyen totalmente mostrarse, y cuando no pueden aprovechar a los oyentes, incluso callando quieren ser despreciados, para no gloriarse de la ostentación de su sabiduría. Y cuando dicen algo prudentemente, no buscan su propia gloria, sino la vida de los oyentes. Pero cuando ven que hablando no pueden ganar la vida de los oyentes, callando esconden su ciencia. Pues corremos a imitar la vida del Señor, como hacia una cierta señal propuesta para nosotros. Pues Él, porque vio que Herodes no buscaba provecho, sino que quería admirar señales o ciencia, requerido por él calló, y porque calló constantemente, salió burlado por él. Pues está escrito: "Herodes, visto Jesús, se gozó sobremanera; pues deseaba desde hacía mucho tiempo verle, porque oía muchas cosas de él, y esperaba ver alguna señal hecha por él" (Lc. 23, 8). Donde también se añade: "Le interrogaba con muchas palabras, pero él nada le respondía". Callando el Señor, se muestra cuán despreciado fue, cuando allí de inmediato se añade: "Herodes con su ejército le despreció y se burló". Hecho que ciertamente conviene que nosotros oyendo aprendamos, para que cuantas veces nuestros oyentes quieran conocer nuestras cosas como dignas de alabanza, pero no cambiar sus propias perversidades, callemos totalmente, no sea que si por el estudio de la ostentación hablamos la palabra de Dios, tanto la culpa de ellos que era no

deje de serlo, como la nuestra que no era llegue a serlo.

39. De dónde se puede saber si los oyentes aprovechan de la doctrina de los predicadores. Qué sea hablar de Dios y ante Dios. Dirá tal vez alguno: ¿De dónde sabemos con qué corazón escucha cada uno? Pero son muchas las cosas que delatan el ánimo del oyente, sobre todo si nuestros oyentes tanto alaban siempre lo que oyen como nunca siguen lo que alaban. De esta vana gloria de hablar el insigne predicador había huido, cuando decía: "Pues no somos como muchísimos, que adulteran la palabra de Dios; sino que por la sinceridad, como de parte de Dios, ante Dios hablamos en Cristo" (2 Cor. 2, 17). Adulterar la palabra de Dios es, o sentir de ella de otro modo de lo que es, o buscar en ella no frutos espirituales, sino fetos adulterinos de la alabanza humana. Hablar por sinceridad es no buscar nada en la elocuencia fuera de lo que conviene. Habla como de parte de Dios quien sabe que no lo tiene de sí mismo, sino que de Dios ha recibido lo que dice. Pero ante Dios habla quien en todo lo que dice no anhela favores humanos, sino que atiende a la presencia de Dios omnipotente; no busca su propia gloria, sino la del autor. Quien en cambio sabe ciertamente que de Dios ha recibido lo que dice, y sin embargo hablando busca su propia gloria, habla como de parte de Dios, pero no ante Dios, porque piensa como ausente a aquel a quien no propone a su corazón cuando predica. Pero los varones santos hablan tanto de parte de Dios como ante Dios, porque tanto saben que de

Él tienen lo que dicen, como consideran que Él mismo asiste a sus sermones como juez y oyente. De donde sucede que cuando se ven despreciados por los prójimos, y que sus dichos no aprovechan a la vida de los oyentes, esconden cuán gran virtud tienen, no sea que si el sermón proferido abre inútilmente el secreto del corazón, estalle en vana gloria.

40. Ni la soberbia ni la impaciencia obligaron a Job a narrar sus virtudes. El bienaventurado Job, por tanto, no deseando entre las mentes obstinadas brillar por la manifestación de su virtud, dice: "Si el desprecio de los parientes me aterró, y no guardé más bien silencio, ni salí de la puerta". Pues a quien por la humildad sólido de ninguna manera temió ser despreciado, a este para que la lengua lo echara fuera no lo venció la impaciencia. Donde bien se antepone: "Si temí a una multitud muy grande", para que se reconozca de qué constancia fue, porque ciertamente de ninguna manera aterra exteriormente el número de hombres a quien no devasta interiormente la turba de los vicios. Pues en esta vida, quien nada próspero desea, nada sin duda alguna adverso teme.

41. Lo que Job narra de sí debe entenderse de Cristo. Palabras que ciertamente si las atraemos al entendimiento místico, en ellas más pronto encontramos la operación de nuestro Redentor. Él mismo, en efecto, no temió a una multitud muy grande, que con una sola respuesta abatió a sus perseguidores que venían con espadas y palos, diciendo: "Yo soy" (Jn. 18, 6). El desprecio de los

parientes no le aterró a Él, que librándonos de los suplicios eternos, aceptó con ecuanimidad las bofetadas en la cara. Él mismo calló, y no salió por la puerta, quien bajo la misma hora de la pasión cuando padecía lo enfermo de la humanidad, no quiso ejercer la potencia de su divinidad. Para el Mediador de Dios y de los hombres habría sido como salir por la puerta si, cuando era tenido como hombre, hubiera querido mostrar la potencia de su majestad, y pasar por la magnitud de la divinidad por lo enfermo de la carne asumida. Pues para que como hombre manifiesto pudiera morir, Dios permaneció oculto: "Porque si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria" (1 Cor. 2, 8). No salió, pues, por la puerta, quien también requerido por Pilato calló; y entre las manos de los perseguidores tanto ofreció el cuerpo a la pasión que por los electos había asumido, como no quiso demostrar a los que resistían lo que era. Por lo cual también se dice por el Salmista: "Me pusieron en abominación para sí, fui entregado, y no salía" (Sal. 87, 9). Pues cuando era despreciado porque se veía como hombre, habría salido si hubiera querido ostentar su majestad oculta. Pero porque manifestó la enfermedad, escondió la potencia; en aquello que permaneció incógnito para sus perseguidores, a ellos mínimamente salió. Quien, sin embargo, sale a los electos, porque abre la suavidad de su divinidad a quienes la buscan. Por lo cual se le dice por el profeta: "Saliste para la salvación de tu pueblo, para salvar a tus cristos" (Hab. 3, 13). Sigue:

CAPÍTULO XVII

[Vet. XVIII, Rec. XIII].

VERS. 35.---¿Quién me diera un ayudante, para que el Omnipotente oiga mi deseo?

42. Nadie se apoye en sus propios méritos. Se debe buscar como ayudante y Mediador a Cristo. El varón santo, después de que narró tantos hechos sublimes de sus virtudes, sabiendo que por sus propios méritos no puede llegar a las cosas sumas, busca un ayudante. ¿Y a quién contempla sino al unigénito Hijo de Dios, que ayudó a la naturaleza humana que trabajaba en esta mortalidad cuando la asumió? Él ciertamente ayudó al hombre hecho hombre, para que porque al puro hombre no le estaba abierta la vía de regreso a Dios, se hiciera la vía de regreso por el hombre Dios. Pues estábamos lejos del justo e inmortal, nosotros mortales e injustos. Pero entre el inmortal y justo y nosotros mortales e injustos apareció el Mediador de Dios y de los hombres, mortal y justo, que tuviera tanto la muerte con los hombres como la justicia con Dios, para que porque por nuestras cosas ínfimas estábamos lejos de las sumas, en sí mismo uno uniera las ínfimas con las sumas, y de ahí se nos hiciera la vía de regreso a Dios, por la cual acoplara nuestras cosas ínfimas a sus cosas sumas. A este, pues, el bienaventurado Job, hablando por la significación de toda la Iglesia, requiere como Mediador, quien habiendo dicho: "¿Quién me diera un ayudante?", aptamente añadió: "Para que el Omnipotente oiga mi deseo". Pues sabía que las preces humanas no podían ser

oídas para el descanso de la liberación eterna sino por medio de su abogado (advocatus). De quien por el apóstol Juan se dice: "Si alguno pecare, abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo el justo, y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo" (1 Jn. 2, 1-2). De quien el apóstol Pablo dice: "Cristo Jesús, que murió por nosotros, más aún, que también resucitó, que está a la diestra de Dios, el cual también intercede por nosotros" (Rom. 8, 34). Pues para el Hijo unigénito interceder por el hombre es mostrarse a sí mismo hombre ante el Padre coeterno, y haber rogado por la naturaleza humana es haber asumido esa misma naturaleza en la celsitud de su divinidad. Intercede, pues, por nosotros el Señor, no con la voz, sino con la conmiseración, porque lo que no quiso que fuera condenado en los electos, lo libró asumiéndolo. Se busca, pues, un ayudante para que el deseo sea escuchado, porque si no intercediera por nosotros la interpelación del Mediador, ante el oído de Dios sin duda alguna callarían las voces de nuestras preces.

43. No las palabras sino los deseos del corazón oye Dios. Debe notarse también que de ninguna manera se dice "preces", sino "mi deseo oiga el Omnipotente". Pues la verdadera postulación no está en las voces de la boca, sino en los pensamientos del corazón. Pues voces más valientes ante los oídos secretísimos de Dios no las hacen nuestras palabras, sino nuestros deseos. Pues si pedimos con la boca la vida eterna, y sin embargo no la deseamos con el corazón, clamando calla-

mos. Pero si deseamos de corazón, incluso cuando callamos con la boca, callando clamamos. De aquí es que en el desierto el pueblo estrepita con voces, y Moisés calla del estrépito de las palabras; y sin embargo, callando, es oído por el oído de la piedad divina, cuando se dice: "¿Por qué clamas a mí?" (Éx. 14, 15). Dentro, pues, en el deseo está el clamor secreto, que no llega a los oídos humanos, y sin embargo llena el oído del creador. De aquí es que Ana, yendo al Templo, calló ciertamente con la boca, y sin embargo emitió tantas voces de su deseo (1 Sam. 1, 13). De aquí en el Evangelio dice el Señor: "Entra en tu aposento, y cerrada tu puerta, ora a tu Padre en lo escondido, y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará" (Mt. 6, 6). Pues en el aposento pide con la puerta cerrada quien, callando la boca, derrama el afecto de su mente ante la presencia de la piedad suprema. Y la voz es oída en lo escondido cuando por los santos deseos se clama silenciosamente. Por lo cual rectamente también se dice por el Salmista: "El deseo de los pobres exaudió el Señor; la preparación de su corazón oyó tu oído" (Sal. 10, 17). Pero a quién busca el bienaventurado Job como ayudante para él en el exaudir del deseo, lo abre con las palabras añadidas, diciendo:

CAPÍTULO XVIII

[Vet. XIX].

IBID.---Y escriba un libro el mismo que juzga.

44. Se debe buscar como ayudante a Cristo, que es legislador y juez. Vaticinio de Ezequiel

sobre él. Porque para un pueblo todavía temeroso la ley fue transmitida por un siervo, pero a los hijos que aman la gracia del Evangelio les fue conferida por el Señor, quien viniendo para nuestra redención nos fundó un nuevo testamento, pero discutiéndonos sobre el mandato del mismo testamento, a veces también viene como juez, no es necesario que por exposición se aclare que escribe el libro el mismo que juzga. Pues la misma Verdad por sí dice: "El Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio dio al Hijo" (Jn. 5, 22). Será, pues, entonces autor del juicio quien ahora es fundador del libro, para que entonces exija estrechamente lo que ahora manda mansamente. Pues así vemos a diario que los maestros imponen halagando los elementos de las letras a los niños, pero estas las exigen de ellos con severidad; y lo que dan con mansedumbre, lo requieren con el azote. Pues blandos suenan ahora los mandatos de la divina elocuencia, pero serán ásperos de sentir en la exacción. Mansa es ahora la amonestación del que llama, pero entonces vendrá estrecha la justicia del juez, porque es cierto que nada, ni siquiera del mínimo mandato, pasa sin discusión. Por lo cual ciertamente consta que escribió el libro el mismo que juzga. El cual libro del Nuevo Testamento, porque Él mismo por sí el Redentor del género humano lo fundaría en el extremo, bien el profeta Ezequiel lo denuncia, diciendo: "He aquí que seis varones venían por la vía de la puerta superior, que mira hacia el Aquilón, y cada uno un vaso de perdición en su mano. Y un varón en medio de ellos vestido de lino, y un

tintero de escritor a sus lomos" (Ez. 9, 2). ¿Pues qué otra cosa en los seis varones que vienen sino las seis edades del género humano se designan? Los cuales vienen por la vía de la puerta superior, porque desde la condición del paraíso, como desde el ingreso al mundo, se evolucionan desde las generaciones superiores. Puerta que mira hacia el Aquilón (Aquilo), porque ciertamente la mente del género humano abierta a los vicios, si no desertando del calor de la caridad apeteciera el torpor de la mente, no habría salido hacia esta latitud de la mortalidad. "Y cada uno un vaso de perdición en su mano", porque cada generación evolucionada en cada una de las edades, antes del advenimiento del Redentor tuvo en su propia operación de donde tomó la pena de la condenación. "Y un varón en medio de ellos vestido de lino", porque nuestro Redentor, habiéndose dignado tener padres también de la tribu sacerdotal según la carne, se dice que viene vestido de lino. O ciertamente porque el lino nace de la tierra, y no como la lana de la carne corruptible, porque asumió el indumento de su cuerpo de una madre virgen, y no de la corrupción de la conmistión, ciertamente vino a nosotros vestido de lino. "Y un tintero de escritor a sus lomos". En los lomos está la parte posterior del cuerpo. Y porque el mismo Señor después de que murió por nosotros, y resucitó, y ascendió al cielo, entonces escribió el Nuevo Testamento por los apóstoles, este varón tuvo el tintero a los lomos. Pues quien fundó la escritura del Nuevo Testamento después de que se marchó, llevó el tintero como por la espalda. Este

tintero, pues, considera que se adhiere al varón vestido de lino quien dice: "Y escriba un libro el mismo que juzga". ¿Pero por qué, bienaventurado Job, deseas que el libro sea escrito por aquel que es juez? Sigue:

CAPÍTULO XIX

[Vet. XX, Rec. XIV].

VERS. 36.---Para que lo lleve sobre mi hombro, y me lo ciña como una corona.

45. La Sagrada Escritura debe llevarse al hombro por la operación, para que se ciña como corona por la remuneración. Ciertamente llevar el libro al hombro es perfeccionar la Sagrada Escritura obrando. Y debe notarse cuán ordenadamente se describe, tanto que primero se lleva al hombro, como que después se ciñe como corona, porque ciertamente los mandatos del sacro elocuio, si ahora se llevan bien en la obra, después nos exhiben la corona de la victoria en la retribución. Pero ¿por qué el bienaventurado Job postula que se escriba un libro por el juez, él que no podía llegar a los tiempos del Nuevo Testamento? Pero como ya se ha dicho a menudo, usa las voces de los electos, y por la significación de ellos postula lo que preveía que les aprovecharía en todo. Pues él mismo por el Espíritu ya desde hacía tiempo tenía este libro consigo, que había recibido por la gracia de la aspiración, tanto para conocerlo viviendo como para anunciarlo previéndolo.

Pero entre estas cosas debe saberse que cuando pensamos los preceptos del mismo sacro

elocuio, y cuando divertimos la mente del amor de la vida corruptible, como por ciertos pasos del corazón nos apresuramos hacia las cosas interiores. Pero nadie desertando de lo ínfimo se hace de repente sumo, porque para obtener el mérito de la perfección, mientras a diario la mente es conducida a lo alto, a esto sin duda alguna se llega como por ciertos grados (gradus) de ascensión. Por lo cual aquí también aptamente se añade:

CAPÍTULO XX.

VERS. 37.---Por cada uno de mis grados lo pronunciaré.

46. Varios son los grados hacia la perfección. Para que aprovechamos hacia Dios debemos desfallecer de nosotros mismos. Sobre estos grados de los méritos ciertamente se dice por el Salmista: "Caminarán de virtud en virtud" (Sal. 83, 8). Sobre estos otra vez contemplando a la santa Iglesia, dice: "Dios en sus grados es conocido, mientras la reciba" (Sal. 47, 4). Pues ni, como se ha dicho, de repente se llega a lo sumo, sino que a la celsitud de las virtudes la mente es conducida por incrementos. De aquí ciertamente es que el mismo profeta dice otra vez: "Fui ejercitado, y desfalleció por un poco mi espíritu" (Sal. 76, 4). ¿Qué es, pues, lo que dice: "Mi espíritu", sino el espíritu del hombre, a saber, el espíritu de elación? Y porque por la gracia oculta aprovechamos hacia el amor de Dios por una medida atemperada desde arriba, cuanto en nosotros a diario crece la virtud del espíritu de Dios, tanto nuestro espíritu desfallece. El cual espíritu de

error, porque no es amputado de nosotros súbitamente de raíz, bien se dice que desfalleció por un poco. Entonces en verdad aprovechamos plenamente en Dios, cuando hayamos desfallecido de nosotros mismos por completo. Estas medidas, pues, de las virtudes crecientes, son llamadas "grados" (gradus) por las voces del varón santo. Pues cada electo comienza primero desde la ternura de su rudimento, y después convalece hacia cosas robustas y fuertes. Lo cual patentemente demuestra la Verdad en el Evangelio, diciendo: "Así es el reino de Dios, como si un hombre echara simiente en la tierra, y durmiera, y se levantara de noche y de día, y la simiente germinara, e incrementara, mientras él no lo sabe" (Mc. 4, 26). De cuya simiente ciertamente denunciando los incrementos, añade: "Pues espontáneamente la tierra fructifica, primero la hierba, después la espiga, después el pleno trigo en la espiga". De cuyo progreso también subroga el fin, diciendo: "Y cuando haya producido de sí el fruto, al punto mete la hoz, porque ha llegado el tiempo de la mies". He aquí que por la voz de la Verdad, por las cualidades de los frutos, han sido distinguidos los incrementos de los méritos. Pues dice: "Primero la hierba, después la espiga, después el pleno trigo en la espiga". ¿Acaso no había sido hierba todavía entonces Pedro cuando por la boca de una criada súbitamente fue inclinado por el soplo de una sola palabra; ya ciertamente verde por la devoción, pero todavía tierno por la enfermedad? Pero fue hallado "pleno trigo en la espiga" cuando resistía a los príncipes perseguidores, di-

ciendo: "Conviene obedecer más a Dios que a los hombres" (Hech. 5, 29). Fue hallado "pleno trigo en la espiga" cuando en la trilla de la persecución soportó tantos azotes, y sin embargo de ninguna manera fue disminuido al modo de la paja, sino que permaneció grano íntegro. Pues poco a poco en cada alma, por así decirlo, el humor de la gracia interna exuberante, para que la hierba crezca hacia el fruto. Nadie, pues, de ningún prójimo, cuando todavía ve la hierba, desespere del trigo. Ciertamente por las hojas de las hierbas, que fluyen blandamente de aquí para allá, se solidifican los granos nacientes de los frutos.

[Vet. XXI.] 47. Diversos grados de los progresos expresados por medio de Daniel. --- Mas bien el profeta Daniel, hablando el Señor hacia él, mientras se esforzó por insinuarnos la posición de su cuerpo, señaló estos incrementos de los méritos. Pues dice: Oí la voz de sus palabras, y al oír yacía consternado sobre mi faz, y mi rostro estaba pegado a la tierra. Y he aquí que una mano me tocó, y me levantó sobre mis rodillas, y sobre las articulaciones de mis manos, y me dijo: Daniel, varón de deseos, entiende las palabras que yo hablo a ti, y estate en tu grado; pues ahora he sido enviado a ti. Y cuando me hubo dicho este sermón, estuve temblando, y me dijo: No temas (Dan. X, 9). Cuya posición de su cuerpo ciertamente, mientras oía las palabras del que hablaba por dentro, de ninguna manera nos expresaría con tanto cuidado, si hubiera conocido que estaba vacante de misterios. Pues en la sagrada Escritura de los varones justos no solo lo que dicen es profecía, sino tam-

bién frecuentemente lo que hacen. El varón, por tanto, santo, lleno de internos misterios, por la posición también de su cuerpo expresa la virtud de la voz, y por esto que primero yacía postrado en tierra, por esto que después se levantó en las articulaciones de sus manos y en sus rodillas, por esto que al extremo se detuvo ciertamente erguido pero temblando, en sí mismo nos hace conocer todo el orden de nuestro progreso. Pues las palabras de Dios las oímos yaciendo en tierra, cuando puestos en los pecados, conjuntos a la polución terrenal, por la voz de los santos conocemos los preceptos espirituales. Hacia cuyos preceptos como sobre las rodillas y sobre las articulaciones de nuestras manos nos levantamos, porque retirándonos de los contagios terrenales, como ya desde los ínfimos elevamos la mente. Pues así como todo a la tierra se adhiere el que yace consternado, así el que en las rodillas y en las articulaciones de sus manos se encorva, al comenzar el progreso ya por gran parte se suspende de la tierra. Mas al extremo, erguidos ciertamente por la voz dominica, pero temblando asistimos, cuando, perfectamente sublevados de los deseos terrenales, cuanto más plenamente conocemos las palabras de Dios más tememos. Pues todavía como en tierra yace, el que descuida levantarse a las celestiales por los deseos terrenales. Pero como sobre las rodillas y las articulaciones de las manos se levanta, quien aunque surge de los pecados carnales hacia la penitencia, todavía sin embargo tiembla acerca de su salud.

48. Del temor al amor y a la caridad se debe llegar. --- Mas bien indica que él estuvo temblando, porque el examen de la sutileza interna, cuanto más se progresa hacia ello, más se teme. Donde aptamente por la voz divina se añade: No temas, porque cuando nosotros mismos reconocemos más lo que hemos de temer, más se nos infunde de Dios por la gracia interna lo que amemos; a fin de que también nuestro desprecio por un poco pase al temor, y el temor pase a la caridad, para que porque a Dios que nos busca por el desprecio resistimos, por el temor huimos, y pospuesto alguna vez el desprecio y el temor, solo a Él por el amor nos unamos. Pues por un poco también aprendemos el temor de Aquel a cuya sola dilección nos adherimos. Apuestos, por tanto, como ciertos grados de nuestro progreso, ponemos primero el pie de la mente por el temor en lo ínfimo, y después por la caridad lo elevamos a lo alto del amor, para que de aquello por lo que cada uno se hincha, sea reprimido para que tema, y de aquello que ya temió, sea sublevado para que presuma. Mas estos grados de las virtudes no es de gran trabajo prenderlos, cuando de una a otra se pasa.

49. Los grados de cada una de las virtudes son varios. Los incrementos de la fe. --- Mas la cosa necesita de una sutilísima disputa, cuando la mente se esfuerza por pensar, en una y misma virtud, por qué grados de su progreso sea elevada. Pues para que hable de los primeros elementos de las virtudes, a saber, la fe y la sabiduría, no pueden obtenerse cada una perfectamente, si a

estas por modos distintos y ordenados, como por ciertos grados, no ascendemos. Pues la misma fe, que para emprender perfectamente otros bienes nos imbuye, frecuentemente en sus comienzos y titubea, y es sólida; y ya se tiene certísimamente, y sin embargo de su confianza todavía bajo duda se trepida. Pues una parte de ella primero se recibe, para que en nosotros después perfectamente se complete. Pues si por cierto grado en la mente del creyente no progresara, el padre del niño que había de ser sanado, requerido en el Evangelio, no hubiera dicho: Creo, Señor, ayuda mi incredulidad (Marc. IX, 23). Todavía, pues, ascendía hacia la fe que ya había percibido, quien en uno y mismo tiempo clamaba que él ya creía, y todavía por la incredulidad dudaba. De aquí es también lo que se dice a nuestro Redentor por los discípulos: Auméntanos la fe (Luc. XVII, 5), para que la que ya había sido aceptada por el inicio, como por aumentos de grados llegara a la perfección.

50. La sabiduría, maestra de las buenas obras, se concede por incrementos. Sus diversos grados. La misma sabiduría también, que suele ser maestra de las buenas obras, se concede al alma anhelante por incrementos, de modo que hacia ella sin duda alguna se ascienda por grados (gradus) de gran moderación. Lo cual bien el profeta Ezequiel lo denuncia por una narración figurada, quien relata sobre aquel varón que había visto en un monte excelso, diciendo: "Midió mil codos, y me condujo por el agua hasta los tobillos. Y de nuevo midió mil, y me condujo por el agua hasta las rodillas. Y midió mil, y me condujo por el agua

hasta los lomos. Y midió mil, un torrente que no pude atravesar, porque habían crecido las aguas profundas del torrente, que no se puede vadear" (Ez. 47, 3-4). ¿Pues qué por el número mil sino la plenitud del don conferido se significa? El varón, pues, que apareció mide mil codos, y el profeta es conducido por las aguas hasta los tobillos, porque nuestro Redentor, cuando nos concede la plenitud de un buen inicio a nosotros convertidos a Él, infunde los primeros vestigios de nuestra obra por el don de la sabiduría espiritual. Pues llegar el agua hasta los tobillos es ya nosotros por la sabiduría recibida mantener los vestigios de la rectitud deseada. Quien de nuevo mide mil, y el profeta es conducido hasta las rodillas por el agua, porque cuando se concede la plenitud de la buena obra, hasta aquí se aumenta nuestra sabiduría, para que en los actos depravados ya mínimamente se incline. De aquí ciertamente se dice por Pablo: "Erigid las manos remisas y las rodillas disueltas, y haced pasos rectos con vuestros pies" (Heb. 12, 12). El agua, pues, llega a las rodillas cuando la sabiduría percibida nos estrecha perfectamente a la rectitud de la buena obra. Quien otra vez mide mil, y el profeta es conducido por el agua hasta los lomos, porque ciertamente entonces en nosotros crece la plenitud de la obra cuando la sabiduría percibida en nosotros haya extinguido también, en cuanto es posible, todo deleite de la carne. Pues si no hubiera deleite de la carne en los lomos, el Salmista mínimamente habría dicho: "Quema mis lomos y mi corazón" (Sal. 25, 2). El agua, pues, llega a los lomos cuando

la dulzura de la sabiduría también aniquila los incentivos de la carne, para que aquellos incendios de deleite que podían quemar la mente se enfríen. Quien todavía midió mil, a saber, el torrente, que el profeta no pudo atravesar, de lo cual también dice: "Porque habían crecido las aguas profundas del torrente, que no se puede vadear". Pues percibida la perfección de la obra se llega a la contemplación (contemplatio). En la cual contemplación ciertamente mientras la mente es conducida a lo alto, elevada ve en Dios, porque no puede penetrar lo que ve, y como que toca el agua del torrente que no puede atravesar, porque tanto contempla especulando lo que le plazca, como sin embargo esto mismo perfectamente no puede contemplar lo que le place. El profeta, pues, alguna vez llega al agua que no atraviesa, porque a la contemplación de la sabiduría cuando somos conducidos al extremo, su misma inmensidad, que de sí eleva al hombre, niega al ánimo humano el pleno conocimiento, para que tanto ame a esta tocándola, como de ninguna manera la penetre atravesándola.

51. Recorridos estos, se llega a la contemplación. El bienaventurado Job, por tanto, porque vio que estos incrementos de las virtudes eran concedidos distintamente a los hombres por un don superno, los llamó grados (gradus), puesto que por ellos se asciende para que se llegue a obtener lo celestial. Haciendo, pues, memoria del sagrado libro, esto es, del divino elocuio, dice: "Por cada uno de mis grados lo pronunciaré", porque sin duda aquel asciende verazmente a la

doctrina de Dios que haya irrumpido a obtener esta por los grados de la santa operación. Y como por cada uno de sus grados pronuncia el libro quien demuestra haber percibido su ciencia no solo por las palabras, sino también por las obras. De donde todavía se añade:

VERS. 37.---Y como a un príncipe lo ofreceré. Pues todo lo que ofrecemos, en las manos lo tenemos. Ofrecer, pues, el libro al príncipe que viene al juicio es haber mantenido las palabras de sus preceptos en la acción. Sigue:

CAPÍTULO XXI

[V. XXIII, R. XV].

VERS. 38-40.---Si contra mí clama mi tierra, y con ella sus surcos lloran; si sus frutos comí sin dinero, y el alma de sus agricultores afligí; en lugar de trigo nazca para mí el abrojo, y en lugar de cebada la espina.

52. De la injusticia y los errores de los prelados, los menos perfectos claman y no se duelen; pero los perfectos callan y lloran. Los perfectos tanto más se duelen de los daños ajenos cuanto menos de los suyos.---¿Qué es clamar la tierra, llorar los surcos, y comer los frutos propios comprándolos? ¿A quién le es nunca necesario comprar lo suyo? ¿Quién oyó a la tierra clamando? ¿Quién vio a los surcos llorando? Y siendo los surcos de la tierra siempre de la tierra, ¿qué es lo que por pronunciación distinta se niega que la tierra haya clamado y sus surcos con ella llorado?

Pues no siendo otra cosa el surco de la tierra que tierra, no carece de la razón de una gran distinción cuando añade: Y con ella sus surcos lloran.

En lo cual, porque el orden de la historia falta, se nos muestra el sentido místico como por puertas ya abiertas. Como si patentemente clamara: Porque conocéis que la razón de la letra ha faltado, sin duda queda que volváis a mí sin vacilación.

Pues todo el que, o por derecho privado rige una familia doméstica, o por la utilidad común preside a pueblos fieles, en aquello que posee los derechos del régimen en los fieles a él encomendados, ¿qué otra cosa tiene sino tierra para ser cultivada?

Pues para esto, por divina dispensación, cada uno es antepuesto a los demás, para que el alma de los súbditos, como tierra cultivada, sea fecundada con la semilla de su predicación. Pero la tierra clama contra el poseedor, si contra aquel que la preside murmura algo justo o la casa privada, o la santa Iglesia.

Pues clamar la tierra es dolerse razonablemente los súbditos contra la injusticia del que rige. Donde rectamente se añade: Y con ella sus surcos lloran.

Pues la tierra, aun cultivada con ninguna obra, frecuentemente produce algún alimento para el uso del hombre, pero arada produce frutos hasta la saciedad. Y hay algunos que, hendidos por ninguna reja de la lectura, por ninguna de la exhortación, producen algunas cosas buenas, aunque

mínimas, sin embargo de sí mismos, como tierra aún no arada.

Pero hay algunos que, atentos siempre a oír y retener por las santas predicaciones y meditaciones, hendidos de la anterior dureza de la mente, como por una cierta reja de la lengua, reciben las semillas de la exhortación, y devuelven los frutos de la buena obra por los surcos de la aflicción voluntaria.

Pero a menudo sucede que estos que presiden hacen algunas cosas injustas, y sucede que ellos dañan a los súbditos a quienes debieron haber aprovechado.

Lo cual mientras los rudos lo contemplan, conmovidos murmuran contra el rector, y sin embargo no se duelen mucho por compasión de los prójimos. Pero cuando estos que ya están desgastados por el arado de la lectura, y cultivados para el fruto de la buena obra, ven cargados aun en lo mínimo a los inocentes, por compasión al punto se convierten a los lamentos, porque como suyas lloran aquellas cosas que los prójimos padecen injustamente. Pues los perfectos, como siempre se mueven por las cosas espirituales, tanto saben gemir por los daños corporales ajenos, cuanto ya han sido enseñados a no dolerse de los suyos.

Todo el que preside, pues, si ejerce cosas perversas en los súbditos, contra este clama la tierra, y los surcos lloran, porque contra su injusticia los pueblos rudos ciertamente estallan en voces de murmuración, pero los perfectos se afligen en llantos por su obra depravada; y lo que los inex-

pertos claman y no se duelen, esto los súbditos de vida más probada lo lloran y callan.

Con la tierra clamante, pues, llorar los surcos es llegar a los lamentos los hombres de vida más abundante por aquello por lo que la multitud de los fieles justamente se queja contra el rector.

Los surcos, pues, son de la tierra, y sin embargo se distinguen del vocablo de tierra, porque estos que en la santa Iglesia cultivan su mente con el trabajo de la santa meditación, son tanto mejores que los demás fieles, cuanto por las semillas recibidas devuelven más fecundos frutos de obras.

Y hay algunos que, prelados de los santos pueblos, consiguen ciertamente los estipendios de la vida de la largueza eclesiástica, pero no emplean los debidos ministerios de la exhortación. Contra los cuales rectamente se añade todavía el ejemplo del varón santo, cuando se infiere al punto por él:

CAPÍTULO XXII

[R. XVI].

VERS. 39.---Si sus frutos comí sin dinero.

53. Cuánto pecan los prelados que comen los bienes eclesiásticos mudos. Cuánta solicitud deben a sus súbditos los que presiden.---Pues comer los frutos de la tierra sin dinero es ciertamente recibir los gastos de la Iglesia, pero no ofrecer a la misma Iglesia el precio de la predicación. De la cual predicación ciertamente se dice por la voz del Autor: Te convenía entregar mi dinero a los banqueros, y al venir yo, ciertamente

habría recibido lo mío con usura (Mt. 25, 27). Come, pues, los frutos de la tierra sin dinero, quien percibe las comodidades eclesiásticas para el uso del cuerpo, pero no emplea el ministerio de la exhortación para el pueblo. ¿Qué decimos a esto nosotros los pastores, que precediendo al advenimiento del Juez estrecho, recibimos ciertamente el oficio de pregonero, pero comemos los alimentos eclesiásticos mudos? Exigimos lo que se debe a nuestro cuerpo, pero no empleamos lo que debemos al corazón de los súbditos. He aquí al varón santo, ligado por tantos empeños en este mundo, estuvo libre para el estudio de la predicación entre ocupaciones innumerables. Quien nunca comió los frutos de la tierra sin dinero, porque ciertamente devolvió a los súbditos la palabra de la buena amonestación, de quienes recibió los frutos de la servidumbre corpórea. Pues esto debe a Dios omnipotente todo el que preside al pueblo, esto el que a muchos, esto el que a pocos preside: que de tal modo exija los debidos ministerios a los súbditos, que él mismo también atienda solícito a qué de amonestación debe siempre. Pues todos nosotros que, bajo la dispensación del Creador, nos unimos en un ministerio vicario bajo el único y verdadero Señor, ¿qué somos sino siervos los unos de los otros? Cuando, pues, el que está sometido sirve para el obsequio, queda sin duda que el que preside sirva para la palabra. Cuando el que está sometido obedece a los mandatos, conviene que el que preside emplee el cuidado de la solicitud y de la piedad. Y así sucede que mientras nos esforzamos

ahora por servirnos estudiosamente unos a otros por la caridad, alguna vez con el verdadero Señor dominemos en común exultación. [V. XXIV.] Pero hay algunos que, en aquello que exhiben el oficio de la predicación, envidian a otros el bien que tienen, y por eso ya verdaderamente no lo tienen. A los cuales rectamente se dice por Santiago: Pero si tenéis celo amargo entre vosotros, y hay contenciones en vuestros corazones, esta no es la sabiduría que desciende de lo alto, sino terrena, animal, diabólica (Sant. 3, 14). Por lo cual aquí también, cuando se dijo: Si sus frutos comí sin dinero, rectamente se añade:

CAPÍTULO XXIII.

IBÍD.---Y el alma de sus agricultores afligí.

54. El rector de las iglesias no envidie a los que cooperan con él en la predicación.---Pues los agricultores de esta tierra son estos que, puestos en un lugar menor, con el celo que valen, con la obra que pueden, cooperan en la gracia de la predicación para la erudición de la santa Iglesia. A los cuales ciertamente agricultores de esta tierra, esto es no afligirlos: no envidiar sus trabajos, para que el rector de la Iglesia, mientras para sí solo reivindica el derecho de la predicación, no contradiga también a otros que predican rectamente, mordiéndole la envidia. Pues la piadosa mente de los pastores, porque no busca la gloria propia, sino la del autor, quiere ser ayudada por todos en lo que hace. Pues el fiel predicador desea, si pudiera hacerse, que las bocas de todos resuenen la verdad que él solo no basta para

decir. Por lo cual, cuando Josué quiso oponerse a los dos que permanecían en el campamento y profetizaban, rectamente se dice por Moisés: ¿Por qué tienes celos por mí? ¡Quién diera que todo el pueblo profetizara, y que les diera el Señor su espíritu! (Núm. 11, 29). Quiso ciertamente que todos profetizaran, quien no envidió a otros el bien que él tuvo. Porque, pues, el bienaventurado Job introdujo todas estas cosas en suspenso, y si mínimamente las hizo se liga con la sentencia de la maldición, sigue:

CAPÍTULO XXIV

[R. XVII].

VERS. 40.---En lugar de trigo nazca para mí el abrojo, y en lugar de cebada la espina.

55. Para los prelados que usan mal su autoridad nace en lugar de trigo el abrojo, y en lugar de cebada la espina.---Como si dijera abiertamente: Si algo injusto hice hacia los súbditos, si exigí lo debido, y yo mismo lo que debí no empleé, si envidié a otros el ejercicio de la buena obra, en lugar de los bienes que refrigeran para la eternidad, me sean retribuidos en el juicio los males que punzan. Pues en lugar de trigo nace el abrojo, y en lugar de cebada la espina, cuando en la retribución última, de la cual se busca la remuneración del trabajo, se encuentra la punción del dolor. Y hay que notar que así como la cebada dista del trigo, aunque ambos refrigeren, así la espina del abrojo, aunque ambos sean lo que punza, porque el abrojo es más blando, y para punzar siempre

es más dura la espina. Dice, pues: En lugar de trigo nazca para mí el abrojo, y en lugar de cebada la espina.---Como si dijera patentemente: Sé ciertamente que he hecho tanto grandes como mínimos bienes, pero si no es así, por los bienes grandes me respondan males mínimos, y por los bienes mínimos males mayores. Aunque esto puede entenderse también de otro modo. Pues en el trigo se figura la obra espiritual, que refrigera la mente, pero en la cebada la dispensación de las cosas terrenas. En la cual a menudo, mientras somos obligados a servir a los enfermos y carnales, preparamos como sus alimentos para los jumentos, y el mismo uso de nuestras obras tiene como a modo de la cebada algo de la mezcla de la paja. Y frecuentemente sucede que el rector que preside, mientras ejerce cosas injustas contra los súbditos, mientras no fomenta a los buenos con ningún halago, mientras, lo que es más grave, aflige por envidia a cualesquiera que obran bien, también hace a veces algunas cosas buenas, como si sembrara trigo; y se mezcla en dispensar las cosas terrenas a veces no por estudio de avaricia, sino por la utilidad de los carnales, y así espera el fruto del mismo trabajo como una cosecha de cebada. Pero los súbditos, por aquello de que son cargados en lo máximo, no pueden gozar en sus bienes mínimos, porque ni esa obra place ante Dios, que la injusticia de otra obra contamina, ni se cree que la misma dispensación de las cosas terrenas sea asumida por la utilidad de los súbditos, cuando el que preside parece anhelar por avaricia. De donde sucede que a esos mismos po-

cos bienes, que consideran hacerse entre muchos males, no den alabanzas, sino gemidos; y los que enferman murmuren, mientras consideran que no es de una obra pura lo que ven. Dice, pues: Si contra mí clama mi tierra, y con ella sus surcos lloran; si sus frutos comí sin dinero, y el alma de sus agricultores afligí; en lugar de trigo nazca para mí el abrojo, y en lugar de cebada la espina. Como si dijera abiertamente: Si las grandes cosas que debí no las hice solícitamente, reciba yo las punciones de la murmuración de los súbditos, aun por el bien que hice. Si descuidé ofrecer lo que fomente, brotando justamente en queja la lengua de ellos me punce.

56. Los prelados guárdense de ofrecer malos ejemplos, y los súbditos de los juicios temerarios.---En lo cual siempre hay que considerar con solicita ponderación, no sea que o estos que presiden ofrezcan ejemplos de mala obra a los súbditos, y extingan la vida de ellos con la espada de su depravación; o estos que subyacen al régimen ajeno, se atrevan fácilmente a juzgar los hechos de los rectores, y por esto que murmuran de estos que les son antepuestos, contradigan no al orden humano, sino al divino que dispone todas las cosas. Pues a aquellos se les dice: Mis ovejas se apacentaban con lo que vuestros pies habían hollado, y lo que vuestros pies habían enturbiado, esto bebían (Ez. 34, 19). Pues las ovejas beben lo enturbiado por los pies cuando los súbditos buscan como ejemplo de vida aquellas cosas que cualesquiera prelados pervierten con una obra depravada. Pero por el contrario de los prelados

estos oyen: Pues nosotros ¿qué somos? No es contra nosotros vuestra murmuración, sino contra el Señor (Éx. 16, 8). Pues el que murmura contra la potestad puesta sobre él, es claro que reprende a aquel que dio esa misma potestad al hombre. Finalmente, por largueza de Dios, hemos digerido las sentencias del bienaventurado Job llenas de mística virtud, en las cuales respondió contra las palabras de los amigos; ahora resta que vengamos a las palabras de Eliú, las cuales han de ser pesadas con tanto más grave circunspección, cuanto se profieren con un espíritu más ferviente por la audacia de la juventud.

Parte quinta

, QUE CONTIENE SEIS LIBROS.

LIBRO VIGÉSIMO TERCERO.

Se exponen los capítulos 32 y 33 hasta el versículo 22, donde, guardando silencio Job, Eliú el joven expone muchas cosas rectas y sanas, pero con una intención no recta ni sana.

Pues en un mismo tiempo opuso a las palabras adversas la prudencia, y a las cosas la vida.

CAPÍTULO I.

Por qué consejo de Dios, o de qué modos Job fue probado.---Repito la prefación de esta obra necesariamente tantas veces cuantas la corto por la pausa de mi locución en la distinción de los volúmenes, para que cuando se toma el exordio de la lectura, primero se renueve a la memoria la causa misma de la lectura, y tanto más robusto surja el edificio de la doctrina, cuanto con más estudio se pone en la mente el fundamento desde el origen considerado de la causa.

El bienaventurado Job, conocido solo por Dios y por sí mismo, para ser llevado a nuestra noticia en la tranquilidad fue tocado con el azote, para que esparciera el olor de sus fuerzas tanto más

largamente, cuanto a modo de los aromas fraganciara mejor por la incensión.

Sabía regir piadosamente a los súbditos en los bienes, y guardarse estrechamente de los males. Sabía usar bien de las cosas poseídas, pero no sabíamos si permanecería paciente al quitárselas. Sabía ofrecer sacrificios cotidianos a Dios por sus hijos sanos, pero era incierto si le inmolaría el sacrificio de gracias aun privado de ellos. Para que, pues, la salud no cubriera algo de vicio, fue digno que el dolor abriera esto.

Se dio, pues, contra el varón santo licencia de tentar al enemigo astuto. Quien mientras desea destruir sus bienes conocidos por muchos, también mostró el bien de la paciencia que estaba oculto; y a quien creyó angustiar persiguiendo, lo dilató aumentado por los azotes y lo puso por ejemplo.

Ni ejerció sin grave arte la licencia que recibió. Pues quemó los rebaños, extinguió las familias, sepultó a los herederos, hirió la salud del cuerpo, y para lanzar el dardo de una tentación más grave, reservó la lengua de la mujer (Job 1, 2, 9, etc.), para que el pecho fuerte y sólido del varón santo tanto lo abatiera con el dolor por los daños de las cosas, como lo perforara con la maldición por las palabras de la cónyuge.

Pero cuantas heridas sañudo infligió, tantas victorias sin saberlo suministró al varón santo. Pues el fiel siervo de Dios, atrapado en un mismo tiempo entre las heridas y las palabras, tanto sobrellevó con ecuanimidad la carne doliente, como

reprendió prudentemente a la cónyuge insipiente.

El antiguo enemigo, pues, porque le dolió ser vencido en lo doméstico, al punto buscó lo exterior. Pues movió a sus amigos desde cada lugar, como por ejercer la caridad, y abrió las bocas de ellos bajo especie de consolación; pero por estas lanzó los dardos de la reprensión, que tanto más duramente se clavaran en el corazón del que escuchaba seguro, cuanto entre las tinieblas de la caridad mostrada y no guardada hirieran imprevistamente.

Después de estos también Eliú el joven es excitado a los oprobios, para que al menos la desdeñada levedad de la edad perturbara la tranquilidad de tanta mansedumbre.

Pero contra tantas máquinas del antiguo enemigo estuvo la invicta constancia, estuvo la ecuanimidad infranqueable.

Nadie, pues, estime que el varón santo, aunque de él se haya escrito abiertamente después de los azotes: En todas estas cosas no pecó Job con sus labios (Ibíd. 2, 10), al menos después en la contención de los amigos delinquió entre las palabras. Pues Satanás pidió su tentación; pero Dios, que lo había alabado, asumió en sí mismo la intención de su certamen. Quienquiera, pues, se queja de que el bienaventurado Job delinquió en sus sermones, ¿qué otra cosa confiesa sino que Dios, que propuso por él, ha perdido?

2. Los antiguos Padres similares a los árboles fructíferos. Su fruto fue significar a Cristo, y a la Iglesia.

Pero porque los antiguos Padres fueron similares a los árboles fructíferos, no solo son hermosos por la especie, sino también útiles por la ubertad, así ha de ser pesada la vida de ellos, para que cuando admiremos cuál sea la verdez en la historia, encontremos también cuánta sea la ubertad en la alegoría; para que cuando sea blando lo que fragancia en las hojas, conozcamos también cuán dulce sea lo que sabe en los frutos.

Pues ninguno tuvo la gracia de la adopción suprema, sino quien la recibió por el conocimiento del Unigénito. Es digno, pues, que Él mismo resplandezca en la vida y lengua de ellos, quien los ilustra para que merezcan resplandecer.

Pues cuando en las tinieblas se enciende la luz de una lámpara, primero se ve esa misma lámpara, que hace que se vean las demás cosas. Por lo cual es necesario que si verdaderamente pretendemos discernir las cosas iluminadas, estudiemos abrir los ojos de la mente a la misma luz iluminante.

Lo cual también en los mismos sermones del bienaventurado Job, aun removidas las sombras de las alegorías, como abatidas las tinieblas de la alta noche, brilla a modo de un relámpago que pasa, cuando se dice: Yo sé que mi Redentor vive, y en mi carne veré a Dios (Job 19, 25).

Esta luz, sin duda, en la noche de la historia, Pablo la había encontrado cuando decía: Todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar, y todos comieron la misma comida espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual.

Bebían, pues, de la piedra espiritual que los seguía, y la piedra era Cristo (1 Cor. 10, 2-4).

Si, pues, la piedra tuvo la semejanza del Redentor, ¿por qué no insinúe su figura el bienaventurado Job, quien a aquel a quien profirió con la voz también lo significó con la pasión? Por lo cual también no inmerecidamente Job se dice doliente (dolens), porque expresa en sí la imagen de aquel de quien por Isaías mucho antes se anuncia que él mismo llevó nuestros dolores (Is. 53, 4).

Ha de saberse también que nuestro Redentor se exhibió como una sola persona con la santa Iglesia, que asumió. Pues de él se dice: Que es la cabeza, Cristo (Ef. 4, 15). Y de nuevo de su Iglesia está escrito: Y el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia (Col. 1, 24).

El bienaventurado Job, pues, que tuvo el tipo del Mediador tanto más verdaderamente cuanto profetizó su pasión, no solo hablando sino también padeciendo, cuando en sus dichos y hechos se apoya en la expresión del Redentor, de repente a veces se deriva a la significación del cuerpo, para que lo que creemos ser Cristo y la Iglesia una sola persona, esto veamos significarse también por los actos de una sola persona.

3. La mujer de Job, los carnales de la Iglesia; los amigos, prefiguran a los herejes.

Pero su mujer, que lo provoca a maldecir, ¿qué otra cosa significa sino la depravación de los carnales? Quienes puestos dentro de la santa Iglesia con costumbres no corregidas, tanto más duramente oprimen la vida de los fieles cuanto más cerca están, porque mientras no pueden ser

evitados por los fieles como si fueran fieles, tanto más gravemente cuanto más interiormente son tolerados.

[V. II.] Pero sus amigos, que son introducidos como mientras aconsejan, expresan la figura de los herejes, que bajo especie de aconsejar hacen el negocio de seducir. Por lo cual también, mientras dicen palabras por el Señor al bienaventurado Job, son reprobados por el Señor, porque ciertamente todos los herejes mientras se esfuerzan por defender a Dios, lo ofenden.

Por lo cual aptamente se les dice también por el mismo varón santo: Deseo disputar con Dios, mostrándoos primero a vosotros fabricadores de mentira, y cultivadores de dogmas perversos (Job 13, 3. 4).

Consta, pues, que ellos llevan el tipo de los herejes, a quienes el santo varón reprende por servir al cultivo de dogmas perversos.

Porque, pues, Job se interpreta doliente (dolens), con cuyo dolor sin duda o se expresa la pasión del Mediador, o el trabajo de la santa Iglesia, que es crucificada por la múltiple fatiga de la vida presente, sus amigos también por el vocablo del nombre indican el mérito de su acción.

Pues Elifaz se dice en lengua latina desprecio de Dios (Dei contemptus). ¿Y qué otra cosa hacen los herejes, sino que mientras sienten cosas falsas sobre Dios, lo desprecian soberbiando?

Baldad se interpreta vejez sola (vetustas sola). Bien, pues, todos los herejes en estas cosas que hablan sobre el Señor, mientras no con intención recta, sino con apetencia de gloria temporal de-

sean parecer predicadores, son nombrados vejez sola.

Para hablar, ciertamente, no se incitan por el celo del hombre nuevo, sino por la depravación de la vida vieja.

Sofar también en sermón latino se dice disipación de la atalaya (dissipatio speculae), o disipando la especulación (speculationem dissipans). Pues las mentes de los fieles se erigen para contemplar lo supremo; pero mientras los herejes desean pervertir a los que contemplan cosas rectas por sus palabras, intentan disipar la atalaya.

En los tres nombres de los amigos de Job, pues, se expresan tres casos de perdiciones en los herejes. Pues si no despreciaran a Dios, de ningún modo sentirían cosas perversas sobre él; y si no contrajeran vejez, en la inteligencia de la vida nueva no errarían; y si no destruyeran la especulación de los buenos, de ningún modo los juicios supremos con tan estrecho examen por la culpa de sus palabras los reprobarían. Despreciando, pues, a Dios, se mantienen en la vejez; pero manteniéndose en la vejez, dañan con sus sermones depravados la especulación de los rectos.

4. Eliú figura de los doctores fieles pero soberbios.

Después de estos también Eliú el joven se añade en el oprobio del bienaventurado Job, de cuya persona ciertamente se designa la especie de ciertos doctores fieles pero sin embargo arrogantes.

Cuyas palabras no entendemos fácilmente, si no las pesamos por la subsecuente corrección

dominical. Pues dice de él el Señor: ¿Quién es este que envuelve sentencias con sermones inexpertos? (Job 38, 2).

Cuando dice sentencias, pero no añade al punto cuáles, quiere sin duda que se entiendan buenas. Pues cuando se nombran sentencias, si no se dicen también malas, no pueden sentirse malas. En lo bueno, pues, siempre aceptamos las sentencias que se ponen sin la adición de reprobación, como está escrito: Más sabio le parece a sí mismo el perezoso, que siete varones hablando sentencias (Prov. 26, 16).

Pero lo que se dice, que sus sentencias se envuelven en sermones inexpertos, esto se muestra sumamente, porque se profieren por él con la fatuidad de la elación. Pues hay en él una gran inexperiencia: no saber decir humildemente lo que dice, y mezclar palabras de elación con los sentidos de la verdad.

5. A veces las cosas malas se dicen bien, y las buenas mal.

Pues todo lo que se dice puede distinguirse por una cualidad cuatripartita: si o las cosas malas se dicen mal, o las buenas bien, o las malas bien, o las buenas mal.

Pues mal se dice lo malo, cuando se persuade una cosa perversa, como está escrito: Bendice a Dios, y muere (Job 2, 9).

Bien se dice lo bueno, cuando rectamente se predican las cosas rectas, como dice Juan: Haced penitencia, porque se ha acercado el reino de los cielos (Mt. 3, 2).

Bien se dice lo malo, cuando por la boca del que habla se expresa el vicio para esto, para que sea reprobado, como dice Pablo: Sus mujeres cambiaron el uso natural en aquel que es contra naturaleza (Rom. 1, 26).

En cuyo lugar añadió también los execrables crímenes de los varones; pero honestamente narró cosas deshonestas, para que narrando cosas deshonestas revocara a muchos a la forma de la honestidad.

Pero mal se dice lo bueno, cuando algo recto no se profiere con un estudio recto, como se refiere que los fariseos dijeron al ciego iluminado: Sé tú discípulo suyo (Jn. 9, 28).

Lo cual dijeron ciertamente con estudio de maldición, no con voto de oración.

O como dice Caifás: Conviene que un hombre muera por el pueblo, para que no perezca toda la nación (Jn. 11, 50).

Lo bueno ciertamente, pero no bien lo habló, porque mientras apeteció la crueldad de la muerte, profetizó la gracia de la redención.

De este modo, pues, Eliú también es reprendido por decir no bien las cosas buenas, porque en aquellas cosas que habla verazmente se infla arrogantemente. Quien en ello designa la especie de los arrogantes, en cuanto que por el sentido de la rectitud se eleva a palabras de tumor.

6. En la reconciliación de los amigos de Job, ha de reconocerse la conversión de los herejes. Sus sacrificios no placen a Dios, sino los que se ofrecen por la Iglesia.

Pero ¿qué es lo que la voz divina manda que los tres amigos sean reconciliados por siete sacrificios, pero a Eliú lo deja bajo la reprensión de una sola sentencia, sino que a veces los herejes, infundidos por la largueza de la gracia divina, vuelven a la unidad de la santa Iglesia?

Lo cual bien se significa por esa misma reconciliación de los amigos, por quienes sin embargo se manda que el bienaventurado Job ore, porque ciertamente los sacrificios de los herejes no pueden ser aceptos a Dios, si no se ofrecen por las manos de la Iglesia universal por ellos, para que por los méritos de ella encuentren el remedio de la salud, a la cual hirieron impugnándola con los dardos de sus palabras.

Por lo cual también se mencionan siete sacrificios ofrecidos por ellos, porque mientras confesando reciben el Espíritu de la gracia septiforme, son expiados como por siete oblaciones.

De aquí en el Apocalipsis de Juan por el número septenario de las iglesias, se designa la Iglesia universal (Apoc. 1, 11).

De aquí por Salomón se dice de la sabiduría: La sabiduría se edificó una casa, labró siete columnas (Prov. 9, 1).

Por el mismo número de sacrificios, pues, los herejes reconciliados expresan lo que fueron antes, quienes no se unen a la perfección de la gracia septiforme sino volviendo.

Bien, pues, se describen habiendo ofrecido toros y carneros por sí. En el toro ciertamente se designa la cerviz de la soberbia, en el carnero el liderazgo de las greyes que siguen.

¿Qué es, pues, degollar por ellos toros y carneros, sino matar su liderazgo soberbio, para que sientan cosas humildes de sí mismos, y ya no seduzcan tras de sí los corazones de los inocentes?

Pues con la cerviz hinchada habían saltado fuera de la universidad de la Iglesia, y arrastraban tras de sí a los pueblos débiles como greyes que siguen. Vengan, pues, al bienaventurado Job, esto es, vuelvan a la Iglesia, y ofrezcan para ser degollados en sacrificio septenario toros y carneros, quienes para que se unan a la Iglesia universal, interviniendo la humildad, maten lo que antes sabían hinchado por el liderazgo soberbio.

[Vet. IV.] 7. No se reconcilian quienes, predicando rectamente, sirven a la vana gloria, sino que muy a menudo son reprobados. Eliú ciertamente, por quien se significan los amantes de la vana gloria, constituidos dentro de la santa Iglesia, que desprecian proferir con humildad aquellas cosas que sienten rectamente, de ninguna manera se manda que sea reconciliado por el sacrificio; porque los arrogantes ciertamente, pero sin embargo fieles, por aquello de que ya están dentro, no pueden ser revocados por los siete sacrificios. A los cuales, sin embargo, bajo la especie de Eliú, la sentencia divina redarguye, y en ellos no las sentencias de la verdad, sino la mente y las palabras de elación (elatio) reprende. Cuya reprensión ciertamente, ¿qué otra cosa significa, sino que la increpación de la estrechez (districtio) suprema o por el azote corrige a los puestos dentro, o por el justo examen los deja a sí mismos? Tales personas ciertamente dentro

de la santa Iglesia predican cosas rectas, pero sin embargo, a juicio de Dios, merecen oír cosas adversas, porque por aquellos bienes que profieren como no propios, no buscan la gloria de su autor, sino su propia alabanza. Por lo cual esto también ha de pensarse cautamente, lo que por la voz divina se dice de Eliú: ¿Quién es éste? (Job 38, 2). La primera exprobración ciertamente es tal interrogación. Pues no decimos ¿Quién es éste? sino de aquel que ciertamente no conocemos. Pero no conocer por parte de Dios es reprobar; por lo cual a algunos a quienes reproba al final dirá: No sé de dónde sois, apartaos de mí todos los obreros de la iniquidad (Lc 13, 27). ¿Qué es, pues, inquirir de este arrogante: ¿Quién es éste? sino decir abiertamente: Yo no conozco a los arrogantes, esto es, no apruebo su vida en la virtud de mi sabiduría, porque mientras se inflan por las alabanzas humanas, se desvanecen de la verdadera gloria de la retribución eterna. De quien, aunque no rechaza en absoluto sus sentencias, sin embargo reprende a él mismo que las profirió, como insinuando abiertamente, diciendo: Conozco lo que dice, pero ignoro quién lo dice, porque apruebo lo que verazmente se profirió, pero no reconozco a aquel que por los bienes que profiere se ensalza.

8. Imagen eximia del óptimo predicador. Los bienes apenas se dan a conocer sin peligro. El que sabe, estudie ser sabio, no parecerlo. Pero para que mostremos más abiertamente en la jactancia de la elación cuán torpemente fluye Eliú, debemos mostrar primero la forma del buen predicador, para que desde el estado de esta rectitud

se muestre claramente cuán depravada es la torcedura de la encorvación. Todo predicador espiritual de la santa Iglesia universal en todo lo que dice se inspecciona a sí mismo con solícita cura, no sea que en aquello que predica rectamente se ensalce con el vicio de la elación; no sea que la vida discrepe de la lengua; no sea que la paz, que anuncia en la Iglesia, la pierda en sí mismo, mientras bien dice y mal vive. Sino que estudia sumamente contra los rumores maledicientes de los adversarios tanto defender hablando lo que vive, como adornar viviendo lo que dice. Ni en todas estas cosas busca su gloria, sino la de su autor; y toda la gracia de la sabiduría, que recibió para que hablara, no la estima por sus méritos, sino estima haberla recibido por las intercesiones de aquellos por quienes habla. Y así, mientras se echa abajo debajo de sí, está arriba, porque ciertamente aprovecha más para su merced lo que devuelve los bienes que prevalece ejercitar a los méritos ajenos. Se juzga indigno de todos, aun cuando viva más dignamente que todos. Sabe, pues, que los bienes que se dan a conocer a los hombres, apenas pueden ser sin peligro. Y aunque se sienta ser sabio, querría sin embargo ser sabio y no parecerlo, y teme esto para sí de todos modos lo que por el hablar se produce; y si es lícito, apetece callar, mientras ve que para muchos el silencio es más seguro, y los juzga ser más felices a quienes el lugar inferior dentro de la santa Iglesia oculta por el silencio; y sin embargo, para que defienda a la santa Iglesia, porque por la fuerza de la caridad es impulsado a hablar,

por necesidad ciertamente asume el oficio de la locución, pero por gran deseo busca el ocio de la taciturnidad. Esto guarda por voto, aquello ejercita por ministerio. Pero esta fórmula de decir los arrogantes la ignoran. Pues no hablan porque ocurren causas, sino apetecen que ocurran causas para que hablen. De los cuales ahora Eliú significa la especie, quien en su locución se ensalza con el inmenso vicio de la elación. Por tanto, terminados los sermones del bienaventurado Job, se añade:

CAPÍTULO XXXII, VERSO 1.---Omitieron, pues, estos tres varones responder a Job, por cuanto le parecía que era justo a sí mismo.

[Vet. V, Rec. II.] Esto que se dice de él: Por cuanto le parecía que era justo a sí mismo, el escritor de esta sagrada historia lo refirió al juicio de los amigos, pero no reprobó al bienaventurado Job por el tumor de la elación. Sigue:

CAPÍTULO II.

VERSO 2.---Entonces se encendió el furor de Eliú, hijo de Baraquel el buzita, de la familia de Ram.

9. Por Eliú, y su padre y familia, se significan los soberbios tenaces de la verdadera fe. Bien estos mismos nombres, sea de él mismo, sea de su progenitor, sea del lugar, sea de la familia, expresan la nota de su propia acción. Eliú ciertamente interpretado suena: "Dios mío es aquél", o "Dios el Señor". Por quien, como dijimos arriba (Núm. 7), se designa la recta fe de los arrogantes puestos dentro de la Iglesia. Por lo cual a ellos también les

conviene este mismo nombre suyo. Pues aunque no vivan según los preceptos dominicales, sin embargo reconocen que Dios es el Señor; porque en la verdad de la carne entienden también la forma de la Deidad, como se dice por el Profeta: Sabed que el mismo Señor es Dios (Salmo 99, 3). Baraquel ciertamente se dice interpretado "bendición de Dios", y Buzita "despreciable". Lo cual a los que predican arrogantemente bien les concuerda a ambos, porque en la facundia de la predicación perciben ciertamente la bendición de la gracia divina, pero en sus elados (elati) morros (moribus) muestran que ella es despreciable. Esas mismas cosas buenas que recibieron, las hacen despreciables en cuanto que de ninguna manera supieron usar bien de ellas. Aptamente, pues, también se dice de la familia de Ram. Ram ciertamente se interpreta "excelso". Excelso es, en efecto, el pueblo de los fieles, que desprecia las cosas ínfimas y abyectas de esta vida. Excelsos son los que supieron decir con Pablo: Nuestra conversación está en los cielos (Fil. 3, 20). Eliú, pues, se dice de la familia de Ram, porque cada predicador arrogante puesto dentro de la Iglesia universal, se asocia a los pueblos santos por la verdad de la fe, aunque se disjunta de la vida de ellos por la depravación de la elación. Sigue:

CAPÍTULO III

[Rec. III].

VERSOS 2, 3.---Y se encendió el furor de Eliú contra Job, porque se decía justo ante Dios. Tam-

bién contra sus amigos se indignó, porque no habían hallado respuesta racional, sino que solamente habían condenado a Job.

10. Éstos a la vez oprimen a los herejes predicando rectamente, y a la Iglesia soberbiando. Solícitamente ha de observarse que a Job lo reprende por cuanto se dijo justo ante Dios; pero a los amigos de él los redarguye por cuanto, condenándolo, no dieron respuesta racional contra él. Pues por estos indicios abiertamente se colige que por él se designa la especie de los amantes de la vana gloria. A Job, en efecto, lo redarguye de presunta justicia, pero a sus amigos de necia respuesta. Pues todos los seguidores de la vana gloria, mientras se prefieren a todos, a unos los reprenden de fatuos sentidos, pero a otros de indignos méritos; esto es, juzgan que unos nada saben, otros no viven bien. Y aunque justamente redarguyen a todos los puestos fuera de la Iglesia de sentir cosas depravadas, sin embargo también a los que están dentro desprecian por el desprecio de su vida, y contra aquéllos soberbian por la magnitud del sentir rectamente, pero contra éstos como por el mérito del bien vivir. [Vet. VI.] Bien, pues, se refiere que Eliú ahora al bienaventurado Job, ahora a los amigos de él increpa, porque los amantes de la vana gloria a veces constituidos dentro de la santa Iglesia, tanto oprimen a los adversarios, mientras predican cosas verdaderas, como contradicen a las costumbres (moribus) de la misma santa Iglesia, mientras de esa misma predicación se glorían. Oprimen a los adversarios por la virtud de lo dicho, oprimen a la

santa Iglesia por la cualidad del decir. A aquéllos impugnan con la predicación de la verdad, a ésta con el vicio de la elación. Sigue:

VERSOS 4, 5.---Así pues Eliú esperó a Job que hablaba, por cuanto eran mayores los que hablaban. Pero cuando vio que los tres no habían podido responder, se airó vehementemente.

11. No sino después de los certámenes de los herejes brotaron los agudos sentidos y la más perpleja indagación de las palabras. Aunque la santa Iglesia sea sin duda alguna más antigua que sus adversarios, porque de ella ellos, no en cambio ella salió de ellos, como de ellos se dice por Juan: De nosotros salieron, pero no eran de nosotros (1 Jn 2, 19); rectamente sin embargo se describe que Eliú fue menor que esos mismos adversarios, porque ciertamente después de surgidas las guerras de los herejes, comenzaron a estar dentro de la santa Iglesia los inflados por el fasto de la ciencia, los arrogantes. Pues cuando brotaron más graves certámenes de los enemigos, entonces fueron profecto requeridos más sutiles dardos de los sentidos, entonces los obstáculos de los argumentos, entonces la más perpleja indagación de las palabras. Cosas que a menudo los varones fervientes en ingenio, mientras las encuentran congruentemente, arrogantemente se hinchan; y, lo que por el vicio de la elación la mayoría de las veces acontece, por esos mismos agudos sentidos con que hieren al enemigo, son postrados, mientras en aquellas cosas que rectamente sienten de Dios, no la gloria de Dios, sino la suya buscan. Por lo cual Eliú también muchas

cosas habla rectamente, y sin embargo por la voz divina, como si hubiera dicho cosas perversas, es increpado. Pero cuando se dice que Eliú esperó a Job que hablaba, por cuanto eran mayores los que hablaban, abiertamente se muestra haber reservado el honor al bienaventurado Job no por sí mismo, sino por la reverencia de los amigos, porque a saber los arrogantes puestos dentro desprecian a esa misma santa Iglesia que defienden; y la mayoría de las veces acontece que veneran más los ingenios de los que mal sienten que la vida simple de los inocentes, reservan más para las lenguas de los que hablan fuera que para los méritos de los puestos dentro, aunque a ambos desde el lado diverso se opongan, ya que tanto de aquéllos por la rectitud de los sentidos, como de la santa Iglesia por la depravación de las costumbres (morum) discuerdan. Sigue:

CAPÍTULO V.

VERSOS 6, 7.---Y respondiendo Eliú, hijo de Baraquel el buzita, dijo: Yo soy menor en tiempo, y vosotros sois más antiguos; por lo cual, bajada la cabeza, temí indicaros mi sentencia. Pues esperaba que la edad más prolífica hablaría, y la multitud de los años enseñaría la sabiduría.

12. Callar, a menudo es saber. Todas estas cosas, que por él son proferidas por el tumor de la soberbia, más bien han de ser tocadas de paso que expuestas más atentamente. Pues las cosas que carecen de la solidez de la gravedad, no necesitan de la sutileza de la exposición. Pero pienso que solamente ha de intimarse brevemente que

Eliú, mientras calló por el respeto de su edad, fue más sabio; pero cuando en otros desprecia la multitud de los años, prefiriéndose a sí mismo, muestra cuán puerilmente desvaría. Pues contra su sentencia tanto la edad más prolífica habla, como por la multitud de los años la sabiduría es enseñada, porque aunque la longevidad no proporcione el sentido, sin embargo lo ejercita vehementemente por el uso. Sigue:

CAPÍTULO VI

[Rec. IV].

VERSO 8.---Pero, según veo, el espíritu está en los hombres, y la inspiración del Omnipotente da la inteligencia.

13. Cuatro especies de tumor en los arrogantes: primera, creer que se tiene el bien por sí mismo; segunda, que le ha sido dado por sus méritos. La gracia no se da por los méritos. Tercera, atribuirse falsamente algún bien; cuarta, vindicarlo para sí solo, despreciados los demás. Estas cosas rectamente diría si no se arrogara a sí mismo la inteligencia ante los demás. Pues no es una condenación depravada gloriarse privadamente de aquel bien que se da comúnmente, saber de dónde recibió el bien, y no saber cómo debe usar el bien que recibió. [Vet. VII.] Cuatro son ciertamente las especies por las cuales todo tumor de los arrogantes se demuestra: cuando o estiman tener el bien por sí mismos; o si creen que les ha sido dado de arriba, piensan que lo han recibido por sus méritos; o ciertamente cuando se jactan

de tener lo que no tienen; o, despreciados los demás, apetecen parecer tener singularmente lo que tienen. Por sí mismo ciertamente jactaba tener el bien aquel a quien se dice por el Apóstol: ¿Qué tienes que no hayas recibido? ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (1 Cor. 4, 7). De nuevo, no sea que creamos que se nos da el bien de la gracia por nuestros méritos precedentes, el mismo Apóstol amonesta diciendo: Por la gracia habéis sido salvados por la fe, y esto no de vosotros, sino que es don de Dios, no de las obras, para que nadie se gloríe (Ef. 2, 8). Quien también de sí mismo dice: Que antes fui blasfemo, y perseguidor, e injurioso; pero alcancé misericordia (1 Tim. 1, 13). Con cuyas palabras abiertamente declara que la gracia no se atribuye por los méritos, mientras por sí mismo enseñó tanto lo que por la malicia mereció, como lo que por la benevolencia recibió. De nuevo, algunos se jactan de tener lo que no tienen, como por la voz divina se dice por el profeta de Moab: Su soberbia, y su arrogancia yo conocí, y que no sea según ella su virtud (Jer. 48, 29). Y como se dice al ángel de la Iglesia de Laodicea: Porque dices que soy rico, y estoy enriquecido, y de nada tengo necesidad; y no sabes que tú eres un miserable, y miserable, y pobre, y ciego, y desnudo (Apoc. 3, 17). De nuevo, algunos, despreciados los demás, apetecen parecer que tienen singularmente el bien que tienen. Por lo cual también el fariseo por esta razón descendió del templo sin justificación (Lc. 18, 14), porque atribuyéndose a sí mismo como singularmente los méritos de las buenas obras, se prefirió

al publicano que oraba. Los santos apóstoles también son revocados de este vicio de la elación, quienes volviendo de la predicación, cuando decían elados (elati): Señor, en tu nombre hasta los demonios se nos sujetan (Lc. 10, 17), para que no se gozaran de esta singularidad de los milagros, al punto les respondió el Señor diciendo: Veía a Satanás como un relámpago caer del cielo (Ibíd., 18). Él mismo ciertamente singularmente elado (elatus) había dicho: Sobre las estrellas del cielo ensalzaré mi solio, me sentaré en el monte del testamento, en los lados del Aquilón, seré semejante al Altísimo (Is. 14, 13). Y admirablemente el Señor, para que en los corazones de los discípulos oprimiera la elación, mox (luego) refirió el juicio de la ruina, que el mismo maestro de la elación recibió, para que en el autor de la soberbia aprendieran qué temer del vicio de la elación. En esta cuarta especie de arrogancia, pues, frecuentemente el ánimo humano cae, para que se gloríe de tener singularmente aquello que tiene. En la cual sin embargo a la semejanza diabólica más cerca se aproxima, porque quienquiera que se goza de tener el bien singularmente, quienquiera que busca parecer más sublime que los demás, a aquél ciertamente imita, quien despreciado el bien de la sociedad de los ángeles, poniendo su sede al Aquilón, y apeteciendo soberbiamente la semejanza del Altísimo, por el inicuo deseo intentó irrumpir como hacia una cierta cumbre de singularidad. Eliú pues aunque confiesa que la sabiduría es dada por el Señor, en esta sin embargo especie de elación cae, para que se goce de

ser más sabio que los demás, y como de un bien singular se ensalce vanamente. Lo cual indica con las palabras siguientes, diciendo:

CAPÍTULO VII.

VERSOS 9-12.---No son los longevos los sabios, ni los ancianos entienden el juicio. Por tanto diré: Oídme, mostraré yo también mi sabiduría. Pues esperé vuestros sermones, oí vuestra prudencia, mientras disceptabais con palabras; y hasta que pensaba que vosotros decíais algo, consideraba.

14. Algunos callan soberbiamente; y los ancianos oyen, no para aprender, sino para juzgar. En cuanto a lo que respecta a la intención de la letra, hablando Eliú indica cuán soberbiamente calló. Pues cuando dice: Pues esperé vuestros sermones, y pensaba que vosotros decíais algo, abiertamente declara que él calló con el estudio del que juzga más bien que con el voto del que aprende ante las palabras de los ancianos. Aunque estas cosas mejor designan la vida de los arrogantes, quienes a veces puestos dentro de la santa Iglesia, cuando contemplan a los adversarios de la misma santa Iglesia, no en ellos suelen pensar los años de los tiempos, sino la intención de las palabras. Pues por más que sean los herejes más antiguos que esos mismos arrogantes, audazmente los comprimen, en cuyas palabras reprenden los dogmas perversos. Sigue:

CAPÍTULO VIII

[Vet. VIII].

VERSOS 12, 13.---Para que no digáis: Hemos hallado la sabiduría; Dios lo arrojó, no el hombre. Nada me habló a mí, y yo no le responderé según vuestros sermones.

15. Dios en esta vida a veces concede consuelos, sin ningún detrimento de la vida eterna. A menudo los herejes, por aquello de que suelen ser despreciables también para los hombres, cuando contemplan que la santa Iglesia es venerada por casi todas las gentes, contienden por lacerar la opinión de ella con cuantas detracciones pueden, diciendo: Por esto le suplen todas las cosas temporales, porque se le sustraen los premios de los dones eternos. A cuyas voces Eliú sale al encuentro diciendo: Para que no digáis: Hemos hallado la sabiduría; Dios lo arrojó, no el hombre. Como si los arrogantes dentro de la santa Iglesia, pero sin embargo fieles, dijeran contra los herejes: Por esto que veis a la santa Iglesia florecer temporalmente en el honor de los hombres, no creáis que ella ha sido arrojada por el Señor. Pues sabe su Redentor tanto tributar consuelos al que viene en este camino, como reservar los premios supremos al que llega a la patria eterna. En vano, pues, decís que Dios y no el hombre la ha arrojado, cuando la veis venerada por casi todos los hombres, porque de tal modo se le tributa el ayuda de la gloria terrena, que por esto aun más múltiplemente es elevada a las cosas celestiales. Sigue:

CAPÍTULO IX.

VERSO 14.---Nada me habló a mí, y yo no le responderé según vuestros sermones.

16. Los soberbios, cuando son corregidos, no oyen, o disimulan. ¿Qué es esto que dice: Nada me habló a mí? ¿Acaso la santa Iglesia, cuando contempla dentro de sí a los arrogantes, a través de los predicadores justos, omite instruir y redargüir? Ejercita esto, y diariamente no cesa de ejercitarlo. Pero diga Eliú, que había oído públicamente al bienaventurado Job hablar: Nada me habló a mí, porque ciertamente todos los arrogantes oyen ciertamente las voces de la santa Iglesia, pero disimulan que les son dichas a ellos, cuando desprecian enmendar el vicio de la elación. Ni estiman que son redargüidos de soberbia, porque piensan que son humildes ellos, que incluso desprecian ser redargüidos, mientras se juzgan más sabios incluso que los mismos que los redarguyen. Pero lo que dice: Y yo no le responderé según vuestros sermones, bien dice que no responderá al bienaventurado Job según los sermones de ellos. Pues los arrogantes puestos dentro de la santa Iglesia responden contra ella, pero no como los herejes constituidos fuera. Pues ni contradicen a ella predicando cosas depravadas, sino viviendo perversamente, porque ni de Dios, como los herejes, sienten cosas indignas, sino de sí mismos más de lo que es necesario, sospechan cosas dignas. Sigue:

VERSO 15.---Se espantaron, ni respondieron más, y se quitaron a sí mismos el habla.

[Vet. IX.] Bien se refiere que los amigos de Job se espantaron ante las palabras de Eliú, porque a

veces los arrogantes defensores de la Iglesia, aunque no guarden el orden del decir, sin embargo perturban a los adversarios por la misma virtud de lo dicho. Sigue:

Eliú pues, porque la gloria mientras fuera busca dentro del vaso aceite no tiene, dice: Responderé yo también mi parte, y mostraré mi ciencia.

CAPÍTULO X.

VERSO 16.---Puesto que, pues, esperé, y no hablaron; estuvieron, ni respondieron más.

17. Los que yerran mientras redarguyen, su propia sabiduría ostentar solamente desean, no a otros proferir. De otro modo los buenos predicadores. Suele ser el fin de la locución de los sabios, que hasta aquel punto digan hasta que a los adversarios el silencio impongan. Pues no a sí mismos mostrarse, sino a los que enseñan cosas depravadas compescar (contener) desean. Pero después que se dijo de los amigos de Job: Se espantaron, ni respondieron más, se quitaron a sí mismos el habla; Eliú subyugando (añadiendo), dice: Esperé, y no han hablado; estuvieron, ni respondieron más. Y callando ellos ya, todavía las palabras multiplica, porque a saber el varón arrogante, e intentando en sí la forma de los arrogantes, no los dichos de los adversarios superar, sino su sabiduría ostentar se apresura. Por lo cual también sigue: VERSO 17.---Responderé yo también mi parte, y mostraré mi ciencia.

Pues esta parte suya cada arrogante estima, si la ciencia no tanto la tenga como la ostente, por-

que ciertamente todos los elados (elati) la ciencia no tener apetecen, sino ostentar.

Contra lo cual bien por Moisés se dice: Vaso que no tuviera tapadera, ni ligadura encima, inmundo será (Núm. 19, 15). El tegumento (tapadero) de la tapadera, o la ligadura, es la censura de la disciplina, por la cual quienquiera que no es oprimido, como vaso inmundo y poluto es reprobado. ¿O acaso no vaso sin tapadera Eliú había sido, que esta estimaba ser su parte, si ostentaba la ciencia que tenía? Pues como vaso sin tapadera, o ligadura, se poluye, quien por el estudio de la ostentación patente, por ningún velo de la taciturnidad es operto (cubierto). [Vet. X.] Los predicadores en cambio santos su parte reputan, si dentro ciertamente ellos mismos de su sabiduría se gocen, fuera en cambio a otros del error compesquen; ni de sí mismos de tal modo hablando salen, que el gozo de la mente en la ostentación pongan de la diserta locución, sino el bien de la ciencia en el secreto del corazón meditan, y allí se gozan donde esto perciben, no donde entre tantos lazos de tentaciones darse a conocer son compelidos, aunque cuando el bien que reciben lo dan a conocer, media (interviniendo) la caridad, por el provecho de los oyentes, y no por la propia ostentación se congratulan. Los arrogantes ciertamente cuando la ciencia reciben, nada estiman haber recibido, si a ésta oculta tener les acontece. En ninguna parte ciertamente su gozo, sino en la boca de los hombres ponen. Por lo cual también las vírgenes necias en sus vasos aceite no haber tomado se refieren (Mt. 25, 3), porque los

arrogantes todos cuando de algunos quizá vicios se contienen, el bien de la gloria dentro de las conciencias tener no pueden. En vaso en cambio propio había tomado Pablo el aceite, que decía: Nuestra gloria es ésta, el testimonio de nuestra conciencia (2 Cor. 1, 12). Vano ergo (pues) vasillo llevar es dentro con el corazón vacío fuera el juicio de la boca humana buscar. Por lo cual también esto mismo, que del fervor de la vana gloria dentro padece, por las palabras siguientes abre, diciendo:

CAPÍTULO XI

[Rec. V].

VERS. 18-20.---Lleno estoy de palabras, y me constriñe el espíritu de mi vientre. He aquí que mi vientre es como mosto sin aliento, que rompe las lagunillas nuevas. Hablaré, y respiraré un poco; abriré mis labios, y responderé.

18. La celsitud de la locución de ellos, no la intención de la utilidad, imitan los soberbios.---A veces los varones arrogantes, mientras a los predicadores santos grandes cosas decir y por su locución ser venerados ven, la celsitud de la locución de ellos y no la utilidad de la intención imitan; ni esto aman que aquellos apetecen, sino esto sumamente apetecen: que insignes a los hombres se muestren. Pues a menudo acontece que los varones sabios cuando que no son oídos consideran, a su boca silencio indican; pero frecuentemente mientras ven que las maldades de los inicuos, callando ellos mismos y no corri-

giendo, crecen, una cierta fuerza de su espíritu sostienen, para que en locución de abierta corrección prorrumpan. Por lo cual el profeta Jeremías, habiéndose indicado a sí mismo el silencio de la predicación, diciendo: No me acordaré de Él, ni hablaré más en Su nombre; al punto añadió: Y se hizo en mi corazón como un fuego abrasador, encerrado en mis huesos, y desfallecí, no pudiendo soportar; pues oí las contumelias de muchos (Jer. 20, 9). Pues por aquello de que mínimamente ser oído vio, el silencio apeteció; pero cuando los crecientes males vio, en el mismo silencio no permaneció. Porque ciertamente fuera calló, por el tedio de la locución dentro fuego padeció del celo de la caridad. Se inflaman ciertamente los corazones de los justos, cuando no corregidas crecer ven las acciones de los malos, y de las culpas de ellos se creen partícipes, a quienes en la iniquidad crecer callando permiten. David profeta, después que a sí mismo el silencio se había indicado, diciendo: Puse a mi boca custodia, mientras persistía el pecador contra mí; enmudecí, y me humillé, y callé de los bienes (Sal. 38, 2), en su mismo silencio, por este celo de la caridad se encendió, el cual al punto añadió: Y mi dolor se renovó, se calentó mi corazón dentro de mí, y en mi meditación se encenderá el fuego (Ibíd., 3). Dentro ergo (pues) el corazón se calentó, porque el ardor de la dilección por la amonestación de la locución fuera emanar rehusó. El fuego en la meditación del corazón se encendió, porque la increpación de los delincuentes por la corrección de la boca se enfrió. El celo ciertamente de la caridad con

consolación admirable aumentándose se templa, cuando contra las obras de los inicuos por la voz de la corrección emana, para que también lo que corregir no vale, increpar no desista, no sea que se adjudique partícipe de los delincuentes por el consenso de la taciturnidad.

[Vet. XI.] 19. Algunos vicios las virtudes mienten (fingen).---Pero porque a menudo algunos vicios que son virtudes mienten, así como la efusión a veces misericordia, y la tenacidad a veces parsimonia, y la crueldad alguna vez justicia quiere verse, así frecuentemente a la mente hacia el ímpetu de hablar, la ansiedad de la vana gloria de ningún modo dentro del silencio cabiéndose, como celo de la caridad inflama, y la fuerza de la apetecida ostentación a la desenfrenada locución impele, y como bajo el estudio de consultar prorrumpe la libido de aparecer. No ciertamente cura hablando qué aproveche, sino qué aparezca; ni estudia que el mal que ve corrija, sino el bien que siente muestre. Por lo cual Eliú también, por el espíritu de la elación extendido, y a sí mismo dentro de los claustros del silencio no cabiéndose, dice: Lleno estoy de palabras, y me constriñe el espíritu de mi vientre. He aquí que mi vientre es como mosto sin aliento, que rompe las lagunillas nuevas.

20. La inflación de la elación, el celo por el soplo del Espíritu Santo a veces imita.---Que si entender espiritualmente debemos, en este lugar a saber al vientre el seno del corazón llama. En el mosto ciertamente del Espíritu Santo el fervor se acepta, de lo cual en el Evangelio el Señor dice:

Vino nuevo echan en odres nuevos (Mt. 9, 17). Por lo cual mientras de repente se rellenaran los apóstoles (Hch. 2, 4), mientras en lenguas todas hablaran, por los judíos ignorantes, pero sin embargo verdades atestiguando, dicho es: Éstos de mosto llenos están (Ibíd., 13). Las lagunillas ciertamente enfermas por la misma humanidad las conciencias, o ciertamente estos terrenos vasillos de los cuerpos, no inconvenientemente aceptamos, de los cuales Pablo apóstol dice: Tenemos este tesoro en vasos de barro (2 Cor. 4, 7). Eliú en cambio, porque, como arriba dijimos, así por la inflación de la elación se extiende, como si para hablar por la gracia de la caridad con el ardor del Espíritu Santo se encendiera, al espíritu de su sentido en aquello que calló, como a mosto sin aliento comparó. Y bien dice: Que rompe las lagunillas nuevas; porque el fervor del Espíritu Santo no sólo por la vieja, sino también por la nueva vida apenas se capta. El mosto ergo (pues) las lagunillas nuevas rompe, porque la potencia de su fervor incluso los corazones espirituales trasciende. Hablaré, y respiraré un poco; abriré mis labios, y responderé. Bien dice: Respiraré, porque así como trabajo de los justos es ver cosas depravadas, y no corregir; así grave es el trabajo de los arrogantes, si lo que saben no muestran. La fuerza ciertamente intrínsecamente hirviente apenas soportar pueden, si todo lo que sienten un poco más tarde dan a conocer. Por lo cual es necesario que cuando una cosa buena se hace primero la elación de ella en el corazón sea vencida, no sea

que si de la raíz de la mísera intención procediera, amargos frutos de maldad produzca.

[Vet. XII, Rec. VI.] 21. Quienes todavía a los vicios subyacen, a otros regir no presuman.--- Éstos ergo (pues) que todavía al bello (guerra) de los vicios subyacen de ningún modo por el uso de la predicación deben presidir al magisterio de los demás (Dist. 44, cap. Non liceat). De aquí es ciertamente que, según la voz de la divina dispensación, desde el año vigésimo quinto los levitas al tabernáculo sirven, pero desde el quincuagésimo custodios de los vasos se hacen. ¿Qué pues por el año quinto y vigésimo, en el cual la flor de la juventud surge, sino las mismas guerras contra cada uno de los vicios se señalan? ¿Y qué por el quincuagésimo, en el cual también el descanso del jubileo se contiene, sino la interna quietud, domada la guerra de la mente, se expresa? ¿Qué verdaderamente por los vasos del tabernáculo, sino las almas de los fieles se figuran? Los levitas ergo (pues) desde el año vigésimo quinto al tabernáculo sirven, y desde el quincuagésimo custodios de los vasos se hacen, para que a saber quienes todavía los certámenes de los impugnantes vicios por el consenso de la delectación toleran, la cura de otros no presuman; cuando en cambio las guerras de las tentaciones hayan sometido, por lo cual ante sí ya de la íntima tranquilidad seguros están, la custodia de las almas obtengan. Pero ¿quién estas batallas de las tentaciones a sí mismo perfectamente someta, cuando Pablo diga: Veo otra ley en mis miembros pugnando contra la ley de mi mente, y llevándo-

me cautivo en la ley del pecado (Rom. 7, 23)? Pero otra cosa es las guerras fuertemente perpetrar (soportar), otra por las guerras enervadamente ser expugnado. En aquéllas se ejercita la virtud, para que no deba ensalzarse; en éstas de todo modo se extingue, para que no subsista. El que por tanto sabe fuertemente la tentación llevar del certamen, y con la tentación se sacude en el alto alcázar preside de la quietud, porque incluso ante sí mismo bajo sí mismo estar las contenciones de los vicios ve, a las cuales por ninguna delectación fracturado (vencido) consiente. Sigue:

CAPÍTULO XII.

VERS. 21, 22.---No aceptaré la persona del varón, y a Dios con el hombre no igualaré. No sé ciertamente cuánto tiempo subsistiré, y si tras un poco me quitará mi hacedor.

22. El tiempo de la vida presente breve es, porque no permanece.---Recta consideración: que a Dios con el hombre por eso no iguala, porque cuánto tiempo aquí subsista, o cuándo al juicio de Dios sea quitado, ignora. Y bien dice: Tras un poco me quitará mi hacedor, porque por muy largo que haya sido el tiempo de la vida presente, por eso mismo breve es, por lo cual permanente no es. Ni ciertamente es digno que duradero sea juzgado, lo que por el fin es circunscrito. Pero entre estas sentencias que de la verdad sólidas profiere, a las palabras de nuevo de la elación prorrumpe, diciendo:

CAPÍTULO XIII

[Rec. VII].

CAP. XXXIII, VERS. 1, 2.---Oye pues, Job, mis elocuciones, y todos mis sermones escucha. He aquí que abrí mi boca, hable mi lengua en mis fauces.

23. Los soberbios la sana doctrina no sanamente predican, porque se insolentan.---Pensemos de qué elación desciende, que al bienaventurado Job oírle se amonesta, que la boca haber abierto se presenta, que su lengua en las fauces hablar promete. Esto ciertamente tiene de propio la doctrina de los arrogantes (Dist. 46, cap. Hoc habet): que humildemente no saben inferir lo que enseñan, y las cosas rectas que saben rectamente ministrar no pueden. En las palabras ciertamente de ellos se trasluce que cuando enseñan, como en una cierta para sí parecen cumbre de la sumidad residir, y a aquéllos a quienes enseñan como a lo lejos debajo de sí puestos como en lo ínfimo miran, a quienes no consultando hablar, sino apenas dominando se dignan. Rectamente en cambio a éstos por el profeta el Señor dice: Vosotros en cambio con austeridad imperabais a ellos, y con potencia (Ez. 34, 4). Con austeridad ciertamente y potencia imperan, quienes a sus súbditos no tranquilamente razonando corregir, sino ásperamente inclinar dominando se apresuran.

[Vet. XIII.] 24. La verdadera doctrina la elación huye.---Mas por el contrario la verdadera doctrina tanto más vehementemente este vicio de la elación huye por la cogitación, cuanto más

ardientemente con los dardos de sus palabras al mismo maestro de la elación persigue. Se precave ciertamente de no a él más con elados (altivos) modales predicar, a quien en el corazón de los oyentes con sacros sermones persigue. Pues la humildad, que es maestra de todas y madre de las virtudes, y hablando decir, y viviendo se esfuerza por mostrar, para que a ella ante los discípulos de la verdad más con modales que con sermones la elocute. Por lo cual Pablo a los Tesalonicenses hablando, como de la cumbre propia del apostolado olvidado, dice: Nos hicimos pequeñuelos en medio de vosotros (1 Tes. 2, 7). Por lo cual Pedro apóstol, cuando decía: Preparados siempre para la satisfacción a todo el que os pida razón de aquella que en vosotros está esperanza (1 Pe. 3, 15), en la misma ciencia de la doctrina la calidad de enseñar aseveró ser servada, añadiendo: Pero con modestia y temor, teniendo la conciencia buena (Ibíd., 16). Esto en cambio que al discípulo Pablo dice: Preceptúa estas cosas, y enseña con todo imperio (1 Tim. 4, 11; Tit. 2, 15); no la dominación de la potencia, sino la autoridad de la vida persuade. Con imperio ciertamente se enseña lo que primero se hace que se diga. Pues a la doctrina sustrae la confianza, cuando la conciencia impide a la lengua. No ergo (pues) a él la potestad de la elada locución, sino de la buena acción la confianza insinuó. Por lo cual también del Señor escrito está: Estaba ciertamente enseñando, como teniendo potestad, no como los escribas y fariseos (Mt. 7, 29). Singularmente ciertamente y principalmente solo por la potestad buena habló,

porque por la enfermedad mala nada cometió. Por la potencia ciertamente de la divinidad tuvo aquello que a nosotros por la inocencia de su humanidad suministró.

[Vet. XIV, Rec. VIII.] 25. Qué a los predicadores, para que la elación huyan, ha de ser considerado.---Nosotros ciertamente, porque somos hombres enfermos, cuando de Dios a los hombres hablamos, debemos primero recordar lo que somos, para que por la propia enfermedad pensemos con qué orden de enseñar a los hermanos enfermos consultemos. Consideremos por tanto que o somos tales, cuales a algunos corregimos; o tales alguna vez fuimos, aunque ya la divina gracia operando no somos, para que tanto más temperadamente con humilde corazón corrijamos, cuanto más verdaderamente a nosotros mismos en éstos que enmendamos reconocemos. Si en cambio tales ni somos, ni fuimos, cuales todavía aquéllos son a quienes enmendar cuidamos, no sea que nuestro corazón por si acaso se ensoberbezca, y de la misma inocencia peor caiga, de aquellos cuyos males corregimos, otros bienes de ellos ante nuestros ojos revoquemos. Los cualessi del todo ningunos son, a los ocultos juicios de Dios recurramos, porque así como nosotros por méritos ningunos esto mismo bueno que tenemos recibimos, así a aquéllos también puede la gracia de la superna virtud infundir, para que excitados después incluso ellos mismos puedan los bienes que nosotros antes recibimos prevenir. ¿Quién ciertamente creería que por el mérito del apostolado Saulo al lapidado Esteban

había de preceder (Hch. 7, 57), quien en la muerte de él de los lapidadores las vestiduras guardaba? Con estas ergo (pues) primero cogitaciones humillarse el corazón debe, y entonces finalmente la iniquidad de los delincuentes ser increpada. Pero este, como a menudo dicho es, modo de locución Eliú ignorar se muestra, quien en su locución por el tipo de la elación como por la potencia de una cierta autoridad se inflama, diciendo: Oye pues, Job, mis elocuciones, y todos mis sermones escucha. He aquí que abrí mi boca, hable mi lengua en mis fauces.

26. Algunos la modestia solo simulan.---En las fauces verdaderamente hablar es silenciosamente decir, y no con clamores vociferar. Con cuyas palabras a los arrogantes dentro de la santa Iglesia puestos señala. Éstos ciertamente como en las fauces hablar se dicen, cuando no contra los adversarios fuera viviendo claman, sino a algunos dentro del seno de la santa Iglesia como a vecinos y junto a ellos puestos increpan. A menudo ciertamente los arrogantes la misma que tienen arrogancia se muestran huir; y mientras así todas las cosas hacen, que a ninguno latan (se oculten), éstas privadamente a cada uno como latentemente narran: para que no solo del sentido de la inteligencia, sino del mismo ante los hombres también de la arrogancia desprecio se gloríen. Por lo cual ahora se dice: Hable mi lengua en mis fauces. Como si abiertamente se dijera: Las cosas que contra ti prudentemente siento, he aquí silenciosamente narro. Alguna vez en cambio en tanta elación de impudencia prosaltan

(saltan), que callando otros ellos mismos suelen laudar lo que dicen. Por lo cual subyunge (añade):

CAPÍTULO XIV.

VERS. 3.---De corazón simple mío mis sermones, y sentencia pura mis labios hablarán.

27. De la simplicidad falsamente se glorían.---De gran virtud la alabanza es la simplicidad de la locución. La cual porque los arrogantes no tienen, que ellos mismos la tienen más solícitamente aseveran, para que más seguramente sean oídos. Y que puramente hablarán denuncian, quienes la malicia de su duplicidad ser aprehendida formidan (temen). A menudo en cambio también con lo falso lo verdadero permisclan (mezclan), para que de allí a su mentira más pronto se crea, de donde estar en ellos la aserción de la verdad se reconoce. Porque ergo (pues) Eliú también que puramente hablaría presentó, y a sus dichos llamándolos sentencias por el favor se adelantó, la misma ya sentencia que prometió añade, diciendo:

CAPÍTULO XV

[Vet. XV, Rec. IX].

VERS. 4.---El Espíritu de Dios me hizo, y el aliento del Omnipotente me vivificó.

28. La doctrina inordinadamente proferida esteriliza y afea.---Habiendo de añadir verdades, antepuso cosas eladas (altivas); y habiendo de decir esto que rectamente sabía, antes dio a co-

nocer cuánto se hinchaba. Así ciertamente, así las mentes de los arrogantes insanean (desvarían), que incluso en aquellas cosas que rectamente sienten por la tortuosidad de su elación se depravan. Por lo cual se hace que incluso sus cosas rectas a los oyentes de ningún modo instruyan, porque proficuamente (ciertamente) a aquéllos por esas cosas que tumidamente sienten, no a la reverencia de sí, sino al desprecio llaman. Y mientras a los dichos prudentes palabras de estulticia se mezclan, porque la estulticia por el oyente es despreciada, incluso la prudencia no se retiene. De aquí ciertamente por Moisés se dice: El varón que el flujo de semen sostenga inmundo será (Lev. 15, 10). ¿Qué es ciertamente el sermón, sino el semen? El cual mientras ordenadamente se emite, la mente del oyente como el útero del concipiente a la prole de la buena obra se fecunda. Si en cambio importunamente fluye, al emisor poluyendo, la virtud de engendrar pierde. Pues si el sermón semen no fuera, del predicador Pablo de ningún modo los atenienses dirían: ¿Qué quiere para sí este sembrador de palabras decir? (Hch. 17, 18). De quien también Lucas dice: Él ciertamente era el jefe del verbo (de la palabra) (Hch. 14, 11). El semen ergo (pues) al uso de la progenie dedicado, incompetentemente fluyendo, los demás miembros coinquina (mancha), cuando el sermón por el cual en los sentidos de los oyentes nacer la ciencia debió, si inordinadamente procediera, incluso las cosas que rectamente sintiera afea. Por lo cual Eliú también incluso las cosas que rectamente puede sentir conmacula (mancha),

mientras a quién o qué hable ignora; y como el flujo de semen sostiene, cuando la lengua a la utilidad congrua por palabras de vana locución mueve. Por buen orden en cambio tanto hecho se construye (afirma), como animado. Por el espíritu hecho, y por el aliento se narra animado. He hecho ciertamente Adán, escrito está: Inspiró en su faz el aliento de vida, y se hizo el hombre en alma viviente (Gén. 2, 7). Pero estas cosas que rectamente afirma si rectamente las ejecute oigamos. Sigue:

CAPÍTULO XVI.

VERS. 5.---Si puedes, respóndeme y contra mi faz consiste.

29. Insulsa más de lo justo de sí de los arrogantes jactancia.---He aquí mientras narra el orden de la verdadera condición, en el fasto súbitamente de la soberbia elación prorrumpe, y con otras palabras esto mismo replica, diciendo: VERS. 6, 7.---He aquí que también a mí así como también a ti hizo Dios, y del mismo lodo yo también formado soy. No obstante el milagro mío no te aterré, mi elocuencia no sea para ti grave.

¿Qué es esto, que Eliú el orden de la verdadera condición reconoce, y el modo de la recta locución ignora? ¿Qué es, que a sí mismo al bienaventurado Job tanto condicionado (creado) iguala, como habiendo de hablar exalta, sino esto, que los arrogantes todos a todos ciertamente los hombres a sí mismos igualmente condicionados recuerdan, pero por el fasto de la ciencia a sus oyentes iguales a sí o ser o creer desdeñan, y a

ellos por la condición de la naturaleza se confieren (igualan), pero por el tumor de la ciencia se superponen? Iguales ciertamente se juzgan haber existido al nacer, pero no iguales haber permanecido al vivir. Y en aquello que iguales como por vivir ya no son, aquello a mayor milagro revocan (atribuyen), que iguales al nacer fueron. Por lo cual inflado Eliú dice: He aquí que también a mí así como también a ti hizo Dios, y del mismo lodo yo también formado soy. No obstante el milagro mío no te aterré, y mi elocuencia no sea para ti grave [Vet. XVI]. Tienen esto también los arrogantes propio, que antes de que digan, maravillas que dirán siempre estiman, y a su locución admirándola previenen, porque incluso en los agudos sentidos la misma elación cuánta sea fatuidad ignoran. Ha de ser notado también que Pablo, mientras maravillosamente a los hebreos amonestara, añadió: Ruego en cambio a vosotros, hermanos, que sufráis (soportéis) la palabra del solaz (consuelo); pues en muy pocas cosas os he escrito (Heb. 13, 22). Eliú en cambio inania profirió, y como consolando subyungió (añadió): Mi milagro no te aterré, y mi elocuencia no sea para ti grave. Aquéllos a sus dichos palabra de solaz, éste verdaderamente elocuencia, y milagro llama. He aquí cuán distintos sabores proceden de los frutos de diversa raíz de cogitaciones. Aquél de las grandes cosas humildemente siente, éste de las mínimas se inanemente erige. ¿Qué ergo (pues) entre estas cosas, sino esto solícitamente ha de ser intuido, que tanto los que han de ascender en lo ínfimo se consideran estar, como los que han

de caer siempre en el precipicio están? Salomón atestiguando, quien dice: Ante la ruina se ensalza el corazón, y ante la gloria se humilla (Prov. 16, 18). Sigue:

VERS. 8-11.---Dijiste ergo (pues) en mis oídos, y la voz de tus palabras oí. [Rec. X.]. Y la misma voz subyungiendo (añadiendo), dice: Limpio soy yo, y sin delito inmaculado, y no hay iniquidad en mí. Porque querellas en mí encontró, por eso arbitró que yo era enemigo para sí. Puso en el nervio mis pies, custodió todas mis sendas. Y pronto contra estas palabras que al bienaventurado Job haber dicho narró, su sentencia profiriendo, dice:

CAPÍTULO XVII.

VERS. 12.---Esto es ergo (pues) en lo que no eres justificado.

30. Estudian más increpar, que consolar.---Proficuamente (ciertamente) el bienaventurado Job verazmente había dicho que sin culpa había sido flagelado. Esto ciertamente él de sí, lo que de él al diablo el Señor dijo: Me conmoviste contra él, para que lo afligiera en vano (Job 2, 3). Pero Eliú no creyó, cesando la culpa, haber podido él incluso por la gracia ser flagelado. Ignoraba ciertamente que por los flagelos de él no se deleía (borraba) el vicio, sino el mérito se aumentaba, y por aquello de que sin delito se había dicho flagelado, con esta sentencia le increpa, diciendo: Esto es ergo (pues) en lo que no eres justificado. Tienen ciertamente esto los arrogantes propio, que más argüir apetecen que consolar; y cualesquiera cosas que a los hombres acontecer conocen, de

solas las iniquidades haber acontecido arbitran. No saben ciertamente los ocultos juicios sutilmente buscar, y aquello que no entienden humildemente escudriñar, porque a ellos a menudo de las secretas investigaciones de los juicios de Dios la misma elación de su ciencia los derriba, mientras los ensalza.

31. Obstáculo es de la verdad el tumor de la mente. De la verdadera ciencia el efecto.--- Obstáculo ciertamente de la verdad es el tumor de la mente, porque mientras infla obnubila. Los cuales también si alguna vez ciencia parecen alcanzar, como de una cierta corteza de las cosas, y no de la médula de la secreta dulzura se apacientan; y con micantes (brillantes) ingenios a menudo las cosas exteriores solamente alcanzan, pero del interno gusto el sabor ignoran, a saber: fuera agudos, pero dentro ciegos son. Ni aquello de Dios sienten, que dulce interiormente sepa, sino lo que excuso (sacudido) fuera suene. Los cuales aunque algunas cosas secretas entendiendo perciben, la dulzura de ellas experimentar no pueden; y si conocieron cómo son, ignoran, como dije, cómo saben. [Vet. XVII.] Y se hace frecuentemente que fuertemente digan, pero sin embargo según esas cosas que dicen vivir no sepan. Por lo cual bien un cierto sabio dijo: A mí en cambio dé Dios decir estas cosas según la sentencia (Sab. 7, 15). Sentencia ciertamente por el sentido es llamada. Y las cosas rectas que entiende, no de sola la ciencia, sino también de la sentencia decir apetece, quien de ningún modo solamente sabiendo decir, sino sintiendo desea experimen-

tar lo que dice. Pero la mente de los arrogantes el sentido de sus dichos no penetra, porque del interno gusto, por recto juicio en aquellos favores es relidida (rechazada), los cuales fuera ama. La verdadera en cambio ciencia afecta, no ensalza; ni soberbios a quienes rellenara, sino lamentantes hace. Por la cual cada uno cuando rellenado fuera, en primer lugar a sí mismo saber apetece; y ya de sí consciente, tanto por ella más robustamente sabe cuanto a sí mismo enfermo en ella más verdaderamente reconoce; y el más amplio camino de esta ciencia la misma humildad le abre; y mientras su imbecilidad ve, la misma cognición de los secretos sublimes los escondidos senos le expande, por cuya cognición presionado, más sutil se vuelve, para que a lo oculto sea raptado. Eliú ergo (pues) en los flagelos del bienaventurado Job por eso la veraz razón no encontró, porque a ella buscar humildemente no sabe; e increpar más bien que consolar más preparado, dice: Esto es ergo (pues), en lo que no eres justificado.

32. Los soberbios a menudo otros increpando, mienten.---Ha de ser notado también que el bienaventurado Job en el nervio su pie puesto dijo, pero de ningún modo limpio a sí mismo de este modo, por el cual se le objeta, sin pecado, o inmaculado, y sin iniquidad haber sido recordó. Pero Eliú, mientras con austeridad estudió increpar las cosas que dichas son, mintiendo añadió las cosas que dichas no son. Quienes ciertamente siempre increpar apetecen, y nunca fomentar, muchas cosas frecuentemente increpando mienten. Pues para que argüir doctamente parezcan,

fingen a veces las cosas que redarguyan; y cuando ellos mismos a modo equino en el curso de su ostentación hierven, en las invectivas de los súbditos por fingidas para sí iniquidades el campo preparan. Ha de saberse además, así como también arriba dije (Núm. 31), que los varones arrogantes con sus inflados sermones a menudo fuertes dichos permisclan (mezclan), ni consideran alguna vez qué vivan, sino piensan estudiosamente qué enseñen. De los cuales ahora Eliú la especie tiene, quien no rectamente vivir apetece, sino enseñar. Porque ergo (pues) sabiendo pero arrogante habla, callemos ya qué túmidamente vive, y oigamos qué sólidamente dice. Tras tantas por tanto palabras de elación, finalmente su ciencia mostrar comenzando, dice:

CAPÍTULO XVIII.

VERS. 12.---Te responderé que mayor es Dios que el hombre.

33. Lo que de Dios, mejor que nosotros, padecemos, justo lo creamos.---Dígase por ventura por alguno: ¿Quién esto incluso cuando no lo oye ignora? Pero ciertamente esta sentencia vil se cree, si no de la misma raíz de su intención se pondera. [Vet. XVIII.] Al flagelado a saber hablaba, quien tanto los azotes de la percusión había recibido, como las causas de los azotes ignoraba. Por eso ergo (pues) infirió (añadió): Te responderé que mayor es Dios que el hombre, para que el hombre flagelado, considerando que mayor que él es Dios, en todo lo que padece al juicio de Él se posponga, por lo cual ser menor no duda; y lo

que del mejor padece, justo lo crea, incluso si de la misma justicia las causas ignora. Quienquiera también por el pecado es percutido (golpeado), si no murmurando renitiera (se resistiera), por eso mismo ya justo ser comienza, por lo cual del que le hiere la justicia no acusa. El hombre ciertamente bajo Dios es condicionado (creado), y al orden de la condición vuelve, cuando a sí la equidad de su juez, incluso la que no entiende, antepone. Bien ergo (pues) se dice: Te responderé que mayor es Dios que el hombre, para que considerada la potencia del creador, deshierva (se calme) el tumor de la mente por la memoria de la condición. Por lo cual David profeta, cuando por el peso de la percusión al exceso de la voz prorrumpir fuera compelido, a la consideración de su condición recogiéndose, dice: Enmudecí, y no abrí mi boca, puesto que Tú me hiciste (Sal. 38, 3). Pensó ciertamente el orden de su condición, y la justicia de la percusión encontró, porque quien benignamente a él que no era lo condicionó (creó), a él proficuamente (ciertamente) que era no sino justamente percutió. Sigue:

CAPÍTULO XIX

[Rec. XI].

VERS. 13, 14.---Contra él contiendes, porque no a todas las palabras te respondió. Una vez hablará Dios, y por segunda vez lo mismo no repetirá.

34. En la Sagrada Escritura cuanto nos conviene saber, lo enseña Dios.---Propio es del corazón

afligido que en todo lo que apetece, y sin embargo siente que el orden de las cosas le es contrario, si pudiera hacerse, por voces divinas se le respondiera por qué así, o no así sea, para que a Dios sobre toda la controversia de las cosas consulte, y por la razón conocida de su respuesta descanse. Eliú por cierto previendo que el Señor la Sagrada Escritura fundaría, para que en ella o por públicas o por ocultas cuestiones de todos respondiera, dice: Contra él contiendes, porque no a todas las palabras te respondió. Una vez hablará Dios, y por segunda vez lo mismo no repetirá. Como si dijera: Dios a los corazones de cada uno con voces privadas no responde, sino tal elocuencia construye, por la cual a las cuestiones de todos satisfaga. [Vet. XIX.] En la elocuencia de su escritura por cierto las causas nuestras cada uno si buscamos, las hallamos, ni es necesario que en lo que especialmente cada uno tolera, que se le responda por voz divina especialmente busque. Allí pues a todos nosotros en lo que especialmente padecemos comúnmente se nos responde, allí la vida de los precedentes se hace forma de los subsiguientes. Para que pues una cosa de muchas presentemos, he aquí mientras por alguna pasión o molestia de la carne somos afligidos, saber por ventura las causas ocultas de la misma pasión o molestia deseamos, para que en lo que padecemos por la misma ciencia de las cosas nos consolemos. Pero porque de las tentaciones especiales nuestras de ninguna manera a cada uno de nosotros especialmente se nos responde, a la Sagrada Escritura recurrimos. Allí a saber

hallamos lo que Pablo tentado por la enfermedad de la carne oyó: Te basta mi gracia, pues la virtud en la enfermedad se perfecciona (2 Cor. 12:9). Lo cual por eso a él en la enfermedad propia fue dicho, para que singularmente a todos nosotros no se dijera. En la Sagrada Escritura ergo (pues) la voz de Dios, afligido Pablo, oímos, para que cuando por ventura somos afligidos, cada uno oírla con privada consolación no buscáramos. No ergo (pues) el Señor a todas las palabras nos responde, porque una vez hablará, y por segunda vez lo mismo no repetirá; esto es, en aquellas cosas que por la Sagrada Escritura a nuestros padres profirió, a nosotros educarnos cuidó. Digan pues los doctores de la santa Iglesia, digan también los arrogantes, cuando en ella trabajar a algunos por pusilanimidad contemplan, porque a nosotros Dios a las palabras todas no responde, porque una vez hablará Dios, y lo mismo por segunda vez no repetirá; esto es, a los pensamientos o tentaciones de cada uno no ya indistintamente por las voces de los profetas, no por los oficios angélicos satisface, porque en la Sagrada Escritura cuanto puede a cada uno acontecer comprende, y en aquella por los ejemplos de los precedentes incluso la vida de los subsiguientes informar cuidó.

35. El hablar de Dios es haber engendrado al Verbo.---Aunque lo que dice: Una vez hablará Dios, y por segunda vez lo mismo no repetirá, esto entenderse más sutilmente puede, que el Padre al unigénito consustancial a sí Hijo engendró. Pues el hablar de Dios es haber engendrado al Verbo. Una vez ergo (pues) hablar de Dios es

otro Verbo además del unigénito no tener. Por lo cual también aptamente se añade: Y por segunda vez lo mismo no repetirá, porque a saber a este mismo Verbo, esto es al Hijo, no sino único engendró. Que por cierto no dijo, Habló, sino hablará, no a saber el tiempo pretérito, sino el futuro poniendo, consta a todos porque a Dios ni el tiempo pretérito le conviene, ni el futuro. Tanto ergo (pues) en Él cualquier tiempo se pone libremente, cuanto ninguno verdaderamente. Pues ni cualquiera libremente decirse podía, si al menos uno propiamente se dijera. De allí pues decirse en Dios el tiempo audazmente a cualquiera es lícito, de donde en Él decirse propiamente ninguno es lícito. Pues al Verbo el Padre sin tiempo engendró.

36. Esta generación debemos admirarla, no escrutarla.---¿Y quién dignamente decir pueda aquella inefable natividad, que del eterno nació el coeterno, que existiendo antes de los siglos engendró al igual, que al que engendra el nacido posterior no es? Las cuales cosas a saber nosotros admirar podemos, pero intuir mínimamente valemos. Pero del poder ya admirar la fuerza de aquella natividad, en alguna manera es verla. ¿Pero cómo vemos lo que de ninguna manera comprendemos? Sin embargo es lo que del uso de la carne atraer al sentido del espíritu debemos. Pues si alguno en las tinieblas con los ojos cerrados yaciera, y ante él una súbita luz de lámpara prorrumpiera, sus ojos cerrados por el mismo advenimiento de la luz son heridos, para que se abran. ¿Por qué ergo (pues) fueron turbados, si cerrados nada vieron? Ni sin embargo algo

perfecto fue, lo que cerrados ver pudieron. Pues si perfectamente todo hubieran visto, ¿por qué abiertos buscarían lo que vieran? Así pues, así somos, cuando de la incomprensible natividad intuir algo intentamos. Por eso mismo pues por lo cual por la admiración del fulgor es herido el ánimo, y casi ve lo que verse no vale, como puesto en las tinieblas, la fuerza de la luz con los ojos cerrados ve. Pero porque esta secreta admiración de la divina naturaleza no fácilmente a las mentes ocupadas por los deseos terrenos se da a conocer, aptamente la locución de Dios de qué manera se haga a nosotros insinúa, diciendo:

CAPÍTULO XX

[Vet. XX, Rec. XII].

VERS. 15.---Por el sueño en visión nocturna, cuando irrumpe el sopor sobre los hombres, y duermen en el lecho.

37. La voz de Dios se oye cuando con mente tranquila de las obras seculares se descansa.---¿Qué es lo que por el sueño a nosotros la locución de la divinidad se da a conocer, sino que de Dios los secretos no conocemos, si en los deseos terrenos vigilamos? En el sueño pues los sentidos exteriores duermen, y las cosas interiores se disciernen. Si ergo (pues) las cosas internas contemplar queremos, de la implicación externa durmamos. La voz a saber de Dios casi por el sueño se oye, cuando con mente tranquila de la acción de este siglo se descansa, e en el mismo silencio de la mente los divinos preceptos se pon-

deran. Pues cuando de las acciones externas la mente se adormece, entonces más plenamente el peso de los mandatos de Dios se reconoce. Entonces las palabras de Dios la mente más vivazmente penetra, cuando a sí admitir los tumultos de las preocupaciones seculares rehúsa. Mal pues el hombre vigila, cuando a él el calor de los negocios seculares insolentemente inquieta. El oído por cierto del corazón la turba de los pensamientos terrenos mientras estrepita cierra, y en el secretario de la mente, cuanto menos el sonido de las preocupaciones tumultuosas se reprime, tanto más la voz del juez que preside no se oye. Pues ni perfectamente el hombre basta dividido a ambas cosas, sino mientras así interiormente ser educado apetece, que sin embargo exteriormente se implique, de donde exteriormente el oído abre, de allí interiormente ensordece. Moisés mezclado con los egipcios casi vigilaba, y por eso en Egipto puesto la voz del Señor no oía (Éxod. 2:11, 12, sig.). Pero extinguido el egipcio, después que al desierto huyó, allí mientras cuarenta años vivió, casi de los inquietos tumultos de los deseos terrenos se durmió; y por eso la divina voz percibir mereció, porque por la suprema gracia cuanto más de los exteriores que han de apetecerse se entorpeció, tanto más verdaderamente para conocer los interiores vigiló. De nuevo a las turbas del pueblo israelítico antepuesto, para que los preceptos de la ley perciba, al monte es llevado, y para que lo interno penetre, de los tumultos externos es ocultado (Éxod. 19:3).

[Vet. XXI.] 38. Quienes en los ministerios exteriores sirven, estudiosamente a los secretos del corazón refugien.---Por lo cual también los varones santos que por la necesidad del oficio a servir en los ministerios exteriores son compelidos, estudiosamente siempre a los secretos del corazón refugian; y allí la cumbre del pensamiento íntimo ascienden, y la ley casi en los montes perciben, mientras, pospuestos los tumultos de las acciones temporales, en el vértice de su contemplación la sentencia de la suprema voluntad escrutan. De aquí es que el mismo Moisés frecuentemente de las cosas dudosas al tabernáculo vuelve, y allí secretamente al Señor consulta, y qué de cierto decrete reconoce. Dejadas pues las turbas volver al tabernáculo es, pospuestos los tumultos de los exteriores, el secreto de la mente entrar. Allí pues el Señor es consultado, y lo que fuera ha de hacerse públicamente, dentro silenciosamente se oye. Esto diariamente los buenos rectores hacen, cuando se reconocen no poder las cosas dudosas discernir, al secreto de la mente, como a un cierto tabernáculo vuelven; la ley divina vista, casi ante el arca puesta, al Señor consultan, y lo que primero dentro callando oyen, esto fuera después actuando dan a conocer. Para que pues a los oficios exteriores sin ofensa sirvan, a los secretos del corazón recurrir incesantemente cuidan; y así la voz de Dios casi por el sueño oyen, mientras en la meditación de la mente de los movimientos carnales se abstraen. De aquí es que la esposa en el Cantar de los cantares la voz del esposo casi por el sueño había oído, la cual decía: Yo duermo,

y mi corazón vigila (Cant. 5, 2). Como si dijera: Mientras los sentidos exteriores de las solicitudes de esta vida adormezco, vacante la mente más vivazmente lo interno conozco. Fuera duermo, pero dentro el corazón vigila, porque mientras lo exterior casi no siento, lo interior solícitamente aprehendo.

39. No sino oscuramente y casi por visión nocturna, contemplamos lo divino e interno.---Bien ergo (pues) Eliú dice que por el sueño habla Dios, y aptamente añadió, En visión nocturna. Pues la visión nocturna aparecer en la contemplación de la mente bajo ciertas imágenes suele. En la luz diurna por cierto más ciertamente discernimos, en la visión nocturna en verdad con vacilación vemos. Y porque todos los santos cuanto tiempo en esta vida están, los secretos de la divina naturaleza casi bajo una cierta imaginación contemplan, porque a saber todavía no como son los contemplan más manifiestamente, bien Eliú, después que dijo que Dios a nosotros por el sueño habla, añade: En visión nocturna. La noche por cierto es la vida presente, en la cual cuanto tiempo estamos, por esto que contemplamos lo interno, bajo una incierta imaginación nos oscurecemos. Pues el profeta para ver al Señor por una cierta calígine sentirse oprimido sentía, diciendo: Mi alma te deseó en la noche (Isa. 26, 9). Como si dijera: En esta oscuridad de la vida presente verte apetezco, pero todavía por la nube de la enfermedad soy circunscrito. David también de esta noche la calígine evitando, la claridad de la verdadera luz habiendo esperado dice: Por la mañana estaré

ante ti, y veré (Sal. 5, 5). Todavía ergo (pues) en la noche menos se ve percibe, quien para ver a Dios la futura mañana desea. Pero porque, como dijimos, de la acción exterior cesar es dormir, bien Eliú añade: Cuando irrumpe el sopor sobre los hombres. Porque pues los varones santos cuando a la acción exterior no sirven, dentro de los cubículos de la mente descansan, aptamente añade: Y duermen en el lecho. Pues para los varones santos dormir en el lecho es dentro del cubículo de su mente descansar. Por lo cual está escrito: Exultarán los santos en la gloria, se alegrarán en sus cubículos (Sal. 149, 5). Dígase ergo (pues), que una vez a nosotros nos habla Dios por el sueño en visión nocturna, cuando irrumpe el sopor sobre los hombres, y duermen en el lecho, porque ciertamente entonces los secretos de la divinidad reconocemos, cuando de la tumultuosa concupiscencia de este mundo dentro de los cubículos de nuestra mente nos segregamos. Porque pues, como a menudo ya dijimos, el oído del corazón el tumulto de los negocios seculares cierra, y el descanso de la secreta consideración abre, aptamente añade:

VERS. 16.---Entonces abre los oídos de los varones, e instruyéndolos enseña la disciplina.

40. Quienes de las obras exteriores cesan, a la compunción son educados.---Pues cuando de las acciones exteriores se adormecen, abierta el oído del examen interno las causas oyen. Quienes mientras sutilmente o los azotes públicos, o los juicios ocultos consideran, a sí mismos afligirse llorando no cesan. [Rec. XIII.] Por lo cual bien

fue dicho. E instruyéndolos enseña la disciplina, porque para la mente que considera, y a sí misma por la penitencia lacera, casi como ciertas plagas de percusión son los lamentos de la compunción. Por lo cual también Salomón rectamente la fuerza de la percusión de una y otra cosa uniendo dice: La lividez de la herida limpia los males, y las plagas en lo más secreto del vientre (Prov. 20, 30). Por la lividez de la herida por cierto, la disciplina insinúa de la corpórea percusión. Las plagas en verdad en lo más secreto del vientre son las internas heridas de la mente, que por la compunción se hacen. Como pues el vientre lleno de alimentos se extiende, así la mente por los pensamientos depravados dilatada se eleva. Limpian ergo (pues) los males, y la lividez de la herida, y las plagas en lo más secreto del vientre, porque tanto la disciplina exterior las culpas diluye, como a la mente extendida la compunción de la penitencia con la venganza traspasa. Pero en esto entre sí una y otra de estas difieren, que las plagas de las percusiones duelen, los lamentos de las compunciones tienen sabor. Aquellas afligiendo crucifican, estos rehacen mientras afligen. Por aquellas en la aflicción el dolor está, por estos en el dolor la alegría. Porque sin embargo la misma compunción la mente lacera, a la misma compunción no incongruentemente disciplina llama.

41. De cuatro modos los justos en la compunción son afectados; lo cual con el ejemplo de Pablo se muestra y de David.---Cuatro por cierto son las cualidades por las cuales el alma del

varón justo en la compunción vehementemente es afectada, cuando o de sus males se acuerda, considerando dónde estuvo; o la sentencia de los juicios de Dios temiendo, y consigo buscando, piensa dónde estará; o cuando los males de la vida presente solícitamente atendiendo, gimiendo considera dónde está, o cuando los bienes de la suprema patria contempla, los cuales porque todavía no alcanza, llorando contempla dónde no está. De sus males Pablo se acordaba, y de ellos a sí mismo en los que había estado afligía, cuando decía: No soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios (1 Cor. 15, 9). De nuevo el divino juicio sutilmente ponderando, en el futuro mal estar temía, diciendo: Castigo mi cuerpo, y a la servidumbre lo someto, no sea que por ventura a otros predicando, yo mismo réprobo sea hecho (1 Cor. 9, 27). De nuevo los males de la presente vida ponderaba, cuando decía: Mientras estamos en este cuerpo, peregrinamos fuera del Señor (2 Cor. 5, 6). Y: Veo otra ley en mis miembros repugnando a la ley de mi mente, y cautivo llevándome en la ley del pecado, que está en mis miembros. Infeliz de mí hombre, quién me librará del cuerpo de esta muerte (Rom. 7, 23). Y de nuevo los bienes de la eterna patria consideraba, diciendo: Vemos ahora por un espejo en enigma; entonces pues cara a cara. Ahora conozco en parte, entonces pues conoceré, así como también soy conocido (1 Cor. 13, 12). Y de nuevo: Sabemos que si la casa terrena nuestra de esta habitación se disuelve, que una edificación de Dios tenemos, casa no hecha por

mano, eterna en los cielos (2 Cor. 5, 1). De cuya casa los bienes intuyendo, a los efesios dice: Para que sepáis cuál es la esperanza de su vocación, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál sea la supereminente magnitud de su virtud en nosotros, que creímos (Efes. 1, 18). Los males de la vida presente el bienaventurado Job considerando, dice: Tentación es la vida humana sobre la tierra (Job 7, 1). Por lo cual David también, dice: Universal vanidad todo hombre viviente (Sal. 38, 6). Y aunque en la imagen de Dios camine el hombre, sin embargo vanamente será conturbado. Quien de nuevo la eterna patria contemplando, y estos males ponderando en los que estaba, y aquellos bienes considerando en los que todavía no estaba, dice: ¡Ay de mí! porque mi peregrinación se ha prolongado (Sal. 119, 5). Y, Yo dije en mi pavor (éxtasis): proyectado soy de la faz de tus ojos (Sal. 30, 23). Elevado en éxtasis, que nuestros intérpretes pavor propiamente llamaron, de la faz de los ojos de Dios vio que estaba proyectado. Después de la visión por cierto de la luz interna, la cual en su alma por la gracia de la contemplación con un rayo de claridad brilló, a sí mismo volvió; y la cognición percibida, o de qué bienes allí carecía, o a qué males aquí asistía, encontró. Pues ni cualquiera los males de la vida presente como son contemplar prevalece, si los bienes de la eterna patria por el gusto de la contemplación tocar todavía no vale. Por lo cual también de la faz de los ojos de Dios proyectado que estaba conoció. Elevado por cierto vio lo que de sí aquí ver no pudiendo al recaer en sí gimió.

42. El efecto de la compunción en los perfectos.---A la alma perfecta a saber esta compunción afectar más familiarmente suele, por la cual todas las imaginaciones corpóreas insolentemente saliéndole al paso discute (desecha), e intenta fijar el ojo del corazón en el mismo rayo de la luz incircunscrita. Pues estas especies de figuras corporales a sí dentro de la enfermedad del cuerpo atrajo. Pero perfectamente compungida aquí sumamente vigila, no sea que cuando la verdad busca, a ella la imaginación de la visión circunscrita la iluda, y todas las imágenes que le salen al paso rechaza. Porque pues por ellas debajo de sí cayó, sin ellas sobre sí ir intenta; y después que por muchas cosas indecentemente se esparció, en uno a sí recogerse se esfuerza, para que si por la gran fuerza del amor prevalece, aquello que es uno e incorpóreo contemple.

43. El sabor de la contemplación no sino de manera arrebatada (raptim) afecta a la mente. De aquí piadosos gemidos, sin embargo no exentos de deleite.---Por lo cual alguna vez a una cierta inusitada dulzura de sabor interno es admitida, y de manera arrebatada en alguna manera soplada por un espíritu ardiente es renovada; y tanto más anhela, cuanto más lo que ama degusta. Y esto dentro de sí apetece lo que siente que le sabe dulce intrínsecamente, porque a saber por el amor de aquella dulzura se envileció a sí misma ante sí; y después que a esta, como quiera que pudo percibirla, qué sin ella desde hace tiempo habría sido encontró. A la cual intenta adherirse, pero de su fortaleza por su propia enfermedad

todavía es repelida; y porque de ella la limpieza contemplar no vale, tiene por dulce llorar, y a sí misma al recaer en sí las lágrimas de su enfermedad derramar. Pues ni puede fijar el ojo de la mente en aquello que dentro de sí de manera arrebatada vio, porque por el mismo uso de su vetustez hacia abajo ir es compelida. Entre estas cosas anhela, arde, sobre sí ir intenta, pero a sus familiares tinieblas vencida por la fatiga recae. Porque pues así afectada la alma contra sí misma un grave certamen tolera, y porque toda esta controversia sobre nosotros, cuando nos afecta, aunque mezclada con el deleite, no poco dolor pare, Eliú, después que dijo que Dios a nosotros por el sueño habla, y que por su locución nuestros oídos se abren, no sin mérito a la misma apertura de los oídos disciplina llama, porque tanto más afectándonos nos quebranta, cuanto más a nosotros por la oculta gracia de su inspiración el sonido de la interna inteligencia prorrumpe. Pues ni lloraría fuera cualquiera lo que es, si no dentro hubiera podido sentir lo que todavía no es. Pues cuando a nosotros mismos nos miramos bien condicionados (creados), pero por la persuasión diabólica por un pestífero consenso engañados, en nosotros mismos atendemos que uno es lo que hicimos, otro lo que fuimos hechos; por condición nosotros íntegros, pero por la culpa viciados. Por tanto compungidos apetecemos evitar lo que hicimos, para que a aquello que fuimos hechos seamos reformados. Por lo cual también aptamente sigue:

CAPÍTULO XXII

[Al. XXII].

VERS. 17.---Para que aparte al hombre de las cosas que hizo, y lo libre de la soberbia.

44. Por la compunción somos apartados de los pecados antes perpetrados, y de la soberbia somos librados.---¿Qué pues el hombre de sí mismo sino el pecado hizo? Y está escrito: El inicio de todo pecado es la soberbia (Ecli. 10, 15). Bien ergo (pues) se dice que el hombre cuando de estas cosas que hizo se aparta, de la soberbia es librado. Contra el Creador por cierto soberbecer es sus preceptos pecando trascender, porque casi de sí el yugo de su dominación sacude, al cual por la obediencia estar sometido desprecia. Pero al contrario quien aquello que hizo evitar apetece, aquello que por Dios fue hecho reconoce, y al orden de su condición humildemente vuelve, mientras sus obras huyendo, tal cual por Dios fue hecho se ama. Porque pues por esta inteligencia la gloria sempiterna se recibe, los suplicios eternos se evitan, aptamente se añade:

CAPÍTULO XXIII

[Rec. XIV].

VERS. 18.---Librando su alma de la corrupción, y su vida, para que no pase a la espada.

45. Así es librada la alma de la corrupción y de la espada del divino juicio.---Todo pecador por cierto de esta corrupción de los vicios allá a la espada de las penas es compelido a pasar, para

que de donde aquí inicua fue deleitado, de allí allá sea justamente atormentado. Ha de notarse ergo (pues) que Dios a nosotros por el sueño hablándonos, primero de la corrupción, y después de la espada nos libra, porque ciertamente de aquel la vida allá arrebata (libra) de la venganza del suplicio, de quien aquí la mente sustrae del deleite del pecado. Pues ni allá tiene lo que deba temer de la espada de la sentencia, a quien aquí después de su enmienda la polución no corrompiere de la culpa. Bien ergo (pues) se dice: Librando su alma de la corrupción, y su vida, para que no pase a la espada. De la corrupción pues a la espada pasar es después de perpetrados los vicios llegar a tolerar los suplicios. Sigue:

CAPÍTULO XXIV

[Vet. XXIII, Rec. XV].

VERS. 19.---Increpa también por el dolor en el lecho, y todos sus huesos hace marchitar.

46. En la presente vida, todo el descanso que para nosotros preparamos por las tentaciones es turbado. En cualquier retiro vivir sin tentaciones no podemos.---En la Sagrada Escritura el lecho, o el camastro, o el estrado, alguna vez la voluntad (placer) de la carne, alguna vez el reposo en las buenas obras, alguna vez el descanso temporal se toma. ¿Qué es pues lo que en el Evangelio al sanado el Señor dice: Levántate, toma tu camastro, y vete a tu casa (Juan 5, 8), sino que por el camastro el placer del cuerpo se designa? Y se manda ciertamente que este sano lo lleve, donde

enfermo había yacido, porque ciertamente todo el que todavía en los vicios se deleita, enfermo yace en los placeres de la carne. Pero sanado este lo lleva donde enfermo había yacido, porque por el divino auxilio arrebatado de los vicios, las contumelias de la misma carne después tolera, en cuyos deseos antes descansaba. De nuevo por el lecho o estrado el reposo en las buenas obras se designa. Por lo cual en los Hechos de los apóstoles Pedro apóstol dice: Eneas, te sane el Señor Jesucristo; levántate, y hazte el lecho (Hech. 9, 34). ¿Qué es decir, Levántate, sino, los males que perpetraste, deja? ¿Qué es decir, Hazte el lecho (sterte tibi), sino, las causas de la merced en las que debas descansar opera? para que y deje levantándose lo que hizo, y encuentre haciendo el lecho lo que hiciere. Lo cual uno y otro el Profeta brevemente comprende, diciendo: Declina del mal, y haz el bien (Sal. 36, 27). Declinar por cierto del mal es de aquello en que yacía levantarse; el bien en verdad hacer, es las obras de la merced, en las que deba descansar, preparar. Quien pues declina del mal, pero los bienes todavía no hace, se levantó por cierto de aquello en que yacía, pero donde deba descansar, todavía no tendió (el lecho). Y de nuevo el lecho o estrado el descanso temporal se toma, así como está escrito: Todo su estrado (lecho) versaste en su enfermedad (Sal. 40, 4). Pues cuando cualquiera por las preocupaciones seculares fatigado dejar por la divina gracia los caminos laboriosos de este mundo es compungido, suele pensar de qué manera los deseos de la vida presente huya, y de sus trabajos

descanse, y para sí pronto el orden de la deseada quietud busca, y como un cierto estrado, así de todos los trabajos el lugar del cese encontrar codicia. Pero porque en esta vida todavía el hombre puesto, en el lugar de cualquier orden, en el retiro de cualquier secreto vivir sin tentaciones de ninguna manera puede, muchísimas veces en aquello que para el descanso se construye, mayor dolor de la tentación se encuentra. Por lo cual rectamente por el Profeta se dice: Todo su estrado versaste en su enfermedad. Como si dijera: Todo lo que aquí para sí preparó para el descanso, esto a él cambiaste por oculto juicio para la perturbación. Lo cual por piadoso por cierto consejo de Dios se hace, para que en el tiempo de esta peregrinación la vida de los electos sea turbada.

[Vet. XXIV.] 47. Aquí por el óptimo consejo de Dios somos afligidos, para que no amemos el camino en vez de la patria.---El camino por cierto es la vida presente, por la cual a la patria tendemos; y por eso aquí por oculto juicio por frecuente perturbación somos quebrantados, para que no amemos el camino en vez de la patria. Suelen por cierto no algunos viajeros, cuando amenos por ventura en el camino prados contemplan, de proseguir demoras tejer, y de la rectitud del camino comenzado declinar, y el paso de ellos retarda la hermosura del camino, mientras deleita. A sus electos ergo (pues) a sí tendiendo el Señor el camino de este mundo áspero hace, no sea que mientras cada uno con el descanso de la vida presente, como por la amenidad del camino se nutre, más a él por mucho tiempo caminar, que

más pronto llegar deleite; no sea que, mientras se deleita en el camino, se olvide de lo que deseaba en la patria. Porque ergo (pues) en esta vida todo nuestro descanso, que por ventura preparamos, se turba, rectamente se dice: Increpa también por el dolor en el lecho, esto es, en el descanso de la presente vida o con los estímulos de la tentación o con la aflicción del azote nos conturba. Pues a menudo el ánimo humano por muy breve tiempo que sin tentación en los buenos estudios estuviere, pronto de los mismos estudios en los que descansando se ejercita, de las mismas virtudes por las cuales multiplicarse se esfuerza, mientras se siente aprovechar, se eleva. Por lo cual por el piadoso moderamen de nuestro rector, por el impulso de la tentación es afectado, para que en él aquella misma elación de su provecho sea comprimida. Por lo cual después que dijo: Increpa también por el dolor en el lecho, aptamente añadió [Rec. XVI]: Y todos sus huesos hace marchitar.

48. Por la tentación conocemos, qué por las fuerzas propias, qué por el don divino podemos.---Los huesos en la Sagrada Escritura por las virtudes tomamos, así como está escrito: El Señor custodia todos los huesos de ellos, ni uno de ellos será quebrantado (Sal. 33, 21). Lo cual ciertamente no de los huesos del cuerpo, sino de las fuerzas se dice de la mente. Pues ciertamente sabemos que también de muchos mártires corporalmente los huesos fueron quebrantados, y los perseguidores del Señor, de aquel ladrón, a quien fue dicho, Hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. 23, 43), como del otro ladrón en la cruz las piernas

quebraron. Cuando ergo (pues) increpa por el dolor en el lecho, todos los huesos hace marchitar, porque cuando en aquel descanso que para nosotros de este siglo preparamos por el azote de la tentación somos afectados, quienes por ventura de nuestras virtudes inflarnos pudimos, por el tedio de la conocida enfermedad nuestra somos extenuados. Pues cuando así como deseamos hacia Dios aprovechamos, si a nuestro provecho tentación ninguna pulsara, de alguna fortaleza nosotros ser creeríamos. Pero porque con nosotros por la suprema dispensación se actúa, para que de nuestra enfermedad, porque aprovechando nos olvidamos, tentados nos acordemos, y en nuestro provecho qué por el don divino, y en la tentación conocemos qué por las fuerzas propias somos. La cual a nosotros ciertamente la tentación plenamente nos arrebataría, si la protección suprema no nos guardara. Pero pulsa, ni quiebra; impele, ni mueve; sacude, ni derriba, para que de nuestra enfermedad sintamos ser lo que somos sacudidos, y del don divino ser lo que estamos de pie. Y porque a menudo la alma de algún bien a sí consciente, cuando sus virtudes a sí a la memoria revoca, por una cierta delectación se nutre, y casi por la gratulación de la propia plenitud se engorda (se engríe), bien se dice que pulsando la tentación se marchitan los huesos, porque mientras la propia enfermedad por la tentación que interroga se conoce, toda aquella de nuestras fuerzas, como grasa y verde gratulación, súbitamente por el dolor de la ansiedad se seca, y quienes nosotros de algún momento ser por nuestros bienes ponde-

rando creímos, pulsados un poco más a nosotros ya ya que vamos a perecer tememos. Entonces todo el gozo de nuestros bienes se vuelve en pavor de las penas. Entonces inicuos nosotros ser descubrimos, que santos poco antes creíamos. Se consume la mente, se estuporan los ojos, todo lo que antes próspero sonreía se desvanece; la luz misma es para el fastidio, y solas se en el ánimo las tinieblas del dolor se difunden; nada que deleite se contempla, triste es cuanto ocurre. Por lo cual también aptamente sigue:

CAPÍTULO XXV

[Rec. XVII].

VERS. 20.--- Abominable se hace para él en su vida el pan, y para su alma el alimento antes deseable.

49. Por pan en la Sagrada Escritura muchas cosas se significan: 1º Cristo; 2º gracia; 3º sagrada doctrina; 4º predicación de los herejes; 5º subsidio de la vida presente; 6º jucundidad de la delectación humana.---Como si abiertamente dijera: La mente afligida considera para sí en amargura convertirse cuanto antes blanda y gustosamente la saciaba. [Vet. XXV.] Pues en la Sagrada Escritura el pan algunas veces se toma por el mismo Señor, algunas veces por la gracia espiritual, algunas veces por la erudición de la divina doctrina, algunas veces por la predicación de los herejes, algunas veces por el subsidio de la vida presente, algunas veces por la jucundidad de la delectación humana.

En el pan el Señor se señala, como Él mismo dice en el Evangelio: Yo soy el pan vivo, que bajé del cielo (Juan 6, 51).

Nuevamente por el pan se toma la gracia del don espiritual, como por el profeta se dice: Quien tapa sus oídos para no oír sangre, y cierra sus ojos para no ver mal, este en las alturas habitará: los baluartes de rocas su sublimidad, el pan le es dado (Is. 33, 15). ¿Pues qué es tapar sus oídos para no oír sangre, sino a los pecados que sugieren, los cuales de la sangre y la carne nacen, no prestar consentimiento? ¿Y qué es, para que no vea mal, los ojos cerrar, sino todo lo que a la rectitud es adverso no aprobar? Este en las alturas habitará, porque aunque todavía la carne en las cosas inferiores lo retiene, la mente ya en las cosas sublimes fijó. Los baluartes de rocas su sublimidad, porque quien los abyectos deseos de la conversación terrena pisa, a la patria suprema por los ejemplos de los padres precedentes se eleva. Y porque por el don de la contemplación con la gracia espiritual se sacia, aptamente se añade: El pan le es dado, esto es, percibe la refección de la gracia espiritual, porque se de los bienes ínfimos esperando los celestiales suspende. De aquí también de la santa Iglesia por David dice el Señor: A sus pobres saciaré de panes (Sal. 131, 15), porque en ella las mentes de los humildes puestas de la espiritual refección de los dones se llenan.

Nuevamente por el pan la erudición de la divina doctrina se designa, como por el profeta se dice: Quienes habitáis en tierra del Austro, con panes salid al encuentro del fugitivo (Is. 21, 14).

En la tierra del Austro por cierto habitan quienes puestos en la santa Iglesia por la caridad del Espíritu supremo son inspirados. Huye en cambio quien de este mundo los males escapar codicia. Quien ergo (pues) en la tierra del Austro habita, al fugitivo con panes salga al encuentro, esto es, aquel que ya del Espíritu santo dentro de la Iglesia lleno está, a aquel que sus males escapar se esfuerza con el coloquio de la erudición consuele. Salir al encuentro del fugitivo con panes es ofrecer al que teme los suplicios eternos los alimentos de la sagrada doctrina, y ahora la hinchazón con el terror comprimir, ahora el pavor con la exhortación confortar. Porque la refección de la Sagrada Escritura no inconvenientemente como pan se toma, por el mismo profeta a los judíos que sola la letra servan se dice: ¿Por qué pesáis plata, y no en panes? (Is. 55, 2). Como si dijera: Pesáis los sacros elocuios, pero no en la refección, porque mientras sola la especie de la letra custodiáis, de la espiritual inteligencia la gordura de la interna refección perdéis. Por lo cual allí aptamente se añade: Y vuestro trabajo no en saciedad (Ibíd.).

[Vet. XXVI.] Nuevamente por el pan la predicación de los herejes se designa, como por Salomón la mujer que del tipo de la iglesia herética gesta, y a los necios convocando, dice: Los panes ocultos gustosamente comed (Prov. 9, 17). O, como en nuestra traducción está escrito: Las aguas furtivas más dulces son, y el pan escondido más suave. Pues hay algunas herejías que abiertamente temen predicar lo que sienten, y en las mentes de los enfermos sus palabras tanto más sazonan,

cuanto como más reverentemente esconden. Por lo cual no sin mérito se dice: Los panes ocultos gustosamente comed. Pues a los miserables corazones las ocultas palabras de los herejes tanto más saben, cuanto con los demás comúnmente no se tienen.

Nuevamente por el pan el subsidio de la vida presente se toma, como Jacob a Labán pasando, dice: Señor Dios, si me dieres pan para comer, y vestido para vestir (Gén. 28, 20). Y como en el Evangelio el Señor a las turbas que le seguían dice: Me buscáis, no porque visteis señales, sino porque comisteis de los panes, y os saciasteis (Juan 6, 26). Pues de siete panes habían sido saciados. Y por la persona de ellos el Señor dentro de la santa Iglesia detesta a aquellos que por los sacros órdenes al Señor aproximándose, no en los mismos órdenes los méritos de las virtudes, sino los subsidios de la vida presente inquieren; ni piensan qué viviendo imitar deban, sino qué compendios percibiendo se sacien. Saciados por cierto de los panes al Señor seguir es de la santa Iglesia alimentos temporales haber tomado. Y no por las señales es al Señor, sino por los panes buscar, al oficio de la religión, no para aumentar las virtudes, sino para requerir subsidios anhelar.

Nuevamente por el pan la jucundidad de la delectación humana se toma. Por lo cual Jeremías profeta mientras los perdidos mores de la sinagoga lloraba, dijo: Todo su pueblo gimiendo y buscando pan: dieron todo lo precioso por comida para refocilar el alma (Lam. 1, 11). Pues gimiendo el pueblo busca pan, mientras la prava

multitud de los hombres es afligida, porque no al voto de la jucundidad de la presente vida se sacia. Pero también lo precioso que hay por comida da, porque las virtudes de la mente en el apetito de la delectación transitoria inclina. Y refocilar el alma se esfuerza, porque a sus perversos deseos satisfacer intenta. Por lo cual bien pronto desde la voz de aquella electa multitud añade: Mira, Señor, y considera que he sido hecha vil (Lam. 1, 11). Vil por cierto la plebe de Dios se vuelve, cuando el número de los pravos creciendo, en ellos no lo sumo y celestial, sino lo abyecto y terreno se busca.

[Vet. XXVII.] 50. Cuanto sabe bien, por la fuerza de la tentación amarga.---¿Eliú ergo (pues) qué otra cosa al pan que la delectación de la presente vida llama? Quien después de que la fuerza de la tentación expresó, al punto añadió: Abominable se hace para él en su vida el pan, y para su alma el alimento antes deseable, porque a saber todo lo que antes de la misma prosperidad de vivir dulce sabía, después por la fuerza de la tentación amarga. No pocas veces en verdad cuanto de gozo, cuanto de virtud favorecer parecía, súbitamente en el pavor de la tentación se pierde, y como evacuado de las mismas virtudes el ánimo triste solo por el dolor es poseído. Pues cuando un poco más vehementemente por el impulso de la tentación es afectado, porque ejercer la fuerza de la acostumbrada fortaleza no vale, a ella ya como perdida la duele, y sintiéndose de sí mismo vacío, su enfermedad por su misma inanidad conoce. Por lo cual de toda jucundidad pronto como que se quiebra; y rechazando los alimentos de

la alegría anterior, con aquel que solo de buena gana desea luto se sacia. Uno por uno por cierto cuando la prosperidad de vivir bien le sonríe se alegra, y la misma alegría al ánimo como deseable alimento refocila. Pero cuando pulsando la tentación un poco más inminente, de su mente por el fastidio del dolor todo gozo es rechazado, la cual antes con el mismo gozo como saciada se alegraba. Porque ergo (pues) el hombre tentado de la boca del corazón todo alimento de delectación rechaza, y nada otro a él más que a sí mismo y conocer y llorar le deleita, bien se dice: Abominable se hace para él en su vida el pan, y para su alma el alimento antes deseable.

51. Utilidad de las tentaciones y los azotes.--- Pero, como arriba dijimos (Núm. 48), por eso con el moderamen de la oculta dispensación así ser tentados se permite, para que quienes por el don divino en la virtud aprovechamos, también qué somos por la propia enfermedad nos acordemos; y quienes por la percepción del don obras de virtud inferimos, por la memoria de nuestra enfermedad sacrificio de humildad ofrezcamos. Algunas veces en cambio después del provecho de las fuerzas no solo tentan los vicios, sino también los azotes castigan. Cuando en verdad somos tentados por los vicios, con piadosa dispensación con nosotros se actúa, no sea que por estas virtudes por las cuales aprovechamos nos ensalcemos. Cuando en verdad por los azotes somos quebrantados, por los males que increpan somos amonestados no sea que por el mundo halagador seamos seducidos. Los vicios mientras nos tentan, a las

virtudes que en nosotros aprovechan humillan; los azotes mientras tentan, las voluntades de este mundo que en el corazón surgen erradican. Por los vicios que tentan aprendemos qué de nosotros somos, por los azotes que hieren conocemos qué de este mundo huyamos. Por aquellos somos restringidos, no sea que intrínsecamente nos ensalcemos, por estos somos comprimidos, no sea que algo extrínsecamente deseemos. En esta vida ergo (pues) mientras estamos, y por los azotes ser quebrantados, y algunas veces ser tentados por los vicios necesario es. Pues sea en los trabajos de los azotes, sea en el certamen de los vicios, no solo a nosotros nuestra enfermedad se manifiesta, sino también en cuánta virtud hayamos aprovechado conocemos. [Rec. XVIII.] Nadie por cierto sus fuerzas en la paz conoce. Pues si las guerras faltan, los experimentos de las virtudes no salen a luz. Improvisto soldado es, quien de fuerte en la paz se gloría. [Vet. XXVIII.] Porque ergo (pues) a menudo los méritos de las fuerzas por las adversidades de los azotes se abren, aptamente Eliú añade, diciendo:

CAPÍTULO XXVI.

VERS. 21.--- Tabecerá su carne, y los huesos que cubiertos habían estado se desnudarán.

32. Nadie cuánto haya aprovechado, sino entre las adversidades conoce.---Pues cuando por los azotes que oprimen toda exterior voluntad se quebranta, los huesos de la interna fortaleza se desnudan. ¿Qué en cambio en este lugar con el nombre de carne sino aquella misma carnal

delectación se toma? ¿O qué por los huesos sino las virtudes del alma se designan? Tabece ergo (pues) la carne, y los huesos se desnudan, porque mientras por los azotes que arguyen la carnal delectación se extenúa, aquellas cosas que antes como bajo la carne latían fuertes de las virtudes se manifiestan. Nadie por cierto cuánto haya aprovechado sino entre las adversidades conoce. Pues cuando están presentes las cosas prósperas, verse los documentos de las fuerzas no pueden. Por lo cual en otro lugar está escrito: En el día mandó el Señor su misericordia, y en la noche la declaró (Sal. 41, 9); porque a saber uno por uno la gracia del don supremo en la tranquilidad del descanso percibe, pero cuánto percibió, en la adversidad de la perturbación lo muestra. Tabezca ergo (pues) la carne, para que se desnuden los huesos. Seamos heridos por las paternas correcciones, para que cuánto aprovechamos conozcamos. Pues por los azotes del Señor la gordura de la carnal delectación se quebranta, pero los huesos de nuestras virtudes se manifiestan. Nuestro decoro exterior por aquella misma adversidad de este mundo se afea, pero lo que en nosotros intrínsecamente latía se muestra. Pues a los apóstoles azotados les fue denunciado que no hablaran más en el nombre de Jesús, pero con gran exultación se gozaron, de que dignos fueron tenidos de sufrir oprobio por el nombre de Jesús, y a sus adversarios con confianza respondieron: Obedecer conviene a Dios más que a los hombres (Hech. 5, 29). He aquí entre las adversidades más válido el robur (fuerza) de la fe brilló; he aquí con-

cisa fue la integridad de las carnes, pero abiertos fueron los huesos de las virtudes. De aquí de ellos por la Sabiduría se dice: Dios los tentó, y los halló dignos de sí (Sab. 3, 5). Tentados fueron por cierto por la adversidad de las llagas, pero dignos hallados fueron por la desnudez de los huesos. Pues porque esta tentación de ellos es aquella que por los azotes se aplica, allí abiertamente se declara, mientras sigue: Como oro en el horno los probó, y como hostia de holocausto los recibió (Sab. 3, 6). Porque ergo (pues) las fuerzas de uno por uno no sino por las adversidades se manifiestan, bien se dice: Tabecerá pues su carne, y los huesos que cubiertos habían estado se desnudarán. Pues tabece la carne, mientras todo lo que es fluido y enfermo por los azotes se quebranta. Se desnudan los huesos, mientras por estos en nosotros también lo que fuerte late se abre. Porque en verdad, como también arriba fue dicho, en la misma adversidad de la tentación no solo se detecta el robur (fuerza) de la fortaleza, sino también se conoce la enfermedad de la humanidad, y el tentado uno por uno muestra por cierto cuánto de Dios haya aprovechado, pero en las mismas aflicciones de los azotes también cuánto de sí mismo sea enfermo conoce, porque no solamente se desnudan los huesos, sino también tabece la carne, aptamente se añade:

CAPÍTULO XXVII

[Rec. XIX].

VERS. 22.--- Aproximaráse a la corrupción su alma, y su vida a los mortíferos.

53. De la corruptela, cuando más parece inminente en la tentación, somos liberados.---El alma de cada uno de los justos tentados se dice aproximarse a la corrupción cuando, para que la virtud no la pueda ensalzar, por los azotes es compelida a sentir qué es por su propia enfermedad. A la corrupción a saber se aproxima, porque por sus fuerzas no ignora que está próxima a la perdición, para que esto, que de la perdición está lejos, no a sí, sino al Señor se lo atribuya. Se aproxima en verdad a los mortíferos, porque por la enfermedad de la carne se ve próxima a los pecados que traen la muerte, de los cuales por el don divino tanto más lejos se hace, cuanto más próxima a ellos por sus méritos se descubre. Por la contemplación de su condición David a la corrupción se había aproximado, cuando decía: Acuérdate, Señor, de que somos polvo: el hombre como el heno sus días (Sal. 102, 15). Por la contemplación también de su propia enfermedad Pablo a los mortíferos se había aproximado, cuando decía: Veo otra ley en mis miembros repugnando a la ley de mi mente, y llevándome cautivo en la ley del pecado, que está en mis miembros. Infeliz yo hombre, quién me librará del cuerpo de esta muerte (Rom. 7, 23)? Aproximarse ergo (pues) a la corrupción y a los mortíferos es, considerada la enfermedad de su humanidad, verse pecador por sus méritos, y no tener ante sí arrogancia por sus propias fuerzas. ¿Pues qué somos nosotros, si de la protección de nuestro creador somos de-

sertados? La cual protección ciertamente se cree menos necesaria, si siempre se tuviera. Pero útilmente por lo común se sustrae, para que al hombre se le muestre cómo sin ella nada es. La mano ergo (pues) de Dios algunas veces a nosotros por las adversidades nos insinúa a nosotros mismos, la cual también no sabiéndolo nosotros en las cosas prósperas nos porta. De la cual destituidos mientras empezamos a caer, y sin embargo ayudados somos retenidos, y doctrina se hace lo que en el lapso (caída) trepidamos, y custodia lo que en el estado (pie) permanecemos.

54. Nunca de las propias fuerzas se ha de presumir.---Nadie ergo (pues) de alguna virtud se estime, incluso cuando algo fuertemente puede, porque si la divina protección desertara, allí de repente enervadamente es abrumado, donde valientemente estar de pie se gloriaba. ¿Pues qué es que el varón de Dios contra el altar de Samaria dirigido para profetizar, presente el rey, ejerció la autoridad de la libre voz, y el brazo extendido del mismo rey maravillosamente en rigor (tiesura) constriñó, el cual sin embargo pronto misericordiosamente a la salud restituyó (3 Rey. 13, 4)? ¿en cuya casa invitado comer no quiso, porque no fuera que en el camino comiera, los preceptos de la dominica prohibición servó? El cual sin embargo en el mismo camino y seducido comió, y nutrido pereció. En cuya cosa qué por sutil consideración colegimos, qué, para así decirlo, por lo que tememos sospechamos, sino que por ventura ante sí mismo tácito de que por los preceptos dominicos al rey despreció se gloriaba? Por lo

cual de la interna solidez pronto fue sacudido; y de allí a él en la obra la culpa subrepticiamente entró, de donde la gloria en el corazón surgió, para que engañado por las palabras del profeta falso aprendiera, que de ningún modo de la propia fortaleza fue, lo que a las palabras del rey resistió. Bien en cambio de su boca la sentencia de muerte recibió, de cuya seducción del precepto de la vida se desvió, para que de allí la pena verazmente tomara, de donde la culpa negligentemente admitió. Porque ergo (pues) a cada uno de sus electos la divina gracia entonces más instruyendo custodia, cuando como hiriendo deserta, dígase rectamente: Aproximaráse a la corrupción su alma, y su vida a los mortíferos, para que por lo cual se considera por sus fuerzas vecino a la muerte por las adversidades, por ello en todo lo que fuertemente hiciere, al baluarte de la divina esperanza huyendo más sólidamente viva.

Libro VI

GÉSIMO CUARTO.

Se exponen los once versículos posteriores del cap. 33, y los dieciocho primeros del cap. 34, y se enseñan cosas preclaras sobre Cristo mediador, sobre la contemplación, sobre el orden de la conversión, y sobre el oficio pastoral.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Todos, incluso los electos, están sujetos a las tentaciones.---Eliú insinuando la fuerza de la suprema dispensación, sobre la percusión de cada uno de los electos introdujo, diciendo: Aproximaráse a la corrupción su alma, y su vida a los mortíferos. Y mientras demuestra a un hombre tentado, en qué tentación esté puesto el género humano muestra universal; y mientras narra qué especialmente se actúa en los individuos, líquidamente (claramente) intima qué generalmente se actúa en todos. Pues así la tentación expresó de algunos, propiamente de individuos, para que pueda ser entendida también universalmente de todos. Todo el género de los electos por cierto en esta vida por el tedio de este trabajo es afligido. Por lo cual también pronto a esta peste general introdujo general remedio de medicina, diciendo:

CAPÍTULO II.

CAP. XXXIII, VERS. 23, 24.--- Si hubiera por él un ángel hablando uno de los semejantes, para que anuncie la equidad del hombre, se compadecerá de él. [Rec. II.] 2. Cristo Dios y hombre por los hombres a Dios interpela. Economía de la encarnación.---¿Pues quién es este ángel, sino aquel que por el profeta se dice: Ángel del gran consejo (Is. 9, 6, según LXX)? Porque en lengua griega evangelizar se dice anunciar, el Señor anunciándose a sí mismo a nosotros ángel es llamado. Y bien dice: Si hubiera por él un ángel hablando, porque, como dice el Apóstol, también interpela por nosotros (Rom. 8, 34). Pero qué por nosotros hable, oigamos: Uno de los semejantes. Costumbre de la medicina es que algunas veces semejantes con semejantes, algunas veces contrarios con contrarios cure. Pues a menudo cosas cálidas con cálidas, frías con frías; a menudo en cambio cosas frías con cálidas, cálidas con frías sanar acostumbró. Viniendo ergo (pues) a nosotros desde arriba nuestro médico, y encontrándonos por tan grandes languideces oprimidos, algo semejante a nosotros, y algo contrario nos puso. A los hombres por cierto hombre vino, pero a los pecadores justo. Concordó con nosotros por la verdad de la naturaleza, pero discrepó de nosotros por el vigor de la justicia. Pues el hombre vicioso corregirse no podía sino por Dios. Ver debió en cambio quien corregía, para que prestando forma de imitación, de la anteacta malicia mudaran la vida. Pero ser visto por el hombre no podía Dios;

ergo (pues) hombre fue hecho, para que ver se pudiera. [Vet. II.] Justo por tanto e invisible Dios, apareció semejante a nosotros hombre visible, para que mientras es visto de lo semejante, curara de lo justo; y mientras por la verdad del género concuerda con la condición, por la virtud del arte se opusiera a la enfermedad.

3. El Señor viniendo en la carne, ni la culpa por el vicio, ni la pena por la necesidad asumió.--- Porque ergo (pues) en la carne viniendo el Señor, no la culpa nuestra por el vicio, no la pena por la necesidad asumió (ninguna en verdad mancha de pecado poluto, del reato nuestro ser tenido por la condición no pudo, y por ello la muerte nuestra, toda necesidad pisoteada, cuando quiso, espontáneamente asumió), rectamente se dice que por el hombre tentado este ángel uno de los semejantes habla, porque ni así nacido como los demás, ni así muerto, ni así resucitado. No en verdad cooperando el coito, sino el Espíritu santo sobreviniendo concebido fue (Luc. 1, 33). Nacido en cambio maternas vísceras y fecundas exhibió, e incorruptas servó. Nuevamente nosotros todos cuando no queremos morimos, porque a la deuda de pagar la pena por la condición de nuestra culpa somos coartados; él en cambio, porque a ninguna mezclado está culpa, a ninguna por la necesidad sucumbió pena. Pero porque la culpa nuestra dominando subyugó, la pena nuestra compadeciendo asumió, como él mismo dice: Potestad tengo de poner mi alma, y potestad tengo de nuevo de tomarla (Juan 10, 18). Quien también premisó: Nadie la quita de mí, sino que

yo la pongo de mí mismo. Nuevamente no como los demás resucitado es, porque nuestra resurrección al fin del siglo dilatada es, la de él en verdad al tercer día celebrada. Y nosotros por cierto por él resurgimos, pues él por sí mismo. Ni en verdad quien Dios era como nosotros de otro para que resucitado ser pudiera necesitaba. En eso ergo (pues) su resurrección dista de la nuestra, en que no por nosotros mismos resurgimos, como él. Por eso en verdad que simplemente hombres somos, de superior adjutorio para que resurgir valgamos necesitamos. Él en cambio de la misma resurrección la fuerza con el Padre y el Espíritu santo Dios exhibió, la cual sin embargo solo en la humanidad percibió. [Vet. III.] Porque ergo (pues) el Señor verdaderamente nacido, verdaderamente muerto, verdaderamente resucitado, en todos sin embargo dista de nosotros por la magnitud de la potencia, pero sola concuerda con nosotros por la verdad de la naturaleza, bien se dice, que por nosotros ángel este uno de los semejantes habla. Pues cuando en todas sus operaciones por inmensa virtud nos trasciende, en uno sin embargo de nosotros, esto es en la verdad de la forma no discrepa.

4. Por nosotros al Padre habla, cuando se nos muestra semejante.---Por esto por nosotros al Padre habla, por lo cual a sí mismo semejante a nosotros muestra. Hablar por cierto de Él, o interpelar, es a sí mismo por los hombres hombre demostrar. Y bien cuando hubiera dicho: Uno de los semejantes habla, al punto adjuntó: Para que anuncie la equidad del hombre. Porque si

Él semejante a los hombres no fuera hecho, el hombre equitativo ante Dios no aparecería. De allí por cierto anuncia nuestra equidad, de donde dignó asumir nuestra enfermedad. A saber aquella enemiga persuasión en el contagio de la culpa desde la misma raíz a todos nos había poluto (Gén. 3, 5), y ninguno había que ante Dios por los pecadores hablando, libre del pecado apareciera, porque de la misma masa editos a todos igualmente par reato había envuelto (Rom. 5, 11). Por tanto vino a nosotros el Unigénito del Padre, asumió de nosotros la naturaleza, no perpetrando la culpa. Sin pecado por cierto ser debió, quien por los pecadores intervenir pudiera, porque ciertamente de la ajena polución los contagios no limpiaría, si los propios sostuviera. Bien ergo (pues) se dice que en eso que semejante a nosotros apareció, la equidad a los hombres anunció. Intercediendo en verdad por los pecadores, a sí mismo hombre justo que por los otros la indulgencia mereciera mostró. Sigue:

CAPÍTULO III

[Rec. III].

VERS. 24.--- Se compadecerá de él, y dirá: Líbralo, para que no descienda en la corrupción, encontré en qué se le propicie.

5. Solo Cristo nos liberó, y a Dios propició. Fortaleza por la humildad.---El Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús en eso se compadece del hombre, en lo que la forma de hombre asumió (1 Tim. 2, 5; Filip. 2, 7); por

cuya misericordia por el hombre redimido dice al Padre: Líbralo, para que no descienda en la corrupción. Como ya arriba dijimos, el decir Él Libra al hombre, es la naturaleza del hombre asumiéndola libre demostrar. De aquella carne por cierto que asumió, también esta mostró libre que redimió. La cual redimida carne a saber somos nosotros, que por el conocimiento de nuestro reato somos ligados. Pero por la equidad de tan gran Mediador somos liberados, como Él mismo dice: Si el Hijo os liberare, verdaderamente libres seréis (Juan 8, 36). Y bien por este hombre redimido se dice: No descienda en la corrupción. [Vet. IV.] Arriba por cierto había sido dicho: Aproximaráse a la corrupción su alma; después se dice: No descienda en la corrupción. Como si dijera: Porque conociendo su enfermedad, ser él a la corrupción próximo no ignora, por eso al interito (ruina) de la corrupción no descienda. A la corrupción por cierto justamente descendería, si por sus fuerzas lejos de la corrupción se juzgara ser. Pero porque a la corrupción se aproximó humildemente, debe ser misericordiosamente liberado: para que por lo cual contra los vicios que impugnan sea fuerte, por lo cual se reconoce por sus méritos enfermo. Cualquiera en verdad que sobre sí se ensalza, por aquel mismo peso de su elación es gravado; y por ello en las cosas ínfimas se sumerge, por lo cual, en el vicio de la soberbia prorrumpiendo, de aquel que verdaderamente es excelso se elongó (alejó); y de allí más las cosas ínfimas desea, de donde se conjunto a las sumas estimó; como por el profeta al alma que se ensalza se dice: En lo que más bella

eres desciende, y duerme con los incircuncisos [Ezeq. 32, 19]. Todo el que en verdad considerar la fealdad de su enfermedad negligencia (descuida), sino por el fasto de la elación a la gloria de su virtud atiende, de donde más bello es, de allí desciende, porque ensalzándose de sus méritos, de allí en las cosas ínfimas de la ruina cae, de donde glorioso ser se juzgó. El cual descendiendo con los incircuncisos duerme, porque en la muerte eterna con los demás pecadores desfallece. Porque ergo (pues) el hombre este humildemente a la corrupción se reconoció próximo, bien de él se dice: Líbralo, para que no descienda en la corrupción, para que por ello más evada la pena, por lo cual sus ojos no aparta de la culpa. Porque en verdad ninguno había por cuyos méritos el Señor debiera propiciarse a nosotros; el Unigénito del Padre, asumiendo la forma de nuestra enfermedad, solo justo apareció, para que por los pecadores intercediera (Filip. 2, 7).

6. Ninguno de los hombres intercesor justo ante Dios por los hombres apareció.---Y bien por el hombre redimido este hablando el ángel dice: Encontré en qué se le propicie. Como si abiertamente el Mediador de Dios y de los hombres diga: Porque ninguno de los hombres hubo que ante Dios intercesor justo por los hombres apareciera, a mí mismo para propiciar a los hombres hombre me hice, y mientras me hombre exhibí, en qué justamente a los hombres se propicie encontré. Y porque asumiendo la enfermedad el Señor, mientras la pena nuestra muriendo toleró, la corrupción nuestra resurgiendo mudó, bien este

ángel los azotes de nuestra mortalidad adjunta, y de ellos se compadece, diciendo:

VERS. 25.--- Revivirá su carne más que en la juventud, tornará a los días de su adolescencia.

7. Por Cristo el hombre nuestra carne renovada es.---La carne del hombre redimido se dice revivir más que en la juventud, porque a saber el primer hombre creado fue no por cierto desde el primer origen de su nacimiento para morir, pero sin embargo para que morir pudiera si quisiera. Pero esta carne nuestra, cuando es renovada en la resurrección, revivirá más que en la juventud, porque será traída a aquel estado de vida, para que ya morir no pueda incluso si quisiera. Del estado a saber de su creación, tenía el poder no morir; de la gloria de la resurrección tendrá el no poder morir. Por tanto revive más que en la juventud, porque más sólidamente es robustecida en su incorrupción de lo que fue creada. Sigue: Tornará a los días de su adolescencia. Los días por cierto de la adolescencia se llaman los tiempos de aquella primera edad, en la cual la carne del primer hombre ante el pecado ni envejecer por el tiempo, ni perecer por la muerte sabía. A estos días ergo (pues) torna nuestra carne, cuando liberada del defecto de la mortalidad, es revocada a aquel estado que en el paraíso fue ante la culpa.

8. En el bautismo el espíritu es renovado, en la resurrección la carne.---Pero también se busca, ¿si esto del tiempo presente pueda entenderse? Lo cual ciertamente hacerse puede, si consideramos el orden de nuestra renovación. Pues ahora en la percepción de la gracia nuestro espíritu

es renovado, pero después en la gloria de la resurrección nuestra carne también es renovada. Por lo cual el Apóstol dice: Aunque el hombre nuestro exterior se corrompa, sin embargo el interior se renueva de día en día (2 Cor. 4, 16). Aquel ergo (pues) se renueva de día en día, quien aprovechando en el amor de la patria celestial, diariamente a sí añade algo que no tenía. Pero entonces también el hombre exterior es renovado, cuando será revocado a los días de su adolescencia, esto es al vigor de su primera creación. Pues ahora aunque ya es lavado por el agua del bautismo, todavía sostiene la pena de su corrupción. Pues ni el defecto de la mortalidad súbitamente se le quita, ni la deuda de la muerte pronto se evita. Pero porque incluso la misma carne de los electos ya ahora es renovada por el espíritu, rectamente se dice: Revivirá su carne más que en la juventud. Pues aunque todavía sostiene la penalidad de la primera culpa, sin embargo porque ya es aplicada al servicio de Dios, ya gusta algo de la nueva vida. Pues cuando es restringida de las delectaciones ilícitas, y es ejercitada en los trabajos de las virtudes, ya es renovada por el espíritu, para que plenamente ser renovada pueda en la resurrección. Por tanto revive más que en la juventud, porque incluso en esta vida, en la cual todavía está bajo la deuda de la muerte, empieza a vivir por el espíritu de vida.

9. Por Cristo la naturaleza humana fue purgada.---Pues el primer hombre creado en el paraíso, aunque todavía no estaba sujeto a la muerte, sin embargo todavía no estaba confirmado en

el estado de la inmortalidad. Pero nuestra carne siendo ya ahora renovada por el espíritu, aunque todavía está sujeta a la muerte, sin embargo ya está tendiendo a la gloria de la inmortalidad. Pues ni ahora así vive, como vivió en el paraíso ante el pecado, ni así como vivirá en la resurrección después de la muerte. Sino que tiene un estado medio entre la vejez de la muerte y la novedad de la vida. Pues ya tiene la novedad del espíritu, pero todavía tiene la vejez de la carne. Por tanto revive más que en la juventud, porque ya está tendiendo a aquello que no tenía ni siquiera entonces cuando fue creada. Pues ni entonces estaba así confirmada en el estado de vida, para que no pudiera caer en la muerte. Pero ahora siendo renovada por el espíritu, ya está así establecida en la esperanza de la vida, que ya no puede caer en la muerte eterna. Por tanto bien se dice: Revivirá su carne más que en la juventud, porque será traída a aquella gloria, la cual no tuvo ni siquiera cuando primero fue creada.

10. La oración pura propicia a Dios.---Porque ergo (pues) Eliú la vía de la humana salvación mostró, la cual a saber por la gracia del Redentor se hace, bien adjunta el fruto de la misma gracia, diciendo: VERS. 26.--- Deprecará a Dios, y placable a él será, y verá su faz en júbilo, y rendirá al hombre su justicia.

11. La oración del justo, y su fruto.---El hombre redimido se dice deprecar a Dios, y placable a él será, porque a saber aquel que antes por el peso de la culpa gravado lejos estaba de Dios, ahora siendo renovado por la gracia se hace próximo a

Él. Y verá su faz en júbilo, porque ahora empieza a ver por el espíritu de la contemplación aquello que plenamente verá en la resurrección. Y rendirá al hombre su justicia, porque el Señor rendirá al hombre renovado aquella justicia que en el primer hombre había perdido. Pues la justicia del hombre es a solo Dios servir, y a ninguna criatura estar sujeto. La cual justicia a saber entonces plenamente recibirá, cuando liberado de la corrupción de la carne, será traído a la gloria de la patria celestial. Entonces ergo (pues) rendirá al hombre su justicia, cuando lo pondrá en aquel estado, para que ya a ninguna culpa pueda estar sujeto.

12. El orden de la conversión.---Pero también se ha de notar, que primero se dice deprecar, después ver la faz de Dios, y finalmente recibir la justicia. Pues este es el orden de nuestra conversión, para que primero deprequemos por la remisión de los pecados, después empecemos a ver la luz de la verdad por la contemplación, y finalmente seamos establecidos en la estabilidad de la justicia. Pues ni ninguno ver la faz de Dios puede, si no se hubiera primero purgado por las lágrimas de las preces. Ni ninguno puede ser establecido en la estabilidad de la justicia, si no hubiera primero visto la luz de la verdad. Por tanto primero depreca, para que vea; y ve, para que reciba la justicia. La cual justicia a saber entonces plenamente tiene, cuando ya de la rectitud de su estado por ningún impulso de tentación se mueve.

Pues quien esconde su culpa, todavía no se mira a sí mismo; pero quien la revela, ya empieza a ver qué fue.

CAPÍTULO IV

[Rec. IV].

VERS. 27.--- Mirará a los hombres, y dirá: Pequé, y verdaderamente delinmquí, y como era digno, no recibí.

13. La confesión pública, y sus ejemplos.---El hombre redimido se dice mirar a los hombres, y decir: Pequé, porque a saber no se avergüenza de confesar su culpa ante los hombres, quien antes la escondía por la soberbia. Pues mira a los hombres, cuando atiende a los ejemplos de los humildes, para que los siga en la confesión de su culpa. Y dice: Pequé, y verdaderamente delinmquí, porque reconoce que ha hecho el mal no solo por la obra, sino también por la voluntad. Y como era digno, no recibí, porque reconoce que la misericordia de Dios es mayor que su iniquidad. Pues si Dios nos rindiera según nuestros méritos, ninguno de nosotros se salvaría. Por tanto reconoce que ha recibido menos pena de la que era digno por su culpa. Lo cual a saber entonces verdaderamente dice, cuando ya nada atribuye a sus propias fuerzas, sino sola a la divina misericordia.

14. Confesión del corazón y de la boca.---Pero también se ha de notar, que primero se dice mirar a los hombres, y después decir: Pequé. Pues este es el orden de la verdadera confesión, para que primero el corazón sea mirado, y después la boca

sea abierta. Pues ninguno puede verdaderamente confesar su culpa por la boca, si no la hubiera primero visto por el corazón. Por tanto primero mira, para que vea; y ve, para que diga: Pequé. Lo cual a saber entonces verdaderamente dice, cuando ya su culpa por ningún palio (capa) de excusa encubre, sino sola por la humildad de la confesión la revela. Por tanto bien se dice: Mirará a los hombres, y dirá: Pequé, porque a saber por los ejemplos de los humildes es traído al conocimiento de su propia culpa, para que ya no se avergüence de confesar ante los hombres lo que no ha temido hacer ante Dios.

CAPÍTULO IV.

VERS. 25.---Consumida está su carne por los suplicios; vuelva a los días de su adolescencia.

7. Alejándonos de Dios, nada sino aquello por lo que nos afligiéramos, encontramos.---En aquel primer hombre que se alejó de Dios, repelidos de los gozos del paraíso, caímos en esta miseria de la vida mortal, y cuán grave culpa cometimos por la persuasión de la serpiente (Gén. III, 23), lo sentimos por la pena de nuestra venganza. Caídos aquí, nada fuera de Dios encontramos, sino aquello por lo que nos afligiéramos. Y porque por la vista de los ojos seguimos la carne, de esa misma carne, que antepusimos a los preceptos de Dios, somos azotados. En ella diariamente sufrimos el gemido, en ella el tormento, en ella el perecimiento, para que esto el Señor por una maravillosa disposición nos lo convirtiera en pena, por lo cual cometimos la culpa; ni de otra parte

fuera entretanto la censura del suplicio, sino de donde había sido la causa del pecado, para que por la amargura de esa carne el hombre se instruyera para la vida, por cuyo deleite de soberbia llegó a la muerte.

8. De los suplicios de la vida carnal Cristo nos arrancó, e innovó.---Puesto que el género humano era oprimido por innumerables suplicios de la vida carnal, pero viniendo nuestro Redentor, tanto los vicios de nuestra corrupción como los tormentos fueron borrados, dígase del hombre redimido: [Vet. V, Rec. IV.] Consumida está su carne por los suplicios; vuelva a los días de su adolescencia. Como si dijera: Por la pena de su mortalidad fue derribado en una cierta vejez de su antigüedad; vuelva a los días de su adolescencia, esto es, renuévese en la integridad de la vida anterior, para que no permanezca en aquello en que cayó, sino que redimido vuelva a aquello para percibir lo cual fue creado. Pues la Sagrada Escritura suele poner a menudo la adolescencia por la novedad de la vida. De donde se dice al esposo que viene: Las jovencillas te amaron (Cant. I, 3); esto es, las almas de los electos renovadas por la gracia del bautismo, que no desfallecen en el uso de la vida vieja, sino que se decoran con la conversación del hombre nuevo. Pues la vejez del hombre viejo que se consume entre los vicios la lloraba aquel que dijo: Envejecí entre todos mis enemigos (Sal. VI, 8). Por el contrario, otro amonestando a gozar en las virtudes, dice: Alégrate, joven, en tu adolescencia (Ecl. XI, 9). Como si dijera: Cada fuerte gócese en su renovación; esto

es, no ponga su alegría en el placer de la vida vieja, sino en la virtud de la nueva conversación. Pero porque somos revocados a este vigor de novedad no por nuestras fuerzas, sino interviniendo el Redentor, diga el ángel suplicando por este hombre azotado: Vuelva a los días de su adolescencia. Y porque mientras nuestro Redentor interpela al Padre por nosotros, nosotros también, sacudido el torpor de la vida prístina, nos encendemos a la sed de la oración, aptamente se añade sobre este hombre redimido:

CAPÍTULO V.

VERS. 26.---Deprecará a Dios, y le será aplacable.

9. Cristo orando por nosotros nos enciende a orar.---Pues primero dice que pide el ángel, y después el hombre, porque si antes el mismo Señor, interpelando al Padre por su encarnación, no pidiera nuestra vida, nunca nuestra insensibilidad se excitaría a pedir aquellas cosas que son eternas. Pero precedió la oración de su encarnación, para que siga la vigilia de nuestro torpor. [Vet. VI, Rec. V.] Pero porque después de las tentaciones, a menudo después de inmensas amarguras, en nuestra mente en un gozo oculto irrumpe la luz de la verdad; bien se añade sobre este hombre tentado y suplicante:

CAPÍTULO VI.

IBÍD.---Y verá su cara en júbilo.

10. Doble compunción, una de tristeza, otra de alegría, que arranca lágrimas. De ésta nace un gozo inefable.---Arriba se dijo (Lib. XXIII, n. 40 y sigs.), cómo Dios afecta dándose a conocer, pero ahora se dice cómo mientras se da a conocer alegra. Pues de una manera se compunge cada cual cuando, mirando lo interno, se aterra por el pavor de sus males; pero de otra manera se compunge cuando, mirando los gozos celestiales, se fortalece con una cierta esperanza y seguridad. Aquella compunción mueve lágrimas afligidas y tristes, ésta en cambio mueve lágrimas alegres. Pues se llama júbilo cuando un gozo inefable se concibe en la mente, que ni puede esconderse, ni abrirse con palabras; y sin embargo por ciertos movimientos se trasluce, aunque por ninguna propiedad se exprese. De donde el profeta David mirando que las almas de los electos conciben tanto gozo en la mente cuanto no valen abrir con el discurso, dice: Bienaventurado el pueblo que sabe la jubilación (Sal. LXXXVIII, 16). Pues no dice: Que habla; sino: Que sabe, porque a saber la jubilación por el intelecto puede saberse, pero por lo dicho no puede expresarse. Se siente por ella a saber lo que está más allá del sentido. Y cuando apenas para contemplar esto baste la conciencia del que siente, ¿cómo para expresar esto baste la lengua del que dice? Porque pues a nuestros corazones la luz de la verdad insinuándose, ya pretendiendo la estrecha justicia entristece, ya abriendo los gozos internos alegra; después de las amarguras de las tentaciones, des-

pués de los lutos de las tribulaciones, aptamente se añade: Verá su cara en júbilo.

11. A aquello no se llega si no es purgada primero la mente por el fuego de la tribulación.---Pues a nuestra mente por la consideración de su ceguera primero se le envía el fuego de la tribulación, para que toda la herrumbre de los vicios sea quemada; y entonces, limpiados los ojos del corazón, se abre aquella alegría de la patria celestial, para que primero purguemos llorando lo que hicimos; y después más manifiestamente contemplemos por los gozos lo que buscamos. Primero del filo de la mente, interponiéndose la tristeza abrasadora, se limpia la calígine de los males, y entonces resplandeciendo de pronto la coruscación de la luz incircunscrita es ilustrada. Vista la cual de cualquier modo, se absorbe en el gozo de una cierta seguridad, y como arrebatada más allá de sí tras el fallo de la vida presente, en una cierta novedad de algún modo se recrea. Allí la mente desde la inmensa fuente por la infusión del rocío celestial es rociada; allí contempla que no se basta a sí misma para aquello a que ha sido arrebatada, y sintiendo la verdad, ve que por grande que sea la verdad misma, no la ve. A la cual verdad tanto más lejos se estima, cuanto más se aproxima, porque si no la viera de algún modo, de ninguna manera sentiría que no puede verla.

12. El ánimo en la contemplación, reverberado por la luz divina, recae sobre sí. La contemplación no es una visión sólida y permanente.---Por tanto, el esfuerzo del ánimo, mientras se tensa hacia aquello, es reverberado por la coruscante circuns-

tancia de su inmensidad. Pues ella, llenándolo todo, lo rodea todo; y por tanto nuestra mente de ninguna manera se dilata para comprender la circunstancia incircunscrita, porque la penuria de su propia circunscripción la estrecha. De donde también resbala más rápidamente hacia sí misma, y habiendo mirado como ciertos vestigios de la verdad, es revocada a sus propios abismos. Sin embargo, esto mismo hecho por la contemplación, no una visión sólida y permanente, sino, por así decirlo, como una cierta imitación de la visión, se llama la cara de Dios. [Vet. VII.] Pues porque por la cara reconocemos a cualquiera, no sin mérito llamamos al conocimiento de Dios su cara. De donde Jacob después que luchó con el ángel, dice: Vi al Señor cara a cara (Gén. XXXII, 30). Como si dijera: Conocí al Señor, porque él mismo se dignó que yo le conociera. Conocimiento el cual Pablo atestigua que se hará plenísimamente al final diciendo: Entonces conoceré como también soy conocido (I Cor. XIII, 12). Porque pues después de los certámenes de los trabajos, después de las fluctuaciones de las tentaciones, a menudo en el exceso el alma se suspende, para que contemple el conocimiento de la divina presencia, presencia la cual sin embargo pueda sentir, y no pueda agotar, rectamente después de tantos trabajos se dice sobre este hombre tentado: Verá su cara en júbilo. Pero porque cada cual cuanto más ampliamente contempla lo celestial, tanto más se corrige de la operación terrena, bien después de la gracia de la contemplación, añade la justicia de la operación, diciendo:

IBÍD. Y devolverá al hombre su justicia.

13. Por qué razón la justicia se dice nuestra.---Se dice nuestra justicia, no la que por lo nuestro es nuestra, sino la que por la divina largueza se hace nuestra, como en la oración dominical decimos: El pan nuestro de cada día dánosle hoy (Mat. VI, 11; Luc. XI, 3). He aquí que lo decimos nuestro; y sin embargo, oramos para que se nos dé. Pues se hace nuestro cuando se recibe, el cual sin embargo es de Dios, porque por él es dado. Y de Dios por tanto es por el don, y nuestro se hace verdaderamente por la acepción. Así pues en este lugar el Señor devuelve al hombre su justicia, no la que tuvo por sí mismo, sino la que creado para que la tuviera recibió, y en la cual caído no quiso perseverar. Aquella justicia por tanto devolverá Dios al hombre, para la cual fue creado, para que le plazca adherirse a Dios, para que tema su amenazante sentencia, para que ya no crea a las blandas promesas de la serpiente astuta.

14. Diariamente el diablo intenta arrancar las palabras de Dios de los corazones de los hombres.---Pues lo que hizo en el paraíso (Gén. III, 5), esto el antiguo enemigo no deja de hacer diariamente. Pues se empeña en arrancar las palabras de Dios de los corazones de los hombres, y en radicar en ellos los fingidos halagos de su promesa; diariamente suaviza aquello que Dios amenaza, e invita a creer aquello que falsamente promete. Pues falsamente promete lo temporal, para suavizar en las mentes de los hombres

aquellas penas que Dios amenaza eternas. Pues cuando promete la gloria de la vida presente, ¿qué otra cosa dice sino: Gustad, y seréis como dioses? [Vet. VIII.] Como si abiertamente dijera: Tocad la concupiscencia temporal, y apareced sublimes en este mundo. Y cuando intenta quitar el temor de la divina sentencia, ¿qué otra cosa habla sino aquello que dijo a los primeros hombres: ¿Por qué os mandó Dios que no comierais de todo leño del paraíso? (Gén. III, 1). Pero porque por el divino don el hombre redimido recibió la justicia, que hace tiempo creado perdió, más robusto se ejercita ya contra los halagos de la astuta persuasión, porque por experimento aprendió cuánto deba ser obediente al precepto. Y a quien entonces la culpa llevó a la pena, ahora su pena lo restringe de la culpa, para que tanto más tema delinquir, cuanto obligándole el suplicio él mismo ya también lo que perpetró acusa. De donde también sigue:

CAPÍTULO VIII

[Rec. VI].

VERS. 27---Mirará a los hombres, y dirá: Pequé.

15. El que mira los ejemplos de los santos Padres, se entiende a sí mismo pecador, lo cual es el inicio de la justicia.---No se conocería pecador, si no tuviera justicia. Pues ninguno detecta su torcedura, sino cuando ha empezado a ser recto. Pues quien es del todo perverso, ni esto puede ver que es. Pero quien se entiende a sí mismo

pecador, ya en alguna parte empezó a ser justo, y aquello que como no justo había hecho, lo acusa desde aquello que es justo. Por cuya acusación suya empieza a adherirse a Dios, mientras profiriendo un recto juicio contra sí mismo, condena esto en sí que siente que le desagrada. Recibida pues su justicia dice este hombre: Pequé. Y se ha de notar que se antepone: Mira a los hombres; y después seguidamente se añade: Y dirá: Pequé. Pues por esto algunos no saben que han pecado, porque no atienden a los hombres. Pues si consideraran a los hombres, más rápidamente reconocerían cuánto pecando habrían caído por debajo de los hombres. And aunque la Sagrada Escritura suele a veces poner "hombres" por los que saben según lo humano, como dice el Apóstol: Pues habiendo entre vosotros celo y contención, ¿no sois carnales (I Cor. III, 3)? y poco después añade, diciendo: ¿No sois hombres? sin embargo a veces llama "hombres" a aquellos a quienes la razón distingue de las bestias, esto es, a quienes demuestra que no son desgastados por el movimiento bestial de las pasiones. A los cuales por el profeta dice el Señor: Mas vosotros, rebaños de mi dehesa, hombres sois (Ezeq. XXXIV, 31), porque a saber el Señor apacienta a aquellos a quienes la voluntad de la carne no afecta al modo de los jumentos. Pero por el contrario estos que sucumben a la afección carnal, ya no hombres, sino jumentos son llamados, como se dice por el profeta de algunos que mueren en su pecado: Se pudrieron los jumentos en su estiércol (Joel I, 17). Pues pudrirse los jumentos en su estiércol es

acabar los hombres carnales la vida en el hedor de la lujuria. Pues se declaran no ser hombres, sino jumentos, de quienes se dice por el profeta: Cada uno relinchaba tras la mujer de su prójimo (Jerem. V, 8). Y de quienes otro profeta dice: Como carnes de asnos, sus carnes; y flujo de caballos, su flujo (Ezeq. XXIII, 20). De donde también se dice por David: El hombre cuando estaba en honor, no entendió, fue comparado a los jumentos insipientes, y se hizo semejante a ellos (Sal. XLVIII, 13). Puesto que pues son llamados hombres estos que están apoyados por la razón de la justicia, y son llamados jumentos irracionales estos que sirven al deleite carnal, rectamente se dice de este penitente: Mirará a los hombres, y dirá: Pequé. [Vet. IX.] Como si se dijera: Mira los ejemplos de los varones santos, y pesándose por comparación con ellos, se detecta a sí mismo ser inicuo. Pues quien desea entender plenísimamente cuál es, a tales a saber debe mirar cual no es para que desde la forma de los buenos mida cuánto él mismo, abandonado el bien, es deforme. Pues desde estos a quienes plenísimamente les asisten los bienes, pesa rectamente las cosas que le son menos a sí mismo, y en la hermosura de aquellos mira su propia fealdad, la cual en sí mismo tanto puede tolerar, como no puede sentir. Pues la luz debe mirar, quien quiere juzgar de las tinieblas, para que en ella vea qué ha de estimar de las tinieblas, por las cuales se le impide ver. Pues el pecador si incógnita la vida de los justos se mira a sí mismo, de ninguna manera se comprende pecador. Pues no puede verse a sí mismo, porque, ignorando el

fulgor de la luz, cuando se mira a sí mismo, ¿a qué otra cosa atiende sino a las tinieblas? De los justos por tanto debemos mirar la vida, para que sutilmente detectemos la nuestra. La especie de aquellos a saber, como una cierta forma se nos propone para ser imitada.

767 16. Los justos son libros, desde los cuales seremos juzgados.---Lectura viva es la vida de los buenos; de donde también no sin mérito los mismos justos en la sagrada elocuencia son llamados libros, como está escrito: Los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, que es el de la vida, y fueron juzgados los muertos desde aquellas cosas que estaban escritas en los libros (Apoc. XX, 12). Pues el libro de la vida es la misma visión del juez que viene. En el cual como si estuviera escrito está todo mandato, porque quienquiera que lo viera, pronto, testificando la conciencia, entiende cualquier cosa que no hizo. También se refieren "libros abiertos", porque entonces se mira la vida de los justos, en quienes los mandatos celestiales se ven impresos por la obra. Y fueron juzgados los muertos desde aquellas cosas que estaban escritas en los libros, porque en la mostrada vida de los justos, como si en la expansión de los libros leen el bien que ellos mismos no quisieron hacer, y desde la comparación de los que lo hicieron son condenados. Para que pues no cada cual entonces viéndolos llore lo que no hizo, ahora en ellos atienda a lo que imite. Lo cual a saber hacer los electos no cesan. Pues consideran la vida de los mejores, y cambian la conversación de un uso peor.

[Vet. X.] 17. Y los lirios entre los cuales debemos ser apacentados.---De donde por la voz del esposo se dice a la santa Iglesia en el Cantar de los cantares: Tus dos pechos como dos crías de corza gemelas, que se apacientan entre los lirios, hasta que sople el día, y se inclinen las sombras (Cant. IV, 5). ¿Qué son los dos pechos, sino de Judea y de la gentilidad viniendo ambos pueblos, que en el cuerpo de la santa Iglesia por la intención de la sabiduría en lo arcano del corazón están fijos? De cuyo pueblo estos que son electos por eso a las crías de corza son comparados, porque por la humildad a saber pequeños se entienden a sí mismos y pecadores, pero corriendo ellos por la caridad, si algunos obstáculos del impedimento de la temporalidad se les oponen, los pasan, y dados saltos de contemplación, a lo supremo ascienden. Los cuales para que hagan estas cosas los ejemplos de los precedentes santos miran. De donde también se refieren apacentarse en los lirios. Pues ¿qué por los lirios, sino la vida de aquellos se declara, que verazmente dicen: De Cristo buen olor somos para Dios (II Cor. II, 15)? Los electos por tanto para que prevalezcan alcanzar lo sumo, vista la olorosa y cándida vida de los justos, se sacian. Ya a saber tienen sed de ver al Señor, ya de su contemplación saciarse por los ardores de la caridad se encienden. Pero porque puestos en esta vida todavía no valen, por los ejemplos de los precedentes Padres entretanto se apacientan. De donde también aptamente allí el tiempo sobre ese mismo pasto de los lirios se define, mientras se dice: Hasta que sople el día,

y se inclinen las sombras. Durante tanto tiempo a saber de ser refrescados por los ejemplos de los justos necesitamos, hasta que las sombras de la presente mortalidad, aspirando el día eterno, pasemos. Pues cuando la sombra de esta temporalidad, transcurrida esta mortalidad, haya sido inclinada, porque del mismo día la luz interna discernimos, de ninguna manera ya deseamos que para su amor por los ejemplos de otros nos inflamemos. Pero ahora porque todavía no podemos mirarlo, sumamente necesario es que por las vistas acciones de los que lo han seguido perfectamente seamos incitados. Miremos por tanto cuán bella es la agilidad de los que siguen, y veamos cuán torpe es la embotadura de los perezosos. Pues inmediatamente, al mirar los hechos de los que obran bien, a nosotros mismos con una confusión íntima vengadora nos juzgamos: pronto la vergüenza sacude la mente, pronto el reato justamente sañudo condena; y vehementemente esto también desagrada, que todavía quizá torpemente place.

18. El justo es templo de Dios, desde cuya vista de nuestras iniquidades nos confundimos.---De donde bien por Ezequiel se dice: Hijo de hombre, 768 muestra a la casa de Israel el templo, para que se confundan por sus iniquidades, y midan la fábrica, y se avergüencen de todo lo que hicieron (Ezeq. XLIII, 10). Pues el templo de Dios se muestra a los hijos de Israel para confusión, cuando de cada justo el alma, la cual inspirando Dios habita, con cuánta santidad brille, para su confusión se demuestra a los pecadores, para que en ella el

bien que descuidan vean, y en sí mismos el mal que obran se avergüencen. Medir a saber la fábrica es pensar sutilmente la vida de los justos. Pero mientras mide la fábrica, es necesario que de todo lo que hicimos nos avergoncemos, porque la vida de los buenos cuanto más sutilmente pensando la discutimos, tanto más severamente en nosotros todo lo inicuamente hecho reprobamos. Bien pues al profeta se le dice que muestre el templo. Pues porque la rectitud de los justos considerar el pecador disimula, al menos ésta por la voz del que predica la reconozca. Pues mostrar el templo a los pecadores es narrar las obras de los rectos a los que por su voluntad no quieren considerar. Los que por tanto, como dijimos, desean ser conducidos a lo sumo, siempre es necesario que a los provechos de los mejores atiendan, para que tanto más estrechamente en sí las culpas juzguen, cuanto en ellos más alto lo que admiren ven.

19. Los mismos justos por la consideración de los otros santos aprovechan.---Pero ¿qué estas cosas de los que pecan decimos, cuando a los mismos operarios de la justicia con tan gran dispensación vemos ser promovidos (I Cor. XII, 8, 9, 10 y 11)? Pues uno recibe el don de la ciencia, y sin embargo a la virtud de la admirable abstinencia no llega. Otro de gran virtud de abstinencia se ciñe, ni sin embargo en la suma contemplación de la ciencia se dilata. Otro por el espíritu de profecía vale preconocer todo lo por venir, pero sin embargo por la gracia de la curación no vale los males de la presente molestia aliviar. Otro por la gracia de la curación los males de la presente

molestia alivia, pero sin embargo porque el espíritu de profecía no tiene, qué siga ignora. Otro a los indigentes muchas cosas ya propias puede largar, pero sin embargo a los que inicuamente obran obviar libremente no puede. Otro a los que inicuamente obran audazmente por Dios obvia, pero sin embargo a los indigentes las cosas que tiene atribuir todas rehúsa. Otro ya también de ocioso discurso restringiéndose, la lascivia de la lengua supera, pero sin embargo todavía los insurgentes estímulos de la ira perfectamente no pisa. Otro la insurgente ira ya perfectamente doma, pero sin embargo todavía la lengua en la alegría relaja. ¿Qué es esto, que éste de aquel bien carece en que otro destaca; y aquel, aunque en muchas cosas destaque, abundantemente en otros el bien que asista considera que a sí mismo faltar suspira, sino que con maravillosa dispensación se actúa con nosotros, para que por esto que otro tiene, y éste no tiene, uno mejor que el otro se muestre, para que tanto más ardientemente a la humildad cada cual aproveche, cuanto por los bienes que no tiene inferior a los que los tienen se piensa? Y así se hace para que mientras aquel en éste, y éste en aquel mira lo que admire, los distintos bienes tanto de la altura de la elación repriman, como al estudio del provecho enciendan. Pues con gran solicitud al cuidado de nuestra mejoría nos ceñimos, cuando aquello de la virtud en otros discernimos que no tenemos. De donde Ezequiel profeta, cuando los volantes animales hubiera descrito, añadió: Y oí tras de mí una voz de gran conmoción: Bendita la gloria del

Señor desde su santo lugar, y la voz de las alas de los animales golpeando 769 una contra otra (Ezeq. III, 12). ¿Qué las alas de los animales, sino las virtudes debemos sentir de los santos? Quienes mientras lo terreno desprecian, a lo celestial volando se elevan. [Vet. XI.] De donde rectamente también por Isaías se dice: Los que confían en el Señor, mudarán la fortaleza, asumirán plumas como águilas (Isa. XL, 31). Los volantes animales por tanto con sus alas se golpean mutuamente, porque las mentes de los santos en aquello que lo supremo apetecen, consideradas mutuamente las alternas virtudes se excitan. Pues su ala me golpea, quien por el ejemplo de la santidad propia me a lo mejor enciende. Y con mi ala al animal vecino golpeo, si alguna vez a otro la obra buena que imite muestro.

20. Lo cual se confirma por el ejemplo de los santos apóstoles Pablo y Pedro.---Pero porque dijimos que la vida de los santos se significaba por estos animales, place en ese mismo vuelo de los animales levantar los ojos de la mente, y pesar con sutil consideración por cuánta percusión de alas se excitan mutuamente. Pues Pablo, cuando trascendiera la solicitud de los demás santos trabajando más robustamente en la predicación, para que se reprimiera de la elación, y nutriera sus fuerzas en el gremio de la humildad, no inmemorable de su antigua crueldad, contemplada la inocencia de todos los apóstoles, dice: Pues yo soy el mínimo de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios (I Cor. XV, 9). Y sin embargo el primero

de todos esos mismos apóstoles, como olvidado del principado recibido, como si él mismo supiera menos algo, admira en Pablo la sabiduría, diciendo: Como también nuestro carísimo hermano Pablo según la sabiduría que le fue dada os escribió, como también en todas las epístolas, hablando en ellas de estas cosas en las cuales hay algunas difíciles de entender (II Ped. III, 15). He aquí que Pablo admira en los apóstoles la inocencia, he aquí que el príncipe de los apóstoles admira en Pablo la sabiduría. [Vet. XII.] ¿Qué es esto, sino que los varones santos, mientras por la consideración de las virtudes mutuamente se anteponen a otros a sí mismos, los volantes animales por la percusión de las alas se tocan, para que tanto más alto al vuelo se exciten, cuanto más humildemente uno en otro mira lo que admire? De aquí por tanto se ha de colegir con cuánta solicitud debemos mirar la vida de los mejores nosotros, que yacemos en lo ínfimo, si también estos que ya por tanta santidad son sublimes, para que por el paso de la humildad a cosas mayores aprovechen, todavía buscan en otros lo que imitando admiren.

21. Los réprobos a los ejemplos de los peores siempre se convierten.---Pero esto los réprobos lo ignoran, porque los ojos de la mente siempre en lo ínfimo los hunden, quienes aunque alguna vez vengan a la vía del Señor, no a los vestigios de los mejores, sino a mirar siempre los ejemplos de los peores se convierten. Pues ni consideran la vida de aquellos, a quienes humillándose se pospongan, sino a quienes soberbiendo se antepongan. Pues a los peores miran, de quienes se glorían

ser mejores; y por tanto aprovechar a lo mejor no pueden, porque esto se estiman bastarles, que anteceden a los pésimos. Oh míseros, prosiguen el camino, y miran a la espalda. Por la esperanza a saber, como ante sí adelantan el pie, pero por la consideración de los hombres malos tras de sí tienden los ojos. Rectos parecer apetecen, pero para encontrarse a sí mismos toman una regla torcida. Pues si a sí mismos cuales son conocer apetecen, no de los peores mirar, sino de los mejores los ejemplos debieran. Por eso por tanto no entienden ser pecadores, porque a los hombres no atienden. Pues si a los hombres atendieran cuánto 770 pecando distaran de los hombres buenos, encontrarían. Sobre este penitente por tanto que por eso los ejemplos de los buenos considera para que a sí mismo cuánto del bien se alejó le sea manifiesto bien se dice:

CAPÍTULO IX.

VERS. 27. --- Mirará a los hombres y dirá: Pequé y verdaderamente delinquí, y no recibí según era digno.

22. Mientras se confiesan ficticiamente pecadores, quieren ser adornados por la confesión del pecado, no humillados. --- Frecuentemente se confiesan pecadores incluso quienes no creen haber pecado. Pues a menudo sucede que los hombres confiesan por todas partes que son inicuos, pero cuando oyen sus pecados verdaderamente argüidos por otros, se defienden sumamente, e intentan parecer inocentes. Cada uno, por tanto, cuando es tal, si dice que él ha delinquido,

verdaderamente no lo dice, puesto que se afirma pecador no desde lo íntimo del corazón, sino de palabra. Pues porque está escrito: El justo en el principio es acusador de sí mismo (Prov. XVIII, 17), éste quiso ser adornado por la confesión del pecado, no humillado; por su acusación apeteció parecer humilde, no serlo. Pues si confesando el pecado apeteciera verdaderamente ser humilde, no impugnaría a los otros que lo arguyen de la perpetración del pecado. Así, el justo juzgando su vida por los ejemplos de los mejores conoce desde lo íntimo del corazón que él es lo que dice. Pues dice: Pequé, y verdaderamente delinquí. Y de aquello mismo que tolera por el azote añade: Y no recibí según era digno.

23. Quien es azotado por los pecados, reconozca que ha sido menos herido de lo que merecía. La pena nos interroga, si verdaderamente reconocemos la culpa. --- Pues cada uno puesto en el azote considera todavía menos sus pecados, si estima que ha sido herido o tanto o más de lo que merecía. Mas éste, porque cuanto más considera los ejemplos de los mayores, con tanto más estrecho examen se pesa, reconoce que ha sido menos herido de lo que merecía, porque en la justicia de aquéllos ve cuán grave fue para sí la culpa de haber errado; y por eso no siente que esto que padece sea estrecho, porque estrechamente sabe pesar lo que hizo. Mas es muy fácil que cada uno se confiese pecador, cuando nada padece por su pecado. Seguramente decimos que somos inicuos, cuando no sentimos ninguna venganza de la iniquidad. Pues ciertamente hablamos como

pecadores en la tranquilidad, pero cuando somos corregidos de esos mismos pecados interviniendo el azote, murmuramos. La pena, por tanto, nos interroga si verdaderamente conocemos la culpa. El varón, pues, justo, porque considera estrechamente su culpa, incluso puesto en el azote diga: Y no recibí según era digno. Sigue:

CAPÍTULO X.

VERS. 28.---Pues libró su alma, para que no pasara a la perdición.

24. La concordia de la gracia preveniente y del libre albedrío subsiguiente.---Porque previniendo la divina gracia en la operación buena, nuestro libre albedrío sigue, nosotros mismos se dice que nos libramos, quienes al Señor que nos libra consentimos. De donde Pablo, cuando dijera: Más abundantemente que todos ellos trabajé (I Cor. XV, 10), para que no pareciera haberse atribuido sus trabajos a sí mismo, al punto añadió: Pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo. Porque pues a la preveniente gracia de Dios en sí por el libre albedrío había seguido, aptamente subjunta, Conmigo: para que ni al divino don fuera ingrato, y sin embargo del mérito del libre albedrío no permaneciera extraño. Pero sobre éste que a su libertador conociéndose a sí mismo consintió, rectamente se dice: Libró su alma, para que no pasara a la perdición. Sigue:

IBID.---Sino que viviendo vea la luz. La luz a saber de la verdad que muerto de corazón no podría ver. O ciertamente, porque el Señor dijo: Yo soy la luz del mundo (Juan VIII, 12), verán la

luz incluso los muertos, cuando todos los injustos lo miren venir al juicio en forma de humanidad. Pero vivo entonces mira la luz, el que con los ojos libres del corazón en forma de divinidad lo atiende. Sigue:

CAPÍTULO XI.

VERS. 29.---He aquí que todas estas cosas obra Dios tres veces por cada uno.

25. En tres veces los electos primero con dolor, después con gozo suelen ser afectados.---Sobre este hombre tentado y azotado se había dicho arriba: Abominable se le hace en su vida el pan; y se acercó a la corrupción su alma, y su vida a los mortíferos. En cambio abajo se ha subyuntado: Deprecará a Dios, y le será aplacable; y verá su faz en júbilo, y libró su alma, para que no pasara a la perdición, sino que viviendo vea la luz. En estas por tanto ya recolectadas y amontonadas sentencias, y arriba el dolor de la amargura, y abajo está subyuntada la alegría de la seguridad; y pronto después de estas cosas se dice: He aquí que todas estas cosas obra Dios tres veces por cada uno. Como si dijera: Lo que una vez de uno dije, esto tres veces por cada uno se hace. Pero debe ser hábilmente observado cuáles sean esas tres veces por las cuales cada hombre es afectado con la ansiedad del dolor, y después del dolor es al punto revocado a la seguridad de la alegría. Pues eso arriba, como ya dije, lo había narrado, que tanto el grave dolor primero afecta, como la gran alegría después eleva. Por tanto si vigilantes atendemos, encontramos estas tres veces de do-

lor y alegría en el ánimo de cada electo alternarse de estos modos, esto es, en la conversión, en la tentación y en la muerte.

26. 1. En la conversión, cuando de aquí el espíritu llama, de allá la carne rellama.---En la primera por cierto que dijimos vez de la conversión hay un grave dolor, cuando cada cual considerando sus propios pecados, quiere romper los grillos de los cuidados seculares, y caminar la vía de Dios por el espacio de una segura conversación; arrojar el pesado fardo de los deseos temporales, y llevar el leve yugo del Señor con libre servidumbre. Pues al que piensa estas cosas le ocurre aquella familiar suya delectación carnal, la cual envejecida hace tiempo, cuanto más tiempo lo retuvo, tanto más estrechamente lo liga, y de sí más tarde le permite irse. ¿Y qué dolor allí, qué ansiedad del corazón, cuando de aquí el espíritu llama, de allá la carne rellama; de aquí el amor de la nueva conversación invita, de allá el uso de la antigua perversidad impugna; de aquí arde en deseo hacia la patria celestial, y de allá en sí mismo tolera la concupiscencia carnal, la cual incluso de algún modo contra su voluntad le deleita? Rectamente por tanto de este hombre que se amarga puede decirse: Abominable se le hace en su vida el pan; y se acercó a la corrupción su alma, y su vida a los mortíferos. Pero porque la divina gracia no nos permite ser afectados mucho tiempo por estas dificultades, rotos los vínculos de nuestros pecados más pronto nos conduce a la libertad de la nueva conversación consolándonos, y a la precedente tristeza la subsiguiente alegría la reconforta; de

modo que el ánimo de cada uno convertido tanto más se goce en llegar a su voto, cuanto más se acuerda haberse dolido trabajando por él. Se hace en el corazón una inmensa alegría, porque a aquel que desea, ya por la esperanza de la seguridad se aproxima, para que rectamente de esto deba decirse: Deprecará a Dios, y le será aplacable; y verá su faz en júbilo. O ciertamente: Libró su alma para que no pasara a la perdición, sino que viviendo vea la luz.

27. 2. En el ejercicio de las tentaciones. Más acres son después de la conversión los estímulos de las tentaciones.---Mas para que cada uno convertido no se crea ya santo, y a aquel a quien la lucha del dolor no pudo superar, la misma seguridad después lo derribe, se permite por la dispensación de Dios que después de su conversión sea fatigado por los estímulos de las tentaciones. Ya por cierto por la conversión se ha pasado el Mar Rojo; pero todavía en el desierto de la vida presente ante la faz ocurren los enemigos. Ya los pecados pasados como a egipcios extinguidos dejamos tras la espalda; pero todavía los vicios nocivos, como otros enemigos, salen al encuentro, para que a los que van hacia la tierra de la promesa les cierren el camino empezado. Ya las culpas anteriores, como adversarios que seguían, por sola la divina virtud han sido postradas, pero los estímulos de las tentaciones, como otros enemigos, vienen contra la faz, los cuales sean superados incluso con nuestro trabajo. La conversión a saber pare seguridad, pero la seguridad suele ser la madre de la negligencia. Para que pues la segu-

ridad no engendre negligencia, está escrito: Hijo, accediendo a la servidumbre de Dios, está en la justicia y el temor, y prepara tu alma para la tentación (Ecli. II, 1). Pues no dice para el descanso, sino para la tentación, porque nuestro enemigo, cuanto más en esta vida puestos nos mira rebelarle, tanto más contiende por expugnarnos. Pues a aquellos que siente poseer por quieto derecho, descuida golpearlos. Pero contra nosotros tanto más vehementemente se incita, cuanto de nuestro corazón como del derecho de su propia habitación es expulsado. Pues esto en sí mismo el Señor bajo una cierta dispensación lo figuró (Mat. IV, 1), quien no permitió que el diablo lo tentara sino después del bautismo, para que nos indicara una cierta señal de la futura conversión, que sus miembros después que aprovecharan para Dios, entonces toleraran más acres insidias de tentaciones. Después de la primera vez por tanto de dolor y alegría, que cada cual por el estudio de la conversión reconoce, esta segunda sobreviene, porque para que no sea disuelto por la negligencia de la seguridad, es afectado por el impulso de la tentación. Y ciertamente cada cual en el mismo inicio de la conversión es frecuentemente recibido con gran dulzura de consolación, pero después experimenta el duro trabajo de la probación.

28. Tres grados de la conversión.---Pues tres son los modos de los conversos: la incoación, la mediedad, y la perfección. En la incoación en cambio encuentran los halagos de la dulzura, en el tiempo medio también las luchas de la tentación, al final por cierto la perfección de la

plenitud. Primero por tanto los reciben las cosas dulces, que los consuelen; después las amargas, que los ejerciten; y entonces por fin las suaves y sublimes, que los confirmen. Pues también cada varón primero fomenta a su esposa con dulces halagos, a la cual sin embargo ya conjunta prueba con ásperas increpaciones, y a la probada con seguros pensamientos la posee. De donde también la plebe israelítica, cuando desposándola Dios a las nupcias sagradas de la mente era llamada de Egipto, como en vez de arras primero recibió los halagos de las señales; pero conjunta, es ejercitada en el desierto con probaciones; probada en cambio, en la tierra de la repromisión es confirmada con la plenitud de la virtud. Antes por tanto degustó en los milagros lo que apeteciera, después en el trabajo fue tentada si sabía custodiar lo que había gustado; al final también mereció recibir más plenamente lo que probada por los trabajos custodió. Así pues, tanto el inicio blando acaricia la vida de cada uno convertido, como la áspera mediedad la prueba, y la plena perfección después la robustece.

29. Los inicios de la conversión muy pacíficos reciben graves tentaciones. Pues a menudo todos los conversos, en el mismo acceso de su incoación, o reciben una tranquilidad muy pacífica de la carne, o los dones de la profecía, o los preceptos de la doctrina, o milagros de señales, o la gracia de la curación (1 Cor. 12, 10); después de estas cosas en cambio son fatigados por duras probaciones de tentaciones, de las cuales tentaciones todavía, cuando empezaban, creyeron estar muy libres.

Lo cual se hace por la dispensación de la divina gracia, para que en su incoación no sean tocados por la aspereza de las tentaciones, porque si la amargura de la tentación recibiera sus inicios, tan fácilmente volverían a aquellas cosas que habían dejado como que no se habían alejado mucho; pues despreciados antes los vicios, como puestos cerca se reimplicarían. De donde también está escrito: Cuando hubo emitido Faraón al pueblo, no los llevó el Señor por la vía de la tierra de los filisteos, que está vecina, reputando que no fuera que por ventura se arrepintiera, si viera contra sí levantarse guerras, y volviera a Egipto (Éx. 13, 17). De Egipto por tanto al salir son sustraídos de la guerra vecina, porque a los que abandonan el siglo se les muestra primero una cierta tranquilidad, para que en su misma ternura e incoación turbados, aterrados vuelvan a aquello que evadieron. Primero por tanto sienten la suavidad de la seguridad, primero son nutridos por la quietud de la paz; conocida en cambio la dulzura, tanto ya más tolerablememente sostienen las luchas de las tentaciones, cuanto en Dios más alto conocieron lo que amaran. De donde también Pedro primero es llevado al monte, primero contempla la claridad de la transfiguración dominical (Mc. 9, 1), y entonces por fin se permite ser tentado interrogándolo la criada (Mat. 26, 70), para que por la tentación hecho consciente de sí por la enfermedad, a aquello que había visto recurriera llorando y amando; y cuando la onda del temor lo arrebatara al piélago del pecado (Mat. 14, 24), fuera el ancla de la anterior dulzura la que lo retuviera. A

menudo en cambio son tan duraderas las luchas de las tentaciones como largos habían sido los halagos de las incoaciones. A menudo por cierto se da más de dulzura en la incoación, menos en cambio en el trabajo de la probación. A menudo menos en la incoación de dulzura, más en el trabajo de la probación. Nunca en cambio al trabajo de la tentación sigue una dispar perfección de firmeza, porque según la suma de la lucha cada cual es remunerado con la plenitud de la perfección. Frecuentemente en cambio en eso cada converso cae, que mientras con ciertos dones de la gracia, en la dulzura de la incoación es recibido, estima haber recibido la confirmación de la perfección, y juzga la consumación de la plenitud, lo cual todavía ignora que son halagos de la incoación. De donde sucede que mientras es tocado por la súbita tormenta de la tentación, se sospecha despreciado de Dios y perdido. El cual si no creyera por doquier a su incoación, puesto todavía en las cosas prósperas, prepararía la mente para las adversas, y a los vicios que vienen después resistiría tanto más firmemente cuanto también más sagazmente los hubiera previsto. Las cuales cosas ciertamente más tranquilamente si las prevé las tolera. Sus luchas sin embargo de ningún modo las declina, aun si las prevé, porque el curso de nuestro itinerario de ninguna manera se realiza sin el polvo de la tentación.

30. Por qué las tentaciones después de la conversión parezcan más acres que antes.---Frecuentemente en cambio cada converso es agitado por tales estímulos de tentaciones, por cuales

antes de la gracia de la conversión recuerda nunca haber sido golpeado, no porque entonces esta misma raíz de la tentación faltara, sino porque no aparecía. Pues el ánimo humano ocupado en muchos pensamientos, a menudo para sí mismo de algún modo permanece incógnito, de modo que ignore por completo lo que tolera, porque mientras por muchas cosas se esparce, de la interna cognición de sí es removido. Si en cambio desea vacar para Dios, y corta las ramas del multiforme pensamiento, entonces libremente mira lo que de la íntima raíz de la carne procede. Pues el cardo si nace en el camino, es triturado por los pies de los itinerantes, y por el mismo uso de los que pasan su superficie para que no aparezca es frotada. Pero aunque por encima las espinas que brotan no aparezcan, debajo sin embargo la raíz oculta perdura. Si en cambio los pies de los que pasan cesaran de triturar y conculcar, pronto surgiendo a la superficie progresa, y por la espina saca a lo público cuanto en la raíz vivía oculto. Así también en el corazón de los seculares a menudo una cierta raíz oculta de las tentaciones no fácilmente aparece surgir, porque como situada en el camino de las acciones es triturada por el pie de los pensamientos transeúntes, y por innumerables cuidados como por muchos itinerantes es oprimida para que no se vea. Si en cambio por la gracia de la conversión la turba de los cuidados es removida del camino del corazón, para que ninguna insolencia de las acciones lo desgaste, ningún tumulto de los pensamientos lo oprima, entonces lo que oculto latía es reconocido, enton-

ces de la raíz de los vicios punza libremente la espina de las tentaciones. Contra la cual por la mano del que bien vive se actúa para que, en cuanto puede hacerse, no se proteja oculta, sino que de raíz sea arrancada. Hasta que esto se haga, el ánimo de cada converso así lo conturba esta espina, que a menudo por la percusión súbita casi se siente superado, y teme mortalmente su herida infligida hasta la médula.

31. Las tentaciones, cuando por la asiduidad son despreciadas, son peligrosas. Dios por las tentaciones prueba, no réproba.---Frecuentemente por cierto esos mismos estímulos de las tentaciones, mientras entran en uso, se dilatan, y ciertamente existen no más acres, sino más largos. Duelen en cambio menos, pero infectan más, porque mientras al ánimo más tiempo se adhieren, tanto se hacen menos de temer, cuanto más acostumbrados. Entre estas cosas por tanto el ánimo aprehendido hacia aquí y allá es distendido, y por múltiples ardores de tentaciones es disipado, y a menudo de aquí y de allá provocado, ignora a qué vicio tentante deba oponerse, o qué deba impugnar primero. De donde frecuentemente sucede que mientras los vicios que surgen demasiado cruzan, mientras al ánimo del que repugna ya casi en el lapso de la desesperación lo inclinan, cada converso este mismo camino de la sublimidad, que para sí para remedio elige, se pavorice, y como en lo sumo educado titubea, el que en lo ínfimo más sólidamente estaba. Así por cierto por los movimientos de las tentaciones que rugen alrededor es angustiado, que rectamente

de él deba decirse: Abominable se le hace el pan en su vida, y de su alma la comida antes deseable. O ciertamente: Se acercó a la corrupción su alma, y su vida a los mortíferos. Pero porque el misericordioso Dios nos permite ser probados por las tentaciones, no reprobados, como está escrito: Fiel es en cambio Dios, que no permite que seáis tentados sobre aquello que podéis, sino que hará con la tentación también el provecho, para que podáis sostener (1 Cor. 10, 13), más pronto con la ayuda de la consolación nos socorre, y los estímulos de las tentaciones que surgen los mitiga, y a los movimientos de los pensamientos que lo impugnan con interna paz los tranquiliza. Y pronto el alma percibe una inmensa alegría de la esperanza celestial, mientras mira el mal vencido que toleró, para que por derecho de este hombre tentado y librado deba decirse: Verá su faz en júbilo; y, libró su alma, para que no pasara a la perdición, sino que viviendo vea la luz. Transcurridas por tanto estas dos veces, esto es de la conversión y de la probación, por el dolor y la alegría, resta la tercera, de la cual todavía sostenga el dolor, y consiga los gozos.

32. En la tercera vez los justos por el pavor de la muerte y el temor del extremo juicio son auxiliados.---Pues después de las luchas de la conversión, después de la penuria de la probación, resta todavía una dura tentación, porque no puede llegarse a los gozos de la perfecta libertad, si antes no pagara la deuda de la condición humana. El converso en cambio para sí cautamente solícito, tácitamente consigo no cesa de considerar cuán

estrecho el eterno juez adviene, y su término diariamente prospecta, y ante la severidad de tanta justicia qué razones de su vida vaya a poner atiende. Aunque todas las obras depravadas que pudo entender evitó, sin embargo al venir ante el estrecho juez, teme más aquellas que en sí mismo no entiende. ¿Quién pues pueda considerar cuántos males por los momentos de los tiempos por los mismos inconstantes movimientos de los pensamientos perpetramos? Es fácil pues evitar las obras perversas, pero es demasiado difícil de pensamiento ilícito limpiar el corazón. Y sin embargo está escrito: Ay de vosotros que pensáis lo inútil (Miq. 2, 1). Y de nuevo: En el día en que juzgará el Señor lo oculto de los hombres (Rom. 2, 16). Quien también premisó: Entre sí mutuamente las de los pensamientos acusando, o también defendiendo (Ibíd., 15). Y de nuevo: Labios dolosos en el corazón, y con el corazón hablaron males (Sal. 11, 3). Y de nuevo: Pues en el corazón iniquidades obráis en la tierra (Sal. 57, 3). El alma humana en cambio una vez desertando el estado de la eternidad, al flujo de la temporalidad deslizada, esta mutabilidad de alternantes mociones, la cual al caer queriendo apeteció, al intentar surgir, es compelida invicta a tolerar. De ahí por cierto es castigada de donde fue delectada, porque de ahí convertida tiene el trabajo de la lucha, de donde perversa apeteció el gozo de la voluptuosidad. Frecuentemente por tanto a los electos incluso no queriendo se les subrepone en el pensamiento lo que en sí por cierto solícitamente inspeccionan, y ante los ojos de Dios de cuánto reato sea atien-

den; y aunque de todas estas cosas siempre los juicios estrechos teman, entonces sin embargo estas cosas vehementemente temen, cuando al pagar la deuda de la condición humana viniendo, al estrecho juez acercarse se ven. Y se hace tanto más acre el temor, cuanto más cercana la retribución eterna. Ante los ojos del corazón en cambio nada vano entonces sobrevuela del fantasma del pensamiento, porque retiradas del medio todas las cosas, a sí y a aquel solamente consideran a quien se aproximan. Crece el pavor por la cercana retribución de la justicia, y por la urgente solución de la carne, cuanto más el estrecho juicio ya casi se toca, tanto más vehementemente se teme. Y si aquellas cosas que saben nunca recuerdan haber omitido, temen sin embargo aquellas que no saben, porque a saber a sí mismos dijudicar y comprender de todo punto no pueden, y con el urgente tránsito, por un más sutil miedo son aterrados. De donde nuestro Redentor a la solución de la carne aproximándose, y de sus miembros conservando la especie, hecho en agonía, empezó a orar más prolíficamente (Luc. 22, 44). ¿Qué pues por sí aquel cuando en agonía estuviera pediría, que en la tierra puesto las cosas celestiales con potestad tribuía? Pero aproximándose la muerte, de nuestra mente en sí la lucha expresó, que una cierta fuerza de terror y de pavor padecemos, cuando por la solución de la carne al eterno juicio nos aproximamos. Ni pues entonces el alma de cualquiera inmerecidamente se aterra, cuando después de un poquito esto encuentra, que en lo eterno cambiar no pueda.

33. Qué sea de temer ante la inminencia de la muerte.---Consideramos por cierto que la vía de la vida presente de ninguna manera sin culpa pudimos transitar, consideramos también que ni esto siquiera está sin algún reato nuestro, lo que laudablemente obramos, si removida la piedad fuéramos juzgados. ¿Quién pues de nosotros pueda o superar, o alcanzar la vida de los precedentes padres? Y sin embargo David dice: No entres en juicio con tu siervo, porque no se justificará en tu conspecto todo viviente (Sal. 142, 2). Pablo cuando dijera: De nada soy consciente a mí mismo, cautamente subyuntó: Pero no en esto estoy justificado (1 Cor. 4, 4). Jacobo dice: En muchas cosas pues ofendemos todos (Sant. 3, 2). Juan dice: Si dijéramos que pecado no tenemos, nosotros mismos nos seducimos, y la verdad no está en nosotros (1 Juan 1, 8). ¿Qué pues harán las tablas, si tiemblan las columnas? O ¿cómo los arbustos inmóviles estarán, si por el torbellino de este pavor incluso los cedros se sacuden? A la solución por tanto de la carne aproximándose, no pocas veces por el terror de la venganza incluso el alma del justo se conturba. La cual aun si algo tranquilo en esta vida pudo saber, por el artículo de la muerte que interviene es sacudida, para que con derecho deba decirse: Abominable se hace el pan en su vida, y de su alma la comida antes deseable. O ciertamente por la pena del pavor eso que allí se subyunta: Se acercó a la corrupción su alma, y su vida a los mortíferos.

34. Las almas de los justos por este pavor de las leves culpas se purgan.---Pero porque las almas

de los justos de todos los leves contagios por el mismo pavor de la muerte a menudo se purgan, y los gozos de la retribución eterna ya desde la misma solución de la carne perciben, frecuentemente por cierto por una cierta contemplación de la retribución interna incluso antes de que de la carne sean despojados se alegran, y mientras la deuda de la vetustez pagan, del nuevo ya don con alegría disfrutan, rectamente se dice: Verá su faz en júbilo. O ciertamente: Libró su alma, para que no pasara a la perdición, sino que viviendo vea la luz. Pues el alma del justo en júbilo la faz de Dios contempla, porque tanto de la alegría interna percibe, cuanto captar o asumida apenas pudiera. Allí pues la luz viviendo ve, porque el ojo espiritual en los rayos del eterno sol fija. Allí la luz viviendo ve, porque toda ya mutabilidad de vicisitud y de obumbración conculcada, a la verdad de la eternidad se adhiere; y adhiriéndose a aquel a quien mira, a la similitud de la inmutabilidad surge, y en sí misma la inconvertible especie de su autor mientras la mira asume. Pues la que a la mutabilidad por sí misma se deslizó, al estado de la inmutabilidad viendo la inmutabilidad se forma. Por tanto Eliú sobre este afligido y librado hombre, porque primero la amargura del dolor y después los gozos de la consolación expresó, aptamente subyuntó: Todas estas cosas obra Dios tres veces por cada uno, a saber de la conversión, de la probación, y de la muerte, porque por estas tres, tanto con duros primero estímulos de dolor es afectado, como con grandes después gozos de seguridad es reconfortado. Y porque la mente de

cada electo por esas mismas tres veces, esto es o por el trabajo de la conversión, o por la tentación de la probación, o por el pavor de la solución es desgastada, y por esa misma atrición purgada es librada, aptamente se subyunta:

CAPÍTULO XII.

VERS. 30.---Para revocar sus almas de la corrupción, e iluminarlos con la luz de los vivientes.

35. La luz presente es de los moribundos; la luz eterna, de los vivientes.---Luz de los moribundos por cierto es la que con los ojos corpóreos contemplamos. Los que en cambio todavía a este mundo viven, con la luz de los moribundos se entenebrecen. Son iluminados en cambio con la luz de los vivientes quienes, despreciada la luz temporal, al esplendor de la claridad interna recurren, para que allí vivan, donde la verdadera luz sintiendo vean, donde no sea una la luz y otra la vida, sino donde la misma luz sea vida, donde así nos circunde la luz exteriormente que interiormente nos llene; así interiormente nos llene, que incircunscrita exteriormente nos circunde. Son iluminados por tanto por esta luz de los vivientes, la cual tanto entonces más sutilmente contemplan, cuanto ahora para ella más puramente viven.

36. Los soberbios con las cosas verdaderas y místicas suelen mezclar cosas vanas y hinchadas.---Grandes y muy fuertes cosas profirió Eliú, pero esto cada arrogante suele tener por propio, que mientras habla cosas verdaderas y místicas, súbitamente por el tumor del corazón mezcla al-

gunas cosas vanas y soberbias. Pues fuera desea gustar en eso que verazmente siente; y de ahí pronto se hace vano de la verdad, de donde por el tipo de la elación recede de lo íntimo. Pues porque ser aprobado el docto busca exteriormente, dentro la plenitud con que era enseñado la pierde. De donde también Eliú, de quien que tiene el tipo de los arrogantes frecuentemente ya dijimos, después que digirió muchas profundidades de la sabiduría, súbitamente después de esas mismas sentencias veraces y místicas, por el fasto de la ciencia inflado es ensalzado, por el mérito de cuya inflación pronto su sentido a las vanas palabras es derivado. Pues subiditó, diciendo:

CAPÍTULO XIII.

VERS. 31-33.---Atiende, Job, y óyeme, y calla mientras yo hablo. Si en cambio tienes qué hablar, respóndeme: habla, pues quiero que aparezcas justo. Pero si no tienes, óyeme; calla, y te enseñaré la sabiduría.

37. Cuando algo humildemente hablan, no perseveran mucho en la especie de esa misma humildad.---Qué tipo de varón se tenga en sí mismo por esta locución manifiesta, por la cual dice: Atiende, Job, y óyeme, y calla mientras yo hablo. Es pues inmensa soberbia, de un mayor exigir para sí reverencia, y mandar silencio a uno mejor que él. Porque en cambio los predicadores justos mientras a cualesquiera corrigen, a menudo por la gracia de la humildad a lo íntimo de sus pensamientos vuelven, y en eso mismo que corrigen, no sea que por ventura se engañen inquieren, y

a los corregidos tributan licencia para que si algo más justo por sí mismos sienten lo confiesen, esto no pocas veces también los arrogantes apetecen imitar. Por un poco pues en las palabras pospuesta la elación, como de aquellos a quienes corrigen, si por ventura pudieran encontrar, buscan la justicia, no porque así sientan, sino porque ser adornados por la especie de la humildad concupiscen. Temen pues que, porque son soberbios e hinchados, parezcan serlo. De donde Eliú al punto subyuntó, diciendo: Si en cambio tienes qué hablar, respóndeme; habla, pues quiero que aparezcas justo. Pero porque estas cosas no las profirió del corazón, oír lo que buscara no esperó. Pues al punto subyuntó: Pero si no tienes, óyeme; calla, y te enseñaré la sabiduría. Pues los que verazmente buscan oír lo que es justo, ecuánimemente esperan oír lo que buscan. Eliú en cambio, porque verazmente no profirió palabras de requisición, no permitió decirse lo que buscara, sino que pronto lo que dentro gestaba erupcionó, y qué tipo de varón en sus ojos se tenía mostró, diciendo: Calla, y te enseñaré la sabiduría. Los varones arrogantes pues cuando algo humildemente suenan, no mucho tiempo en la especie de esa misma humildad perduran. Cuando por ventura buscan que oigan, pronto hablando salen al encuentro para que no sean enseñados, porque a la superficie de la voz que habían proferido más pronto la intención de la ostentación la comprime, la cual de la raíz del corazón surge, y esa misma forma de humildad tomada solo en apariencia tanto más pronto prueban que es ajena,

cuanto más tiempo no la pueden tener. He aquí Eliú cuando la justicia requiere para aprender, promete que enseñará. He aquí como requiriendo lo que es justo algo llano había sonado la lengua; pero pronto no pudo celar esto que alto hinchaba la conciencia. Pues de repente subyuntó: Calla, y te enseñaré la sabiduría. Porque en cambio los arrogantes todos en eso que profieren por el tipo de la soberbia se inflan, y, como en lo alto puestos así de los doctores la especie toman como si sus palabras por una cierta dignación sobre los hombres indignos desde el cielo se efundieran, bien por el escritor de esta historia el verso se interpone, por el cual se diga:

CAPÍTULO XIV.

CAP. XXXIV, VERS. 1.---Pronunciando también Eliú, habló también estas cosas.

38. Los justos desde la raíz de la humildad hablan; de otro modo los inicuos.---¿Qué pues por el vocablo de esta pronunciación, sino la inflación de la elación se muestra, para que las palabras, que de la alta raíz de la soberbia venían, con una cierta como altitud y distinción procedieran. ¿Así a saber todos los arrogantes suelen predicar? Con un cierto pues fasto profieren eso que singularmente haber entendido creen; y por ventura entonces la humildad predican, cuando por el tipo de la elación ejemplos de soberbia muestran. De donde sucede que su predicación concorde consigo permanecer no pueda, porque eso que hablando recto siembran, perversamente hinchándose lo impugnan. A los humildes pues

oyentes sus palabras no compadeciéndose, sino apenas dignándose las largan. Lejos por cierto en lo alto puestos se estiman, y sobre esos mismos oyentes suyos como precedentes el respeto de la doctrina apenas desde lo sumo dignantemente inclinan. Pero al contrario las palabras de los justos de la raíz vienen de la humildad, para que el fruto puedan llevar de la piedad: y cuanto saludable pudieran, no hinchándose, sino compadeciéndose subministran. Por las palabras por cierto de la caridad o a sí en sus oyentes, o a los oyentes suyos en sí así transforman, como si también aquellos por estos esto que oyen enseñen, y estos por aquellos esto que enseñando profieren aprendan. Eliú por tanto el tipo de los arrogantes teniendo, y con la ostentación de la pronunciación empezando, qué diga oigamos. Sigue:

CAPÍTULO XV.

VERS. 2, 3.---Oíd, sabios, mis palabras, y eruditos escuchadme. Pues el oído prueba las palabras, y la garganta las viandas por el gusto las dijudica.

39. Los soberbios doctores no buscan hacer sabios a sus oyentes, sino su sabiduría ostentar.---Como si dijera: Así como ni el oído las viandas, ni la garganta las palabras conoce; así ni cualquier estulto la sentencia del sabio entiende. Sabios por tanto y eruditos oíd lo que digo, que podéis esas cosas que hubieren sido dichas conocer. Veamos pues cuánto se hinchen, que sus palabras no sino por sabios ser oídas decentemente estima. El verdadero pues predicador de la sabiduría dice:

A los sabios y a los insipientes deudor soy (Rom. 1, 14). Pero al contrario el arrogante en su predicación las orejas solamente de los sabios espera, porque no por eso predica para que pueda a cualesquiera sabios hacer, sino por eso a los sabios busca, para que pueda lo que hubiere sentido soberbiando mostrar. Pues como arriba se ha dicho, no a aquellos apetece erudir, sino a sí mostrar; ni intuye cuán justos los que oyen se hagan, sino él cuán docto, cuando por los doctos es oído, aparezca. Porque a la verdad la predicación de los arrogantes ninguno admitiría, si no también algo de la imagen de la humildad mezclaran, bien Eliú después de que por túmidas palabras se ensalzó, de nuevo como a la concordia de la igualdad descendió, diciendo:

CAPÍTULO XVI

VERS. 4.---Escojamos para nosotros el juicio, y entre nosotros veamos qué sea lo mejor.

40. La humildad a veces pretenden, pero ficticia.---Pero si este juicio de humilde corazón buscó, fácilmente conocemos, si las subsiguientes palabras suyas pesamos. Sigue:

VERS. 5, 6.---Porque dijo Job: Justo soy, y Dios subvirtió mi juicio. En juzgarme a mí hay mentira; y violenta saeta mía sin ningún pecado.

A los justos de falsos crímenes acusan.---Estas cosas al bienaventurado Job haber dicho se queja, las cuales sin embargo porque mínimamente dijo, las requeridas palabras de la sagrada historia testifican. Pero el que el juicio igualmente había

buscado, de la culpa que fingió, de seguido la sentencia promulga. Pues sigue:

VERS. 7, 8.---¿Qué varón hay, como es Job, que bebe la derisión como agua, que camina con los que obran iniquidad, y anda con varones impíos?

He aquí buscando juicio el juicio profirió, y después de su alegación ninguna del bienaventurado Job esperada sentencia, a él de damnación digno por la sociedad de los réprobos juzgó. Dice pues: ¿Qué varón hay, como es Job? Para que a saber subentendamos, ninguno. Y subraya: Que bebe la derisión como agua. El agua pues cuando se bebe, así líquidamente se toma, que para sorber por ninguna gordura suya se retarde. La derisión en verdad como agua beber es a Dios sin ningún obstáculo de la cogitación irritar, para que en eso que se ensoberbece la lengua o la conciencia, ninguna trepidación contradiga. Esta pues su sentencia sobre el bienaventurado Job cuánto del trámite de la verdad orbite, por aquella del Señor atestación conocemos, por la cual al diablo dice: ¿Acaso consideraste a mi siervo Job, que no haya a él semejante en la tierra (Job 1, 8)? He aquí a quien la Verdad dice sin comparación justo, a él Eliú aserta sin comparación pecador. Pero estas cosas suelen ser propias de los arrogantes predicadores, que también a los afligidos oyentes suyos más estrictamente corregir apetecen, que blandamente refocilar. Más pues estudian, para que los males denostando increpen, que los bienes laudando confirmen. Superiores por cierto ser desean, y más se gozan cuando a su ánimo la ira eleva, que cuando la caridad iguala. Siempre

encontrar optan lo que increpando rígidamente hieran. De donde está escrito: En la boca del estulto la vara de la soberbia (Prov. 14, 3), porque a saber herir rígidamente sabe, pero compadecer humildemente no sabe.

41. Los santos predicadores, cuando a otros han de corregir, blandimentos anteponen. Como peritos médicos, primero palpan, después hieren.---Suelen también los predicadores justos a sus oyentes denostando corregir, suelen en sus vicios con estricta increpación ensañarse. De donde está escrito: Las palabras de los sabios como estímulos, y como clavos en lo alto prefijados (Ecl. 12, 11). Rectamente pues sus palabras clavos son llamados, porque las culpas de los delincuentes no saben palpar, sino punzar. ¿Acaso las palabras de Juan clavos no eran, cuando decía: Progenie de víboras, quién os mostró huir de la ira venidera (Mat. 3, 7)? ¿Acaso las palabras de Esteban clavos no eran, cuando decía: Vosotros siempre al Espíritu Santo resistís (Hech. 7, 51)? ¿Acaso las palabras de Pablo clavos no eran, cuando decía: Oh insensatos Gálatas, quién os fascinó (Gál. 3, 1)? Y de nuevo cuando a los Corintios dijera: Pues habiendo entre vosotros celo y contención, ¿no sois carnales, y según el hombre andáis (1 Cor. 3, 3)? Pero es necesario que cautamente veamos que los predicadores justos en esos mismos a quienes corrigen, cuando por otra parte tal vez algo de buena operación encuentran, a esas mismas palabras de denuesto con cuánta dispensación descienden. He aquí Pablo a los Corintios enseñando, y a ellos en la culpa de la

división mirando comenzó, diciendo: Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, en la gracia de Dios, que dada os es en Cristo Jesús, porque en todas las cosas ricos hechos estáis en él (1 Cor. 1, 4). Mucho por cierto loó a los que en Cristo ricos en todas las cosas dijo. He aquí todavía los blandimentos multiplica, diciendo: En toda palabra y en toda ciencia, como el testimonio de Cristo confirmado está en vosotros (Ibíd., 5). El testimonio de Cristo confirmado está en vosotros, dijo, como si por obra hubieran realizado lo que por doctrina habían aprendido. Y luego en la consumación de la loa subrayó: De modo que nada os falte en ninguna gracia, esperando la revelación de nuestro Señor Jesucristo. Te ruego, Pablo, con estos tantos favores ya a dónde tiendas insinúes. He aquí poco después sigue: Os ruego pues, hermanos, por la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, que eso mismo digáis todos, y no haya en vosotros cismas. Significado pues me ha sido de vosotros, hermanos míos, por los que son de Cloe, que contenciones entre vosotros hay (Ibíd., 10). De cuyas contenciones poco después subidió, diciendo: Pues habiendo entre vosotros celo y contención, ¿no sois carnales, y según el hombre andáis (1 Cor. 3, 3)? He aquí con qué loas a las abiertas palabras de corrección descendió; he aquí en el corazón de los oyentes con cuán blanda mano de favor la vía de la estrecha increpación abrió. Primero pues de los soberbios los brazos estudió por los vínculos de los blandimentos ligar, para que después hubiera podido el vulnus de la soberbia con el hierro de la corrección incidir. Había por cierto en

los Corintios también cosas que loarse debieran, había y cosas que argüirse. El perito pues médico primero los sanos miembros, que alrededor del vulnus estaban, loando palpó, y después el pútrido seno del vulnus hiriendo transfixió. Tiene pues en los santos predicadores para ambas cosas apto de la doctrina la regla su peso, para que también lo recto favoreciendo nutran, y lo perverso animadvirtiendo abscindan.

42. Una cosa es herir cuando la justicia estimula, otra cuando hincha la soberbia. Qué modo ha de guardarse en la corrección. Este lo ignoran los soberbios. A veces en verdad también los predicadores justos rígidamente hieren. Pero una cosa es cuando la justicia estimula, otra cuando la soberbia hincha. Los justos cuando severamente corrigen, la gracia de la interna dulzura no pierden. Pues a menudo para la inquietud refrenar de los pravos la dureza de un estrecho vigor asumen, pero por dentro por el fuego de la caridad se licuan, y con el amor de ellos arden, en quienes con áspera corrección se ensañan; y a sí también a ellos intrínsecamente en el secreto del corazón humillan, a quienes por fuera con duros estímulos de animadversiones como despreciando castigan. Pleramente pues también y no despreciando desprecian, y no desesperando desesperan, para que tanto a ellos más celeremente de la culpa pavorizar y resiliar hagan, cuanto ya como más cercanamente el hoyo de la muerte muestran. A menudo también con un cierto decente moderamen sus culpas ante los discípulos indican, para que ellos oyendo aprendan cómo a sí mismos

de sus acciones sutilmente reprendan. Con tanta pues dispensación se templan, que ni cuando se erigen intrínsecamente rígidos sean, ni de nuevo cuando se humillan extrínsecamente remisos, porque también en la disciplina la humildad custodian, y en la humildad la disciplina. Pablo la disciplina tuvo, cuando a los Corintios dijera: Pues habiendo entre vosotros celo y contención, ¿no sois carnales, y según el hombre andáis (1 Cor. 3, 3)? Pero la humildad en la disciplina no perdió, porque deprecando antepuso, diciendo: Os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que eso mismo digáis todos, y no haya en vosotros cismas (1 Cor. 1, 10). De nuevo la humildad tuvo, cuando a los mismos Corintios hablando un poco más latamente tal vez de lo que había querido, a sí mismo reprendió, diciendo: Hecho soy insensato (2 Cor. 12, 11). Pero la disciplina en esta humildad no perdió, porque al punto adjuntó: Vosotros me coaccionasteis. Ejemplo de magna humildad exhibió, cuando a los discípulos dijo: Pues no a nosotros mismos predicamos, sino a Jesucristo nuestro Señor, y a nosotros siervos vuestros por Cristo (2 Cor. 4, 5). Pero en esta humildad la justicia de la disciplina no perdió, quien a los mismos delincuentes dice: ¿Qué queréis, en vara venga a vosotros (1 Cor. 4, 21)? y lo demás. Saben pues los predicadores santos con ambos moderámenes el arte del magisterio templar, y cuando de los delincuentes los reatos encuentran, saben modo severamente corregir, modo humildemente deprecar. Pero cuando los arrogantes varones a ellos imitar apetecen, toman de ellos las ásperas

palabras de la corrección, y tomar de ellos verazmente no saben las preces de la humildad. Más pues terribles pueden ser que mitis; y por eso aprenden de donde se erijan, y aprenden negligir, para que el ánimo sometan. Y cuando amonestar a los delincuentes plácidamente no saben, por el nimio uso del rigor por la iracundia de la invectiva, también contra los que rectamente obran se desenfrenan. De los cuales este Eliú la especie teniendo, al bienaventurado Job no refocila, sino que lo denuesta, diciendo: ¿Qué varón hay, como es Job, que bebe la derisión como agua, que camina con los que obran iniquidad, y anda con varones impíos? Y porque ajena siempre es de la verdad la soberbia, luego también a lo falso prorrumpes, diciendo:

CAPÍTULO XVII.

VERS. 9.---Dijo pues: No placera el varón a Dios, aun si hubiere corrido con él.

43. Ajena siempre es de la verdad la soberbia.---Lo cual por cierto porque mínimamente lo dijera, cualquiera que las palabras del bienaventurado Job lee lo reconoce. Pero quien por eso habla, para que a sí mismo mostrándose se ensoberbezca, ¿qué maravilla si en otro finge lo que reprenda? ¿Pues cómo a la verdad cohere en las palabras de increpación, a quien dentro de sí mismo lejos de esa misma verdad dirime el tumor de la mente? Sigue:

VERS. 10.---Por eso varones cordatos oídme.

He aquí de nuevo por el fasto de la soberbia hinchado, a ellos solamente, que como digna-

mente entendiendo, a él assequi puedan busca, y así lo que sentía erupciona, diciendo:

CAPÍTULO XVIII.

VERS. 10 y 11.---Lejos esté de Dios la impiedad, y del Omnipotente la iniquidad. El trabajo pues del hombre le rendirá a él, y según las vías de cada uno les restituirá.

44. Dios en esta vida no siempre rinde a cada uno según sus obras.---Bien dijo, porque en el omnipotente Dios la iniquidad o la impiedad no está. Pero en esta vida de ninguna manera siempre esto se hace, lo que subrayó, que según la obra suya a cada uno y según las vías propias rinde. Pues también a muchos ilícitas y perversas cosas perpetrantes gratuitamente los previene, y a las obras santas los convierte, y a algunos a los rectos actos dedicados el azote interviniendo los corrige, y así a los placientes como si displacieran los aflige, Salomón atestando, quien dice: Hay justos a quienes muchas cosas suceden, como si las obras hubieran hecho de los impíos; y hay impíos que así seguros están, como si de los justos los hechos tuvieran (Ecl. 8, 14). Lo cual sin duda el omnipotente Dios con inaestimable piedad dispensa, para que también a los justos los azotes los crucien, no sea que las obras los ensalcen; y los injustos al menos sin pena esta vida pasen, porque a los tormentos que sin fin son mal obrando se apresuran. Pues porque alguna vez los justos de ninguna manera según las obras son azotados, por esta misma historia que tratamos se muestra. Pues ni el mismo bienaventurado Job

por culpa había sido azotado, quien antes del estímulo del azote por el propio Juez atestante fue loado. Más verazmente pues Eliú diría, si hubiera dicho: Porque en el omnipotente Dios la impiedad y la iniquidad no está, aun cuando según las vías propias a los hombres rendir no parece. Pues también lo que por nosotros no se entiende, de la no injusta balanza del oculto juicio se profiere. Porque a la verdad los predicadores arrogantes, mientras muchas cosas vanas esparcen, también a menudo verdaderas y sólidas profieren, Eliú rectamente subraya:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 12.---Verdaderamente pues Dios no condenará en vano, ni el Omnipotente subvertirá el juicio.

45. Justos los juicios de Dios, aunque ocultos.---Al diablo el Señor dice: Me conmoviste contra él, para que lo afligiera en vano (Job 2, 3). Eliú pues dice: Que no condenará el Señor en vano. Lo cual por cierto discrepar de los dichos de la Verdad se cree, si no por sutil consideración se pese. Una cosa pues es condenar, otra afligir. Afligió pues según algo en vano, pero en vano no condena. ¿Acaso no según algo en vano a Job había afligido, cuando no se deleba el vicio, sino el mérito se aumentaba? Pues en vano condenar no puede, porque la condenación hacerse no en parte para algo puede, la cual a saber en el extremo castiga todo lo que aquí cada uno inicuamente hubiere cometido. Ni el omnipotente Dios subvierte el juicio, porque aunque menos rectas

parecen ser las cosas que padecemos, rectamente sin embargo en el oculto examen se deciernen. Sigue:

CAPÍTULO XX

[Rec. XI].

VERS. 13.---¿A quién constituyó otro sobre la tierra, o a quién puso sobre el orbe, al que Él fabricó?

46. Quien por sí mismo fundó el mundo, por sí mismo también lo rige.---Para que a saber entiendas "a ninguno". Pues por sí mismo rige el mundo, el cual por sí mismo fundó; ni necesita de ajenos auxilios para regir, quien no los necesitó para hacer. Pero estas cosas por esto se coligen, para que liquidamente indique que, si el Dios omnipotente no descuida regir por sí mismo lo que creó, lo que bien creó ciertamente bien rige, porque lo que piadosamente fundó impíamente no lo dispone; y quien cuidó de las cosas aún no hechas para que fuesen, no desampara las que han sido hechas. Porque pues está presente en el régimen quien existió como autor en la creación, por eso no pasa por alto el cuidado de nosotros. De donde también aptamente subjunta:

CAPÍTULO XXI.

VERS. 14.---Si dirigiere hacia él su corazón, su espíritu y su hálito atraerá hacia sí.

47. Los corazones encorvados de los hombres, cuando quiere, los dirige erigiéndolos hacia sí.---

El corazón está encorvado cuando apetece las cosas ínfimas, se dirige cuando se eleva a las supremas. Si pues el hombre dirige su corazón al Señor, el Señor atrae hacia sí su espíritu y su hálito. Pone a saber el "espíritu" por las cogitaciones internas, pero el "hálito", que se atrae por el cuerpo, por las acciones externas. Para Dios pues atraer hacia sí el espíritu y el hálito del hombre es conmutar para la conversión de su deseo tanto nuestras cosas interiores como las exteriores, para que ya nada exterior le agrade a la mente, nada inferior a la carne, o si lo apetece, no se esfuerce por conseguirlo; sino que todo lo que el hombre es, fervientemente desee interiormente a Aquél de quien es, y exteriormente se restrinja edomándose a sí mismo. De donde también aptamente subjunta:

CAPÍTULO XXII

[Rec. XII].

VERS. 15.---Defallará toda carne a la vez, y el hombre en ceniza se convertirá.

48. Entonces la carne defallece, y el hombre en ceniza por la humildad se convierte. Pues a la vez toda carne defallece, cuando ya a ninguna de sus costumbres sirve, porque el espíritu presidente restringe todos sus flujos, y con cierta espada de su estrechez (districtio) mata todo lo que en ella vivía mal. Ciertamente con esta espada de la disciplina Jeremías se había matado a sí mismo, cuando decía: Después que me convertiste, hice penitencia; y después que me mostraste, herí mi

muslo (Jer. 31, 19). ¿Pues qué se recibe en el muslo, sino la voluptuosidad de la carne? ¿Y qué es lo que dice: Después que me mostraste, herí mi muslo, sino que después que vio las cosas supremas espiritualmente, extinguió todo lo que en sí vivía carnalmente por debajo, para que cuanto más las sumas se patentizasen, tanto más las ínfimas que había retenido no fuesen libres? Pues cuanto comienza cada uno a vivir superiormente, tanto también empieza a morir inferiormente. Pues según el afecto de la operación carnal toda la carne de Pablo a la vez había muerto, cuando decía: Vivo pues ya no yo, sino que vive en mí Cristo (Gál. 2, 20).

[Vet. XXVII.] 49. El pecador de su mortalidad se olvida, no así el justo.---Bien también Eliú en este lugar subdidit: Y el hombre en ceniza se convertirá. Pues puesto cada uno en el pecado de su mortalidad se olvida, y no recuerda que él es tierra, mientras todavía por la soberbia se infla. Pero después de la gracia de su conversión, cuando por el espíritu de humildad es tocado, ¿qué otra cosa que ceniza recuerda que es? Ya en ceniza David se había convertido, cuando decía: Recuerda, Señor, que polvo somos (Sal. 102, 14). Abraham en ceniza se había convertido, diciendo: Hablaré a mi Señor, siendo yo polvo y ceniza (Gén. 18, 27). Y si a la carne viviente aún en la tierra la muerte no había disuelto, sin embargo esto eran ante sí, porque preveían sin duda lo que habían de ser. De aquí en otra parte se dice: Quitarás el espíritu de ellos, y defallecerán, y en su polvo se convertirán (Sal. 103, 29). ¿Pero qué espíritu, sino el espíritu

de soberbia se denomina? Quítese pues el espíritu de ellos para que defallezcan, esto es, retirado el espíritu de soberbia, nada se conozcan ser por sí mismos. Y conviértanse en polvo, esto es, humíllense por su enferma condición. Por este polvo, a cuyo recuerdo los que se consideran a sí mismos son revocados, por la Sabiduría se dice: Los justos brillarán, y como centellas en el cañaveral discurrirán (Sab. 3, 7). Pues los varones santos mientras a los pecadores se mezclan, con el fuego de sus ejemplos los encienden, y todo aquello en que brillan, en ceniza lo reducen, porque consumidos por la llama de la piedad, mientras la debilidad de su condición contemplan, nada más que favila se conocen ser, para que de la dureza de su soberbia resolutos, por la penitencia digan aquello que arriba protulimos: Recuerda, Señor, que polvo somos (Sal. 102, 14). Bien pues se dice que cuando hacia sí el espíritu del hombre el Señor atrae, defallará toda carne a la vez, y el hombre en ceniza se convertirá. [Rec. XIII.] Estas cosas que Eliú dice son tanto verdaderas como grandes; pero porque mal pronto de aquello que bien sintió se entumeció, por las palabras siguientes lo delata, diciendo:

CAPÍTULO XXIII

[Vet. XXVIII].

VERS. 16.---Si tienes pues entendimiento, oye lo que se dice, y escucha la voz de mi elocuio.

50. Los soberbios por ver más se oscurecen y ceguecen. Cuanto más el vicio de la soberbia pa-

decemos, menos vemos. Tienen esto propio todos los arrogantes, que cuando tal vez algo agudo sienten, de ahí pronto al vicio de la elación irrumpen, y los sentidos de todos en comparación del suyo desprecian, y se anteponen en su juicio a los méritos de los otros. A los cuales miserables les acontece que por ver más se entenebrecen, porque mientras a las cosas sutiles atienden, a sí mismos mirarse no saben; y por cuanto la inteligencia más agudamente perciben, tanto por la soberbia peor caen. Quienes bien por cierto las cosas sutiles contemplarían, si en aquello que profieren se viesen a sí mismos. Pues arriba Eliú había dicho: Si tienes qué hablar, respóndeme: habla, pues quiero que aparezcas justo (Job 33, 32). Ahora pues dice: Si tienes entendimiento, oye lo que se dice. Ved cómo por un poco la elación por los incrementos de las palabras aprovecha. Arriba dudó si podía el bienaventurado Job proferir lo que es justo; ahora pues discute si esto que se dice al menos puede oírlo. Allí dijo: Si tienes qué hablar, respóndeme. Como si dijera: Di algo, si sin embargo podrás ser digno que lo digas. Aquí pues dice: Si tienes entendimiento, oye lo que se dice. Como si abiertamente diga: Óyeme, si sin embargo podrás ser digno que oigas. Estos son los defectos cotidianos, que en los corazones de los réprobos se hacen, por los cuales incesantemente a lo peor descienden, porque mientras lo menor incautamente descuidan, a lo mayor perniciosamente prorrumpen. Ya también esto de soberbia había sido, que el que el bienaventurado Job aquello que es justo hablar pudiese dudaba.

Pero mientras ésta en sí mismo considerar descuida, a cosas peores llega, para que no sólo que pueda por él decirse lo que es justo dude, sino que también que el que dice cosas justas pueda por él ser entendido desespere. De donde el vicio de la soberbia desde la misma raíz pronto ha de ser segado, para que cuando latente nace, entonces vigilantemente sea abscindido, no sea que por el provecho vigore, no sea que por el uso se robore. Pues difícilmente en sí cada uno la inveterada soberbia deprehende, porque a saber este vicio cuanto más lo padecemos, tanto menos vemos. Así pues en la mente la soberbia, como en los ojos la calígine se genera. Por cuanto ésta más largamente se dilata, tanto más vehementemente la luz angustia. Por un poco pues la elación en los precordios crece, y cuando se hubiere extendido más vastamente, el ojo de la mente oprimida funditamente cierra, para que el ánimo cautivo el tipo de la elación tanto pueda padecer, como sin embargo aquello que padece ver no pueda. Pero porque los varones arrogantes algunas veces, como dijimos, las cosas rectas no rectamente sienten, y cosas buenas encontrar supieron, pero estas bien proferir las contemnen, Eliú después del tipo de la elación, por el que había dicho: Si tienes entendimiento, oye lo que se dice, subyunta diciendo:

CAPÍTULO XXIV

[Vet. XXIX].

VERS. 17.---¿Acaso el que no ama el juicio puede ser sanado? ¿Cómo tú a Aquél que es justo en tanto condenas?

51. En todas las cosas que decimos se ha de atender: qué, a quién, cuándo y cómo se diga. Buena por cierto sentencia protulió, pero al bienaventurado Job no debió ser protulida. Pues en todo lo que se dice sumamente se ha de mirar qué se diga, a quién se diga, cuándo se diga, cómo se diga. Eliú pues atendió qué decía, pero a quién lo decía no atendió. Pues el bienaventurado Job amaba el juicio, porque sus causas con el Señor pensar sutilmente sabía. Ni había condenado a Aquél que es justo, sino por qué sin pecado había sido herido, puesto en el dolor, con humildad requería. Ama el juicio quienquiera que sus vías sutilmente discute, e ingresado al secretario del corazón, qué el Señor le tribuye a él, qué él mismo al Señor debe, piensa. ¿Lo cual el bienaventurado Job cómo no lo había hecho, quien tan frecuentes sacrificios en expiación de los hijos aun por las cogitaciones ofrecía? Porque pues Eliú dijo que el que el juicio no ama no puede ser sanado, arguyendo al bienaventurado Job que el juicio no amara, y porque a Aquél que es justo condenara, al punto la justicia del mismo Justo, esto es, del Señor, subyunta diciendo:

CAPÍTULO XXV

[Rec. XIV]

VERS. 18.---El que dice al rey: apóstata; el que llama impíos a los jefes.

52. Apóstata es el que preside a otros no para que les aproveche, sino para dominar. --- Frecuentemente sabemos que muchos que presiden exigen de los súbditos un temor desordenado hacia sí mismos, y no tanto por el Señor cuanto en lugar del Señor quieren ser venerados. Pues por dentro se ensalzan con el tumor del corazón, y desprecian a todos los súbditos en comparación consigo mismos, ni aconsejan condescendiendo, sino que oprimen dominando, porque ciertamente con alta cogitación se erigen, y no se reconocen iguales a aquellos a quienes les toca presidir. Contra este tumor se dice por el libro del Eclesiástico: Te constituyeron jefe; no te ensalces, sino sé entre ellos como uno de ellos (Ecli. XXXII, 1). Este tumor reprendiendo el Señor por el profeta en los pastores dice: Mas vosotros con austeridad les mandabais, y con potencia (Ezeq. XXXIV, 4). Pues los mismos bienes que dicen a los súbditos los profieren dominando más bien que aconsejando, porque ciertamente juzgan haberse rebajado si les dicen algo como de igual a igual. Pues gozan de la singularidad de la cumbre, y no de la igualdad de la condición. Pero porque estos corazones hinchados de los rectores sutilmente el Señor los pesa, bien se dice contra ellos: El que dice al rey: apóstata. Pues cada rector soberbio tantas veces resbala hacia la culpa de la apostasía, cuantas veces, deleitado en presidir a los hombres, se alegra por la singularidad de su honor. Pues no considera bajo quién esté, y de que no sea como igual a los iguales se exulta. ¿Y de dónde brota esta raíz de los vicios en el corazón

de los regentes, sino de la imitación de aquél que, despreciadas las sociedades de los ángeles, dijo: Subiré sobre la altura de las nubes, y seré semejante al Altísimo (Isa. XIV, 14)? Porque, por tanto, cada rector cuantas veces se ensalza en eso que rige a los demás, tantas veces por el lapso de la soberbia se separa del servicio del sumo Rector; y cuando desprecia a los súbditos iguales a sí, no reconoce el dominio de Aquél sobre sí bajo el cual todos son iguales, rectamente se dice: El que dice al rey: apóstata.

[Vet. XXX.] 53. Impío es, si por el ejemplo de su soberbia, arrastra a los súbditos al precipicio. --- Mas porque cuando presiden dominando, por el ejemplo de su soberbia arrastran a los súbditos a la impiedad, aptamente se añade: El que llama impíos a los jefes. Pues a la vía de la piedad conducirían, si mostraran a los ojos de los súbditos ejemplos de humildad. [Rec. XV.] Mas el jefe es impío, que se desvía del trámite de la verdad; y mientras él mismo se precipita, invita a los que lo siguen a los despeñaderos. Jefe es impío, el que por los ejemplos del tumor muestra la vía del error. Pablo temía ser jefe de impiedad, cuando reprimía la excelsitud de su potestad, diciendo: Ni buscando de los hombres gloria, ni de vosotros, ni de otros, cuando pudiéramos ser carga, como apóstoles de Cristo, mas nos hemos hecho párvulos en medio de vosotros (I Tesal. II, 6). Párvulo en medio de ellos se había hecho, porque temía que si entre los discípulos reivindicara el honor de su excelsitud, mostrara ejemplos de elación. Temía ciertamente que mientras él

mismo buscara para sí la potestad de la potencia pastoral, la grey súbdita lo siguiera por los despeñaderos, y condujera a la impiedad a los que lo seguían, habiendo recibido el oficio de la piedad.

54. Preluzca a sus súbditos con el esplendor de las virtudes. Corrija sus culpas prudente y humildemente.

De donde es necesario que aquel que preside atienda solícitamente qué ejemplos ofrece a sus súbditos; y sepa que vive para tantos, a cuantos preside; e inspeccione vigilantemente no sea que se entumezca en aquello en que ha sido preferido; no sea que exija los derechos de la debida potestad más inmoderadamente; no sea que el derecho de la disciplina se mute en rigor de soberbia; y de donde podía restringir a los súbditos de la perversidad, de ahí más bien pervierta los corazones de los que lo contemplan; no sea que, como se ha dicho, guía de impiedad exista por el oficio de la piedad. Pues no debe asumir el caudillaje de los hombres, quien no sabe preceder a los hombres viviendo bien; no sea que el que para esto es elegido para que corrija las culpas de los otros, lo que debió resecar, él mismo lo cometa. De aquí y de allá pues los que presiden circunspectense, para que para sí y para los súbditos vivan, para que el bien que hacen, tanto dentro del seno de la mente lo escondan, como sin embargo de ello impartan ejemplos de recta operación para el provecho de los que le siguen, para que advirtiendo las culpas de los súbditos las corrijan, ni sin embargo por la fuerza de la misma animadversión se entumezcan, para que toleren algunas cosas levemente

corregidas, ni sin embargo disuelvan los vínculos de la disciplina con esa misma lenidad, para que tolerando disimulen algunas cosas, ni sin embargo permitan que crezcan por el disimulo. Laboriosas son estas cosas, y si la gracia divina no las apoya, difíciles de custodiar. Rectamente pues del advenimiento del juez estrecho por el libro de la Sabiduría se dice: Horrenda y pronto aparecerá, puesto que juicio durísimo se hará a los que presiden (Sab. 6, 6). Porque pues muchísimas veces por la potestad del régimen se prorrumpe a la culpa de la elación, y ante el juez estrecho la misma elación se estima impiedad, bien de parte del Señor por Eliú se dice: El que llama impíos a los guías (duces). Pues mientras de ese mismo caudillaje se ensoberbecen, con su ejemplo a los súbditos a la impiedad arrastran.

55. Juzgando a los otros, ante el juez superno asiduamente se presente. La potestad aceptada ha de ser estimada no como honor, sino como carga. Los infinitos males de la ambición. La cura pastoral ni ha de ser abrazada por codicia, ni ha de ser deferida por miedo.

De donde magnamente se ha de cuidar que el que es preferido para regir a los hombres, presida ante sí dentro del secretario de la mente en la cátedra de la humildad. Y cuando mientras él juzga es asistido por los otros desde fuera, con ojo vigilante incesantemente mire, ante qué Juez ha él de asistir alguna vez para ser juzgado sobre estas cosas, para que cuanto ahora ante Él a quien no ve, más solícitamente trepida, tanto más seguro lo perciba cuando lo viere. [Rec. XVI.]

Piense pues quien para satisfacer al juez estrecho sobre su sola alma tal vez apenas basta, que a cuantos súbditos preside para regirlos, tiene, por así decirlo, otras tantas almas solas en el tiempo de rendir cuenta ante Él. Cuaya cogitación por cierto, si asiduamente seca la mente, oprime todo tumor de soberbia. Y el rector providente ya tanto ni rey apóstata, ni guía impío será llamado, cuanto por él con cogitación solícita la potestad que ha sido aceptada, no honor, sino carga sea estimada. Pues a quien le place ahora ser juez, a éste no le placerá entonces ver al Juez. Pues las culpas no pueden numerarse, que por el amor de tener potestad se perpetran. Entonces solo en verdad la potestad bien se gesta, cuando no amándola, sino temiéndola se retiene. La cual para que valga ser rectamente administrada, conviene primero que no la codicia, sino la necesidad la imponga. Pero una vez percibida ni por miedo debe ser desamparada, ni por libídine abrazada; no sea que o alguien más malvadamente se ensoberbezca como por humildad, si huyendo contemne el orden de la dispensación divina; o de ahí el yugo del rector superno arroje, por lo que le deleita el régimen privado sobre los otros. La potestad pues cuando se percibe, no por libídine ha de ser amada, sino por longanimidad tolerada, para que de ahí entonces para el juicio sea salubremente leve, de donde ahora para el ministerio patentemente se reconoce grave.

Libro VI

GÉSIMO QUINTO.

En la explicación del capítulo 34, desde el verso 19 al 30, se diserta sobre la pena de los réprobos y los ocultos juicios de Dios.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El error de aquellos que en los hombres lo que tienen, no lo que son, atienden. La misma cualidad de la condición humana indica cuán lejos a las otras cosas aventaja. Pues la razón conferida al hombre aserta cuánto a todas las cosas que o de vida, o de sentido, o de razón carecen, la naturaleza racional antecede. Y sin embargo, porque de las cosas internas e invisibles los ojos cerramos, y de las visibles nos apacentamos, muchísimas veces al hombre no por aquello que él mismo es, sino por estas cosas que alrededor de él están veneramos. Y cuando no intuimos qué él mismo sea, sino qué pueda en la acepción de personas, no por las personas, sino por las cosas adyacentes somos conducidos. Y así se hace que aquel también ante nosotros por dentro venga al desprecio, que fuera es honrado, porque mientras por estas cosas que alrededor de él están es tenido por honorable, a sus propias cosas en nuestro

examen es pospuesto. Pero el Dios omnipotente la vida de los hombres por la sola cualidad de los méritos interroga; y a menudo de ahí más castiga, de donde aquí mayores cosas para el ministerio confirió, atestiguándolo la Verdad, que dice: A quien mucho se le dio, mucho se le requerirá (Luc. 12, 48). De donde bien ahora por Eliú se dice:

CAPÍTULO II.

CAP. XXXIV, VERS. 19.---Que no acepta la persona de los príncipes, ni conoció al tirano cuando discrepaba contra el pobre.

2. No hay acepción de personas ante Dios. Puede pues por el príncipe o el tirano entenderse cualquier soberbio; pero por el pobre designarse el humilde. Al tirano pues discrepante contra el pobre no lo conoce, porque a todos los soberbios que ahora deprimen la vida de los humildes, en el juicio declara no conocerlos, diciendo: No os conozco de dónde sois (Luc. 13, 25). Y porque así potentemente cuando quiere destruye, como cuando quiso potentemente creó, aptamente raciocinando se subyunta: IBID.---Pues obra de sus manos son todos. [Rec. II.] Y pronto se subyunta:

CAPÍTULO III.

VERS. 20.---De repente morirán, y a media noche se turbarán los pueblos, y pasarán.

3. La muerte de todos los inicuos es súbita, porque no es prevista. Por más tarde que los inicuos sean quitados de esta vida, son quitados súbita y repentinamente, porque no saben prever su

fin pensándolo. Súbito es para el hombre lo que no pudo pensar antes. Súbitamente aquel rico fue tomado como necio, el cual dejó los graneros que preparaba, y encontró el lugar del infierno que no preveía. Para una cosa ejercitaba su alma por el pensamiento, pero para otra la emitió por la sentencia; una cosa contempló mientras vivía, otra experimentó mientras moría. Pues dejó las cosas temporales largamente tratadas, y encontró las eternas inesperadas. Por lo cual, por esta ignorancia de su ceguedad, se le dice bien por la divina sentencia: "Esta noche repiten tu alma de ti" (Luc. 12, 20). En la noche ciertamente fue quitada, la cual se perdió en la oscuridad del corazón. En la noche fue quitada, la cual no quiso tener la luz de la consideración, para que previera lo que podía padecer. Por lo cual dice bien el apóstol Pablo a los discípulos que piensan en lo futuro: "Pero vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas" (1 Tes. 5, 4). Pues el día de la salida sorprende como ladrón en la noche, cuando arroja las almas de los necios que no prevén lo futuro. Por lo cual aquí también se subyunta aptamente: "Y a media noche se turbarán los pueblos, y pasarán." Turbados a media noche pasan, los cuales, humillados por la oscuridad de su negligencia, son arrebatados. Entonces se turbarán por la sentencia del juez, los que ahora descuidan turbarse por la humildad del corazón. Pero los electos, para no ser turbados a su pesar en la muerte, se turban

espontáneamente en la humildad. Por lo cual se dice a la Santa Iglesia sobre la prole conversa de los perseguidores: "Vendrán a ti encorvados los hijos de los que te humillaron" (Is. 60, 14).

4. La vida del hombre después del pecado es tránsito: de otro modo antes del pecado. Y bien sobre los pueblos que mueren no dice: Pasarán, sino "pasarán de largo" (pertransibunt), porque también viviendo temporalmente cada día tendemos al fin, y pasamos la vida presente como sometiendo un cierto camino. Esto mismo de que los que han de morir vivan, es como ir hacia la muerte. Y cuantos días de vida pasamos, como en un camino al lugar propuesto, a tantos pasos nos aproximamos. Pues los mismos aumentos son decrementos de los tiempos, porque los espacios de nuestra vida, en cuanto empezaron a ser, empiezan ya a no ser tales. [Vet. II.] Pero el primer hombre fue así creado que, permaneciendo él, decayeran los tiempos, para que él no pasara con los tiempos. Pues estaba firme mientras los momentos transcurrían, porque de ninguna manera tendía al término de la vida por el incremento de los días. Estaba tanto más robusto cuanto más estrechamente se adhería al que siempre está firme. Pero cuando ocurrió lo prohibido, pronto, ofendido el Creador, empezó a ir con el tiempo. Perdido el estado de la inmortalidad, el curso de la mortalidad lo absorbió (Gén. 3, 4). Y mientras por la juventud era arrastrado a la senectud, y por la senectud a la muerte, aprendió pasando qué fue estando firme. De cuya estirpe, porque nacemos, retenemos la amargura de la raíz como en

un renuevo. Pues porque de él traemos el origen, su curso sorteamos al nacer, de modo que por ese mismo momento cotidiano en que vivimos incesantemente pasamos de la vida, y el espacio de vivir para nosotros, por donde se cree que crece, por ahí decrece. Porque pues a la suma de morir cotidianamente tendemos por los incrementos de vivir, bien sobre los que mueren de ninguna manera se dice pasarán, sino "pasarán de largo", porque pasan aun mientras viven, pero pasan de largo mientras mueren. Sigue.

CAPÍTULO IV.

Ibid.---Y quitarán al violento sin mano.

5. La mano de Dios no prevista arrebata a los inicuos al suplicio. Sobrentiende los juicios divinos. Sin mano ciertamente quitarán a aquel que fue violento con la mano. Sin mano lo quitarán, porque a saber por un súbito fin apremiante es invisiblemente arrebatado el que visiblemente arrebataba. Él mismo vio a los que arrebató, pero quién lo arrebata a él en la muerte no lo ve. Sin mano pues el violento es quitado, porque no contempla a su arrebatador, y sin embargo es llevado. Al cual sigue una sentencia tanto más estrecha cuanto gran paciencia le ha sido prorrogada al pecar, porque la divina severidad tanto más acremente castiga al inicuo cuanto más largamente lo toleró. Pues a menudo sucede que, mientras la clemencia suprema espera a los pecadores, estos prorrumpan en mayor ceguedad de corazón. Por lo cual está escrito: "¿Ignoras que la benignidad de Dios te conduce a la penitencia? Tú, empero,

según tu dureza y corazón impenitente, atesoras para ti ira en el día de la ira, y de la revelación del justo juicio de Dios" (Rom. 2, 4). Y he aquí que mientras cualquier violento arrebata a los que puede, mientras oprime a los inválidos, y mientras largamente ejercita todo lo que inicuamente codicia, porque no es súbitamente herido, sino que su pena se difiere hasta el fin, no se cree que su nequísima acción sea vista por Dios. Por lo cual aptamente, después de haber narrado su interito, al punto añade sobre el Señor, diciendo:

CAPÍTULO V.

VERS. 21.---Pues sus ojos están sobre los caminos de los hombres, y considera todos sus pasos.

6. Necia e impíamente el pecador piensa, por la paciencia de Dios, que sus flagrancias o no son vistas por Dios, o son aprobadas. La pena abrirá los ojos que la culpa cerró. Pues entonces de ninguna manera se creía que consideraba, cuando aquel violento perpetraba con impunidad todo el mal que podía. Se estimaba que Dios no discernía los actos del injusto, porque difería condenar justamente; y su gran paciencia era tomada por una cierta negligencia. El inicuo también él mismo tantas veces creyó no ser visto por Dios en sus pecados, cuantas veces pecó impunemente. Al cual se le dice por un cierto sabio: "No digas: Pequé, ¿y qué de triste me ha sucedido?" (Ecli. 5, 4). No quiere enmendar la nequicia por la que no padeció digna pena; y por lo que fue piadosamente esperado, por eso fue instigado a pecar nequísimamente; y despreciando la longa-

nimidad de la paciencia suprema, de donde debió corregir su culpa, de allí la acumuló, como se dice por el mismo Job: "Dios le dio lugar de penitencia, y él abusa de él en la soberbia" (Job 24, 23). A menudo también, porque no recibe de repente la pena que merece, no estima que esto mismo que hace le desagrada a Dios. [Vet. III.] ¡Vaya pues ahora, y prorrumpa en cualesquiera blasfemias presumiendo; llene las nequicias de sus voluptuosidades, arrebate lo ajeno, sáciese con la opresión de los inocentes, y porque aún no es herido, estime que sus caminos o no son vistos por el Señor, o lo que es peor, son aprobados! Vendrá ciertamente, vendrá la percusión eterna y repentina; y entonces conocerá que todas las cosas son contempladas por Dios, cuando se vea condenado por un fin imprevisto por la retribución de todos. Entonces en su pena abrirá los ojos, que largamente mantuvo cerrados en la culpa. Entonces sentirá que el verdadero Juez ha considerado todas las cosas, cuando ya no pueda evadir sintiendo el mérito de sus males. El inicuo, pues, que largamente fue esperado, por eso fue de repente quitado, porque "los ojos del Señor están sobre los caminos de los hombres, y considera todos sus pasos". Como si dijera: Porque las cosas que largamente contempla con paciencia, alguna vez no las deja sin castigo. Pues he aquí que de repente arrebató al violento, y cercenó animadvirtiendo sus males que toleró esperando. Nadie, pues, diga que Dios no discierne los hechos humanos, cuando ve a cualquier inicuo acumular

libremente sus iniquidades. Pues de repente es quitado el que largamente es tolerado.

7. Cuáles sean los pasos del hombre que Dios considera. Llama pasos de los hombres, o bien a las singulares operaciones en que nos apoyamos, o bien a los alternantes movimientos de la íntima cogitación por los cuales, como por pasos, o nos alejamos de Dios, o nos aproximamos piadosamente al Señor. Pues hacia Dios accede el alma por tantos pasos, por cuantos aprovecha en buenos movimientos. Y al revés, se aleja por tantos pasos, por cuantos se deteriora con malas cogitaciones. Por lo cual frecuentemente sucede que aún no proceda en la obra el movimiento de la mente, y sin embargo sea ya perfecta la culpa por el mismo reato de la cogitación, como está escrito: "Mano en mano no será inocente el malo" (Prov. 11, 21). Pues la mano suele unirse a la mano cuando descansa en el ocio, y ningún uso de labor la ejercita. "Mano pues en mano no será inocente el malo". Como si dijera: Aun cuando la mano cesa de la obra inicua, el malo sin embargo no es inocente por la cogitación. Puesto que pues sabemos que estrechamente todas las cosas, no sólo los hechos, sino al menos las cogitaciones son sopesadas, ¿qué haremos del andar de la mala obra, si así sutilmente Dios juzga los pasos del corazón? He aquí que los ocultos caminos de nuestra mente ningún hombre los ve, y sin embargo ante los ojos de Dios ponemos tantos pasos cuantos afectos movemos. [Vet. IV.] Tantas veces caemos ante Él cuantas veces claudicamos del recto camino con el pie de la enferma cogitación.

Pues si no creciera ante su vista este asiduo lapso de nuestras mentes, no clamaría por el profeta: "Quitad el mal de vuestras cogitaciones de mis ojos" (Is. 1, 16). Diciendo esto ciertamente, atestigua no poder soportar como la fuerza de nuestra encubierta malicia. La cual no le puede estar encubierta, porque a saber se ingiere importunamente a su vista lo que por nosotros ilícitamente se piensa ocultamente. Pues todas las cosas, como está escrito, "están desnudas y abiertas a sus ojos" (Heb. 4, 13). Por lo cual aquí también se subyunta aptamente:

CAPÍTULO VI.

VERS. 22.---No hay tinieblas, ni hay sombra de muerte, para que se escondan allí los que obran la iniquidad.

8. Nadie se esconde del juicio de Dios, el cual nada olvida ni ignora. ¿Qué estudió designar por las tinieblas, sino la ignorancia, y qué por la sombra de muerte, sino el olvido? De la ignorancia de algunos se dice: "Teniendo el intelecto oscurecido por las tinieblas" (Ef. 4, 18). Y de nuevo sobre el olvido que ocurre en la muerte está escrito: "En aquel día perecerán todas sus cogitaciones" (Sal. 145, 4). Porque pues por la muerte se entrega totalmente al olvido lo que se piensa viviendo, el olvido es como una cierta sombra de muerte. Pues así como la muerte interviniente hace que no sea lo que fue en la vida, así el olvido interviniente hace que no sea lo que fue en la memoria. Rectamente pues se llama su sombra, porque como de ella se expresa, mientras imita su

fuerza adormeciendo los sentidos. Dios, empero, porque ni ignora los males de los hombres pensados, ni olvida los perpetrados, a no ser que sean borrados de sus ojos haciendo penitencia, congruentemente se ha dicho: "No hay tinieblas, ni hay sombra de muerte, para que se escondan allí los que obran la iniquidad". Como si dijera: Por eso de su juicio nadie se esconde, porque de ninguna manera puede o no ver lo que hacemos, u olvidar lo que ve.

9. Dios es ajeno a toda mutabilidad. No el hombre, ni los ángeles. Aunque pueden entenderse las tinieblas o la sombra de muerte también de otro modo. Pues toda mutación es como una cierta imitación de la muerte. Pues aquello que muda es como muerto de aquello que era, para que deje de ser lo que fue, y comience a ser lo que no fue. La luz verdadera, pues, nuestro Creador, porque por ninguna vicisitud mutable se oscurece, por ningún defecto de su naturaleza se ensombrece, sino que su ser es resplandecer sin mutabilidad, se dice que no hay en Él tinieblas ni sombra de muerte. Por lo cual en otro lugar está escrito: "En el cual no hay transmutación, ni ensombrecimiento de vicisitud" (Sant. 1, 17). Y por lo cual de nuevo dice el apóstol Pablo: "El cual solo tiene la inmortalidad, y habita la luz inaccesible" (1 Tim. 6, 16). [Vet. V.] Pero sabiendo todos que tanto el alma humana como los espíritus angélicos fueron instituidos inmortales, ¿por qué por el Apóstol se afirma que sólo Dios tiene la inmortalidad, sino porque sólo Dios verdaderamente no muere, el cual solo nunca cambia?

10. El alma humana ciertamente no caería en el lapso, si no hubiera sido mutable; la cual también expulsada de los goces del paraíso, si no fuera mutable, nunca volvería a la vida. En esto mismo que se esfuerza por volver a la vida, es compelida a tolerar sus defectos por una mutabilidad siempre alternante. Porque pues de la nada fue creada, de suyo no obstante tiende bajo sí, si no es mantenida en el estado del buen deseo por la mano de su artífice. Por eso que es criatura, tiene el ir hacia abajo. Pues por la propia virtud considera poder irse de cabeza, pero se retiene a su Creador con la mano del amor, para no caer, hasta que pase a la inmutabilidad, y viva allí verdaderamente de modo inmortal, donde viva inmutablemente.

11. Los mismos espíritus angélicos fueron creados mutables por naturaleza, a fin de que o cayeran por su propia voluntad o estuvieran firmes por su arbitrio. Pero porque humildemente eligieron adherirse a Aquel por quien fueron creados, vencieron ya esta misma mutabilidad suya por la inmutabilidad del estar firmes: de modo que trascendieran por mérito esto mismo que, por el orden de su naturaleza, pudieron haber estado sujetos a la mutabilidad. Porque pues es propio de sola la naturaleza divina no padecer las sombras de la ignorancia y de la mutabilidad, dígase rectamente: "No hay tinieblas, ni hay sombra de muerte, para que se escondan allí los que obran la iniquidad". [Vet. VI.] Pues la Luz eterna, que es Dios, cuanto inmutablemente resplandece, tanto penetrablemente ve; y ni ignora lo ocul-

to, porque todo lo penetra, ni olvida lo penetrado, porque permanece inmutable. Por tanto, cuantas veces concebimos algo indigno en el corazón, tantas veces pecamos en la luz, porque ella está presente para nosotros y no para sí, y caminando perversamente tropezamos en ella, de la cual por el mérito estamos lejos. Mas cuando no creemos ser vistos, en el sol mantenemos los ojos cerrados. A Él ciertamente nos lo escondemos a nosotros, no nosotros a Él. Ahora pues, mientras podemos, de la vista del Juez eterno borremos tanto lo mal pensado como lo peor perpetrado; revoquemos ante los ojos del corazón cuanto perversamente hicimos por la nequicia de la presunción. Nada se lisonjee nuestra flaqueza, y en aquellas cosas que recuerda, no se acaricie delicadamente a sí misma, sino que cuanto de mal es consciente para sí, tanto sea en sí más benignamente severa, proponga contra sí el juicio futuro, y las cosas que siente en sí que han de ser heridas estrechamente por la sentencia del Juez, estas hiera en sí piadosamente por la penitencia de la conversión. Por lo cual aptamente, después de haber sido descrita la pena de este violento, sigue:

CAPÍTULO VII.

VERS. 23.---Pues no está ya en la potestad del hombre que venga a Dios en juicio.

12. Debemos prevenir el juicio de Dios juzgándonos a nosotros mismos. Este versículo necesita tanto de mayor disputa, cuanto esto que dice, si se descuida, más acremente duele. Aquí ciertamente no se designa aquel juicio que castiga por

la retribución eterna, sino el que, concebido en la mente, se diluye por la conversación. Pues a aquel no desea venir quienquiera que teme ser condenado por él. Mientras pues se dice: "Pues no está ya en la potestad del hombre que venga a Dios en juicio", ciertamente se muestra que hay un cierto juicio que alguna vez aun por los condenados y réprobos sea deseado. ¿Y cuál es aquel, sino este, sobre el cual dice el apóstol Pablo: "Si nosotros mismos nos juzgáramos, ciertamente no seríamos juzgados" (1 Cor. 11, 31)? y sobre el cual se dice por el profeta: "No hay juicio en sus pasos" (Is. 59, 8); y sobre el cual dice David: "El honor del rey ama el juicio" (Sal. 98, 4); a saber, el que ya honra a Dios por la fe, juzgue solícitamente qué le debe en la operación. Por lo cual de nuevo está escrito: "Juzga ante el Señor, y espéralo" (Job 35, 14). Ante el Señor ciertamente es juzgado quien en el corazón contempla al Señor, y discierne sus actos bajo su presencia con solícita inquisición. Al cual tanto más seguramente uno espera, cuanto diariamente examina su vida sospechoso. Pues el que viene a su extremo juicio, ya no ante Él, sino por Él es juzgado. Sobre este juicio de la mente también, al alma que olvida, le dice el Señor por el profeta: "Tráeme a la memoria, para que seamos juzgados juntos; narra si algo tienes, para que seas justificado" (Is. 43, 26).

13. El orden de este juicio. La conciencia acusa, la razón juzga, el temor liga, el dolor tortura. Pues debe el alma de cada uno discutir con solícita inquisición tanto sus causas ante el Señor, como las causas del Señor contra sí misma; debe pesar

cautamente tanto los bienes que de Él percibió, como los males con que respondió a sus bienes viviendo perversamente. Lo cual ciertamente los electos no cesan de hacer cotidianamente en absoluto. Por lo cual bien dice Salomón: "Las cogitaciones de los justos, juicios" (Prov. 12, 5). Pues acceden al secretario del juez dentro del seno del corazón: consideran cuán estrechamente herirá alguna vez quien largamente espera con paciencia; temen en las cosas que recuerdan haber hecho, y castigan llorando lo que entienden haber perpetrado; temen los sutiles juicios de Dios, aun sobre aquellas cosas que en sí mismos tal vez no pueden entender. Pues ven que se ve divinamente lo que ellos en sí no ven por la humanidad; contemplan al juez estrecho, que cuanto más tarde viene, tanto más severamente hiere. Contemplan paritariamente con Él el convento de los santos padres que reside, y se reprenden de haber despreciado o sus ejemplos o sus dichos, y en este secreto del juicio interior, constreñidos por la misma ejecución de su mente, hieren arrepintiéndose lo que cometieron ensoberbeciéndose. Pues allí todo lo que los impugne se enumera contra ellos: allí amontonan ante sus ojos todo lo que lloren; allí intuyen cuanto pueda decretarse por la ira del juez estrecho; allí padecen tantos suplicios cuantos temen padecer; ni falta en este juicio concebido en la mente todo el ministerio que deba castigar más plenamente a sus reos. Pues la conciencia acusa, la razón juzga, el temor liga, el dolor excrucia. El cual juicio tanto más ciertamente castiga cuanto más interiormente se

ensaña, porque a saber no accede de las cosas exteriores. Pues cada uno, cuando ha comenzado a emprender la causa de este examen contra sí mismo, él mismo es el actor que exhibe, él mismo el reo que es exhibido; se odia a sí mismo tal cual recuerda haber sido, y él mismo que es, persigue por sí mismo a aquel que fue, y por el mismo hombre contra sí mismo se hace una cierta riña en el alma, parturiendo la paz con Dios. Esta riña del corazón requería el Señor, cuando decía por el profeta: "Atendí y escuché, nadie habla lo que es bueno, ninguno hay que haga penitencia sobre su pecado, diciendo: ¿Qué hice?" (Jer. 8, 6). Por esta riña del corazón humano fue aplacado, cuando hablaba a su profeta sobre el rey Acab reprendiéndose a sí mismo, diciendo: "¿Viste a Acab humillado ante mí? Puesto que pues se ha humillado por mi causa, no induciré el mal en sus días" (3 Rey. 21, 29).

14. Este juicio que los malos declinan, los justos siempre lo ejercitan, cuán útilmente lo subamos. Así nos renovamos de la vetustez del pecado. Porque pues ahora está en nuestra potestad el subir el juicio interno de nuestra mente contra nosotros, reconociendo acusemos a nosotros mismos, y a tales cuales fuimos arrepintiéndonos atormentemos; no cesemos mientras se permite juzgar lo que hicimos, escuchemos cautamente lo que se dice: "Pues no está ya en la potestad del hombre que venga a Dios en juicio". Pues suele ser propio de los réprobos el siempre hacer cosas perversas, y nunca retractar las que hicieron. Pues todo lo que hacen lo pasan con mente

ciega, y su hecho no lo reconocen sino cuando hubieren sido castigados. Pero al contrario es de los electos el discutir sus actos cotidianamente desde la misma fuente de la cogitación, y todo lo que fluye turbio desde lo íntimo desecarlo. Pues así como no sentimos cómo crecen los miembros, aprovecha el cuerpo, se muda la especie, la negrura de los cabellos encanece en canas (estas cosas ciertamente todas se hacen en nosotros sin que lo sepamos), así nuestra mente por los momentos del vivir por el mismo uso de las preocupaciones se permuta de sí misma, y no lo reconocemos sino residiendo en lo interior con vigilante custodia, pesando cotidianamente nuestros provechos y defectos. Esto mismo de consistir en esta vida mortal, es como ir hacia la vetustez, y cuando el alma no discutida se deja, se adormece en una cierta senectud de torpor, porque negligente de sí, perdiendo insensiblemente el robo propuesto, de la forma de la prioridad de la fortaleza mientras no lo sabe envejece. Por lo cual también por el profeta bajo la especie de Efraín se dice: "Comieron los extraños su fortaleza, y no lo supo; pero también se esparcieron canas en él, y él mismo lo ignoró" (Os. 7, 9). Mas cuando se busca a sí misma, y sutilmente arrepintiéndose se discute, desde esta misma vetustez suya lavada con lágrimas e incensa por el dolor se renueva, y la que ya casi inveterada se había enfriado, por los subministrados estudios del amor interno se enciende. Por lo cual el apóstol Pablo amonesta a los discípulos que envejecen por el uso de la vida mortal,

diciendo: "Renovaos en el espíritu de vuestra mente" (Ef. 4, 23).

15. Para que hagamos esto, nos amonestan los ejemplos de los Santos Padres y los preceptos divinos. Pero para hacer estas cosas mucho nos ayudan los ejemplos de los padres y los preceptos del sacro elocuio. Pues si inspeccionamos las obras de los santos, y prestamos oído a las divinas mandas, unas cosas contempladas, otras oídas nos encienden, y nuestro corazón no se constriñe por el torpor, mientras por la imitación es provocado. Por lo cual bien se dice a Moisés: "El fuego en el altar siempre arderá, al cual nutrirá el sacerdote, subyaciendo leña por la mañana cada día" (Lev. 6, 12). Pues el altar de Dios es nuestro corazón, en el cual se manda que el fuego siempre arda, porque es necesario que desde él ascienda incesantemente al Señor la llama de la caridad. Al cual cada día el sacerdote subyazga leña, para que no se extinga. Pues todo el que está dotado de la fe de Cristo se ha hecho ciertamente miembro del sumo sacerdote, como dice a todos los fieles el apóstol Pedro: "Mas vosotros sois linaje elegido, real sacerdocio" (1 Pe. 2, 9). Y como dice el apóstol Juan: "Nos hiciste para nuestro Dios reino y sacerdotes" (Apoc. 5, 10). El sacerdote pues nutriendo el fuego en el altar, subyazga leña diariamente, esto es, cada fiel, para que no falte en él la llama de la caridad, no desista de congregar en su corazón tanto los ejemplos de los precedentes como los testimonios de la sagrada Escritura. Pues dar como ciertos fomentos al fuego es suministrar en la excitación de la caridad o los ejemplos de los

padres o los preceptos dominicos. Porque pues nuestra novedad interna misma diariamente por la conversación de esta vida envejece, este fuego ha de ser nutrido con leños aplicados, para que mientras por el uso se extenúa de nuestra vetustez, por los testimonios y ejemplos de los padres reviva. Y bien allí se preceptúa que por la mañana la leña cada día sea congregada. Esto ciertamente no se hace, sino cuando la noche de la ceguedad se extingue. O ciertamente porque la mañana es la primera parte del día, pospuestas las cogitaciones de la vida presente, esto en primer lugar piense cada uno de los fieles, para que lo que en sí ya casi como que falta, con qué esfuerzos pueda inflame el estudio de la caridad. Pues este fuego en el altar del Señor, esto es en nuestro corazón, más pronto se extingue, si no se repara solícitamente con los ejemplos de los padres y los testimonios dominicos aplicados.

16. Así encendidos por el fuego de la caridad, somos holocausto para Dios. Bien empero allí se subyunta: "E impuesto el holocausto encima adolecerá las grasas de los pacíficos" (Lev. 6, 12). Pues quienquiera que en sí enciende este fuego de la caridad, se impone ciertamente a sí mismo como holocausto encima, porque todo vicio que en sí mal vivía lo quema. Pues cuando considera lo interno de sus cogitaciones, y mata la vida réproba por el gladio de la inmutación, se impuso en el ara de su corazón, y lo encendió con el fuego de la caridad. De cuya hostia las grasas de los pacíficos huelen, porque la interna impinguación de la nueva caridad haciendo la paz entre nosotros

y Dios, devuelve de nosotros un olor suavísimo. Pero porque la misma caridad en los corazones de los electos permanece inextinguible, aptamente allí se subyunta: "Fuego es este perpetuo, que nunca faltará del altar" (Ibíd. 13). Nunca ciertamente del altar este fuego faltará, porque aun después de esta vida a sus mentes crece el fervor de la caridad. Pues por la eterna contemplación se hace que Dios omnipotente cuanto más fuere visto, tanto más sea amado.

17. Ayudados por los preceptos divinos y los ejemplos de los santos, conseguimos la libertad. Lo que empero ayudados por las amonestaciones divinas y los ejemplos de los precedentes somos librados de lo profundo de esta vida, bien también por el profeta Jeremías puesto en el pozo está significado, el cual para que sea levantado del pozo, se le bajan sogas y trapos viejos (Jer. 38, 11). ¿Qué pues por las sogas sino los preceptos dominicos se figuran? Los cuales porque a nosotros puestos en la mala operación, tanto nos convencen como nos arrebatan, y como que nos ligan y nos atraen, nos coartan y nos levantan. Pero para que ligado por estas sogas mientras es atraído no se corte, simultáneamente también se bajan trapos viejos, porque para que los preceptos divinos no nos aterren, los ejemplos de los antiguos padres nos confortan, y por la comparación de ellos presumimos poder nosotros hacer lo que por nuestra imbecilidad tememos. Si pues nos apresuramos a ser levantados de este profundo, liguémonos con sogas, esto es, con los preceptos dominicos constriñámonos. Interven-

gan también trapos viejos, con los cuales mejor se mantengan las sogas; esto es, de los precedentes confortémonos con los ejemplos, para que a nosotros enfermos y temerosos los preceptos sutiles no nos vulneren mientras nos levantan. Como unos trapos viejos el apóstol Pablo subyuntaba, cuando para levantar a sus discípulos acomodaba a los preceptos espirituales los ejemplos de los antiguos, diciendo: "Los justos experimentaron ludibrios y azotes, además de vínculos y cárceles: fueron apedreados, fueron aserrados, fueron tentados, murieron por la occisión del gladio" (Heb. 11, 36). Y poco después: "Teniendo pues tanta nube de testigos impuesta, deponiendo todo peso y el pecado que nos circunda, por la paciencia corramos al certamen que se nos ha propuesto" (Heb. 12, 1). Y de nuevo: "Acordaos de vuestros prepósitos, que os hablaron la palabra de Dios; cuya fe imitad, intuyendo el fin de su conversación" (Heb. 13, 7). Arriba ciertamente, mientras hablaba los preceptos espirituales, como unas sogas había enviado, pero después recordando los ejemplos de los mayores, como unos trapos viejos aplicaba.

18. De las cosas exteriores se ha de volver al corazón. Ayudados pues por tantas voces de los preceptos, asistidos por tantas comparaciones de los ejemplos, volvamos a nuestros corazones, discutamos todo lo que hacemos, y cualquier cosa que en nosotros ofenda la regla de la rectitud divina, acusémosla, para que ante el Juez estrecho (districtum judicem) la misma acusación nos excuse. En este juicio pues de nuestra mente tanto

más pronto somos absueltos, cuanto más estrechamente nos tenemos por reos. Ni para hacer estas cosas se han de omitir los tiempos en que se tiene lugar, porque para hacer estas cosas después de los tiempos de esta vida no hay lugar. En vano ciertamente no se dice: "Ni ya más está en la potestad del hombre que venga a Dios a juicio". Por eso pues se nos recuerda lo que entonces no podemos, para que ahora lo que podemos no lo descuidemos. Pero he aquí que los negocios nos ocupan, los cuales incesantemente aplicados a nosotros, desvían el ojo de nuestra mente de considerarnos a nosotros mismos. En estas cosas pues visibles que intuye, nuestro corazón fuera de sí se esparce, y de lo que de sí intrínsecamente se hace se olvida mientras extrínsecamente se ocupa. Mas la voz divina con sus terribles sentencias como con unos clavos lo punza para que despierte, para que el hombre, golpeado al menos por el terror, se espante de los ocultos juicios sobre sí que, oprimido por el torpor, disimula. Pues como arriba dijimos, por el mismo uso de la vida vieja la mente mal habituada se deprime, y en estas cosas que contempla exteriormente como durmiendo se adormece: la cual después que una vez se derramó fuera para apetecer las cosas visibles, se desvaneció de contemplar las cosas invisibles por dentro. Por lo cual ahora es necesario que la que por lo visible se esparce, de los invisibles juicios sea herida; y porque en estas cosas exteriores mal deleitada se postró, al menos golpeada busque lo que desertó. Mas he aquí que la Sagrada Escritura con cierto terror

transfixiona los corazones torpes, para que no se adhieran a estas cosas que exteriormente fluyen, sino a las eternas que interiormente perdieron. Indica qué por la sentencia oculta se decreta, para que inmoderadamente por nosotros estas cosas públicas no se piensen. Dice qué sobre nosotros se hace de nosotros, para que de este público de la temporalidad recojamos el ojo del corazón al secreto de la disposición interna. [Vet. IX.] Pues después que muchas cosas se han narrado de la pena de los malos, súbitamente se introduce el oculto juicio, que piadosa y justamente sobre nosotros se dispone, de cómo unos pierden lo que tener parecían, y otros reciben lo que otros por sus méritos pierden. Dice pues:

CAPÍTULO VIII.

VERS. 24. Conteret multos et innumerabiles, et stare faciet alios pro eis. 19. Unos pierden lo que tener parecían, otros reciben lo perdido anteriormente. El ser repelido a lo exterior es signo de reprobación; como el ser atraído a lo interior, de predestinación. Esto se hace diariamente. Pero porque todavía no se ve el fin de ambas partes, menos se teme. Pues nunca los réprobos conocen su culpa sino en la pena. Y porque la pena se difiere, la culpa se desprecia. Caen empero del estado de justicia, y el lugar de la vida, al caer ellos, otros lo obtienen por suerte. Pero en tanto descuidan su caída, en cuanto no atienden el interito que les espera en la eternidad. Pues si a aquello que allí han de padecer enviaran sus ojos, esto que aquí hacen temerían. A todos empero es

claro que en aquella extrema requisición examen público ha de hacer Dios omnipotente, para dejar a unos para los tormentos, y admitir a otros a la participación del reino celestial. Pero esto ahora por secreto juicio diariamente se hace, lo que entonces por público se demuestra. Pues justa y misericordiosamente los corazones de cada uno o examinando o disponiendo, a unos a lo exterior repele, a otros a aquellas cosas que son intrínsecas atrae; a estos enciende a apetecer lo interno, a aquellos por sus voluptuosidades deja pensar lo exterior; de estos la mente a lo superno erige, de aquellos la soberbia en los ínfimos deseos sumerge. Los corazones ajenos empero a los ojos humanos están cerrados, y no se sabe quién es repelido, porque penetrarse no pueden las cosas que por cada uno se piensan. Pues a menudo en el corazón perverso aún no procedió hasta el efecto de la obra la deliberación del pensamiento, y aún tal vez por el hábito dentro está ligado quien ya por la mente fuera vaga. Pero tal cualquiera de estos entonces ante los ojos del Juez interno cayó, cuando de apetecer lo interior por el deseo salió. No pocas veces empero otros después del uso de la mala operación a la esperanza celestial por súbito amor reviven; y quienes en la perversa acción se habían esparcido, al seno de la interna retractación increpándose se recogen. A estos aún mirando los hombres tales cuales antaño en la obra los conocidos, tales los piensan. Mas al contrario, aquellos por el examen de la estrecha consideración su vida tal cual fue la recuerdan y la persiguen, y se sabe qué fueron, pero qué ya

empezaron a ser no se sabe. En este pues uno y otro género de hombres a menudo acontece que tanto estos que parecen estar en pie por el juicio humano ya en presencia del Juez eterno yazcan; como los que aún ante los hombres yacen, ya en presencia del Juez eterno estén en pie. ¿Quién pues de los hombres hubiera podido estimar que Judas la suerte de vivir aun después del ministerio del apostolado perdería (Luc. 23, 40)? ¿Quién al contrario creería que el ladrón la causa de la vida aun en el mismo artículo de la muerte encontraría? Mas el oculto Juez presidiendo, y de ambos los corazones discerniendo, a aquel piadosamente estableció, a aquel justamente quebrantó. A aquel estrechamente exteriormente repelió, a este interiormente misericordiosamente atrajo. Por lo cual bien también por el profeta los que habrían de caer unos en el tiempo de su pasión y otros que habrían de resucitar anunciando, dice: "Mi bebida con llanto templaba" (Sal. 101, 10). La bebida ciertamente de lo exterior adentro se atrae, el llanto empero de lo interior afuera emana. Templar pues para el Señor la bebida con el llanto es a unos de lo exterior adentro atraer, a otros de lo interior a lo exterior reprobar. [Vet. X, Rec. VIII.] Quebrantará pues a muchos e innumerables, y hará estar a otros por ellos.

20. La reprobación primero se hace dentro, y después se muestra por fuera. El número de los electos es cierto y definido. Pero como arriba dijimos, esta contrición primero dentro se hace, para que después por fuera se muestre. Por esta contrición no pocas veces todavía las cosas exteriores

de algunos están como sanas, pero ya las interiores se pudrieron. Pues escrito está: "Antes de la ruina se exalta el corazón" (Prov. 16, 18). Allí pues son heridos, donde se ensoberbecen. Por lo cual está escrito: "Quebranté su corazón fornicario y que se alejaba de mí" (Ezeq. 6, 9). Pues fornicar interiormente es deleitarse exteriormente en lo prohibido. Gran contrición empero del corazón es esta misma elación del soberbio. Ciertamente por eso mismo de la integridad de la salud cae, por lo que la jactancia de cualquier virtud se hincha. Pues los soberbios a Dios desprecian, y dejada la gloria de su creador, la propia buscan. Para los cuales ya esto mismo es haber caído, perdida la potencia de su superior, haber venido a sí mismos. Se quebrantan también porque, dejadas las cosas celestiales, la tierra buscan. ¿Qué mayor empero podrá ser contrición que desertado el creador buscar la criatura; desertados los supernos gozos, a las ínfimas cosas anhelar? Por lo cual bien por el Profeta se dice: "Humilla empero a los pecadores hasta la tierra" (Sal. 146, 6). Perdidas pues las cosas celestiales, terreno es todo lo que sedientos buscan; y mientras más ser vistos intentan, menos es lo que apetecen. De los cuales rectamente por Jeremías se ha dicho: "Los que se apartan de ti, en la tierra serán escritos" (Jer. 17, 13). Mas al contrario de los electos se dice: "Gozaos, porque vuestros nombres escritos están en los cielos" (Luc. 10, 20). Esta pues contrición primero serpentea en la mente, para que después proceda en la obra; primero los fundamentos del pensamiento sacude, para que después la fábrica

de la operación estrelle. Por lo cual con sumo cuidado se ha de procurar que allí se evite donde nace. Pues escrito está: "Con toda custodia guarda tu corazón, porque de él procede la vida" (Prov. 4, 23). Y de nuevo escrito está: "Del corazón salen los malos pensamientos" (Mat. 15, 18). Dentro pues se ha de vigilar para que la mente mientras se ensalza no caiga. Dentro guardemos todo lo que fuera hacemos. Pues si una vez la médula del corazón la podredumbre de la elación consumiera, más pronto cae la corteza vacía de la visión externa. Se ha de notar empero que mientras cayendo unos para estar de pie otros se dice que se consolidan, el número de los electos cierto y definido se muestra. Por lo cual también a la Iglesia de Filadelfia por el ángel se dice: "Ten lo que tienes, para que otro no reciba tu corona" (Apoc. 3, 11).

[Vet. XI.] 21. La doctrina de la Iglesia sobre la predestinación y reprobación nutre la esperanza de los humildes, y deprime la elación de los soberbios. Innumerables son los réprobos. Por esta sentencia, por la cual se narra que la vida de unos se erige, mas de otros se quebranta, tanto la esperanza de los humildes se nutre, como la elación de los soberbios se deprime, mientras tanto aquellos pueden perder los bienes de los que se ensoberbecen, como estos percibir aquellas cosas que porque no tenían son despreciados. Temamos pues en estas cosas que recibimos, ni de aquellos que aún no las han alcanzado desesperemos. Pues qué somos hoy lo sabemos, mas qué después de un poco podamos ser no lo sabemos.

Estos empero a quienes tal vez despreciamos, tanto tarde pueden empezar, como sin embargo anteceder nuestra vida con más fervientes estudios. Se ha de temer pues no sea que aun cayendo nosotros surja quien por nosotros estando en pie es escarnecido; aunque estar ya no sabe quien al no estar en pie sabe escarnecer. Este pues miedo de los supernos juicios a los corazones de los discípulos incutiendo el apóstol Pablo, dice: "El que se piensa estar en pie, vea que no caiga" (I Cor. 10, 12). Lo que empero diciendo: "Quebranta a muchos", al punto añadió: "Innumerables", o la multitud estudió expresar de los réprobos, la cual de la humana razón el número traspasa; o ciertamente indicar quiso que todos los que perecen dentro del número de los electos no se tienen, para que por eso sean innumerables, por lo que fuera del número corren. Por lo cual el Profeta intuyendo a tantos en este tiempo de la Iglesia creer solo en apariencia, cuantos ciertamente es cierto que el número de los electos y la suma traspasan, dice: "Multiplicados son sobre el número" (Sal. 39, 6). Como si dijera: entrando muchos en la Iglesia, aun estos a la fe en apariencia vienen que del número del reino celestial son excluidos, porque la suma de los electos por su propia multiplicidad trascienden. Por lo cual también por el profeta Jeremías se dice: "Se edificará la ciudad al Señor desde la torre de Hananeel hasta la puerta del ángulo, y saldrá más allá de la norma de la medida" (Jer. 31, 38). La ciudad ciertamente ser del Señor la santa Iglesia nadie lo ignora. Hananeel empero la gracia de Dios se interpreta. En el

ángulo empero doble pared se junta. La ciudad pues del Señor desde la torre de Hananeel hasta la puerta del ángulo edificarse se dice, porque la santa Iglesia desde la celsitud de la superna gracia empezando, hasta el ingreso y la recepción se construye de ambos pueblos, a saber el judío y el gentil. Pero porque en ella al crecer la multitud también los réprobos se recogen, aptamente se añade: "Y saldrá más allá de la norma de la medida", porque hasta ellos también se extiende, quienes traspasando la norma de la justicia, dentro del número de la medida celestial no están. Por lo cual por Isaías también a la misma Iglesia se dice: "A la derecha pues y a la izquierda te dilatarás, y tu semilla heredará las gentes" (Is. 54, 3). En tanta ciertamente multitud de gentes a la derecha se extiende, mientras a algunos que han de ser justificados recibe. A la izquierda también se dilata, mientras a sí a algunos aun en la iniquidad que han de permanecer admite. Por esta multitud, que fuera del número de los electos yace, en el Evangelio el Señor dice: "Muchos son los llamados, mas pocos los elegidos" (Mat. 20, 16). Pero porque esto de que elegidos unos otros se quebranten, es del mérito del que padece, no de la iniquidad del que castiga: "¿Acaso es inicuo Dios que infiere la ira?", aptamente se añade (Rom. 3, 5).

CAPÍTULO IX

[Rec. IX].

VERS. 25. Novit enim opera eorum, et idcirco inducet noctem, et conterentur. 22. Dios al pecador a veces lo castiga con la ceguedad. Se ha de saber sumamente que cualquier inicuo en la noche se quebranta de dos modos, o cuando es golpeado con la tribulación de la pena exterior, o cuando por la sentencia oculta interiormente es cegado. En la noche cae, cuando por el extremo juicio la luz de vivir para siempre pierde. Por lo cual está escrito: "Atadle las manos y los pies, y enviadle a las tinieblas exteriores" (Mat. 22, 13). Pues entonces forzado a las tinieblas exteriores es enviado, porque ahora en lo interior se ciega voluntariamente. De nuevo en la noche el inicuo se quebranta, cuando por la confusión de los pecados precedentes condenado, la luz de la verdad no encuentra, y qué de allí en adelante deba hacer no reconoce. [Vet. XII.] Todo pecado ciertamente, que sin embargo más pronto por el arrepentimiento no se limpia, o es pecado y causa de pecado, o pecado y pena de pecado. Pues el pecado que la penitencia no diluye, por su propio peso pronto a otro atrae. De donde resulta que no solo sea pecado, sino pecado y causa de pecado. De aquel vicio ciertamente la culpa subsiguiente nace, por el cual la mente cegada es llevada para que peor por otro sea ligada. Mas el pecado que del pecado nace, no ya pecado solamente, sino pecado es y pena de pecado, porque por justo juicio Dios omnipotente nubla el corazón del que peca, para que por el mérito del pecado precedente también en otros caiga. Pues a quien no quiso librar, desertándolo hirió. No pues inmeritamente pena de

pecado se dice lo que por justa ceguedad irrogada desde arriba, por la venganza del pecado precedente se perpetra. Lo cual ciertamente se hace por la disposición ordenada arriba, pero abajo por la iniquidad confusa, para que tanto la culpa precedente sea causa de la subsiguiente, como de nuevo la culpa subsiguiente sea pena de la precedente. Lo cual ciertamente en los infieles y lúbricos Pablo como una cierta semilla de error había visto, cuando decía: "Quienes habiendo conocido a Dios, no como a Dios le glorificaron, o le dieron gracias; sino que se desvanecieron en sus pensamientos" (Rom. 1, 21). Mas lo que de la semilla de este error brotó, al punto añade diciendo: "Por lo cual los entregó Dios a los deseos de su corazón, a la inmundicia, para que con contumelias afecten sus cuerpos en sí mismos" (Ibíd., 24). Porque habiendo conocido a Dios el pecado de la soberbia por el entendimiento cometieron, se ciegan también para que no entiendan lo que cometen. Y los que su entendimiento seguir no quieren en el pecado y causa de pecado, también la misma luz del entendimiento pierden en el pecado y pena de pecado. Por el mérito pues del pecado anterior el hoyo de los pecados subsiguientes se cubre, para que quien lo malo sabiendo perpetra, de ahí en adelante justamente en otros también sin saber caiga.

23. Las culpas con las culpas se castigan, para que por el incremento de los vicios los suplicios se aumenten. Esto ciertamente se hace, para que las culpas con las culpas sean heridas, a fin de que los mismos incrementos de los vicios se con-

viertan en los suplicios de los pecadores. Pues porque Dios omnipotente para la penitencia el tiempo concede, el cual sin embargo la malicia humana al uso de su propia iniquidad tuerce, ciertamente por el justo juicio de Dios se permite que la culpa se aumente, para que para herir más profundamente alguna vez se acumule. De aquí pues de nuevo el apóstol Pablo de algunos dice: "Para que colmen sus pecados siempre" (I Tes. 2, 16). De aquí por la voz del ángel a Juan se dice: "El que daña, dañe todavía; y el que en las suciedades está, ensúciese todavía" (Apoc. 22, 11). De aquí David dice: "Añade iniquidad sobre la iniquidad de ellos, para que no entren en tu justicia" (Sal. 68, 28). [Vet. XIII.] De aquí de nuevo del Señor por el mismo Salmista se dice: "Envío por medio de ángeles malos hizo camino a la senda de su ira" (Sal. 77, 49). El corazón ciertamente el Señor por los méritos anteriores agravado justamente permite también por las subsiguientes persuasiones de los malignos espíritus ser engañado, lo cual cuando dignamente en la culpa es atraído, su reato en la pena se acumula. Por lo cual también de su ira el Señor camino de la senda haber hecho se dice. Más ancho ciertamente es el camino que la senda. Mas de la senda de su ira hacer camino es las causas de la ira estrechamente juzgando dilatar, para que quienes iluminados obrar rectamente no quisieron, justamente cegados todavía hagan de donde más ser castigados merezcan. De aquí por Moisés se dice: "Aún no están completos los pecados de los amorreos" (Gén. 15, 16). De aquí por el mismo Moisés el Señor dice:

"De la viña pues de los sodomitas es la vid de ellos, y su vástago de Gomorra" (Deut. 32, 32). Su uva uva de hiel, y racimo de amargura en ellos. Furor de dragones el vino de ellos, y furor de áspides incurable. ¿Acaso no están todas estas cosas congregadas conmigo, y selladas en mis tesoros? En el día de la venganza les retribuiré (Ibíd., 33, 34). Cuántos males de ellos narró, y sin embargo al punto añade: "En el tiempo en que resbalará el pie de ellos" (Ibíd., 35). He aquí los atrocísimos crímenes de ellos se describen, y sin embargo para el día de la venganza todavía el subsiguiente resbalón se espera, por el cual sus culpas se acumulen. Tienen ya ciertamente de donde merezcan ser heridos; pero se tolera sin embargo todavía que el pecado crezca, para que a los pecadores pueda más atroz pena atormentar. Ya merece suplicio el pecado y causa de pecado; pero se espera todavía, para que el aumento del suplicio subrogue el pecado, y pena de pecado.

24. El mismo pecado a veces es pena y causa de pecado. Dios ciega al no librar de la ceguedad. Frecuentemente empero uno y el mismo pecado, y es pecado como y pena y causa de pecado. Lo cual mejor mostraremos si las cosas mismas traemos al medio. Pues la desenfrenada glotonería del vientre al fervor de la lujuria la plenitud de la carne instiga. Perpetrada empero la lujuria, a menudo o por el perjurio o por el homicidio se encubre, para que por la venganza de las leyes humanas no se castigue. Pongamos pues ante los ojos que alguien las riendas de la voracidad para sí relajó, por cuya voracidad superado el crimen

del adulterio admitió; mas sorprendido en el adulterio, latente al varón de la adúltera, para que al juicio no fuera llevado, mató. Este pues adulterio, entre la voracidad y el homicidio puesto, de aquella ciertamente naciendo, esto generando, pecado es y pena y causa de pecado. Pecado ciertamente es por sí mismo; pena empero de pecado es, porque la culpa de la voracidad aumentó; causa empero de pecado es, porque el subsiguiente también homicidio generó. Uno pues y el mismo pecado es y pena del precedente, y causa de la culpa subsiguiente, porque tanto las cosas pasadas mientras las exagera condena, como todavía las siguientes que deban ser condenadas siembra. Por tanto porque por los pecados precedentes se ciega el ojo del corazón, la misma ceguedad que al ánimo del pecador por la condenación de la culpa pasada confunde meritoriamente noche se llama, porque por esta de los ojos del delincuente la luz de la verdad se esconde. Bien pues se dice: "Conoce pues las obras de ellos, y por eso inducirá la noche, y serán quebrantados", porque, como a menudo se ha dicho, los precedentes ciertamente males hacen que para pecar de nuevo por las tinieblas subsiguientes sean envueltos, para que ya en tanto la luz de la justicia ver no puedan, en cuanto aquella y cuando podían ver no quisieron. Inducir empero la noche el Señor se dice, no porque él mismo las tinieblas infiera, sino porque los oscuros corazones de los pecadores misericordiosamente no ilustra, para que esto mismo en la noche haber cegado sea de las tinieblas de la ceguedad haber no querido librar. Sigue:

CAPÍTULO X

[Rec. X].

VERS. 26. Quasi impios percussit eos in loco videntium. 25. En el seno de la Iglesia inicuamente viviendo, la divina venganza como a impíos los hiere. Qué "quasi" significa en las Escrituras. La Iglesia es el lugar de los que ven. En la Sagrada Escritura "quasi" a veces por similitud, a veces por verdad ponerse acostumbra. Por similitud ciertamente "quasi" se pone, como el Apóstol dice: "Como tristes, mas siempre gozosos" (II Cor. 6, 10). Por verdad empero se pone, como Juan dice: "Vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre" (Juan 1, 14). Mas en este lugar nada difiere si por similitud o por verdad esté puesto, porque por cualquier orden que se diga, abiertamente la depravada vida de los malos se significa. Impíos empero la Sagrada Escritura propiamente a los infieles llama. Por esta ciertamente distancia los pecadores de los impíos se disciernen, porque aunque todo impío sea pecador, no sin embargo todo pecador es impío. Pecador ciertamente decirse aun quien en la fe es piadoso puede. De donde Juan dice: "Si dijéramos que pecado no tenemos, nosotros mismos nos seducimos" (I Juan 1, 8). Impío empero propiamente se dice quien de la piedad de la religión se separa. De tales ciertamente el profeta dice: "No resurgirán los impíos en el juicio" (Sal. 1, 5). [Vet. XIV.] Lugar empero de los que ven (loco videntium) la santa Iglesia se llama. En ella ciertamente rectamente se consiste, para que la luz verdadera, que es

Dios, se vea. Por lo cual a Moisés se dice: "Hay un lugar junto a mí, y estarás sobre la piedra cuando pase mi majestad" (Éx. 33, 21). Y poco después: "Quitaré mi mano y verás mis espaldas" (Ibíd., 23). Por el lugar ciertamente la Iglesia, por la piedra el Señor, por Moisés empero la multitud del pueblo israelita se figura, la cual al Señor en la tierra predicando no creyó. Ella pues en la piedra estuvo, las espaldas del Señor que pasaba mirando, porque ciertamente después de la pasión y ascensión dominical, dentro de la santa Iglesia deducida, la fe de Cristo percibir mereció; y cuya presencia no vio, sus espaldas conoció. Dígase pues de estos, a quienes la divina venganza encontró dentro de la santa Iglesia en las iniquidades perdurando, dígase de estos cuya vida el apóstol Pablo nota: "Que confiesan conocer a Dios, mas con los hechos lo niegan" (Tit. 1, 16): "Como a impíos los hirió en el lugar de los que ven". Allí ciertamente estaban, donde a Dios ver parecían. Allí las tinieblas amaron, donde la luz de la verdad se contempla. Y aunque abiertos tuvieron los ojos en la fe, los tuvieron sin embargo cerrados en la obra. Por lo cual bien también de Judea se dice: "Sus especuladores ciegos" (Is. 56, 10), porque ciertamente no veían con la obra lo que con la profesión discernían. Por lo cual también de Balaam escrito está: "Quien cayendo abiertos tiene los ojos" (Núm. 24, 16). Cayendo ciertamente en la obra abiertos tuvo los ojos en la contemplación. Así pues estos también abriendo los ojos en la fe, y no viendo en la obra, dentro de la Iglesia puestos con piadosa apariencia, fuera

de la Iglesia encontrados fueron con impía conversación. De los cuales en otra parte bien escrito está: "Vi a los impíos sepultados, que cuando vivían, en el lugar santo estaban, y eran alabados en la ciudad como de justas obras" (Ecl. 8, 10).

26. A muchos falsos cristianos la paz de la Iglesia esconde. Algunos de la profesión de la religión cristiana la gloria buscan. A muchos ciertamente obsesos por la peste de la propia pravidad bajo el nombre cristiano la misma tranquilidad de la paz eclesiástica esconde. A los cuales sin embargo si el aura de una leve percecución golpeara, pronto fuera del área como a la paja los quita. [Vet. XV.] Algunos empero por eso con la vocación de la cristiandad se signan, porque el nombre de Cristo sublimemente ensalzado, a casi todos ya verse fieles ven; y por eso que a otros llamarse esto ven, ellos mismos verse no fieles se avergüenzan, mas ser descuidan lo que decirse se glorían. La cosa ciertamente de la virtud íntima para el decoro la toman de la visión externa; y quienes ante el Juez superno desnudos por la infidelidad de la conciencia consisten, ante los ojos humanos por la profesión santa de palabra se encubren.

27. Los fieles que inicuamente viven a menudo por el divino juicio pierden la fe. Muchos en la casa de la fe, sin fe mueren. A estos la sociedad de los fieles se les convierte en cúmulo de suplicio. Algunos empero la fe desde la médula tienen, mas vivir fielmente de ningún modo cuidan. Persiguen ciertamente con las costumbres lo que por la credulidad veneran. A los cuales por el divino juicio a menudo acontece que por esto

que inicuamente viven, pierden también aquello que saludablemente creen. Incesantemente ciertamente con depravadas acciones se polucionan, y sobre esto desconfían que la venganza del justo Juez pueda ser retribuida; y a menudo cuando bien vivir descuidan, aun sin nadie persiguiendo hasta la perfidia se deslizan. Pues quienes no creen que el estrecho juicio sea inminente, quienes sospechan que sin castigo pecan, ¿de qué modo o ser o decirse fieles pueden? Haber perdido ciertamente la fe es no creer que por los incorregidos malos trabajos dignos suplicios puedan ser rendidos. Porque pues los dignos trabajos de la fe guardar desprecian, también la fe pierden, que tener parecían. Sobre los cuales bien por el Profeta bajo la apariencia de Jerusalén las palabras de los enemigos destruyendo se recuerdan, por los cuales ciertamente se dice: "Vaciadla, vaciadla hasta el fundamento en ella" (Sal. 136, 7). Pablo ciertamente dice: "Otro fundamento nadie puede poner fuera de lo que está puesto, que es Cristo Jesús" (I Cor. 3, 11). Los enemigos pues destruyendo hasta el fundamento Jerusalén vacían, cuando los perversos espíritus del corazón de los fieles, destruido primero el edificio de la buena obra, la solidez también agotan de la religión. Como ciertamente sobre el fundamento la fábrica, así sobre la fe las obras se construyen. Hasta el fundamento pues haber vaciado es, derribada la obra de vivir bien, también el vigor de la fe haber disipado. De aquí también a Judea por Jeremías se dice: "Los hijos también de Menfis y de Tafne te han deshonrado hasta la corona" (Jer. 2, 16).

Hasta la corona ciertamente ser deshonrado es después del uso de la mala operación también en la misma celsitud de la fe ser corrompido. Pues cuando los nequísimos espíritus el alma de cada uno en los depravados trabajos envuelven, mas la integridad de la fe viciar no pueden, como que todavía los miembros inferiores polucionan, mas a la corona no llegan. Quienquiera empero en la fe se corrompe, ya hasta la corona es deshonrado. El maligno pues espíritu como desde los miembros inferiores hasta lo sumo llega, cuando la vida activa polucionando, la casta celsitud de la fe con el morbo de la desconfianza corrompe. Porque pues todas estas cosas a los ojos humanos escondidas están, mas a los divinos ojos patentes, y muchos en esta casa de la fe sin fe mueren, dígase rectamente: "Como a impíos los hirió en el lugar de los que ven". Piadosos ciertamente se muestran en la Iglesia a los hombres; mas porque los divinos juicios latentes estar no pueden, como impíos son heridos. Para los cuales esto más al cúmulo del suplicio crece, que cada uno de ellos en la Iglesia a los fieles mezclado la verdad de la fe sabiendo desprecia; y tanto más grave venganza sigue, cuanto por los ejemplos de los rectores también de vivir bien la ciencia los acompaña. Cuantos ciertamente les son ahora rectos y fieles hermanos mostrados, por tantos testigos en el futuro juicio son impugnados. Saben pues lo que seguir descuidan. Por lo cual también aptamente se añade:

CAPÍTULO XI

[Vet. XVI, Rec. XI].

VERS. 27. Qui quasi de industria recesserunt ab eo. 28. El pecado o por ignorancia, o por infimidad, o por estudio, lo que es más grave, se perpetra. Una cosa es no hacer el bien, otra ni siquiera amarlo, otra odiarlo. Se ha de saber ciertamente que el pecado de tres modos se comete. Pues o por ignorancia, o por infirmidad o por estudio se perpetra. Y más gravemente ciertamente por infirmidad que por ignorancia, mas mucho más gravemente por estudio que por infirmidad se peca. Por ignorancia Pablo había pecado, cuando decía: "Quien antes fui blasfemo, y perseguidor, y contumelioso; mas misericordia consecuente soy, porque ignorante lo hice en la incredulidad" (I Tim. 1, 13). Pedro empero por infirmidad pecó, cuando en él todo vigor de la fe que al Señor ofreció una sola voz de una criada sacudió, y al Dios que en el corazón tuvo con la voz negó (Luc. 22, 57). Pero porque la culpa de la infirmidad o de la ignorancia tanto más fácilmente se limpia, cuanto no por estudio se perpetra, Pablo las cosas que ignoró sabiendo las corrigió, y Pedro la movida y como ya marchitándose raíz de la fe con lágrimas regando la consolidó. De industria (ex industria) ciertamente habían pecado aquellos de quienes el mismo Maestro decía: "Si no hubiera venido y les hubiera hablado, pecado no tendrían; mas ahora excusa no tienen de su pecado" (Juan 15, 22). Y poco después: "Y vieron, y me odiaron a mí y a mi Padre" (Ibíd., 24). Una cosa es ciertamente no hacer las cosas buenas,

otra odiar al doctor de las buenas; como una cosa es por precipitación, otra por deliberación pecar. A menudo ciertamente por precipitación se comete pecado, el cual sin embargo por el consejo y la deliberación se condena. Por infirmidad ciertamente suele a menudo acontecer amar el bien, mas no poder cumplirlo. Por estudio empero pecar es el bien ni hacerlo ni amarlo. Así como pues a veces más grave es amar el pecado que perpetrarlo, así más necio es odiar la justicia que no haberla hecho. Hay pues algunos en la Iglesia que no solo las cosas buenas no hacen, sino que también las persiguen; y las cosas que ellos mismos descuidan hacer, también en otros detestan. El pecado de estos, a saber, no por infirmidad o ignorancia, sino por solo estudio se perpetra, porque ciertamente si quisieran cumplir las cosas buenas, y sin embargo no pudieran, aquellas que en si descuidan al menos en otros amarían. Pues si ellos aquellas aun por solo el voto apetecieran, las hechas por otros no odiaran; mas porque las buenas mismas oyendo las conocen, viviendo las desprecian, advirtiendo las persiguen, rectamente se dice: "Quienes de industria se apartaron de él". Por lo cual también aptamente se añade:

CAPÍTULO XII.

IBID.---Y no quisieron entender todos sus caminos.

29. Cuán gravemente delinquen quienes por su propia ignorancia buscan la impunidad de pecar. Una cosa es no haber sabido, otra no haber querido saber. ---No dice pues: Por infirmidad no

entienden, sino, no quisieron entender, porque a menudo las cosas que desprecian hacer, también contemnan saber. Porque pues está escrito: "El siervo que no conoce la voluntad de su señor, e hiciese cosas dignas de azotes, será azotado con pocos; y el siervo que conoce la voluntad de su señor, y no hiciese según ella, será azotado con muchos" (Luc. 12, 47); estiman la impunidad de pecar como remedio del no saber. Quienes ciertamente por la sola calígine de la soberbia se entenebrecen, y por eso no disciernen que una cosa es no haber sabido, otra no haber querido saber. Pues no saber es ignorancia; no haber querido saber, soberbia. Y tanto más excusa no pueden tener porque ignoren, cuanto más aun a ellos no queriendo se les opone lo que conozcan. Por lo cual por Salomón se dice: "¿Acaso no clama la sabiduría, y la prudencia da su voz, en las sumas y excelsas cumbres sobre el camino en medio de las sendas estando?" (Prov. 8, 1). Acaso pasar por el camino de la vida temporal con su ignorancia pudiéramos, si esta misma sabiduría en los ángulos de la senda hubiera consistido.

30. Los caminos de la divina sabiduría por la Encarnación a todos están patentes. Qué sea entender los caminos de Dios. El hombre abre la luz de la inteligencia por la humildad, la cierra por la soberbia. ---Hubiera tenido que ser investigada, si hubiera querido ocultarse. Pero después que los misterios de su encarnación públicamente mostró, después que los ejemplos de humildad a los soberbios ofreció, a sí misma para nosotros como transeúntes en medio de las sendas se fijó, para

que ciertamente en ella, que buscar no queremos, tropecemos; y la que transeúntes ver descuidamos, la toquemos ofendiendo. Dígase pues: "Y no quisieron entender todos sus caminos." Pues camino es de la sabiduría encarnada toda acción que temporalmente gestó. Caminos suyos son los órdenes de vivir, que para los que vienen a ella dispuso. Tantos pues para los que vienen a ella caminos ofreció, cuantos ejemplos de bien vivir mostró. Los caminos de su humildad el Profeta había mirado, cuando suspiraba, diciendo: "En tus mandatos me ejercitaré, y consideraré tus caminos" (Sal. 118, 15). De aquí de nuevo de cada justo se dice que cuida que por los ejemplos dominicos se camine: "Por el Señor los pasos del hombre son dirigidos, y su camino desea muchísimo" (Sal. 36, 23). Porque pues los soberbios todos los hechos de la humildad dominica contemnan, rectamente se dice: "No quisieron entender sus caminos." Pues estos caminos por la visión son despreciados, mas por el intelecto respetables. Una cosa ciertamente es en ellos lo que se cierne, otra lo que se espera. Pues ¿qué otra cosa en esta vida sino la deyección, los esputos, los ludibrios, y la muerte ante los ojos de los que intuyen mostró? Pero por estas ínfimas cosas se pasa a las sumas, por estos deshonores que preceden las eternas y gloriosas para nosotros se prometen. Vieron pues los soberbios los caminos de Dios, mas no quisieron entenderlos, porque mientras desprecian las cosas abyectas que en sí aquellos muestran, perdieron ellos las sublimes que prometen. Entender pues los caminos de

Dios es tanto tolerar humildemente las transitorias, como esperar perseverantemente las permanentes, para que por ejemplo del Señor se busque la gloria coeterna comparada con los oprobios temporales, y no en lo que aquí cada uno tolera, sino en aquello que espera atienda. A estas cosas pues los soberbios cerrados los ojos tuvieron, porque mientras en la gloria de la presente vida se ensoberbecen, la excelsitud de la humildad dominica no vieron. Pues la luz de la inteligencia la humildad la abre, la soberbia la esconde. Pues un cierto secreto de la piedad es, y tanto menos a aquel el ánimo llega, cuanto más se hincha, porque por eso mismo fuera es repelido, por lo que más insanamente es soplado. Sigue:

CAPÍTULO XII

[Rec. XII].

VERS. 28.---Para que hicieran llegar a él el clamor del indigente, y oyera la voz de los pobres.

31. Cuándo el clamor de los pobres llega a Dios. Es un pastor fingido quien, descuidada la predicación, se ocupa en cuidados seculares. Necesidad de la confesión. ---Pues mientras estos se ensoberbecen, claman a Dios aquellos que por los mismos soberbios son oprimidos. O ciertamente por eso se dice que a Dios hicieron llegar el clamor de los pobres, porque cayendo estos, en su lugar los pobres, esto es humildes de espíritu, son subrogados. Y porque esto por su caída fue hecho, ellos mismos se refieren haberlo hecho, ciertamente por aquel género de locución, por el

cual decimos que un campamento lucha, porque se lucha desde él. O ciertamente porque todas las cosas que arriba se han dicho referirse también a los rectores eclesiásticos pueden, quienes dejado el estudio de la predicación, bajo ocasión del régimen, en los negocios terrenales se involucran, aptamente se añade: "Para que hicieran llegar a él el clamor del indigente, y oyera la voz de los pobres"; porque ciertamente mientras ellos mismos ocupados en los cuidados seculares el oficio de la predicación desertan, a la grey súbdita a prorrumpir en clamor de quejas compelen, para que como por derecho cada súbito murmure de la vida del pastor fingido, por qué tiene el lugar de maestro, quien no ejerce el oficio. Aunque acaso mejor por el tumor de los potentes la soberbia de los judíos, y por el clamor de los pobres los deseos de las gentes se figuran, así como, atestiguando la Verdad, por el rico que banqueteaba espléndidamente el pueblo judaico se designa; asumiendo ciertamente la copia de la ley no para la necesidad de la salud, sino para la pompa de la elación, y en las palabras de los preceptos no a sí mismo ordenadamente refiriendo, sino jactanciosamente mostrando; y por el herido Lázaro, que se interpreta ayudado, la forma del pueblo gentil se expresa, a quien el divino auxilio tanto más erige, cuanto menos en la facultad de sus propias fuerzas confía. Quien pobre y lleno de heridas ser descrito es, porque la gentilidad humilde de corazón abrió las confesiones de sus pecados. Pues así como en la herida de las partes internas es traído el virus a la piel, así en la confesión del

pecado, mientras en público los secretos se panden, como malos humores de las vísceras íntimas hacia fuera prorrumpen. Pecando pues aquellos, el clamor de los pobres es oído, porque mientras los judíos contra Dios se ensoberbecen, a Dios los votos de los gentiles llegaron. Por lo cual también pronto estas mismas inmensas y profundas judiciones pavoroso, no las cuida con razón discutir, sino con admiración venerar, y dice:

CAPÍTULO XIV

[Rec. XIII].

VERS. 29.---Pues concediendo él la paz, ¿quién es el que condenará? desde que escondiere su rostro, ¿quién es el que lo contemplará?

32. Por qué uno sea vocado y traído, otro repelido, nadie lo discuta. ---Nadie pues discuta por qué, estando el pueblo judaico, hace poco en la infidelidad la gentilidad yació; y por qué, al fin surgiendo la gentilidad, la culpa de la infidelidad al pueblo judaico postró. Nadie discuta por qué uno sea traído por don, otro repelido por mérito. Pues si de la gentilidad asumida te admiras: "Concediendo él la paz, ¿quién es el que condenará?". Si de Judea perdida te estupendes: "desde que escondiere su rostro, ¿quién es el que lo contemplará?". Así pues el consejo de la suma y oculta virtud se hace satisfacción de la abierta razón. Por lo cual también en el Evangelio el Señor, cuando de la causa de este hecho hablaba, dice: "Te confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y prudentes, y

las revelaste a los párvulos. Así, Padre" (Mat. 11, 25). Y pronto como añadiendo una cierta razón de la escondida y de la revelación, dice: "Porque así fue placentero ante ti". Por cuyas palabras ciertamente ejemplos de humildad recibimos, para que no temerariamente discutir los consejos supernos de la vocación de unos, mas de la repulsión de otros presumamos. Pues cuando hubo inferido ambos, no pronto rindió razón, sino que así a Dios placentero dijo, esto ciertamente mostrando, que injusto ser no puede lo que plugo al justo. Por lo cual también en la viña a los laborantes rindiendo merced, cuando a algunos operarios inequitativos en la obra los igualaba en el premio, y más en la merced buscaba quien en el trabajo más hubiera sudado, dice: "¿Acaso no por un denario conveniste conmigo? Quiero empero también a este novísimo dar como a ti; ¿o no me es lícito lo que quiero hacer?" (Mat. 20, 13). En todo pues lo que exteriormente se dispone, la causa abierta de la razón es la justicia de la oculta voluntad. Dígase pues: "Pues concediendo él la paz, ¿quién es el que condenará? desde que escondiere su rostro, ¿quién es el que lo contemplará?". Y porque así las mínimas como las máximas, así a cada uno Dios juzga como a todos, aptamente se añade:

CAPÍTULO XV.

IBID.---Y sobre la gente, y sobre todos los hombres.

33. Dios a las mínimas cosas provee como a las máximas; y a cada una como a las universales. --- Como si abiertamente fuéramos amonestados a

atender, porque este juicio, que sobre una gente se describe, también sobre todos los hombres por una invisible examinación se celebra, para que uno sea elegido, otro repelido ocultamente, mas ninguno injustamente. Esto pues que en las máximas vemos hacerse, también en nosotros cada uno cautamente temamos. Pues así se intentan los divinos juicios sobre una sola alma, como sobre una ciudad; así sobre una ciudad, como sobre una gente; así sobre una gente, como sobre la universal multitud del género humano; porque así atiende el Señor a cada uno, como si estuviera vacante de todos; y así a la vez atiende a todos, como si estuviera vacante de cada uno. Pues el que todas las cosas administrando las llena, las rige llenándolas; ni a lo universal falta, cuando dispone a uno; ni a uno falta, cuando dispone a lo universal, a saber, todas las cosas por la potencia de su naturaleza quieto las opera. ¿Qué maravilla pues que no se angustie atento, quien opera quieto? Dígase pues que este sutil juicio ejerce tanto sobre la gente, como sobre todos los hombres. [Rec. XIV.] Porque pues de la especie pasó al género, ahora del género se convierte a la especie, y qué Judea propiamente merezca, muestra diciendo:

CAPÍTULO XVI

[Vet. XX].

VERS. 30.---Quien hace reinar al hombre hipócrita por los pecados del pueblo.

34. Quienes a los malos prelados subyacen, eso a su propia culpa lo atribuyan. Por los pecados de los pueblos ha de reinar el Anticristo. ---Pues al verdadero rey sobre sí Judea reinar no quiso, y por eso exigiéndolo los méritos al hipócrita recibió, así como la misma Verdad en el Evangelio dice: "Yo vine en nombre de mi Padre, y no me recibisteis; si otro viniere en su propio nombre, a aquel recibiréis" (Juan 5, 43). Y como Pablo dice: "Por cuanto la caridad de la verdad no recibieron, para que salvos se hicieran, por eso enviará a ellos Dios operación de error, para que crean a la mentira" (II Tes. 2, 10). En aquello pues que se dice: "Quien hace reinar al hombre hipócrita por los pecados del pueblo", puede el mismo cabeza de todos los hipócritas, el Anticristo, ser designado. Pues aquel seductor entonces la santidad simula, para que a la iniquidad traiga. Pero por los pecados del pueblo reinar se le permite, porque ciertamente entonces ellos bajo el régimen de aquel son preordinados, quienes de su dominio dignos ante los siglos son prescritos, quienes por los pecados subsiguientes exigen, que bajo aquel por los juicios precurrentes sean dispuestos. Que pues entonces el Anticristo sobre los impíos reine, no es por injusticia del que juzga, sino por culpa del que padece; aunque muchos también su principado no vieron, y sin embargo a su principado por la condición de sus pecados sirven, porque aun a quien dominante para sí mínimamente contemplan, a aquel sin duda perversamente viviendo veneran. ¿O acaso no son sus miembros, quienes por la especie

de la afectiva santidad apetecen parecer lo que no son? Aquel pues principalmente la hipocresía asume, quien siendo un hombre condenado, y un espíritu inicuo, miente que él es Dios. Pero sin duda de su cuerpo ahora proceden, quienes sus iniquidades bajo el tegumento del sacro honor esconden, para que por profesión parecer apetan, lo que ser en las obras rehúsan. Pues porque está escrito: "Todo el que hace pecado, siervo es del pecado", cuanto ahora más libremente realizan las perversas cosas que quieren, tanto a su servicio más obnoxiamente se obligan (Juan 8, 34). Pero ninguno, que tal rector padece, a quien padece acuse, porque ciertamente de su mérito fue al dominio del perverso rector subyacer. La culpa pues de la propia obra más acuse que la injusticia del gobernante. Escrito pues está: "Te daré reyes en mi furor" (Oseas 13, 11). ¿Por qué pues aquellos que nos presiden despreciamos, cuyos regímenes sobre nosotros por el furor del Señor recibimos? Si pues airándose Dios según nuestros méritos rectores recibimos, en la acción de aquellos recogemos, qué de nuestra estimación pensemos. Aunque a menudo también los electos subyazcan a los réprobos. Por lo cual también mucho tiempo David a Saúl toleró (I Rey. 18, 11); pero por la subsiguiente culpa del adulterio se delata, porque digno entonces fue de que con tanta aspereza del prepósito fuera oprimido.

35. Por los delitos de la grey a veces el buen pastor se pervierte. ---Así pues según los méritos de los súbditos se tributan las personas de los regentes, de modo que a menudo los que parecen

buenos, recibido pronto el régimen se permuten; como la Escritura sacra de aquel mismo Saúl relató, porque el corazón con la dignidad mudó. Por lo cual está escrito: "Cuando eras párvulo a tus propios ojos, cabeza te constituí en las tribus de Israel" (I Rey. 15, 17). Así para las calidades de los súbditos se disponen los actos de los regentes, de modo que a menudo por el mal de la grey aun la vida de un pastor verdaderamente bueno delinca. Pues aquel, por atestación de Dios, laudado, aquel de los supernos misterios conocedor David profeta, por el tumor de la repentina elación inflado, numerando al pueblo pecó, y sin embargo la venganza el pueblo, pecando David, recibió (II Rey. 24, 9). ¿Por qué esto? porque ciertamente según el mérito de las plebes se disponen los corazones de los rectores. Mas el Justo Juez el vicio del que peca por la animadversión de aquellos mismos corrigió, por cuya causa pecó. Pero porque él mismo ciertamente por su propia voluntad ensoberbeciéndose, de la culpa ajeno no fue, la venganza de la culpa también él mismo recibió. Pues la ira ensañada, que corporalmente al pueblo hirió, al rector también del pueblo con íntimo dolor del corazón postró. Cierto es pues que así se conectan entre sí y los méritos de los rectores y de las plebes, que a menudo por la culpa de los pastores se haga peor la vida de las plebes, y a menudo por el mérito de las plebes se mude la vida de los pastores.

[Vet. XXI.] 36. Los súbditos a los prelados aun malos toleren, si salva la fe pudieran. La humildad maestra de lo recto. ---Pero porque los

rectores tienen a su propio juez, gran cautela de los súbditos es no temerariamente la vida juzgar de los regentes. Pues ni en vano por sí mismo el Señor el dinero de los cambistas derramó, y las cátedras de los que vendían palomas trastornó (Mat. 21, 12); ciertamente significando que por los maestros ciertamente la vida juzga de las plebes, mas por sí mismo los hechos examina de los maestros. Aunque también los vicios de los súbditos, que por los maestros ahora o se disimulan ser juzgados, o no pueden, sin duda a su juicio se reservan. Por tanto mientras salva la fe la cosa se hace, mérito de virtud es, si todo lo que es del superior se tolera. Debe sin embargo humildemente sugerirse, si acaso valiera lo que desplace ser enmendado. Pero ha de cuidarse sumamente no sea que en soberbia pase la defensa inordenada de la justicia, no sea que mientras la rectitud incautamente se ama, la misma maestra de la rectitud humildad se pierda; no sea que a quien le preside cada uno desprecie, a quien acaso acontece que en alguna acción reprenda. Contra este tumor de la soberbia, la mente de los súbditos para la custodia de la humildad se doma, si la propia infirmidad incesantemente se atiende. Pues nuestras fuerzas verazmente examinar descuidamos; y porque de nosotros cosas más fuertes creemos, por eso a aquellos que nos son prelados estrechamente juzgamos. Pues cuanto menos a nosotros mismos nos reconocemos, tanto más a aquellos que reprender pretendemos vemos. Cada uno de estos males son, que a menudo por los súbditos contra los prelados, a menudo por los prelados

contra los súbditos se cometen, porque tanto todos los súbditos estos que presiden menos de lo que ellos mismos son sabios los arbitran, como de nuevo quienes sujetos están las acciones de sus propios rectores juzgan, y si a ellos mismos el régimen tener les aconteciera, creen que podrían haber obrado mejor. Por lo cual a menudo se hace que tanto los rectores menos prudentemente aquellas cosas que han de hacerse vean, porque a sus ojos la misma niebla de la elación oscurece; como a veces aquel que sujeto está esto cuando prelado fuera haga, lo que hace poco ser hecho sujeto argüía; y por aquello que las cosas que había juzgado perpetra, al menos porque juzgó se avergüence. Por tanto así como a los prelados ha de cuidarse que no el lugar superior sus corazones por la estimación de singular sabiduría ensalce, así a los sujetos ha de proveerse que no les desplacen los hechos de los rectores.

[Vet. XXII.] 37. Los pastores malos han de ser honrados, no imitados. ---Mas si la vida de los maestros rectamente es reprendida, conviene que los súbditos, aun cuando desplacen, los veneren. [Rec. XV.] Pero esto ha de ser solícitamente intuido, no sea que o a quien venerar es necesario, imitar apetas, o a quien imitar desprecias, venerar contemnas. Pues una sutil vía ha de tenerse de rectitud y de humildad, para que así los reprensibles hechos de los maestros desplacen, que la mente de los súbditos de la reverencia del magisterio que ha de servarse no se aparte. Lo cual bien en Noé embriagado se expresa, cuyas desnudas vergüenzas los buenos hijos vueltos

viniendo cubrieron (Gén. 9, 21). Pues apartarnos se dice de lo que reprobamos. ¿Qué es pues que los hijos las vergüenzas del padre superpuesto a las espaldas el palio vueltos viniendo cubren, sino que a los buenos súbditos así los males de sus prepósitos desplacen, que sin embargo estos de otros los oculten? El operimento vueltos lo difieren, porque juzgando el hecho, y venerando el magisterio, no quieren ver lo que cubren.

[Rec. XVI.] 38. Contemnar a los pastores que vacan a las cosas temporales, es acusar a Dios. La potestad del régimen no puede ser ministrada sin el estudio del cuidado temporal. ---Hay ciertamente algunos que si un poco algo de la espiritual conversación incoan, cuando a sus rectores las cosas temporales obrar y las terrenas considerar ven, pronto el orden de la superna disposición acusan, de que por ningún modo bien para regir son prelados, por quienes de conversación ínfima ejemplos se muestran. Pero estos ciertamente mientras templarse de la reprensión de sus rectores descuidan, exigiéndolo los méritos de su propia culpa, hasta la reprensión del hacedor exceden: cuya profecta dispensación tanto de los humildes más recta es reconocida, por lo que de los elados no recta es juzgada. Porque pues la potestad del régimen ministrarse no puede sin el estudio del cuidado temporal, a veces el Dios omnipotente por una admirable dispensación de piedad, para que las tiernas mentes de los espirituales del cuidado terrenal disjuntas estén, el peso del régimen a los duros y laboriosos corazones injunge, para que tanto aquellas de este

mundo más seguras latan, cuanto estos en las terrenales solicitudes libremente elaboran. En la exhibición ciertamente del peso suscrito por las mismas utilidades de los súbditos duras vías son de la mundana servidumbre.

39. Cuánto debamos a aquellos que del cuidado de las cosas temporales, ellos mismos vacando, nos libran. ---Y a menudo, como se ha dicho, el misericordioso Dios por lo que a los suyos amar tiene, por eso los oculta solícitamente de las acciones externas. Pues también a menudo el padre de familia a aquel trabajo a los siervos dirige, del cual a los sutiles hijos suspende; y de ahí los hijos sin vejación decorosos son, de donde los siervos en el polvo se afean. Lo cual cuán rectamente en la Iglesia divinamente se hace, por la misma construcción del tabernáculo se signa. Pues a Moisés por la divina voz se preceptúa que para cubrir interiormente el sancta sanctorum de biso, cocco y jacinto velos se tejan, y mandado fue que para proteger el tabernáculo, velos de cilicio y pieles extendiera, los cuales ciertamente o las lluvias, o los vientos, o el polvo toleraran (Éxodo 26, 1). ¿Qué pues por las pieles y el cilicio, con que el tabernáculo se cubre, sino las gruesas mentes de los hombres recibimos, las cuales a veces en la Iglesia por oculto juicio de Dios, aunque sean duras, se prefieren? Las cuales porque servir a los cuidados temporales no temen, conviene que los vientos de las tentaciones y las lluvias de las contrariedades de este mundo porten. ¿Qué empero por el jacinto, el cocco, y el biso se signa, sino la vida de los santos tierna, mas clara? La cual

mientras cautamente en el tabernáculo bajo los cilicios y pieles se oculta, su íntegra hermosura se le serva. Pues para que en los interiores del tabernáculo el biso luzca, el cocco corusque, el jacinto con su color azul resplandezca, desde arriba las pieles y cilicios las lluvias, vientos y polvo portan. Quien pues con grandes virtudes en el seno de la santa Iglesia aprovechan, la vida de sus prepósitos despreciar no deben, cuando vacar los ven a las cosas exteriores, porque esto que ellos mismos seguros íntimamente penetran, del adjumento de aquellos es que contra las procelas de este siglo exteriormente laboran. Pues ¿qué gracia de su propio candor retendría, si al biso la lluvia tocara? ¿O qué de fulgor y claridad el cocco o el jacinto mostraría, si a estos el polvo recibido afeara? Sea pues desde arriba la textura del cilicio fuerte para el polvo, sea inferiormente el color jacintino apto para el decoro. Ornen la Iglesia quienes a las solas cosas espirituales vacan, cubran la Iglesia, a quienes también el trabajo de las cosas corporales no grava. De ningún modo pues contra su rector las cosas exteriores obrando murmure el que dentro de la Iglesia santa ya espiritualmente luce. Pues si tú seguro interiormente como el cocco rutilas, el cilicio con que eres protegido ¿por qué acusas?

[Vet. XXIII.] 40. Los pravos ejemplos de los prelados Dios los ordena para pena de los soberbios súbditos. Mientras maldecir parecen los profetas, predicen. ---Pero por algunos se pregunta de que mientras al menos por la utilidad de los súbditos los rectores demasiado a los cuidados temporales sirven, muchos en la Iglesia

por el ejemplo de ellos se deterioran. Lo cual que muy verdadero es ¿quién negaría, cuando cuidarse por los pastores las cosas terrenales que las celestiales más solícitamente ve? Mas ni estas cosas injustas son, si, como arriba dijimos, las cosas de los presidentes según los méritos de los súbditos se disponen. Ocultamente pues y espontáneamente perpetradas culpas exigen que pravos ejemplos también por los pastores se ofrezcan, para que por justo juicio el que de la vía de Dios soberbio exorbita, en la vía por la que camina también por el ducado del pastor ofenda. Por lo cual por el profeta también con el estudio del que preanuncia se dice, no con el voto del que maldice: "Oscurézcanse sus ojos, para que no vean, y sus espaldas siempre encorva" (Sal. 68, 24). Como si dijera: Quienes a las acciones de la vida humana como a previas vías presiden, la luz de la verdad no tengan, para que también los que siguen súbditos, por los pesos de sus iniquidades encorvados, todo estado de rectitud pierdan. Lo cual hecho sin duda en Judea conocimos, cuando en el mismo advenimiento de nuestro Redentor la turba de los fariseos y de los sacerdotes de la verdadera luz los ojos de la mente cerró, y por los ejemplos de los prepósitos caminando el pueblo en las tinieblas de la infidelidad erró.

41. En qué sentido Dios hace reinar al hipócrita. ---Pero puede preguntarse razonablemente cómo en este lugar se dice que el Señor hace reinar al hipócrita, cuando de este hecho especialmente por el profeta se queja, diciendo: "Ellos reinaron, mas no por mí; príncipes fueron, y yo

no lo supe" (Oseas 8, 4). Pues ¿quién que sienta rectamente diría que hace el Señor lo que mínimamente conoce? Pero porque el saber de Dios es aprobar, el no saber reprobar; por lo cual a algunos a quienes reprueba dice: "No os conozco de dónde seáis, apartaos de mí todos los obreros de iniquidad" (Luc. 13, 25); y a veces el hacer de Dios es aquello que ser hecho prohíbe, airándose permitir; por lo cual también del rey de Egipto el corazón afirmó él endurecer (Éxodo 4, 21), porque ciertamente endurecerse permitió; de modo admirable el Señor tanto hace reinar a los hipócritas como no los conoce: hace permitiendo, no conoce reprobando. Por lo cual es necesario que para todo lo que en esta vida se concupiscencia primero la voluntad interna sea requerida. La cual cuando el oído del corazón humano apetece percibir, sepa que esta no con palabras, sino con cosas suena. El lugar pues del régimen cuando para ser regido se ofrece, en sí primero es necesario que cada uno discuta, si al lugar la vida congruye, si del honor la acción no disiente, no sea que el justo rector de todos después en la tribulación las preces no oiga, por aquello que también los mismos de él exordios del honor ignora, de donde la tribulación se origina.

Libro VI

GÉSIMO SEXTO.

Expone el santo Doctor los siete últimos versos del cap. 34, y el capítulo 35 íntegro, con los veintiún primeros versos del cap. 36. Donde latísimamente en los sentidos tanto alegóricos como morales excurre.

CAPÍTULO I.

1. Indicios de la humildad fingida y verdadera.---En sus locuciones, los hombres arrogantes suelen tener esto de propio entre otras cosas: que entonces preguntan a sus oyentes si acaso han dicho algo desordenado, cuando conocen que han dicho algo laudable. Hacen esto, evidentemente, no porque duden de sus dichos, sino porque buscan favores del juicio de los oyentes. Pues fácilmente podrá encontrarse con qué ánimo preguntan, si alguien, cuando alaba sus cosas buenas, también reprueba las malas. Porque es cierto que así como se inflan con las alabanzas, así se inflaman con las correcciones; y cuando ven que alguien los reprende incluso justamente, pronto buscan en sus males el fomento de la defensa. ¿Cómo, pues, dudan humildemente de sus bienes, quienes se esfuerzan por defender

incluso perversamente sus males? Pues aquel es verdaderamente humilde en los bienes, que no es defensor en los males. Porque quien es argüido por sus males, y se enciende contra las palabras del que lo arguye, cuando titubea como humildemente sobre sus bienes, desea ser adornado por la voz de la humildad, no ser enseñado. Eliú, por lo tanto, señalando la vida de los arrogantes, después de que introdujo muchas cosas internas y sublimes, he aquí que asume en sus palabras la forma de la humildad, y propuesta la equidad, bajo una cierta imagen de discipulado habla al bienaventurado Job, diciendo:

CAPÍTULO II.

JOB 34, 31-32.--- Porque yo he hablado a Dios, a ti tampoco te prohibiré. Si he errado, enséñame tú; si he hablado iniquidad, no añadiré más.

3. La máscara de la humildad se arroja pronto.---Como suele ocurrir que también los malos hablen cosas buenas, Eliú recordaba haber dicho muchas cosas fuertes poco antes, y por eso preguntaba seguro de no haber errado quizá. Pues no preguntaría, si creyese haber errado. Pues es, como dije, el propio fraude de los arrogantes que entonces procuren preguntar sobre el error, cuando saben que no han errado. Los cuales, de nuevo, desprecian preguntar o ser argüidos de error, si alguna vez preconocen verazmente haber errado. Pues no desean ser, sino parecer humildes; y entonces, preguntando, asumen la especie de la humildad, cuando son alabados más bien por la misma pregunta. Pero porque es del

todo difícil que la elación que reina en el corazón no irrumpa en la voz; si los oyentes de los arrogantes esperan y consideran sus dichos por un momento en silencio, sus corazones se manifiestan más pronto por las palabras subsiguientes. Pues no pueden permanecer mucho tiempo en esa misma imagen de la humildad que asumen superficialmente. Pues para las mentes soberbias la humildad es alta, y cuando pretenden subir a su forma, resbalan con los pasos del ánimo cansados, como por caminos escarpados y ásperos. Es ajeno, ciertamente, lo que desean parecer, y por ello de ningún modo pueden adherirse largamente a su imagen. Consideran un grave peso cuando la llevan al menos en apariencia, y hasta que la arrojan, padecen una cierta violencia en el corazón, porque evidentemente sirven al hábito mal dominante de la elación, y por su imperio son compelidos a revelar quiénes son, para no poder parecer por mucho tiempo lo que no son. De donde también Eliú, después de que pidió ser enseñado sobre su error, después de que prometió que no hablaría más iniquidad, súbitamente saltó de la especie de la humildad a palabras de hinchada acusación. Pues añadió, diciendo:

CAPÍTULO III.

JOB 33, 33.--- ¿Acaso Dios te lo pide a ti, porque te ha disgustado?

3. Los santos no temen el juicio humano, sino el divino, al cual también los malos simulan provocar.---Como si dijera: Yo voy a exponer ante el Señor las razones de por qué ahora mi

iniquidad es reprendida por ti, la cual consta que no se requerirá de ti en el juicio. Los hombres rectos, cuando son atacados injustamente por los hombres, recurren al juicio celestial. De donde también se dice por el mismo bienaventurado Job: He aquí mi testigo está en el cielo, y el conocedor de mi conciencia en las alturas (Job 16, 19). Y porque desean sumamente agradarle a Él, buscan el testimonio de Él solo. También los perversos, porque abandonan la vida de los justos, pero a veces siguen sus elocuencias, cuando son increpados por sus malas acciones, asumen esto como argumento de defensa, que los justos presentan como testimonio de pureza. De donde también se les ha hecho ya costumbre que, si alguien los arguye por sus hechos, busquen el juicio de Dios más que el de los hombres. Pues no temen ser juzgados por Dios incluso cuando saben que han de ser condenados, y se avergüenzan de ser juzgados por los hombres. Proponen, pues, lo mayor que no temen, para poder declinar esto menor que les avergüenza. Pues está escrito: Cada uno de nosotros dará cuenta de sí a Dios (Rom. 14, 12). Porque, por tanto, entonces la condenación de cada uno es manifiesta, de ahí ahora los inicuos deducen que también la acción perversa de cada uno sea segura; no sea que ahora cualquier justo la discuta arguyéndola, de la cual consta que es ajeno en el juicio. Pero, por el contrario, las conciencias de los piadosos creen que se les confiere un gran premio cuando son argüidos ahora por algunas de sus acciones ilícitas. Pues proponen ante los ojos del corazón que el estrecho juicio de Dios

tanto más verdaderamente se mitigará entonces sobre ellos, cuanto ahora es prevenido más acremente por la reprensión del hombre; y computan como lucro la ira temporal sobre sí, por la cual no ignoran que pueden evadir la eterna. Eliú, pues, teniendo el tipo de todos los arrogantes, y prefiriendo ser herido por la invectiva eterna que ser increpado temporalmente, diga: ¿Acaso Dios te lo pide a ti, porque te ha disgustado? Pero porque suelen ser más culpables los que comienzan a hablar en la contienda que los que responden, añadió, diciendo:

CAPÍTULO IV.

IBÍDEM.--- Pues tú has comenzado a hablar, y no yo.

4. En vano se creen inocentes quienes, al ser golpeados, responden duramente.---En esto se creyó inocente, en que, al ser golpeado, estalló; 813 ignorando sin duda que la inocencia no se defiende por el tiempo, sino por la razón. Pues, ¿qué se apoya en sus defensas, en que, aunque nada infirió al que callaba, respondió sin embargo cosas perversas al que rectamente comenzaba? Pero después que se muestra en palabras de elación, he aquí de nuevo se encubre bajo el velo de la pregunta, e infiere diciendo:

IBÍDEM.--- Pero si sabes algo mejor, habla.

Aunque al no decir: "Porque sabes mejor", sino: "Si sabes algo mejor, habla", esto mismo fue haberse ensoberbecido demasiado, haber dudado de la ciencia de uno mejor. Sin embargo, esto, que dio lugar de hablar al bienaventurado

Job, indicó que había mostrado humildad. Pero, como se ha dicho arriba, porque en la acción de los arrogantes todo lo que se cubre con el sermón superpuesto se abre por la intención de la elación que vuelve a irrumpir, más pronto se conoció en Eliú con qué mente pidió al bienaventurado Job que hablara. Pues sigue:

CAPÍTULO V.

JOB 34, 34-35.--- Los varones inteligentes me hablen, y el varón sabio me oiga. Pero Job ha hablado neciamente, y sus palabras no suenan a disciplina.

5. No es lícito mentir por causa de la humildad.---He aquí que mientras daba lugar de hablar al bienaventurado Job como humildemente, mostró lo que llevaba por dentro, diciendo: "Los varones inteligentes me hablen"; desdeñando evidentemente que el bienaventurado Job presumiera hablar, quien como si no pudiera entender sus palabras. Y porque juzgó al bienaventurado Job indigno no solo de hablar, sino también de oír, al punto añadió: "El varón sabio me oiga". Como si dijera: A este se le concede injustamente hablar, quien ni siquiera merece oír las palabras de los sabios. Y pronto manifiesta abiertamente qué desprecio siente por él, diciendo: "Pero Job ha hablado neciamente, y sus palabras no suenan a disciplina". Creyó que el bienaventurado Job había hablado sin disciplina, porque recordó que había sido justo en sus obras. Acaso Eliú diría la verdad, si aquellas cosas que el bienaventurado Job había narrado de sí mismo, el mismo Autor

de la disciplina no las hubiera juzgado de él. Pues Job aseró inocentemente haber sido azotado, a quien Dios también declaró haber sido golpeado sin causa (Job 2, 3). ¿Por qué, pues, la voz del golpeado sonó soberbia, la cual en nada discrepó de la sentencia del que golpeaba? Incautamente son humildes quienes se enredan en la mentira mientras evitan la arrogancia; más bien por la mentira se ensoberbecen, porque se yerguen contra la verdad que abandonan. Pues quien, por necesidad obligatoria, dice cosas buenas verdaderas de sí mismo, tanto más se une a la humildad, cuanto también se asocia a la verdad. ¿Acaso Pablo no fue humilde cuando, por emulación de la verdad contra los falsos apóstoles, narró tantos hechos fuertes de sí mismo a sus discípulos (1 Tim. 2, 7; Hech. 20, 18, 19)? Quien sin duda existiría como enemigo de la verdad si, escondiendo sus propias virtudes, hubiera permitido que los predicadores de errores prevalecieran.

Pero porque los varones arrogantes, en aquello que examinan soberbiamente los dichos de los buenos, consideran más la superficie de las palabras que el orden de las cosas, Eliú creyó que las sentencias del bienaventurado Job no habían sonado a disciplina. Pero porque a menudo la aspereza de los soberbios se extiende hasta la dureza de la maldición, al punto subraya contra el bienaventurado Job, como dirigiendo sus palabras a Dios:

CAPÍTULO VI.

JOB 34, 36.--- Padre mío, sea probado Job hasta el fin.

6. Los soberbios no saben compadecerse de los afligidos. En la corrección deben oprimirse las partes hinchadas de tal modo que se fomenten las cruentas.---He aquí que lo que había concebido del tumor de la arrogancia lo exalta incluso en palabras de maldición. Pero acaso desearía la fuerza de una prueba benévola, si hubiera juzgado que él había permanecido firme en la prueba. Para que, pues, aparezca abiertamente la malicia de su crueldad, suplica que sea probado todavía por los azotes, de quien ya se queja que ha caído entre los azotes. Antepuso lo que sintió, para que deba conocerse más abiertamente lo que deseó. Todavía pide que sea herido quien ya acusa que ha pecado bajo la mano del que hiere. Estos son los votos propios de los arrogantes: que supliquen que la vida de los dolientes sea examinada más acremente, porque cuanto más justos son para sí mismos, tanto más duros existen para los dolores ajenos. Pues no saben atraer hacia sí la pasión de la debilidad ajena, y compadecerse de la imbecilidad del prójimo como de la suya. Porque como sienten cosas altas de sí mismos, por ello de ningún modo condescienden con los humildes. Eliú cree que el bienaventurado Job fue golpeado por su culpa, y por ello no estimó que debieran mostrásele las entrañas de piedad ni siquiera entre tantos dolores. Pero los varones verdaderamente santos, cuando conocen que alguien es azotado incluso por su culpa, aunque corrigen algunas de sus cosas desordenadas, sin embargo se compa-

decen de algunas de sus dolencias; y así saben oprimir las partes hinchadas, que saben también fomentar las cruentas, a fin de que en ellos, cuando lo duro se ablanda, lo débil se fortalezca. Por el contrario, los varones arrogantes, porque no tienen entrañas de caridad, no solo no se compadecen ni siquiera de los justos dolientes, sino que además los afligen bajo la especie de una justa increpación; y o bien si hay en ellos algunos males pequeños los exageran, o bien aquellas cosas que son verdaderamente buenas las conmutan interpretándolas mal para sí mismos.

7. Los santos doctores suelen exagerar los vicios de los delincuentes. Qué sea cavar la pared del corazón.---Aunque también los doctores castos suelen a menudo exagerar los vicios de los delincuentes, y de ciertos signos públicos escudriñar los ocultos, para poder conocer por lo mínimo lo mayor. De donde se dice a Ezequiel: Hijo de hombre, cava la pared (Ezeq. 8, 8). Donde al punto añadió: Y cuando hube cavado la pared, apareció una puerta, y me dijo: Entra y ve las abominaciones pésimas que estos hacen aquí. Y entrando vi; y he aquí toda semejanza de reptiles y abominación de animales, y todos los ídolos de la casa de Israel estaban pintados en la pared (Ibíd. 9, 10). Pues por Ezequiel se significa la persona de los prepósitos, por la pared la dureza de los súbditos. ¿Y qué es cavar la pared sino abrir con ásperas reprensiones la dureza del corazón? La cual cuando hubo horadado, apareció una puerta, porque cuando la dureza del corazón se abre con ásperas reprensiones, se muestra como

una puerta por la cual se vean todos los interiores de los pensamientos en aquel que es reprendido. De donde también allí sigue bien: Y me dijo: Entra y ve las abominaciones pésimas que estos hacen aquí. Como si entrara a mirar las abominaciones quien, discutidos ciertos signos que aparecen exteriormente, de tal modo penetra los corazones de los súbditos que se le hacen manifiestas todas las cosas que allí se piensan. De donde también añadió: Y entrando vi; y he aquí toda semejanza de reptiles y abominación de animales. En los reptiles se significan los pensamientos totalmente terrenos; en los animales, en cambio, los ya un poco suspendidos de la tierra, pero que todavía buscan los premios de la merced terrena. Pues los reptiles 815 se adhieren a la tierra con todo el cuerpo; los animales, en cambio, están suspendidos de la tierra por el vientre, pero por el apetito de la gula siempre se inclinan hacia la tierra. Los reptiles están, pues, dentro de la pared cuando se revuelven en la mente pensamientos que nunca se levantan de los deseos terrenos. Los animales también están dentro de la pared cuando, si bien se piensan ya algunas cosas justas y honestas, sin embargo sirven para buscar lucros temporales y honores; y por sí mismos ya están como suspendidos de la tierra, pero todavía por la ambición, como por el deseo de la gula, se someten a lo ínfimo. De donde también se añade bien: Y todos los ídolos de la casa de Israel estaban pintados en la pared. Pues está escrito: Y la avaricia, que es servidumbre de ídolos (Col. 3, 5). Rectamente, pues, después de los animales se describen los

ídolos, porque aunque por la acción honesta se erigen como de la tierra, por la ambición deshonesta se deponen a sí mismos hacia la tierra. Bien se dice, pues: Estaban pintados, porque mientras las especies de las cosas exteriores son atraídas al interior, en el corazón se pinta como lo que se piensa con imágenes fingidas.

8. La piadosa severidad del rector de las almas al escudriñar los crímenes del corazón. Quien cesa de la corrección, tema ser condenado. Debe notarse, pues, que primero se ve el agujero en la pared, y luego la puerta, y entonces al fin se demuestra la abominación oculta, porque sin duda primero se muestran los signos exteriores de cada pecado, luego la puerta de la iniquidad abierta, y entonces al fin se abre todo el mal que late dentro. Por eso, pues, suelen también los santos doctores discutir gravemente lo menudo, para que desde los extremos exteriores puedan llegar a lo oculto mayor. Mueven palabras de áspera increpación para erradicar las espinas del pensamiento mortífero; y cuando hacen esto, se ensañan con amor de caridad, no se hinchan con tumor de elación. Pues están dispuestos a morir por aquellos mismos a quienes afligen ensañándose casi hasta la muerte. Conservan en el pensamiento lo que aman, asumen en la apariencia lo que persiguen. Predicando lo bueno lo insinúan, pero precaviendo lo malo lo preanuncian, no suplicando como Eliú lo que desean. Hacia los que les están encomendados hierven a veces de tal modo en la corrección como si nada tuvieran de tranquilidad; pero en el amor están tan tranqui-

los como si ningún fervor los encendiera. Pues temen mucho que, si cesan de la corrección de los malos, ellos mismos sean castigados por la condenación de estos; y cuando se inflaman con palabras de invectiva, vienen a ellas ciertamente contra su voluntad, pero sin embargo estas les preparan defensa ante el Juez estrecho.

9. El orden de reprender y erigir a los delincuentes a la penitencia y piedad.---De donde también se dice de nuevo al mismo Ezequiel: "Hijo de hombre, toma para ti un ladrillo, y lo pondrás delante de ti, y describirás en él la ciudad de Jerusalén, y ordenarás contra ella un sitio, y edificarás fortificaciones, y amontonarás un terraplén, y pondrás contra ella campamentos, y pondrás arietes alrededor." Y tú toma para ti una sartén de hierro, y la pondrás como muro de hierro entre ti y la ciudad" (Ezeq. 4, 1 ss.). ¿De quién, pues, tiene Ezequiel la especie sino de los maestros? a quien se dice: "Toma para ti un ladrillo, y lo pondrás delante de ti, y describirás en él la ciudad de Jerusalén". Pues los doctores santos toman para sí un ladrillo cuando aprehenden el corazón terreno de los oyentes para enseñarlos. El cual ladrillo ponen delante de sí porque lo custodian con toda la intención de su solicitud. En el cual también se les manda describir la ciudad de Jerusalén, porque predicando a los corazones terrenos procuran sumamente demostrar cuán grande sea la visión de la paz superna. A quien bien se le dice también: "Y ordenarás contra ella un sitio, y edificarás fortificaciones". Pues los santos predicadores ordenan el sitio alrededor

del ladrillo en que está descrita la ciudad de Jerusalén cuando demuestran a la mente terrena, pero que ya busca la patria superna, cuán grande sea la adversidad de los vicios que la impugna en el tiempo de esta vida. Pues cuando se muestra cómo cada pecado acecha a la mente, se ordena como un sitio alrededor de la ciudad de Jerusalén por la voz del predicador. Pero porque no solo insinúan cómo los vicios acechantes expugnan la mente, sino también cómo las virtudes custodiadas la robustecen, rectamente se añade: "Y edificarás fortificaciones". Pues el santo predicador edifica fortificaciones cuando no cesa de insinuar qué virtudes se oponen a qué vicios. Y porque al crecer las virtudes suelen aumentarse las guerras de la tentación, rectamente se añade todavía: "Y amontonarás un terraplén; y pondrás contra ella campamentos, y pondrás arietes alrededor". Pues amontona el terraplén cuando cada predicador indica la mole de la tentación creciente. Y levanta campamentos contra Jerusalén cuando predice a la recta intención de los oyentes las circunvenciones del enemigo astuto como acechanzas casi incomprensibles. Y pone arietes alrededor cuando hace conocer los aguijones de las tentaciones que en esta vida nos rodean por todas partes y perforan el muro de las virtudes.

10. Qué y cuánto celo es necesario para ello.--- Donde bien se añade: "Y tú toma para ti una sartén de hierro, y la pondrás como muro de hierro entre ti y la ciudad" (Ezeq. 4, 3). Pues por la sartén se muestra la fritura, por el hierro la fortaleza. ¿Y qué fríe y atormenta tanto la

mente del maestro y del doctor como el celo del Señor? De donde también Pablo se encendía con la fritura de esta sartén cuando decía: "¿Quién enferma y yo no enfermo? ¿Quién se escandaliza y yo no me quemo?" (2 Cor. 11, 29). Y porque quienquiera que se enciende con celo de Dios contra los pecadores es munido para siempre con fuerte custodia para no ser condenado por el descuido de la predicación y del régimen, rectamente se dice: "La pondrás como muro de hierro entre ti y la ciudad" (Ezeq. 4, 3). Pues la sartén de hierro se pone como muro de hierro entre el profeta y la ciudad porque, cuando ahora los doctores muestran un fuerte celo, conservan después ese mismo celo como una fuerte fortificación entre sí y sus oyentes, para no estar entonces desvalidos para la venganza si ahora hubieran sido disolutos en la corrección. Esta sartén oía el mismo profeta para tomar un muro entre sí y sus oyentes cuando la voz divina le anteponía diciendo: "Si tú hubieres anunciado al impío, y él no se hubiere convertido de su impiedad y de su camino impío, él ciertamente morirá en su impiedad, pero tú has librado tu alma" (Ezeq. 3, 19). Esta sartén había puesto Pablo como muro entre sí y sus discípulos cuando decía: "Limpio soy de la sangre de todos vosotros; pues no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios" (Hech. 20, 26). Ahora, pues, es necesario que los doctores deseen ser fritos por los ardores del celo, para no ser compelidos después a ser atormentados por el fuego de la gehena por el torpor de la negligencia.

11. Con qué discreción debe ejercerse. No proceda de odio oculto.---Pero una cosa es lo que debemos a los injustos y súbditos, otra 817 lo que debemos a los justos y no súbditos. A la corrección y custodia de aquellos debe encendernos el temor de dar cuenta; a la veneración de estos, en cambio, debe inclinarnos la misma equidad considerada. Pero los varones arrogantes, porque ignoran la forma de esta discreción, muestran a los justos y no súbditos lo que ven hacer a los buenos predicadores con los injustos y súbditos. Los cuales, cuando prosiguen injustamente al fervor de la invectiva, incluso se exceden con palabras de maldición. Pues como de ningún modo aman a sus prójimos como a sí mismos, no cesan de desear para sus prójimos lo que ellos mismos temen que les suceda a sí mismos. De donde Eliú, sudando odio oculto en la manifestation de la maldición, dice: "Padre mío, sea probado Job hasta el fin, no ceses con el hombre de iniquidad". Llama hombre de iniquidad a quien Dios, por atestación superna, denuncia como justo sobre todos los hombres. Y porque todavía se añaden muchas cosas bajo esta indiscreción, estimo que deben pasarse brevemente. Pues los dichos que carecen de gravedad no necesitan de una exposición atenta. Sigue:

CAPÍTULO VII.

JOB 34, 37.--- Que añadió la blasfemia sobre sus pecados.

12. Eliú prefigura a aquellos que, aunque parecen hablar por la verdad, son ajenos a la

verdad.---Le acusa tanto de haber merecido los azotes por sus pecados, como de haber pecado después de los azotes. Pero el Señor juzga muy de otra manera, Quien tanto insinúa que fue azotado sin causa, como retribuye bienes dobles después de los azotes (Job 2, 3). Pues la pena se debe a la culpa, no el premio. El bienaventurado Job, pues, se muestra haber hablado sin culpa, a quien después de su locución siguen los premios (Job 42, 10). Eliú, por lo tanto, porque hablando por las defensas del Señor siente del bienaventurado Job algo distinto de lo que siente el Señor, es como si, mientras multiplica palabras por la verdad, discrepara de la verdad. Sigue:

CAPÍTULO VIII.

JOB 34, 36.---Sea probado hasta el fin, y entonces provoque a Dios a juicio con sus palabras.

13. No solo se esmeran en decir cosas necias, sino muchas.---Como si dijera: Conozca por nuestra aserción que de ningún modo es suficiente para el examen divino. Y porque los hombres arrogantes no solo se esmeran en decir necedades, sino también muchas cosas; el verso que sigue se le aplica con frecuencia con razón.

CAPÍTULO IX.

JOB 35, 1.---Por tanto, Eliú habló estas cosas de nuevo.

14. La inmensa locuacidad de los soberbios.---Todo el que habla mucho procura siempre empezar en su locución, a fin de que con el mismo co-

mienzo mantenga en suspenso a los oyentes, para que callen tanto más atentamente cuanto que esperan oír algo como nuevo. Pero Eliú, terminando unas cosas, comienza incesantemente otras, para que su inmensa locuacidad se continúe mediante inicios siempre subyacentes. Sigue:

CAPÍTULO X.

JOB 35, 2.---¿Te parece justa tu reflexión, para decir: Soy más justo que Dios?

15. Cuán injustamente suelen acusar a los inocentes.---Que el bienaventurado Job no dijera que era más justo que Dios, lo reconoce todo el que lee el texto de la historia, sino que dice: Proponga la equidad contra mí, y llegará a la victoria mi juicio (Job 23, 7). Pesando, a saber, su vida, e ignorando las causas de su herida, como ya se ha dicho a menudo, creyó que era azotado para diluir pecados y no para aumentar méritos; y por ello confió en que su juicio llegaría a la victoria, porque no encontró en sí la culpa por la que debiera haber sido herido. Lo cual, por cierto, también dijo el Señor al diablo acerca de él: Me moviste contra él, para que lo afligiera sin causa (Job 2, 3). ¿En qué, pues, pecó al hablar así, quien con estas palabras consintió, aun sin saberlo, a la sentencia divina y oculta sobre sí mismo? ¿O qué importa si nuestras palabras discrepan superficialmente de la rectitud de la verdad al juicio humano, cuando en el quicio del corazón concuerdan unidas a ella? Los oídos humanos juzgan nuestras palabras tales como suenan por fuera; pero los juicios divinos las oyen tales como se profieren

desde lo íntimo. Entre los hombres el corazón se pesa por las palabras, pero ante Dios las palabras se pesan por el corazón. El bienaventurado Job, pues, mientras dice esto exteriormente que el Señor dijo interiormente, todo lo que habló lo introdujo tanto más justamente por fuera cuanto que no se apartó piadosamente de la sentencia interna. Aunque lleno del espíritu profético, en lo que dice: Proponga la equidad contra mí, y llegará a la victoria mi juicio (Job 23, 7), pudo contemplar la presencia de nuestro Redentor. Pues Él mismo, que es la virtud del Padre y la sabiduría, también es aceptado no inconvenientemente como su equidad. De donde está escrito: Quien ha sido hecho para nosotros por Dios sabiduría, y justicia, y sanficación (1 Cor 1, 30). Cuya equidad, a saber, porque Dios, al mostrarla encarnada, la opuso contra los inicuos que huían, los revocó de inmediato de la iniquidad, y el género humano venció en aquel juicio al antiguo adversario, en el cual encontró la equidad de Dios oponiéndose a sus caminos. Sigue:

CAPÍTULO XI.

JOB 35, 3.---Pues dijiste: No Te place lo que es recto, ¿o qué Te aprovechará si yo pecare?

16. O hablan cosas falsas, o si verdaderas, pero no convenientes.---Si se atiende a toda la serie del libro, se muestra que el bienaventurado Job no dijo nada de esto. Pero los hombres arrogantes, como también hemos dicho arriba, suelen tener esto por propio: que mientras avanzan en una excesiva invectiva, incluso mienten al injuriar; y

cuando no pueden reprender justamente lo que es, reprenden mintiendo lo que no es. Sigue:

JOB 35, 4.---Por tanto, yo responderé a tus palabras, y a tus amigos contigo.

Con lo dicho anteriormente narró como si fueran las palabras culpables del bienaventurado Job, y de ellas se propuso a sí mismo materia para hablar; pero con las palabras subsiguientes discute con fuerte agudeza esto que falazmente se fingió para sí como materia de hablar. Y por cierto que las sentencias que siguen son fuertes, pero no concuerdan con la persona del bienaventurado Job; y tanto menos le hieren los dardos de esta reprensión, cuanto que se lanzan contra él injustamente. Sigue:

CAPÍTULO XII.

JOB 35, 5-7.---Mira al cielo, y contempla, y observa el éter, que es más alto que tú. Si pecares, ¿en qué Le dañarás?; y si se multiplicaren tus iniquidades, ¿qué harás contra Él? Además, si obrares justamente, ¿qué Le darás, o qué recibirá de tu mano?

17. Las criaturas son los vestigios de Dios.---Aunque estas cosas de ningún modo debieran haber sido dichas al bienaventurado Job, que conocía cosas mayores, sin embargo son verdaderas las cosas que se dicen: que, a saber, ni nuestros pecados dañan a Dios, ni nuestras obras bien realizadas Le asisten. De donde, prosiguiendo, añadió: JOB 35, 8.---Al hombre que es semejante a ti dañará tu impiedad, y al hijo del hombre ayudará tu justicia. Pero entre estas cosas debe

observarse hábilmente lo que dice: Mira al cielo, y contempla, y observa el éter, que es más alto que tú. Pues diciendo esto, ciertamente infiere que debe considerar cuánto menos aprovecha o daña a Dios con su acción, quien no puede aprovechar ni dañar la altura del cielo y del éter. Aunque en el cielo o en el éter podamos entender las potestades celestiales, adheridas siempre a las visiones divinas, para que cuando vemos que los espíritus angélicos distan todavía mucho de nosotros, reconozcamos cuánto distamos por debajo del mismo Creador y Rector de los espíritus, sin embargo nada impide entender en este lugar la materia corpórea del cielo y del éter. Pues si contemplamos vigilantes las cosas exteriores, por ellas mismas somos revocados a las interiores. Pues las obras admirables de la criatura visible son los vestigios de nuestro Creador. Pues a Él todavía no podemos verle; pero ya tendemos a su visión, si Le admiramos en las cosas que hizo. Llamamos, pues, sus vestigios a la criatura, porque por estas cosas que son de Él, siguiéndolas vamos hacia Él. De donde Pablo dice: Sus cosas invisibles se ven comprendidas por las cosas que han sido hechas, también su eterno poder y divinidad (Rom 1, 20). De donde también está escrito en el libro de la Sabiduría: Pues por la magnitud de la criatura y la belleza, puede verse inteligiblemente al Creador (Sab 13, 5). Pues a nuestra mente, esparcida por fuera por su propio pecado, Dios no se le da a conocer todavía en su interior tal cual es; pero mientras propone fuera el decoro de su hechura, como con ciertas señas nos insinúa, y muestra

qué debemos seguir en el interior, y de modo admirable por esas mismas formas exteriores nos conduce a las interiores; insinúa con inmensa admiración lo que es, mostrando exteriormente estas maravillas que no es. De aquí, en efecto, está escrito de la sabiduría: En los caminos se les muestra alegremente, y con toda providencia les sale al encuentro (Sab 6, 17).

18. Hay caminos hacia el Creador. Por las cosas visibles nos alejamos de Dios; por las mismas debemos volver a Dios.---Pues caminos hacia el Creador son las obras de la criatura consideradas. Las cuales, mientras las vemos hechas, admiramos la potencia del Hacedor. En estos caminos la sabiduría nos sale al encuentro con toda providencia, porque se nos propone investigar la virtud del Hacedor en todo lo que se ve maravillosamente hecho; y a donde quiera que se vuelva el alma, si atiende vigilante, encuentra en esas mismas cosas a Dios por las cuales Le dejó; y reconoce su potencia a partir de la consideración de aquellas cosas de nuevo, por cuyo amor Le desertó; y por las cosas por las que cayó pervertida, por las mismas es revocada convertida. Pues donde caímos, allí nos apoyamos para levantarnos; y como si allí al levantarnos fijáramos la mano de la consideración, donde por el pie del amor lúbrico cayendo por negligencia yacíamos. Pues porque de las cosas invisibles caímos por las visibles, es digno que nos apoyemos en las invisibles por esas mismas visibles de nuevo, para que por el mismo caso que el alma vino a las cosas ínfimas, por ese grado vuelva a las sumas; y por los mismos pasos

por los que cayó se levante, mientras, como se ha dicho, nos revocan a Dios aquellas cosas bien consideradas, que mal elegidas nos dividieron de Él. Eliú, pues, para aplicar la fuerza de la consideración, y mostrar a partir de las cosas corpóreas cuánto es Dios más excelso que el hombre, bien introdujo: Mira al cielo, y contempla, y observa el éter, que es más alto que tú. Pues por esas mismas cosas creadas y corpóreas reconocemos cuánto distamos de la sublimidad de nuestro Creador, porque por todo lo que vemos se nos amonesta a ser humildes, para que sea como una cierta lección para nuestra mente la especie considerada de la criatura. Diga, pues: Mira al cielo; y contempla, y observa el éter, que es más alto que tú. Si pecares, ¿en qué Le dañarás?; y si se multiplicaren tus iniquidades, ¿qué harás contra Él? Además, si obrares justamente, ¿qué Le darás, o qué recibirá de tu mano? Como si dijera: Entiende por las mismas criaturas que ves que son corporalmente más altas que tú, cuánto estás disyunto de la sublimidad de la potencia divina; y de esta consideración tuya colige que ni ayudas a Dios viviendo bien, ni de nuevo Le gravas con malas acciones.

19. Somos inferiores a los ángeles, ¡cuánto más a Dios!---Si en verdad, como dijimos arriba, entendemos por el cielo o el éter las potestades celestiales, con estas palabras Eliú nos amonesta a considerar que, puesto que los mismos espíritus angélicos no pueden contemplar plenamente la potencia de nuestro Creador, de quienes sin embargo es cierto que son más altos que noso-

tros por el mismo hecho de que no han caído en las cosas ínfimas, colijamos a saber cuánto somos inferiores a Dios, nosotros que estamos sujetos incluso a criaturas sublimes, aunque muy inferiores a Él. Como si dijera: Mira cuánto estás separado de la celsitud divina, ante cuyo poder incluso tiemblan con humildad aquellas potestades que te trascienden con inmensa sublimidad, y cuánto eres tú mismo inferior al Sumo, tú que te descubres inferior incluso a los que son inferiores a Él. Pero mostrando las cosas sumas, le devuelve a las iguales, y dice:

CAPÍTULO XIII.

JOB 35, 8.---Al hombre que es semejante a ti dañará tu impiedad, y al hijo del hombre ayudará tu justicia.

20. El hombre puede dañar o aprovechar al hombre, no a los ángeles.---La impiedad humana daña a aquel a quien mancha pervirtiéndolo. Y de nuevo nuestra justicia ayuda a aquel a quien cambia de las malas acciones. Pues no saben dañar o ayudar aquellas cosas que ni pueden ser corrompidas de lo bueno ni permutadas de lo malo. Por tanto, las potestades celestiales no pueden ser dañadas ni ayudadas por ello, en cuanto que ya recibieron el ser inmutables. Pero no pueden considerar estas cosas quienes están implicados en deseos terrenos. Pues para las mentes esparcidas fuera es difícil volver a sí mismas, porque los caminos depravados retienen tan deleitosamente a las almas una vez capturadas, cuanto que en ellos es lícito todo lo que place. Pues ningún muro

de disciplina sale al paso para constreñir, ninguna pena de retribución se prevé para aterrar, sino que cerrados los ojos del corazón el alma se precipita en lo ínfimo, tanto cuanto se oscurece de lo sumo; y tanto más seguramente perpetra los males temporales, cuanto más duramente desespera de los bienes eternos.

21. Los malos purgan a los buenos oprimiéndolos.---Pero esta maldad de los réprobos, al modo de la trilla, separando la vida de los electos como los granos de la paja, oprime para purgar. Pues los malos expiden más a los buenos de los deseos de este mundo mientras los afligen; porque mientras les infligen aquí muchas cosas violentas, los compelen a apresurarse hacia las cosas celestiales. Lo cual fue bien significado acerca del pueblo israelita, llamándolo Moisés y ensañándose el rey Faraón (Ex 3, 7). Pues entonces Moisés fue enviado para llamar, cuando ya Faraón había sido excitado para oprimir con duros trabajos, a fin de que las mentes de los israelitas, adheridas deformemente a Egipto, mientras uno llamaba como arrastrando, el otro como impeliendo mientras se ensañaba; y el pueblo vergonzosamente fijado en el servicio se moviera, o provocado por los bienes, o impelido por los males. Esto se hace diariamente, mientras predicados los premios celestiales, se permite a los réprobos ensañarse contra los electos, para que si descuidados nos negamos a salir hacia la tierra de la promesa llamados, seamos al menos impelidos por las presiones que se ensañan, y este Egipto, a saber la vida presente, que nos oprimió

halagándonos, nos ayude oprimiéndonos; y la que mientras nos fomentó, nos trituró con el yugo de la servidumbre, muestre el camino de la libertad mientras nos tortura. Esta es ciertamente la causa por la que se permite que los justos sean afligidos por los injustos, para que a saber, mientras oyen los bienes futuros que deseen, padezcan también los males presentes que aborrezcan, y para que hacia una salida más fácil el amor provoque, y el tormento impela. De donde Eliú, prosiguiendo esos mismos trabajos de los electos bajo las opresiones de los réprobos, dice:

CAPÍTULO XIV.

JOB 35, 9.---Por la multitud de calumniadores clamarán, y aullarán por la fuerza del brazo de los tiranos.

22. Pejores son quienes con malos ejemplos nos despojan de las virtudes, que quienes de los bienes exteriores.---Calumniadores podemos llamar rectamente a todos los inicuos, no solo a los que arrebatan los bienes exteriores, sino también a los que con sus malas costumbres y con el ejemplo de una vida réproba, se esfuerzan por disipar nuestros bienes internos. Aquellos, en efecto, ambicionan invadir lo que tenemos fuera, pero estos buscan depredarnos por dentro. Pues aquellos por amor a las cosas, estos no cesan de ensañarse por odio a las virtudes. Pues aquellos envidian lo que tenemos, estos lo que vivimos. Pues aquellos se esmeran en arrebatar los bienes exteriores porque les agradan; estos se afanan por disipar los bienes interiores porque les desagra-

dan. Por tanto, cuanto la vida de las costumbres dista de la substancia de las cosas, tanto más grave calumniador es quien, obrando mal a nuestra vista, infiere fuerza a nuestras costumbres, que quien, oprimiendo violentamente, inflige daños a las cosas. Este nada restó de nuestro sustento, pero nos puso ejemplos de perdición. Por tanto, tanto más grave calumnia infirió, cuanto que conmovió hacia la tentación un corazón tranquilo. El cual, aunque de ningún modo nos persuadió a las obras de su acción, sin embargo nos infligió la lucha de la tentación. Sostenemos, pues, una grave calumnia de su vida, porque a saber padecemos por dentro lo que vencemos con trabajo. Y porque en este mundo abunda la vida de los malos que torture, rectamente se dice: Por la multitud de calumniadores clamarán.

23. Unos persuaden a los vicios, otros los mandan y obligan a ellos con fuerza tiránica.---Pero porque a veces se esmeran en extorsionar con fuerzas desenfrenadas lo que no pueden persuadir con palabras, aptamente se añade: Y aullarán por la fuerza del brazo de los tiranos. Pues quienquiera que nos impele a vivir mal con su propio ejemplo, todavía usa contra nosotros la voz del calumniador; pero quienquiera que persuadiendo al pecado desea también aterrarnos, ya se ensaña contra nosotros con el brazo de la tiranía. Pues una cosa es persuadir a los vicios viviendo, otra mandarlos aterrando. Mientras, pues, vemos ejemplos de mala acción, como si todavía oyéramos el estrépito del calumniador; pero cuando

somos obligados a pecar por la fuerza, ya sostenemos al tirano en el corazón.

24. Sin embargo, las mentes de los electos resisten sus conatos. Se debe ir a Dios no solo por lo suave, sino también por lo áspero.---Pero las mentes de los robustos, fijadas inamoviblemente en Dios, tanto más desprecian esas cosas cuanto ven que crecen contra los preceptos del Fundador. Pues esperando los premios de la eternidad, toman fuerzas de las adversidades, porque al crecer la lucha no dudan que les aguarda una victoria más gloriosa. Y así los deseos de los electos mientras son oprimidos, aprovechan con la adversidad, como el fuego es oprimido por el soplo para que crezca; y de donde se ve como que se extingue, de allí se robustece. Pues en eso mostramos con cuánta codicia ardemos hacia el Señor, si no solo pasamos hacia Él por lo tranquilo y suave, sino también por lo áspero y duro. Pues de aquí el profeta dice: Quien perfeccionó mis pies como de ciervos (Sal 17, 34 [Vulg. 18, 34]). Pues el ciervo, cuando asciende las cimas de los montes, todo lo que ve áspero, todo lo que se le ofrece ligado con zarzas, lo transgrede dando un salto, y sin ningún obstáculo para su carrera se eleva a lo superior. Así también las mentes de los electos, todo lo que ven que se les opone y sale al encuentro en este mundo, lo trascienden con el salto de la contemplación, y al modo de los ciervos, despreciadas las zarzas de las cosas terrenas, se elevan hacia lo celestial. De aquí de nuevo dice: Y en mi Dios transgrediré el muro (Ibid. 30 [31]). Pues muro es todo lo que se opone a nuestro

camino, para que no se pase hacia Aquel que es amado. Pero transgredimos el muro cuando, por amor de la patria celestial, pisoteamos todo lo que en este mundo haya sido opuesto. De aquí, por el mismo Profeta, dice el Señor al alma que lucha: Te oí en lo escondido de la tempestad, te probé en las aguas de la contradicción (Sal 80, 8 [Vulg. 81, 7]). Pues lo escondido de la tempestad es cuando en el corazón contrito se hinchan las olas de los pensamientos tentadores, cuando contra los estudios del amor santo se estrellan los tumultos de los cuidados seculares. En lo escondido, pues, de la tempestad es oído, porque el clamor del que suplica es esta misma fluctuación de la tribulación. Pero porque no faltan del todo quienes se esfuercen por persuadir cosas perversas a quienes buscan lo bueno, las aguas de la contradicción son los pueblos que resisten. Y porque entonces se prueba el deseo cuando se le resiste con alguna adversidad, rectamente se dice: Te probé en las aguas de la contradicción. Con estos esfuerzos de las virtudes, por tanto, los robustos aprovechan con la adversidad, pero los enfermos a menudo languidecen en sus deseos, si algunas cosas les son opuestas desde el lado contrario, y cuando son golpeados con una válida tribulación, desfallecen por la pusilanimidad. De donde Eliú, lanzando oprobios de pusilanimidad contra el bienaventurado Job, habiendo premisado las opresiones de los malos, de inmediato prosigue las pusilanimidades de los enfermos, diciendo:

CAPÍTULO XV.

JOB 35, 10.---Y no dijo: ¿Dónde está Dios que me hizo?

25. Quien se quiebra por la tentación no piensa seriamente en la providencia de Dios.---Es costumbre de la sagrada Escritura pasar súbitamente del número singular al plural, y del plural a menudo volverse al singular. De donde Eliú, al decir: Clamarán y aullarán, de ningún modo añadió: No dijeron ¿dónde está Dios?; sino: No dijo ¿dónde está Dios? Pues viniendo del número plural al singular, pasó súbitamente a la persona de cada uno de los enfermos, tal vez porque cada uno reconoce mejor lo que oye decir singularmente de ellos, para que cada cual vuelva a su corazón, y reprenda en sí mismo esto que se dice de cada uno. Mantuvo, pues, el número singular diciendo: Y no dijo, ¿Dónde está Dios que me hizo? Pues quienquiera que se quiebra por la tribulación de las adversidades, mínimamente contempla por quién fue hecho. Pues quien hizo lo que no era, no desampara lo que hizo sin gobierno; y quien benignamente formó al hombre, de ningún modo permite que sea torturado injustamente; ni deja perecer descuidado lo que es, quien creó incluso lo que no fue para que fuese. Cuando, pues, requerimos la causa de nuestra tribulación, y tal vez la encontramos más tarde, existe esta consideración: que nada padezcamos injustamente, porque si por autoría de Dios somos quienes no fuimos, por gobierno de Dios

no somos afligidos injustamente quienes somos. Sigue:

CAPÍTULO XVI.

JOB 35, 10. --- Que da cantos en la noche.

26. Para que no seamos vencidos, Dios sazona las tribulaciones con la consolación. --- El canto en la noche es la alegría en la tribulación, porque aunque somos afligidos por las presiones de la temporalidad, sin embargo, ya nos alegramos por la esperanza de la eternidad. Pablo predicaba cantos en la noche, diciendo: Gozosos en la esperanza, sufridos en la tribulación (Rom 12, 12). David había tomado un canto en la noche, quien decía: Tú eres mi refugio de la presión que me ha rodeado, mi exultación, redímeme de los que me rodean (Sal 31, 7 [Vulg. 32, 7]). He aquí que llama a la presión 'noche', y sin embargo llama a su libertador 'exultación' entre las angustias. Por fuera ciertamente era de noche por el rodeo de la presión, pero por dentro resonaban cantos por el consuelo de la alegría. Pues porque no podemos volver a los gozos eternos sino a través de los detrimentos temporales, toda la intención de la sagrada Escritura es que la esperanza de la alegría permanente nos corrobore entre estas adversidades transitorias. De donde también el profeta Ezequiel testifica haber recibido un libro en el que estaban escritas lamentaciones, un canto y un ay (Ez 2, 9). ¿Qué pues se figura por este libro sino los divinos elocuios (divina eloquia)? Los cuales, porque nos prescriben lágrimas y lutos, se relatan como lamentaciones escritas en él.

También contienen un canto y un ay, porque de tal modo predican el gozo por la esperanza, que sin embargo mencionan presiones y angustias en el presente. Contienen un canto y un ay, porque aunque allí deseamos cosas dulces, primero es necesario que aquí toleremos cosas amargas. El Señor predicaba un canto y un ay a los discípulos cuando decía: Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz; en el mundo tendréis presión (Jn 16, 33). Como si dijera abiertamente: Haya para vosotros en mí, interiormente, lo que os recree consolándoos, porque habrá en el mundo, exteriormente, lo que os oprima gravemente ensañándose. Porque, pues, cada enfermo cuando es oprimido, se fatiga por la excesiva pusilanimidad de la esperanza del gozo, y mientras tolera por fuera las adversidades, olvida por dentro aquello en lo que se gozaba, bien se dice: No dijo: ¿Dónde está Dios que me hizo, que dio cantos en la noche? Pues si dijera estas cosas, templaría la fuerza que padece; y por esto, porque buscaría dentro lo que ha de permanecer, no estimaría que aquello que sostiene por fuera como transitorio fuera intolerable. Sigue:

CAPÍTULO XVII.

JOB 35, 11. --- Que nos enseña sobre los jumentos de la tierra, y sobre las aves del cielo nos instruye.

27. Dios nos enseña a precavernos de los placeres de la carne y de la elación del espíritu. --- Los jumentos de la tierra son quienes, por el uso de la vida carnal, buscan lo ínfimo; pero las aves

del cielo son quienes, por el estudio de la soberbia curiosidad, escudriñan lo sublime. Aquellos, viviendo, se deponen por debajo de lo que son; estos, inquiriendo, se elevan por encima de lo que pueden. A aquellos los derriba la voluntad de la carne en lo ínfimo; a estos los erige la libido de la curiosidad (libido curiositatis) como en lo superior. A aquellos se les dice por la sagrada elocuencia (sacra eloquia): No queráis ser como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento (Sal 31, 9 [Vulg. 32, 9]); el soberbio trabajo de estos es increpado cuando se dice: No busques lo más alto para ti, ni escudriñes lo más fuerte que tú (Eclo 3, 22 [Vulg. 3, 22]). A aquellos se les dice: Mortificad vuestros miembros que están sobre la tierra: fornicación, inmundicia, libido, mala concupiscencia (Col 3, 5); a estos se les dice: Nadie os engañe por la filosofía y la vana falacia (Col 2, 8). Dios, pues, nos enseña sobre los jumentos de la tierra y las aves del cielo, porque mientras reconocemos lo que somos, ni la enfermedad de la carne nos derriba, ni el espíritu de soberbia nos eleva; ni fluyendo somos sometidos a lo ínfimo, ni ensoberbeciéndonos somos inflamados por lo sublime. Pues quien cae por la carne, es postrado por el apetito de los jumentos; pero quien es ensalzado en la mente, al modo de las aves es sublimado como por la pluma de la levedad.

28. La soberbia es el seminario de la lujuria. La carne sumerge a quienes la soberbia ciencia eleva. Justamente la mente pierde el dominio de la carne si se niega a servir a Dios. --- Pero si se atiende vigilantemente a que se mantenga tanto

la humildad de la mente como la castimonia de la carne, pronto conocemos que lo uno es custodiado por lo otro. Pues para muchos a menudo la soberbia fue el seminario de la lujuria, porque mientras el espíritu los erigía como hacia lo alto, la carne los sumergía en lo ínfimo. Pues estos primero son elevados en secreto, pero después caen públicamente, porque mientras se inflan por los movimientos ocultos del corazón, caen por los lapsos abiertos del cuerpo. Así, así los elados habían de ser heridos por justa retribución, para que, porque ensoberbeciéndose se prefieren a los hombres, luxuriando sean devueltos hasta la semejanza de los jumentos. Pues el hombre, cuando estaba en honor, no entendió; fue comparado con los jumentos insipientes, y se hizo semejante a ellos (Sal 48, 13 [Vulg. 49, 12]). Pues como la pluma de la ciencia los había elevado a lo alto, de quienes Pablo decía esto mismo que también arriba adujimos: Porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; sino que se desvanecieron en sus pensamientos (Rom 1, 21). Pero cómo decidieron en la voluntad de los jumentos, o más que de los jumentos, añadió diciendo: Los entregó Dios a los deseos de su corazón, a la inmundicia (Ibid. 24). He aquí que la carne sumergió a quienes la soberbia ciencia elevó, y del vuelo de las aves cayeron por el apetito más allá de los jumentos; y de allí fueron postrados debajo de sí, de donde parecían ir sobre sí. Se debe cuidar, pues, y con toda custodia se ha de guardar la mente del tumor de la soberbia. Pues no pasan ante los ojos

de Dios vacíos nuestros pensamientos; y ningún momento de tiempo pasa por el alma sin el estado de retribución. Ve, pues, Dios por dentro lo que eleva la mente, y por eso permite que prevalezca por fuera lo que la deponte. Por dentro se extollía primero lo que por fuera después sería herido por la corrupción de la lujuria. Sigue, pues, a la culpa oculta la percusión abierta, para que por los males exteriores se castiguen los interiores, y caiga públicamente el corazón que latente se hinchaba. De aquí, por cierto, se dice por Oseas contra los israelitas: El espíritu de fornicación está en medio de ellos, y no conocieron al Señor (Os 5, 4). El cual, para mostrar que la causa de la libido prorrumpió de la culpa de la elación, luego añadió diciendo: Y responderá la arrogancia de Israel en su cara (Ibid. 5). Como si dijera: La culpa que latía en lo oculto por la elación de la mente, respondió en lo abierto por la lujuria de la carne. Por tanto, por la custodia de la humildad se ha de guardar la limpieza de la castidad. Si enim pie spiritus sub Deo premitur, caro illicite super spiritum non levatur. Pues el espíritu tiene el dominio de la carne encomendado a sí, si sin embargo reconoce bajo el Señor los derechos de la legítima servidumbre. Pues si ensoberbeciéndose desprecia a su autor, de derecho recibe también la batalla de la carne sujeta. De donde también aquel primer inobediente, tan pronto como pecó ensoberbeciéndose, cubrió las partes vergonzosas (Gen 3, 7). Pues porque el espíritu infirió contumelia a Dios, pronto encontró la contumelia de la carne. Y porque no quiso estar sujeto a su autor, perdió

el derecho de la carne sujeta que regía, para que en sí mismo, por cierto, redundara la confusión de su inobediencia, y vencido aprendiera lo que elado había perdido.

29. Si descuidamos la humildad del corazón, Dios desprecia la integridad de la carne. --- Ninguno, pues, después de que haya comenzado a apetecer lo celestial, si es postrado por el placer de la carne, se juzgue vencido entonces cuando es abiertamente superado. Pues si en su mayor parte el virus de la libido nace de la raíz de la elación, ya entonces venció la carne cuando el espíritu latente se hinchó: ya entonces el alma, por el origen de la culpa, cayó en la petulancia de los jumentos cuando, ensalzándose al modo de las aves, voló más allá de lo que debió. De aquí es, pues, que la larga continencia de pronto se disuelve; de aquí que, en su mayor parte, incluso hasta la vejez la virginidad guardada se vicia. Pues porque se descuida la humildad del corazón, el recto Juez desprecia incluso la integridad del cuerpo; y a veces, por el mal abierto, anuncia a los réprobos, a quienes hacía tiempo toleraba como réprobos en lo oculto. Pues quien perdió súbitamente un bien guardado por mucho tiempo, tuvo dentro de sí otro mal del cual brotó de pronto otro por el que existió ajeno a Dios omnipotente incluso entonces cuando mostraba adherirse a Él por la limpieza del cuerpo. Porque, por tanto, la elación de la mente conduce a la polución de la carne, el corazón de los réprobos es sumergido del vuelo de las aves a la petulancia de los jumentos. Pero los varones santos, para no ser devueltos por el

apetito bestial a la vorágine de la lujuria, custodian solícitamente los pensamientos de la mente del vuelo de la soberbia; y para no caer en lo ínfimo desipiendo, oprimen humildemente todo lo que saben sublimemente. Rectamente, pues, se dice: Que nos enseña sobre los jumentos de la tierra, y sobre las aves del cielo nos instruye. Sobrentiende: esto también no lo dijo [el enfermo].

30. En las adversidades desfallecemos porque no sabemos usar las prósperas moderadamente. --- Esto, pues, que antecede a los jumentos y a las aves, dice él [Eliú] que no se recuerda en la tribulación; como si dijera: Cada enfermo por eso de ningún modo se corrobora en la perturbación, porque tampoco en la tranquilidad se templa; y por eso no sabe tolerar las adversidades, porque constituido en las prósperas no supo con el pensamiento oprimirse del vuelo de las aves, ni elevar los movimientos carnales de la glotonería de los jumentos. Pero esto se dice al bienaventurado Job tanto más inconvenientemente cuanto que su vida es maravillosamente templada entre lo alto y lo ínfimo. Lo cual ciertamente puede entenderse también de otro modo: Que nos enseña sobre los jumentos de la tierra, y sobre las aves del cielo nos instruye. Pues así como con el vocablo de jumentos se significa la vida de los hombres todavía sujetos a los movimientos de la carne, así con la apelación de aves se figura la elación de los espíritus soberbios, de modo que por los jumentos se designen los hombres terrenos, y por las aves los demonios (daemonia). De donde, cuando el Señor decía que las semillas habían caído

junto al camino, añade: Vinieron las aves del cielo y las comieron (Mt 13, 4), sin duda significando por las aves las potestades aéreas.

31. Mientras los santos se sujetan a Dios, superan y desprecian todo lo transitorio. --- Pero los varones santos, porque ni apetecen los ínfimos ejemplos de los hombres, ni de nuevo son engañados por la sutileza demoníaca, crecen por la virtud de la instrucción tanto sobre los jumentos de la tierra como sobre las aves del cielo. Pues sobre los jumentos de la tierra son enseñados, porque desprecian todo lo que en lo ínfimo puede ser ambicionado. Sobre las aves del cielo también son instruidos, porque comprenden todas las insidias de los espíritus inmundos. Sobre los jumentos de la tierra son enseñados, porque nada buscan en esta vida que pasa. Sobre las aves del cielo son instruidos, porque ya pisan con los méritos de su vida las potestades aéreas, que todavía toleran por la enfermedad de la carne. Pablo ya había sido enseñado sobre los jumentos de la tierra, diciendo: Pues muchos andan. Y un poco después: Cuyo fin es la perdición, cuyo dios es el vientre, y su gloria en su confusión, que gustan lo terreno. Nuestra conversación, empero, en los cielos está (Fil 3, 18-20). Y de nuevo se sabía instruido sobre las aves del cielo cuando decía: ¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles? (1 Cor 6, 3). Veía bajo sí a los jumentos, porque puesto todavía en la tierra pisaba las costumbres de los hombres que conversan en lo ínfimo. Y de nuevo el vuelo de las aves lo había trascendido por la dignidad de sus méritos, porque no ignoraba que

él, que habría de entrar en lo celestial, juzgaría a los ángeles. En aquellos pisaba lo ínfimo de los inmundos, en estos lo sumo de los soberbios. Las mentes, por cierto, de los santos desprecian todo lo transitorio, y contemplan cómo cae bajo ellas todo lo que ensoberbece, todo lo que pasa; y como constituidas en una cierta cima de las cosas, tanto ven que todo les está sujeto cuanto más verdaderamente se sujetan ellas mismas al autor de todo; y de allí trascienden todo, de donde se postran al creador de todas las cosas con verdadera humildad. Diga, pues: Que nos enseña sobre los jumentos de la tierra, y sobre las aves del cielo nos instruye. Como si dijera: El enfermo vencido por la pusilanimidad no dijo estas cosas, y por eso lo hirió la adversidad de la tentación, porque en el tiempo de la tranquilidad nada de estas cosas transeúntes superó con perfección alguna. Pues no horrorizaría las adversidades de esta vida, si por el mérito de la perfección hubiera pisado también las cosas secundas. Sigue:

CAPÍTULO XVIII.

JOB 35, 12. --- Allí clamarán, y no oirá, por la soberbia de los malos.

32. Los justos son permitidos ser oprimidos para que sean purgados, y para que la maldad de los opresores se consuma. --- 'Allí', a saber, en la tribulación, como por el contrario se escribió del gozo: Los hijos de tus siervos habitarán allí (Sal 101, 29 [Vulg. 102, 28]). Pero parece incierto si dice: Por la soberbia de los malos no oirá; o: por la soberbia de los malos clamarán. Pero puede

entenderse mejor si se refieren más bien como no siendo oídos por la soberbia de los malos, que como clamando. Pues que claman por la soberbia de los malos ya se dijo arriba, en aquel verso donde se dice: Por la multitud de los violentos clamarán. Algo, pues, se nos insinúa en este verso que se atienda un poco más sutilmente, porque a menudo algunos oprimidos, mientras claman, merecen ciertamente por sí ser oídos, pero sin embargo sus deseos se difieren por la soberbia de los que oprimen. Pues el Dios justo tanto permite que los suyos sean oprimidos temporalmente, como que la malicia de los violentos se aumente inicuamente, para que mientras la vida de aquellos se desgasta en la purgación, la maldad de estos se consuma.

Pero en su mayor parte sucede que los justos, sorprendidos en la tribulación, perciben el consuelo celestial incluso temporalmente, el cual sin embargo no imploran para un fin temporal. Pues desean ser salvados no por sí mismos, sino por la salvación de sus adversarios, para que mientras Dios omnipotente los libra de inmensos peligros por un cierto milagro, su virtud se haga conocer incluso a los mismos perseguidores; y de allí redima a sus adversarios para la eternidad, de donde salva a los suyos temporalmente, como el Profeta también, tomando la voz de los mártires, dice: Líbrame por mis enemigos (Sal 68, 19 [Vulg. 69, 18]). Como si dijera: No deseo ciertamente ser librado de la tribulación temporal por mí, pero sin embargo deseo ser librado por mis adversarios, para que mientras se ve mi vida salvada

maravillosamente, por la misma visión de los milagros se convierta la dureza de mis enemigos. Así, pues, como el Señor a menudo libra la vida de los suyos temporalmente para la conversión de los enemigos, así a menudo no oye las voces de los suyos por la condenación de los perseguidores, para que ciertamente de allí acumulen su reato, de donde se alegran inicuamente de haber prevalecido. Pues quienes desprecian lo invisible, pueden conmoverse a veces por milagros visibles. Pero por eso en su mayor parte nada admirable se hace visiblemente con los justos, porque sus adversarios no merecen ser iluminados invisiblemente. Dígase, pues: Allí clamarán, y no oirá, por la soberbia de los malos. Como si dijera: El reato de los opresores prohíbe oír las voces de los oprimidos. Ni son librados visiblemente los justos, porque no merecen ser salvados invisiblemente los injustos. De donde de nuevo se dice por el Profeta: Cuando viere morir a los sabios, al mismo tiempo el insipiente y el estulto perecerán (Sal 48, 11 [Vulg. 49, 10]). Pues a quienes ven morir visiblemente, no creen que puedan vivir invisiblemente; y con eso acumulan el reato de su infidelidad, con lo cual, vista la muerte de los fieles, desesperan de la eternidad. Por tanto, los violentos desfallecen tanto peor cuanto que prevalecen exteriormente contra la vida de los inocentes; y tanto más los arroja de sí la íntima Verdad, cuanto que les permite poder lo que quieren temporalmente contra los suyos.

33. La pena más grave de los malos es la prosperidad. Es indicio manifiesto de reprobación. ---

Quienquiera, pues, que persigue la vida de los buenos, entonces es condenado con peor venganza (ultio), cuando ninguna adversidad se le resiste; y entonces está sujeto a los peligros de una ira más fuerte, cuando realiza prósperamente lo que inicuamente codició, porque a saber la venganza (vindicta) del juicio celestial lo desamparó al reservarlo para los suplicios futuros, a quien aquí desdeñó oponérsele en el mal. Pues de aquí dice el Señor por el Profeta: Los solté según los deseos de su corazón, e irán en sus voluntades (Sal 80, 13 [Vulg. 81, 12]). De aquí de nuevo se dice: No está la vara de Dios sobre ellos (Job 21, 9). De aquí también se escribió de su misma cabeza: Hará y prosperará (Dan 8, 12). De aquí de nuevo se dice del mismo: Y el dolo será dirigido en su mano (Dan 8, 25). Pues en la mano del Anticristo se dirige el dolo, porque en aquello que se propuso cumplir contra los buenos temporalmente, por ninguna adversidad es impedido. De aquí de nuevo se dice por Salomón: La prosperidad de los estultos los perderá (Prov 1, 32). Es, pues, indicio manifiesto de perdición cuando a las iniquidades afectuadas favorece el efecto subsiguiente, y ninguna contrariedad impide lo que la mente perversa concibió. Pues a menudo, mientras se retardan los votos de los hombres malvados, se cambian; y mientras sienten la dificultad de la perfección, reconocen el reato de la mala acción; y aquello a lo que primero invitados se oponían, queriendo después aquello que habían concebido, se oponen. Porque, pues, a los malos cuando los desampara el Señor les permite prevalecer, y de donde la maldad de los

soberbios se perfecciona, de allí la longanimidad (longanimitas) de los humildes se consuma, dígase rectamente: Allí clamarán, y no oirá, por la soberbia de los malos. Sigue:

CAPÍTULO XIX.

JOB 35, 13. --- Pues no en vano oirá Dios, y el Omnipotente las causas de cada uno mirará.

34. Los deseos de los santos tanto más acumuladamente son oídos cuanto más tarde. --- Se ha de notar que son dos cosas dichas, porque tanto oye al que clama no en vano, como sin embargo mira lo que padece, y disimula oír las voces, y lo que cada uno tolera no lo ignora. Ninguno, pues, que es oído más tarde, crea que es descuidado por el cuidado celestial. Pues a menudo nuestros deseos, porque no se hacen velozmente, son oídos; y lo que pedimos que se cumpla concisamente, por la misma tardanza mejor se prospera. A menudo nuestra voz se perfecciona en aquello en que se difiere; y cuando superficialmente la petición se descuida, nuestros votos se cumplen más profundamente en la raíz de los pensamientos: como también las semillas de las mieses, oprimidas por el hielo, se consolidan; y cuanto más tarde salen a la superficie, tanto más multiplicadas surgen para el fruto. Nuestros deseos, pues, se extienden por la dilación para que aprovechen; aprovechan, para que se fortalezcan para aquello que han de recibir; se ejercitan en el certamen, para que se acumulen con mayores premios en la retribución; se prolonga el trabajo de la lucha para que crezca la corona de la victoria. El Señor, pues, cuando no

oye velozmente a los suyos, los atrae por donde se cree que los repele. Pues es un médico (medicus) interno, y corta los contagios de los pecados en nosotros que reprueba por estar en la médula, quita el virus de la podredumbre con el hierro de la tribulación; y por cuanto disimula oír las voces del enfermo, por tanto procura el fin de la enfermedad. De aquí, pues, dice el Profeta: Dios mío, clamaré por el día, y no oirás; y de noche, y no para insipiencia mía (Sal 21, 3 [Vulg. 22, 2]). Como si dijera: De ningún modo me aprovecha para insipiencia el que día y noche clamando yo no me oigas continuamente, porque de donde me dejas como en la tribulación temporal, de allí me instruyes más para la sabiduría eterna. De aquí también dice: Ayudador en las oportunidades, en la tribulación (Sal 9, 10 [Vulg. 9, 9]). Habiendo de decir tribulación, premisó las oportunidades, porque a menudo somos quebrantados por la tribulación, y sin embargo no es oportuno todavía que seamos ayudados para el deseo de la liberación. Dígase, pues: Pues no en vano oirá Dios, y el Omnipotente las causas de cada uno mirará. Pero porque en su mayor parte algunos se quiebran incluso por la misma tardanza del auxilio, aptamente añade:

CAPÍTULO XX.

JOB 35, 14. --- Incluso cuando dijeres: No considera; juzga ante Él, y espéralo.

35. Al irrumpir la tormenta de la desesperación, se deben recordar a la memoria los beneficios de Dios. --- Pues tal vez mientras nuestro

clamor es como descuidado, la esperanza que estaba en el corazón se debilita; y creemos que los auxilios celestiales habrán de faltar porque los impetramos más tarde; y gemimos porque casi son inconsultas para Dios las cosas que toleramos sin venganza. Pero cuando esta tormenta de la desesperación nos conturba, la mente sacudida más pronto se coloca en el puerto de la esperanza si pesa sus causas sutilmente con el Señor, si evoca a la memoria sus beneficios, si no excusa astutamente ante sí misma los males que devolvió a sus beneficios, si pondera lo que de Él justamente mereció y lo que misericordiosamente recibió, si discute vivazmente su vida, si examinando ante los ojos de Dios todo lo que hace no se oculta a sí misma, si recuerda que fue hecha cuando no era, si reconoce que fue iluminada y sublimada cuando yacía en las tinieblas. Recogiendo, pues, todas estas cosas en sí misma, mientras considera los beneficios aceptados, no acusa las adversidades que tolera; ni se quiebra por la desesperación la que se robustece con el consuelo de tantos dones, porque recibe esperanza sobre lo futuro mientras reconoce los beneficios pasados. Diga, pues: Incluso cuando dijeres: No considera; juzga ante Él, y espéralo. Como si dijera: Cuando por esta razón no se cree que Dios considera, porque tarde se compadece, entra en lo íntimo de la cogitación, y allí ante sus ojos recibe el juicio de tu causa; y discierne qué cosas tú mismo conferiste viviendo, o qué cosas misericordiosamente percibiste; y entonces vuelves a la confianza de la esperanza, mientras te avergüenzas de los

beneficios de tanta benignidad, para que entre las adversidades esperes confiadamente a quien incluso tras los delitos recuerdas propicio. Pues se debían esperar los auxilios celestiales, incluso si ningún beneficio hubiera precedido. Y se ha de saber que Dios no desprecia inicuamente al hombre a quien benignamente creó.

36. Quien considera los dones pasados, no desespere de los futuros. --- Se ha de ponderar, pues, de cuánto peligro es ver los dones pasados y desesperar de los futuros; de cuánto peligro es si en esta tormenta de las tribulaciones nos quiebra el naufragio de la desesperación, a nosotros que estamos ligados como por inmensas sogas al puerto de la esperanza por los dones pasados. Dígase, pues, rectamente: Juzga ante Él, y espéralo. Pues quien no se juzga a sí mismo ante Dios, no lo espera mientras es afligido. Pues quien disimula que los beneficios de aquel han precedido, desespera de que los auxilios puedan seguir; y cuando se olvida de lo pasado, también es defraudado de la largueza de lo subsiguiente. Pero he aquí que mientras somos afligidos, mientras sostenemos longánimamente la gracia de la consolación, los malos prorrumpen en cosas peores, y tanto aprovechan por la exageración de la iniquidad cuanto se les deja sin el azote. Y sin embargo el Omnipotente espera misericordiosamente a los que pecan, concede tiempo para la penitencia, el cual para los no convertidos lo vuelve para testimonio de un reato más grave; pacientemente retiene la ira, la cual en algún momento derramará irrevocablemente. De donde aptamente se añade:

CAPÍTULO XXI.

JOB 35, 15. --- Pues ahora no infiere su furor, ni venga mucho el crimen.

37. Dios aquí por mucho tiempo tolera a quienes ha de condenar para siempre. --- Por mucho tiempo, pues, Dios tolera a quien condena perpetuamente; y disimula inferir el furor ahora, porque lo reserva para ser derramado sin fin en lo futuro. Pues es de los electos ser quebrantados aquí, para que deban ser instruidos para los premios de la herencia eterna. Es nuestro recibir aquí los azotes, por los cuales se reserva el gozarse de la eternidad. Pues de aquí está escrito: Azota a todo hijo que recibe (Heb 12, 6). De aquí se dice a Juan: Yo a los que amo los reprendo y castigo (Apoc 3, 19). De aquí Pedro dice: Es tiempo de que comience el juicio por la casa de Dios (1 Pe 4, 17). Donde de inmediato añade admirándose: Si empero primero por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no creen al Evangelio de Dios? (Ibid.). De ningún modo la severidad divina permite que los pecados queden sin castigo, sino que la ira del juicio comienza aquí por nuestra corrección, para que descanse en la condenación de los réprobos. Vayan, pues, ahora los réprobos, y consuman los deseos de sus placeres con la iniquidad impune; y en eso no sientan los azotes temporales, por lo cual los esperan los suplicios eternos. Bien, empero, fue significada la maldad impune de ellos por Cam pecando, a quien se dice por su padre: Maldito sea Canaán el niño, siervo será de sus hermanos (Gen 9, 25). Canaán, a saber, el hijo

de Cam. ¿Y qué es que pecando Cam, Canaán su hijo recibe la sentencia de la venganza? ¿Qué es que no en sí, sino en la posteridad es herido, sino que las maldades de los réprobos aprovechan aquí ciertamente impunes, pero en lo futuro son heridas? Dígase, pues: Pues ahora no infiere su furor, ni venga mucho el crimen.

38. Sin embargo, a veces comienza a herirlos en esta vida. --- Se ha de notar ciertamente lo que añadió: 'Mucho' (valde), porque aunque tolera algunas cosas longánimamente, sin embargo, azota algunas incluso en esta vida, y aquí no pocas veces comienza a herir lo que consuma con la condenación eterna. Por tanto, tanto hiere algunas cosas como deja algunas impunes, porque si nada cercenara, ¿quién creería que Dios cuida de las cosas humanas? Y de nuevo, si aquí hiriera todas las cosas, ¿de dónde restaría el juicio extremo? Algunas cosas, pues, son heridas para que temamos la solicitud de nuestro Rector sobre nosotros; otras, en cambio, se guardan impunes para que sintamos que todavía resta el juicio. Bien, pues, se dice: Ni venga mucho el crimen, porque mientras se hiere algo pequeño de la iniquidad, ya se propina a las mentes inconversas la sentencia del juicio eterno.

39. Una cosa es decir lo recto, otra decirlo rectamente. --- Todo esto, pues, es dicho por Eliú como recto, si se dijera rectamente. Pues sabe lo que debe hablar, pero ignora a quién habla. Pues son verdaderas las cosas que dijo, pero ajenas a las increpaciones del bienaventurado Job, porque tanto no necesitó esta corrección cuanto que ni

pecó por alguna pusilanimidad. Pero porque la elación de los soberbios suele ser ocasión de virtudes para los varones justos, se actúa con el bienaventurado Job por un juicio oculto, para que después de los azotes de las penas crezca incluso por las palabras de los arrogantes. He aquí, pues, que tanto más es despreciado por el ministro de la soberbia cuanto por la Verdad maestra es el mismo interiormente confortado. Pues Eliú, después de que conoció haber dicho tantas cosas fuertes, abrió qué elación gestaba, y despreció al bienaventurado Job sintiendo cosas altas de sí mismo, diciendo:

CAPÍTULO XXII.

VERS. 16.---Por tanto, Job abre su boca en vano, y multiplica las palabras sin ciencia.

40. Los vicios de los soberbios son la locuacidad y la impaciencia de oír.---Infiriendo esto sin duda, asevera que el bienaventurado Job tanto no supo nada como dijo muchas cosas; y cuando él mismo infiere lo que siente locuazmente, acusa a este del vicio de la locuacidad. Pero también esto suele ser un vicio propio de los arrogantes: que crean que son pocas las cosas que ellos mismos han dicho muchas veces, y crean que son muchas las que se les dicen a ellos pocas veces. Pues porque siempre quieren decir lo suyo, no pueden oír lo ajeno; piensan que padecen violencia si no derraman más inmoderadamente las cosas que sienten inmoderadamente. And aunque el bienaventurado Job calló ante sus palabras, Eliú, sin embargo, del habla de aquel, con la cual

había respondido a sus amigos, encontró causa de invectiva, para poder exhibirse más ampliamente su silencio, y para responder él mismo muchas cosas, confirma que aquel multiplicó las palabras. Pues tanto pronto da comienzo a los inicios de una locución prolija; y como si todavía nada hubiera dicho, intenta comenzar. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO XXIII

[Vet. XX, Rec. XVIII].

CAP. XXXVI, VERS. 1, 2.---Añadiendo también Eliú, habló también estas cosas: Sopórtame un poco, e indicaré para ti.

41. Miden su doctrina por el multiloquio. Mientras se ostentan, fingen hablar por Dios.---Muchas cosas ya había dicho, y espera ser soportado todavía un poco, porque evidentemente los arrogantes juzgan que padecen un grave daño si constriñen su ciencia por la brevedad del habla. Pues tanto creen mostrarse ellos mismos más doctos cuanto más hubieren podido abrirse por la multiplicidad de la locuacidad. Pero porque a menudo sienten que no se les difiere la reverencia del silencio, insinúan a veces la potencia del Señor de quien casi hablan, y bajo el pretexto de aquel exigen para sí el silencio que mínimamente merecen; y mientras por la apariencia presentan a Dios, exigiendo para sí el oído por la reverencia de aquel, se esmeran más en mostrarse a sí mismos que en predicar los hechos de aquel. Por lo cual

también Eliú subjunta, diciendo: IBID.---Pues todavía tengo qué hablar por Dios.

831 Pero porque a veces los doctores santos repiten con frecuencia si dicen algunas cosas más oscuramente, para que infundan en los corazones de los oyentes con esta voz de reiteración las cosas que predican ocultas, frecuentemente los arrogantes apetecen imitar esto también, e insolentemente replican las cosas que han dicho, no porque apetezcan insinuar las cosas en los corazones de los oyentes, sino porque quieren parecer elocuentes ante el juicio de ellos. Por lo cual Eliú, subjuntando, dice: VERS. 3.---Repetiré mi ciencia desde el principio. Pero porque nombrada la ciencia, el tumor del corazón se había aclarado en la voz; el arrogante se conoce abiertamente si no es encubierto más pronto por algún velo. Por lo cual pronto, en la ocultación de su arrogancia, subinfiriendo la justicia del Señor, dice: IBID.---Y probaré justo a mi hacedor. Para que mientras habla casi por la justicia de Dios, se excuse ante los juicios humanos lo que sea que fluye arrogantemente. Sigue:

CAPÍTULO XXIV.

VERS. 4.---Pues verdaderamente mis palabras son sin mentira.

42. No teniendo testimonio de Dios, lo buscan de los hombres.---Cuando ven que no pueden ser entendidos por los oyentes débiles, suelen frecuentemente incluso los justos alabar las cosas buenas que dicen, no porque ellos mismos anhelen sus propias alabanzas, sino para que en-

ciendan a sus oyentes a la solicitud de oír, para que mientras son proferidas por la voz de aquellos, sean arrebatadas por un afecto más ardiente desde los corazones de estos. Por lo cual Pablo, habiendo dicho cosas admirables y muchas a los corintios, añadió: Nuestra boca está abierta para vosotros, oh corintios, nuestro corazón se ha ensanchado (2 Cor. 6:11). Pero los arrogantes, mientras desconocen el corazón de los buenos, y a veces imitan solo las voces, ensalzan alabando las cosas que dicen, no porque les desagrade el torpor de los oyentes, sino porque se agradan anhelantemente a sí mismos. Imitando la voz de los justos simulan, pero ignoran la fuerza de la voz. Ven lo que los justos profieren, pero no saben lo que requieren. Pues cuando los santos doctores exaltan la alabanza de la predicación, levantan los corazones de los oyentes como con la mano de la voz desde los pensamientos más profundos, para que, sacudidos velozmente, ocurran como en el camino a los dichos siguientes y los constriñan con tanto abrazo de inteligencia cuanto los habían amado incluso casi antes de verlos en la voz del que alababa. Pero estas cosas, como dije, los arrogantes las ignoran. Pues porque está fuera lo que apetecen, no pueden sentir qué sea lo deseable por dentro. Pues de la Iglesia de los electos está escrito: Toda la gloria de la hija del rey está en lo interior (Sal. 44, 14). Y se refiere que las vírgenes sabias llevan aceite en sus vasijas (Mat. 25, 4). Por lo cual también se dice por la voz de los santos: Nuestra gloria es esta, el testimonio de nuestra conciencia (2 Cor. 1, 12). Pero los arro-

gantes, porque no tienen ante Dios el testimonio de su conciencia, buscan ante los hombres el testimonio de la voz ajena; el cual, cuando lo encuentran tarde, ellos mismos irrumpen incluso en la impudencia de su propio favor. Pues si no encuentran las voces de los hombres, que esperan anhelantemente, ellos mismos predican su ciencia alabándola. Por lo cual también Eliú añade, diciendo:

CAPÍTULO XXV.

IBID.---Y la ciencia perfecta será probada para ti.

43. La elación del corazón, aunque oculta, es inexcusable; cuánto más la que irrumpe por fuera con las palabras.---Sin duda sintió que iba a decir cosas grandes, pero con el corazón hinchado no pudo callar esto que de sí mismo estimó sublimemente: y por eso se anticipó alabando lo que sintió recto: porque ya ciertamente sería reo ante el juicio divino, si al menos callando hubiera sentido cosas grandes de sí mismo. Pues ante el sutil examen de la verdad no estamos del todo seguros, aunque no tengamos ante el juicio 832 humano lo que deba ser reprendido en nosotros. Pues frecuentemente, pensando más negligentemente, somos pulsados por la elación, la cual sin embargo, callando, reprimimos. Pero si por una retractación excitada el tumor oculto no es sofocado en el mismo lecho del corazón en que nace, ante el Juez estrecho se extingue todo mérito de nuestra acción. De aquí, pues, se ha de ponderar con cuánta animadversión será condenada aque-

lla elación del corazón que se nutre hasta la audacia de la voz, si ni siquiera esta es excusable que nace latentemente en el corazón. Se ha de considerar también qué tal reina por dentro la que hasta tal punto fue guardada, que ni siquiera se avergüenza de irrumpir hacia fuera. Eliú, pues, porque sintió cosas grandes, no supo templarse a sí mismo humildemente, mantuvo la celsitud de la ciencia, rechazó la gracia de la humildad; y mientras sigue el bien por el cual apeteció hablar bien, perdió el bien por el cual hubiera podido vivir bien. Pues la ciencia hincha, pero la caridad edifica (1 Cor. 8, 1). Pero diga ya ahora lo recto, lo cual sin embargo ignora cómo decir rectamente. Pues después que exhaló los pensamientos hinchados del ánimo por medio de palabras de elación, añadió una fuerte sentencia, diciendo:

CAPÍTULO XXVI

[Vet. XXI, Rec. XIX].

VERS. 5.---Dios no desecha a los potentes, siendo que él mismo también es potente.

44. La potencia temporal, aunque buena, está expuesta a la tentación de la elación. Quien ve que puede más que los demás, fácilmente cree que sabe más. Este es semejante a Satanás.---En el uso de la vida mortal algunas cosas son nocivas por sí mismas, otras en cambio por aquellas cosas que versan en torno a ellas. Por sí mismas algunas cosas son nocivas, como los pecados y los flagicios. Otras, en cambio, a veces nos dañan por aquellas cosas que están en torno a ellas,

como la potencia temporal o la unión conyugal. Pues bueno es el matrimonio, pero malos son los males que en torno a él crecen por el cuidado de este mundo. Por lo cual Pablo dice: Pero el que está con mujer piensa en las cosas que son del mundo, cómo agradar a su mujer (1 Cor. 7, 33). Por lo cual también, persuadiendo a algunos cosas mejores, los retrae del matrimonio, diciendo: Pero esto digo no para echaros un lazo, sino para lo que es honesto, y que brinde la facultad de rogar al Señor sin impedimento (Ibíd., 35). Mientras, pues, se mantiene lo que no daña, de las cosas puestas al lado se comete frecuentemente lo que daña; como a menudo recorremos un camino recto y limpio, y sin embargo, nacidas zarzas junto al camino, somos retenidos por las vestiduras. En el camino limpio ciertamente no tropezamos, pero de lado nace por lo que seamos punzados. Grande es también la potencia temporal, que tiene ante Dios su mérito por la buena administración del régimen; sin embargo, a veces por eso mismo en que preemina a los demás, se hincha por la elación del pensamiento; y mientras todo subyace al uso, mientras los mandatos se cumplen velozmente según el deseo, mientras todos los súbditos ensalzan con alabanzas si algunas cosas se han hecho bien, pero no contradicen con ninguna autoridad las mal hechas, mientras frecuentemente alaban incluso lo que debieron increpar, seducido por estas cosas que están puestas debajo, el ánimo se eleva sobre sí mismo; y mientras fuera es rodeado por inmenso favor, dentro es vaciado de la verdad; y olvidado

de sí mismo, se esparce en las voces ajenas; y se cree tal cual oye fuera, no tal cual debió discernirse por dentro; desprecia a los súbditos, y no los reconoce como iguales a sí por el orden de la naturaleza; y a quienes excedió por la suerte de la potencia, cree haberlos trascendido también por los méritos de la vida; estima que sabe más que todos, a quienes ve que puede más. Pues se constituye en una cierta cumbre ante sí mismo; y el que está constreñido por una condición de naturaleza igual a los demás, 833 desdeña mirar a los otros de igual a igual; y así es llevado hasta la semejanza de aquel de quien está escrito: Todo lo sublime ve, y él mismo es rey sobre todos los hijos de la soberbia (Job 41, 25). And de cuyo cuerpo se dice: Generación cuyos ojos son excelsos, y sus párpados levantados a lo alto (Prov. 30, 13). A su semejanza es llevado el que, apeteciendo una cumbre singular y despreciando la vida social de los ángeles, dice: Ascenderé sobre la altura de las nubes; seré semejante al Altísimo (Is. 14, 14). Por un admirable juicio, pues, encuentra por dentro el hoyo de la deyección, mientras fuera se ensalza en la cumbre de la potencia. Pues se hace semejante al ángel apóstata, mientras el hombre desdeña ser semejante a los hombres. Así Saúl, desde el mérito de la humildad, creció hasta el tumor de la soberbia por la cumbre de la potencia. ¿Acaso cuando eras pequeño ante tus ojos, no te constituí cabeza en las tribus de Israel (1 Rey. 15, 17)? Pequeño se había visto ante la potencia, pero, apoyado en la potencia temporal, ya no se veía pequeño. Pues prefiriéndose por la compara-

ción de los demás, juzgaba que él era grande ante sí mismo. Pero de modo admirable, cuando era pequeño ante sí, era grande ante el Señor; pero cuando fue grande ante sí, fue pequeño ante el Señor. El Señor prohíbe que seamos grandes ante nosotros por el profeta diciendo: Ay de los que sois sabios ante vuestros ojos, y prudentes ante vosotros mismos (Is. 5, 21). Para que no debamos ser grandes ante nosotros, Pablo, amonestando, dice: No queráis ser prudentes ante vosotros mismos (Rom. 12, 15). Frecuentemente, pues, mientras el ánimo se infla por la afluencia de los súbditos, se corrompe en el lujo de la soberbia por el mismo fastigio de la potencia que lo lisonjea.

45. La potestad legítima es la que se eleva sobre las culpas, no sobre los hombres. Ejemplo de San Pedro y San Pablo.---Pero una cosa es que algunos bienes no sean tales, y otra es no saber poseer bien los bienes. Pues buena es en su orden la potencia, pero necesita de la vida cauta del que rige. Por tanto, bien la ejerce quien supiere tanto retenerla como impugnarla. Bien la ejerce quien sabe elevarse por ella sobre las culpas, y sabe con ella componerse en igualdad con los demás. Pues la mente humana frecuentemente se ensalza incluso cuando no se apoya en ninguna potencia; ¿cuánto más se eleva a lo alto cuando también se le junta la potencia? Y sin embargo se prepara con apta ejecución para corregir los vicios de los demás. Por lo cual también se dice por Pablo: Pues es ministro de Dios, vengador para la ira contra el que obra el mal (Rom. 13, 4). [Vet. XXII.] Cuando, pues, se asume el minis-

terio de la potencia temporal, se ha de vigilar con sumo cuidado, para que cada uno sepa tanto tomar de ella lo que ayuda como expugnar lo que tienta; y verse a sí mismo con ella igual a los demás, y sin embargo anteponerse con celo de venganza a los que pecan. Discreción que conocemos más plenamente si vemos también los ejemplos de la potestad eclesiástica. Pues Pedro, por autoría de Dios, ostentando el principado de la Iglesia, rechazó ser venerado inmoderadamente por Cornelio que obraba bien y se le postraba humildemente, y se reconoció a sí mismo semejante a aquel, diciendo: Levántate, no lo hagas, que yo mismo también soy hombre (Hech. 10, 26). Pero cuando encontró la culpa de Ananías y Safira, pronto mostró cuánta potencia había crecido sobre los demás (Hech. 5, 5 y sig.). Pues con la palabra hirió la vida de ellos, la cual detectó con el espíritu escrutador; y se recordó a sí mismo supremo dentro de la Iglesia contra los pecados, lo cual, habiéndosele dispensado un honor vehemente, no reconoció ante los hermanos que obraban bien. Allí la santidad de la acción mereció la comunión de la igualdad, 834 aquí el celo de la venganza abrió el derecho de la potestad. Pablo no sabía que él estaba antepuesto a los hermanos que obraban bien, cuando decía: No porque nos señoreemos de vuestra fe, sino que somos ayudantes de vuestro gozo (2 Cor. 1, 23). Y al punto añadió: Pues por la fe estáis firmes. Como si dijera: Por eso no nos señoreemos de vuestra fe, porque por la fe estáis firmes. Pues somos iguales a vosotros donde conocemos que estáis

firmes. Casi no sabía que estaba antepuesto a los hermanos cuando decía: Nos hicimos pequeños en medio de vosotros (1 Tes. 2, 7), y: Nosotros, en cambio, siervos vuestros por Jesucristo (2 Cor. 4, 5). Pero cuando encontró la culpa que debiera haber sido corregida, al punto recordó que él era maestro, diciendo: ¿Qué queréis? ¿iré a vosotros con vara (1 Cor. 4, 21)?

46. Los prelados, mientras castigan las culpas por derecho de potestad, reconózcanse iguales a aquellos que son corregidos por la custodia de la humildad. Incluso postpónganse a ellos mismos ante estos, y por qué.---El lugar supremo, por tanto, se rige bien cuando el que preside domina a los vicios más que a los hermanos. Pues la naturaleza engendró a todos iguales; pero para que unos sean encomendados a otros para regir, no es la naturaleza, sino la culpa la que los pospone. A los vicios, pues, deben los rectores elevarse, por cuya causa también son antepuestos; y cuando corrigen a los delincuentes, atiendan solícitamente para que por la disciplina ciertamente hieran las culpas por derecho de potestad, pero por la custodia de la humildad se reconozcan iguales a los mismos hermanos que son corregidos. Aunque frecuentemente también es digno que prefiramos a los mismos que corregimos con tácito pensamiento. Pues los vicios de aquellos son heridos por nosotros con el vigor de la disciplina; en cambio, en las cosas que nosotros mismos cometemos, ni siquiera somos lacerados por la invectiva de una palabra de nadie. Tanto más obligados estamos, pues, ante el Señor, cuanto

ante los hombres pecamos impunemente. [Vet. XXIII.] Pero nuestra disciplina vuelve a los súbditos tanto más libres ante el juicio divino cuanto aquí no abandona sus culpas sin vindicación. Se ha de guardar, pues, la humildad en el corazón, y la disciplina en la obra. Y entre estas cosas se ha de intuir solícitamente que, mientras se custodia inmoderadamente la virtud de la humildad, no se suelten los derechos del régimen; y mientras cada prelado se abate más de lo que conviene, no pueda estrechar la vida de los súbditos bajo el vínculo de la disciplina. Mantengamos, pues, exteriormente lo que asumimos para utilidad de los demás; mantengamos interiormente lo que sentimos sobre nuestra estimación. Pero, sin embargo, brotando decentemente algunos signos, no ignoren ellos mismos, los que nos han sido encomendados, que somos tales ante nosotros, para que vean en nuestra autoridad lo que teman, y reconozcan en nuestra humildad lo que imiten. Pero, preservada la autoridad del régimen, volvamos a nuestro corazón sin cesar, y consideremos asiduamente que somos creados de igual manera que los demás, no que somos antepuestos temporalmente a los demás. Pues la potestad, cuanto más descuella exteriormente, tanto más debe ser reprimida interiormente, para que no venza al pensamiento, para que no arrebate el ánimo al deleite de sí mismo, para que ya la mente no pueda regirla bajo sí, a la cual se somete por la libido de dominar.

47. Ejemplo de la potestad administrada humildemente en David.---David sabía regir bien

la potencia del reino, él que vencía la elación de la misma potencia reprimiéndose a sí mismo, diciendo: Señor, no se ha exaltado mi corazón (Sal. 130, 1). Sin duda, para aumento de su humildad, añadió: Ni se han alzado mis ojos. Y añadió: Ni anduve en cosas grandes. Ni en cosas admirables sobre mí. Y agotando también todos sus pensamientos desde el fondo del corazón, 835 añade diciendo: Si no sentía humildemente, sino que exalté mi alma. He aquí que replica con frecuencia la hostia de la humildad ofrecida desde lo íntimo del corazón, y no cesa de ofrecerla una y otra vez confesándola; y hablándola múltiplemente, la ostenta ante los ojos de su Juez. ¿Qué es esto? ¿Y cómo había conocido que este sacrificio agradaba a Dios, el cual inmolaba en su presencia con tanta reiteración de voz, sino porque la soberbia suele estar vecina a los potentes, y casi siempre la elación se asocia a las cosas afluentes, porque también a menudo la abundancia de humor da dureza de tumor?

[Vet. XXIV.] 48. Rara sociedad de la humildad y la potestad.---Es ciertamente muy admirable cuando en los corazones de los sublimes reina la humildad de las costumbres. Por lo cual se ha de ponderar que todos los potentes, cuando saben humildemente, alcanzan la cumbre de una virtud extraña y como puesta lejos, y rectamente placan al Señor cuanto antes con esta virtud, porque le ofrecen humildemente aquel sacrificio que los potentes apenas pueden encontrar. Pues es sutilísima arte de vivir el mantener la cumbre, reprimir la gloria; estar ciertamente en la poten-

cia, pero no saberse a sí mismo potente; reconocerse potente para otorgar bienes, e ignorar todo lo que poderosamente puede para devolver cosas nocivas. Rectamente, pues, se dice de tales: Dios no desecha a los potentes, siendo que él mismo también es potente. Pues desea imitar a Dios quien administra el fastigio de la potencia atento a las utilidades ajenas, y no elado por sus propias alabanzas, quien antepuesto a los demás apetece serles de provecho, no presidirles. Pues la elación del tumor, no el orden de la potestad, está en el crimen. Dios otorgó la potencia, pero la malicia de nuestra mente inventó la elación de la potencia. Quitemos, pues, lo que de lo nuestro aportamos, y son buenas las cosas que poseemos por la largueza de Dios. Porque de ningún modo la justa potencia, sino la acción depravada es condenada, aptamente se subjunta:

CAPÍTULO XXVII

[Rec. XX].

VERS. 6.---Pero no salva a los impíos, y otorga juicio a los pobres.

49. Dios condena la soberbia de la potestad, no su celsitud.---La Sagrada Escritura suele frecuentemente llamar pobres a los humildes. Por lo cual en el Evangelio son nombrados con la adición de espíritu, cuando se dice: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. 5, 3). Pues porque las riquezas muestran visiblemente a los potentes, son pobres ante sí mismos quienes no están elados en sus con-

ciencias. Mas llama impíos a aquellos que o están disjuntos de la piedad de la fe, o en aquello que fielmente creen se contradicen con depravadas costumbres. Porque, pues, el Dios omnipotente condena la soberbia de la malicia, no la celsitud de la potencia, después que se dijo: Dios no desecha a los potentes, siendo que él mismo también es potente, rectamente se subjunta: Pero no salva a los impíos, y otorga juicio a los pobres. Esto es, destruye a los elados, pero vuelve libres a los humildes por el juicio. O ciertamente otorga juicio a los pobres, porque estos que ahora son inicuamente oprimidos, ellos mismos vienen entonces como jueces sobre sus opresores.

50. De los réprobos unos son juzgados, otros no son juzgados.---Pues son dos partes, a saber, la de los electos y la de los réprobos. Pero en cada una de esas mismas partes se contienen dos órdenes. Pues unos son juzgados y perecen, otros no son juzgados y perecen. Unos son juzgados y reinan, otros no son juzgados y 836 reinan. Son juzgados y perecen aquellos a quienes se dice por la exclamación del Señor: Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui huésped, y no me recogisteis; desnudo, y no me cubristeis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis (Mat. 25, 42, 43). A los cuales se antepone: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles (Ibíd., 41). Mas otros en el juicio extremo no son juzgados y perecen, de los cuales dice el Profeta: No resurgirán los impíos en el juicio (Sal. 1, 5). Y de los cuales dice el Señor: El que en cambio

no cree, ya está juzgado (Jn. 3, 18). Y de los cuales dice Pablo: Quienes sin ley pecaron, sin ley perecerán (Rom. 2, 12). Resurgirán, pues, también todos los infieles, pero para el tormento, no para el juicio. Pues su causa no se discute entonces, porque acceden a la presencia del Juez estrecho ya con la condenación de su propia infidelidad. Mas a los que retienen la profesión de la fe, pero no tienen las obras de la profesión, los convencen para que perezcan. Mas quienes ni siquiera los sacramentos de la fe mantuvieron, no oyen la increpación del Juez en el examen extremo, porque, prejuzgados por las tinieblas de su propia infidelidad, no merecen ser convencidos por la invectiva de aquel a quien habían despreciado. Aquellos al menos oyen las palabras del Juez, porque al menos mantuvieron las palabras de su fe. Estos en su propia condenación ni perciben las palabras del Juez eterno, porque ni siquiera hasta la palabra quisieron guardar la reverencia de él. Aquellos perecen legalmente, porque puestos bajo la ley pecaron; a estos en su perdición nada se les dice de la ley porque nada de la ley intentaron tener. [Vet. XXV.] Pues un príncipe que rige una república terrena, castiga de un modo al ciudadano que delinque internamente, y de otro modo al enemigo que se rebela externamente. En aquel consulta sus derechos, y lo adjudica bajo palabras de digna invectiva; mas contra el enemigo mueve guerras, ejerce instrumentos de perdición, y retribuye dignos tormentos de su malicia, pero no requiere qué tenga la ley sobre el mal de aquel. Pues ni es necesario que sea destruido

por la ley quien nunca pudo ser retenido por la ley. Así, pues, en el juicio extremo tanto lo hiere a aquel la invectiva legal, él que de lo que mantuvo por profesión declinó por la acción; como este es destruido sin la invectiva del juicio, él que no es retenido por la ley de la fe.

51. De los electos también unos se someten al juicio, otros no, sino que se sientan como jueces.---Pues de la parte de los electos unos son juzgados y reinan, ellos que limpian las manchas de la vida con lágrimas, ellos que, redimiendo los males precedentes con los hechos subsiguientes, cubren ante los ojos del Juez cualquier cosa ilícita que alguna vez hicieron mediante la superposición de limosnas. A los cuales el Juez, viniendo, dice a los que están a la derecha: Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui huésped, y me recogisteis; desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel estuve, y vinisteis a mí (Mat. 25, 35). A los cuales antepone, diciendo: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros desde la constitución del mundo (Ibíd., 34). Mas otros no son juzgados y reinan, ellos que incluso trascienden los preceptos de la ley por la perfección de las virtudes, porque de ningún modo están contentos con cumplir solo esto que la ley divina prescribe a todos, sino que por un deseo más excelente apetecen exhibir más de lo que pudieron oír en los preceptos generales. A los cuales se dice por la voz del Señor: Vosotros que dejasteis todas las cosas y me seguisteis, cuando se siente el Hijo del hombre 837 en la sede de

su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mat. 19, 28). Y de los cuales dice el profeta: El Señor vendrá al juicio con los ancianos de su pueblo (Is. 3, 14). Y de los cuales Salomón, cuando hablaba del esposo de la santa Iglesia, infirió diciendo: Noble en las puertas su varón, cuando se siente con los senadores de la tierra (Prov. 31, 23). Estos, pues, en el juicio extremo no son juzgados y reinan, porque con su autor vienen también como jueces. Pues dejando todas las cosas cumplieron con más pronta devoción de lo que oyeron mandarse generalmente. Pues por una especial orden a unos pocos más perfectos, y no generalmente a todos, se dice esto que oyó el adolescente rico: Ve y vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo, y ven y sígueme (Mat. 19, 21). Pues si bajo este precepto una orden general obligara a todos, ciertamente sería culpa el que nosotros poseyéramos algo de este mundo. Pero una cosa es lo que por la sagrada Escritura se prescribe a todos generalmente, y otra lo que se manda especialmente a los más perfectos. Estos, pues, rectamente no son tenidos bajo el juicio general, ellos que también vencieron los preceptos generales viviendo. Pues así como no son juzgados y perecen quienes, persuadiéndoles la perfidia, desprecian ser retenidos por la ley, así no son juzgados y reinan quienes, persuadiéndoles la piedad, incluso aprovechan más allá de los preceptos generales de la ley divina. De aquí es que Pablo, trascendiendo incluso los preceptos especiales, exhibió más con la obra de lo que

recibió por la institución de la permisión (1 Tes. 2, 7). Pues habiendo recibido que predicando el Evangelio viviera del Evangelio, tanto confirió el Evangelio a los que lo oían, como sin embargo rechazó ser sustentado por los gastos del Evangelio. ¿Por qué, pues, este ha de ser juzgado para que reine, él que recibió menos que guardar, pero encontró más con que vivir? Dígase, pues, rectamente: Otorga juicio a los pobres, porque cuanto en este mundo fueron despreciados con gran humildad, tanto entonces, recibidos sus asientos, crecen en una mayor cumbre de potestad. Por lo cual también sigue:

CAPÍTULO XXVIII

[Rec. XXI].

VERS. 7.---No apartará del justo sus ojos, y coloca a los reyes en el trono para siempre, y allí son ensalzados.

52. Dios entonces mira más a los justos, cuando son afligidos injustamente.---Pues tal vez se cree que el Señor ha apartado de los justos sus ojos, porque aquí son lacerados por las crueldades de los injustos sin vindicación; pero entonces mira más a sus siervos, cuando la maldad del perseguidor los aflige injustamente. Pues viendo lo que aquí toleran humildemente, sin duda ya prevé lo que allí les recompensará misericordiosamente. No aparta, pues, del justo sus ojos. He aquí que este gime humildemente, aquel se enorgullece y florece malvadamente. Este contrita su corazón, aquel se ensalza por la gloria de la

iniquidad. ¿Cuál de estos, pues, está lejos de las miradas divinas: el que padeció la injusticia, o el que la infligió a los que la sufrían; el que mantuvo la gracia suprema entre las tinieblas del pesar, o el que entre los gozos exteriores perdió interiormente la luz de la justicia?

53. Por qué los santos son llamados reyes en la Sagrada Escritura. Que los santos se sienten en el trono con Cristo es juzgar por la potestad de Él.--- Pero bien son llamados reyes los varones santos por el testimonio de la Sagrada Escritura, porque, antepuestos a todos los movimientos de la carne, ahora frenan el apetito de la lujuria, 838 ahora templan el ardor de la avaricia, ahora inclinan la gloria de la elación, ahora abruman la sugestión de la envidia, ahora extinguen el fuego del furor. Son reyes, pues, porque han sabido no sucumbir a los movimientos de sus tentaciones no consintiendo, sino presidir gobernando. Porque, por tanto, pasan de esta potestad de régimen a la potestad de retribución, dígase rectamente: Coloca a los reyes en el trono para siempre. Pues gobernándose a sí mismos, se fatigaron por un tiempo, pero son colocados para siempre en el trono de la eterna exaltación del reino; y allí reciben el juzgar a otros dignamente en la medida en que aquí no saben perdonarse a sí mismos malvadamente. Pues de aquí se dice en otro lugar: Hasta que la justicia se convierta en juicio (Sal. 93, 15). Pablo dice de sí mismo y de sus consortes: Para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él (2 Cor. 5, 21). La justicia, pues, se convierte en juicio, porque aquellos que ahora viven justa e

irreprochablemente, obtienen entonces la potencia de juzgar. De aquí dice el Señor a la Iglesia de Laodicea: Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo también vencí, y me senté con mi Padre en su trono (Apoc. 3, 21). El Señor, venciendo, afirma haberse sentado en el trono con el Padre, porque tras los certámenes de la pasión, tras la palma de la resurrección, indicó más claramente a todos que era igual a la potestad del Padre, y se dio a conocer como no dispar a Él, pisoteado el aguijón de la muerte. Por lo cual también dice a María, que aún no creía que fuera semejante al Padre: No me toques, porque aún no he subido al Padre (Jn. 20, 17). Para nosotros, sentarse en el trono del Hijo es juzgar por la potestad del mismo Hijo. Pues porque percibimos el principado del juicio por la virtud de Él, residimos como en su trono. Ni aborrece de la verdad el que en otro lugar testifique que los discípulos han de venir sobre doce tronos (Mat. 19, 28), mientras que aquí afirma que han de estar sentados en su trono. Pues por los doce tronos se muestra el juicio universal, pero por el trono del Hijo la singular cumbre de la potestad judiciaria. Esto, pues, se designa por los doce tronos, lo que se designa por el único trono del Hijo, porque a saber el juicio universal se percibe por la intervención de nuestro Mediador. Dígase, pues: Coloca a los reyes en el trono para siempre.

54. La sesión de los santos es eterna. Primero humillados, serán ensalzados.---Pero aptamente añadiendo para siempre, insinúa abiertamente lo que dice. Pues si hablara del trono de un reino

terreno, de ningún modo habría añadido para siempre, porque quienes lo arrebatan, de cierto no son colocados en él para siempre, sino temporalmente. Pero bien añadió: Y allí son ensalzados. Como si insinuara a la intención del oyente, diciendo: Porque aquí han sido humillados, allí son ensalzados. Pues para los varones santos este es el lugar de la humildad, para que aquel sea el de la celsitud. Por lo cual en otro lugar está escrito: Los humillaste en el lugar de la aflicción (Sal. 43, 20). Pues el lugar de la aflicción es la vida presente. Aquellos, pues, que tienden a la patria eterna, ahora se desprecian a sí mismos temporalmente en el lugar de la aflicción, para que entonces en el lugar del gozo sean verazmente sublimados. Sigue:

CAPÍTULO XXIX

[Rec. XXII].

VERS. 8, 9. Y si estuvieren en cadenas, y fueren atados con sogas de pobreza, les indicará sus obras, y sus crímenes, porque fueron violentos.

55. Los santos se consideran estar ligados con cadenas mientras viven aquí.---Las cadenas de la obligación son la misma retención 839 de la peregrinación todavía. Pablo se había visto ligado con estas cadenas cuando decía: Teniendo deseo de ser disuelto, y de estar con Cristo (Flp. 1, 23). Se veía atado con las sogas de la pobreza cuando, contemplando las verdaderas riquezas, también las pedía para sus discípulos, diciendo: Para que sepáis cuál es la esperanza de su vocación, cuáles

las riquezas de la gloria de su herencia en los santos (Ef. 1, 18).

Pero bien se añade después de esto: Les indicará sus obras, y sus crímenes, porque fueron violentos. Pues cuando, amando más, conocemos la gloria suprema, entonces sentimos que los males que hicimos fueron más graves. Por lo cual también Pablo, tras la gracia percibida de las cosas supremas, conocía que aquellas cosas que había creído que eran en él estudios de virtudes, eran ya crímenes, diciendo: Que antes fui blasfemo, y perseguidor, e injurioso; pero alcancé misericordia, porque ignorando lo hice en la incredulidad (1 Tim. 1, 13). O ciertamente: Pero las cosas que para mí eran ganancias, las he juzgado como pérdidas por Cristo (Flp. 3, 7). Por lo cual también se añade aptamente:

CAPÍTULO XXX.

VERS. 10. Revelará también el oído de ellos, para corregirlos; y hablará, para que se vuelvan de la iniquidad.

56. Por el amor de la gloria celestial se hacen más graves los pecados antes perpetrados.---Revelar el oído de la iniquidad es abrir el intelecto del conocimiento. Pues cada uno es corregido, revelado el oído, cuando percibe intrínsecamente el deseo de los bienes eternos, y reconoce qué males perpetró extrínsecamente.

Pero en las cadenas y sogas de la pobreza puede entenderse también la pena de la aflicción temporal, porque a menudo quienes no oyen las palabras del que manda, son amonestados por

los azotes del que hiere, para que al menos las penas atraigan a los buenos deseos a quienes los premios no invitan. Por lo cual se dice por el Profeta: Con camu y freno constriñe las mandíbulas de ellos, que no se aproximan a ti (Sal. 31, 9). Pero si también desprecian los flagelos, consta sin duda que tanto más graves suplicios de vindicación sentirán allí, cuanto más aquí pisan la gracia de una mayor providencia. Por lo cual también sigue:

CAPÍTULO XXXI.

VERS. 11, 12. Si oyeren y observaren, cumplirán sus días en el bien, y sus años en la gloria. Mas si no oyeren, pasarán por la espada, y serán consumidos por la estulticia.

57. Cuán severamente han de ser castigados quienes ni por los flagelos son cohibidos de sus costumbres perdidas.---Por el bien se designa la recta acción, mas por la gloria la retribución suprema. Quienes, pues, se esmeran en obedecer los preceptos celestiales, cumplen sus días en el bien, sus años en la gloria, porque llevan a cabo tanto el curso del tiempo presente en la obra recta, como su consumación en la feliz retribución. Mas si no oyeren, pasarán por la espada, y serán consumidos por la estulticia, porque tanto la vindicación los hiere en la tribulación, como el fin los concluye en la fatuidad. Pues hay algunos a quienes ni los tormentos reprimen de sus costumbres perdidas. De los cuales se dice por el profeta: Los heriste y no se dolieron; los flagelaste, y rehusaron recibir la disciplina (Jer. 5, 3). Y

de los cuales se dice bajo la especie de Babilonia: Curamos a Babilonia, y no ha sanado (Jer. 51, 9). De los cuales de nuevo se dice: Interfecí y perdí a mi pueblo, y sin embargo de sus caminos no se volvieron (Jer. 15, 7). Estos a veces resultan peores por el azote, porque golpeados por los dolores, o resultan más duros por contumaz pertinacia, o, lo que es peor, prorrumpen incluso en la exasperación de la blasfemia. Bien, pues, se dice que pasan por la espada, y por la estulticia son consumidos, porque los pecados que debieran 840 haber enmendado con flagelos, con flagelos los exageran. Y ya aquí sienten las penas de la percusión, y allá no escapan a los suplicios de la justa retribución. Pues es fatuidad de la estulticia el que de tal modo los obligue la iniquidad, que ni la pena los reprima de la culpa. Sigue:

CAPÍTULO XXXII

[Rec. XXIII].

VERS. 13. Los simuladores y los callidos provocan la ira de Dios.

58. La imagen del simulador callido.---Habiendo dicho simuladores, aptamente subraya y callidos, porque a menos que sean callidos por el ingenio, no pueden simular congruentemente lo que apetecen que se vea. Pues hay algunos vicios que incluso por los más tardos de sentido son perpetrados fácilmente. Pues hincharse por la elación, jadear por los ardores de la avaricia, sucumbir a la lujuria que pulsa, incluso cualquiera de sentidos obtusos puede; mas ejecutar la

falsedad de la simulación, no puede sino el que fuere de ingenio más sutil. Pues quienquiera que es tal, se divide a saber por una continua observación para guardar dos cosas: para que sepa callidamente tanto ocultar lo que es, como ostentar lo que no es; y reprimir los males verdaderos, y mostrar los bienes falsos; ni ensalzarse abiertamente en esto que se ve, y, para que tenga mayor gloria, a menudo simular que declina la gloria. Pues porque ante los ojos de los hombres no puede aprehenderla siguiéndola, se esmera por lo general en tener la gloria huyéndola. Estas cosas, pues, mínimamente convienen a los simples, porque si convienen, ya no son simples.

59. No solo merece, sino que provoca la ira de Dios.---Pero bien cuando decía: Los simuladores y los callidos, no añadió: merecen, sino provocan la ira de Dios. Pues merecer la ira de Dios es también pecar no sabiendo. Mas provocar es contrariar los mandatos de Aquel sabiendo; conocer el bien, pero despreciarlo; poder hacerlo, y no quererlo. Pues estos por la perpetración de la maldad se entenebrecen interiormente, y por la ostentación de la justicia son blanqueados en cuanto a la superficie. A los cuales se dice por la voz del Señor: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos a los hombres, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda suciedad; así también vosotros por fuera ciertamente aparecéis justos a los hombres, mas por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad (Mat. 23, 27). Por

fuera, pues, guardan mostrando lo que viviendo impugnan por dentro. Pero por dentro exageran pensando cosas malas, lo que por fuera ocultan superponiendo otra cosa. Ante el juez estrecho, por tanto, ya no pueden tener excusa por la ignorancia, porque mientras ante los ojos de los hombres ostentan todo modo de santidad, ellos mismos son para sí testimonio de que no ignoran el vivir bien. Dígase, pues, rectamente: Los simuladores y los callidos provocan la ira de Dios. Mas qué les siga al final, lo añade diciendo:

CAPÍTULO XXXIII.

Ibíd. Ni clamarán cuando fueren atados.

60. Incluso herido se avergüenza de confesar sus pecados.---Todo inicuo que, siendo inicuo, no apetece parecer santo, sorprendido en la percusión del flagelo, no se avergüenza de confesar que es inicuo. Mas quien, haciendo cosas inicuas, intercepta los juicios humanos sobre sí bajo especie de santidad, incluso cuando es herido con el flagelo, rehúye delatarse como inicuo, porque se acostumbró a parecer santo. Mas si alguna vez es gravemente estrechado, apenas confiesa ser inicuo en la superficie, porque se confunde al detectar sus cosas internas con una confesión veraz. Somos como libres cuando no somos castigados por ninguna corrección; mas somos atados cuando somos estrechados por el flagelo de la percusión. Atados, por tanto, 841 clamamos tanto más alto cuanto más verazmente confesamos nuestros pecados puestos en la percusión. Pues ante los oídos de Dios voz potente es la confesión

devota. Porque, por tanto, a todos los simuladores, incluso cuando los flagelos de la percusión los corrigen, no los conducen a una confesión simple (pues rehúyen ser conocidos como pecadores, porque eran tenidos como santos en la opinión de todos), aunque ya al final los flagelos los golpeen, aunque no ignoren que son llevados a los suplicios eternos, tales desean sin embargo permanecer ante los juicios humanos cuales se habían esmerado siempre en ostentarse. Sorprendidos, pues, incluso por el flagelo de la percusión extrema, porque descuidan proferir una confesión pura incluso afligidos, como atados desprecian clamar. Bien, pues, se dice: Ni clamarán cuando fueren atados.

61. Los hipócritas se consideran santos no porque lo sean, sino porque se les llama así. Engañados por vana esperanza, no se refugian en el remedio de la confesión ni siquiera en lo último. Del hombre lejos a menudo dista su corazón.--- Aunque puede entenderse también de otro modo. Pues todo el que, siendo inicuo, no teme ser llamado santo por los hombres, aunque se reprenda como inicuo en el pensamiento tácito, sin embargo, en cuanto empezara a oírse llamar santo más a menudo, pierde esto que de sí mismo tenía intrínsecamente. Pues derrama el corazón hacia fuera, y porque recibe de buen grado fuera el falso testimonio sobre sí, no requiere cuál se tenga por dentro. De donde resulta que busque los fomentos de la alabanza vacía incluso cuando falten, y olvidado de lo que es, apetezca parecer lo que no es. Por tanto, quienes son tales, mientras simulan

ser justos ante los juicios humanos, mientras ostentan ante los ojos de los que miran sus acciones dignas de alabanzas, se trata con ellos una justicia oculta, para que en aquello en que se esmeran en engañar a otros fuera, por eso mismo sean engañados ellos también sobre sí por dentro. Pues pierden todo ojo de solicita investigación sobre sí mismos. Pues disimulan tanto el discutir como el escrutar su vida, sino que se creen tales cuales se oyen llamar, y consideran que son santos no porque así vivan, sino porque así se les llama. Mas descuidan contemplar el sutil juicio de Dios y a sí mismos, porque ponen la fe de su mérito en la atestación de la boca ajena. Mas cuando son heridos por una súbita percusión, de ningún modo pueden o confesar verazmente que son inicuos, o detectarse tales cuales son, porque a saber se creyeron santos por la profesión humana. Bien, pues, se dice: Ni clamarán cuando fueren atados. Pues por vana esperanza confían presentarse ante el Juez supremo tales cuales conocen haber llegado a ser conocidos por los hombres; y los míseros no se detectan ni entre los tormentos, y mientras miran el testimonio de la falsa alabanza, pierden el remedio de la confesión verdadera. Incluso atados son llevados, y no claman, porque, superados por la importunidad de la alabanza humana, los míseros se creen santos incluso cuando mueren en sus pecados. A los cuales bien se dice por el profeta: Volved, prevaricadores, al corazón (Is. 46, 8). Pues si volvieran al corazón, no se derramarían por las palabras de la atestación exterior. Pues ¿qué hay más cercano

a nosotros que nuestro corazón?, ¿qué hay más cercano a nosotros que aquello que está dentro de nosotros? Y sin embargo, cuando se dispersa por pensamientos depravados, nuestro corazón vaga lejos de nosotros. Lejos, pues, envía el profeta al prevaricador cuando le compele a volver a su corazón, porque en la medida en que se derramó hacia fuera, apenas encuentra por dónde pueda volver a sí mismo. Mas porque la mente de los simuladores, por cuanto se divide de la única intención de la eternidad, es devastada por una inundación de pensamientos múltiples, rectamente se añade:

CAPÍTULO XXXIV.

VERSÍCULO 14.---Su alma morirá en una tormenta.

62. Los hipócritas mueren en una tormenta súbita. Pues parecían vivir como en tranquilidad, cuando se cuidaban de gozarse en la alabanza de la santidad. Pero en una tormenta súbita muere su alma, la cual se alegraba en la pésima tranquilidad de la alabanza humana. A menudo, una tormenta inesperada cambia de repente todo lo que el aire sereno halaga; y por eso el peligro no puede evitarse, porque ni siquiera pudo preverse. Por lo cual los simuladores, que descuidan la custodia de su propia vida, se dice que mueren en una tormenta. De aquí, pues, los expulsa un torbellino súbito de percusión interna, a quienes la arrogancia del favor externo ensalza; y mientras abrazan en la alabanza lo que no son, de repente encuentran en la venganza lo que son. Pues bien

se dice por Salomón: Como se prueba en el crisol la plata, y en el horno el oro, así se prueba el hombre por la boca del que lo alaba (Prov. 27, 21). Pues su propia alabanza atormenta a los justos, y ensalza a los inicuos. Pero a los justos, mientras los atormenta, los purga; a los inicuos, mientras los alegra, los muestra como réprobos. Pues estos se alimentan de su propia alabanza, porque no buscan la gloria de su Autor. Pero aquellos que buscan la gloria del Autor, son atormentados por su propia alabanza, no sea que no esté dentro lo que se dice fuera; no sea que, si está incluso lo que se dice, sea vaciado ante los ojos de Dios por los mismos favores: no sea que la alabanza humana ablande el vigor de la mente, y la prostre en el deleite de sí misma; y lo que debe ser ayuda para aumentar la obra, sea ya retribución del trabajo. Mas cuando sienten que sus propios pregones tienden a la alabanza de Dios, también los abrazan con deseo. Pues escrito está: Vean vuestras obras buenas, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mt. 5, 16). Se hacen, pues, un camino para los hombres, cada vez que muestran en sí mismos algo por lo que Dios sea conocido, porque no procuran fijar en sí mismos la alabanza humana, sino que buscan que esta pase por medio de ellos a la gloria del Autor. Mas los arrogantes prostituyen sus blandos corazones a las alabanzas humanas, porque son corrompidos por sus propios amores. De los cuales se dice en otra parte: Serán los hombres amadores de sí mismos (2 Tim. 3, 2). Y aptamente se añade aquí sobre esta corrupción de ellos:

CAPÍTULO XXXV.

IBID.---Y su vida entre los afeminados.

63. Los afeminados son los que son corrompidos por las alabanzas humanas. Pues si vivieran varonilmente, ninguna alabanza transitoria los viciaría con corrupción alguna. Por lo cual el Profeta persuade a los electos, diciendo: Ohrad varonilmente, y confórtese vuestro corazón (Sal. 30, 25). Pues al decir Ohrad varonilmente, y confórtese vuestro corazón, al punto añadió esto, como si se cuidara de proteger el sexo del corazón. Pues la mente de un lujurioso se corrompe, si se deleita en las cosas transitorias. Por tanto, la vida de los simuladores muere entre los afeminados, porque se encuentra corrompida por la lujuria de la alabanza. Mas en otra traducción no se tiene: Su vida entre los afeminados, sino: Su vida sea herida por los ángeles. Sin embargo, ambas, aunque discrepan en la palabra, concuerdan en la razón, porque los ángeles hieren la vida de los afeminados, mientras los mensajeros de la verdad la impugnan con los dardos de la santa predicación. Puesto que, pues, hemos oído qué se hace respecto a la condenación de los réprobos, oigamos qué sigue sobre la liberación de los humildes:

VERSÍCULO 15.---Librará al pobre de su angustia.

64. Los humildes, cuando mueren, son librados de la angustia. El pobre es librado de su angustia cuando cada uno de los humildes es liberado de esta aflicción de su peregrinación. Pues también es oprimido aquí por asiduas tribulacio-

nes, para que sea provocado a buscar el gozo de la verdadera consolación. De donde también sigue: IBID.---Y revelará en la tribulación su oído.

Revelar el oído en la tribulación es abrir el oído del corazón por las llagas de los azotes. Pues cuando despreciamos los preceptos, se actúa con nosotros con piadosa severidad, para que temamos los azotes. Así pues, la tribulación abre el oído del corazón, el cual a menudo cierra la prosperidad de este mundo. Pues por Salomón se dice: El apartamiento de los pequeñuelos los matará, y la prosperidad de los necios los perderá (Prov. 1, 32). Sigue:

CAPÍTULO XXXVI

[Rec. XXIV].

VERSÍCULO 16.---Por tanto, te salvará de la boca estrecha muy anchamente.

65. La costumbre del pecado es un pozo estrechísimo, del cual sola la gracia nos puede sacar. Todo el que, desertando del camino de la vida, se arroja a las tinieblas de los pecados, se sumerge a sí mismo como en un pozo o en una fosa. Pero si por una perpetración duradera es también oprimido por la costumbre de la iniquidad, de modo que ya no pueda levantarse a las cosas superiores, es como estrechado por la boca angosta del pozo. Por lo cual el profeta David ora bajo la especie de los pecadores, diciendo: No me sumerja la tempestad del agua, ni me absorba lo profundo, ni estreche sobre mí el pozo su boca (Sal. 68, 16). Pues a quien la iniquidad de la mala obra

ha movido de la buena estabilidad, como una tempestad de agua lo ha arrebatado; pero si aún no ha prevalecido por la larga costumbre, no lo ha sumergido. Ya ha caído en el pozo quien ha perpetrado lo que la ley divina prohíbe. Pero si la larga costumbre aún no lo deprime, de ningún modo el pozo ha estrechado su boca. Por tanto, sale tanto más fácilmente cuanto por menor costumbre es estrechado. De donde el profeta Jeremías, mientras contemplaba que Judea había sido abrumada por las iniquidades por larga costumbre, se deplora a sí mismo bajo su especie en sus lamentos, diciendo: Ha caído en el lago mi vida, y han puesto una piedra sobre mí (Lam. 3, 53). Pues la vida cae en el lago cuando se mancha con la mancha de la iniquidad. Mas la piedra se superpone cuando también por dura costumbre la mente es devorada en el pecado, de modo que aunque quiera levantarse, ya de algún modo no pueda, porque la mole de la mala costumbre oprime desde arriba. Pero porque está sujeta a la potencia divina, y después de la estrechez de la perversa costumbre es revocada a la amplitud de la buena acción, por eso se dice: Te salvará de la boca estrecha muy anchamente. Pues muy anchamente es salvado de la boca estrecha quien, incluso después del yugo de la iniquidad, es reducido a la libertad de la buena obra por la penitencia.

66. Cuánta angustia es querer levantarse de la opresora mala costumbre y no poder. Pues hay como una cierta angustia de la boca cerrada, el querer levantarse de la opresora mala costumbre

y no poder; tender ya ciertamente por el deseo a las cosas supremas, pero aún permanecer en las ínfimas por el acto; preceder con el corazón, y sin embargo no seguir con la obra, y padecer en sí mismo una contradicción de sí mismo. Mas cuando el alma que así tiende es ayudada por la mano de la gracia que la exalta, llega de la boca angosta a la latitud, porque, vencidas las dificultades, perfecciona las obras buenas que desea. El profeta David había contemplado la cerrazón de la boca estrecha, cuando decía: Salvaste mi alma de las necesidades, y no me encerraste en manos del enemigo (Sal. 30, 9). Y sabía que había sido salvado muy anchamente, cuando añadía, diciendo: Pusiste mis pies en lugar espacioso (Ibíd.). Pues en lugar espacioso los pies están estabilizados, cuando tanto tendemos a los bienes congruentes, como no somos impedidos por ninguna dificultad. Pues como por un lugar ancho caminamos a donde queremos, porque no somos estrechados por ninguna dificultad interpuesta.

67. Se creyó que Job había caído en este pozo inmerecidamente. Pero Eliú diría estas cosas rectamente, si su sentencia conviniera al bienaventurado Job. Pues creyó que había sido azotado por una culpa, y por eso juzgó que él había caído en la boca angosta. Pues por cuanto más válidas llagas lo veía ser afligido, por tanto peores iniquidades creía que estaba agravado, ignorando ciertamente que sus azotes eran aumento de mérito, no pena de pecado. Mas cuando confiesa que él ha caído en la boca angosta, todavía prosigue como

más anchamente en cuánta profundidad sea tenido Job, diciendo:

CAPÍTULO XXXVII

[Vet. XXXII].

IBID.---Y no teniendo fundamento debajo de sí.

68. A quien incluye el pozo estrecho de la mala costumbre, el infierno lo absorbe, y el abismo de la desesperación. Todo pecado no tiene fundamento, porque no subsiste por propia naturaleza. Pues el mal es sin substancia. El cual, sin embargo, como quiera que sea, se une en la naturaleza del bien. Por tanto, la boca angosta se dice no tener ningún fundamento debajo de sí, porque la mancha del pecado no tiene derecho propio de subsistir. Mas porque el fundamento se dice por el fondo, podemos también tomar no inconvenientemente el fundamento por el fondo, así como el oído se dice por la oreja, y sin embargo frecuentemente la oreja misma es designada con el nombre de oído. Cuando, pues, decía boca angosta, queriendo llenar la vorágine de lo profundo, añadió: Y no teniendo fundamento debajo de sí. Pues a quien arrebata la iniquidad, el infierno lo absorbe. Mas el infierno rectamente se cree no tener fondo, porque cualquiera que por él es arrebatado, es devorado en un inmenso profundo. Pues el profeta, queriendo expresar su inmensa latitud, dice: Dilató el infierno su alma, y abrió su boca sin término alguno (Is. 5, 14). Así como, pues, se dice dilatado sin término el que atrae

hacia sí a muchísimos, así se cree no incongruentemente alto sin fondo, porque a los que recibe en sí, los absorbe como en un cierto abismo de su inmensidad. Así pues, cuando decía: Te salvará de la boca estrecha muy anchamente, aptamente añadió: Y no teniendo fundamento debajo de sí. Como si dijera: De la boca angosta salvará, la cual debajo de sí no tiene fondo, pues porque por el pecado se tiende al infierno, a quien salva del pecado, lo libera de la boca angosta. Mas a quien arrebata de la boca angosta, lo retira del profundo del infierno.

69. Aunque también puede entenderse de otro modo.

Pues así como quien se sumerge en un pozo es retenido por lo profundo del pozo, así el alma que cae consistiría como en un cierto lugar del fondo, si una vez caída se retuviera en alguna medida de pecado. Pero como no puede estar contenta con el pecado en el que cae, mientras diariamente es arrojada a cosas peores, como en el pozo en que cayó no encuentra fondo donde fijarse. Pues habría fondo del pozo, si hubiera habido medida del pecado; de donde bien se dice en otra parte: El pecador cuando viniere al profundo de los males, desprecia (Prov. 18, 3). Pues disimula el volver, porque desespera de poder tener misericordia de sí mismo. Pero cuando por desesperar peca más, como que sustrae el fondo a su pozo, para no encontrar donde pueda ser retenido. Sigue:

CAPÍTULO XXXVIII.

IBID.---Mas el descanso de tu mesa estará lleno de gordura.

70. A quien la gracia arrebata, lo colma con el deleite de la saciedad interna. El descanso de la mesa es la refección de la saciedad interna; la cual se dice llena de gordura, porque se prepara en el deleite de la eterna voluptuosidad. Las viandas de esta mesa hambreaba el Profeta, cuando decía: Seré saciado cuando se manifieste tu gloria (Sal. 16, 15). Los cálices de esta mesa sedienta, diciendo: Mi alma tuvo sed de Dios vivo; ¿cuándo vendré, y apareceré ante la faz de Dios (Sal. 41, 3)? Eliú, pues, queriendo consolar los azotes temporales en el bienaventurado Job con la retribución de los bienes eternos, promete como gratuitamente de sí mismo lo que por derecho se le debía por sus méritos, diciendo: Mas el descanso de tu mesa estará lleno de gordura. Sigue:

CAPÍTULO XXXIX

[Rec. XXV].

VERSÍCULO 17.---Tu causa ha sido juzgada como la del impío, recibirás la causa y el juicio.

71. Los justos son azotados, para que sean instruidos para una mayor vigilancia. La causa de los buenos es la justicia. Cuya causa es juzgada como la del impío, porque su justicia es aquí fatigada por el azote paterno, para que sean enseñados para una más amplia vigilancia no solo por el precepto de los mandatos, sino también por la percusión de los azotes. Mas reciben la causa y el juicio, porque de aquella justicia con que ahora

viven, entonces resplandecen en la cumbre de la potestad judicial, para que tanto más poderosamente juzguen entonces todas las cosas, cuanto ahora más sutilmente son juzgadas en ellos todas las cosas. Eliú introdujo estas cosas prometiéndolas como nuevas, las cuales el bienaventurado Job siempre mantuvo establemente por el creer. Tienen ciertamente estas cosas propias todos los arrogantes, de modo que tanto exageran el mal mintiendo, como si acaso dicen algo bueno, lo proponen como algo incógnito. De donde resulta que incluso se atreven a enseñar a otros más doctos que ellos, porque a saber se piensan que ellos solos saben tales cosas. Mas cuando descienden a algunas palabras de consolación, al punto estiman que se han envilecido, y por la aspereza de una hinchada increpación como que reforman para sí una cierta índole, para que quienes parecieron haber condescendido como testigos halagadores, sean temidos por una increpación surgida de repente. De donde también pronto añadió Eliú, diciendo:

CAPÍTULO XL.

[Rec. XXVI].

VERSÍCULOS 18-21.---No te venza, pues, la ira, para que oprimas a alguno; ni la multitud de los lugares te incline. Depón tu grandeza sin tribulación, y a todos los robustos en fortaleza. No prolongues la noche, para que suban los pueblos por ellos. Guárdate de declinar a la iniquidad;

pues esta has comenzado a seguir después de la miseria.

72. Los soberbios critican todo lo que otros hacen rectamente. En la mayoría de los códices encontramos "de los dones" (donorum); pero en pocos, aunque más antiguos, encontramos "de los lugares" (locorum). Pero porque no necesita exposición si se dice: "Ni la multitud de los dones te incline", ha parecido bien exponer más bien esto que parece abrirse con alguna pequeña dificultad. Mas de cuánta elación sean estas palabras, la misma hinchazón de quien las formó lo muestra. Pero porque hemos dicho que Eliú mantiene el tipo de los arrogantes y el bienaventurado Job el de los electos, si los discernimos más sutilmente, mostramos incluso ahora dentro de la Iglesia cómo convienen a los arrogantes. Los varones santos admiran las obras ajenas incluso pequeñas, pero las suyas incluso grandes las desprecian. Mas por el contrario, los arrogantes desprecian incluso las obras grandes ajenas, y admiran las suyas aunque sean pequeñas; y frecuentemente de sus propios males estiman bienes, y de los bienes ajenos no cesan de sentir males. Pues mientras buscan su propia gloria, perniciosamente procuran que cualquier virtud que se haga por otros sea lacerada con nota de iniquidad, y vuelven el peso de la buena acción en mancha de crimen. Pues a menudo, cuando ven que los perversos son corregidos estrechamente por la Iglesia, como que se quejan de que los inocentes son afligidos injustamente, y mudan el esplendor de la disciplina de ella con la apelación

de maldad. De donde Eliú, guardando la figura de los arrogantes, dice como amonestando al bienaventurado Job: No te venza, pues, la ira, para que oprimas a alguno. Pues los arrogantes imputan a movimiento de ira todo lo que se hace por la santa Iglesia con la censura de la disciplina. Y porque por el apetito de la alabanza humana procuran siempre parecer benignos, juzgan que nadie debe ser corregido con la estrechez de la severidad. De donde también estiman que son oprimidos por los buenos rectores, como arriba se dijo, aquellos a quienes ven ser coaccionados de los vicios contra su voluntad.

73. La potestad temporal de la Iglesia en todas las partes del mundo. Esta se la echan en cara inmerecidamente los enemigos de la Iglesia. Aunque hay algunos dentro de su seno que se ensoberbecen de su propia gloria. Mas por don del Autor, porque en todas las partes del mundo la santa Iglesia ha crecido en la cumbre de la religión, esta misma potestad temporal, de la cual ella ciertamente usa bien, ellos, detrayendo, la tuercen hacia el vicio de la elación. [Rec. XXVII.] De donde Eliú añade, diciendo: Ni la multitud de los lugares te incline. Como si a la misma santa Iglesia, que conserva más la humildad en las cosas prósperas, se le dijera por la voz de los arrogantes: Porque eres venerada en todas partes con la reverencia de la fe, guárdate de ser ensalzada por las dignidades (fasces) de esa misma reverencia. Pues contemplan a algunos que bajo el pretexto de la religión se hinchan con el vicio de la elación, y lo que rectamente repren-

den en algunos, esto lo extienden injustamente al crimen de todos: de ningún modo, a saber, considerando que hay en ella quienes, sabiendo despreciar, saben perfectamente regir las cosas temporales, y amando las eternas las esperan con plenos deseos; y realizan la dispensación de la potestad recibida, y custodian el ministerio de la humildad innata, de modo que ni por causa de la humildad descuiden el cuidado del régimen asumido, ni de nuevo por ocasión del régimen la humildad se hinche en ellos. Aunque quizá haya algunos dentro de ella que no sirven a la gloria de Dios sino a la suya propia bajo el pretexto de la religión, ella sin embargo procura, o corregirlos estrechamente si puede, o, si no puede, tolerarlos con ecuanimidad; y o bien corrigiéndolos los abraza como a hijos, o bien tolerándolos es ejercitada como por enemigos. Pues sabe que por la soberbia de ellos es lacerada la vida de los justos, sabe que a su propio crimen se extiende cualquier pecado que se cometa por la depravación de tales, pero tanto menos teme sostener la nota del crimen ajeno, cuanto conoce que también su Cabeza toleró tales cosas. Pues de Él está escrito: Y fue contado con los inicuos (Mc. 15, 28). De Él de nuevo se dice: Él mismo llevó nuestras flaquezas, y Él mismo cargó con nuestros dolores (Is. 53, 4). Vayan, pues, los arrogantes, y con la estimación de los perversos muerdan la vida de los inocentes. La Iglesia de los electos sabe tolerar tanto los hechos de aquellos como las palabras de estos, sabe convertir las mentes de los perversos tolerando. Los cuales, aunque no puedan conver-

tirse, ella sin embargo sufre su ignominia con ecuanimidad. Pues considera que aprovecha para su doble premio el que sea despreciada fuera por los méritos de aquellos cuya vida es también lacerada dentro.

74. El que es ensalzado temporalmente, cae. Pero debe notarse que no dice: "Ni la multitud de los lugares te ensalce", sino que dice: "Ni la multitud de los lugares te incline". Pues todo el que es ensalzado temporalmente, por eso mismo por lo que es ensalzado es inclinado, porque mientras se erige exteriormente, cae interiormente. Eliú, pues, contemplando la caída del corazón en la elación, dice: Ni la multitud de los lugares te incline. Como si por la voz de los arrogantes se dijera a la santa Iglesia: Guárdate no sea que, si eres ensalzada por la veneración de todo el mundo, te desvíes de la intención interna. Sigue:

CAPÍTULO XLI

[Rec. XXVIII].

VERSÍCULO 19.---Depón tu grandeza sin tribulación, y a todos los robustos en fortaleza.

75. Llamados los Apóstoles y los fuertes de la Iglesia a sus premios, Dios en su lugar ha robustecido a los débiles para los combates. ¿A qué otros aceptamos como los robustos de la santa Iglesia, sino a aquellos que convalecen para vencer los deseos de este mundo tanto por comienzos sublimes como por progresos consumados? Por tanto, su grandeza consiste en la vida de sus robustos, porque entonces se vuelve más gloriosa, cuando

por la defensa de la verdad se lucha hasta la muerte por los electos de ella con constante virtud. Por tanto, los varones arrogantes, retirados de este mundo los apóstoles, retirados a las cosas supremas los mártires, porque ven que quizá faltan abundantemente prepósitos más doctos y valientes, sospechan que ellos solos han quedado dentro de la Iglesia. De donde, mientras se prefieren, se burlan de ella como aconsejándola, diciendo: Depón tu grandeza sin tribulación, y a todos los robustos en fortaleza. Como si dijeran con abiertas exprobraciones: De ningún modo confíes que tienes grandeza, porque retirados los primeros padres ya no tienes de cuya vida te gloríes. Dicen estas cosas ciertamente, ignorando que el Dios omnipotente no desampara a su Iglesia sin una digna administración. Pues cuando llama a los fuertes al premio, robustece en su lugar a los débiles para los combates; mientras remunera a aquellos recibiéndolos, suministra a estos las fuerzas de los trabajos, para remunerarlas. De los cuales se dice a la misma santa Iglesia: En lugar de tus padres, te han nacido hijos: los constituirás príncipes sobre toda la tierra (Sal. 44, 17). Pues en la virtud de los antiguos padres son subrogados estos que después han sido prelados, porque también cuando se cortan los arbustos añejos, crecen en su fortaleza tiernos vástagos. Pero los varones arrogantes no creen que convalecen aquellos a quienes en algún tiempo conocieron enfermos; y desprecian venerar a los mudados, a quienes recordaron haber sido despreciables.

76. En la Iglesia los justos son mucho más pocos que los inicuos. Los soberbios pastores ciegan exultando lo que sus padres sembraron muriendo. Pero porque en ella ven pocos justos, y en cambio más numerosos a los inicuos, así como en la trilla de los frutos es mayor la multitud de la paja, también desprecian la vida de los justos por la estimación de los inicuos. Ven ciertamente que algunos rectores de ella, apoyados en la potestad temporal, se alimentan de la elación de esa misma potestad. Ven que la reverencia de la religión, que los padres muriendo conservaron para este mundo, estos la ciegan exultando en los goces terrenales; y consideran ciertamente que son robustos, pero no por fortaleza. Pues mientras son sostenidos por la potestad temporal, son robustecidos como por una cierta debilidad. Pues por cuanto exteriormente son fuertes, por tanto interiormente se vacían de todas las fuerzas de la fortaleza. Y por eso por los arrogantes se le dice: Depón a los robustos en fortaleza. Como si abiertamente se dijera: Aquellos verazmente robustos se te habían adherido, los cuales en ti mantuvieron viviendo lo que hablando enseñaron; mas ahora estos que te presiden son robustos en la visión, no en la fortaleza, porque ciertamente no cesan de mostrarse honorables, pero son tanto más imbéciles y más despreciables, cuanto más temen que la gloria de su propio honor sea despreciada por la verdad. Lo cual los arrogantes ciertamente lo sienten verazmente de muchísimos, pero en ello caen en el vicio de la elación, en que juzgan tales a todos los que ven presidir. Pues

no debe el mal de muchísimos tender a la estimación de todos, porque aunque sean inicuos los que juzgan conociéndolos, sin embargo algunos hay santos a quienes ignoran. Pues es tiempo de trilla, y todavía los granos yacen ocultos bajo la paja. Ningún fruto, pues, se esperará de la era, si solo esto se cree que hay en ella, lo que se ve en la superficie. Por tanto, porque desprecian a los que ven, y menosprecian a estos que conocen que son subrogados en los órdenes de los antiguos padres, aptamente se añade:

CAPÍTULO XLII.

VERSÍCULO 20.---No prolongues la noche, para que suban los pueblos por ellos.

77. La noche de la Iglesia es, cuando los indoctos y débiles ocupan los lugares de los doctos y fuertes. Como si abiertamente dijeran los arrogantes: No actúes en la obscuridad de tu ignorancia, para que en el lugar de los fuertes subrogues una multitud de débiles. Pues con el nombre de "pueblos" se designa a los que, entregados como a la costumbre vulgar, viven por doquier en todas las cosas que desean. Mas prolongar la noche es que suban los pueblos por los robustos, si por negligencia se hace que los indoctos y débiles obtengan los lugares de los doctos y fuertes. Los pueblos suben por los robustos cuando estos que han aprendido a vivir inicuamente reciben los lugares de los pastores. Lo cual ciertamente podría decirse rectamente si se dijera humildemente. Pues los arrogantes, incluso cuando amonestan cosas buenas, ejercen el vicio de su propia supers-

tición. Pues más desean, como también se dijo arriba, herir increpando que recrear consolando. De donde pronto se añade:

VERSÍCULO 21.---No declines a la iniquidad; pues esta has comenzado a seguir después de la miseria.

Esto ciertamente llaman los arrogantes la miseria de la Iglesia, porque sospechan que su multitud es despreciada por Dios; y la desprecian con tanto más alta elación, cuanto también sospechan que ella es despreciada de Dios totalmente. Recorridas, pues, estas cosas con una exposición figurada, ahora ya deben introducirse las que se sienten moralmente, para que, conocida la figura de la Iglesia, la cual creemos expresada generalmente, oigamos también qué recojamos de estas palabras especialmente en cada uno. Dice, pues:

CAPÍTULO XLIII

[Vet. XXXVI].

CAP. XXXVI, VERS. 18. --- No te supere, pues, la ira, para que no oprimas a alguien.

78. SENTIDO MORAL. --- En el hacer la corrección, la ira debe estar debajo, no presidir. Todo aquel por quien es necesario que se corrijan los vicios ajenos, debe mirarse primero con destreza a sí mismo, no sea que mientras venga las culpas de otros, él mismo sea superado por el furor de vengar. Pues muchísimas veces la inmanidad de la ira devasta la mente bajo el pretexto de la justicia, y mientras se enfurece como con celo de rectitud, colma la rabia del furor, y estima que

hace justamente todo lo que la ira malvadamente le dicta. De donde también traspasa a menudo el modo de vengar, porque no es frenada por la medida de la justicia. Pues es digno que cuando corregimos lo ajeno midamos primero lo nuestro, para que primero la mente se enfríe de su propio incendio, primero componga dentro de sí misma el ímpetu de su celo con tranquila equidad, no sea que si somos arrastrados a castigar los vicios con abrupto furor, pequemos al corregir el pecado, y nosotros, que perseguimos la culpa juzgándola, hagamos inmoderadamente al herir. Pero ya no sigue la corrección del delincuente, sino más bien la opresión, si en la venganza la ira se extiende más allá de lo que la culpa merece. Pues en la corrección de los vicios, la ira debe estar subordinada a la mente, no presidir, para que no preceda la ejecución de la justicia dominando, sino que la siga sirviendo, y llene el juicio conocido poseída, no lo adelante poseyendo. Bien, pues, se dice: *No te supere, pues, la ira, para que no oprimas a alguien.* Porque a saber, si el que intenta corregir es superado por la ira, oprime antes de corregir. Pues mientras se enciende más de lo que debe, se desenfrena hacia la inmanidad de la crueldad bajo el pretexto de la justa venganza. Lo cual ocurre muchísimas veces por esto, porque los corazones de los rectores están menos atentos al amor del solo Creador. Pues mientras apetecen muchas cosas en esta vida, se dispersan en innumerables pensamientos; y cuando encuentran de pronto las culpas de los súbditos, no pueden juzgarlas dignamente con Dios, porque no pueden recoger

de repente sus corazones, esparcidos en cuidados transitorios, hacia la cumbre de la estrechez. Conmovidos, pues, tanto menos encuentran la balanza de la equidad para vengar los pecados, cuanto no la buscan en el tiempo de su tranquilidad. De donde, como Elíu dijera: *No te supere la ira, para que no oprimas a alguien,* a fin de expresar las mismas causas de la injusticia y de la ira superante, añadió al punto:

CAPÍTULO XLIV.

IBÍDEM. --- Ni la multitud de lugares te incline.

79. Del pecado original nace la inquieta mutabilidad del hombre. Puesto que no puede con la calidad de las cosas, busca al menos ser saciado con la variedad. En tantos lugares por cierto nos inclinamos en cuantos nos extendemos en cuidados superfluos. Pues así como el lugar es el espacio corporal del cuerpo, así el lugar es cada una de las intenciones del pensamiento de la mente. La cual, mientras es impulsada de aquí para allá, si se ocupa gustosamente con algún deleite de su pensamiento, es puesta como en un lugar para que descanse. Pues cuantas veces, vencidos por el tedio, somos llevados de pensamiento en pensamiento, migramos como con la mente cansada de lugar en lugar. Tantos lugares, pues, inclinan la cumbre de la mente cuantos pensamientos surgidos disipan la unidad de la buena intención. Pues la mente estaría recta si siempre se adhiriera al único pensamiento al que debía. La recta mente estaría en pie si no se postrara en innume-

rables movimientos con fluida mutabilidad. Pero mientras ahora trata estas cosas, ahora se desliza hacia otras, es inclinada como por la multitud de lugares del estado de su rectitud; y mientras se extiende por muchas cosas, se abate de la única intención a la cual debió adherirse. El cual uso de la mutabilidad, no obstante, por el vicio de la primera prevaricación, ha pasado ya casi a la naturaleza. Pues cuando el ánimo se esfuerza por estar en sí mismo, se deriva de sí mismo de algún modo incluso sin saberlo. Pues el alma humana es removida de cada cosa a la que se intenta por el impulso del fastidio. Pero mientras apetece ansiosamente las cosas que han de pensarse, y de pronto fastidia las pensadas, enseña que pende de otra parte la que, puesta en cualquier lugar, no descansa. Pues está suspendida hacia Aquel por quien fue formada. Y porque ha sido hecha para apetecer sólo a Dios, pero todo lo que apetece abajo es menos, con razón no le basta lo que no es Dios. De aquí es que se esparce de aquí para allá, y es removida de cada cosa, como dijimos, por el impulso del fastidio. Ávida a saber de deleite, busca dónde posar, pero perdió al único a quien podía tener suficientemente. De donde ahora es llevada por muchas cosas, para que, ya que no puede con la calidad de las cosas, al menos sea saciada con la variedad.

[Vet. XXXVII.] 80. Los santos, adhiriéndose a Dios, sanan esta ansiedad. Pero los varones santos se guardan con observación para no ser disueltos mudablemente de su intención, y porque desean ser lo mismo, se ligan con destreza

al pensamiento por el cual aman a Dios. Pues en la contemplación del Creador han de recibir esto: el disfrutar siempre de una sola estabilidad de mente. Ninguna mutabilidad los disipa entonces, porque a saber su pensamiento persevera siempre idéntico a sí mismo. Esto, pues, intentando ahora con trabajo, lo imitan, lo cual después reciben gozosos en el don. A cuya inmutabilidad se había ligado el Profeta por la virtud del amor, cuando decía: *Una cosa he pedido al Señor, ésta buscaré, que habite en la casa del Señor* (Sal. XXVI, 4). A esta unidad se había adherido Pablo por la intención, diciendo: *Pero una cosa, olvidando lo que queda atrás, extendiéndome a lo que está delante, sigo hacia la palma de la suprema vocación de Dios en Cristo* (Filip. III, 13). Pues si algo fluye humanamente en su corazón, pronto la discusión severa lo restringe; y cuando el pensamiento se desliza como puerilmente, es pronto refrenado por la juvenil coerción. De donde resulta que recogen continuamente la mente esparcida, y la componen en un solo pensamiento cuanto prevalecen. Porque, pues, el estado de la mente se curva por la mutabilidad de los pensamientos, rectamente se dice por Elíu: *Ni la multitud de lugares te incline.*

81. Se debe evitar la elación por aquellos así dedicados a Dios. --- Pero a menudo, mientras el ánimo del varón justo consiste en aquel mismo alcázar de su intención, mientras se recoge de toda dispersión de mutabilidad, mientras reprime lo que en él nace superfluamente; es tocado por la gloria misma de su rectitud, y se eleva en el

tumor de su propia presunción. Pues el que hace cosas grandes, aunque sienta cosas humildes de sí mismo, sabe sin embargo que son grandes las cosas que hace. Pues si no sabe que son grandes, sin duda ninguna las guarda. Las cuales, mientras descuida guardarlas, o bien profita menos en ellas, o bien las pierde de raíz. Mientras, pues, es necesario conocer nuestras buenas obras para que las guardemos, por la ciencia misma de ellas se abre el acceso de la elación, y se admite al corazón del operante la mano de la culpa, por la cual devastando sean arrebatadas. Pero se obra por una admirable dispensación, para que nuestro Fundador permita que el ánimo levantado por cosas prósperas sea sacidido por una súbita tentación, a fin de que se vea más verdaderamente a sí mismo en la enfermedad, y de aquella soberbia de la elación que había tomado de las virtudes, descienda ya mejor que sí mismo. De donde también bien se añade ahora:

CAPÍTULO XLV.

VERS. 19. --- Depón tu magnitud sin tribulación, y a todos los robustos por la fortaleza.

82. Para que no presumamos de nosotros, Dios permite que seamos golpeados por la tentación. --- Robustos por cierto son los movimientos del corazón, cuando no sienten nada sino lo que es de la virtud. Pero deponemos la magnitud y los robustos movimientos cuando, golpeando el vicio, somos obligados a pensar qué somos. Deponemos los robustos movimientos cuando ya no nos elevamos por la virtud, sino que al consentir

en la culpa tememos ser abrumados por la misma debilidad por la cual somos sacudidos. Pues mucho confía de sí mismo el ánimo cuando ve que le sobran fuerzas para su deseo. Ya se arroga para sí la confianza de la santidad, ya se juzga idóneo incluso para todas las cumbres de las virtudes que concibiera sólo con el pensamiento. Pero cuando la tentación súbitamente surgida traspasa a éste, perturba de raíz aquellos pensamientos elados que habían nacido de las virtudes. Como en una ciudad segura entra el enemigo inesperado, y con súbita espada son golpeados los cuellos de los soberbios ciudadanos. Nada entonces se hace sino un luto continuo, mientras la ciudad del alma capturada se vacía de la gloria de sus magnates al intervenir la matanza. De donde ahora se dice: *Depón tu magnitud sin tribulación, y a todos los robustos por la fortaleza.* Como si se dijera abiertamente: Reprime todo aquello por lo cual te habías hinchado intrínsecamente por la buena acción, y depón los movimientos del corazón que tenías robustos por la recta obra, porque ya en la misma tentación de la adversidad consideras cuán en vano estimabas antes cosas grandes elado de ti mismo. La cual magnitud se dice que ha de ser depuesta sin tribulación por esto, porque sin duda cuando la humildad profita por la tentación, es próspera la misma adversidad que guarda la mente de la elación. [Vet. XXXVIII]. Pero no obstante no se hace sin gran tribulación, cuando la mente tranquila es perturbada por la tentación que irrumpe como un enemigo repentino. Pues la misma adversidad de la tentación,

mientras se inserta en la mente, engendra en ella ciertas tinieblas, y la perturba con la oscuridad de su amargura, a la que hace poco había esclarecido con la irradiante dulzura de las virtudes. De donde también aptamente se subraya:

CAPÍTULO XLVI.

VERS. 20. --- No prolongues la noche para que asciendan los pueblos por ellos.

83. La tentación engendra tinieblas y excita tormentas. --- La noche por cierto se prolonga cuando la tristeza surgida de la tentación no se termina con la consolación movida. La noche se prolonga porque el dolor del ánimo se alarga con pensamientos confusos. Pues mientras la mente puesta en la tentación considera que es repelida de la prístina solidez de su virtud, bajo dolores sobrevenidos se ciega como con ciertas tinieblas, y su ojo se cierra de toda luz de gozo mientras solícita tiembla no sea que pierda de raíz esto que hace poco había comenzado a ser. De donde también bien se dice que en esta noche ascienden pueblos en lugar de los robustos, porque sin duda en este dolor de la tentación brotan en el corazón pensamientos indignos y múltiples en lugar de los movimientos robustos. Pues mientras se ve en la perturbación casi haber perdido ya lo que era, amontona en sí innumerables olas y tumultos: ahora se duele de haber perdido su tranquilidad; ahora teme mucho caer hasta obras malvadas; ahora recuerda en qué cumbre había estado; ahora atiende en qué profundo de los vicios yace por el deleite; ahora se repara para resumir las fuer-

zas; ahora desespera de poder resumirlas como ya vencido y quebrantado.

84. En esta noche los múltiples pensamientos oprimen como pueblos tumultuantes. --- Cuando, pues, sobre la mente entregada salen pensamientos tan múltiples, éstos la oprimen como pueblos que se levantan en la noche. A los cuales pueblos por cierto el Profeta había presumido que podía someter no por sí mismo, sino por el auxilio de la protección divina, cuando decía: *Mi protector, y en él esperaré, sometiendo a los pueblos bajo mí* (Sal. CXLIII, 2). A las mentes santas por cierto se someten los pueblos cuando de ellas, por la presencia de la severidad estricta, saltan los pensamientos necios, para que no las arrebaten por los precipicios de los fantasmas, sino que, sometidos a la razón, descansen humildemente del corazón. Porque, pues, el ánimo puesto en la tentación, que de sí presumía cosas mayores en la prosperidad, tolera los tumultos de la esperanza y de la desesperación, rectamente se dice ahora: *No prolongues la noche para que asciendan los pueblos por ellos.* Como si se dijera abiertamente: Sorprendido en la tentación, corta más pronto las tinieblas del dolor, no sea que tú, que en la tranquilidad habías sentido cosas altas de ti mismo, en la perturbación también te confundas peor con la calígine de los pensamientos. Lo cual rectamente diría Elíu, si no obstante supiera a quién se lo decía. Pues estas cosas tanto menos cuadran al bienaventurado Job cuanto todas las cosas son por él más profundamente conocidas. Pero porque, como a menudo dijimos, los arro-

gantes, mientras presumen enseñar a los que no deben, se deslizan hasta las palabras contumeliosas de los reproches, se añade.

CAPÍTULO XLVII

[Rec. XXIX].

VERS. 21. --- Cuidado no declines a la iniquidad; pues ésta comenzaste a seguir tras la miseria.

85. Entonces se debe evitar la impaciencia, la cual inmerecidamente se le achaca a Job. --- Sigue la iniquidad tras la miseria quien, tras los males que sostiene por la corrección, se inflama con ferviente corazón con las antorchas de la impaciencia. Lo cual Elíu creyó que el bienaventurado Job había perpetrado, al oírle hablar con voces libres puesto entre los azotes; sin saber por cierto que todo lo que dijo no lo profirió por la iniquidad de la impaciencia, sino por la virtud de la verdad, él que no erró de la sentencia del juez interno ni aun cuando se justificaba a sí mismo. [Vet. XXXIX.] Pero se debe considerar mucho cómo, al decir: *No declines a la iniquidad,* de la misma iniquidad añadió al punto: *Pues ésta comenzaste a seguir tras la miseria.*

86. Los soberbios en el argüir no saben guardar el modo. --- ¿Qué es esto de que, mientras prohíbe declinar a ella, de ella al punto condena como a la cual ya se hubiera declinado, sino que los varones arrogantes quieren parecer más jueces que consoladores? De donde también a veces golpean con estrictas sentencias aquellas cosas

que sospechan nacidas en el corazón, y antes de que sea cierta la culpa de los delincuentes, se profiere la invectiva estricta de las palabras; y antes se hiere por la sentencia que salga lo que ha de ser herido.

87. La discreción de los santos en el corregir. --- Aunque también los varones justos muchísimas veces se oponen arguyendo a pensamientos malvados y ocultos; pero cuando algunas obras que preceden demuestran esos mismos pensamientos, muchísimas veces arrancan de los corazones de sus oyentes aquellos vicios que aún no han sido proferidos con la mano de la corrección, pero ya ven que aquéllos siguen de otros que preceden. Pues así como los médicos corporales encuentran que algunas enfermedades ya han venido, pero medican otras para que no vengan, así los doctores santos a veces restituyen a la salud las heridas encontradas, pero a veces obran en las mentes para que no sean heridas. En lo cual se ha de mirar con destreza que, así como muchísimas veces reprenden con aspereza las cosas ciertas, así contradicen con tranquilidad los vicios inciertos; hiriendo reprenden las cosas ciertas, previniendo evitan las inciertas. Cuya regla de discreción, porque los varones arrogantes no la conocen, con los dardos de sus sentencias atraviesan tanto lo desconocido como lo conocido; tanto lo incierto como también lo cierto. De donde ahora se dice por Elíu: *Cuidado no declines a la iniquidad; pues ésta comenzaste a seguir tras la miseria.* Pero porque las cosas que están subyugadas se prolongan por una alegación más

larga, ceñimos este librito con este fin, para que no se extienda inmoderadamente.

Libro VI

GÉSIMO SÉPTIMO.

Se exponen los doce últimos versículos del capítulo XXXVI, con el capítulo XXXVII íntegro, con sentidos ingeniosamente buscados para construir tanto la doctrina como la ética cristiana.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. De los dichos rectos de los soberbios se ha de tomar lo que aprovecha, y desechar lo que daña. --- Quienquiera que se esfuerce por tomar ciencia de los grandes dichos de los arrogantes, debe proveer con destreza para no imitar esto de que su ciencia se hincha en lo alto, no sea que con las palabras de las virtudes recoja los vicios de las costumbres, y en aquello en lo que alcanza la noticia de hablar, se atraviese con la impericia de vivir. Pues cuando oímos a éstos decir cosas fuertes, pero sin embargo los vemos hincharse por los dichos fuertes, es como si habiendo entrado en el jardín de la doctrina, alcanzáramos rosas entre las espinas. Nos es necesaria, pues, una discreta solicitud, tanto para coger lo que huele bien como para guardarnos de lo que punza, no sea que si tal vez se coge improvisadamente la flor de los dichos, la mano incauta del lector sea lacerada

por la espina de las costumbres. Elíu, pues, docto y arrogante, profiere a veces lo que huele bien, a veces lo que punza. Así, pues, se ha de tomar de su doctrina lo que fragancia, de modo que sin embargo se evite solícitamente de la elación lo que vulnera. Quien por cierto introdujo arriba muchas cosas moralmente, pero en las palabras siguientes se elevó sólo a los arcanos de la profecía. Pues abandona los bajos de la moralidad y asciende a las cumbres de la profecía.

2. Los soberbios a veces llenos del espíritu de profecía. --- Ni hay que maravillarse de que el varón arrogante pudiera ser llenado del espíritu profético, cuando Saúl también estuvo en el número de los profetas (1 Sam. X, 6). Pero ¿por qué decimos esto de Saúl, cuando sabemos que hasta un asna recibió palabras razonables de la visión de un ángel (Núm. XXII, 28)? Pero así como el animal irracional profirió palabras de razón, y sin embargo no accedió a la permutación de la naturaleza racional, así a menudo cualquier indigno recibe palabras santas por el espíritu de profecía, pero sin embargo no llega a promeritar la gloria de la santidad, de modo que sobresalga hablando por encima de sí, y se entorpezca viviendo por debajo de sí. De donde ahora Elíu, no humilde, ve el humilde advenimiento de nuestro Redentor, y predicando por profecía a Aquel a quien impugna con costumbres eladas, dice:

CAPÍTULO II.

CAP. XXXVI, VERS. 22. --- He aquí que Dios es excelso en su fortaleza, y ninguno le es semejante entre los legisladores.

3. Cristo, a la vez humilde en la debilidad y excelso en la fortaleza, aventaja por mucho a los demás legisladores. --- Como si dijera abiertamente: El que será visto humilde en la debilidad, permanece excelso en la fortaleza, atestiguando esto también Pablo, quien dice: *Porque aunque fue crucificado por debilidad, vive por la virtud de Dios* (2 Cor. XIII, 4). De quien rectamente se añade: *Ninguno le es semejante entre los legisladores.* Legislador fue Moisés, legislador Josué, legisladores también los profetas; podemos llamar legisladores a todos los que sabemos que por la ley amonestaron al pueblo en cosas rectas. Pero a este Mediador ninguno le es semejante entre los legisladores, porque éstos, llamados gratuitamente, vuelven de los pecados a la inocencia, y por lo que en sí mismos experimentaron reducen a otros predicando. Pero nuestro Redentor es hombre sin pecado, hijo sin adopción, ni perpetró jamás lo que reprendió, y así habla al mundo desde la humanidad, que sin embargo domina al mismo mundo antes de los siglos desde la divinidad. Algunos creyeron que este Mediador de Dios y de los hombres había sido semejante a los legisladores. Pues a Él que preguntaba: *¿Quién dicen los hombres que es el hijo del hombre?* respondieron los discípulos diciendo: *Unos Juan el Bautista, otros Elías, otros Jeremías, o uno de los profetas* (Mat. XVI, 13). Pero sin duda abrió a Pedro cuán excelso era en fortaleza, cuando vién-

dole verdaderamente, le discernió de la igualdad de los legisladores, diciendo: *Tú eres Cristo el Hijo de Dios vivo* (Ibíd., 16). De donde rectamente dice de Él la esposa en el Cantar de los cantares: *En mi lecho por las noches busqué al que ama mi alma, lo busqué y no lo hallé* (Cant. III, 1). Y poco después: *Me hallaron los centinelas que guardan la ciudad.* De los cuales dice de nuevo: *Me hirieron, me quitaron mi manto.* A los cuales pregunta otra vez, diciendo: *¿Acaso habéis visto al que ama mi alma? Un poco cuando los hube pasado, hallé al que ama mi alma* (Cant. III, 3).

4. El que es buscado en la noche, pero no se halla sino tras haber pasado por encima de profetas y patriarcas. --- El Amado por cierto es buscado por las noches en el lecho, porque dentro de los secretos aposentos del corazón se desea en la tribulación del espíritu. Al cual, sin embargo, la esposa buscando no lo halla, porque cada alma electa ya por cierto arde con las antorchas de su amor, pero aún se le niega la especie buscada, para que crezca el deseo del amante; y se le retira el agua como en la sed, para que aumente el ardor de la misma sed, y cuanto más sedienta desea a éste por más tiempo, tanto más ávidamente lo tome cuando alguna vez lo encuentre. Pero a ésta que busca la encuentran los centinelas, y la hieren, y le quitan su manto, porque cuando los doctores solícitos encuentran a cada alma que ya busca la especie de su Redentor, la hieren con los dardos del amor celestial por la palabra de la predicación, y si todavía hay en ella alguna cubierta

de la antigua conversación, se la quitan, para que cuanto más se vuelve despojada del peso de este mundo, tanto más rápido sea hallado por ella Aquel que es buscado. Pero bien se añade: *Cuando los hube pasado un poco, hallé al que ama mi alma.* Porque la mente ávida de su visión, si no traspasara la estimación de los profetas, si no la alteza de los patriarcas, si no la medida de todos los hombres, no hallaría a Aquel que está sobre los hombres. Pasar, pues, por los centinelas es posponer incluso a aquellos a quienes el alma admira en su comparación. Y entonces se discierne a Aquel que era buscado, si se cree que es hombre por cierto, pero sin embargo fuera de las medidas de los hombres. De donde bien se dice ahora: *Ninguno le es semejante entre los legisladores.* Pero Él, a saber, apareciendo a nuestras miradas por la debilidad de la carne, mientras reprueba a unos y llama a otros, exhibió admirables juicios, los cuales tanto pueden ser pensados por nosotros como no pueden ser comprendidos. Pues dice: *Para juicio yo he venido a este mundo, para que los que no ven vean, y los que ven se vuelvan ciegos* (Juan IX, 39). Y de nuevo: *Te confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los prudentes, y las has revelado a los pequeñuelos* (Mat. XI, 25). En los cuales juicios, por cierto, Judea es repelida, la gentilidad es agregada. Hecho que por cierto podemos admirar, pero de ningún modo podemos escudriñar. De donde también bien se añade ahora por Elíu:

CAPÍTULO III.

VERS. 23.---¿Quién podrá escudriñar sus caminos? ¿o quién se atreve a decirle: Has obrado iniquidad?

5. No debemos escudriñar sus juicios, y mucho menos reprenderlos. Como si dijera: ¿De qué modo puede ser reprendida la acción de aquel cuyo escrutinio no es posible? Pues nadie juzga bien lo que ignora. Por lo tanto, tanto debemos descansar en silencio bajo sus juicios, cuanto vemos que no alcanzamos a ver la razón de sus juicios. De donde también bien se añade:

CAPÍTULO IV

[Ant. y Rec. II].

VERS. 24.---Recuerda que ignoras su obra, de la cual cantaron los varones.

6. Los ángeles y los doctores, aunque las alaben, sin embargo las conocen mínimamente. En la Sagrada Escritura, a veces los ángeles, y a veces los hombres de vida perfecta, son llamados varones. Pues porque a veces un ángel es llamado varón, el profeta Daniel lo atestigua, diciendo: He aquí el varón Gabriel (Dan. IX, 21). Por otra parte, porque con el nombre de varones se expresan los hombres de vida perfecta, la sabiduría habla en los Proverbios, diciendo: Oh varones, a vosotros clamo (Prov. VIII, 4). Por tanto, los varones cantan del Señor, cuando nos dan a conocer su potencia, sea por los espíritus celestiales, o por cualesquiera doctores perfectos. Pero, sin embargo, su

obra es ignorada, porque ciertamente sus juicios son venerados como impenetrables incluso por aquellos que lo predican. Y conocen, pues, a quién predican, y sin embargo ignoran sus obras, porque conocen por la gracia a aquel por quien han sido hechos, pero no pueden comprender sus juicios, que por él se realizan incluso sobre ellos mismos. Pues que Dios omnipotente no es visto claramente en su acción, lo atestigua el Salmista, diciendo: El que puso las tinieblas por su escondite (Sal. XVII, 12). Y de nuevo: Tus juicios son un gran abismo (Sal. XXXV, 7). Y otra vez: El abismo como un manto es su vestidura (Sal. CIII, 6). De donde también bien se dice por Salomón: Así como ignoras cuál sea el camino del espíritu, y por qué razón se compongan los huesos en el vientre de la que está encinta, así no sabes las obras de Dios, que es el fabricante de todas las cosas (Ecl. XI, 5).

7. Ejemplo de los ocultos juicios de Dios en los párvulos que mueren sin bautismo, o después del bautismo. Pues para hablar de uno entre muchos, dos párvulos vienen a esta luz, pero a uno se le concede que vuelva a la redención por el bautismo, el otro es retirado antes de que la onda regeneradora lo bañe. Y a menudo el hijo de los fieles es arrebatado sin fe, a menudo el de los infieles es renovado al serle concedido el sacramento de la fe. Pero quizá alguno diga que Dios sabía que este obraría perversamente incluso después del bautismo, y que por eso no lo condujo a la gracia del bautismo. Que si es así, los pecados de algunos proculdubio son castigados antes de que

sean perpetrados. ¿Y quién, sintiendo esto rectamente, diría que Dios omnipotente, que libra a otros de los crímenes perpetrados, condene estos mismos en otros aun no perpetrados? Ocultos son, pues, sus juicios; y con tanta oscuridad como no pueden ser vistos, con tanta humildad deben ser venerados. Diga, pues: Recuerda que ignoras su obra, de la cual cantaron los varones. Como si dijera abiertamente: De la cual han hablado todos los fuertes, las obras de él están escondidas a los ojos de tu mente, porque trascienden la medida de tu noticia por el hecho mismo de que estás circunscrito por la humanidad. Sigue:

CAPÍTULO V

[Rec. III].

856 VERS. 25.---Todos los hombres lo ven, cada uno lo contempla desde lejos.

8. Dios no es visto sino desde lejos, incluso por los electos. Todo hombre, por el hecho mismo de que ha sido creado racional, debe colegir por la razón que aquel que lo creó es Dios. Al cual ciertamente ya ver es contemplar su condenación por el raciocinio. Pero cuando se ha dicho: Todos los hombres lo ven, rectamente se añade: Cada uno lo contempla desde lejos. Pues contemplarlo desde lejos es no verlo ya por la especie, sino todavía ponderarlo por la sola admiración de sus obras. Desde lejos lo contemplan aquí también los electos, porque todavía no aprehenden su claridad por la agudeza de la visión íntima. A quien aunque ya están cerca por el amor, todavía sin

embargo están separados de él por el peso de la inhabitación terrenal; y aunque se adhieran a él viviendo bien, suspiran por estar lejos de la especie de su contemplación. Al cual ciertamente los réprobos también, cuando lo vean venir al juicio, lo contemplan desde lejos, porque no lo ven en la forma de la divinidad, sino solo en aquella humanidad en la cual pudo ser comprendido, porque ciertamente sus malas obras, reducidas entonces a la memoria, reverberan en sus ojos, y mientras ven su humanidad, cuya claridad de la divinidad no ven, de modo admirable se hacen lejanos de la visión de aquel a quien contemplan. [Ant. III.] Pero cuando se dice: Recuerda que ignoras su obra, y luego se añade: Todos los hombres lo ven, a quien, como hemos dicho, ver es colegir por la razón su esencia que trasciende todas las cosas, es muy de admirar que tanto lo veamos a él, como ignoremos su obra. Pues no somos dudosos de su esencia, y sin embargo permanecemos inciertos en sus juicios. Nos está patente lo que es sumo, se nos esconde lo que es mínimo. Pues menores son sus obras que él mismo; y lo vemos actuando, pero nos cegamos en la acción: porque ciertamente es incierto por qué se hace algo, pero quién es el que hace estas cosas inciertas, no es incierto. Diga, pues: Recuerda que ignoras su obra, de la cual cantaron los varones: Todos los hombres lo ven, cada uno lo contempla desde lejos, porque vemos por la razón que es aquel cuyos juicios mínimamente comprendemos; al cual sin embargo todavía contemplamos desde lejos, porque esta-

mos separados de su fortaleza por la nube de nuestra debilidad. Sigue:

CAPÍTULO VI

[Rec. IV].

VERS. 26.---He aquí, Dios es grande, que vence nuestra ciencia.

9. De Dios entonces solo empezamos a entender algo, cuando sentimos que no podemos conocerlo dignamente. Superiormente había dicho: He aquí, Dios es excelso: ahora de nuevo dice: He aquí, Dios es grande. ¿Qué es lo que hablando de Dios dice he aquí, y repite he aquí, sino que decimos he aquí de aquella cosa que mostramos en el presente? y porque Dios está presente en todas partes, cuando de él se dice he aquí, se recuerda que está presente incluso para los que no lo ven. Pero bien narra que él vence nuestra ciencia, a quien había dicho que era visto por todos, porque aunque se contempla por la razón, sin embargo su magnitud no es penetrada por ninguna sutileza de nuestro sentido. Pues todo lo que sabemos de la claridad de su magnitud, está por debajo de él; y tanto somos repelidos lejos de su ciencia, cuanto sospechamos haber comprendido su potencia. Pues aunque nuestra mente sea arrebatada a lo alto, sin embargo es trascendida por la inmensidad de su magnitud. De quien entonces conocemos algo casi de parte, cuando sentimos que no podemos conocerlo dignamente. Sigue:

CAPÍTULO VII.

Ibíd.---El número de sus años es inestimable.

857 10. Dios es inmenso sin espacio, eterno sin principio ni fin. Quiso hablar de algún modo de la eternidad, y llamó años a la misma longitud de la eternidad. Pues cuando queremos dilatar la brevedad del tiempo, extendemos los momentos en horas, las horas en días, los días en meses, y los meses en años. Porque, por tanto, quiso decir algo muy amplio, pero no encontró nada más lato que decir, multiplicó en Dios los años sin estimación de número, diciendo: El número de sus años es inestimable, para que mientras multiplica aquellas cosas que en sí son prolífas, la humana enfermedad conozca que no puede medir la longitud de la eternidad. Tiende, pues, el ojo a la eternidad, para que veas a Dios, sea cuándo es desde el principio, o hasta cuándo; y en ninguna parte hay fin superior, porque no empieza a ser; en ninguna parte fin inferior, porque no deja de ser. Dentro de él todas las cosas se angostan, pero él se extiende alrededor de todas las cosas sin espacio, se dilata sin lugar. He aquí que todas las cosas que han sido hechas, por esa misma circunscripción con que fueron creadas, están ceñidas por un fin superior e inferior. Pues por su propia ley, porque empiezan del no ser, se apresuran a no ser.

11. Algunas cosas han de ser eternas, pero no lo fueron. Pero algunas cosas maravillosamente recibieron que, aunque un fin superior las inicie, sin embargo un fin inferior no las restrinja; y aunque empiecen a ser, no dejen de ser para siempre. Pero la eternidad de estas es por esto disímil a la suma eternidad, porque empezaron a ser eternas.

Cuando miramos hacia lo extremo, no comprendemos el fin de estas, que falta por completo; sin embargo vemos sus inicios, cuando retiramos la mente hacia atrás; y mientras en ellas llevamos el ánimo por debajo y por encima, no captamos en absoluto hasta cuándo son, pero vemos desde cuándo. Pero Dios, porque en él hay como algo largo por la eternidad, que ni nace con un principio, ni se termina con un fin, ni recibe en sí mismo ni el desde cuándo ni el hasta cuándo, dígase pues: El número de sus años es inestimable. Por esto, pues, que se dice el número de sus años, se muestra su larga duración. Pero por esto que se recuerda como inestimable, se demuestra que este mismo ser es infinito e incomprensible. Pero porque hemos reconocido que se da a conocer a las mentes humanas, mientras todos los hombres lo ven; y porque lo contemplamos admirando su magnitud, mientras el número de sus años se tiene por inestimable, resta ya que también oigamos qué hace. Sigue:

CAPÍTULO VIII

[Ant. IV, Rec. V].

VERS. 27.---Que quita las estrellas de la lluvia, y derrama aguaceros a manera de gurgites.

12. Los santos patriarcas y profetas fueron estrellas que generaban lluvia. Dos son en esta vida los géneros de justos: uno, a saber, de los que viven bien, pero nada enseñan; otro, en cambio, de los que viven rectamente, y enseñan esas mismas cosas rectas, así como también en la faz del

cielo unas estrellas salen a las cuales no siguen ningunas lluvias, otras salen que riegan la tierra árida con grandes aguaceros. Por tanto, cuantas veces en la santa Iglesia algunos viven rectamente, pero sin embargo no saben predicar esa misma rectitud, estrellas son por cierto, pero nacidas en la sequedad del aire; porque por el ejemplo de vivir bien pueden lucir a los demás, pero por la palabra de la predicación no pueden llover. En cambio, cuando en ella algunos tanto viven rectamente, como influyen en otros esa misma rectitud con las palabras de la predicación, como para producir lluvias en el cielo son producidas las estrellas, que de tal modo luzcan por los méritos de su vida, que también lluevan por el sermón de la predicación. ¿Acaso en este cielo no fue astro de lluvia Moisés, 858 el cual, cuando resplandeció desde lo alto, regó los corazones de los pecadores como la tierra árida de abajo con la lluvia de la santa exhortación para la abundancia del germen? ¿Acaso no se mostró Isaías como astro de lluvia, quien en aquello que mantuvo previendo la luz de la verdad, regó la sequedad de los infieles anunciando proféticamente? ¿Acaso no fueron Jeremías y los demás profetas, como puestos en el cielo, astros de lluvia, quienes erigidos en la cumbre de la predicación, mientras se atrevieron a increpar libremente la perversidad de los pecadores, como con gotas de palabras oprimieron regando el polvo de la obcecación humana? Cuyas almas ciertamente, recibidas de esta carne corruptible, porque los juicios celestiales las quitan de la presente vida, como de la faz

del cielo son sustraídas las estrellas de la lluvia, y vuelven a los astros ocultos, mientras acabados sus cursos las almas de los santos se guardan en los tesoros de la disposición íntima.

13. Retirados estos, fueron enviados los apóstoles, que derramaron lluvias como gurgites. Pero porque la tierra se agostaría si, sustraídas las estrellas de la lluvia, cesaran por completo los celestiales raudales, rectamente se dice: Que quita las estrellas de la lluvia, y derrama aguaceros a manera de gurgites. Pues cuando quitó a los profetas, en vez de ellos el Señor envió a los apóstoles, que llovieran a semejanza de gurgites, después que, retirados los antiguos Padres, hubieran callado los predicamentos exteriores de la ley. Escondió, pues, las estrellas de la lluvia, y derramó aguaceros a manera de gurgites, porque mientras retiró a los predicadores de la ley a lo secreto e íntimo, por los dichos de los que siguieron emanó una fuerza más abundante de predicación.

[Ant. V.] 14. Después de los apóstoles, los santos Padres aumentaron la sagrada doctrina. Pueden también por las estrellas de la lluvia designarse los santos apóstoles, de los cuales se dice a la Judea réproba por Jeremías: Prohibidas han sido las estrellas de las lluvias, y la lluvia serotina no hubo (Jerem. III, 3). Las estrellas, pues, de la lluvia el Señor las abstrajo, y derramó aguaceros a manera de gurgites, porque cuando de Judea quitó a los apóstoles predicadores, la doctrina de la nueva gracia regó el mundo. Lo cual hecho de ambos modos puede entenderse no inconvenientemente en la Iglesia, porque cuando

a los secretos senos de los celestiales retiró las almas de los apóstoles, disueltos sus cuerpos, como de la faz del cielo escondió las estrellas de la lluvia. Pero quitadas las estrellas de la lluvia, dio aguaceros al modo de gurgites, porque incluso retirados a lo alto los apóstoles, por las lenguas de los expositores subsiguientes, abrió los raudales de la ciencia divina largo tiempo escondidos con una más larga efusión. Pues lo que aquellos hablaron bajo brevedad, esto lo aumentaron estos múltiplemente exponiéndolo. De donde y no sin merecimiento la misma predicación de los expositores se compara a los gurgites: porque mientras recogen los dichos de muchos precedentes, ellos mismos en lo que edifican se dilatan más profundamente. Pues mientras unen testimonios a testimonios, hacen como de gotas gurgites. Por cuyas palabras mientras diariamente la gentilidad es enseñada, porque la mente de los pecadores recibe la ciencia celestial, como agua que está en la tierra muestra gurgites. Pero de ningún modo se prefieran los expositores en ciencia a los mismos apóstoles, cuando hablando más latamente exponen. Pues deben recordar incesantemente por quiénes recibieron las invenciones de esa misma ciencia. De donde también aptamente se añade:

CAPÍTULO IX.

VERS. 28.---Que fluyen de las nubes.

15. Ni sin embargo han de ser preferidos a los apóstoles, primeros transmisores de esta doctrina. Estos gurgites fluyen ciertamente de las

nubes, porque si de los santos apóstoles no empezara la fuerza de la inteligencia, de ningún modo manaría más larga por las bocas de los doctores. Pues en la Sagrada Escritura a veces por las nubes, 859 cualesquiera hombres mudables, a veces los profetas, y a veces los apóstoles son designados. Por las nubes ciertamente se expresa la mudabilidad de la mente humana, como dice Salomón: El que observa el viento, no siembra; y el que considera las nubes, nunca siega (Ecl. XI, 4). Al viento sin duda llama espíritu inmundo, y nubes a los hombres a él sujetos; a los cuales tantas veces impele y revoca de aquí para allá, cuantas sus tentaciones alternan en sus corazones con los soplos de las sugestiones. El que, pues, observa el viento, no siembra, porque el que teme las tentaciones venideras, no propone su corazón a las buenas obras. Y el que considera las nubes, no siega, porque aquel que trepida ante el terror de la mutabilidad humana, se priva de la retribución de la recompensa eterna. Por las nubes se figuran los profetas, como se dice por el Salmista: Agua tenebrosa en las nubes del aire (Sal. XVII, 12); esto es, ciencia oculta en los profetas. [Ant. VI.] Por las nubes también los apóstoles son designados, como se dice por Isaías: Mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella aguacero (Is. V, 6). Ellos pues son estrellas, porque lucen por los méritos de la vida; ellos mismos nubes, porque riegan la tierra árida de nuestro pecho con los raudales de la inteligencia celestial. Pues si no fueran nubes, de ningún modo contemplándolos el profeta habría dicho: ¿Quiénes son estos, que vuelan como

nubes (Is. LX, 8)? Los gurgites, pues, de las lluvias fluyen de las nubes, porque las profundas predicaciones de los subsiguientes recibieron el origen de la inteligencia de los santos apóstoles. De las cuales nubes todavía aptamente se añade:

CAPÍTULO X.

IBÍD.---Que cubren todas las cosas desde arriba.

16. Por qué los apóstoles son llamados nubes. Las nubes, cuando cubren el aire desde arriba, si levantamos los ojos al cielo, no contemplamos el cielo, sino a ellas mismas; ni nuestra vista penetra las regiones etéreas, porque su propia enfermedad se las oculta; y cuando desde el cielo el sol brilla, primero se alimenta por el aire interpuesto, para que después contemple en el cielo los rayos del sol. Porque, pues, somos hombres carnales, cuando nos esforzamos por apetecer las cosas celestiales, como que levantamos los ojos al cielo, y como que hacia el cielo dirigimos la mirada, porque, oprimidos por el uso de las cosas corporales, intentamos enseñar las espirituales. Pero porque no se permite a nuestro intelecto pasar a lo divino, si no es formado primero por los ejemplos de los santos precedentes, nuestro ojo como que ya recibe el cielo, pero ve las nubes, porque apetece comprender aquellas cosas que son de Dios, pero apenas puede admirar aquellas que han sido conferidas a los hombres. De donde también en otra parte se dice: Iluminas tú admirablemente desde los montes eternos (Sal. LXXV, 5). Pues quien no puede contemplar el sol nacien-

te, mira los montes irradiados, y comprende que el sol ha salido. Desde los montes eternos, pues, nos ilumina Dios, porque por la admirada vida de los Padres precedentes, nos ilustra con el rayo de su claridad. He aquí que nos encendemos en el estudio de la devoción dominical y de la caridad, pero en esta devoción y caridad nos formamos mejor por la contemplación de estas nubes. ¿Qué más devoto que Pedro (Mat. XIV, 29)? ¿Qué más amado que Juan (Juan XIII, 23)? Aquel por la devoción no temió calcar los fluidos dorsos del mar, este por el amor descansó en el mismo pecho de nuestro Autor; y el que había venido a la refección de la cena corporal, tomó el alimento espiritual del seno del Redentor.

[Ant. VII.] 17. Por qué los profetas y antiguos Padres son llamados también nubes. Abraham nos enseña la obediencia; Isaac, la paciencia; Jacob, la vida laboriosa; José, la castidad; Moisés, la mansedumbre; Josué, la constancia; Samuel, la benignidad; David, la piedad y la humildad. Pero porque hemos dicho que por las nubes se significan también los profetas, es necesario que todavía traigamos al medio los ejemplos de los Padres superiores. He aquí que cuando deseamos someternos a los preceptos celestiales por la obediencia, 860 somos ayudados por las consideradas huellas de los antiguos padres. ¿Qué más obediente que Abraham, quien a una sola voz divina abandona parientes y patria, y por alcanzar la herencia eterna no teme herir a aquel que él, ya anciano y casi a punto de morir, había recibido como heredero (Gén. XII, 4)? Cuando nos esfor-

zamos por aprehender la virtud de la paciencia, contemplamos los ejemplos de los precedentes. ¿Qué más paciente que Isaac, quien lleva la leña, interroga sobre el holocausto, y después de un poco es atado, y no habla; es puesto sobre el ara y no se resiste (Gén. XXII, 7)? ¿Qué pues puede decirse más paciente que este varón, que es llevado como al consuelo, e interroga; es atado para ser herido, y enmudece; y habiendo de ofrecer el holocausto interroga, habiendo de ser ofrecido en holocausto calla? Cuando nos esforzamos por ceñirnos para la tolerancia de los trabajos, somos aliviados por los ejemplos precedentes. ¿Qué más laborioso que Jacob, quien con Labán por tanto tiempo, siendo pariente por derecho de cognación, ejerció las obras de la servidumbre, y siguió en vez de un criado, para disfrutar de los premios del heredero (Gén. XXX, 26)? Cuando nos esforzamos por ascender al alcázar de la continencia y de la castidad, somos aliviados por los ejemplos precedentes. ¿Qué más casto que José, quien ante el deseo de una dueña petulante, no pudo ser oprimido por el yugo de la lujuria aun siendo cautivo? Y ciertamente existió como siervo para los hombres, pero contra la necedad dominante incluso en el servicio fue libre (Gén. XXXIX, 12). Cuando deseamos llenarnos de mansedumbre, somos ayudados por los ejemplos precedentes. ¿Qué más manso que Moisés, quien tolera la sedición del pueblo a él encomendado, y sin embargo ruega al Señor airado por esos mismos sus perseguidores, y se opone él mismo por ellos al furor divino, porque en su santo pecho incluso desde la

persecución la caridad se enciende (Éxodo XXXII, 32)? Cuando contra las adversidades del mundo nos esforzamos por formar la constancia de la mente, somos apoyados por la consideración de los precedentes. ¿Qué más constante que Josué, quien enviado a explorar la calidad de las gentes, ni temió la magnitud de la proceridad, ni la multitud de la numerosidad. De donde también a esas mismas gentes, que explorando no temió, también combatiendo postró (Josué X, 7). Cuando nos esforzamos por aprehender la cumbre de la benignidad, somos instruidos por los ejemplos precedentes. ¿Qué más benigno que Samuel, quien de la primacía de regir al pueblo derribado, busca para sí humildemente un sucesor, y al hallado lo unge por rey, y pronto padece al ungido como perseguidor (I Rey. X; XII, 1). Ante el cual trepida por que no muera; y sin embargo ruega para que el Señor no se aire con él. Él mismo ciertamente cuando era enviado, dijo: Oirá Saúl, y me matará (I Rey. XVI, 2). Y a él por sí misma la Verdad dice: ¿Hasta cuándo lloras tú a Saúl, habiéndolo yo desechado (Ibíd., 1)? ¿Qué pues puede decirse más benigno que este varón, que incluso no quiere que sea herido divinamente aquel por quien teme ser muerto? Cuando tendemos a la celsitud de la piedad y de la humildad, somos elevados por los ejemplos precedentes. ¿Qué más misericordioso, qué más humilde puede decirse que David, quien de un rey réprobo por las victorias recibió oprobios, quien de la mano hostil la gente israelita fuerte arrebató, y sin embargo él mismo como débil huye por que no muera (I Rey.

XVII, 18, 19); quien tanto se reconoce electo por el juicio divino, como a su perseguidor réprobo, y sin embargo a ese mismo su perseguidor con la humildad de frecuente satisfacción se somete, quien la lanza del perseguidor quita, la orla del manto corta, y hacia la cumbre del monte prontamente se apresura, y en uno y el mismo tiempo ostenta que 861 tuvo potestad de matar, y ruega que no sea muerto?

18. Al modo de las nubes extendida sobre nosotros la vida de aquellos santos leemos. Porque pues en todas las cosas que espiritualmente apetecemos somos informados por los ejemplos precedentes, bien de estas nubes se dice: Que cubren todas las cosas desde arriba. Pues al modo de las nubes extendida sobre nosotros la vida de los padres somos protegidos, para que seamos regados para el fruto del fecundo germen. Y como contemplando el cielo primero miramos las nubes, porque primero vemos admirando los hechos de los buenos, y después penetramos experimentando aquellas cosas que son celestiales. Pero porque de ningún modo la vida y virtud de estas nubes, esto es de los antiguos padres, se nos haría patente, si otras nubes, esto es los santos apóstoles, no la abrieran con la luz de su predicación, vuelva el sermón a estas nubes que predicando circundan el mundo, y muestre qué por ellas el Señor obró en el mundo. Sigue:

CAPÍTULO XI

[Rec. VI].

VERSÍCULOS 29, 30. — Si quisiere extender las nubes como su pabellón, y relampaguear con su luz desde lo alto, cubrirá también los quicios del mar.

19. Los santos de Dios son pabellones, en los cuales Él habita y camina entre nosotros. Cuando Pablo buscaba Roma, Dios iba oculto en su pecho como bajo un pabellón. — El Señor extiende las nubes cuando, abriendo el camino de la predicación a Sus ministros, los difunde por todas partes en la latitud del mundo. Además, bien se dice: Como su pabellón. Pues el pabellón suele colocarse en el viaje. Y cuando los santos predicadores son enviados al mundo, hacen camino para Dios. De donde está escrito: He aquí que envío a Mi ángel delante de Tu faz, el cual preparará Tu camino delante de Ti (Mal. 3, 1). Y de donde otra vez se dice por el Salmista: Haced camino a aquel que asciende sobre el ocaso (Sal. 67, 5). Y otra vez: Oh Dios, cuando salías delante de Tu pueblo, cuando pasabas por el desierto, la tierra se movió (Sal. 67, 8). Pues Dios, que por Sí mismo no está localmente en todas partes, camina localmente a través de Sus predicadores por las partes del mundo. De donde también se dice por el profeta: Y caminaré en ellos (Lev. 26, 12; 2 Cor. 6, 16). Pues por medio de ellos hace camino, mientras se infunde en los corazones humanos por la elocuencia de ellos. Y en este viaje, estos mismos corazones de los santos son los pabellones de Dios, por los cuales se cubre como descansando en el camino, mientras viniendo por estos a las mentes de los hombres, obra lo que ha dispuesto, y no es visto. [Vet. VIII.]

De aquí es que toda la sinagoga junta es llamada pabellón, cuando el Señor se queja por Jeremías de que los sacerdotes han cesado de predicar, diciendo: No hay quien extienda más Mi pabellón, y levante Mis cortinas (Jer. 10, 20). De aquí otra vez se dice de su exterminio: Disipó como un huerto Su pabellón, demolió Su tabernáculo (Lam. 2, 6). Porque como el Señor entonces yacía oculto entre los hombres en el culto de un solo pueblo, llamó a ese mismo pueblo Su pabellón. De donde también con razón ahora estas nubes son llamadas Su pabellón, porque Dios, viniendo a nosotros por la gracia, se oculta dentro de las mentes de Sus predicadores. ¿Acaso Pablo no era Su pabellón, cuando viniendo a los corazones de los mortales desde Jerusalén por el circuito hasta el Ilírico, el Señor descansaba en su mente (Rom. 15, 19)? Ciertamente era nube para los hombres, pabellón para Dios, porque a Aquel a quien predicando infundía en los oyentes, a Éste retenía invisiblemente en su mente. El mismo Pablo otra vez, mientras cargado de cadenas buscaba Roma para ocupar el mundo, Dios iba oculto en su pecho como bajo un pabellón (Hech. 28, 15), porque tanto oculto no podía ser visto, como manifestado por las palabras de la predicación, realizaba sin cesar el camino de la gracia iniciada. Moisés se mostró como Su nube cuando, antes de ofrecer el liderazgo al pueblo de Israel, permaneciendo cuarenta años en el desierto y aspirando a cosas sublimes, vivió segregado de la conversación del pueblo. Pero fue hecho pabellón de Dios cuando, enviado a reclamar al pueblo a Egipto,

iba (Éx. 3, 10), portando la verdad invisible en el corazón, mientras el Dios omnipotente, que se manifestaba en la obra, se ocultaba en el corazón. Y presente en todas partes conteniendo todas las cosas, hacía camino viniendo en Su siervo a Egipto. De donde está escrito: Fue Dios a Egipto, para redimir para Sí un pueblo (Éx. 15, 13, sec. LXX). He aquí que se dice que va, Aquel por cuya presencia incircunscrita todas las cosas son contenidas, porque Aquel que por su majestad está en todas partes, como en un camino pone Sus pasos por la predicación.

20. Dios relampaguea a través de los santos cuando obra milagros. Éstos son necesarios en los predicadores. — Pero a estos mismos santos predicadores de ningún modo les bastan las palabras para persuadir, si no se añaden también los milagros. De donde, habiéndose dicho: Si quisiere extender las nubes como su pabellón, con razón se añade: Y relampaguear con su luz desde lo alto. Pues ¿qué debemos entender por relámpagos, sino los milagros? de los cuales se dice por el Salmista: Multiplicarás los relámpagos, y los turbarás (Sal. 143, 6, sec. LXX). Por estas nubes, pues, relampaguea con Su luz desde lo alto, porque a través de los santos predicadores ilustra las tinieblas de nuestra insensibilidad incluso con milagros.

21. La conversión también de los términos extremos del mundo. Britania sometida a la fe. — Y cuando estas nubes llueven con palabras, y cuando con milagros abren la fuerza de la luz coruscante, convierten también los términos

extremos del mundo al amor divino. De donde con razón se añade: Cubrirá también los quicios del mar. Lo cual ciertamente oímos que debía hacerse por las voces de Eliú, pero por la autoría de Dios ya vemos que se ha hecho. Pues el Señor omnipotente cubrió los quicios del mar con nubes relampagueantes, porque con los emicantes milagros de los predicadores, condujo también los términos del mundo a la fe. Pues he aquí que ya ha penetrado los corazones de casi todas las naciones; he aquí que en una sola fe unió el límite del Oriente y del Occidente; he aquí que la lengua de Britania, que no sabía otra cosa que rechinar bárbaramente, hace ya tiempo que comenzó a resonar el Aleluya hebreo en las divinas alabanzas. He aquí que el Océano, antes tumid, ahora postrado sirve a los pies de los santos, y sus bárbaros movimientos, que los príncipes terrenales no habían podido domar con el hierro, éstos las bocas de los sacerdotes los ligan con simples palabras por el temor divino; y el que siendo infiel de ningún modo había temido a las catervas de los combatientes, ahora ya fiel teme las lenguas de los humildes. Porque habiendo percibido las palabras celestiales, y clareciendo también los milagros, se le infunde la virtud del conocimiento divino, es refrenado por el terror de la misma divinidad, de modo que teme obrar perversamente, y con todos sus deseos ansía llegar a la gracia de la eternidad. De donde aquí también convenientemente se añade:

CAPÍTULO XII.

VERSÍCULO 31. — Porque por estas cosas juzga a los pueblos, y da alimentos a muchos mortales.

22. Por los mismos predicadores designados por las nubes, tanto se inflige el terror como se da el alimento. — Pues a través de estas palabras de los predicadores, es decir, las gotas de las nubes, a través de estos relámpagos de los milagros Dios juzga a los pueblos, porque llama a sus corazones aterrorizados a la penitencia. Pues mientras oyen cosas sublimes, mientras atienden a obras maravillosas, pronto vuelven a sus corazones, y afligiéndose por sus pasadas depravaciones, temen grandemente los tormentos eternos. Pero por las mismas nubes por las cuales se inflige el terror, también se da el alimento, porque es grande la dispensación de los predicadores, de modo que así sepan afligir las mentes de los soberbios, como también supieron nutrir a los afligidos con el elocuio de la consolación, a fin de que tanto aterren a los pecadores por los suplicios eternos, como pastoreen a los penitentes con los gozos del reino celestial. De donde el orden mismo de la dispensación fue bien conservado, para que ordenadamente Eliú dijera que por estas nubes primero juzga a los pueblos, y después ofrece alimentos, porque ciertamente el Dios omnipotente por Sus predicadores primero nos sacude corrigiéndonos por la acción perversa, y después nos nutre consolándonos por la esperanza. Pues si la divina dispensación no realizara ahora el juicio por estas nubes, de ningún modo habría dicho a las mismas nubes: Recibid el Espíritu

Santo; a quienes perdonareis los pecados, les son perdonados; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos (Juan 20, 22). Y otra vez, si por ellas no alimentara nuestros corazones ayunos, de ningún modo el Señor habría dicho a sus discípulos acerca de los pueblos hambrientos: Dadles vosotros de comer (Mat. 14, 16). Lo cual creemos que fue hecho así entonces por sus manos, de modo que vemos que esto se hace diariamente por sus palabras sin cesar. ¿Qué hace Pedro, cuando habla por sus epístolas, sino que nuestros corazones, mal ayunos, se sacien con el pasto de la palabra? ¿Qué obran Pablo, qué obran Juan, hablando por sus epístolas, sino que nuestras mentes perciban los alimentos celestiales, y venzan el fastidio de su inanición por el cual morían? Dígase pues: Si quisiere extender las nubes como su pabellón, y relampaguear con su luz desde lo alto, cubrirá también los quicios del mar. Porque por estas cosas juzga a los pueblos, y da alimentos a muchos mortales. Como si dijera abiertamente: Si extiende a Sus santos al ministerio de la predicación, y ayuda sus palabras con milagros, llama a los límites de todo el mundo a la fe, por los cuales tanto primero juzga a los soberbios, como después nutriendo en la esperanza a los humildes por la palabra de consolación, los fortalece.

[Vet. IX.] 23. No a todos se les da la fe. — Pero al decir que da alimentos a los mortales, debe notarse que no dijo a todos, sino a muchos, porque ciertamente está escrito: No de todos es la fe (2 Tes. 3, 2). Y a algunos se les dice: Por esto no oís vosotros, porque no sois de Dios (Juan 8, 47). Y

otra vez: Nadie puede venir a Mí, si el Padre, que Me envió, no le atrajere (Juan 6, 44). Y otra vez: Conoce el Señor quiénes son los Suyos (2 Tim. 2, 19). De donde también en la misma santa Iglesia muchísimos mantienen la fe, pero no mantienen la vida de la fe; perciben los sacramentos de la humildad del Señor, pero desprecian ser humillados por la imitación del Señor; comunican en los blandos predicamentos del elocuio divino, pero en su interior perseveran inmensos en su tumor. De donde aquí también, después de que ha sido significada la latitud de la Iglesia congregada por los quicios del mar, aptamente se añade:

CAPÍTULO XIII

[Rec. VII].

VERSÍCULO 32. — A los inmensos esconde la luz.

24. A los soberbios se les deniega el conocimiento de la verdad. — Inmensos (immanes) son, ciertamente, los que se ensalzan con elados pensamientos. Contra los cuales se dice por Isaías: ¡Ay de vosotros, que sois sabios a vuestros ojos, y prudentes ante vosotros mismos! (Is. 5, 21). Contra los cuales también dice Pablo: No seáis prudentes ante vosotros mismos (Rom. 12, 16). Pero a estos inmensos se les esconde la luz, porque ciertamente a los soberbios se les deniega el conocimiento de la verdad. De donde por Sí misma la Verdad dice: Te confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y prudentes, y las revelaste a

los pequeñuelos (Mat. 11, 25): llamando, a saber, sabios y prudentes a los soberbios. Pues el que no añadió: Las revelaste a los necios, sino a los pequeñuelos, dio a conocer que había condenado el tumor, no la agudeza. De donde también se dice en otra parte: El Señor que guarda a los pequeñuelos (Sal. 114, 6). Y para que se muestre qué se llama esta misma pequeñez, se añade: Humillado fui, y me libró (ibíd., 6). Porque, por tanto, hay muchos en la Iglesia que desprecian ser pequeñuelos, de ningún modo desisten de ser inmensos en su interior incluso en el lugar de la humildad. A éstos verás frecuentemente ser ensalzados con honores, disfrutar de placeres, dilatarse por la multiplicidad de las cosas. Éstos a menudo nada buscan especialmente sino presidir a los demás, se congratulan de ser temidos por muchos; descuidan vivir rectamente, y ansían tener la fama de una vida recta; buscan adulaciones, se hinchan con los favores. Y porque están prontos en las cosas que les son copiosamente presentes, no buscan los goces venideros. Y cuando la múltiple acción los ocupa, los demuestra incluso como ajenos a sí mismos [Vet. X]. Y sin embargo, si surge alguna tentación de la fe, porque en ella al menos se contienen en cuanto a la especie, defienden ésta con palabras, ésta con trabajos, y vindican la patria celestial, pero no la aman.

25. Muchos luchan por la tierra de la promesa, la cual, sin embargo, mínimamente aman. Ejemplo de los gaditas y rubenitas. — A los cuales bien expresan en Moisés los hijos de Rubén y de Gad, y la media tribu de Manasés, quienes poseyendo

muchos ganados y jumentos, mientras desean los llanos que habían visto fuera del Jordán, no quisieron tener herencia en la tierra de la promesa, diciendo: La tierra que el Señor hirió a la vista de los hijos de Israel, es de una región uberrima para el pasto de los animales; y nosotros tus siervos tenemos muchísimos jumentos y te rogamos, si hemos hallado gracia ante ti, que nos la des a nosotros tus siervos en posesión, y no nos hagas pasar el Jordán (Núm. 32, 4). Los que, por tanto, poseen muchísimos jumentos, rehúsan pasar el Jordán, porque a quienes ocupan muchos enredos del mundo, no buscan la habitación de la patria celestial. Pero la misma fe que mantienen al menos en apariencia, los increpa, para que no se entorpezcan por el deleite del ocio, y con su ejemplo quiebren a otros de la tolerancia del trabajo y del estudio de la longanimidad. De donde se les dice por Moisés: ¿Acaso irán vuestros hermanos a la pelea, y vosotros os quedaréis aquí sentados? ¿Por qué subvertís las mentes de los hijos de Israel? (ibíd., 7). Pero como se avergüenzan de no defender lo que confiesan, por la misma fe que profesaron, corren al certamen, y la vindican no para sí, sino para sus prójimos. De donde también dicen a Moses: Fabricaremos rediles para las ovejas, y establos para los jumentos, y ciudades fortificadas para nuestros pequeñuelos; nosotros mismos, armados y ceñidos, iremos delante al combate ante los hijos de Israel (ibíd., 16). Los cuales pronto acuden fuertes por los demás, y liberan la tierra de la promesa de los enemigos, y la dejan; y vuelven a pastorear sus rebaños fuera

del Jordán. Muchos, en efecto, aunque fieles, ocupados en los cuidados presentes, pastorean sus rebaños como fuera del Jordán, porque contra la fe del bautismo sirven a las cosas perecederas con toda su mente y con todo su deseo. Los cuales, sin embargo, como dijimos, cuando surge la tentación de la fe, se ciñen con las armas de las defensas. Superando trucidán a los enemigos de la fe, y no aman la herencia de la tierra de la promesa, esto es, el fruto de la fe; y de tal modo luchan por ella, que sin embargo depositan sus prendas fuera de ella. Porque como tienen a sus pequeñuelos fuera, no tienen afecto en su habitación. De donde vuelven a los llanos, porque se deslizan desde las altas cumbres de los montes como desde la esperanza de las cosas celestiales, para nutrir animales brutos fuera de la tierra de la promesa, porque elaboran para pastorear los movimientos irracionales del ánimo con varios deseos, porque no saben cuán grande es la claridad de la luz eterna quienes están cegados por las ocupaciones transitorias; y mientras se enorgullecen de las cosas terrenas, se cierran a sí mismos la entrada de la luz celestial.

[Vet. XI.] De donde con razón se dice ahora: A los inmensos esconde la luz. Pero sin embargo, a veces la gracia suprema mira a estos inmensos, y los aflige con las mismas ocupaciones de las cosas abundantes, e intercala en sus prosperidades tribulaciones ciertamente adversas pero útiles, para que contristados vuelvan al corazón, y reconozcan cuán vanamente se ocupan en las cosas perecederas. De donde aquí también, después de

que se dice que la luz ha sido sustraída, aptamente se añade:

CAPÍTULO XIV.

IBÍDEM. — Y le manda que vuelva otra vez.

26. La luz de la verdad, que se esconde a las mentes eladas y ocupadas, se revela a las afligidas y humilladas. — Porque la luz de la verdad, que se esconde a las mentes eladas y ocupadas, se revela a las afligidas y humilladas. Pues la luz llega cuando la mente afligida reconoce las mismas tinieblas de las tribulaciones que tolera acerca de las cosas perecederas, porque si no percibiera algo de la luz interna, ni siquiera vería esto mismo, que había perdido la luz. Lo cual puede entenderse especialmente también de los judíos, quienes por eso se atrevieron a contradecir a nuestro Redentor que venía en la carne, porque resultaron inmensos ante sí mismos. Pero a estos inmensos la luz les fue escondida, porque los soberbios, mientras persiguen la luz de la verdad, la perdieron. Pero porque al fin del mundo han de ser recibidos a la fe, con razón se añade: Y le manda que vuelva otra vez. De donde también se dice por Isaías: Si el número de los hijos de Israel fuere como la arena del mar, las reliquias se salvarán (Is. 10, 22). Pues entonces la luz vuelve a ellos, cuando ellos mismos vuelven a confesar la potencia de nuestro Redentor.

27. Dios, según quiere, o esconde o revela la luz. — Pero si por en las manos (in manibus), de ningún modo aceptamos un solo nombre en caso dativo, sino dos partes de la oración; puede

entenderse que la luz se esconde en las manos cuando, ante el juez recto, todos los inicuos son cegados en sus propias obras. A quienes, sin embargo, se les manda que vuelva otra vez, porque mientras los pecadores han conocido que no pueden salvarse por sus propias fuerzas, reciben la luz de la gracia, y son ilustrados por los rayos de la protección íntima, para que después amen con mayor ardor la patria celestial, de lo que antes ardían en el deleite terrenal. Pero cuando hablamos estas cosas de la patria celestial, en la cual oímos que están presentes las huestes de los ángeles dotadas de maravillosa claridad, sobre la cual preside el Fundador de todas las cosas, la cual llena refrescándola con Su visión, cuya verdadera herencia es la luz y no hay allí defecto alguno de la misma luz, reducimos la mente a nosotros mismos, y pensamos que llevamos miembros terrenos, sopesamos que, nacidos en tinieblas y ajenos a los rayos de la luz íntima, tanto más inicuamente vivimos cuanto, entregados a las cosas corporales, más lejos vivíamos de las espirituales. Por cuya consideración el corazón, movido y mal consciente de sí mismo, trepida, y desespera de poder hacerse ciudadano de esa tan grande patria de la que oye. De donde aquí también aptamente se añade aquello por lo cual la mente pávida sea reducida a la confianza. Pues de esta luz pronto se añade:

CAPÍTULO XV

[Rec. VIII].

VERSÍCULO 33. — Anuncia acerca de ella a Su amigo que es su posesión, y que puede ascender a ella.

28. Dios promete la gloria celestial a los hombres casi desesperados. — El amigo de la verdad es el amante de la acción recta. De donde también la Verdad misma dice a los discípulos: Vosotros sois Mis amigos, si hiciereis las cosas que Yo os mando (Juan 15, 14). Pues amigo se llama al custodio del alma. De donde no inmerecidamente aquel que se esfuerza por custodiar la voluntad de Dios en Sus preceptos, es llamado Su amigo. De aquí es que otra vez a los mismos discípulos dice la Verdad: Pero a vosotros os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de Mi Padre, os las he dado a conocer (ibíd., 15). Acerca de esta luz de la patria eterna, por tanto, anuncia Dios a Su amigo que es su posesión, para que de ningún modo desespere por la fragilidad de su propia enfermedad, de ningún modo sopesé esto que fue creado, sino que fue recreado, sino que sepa tanto más ciertamente que posee la claridad de aquella luz, cuanto ahora más verdaderamente pisa las tinieblas de los vicios que le baten. Pero bien se añade en la promesa: Y que puede ascender a ella. Pues ¿qué hay más difícil que para un hombre nacido en la tierra, que lleva miembros terrenos y frágiles, subir a las alturas de los cielos, penetrar los arcanos de los espíritus celestiales?

29. Cristo compuso la paz entre los ángeles y los hombres. Nos hizo iguales a los ángeles. — Pero el Fundador de esos mismos espíritus vino a nosotros, y se exhibió como hombre incluso bajo

ellos, como de Él se dice al Padre por el Profeta: Le hiciste un poco menor que los ángeles (Sal. 8, 6). Y porque entre nosotros y esos mismos espíritus encontró el escándalo de una vida discordante, con maravillosa potencia, con más maravillosa aún piedad, creando lo sumo, asumiendo lo ínfimo, unió lo ínfimo con lo sumo. De aquí es que, habiendo nacido el mismo Rey, los coros de los ángeles salen en Su anunciación, dicen un himno, y vencida la discordia de la vida perversa, reconocen como ciudadanos a aquellos a quienes poco antes habían despreciado, predicando con boca consonante: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Luc. 2, 14). Como si dijeran abiertamente: A los que la malicia había separado de nosotros, únalos ahora la bondad nacida en la tierra. De aquí es que antes de Su encarnación, en el Antiguo Testamento, se lee que el hombre adoró a un ángel, y sin embargo no se le prohíbe adorar (Gén. 18, 2); pero después del advenimiento del Mediador, habiéndose postrado Juan para adorar al ángel, oyó: Mira, no lo hagas, consiervo tuyo soy y de tus hermanos (Apoc. 19, 10; 22, 9). Pues ¿qué es esto de que antes equitativamente permitían ser adorados, y después los ángeles lo rehúsan del hombre, sino que antes conocían al hombre entregado a las corrupciones carnales, y aún no redimido de las mismas corrupciones carnales, a quien cuanto más abyecto le conocían, más justamente le despreciaban; pero después ya no podían tener a la naturaleza humana como sujeta, al ver a ésta en su Autor conducida incluso por encima de ellos

mismos? Pues ya no debía ser despreciada como sujeta en los miembros, la que en la misma Cabeza de los miembros mereció ser venerada como preferida. Aquel, pues, que por nosotros existió como menor que los ángeles, nos hizo iguales a los ángeles por la virtud de Su minoración. De donde también muriendo enseñó que no se debe temer a la muerte, resucitando que se debe confiar en la vida, ascendiendo que se debe gloriar en la herencia de la patria celestial, para que donde ven que la Cabeza ha precedido, allí los miembros se congratulen de seguirle. De donde bien se dice por la misma Cabeza nuestra: Dondequiera que estuviere el cuerpo, allí se congregarán también las águilas (Mat. 24, 28). De donde Pedro dice: Para una herencia incorruptible, e incontaminada, e inmarcesible, conservada en los cielos (1 Ped. 1, 4). De donde Pablo dice: Sabemos que si nuestra casa terrestre de esta habitación se deshiciere, que tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha por manos, eterna en los cielos (2 Cor. 5, 1).

30. Sólo Cristo ascendió al cielo, el cual está abierto sólo para Sus miembros. — Pero si nosotros también, que hemos nacido en la tierra, subimos al cielo, ¿dónde queda lo que otra vez dice la Verdad: Nadie subió al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo (Juan 3, 13)? A cuya sentencia ciertamente sale al encuentro inmediatamente lo que esta misma Verdad dice: Padre, quiero que donde Yo estoy, también ellos estén conmigo (Juan 17, 24). La cual no discrepa de Sí misma en Sus palabras, sino que

inflama el estudio de nuestra mente para investigar estas cosas como si fueran discordantes. Pues todos nosotros, los que hemos nacido en Su fe, sin duda existimos como Su cuerpo. Porque, por tanto, por una maravillosa dispensación de piedad el Señor fue hecho Cabeza de Sus miembros, rechazada la multitud de los réprobos, Él solo está también con nosotros. Nadie, pues, subió al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo (Juan 3, 13), porque mientras nosotros ya hemos sido hechos uno con Él, de donde Él solo vino en Sí mismo, allí Él solo vuelve también en nosotros; y Aquel que siempre está en el cielo, sube diariamente al cielo, porque Aquel que por Su divinidad permanece sobre todas las cosas, por la armazón de Su humanidad se atrae diariamente a Sí mismo a los cielos. No desespere, pues, de sí misma la fragilidad humana, considere la sangre del Unigénito, y en su precio vea cuán grande es lo que tanto vale. Sopesé solícitamente a dónde precedió la Cabeza, y así como está obligada por los preceptos para vivir, sea fortalecida por el ejemplo para esperar; confíe en los cielos, espere la patria celestial, sépase asociada de los ángeles, y en su Cabeza gócese de estar antepuesta incluso a los ángeles. Dígase, pues, rectamente de esta luz de la patria eterna: Anuncia acerca de ella a Su amigo que es su posesión, y que puede ascender a ella. [Vet. XII.] Pero estas cosas son muy admirables, muy terribles, que el hombre nacido en la tierra, y por largo tiempo condenado lejos de la patria celestial por exigencia de sus méritos, no sólo sea reducido al estado de su con-

dición, sino que también sea más gloriosamente exaltado, de modo que quien perdió el paraíso reciba el cielo; y no sólo no le retenga el reato de su deuda, sino que a él después de la culpa le crezcan más cumulativamente los dones, de modo que aquel despreciador de Dios, aquel imitador del diablo, si vuelve al fruto de la penitencia, ascienda hasta la altura de la luz íntima que ha de ser contemplada. ¿De quién, pues, el corazón no saltará en la admiración de esta piedad? ¿De quién el torpor no se espantará en la elevación de tan gran consideración? De donde también aptamente se añade:

CAPÍTULO XVI

[Rec. IX].

CAP. XXXVII, VERSÍCULO 1. — Sobre esto se espantó mi corazón, y se movió de su lugar.

31. Considerada la luz de la patria eterna, la mente es arrebatada al éxtasis. — Porque el pavor, mientras hiere la mente, la vuelve ajena a sí misma, a veces los intérpretes latinos llaman éxtasis al pavor, como se dice por el Salmista: Yo dije en mi pavor: Arrojado soy de la presencia de Tus ojos (Sal. 30, 23). Donde, a saber, no pavor, sino exceso (excessus) pudo haberse dicho; pero el pavor se pone allí por el exceso, porque así como en el exceso, así en el pavor el ánimo se aliena. De donde aquí también, considerada la luz de la patria eterna, con razón se añade: Sobre esto se espantó mi corazón. Como si dijera: En el exceso de la admiración se trasladó, y porque la

mente fue soplada por el espíritu de una nueva esperanza, se dejó a sí misma tal como había sido en su antiguo pensamiento.

32. El corazón, despreciadas las cosas terrenas, suspira sólo por las celestiales. — Pero bien se dice: Y se movió de su lugar. Pues el lugar del corazón humano es el deleite de la vida presente. Pero cuando por la aspiración divina es tocado el lugar de nuestro corazón, se hace amor de la eternidad. Por la consideración, por tanto, de la patria eterna, el ánimo se mueve de su lugar, porque abandonadas las cosas ínfimas, es puesto en los pensamientos celestiales. Pues antes no sabía qué eran las cosas eternas, se había entorpecido en el deleite de las presentes, y al mismo tiempo él, transitorio, mantenía por amor las cosas transitorias. Pero después de que conoció qué eran las cosas eternas, después de que tocó los rayos de la luz suprema contemplándolos de paso, suscitado desde las cosas ínfimas se elevó por la admiración de las sumas, de modo que ya no le agradan sino las que son eternas, y, despreciadas las transitorias, busca sólo las que permanecen. Bien, pues, se dice: Sobre esto se espantó mi corazón, y se movió de su lugar, porque el corazón perezoso, y dado hace poco a los pensamientos terrenos, cuando de repente por el exceso se suspende a lo sumo, cambió el lugar del pensamiento ínfimo. Pero porque por sí misma la mente postrada en el amor del presente siglo duerme, y si no es pulsada por la aspiración de la gracia divina, se entorpece fría e insensible en sus deleites, es necesario que añada cómo es tocada por el pensamiento

interno, o de qué modo es sensibilizada para lo espiritual. Sigue:

CAPÍTULO XVII

[Vet. XIII, Rec. X].

VERSÍCULO 2. — Oirá una audición en el terror de Su voz, y el sonido que procede de Su boca.

33. Dios primero nos castiga con el temor del juicio, después nos recrea con la consolación de la dulzura celestial. — Es costumbre del sacro elocuio que cuando insinúa el oír algo por el oído, diga que se oye esa misma audición, como dice Habacuc: Señor, oí Tu audición, y temí (Hab. 3, 2). De donde aquí también se dice: Oirá una audición en el terror de Su voz. Pero debe notarse que la voz de Dios se afirma que es oída no en el gozo, sino en el terror, porque ciertamente cada pecador mientras piensa sólo en las cosas que son terrenas, mientras lleva el corazón oprimido por los pensamientos ínfimos, si de repente es tocado por la aspiración de la gracia divina, entiende esto ante todo, que todas las cosas que hace son castigadas por la estrecha animadversión del Juez eterno. La audición de la voz de Dios, por tanto, primero sucede en el terror, para que después se convierta en dulzura, porque primero nos castiga con el temor del juicio estrecho, para recrear a los ya castigados con la consolación de la dulzura celestial. Pues cuando nos posee el violento deleite de las cosas temporales, y oprime los ojos de nuestra mente en el sueño del torpor, si somos excitados por la mano súbita del respeto supremo,

pronto abrimos esos mismos ojos de la mente, cerrados por largo tiempo, a la luz de la verdad, recordamos los males que hicimos, vemos cuán estrecho viene el Juez contra ellos: se revuelve en la mente cuán grande será aquel advenimiento de tan gran Juez, cuál será entonces aquella frecuencia de hombres y de ángeles, con cuánta fuerza combatirán contra los réprobos los elementos ardientes, cuán terriblemente procederá de la boca del Juez estrecho la sentencia eterna, por la cual se dice a los réprobos: Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno, que fue preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. 25, 41). La pena de los mismos réprobos se revuelve ante los ojos, y qué sean las tinieblas de la gehena, se sopesa con la grave oscuridad de la amargura. Porque, por tanto, el corazón soberbio primero es sacudido por el terror, para que sacudido se solidifique en el amor, con razón se dice ahora: Oirá una audición en el terror de Su voz. Donde también bien se añade: Y el sonido que procede de Su boca.

34. Ambos los presta el Espíritu Santo que procede de la boca del Señor. — El sonido de la boca de Dios es la fuerza del temor que irrumpe por la aspiración suprema, porque cuando el Señor nos llena aspirando sobre las cosas futuras, sin duda nos aterra por las cosas mal hechas del pasado. Pero por la boca de Dios puede designarse al Hijo unigénito, que es llamado Su brazo, porque por Él el Padre opera todas las cosas, de quien dice el profeta: ¿Y a quién ha sido revelado el brazo del Señor? (Is. 53, 1); de quien dice Juan: Todas las cosas fueron hechas por Él (Juan 1, 3); así también

es llamado boca. De aquí es, pues, que el profeta dice: Porque la boca del Señor ha hablado estas cosas (Is. 58, 14). Por quien nos habla todas las cosas, como si por el nombre de boca se dijera patentemente el Verbo, así como nosotros también solemos decir lengua por palabras, como cuando decimos la lengua griega o la latina, mostramos las palabras latinas o griegas. Por tanto, no sin razón aceptamos la boca del Señor como Él mismo. De donde también la esposa le dice en el Cantar de los cantares: Béseme con el beso de su boca (Cant. 1, 1). Como si dijera: Tóqueme con la dulzura de la presencia del Hijo unigénito, mi Redentor. [Vet. XIV.] Por el sonido de la boca puede designarse al Espíritu Santo del mismo Señor. De donde también en otro lugar, en la significación del mismo Espíritu, está escrito: Se produjo de repente un sonido del cielo como de un espíritu vehemente que venía (Hech. 2, 2). El sonido, pues, procede de la boca del Señor cuando el Espíritu consustancial a Él, viniendo a nosotros por el Hijo, rompe la sordera de nuestra insensibilidad, tal como de ese mismo sonido incircunscrito e incorporeo habla la boca del Señor, diciendo: De lo mío recibirá, y os lo anunciará (Juan 16, 15). Puede, pues, entenderse por el terror de la voz la fuerza de la pavor, y por el sonido de la boca la dulzura de la consolación, porque a quienes el Espíritu Santo llena, primero los aterra por la acción terrenal, y después los consuela con la esperanza de las cosas celestiales, para que tanto después se gocen confiando en los premios cuanto antes temían viendo sólo los suplicios. De aquí es que

del Espíritu del unigénito, como de este sonido de la boca, dice Pablo: Pues no habéis recibido el espíritu de servidumbre otra vez para el temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos: Abba, Padre (Rom. 8, 15). De aquí la Verdad dice por sí misma: Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonareis los pecados, les son perdonados; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos (Juan 20, 22-23). He aquí que el terror de los conversos se convierte en potestad, porque mientras castigan sus males arrepintiéndose, ascienden hasta el ejercicio del juicio; para que reciban en Dios el poder que antes ellos mismos temían de Dios. Pues se hacen jueces quienes temieron perfectamente el juicio supremo, y comienzan a perdonar los pecados ajenos quienes antes habían temido que les fueran retenidos los suyos. Pero porque este mismo juicio que se realiza espiritualmente no es visto ahora por los carnales, hay algunos que no estiman que Dios cuide las cosas humanas, y piensan que éstas son llevadas por movimientos fortuitos. Contra los cuales rectamente se añade:

CAPÍTULO XVIII

[Rec. XI].

VERSÍCULO 3. — Bajo todos los cielos Él mismo considera, y Su luz sobre los términos de la tierra.

35. La providencia de Dios hacia las cosas sumas e ínfimas. — Como si se dijera claramente: El que rige las cosas sumas, tampoco desampara

las extremas, porque de tal modo se entrega a las máximas, que sin embargo este mismo cuidado de régimen no es impedido por las pequeñas. Pues el que en todas partes está presente, y en todas partes es igual, tampoco en las cosas disímiles es disímil a sí mismo. Igualmente, pues, lo mira todo, igualmente lo dispone todo, el que estando presente en todos los lugares, ni es retenido localmente, ni se varía cuidando cosas varias. Pero si aceptamos por cielos a los santos predicadores, atestiguándolo el Profeta que dice: Los cielos narran la gloria de Dios (Sal. 18, 1), después de que por el sonido de la boca se designa el advenimiento del Espíritu Santo, rectamente se añade: Bajo todos los cielos Él mismo considera, y Su luz sobre los términos de la tierra.

36. Por qué fueron concedidos milagros en los inicios de la Iglesia. — Pues hay algunos que cuando oyen las obras admirables de los apóstoles, que habiendo recibido el Espíritu Santo resucitaban a los muertos con la palabra, expulsaban demonios de los obsesos, con la sombra quitaban las enfermedades (Hech. 5, 12, ss.), predecían las cosas futuras profetizando, y predicaban al Verbo unigénito de Dios hablando la lengua de todas las gentes (Hech. 2, 4), porque no ven ahora estas virtudes en la Iglesia, sospechan que la gracia suprema ya ha sido retirada de la Iglesia, no sabiendo sopesar lo que está escrito: Ayudante en las oportunidades, en la tribulación (Sal. 9, 10). Pues entonces la santa Iglesia necesitó los auxilios de los milagros cuando la apretó la tribulación de la persecución. Pues después de

que domó la soberbia de la infidelidad, ya no requiere signos de virtudes, sino sólo los méritos de las obras, aunque también muestre aquéllos por medio de muchos cuando la oportunidad lo exige. Pues está escrito: Las lenguas son para signo no a los fieles, sino a los infieles (1 Cor. 14, 22). Donde, pues, todos son fieles, ¿qué causa exige que se muestren signos? De donde quizá satisfacemos más pronto si recordamos algo de la misma dispensación apostólica.

37. Los signos dados no a los fieles, sino a los infieles. — Pues Pablo, predicador egregio, viniendo a Malta, y sabiendo que la isla estaba llena de infieles, salvó orando al padre de Publio, vejado por la disentería y las fiebres (Hech. 28, 8), y sin embargo prescribió al enfermo Timoteo, diciendo: Usa un poco de vino por causa de tu estómago y tus frecuentes enfermedades (1 Tim. 5, 23). ¿Qué es esto, Pablo, que al enfermo infiel lo devuelves a la salud orando, y a tan gran ayudante del Evangelio lo curas al modo de un médico por medio de alimentos, sino porque por eso se hacen milagros exteriores para que las mentes de los hombres sean conducidas a las cosas interiores, a fin de que por aquello que se muestra visiblemente como admirable se crean aquellas cosas que son más admirables e invisibles? Pues por el signo de la virtud el padre de Publio debía ser sanado para que reviviera en la mente, mientras por el milagro volvía a la salud; pero a Timoteo no se le debía aplicar un milagro exterior, porque ya vivía todo él por dentro. ¿Qué tiene, pues, de extraño si, propagada la fe, no se hacen milagros

frecuentemente, cuando estos mismos apóstoles no los hicieron ya en algunos fieles? [Vet. XV.] Elevados, pues, los cielos, el Señor considera las cosas inferiores, porque aun quitados los sumos predicadores, incesantemente cuida también lo ínfimo de nuestra debilidad. Y como si bajo los cielos Su luz respetara los términos, porque tras la sublime vida de los precedentes también comprende las costumbres y actos de los pecadores por la ilustración de Su gracia. El cual, aunque no ejerza ahora frecuentemente signos de virtudes por la vida de los fieles, sin embargo nunca se retira de los mismos fieles por la virtud de las obras. También puede entenderse Su luz sobre los términos de la tierra de modo que la predicación de la gracia suprema, mientras recoge a las gentes a la fe, cerró dentro de sí misma los límites del mundo.

38. El milagro de la gracia divina en la conversión de los pecadores puestos en los extremos. — O ciertamente los términos de la tierra son los fines de los hombres pecadores. Y a menudo sucede que muchos desamparan a Dios, y gastan los tiempos de su vida en los deseos carnales; pero sin embargo, respetados por la gracia suprema, en sus últimos momentos vuelven a Dios, conocen cuáles son los juicios eternos, y todas las cosas que recuerdan haber hecho perversamente, las castigan con llantos, y muestran que verdaderamente siguen estas cosas con obras rectas. A los cuales, siguiéndoles la justicia, por supuesto se les perdona todo lo que antes delinquieron. Pues de aquí dice Ana por el espíritu de profecía: El

Señor juzgará los términos de la tierra (1 Sam. 2, 10), porque ciertamente Dios no juzga la vida anterior, cuando ilustra las cosas posteriores de los pecadores por el respeto de la piedad suprema. De aquí dice Moisés: Cambiarás el primogénito del asno por una oveja (Ex. 13, 13). Pues por el asno ciertamente se designa la inmundicia, pero por la oveja la inocencia. Cambiar, pues, el primogénito del asno por una oveja, es convertir los inicios de una vida inmunda en la simplicidad de la inocencia, para que después de que el pecador hizo aquellas cosas que el Señor rechazó como inmundas, produzca ya obrando aquellas cosas que imponga al sacrificio de Dios. Porque, pues, tras las obras torcidas el pecador se convierte, y es revocado alguna vez cerca del fin de las tinieblas de sus acciones, rectamente se dice ahora: Y Su luz sobre los términos de la tierra. Pero con grave luto aflige la misma gracia, que tras las maldades llena la mente. Pues trae a la memoria las cosas mal hechas, y muestra al hombre a sí mismo cuán justamente debe ser condenado. De donde sucede que cada pecado que recuerda haber hecho, lo persigue con llantos cotidianos; y cuanto más vale ya para distinguir lo que es justo, tanto más ardientemente apetece castigarse a sí mismo injusto con gemidos. De donde aptamente se añade:

CAPÍTULO XIX

[Rec. XII].

VERSÍCULO 4. — Tras Él rugirá un sonido.

39. Al soplar e ilustrar la gracia, se oyen los gemidos y rugidos de la penitencia. — Pues a quien el Señor hubiere llenado ilustrándolo, sin duda convierte su vida en lamento; y a la mente iluminada, cuanto más le insinúa los suplicios eternos, tanto más duramente la fatiga con gemidos por la maldad pasada; y se duele el hombre de lo que fue, porque ya comienza a ver el bien que no fue; odia tal cual recuerda haber sido, ama tal cual conoce que debió ser, y ama ya sólo la amargura de la penitencia, porque considera cautamente en cuántos placeres pecó por su deleite. Bien, pues, se dice: Tras Él rugirá un sonido, porque cuando Dios entra en la mente, consta sin duda que pronto sigue el gemido de la penitencia, para que ya le plazca llorar saludablemente a la que antes se gozaba con llorable jocundidad de las iniquidades. [Vet. XVI.] Pero cuanto más abundantemente se llora la culpa, tanto más profundamente se alcanza el conocimiento de la verdad, porque para ver la luz interna la conciencia hace poco polucionada, bautizada con lágrimas, se renueva. De donde tras el rugido de la penitencia aptamente se añade:

CAPÍTULO XX

[Rec. XIII].

IBÍDEM. — Tronará con la voz de Su magnitud.

40. La voz de Dios que excita al pecador torpe es semejante al trueno. — Pues Dios trona con la voz de Su magnitud cuando se nos insinúa, ya

bien preparados por los lamentos, cuán grande es Él en las cosas supremas. Pues como del cielo procede el trueno cuando el respeto de la gracia nos hiere con súbito pavor a los torpes por el descuido y la negligencia, y puestos en la tierra oímos el sonido de las cosas superiores, porque pensando cosas terrenas tememos de repente la sentencia del terror supremo, y la mente ya bien solícita por las cosas sumas tiembla, la que antes en las ínfimas torpemente estaba mal segura. Pero de qué modos se nos insinúa este terror de la visitación oculta se ignora; ni es comprendido por el filo de la misma mente, cuya intención se conmuta para mejor. De donde aptamente se añade:

CAPÍTULO XXI.

IBÍDEM. — Y no se investigará, cuando hubiere sido oída Su voz.

41. De qué modos esta voz se insinúa en los oídos del corazón se ignora. — La voz del Señor se oye cuando la aspiración de Su gracia se concibe en la mente, cuando se rompe la sordera de la insensibilidad oculta, y el corazón excitado al estudio del amor sumo es penetrado por el clamor de la virtud íntima. Pero esta voz del Espíritu que sobreviene, que se insinúa en los oídos del corazón, ni la misma mente que por ella ha sido ilustrada la investiga. Pues no puede sopesar la virtud invisible por qué conductos le influye, de qué modos viene a ella, de cuáles se retira. De donde también bien se dice por Juan: El Espíritu sopla donde quiere; y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene, ni a dónde va (Juan 3, 8). Pues

oír la voz del espíritu es levantarse al amor del creador invisible por la fuerza de la compunción íntima. Pero nadie sabe de dónde viene, porque se ignora por qué ocasiones se difunde a nosotros por la boca de los predicadores. Y nadie sabe a dónde va, porque cuando muchos oyen una sola predicación, no puede entenderse sin duda a quién desamparando desecha, o en el corazón de quién entrando descansa. Pues una sola cosa se hace fuera, pero no por ella se penetran de un solo modo los corazones de los que miran, porque el que invisiblemente modifica las cosas visibles, siembra incomprensiblemente las semillas de las causas en los corazones humanos. De aquí es que al ser resucitado Lázaro algunos creyeron, pero sin embargo muchísimos de los judíos fueron conmovidos al celo de la persecución por esta misma resucitación (Juan 11, 45). Así pues, un mismo y único milagro que a unos ofreció la luz de la fe, a otros por las tinieblas de la envidia los cegó de la luz de la mente. De aquí es que cada uno de los ladrones vio tanto la misma muerte del Redentor como una muerte semejante a la suya (Luc. 23, 39); pero uno, soberbio, no temió herirlo con oprobios, a quien el otro, temiendo, honró; y en una sola cosa no hubo un solo pensamiento en ambos, porque el Árbitro interno lo distinguió modificándolo invisiblemente. Pero estos modos de la aspiración oculta, porque no pueden ser comprendidos por nuestro pensamiento, ciertamente los vestigios de la voz divina no se conocen. Bien, pues, se dice: Y no se inves-

tigará, cuando hubiere sido oída Su voz. De donde también todavía se añade:

CAPÍTULO XXII.

VERSÍCULO 5. — Tronará Dios con Su voz maravillosamente.

42. Maravillosamente suena Dios, porque silenciosamente y por una fuerza oculta recrea a la vez con el alimento celestial. — Dios trona maravillosamente con Su voz, porque por una fuerza oculta penetra incomprensiblemente nuestros corazones. Los cuales, mientras los oprime con movimientos latentes en el temor, y los forma en el amor, clama silenciosamente de algún modo con cuánto ardor debe ser seguido, y se produce una cierta demasía de impulso en la mente, sin que nada suene en la voz. La cual suena tanto más poderosamente entre nosotros, cuanto hace que el oído de nuestro corazón se ensordezca a todo estrépito exterior. [Vet. XVII.] De donde también el alma, recogida pronto en sí misma por este clamor íntimo, se maravilla de lo que oye, porque percibe la fuerza de una compunción desconocida. Cuya misma admiración está bien significada en Moisés por el maná que venía de lo alto (Ex. 16, 15). Pues el dulce alimento que se recibe de las cosas supremas se llama manhu. Pues manhu se dice ¿Qué es esto? Y decimos ¿Qué es esto? cuando nos maravillamos de lo que vemos, ignorándolo. El maná supremo, pues, percibe el alma cuando, elevada por la voz de la compunción, se pasma ante una nueva especie de refección interna, de modo que llena de la dulzura divina con derecho

responda: ¿Qué es esto?, porque mientras es suspendida del pensamiento ínfimo, se maravilla insólitamente de las cosas que contempla de las supremas. Y porque con esta voz se rompe la sordera de nuestra torpeza, el uso de la vida vieja se muda al punto, para que el alma, alentada por el espíritu supremo, tanto apetezca en lo sumo lo que había despreciado, cuanto desprecie en lo ínfimo lo que apetecía; rectamente se añade:

CAPÍTULO XXIII.

IBÍDEM. — El cual hace cosas grandes e inescrutables.

43. Cosas admirables y estupendas obra Dios en la conversión del pecador. — Pues que un hombre entregado a los usos terrenos, oprimido por deseos inicuos, de repente se enfervorice por cosas nuevas, y se enfríe hacia las acostumbradas, renuncie a los cuidados exteriores, anhele en las contemplaciones internas, ¿quién será suficiente para considerar esta virtud de la voz celestial? ¿quién considerándola la comprenderá? Grandes son las cosas que el Señor hace por Su voz, pero menos grandes serían si hubieran podido ser escrutadas. Hace, pues, cosas grandes e inescrutables, porque muestra fuera la perfección de la obra, pero dentro late la cualidad misma de la operación. Por Su voz suena fuera incluso por los apóstoles, pero ilustra los corazones de los oyentes por Sí mismo interiormente, atestiguándolo Pablo que dice: Yo planté, Apolo regó, pero Dios dio el incremento. Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el incremento (1 Cor.

3, 6-7). Aunque, pues, no presten ellos mismos a nuestras mentes el oído de la voz suprema, sin embargo son enviados para que nos condesciendan con palabras exteriores. De donde aptamente se añade.

CAPÍTULO XXIV

[Rec. XIV].

VERSÍCULO 6. — El cual manda a la nieve que descienda a la tierra, y a las lluvias del invierno, y al aguacero de Su fortaleza.

44. Los santos predicadores, cuya conversación está en los cielos, condescienden sin embargo con los hermanos débiles. — Porque el Salmista dice: Me lavarás, y seré blanqueado sobre la nieve (Sal. 50, 9), ¿qué aceptamos en este lugar por nieve, sino los corazones de los santos blancos por la luz de la justicia? Pues las aguas llevadas a lo superior se espesan para que se hagan nieves. Pero cuando estas mismas nieves vienen a la tierra, se convierten de nuevo en el líquido de las aguas. Las aguas, pues, son las mentes de los predicadores: las cuales, mientras se erigen a contemplar lo supremo, se solidifican por un intelecto más alto. Y cuando son arrebatadas en la consideración suma, reciben la virtud de la confirmación. Pero porque todavía son retenidas en la tierra por la caridad fraterna, se modifican a sí mismas desde el alto intelecto, y predicando humildemente a los débiles, al modo de las nieves, riegan los corazones secos al licuarse. Las nieves, pues, vienen a la tierra desde las cosas

celestiales cuando los corazones sublimes de los santos, que ya se alimentan de la sólida contemplación, descienden por la caridad fraterna a las humildes palabras de la predicación. [Vet. XVIII.] Pues así como la nieve cubre la tierra cuando yace, pero la riega cuando se licua, así la virtud de los santos tanto protege la vida de los pecadores por su firmeza ante Dios, cuanto por su condescendencia, como licuada, infunde la tierra seca para que produzca frutos. Y porque el agua primero es traída de lo ínfimo para que después sea devuelta esparcida desde lo superior, todos los santos, incluso cuando consisten en el alcázar de las virtudes, consideran de dónde han sido elevados, para no despreciar las cosas abyectas de la debilidad ajena. Como si, pues, las aguas volvieran a las tierras de donde fueron elevadas, mientras los justos condescendientes no dejan de recordar con los pecadores lo que fueron. Ciertamente Pablo había sido todavía agua en las tierras cuando sabía la ley carnalmente; pero llevado a lo celestial, se convirtió en nieve; porque lo que antes supo como débil lo conmutó por la solidez de la verdadera inteligencia; y sin embargo, condescendiendo con los hermanos, buscó de nuevo lo ínfimo como nieve, porque incluso tras las cumbres de las virtudes reconoce cuán indigno fue, diciendo: Que antes fui blasfemo y perseguidor (1 Tim. 1, 13), etc. Ved cuán clementemente recuerda su propia imbecilidad para sufrir ecuánimemente las cosas débiles de los otros. Pues como si el agua volviera a la tierra de donde había sido tomada después del cielo, mientras tras tantos

secretos de su contemplación Pablo se recuerda pecador, para poder aprovechar humildemente a los pecadores. Veamos, pues, esta agua que ha de convertirse en la solidez de la nieve, de qué modo es traída a lo sumo. Dice: Si mente excedemos, para Dios (2 Cor. 5, 13). Veamos de qué modo vuelve la nieve a lo ínfimo para que, mientras se licua, riegue. Dice: Si sobrios somos, para vosotros (Ibíd.). Veamos por qué mano es llevada para que tanto pueda ser elevada yaciendo, como ser revocada sublevada. Dice: Pues la caridad de Cristo nos urge (Ibíd., 14). Porque, pues, la caridad de Cristo, que subleva las mentes de los santos a lo supremo, las forma por un piadoso moderamen también para la humildad de la condescendencia por la caridad fraterna, rectamente se dice: El cual manda a la nieve que descienda a la tierra. Donde también aptamente se añade: Y a las lluvias del invierno y al aguacero de Su fortaleza.

45. El invierno es la vida presente, en la cual abundan las lluvias de los santos predicadores. — Pues el invierno es la vida presente, en la cual, aunque la esperanza ya nos erige a lo supremo, todavía sin embargo nos restriñe el frío torpor de nuestra mortalidad, porque está escrito: El cuerpo que se corrompe agrava el alma, y la habitación terrena deprime el sentido que piensa muchas cosas (Sab. 9, 15). Tiene, además, este invierno lluvias, sin duda las predicaciones de los rectores. De cuyas lluvias ciertamente se dice por Moisés: Espérese como lluvia mi elocuio, y desciendan como rocío mis palabras (Deut. 32, 2). Estas lluvias ciertamente son congruentes al

invierno, cesarán en el verano, porque mientras ahora la vida celestial está escondida a los ojos de los carnales, es necesario que se nos rocíe con las predicaciones de los santos. Pero cuando se haya encendido el calor del juicio eterno, nadie tendrá entonces por necesarias las palabras de los predicadores, porque, viniendo el Juez, cada uno es reducido a su propio corazón, para que ya sienta las cosas santas que no puede hacer, y conozca lo recto que debió seguir por la pena de su propia torcedura. De donde bien se dice por el profeta: Congrégalos como grey para la víctima, y santifícalos en el día de la matanza (Jer. 12, 3). Pues en el día de la matanza son santificados los réprobos, porque entonces sienten las cosas santas que debieron hacer, cuando ya no pueden declinar los dignos suplicios de su propia depravación. Porque, además, las predicaciones santas cesarán con la vida presente, esto es, las lluvias con el invierno, rectamente al alma que sale, y que se apresura a los calores estivales de la felicidad eterna, se le dice por la voz del esposo que persuade: Levántate, apresúrate, amiga mía, hermosa mía, y ven; pues ya pasó el invierno, la lluvia se fue y se retiró (Cant. 2, 10-11). Pues al pasar el invierno, la lluvia se retira, porque cuando se acaba la vida presente, en la cual nos había restringido el torpor de la carne corruptible con la nube de la ignorancia, cesa todo ministerio de predicación. Pues más claramente veremos entonces por nosotros mismos lo que ahora oímos más oscuramente por las voces de los santos. Manda, pues, el Señor a la nieve, y a las lluvias del

invierno, que desciendan a la tierra, mientras por la aspiración del espíritu santo humilla los corazones de los santos al ministerio de la predicación para corregir a los pecadores. Donde rectamente se añade: Y al aguacero de Su fortaleza.

[Rec. XV.] 46. Aguacero de fortaleza es la predicación de la divinidad; aguacero de debilidad la predicación de la humanidad de Cristo. — Pues el aguacero de la fortaleza de Dios es la predicación de Su divinidad. Pues el aguacero de la debilidad es la predicación de Su encarnación, de la cual se dice por Pablo: Lo que es débil de Dios es más fuerte que los hombres (1 Cor. 1, 25). Y de nuevo: Si fue crucificado por debilidad, vive empero por la virtud de Dios (2 Cor. 13, 4). Pues de tal modo los varones santos predican lo débil de Su humanidad, que también infundan en los corazones de sus oyentes lo fuerte de Su divinidad. Oigamos por el trueno de la nube el aguacero de la fortaleza: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba ante Dios, y Dios era el Verbo (Juan 1, 1). Oigamos también el aguacero de la debilidad: El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Ibíd., 14). Oigamos el aguacero de la fortaleza: Todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada fue hecho. Lo que fue hecho, en Él era vida (Ibíd., 3-4). Oigamos también el aguacero de la debilidad: A lo suyo vino, y los suyos no lo recibieron (Ibíd., 11). Al aguacero, pues, de Su fortaleza manda que descienda a la tierra, porque de tal modo nos predica por las voces de Sus santos lo débil de Su humanidad, que también se nos den a conocer las cosas admirables y fuertes de Su divinidad.

Pero cuando oímos la virtud de nuestro creador, al punto por el pavor que nos compele somos reducidos a nuestros corazones, y sopesando a tan gran Juez sobre nosotros, sopesamos qué cosas hicimos dignamente, y cuáles indignamente. De donde también bien se añade:

CAPÍTULO XXV

[Rec. XVI].

VERS. 7. El cual sella en la mano de todos los hombres, para que cada uno conozca sus obras.

47. Conociendo a Dios nos reconocemos a nosotros mismos, y nos juzgamos más severamente. — Pues los hombres desprecian sopesar los males que hacen. Pero cuando oyen la virtud de la estrechez celestial, reconocen este peso de las obras malvadas que los deprime. Pues pulsados por las palabras de la predicación, despiertan para que sopesen a qué suplicios los arrastra el mérito de su acción antigua. Mientras, pues, el aguacero de fortaleza desciende a la tierra, en la mano de cada uno se sella, para que conozca sus obras, porque mientras se reconoce la virtud de la majestad incomprensible, por cada uno se sopesa más sutilmente su propia vida.

48. Por la luz natural, como por la ley de la mente, lo perverso y lo recto se dan a conocer. — Lo cual, sin embargo, puede entenderse también de otro modo. Pues el Creador omnipotente formó al hombre como criatura racional, distinta de todas las cosas insensibles e irracionales, para que no pudiese ignorar lo que hiciese. Pues por

ley de la naturaleza es compelido a saber si es perverso o si es recto lo que obra. Pues, ¿por qué viene a juicio por su acción, si pudo ignorar lo que hizo? Y ellos mismos, pues, que desprecian ser instruidos por los preceptos dominicales, saben si son buenas o malas las cosas que hacen. Pues si no saben que hacen el bien, ¿por qué se glorían con ostentación de algunos hechos? De nuevo, si ignoran que obran mal, ¿por qué en esos mismos hechos evitan los ojos ajenos? Pues ellos mismos son testigos para sí, porque saben que es malo lo que hacen, lo cual temen que sea visto por otros. Pues si verdaderamente no creyesen que es malo, de ningún modo temerían que esto fuese visto por otros. De donde también bien se dice por cierto sabio: Siendo temerosa la maldad, da testimonio para la condenación (Sab. 17, 10). Porque mientras el temor, pulsando la conciencia, reprueba su hecho, ella misma se da testimonio de que es condenable lo que hace. Por el contrario, se dice por Juan: Si nuestro corazón no nos reprendiere, confianza tenemos ante Dios (1 Juan 3, 21). Huyan, pues, los inicuos de los ojos humanos; ciertamente de sí mismos no pueden huir. Porque pues conocen el mal que hacen, tienen por testigo la conciencia, tienen por juez su propia razón. En el pecado, pues, que cometen, encuentran primero contra sí el juicio de su propia razón, y después son llevados a la estrechez del examen eterno. Y esto es tal vez lo que se dice por el Salmista: El abismo llama al abismo en la voz de tus cataratas (Sal. 41, 8). Porque mientras por un orden admirable de disposición oculta no

se permite que se ignore el mal que se hace, y ya por su propio juicio el pecador se condena en la conciencia, y tras su propia condenación se apresura a la sentencia del Juez eterno. El abismo, pues, llamar al abismo es llegar de juicio en juicio. Vayan, pues, los predicadores santos, reprueben los hechos de los pecadores; pero los oyentes perversos desprecien las palabras de los justos, defiendan cuanto quisieren sus perversidades, y defendiendo impudentemente lo impudentemente hecho, multiplíquenlo: ciertamente ellos mismos son testigos para sí en la conciencia de que no son excusables. Pues por eso mismo que Dios formó al hombre criatura racional, sella en la mano de todos los hombres, para que cada uno conozca sus obras.

Pero porque Eliú profirió una sentencia sobre la perversidad de cada uno, al punto desvía los ojos de la mente hacia el mismo autor de la perversidad, por quien nace cada mal, para que, pues en este solo verso había rozado los miembros de la cabeza perversa, describa también con brevedad a esta misma cabeza de los miembros. O ciertamente porque arriba (Núm. 19) había introducido las virtudes de las nubes de Dios, trata ahora de que contra la vida de los buenos también se den a conocer las impugnaciones del adversario. Pues sigue:

CAPÍTULO XXVI

[Vet. XIX, Rec. XVII].

VERS. 8. Entrará la bestia en su escondite, y en su antro morará.

49. El Anticristo y todos los réprobos son el antro del diablo. — ¿Quién otro se entiende por el nombre de bestia, sino el antiguo enemigo, que atacó cruelmente la decepción del primer hombre, y por mala persuasión desgarró la integridad de su vida? Contra quien se promete por las voces de los profetas sobre la santa Iglesia de los electos, que ha de ser restaurada a su estado antiguo: Y la mala bestia no pasará por ella (Is. 35, 9). Pero cuando esta bestia, tras el advenimiento del Redentor, tras las voces de los predicadores, como tras el trueno de las nubes, al fin del mundo haya invadido a aquel hombre condenado que se llama Anticristo, ¿qué otra cosa hace sino entrar en su escondite, para demorarse en su propio antro? Pues aquel vaso del diablo es antro y escondite de la bestia, para que, acechando a los hombres que recorren el camino de esta vida, en él y por signos se esconda, y por malicia mate. El cual, sin embargo, incluso ahora, antes de que aparezca abiertamente, posee los corazones de todos los réprobos, y los tiene por oculta malicia como su propio antro, y se esconde en sus mentes oscuras para todo lo que apetece dañar a los buenos. ¿Acaso los corazones de los judíos perseguidores no fueron el antro de esta bestia, en cuyos consejos largamente se escondió, pero de repente brotó en las voces de los que gritaban: Crucifícale, crucifícale (Juan 19, 6)? Y porque tentando no pudo llegar al desgarro de la mente en nuestro Redentor (Mt. 4, 3), anheló la

muerte de la carne. Esta bestia, ciertamente, tuvo muchos corazones de los electos, pero el Cordero moribundo la expulsó de ellos. De donde también dice en el Evangelio: Ahora el príncipe de este mundo será echado fuera (Juan 12, 31). Quien por un admirable y recto juicio, mientras recibió las confesiones de los humildes iluminándoles, cerró los ojos de los soberbios desamparándoles. De donde se le dice por el Salmista: Pusiste las tinieblas, y se hizo la noche, en ella pasarán todas las bestias de las selvas; los cachorros de los leones rugiendo para arrebatar, y buscar de Dios el sustento para sí (Sal. 103, 20, 21). Pues el Señor pone las tinieblas cuando, retribuyendo juicios por los pecados, retira la luz de su inteligencia. Y se hace la noche, porque la mente de los malvados se ciega por los errores de su propia ignorancia. En la cual todas las bestias de la selva pasan, mientras los espíritus malignos, escondidos bajo la opacidad del fraude, recorren los corazones de los réprobos cumpliendo sus perversidades. En la cual también los cachorros de los leones rugen, porque los espíritus ministros de las nequísimas pero eminentes potestades se levantan con importunas tentaciones. Los cuales, sin embargo, piden a Dios el sustento, porque ciertamente no pueden capturar las almas si no se les permite divinamente prevalecer por un justo juicio. Donde también aptamente se añade: Salió el sol, y se congregaron, y en sus cubiles se colocaron (Sal. 103, 22). Porque apareciendo la luz de la verdad por la carne, expulsados de las mentes de los fieles, volvieron como a sus cubiles, mientras solo

retuvieron los corazones de los infieles. Lo que, pues, allí se llama cubil de leones, aquí se llama antro de la bestia.

50. El diablo entra a veces en las mentes de los buenos, pero en ellas no mora. — Pero estimo que se ha de notar grandemente que esta bestia se dice no solo que entra en su antro, sino que también mora en él. Pues a veces entra incluso en las mentes de los buenos, sugiere cosas ilícitas, fatiga con tentaciones, intenta desviar la rectitud del espíritu hacia el deleite de la carne, y se esfuerza por llevar el deleite también al consentimiento; pero, sin embargo, resistiendo el auxilio superior, se le prohíbe prevalecer. Entrar, pues, en las mentes de los buenos puede, pero en ellas morar no puede, porque el corazón del justo no es el antro de esta bestia. Pues a quienes posee como su propio antro, sin duda los retiene morando en sus mentes, porque en ellos lleva primero los pensamientos hasta los deseos inicuos, y tras los deseos inicuos hasta las obras nequísimas. Pues los réprobos no procuran repeler sus sugerencias con la mano derecha del juicio, a cuyas voluntades desean servir con deleite sumiso. Y cuando en sus corazones nace algo perverso, pronto se nutre por el estudio del deleite; y cuando no se le resiste en absoluto, al punto se fortalece por el consentimiento, y enseguida el consentimiento se lleva a la obra, y la obra se grava incluso por la costumbre. Rectamente, pues, en su antro morar se dice esta bestia, que tanto tiempo retiene los pensamientos de los réprobos, hasta que también perfora su vida con el aguijón de la obra perversa.

De donde bien dice el Señor a Judea por el profeta: ¿Hasta cuándo morarán en ti pensamientos nocivos? (Jer. 4, 14). Pues no reprende por qué vienen, sino por qué moran. También en los buenos corazones vienen pensamientos ilícitos, pero sin embargo se les prohíbe morar, porque todos los rectos, para no ofrecer la casa de la conciencia a ser cautivada, ahuyentan al enemigo desde el mismo umbral del corazón. El cual, aun si alguna vez por repentinas sugerencias se hubiese deslizado hasta el primer vestíbulo, sin embargo no llega a la puerta del consentimiento. A esta bestia ciertamente, vencido por el impulso de súbito temor, Pedro abrió la puerta del corazón negando, pero más pronto resistió reconociendo, y la cerró llorando (Mt. 26, 70). [Vet. XX.] Pero porque el antiguo enemigo no solo retuvo los corazones de los perseguidores entrando, sino que también los poseyó reteniendo, dígase rectamente: Entrará la bestia en su escondite, y en su antro morará. Pues cuánto se demoró en las mentes de los judíos lo aprendemos cuando oímos sus consejos por el testimonio de la narración evangélica. Pues en ella se describe, cuando veían a nuestro Redentor vivificar a los muertos, con cuánta ansiedad de crueldad se ensañaban para Su muerte, cuántos deseos perversos ardientemente querían cumplir contra Él, pero sin embargo temían al pueblo (Juan 11, 47-48, 53); cuántas ocasiones de matar buscaban, y no podían encontrar (Mt. 26, 3-4); cuántas manos de extranjeros usaron para el voto de su crueldad, porque entregaron a las gentes para ser herido a Aquel a quien ellos mismos

legalmente no podían matar, para que por sola potestad el presidente romano hiciese lo que ellos mismos anhelaban que se hiciese por sola malicia (Juan 18, 28-31). De donde también aptamente se añade:

CAPÍTULO XXVII

[Rec. XVIII].

VERS. 9. De lo interior saldrá la tempestad, y de Arturo el frío.

51. Cristo padeció persecución de judíos y de gentiles. — La Sagrada Escritura, cuando menciona lo interior frente a Arturo, designa la región del Austro como diversa de las partes del Aquilón. De donde en este mismo libro se escribe: El cual hace a Arturo, y a los Oriones, y lo interior del Austro (Job 9, 9). Porque, pues el sol más ferviente ocupa lo interior del Austro, pero en Arturo de ningún modo tiene su curso, por el nombre de lo interior se expresa el pueblo judío, y por el vocablo Arturo en este lugar el pueblo gentil. Pues estos que conocían al Dios uno e invisible, y servían a Su ley al menos carnalmente, como bajo el sol meridiano fervientes se mantenían en el calor de la fe. Pero los gentiles, porque no habían alcanzado ninguna ciencia del conocimiento supremo, como sin sol fríos permanecían bajo el Aquilón. Porque ciertamente la tempestad impulsa, pero el frío oprime con el torpor, rectamente se dice ahora: De lo interior saldrá la tempestad, y de Arturo el frío. Como si se dijese abiertamente: De los judíos surge la malicia perseguidora, y

de los gentiles la potestad que oprime. Pues los preceptos de la ley no habían prohibido que se hiciesen milagros, y sin embargo los judíos por esos mismos milagros buscaban matar al Redentor del género humano (Juan 11, 47). De donde, no valiendo para cumplir esto que habían comenzado, concurrieron al pretorio de Pilato, para que él matase a Aquel a quien ninguna ley le cohibiría de matar injustamente (Juan 18, 28-31). De lo interior, pues, la tempestad y de Arturo el frío brotó, mientras lo que Judea pidió por envidia, esto el juez gentil lo perpetró por la autoridad romana. De donde bien contra esta misma envidia se añade todavía:

CAPÍTULO XXVIII

[Vet. XXI].

VERS. 10. Soplando Dios se congela el hielo.

52. Los corazones de los judíos se habían endurecido con el hielo de la envidia. — Porque cuanto más el Espíritu Santo aspiró en los corazones de los fieles, y mayores milagros de virtudes confirió, tanto más en las mentes de los infieles creció el torpor de una envidia más grave, y de allí se endureció contra Dios la plebe infiel, de donde el pueblo humilde ablandó la dureza pasada con que se había estrechado. Pues soplando Dios se habían vuelto hielo quienes, envidiando al ver los milagros, decían: He aquí que todo el mundo se va tras él (Juan 12, 19). Contemplaban los signos, veían por sus ministros los milagros, preveían que ya todo el mundo seguiría las predicaciones

de la fe; y sin embargo, cuanto más el Espíritu Santo había llenado el mundo (Sab. 1, 7), tanto más estrechamente la malicia de la envidia ligaba sus mentes. El agua, pues, se había vuelto hielo mientras, yéndose el mundo tras Dios, Judea permanecía perezosa en la envidia. Pero porque a la potestad suprema le fue posible disolver incluso la dureza de tanta crueldad y licuar los corazones de los infieles para amarlo, tras este hielo pronto bien se añade:

CAPÍTULO XXIX.

IBID.---Y de nuevo se derraman extensísimas aguas.

53. De algunos después ablandada, y licuada en lluvia. ---Después del hielo, ciertamente, el Señor derramó extensísimas aguas, porque después de que soportó la sevicia de los judíos hasta la muerte, licuó prontamente sus corazones desde la dureza de la infidelidad por la aspiración de su amor; para que tanto más deseablemente corrieran a obedecer después, cuanto más obstinadamente habían resistido antes a sus preceptos. Por lo cual bien se dice por cierto sabio: Como el hielo en el sereno, así se resolverán tus pecados (Ecli. III, 17). De este hielo de gélido torpor deseaba el Profeta ser disuelto, cuando decía: Convierte, Señor, nuestra cautividad, como torrente en el Austro (Sal. CXXV, 4). De estas aguas, esto es, de los pueblos que concurren a Dios, de nuevo se dice: Enviará su palabra, y los licuará, soplará su espíritu, y fluirán las aguas (Sal. CXLVII, 18). Las aguas corren del hielo, porque muchísimos de

los duros perseguidores se hacen grandes predicadores. El hielo, pues, se licua en agua, cuando el torpor del frío interno se vuelve hacia la irrigación de la predicación. ¿Acaso Pablo no era hielo, quien habiendo recibido las cartas marchando a Damasco (Hech. IX), buscaba restringir en el corazón de los fieles, como en tierra arrojada, las semillas de la palabra de Dios, para que no surgieran a la perfección de las obras? Pero este hielo volvió en agua, porque a los que antes estudió oprimir persiguiendo, a estos después inundó con las corrientes de la santa exhortación; para que surgiera tanto más abundante la mies de los elegidos, cuanto esta lluvia de Dios la irrigara incluso desde la boca del perseguidor. Por lo cual también bien se añade:.

CAPÍTULO XXX

[Vet. XXII, Rec. XIX].

VERS. 11.---El trigo desea la nube.

54. Los elegidos son trigo, para el cual es necesaria la lluvia de la Palabra divina. ---¿Qué son, en efecto, todos los elegidos, sino trigos de Dios que han de ser guardados en los graneros celestiales? Los cuales ahora toleran las pajas en la trilla de la era, porque en esta purga de la santa Iglesia soportan las costumbres contrarias de los réprobos, hasta que el agricultor interno los separe con el bieldo del juicio, y recibiendo en las moradas de lo alto a sus elegidos, como granos ya limpios, entregue las pajas a los fuegos eternos. Por lo cual bien se dice por Juan: Cuyos bieldo está en su

mano, y limpiará su era, y recogerá el trigo en su granero, pero las pajas las quemará con fuego inextinguible (Matth. III, 12). Pero este trigo, hasta que llegue a la perfección de los frutos, espera las lluvias de las nubes para crecer, porque la mente de los buenos es infundida por las palabras de los que predican, para que no se seque por el sol de los deseos carnales ante el humor de la caridad. Este trigo el agricultor supremo había visto surgir en el mundo y desear las nubes, cuando decía: La mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies (Matth. IX, 37). Los que, por tanto, aquí se llaman trigo, allí mies, los que verdaderamente aquí nubes, allí son llamados obreros, porque los predicadores santos son tanto nubes como obreros; nubes ciertamente por la doctrina, obreros por la vida; nubes porque fluyen con las palabras, obreros porque no dejan de hacer lo que hablan. Por lo cual también se añade;

CAPÍTULO XXXI.

IBÍD., 6. Y las nubes esparcen su luz.

55. Las nubes son los santos predicadores. — Pues esparcir la luz las nubes es que los predicadores santos dilaten los ejemplos de su vida tanto hablando como obrando. Pero aunque esparzan la luz de la anunciación íntima, sin embargo no llegan a convertir los corazones de todos los que desean. Pues sigue:

CAPÍTULO XXXII.

VERS. 12. Las cuales recorren todo en derredor, a dondequiera que la voluntad del que las gobierna las llevare.

56. Recorren todo el universo, gobernando Dios sus cursos. — Pues a menudo los predicadores santos quieren exhortar a algunos, pero no pueden. A menudo desean declinar a algunos, pero sin embargo por el impulso de la instigación interna se ven compelidos insistentemente a exhortarlos. Veamos la nube de Dios cómo por la mano del que la gobierna es llevada incluso a aquello que no desea, y por su propio impulso de nuevo es retenida por la mano del que la gobierna. Ciertamente Pablo, cuando sacudiendo sus vestiduras quería apartarse de los corintios, oyó: No temas, sino habla, y no calles, por cuanto yo estoy contigo, y nadie se te opondrá para dañarte, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad (Hech. 18, 9-10). De nuevo, cuando quiso ir a los tesalonicenses, fue retenido, diciendo: Quise venir a vosotros yo mismo Pablo, una y otra vez, pero me impidió Satanás (1 Tes. 2, 18). Pues no pudo por sí mismo Satanás impedir los caminos de tan gran apóstol, sino que por los usos de la oculta dispensación, mientras se opone, sin saberlo sirvió; para que ciertamente Pablo, mientras quería acudir a otros y no podía, aprovechase más aptamente a aquellos de quienes no podía apartarse. Las nubes de Dios, pues, recorren todo en derredor, porque con la luz de la predicación iluminan los confines del mundo. Pero porque sujetas a los designios divinos no pueden cumplir lo que quieren, no pueden ir sino a dondequiera

que la voluntad del que las gobierna las llevare. De donde todavía se añade:

CAPÍTULO XXXIII.

IBÍD. Para todo lo que les mandare sobre la faz del orbe de la tierra.

57. Y moderando sus movimientos internos. — Pues a menudo son llevados con la voluntad del que los gobierna; desean obrar de otro modo, pero se disponen de otro modo. Pues la mayoría de las veces procuran corregir blandamente a algunos de sus oyentes, y sin embargo su sermón se lleva a la aspereza. La mayoría de las veces desean cercenar a algunos ásperamente, pero sin embargo su vigor se refrena por el espíritu de mansedumbre. Como, pues, no pueden ir a donde quieren, así tampoco pueden obrar como quieren. Porque pues el Árbitro interno los retiene cuando los envía, así también los recibe modificándolos cuando los lleva, para que a veces dispongan una cosa en el pensamiento, pero realicen otra en la obra; a veces comiencen de un modo, pero consumen de otro. Porque, pues sirven según esto que se les manda, dígase rectamente: A dondequiera que la voluntad del que las gobierna las llevare, para todo lo que les mandare sobre la faz del orbe de la tierra. Pues por tanto más abierta vía de predicación encuentran, cuanto a ella son llevados no por sus designios, sino por los de su Preceptor. De donde todavía se añade:

CAPÍTULO XXXIV

[Rec. XX].

VERS. 13. Ya sea en una sola tribu, ya sea en su tierra, ya sea en cualquier lugar de su misericordia que mandare que se encuentren.

58. No solo a los judíos, sino también a los gentiles, se concedió la predicación del Evangelio. — Por una sola tribu se entiende ciertamente la de Judá, que en la sagrada Escritura se menciona como más ilustre y múltiple que las demás. La cual, en aquello de que produjo de sí la carne de nuestro Redentor, recibió un don especial sobre todas. Pero toda Judea junta es llamada tierra de Dios, porque ella produjo entonces para Él el fruto de su fe, cuando todo el mundo erraba, habiendo caído las naciones bajo el culto de los ídolos. Pero el lugar de la misericordia de Dios es la misma gentilidad, cuyas culpas si el juez estrecho (districtus judex) notara justamente, nunca llegaría a la reconciliación de la gracia. La cual, aunque no tuvo méritos ante Dios, recibió sin embargo la gracia de la reconciliación por sola la misericordia. De donde bien se dice por Pablo: Pero que los gentiles honren a Dios por su misericordia (Rom. xv, 9). De donde otra vez está escrito: Los que en otro tiempo no habían alcanzado misericordia, pero ahora han alcanzado misericordia (1 Ped. ii, 10). Dios, pues, lleva sus nubes, ya sea en una sola tribu, ya sea en su tierra, ya sea en cualquier lugar de su misericordia que mandare que se encuentren, porque a veces otorgó los predicadores del Antiguo y del Nuevo Testamento solo a la tribu de Judá, y reprobó a casi todo Israel por la malvada

gobernación de sus reyes. A veces también hace llover estas nubes en su tierra, porque revocó al mismo pueblo israelita a la antigua gracia después de la corrección y el cautiverio. A veces quiso que estas resplandecieran desde el lugar de su misericordia, porque a través de los santos predicadores mostró milagros de virtudes incluso a los gentiles, para que por sola la misericordia absolviera del yugo del error a quienes la ira de la perfidia innata deprimía. [Vet. XXIII.] Pero he aquí Eliú, porque sintió las cosas futuras por el espíritu profético, porque produjo muchas cosas sublimemente, varón arrogante (vir arrogans) cansado por el peso de su propia elación (elatio), no es capaz de llevar lo que dice. Pues por jactancia añade enseguida:

CAPÍTULO XXXV.

VERS. 14. Escucha esto, Job; detente y considera los milagros de Dios.

59. Qué sea considerar los milagros de Dios estando de pie, qué estando echado. — Como en comparación de sí mismo lo vio echado (jacentem), a quien amonestó a que estuviera de pie (ut staret) para palabras de tanta predicación. Aunque también por esto que dice Escucha, inflige un grave insulto al bienaventurado Job, porque, como ya dijimos de él más arriba (Lib. XII, n. 38, y a menudo después), es arrogancia del menor querer extorsionar el oído para sí del mayor. Pero aunque Eliú no sepa ponderar las cosas buenas que dice a aquel a quien las dice, nosotros que buscamos ser instruidos por todos,

debemos indagar las palabras de su doctrina sutilmente. Pues tal vez se dice con gran arte de virtud: Detente (sta), y considera los milagros de Dios. Hay algunos, en efecto, que consideran los milagros de Dios estando echados, porque admiran la potencia de su operación sin seguirla. Pues estar de pie (stare) es obrar rectamente. De donde también se dice por Pablo: El que piensa que está de pie, mire que no caiga (1 Cor. X, 12). Y a menudo ciertamente admiran los juicios celestiales, aman las predicaciones de la patria celestial cuando las oyen, se asombran de las admirables obras de la disposición interna, pero sin embargo, amando y viviendo, descuidan levantarse (assurgere) hacia estas mismas obras. Echados, pues, consideran los milagros de Dios quienes ponderan su potencia conociéndola, pero no la aman viviendo. Por la contemplación ciertamente tienden los ojos en la consideración, pero sin embargo por la intención no se erigen de la tierra. De donde bien se dice para oprobio de Balaam: Que cayendo tiene los ojos abiertos (Núm. XXIV, 16). Pues muchas cosas había dicho sobre el advenimiento del Redentor, y preveía las cosas que habían de venir en los novísimos tiempos, pero sin embargo no quiso levantarse hacia Él viviendo, a quien predicó previendo. Echado, pues, tuvo los ojos abiertos, cuando tanto la profecía tendía su mente hacia las cosas celestiales, como la avaricia la retenía en la tierra. Echado tuvo los ojos abiertos, porque pudo verlo desde las cosas superiores, a quien postrado en las ínfimas no amó. Eliú, por tanto, que de ningún modo creyó que el bienaventurado

Job hubiera mantenido viviendo lo que decía, como amonestándolo dice: Detente (sta), y considera los milagros de Dios. A quien todavía discute sobre las cosas venideras, y como humillándolo por su ignorancia añade:

CAPÍTULO XXXVI

[Rec. XXI].

IBÍD. 15. ¿Acaso sabes tú cuándo mandó Dios a las lluvias, para que mostrasen la luz de sus nubes?

60. Los predicadores inspirados por Dios irrigan y relucen. — Si las nubes son los santos predicadores, las lluvias de las nubes son las palabras de las predicaciones. Pero las nubes, cuando vuelan por el aire, a menos que las lluvias bajen, no se sabe cuánta inmensidad de aguas llevan. A menos que el sol coruscante rompa entre las lluvias, no se puede entender qué claridad late también en ellas, porque sin duda los santos predicadores, si callan y de ningún modo muestran hablando cuán grande sea la claridad de la esperanza celestial que llevan en sus corazones, o parecen semejantes a los demás hombres, o mucho más despreciables que ellos. Pero cuando han empezado a abrir por la predicación cuál sea la remuneración de la patria suprema que tienen intrínsecamente; cuando, oprimidos por la persecución, se da a conocer en qué alcázar de la virtud (arce virtutis) han aprovechado; cuando, despreciados a la vista, insinúan hablando por qué deben ser temidos, las mismas lluvias que

fluyen de las nubes nos muestran la luz de esas mismas nubes. Pues por las palabras de los predicadores conocemos cómo venerar en ellos con gran humildad la claridad de vida que anhelan. Esta luz sin duda mostraba Pablo a los discípulos cuando decía: Para que sepáis cuál es la esperanza de su vocación, cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la sobreeminente magnitud de su virtud hacia nosotros que creemos (Ef. I, 18). Esta luz habían reconocido los corintios por las palabras de sus escritos como por gotas de lluvia, cuando decían: Las epístolas son graves y fuertes, pero la presencia del cuerpo es enferma, y el sermón despreciable (2 Cor. X, 10). Pero la mayoría de las veces los santos predicadores desean mostrarse a sí mismos para aprovechar, y sin embargo no pueden; la mayoría de las veces desean esconderse para estar quietos, y sin embargo no se les permite. Nadie, por tanto, sabe cuándo las lluvias muestran la luz de las nubes, porque nadie comprende cuándo Dios otorga la virtud de la predicación, para que la gloria de los que predican resplandezca. Dice, pues: ¿Acaso sabes tú cuándo mandó Dios a las lluvias, para que mostrasen la luz de sus nubes? Como si dijera abiertamente: ¿Acaso si ya divisas a los predicadores que han de venir al mundo, comprendes cuándo el Señor, por la plenitud del Espíritu Santo, los impulsa a predicar, o por qué modos se da a conocer al mundo la claridad de su vida? De donde todavía se añade aptamente.

CAPÍTULO XXXVII

[Rec. XIII].

VERS. 16. ¿Acaso conociste las sendas de las nubes grandes, y las perfectas ciencias?

61. La estrecha doctrina del bien vivir no es una vía amplia, sino una senda. — Tienen estas nubes sendas (semitas) sutilísimas, a saber, las vías de la santa predicación. Pues estrecha es la puerta que conduce a la vida (Mat. VII, 14). Por tanto, los estrechan por sendas a quienes no salen del trámite de su intención vagando por los anchos deseos del mundo. Pues la estrecha censura del bien vivir no es una vía amplia, sino una senda, en la que cada predicador se constriñe estudiosamente, porque se coarta solícitamente bajo la custodia de los preceptos. ¿O no es como una cierta estrechez del camino vivir ciertamente en este mundo, pero no tener nada de la concupiscencia de este mundo, no desear lo ajeno, no retener lo propio, despreciar las alabanzas del mundo y amar los oprobios por Dios, huir de la gloria, seguir el desprecio, despreciar a los que halagan, honrar a los que desprecian, perdonar de corazón los males de los que dañan y retener en el corazón hacia ellos una gracia de dilección inmóvil? Todas las cuales cosas ciertamente son sendas, pero grandes, porque cuanto más estrechas son en la vida presente por la misma custodia del vivir, tanto más ampliamente se dilatan en la retribución eterna. De donde también bien se añade: Y las perfectas ciencias.

62. Perfecta ciencia es saber que uno no es nada. — Pues perfecta ciencia es tanto hacer todas

estas cosas solícitamente, como saber que uno por sus méritos no es nada. De donde también las mismas nubes son instruidas sobre esta perfecta ciencia, cuando se les dice por la voz de la Verdad: Cuando hayáis hecho todas las cosas que se os han mandado, decid: Siervos inútiles somos (Luc. XVII, 10). Perfecta ciencia es saber todas las cosas y, sin embargo, según un cierto modo, no saber que uno sabe, porque aunque ya conocemos los preceptos de Dios, aunque ya ponderamos la virtud de sus palabras con solícita intención, aunque ya hacemos lo que creemos haber entendido, todavía no sabemos con qué estrechez de examen han de ser discutidos esos mismos actos, aún no divisamos la faz de Dios, aún no vemos sus ocultos consejos. ¿Cuán grande es, pues, nuestra ciencia, la cual, mientras se ve oprimida por el peso de la mortalidad, se ciega por el mismo nublado de su incertidumbre? De la cual bien se dice por Pablo: El que piensa que sabe algo, todavía no ha conocido cómo conviene que sepa (1 Cor. VIII, 2). En este mundo, pues, mientras vivimos, entonces sabemos perfectamente lo que hay que saber, cuando aprovechando por la inteligencia, reconocemos que nada sabemos perfectamente. Dice, pues: ¿Acaso conociste las sendas de las nubes grandes, y las perfectas ciencias? Como si dijera abiertamente: ¿Acaso ya divisas los sumos actos de los que predican, quienes después de elevarse a las cosas altas por la ciencia, se inclinan humildemente hacia abajo por el conocimiento de su propia ignorancia? Lo cual, porque se hace por solo el don del Espíritu Santo, para que

el corazón humano sea perfectamente instruido no solo sobre la ciencia, sino también sobre su misma ignorancia, y ferva con el calor del amor hacia las cosas supremas, mientras pondera que son menores las cosas que conoció en las ínfimas, rectamente se añade:

CAPÍTULO XXXVIII

[Rec. XXIII].

VERS. 17. ¿Acaso tus vestiduras no son cálidas, cuando la tierra ha sido soplada por el Austro?

63. Los que se adhieren a la Iglesia se enardecen por el soplo del Espíritu Santo. — A menudo hemos dicho ya que el bienaventurado Job tiene la figura de la santa Iglesia. Pero las vestiduras (vestimenta) de la Iglesia son todos los que se unen a ella por la unión de la fe. De los cuales el Señor dice a la misma Iglesia por el profeta: Vivo yo, porque de todos estos como de un ornamento te vestirás (Is. XLIX, 18). Por el Austro (Austrum), en efecto, que sin duda es un viento cálido, no sin mérito se designa al Espíritu Santo, por quien mientras cada uno es tocado, se libera del torpor de su iniquidad. De donde bien se dice en el Cantar de los cantares: Levántate, Aquilón, y ven, Austro, sopla mi huerto, y fluyan sus aromas (Cant. IV, 16). Pues se manda al Aquilón que se levante, para que sin duda huya aquel espíritu adversario que restringe los corazones de los mortales. Pues el Austro viene y sopla el huerto para que sus aromas se difundan, porque por el advenimiento del Espíritu Santo, mientras se

llena la mente de los hombres, de ella pronto se esparce la opinión de las virtudes, de modo que con razón ya la lengua de los santos, como huerto soplado por el Austro, diga: Buen olor de Cristo somos para Dios (2 Cor. II, 15). Las vestiduras de la santa Iglesia son, pues, cálidas mientras la tierra es soplada por el Austro, porque estos que se adhieren a ella por la fe, se enardecen con fervientes estudios de caridad mientras su mente se baña por el soplo del Espíritu Santo. Lo cual ciertamente nada impide que se entienda también del mismo bienaventurado Job, porque así decimos estas cosas generalmente en la santa Iglesia, de modo que sin embargo las mantengamos especialmente por cada uno de sus miembros.

64. Por la concordia mutua de los doctores y los oyentes, la caridad arde en ellos. — Pues cada uno que vive rectamente, y ha acostumbrado a enseñar esto también a otros, tiene como tantas vestiduras cuantos oyentes se le adhieren concordemente.

[Vet. XXV.] Pues es naturaleza de las vestiduras que por sí mismas no puedan calentarse, sino que unidas a un cuerpo vivo, mientras cubren los poros exhalantes de los miembros, oprimen el calor que emana de lo íntimo, por cuyo calor sin duda estas mismas vestiduras se calientan, pero calentadas devuelven al cuerpo el calor que recibieron reteniéndolo. ¿Qué, pues, se significa por las vestiduras adheridas al cuerpo vivo, sino la vida de los discípulos unida a los maestros que viven bien? La cual recibe el calor como por los poros, porque se enciende al amor de Dios tanto

por el ejemplo de la acción como por el impulso de la exhortación. La cual expulsa como su propio frío mientras se aparta de la antigua iniquidad; retiene el calor que recibió, porque se fortalece en aquel hervor que tomó predicando. Pero los doctores santos, mientras sienten que sus oyentes aprovechan en el amor de Dios, ellos mismos se enardecen más en la virtud de la doctrina; y porque los ven arder y hervir por las cosas sumas, se encienden más válidamente para predicar los bienes de la patria celestial. Quienes, aun si alguna vez, por el hecho de que todavía llevan la vida corruptible de la humana enfermedad, son tentados de cualquier culpa al menos tenuemente en la obra, en la locución, en el pensamiento, ven el aprovechamiento de sus discípulos, y ellos mismos se avergüenzan de ser reprensibles incluso en lo mínimo, no sea que por ventura ofrezcan algunos ejemplos de torcedura a aquellos a quienes llaman por la voz de la predicación a la regla de la rectitud íntima. Mientras, pues, se encienden los oyentes por la palabra de los doctores, las vestiduras se calientan como por el cuerpo vivo. Pero mientras por el aprovechamiento de los oyentes aprovecha también la vida de los que enseñan, el calor vuelve como de las vestiduras calentadas al cuerpo. Pero de ningún modo se atribuyan los doctores que ven a los oyentes aprovechar hasta las cosas sumas por su exhortación, porque si el Espíritu Santo no llena sus corazones, la voz de los que enseñan suena en vano a los oídos de los cuerpos. Pues los maestros pueden formar la voz exteriormente, pero no pueden imprimirla

interiormente: Porque ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el incremento (1 Cor. III, 7). Dígase, pues: ¿Acaso tus vestiduras no son cálidas, cuando la tierra ha sido soplada por el Austro? Porque sin duda entonces los oyentes que ya se adhieren a los doctores que viven bien reciben el calor del amor supremo, cuando se excitan por el soplo del Espíritu Santo; como si dijera abiertamente al bienaventurado Job: En vano te atribuyes si contemplas que algunos han aprovechado en las virtudes por ti, porque estos que estimas que se han calentado por ti, si no los tocara el hervor del Espíritu Santo, permanecerían fríos en su insensibilidad. Pero después que dijo esto fuertemente, movido ligeramente por la arrogancia, añade enseguida palabras de escarnio, diciendo:

CAPÍTULO XXXIX

[Rec. XXIV].

VERS. 18. Tú tal vez con Él fabricaste los cielos, que solidísimos son como fundidos de bronce.

65. Por los cielos como fundidos de bronce se significan los santos ángeles y las mentes de los electos. — Pueden por los cielos designarse estos espíritus angélicos que están constituidos en las cosas celestiales. De donde también en nuestra oración somos instruidos por la voz de la Verdad a decir: Hágase tu voluntad así en el cielo como en la tierra. Para que sin duda la voluntad de Dios, como se hace por la criatura superior, así en todas las cosas se guarde también por la hu-

mana enfermedad. De los cuales bien se dice: Los cuales son solidísimos como fundidos de bronce (Mat. VI, 10). Pues es naturaleza del bronce el ser consumido difícilmente por la herrumbre. Y las virtudes angélicas que permanecieron fijas en el amor divino, al caer los ángeles soberbios, recibieron esto en el don de la retribución: que ya por ninguna herrumbre de culpa subrepticia sean mordidas, que permanezcan en la contemplación del Creador sin fin de felicidad, y subsistan en esto que son creadas con eterna estabilidad. Lo cual bien atestiguan las mismas palabras de la historia sobre el origen del mundo en Moisés (Gén. I, 6), cuando tanto se dice primero el cielo hecho, como esto mismo después se llama firmamento, porque a saber, la naturaleza angélica tanto fue creada primero más sutilmente en las cosas superiores, como después confirmada más admirablemente para que nunca hubiera podido caer. Pueden también por los cielos, como a menudo hemos dicho, expresarse las mentes de los electos, suspendidas de todos los contagios terrenos por el íntimo amor. Quienes, aunque habiten en el cuerpo en las cosas ínfimas, porque sin embargo ya en el corazón se adhieren a las sumas, verazmente dicen: Nuestra conversación está en los cielos (Fil. III, 20). Los cuales son solidísimos como fundidos de bronce, porque por ninguna herrumbre de mutabilidad se consumen de la integridad de la fortaleza comenzada. A los cuales, durando fuertemente contra las adversidades, se dice por la voz del Autor: Vosotros sois mis amigos, que habéis permanecido conmigo

en mis tentaciones. Pero aunque el varón docto y arrogante, cuando se esfuerza en burlarse del santo varón, mezcle dichos fuertes a su burla, sin embargo de los dichos fuertes siempre recae en palabras superfluas. Pues otra vez burlándose añade:

VERS. 19. Muéstranos qué le diremos, nosotros que ciertamente estamos envueltos en tinieblas.

66. Como si dijera: Tú, que ya disfrutas de la gran luz de la inteligencia, debes enseñarnos a nosotros que estamos envueltos en las tinieblas de la ignorancia. El cual pronto saltando de la burla, añade despreciando:

VERS. 20. ¿Quién le narrará las cosas que hablo?

Como si dijera abiertamente: Las cosas que yo, sintiendo agudamente, hablo a Él sobre sus alabanzas, cosas no oídas, ¿quién puede narrar estas incluso después de haberlas oído? Pero porque con la doctrina y la arrogancia en la habitación de una sola mente se combate, por la boca del que habla suena no solo la levedad del vivir, sino también la gravedad del sentir; después que Eliú se hinchó levemente por la arrogancia diciendo: ¿Quién le narrará las cosas que hablo?, pronto por la doctrina añadió:

CAPÍTULO XL

[Vet. XXVI, Rec. XXV].

IBID. — Aun si el hombre hablare, será devorado.

67. Que el hombre hable de Dios es como que un ciego discurra sobre la luz. — Todo lo que devora algo, atrayéndolo hacia adentro, lo oculta de los ojos de los que miran, y arrebata al profundo la cosa que podía verse en la superficie. El hombre, por tanto, cuando calla acerca de Dios, parece ser algo por la razón en la que fue creado. Pero si empezare a hablar de Dios, al punto se muestra cuán nada es, porque por la inmensidad de aquella magnitud es devorado, y como arrebatado al profundo es escondido, porque deseando decir lo inefable, por la misma estrechez de su ignorancia es engullido. Pues habla la carne del espíritu, el espíritu circumscrito del incircunscrito, la criatura del Creador, lo temporal de lo eterno, lo mutable de lo inmutable, lo mortal de lo vivificante; y puesto que puesto en tinieblas no conoce la luz interna como es, el hombre, deseando discurrir sobre la eternidad, habla como un ciego de la luz. Si, pues, el hombre hablare, será devorado, porque si el hombre apetece expresar la eternidad como es, se sustrae a sí mismo incluso aquello que aun callado siente de ella. Pero he aquí que la eternidad entonces verdaderamente se dio a conocer a los hombres, cuando se les mostró por la humanidad asumida. La cual, porque aún no había sido revelada, de los mismos hombres rectamente se añade:

CAPÍTULO XLI.

VERS. 21. — Pero ahora no ven la luz.

68. Por Cristo la luz ha brillado para los hombres. — Sobre cuya luz también se dice por el

Profeta: El pueblo que se sentaba en tinieblas vio una gran luz (Mat. IV, 16; Is. IX, 2). Pero de qué manera sea vista esta misma luz por los hombres, lo insinúa cuando inmediatamente añade:

IBID. — Súbitamente el aire se espesará en nubes.

Pues el aire de tal modo se esparce por su misma tenuidad, que por ninguna firmeza se consolida. Pero las nubes son tanto más firmes cuanto más densas. Pero el aire se espesa en nubes cuando las mentes fluidas son robustecidas por la solidez de la virtud mediante la gracia del respeto soberano, para que dentro del seno del corazón se recojan sintiendo cosas rectas, y no se licuen en vanos pensamientos.

69. Pedro y los demás apóstoles consolidados en nubes por la gracia. — Aire había sido Pedro cuando, esparcido por los deseos terrenos, el cuidado de la pesca lo agitaba como un aura que pasa por la vida de la carne (Mat. IV, 18). Aire también habían sido todos los apóstoles, que ya por la ley habían aprendido cosas altas, pero aún no saboreaban cosas firmes por la fe (Ibid.).

¿Qué, pues, se designa por el aire sino las mentes de los mundanos que, entregadas a los innumerables deseos de esta vida, son dispersadas acá y acullá fluidas a modo del aire?

Pero súbitamente el aire fue espesado en nubes, porque por el respeto de la gracia soberana los corazones fluidos de los pescadores se convirtieron en la solidez de los predicadores, para que sus débiles pensamientos se condensaran sintiendo cosas fuertes, y a modo de las nubes

recibieran las aguas de la ciencia e irrigaran la tierra situada debajo con palabras de la predicación; terminado el cual ministerio, recurrieran a los secretos del cielo y llegaran al descanso eterno acabado el trabajo. De donde también bien se añade pronto:

CAPÍTULO XLII.

IBID. — Y el viento que pasa las ahuyentará.

70. Regado el mundo por la predicación del Evangelio, aquellas nubes fueron ahuyentadas de nuestros ojos. — Pues el viento que pasa es la vida presente. El viento que pasa, por tanto, ahuyenta las nubes, porque la vida mortal que transcurre oculta corporalmente a los santos predicadores de nuestros ojos. El viento que pasa ahuyenta las nubes, porque el transcurso de la vida temporal sustrae a los apóstoles de la carne, y los esconde de la superficie de la tierra en el secreto descanso como en el quicio de los cielos. Pero porque hasta la muerte no cesan de predicar, y recorren el espacio de la vida presente a modo de nubes con la lluvia de las palabras, añade qué se hace por sus trabajos en la santa Iglesia, cuando inmediatamente añade:

CAPÍTULO XLIII

[Rec. XXVI].

VERS. 22. — Del Aquilón vendrá el oro.

71. Por los gentiles la religión cristiana potísimamente fue propagada. — ¿Qué se designa por

el Aquilón sino la gentilidad constreñida por el frío del pecado? a la cual tuvo aquel bajo el yugo de su tiranía que soberbio dijo: Me sentaré en el monte del testamento, en los lados del Aquilón, subiré sobre la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo (Is. XIV, 13, 14). ¿Qué verdaderamente con el nombre de oro sino las almas fieles se expresan? De las cuales se dice por Jeremías: ¡Cómo se ha oscurecido el oro, se ha cambiado el color óptimo (Lam. IV, 1)! Pues dolióse del oro oscurecido porque en algunos vio la claridad de la inocencia convertida en la negritud de la culpa. Del Aquilón, pues, se dice venir el oro porque por el respeto de la gracia del Redentor, de la gentilidad hace poco fría por el torpor de la perfidia, se multiplica dentro de la santa Iglesia la vida de los fieles preciosa para Dios. Pues del Aquilón viene el oro cuando de los mismos cultores de los ídolos clarea la verdadera fe en el Señor. Pero convertidas las gentes a la fe, Judea contradice y se digna poco recibir a la retribución de los premios celestiales a los que hace poco habían sido cultores de los ídolos. De donde después de la conversión de las gentes se dice a Pedro: ¿Por qué entraste a varones que tienen prepucio y comiste con ellos (Hech. XI, 3)? Contra lo cual rectamente por Isaías dice el Señor: Diré al Aquilón: Da; y al Austro: No prohíbas (Is. XLIII, 6). Pues así como por el Aquilón la gentilidad, así por el Austro se significa Judea, la cual como que se calentó con el sol meridiano porque, apareciendo el Redentor en la carne, la primera recibió el fervor de la fe. Al Aquilón, pues, se dice "da" cuando se impera a

la gentilidad ofrecer a Dios los dones de su fe. Al Austro empero se le manda que no prohíba porque se preceptúa a los hebreos que consisten en la fe que no condenen la vida de las gentes rechazándola. De donde aquí también porque se dijo: Del Aquilón vendrá el oro, aptamente se añade:

IBID. — Y de Dios una temerosa alabanza.

72. Por la conversión de las gentes los apóstoles y otros fieles de la circuncisión alabaron a Dios. — Pues así se dice venir de Dios una temerosa alabanza como si se dijera venir de aquellos que están de parte de Dios, esto es, de los fieles. Viniendo, pues, el oro del Aquilón, de Dios procedió una temerosa alabanza, porque mientras la gentilidad ofreció la claridad de su fe, la multitud de los fieles hebreos alabó temiendo los divinos juicios. Pero cómo del Aquilón venga el oro, cómo de estos que están bajo Dios prorrumpe una temerosa alabanza, nos lo muestra la misma historia del sacro elocuio. Pues escrito está: Cornelio, centurión de la cohorte que se llama Itálica, religioso y temeroso de Dios con toda su casa, haciendo muchas limosnas al pueblo y suplicando a Dios siempre, vio en una visión manifiestamente, como a la hora novena del día, un ángel de Dios entrando a él y diciéndole: Cornelio. Pero él mirándolo, arrebatado por el temor dijo: ¿Quién eres, Señor? Díjole empero: Tus oraciones y tus limosnas han subido en memoria en el acatamiento de Dios (Hech. X, 1 sig.). El oro, pues, viene del Aquilón mientras en el acatamiento de Dios de las gentes sube la oración con las limosnas. Lo cual cuando Pedro refirió a los hermanos (Ibid.,

12), cómo o bien Cornelio vio al ángel o él mismo vio el lienzo bajado del cielo a él con bestias, reptiles y volátiles, o cómo el Espíritu Santo incluso antes del bautismo perfundió los corazones de los gentiles, el cual nunca vino a las mentes de los judíos sino después del agua del bautismo, al punto está escrito: Oídas estas cosas callaron y glorificaron a Dios diciendo: Luego también a las gentes dio Dios penitencia para la vida (Hech. XI, 18). La multitud, pues, de los fieles ofreció temerosa alabanza a Dios, la cual, salvadas las gentes, se contuvo de su murmullo admirando los dones de la gracia celestial. De donde el mismo Pedro también se admira diciendo: En verdad he comprendido que Dios no es aceptador de personas (Hech. X, 34).

73. Y temieron sobre la reprobación de los judíos. — Pero cuando las gentes reciben la fe, ¿por qué se dice venir una temerosa alabanza de aquellos que ya son fieles, cuando debió venir alegre más bien que temerosa? Pero por eso, convertidas las gentes, procedió de los hebreos ya fieles una temerosa alabanza, porque sin duda justamente Judea fue rechazada mientras piadosamente la gentilidad fue vocada; y temió los daños de su repulsa mientras vio los lucros de la vocación ajena. De donde nosotros también diariamente, mientras vemos de repente a cualesquiera inicuos ser promovidos a una inesperada celsitud de vida, nos gozamos temiendo bajo los ocultos juicios de Dios, no sea que por ocultos juicios Dios deserte a algunos que se consideran dignos, Él que por

estos llama a sí a aquellos que se estiman indignos. Sigue:

CAPÍTULO XLV.

VERS. 23. — Dignamente no podemos encontrarlo.

74. Sobre Dios, que es grande en fortaleza, juicio y justicia, no podemos sentir dignamente. — Y si ya podemos encontrarlo, sin embargo no dignamente, porque lo que en Él sentimos es por la fe y no por la especie. Esto empero que ya considera haber encontrado, lo añade diciendo:

IBID. — Grande en fortaleza y juicio y justicia, y no puede ser narrado.

Pues es grande en fortaleza porque vence al fuerte adversario, y quitando de su casa los vasos de contumelia los cambia en vasos de misericordia. Grande en juicio porque, aunque aquí deprima a sus electos por las adversidades, alguna vez los ensalza en la gloria de la prosperidad eterna. Grande en justicia porque, aunque aquí tolere mucho tiempo, alguna vez empero condena a los réprobos sin término. Pero bien se añade: Y no puede ser narrado. Pues quien no vale ser sentido dignamente, ¿cuánto menos ser dicho? Pero mejor lo decimos de cualquier modo si callamos admirando bajo el temor de su consideración. Sigue:

CAPÍTULO XLVI

[Rec. XXVII].

VERS. 24. — Por tanto, los hombres le temerán, y no osarán contemplarle todos los que se les antoja que son sabios.

75. Los que predican rectamente, pero no viven así, se convierten en pregoneros de su propia condenación. — En este lugar Eliú llama "hombres" a aquellos que son fuertes para la inteligencia. Y se debe notar que no dice: Y no osarán contemplarle los sabios; sino: Los que se les antoja que son sabios. Por cuyas palabras a saber insinúa a los peritos ciertamente, pero arrogantes. Eliú, pues, mientras siente muchas cosas fuertemente, en el fin de su alocución se tocó a sí mismo. Pues los varones arrogantes y doctos, cuando no viven rectamente, pero sin embargo son compelidos por las impulsiones de la doctrina a decir cosas rectas, ellos mismos se convierten de algún modo en pregoneros de su propia condenación, porque mientras predicando insinúan aquellas cosas que rehúsan hacer, se claman condenados por sus propias voces. Contra los cuales bien se dice por el Salmista: Se han vuelto en arco perverso (Sal. LXXVII, 57). Pues el arco perverso hiere a aquel por quien es tensado. Y en sus dichos las lenguas de los arrogantes son semejantes al arco perverso, porque mientras hacen palabras contra la elación, fijan saetas en sus propios autores. De donde con suma cura se ha de proveer que la sabiduría recibida, cuando ilumina las tinieblas de la ignorancia, no quite la luz de la humildad y ya no pueda ser sabiduría. La cual, aunque brille por la virtud de la locución,

sin embargo por el velo de la elación oscurece el corazón del que habla.

76. Unos bienes son sumos, otros medios. — Pues unos son los bienes sumos, otros los bienes medios. Pues bienes sumos son: la fe, la esperanza, la caridad. Los cuales, cuando se poseen verazmente, no pueden inclinarse al mal. Bienes empero medios son: la profecía, la doctrina, la virtud de las curaciones y los demás (1 Cor. XII, 10), que de tal modo están puestos entre ambos, que alguna vez por estos solos se busca la patria eterna, alguna vez verdaderamente la gloria terrena. Llamamos, pues, medios a estas virtudes, las cuales inclinamos a lo que sea que la mente apetece. Percibidas las cuales, el ánimo puede usar de ellas así como de las riquezas terrenas. Pues por las riquezas terrenas unos se ensoberbecen en la ostentación de la gloria, otros operan ministerios de piedad para con la indigencia de los prójimos. Cuando por la doctrina, pues, y la profecía se busca la alabanza exterior, como por las riquezas corporales se ambiciona el culmen de la gloria terrena. Cuando verdaderamente la doctrina y la profecía se expende para ganar almas, como riquezas recibidas se largan a los hermanos indigentes. Porque, pues, a menudo por los mismos dones que se exulta percibir, el ánimo incauto se aleja de la mano del que da, con vigilante provisión se ha de cuidar que tanto antes sean subyugados los vicios, como después bajo circumspección sean tenidos los dones. Pues si en ellos la mente incautamente se deserta, no es por estos ayudada y subida, sino que como re-

munerada por los trabajos pasados es reprobada. De donde se hace también que la virtud recibida, mientras se asume en el uso de la alabanza transitoria, porque milita para el vicio, no sea virtud. Porque, pues, el origen de la virtud es la humildad, aquella virtud en nosotros verazmente brota que perdura en su propia raíz, esto es, en la humildad. De la cual sin duda si se corta se seca, porque pierde en lo íntimo el humor de la caridad que la vivifica.

77. Mira la humildad de David en lo sumo. Luchando venció a los enemigos; siguiendo la humildad se venció a sí mismo. — Pero porque por esto que se dice por Eliú: No osarán contemplarle todos los que se les antoja que son sabios, la oculta elación del corazón es reprobada, gusta mirar cuántos dones de virtudes David había percibido, y en todas estas con cuánta fuerte humildad se guardaba (1 Sam. XVII, 36; XVIII, 25). ¿A quién, pues, no ensoberbecería romper las bocas de los leones, disipar los brazos de los osos, ser elegido despreciados los hermanos mayores, ser ungido para el gobierno del reino reprobado el rey, derribar con una sola piedra a Goliat temible para todos, reportar numerosos prepucios extintos los alófilos según lo propuesto por el rey, percibir al fin el reino prometido y poseer a todo el pueblo israelita sin contradicción alguna (2 Sam. III, 18)? Y sin embargo, cuando revoca el arca de Dios a Jerusalén (Ibid., VI, 14), como olvidado de que era prelado a todos, mezclado con los pueblos salta ante el arca. Y porque saltar ante el arca, según se cree, había sido costumbre del vulgo, el

rey se voltea en el divino obsequio por el salto. He aquí a quien el Señor singularmente prefirió a todos, se desprecia a sí mismo bajo el Señor tanto igualándose a los mínimos como exhibiendo cosas abyectas. No se reduce a la memoria la potestad del reino, no teme envilecerse a los ojos de los súbditos saltando, no se reconoce prelado en honor a los demás ante el arca de Aquel que le había dado el honor. Ante Dios hizo cosas viles o extremas para consolidar por la humildad aquellas cosas fuertes que había gestado ante los hombres. Qué se sienta de sus hechos por otros lo ignoro; yo me estupefacto más de David saltando que luchando. Pues luchando subyugó a los enemigos, pero saltando ante el Señor se venció a sí mismo. A quien Micol, hija de Saúl, todavía insana por el tumor del género regio, cuando lo despreciaba humillado diciendo: Cuán glorioso fue hoy el rey de Israel descubriéndose ante las criadas de sus siervos, y se desnudó como si se desnudara uno de los bufones (Ibid., 20), al punto oyó: Vive el Señor, porque jugaré ante el Señor, que me eligió a mí antes que a tu padre. Y poco después dice: Y jugaré, y seré hecho más vil de lo que he sido hecho, y seré humilde en mis ojos (Ibid., 22). Como si dijera abiertamente: Apetezco envilecer ante los hombres porque busco guardarme ingenuo ante el Señor por la humildad.

78. Unos, sintiendo humildemente de sí, temen ser despreciados; otros, deseando ser despreciados, se ensoberbecen de su propia humildad. — Hay verdaderamente algunos que sienten cosas humildes de sí mismos porque, puestos

en honores, ponderan que no son sino polvo y ceniza, pero sin embargo rehúyen aparecer despreciados ante los hombres, y contra esto que de sí interiormente piensan, se encubren como con una rígida belleza exterior. Y hay algunos que apetecen parecer viles ante los hombres, y desprecian todo lo que son exhibiéndose deyectos: pero sin embargo en sí interiormente como por el mismo mérito de la vileza ostentada se hinchan, y tanto más elados están en el corazón cuanto más ampliamente en la especie oprimen la elación. Ambas guerras de una sola elación David con gran circumspección las detectó, con mira virtud las superó. Porque, pues, sintiendo interiormente cosas humildes de sí mismo, no busca el honor exterior, lo insinúa diciendo: Jugaré y seré hecho más vil (Ibid., 22). Y porque por esto que se mostró vil exteriormente, de ningún modo interiormente se hinchó, añade: Y seré humilde en mis ojos (Ibid., 22). Como si dijera: Tal como me exhibo exteriormente despreciando, tal me atiendo también interiormente. ¿Qué, pues, han de hacer aquellos a quienes la doctrina eleva, si David de su carne sabía que vendría el Redentor, y anunciaba sus gozos profetizando, y sin embargo en sí mismo deprimía la cerviz del corazón con la válida coz de la discreción diciendo: Y seré humilde en mis ojos?

79. No pueden contemplar la sabiduría de Dios los que se les antoja que son sabios. Se ha de seguir la laudable fatuidad. — Bien, pues, se dice por Eliú: Por tanto, los hombres le temerán, y no osarán contemplarle todos los que se les

antoja que son sabios. Pues no pueden contemplar la sabiduría de Dios los que se les antoja que son sabios, porque tanto están lejos de su luz cuanto no son humildes ante sí mismos, porque mientras en sus mentes crece el tumor de la elación, cierra el filo de la contemplación; y de donde se estiman lucir ante los demás, de allí se privan de la luz de la verdad. Si, pues, verazmente apetecemos ser sabios y contemplar la misma sabiduría, reconozcámonos humildemente estultos. Relinquamos la sabiduría nociva, aprendamos la laudable fatuidad. De aquí sin duda está escrito: Las cosas estultas del mundo eligió Dios para confundir a los sabios (1 Cor. I, 27). De aquí otra vez se dice: Si alguno se le antoja ser sabio entre vosotros en este siglo, hágase estulto para que sea sabio (Ibid., III, 18). De aquí las palabras de la historia evangélica testifican que Zaqueo, cuando nada podía ver por la turba, subió al árbol sicómoro para ver al Señor que pasaba. Pues el sicómoro se llama higuera fatua. Así pues, el pequeño Zaqueo subió al sicómoro y vio al Señor (Luc. XIX, 4 sig.), porque los que humildemente eligen la estulticia del mundo, ellos mismos contemplan sutilmente la sabiduría de Dios. Pues la turba impide nuestra pequeñez para ver al Señor, porque el tumulto de los cuidados seculares oprime la enfermedad de la mente humana para que no intienda la luz de la verdad. Pero prudentemente subimos al sicómoro si con previsión tenemos en la mente aquella estulticia que se preceptúa divinamente. ¿Qué más estulto en este mundo que no buscar las cosas perdidas,

relajar las cosas poseídas a los que las arrebatan, no devolver ninguna injuria por las injurias recibidas, e incluso ofrecer paciencia añadididuras otras? Pues como que nos manda el Señor subir al sicómoro cuando dice: Al que quita lo que es tuyo no lo repitas (Luc. VI, 30). Y otra vez: Si alguno te hiriere en la mejilla derecha, preséntale también la otra (Mat. V, 39). Por el sicómoro se ve al Señor pasando, porque por esta sabia estulticia, aunque aún no sólidamente como es, sin embargo ya por la luz de la contemplación se ve la sabiduría de Dios como que de paso. La cual según las palabras de Eliú no pueden ver los que se les antoja que son sabios, porque sorprendidos en la elada turba de sus pensamientos para ver al Señor, aún no han encontrado el árbol sicómoro.

Parte sexta

, y la última, QUE COMPRENDE OCHO LIBROS.

LIBRO VIGÉSIMO OCTAVO.

Se explican los primeros once versículos del capítulo XXXVIII, en múltiple sentido, especialmente moral.

891 PREFACIO.

Nada daña más gravemente al alma que la conciencia de la virtud, a menos que sea ejercitada por las correcciones. Job fue el más grande, porque solo era inferior a Dios.---Después de la pérdida de los bienes, después de los funerales de sus hijos, después de las heridas de su cuerpo, después de las palabras de su esposa que mal aconsejaba, después de los dichos injuriosos de los que lo consolaban, después de haber recibido valientemente los dardos de tantos dolores, el bienaventurado Job debía ser alabado por el Juez por tan gran virtud de constancia, si ya hubiera de ser llamado de este siglo presente. Pero después de que todavía ha de recibir el doble aquí, después de que es restituido a su salud prístina, para que use las cosas devueltas por más tiempo, no sea que por la espada de la elación (elationis) su propia victoria lo derribe,

Dios omnipotente debe increpar por la estrecha justicia (districtam justitiam) a quien preserva para la vida. Pues, ¿qué mata con más frecuencia al alma que la conciencia de la virtud? La cual, mientras la infla por su propia consideración, la vacía de la plenitud de la verdad; y mientras le sugiere que es suficiente para percibir los premios, la distiende de la intención de mejoría. El justo Job, por tanto, existió antes de los flagelos, pero permaneció más justo después de los flagelos; y alabado antes por la voz de Dios, después creció por el golpe. Ciertamente, como una trompeta ductil (tuba ductilis) producida por la percusión, fue elevado tanto más alto en la alabanza de Dios, cuanto más fue golpeado con mayor castigo. Pero debía ser humillado aquel que, postrado por las úlceras, así permanecía por las virtudes. Debía ser humillado, para que los dardos de la elación no traspasaran un pecho tan robustísimo, el cual constaba ciertamente que ni las heridas infligidas habían vencido. Sin duda, hubo de buscarse un hombre por cuya comparación debiera ser superado. Pero ¿qué es lo que se dice de él por la voz del Señor: ¿Has visto a mi siervo Job, que no hay en la tierra varón semejante a él? (Job 1, 8; 2, 3)? ¿Por comparación con quién, pues, podía ser vencido aquel de quien se dice por atestación de Dios que por comparación con ningún hombre puede ser igualado? ¿Qué hay que hacer, pues, sino que desde su persona 892 el mismo Señor le narre sus propias virtudes, y le diga: ¿Por ventura produces tú el lucero de la mañana (luciferum) en su tiempo, y haces salir el lucero de la tarde (vesperum)

sobre los hijos de la tierra? Y de nuevo: ¿Por ventura se te han abierto las puertas de la muerte, y has visto las puertas tenebrosas? O ciertamente: ¿Por ventura después de tu nacimiento mandaste al amanecer (diluculo), y mostraste a la aurora (aurorae) su lugar? (Job 38, 32, 17, 12). ¿Quién en verdad puede hacer estas cosas, sino el Señor? Y sin embargo se interroga al hombre, para que reconozca que no puede estas cosas, a fin de que el varón que creció por tan inmensas virtudes, y no es vencido por el ejemplo de ningún hombre, no deba ensoberbecerse, sino ser superado por comparación con Dios. ¡Pero oh cuán poderosamente es erigido el que tan sublimemente es humillado! ¡Oh cuánta es la victoria del hombre, haber perdido por comparación con Dios! ¡Oh cuánto mayor que los hombres es el que es convencido por testimonios de ser inferior a Dios! En verdad mucho es poderoso el que por tal interrogación se muestra que no es poderoso. Pero puesto que somos conducidos a disertar cosas demasiado oscuras, vengamos ya a las palabras del mismo texto:

CAPÍTULO PRIMERO

[Ant. y Rec. II].

CAP. XXXVIII, VERS. 1.---Respondiendo el Señor a Job desde un torbellino, dijo.

1. De cuántos y de qué modos hable Dios a los hombres.---Veo que debe notarse que si se dijera que la locución fue hecha a uno sano e incólume, de ningún modo se escribiría que el Señor habló desde un torbellino (de turbine). Pero puesto que

habla a uno flagelado, se describe que ha hablado desde un torbellino. Pues de un modo habla el Señor a sus siervos cuando los promueve interiormente por la compunción (compunctionem), de otro modo cuando los oprime por la estrechez (districtionem) para que no se ensoberbezcan. Pues por la suave locución del Señor se muestra su dulzura amable; pero por la terrible se muestra su potestad temible. En aquella se persuade al alma para que aproveche, en esta se reprime a la que aprovecha. En aquella aprende lo que debe apetecer, en esta lo que debe temer. Por aquella dice: Goza y alégrate, hija de Sion, porque he aquí que vengo, y habitaré en medio de ti (Zac. 2, 10); 893 por esta se dice: El Señor vendrá en tempestad, y en un torbellino están sus caminos (Is. 66, 15). Pues es suave el que viene para habitar en medio. Pero cuando se insinúa por la tempestad y el torbellino, sin duda perturba los corazones que toca; y se esfuerza para domar la elación (elationem), cuando se da a conocer como poderoso y terrible.

2. O bien Dios habla por los ángeles, o bien por sí mismo. ---Se debe saber, además, que de dos modos se distingue la locución divina. Pues o bien el Señor habla por sí mismo, o bien por medio de una criatura angélica se forman sus palabras para nosotros. Pero cuando habla por sí mismo, se nos abre solo por la fuerza de la inspiración interna. Cuando habla por sí mismo, el corazón es enseñado por su palabra sin palabras ni sílabas, porque su virtud es conocida por cierta elevación íntima. A la cual la mente llena queda suspendi-

da, la vacía es gravada. Pues es cierto peso que eleva a toda alma que llena. Es luz incorpórea que tanto llena lo interior, como circunscribe exteriormente lo llenado. Es sermón sin estrépito, que tanto abre el oído como ignora tener sonido. Pues lo que está escrito sobre el advenimiento del Espíritu Santo: Se hizo de repente un sonido del cielo, como de un espíritu vehemente que venía, y llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas como de fuego, y se sentó sobre cada uno de ellos (Hech. II, 2); por el fuego ciertamente apareció el Señor, pero por sí mismo hizo la locución interiormente. Y ni el fuego fue Dios, ni aquel sonido lo fue, sino que por esto que exhibió exteriormente, expresó esto que gestionó interiormente. Porque pues volvió a los discípulos tanto encendidos por el celo, como eruditos por la palabra por dentro, mostró por fuera lenguas ígneas. En la significación, por tanto, fueron aplicados los elementos, para que los cuerpos sintieran el fuego y el sonido, pero los corazones fueran enseñados por el fuego invisible y por la voz sin sonido. Por fuera, pues, estuvo el fuego que apareció, pero por dentro el que dio la ciencia. Y cuando el eunuco de la reina Candace presidía el carro y emprendía el camino, y teniendo en sus manos a Isaías sin entenderlo, ciertamente en el corazón el espíritu había dicho a Felipe: Únete al carro (Hech. VIII, 29). Y cuando Cornelio había enviado a los soldados temerosos de Dios para llamar a Pedro, en la mente sin duda alguna de parte del espíritu Pedro oyó: He aquí tres varones te buscan, levántate pues, desciende

y ve con ellos (Hech. X, 19). Decirnos pues el Espíritu de Dios como ciertas palabras es intimar por fuerza oculta aquellas cosas que han de hacerse, y volver al hombre ignorante, sin aplicar estrépito ni tardanza de sermón, perito de repente sobre las cosas escondidas. Pues porque el oído no comprende todas las cosas dichas al mismo tiempo que se hacen para él, puesto que percibe tanto las causas por las palabras, como por partes las palabras por las sílabas; nuestra vista en cambio en aquello a lo que se dirige, aprehende todo súbita y simultáneamente; la locución de Dios hecha intrínsecamente para nosotros parece ser vista, más bien que oída, porque mientras se insinúa a sí mismo sin demora de sermón, ilustra con luz repentina las tinieblas de nuestra ignorancia. Por lo cual también Baruc, hijo de Nerías, cuando al ser interrogado exponía de qué modo había oído las palabras de Jeremías profetizando, dijo: De su boca hablaba como leyendo, y yo escribía (Jer. XXXVI, 18). Pues quien habla leyendo, a una cosa atiende, pero por otra hace la palabra, porque lo que ve, lo dice. Los profetas de Dios, por tanto, porque ven sus palabras más bien en el corazón que las oyen, hablan como leyendo.

3. De qué modo suele hablar por los ángeles. Unas veces usando palabras; otras veces cosas; otras veces simultáneamente palabras y cosas; otras veces por imágenes mostradas a los ojos del corazón o del cuerpo. ---Cuando verdaderamente el Señor indica su voluntad por medio de un ángel, unas veces la demuestra con palabras, otras veces con cosas, otras veces simultáneamente

con palabras y cosas, otras veces por imágenes mostradas a los ojos del corazón, otras veces por imágenes ante los ojos corpóreos asumidas por un tiempo del aire, unas veces por sustancias celestiales, otras veces por terrenas; unas veces simultáneamente terrenas y celestiales. No pocas veces, verdaderamente, incluso por medio de un ángel habla Dios a los corazones humanos de tal modo que el mismo ángel es presentado a los ojos de la mente.

4. Pues por medio del ángel habla Dios con palabras, cuando nada se muestra en imagen, sino que se oyen las palabras de la locución suprema, como al decir el Señor: Padre, clarifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te clarifique a ti, se responde inmediatamente: Lo he clarificado, y de nuevo lo clarificaré (Juan 17, 1; 12, 28). Pues Dios, que sin tiempo clama por la fuerza de un impulso íntimo, no emitió en el tiempo por su propia substancia aquella voz, que Él distinguió como circunscrita por el tiempo a través de palabras humanas, sino que sin duda, hablando de las cosas celestiales, formó sus palabras que quiso que fueran oídas por los hombres mediante la administración de una criatura racional.

5. Unas veces habla Dios por medio de las cosas a través de los ángeles, cuando nada se dice con palabra, sino que aquellas cosas que han de venir se anuncian por una imagen asumida de los elementos; como Ezequiel, sin oír ninguna palabra, vio la especie de electro (electri) en medio del fuego; para que, a saber, mientras miraba solo la especie, sintiera las cosas que habrían

de venir en los novísimos (Ezeq. 1, 4). Pues el electro (electrum) se mezcla del metal del oro y de la plata, en cuya mezcla la plata ciertamente se vuelve más clara, pero sin embargo se templa el fulgor del oro. ¿Qué pues se demuestra en el electro (electro) sino el mediador de Dios y de los hombres? Quien, mientras se compuso a sí mismo para nosotros de la naturaleza divina y humana, tanto volvió la humana más clara por la deidad, como templó la divina por la humanidad para nuestros aspectos. Pues porque por la virtud de su divinidad su humanidad brilló con tantos milagros, del oro creció la plata; y que por la carne Dios pudo ser conocido, y que por la carne toleró tantas adversidades, el oro fue como templado de la plata. Lo cual bien se muestra también en medio del fuego, porque la llama del juicio subsiguiente acompaña al misterio de su encarnación (incarnationis). Pues escrito está: El Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio dio al Hijo (Juan 5, 22).

[Ant. III.] 6. Unas veces habla Dios por medio de los ángeles simultáneamente con palabras y cosas, cuando por ciertos movimientos insinúa esto que narra con sermones. Pues Adán después de la culpa no pudo oír al Señor en la substancia de la divinidad, sino que oyó las palabras de increpación por medio del ángel, de quien está escrito: Cuando hubo oído la voz del Señor Dios que se paseaba en el paraíso al aura después del mediodía, se escondió entre los árboles del paraíso (Gén. 3, 8). Pues ¿qué es que después del pecado del hombre el Señor ya no está en el paraí-

so, sino que se pasea, sino que al irrumpir la culpa se muestra movido del corazón del hombre? ¿Qué es que al aura después del mediodía, sino 895 que la luz más ferviente de la verdad se había alejado, y los fríos de su culpa constreñían al alma pecadora? Increpó, pues, paseándose a Adán, para que abriera a las mentes ciegas su maldad no solo con sermones, sino también con cosas, a fin de que el hombre pecador tanto por las palabras oyera lo que había hecho, como por el paseo, perdido el estado de la eternidad (aeternitatis), viera la inconstancia de su mutabilidad (mutabilitatis), y por el aura, expulsado el fervor de la caridad (charitatis), advirtiera su propio torpor, y por la declinación del sol conociera que se aproximaba a las tinieblas.

[Ant. IV.] 7. Unas veces habla Dios por medio de los ángeles por imágenes mostradas a los ojos del corazón, como Jacob durmiendo vio una escala apoyada en el cielo (Gén. 28, 12); como Pedro arrebatado en éxtasis vio un lienzo lleno de reptiles y cuadrúpedos (Hech. 10, 11), quien si no viera estas cosas con ojos incorpóreos, no habría estado en éxtasis; como a Pablo en una visión de la noche se le apareció un varón macedonio (Hech. 16, 9), que le rogó que pasara a Macedonia. Unas veces habla Dios por medio de los ángeles por imágenes también ante los ojos corpóreos asumidas por un tiempo del aire, como Abraham no solo pudo ver a tres varones, sino también recibirlos en un habitáculo terreno, y no solo recibirlos, sino también aplicar alimentos para sus usos (Gén. 18, 2, sig.). Pues si los ángeles que

nos anuncian ciertas cosas internas no tomaran por un tiempo cuerpos del aire, ciertamente no aparecerían a nuestras visiones exteriores; ni tomarían alimentos con Abraham, si por nosotros no llevaran algo sólido de un elemento celestial (coelesti elemento). Ni es de maravillar que allí esos mismos que fueron recibidos, unas veces sean llamados ángeles, otras veces el Señor, porque con el vocablo de ángeles se expresan los que ministraban exteriormente, y con la apelación del Señor se muestra el que les presidía interiormente, para que por esto se aclarara el imperio del presidente, y por aquello el oficio de los que ministraban.

[Ant. V.] 8. Varios otros modos por los que Dios habla a los hombres.---Unas veces habla Dios por medio de los ángeles por substancias celestiales, como al ser bautizado el Señor, está escrito que de la nube sonó una voz, diciendo: Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido mucho (Mat. 3, 17). Unas veces habla Dios por medio de los ángeles por substancias terrenas, como cuando increpó a Balaam, formó palabras humanas en la boca de una asna (Núm. 22, 28). Unas veces habla Dios por medio de los ángeles simultáneamente por substancias terrenas y celestiales, como cuando emitió las palabras de su mandato a Moisés en el monte, asoció el fuego y la zarza, y unió una cosa superior con otra inferior (Éx. 3, 2). Lo cual, sin embargo, solo se hace entonces cuando algo se significa de esa misma conjunción. Pues al hablar a Moisés por la zarza encendida, ¿qué otra cosa mostró sino que llegaría a ser el conductor

de aquel pueblo que tanto percibiría la llama de la ley, como sin embargo de ningún modo evitaría la espina del pecado; o que saldría de aquel pueblo quien en el fuego de la Deidad (Deitatis) recibiría los pecados de nuestra carne como las espinas de una zarza, y conservaría la substancia inconsumida de nuestra humanidad (humanitatis) aun en la misma llama de la divinidad (divinitatis)?

[Vet. VI.] 9. Los profetas son a veces inspirados por medio de ángeles. Pero a veces Dios infunde también en los corazones humanos, por medio de ángeles, el poder de su inspiración a través de la secreta presencia de estos. De donde también dice Zacarías: Y me dijo el ángel que hablaba en mí (Zac. 1, 14). Al decir que el ángel hablaba para él, pero sin embargo en él, muestra claramente que aquel que le dirigía las palabras no estaba fuera a través de una apariencia corpórea. De donde también poco después añadió: Y he aquí que el ángel que hablaba en mí salía (Ibíd. 2, 3). Pues a menudo no aparecen exteriormente, sino que, tal como son espíritus angélicos, dan a conocer la voluntad de Dios a los sentidos de los profetas, y los elevan a cosas sublimes, y demuestran como presentes en sus causas originales las cosas que han de ser en el futuro. Porque el corazón humano, gravado por el peso mismo de la carne corruptible, sosteniendo esta misma corpulencia suya como un obstáculo, no penetra las cosas internas, y yace pesado en lo exterior, porque no tiene una mano que lo levante por dentro. De donde resulta, como se ha dicho, que a los sentidos de los profetas se les aparece la

misma sutileza de la virtud angélica tal como es, y su mente es levantada por el sutil espíritu por el cual es tocada; y ya no yace perezosa y torpe en lo más ínfimo, sino que, llena de íntimos soplos, asciende a lo celestial, y desde allí, como desde una cierta cima de las cosas, ve las que han de venir debajo de sí. Pero para que nadie piense que en las antedichas palabras de Zacarías se designa con el nombre de ángel ya sea al Padre, o al Hijo, o al Espíritu Santo, si considera el texto de la Sagrada Escritura, enmienda rápidamente lo que siente, pues esta nunca llama ángel al Padre, nunca al Espíritu Santo, y al Hijo no sino por la predicación de su encarnación. De donde también en las palabras del mismo Zacarías se muestra abiertamente que en él hablaba verdaderamente un ángel, esto es, una criatura, cuando se dice: Y he aquí que el ángel que hablaba en mí, salía (Zac. 2, 3). E inmediatamente se añade: Y otro ángel salía a su encuentro, y le dijo: Habla a ese joven, diciendo: Sin muro será habitada Jerusalén (Ibíd. 2, 3). No es, por tanto, Dios el ángel que es enviado, a quien un ángel le ordena las palabras que debe decir. Sino que, porque ante la vista del Creador los ministerios angélicos están distinguidos por una posición ordenada de grados, de modo que tanto para la común felicidad de la bienaventuranza se gocen viendo juntos a su Hacedor, como sin embargo, por la disposición de la dignidad, unos suministren a otros, un ángel envía a otro ángel al profeta, y a quien ve gozarse con él de Dios en común, lo instruye y lo dirige, porque lo excede tanto por una ciencia superior por la virtud del

conocimiento, como por una gracia más excelente por la cumbre del poder.

10. De qué modo respondió Dios a Job. Se han dicho, pues, estas cosas para que se demostrara de qué modos habla Dios a los hombres. Pero cuando se dice que el Señor respondió al bienaventurado Job desde el torbellino, se duda si le habló por sí mismo o por medio de un ángel. Pues pudieron ciertamente hacerse por medio de un ángel las conmociones del aire, y mandársele por medio de él estas palabras que se añaden. Y de nuevo, pudo el ángel tanto sacudir exteriormente el aire en el torbellino, como sin embargo el Señor mismo por sí mismo hacer sonar interiormente en su corazón, sin palabras, la fuerza de su sentencia, para que se crea que los dichos dominicales que siguen los profirió ya por medio de palabras aquel que, lleno de Dios, los oyó sin palabras. [Vet. VII, Rec. III.] Así pues, se dice:

CAPÍTULO II.

VERS. 2.---¿Quién es este que envuelve sentencias con palabras inexpertas?

11. Son reprobados los que sienten rectamente pero hablan con soberbia. La primera estulticia del Ángel fue la elación.---Como ya dijimos en la parte superior, la primera exprobración es tal interrogación, por la cual se dice: ¿Quién es este? Pues Eliú había hablado arrogantemente. Y no decimos ¿Quién es este? sino de aquel a quien ciertamente no conocemos. Pero el conocer de Dios es aprobar; el no conocer, reprobar. De donde dice a algunos que reprueba: No sé de dónde

sois; apartaos de mí, todos vosotros obreros de iniquidad (Lc. 13, 25. 27). ¿Qué es, pues, preguntar acerca de este arrogante ¿Quién es este? sino decir abiertamente: Yo no conozco a los arrogantes, esto es, ¿no apruebo su vida en el alcázar de mi sabiduría? Porque mientras se inflan con las alabanzas humanas, se vacían de la verdadera gloria de la retribución eterna. Pero en lo que dice, Sentencias, y no añadió de qué clase, las tomamos ciertamente por buenas, las cuales afirma que estaban envueltas en palabras inexpertas, porque habían sido proferidas con palabras de jactancia. Pues es vicio de inexperiencia el no saber rectamente lo recto, esto es, inclinar un don celestial al apetito de la alabanza terrena. Como a menudo sucede que tanto las cosas buenas se profieren mal como las malas bien, así el arrogante Eliú profirió cosas rectas no rectamente, porque no dijo humildemente las humildes sentencias en defensa de Dios. De donde también posee no sin mérito el tipo de aquellos que dentro de la Iglesia Católica estudian la vana gloria: quienes, mientras se creen peritos sobre los demás, son redargüidos de impericia por el juicio divino, porque como dice el Apóstol: Si alguno piensa que sabe algo, aún no ha conocido de qué modo conviene que sepa (1 Cor. 8, 2). Porque, como la primera estulticia del Ángel fue la elación del corazón, la humildad de la propia estimación se convierte en la verdadera sabiduría del hombre. La cual, quienquiera que la abandona, aun sabiendo cosas grandes, por eso mismo desvaría vehementemente, por cuanto se desconoce a sí

mismo. De donde Eliú tanto profirió sentencias como sentencias envueltas en palabras inexpertas, porque tanto conocía lo recto que debía decir de Dios, como sin embargo la elación estulta de aquel infatuaba sus dichos acerca de sí mismo. Despreciado, pues, este, las palabras se vuelven para instruir a Job:

CAPÍTULO III

[Rec. IV.]

VERS. 3.---Ciñe tus lomos como varón.

12. Se ha de coercer la lujuria no solo de la carne, sino también del corazón elado.---La Sagrada Escritura acostumbra llamar 'varones' a quienes ciertamente siguen los caminos del Señor con pasos fuertes y no disolutos. De donde se dice por el Salmista: Obrad varonilmente, y confórtese vuestro corazón (Sal. 30, 25). De donde dice Pablo: Erigid las manos remisas y las rodillas disueltas (Heb. 12, 12). De donde también la Sabiduría en los Proverbios: A vosotros, oh varones, clamo (Prov. 8, 4). Como si dijera abiertamente: Yo no hablo a mujeres, sino a varones, porque estos que son de mente fluida de ningún modo pueden percibir mis palabras. Pero ceñir los lomos es refrenar la lujuria ya sea en la obra o en el pensamiento. Pues el deleite de la carne está en los lomos. De donde también se dice a los santos predicadores: Estén vuestros lomos ceñidos, y las lámparas ardientes (Lc. 12, 35). Pues por los lomos se designa la lujuria, mas por las lámparas la claridad de las buenas obras. Se les manda, pues, ceñir los lomos

y tener lámparas. Como si oyeran abiertamente: Primero restringid en vosotros mismos la lujuria, y entonces mostrad de vosotros a los otros ejemplos de buenas obras. Pero puesto que conocimos que el bienaventurado Job estaba dotado de tanta castidad, ¿por qué se le dice después de tantos azotes: Ciñe tus lomos como varón, esto es, como fuerte restringe la lujuria, sino porque una es la lujuria de la carne por la cual corrompemos la castidad, mas otra es la lujuria del corazón por la cual nos gloriamos de la castidad? Se le dice, pues: Ciñe tus lomos como varón, para que quien primero había vencido la lujuria de la corrupción, ahora restrinja la lujuria de la elación, no sea que soberbio de su paciencia o castidad, existiera tanto peor lujurioso interiormente ante los ojos de Dios, cuanto más apareciera ante los ojos de los hombres tanto paciente como casto. De donde bien se dice por Moisés: Circuncidad el prepucio de vuestro corazón (Deut. 10, 16), esto es, después que extinguís la lujuria de la carne, cercenad también lo superfluo de los pensamientos. Sigue:

CAPÍTULO IV

[Rec. V.]

IBID.---Te interrogaré, y tú respóndeme.

13. De tres modos nos interroga Dios: azotando; prescribiendo cosas duras; escondiéndonos algunas cosas.---Nuestro Creador acostumbra interrogarnos de tres modos, cuando o bien nos golpea con la severidad del azote, y muestra cuánta paciencia hay en nosotros, o nos falta; o

nos manda algunas cosas que no queremos, y manifiesta nuestra obediencia o desobediencia; o nos abre algunas cosas ocultas y esconde otras, y nos hace conocer la medida de nuestra humildad. Pues interroga con el azote cuando golpea con aflicciones la mente que le está bien sometida por la tranquilidad, así como el mismo Job es tanto alabado por la atestación del juez, como sin embargo es entregado a los golpes del heridor (Job 2, 3. 7), para que su paciencia brille tanto más verdaderamente cuanto más duramente hubiera sido inquirida. Pero prescribiendo cosas duras nos interroga, como se le manda a Abraham salir de su tierra y dirigirse a donde no sabía (Gén. 12, 1), llevar al monte al único hijo, e inmolar a quien el anciano había recibido para su consuelo (Gén. 22, 2). A quien ciertamente, respondiendo bien a la interrogación, esto es, obedeciendo al mandato, se le dice: Ahora he conocido que temes a Dios (Ibíd. 12). O como está escrito: El Señor vuestro Dios os tienta, para saber si lo amáis (Deut. 13, 3). Tentar por parte de Dios es interrogarnos con grandes mandatos. Saber es también hacernos saber nuestra obediencia. [Vet. VIII.] Abriéndonos, pues, algunas cosas y cerrándonos otras nos interroga Dios, como se dice por el Salmista: Sus párpados interrogan a los hijos de los hombres (Sal. 10, 5). Pues con los párpados abiertos vemos, con los cerrados nada vemos. ¿Qué aceptamos entonces por párpados de Dios sino sus juicios? Los cuales se cierran para los hombres según algo, y según algo se abren, para que los hombres que no se conocen lleguen a

conocerse a sí mismos, a fin de que mientras comprenden algunas cosas entendiendo, pero no pueden en absoluto conocer otras, sus corazones se inquieran secretamente a sí mismos, si los juicios divinos o no los estimulan cerrados, o no los inflan abiertos. Pues en esta interrogación fue probado Pablo, quien después de la sabiduría interna percibida, después de las barreras del paraíso abiertas, después del ascenso al tercer cielo, después de los misterios de la locución celestial, dice todavía: Yo no considero haberlo alcanzado (Fil. 3, 13). De nuevo: Yo soy el mínimo de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol (1 Cor. 15, 9). Y de nuevo: No porque seamos suficientes para pensar algo de nosotros mismos, como de nosotros mismos; sino que nuestra suficiencia es de Dios (2 Cor. 3, 5). Interrogado, pues, por los párpados abiertos de Dios, Pablo respondió rectamente, quien tanto alcanzó los secretos celestiales como sin embargo permaneció sublimemente en la humildad de corazón. Quien de nuevo, cuando discutía los secretos juicios de Dios sobre el rechazo de los judíos y la vocación de los gentiles, y no podía llegar a ellos, fue interrogado como por los párpados cerrados de Dios. Pero dio una respuesta muy recta, quien sabiamente se inclinó ante Dios en su misma ignorancia, diciendo: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡cuán incomprensibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Pues ¿quién conoció la mente del Señor, o quién fue su consejero? (Rom. 11, 33). Pues he aquí que, inquirido por misterios escon-

didos como por párpados cerrados, respondió cosas gratas y rectas, quien, pulsando la entrada del secreto, porque no pudo ser introducido a las cosas interiores por el conocimiento, permaneció humilde ante las puertas por la confesión; y lo que no pudo comprender dentro, fuera lo alabó temiendo. De donde ahora también el bienaventurado Job, después de la interrogación del azote, es discutido por la interrogación de la palabra, para que considere qué cosas son celestiales; las cuales, mientras no comprende en absoluto, regrese a sí mismo y conozca cuán poco es en comparación con las cosas celestiales. Oiga, pues: Te interrogaré, y tú respóndeme. Como si se dijera más abiertamente: Con mis palabras te excito a considerar las cosas sublimes, y mientras percibes que no conoces esas cosas que están sobre ti, te devuelvo más conocido para ti mismo. Pues entonces me respondes verdaderamente, si comprendes qué cosas ignoras. Sigue:

CAPÍTULO V

[Rec. VI.]

VERS. 4-6.---¿Dónde estabas tú cuando yo ponía los fundamentos de la tierra? Indícamelo, si tienes inteligencia. ¿Quién puso sus medidas, si lo sabes, o quién tendió sobre ella el cordel? ¿Sobre qué están afianzadas sus basas?

14. Por fundamentos de la Iglesia deben entenderse los apóstoles; por fundamento, solo Cristo.---He aquí que todas las cosas se entrelazan como en una narración histórica sobre el origen

del mundo. Pero de repente se añade aquello que parece dicho no de la condición del mundo, sino de la Iglesia. Pues se dice:

¿O quién puso su piedra angular?

Pues por esto, que no se hizo en el origen del mundo, se muestra también aquello de arriba, que no se dijo sobre el origen del mundo. Por eso mismo, a las cosas claras y patentes se mezclan algunas oscuras y disonantes, para que por esto que discrepa del intelecto de la letra se inquiera también místicamente lo que suena dicho según la letra. Pues así como por unas cosas abiertas conocemos otras cerradas, así por unas cerradas somos compelidos a pulsar con un intelecto más profundo también aquellas que creíamos abiertas. Diga, pues: ¿Dónde estabas tú cuando yo ponía los fundamentos de la tierra? [Vet. IX.] En la Sagrada Escritura, ¿qué otra cosa aceptamos por fundamentos sino a los predicadores? A quienes, mientras el Señor los puso primero en la santa Iglesia, en ellos se levantó toda la estructura de la fábrica subsiguiente. De donde también al sacerdote, cuando entra en el tabernáculo (Éx. 28, 17), se le manda llevar doce piedras en el pecho, porque ciertamente nuestro Pontífice, ofreciéndose a sí mismo como sacrificio por nosotros, mientras presentó predicadores fuertes en el mismo comienzo, llevó doce piedras bajo la cabeza en la primera parte de su cuerpo. Así pues, los santos apóstoles son piedras en el pecho por la primera ostentación del ornamento, y fundamentos en el suelo por la primera solidez del edificio. De donde el profeta David, al ver que la santa Iglesia

era puesta y edificada en las sublimes mentes de los apóstoles, dijo: Sus fundamentos están en los montes santos (Sal. 86, 1). Pero cuando en el sacro elocuio no se dice fundamentos, sino Fundamento en número singular, no se designa a ningún otro sino al Señor mismo, por cuya potencia de la divinidad se consolidan los vacilantes corazones de nuestra enfermedad. De quien también dice Pablo: Nadie puede poner otro fundamento, fuera del que está puesto, el cual es Cristo Jesús (1 Cor. 3, 11). Pues él mismo es el Fundamento de los fundamentos, porque es tanto el origen de los que comienzan como la constancia de los robustos. Puesto que, por tanto, nuestros fundamentos son aquellos que cargaron con los pesos de nuestras iniquidades, para que el bienaventurado Job no se eleve a la soberbia por la potencia de sus virtudes, en esta misma primera parte del discurso dominical se le discute sobre la conmemoración de los santos predicadores, para que cuanto más admirables los viera venir, tanto más vilmente se estimara a sí mismo en comparación con ellos. Lo cual por eso se describe ya por el Señor como pasado, porque cualquier cosa que ha de ser en el futuro en la obra, ya se ha hecho dentro en la predestinación. Se le dice, pues: ¿Dónde estabas tú cuando yo ponía los fundamentos de la tierra? Como si se dijera abiertamente: Considera la virtud de los fuertes, y piénsame a mí como su Autor antes de los siglos; y cuando sospeches que son admirables aquellos que creé en el tiempo, considera cuánto debes estarme sometido a mí,

a quien conoces como Autor de cosas admirables sin tiempo. Sigue:

CAPÍTULO VI.

VERS. 4, 5.---Indícame, si tienes inteligencia, ¿quién puso sus medidas, si lo sabes, o quién tendió sobre ella el cordel?

15. Por su indicación los santos predicadores son enviados a algunas partes del orbe, y rechazados de otras. ---Las líneas de las medidas se tienden en la partición de las tierras, para que se mantenga la equidad de la dimensión por la misma tensión de las líneas. Mas el Señor, viniendo en carne a la Iglesia, midió las medidas de la tierra con líneas, porque distinguió los confines de la Iglesia con la sutileza del juicio oculto. Las medidas o líneas de esta tierra oculta se tendían cuando los santos predicadores, por obra del Espíritu, eran llamados a otras partes del mundo para que fueran, pero eran alejados de otras partes para que no accedieran. Pues el apóstol Pablo, como descuidara predicar en Macedonia, se le apareció en visión un varón macedonio que decía: Pasando a Macedonia ayúdanos (Hech. XVI, 9). Pero por el contrario, como está escrito: Intentaban los apóstoles ir a Bitinia, y no se lo permitió el Espíritu de Jesús (Ibíd., 7). Mientras, por tanto, los santos predicadores son llamados a Macedonia y prohibidos de Asia, aquella línea de las ocultas medidas fue allí conducida, y de aquí retirada. Allí se tiende, para que Macedonia sea recogida dentro de los espacios de la santa Iglesia; de aquí se atrae, para que Asia sea dejada

fuera de los confines de la fe. Había ciertamente entonces en ella quienes no debían ser recogidos, los cuales, perdidos según su mérito, ya ahora Asia ha sido recibida dentro de las medidas de la Iglesia por la largueza de Dios.

16. Dentro de las medidas puestas por Cristo están los elegidos, fuera los réprobos. En la mano de Dios, no del hombre, está su disposición. --- Dentro de estas medidas, por tanto, están todos los elegidos, fuera de estas todos los réprobos, aunque parezcan estar dentro del límite de la fe. Por lo cual también en el Apocalipsis está escrito: El atrio que está fuera del templo échalo fuera, y no lo midas (Apoc. XI, 2). ¿Qué otra cosa significa el atrio sino la latitud de la vida presente? Y rectamente están fuera del templo los que por el atrio se designan, y por tanto no deben ser medidos, porque estrecha es la puerta que conduce a la vida (Matth. VII, 14), y la latitud de la vida de los malvados no es admitida a las medidas y reglas de los elegidos. Estas líneas espirituales se tendían por juicio oculto cuando a cierto hombre que decía: Maestro, te seguiré a dondequiera que fueras (Matth. VIII, 19), se le respondió por la voz del mismo maestro: Las zorras tienen foveas, y las volátiles del cielo nidos, mas el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza (Ibíd., 20). Estas medidas y líneas se tendían cuando a cierto hombre que decía: Señor, permíteme ir primero a sepultar a mi padre (Luc. IX, 59), se le respondió por la voz del mismo maestro: Deja que los muertos sepulten a sus muertos; tú, en cambio, ve, anuncia el reino de Dios (Ibíd., 60). He aquí que

uno promete que lo seguirá, y es rechazado; otro pide ser despachado, y es retenido. ¿De dónde esto, sino porque sobre los ocultos espacios del corazón se tendían las líneas de los juicios celestiales, para que tanto a este lo constriñeran por dentro medidas incomprensibles, como aquel permaneciera fuera no injustamente? Pero como nadie ignora que Dios tiende estas líneas de los juicios ocultos, ¿por qué se dice a Job: Indícame, si tienes inteligencia, ¿quién puso sus medidas, si lo sabes, o quién tendió sobre ella el cordel? ¿Acaso se requiere por esto, para que se recuerde lo que podía conocer, pero sin embargo pasar por alto, a fin de que sopese con más solicitud el peso de los secretos de Dios, a saber, que la disposición del hombre no consiste en las fuerzas humanas, sino en la mano del Creador, para que mientras considera quién obra estas cosas invisiblemente, nada atribuya a su virtud, ni ya ose algo de sí mismo, cuando teme los juicios ocultos de Dios; sino que considerando desde lo alto las medidas y líneas incomprensiblemente tendidas, tanto más consista en la humildad del temor, cuanto ve que todo pende en la potestad del medidor. Sigue.

CAPÍTULO VI.

VERS. 6.---¿Sobre qué están afianzadas sus basas?

17. Las basas de la Iglesia son los santos doctores y profetas.---¿Qué otra cosa aceptamos por las basas de esta tierra sino a los doctores de la santa Iglesia? Pues en las basas se erigen las columnas, y en las columnas el peso de toda la

fábrica. No, pues, inmerecidamente son designados los santos doctores con el nombre de basas, porque mientras predican cosas rectas, y concuerdan con su predicación viviendo, sustentan todo el peso de la Iglesia con la fija gravedad de sus costumbres, soportan las ásperas tentaciones de los infieles; y aquellas cosas que son temidas como difíciles por los fieles en los preceptos de Dios, las muestran fáciles con los ejemplos de sus obras. De donde también bien, cuando se fijaba el tabernáculo en tipo de la Iglesia, se dice a Moisés: Harás cuatro columnas, y vestirás sus basas de plata (Éx. 26, 32). Pues en la plata, ¿qué otra cosa se acepta sino la claridad del sermón divino? como está escrito: Las palabras del Señor son palabras castas, plata examinada al fuego, probada de la tierra, purificada siete veces (Sal. 11, 7). Las basas, pues, vestidas de plata, sustentan las cuatro columnas del tabernáculo, porque los predicadores de la Iglesia, decorados con el elocuio divino, para presentarse a todos como ejemplo, llevan los dichos de los cuatro evangelistas tanto en la boca como en las obras.

18. Por las basas pueden también significarse los profetas, quienes, mientras fueron los primeros en hablar abiertamente de la encarnación del Señor, los vemos como ciertas basas que surgen del fundamento y sustentan los pesos de la fábrica superpuesta. De donde de nuevo el Señor a Moisés, cuando mandó erigir las tablas del tabernáculo, ordena fundir sus basas de plata (Éx. 26, 32). Pues, ¿qué se significa por las tablas sino los apóstoles, dilatados por su predicación extendi-

da al mundo, y qué por las basas de plata sino los profetas? quienes, firmes y fundidos ellos mismos, sustentan las tablas superpuestas, porque la vida de los apóstoles, mientras se instruye por la predicación de aquellos, se consolida también por su autoridad. De donde también se ponen dos basas juntas bajo cada tabla, porque mientras los santos profetas concuerdan en sus palabras sobre la encarnación del Mediador, edifican indudablemente a los subsiguientes predicadores de la Iglesia; y al no discrepar de sí mismos, los fijan en sí con más robustez. Ni inmerecidamente se prescribe que las basas por las que se significan los profetas deban fundirse de plata. Pues la claridad de la plata se conserva con el uso, pero sin el uso se vuelve negrura. Los dichos de los profetas también antes del advenimiento del Mediador, porque no estaban en el uso de la inteligencia espiritual, al no poder ser vistos por la oscuridad, permanecían como negros. Pero después de que el Mediador, viniendo, los limpió ante nuestros ojos con la mano de su encarnación, cuanto de luz yacía oculto en ellos brilló, y dio al uso el sentido de los padres precedentes, porque expuso las palabras con los hechos. Ya sea, pues, que signifique por la apelación de basas a los profetas, o a los doctores que siguen en los últimos tiempos, diga: ¿Sobre qué están afianzadas sus basas? entiendes, sino sobre mí, que todo lo sostengo maravillosamente, y dentro proporciono principalmente el origen a los bienes exteriores. Pues el que se atribuye a sí mismo lo que es bueno, no es una basa sólida, porque al no apoyarse en el fundamento,

es precipitado a lo profundo por su propio peso. Pero como ya se refieren muchas cosas sobre la construcción de la santa Iglesia, la mente desea oír con qué virtud las naciones enemigas se han conjuntado, esto es, con qué arte concuerdan entre sí los diversos edificios de esta casa. Sigue:

CAPÍTULO VIII.

IBÍD.---¿O quién puso su piedra angular?

19. Cristo es la piedra angular, en quien se han unido judíos y gentiles.---Ya por la divina gracia es patente para todos a quién llama la Sagrada Escritura piedra angular, a aquel ciertamente que, mientras recibe en sí por un lado al pueblo judaico y por el otro al pueblo gentil, une como dos paredes en la única fábrica de la Iglesia, aquel de quien está escrito: Hizo de ambos uno (Ef. 2, 14). Quien se presentó como piedra angular no solo en las cosas inferiores, sino también en las superiores, porque asoció en la tierra las naciones de los gentiles al pueblo israelita, y a ambos a la vez a los ángeles en el cielo. Pues al nacer él clamaron los ángeles: En la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lc. 2, 14). Pues en el nacimiento del Rey de ninguna manera ofrecerían a los hombres los gozos de la paz como algo grande, si no tuvieran discordia. De esta piedra se dice por el Profeta: La piedra que reprobaron los edificadores, esta ha sido hecha cabeza de esquina (Sal. 117, 22). El rey Jeconías tuvo el tipo de esta piedra, a quien Mateo, al describir las catorce generaciones, numeró por segunda vez (Mt. 1, 11). Pues a quien insertó al fin de la segunda, a ese mismo lo insertó de nuevo

al inicio de la tercera generación. Pues él mismo fue trasladado a Babilonia con el pueblo israelita, quien al ser llevado de unos a otros, no inmerecidamente es numerado por segunda vez por el lado de cada pared. Con el giro de cuya migración designa la piedra angular. Pues donde el orden se desvía de la rectitud para ir en sentido diverso, hace como un ángulo. Rectamente, pues, pudo ser numerado dos veces, porque por cada pared mostró como dos lados en sí mismo, de donde también bien tuvo la imagen de aquel que, nacido en Judea, recogiendo la gentilidad, vino como de Jerusalén a Babilonia, e integró en sí mismo esta fábrica de la fe con el arte de la caridad, antes rasgada por el afán de la discordia.

Pero estas cosas que se han dicho sobre la significación de la santa Iglesia, place que se diserten moralmente en una breve recapitulación. Pues es digno que por aquellas cosas que conocemos dichas al bienaventurado Job seamos llamados a nuestros corazones, porque la mente entiende entonces más verdaderamente las palabras de Dios cuando se busca a sí misma en ellas. He aquí, pues, que se dice:

CAPÍTULO IX.

VERS. 4.---¿Dónde estabas tú cuando yo ponía los fundamentos de la tierra?

SENTIDO MORAL.---20. Siempre debe considerarse qué fuimos por nosotros mismos, para que no nos atribuyamos lo que somos por don de Dios. Si el ánimo del pecador es polvo, que se eleva en la superficie y es arrebatado por el aura

de la tentación, de donde está escrito: No así los impíos, no así, sino como el polvo que arroja el viento de la faz de la tierra (Sal. 1, 4), nada impide que por tierra se entienda el alma del justo, de la que está escrito: Pues la tierra que bebe a menudo la lluvia que viene sobre ella, y genera hierba oportuna para aquellos por quienes es cultivada, recibe la bendición (Heb. 6, 7). [Vet. X.] Pero el fundamento de esta tierra es la fe. El fundamento de esta tierra se echa cuando en lo oculto del corazón se inspira el temor divino como primera causa de solidez. Este aún no cree las cosas eternas que oye; cuando se le da la fe, ya se pone el fundamento para el edificio de la obra subsiguiente. Aquel ya cree las cosas eternas, pero no teme, desprecia el terror del juicio venidero, se envuelve audazmente en los pecados de la carne y del espíritu; cuando de repente se le infunde el temor de lo futuro, para que surja el edificio de la buena vida, ya se construyen los fundamentos. Puesto, pues, el fundamento del temor próspero, cuando la fábrica de las virtudes se eleva a lo alto, es necesario que cada uno que progresa mida cautamente sus fuerzas, para que cuando ya haya comenzado a ser grande por la divina construcción, se mire a sí mismo sin cesar como lo que fue, a fin de que, atendiendo humildemente a lo que por mérito fue hallado, de ninguna manera se arrogue lo que por gracia fue hecho. De donde también ahora el bienaventurado Job es llamado a sí mismo por la voz soberana, y para que no se atreva a gloriarse de sus virtudes, se le recuerda su vida pasada, y se le dice: ¿Dónde estabas tú

cuando yo ponía los fundamentos de la tierra? Como si la Verdad dijera abiertamente al pecador justificado: No te atribuyas las virtudes recibidas de mí, no te ensalces contra mí por mi don. Recuerda dónde te hallé cuando puse en ti por mi temor los primeros fundamentos de las virtudes. Recuerda dónde te hallé cuando te consolidé por mi temor. Para que yo, pues, no destruya en ti lo que construí, no ceses tú de considerar lo que hallé. ¿A quién halló la Verdad sino en flagrancias o en excesos? Pero después de esto podemos conservar bien lo que somos, si nunca descuidamos pensar lo que fuimos. Sin embargo, a veces una clandestina elación suele introducirse incluso en los corazones solícitos, de modo que el pensamiento de los bienes, aunque sea sutil y reprimido, cuando crece mucho en las virtudes, olvidada la propia flaqueza, de ninguna manera traiga a la memoria qué fue en los vicios. De donde también Dios omnipotente, porque ve que la flaqueza aumenta incluso por los remedios de la salud, impone una medida a nuestros mismos progresos, para que tengamos algunos bienes de las virtudes que nunca buscamos, y busquemos algunos, pero no podamos tenerlos, a fin de que nuestra mente, mientras no puede tener esto que apetece, entienda también que no tiene de sí misma aquello que tiene, y por lo que está presente se consideren aquellas cosas que faltan, y por las que útilmente faltan se conserven humildemente los bienes que están presentes. De donde también rectamente se añade para la dispensación de esta tierra, esto es, del alma justa:

CAPÍTULO X.

VERS. 4, 5.---Indícame, si tienes inteligencia, ¿quién puso sus medidas, si lo sabes, o quién tendió sobre ella el cordel?

21. Cuán sabiamente Dios distribuye sus dones, no todos a todos, sino cada uno a cada cual.---¿Pues quién sino nuestro Creador pone las medidas de esta tierra (1 Cor. 12, 8)? Quien, con el secreto moderamen del juicio interno, dio a uno el sermón de sabiduría, a otro el sermón de ciencia, a otro la fe plena, a otro la gracia de las sanidades, a otro la operación de virtudes, a otro la profecía, a otro la discreción de espíritus, a otro géneros de lenguas, a otro la interpretación de sermones; a fin de que en un mismo espíritu este destaque por la palabra de sabiduría, pero no se apoye en el sermón de ciencia, esto es, de doctrina, porque le basta sentir y hallar incluso lo que no aprehendió por el estudio del aprendizaje; aquel brille por el sermón de ciencia, pero no convalezca en la palabra de sabiduría, porque le basta cumplir cuanto aprendió, y sin embargo nada sutil surge de sí mismo para el sentir. Este por la fe impera a los elementos, pero no cura las flaquezas de los cuerpos por la gracia de las sanidades; aquel por el auxilio de la oración retira las enfermedades, pero no devuelve las lluvias a la tierra árida por la palabra. Este por la operación de virtudes vuelve a la vida presente incluso a los muertos, y sin embargo, al no tener la gracia de la profecía, ignora lo que le ha de suceder; aquel atiende todo lo futuro como presente, y sin em-

bargo en ninguna operación de signos se ejercita. Este por la discreción de espíritus ve sutilmente las mentes en los hechos, pero no conoce lenguas de diverso género; aquel examina lenguas de diverso género, pero no sopesa corazones disímiles en cosas similares. Otro en una sola lengua que conoce discute prudentemente los pesos de los sermones interpretando, y sin embargo carece pacientemente de los restantes bienes que no tiene.

22. Así se provee a la humildad y a la caridad.---Así, pues, nuestro creador y dispositor lo modera todo, para que quien podía ensalzarse por el don que tiene se humille por la virtud que no tiene. Así lo modera todo, para que cuando eleva a cada uno por la gracia otorgada, también por la gracia desigual someta al uno al otro, y cada uno atienda a aquel que se le sujeta como mejor en algún otro don; y aunque sienta que precede a los demás, sin embargo en otras cosas se posponga al mismo a quien supera. Así lo modera todo, para que mientras cada uno de los dones son de todos, interpuesta una cierta necesidad de caridad, todas las cosas se hagan de cada uno, y cada uno posea así lo que no recibió en el otro, de modo que él mismo imparta humildemente al otro lo que recibió para ser poseído. [Vet. XI.] Pues de aquí se dice por Pedro: Cada uno según recibió la gracia, administrándola unos a otros, como buenos dispensadores de la multiforme gracia de Dios (1 Pe. 4, 10). Pues entonces se dispensa bien la multiforme gracia de Dios, cuando el don recibido se cree que es también de aquel

que no lo tiene, cuando se piensa que se le dio a uno por causa de aquel a quien se le imparte. De aquí se dice por Pablo: Por la caridad servíos unos a otros (Gál. 5, 13). Pues entonces la caridad nos vuelve libres del yugo de la culpa, cuando a nuestra vez nos sujeta a nuestro servicio por el amor, cuando creemos que los bienes ajenos son nuestros, y presentamos los nuestros a los demás como ofreciéndoles los suyos. De aquí de nuevo se dice por Pablo: Pues también el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos. Si dijere el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo, ¿por eso no es del cuerpo? Y si dijere el oído: Porque no soy ojo, no soy del cuerpo, ¿por eso no es del cuerpo? Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿dónde el oído? si todo el oído, ¿dónde el olfato (1 Cor. 12, 14, sig.)? Y poco después: Que si todos fueran un solo miembro, ¿dónde el cuerpo? Pero ahora muchos miembros, pero un solo cuerpo (Ibíd. 19).

23. En el cuerpo de la Iglesia uno es el ojo, otro la mano, otro el pie, etc.---¿Pues qué es la santa Iglesia sino el cuerpo de su soberana cabeza? En la cual uno es el ojo por ver cosas altas, otro la mano por obrar cosas rectas, otro el pie por discurrir a lo mandado, otro el oído por entender la voz de los preceptos, otro la nariz por discernir el hedor de los malos y la fragancia de los buenos. Los cuales, al modo de los miembros corporales, mientras se imparten unos a otros los oficios recibidos, presentan un solo cuerpo de todos ellos mismos; y mientras realizan cosas diversas en la caridad, prohíben que sea diverso aquello donde están contenidos. Pues si todos hicieran una sola

cosa, ciertamente no serían un cuerpo que se contiene de muchos, porque a saber no existiría compactado de modo múltiple, si esta concorde diversidad de miembros no lo sostuviera. Porque, por tanto, el Señor divide los dones de las virtudes a los santos miembros de la Iglesia, pone las medidas de la tierra. De donde otra vez dice Pablo: A cada uno según Dios le dividió la medida de la fe (Rom. 12, 3). Y de nuevo: De quien todo el cuerpo compactado y conectado por cada coyuntura de la subministración, según la operación en la medida de cada miembro, hace el aumento del cuerpo para su edificación en la caridad (Ef. 4, 16).

24. Funcionen los miembros individuales con los oficios que se les han asignado, y no usurpen los ajenos.---Pero mientras con admirable consejo nuestro autor y dispositor otorga a este aquellas cosas que niega a otro, y niega a otro estas que otorga a este, se esfuerza por salir de las medidas puestas para sí cualquiera que intenta poder más de lo que recibió; como si tal vez aquel a quien solo se le dio disertar sobre lo oculto de los preceptos intentara también brillar con milagros, o aquel a quien el don de la soberana virtud robustece solo para los milagros pretendiera también abrir lo oculto de la ley divina. Pues en el precipicio pone el pie quien no atiende al límite de sus medidas. Y la mayoría de las veces pierde incluso lo que podía quien audazmente se apresura a arrebatar aquello a lo que no puede alcanzar. Pues también nosotros entonces usamos bien los ministerios de nuestros miembros cuando les conservamos distintamente sus propios oficios.

Pues con los ojos vemos la luz, pero con los oídos oímos la voz. Pero si alguno, cambiado el orden, acomodara los ojos a la voz, los oídos a la luz, para este ambos están abiertos en vano. Si alguno quisiera discernir los olores con la boca, gustar los sabores con la nariz, destruye para sí el ministerio de ambos sentidos, porque lo pervierte. Pues mientras estos no se adaptan a sus propios usos, tanto abandonan sus oficios como no alcanzan los extraños.

25. Dentro de esas medidas se contuvo David, y Pablo.---Bien, pues, el profeta David había fijado el pie de su corazón dentro de las medidas recibidas de la divina generosidad, cuando decía: Ni caminé en grandezas, ni en maravillas superiores a mí (Sal. 130, 1). Pues caminaría sobre sí en maravillas, si buscara parecer grande más allá de lo que podía. Pues sobre sí en maravillas se eleva quien intenta parecer idóneo incluso en aquello para lo que no es suficiente. Bien dentro de estas medidas también Pablo se coartaba en la misma latitud de su predicación, cuando decía: Pues no me atrevo a hablar algo de aquellas cosas que Cristo no hace por medio de mí (Rom. 15, 18). Pero entonces se conserva rectamente la medida recibida, cuando se mira la vida de los varones espirituales puesta ante los ojos. De donde también se sigue:

CAPÍTULO XI.

VERS. 5.---¿O quién tendió sobre ella el cordel?

26. De los santos ha de tomarse la regla de vida.---Pues sobre esta tierra se tiende el cordel,

cuando a cada alma elegida se le muestran los ejemplos de los padres precedentes para tomar la regla de vida, para que por la vida de aquellos considere qué ha de observar en sus propios actos, a fin de que, respetando la senda del justo límite, ni desfallezca descuidada por debajo de lo mínimo, ni se extienda soberbia más allá de lo máximo, ni intente cumplir menos de lo que basta, ni arrebate más de lo que recibió, para que o bien no llegue a la medida que debe, o bien abandonando esa misma medida, caiga fuera del límite. Pues estrecha es la puerta que conduce a la vida (Mt. 7, 14); y entra por ella quien en todo lo que hace es solicitado y coartado por la sutileza de la discreción a causa de esto. Pues quien por sus propias voluntades se dilata con mente segura, se condena a sí mismo la entrada de la puerta estrecha. Para que, pues, se conserve la medida de esta tierra, se tiende sobre ella divinamente el cordel, porque para que nuestras obras, o bien las menores aprovechen, o bien las mayores se moderen, se expande ante nosotros por medio del sacro elocuio la sutil vida de los santos, y se define por la discreción mostrada de aquellos qué y cuánto hayamos de obrar.

[Vet. XII.] 27. En los ejemplos de Pedro se propone la medida de la autoridad y de la humildad.---He aquí que alguno, temiendo o el daño de las cosas o la aflicción del cuerpo, padece pavor por las amenazas de la potencia terrena, y no presume defender la verdad contra la fuerza de los que se resisten. A este, Pedro, porque mira lo angosto en el temor, mostrada la línea

de sus ejemplos, lo extiende a la latitud de la virtud. Pues él mismo, azotado por los príncipes del pueblo (Hech. 5, 40), al ver que por eso se le soltaba, para que cesara de la predicación; al prohibírsele hablar en el futuro, de ninguna manera cedió al menos en lo presente. Pues respondiendo al punto, dijo: Es menester obedecer a Dios antes que a los hombres (Ibíd. 4, 29). And de nuevo: Pues no podemos dejar de hablar las cosas que hemos visto y oído. Pero aquel hace poco débil, y temiendo los daños presentes, mientras contempla los ejemplos de tanta fortaleza, sigue ya en la autoridad de la palabra la línea de Pedro, ya nada teme de la adversidad, ya desprecia las potestades del siglo que resisten a Dios incluso con la laceración del cuerpo. Pero sin embargo, cuanto más destruye fuertemente sufriendo las fuerzas de los perseguidores, y cuanto entre las adversidades no cede a ningún terror, tanto más la mayoría de las veces incluso en aquellas cosas que, puesto entre los fieles, ha sentido, se antepone a los demás, elige más sus propios consejos, y cree más a sí mismo que a los otros. Este sin duda, mientras no cediendo a las injustas objeciones, se ejercita en la virtud, incluso no recibiendo los rectos consejos de otros, extiende el pie fuera del límite. A este, Pedro lo llama dentro de la línea de la medida, quien después de que con la libertad de la voz oprimió la autoridad de los príncipes, por la humildad del corazón oyó el consejo de Pablo sobre no circuncidar a los gentiles (Hech. 15, 7). Pues así cuidaba de erigirse contra los adversarios por la autoridad, que sin embargo

no se creía a sí mismo en aquellas cosas que no sentía rectamente, para que tanto con la libertad de la fortaleza excediera a las potestades hinchadas, como con la humildad de la mansedumbre presentara obediencia en el recto consejo incluso a los hermanos menores, y a veces por sí mismo saliera al encuentro de otros, a veces se encontrara consigo mismo con otros. En los hechos de Pedro, por tanto, se tiende ante nuestros ojos una cierta línea de autoridad y de humildad, para que nuestra mente o bien por el temor no llegue a la medida, o bien por la hinchazón exceda el límite.

28. La discreción persuade a veces a ejercitar las obras de la misma virtud, y otras veces a omitirlas. ---Se ha dicho de qué modo se tiende la línea, para que por la fortaleza de una acción no se pase al vicio de otra causa; dígase ahora de qué modo desertamos de la línea de la discreción en una misma y sola virtud, si ignoramos cuándo ésta ha de ser actuada y cuándo pospuesta. Pues la virtud no es siempre la misma cosa, porque por los momentos de los tiempos a menudo cambian los méritos de las acciones. De donde resulta que, cuando hacemos algo bien, frecuentemente es mejor cesar en su acción, y de modo más loable deja por un tiempo la mente lo que en su tiempo sostenía loablemente. Pues si por nuestros mínimos bienes, con cuyo ejercicio progresamos, pero que sin embargo no perecemos si se interrumpen, amenazan mayores males de trabajos a los prójimos, necesariamente posponemos los aumentos de las virtudes, para no generar detrimentos de la fe a los prójimos más débiles, para que tanto ya

lo que hacemos no sea virtud, cuanto por ocasión de sí misma destruye los fundamentos de las virtudes en los corazones ajenos.

29. Ejemplo de esta discreción en san Pablo. ---Cual línea de discreción bien tendió Pablo ante los ojos de los que lo miraban, quien prohibió que se circuncidaran los gentiles que venían a la libertad de la fe (Hech. XV, 2), y sin embargo, pasando por Listra e Iconio, él mismo circuncidó a Timoteo, que había nacido de padre gentil (Hech. XVI, 3). Pues viendo que si no se mostrara servidor de los mandatos de la letra, excitaría la rabia de los judíos incluso contra aquellos que entonces lo acompañaban como compañeros, pospuso la fuerza de su aserción, y sin daño de la fe se custodió a sí mismo y a sus compañeros de la immanidad de la persecución. Hizo lo que por amor a la fe prohibió que se hiciera, pero retorció hacia el ministerio de la fe lo que casi hizo no fielmente. Pues frecuentemente la virtud, cuando se tiene indiscretamente, se pierde; y cuando discretamente se interrumpe, más se tiene. Ni es de admirar si en las cosas incorpóreas entendemos lo que vemos que se hace también en las cosas corpóreas. Pues por estudio se distiende el arco, para que en su tiempo se tienda con utilidad. El cual, si no recibe el ocio de la relajación, pierde por el mismo uso de la tensión la virtud de herir. Así, a veces la virtud en el ejercicio, cuando por discreción se pasa por alto, se reserva, para que tanto después hiera valientemente los vicios, cuanto prudentemente cesa entre tanto de la percusión. Por tanto, se tiende la línea de una sutil

discreción sobre esta tierra, cuando mostrados a cada alma los ejemplos de los padres precedentes, tanto útilmente se enciende la virtud para la operación, como no pocas veces más útilmente se modera.

[Vet. XIII.] 30. Debe tenerse cuidado para que, bajo el nombre de discreción, no se sirva a los propios intereses.---Pero cuando por un poco se pospone la fortaleza del celo de la obra, es menester una alta consideración, para que tal vez de ninguna manera por el consejo del bien común, sino por el propio temor o por el afán de cualquier ambición, se cese del ejercicio de la virtud. Lo cual sin duda cuando se hace, ya no se sirve a la dispensación, sino a la culpa. De donde debe cuidarse solícitamente que, cuando alguien dispensa un negocio emprendido con la cesación de la virtud, se inspeccione primero a sí mismo en la raíz del corazón, para que no desee algo ávidamente para sí por esto, o no se obedezca solo a sí mismo como temeroso por esto; y se vuelva depravado aquello que sigue en la obra por aquello por lo que no se genera de una recta intención del pensamiento. De donde bien en el Evangelio dice la Verdad: La lámpara de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará lúcido. Pero si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo estará tenebroso (Mt. 6, 22). Pues ¿qué se expresa por el ojo sino la intención del corazón que previene su propia obra?, la cual, antes de ejercitarse en la acción, ya contempla esto que apetece. ¿Y qué se designa con la apelación de cuerpo sino cada una de las acciones, que sigue a su intención como al

ojo que mira? La lámpara del cuerpo, pues, es el ojo, porque por el rayo de la buena intención se ilustran los méritos de la acción. Y si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará lúcido, porque si pretendemos rectamente por la sencillez del pensamiento, se efectúa una obra buena, aunque parezca ser menos buena. Y si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo estará tenebroso, porque cuando algo incluso recto se hace con intención perversa, aunque se vea brillar ante los hombres, sin embargo en el examen del Juez interno se oscurece. De donde también rectamente se añade: Mira, pues, que la luz que hay en ti no sean tinieblas. Si la luz que hay en ti son tinieblas, ¿cuán grandes serán las mismas tinieblas? (Ibíd. 23); porque si esto que creemos hacer bien lo oscurecemos por una mala intención, ¿cuán grandes son los mismos males que no ignoramos que son males aun cuando los hacemos? Y si allí nada discernimos donde sostenemos como la luz de la discreción, ¿con qué ceguedad tropezamos en aquello que perpetramos sin discreción? Por tanto, con vigilante cuidado debe ser sopesada por nosotros nuestra intención en todas las obras, para que nada temporal apetezca en lo que hace, sino que se fije toda en la solidez de la eternidad, para que, si la fábrica de nuestra acción se pone fuera del fundamento, se disuelva al abrirse la tierra. De donde aquí también aptamente se añade:

CAPÍTULO XII.

VERS. 6.---¿Sobre qué están afianzadas sus basas?

31. Las basas de la alma son las intenciones.--- Pues las basas de cada una de las almas son sus propias intenciones. Pues así como la fábrica se apoya en columnas, y las columnas en basas, así nuestra vida subsiste en las virtudes, y las virtudes en la íntima intención. Y porque está escrito: Nadie puede poner otro fundamento fuera del que está puesto, el cual es Cristo Jesús (1 Cor. 3, 11), entonces las basas están en el fundamento cuando nuestras intenciones se robustecen en Cristo. En vano ciertamente erigen las basas altos edificios sobre sí, si ellas mismas no consisten en la solidez del fundamento, porque sin duda por muy supremas obras que hagan, las hacen vanamente si las intenciones de los corazones se desvían fuera de la certeza de la eternidad, y no buscan los premios de la vida verdadera; y tanto más graves daños de ruina edifican sobre sí, cuanto más altos edificios llevan fuera del fundamento, porque cuando no pretenden los premios de la vida eterna, cuanto más se erigen como en virtudes, tanto más profundamente caen en el hoyo de la vana gloria. No debe sopesarse, pues, qué sostienen las basas, sino dónde son sostenidas, porque ciertamente los corazones humanos son escrutados divinamente, no solo por lo que hacen, sino por lo que buscan en las obras. De donde, cuando Pablo describía al juez estricto y narraba los bienes de las acciones, diciendo: Quien dará a cada uno según sus obras, a estos ciertamente, según la paciencia de la buena obra, gloria e incorrupción (Rom. 2, 6); porque, mencionada la paciencia de la buena obra, había

dicho como toda la fábrica de la acción elegida, inquirió sutilmente al punto dónde consistían las basas de esa misma fábrica, diciendo: A los que buscan gloria y honor e incorrupción, la vida eterna (Ibíd. 7). Como si dijera abiertamente: Y si algunos muestran paciencia de buena obra, no reciben gloria e incorrupción si no fijan las intenciones del corazón, esto es, las basas de la fábrica, en el fundamento, porque a saber Dios no habita ni el edificio de una vida honesta que, puesto fuera de sí, él mismo no sustenta.

32. Han de dirigirse a la esperanza de la eternidad.---Puesto que, por tanto, las intenciones de cada alma elegida se apoyan en la esperanza de la eternidad, rectamente se dice por la voz del Señor sobre esta tierra: ¿Sobre qué están afianzadas sus basas? Como si dijera abiertamente: Sino sobre mí. A quien mientras cada alma justa pretende, todo lo que hace temporalmente, lo construye en mí sin duda no temporalmente. Pero porque entonces nos consolidamos más robustamente en el fundamento cuando seguimos las palabras de Dios tanto en los preceptos exteriores, como las sopesamos entendiéndolas más sutilmente en los sentidos íntimos, rectamente se añade:

CAPÍTULO XIII

[Vet. XIV].

IBÍD.---¿O quién puso su piedra angular?

33. Cristo piedra angular, porque unió en sí la vida activa y la contemplativa.---Pues la piedra angular es, según la sagrada elocuencia, un inte-

lecto doble. El cual es puesto divinamente cuando de ningún modo es ligado por el juicio estricto en las tinieblas de su propia ignorancia; sino que disfruta de una cierta libertad, mientras le basta en los preceptos de Dios o bien obrar ejecutando las cosas exteriores, o bien sentir contemplando las internas. A lo cual nunca se elevaría nuestro intelecto, si nuestro mismo Creador no viniera a asumir nuestra naturaleza. El cual es llamado piedra angular por un lado, porque unió en sí a dos pueblos; y por otro, porque mostró en sí ejemplos de ambas vidas unidas, a saber, la activa y la contemplativa. Pues la vida contemplativa dista mucho de la activa; pero nuestro Redentor encarnado, viniendo, mientras exhibió ambas, asoció ambas en sí mismo. Pues cuando hacía milagros en la ciudad, pero en el monte pernoctaba continuamente orando, dio ejemplo a sus fieles, para que ni por el estudio de la contemplación descuiden el cuidado de los prójimos, ni de nuevo, obligados demasiado inmoderadamente por el cuidado de los prójimos, abandonen los estudios de la contemplación; sino que unan así la mente repartiéndola en ambas, de modo que ni el amor al prójimo impida el amor a Dios, ni el amor a Dios, porque trasciende, deseche el amor al prójimo. Porque, por tanto, al corazón humano que ignoraba qué hacer se le apareció el Mediador de Dios y del hombre, quien tanto dispondría las cosas transitorias obrando, como mostraría contemplando de dónde dependen todas las cosas, rectamente se dice: ¿O quién puso su piedra angular? Como si el Señor dijera abiertamente:

Sino yo, que mostré con el tiempo para salvar a los hombres al Único que engendré sin tiempo, en cuya vida aprendieran que incluso diversos estudios de vivir no discrepan. Y ha de notarse que afirma que no lo envió (emisisse), sino que lo dejó descender (dimisisse), porque ciertamente el Hijo, asumiendo la naturaleza humana, vino a lo ínfimo desde lo sublime. Misterio de cuya encarnación porque incluso los ángeles elegidos se maravillaron, los cuales no fueron redimidos por el mismo misterio, rectamente se añade:

CAPÍTULO XIV

[Rec. VII].

VERS. 7.---Cuando me alababan juntas las estrellas de la mañana.

34. Por qué los ángeles son llamados estrellas de la mañana.---Pues porque se cree que la naturaleza de los espíritus racionales fue la primera creada en el tiempo, no sin razón los ángeles son llamados estrellas de la mañana. Lo cual si es así, mientras la tierra era invisible e incompleta, mientras las tinieblas estaban sobre el abismo (Gén. 1, 2), por el hecho de existir previnieron por la luz de la sabiduría el día venidero del siglo subsiguiente. Ni ha de oírse negligentemente lo que se añade: Juntas, porque sin duda las estrellas de la mañana alaban la potencia del Redentor incluso con las vespertinas, mientras los ángeles elegidos incluso con los hombres redimidos al fin del mundo glorifican la largueza de la gracia suprema. Pues ellos mismos, para encendernos en

la alabanza del creador, esto que dijimos arriba, habiendo surgido la luz por la carne, clamaron: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lc. 2, 14). Juntas, pues, alaban, porque acomodan las voces de su exultación a nuestra redención. Juntas alaban; porque mientras nos ven ser recibidos, se alegran de que su número se complete. Los cuales también tal vez son recordados como estrellas de la mañana porque a menudo han sido enviados para exhortar a los hombres; y mientras anuncian la mañana venidera, ahuyentan de los corazones humanos las tinieblas de la vida presente. Pero he aquí que los ángeles alaban la potencia divina, porque la misma visión de tanta claridad los dilata. Pero nosotros que somos redimidos, pero sin embargo todavía estamos gravados por la corrupción de la carne, el don que percibimos, ¿con qué virtud lo alabamos? Pues ¿cómo podrá la lengua decir lo que nuestra mente no basta para sentir? Sigue:

CAPÍTULO XV

IBÍD.---Y todos los hijos de Dios jubilaron.

35. Qué es la jubilación y por qué conviene a los hombres, no a los ángeles.---Pues se llama jubilación cuando la alegría del corazón no se agota por la eficacia de la boca; sino que de ciertos modos el gozo brota, el cual el mismo que se goza ni prevalece ocultarlo ni agotarlo. Alaben, pues, los ángeles, que ya ven la altura de tanta claridad en lo sublime. Jubilen, en cambio, los hombres, que todavía sostienen en lo inferior las angostu-

ras de su boca. Cosas que porque el Señor sabía que ciertamente serían futuras, no insinúa tanto lo que se ha de hacer, cuanto narra lo hecho. Pero ¿qué hacemos, que cuando los buenos jubilan por el misterio de su redención, la envidia inflama a los malos; mientras los elegidos progresan, los réprobos se excitan a la rabia del furor, y persiguen los bienes nacientes porque no quieren imitarlos? Pero, sin embargo, entre estas cosas también el que redimió no nos abandona. Pues está escrito: Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados sobre lo que podéis, sino que hará también con la tentación el provecho para que podáis sostenerla (1 Cor. 10, 13). Pues conoce nuestro creador cuándo dejar que surja la tormenta de la persecución, cuándo reprimirla al surgir. Sabe restringir para nuestra custodia lo que permite que salga contra nosotros para nuestra ejercitación, para que la tormenta que ruge nos lave y no nos sumerja. De donde también sigue:

CAPÍTULO XVI

[Vet. XV, Rec. VIII].

VERS. 8.---¿Quién cerró con puertas el mar, cuando brotaba, como saliendo del útero?

36. El siglo que ruge contra los santos cerrado por Dios. Humillados los príncipes terrenos, por ellos el Señor elevó a la Iglesia sobre la cumbre del mundo.---Pues ¿qué aceptamos por el mar sino el siglo, qué por el útero sino el concepto de la carnal cogitación? Pues en este lugar con el nombre de útero se designa la oculta y maliciosa cogita-

ción de los carnales. El cual útero no concibe la sustancia del cuerpo para proferir prole, sino para colmar la maldad, causa de dolor. De este útero del corazón de los inicuos se dice en otro lugar: Concibió dolor, y parió iniquidad (Sal. 7, 15). Por este útero los malos conciben cuando piensan cosas malas. Por este útero paren cuando obran las cosas malas que pensaron. Brotaba, pues, el mar como saliendo del útero, cuando los flujos de las amenazas seculares, concebidos de la iniquidad de la carnal cogitación, rugían para la perdición de la santa Iglesia. Pero por autoría de Dios, este mar fue cerrado con puertas, porque contra los tumores de los perseguidores los varones santos fueron opuestos como ciertas puertas, para que por sus milagros y reverencia se quebrantaran las iras de los perseguidores. Pues humillados por el Señor los príncipes terrenos, por ellos elevó a la santa Iglesia sobre la cumbre del mundo, y coercitó los ímpetus del mar que rugía, erigida la potestad de la misma Iglesia. Pero qué hizo el Señor a este mar que rugía, oigámoslo. Sigue:

CAPÍTULO XVII

[Rec. IX.]

VERS. 9.---Cuando puse la nube como su vestidura, y con la calígine lo envolví como con pañales de infancia.

37. Dios constriñó la malicia de los perseguidores que saborean cosas pueriles.---El mar que ruge se viste de nube, porque la crueldad de los perseguidores se viste con el velo de su propia es-

tulticia. Pues interpuesta la calígine de su propia infidelidad, no basta para ver la perspicua luz de la verdad; y aquello que hace por el impulso de la crueldad, no lo reconoce por el mérito de su propia ceguera. Pues si hubieran conocido, como dice el Apóstol, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (1 Cor. 2, 8). Esta nube no solo suele oprimir a los infieles puestos fuera, sino también oscurecer a algunos que viven carnalmente dentro de la Iglesia. De donde los varones santos, que también se compadecen de la negligencia ajena, y estiman que ellos mismos padecen lo que sienten que otros sufren, dicen a Dios orando: Opusiste una nube para que no pase la oración (Lam. 3, 44). Como si dijeran abiertamente: A nuestra mente acostumbrada a los placeres terrenos opones por justo juicio los fantasmas de sus propios cuidados, con los cuales la confundes en la misma intención de su oración; y a ella, a quien no ignoras entregada a los deseos ínfimos, rectamente la rechazas cegada de intuir la perspicuidad de tu luz, para que cuando se dirige a ti, sea reflejada por ti por el mismo nublado de sus pensamientos; y la que piensa asiduamente estas cosas terrenas porque quiere, soporte estas mismas cosas en la oración cuando no quiere. Porque, por tanto, la misma maldad de los perseguidores es constreñida por la suprema dispensación, para que no se desboque contra los varones santos cuanto quisiera, después de que dijo: Cuando puse la nube como su vestidura; aptamente añadió: Y con la calígine lo envolví como con pañales de infancia. Pues con los pañales de la infancia los

pies y los brazos son constreñidos, para que no se agiten de aquí para allá con disoluta libertad. Porque, por tanto, los perseguidores de la santa Iglesia, inquietos por la inestabilidad del corazón y entregados a este siglo, no saborean cosas maduras, sino pueriles, los cuales ciertamente son constreñidos por la oscuridad y la calígine, no por el entendimiento del juicio supremo, para que no puedan perseguir tanto como quieren, se dicen envueltos en pañales de infancia, porque, como se ha dicho, saborean ciertamente cosas pueriles, pero constreñidos por la divina dispensación, no extienden los brazos a donde quieren, y si desean perpetrar ligeramente todos los males, de ningún modo se les permite cumplir todo lo que desean. Sigue:

VERS. 10.---Lo rodeé con mis términos.

Con sus términos el Señor rodea el mar, porque modifica las iras de los perseguidores por la dispensación de sus juicios, para que la tumida onda del insano fervor se rompa en la playa llana de la oculta dispensación. Sigue:

CAPÍTULO XVIII

[Vet. XVI].

VERS. 10, 11.---Y puse cerrojo y puertas, y dije: Hasta aquí vendrás, y no pasarás más adelante, y aquí quebrantarás tus hinchadas olas.

38. Los santos predicadores como puertas opuestas al mar del siglo que ruge, pudieron ser golpeados por las olas, no rotos, fortaleciéndolos Cristo. Estas puertas abiertas a los humildes y

cerradas a los soberbios.---¿Qué se designa por las puertas sino los predicadores santos, qué por el cerrojo sino el Señor encarnado? El cual ciertamente opuso estas puertas contra el ímpetu del mar que ruge tanto más valientes, cuanto las robusteció con su propia observación. Pues porque estas puertas de la santa Iglesia fueron consolidadas por la oposición de este cerrojo, pudieron ciertamente ser golpeadas por las olas, pero no pudieron ser rotas, de modo que la onda de la persecución las hiriera exteriormente, pero de ningún modo penetrara lo interno de su corazón. Y porque los doctores santos están ciertamente abiertos por la predicación a los que siguen, pero cerrados por su autoridad a los que resisten, no sin razón son llamados puertas, esto es, abiertas a la conversación de los humildes y cerradas a los terrores de los soberbios. No sin razón son llamados puertas, porque tanto abren el ingreso a los fieles, como de nuevo se oponen a los pérfidos para que no entren. Pensemos qué puerta de la Iglesia existió en Pedro, quien recibió a Cornelio que investigaba la fe, y rechazó a Simón que buscaba milagros por un precio. Diciendo a aquel: En verdad he hallado que Dios no hace acepción de personas (Hech. 10, 34), abrió benignamente los secretos del reino. Diciendo a este: Tu dinero sea contigo para perdición (Hech. 8, 20), por la sentencia de la estricta condenación cierra el acceso al aula celestial. ¿Qué son todos los apóstoles sino puertas de la santa Iglesia, cuando oyen por la voz de su Redentor: Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonareis los pecados, les son

perdonados; y a quienes los retuviereis, les son retenidos (Jn. 20, 22)? Como si se les dijera abiertamente: Por vosotros entrarán a mí aquellos a quienes vosotros mismos os abráis; y serán repelidos aquellos para quienes estéis cerrados. Por tanto, mientras el mar ruge, el Señor opone el cerrojo y las puertas, porque mientras la tormenta de la persecución se dilata en el mundo desde los corazones amargos y pérfidos, Dios exalta la gloria de su unigénito y la referencia de sus predicadores; y mientras se dan a conocer los misterios de la divina fortaleza, quebranta en los impíos los flujos del furor.

39. Por la divina providencia la tormenta de la persecución o prosigue o descansa.---Bien se dice, pues: Hasta aquí vendrás, y no pasarás más adelante. Porque sin duda es la medida del juicio oculto, tanto cuándo la tormenta de la persecución prosiga como cuándo descanse, para que o bien no agitada no ejercite a los elegidos, o bien no moderada no los sumerja en lo profundo. Pero cuando la noticia de la fe se extiende hasta los perseguidores, el tumor del mar turbado se calma; y allí el mar quebranta sus olas, porque llegando al conocimiento de la verdad, se avergüenza de todo lo que hizo inicuamente. Pues la onda quebrantada se vuelve sobre sí misma, porque la maldad vencida es también acusada por el pensamiento de su propio corazón; y como que recibe la misma fuerza que había inferido, porque por la pravidad que había cometido siente los estímulos de su propio reato. De donde se dice a algunos por Pablo: ¿Qué fruto tuvisteis

entonces de aquellas cosas de las que ahora os avergonzáis? (Rom. 6, 21). ¿Por qué se elevaron a lo alto las olas de vuestra pravidad, las cuales ahora quebrantadas en sí mismas, desde donde os habían inflado cuando perversos, desde allí os confunden ahora conversos? Rectamente, pues, se dice: Y aquí quebrantarás tus hinchadas olas. Pero lo que en esta conclusión del mar se dice por segunda vez sobre las puertas, al modo de la sagrada elocuencia, la cosa dicha una vez se replica para confirmación.

40. Por el mar puede entenderse el siglo, al cual Dios opuso puertas, los preceptos de la ley y del Nuevo Testamento.---Pero si en este lugar debemos tomar el mar no especialmente como la turba de los perseguidores, sino generalmente como el siglo, el Señor opuso puertas contra este mar dos veces, porque dio primero al género humano los preceptos de la ley, y después el testamento de la nueva gracia. Cerró el ímpetu de este mar con las puertas objetadas dos veces, porque a aquellos que asumió para el obsequio de su culto, tanto los coartó primero de los ídolos por la ley dada, como después los corrigió del entendimiento carnal por la gracia revelada. Dos veces recibió el mar las puertas, porque Dios primero prohibió al género humano las obras de iniquidad, pero después también lo constriñó de la culpa del pensamiento. Veamos de qué modo el Señor impone las primeras puertas al mar que se hincha. He aquí que por la Ley se dice: No matarás, no cometerás adulterio, no hurtarás, no dirás falso testimonio (Éx. 20, 13. 14). Veamos de qué

modo cierra el Señor este mar con las segundas puertas. He aquí que en el Evangelio dice: Habéis oído que fue dicho a los antiguos: No cometerás adulterio; pero yo os digo, que todo el que viere a una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio con ella en su corazón (Mt. 5, 27. 28). Y de nuevo se dice: Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo; pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, y haced bien a los que os odian (Ibíd. 5, 43. 44). Quien, por tanto, primero prohíbe las maldades de la obra, y después agota las culpas del corazón, sin duda impone dos veces puertas al mar que se hincha, para que no traspase las riberas rodeadas de la justicia.

[Vet. XVII.] 41. Leyes puestas para el mundo todavía cercano a su origen. Al cual, sin embargo, Dios aún no le había iluminado. El mundo envuelto bajo la calígine de la letra como en pañales de infancia. Primero ligado por el temor, después habiendo conseguido la libertad. La ley antigua imperfecta y débil.---Bien, pues, al decir: Quién cerró con puertas el mar, al punto añadió también el tiempo, diciendo: Cuando brotaba, como saliendo del útero. Porque a saber entonces salió al encuentro del género humano con los preceptos de la ley, cuando todavía el siglo estaba cercano a su origen, y como que salía de su propio nacimiento al progreso de la vida carnal. Pues salir del útero es aparecer carnalmente en la luz de la presente gloria. Y rectamente se añade: Cuando puse la nube como su vestidura. Porque sin duda Dios no se introdujo entonces a los hombres con una abierta ostentación, sino que mientras los arran-

có del error de la perfidia, no les manifestó sin embargo la claridad de su luz; como que los sacó de las tinieblas, pero todavía los vistió con una nube, para que tanto abandonaran los hechos de la antigua pravidad como, sin embargo, todavía no vieran más ciertamente los bienes futuros. De donde también aptamente se añade: Y con la calígine lo envolví como con pañales de infancia. Pues mientras no enseñó a los pueblos rudos con una abierta predicación del espíritu, sino que los ligó con una locución figurada a los preceptos de la letra, envolvió a los que saboreaban cosas todavía débiles con la calígine de sus palabras como con pañales de infancia, para que ligados por mandatos más gruesos crecieran, no fuera que malamente libres perecieran en sus placeres. A los cuales mientras no ya la caridad, sino todavía el temor ligaba al camino de la justicia, la divina dispensación como que los apretó para nutrirlos. Pues el pueblo débil mientras soportó mal de su grado los pañales de los preceptos, llegó a un estado más firme por su misma ligadura. Porque puesto que el temor lo coartó primero de la culpa, convenientemente después salió a la libertad del espíritu. Estos pañales de infancia, que dio a los que comenzaban, el mismo Señor los reprendió por el profeta, diciendo: Les di preceptos no buenos (Ez. 20, 25). Pues las cosas malas como que dejan de ser malas por comparación con las peores, y las cosas buenas como que no son buenas por comparación con las mejores. Pues como a la Judea que delinque peor se le dice sobre Sodoma y Samaria: Justificaste a tus hermanas en todas tus

abominaciones que operaste (Ez. 16, 51), así por los mejores preceptos del Nuevo Testamento subsiguientes se recuerda que los preceptos buenos que fueron dados a los rudos no son buenos. Pues ni las mentes inherentes al uso de la vida carnal podrían ser elevadas de lo ínfimo si no progresaran por una predicación llevada gradualmente. De aquí es, pues, que a los puestos en Egipto se les condesciende con su latente concupiscencia por un piadoso y justo moderamen, y quitados los vasos de oro y plata de sus vecinos, se les manda partir (Éx. 3, 22). Los cuales llevados al monte Sinaí, recibida la ley, pronto oyen: No codiciarás la cosa de tu prójimo (Éx. 20, 17). Y de aquí es que en la misma ley se les manda exigir ojo por ojo, diente por diente (Éx. 21, 24), y sin embargo alguna vez, revelada la gracia, se les manda ofrecer la otra mejilla al ser golpeados (Mt. 5, 39). Porque puesto que siempre la ira exige más en la venganza que lo que recibió en la injuria, mientras aprenden a no devolver los males con multiplicidad, alguna vez aprenderían a tolerarlos incluso multiplicados espontáneamente. De aquí es que a ese mismo pueblo rudo le prohibió algunas cosas, pero algunas cosas se las preservó para el uso antiguo, pero estas mismas cosas sin embargo las compuso en la figura de una vida mejor. Pues sacrificaban animales brutos a los ídolos en Egipto, y él les retuvo después la matanza de animales en el uso, pero vedó el culto de los ídolos, para que mientras perdiera algo de su uso, se consolara su debilidad por esto de que tenía algo de su uso. Pero por una maravillosa dispensación del

consejo, lo que el Señor le retuvo de la costumbre carnal, lo convirtió más potentemente en figura del espíritu. Pues ¿qué designan los sacrificios de aquellos animales sino la muerte del unigénito? ¿Qué significan los sacrificios de aquellos animales sino la extinción de nuestra vida carnal? De donde, pues, se condesciende con la imbecilidad del pueblo rudo, desde allí se le anuncia por las especies sombreadas de las alegorías una mayor fortaleza del espíritu. Rectamente, pues, se dice: Y con la calígine lo envolví como con pañales de infancia, porque de donde soportó lo débil de su ternura, desde allí hizo una alta nube de significaciones espirituales.

[Vet. XVIII.] 42. Preceptos de la nueva vida opuestos a los inmoderados movimientos del ánimo, robustecidos por los ejemplos de Cristo.---A quien porque ciñó con el límite de los preceptos de las inmoderadas divagaciones del ánimo, rectamente añade: Lo rodeé con mis términos. Y porque coartó los movimientos de este género humano enviado el Mediador, aptamente añade: Y puse cerrojo y puertas. Pues puso cerrojo y puertas porque enviado nuestro Redentor contra las culpas de los delincuentes, afirmó los predicamentos de la nueva vida. Pues las puertas cerradas se robustecen con el cerrojo opuesto. Dios, pues, opuso el cerrojo porque contra los lascivos movimientos del género humano envió al Unigénito, quien consolidó obrando los preceptos espirituales que enseñó hablando. Bien, pues, se añade: Y dije: Hasta aquí vendrás, y no pasarás más adelante, y aquí quebrantarás tus

hinchadas olas. Pues este mar había trascendido las puertas anteriores, porque la onda del tumor humano saltaba los cerrojos de la ley opuesta. Pero después de que el mundo halló al Unigénito opuesto a sí, quebrantó el ímpetu de su elación, y no pudo pasar, porque por su fortaleza halló cerrado el término de su furor. De donde rectamente se dice por el Profeta: El mar lo vio y huyó (Sal. 113, 3). También pueden entenderse no inconvenientemente por las puertas sus abiertas pasiones. A las cuales puso un cerrojo desde lo oculto, porque las robusteció desde la divinidad invisible. Contra las cuales vienen las olas del mundo, pero quebrantadas saltan, porque los soberbios al verlas las desprecian, pero al experimentar sus fuerzas las temen. Pues mientras el género humano primero se burló de las pasiones del Unigénito, después se espantó; como contra puertas opuestas, al modo del mar que ha de ser rechazado, tanto vino elado por el tumor, como quebrantado por la virtud saltó.

Pero porque por esto se dice esto al bienaventurado Job, para que por tantas virtudes la gloria de su corazón fuera reprimida, no fuera que tal vez se atribuya a sí lo que no ignora que está en pie sublimemente, consideramos con cuánta edificación suya fueron dichas estas cosas, si también disertamos estas cosas moralmente. Diga, pues:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 8.---¿Quién cerró con puertas el mar?

43. El corazón humano, mar hirviente que solo Dios puede coartar.---¿Qué es el mar sino nuestro corazón turbio por el furor, amargo por las riñas, turgente por la elación de la soberbia, oscuro por el fraude de la malicia? Mar que cuánto ruge, lo atiende quienquiera que entiende en sí las ocultas tentaciones de los pensamientos. Pues he aquí que ya abandonamos las cosas perversas, ya nos adherimos a los deseos rectos, ya cortamos por fuera las obras depravadas; pero sin embargo somos fatigados latente e internamente por aquella tormenta de la vida vieja con la que vinimos aquí, la cual, si los cerrojos de un inmenso temor no la constriñeran por el respeto al juicio y el pavor del tormento eterno, todos los fundamentos de la obra sobreedificada en nosotros se habrían derrumbado totalmente. Pues si lo que ruge intrínsecamente por la sugestión, brotara fuera por la deliberación, la fábrica de nuestra vida yacería totalmente subvertida. Pues concebidos en la iniquidad y nacidos en el pecado (Sal. 50, 7), traemos aquí con nosotros por las molestias de la corrupción inserta una lucha que venzamos con trabajo. De donde también rectamente se dice de este mar: Cuando brotaba, como saliendo del útero. Pues el útero de la depravada cogitación es la adolescencia. Sobre la cual dice el Señor por Moisés: Pues el sentido y la cogitación del corazón humano es propensa al mal desde su adolescencia (Gén. 8, 21). Pues el mal de la corrupción, que cada uno de nosotros tomó desde el nacimiento de los deseos carnales, lo ejercita en el progreso de la edad; y si esto

no lo reprimiera más pronto la mano del temor divino, la culpa devora de repente en lo profundo todo el bien de la naturaleza creada. Nadie, pues, se atribuya a sí la victoria de sus pensamientos, cuando la Verdad dice: ¿Quién cerró con puertas el mar, cuando brotaba, como saliendo del útero? Porque si desde el mismo primordio de la cogitación la gracia divina no retuviera los flujos del corazón, el mar rugiente con las tormentas de las tentaciones habría inundado sin duda la tierra de la mente humana, para que infundida con flujos salados se secará, esto es, deleitada con los perniciosos placeres de la carne pereciera. Solo el Señor, pues, cierra el mar con puertas, quien opone a los depravados movimientos del corazón los cerrojos del temor inspirado. Pero porque se nos prohíbe seguir las cosas que vemos, porque somos rechazados del deleite de las cosas corpóreas, place también elevar los ojos de la mente a las cosas invisibles, y ver estas mismas cosas que se nos manda seguir. ¿Qué hacemos? A las miradas débiles aquellas cosas aún no están patentes. He aquí que somos llamados al amor de ellas, pero sin embargo somos restringidos de la visión, porque incluso si alguna vez vemos algo a hurtadillas y poco, todavía estamos en la calígine bajo una vista demasiado incierta. De donde aptamente se añade:

CAPÍTULO XX

[Ant. XIX].

VERS. 9.---Cuando yo ponía la nube por vestidura suya, y con la calígine lo envolvía como con pañales de la infancia.

44. Este mar es envuelto en sombras y calígine.---Este mar tumultuoso, a saber, nuestro corazón fluctuante por los pensamientos, es vestido con una nube, porque para que no contemple puramente la quietud interna, es oscurecido por la confusión de su propia inquietud. Este mar es envuelto en la calígine como con pañales de la infancia, porque es ligado de contemplar las cosas sublimes por los sentidos todavía tiernos de su propia enfermedad. Veamos a Pablo envuelto en una cierta calígine como con pañales de la infancia, mientras dice: Vemos ahora por un espejo en enigma, pero entonces cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré así como también soy conocido (1 Cor. 13, 12). Quien, si no se viera a sí mismo infante para comprender las cosas celestiales, de ningún modo habría antepuesto la comparación de su edad a estas cosas, diciendo: Cuando yo era párvulo, hablaba como párvulo, sabía como párvulo, pensaba como párvulo. Entonces, pues, ascendemos al vigor juvenil, cuando con un sentido fuerte vemos aquella vida hacia la que tendemos; pero ahora, porque el filo de nuestra intención es rechazado de la luz interna por su propia enfermedad, nuestra mente es tenida ligada por los pañales de la infancia. Donde aptamente se añade:

CAPÍTULO XXI.

VERS. 10.---Lo rodeé con mis términos.

45. Qué términos han sido puestos a este mar.---Pues el Señor rodea este mar con sus términos, porque humilla nuestro corazón, todavía turbulento por la molestia y el cuidado de su propia corrupción, bajo la medida de la contemplación, para que aunque apetezca más, no ascienda sin embargo más allá de lo que se le concede. O ciertamente el Señor rodea este mar con sus términos, porque mitiga nuestro corazón turgente por las tentaciones mediante las ocultas distribuciones de los dones, actuando a veces para que la depravada sugestión no llegue al deleite, a veces para que el depravado deleite no prorrumpa hasta el consentimiento. Aquel, pues, que mira los movimientos ilícitos del corazón, y en algunos prohíbe que lleguen hasta el consentimiento, pero en otros incluso los restringe del deleite, sin duda impone términos al mar furioso, para que de ningún modo salga a la obra, sino que dentro del seno de la mente la onda susurrante de las tentaciones se estrelle. La cual, porque entonces es valientemente restringida, cuando se le opone el deleite de Dios y las virtudes inspiradas, rectamente se añade:

CAPÍTULO XXII

VERS. 10, 11.---Y puse mi cerrojo y puertas, y dije: Hasta aquí vendrás, y no procederás más allá; y aquí quebrantarás tus turgentes olas.

46. Aquel mar rugiente disipa las virtudes, si no son afirmadas por la caridad.---Pues ¿qué recibimos moralmente por las puertas sino las virtudes; qué por el cerrojo sino el vigor de la

caridad? Así pues, estas puertas, a saber, las virtudes de las operaciones, el mar rugiente las disipa, si la caridad opuesta desde lo oculto de la mente no las estrechara. Fácilmente, pues, todo el bien de las virtudes es destruido por la irrupción de la tentación del corazón, si desde lo íntimo no es solidificado por la caridad fija. De donde también Pablo en sus predicaciones, mientras oponía ciertas puertas de las virtudes al mar de la tentación, al punto añadió a esas mismas puertas como el vigor de un cerrojo, diciendo: Sobre todas estas cosas teniendo caridad, que es el vínculo de la perfección (Col. 3, 14). Pues la caridad es llamada vínculo de la perfección, porque todo bien que se hace, sin duda por ella es ligado para que no perezca. Pues por el tentador más pronto es arrancada cualquier obra, si es hallada suelta del vínculo de la caridad; pero si la mente es constreñida por la dilección de Dios y del prójimo, cuando los movimientos de las tentaciones le hayan sugerido cualquier cosa injusta, esa misma dilección se opone como óbice a ellos, y rompe las ondas de la depravada persuasión con las puertas de las virtudes y el cerrojo del amor íntimo. [Ant. XX.] Porque, pues, el Señor por la fortaleza de la caridad inspirada reprime los vicios que nacen en el corazón, reprime el ímpetu del mar insurgente por los cerrojos cerrados. La ira tal vez exaspera en lo oculto; pero para que no se pierda la quietud suprema, se sustrae a la perturbación de la mente el oficio de la lengua, para que no salga hasta la voz lo que suena tumultuosamente en el seno del corazón. La lujuria se enciende en los pensamien-

tos ocultos; pero para que la mente no pierda la limpieza suprema, castiga aquellos miembros que podrían servir a la inmundicia concebida, para que no exhale hasta la corrupción del cuerpo el hedor del corazón. La avaricia estimula; pero para que la mente no carezca del reino celestial, se liga dentro de los cerrojos de la parsimonia, contenta con lo propio, para que no se dilate en la obra depravada, y el calor de la concupiscencia interna sude hasta los actos exteriores. La soberbia infla; pero para que no pierda la verdadera altura, considerando cada uno que es polvo, se humilla de la altura de la elación concebida, luchando sin duda para que lo que tolera en la sugestión del pensamiento no prorrumpa en la ejercitación de la obra. Bien, pues, se dice: Puse mi cerrojo y puertas, y dije: Hasta aquí vendrás, y no procederás más allá, y aquí quebrantarás tus turgentes olas, porque mientras cada electo es tentado por los vicios, y sin embargo se resiste a hacer lo mal sugerido, es tenido como un mar cerrado. El cual, aunque golpee la mente internamente con las olas tumultuosas de los pensamientos, no excede sin embargo las riberas establecidas del bien vivir. Mar que ciertamente se yergue en turgencia, pero mientras se estrella contra la fija deliberación del corazón, vuelve roto. No se atribuya, pues, el bienaventurado Job el que está firmemente contra las tormentas del corazón, oiga la voz divina: ¿Quién cerró con puertas el mar, cuando brotaba, como saliendo del útero?, y lo demás. Como si se le dijera abiertamente: En vano te pesas exteriormente en las buenas obras,

si no me consideras a mí interiormente, que reprimo en ti las ondas de la tentación. Pues para que tú puedas llevar las olas en la obra, es de mi virtud, yo que rompo las olas de la tentación en el corazón.

Libro VI

GÉSIMO NOVENO.

Se explican veintidós versículos del capítulo 38, del 12 al 33 inclusive; y se enseñan muchas cosas, especialmente sobre las artes e insidias de Satán, sobre la gracia, sobre la predestinación, la reprobación y los ocultos juicios de Dios.

CAPÍTULO I

1. El Hijo de Dios en su nacimiento eterno desconocido para nosotros, quiso nacer en el tiempo, para ofrecerse a ser imitado.---El Señor nuestro Dios Jesucristo, en cuanto que es virtud y sabiduría de Dios, nació del Padre antes de los tiempos (1 Cor. 1, 24); o mejor, porque ni comenzó a nacer ni cesó, digamos con más verdad: siempre nacido. No podemos sin embargo decir: siempre nace, para que no parezca imperfecto. Pero para que pueda ser designado como eterno y perfecto, digamos siempre y nacido, en cuanto que nacido pertenezca a la perfección, y siempre a la eternidad, de modo que de cualquier manera aquella esencia sin tiempo pueda ser designada por el lenguaje temporal; aunque por esto mismo que llamamos perfecto, nos desviamos mucho de la expresión de aquella verdad, porque lo que no

ha sido hecho no puede decirse perfecto. Y sin embargo el Señor, condescendiendo a las palabras de nuestra enfermedad, dice: Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto (Mat. 5, 48). En aquel nacimiento divino, pues, no podía ser conocido por el género humano; por lo tanto vino en la humanidad para que fuera visto, quiso ser visto para que fuera imitado. Nacimiento de la carne que pareció despreciable a los sabios del mundo; pues despreciaron las cosas débiles de su humanidad, juzgándolas indignas de Dios. Al cual tanto más fue deudor el hombre, cuanto por él Dios asumió incluso cosas indignas. Porque, puesto que en la sabiduría de Dios, el mundo por la sabiduría no conoció a Dios, plugo a Dios por la necedad de la predicación salvar a los que creen (1 Cor. 1, 21). Como si dijera: Como el mundo de ningún modo encontraba a Dios, que es sabiduría, por su propia sabiduría, plugo que conociera a Dios hecho hombre por la necedad de la humanidad, para que su sabiduría descendiera a nuestras cosas necias, y nuestra ceguera iluminada viera la luz de la prudencia suprema por el barro de su carne. Nacido, pues, del Padre sin tiempo, se dignó nacer de madre en el tiempo, para que por esto, que incluyera su nacimiento entre el inicio y el fin, abriera a los ojos de la mente humana el nacimiento que ni se toma del inicio, ni se estrecha por el fin. De donde bien se dice ahora al bienaventurado Job:

CAPÍTULO II

[Rec. II.]

VERS. 12.---¿Acaso después de tu nacimiento mandaste al amanecer, y mostraste a la aurora su lugar?

2. Nacido el Señor, la Iglesia como la aurora convertida de las tinieblas a la luz.---Subentiendes: como yo. Pues el nacimiento de su divinidad no tiene antes ni después. Para la cual, mientras el ser es siempre por la eternidad, mientras circunscribe todo lo que se desliza, cierra dentro de sí mismo el discurso de los tiempos. Pero el nacimiento de su humanidad, porque comenzó y cesó, recibió del tiempo el tener antes y después. Pero porque, mientras él mismo asumió las sombras de nuestra temporalidad, nos infundió la luz de su eternidad, rectamente después de este nacimiento que el creador se hizo para sí en el tiempo, la aurora conoció su lugar sin tiempo. Pues porque el amanecer (diluculum) o la aurora (aurora) se convierte de las tinieblas a la luz, no sin mérito con el nombre de amanecer o aurora es designada toda la Iglesia de los electos. Pues ella misma, mientras es conducida de la noche de la infidelidad a la luz de la fe, como al modo de la aurora se abre al día después de las tinieblas por el esplendor de la claridad suprema. De donde también bien se dice en el Cantar de los cantares: ¿Quién es esta que progresa como la aurora naciente? (Cant. 6, 9). Pues la santa Iglesia, apeteciendo los premios de la vida celestial, es llamada aurora, porque mientras deja las tinieblas de los pecados, brilla con la luz de la justicia.

[Ant. II.] 3. Mientras vivimos, es aurora, no día perfecto.---Tenemos sin embargo algo más sutil

que considerar pesando la calidad del amanecer o la aurora. Pues la aurora o el amanecer anuncian que la noche ciertamente ha pasado, pero no muestran la claridad íntegra del día; sino que mientras expulsan aquella, reciben esta, tienen la luz mezclada con las tinieblas. ¿Qué somos, pues, en esta vida todos los que seguimos la verdad, sino aurora o amanecer? porque ya hacemos algunas cosas que son de la luz, y sin embargo en algunas todavía no carecemos de los restos de las tinieblas. Pues por el Profeta se dice a Dios: No se justificará en tu presencia ningún viviente (Sal. 142, 2). Y de nuevo está escrito: En muchas cosas ofendemos todos (Sant. 3, 2). Pablo también dice: Veo otra ley en mis miembros que repugna a la ley de mi mente, y que me lleva cautivo en la ley del pecado, que está en mis miembros (Rom. 7, 23). Donde, pues, la ley del pecado contiende con la ley de la mente, profectamente todavía es aurora, porque la luz que ya emitió destellos, aún no ha oprimido totalmente las tinieblas que pasan. Todavía es aurora, porque mientras la ley de la carne golpea la ley de la mente, y la ley de la mente la ley de la carne, el conflicto entre la luz y la sombra se da alternativamente entre sí. De donde de nuevo Pablo, cuando decía: La noche pasó (Rom. 13, 12), de ningún modo añadió: El día vino, sino El día se ha acercado. Pues el que, después del alejamiento de la noche, insinúa que el día ya no ha venido sino que se ha acercado, demuestra que él está sin duda antes del sol después de las tinieblas todavía en la aurora.

4. Será día, cuando no resten ningunas tinieblas de pecado.---Entonces, pues, plenamente la santa Iglesia de los electos será día, cuando ya no haya en ella mezcla de sombra de pecado. Entonces plenamente será día, cuando haya brillado con el perfecto fervor de la luz interna. Entonces plenamente será día, cuando no tolerando ninguna memoria tentadora de sus males, esconda de sí incluso todos los restos de las tinieblas. De donde también bien esta aurora es demostrada como todavía en tránsito, cuando se dice: Y mostraste a la aurora su lugar. Pues a quien se muestra su lugar, profectamente es llamado de una cosa a otra. ¿Qué es el lugar de la aurora sino la perfecta claridad de la visión eterna? Al cual, cuando haya llegado conducida, ya nada tiene de las tinieblas de la noche pasada. Ahora, pues, todavía sosteniendo las molestias de las tentaciones, porque por la intención del corazón la Iglesia se apresura a otra cosa, hacia su lugar tiende la aurora. Lugar que si no divisara con la mente, permanecería en la noche de esta vida. Pero como diariamente lucha por perfeccionarse, y por aumentar diariamente en la luz, ya contempla su lugar, y busca que el sol le brille plenamente. La aurora considera su lugar cuando el alma santa arde por contemplar la especie de su creador. La aurora se afanaba por alcanzar su lugar cuando David decía: Mi alma tuvo sed del Dios vivo, ¿cuándo vendré y apareceré ante la faz de Dios? (Sal. 41, 3). La verdad mostraba el lugar de la aurora cuando decía por Salomón: ¿Qué tiene el sabio más que el necio; y qué el pobre, sino que camine hacia

allá donde está la vida? (Ecl. 6, 8). Profectamente el Señor mostró este lugar también a los padres que precedieron a su encarnación después de su nacimiento, porque si no conocieran por el espíritu de la profecía al rey de la patria suprema que había de encarnar, no verían cuán deseables eran los bienes de esa misma patria. La verdad hizo patente el lugar de la aurora cuando pidió al Padre delante de los discípulos diciendo: Padre, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo los que me diste (Juan 17, 24). Mostró a la aurora su lugar cuando decía: Dondequiera que estuviera el cuerpo, allí se congregarán también las águilas (Mat. 24, 28). A este lugar que había conocido se apresuraba a llegar la aurora cuando Pablo decía tener deseo de ser disuelto y de estar con Cristo. Y de nuevo: Para mí vivir es Cristo, y morir es ganancia (Fil. 1, 21). Y de nuevo: Sabemos que si nuestra casa terrena de esta habitación se disuelve, tenemos una edificación de Dios, una casa no hecha por manos, eterna en los cielos (2 Cor. 5, 1). Bien, pues, afirma haber mostrado el lugar propio de la aurora después de su nacimiento, porque la bienaventuranza de la futura retribución, antes de que él mismo se diera a conocer por el cuerpo, la contuvo en el intelecto de unos pocos. Pero cuando asumió las flaquezas del nacimiento humano, dilató la noticia de la claridad venidera en el amor de una multitud innumerable. Pero como la misericordia lleva a cabo así el misterio de la obra divina, de modo que sin embargo también le acompañe la ira, en cuanto que el árbitro oculto mirando a unos los

redime, y abandonando a otros los pierde, porque hemos conocido cómo por su encarnación ilumina a los electos, oigamos ahora cómo condena a los réprobos. Sigue:

CAPÍTULO III

[Rec. III].

VERS. 13.---¿Acaso tomaste sacudiendo los extremos de la tierra, y sacudiste a los impíos de ella?

5. El Señor eligió a los abyectos y humildes.--- El Señor tomó los extremos de la tierra porque al fin de los siglos vino a la sinagoga ya destituida y sometida a reyes extranjeros; y de ella sacudió a los impíos, porque rechazando los predicamentos espirituales de la fe, los repelió incluso de la gloria del sacrificio carnal. O ciertamente tomó los extremos de la tierra porque de Judea eligió a unos pocos abyectos y humildes (Mat. 4, 18, sig.). Tomó los extremos de la tierra porque, abandonando a los doctores de la ley, asumió a pescadores. Y mientras sostiene sus extremos, de ella sacude a los impíos, porque mientras fortalece a los fieles débiles, condena en ella a los infieles fuertes. Rectamente también añadió sacudiendo, porque por su venida con inmenso pavor conmovió también los corazones de los réprobos. Sacudidos habían sido ciertamente quienes decían: Nada aprovechamos, he aquí que todo el mundo se fue tras él (Juan 12, 19). La cosa que es sacudida es fatigada siendo llevada de aquí para allá. Sacudida, pues, había sido Judea, que de Cristo por

unos decía: Que es bueno (Juan 7, 12). Y por otros resistía diciendo: No, sino que seduce a las turbas (Ibíd.). Por unos decía: Si este no fuera de Dios, no podría hacer nada (Juan 9, 33). Y al extremo por otros clama: Si este no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado (Juan 18, 30). Sacudidos ciertamente, pero no postrados fueron los réprobos, cuando unas veces veían estupefactos los milagros, otras veces despreciando se burlaban de los oprobios de la flaqueza. ¿O no habían sido sacudidos quienes decían: ¿Hasta cuándo nos quitas el alma? si tú eres el Cristo, dínoslo claramente (Juan 10, 24). O ciertamente sacudió y sostuvo los extremos de la tierra, porque cuando aterró con piadoso temor los corazones débiles de los humildes, de ningún modo los abandonó por el juicio estrecho. Pues de donde la multitud de los creyentes en Dios estuvo más robustamente, de allí humillada en sí misma tembló. Pues que Dios sostiene a aquel a quien sacude, lo insinúa por el profeta diciendo: ¿Sobre quién descansará mi espíritu, sino sobre el humilde y el quieto, y el que tiembla ante mis palabras? (Is. 66, 2). Que sostiene a aquel a quien sacude, se intima por atestación de Salomón, pues dice: Bienaventurado el hombre que siempre es pavoroso; el que es de mente dura, cae en el mal (Prov. 28, 14). Por tanto, porque el Señor sostuvo los extremos de Judea en los apóstoles, y de ella reprobó a los escribas y fariseos y pontífices, exigiéndolo el mérito de su impiedad, oigamos lo que todavía se añade sobre su condenación. Sigue:

CAPÍTULO IV.

VERS. 14.---Se restituirá como el barro el sello, y estará como una vestidura.

6. Los judíos primero liberados de la obra de ladrillos, mientras saborean cosas terrenas, de nuevo volvieron a los ladrillos.---¿Qué otra cosa encontró el Señor al pueblo israelita sino barro, al cual encontró sirviendo con ladrillos en Egipto, entregado a los servicios de los gentiles? Al cual, mientras lo condujo a la tierra de la promesa por tantos milagros (Éx. 5, sig.), mientras lo llenó, una vez conducido, con la ciencia de su conocimiento, mientras le confirió tantos arcanos de secretos por la profecía; ¿qué otra cosa hizo de él sino el sello de un misterio que debía guardarse? Pues la misma divina profecía contuvo cerrado cuanto la Verdad reveló de sí al fin. Pero mientras, después de tantos secretos divinos, después de tantos milagros percibidos en el advenimiento de su Redentor, amó más la tierra que la verdad, diciendo por los sacerdotes: Si lo dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos, y quitarán nuestro lugar y la nación (Juan 11, 48), volvió como a aquellos ladrillos que había dejado en Egipto; y la que ya había sido hecha sello de Dios, se inclinó de nuevo a aquello que había desertado; y se exhibió como barro después del sello ante los ojos de la verdad, cuando por la malicia de la impiedad perdió los misterios de la palabra recibida, y eligió saborear solo las cosas terrenas que manchan.

7. Sirviendo solo a la letra, no quisieron adherirse a Dios por la caridad.---Donde aptamente se añade: Y estará como una vestidura. Pues las vestiduras no pulidas y más gruesas, incluso cuando han sido vestidas, porque no se adhieren bien aplicadas a los miembros del que las viste, se dice que están de pie. Judea, pues, en torno al conocimiento de la verdad, incluso cuando parecía servir, estuvo como una vestidura, porque por los mandatos exteriores mostró servir al Señor, pero no quiso adherirse a él por el intelecto de la caridad. Mientras sostuvo solo la letra en los preceptos de Dios, y de ningún modo se unió por el espíritu a los sentidos íntimos, no se adhirió como a aquel que la había vestido. Donde también aptamente se añade:

CAPÍTULO V.

VERS. 15.---A los impíos se les quitará su luz.

8. Perdieron el conocimiento de la ley porque rehusaron creer en la verdad.---Porque mientras rehúsan creer en la verdad, pierden el conocimiento de la ley para siempre; y mientras se enorgullecen de la ley recibida, sin duda se ciegan sobre la gloria de su ciencia. Pues está escrito: Oscurézcanse sus ojos para que no vean (Sal. 68, 24). Y de nuevo está escrito: Ciega el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos (Is. 6, 10). Y de nuevo está escrito: Para juicio yo vine a este mundo, para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos (Juan 9, 39). Y porque se ensalzaron a sí mismos sobre las obras de la ley contra el fundador de la ley, aptamente se añade:

IBÍD.---Y el brazo excelso será quebrantado.

9. La soberba observancia de la ley reprobada.---Pues el brazo excelso es quebrantado cuando, predicada la gracia de la fe, la soberba operación de la ley es reprobada, al decirse: Por las obras de la ley no se justificará toda carne (Rom. 3, 20).

10. Qué extremos de la Iglesia Dios sostiene y sacude.---Sin embargo, todas estas cosas pueden entenderse también de otro modo. Pues la sagrada Escritura suele llamar a la Iglesia "la tierra". Por tanto, el Señor sostiene y sacude los extremos de la tierra, porque permite que los últimos tiempos de su Iglesia sean turbados por la más cruel persecución mediante el advenimiento del Anticristo, y sin embargo, al permitirlo, no la abandona. A veces el Señor sostiene esta tierra y no la sacude; a veces la sostiene y la sacude, porque a veces la posee en la tranquila paz de la fe, y a veces manda que sea conmovida por el ímpetu de la persecución.

11. En las persecuciones de la Iglesia los falsos cristianos son sacudidos como paja.---Con razón, pues, habiendo dicho: ¿Acaso has sostenido sacudiendo los extremos de la tierra?, añadió inmediatamente: ¿Y has sacudido a los impíos de ella? Pues, atestiguándolo Pablo, muchos hay en ella que confiesan conocer a Dios, pero con sus hechos lo niegan (Tito 1, 16). A los impíos, pues, el Señor los sacude de ella, porque aquellos a quienes ahora poseen vicios íntimos, caerán entonces

en el abismo de la abierta infidelidad; y pasan al montón de la paja cuando son movidos por el aura de aquella tentación. Y aunque ahora se cubran bajo la especie de la fe dentro del seno de la era, entonces sin duda saltarán fuera del cúmulo de los granos por el bieldo del estrecho examen.

12. En ellos el sello de la fe se convierte en barro.---De donde también se añade aptamente: Se restituirá como barro el sello. Como si dijera abiertamente: Estos que ahora parecen un sello en el seno de la Iglesia, entonces ante los ojos de todos se restituirán como barro, es decir, ya no engañan los juicios de los hombres con la profesión de la religión, sino que se demuestra que saborean lo terreno. Pues la sagrada Escritura suele llamar a la fe "sello" (*signaculum*), y a la iniquidad "barro" (*lutum*). Pues el hijo menor que, consumida su sustancia, volvió al padre (Luc. 15, 22), recibió un anillo como don. Pues el pueblo gentil, que, perdida la inmortalidad, vuelve a Dios por la penitencia, es fortalecido por el sello de la fe. De donde también se dice a la Iglesia por su esposo: Ponme como sello sobre tu corazón (Cant. 8, 6). Pues por eso se pone el sello a las cosas, para que no sean profanadas por ninguna presunción de los que roban. El esposo, pues, se pone como sello en el corazón cuando el misterio de su fe se imprime en la custodia de nuestro pensamiento, para que aquel siervo infiel, a saber, nuestro adversario, cuando considera los corazones sellados con la fe, no presuma irrumpir en ellos tentando. Por el barro, en verdad, se demuestran los contagios terrenales,

atestiguándolo el Salmista que dice: Me sacaste del lago de la miseria y del barro de la hez (Sal. 39, 3). Porque, pues, muchos hallados en los contagios terrenales, llevados a la Iglesia, son sellados con el sacramento de la fe celestial, y sin embargo no se apartan de las obras inicuas, y ahora se cubren con el velo de la fe, pero cuando encuentran el tiempo, muestran verdaderamente lo que son, con razón se dice: Se restituirá como barro el sello. Pues a los que ahora creemos fieles, a esos mismos los hallaremos entonces enemigos de la fe; y aunque parezcan, no siendo tentados, un sello, serán sin duda, siendo tentados, barro. De donde también con razón se dice: "Se restituirá", porque tal como pudo ser su conciencia antes de la fe, tales los convence de ser después su vida réproba. De los cuales se añade aptamente: Y estará como vestidura.

13. La Iglesia se adorna ahora con muchas cosas como con vestiduras, de las cuales será despojada al arder la persecución.---Con tantos vestidos se viste ahora la santa Iglesia, con cuantos se decora por la veneración de los fieles. De donde también, habiéndole mostrado los gentiles, se le dice por el Señor a través del profeta: Vivo yo, dice el Señor, que de todos estos te vestirás como de un ornamento (Is. 49, 18). Sin embargo, de muchos casi fieles se viste ahora solo en apariencia, pero al golpear el ímpetu de la persecución, entonces despojada de ellos quedará desnuda; de cuya suerte se dice aquí: Y estará como vestidura. "Estar" (o permanecer), en verdad, se pone en este lugar por "persistir en el pecado". De donde está

escrito: Y en el camino de los pecadores no estuvo (Sal. 1, 1). O ciertamente cada réprobo se dice que está como vestidura para que se muestre que no puede estar en pie, porque así como la vestidura puesta se extiende por el cuerpo en la especie de su visión, pero despojada se pliega quebrada, así cada uno que entonces se aparte del estado de la santa Iglesia, estuvo tenso y decoroso mientras se vestía, pero después despojado, yacerá quebrantado y abyecto. Si en verdad entendemos "estar" como "perdurar", cada réprobo está como vestidura que dura brevemente en esta vida que ama. De donde también se dice por el Profeta: Todos envejecerán como vestidura, y como cobertura los cambiarás, y se cambiarán (Sal. 101, 28). Estas cosas, pues, que introdujo rectamente bajo la nube de las alegorías, ahora las da a conocer con palabras más claras, añadiendo:

CAPÍTULO VII.

VERS. 15.---A los impíos se les quitará su luz.

14. A los que creen y viven mal se les quitará la luz de la fe, especialmente en el tiempo de la persecución del Anticristo.---Pues no los ilustra ahora la luz de Dios a los que encubren (*palliant*) la malicia de su iniquidad con el nombre de la fe. Pues mientras descuidan vivir según la predicación de la fe, y sin embargo veneran esa misma fe solo en apariencia, buscan el honor de la vida presente por el nombre de la religión, y esto les brilla desde la fe: que la fe los favorece ante los hombres. Hay en verdad algunos que creen verdaderamente las cosas eternas que oyen, y sin

embargo contradicen con su mala vida esa misma fe que tienen. Estos tienen también su luz en las tinieblas, porque mientras obran cosas perversas y, sin embargo, sienten rectamente acerca de Dios, para que no se oscurezcan totalmente, son ilustrados en cierta parte por el fulgor de la luz. Los cuales, mientras aman más lo terreno que lo celestial, más lo que ven que lo que oyen, al golpear el momento de la persecución, pierden lo que parecían creer rectamente. Lo cual se hace más múltiplemente en aquel tiempo sobre todo, cuando, surgiendo la misma cabeza de los inicuos, en la última persecución contra la santa Iglesia, su fortaleza se ensaña con sus libres fuerzas. Allí entonces se muestra el corazón de cada uno, donde se abre todo lo que latía en los secretos; y los que ahora son piadosos de boca y son impíos de corazón, publicada su malicia, caen, y pierden la luz de la fe que habían tenido en apariencia. Pero entre estas cosas es necesario que cada uno de nosotros vuelva al secreto de su corazón, y tema los daños de su acción, no sea que, exigiéndolo sus méritos, por la estrecha justicia de los juicios de Dios, incurra en el número de tales hombres.

15. Ya vive y se ensaña el Anticristo en sus miembros.---Pero nadie se lisonjee incautamente, y por eso se crea ajeno a tal caso, porque no cree que llegará a la borrasca de aquella tempestad. ¡Oh, cuántos no vieron los tiempos de aquella tentación, y sin embargo se ven envueltos en la borrasca de su tentación! Caín no vio el tiempo del Anticristo y, sin embargo, fue miem-

bro del Anticristo por su mérito (Gén. 4). Judas ignoró la crueldad de aquella persecución y, sin embargo, sucumbió a las fuerzas de su crueldad, persuadiéndole la avaricia (Mat. 26, 15). Simón existió muy dividido de los tiempos del Anticristo y, sin embargo, se unió a su soberbia, deseando perversamente el poder de los milagros (Hech. 8, 19). Así el cuerpo inicuo se une a su cabeza, así los miembros a los miembros, cuando no se conocen por trato, y sin embargo se acoplan entre sí por la acción depravada. Pues ni Pérgamo había conocido los libros o las palabras de Balaam y, sin embargo, siguiendo su maldad, oía la voz de la reprensión celestial: Tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner escándalo ante los hijos de Israel, a comer y a fornicar (Apoc. 2, 14). También el conocimiento de Jezabel y sus tiempos y lugares la dividían de la iglesia de Tiatira; pero porque un reato de vida semejante la había ligado, se dice que Jezabel está en ella, y que insiste en las obras perversas, atestiguándolo el ángel, que dice: Tengo contra ti algunas cosas; porque permites a la mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñar y seducir a mis siervos, a fornicar y a comer de lo sacrificado a los ídolos (Ibíd. 20). He aquí que, porque pudieron hallarse quienes siguieron la vida de Jezabel con acción réproba, Jezabel se recuerda como hallada allí, porque a saber, un cuerpo depravado y unas costumbres conjuntas hacen uno solo, aunque los lugares o los tiempos los dividan. De donde resulta que en sus perversos imitadores permanece cada inicuo que ya pasó, y en sus operarios

aparece ya el mismo autor de los inicuos, que aún no ha venido. De aquí dice Juan: Ahora se han hecho muchos Anticristos (1 Juan 2, 18), porque todos los inicuos son ya sus miembros, los cuales, producidos perversamente, precedieron a su cabeza viviendo mal. De aquí dice Pablo: Para que sea revelado en su tiempo; porque el misterio de la iniquidad ya obra (2 Tes. 2, 6). Como si dijera: Entonces el Anticristo se verá manifiesto; pues en los corazones de los inicuos ya ahora obra oculto sus secretos. Pues, para que calle acerca de crímenes más abiertos, he aquí que otro envidia tácitamente a su hermano en su corazón, y si encuentra ocasión, se esfuerza por suplantarlo; ¿de quién otro es miembro sino de aquel de quien está escrito: Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo (Sab. 2, 24)? Otro, estimando ser de gran mérito, prefiriéndose a todos por la hinchazón de su corazón, cree a todos inferiores a sí mismo; ¿de quién otro es miembro sino de aquel de quien está escrito: Todo lo sublime ve, y él es rey sobre todos los hijos de la soberbia (Job 41, 25)? Otro busca la potencia de este mundo, no para que aproveche a otros, sino para que él mismo no esté sometido a otro; ¿de quién otro es miembro sino de aquel de quien está escrito: Que dijo: Sentaréme en el monte del testamento, en los costados del Aquilón; subiré sobre la altura de las nubes; seré semejante al Altísimo (Is. 14, 13)? Pues solo el Altísimo domina así sobre todas las cosas, que no puede estar sometido a otro. A quien el diablo quiso imitar perversamente cuando, buscando su propio dominio, rehusó estarle sometido. Imita,

pues, al diablo cualquiera que por eso apetece su propia potestad, porque le hastía estar sometido a quien le ha sido prepuesto por ordenación suprema.

[Vet. IV.] 16. Reos de infidelidad son quienes niegan la verdad. ---Hay, además, muchísimas cosas que denuncian que algunos, constituidos en la misma paz de la Iglesia, son infieles. Pues veo a algunos aceptar de tal modo la persona del potente que, al ser requeridos por él, por su favor no dudan en negar la verdad en la causa del prójimo. ¿Y quién es la verdad, sino aquel que dijo: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan XIV, 6)? Pues tampoco Juan el Bautista murió por ser requerido sobre la confesión de Cristo, sino sobre la verdad de la justicia (Mar. VI, 28); pero porque Cristo es la verdad, llegó por eso hasta la muerte por Cristo, porque a saber, llegó por la verdad. Pongamos, pues, ante los ojos que alguien, al ser preguntado, aceptó la persona del potente, y para no padecer siquiera la injuria de una palabra, negó la verdad. ¿Qué, ruego, haría éste en el dolor de las penas, quien se avergonzó de Cristo entre los flagelos de las palabras? He aquí que después de esto todavía es cristiano ante los ojos de los hombres, y sin embargo, si el Señor dispuso juzgarlo estrechamente, ya no lo es.

17. Y los que descuidan corregir, estando obligados a ello. No faltan en la paz de la Iglesia las tentaciones del Anticristo. ---Veo en cambio a otros, a quienes por el lugar del magisterio les han sido encomendados los oficios de exhortar y de argüir, que ven admitirse algo ilícito, y

sin embargo, mientras temen ofender la gracia de algunos potentes, no presumen argüir. Quienquiera que sea éste, ¿qué otra cosa hace, sino que ve al lobo venir, y huye (Juan X, 12)? Huye, porque calló; calló, porque, despreciada la gracia eterna, amó más la gloria temporal. He aquí que ante la faz del potente se esconde dentro de las latíbulos de su silencio, y así como a la persecución pública, así dio lugar al temor oculto. Bien se dice de tales: Amaron la gloria de los hombres más que la de Dios (Juan XII, 43). Quienquiera, pues, que sea tal, si estas cosas se juzgan estrechamente, aunque faltó la persecución pública, sin embargo al callar negó a Cristo. No faltan, por tanto, incluso en la paz de la Iglesia, las tentaciones del Anticristo. Nadie, por tanto, horrorice aquellos tiempos de la persecución extrema como si fueran los únicos. Pues entre los inicuos diariamente se trata el asunto del Anticristo, porque en sus corazones su misterio ya ahora, oculto, opera. Y si muchos ahora constituidos dentro de la Iglesia según la especie simulan ser lo que no son, en el advenimiento del juez sin embargo se descubrirá lo que son: de los cuales bien dice Salomón: Vi a los impíos sepultados, que aun cuando todavía vivían, estaban en el lugar santo, y eran alabados en la ciudad, como de obras justas (Ecle. VIII, 10). Por tanto, después de que se ha dicho de los inicuos: Se restaurará como lodo el sello, y estará como vestidura, y se quitará a los impíos su luz, lo cual ciertamente ha de hacerse en aquella persecución del Anticristo, pronto, consolándonos sobre la perdición del mismo Anticristo, añade.

CAPÍTULO VIII.

VERS. 15.---Y el brazo excelso será quebrantado.

18. La soberbia y la caída del Anticristo. El ángel y el hombre cayeron porque quisieron ser semejantes a Dios por la potencia, no por la justicia.---Pues ¿qué otra cosa se entiende por "brazo excelso" sino la soberbia altura del Anticristo, que se levanta sobre las mentes réprobas de los hombres por el fausto de la gloria secular, de modo que un hombre pecador, y sin embargo un hombre que desprecia ser estimado como tal, mienta ser Dios sobre los hombres? De donde también el apóstol Pablo dice: De modo que se sienta en el templo de Dios, mostrándose como si fuera Dios (2 Tes. 2, 4). Para mostrar más plenamente su hinchazón, antepuso: El cual se opone y se levanta sobre todo lo que se llama Dios, o lo que se adora (ibíd.). Pues a veces un hombre también puede ser llamado Dios, según lo que se dice a Moisés: He aquí que te he constituido Dios de Faraón (Éx. 7, 1). Pero un puro hombre no puede ser adorado como Dios. Pero porque el Anticristo se levanta tanto sobre todos los hombres santos como sobre la potencia de la misma divinidad, por el nombre de gloria que se arroga, intenta sobrepasar tanto lo que se llama Dios como lo que se adora como Dios. Pero debe notarse en qué fosa de soberbia cayó quien no permaneció en la medida de la ruina por la que cayó. Pues el diablo o el hombre cayeron del estado de su propia condición con mente elada, de modo que o aquel

decía: Ascenderé sobre la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo (Is. 14, 13); o este, al oírlo, creía: Se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses (Gén. 3, 5). Por tanto, ambos cayeron porque codiciaron ser semejantes a Dios no por la justicia, sino por la potencia. Pero el hombre, liberado por la gracia, que al apetecer perversamente la semejanza de Dios había caído, reconociéndose en el reato de su crimen muy desigual a Dios, clama: Señor, ¿quién semejante a ti (Sal. 88, 8)? Pero el diablo, abandonado en la caída de su crimen por un justo juicio, de ningún modo permaneció en la medida de su ruina; sino que cuanto más tiempo careció de la gracia del Omnipotente, tanto más acumuló el reato de su crimen. Pues el que por eso cayó porque quiso ser semejante a Dios en orden perverso, ha sido llevado hasta tal punto que, viniendo en el Anticristo, se digna no ser visto como semejante a Dios, y, condenado, piensa que es inferior aquel a quien como soberbio no pudo tener por igual. Pues cuando se dice de él lo que ya antepusimos: Levantándose sobre todo lo que se llama Dios, o lo que se adora (2 Tes. 2, 4), se muestra abiertamente que, al apetecer hace tiempo la semejanza de Dios, quiso como erigirse junto a Dios, pero al crecer en la culpa de la soberbia, ya se levanta sobre todo lo que se llama Dios y se adora. Porque, pues, esta soberbia suya ha de ser herida por el advenimiento del Juez estrecho, como está escrito: A quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca, y destruirá con la ilustración de su advenimiento (ibíd., 8), rectamente se dice: Y el brazo excelso será quebrantado.

9. La virtud de la palabra divina, por la cual cuanto más se tritura, más se aumenta.---Sin embargo, todas estas cosas que se han discutido dos veces todavía pueden entenderse de otro modo. Pues las palabras de Dios son como ciertos pigmentos de nuestro auxilio. Y así como el pigmento, cuanto más se tritura, tanto más aumenta su virtud en la copa, así los elocuio divinos, cuanto más los trituramos exponiéndolos, tanto más ayudamos a los oyentes como si bebieran. Puesto que, pues, Dios misericordioso tolera largo tiempo los pecados de los hombres, y cuando ya mira el fin cercano, la mayoría de las veces cambia las mentes de los que pecan, rectamente dice de sí mismo, insinuando la fuerza de tan gran piedad:.

CAPÍTULO IX.

VERS. 13.---¿Acaso has sostenido sacudiendo los extremos de la tierra, y has sacudido a los impíos de ella?

20. Dios no desampara al hombre, y en los extremos purga a los electos más solícitamente.---Por "tierra", en efecto, se designa al hombre que saborea las cosas ínfimas, a quien en su pecado se dijo: Tierra eres, y a la tierra irás (Gén. 3, 19). Pero porque el piadoso Creador no desampara a su hechura, tolera los males de los hombres por su sabiduría y, a veces, los relaja por su conversión. Pero cuando mira las mentes duras e insensibles, a veces las aterroriza con amenazas, otras con azotes, otras con revelaciones, para que las que se habían endurecido por una pésima seguridad, se ablanden por un saludable temor, a

fin de que vuelvan aunque sea tarde, y al menos se avergüencen de esto mismo: de que han sido esperados largo tiempo. Pues así el Señor, porque juzga más los extremos de nuestra vida, y por eso purga a sus electos más solícitamente al fin. Escrito está, en efecto: El Señor juzgará los fines de la tierra (1 Sam. 2, 10). Tanto más intensamente vigila nuestros últimos momentos cuanto más considera que de ellos dependen los inicios de la vida siguiente. Porque hace esto misericordiosamente, puesta en medio su piedad, por la cual recibe incluso a los pecadores convertidos tarde, instruye la justicia del bienaventurado Job, diciendo: ¿Acaso has sostenido sacudiendo los extremos de la tierra, y has sacudido a los impíos de ella? Sobrentiendes "que", por tanto, yo, que en sus últimos momentos a menudo sacudo a los pecadores aterrorizándolos, los sostengo convirtiéndolos, y arranco de sus corazones los impíos movimientos de los pensamientos. Y rectamente el Señor insinúa al bienaventurado Job cómo convierte a los pecadores cerca del fin. Como si dijera abiertamente: Mira la potencia de mi misericordia, y reprime la elación de tu justicia. Cuyos extremos del hombre porque, incluso cuando se convierte por la muerte de la carne, los acompaña aquella vindicta de la antigua culpa, inmediatamente lo insinúa cuando dice:.

CAPÍTULO X.

VERS. 14.---Se restituirá como barro el sello, y estará como vestidura.

21. El hombre es el sello e imagen de Dios; en castigo de la soberbia, por la muerte se convierte en tierra y ceniza.---Pues el Señor hizo al hombre, a quien creó a su semejanza, como un cierto sello de su potencia. El cual, sin embargo, se restituirá como barro, porque aunque evite los suplicios eternos por la conversión, sin embargo, en venganza de la soberbia perpetrada, es condenado por la muerte de la carne. En efecto, el hombre creado del barro, y recibida la razón de la mente, decorado con la semejanza de la imagen divina, hinchándose por la elación del corazón, olvidó que había sido formado de lo más ínfimo. De donde, por la admirable justicia del Creador se hizo que, porque se hinchó por el sentido que recibió racional, de nuevo se hiciera tierra por la muerte, la cual no quiso considerar humildemente que era; y porque pecando perdió la semejanza de Dios, pero muriendo vuelve a la materia de su limo, rectamente se dice: Se restituirá como barro el sello. Y porque del cuerpo, mientras el espíritu es llamado, se despoja como de un cierto envoltorio de su carne, aptamente se añade sobre el mismo barro: Y estará como vestidura. Pues nuestro barro estar como vestidura es permanecer vacío y despojado hasta el tiempo de la resurrección. Pero porque este castigo de la soberbia tampoco lo pasan por alto aquellos que también vencen la misma soberbia viviendo humildemente; qué sea el castigo especial de los soberbios, lo añade diciendo:.

CAPÍTULO XI.

VERS. 15.---Se quitará a los impíos su luz, y el brazo excelso será quebrantado.

22. La muerte, que restituye a los electos a la luz, quita a los réprobos la luz, a saber, la gloria de la presente vida.---Pues la muerte de la carne, que restituye a los electos a su luz, quita su luz a los réprobos. Pues la luz del soberbio es la gloria de la vida presente. La cual luz se le sustrae entonces, cuando por la destrucción de la carne es llamado a las tinieblas de sus retribuciones. Allí entonces el brazo excelso es quebrantado, porque la altura del corazón, arrebatada violentamente más allá del orden de la naturaleza, es disipada por el peso de la divina justicia que lo oprime, para que, porque se había erigido perversamente por breve tiempo, se reconozca fracturado para siempre por el peso del juicio. Pero ninguno de nosotros conocería qué seguiría después de la muerte, si el Creador de nuestra vida no viniera hasta la pena de nuestra muerte. Pues si él no buscara misericordiosamente lo más ínfimo, de ningún modo nos revocaría justamente a lo más alto a nosotros, perdidos después de su imagen. De donde también rectamente se añade:.

CAPÍTULO XII.

VERS. 16.---¿Acaso has entrado en lo profundo del mar, y has caminado en lo último del abismo?

23. El Señor descendió por nosotros no solo al mundo, sino también al infierno.---Como si dijera: Como yo, que no solo busqué el mar, esto es, el siglo, por la asunta carne humana y el alma, sino que también por ella, puesta espontá-

neamente en la muerte, descendí hasta lo último del infierno, como a lo profundo del mar. Pues si el mar, según el modo de la divina elocuencia, debe entenderse como el siglo, nada prohíbe que lo profundo del mar se sienta como los cerrojos del infierno. Lo cual profundo del mar buscó el Señor cuando entró en lo último del infierno para rescatar las almas de sus elegidos. De donde también se dice por el profeta: Pusiste lo profundo del mar como camino, para que pasaran los liberados (Is. 51, 10). Pues este profundo del mar, antes del advenimiento del Redentor, no fue camino, sino cárcel, porque cerraba en sí incluso las almas de los buenos, aunque no en lugares penales. Lo cual profundo, sin embargo, el Señor lo puso como camino porque, viniendo allí, concedió a sus elegidos pasar de los cerrojos del infierno a las cosas celestiales. De donde también aptamente se dice allí: Para que pasaran los liberados (ibíd., 10). Pero lo que había llamado lo profundo del mar, esto, replicándolo con otras palabras, lo llama lo último del abismo, porque así como el abismo de las aguas no es comprendido por ninguna visión nuestra, así los secretos del infierno no son penetrados por ningún sentido de nuestro conocimiento. Pues vemos quiénes son sustraídos de aquí, pero no vemos qué retribución de suplicios les espera según su mérito.

24. Caminó en el infierno porque vino libre a los ligados.---Pero con vigilante cuidado debe pensarse que afirma haber caminado en lo último del abismo. Pues caminar no es propio del constreñido, sino del libre. Pues a quien las cadenas

atan, sus pasos no obstante impiden. Porque, pues, el Señor no padeció ningunas cadenas de pecado, caminó en el infierno. Pues vino libre a los ligados. De donde está escrito: He sido hecho como hombre sin auxilio, libre entre los muertos (Sal. 87, 5). Caminar, pues, el Señor en lo último del abismo es no encontrar nada de su retención en el lugar de la condenación, atestiguándolo Pedro, quien dice: Soltados los dolores del infierno, según lo cual era imposible que fuera retenido por él (Hech. 2, 24). O ciertamente porque caminando nosotros cuando somos llevados de lugar a lugar, somos encontrados presentes aquí y allá; se dice que el Señor caminó en el infierno para que se mostrara haber estado presente a las almas elegidas en cada lugar por la potencia de la divinidad. De donde también el espíritu de la sabiduría se describe como móvil (Sab. 7, 24), para que por esto de que en ninguna parte falta, se designe que nos sale al encuentro en todas partes. Cuya descensión suya el Señor la mira como tanto más admirable, cuanto más frecuentemente la infunde al hombre redimido. Pues replicándola todavía, añade:.

CAPÍTULO XIII.

VERS. 17.---¿Acaso se te han abierto las puertas de la muerte, y has visto las puertas tenebrosas?

25. Superó las puertas de la muerte, esto es, las potestades adversas.---Pues las puertas de la muerte son las potestades adversas. Las cuales el Señor, descendiendo, abrió, porque muriendo superó la fortaleza de ellas. Las cuales también

se llaman con otra apelación puertas tenebrosas, porque mientras por las insidias de su ocultamiento no se ven, abren el camino de la muerte a las mentes engañadas. Las cuales puertas tenebrosas el Señor ve, porque tanto mira como reprime la fraudulenta malicia de los espíritus inmundos. A los cuales, si él mismo no los prohibiera viéndolos mientras nosotros lo ignoramos, nuestra mente nada conocería de sus insidias, y capturada por las mismas insidias perecería. Las cuales puertas tenebrosas también nosotros discernimos cuando somos ilustrados por los rayos de la luz suprema. De donde también se dice por el profeta: El Señor es mi ayudante, y yo veré a mis enemigos (Sal. 117, 7). Él mismo, pues, ve a nuestros enemigos, quien por su don los hace visibles a nosotros. O ciertamente el Señor vio entonces las puertas tenebrosas cuando, penetrando los cerrojos del infierno, hirió a los espíritus crueles y, muriendo, condenó a los prepósitos de la muerte. Lo cual se dice aquí, por tanto, no todavía sobre el futuro, sino ya sobre el pasado, porque esto que iba a hacer en la obra, sin duda ya lo había hecho en la predestinación. Pero porque después de su muerte y resurrección la Iglesia creció y se dilató en todas las naciones, aptamente se añade:.

CAPÍTULO XIV.

VERS. 18.---¿Acaso has considerado la latitud de la tierra?

26. Por la muerte de Cristo creció la Iglesia. Como Sansón, muriendo extinguió a más enemi-

gos que viviendo.---Pues mientras el Señor buscó las angosturas de la muerte, dilató su fe en las naciones y extendió la santa Iglesia a los innumerables corazones de los creyentes. A la cual se dice por el profeta: Ensancha el lugar de tu tienda, y extiende las pieles de tus tabernáculos, no escatimes, alarga tus cuerdas y consolida tus clavos; porque penetrarás a la derecha y a la izquierda, y tu simiente heredará las naciones (Is. 54, 2-3). La cual latitud de la tierra ciertamente no se haría si él antes no despreciara muriendo la vida que conocemos, y mostrara resurgiendo la vida que no conocemos. Pues en su muerte abrió los ojos de nuestra mente y mostró cuál sería la vida que seguiría. De donde también, manteniendo este orden en el Evangelio, dice a los discípulos: Así convenía que Cristo padeciera, y resurgiera de los muertos al tercer día, y que se predicara en su nombre la penitencia y la remisión de los pecados por todas las naciones (Luc. 24, 46-47). Pues pocos de la plebe israelítica creyeron predicando él mismo; pero innumerables pueblos de las naciones siguieron el camino de la vida muriendo él. Pues a los soberbios, mientras todavía vivía pasible, los toleró; pero muerto de la vida pasible, los derribó. Lo cual bien expresó Sansón en sí mismo hace tiempo figuralmente (Juec. 16, 30), quien ciertamente mató a pocos mientras vivía; pero destruido el templo, mató a innumerables enemigos cuando moría, porque sin duda el Señor extinguió a pocos de la elación de la soberbia cuando vivía, pero a más cuando el templo de su cuerpo se disolvía (Juan 2, 19); y a los elegidos

de las naciones a los cuales sustentó viviendo, a todos juntos los derribó muriendo. Rectamente, pues, después de que enseñó haber penetrado los infiernos, añadió pronto la latitud de la tierra para ser considerada: ¿Acaso has considerado la latitud de la tierra? Como si dijera al hombre azotado: Pondera lo que he padecido y piensa lo que he comprado; y no te quejes tú del azote mientras no sabes qué premios te esperan en la retribución. Entre estas palabras del Creador, juzgo que vale la pena si desviamos por un momento los ojos del bien común y público e intuimos qué hace latente en cada uno de nosotros. Pues dice:.

CAPÍTULO XV.

VERS. 16.---¿Acaso has entrado en lo profundo del mar?

27. Dios entra en lo profundo del mar cuando visita la mente del pecador.---Pues el mar es la mente humana, en cuyos profundos entra Dios cuando, por el conocimiento de sí mismo, es perturbada hasta los lamentos de la penitencia desde los íntimos pensamientos, cuando reduce a la memoria las nequicias de la vida anterior y sacude el ánimo fluctuante en su confusión. Dios penetra lo profundo del mar cuando también cambia los corazones desesperados. Pues él mismo entra en el mar cuando humilla el corazón secular, entra en lo profundo del mar cuando no se digna dejar de visitar las mentes incluso oprimidas por los crímenes. De donde también rectamente se añade preguntando: ¿Andaste en lo último del abismo? Pues ¿qué es el abismo

sino la mente humana, la cual, mientras no vale comprenderse a sí misma, se oculta a sí misma en todo lo que es, como un oscuro abismo? De donde bien se dice por el profeta: El abismo dio su voz, desde la altura de su fantasía (Hab. 3, 10), porque mientras la mente humana no se penetra a sí misma, por la comparación de sí, alaba más humildemente la potencia de la naturaleza divina, la cual no es suficiente para comprender.

28. Camina en lo último del abismo cuando convierte los corazones de los más inicuos.---Caminar, pues, Dios en lo último del abismo es convertir los corazones incluso de los hombres más inicuos, y reformar admirablemente las mentes desesperadas tocándolas con los vestigios de su visitación. Pues cuando después de inmensos crímenes cada uno es compungido, ¿qué otra cosa se ve sino a Dios caminando en lo último del abismo? Pues como en un abismo camina Dios cuando, penetrando el oscuro corazón, pisa los flujos invisibles de los vicios. Pues la mayoría de las veces deploramos unas cosas pasadas y somos urgidos por otras presentes, de modo que somos fatigados ahora por la soberbia, ahora por la ira, ahora por la lujuria, ahora por la avaricia que nos tienta. Pero cuando el Señor reprime todo esto en nuestro corazón por el temor de su visitación oculta, ¿qué otra cosa hace sino poner sus pasos en el abismo? Los cuales pasos con la mente contemplamos cuando pensamos cómo los dones de su temor se oponen a los vicios insurgentes. Pues estos pasos el Profeta los había contemplado cuando decía: Vistas fueron tus entradas, Dios,

las entradas de mi Dios, de mi rey, que está en su santuario (Sal. 67, 25). Pues quien contempla los movimientos inordinados del ánimo reprimirse en sí por la memoria de los divinos juicios, ve como los pasos del Señor que camina en él. Dígase, pues, al bienaventurado Job: ¿Acaso has entrado en lo profundo del mar, y has caminado en lo último del abismo? Sobrentiendes "que", por tanto, yo, que por admirable misericordia piso en los corazones de los pecadores ahora la ira, ahora la lujuria, ahora la avaricia, ahora la soberbia que surge. Como si se le dijera abiertamente: Si contemplas que yo solo reprimo los vicios latentes del corazón, tú cesarás de elevarte por tu propia justificación. Y porque cuando somos visitados divinamente somos llevados a la confesión incluso sobre los movimientos ocultos e ilícitos de la mente, rectamente se añade:.

CAPÍTULO XVI.

VERS. 17.---¿Acaso se te han abierto las puertas de la muerte?

29. Las puertas de la muerte son las cogitaciones depravadas, las cuales abrimos a Dios por la confesión.---Pues las puertas de la muerte son las cogitaciones depravadas, las cuales abrimos a Dios cuando las confesamos llorando en la penitencia. A las cuales también contempla cuando no son confesadas, pero entra cuando son confesadas. Pues entonces se abre camino en las puertas de la muerte cuando, soltadas las cogitaciones depravadas, viene a nosotros después de la confesión. Las cuales fueron llamadas puertas

de la muerte porque, sin duda, el camino hacia la perdición siempre se abre por las cogitaciones inicuas. Lo cual todavía se replica cuando se añade:.

IBÍD.---¿Y has visto las puertas tenebrosas?

30. Las puertas tenebrosas son los males latentes de la mente.---Pues las puertas tenebrosas son los males latentes de la mente, los cuales pueden tenerse intrínsecamente y, sin embargo, no pueden ser vistos por otro. Los cuales, sin embargo, el Señor discierne cuando los destruye por el oculto respeto de la gracia. Escrito está, en efecto: El rey que se sienta en el solio del juicio, disipa todo mal con su mirada (Prov. 20, 8). Y porque todo vicio angosta, pero toda virtud dilata el ánimo, después de destruidos los vicios, rectamente se añade: ¿Acaso has considerado la latitud de la tierra? Pues si la virtud no dilatara el ánimo, de ningún modo Pablo diría a los corintios: Dilataos también vosotros, y no llevéis yugo con los infieles (2 Cor. 6, 13-14). Pero solícitamente debe contemplarse lo que se dice:.

CAPÍTULO XVII.

VERS. 18.---¿Has considerado la latitud de la tierra?

31. Los santos, mientras son oprimidos exteriormente por las angosturas, son dilatados interiormente.---Pues la latitud de los bienes interiores de ningún modo se comprende si no se considera cautamente. Pues la mayoría de las veces la penuria los humilla exteriormente, el tormento de la pena los angosta; pero, sin

embargo, entre estas cosas la fortaleza interior siempre se dilata hasta la esperanza de las cosas celestiales. Angostados habían sido los apóstoles exteriormente cuando sostenían los azotes; pero permanecían libres en gran latitud interiormente, los cuales habían convertido estos mismos azotes en gozo entre sí. Escrito está, en efecto: Iban los apóstoles gozosos de la presencia del concilio, porque fueron tenidos por dignos de padecer contumelia por el nombre de Jesús (Hech. 5, 41). Esta latitud había encontrado Pablo entre las angosturas, el cual decía: Pero quiero que sepáis, hermanos, que las cosas que me han sucedido han redundado más bien en provecho del Evangelio, de modo que mis prisiones se han hecho manifiestas en todo el pretorio (Fil. 1, 12-13). Esta latitud David la obtenía entre las angosturas, diciendo: En la tribulación me dilataste (Sal. 4, 1). Entonces, por tanto, esta tierra, esto es, la conciencia de los santos, se dilata cuando es oprimida exteriormente por las adversidades de este mundo. Pues cuando es repelida de la seguridad de la presente vida, es impulsada hacia sí en su interior, para que se tienda a la esperanza de las cosas supernas. Y cuando no se le permite vagar exteriormente, como revocada a su propio seno, se dilata. Pero nosotros vemos qué adversidades toleran los hombres buenos, pero no vemos interiormente cuánto se gozan. Conocemos la latitud de su mente considerándola ahora en las palabras, ahora en las obras, pero sin embargo ignoramos cuánta amplitud de la misma latitud haya en ellos. Oiga, pues, la sabiduría humana y

aprenda que es insipiente: ¿Acaso has considerado la latitud de la tierra? Como si dijera: como yo, que solo considero plenamente el gozo oculto de los justos rodeado de azotes, porque solo yo misericordiosamente lo formo. Or ciertamente por eso se pregunta al bienaventurado Job si ha considerado la latitud de la tierra, para que sea humillado por el ejemplo de la latitud ajena. Como si se le dijera abiertamente: Considera a aquellos a quienes los innumerables males de la vida presente no pueden angostar, y cesa de gloriarte sobre el estado de tu corazón entre los azotes. Sigue:.

CAPÍTULO XVII

[Vet. et Rec. IX].

VERS. 18-20.---Indícame, si lo conoces todo, ¿en qué camino habita la luz, y cuál es el lugar de las tinieblas, para que lleves cada cosa a sus términos, y entiendas las sendas de su casa?

32. Por la luz se designa la justicia, por las tinieblas la iniquidad. Quiénes han de perseverar en la justicia, o morirán en el pecado, se nos oculta. Al bienaventurado Job se le discute con una grave cuestión, para que se le pregunte tanto por el camino de la luz como por el lugar de las tinieblas; para que lleve cada cosa a sus términos y entienda las sendas de su casa. Pues, ¿qué se recibe con el nombre de luz sino la justicia? ¿y qué se designa por las tinieblas sino la iniquidad? De donde se dice a algunos convertidos de la maldad de los pecados: Erais en otro tiempo tinieblas, mas ahora luz en el Señor (Ef. 5, 8). Y de algunos

que permanecen en el pecado se menciona: Los que duermen, de noche duermen (1 Tes. 5, 7). Se dice, pues, al bienaventurado Job: Indícame, si lo conoces todo, ¿en qué camino habita la luz, y cuál es el lugar de las tinieblas? Como si se le dijera: Si sospechas que tienes pleno conocimiento, dime o en qué corazón vendrá aquella inocencia que ahora falta, o en qué corazón perseverará aquella malicia que ahora está. En qué camino habita la luz, esto es, la mente de quién llenará la justicia al venir: Y cuál es el lugar de las tinieblas, esto es, en quién perdurará la ciega iniquidad: Para que lleves cada cosa a sus términos, esto es, para que juzgues si aquel que ahora se ve inicuo, terminará su vida en la iniquidad; o si aquel que se ve justo concluirá el extremo de su vida con la perfección de la justicia: Y entiendas las sendas de su casa, esto es, consideres y disciernas, o a quién una buena acción perseverante le proporcionará una mansión eterna en el reino, o a quién una acción depravada, constriñéndolo hasta su término, lo condenará al suplicio eterno. Pues la casa se pone por la mansión, la senda por la acción. La senda, por tanto, conduce a la casa, porque la acción arrastra hacia la mansión. Pero, ¿quién de los hombres, al ser discutido, diría estas cosas? ¿quién al menos oiría estas cosas sin terror? Pues vemos a muchos cada día que resplandecen con la luz de la justicia y, sin embargo, en su fin son entenebrecidos por la oscuridad de la maldad; y vemos a muchos envueltos en las tinieblas de los pecados y, sin embargo, cerca del término de su vida son repentinamente devueltos libres a la luz

de la justicia. También conocimos a muchos que, habiendo encontrado una vez el camino de la justicia, lo mantuvieron de forma irreprochable hasta la muerte, y vimos a muchísimos que hasta la salida acumularon sin cesar los crímenes una vez comenzados.

33. Las nubes de los juicios de Dios son impenetrables a los rayos de nuestra mente.---Pero, ¿quién podrá enviar el rayo de su mente entre estas nubes de juicios ocultos, para discernir con alguna consideración quién perdura en el mal, o quién persevera en el bien, o quién se convierte de lo más bajo a lo más alto, o quién vuelve de lo más alto a lo más bajo? Estas cosas están ocultas a los sentidos de los hombres, y nada se conoce sobre el fin de nadie, porque el abismo de los juicios divinos no es penetrado de ningún modo por el ojo de la mente humana. Pues vemos que aquella gentilidad adversa a Dios ha sido inundada por la luz de la justicia, y Judea, antes amada, está cegada por la noche de la perfidia. Sabemos también que el ladrón pasó del patíbulo al reino (Lc. 23, 43), y que Judas, de la gloria del apostolado, cayó al tártaro (Mt. 27, 5). Y de nuevo, porque a veces las suertes que han comenzado no cambian, conocimos a otro ladrón que llegó al suplicio, y sabemos que los apóstoles recibieron el reino que habían deseado. ¿Quién, pues, discutirá en qué camino habita la luz, y cuál es el lugar de las tinieblas, para que lleve cada cosa a sus términos y entienda las sendas de su casa? Veo a Pablo llamado de aquella saña de persecución a la gracia del apostolado (Hech. 9, 1 ss.), y sin em-

bargo así teme entre los juicios ocultos, que teme ser reprobado incluso después de haber sido llamado. Pues dice: *Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, no sea que predicando a otros, yo mismo sea reprobado* (1 Cor. 9, 27). Y de nuevo: Yo no considero haberlo alcanzado; pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, sigo hacia la meta, hacia el premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús. Sigo, sin embargo, por si alcanzo aquello para lo que también fui alcanzado (Fil. 3, 13). Y ciertamente ya se había dicho de él por voz dominica: Vaso de elección es para mí (Hech. 9, 15); y sin embargo, todavía castigando su cuerpo, teme ser reprobado.

34. Que el temor más bien que la seguridad acompañe nuestra esperanza. Ay incluso de la vida loable, si se juzga apartada la piedad.---¡Ay de nosotros, miserables!, que aún no hemos conocido ninguna voz de Dios sobre nuestra elección, y ya nos entorpecemos en el ocio como por seguridad. Debe ciertamente, debe haber no solo seguridad en la esperanza, sino también temor en la conducta, para que aquella fomente a los que luchan, y este aguijonee a los que se entorpecen. Por lo cual rectamente se dice por el profeta: *Los que teméis al Señor, esperad en el Señor* (Sal. 113, 11). Como si dijera abiertamente: En vano presume de esperanza el que rehúsa temer a Dios en sus obras. Pero, ¿por qué se le pregunta al bienaventurado Job sobre una cuestión tan poderosa, que es totalmente ignorada por los hombres, para que comprenda el término de los justos y de los

inicuos, sino para que, no pudiendo conocer el fin de los otros, recurra al suyo, porque así como no conoce el de los otros, así tampoco conoce el suyo, y desconociéndolo tema, temiendo se humille, humillado ya no deba enorgullecerse de sus obras, y no siendo elado persista en el alcázar de la gracia? Dígasele, pues: *Indícame, si tienes inteligencia, ¿en qué camino habita la luz, y cuál es el lugar de las tinieblas; para que lleves cada cosa a sus términos?* Como si se dijera: Así como no sabes quiénes se convertirán de lo malo a lo bueno, o quiénes vuelvan de lo bueno a lo malo, así tampoco entiendes de ti mismo qué se hace según lo exigen tus méritos. Y así como de ningún modo comprendes lo ajeno, así tampoco puedes preconocer tu propio término. Pues ya sabes cuánto has progresado, pero qué siento yo todavía de ti en lo oculto no lo sabes. Ya consideras los actos de tu justicia, pero cuán estrictamente se pesan ante mí lo ignoras. ¡Ay incluso de la loable vida de los hombres, si se juzga apartada la piedad!, porque discutida estrictamente, se ve abrumada ante los ojos del juez por aquello mismo por lo que sospecha agradar. Por lo cual rectamente se dice a Dios por el Profeta: *No entres en juicio con tu siervo, porque no se justificará en tu presencia ningún viviente* (Sal. 142, 2). Por lo cual bien se dice por Salomón: *Hay justos y sabios, y sus obras están en la mano de Dios, y sin embargo el hombre no sabe si es digno de amor o de odio, sino que todas las cosas se guardan inciertas para el futuro* (Ecl. 9, 1). De aquí de nuevo se dice por el mismo Salomón: *¿Quién de los

hombres podrá entender su camino?* (Prov. 20, 24). Y sin duda el que hace cosas buenas o malas se conoce por el testimonio de la conciencia. Pero por eso se dice que su camino es ignorado por los hombres, porque aunque cada uno entienda que realiza obras rectas, sin embargo, bajo un examen estricto, hacia dónde tiende, lo ignora.

Por lo tanto, después de que lo aterró con esta consideración de su fin, vuelve a examinar su exordio; y para que no se queje de por qué no conoce su fin, se le recuerda también que tampoco entiende por qué inicio llegó aquí. Pues sigue:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 21.---¿Sabías entonces que habías de nacer, y conocías el número de tus días?

35. Ningún hombre conoce su inicio o su fin.---Como si dijera abiertamente: ¿Qué maravilla es si no entiendes tu término, tú que ni siquiera comprendes tu inicio? Y tú, que ignoras por qué inicio viniste aquí, ¿qué maravilla es si no sabes con qué fin serás retirado? Si, pues, fue mío producirte mediante un inicio de lo oculto a lo manifiesto, mío será también recordarte de lo manifiesto a lo oculto. ¿Por qué te quejas de algo sobre la dispensación de tu vida, tú que te mantienes sin saberlo en la mano del Artífice? Por tanto, tanto más no debes enorgullecerse en lo que haces, cuanto que, encerrado dentro del seno de la eternidad, ni reconoces con qué orden viniste aquí, ni cuándo o cómo serás sacado de aquí.

36. Cristo es exceptuado de esta ley.---Estas cosas, sin embargo, pueden entenderse también

de otro modo: *¿Sabías entonces que habías de nacer, y conocías el número de tus días?* Se subentiende "como yo", que supe que habría de nacer, porque incluso antes del nacimiento de la humanidad siempre viví sustancialmente en la divinidad. Pues los hombres comienzan a ser entonces, cuando nacen en el vientre de sus madres. Pues la misma concepción también se llama nacimiento, según aquello que está escrito: *Lo que en ella ha nacido, del Espíritu Santo es* (Mt. 1, 20). Y por eso no saben que han de nacer, porque no existen antes de ser creados. Pero Dios, que siempre existió sin inicio, conoció de antemano sobre sí esto que tomó inicio en el útero de la Virgen; y porque lo conoció de antemano, lo dispuso; porque lo dispuso, nada ciertamente toleró en la forma humana sin su voluntad. Convénzase, pues, el hombre de por qué se queja de sus azotes, él que no pudo preconocer su nacimiento, si aquel mismo que dispuso su nacimiento conociéndolo de antemano se preparó para los azotes entre los hombres. Sigue:

CAPÍTULO XX

[Rec. XI].

VERS. 22, 23.---¿Acaso has entrado en los tesoros de la nieve, o has visto los tesoros del granizo, que he preparado para el tiempo del enemigo, para el día de la lucha y de la guerra?

37. Los impíos son reservados para la prueba de los justos.---¿Qué otra cosa ha de entenderse por nieve o granizo, sino los corazones fríos y

duros de los perversos? Pues así como la caridad suele ser designada en el sagrado elocuio por el calor, así la malicia por el frío. Pues está escrito: *Como una cisterna hace fría su agua, así la malicia hace fría su alma* (Jer. 6, 7). Y de nuevo: *Abundará la iniquidad, y se enfriará la caridad de muchos* (Mt. 24, 12). En el frío, pues, de la nieve, o en la dureza del granizo, ¿qué puede aceptarse más aptamente que la vida de los malvados, que se enfría por el torpor y golpea por la malicia de su dureza? Cuya vida, sin embargo, el Señor tolera, porque los reserva para la prueba de sus justos. Por lo cual también añadió rectamente: *Que he preparado para el tiempo del enemigo, para el día de la lucha y de la guerra.* Para que cuando nuestro adversario el diablo intente tentarnos, use las costumbres de ellos como armas propias contra nosotros. Pues a través de ellos, ensañándose, nos tortura, pero, sin saberlo, nos purifica. Pues se convierten en azotes para nuestros pecados, por cuya vida, mientras somos golpeados, somos librados de la muerte eterna. De donde resulta que incluso la vida perdida de los réprobos aprovecha a la vida de los electos, y mientras la perdición de aquellos sirve a nuestra utilidad, se hace por una maravillosa dispensación que no perezca para los electos de Dios todo lo que perece.

[Vet. XI.] 38. Algunos de entre ellos son electos, y llamados a las cosas más grandes.---Esto también puede entenderse de otro modo, para que, pareciendo anexo a las palabras precedentes, no difiera de la exposición del verso superior. Pues

porque había indicado que o los buenos pueden convertirse al mal, o los malos al bien, añadió enseguida a continuación: *¿Acaso has entrado en los tesoros de la nieve, o has visto los tesoros del granizo, que he preparado para el tiempo del enemigo, para el día de la lucha y de la guerra? * En la nieve o el granizo, como se ha dicho, aceptamos los corazones fríos o duros de los perversos. Pero porque el Dios omnipotente eligió a sus santos de entre tales, y sabe cuántos electos tiene todavía depositados entre la vida de los perversos, aptamente afirma tener tesoros en la nieve o en el granizo. Pues tesoro se nombra de *thesis*, esto es, de la posición. Y mira a muchísimos que yacen ocultos largo tiempo en una vida fría, a los cuales produce al medio cuando manda, y los muestra blancos con el brillo de la justicia por la gracia soberana. Pues está escrito: *Me lavarás, y seré blanqueado más que la nieve* (Sal. 50, 9). A los cuales cubre largo tiempo dentro del seno de su presciencia, preparados para el día de la guerra y de la lucha; pero cuando de repente los saca, golpea los pechos resistentes de los adversarios con las palabras y refutaciones de ellos como con granizos. De donde en otro lugar está escrito: *Ante el resplandor en su presencia pasaron las nubes, granizo y carbones de fuego* (Sal. 17, 13). Pues ante el resplandor pasan las nubes, porque los santos predicadores recorren todos los espacios del mundo con la claridad de los milagros. Los cuales también fueron llamados granizo y carbones de fuego, porque golpean por la corrección e inflaman por la llama de la cari-

dad. También la libre increpación de los santos se expresa convenientemente por la naturaleza del granizo. Pues el granizo al venir golpea, licuado riega. Los varones santos tanto golpean los corazones de los oyentes aterrándolos, como los infunden halagándolos. Pues de qué modo golpean lo atestigua el Profeta, diciendo: *Dirán la virtud de tus cosas terribles, y narrarán tu magnitud* (Sal. 144, 6). Y de qué modo halagando riegan añadió a continuación: *Eructarán la memoria de la abundancia de tu suavidad, y de tu justicia se regocijarán* (Ibid., 7). En la nieve, pues, o en el granizo se tienen tesoros, porque muchísimos, fríos por el torpor de la iniquidad, asumidos a la gracia soberana, brillan con la luz de la justicia en la santa Iglesia, y baten la depravada ciencia de los adversarios con los golpes de su doctrina. Por lo cual también aptamente se añade: *Que he preparado para el tiempo del enemigo, para el día de la lucha y de la guerra.* Pues nieve o granizo había sido Saulo por su fría insensibilidad; pero se convirtió en nieve y granizo contra los pechos de los adversarios, o por la blancura de la justicia, o por la corrección de su elocuio estricto. ¡Oh qué tesoro tuvo en esta nieve y granizo, cuando el Señor ya entonces veía latente a este, puesto entre la vida de los perversos, como su electo! ¡Oh contra cuántos pechos de adversarios tomó este granizo en su mano, por el cual postró a tantos corazones que se le resistían!

39. Nadie se enorgullezca, nadie desespere.--- Nadie, pues, se enorgullezca de sus obras, nadie desespere de aquellos a quienes todavía ve fríos,

porque no ve los tesoros de Dios en la nieve y en el granizo. Pues, ¿quién creería que precedería por la gracia del apostolado a Esteban lapidado, aquel que en su muerte guardó los vestidos de todos los lapidadores (Hech. 7, 57)? Si, pues, recurrimos a estos dones o juicios ocultos, no desesperando de nadie en absoluto, ni nos preferimos en nuestro corazón a aquellos a quienes temporalmente estamos antepuestos, porque aunque ya vemos cuánto los hemos precedido, no sabemos cuánto seremos precedidos cuando ellos comiencen a correr. Bien, pues, se dice al bienaventurado Job: *¿Acaso has entrado en los tesoros de la nieve, o has visto los tesoros del granizo, que he preparado para el tiempo del enemigo, para el día de la lucha y de la guerra?* Como si se dijera abiertamente: A nadie te prefieras por tus obras, porque de estos que contemplas todavía fríos por la culpa, ignoras cuántos operarios de la justicia y defensores de la recta fe he de hacer. Lo cual, porque se realiza por el advenimiento del Mediador, rectamente se añade:

CAPÍTULO XXI

[Rec. XII].

VERS. 24.---¿Por qué camino se esparce la luz?

40. Por el advenimiento del Mediador la luz fue esparcida.---Él mismo es el camino, que dice: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn. 14, 6). Por este camino, pues, se esparce la luz, porque por su presencia toda la gentilidad es ilustrada. *Se esparce*, sin embargo, dijo convenientemen-

te, porque por las voces de los apóstoles, no angustiada ni coartada, sino brillando ampliamente, emitió la luz de la predicación. Porque, en verdad, recibida la luz de la conversión, arde intrínsecamente la fuerza del amor, para que o los males pasados sean llorados ansiosamente, o los bienes futuros sean buscados ardientemente, competentemente se añade:

CAPÍTULO XXII.

IBID.---Se divide el calor sobre la tierra.

41. De esta luz flamea el ardor de la caridad y el calor de la persecución.---Esparcida, pues, la luz, el calor sobre la tierra se divide, porque, predicada abiertamente la justicia, la ansiedad del corazón para buscar a Dios se dilata en el ejercicio de las virtudes, de modo que este brille en el sermón de la sabiduría, aquel en el sermón de la ciencia; este convalezca en la gracia de las curaciones, aquel en la operación de las virtudes; y mientras cada uno recibe los dones del Espíritu Santo desigualmente, todos, unidos unánimemente, necesariamente se encienden (1 Cor. 12, 8). [Vet. XIII.] Pero después de que se dice que se esparce la luz, puede entenderse convenientemente que por el calor se designa la persecución, porque en cuanto se aclaró la luz de la predicación, pronto de los corazones de los pérfidos ardió el ardor de la persecución. Pues que por el calor se expresa la persecución, el sermón dominical lo atestigua, de las semillas arrojadas sobre tierra pedregosa diciendo: *Salió el sol, se quemaron todas, y porque no tenían raíz, se secaron* (Mt. 13, 6). Lo cual,

cuando lo expuso poco después, llamó al calor persecución. Esparcida, pues, la luz, el calor sobre la tierra fue dividido, porque al aclararse la vida de los fieles, se encendió la crueldad de los pérfidos. Pues dividido estaba el calor cuando ahora en Jerusalén, ahora en Damasco, ahora en otras regiones lejanas la persecución se ensañaba. Pues está escrito: *Se hizo en aquel día una gran persecución en la Iglesia que estaba en Jerusalén, y todos fueron dispersados por la región de Judea y Samaria* (Hech. 8, 1). Y de nuevo está escrito: *Saulo, respirando todavía amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, fue al príncipe de los sacerdotes y le pidió cartas para Damasco a las sinagogas, para que si encontraba a algunos hombres y mujeres de esta vida, los llevara atados a Jerusalén* (Hech. 9, 1 ss.). Porque, por tanto, ahora aquí, ahora allí la persecución había crecido, aquellos que habían reconocido la luz de la verdad anhelaban como bajo el ardor de un calor dividido.

42. La luz es la justicia, que no se esparce sino sucesivamente.---Pero porque hemos oído al bienaventurado Job interrogado sobre juicios ocultos en las palabras superiores, es oportuno que escudriñemos más sutilmente esto que se ha dicho sobre la luz esparcida o el calor dividido. Pues todavía se le discute con una alta interrogación, para que al menos porque no sabe sea enseñado, y se le diga: *¿Por qué camino se esparce la luz, se divide el calor sobre la tierra?* Pues, ¿qué se designa con el nombre de luz sino la justicia? De la cual está escrito: *El pueblo que se sentaba

en tinieblas vio una gran luz* (Is. 9, 2). Pero todo lo que se esparce no se lanza de forma continua, sino bajo una cierta intermisión. Y por esto se dice que la luz se esparce, porque aunque ya percibimos algunas cosas como son, sin embargo algunas cosas no las vemos como han de ser vistas. Pues la luz esparcida había poseído el corazón de Pedro, que había brillado con tanto fulgor de fe y de milagros, y sin embargo, cuando imponía el peso de la circuncisión a los gentiles convertidos, no sabía qué decía de recto. La luz, por tanto, se esparce en esta vida, porque para la inteligencia de toda cosa no se tiene de forma continua. Pues mientras comprendemos una cosa como es e ignoramos otra, tanto vemos en parte por la luz esparcida, como permanecemos en parte en la oscuridad. Entonces, en verdad, la luz ya no será para nosotros esparcida, cuando nuestra mente, arrebatada totalmente hacia Dios, resplandezca.

43. De qué modos se insinúa en el corazón humano, lo ignoramos.---Y porque se ignora de qué modos esta misma luz se insinúa en el corazón humano, rectamente se dice en la interrogación: *¿Por qué camino se esparce la luz?* Como si se dijera abiertamente: Di con qué orden infundo mi justicia en los senos ocultos de los corazones, cuando ni por el acceso parezco venir, y sin embargo cambio invisiblemente las obras visibles de los hombres, cuando irradio una misma mente ahora con esta virtud, ahora con aquella, y sin embargo permito que, por la luz esparcida, todavía permanezca en alguna parte en las tinieblas de la tentación. Pregúntese al hombre que ignora

por qué camino se esparce la luz, como si se dijera patentemente: Mientras ablando los corazones duros, mientras inclino los rígidos, mientras mitigo los ásperos, mientras enciendo los fríos, mientras robustezco los débiles, mientras estabilizo los vagos, mientras confirmo los vacilantes, contempla, si puedes, por qué conductos los ilustro viniendo incorpóreamente. Pues todas estas cosas vemos que se hacen, pero cómo se efectúan intrínsecamente, lo ignoramos. Que este camino de la luz es para nosotros invisible, la Verdad lo muestra en el Evangelio, diciendo: *El Espíritu sopla donde quiere; y oyes su voz, y no sabes de dónde viene ni a dónde va* (Jn. 3, 8).

[Vet. XIV.] 44. Al crecer esta luz, las tentaciones crecen.---Pero porque cuando se esparce la luz pronto del oculto adversario contra la mente resplandeciente crecen las tentaciones, rectamente se añade: *Se divide el calor sobre la tierra.* Pues el enemigo astuto se esfuerza por inflamar con deseos ilícitos las mentes de aquellos a quienes ve brillar con la luz de la justicia, de modo que la mayoría de las veces se sientan más urgidos por las tentaciones que entonces cuando no veían los rayos de la luz interna. Por lo cual también los israelitas, después de ser llamados, se quejan contra Moisés y Aarón por el trabajo creciente, diciendo: *Vea el Señor y juzgue, porque habéis hecho heder nuestro olor ante Faraón y sus siervos, y le habéis dado una espada para que nos matara* (Éx. 5, 21). Pues a los que querían partir de Egipto, Faraón les había quitado la paja y, sin embargo, exigía obras de la

misma medida. Como si contra la ley murmurara la mente, tras cuyo conocimiento porta aguijones de tentaciones más agudos; y cuando ve que los trabajos crecen para sí en aquello que disgusta al adversario, se duele como si hediera a los ojos de Faraón. Tras la luz, pues, sigue el calor, porque tras la iluminación del don divino se aumenta la lucha de la tentación.

45. Según la índole de cada uno el enemigo nos solicita al mal.---Pero rectamente también se dice que se divide el calor, porque sin duda no cada uno es fatigado por todos los vicios, sino por algunos vecinos y puestos al lado. Pues primero el antiguo adversario percibe la complexión de cada uno, y entonces aplica los lazos de la tentación. Pues uno es de costumbres alegres, otro tristes, otro temerosos, otro elados. Por donde, pues, el adversario oculto pueda captar fácilmente, prepara engaños cercanos a las complexiones. Porque, en efecto, el placer de la alegría está cerca, propone la lujuria a las costumbres alegres. Y porque la tristeza cae fácilmente en la ira, ofrece el cáliz de la discordia a los tristes. Porque los temerosos temen los suplicios, intenta terrores a los pavidos. Y porque ve que los elados se enorgullecen con las alabanzas, los atrae a lo que quiere con halagos blandos. Acecha, pues, a cada uno de los hombres con los vicios convenientes. Ni capturaría fácilmente si propusiera o premios a los lujuriosos, o prostitutas a los avaros; si pulsara a los voraces sobre la gloria de la abstinencia, o a los abstinentes sobre la debilidad de la gula; si buscara captar a los mansos por el afán de la lucha

o a los iracundos por el pavor del miedo. Porque, por tanto, en el ardor de la tentación acechando astutamente a cada uno esconde lazos cercanos a sus costumbres, rectamente se dice: *Se divide el calor sobre la tierra.*

46. Dios modera las tentaciones, para que no sean ni muchas ni excesivas.---Pero cuando se antepone: *¿Por qué camino se esparce la luz?* Y enseguida se añade: *Se divide el calor sobre la tierra.* Sin duda, por el mismo camino por el que se esparce la luz se indica también que se divide el calor. Pues la alta e incomprensible gracia del Espíritu Santo, cuando irradia nuestras mentes con su luz, también modifica las tentaciones del adversario dispensándolas, para que no vengan muchas a la vez, o que solo aquellas que puedan ser soportadas toquen el alma ya ilustrada por Dios, para que cuando nos atormenten con el ardor de su tacto, no nos abrasen con el incendio de la perfección; como atestigua Pablo que dice: *Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados sobre lo que podéis, sino que dará con la tentación también la salida, para que podáis soportarla* (1 Cor. 10, 13). Este calor, pues, de un modo lo divide el astuto suplantador, y de otro el misericordioso Creador. Aquel divide para matar más rápido a través de él, este para hacerlo tolerable. Y porque cuando somos fatigados por la tentación, no solo somos instruidos por el espíritu interno de Dios, sino que también somos ayudados por las palabras exteriores de los que predican, rectamente tras el calor dividido se añade:

CAPÍTULO XXIII.

[Vet. XV, Rec. XIII].

VERS. 25.---¿Quién dio curso a la lluvia valentísima?

47. Al crecer la persecución, creció el ardor de los apóstoles y de los santos predicadores. La predicación, cesando la gracia, no pasa al corazón.---Si de hecho, como dijimos arriba (Núm. 41), bajo el nombre de "calor dividido" se designa aquella persecución en las regiones de Judea, porque la misma aspereza de la persecución no contuvo a los santos predicadores, ayudados por el don celestial, del ministerio de su predicación por ningún temor, añade aptamente: *¿Quién dio curso a la lluvia valentísima?* Como si dijera: "sino Yo". Pues haber dado curso a la lluvia valentísima cuando el calor estaba dividido, es haber fortalecido el ímpetu de la predicación entre las mismas angustias de la persecución, para que tanto más creciera la virtud de los predicadores cuanto más se opusiera la crueldad de los perseguidores, a fin de que infundieran en los corazones áridos de los oyentes las gotas de la lluvia, e irrigaran más abundantemente la sequedad de la perfidia, para que aunque contra ellos se encendiera el calor de la crueldad, a través de ellos, sin embargo, la voz de la gracia no callara. Pablo toleraba e irrigaba este calor de la persecución, cuando decía: *Trabajo hasta las prisiones, como malhechor, pero la palabra de Dios no está atada* (2 Tim. 2, 9). De esta lluvia se dice en otro lugar: *Mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella lluvia* (Isai. 5,

6). De este curso de la lluvia que se realiza en los corazones de los elegidos, el Salmista da testimonio, diciendo: *Velozmente corre su palabra* (Sal. 147, 15). Frecuentemente, de hecho, hay lluvia y no tiene curso, porque la predicación llega a los oídos, pero, cesando la gracia interna, no pasa a los corazones de los oyentes. De las palabras de esta predicación se dice por causa de los elegidos: *Pues tus saetas pasaron de parte a parte* (Sal. 76, 19). Pues las saetas de Dios pasan de parte a parte cuando las palabras de su predicación descienden de los oídos a los corazones. Porque esto se hace solo por el don divino, el Señor atestigua que Él ha dado curso a la lluvia.

48. Eficacia de la palabra divina que persuade a dejarlo todo, a tolerarlo todo. Pero veo que debe notarse que a esa misma lluvia no la llama "vehemente", sino "valentísima". Una lluvia vehemente es una fuerza grande, pero una lluvia valentísima es una fuerza inmensa de predicación. Pues era lluvia vehemente cuando los santos predicadores persuadían a creer en los goces eternos. Pero lluvia valentísima, cuando por causa de la esperanza amonestaban a que se abandonara todo, que se despreciaran todas las cosas visibles por las invisibles, y que por los goces escuchados se toleraran las penas y tormentos del presente siglo. Pero cuando, conocida la fe, ardiendo el calor de la persecución, tantos elegidos dejaron lo poseído, se olvidaron del afecto carnal, y por el gozo del espíritu entregaron sus miembros a los tormentos, ¿qué otra cosa hizo el Señor, sino dar curso incluso a la lluvia valentísima, que hasta el

cumplimiento de los más altos preceptos irrigó por las palabras del cuerpo las partes invisibles del corazón? Donde también se añade aptamente:

CAPÍTULO XXIV

[Vet. XVI].

IBID.---Y camino al trueno sonante.

49. Se dice que el trueno es semejante a esto. Solo Dios abre los corazones por la gracia. ¿Pues qué se entiende por el trueno, sino la predicación del terror celestial? Mientras los corazones humanos perciben este terror, se conmueven. A veces, de hecho, en el trueno se figura el mismo Señor encarnado, quien por la conveniente profecía de los antiguos padres fue llevado a nuestro conocimiento como por el choque de las nubes. Quien apareciendo visiblemente entre nosotros, hizo sonar terriblemente las cosas que estaban sobre nosotros. Por lo cual también los mismos santos apóstoles, engendrados de su gracia, fueron llamados *Boanerges*, esto es, "hijos del trueno" (Mar. 3, 17). A veces, sin embargo, como se ha dicho, el trueno se entiende como su misma predicación, a través de la cual se escucha el terror de los juicios celestiales. Pero porque cualquier predicador puede dar palabras a los oídos, pero no puede abrir los corazones; y a menos que a través de la gracia interna el solo Dios omnipotente proporcione invisiblemente el acceso a las palabras de los que predican a los corazones de los oyentes, en vano se percibe por el oído del

oyente la predicación, a la cual se le prohíbe llegar a lo íntimo por el corazón sordo, el Señor afirma que Él da "camino al trueno sonante", quien cuando otorga las palabras de la predicación, compunge los corazones por el terror. Este camino el egregio predicador Pablo, mientras hacía sonar terriblemente los misterios celestiales, viendo que no podía tenerlo por sí mismo, amonestaba a sus discípulos diciendo: *Orando juntamente también por nosotros, para que Dios nos abra puerta de la palabra, para hablar el misterio de Cristo* (Col. 4, 3). Aquel, pues, que hablaba misterios, pero pedía que por el Señor se abriera la puerta a esos mismos misterios en el corazón de los oyentes, tenía de hecho ya el trueno, pero buscaba que se le diera el camino desde lo alto. Juan había conocido que de ninguna manera podía él dar este camino, pues decía: *No tenéis necesidad de que nadie os enseñe, sino como su unción os enseña de todas las cosas* (1 Juan 2, 27). Este camino de nuevo Pablo indicaba quién lo daba, diciendo: *Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el incremento* (1 Cor. 3, 7). Recibido, pues, el camino, oigamos qué hacen esta lluvia y este trueno. Sigue:

CAPÍTULO XXV

[Rec. XIV].

VERS. 26.---Para que lloviera sobre la tierra sin hombre en el desierto, donde ninguno de los mortales mora.

50. La gentilidad es el desierto, rociado por la gracia celestial como por una lluvia. Llover sobre la tierra sin hombre en el desierto es predicar la palabra de Dios a la gentilidad. La cual, mientras no mantuvo ningún culto a la Divinidad, ni mostró en sí ninguna forma de buena obra, fue evidentemente un desierto. En la cual, porque no hubo legislador, y no hubo quien razonablemente buscara a Dios, fue como si no hubiera ningún hombre, y como si estuviera ocupada solo por las bestias, existió vacía de mortales. De esta tierra del desierto se dice en otro lugar: *Puso camino en el desierto* (Isai. 43, 19). De esta predicación concedida a la gentilidad da testimonio el Salmista, diciendo: *Puso ríos en el desierto* (Sal. 106, 33). [Vet. XVII.] Pero debe notarse que después de que el calor fue dividido sobre la tierra, la lluvia valentísima recibió su curso, para que lloviera en el desierto, porque después de que la aspereza de la persecución se hizo terrible en Judea, de modo que no solo no recibió la fe en absoluto, sino que incluso la impugnó con espadas, todo predicador enviado a Israel se desvió para llamar a las naciones. Por lo cual los santos apóstoles dicen a los hebreos perseguidores a quienes abandonan: *A vosotros convenía hablaros primero la palabra de Dios; pero porque la rechazáis, y os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a los gentiles* (Hech. 13, 46). Dividido, pues, el calor, la tierra desierta y sin hombre es regada por la lluvia, porque dispersa la persecución de los fieles en las regiones de Judea, la gentilidad, abandonada desde hace tiempo y como ajena a la

infusión de la razón, es rociada con las gotas de la predicación. La cual gentilidad se muestra como si todavía fuera encontrada por los predicadores, cuando se añade:

VERS. 27.---Para llenar la invía y desolada. Pero qué devolvió una vez regada, se muestra cuando enseguida se añade:

CAPÍTULO XXVI.

IBID.---Y produjera hierbas verdes.

51. Antes invía a la profecía, se abrió a la gracia.---Pues la gentilidad fue antes invía, para la cual no estaba abierto el camino de Dios por la palabra. Pues al venir nuestro Redentor, recibió de tal modo la vocación de la gracia, que no hubo en ella antes el camino de la profecía. Rectamente también fue llamada "desolada", o bien por estar destituida de la razón del consejo, o del fruto de la buena obra. Dio, pues, el Señor curso a la lluvia valentísima, y camino al trueno sonante, para que lloviera en el desierto, y llenara la invía y desolada, y produjera hierbas verdes; esto es, otorgó la aspiración interna a la predicación externa, para que los corazones áridos de los gentiles reverdecieran, lo cerrado se abriera, lo vacío se llenara, lo infecundo germinara.

52. Germinó las obras y la doctrina de la vida eterna.---En la Sagrada Escritura, en efecto, a veces la "hierba" se entiende como el verdor de la gloria temporal, a veces como el refresco del diablo, a veces como el sustento de los predicadores, a veces como la buena operación, a veces como la ciencia y doctrina de la vida eterna.

Pues el verdor de la gloria temporal se entiende como dice el Profeta: *Por la mañana pase como hierba, por la mañana florezca y pase* (Sal. 89, 6). Pues florecer y pasar por la mañana como hierba es marchitarse velozmente el decoro de la gloria temporal en la prosperidad de este siglo. La "hierba" se entiende como refresco del diablo, como se dice de él por el Señor: *A este los montes le producen hierbas* (Job 40, 15). Como si dijera: los soberbios e hinchados, mientras se exaltan en pensamientos y acciones ilícitas, lo alimentan con sus iniquidades. La "hierba" se demuestra como sustento de los predicadores, cuando se dice: *Produce en los montes heno, y hierba para el servicio de los hombres* (Sal. 146, 8). Pues en los montes se produce el heno y la hierba para el servicio de los hombres, cuando los sublimes de este siglo, llamados al conocimiento de la fe, otorgan alimentos transitorios a los santos predicadores en el camino de esta vida. La "hierba" se pone por la buena operación, como está escrito: *Germine la tierra hierba verde* (Gén. 1, 11). Lo cual, aunque sostenemos que se hizo así históricamente en la condición del mundo, aceptamos sin inconveniente que la tierra figuró a la Iglesia, la cual en aquello germinó la hierba verde, en cuanto que ante la palabra de Dios produjo fecundas obras de misericordia. A veces entendemos por "hierba" la ciencia y doctrina de la eterna lozanía, como se dice por Jeremías: *Los onagros estuvieron en las rocas, atrajeron los vientos como dragones, desfallecieron sus ojos porque no había hierba* (Jer. 14, 6). Con cuyo dicho fue profetizada la so-

berbia y malvada persecución de los judíos. Ellos mismos, de hecho, fueron llamados "onagros" por la elación de la mente, y "dragones" por el pensamiento virulento. Los cuales "estuvieron en las rocas", porque no confiaron en Dios, sino en las supremas potestades de este mundo, diciendo: *No tenemos más rey que al César* (Juan 19, 15). "Atrajeron los vientos como dragones", porque hinchados por el espíritu de elación se inflaron con soberbia maliciosa. "Desfallecieron sus ojos", porque evidentemente su esperanza cayó de aquello a lo que aspiraba. La cual, amando lo temporal, descuidó esperar lo eterno, y por tanto perdió lo terreno porque lo antepuso a Dios. Dijeron, en efecto: *Si lo dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos y quitarán nuestro lugar y nuestra nación* (Juan 11, 48). Temieron perder su lugar si no mataban al Señor, y sin embargo, habiéndolo matado, lo perdieron. Pero por qué sucedieron estas cosas a los miserables, lo añade: *Porque no había hierba;* esto es, porque a sus corazones les faltó la ciencia de la eternidad, y con ningún alimento de lozanía de la doctrina interna los refrescó. En este lugar, pues, ¿qué otra cosa entendemos por "hierbas verdes" sino la ciencia de la santa doctrina o las operaciones congruentes? La tierra desierta, pues, es regada, para que de ella se produzcan hierbas verdes, porque cuando la gentilidad percibió la lluvia de la santa predicación, germinó tanto las obras de la vida como la hierba de la doctrina. Esta lozanía se promete a la tierra desierta por la voz profética, cuando se dice: *En los cubiles en los que antes

habitaban los dragones, nacerá el verdor de la caña y del junco* (Isai. 35, 7). ¿Pues qué se designa por la "caña" (*calamus*) sino los predicadores, y qué por el "junco" (*juncus*), que siempre nace junto a la humedad del agua, sino los pequeños y tiernos oyentes de la sagrada elocuencia? En los cubiles de los dragones, pues, nace el verdor de la caña y del junco, porque en aquellos pueblos que poseía la malicia del antiguo enemigo, se congrega tanto la ciencia de los doctores como la obediencia de los oyentes.

[Vet. XIX.] 53. Los corazones de cada uno son como un desierto, antes de que sean fecundados por la lluvia de la gracia.---Si inspeccionamos hábilmente estas cosas que se han dicho generalmente sobre la gentilidad, vemos que se realizan en cada uno dentro del seno de la santa Iglesia. Pues hay muchos muy insensibles a las palabras de Dios, que aunque son contados con el nombre de la fe y oyen con sus oídos las palabras de vida, de ningún modo permiten que estas pasen hasta lo íntimo del corazón. ¿Qué son estos sino una tierra desierta? La cual tierra, evidentemente, no tiene hombre, porque su mente carece del sentido de la razón. Y ningún mortal habita en esta tierra, porque aunque alguna vez lleguen a su conciencia pensamientos de sentidos racionales, no persisten. Pues los deseos depravados encuentran asiento en sus corazones, pero los rectos, si alguna vez llegan, se escurren como si fueran repelidos. Pero cuando el Dios misericordioso se digna dar curso a su lluvia y camino al trueno sonante, los compungidos por la gracia interna

abren los oídos del corazón a las palabras de vida. Y se llena la tierra invía, porque mientras presta oído a la palabra, se colma con el misterio. Y produce hierbas verdes, porque infundida por la gracia de la compunción, no sólo recibe de buena gana las palabras de la predicación, sino que también las devuelve con abundancia, de modo que lo que no podía oír ya desea hablarlo; y lo que por no oír también se había secado intrínsecamente, ya hablando lo que es santo alimente con su lozanía a cualesquiera hambrientos. De donde bien se dice por el profeta: *Enviarás tu espíritu y serán creados, y renovarás la faz de la tierra* (Sal. 103, 30). Pues así, así se muda la faz de la tierra por la virtud de la renovación, mientras la mente, hace poco seca, es regada por la gracia que llega, y después de la aridez pristina, como si se hubieran producido hierbas, se viste con la lozanía de la ciencia. Cuya gracia de nuestro Creador se nos encomienda todavía más profundamente, cuando se añade:

CAPUT XXVII

[Vet. XX, Rec. XV]. VERS. 28.---¿Quién es el padre de la lluvia? ¿O quién engendró las gotas del rocío?

54. Esta lluvia voluntaria no se da por nuestros méritos. A veces gotea como rocío, a veces mana abundantemente como lluvia.---Como si dijera: Nadie sino yo, que rocío gratuitamente la tierra seca del corazón humano con las gotas de la ciencia. Pues de esta lluvia se dice en otro lugar: *Apartarás, oh Dios, una lluvia voluntaria para tu

heredad* (Sal. 67, 10). En efecto, el Señor aparta una lluvia voluntaria para su heredad, porque nos la otorga no por nuestros méritos, sino por el don de su benignidad. Y por ello en este lugar se le llama padre de la lluvia, porque la predicación celestial se engendra para nosotros no de nuestro mérito, sino de su gracia. Pues las gotas del rocío son los mismos santos predicadores, que infunden la gracia de la largueza suprema en los campos de nuestro pecho, que se secan entre los males de la vida presente, como entre las tinieblas de una noche seca. De estas gotas se dice a la rebelde Judea: *Por eso han sido prohibidas las gotas de las lluvias, y no hubo lluvia tardía* (Jer. 3, 3). Pues las gotas del rocío son las mismas que las gotas de las lluvias. Pues cuando por alguna dispensación templan la predicación, la rocían como rocío tierno. Pero cuando dicen aquellas cosas que sienten de lo supremo con la virtud por la que prevalecen, las derraman como lluvia que mana abundantemente. Rocío rociaba Pablo, cuando decía a los corintios: *Pues no juzgué saber nada entre vosotros, sino a Jesucristo, y a éste crucificado* (1 Cor. 2, 2). Y de nuevo manaba lluvia, diciendo: *Nuestra boca está abierta hacia vosotros, oh corintios, nuestro corazón se ha ensanchado* (2 Cor. 6, 11). De aquí es que Moisés, que sabía que habría de decir tanto cosas fuertes a los fuertes como tiernas a los débiles, decía: *Espérese como la lluvia mi elocuencia, y desciendan como el rocío mis palabras* (Deut. 32, 2).

Pero he aquí que hemos oído con qué don es llamada la gentilidad; oigamos ahora con qué severidad es rechazada Judea. Hemos oído cómo cultiva los desiertos e infunde lo que está seco; oigamos ahora cómo proyecta fuera aquellas cosas que parecen ser internas. Pues no recoge de tal modo a los electos que no juzgue también a los réprobos; ni de tal modo perdona las culpas en unos que no hiera también en otros. Pues está escrito: *Porque la misericordia y la ira proceden de él* (Eclo. 5, 7). De donde aquí también, después de que introdujo tantos dones de la gracia, tampoco escondió los juicios de su ira. Pues sigue:

CAPUT XXVIII

[Vet. XXI]. VERS. 29.---¿De qué útero salió el hielo? ¿Y la escarcha del cielo, quién la engendró?

55. Los judíos réprobos, como proyectados fuera del útero de la misericordia divina, aunque nacidos de los santos patriarcas.---¿Pues qué otra cosa entendemos por la escarcha o el hielo sino los corazones fríos de los judíos, estrechados por el torpor de la perfidia? Los cuales antaño, por la recepción de la ley, por la custodia de los mandamientos, por los ministerios del sacrificio, por los misterios de la profecía, eran tenidos dentro del seno de la gracia, como dentro del útero del Creador. Pero porque, al venir el Señor, estrechados por el frío de la perfidia, perdieron el fervor de la fe y de la caridad, fueron proyectados fuera del secreto seno de la gracia y, como hielo, salieron del útero del Creador: *¿Y la escarcha del

cielo, quién la engendró?* ¿Qué otra cosa debe entenderse aquí por cielo, sino la vida sublime de los santos? a cuyo cielo se dice: *Escucha, cielo, y hablaré* (Deut. 32, 1). Pues no hablaba a una criatura insensible, sino racional. De este cielo dice el Señor: *El cielo es mi solio* (Isai. 66, 1). De cuyo solio está escrito en otro lugar: *El alma del justo es el solio de la sabiduría.* Porque, pues, Dios es la sabiduría, si el solio de Dios es el cielo y el alma del justo es el solio de la sabiduría, ciertamente el alma del justo es el cielo. Cielo fue Abraham, cielo Isaac, cielo Jacob. Pero porque los pontífices de los judíos, perseguidores del Señor, fríos por el torpor de la perfidia, procedieron de la progenie de aquellos padres, salió como escarcha del cielo, porque de la sublime prole de los santos procedió el pueblo frío de los infieles. Pues cuando de Abraham nació Caifás, ¿qué otra cosa sino escarcha procedió del cielo? Cuya escarcha, sin embargo, dice el Señor haber engendrado él mismo por esto: porque a los judíos, a quienes él mismo creó buenos por naturaleza, por un justo juicio permitió que salieran de él fríos por la malicia de ellos. Pues el Señor es autor de la naturaleza, no de la culpa. Los engendró, pues, creándolos naturalmente, a quienes permitió vivir inicuamente tolerándolos pacientemente. Y porque aquellos corazones de los judíos, antaño tiernos y penetrables por la fe, se endurecieron después en la obstinación de la perfidia, rectamente se añade:

CAPUT XXIX.

VERS. 30.---En similitud de la piedra se endurecen las aguas.

56. De hijos de Abraham se convirtieron en piedras, por la dureza del corazón; y los gentiles, antes piedras, se convirtieron en hijos de Abraham.---Recuerdo haber enseñado ya muy a menudo que por las aguas se entiende a los pueblos. En la piedra, en efecto, por su misma dureza, se designan a veces los pueblos gentiles. Pues ellos mismos adoraron las piedras. Y de estos se dijo por el profeta: *Háganse semejantes a ellos los que los hacen, y todos los que confían en ellos* (Sal. 113, 8). De donde Juan, viendo que los judíos se jactaban de la estirpe de su generación, y previendo que los gentiles pasarían a la prole de Abraham por el conocimiento de la fe, dijo: *No queráis decir dentro de vosotros: Tenemos por padre a Abraham.* *Pues os digo que Dios es poderoso para suscitar de estas piedras hijos a Abraham* (Mat. 3, 9); llamando piedras, evidentemente, a los gentiles duros por la perfidia. Porque, pues, primero Judea creyó en Dios, permaneciendo toda la gentilidad en la obstinación de su perfidia, pero después los corazones de los gentiles se ablandaron para la fe, y se endureció la infidelidad de los judíos, bien se dijo: *En similitud de la piedra se endurecen las aguas.* Como si dijera: Aquellos corazones tiernos y penetrables por la fe de los judíos se convierten en la insensibilidad de los gentiles. Pues cuando el Dios misericordioso atrajo a las gentes, airado rechazó a Judea. Y se dio el caso de que así como antaño la gentilidad había estado endurecida para perci-

bir la fe, así después, habiendo recibido la fe la gentilidad, el pueblo de Judea se endureciera en el torpor de la perfidia. De donde el apóstol Pablo dice a esas mismas gentes: *Como también vosotros en otro tiempo no creísteis a Dios, pero ahora habéis alcanzado misericordia por la incredulidad de ellos; así también estos ahora no han creído en vuestra misericordia, para que ellos también alcancen misericordia.* *Pues Dios encerró todo en la incredulidad, para tener misericordia de todos* (Rom. 11, 32). Cuya sentencia suya, primero por cierto sobre la vocación de los judíos y el rechazo de las gentes, pero después sobre la vocación de las gentes y el rechazo de los judíos, pesándola sutilmente, y considerando que no podía comprender los ocultos juicios de Dios, añadió exclamando: *¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos!* (Ibíd., 33). De donde aquí también, cuando el Señor decía sobre la perfidia de los judíos: *En similitud de la piedra se endurecen las aguas,* para demostrar que sus juicios sobre el rechazo de ellos eran ocultos, aptamente añadió:

CAPUT XXX

[Vet. XXII]. IBID.---Y la superficie del abismo se constriñe.

57. Los juicios de Dios son un abismo profundo.---Porque, interpuesto un cierto velo de nuestra ignorancia, el ojo de la mente humana de ningún modo penetra la incomprensibilidad del

juicio divino. Pues está escrito: *Tus juicios son un abismo profundo* (Sal. 35, 7). Nadie, pues, apetezca escudriñar por qué, mientras uno es rechazado, otro es elegido; o por qué, mientras uno es elegido, otro es rechazado; porque la superficie del abismo se constriñe y, como atestigua Pablo: *Inescrutables son sus juicios e ininvestigables sus caminos* (Rom. 11, 33).

58. Lo dicho sobre la dureza y el rechazo de los judíos, puede entenderse de Satanás.---Por esto que se dijo: *¿De qué útero salió el hielo? ¿Y la escarcha del cielo, quién la engendró?* nada impide que Satanás sea entendido en el hielo y la escarcha. Pues él mismo salió como hielo del útero de Dios, porque, frío por el torpor de la malicia, salió del calor de sus secretos como maestro de la iniquidad. Él mismo fue engendrado como escarcha del cielo, porque, habiendo de estrechar los corazones de los réprobos, se le permitió caer de lo alto a lo profundo. El cual, habiendo sido bien creado en lo celestial, cuando cayó, estrechó las mentes de sus seguidores como escarcha en el frío de la culpa. El cual, viniendo a la tierra, lo que hizo en los hombres se completa cuando se añade: *En similitud de la piedra se endurecen las aguas.* Pues por las aguas se designan los pueblos, pero por la piedra se designa la dureza del mismo Satanás. Viniendo él, pues, a lo profundo, en similitud de la piedra se endurecieron las aguas, porque los hombres, imitando su malicia, perdieron las tiernas vísceras de la caridad. Porque sus fraudulentos consejos no pueden ser detectados por los hombres seducidos, recta-

mente se añade: *Y la superficie del abismo se constriñe.* Pues una cosa le late intrínsecamente, y otra muestra extrínsecamente. Pues se transfigura en ángel de luz (2 Cor. 11, 14), y por el astuto arte del engaño propone muy a menudo cosas loables, para arrastrar a las ilícitas. Se constriñe, pues, la superficie del abismo, porque mientras se muestra por encima, como hielo sólido, la apariencia de buena especie de su persuasión, no se ve su malicia que late en lo profundo.

59. Y sobre los soberbios que se ensoberbecen por los dones recibidos.---Todo esto podemos entenderlo también de otro modo, si lo buscamos moralmente. [Vet. XXIII]. Pues Dios omnipotente, mientras forma las mentes de los hombres en su temor, como que las concibe, y mientras las promueve a las virtudes manifiestas, las engendra; pero si se ensalzan por las virtudes recibidas, las abandona. Y a menudo hemos conocido a algunos que se compungen por la consideración de sus males, que se enardecen por el pavor del terror divino y que, por los inicios del pavor, llegan hasta la cumbre de las virtudes; pero mientras se ensalzan por esas mismas virtudes que reciben, estrechados por el lazo de la vana gloria, vuelven al antiguo torpor. Rectamente, pues, cuando el Señor los proyecta fuera, dice: *¿De qué útero salió el hielo?* Como que del útero de Dios sale el hielo cuando estos que ya habían calentado interiormente se enfrían por el don de las virtudes; y de ahí, entorpeciéndose, apetecen la gloria exterior, de donde debieron arder más ardientemente para amar lo interno. Y mientras este destaca

por los signos, aquel por la ciencia, este por la profecía, aquel por las grandes obras, y a través de estos dones apetece gustar a los hombres, todo lo que antes había calentado íntimamente, amando la alabanza exterior, lo convierte en torpor. Como que sale, pues, el hielo del útero cuando, después de los beneficios de los dones, se separa de las entrañas de la piedad suprema. ¿Acaso no son hielo los que en las virtudes que reciben buscan las alabanzas de los hombres? Y sin embargo, recordando sus dones a la memoria del juez que llega, dicen: *Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchas virtudes? * (Mat. 7, 22). Pero cómo proyecta el Señor este hielo lo muestra diciendo: *No sé de dónde sois, apartaos de mí, todos los obreros de la iniquidad* (Ibíd.). El Señor lleva ahora este hielo en el útero porque lo tolera dentro del seno de la Iglesia. Pero entonces lo proyecta abiertamente cuando a tales los rechaza de los secretos celestiales por el juicio extremo y público. Con estas palabras, pues, ¿qué se pretende abiertamente sino que el bienaventurado Job se humille por sus altísimas virtudes, no sea que en aquello por lo que había calentado viviendo bien, se enfríe ensoberbeciéndose, y rechazado salga del útero de la Divinidad, si se ensalzara hinchado dentro del seno de su propio corazón?

[Vet. XXIV.] 60. La pena de la soberbia, el endurecimiento. En qué sentido se dice que Dios endurece.---Y porque por un justo juicio permite que las mentes soberbias salgan a la culpa a

partir de la virtud recibida, rectamente todavía se añade: *¿Y la escarcha del cielo, quién la engendró?* Pues muy a menudo otorga la ciencia del sacro elocuio, pero mientras se ensalza por esa misma ciencia el que la recibe, se ciega por la ira del juez severo en el mismo sacro elocuio, para que siguiendo los favores exteriores por medio de ella, ya no vea lo íntimo de la misma; y el que permaneciendo dentro podía calentar, al salir se enfríe, y endurecido caiga a lo profundo, el que para el conocimiento de Dios antes estaba dócil y fluido en lo alto. ¿Acaso el sacro elocuio no es el cielo, que abriéndonos el día de la inteligencia nos ilustra con el sol de la justicia, que mientras nos contiene la noche de la vida presente nos brilla con las estrellas de los mandamientos? Pero porque es necesario que haya herejías para que los que son probados se manifiesten (1 Cor. 11, 19), cuando la mente soberbia es rechazada del sano entendimiento, por la venganza del juez severo se engendra escarcha del cielo, para que cuando la misma Sagrada Escritura caliente en los corazones de los elegidos, emita fríos de sí a aquellos que soberbiamente apetecen saberla. Pues yerran allí donde debieron corregir sus yerros; y mientras caen del entendimiento supremo del resplandeciente elocuio, tanto endurecidos ellos mismos como habiendo de seducir a los demás, viniendo a lo profundo como escarcha, también estrecha a otros. Sin embargo, el Señor afirma que él mismo engendra esta escarcha, no porque él mismo forme para la culpa las mentes de los malvados, sino porque no las libra de la

culpa, como está escrito: *Yo endureceré el corazón de Faraón* (Exod. 10, 27). Lo cual, porque no quiso ablandarlo misericordiosamente, anunció ciertamente haberlo endurecido severamente.

61. Perdida la virtud, a menudo se retiene la imagen de la virtud. Pero porque cuando se pierde la virtud del temor de Dios que se había iniciado, se retiene la imagen de la virtud por causa de las alabanzas humanas, rectamente todavía se añade: *En similitud de la piedra se endurecen las aguas, y la superficie del abismo se constriñe.* Pues las aguas se endurecen por el hielo en la superficie, pero permanecen fluidas en lo íntimo. ¿Y qué entendemos por las aguas sino los corazones fluidos de los réprobos? Los cuales, cuando por propósito abandonan la virtud, se muestran fuertes en las buenas obras por la hipocresía; y mientras en sus entrañas fluyen hacia los vicios, y por fuera se fingen imitadores de los santos y de los fuertes, *en similitud de la piedra se endurecen las aguas, y la superficie del abismo se constriñe,* porque por la sobrepuesta apariencia de santidad se encubre a los hombres su fluida e inestable conciencia. Pues cuando para sí mismos son torpes por dentro, ante los ojos ajenos, sin embargo, se visten con una cierta vetustez de vida.

62. Dios presiona sabiamente los frutos prematuros de la virtud.---Pero para que nadie quiera que estas palabras del Señor se entiendan en buena parte, debemos también así argüir a los que lo buscan, con tal de que de ningún modo se nos juzgue haber descuidado lo que debía ser

escudriñado. Pues en el verso superior se dice: *¿Quién es el padre de la lluvia o quién engendró las gotas del rocío?* Y enseguida se añade: *¿De qué útero salió el hielo? ¿Y la escarcha del cielo, quién la engendró?* Si, pues, a los dichos precedentes se une la sentencia siguiente con un sentido no dispar, ciertamente también se nos abre su entendimiento en buena parte sin obstáculo de dificultad. [Vet. XXV]. Pues la tierra, cuando es regada, liga con más feracidad las semillas arrojadas en ella. Pero, de nuevo, si la lluvia la irriga demasiado inmoderadamente, muda en el tallo la gordura del trigo y la virtud. Pero si la semilla arrojada es presionada por la escarcha después de la lluvia, por la cual es repelida de aparecer fuera más pronto, tanto más fecundamente se enraíza por dentro; y por donde se le prohíbe progresar, se le obliga a multiplicarse, porque cuando se la restringe de un nacimiento inmaduro, se llena más copiosamente para el fruto por la tardanza de su concepción. ¿Qué es, pues, que el Señor primero se insinúe como padre de la lluvia, y después narre que de su útero sale el hielo, y pronuncie que él engendra la escarcha del cielo, sino que de modo admirable primero riega la tierra de nuestro pecho para recibir las semillas de la palabra por la lluvia de la gracia oculta, y después, para que no fluya inmoderadamente en las virtudes concebidas, la presiona con la disciplina de la íntima dispensación, para que a la que irriga la lluvia de la gracia recibida, también la estreche el rigor de la disciplina, no sea que si produce las virtudes concebidas antes de lo que

debe o más de lo necesario, convierta los frutos en hierba? Pues a menudo, en los que inician una buena obra, mientras se muestra antes de lo conveniente, se vacía del grano de la perfección, y a menudo las virtudes, mientras exuberan más de lo necesario, se exhalan. De donde también el Señor, o bien rechaza antes de tiempo los deseos de sus elegidos, o bien, de nuevo, en el tiempo, presiona su progreso más allá de la medida, no sea que si progresan antes de lo que deben o más de lo que deben, caigan por la magnitud de su progreso en el defecto de la elación. Pues cuando el corazón se compunge después de los pecados, la tierra que se había secado se riega con la infusión de la lluvia; y cuando, abandonadas las iniquidades, se propone ejecutar obras buenas, recibe la semilla como después de la infusión. Y muchos, cuando conciben deseos santos, se enardecen por ejercitarse ya en las sumas virtudes, de modo que no sólo la culpa no manche la operación, sino que ni siquiera pulse el pensamiento. Y todavía están situados en el cuerpo, pero ya nada quieren padecer de la comunión de la vida presente; apetecen imitar por la intención interna la estabilidad de la mente, pero son rechazados por las tentaciones que intervienen, para que evidentemente se acuerden de su propia enfermedad y no se ensalcen por las virtudes que reciben. Lo cual, mientras se hace por una admirable represión de la disciplina, ¿qué otra cosa se genera sino escarcha del cielo sobre la tierra infundida? ¿Qué otra cosa se produce sino hielo del útero de Dios, cuando del secreto interno sale la dispensación y

nuestras voluntades son frenadas incluso en los buenos deseos?

63. Lo cual se confirma con el ejemplo de S. Pablo.---Veamos a Pablo, evidentemente la tierra infundida, cuánta es la helada de la disciplina que lo presiona cuando dice: *El querer me es dado, pero el realizar el bien no lo encuentro* (Rom. 7, 18). Pues el que afirma tener el querer, ya muestra por la infusión de la gracia qué semillas laten en él. Pero mientras no encuentra cómo realizar el bien, ciertamente indica cuánta es la helada de la dispensación suprema que lo presiona. ¿Acaso no había presionado esta helada los corazones de aquellos a quienes decía: *De modo que no hagáis las cosas que queréis* (Gál. 5, 17)? Como si dijera abiertamente: Las semillas ocultas de vuestro corazón ya buscan salir al fruto, pero son presionadas por la escarcha del moderamiento supremo, para que después salgan tanto más fecundamente cuanto más pacientemente llevan los pesos opresores del juicio divino.

[Vet. XXVI.] 64. De ahí emergen graves tentaciones, que se superan por la costumbre de vivir bien.---Y porque muy a menudo los corazones humanos, ya que no pueden irrumpir hacia las virtudes que desean, por eso mismo por lo que retroceden de la perfección de su intención, se fatigan con los estímulos de las tentaciones, pero sin embargo comprimen esas mismas tentaciones de los pensamientos y se componen mediante el uso del ejercicio en un cierto rigor de vida, bien se añade: *En similitud de la piedra se endurecen las aguas.* Porque aunque los pensamientos fluidos

los acosan interiormente, de ningún modo, sin embargo, los arrastran hasta el consentimiento de la obra depravada. Sino que la mente, bajo la inveterada costumbre de vivir bien, esconde exteriormente como bajo una cierta dureza lo que se ablanda por dentro por la pulsación de la tentación. De donde también bien se añade: *Y la superficie del abismo se constriñe.* Porque el pensamiento depravado, aunque llegue hasta la sugerencia, no salta hasta el consentimiento, porque el rigor de la santa deliberación sobrepuesto presiona los fluctuantes movimientos del ánimo.

65. La adversidad hace a los santos más valientes.---También puede designarse en la escarcha o el hielo la adversidad de la vida presente, la cual, mientras comprime a los santos con su aspereza, los vuelve más valientes. Pues mientras Dios omnipotente permite que seamos ejercitados por las molestias y nos promueve al estado de una vida mejor por medio de la tristeza que interviene, por un admirable consejo engendra escarcha y hielo sobre el futuro fruto, para que cada elegido en esta vida, como en el invierno, tolere las adversidades de los vientos y de los fríos, y como en una serenidad estival muestre después los frutos que aquí concibió. De donde también por la voz del Esposo se dice a cada alma que se apresura a aquellas amenidades de la eternidad después de los torbellinos de este mundo: *Levántate, apresúrate, amiga mía, hermosa mía, y ven; pues ya el invierno pasó, la lluvia se fue y se retiró* (Cant. 2, 10-11). Y porque si sólo nos asisten las cosas prós-

peras nos disolvemos, pero para las virtudes nos consolidamos mejor a través de las adversas, rectamente se añade: [Vet. XXVII.] *En similitud de la piedra se endurecen las aguas.* Pues las mentes que habían fluido blandamente a través de lo próspero, estrechadas por las adversidades, se endurecen; y el agua es conducida a la similitud de la piedra cuando cada uno, aun siendo débil, a través de la tolerancia recibida de lo alto, imita las pasiones de su Redención. Pues en similitud de la piedra se había endurecido el agua cuando aquel antes impaciente perseguidor, después Pablo, decía: *Cumplo lo que falta de las pasiones de Cristo en mi carne* (Coloss. 1, 24).

66. Y más solícitos para custodiar los dones internos.---Y porque cuando son deprimidos por lo adverso custodian con más solercia los dones internos, rectamente se añade: *Y la superficie del abismo se constriñe.* Pues la alegría suele abrir los secretos de la mente, y al abrirlos los pierde; pero lo adverso, cuando nos deprime exteriormente, nos vuelve más cautos interiormente. Después del hielo o de la helada, pues, la superficie del abismo se constriñe, porque nuestra mente se fortifica con las adversidades para conservar los profundos dones que recibió. Isaías había constreñido la superficie de su abismo cuando decía: *Mi secreto para mí, mi secreto para mí* (Isai. 24, 16). Pablo había constreñido la superficie de su abismo, el cual sudando entre tantos peligros y adversidades habla de sí mismo bajo un cierto pretexto, diciendo: *Oí palabras arcanas, que no es lícito al hombre hablar* (2 Cor.

12, 4). Y de nuevo: *Pero callo, no sea que alguien me estime por encima de lo que ve en mí, u oiga algo de mí* (Ibíd., 6). El que, pues, tolerando exteriormente lo adverso, no fuera que tal vez fluyera en alabanzas, temía abrir sus secretos, ¿qué otra cosa había hecho sino presionar el abismo de sus secretos por medio de la superficie constreñida? Sigue:

CAPUT XXXI

[Rec. XVI]. VERS. 31.---¿Acaso podrás unir las brillantes estrellas Pléyades, o podrás disipar el giro de Arturo?

67. Qué son las Pléyades y Arturo. Pensando en la omnipotencia de Dios, se nos amonesta de nuestra enfermedad.---Las estrellas Pléyades se llaman *apo tou pleistou*, esto es, por la pluralidad. Pero están creadas de tal modo vecinas entre sí y divididas, que están juntas y sin embargo de ningún modo pueden unirse, de suerte que por la vecindad están unidas, pero por el tacto disjuntas. Arturo, en cambio, de tal modo ilustra los tiempos nocturnos que, situado en el eje del cielo, gira por diversas partes y sin embargo no se oculta. Pues no se vuelve corriendo fuera de sí, sino que situado en su lugar, de ningún modo se inclina a caer en ninguna parte del mundo. ¿Qué es, pues, que el hombre hecho de la tierra y situado en la tierra (Gén. 2, 7), sea cuestionado sobre la administración celestial, porque no puede unir las Pléyades, que ve creadas vecinas entre sí y casi unidas, porque no puede disipar el giro de Arturo, al cual sin embargo puede ver casi disipado por

su propia vertigine? ¿Acaso para que en estos ministerios, pensando en la potencia del Autor, se acuerde de su enfermedad, y pondere cuán inaestimable es él en esa misma gobernación de los ministerios celestiales, a quien todavía no podía ver en su majestad?

SENTIDO MÍSTICO.---Con el nombre de Pléyades se designan los santos.---68. Pero ¿por qué hablamos estas cosas nosotros, que somos urgidos por el estímulo de la razón para que conozcamos que estas palabras están grávidas de sentidos místicos? [Vet. XXVIII.] Pues ¿qué otra cosa anuncian las brillantes Pléyades, que también son siete, sino a todos los santos, que entre las tinieblas de la vida presente nos ilustran con la luz de la gracia septiforme del Espíritu, los cuales desde el origen mismo del mundo hasta su término, enviados en diversos tiempos a profetizar, están tanto unidos entre sí según algo como disjuntos según algo? Pues las estrellas Pléyades, como se dijo arriba, por la vecindad están unidas entre sí, y por el tacto disjuntas. Están situadas juntas por cierto, y sin embargo emiten los rayos de su luz individualmente. Así todos los santos, apareciendo en unos y otros tiempos para predicar, están tanto disjuntos por la visión de su imagen como unidos por la intención de la mente. Brillan juntos porque predican lo mismo; pero no se tocan a sí mismos porque se reparten en tiempos divididos.

69. Todos, incluso los que precedieron a Cristo, lo predican a él y el misterio de la Trinidad.---¡En qué diversos tiempos aparecieron Abel, Isaías y

Juan! Divididos estuvieron por cierto en el tiempo, pero no en la predicación. Pues Abel, significando la pasión de nuestro Redentor, ofreció un cordero en sacrificio (Gén. 4, 4), de cuya pasión dice Isaías: *Como cordero ante el que lo trasquila enmudecerá, y no abrirá su boca* (Isai, 53, 7). Del cual también Juan dice: *He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo* (Juan 1, 29). He aquí que enviados por cierto en tiempos divididos, y sin embargo sintiendo concordemente sobre la inocencia de nuestro Redentor, al mismo Cordero Juan lo habló mostrándolo, Isaías previéndolo, Abel ofreciéndolo; y al que Juan tuvo en la muestra, al que Isaías en la locución, a éste Abel lo tuvo en sus manos significándolo.

70. Cómo los santos, aunque divididos en el tiempo, están unidos en la fe y la predicación.--- Y porque todos los santos, que aparecieron desde el principio del mundo hasta el fin, predicaron la encarnación de nuestro Redentor, quien verdaderamente une las Pléyades es aquel que, en sus diversos tiempos, los hace uno en la concordia de la predicación y la intención de la fe. Pues están divididos en los tiempos, pero están unidos en la predicación. Están disjuntos en la visión de su imagen, pero son uno en la intención de la mente. Dios, pues, une las brillantes Pléyades porque hace a sus santos, en la variedad de sus tiempos, uno en la unidad de la fe. Son siete porque nos ilustran con la gracia septiforme del Espíritu. Y porque fueron enviados a diversos tiempos, fueron creados divididos; pero porque predicaron

una sola cosa, fueron creados unidos. ¿Acaso podrás unir tú a estos? Como si dijera: Nadie sino yo, que verdaderamente los uno porque los hago uno en mi conocimiento.

71. Qué es Arturo. Cómo se disipa su giro.---*¿O podrás disipar el giro de Arturo?* Arturo, como dijimos arriba, gira alrededor del eje del cielo y sin embargo no se oculta. ¿Qué otra cosa entendemos por Arturo sino la Iglesia, la cual, situada en el eje de su propia estabilidad, gira por diversas partes? Pues la Iglesia, mientras permanece siempre en su propia estabilidad, es rodada por las diversas particiones de sus propias obras. O Arturo puede entenderse como la observancia carnal de la Ley, la cual gira por diversas partes, pero de ningún modo se oculta porque permanece en la letra. Pero el giro de Arturo se disipa cuando la observancia carnal de la Ley se termina por la llegada de la gracia del Evangelio. Pues cuando lo carnal se convierte en espiritual, el giro de Arturo es como si se disipara, porque lo que se hacía según la letra ya no se hace según la carne. ¿Acaso podrás tú disipar este giro? Como si dijera: Nadie sino yo, que por la presencia de mi gracia he convertido las observancias carnales de la Ley en inteligencias espirituales. Pues el hombre no podía disipar el giro de Arturo porque no podía cambiar la observancia carnal de la Ley en un sentido espiritual. Pero Dios disipó el giro de Arturo porque, por la luz del Evangelio, terminó las observancias carnales de la Ley.

72. Reflexión sobre el brillo de los santos.---Los santos, pues, brillan como las Pléyades por-

que nos ilustran con la luz del Espíritu septiforme. Están unidos por la vecindad, pero disjuntos por el tacto, porque, como dijimos, son uno en la predicación pero están divididos en el tiempo. Dios los une porque los hace uno en la fe. Y él disipa el giro de Arturo porque termina las observancias carnales de la Ley. Todo esto, pues, se discute con Job para que considere cuánto es inferior a la potencia divina, que ve ser tan inaestimable en las cosas celestiales. Pues si no puede unir las Pléyades ni disipar el giro de Arturo, ¿cómo puede entender los profundos juicios de Dios sobre las cosas humanas? El que no puede alcanzar los ministerios celestiales, ¿cómo puede escudriñar los secretos consejos del Creador? Lo cual sigue todavía más profundamente cuando se añade:

70. Puesto que ya hemos dicho cómo las estrellas de las Pléyades concuerdan entre sí respecto a la humanidad del Redentor, demostremos ahora cómo lucen concordemente al mostrar la unidad de la Trinidad. En efecto, en diversos tiempos aparecieron a este mundo David, Isaías y Pablo; pero ninguno de ellos sintió de modo diverso al otro, porque aunque no se conocían por el rostro, habían aprendido una sola cosa por el conocimiento divino. Pues David, para mostrar a Dios como autor de todas las cosas en la Trinidad, dijo: *Bendíganos Dios, nuestro Dios, bendíganos Dios* (Salmo 66:8). Y para que al nombrar a Dios tres veces no se pensara que había dicho tres Dioses, añadió inmediatamente, insinuando la unidad de la misma Trinidad: *Y témanle todos

los confines de la tierra* (Ibíd.). Pues al no añadir "a ellos", sino "a él", dio a entender que las tres cosas que había dicho eran una sola. También Isaías, cuando abría la alabanza sobre la unidad de la Trinidad, expresando las voces de los Serafines, dijo: *Santo, santo, santo* (Isaías 6:3); y para que al nombrar "santo" tres veces no pareciera dividir la unidad de la sustancia divina, añadió: *Señor Dios de los ejércitos.* Porque no añadió "señores dioses", sino "Señor Dios", indicó que existía como uno solo lo que tres veces había llamado "santo". También Pablo, para mostrar la operación de la Santa Trinidad, dijo: *De él, por él y en él son todas las cosas* (Romanos 11:36). Y para dar a entender la unidad de la misma Trinidad, añadió inmediatamente: *A él sea la gloria por los siglos de los siglos, amén* (Ibíd.). Quien, pues, no añadió "a ellos", sino "a él", dio a conocer una sola cosa por naturaleza y tres según las personas, lo cual arriba había dicho tres veces como lo mismo. Como si, por tanto, las Pléyades estuvieran situadas en un solo lugar, porque sienten concordemente sobre Dios, y sin embargo no se tocan entre sí, porque, como se ha dicho, se reparten por los diversos tiempos de este mundo.

71. Todos los santos se unen por la unanimidad de la fe y de las virtudes.---Lo cual describe bien y brevemente el profeta Ezequiel, quien al decir que veía animales de diversos géneros, añadió: *Y sus alas estaban unidas la una a la otra* (Ezequiel 1:9). En efecto, las alas de los animales están unidas la una a la otra porque, aunque son disímiles las cosas que hacen, las voces y virtudes

de los santos se asocian entre sí en un mismo y único sentido. Y aunque uno, al obrar razonablemente en todo, sea hombre, otro, fuerte en las pasiones al no temer las adversidades del mundo, sea león, otro, al ofrecerse a sí mismo como hostia viva por la abstinencia, sea becerro, otro, al arrebatarse a lo alto en el vuelo de la contemplación, sea águila, sin embargo se tocan con las alas mientras vuelan, porque se unen tanto por la confesión de las voces como por la unanimidad de las virtudes. Porque es propio únicamente de la virtud divina tanto unir en la predicación de la fe a los enviados en tiempos disjuntos, como unir en el brillo de la intención a los dotados de virtudes disímiles, rectamente se dice: *¿Acaso podrás unir tú las brillantes estrellas de las Pléyades?* Como si dijera: Como yo, que solo lo lleno todo y uno las mentes de los electos llenándolas en el sentido de la unidad.

72. Arturo significa a toda la Iglesia. Enseña la necesidad tanto de la fe como de las buenas obras.---En Arturo, empero, que por su giro ilustra los espacios nocturnos sin ponerse, no se designa la vida de los santos por partes, sino toda la Iglesia a la vez, la cual ciertamente padece fatigas, pero no se inclina hacia el defecto de su propio estado: tolera el giro de los trabajos, pero no se apresura a su ocaso con los tiempos. Pues Arturo no es llevado a lo ínfimo del polo con el tiempo nocturno, sino que mientras él mismo gira, se termina la noche; porque sin duda, mientras la santa Iglesia es sacudida por innumerables tribulaciones, se termina la sombra de la vida

presente; y estando ella en pie, la noche pasa, porque permaneciendo ella en su incolumidad, transcurre la vida de esta mortalidad. Hay en Arturo algo que podemos contemplar más consideradamente. En efecto, gira en siete estrellas, y unas veces eleva tres a lo sumo e inclina cuatro a lo ínfimo, y otras veces yergue cuatro arriba y oprime tres abajo. También la santa Iglesia, cuando predica unas veces a los infieles la noticia de la Trinidad, y otras veces a los fieles las cuatro virtudes, esto es, la prudencia, la fortaleza, la templanza y la justicia, como por un giro de la predicación cambia de algún modo la apariencia de su estado. Pues cuando evacua la confianza del propio trabajo en algunos que se glorían de sus obras y exalta la fe de la Trinidad, ¿qué otra cosa hace Arturo sino elevar tres estrellas e inclinar cuatro? Y mientras prohíbe a algunos que no tienen buenas obras presumir de la sola fe, sino que manda obrar más encarecidamente lo que ha sido preceptuado, ¿qué otra cosa hace Arturo sino erigir cuatro estrellas y deponer tres? Veamos cómo eleva tres y depone cuatro. He aquí que por Pablo se dice contra los que se ensoberbecen por la obra contra la fe: *Si Abraham fue justificado por las obras, tiene gloria, pero no ante Dios* (Romanos 4:2). Pues ¿qué dice la Escritura? *Creyó Abraham a Dios, y le fue reputado a justicia* (Génesis 15:6). Veamos cómo eleva cuatro y depone tres. He aquí que por Santiago se dice contra los que se ensoberbecen por la fe contra las obras: *Como el cuerpo sin el espíritu está muerto, así también la fe sin las obras está muerta* (Santiago

2:26). Arturo, pues, gira, porque la santa Iglesia, según las mentes de sus oyentes, se vierte en un lado diverso por el arte de la predicación. Arturo gira, porque ella es rodada en las tribulaciones de esta noche. Pero este giro de Arturo alguna vez lo disipa el Señor, porque permuta los trabajos de la Iglesia por el descanso. Entonces también une más plenamente las Pléyades, cuando destruye el giro de Arturo, porque entonces, sin duda, todos los santos se unen también por la especie de la visión, cuando al fin del mundo la santa Iglesia es soltada de estos trabajos que ahora sostiene. Diga, pues: *¿Acaso podrás unir tú las brillantes estrellas de las Pléyades, o podrás disipar el giro de Arturo?* Se sobrentiende "como yo", que entonces uno la vida de los santos aun por la visión, cuando disuelvo corporalmente el giro de la Iglesia universal. ¿Y quién de los hombres ignora que esto es solo de la virtud divina? Pero para que el hombre conozca qué es él mismo, recuerde asiduamente qué es lo que solo el Señor puede.

73. De nuevo, por Arturo se significa la ley vieja, y por las Pléyades la gracia del Nuevo Testamento.---Tenemos todavía algo más que sentir sobre las estrellas de las Pléyades y Arturo. En efecto, las Pléyades surgen del Oriente, pero Arturo de la parte del Aquilón. Además, hacia cualquier parte que Arturo se haya vuelto por su giro, muestra las Pléyades; y cuando la luz del día ya se hace vecina, el orden de sus estrellas se distiende. Puede, por tanto, por Arturo, que nace de la región del frío, significarse la ley; pero por las Pléyades, que surgen del Oriente, desig-

narse la gracia del Nuevo Testamento. Pues como del Aquilón había venido la ley, que aterraba a los súbditos con tanta aspereza de rigidez. Pues mientras por sus culpas mandaba a unos ser sepultados por las piedras, a otros ser castigados con la muerte de la espada, la región entumecida, y como ajena al sol de la caridad, oprimía las semillas de sus preceptos más por el frío de lo que las nutría por el calor. Pedro había horrorizado el peso de esta opresión cuando decía: *¿Por qué tentáis a Dios, imponiendo un yugo sobre la cerviz de los discípulos, que ni nuestros padres ni nosotros pudimos llevar?* (Hechos 15:10). Ni es maravilla que por las siete estrellas de Arturo se exprese el Testamento Viejo, porque tanto por la veneración de la ley el día séptimo existió venerable, como por una semana íntegra se tendían los votos del sacrificio constituido. Pero las Pléyades, que ellas mismas también, como dijimos arriba, son siete, indican la gracia del Nuevo Testamento tanto más claramente cuanto todos discernimos líquidamente que por ella el Espíritu Santo ilustra a sus fieles con la luz del don septiforme. Por dondequiera, pues, que Arturo se vuelve, muestra las Pléyades, porque por todo lo que habla el Testamento Viejo se anuncian las obras del Nuevo Testamento. Pues bajo el texto de la letra cubre el misterio de la profecía. And como que se inclina Arturo y demuestra, porque cuando se flecta hacia el entendimiento espiritual, se abre la luz de la gracia septiforme significada por aquello. Y al aproximarse la luz del día, el orden de sus estrellas se distiende, porque después de que la

Verdad se nos dio a conocer por sí misma, relajó los preceptos de la letra de las obsequias carnales.

74. Cristo solo tuvo todas las operaciones del Espíritu Santo permaneciendo en sí mismo.--- Pero nuestro Redentor, viniendo en la carne, unió las Pléyades, porque tuvo a la vez tanto todas como permaneciendo en sí las operaciones del Espíritu septiforme. De quien se dice por Isaías: *Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y una flor de su raíz ascenderá, y descansará sobre él el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y le llenará el espíritu del temor del Señor* (Isaías 11:1). De quien dice Zacarías: *Sobre una piedra hay siete ojos* (Zacarías 3:9). Y de nuevo: *Y en el candelabro de oro siete lámparas* (Ibíd., 4, 2). Ninguno de los hombres tuvo a la vez todas las operaciones del Espíritu Santo, sino solo el Mediador de Dios y de los hombres, de quien es el mismo Espíritu, que procede del Padre antes de los siglos. Bien, pues, se dice: *Sobre una piedra hay siete ojos.* Pues para esta piedra tener siete ojos es retener a la vez toda la virtud de la gracia septiforme del Espíritu en la operación. Pues uno recibe la profecía, otro la ciencia, otro las virtudes, otro los géneros de lenguas, otro las interpretaciones de los sermones según la distribución del Espíritu Santo (1 Corintios 12:8); pero a tener a la vez todos los dones del mismo Espíritu nadie llega. Pero nuestro creador, asumiendo nuestras flaquezas, porque enseñó por la potencia de su divinidad que él tenía a la vez todas las virtudes del Espí-

ritu Santo, unió sin duda las brillantes Pléyades. Mientras une las Pléyades, disipa el giro de Arturo, porque mientras dio a conocer que él, hecho hombre, tenía todas las operaciones del Espíritu Santo, soltó en el Testamento Viejo el trabajo de la letra, para que cada fiel ya con libertad de espíritu entienda aquello a lo que antes servía con temor entre tantas discriminaciones. Oiga, pues, el bienaventurado Job: *¿Acaso podrás unir tú las brillantes estrellas de las Pléyades?* Como si se dijera abiertamente: Puedes ciertamente tener las luces de algunas virtudes, pero ¿acaso bastas para ejercer a la vez todas las operaciones del Espíritu Santo? Contémplame, pues, a mí uniendo las Pléyades en todas las virtudes, y tú reprime tu elación por unas pocas. Oye lo que se dice: *¿O podrás disipar el giro de Arturo?* Como si se le dijera abiertamente: Y si tú ya sientes lo que es recto, ¿acaso por tu virtud destruyes también en los corazones ajenos el trabajo de una inteligencia más gruesa? Considérame, pues, a mí, que corrijo lo necio de los carnales, mientras me manifiesto por la necedad de la carne, para que tanto más humilles estas cosas fuertes que piensas de tus virtudes, cuanto ni los vestigios de mi flaqueza aprehendes. Pero porque en el mismo misterio de la encarnación dominica a unos se les muestra la luz de la verdad, pero los corazones de otros se tinieblan por el escándalo, rectamente se subraya:

CAPÍTULO XXXII.

VERS. 32.---¿Acaso produces tú al lucero en su tiempo, y haces que el vespero surja sobre los hijos de la tierra?**

75. Cristo verdadero lucero, máxime en la resurrección; pero el vespero es el Anticristo. A este justamente se subyugan los hombres entregados a la tierra.---El Padre, en efecto, en su tiempo produjo al lucero, porque, como está escrito: *Cuando vino la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, hecho bajo la ley, para que redimiera a los que estaban bajo la ley* (Gálatas 4:4). El cual, nacido de Virgen, apareció como lucero entre las tinieblas de nuestra noche, porque ahuyentada la oscuridad del pecado, nos anunció el eterno mañana. Se dio a conocer como lucero porque al amanecer surgió de la muerte, y por el brillo de su luz oprimió la calígine de la tierra de nuestra mortalidad. A quien bien se le dice por Juan: *Estrella espléndida y matutina* (Apocalipsis 22:16). Apareciendo vivo después de la muerte, se nos hizo estrella matutina, porque mientras nos ofreció en sí mismo ejemplo de la resurrección, indicó qué luz seguiría. Pero el vespero sobre los hijos de la tierra lo hace surgir el Señor, porque permite que el Anticristo domine los corazones infieles de los judíos, exigiéndolo el mérito de ellos. Los cuales por eso justamente son subyugados por el Señor a este vespero, porque ellos espontáneamente quisieron ser hijos de la tierra. Pues buscando lo terreno y no lo celestial, fueron cegados de ver la claridad de nuestro lucero; y mientras esperan que el vespero esté sobre ellos, se sumergen en la noche eterna de la condenación subsiguiente. De aquí dice el Señor en el

Evangelio: *Yo vine en nombre de mi Padre, y no me recibisteis; otro vendrá en su nombre, y a ese recibiréis* (Juan 5:43). De aquí dice Pablo: *Por cuanto no recibieron la caridad de la verdad para ser salvos, por eso les enviará Dios operación de error para que crean a la mentira, para que sean juzgados todos los que no creyeron a la verdad, sino que consintieron en la iniquidad* (2 Tesalonicenses 2:10). De ningún modo, pues, sobre ellos surgiría el vespero si hubieran querido ser hijos del cielo. Pero mientras apetecen lo visible, perdido el lumen del corazón, se entenebrecen bajo el duque de la noche.

76. El sermón de Dios que es lucero para los electos, se hace vespero para los réprobos.---Lo cual, si lo discutimos moralmente, encontramos cómo se actúa diariamente, porque sin duda tanto para los electos surge el lucero, como para los réprobos, permitiéndolo Dios, domina el vespero. Pues una sola y misma es la palabra de Dios en la boca del que predica. La cual, mientras estos la oyen gozando, pero aquellos envidiando, convierten para sí la claridad del lucero en las tinieblas del vespero. Mientras estos reciben humildemente la voz de la santa predicación, abren como hacia la luz de la estrella los ojos del corazón; pero mientras aquellos envidian al que bendice, y no buscan la causa de la salud, sino la gloria de la elación, prorrumpiendo el vespero de su iniquidad, cierran los ojos en el sueño de la muerte. Por un juicio oculto, pues, aquel que es lucero para los electos se hace vespero para los oyentes réprobos, porque por la exhortación

santa con la que los buenos vuelven a la vida, los malos mueren peor en la culpa. De donde bien se dice por Pablo: *Buen olor de Cristo somos para Dios en los que se salvan y en los que perecen; para unos ciertamente olor de muerte para muerte, pero para otros olor de vida para vida* (2 Corintios 2:15). Vio, pues, que su palabra era lucero y a la vez vespero para los oyentes, por la cual vio tanto que unos eran suscitados de la iniquidad, como al contrario otros eran adormecidos en la iniquidad. Lo cual, porque se actúa por los ocultos juicios de Dios, que en esta vida no pueden ser comprendidos por los hombres, rectamente se añadió allí: *Y para esto ¿quién es tan idóneo? * (Ibíd., 16). Como si dijera: Idóneos somos ciertamente para considerar estas cosas porque se hacen, pero no somos idóneos para investigar por qué se hacen. De donde aquí también el Señor, porque había dicho que para unos se producía el lucero, pero para otros se hacía surgir el vespero, para que el hombre no ose escudriñar los ocultos juicios de Dios, añade al punto:

CAPÍTULO XXXIII

[Vet. XXXII, Rec. XVIII].

VERS. 33.---¿Acaso conoces tú el orden del cielo, y pondrás su razón en la tierra?

77. Las causas de los juicios y de la predestinación de Dios nadie las sabe; nadie las escudriñe.---Conocer el orden del cielo es ver las ocultas predestinaciones de las disposiciones celestiales. Pero poner su razón en la tierra es abrir ante los

corazones humanos las causas de tales secretos. Poner, a saber, la razón del cielo en la tierra es, o bien discutir considerando los misterios de los juicios celestiales, o bien manifestarlos hablando. Lo cual ciertamente nadie, estando puesto en esta vida, puede hacerlo. Pues para que vengamos de las cosas pequeñas a las mayores, ¿quién entenderá cuál puede ser la razón de los secretos, de que a menudo un varón justo vuelva del juicio no solo no reivindicado, sino incluso castigado, y su inicuo adversario se retire no solo no castigado, sino incluso vencedor? ¿Quién entenderá por qué vive otro que acecha la muerte de sus prójimos, y muere otro que habría de ser provechoso para la vida de muchos? Otro alcanza la cumbre del poder, quien no estudia sino dañar; otro desea solamente defender a los dañados, y sin embargo él mismo yace oprimido. Otro apetece estar desocupado, y se ve implicado en innumerables negocios; otro desea estar implicado en negocios, y por fuerza está desocupado. Otro, empezando mal, es arrastrado hasta el término de su vida a cosas peores; otro, empezando bien, por la longitud del tiempo progresa hacia el aumento de los méritos. Pero por el contrario, otro que vive mal es reservado largo tiempo para que se corrija, pero otro ciertamente parece vivir bien, pero dura en esta vida hasta tanto que prorrumpe en cosas perversas. Otro, nacido en el error de la infidelidad, desfallece en el error; otro, engendrado en la rectitud de la fe católica, es consumado en la rectitud de la fe católica. Por el contrario, en verdad, otro nacido del vientre de una madre

católica es devorado por la vorágine del error cerca del término de la vida, pero otro consume su vida en la piedad católica, quien, nacido en la perfidia, había bebido con la leche de su madre el veneno del error. Otro quiere y puede apetecer la altura del vivir bien; otro ni quiere ni puede. Otro quiere y no puede; otro puede y no quiere. ¿Quién, pues, discutirá estos secretos de los juicios celestiales? ¿Quién entenderá la secreta balanza de la equidad oculta? Pues nadie asciende para conocer estos senos de los juicios secretos. Dígase, pues, al hombre que reconozca que no sabe; que reconozca que no sabe para que tema; tema para que sea humillado; sea humillado para que no presuma de sí; no presuma de sí para que busque el auxilio de su creador; y el que, confiando en sí mismo, estaba muerto, apeteciendo el auxilio de su autor, viva. Oiga, pues, el varón justo, que ya ciertamente se conoce a sí mismo, pero que aún ignora lo que está sobre él: *¿Acaso conoces tú el orden del cielo, y pondrás sus razones en la tierra?*, esto es, ¿comprendes tú los ocultos órdenes de los juicios celestiales, o bastas para abrirlos a los oídos humanos? El bienaventurado Job, por tanto, es requerido sobre la investigación de los juicios incomprensibles, como si se le dijera claramente: Todas las cosas que padeces debes tolerarlas tanto más pacientemente, cuanto que, ignorante de los secretos celestiales, no sabes por qué padeces estas cosas.

LIBRO TRIGÉSIMO.

Comprende la exposición de los últimos ocho versículos del capítulo XXXVIII, y otros tantos del capítulo XXXIX. Donde el santo Doctor diserta muchísimas cosas, especialmente sobre la predicación del Evangelio, con piedad y erudición.

955 [Vet. y Rec. I.] 1. Por qué Job es interrogado por Dios sobre tantas y tales cosas.---El bienaventurado Job es requerido, interrogándolo el Señor, sobre si él hizo tales cosas, cuales ciertamente no puede hacer el hombre, para que mientras se descubre a sí mismo no pudiendo hacer estas cosas, se refugie en aquel que solo entiende que puede hacer tales cosas, y aparezca más potente ante los ojos de su juez, si conoce más verdaderamente sus propias flaquezas. Lo que, por tanto, no se ignora que es hecho maravillosamente por el Señor, es requerido de Job por la voz divina; y se le dice:

CAPÍTULO PRIMERO.

CAP. XXXVIII, VERS. 34.---¿Acaso elevarás tu voz en la nube, y el ímpetu de las aguas te cubrirá?

2. En la nube se esparce la palabra de Dios, mientras se anuncia a los infieles.---Ciertamente el Señor eleva su voz en la nube cuando, por las lenguas de sus predicadores, forma la exhor-

tación hacia los tenebrosos corazones de los infieles; y el ímpetu de las aguas lo cubre, mientras la turba de los pueblos que resisten oprime a sus miembros que obran bien. De aquí es, pues, lo que está escrito: *Fue hecha la palabra del Señor a Jeremías diciendo: Estate en el atrio de la casa del Señor, hablando a todas las ciudades de Judá, de las cuales vienen para adorar en la casa del Señor, todos los sermones que yo te he mandado* (Jer. XXVI, 2). Y poco después: *Y oyeron los sacerdotes y los profetas y todo el pueblo a Jeremías hablando estas palabras en la casa del Señor. Y cuando hubo acabado Jeremías de hablar, lo aprehendieron los sacerdotes y los profetas y todo el pueblo, diciendo: Muera de muerte, porque ha profetizado en el nombre del Señor* (Ibíd., 7). He aquí que el Señor elevó su voz en la nube, porque el profeta reprendió directamente las oscuras mentes de los soberbios. He aquí que el ímpetu de las aguas lo cubrió al punto, porque de los pueblos insurgentes, e instigados por la causa de su reprensión, él mismo soportó todo en Jeremías, quien mandó las palabras de reprensión. Por sí mismo también el Señor elevó su voz en la nube, cuando, exhibiéndose presente también en el cuerpo asumido, predicó muchas cosas a sus perseguidores, pero veladas bajo figuras de enigmas. Elevó su voz en la nube, porque su verdad sonó para los infieles que no habrían de seguirla, como a través de la calígine. De donde también bien está escrito en los libros de los Reyes: *La nube llenó la casa del Señor, y no podían los sacerdotes ministrar a causa de la

nube* (III Rey. VIII, 10, 11). Pues exigiéndolo sus méritos, mientras los soberbios pontífices de los judíos oyen los misterios divinos por parábolas, los sacerdotes en la casa del Señor no pudieron ministrar como a causa de la nube. Los cuales también en el Antiguo Testamento, mientras desprecian investigar los sentidos místicos cubiertos por el velo de la letra entre las oscuras calígines de las alegorías, perdieron el debido ministerio de su fe a causa de la nube. A los cuales también ahora el Señor profirió su voz en la nube de su doctrina, cuando narró de sí incluso cosas abiertas. ¿Pues qué hay más abierto que: *Yo y el Padre somos uno* (Juan X, 30)? ¿Qué más abierto decir que: *Antes que Abraham se hiciera, yo soy* (Juan VIII, 58)? Pero porque la calígine de la infidelidad había llenado las mentes de los oyentes, como si fuera un rayo emitido del sol, la nube interpuesta lo ocultaba.

3. El ímpetu de las aguas cubre a los predicadores de la palabra divina, cuando los infieles se ensañan contra ellos.---Ciertamente, ante esta elevación de la voz, al punto el ímpetu de las aguas lo cubrió, porque contra él pronto surgió ensañándose la turba de los pueblos. Pues está escrito: *Por eso, pues, buscaban los judíos matarlo, porque no solo quebrantaba el sábado, sino que también decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios* (Juan V, 18). Sobre este ímpetu de las aguas clama por el Profeta: *Me rodearon como agua todo el día, me rodearon a una* (Sal. LXXXVII, 18). Y de nuevo: *Sálvame, Dios, porque han entrado las aguas hasta mi

alma* (Sal. LXVIII, 2). Cuales aguas ciertamente soportó en sí mismo antes de la muerte, y en los suyos también después de la ascensión. De aquí es, pues, lo que también clama sobre los de arriba: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* (Hech. IX, 4). He aquí que ya había subido al cielo, y sin embargo todavía Saulo, persiguiéndolo con el ímpetu de las aguas infieles, y onda más hinchada que las demás, lo tocaba. Pues es él mismo quien por los buenos habla cosas rectas, él mismo quien en la pasión de los buenos es lacerado. Para que, pues, el Señor, por una maravillosa unidad de caridad, mostrara que es él quien predica a los oyentes indignos por las bocas de sus santos, dice: *¿Acaso elevarás tu voz en la nube? * Pero para que mostrara que es él quien en sus santos padecía todas las cosas adversas, añadió: *¿Y el ímpetu de las aguas te cubrirá?* entiéndase: como a mí, a quien todos los inicuos ni me entienden hablando por los santos que predican, ni me ven paciente por los que mueren. Narra, pues, el Señor lo que padece de los hombres, para que el dolor del hombre afligido se mitigue, como si le dijera abiertamente: Pesa sutilmente lo mío, y templa ecuánimemente lo tuyo. Pues es mucho menos que tú toleres heridas, que el que yo tolere las cosas humanas.

4. Ante las arcanas inspiraciones de Dios, incluso los corazones de los justos se oscurecen.--- Todavía, sin embargo, podemos escudriñar estas palabras más sutilmente, si pesamos solícitamente nuestros corazones entre los dones celestiales. Ya ciertamente somos fieles, ya creemos

las cosas celestiales que oímos, ya amamos las que creemos. Pero mientras somos oprimidos por ciertas preocupaciones superfluas, cubiertos de confusión, nos oscurecemos; y cuando el Señor nos insinúa, incluso siendo tales, ciertas cosas admirables que han de sentirse sobre sí, eleva su voz como en la nube. Mientras se habla a sí mismo a nuestras mentes caliginosas, como en la nube se oye aquel que no se distingue. Pues supremas son las cosas que de él conocemos, pero sin embargo todavía no lo vemos en la secreta inspiración por la que somos instruidos. El que, por tanto, ofrece ciertamente la locución a nuestros corazones, pero oculta la especie, como en la nube forma la voz. Pero he aquí que ya oímos las palabras de Dios que se habla a sí mismo intrínsecamente, y ya reconocemos con qué continuación, con qué estudio debemos serle fieles en su amor, y sin embargo, de la cumbre de la interna consideración recaemos a nuestras cosas acostumbradas por la misma mutabilidad de esta mortalidad, y somos tentados por la malvada y diligente importunidad de los pecados inminentes. Cuando, por tanto, insinúa cosas sutiles sobre sí mismo a nuestras mentes ciegas, eleva su voz en la nube.

5. Con las tentaciones que abruman el intelecto sobre Dios, Dios mismo es como cubierto por las aguas. Dios no nos deja, ni siquiera mientras es rechazado.---Pero cuando por la tentación de los vicios nuestro mismo intelecto sobre Dios es oprimido, Dios es como cubierto en su voz por el ímpetu de las aguas. Pues tantas aguas

enviamos sobre él, cuantas, tras la inspiración de su gracia, barajamos pensamientos ilícitos en el corazón. Y sin embargo no nos desampara ni aun oprimidos, pues al punto vuelve a la mente, deshace las nubes de las tentaciones, infunde la lluvia de la compunción, y reduce el sol de la sutil inteligencia; y así muestra cuánto nos ama, quien no nos deja ni cuando es rechazado, para que al menos así la instruida conciencia humana se avergüence de admitir tentaciones, a la cual su Redentor aun errante no cesa de amar. Esto en nosotros lo tolera por sí mismo, esto lo soporta diariamente de los infieles por sus predicadores. Pues su don es repelido por la tentación surgida en nosotros, y sin embargo de ninguna manera es revocado por nuestra flaqueza de infundir el don intrínsecamente. Públicamente sus palabras son rechazadas, y sin embargo por ninguna iniquidad de los infieles se contiene de erogar la largueza de la gracia. Pues cuando los hombres malvados desprecian las predicaciones, añade también milagros que veneren. De donde, tras emitida la voz, tras el ímpetu de las aguas inundantes, aptamente se añade:

CAPÍTULO II

[Rec. II].

VERS. 35.---¿Acaso enviarás los fulgores, e irán, y volviendo te dirán: Aquí estamos?

6. De Dios salen los santos predicadores y a él vuelven, atribuyéndole a él solo los milagros con que coruscan.---Ciertamente los fulgores salen

de las nubes, así como obras admirables se muestran de los santos predicadores. Los cuales, como a menudo hemos dicho, por eso suelen llamarse nubes, porque tanto coruscan por los milagros, como llueven por las palabras. Y porque los corazones humanos, después de que no hubieran sido movidos por la predicación, se turban con estos fulgores de los milagros, lo hemos aprendido atestiguándolo el Profeta, que dice: *Multiplicarás los fulgores, y los turbarás* (Sal. XVII, 15). Como si dijera: Mientras no oyen las palabras de tu predicación, por los milagros de los que predican se turban. De donde en otra parte está escrito: *En la luz irán tus saetas, en el esplendor del fulgor de tus armas* (Habac. III, 11). Que las saetas de Dios vayan en la luz es que sus palabras resuenen con abierta verdad. Pero porque a menudo los hombres desprecian las palabras de vida incluso entendidas, se añaden también los milagros. De donde allí añadió: *En el esplendor del fulgor de tus armas*. Pues el fulgor de las armas es la claridad de los milagros. Pues con las armas nos protegemos, con las saetas destruimos las cosas adversas. Las armas, pues, con las saetas son los milagros con las predicaciones. Pues los santos predicadores con sus palabras como con ciertas saetas hieren a los adversarios; pero con las armas, esto es, con los milagros, se protegen a sí mismos, para que tanto suene cuánto han de ser oídos por el ímpetu de las saetas, como clarezca cuánto han de ser reverenciados por las armas de los milagros.

Se dice, pues, al bienaventurado Job: *¿Acaso enviarás los fulgores, e irán, y volviendo te dirán: Aquí estamos?* entiéndase: como por mí. Pues van los fulgores cuando los predicadores coruscan con milagros y trasfijan con soberana reverencia los corazones de los oyentes. Pero volviendo dicen: *Aquí estamos*, cuando no se atribuyen a sí mismos, sino a las virtudes de Dios, lo que reconocen haber hecho con fortaleza. ¿Qué es, pues, decir a Dios: *Aquí estamos*? Pues en esta palabra se declara un cierto obsequio. Así pues, que los predicadores santos volviendo digan: *Aquí estamos*, es atribuir la alabanza a aquella gracia de la que sienten haber recibido la victoria de la lucha, para que no se atribuyan a sí mismos lo que obran. Y ciertamente ir pueden los fulgores obrando, pero volver no pueden soberbiando.

7. Pedro lo cumplió.---Veamos, pues, el fulgor que va; a un cierto cojo dice Pedro: *No tengo plata ni oro; pero lo que tengo, esto te doy: En el nombre de Jesucristo Nazareno levántate y anda.* *Y tomada su mano derecha lo levantó, y al punto se consolidaron sus bases y sus plantas, y saltando se puso de pie, y andaba* (Hech. III, 6). Pero habiéndose conmovido la turba de los judíos por este hecho, veamos ahora el fulgor que vuelve, lo que dice: *Varones israelitas, ¿de qué os admiráis en esto, o por qué nos miráis a nosotros, como si por nuestra propia virtud o potestad hubiéramos hecho caminar a este?* *El Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, el Dios de nuestros padres ha glorificado a su Hijo

Jesús* (Ibíd., 12). Y poco después: *De lo cual nosotros somos testigos, y por la fe en su nombre, a este, a quien habéis visto y conocido, lo ha confirmado su nombre, y la fe que es por él ha dado esta íntegra sanidad en presencia de todos vosotros*. Fue, pues, el fulgor cuando Pedro hizo el milagro; volvió cuando no se atribuyó a sí mismo, sino al autor, lo que hizo. Van los fulgores cuando los predicadores santos muestran obras admirables, pero volviendo dicen *Aquí estamos*, cuando en aquello que hacen recurren a la potencia del autor.

8. Los predicadores enviados a lo público de la operación, procuren volver a lo secreto de la contemplación.---Lo cual, sin embargo, puede entenderse también de otro modo. Pues los fulgores, como se ha dicho arriba, son enviados y van los varones santos cuando del secreto de la contemplación salen a lo público de la operación. Son enviados y van cuando de lo escondido de la especulación íntima se difunden a la latitud de la vida activa. Pero volviendo dicen a Dios: *Aquí estamos*, porque tras las obras exteriores que realizan siempre recurren al seno de la contemplación, para que allí rehagan la llama de su ardor, y como por el contacto de la soberana claridad se enciendan. Pues más pronto se enfriarían entre esas mismas obras exteriores, aunque buenas, si con intención solícita al fuego de la contemplación incesantemente no volvieran. De donde bien se dice por Salomón: *Al lugar de donde salen los ríos vuelven, para que fluyan de nuevo* (Ecl. I, 7). Ellos mismos ciertamente son

llamados allí ríos que aquí son llamados fulgores. Pues porque riegan los corazones de los oyentes, son ríos; pero porque los encienden, son recordados como fulgores. De los cuales en otra parte está escrito: *Elevaron los ríos, Señor; elevaron los ríos sus voces* (Sal. XCII, 3). Y de nuevo: *Sus fulgores iluminaron al orbe de la tierra* (Sal. XCVI, 4). Al lugar, pues, de donde salen los ríos vuelven, porque los varones santos, aunque de la presencia de su creador, cuya claridad con la mente intentan contemplar, salen fuera por nosotros al ministerio de la vida activa, incesantemente sin embargo recurren al santo estudio de la contemplación, y si en su predicación exteriormente a nuestros oídos por palabras corporales se derraman, con la mente sin embargo tácita siempre vuelven a considerar la misma fuente de la luz. De los cuales también bien se dice: *Para que fluyan de nuevo*. Pues si para contemplar a Dios con mente solícita no volvieran siempre, sin duda la sequedad interna secaría también las palabras exteriores de su predicación. Pero mientras desean ver a Dios incesantemente, como ríos que han de decurrir hacia fuera siempre nacen dentro, para que allí amando tomen de donde hacia nosotros predicando fluyan. Dígase, pues, rectamente: *¿Acaso enviarás los fulgores, e irán, y volviendo te dirán: Aquí estamos?* Entiéndase: como yo, que a mis predicadores, cuando quiero, tras la gracia de la contemplación los dispongo al ministerio de la vida activa; a los cuales sin embargo siempre de los bienes exteriores los retiro a la cumbre interna de la contemplación, para

que unas veces mandados salgan a ejercitar las obras, otras veces retirados vivan conmigo más familiarmente en el estudio de la especulación. Volviendo, pues, dicen *Aquí estamos*, porque aunque por los actos exteriores parezcan faltar un poco a la contemplación, por el ardor del deseo, sin embargo, que en su mente continuamente encienden, obedeciendo a Dios muestran su presencia. Pues decir *Aquí estamos* es mostrarse presentes amando. Sigue:

CAPÍTULO III

[Rec. III].

VERS. 36.---¿Quién puso en las vísceras del hombre la sabiduría? ¿O quién dio al gallo la inteligencia?

9. Representados por el gallo los predicadores que prenuncian el día con su canto, dada por Dios la inteligencia. Por qué los lomos de este gallo están ceñidos.---¿Quiénes son designados en este lugar con el nombre de gallo, sino repetidos de otro modo los mismos santos predicadores, que entre las tinieblas de la vida presente se esmeran en anunciar la luz venidera predicando, como cantando? Pues dicen: *La noche pasó, pero el día se acercó* (Rom. XIII, 12). Quienes con sus voces sacuden el sueño de nuestro torpor, clamando: *Ya es hora de que surjamos del sueño* (Rom. XIII, 11). Y de nuevo: *Vigilad, justos, y no pequéis* (1 Cor. XV, 34).

Sobre este gallo se ha escrito de nuevo: *Tres son las cosas que caminan bien, y la cuarta que

anda felizmente: el león, el más fuerte de las bestias, que no temerá ante el encuentro de nadie; el gallo ceñido de sus lomos, y el carnero, y no hay rey que le resista* (Prov. XXX, 29). Pues él mismo es puesto en este lugar como león, de quien está escrito: *Venció el león de la tribu de Judá* (Apoc. V, 5). El cual es llamado el más fuerte de las bestias, porque *lo que en él es débil de Dios, es más fuerte que los hombres* (1 Cor. I, 25). Quien no teme ante el encuentro de nadie. Pues dice: *Viene el príncipe de este mundo, y en mí no tiene nada* (Juan XIV, 30). El gallo ceñido de sus lomos, esto es, los santos predicadores que anuncian el verdadero mañana entre las tinieblas de esta noche. Quienes están ceñidos de sus lomos porque de sus miembros restringen los flujos de la lujuria. Pues en los lomos está la lujuria. De donde también se les dice por el Señor: *Estén vuestros lomos ceñidos* (Luc. XII, 35). Y el carnero, y no hay rey que le resista. ¿A qué otro aceptamos en este lugar como carnero sino al primer orden de sacerdotes dentro de la Iglesia? De quienes está escrito: *Traed al Señor los hijos de los carneros* (Sal. XXVIII, 1); que por sus ejemplos arrastran al pueblo que camina, como a una grey de ovejas que les sigue. A los cuales, viviendo espiritual y rectamente, ningún rey basta en absoluto para resistir, porque por más que cualquier perseguidor se les oponga, no vale para impedir su intención. Pues saben tanto correr ansiosamente hacia aquel a quien desean, como llegar muriendo. Se pone, pues, primero el león, segundo el gallo, tercero el carnero. Pues

apareció Cristo, después los santos predicadores apóstoles, y entonces finalmente los padres espirituales prepósitos de las Iglesias, a saber, los guías de las greyes, porque son doctores de los pueblos que les siguen.

10. El Anticristo, elevado a lo sublime, parecerá estúpido. En esta vida no todo lo que bien, felizmente, ni todo lo que felizmente, bien.---Pero esto todavía lo afirmamos mejor, si añadimos exponiendo lo restante del mismo lugar. Pues porque después de estos también aparecerá el Anticristo, allí añadió esto cuarto, diciendo: *Y el que pareció estúpido, después de que fue elevado a lo sublime. Si hubiera entendido, habría puesto la mano sobre su boca* (Prov. XXX, 32). Ciertamente él mismo será elevado a lo sublime, cuando mentirá que él es Dios. Pero elevado a lo sublime parecerá estúpido, porque en esa misma elevación suya desfallecerá por el advenimiento del verdadero juez. Lo cual si hubiera entendido, habría puesto la mano sobre su boca; esto es, si hubiera previsto su suplicio cuando empezó a soberbiar, de ninguna manera se hubiera elevado a la jactancia de tan gran soberbia, habiendo estado bien fundado alguna vez. Sobre lo cual no mueva en absoluto lo que arriba se dijo: *Lo cuarto que anda felizmente* (Ibíd., 29). Pues dijo que tres caminan bien, y lo cuarto felizmente. Pues no todo lo que felizmente, bien; ni en esta vida todo lo que bien, felizmente. Pues el león, el gallo y el carnero caminan bien, pero no aquí felizmente, porque padecen las guerras de la persecución. Pero lo cuarto anda felizmente, y no bien, porque

el Anticristo caminará en su falacia, pero según el breve tiempo de la vida presente esa misma falacia le prosperará, como de él se dijo bajo la especie de Antíoco por Daniel: *Le fue dado el poder contra el sacrificio perpetuo, por los pecados, y la verdad será postrada en tierra, y hará y prosperará* (Dan. VIII, 12). Lo que Salomón dice: *Anda felizmente*, esto Daniel dice *prosperará*. Así pues, según este testimonio que se dice por Salomón: *El gallo ceñido de sus lomos* (Prov. XXX, 31), aptamente también en este lugar aceptamos el gallo por los santos predicadores. Refiriendo pues todas las cosas a sí mismo, dice el Señor: *¿Quién puso en las vísceras del hombre la sabiduría? ¿O quién dio al gallo la inteligencia? * Como si dijera: ¿Quién infundió en el corazón del hombre, varón sabio humano, la gracia de la sabiduría soberana? ¿O quién, sino yo, dio a los mismos santos predicadores la inteligencia, para que sepan cuándo o a quiénes deben anunciar la mañana venidera? Pues por eso sienten cuándo y qué hacen, porque esto lo conocen intrínsecamente por mi revelación. Y es de notar que la sabiduría divinamente inspirada se da en las vísceras del hombre porque, sin duda, en cuanto respecta al número de los electos, no se da solo en las voces, sino también en los sentidos, para que según lo que habla la lengua viva la conciencia, y su luz tanto más claramente resplandezca en la superficie cuanto más verdaderamente arde en el corazón.

[Rec. IV.] 11. Cuánto necesitan de discreción los rectores de las almas.---De gran trabajo es,

empero, discutir con una exposición todavía más sutil esto que se añade: *¿O quién dio al gallo la inteligencia?* Ciertamente la inteligencia de los doctores tanto más sutil debe ser, cuanto se ejercita para penetrar las cosas invisibles, cuanto nada material discute, cuanto incluso hablando por la voz del cuerpo, trasciende todo lo que es del cuerpo. Lo cual de ninguna manera sería congruo para las cosas supremas, si el mismo creador de lo supremo no lo suministrara al gallo que canta, esto es, al doctor que predica. También el gallo recibió la inteligencia para que primero discuta las horas del tiempo nocturno, y entonces finalmente emita la voz de la excitación, porque a saber cada santo predicador considera primero en sus oyentes la calidad de la vida, y entonces finalmente forma la congrua voz de la predicación para instruirlos. Pues como discernir las horas de la noche es juzgar los méritos de los pecados; como discernir las horas de la noche es reprender las tinieblas de las acciones con la apta voz de la increpación. Así pues, la inteligencia se tribuye al gallo desde lo alto, porque al doctor de la verdad le es suministrada divinamente la virtud de la discreción, para que sepa a quiénes, qué, cuándo o cómo aplicarlo.

[Vet. VI.] 12. La exhortación que a unos aprovecha a otros daña.---Pues no una sola y misma exhortación conviene a todos, porque ni a todos obliga una par calidad de costumbres. Pues a menudo dañan a unos las cosas que a otros aprovechan. Pues también frecuentemente las hierbas que a estos animales alimentan, a otros

matan; y el leve silbido a los caballos sosiega, a los cachorros instiga; y el medicamento que a esta enfermedad disminuye, a otra une fuerzas; y el pan que la vida de los fuertes robustece, a la de los párvulos mata. Según la calidad pues de los oyentes debe formarse el sermón de los doctores, y que a cada uno según lo suyo sea congruo, y sin embargo del arte de la común edificación nunca se aparte. ¿Pues qué son las mentes atentas de los oyentes, sino como ciertas tensiones de cuerdas dispuestas en la cítara? las cuales el artífice de tañer, para que no hagan un cántico disímil de sí mismas, disímilmente pulsa. Y por eso las cuerdas devuelven una consonante modulación, porque son heridas por un solo plectro ciertamente, pero no por un solo impulso. De donde también cada doctor, para que en una sola virtud de la caridad edifique a todos, de una sola doctrina, pero no por una sola y misma exhortación, debe tocar los corazones de los oyentes.

13. Según la calidad de cada uno, dénse varios avisos.---Ciertamente de un modo los varones, de otro han de ser amonestadas las mujeres; de un modo los jóvenes, de otro los viejos; de un modo los indigentes, de otro los opulentos; de un modo los alegres, de otro los tristes; de un modo los súbditos, de otro los prepósitos; de un modo los siervos, de otro los señores; de un modo los sabios de este mundo, de otro los embotados; de un modo los impudentes, de otro los recatados; de un modo los protervos, de otro los pusilánimes; de un modo los impacientes, de otro los pacientes; de un modo los benévolos, de otro

los envidiosos; de un modo los simples, de otro los impuros; de un modo los sanos, de otro los enfermos; de un modo los que temen los azotes, y por eso viven inocentemente; de otro los que de tal modo en la iniquidad se han endurecido, que ni por los azotes se corrigen; de un modo los demasiado tácitos, de otro los que se entregan al multiloquio; de un modo los tímidos, de otro los audaces; de un modo los perezosos, de otro los precipitados; de un modo los mansos, de otro los iracundos; de un modo los humildes, de otro los elados; de un modo los pertinaces, de otro los inconstantes; de un modo los entregados a la gula, de otro los abstinentes; de un modo los que lo suyo misericordiosamente dan, de otro los que lo ajeno arrebatar contienden; de un modo los que ni lo ajeno arrebatan, ni lo suyo larguean, de otro los que tanto lo que tienen de suyo dan, como lo ajeno arrebatar no desisten; de un modo los discordes, de otro los pacificados; de un modo los que siembran pleitos, de otro los pacíficos; de un modo han de ser amonestados los que las palabras de la ley sagrada no entienden rectamente, de otro los que rectamente ciertamente entienden, pero estas cosas humildemente no las hablan; de un modo los que, pudiendo predicar cosas dignas, por demasiada humildad temen, de otro aquellos a quienes la imperfección o la edad prohíbe de la predicación, y sin embargo la precipitación los impele; de un modo los que en esto que temporalmente apetecen prosperan, de otro los que ciertamente lo que es del mundo codician, pero sin embargo por el trabajo de la

adversidad se fatigan; de un modo los ligados por matrimonios, de otro los libres de los nexos del matrimonio; de un modo los que la mezcla de la carne han experimentado, de otro los ignorantes; de un modo los que deploran los pecados de las obras, de otro los de los pensamientos; de un modo los que las cosas cometidas lloran, y sin embargo no las dejan; de otro los que las dejan, y sin embargo no las lloran; de un modo los que las cosas ilícitas que hacen incluso las alaban, de otro los que acusan las cosas malas propias y sin embargo no las evitan; de un modo los que por repentina concupiscencia son vencidos, de otro los que en la culpa por consejo son ligados; de un modo los que aunque mínimas, frecuentemente sin embargo hacen cosas ilícitas, y de otro modo los que de las pequeñas se guardan, pero a veces en las graves se sumergen; de un modo los que los bienes ni empiezan, de otro los que los empezados mínimamente consuman; de un modo los que los males ocultamente hacen, y los bienes públicamente, de otro los que los bienes que hacen los esconden, y sin embargo por ciertos hechos públicamente permiten que se piensen males de ellos. Y ciertamente de cada uno cuál fuera el orden de la amonestación sutilmente debimos insinuar, pero por la temida prolixidad de la locución somos impedidos. Siendo Dios el autor, en otra obra apetece el ánimo cumplir esto, si sin embargo de esta laboriosa vida todavía restara algún poquito de tiempo.

[Vet. VII.] 14. Los inicuos han de ser increpados con voces altas y grandes, con voces suaves y

blandas han de ser amonestados los que de la iniquidad se apartaron.---Tenemos ciertamente otra cosa que de la inteligencia de este gallo (*gallus*) debemos considerar, porque en las horas más profundas de la noche suele emitir cantos más valientes y más prolongados, pero cuando ya el tiempo matutino se aproxima, forma de todo modo voces más suaves y más menudas. En lo cual lo que la inteligencia de este gallo nos insinúa lo demuestra la considerada discreción de los predicadores. Quienes cuando predican a mentes todavía inicuas, íntiman los terrores del juicio eterno con voces altas y grandes, porque a saber claman como en las tinieblas de la profunda noche. Pero cuando ya conocen que la luz de la verdad está presente en los corazones de sus oyentes, vuelven la magnitud de su clamor en suavidad de dulzura, y no tanto profieren aquellas cosas que son terribles sobre las penas como aquellas que son blandas sobre los premios. Quienes también entonces cantan con voces menudas, porque al aproximarse la mañana predican cada cosa sutil sobre los misterios, para que sus seguidores tanto más oigan cada cosa más menuda sobre las celestiales, cuanto más se aproximan a la luz de la verdad, y a quienes el largo clamor del gallo había excitado cuando dormían, el más conciso deleite cuando despiertan; para que a cualquier corregido le plazca conocer sutilmente las cosas dulces sobre el reino, quien antes temía las adversas sobre el juicio. Lo cual bien por Moisés se expresa, cuando para conducir el ejército se manda sonar las trompetas más concisamente. Pues escrito es-

tá: Hazte dos trompetas de plata dúctiles (Num. 10, 2). Y poco después: Cuando el conciso clamor hubiere sonado, se moverán los campamentos (Ibid. 5). Pues por dos trompetas el ejército es conducido, porque por dos preceptos de la caridad el pueblo es llamado al apresto de la fe. Las cuales por eso se manda hacer de plata, para que las palabras de los predicadores patenticen con el resplandor de la luz, y la mente de los oyentes con ninguna oscuridad suya confundan. Por eso pues dúctiles (*ductiles*), porque es necesario que estos que predican la vida venidera crezcan con los golpes de las tribulaciones presentes. Bien pues se dice: Cuando el conciso clamor hubiere sonado, se moverán los campamentos (Num. 10, 5), porque sin duda el sermón de la predicación cuando más sutil y menudamente se trata, los corazones de los oyentes contra los certámenes de las tentaciones más ardientemente se excitan.

15. Los que por oficio exhortan a otros, primero en las buenas obras se ejerciten.---Hay todavía otra cosa que en el gallo se ha de intuir solícitamente, porque cuando ya se prepara para emitir cantos, primero sacude las alas, y hiriéndose a sí mismo, se vuelve más vigilante. Lo cual patentemente discernimos, si la vida de los santos predicadores vigilantemente vemos. Ellos ciertamente cuando mueven las palabras de la predicación, primero se ejercitan en las santas acciones, para que no torpes en la obra en sí mismos, a otros exciten con la voz; sino que antes se sacuden por sublimes hechos, y entonces a otros solicitos para obrar bien vuelven. Primero con las alas de

los pensamientos se hieren a sí mismos, porque cualquier cosa que en sí inútilmente torpe, con solícita investigación la deprenden, con estrecha animadversión la corrigen. Primero de castigar lo suyo con llantos cuidan, y entonces lo que de otros ha de ser castigado denuncian. Primero pues con las alas suenan que emitan los cantos, porque antes que las palabras de exhortación profieran todo lo que han de hablar con las obras lo claman; y cuando perfectamente en sí mismos vigilan, entonces a otros durmientes a las vigilias llaman.

16. Que rectamente su oficio cumplan los predicadores y doctores, lo tienen de Dios.---Pero ¿de dónde tanta esta inteligencia al doctor, que tanto para sí perfectamente vigile, como a los durmientes a las vigilias bajo ciertos provectos del clamor llame, que tanto las tinieblas de los pecados primero cautamente discuta, como discretamente después la luz de la predicación muestre, que a cada uno según el modo y los tiempos sea congruo, y al mismo tiempo a todos lo que los sigue muestre? ¿De dónde a tantas y tan sutiles cosas se tiende, sino que intrínsecamente por aquel por quien fue fundado sea enseñado? Porque pues la alabanza de tanta inteligencia no es virtud del predicador, sino del Autor, rectamente por el mismo Autor se dice: ¿O quién dio al gallo la inteligencia? Como si dijera: Sino yo, que las mentes de los doctores que maravillosamente de la nada fundé para entender las cosas que ocultas son más maravillosamente instruí. De donde bien para que en los dichos de los que predican no

sólo inspirador de la inteligencia se muestre, sino también autor de la locución, añade:

VERS. 37.---¿Quién narrará la razón de los cielos?

[Rec. V.] Cuyas palabras sin embargo porque cuando se nos hubiere mostrado por la especie las retira, al punto añadió:

CAPÍTULO IV.

IBÍD.---¿Y el concierto del cielo quién hará dormir?

17. Revelado Dios en su majestad, cesará la predicación. El Espíritu Santo es del Padre y del Hijo, a ambos coeterno.---En esta vida pues el Señor habló a nuestra enfermedad no por la abierta especie de su majestad, sino por la voz de sus predicadores, para que la lengua carnal las mentes todavía carnales pulsara, y tanto más fácilmente lo desacostumbrado percibieran, cuanto aquello por el sonido de la voz acostumbrada oyeran. Pero después que por la muerte en polvo la carne se resuelve, y por la resurrección el polvo se anima, entonces de Dios oír palabras no buscamos, porque a uno mismo que lo llena todo ya por la especie de Dios vemos al Verbo. Lo cual tanto más alto nos suena cuanto también nuestras mentes por la fuerza de la íntima ilustración penetra. Retiradas pues las palabras fuertes y murientes, como un cierto sonido de la eterna predicación se hace la misma imagen de la interna visión. De donde también rectamente ahora al bienaventurado Job dice el Señor: ¿Quién narrará la razón de los cielos, y el concierto del cielo quién hará dormir?

¿Pues qué se entiende por la razón de los cielos, sino la fuerza suprema de los secretos? ¿Qué por el concierto del cielo sino el concorde sermón de los que predican se signa? Nuestro Creador pues cuando la razón de los cielos hubiere empezado a narrar, hace dormir el concierto del cielo, porque cuando ya por la especie se nos muestra, sin duda las palabras de los que predican se retiran. De aquí pues por Jeremías dice el Señor: No enseñará más el varón a su prójimo, y el hermano a su hermano, diciendo: Conoce al Señor. Pues todos me conocerán desde el mínimo de ellos hasta el máximo, dice el Señor (Jer. 31, 34). De aquí Pablo dice: Ya las profecías se evacuarán, ya las lenguas cesarán, ya la ciencia se destruirá (1 Cor. 13, 8). [Vet. VIII.] O ciertamente la razón de los cielos es la misma virtud vivificante, que forma los espíritus de los ángeles. Pues Dios así como es causa de las causas, como la vida de los vivientes, así también razón de las criaturas racionales. Entonces pues la razón de los cielos narra el Señor, cuando a sí mismo cómo a los espíritus electos preside nos insinúa. Entonces la razón de los cielos narra, cuando, de la calígine de nuestra mente detersa, con clara visión se manifiesta. De donde también en el Evangelio dice el Señor: Viene la hora en que ya no en proverbios os hablaré, sino claramente del Padre os anunciaré (Juan 16, 25). Claramente por cierto de su Padre anunciarse asevera, porque por la patentizada entonces especie de su majestad, tanto cómo él mismo naciendo no es impar al que lo engendra, como de qué modo el Espíritu de ambos a ambos coeterno procede muestra.

Abiertamente pues entonces veremos cómo esto que por nacer es no es subsecuente a aquel de quien nace, cómo aquel que por la procesión es producido por los que lo profieren no es precedido. Abiertamente entonces veremos cómo y uno divisiblemente tres son, e indivisiblemente tres uno. La lengua pues entonces de Dios narrante es la vista claridad del que eleva. Y el concierto del cielo entonces dormirá, porque apareciendo en el juicio el retribuidor de las obras, las palabras ya de las exhortaciones cesarán. De donde también abiertamente el mismo tiempo de la resurrección se añade, cuando al punto se profiere:

CAPÍTULO V.

VERS. 38.---Cuando se fundaba el polvo en la tierra, y los terrones se compaginaban.

18. El tiempo de la resurrección previsto y prenunciado por Job.---Ciertamente según su costumbre las cosas que todavía son futuras como ya pretéritas el sermón divino describe, esto en sí a saber guardando lo que por él se dice: Quien hizo las cosas que serán (Is. 45, 11, según LXX). Por tanto el polvo entonces en la tierra se funda, porque en sólidos miembros se reduce. Y los terrones se compaginan, porque sin duda firmes cuerpos del polvo recogidos se levantan. Pero después que estas palabras dominicales de qué modo sobre el futuro han de ser entendidas dijimos, ahora también qué sobre el presente insinúan indiquemos.

[Vet. IX.] 19. A los réprobos se esconden las cosas celestiales, se revelan a los electos.---¿Quién narrará la razón de los cielos, y el concierto del

cielo quién hará dormir? La razón de los cielos el Señor narra, mientras ahora insinuando los secretos supremos las mentes de sus electos ilumina. El concierto pues del cielo hace dormir, mientras los concordes himnos de los ángeles y aquellos gozos de las celestiales virtudes a los corazones de los réprobos por justo juicio esconde. El cual concierto del cielo, aunque en sí intrínsecamente vigile, en la misma ignorancia de los réprobos sin embargo extrínsecamente duerme. Se narra pues la razón del secreto celestial, y sin embargo el concierto del cielo dormir se permite, porque y a unos por la inspiración la ciencia de la suprema retribución se abre, y a otros cuál sea la suavidad de la interna alabanza se oculta.

20. Las cosas visibles a los réprobos aquí demoran, a los santos pues a las mejores compelen.---Se narra la razón de los cielos, porque a las mentes de los electos cuál sea la retribución de las cosas supremas incesantemente se abre, para que sin duda sin cesación aprovechen, y transcurriendo las visibles se extiendan a las invisibles. Pues todo lo visible que en esta vida a los réprobos fija, esto a los electos a otras cosas impele, porque mientras los bienes que fueron hechos miran, en aquel por quien fueron hechos se enardecen; y tanto más preeminentemente lo aman, cuanto consideran que él a esto mismo que él bueno fundó precede. Ciertamente habla esto a ellos intrínsecamente sonando silenciosa la invisible lengua de la compunción. La cual tanto más plenamente dentro oyen, cuanto del estrépito de los exteriores deseos más perfectamente se

apartan. A estos pues el concierto del cielo no duerme, porque su mente cuál sea la suavidad de la alabanza suprema, aplicada la oreja del amor, conoce. Dentro pues lo que apetecen oyen, e instánte el mismo deseo de la Divinidad sobre los premios de los celestiales bienes son instruidos. De donde también la presente vida no sólo adversante, sino también favoreciente gravemente toleran, porque para ellos oneroso es todo lo que se cierne, mientras de aquello que dentro oyen son diferidos. Todo lo que a sí les está presto grave lo estiman, porque aquello no es a lo que anhelan; incesantemente pues su mente cansada por los mismos trabajos de la temporalidad en aquel celestial gozo para ser resumida se suspende, mientras, en la oreja del corazón irrumpiendo dentro el concierto del cielo, la sociedad para sí cotidianamente de los ciudadanos supremos esperan. Aquel concierto de la alabanza suprema en la oreja de aquel había irrumpido, que decía: Entraré en el lugar del tabernáculo admirable, hasta la casa de Dios con voz de exultación y de confesión, sonido de la ciudad en banquete (Sal. 41, 5). El que pues dentro la voz de exultación y de confesión y el sonido de la ciudad en banquete había oído, ¿qué otro sino el concierto del cielo lo excitaba?

21. El concierto de los cielos no es oído por los malos.---El cual concierto sin embargo duerme para los réprobos, porque a sus corazones de ningún modo por la voz de la compunción se da a conocer. Pues no a considerar aquella deseable frecuencia de los ciudadanos supremos estudian,

con ningún rayo de ardor aquellas fiestas de la solemnidad interna contemplan, con ninguna pluma de la contemplación en lo íntimo son elevados. Pues a solas las cosas visibles sirven, y por eso nada de la suavidad suprema intrínsecamente oyen, porque a ellos, como arriba dijimos, en la oreja del corazón los sordos tumultos de los cuidados seculares los oprimen. Porque pues por la dispensación del oculto juicio lo que a unos se abre a otros se cierra, lo que a unos se detecta a otros se oculta, dígase rectamente: ¿Quién narrará la razón de los cielos, y el concierto del cielo quién hará dormir? Lo cual sin embargo entonces se nos dio a conocer más ampliamente, cuando nuestro Redentor por el misterio de la dispensación apareciendo, tanto a los indignos misericordia prestó, como a aquellos de sí que dignos parecían excluyó. De donde aquí también aptamente se subjunta:

CAPÍTULO VI

[Vet. X, Rec. VI].

VERS. 38.---Cuando se fundaba el polvo en la tierra, y los terrones se compaginaban.

22. Los pecadores semejantes al polvo, por cualquier soplo de tentación son arrebatados. Por la gracia del Espíritu Santo son consolidados, y por la caridad son compaginados.---¿A quiénes en el polvo sino a los pecadores entendemos, que consolidados por ningún peso de la razón por el soplo de cualquier tentación son arrebatados? De los cuales escrito está: No así los impíos, no así,

sino como el polvo que proyecta el viento desde la faz de la tierra (Sal. 1, 4). El polvo pues en la tierra fue fundado, cuando los pecadores llamados en la Iglesia por la razón de la fe entregada fueron consolidados, para que los que antes móviles por la inconstancia por el aura de la tentación eran elevados, inmóviles después contra las tentaciones consistieran, y a Dios perseverantemente inherentes, el peso fijo de vivir bien tuvieran. Los terrones pues se coagulan por la humedad y el polvo. En esta tierra pues los terrones fueron compactados, porque los pecadores llamados e infundidos por la gracia del Espíritu Santo en la colección de la caridad fueron unidos. Estos terrones en la tierra fueron compactados, cuando los pueblos que antes como en la dispersión del polvo diversa cosa sentían, después, recibida la gracia del Espíritu Santo, en aquella pacatísima concordia de la unanimidad convinieron, para que cuando fueran tres mil, o de nuevo cinco mil, testificando la Escritura, se dijera que había en ellos un solo corazón y una sola alma (Hech. 4, 32). Estos terrones de un mismo polvo ciertamente, pero como por diversa mole distinguidos cotidianamente el Señor en la tierra compagina, porque, guardada la unidad del sacramento, según la variedad de costumbres y de lenguas los pueblos fieles en la Iglesia recoge. Estos terrones ya entonces el Señor designó, cuando para el comer del pan y de los peces de cincuenta en cincuenta o de ciento en ciento mandó recostarse (Mat. 14, 19, 20).

23. En la Iglesia diversos son los órdenes.---Los cuales terrones sin embargo si en la Iglesia por la diversidad de los méritos atendemos, tal vez todavía distinguir sutilmente podemos. Pues mientras uno es el orden de los que predican, otro el de los oyentes; uno el de los que rigen, y otro el de los súbditos; uno el de los cónyuges, otro el de los continentes, otro el de los penitentes, otro el de las vírgenes; como de una sola tierra es la diversa forma de terrones distinguida, mientras en una sola fe, en una sola caridad dispares se demuestran los méritos de los que bien obran. Estos terrones aquel pueblo significó, que para la construcción del tabernáculo bajo un solo estudio diversos donarios ofreció, de quien escrito está: Cualquier cosa que para el culto del tabernáculo y para las vestiduras santas necesaria era, los varones con las mujeres proveyeron, armillas y pendientes, anillos y brazaletes, todo vaso de oro en los donarios del Señor fue separado. Si alguno tuvo jacinto, púrpura, y escarlata dos veces teñida, biso y pelos de cabras (Éxod. 35, 22), etc.

24. Cada uno, para cumplir el culto de la Iglesia, ofrece dones.---En el ornamento pues del tabernáculo los varones dones con las mujeres ofrecen, porque en cumplir el culto de la santa Iglesia, tanto los hechos sublimes de los fuertes, como las obras extremas de los débiles se cuentan. ¿Pero qué por las armillas que los brazos ciñen sino las obras de los prepósitos valientemente laborantes se demuestran? ¿Qué por los pendientes sino la obediencia de los súbditos se expresa? ¿Qué por los anillos sino el signáculo de los secretos? Fre-

cuentemente por cierto los maestros sellan lo que por los oyentes no poder ser captado consideran. ¿Qué por los brazaletes sino los ornamentos de la primera operación se memoran? ¿Qué por el vaso de oro en los donarios del Señor separado sino la inteligencia de la divinidad se entiende, la cual tanto del amor de las cosas inferiores se disjunta, cuanto a solas las que eternas son para ser amadas se elevan? ¿Qué por el jacinto sino la esperanza de las celestiales? ¿Qué por la púrpura sino el raudal y la tolerancia de las pasiones por amor del reino perpetuo exhibida? ¿Y qué por la escarlata dos veces teñida sino la caridad se demuestra, la cual para la perfección dos veces se tiñe, porque de Dios y del prójimo con la dilección se decora? ¿Qué por el biso sino la inmaculada incorrupción de la carne? ¿Y qué por los pelos de las cabras, de los cuales la aspereza de los cilicios se teje, sino la dura aflicción de los penitentes se designa? Mientras pues unos por las armillas y los anillos fuerte magisterio ejercen, otros por los pendientes y los brazaletes devota obediencia y recta operación exhiben, otros por el separado vaso de oro preclara y sutilísima inteligencia de Dios tienen; otros por el jacinto, la púrpura y la escarlata, las oídas celestiales esperar, creer, amar no desisten, incluso las que todavía con sutilísimo intelecto mínimamente conocen, otros por el biso la incorrupción de la carne ofrecen; otros por los pelos de las cabras deploran ásperamente lo que libremente cometieron; como de una sola tierra innumerables terrones se profieren, porque de un solo y par obsequio hechos de

los fieles dispares proceden. Los cuales terrones sin duda concretados de ningún modo del polvo se levantarían, sino el agua primero el polvo recibiera, y concebido por sí el humor se solidara, porque si a todos los pecadores la gracia del Espíritu Santo no infundiera, constreñidos ellos a las obras de la fe la unidad de la caridad no los tendría. Cuando pues el Señor narrará la razón de los cielos, o el concierto del cielo hará dormir, abra. Dice por cierto: Cuando se fundaba el polvo en la tierra, y los terrones se compaginaban. Como si dijera: Entonces primero con vocación y discreción manifiesta, los secretos espirituales y no sin misericordia a unos abrí, y no sin justicia a otros cerré, cuando a unos rechazara, y a otros dentro de la Iglesia por la concordia de la caridad adunara. La cual santa Iglesia porque de la perfidia de los judíos rechazada, para arrebatar las gentes se dio, y en su cuerpo para ser convertidas, lo cual ciertamente no por sus fuerzas, sino por las del Señor hizo, aptamente se subjunta:

CAPÍTULO VII

[Vet. XI, Rec. VII].

VERS. 39.---¿Acaso tomarás la presa de la leona, y el alma de sus cachorros llenarás?

25. La Iglesia es una leona, cuyos cachorros fueron los apóstoles.---Esta sin duda es aquella leona de la que Job decía, cuando veía a la soberbia Judea pasada por alto mientras la Iglesia predicaba: No la pisaron los hijos de los agentes, ni pasó por ella la leona (Job 28, 8). Para esta leo-

na pues el Señor toma la presa, para que el alma de sus cachorros llene, porque para el aumento de esta Iglesia arrebató innumerables de la gentilidad, y por el lucro de las almas los hambrientos votos de los apóstoles sació. Ellos ciertamente cachorros por la ternura de la mente y la enfermedad del temor fueron llamados, porque, habiendo padecido el Señor, con las puertas cerradas residían, como de ellos escrito está: Cuando era tarde aquel día, uno de los Sábados, y las puertas estaban cerradas donde estaban los discípulos congregados por el miedo de los judíos, vino Jesús, y estuvo en medio de ellos (Juan 20, 19). De donde aquí también sobre los mismos cachorros aptamente se subjunta:

CAPÍTULO VIII.

VERS. 40.---Cuando se agachan en las guaridas, y en los hoyos acechan.

26. En las guaridas primero se agacharon, de donde para llevar presas al mundo saltaron.--- Pues cuando de ningún modo los santos apóstoles contra los miembros del diablo en la voz de la libre predicación se levantaban, y todavía no después de la pasión del Señor consolidados por la efusión del Espíritu Santo a su Redentor con firme autoridad predicaban, todavía contra sus adversarios como en guaridas acechaban. Con las puertas cerradas ciertamente como en ciertos escondidos hoyos suyos los cachorros para arrebatar el mundo se agachaban, para que después presumiendo arrebataran la presa de las almas, de los cuales entonces es cierto que el ímpetu

del mundo incluso para sí mismos ocultándose temían. Cerradas aquellas puertas estos cachorros acechando la muerte de nuestra muerte buscaron, para que nuestra culpa mataran, y toda la vida del pecado en nosotros eliminaran. A aquel primer cachorro hambriento de estos, pero ya valiente, mostrada la gentilidad por el lienzo, como mostrada la presa, se le dice: Mata y come (Hech. 10, 13). A estos cachorros como todavía enfermos se les manda que en las guaridas deban agacharse, cuando con voz dominical se les dice: Sentaos aquí en la ciudad hasta que seáis investidos de virtud desde lo alto (Luc. 24, 49). ¿O no rectamente cachorros de la leona son llamados, los que nacidos en la Iglesia el mundo adversante con la boca arrebataron?

27. Los imitan los perfectos doctores. Aquel sabe hablar rectamente, que supo ordenadamente callar.---Y estas cosas ciertamente hechas por los santos apóstoles las conocemos, estas ahora también hacerse por los perfectos doctores vemos. Pues ellos aunque son padres de los pueblos subsiguientes, sin embargo son hijos de los precedentes; de donde también no sin mérito cachorros son llamados. O ciertamente porque aunque de algunos fieles maestros son, de la Iglesia universal sin embargo discípulos ser se glorían. La leona pues el Señor toma la presa, porque por la virtud de su inspiración del error la vida de los delincuentes arrebata; y las almas de los cachorros de ella llena, porque por la conversión de muchos a los piadosos deseos de los doctores satisface. De los cuales cachorros bien se subjun-

ta: Cuando se agachan en las guaridas, y en los hoyos acechan. Pues no todos los tiempos son congruos para la doctrina. Pues frecuentemente la virtud de los dichos se pierde, si intempestivamente se profieren. A menudo por cierto también lo que más suavemente se dice por el encuentro del tiempo congruente se anima. Aquel pues sabe hablar rectamente, que también ordenadamente supo callar. ¿Pues qué aprovecha en aquel tiempo al que se aira corregir, en el que con la mente enajenada no sólo no palabras ajenas percibir, sino a sí mismo apenas vale tolerar? Al que delira ciertamente quien por invectiva corrige, como a aquel que no siente, llagas al ebrio impone. La doctrina pues para que llegar al corazón del oyente valga, qué momentos de los tiempos le sean congruos pondere. Bien pues de estos cachorros se dice: Cuando se agachan en las guaridas, y en los hoyos acechan. Los doctores pues santos cuando ven lo que ha de ser argüido y sin embargo se retienen por el silencio en los pensamientos, como en hoyos se ocultan, y como en guaridas se protegen porque en sus corazones se esconden. Pero cuando el tiempo oportuno hubieren hallado, de repente saltan, nada de lo que ha de ser dicho callan, y la cerviz de los soberbios con el bocado de la áspera increpación sujetan. Ya sea pues por los apóstoles, ya por los doctores, a quienes en lugar de los apóstoles subrogó, para esta leona el Señor cotidianamente toma la presa, y por aquellos que tomó a otros también tomar no desiste. Para esto por cierto los justos de este mundo a los pecadores arrebatan, para que por los conversos

ellos también otros del mundo sean arrebatados. De donde también aquella misma geminidad, que por la piadosa boca de los apóstoles fue arrebatada, con tanta hambre ahora a otros desea con cuanta se conoce haber sido por los apóstoles codiciada. Por lo cual también aptamente se subjunta:

CAPÍTULO IX

[Vet. XII, Rec. VIII].

VERS. 41.---¿Quién prepara al cuervo su comida, cuando sus polluelos claman a Dios, vagando porque no tienen alimentos?

28. La gentilidad convertida es el cuervo, cuyos polluelos son los santos predicadores.---¿Pues qué por el nombre del cuervo y de sus polluelos sino la gentilidad negra por los pecados se designa? De la cual por el Profeta se dice: El que da a los jumentos su comida, y a los polluelos de los cuervos que lo invocan (Sal. 146, 9). Los jumentos ciertamente comida reciben, mientras con el pasto de la sagrada Escritura las mentes antes brutas se sacian. A los polluelos pues de los cuervos, a saber a los hijos de las gentes se da comida, cuando el deseo de ellos por nuestra conversación se reface. Este cuervo comida fue mientras a él mismo la santa Iglesia buscara. Pero ahora comida recibe, porque él mismo para la conversión a otros busca.

29. Estos saben que nada pueden por su virtud.---Cuyos polluelos a saber, esto es los predicadores de él nacidos, no en sí presumen, sino

en las fuerzas de su Redentor. De donde bien se dice: Cuando sus polluelos claman a Dios. Pues nada por su virtud poderse saben. Y aunque los lucros de las almas con piadosos votos deseen, por aquel sin embargo que todo intrínsecamente obra estas cosas hacerse exoptan. Con verdadera pues fe comprenden, que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el incremento (1 Cor. 3, 7).

30. Con el celo de ganar almas arden.---Lo que por cierto se dijo: vagando porque no tienen alimentos, en esta vagancia nada otro que los votos de los ardientes predicadores se signan. Quienes mientras ambicionan recibir a los pueblos en el seno de la Iglesia, con gran ardor encendidos, ahora a estos, ahora a aquellos para ser recogidos el deseo envían. Como una cierta vagancia por cierto es la misma ebullición del pensamiento; y como a lugares varios con cambiadas señas pasan, mientras para adunar las almas en modos innumerables y en partes diversas con mente hambrienta discurren.

[Vet. XIII.] 31. Solicitud de Pablo por casi todas las iglesias. La caridad, que une lo dividido, dividía el corazón de Pablo entre muchos.

---Esta vagación la aprendieron los polluelos de los cuervos, esto es, los hijos de los gentiles, del mismo maestro de los gentiles. Pues él mismo, cuanto arde en válida caridad, tanto se permuta en excesiva vagación de lugar en lugar; apetece pasar de unos a otros, porque la misma caridad que lo llena lo impele. Pues estando lejos de los romanos escribe: Siempre hago memoria de

vosotros en mis oraciones, rogando si de algún modo al fin alguna vez tenga un próspero camino en la voluntad de Dios para venir a vosotros; pues deseo veros (Rom. I, 9, 10). Retenido en Éfeso escribe a los corintios: He aquí que por tercera vez estoy preparado para venir a vosotros (II Cor. XII, 14). De nuevo morando en Éfeso, habla a los gálatas, diciendo: Querría estar ahora con vosotros, y cambiar mi voz (Gál. IV, 20). También en Roma, cerrado en la custodia de la cárcel, porque no se le permite ir por sí mismo a los filipenses, promete enviarles a su discípulo, diciendo: Espero en el Señor Jesús enviaros pronto a Timoteo, para que yo también esté de buen ánimo, conocidas las cosas que hay en torno a vosotros (Fil. II, 19). Constreñido también por vínculos y retenido en Éfeso, escribe a los colosenses: Pues aunque estoy ausente en cuerpo, pero en espíritu estoy con vosotros (Col. II, 5). He aquí de qué modo vaga como por un deseo santo: aquí es retenido en cuerpo, allí es conducido en espíritu; y exhibe el afecto del amor paterno a estos presentes, y lo muestra a aquellos ausentes; a los que tiene delante les dedica sus obras, a los que lo oyen les expresa sus votos, eficazmente presente para aquellos con quienes estaba, ni sin embargo ausente para aquellos con quienes no estaba. Cuaya vagación conocemos mejor si sopesamos todavía sus palabras a los corintios. Dice en efecto: Vendré a vosotros cuando haya atravesado Macedonia. Pues atravesaré Macedonia; pero con vosotros quizás permaneceré, o incluso invernaré (I Cor. XVI, 5). Sopesemos, ruego, qué vagación sea ésta. He aquí

que permanece en un lugar entre tanto, afirma que ha de ir a otro, y promete que se desviará a otro. ¿Qué es lo que tan ansiosamente reparte por tantos lugares, sino que está constreñido por una sola caridad hacia todos? Pues la caridad que suele unir lo dividido, compele al único corazón de Pablo a dividirse por muchos lugares. Lo cual sin embargo tanto más estrechamente lo recoge en Dios, cuanto más ampliamente lo esparce por los santos deseos. Predicando, por tanto, Pablo quiere decir todas las cosas al mismo tiempo, amando quiere ver a todos al mismo tiempo, porque tanto permaneciendo en la carne quiere vivir para todos, como pasando de la carne por el sacrificio de la fe quiere aprovechar a todos. Vaguen, pues, los polluelos de los cuervos, esto es, imiten a su maestro los hijos de los gentiles, sacudan el torpor de la mente, y cuando mínimamente encuentran el lucro de las almas, esto es, su alimento, no descansen; extiéndanse al progreso desde los aprovechamientos y, hirviendo en la utilidad de muchos, deseen su refección como vagando hambrientos. Porque verdaderamente, discurriendo por las obras de las predicaciones, no cesan de saciar a la gentilidad con la refección de la fe, dígase rectamente: ¿Quién prepara al cuervo su alimento, cuando sus polluelos claman a Dios, vagando porque no tienen comida?

[Vet. XIV.] 32. Con el nombre de cuervo también se significa la plebe judaica. Vista la conversión de los gentiles, al fin se arrepentirá y se avergonzará de su estulticia.

---Puede también por el nombre de cuervo designarse la plebe judaica, negra por el mérito de la infidelidad. Pues se refiere que sus polluelos claman a Dios, para que al mismo cuervo se le prepare alimento por el Señor, porque ciertamente los santos apóstoles, generados según la carne de la plebe israelítica, mientras derramaban preces al Señor por su gente, cual polluelos de cuervos, alimentaron con inteligencia espiritual al pueblo pariente del cual nacieron carnalmente. Por tanto, mientras sus polluelos claman, se prepara alimento para el cuervo, porque mientras los apóstoles oran, la plebe hace poco pérfida es conducida al conocimiento de la fe, y se sacia por la predicación de los hijos cual por la voz de los polluelos. Sin embargo, en este verso debemos mirar solícitamente que a este cuervo se dice que se le prepara alimento primero cuando los polluelos claman y después cuando vagan. Pues clamando los polluelos se preparó alimento para el cuervo, cuando predicando los apóstoles la palabra de Dios, oyéndola Judea, unas veces en tres mil, otras veces en cinco mil, fue saciada con inteligencia espiritual. Pero cuando por la multitud de los réprobos ejercía su crueldad contra los predicadores, y cual si matara la vida de los polluelos, los mismos polluelos fueron dispersados por los espacios de todo el mundo. De donde también dicen a los mismos padres carnales que resistían a la predicación espiritual: A vosotros os convenía primero hablar la palabra de Dios; pero porque la rechazáis, y os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí que nos convertimos a las

gentes (Hech. XIII, 46); sabiendo ciertamente que después de que creyera la gentilidad, también Judea vendría a la fe. Por lo cual también está escrito: Hasta que entrara la plenitud de las gentes, y así todo Israel se salvara (Rom. XI, 25). Porque, por tanto, los santos apóstoles sumamente estudiaron primero predicar a los que oían, y después mostrar a los que resistían los ejemplos de la gentilidad convertida, cual polluelos hambrientos buscaron su alimento para este cuervo primero clamando y después vagando. Pues de donde vagan los polluelos, de allí encuentra el alimento el cuervo, porque mientras por el trabajo de los predicadores el pueblo judaico mira a la gentilidad convertida a Dios, al extremo en algún momento se avergüenza de la estulticia de su infidelidad; y entonces entiende las sentencias de la sagrada Escritura, cuando reconoce que antes de que a sí misma le hubieran sido conocidas a las gentes, y, terminada la vagación de los polluelos, abre la boca del corazón para percibir los sacros elocuio; porque terminadas las carreras de los apóstoles por el mundo, tarde percibe espiritualmente aquellas cosas de las cuales ayunó por largo tiempo mientras la perfidia la ataba. Porque pues la virtud de la sola divina potencia obra todas estas cosas, rectamente se dice: ¿Quién prepara al cuervo su alimento, cuando sus polluelos claman a Dios, vagando porque no tienen comida? Se sobrentiende «si no yo», que tolero al pueblo infiel tanto por sus hijos que oran, como lo alimento por los que predican, y lo sostengo para ser con-

vertido en algún momento al fin mientras vagan hacia otras cosas.

[Vet. XV.] 33. Los peritos maestros retiran el alimento de doctrina más sublime de los discípulos que no sienten de sí mismos con suficiente humildad.---Hay todavía otra cosa que del cuervo puede entenderse moralmente. Pues sacados los polluelos, como se cuenta, disimula el darles plenamente alimento antes de que al emplumarse se vuelvan negros, y padece que sean afectados por la penuria, hasta que en ellos por la negrura de las plumas se vea su semejanza. Los cuales vagan de aquí para allá en el nido, y piden el subsidio de los alimentos con la boca abierta. Pero cuando hubieren comenzado a ennegrecerse, tanto más ardientemente requiere para ellos el que se les suministre los alimentos, cuanto más tiempo dilató el alimentarlos. El cuervo por cierto es todo docto predicador, que clama con gran voz, mientras porta la memoria de sus pecados y el conocimiento de su propia debilidad como una cierta negrura de color. Al cual le nacen en la fe ciertos discípulos, pero tal vez todavía no saben considerar su propia debilidad, tal vez de los pecados pasados apartan la memoria, y por esto aquella negrura de humildad que conviene que sea asumida contra la gloria de este mundo no muestran. Estos como para recibir alimentos abren la boca, cuando piden ser enseñados de los secretos sublimes. Pero a ellos su doctor les atribuye tanto menos los alimentos de predicaciones sublimes, cuanto conoce que ellos lloran menos dignamente los pecados pasados. Pues espera y

amonesta que del nitor de la vida presente primero ennegrezcan por los lamentos de la penitencia, y entonces al fin perciban los congruos nutrimentos de la predicación sutilísima. El cuervo en los polluelos mira las bocas abiertas, pero antes busca que en ellos los cuerpos sean vestidos con la negrura de las plumas. Así también el discreto doctor no suministra los misterios internos a los sentidos de aquellos a quienes todavía considera que de ningún modo se han abyecto de este mundo. Cuanto por tanto los discípulos exteriormente por el culto de la vida presente son menos como negros, tanto por el alimento de la palabra interiormente son menos llenados; y en lo que no se evacuan de la gloria corporal, en eso ayunan de la espiritual refección.

34. Secus si en la confesión de los pecados se humillaren. ---Si en verdad en la confesión de la vida pasada profirieren los gemidos de su lamento como plumas que ennegrecen, al punto en la contemplación el doctor para llevar alimento de las cosas sublimes, como el cuervo que piensa en la refección de los polluelos, vuela, y a sus bocas abiertas les revoca el alimento, mientras de aquella inteligencia que hubiere comenzado suministra hablando los alimentos de vida a los discípulos hambrientos. A los cuales tanto más ardientemente de las cosas supremas refresca, cuanto más verdaderamente conoce que por la lamentación de la penitencia ennegrecen del nitor del mundo.

35. Cuanto mayor es la humildad, mayor también la esperanza de adelanto.---Los pollue-

los por cierto mientras se visten con el negro color de las plumas, también prometen de sí el vuelo, porque cuanto más abyectas cosas de sí sienten los discípulos, cuanto más afligiéndose a sí mismos se desprecian, tanto más prometen la esperanza de su adelanto hacia cosas más altas. De donde también cuida el doctor de alimentar más festinadamente a los que ya por ciertos indicios prevé que pueden aprovechar también a otros. Pues de aquí Pablo amonesta a Timoteo a nutrir más solícitamente como polluelos que empluman, cuando dice: Lo que de mí oíste por muchos testigos, esto encomienda a hombres fieles, que sean idóneos también para enseñar a otros (2 Tim. 2, 2). Cuya discreción de doctrina mientras es cautamente custodiada por el predicador, le es dada divinamente una copia más larga de predicación. Pues mientras por caridad sabe compadecerse de los discípulos afligidos, mientras por discreción entiende el tiempo congruo de la doctrina, él mismo percibe mayores dones de su inteligencia, no sólo por sí, sino también por ellos, a quienes impende los estudios de su trabajo. De donde aquí también aptamente se dice: ¿Quién prepara al cuervo su alimento, cuando sus polluelos claman a Dios, vagando porque no tienen alimentos? Pues cuando los polluelos claman para ser saciados, al cuervo se le prepara alimento, porque mientras los buenos oyentes hambrean la palabra de Dios, para ser refrescados ellos se les tributan a los doctores mayores dones de inteligencia. Sigue:

CAPÍTULO X

[Vet. XVI, Rec. IX].

CAP. XXXIX, VERS. 1.---¿Acaso conoces el tiempo del parto de los íbices en las piedras, u observaste a las ciervas cuando paren?

36. Por qué los maestros espirituales son señalados en los íbices y en las ciervas. Descripción de los íbices. Qué ciervas atraviesan los ríos. Las cosas que hacemos ante Dios tanto más crecen cuanto ante nosotros decrecen por la humildad. ---La parte meridional llama íbices a unas aves que habitan en las corrientes del Nilo. Mas la plaga oriental y occidental llama íbices a unos pequeños cuadrúpedos, los cuales tienen por costumbre parir en las piedras, porque no saben sino habitar en las piedras. Las cuales, si alguna vez incluso caen desde las altas cumbres de los peñascos, se reciben ilesas sobre sus propios cuernos. Pues al caer golpean la cabeza, oponiendo sus primeros cuernos, con lo cual todo el cuerpo queda ajeno al daño de la caída. Es costumbre de las ciervas extinguir a las serpientes encontradas, y despedazar sus miembros con mordiscos. Se dice además que, si alguna vez atraviesan ríos, superponen las cargas de sus cabezas sobre los lomos de las precedentes, y sucediéndose mutuamente unas a otras no sienten en absoluto el trabajo del peso. ¿Qué es, pues, lo que al bienaventurado Job se le discute sobre el parto de los íbices y de las ciervas, sino porque en las ciervas o en los íbices se señala la persona de los maestros espirituales? Pues ellos, al igual

que los íbices, paren en las piedras, porque en la doctrina de los padres, que son llamados piedras por su solidez, engendran almas para la conversión. Ellos, al igual que los íbices, no sienten los daños de ninguna caída, mientras son recibidos en sus cuernos, porque cualquier ruina temporal que les sobrevenga, se reciben en los testamentos de la sagrada Escritura, y se salvan como por la recepción de los cuernos. De estos testamentos, en efecto, se ha dicho: Los cuernos están en sus manos (Habac. III, 4). Refúgianse, pues, en la consolación de las Escrituras, mientras son golpeados por algún daño de caída temporal. ¿Acaso no a modo de los íbices, cayendo en las adversidades de este mundo, se recibía Pablo casi en sus propios cuernos, cuando decía: Cuantas cosas han sido escritas, para nuestra doctrina han sido escritas, para que por la paciencia y la consolación de las escrituras tengamos esperanza (Rom. XV, 4)? Ellos también son llamados ciervas, como se dice por Jeremías sobre los doctores que desiertan incautamente a los hijos engendrados: La cierva parió en el campo, y lo dejó (Jer. 14, 5). Ellos, a modo de las ciervas, muertos los vicios, viven como extinguidas las serpientes, y por la misma extinción de los vicios, se encienden más acremente hacia la fuente de la vida. De donde el Salmista dice: Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma hacia ti, Dios (Sal. XLI, 1). Ellos también, mientras atraviesan los momentos deslizantes de esta temporalidad como unos ciertos ríos, compadeciéndose por la caridad, superponen sus cargas unos a otros, por-

que custodian con cauta observación lo que está escrito: Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo (Gál. VI, 2). Porque verdaderamente después del advenimiento del Señor fueron esparcidos por el mundo maestros espirituales, que hubieran podido parir en la conversión las almas de los oyentes predicando, y porque este mismo tiempo de la encarnación del Señor no fue conocido antes de las voces de los profetas, aunque la misma encarnación futura fue preconocida por todos los elegidos, bien se discute al bienaventurado Job sobre el tiempo del parto de los íbices y de las ciervas, y se le dice: ¿Acaso conoces el tiempo del parto de los íbices en las piedras, u observaste a las ciervas cuando paren? Como si se le dijera: Por eso crees haber actuado algo sublimemente, porque todavía no prevés aquel tiempo en el cual los maestros espirituales, enviados al mundo, engendran hijos por la doctrina de los antiguos padres, y con sus trabajos me aportan los lucros de las almas. Pues si miraras el fruto de aquellos como los partos de los íbices y de las ciervas, sentirías muy humildemente de tu virtud. Pues las cosas grandes que hacemos las tenemos por mínimas, cuando las sopesamos por ejemplos más fuertes. Pero entonces crecen ante Dios por el mérito, cuando ante nosotros mismos decrecen por la humildad.

[Vet. XVII.] 37. Por las ciervas pueden entenderse los doctores; por los íbices, los oyentes. Se deben inspeccionar los ejemplos de los santos. Humildad y paciencia del rey David. Creyó que las

palabras contumeliosas no eran oprobios, sino ayudas. A ellas se les debe más gracia que ira.

---Pueden, ciertamente, por la significación de las ciervas entenderse los doctores, mas por la apelación de los íbices, que son animales mínimos, los oyentes. Mas en las piedras paren los íbices, porque para ejercitar las obras santas son fecundados por los ejemplos de los padres precedentes, para que cuando tal vez oyen preceptos sublimes y, conscientes de su propia debilidad, desconfían de poder cumplirlos, miren la vida de los mayores, y en su considerada fortaleza pongan los fetos de las buenas obras. Pues para que hable de unas pocas entre muchas cosas, a fin de que el lector estudioso entienda muchas en pocas, aquel que, oprimido por las contumelias de las palabras, no es capaz de guardar la virtud de la paciencia, reduzca a la memoria el hecho de David, a quien cuando con tantos oprobios de Semei urgía, y los próceres armados pretendían vengarlo, dijo: ¿Qué a mí y a vosotros hijos de Sarvia? Dejadlo que maldiga; pues el Señor le mandó que maldijera a David; ¿y quién es el que ose decir por qué lo hizo así (II Rey. XVI, 10)? Y poco después: Dejadlo que maldiga según el precepto del Señor, si por ventura el Señor mira mi aflicción, y me devuelve el bien por esta maldición de hoy (Ibíd., 12). Con cuyas palabras ciertamente indica que por el crimen perpetrado con Betsabé, huyendo de su hijo que se levantaba contra él, redujo al ánimo el mal que perpetró, y llevó con ecuanimidad lo que oyó; y creyó que las palabras contumeliosas no eran tanto oprobios como ayu-

das, con las cuales juzgó que podía purgarse y que se podía tener misericordia de sí mismo. Pues entonces toleramos bien los oprobios inferidos, cuando en lo secreto de la mente recurrimos a las cosas mal perpetradas. Pues parecerá leve que seamos golpeados por la injuria, mientras en nuestra acción miramos que es peor lo que mereceríamos; y así resulta que a las contumelias se les debe más gracia que ira, por cuya intervención se confía que puede declinarse una pena más grave ante Dios juez.

[Vet. XVIII.] 38. Con qué arte venció José la lujuria. Convirtamos la gracia inferida de los dones exteriores de Dios en armas de las virtudes. Nos avergüence luchar contra Dios a partir de sus beneficios.

---He aquí que otro, mientras progresa en los éxitos de este mundo, lisonjeando la alegría del corazón, siente tentarse por los estímulos de la lujuria; pero revoca a la memoria el hecho de José, y se guarda en el alcázar de la castidad. El cual, mientras veía que por su señora se le persuadían los daños de la pudicicia, dijo: He aquí que mi señor, entregadas a mí todas las cosas, ignora lo que tiene en su casa, ni hay nada que no esté en mi potestad, o no me haya entregado excepto a ti, que eres su mujer; ¿cómo pues puedo hacer este mal, y pecar contra mi señor (Gén. XXXIX, 8)? Con cuyas palabras se muestra que los bienes que había conseguido los trajo de repente a la memoria, y el mal que lo pulsaba lo venció; y porque se acordó de la gracia percibida, quebrantó la fuerza de la culpa inminente. Pues cuando el placer lú-

brico tienta en las cosas prósperas, estas mismas cosas prósperas deben oponerse al aguijón de la tentación, para que tanto más nos avergoncemos de cometer cosas depravadas, cuanto nos acordamos de haber percibido gratuitamente bienes de Dios, y convirtamos la gracia inferida de los dones exteriores en armas de las virtudes, para que estén ante los ojos las cosas que percibimos, y subyuguemos las que nos atraen. Porque pues el placer mismo nace de la prosperidad, con la consideración de la misma prosperidad ha de ser herido, a fin de que nuestro enemigo de donde nace, de allí muera. Se debe considerar ciertamente que no convirtamos el don recibido en vicio, para que por el favor de la vida no nos absorba la vorágine de la iniquidad. Pues encendemos inextinguiblemente la ira del juez supremo contra nosotros, si contra su benignidad luchamos incluso a partir de su misma largueza.

39. Daniel debe ser imitado por aquel que anhela la contemplación. El sabor de las cosas carnales debe ser reprimido. A quien refrena el vagar de lo exterior, se le abre el retiro interior. --- Otro, buscando la dulzura de la ciencia interna, sin embargo no pudiendo alcanzar sus secretos, mira la vida de Daniel para imitarla, y alcanza la deseada cumbre de la ciencia. Pues aquel que después por voz angélica es llamado "varón de deseos" (Dan 10:11) por la concupiscencia del conocimiento interno, se recuerda que primero domó en sí los deseos de la carne en el aula regia, de modo que no tocara nada de los alimentos deleitables, sino que prefiriera manjares más

duros y ásperos a los lautos y blandos (Dan 1:12), para que mientras sustraía para sí los halagos de la comida exterior, llegara a las delicias del alimento interno; y tanto más ávidamente recibiera el gusto de la sabiduría por dentro, cuanto más robustamente hubiera reprimido el sabor de la carne por fuera por la misma sabiduría. Pues si cortamos de la carne esto que le place, pronto encontramos en el espíritu lo que deleita. Pues para la intención del alma, si el vagar exterior se cierra, el retiro interior se abre. Pues a donde la mente no puede esparcirse fuera de sí por causa de la disciplina, por allí puede tender sobre sí por el progreso, porque también el árbol es forzado a crecer en alto cuando se le prohíbe difundirse por las ramas; y cuando obstruimos los arroyos de una fuente, provocamos que las corrientes suban a lo superior. Por tanto, mientras todos los estudiosos miran imitando la vida de los santos, en las piedras los íbices ponen sus fetos. De aquí es que Pablo amonestaba a sus oyentes a parir como íbices en las piedras, cuando, habiendo enumerado las virtudes de los mayores, decía: "Teniendo tan gran nube de testigos puesta sobre nosotros, deponiendo todo peso, y el pecado que nos rodea, por la paciencia corramos al combate que nos es propuesto" (Heb 12:1). Y de nuevo: "Mirando el fin de cuya conversación, imitad su fe" (Heb 13:7).

[Vet. XIX.] 40. Cuando concebimos los preceptos divinos, no parimos inmediatamente. ---Pero cuando concebimos los preceptos divinos en el corazón, no parimos inmediatamente como si ya estuvieran sólidamente pensados. De donde

también el bienaventurado Job no es preguntado sobre el parto de los íbices, sino sobre el tiempo del parto. El cual tiempo, si apenas comprendemos en nosotros mismos, mucho más lo ignoramos en la mente ajena. Pues primero las semillas del temor celestial, recibidas en el útero del corazón, son coaguladas por la meditación del estudio para que permanezcan; después, fija la intención del pensamiento, mientras tienden a la razón de la discreción, se forman como en la distinción de los miembros; luego, confirmadas por el uso de la perseverancia, vienen como a la solidez de los huesos; por último, robustecidas por la autoridad perfecta, proceden como al parto; cuyos incrementos de las semillas divinas nadie los considera en la mente ajena, sino aquel mismo que crea. Pues aunque conozcamos que cualquiera ya ha concebido la fuerza de la concupiscencia suprema por la atestación de ciertas cosas, sin embargo ignoramos cuándo estallará en el parto.

41. Algunos fetos son abortivos porque son prematuros. La alabanza humana extingue el bien tierno. ---A menudo las semillas concebidas en la mente no pueden llegar a la perfección, porque al nacer anteceden al tiempo del parto. Y porque, aún no plenamente formadas en el pensamiento, salen ante los ojos humanos, mueren como abortivas. Pues las cosas buenas aún tiernas, la mayoría de las veces la lengua humana, mientras las alaba como si ya fueran fuertes, las extingue. Pues tanto más rápido mueren, cuanto más intempestivamente prorrumpen a

la noticia del favor. Pero a veces nuestro pensamiento imperfecto aún no robustecido, mientras es mostrado demasiado pronto a los hombres, es disipado por la adversidad de quienes resisten; y cuando se esfuerza por ser visto que es antes de tiempo, actúa para que no sea. Pero los hombres santos, porque se esmeran en que todo lo que bien piensan convalezca ocultamente, y forman primero los fetos como a punto de salir dentro del útero de la mente, rectamente el bienaventurado Job es discutido sobre el tiempo del parto, que a saber cuándo sea congruo para cada uno no se sabe sino por el Creador. Quien, mientras mira los secretos del corazón, aprehende cuándo para la noticia humana nazcan congruentemente nuestros bienes. Bien por tanto se dice: "¿Acaso conoces el tiempo del parto de los íbices en las piedras?" (Job 39:1). Como si dijera abiertamente: "Como yo, que por eso hago vivaces los fetos de los electos, porque los produzco en el tiempo prescrito". Pero bien se añade, una vez completado el feto de los oyentes: "¿O has observado a las ciervas pariendo?" (Job 39:1). Pues observar a las ciervas pariendo es sopesar con cauta consideración aquellos trabajos de los padres que engendran hijos espirituales.

42. Cuáles los dolores, cuáles las dotes de las almas de los predicadores parientes. Con sagacidad se ha de mirar por cierto que este sermón se imprima tan vigilantemente, que se diga: "has observado", porque ciertamente es de muy pocos sopesar qué trabajo hay en las predicaciones de los padres; con cuántos dolores, como por ciertos

conatos, paren las almas en la fe y en la conversación; con cuán cauta observación se miran alrededor, para que sean fuertes en los preceptos, compasivos en las flaquezas, terribles en las amenazas, blandos en las exhortaciones, humildes al mostrar el magisterio, dominantes en el desprecio de las cosas temporales, rígidos al tolerar las adversidades, y sin embargo, mientras no se atribuyen a sí mismos sus fuerzas, débiles; cuánto sea el dolor de ellos por los que caen, cuánto el temor por los que están en pie; con qué fervor apetecen unas cosas no alcanzadas, con qué pavor conservan otras alcanzadas. Porque pues de muy pocos es sopesar estas cosas, bien se le dice: "¿O has observado a las ciervas pariendo?"

[Vet. XX.] 43. Quienes por el vigor de la disciplina son padres, por las vísceras de la piedad sean madres. ---Nada obsta por cierto que Dios, hablando de los doctores, los designe no con la especie de ciervos (machos), sino de ciervas (hembras), porque ciertamente aquellos son verdaderos doctores, que cuando son padres por el vigor de la disciplina, han sabido ser madres por las vísceras de la piedad. Quienes toleran los trabajos de la concepción santa, y llevan a los hijos que han de ser presentados a Dios dentro del útero de la caridad. Pues en dar a luz la prole más trabajan las madres, que sostienen la concepción creciente dentro del útero por largo tiempo de meses, y que no sin grandes dolores deponen lo que procede del útero. De donde también aquí por apta consideración se subyuga:

CAPÍTULO XI

[Rec. X].

VERS. 2.---¿Has numerado los meses de su concepción? 44. La prole concebida por un tiempo congruo debe ser gestada en el útero del corazón para que viva. ---Pues los hombres santos, cuando piensan sobre el progreso de los oyentes, llevan como ya una concepción en el útero. Pero cuando difieren algunas cosas que han de decirse, y buscan el tiempo apto para sus exhortaciones, se dilatan como a partir del parto que desean que ocurra en la largura de los meses. Y a menudo, mientras no quieren decir intempestivamente a los oyentes ciertas cosas que sienten, en esa misma tardanza de proferir la sentencia, ya sea para aquello que ha de ser persuadido, o para aquello que ha de ser reprendido, se afirman con un consejo más alto. Y mientras se piensa la vida de los hijos, y sin embargo la lengua no arroja el consejo de la mente antes de tiempo, la prole ya concebida crece dentro del útero, para que a la noticia de los oyentes salga entonces la sentencia del corazón, cuando proferida útilmente viva como por un tiempo congruo del parto. Y porque los hombres ignoran cuándo o cómo se actúan estas cosas en la mente de los maestros, pero Dios para la gloria de la retribución no sólo considera el efecto, sino que también marca los momentos de los pensamientos, rectamente se dice al bienaventurado Job: "¿Has numerado los meses de su concepción?". Entiéndase: "como yo, que en los santos predicadores no sólo los frutos de las obras

exteriores, sino esos mismos larguísimos pensamientos numero, y también los guardo para la retribución".

[Vet. XXI.] 45. Quienes se preparan para predicar, primero se innoven interiormente con las virtudes. ---Pueden por los meses, porque son días amontonados, entenderse también las virtudes multiplicadas. En los meses también la luna renace; y nada obsta si por los meses se significa la nueva criatura de la regeneración. De la cual dice el apóstol Pablo: "En Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni el prepucio, sino la nueva criatura" (Gál 5:6; 6:15). Los hombres santos, por tanto, cuando se preparan para predicar, primero se innovan interiormente con las virtudes, para que a esto que enseñan hablando, concuerden viviendo. Primero consideran sus cosas internas, y se limpian de todas las suciedades de los vicios, cuidando sumamente de que contra la ira resplandezcan con la luz de la paciencia, contra la lujuria de la carne brillen incluso con la limpieza del corazón, contra el torpor ardan con celo, contra los confusos movimientos de la precipitación rutilen con serena gravedad, contra la soberbia luzcan con verdadera humildad, contra el temor se aclaren con los rayos de la autoridad. Porque pues tantos estudios amontonan primero en sí, se hacen como meses de virtudes en la concepción de la santa predicación. Cuyos meses el Señor solo los dinumera, porque esos mismos bienes en los corazones de ellos no los sopesa sino quien los dio. And because according to the measure of

virtues the effect also follows of fruits, it is rightly subjoined:

CAPÍTULO XII.

IBÍD.---¿Y has conocido el tiempo de su parto?

46. La razón de los frutos sigue a la medida de las virtudes. ---Entiéndase: "Como yo, que mientras dinumero los meses en el pensamiento de las virtudes, sé cuándo pueden parir esto que desean cumplir, porque ciertamente mientras miro los secretos del corazón, el futuro efecto exterior de la obra lo sopeso dentro en el peso del pensamiento". Sigue:

CAPÍTULO XIII.

VERS. 3.---Se encorvan hacia el feto, y paren, y emiten rugidos. 47. Los predicadores no pueden engendrar espiritualmente sino llorando. ---Rugon por cierto, mientras por su encorvamiento engendran las almas de los oyentes en la conversación de la luz, porque no pueden alejarnos de los suplicios eternos sino llorando y doliéndose. Pues los santos predicadores ahora siembran en lágrimas, para segar después la mies de los gozos. Ahora están como ciervas en el dolor del parto, para ser fecundos después con prole espiritual. Pues para hablar de uno entre muchos, veo a Pablo como una cierta cierva emitiendo rugidos de gran dolor en su parto. Pues dice: "Hijitos míos, a quienes de nuevo parto, hasta que se forme Cristo en vosotros, querría estar con vosotros ahora, y mudar mi voz, porque estoy confundido en voso-

tros" (Gál 4:19). He aquí que quiere mudar la voz en su parto, para que el sermón de la predicación se convierta en rugido de dolor. Quiere mudar su voz, porque a los que ya había parido predicando, gimiendo los partía de nuevo al reformarlos. ¡Qué rugido emitía esta cierva pariente, cuando se veía obligada a clamar a los mismos que volvían tras de sí, diciendo: "¡Oh insensatos Gálatas!, ¿quién os fascinó; y tan necios sois, que habiendo comenzado por el espíritu, ahora os consumáis por la carne?" (Gál 3:1); o ciertamente: "Corríais bien, ¿quién os impidió no obedecer a la verdad?" (Gál 5:7). ¡Qué rugido hubo en el parto de esta cierva, que parió con tantas dificultades a los hijos largo tiempo concebidos, y conoció que los que una vez parió habían vuelto al útero de la malicia! Consideremos qué dolor habrá tenido, qué trabajo, la que incluso después de que pudo dar a luz lo concebido, de nuevo fue compelida a suscitar lo extinguido.

[Vet. XXII.] 48. Si no descendieran y se encorvaran hacia nuestra flaqueza, no engendrarían hijos en la fe. Deben saber para la sobriedad. --- Es de notar ciertamente en sumo grado que estas ciervas se encorvan para parir, porque sin duda si estuvieran erguidas, no podrían parir. Pues si los santos predicadores, desde aquella inmensidad de la contemplación interna que captan, no descendieran a nuestra flaqueza con una humildísima predicación, como por un cierto encorvamiento, nunca engendrarían hijos en la fe. Pues no podrían aprovecharnos si persistieran en la erección de su altura. Pero veamos a la cierva en-

corvándose para parir: Yo, dice, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a pequeñuelos en Cristo os di a beber leche, no comida (1 Cor 3, 1). Y pronto expone las causas de ese mismo encorvamiento, diciendo: Pues aún no podíais, ni tampoco podéis todavía (Ibíd., 2). Pero a esta cierva, que por nosotros se ha encorvado, ruego que la veamos erguida. Dice: Hablamos sabiduría entre los perfectos (1 Cor 2, 6). Y de nuevo: Si salimos de mente, es para Dios (2 Cor 5, 13). Pero cuando sale de mente para Dios, nosotros no captamos en absoluto su exceso. Para ganarnos, pues, se encorva hacia nosotros. Por lo cual allí añade aptamente: O si somos sobrios, es para vosotros (Ibíd.). Pues si los varones santos quisieran predicarnos aquellas cosas que captan cuando se embriagan en la suprema contemplación, y no templaran más bien su ciencia con un cierto moderamen y sobriedad, ¿quién captaría aún, con el estrecho seno de la inteligencia, aquellos torrentes de la fuente suprema? Pero estas ciervas encorvadas, en otra parte son llamadas cielos, de los cuales se dice: Señor, inclina tus cielos, y desciende (Sal 143, 5). Pues cuando se inclinan los cielos, desciende el Señor, porque cuando los santos doctores se rebajan en su predicación, infunden la noticia de la divinidad en nuestros corazones. De ningún modo descendería el Señor a nosotros si sus predicadores permanecieran inflexibles en el rigor de la contemplación. Se inclinan, pues, los cielos para que descienda el Señor, se encorvan las ciervas para que nosotros nazcamos en la nueva luz de la fe. Estas ciervas

encorvadas en el Cantar de los cantares han sido llamadas pechos de la esposa, como está escrito: Mejores son tus pechos que el vino (Cant 1, 1). Estos son, pues, los pechos que, fijos en el arca del pecho, nos amamantan con leche, porque ellos mismos, adheridos a los arcanos de la suma contemplación, nos nutren con una sutil predicación. Para retirarnos, pues, del eterno gemido y dolor, ahora se encorvan las ciervas, y en el parto emiten rugidos. Pero porque ellos mismos, que nacen por la santa predicación de los Padres, a veces preceden a sus doctores padeciendo, de modo que, durando estos aún en esta vida, aquellos sean ya consumados por el martirio, sigue aptamente:

CAPÍTULO XIV

[Rec. XI].

VERS. 4.---Se separan sus hijos, y se dirigen al pasto; salen, y no vuelven a ellas.

49. Sus hijos se dirigen al pasto de la sagrada Escritura. El Verbo los ilustra por la naturaleza de su divinidad. ---La sagrada Escritura llama pasto a aquel alimento de verdor eterno, donde ya nuestro refrigerio no se marchitará por la aridez de ninguna falta. De este pasto dice el Salmista: El Señor me rige, y nada me faltará, en lugar de pastos allí me colocó (Sal 21, 2). Y de nuevo: Nosotros, empero, pueblo suyo, y ovejas de su dehesa (Sal 94, 7). De estos pastos, por cierto, la Verdad dice por sí misma: Si alguno entrare por mí, se salvará; y entrará, y saldrá, y hallará pastos (Jn

10, 9). Se dirigen, pues, al pasto, porque saliendo de los cuerpos encuentran aquellos alimentos de verdor interno. Salen, y no vuelven a ellas, porque recibidos en aquella contemplación de los gozos, ya no necesitan en modo alguno oír las palabras de los que enseñan. Salidos, pues, ya no vuelven a ellas, porque escapando de las angustias de la vida presente, ya no requieren recibir de los doctores la predicación de la vida. Pues entonces se cumple lo que está escrito: No enseñará más el varón a su prójimo, y el varón a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice el Señor (Jer 31, 34). Entonces se cumple lo que la Verdad dice en el Evangelio: Claramente os anunciaré acerca de mi Padre (Jn 16, 25). Pues el Hijo anuncia claramente acerca del Padre porque, como dijimos arriba, por el hecho de que es el Verbo, nos ilustra desde la naturaleza de la divinidad. Pues entonces no buscan las palabras de los que enseñan como ciertos riachuelos de la lengua humana, cuando ya se derivan de la fuente misma de la verdad.

Por tanto, después que por el figurado encorvamiento de las ciervas se han narrado muchas cosas de la virtud de los maestros, ahora las palabras se vuelven a la vida de aquellos que apetecen los secretos de una conversación retirada: los cuales, porque alcanzan incluso esos mismos ocios del cese por el auxilio divino y no por sus fuerzas, de ellos dice el Señor:

CAPÍTULO XV

[Vet. XXIII, Rec. XII].

VERS. 5.---¿Quién despidió al onagro libre, y sus vínculos quién los soltó?

50. Por el nombre de onagro libre se entienden los que, expedidos de la servidumbre de las cosas seculares, se dedican a la soledad. ---Se sobreentiende sino yo. Pues el onagro, que mora en la soledad, no incongruentemente significa la vida de aquellos que conversan retirados de las turbas populares. El cual aptamente es llamado también libre: porque grande es la servidumbre de los negocios seculares, por los cuales la mente se desgasta vehementemente, aunque en ellos sude espontáneamente. Carecer de la condición de esta servidumbre es ya no concupiscer nada en el mundo. Pues como por un cierto yugo de servidumbre oprimen las cosas prósperas mientras se apetecen, y oprimen las adversas mientras se temen. Pero si uno sacude una vez el cuello de la mente de la dominación de los deseos temporales, disfruta ya de una cierta libertad incluso en esta vida, mientras no es afectado por ningún deseo de felicidad, ni es coartado por ningún terror de adversidad. Este grave yugo de servidumbre vio el Señor impreso en las cervices de los seculares, cuando decía: Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os refrescaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y mi carga ligera (Mt 11, 28). Áspero yugo ciertamente, y peso de dura servidumbre, como

dijimos, es estar sometido a lo temporal, ambicionar lo terreno, retener lo que se desliza, querer estar en lo que no está firme, apetecer ciertamente lo que pasa, pero no querer pasar con lo que pasa. Pues mientras huyen contra su voto todas las cosas que antes habían afligido la mente por el deseo de obtención, después la oprimen por el pavor de la pérdida. Libre, pues, es despedido el que, hollados los deseos terrenos, es exonerado por la seguridad de la mente de la petición de las cosas temporales. ¿Y sus vínculos, quién los soltó? Se sobreentiende sino yo.

51. Por el auxilio divino se rompen las ataduras de los deseos carnales. ---Se sueltan ciertamente los vínculos de cada uno cuando, por el auxilio divino, se rompen las ataduras internas de los deseos carnales. Pues cuando la piadosa intención llama a la conversión, pero todavía la flaqueza de la carne retrae de esta intención, el alma se ve impedida como por ciertos vínculos. Pues a muchos vemos a menudo apetecer ciertamente la vida de una santa conversación; pero para que no puedan alcanzarla, temen ora los casos que irrumpen, ora las futuras adversidades. Los cuales, mientras miran como cautos hacia males ciertos, son retenidos incautos en los vínculos de sus pecados. Pues ponen muchas cosas ante sus ojos que, si les sucedieran en la conversación, temen no poder subsistir. De los cuales bien dice Salomón: El camino de los perezosos es como un seto de espinas (Prov 15, 19). Pues cuando apetecen el camino de Dios, las sospechas opuestas de sus temores los punzan como espinas de setos

que estorban. Lo cual, porque no suele impedir a los electos, bien añade allí después: El camino de los justos es sin tropiezo (Ibíd.). Los justos ciertamente, cualquier adversidad que les salga al paso en su conversación, no tropiezan, porque trascienden los obstáculos de la adversidad temporal con el salto de la esperanza eterna y de la contemplación interna. Suelta, pues, Dios los vínculos del onagro cuando rompe en el ánimo de cada electo los nudos de los débiles pensamientos, y disipa propicio todo lo que ligaba a la mente seducida. Sigue:

CAPÍTULO XVI.

VERS. 6.---A quien di en la soledad casa, y sus tabernáculos en tierra de salitre.

52. Doble soledad, del corazón y del cuerpo. Esta no aprovecha sin la otra. ---¿En este lugar debemos entender la soledad del cuerpo, o la soledad del corazón? ¿Pero qué aprovecha la soledad del cuerpo si faltare la soledad del corazón? Pues el que vive retirado en el cuerpo, pero se inserta con los pensamientos de los deseos terrenos en los tumultos de la conversación humana, no está en la soledad. Si verdaderamente alguno se ve apretado corporalmente por las turbas populares, y sin embargo no padece ningún tumulto de los cuidados seculares en el corazón, no está en la ciudad. Así pues, a los que conversan bien primero se les atribuye la soledad de la mente, para que opriman el estrépito de los deseos terrenos que surge intrínsecamente, para que restrinjan los cuidados del corazón que hierven desde lo

más bajo por la gracia del amor supremo, y todos los movimientos de los pensamientos ligeros que se ofrecen importunamente, los alejen de los ojos de la mente con la mano de la gravedad, como a ciertas moscas que vuelan alrededor, y busquen para sí con el Señor un cierto secreto dentro de sí, donde hablen silenciosamente con Él a través de los deseos internos, cesando el estrépito exterior.

[Vet. XXIV.] 53. El silencio de la contemplación en esta vida no puede ser perfecto. ---De este secreto del corazón se ha dicho en otra parte: Se hizo silencio en el cielo como por media hora (Apoc 8, 1). El cielo por cierto es llamada la Iglesia de los electos, la cual, mientras tiende a lo eterno y sublime por la elevación de la contemplación, oprime los tumultos de los pensamientos que surgen de lo más bajo, y hace dentro de sí un cierto silencio para Dios. El cual silencio de la contemplación, por cuanto en esta vida no puede ser perfecto, se dice que fue hecho por media hora. Pues al ánimo, aun no queriendo, mientras se le ingieren estrépitos tumultuosos de pensamientos, incluso cuando tiende a lo sublime, de nuevo arrastran violentamente el ojo del corazón a mirar lo terreno. De donde está escrito: El cuerpo que se corrompe agrava al alma, y la habitación terrena deprime el sentido que piensa muchas cosas (Sab 9, 15). Bien, pues, este silencio hecho se describe no por una hora íntegra, sino por media hora, porque aquí la contemplación de ningún modo se perfecciona, aunque ardientemente se inicie. Lo cual también por el profeta Ezequiel se expresa congruentemente (Ez 40, 5),

quien atestigua haber visto, para la medida de la ciudad edificada en el monte, en la mano de un varón una caña de seis codos y un palmo. En el monte por cierto está situada la iglesia de los electos, porque no está fundada en los deseos ínfimos. ¿Qué, empero, por el codo, sino la operación; qué por el número senario, sino la perfección de la operación se muestra, porque también en el sexto día se recuerda que el Señor completó todas las obras? ¿Qué, pues, sobre los seis codos insinúa el palmo (Gén 2, 1), sino la fuerza de la contemplación, que ya demuestra los inicios del eterno y séptimo descanso? Porque como la contemplación de lo eterno aquí mínimamente se perfecciona, la medida del séptimo codo no se completa. La iglesia de los electos, pues, porque perfecciona todas las cosas que han de ser operadas, se muestra como ciudad puesta en el monte en seis codos. Pero porque aquí todavía sólo los inicios de la contemplación inspecciona, del séptimo codo no toca sino el palmo.

54. No se alcanza la cumbre de la contemplación si no nos liberamos de la opresión de los cuidados exteriores. ---Se debe saber ciertamente que de ningún modo alcanzamos la cumbre de la contemplación si no cesamos de la opresión del cuidado exterior. De ningún modo nos intuimos a nosotros mismos, para saber que una cosa es en nosotros lo racional que rige, y otra lo animal que es regido, si no recurrimos al secreto de este silencio y somos adormecidos de toda perturbación exterior. El cual silencio de nuestro bien figuró también Adán durmiendo (Ibíd.), de cuyo

costado pronto salió la mujer, porque quienquiera que es arrebatado a entender lo interior, cierra los ojos a las cosas visibles; y entonces distingue en sí mismo o bien las cosas que deben presidir virilmente, o bien las flacas que pueden estar sometidas, de modo que una cosa sea en él lo que pueda regir como varón, y otra lo que sea regido como mujer. En este silencio del corazón, pues, mientras vigilamos interiormente por la contemplación, exteriormente como que nos dormimos. Porque, pues, los varones remotos, esto es, ajenos a los deseos carnales, habitan este silencio de la mente, a este onagro dio el Señor casa en la soledad, para que no sea oprimido por la turba de los deseos temporales.

[Vet. XXV.] 55. Los santos, mientras viven, arden en deseo de la patria suprema. Sigue: Y sus tabernáculos en tierra de salitre. El salitre suele encender la sed. Y porque los varones santos, mientras viven en los tabernáculos de esta vida, se encienden hacia la patria suprema con los ardores cotidianos de su deseo, se dice que tienen tabernáculos en tierra de salitre. Incesantemente por cierto se encienden para tener sed, tienen sed para ser saciados; como está escrito: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mt 5, 6). Sigue:

CAPÍTULO XVII.

VERS. 7.---Desprecia la multitud de la ciudad.

56. Se desdeñan de seguir a la multitud de los hombres terrenos. ---Despreciar a la multitud de la ciudad es evitar los depravados estudios de

la conversación humana, para que ya no agrade imitar las perdidas costumbres de los hombres terrenos, que por la abundancia de la iniquidad son muchos. Pues desean entrar con pocos por la puerta estrecha, y no apetecen entrar con muchos por los anchos caminos que llevan a la perdición (Mt 7, 13). Solícitamente por cierto consideran de quién y para qué han sido creados, y por la recta consideración de la imagen recibida se desdeñan de seguir a la multitud del vulgo. De donde también por la voz del esposo se dice a la esposa en el Cantar de los cantares: Si no te conocieres, oh hermosa entre las mujeres, sal fuera, y vete tras las huellas de las greyes, y apacienta tus cabritos (Cant 1, 7). Se conoce a sí misma, pues, la que es hermosa entre las mujeres, cuando cualquier alma electa, puesta incluso entre pecadores, recuerda que ha sido fundada a imagen y semejanza de su autor (Gén 1, 26), y camina según el orden de la semejanza percibida. La cual, si no se conoce, sale fuera, porque expulsada del secreto de su corazón, se disipa en las concupiscencias exteriores. Salida fuera, pues, se va tras las huellas de las greyes, porque desertando de sus cosas internas, es llevada ciertamente al camino ancho, y sigue los ejemplos de los pueblos. Y ya no apacienta corderos, sino cabritos, porque no intenta nutrir los pensamientos inocuos de la mente, sino los depravados movimientos de la carne. Porque, pues, cada electo y continente desprecia ir tras las huellas de las greyes, se diga rectamente: Desprecia la multitud de la ciudad. Donde también aptamente se añade:

CAPÍTULO XVIII

[Rec. XIII].

IBID.---El clamor del exactor no oye.

57. Cierran los oídos a las más vehementes tentaciones del diablo, y a los clamores del vientre. ---¿Quién otro puede ser entendido como exactor, sino el diablo, que una vez en el paraíso entregó al hombre la moneda de la mala persuasión (Gén 3, 6 ss.), y diariamente busca exigir de él el reato de esta deuda? El discurso de este exactor es el inicio de la mala sugestión. El clamor de este exactor es ya una tentación no leve, sino violenta. Este exactor clama cuando tienta fuertemente. No oír, pues, el clamor del exactor es no consentir en modo alguno en los movimientos violentos de las tentaciones. Lo oiría, ciertamente, si hiciera lo que él sugiere. Pero cuando desprecia obrar lo perverso, rectamente se dice: El clamor del exactor no oye.

[Vet. XXVI.] 58. Algunos verdaderamente quieren que en este lugar por el exactor se entienda el vientre. Pues él mismo nos exige una cierta deuda, porque busca que se le emplee incluso por naturaleza el fruto cotidiano del trabajo humano. Los varones abstinentes, pues, que en este lugar son figurados por el vocablo de onagro, mientras reprimen violentamente los deseos de la gula, desprecian como palabras de un exactor que clama. Pero teniendo el varón continente muchos certámenes de virtudes contra innumerables vicios, ¿por qué bajo el clamor despreciado del exactor se dice aquí sólo del vientre que res-

tringe su ímpetu e impulso, sino porque ninguno alcanza la palma del certamen espiritual que no haya vencido antes en sí mismo, por la afligida concupiscencia del vientre, los incentivos de la carne? Pues ni se surge al conflicto de la agonía espiritual si no se doma antes el enemigo puesto dentro de nosotros mismos, a saber, el apetito de la gula, porque si no postramos las cosas que nos son más vecinas, sin duda pasamos inútilmente a impugnar las que están más lejos. Pues en vano se hace la guerra en el campo contra los enemigos exteriores si dentro de los mismos muros de la ciudad se tiene un ciudadano insidioso. La misma mente del que lucha es repelida con grave desdoro de confusión de la confrontación del certamen espiritual cuando, flaca en la batalla de la carne, es superada atravesada por las espadas de la gula. Pues cuando se ve postrada por las cosas pequeñas, se avergüenza de luchar con las mayores.

59. Los que no cuidan de domar la gula, incautamente surgen a las guerras espirituales. --- Algunos verdaderamente, ignorando el orden del certamen, descuidan domar la gula, y ya surgen a las guerras espirituales. Los cuales a veces hacen incluso muchas cosas que son de gran fortaleza, pero, dominando el vicio de la gula, pierden por el incentivo de la carne todo lo que hubieren obrado fuertemente; y mientras no se restringe el vientre, por la concupiscencia de la carne se abruman a la vez todas las virtudes. De donde también se escribe de Nabucodonosor vencedor: El príncipe de los cocineros destruyó los muros de Jerusalén. ¿Qué expresa la Escritura significando

por los muros de Jerusalén, sino las virtudes del alma, que tiende a la visión de la paz? ¿O quién es aceptado como príncipe de los cocineros, sino el vientre, al cual se sirve con diligentísimo cuidado por los que cocinan? Los muros de Jerusalén, pues, destruye el príncipe de los cocineros, porque pierde las virtudes del alma mientras no se restringe el vientre. De aquí es que Pablo, luchando contra los muros de Jerusalén, sustraía las fuerzas al príncipe de los cocineros, cuando decía: Castigo mi cuerpo, y lo someto a servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo sea hecho réprobo (1 Cor 9, 27). De aquí también premisó, diciendo: Así corro, no como a lo incierto; así lucho, no como azotando el aire (Ibíd., 26). Porque cuando restringimos la carne, con los mismos golpes de nuestra abstinencia no azotamos el aire, sino a los espíritus inmundos; y cuando sometemos lo que está dentro de nosotros, damos puñetazos a los adversarios puestos fuera. De aquí es que cuando el rey de Babilonia manda encender el horno (Dan 3), mandó suministrar un montón de nafta, estopa, pez y teas; pero sin embargo no consume con este fuego a los niños abstinentes, porque el antiguo enemigo, aunque oponga a nuestras vistas innumerables concupiscencias de manjares con las cuales crezca el fuego de la libídine, sin embargo la gracia del Espíritu supremo silba en las buenas mentes para que perduren ilesas de los ardores de la concupiscencia carnal, de modo que aunque arda la llama hasta la tentación del corazón, sin embargo la tentación no abrase hasta el consentimiento.

[Vet. XXVII.] 60. De cinco modos nos tienta la gula. No es el alimento, sino el apetito lo que está en vicio. ---Se debe saber además que de cinco modos nos tienta el vicio de la gula (De consecr., d. 5, c. Quinque modis). Pues a veces previene los tiempos de la indigencia; otras veces no previene el tiempo, sino que busca alimentos más refinados; a veces exige que cualquier cosa que haya de ser tomada sea preparada con más exactitud, y otras veces conviene tanto en la calidad de los alimentos como en el tiempo, pero en la misma cantidad de la toma excede la medida de la refección moderada. A veces verdaderamente es más abyecto lo que desea, y sin embargo peca peor por el mismo ardor del inmenso deseo. Pues Jonatán mereció la sentencia de muerte por boca de su padre porque, en el gusto de la miel, antecedió el tiempo de comer constituido (1 Sam 14, 27). Y el pueblo sacado de Egipto sucumbió en el desierto porque, despreciado el maná, pidió alimentos de carnes, que juzgó más refinados (Núm 21, 5). And la primera culpa de los hijos de Helí surgió porque, según el voto de ellos, el niño del sacerdote no quería recibir del sacrificio las carnes cocidas según la antigua costumbre, sino que las buscaba crudas para presentarlas con más exactitud (1 Sam 2, 12 ss.). Y cuando se dice a Jerusalén: Esta fue la iniquidad de Sodoma tu hermana, la soberbia, la saciedad de pan, y la abundancia (Ez 16, 49), abiertamente se muestra que por eso perdió la salud, porque con el vicio de la soberbia excedió la medida de la refección moderada. Y Esaú perdió la gloria de los primogénitos porque, con

gran ardor de deseo, concupisció un alimento vil, a saber, la lenteja (Gén 25, 33); la cual, mientras la prefirió incluso a la venta de los primogénitos, indicó con qué apetito anhelaba aquello. Pues no es el alimento, sino el apetito lo que está en vicio. De donde también frecuentemente tomamos alimentos más refinados sin culpa, y degustamos los más abyectos no sin reato de conciencia. Pues este que dijimos, Esaú, perdió el primado por la lenteja, y Elías en el desierto conservó la virtud del cuerpo comiendo carnes (1 Rey 17, 6). De donde también el antiguo enemigo, porque entiende que no es el alimento, sino la concupiscencia del alimento la causa de la condenación, sometió al primer hombre no con carne, sino con un pomo (Gén 3, 6), y al segundo lo tentó no con carne, sino con pan (Mt 4, 3). De aquí es que frecuentemente se comete la culpa de Adán, incluso cuando se toman cosas abyectas y viles. Pues no sólo Adán recibió el precepto de prohibición para que se suspendiera del pomo vedado. Pues cuando Dios indica que ciertos alimentos son contrarios a nuestra salud, de estos nos veda como por sentencia. Y mientras concupiscentes tocamos lo nocivo, ¿qué otra cosa sino lo vedado degustamos?

61. Se han de comer las cosas que la necesidad busca, no las que la libido sugiere. Cuánta discreción es necesaria para esto. ---Se han de tomar, pues, aquellas cosas que la necesidad de la naturaleza busca, y no las que la libido de comer sugiere. Pero gran trabajo de discreción es tanto emplear algo en este exactor como denegarle

algo; y restringir la gula no dando, y nutrir la naturaleza dando. [Rec. XIV.] Lo cual tal vez se subentiende cuando se dice: El clamor del exactor no oye. Pues el discurso de este exactor es la necesaria postulación de la naturaleza. El clamor de él, empero, es el apetito de la gula que traspasa la medida de la necesidad. Así pues, este onagro oye el discurso de este exactor, pero no oye el clamor, porque el varón discreto y continente tanto rehace el vientre hasta templar la necesidad, como lo restringe de la voluptuosidad.

[Vet. XXVIII.] 62. La voluptuosidad se encubre bajo la especie de la necesidad. ---Se debe saber verdaderamente que de tal modo la voluptuosidad se encubre bajo la necesidad, que apenas cualquier perfecto la discierne. Pues mientras la necesidad pide que se pague la deuda, la voluptuosidad suministra que se cumpla el deseo; y tanto más seguramente arrebata la gula al precipicio, cuanto se oculta bajo el honesto nombre de cumplir la necesidad. A menudo, empero, en el mismo camino del comer sigue la voluptuosidad adjunta furtivamente; a veces verdaderamente intenta impudentemente libre incluso preceder. Es fácil, empero, deprehender cuando la voluptuosidad previene su necesidad, pero es muy difícil discernir cuando en el mismo comer necesario se añade oculta. Pues porque sigue al apetito de la naturaleza que precede, viniendo como por la espalda se ve más tarde. Pues en aquel tiempo en que se paga la deuda a la necesidad, porque por el comer se mezcla la voluptuosidad a la necesidad, se ignora qué pida la necesidad, y qué, como se

ha dicho, suministre la voluptuosidad. A menudo verdaderamente incluso discernimos; y porque sabemos que ambas están conjuntas entre sí, en esto que somos arrebatados fuera de las metas, nos agrada engañarnos sabiendo; y mientras la mente se lisonjea a sí misma por la necesidad, es engañada por la voluptuosidad. Pues está escrito: No hagáis el cuidado de la carne en los deseos (Rom 13, 14). Lo que, por tanto, se prohíbe hacer en el deseo, se concede en la necesidad.

63. Se han de matar los deseos de la carne, no la carne. Se ha de precaver que, mientras perseguimos al enemigo, no trucidemos al ciudadano que amamos. ---Pero a menudo, mientras condescendemos incautamente a la necesidad, servimos a los deseos. A veces verdaderamente, mientras intentamos oponernos inmoderadamente a los deseos, aumentamos las miserias de la necesidad. Así pues, es necesario que cada uno mantenga el alcázar de la continencia, de tal modo que mate no la carne, sino los vicios de la carne. Pues frecuentemente, mientras la carne es restringida más de lo justo, también se enerva del ejercicio de la buena obra, de modo que tampoco sea suficiente para la oración o la predicación, mientras se apresura a sofocar fundadamente en sí los incentivos de los vicios. Tenemos ciertamente como ayudante de la intención interna a este hombre que gestamos exteriormente, y en él mismo están los movimientos de la lascivia, y en él mismo suministran los efectos de la buena operación. A menudo verdaderamente, mientras perseguimos en él al enemigo, trucidamos tam-

bién al ciudadano que amamos; y a menudo, mientras perdonamos como a un conciudadano, nutrimos al enemigo para la batalla. Pues con los mismos alimentos se ensoberbecen los vicios con los que viven las virtudes nutridas. Y cuando la virtud es nutrida, frecuentemente se aumentan las fuerzas a los vicios. Cuando verdaderamente la inmensa continencia extenúa las fuerzas de los vicios, también la virtud deficiente anhela. De donde es necesario que nuestro hombre interior, como un cierto árbitro equitativo, presida entre sí y aquel que gesta exteriormente, a fin de que su hombre exterior tanto sea suficiente para servir siempre al debido ministerio, como nunca contradiga soberbiamente con el cuello libre; ni mueva si algo murmura sugiriendo, con tal que siempre lo oprima con el calcañar de la dominación superpuesto. And así se hace que, mientras permitimos que los vicios reprimidos ciertamente nos resistan, y sin embargo prohibimos que estos luchen con nosotros de igual a igual, ni los vicios prevalezcan contra la virtud, ni de nuevo la virtud sucumba con la extinción omnímoda de los vicios. En la cual cosa sola la elación es extinguida fundadamente, porque aunque sirva a la victoria, sin embargo para domar la soberbia de los pensamientos se nos reserva una continua lucha. De donde bien aquí, porque cada varón continente tanto conviene a la debida necesidad como contradice a la violenta voluptuosidad, se dice por la voz dominica: El clamor del exactor no oye. Porque como el varón discreto tanto se eleva a entender lo superior cuanto castiga en sí

los incentivos de la carne, rectamente después del desprecio del clamor del exactor se añade:

CAPÍTULO XIX

[Rec. XV].

VERS. 8.---Circunspeta los montes de su pasto.

64. Vale para ascender a entender lo sublime quien castigó los incentivos de la carne. ---Los montes del pasto son las altas contemplaciones de la refección interna. Pues los varones santos, cuanto más se abaten exteriormente despreciándose, tanto más ampliamente se apacientan interiormente por la contemplación de las revelaciones. De donde está escrito: Dispuso ascensiones en su corazón en el valle de las lágrimas (Sal 83, 6. 7), porque a los que exteriormente contiene en el llanto el valle de la humildad, a esos los eleva interiormente la ascensión de la contemplación. [Vet. XXIX.] Los montes del pasto son también las sublimes virtudes de los ángeles. Las cuales por eso nos rehacen aquí ministrando y ayudando, porque allí se engruesan con el rocío interno de la contemplación. Las cuales, porque por largueza de Dios nos protegen en todo certamen, rectamente se dicen ser circunspectas. Pues por todas partes circunspectamos que nos asisten aquellos con cuya defensa somos protegidos contra los adversarios por todo flanco. Pueden además los montes del pasto ser tomados como las altas sentencias de la sagrada Escritura, de las cuales se dice por el Salmista: Los montes excelsos para

las ciervas (Sal 103, 18), porque estos que ya han aprendido a dar los saltos de la contemplación, ascienden a los altos vértices de las sentencias divinas como a las cumbres de los montes, a las cuales cumbres, por cuanto los flacos no pueden llegar, rectamente allí se añade: La piedra refugio para los erizos (Ibíd.), porque a saber, a los inválidos no los ejercita la inteligencia sublimemente, sino que la sola fe en Cristo los contiene humildemente. Sigue:

CAPÍTULO XX.

IBÍD.---Busca todo lo que está verde.

65. Despreciadas las cosas transitorias, se desean las que han de permanecer para siempre. ---Pues están secas todas las cosas que, creadas temporalmente, por el fin venidero se secan de la jovialidad de la vida presente como por el sol estival. Pero son llamadas verdes las que no se marchitan por ninguna temporalidad. Buscar, pues, este onagro lo verde, es para cada varón santo, despreciadas las cosas transitorias, desear las que han de permanecer para siempre.

Pero todas estas cosas que se han dicho del onagro pueden entenderse también de otro modo. Las cuales exponemos repitiendo el verso anterior, para que dejemos al juicio del lector lo que creyere que debe ser elegido. Por tanto, después de que la dispensación de los predicadores ha sido descrita bajo el pretexto de las ciervas, para que se mostrase por quién se da esta misma virtud de la predicación, al punto se añade la con-

memoración de la encarnación dominica, para que se diga:

CAPÍTULO XXI.

VERS. 5.---¿Quién dejó libre al onagro?

SENTIDO ALEGÓRICO.---66. Cristo es comparado merecidamente al onagro. ---Ni juzgue nadie indigno que por tal animal pueda ser figurado el Señor encarnado, siendo evidente para todos que por cierta significación en la sagrada Escritura se pongan tanto el gusano como el escarabajo, según está escrito: Pero yo soy gusano, y no hombre (Sal 21, 7). Y como se dice por el profeta en los Setenta intérpretes: El escarabajo clamó desde el madero (Habac 2, 2). Cuando, pues, es figurado por cosas nombradas tan abyectas y viles, ¿qué se dice de Él contumeliosamente, de quien consta que propiamente nada se dice? Pues es llamado cordero, pero por la inocencia. Es llamado león, pero por la potencia. Alguna vez también es comparado a la serpiente, pero por la muerte o la sabiduría. Y por tanto, por todas estas cosas puede decirse figuralmente, porque de todas estas cosas nada puede creerse esencialmente. Pues si uno cualquiera de estos existiera esencialmente, ya no podría decirse el otro. Porque si se dijera propiamente cordero, ya no podría ser llamado león. Si se dijera propiamente león, no podría ser signado por la serpiente. Pero decimos todas estas cosas en Él tanto más ampliamente en la figura, cuanto más lejos están de la esencia. Puede, pues, el onagro designar al Señor encarnado. Pues el onagro es un animal agreste. Y porque el

Señor encarnado aprovechó más a la gentilidad que a Judea, asumiendo un cuerpo animal, vino como no a una casa, sino más bien a un campo. De cuyo campo de la gentilidad se dice por el Salmista: La especie del campo está conmigo (Sal 49, 11). El Señor encarnado, pues, que en forma de Dios es igual al Padre, en forma de siervo es menor que el Padre, por la cual es menor incluso que sí mismo (Filip 2). [Vet. XXX.] Dígase, pues, por el Padre acerca del Hijo según la forma de siervo: ¿Quién dejó libre al onagro, y sus vínculos quién los soltó? Pues todo el que peca, es siervo del pecado (Jn 8, 35). Y porque el Señor encarnado fue hecho partícipe de nuestra naturaleza, no de la culpa, se dice dejado libre, porque no es tenido bajo el dominio del pecado. De quien en otro lugar está escrito: Libre entre los muertos (Sal 37, 5). Se dice dejado libre porque, recibiendo nuestra naturaleza, de ningún modo es tenido por el yugo de la iniquidad. Al cual, aunque la mancha de nuestra culpa no lo tocó, sin embargo la pasión de nuestra mortalidad lo estrechó. De donde también, después de que se dice dejado libre, rectamente se añade acerca de Él:

CAPÍTULO XXII.

IBÍD.---¿Y sus vínculos quién los soltó?

67. Los vínculos de este onagro fueron soltados cuando las enfermedades de la pasión fueron conmutadas en la gloria de la resurrección. --- Pues sus vínculos entonces fueron soltados cuando las enfermedades de su pasión fueron conmutadas en la gloria de la resurrección. Como ciertos

vínculos tuvo el Señor aquellos que nosotros por mérito de la iniquidad padecemos, las enfermedades de nuestra mortalidad, con las cuales quiso ser ligado espontáneamente hasta la muerte, y las cuales por la resurrección maravillosamente soltó. Pues tener hambre, tener sed, cansarse, ser tenido, ser azotado, ser crucificado, fue el vínculo de nuestra mortalidad. Pero cuando, cumplida la muerte, se rompió el velo del templo, se rasgaron las piedras, se abrieron los monumentos, se patentizaron los claustros del infierno; ¿qué otra cosa se muestra por tantos argumentos de tan gran virtud, sino que aquellos vínculos de nuestra enfermedad se soltaban, para que aquel que había venido a recibir la forma de siervo, en la misma forma de siervo absuelto de los vínculos del infierno, volviese libre al cielo incluso con sus miembros? De cuyos vínculos de Él el apóstol Pedro atestigua diciendo: A quien Dios resucitó soltados los dolores del infierno, conforme a lo cual era imposible que Él fuera tenido por él (Hech 2, 24). Y porque después de su muerte y resurrección se dignó llamar a la gentilidad a la gracia de la fe, después de que se dijeron soltados sus vínculos, aptamente se añade:

CAPÍTULO XXIII.

VERS. 6.---A quien di casa en la soledad, y su tabernáculo en tierra de salsugo.

68. A quien fue dado lugar en la soledad y en tierra de salsugo, cuando la gentilidad lo recibió. ---Pues en la gentilidad en la cual no hubo patriarca, no hubo profeta; para entender a Dios,

quien usase de la razón, casi no hubo hombre. De esta soledad se dice por Isaías: Se alegrará la desierta e invía, y exultará la soledad, y florecerá como el lirio (Is 35, 1). Y de nuevo se dice de la Iglesia: Pondrá su desierto como delicias, y su soledad como huerto del Señor (Is 51, 3). Pero la tierra de salsugo es esta misma soledad repetida, la cual antes de que conociese la verdadera sabiduría de Dios, había producido salsugo, porque no produciendo ningún verdor de buen entendimiento, sabía cosas perversas. Recibió, pues, casa en la soledad y tabernáculo en tierra de salsugo, porque Dios encarnado por los hombres, dejada Judea, poseyó los corazones de la gentilidad. De donde se le dice por la voz del Padre por el profeta: Pídeme, y te daré las gentes por tu heredad, y por tu posesión los términos de la tierra (Sal 2, 8). El cual conforme a esto que es Dios, con el Padre da todas las cosas, pero conforme a esto que es hombre, del Padre recibe entre todas las cosas, según está escrito: Le dio potestad también de hacer juicio, porque es hijo del hombre (Jn 5, 27). Y de nuevo está escrito: Sabiendo que todas las cosas le había dado el Padre en las manos (Jn 13, 3). O como Él mismo dice: Todo lo que me da el Padre, vendrá a mí (Jn 6, 37). Ya pues si se pregunta qué dista entre casa y tabernáculo, la casa está en la habitación, el tabernáculo en el camino. Los corazones, pues, de los gentiles como ciertos tabernáculos tuvo viniendo, pero confirmándolos por la justicia, los hizo casa habitando. Y porque despreció imitar la vida de aquellos a quienes había venido, rectamente se añade:

CAPÍTULO XXIV.

VERS. 7.---Desprecia la multitud de la ciudad.

69. No siguió los ejemplos de la multitud, sino que propuso los suyos para ser seguidos. La vida presente no ha de ser amada por sí misma, sino que ha de ser tolerada por la futura.---Es decir, desprecia las costumbres de la conversación humana. Pues hecho hombre entre los hombres, no quiso mantener el uso de los hombres. Pues para esto fue hecho hombre entre nosotros, para que no solo nos redimiese con su sangre derramada, sino que también nos conmutase por el ejemplo mostrado. En nuestra conversación, pues, viniendo encontró unas cosas, y viviendo enseñó otras. Pues todos los engendrados de la soberbia estirpe de Adán estudiaban apetecer las cosas prósperas de la vida presente, evitar las adversas, huir de los oprobios, seguir la gloria. Vino entre ellos el Señor encarnado apeteciendo las cosas adversas, despreciando las prósperas, abrazando los oprobios, huyendo de la gloria. Pues cuando los judíos habían querido constituirlo rey para sí, rehusó ser hecho rey (Jn 6, 15). Pero cuando se esforzaban por matarlo, espontáneamente vino al patíbulo de la cruz (Ibíd., 18, 4). Huyó, pues, de lo que todos apetecen, apeteció lo que todos huyen. Pero como huyó de lo que todos apetecen, y apeteció lo que todos huyen, hizo lo que todos se maravillasen, para que muerto Él mismo resurgiese, y con su muerte resucitase a otros de la muerte.

[Vet. XXXI.] Dos vidas hay ciertamente del hombre que consiste en el cuerpo, una antes de

la muerte, otra después de la resurrección: de las cuales todos conocían una obrando, la otra no la conocían; y el género humano solo a esta que conocía atendía. Vino por la carne el Señor, y mientras recibió la una, demostró la otra. Mientras recibió esta conocida para nosotros, mostró aquella que es para nosotros incógnita. Pues muriendo ejercitó la vida que tenemos, resurgiendo abrió la que busquemos, enseñándonos con su ejemplo que esta vida que llevamos antes de la muerte no ha de ser amada por sí misma, sino que ha de ser tolerada por la otra. Porque pues usó de una nueva conversación entre los hombres, no siguió las costumbres de Babilonia, bien de Él está escrito: Desprecia la multitud de la ciudad.

70. Cristo desamparó a la multitud que vaga por lo espacioso.---O ciertamente que desamparó a muchos que vagan por la vía espaciosa, y eligió a unos pocos que caminan por lo angosto. Pues despreciar la multitud de la ciudad es reprobar de la suerte de su reino a la parte del género humano que ingresa por la vía ancha (Mt 7, 13), la cual incluso por la abundancia de la iniquidad es mucha. Sigue:

CAPÍTULO XXV.

IBÍD.---No oye el clamor del exactor.

71. No oyó el clamor del exactor, a saber, del diablo.---Como se ha dicho arriba, ¿quién puede ser tomado en este lugar por el exactor sino el diablo? Quien persuadiendo mal trajo la esperanza de la inmortalidad, pero engañando exige el tributo de la muerte; quien persuadiendo introdujo

la culpa, y ensañándose exige la pena. El habla de este exactor es la astuta persuasión antes de la muerte del hombre, pero su clamor es ya la violenta rapiña después de la muerte. Pues a los que antes de la muerte intercepta latentemente, a estos los rapta violentamente después de la muerte para el consorcio de su suplicio. Pero porque el Señor, viniendo a la muerte, no temió los ímpetus violentos de este exactor, como Él mismo dice: Pues viene el príncipe de este mundo, y en mí no tiene nada (Jn 14, 30), bien se dice: No oye el clamor del exactor. Vino ciertamente a Él el exactor del género humano, porque vio a aquel hombre. Pero a quien creyó hombre despreciado en la enfermedad, lo sintió Dios sobre el hombre por la virtud.

[Rec. XVI.] 72. De este exactor fue tipo Labán, de Cristo Jacob, de la Iglesia Raquel.---Sin duda de este exactor tuvo el tipo Labán, cuando viniendo con furor buscó sus ídolos en casa de Jacob (Gén 31, 1, sig.). Pues Labán se interpreta "blanqueo". Y el diablo no inconvenientemente es tomado por blanqueo; quien, siendo tenebroso por mérito, se transfigura en ángel de luz (2 Cor 11, 14). A este sirvió Jacob, esto es, por parte de los réprobos el pueblo judaico, de cuya carne vino el Señor encarnado. Puede también por Labán expresarse este mundo, que con furor persigue a Jacob, porque a todos los electos que son miembros de nuestro Redentor, persiguiéndolos intenta oprimirlos. A la hija de este, esto es, sea del mundo sea del diablo, Jacob la quitó, cuando Cristo se unió para sí la Iglesia de la gentilidad.

A la cual también abstrae de la casa del padre, porque le dice por el Profeta: Olvida tu pueblo y la casa de tu padre (Sal 44, 11). Pero ¿qué se designa en los ídolos sino la avaricia? De donde se dice por Pablo: Y la avaricia, que es servidumbre de ídolos (Col 3, 5). Labán, pues, viniendo no encontró los ídolos en casa de Jacob, porque mostrados los tesoros del mundo, el diablo no halló en nuestro Redentor vestigios de concupiscencia terrena. Pero lo que Jacob no tuvo, eso lo cubrió Raquel sentándose. Pues por Raquel, que también se dice oveja, se figura la Iglesia. Pero sentarse es apetecer la humildad de la penitencia, según está escrito: Levantaos después de que os hayáis sentado (Sal 126, 2). Raquel, pues, cubrió los ídolos sentándose, porque la santa Iglesia siguiendo a Cristo cubrió los vicios de la concupiscencia terrena haciendo penitencia. De esta cobertura de los vicios se dice por el Salmista: Bienaventurados aquellos a quienes han sido remitidas sus iniquidades, y cuyos pecados han sido cubiertos (Sal 31, 1). A nosotros, por tanto, aquella Raquel nos significó, los cuales oprimimos los ídolos sentándonos, si condenamos las culpas de la avaricia haciendo penitencia. La cual avaricia por cierto no suele acontecer a aquellos que corren varonilmente en la vía del Señor, a los cuales se dice: Obrar varonilmente, y confórtese vuestro corazón (Sal 30, 25), sino a estos máximamente que como caminando con paso afeminado se disuelven por los halagos del siglo. De donde también allí son estas palabras de la misma Raquel: Según la costumbre de las mujeres me sucede ahora

(Gén 31, 35). En casa de Jacob, pues, los ídolos Labán no los halló, porque el exactor cauteloso no encontró qué reprender en nuestro Redentor. De cuyo exactor se dice a nuestro Redentor librando a la gentilidad de su dominio por el profeta: Pues el yugo de su carga, y la vara de su hombro, y el cetro de su exactor los superaste, como en el día de Madián (Is 9, 4). Pues arrebatando el Señor a la gentilidad, superó el yugo de su carga, cuando con su venida la libró de aquella servidumbre de la tiranía demoníaca. Superó la vara de su hombro, cuando la percusión de aquel, que por la obra perversa gravemente deprimía, la contuvo del género humano redimido. Superó el cetro de su exactor, cuando el reino del mismo diablo, que por la pestífera perpetración de los vicios había acostumbrado exigir los debidos tributos de las penas, lo destruyó del corazón de los fieles.

[Vet. XXXII, Rec. XVII.] 73. La insolente lucha de Gedeón contra los madianitas presignificó el certamen de Cristo.---Pero oigamos cómo se hicieron estas cosas. Se añadió al punto: Como en el día de Madián. No juzgo fuera de lugar si este bellum de los madianitas, que por el profeta fue vigilante traído en comparación del advenimiento dominico, lo disertamos alguna vez más ampliamente. Pues en el libro de los Jueces (Jue 7, 1 sig.), se describe que Gedeón luchó contra los madianitas. Él, cuando producía una multitud de ejército para las guerras, le fue preceptuado por divina amonestación que viniendo al río, removiera del conflicto de las guerras a todos los que viera que con las rodillas dobladas tomaban

agua. Y se hizo que trescientos varones solamente, que estando de pie con las manos habían tomado agua, remanecieran. Con estos marcha al combate, y los armó no con armas, sino con trompetas, lámparas y cántaros (Ibíd., 19, sig.). Pues, como allí está escrito, metieron lámparas encendidas dentro de los cantarillos, y tuvieron las trompetas en la diestra, pero los cántaros en la siniestra; y viniendo de cerca a sus hostes, tocaron las trompetas, rompieron los cantarillos, aparecieron las lámparas; y de aquí por el sonido de las trompetas, de allí por la coruscación de las lámparas, aterrados los hostes, fueron convertidos en fuga.

¿Qué es esto, que tal guerra sea traída al medio por el profeta, y se compare la victoria de aquella lucha al advenimiento de nuestro Redentor? ¿Acaso el profeta estudió indicarnos que aquella victoria de la lucha bajo el duque Gedeón designó el advenimiento de nuestro Redentor contra el diablo? Tales cosas allí sin duda se hicieron, las cuales cuanto más trascienden el uso de luchar, tanto más no se apartan del misterio de profetizar. ¿Quién alguna vez con cántaros y lámparas vino al combate? ¿Porque viniendo contra las armas, desertó las armas? Ridículas nos habrían sido estas cosas por cierto, si no hubieran sido terribles para los hostes. Pero por el testimonio de la victoria misma aprendimos que no sopesemos como pequeñas estas cosas que se hicieron. Gedeón, pues, viniendo al combate, signa el advenimiento de nuestro Redentor, de quien está escrito: Alzad vuestras puertas, oh príncipes, y

alzaos puertas eternales, e ingresará el rey de la gloria. ¿Quién es este rey de la gloria? El Señor fuerte y potente, el Señor potente en la lucha (Sal 23, 7). Este profetizó a nuestro Redentor no solo por la obra, sino también por el nombre. Pues Gedeón se interpreta "circuyendo en el útero". Pues nuestro Señor por la potencia de la majestad lo abraza todo, y sin embargo por la gracia de la dispensación vino tomando la humanidad dentro del útero de la Virgen. ¿Quién es, pues, el "circuyendo en el útero", sino el Dios omnipotente redimiéndonos con su dispensación, abrazándolo todo con la divinidad, y tomando la humanidad dentro del útero? En cuyo útero fue encarnado y no fue cerrado, porque estuvo tanto dentro del útero por la substancia de la enfermedad, como fuera del mundo por la potencia de la majestad. Madián, en cambio, se interpreta "del juicio". Pues para que sus hostes hubieran de ser repelidos y destruidos, no fue por vicio del repelente, sino por el juicio del que justamente juzga. Y por eso son llamados "del juicio", porque ajenos de la gracia del Redentor, atraen el mérito de la justa condenación incluso en el vocablo del nombre.

[Vet. XXXIII.] 74. Qué signifiquen los trescientos soldados que luchan con Gedeón.---Contra estos marcha Gedeón al combate con trescientos. Suele entenderse en el número centenario la plenitud de la perfección. ¿Qué se designa, pues, por el número centenario traído tres veces, sino el perfecto conocimiento de la Trinidad? Pues con estos nuestro Señor destruye a los adversarios de la fe, con estos desciende a las guerras de la

predicación, los cuales pueden conocer las cosas divinas, los cuales saben sentir perfectamente sobre la Trinidad, que es Dios.

Pero ha de notarse que este número de trescientos se contiene en la letra Tau, que tiene la especie de la cruz. A la cual si sobre la línea transversa se añadiera aquello que en la cruz sobresale, ya no sería especie de cruz, sino la cruz misma. Porque, pues, este número de trescientos se contiene en la letra Tau, y por la letra Tau, como dijimos, se muestra la especie de la cruz, no sin mérito en estos trescientos que siguen a Gedeón fueron designados aquellos a quienes se dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame (Lc 9, 23). Los cuales siguiendo al Señor tanto más verdaderamente toman la cruz, cuanto más acérrimamente tanto se edoman a sí mismos, como se crucifican por la compasión de la caridad hacia sus prójimos. De donde también se dice por el profeta Ezequiel: Signa Tau sobre las frentes de los varones que gimen y que duelen (Ez 9, 4). O ciertamente en estos trescientos, que se contienen en la letra Tau, se expresa esto: que el hierro de los hostes sea superado por el leño de la cruz. Y fueron llevados al río para que bebiesen agua, y quienesquiera que tomaron agua con las rodillas dobladas, fueron removidos de la intención bélica. Pues por las aguas se designa la doctrina de la sabiduría; pero por la rodilla estante, la recta operación. Aquellos, pues, que mientras beben agua se refiere haber doblado la rodilla, se retiraron prohibidos del certamen de las guerras, porque

Cristo marcha al combate contra los hostes de la fe con aquellos que, mientras agotan los fluentes de la doctrina, no inclinan la rectitud de las obras. Pues todos se narró entonces haber bebido agua, pero no todos haber estado con la rodilla recta. Y fueron reprobados los que doblaron las rodillas mientras bebían las aguas; porque, atestiguando el Apóstol: No los oidores de la ley son justos ante Dios, sino los factores de la ley serán justificados (Rom 2, 13). Pues porque, como dijimos, la disolución de las obras se signa en la misma encorvadura de las rodillas, rectamente de nuevo se dice por Pablo: Erigid las manos remisas y las rodillas disueltas, y haced pasos rectos con vuestros pies (Heb 12, 12). Estos, pues, con Cristo duque proceden a la guerra, los cuales muestran con la obra lo que anuncian con la boca, los cuales agotan los fluentes de la doctrina espiritualmente, y sin embargo no se inclinan carnalmente en las obras pravas, porque según está escrito: No es hermosa la alabanza en la boca del pecador (Eclo 15, 9).

75. Qué las trompetas, las lámparas y los cántaros, con los que marcharon al combate y debelaron a los hostes.---Se fue, pues, al combate con trompetas, con lámparas, con cántaros. Inusitado fue este, como dijimos, orden de luchar. Tocaron las trompetas, y en las siniestras se tenían los cántaros: dentro de los cántaros en cambio se metieron lámparas; rotos en cambio los cántaros se mostraron las lámparas, por cuya coruscante luz, aterrados los hostes se vuelven en fuga. Se designa por tanto en las trompetas el clamor de los que predican, en las lámparas la claridad de

los milagros, en los cántaros la fragilidad de los cuerpos. Tales por cierto llevó consigo nuestro duque al combate de la predicación, que despreciada la salud de los cuerpos, postraran a sus hostes muriendo, y superaran sus espadas no con armas, no con espadas, sino por la paciencia. Armados vinieron bajo su duque al combate nuestros mártires; pero con trompetas, pero con cántaros, pero con lámparas. Los cuales sonaron con las trompetas mientras predican; rompieron los cántaros mientras oponen sus cuerpos que han de ser disueltos en su pasión a las espadas hostiles; resplandecieron con las lámparas mientras después de la disolución de los cuerpos coruscaron con milagros. Y pronto los hostes fueron convertidos en fuga; porque mientras ven que los cuerpos de los mártires muertos coruscan con milagros, rotos por la luz de la verdad, creyeron lo que impugnaron. Tocaron, pues, las trompetas para que se rompieran los cántaros; los cántaros fueron rotos para que aparecieran las lámparas; aparecieron las lámparas para que los hostes fuesen convertidos en fuga; esto es, predicaron los mártires hasta que sus cuerpos fuesen disueltos en la muerte; sus cuerpos fueron disueltos en la muerte para que coruscaran con milagros; coruscaron con milagros para que postraran a sus hostes por la divina luz, a fin de que de ningún modo se resistieran a Dios erguidos, sino que lo temieran sujetos.

76. Los predicadores de la fe más con su muerte que con su predicación aprovecharon.--- Y ha de notarse que estuvieron de pie los hostes

ante los cántaros, huyeron ante las lámparas, porque sin duda los perseguidores de la santa Iglesia resistieron a los predicadores de la fe todavía puestos en el cuerpo; en cambio después de la disolución de los cuerpos apareciendo los milagros fueron convertidos en fuga, porque, aterrados por el pavor, cesaron de la persecución de los fieles. Temieron a saber la predicación de las trompetas, los rotos cántaros de los cuerpos, las vistas lámparas de los milagros.

[Vet. XXXIV.] 77. A quien mayor es el cuidado del cuerpo que de la predicación, ha de temerse la reprobación.---Ha de intuirse también eso que allí está escrito, que en la diestra tuvieron las trompetas, pero los cántaros en la siniestra. Pues por diestro se dice que tenemos lo que por grande pesamos; por siniestro en cambio lo que por nada reputamos. Bien, pues, allí está escrito que en la diestra tuvieron las trompetas, pero los cántaros en la siniestra, porque los mártires de Cristo por grande tienen la gracia de la predicación, pero por mínima la utilidad de los cuerpos. Pues quienquiera que hace más la utilidad del cuerpo que la gracia de la predicación, en la siniestra tiene la trompeta y en la diestra el cántaro. Pues si en el primer lugar se atiende la gracia de la predicación, y en el posterior la utilidad del cuerpo, cierto es que en las diestras se tengan las trompetas y en las siniestras los cántaros. De aquí dice el Señor en el Evangelio: Ni encienden una lámpara y la ponen bajo el almud, sino sobre el candelero (Mt 5, 15). Pues en el almud se toma el cómodo temporal, en cambio en la lámpara la luz de la predi-

cación. Poner, pues, la lámpara bajo el almud es por el cómodo temporal esconder la gracia de la predicación, lo cual nadie por cierto de los electos hace. Y bien se añade allí: Sino sobre el candelero. Pues en el candelero se designa el estado del cuerpo, al cual se superpone la lámpara, mientras al mismo cuerpo se antepone el cuidado de la predicación. Bien por tanto se dijo por el Profeta: Superaste el cetro de su exactor, como en el día de Madián (Is 9, 4). Pero porque por gracia de exponer el testimonio profético nos hemos desviado largamente, volvamos al orden de nuestra obra. Por tanto, después de que se dijo: No oyó el clamor del exactor, porque a saber las insidias del antiguo enemigo el Señor manifestado en la carne las despreció, qué también haya hecho de sus electos rectamente añade, diciendo:

CAPÍTULO XXVI.

VERS. 8.---Circunspeta los montes de su pasto.

78. También a los soberbios transformó Cristo en sus miembros. Convierte a los que mira. --- Por los montes entendemos a todos los elados de este siglo, que en su corazón se hincharon con altitud terrena. Pero porque también a tales el Señor los invisceró convertidos al cuerpo de su Iglesia, y conmutándolos de su elación anterior, los transforma en sus miembros, estos montes son de su pasto, porque sin duda de la conversión de los errantes, y de la humildad de los soberbios se sacia, como Él mismo dice: Mi comida es que haga la voluntad de aquel que me envió (Jn 4,

34). Y como preceptuó a los apóstoles enviados a la predicación, diciendo: Obrad no la comida que perece, sino la que permanece para la vida eterna (Jn 6, 27). De estos montes se dice por el Profeta: No repelará el Señor a su plebe, por cuanto en su mano están todos los fines de la tierra, y Él mismo conspeta las altitudes de los montes (Sal 94, 4). Pues las altitudes de los montes son ciertamente las elaciones de los soberbios. Las cuales se dice que el Señor conspeta, esto es, las conmuta de su iniquidad a mejor. Pues el Señor convierte a aquel a quien conspeta. De donde está escrito: Convertido el Señor miró a Pedro, y se acordó Pedro del verbo del Señor como había dicho: Que antes que el gallo cante, tres veces me negarás; y habiendo salido fuera lloró amargamente (Lc 22, 61). Y como dice Salomón: El rey que se sienta en el solio del juicio, disipa todo mal con su intuito (Prov 20, 8). De este respeto de los montes se dice de nuevo por el profeta: Los montes como cera fluyeron ante la faz del Señor (Sal 96, 5), porque después de la dureza de su perversidad, licuados por el temor divino, fueron abatidos de aquel tumor antes rígido.

79. Se apacienta con las buenas obras de los conversos. Un gran convite hizo Mateo a Cristo, más aún, lo fue. ---Ha de intuirse también que no dice "inspeta", sino "circunspeta" los montes de su pasto. Pues en Judea fue encarnado el Señor, la cual estuvo puesta en medio de las gentes. Y por eso circunspetó los montes, porque a los elados de este siglo puestos en derredor los colectó de la universidad de la gentilidad. En estos montes,

por tanto, se apacienta, porque con las buenas obras de los conversos como con hierbas verdes se sacia. De aquí es que se le dice por la voz de la esposa en los Cantares de los cantares: Indícame dónde apacientas, dónde te recuestas al mediodía (Cant 1, 6). Pues el Señor se apacienta cuando se deleita con nuestros buenos actos. En cambio se recuesta al mediodía cuando, de los deseos carnales con ardiente corazón de los réprobos, halla refrigerio de buen pensamiento en los pechos de sus electos. Pues un monte había sido cierto Mateo, cuando se hinchaba en los lucros del telonio; de quien también está escrito que después que creyó, invitado el Señor a su casa, hizo un gran convite (Lc 5, 29). Este monte, por tanto, produjo a este onagro hierbas de verde pasto, porque tanto fuera lo apacentó con el convite, como dentro con los banquetes de las virtudes. Lo cual todavía se completa plenísimamente, cuando se añade:

CAPÍTULO XXVII

IBÍD. --- Busca todo lo que es verde.

80. Cristo abandona los corazones marchitos; busca a los que florecen en la fe y la esperanza. Pues abandona lo marchito, y busca todo lo que es verde. Porque los corazones marchitos son de aquellos hombres que, plantados en la esperanza perecedera de este siglo, no tienen confianza en la eternidad. Pero florecen los que se adhieren a aquella herencia de la que dice el apóstol Pedro: A una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible (1 Pe 1, 4). Porque cada uno es tanto más verdaderamente verde, cuanto más fija la

raíz de su pensamiento en la suerte de la herencia inmarcesible. Quienquiera que, por tanto, tema marchitarse por dentro, huya de los marchitos deseos de este mundo por fuera. Quienquiera que desee ser buscado por el Señor, anhelando la patria eterna, verdezca en la plantación interna del corazón.

81. Modestia y humildad de San Gregorio. Baste lo expuesto sobre el onagro bajo un doble entendimiento. Se ha de dejar al juicio del lector lo que prefiera elegir. Y si por ventura despreciara el entendimiento de ambas exposiciones, yo mismo seguiré gustoso a mi lector que sienta más sutil y verdaderamente, como un discípulo a su maestro, porque creo que me es propiamente dado aquello que reconozco que él siente mejor que yo. Pues todos los que, llenos de fe, nos esforzamos en sonar algo acerca de Dios, somos órganos de la verdad; y en el poder de la misma verdad está el que suene por mí a otro, o por otro a mí. Pues ella misma, en medio de nosotros, es igual incluso para los que no viven todos igualmente, y a menudo toca a uno, para que oiga bien lo que ella misma ha sonado por medio de otro; pero a menudo toca a otro, para que suene bien lo que ha de ser oído por los demás.

82. A menudo la palabra se da al doctor ya sea por el mérito del oyente, o se le retira por su culpa. A menudo la palabra se da al doctor por la gracia del oyente, y a menudo por la culpa del oyente se retira el sermón al doctor. En aquello, pues, que el doctor predica con abundancia, no se eleve con elación alguna, no sea que por ventura

su lengua sea llenada no por su causa, sino por la gracia del oyente; y en aquello que el doctor dice con esterilidad, el oyente no se indigne, no sea que por ventura la lengua del doctor se entorpezca no por su causa, sino por la reprobación del oyente. Pues por la gracia del oyente bueno, se da el sermón incluso a los malos doctores, como pudieron suministrarse a los fariseos las palabras de la predicación, de quienes está escrito: Así que, todo lo que os digan, guardadlo y hacedlo; pero no hagáis según sus obras (Mt 23, 3). Pero por la reprobación de los oyentes, se retira el sermón incluso a los buenos doctores, como se dice a Ezequiel contra Israel: Haré que tu lengua se pegue a tu paladar, y estarás mudo, y no serás como varón que reprende, porque es una casa rebelde (Ez 3, 26).

83. A veces por el mérito o culpa de ambos, doctor y oyentes, se da o se niega. Nadie se enorgullezca de lo recibido. Que el temor acompañe a la esperanza. A veces, pues, el sermón de la predicación se da por causa de ambos, a veces se retira por causa de ambos. Pues por causa de ambos se da, como se dice por la voz divina a Pablo ante los corintios: No temas, sino habla (Hch 18, 9). Y poco después: Porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad (Ibíd. 10). Pero por causa de ambos se retira, como el sacerdote Helí conoció la mala acción de sus hijos, y no ejerció una voz digna de reprensión; cuando por cierto había de suceder que en el suplicio de la muerte castigaría tanto a aquellos por el reato de su crimen, como a él con la pena del silencio (1 Sa 3, 12, ss.). Entre estas

cosas, pues, cuando no sabemos ni por quién se da el sermón, ni por causa de quién se retira, hay un único remedio saludable: ni ensalzarnos a nosotros mismos por aquello que hemos recibido más que otros, ni burlarnos del otro por lo que ha recibido menos; sino con el pie de la humildad fijo, caminar con gravedad y constancia, porque en esta vida somos tanto más verdaderamente enseñados, cuanto más reconocemos que la doctrina no nos puede ser suministrada por nosotros mismos. ¿Por qué, pues, se enorgullecería cualquiera de la doctrina, si ignora por juicio oculto a quién se le da cuándo, o cuándo se le retira a quién? Pues aunque el temor siempre parezca estar lejos de la seguridad, nada es para nosotros más seguro que temer siempre bajo la esperanza, no sea que la mente incauta, o desesperando se arroje a los vicios, o ensalzándose caiga de los dones. Pues ante los ojos del juez estricto y piadoso, cuanto más humildemente trepida de sí bajo la esperanza, tanto más robustamente permanece en Él.

LIBRO TRIGÉSIMO PRIMERO

Se explica el versículo noveno con los demás del capítulo XXXIX, omitiendo solo los tres últimos; y se demuestra especialmente la eficacia de la divina gracia en la predicación del Evangelio y en la conversión de los pecadores.

CAPÍTULO I

995 1. La herida infligida al hombre por el soberbio diablo, sanada por la humildad de Dios. --- En el paraíso, el diablo, envidiando al hombre sano, le infligió la herida de la soberbia, para que quien no había recibido la muerte al ser creado, la mereciera al elevarse (Gén 3). Pero porque a la divina potencia le compete no solo hacer los bienes de la nada, sino también reformar aquellas cosas incluso de los males que el diablo había perpetrado, contra esta herida infligida del soberbio diablo apareció entre los hombres la humildad de Dios como medicina, para que por el ejemplo del Autor resurgieran humillados los que por la imitación del enemigo habían caído elevados. Contra el soberbio diablo, por tanto, apareció entre los hombres Dios hecho hombre humilde. A Él los poderosos de este siglo, esto es, los miembros del soberbio diablo, lo creyeron tanto más despreciable cuanto más humilde lo

contemplaron. Pues cuanto más se hinchó la herida de su corazón, tanto más despreció el suave medicamento. Rechazada, pues, de la herida de los soberbios, nuestra medicina llegó a la herida de los humildes: Pues lo débil del mundo eligió Dios para confundir a lo fuerte (1 Cor 1, 27); y sucedió con los pobres lo que después incluso los ricos admirarían. Pues mientras ven en ellos nuevas virtudes, quedaron después estupefactos ante los milagros de aquellos cuya vida antes despreciaron. Por lo cual, volviendo pronto temerosos a sus corazones, temieron la santidad en los milagros, que habían despreciado en los preceptos. Por lo débil, pues, fue confundido lo fuerte, porque mientras la vida de los humildes surge en veneración, la elación de los soberbios ha caído. Por lo tanto, porque el bienaventurado Job tiene el tipo de la santa Iglesia, y el Dios omnipotente previó que en los primordios de la naciente Iglesia, los poderosos de este siglo rechazarían recibir su suave yugo con la crasa cerviz del corazón, diga:

CAPÍTULO IX

JOB 39, vers. 9. --- ¿Querrá el rinoceronte servirte?

2. Por el rinoceronte se ha de entender a los elados y poderosos domados por Cristo, y obligados a servir a la Iglesia. Su soberbia la quebrantó con milagros. --- Pues el rinoceronte es de una naturaleza totalmente indómita; de tal modo que si alguna vez fuera capturado, no podría ser retenido de ninguna manera. Impaciente, según se

cuenta, muere al instante. Su nombre, interpretado en lengua latina, suena como "cuerno en la nariz". ¿Y qué otra cosa se designa en la nariz sino la fatuidad, qué en el cuerno sino la elación? Pues porque en la nariz suele entenderse la fatuidad, lo aprendimos por el testimonio de Salomón, quien dice: Zarcillo de oro en las narices de un cerdo, es la mujer hermosa y fatua (Prov 11, 22). Pues vio la doctrina herética resplandecer con el brillo de la elocuencia, pero no concordar con un entendimiento apto de la sabiduría, y dijo: Zarcillo de oro en sus narices, esto es, una locución hermosa y circunfleja en los sentidos de una mente necia, de cuya elocuencia cuelga el oro, pero sin embargo, por el peso de la intención terrena, al modo de un cerdo, no mira hacia lo superior. Lo cual siguió y expuso, diciendo: Mujer hermosa y fatua; esto es, la doctrina herética: hermosa por la palabra, fatua por el entendimiento. En el cuerno, por su parte, porque frecuentemente se toma por la elación, 996 lo aprendimos por el testimonio del Profeta, quien dice: Dije a los inicuos: No obréis inicuamente, y a los que delinquen: No exaltéis el cuerno (Sal 75, 4). ¿Qué se designa, pues, en este rinoceronte sino los poderosos de este siglo, o las mismas supremas potestades de los principados, que elevados por el tufo de la jactancia fatua, mientras se hinchan exteriormente con falsos honores, se desvanecen interiormente en verdaderas miserias? A quienes bien se les dice: ¿Por qué te ensoberbeces, tierra y ceniza? (Ecli 10, 9). En los mismos inicios de la naciente Iglesia, mientras la potestad de los ricos se ensalzaba

contra ella, y anhelaba su muerte con la inmensidad de tanta crueldad, mientras ella, ansiosa por tantos tormentos, oprimida por tantas persecuciones, sucumbía, ¿quién podía entonces creer que ella sometería a sí aquellos cuellos rectos y ásperos de los soberbios, y domados con el yugo del santo temor, los ligaría con las suaves correas de la fe? Durante mucho tiempo, en sus comienzos, fue venteada por el cuerno de este rinoceronte, y herida como para ser destruida desde los cimientos. Pero por la dispensa de la divina gracia, ella convaleció vivificada al morir, y este rinoceronte, cansado de herir, inclinó su cuerno; y lo que fue imposible para los hombres, no fue difícil para Dios, quien quebrantó las rígidas potestades de este mundo no con palabras, sino con milagros. Pues he aquí que diariamente reconocemos que los rinocerontes sirven, mientras vemos ya súbditos de Dios a los poderosos de este mundo, que antes habían confiado en la elación fatua de sus fuerzas. El Señor hablaba como de cierto rinoceronte indómito, cuando decía: Difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos (Mt 19, 23). A quien, habiéndosele respondido: ¿Y quién podrá salvarse? Inmediatamente añadió: Para los hombres esto es imposible, pero para Dios todas las cosas son posibles (Ibíd. 26). Como si dijera: Este rinoceronte no puede amansarse con fuerzas humanas, pero puede someterse con milagros divinos. Por lo cual aquí también se dice aptamente al bienaventurado Job, que tiene el tipo de la santa Iglesia: ¿Querrá el rinoceronte servirte? [Rec. II.] Se sobreentiende: Como a mí,

que permití que resistiera durante mucho tiempo las predicaciones de los hombres, pero que de repente, cuando quise, lo postré con milagros. Como si dijera más claramente: ¿Acaso estos que se ensoberbecen con elación fatua se someten a tu predicación sin mis auxilios? Considera, por tanto, por quién prevaleces, e inclina hacia todo lo que prevaleces el sentido de la elación. O ciertamente se deduce para el conocimiento del bienaventurado Job, para la humillación de su virtud, cuán maravillosas cosas se hacen a veces por los apóstoles, que someten el mundo a Dios, e inclinan hacia Él la domada soberbia de los poderosos de este siglo, para que tanto menos estime de sí el bienaventurado Job, cuanto ve unirse a Dios almas tan difíciles por medio de otros. Diga, pues: ¿Querrá el rinoceronte para ti? Se sobreentiende: Como a través de aquellos que enviaré me servirá a mí. Sigue:

CAPÍTULO III

997 IBÍD. --- ¿O morará en tu pesebre?

3. Cristo nutre a estos rinocerontes con el pasto de la Sagrada Escritura. --- El pesebre en este lugar no inconvenientemente se toma por la misma Sagrada Escritura, en la cual los animales santos se sacian con el pasto de la palabra, de los cuales se dice por el Profeta: Tus animales habitarán en ella (Sal 67, 11). De aquí también el Señor nacido es hallado por los pastores en un pesebre (Lc 2, 16), porque su encarnación se reconoce en aquella escritura de los Profetas que nos refresca. Este rinoceronte, por tanto, a saber, todo elado en

los primordios de la naciente Iglesia, cuando oía los dichos de los patriarcas, cuando los misterios de los profetas, cuando los arcanos del Evangelio, se burlaba, porque tanto había despreciado ser encerrado y saciado en el pesebre de los predicadores cuanto, dejado en sus propios placeres, ocupaba el campo de su propia desesperación. El cual campo de los soberbios bien insinúa Pablo, diciendo: Quienes desesperados, se entregaron a sí mismos a la lascivia para la operación de toda inmundicia, para la avaricia (Ef 4, 19). Pues tanto más ampliamente se relaja cada uno en los males presentes cuanto más desespera de alcanzar los bienes eternos tras esta vida. Pero el Dios omnipotente permitió ciertamente a este rinoceronte vagar por mucho tiempo por el campo del placer perverso, y sin embargo, cuando quiso, de repente lo ató a su pesebre, para que bien encerrado reciba el pasto de la vida, no sea que siendo malamente libre pierda la vida por completo. Pues he aquí que ya vemos que los poderosos de este siglo, y sus príncipes, oyen gustosos las predicaciones dominicales, las leen constantemente, y por doquier no salen del pesebre, porque los preceptos de Dios, que conocen ya sea leyendo o escuchando, de ninguna manera los trascienden viviendo; sino que como encerrados toleran con ecuanimidad estar ante el pasto de la palabra, para que comiendo y permaneciendo engorden. Lo cual, cuando lo contemplamos por obra de Dios, ¿qué otra cosa vemos sino a este rinoceronte morando en el pesebre? Pero porque después de haber recibido el pasto de la predicación este

rinoceronte debe mostrar el fruto de la obra, rectamente se subraya:

CAPÍTULO IV

VERS. 10. --- ¿Acaso ligarás al rinoceronte con tu correa para arar?

4. Los príncipes del mundo predican y cuidan que se guarden los preceptos divinos por los que están ligados. --- Las correas son los preceptos de la disciplina de la Iglesia. Arar es, por medio del estudio de la predicación, abrir la tierra del pecho humano con la reja de la lengua. Este rinoceronte, pues, antaño soberbio y rígido, ya ahora se mantiene ligado con las correas de la fe; y desde el pesebre es conducido a arar, porque se esfuerza en dar a conocer a otros aquella predicación con la cual él mismo fue refrescado. Pues sabemos con cuánta crueldad este rinoceronte, a saber, el príncipe terrenal, se ensañó antes contra el Señor, y ahora, por obra del Señor, vemos con cuánta humildad se le postra. Este rinoceronte no solo está ligado, sino también ligado para arar, porque, a saber, apretado por las correas de la disciplina, no solo se retiene de las obras perversas, sino que también se ejercita en las predicaciones de la santa fe. Pues he aquí, como se ha dicho arriba, que mientras vemos a los mismos rectores y príncipes de los asuntos humanos temer a Dios en sus acciones, ¿qué otra cosa vemos sino a ellos ligados con correas? Cuando no cesan de predicar aquella fe que antes habían impugnado persiguiendo, ahora por medio de las leyes pro-

mulgadas, ¿qué otra cosa hacen sino sudar en los trabajos del arado?

5. Admirable consenso de la potestad secular y de la humildad cristiana. --- Agrada ver a este rinoceronte, esto es, al príncipe de la tierra ligado con las correas de la fe, cómo 998 tanto lleva el cuerno por la potencia del siglo, como sostiene el yugo de la fe por el amor de Dios. Podía temerse mucho a este rinoceronte, a menos que estuviera ligado. Tiene ciertamente el cuerno, pero está ligado. Tienen, pues, en sus correas lo que los humildes amen, tienen en su cuerno lo que los elados teman. Pues apretado por las correas, conserva la piedad de la mansedumbre, pero apoyado en el cuerno de la gloria terrenal ejerce el dominio de la potestad. Mas por lo común, cuando por la exigencia de la ira es arrebatado a herir, por el temor divino es revocado. Y ciertamente por la potencia exasperada se eleva en furor; pero porque se acuerda del Juez eterno, ligado en el cuerno se inclina. A menudo yo mismo recuerdo haber visto que, cuando este rinoceronte se encendía gravemente para herir, y como con el cuerno elevado intentaba muertes, exilios y condenas con inmensos terrores a las bestezuelas más pequeñas entre sus súbditos, de repente, impreso en su frente el signo de la cruz, extinguió en sí todo incendio de furor, convertido depuso las amenazas; y porque no podía proceder hacia lo deliberado, ligado lo reconoció. Y no solo doma las iras en sí, sino que incluso en los sentidos de los súbditos se apresura a insertar todo lo que es recto, para que, puesto que todos

veneran a la santa Iglesia desde su íntimo pensamiento, él mismo lo demuestre con el ejemplo de su humildad. Dígase, pues, al bienaventurado Job: ¿Acaso ligarás al rinoceronte con tu correa para arar? Como si dijera abiertamente: ¿Acaso diriges al trabajo de la predicación a los poderosos de este siglo, que confían en su fatua elación, y los restringes bajo los vínculos de la disciplina? Se sobreentiende: Como yo, que lo hice cuando quise, que hice de mis perseguidores, a quienes antes sufrí como enemigos, defensores después de la recta fe. Sigue:

CAPÍTULO V

IBÍD. --- ¿O quebrará los terrones de los valles tras de ti?

6. Los que antes fueron perseguidores de la fe, después fueron hechos predicadores y defensores. --- Los terrones que yacen sobre la tierra cultivada suelen oprimir las semillas sembradas y sofocar lo que nace. Por los cuales terrones en este lugar se designa a aquellos que, por su dureza y vida pestífera, ni reciben ellos las semillas de la palabra, ni permiten que otros den los frutos de las semillas recibidas. Pues cada santo predicador, viniendo al mundo, al evangelizar a los pobres, había arado como las tierras blandas de los valles; pero la Iglesia, no pudiendo romper la dureza de ciertos elados, los toleraba oprimida como terrones sobrepuestos a su labor. Pues muchos de mente perversa, confiados en la misma infidelidad de los príncipes terrenales, oprimían a la naciente Iglesia con el peso del mal

vivir, mientras durante mucho tiempo destruían a quienes podían, ya con ejemplos condenables, ya con amenazas, ya con halagos, para que la tierra del corazón de los oyentes no llegara cultivada al fruto de la semilla espiritual. Pero cuando el Dios omnipotente sometió a este rinoceronte a sus correas, por él rompió al instante la dureza de los terrones. Pues pronto subyugó el principado terrenal a su fe, y quebrantó los duros corazones de los perseguidores, para que, como terrones quebrantados, ya no oprimieran endurecidos, sino que, resueltos, germinaran ante las semillas de la palabra recibidas. Por lo cual rectamente dice ahora: ¿O quebrará los terrones de los valles tras de ti? Como si dijera: Como tras de mí, que después que entro en la mente de cualquier potestad elada, no solo la rindo súbdita a mí, sino que también la ejercito para quebrantar a los enemigos de la fe, de modo que los poderosos de este siglo, ligados con las correas de mi temor, no solo permanezcan creyentes en mí, sino que también por mí 999 quebranten celosos la dureza del corazón ajeno.

7. En su propio seno tiene la Iglesia muchos enemigos, contra los cuales busca el auxilio de los príncipes terrenales. --- Pero esto que hemos dicho de los infieles, lo vemos en muchos incluso que se cuentan bajo el nombre de la fe. Pues muchos, situados en medio de hermanos humildes, mantienen la fe solo de palabra, pero mientras no abandonan el tufo de la elación, mientras oprimen a quienes pueden con violencias infligidas, mientras otros fructifican ellos de ninguna

manera reciben las semillas de la palabra, sino que apartan el oído del corazón de la voz del que los exhorta, ¿qué otra cosa hacen sino yacer como terrones endurecidos en los valles arados? Quienes son tanto más inicuos cuanto que ni ellos mismos producen el fruto de la humildad y, lo que es peor, oprimen a los humildes que lo producen. Para disolver la dureza de estos, a veces la santa Iglesia, porque por su propia virtud no es suficiente, busca el auxilio de este rinoceronte, esto es, del príncipe terrenal, para que él mismo triture los terrones sobrepuestos, que la humildad de las Iglesias soporta como las planicies de los valles. Estos terrones, por tanto, el rinoceronte los pisa y desmenuza con su pie, porque la religión principal disuelve desde el poder la dureza de los perversos y poderosos, a la cual la humildad eclesiástica no puede resistir. Lo cual, porque se hace por sola la virtud divina, para que las cumbres del reino terrenal se inclinen al provecho del reino celestial, rectamente se dice ahora: ¿O quebrará los terrones de los valles tras de ti? Pero para que el bienaventurado Job sienta humildemente de sus propias virtudes, y conozca cosas sublimes sobre las potestades de este mundo bajo el nombre del rinoceronte, sigue:

CAPÍTULO VI

VERS. 11. --- ¿Acaso tendrás confianza en su gran fortaleza, y le dejarás tus labores?

8. Cristo obliga a la potestad del príncipe temporal a servirle, y a él le confió y encomendó su Iglesia. --- En la fortaleza del rinoceronte afirma

el Señor que tiene confianza, porque las fuerzas que temporalmente confirió al príncipe terrenal, las inclinó al culto de su veneración, para que de la potestad recibida, por la cual antes se había hinchado contra Dios, rinda ahora religioso obsequio a Dios. Pues cuanto más puede en el mundo, tanto más prevalece para el Autor del mundo. Pues porque es temido por sus súbditos, tanto más fácilmente persuade cuanto con la potestad indica a quien verdaderamente ha de ser temido. Dígase, pues: ¿Acaso tendrás confianza en su gran fortaleza? Como si se dijera: Como yo, que contemplo las fuerzas de los príncipes terrenales que han de servir a mi culto. Pues tanto menos estimo aquello que ahora haces, cuanto ya preveo que inclinaré hacia mí a las mayores potestades de este mundo. Bien, pues, se añade: ¿Y le dejarás tus labores? Pues sus labores dejó el Señor a este rinoceronte, porque al príncipe terrenal convertido le confió la Iglesia que con su muerte compró: porque, a saber, encomendó en su mano con cuánta solicitud se ha de custodiar la paz de la fe. Sigue:

CAPÍTULO VII

VERS. 12. --- ¿Acaso le creerás que te devuelva tu simiente, y congregue tu era?

9. Por la Iglesia promulga leyes quien antes se ensañaba contra ella. --- ¿Qué otra simiente se recibe sino la palabra de la predicación? como en el Evangelio dice la Verdad: Salió el que siembra a sembrar (Mt 13, 3); y como dice el profeta: Bienaventurados los que sembráis sobre todas las

aguas (Is 32, 20). ¿Qué otra cosa debe entenderse por la era sino la Iglesia? de la cual se dice por la voz del Precursor: Y limpiará su era (Mt 3, 12). ¿Quién, pues, en el inicio de la naciente Iglesia creería, mientras aquel indómito principado de la tierra se ensañaba contra ella con tantas amenazas y tormentos, que este rinoceronte devolvería a Dios la simiente, esto es, que compensaría con obras la palabra de la predicación recibida? ¿Quién de los débiles podría entonces 1000 creer que él congregaría su era? Pues he aquí que ahora por la Iglesia promulga leyes quien antes contra ella se ensañaba a través de varios tormentos. He aquí que a cualesquiera gentes que haya podido capturar, las conduce persuadiendo a la gracia de la fe; y a ellas les indica la vida eterna, a quienes capturados preserva la presente. ¿Por qué esto? Porque, a saber, ahora congrega la era, la cual en otro tiempo aventaba dispersándola con soberbio cuerno. Oiga, pues, el bienaventurado Job lo que hacen los príncipes de la gentilidad, y de ninguna manera se ensalce ante sí mismo por la gloria de su tan grande virtud. Oiga también el rey poderoso con cuánta devoción sirven a Dios los reyes más poderosos de este mundo, y no lleve su virtud al vicio de la elación como por singularidad, quien tiene en otros ejemplo, porque aunque entonces no vio el Señor a uno semejante a él, previó sin embargo a muchos por quienes embotaría su gloria.

10. Quienes por el temor de los príncipes terrenales no se atreven a vejar a la Iglesia con fuerza abierta, se vuelven a varios argumentos de

fraude. Sin enemigo no puede estar la Iglesia. --- Por tanto, porque los príncipes terrenales se postran ante Dios con gran humildad, los hombres perversos que antaño, situados en la infidelidad, se ensañaban contra la Iglesia con abierta adversidad, ahora se vuelven a otros argumentos de fraude. Pues porque ven que aquellos veneran la religión, ellos mismos asumen el culto de la religión, y oprimen la vida de los buenos bajo vestidos despreciados con costumbres inicuas. Son amadores del mundo, y muestran en sí esto que los hombres veneren, y a quienes verdaderamente se desprecian a sí mismos, se unen no por la mente, sino por el vestido. Pues porque amando la gloria presente no pueden alcanzarla, la siguen como despreciándola. Quienes mostrarían lo que sienten contra los buenos, si hallaran un tiempo apto para su maldad. Pero incluso estos argumentos de los perversos aprovechan para las purgas de los electos. Pues la santa Iglesia no puede pasar los tiempos de su peregrinación sin el trabajo de la tentación, la cual, aunque fuera no tenga enemigos abiertos, dentro sin embargo tolera a falsos hermanos. Pues contra los vicios está siempre en línea de batalla, y tiene incluso en tiempo de paz su propia guerra; y por ventura se aflige más gravemente cuando no es impugnada por los golpes de los extraños, sino por las costumbres de los suyos. Sea, pues, en aquel o en este tiempo, está sin embargo siempre en trabajo. Pues tanto en la persecución de los príncipes teme que los buenos pierdan lo que son, como en la conversión de los príncipes tolera, porque

los malos simulan que son buenos, lo cual no son. Por lo cual el Dios omnipotente, porque dijo que este rinoceronte estaba ligado con correas, al instante añadió la hipocresía de los perversos, diciendo:

VERS. 13. --- El ala del avestruz es semejante a las alas del herodio y del halcón.

11. El avestruz, tipo de los hipócritas. --- El avestruz ciertamente se adorna con un ala como el herodio o el halcón, pero sin embargo no se eleva de la tierra con sus alas. Pero el herodio y el halcón se adornan con plumas, y ejercitan esas mismas plumas para viajes volátiles. Pues el herodio es pesado de ala, pero vuela desde lo alto. El halcón, por su parte, es pequeño ciertamente de alas, pero es muy veloz. Pues el herodio, que vuela desde lo alto, por lo común se adhiere al agua, y allí busca el cebo. Pero el halcón, que es pequeño de alas pero veloz, no vuela por las aguas, sino por el aire, y allí captura aves. En el avestruz, por tanto, se designa a los hipócritas, que imitan la virtud del herodio y del halcón, esto es, de los santos electos y de los predicadores, con las plumas de la simulación. Pues el ala de los hipócritas es semejante a las alas del herodio, porque el herodio vuela desde lo alto, pero se adhiere al agua. Usa, por tanto, el ala del herodio quienquiera que simula ciertamente que tiende a lo celestial, pero se adhiere a las codicias terrenales. Pues el herodio, para capturar el cebo, permanece en las aguas; pero el hipócrita, para alcanzar la alabanza mundana, se inclina a las cosas terrenas. El ala de los hipócritas es también semejante

a las alas del halcón, porque el halcón es pequeño de ala, pero veloz. Pues el hipócrita usa las plumas del halcón mientras aparece pequeño en la humildad, pero es veloz en la elación. Usa el ala del halcón quienquiera que parece ciertamente pequeño de alas, pero es veloz para la rapiña. Pues usa el ala del halcón quien se apresura a la rapiña de la gloria terrenal. Pero el avestruz ciertamente se adorna con un ala como el herodio o el halcón, pero no se eleva de la tierra con sus alas. Pero el herodio, esto es, cualquier electo, es ciertamente pesado de ala, pero vuela desde lo alto, mientras aquel que en este mundo es oprimido por el peso de su propia fragilidad, vuela sin embargo por lo celestial en el pensamiento. Y se adhiere al agua, porque mientras vive aquí, usa las cosas terrenas, que se designan por las aguas, y allí busca lo necesario para la vida. El halcón, por su parte, esto es, cualquier predicador, es ciertamente pequeño de alas, pero es muy veloz, mientras aquel que se ve pequeño a sí mismo, se apresura sin embargo a lo celestial por el deseo. Pero el halcón, esto es, cualquier predicador, no vuela por las aguas, sino por el aire, y allí captura aves, mientras aquel que vive aquí, no se inclina a los negocios terrenales, sino que vuela en la contemplación espiritual, y allí captura las mentes de los oyentes, que se designan por las aves. El avestruz, por tanto, es el hipócrita, que imita la virtud del herodio y del halcón, esto es, de los santos electos y de los predicadores, por simulación, pero no se eleva de la tierra con sus alas, porque el hipócrita no tiende a lo celestial, sino que siempre se adhiere a los

deseos terrenales. Pues el hipócrita usa las alas de avestruz mientras tiene ciertamente la santidad adornada con plumas, pero no vuela hacia los deseos celestiales. Pero bien se añade:

CAPÍTULO VIII

[Rec. V].

VERS. 13.---El ala del avestruz es semejante a las alas del herodio y del gavilán.

11. Los hipócritas son semejantes al avestruz, que tiene plumas pero no vuelo. ¿Quién no sabe cuánto aventajan el herodio y el gavilán a las demás aves por la velocidad de su vuelo? Pero el avestruz tiene semejanza con sus plumas, mas no tiene la celeridad de su vuelo. Pues no puede elevarse de la tierra, y levanta las alas como para el vuelo solo en apariencia, pero sin embargo nunca se suspende de la tierra volando. Así son, sin duda, todos los hipócritas, quienes mientras simulan la vida de los buenos, tienen una imitación de la visión santa, pero no tienen la verdad de la acción santa. Tienen ciertamente plumas para volar en apariencia, pero reptan por la tierra en la acción, porque extienden las alas por la figura de la santidad, pero, agravados por el peso de las preocupaciones seculares, de ningún modo se elevan de la tierra. Pues el Señor, reprobando la apariencia de los fariseos, censuró como la pluma del avestruz a aquella que en la obra ejercitaba una cosa y en el color mostraba otra, diciendo: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que

por fuera ciertamente parecen hermosos a los hombres, pero por dentro están llenos de huesos de muertos; así también vosotros por fuera parecéis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de avaricia e iniquidad! (Mat. XXIII, 27). Como si dijera: La apariencia de la pluma parece elevaros, pero el peso de la vida os deprime en lo ínfimo. De este peso se dice por el Profeta: Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis pesados de corazón? (Sal. IV, 3). El Señor promete que convertirá la hipocresía de este avestruz, cuando dice por el profeta: Me glorificarán las bestias del campo, los dragones y los avestruces (Is. XLIII, 20). Pues ¿qué se expresa con el nombre de dragones sino las mentes abiertamente maliciosas, que siempre reptan por la tierra en pensamientos ínfimos? ¿Y qué por el vocablo de avestruces sino aquellos que se simulan buenos, que retienen la vida de santidad como una pluma de vuelo por la apariencia, pero no la ejercitan por las obras? Por tanto, el Señor afirma que es glorificado por el dragón o el avestruz, porque convierte frecuentemente tanto a los abiertamente malos como a los fingidamente buenos a su servicio desde el pensamiento íntimo. O ciertamente las bestias del campo, esto es, los dragones y los avestruces, glorifican al Señor cuando la gentilidad, que en este mundo había sido por mucho tiempo miembro del diablo, exalta la fe que está en Él. A la cual reprocha con el nombre de dragones por su malicia, y nota con el vocablo de avestruces por su hipocresía. Pues la gentilidad recibió como alas,

pero no pudo volar, la cual tuvo la naturaleza de la razón e ignoró la acción de la razón.

12. Los elegidos tienen aquí pocas cosas que los depriman, y muchas que los eleven; al contrario los réprobos. Tenemos todavía lo que debemos considerar más atentamente en este avestruz sobre el gavilán y el herodio. Pues los cuerpos del gavilán y del herodio son pequeños, pero apoyados por plumas más densas, y por ello atraviesan volando con celeridad, porque hay poco en ellos que los grave y mucho que los eleve. Pero al contrario, el avestruz está revestido de plumas raras y está gravado por un cuerpo inmenso, de modo que aunque apetezca volar, la misma escasez de plumas no suspende la mole de tan gran cuerpo en el aire. Bien, por tanto, en el herodio y el gavilán se significa la persona de los elegidos, quienes mientras están en esta vida, no pueden estar sin algún contagio de culpa, por pequeño que sea. Pero cuando hay en ellos algo pequeño que los deprime, les asiste mucha virtud de buena acción que los sostiene en las cosas celestiales. Pero al contrario, el hipócrita, aunque hace pocas cosas que lo eleven, perpetra muchas que lo graven. Pues el hipócrita no deja de hacer algunas cosas buenas, pero comete muchas perversas con las que deprime esos mismos bienes. Por tanto, las pocas plumas no elevan el cuerpo del avestruz, porque la multitud de la acción depravada grava el pequeño bien del hipócrita. Esta misma pluma del avestruz tiene semejanza de color con las plumas del herodio y del gavilán, pero no tiene semejanza de virtud. Pues las de

aquellos son cerradas y más firmes, y pueden presionar el aire en el vuelo por la virtud de su solidez. Pero al contrario, las plumas del avestruz están sueltas, y por ello no pueden emprender el vuelo, por cuanto son traspasadas por el mismo aire que debieran haber presionado. ¿Qué vemos, pues, en esto sino que las virtudes sólidas de los elegidos vuelan, para presionar los vientos del favor humano? Pero la acción de los hipócritas, por más recta que parezca, no basta para volar, porque ciertamente el aura de la alabanza humana atraviesa la pluma de la virtud fluida.

1002 [Vet. VII.] 13. Los verdaderos cristianos se han de distinguir de los falsos por sus frutos. Pero he aquí que cuando vemos un mismo hábito de buenos y malos, cuando vemos la misma especie de profesión en elegidos y réprobos, ¿de dónde le viene a nuestra inteligencia el medio para distinguir a los elegidos de los réprobos, comprendiendo a los verdaderos de los falsos? Lo cual, sin embargo, conocemos más pronto si grabamos en la memoria las palabras intimadas por nuestro Maestro, que dice: Por sus frutos los conoceréis (Mat. VII, 20). Pues no han de ponderarse las cosas que muestran en imagen, sino las que conservan en la acción. Por lo cual aquí, después de que introdujo la apariencia de este avestruz, pronto añade sus hechos, diciendo:

CAPÍTULO IX.

VERS. 14.---La cual abandona sus huevos en la tierra.

14. Los hipócritas descuidan fomentar y nutrir con buenos ejemplos a los que engendran. ¿Pues qué se expresa por los huevos sino la prole todavía tierna, que debe ser fomentada por largo tiempo para que llegue a ser un ave viva? Pues los huevos son insensibles en sí mismos, mas sin embargo, calentados, se convierten en aves vivas. Así, sin duda, es cierto que los pequeños oyentes e hijos permanecen fríos e insensibles si no son calentados por la solícita exhortación de su doctor. Por tanto, para que no queden torpes en su insensibilidad, han de ser fomentados por la asidua voz de los doctores, hasta que valgan tanto para vivir por la inteligencia como para volar por la contemplación. Pero como los hipócritas, aunque siempre obren perversamente, no dejan sin embargo de hablar rectamente; y hablando bien engendran hijos en la fe o en la conducta, pero no pueden nutrirlos viviendo bien, rectamente se dice de este avestruz: La cual abandona sus huevos en la tierra. Pues el hipócrita descuida el cuidado de los hijos, porque por amor íntimo se somete a las cosas exteriores, en las cuales cuanto más se ensalza, tanto menos se atormenta por el defecto de su prole. Haber dejado los huevos en la tierra es, por tanto, no suspender de ningún modo de los actos terrenos a los hijos nacidos por la conversión, interponiendo el nido de la exhortación. Haber dejado los huevos en la tierra es no ofrecer ningún ejemplo de vida celestial a los hijos. Pues como los hipócritas nos se calientan por las entrañas de la caridad, de ningún modo se duelen por el torpor de la prole nacida, esto

es, por el frío de sus huevos; y cuanto más de buena gana se insertan en los actos terrenos, tanto más negligentemente permiten que aquellos a quienes engendran realicen cosas terrenas. Pero como el cuidado celestial no desampara a los hijos abandonados de los hipócritas, pues a algunos aun de tales, prescritos por íntima elección, los calienta por el respeto de la gracia otorgada, rectamente se añade:

CAPÍTULO X

[Rec. VI].

IBÍD.---¿Tú quizás los calentarás en el polvo?

15. La gracia de Dios calienta a los hijos tanto de los malos como de los buenos doctores. Como si dijera: Como yo, que los caliento en el polvo, porque ciertamente enciendo las almas de los pequeños, aun puestas en medio de los que pecan, con el fuego de mi amor. ¿Qué se entiende por polvo sino el pecador? Por lo cual también aquel enemigo se sacia con la perdición de este pecador, de quien se dice por el profeta: El polvo será el pan de la serpiente (Is. LXV, 25). ¿Qué se demuestra por el polvo sino la misma inestabilidad de los inicuos? De la cual dice David: No así los impíos, no así, sino como el polvo que proyecta el viento de la faz de la tierra (Sal. I, 4). Por tanto, el Señor calienta los huevos abandonados en el polvo, porque enciende las almas de los pequeños, destituidas de la solicitud de sus predicadores, aun puestas en medio de los pecadores, con el fuego de su amor. De aquí es que vemos a muchos vivir

en medio de los pueblos y, sin embargo, no tener la vida de un pueblo torpe. De aquí es que vemos a muchos no huir de las turbas de los malos y, sin embargo, arder con el fervor celestial. De aquí es que vemos a muchos, por así decirlo, 1003 calentarse en el frío. Pues ¿de dónde algunos, puestos en el torpor de los hombres terrenos, se encienden con los deseos de la esperanza celestial, de dónde también en medio de corazones fríos están encendidos, sino porque el Dios omnipotente sabe calentar incluso los huevos abandonados en el polvo, y, sacudida la insensibilidad del frío prístino, animarlos por el sentido del espíritu vital, para que de ningún modo yazcan torpes en lo ínfimo; sino que, convertidos en aves vivas, se suspendan hacia las cosas celestiales contemplando, esto es, volando? Pero ha de notarse que en estas palabras no solo se reprueba la acción perversa de los hipócritas, sino que también se reprime la elación de los buenos maestros, si acaso se hubiere deslizado alguna. Pues cuando el Señor dice de sí mismo que Él mismo calienta en el polvo los huevos abandonados, ciertamente indica claramente que Él mismo obra intrínsecamente por las palabras del doctor, quien también sin palabras de hombre alguno calienta a quienes ha querido en el frío del polvo. Como si dijera abiertamente a los doctores: Para que sepáis que yo soy quien obra por medio de vosotros cuando habláis, he aquí que cuando quiero hablo a los corazones de los hombres aun sin vosotros. [Vet. VIII.] Humillado, pues, el pensamiento de los doctores, el discurso se vuelve a expresar al hipó-

crita, y con qué fatuidad se entorpece se indica todavía más plenamente bajo el hecho del avestruz. Pues sigue:

CAPÍTULO XI

[Rec. VII].

VERS. 15.---Olvida que el pie puede conculcarlos, o que la bestia del campo los puede triturar.

16. Los malos doctores no son solícitos por su prole, al contrario de los buenos. ¿Qué se entiende por el pie sino el tránsito de la operación? ¿Qué se significa por el campo sino este mundo? Del cual dice el Señor en el Evangelio: Pero el campo es el mundo (Mat. XIII, 38). ¿Qué por la bestia sino el antiguo enemigo, que acechando las rapiñas de este mundo, se sacia diariamente con la muerte humana? De la cual se dice por el Profeta, prometiéndolo el Señor: Y la mala bestia no pasará por ella (Is. XXXV, 9). El avestruz, pues, abandonando sus huevos, olvida que el pie puede conculcarlos, porque ciertamente los hipócritas abandonan a aquellos a quienes engendran como hijos en la conducta, y no cuidan en absoluto que, destituidos de la solicitud de la exhortación o de la custodia de la disciplina, los ejemplos de obras perversas los perviertan. Pues si amaran los huevos que engendran, sin duda temerían que alguien los pisara demostrando obras perversas. Pablo temía este pie para los discípulos débiles, como para los huevos que había puesto, cuando decía: Muchos andan, de los cuales a menudo os decía, pero ahora os lo digo incluso llorando, enemigos

de la cruz de Cristo (Fil. III, 18). Y de nuevo: Ved a los perros, ved a los malos obreros (Ibíd., 2). Y de nuevo: Os denunciamos, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os apartéis de todo hermano que ande desordenadamente, y no según la tradición que recibieron de nosotros (II Tes. III, 6). Juan temía este pie para Gayo, quien habiendo premiso muchos males de Diótrefes, añadió: Carísimo, no quieras imitar lo malo, sino lo que es bueno (III Juan 11). Este mismo pie temía el jefe de la Sinagoga para su débil grey, diciendo: Cuando hayas entrado en la tierra que el Señor tu Dios te dará, ten cuidado de no querer imitar las abominaciones de aquellas naciones (Deut. XVIII, 9). Olvida también que la bestia del campo los triture, porque ciertamente si el diablo, ensañándose en este mundo, arrebata a los hijos nacidos en la buena conducta, al hipócrita no le importa en absoluto. Pero Pablo temía esta bestia del campo para los huevos que había puesto, diciendo: Temo que, así como la serpiente sedujo a Eva con su astucia, así se corrompan vuestros sentidos de la caridad que está 1004 en Cristo Jesús (II Cor. XI, 3). Esta bestia del campo temía Pedro para sus discípulos, cuando decía: Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quién devorar; al cual resistid fuertes en la fe (I Ped. V, 8). Tienen, pues, los veraces maestros entrañas de temor por sus discípulos por la virtud de la caridad; pero los hipócritas tanto menos temen por los que les han sido encomendados cuanto ni para sí mismos perciben qué deban temer. Y como viven con corazones endu-

recidos, ni a los mismos hijos que engendran los reconocen con ninguna piedad de debido amor. Por lo cual todavía se añade bajo la especie del avestruz:

CAPÍTULO XII.

VERS. 16.---Se endurece con sus hijos como si no fueran suyos.

17. Estos arden en caridad con sus hijos, no aquellos. A quien no infunde la gracia de la caridad, a su prójimo, aun si él mismo lo engendró para Dios, lo mira como a un extraño; como lo son ciertamente todos los hipócritas, cuyas mentes, mientras siempre apetecen las cosas exteriores, se vuelven insensibles por dentro; y en todo lo que hacen, mientras siempre buscan lo suyo, de ningún modo se ablandan con ninguna compasión de caridad hacia el afecto del prójimo. ¡Oh qué blandas entrañas gestaba Pablo, cuando con tanto ardor de amor suspiraba por sus hijos, diciendo: Nosotros vivimos si vosotros estáis firmes en el Señor (I Tes. III, 8)! Y: Dios me es testigo de cómo os amo a todos vosotros en las entrañas de Cristo Jesús (Fil. I, 8). También a los Romanos dice: Testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el Evangelio de su Hijo, de que sin intermisión hago siempre memoria de vosotros en mis oraciones, rogando si de algún modo, por fin alguna vez, tenga un próspero viaje en la voluntad de Dios para ir a vosotros; pues deseo veros (Rom. I, 9, ss.). También a Timoteo dice: Doy gracias a mi Dios, a quien sirvo desde mis antepasados con conciencia pura, de que sin in-

termisión tengo memoria de ti en mis oraciones, deseando noche y día verte (II Tim. I, 3). También a los Tesalonicenses, indicándoles su amor, dice: Nosotros, hermanos, desolados de vosotros por breve tiempo, de vista no de corazón, nos apresuramos más abundantemente a ver vuestro rostro con mucho deseo (I Tes. II, 17). Quien, oprimido por duras persecuciones y, sin embargo, solícito por la salud de sus hijos, añadió: Enviamos a Timoteo nuestro hermano y ministro de Dios en el Evangelio de Cristo, para confortaros y exhortaros por vuestra fe, para que nadie se mueva en estas tribulaciones. Pues vosotros mismos sabéis que para esto hemos sido puestos (I Tes. III, 2). También a los Efesios dice: Pido que no desmayéis en mis tribulaciones por vosotros, la cual es vuestra gloria (Ef. III, 13). He aquí que puesto en tribulación exhorta a otros, y en esto que él mismo sostiene robustece a otros. Pues no había olvidado a sus hijos al modo del avestruz, sino que temía demasiado que sus discípulos, viendo en su predicador tantos oprobios de persecuciones, despreciaran en él la fe, contra la cual prevalecerían innumerables contumelias de pasiones. And por ello le dolían menos los tormentos, pero temía más por sus hijos por la tentación de sus tormentos. Ponderaba poco en sí las plagas del cuerpo, mientras temía en sus hijos las plagas del corazón. Él mismo padeciendo recibía las heridas de los tormentos, pero consolando a sus hijos curaba las heridas de los corazones. Pensemos, pues, de qué caridad fue haber temido por otros entre los dolores propios; pensemos de qué

caridad fue buscar la salud de sus hijos entre sus propios detrimentos, y custodiar el estado de la mente en los prójimos aun desde su propia deyección.

1005 [Vet. IX.] 18. Porque por la concupiscencia se llevan a los bienes exteriores. La mente que no está toda en sí misma no puede pensarse. Pero estas entrañas de caridad no las conocen los hipócritas, porque su mente cuanto más se disuelve en lo exterior por la concupiscencia del mundo, tanto más se endurece por dentro por su propia inafectividad; y se enfría por dentro con torpor insensible, porque se ablanda por fuera con amor condenable; y no puede considerarse a sí misma porque en absoluto procura pensarse. Pues pensarse no puede la mente que no está toda en sí misma. Pero no basta que esté toda en sí misma, porque por cuantas concupiscencias es arrebatada, por tantas especies es disipada de sí misma; y dispersa yace en lo ínfimo, la cual, recogida si quisiera, se elevaría a lo sumo.

19. La admirable perspicacia de los justos recogidos dentro de sí mismos. De donde la mente de los justos, porque se restringe del flujo del apetito de todas las cosas visibles por la custodia de la disciplina, recogida dentro de sí misma se integra interiormente; y contempla plenamente cuál deba ser ante Dios o ante el prójimo, porque nada suyo abandona en lo exterior; y cuanto más se comprime abstraída de lo exterior, tanto más se inflama aumentada en lo íntimo; y por cuanto más arde, tanto más luce para detectar los vicios. Pues de aquí es que los varones santos, mientras

se recogen dentro de sí mismos, detectan con una mira admirable y penetrante incluso los delitos ajenos ocultos. Por lo cual bien se dice por el profeta Ezequiel: Una semejanza de mano enviada me tomó por un guedeja de mi cabeza, y el espíritu me elevó entre la tierra y el cielo, y me llevó a Jerusalén en visión de Dios junto a la puerta interior que miraba al Norte, donde estaba estatuto el ídolo del celo para provocar la emulación (Ez. VIII, 3). ¿Pues qué es la guedeja de la cabeza sino los pensamientos recogidos de la mente, para que no fluyan dispersos, sino que subsistan restringidos por la disciplina? La mano, pues, se envía desde lo alto, y el profeta es elevado por la guedeja de la cabeza, porque cuando nuestra mente se recoge por la custodia, la fuerza superna nos atrae hacia arriba desde lo ínfimo. Bien afirma que fue alzado entre la tierra y el cielo, porque cualquier santo puesto en carne mortal todavía no ha llegado plenamente a lo celestial, pero ya sin embargo abandona lo ínfimo. En visión de Dios es llevado a Jerusalén, porque ciertamente cada uno que progresa por el celo de la caridad contempla cuál deba ser la Iglesia. Bien también se añade: Junto a la puerta interior que miraba al Norte, porque sin duda los varones santos, mientras miran por el acceso de la contemplación interna, detectan más cosas perversas que se hacen dentro de la Iglesia que rectas; y vuelven los ojos como hacia la parte del Norte, esto es, a la izquierda del sol, porque contra los fríos de los vicios se encienden con los estímulos de la caridad. Donde también rectamente se añade: Porque allí estaba estatuto

el ídolo del celo para provocar la emulación. Pues cuando consideran que en la santa Iglesia por algunos fieles solo en apariencia se perpetran rapiñas y vicios, ¿qué otra cosa ven en Jerusalén sino un ídolo? El cual se llama ídolo del celo porque por esto se provoca contra nosotros la emulación superna; y tanto más severamente hiere a los delincuentes cuanto más caramente nos ama el Redentor.

[Vet. X.] 20. El torpor de los hipócritas para lo celestial, su ardor para lo terreno. Los hipócritas, por tanto, como no recogen los pensamientos de la mente, de ningún modo son sostenidos por la guedeja de la cabeza. Y quienes no conocen lo propio, ¿cuándo detectan los delitos de los encomendados a ellos? 1006 Estos, pues, están torpes para las cosas celestiales, por las cuales debieran haber ardido; y arden ansiosamente por las cosas terrenas, por las cuales laudablemente habrían estado torpes. Pues pospuesto el cuidado de los hijos, a menudo los verás aprestarse contra los peligros de un inmenso trabajo, trasponer los mares, acudir a los juicios, golpear los principados, irrumpir en los palacios, estar presentes en las turbas contendientes de los pueblos y defender los patrimonios terrenos con laboriosa observación. A los cuales si acaso se les dijera: ¿Por qué hacéis estas cosas vosotros que habéis dejado el siglo?, responden al punto que temen a Dios, y que por ello sudan con tanto estudio en defender los patrimonios. Por lo cual bien se añade todavía sobre el necio trabajo de este avestruz:

CAPÍTULO XIII

[Rec. VIII].

VERS. 16.---En vano trabajó, no obligándola ningún temor.

21. Negligente en la custodia de los hijos, propulsa con litigios los daños temporales o aun los más leves. Con qué mente poseemos lo que tenemos, no lo sabemos sino cuando se pierde. Pues allí temblaron de miedo donde no había temor (Sal. XIII, 5). Pues he aquí que por voz divina se preceptúa: Si alguien te quitare la túnica y quisiere contender contigo en juicio, déjale también la capa (Mat. V, 40). Y de nuevo: Si alguien quitare lo que es tuyo, no lo reclames (Lc. VI, 30). También el apóstol Pablo, deseando que sus discípulos desprecien lo exterior para que puedan conservar lo interior, amonesta diciendo: Ya ciertamente es del todo un delito en vosotros el que tengáis juicios entre vosotros; ¿por qué no más bien recibís la injuria?, ¿por qué no más bien sufrís el fraude? (I Cor. VI, 7)? Y sin embargo el hipócrita, asumido el hábito de la santa conversación, abandona la custodia de los hijos y busca defender incluso con litigios cualesquiera cosas temporales. No teme perder los corazones de ellos con su ejemplo, y teme como por negligencia perder los patrimonios terrenos. El discípulo cae en el error y, sin embargo, el corazón del hipócrita no se llagas con ningún dolor. Ve ir a la vorágine de la iniquidad a los encomendados a él, y pasa por esto como si no lo oyera; mas si sintiere que se le infiere levemente algún daño temporal, de repente se in-

flama desde lo íntimo en la ira de la venganza. Al punto se rompe la paciencia, al punto el dolor del corazón se desenfrena en voces, porque mientras tolera con ecuanimidad los daños de las almas, pero se apresura a repeler la pérdida de las cosas temporales aun con la conmoción del espíritu, indica a todos verazmente con el testimonio de la perturbación de la mente qué es lo que ama. Pues allí está el gran estudio de la defensa donde está también la más grave fuerza del amor. Pues cuanto más ama lo terreno, tanto más vehementemente teme ser privado de ello. Pues con qué mente poseemos algo en este mundo no se nos enseña sino cuando lo perdemos. Pues sin dolor se pierde lo que se posee sin amor. Mas las cosas que ardientemente amamos teniéndolas, gravemente las suspiramos cuando nos son quitadas. ¿Quién no sabe que el Señor creó las cosas terrenas para nuestros usos, mas creó las almas de los hombres para sí mismo? Por tanto, se convence de amarse más a sí mismo que a Dios quien, descuidados estos que son de Él, tutela los propios. Pues los hipócritas no temen perder lo que es de Dios, esto es, las almas de los hombres, y temen perder lo que es suyo, a saber, las cosas que pasan con el mundo, como si hubieran de rendir cuentas ante un juez severo, como si hallaran aplacado a aquel a quien, perdidas las cosas deseadas, esto es, las racionales, le conservan las insensibles y no buscadas. Queremos poseer algo en este mundo, y he aquí que la Verdad clama: Si alguien no renunciare a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo (Lc. XIV, 33).

22. Con qué ánimo se ha de litigar cuando la necesidad y la caridad obligan. El cristiano perfecto, por tanto, ¿cómo debe defender litigando las cosas terrenas, las cuales no se le manda 1007 poseer? Y así, cuando perdemos las cosas propias, si seguimos perfectamente a Dios, somos aligerados de una gran carga en el camino de esta vida. Mas cuando la necesidad del mismo camino nos impone el cuidado de las cosas, a algunos, mientras las arrebatan, solo se les debe tolerar; a otros, sin embargo, conservada la caridad, se les debe prohibir, no sin embargo con el solo cuidado de que no nos quiten lo nuestro, sino para que los que arrebatan lo ajeno no se pierdan a sí mismos. Pues más debemos temer por los mismos rapaces que anhelar por defender las cosas irracionales. Pues estas, aun no arrebatadas, las perdemos al morir, mas con aquellos somos uno tanto ahora por el orden de la condición como, si procuran corregirse, después de la percepción del don. ¿Quién no sabe que debemos amar menos aquello de que usamos, y más lo que somos? Si, por tanto, hablamos incluso para su utilidad a los rapaces, ya no solo vindicamos para nosotros lo que es temporal, sino para ellos también lo que es eterno.

23. Con qué moderación se ha de litigar. En lo cual se ha de mirar solícitamente que, por el miedo de la necesidad, no se deslice la codicia de las cosas, y la prohibición encendida por el celo, distendida por el ímpetu de la inmoderación, no estalle hasta la torpeza de una odiosa contención. Pues mientras por una cosa terrena se rompe

la paz del corazón con el prójimo, claramente aparece que se ama más la cosa que al prójimo. Pues si no tenemos entrañas de caridad aun hacia el prójimo rapaz, nos perseguimos a nosotros mismos peor que ese rapaz, y nos devastamos más gravemente de lo que otro podría, porque abandonando espontáneamente el bien de la dilección, es dentro de nosotros donde perdemos lo que de él perdíamos solo en cosas exteriores. Pero esta forma de caridad la ignora el hipócrita, porque amando lo terreno más que lo celestial, se inflama en lo íntimo con un odio inmenso contra aquel que arrebata lo temporal.

[Vet. XI.] 24. Quiénes discrepan de los hipócritas, protegiendo algunos más agriamente los bienes temporales. Con qué cautela han de ser reprendidos. Se ha de saber, sin embargo, que hay algunos a quienes la madre Iglesia, nutriéndolos en el seno de la caridad, tolera hasta que los lleve a los incrementos de la edad espiritual, quienes a veces tienen el hábito de la santidad y no pueden alcanzar el mérito de la perfección. Pues de ningún modo se elevan a los dones espirituales, y por ello sirven a los que les están unidos para tutelar lo que es terreno, y a veces se exceden en la iracundia de esa misma defensa. A estos de ningún modo se ha de creer que incurren en el número de los hipócritas, porque una cosa es pecar por enfermedad y otra por malicia. Esto, pues, dista entre estos y los hipócritas: que estos, conscientes de su enfermedad, prefieren ser redargüidos por todos de su culpa antes que ser alabados por una fingida santidad; aquellos, en cambio, están cier-

tos de que obran inicuamente y, sin embargo, se hinchan ante los juicios humanos por el nombre de la santidad. Estos no temen desplacer a los hombres malos aun por una buena acción, con tal que plazcan solo a los jueces supernos; aquellos, en cambio, nunca consideran qué hacen, sino cómo pueden placer a los hombres por cualquier acción. Estos, según el modo de su inteligencia, militan incluso en las cosas del siglo por las causas de Dios; aquellos, en cambio, por las causas de Dios sirven a la intención del siglo, porque entre las mismas obras santas que muestran realizar, no buscan la conversión 1008 de los hombres, sino las auras de los favores.

Por tanto, mientras vemos a algunos varones de conducta no despreciable defender iracunda o excesivamente lo terreno, debemos reprender esto en ellos por la caridad y, sin embargo, reprendiéndolos no desesperar de ellos, porque frecuentemente en un mismo hombre hay tanto algunas cosas juzgables que aparecen como grandes cosas que laten ocultas. En nosotros, en cambio, a menudo salen a la cara cosas grandes, y a veces se ocultan las que han de ser reprendidas. De aquí, pues, se ha de humillar la elación de nuestra mente: de que tanto lo enfermo de ellos es público como lo nuestro secreto; y de nuevo lo fuerte de ellos es secreto y lo nuestro se divulga en público. A quienes, pues, reprendemos por una abierta enfermedad, resta que los veneremos por la estimación de una fortaleza oculta; y si nuestra mente se eleva por la abierta enfermedad de ellos, considerando lo enfermo suyo oculto, oprímase a

sí misma en la humildad. Pues a menudo muchos obedecen muchos preceptos y pasan por alto unos pocos, y nosotros pasamos por alto muchos cuando guardamos unos pocos. De donde sucede frecuentemente que, porque sabemos guardar lo que vemos que otros pasan por alto, al punto nuestra mente se eleva en la elación, olvidando cuántos ella pasa por alto, siendo muy pocos los que guarda. Es necesario, pues, que en aquello en que reprendemos a otros inclinemos la elación de nuestro solícito pensamiento, porque si nuestro ánimo se ve más sublime que los demás, como llevado a los precipicios de la singularidad, tanto peor cae. Mas por qué el hipócrita, abandonando los lucros celestiales, trabaja por los terrenos, lo añade todavía bajo el nombre del avestruz, diciendo:

CAPÍTULO XIV

[Rec. IX].

VERS. 17. Dios la ha privado de sabiduría, ni le ha dado inteligencia.

26. Dios endurece el corazón, no porque confiere la dureza, sino porque, por exigencia de los pecados, no lo ablanda. Aunque una cosa sea privar y otra no dar, sin embargo repitió esto subañadiendo No dio lo que premisó Privó. Como si dijera: Lo que dije Privó, no quitó injustamente la sabiduría, sino que justamente no la dio. Por lo cual también se describe que el Señor endureció el corazón de Faraón, no porque Él mismo confiriera la dureza, sino porque, por exigencia de sus

méritos, no lo ablandó con ninguna sensibilidad de temor infundido desde lo alto. Pero ahora el hipócrita (Éx. VII, 3), porque se simula santo, porque se oculta bajo la imagen de una buena obra, es presionado por la paz de la santa Iglesia y por ello, ante nuestros ojos, se viste con la visión de la religión. Mas si estallara alguna tentación de la fe, al punto la mente rabiosa del lobo se despoja del hábito de la piel de oveja; y cuánto se ensaña contra los buenos, lo demuestra persiguiendo. Por lo cual también rectamente se subañade:

CAPÍTULO XV.

VERS. 18.---Cuando sea el tiempo, eleva sus alas en alto; se burla del jinete y de su caballero.

27. El hipócrita no solo se burla de los santos, sino de Dios mismo.---¿Qué entendemos por las alas de este avestruz, sino los pensamientos del hipócrita, oprimidos en este tiempo y como plegados? ¿Los cuales, cuando sea el tiempo, eleva a lo alto? porque, hallada la oportunidad, los manifiesta ensoberbeciéndose. Elevar las alas a lo alto es abrir los pensamientos por una soberbia desenfrenada. Pero ahora, porque se finge santo, porque encoge en sí mismo lo que piensa, pliega como sus alas en el cuerpo por la humildad. [Vet. XII.] Pero debe notarse que no dice: Se burla del caballo y del jinete, sino del jinete y de su caballero. Pues el caballo es para cada alma santa su propio cuerpo, al cual sabe restringir con el freno de la continencia de lo ilícito, y a su vez relajar con el impulso de la caridad en el ejercicio de la buena obra. Por el nombre de jinete se expresa,

pues, el alma del varón santo, que rige bien al jumento del cuerpo que le está sometido. Por lo cual también el apóstol Juan, contemplando al Señor en el Apocalipsis, dice: Y los ejércitos que están en el cielo le seguían en caballos blancos (Apoc. XIX, 14). Pues a la multitud de los santos que había sudado en esta guerra del martirio, rectamente la llama ejército: de los cuales se refiere que se sientan en caballos blancos, porque ciertamente sus cuerpos brillaron tanto por la luz de la justicia como por el candor de la castidad. Se burla, pues, el hipócrita del jinete, porque cuando él mismo irrumpe en abierta iniquidad, desprecia la santidad de los elegidos, y ensoberbecido llama necios a los que, oprimido por la paz de la fe, simulaba con arte astuto. ¿Quién es, pues, el otro caballero de este jinete, sino el Dios Omnipotente, que previendo creó lo que no era, y poseyendo rige lo que es? Sube, en efecto, sobre el jinete, porque posee el ánimo de cada varón justo, que posee bien sus propios miembros. Para este hipócrita, pues, burlarse del jinete es despreciar a los santos; burlarse del caballero del jinete es saltar hasta la injuria del creador.

28. En las caídas se empieza por lo mínimo y se llega a lo más grave. La Iglesia tolera a muchos malos ocultos. Por qué los malos están mezclados con los buenos en la Iglesia. Por el nombre de rinoceronte o unicornio debe entenderse al pueblo judío. Por qué arte se mitiga el rinoceronte.---Porque en cada caída se empieza siempre por lo mínimo, y por defectos crecientes se llega a lo más grave, rectamente la iniquidad

de este hipócrita se distingue por los detrimentos supuestos, de modo que se diga que primero se muestra bueno sin serlo, después desprecia abiertamente a los buenos, y al extremo salta incluso hasta la injuria del creador. Pues el alma nunca yace allí donde cayó, porque habiendo caído voluntariamente una vez, es impulsada a cosas peores por el peso de su propia iniquidad, para que, cayendo en lo profundo, sea siempre sepultada aún más profundamente. Vaya, pues, el hipócrita, y ahora apetezca sus propias alabanzas; después oprima la vida de los prójimos, y alguna vez se ejercite en la irrisión de su creador, para que cuanto más elevadas cosas maquina, tanto más se sumerja en suplicios atroces. ¡Oh, a cuántos tales tolera ahora la santa Iglesia, a los cuales, cuando el tiempo estalle, la tentación abierta manifiesta! Los cuales, porque no ejercen ahora sus voluntades contra ella, oprimen entre tanto como plegadas las alas de sus pensamientos. Porque esta vida es llevada comúnmente por buenos y malos, ahora la Iglesia se congrega visiblemente de ambos números, pero es discernida por Dios que juzga invisiblemente, y en su salida es separada de la sociedad de los réprobos. Pero ahora no pueden estar en ella ni los buenos sin los malos, ni los malos sin los buenos. Pues en este tiempo ambas partes unidas se convienen necesariamente, para que tanto los malos sean cambiados por los ejemplos de los buenos, como los buenos sean purgados por las tentaciones de los malos. Y por esto el Señor, después de que bajo la especie del avestruz introdujo muchas cosas

sobre la reprobación de los hipócritas, pronto convierte sus palabras a la suerte de los elegidos, para que los que en aquellos habían oído que toleran a los que huyen, en estos oigan que aman a los que imitan. Sigue [Rec. X]. ¿Acaso darás tú fortaleza al caballo, o rodearás su cuello con el relincho?

29. Pero tal vez, antes de que tratemos sobre la fortaleza y el relincho de este caballo, algunos preguntan si, pospuesta también la moralidad, pueden exponerse de otro modo tanto la virtud del rinoceronte como la fatuidad de este avestruz. Pues el maná es la palabra de Dios, y todo lo que la voluntad de quien lo recibe desea rectamente, eso ciertamente sabe en la boca del que lo come. (Éx. XVI). La tierra es la palabra de Dios, la cual, cuanto más trabajo del inquisidor exige, tanto más largamente rinde su fruto. Debe, pues, el entendimiento de la sagrada elocuencia ser ventilado con múltiple inquisición, porque también la tierra, que más a menudo se vuelve con el arado, se adapta más abundantemente para el fruto. Así pues, lo que sentimos de otro modo sobre el rinoceronte y el avestruz, lo ceñimos con brevedad, porque nos apresuramos a desenredar lo que es más obligatorio. [Vet. XIII.] Se dice que este rinoceronte, que también es llamado unicornio en los ejemplares griegos, es de tanta fortaleza que no es capturado por ninguna virtud de los cazadores; sino que, como afirman aquellos que sudaron en laboriosa investigación describiendo las naturalezas de los animales, se le propone una doncella virgen, la cual abre su seno al que viene hacia ella,

en el cual él, pospuesta toda ferocidad, depone la cabeza, y así es hallado de repente como inerme por aquellos por quienes se busca que sea capturado. También se describe que es de color de boj, el cual también cuando emprende combate con los elefantes, se dice que hiere el vientre de los adversarios con aquel cuerno que lleva singularmente en la nariz, para que cuando vulnera lo que es más blando, derribe fácilmente a los que lo impugnan. Puede, pues, por este rinoceronte, o ciertamente monoceronte, es decir unicornio, entenderse aquel pueblo que, mientras de la ley recibida no tomó las obras sino solo la elación entre todos los hombres, llevó como un cuerno singular entre las demás bestias. Por lo cual el Señor, pronunciando su pasión por el canto del Profeta, dice: Líbrame de la boca del león, y de los cuernos de los unicornios mi humildad (Salm. XXI, 22). Pues tantos unicornios, o ciertamente rinocerontes existieron en aquella gente, que confiaron con singular y fatua elación contra los predicamentos de la verdad sobre las obras de la ley. Al Bienaventurado Job, pues, que tiene el tipo de la santa Iglesia, se le dice:

CAPÍTULO XVI.

CAP. XXXIX, VERS. 9.---¿Acaso querrá el rinoceronte servirte?

30. Saulo, feroz entre los judíos, domado por Cristo.---Como si se dijera más claramente: ¿Acaso inclinas bajo el derecho de tu predicación a aquel pueblo que consideras ensoberbecido en la muerte de los fieles por su necia elación? se

entiende: como yo, que lo veo elevarse contra mí con su cuerno singular, y sin embargo lo someto a mí al punto cuando quiero. Pero esto lo mostramos mejor si pasamos del género a la especie. Que se traiga, pues, al medio, de este pueblo, a Pablo, primero en soberbia y después principal testigo en humildad, el cual, mientras se elevó ignorante contra Dios como por la custodia de la ley, llevó un cuerno en la nariz. Por lo cual, inclinando después por la humildad este mismo cuerno de la nariz, dice: Que antes fui blasfemo, y perseguidor, e injurioso; mas alcancé misericordia, porque lo hice por ignorancia (I Tim. I, 13). Llevaba cuerno en la nariz quien confiaba que agradaría a Dios por su crueldad, como él mismo dice después redarguyéndose a sí mismo: Y aprovechaba en el judaísmo sobre muchos de mis iguales en mi nación, siendo abundantemente celador de las tradiciones de mis padres (Gálat. I, 14). Pero todo cazador temió la fortaleza de este rinoceronte, porque cada predicador se espantó de la saña de Saulo. Pues está escrito: Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, fue al príncipe de los sacerdotes, y le pidió cartas para Damasco a las sinagogas, para que si hallase algunos hombres y mujeres de esta vía, los trajese presos a Jerusalén (Hech. IX, 1). Cuando el aliento que debe ser devuelto por la nariz es atraído, se llama respiración, y a menudo por el olor de la nariz percibimos lo que no vemos con los ojos. Este rinoceronte, pues, llevaba en la nariz el cuerno con que herir, porque respirando amenazas y muerte contra los discípulos del

Señor, después de haber matado a los presentes, buscaba a los ausentes. Pero he aquí que ante él se esconde todo cazador, esto es, todo hombre de razón sabia huye por la opinión de su temor. Para capturar, pues, a este rinoceronte, que la virgen, esto es, la sabiduría de Dios misma inviolata en la carne, expanda su seno, esto es, su secreto. Pues está escrito que cuando iba a Damasco, de repente le cercó de resplandor al mediodía una luz del cielo, y se hizo una voz que decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? El cual, postrado en tierra, respondió: ¿Quién eres, Señor? A quien al punto se le dice: Yo soy Jesús Nazareno, a quien tú persigues (Hech. IX, 4, 5, sig.). Sin duda la virgen abrió su seno al rinoceronte cuando la incorrupta sabiduría de Dios le manifestó el misterio de su encarnación hablando desde el cielo; y el rinoceronte perdió su fortaleza, porque postrado en tierra, perdió todo lo que se hinchaba soberbio. Quien mientras, quitada la luz de los ojos, es llevado por la mano a Ananías, se hace patente ya con qué correas de Dios es atado este rinoceronte, porque a saber, en un mismo tiempo es ligado por la ceguera, la predicación y el bautismo. El cual también se detuvo ante el pesebre de Dios, porque no se dignó despreciar el rumiar las palabras del Evangelio. Pues dice: Subí a Jerusalén con Bernabé, tomando también a Tito. Mas subí según revelación, y comuniqué con ellos el Evangelio (Gálat. II, 1, 2). Y quien antes en ayunas había oído: Duro es para ti dar coces contra el aguijón (Hech. IX, 9, 5): oprimido después por la maravillosa virtud del que lo preside, obtuvo

fuerzas del pasto de la palabra y perdió el talón de la soberbia.

31. Este rinoceronte ligado para arar el campo dominical.---Por las correas de Dios no solo es restringido de su ferocidad, sino que, lo que es más admirable, es ligado para arar, de modo que no solo no ataque a los hombres con el cuerno de su crueldad, sino que, sirviendo también a su refección, tire del arado de la predicación. Él mismo dice de los que evangelizan como de los que aran: Porque debe en esperanza el que ara arar; y el que trilla, en esperanza de percibir el fruto (I Cor. IX, 10). Aquel, pues, que primero había irrogado tormentos a los fieles, y después porta con gusto los azotes por la fe, que predica humilde y despreciado con cartas escritas lo que poco antes impugnababa terrible; ciertamente suda bien ligado bajo el arado para la cosecha quien vivía en el campo mal libre del temor. De quien rectamente se dice:

CAPÍTULO XVII

[Vet. XIV].

VERS. 10.---¿O quebrará los terrones de los valles en pos de ti?

32. Quebró los terrones, esto es, la dureza de las mentes.---Ya ciertamente el Señor había entrado en las mentes de algunos, que creían que Él era verdaderamente el redentor del género humano. Los cuales, sin embargo, como no retrocedieran en modo alguno de su antigua observancia, como custodiaran los duros predicamentos

de la letra, les dice el egregio predicador: Si os circuncidáis, Cristo no os aprovechará de nada (Gál. V, 2). Aquel, pues, que en la mente humilde de los fieles contritos redarguyó la dureza de la ley, ¿qué otra cosa hizo sino quebrar los terrones en el valle en pos del Señor? para que, a saber, los granos de las semillas, que el surco del corazón abierto por el arado de la fe recibiera, no perecieran oprimidos por la custodia de la letra. De lo cual bien todavía se subañade:

CAPÍTULO XVIII.

¿Acaso tendrás confianza en su gran fortaleza, y le dejarás a él tus trabajos?

33. Qué confianza tuvo Dios en su fortaleza.---En la fortaleza de este rinoceronte tuvo Dios confianza, porque cuanto más cruelmente lo toleró infiriéndole cosas duras a Sí mismo, tanto más lo previó tolerando constantemente las adversidades por Él. A quien también dejó los trabajos que Él mismo había tolerado en la carne, porque lo atrajo convertido hasta la imitación de su propia pasión. Por lo cual también por el mismo rinoceronte se dice: Suplo lo que falta de las pasiones de Cristo en mi carne (Coloss. I, 24). De lo cual todavía se subañade:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 12.---¿Acaso le creerás que te ha de devolver la semilla, y que congregará tu era?

34. Primero ventiló la era de Dios, después la congregó.---Consideremos quién fue Saulo,

cuando desde su misma adolescencia era ayudador de los que apedreaban, cuando asolaba otros lugares de la Iglesia, y recibidas cartas buscaba otros para asolar, cuando ninguna muerte de los fieles le era suficiente, sino que siempre anhelaba el exterminio de otros habiendo extinguido a algunos (Hech. VII); y ciertamente conocemos que ninguno de los fieles creería entonces que Dios inclinaría al yugo de su temor la fuerza de tanta elación. Por lo cual también Ananías, al oír por la voz del Señor que este se había convertido, temió, diciendo: Señor, he oído de muchos de este varón cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén (Hech. IX, 13). Quien, sin embargo, repentinamente mudado, de enemigo se convierte en predicador, e insinúa en todas las partes del mundo el nombre de su Redentor, tolera suplicios por la verdad, se exulta de padecer lo que él había irrogado; llama a unos con halagos, revoca a otros a la fe con terrores. A estos les promete el reino de la patria celestial, a aquellos les amenaza con el fuego de la gehena. A estos los corrige por la autoridad, a aquellos los atrae al camino de la rectitud por la humildad, y en todo lado se inclina a la mano de su rector, y con tanta arte congrega la era de Dios, con cuanta elación antes la ventilaba.

[Vet. XV] 35. Pablo castigando el cuerpo con abstinencia, hiere a los entregados al vientre.--- Pero ni esto desdice de Pablo, que el rinoceronte sea dicho de color de boj, y se refiera que hiere con el cuerno los vientres de los elefantes. Pues porque se acostumbró a vivir bajo el rigor de

la ley, más estrechamente que a los demás se le arraigó la custodia de cada virtud. ¿Qué se expresa, pues, por el color de boj, sino el palidez de la abstinencia? A la cual él mismo atestigua adherirse tenazmente, diciendo: Castigo mi cuerpo y lo sujeto a servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo sea hecho réprobo (I Cor. IX, 27). Quien dotado de la erudición de la ley divina, mientras redarguye la glotonería de los otros, hiere con el cuerno a los elefantes en el vientre. Pues en el vientre había herido a los elefantes cuando decía: Muchos andan, de los cuales a menudo os decía; mas ahora también lo digo llorando, enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin es la perdición, cuyo dios es el vientre, y su gloria en su confusión (Filip. III, 18). Y de nuevo: Los tales no sirven a Cristo el Señor, sino a su propio vientre (Rom. XVI, 18). Con su cuerno, pues, este rinoceronte ya no hiere a hombres, sino a bestias, cuando aquel Pablo con la fortaleza de su doctrina no ataca de ningún modo a los humildes que no han de ser perecidos, sino que mata a los soberbios cultores del vientre. Así pues, lo que conocimos escrito en Pablo, resta que lo creamos hecho también en otros. Pues muchos se convirtieron a la gracia de la humildad desde la elación de aquel pueblo, cuya saña el Señor, mientras la domó bajo el yugo del temor inspirado, sin duda sometió a Sí la fortaleza del rinoceronte. Pero porque hemos oído qué hizo la maravillosa potencia de Dios de los elegidos, ahora oigamos qué ha tolerado su maravillosa paciencia en los que reprueba:

CAPÍTULO XX.

VERS. 13.---La pluma del avestruz es semejante a las plumas de la garza y del gavilán.

36. La Sinagoga semejante al avestruz, teniendo alas repta por el suelo.---¿Qué se significa por el nombre del avestruz, sino la sinagoga? la cual tuvo las alas de la Ley, pero reptando con el corazón en lo más ínfimo, nunca se elevó de la tierra. ¿Y qué se expresa por la garza y el gavilán, sino los antiguos padres, que a aquellas cosas que pudieron alcanzar entendiendo, valieron también volar viviendo? La pluma, pues, del avestruz es semejante a las plumas de la garza y del gavilán, porque la voz de la Sinagoga retuvo la doctrina de los primeros hablando, pero no la conoció viviendo. Por lo cual también la Verdad amonesta a los pueblos de la misma Sinagoga sobre los fariseos y escribas, diciendo: Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos. Por tanto, todo lo que os dijeren, guardadlo y hacedlo, pero no hagáis según sus obras (Mat. XXIII, 2). Muchas cosas habríamos podido decir de la vida de la garza; pero porque solo su pluma se trae a la memoria, se nos prohíbe hablar de su vida.

CAPÍTULO XXI

[Vet. XVI].

VERS. 14.--- Cuando desampara sus huevos en la tierra, ¿tú tal vez los calentarás en el polvo?

37. Desamparó a los apóstoles que engendró, los cuales después fueron vivificados por la gracia de Cristo.---En los huevos una cosa es lo que se ve, otra lo que se espera; y la esperanza no puede ser vista, según atestigua Pablo que dice: Pues lo que uno ve, ¿por qué lo espera? (Rom. VIII, 24). ¿Qué se designa, pues, por los huevos del avestruz sino los apóstoles nacidos de la carne de la Sinagoga, los cuales, mientras se muestran despreciados y humildes en el mundo, enseñan a esperar la gloria en lo alto? Pues arrojados y tenidos como de ningún momento ante los elados, yacieron en la tierra como huevos; pero dentro de ellos latía de dónde vivieran, y elevados por las alas de la esperanza volaran a lo celestial. El avestruz desampara estos huevos en la tierra, porque la Sinagoga, despreciando escuchar a los apóstoles que había engendrado según la carne, los abandonó a la gentilidad que había de ser llamada. Mas con maravillosa potencia el Señor calienta estos mismos huevos en el polvo, porque suscitó los fetos vivos de los apóstoles en aquella gentilidad poco antes arrojada; y a los que la sinagoga había despreciado como insensatos y no vivificados, ellos mismos vuelan ahora viviendo en la veneración de las gentes por el magisterio de la doctrina. El avestruz desampara sus huevos en el polvo, porque a todos los que la Sinagoga engendró predicando, de ningún modo los suspendió de los deseos terrenos. Los cuales deseos, porque el antiguo enemigo los halla concebidos en el corazón, arrebata las mentes obsesas inclu-

so hacia los crímenes. Por lo cual también se subañade:

CAPÍTULO XXII.

VERS. 15.---Olvida que el pie los ha de hollar, y que la bestia del campo los ha de quebrantar.

38. Los corazones humanos, mientras piensan y apetecen lo terreno, se postran para ser quebrantados por el diablo.---Entonces el pie pisa los huevos, y la bestia del campo los quebranta, cuando son abandonados en la tierra, porque a saber, los corazones humanos, mientras apetecen pensar siempre lo terreno y obrar siempre lo que es ínfimo, se postran para ser quebrantados por la bestia del campo, esto es, por el diablo. Para que, habiendo estado mucho tiempo arrojados en ínfimo pensamiento, alguna vez también sean rotos por la perpetración de mayores crímenes. La Sinagoga, pues, descuidó suspender de la tierra, viviendo bien, los huevos que engendró. Pero el Dios omnipotente, aunque halló a muchos de sus hijos muertos y fríos en los deseos terrenos, sin embargo los animó con el calor de su amor. Mas la vida que la sinagoga no dio a sus hijos, después se la envidió, mientras se esforzaba por extinguir persiguiendo a los que no recordaba haber engendrado fomentándolos para las buenas obras. Por lo cual también aptamente se subañade sobre este avestruz:

VERS. 16.---Se endurece contra sus hijos como si no fuesen suyos.

39. Crueldad de la Sinagoga hacia sus hijos.---Desprecia como si no fuesen suyos a los que

descubre viviendo de otro modo que ella enseñó, y endureciéndose su saña les aplica terrores, y se ejercita en sus crueldades, e inflamada con las hachas de la envidia, en los que no trabajó para que puedan vivir, trabaja para que deban perecer; y cuando persigue a los miembros del Señor, sospecha que por esto agrada al Señor. Por lo cual también la Verdad dice a los mismos huevos del avestruz: Viene la hora en que todo el que os mate piense que presta un obsequio a Dios (Juan XVI, 2). Porque, pues, mientras la Sinagoga es llevada por la crueldad a perseguir, piensa que hace esto por el impulso del temor divino, rectamente se subañade:

IBID.---En vano trabajó, no obligándola ningún temor.

40. Así ensañada, cree prestar obsequio a Dios.---En efecto, en el trabajo de aquel anhelar la persecución no la obligó el temor, sino la crueldad. Pero porque la mayoría de las veces los vicios, teñidos con el color de las virtudes, son tanto más inicuos cuanto menos se conocen como vicios, por ello en la persecución la sinagoga existió más dura, cuanto más religiosa estimó hacerse con las muertes de los fieles; y por ello no pudo en modo alguno discernir qué hacía, porque cerró para sí la luz de la inteligencia por la objeción de la soberbia. Por lo cual también bien se subañade:

CAPÍTULO XXIII

[Vet. XVII].

VERS. 18.---Cuando sea el tiempo, eleva sus alas en alto; se burla del jinete y de su caballero.

42. La Sinagoga, primero oculta contra Dios, después erguida públicamente.---El avestruz eleva sus alas a lo alto cuando la Sinagoga contradice a su creador, no ya temiendo como antes, sino ya repugnando abiertamente. Pues pasando a los miembros del diablo, y creyendo Dios al hombre de la mentira, tanto se ensalza en alto contra los fieles, cuanto se gloria de ser ella misma el cuerpo de Dios. La cual, porque desprecia no solo la humanidad del Señor, sino también su misma divinidad, no solo se burla del jinete, sino también del caballero del jinete. Pues custodiada la unidad de la persona, vale entenderse que el Verbo de Dios subió entonces al jinete cuando se creó para sí la carne animada dentro del útero de la Virgen. Entonces subió al jinete cuando subyugó al culto divino, creándose a Sí mismo, el alma humana que presidía su propia carne. Pues la divinidad recibió la carne por medio del alma, y por esto sostuvo a todo el jinete a la vez, porque en Sí mismo no solo estrechó a aquella que era regida, sino también a esta que regía. Judea, pues, captada por el lazo de la seducción por el advenimiento del soberbio Anticristo, porque desprecia que nuestro Redentor haya sido humilde entre los hombres, se burla del jinete; y porque contradice su divinidad en todas las cosas, se burla no menos del caballero. Pero nuestro Redentor es uno mismo y el mismo tanto jinete como caballero del jinete; y cuando vino al mundo, exhibió predicadores fuertes contra el mundo; y cuando

en el término del mundo tolera la falacia del Anticristo, suministra virtud a los que luchan por Él; para que cuando el antiguo enemigo sea soltado en aquella su libertad que ha de acabar pronto, nuestros fieles reciban tanto mayores fuerzas cuanto luchan contra un adversario suelto. Por lo cual aquí, cuando se describe que el avestruz eleva las alas, y se burla del caballero y del jinete, al punto se subroga la memoria de los fuertes predicadores, y se dice:

CAPÍTULO XXIV

[Vet XVIII].

VERS. 19.---¿Acaso darás al caballo fortaleza, o rodearás su cuello de relincho?

43. Por el nombre de caballo se significan muchas cosas en la sagrada Escritura: lo lúbrico; la dignidad temporal; el presente siglo, cuyas extremidades oprime la serpiente Anticristo. La preparación de la recta intención; los santos predicadores.---En la sagrada Escritura, por el nombre de caballo se expresa a veces la vida lúbrica de los malvados, a veces la dignidad temporal, a veces este mismo siglo presente, a veces la preparación de la recta intención, a veces el santo predicador.

Pues por el nombre de caballo se señala la vida lúbrica de los malvados, como está escrito: No queráis ser como el caballo y el mulo (Sal. XXXI, 9). Y como se dice por otro profeta: Se hicieron caballos amantes y emisarios, cada uno relinchaba tras la mujer de su prójimo (Jerem. V, 8).

Por el nombre de caballo se acepta la dignidad temporal, atestiguándolo Salomón, quien dice: Vi a siervos sobre caballos, y a príncipes caminando como siervos sobre la tierra (Ecl. X, 7). Pues todo el que peca es siervo del pecado, y los siervos están sobre caballos cuando los pecadores son ensalzados con las dignidades de la vida presente. Pero los príncipes caminan como siervos cuando a muchos llenos de la dignidad de las virtudes ningún honor los levanta, sino que la suma adversidad aquí los oprime hacia abajo como a indignos. De aquí rursum se dice: Durmieron los que subieron a los caballos (Sal. LXXV, 7); es decir, en la muerte del alma cerraron los ojos de la mente a la luz de la verdad, quienes confiaron en el honor de la vida presente.

Por el nombre de caballo se designa este mismo siglo presente, como se dice por la voz de Jacob: Sea Dan serpiente en el camino, cerasta en la senda, mordiendo los talones del caballo, para que caiga su jinete atrás (Gén. XLIX, 17). En cuyo testimonio mostramos mejor qué significa el caballo, si exponemos también lo que le rodea un poco más sutilmente. Pues algunos dicen que el Anticristo ha de venir de la tribu de Dan, por el hecho de que en este lugar se afirma que Dan es tanto serpiente como mordedor. Por lo cual también, no sin razón, mientras el pueblo israelita recibía tierras en la partición de los campamentos, primero acampó Dan al Aquilón (Núm. II, 25); señalando ciertamente a aquel que había dicho en su corazón: Me sentaré en el monte del testamento, en los lados del Aquilón; subiré sobre

la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo (Isa. XIV, 13). De quien también se dice por el profeta: Desde Dan se oyó el estrépito de sus caballos (Jerem. VIII, 16). Quien no solo es llamado serpiente, sino también cerasta. Pues Kerata en griego se dicen cuernos en latín, y se dice que esta serpiente es cornuda, por quien dignamente se afirma el advenimiento del Anticristo, porque se arma contra la vida de los fieles con el mordisco de la predicación pestífera y también con los cuernos del poder. ¿Pero quién no sabe que la senda es más estrecha que el camino? Se hace, pues, Dan serpiente en el camino, porque en la latitud de la presente vida provoca a caminar a aquellos a quienes halaga como perdonándolos; pero muerde en el camino, porque a aquellos a quienes dio libertad, los consume con el veneno de su error. Se hace cerasta en la senda, porque a los que encuentra fieles, y que se estrechan a los angostos itinerarios del precepto celestial, no solo los acomete con la malicia de la persuasión astuta, sino que también los oprime con el terror del poder, y en la angustia de la persecución, tras los beneficios de la fingida dulzura, ejerce los cuernos del poder. En cuyo lugar el caballo insinúa este mundo, que por su elación espuma en el curso de los tiempos que se deslizan. Y porque el Anticristo se esfuerza por aprehender las extremidades del mundo, se dice que esta cerasta muerde los talones del caballo. Pues morder los talones del caballo es alcanzar las extremidades del siglo hiriendo. Para que caiga su jinete atrás (Gén. XLIX, 17). El jinete del caballo es cualquiera

que es ensalzado en las dignidades del mundo. Quien se dice que cae atrás, y no de cara, como se recuerda que cayó Saulo (Hech. IX, 4). Pues caer de cara es reconocer cada uno en esta vida sus culpas, y llorarlas arrepintiéndose. Pero caer atrás, hacia donde no se ve, es fallecer de repente de esta vida, e ignorar a qué suplicios es llevado. Y porque Judea, captada por los lazos de su error, espera al Anticristo en lugar de a Cristo, bien se convirtió Jacob en el mismo lugar de repente en la voz de los electos, diciendo: Tu salvación esperaré, Señor (Gén. XLIX, 18); es decir, no como los infieles esperan al Anticristo, sino que a aquel que ha de venir para nuestra redención, lo creo fielmente el verdadero Cristo.

Por el nombre de caballo se acepta la preparación de la recta intención, como está escrito: El caballo se prepara para el día de la guerra, pero el Señor da la salvación (Prov. XXI, 31), porque el alma ciertamente se prepara contra la tentación, pero si no es ayudada, no lucha saludablemente.

Por el nombre de caballo se acepta cada santo predicador, atestiguándolo el profeta, quien dice: Enviaste tus caballos al mar, turbando muchas aguas (Habac. III, 15). Pues las aguas yacieron quietas, porque las mentes humanas estuvieron mucho tiempo adormecidas en el torpor de sus vicios. Pero por los caballos de Dios el mar fue turbado, porque enviados los santos predicadores, todo corazón que se adormeció con pestífera seguridad, se espantó por el impulso del temor saludable. En este lugar, pues, por el nombre de caballo se acepta el santo predicador, cuando se

dice al bienaventurado Job: [Vet. XIX, Rec. XI.] ¿Acaso darás al caballo fortaleza, o rodearás su cuello de relincho?

44. Tenga el predicador, como el caballo, fortaleza de Dios, para que obre rectamente; y relincho, para que enseñe óptimamente.---¿Pero qué es esto de que el Señor afirme que da primero fortaleza a este caballo, y después rodea su cuello de relincho? Pues por el relincho se expresa la voz de la predicación. Pero cada verdadero predicador recibe antes la fortaleza, y después el relincho, porque cuando primero haya extinguido en sí los vicios, entonces viene a la voz de la predicación para la instrucción de los demás. Este caballo tiene fortaleza, porque tolera constantemente las adversidades. Tiene relincho, porque llama halagadoramente a las cosas celestiales. A este caballo el Señor atestigua que le da tanto fortaleza como relincho, porque si en su predicador no convienen tanto la vida como la palabra, de ningún modo aparecerá la virtud de la perfección. Pues no aprovecha mucho si está apoyado por la operación de una vida sublime, si sin embargo hablando no vale para excitar a otros a esto que siente. ¿O qué aprovecha encender a otros hablando bien, si él mismo indica que ha estado adormecido viviendo mal? Porque, por lo tanto, es necesario que en el predicador convengan ambas cosas para la perfección, el Señor suministra a su caballo tanto el relincho de la voz con la fortaleza de la acción, como la fortaleza de la acción con el relincho de la voz. Y se ha de notar por qué el relincho, que sin duda se lleva interiormente por la garganta,

se dice que rodea el cuello del caballo, esto es, como si se arrastrara por fuera en círculo, porque a saber, la voz de la predicación emana de lo interno, pero rodea por fuera. Pues en lo que suscita a otros a vivir bien, en eso liga también las obras del que predica a obrar bien, para que la acción no pase fuera del sermón, para que la vida no contradiga a la voz. Por el cuello del caballo, pues, se rodea el relincho, porque para que no salga a obras perversas, también la vida del que predica es sitiada por sus propias voces. De aquí es, pues, que a los que luchan poderosamente se les da un collar como don, para que, porque llevan los signos de las virtudes, ejerzan siempre cosas mayores, y teman incurrir en el crimen de la debilidad, mientras hay ya en sí mismos el premio de la fortaleza que muestran. Por lo cual rectamente en la alabanza de la sabiduría se dice a cualquier oyente por Salomón: Recibirás una corona de gracias para tu cabeza, y un collar de oro para tu cuello (Prov. I, 9). Sigue:

CAPÍTULO XXV

[Rec. XII].

VERS. 20.---¿Acaso lo suscitarás como a las langostas?

45. Qué debe entenderse por las langostas. El pueblo judaico. Dio ciertos saltos, y al punto cayó a tierra.---Por el nombre de langostas se señala a veces el pueblo judaico, a veces la gentilidad convertida, a veces la lengua de los que adulan, a

veces verdaderamente por comparación la resurrección dominica, o la vida de los predicadores.

Porque que las langostas expresan al pueblo de los judíos, lo señala la vida de Juan, de quien está escrito: Comía langostas y miel silvestre (Mat. III, 4). Pues Juan, a quien anuncia con la autoridad de la profecía, también lo clama con la especie de los alimentos. Pues en sí mismo designó al Señor, a quien precedió. Quien sin duda viniendo para nuestra redención, porque tomó la dulzura de la gentilidad infructuosa, comió miel silvestre. Pero porque convirtió en su cuerpo en parte a la plebe de los judíos, recibió langostas en el alimento. Pues a ellos mismos significan las langostas dando súbitos saltos, pero cayendo al punto a tierra. Pues daban saltos cuando prometían que cumplirían los preceptos del Señor; pero caían más pronto a tierra, cuando por obras perversas negaban haber oído estas cosas. Veamos en ellos como un cierto salto de langostas: Todas las palabras que ha hablado el Señor, las haremos y las oiremos (Éx. XXIV, 3). Pero veamos cómo caen más pronto a tierra: Ojalá hubiéramos muerto en Egipto, y no en esta vasta soledad. Ojalá perezcamos, y no nos introduzca el Señor en esa tierra (Núm. XIV, 2, 3). Langostas eran, pues, porque tenían el salto por la voz, y la caída por la acción.

[Vet. XX.] 46. Los gentiles significados por las langostas, y la lengua de los que adulan que devastan los frutos de las buenas obras.---Por el nombre de langostas se designa también la gentilidad, atestiguándolo Salomón, quien dice:

Florecerá el almendro, se engordará la langosta, se disipará la alcaparra (Ecl. XII, 5). Pues el almendro muestra su flor antes que todos los árboles. ¿Y qué se designa en la flor del almendro sino los primordios de la santa Iglesia? la cual en sus predicadores abrió las flores primitivas de las virtudes, y para producir los frutos de las buenas obras, precedió a los santos venideros, como arboledas siguientes. En la cual pronto se engordó la langosta, porque la seca esterilidad de la gentilidad fue infundida con la gordura de la gracia celestial. La alcaparra se disipa, porque cuando la gentilidad llamada alcanzó la gracia de la fe, Judea, permaneciendo en su esterilidad, perdió el orden de vivir bien. De aquí rursum se dice por el mismo Salomón: Rey no tiene la langosta, y sale toda ella por sus escuadrones (Prov. XXX, 27), porque a saber la gentilidad abandonada estuvo tiempo atrás ajena al régimen divino, pero sin embargo ordenada después contra los espíritus adversos procedió a la guerra de la fe.

47. Con el vocablo de langosta se expresa la lengua del que adula: lo que atestiguan las plagas egipcias exhibidas celestialmente, que por los méritos que lo exigían fueron infligidas corporalmente una vez; pero qué males hieren las mentes perversas diariamente, lo señalaron espiritualmente. Pues está escrito: El viento ardiente levantaba las langostas, que subieron sobre toda la tierra de Egipto, y cubrieron toda la faz de la tierra, devastándolo todo. Fue devorada, pues, la hierba de la tierra, y todo lo que hubo de frutos en los árboles (Éx. X, 13, 15). Pues Egipto fue afectado

por estas plagas, en las cuales, conmovido por la percusión exterior y doliéndose, considerara qué daños de devastación toleraba negligentemente en su interior, para que mientras viera perecer fuera las cosas mínimas, pero más amadas, por su especie sintiera las más graves que había padecido por dentro. ¿Pero qué portentan por su significación las langostas, que más que los demás animalillos mínimos dañan los frutos humanos, sino las lenguas de los que adulan, las cuales corrompen las mentes de los hombres terrenos, si alguna vez los ven producir algunos bienes, alabando estas cosas inmoderadamente? Pues el fruto de los egipcios es la operación de los vanagloriosos; a la cual las langostas exterminan, mientras las lenguas aduladoras inclinan el corazón del que obra a apetecer las alabanzas transitorias. Pues las langostas comen la hierba, cuando cualesquiera aduladores ensalzan las palabras de los que hablan con favores. También devoran los frutos de los árboles, cuando con vanas alabanzas enervan las obras de algunos ya como si fueran fuertes.

48. La langosta significa también la resurrección de Cristo, y a los predicadores, que ora saltan a la vida contemplativa, ora saltan de vuelta.--- Con el nombre de langosta se designa por comparación la resurrección de nuestro Redentor. [Vet. XXI.] Por lo cual también se dice por su voz por el Profeta: He sido sacudido como la langosta (Sal. CVIII, 23). Pues permitió ser retenido por los perseguidores hasta la muerte; pero fue sacudido

como la langosta, porque voló de sus manos con el salto de una súbita resurrección.

49. Lo cual puede referirse también al número de los predicadores. Pues en ellos mismos fue sacudido como la langosta, porque arreciando Judea en su persecución, mientras huyen por diversos lugares, dieron como ciertos saltos de su retirada. Pero porque aquel predicador es elevado a la cumbre de la perfección, que es consolidado no solo por la vida activa, sino también por la contemplativa, rectamente la misma perfección de los predicadores se expresa por las langostas, las cuales cuantas veces intentan elevarse al aire, primero impulsándose con las patas se levantan, y después vuelan con las alas. Así ciertamente son los varones santos, que mientras buscan las cosas celestiales, primero ciertamente se apoyan en las buenas obras de la vida activa, y entonces finalmente se suspenden a lo sublime por el salto de la contemplación. Fijan las patas, y extienden las alas, porque obrando rectamente se estabilizan, y viviendo se elevan a lo alto. Quienes puestos en esta vida, no pueden permanecer mucho tiempo en la divina contemplación, sino que, al modo de las langostas, se reciben sobre sus pies desde el salto que habían dado, mientras tras lo sublime de las contemplaciones vuelven a las obras necesarias de la vida activa, y sin embargo no están contentos con permanecer en la misma vida activa. Sino que mientras saltan deseosamente a la contemplación, buscan como volando de nuevo el aire; y pasan su vida como langostas que suben y bajan, mientras sin cesar siempre tanto ambi-

cionan ver lo sumo, como son vueltos a sí mismos por el peso de la naturaleza corruptible.

50. En la paz de la Iglesia humildes, en la persecución fuertes y erguidos.---Hay todavía otra cosa que las langostas tienen semejante a los santos predicadores. Pues en las horas matutinas, esto es, en el tiempo del frescor, apenas se levantan de la tierra; pero cuando el calor se ha encendido, tanto más alto cuanto más alacremente vuelan. Pero cada santo predicador mientras ve los tiempos quietos de la fe, es visto humilde y despreciado, y al modo de la langosta apenas se levanta de la tierra. Pero si el ardor de la persecución se encendiera, adhiriéndose de corazón a lo celestial, pronto muestra de cuánta sublimidad es; y sacudido por las alas es arrebatado a lo alto, el que quieto parecía haber estado adormecido en lo más bajo. De este caballo, pues, esto es, de su predicador, dice el Señor al bienaventurado Job: ¿Acaso lo suscitarás como a las langostas? Sobrentiéndase como yo, que lo levanto excitándolo a lo más alto, cuanto más permito que sea atormentado por el calor más grave de la persecución, para que entonces despierte en él una virtud más robusta, cuando se estrella contra él la más ardiente crueldad de los infieles.

Pero cuando muchas cosas padece exteriormente el santo predicador, cuando es atormentado por la dura vejación de los perseguidores, ¿quién vale contemplar qué es lo que percibe por dentro, el que tantos daños suyos no siente por fuera? Pues si no hubiera cosas admirables que lo alimentaran saludablemente por dentro, sin

duda aquellos tormentos que se aplican exteriormente llegarían hasta el corazón. Pero el alma se eleva en el alcázar de la esperanza, y por ello teme poquísimo los dardos del asedio interpuesto. Por lo cual también en este lugar el Señor, para mostrar cuán suaves cosas huele ya este caballo de lo interno, cuando padece tantas adversidades en lo exterior, rectamente subyunge:

CAPÍTULO XXVI.

IBID.---El terror es la gloria de sus narices.

51. Cuando padecen tantas adversidades exteriormente, huelen interiormente cosas admirables de la eterna bienaventuranza. En la Sagrada Escritura, con el vocablo de las narices suele entenderse a veces la fatuidad, a veces la instigación del antiguo enemigo, y a veces verdaderamente la presciencia. Pues por las narices se designa la fatuidad, como ya enseñamos anteriormente con el testimonio de Salomón, quien dice: Anillo de oro en las narices de una mujer hermosa y fatua (Prov. 11, 22). Por el nombre de las narices se aceptan las acechanzas exhalantes e instigación del antiguo enemigo, lo cual en este mismo libro testifica el Señor sobre él, diciendo: De sus narices procede humo (Job 41, 11). Como si dijera: De su perversa instigación surge en los corazones humanos la calígine del pensamiento nequísimo, por la cual se entenebrecen los ojos de los que ven. Por las narices también se designa la presciencia, como se dice por el profeta: Desistid del hombre, cuyo espíritu está en sus narices, porque él mismo es reputado excelso (Is. 2, 22). Pues

a menudo comprendemos por el olor aquello que no vemos, de modo que algunas cosas, aun cuando yacen lejos, se nos dan a conocer por la fragancia de su cualidad; y mientras atraemos el espíritu por las narices, frecuentemente preconocemos algunas cosas incluso invisibles. El espíritu de nuestro Redentor, por tanto, se dice que está en sus narices, para que evidentemente su ciencia se designe estar en la presciencia; porque todo lo que dio a conocer que sabía en la naturaleza de la humanidad, esto sin duda lo preconoció antes de los siglos desde la divinidad. Y de dónde tuvo el espíritu en las narices, pronto lo subyungió por el profeta, diciendo: Porque él mismo es reputado excelso (Is. 2, 22). Como si dijera: En las cosas inferiores preconoció desde lo alto las cosas venideras, porque vino a lo íntimo desde lo celestial. También los varones santos, porque creyeron las cosas oídas de Él, ellos mismos también ya preconocen las cosas venideras; y mientras sirven fielmente a sus preceptos, aguardan su venida con esperanza cierta. Por lo cual también en este lugar, por las narices de este caballo, se designa la presciencia y la aguardación del santo predicador. Pues mientras desea que venga el juicio extremo, que se muestre la patria celestial, que se paguen los premios a los justos, atrae, como por las narices, el espíritu de las cosas futuras.

52. De donde el justo se gloria, el pecador se aterra.---Pero "el terror es la gloria de sus narices", porque la visión del Juez estrecho, que el justo espera vehementemente, el injusto teme que venga. Éste, en efecto, considerando sus tra-

bajos, busca el premio de la retribución; y conociendo el mérito de su causa, apetece la presencia del Juez, y lo desea con sumo ardor para que venga en llama de fuego, dando vindicta a los impíos, y otorgando la especie de su contemplación en retribución a los piadosos. Aquél, en cambio, que se acuerda de su injusticia, se horroriza de venir al juicio, y teme que sus actos sean examinados, porque sabe que, si se examinan, será condenado. La gloria de sus narices, por tanto, es el terror, porque el justo se gloria de donde el pecador es condenado. Veamos cómo el caballo atrae ya por las narices el espíritu de aquellas cosas que aún no ve; veamos con cuánta gloria se eleva cuando ya aguarda las cosas venideras. He aquí que, mirando sus trabajos, el egregio predicador dice: Yo ya soy libado, e insta el tiempo de mi resolución. He combatido el buen certamen, he consumado el curso, he guardado la fe. Por lo demás, me está repuesta la corona de la justicia que me devolverá el Señor en aquel día, Juez justo (2 Tim. 4, 6, 7, 8). Donde también aptamente subyunge: Y no sólo a mí, sino también a aquellos que aman su advenimiento (Ibíd., 8). Como si dijera: Pero también a todos los que son conscientes para sí de la buena operación. Pues no aman el advenimiento del Juez sino aquellos que saben que en su causa tienen el mérito de la justicia. Porque, por tanto, de donde se gloria el justo, de allí se aterra el injusto, dígase rectamente: El terror es la gloria de sus narices. Pero este santo predicador, mientras aguarda la gloria venidera, mientras se esfuerza por venir ante la faz del Juez, y mientras todavía

es diferido del premio de su trabajo, oigamos qué hace puesto ínterin en esta vida. Sigue:

CAPÍTULO XXVI.

VERS. 21.---Cava la tierra con la uña.

53. Oficio del predicador es, en los oyentes y en sí mismo, excavar los pensamientos terrenos. Suele conocerse en la uña del caballo la fortaleza del trabajo. ¿Qué se designa, pues, por la uña, sino la perfección de las virtudes en el santo predicador? Con la cual uña, evidentemente, cava la tierra, cuando de los corazones de los oyentes expulsa los pensamientos terrenos con el ejemplo de sus propias obras. Cava la tierra con la uña, porque vacía los corazones de los oyentes de los cuidados seculares, cuando el buen doctor muestra con la obra que el siglo debe ser despreciado. Veamos a Pablo cómo cava la tierra del corazón de los oyentes con la uña de la virtud mostrada. Él mismo dice en efecto a los discípulos: Lo que habéis aprendido, y recibido, y oído, y visto en mí, esto haced, y el Dios de la paz estará con vosotros (Fil. 4, 8, 9, 10). Y de nuevo: Sed imitadores míos, hermanos, como yo lo soy de Cristo (Ibíd., 3, 17). El que, por tanto, corrige a otros con el ejemplo de su obra, sin duda cava la tierra con la uña. Tenemos otra cosa que tratar aún más sutilmente sobre la excavación de esta uña. Pues los varones santos, aunque vigilen con el ojo de la mente atento a lo de arriba, aunque pisen con el pie del rígido desprecio todo lo que fluye por abajo; sin embargo, por la corrupción de la carne terrena, a la que aún están ligados,

padecen frecuentemente en el corazón el polvo de los pensamientos. Y mientras persuaden fuera a otros a apetecer lo celestial, se discuten siempre a sí mismos dentro con sutil inquisición, no sea que se contaminen por algún pensamiento ínfimo que more largo tiempo en ellos. El caballo, por tanto, cava la tierra con la uña cuando cada predicador discute en sí los pensamientos terrenos con fuerte inquisición. El caballo cava la tierra con la uña cuando aquel sobre quien ya preside el Señor considera qué mole se le congrega del antiguo pensamiento, y no cesa de vaciarse de ella llorando. Por lo cual bien se describe a Isaac habiendo cavado pozos entre gente extraña (Gén. 26). Con cuyo ejemplo aprendemos que, puestos en esta angustia de la peregrinación, debemos penetrar lo profundo de nuestros pensamientos; y hasta que nos responda el agua de la verdadera inteligencia, de ningún modo se entorpezca la mano de nuestra inquisición de agotar la tierra del corazón. Los cuales pozos, sin embargo, los alófilos acechantes los rellenan, porque sin duda los espíritus inmundos, cuando nos ven cavar el corazón con estudio, nos ingieren pensamientos amontonados de tentaciones. Por lo cual siempre la mente debe ser vaciada, e incesantemente cavada: no sea que si se deja sin discutir, se amontone sobre nosotros la tierra de los pensamientos, hasta el tumor de las obras perversas. De aquí que se diga a Ezequiel: Hijo de hombre, cava la pared (Ez. 8, 8); esto es, rompe la dureza del corazón con frecuentes golpes de escrutinios. De aquí que el Señor diga a Isaías: Entra en la piedra, escóndete

en la tierra cavada, ante la faz del temor del Señor, y ante la gloria de su majestad (Is. 2, 10). Entramos por cierto en la piedra, cuando penetramos la dureza de nuestro corazón; y somos escondidos en la tierra cavada ante la faz del temor del Señor, si, expulsando los pensamientos terrenos, nos ocultamos en la humildad de nuestra mente de la ira del Juez estrecho. Pues cuanto más se proyecta la tierra cavando, tanto más inferior se muestra siempre el pavimento. Por lo cual también nosotros, si expulsamos de nosotros los pensamientos terrenos con más estudio, encontramos un lugar más humilde donde nos ocultemos ante nosotros mismos.

54. Sentencia de San Gregorio sobre el inminente día del juicio. He aquí, pues, que porque el día del juicio divino es inminente, ya aparece como la faz misma de su temor; y tanto más necesario es que cada uno lo tema más terriblemente, cuanto más ya se aproxima la gloria de su majestad. ¿Qué se debe hacer, pues, o a dónde se debe huir? Pues ¿a dónde puede esconderse alguien de aquel que está en todas partes? Pero he aquí que se nos manda entrar en la piedra, ocultarnos en la tierra cavada, para que evidentemente rompiendo la dureza de nuestro corazón, declinemos la ira invisible, por cuanto nos sustraemos del amor de las cosas visibles ante nosotros mismos en el corazón, para que cuando se proyecte la tierra del pensamiento perverso, la mente se esconda ante sí misma tanto más segura cuanto también más humildemente (Deut. 23, 12). De aquí que se mande al pueblo israelita por el Señor a través

de Moisés, que cuando salga a los requisitos de la naturaleza, lleve un estaca en el cinturón, y esconda en la tierra cavada lo que hubiere sido eyectado. Pues agravados por el peso de la naturaleza corruptible, del útero de nuestra mente brotan ciertas superfluidades de los pensamientos como gravámenes del vientre. Pero debemos llevar la estaca bajo el cinturón, para que evidentemente siempre ceñidos para reprendernos a nosotros mismos, tengamos cerca de nosotros el agudo estímulo de la compunción, que incesantemente cave la tierra de nuestra mente con el dolor de la penitencia, y esconda esto que de nosotros brota fétido. Pues la egestión del vientre se cubre en la tierra cavada por la estaca, cuando la superfluidad de nuestra mente, discutida con sutil redargución, se oculta ante los ojos de Dios, a través del estímulo de su propia compunción. Porque, por tanto, los varones santos no cesan de reprender y juzgar cualesquiera cosas inútiles que piensan, diga el Señor de su caballo: Cava la tierra con la uña, esto es, cualquier cosa terrena que percibe versarse en su mente, esto sin duda lo rompe con las duras percusiones de la penitencia sobreañadida. Pero cuando se juzgan a sí mismos interiormente con disticta sutileza, ya nada hay que teman exteriormente. Pues tanto menos trepidan ante los males presentes, cuanto más plenamente se preparan para los bienes venideros. Por lo cual también se añade:

CAPÍTULO XXVIII.

IBID.---Exulta audazmente, va al encuentro de los armados.

55. Ni las adversidades abaten al varón santo, ni las prosperidades lo corrompen. Exultación de los Apóstoles entre los azotes, principalmente de Pablo. Los herejes ambicionan el patrocinio de las potestades seculares. De virtud infrangible es el desprecio de las cosas terrenas. "Exulta audazmente", porque así como no es quebrantado por las adversidades, tampoco es elevado por las prosperidades. Pues las adversidades no abaten a quien ninguna prosperidad corrompe. Este caballo, por tanto, es fuerte y está bajo el freno. Para que no sea oprimido por las adversidades, tiene la fuerza de la fortaleza; para que no sea elevado por las prosperidades, tiene el peso del que des arriba se sienta. Corren por cierto los tiempos, pero por eso mismo no valen para arrastrar al justo, porque no pueden elevarlo. Sin duda arrastran a aquellos a quienes elevan; airados derriban a quienes halagüeños sustentan. El varón, en cambio, bien sumiso a Dios sabe estar firme entre las cosas transeúntes, sabe fijar el paso de la mente entre los lapsos de los tiempos que corren, sabe ni erigirse ante lo que le es sujeto, ni trepidar ante lo que se le opone. Pero frecuentemente, porque sabe que es ejercitado más útilmente por los trabajos de su propia contrición, se alegra en las adversidades, las cuales, mientras padece constantemente por la verdad, se goza de que se le aumente el mérito de la virtud. De aquí es que leemos que los Apóstoles exultaron entonces, cuando les aconteció tolerar azotes por Cristo,

como está escrito: Iban gozosos de la presencia del concilio, porque fueron tenidos por dignos de padecer contumelia por el nombre de Jesús (Hech. 5, 41). De aquí Pablo, cuando fue oprimido por duras persecuciones en Macedonia, en aquello que insinúa estar afligido, se muestra también regocijado, diciendo: Pues cuando hubiésemos venido a Macedonia, ninguna paz tuvo nuestra carne (2 Cor. 7, 5). Como si dijera abiertamente que el espíritu tuvo paz mientras la carne toleró los suplicios de las persecuciones por el provecho del alma. Contra este caballo, por tanto, se preparan por los adversarios de la santa Iglesia espadas por el dolor de las penas, se preparan armas por los patrocinios de las potestades seculares. Suelen en efecto los herejes protegerse con las defensas de los poderosos del mundo como con ciertas armas; suelen todos los infieles impugnar la predicación de la fe excitando incluso a las potestades del siglo. Pero el caballo de Dios exulta audazmente, y no teme los tormentos exteriores, porque busca la delectación interna; no teme la ira de las potestades del mundo, porque pisa con el exceso de la mente el deseo de esta misma vida presente. De aquí se dice por Salomón: No contristará al justo cualquier cosa que le aconteciere (Prov. 12, 21). De aquí de nuevo en él mismo está escrito: El justo será como león confiado sin terror (Prov. 28, 1). En el encuentro de las bestias, el león no trepida por esto mismo, porque no ignora que prevalece sobre todas. Por lo cual la seguridad del varón justo rectamente se compara al león, porque cuando ve insurgir contra sí a cualesquie-

ra, vuelve a la confianza de su propia mente; y sabe que supera a todos los adversarios, porque ama a Aquel solo a quien de ningún modo pierde contra su voluntad. Pues quienquiera que apetece cosas exteriores, que se sustraen incluso al que no quiere, se somete por su propia voluntad al temor ajeno. Pero virtud infrangible es el desprecio de la concupiscencia terrena, porque también la mente se pone en lo alto cuando se eleva por el juicio de su esperanza de las cosas ínfimas, y es tanto menos tocada por todos los adversarios cuanto más seguramente se municiona situada en lo celestial.

56. El justo sale intrépido al encuentro de los adversarios.---Este caballo, por tanto, no sólo teme poquísimo a los que vienen contra él, sino que incluso sale a su encuentro. Por lo cual bien se añade aquí: Va al encuentro de los armados. Pues frecuentemente somos dejados quietos e inconcusos si no nos cuidamos de obviar a los malos por la justicia. Pero si la mente se ha inflamado por el deseo de la vida eterna, si ya respeta dentro la luz verdadera, si ha encendido en sí la llama del santo fervor, en cuanto el lugar lo admite, en cuanto la causa lo exige, debemos objetarnos a nosotros mismos por la defensa de la justicia, y obviar a los perversos que irrumpen hacia lo injusto, incluso cuando no somos buscados por ellos. Pues cuando hieren en otros la justicia que nosotros amamos, no menos nos traspasan con su percusión, aunque parezcan venerarnos. Porque, por tanto, el varón santo se opone a los malos y a los que obran mal incluso cuando no es

buscado, rectamente se dice del caballo de Dios: Va al encuentro de los armados.

57. Ejemplo de San Pablo. Gusta mirar a aquel, excitado por las espuelas de su Jinete, contra los escuadrones armados, con cuánto fervor se había encendido Pablo cuando la llama del celo lo arrebataba en Éfeso para irrumpir en las turbas del teatro. Está escrito por cierto: Se llenaron de ira, y clamaron diciendo: Grande es la Diana de los efesios; y se llenó la ciudad de confusión, e hicieron ímpetu de común acuerdo en el teatro, arrebatando a Gayo y Aristarco macedonios, compañeros de Pablo (Hech. 19, 28, 29). Y pronto se añade: Queriendo Pablo entrar en el pueblo, no lo permitieron los discípulos. También algunos de los príncipes de Asia, que eran sus amigos, enviaron a él, rogándole que no se diera al teatro (Ibíd., 30, 31). En cuyas palabras, por cierto, reconocemos con qué ímpetu irrumpiría contra los cuneos adversarios, si los frenos de la caridad no lo hubieran retenido a través de sus amigos y discípulos.

58. Debe declinarse sin embargo a veces prudentemente el peligro, si de aquel peligro se espera sólo un fruto módico. Esto enseñó Pablo con su ejemplo. Pero si debemos obviar a los enemigos, si pedir la lucha ultra, si dejarnos siempre en el curso de nuestro fervor, ¿qué es lo que el mismo egregio predicador confiesa de sí mismo, diciendo: En Damasco el prepósito de la gente del rey Aretas custodiaba la ciudad de los damascenos para prenderme, y por una ventana en una espuerta fui bajado por el muro, y así

escapé de sus manos (2 Cor. 11, 32, 33)? ¿Qué es que este caballo ahora acomete espontáneamente los cuneos de los armados, y ahora se esconde de los enemigos armados como si temblara, sino esto, que es necesario que aprendamos en su artificiosa virtud, tanto a apetecer la lucha de los adversarios constantemente a veces, como a declinarla prudentemente a veces? Es necesario por cierto que por todo lo que hacemos, puesto en la balanza de la mente, estimemos de una parte el peso, de otra el fruto de nuestro trabajo; y cuando el peso supera al fruto, cada uno decline el trabajo sin culpa, con tal que se ejercite en otras cosas en las que el lucro de los frutos venza al peso de los trabajos. Pero cuando con la siguiente cantidad de frutos la medida del trabajo o se iguala o se vence, el trabajo no se declina sin grave culpa. Por lo cual el santo predicador, cuando vio en Damasco las mentes muy obstinadas de los perseguidores, no quiso entrar en conflicto con su adversidad, porque vio que tanto él mismo, que sabía que sería provechoso para muchos, podía desfallecer, como que allí no sería de provecho para ninguno o para pocos. Pidió, por tanto, el retiro del certamen, y se reservó para otras guerras para luchar más felizmente. Pues no faltó virtud al lugar, sino lugar a la virtud; y por ello el fortísimo soldado buscó el campo del certamen desde la estrechez del asedio. Donde, en cambio, vio que muchos cuellos de adversarios debían ser subyugados a su propio Rey, no temió subir a la guerra incluso con la muerte; como él mismo, cuando marchaba a Jerusalén, y los discípulos, prescrita

su pasión por profecía, se lo prohibían, se testifica a sí mismo diciendo: Yo no sólo estoy preparado para ser atado, sino también para morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús (Hech. 21, 13). Ni hago mi alma más preciosa que yo (Ibíd. 20, 24). El que, por tanto, aquí buscó los cuneos hostiles incluso prescrita su pasión, allí enseñó haber sido por dispensación, no por temor, lo que huyó.

59. Debemos cuidar de no huir por temor más bien que por una cauta dispensación. En este asunto se debe considerar que declina laudablemente ciertos trabajos por el juicio de la dispensación aquel que por Dios tolera valientemente otros mayores. Pues a menudo el temor débil es llamado por los hombres cauta dispensación; y afirman que han declinado prudentemente el ímpetu, cuando huyendo vergonzosamente son heridos por la espalda. De donde es necesario que en la causa de Dios, cuando se trata de una cuestión de dispensación, el miedo del corazón sea pesado con sutilísima balanza, no sea que por la enfermedad se introduzca el temor y se finja una razón bajo la imagen de la dispensación, para que la culpa no se llame a sí misma prudencia; y ya no vuelva el ánimo a la penitencia, cuando llama virtud a esto mismo que comete inicuamente. Resta, pues, que cada cual sorprendido en dudas, cuando le amenaza cualquier adversidad, luche primero dentro de sí mismo contra el pavor y la precipitación, a fin de que ni se retire temerosamente, ni se oponga precipitadamente. Pues es muy precipitado el que siempre se arroja a las

adversidades, y muy pávido el que siempre se esconde.

60. El jefe perito ni siempre mueve el ejército contra el enemigo, ni siempre lo retira. Pero estas cosas las aprendemos mejor en las guerras espirituales si tomamos la forma del ejercicio de las guerras corporales. Pues no es sabio aquel jefe que siempre mueve el ejército precipitadamente contra los escuadrones hostiles; ni es fuerte aquel jefe que siempre lo retira de la presencia del enemigo por precaución. Pues el jefe debe saber ora retirar cautamente el ejército del ímpetu hostil, ora estrechar al enemigo con las alas circundantes. Lo cual sin duda muestran solícitamente los predicadores perfectos cuando, declinando a veces la rabia de la persecución, saben ceder sabiamente pero no con debilidad; y a veces, despreciando el ímpetu de la persecución, saben oponérsele valientemente, pero no precipitadamente. Porque el varón santo, cuando lo ve conveniente, ofrece el pecho a los golpes y, aun muriendo, embota los dardos que vienen, rectamente se dice: Va al encuentro de los armados. De lo cual todavía se añade bien:

CAPÍTULO XXIX.

VERS. 22.---Desprecia el temor, y no cede a la espada.

1025 61. Pablo despreció todo temor, todo ímpetu hostil. Veamos cómo desprecia el temor quien, enumerando las mismas espadas de los adversarios, las pisotea. Pues dice: ¿Quién nos separará de la caridad de Dios? ¿la tribulación, o

la angustia, o el hambre, o la persecución? (Rom. VIII, 35). En el temor se teme la pena venidera, pero en la espada ya se siente el dolor por la percusión presente. Porque, pues, el varón santo no teme las adversidades venideras, desprecia el temor; pero porque ni siquiera es vencido por la percusión que sobreviene, de ningún modo cede a las espadas. Contra este caballo, por tanto, hay tantas espadas de enemigos cuantos géneros de persecuciones; a todas las cuales, saliendo al encuentro, las supera, porque por el amor de la vida se prepara para la muerte. Pero porque ya hemos oído cómo un pecho tan robusto se opone a los dardos, oigamos ahora qué hacen los adversarios. Sigue:

CAPÍTULO XXX.

VERS. 23.---Sobre él sonará el carcaj.

62. Los enemigos vencidos recurren a engaños, pero en vano. En la sagrada Escritura, con el nombre de carcaj se designa a veces el justo y oculto consejo de Dios, y a veces la clandestina maquinación de los malvados. Por el carcaj se expresa el justo y oculto consejo de Dios, como el mismo bienaventurado Job atestigua en una parte superior diciendo: Pues abrió su carcaj y me afligió (Job XXX, 11). Es decir, descubrió su oculto consejo y me hirió con una percusión pública. Pues como las saetas están en el carcaj, así en el oculto consejo de Dios se esconden las sentencias; y la saeta es como sacada del carcaj cuando Dios arroja una sentencia abierta desde su oculto consejo. También con el nombre de car-

caj se designa la maquinación de los malvados, como se dice por el profeta: Prepararon sus saetas en el carcaj, para asaetear en la oscuridad a los rectos de corazón (Sal. X, 3). Pues los inicuos, cuando ocultan con secretas maquinaciones los engaños que idean contra los buenos, preparan como saetas en el carcaj, y en esta tiniebla de la vida presente, como en la oscuridad, hieren a los rectos de corazón, porque sus maliciosos dardos pueden ser sentidos por la herida y, sin embargo, no pueden ser descubiertos al venir. Por tanto, porque el caballo de Dios no se aterroriza por ninguna adversidad, y cuanto más se le opone, tanto más ferviente es llevado por la fuerza de su intención sobre los enemigos armados, sus perseguidores, que se sienten vencidos incluso hiriendo, vuelven turbados al consejo, preparan engaños y, como desde lejos, ocultan las heridas enviándolas. De donde ahora se dice rectamente: Sobre él sonará el carcaj; para herirlo desde una maquinación escondida desde lejos, a quien en vano se acercan con encuentros abiertos. Este carcaj había sonado entonces sobre el caballo de Dios cuando los cuarenta hombres que habían conjurado para su muerte pedían que Pablo fuera sacado de la cárcel (Hechos XXIII, 12-21), para matarlo con los golpes de sus consejos como por el engaño de saetas ocultas, a quien de ningún modo podían superar en un encuentro de persecución pública. El carcaj, pues, sonó, porque la causa de la secreta maquinación llegó a Pablo.

63. A veces ocultan sus artes, a veces, para infundir terror, las ostentan. Aunque si buscamos

vigilantemente, todavía encontramos algo más sutil en el sonido del carcaj. Pues a menudo los adversarios inician consejos contra los buenos, se apoyan en malvadas invenciones, se entregan a idear engaños, pero sin embargo ellos mismos instituyen a quienes deban revelar esos mismos engaños a los buenos, ellos mismos los transmiten latente mente, para que la preparación de los suplicios, mientras se da a conocer como a hurtadillas, sea más temida por los crédulos, y perturben más al ánimo del que oye las heridas sospechadas que las recibidas. Pues las saetas en el carcaj 1026 mientras están ocultas y suenan, denuncian la muerte incluso no vistas. El carcaj, pues, emite un sonido contra el caballo cuando contra el santo predicador la secreta maquinación de los malvados da a conocer su consejo, que fraudulentamente encubre, más fraudulentamente, para que con las amenazas previas aterrorice como por el sonido del carcaj, mientras que el predicador de Dios no teme las contumelias abiertas como dardos que hieren de cerca. Pero cuando de ningún modo se aterroriza con esas mismas amenazas, pronto la crueldad de los perseguidores es llevada a suplicios manifiestos. De donde bien, después de haber dicho: Sobre él sonará el carcaj, se añade allí mismo:

CAPÍTULO XXXI.

IBÍD.---Vibrará la lanza.

64. De las amenazas prorrumpen a los suplicios abiertos. Contra el predicador de Dios, tras el sonido del carcaj, se vibra la lanza cuando, tras

los terrores mostrados, se produce ya de cerca la pena abierta que hiere. Pero los santos predicadores, cuando sufren suplicios por la defensa de la fe, no desisten de atraer a esa misma fe a cuantos pueden, aun entre los azotes; y mientras reciben pacientemente las heridas, devuelven prudentemente contra los corazones de los infieles las saetas de la predicación. De donde a veces sucede que los mismos que se ensañan en la persecución no se duelen tanto de no ablandar el corazón del predicador cuanto de que, por sus palabras, pierden incluso a otros. Porque, por tanto, no lo superan hiriéndolo, para que no ocurra que otros que lo oyen los abandonen, preparan pronto contra las palabras del que habla el escudo de la respuesta. De donde, habiendo dicho: Vibrará la lanza, añade rectamente:

IBÍD.---Y el escudo.

65. Buscan también razones que oponer. Pues el perseguidor ensañado, después de herir con el suplicio el cuerpo del predicador, protege el corazón de los oyentes como con un escudo con las palabras de su disputa. El varón santo, pues, para que deba ser herido, se vibra la lanza; pero para que no pueda ser oído, se opone el escudo. Pues tienen los defensores de Dios en la batalla sus saetas, que lanzan tanto más pronto a los corazones de los oyentes cuanto más las disparan desde el arco espiritual, esto es, desde la íntima tensión del corazón. Con estas se había armado Pablo en la guerra de la fe cuando decía: Trabajo hasta las cadenas como malhechor, pero la palabra de Dios no está encadenada (2 Tim. II, 9).

Como si dijera: Ciertamente soy herido por la lanza de los suplicios, pero no desisto de emitir las saetas de las palabras. Recibo las heridas de la crueldad, pero traspaso el corazón de los infieles hablando la verdad. Dígase, pues: Sobre él sonará el carcaj, vibrará la lanza y el escudo. Pues contra el caballo de Dios, porque resuenan los consejos de los malvados, suena el carcaj; porque se busca la pena abierta, se vibra la lanza; pero porque también se le resiste con la disputa, se antepone el escudo. ¿Pero acaso es refrenado en su fervor por estas cosas? Pues el varón santo, cuanto con mayor persecución es oprimido, tanto más acerbamente es instigado a predicar la verdad; y mientras tolera pacientemente a los perseguidores, ardientemente se apresura a atraer hacia sí a los oyentes. De donde también se añade bien todavía sobre el caballo de Dios:

CAPÍTULO XXXII.

VERS. 24.---Ferviente y relinchando sorbe la tierra, y no hace caso de que suene el clamor de la trompeta.

66. Despreciados los intentos de aquellos, el piadoso predicador siempre trabaja en la conversión de los pecadores. Pues al primer hombre que pecó se le dijo: Tierra eres y a la tierra irás (Gén. III, 19). Pero las trompetas claman cuando las potestades de este siglo prohíben terriblemente hablar a los santos. Porque, por tanto, el predicador inflamado por el celo del Espíritu Santo, aun puesto entre suplicios, no desiste de atraer hacia sí a cualesquiera pecadores, ferviente 1027 sin

duda sorbe la tierra; pero porque de ningún modo teme las amenazas de los perseguidores, no hace caso de que suene el clamor de la trompeta. Pues la trompeta, que denuncia el peligro de la guerra, ¿qué otra cosa es sino la voz de las potestades seculares, que, despreciada, prepara el certamen de la muerte para los que resisten?

67. Ejemplo de los Apóstoles, especialmente de S. Pablo. Esta trompeta había sonado por los príncipes de los sacerdotes cuando prohibían a los apóstoles azotados hablar de Dios, como está escrito: Habiéndolos azotado, les denunciaron que no hablasen en el nombre de Jesús (Hechos V, 40). Pero veamos cómo el clamor de la trompeta no aterra al caballo de Dios. Dice Pedro: Es menester obedecer a Dios antes que a los hombres (Ibíd. 29). El cual dice también a otros que lo perseguían: Porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído (Hechos IV, 20). El caballo de Dios, pues, no temió el clamor de la trompeta porque el predicador egregio, despreciadas las potestades del siglo, no teme ningún estruendo de amenazas.

68. Veamos otro caballo de Dios cómo sorbe la tierra, cómo ningún terror de la trompeta lo alcanza (Hechos XIV, 18-21). Está escrito: Sobrevivieron ciertos judíos de Antioquía e Iconio y, persuadidas las turbas, lapidando a Pablo lo arrastraron fuera de la ciudad, estimando que estaba muerto. Pero rodeándolo los discípulos, levantándose entró en la ciudad, y al día siguiente partió con Bernabé hacia Derbe. Y habiendo evangelizado a aquella ciudad y enseñado a mu-

chos, volvieron a Listra e Iconio y Antioquía, confirmando las almas de los discípulos. Consideremos, pues, qué amenazas podrían refrenar a este caballo, cuando ni la misma muerte puede prohibirle su intención. He aquí que es sepultado por las piedras, y sin embargo no es apartado del sermón de la verdad. Puede ser matado, no puede ser vencido; es arrojado fuera de la ciudad como extinguido, pero dentro de la ciudad, al día siguiente, se encuentra el predicador ileso. ¡Oh, qué fuerte debilidad hay en este varón! ¡oh, qué victoriosa pena! ¡oh, qué dominadora paciencia! Al obrar es provocado por la repulsión, a predicar la salud es erigido por las llagas, a repeler el cansancio del trabajo es reconfortado por la pena. ¿Qué adversidad, pues, superará a este, a quien la pena reconforta? Pero este caballo de Dios desprecia las saetas del carcaj porque desprecia los consejos de la malicia; supera la lanza vibrada porque afirma el pecho incluso contra las heridas de la persecución abierta; rompe el escudo opuesto porque subyuga razonando la disputa de los que resisten; sorbe la tierra porque convierte a los pecadores a su cuerpo exhortándolos; no hace caso de que suene el clamor de la trompeta porque pisotea cualquier voz de terrible prohibición. Pero es poco lo que se dice, que fuerte persevera en los trabajos, todavía, lo que es mayor, se exulta en las adversidades. De donde sigue:

CAPÍTULO XXXIII.

VERS. 25.---Cuando oiga la trompeta, dice: ¡Ea!

69. Los santos, ante el combate inminente, aunque se conmuevan por el miedo a la muerte, sin embargo se gozan por el premio futuro. Con cuyas palabras ciertamente se muestra también que en este lugar nada se dice por el Señor sobre un caballo irracional. Pues no puede decir 'ea' un animal bruto; sino que, mientras se afirma que dice lo que en absoluto puede decir, se insinúa a quién designa. Pues 'ea' (Vah) es palabra de exultación. El caballo, pues, oída la trompeta, dice 'ea', porque cada predicador fuerte, cuando considera que se le acerca el certamen de la pasión, exulta por el ejercicio de la virtud; ni se aterra por el peligro de la lucha, porque se alegra por el triunfo de la victoria. 1028 Que el caballo diga 'ea' es, pues, que el santo predicador se goce por la pasión venidera. Pero si el predicador fuerte apetece la gloria de la pasión, si busca alegre sufrir el riesgo de la muerte por el Señor, ¿qué es lo que al mismo fortísimo predicador, que del robusto corazón tomó la virtud en el nombre, a Pedro, le dijo la Verdad: Cuando seas viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá, y te llevará a donde no quieres (Juan XXI, 18). ¿Cómo se goza por la pasión quien, ceñido por otro, no querrá ir a donde es llevado? Pero si pensamos cómo el ánimo es afectado al acercarse la pasión y por el miedo a la muerte, y sin embargo se alegra por el premio venidero del reino, entendemos cómo quiere y no quiere sufrir el peligro del glorioso certamen, porque tanto en la muerte considera lo que al tolerar teme, como en el fruto de la muerte mira lo que al apetecer busca.

70. Pablo ama lo que rehúye, parece rehuir lo que ama. Veamos a Pablo cómo ama lo que rehúye, cómo rehúye lo que ama. Pues dice: Teniendo deseo de ser disuelto y estar con Cristo (Filip. I, 23). Y: Para mí el vivir es Cristo, y el morir ganancia (Ibíd. 21). Y sin embargo dice: Los que estamos en este habitáculo, gemimos gravados, por cuanto no queremos ser desnudados, sino sobrevestidos, para que lo que es mortal sea absorbido por la vida (2 Cor. V, 4). He aquí que desea morir y, sin embargo, teme ser desnudado de la carne. ¿Por qué esto? Porque aunque la victoria alegre para siempre, la misma pena sin embargo perturba al presente; y aunque venza el amor del premio subsiguiente, toca sin embargo el ánimo no sin pesar el impulso del dolor. Como el varón fuerte, cuando ante el ya cercano certamen de la guerra se ciñe con las armas, y palpita y se apresura, tiembla y se enfurece, y parece temer por la palidez, pero por la ira es vehementemente urgido; así el varón santo, cuando ve que se acerca a la pasión, se conmueve por la flaqueza de su naturaleza y se robustece por la solidez de su esperanza; y trepida por la muerte cercana y, sin embargo, porque muriendo vive más verdaderamente, exulta. Al reino ciertamente no puede pasar sino interpuesta la muerte; y por eso confiando como que duda, y como dudando confía; y gozando teme, y temiendo goza, porque sabe que no llegará al premio del descanso si no trasciende con trabajo lo que está en medio. Así nosotros, cuando deseamos repeler las enfermedades del cuerpo, tristes ciertamente tomamos el amargo

cáliz de la purgación, pero ciertos de la salud subsiguiente nos alegramos. Porque como el cuerpo no puede llegar a la salud de otro modo, en la bebida agrada incluso lo que hastía. Y cuando el ánimo mira que la vida está en la amargura, turbado por el pesar se alegra. Dígase, pues: Cuando oiga la trompeta, dice: ¡Ea!, porque el predicador fuerte, conocido el anuncio del certamen, aunque como hombre trepide ante la violencia de la persecución, por la certidumbre de la esperanza exulta hacia el premio de la remuneración. Pero de ningún modo estaría inconmovible para este combate de la pasión si no previniera esa misma pasión meditándola con intensa reflexión. Pues el mal que se previene con el consejo, se somete por la razón al ánimo que lucha contra él, porque cada uno es tanto menos vencido por la adversidad cuanto más preparado se encuentra contra ella por la presciencia. Pues a menudo el grave peso del temor se aligera por el uso, a menudo la muerte misma, así como perturba si es inesperada, así alegra si es prevenida por la deliberación. De donde también rectamente se añade sobre este caballo: IBÍD.---1029 Desde lejos huele la batalla.

71. Para alcanzar la victoria, prevease el certamen. Como si se dijera más abiertamente: Por esto supera cualquier certamen, porque prepara la mente para el certamen antes del certamen. Oler la batalla desde lejos es ciertamente preconocer pensando cualesquiera adversidades que aún están lejos, no sea que tal vez las imprevistas puedan superar. Pablo amonestaba a los discípulos

a oler desde lejos esta batalla cuando decía: Tentaos a vosotros mismos si estáis en la fe, probaos a vosotros mismos (2 Cor. XIII, 5). Como si abiertamente prescribiera diciendo: Traed a la mente los certámenes de las persecuciones y, pesando lo íntimo y oculto de vuestro corazón, descubrid cómo podríais ser entre los suplicios. Esta batalla la huelen desde lejos los varones santos cuando, puestos incluso en la paz de la Iglesia universal, ven o las guerras de los herejes o los tormentos de las persecuciones que amenazan de parte de los infieles. Los cuales, mientras viven rectamente, a menudo reciben males por bienes, toleran con ecuanimidad las contumelias de las detracciones, para que, si se presenta ocasión de persecución, los enemigos abiertos los encuentren tanto más fuertes cuanto que ni dentro de la Iglesia los dardos de los falsos hermanos los expugnan. Pues el que cae del estado de la paciencia ante las heridas de las lenguas, él mismo es testigo para sí de que no subsiste contra las espadas de la persecución manifiesta. Porque, pues, el varón de Dios ejercitado en las cosas presentes contra las venideras, y ejercitado en las mínimas contra las mayores, se esfuerza, rectamente se ha dicho del caballo de Dios que huele desde lejos la batalla. Sigue:

CAPÍTULO XXXIV.

IBÍD.---La exhortación de los jefes y el aullido del ejército.

72. Se debe sub-oler lo que los autores de los errores y lo que la turba a ellos sujeta puedan delirar. Los jefes de la parte adversa son los autores

del error, de los cuales se dice por el Salmista: Se derramó la contención sobre sus príncipes, y sus vanidades los sedujeron, y los hizo errar en lo invío y no en el camino (Sal. CVI, 40). De los cuales la Verdad dice por sí misma: Si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en el hoyo (Mat. XV, 14). A estos jefes los sigue el ejército, a saber, la turba de los malvados, que sirve a sus inicuas prescripciones. Se debe notar también que dice que los jefes exhortan, pero que el ejército aúlla, porque a saber, los que presiden a los infieles o a los herejes persuaden como por la razón las cosas malas que mandan que se guarden. Pero la turba a ellos sujeta, porque sigue sus voces sin juicio, mientras resuena por la locura de la confusión, se dice que aúlla con mente bestial. Pues a los lobos les conviene propiamente el aullido. Y porque las catervas de los réprobos solo por la rapacidad boquean contra la vida y las costumbres de los fieles, claman como por el aullido. El caballo de Dios, pues, huele desde lejos la exhortación de los jefes y el aullido del ejército, mientras cada santo predicador considera mucho antes o qué pueden los autores de los errores prescribir contra los electos, o cuánto puede la turba a ellos sujeta delirar imperturbablemente. Esta exhortación de los jefes la olía Pablo cuando decía: Por dulces palabras y bendiciones seducen los corazones de los inocentes (Rom. XVI, 18). Este aullido del ejército lo olía diciendo: Entrarán después de mi partida lobos rapaces entre vosotros (Hechos XX, 29). La exhortación de los jefes la olió Pedro cuando amonestaba a los discípulos sobre ciertos

hombres diciendo: En la avaricia, con palabras fingidas negociarán con vosotros (2 Pe. II, 3). También el aullido del ejército olía cuando anteponía diciendo: 1030 Y muchos seguirán sus lujurias, por los cuales el camino de la verdad es blasfemado (Ibíd. 2).

73. Se acomodan a los fieles las cosas que se han dicho de los predicadores y doctores. Por tanto, porque ya hemos narrado qué tal puede mostrarse cada santo predicador y jefe de la fe en la guerra de la persecución, describamos ahora bajo la especie de este caballo a cada soldado de Cristo, para que incluso el que considera que aún no ha llegado a la cumbre de la predicación, por esta voz dominica, si ya ha empezado a vivir bien, se reconozca expresado en ella, a fin de que de aquí colija cuánto es conocido por Dios si llega a cosas mayores, a quien Dios señaladamente no omite hablar ni en las mínimas. Repasando, pues, cada una de las cosas que se han dicho del caballo, mostremos cómo el soldado de Dios progresa desde su primitiva conversación, cómo crece de lo mínimo a lo mayor, o por qué grados llega de lo ínfimo a lo supremo. Dígase, pues:

CAPÍTULO XXXV.

VERS. 19.---¿Acaso darás tú fortaleza al caballo, o rodearás su cuello con el relincho?

74. Que la fe arme primero al soldado de Dios. A cada alma, a la cual el Señor preside misericordiosamente, ante todo le da la fortaleza de la fe, de la cual dice Pedro: Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quién de-

vorar; al cual resistid fuertes en la fe (1 Pe. V, 8). A esta fortaleza se une el relincho mientras se hace lo que está escrito: Con el corazón se cree para la justicia, pero con la boca se hace la confesión para la salud (Rom. X, 10). Sigue:

CAPÍTULO XXXVI.

VERS. 20.---¿Acaso lo suscitarás tú como a las langostas?

75. La indulgencia de Dios para con los principiantes. Cada uno que sigue a Dios, en su mismo comienzo es suscitado como langosta, porque aunque en ciertas acciones, al modo de las langostas, se adhiere a la tierra con las rodillas dobladas, en otras sin embargo, con las alas extendidas, se suspende en el aire. Pues los inicios de las conversiones están mezclados de buenas y malas costumbres, mientras se lleva ya una vida nueva por la intención, y todavía se retiene la vieja por el uso. Pero tanto menos somos dañados por los males mezclados entre tanto, cuanto contra ellos luchamos diariamente sin cesar. Ni ya nos reclama como suyos la culpa, a cuyo mal uso nuestra mente resiste solícitamente. Menos, pues, nos estorban las obras terrenas al comenzar, porque se les prohíbe permanecer más tiempo en nosotros. Por lo cual, puesto que en el mismo inicio de nuestra conversión el Señor tolera piadosamente en nosotros ciertas cosas enfermas, para llevarnos alguna vez a las cosas celestiales por la perfección, como langostas nos suscita en el comienzo, porque aunque nos eleva

en el vuelo de la virtud, no desespera sin embargo por la caída en la obra terrena. Sigue:

CAPÍTULO XXXVII.

IBID.---La gloria de sus narices es terror.

76. Los que comienzan están puestos entre la esperanza y el miedo, por causa de los combates de la carne, la cual por eso dominan fuertemente. Por el hecho de que una cosa no vista es percibida por el olfato, no inmerecidamente con el nombre de narices se expresan los pensamientos de nuestra esperanza, por los cuales prevemos el juicio venidero, que aunque todavía no divisamos con los ojos, ya sin embargo prevemos esperando. Además, todo el que comienza a vivir bien, al oír que por el juicio final los justos son llamados al reino, se alegra; pero porque considera que todavía le quedan en sí algunos males de sus restos, teme que se aproxime este mismo juicio, del cual empieza a regocijarse. Pues contempla su vida mezclada de bienes y males, y de algún modo confunde sus pensamientos con la esperanza y el temor. Pues cuando oye cuáles son los gozos del reino, pronto eleva su mente con la alegría; y de nuevo cuando mira cuáles son los tormentos de la gehena, pronto el pavor perturba su mente. Bien, pues, se dice que la gloria de sus narices es terror, porque puesto entre la esperanza y el miedo, mientras contempla en su mente el juicio futuro, teme esto mismo de lo que se gloría. Su misma gloria le es terror, porque habiendo ya comenzado los bienes, está alegre por la esperanza del juicio; y no habiendo acabado aún todos los

males, no está perfectamente seguro. Pero entre estas cosas vuelve solícitamente a su mente, y rechazando las tormentas de tan gran pavor, y disponiéndose en la tranquilidad de la sola paz, con todas sus fuerzas se esfuerza por ser hallado libre por el juez estrecho. Pues considera cosa servil temer la presencia dominica; y para no temer la vista del padre, hace aquellas cosas por las cuales se reconozca hijo. Aprende, pues, a amar al juez con toda su espera, y, por así decirlo, temiendo rehúsa temer. Considera, además, que el pavor nace en el corazón por la acción carnal, y por eso antes de todo castiga la carne con fuerte sometimiento. Por lo cual, después de que se ha dicho: La gloria de sus narices es terror, rectamente se añade:

CAPÍTULO XXXVIII.

VERS. 21.---Cavó la tierra con su uña.

77. Pues cavar la tierra con la uña es someter la carne con una estrecha abstinencia. Pero cuanto más es oprimida la carne, tanto más seguramente el ánimo se alegra por la esperanza celestial. Por lo cual, después de la tierra cavada, aptamente se añade: Exulta audazmente. Pues porque reprime valientemente lo que le impugna, audazmente exulta de aquellas cosas que desea en la paz eterna; y tanto mejor se dispone la mente para apetecer las cosas superiores, cuanto más estrechamente el cuerpo es domado de lo ilícito. Por lo cual rectamente se dice por Salomón: Cultiva diligentemente tu campo, para que después edifiques tu casa (Prov. XXIV, 27). Pues aquel bien

edifica la casa de la mente, quien primero purga el campo de su cuerpo de las espinas de los vicios, no sea que si las zarzas de los deseos crecen en el campo de la carne, toda la fábrica de las virtudes por dentro sea destruida al crecer el hambre de la buena obra. Además, cada uno puesto en el mismo certamen de la guerra, tanto más sutilmente contempla el fraude de los enemigos, cuanto más estrechamente oprime su propio cuerpo como a un cierto ayudante de los enemigos. Por lo cual también después de la contrición del cuerpo, y después de la alegría del corazón, rectamente se añade:

CAPÍTULO XXXIX.

IBID.---Sale al encuentro de los hombres armados.

78. Los que comienzan exploran las insidias y los engaños del enemigo, y los previenen incluso en los corazones ajenos. Los enemigos armados son los espíritus inmundos, pertrechados con innumerables fraudes contra nosotros. Los cuales, cuando no pueden persuadirnos de cosas inicuas, las oponen a nuestras miradas bajo la apariencia de virtudes, y se cubren como bajo ciertas armas, para no ser vistos desnudos por nosotros en su malicia. Al encuentro de los cuales enemigos armados salimos, cuando prevemos de lejos sus insidias. Salir, pues, al encuentro de los enemigos armados, cavada la tierra, es, domada la soberbia de la carne, explorar maravillosamente los engaños de los espíritus inmundos. Salir al encuentro de los enemigos armados, cavada la tierra, es,

vencida la maldad carnal, entablar el combate contra los vicios espirituales. Pues el que todavía lucha débilmente consigo mismo, en vano suscita contra sí guerras situadas fuera. Pues el que se sujeta a sí mismo a las cosas carnales, ¿cómo resiste a los vicios espirituales? O ¿cómo apetece triunfar del trabajo del certamen externo, el que todavía sucumbe ante sí mismo en la guerra doméstica de la libido?

79. O ciertamente salimos al encuentro de los enemigos armados, cuando por el estudio de la exhortación prevenimos sus insidias incluso en el corazón ajeno. Pues como desde el lugar en que estábamos venimos a otro lugar al encuentro de los enemigos, cuando, pospuesta ordenadamente nuestra propia preocupación, prohibimos el acceso de los espíritus inmundos de la mente del prójimo. Por lo cual sucede frecuentemente que los enemigos astutos tientan al soldado de Dios, ya vencedor de la guerra intestina, tanto más terriblemente sobre sí mismo, cuanto más fuertemente lo ven prevalecer contra ellos incluso en el corazón ajeno; para que mientras lo retiran a defenderse a sí mismo, invadan más libremente los corazones ajenos que eran protegidos por su exhortación. Y como no pueden superarlo, al menos intentan ocuparlo; para que mientras el soldado de Dios se conmueve sobre sí mismo, no él, sino aquel a quien solía defender perezca. Pero la mente fijada inmutablemente en Dios desprecia los dardos de las tentaciones, ni teme las saetas de cualquier terror. Apoyado en el auxilio de la gracia suprema, así cura las llagas de su propia

enfermedad, que no desampara las ajenas. Por lo cual también bien se añade sobre este caballo:

CAPÍTULO XL.

VERS. 22.---Desprecia el pavor, y no cede a la espada.

80. Los que comienzan desprecian las amenazas del enemigo. Desprecia el pavor, porque no se aterroriza por el miedo de ninguna tentación hasta el punto de callar. Ni cede a la espada, porque aunque lo hiera una tentación violenta, no lo aparta del cuidado del prójimo. Por lo cual también Pablo, insinuándonos un ejemplo de conversación invicta, dice qué espadas recibe del enemigo y muestra cómo no cede a esas mismas espadas. Pues superado ya todo combate de la obra carnal, había recibido del enemigo la espada de la tentación carnal, él que decía: Veo otra ley en mis miembros que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado, que está en mis miembros (Rom. VII, 23). Pero no cedía a la misma espada que había vencido en sí mismo, incluso en los otros, cuando ciertamente decía a los prójimos: No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal para obedecer a sus deseos (Rom. VI, 12). Y de nuevo: Mortificad vuestros miembros que están sobre la tierra, la fornicación, la inmundicia, la libido, la concupiscencia mala (Coloss. III, 5). Lo hería la grave espada de las tentaciones, de las cuales él mismo dice: En muchísimos trabajos, en muchísimas cárceles, en azotes sobremanera, en muertes frecuentes. De los judíos recibí cinco veces cuarenta menos

uno; tres veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado, tres veces naufragué, noche y día estuve en lo profundo del mar (II Cor. XI, 23), y lo demás, que él mismo pudo tolerar y nosotros nos cansamos de enumerar. Pero cómo no cede a la misma espada en la dilección del prójimo, después de muchas cosas él mismo añade: Además de aquellas cosas que son extrínsecas, mi insistencia cotidiana, la solicitud de todas las Iglesias (Ibid., 28). El caballo de Dios, pues, es herido por la espada, pero no es apartado de su carrera por esa misma herida, mientras el fuerte soldado del certamen espiritual tanto recibe llagas del enemigo, como sin embargo venda a otros para la salud. Pero contra tan duro pecho del soldado celestial, el antiguo enemigo busca saetas tanto más agudas, cuanto más robustamente se ve despreciado. Por lo cual también sigue:

CAPÍTULO XLI.

VERS. 23.---Sobre él sonará el carcaj, vibrará la lanza y el escudo.

81. A menudo los que presiden a otros para regirlos, son ejercitados por el diablo con tentaciones más graves: unas veces por la fuerza abierta, otras por el fraude y el dolo, a veces por la fuerza y el dolo a la vez. Pues porque ve que el estudio de la mente santa es provechoso contra él incluso para los otros, se afana en traspasarla con multiplicada tentación. Por lo cual sucede a menudo que estos que presiden a otros para regirlos padezcan certámenes de tentaciones más fuertes, a fin de que, al modo de las guerras corporales, mientras

el mismo jefe es vuelto a la fuga, la apretada unanimidad del ejército que resiste se disipe sin trabajo. El enemigo astuto, pues, buscando diversas llagas de heridas contra el soldado celestial, unas veces lo hiere con la saeta desde el carcaj por medio de insidias, otras veces vibra la lanza ante su cara, porque a saber, oculta unos vicios bajo la apariencia de virtudes y opone otros, tal como son, abiertos a sus ojos. Pues donde ve que el soldado de Dios se debilita, allí no busca los velos del fraude. Pero donde considera que es fuerte para resistirle, allí sin duda prepara dolos contra sus fuerzas. Pues cuando ve a alguien débil en el incentivo de la carne, abiertamente opone a sus miradas la especie del cuerpo que pueda ser codiciada. Pero si acaso discierne a uno valiente contra la avaricia, inoportunamente sugiere a sus pensamientos la penuria de los suyos, para que mientras la mente se inclina como piadosamente al cuidado de la provisión, seducida furtivamente, sea arrebatada inicuamente en la ambición de las cosas. El caballo de Dios, pues, es atacado por la saeta por medio de insidias, cuando el enemigo astuto le esconde un vicio bajo una virtud. Pero la lanza hiere de cerca, cuando tienta incluso al que sabe con manifiesta maldad.

82. Pero a menudo ambas cosas son opuestas al soldado celestial por el enemigo en uno y el mismo tiempo, para que sea aniquilado en cualquier sola herida. Pues el adversario doloso se esfuerza en herir a la vez, tanto ensañándose abiertamente como ocultándose en insidias, para que mientras se teme la saeta desde lo oculto, se

tema menos la lanza ante la cara; o mientras se resiste a la lanza ante la cara, de ningún modo se vea la saeta que viene de lo oculto. Pues a menudo propone una tentación de libido, y de pronto cesando más fraudulentamente, sugiere la elación por la castidad guardada. Y hay algunos que mientras ven que muchos han caído desde el alcázar de la castidad en el hoyo de la elación, descuidando la custodia de su vida, se sumergen en la inmundicia de la libido. Pero al contrario, hay algunos que mientras huyen de la inmundicia de la libido, caen por la cumbre de la castidad en la vorágine de la elación. Como si, pues, la lanza que hiere abiertamente fuera la culpa por el vicio, y la saeta que hiere desde el carcaj como desde lo oculto fuera la culpa por la virtud. Pero el caballo de Dios tanto vence a la lanza ante la cara cuando pisa la libido, como mira alrededor la saeta por el costado cuando en la limpieza de la castidad se guarda de la elación. Por lo cual también bien se dice por Salomón al que lucha entre ambas cosas: El Señor estará a tu lado y guardará tu pie para que no seas atrapado (Prov. III, 26). Pues el pie tiende hacia las cosas anteriores. Pero no ve las cosas anteriores quien contempla aquellas que están al costado. Y de nuevo, quien previendo la custodia del pie discierne las cosas anteriores, abandona la circunspección del costado. Mientras en verdad hacemos algo por una virtud puesta ante nuestra cara, prevemos como dónde debe ponerse el pie; pero mientras de esa misma virtud nace furtivamente la culpa, como mientras se mira a las cosas anteriores, el

costado se desnuda para la saeta. Pero a menudo, mientras tememos la culpa que nace, declinamos la virtud que se debe hacer; y como mientras se mira al costado, de ningún modo se discierne el pie en las cosas anteriores cómo se ponga. Bien, pues, se dice: El Señor estará a tu lado y guardará tu pie para que no seas atrapado, porque el soldado de Dios, protegido por el escudo de la gracia divina, tanto considera mirando alrededor aquellas cosas que puedan salir por el costado, como no cesa de avanzar llevando el paso ante la cara. Al cual envidiando el enemigo fraudulento, porque ve que de ningún modo prevalece por el carcaj y la lanza, le opone el escudo, para que si no perfora hiriendo el pecho del que resiste, al menos cierre el camino del que avanza con algunas objeciones. Pues opone algunas dificultades a sus mismos conatos; y cuando no puede vencer, incluso resiste. Pero oigamos qué haga el caballo de Dios contra tantos argumentos de guerras:

CAPÍTULO XLII.

VERS. 24.---Ferviente y estremecido sorbe la tierra, ni hace caso del sonar del estruendo de la trompeta.

83. A ambos se resiste por el santo fervor y el cuidado de progresar. Contra el caballo suena el estruendo de la trompeta, cuando a la mente del elegido, en aquello que obra con fortaleza, alguna culpa puesta de cerca la tienta terriblemente. Pero ferviente y estremecido sorbe la tierra, porque con excesivo ardor se discute a sí mismo; y cuanto terrenal halla en sí, lo consume diariamente pro-

gresando. Y no hace caso del sonar del estruendo de la trompeta, porque con fuerte consideración declina solícito todo vicio que nace de la gloria de la virtud. Pues haría caso del sonar del estruendo de la trompeta, si acaso por otra cosa que nace torcidamente temiera obrar otras cosas rectas. Porque, pues, no trepida ante las obras fuertes frente a las tentaciones que suenan, puesto en su fervor mínimamente teme el estruendo de la trompeta. A menudo, pues, mientras se ve prosperar en las virtudes, para que esa misma prosperidad de las virtudes no lo eleve, se goza de ser golpeado por las tentaciones. Por lo cual también aptamente se añade:

CAPÍTULO XLIIII.

VERS. 25.---Cuando ha oído la trompeta, dice Vah.

84. Porque la larga paz vuelve inertes a muchos, los santos se gozan de ser tentados. Pues a muchos su felicidad los postró peor, a muchos la larga paz los volvió inertes; y por eso un enemigo inesperado los hirió más gravemente, porque los halló negligentes por el largo uso de la quietud. Por lo cual los varones santos, cuando consideran que progresan mucho por la prosperidad de las virtudes, por cierta moderación de la divina dispensación se exaltan de ser ejercitados también por las tentaciones, porque tanto más robustamente custodian la gloria de las virtudes recibida, cuanto que sacudidos por el impulso de la tentación reconocen más humildemente su propia debilidad. El caballo, pues, oída la

trompeta, dice Vah, porque a saber, el guerrero de Dios, cuando ve que le incumbe la fuerza de la tentación, considerando la utilidad de la divina dispensación, confía más válidamente de esa misma adversidad. Los certámenes de cuya adversidad por eso no lo vencen, porque nunca lo tientan de improviso. Pues de lejos nota de antemano de cada cosa, la lucha de qué vicio crece. Por lo cual también sigue:

CAPÍTULO XLIV.

IBID.---Olfatea de lejos la batalla.

85. Nada los tienta de improviso; por lo cual tampoco los vencen. Pues olfatear de lejos la batalla es reconocer por las causas precedentes qué luchas de vicios sigan. Porque pues, como ya se ha dicho a menudo, por el olor se conoce la cosa no vista, olfatear de lejos la batalla es, así como por el aliento de las narices, así por la previsión de los pensamientos, indagar las maldades latentes. Sobre cuyo olfato el Señor rectamente dice en las alabanzas de su Iglesia: Tu nariz es como la torre que está en el Líbano (Cant. VII, 4). Por la nariz también discernimos los olores y los fetores. ¿Y qué se designa por la nariz, sino la providente discreción de los santos? La torre de observación, pues, se pone en lo alto, para que el enemigo que viene se vea desde lejos. Rectamente, pues, se dice que la nariz de la Iglesia es semejante a la torre en el Líbano, porque la providente discreción de los santos, mientras mira solícitamente por todas partes puesta en lo alto, descubre la culpa antes de que venga, y cuanto más vigilantes la notan de

antemano, tanto más fuertemente la declinan. De aquí Habacuc dice: Sobre mi guardia estaré (Habac. II, 1). De aquí Jeremías, amonestando el alma de cada uno de los elegidos, dice: Establécete una atalaya, pon para ti amarguras (Jerem. XXXI, 21). Pues establecerse una atalaya es preconocer por alta consideración los venideros certámenes de los vicios. Y la mente del elegido se pone amarguras, cuando incluso constituida en la paz de las virtudes, mientras ve los males insidiosos, no consiente en descansar segura.

86. Primero se ha de cuidar que no hagamos males cualesquiera, en segundo lugar considera que no haga las cosas buenas incautamente. Mayormente de los bienes nacen males. Primero, pues, para que no haga cualesquiera males, pero en segundo lugar considera que no haga los bienes incautamente; y después de que haya sometido las cosas torcidas, se esfuerza incluso en sujetarse a sí mismo las cosas rectas, no sea que si traspasan el dominio de la mente, se conviertan en culpa de elación. Porque pues, como se ha dicho arriba, mayormente de los bienes nacen males por el vicio del descuido, contempla con vigilante estudio cómo de la doctrina nazca la arrogancia, de la justicia la crueldad, de la piedad la remisión, del celo la ira, de la mansedumbre el torpor. Y cuando hace estos bienes, ve que estos enemigos puedan alzarse contra él por medio de ellos. Pues cuando se afana en conseguir los estudios de la doctrina, prepara la mente solícitamente contra el certamen de la arrogancia. Cuando desea vengar justamente las culpas de

los delincuentes, evita sagacísimamente que la crueldad de la venganza trascienda el modo de la justicia. Cuando se esfuerza en frenarse con piedad, diestramente prevé que no sea vencido por alguna disolución de la disciplina. Cuando se excita con los estímulos de un recto celo, provee con sumo empeño que la llama de la ira no lo encienda más de lo que es necesario. Cuando se templa con gran tranquilidad de mansedumbre, observa vigilante que no se enfríe por el torpor. Porque, pues, todo vicio es visto por el pensamiento del soldado espiritual antes de que pueda introducirse, rectamente se dice del caballo de Dios: Olfatea de lejos la batalla. Pondera también qué turba de iniquidades irrumpiría, si permitiera entrar en sí aunque fueran pocos males. Por lo cual también sigue:

CAPÍTULO XLV.

IBID.---La exhortación de los jefes, y el aullido del ejército.

87. El jefe del ejército del diablo es la soberbia, cuya prole son los siete vicios principales. Pues los vicios tentadores, que en la batalla invisible contra nosotros militan para la soberbia que reina sobre ellos, unos preceden al modo de los jefes, otros siguen al modo de un ejército. Pues no todas las culpas ocupan el corazón con igual acceso. Sino que mientras las mayores y pocas previenen a la mente descuidada, las menores e innumerables se vierten sobre ella en bandadas. Pues la misma soberbia, reina de los vicios, cuando ha tomado plenamente el corazón vencido, pronto

lo entrega a los siete vicios principales, como a ciertos jefes suyos, para ser devastado. A los cuales jefes a saber sigue un ejército, porque de ellos sin duda nacen importunas multitudes de vicios. Lo cual mostramos mejor, si presentamos a ese mismos jefes y al ejército especialmente, como podemos, enumerándolos. Pues la raíz de todo mal es la soberbia, de la cual, atestiguándolo la Escritura, se dice: El inicio de todo pecado es la soberbia (Ecli. X, 15). Sus primeras proles, a saber los siete vicios principales, se producen de esta raíz virulenta, es decir, la vana gloria, la envidia, la ira, la tristeza, la avaricia, la glotonería, la lujuria. Pues porque le dolió que estuviéramos cautivos por estos siete vicios de la soberbia, por eso nuestro Redentor vino a la batalla espiritual de liberación lleno del espíritu de la gracia septiforme.

88. Cada uno de los vicios capitales tiene su propio ejército. Pero estos tienen cada uno su propio ejército contra nosotros. Pues de la vana gloria nacen la desobediencia, la jactancia, la hipocresía, las contiendas, las pertinacias, las discordias y las presunciones de novedades. De la envidia nacen el odio, la susurración, la detracción, la exultación en las adversidades del prójimo, pero la aflicción en las prósperas. De la ira se producen riñas, tumor de la mente, contumelias, clamor, indignación, blasfemias. De la tristeza nacen la malicia, el rencor, la pusilanimidad, la desesperación, el torpor acerca de los preceptos, el vagar de la mente hacia lo ilícito. De la avaricia nacen la traición, el fraude, la falacia, los

perjurios, la inquietud, las violencias y los endurecimientos del corazón contra la misericordia. De la glotonería se propagan la alegría inepta, la escurrilidad, la inmundicia, el multiloquio, la hebetición del sentido acerca de la inteligencia. De la lujuria se generan la ceguera de la mente, la inconsideración, la inconstancia, la precipitación, el amor de sí, el odio de Dios, el afecto del presente siglo, pero el horror o la desesperación del futuro. Porque, pues, los siete vicios principales producen de sí tanta multitud de vicios, cuando vienen al corazón, arrastran como las catervas de un ejército subsiguiente. De los cuales siete a saber, cinco son espirituales y dos carnales.

89. Cada uno de los vicios nace de otro. Pero cada uno de ellos se une a sí con tanta cognación, que no se produce uno sino del otro. Pues la primera prole de la soberbia es la vana gloria, la cual cuando ha corrompido la mente oprimida, pronto engendra la envidia, porque a saber, mientras apetece la potencia de un nombre vano, se consume para que nadie más pueda conseguirla. La envidia también genera la ira, porque cuanto más se llaga el ánimo en la herida interna del livor, tanto más también se pierde la mansedumbre de la tranquilidad; y porque se toca como un miembro doliente, por eso la mano de una acción opuesta se siente como más gravemente presionada. De la ira también nace la tristeza, porque la mente turbada cuanto más se sacude inordinadamente, tanto más se confunde sentenciándose: y cuando ha perdido la dulzura de la tranquilidad, nada la alimenta sino el morbo subsiguiente de la per-

turbación. La tristeza también se deriva hacia la avaricia, porque mientras el corazón confuso ha perdido el bien de la alegría dentro de sí mismo, busca fuera de dónde deba ser confesado; y tanto más desea conseguir bienes exteriores, cuanto que no tiene alegría a la cual recurra intrínsecamente. Pero después de estos quedan los dos vicios carnales, esto es, la glotonería y la lujuria. Pero a todos consta que de la glotonería nace la lujuria, mientras que en la misma distribución de los miembros los genitales se ven subyugados al vientre. Por lo cual, mientras uno se rehace inordinadamente, el otro sin duda se excita a las contumelias.

90. Argumentos falaces, con los cuales los vicios capitales se esfuerzan por engañar a la mente. Pero bien se dice que los jefes exhortan, el ejército aúlla, porque los primeros vicios se insertan en la mente engañada como bajo cierta razón, pero los innumerables que siguen, mientras arrastran a esta a toda locura, la confunden como con un clamor bestial. Pues la vana gloria suele exhortar al corazón vencido como por razón, cuando dice: Debes apetecer cosas mayores, para que cuanto más valgas en potestad para exceder a muchos, tanto también valgas para aprovechar a muchos. La envidia también suele exhortar al corazón vencido como por razón, cuando dice: ¿En qué eres menor que aquel o aquel otro? ¿por qué pues no eres o igual a ellos, o superior? ¡Cuántas cosas vales que ellos no valen! No deben pues serte o superiores, o incluso iguales. La ira también suele exhortar al corazón vencido como

por razón, cuando dice: Las cosas que se hacen contra ti no pueden llevarse con ecuanimidad, antes bien tolerar estas cosas pacientemente es pecado, porque si no se les resiste con gran exasperación, en adelante se acumulan contra ti sin medida. La tristeza también suele exhortar al corazón vencido como por razón, cuando dice: ¿Qué tienes de qué gozarte, cuando portas tantos males de los prójimos? Pondera con qué moeror han de ser mirados todos los que se vuelven contra ti en tanta hiel de amargura. La avaricia también suele exhortar al ánimo vencido como por razón, cuando dice: Muy sin culpa es que codicies tener algunas cosas, porque no apetes multiplicarte sino que temes carecer; y lo que otro retiene mal, tú mismo lo gastas mejor. La glotonería también suele exhortar al corazón vencido como por razón, cuando dice: Para el alimento Dios creó todas las cosas limpias, y el que rehúsa saciarse con la comida, ¿qué otra cosa hace sino contradecir al don concedido? La lujuria también suele exhortar al corazón vencido como por razón, cuando dice: ¿Por qué no te dilatas ahora en tu voluptuosidad, cuando ignoras qué te siga? No debes perder el tiempo aceptado en los deseos, porque no sabes cuán más pronto pase. Pues si Dios no quisiera que el hombre se mezclara en la voluptuosidad del coito, en el mismo exordio del género humano no hubiera hecho varón y hembra (Gén. I, 27). Esta es la exhortación de los jefes, la cual mientras se admite incautamente al secreto del corazón, persuade las cosas inicuas más familiarmente. A la cual a saber sigue el ejército que aúlla, porque

el alma infeliz una vez capturada por los vicios principales, mientras se vuelve a la locura por las multiplicadas iniquidades, es ya devastada por una ferocidad bestial.

91. Qué se ha de hacer para que los vicios no dañen. Pero el soldado de Dios, porque se afana en prever diestramente los certámenes de los vicios, olfatea de lejos la batalla, porque mientras mira con pensamiento solícito qué puedan persuadir a la mente los males que preceden, descubre la exhortación de los jefes por la sagacidad de su nariz. Y porque preconociendo desde lejos ve la confusión de las iniquidades subsiguientes, conoce como el aullido del ejército olfateando.

Por tanto, porque hemos conocido o al predicador de Dios, o a cualquier soldado del certamen espiritual descrito por la narración del caballo, veámoslo ahora de nuevo en la significación del ave, para que quienes por el caballo aprendimos su fortaleza, aprendamos también por el ave su contemplación. Porque pues por la descrita magnitud del caballo hemos oído cuánto contra los certámenes de los vicios tolera el varón santo por la paciencia, ahora por la especie de las aves conozcamos cuánto vuela por la contemplación. Sigue:

CAPÍTULO XLVI.

VERS. 26.---¿Acaso por tu sabiduría empluma el gavilán, extendiendo sus alas hacia el Austro?

92. Por la gracia de Dios despojémonos del hombre viejo. Cosas dignas de nota sobre el gavilán. Que cada año el gavilán arroja la pluma vieja

al nacer la nueva, y empluma sin intermisión, casi nadie lo ignora. Pero no se dice aquí de aquel tiempo de la pluma en que es vestido en el nido, porque entonces a saber todavía el pollo no vale para extender las alas hacia el Austro, sino que se describe aquella pluma anual, que se renueva al aflojarse la pluma vieja. Y por cierto para los gavilanes domésticos, para que deban emplumar mejor, se requieren lugares húmedos y tibios. Pero para los agrestes es costumbre que extiendan las alas al soplar el Austro, a fin de que sus miembros se calienten con el calor del viento para aflojar la pluma vieja. Pero cuando falta el viento, extendidas y golpeadas las alas contra los rayos del sol, se hacen para sí un aura tibia, y así abiertos los poros o saltan las viejas, o crecen las nuevas. ¿Qué es pues emplumar el gavilán en el Austro, sino que cada uno de los santos tocado por el soplo del Espíritu Santo se calienta, y, arrojando el uso de la vieja conversación, toma la forma del hombre nuevo? Lo cual Pablo amonesta diciendo: Despojándoos del hombre viejo con sus actos, e induciendo el nuevo (Coloss. III, 9). Y de nuevo: Aunque nuestro hombre exterior se corrompa, sin embargo el interior se renueva de día en día (2 Cor. IV, 16). Pero arrojar la pluma vieja es perder los inveterados estudios de la acción dolosa, y tomar la pluma nueva es tener un sentido manso y simple por el bien vivir. Pues la pluma de la vieja conversación grava, y la pluma de la nueva inmutación subleva, para que para el vuelo lo vuelva tanto más leve cuanto más nuevo.

93. Para esta renovación es necesaria la confesión. Y bien dice: Extiende sus alas hacia el Austro. Pues extender nuestras alas hacia el Austro es por el advenimiento del Espíritu Santo abrir nuestros pensamientos confesándolos, para que ya no nos plazca cubrirnos defendiéndonos, sino publicarnos acusándonos. Entonces pues el gavilán empluma, cuando ha extendido sus alas hacia el Austro, porque entonces cada uno se viste con las plumas de las virtudes, cuando somete sus pensamientos al Espíritu Santo confesándolos. Pues quien no descubre las cosas viejas confesándolas, mínimamente produce las obras de la vida nueva; quien no sabe llorar lo que grava, no vale para proferir lo que subleva. Pues la misma fuerza de la compunción abre los poros del corazón, y vierte las plumas de las virtudes; y cuando la mente estudiosamente se redarguye de su perezosa vetustez, rejuvenece con alegre novedad. Dígase pues al bienaventurado Job: ¿Acaso por tu sabiduría empluma el gavilán, extendiendo sus alas hacia el Austro?, esto es: ¿Acaso tú conferiste la inteligencia a cualquier elegido, para que soplando el Espíritu Santo, extienda las alas de sus pensamientos, a fin de que arroje los pesos de la vieja conversación, y tome las plumas de las virtudes para el uso de un nuevo vuelo? Para que de aquí a saber colija que no tiene en sí mismo la vigilancia del sentido por sí mismo, quien de ningún modo vale para conferir esta por sí mismo a los otros. Puede también por este gavilán designarse la gentilidad renovada, como si se dijera abiertamente al bienaventurado Job: Mira las fu-

turas plumas de las virtudes en la gentilidad, y pierde las viejas plumas de la soberbia. Sigue:

CAPÍTULO XLVII.

VERS. 27.---¿Acaso a tu mandato se elevará el águila, y en los lugares arduos pondrá su nido?

94. Qué signifique en la Sagrada Escritura el nombre del águila. Espíritus insidiosos, potestad terrena, sutil inteligencia de los santos, o la ascensión de Cristo. En la Sagrada Escritura, con el vocablo del águila, a veces se designan los espíritus malignos rapaces de almas, a veces las potestades del presente siglo, pero a veces o la sutilísima inteligencia de los santos, o el Señor encarnado sobrevolando velozmente las cosas ínfimas, y pronto repitiendo las sumas. Con el nombre de águilas se expresan los espíritus insidiosos, atestiguándolo Jeremías, quien dice: Más veloces son nuestros perseguidores que las águilas del cielo (Tren. IV, 19). Pues nuestros perseguidores son más veloces que las águilas del cielo, cuando los hombres malignos hacen tantas cosas contra nosotros, que parecen incluso aventajar a las mismas potestades aéreas en las invenciones de la malicia. Con el vocablo del águila también se figura la potestad terrena. Por lo cual se dice por el profeta Ezequiel: Un águila grande, de grandes alas, de largo curso de miembros, llena de plumas y variedad, vino al Líbano y tomó la médula del cedro, y arrancó la cumbre de sus frondas (Ezeq. XVII, 3). Por cuya águila ¿quién otro que Nabucodonosor rey de Babilonia se designa? La cual se describe de grandes alas por la inmensidad

del ejército, de largo curso de miembros por la diuturnidad de los tiempos, llena de plumas por las muchas riquezas, pero llena de variedad por la innumerable composición de la gloria terrena. Que vino al Líbano y tomó la médula del cedro, y arrancó la cumbre de sus frondas, porque buscando la celsitud de Judea, arrebató la nobleza de su reino, como la médula del cedro; y mientras arrebató la tiernísima prole de los reyes de la cumbre de su reino llevándolos cautivos, como que arrancó la cumbre de sus frondas.

Sutil inteligencia de los santos, o la ascensión de Cristo. El águila contempla el sol con los ojos fijos. Con el vocablo del águila se expresa o la sutil inteligencia de los santos, o el vuelo de la ascensión del Señor. Por lo cual el mismo profeta, mientras describía haber visto a los cuatro evangelistas bajo la especie de animales (Ezeq. X, 1), atestigua que se le apareció en ellos la cara de hombre, de león, de buey y de águila, designando sin duda a Juan como el cuarto animal por el águila, quien volando abandonó la tierra, porque por la sutil inteligencia penetró los misterios internos viendo al Verbo. Con cuya sentencia profética también el mismo Juan en su revelación no disuena de sí mismo, diciendo: El primer animal semejante a un león, el segundo animal semejante a un becerro, el tercer animal que tenía la cara como de hombre, el cuarto animal semejante a un águila que vuela (Apoc. IV, 7). Y aunque cada una de las cosas convengan rectamente a cada evangelista, mientras uno insinúa el orden de la natividad humana, otro por la inmolación del sa-

crificio puro, como la muerte de un becerro, otro la fortaleza de la potestad como el clamor de un león, otro contemplando la natividad del Verbo, como el águila mira al sol naciente, pueden sin embargo estos cuatro animales significar a su misma Cabeza, de la cual son miembros. Pues Él es tanto hombre, porque recibió verazmente nuestra naturaleza, como becerro, porque murió pacientemente por nosotros; y león, porque por la fortaleza de su divinidad rompió el vínculo de la muerte recibida; y al final águila, porque regresó al cielo de donde había venido. Hombre pues al nacer, becerro al morir, león al resucitar, águila al ascender a los cielos fue llamado. Pero en este lugar, con el nombre del águila se figura la sutil inteligencia de los santos y su sublime contemplación. Pues la agudeza del águila supera la visión de todas las aves, de modo que el rayo del sol no cierra sus ojos fijos en él con ninguna coruscación de su luz que los reverbere. Al mandato de Dios pues se eleva el águila, mientras obedeciendo a los mandatos divinos, se suspende en las cosas celestiales la vida de los fieles. La cual también se dice que pone su nido en los lugares arduos, porque despreciando los deseos terrenos, se nutre ya de la esperanza de las cosas celestiales. En los lugares arduos pone su nido, porque no construye la habitación de su mente en una conversación abyecta e ínfima. De aquí es lo que se dice al Cineo por la profecía de Balaam: Robusta por cierto es tu habitación, pero si pones tu nido en la piedra (Núm. XXIV, 21). Pues Cineo se interpreta como 'poseedor'. ¿Y quiénes son los

que poseen las cosas presentes, sino los que son diestros en el ingenio de la sabiduría secular? Quienes en esto verazmente construyen para sí una robusta habitación, si hechos pequeñuelos ante sí mismos por la humildad, se nutren en la sublimidad de Cristo; si se sienten a sí mismos enfermos, y ponen la confianza de la mente que ha de ser fomentada en la excelsa humildad del Redentor conocido; si no apetecen las cosas ínfimas, si trascienden con el vuelo del corazón todo lo que pasa.

95. Pablo semejante al águila. Veas al águila construyéndose para sí el nido de la esperanza en los lugares arduos. Dice: Nuestra conversación está en los cielos (Filip. III, 20). Y de nuevo: Quien nos resucitó juntamente y nos hizo sentar en los celestiales (Efes. II, 6). En los lugares arduos tiene el nido, porque ciertamente fija su consejo en las cosas supremas. No quiere abatir la mente a las cosas ínfimas, no quiere habitar en lo más bajo por la abyección de la conversación humana. Entonces Pablo acaso era tenido en la cárcel, cuando atestiguaba que se sentaba juntamente con Cristo en los celestiales. Pero allí estaba, donde ya había fijado su mente ardiente, no allí donde necesariamente lo retenía todavía la carne perezosa.

96. Los elegidos desprecian todas las cosas terrenas. Pues esto suele ser la muestra especial de los elegidos, que así saben recorrer el camino de la presente vida, que por la certidumbre de la esperanza conozcan que ya han llegado a lo alto, a fin de que vean debajo de sí todo lo que pasa

fluyendo, y pisen con el amor de la eternidad todo lo que destaca en este mundo. De aquí es pues que el Señor dice por el profeta al alma que le sigue: Te levantaré sobre las alturas de la tierra (Isai. LVIII, 14). Pues como ciertas cosas inferiores de la tierra son los daños, las contumelias, la penuria, la abyección, las cuales también los mismos amadores del siglo, mientras caminan por la llanura de la vía ancha, no cesan de pisar evitándolas. Pero las alturas de la tierra son los lucros de las cosas, los halagos de los súbditos, la abundancia de riquezas, el honor y la sublimidad de las dignidades; las cuales quienquiera que camina todavía por los deseos ínfimos, por eso mismo las estima altas, porque las juzga grandes. Mas si una vez el corazón se fija en los celestiales, pronto se discierne cuán abyectas son las cosas que parecían altas. Pues así como el que asciende a un monte desprecia por un momento las demás cosas que yacen debajo, cuanto más tiende el paso hacia lo más alto, así el que se afana en fijar la intención en lo sumo, mientras por ese mismo esfuerzo descubre que no hay gloria alguna de la vida presente, se eleva sobre las alturas de la tierra; y lo que antes puesto en los deseos ínfimos creyó sobre sí, después progresando al ascender conoce que está debajo de sí. Las cosas pues que allí el Señor promete que ha de hacer, diciendo: Te levantaré sobre las alturas de la tierra (Ibíd.), estas atestigua ante el bienaventurado Job que solo Él puede hacerlas, diciendo: ¿Acaso a tu mandato se elevará el águila, y pondrá en los lugares arduos su nido? Como si dijera: Como al mío, que lo que

mando exteriormente, esto lo inspiro intrínsecamente por la gracia de una oculta largueza. Sigue:

CAPÍTULO XLVIII.

VERS. 28.---Permanece en las piedras.

97. En las piedras, esto es, en la celsitud y constancia de los santos padres ponen el nido. En el sacro elocuio, cuando se nombra la piedra en número singular, ¿quién otro se entiende sino Cristo? Atestiguándolo Pablo, quien dice: Mas la piedra era Cristo (I Cor. X, 4). Pero cuando se llaman piedras en plural, se expresan sus miembros, a saber los varones santos, que han sido consolidados por su robustez. A los cuales a saber el apóstol Pedro llama piedras, diciendo: Vosotros como piedras vivas, sed coedificados como casas espirituales (I Ped. II, 5). Esta águila pues, que ha erigido los ojos del corazón a los rayos del verdadero sol, se dice que permanece en las piedras, porque se coloca en la estación de la mente en los dichos de los antiguos y fuertes padres. Pues reduce a la memoria la vida de aquellos que ve que han precedido en la vía de Dios, y en la celsitud de la fortaleza de aquellos, estudiando, construye para sí un nido de santa meditación. Y cuando piensa tácitamente sus actos y dichos, cuando considera cuán abyecta sea la gloria de la vida presente en comparación de la eterna excelencia, residiendo en las piedras observa que las cosas ínfimas de la tierra están como debajo de sí.

98. Con el nombre de las piedras se designan las potestades del cielo. Pueden también las piedras entenderse como las sublimes potestades de

las virtudes celestiales, a las cuales ya no inclina de aquí para allá el viento de nuestra mutabilidad como al modo de los árboles, porque situadas en los lugares arduos como piedras son ajenas a todo movimiento de mutabilidad, y para la solidez de una celsitud fija han endurecido por esa misma eternidad a la que son inherentes. El varón santo pues, cuando desprecia las cosas terrenas, se suspende de las cosas más altas al modo del águila, y sublevado por el espíritu de contemplación aguarda la perenne gloria de los ángeles, y huésped en este mundo, apeteciendo aquellas cosas que contempla, se fija ya en las sublimes. Rectamente pues se dice: Permanece en las piedras, esto es, reside por la intención del corazón entre aquellas virtudes celestiales, las cuales incluso por la fortaleza de su eternidad están ya fijas con tanta solidez, que por ninguna variedad de mutabilidad se inclinen en ningún costado de culpa. Por lo cual también aptamente sigue:

CAPÍTULO XLIX.

IBÍDEM.---Y mora en los pedernales abruptos, y en las rocas inaccesibles.

99. En Cristo están restauradas todas las cosas, las que están en los cielos y las que están en las tierras.---¿Quiénes son pues los otros pedernales abruptos, sino aquellos fortísimos coros de los ángeles, que aunque no íntegros, sin embargo permanecieron fijos en su propio estado, al caer el diablo con sus ángeles? Porque son abruptos (escarpados), porque una parte de ellos cayó, y otra parte permaneció. Los que en verdad

están íntegros por la cualidad del mérito, pero por la cantidad del número están abruptos (quebrados). Para restaurar este quebranto vino el Mediador, para que redimido el género humano remendase aquellos daños angélicos, y acumulase tal vez con mayor riqueza la medida de la patria celestial. Por causa de este quebranto se dice del Padre: Se propuso en él, en la dispensación de la plenitud de los tiempos, restaurar todas las cosas en Cristo, las que están en los cielos, y las que están en la tierra están en él mismo (Efes. I, 9, 10). En él mismo por cierto se restauran aquellas cosas que están en la tierra, mientras los pecadores se convierten a la justicia. En él se restauran aquellas cosas que están en los cielos, mientras vuelven allá los hombres humillados de donde los ángeles apóstatas por su soberbia cayeron. Pero en cuanto a lo que dice: En las rocas inaccesibles, sin duda quienes son los pedernales abruptos, esos mismos son las rocas inaccesibles. Pues al corazón de los hombres pecadores es sobremanera inaccesible la claridad de los ángeles, porque en cuanto cayó hacia las bellas cosas corporales, en tanto cerró los ojos ante la especie espiritual. Pero quienquiera que es así arrebatado por la contemplación, que sublevado por la divina gracia, entrelace ya su intención con los coros de los ángeles, y fijo en las cosas sublimes, se suspenda de toda acción ínfima, no le basta contemplar la gloria de la claridad angélica, a no ser que logre ver también a aquel que está sobre los ángeles. Pues sola su visión es la verdadera refección de nuestra mente. Por lo cual, habiendo

dicho que esta águila permanece en las piedras, y mora en los pedernales abruptos y en las rocas inaccesibles, al punto añadió:

CAPÍTULO L

[Rec. XX].

VERS. 29.---De allí contempla el cebo (la comida).

100. La visión de Dios es el alimento de nuestra mente.---Es decir, desde aquellos coros angélicos extiende el ojo de la mente para contemplar la gloria de la soberana majestad, la cual no habiendo visto todavía tiene hambre, y la cual habiendo visto por fin se sacia. Pues escrito está: Por lo que trabajó su alma, verá y se saciará (Isai. 53, 11). Y de nuevo: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Matth. V, 6). Pero cuál sea el alimento de nuestra mente, se indica abiertamente cuando se dice: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Ibíd., 8). Y porque, gravados por la interposición de la carne corruptible, no podemos ver a Dios como es, rectamente se añade:

CAPÍTULO LI.

IBÍDEM.---Sus ojos contemplan de lejos.

101. A Dios aquí, no sino de lejos lo contemplamos.---Pues por mucho que cualquiera puesto en esta vida haya aprovechado, todavía no ve a Dios por la especie (directamente), sino por

un enigma y un espejo. Pues de cerca cuando miramos, discernimos más verdaderamente; pero cuando extendemos la vista más lejos, bajo una incierta visión quedamos a oscuras (en la calígine). Porque pues los varones santos se elevan a la alta contemplación, y sin embargo no pueden ver a Dios como es, bien se dice de esta águila: Sus ojos contemplan de lejos. Como si dijera: Extienden fuertemente la vista de su intención, pero todavía no contemplan al que está cerca, la magnitud de cuya claridad no pueden de ninguna manera penetrar. Pues desde la luz incorruptible la oscuridad de nuestra corrupción nos oscurece; y puesto que puede ser vista en alguna medida, y sin embargo la luz misma, como es, no puede ser vista, indica cuán lejos está. La cual si la mente de algún modo no discerniera, ni vería que estaba lejos. Pero si ya la discerniera perfectamente, de cierto no vería a esta como a través de la calígine. Por tanto, porque ni del todo se discierne, ni de nuevo del todo no se discierne, rectamente se ha dicho, que de lejos se ve a Dios.

102. El testimonio de Isaías sobre este asunto. Por los grados de la vida activa se asciende al culmen de la contemplación.---Me agrada traer a medio las palabras de Isaías, e indicar que estas y aquellas son proferidas por un solo espíritu. Quien cuando expresaba las virtudes de la vida activa, diciendo: El que camina en las justicias, y habla la verdad, el que arroja la avaricia de la calumnia, y sacude sus manos de todo don, el que tapa sus oídos para no oír sangre, y cierra sus ojos para no ver el mal (Isai. XXXIII, 15), al punto

añadió desde los mismos grados de la vida activa a qué culmines de la contemplación se ascienda, diciendo: Éste en las alturas habitará, los baluartes de las rocas su celsitud, el pan le ha sido dado, sus aguas son fieles. Al Rey en su hermosura verán sus ojos, contemplarán la tierra de lejos (Ibíd., 16). Pues habitar en las alturas es poner el corazón en las cosas celestiales. Y los baluartes de las rocas son nuestra celsitud, cuando miramos los preceptos y ejemplos de los padres fuertes y nos separamos de la ínfima cogitación. Los baluartes de las rocas son nuestra celsitud, cuando con la mente nos unimos a los coros y campamentos celestiales, y estando en el alcázar del corazón impugnamos a los espíritus malignos que acechan como si estuvieran puestos debajo de nosotros. Entonces también se nos da el pan, porque la intención erguida en las cosas soberanas, se recrea con la contemplación de la eternidad. Pues nuestras aguas son fieles, porque la doctrina de Dios lo que aquí promete por la esperanza, eso allí lo exhibe en don. Pues la sabiduría de este mundo es infiel, porque no ha de permanecer después de la muerte. Nuestras aguas son fieles, porque las palabras de vida lo que antes de la muerte insinúan, eso también después de la muerte demuestran. Al Rey en su hermosura contemplan nuestros ojos, porque nuestro Redentor en el juicio será visto por los réprobos como hombre, pero para contemplar la celsitud de su divinidad solo los que son electos son sublevados. Pues ver como una cierta fealdad del Rey es contemplar sola la forma servil en la cual fue despreciado por

los inicuos. Pero por los electos el Rey es contemplado en su hermosura, porque arrebatados más allá de sí mismos, fijan los ojos del corazón en ese mismo fulgor de la divinidad. Y porque mientras están en esta vida, no pueden ver aquella patria de los vivientes como es, rectamente se añade: Contemplarán la tierra de lejos (Ibíd., 17). Lo que pues aquí dice: Se elevará el águila, y en los lugares arduos pondrá su nido para sí, eso allí se dice: En las alturas habitará. Lo que aquí se dice: En las piedras permanece, y en los pedernales abruptos mora, y en las rocas inaccesibles, eso allí se añade: Los baluartes de las rocas su celsitud. Lo que de nuevo aquí se infiere: De allí contempla el cebo, eso allí también se subraya: El pan le ha sido dado, sus aguas son fieles, al Rey en su hermosura verán sus ojos. Y lo que aquí se añade: Sus ojos contemplan de lejos, eso allí aptamente se añade: Contemplarán la tierra de lejos.

[Vet. XXXVI.] 103. Qué águila tan sublime fue Pablo.---Consideremos qué águila tan sublime fue Pablo, que voló hasta el tercer cielo (II Cor. XII, 2), pero sin embargo puesto en esta vida todavía contempla a Dios de lejos, quien dice: Vemos ahora por un espejo en enigma, pero entonces cara a cara (I Cor. XIII, 12). Y de nuevo: Yo no juzgo haber comprendido (Filip. III, 13). Pero aunque él mismo contemple las cosas eternas mucho menos de lo que son, aunque conozca que no puede conocerlas perfectamente, sin embargo no puede infundir a los oyentes débiles por la predicación aquellas mismas cosas que al menos puede ver por un espejo y una imagen. Pues habla

de sí mismo como de otro, diciendo: Oyó palabras arcanas, que no es lícito al hombre hablar (II Cor. XII, 4). Las cosas internas pues, aunque parezcan mínimas y extremas, sin embargo para los predicadores fuertes son sumas, pero para los oyentes débiles son incapaces de ser comprendidas. Por lo cual también los predicadores santos, cuando contemplan que sus oyentes no pueden comprender el verbo de la divinidad, descienden a solas las palabras de la encarnación dominical. Por lo cual bien aquí, mientras se dice que el águila elevada en lo arduo ve de lejos, al punto se infiere:

CAPÍTULO LII

[Rec. XXI].

VERS. 30.---Sus polluelos lamen la sangre.

104. Con la meditación de la pasión de Cristo debemos alimentarnos.---Como si se dijera abiertamente: Ella por cierto se alimenta con la contemplación de la divinidad, pero porque sus oyentes no pueden de ninguna manera percibir los arcanos de la divinidad, se sacian con la conocida sangre del Señor crucificado. Pues lamer la sangre es venerar las cosas débiles de la pasión dominical. De aquí es que el mismo Pablo, que, como ya dijimos poco antes, había volado a los secretos del tercer cielo, decía a sus discípulos: Pues no juzgué saber nada entre vosotros, sino a Jesucristo, y a este crucificado (I Cor. II, 2). Como si abiertamente esta águila dijera: Yo por cierto contemplo de lejos mi cebo, la potencia de

su divinidad, pero a vosotros todavía párvulos os entrego sola la sangre para ser lamida de su encarnación. Pues quien por su predicación, callada la celsitud de la divinidad, enseña a los oyentes débiles solo de la sangre de la cruz, ¿qué otra cosa sino sangre ofrece a los polluelos? Pero porque el alma de cada predicador santo, despojada de la corrupción de la carne, es pronto llevada a aquel que por nosotros por su propia voluntad cayó en la muerte, y resucitó de la muerte, aptamente de esta águila se añade:

CAPÍTULO LIII.

IBÍDEM.---Y dondequiera que estuviere el cadáver, al punto está ella.

105. Cristo reinando en los cielos reúne a los electos hacia sí. Pues el cadáver (cadaver) se dice por la caída (a casu). Y no sin razón el cuerpo del Señor es llamado cadáver por causa de la caída de la muerte. Pero lo que aquí se dice de esta águila: Dondequiera que estuviere el cadáver, al punto está ella (Mat. 24, 28), la Verdad prometió que esto sucedería respecto a las almas que parten, diciendo: Dondequiera que estuviere el cuerpo, allí se congregarán también las águilas. Como si dijera abiertamente: Yo, vuestro Redentor, que encarnado presido la sede celestial, cuando haya desatado de la carne las almas de los electos, las elevaré a las cosas celestiales.

106. Todo pecador es un cadáver; al cual vuelan las águilas, a saber, los piadosos predicadores que tienen hambre de la salvación de los pecadores. Esta fue la causa del vuelo de Pablo recorrien-

do el orbe. Pero esto que se dice de esta águila: Dondequiera que fuere el cadáver, al punto está, puede entenderse también de otro modo. Pues todo el que hubiere caído en la muerte del pecado, no inconvenientemente podrá ser llamado cadáver. Pues yace como exánime quien no tiene el espíritu vivificante de la justicia. Porque, por tanto, cada predicador santo, donde considera que hay pecadores, vuela allá ansiosamente, para mostrar la luz de la vivificación a los que yacen en la muerte del pecado, bien se dice de esta águila: Dondequiera que estuviere el cadáver, al punto está. Es decir, tiende hacia allá donde prevé la utilidad de la predicación, para que, de aquello por lo que ya vive espiritualmente, aproveche a otros que yacen en su muerte; a los cuales, reprendiéndolos, como que los come, pero cambiándolos de la iniquidad a la inocencia, los convierte como comiéndolos en sus propios miembros. He aquí que él mismo, a quien ya a menudo hemos traído como testimonio, Pablo, cuando buscaba ahora Judea, ahora Corinto, ahora Éfeso, ahora Roma, ahora las Españas, para anunciar la gracia de la vida eterna a los que yacían en la muerte del pecado, ¿qué otra cosa demostrabas ser sino una águila; la cual, sobrevolándolo todo velozmente, buscaba en todas partes un cadáver yacente, para que, mientras hacía la voluntad de Dios en los pecadores ganados, encontrara como su cebo en el cadáver? Pues el cebo de los justos es la conversión de los perversos, de la cual se dice: Trabajad no por la comida que perece, sino por la que permanece para la vida eterna (Juan 6, 27).

Oídas, por tanto, las virtudes de tantos santos, se entiende que el bienaventurado Job se quedó estupefacto, y calló bajo el terror de la admiración. Pues sigue:

CAPÍTULO LIV.

VERS. 31, 32.---Añadió el Señor, y habló a Job: ¿Acaso quien contiende con Dios tan fácilmente descansa? Ciertamente quien arguye a Dios debe también responderle a Él.

107. Piadosa y moderada reprensión de Dios a Job. El varón santo no estimó que por tan grande estrechez del azote se le aumentaran los méritos, sino que se le cercenaran los vicios. Como no conoció ninguno de estos en sí, se creyó herido injustamente, y argüir por completo al que hiere es murmurar de la herida. Pero considerando el Señor que aquellas cosas que él profirió no surgieron del tumor de la soberbia, sino de la calidad de su vida, piadamente lo reprende diciendo: ¿Acaso quien contiende con Dios tan fácilmente descansa? Ciertamente quien arguye a Dios debe también responderle a Él. Como si dijera más claramente: Tú que tantas cosas has hablado de tu acción, ¿por qué habiendo oído la vida de los santos has callado? Pues argüirme a Mí fue dudar de mi azote si habría sido justo. Y ciertamente proferiste tus cosas buenas con verdad, pero no supiste a dónde tendían estos azotes, porque aunque no tienes ya qué corrijas, tienes todavía sin embargo por qué crezcas. A cuán grande alcázar de virtud elevo a muchísimos, lo has conocido ahora narrándolo Yo. Tú considerabas la tuya,

pero desconocías la celsitud de los otros. Oídas, pues, las virtudes de los otros, si algo puedes, responde de las tuyas. Sabemos, pues, que extingue el ojo de su corazón por las tinieblas de la elación aquel que, cuando hace cosas rectas, descuida considerar los méritos de los mejores. Pero al contrario, ilustra sus obras con un gran rayo de humildad quien piensa sutilmente los bienes de los otros, porque mientras ve aquellas cosas que él mismo hizo, hechas fuera y por otros, oprime el tumor de la soberbia que intenta brotar dentro por la singularidad. De aquí es que por la voz de Dios se dice a Elías, que se estimaba solo: Me he reservado siete mil varones que no doblaron sus rodillas ante Baal (3 Rey. 19, 18), para que, mientras conociera que no solo él había quedado, pudiera evitar la gloria de la elación, que por la singularidad le podía surgir. Por tanto, el bienaventurado Job no es reprendido como habiendo hecho algo perversamente, sino que es enseñado también sobre las cosas bien hechas por otros, para que, mientras considera que tiene iguales y a otros, se someta humildemente a Aquel que es singularmente sumo.

LIBRO TRIGÉSIMO SEGUNDO.

Explicados los dos últimos versículos del capítulo trigésimo noveno, se exponen los catorce primeros versículos del capítulo cuadragésimo; y se enseñan muchas cosas, tanto de la infinita potencia de Dios, cuanto de los nocivos consejos de Satanás contra los hombres.

CAPÍTULO I.

1. Los santos, de donde se hacen más dignos, de allí se ven a sí mismos más indignos. Los varones santos, cuanto más alto aprovechan ante Dios en la dignidad de las virtudes, tanto más sutilmente descubren que son indignos, porque mientras se hacen próximos a la luz, encuentran todo lo que en ellos mismos se ocultaba; y tanto más deformes se aparecen a sí mismos fuera, cuanto es muy hermoso lo que ven dentro. Pues cada uno se muestra a sí mismo mientras es ilustrado por el tacto de la verdadera luz; y de donde reconoce qué es la justicia, de allí es instruido para que vea qué es la culpa. De aquí es que a menudo nuestra mente, aunque fría, se entorpece en la acción de la conversación humana, aunque en algunas cosas delinca y no lo sepa, aunque algunas pecados los considere como nada; cuando sin embargo se yergue por la compunción de la

oración a buscar las cosas sublimes, excitada por el ojo mismo de su compunción, vuelve más vigilante a circunspeccionarse a sí misma después del llanto. Pues cuando se abandona descuidada, y se entorpece en nocivo tepeor, cree que o las palabras ociosas, o los pensamientos inútiles son de todo punto de menor reato. Pero si, enardeciéndose con el fuego de la compunción, despierta de su tepeor, tocada por el súbito soplo de la contemplación, aquellas cosas que poco antes creyó leves, pronto las aborrece como graves y mortíferas. Pues todas las cosas, incluso en las mínimas nocivas, las refugia como atrocísimas, porque a saber, grávida por la concepción del espíritu, ya no permite que entren en ella ningunas cosas vanas. Pues por aquello que contempla dentro, siente cuán horrendas son estas cosas que estrépitan exteriormente; y cuanto más se hubiere aprovechado elevada, tanto más refugia las cosas ínfimas en las que postrada desfalleció. Pues nada la alimenta sino aquello que interiormente había visto; y tanto más gravemente tolera cualquier cosa que se le ingiere desde fuera, cuanto aquello no es lo que vio dentro, sino que de estas cosas interiores que pudo ver rápidamente, toma la regla de juzgar para las exteriores que tolera. Pues sobre sí es arrebatada mientras contempla las cosas sublimes; y ya más libremente contemplándose a sí misma excediéndose a sí misma, aquello que de sí misma le queda bajo sí misma, más sutilmente lo comprende. Por lo cual de modo admirable se hace que, como se dijo arriba, de donde se hace más digna, de allí se vea a sí

misma indigna, y entonces siente que está lejos de la rectitud cuando se aproxima. De donde dice Salomón: Todo lo probé en la sabiduría, y dije: Me haré sabio, y ella se alejó más de mí (Ecl. 7, 24). Pues la sabiduría buscada se dice que se aleja mucho, porque al que se aproxima le parece más alta. Pero quienes de ninguna manera buscan esta, tanto se estiman próximos a ella cuanto ignoran la regla de su rectitud, porque situados en las tinieblas no saben admirar la claridad de la luz, que nunca vieron; y como no se tienden a la forma de su hermosura, en sí mismos de buena gana se hacen cada día más deformes. Pues quienquiera que es tocado por sus rayos, su tortuosidad se le muestra más manifiestamente; y tanto más verdaderamente encuentra cuánto se dobla en el vicio, cuanto, considerando más sagazmente la cima, contempla cuánto dista de lo recto. De donde el bienaventurado Job, sobrepasando al género humano en virtudes, superó a sus amigos hablando; pero hablando Dios, instruido más sublimemente, calló conociéndose a sí mismo. Pues a aquellos que hablaban injustamente los sometió, pero ante las palabras de la locución íntima se reconoció justamente reo. Y ciertamente por qué fue azotado no lo sabe, pero sin embargo por qué no veneró los azotes, lo redarguyó callando. Pues los juicios divinos cuando no se conocen, no han de ser discutidos con audaz sermón, sino venerados con pavoroso silencio, porque incluso cuando el Creador de las cosas no abre las causas en el azote, tanto las indica justas cuanto demuestra que las hace Él mismo, que es sumamente justo.

El varón santo, pues, reprendido primero por la locución y después por el silencio, dése a conocer qué siente de sí mismo. Pues dice:

CAPÍTULO II.

CAP. XXXIX, VERS. 34.---Quien hablé ligeramente, ¿qué puedo responder?

2. De la palabra ociosa ni siquiera los santos pueden ser excusados. Pero procuran cubrir las culpas de la lengua con los méritos de la vida. Como si dijera: Defendería mi sermón, si lo hubiera proferido con el peso de la razón. Pero después que la lengua es convicta de haber usado ligereza, ¿qué queda sino que sea refrenada callando? Sigue:

IBÍDEM.---Pondré mi mano sobre mi boca.

En el uso del sacro elocuio suele entenderse la operación en la mano, la locución en la boca. Poner, pues, la mano sobre la boca es cubrir las culpas de la locución incauta con la virtud de la buena obra. ¿Pero quién puede ser encontrado que, por muy perfecto que sea, no peque sin embargo por la palabra ociosa? Atestiguándolo Santiago, que dice: No os hagáis muchos maestros, pues en muchas cosas ofendemos todos (Sant. 3, 1). Y de nuevo: La lengua ningún hombre puede domarla (Ibíd. 8). Cuyas culpas redarguyendo por sí misma la Verdad, dice: Mas os digo que de toda palabra ociosa que hablaren los hombres, darán cuenta de ella en el día del juicio (Mat. 12, 36). Pero los varones santos ante los ojos de Dios procuran cubrir las culpas de la lengua con los méritos de la vida, procuran oprimir con el

peso de las buenas obras lo inmoderado de las palabras. De donde en la santa Iglesia se pone la mano sobre la boca, mientras en sus electos diariamente el vicio de la ociosa locución se cubre con la virtud de la buena acción. Pues está escrito: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas, y cuyos pecados han sido cubiertos (Sal. 31, 1). Pero de nuevo, estando escrito: Todas las cosas están desnudas y abiertas a sus ojos (Heb. 4, 13), ¿cómo pueden ser cubiertas las cosas que de ningún modo pueden ser escondidas de sus ojos para quien todas las cosas están desnudas? Pero porque aquello que cubrimos, lo ponemos debajo, y aquello con lo que cubrimos ciertamente lo superponemos, para que cubramos lo que está puesto debajo, se dice que cubrimos los pecados que como que ponemos debajo mientras los abdicamos, y les superponemos otra cosa, mientras después elegimos la obra de la buena acción para esto, para que la prefiramos. Quien, por tanto, deserta los males anteriores, y hace cosas buenas después, por aquello que añade, cubre la maldad pasada, a la cual superpone los méritos de la buena obra. El bienaventurado Job, pues, teniendo el tipo de la santa Iglesia, y en sus palabras alegando sus cosas, designando las nuestras, diga de sí, diga de nosotros: Pondré mi mano sobre mi boca; esto es, aquello que considero que ha disgustado al juez estrecho de mi sermón en mí, lo escondo ante sus ojos bajo el velo de la obra recta. Sigue:

CAPÍTULO III.

VERS. 35.---Una cosa hablé, la cual ojalá no hubiera dicho; y otra, a las cuales no añadiré más.

3. Job confiesa humildemente a Dios que le reprende que había pecado. Si discutimos las palabras pasadas del bienaventurado Job, no encontramos que haya dicho nada inicuamente. Pero si sus palabras, que fueron proferidas con verdad y libertad, las doblamos en algún vicio de soberbia, ya no serán solamente dos, porque serán muchas. Pero porque nuestro hablar a los hombres es abrir un sentido oculto con palabras, pero nuestro hablar a los oídos divinos es mostrar el movimiento de la mente incluso con la expresión de la acción, el bienaventurado Job, pesándose en la balanza de un sutilísimo examen, confiesa que delinquió dos veces en su locución. Pues hablar una cosa ilícitamente es hacer cosas dignas del azote; hablar otra es también murmurar sobre el azote. El que, por tanto, antes de la reprensión dominica fue preferido a los hombres en toda obra, aprovechando en lo alto por esa misma reprensión, conoció que fue menos recto antes en la obra, y menos paciente después en el azote. De donde se redarguye a sí mismo diciendo: Una cosa hablé, la cual ojalá no hubiera dicho; y otra, a las cuales no añadiré más. Como si dijera: Me creí por cierto recto entre los hombres: pero, hablando Tú, me encontré tanto depravado antes de los azotes, como rígido después de los azotes. A las cuales no añadiré más, porque ya cuanto ahora te entiendo hablando más sutilmente, tanto más humildemente me investigo a mí mismo.

4. Objeto de la penitencia son los bienes descuidados, y los males perpetrados. La vida activa es de muchos, la contemplativa de pocos. Y porque el bienaventurado Job tiene el tipo de la santa Iglesia, pueden estas sus palabras convenir a todos los electos, quienes reconociendo al Señor, sienten que han delinquido en una y otra cosa, porque entienden que han pecado o en el pensamiento y la obra, o en la descuidada dilección de Dios y del prójimo. A las cuales prometen no añadir nada más, porque por la gracia de la conversión procuran arrepintiéndose diariamente purgar incluso las cosas pasadas. Por esto sin embargo, que el bienaventurado Job se redarguye arrepintiéndose de dos cosas, claramente muestra que todo pecador en la penitencia debe tener un doble gemido, a saber, porque tanto no hizo el bien que convino, como hizo el mal que no convino. De aquí es por cierto que por Moisés sobre aquel que profirió un juramento, para hacer o algo malo o bien, y esto mismo por olvido trascendió, se dice: Ofrezca una cordera de los rebaños o una cabra, y orará por él el sacerdote, y por su pecado. Mas si no pudiere ofrecer una res, ofrezca dos tórtolas, o dos polluelos de paloma, uno por el pecado, y el otro en holocausto (Lev. 5, 6, 7, 8). Pues proferir un juramento es ligarnos con un voto de la divina servidumbre. Y cuando prometemos buenas obras, bien nos comprometemos a hacer. Mas cuando prometemos la abstinencia y el tormento de nuestra carne, mal al presente nos juramos hacernos a nosotros mismos. Pero porque nadie en esta vida es tan perfecto,

que por muy devoto que sea a Dios, entre esos mismos votos por pequeños y piadosos que sean no peque, se manda ofrecer por el pecado una cordera de los rebaños o una cabra. ¿Qué por la cordera sino la inocencia de la vida activa, qué por la cabra, que en las sumas y extremas rocas pendiente se apacienta, sino la vida contemplativa se señala? El que, por tanto, se ve no haber cumplido las cosas prometidas y propuestas, al sacrificio de Dios se debe ceñir más estudiosamente o por la inocencia de la buena obra, o por el sublime pasto de la contemplación. Y bien la cordera de los rebaños, mas la cabra no se manda ofrecer de los rebaños, porque la vida activa es de muchos, la contemplativa de pocos. Y cuando hacemos estas cosas que vemos que muchos hacen y han hecho, como que damos una cordera de los rebaños. Mas cuando la virtud del oferente no basta para la cordera y la cabra, se añade en remedio del penitente que se ofrezcan dos polluelos de paloma, o dos tórtolas. Sabemos que los polluelos de paloma o las tórtolas tienen por canto el gemido. ¿Qué, pues, por los dos polluelos de paloma, o las dos tórtolas, sino el doble gemido de nuestra penitencia se designa, para que cuando no nos levantamos a ofrecer buenas obras, nos lloremos a nosotros mismos doblemente, porque tanto no hicimos lo recto, como operamos lo depravado? De donde también se manda ofrecer una tórtola por el pecado, mas la otra en holocausto. Pues el holocausto (holocaustum) se dice todo encendido. Una tórtola, pues, ofrecemos por el pecado cuando damos gemido por la culpa; de la otra

ciertamente hacemos holocausto cuando por aquello que descuidamos los bienes, encendiéndonos nosotros mismos a fondo, ardemos con el fuego del dolor. Porque, por tanto, se debe un doble gemido en la penitencia, el bienaventurado Job aprovechando por la reprensión de la divina voz, y creciendo en su propia reprensión, confiesa arrepentido haber dicho una y otra cosa, como si dijera abiertamente: Tanto para los bienes por negligencia me entorpecí, como a los males por audacia prorrumpí:

CAP. XL, VERS. 1, 2.---Respondiendo pues el Señor a Job desde el torbellino, dijo: Ciñe como varón tus lomos, te interrogaré, e indícame.

Qué sea que el Señor responda desde el torbellino, qué que el bienaventurado Job ciña sus lomos, qué el interrogar de Dios, qué el indicar del hombre, ya se trató en el primer sermón del Señor. Porque, por tanto, perdonamos el tedio del lector, cuidamos sumamente de no replicar lo dicho. Sigue:

CAPÍTULO IV.

VERS. 3.---¿Acaso harás irrito mi juicio, y me condenarás, para que tú seas justificado?

5. Job justamente corregido, para que a los ocultos juicios de Dios incluso sin saber se sometiera. Quienquiera que contra los azotes del Señor se esfuerza por defenderse a sí mismo, intenta evacuar el juicio del que azota. Pues cuando niega ser herido por su culpa, ¿qué otra cosa sino acusa la injusticia del que hiere? Al bienaventurado Job, por tanto, no por eso lo hirieron los azotes celes-

tiales para que en él extinguieran las culpas, sino más bien para que aumentaran los méritos, a fin de que el que en el tiempo de la tranquilidad en tanta santidad había brillado, también por la herida se manifestara qué virtud de paciencia latía en él. Quien ciertamente no encontrando su culpa entre los azotes, ni sin embargo aprehendiendo que esos mismos azotes fueran causa para él de aumentar el mérito, se creyó ser herido injustamente, cuando no encontró qué en sí debiera haber sido corregido. Pero para que la inocencia misma no se infle en tumor de elación, es corregida por la divina voz, y su mente libre de iniquidad, pero oprimida por los verberes, es revocada a los juicios ocultos, para que la sentencia suprema, aunque no sea conocida, no sea sin embargo creída injusta; sino que al menos crea justo todo lo que padece, por esto a saber porque consta que se hace por autoría de Dios. Pues gran satisfacción de la herida es la voluntad justa del Creador. La cual, como nada injusto suele hacer, se reconoce justa incluso si se oculta. Pues cuando por el pecado de la injusticia somos heridos, si en nuestra herida nos unimos a la voluntad divina, pronto de nuestra injusticia por esa misma conjunción somos liberados. Pues quienquiera que ya tolera la herida, pero todavía ignora las causas de la herida, si creyendo esto justo abraza el juicio mismo contra sí mismo, por esto mismo ya ha sido corregido de su injusticia, por lo que se congratula de ser herido justamente. Pues en su vindicación uniéndose a Dios, se yergue contra sí mismo; y es ya gran justicia que concuerde con

la voluntad del juez en la pena, de quien discrepó en la culpa. El varón santo, pues, porque en ninguna culpa había discrepado de Dios, como con dificultad concordaba con Él entre los suplicios. Pues ni creyó que los azotes que suelen extinguir los vicios, en él solos aumentaran los méritos. De donde ahora justamente es corregido, para que a los juicios ocultos también sin saber se sometiera, y se le dice: ¿Acaso harás irrito mi juicio, y me condenarás, para que tú seas justificado? Como si se dijera abiertamente: Tus cosas bien hechas ciertamente las consideras, pero mis ocultos juicios los ignoras. Si, pues, de tus méritos disputas contra mis azotes, ¿qué otra cosa haces sino te apresuras a condenarme de injusticia justificándote tú? Sigue:

CAPÍTULO V.

VERS. 4.---Si tienes brazo como Dios, y si con voz semejante truenas.

6. Contemplada la santidad de Dios, a la humildad son provocados incluso los más santos. Porque el bienaventurado Job sobrepasaba al género humano en méritos, el piadoso Creador y eruditor lo provoca a considerar la similitud de su magnitud, para que conocida tan grande disimilitud, se oprima a sí mismo en la humildad.

7. Dios, aunque exento de cuerpo, es comparado con cosas corpóreas. La herejía de los antropomorfistas. Por qué a Dios se le atribuyen ojos y espaldas. Recordar en qué sentido se dice. Qué son las alas de Dios. Pero cuando se dice voz y brazo en Dios, se debe guardar sumamente

con el mayor cuidado que la mente no sospeche nada corpóreo en Él. Pues caer en la herejía de los antropomorfistas es concluir dentro de lineamientos corporales a Aquel que incircunscritamente llena y circunda todas las cosas. Pero Dios omnipotente, atrayéndonos a sus cosas, se humilla hasta las nuestras, y para insinuar cosas altas, condesciende con los humildes, a fin de que el ánimo de los párvulos, nutrido con cosas conocidas, surja a investigar lo desconocido, y oyendo de Aquel que está lejos sobre él algunas cosas junto a sí, se mueva como por ciertos pasos hacia Él. De donde resulta que por su Escritura atrae hacia sí a veces de los cuerpos de los hombres, a veces de las mentes, a veces ciertamente de las aves, a veces incluso de cosas insensatas algunas similitudes muy disímiles. Pues a menudo de los cuerpos de los hombres atrae hacia sí la similitud, como de Él dice el profeta a los israelitas: El que os tocó, toca la pupila de su ojo (Zac. 2, 8). Y como de Él de nuevo se dice al hombre que espera por el Profeta: En sus espaldas te obombrará (Sal. 90, 4). Consta ciertamente que en su naturaleza Dios ni tiene ojo ni tiene espaldas, sino porque nosotros vemos por el ojo, mas en las espaldas sostenemos las cargas. Dios, porque ve todo, se dice que tiene ojo; pero porque nos tolera, y por eso mismo por lo que tolera nos salva, se dice que nos obombra en las espaldas. Pues dice: En sus espaldas te obombró. Como si dijera al hombre pecador, y después del pecado suplicando el perdón: Con aquella piedad el Señor te protege, con la cual piedad te toleró. Pues obombra en sus espaldas

porque mientras porta, defiende. A veces ciertamente de las mentes atrae hacia sí la similitud, como por el profeta dice a Israel: Me he acordado de ti, compadeciéndome de tu juventud (Jer. 2, 2). Y de nuevo hablando por la comparación de la esposa dice: Y si ella se hubiere olvidado, yo sin embargo no me olvidaré de ti (Is. 49, 15). ¿Quién no sabe que la memoria de Dios ni por el olvido se rompe, ni por la recordación se remienda? Pero mientras desertando algunas cosas las pasa por alto, al modo de las mentes se dice que olvida; y cuando después de mucho tiempo visita lo que quiso, por la costumbre de nuestra mutabilidad es llamado habiéndose acordado. ¿Por qué pacto el olvido disipa la fuerza de su divinidad, a la cual esa misma memoria laudable esencialmente no concuerda? Pues ninguna cosa sino o las pasadas o las ausentes se recuerdan. ¿Cómo, pues, Dios se acuerda de las pasadas, cuando esas mismas cosas que en sí mismas pasan asisten siempre presentes a su gesto? ¿O cómo se acuerda de las ausentes, mientras todo lo que es le está presente por esto, por que está en Él? Que si no le estuviera presente, de ningún modo sería; pues crea las no existentes viéndolas, contiene las existentes viéndolas. Cualquier cosa, pues, que el creador no ve, carece de la esencia de subsistir. A veces, por el contrario, de las aves se atrae hacia Él la similitud, como se dice por Moisés: Extendió sus alas, y los asumió (Deut. 32, 11). Y el profeta dice: Bajo la sombra de tus alas protégeme (Sal. 16, 9). Porque como mientras nos protege nos nutre a nosotros párvulos, y no con grave y onerosa, sino

con leve y blanda protección nos refocila, mientras ejerce sus misericordias en nosotros, como al modo de las aves tiende sus alas sobre nosotros. A veces incluso con cosas insensatas, por causa de nuestra debilidad, por alta condescendencia se compara, como por el profeta dice: He aquí que yo rechinaré sobre vosotros, como rechina el carro cargado de heno (Amós 2, 13). Porque como heno es la vida de los carnales, como está escrito: Toda carne es heno (Is. 40, 6), en aquello que el Señor padece la vida de los carnales, al modo de un carro testifica que porta heno. Para el cual rechinar bajo la carga del heno es tolerar con querella las cargas e iniquidades de los pecadores. Cuando, pues, atrae hacia sí similitudes muy disímiles, se ha de intuir solícitamente que algunas tales cosas se dicen a veces en Dios por el efecto de la obra, mas a veces para indicar la sustancia de su majestad. Pues cuando en Dios se nombran ojo, espaldas, pie y alas, ciertamente se muestra el efecto de la operación. Mas cuando se dice mano, brazo, diestra o voz en Dios, por estos vocablos se demuestra el Hijo consubstancial a Él. Él mismo ciertamente es mano y diestra, de cuya ascensión el Padre habla por Moisés diciendo: Elevaré al cielo mi mano, y juraré por mi diestra (Deut. 32, 40). Él mismo es el brazo, del cual dice el profeta: ¿Y a quién ha sido revelado el brazo del Señor? (Is. 53, 1). Él mismo es la voz, porque el Padre engendrándolo dijo: Mi Hijo eres tú, yo hoy te engendré (Sal. 2, 7). Y de quien está escrito: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y Dios era el Verbo (Juan 1, 1). Por este Verbo

afirma David que el Padre hizo todas las cosas diciendo: Dijo, y fueron hechas (Sal. 32, 9). Tener, pues, Dios brazo es engendrar al Hijo operante; tronar con la voz es demostrar terriblemente al mundo al Hijo consubstancial a sí mismo. Al bienaventurado Job, pues, cuando dice el Señor: Si tienes brazo como Dios, y si con voz semejante truenas, por una admirable dispensación de piedad lo ensalza mientras lo reprende, porque lo demuestra superior a todos a quien supera por su propia comparación. Al cual en esta proposición subyace:

CAPÍTULO VI

[Rec. VII].

VERS. 5.---Rodéate de decoro, y elévate a lo sublime, y sé glorioso, y vístete de hermosas vestiduras.

8. Los Ángeles y la Iglesia son el decoro y el ornamento de Dios.---Sobrentiende, "como yo". Pues Él mismo se rodea de decoro, de quien está escrito: El Señor reinó, se vistió de decoro (Sal. 92, 1). Él mismo es elevado a lo sublime entre nosotros, cuando se demuestra a nuestras mentes que es impenetrable en su propia naturaleza. Pero Él mismo es glorioso, quien mientras se disfruta a sí mismo, no tiene necesidad de alabanza accesoria. Él mismo se viste de hermosas vestiduras, porque tomó para el uso de su propio decoro a los coros de los santos ángeles que creó, y presenta ante sí a la Iglesia como una cierta vestidura gloriosa que no tiene arruga ni mancha (Ef. 5, 27). Por

lo cual se le dice por el profeta: Te has vestido de confesión y decoro, envuelto en luz como en una vestidura (Sal. 103, 2). Aquí ciertamente se viste de confesión, allí de decoro, porque a quienes aquí hizo confesantes por la penitencia, allí los mostrará resplandecientes por el decoro de la justicia. Así pues, está envuelto en luz como en una vestidura, porque será vestido en aquella gloria eterna con todos los santos, a quienes se les dijo: Vosotros sois la luz del mundo (Mt. 5, 14). Por lo cual también se dice en el Evangelio que, transfigurado el Señor en el monte, sus vestiduras se volvieron blancas como la nieve (Mt. 17, 2). ¿En qué otra cosa se anuncia en esta transfiguración sino la gloria de la última resurrección? Pues en el monte sus vestiduras se volvieron como la nieve, porque en la cumbre de la claridad suprema todos los santos se adherirán a Él resplandecientes con la luz de la justicia. [Vet. VI.] Pero porque bajo el nombre de hermosas vestiduras insinúa cómo se une a los justos, también muestra cómo aparta de sí a los injustos. Sigue:

CAPÍTULO VII.

VERS. 6.---Dispersa a los soberbios en tu furor.

9. Dios se aira tranquilamente.---Sobrentiende "como yo", que tanto los tolero unidos contra mí en el tiempo de la tranquilidad, como viniendo en algún momento como Estrecho, los disperso en mi furor. Pero entre estas cosas debe considerarse diligentemente que se admite un grave error de perfidia si acaso alguien estimara que en aquella substancia de la divinidad varían el furor

y la tranquilidad. Pues el Creador de todas las cosas es sumamente inmortal en cuanto que no es mudable al modo de la criatura. De aquí que de Él se diga por Santiago: En quien no hay transmutación ni sombra de mudanza (Sant. 1, 17). De aquí que de nuevo esté escrito: Pero tú, Señor, juzgas con tranquilidad (Sab. 12, 18). De aquí que el profeta diga: Desolada quedó la tierra ante la faz de la ira de la paloma, ante la faz del furor del Señor (Jer. 25, 38). Pues lo que había predicho como ira de la paloma, esto lo añadió como furor del Señor. La paloma, en efecto, es un animal muy simple; y porque en Dios no penetra ninguna desigualdad de furor, llamó al furor del Señor ira de la paloma. Pues para demostrar la fuerza imperturbable de la estrechez divina, dijo tanto "ira" como "de la paloma", como si dijera más claramente: Ejerce el juicio estrecho de forma inconmovible aquel que, permaneciendo manso, castiga a los injustos. Por lo cual también en el juicio final, permaneciendo inconmutable en sí mismo, no varía por ninguna vicisitud ni mutabilidad, pero sin embargo no se muestra de ninguna manera a los electos y a los réprobos bajo la apariencia de la misma inconmutabilidad, porque aparecerá tanto tranquilo para los justos como airado para los injustos. Pues por el testimonio de la conciencia llevan dentro de sí mismos aquello por lo que sus mentes miran a uno mismo, pero no son modificadas de igual manera, porque tanto a aquellos su justicia pasada lo muestra benigno, como a estos su culpa lo muestra terrible. ¿Quién explicará el pavor de estos, cuando les suceda a los miserables

ver dentro de sí sus culpas y ver ante sí al juez justo? Esto ciertamente se hace diariamente en el uso de la vida presente, para que los corazones de los mortales sean instruidos sobre la cualidad del futuro Juez. Pues cuando dos van a juicio, uno consciente para sí de su inocencia, el otro de su culpa, antes de que se dicte sentencia ambos contemplan al juez todavía en silencio, y sin embargo el deudor de la culpa sospecha una grave ira contra sí por este mismo silencio del juez. Ira que no le anuncia la perturbación del juez, sino el recuerdo de su maldad, porque aunque todavía fuera la sentencia no proclama al culpable, dentro sin embargo la conciencia lo acusa gravemente. Pero al contrario, el amigo de la justicia contempla el rostro del que discierne, pero dentro se alegra por el testimonio del buen recuerdo, y en aquello que no tiene en sí que temer, en eso ve todo lo que es hacia sí mismo como halagüeño. Por lo tanto, en este lugar se llama furor del Señor no a una perturbación de la substancia divina, sino al examen de la justa vindicación sobre los pecadores mal conscientes de sí mismos. Porque aunque lo vean tranquilo en el juicio, sin embargo, porque no dudan que han de ser heridos por Él, lo piensan perturbado en sus movimientos. Sigue:

CAPÍTULO VIII.

IBID.---Y mirando a todo arrogante, humíllalo.

10. Todo arrogante, o bien arrepintiéndose conoce su culpa, o bien pereciendo percibe su pena.---Como si dijera "como yo". Pero acertada-

mente, para el orden de la vindicación, la culpa de los soberbios se antepone a los arrogantes, porque ciertamente no nace la soberbia de la arrogancia, sino que la arrogancia se genera de la soberbia. En dos modos es mirado todo pecador por el Señor: cuando o bien se convierte del pecado, o bien es castigado por el pecado. Pues sobre el respeto de la conversión se dice: Porque el Señor miró a Pedro, y Pedro recordó la palabra de Jesús y lloró amargamente (Lc. 22, 61). Sobre el respeto de la venganza, de nuevo se dice: Pero el rostro del Señor está sobre los que hacen el mal, para perder de la tierra la memoria de ellos (Sal. 33, 17). En ambos modos el arrogante es abatido en la humildad, porque o bien arrepintiéndose conoce su culpa, o bien pereciendo percibe su pena:

CAPÍTULO IX

[Vet. VII].

VERS. 7.---Mira a todos los soberbios y confúndelos, y quebranta a los impíos en su lugar.

11. El abatimiento de los soberbios mientras se elevan.---Sobrentiende "como yo". Pues los soberbios son confundidos por el respeto del Señor, o bien aquí conociendo y condenando sus crímenes por la piedad, o bien allí sintiendo los suplicios por la justicia. El lugar de los impíos es la misma soberbia, porque estando escrito: El comienzo de todo pecado es la soberbia (Eclo. 10, 15), donde se origina la impiedad, allí se contiene, aunque la impiedad no diste nada de la soberbia.

Pues es ser muy soberbio sentir cosas impías sobre el Autor. El impío, por tanto, es quebrantado en su lugar, porque es oprimido por la misma soberbia por la que es elevado; y cuando se erige en sus pensamientos ensalzándose, esconde para sí la luz de la justicia que debería haber encontrado. A menudo, mientras la falsa gloria progresa exteriormente contra Dios, la verdadera miseria se desvanece interiormente. Por lo cual dice el Profeta: Los derribaste mientras se elevaban (Sal. 72, 18). Pues no dijo: Los derribaste después de que fueron elevados, sino mientras se elevaban, porque esto mismo es para los soberbios ser derribados interiormente: que les suceda ser elevados por la falsa gloria exteriormente. Pues por orden del juicio divino, no hay para ellos aquí una cosa como culpa y otra como pena, sino que su propia culpa se les vuelve pena, de modo que para los elados por el fasto de la soberbia, esto mismo es caer verdaderamente dentro, lo que fuera se muestra haber progresado. Sigue:

CAPÍTULO X.

VERS. 8.---Escóndelos en el polvo, y al mismo tiempo sumerge sus rostros en la fosa.

12. Dios permite que los corazones de los soberbios sean oprimidos por los negocios y deseos terrenales.---Como si dijera "como yo". Pues por un justo juicio el Señor esconde a los soberbios e impíos en el polvo, porque permite que sus corazones sean oprimidos por aquellos mismos negocios terrenales que eligen, despreciando el amor del Creador. Por lo cual también, cuando discute

la vida de ellos en el juicio final, no la reconoce como si estuviera escondida para Sí, diciendo: No sé quiénes sois (Lc. 13, 27). La vida de los malvados se esconde bajo el polvo, porque es gravada por deseos abyectos e ínfimos. Pues quienquiera que todavía apetece las cosas que son del mundo, no aparece, por así decirlo, ante la faz de la verdadera luz, porque ciertamente yace oculto bajo el polvo del pensamiento terrenal. Este polvo de pensamientos malvados lo tolera la mente oprimida, el cual trae el viento de la más malvada tentación. [Vet. VIII.] De aquí es, en efecto, que de cada alma gravada por deseos terrenales se dice bajo la especie de Efraín por el profeta: Efraín se ha vuelto un pan subcinericio que no es volteado (Os. 7, 8). Ciertamente, por naturaleza bien fundada, hay en nosotros una intención que debería elevarse hacia Dios; pero por una conversación mal acostumbrada hay en nosotros un placer que nos oprime por el presente hacia el siglo. Pero el pan subcinericio es más limpio por la parte que oculta abajo, y más sucio por la parte por la que tolera arriba la ceniza. Quienquiera, por tanto, que descuida la intención por la cual debería haber buscado a Dios, como al modo de un pan subcinericio, oprime la parte más limpia abajo, y cuando tolera de buen grado las preocupaciones del siglo, lleva como un montón de ceniza arriba. Pero el pan subcinericio sería volteado si repeliera la ceniza de los deseos carnales y mostrara arriba la buena intención que hace poco había oprimido al despreciarla en sí mismo. Pero rehúsa ser volteado cuando la mente, oprimida por el amor de

las preocupaciones seculares, descuida arrojar la mole de ceniza superpuesta, y mientras no apetece elevarse hacia la buena intención, oprime como su cara más limpia debajo.

13. Mientras por la soberbia buscan cosas más altas, son empujados hacia las inferiores.--- Pero acertadamente se añade: Al mismo tiempo sumerge sus rostros en la fosa. Como si dijera "como yo". Pues por un justo juicio el Señor sumerge los rostros de los soberbios en la fosa, porque derriba más abajo la intención de su corazón que se eleva sobre los hombres. Pues mira a lo más bajo aquel cuyo rostro atiende a la fosa. Y bien se dice de los soberbios que sus rostros son sumergidos en la fosa, porque buscan lo ínfimo mientras por la soberbia apetecen lo más alto; y cuanto más se erigen ensalzándose, tanto más tienden hacia abajo cayendo. Ciertamente buscan la gloria terrenal, y son cosas ínfimas las que miran, mientras por la soberbia siguen cosas altas. Por lo cual, de un modo admirable y diverso se realiza el asunto: que los humildes busquen el cielo mientras se derriban a sí mismos más abajo; los soberbios busquen lo ínfimo mientras, despreciando a los demás, son ensalzados como en cosas más altas. Aquellos, mientras se desprecian a sí mismos, se unen a las cosas celestiales; estos, mientras se ensalzan, se dividen de las cosas superiores y, por así decirlo, aquellos elevándose se deprimen, estos deprimiéndose se elevan. Y bien se dice de los soberbios por el Salmista: Pero humilla a los pecadores hasta la tierra (Sal. 146, 6), porque codiciando las cosas que están debajo,

mientras ensalzándose se elevan, habiendo perdido el cielo, ¿qué otra cosa buscan sino la tierra? Para quienes esto mismo es ya haber caído en lo más bajo: haber buscado lo ínfimo habiendo dejado lo superior. Con razón, pues, se dice que sus rostros son sumergidos en la fosa, porque siguiendo lo ínfimo, tienden al baratro del infierno. Pues por un justo juicio se hace que a quienes aquí ciega una aversión voluntaria, allí una digna fosa de suplicio los esconda de la intuición de la verdadera luz. Por tanto, porque el varón santo fue sacudido por tanto terror de la potencia divina que se le dijo: Si tienes brazo como Dios, y si con voz semejante truenas, dispersa a los soberbios en tu furor, y mirando a todo arrogante humíllalo, y otras cosas que Dios ciertamente puede hacer, pero que el hombre apenas basta para oír, todas estas cosas, con qué intención las propuso el Señor, lo muestra al final de la conclusión añadida, diciendo:

CAPÍTULO XI

[Vet. IX, Rec. VIII].

VERS. 9.---Y yo confesaré que tu propia diestra puede salvarte.

14. El error de los Pelagianos, que confían en poder salvarse por sus propias fuerzas.---Como si dijera claramente: Si puedes hacer estas cosas terribles que he propuesto, Yo mismo te atribuyo a ti, y no a Mí, todos los bienes que has hecho. Pero si, mirando a otros que pecan, no puedes perderlos, es evidente que no vales para liberarte

del reato de tu propia maldad por tu propia virtud. He aquí que se dice por voz divina al bienaventurado Job que no es salvado por su propia diestra; y sin embargo, algunos hombres, que están lejos de las fuerzas de este varón, despreciando el auxilio de Dios, confían en que pueden salvarse por su propia fortaleza. Por los cuales, ¿qué otra cosa debemos suplicar sino que, si ya han percibido los dones de las buenas obras, reciban también este don: que aprendan de quién han recibido estas cosas? Pero porque en las palabras precedentes el Señor introdujo la potencia de su magnitud, ahora en las siguientes muestra la maldad del antiguo enemigo, para que el buen siervo, habiendo oído primero las virtudes del Señor, supiera cuánto debía amar, y, conocida después la astucia del diablo, aprendiera cuánto debía temer. Por lo cual bien se dice por el profeta: El león rugirá, ¿quién no temerá? El Señor Dios ha hablado, ¿quién no profetizará? (Amós 3, 8). Pues después que le fue conocida la virtud de su Creador, de ningún modo debieron estarle ocultas las fuerzas del adversario, para que tanto más humildemente se sometiera a su Defensor cuanto más sutilmente hubiera reconocido las maldades de su enemigo, y buscara a su Protector tanto más ardientemente cuanto más terrible conociera al enemigo al que debía evitar. Pues es cierto que menos ama a su Libertador quien menos entiende el peligro que ha evadido, y por vil consuelo reputa al del defensor quien piensa que la virtud del adversario es débil. Por lo cual el profeta, atribuyendo bien su liberación al Señor, decía: Te

amaré, Señor, fortaleza mía (Sal. 17, 1), diciendo claramente a saber: Tanto más te amo cuanto más, sintiendo mi propia enfermedad, reconozco que Tú eres mi fortaleza. De aquí que de nuevo dice: Haz maravillosas tus misericordias, Tú que salvas a los que esperan en Ti (Sal. 16, 7), porque entonces ciertamente las misericordias del Señor se hacen admirables entre nosotros mismos que somos librados, cuando por las mismas misericordias se reconoce cuán graves han sido los peligros que hemos evadido.

15. Se describen las fuerzas y fraudes de nuestro enemigo.---Y porque en el discurso precedente el Señor manifestó al bienaventurado Job las maravillosas obras de los santos que seguirían, para que al oír estas cosas aprendiera desde la cumbre de sus propias virtudes cuán humildes cosas debía sentir, ahora se le muestra con qué enemigo mantiene la guerra, y se indican más sutilmente las fuerzas y fraudes de aquel, para que quien ha sido conducido al coloquio de su Autor, conozca abiertamente los argumentos del adversario. Pues con las palabras siguientes el Señor insinúa a su fiel siervo todas las maquinaciones del astuto enemigo: todo lo que arrebata oprimiendo, todo lo que circunda acechando, todo lo que aterra amenazando, todo lo que halaga persuadiendo, todo lo que quebranta desesperando, todo lo que engaña prometiendo. Comienza, pues, todos los combates de su tergiversación, diciendo:

CAPÍTULO XII

[Vet. X, Rec. IX].

VERS. 10.---He aquí a Behemoth, a quien hice contigo.

16. Todas las cosas fueron creadas juntas según la sustancia, no según la especie.---¿A quién insinúa bajo el nombre de Behemoth sino al antiguo enemigo, el cual, interpretado de la voz hebrea, en la lengua latina suena como "animal" (bestia)? Cuya persona se muestra patentemente más abajo, mientras se añade su malicia. Pero habiendo sido escrito de Dios que hizo todas las cosas juntas (Ecl. 18, 1), ¿por qué indica que hizo a este animal con el hombre, cuando consta que hizo todas las cosas juntas? De nuevo hay que preguntar de qué modo Dios creó todas las cosas juntas, mientras Moisés describe las cosas creadas distintamente por la mudanza de seis días (Gén. 1, 32). Lo cual, sin embargo, reconocemos más pronto si indagamos sutilmente las mismas causas de los orígenes. Ciertamente la sustancia de las cosas fue creada junta, pero la especie no fue formada junta; y lo que existió junto por la sustancia de la materia no apareció junto por la especie de la forma. Pues cuando se describe que el cielo y la tierra fueron hechos juntos, se indica que lo espiritual y lo corporal fueron hechos juntos, todo lo que del cielo nace junto, todo lo que de la tierra se produce junto. Pues el sol, la luna y las estrellas se dice que fueron hechos en el cielo el cuarto día, pero lo que en el cuarto día salió en especie, en el primer día existió en la sustancia del cielo por la condición de la creación. En el

primer día se dice creada la tierra, y en el tercero fundados los arbustos, y se describen todos los verdes de la tierra; pero esto que el día tercero se produjo en especie, ciertamente en el primer día fue creado en la misma sustancia de la tierra de la que nació. De aquí es que Moisés relató todas las cosas creadas distintamente por cada uno de los días, y sin embargo añadió que todas fueron creadas juntas, diciendo: Estas son las generaciones del cielo y de la tierra, cuando fueron creadas en el día en que hizo el Señor el cielo y la tierra, y todo arbusto del campo, antes de que naciera en la tierra, y toda hierba de la región (Gén. 2, 4. 5). Pues quien había narrado el cielo y la tierra, el arbusto y la hierba creados en diversos días, ahora manifiesta que fueron hechos en un solo día, para mostrar claramente que toda criatura existió junta por la sustancia, aunque no salió junta por la especie. De aquí que allí también está escrito: Creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los hizo (Gén. 1, 27). Pues todavía no se describe hecha a Eva, y ya el hombre es llamado varón y mujer. Pero porque del costado de Adán sin duda alguna había de salir la mujer, en aquel ya se computa por la sustancia, de quien había de ser producida por la forma. Podemos, sin embargo, considerar estas cosas también en lo mínimo, para que de lo mínimo ponderemos lo mayor. Pues la hierba, cuando es creada, todavía no se muestra en ella el fruto, todavía no la semilla de su fruto. Pero está en ella también cuando no aparece el fruto y la semilla, porque ciertamente están juntas en la

sustancia de la raíz las cosas que no salen juntas por los incrementos del tiempo.

17. En qué sentido el ángel y el hombre fueron creados juntos. El ángel desertor al pecar perdió los dones de la gracia, no los de la naturaleza. Se rechazan los dos principios de los Maniqueos.--- Pero porque decimos que estas cosas fueron creadas juntas por la sustancia, las cuales encontramos que salen unas de otras, ¿de qué modo se afirma que Behemoth fue creado con el bienaventurado Job, cuando ni hay una sola sustancia de ángel y hombre, ni el hombre es producido de un ángel, ni el ángel de un hombre? Pero si por esto se dice que Behemoth fue hecho con el bienaventurado Job, porque no se duda que toda criatura fue creada junta por el Autor, quien en su acción de ningún modo se distiende por la prolongación del tiempo, ¿por qué se dice de Behemoth especialmente lo que se tiene en común con todas las criaturas generalmente? Pero si ponderamos las causas de las cosas con sutil discusión, conocemos que el ángel y el hombre fueron hechos juntos, a saber, juntos no por unidad de tiempo, sino por el conocimiento de la razón; juntos por la imagen recibida de la sabiduría, y no juntos por la sustancia conjunta de la forma. Pues está escrito del hombre: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Gén. 1, 26). Y por Ezequiel se dice a Satanás: Tú fuiste el sello de la semejanza, lleno de sabiduría y perfecto en hermosura en las delicias del paraíso de Dios (Ez. 28, 12). En toda criatura, pues, el hombre y el ángel existieron como fundados juntos porque salieron distintos

de toda criatura irracional. Porque, por tanto, en toda la condición de las cosas no hay ningún animal racional sino el ángel y el hombre, todo lo que no puede usar la razón no fue hecho con el hombre. Dígase, pues, al hombre, dígase del ángel, quien aunque perdió la potencia de la sublimidad, sin embargo no perdió la sutilidad de la naturaleza racional: He aquí a Behemoth, a quien hice contigo. Para que mientras el hombre considera que ha perecido aquel que fue hecho en la razón con él mismo, tema la vecina caída de la soberbia por esa misma perdición de su prójimo. En estas palabras, sin embargo, hay que intuir con solercia que abiertamente se reprende por la voz dominical el nefario dogma del Maniqueo, quien mientras habla de dos principios, intenta afirmar que la gente de las tinieblas no fue hecha. Pues ¿cómo se dice no hecha esa gente nequísima, cuando el Señor testifica que Él hizo a este mismo Behemoth, a saber, al autor de la maldad bien fundado por naturaleza? Pero porque hemos oído con quién fue hecho este Behemoth, oigamos qué hace estando perdido. Sigue:

CAPÍTULO XIII

[Rec. X].

IBID.---Heno como buey comerá.

18. El diablo desea especialmente socavar la vida limpia de los espirituales.---Si discutimos con diligencia las palabras de los profetas, encontramos estas y aquellas proferidas por un solo espíritu. Pues Isaías, cuando veía que la vida de

los pecadores era devorada por el antiguo e insaciable enemigo, dijo: El león como buey comerá pajas (Is. 11, 7). ¿Qué se significa con el nombre de heno y pajas sino la vida de los carnales? De la cual se dice por el profeta: Toda carne es heno (Is. 40, 6). Aquel, pues, que aquí es Behemoth, allí es león; el que aquí es heno, allí son pajas. Pero la mente se esfuerza por investigar por qué este es comparado con el buey en la ingestión del heno o la paja, tanto aquí por la voz dominical como Behemoth, como allí por Isaías como león, y no con el caballo. Lo cual, sin embargo, reconocemos más pronto si ponderamos en ambos animales cuál sea la diferencia de los alimentos. Pues los caballos comen el heno por muy sucio que sea, pero no beben el agua sino la limpia. Los bueyes, en cambio, beben el agua por muy sucia que sea, pero no se alimentan sino de heno limpio. ¿Qué es, pues, que este Behemoth es comparado al buey, que se apacienta con alimento limpio, sino esto que de ese antiguo enemigo se dice por otro profeta: Su comida es escogida (Hab. 1, 16)? Pues no se goza de arrebatar a aquellos que ve yacer voluntariamente en lo ínfimo, implicados en acciones depravadas y sucias. Desea, pues, comer heno como buey, porque busca triturar con el diente de su sugerencia la vida limpia de los espirituales.

19. Muchos parecen electos, y no lo son.---Pero veo que hay que preguntar cómo este Behemoth, comiendo heno como buey, se dice que consume la vida de los espirituales, cuando, como se dijo arriba, con el nombre de heno se designa la vida

de los carnales. Su comida tampoco será ya escogida si, comiendo heno, arrebata al carnal. Pero a estas cosas se responde más pronto porque algunos hombres ante Dios son heno, y ante los hombres son censados con el nombre de santidad, cuando ante los ojos humanos la vida muestra una cosa, y ante los juicios divinos la conciencia intenta otra. Estos, por tanto, ante los juicios humanos son electos, pero ante el sutil examen del Señor son heno. ¿Acaso ante los ojos divinos Saúl no era heno, de quien Samuel el profeta decía al pueblo: Ciertamente veis a quién ha elegido el Señor (1 Sam. 10, 24); y de quien un poco más arriba se dice: ¿Electo y bueno? Pues a quien mereció el pueblo pecador, y existió como réprobo ante Dios, y sin embargo por el orden de las causas fue electo y bueno.

[Vet. XI.] Porque muchos son heno, y se sospechan electos por la estimación humana, bien se dice por Salomón: Vi a los impíos sepultados, los cuales aun mientras todavía vivían, estaban en el lugar santo, y eran alabados en la ciudad como si de obras justas (Ecl. 8, 10). Porque muchos son heno, pero sin embargo están cercados por el favor de la santidad, bien indica cierto sabio, diciendo: Pasa, huésped, y adorna la mesa (Eclo. 29, 33). Pues pasando se dice que el huésped adorna la mesa, porque si alguien puesto ante el altar de Dios busca su propia gloria por las buenas obras, y por la ostentación de su santidad se extiende la alabanza del altar, y sin embargo él mismo no es tenido ante Dios en el número de los ciudadanos. A otros aprovecha su opinión, y

sin embargo él mismo como extraño a Dios pasa de largo. Decoró, pues, la mesa pasando, porque no quiso estar ante lo sagrado quien, por todo lo que procuró hacer, corrió con la mente hacia las alabanzas humanas. Porque, por tanto, algunos llevan ciertamente una vida limpia por el estudio, pero por ella no desean agradar interiormente, rectamente tanto su comida es llamada escogida, como sin embargo este Behemoth es dicho comer heno como buey. Pues como ante la boca de este Behemoth el heno limpio yace en la tierra y en lo ínfimo, cuando tanto la vida se lleva como inocente por la custodia de los mandamientos, como sin embargo entre la acción que se muestra buena el corazón no se eleva a apetecer las cosas sublimes. ¿Qué utilidad realiza, pues, quien custodia en sí la limpieza de la vida, si por la intención ínfima se deja encontrar en la tierra en la boca de este Behemoth? Porque, por tanto, el Dios omnipotente insinúa qué hace nuestro enemigo, ahora conózcase cómo prevalece, para que la maldad de su astucia, cuanto más abiertamente es conocida, tanto más fácilmente sea superada. Sigue:

CAPÍTULO XIV

[Rec. XI].

VERS. 11.---Su fortaleza está en sus lomos, y su virtud en el ombligo de su vientre.

20. El diablo domina mayormente a ambos sexos de hombres por la lujuria.---Se dice que los seminarios del coito están en los varones en los lomos, pero que están en las mujeres en el

ombligo. De aquí es que la Verdad dice a los discípulos: Estén vuestros lomos ceñidos (Lc. 12, 35). De aquí Pedro, cuando restringía la lujuria del corazón, amonestaba diciendo: Ceñidos los lomos de vuestra mente (1 Pe. 1, 13). De aquí Pablo, cuando por el sacrificio de Abrahán decía que en tiempo de Melquisedec el sacerdocio de Leví había sido diezmado, mostrando dónde latía entonces Leví en el cuerpo de Abrahán, dice: Pues todavía estaba en los lomos de su padre (Heb. 7, 10). Que el seminario de la lujuria para las mujeres se contiene en el ombligo lo testifica el profeta, quien, bajo la especie de mujer prostituida, increpando la petulancia de Judea, dice: En el día de tu nacimiento no fue cortado tu ombligo (Ez. 16, 4). Pues en el día del nacimiento cortar el ombligo es cercenar la lujuria de la carne en el tiempo de la conversión. Porque es difícil corregir las cosas mal comenzadas, y reformar para mejor lo una vez formado deformemente, se reprende a Judea por su nacimiento, la cual, mientras nació en Dios, retuvo el ombligo sin cortar porque no amputó los flujos de la lujuria. Porque, por tanto, por la potestad del diablo el sexo de ambos géneros es muy subyugado por la enfermedad de la lujuria, tanto su fortaleza se dice que está en sus lomos contra los varones, como su virtud contra las mujeres en el ombligo.

[Vet. XII.] 21. La corrupción de la carne suele seguir a la soberbia del espíritu.---Pero ¿por qué cuando introdujo que este Behemoth come heno, añadió los daños de la lujuria como los primeros argumentos de su engaño, sino porque

patentemente consta a todos que después de que una vez la soberbia ha tomado el espíritu del hombre, pronto se extiende a la corrupción de la carne? Lo cual reconocemos también en aquellos mismos primeros hombres, los cuales, mientras después de la soberbia perpetrada cubren sus miembros vergonzosos, patentemente indicaron que después de que dentro de sí mismos intentaron arrebatar cosas altas, pronto en la carne fuera padecieron cosas de las que avergonzarse (Gén. 3, 7). Este Behemoth, pues, ensañándose insaciablemente y buscando devorar a todo el hombre a la vez, ora eleva la mente hacia la soberbia, ora corrompe la carne con el placer de la lujuria. Pero bien, de ningún modo su fortaleza se dice que está en los lomos o en el ombligo de aquellos que son derribados, sino: su fortaleza está en sus lomos, y su virtud en el ombligo de su vientre. Como si abiertamente se dijera: Su fortaleza está en sus propios lomos, y su virtud en el ombligo de su propio vientre, porque ciertamente propiamente se hacen cuerpo suyo quienes, engañados por los halagos de las sugerencias torpes, sucumben ante él por los flujos de la lujuria. Sigue:

CAPÍTULO XV

[Rec. XII].

VERS. 12.---Tiesa tiene su cola como un cedro.

22. El diablo ligado por la potestad divina, será soltado en el futuro, y por el Anticristo hará muchos signos.---Muchas cosas se ofrecen en estas, que pueden proponerse para instruir las

costumbres; pero primero discutamos lo violento de este Behemoth, para que después detectemos más sutilmente sus astucias. En la sagrada Escritura con el nombre de cedro a veces se expresa la alta excelencia de la gloria celestial, otras veces en cambio se designa la rígida elación de los malvados. Con el nombre de cedro se expresa la celsitud de la gloria celestial, como testifica el Salmista: El justo florecerá como la palma, se multiplicará como el cedro del Líbano (Sal. 91, 13). De nuevo, con el nombre de cedro se designa la soberbia potencia de los malvados, como se dice por el mismo Profeta: Voz del Señor que quebranta los cedros (Sal. 28, 5). ¿Pero qué se llama cola de este Behemoth, sino aquella extremidad del antiguo enemigo; cuando ciertamente entra en aquel hombre perdido, su propio vaso, que especialmente es llamado Anticristo? El cual, puesto que se le permite elevarse al tumor de la potencia ora por los honores del siglo, ora por los signos y prodigios de fingida santidad, rectamente por la voz dominical su cola es comparada al cedro. Pues así como el cedro deja atrás a los demás arbustos creciendo en lo alto, así entonces el Anticristo, obteniendo temporalmente la gloria del mundo, trascenderá las medidas de los hombres tanto por la cumbre del honor como por la potencia de los signos. Ciertamente el espíritu está en él que, creado en lo sublime, no perdió la potencia de su naturaleza aun siendo derribado. Cuya virtud por eso ahora se muestra mínimamente, porque es ligada por la dispensación de la fortaleza divina. Por lo cual se dice por Juan: Vi un ángel que

descendía del cielo, que tenía la llave del abismo, y una gran cadena en su mano; y aprehendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ligó por mil años, y lo envió al abismo, y cerró y selló sobre él (Apoc. 20, 1. 2. 3). Pues se dice enviado ligado al abismo, porque recluido en los corazones de los malvados, es constreñido por la potencia de la dispensación divina, para que no se desenfrene en cuanto vale para dañar, para que aunque a través de ellos se ensañe ocultamente, sin embargo no prorrumpa en las violentas rapiñas de la soberbia. Pero allí se intima de qué modo ha de ser soltado al fin del mundo, cuando se dice: Y después de que se hayan consumado los mil años, será soltado Satanás de su cárcel, y saldrá, y seducirá a las naciones (Ibíd., 7). Pues con el número de mil se expresa todo el tiempo de la santa Iglesia, por mucho que sea, por su perfección. Terminado el cual, el antiguo enemigo entregado a sus propias fuerzas, es soltado por poco tiempo ciertamente, pero con mucha virtud contra nosotros.

23. Se ensañará, pero por breve tiempo.---A quien aunque su saña lo dilate hacia la crueldad, sin embargo la misericordia suprema lo angosta por la brevedad de los días. Pues de aquí la Verdad dice por sí misma: Habrá entonces una gran tribulación, cual no la hubo desde el comienzo del mundo hasta ahora, ni la habrá (Mt. 24, 21). De aquí de nuevo dice: Si no hubieran sido abreviados aquellos días, no se salvaría ninguna carne (Ibíd., 22). Pues porque el Señor nos mira tanto soberbios como enfermos, dice que los días que

trajo como singularmente malos han sido misericordiosamente abreviados, seguramente tanto para que aterre a la soberbia por la adversidad del tiempo, como para que reconforte a la debilidad por la brevedad de los días.

[Vet. XIII.] 24. Más de temer por los signos que hará, que por las penas que infligió a los mártires.---Pero hay que considerar mucho, cuando este Behemoth eleva su cola como un cedro, en qué entonces se levante más atrozmente que lo que ahora se ejerce. ¿Qué géneros de penas conocemos, que no nos gocemos de que ya hayan ejercitado las fuerzas de los mártires? Pues a unos el gladió sumergido en la garganta con golpe imprevisto postró, a otros el patíbulo de la cruz los fijó, en el cual tanto la muerte provocada es repelida, como la repulsada es provocada. A otros la sierra con dientes hirsutos los trituró, a otros la uña armada de hierro surcando los arrancó, a otros la rabia belluina despedazando con mordiscos los molió, a otros la fuerza de los azotes presionada desde lo íntimo de las vísceras por la piel los rompió, a otros la tierra cavada los cubrió vivos, a otros sumergidos en lo alto un precipicio hacia la muerte los quebró, a otros proyectados en sí el agua llenándolos los absorbió, a otros la llama edaz alimentada hasta las cenizas los consumió. Cuando, por tanto, este Behemoth dilata su cola más malvadamente al fin del mundo, ¿qué es lo que entonces crece más atrozmente en estos tormentos, sino esto que la Verdad dice por sí misma en el Evangelio: Surgirán falsos cristos y falsos profetas, y darán grandes signos y prodigios; de

modo que sean puestos en error, si fuera posible, incluso los electos (Mt. 24, 24)? Pues ahora nuestros fieles hacen cosas admirables cuando padecen cosas perversas; pero entonces los satélites de este Behemoth, incluso cuando infieren cosas perversas, han de hacer cosas admirables. Pensemos, pues, cuál será aquella tentación de la mente humana, cuando el piadoso mártir tanto sujeta su cuerpo a los tormentos, como sin embargo ante sus ojos el torturador hace milagros. ¿De quién no sería entonces sacudida la virtud desde el mismo fondo de los pensamientos, cuando aquel que crucifica con azotes corusca con signos? Dígase, pues, rectamente: Tiesa tiene su cola como un cedro, porque ciertamente tanto será alto entonces por la veneración del prodigio, como duro por la crueldad del tormento.

[Vet. XIV.] 25. El Anticristo engañará a unos con fingidas virtudes, a otros los superará por la fuerza.---Pues no solo entonces se eleva por la potestad, sino que también es apoyado por la ostentación de los signos. Por lo cual también se dice por David: Acecha en lo oculto, como león en su cubil (Sal. 9, 30, o Sal. 10, 9). Pues para la potestad abierta hubiera bastado que fuera león, aunque no hubiera sido acechador; y de nuevo para las astucias ocultas hubiera bastado que acechando sorprendiera, aunque no fuera león. Pero porque este antiguo enemigo es desenfrenado en todas sus fuerzas, se le permite ensañarse por ambas, para que contra los electos en el certamen sea soltado tanto por el fraude como por la virtud, la virtud por la potencia, el fraude por los signos.

Rectamente, pues, se dice tanto león como acechador: acechador por la especie de los milagros, león por la fortaleza secular. Pues para arrastrar a aquellos que abiertamente son inicuos, ostenta la potencia secular; pero para engañar incluso a los justos, simula la santidad con signos. A aquellos les persuade la elación de la magnitud, a estos los engaña con la ostentación de la santidad. De esta cola de este Behemoth bajo la especie de dragón se dice por Juan: Y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las envió a la tierra (Apoc. 12, 4). Pues el cielo es la Iglesia que en esta noche de la vida presente, mientras contiene en sí innumerables virtudes de los santos, brilla con las estrellas radiantes desde arriba. Pero la cola del dragón arroja las estrellas a la tierra, porque aquella extremidad de Satanás, erigida por la audacia del hombre asumido, muestra como réprobos obteniendo a algunos que encontró en la Iglesia como si fueran electos de Dios. Las estrellas, por tanto, caer del cielo a la tierra es que algunos, dejada la esperanza de las cosas celestiales, bajo aquel guía, anhelen el ámbito de la gloria secular.

26. Por Antíoco fue prefigurado.---De aquí Daniel bajo la especie de Antíoco habla contra esta cola del dragón, diciendo: Derribó de la fortaleza y de las estrellas, y las conculcó, y hasta el príncipe de la fortaleza se magnificó, y de él quitó el sacrificio perenne, y derribó el lugar de su santificación. Pero le fue dado poder contra el sacrificio perenne, por los pecados; y será postrada la verdad en tierra, y hará, y prosperará

(Dan. 8, 10-12). Pues de la fortaleza y de las estrellas derriba, cuando quebranta a algunos tanto resplandecientes por la luz de la justicia, como robustos por la virtud de la obra. El cual hasta el príncipe de la fortaleza se magnifica, porque contra el mismo Autor de la virtud se ensalza. El sacrificio perenne quita, porque el estudio de la conversación de la Iglesia interrumpe en aquellos que hubiere capturado. Pero el poder por los pecados contra el sacrificio perenne le es dado, porque si no lo exigieran los méritos de los que perecen, de ningún modo el adversario podría obtener a aquellos que eran creídos rectos. La verdad en tierra es postrada, porque la fe entonces de las cosas celestiales se inclina al deseo de la vida temporal. Y hará, y prosperará, porque entonces no solo en las mentes de los réprobos, sino también en los cuerpos de los electos se ensañará con crueldad inestimable, sin cualquier objeción. De aquí de nuevo por Daniel se dice: Surgirá un rey impudente de rostro, y que entiende las proposiciones, y se robustecerá su fortaleza, pero no en sus propias fuerzas (Dan. 8, 23). Pues la fortaleza de aquel hombre no se robustece en sus propias fuerzas, porque por la virtud de Satanás es levantada a la gloria de la perdición. De aquí de nuevo dice: Interfecirá a los robustos y al pueblo de los santos según su voluntad, y se dirigirá el dolo en su mano (Ibíd., 24, 25). Pues a los robustos interfecirá, cuando a los que en la mente son invictos los vence corporalmente. O ciertamente a los robustos y al pueblo de los santos según su voluntad interfecirá, cuando a los que robustos y

santos eran creídos los arrastra al arbitrio de su voluntad. En cuya mano el dolo se dirige, porque en él el fraude es ayudado por la obra. Pues lo que dice engañando, esto lo afirma haciendo cosas admirables; pues todo lo que la lengua mentirosa simula, esto como si fuera verdadero lo muestra la mano de la obra.

CAPÍTULO XVII

[Vet. XVI, Rec. XIV].

VERS. 18.---Sus huesos son como flautas de bronce.

29. Quiénes son los huesos del Anticristo. — En el cuerpo existen huesos que sostienen a los miembros, y que son sostenidos. Por tanto, esta bestia tiene carnes y tiene huesos, porque unos son inicuos que, sin embargo, son retenidos en el error por otros, y otros son más inicuos, quienes también retienen a otros en el error. ¿Qué otra cosa entendemos, pues, por los huesos del Anticristo sino a cualesquiera más poderosos en su cuerpo? En cuyo corazón, mientras la iniquidad se ha endurecido vehementemente, a través de ellos subsiste toda la estructura de su cuerpo. Pues muchos en este mundo parecen ricos, quienes, mientras se apoyan en cosas y riquezas, se consolidan como por una especie de fortaleza; pero al repartir estas mismas cosas en las que se apoyan, arrastran a otros a su propio error. Unas veces atraen a algunos con dones para que se vuelvan depravados, otras veces atan a algunos con regalos para que permanezcan depravados.

¿Qué son estos, pues, sino los huesos del Anticristo, quienes, al multiplicar a los malos sosteniéndolos, portan las carnes en su cuerpo? Estos, a veces, exhiben dulzura de lengua al engañar a sus oyentes, porque también las espinas brotan flores; y ciertamente aparece en ellos lo que huele, pero se oculta lo que punza. Mezclan lo dulce con lo amargo, lo blando con lo nocivo, y ciertamente apetecen ser vistos con la potestad de ser admirados, pero por el arte de engañar se rebajan como humildemente a través de coloquios relajados, y por medio del sermón insinúan de sí mismos lo que niegan por la exhibición.

30. Por qué se comparan con flautas de bronce. — Por lo cual también rectamente los huesos de este Behemot se comparan con flautas de bronce, porque sin duda, a la manera del metal insensible, tienen el sonido de hablar bien, pero no tienen el sentido de vivir bien. Pues afirman esto como hablando humildemente, lo cual desprecian viviendo eladamente. Por lo cual bien se dice por Pablo: *Si hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tuviera caridad, he venido a ser como bronce que suena o címbalo que retiñe* (1 Cor. 13:1). Pues quien habla cosas buenas, pero no sigue esas mismas cosas buenas por amor, devuelve un sonido como el bronce o el címbalo, porque él mismo no siente las palabras que él mismo hace. [Vet. XVII.] Existen ciertamente algunos en el cuerpo de esta bestia no cargados de honores, no apoyados en riquezas, no decorados con la apariencia de virtudes, no expertos en la ciencia de la astucia, pero que, sin

embargo, pretenden ser vistos cual no son, y por ello se vuelven más inicuos contra la vida de los buenos, de los cuales también sigue:

CAPÍTULO XVIII

[Rec. XV]

IBID. — Su cartílago es como láminas de hierro.

31. Quienes son más débiles en el cuerpo del Anticristo resultan más inicuos para perpetrar males. — Pues el cartílago tiene ciertamente la apariencia del hueso, pero no tiene la fortaleza del hueso. ¿Qué es, pues, que su cartílago se compare con láminas de hierro, sino que aquellos que en él son más débiles, resultan más inicuos para perpetrar males? Pues con el hierro se cortan los demás metales, y su cartílago se dice semejante al hierro, porque quienes en su cuerpo no son suficientes para la ostentación de virtudes, se encienden más agriamente contra la muerte de los fieles. Pues porque consideran que no pueden hacer con él señales y prodigios, se le prueban a él a través de la crueldad; y por el hecho de que no pueden corromper persuadiendo los corazones de los inocentes, se glorían más múltiplemente que los demás en extinguir los cuerpos de los buenos. Bien, pues, se dice: 1064 Su cartílago es como láminas de hierro, porque en su cuerpo aquello que cada uno creyere que es más débil, esto es lo que incide más inicuamente. Quienes rectamente se comparan no solo al hierro, sino a láminas de hierro, porque mientras pretenden

dilatarse por todas partes en la crueldad, se extienden como en láminas de hierro.

[Rec. XVI.] 32. Place distinguir con mano de más estrecha inquisición estas mismas palabras del Creador, que ya parecen discutidas, y aportar más abundantes frutos de inteligencia para instruir las costumbres. Pues porque hemos oído qué hace el antiguo enemigo contra los hombres a través del hombre asumido, resta que ahora exploremos qué maquina también en los hombres por sí mismo sin el hombre. He aquí que se dice:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 17 (Vulg. 12). — Contrae su cola como un cedro.

33. La primera sugestión del diablo es tierna y se deshace fácilmente. Pero después su fuerza se hace intolerable. El pecado se admite de tres modos. — La primera sugestión de la serpiente es ciertamente blanda y tierna, y fácil de deshacer con el pie de la virtud; pero si esta se admite negligentemente para fortalecerse, y se le ofrece libremente entrada al corazón, se exagera con tal virtud que, deprimiendo la mente capturada, crece hasta una fuerza intolerable. Se dice, pues, que contrae su cola como un cedro, porque la tentación una vez recibida en el corazón, domina como por derecho en todas las cosas que introdujere posteriormente. Por tanto, la cabeza de este Behemot es hierba, su cola cedro, porque desde la primera sugestión se rebaja halagando, pero por el uso fortaleciéndose vehementemente, al crecer el fin de la tentación, se robustece. Pues

es superable todo lo que sugiere al principio, pero de ahí sigue lo que apenas pueda vencerse. Pues primero habla cosas blandas al ánimo como aconsejando; pero cuando una vez ha clavado el diente del deleite, se encadena casi indisolublemente por la violenta consuetumbre posterior. Por lo cual también bien se dice contraer la cola. Pues hiere con el diente, liga con la cola, porque hiere por la primera sugestión, pero ata la mente herida, para que no pueda escapar, al fortalecerse el fin de la tentación. Pues porque el pecado se admite de tres modos, cuando a saber se perpetra con la sugestión de la serpiente, con el deleite de la carne, con el consentimiento del espíritu, este Behemot, primero sugiriendo cosas ilícitas, saca la lengua; después, arrastrando al deleite, clava el diente; pero finalmente, poseyendo por el consentimiento, contrae la cola. De aquí es, pues, que algunos reprueban en sí mismos pecados perpetrados por largo uso, y huyen de estos por el juicio, pero no pueden evitarlos con la obra ni aun luchando, porque mientras no deshacen la cabeza de este Behemot, frecuentemente son ligados por la cola aun sin querer. La cual se ha endurecido contra ellos al modo del cedro, porque ha crecido desde la blanda voluptuosidad del exordio hasta la violencia de la retención. Dígase, pues: *Contrae su cola como un cedro*, para que tanto más deba cada uno huir de los inicios de la tentación, cuanto entiende que su fin no puede desatarse prontamente.

[Vet. XVIII.] 34. El diablo, cuando la muerte es inminente, entonces sugiere tentaciones más

graves. — Debe saberse también que frecuentemente ingiere culpas más graves a aquellos que ha capturado, cuando conoce que estos se aproximan al término de la vida presente; y cuanto considera que ha de consumar la tentación, tanto más coacerba sobre ellos pesos de iniquidades más graves. Por tanto, Behemot contrae su cola como un cedro, porque a quienes capturó por depravados inicios, los vuelve peores al fin, para que sus tentaciones, cuanto más pronto han de cesar, tanto más poderosamente se completen. Pues porque se afana en igualar el suplicio de ellos con sus propias penas, antes de la muerte se esfuerza más ardientemente en exagerar en ellos todo pecado.

Frecuentemente, en verdad, este Behemot posee ya un corazón malamente sometido, pero sin embargo la gracia divina lo repele, y la mano de la misericordia lo arroja, a quien la voluntad cautiva introdujo en sí misma. Y cuando es expulsado del corazón, intenta clavar más agrios estímulos de iniquidades, para que la mente impugnada por él sienta aquellos flujos de tentaciones que aun poseída no conocía. Lo cual bien se expresa en el Evangelio, cuando se narra que el espíritu inmundo sale del hombre por mandato del Señor. Pues habiendo sido presentado el niño endemoniado, está escrito: *Jesús amenazó al espíritu inmundo, diciendo: Espíritu sordo y mudo, yo te mando, sal de él, y no entres más en él. Y clamando, y desgarrándolo mucho, salió de él* (Mc 9, 24-25). He aquí que no lo había desgarrado cuando lo poseía, al salir lo desgarró, porque sin

duda entonces dilacera peor los pensamientos de la mente, cuando ya se aproxima a la salida compelido por la virtud divina. Y a quien poseía mudo, lo abandonaba con clamores, porque frecuentemente cuando posee, irroga menores tentaciones; pero cuando es arrojado del corazón, perturba con más agria infestación. Bien, pues, se dice: *Contrae su cola como un cedro*, porque tanto poseyendo el corazón siempre crece en malicia por las partes posteriores, como abandonando el corazón hiere con más vehementes estímulos de pensamientos. [Rec. XVII.] Todavía más, se revelan los argumentos más astutos de este Behemot por la maravillosa piedad del Creador, cuando se añade:

CAPÍTULO XX.

IBID. — Los nervios de sus testículos están enlazados.

35. Los pecados están de tal modo implicados que, mientras se evita uno, casi siempre resbalamos en otro. La Iglesia consta de tres órdenes. — Los nervios de sus testículos son los pestíferos argumentos de sus maquinaciones. Pues por ellos yergue las fuerzas de su astucia y corrompe los fluidos corazones de los mortales. Sus testículos son las sugestiones depravadas con las que se enciende en la corrupción de la mente, y engendra la prole de la obra inicua en el alma deshonrada. Pero los nervios de estos testículos están enlazados, porque los argumentos de sus sugestiones se ligan con invenciones complicadas, de modo que hacen pecar a muchos de tal manera que,

si tal vez desean huir del pecado, no escapen de este sin otro lazo de pecado; y cometen una culpa mientras la evitan, y de ninguna manera pueden soltarse de una, si no consienten en ser ligados en otra. [Vet. XIX.] Lo cual mostramos mejor si aportamos algunos ejemplos de esta ligadura a partir de la conversación de los hombres. Pero porque la santa Iglesia consta de tres órdenes, a saber, de los casados, de los continentes y de los rectores; por lo cual también Ezequiel vio a tres varones liberados, a saber, Noé, Daniel y Job (Ez 14, 14, ss.); y en el Evangelio el Señor, mientras afirma que unos están en el campo, otros en el lecho y otros en el molino (Lc 17, 34, 35), sin duda muestra tres órdenes en la Iglesia; satisfaceremos claramente si buscamos ejemplos de cada uno.

36. Tentaciones de los que militan en el siglo. — He aquí, pues, que alguien, mientras desea las amistades de este mundo, se obliga por juramento a cualquier otro que lleva una vida semejante a la suya a que ocultará sus secretos con todo silencio; pero aquel a quien juró es descubierto perpetrando adulterio, de modo que incluso intenta matar al marido de la adúltera. Pero aquel que prestó el juramento vuelve en sí, y es impugnado por diversos pensamientos de una y otra parte, y teme callar esto, para que callando no se haga partícipe a la vez del adulterio y del homicidio; y trepida en denunciarlo, para no obligarse con el reato de perjurio. Está ligado, pues, por los enlazados nervios de los testículos, porque hacia cualquier parte que se incline, teme no estar libre del contagio de la transgresión.

37. Servir a Dios por la obediencia de los que lo pretenden, de los prelados. — Otro, abandonando todas las cosas que son del mundo, y buscando quebrantar sus propias voluntades por todo, desea someterse al régimen ajeno, pero discierne con menos cauta inquisición a quien debe presidirle ante Dios. Al cual tal vez aquel que es elegido sin juicio, cuando ya ha empezado a presidir, le prohíbe que se hagan las cosas que son de Dios y le manda las que son del mundo. Sopesando, pues, el súbdito, ya sea cuál es la culpa de la desobediencia, ya sea cuál el contagio de la vida secular, trepida en obedecer y teme no obedecer, para no desertar de Dios en sus preceptos obedeciendo, o de nuevo despreciar a Dios en el prior elegido no obedeciendo; y o bien, contemporizando con lo ilícito, ejercer contra Dios esto mismo que desea por Dios, o de nuevo, no contemporizando, someter a su propio juicio a aquel a quien había buscado como su juez. Abiertamente, pues, este, por el vicio de su discreción, es atado por los enlazados nervios de los testículos, porque o bien obedeciendo, o ciertamente no obedeciendo, se liga en la culpa de la transgresión. Estudiaba quebrantar sus propias voluntades, y procura consolidarlas incluso despreciando al superior. Decretó renunciar al mundo totalmente, y es compelido a volver a las preocupaciones del mundo incluso por voluntad ajena. Enlazados están, pues, los nervios, cuando de tal modo nos ligan los argumentos del enemigo, que los nudos de las culpas, por donde se buscan desatar, se aprietan más duramente.

38. Otro, descuidando sopesar el peso del honor eclesiástico, asciende al lugar del régimen por medio de dádivas. Pero porque todo lo que aquí sobresale se ve más afectado por las tristezas que lo que se goza por los honores, mientras el corazón es oprimido por las tribulaciones, la culpa es traída a la memoria, y le duele haber llegado al trabajo con culpa, y reconoce cuán inicuo es lo que admitió, quebrantado por la dificultad misma. Reconociéndose, pues, reo por las dádivas gastadas, quiere abandonar el lugar de la sublimidad alcanzada, pero teme que sea un delito más grave haber dejado la custodia del gremio asumido; quiere llevar la cura del gremio asumido, pero teme que sea una culpa peor poseer los regímenes de la gracia pastoral comprados. Por la ambición del honor, pues, se ve ligado por la culpa de una y otra parte. Pues ve que ninguna de las dos cosas está libre del reato del crimen, si o bien se abandona el gremio una vez asumido, o de nuevo se mantiene la acción sagrada comprada secularmente. Por todas partes teme, y sospechoso teme de todos lados, para que o bien permaneciendo en el régimen comprado no lamente dignamente lo que no enmienda también abandonándolo; o ciertamente abandonando el régimen, mientras se esfuerza por llorar una cosa, de nuevo cometa otra por la misma destitución del gremio. Porque, pues, este Behemot liga con nudos tan inexplicables, que frecuentemente la mente puesta en duda, por donde se esfuerza en soltarse de la culpa, por allí se liga más estrechamente en la culpa, rectamente se dice: *Los

nervios de sus testículos están enlazados.* Pues los argumentos de sus maquinaciones, como por donde se aflojan para que suelten, por allí más se complican para que retengan.

[Vet. XX.] 39. Donde no se abre ninguna vía de escape sin pecado, qué debe hacerse. El coito de los casados para saciar la libido no carece de culpa. — Existe, sin embargo, lo que se haga útilmente para destruir sus astucias, para que mientras la mente se ve constreñida entre pecados menores y máximos, si de ninguna manera se abre una vía de escape sin pecado, se elijan siempre los menores, porque también quien es cerrado por todas partes por un circuito de muros para que no huya, allí se lanza a la fuga donde se encuentra el muro más bajo. Y Pablo, mientras veía a algunos en la Iglesia incontinentes, concedió lo mínimo para que declinaran lo mayor, diciendo: *Pero por la fornicación tenga cada uno su mujer* (1 Cor 7, 2). Y porque solo entonces los cónyuges están sin culpa en la unión cuando se unen no para saciar la libido, sino para recibir prole, para mostrar que esto mismo que había concedido no carecía de culpa, aunque mínima, añadió inmediatamente: *Pero esto lo digo por indulgencia, no por mandato* (Ibíd., 6). Pues no carece de vicio lo que se perdona y no se manda. Ciertamente vio pecado en lo que previó que podía perdonar. Pero cuando somos constreñidos en las dudas, útilmente nos sometemos a lo mínimo, para no pecar en lo grande sin perdón. Así frecuentemente se deshace la complicación de los nervios de este Behemot

mientras se pasa a las virtudes máximas a través de las menores cometidas. Sigue:

CAPÍTULO XXI.

VERS. 18 (Vulg. 13). — Sus huesos son como flautas de bronce.

40. Cuánto peligro inminente hay en los astutos consejos del diablo. — ¿Qué se designa por los huesos de este Behemot, sino los consejos? Pues así como en los huesos subsiste la posición y la fuerza del cuerpo, así en sus fraudulentos consejos se yergue toda su malicia. Pues no oprime a nadie por la fuerza, sino que lo mata por la astucia de una pestífera persuasión. Y de nuevo, así como los huesos que confortan las médulas que los riegan, así la sutileza del ingenio infundida por la potencia de la naturaleza espiritual robustece sus consejos. Pero en esto distan sus testículos de sus huesos, esto es, las sugestiones de los consejos: en que por aquellas inserta abiertamente cosas nocivas, pero por estos arrastra a la culpa como aconsejando desde el bien; por aquellas vence luchando, por estos suplanta como aconsejando. Por lo cual también sus huesos, esto es, estos mismos consejos, bien se comparan con flautas de bronce. Pues las flautas de bronce suelen adaptarse a cantos sonoros, las cuales, arrimadas a los oídos mientras entonan sutilmente un canto blando, arrastran lo interior de la mente a lo exterior del deleite; y mientras es dulce lo que suena a los oídos, debilitan la virilidad del corazón en el flujo de la voluptuosidad. Y cuando el oído es arrastrado al deleite, el sentido se enerva de

su estado de fortaleza. Así también sus astutos consejos, mientras aconsejan como por una blanda provisión, invierten el corazón de su fuerte intención; y mientras resuenan cosas dulces, lo inclinan a las nocivas. Son, pues, como flautas de bronce, las cuales, mientras se escuchan con gusto, derriban el ánimo de la intención interna al deleite de la vida exterior. Pues este Behemot se afana grandemente en ejecutar el engaño, para que mientras muestra el consejo de su perversidad como si fuera útil, pueda sonar suavemente lo que dice, a fin de que tanto con la utilidad mostrada acaricie la mente, como con la iniquidad escondida la corrompa.

[Vet. XXI.] 41. Se hace patente con ejemplos. Con qué arte persuade a sudar por adquirir riquezas. — Lo cual mostramos más abiertamente en todo, si exponemos brevemente unos pocos argumentos de sus consejos. He aquí, pues, que alguien contento con sus propias cosas, decretó no implicarse en ninguna ocupación de este mundo, temiendo mucho perder las ventajas de su quietud, y despreciando mucho acumular ganancias con pecados. A este viene el astuto enemigo, para subvertir la intención de la buena devoción, y le suministra como un consejo de utilidad, diciendo: Esas cosas que tienes, ciertamente, bastan para el presente, pero cuando estas falten ¿qué vas a hacer? Pues si tras estas nada se provee, están presentes las que han de gastarse al presente en los hijos, pero sin embargo han de prepararse las que se reserven. Puede faltar más pronto incluso lo que está presente, si la

providente solicitud cesa de preparar lo que falta. ¿Acaso no puede llevarse a cabo también la acción terrenal y, sin embargo, declinar la culpa en la acción, de modo que proporcione estipendios exteriores y, sin embargo, no incline la rectitud interna? Estas cosas insinúa entretanto halagando, y aparte oculta ya los lazos del pecado en el negocio terreno que provee. Sus huesos, pues, son como flautas de bronce, porque sus perniciosos consejos halagan a su oyente con la suavidad de una voz que aconseja.

42. Y que puede desviar a quien medita renunciar al mundo. — Otro también no solo decretó no buscar ventajas terrenas, sino incluso renunciar a todo lo que posee para que, en el discipulado del magisterio celestial, se ejercite tanto más libre cuanto más expedito se ha vuelto, abandonando y pisoteando aquellas cosas que podían oprimir al poseedor. El enemigo, acechando, habla al corazón de este con una sugestión oculta, diciendo: ¿De dónde surgió tal audacia de temeridad, que te atrevas a creer que subsistirás abandonándolo todo? De otro modo te formó el Creador, y de otro modo te dispones tú mismo; te haría más valiente y robusto, si hubiera querido que siguieras sus vestigios con la necesidad de la penuria. ¿Acaso no hay muchos que de ninguna manera abandonan sus patrimonios terrenos y, sin embargo, con ellos, por las obras de misericordia, compran los bienes eternos de la suerte suprema? Estas cosas sugiere halagando, pero aparte, en esas mismas cosas que aconseja retener, pone engañosamente ante los ojos del

que las retiene deleites pestíferos, para arrastrar el corazón seducido a los halagos exteriores y pervertirlo en los íntimos votos de perfección. Sus huesos, pues, son como flautas de bronce, porque sus consejos engañosos, mientras emiten un sonido blando desde el exterior, ingieren un daño pernicioso en el interior.

43. Máxime si tiende a la cumbre de la perfección monástica. — Otro, abandonadas todas las cosas que poseía exteriormente para abrazar el orden de un discipulado más sublime, se dispone también a quebrantar sus íntimas voluntades para que, sometiéndose a las voluntades más rectas de otro, renuncie a sí mismo no solo en los deseos depravados, sino para el colmo de la perfección incluso en los buenos votos, y observe todo lo que debe hacer según el arbitrio ajeno. El astuto enemigo le habla tanto más suavemente cuanto más ardientemente intenta derribarlo desde un lugar más excelso, y pronto, halagando con una virulenta sugestión, dice: ¡Oh, cuántas cosas admirables podrás hacer por ti mismo si de ninguna manera te sometes al juicio de otro! ¿Por qué disminuyes tu progreso bajo el afán de mejora? ¿Por qué quebrantas el bien de tu intención mientras te esfuerzas por extenderla más de lo necesario? Pues, ¿qué cosas perversas perpetraste mientras usabas tu propia voluntad? Puesto que, pues, te bastas plenamente a ti mismo para vivir bien, ¿por qué requieres un juicio ajeno sobre ti? Estas cosas insinúa halagando, pero aparte, en sus propias voluntades, prepara causas para ejercitar la soberbia; y mientras alaba el corazón por su rec-

titud intestina, investiga astutamente por dónde derribarlo en la depravación. Sus huesos, pues, son como flautas de bronce, porque sus clandestinos consejos, por donde deleitan blandamente al ánimo, por allí lo disipan perniciosamente de la recta intención.

44. Cómo se esfuerzan por apartar de los oficios de la caridad. — Otro, quebrantadas plenamente sus voluntades, corrigió ya muchos vicios del hombre viejo tanto por el cambio de vida como por el lamento de la penitencia; y se enciende con tanto mayor celo contra los pecados ajenos cuanto más, muerto para sí mismo, no es retenido por sus propias iniquidades. A este, el astuto enemigo, porque sabe que por el celo de la justicia aprovecha también a los demás, lo ataca como con palabras que aconsejan cosas prósperas, diciendo: ¿Por qué te extiendes a cuidar de lo ajeno? Ojalá pudieras considerar lo tuyo. ¿Acaso no sopesas que, cuando te extiendes a lo ajeno, resultas menor para cuidar de lo que es tuyo? ¿Y qué aprovecha limpiar la sangre de la herida ajena y, por descuido, dilatar la podredumbre de la propia? Mientras dice estas cosas como aconsejando, quita el celo de la caridad, y todo el bien que podía brotar de la caridad lo extingue con la espada del torpor subintroducido. Pues si se nos manda amar a nuestros prójimos como a nosotros mismos (Mt 19, 19; 22, 39), es digno que así ardamos de celo por ellos contra los vicios como por los nuestros. Porque, pues, mientras aconseja suavemente vuelve la mente ajena a su propia intención, rectamente se dice: *Sus huesos

son como flautas de bronce.* Pues cuando por fraudulentos consejos suena blando al ánimo del oyente, canta como con flauta de bronce para que, por donde acaricia, por allí engañe [Vet. XXII]. Pero este Behemot mueve un combate mucho más blando cuando se ejercita en acechanzas bajo pretexto de enfermedad. Pero entonces excita tentaciones más duras cuando ante los ojos del tentado oculta los lazos de la iniquidad bajo especie de virtud. Por lo cual rectamente se añade:

CAPÍTULO XXII.

VERS. 18 (Vulg. 13). — Su cartílago es como láminas de hierro.

45. Excita tentaciones más duras cuando oculta los lazos de la iniquidad bajo especie de virtud. — ¿Qué se entiende por el cartílago, sino su simulación? Pues el cartílago muestra la apariencia del hueso, pero no tiene la firmeza del hueso. Y hay algunos vicios que muestran en sí la apariencia de la rectitud, pero proceden de la debilidad de la depravación. Pues la malicia de nuestro enemigo se encubre con tal arte que frecuentemente, ante los ojos de la mente engañada, finge que las culpas son virtudes para que de ahí cada cual espere como premios aquello por lo que es digno de hallar tormentos eternos. Pues frecuentemente, al vengar los vicios, se actúa con crueldad y se piensa que es justicia, y la ira inmoderada se cree mérito de un celo justo; y cuando los que pecan por costumbres distorsionadas deberían ser dirigidos con cautela, son quebrantados por una violenta inflexión. Frecuentemente la

remisión disoluta se tiene como mansedumbre y piedad; y mientras se perdona temporalmente a los delincuentes más de lo que conviene, se les reserva cruelmente para los suplicios eternos. A veces la profusión se cree misericordia y, mientras es culpa guardar mal, no se teme que sea peor derramar lo que se ha recibido. A veces la tenacidad se piensa que es parquedad y, cuando es un vicio grave no dar, se cree virtud retener lo recibido. A menudo la pertinacia de los malos se llama constancia y, mientras el ánimo no permite ser doblado de su depravación, se gloría como por la defensa de lo recto. A menudo la inconstancia se tiene como tratabilidad y, por cuanto cada uno no guarda fe íntegra a nadie, por eso se estima amigo de los hombres. A veces el temor incompetente se cree humildad y, cuando oprimido por el pavor temporal alguien calla en la defensa de la verdad, arbitra que según el orden de Dios se muestra humilde ante los superiores. A veces la soberbia de la voz se estima libertad de la verdad y, cuando por elación se contradice a la verdad, la procacidad de hablar se piensa defensa de la verdad. Frecuentemente la pereza se considera como continencia de la quietud y, cuando es culpa grave no hacer lo recto con estudio, se cree mérito de gran virtud cesar solo de la acción depravada. Frecuentemente la inquietud del espíritu se denomina solicitud vigilante; y cuando alguien no tolera la quietud, haciendo lo que apetece, piensa que cumple el ejercicio de la virtud debida. A menudo, en lo que ha de hacerse, la precipitación incauta se cree fervor de un afán loable; y

cuando el bien deseado se corrompe por la acción intempestiva, se estima que se actúa tanto mejor cuanto más rápido. A menudo la tardanza de acelerar el bien se piensa que es consejo; y cuando se espera a que aproveche por la retractación, esto lo suplanta una demora acechante [Vet. XXIII]. Por tanto, cuando la culpa se ve como virtud, es necesario sopesar que tanto más tarde abandona la mente su vicio cuanto más no se avergüenza de esto que perpetra; y tanto más tarde abandona la mente el vicio cuanto más, engañada por la especie de virtud, busca incluso la retribución de los premios por ello. En cambio, fácilmente se corrige la culpa de la que uno se avergüenza porque se siente que es culpa. Porque, pues, el error se enmienda más difícilmente cuando se cree virtud, rectamente se dice: *Su cartílago es como láminas de hierro.* Pues este Behemot, que bajo pretexto de bien exhibe su astucia más fraudulentamente, por eso mismo retiene el ánimo en la culpa más duramente.

46. Quienes desean la vía de la santidad, a veces caídos en error, se enmiendan más tarde. Se vuelven más fríos que las mentes frías. — De aquí es que a veces aquellos que desean la vía de la santidad, caídos en error, se enmiendan más tarde. Pues estiman que es recto lo que hacen, y así como a la virtud que ha de cultivarse, así al vicio unen la perseverancia. Estiman recto lo que hacen, y por ello sirven más esforzadamente a su propio juicio. Por lo cual bien Jeremías, al decir: *Sus Nazareos eran más blancos que la nieve, más nítidos que la leche, más rubicundos que el

marfil antiguo, más hermosos que el zafiro; se ha ennegrecido su faz sobre los carbones, y no son conocidos en las plazas*, añadió inmediatamente: *Se pegó su piel a sus huesos, se secó, y se volvió como madera* (Lam 4, 7-8). ¿Qué se significa por el nombre de Nazareos, sino la vida de los abstinentes y continentes, la cual se dice más nítida que la nieve y la leche? Pues la nieve se congela del agua que viene de arriba, pero la leche se exprime de la carne que se nutre en las partes inferiores. ¿Qué se demuestra, pues, por la nieve sino el candor de la vida celestial, qué por la leche sino la administración de la dispensación temporal? Y porque frecuentemente los varones continentes en la Iglesia hacen obras tan admirables que parecen ser superados por ellos muchos que mantuvieron la vida celestial, muchos que dispensaron bien lo terreno, se refieren como más blancos que la nieve y más nítidos que la leche. Quienes también, porque por el fervor del espíritu parecen a veces vencer la vida de los antiguos y fuertes padres, rectamente se añade: *Más rubicundos que el marfil antiguo.* Pues mientras se imprime el nombre del rubor, se significa la llama del santo deseo. Pero no ignoramos que el marfil es el hueso de grandes animales. Son, pues, más rubicundos que el marfil antiguo porque a menudo, ante los ojos humanos, resultan de un estudio más ferviente que algunos de los padres precedentes. De los cuales, para que se muestre todo a la vez, se añade: *Más hermosos que el zafiro.* Pues el zafiro es de color etéreo. Y porque parecen vencer a muchos precedentes y a los que tienden

a lo supremo por su conversación celestial, se narra que resultaron más hermosos que el zafiro. Pero frecuentemente, mientras la abundancia de virtudes prospera incluso más de lo conveniente, el ánimo es llevado a una cierta confianza en sí mismo, y engañada por su propia presunción, de repente se oscurece por el pecado que se desliza; por lo cual rectamente se añade: *Se ha ennegrecido su faz sobre los carbones.* Pues se vuelven negros tras la blancura porque, perdida la justicia de Dios, cuando presumen de sí mismos, resbalan incluso en aquellos pecados que no comprenden; y porque tras el fuego del amor vienen al frío del torpor, se prefieren por comparación a los carbones extinguidos. Pues a veces, mientras abandonan el temor de Dios por la confianza en sí mismos, se vuelven más fríos incluso que las mentes frías. De los cuales rectamente se añade: *No son conocidos en las plazas.* Pues la plaza (*platea*), según la razón del habla griega, se dice por la latitud. ¿Qué es en verdad más estrecho para la mente humana que quebrantar las propias voluntades? De cuyo quebrantamiento dice la Verdad: *Entrad por la puerta estrecha* (Mt 7, 13). Pero ¿qué es más ancho que no resistirse a ninguna voluntad propia, y difundirse sin retractación hacia donde el impulso del arbitrio haya llevado? Aquellos, pues, que por la confianza de la santidad, pospuesto el juicio de los mejores, se siguen a sí mismos, caminan como por las plazas. Pero no son conocidos en las plazas, porque de su vida habían mostrado otra cosa cuando, quebrantando sus propias voluntades, se mantenían

en la senda estrecha. Y bien se añade: *Se pegó su piel a sus huesos.* ¿Qué se expresa en el hueso sino la dureza de la fortaleza, qué en la piel sino la blandura de la debilidad? Se dice, pues, que la piel de ellos se pega a sus huesos, porque por ellos, que sienten cosas perversas, la debilidad del vicio se piensa dureza de la virtud. Pues son débiles las cosas que hacen, pero, engañados por la confianza de la elación, las unen a fuertes sospechas, y cuanto más grandes cosas sienten de sí mismos, tanto más desprecian enmendarse de su nequicia. Por lo cual también rectamente se añade: *Se secó y se volvió como madera.* Pues la culpa de ellos se vuelve tanto más insensible cuanto que incluso se tiene por loable entre ellos. La cual rectamente afirma estar seca porque no reverdece con ningún pensamiento de sí misma. Lo que, pues, en Jeremías se dice por la debilidad de la piel, esto en el bienaventurado Job se dice por la fragilidad del cartílago; y lo que allí los huesos por la dureza, esto aquí se recuerda que son las láminas de hierro.

[Vet. XXIV.] Pero este Behemot, que a través de sus miembros en el último tiempo se ejercita con tal arte de iniquidad contra los elegidos de Dios, que incluso por sí mismo se exhibe para engañar las mentes en tal tergiversación de acechanzas, oigamos de qué naturaleza, de qué condición sea. Pues no podría hacer cosas tan admirables incluso en su operación maligna si no subsistiera de una gran condición. Por lo cual pronto el Señor, con maravillosa piedad, como si diera las causas

de tanta astucia y tanta fortaleza, añadió diciendo:

CAPÍTULO XXIII

[Rec. XVIII].

VERSO 14.---Él es el principio de los caminos de Dios.

47. La primera y más noble criatura fue el ángel que cayó.---Como si dijera abiertamente: Por eso es capaz de tanto con fortaleza, porque en la naturaleza de las cosas, al crearlo por su sustancia, el Creador lo hizo el primero. Pues, ¿qué entendemos por los caminos de Dios sino sus acciones? De las cuales dice por el profeta: Pues no son mis caminos como vuestros caminos (Isa. LV, 8). Y Behemot es llamado el principio de los caminos de Dios, porque ciertamente, cuando Dios obraba creando todas las cosas, lo formó a él primero, a quien hizo más eminente que al resto de los ángeles. El profeta contempla la eminencia de este primado cuando dice: Los cedros no fueron más altos que él en el paraíso de Dios; los abetos no igualaron su cima; los plátanos no fueron iguales a su follaje; ningún árbol del paraíso de Dios se le asimiló a él y a su belleza, porque lo hizo hermoso con muchas y densas ramas (Ezeq. XXXI, 8, 9). Pues, ¿quiénes pueden ser entendidos por los cedros, abetos y plátanos, sino aquellas huestes de las virtudes celestiales de excelsa altura, plantadas en el verdor de la alegría eterna? Las cuales, aunque fueron creadas excelsas, sin embargo ni fueron preferidas a él, ni igualadas. Se dice que

fue hecho hermoso con muchas y densas ramas, porque al ser preferido a las demás legiones, tanto más bello lo hizo su apariencia cuanto la multitud de ángeles a él sujeta lo decoró. Este árbol en el paraíso de Dios tuvo tantas ramas densas, por así decirlo, cuantas legiones de espíritus celestiales vio colocadas bajo sí. El cual, por haber pecado, fue condenado sin perdón, porque había sido creado grande sin comparación. De aquí que se le diga de nuevo por el mismo profeta: Tú eras el sello de la semejanza de Dios, lleno de sabiduría y perfecto en hermosura, estuviste en las delicias del paraíso de Dios (Ezeq. XXVIII, 12, 13). Pues, habiendo de decir muchas cosas sobre su grandeza, en la primera palabra lo comprendió todo. ¿Pues qué bien no tuvo, si fue el sello de la semejanza de Dios? Pues del sello de un anillo se expresa en imagen tal semejanza cual esencialmente se tiene en el mismo sello. Y aunque el hombre fue creado a semejanza de Dios (Gén. I, 27), sin embargo, como atribuyendo algo mayor al ángel, no dice que fue formado a semejanza de Dios, sino que él mismo era el sello de la semejanza de Dios, para que cuanto más sutil es en su naturaleza, tanto más plenamente se crea expresada en él la semejanza de Dios.

[Vet. XXV]. 48. Su primado en los nueve órdenes de ángeles. Qué significa Querubín.--- De aquí que, insinuando aún la potencia de su primado, el mismo profeta añade: Toda piedra preciosa fue tu vestidura: el sardio, el topacio y el jaspe, el crisólito, el ónice y el berilo, el zafiro, el carbunclo y la esmeralda (Ezeq. XXVIII,

13). Dijo nueve géneros de piedras, porque ciertamente son nueve los órdenes de los ángeles. Pues cuando por las mismas sagradas elocuencias se mencionan los ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, virtudes, principados, potestades, querubines y serafines en abierta narración, se muestra cuántas son las distinciones de los ciudadanos celestiales. Con las cuales, sin embargo, se describe que este Behemot estuvo cubierto, porque los tuvo como vestidura para su ornato; al trascender la claridad de ellos, fue más claro por la comparación con ellos. De cuya descripción allí añade todavía: El oro fue la obra de tu hermosura, y tus agujeros fueron preparados en el día en que fuiste creado (Ibíd., 13). El oro fue la obra de su hermosura, porque brilló con la claridad de la sabiduría, que recibió al ser bien creado. Pues los agujeros se hacen en las piedras para que, ligadas por el oro, se unan en la composición de un ornamento, y de ninguna manera disientan entre sí, a quienes el oro infundido liga al llenar los agujeros. Los agujeros de esta piedra, por tanto, fueron preparados en el día de su creación, porque evidentemente fue creado capaz de caridad. En la cual, si hubiera querido ser llenado, habría podido adherirse a los ángeles que permanecieron en pie, como piedras colocadas en el ornamento de un rey. Pues si se hubiera ofrecido penetrable por el oro de la caridad, asociado a los santos ángeles, permanecería como piedra fija en el ornamento regio, como hemos dicho. Tuvo, pues, esta piedra agujeros, pero por el vicio de la soberbia no fueron llenados con el oro de la caridad. Pues porque

por eso se ligan con oro para que no caigan, por eso este cayó, porque aun estando perforado por la mano del Artífice, despreció ser ligado por los vínculos del amor. Pero ahora las otras piedras, que habían sido perforadas de manera similar a esta, están ligadas por la caridad que se penetra mutuamente, y en este don, al caer este, merecieron que ya de ninguna manera se suelten cayendo del ornamento regio. Contemplando aún la celsitud de este primado, el mismo profeta añade: Tú eres un querubín extendido y protector en el monte santo de Dios, caminaste perfecto en medio de las piedras de fuego (Ezeq. XXVIII, 14). Querubín, en efecto, se interpreta como plenitud de la ciencia; y por eso este es llamado Querubín, porque no se duda que trascendió a todos en ciencia. Quien caminó perfecto en medio de las piedras de fuego, porque entre los corazones de los ángeles encendidos por el fuego de la caridad, destacó claro por la gloria de su condición. A quien con razón llama extendido y protector. Pues todo lo que protegemos estando extendidos, lo ensombrecemos. Y porque por la comparación de su claridad se cree que ensombreció la claridad de los demás, él mismo es presentado como habiendo sido extendido y protector. Pues cubrió a los demás como ensombreciéndolos, él que trascendió la grandeza de ellos con una excelencia mayor. Lo que, pues, allí se dice como hermoso en muchas ramas, lo que allí como sello de la semejanza, lo que allí como querubín, lo que allí como protector, esto es lo que aquí, por la voz

divina, este Behemot es llamado principio de los caminos de Dios.

[Vet. XXVI.] 49. Que el hombre aprenda de la caída del ángel a no ser soberbio.---Sobre el cual insinúa por eso cosas tan admirables en las que estuvo y las que perdió, para mostrar al hombre aterrorizado qué ha de sufrir él mismo, si fuera soberbio, por la culpa de su elación, si no quiso perdonar al herir a aquel a quien al crear elevó a la gloria de tan gran claridad. Considere, pues, el hombre qué merece estando elado en la tierra, si el ángel, preferido incluso a los ángeles, es derribado en el cielo. De donde también con razón se dice por el profeta: Mi espada se ha embriagado en el cielo (Isa. XXXIV, 5). ¿Considerad con qué ira heriré a los soberbios de la tierra, si ni siquiera perdoné herir a los mismos que creé en el cielo junto a Mí por el vicio de la elación? Oídas, pues, tantas virtudes del antiguo enemigo, conocida tan gran magnitud de su condición, ¿quién no caería con inmenso pavor? ¿quién no sucumbiría por el golpe de la desesperación? Pero, puesto que la potencia de nuestro enemigo mostrada reprime nuestra elación, también el Señor fomenta nuestra flaqueza mediante la dispensación abierta de su gracia. Por lo cual, habiéndolo llamado principio de sus caminos, añadió enseguida:

CAPÍTULO XXIV

[Rec. XIX].

IBÍD.---Quien lo hizo, aplicó su espada.

50. Dios coarta la potencia del ángel apóstata.---La espada de este Behemot es ciertamente su misma malicia de dañar. Pero su espada es aplicada por aquel por quien fue hecho bueno por naturaleza, porque su malicia es restringida por la divina dispensación, para que no se le permita herir las mentes de los hombres tanto como desea. Porque, por tanto, nuestro enemigo tanto puede mucho como hiere menos, la piedad del Creador ata su espada, para que, vuelta hacia atrás, yazga oculta dentro de su conciencia, y su malicia no se extienda a la muerte de los hombres más allá de lo que justamente se dispone desde lo alto. Lo que, pues, prevalece fuertemente para muchas cosas, esto lo puede por el principio de su gran condición; pero lo que es vencido por algunos, su espada es ciertamente vuelta hacia atrás por el Autor. Pues este Behemot, que es el principio de los caminos de Dios, cuando recibió la licencia de la tentación contra el santo varón, movió las naciones, arrebató los rebaños, hizo bajar fuego del cielo, excitó los vientos con el aire perturbado, derribó la casa sacudiéndola, extinguió a los hijos que banqueteaban, ejercitó la mente de la esposa en el dolo de la perversa persuasión, y traspasó la carne del marido con las heridas infligidas (Job I, 13, ss.); pero su espada es vuelta hacia atrás por el Creador, cuando se dice: Guarda su vida (Ibíd. II, 6). Cuánta sea su flaqueza con la espada vuelta hacia atrás, se describe por el testimonio del evangelista, porque ni pudo permanecer en el hombre obseso, ni de nuevo presumió invadir a los animales brutos si no se

le mandaba, diciendo: Si nos echas, envíanos al hato de los puercos (Mat. VIII, 31). Se muestra cuán vuelta hacia atrás está su espada de malicia, pues ni siquiera podría ensañarse contra el hato de los puercos si la Suma Potencia no le otorgara licencia. ¿Cuándo, pues, se atrevería este por su propia voluntad a dañar a los hombres hechos a imagen de Dios, de quien ciertamente consta que ni siquiera a los puercos presume tocar si no se le manda?

51. Se confuta la herejía de Arrio.---Ha de notarse también que, mientras Behemot es llamado principio de los caminos de Dios, el vesano dogma de Arrio es disipado por abierta razón. Pues afirma que el Hijo es una criatura de Dios, y he aquí que Behemot se muestra como el primero creado en la creación de las cosas. Resta, pues, que Arrio o bien predique que el Hijo no es creado, o que, como un estulto, piense que fue formado después de Behemot. Pero porque todo lo que se aplica se reduce a sí mismo, con razón se dice que la espada de Behemot está aplicada. Pues su malicia se consume en sí misma cuando, estando prohibida, no se ejercita según su deseo contra la vida de los elegidos. Pero se le permite herir a muchos según sus méritos exigentes, para que, al desertar de Dios, sirvan al enemigo condenado. Pero es vencido por los elegidos tanto más valientemente cuanto más humildemente se someten solo al Autor de todas las cosas. Porque, por tanto, por esto que se llama principio de los caminos de Dios, por esto que se demuestra muy intolerable con el permiso del Señor, conocemos

abiertamente con qué enemigo luchamos. Resta, pues, que cada uno de nosotros se someta tanto más plenamente al Autor cuanto más verdaderamente sopesa contra sí las violentas fuerzas del adversario. ¿Pues qué somos nosotros sino polvo? ¿Y qué es él sino uno de los espíritus celestiales, y, lo que aún es mayor, el sumo? ¿Qué, pues, se atrevería por su propia virtud cuando el polvo lucha contra el príncipe de los ángeles? Pero porque el Creador de los espíritus celestiales asumió un cuerpo terreno, con razón ahora el humilde polvo vence al ángel soberbio. Pues al adherirse a la verdadera fortaleza recibe fuerzas, las cuales el espíritu tránsfuga perdió cuando se siguió a sí mismo. Y es digno que sea vencido por el polvo quien se creyó fuerte habiendo abandonado al Creador; para que, superado, encuentre que, elado, desfalleció. Pero jadea mucho ensañándose, porque mientras las cosas ínfimas lo atormentan, el hombre asciende a las sumas; porque en aquella celsitud permanece la carne asunta, desde la cual el mismo espíritu tan grande yace proyectado sin fin. Pero el orden de los méritos cambió los lugares de las mentes. Así, así la soberbia mereció ser derribada, así la humildad ser exaltada, a fin de que tanto el espíritu celestial, al erigirse, tolere el tártaro, como la tierra humilde reine sin término sobre los cielos.

LIBRO TRIGÉSIMO TERCERO.

Presenta la exposición del verso decimoquinto y de los restantes del capítulo XL, así como de los doce primeros del capítulo XLI, donde se detectan varias artes del demonio, y se enseña la predestinación gratuita, conciliándola con el libre albedrío.

1075 [Vet. et Rec. I.] 1. Los soberbios sirven al diablo más familiarmente.---Al antiguo enemigo, que bajo el nombre de Behemot es descrito por la voz del Señor, todos los soberbios le sirven tanto más familiarmente cuanto más altamente se hinchan dentro de sí mismos con los sucesos de esta vida. Pues a estos, al aumentarles la gloria, crece la elación; con la elación se añade el cuidado, el ánimo se tensa aquí y allá, porque los deseos crecen con las posesiones. Y cuando producen innumerables pensamientos como la hierba del campo, con esos mismos pensamientos, como con un pasto deseado, alimentan el hambre de este Behemot. Por lo cual ahora se dice con razón:

CAPÍTULO I.

VERSO 15.---Para este los montes producen hierba.

2. Qué significa monte o montes en la sagrada Escritura.---En la sagrada Escritura, cuando se pone monte en número singular, se designa a veces al Señor encarnado, a veces a la santa Iglesia, a veces al testamento de Dios, a veces al ángel apóstata, a veces a cualquier hereje. Pero cuando se nombran montes en número plural, se expresa a veces la celsitud de los apóstoles y profetas, y a veces el tumor de las potestades seculares. Pues un monte designa al Señor, como está escrito: Y en los últimos días el monte de la casa del Señor estará preparado en la cima de los montes (Isa. II, 2). Pues el monte en la cima de los montes es el Señor encarnado, que trasciende la celsitud de los profetas. De nuevo, por monte se designa a la santa Iglesia, como está escrito: Los que confían en el Señor, como el monte Sion (Sal. CXXIV, 1). Sion, en efecto, se interpreta como especulación, por cuya especulación se figura la Iglesia que contempla a Dios. De nuevo, por monte se expresa el testamento de Dios, como dice Habacuc: Dios vendrá del Líbano, y el Santo del monte sombrío y espeso (Hab. III, 3). Pues quien prometió que vendría por las páginas de su testamento, como que de allí viene, de donde se mantuvo como bajo promesa. Cuyo testamento con razón se llama monte sombrío y espeso, porque se opaca con densas oscuridades de alegorías. De nuevo, por monte se designa al ángel apóstata, como bajo la especie del rey de Babilonia se dice a los predicadores sobre el antiguo enemigo: Sobre el monte tenebroso levantad la señal (Isa. XIII, 2). Pues los santos predicadores levantan la señal sobre el

monte tenebroso cuando exaltan la virtud de la cruz contra la soberbia de Satanás, que a menudo se esconde bajo la niebla de la simulación. De nuevo, por monte se expresa cualquier hereje, como por voz de la Iglesia dice el salmista: En el Señor confío, ¿cómo decís a mi alma: Trasmigra al monte como un pájaro (Sal. X, 1)? Pues cuando, abandonada la unidad de la alma fiel, se dice que confíe en la hinchada doctrina del predicador herético, se le persuade a trasmigrar como a un monte, habiendo desertado del Señor. De nuevo, por montes se designa la celsitud de los apóstoles y profetas, como está escrito: Tu justicia es como los montes de Dios (Sal. XXXV, 7). Y por voz de Pablo se dice: Para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él (II Cor. V, 21). O como de nuevo por voz de la Iglesia que espera dice el salmista: Levanté mis ojos a los montes, de donde me vendrá el auxilio (Sal. CXX, 1). De nuevo, por montes se expresa el tumor de las potestades seculares, de los cuales dice el salmista: Los montes fluyeron como cera ante la faz del Señor (Sal. XCVI, 5), porque muchos que antes se habían hinchado con alta rigidez. Al aparecer Dios en la carne, se licuaron con gran temor por la penitencia. O como el mismo profeta dice de nuevo: Ascienden los montes, y descienden los campos (Sal. CIII, 8). Pues muchos perseguidores del Señor vienen soberbios contra Él, pero vuelven de Él humildes. Quienes ascienden como montes por el tumor de la potencia, pero descienden como campos, hechos llanos evidentemente por el conocimiento de la culpa.

[Vet. II.] 3. Los elados, al obrar mal, alimentan a los demonios.---Pero porque algunos permanecen en la altura de su elación y se dignan humildemente inclinarse a los divinos obsequios, por el hecho de que no cesan de pensar y perpetrar cosas perversas según el deseo del antiguo enemigo, con razón se dice en este lugar sobre Behemot: Para este los montes producen hierba. Pues los elados del siglo producen hierba para este Behemot, porque lo refrescan con aquello que operan inicuamente. Producen hierba para este Behemot porque le ofrecen sus placeres fugaces y lúbricos. Pues serán, dice el Apóstol, hombres amantes de sí mismos (II Tim. III, 2). Cuya descripción comprendió diciendo: Amantes de los placeres más que de Dios (Ibíd., 4). ¿Cuál es, pues, la hierba de los montes sino el placer fugaz que nace del corazón de los soberbios? Quienes, si no despreciaran a Dios por su soberbia, de ninguna manera perpetrarían tantas cosas lúbricas por su lascivia. Con cuyas hierbas ciertamente se alimenta este Behemot, porque, hambriento de la pena de la muerte eterna en ellos, se sacia con sus costumbres perdidas. Pues los soberbios de este siglo, aun cuando a veces, impedidos por el orden de la dispensación suprema, cesan del cumplimiento de las obras inicuas, multiplican sin embargo cosas inicuas en el pensamiento; ya sea para mostrarse más poderosos que los demás en riquezas y honores, ya sea para ejercitar esa misma potencia suya en el estudio de la lesión ajena, ya sea para que, llevados por movimientos lúbricos, se disuelvan en hechos ligeros y placeres. Quienes,

mientras piensan realizar con las cosas recibidas de Dios no cosas rectas, sino siempre perversas, ¿qué otra cosa hacen sino luchar contra Dios con sus propios dones? Porque, por tanto, este Behemot reconoce siempre sus propios deseos en las mentes de los soberbios, encuentra como hierbas en los montes, con las cuales extiende el vientre de su malicia al ser refrescado. Pero con razón se añade:

CAPÍTULO II

[Rec. II].

IBÍD.---Todas las bestias del campo jugarán allí.

4. El juego de los demonios es rotar las mentes humanas de vicio en vicio.---¿Qué se designa por las bestias sino los espíritus inmundos, y qué por el campo sino el presente siglo? De donde sobre el mismo príncipe de los espíritus malignos se dice contra Efraín: La bestia del campo los despedazará (Ose. XIII, 8). O como dice Isaías: Y la mala bestia no subirá por ella (Isa. XXXV, 9). Pero que por el nombre de campo se entienda el mundo, lo atestigua el sermón del Señor por el Evangelio, que dice: El campo es el mundo (Mat. XIII, 38). Las de las bestias del campo, pues, juegan en las hierbas de los montes, porque los demonios, proyectados de las cosas superiores, se deleitan en este mundo con las obras inicuas de los soberbios. Las bestias juegan en las hierbas cuando los espíritus réprobos arrastran los corazones humanos a pensamientos ilícitos. ¿O acaso no es jugar

para los espíritus inmundos el engañar las mentes de los hombres creadas a imagen de Dios, ya sea con una falsa promesa, ya sea para burlarse de ellos con vanos temores, ya sea para imprimirles gozos transitorios como si fueran permanentes, ya sea para aligerar penas permanentes como si fueran transitorias? Mucho había temido la ilusión de estas bestias quien decía: Dios mío, en ti confío, no me avergüence; ni se burlen de mí mis enemigos (Sal. XXIV, 2). Porque, por tanto, el corazón de los soberbios se expone a todo vicio, para que se prepare con pensamiento inicuo para cualquier espíritu maligno que irrumpa, con razón se dice sobre las hierbas de los montes: Todas las bestias del campo jugarán allí. Pues dado que los soberbios no pasan por alto ningún mal al pensar, no hay ninguna bestia del campo que no se sacie con las hierbas de estos montes. Pues aun cuando a veces huyen de la lujuria de la carne, cometen el vicio de la lujuria interior al gloriarse de esa misma castidad. Si a veces no arrebatan nada con avaricia exteriormente, de ninguna manera están limpios del halago de la avaricia, porque aunque no ambicionan cosa alguna, intentan sin embargo arrebatar la alabanza de la continencia mediante el favor de los hombres. A este Behemot, pues, los montes le producen hierba, y todas las bestias del campo juegan allí, porque en el corazón de los soberbios cualquier espíritu maligno se alimenta tanto más ampliamente cuanto que todo vicio se genera de la soberbia. [Vet. III.] Pero porque hemos oído qué come este Behemot,

ahora es necesario que oigamos dónde descansa mientras tanto por su perverso deseo. Sigue:

CAPÍTULO III

[Rec. III].

VERSO 16.---Duerme bajo la sombra, en el secreto de la caña, en lugares húmedos.

5. Qué entiende la Escritura por sombra.--- La obumbración en el sagrado elocuio se pone a veces por la encarnación del Señor, o el refrigerio de la mente del fervor de los pensamientos carnales, de donde por la apelación de sombra se suele insinuar este mismo refrigerio del corazón por la protección suprema. Pero a veces la sombra se toma por el torpor de la mente fría al alejarse la caridad. Pues que la encarnación dominica, preservada la verdad de la historia, se signifique con la apelación de obumbración, lo atestigua el sermón angélico que dice a María: La virtud del Altísimo te obumbrará (Luc. I, 35). Pues porque la sombra no se expresa sino por la luz y el cuerpo, la virtud del Altísimo la obumbró porque en su útero la luz incorpórea asumió un cuerpo. De cuya obumbración recibió en sí todo el refrigerio de la mente. De nuevo, por sombra se expresa el refrigerio del corazón por la protección suprema, como dice el salmista: Bajo la sombra de tus alas protégeme (Sal. XVI, 9). O como la esposa en el Cantar de los cantares, aguardando la llegada del esposo, anuncia diciendo: Bajo la sombra de aquel a quien había deseado me senté (Cant. II, 3). Como si dijera: Del calor de los deseos carna-

les descansé bajo la protección de su llegada. De nuevo, por sombra se expresa el torpor de la mente fría al alejarse la caridad, como está escrito sobre el hombre pecador, que siguió la sombra (Gén. III). Pues huyendo del calor de la caridad, el hombre desertó del sol de la verdad, y se escondió bajo la sombra del frío interno. De donde también por voz de la misma Verdad se dice: Abundará la iniquidad, y se enfriará la caridad de muchos (Mat. XXIV, 12). Por lo cual el primer hombre, después de la culpa, es hallado escondido entre los árboles del paraíso al aire después del mediodía (Gén. III, 8). Pues porque había perdido el calor meridiano de la caridad, ya torpía bajo la sombra del pecado como bajo el frío del aire.

6. Satanás descansa fácilmente como bajo una sombra en aquellos a quienes hace fríos. En ellos yace seguro.---Este Behemot, pues, porque encuentra un cierto descanso en aquellos a quienes, sustrayéndolos del ardor del verdadero sol, hace fríos, se dice que duerme bajo la sombra. Pero a veces por sombra, si sin embargo se pone con la adición de muerte, se expresa o la muerte de la carne, o cualquier réprobo que imita las tinieblas del antiguo enemigo con el estudio de la perversa operación. De donde por voz de los mártires dice el salmista: Nos humillaste en el lugar de la aflicción, y nos cubrió la sombra de la muerte (Sal. XLIII, 20). Pues la sombra de la muerte cubre a los elegidos de Dios cuando la muerte de la carne, que es imagen de la muerte eterna, los disocia de esta vida, porque así como aquella separa el alma de Dios, así esta separa el cuerpo del alma.

O ciertamente la sombra de la muerte los cubre porque del antiguo enemigo está escrito: Su nombre es Muerte (Apoc. VI, 8). Sombra de muerte son, pues, todos los réprobos, porque imitan su nequedad de elación; y expresan su imagen como una sombra mientras atraen a sí la semejanza de su malicia. Quienes cubren a los elegidos de Dios mientras prevalecen temporalmente contra ellos en la atrocidad de la persecución. Pero en este lugar se entiende por sombra el torpor de la nequedad en el que duerme este Behemot, porque vigila solícito contra los corazones que arden de caridad, pero en las mentes frías yace seguro. Pues no puede dormir en las mentes de los santos, porque aun si a veces se coloca en ellas por un breve momento, el mismo calor de los deseos celestiales lo fatiga, y es punzado como tantas veces para que se retire, cuantas se suspira por las cosas eternas por ellos con íntimo amor. Tantas voces lo excitan cuantas pensamientos santos claman al cielo desde sus mentes. De donde sucede que, aterrado por las armas de las buenas acciones y herido por los dardos de los suspiros, huye, y volviendo a los corazones fríos de los réprobos, busca aquella sombra de malicia que posee seguro. Dónde se encuentre por él se muestra cuando se añade enseguida: En el secreto de la caña.

[Vet. IV.] 7. Varias significaciones de la caña y del junco en la sagrada Escritura.---En el sagrado elocuio, con la apelación de caña o junco se entiende a veces el Verbo que permanece, a veces la pericia de los doctores, a veces la movilidad de la mente, a veces el esplendor de la gloria tempo-

ral. Por la caña se designa la eternidad del Verbo cuando por voz del Padre dice el salmista: Mi lengua es caña de escribano que escribe velozmente (Sal. XLIV, 2). Pues porque lo que hablamos pasa y lo que escribimos permanece, la lengua del Padre se llama caña de escribano porque de Él es el Verbo coeterno a Él y generado sin tránsito. De nuevo, por la caña se expresa la doctrina de los escritores, como promete el profeta sobre la santa Iglesia diciendo: En los cubiles en que antes habitaban los dragones, nacerá el verdor de la caña y del junco (Isa. XXXV, 7). Por cuya sentencia, como dijimos mucho antes en esta obra (Sup. lib. XXIX, n. 51), por la caña se expresa la doctrina de los que escriben, por el junco el verdor de los oyentes. De nuevo, por la caña, o ciertamente el junco, se designa la movilidad de la mente, como se dice por el Señor a las turbas de los judíos en la alabanza de Juan: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿una caña agitada por el vicio? (Mat. XI, 7); para que evidentemente se sobentienda que no. Pues Juan no era una caña agitada por el viento, porque ningún soplo de lenguas inclinaba su mente, sólida por el Espíritu Santo, hacia diversas partes. De nuevo, por la caña o junco se expresa el esplendor de la gloria temporal, como se dice de los justos por la Sabiduría: Brillarán los justos, y como centellas en el cañaveral discurrirán (Sab. III, 7). Pues llama cañaveral a la vida de los seculares, que al modo de las cañas avanzan por la gloria temporal exteriormente como hacia lo alto, pero interiormente se vacían de la solidez de la verdad. De donde también el reino de los judíos se compara con

una caña cuando por el profeta, apareciendo el Señor en la verdad de la carne, se dice: La caña cascada no la quebrará, y el lino que humea no lo extinguirá (Isa. XLII, 3). ¿Pues qué denuncia con el nombre de caña sino el reino temporal del pueblo judaico, luciente ciertamente por fuera pero vacío por dentro? Y porque en el mismo pueblo ya había desfallecido el género real y un extranjero poseía su reino, aptamente llama a este mismo reino caña cascada. ¿Pero qué por el lino sino su sacerdocio se expresa, que ciertamente usaba vestiduras de lino? El cual, porque al advenimiento del Señor perdió el ardor de la caridad, como perdido ya el fuego de la fe, no fue ardiente sino humeante. Pero el Señor encarnado no quebró la caña cascada y no extinguió el lino que humea, porque el reino de Judea, que ya casi había sido destruido, y su sacerdocio, que no mantenía el fuego de la fe, no los hirió con la potencia del juicio, sino que los toleró con la longanimidad de la paciencia.

8. Las mentes de los seculares entregadas a la gloria temporal, semejantes a la caña.---En este lugar, por tanto, ¿qué otra cosa se designa con la apelación de caña sino las mentes de los seculares entregadas a la gloria temporal? Los cuales tanto se vacían interiormente ante sí mismos cuanto más altos y lucientes se muestran exteriormente, porque mientras fluyen hacia la gloria exterior por la superficie, no se consolidan con ninguna firmeza interior. Pues al modo de la caña están ciertamente vacíos por dentro por la necedad, pero hermosos por fuera por la apariencia y la

ostentación; pero cuanto más estudiosamente buscan ellos la gloria exterior, tanto más se agitan sus corazones por los más graves estímulos de los pensamientos. De donde rectamente se dice ahora que ese Behemoth duerme en el secreto de la caña, porque mantiene callados los corazones de aquellos cuyos estudios mueve al apetito del esplendor y la altura temporal; y como si él mismo durmiera allí quieto, donde no permite descansar a los que posee. Pues mientras ambicionan exceder a los demás en la altura de los bienes, mientras al modo de la caña superan por el esplendor de la limpieza exterior la apariencia de los justos, como si fuera la corteza de árboles sólidos, en esto que ellos mismos permanecen interiormente vacíos, ofrecen un lugar a ese Behemoth donde deba descansar consigo mismo. [Vet. V.] De donde también en el Evangelio dice el Señor que el espíritu que sale, el cual no encontró descanso en lugares áridos e inacuosos, porque encontró la casa que había dejado vacía y barrida con escobas, entró en ella más múltiple (Mat. XII, 43 y ss.). Pues porque se hace fluida la tierra que se infunde, los lugares áridos e inacuosos son los corazones de los justos, que por la fortaleza de la disciplina se secan de todo humor de la concupiscencia carnal. De donde aquí también se demuestra todavía dónde duerme ese Behemoth, cuando se añade a continuación: En lugares húmedos.

1080 9. Los hombres carnales semejantes a los lugares húmedos. El diablo domina a los hombres por la elación o por la lujuria.---Pues los lugares

húmedos son las mentes de los hombres terrenos, a las que el humor de la concupiscencia carnal, porque las llena, las hace fluidas. En las cuales ese Behemoth imprime las huellas de su iniquidad tanto más profundamente cuanto el tránsito de aquel en las mismas mentes desciende como en tierra fluida. Ciertamente, los lugares húmedos son las obras voluptuosas. Pues el pie no resbala en tierra árida, pero apenas se mantiene fijo en la lubricidad. En los lugares húmedos, por tanto, hacen el camino de la vida presente los que en ésta no pueden estar rectos para la justicia. En estos lugares húmedos, pues, Behemoth duerme, porque descansa en la operación lúbrica de los hombres réprobos. Algunos, en cambio, sospechan que los miembros genitales son los lugares húmedos. Lo cual, si es así, ¿qué otra cosa se designa claramente por lugares húmedos sino la lujuria, para que tanto por la caña se exprese la gloria de la soberbia como por los lugares húmedos la lujuria del cuerpo? Pues estos son dos vicios que dominan inmensamente al género humano, uno a saber del espíritu y otro de la carne. Pues la elación erige el espíritu, la lujuria corrompe la carne. El antiguo enemigo, por tanto, oprimiendo al género humano o principalmente por la elación o por la lujuria, duerme en el secreto de la caña y en los lugares húmedos, porque mantiene al hombre condenado bajo el poder de su dominación o por la elación del espíritu o por la corrupción de la carne. A algunos, en cambio, los posee en ambos, porque cuando el espíritu de la soberbia los eleva, ni siquiera la vergüenza de

la corrupción los inclina del tumor de su altura. Pero, ¿acaso no vigilan incesantemente cada día dentro de la santa Iglesia los maestros de las virtudes contra éstos? ¿Acaso cesan de reprender los placeres ínfimos y de persuadir a los gozos de la patria celestial? Pero las mentes de los malvados tanto más obstinadamente no oyen las cosas supremas cuanto más estrechamente se han adherido a las ínfimas. Para quienes ni siquiera esto basta, que ellos mismos perezcan, sino que todavía, lo cual es peor, cuando ven que algunos son reprendidos y enmendados, se oponen a las increpaciones de los justos, para que al menos otros no se corrijan. De donde también bien se añade:

CAPÍTULO IV

[Rec. IV].

VERS. 17.---Las sombras protegen su sombra.

10. Las sombras son los pecadores del diablo que se protegen mutuamente. El crimen aumenta mientras se defiende.---Ciertamente, las sombras del diablo son todos los inicuos: quienes, mientras sirven a la imitación de su iniquidad, toman como de su cuerpo la apariencia de una imagen. Pero así como sus sombras son los réprobos en plural, así su sombra es cada pecador en singular. Pero mientras los malos contradicen la doctrina de los justos, mientras no permiten que ningún inicuo sea corregido por ellos, las sombras de este Behemoth protegen su sombra, porque todos los pecadores en lo que son mal

conscientes ante sí mismos, en eso también defienden a otro que peca. Las sombras protegen su sombra mientras los más malvados defienden los hechos de los más inicuos con perversos patrocinios. Lo cual ciertamente hacen con este estudio: para que, mientras la culpa en la que ellos mismos también están obligados se corrige en otros, no llegue en algún momento a ellos mismos. Se cubren, por tanto, a sí mismos mientras protegen a otros, porque prevén que su vida sea atacada desde allí, desde donde consideran que otros son confundidos por la libre corrección. Y así sucede que la suma de los crímenes aumenta mientras se defiende, y la iniquidad de cada uno es tanto más fácil de perpetrar cuanto más difícil de castigar. Ciertamente, los crímenes de los pecadores perciben tanto mayores incrementos cuanto que, por la defensa de los poderosos, se toleran impunes durante mucho tiempo. Pero tales personas, ya parezcan estar fuera o dentro de la santa Iglesia, se muestran tanto más abiertos enemigos de Dios cuanto mayores son los patronos de los vicios. Pues con sus defensas luchan contra Aquel a quien le desagradan esas cosas que, al defenderlas, multiplican. Hecho que bien reprende el Señor por el profeta bajo la especie de Babilonia, diciendo: Nacerán en sus casas espinas y ortigas, y el paliuro en sus fortificaciones (Isa. XXXIV, 13). ¿Pues qué entendemos por ortigas sino los picores de los pensamientos, y qué por espinas sino las punzadas de los vicios? En las casas de Babilonia, por tanto, brotan ortigas y espinas, porque en la confusión de la mente réproba

surgen tanto deseos de pensamientos que exasperan como pecados de obras que punzan. Pero los que hacen estas cosas tienen también otros defensores suyos más malvados. De donde allí aptamente añadió a continuación: Y el paliuro en sus fortificaciones. Pues el paliuro se espesa con tal cerco de espinas que apenas puede tocarse por su aspereza. Dentro, por tanto, nace la ortiga y la espina, pero ambas cosas se protegen exteriormente por el paliuro, porque a saber los inicuos menores hacen cualesquiera males, pero los más malvados mayores los protegen. De donde bien se dice también aquí: Las sombras protegen su sombra. Pues mientras el peor vindica el mal, como una sombra oscurece a la sombra para que no sea irradiada por la luz de la verdad. Sigue:

CAPÍTULO V

[Vet. VI, Rec. V].

IBÍD.---Los sauces del torrente lo rodearán.

11. Los malos semejantes a los sauces: ciertamente verdecen, pero no dan fruto.---Ciertamente los sauces son árboles infructuosos; pero sin embargo son de tal verdor que apenas pueden marchitarse incluso cortados de raíz y arrojados. De donde en el sagrado elocuio, con el nombre de sauces se designa a veces el verdor de lo bueno, a veces la esterilidad de los réprobos. Pues si no expresaran la vida de los elegidos por la constancia de su verdor, de ninguna manera habría dicho el profeta sobre los hijos de la santa Iglesia: Germinarán entre las hierbas, como sauces junto a

las aguas que pasan (Isa. XLIV, 4). Pues los hijos de la santa Iglesia germinan entre las hierbas como sauces mientras permanecen entre la vida marchita de los hombres carnales, tanto por su múltiple número como por el perpetuo verdor de su mente. Los cuales bien se dice que germinan junto a las aguas que pasan, porque cada uno de ellos percibe la gordura para el fruto de la doctrina del sagrado elocuio, que discurre temporalmente. Y de nuevo, si por la esterilidad de los sauces no se significara la vida de los pecadores, de ninguna manera habría dicho el salmista por voz de los predicadores contra Babilonia: En los sauces, en medio de ella, colgamos nuestros órganos (Sal. CXXXVI, 2). Pues se describe que en medio de Babilonia hay sauces porque, ciertamente, todos los infructuosos y ajenos al amor de la patria celestial se radican con todas las vísceras del corazón en esta confusión del siglo. De donde también los santos predicadores no ejercitan sus órganos en esos sauces, sino que los cuelgan, porque cuando ven mentes infructuosas y réprobas, no muestran la fuerza de su predicación, sino que más bien guardan silencio doliéndose. ¿Qué también por el torrente sino el curso de esta vida mortal se expresa? De lo cual de nuevo se dice por el profeta: Del torrente en el camino beberá, por eso levantará la cabeza (Sal. CIX, 7), porque a saber nuestro Redentor tocó la pena de la vida mortal en un cierto tránsito, y por eso no se adhirió por mucho tiempo a esa misma muerte a la que sucumbió espontáneamente. De donde al tercer día levantó por la resurrección la

cabeza, que al morir había depuesto. 1082 ¿Qué es, por tanto, lo que se dice de este Behemoth: Los sauces del torrente lo rodearán, sino que los amantes de la vida mortal, ajenos a las buenas obras como a los frutos, tanto más estrechamente se le adhieren cuanto más largamente los infunde el deleite de la voluptuosidad transitoria? Pues el torrente riega a éstos como en las raíces, mientras el amor de la vida carnal los embriaga en sus pensamientos. Los cuales, ciertamente, al modo de los sauces no dan fruto, sino que verdecen en las hojas, porque a veces profieren palabras de honestidad que no son pesadas de decir, pero no muestran ningún peso de vida por las buenas obras. Bien se dice, por tanto: Los sauces del torrente lo rodearán, porque todos los infructuosos, mientras sirven al amor de la vida temporal, obedecen más familiarmente al antiguo enemigo con costumbres perversas. [Vet. VII.] Pero porque hemos oído lo que se le otorga por sus clientes, ahora también oigamos lo que él mismo hace en ellos. Sigue:

CAPÍTULO VI

[Rec. VI].

VERS. 18. Absorberá un río y no se maravillará, y tiene confianza de que el Jordán fluya en su boca.

12. Satanás absorbió a casi todos los hombres antes del Redentor; y después, no a pocos deglutió.---¿Pues qué se designa en este lugar con el nombre de río sino la decursión del género

humano, que como desde el origen de su fuente surge al nacer, pero como fluyendo hacia lo ínfimo pasa al morir? ¿Pero quiénes se significan con la apelación del Jordán sino los que ya están imbuidos con el sacramento del bautismo? Pues porque nuestro Redentor se dignó ser bautizado en este río, con su nombre deben expresarse todos los bautizados, en quienes sucedió que se iniciara este mismo sacramento del bautismo. Porque, por tanto, este Behemoth, desde el origen del mundo, al género humano que fluía hacia lo ínfimo hasta los tiempos de la redención, escapando apenas unos pocos elegidos, lo atrajo hacia sí como un cierto río, bien se dice ahora: Absorberá un río y no se maravillará. Pero porque también después del advenimiento del Mediador arrebata incluso a algunos fieles que descuidan vivir rectamente, rectamente se añade: Y tiene confianza de que el Jordán fluya en su boca. Como si se dijera claramente: Antes del Redentor del mundo absorbió al mundo sin maravillarse, pero, lo que es más grave, incluso después del advenimiento del Redentor confía en que puede deglutir a algunos que están marcados con el sacramento del bautismo. Pues a otros puestos bajo el nombre de la cristianidad los devora, porque en el mismo los suplanta por el error de la fe. A otros de ninguna manera los desvía de la rectitud de la fe, pero los inclina al uso de la operación perversa. A otros no puede inclinarlos cuanto quiere en la operación de la inmundicia, pero los retuerce interiormente ante sí mismos en el estudio de la intención, para que mientras

dividen la mente de la caridad, no sea recto lo que obren exteriormente. Y mantienen la fe, pero no mantienen la vida de la fe, porque o hacen abiertamente cosas ilícitas, o desde un corazón perverso lo que hacen son cosas malas, incluso si parecen santas. Porque ciertamente algunos son fieles al confesar, no al vivir, de aquí es que se dice por voz de la Verdad: No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos (Mat. VII, 21). De aquí de nuevo dice: ¿Pero por qué me llamáis: Señor, Señor, y no hacéis lo que digo? (Luc. VI, 46). De aquí dice Pablo: Confiesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan (Tit. I, 16). De aquí dice Juan: El que dice que conoce a Dios y no guarda sus mandamientos, es mentiroso (I Juan II, 4). De aquí es que el Señor se queja de su propio primer pueblo diciendo: Este pueblo me honra con los labios, 1083 pero su corazón está lejos de mí (Mar. VII, 6, de Isa. XXIX, 13). De aquí también el salmista dice: Lo amaron en su boca y con su lengua le mintieron (Sal. LXXVII, 36). Pero de ningún modo fue maravilla que este Behemoth, antes de la onda del lavacro, antes de los sacramentos celestiales, antes de la presencia corpórea del Redentor, absorbiera el río del género humano por el hiato de la profunda persuasión; pero esto es muy maravilloso, esto es muy terrible: porque con la boca abierta, incluso después del conocimiento del Redentor, recibe a muchos, después de la onda del lavacro los contamina, después de los sacramentos celestiales los arrebata a lo profundo del infierno. Dígase, por tanto, dígase terriblemente por voz de la Verdad:

Absorberá un río y no se maravillará, y tiene confianza de que el Jordán fluya en su boca. Pues por gran cosa no tuvo el diablo que se llevó a los infieles; sino que con todo su esfuerzo ahora se yergue hacia la muerte de aquellos a quienes ve regenerarse contra él. Nadie, por tanto, confíe en que la fe sin obras le puede bastar, cuando sabemos lo que está escrito: La fe sin obras está muerta (Sant. II, 20). Ninguno piense que ha escapado plenamente a la mordedura de Behemoth por la sola confesión de la fe, porque ya ciertamente absorbió el río, pero todavía tiene sed del Jordán; y tantas veces fluye el Jordán en su boca cuantas veces cualquier cristiano fluye hacia la iniquidad. Su boca ciertamente ya la evitamos por la fe que nos levanta, pero con gran estudio hay que cuidar que en esto no resbalemos por la operación lúbrica. Si se descuida la cautela de caminar, en vano se mantiene el camino recto al creer, porque la vía de la fe ciertamente aprovecha hacia la patria celestial, pero no conduce a los que tropiezan.

[Vet. VIII.] 13. Acecha especialmente a los que sobresalen en santidad. Los cuales, a no ser que empleen la máxima vigilancia, caen más miserablemente desde lo alto.---Tenemos todavía algo que sopesar más sutilmente en este asunto. Pues estos que dijimos que se expresan por el Jordán, pueden designarse por un río. Pues los que ya han reconocido la fe de la verdad, pero descuidan vivir fielmente, rectamente pueden llamarse río, porque ciertamente fluyen hacia abajo. Pero Jordán en la palabra hebrea se llama su descenso. Y hay algunos que, deseando la vía de la verdad, se

arrojan a sí mismos y descienden de la elación de la vieja vida; y cuando desean las cosas eternas, se vuelven muy ajenos a este mundo, mientras no sólo no desean las cosas ajenas, sino que incluso abandonan las suyas, y no sólo no buscan en él la gloria, sino que incluso la desprecian cuando se les ofrece. Pues de aquí es que se dice por voz de la Verdad: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo (Luc. IX, 23). Pues se niega a sí mismo el que, pisoteado el tipo de la soberbia, muestra ante los ojos de Dios ser ajeno de sí mismo. De aquí dice el salmista: Me acordaré de ti desde la tierra del Jordán y de los Hermoniim (Sal. XLI, 7). Pues Jordán, como dije, se interpreta descenso, pero Hermoniim anatema, esto es, alienación. De la tierra del Jordán y de Hermoniim, por tanto, se acuerda de Dios el que en eso que se abate a sí mismo y existe ajeno de sí mismo, es revocado a la memoria de su Creador. Pero el antiguo enemigo por gran cosa no tiene que mantiene bajo el derecho de su tiranía a los que buscan las cosas terrenas. Pues por atestación del profeta hemos conocido que su comida es elegida (Habac. I, 16). 1084 Ni considera maravilla si absorbe a aquellos a quienes la soberbia erige, la avaricia consume, la voluptuosidad dilata, la malicia estrecha, la ira inflama, la discordia separa, la envidia ulcera, la lujuria contaminando mata. Absorberá, por tanto, un río y no se maravillará, porque por gran cosa no estima cuando devora a los que por los mismos estudios de su vida corren hacia abajo; sino que se esfuerza grandemente por arrebatar a aquellos a quienes, despreciados

los estudios terrenos, ve ya unidos a las cosas celestiales.

[Vet. IX.] De donde, absorbido el río, rectamente se añade: And he has confidence that the Jordan may flow into his mouth, porque acechando desea arrebatar a aquellos que, por amor de la patria suprema, reconoce que se abaten a sí mismos de la gloria de la vida presente. Pues algunos ciertamente desiertan el mundo, abandonan las cosas vanas de los honores transitorios y, deseando las profundidades de la humildad, trascienden el modo de la conversación humana al vivir bien; y progresan en tal alcázar de estudios que ya obran las virtudes de los signos; pero porque al mirar a su alrededor descuidan cubrirse, heridos por el dardo de la vana gloria, caen más miserablemente desde lo alto. Pues de aquí es que el Juez eterno, que examina lo oculto del corazón, prenunciando el caso de la misma ruina amenaza cuando dice: Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos demonios, y en tu nombre hicimos muchas virtudes? Y entonces les confesaré que nunca os conocí, apartaos de mí los que obráis la iniquidad, no sé quiénes sois (Mat. VII, 22, 23). De aquí también se dice por el profeta: Llamó el Señor al juicio al fuego y devoró un gran abismo, y comerá parte de la casa del Señor (Amós VII, 4). Pues el juicio al fuego es llamado cuando la sentencia de la justicia se muestra para la pena de la ya eterna concremación. Y devora un gran abismo porque quema las inicuas e incomprensibles mentes de los hombres, que ahora se

ocultan a los hombres incluso bajo los milagros de los signos. Pero parte de la casa del Señor es comida porque la gehena devora también a aquellos que ahora, como en hechos santos, se glorían de ser del número de los elegidos. Los que, por tanto, aquí son el Jordán, allí son llamados parte de la casa del Señor. El antiguo enemigo, por tanto, tiene confianza de que en su boca fluya también el Jordán, porque a veces por las insidias de su astucia mata incluso a los que ya se piensan elegidos. [Vet. X.] ¿Pero a qué dureza de corazón no perturbarían esas palabras del Señor? ¿Qué constancia de la mente no sería sacudida desde las íntimas raíces de los pensamientos cuando nuestro enemigo se demuestra ser de tanta fortaleza contra nosotros? ¿No habrá ningún auxilio de consolación? Habrá ciertamente, pues se añade:

CAPÍTULO VII

[Rec. VII].

VERSÍCULO 19.---En sus ojos como con un anzuelo lo atrapará. 14. El diablo, deseando devorar a Cristo, fue atrapado como con un anzuelo.---Es muy de notar que Dios, templando misericordiosamente las palabras de su Escritura, a veces nos aterra con ásperas incitaciones, a veces nos recrea con blandas consolaciones, y mezcla el terror con los fomentos, y los fomentos con el terror, para que, mientras ambos se templan en torno a nosotros con maravillosa arte de magisterio, ni nos hallemos desesperadamente aterrados, ni incautamente seguros. Pues habiendo indicado

las astutas insidias y las desenfrenadas fuerzas de Behemot en múltiples sentencias, inmediatamente recomienda el advenimiento de su Hijo unigénito, nuestro Redentor, e insinúa por qué orden ese Behemot ha de ser aniquilado, para que, puesto que había herido nuestro corazón con la narración de su poder, aliviara más pronto nuestro dolor con la indicación de su perdición. Por tanto, después de que dijo: Absorberá un río y no se maravillará, y tiene confianza de que el Jordán fluya en su boca, anuncia allí mismo el advenimiento de la encarnación dominical, diciendo: En sus ojos como con un anzuelo lo atrapará. ¿Quién no sabe que en el anzuelo se muestra el cebo, se oculta el garfio? Pues el cebo provoca para que el garfio hiera. Nuestro Señor, por tanto, viniendo para la redención del género humano, hizo como un cierto anzuelo de sí mismo para la muerte del diablo. Pues asumió un cuerpo para que en él ese Behemot buscara, como su cebo, la muerte de la carne. Mientras busca injustamente esa muerte en Él, nos perdió a nosotros, a quienes poseía como con justicia. En el anzuelo, pues, de su encarnación fue atrapado, porque mientras busca en Él el cebo del cuerpo, fue traspasado por el aguijón de la divinidad. Pues allí estaba la humanidad que llevara a sí al devorador, allí la divinidad que lo perforara, allí la abierta flaqueza que lo provocara, allí la oculta virtud que traspasara las fauces del rapiñador. En el anzuelo, por tanto, fue atrapado, porque pereció de allí de donde devoró. Y ciertamente ese Behemot había conocido al Hijo de Dios encarnado, pero no sabía

el orden de nuestra redención. Pues sabía que por nuestra redención el Hijo de Dios se había encarnado, pero ignoraba totalmente que ese mismo Redentor nuestro lo traspasaría muriendo. De donde también bien se dice: En sus ojos como con un anzuelo lo atrapará. Pues decimos tener en los ojos lo que vemos puesto ante nosotros. Pero el antiguo enemigo vio al Redentor del género humano puesto ante sí, al cual, reconociéndolo lo confesó, y confesándolo lo temió, diciendo: ¿Qué tenemos que ver contigo, Hijo de Dios? ¿has venido antes de tiempo a tormentarnos? (Mat. VIII, 29). En sus ojos, por tanto, fue atrapado con el anzuelo, porque conoció y mordió; y conoció primero a quien debía temer, y sin embargo después no temió, cuando en Él tuvo hambre de la muerte de la carne como de su propio cebo. [Vet. XI.] Por tanto, puesto que hemos oído lo que nuestra Cabeza hizo por sí misma, oigamos ahora lo que hace por sus miembros. Sigue:

CAPÍTULO VIII

[Rec. VIII].

IBÍD.---Y en estacas perforará sus narices. 15. Detectando sus más sagaces insidias, los santos como con una estaca perforan sus narices.---¿Qué otra cosa tomamos por estacas, esto es, palos, los cuales ciertamente se aguzan para ser clavados, sino los agudos consejos de los santos? Los cuales perforan las narices de este Behemot, mientras tanto vigilan a su alrededor sus más sagaces insidias, como las traspasan superándolas. Pero por

las narices se atrae el olor, y al aspirar el aliento se logra que incluso la cosa que está puesta lejos sea conocida. Por las narices de Behemot, por tanto, se designan sus astutas insidias, por las cuales se esfuerza muy sagazmente tanto por conocer los bienes ocultos de nuestro corazón como por disiparlos con su pésima persuasión. En estacas, por tanto, el Señor perfora sus narices, porque enerva sus astutas insidias penetrándolas con los agudos sentidos de los santos. Pero a menudo, acechando, vuela alrededor de las vías de los buenos con tan gran arte, que por aquellas cosas que ha conocido que ellos han hecho bien, busca un acceso a la malicia. Pues de donde ve a uno dar algo, de allí enciende a otro en la llama de la discordia; y cuando mira a este tener misericordia, persuade a aquel a airarse, para que mientras insinúa un bien como no hecho comúnmente, aparte las almas concordes del bien de la gracia común. Pues porque no puede quebrantar las mentes de los justos persuadiéndolas a males, se afana en sembrar males entre ellas en sus buenos actos. Pero los varones santos vencen estas sus insidias tanto más pronto cuanto más sutilmente las detectan. Lo cual mostramos mejor si llamamos por testimonio a Pablo entre muchos defensores de la verdad, bajo el cual, habiendo perpetrado un cierto corintio el crimen de incesto, el egregio doctor lo entregó a Satanás para la destrucción de la carne para la satisfacción de la penitencia, y reservó su espíritu a salvo para el día del Señor (I Cor. V, 5). Pues con gran arte de magisterio fue entregado a aquel, obligado a la pena

a quien espontáneamente se había sometido en la culpa, para que el que había sido autor para el vicio de la iniquidad, él mismo se convirtiera en el flagelo de la disciplina. Mas realizada bien esa penitencia, habiendo conocido que los corintios ya estaban movidos misericordiosamente sobre él, dice: A quien algo perdonasteis, yo también; pues también yo lo que perdoné, si algo perdoné, por vosotros lo hice en la persona de Cristo (II Cor. II, 10). Pues pensando en la gracia de la comunión dice: A quien algo perdonasteis, yo también. Como si dijera: No disiento de vuestro bien, sea mío cualquier cosa que vosotros mismos hayáis hecho. Y pronto añadió: Y yo, si algo perdoné, por vosotros. Como si dijera: Añadí un bien a vuestros actos, cualquier cosa que hice misericordiosamente por vosotros. Vuestra utilidad, por tanto, es mi bondad, mi utilidad es vuestra bondad. El cual, añadiendo pronto esa misma trabazón de corazones en la que así es tenido, añadió: En la persona de Cristo. Al cual, como si presumiéramos decirle: ¿Por qué te unes tan cautamente a los discípulos? ¿por qué conformas con mente tan solícita o a ti a sus acciones, o a ellos a las tuyas? al punto añadió: Para que no seamos circuvenidos por Satanás (Ibíd., 11). Insinúa con cuán agudo sentido traspasa sus sagaces insidias, añadiendo: Pues no ignoramos sus pensamientos. Como si dijera en otras palabras: Por autoría del Señor somos estacas agudas, y penetramos las narices de ese Behemot mirando sutilmente a nuestro alrededor, para que él mismo no convierta en un fin de malicia aquello que la mente bien comienza.

[Vet. XII.] 16. Explorando la divinidad de Cristo, fue traspasado en la nariz por sus palabras y atrapado.---Por las estacas pueden significarse las agudas palabras de su sabiduría manifestada por la carne, para que, puesto que por las narices se atrae el olor, por las narices de Behemot se figure esa exploración del antiguo enemigo. El cual, como dudara que Dios se hubiera encarnado, quiso conocer esto tentando con milagros buscados, diciendo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes (Mat. IV, 3). Porque, por tanto, deseó conocer el olor de su divinidad por los indicios de los signos, atrajo como un aliento por sus narices. Mas cuando se le responde pronto: No sólo de pan vive el hombre. Y: No tentarás al Señor tu Dios (Ibíd., 4, 7), porque la Verdad hirió la indagación del antiguo enemigo con las agudezas de sus sentencias, como que perforó sus narices con estacas. Pero porque ese Behemot se extiende por varios argumentos de fraudes, todavía es notado con otro nombre añadido: pues se añade:

CAPÍTULO IX

[Rec. IX].

VERSÍCULO 20.---¿Podrás extraer a Leviatán con el anzuelo? 17. Pues Leviatán se dice ser el aditamento de ellos. ¿De quiénes ciertamente, sino de los hombres? a los cuales una vez les infirió la culpa de la prevaricación, y ésta la extiende diariamente hasta la muerte eterna con sus pésimas sugerencias. A los cuales, mientras

multiplica el reato con el interés del pecado, sin duda coacerva las penas sin cesación. Puede también Leviatán ser llamado así incluso por irrisión. Pues al primer hombre, con astuta persuasión, le ofreció que le añadiría la divinidad, pero le quitó la inmortalidad (Gén. III, 5). Aditamento de los hombres, por tanto, puede llamarse por irrisión, a los cuales, mientras les prometió añadirles eso que no eran, también les sustrajo engañando eso que eran. Pero ese Leviatán fue atrapado con el anzuelo, porque en nuestro Redentor, mientras mordió el cebo del cuerpo por sus satélites, el aguijón de la divinidad lo perforó. Pues como un anzuelo sujetó las fauces del que engullía, mientras en Él tanto el cebo de la carne estuvo patente, para que el devorador lo buscara, como la divinidad estuvo latente al tiempo de la pasión, para que lo matara. Pues en este abismo de aguas, esto es, en esta inmensidad del género humano, anhelando la muerte de todos, devorando la vida de casi todos, de aquí para allá con la boca abierta ese cetáceo era llevado, pero para la muerte de ese cetáceo, un anzuelo en esta profundidad caliginosa de las aguas ha sido suspendido por una disposición maravillosa. La línea de este anzuelo es aquella estirpe de los antiguos padres mencionada por el Evangelio. Pues cuando se dice: Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob (Mat. I, 2); y cuando los demás sucesores, interpuesto el nombre de José, son descritos hasta María la virgen desposada, se trenza como una cierta línea en cuyo extremo el Señor encarnado, esto es, este anzuelo, se ligaría, al cual buscaría

con la boca abierta este cetáceo pendiente en estas aguas del género humano, pero habiendo sido mordido por la saña de sus satélites, ya no tuviera fuerzas de morder más. Para que, por tanto, este cetáceo que acecha las muertes humanas no devorara más a los que quisiera, este anzuelo sujetó las fauces del rapiñador, y mordió al que lo mordía. Dios, por tanto, indicando la encarnación del Hijo unigénito a su fiel siervo, dice: ¿Podrás extraer a Leviatán con el anzuelo? Entiéndase, como yo, que envío para la muerte del rapiñador al Hijo unigénito encarnado, en el cual, mientras se contempla la carne mortal y no se ve la potencia de la inmortalidad, como un cierto anzuelo aniquila al que devora desde allí de donde oculta la agudeza del poder con que traspase. Sigue:

CAPÍTULO X.

IBÍD.---Y con una cuerda ligarás su lengua. 18. El Señor ligó su lengua, mientras obligó a sus errores a callar.---Entiéndase, como yo. Pues la sagrada Escritura ha acostumbrado a designar a veces por la cuerda las suertes de las dimensiones, a veces los pecados, a veces la fe. Pues por las suertes hereditarias de las dimensiones se dice: Las cuerdas me cayeron en lugares preclaros; y ciertamente mi heredad es preclara para mí (Sal. XV, 6). Pues las cuerdas caen en lugares preclaros cuando, por la humildad de la vida, las suertes de una patria mejor nos reciben. De nuevo, porque por la cuerda se significan los pecados, se dice por el profeta: Ay de los que arrastráis la iniquidad con cuerdas de vanidad (Isa. V, 18). Pues la

iniquidad en cuerdas de vanidad es arrastrada, mientras la culpa se prolonga por el aumento. De donde también se dice por el salmista: Las cuerdas de los pecadores me han rodeado (Sal. CXVIII, 61). Pues porque la cuerda se tuerce añadiendo para que crezca, no sin razón el pecado es figurado en la cuerda, el cual en un corazón perverso a menudo, mientras es defendido, se multiplica. De nuevo, por la cuerda se expresa la fe, atestiguándolo Salomón, que dice: El cordel triple difícilmente se rompe (Ecl. IV, 12), porque ciertamente la fe, que se teje del conocimiento de la Trinidad por la boca de los que predican, permaneciendo fuerte en los elegidos, se disipa sólo en el corazón de los réprobos. En este lugar, por tanto, nada obsta que por el nombre de cuerda se entienda o el pecado o la fe. [Vet. XIII.] Pues nuestro Señor encarnado ligó la lengua de Leviatán con una cuerda, porque apareció en semejanza de carne de pecado, y condenó todos los predicamentos de sus errores (Rom. VIII, 3). De donde, atestiguándolo Pablo, se dice: Y del pecado condenó al pecado (Ibíd.). Ligó la lengua con una cuerda porque, por la semejanza de la carne del pecado, destruyó todos los argumentos de su falacia de los corazones de sus elegidos. Pues he aquí que, apareciendo el Señor en la carne, la lengua de Leviatán ha sido ligada, porque, conocida su verdad, aquellas doctrinas de la falsedad callaron.

19. Los académicos y los matemáticos son refutados.---¿Pues dónde está ahora el error de los académicos, que ciertamente se esfuerzan

por asegurar que nada es cierto, quienes con frente impudente exigen fe a sus oyentes para sus aserciones, cuando testifican que ninguna cosa es verdadera? ¿Dónde la superstición de los matemáticos que, mientras miran los cursos de los signos, suspenden las vidas de los hombres en los momentos de los astros? Cuya doctrina a menudo disipa abiertamente el nacimiento de gemelos, los cuales, aunque salgan en uno y mismo momento de la hora, no perduran en una sola calidad de conversación. ¿Dónde tantos predicamentos de falsedad, que evitamos enumerar para no alejarnos mucho del orden de la exposición? Pero toda la doctrina del error ya calló, porque el Señor constriñó la lengua de Leviatán con la cuerda de su encarnación. De donde bien se dice también por el profeta: Y desolará el Señor la lengua del mar de Egipto (Isa. XI, 15). Pues la lengua del mar es la ciencia de la doctrina secular. Mas bien se llama mar de Egipto porque está oscurecido por la oscuridad del pecado. La lengua, por tanto, del mar de Egipto el Señor desoló, porque la falsa sabiduría de este mundo, mostrándose por la carne, la destruyó. Con la cuerda, por tanto, la lengua de Leviatán es constreñida, porque por la semejanza de la carne del pecado ha sido ligada la predicación del antiguo pecador.

20. Diseminada la fe de la santísima Trinidad, la ciencia secular calló.---Mas si la fe es significada por la cuerda, se nos sugiere de nuevo el mismo entendimiento, porque mientras por los santos predicadores se dio a conocer en el mundo la fe de la Trinidad, la doctrina del mundo cesó

de irrumpir contra las mentes de los elegidos. De donde bien se dice al Señor por el profeta: Tú rompiste las fuentes y los torrentes, tú secaste los ríos de Etán (Sal. LXXIII, 15). Pues Etán se interpreta fuerte. ¿Y quién es este fuerte sino aquel de quien dice el Señor por el Evangelio: Nadie puede saquear los vasos del fuerte entrando en su casa, si primero no liga al fuerte (Mar. III, 27)? Las fuentes, por tanto, y los torrentes rompió el Señor cuando abrió los raudales de la verdad en los corazones de sus apóstoles. De los cuales de nuevo se dice por otro profeta: Sacaréis aguas con gozo de las fuentes del Salvador (Isa. XII, 3). Pues a su doctrina acudimos sedientos para traer de vuelta las vasijas de nuestros corazones llenas de verdad. Mas al emanar sus fuentes, secó los ríos de Etán, mientras marchitó la doctrina del fuerte y maligno espíritu con el rayo mostrado de su verdad. La lengua, por tanto, de Leviatán con la cuerda es apretada, porque, extendida la fe de la Trinidad, los predicamentos de los errores callaron. Pero porque ya no puede ensalzarse abiertamente, yendo de aquí para allá, muerde por insidias. [Vet. XIV.] Mas con maravillosa misericordia el Señor vigila contra este por nosotros, y lo expugna incluso en eso que maquina por fraudes. De donde se añade:

CAPÍTULO XI

[Rec. X].

VERS. 21.---¿Acaso pondrás un círculo en sus narices? 21. El círculo en las narices del diablo

es la omnipotencia de la virtud divina.---Así como por las narices se designan las insidias, así por el círculo se designa la omnipotencia de la virtud divina. La cual, cuando nos prohíbe ser atrapados por las tentaciones, con admirables órdenes retiene las insidias del antiguo enemigo rodeándolas. El círculo, por tanto, se le pone en las narices mientras, rodeado por la fortaleza de la protección soberana, su sagacidad es retenida para que no prevalezca tanto contra la debilidad de los hombres cuanto exploran latente sus argumentos de perdición. También puede designarse con el nombre de círculo el auxilio del juicio oculto, que se pone en las narices de este Behemoth cuando es refrenado de su astuta crueldad. De donde bien se dice al rey de Babilonia por el profeta, cuando se le prohíbe el daño a los israelitas: Pondré un círculo en tus narices (Is. XXXVII, 29). Como si se dijera abiertamente: Suspiras pensando insidias; pero, no pudiendo cumplir lo que apeteces, llevas el círculo de mi omnipotencia en las narices, para que, cuando anhelas con más ardor la muerte de los buenos, vuelvas vacío de su vida. Lo que en este lugar se llama círculo, eso mismo llama la sagrada Escritura por Juan en el Apocalipsis hoz. Pues dice: Vi, y he aquí una nube blanca, y sobre la nube uno sentado semejante al Hijo del hombre, que tenía en su cabeza una corona de oro, y en su mano una hoz aguda (Apoc. XIV, 14). Pues la potestad del juicio divino, porque por todas partes estrecha, se llama círculo; y porque dentro de sí lo abraza todo cortando, se señala con la apelación de hoz. Pues en la hoz

todo lo que es cortado, hacia cualquier parte que se doble, cede hacia adentro. Y porque la potestad del juicio soberano de ningún modo se evita, pues estamos ciertamente dentro de ella a dondequiera que intentemos huir, rectamente cuando se muestra al juez que ha de venir, se dice que tiene una hoz, porque cuando potentemente sale al encuentro de todo, rodea cortando. El Profeta vio que estaba dentro de la hoz del juicio cuando decía: Si subiere al cielo, allí estás tú; si bajare al infierno, allí estás presente. Si tomare mis alas antes de la aurora, y habitare en los extremos del mar, ciertamente allí me llevará tu mano, y me sostendrá tu diestra (Sal. CXXXVIII, 8, 9, 10). Se vio dentro de una cierta hoz, porque supo que de ningún modo podía escapar de las angustias del juicio divino.

CAPÍTULO XII.

IBID.---¿O perforarás con un brazalete [armilla] su mandíbula?

22. Esto extrae de sus fauces a muchos a quienes devoró.---Del entendimiento del anillo no discrepa el brazalete (o armilla), porque este también constriñe aquello donde se pone rodeándolo. Pero porque el brazalete se extiende más ampliamente, por el brazalete se designa una protección más abundante de su juicio oculto hacia nosotros. Con un brazalete, pues, el Señor perfora la mandíbula de este Leviatán, porque por la inefable potencia de su misericordia sale así al encuentro de la malicia del antiguo enemigo, que a veces pierde incluso a los que ya atrapó;

y caen como de su boca los que, tras culpas perpetradas, vuelven a la inocencia. Pues ¿quién, una vez arrebatado por su boca, escaparía de su mandíbula si no estuviera perforada? ¿Acaso no tuvo en su boca a Pedro cuando lo negó? (Mat. XXVI, 71). ¿Acaso no tuvo en su boca a David cuando se sumergió en tal vorágine de lujuria? (II Sam. XI, 4). Pero cuando ambos volvieron a la vida por la penitencia, este Leviatán los perdió de algún modo como por los agujeros de su mandíbula. Por el agujero, pues, de la mandíbula fueron sustraídos de su boca los que, tras la perpetración de tanta maldad, volvieron arrepintiéndose. Pero ¿qué hombre escaparía de la boca de este Leviatán, para no cometer nada ilícito? Pero de aquí conocemos cuánto somos deudores del Redentor del género humano, quien no solo nos prohibió ir a la boca de Leviatán, sino que también nos concedió volver de su boca; quien no quitó la esperanza al pecador, porque perforó su mandíbula para dar una vía de escape, para que al menos después del mordisco huya quien antes, incauto, de ninguna manera temía ser mordido. Por todas partes, pues, nos sale al encuentro la medicina suprema, porque dio al hombre preceptos para que no peque, y sin embargo dio remedios para el pecado para que no desespere. Por lo cual se debe evitar sumamente que nadie por el deleite del pecado sea arrebatado por la boca de este Leviatán, y sin embargo, si fuera arrebatado, no desespere, porque si llora perfectamente el pecado, todavía encuentra un agujero en su mandíbula por el cual escapar. Ya es triturado por los dientes, pero

todavía, si se busca la vía de escape, se encuentra un agujero en su mandíbula. Tiene también por dónde salir el capturado, que no quiso prever para no ser capturado. Quienquiera, pues, que no esté todavía capturado, huya de su mandíbula; pero quienquiera que ya esté capturado, busque el agujero en la mandíbula. Pues piadoso y justo es nuestro Creador.

[Vet. XV.] 23. Antes de la culpa, se debe temer la justicia de Dios; después de la culpa, se debe esperar la misericordia. La ruina de los mayores sea cautela de los menores.---Pero nadie diga: Porque es piadoso, peco venialmente. Y nadie que haya pecado diga: Porque es justo, desespero de la remisión del pecado. Pues Dios relaja el crimen que se llora, pero tema cada cual perpetrar lo que ignora si podrá llorar dignamente. Antes de la culpa, pues, tema la justicia, pero después de la culpa presuma de la piedad; ni tema de tal modo la justicia que no convalezca con ningún consuelo de esperanza; ni confíe de tal modo en la misericordia que descuide aplicar a sus heridas la medicina de una digna penitencia; sino que aquel de quien presume que le perdona piadosamente, piense siempre también que juzga estrictamente. Bajo su piedad, pues, alégrese la esperanza del pecador, pero bajo su estrechez tiemble la corrección del penitente. Tenga, pues, la esperanza de nuestra presunción también el mordisco del temor, para que para corregir los pecados la justicia del que juzga aterre a quien la gracia del que perdona invita a la confianza del perdón. Pues de aquí se dice por cierto sabio: No digas: Las mise-

ricordias del Señor son muchas, no se acordará de mis pecados (Ecli. V, 6). Pues añade inmediatamente su piedad y justicia, diciendo: Porque la misericordia y la ira vienen de Él (Ibíd., 7). La clemencia divina, pues, perforando la mandíbula de este Behemot, sale al encuentro del género humano en todas partes tanto misericordiosa como poderosamente, porque ni calló la amonestación de precaución al libre, ni sustrajo el remedio de la huida al cautivo. Para esto ciertamente en la Sagrada Escritura se insertaron los pecados de tales varones, esto es, David y Pedro, para que la ruina de los mayores sea cautela de los menores. Pero para esto también se insinúa allí la penitencia y el perdón de ambos, para que la recuperación de los perdidos sea esperanza de los que perecen. Por su propio estado, pues, cuando David cae, nadie se ensoberbezca. Por su propio lapso también, cuando David se levanta, nadie desespere. Ved cuán maravillosamente la Sagrada Escritura con la misma palabra oprime a los soberbios con la que levanta a los humildes. Pues relató un hecho ocurrido, y de diverso modo revocó a los soberbios ciertamente al pavor de la humildad, pero a los humildes a la confianza de la esperanza. ¡Oh inestimable medicamento de nuevo género, que puesto en un mismo orden, oprime lo hinchado secándolo, y levanta lo árido infundiéndole! Por el lapso de los mayores nos aterró, pero por su reparación nos robusteció.

24. En vano espera misericordia quien no teme la justicia.---Pues así siempre, así la misericordia de la dispensación divina tanto nos reprime so-

berbios como nos sostiene para que no caigamos en la desesperación. [Vet. XVI, Rec. XI.] De donde también amonesta por Moisés, diciendo: No tomarás en prenda la muela superior ni la inferior (Deut. XXIV, 6). Pues tomar a veces decimos que es quitar. De donde también aquellas aves que son ávidas de arrebatar aves se llaman gavilanes [accipitres]. De donde dice el apóstol Pablo: Pues toleráis si alguno os devora, si alguno os toma [accipit] (II Cor. XI, 20). Como si dijera: Si alguno os arrebata. Pero la prenda del deudor es la confesión del pecador. Pues del deudor se toma la prenda cuando del pecador ya se tiene la confesión del pecado. La muela superior e inferior es la esperanza y el temor. Pues la esperanza eleva a lo alto, pero el temor oprime el corazón abajo. Pero la muela superior e inferior están tan necesariamente unidas entre sí que una sin la otra se tiene inútilmente. En el pecho del pecador, pues, incesantemente deben unirse la esperanza y el pavor, porque en vano espera misericordia si no teme también la justicia; en vano teme la justicia si no confía también en la misericordia. En lugar de prenda, pues, se prohíbe quitar la muela superior o la inferior, porque quien predica al pecador debe componer la predicación con tal dispensación que ni sustraiga el temor dejando la esperanza, ni deje al solo temor sustrayendo la esperanza. Pues se quita la muela superior o la inferior si por la lengua del que predica se divide en el pecho del pecador o el temor de la esperanza, o la esperanza del temor.

25. Por qué Dios no custodia ilesos de los vicios carnales a los elegidos. La soberbia es mayor pecado que la lujuria. El hombre hace del medicamento una herida, Dios de la herida un medicamento.---Pero porque, exigiéndolo la causa, habiendo traído a David al medio, hemos hecho memoria de tan gran facción, tal vez el ánimo del lector se mueve por qué Dios omnipotente no custodia ilesos de los vicios corporales a aquellos a quienes eligió para siempre, a quienes también asumió a la cumbre de los dones espirituales. De donde, porque creemos que se satisface más pronto, respondemos brevemente. Pues algunos, por los dones recibidos de las virtudes, por la gracia concedida de las buenas obras, caen en el vicio de la soberbia, pero sin embargo no conocen a dónde han caído. Por tanto, contra ellos se permite ensañarse también exteriormente al antiguo enemigo, porque ya domina interiormente, para que quienes se han elevado en el pensamiento, sean postrados por la lujuria de la carne. Sabemos, pues, que a veces es menos caer en la corrupción del cuerpo que pecar con pensamiento tácito por deliberada elación; pero como la soberbia se cree menos torpe, se evita menos. En cambio, los hombres se avergüenzan tanto más de la lujuria cuanto todos a la vez la conocen como torpe. De donde resulta frecuentemente que algunos, cayendo en la lujuria después de la soberbia, se avergüencen por la caída abierta del mal de la culpa latente; y entonces corrigen incluso cosas mayores, cuando postrados en las mínimas se confunden más gravemente. Pues

se ven reos entre las cosas menores los que se creyeron libres entre las más graves. Por piadosa dispensación del Señor, este Behemoth, soltado a veces, arrastra de culpa en culpa, y mientras hiere más, por eso pierde a aquel a quien había capturado, y de donde se ve haber vencido, por allí es superado. Conviene considerar dentro del seguro seno de la gracia con cuánto favor de misericordia nos contiene Dios. He aquí que quien por la virtud se ensalza, por el vicio vuelve a la humildad. [Vet. XVI.] El que ciertamente es ensalzado por las virtudes recibidas, no es herido con espada, sino, por así decirlo, con medicamento. ¿Qué es, pues, la virtud sino un medicamento? ¿Y qué es el vicio sino una herida? Porque nosotros hacemos de la medicina una herida, Él hace de la herida un medicamento, para que quienes somos heridos por la virtud, seamos sanados por el vicio. Pues por la virtud somos llagados cuando, elevados por ella a través de la soberbia, somos divididos de Dios; mas por el vicio somos sanados cuando, reducidos a la humildad por la caída, somos unidos de nuevo a Dios.

26. La tentación es a veces la custodia de los méritos. El diablo, tentando a los santos, los guarda para el reino a su pesar.---Sin embargo, la mandíbula de este Behemot perforada puede entenderse también de otro modo, de suerte que se diga que tiene en la boca no a los que ya implicó perfectamente en el pecado, sino a los que todavía tienta con persuasiones de pecado, en cuanto que para él mascar a cualquiera es tentarlo acerca del deleite del pecado. Había reci-

bido a Pablo para ser mascado ciertamente, pero no para ser tragado, cuando después de tantas revelaciones sublimes lo agitaba con los aguijones de la carne (II Cor. XII, 7). Entonces, pues, cuando recibió licencia de tentación contra él, lo tuvo en la mandíbula, pero perforada. Pero el que, enaltecido, podía perecer, fue tentado para que no pereciera. Aquella tentación, pues, no fue vorágine de vicios, sino custodia de los méritos, porque este Leviatán, fatigándolo, lo atribuló en la aflicción, pero no lo devoró atrapándolo en la culpa. Pero no perdería a los varones enaltecidos en la santidad si no los tentara. Pues no serían santos los que se ensoberbecieran de la gloria de la santidad, y tanto caerían bajo el derecho de él cuanto se elevaran en sus virtudes. Pero por un maravilloso orden de dispensación, mientras son tentados son humillados, y mientras son humillados dejan ya de ser de él. Bien, pues, se dice que la mandíbula de este Behemot está perforada, porque de donde tritura a los elegidos de Dios, de allí los pierde; de donde tienta para que pierdan, obra de allí para que no perezcan. El antiguo enemigo, pues, sirviendo a las ocultas dispensaciones de Dios, tienta las almas de los santos para la perdición queriendo, pero tentando las guarda para el reino a su pesar. Su mandíbula, pues, está perforada, porque a aquellos a quienes tentando, esto es, mascando tritura, los pierde como cuando los traga. Lo cual, porque se hace no por humana sino por divina providencia, para que la misma astucia del antiguo adversario sufraguen la utilidad de los justos, en cuanto que cuando

tienta a los elegidos, más los guarde tentando, bien se dice al bienaventurado Job: ¿O perforarás con un brazalete su mandíbula? Entiéndase como yo, que disponiendo providentemente todas las cosas, guardo a mis elegidos más robustamente en la integridad de donde permito que sean de algún modo sacudidos de la integridad por la mandíbula de este Leviatán. Sigue:

CAPÍTULO XIII

[Vet. XVIII, Rec. XII].

VERS. 22.---¿Multiplicará ante ti preces, o te hablará palabras blandas?

27. Satanás, ya por sí mismo, ya por sus miembros, a saber, los réprobos, dirigió preces a Cristo.---Entiéndase como a Mí. Pues si estas palabras se refieren a la persona del Hijo, hablábale palabras blandas estando Él encarnado cuando decía: Sé quién eres, el Santo de Dios (Luc. 4, 34). Ante quien este Leviatán multiplicó las preces, cuando por la legión a él sometida dijo: Si nos echas, envíanos a la piara de puercos (Mat. 8, 31). Aunque puede entenderse más claramente, que multiplica las preces al Señor cuando los inicuos, que son su cuerpo, en el juicio del último día suplican que se les perdone, cuando sus miembros, a saber los réprobos, clamando tarde dicen: Señor, Señor, ábrenos (Luc. 13, 25). A los cuales al punto se les dice: No sé de dónde sois. Entonces también hablará palabras blandas al Señor por sus miembros, cuando muchos de su cuerpo han de decir: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu

nombre, y en tu nombre echamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros (Mat. 7, 22)? Dicen ciertamente palabras blandas suplicando, cuando replican en su nombre lo que hicieron, pero con corazón duro arrebataron aquellas cosas para su propia alabanza cuando las hacían. Por lo cual pronto oyen: No sé quiénes sois (Ibid., 23). Sigue:

CAPÍTULO XIV

[Rec. XIII].

VERS. 23.---¿Hará pacto contigo? Entiéndase como conmigo: ¿Y lo tomarás por siervo sempiterno?

28. Tentando a los santos sirve a la utilidad de ellos y a la voluntad de Dios.---Entiéndase como yo. Pero hay que observar muy hábilmente qué pacto hace este Leviatán con el Señor, para que sea tenido por Él como siervo sempiterno. Pues en el pacto se cumple la voluntad de las partes discordantes, para que cada una llegue a su deseo y concluya los litigios con el fin deseado. El antiguo enemigo, pues, encendido por la tea de su malicia, discrepa de la sinceridad de la divina inocencia, pero aun discrepando no se aparta de Su juicio; pues siempre apetece malévolamente tentar a los varones justos, pero sin embargo el Señor permite que esto se haga o misericordiosamente o justamente. Esta misma licencia de tentación se llama pacto, en la cual se actúa el deseo del tentador y, sin embargo, por ella se cumple de modo maravilloso la voluntad del justo Dispensador.

Pues el Señor a menudo somete a sus elegidos al tentador para ser instruidos, como dijimos hace poco, como después de los recintos del paraíso, después de los secretos del tercer cielo, para que Pablo no pudiera ser enaltecido por la magnitud de las revelaciones, le fue dado un ángel de Satanás (2 Cor. 12, 7). Pero, como hemos dicho antes, por esta misma tentación se dispone que los que, enaltecidos, podían perecer, humillados sean guardados de la perdición. Por un oculto orden de dispensación, pues, de donde se permite que se ensañe la iniquidad del diablo, de allí se perfecciona piadosamente la benignidad de Dios. Y bien por este pacto que se dice que hace con el Señor, se dice que es tomado como siervo, porque obedece a los mandatos de la gracia suprema de donde ejerce la ira de su malísima voluntad. [Vet. XIX.] Es, pues, siervo por pacto el que, mientras se le permite cumplir su voluntad, es ligado por la voluntad del consejo supremo, para que tiente a los elegidos de Dios queriendo, como se ha dicho, y tentando los pruebe sin saberlo.

29. La pena de los réprobos sirve a la gloria de Dios y de los elegidos. Pero porque sirve a los usos de los elegidos en esta vida tanto tiempo cuanto pudo ejercer la nequicia de su malicia con tentaciones, mas en este lugar se dice que es tomado por el Señor no sólo como siervo por pacto, sino como siervo sempiterno, nos vemos obligados a investigar cómo demostramos que sirve al Señor perpetuamente aun después del término de la vida presente. Pues ni entonces se le permite todavía tentar a los justos que gozan de la felicidad

celestial, cuando es entregado ante sus ojos a los fuegos eternos de la Gehena, porque de ningún modo han de ser instruidos por tentaciones en aquella patria suprema en la que ya son remunerados por los trabajos de las tentaciones. Pero entonces este Leviatán con su cuerpo, a saber todos los réprobos, es entregado a las llamas vengadoras por las que sea atormentado sin fin. Cuyos tormentos, mientras los justos los contemplan, crecen en las alabanzas de Dios, porque tanto ven en sí mismos el bien con que han sido remunerados, como contemplan en aquellos el suplicio que evitaron. Pues así entonces será hermosa la universidad, mientras tanto la Gehena atormenta justamente a los impíos, como la felicidad eterna remunerada justamente a los piadosos. Pues como el color negro se pone debajo en una pintura para que el blanco o el rojo superpuestos se muestren más hermosos, así también entonces Dios, ordenando bien a los malos, exhibe los gozos más felices de los bienaventurados, mostrados ante sus ojos los suplicios de los réprobos. Y aunque aquel gozo suyo por la visión dominica no sea tal que crezca, sin embargo se sienten más deudores de su Autor cuando ven tanto el bien que perciben siendo remunerados justamente, como el mal que, ayudados misericordiosamente, vencieron. [Rec. XIV] Por tanto, si tanto aquí la tentación de este Leviatán como allí su condenación aprovecha a la utilidad de los justos, es siervo sempiterno mientras sirve sin saberlo a las alabanzas de Dios, tanto allí en su justa pena como aquí en su injusta voluntad. Sigue:

CAPÍTULO XV

[Vet. XX].

VERS. 24.---¿Jugarás con él como con un ave?

30. El diablo es animal cuadrúpedo por la fatuidad de la acción inmunda; dragón por la malicia de dañar; ave por la elación.---¿Qué es esto de que nuestro adversario primero sea llamado Behemot, después Leviatán, y ahora sea comparado con un ave en la burla de su perdición? Behemot, ciertamente, como dijimos, se interpreta como bestia, que se muestra cuadrúpeda mientras se dice que come heno como el buey. Mas Leviatán, porque es pescado con anzuelo, sin duda es conocido como serpiente en las aguas. Ahora, en cambio, es llevado a la semejanza de un ave, cuando se dice: ¿Jugarás con él como con un ave? Investiguemos, pues, por qué es llamado bestia, o jumento, por qué dragón, por qué ave. Pues más pronto reconocemos sus nombres si exploramos sutilmente la astucia de su tergiversación. Pues del cielo vino a la tierra, y ya no se eleva con ninguna respiración a la esperanza de las cosas celestiales. Es, pues, animal irracional y cuadrúpedo por la fatuidad de la acción inmunda, dragón por la malicia de dañar, ave por la levedad de su naturaleza sutil. Pues porque ignora esto que hace contra sí mismo, es bestia por el bruto sentido; porque apetece dañarnos maliciosamente, es dragón; mas porque se enaltece soberbiamente por la sutileza de su naturaleza, es ave. De nuevo, porque en esto que actúa inicuamente es poseído por la divina virtud para

nuestra utilidad, es jumento; mas porque muerde ocultamente, es serpiente; mas porque a veces, por su indómita soberbia, simula incluso ser un ángel de luz, es ave. Pues aunque hostigue al género humano con inexplicable arte de iniquidad, tienta sin embargo grandemente con tres vicios, a saber, para someterse a otros por la lujuria, a otros por la malicia, a otros por la soberbia.

31. Según aquellas varias formas, tienta variamente. Cristo mostró el cebo a Satanás, y escondió el lazo.---No, pues, inmerecidamente en aquello que se esfuerza por actuar es llamado por el mismo nombre de sus acciones, cuando se dice jumento, dragón o ave. Pues en aquellos a quienes incita a la estulticia de la lujuria, es jumento; en aquellos a quienes inflama a la malicia de dañar, es dragón; mas en aquellos a quienes eleva al fasto de la soberbia como sabios de cosas altas, es ave; mas en aquellos a quienes mancha por igual en lujuria, soberbia y malicia, existe como jumento, dragón y a la vez ave. Pues por tantas especies se introdujo en el corazón de los engañados cuantas nequicias en los que los implicó. Es llamado, pues, con el nombre de muchas cosas, porque ante las mentes de los engañados se muda en varias especies de formas. Pues cuando tienta a éste por la lujuria de la carne y, sin embargo, de ningún modo lo vence, mudada la sugestión, inflama su corazón en la malicia. Porque, pues, la bestia no pudo venir a él, vino el dragón. No puede corromperlo con el veneno de la malicia, pero sin embargo opone sus bienes a sus ojos y eleva su corazón a la soberbia. A éste, pues, no

pudo subrepticiamente llegar como dragón, pero sin embargo, aducido el fantasma de la vana gloria, ante el alcance de su pensamiento voló como ave. La cual ave, por cierto, tanto más inmensamente se eleva contra nosotros cuanto que no es impedida por ninguna enfermedad de su naturaleza. Pues porque no es oprimido por la muerte de la carne y vio a nuestro Redentor mortal en la carne, se hinchó con un fasto de elación más alto; pero donde elevó la pluma de la soberbia contra su autor, allí encontró el lazo de su propia muerte. Pues por aquella muerte de su carne fue postrado, la cual enaltecido pretendió; y de allí sufrió el lazo de donde concupisció la muerte del Justo como cebo de su malicia. [Vet. XXI.] Dígase, pues: ¿Jugarás con él como con un ave? Pues el Señor jugó con él como con un ave mientras en la pasión de su Hijo unigénito le mostró el cebo, pero escondió el lazo. Pues vio lo que percibiría con la boca, pero no vio lo que quedaría en su garganta. Pues aunque él mismo lo había confesado Hijo de Dios, sin embargo creyó que moría como un puro hombre, a cuya muerte incitó los ánimos de los judíos perseguidores (Mat. 8, 29). Pero en el mismo tiempo de su entrega se entiende que conoció ya tarde que él mismo sería castigado por aquella muerte de Él. Por lo cual también aterrorizó con sueños a la mujer de Pilato para que su marido cesara en la persecución del Justo (Mat. 27, 19). Pero la cosa, dispuesta por la interna dispensación, no pudo ser refragada por ninguna maquinación. Pues convenía que la muerte del justo muriendo injustamente soltara la muerte

de los pecadores que mueren justamente. Lo cual, porque este Leviatán lo ignoró hasta el tiempo de su pasión, burlado casi al modo de un ave, sufrió el lazo de su divinidad mientras mordió el cebo de su humanidad. Sigue:

CAPÍTULO XVI

[Rec. XV].

IBID.---¿O lo atarás para tus doncellas?

32. Cristo, eligiendo lo débil del mundo, venció la fortaleza del diablo. La casa de la sabiduría es el cuerpo de Cristo y la Iglesia. Para predicar el Evangelio sólo fueron asumidos los que por sí mismos no serían idóneos.---Entiéndase como yo. En los siervos, aunque la condición sea despreciada, la virilidad tiene vigor; mas en las doncellas, junto con la condición, yace el sexo. Bien, pues, afirma el Señor que ata a este Leviatán no para sus siervos, sino para sus doncellas, porque viniendo para nuestra redención y enviando a sus predicadores contra la soberbia del mundo, eligió a los insipientes dejando a los sabios, a los débiles dejando a los fuertes, a los pobres dejando a los ricos. Para sus doncellas, pues, ató el Señor la fortaleza de este Leviatán, porque atestiguándolo Pablo: Lo débil del mundo eligió Dios para confundir a lo fuerte (1 Cor. 1, 27). Por lo cual bien se dice por Salomón: La sabiduría se edificó una casa, labró siete columnas, inmoló víctimas, mezcló el vino, puso la mesa, envió a sus doncellas para que llamaran a la fortaleza y a los muros de la ciudad (Prov. 9, 1, 2, 3). Pues la Sabiduría se

fundó una casa cuando el Hijo unigénito de Dios creó para sí un cuerpo humano dentro del útero de la Virgen, por medio del alma, en sí mismo. Pues así el cuerpo del Unigénito se llama casa de Dios, como también es llamado templo; de tal modo, ciertamente, que uno mismo sea el hijo de Dios y del hombre que habita y el que es habitado. Lo cual, sin embargo, recta y de otro modo se entiende si la Iglesia es llamada casa de la sabiduría. La cual se labró siete columnas porque elevó las mentes de los predicadores, disjuntas del amor del presente siglo, para portar la fábrica de la misma Iglesia. Las cuales, por el hecho de estar apoyadas en la virtud de la perfección, se designan por el número septenario. Inmoló víctimas porque permitió que la vida de los predicadores fuera sacrificada en la persecución. Mezcló el vino porque nos predicó igualmente los arcanos de su divinidad y de su humanidad. Puso también la mesa porque nos preparó los alimentos de la Sagrada Escritura abriéndolos. Envió también a sus doncellas, que nos llamaran a la fortaleza y a los muros de la ciudad, porque se esmeró en tener predicadores débiles y abyectos que congregaran a los pueblos fieles para los edificios supremos de la patria espiritual. Por lo cual en el Evangelio el Señor alaba a Natanael (Juan 1, 47) y, sin embargo, no lo numera en la suerte de los predicadores, porque para predicar debían venir a Él tales que nada tuvieran de alabanza propia, para que tanto más sólidamente se conociera que era de la verdad lo que hacían cuanto también abiertamente se viera que no habrían sido idóneos por

sí mismos para hacer esto. Para que, pues, la maravillosa potencia brillara por las lenguas de los predicadores, primero se actuó más maravillosamente que el mérito de los mismos predicadores fuera nulo. Envió, pues, el Señor a las doncellas y ató la fortaleza de este Leviatán, porque exhibió al mundo predicadores débiles y restringió bajo el vínculo de su terror a cuantos potentes habían sido el cuerpo de él. Y en sí mismo este Leviatán es atado por las doncellas cuando, brillando la luz de la verdad por los débiles que predican, no se permite al antiguo enemigo ensañarse contra las mentes de los elegidos cuanto quiere; sino que para que no retenga bajo el cautiverio de la infidelidad a cuantos apetece, es coartado por signos y virtudes. Él mismo, pues, hace esto fuertemente por sí mismo, quien contra él da fuerzas a los que no son fuertes. Pero porque insinúa a quiénes envía el Señor contra él, añade ahora también qué hacen los mismos que son enviados. Sigue:

CAPÍTULO XVII

[Vet. XXII, Rec. XVI].

VERS. 25.---Los amigos lo trocearán, los negociantes lo dividirán.

33. Los miembros del diablo son troceados cuando de su cuerpo son separados los pecadores para ser asociados a Cristo. Los predicadores son los negociantes.---Este Leviatán es troceado tantas veces cuantas por la espada de la palabra divina son separados de él sus miembros. Pues los inicuos, cuando oyen la palabra de la verdad

y, heridos de santo temor, se suspenden de la imitación del antiguo enemigo, él mismo es dividido en su cuerpo, al cual se le sustraen los que malamente le estaban adheridos. A los mismos llama amigos a los que arriba llama doncellas; a los mismos llama también negociantes a los que había dicho amigos. Pues los santos predicadores primero son doncellas por el temor, después amigos por la fe, al final también negociantes por la acción. Pues a los mismos siendo débiles se les dice: No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino (Luc. 12, 32). A los mismos de nuevo fortaleciéndose se les dice: Mas a vosotros os he dicho amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre os las he hecho conocer (Juan 15, 15). A los mismos al final dirigiéndose a la operación del negocio se les manda: Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura (Mar. 16, 15). Pues en la predicación de la fe se gestiona como un cierto negocio mientras se da la palabra y se toma la fe de los oyentes. Hacen como un cierto negocio los que prorrogan la predicación e informan de la fe de los pueblos. Imparten la fe y al punto toman la vida santa de ellos. Pues si la predicación de los justos no hubiera sido un negocio, ciertamente el Salmista no diría: Tomad el salmo y dad el tamboril (Sal. 80, 2). Pues en el tamboril se seca el cuero para que suene. ¿Qué es, pues, decir: Tomad el salmo y dad el tamboril, sino recibid el cántico espiritual del corazón y devolved la maceración temporal del cuerpo? Si la suprema predicación no hubiera sido un negocio, de ningún modo diría

Salomón de la santa Iglesia bajo el tipo de la mujer fuerte: Hizo una sábana y la vendió, y entregó un cinturón al cananeo (Prov. 31, 24). ¿Qué se significa por el lienzo de la sábana sino el sutil tejido de la santa predicación? En la cual se descansa blandamente porque la mente de los fieles es recreada en ella por la esperanza suprema. Por lo cual también a Pedro se le muestran animales en un lienzo (Hech. 10, 11), porque las almas de los pecadores misericordiosamente congregadas son contenidas en la blanda quietud de la fe. Esta sábana, pues, hizo la Iglesia y la vendió, porque la fe que creyendo había tejido, hablando la dio, y de los infieles recibió la vida de la recta conversación. La cual también entregó el cinturón al cananeo porque por el vigor de la justicia demostrada, restringió las obras fluidas de la gentilidad para que esto que se preceptúa se mantenga viviendo: Estén ceñidos vuestros lomos (Luc. 12, 35). A sus predicadores, pues, el Señor buscándolos los encuentra doncellas, permutándolos los hace amigos, enriqueciéndolos los exhibe negociantes. Pues los que primero temieron débiles las amenazas del mundo, después ascienden a conocer los consejos divinos. Enriquecidos, pues, con virtudes, son conducidos hasta ejercer el negocio de la fe, para que increpando y persuadiendo incidan los miembros de este Leviatán tanto más severamente cuanto amigos hechos se acoplan más verdaderamente al amor de la verdad, y de él sustraigan las almas de los que pecan tanto más pronto cuanto negociantes idóneos hechos muestran en sí mismos amplísimos almacenes

de virtudes. Pues porque por los predicadores de Dios es muy laudablemente dividida de este Leviatán la cosa poseída, la voz de la verdad promete por el profeta diciendo: Y si separares lo precioso de lo vil, serás como mi boca (Jer. 15, 19). Pues separa lo precioso de lo vil quien disjunta las mentes humanas de la réproba imitación del antiguo enemigo. Rectamente es llamado boca de Dios porque por él sin duda se forman los elocuio divinos. Sigue:

CAPÍTULO XVIII

[Rec. XVII].

VERS. 26. ¿Llenarás las redes con su piel, o la cabaña de los peces con su cabeza?

34. En la red de la Iglesia primero fueron capturados los pescadores, luego por ellos los retóricos y filósofos.---¿Qué se designa por las redes o la cabaña de los peces sino las iglesias de los fieles, que hacen una sola Iglesia católica? Por lo cual está escrito en el Evangelio: El reino de los cielos es semejante a una red echada al mar, y que congrega de todo género de peces (Mat. 13, 47). Se llama reino de los cielos a la Iglesia, cuyas costumbres, mientras el Señor las eleva a lo supremo, ya ésta reina en el Señor por la conversación celestial. La cual rectamente se compara también a una red echada al mar, que congrega de todo género de peces, porque echada en este siglo de la gentilidad, a ninguno rechaza; sino que capturó a los malos con los buenos, a los soberbios con los humildes, a los iracundos con los mansos, y a los

fatuos con los sabios. En la piel de este Leviatán, pues, entendemos a los necios de su cuerpo, mas en la cabeza a los prudentes. O ciertamente por la piel, que está fuera, se designan los súbditos que sirven en estas cosas extremas, mas por la cabeza los prepósitos. And well the Lord, guardado el orden, afirma que llenará estas redes o la cabaña de los peces, esto es su Iglesia y los votos de los fieles, primero con su piel y después con su cabeza, porque, como dijimos arriba (Sup., c. 16 de este libro, n. 32), primero eligió lo débil para después confundir lo fuerte. Eligió ciertamente lo necio del mundo para confundir a los sabios (1 Cor. 1, 27). Pues primero congregó a los indoctos y después a los filósofos; y no enseñó a los pescadores por los retóricos, sino que por maravillosa potencia sometió a los retóricos por los pescadores. Dice, pues: ¿Llenarás las redes con su piel, o la cabaña de los peces con su cabeza? Entiéndase como yo, que dentro de la Iglesia de los fieles primero congrego casi como la piel del diablo a los extremos e ínfimos, y después someto a mí su cabeza, esto es a los adversarios prudentes. Sigue: ¿Pondrás sobre él tu mano? Esto es como yo, que reprimiéndolo con fuerte potencia, no permito que se ensañe más de lo que conviene, y su saña, cuanto permitiere, la retuerzo para utilidad de mis elegidos. O ciertamente poner la mano sobre él es superarlo por la potestad de la virtud. Se dice, pues, al bienaventurado Job por interrogación: VERS. 27.---¿Pondrás sobre él tu mano? [Vet. XXIII.] ¡Como si se dijera abiertamente: ¿Lo repri-

mirás por tu propia virtud? Por lo cual también aptamente se añade pronto:

CAPÍTULO XIX.

IBID.---Acuérdate de la guerra, y no vuelvas a hablar más.

35. Con qué alta dispensación Dios oprime a sus siervos ya con amenazas, ya incluso con azotes.---La alta dispensación de los juicios de Dios por eso a menudo acomete a los siervos beneméritos ya con amenazas, ya los oprime con azotes, ya los grava con ciertas cargas superpuestas, ya los implica en laboriosas ocupaciones, porque por maravillosa potencia prevé que si persistieran quietos y libres en la tranquilidad, no pudiendo soportar las tentaciones del adversario, yacerían postrados por las heridas de la mente. Mientras, pues, los ocupa fuera con azotes o cargas que tolerar, los oculta de recibir dentro los dardos de las tentaciones. Pues es de costumbre medicinal que a menudo atraiga el fervor de las vísceras a la picazón de la piel, y la mayoría de las veces cura de allí interiormente de donde hiere exteriormente. Así a veces se actúa por la medicina de la divina dispensación para que por los dolores exteriores se quite la herida interna, y por las secciones de los azotes se repela aquella que podía ocupar la mente, la interna putrefacción de los vicios; y sin embargo a menudo, mientras los hombres no son conscientes de culpa patente y o son atormentados con dolores o son deprimidos con trabajos, prorrumpen en quejas contra el justo y omnipotente Juez, a saber, mirando

menos contra qué fuerte adversario llevan a cabo la guerra. Cuya intolerable fuerza si atendieran solícitamente, de ningún modo murmurarían de estas cosas que toleran exteriormente.

36. Estas cosas pesadas no parecen tales si ponderamos las guerras más pesadas del adversario oculto. No temamos el azote del padre sino la espada del enemigo.---Pero por eso nos parecen estas cosas pesadas, porque no queremos pensar en las guerras más pesadas del adversario oculto. De las cuales guerras, la mayoría de las veces, como dijimos, mientras somos azotados, somos defendidos; mientras somos afligidos, somos ocultados. Pues nuestra carne, antes de que sea consolidada por la incorrupción de la resurrección, si no es afectada por ningún pesar, se desenfrena en las tentaciones. ¿Quién, pues, ignora que es mucho mejor arder con la llama de las fiebres que con el fuego de los vicios? Y sin embargo, cuando somos arrebatados por la fiebre, porque descuidamos considerar el ardor de los vicios que podía ocuparnos, murmuramos por el golpe. ¿Quién ignora que es mucho mejor estar sujetos a hombres duros en el servicio que estar sujetos a los halagadores espíritus demoníacos? Y sin embargo, cuando por el alto juicio de Dios somos quebrantados por el yugo de la condición humana, prorrumpimos en quejas, a saber, porque atendemos menos que si ninguna condición de servidumbre nos oprimiera, tal vez nuestra mente, libre, serviría peor a muchas iniquidades. Por eso, pues, estas cosas que toleramos las creemos pesadas, porque no vemos cuán duras e

intolerables son contra nosotros las guerras del enemigo astuto. Pues todo peso se envilecería para nuestra mente si pensara en las guerras del adversario oculto que podían oprimirla. Pues ¿qué si Dios omnipotente levantara las cargas que padecemos, pero sin embargo nos sustrajera sus auxilios y nos abandonara entre las tentaciones de este Leviatán? Ensañándose tanto enemigo, ¿a dónde iremos si no somos defendidos por ninguna protección de nuestro autor? Porque, pues, el bienaventurado Job no era consciente de culpa y, sin embargo, toleraba duros azotes, para que tal vez no exceda en el vicio de la murmuración, acuérdese de lo que debe temer y dígasele: Acuérdate de la guerra, y no vuelvas a hablar más. [Rec. 18.] ¡Como si se le dijera abiertamente: Si consideras la guerra del enemigo oculto contra ti, no acusas cualquier cosa que de mí padeces. Si prevés la espada del adversario que te acomete, de ningún modo te horrorizas por el azote del padre. Pues ves con qué azote te hiero, pero descuidas mirar de cuánto enemigo te guardo libre azotándote. Acuérdate, pues, de la guerra, y no vuelvas a hablar más, esto es, muéstrate tan tácito a la disciplina del padre cuanto te prevés débil para las guerras del enemigo. Mientras, pues, por mi corrección eres golpeado, para que lo lleves con ecuanimidad, vuelve a la memoria a tu enemigo y no estimes como duro todo lo que padeces, mientras por los tormentos externos eres liberado de la pasión interna. Pero porque este Leviatán se halaga con falsa promesa acerca de la divina misericordia, después de que introdujo el terror

de su fortaleza y conmovió el ánimo del bienaventurado Job en su circunspección, diciendo: Acuérdate de la guerra, y no vuelvas a hablar más; para mostrar su irreprochable reato, al punto añadió:

CAPÍTULO XX

[Vet. XXIV, Rec. XIX].

VERS. 28.---He aquí que su esperanza lo frustrará.

37. La eterna condenación del diablo y de todos los réprobos, que se hará pública ante todos los elegidos presentes.---Lo cual debe entenderse así de él, que pueda referirse también a su cuerpo, porque todos los inicuos que no temen la estrechez de la divina justicia, se halagan en vano con la misericordia. Y pronto volviendo a nuestra consolación, preanuncia su futuro exterminio del juicio final, diciendo: Y a vista de todos será precipitado. Pues a vista de todos será precipitado, porque apareciendo entonces terriblemente el Juez eterno, estando presentes las legiones de ángeles, asistiendo todo el ministerio de las potestades celestiales, y habiendo sido conducidos todos los elegidos a este espectáculo, esta bestia cruel y fuerte es conducida cautiva al medio, y con su cuerpo, esto es con todos los réprobos, es entregada a los eternos incendios de la Gehena cuando se dice: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que está preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. 25, 41). ¡Oh, qué espectáculo será aquél, cuando esta bestia inmensísima sea mos-

trada a los ojos de los elegidos, la cual en este tiempo de guerra hubiera podido aterrorizarlos demasiado si fuera vista! Pero se actúa por el oculto y maravilloso consejo de Dios para que tanto ahora, por su gracia, sea vencida por los que luchan sin ser vista, como entonces sea vista ya cautiva por los alegres vencedores. Entonces, pues, los justos reconocen más plenamente cuánto son deudores al auxilio divino cuando vean a una bestia tan fuerte a la que ahora siendo débiles vencieron, y en la inmensidad de su enemigo contemplan cuánto deben a la gracia de su Defensor. Pues vuelven de este combate entonces nuestros soldados de las virtudes refiriendo los trofeos; y recibidos los cuerpos, cuando ya en aquel juicio sortean la entrada del reino celestial, primero contemplan las inmensísimas fuerzas de esta antigua serpiente para que no estimen como vil lo que evitaron. Bien, pues, se dice: Y a vista de todos será precipitado, porque su muerte vista exhibe entonces gozo, cuya vida tolerada mueve ahora diariamente guerra a los justos en los tormentos. Pero oyendo estas cosas, como si al punto nos quejáramos diciendo al Señor: Señor, que no ignoras que este Leviatán es de tanta fortaleza, ¿por qué lo suscitas en el certamen de nuestra debilidad? al punto añadió: CAP. 41, VERS. 1.--- No como cruel lo suscitaré. [Vet. XXV, Rec. XX.] Y como si pronto se nos preguntara la causa de la razón: ¿Cómo no lo suscitas como cruel, a quien sabemos que permites invadir y devorar a tantos? al punto añadió diciendo:

CAPÍTULO XXI.

VERS. 1, 2.---¿Pues quién podrá resistir a mi rostro? ¿y quién me dio a mí primero para que yo se lo devuelva?

38. La gracia de Dios es gratuita.---Con cuyos dos versículos cumplió tanto la virtud de su potencia como todo el peso de la razón. Pues por la potencia dijo: ¿Pues quién podrá resistir a mi rostro? Y por la razón añadió: ¿y quién me dio a mí primero para que yo se lo devuelva? Como si dijera: No lo suscito como cruel porque de su fortaleza tanto arrebato potentemente a mis elegidos, como de nuevo condeno a los réprobos no injustamente sino racionalmente; esto es, tanto puedo arrebatar maravillosamente a los que benignamente elijo, como no injustamente abandono a los que rechazo. Pues nadie, para que la gracia divina le subsiga, dio primero algo a Dios. Pues si nosotros prevenimos a Dios obrando bien, ¿dónde está lo que el Profeta dice: Su misericordia me prevendrá (Sal. 58, 11)? Si algo de buena operación dimos para merecer su gracia, ¿dónde está lo que el Apóstol dice: Por gracia sois salvos por la fe; y esto no de vosotros, sino que es don de Dios, no de las obras (Ef. 2, 8)? Si nuestra dilección previno a Dios, ¿dónde está lo que el apóstol Juan dice: No porque nosotros hayamos amado a Dios, sino porque Él nos amó primero a nosotros (1 Juan 4, 10)? ¿Dónde está lo que por Oseas dice el Señor: Los amaré espontáneamente (Os. 14, 5)? Si sin su don seguimos a Dios por nuestra propia virtud, ¿dónde está lo que por

el Evangelio la Verdad protesta diciendo: Sin mí nada podéis hacer (Juan 15, 5)? ¿Dónde está lo que dice: Nadie puede venir a mí si el Padre que me envió no lo trajere (Ibíd. 6, 44)? ¿Dónde está lo que de nuevo dice: No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros (Ibíd. 15, 16)? Si al menos prevenimos los dones de las buenas obras pensando bien por nuestra propia virtud, ¿dónde está lo que de nuevo por Pablo se dice tan saludablemente que toda confianza de la mente humana sobre sí sea cercenada desde la misma raíz del corazón cuando dice: No porque seamos suficientes para pensar algo de nosotros como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia es de Dios (2 Cor. 3, 5)? Nadie, pues, previene a Dios con méritos para poder tenerlo como deudor; sino que de modo maravilloso el Creador, igual para todos, a unos preelegió y a otros en sus depravadas costumbres justamente abandonó.

39. Ni a los elegidos se les exhibe piedad sin justicia, ni a los réprobos justicia sin misericordia exhibetur. Mas ni a sus elegidos les exhibe piedad sin justicia porque aquí los oprime con duras aflicciones; ni de nuevo ejerce justicia con los réprobos sin misericordia porque aquí tolera con ecuanimidad a los que alguna vez condena para siempre. Si, pues, tanto los elegidos siguen a la gracia que los previene, como los réprobos reciben según lo que merecen, tanto encuentran los elegidos en la misericordia qué alabar, como no tienen los réprobos en la justicia qué acusar. Bien, pues, se dice: ¿quién me dio a mí primero para que yo se lo devuelva? ¡Como si se dijera

abiertamente: Para perdonar a los réprobos por ninguna razón soy compelido porque no me tengo como deudor de ellos por su acción. Pues por eso de ningún modo perciben los premios eternos de la patria celestial porque ahora, mientras podían merecerlos, por su libre albedrío los despreciaron. El cual libre albedrío ciertamente se forma en el bien para los elegidos cuando su mente es suspendida de los deseos terrenos por la gracia que aspira.

[Vet. XXVI.] 40. El bien que hacemos es tanto de Dios como nuestro.---Pues el bien que hacemos es tanto de Dios como nuestro: de Dios por la gracia preveniente, nuestro por la libre voluntad obediente. Pues si no es de Dios, ¿por qué le damos gracias eternamente? De nuevo, si no es nuestro, ¿por qué esperamos que se nos retribuyan premios? Porque, pues, no inmerecidamente damos gracias, sabemos que somos prevenidos por su don; y de nuevo, porque no inmerecidamente buscamos la retribución, sabemos que por el libre albedrío obediente elegimos los bienes que hiciéramos. Sigue: Todas las cosas que están bajo el cielo son mías. A todos consta que no sólo las cosas que están bajo el cielo, sino también aquellas mismas que criadas sobre los cielos se llaman celestiales, sirven a su voluntad por quien se recuerdan haber sido creadas. ¿Por qué, pues, hablando sólo de las cosas inferiores dijo?

CAPÍTULO XXII.

IBÍD.---¿Todas las cosas que están bajo el cielo son mías?

41. Todas las cosas sirven a Dios.---Pero porque habla de Leviatán, quien ya no es contenido en la sede del cielo etéreo, afirma que todas las cosas que están bajo el cielo son suyas, para enseñar que también aquel que cayó del cielo sirve a su potestad, como si dijera: Ese Leviatán perdió ciertamente mi bienaventuranza, pero no escapó a mi dominio, porque también me sirven aquellas mismas potestades que se me oponen con sus acciones depravadas. Sigue:

VERS. 3.---No le perdonaré por sus palabras potentes y compuestas para suplicar.

[Rec. XXI.] 42. Por qué razón se dice que el diablo suplica a Dios.---¿Quién pensaría esto, que de ningún modo recuerda haber leído, que el diablo va a pedir perdón por sus culpas? Pero quizá aquel hombre, a quien este Leviatán en el término del mundo hace vaso propio para sí, a quien, atestiguándolo Pablo, el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca y destruirá con la ilustración de su venida (2 Tes. 2, 8), aterrado por la presencia de tanta majestad, porque no puede ejercer sus fuerzas, se inclina a las preces. Lo cual, sin embargo, puede entenderse más aptamente de su cuerpo, esto es, de todos los inicuos, que llegan tarde a las palabras de las peticiones porque ahora desprecian ejecutar las obras. Por lo cual a través del Evangelio la Verdad dice: Al último vienen también las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos (Mat. 25, 11). A las cuales al punto se les responde: En verdad os digo que no os conozco (Ibíd. 12). Pero cuando se dice que compone palabras potentes para suplicar, urge

más que lo que dijimos de su cuerpo en el futuro lo sintamos en este tiempo.

[Vet. XXVII.] 1102 43. Vanas son las preces que no sigue una vida piadosa. En algunos la oración se convierte en uso de negociación. Los gemidos amargos, no las palabras compuestas, efectúan la verdadera oración.---Pues hay dentro de la santa Iglesia algunos que tienen prolijas preces al Señor, pero no tienen la vida de los que suplican; pues siguen las promesas celestiales con las peticiones, pero las huyen con las obras. Estos a veces perciben incluso lágrimas en la oración, pero cuando después de los tiempos de la oración la soberbia ha pulsado su mente, al punto se hinchan en el fasto de la elación; cuando la avaricia instiga, pronto hierven por los incendios de la ávida cogitación; cuando la lujuria ha tentado, de continuo anhelan con deseos ilícitos; cuando la ira ha persuadido, pronto la llama de la locura quema la mansedumbre de la mente. Como dijimos, perciben tanto el llanto en la prece, como sin embargo, terminadas las preces, cuando son pulsados por la sugestión de los vicios, de ningún modo recordaron haber llorado por el deseo del reino eterno. Lo cual abiertamente dio a conocer de sí Balaam, quien contemplando los tabernáculos de los justos dijo: Muera mi alma con la muerte de los justos, y sean mis novísimos semejantes a los de estos (Núm. 23, 10). Pero cuando el tiempo de la compunción se alejó, ofreció consejo contra la vida de aquellos a quienes había pedido hacerse semejante incluso muriendo; y cuando encontró ocasión de la avaricia, al punto olvidó

lo que fuera que para sí de la inocencia deseó. No tiene, pues, peso de virtud la oración a la cual de ningún modo mantiene la perseverancia del continuo amor. Por el contrario de lo cual bien se refiere de Ana llorando: Y su rostro no se mudó más en diversas maneras (1 Sam. 1, 18), porque ciertamente su mente de ningún modo después de las preces perdió jugueteando lascivamente lo que en el tiempo de su oración buscó con el rigor de los gemidos. Mas para algunos el trabajo de la oración se convierte en uso de negociación. De los cuales en el Evangelio la Verdad dice: Devoran las casas de las viudas bajo el pretexto de prolija oración. Estos recibirán un juicio más prolijo (Mar. 12, 40). Porque, pues, de ningún modo se perdona a las peticiones de los inicuos que son el cuerpo de este Leviatán cuando sus preces son destruidas por la obra, rectamente se dice ahora: No le perdonaré por sus palabras potentes y compuestas para suplicar. Aunque también por esto de que se refieren palabras potentes y compuestas para suplicar se muestra abiertamente la inanidad de la oración. Pues orar verdaderamente es resonar amargos gemidos en la compunción y no palabras compuestas.

[Vet. XXVIII.] Pero porque el antiguo enemigo cuanto más estrechamente es quebrantado tanto más inicuamente se dilata por múltiples argumentos, cuyas insidias sin embargo el Señor cuanto más sutilmente considera que se ocultan tanto más misericordiosamente nos las manifiesta, rectamente se subjunta:

CAPÍTULO XXIV

[Rec. XXII].

VERS. 14.---¿Quién revelará la faz de su vestidura?

44. Satanás tienta de una manera a las mentes religiosas, de otra a las entregadas al mundo.---Este Leviatán tienta de una manera a las mentes religiosas de los hombres, pero de otra a las entregadas a este mundo; pues a los inicuos les objeta abiertamente los males que desean, pero a los buenos, acechándolos latente, los ilude bajo la especie de santidad. A aquellos, como a sus familiares, se les insinúa más manifiestamente como inicuo; pero a estos, como a extraños, se encubre con el pretexto de una como honestidad, para que los males que no puede introducirles públicamente los subintroduzca cubiertos con el velo de la buena acción. Por lo cual también sus miembros a menudo, cuando no pueden dañar con abierta maldad, asumen el hábito de la buena acción; y ciertamente se exhiben depravados en la obra, pero mienten con santa apariencia. Pues los inicuos, si fueran abiertamente malos, no podrían ser recibidos de ningún modo por los buenos; sino que asumen algo de la visión de los buenos, 1103 para que mientras los varones buenos reciben en ellos la especie que aman, reciban también mezclado el virus que evitan. Por lo cual el apóstol Pablo, contemplando a algunos que bajo el velo de la predicación servían al estudio del vientre, dijo: Pues el mismo Satanás se transfigura en ángel de luz (2 Cor. 11, 14). ¿Qué

maravilla, pues, si sus ministros se transfiguran como ministros de justicia? Esta transfiguración temió Josué cuando, viendo a un ángel, inquirió de qué parte era diciendo: ¿Eres de los nuestros o de los adversarios? (Josué 5, 13); para que ciertamente, si fuera de la virtud adversa, por eso mismo que se conociera sospecho, saltara atrás de la ilusión. Porque, pues, este Leviatán en aquello que maquina la obra de iniquidad a menudo se viste con la especie de santidad; y porque si no es por la gracia divina no pueden detectarse las vestiduras de su simulación, bien se dice: ¿Quién revelará la faz de su vestidura? Subentiende: sino yo, que inspiro a las mentes de mis siervos la gracia de la sutilísima discreción, para que revelada la malicia vean su cara desnuda, la cual él oculta cubierta bajo el hábito de la santidad. Y porque a veces intenta corromper las mentes de los fieles por su ostentación, a veces por su sugestión (pues actúa ahora por la obra, ahora por la persuasión), rectamente se subjunta:

CAPÍTULO XXV.

IBÍD.---¿Y en medio de su boca quién entrará?

45. Dios revela su astucia a los elegidos.---Subentiende: sino yo, que por las mentes discretas de los elegidos discuto las palabras de sus sugestiones y manifiesto que estas cosas no son como sonaron. Pues parecen prometer el bien, pero arrastran a un fin perdido. Entrar, pues, en medio de su boca es penetrar las palabras de su astucia, para que de ningún modo se piense qué resuenan, sino a qué tienden. Adán no quiso en-

trar en medio de su boca cuando descuidó pesar cautamente la intención de aquella persuasión; pues creyó recibir por él la divinidad y perdió la inmortalidad (Gén. 3). Por lo cual, por cuanto permaneció incautamente fuera del intelecto de sus palabras, por eso se ofreció a aquella boca para ser devorado fundadamente. Sigue:

CAPÍTULO XXVI.

[Rec. XXIII].

VERS. 5.---¿Quién abrirá las puertas de su cara?

46. Las puertas de Leviatán son llamadas los pseudopredicadores. El Señor las abre manifestando a los maestros de los errores.---Las puertas de su cara son los doctores inicuos, que por eso son llamados las puertas de su cara, porque por ellos cada uno entra para que este Leviatán sea visto como en el principado de su potestad. Pues así como la Sagrada Escritura acostumbra llamar a los varones santos puertas de Sión (pues Sión se interpreta "especulación", y no inmerecidamente llamamos a los predicadores santos puertas de Sión porque por su vida y doctrina entramos en lo escondido de la contemplación suprema), así también por las puertas de este Leviatán se señalan los maestros de los errores, por cuya predicación perversa, cuando es recibida, se abre a los míseros oyentes la vía de la perdición. Pero estas puertas ante los ojos de los hombres por lo común están abiertas ciertamente para introducir, pero sin embargo cerradas para detectar, porque exhi-

ben cosas rectas en la apariencia pero persuaden cosas depravadas en la obra. Para detectar, pues, están cerradas, porque para que no puedan ser conocidas intrínsecamente, están amparadas por la simulación exterior. Las cuales, sin embargo, con maravillosa potencia el Señor abre porque hace comprensibles a sus elegidos las mentes de los hipócritas. ¿Quién, pues, abrirá las puertas de su cara? Subentiende: sino yo, que manifiesto a mis elegidos los maestros de los errores escondidos 1104 bajo la especie de santidad por un conocimiento conspicuo. Y porque el Anticristo, al venir, obtendrá incluso las mismas potencias sumas de este siglo, el cual ensañándose con un doble error intenta atraer hacia sí los corazones de los hombres tanto enviando predicadores como inclinarles conmoviendo a las potestades, bien acerca de este Leviatán añadió el Señor diciendo:

CAPÍTULO XXVII

[Vet. XXIX].

IBÍD.---Alrededor de sus dientes está el pavor.

47. Los dientes de Leviatán son los mismos falsos doctores.---Pues mudado el nombre, quiso insinuar estos sus dientes de otra manera, a los cuales arriba llamó puertas. Pues los predicadores perversos son sus puertas porque abren el ingreso de la perdición. Son sus dientes porque a los que captan en el error, los quebrantan de la solidez de la verdad. Pues así como tomamos por dientes de la santa Iglesia a aquellos que con sus

predicaciones trituran la dureza de los pecadores, por lo cual se le dice por Salomón: Tus dientes como greyes de esquiladas que suben del lavadero (Cant. 4, 2); los cuales no inmerecidamente son comparados con ovejas esquiladas y lavadas porque, asumiendo una vida inocente, en el lavadero del bautismo depusieron los vellones viejos de su conversación prístina; así también por los dientes de este Leviatán se figuran los maestros de los errores porque, mordiendo, desuellan la vida de los réprobos y, a estos apartados de la integridad de la verdad, los inmolan en el sacrificio de la falsedad. Cuya predicación ciertamente podría ser despreciada fácilmente por los oyentes, pero a esta la ensalza ante los juicios humanos el terror adjunto de las potestades seculares.

48. Las potestades del siglo los amparan. Unos se ensañan con palabras, otros con espadas. Las insidias del Anticristo por los falsos milagros.--- Rectamente, pues, se dice: Alrededor de sus dientes está el pavor, esto es, las potestades perversas de este siglo protegen a los inicuos predicadores del Anticristo. Pues a los que ellos pretenden seducir hablando, muchos de los potentes se esmeran en aterrar ensañándose. Alrededor de sus dientes, pues, está el pavor, como si se dijera abiertamente: Por eso estos predicadores perversos trituran a algunos persuadiendo porque alrededor de ellos hay otros que afligen las mentes de los enfermos aterrándolas. ¿Qué tal, pues, aparecerá aquel tiempo de la persecución cuando, para pervertir la piedad de los fieles, unos se ensañan con palabras y otros con espadas? Pues ¿quién,

incluso enfermo, no despreciaría los dientes de este Leviatán si no los amparara por el circuito el terror de las potestades seculares? Pero se actúa contra ellos con doble astucia porque lo que a ellos se les dice por unos con palabras halagadoras, esto se les manda por otros con espadas hirientes. Cuya acción de ambos, esto es, de los potentes y de los que hablan, está comprendida en una breve sentencia en el Apocalipsis de Juan, por la cual se dice: La potestad de los caballos estaba en su boca y en sus colas (Apoc. 9, 19). Pues en la boca de los doctores se figura la ciencia; mas en la cola la potencia de los seculares. Pues por la cola, que está atrás, se designa la temporalidad de este siglo que ha de ser pospuesta, de la cual el apóstol Pablo dice: Mas una cosa, olvidado de las cosas que están atrás y extendido a las que están adelante (Fil. 3, 13). Pues atrás está todo lo que pasa, mas adelante está todo lo que viniendo permanece. Para estos caballos, pues, esto es, predicadores nequísimos que corren por doquier por impulso carnal, hay potestad en la boca y en la cola porque ellos ciertamente predican persuadiendo cosas perversas, pero apoyados en las potestades temporales se ensalzan por aquellas cosas que están atrás. Y porque ellos mismos pueden aparecer despreciables, exigen para sí reverencia de sus inicuos oyentes por medio de aquellos en cuyos patrocinios se apoyan. Por lo cual aquí también 1105 no inmerecidamente se describe que el pavor está alrededor de sus dientes porque se actúa con muchos terrores para que en sus perversas predicaciones, si no la sentencia

de la verdad, ciertamente se tema la potencia temporal. Por lo cual bien describió al mismo Anticristo diciendo: Bajo su lengua el trabajo y el dolor, se sienta en insidias con los ricos en ocultos (Sal. 9, 28). Pues por los perversos dogmas bajo su lengua está el trabajo y el dolor; mas por la especie de los milagros se sienta en insidias; mas por la gloria de la potestad secular, con los ricos en ocultos. Porque, pues, al mismo tiempo usa el fraude de los milagros y la potestad terrena, se dice que se sienta tanto en ocultos como con los ricos:

CAPÍTULO XXVIII

[Rec. XXIV].

VERS. 6.---Su cuerpo es como escudos fusiles.

49. Los malos oponen el escudo de la excusa a los que los corrigen.---La Sagrada Escritura acostumbra usar el nombre de escudo a veces en parte próspera, a veces en adversa. Pues a menudo la defensa del escudo se pone por la protección divina, mas a veces se menciona por la repugnancia humana. Pues se pone por la protección divina como se dice por el Salmista: Con el escudo de tu buena voluntad nos coronaste (Sal. 5, 13). Se refiere que el Señor nos corona con un escudo porque a los que ayuda protegiendo, los corona remunerando. De nuevo, por la repugnancia humana se pone el escudo por el mismo Profeta, como dice en otro lugar: Allí quebrantó los cuernos, el arco, el escudo, la espada y la guerra (Sal. 75, 4). En los cuernos ciertamente se designa la elación de

los soberbios, en el arco las insidias de los que hieren de lejos, en el escudo la obstinada dureza de las defensas, en la espada la percusión vecina, en la guerra la misma moción de la mente contra el Señor. Lo cual ciertamente todo se quebranta en la santa Iglesia cuando las mentes de los que resisten a Dios son domadas, impuesto el yugo de la humildad. De aquí de nuevo se dice por el mismo Salmista: Triturará el arco y quebrantará las armas y quemará los escudos con fuego (Sal. 45, 10). Pues el Señor tritura el arco cuando disuelve los ocultos maquinamientos de los que acechan. Quebrantará las armas cuando desmenuza aquellos patrocinios humanos que contra sí habían sido erigidos. Quema los escudos con fuego cuando las mentes de los pecadores que se defienden con obstinada dureza, las enciende al ardor de la penitencia y de la confesión por el calor del Espíritu Santo. [Vet. XXX.] Pero porque en este lugar el cuerpo de este Leviatán se compara con escudos fusiles, se nos insinúa que ha de ser escrutado, porque todo vaso que es fusil suele ser ciertamente duro, pero sin embargo, cuando cae, frágil. Los escudos, pues, si son fusiles, son robustos para recibir la percusión de las saetas, pero frágiles por la caída. Por el golpe ciertamente de los que hieren mínimamente son penetrados, pero por su propia caída se disuelven por fragmentos. El cuerpo, pues, de este Leviatán, esto es, todos los inicuos, porque por la obstinación son duros pero por la vida frágiles, se comparan con escudos fusiles. Pues cuando oyen las palabras de la predicación, no permiten que ningún dardo

de corrección los penetre, porque en cada pecado que hacen oponen el escudo de la soberbia defensa. Pues cuando cualquiera de tales es argüido del reato de su iniquidad, no piensa pronto cómo corregir la culpa, sino qué oponer en ayuda de su defensa. Por ninguna saeta de la verdad, pues, es penetrado, porque recibe las palabras de la santa corrección en el escudo de la soberbia defensa. Por lo cual bien se dice por Jeremías de los judíos que se protegían con soberbia defensa contra los preceptos del Señor: Les darás el pago, Señor, según las obras de sus manos (Lam. 3, 64). 1106 Y pronto añadió más expresamente el mismo pago diciendo: Les darás escudo de corazón tu trabajo (Ibíd. 65). Pues el trabajo del Señor apareciendo entre los hombres fue su humanidad pasible, la cual los judíos soberbiamente sabios, mientras la veían, la despreciaron; y se dignaron no creerlo inmortal a quien por la naturaleza pasible vieron mortal. Y cuando contemplaban su humildad, endurecidos por los fastos de la soberbia, se esforzaron con sumo cuidado para que las santas palabras de los que predicaban no penetraran sus mentes. Mientras, pues, el Señor les daba el pago de las malas obras, les dio escudo de corazón su trabajo, porque por recto juicio de ahí los exhibió soberbiamente obstinados contra sí de donde él mismo trabajó en la enfermedad por nosotros. Pues repelieron de sí las palabras de los que predicaban porque se dignaron despreciar en el Señor lo enfermo de las pasiones. Tuvieron, pues, el trabajo del Señor por escudo de corazón contra el mismo Señor porque para los soberbiamente

sabios apareció despreciable por aquello por lo que fue humilde por causa de ellos.

[Vet. XXXI.] 50. De este escudo usaron Adán y Eva.---Este escudo, como ya dijimos arriba, lo sostuvo aquel primer pecador, quien, preguntándole el Señor por qué había tocado el leño vedado, no refirió a sí la culpa, sino que respondió que lo había recibido de la mujer que el Señor le había dado (Gén. 3, 12); para que como oblicuamente hiciera recaer su reato sobre el Autor, que le había dado la mujer que tales cosas le persuadiera. Este escudo sostuvo también la mujer al ser preguntada, cuando tampoco ella refirió a sí la culpa, sino que lo replicó a las persuasiones de la serpiente diciendo: La serpiente me engañó y comí (Ibíd. 13), para que ella también oblicuamente redujera su reato al Creador, que había permitido que entrara allí la serpiente que habría de persuadir tales cosas. Mas ya no se le pregunta a la serpiente porque ni se buscaba su penitencia. Pero estos cuya penitencia se buscó, profirieron el escudo de nequísima defensa contra las palabras de justísima corrección (Gén. 3). De donde hasta ahora se trae al uso de los pecadores que la culpa, cuando es argüida, sea defendida; y de donde debió terminarse el reato, de ahí se acumula. Bien, pues, se dice: Su cuerpo es como escudos fusiles, porque todos los inicuos, para que no lleguen a sí las palabras de los que los corrigen, preparan como contra los dardos de los adversarios escudos de defensas. El cual su cuerpo ciertamente todavía más expresamente nos lo detecta mientras subjunta:

IBÍD.---Compacto con escamas que se oprimen entre sí.

51. Los réprobos cubiertos de escamas resisten a los dardos de la verdad.---Se dice que el cuerpo del dragón está cubierto de escamas para que no sea penetrado tan pronto por el lanzamiento. Así todo el cuerpo del diablo, esto es, la multitud de los réprobos, cuando es corregido por su iniquidad, intenta excusarse con cuantas tergiversaciones puede, y objeta como unas escamas de defensa para que no pueda ser atravesado por la saeta de la verdad. Quienquiera que mientras es corregido apetece más excusar su pecado que llorarlo, como que se cubre de escamas mientras es saeteado por los santos predicadores con la espada de la palabra. Tiene escamas, y por eso la saeta de la palabra no tiene vía de pasar a sus entrañas. Pues por la dureza carnal es repelida, para que no se le clave la espada espiritual.

52. El corazón de Saulo, endurecido con estas escamas, se abrió a las saetas de la gracia.---Con carnal sabiduría se había endurecido Saulo contra Dios cuando ninguna saeta de la predicación evangélica penetraba su corazón. Pero después que fue saeteado por una fuerte increpación del cielo y cegado por el aspecto superno (pues perdió la luz para recibirla), viniendo a Ananías es iluminado. En cuya 1107 iluminación, porque careció de la dureza de sus defensas, bien está escrito de él: Cayeron como escamas de sus ojos (Hech. 9, 18). Ciertamente la dureza del tegumento car-

nal lo había oprimido y por eso no veía los rayos de la verdadera luz. Pero después que sus soberbias repugnancias fueron vencidas, las escamas de sus defensas cayeron. Las cuales ciertamente cayeron bajo las manos de Ananías de los ojos del cuerpo, pero antes ya, bajo la increpación dominical, habían caído de los ojos del corazón. Pues cuando yacía atravesado por el dardo de la alta invectiva, con el corazón ya humilde y penetrado inquiría diciendo: Señor, ¿qué quieres que haga? (Hech. 11, 6). Repelidas ciertamente las escamas, ya a las vísceras del corazón había llegado la saeta de la verdad cuando, depuesta la elación de la soberbia, confesando por Señor a aquel a quien había impugnado, e ignorando qué hiciera, inquiría. Gusta mirar dónde está aquel sañudo perseguidor, dónde el lobo rapaz. [Vet. XXXII.] He aquí ya convertido en oveja el que pregunta la senda del pastor para seguirla. Y es de notar que cuando decía: ¿Quién eres, Señor? (Hech. 22, 8), no se le responde por el Señor: Yo soy el unigénito del Padre, yo el principio, yo el Verbo antes de los siglos. Porque, pues, Saulo despreciaba creer al Señor encarnado y había despreciado lo enfermo de su humanidad, desde el cielo oyó esto que había despreciado: Yo soy Jesús Nazareno, a quien tú persigues (Ibíd. 8). Como si dijera: Oye esto de mí acerca de las cosas superiores, lo que en mí desprecias de las inferiores. Habías despreciado que el Autor del cielo hubiera venido a la tierra, de la tierra pues conoce al hombre del cielo, para que tanto más temas en mí los sacramentos de la enfermedad cuanto pruebas que estos también

han sido llevados en las cosas celestiales a la excelencia de la potestad. Postrándote, pues, de ningún modo te asevero esto, que soy Dios antes de los siglos; sino que oyes de mí aquello que de mí te dignas no creer. Pues después que dijo Jesús, todavía para expresión de la habitación terrena añadió Nazareno; como si se dijera más abiertamente: Recibe lo enfermo de mi humildad y pierde las escamas de tu soberbia.

53. En los hipócritas aquellas escamas son más duras. Las mentes maliciosas son semejantes a los erizos.---Se ha de saber, sin embargo, que estas escamas de las defensas, aunque cubren a casi todo el género humano, sin embargo oprimen especialmente las mentes de los hipócritas y de los hombres astutos. Pues ellos mismos tanto más vehementemente rehúyen confesar sus culpas cuanto más neciamente se avergüenzan de ser vistos por los hombres como pecadores. Corregida, pues, la simulación de la santidad y detectada la malicia oculta, objeta las escamas de la defensa y repele la espada de la verdad. Por lo cual bien se dice por el Profeta contra Judea: Allí se echó la lamia y encontró para sí descanso, allí tuvo su hoyo el erizo (Is. 34, 14. 15). Por la lamia ciertamente se designan los hipócritas, mas por el erizo todos los maliciosos que se cubren con diversas defensas. Pues se dice que la lamia tiene cara humana pero cuerpo bestial. Así también todos los hipócritas en la primera cara lo que muestran es como por razón de santidad; pero bestial es el cuerpo que sigue porque son muy inicuas las cosas que maquinan bajo la especie de bien. Mas

con el nombre de erizo se designa la defensa de las mentes maliciosas, porque ciertamente el erizo cuando es aprehendido se le ve tanto la cabeza 1108 como se le ven los pies y se contempla todo el cuerpo; mas tan pronto como fuera aprehendido, se recoge a sí mismo en una esfera, retrae los pies hacia adentro, esconde la cabeza; y dentro de la mano del que lo sostiene se pierde todo a la vez, lo que todo junto antes se veía. Así, sin duda, así son las mentes maliciosas cuando son comprendidas en sus excesos. Pues se ve la cabeza del erizo porque se ve por qué inicio el pecador accedió a la culpa. Se contemplan los pies del erizo porque se conoce por qué huellas fue perpetrada la maldad; y sin embargo, aducidas de repente las excusas, la mente maliciosa recoge hacia adentro los pies porque esconde todas las huellas de su iniquidad. Retrae la cabeza porque con maravillosas defensas muestra no haber ni siquiera comenzado algo depravado; y queda como una esfera en la mano del que lo sostiene porque aquel que corrige, perdiendo súbitamente todo lo que ya había conocido, sostiene al pecador envuelto dentro de su conciencia, y el que detectando ya lo había visto todo, iludido por la tergiversación de la depravada defensa, ignora todo por igual. El erizo, pues, tiene su hoyo en los réprobos porque la mente maliciosa, recogiéndose dentro de sí, se esconde en las tinieblas de la defensa. Pero en esto que el pecador se excusa, en esto que con caliginosas defensas nubla el ojo del que lo corrige fijo en él, la divina palabra nos muestra también cómo es apoyado por sus semejantes. Sigue:

CAPÍTULO XXX

[Vet. XXXIII].

VERS. 7. --- Una se une a otra, y ni siquiera un soplo pasa entre ellas.

54. Los inicuos se protegen mutuamente con una defensa recíproca. Estas escamas de los pecadores, para que no sean penetradas por ningún soplo de vida proveniente de la boca de los que predican, están endurecidas y unidas. Porque a quienes un reato similar asocia, también una defensa perversa los apiña con concorde pertinacia, de modo que se protegen unos a otros de sus fechorías con una defensa recíproca. Pues cada uno teme por sí mismo mientras ve que el otro es amonestado o corregido; y por eso, se levanta unánimemente contra las palabras de los que reprenden, porque se protege a sí mismo en el otro. Bien se dice, pues: Una se une a otra, y ni siquiera un soplo pasa entre ellas, porque en sus iniquidades, mientras se protegen por turnos con una soberbia defensa, no permiten de ningún modo que los soplos de la santa exhortación entren en ellos. Cuya pestífera concordia añadió aún más claramente, diciendo:

CAPÍTULO XXXI.

VERS. 8. --- Una se adherirá a la otra, y manteniéndose unidas, de ningún modo se separarán.

55. Quienes divididos apenas podían ser corregidos, ¿cómo se enmendarán estando unidos? Pues los que, estando divididos, podían ser corre-

gidos, permanecen unidos en la pertinacia de sus iniquidades, y son cada día tanto más inseparables del conocimiento de la justicia, cuanto no son separados unos de otros por ninguna reprensión. Pues así como suele ser nocivo si falta la unidad a los buenos, así es pernicioso si no falta a los malos. Pues la unidad corrobora a los perversos mientras los pone de acuerdo; y los hace tanto más incorregibles cuanto más unánimes los vuelve. De esta unidad de los réprobos se dice por el Sabio: Estopa amontonada es la sinagoga de los pecadores (Ecli. 21, 10). De esto dice el profeta Nahúm: Como las espinas se entrelazan entre sí, así es el banquete de los que beben juntos (Nahúm 1, 10). Pues el banquete de los réprobos es la delectación de los placeres temporales. En cuyo banquete, sin duda, beben juntos quienes se embriagan concordemente con los halagos de su propia delectación. Por lo tanto, porque los miembros de este Leviatán, es decir, todos los inicuos, a quienes la palabra de Dios compara con las uniones de las escamas, concuerdan en la misma culpa para su defensa, bien se dice: Una se adherirá a la otra, y manteniéndose unidas, de ningún modo se separarán. Pues manteniéndose unidas no pueden ser separadas, porque están ligados unos a otros para su defensa mutua por el hecho mismo de que recuerdan ser semejantes entre sí en todas las cosas. Descrito así su cuerpo, el discurso vuelve a la cabeza, y se anuncia lo que el antiguo enemigo por sí mismo ejerce en el tiempo de la última persecución. Pues sigue:

CAPÍTULO XXXII

[Vet. XXXIV, Rec. XXV].

VERS. 9. --- Su estornudo es el esplendor del fuego.

56. Cuánta conmoción por los signos y virtudes del Anticristo es inminente. Explicamos esto mejor si primero indagamos cómo se produce el estornudo. Pues en el estornudo se levanta una inflación desde el pecho, la cual, cuando no encuentra poros abiertos para emanar, toca el cerebro y, saliendo amontonada por las narices, sacude inmediatamente toda la cabeza. En este cuerpo del Leviatán, pues, ya sea en los espíritus malignos o en los hombres réprobos que se le han unido por la semejanza de la iniquidad, se levanta como una inflación desde el pecho, mientras la elación se yergue desde el poder del presente siglo. La cual, como si no encontrara poros para emanar, porque en aquello que se ensalza contra los justos se le prohíbe, por disposición de Dios, prevalecer cuanto desea. Pero al levantarse toca y sacude el cerebro, porque la acumulada elación de Satanás golpea más estrechamente su sentido al fin del mundo, y turba la cabeza, mientras excita más vehementemente al autor mismo de los espíritus malignos a través de aquel que es llamado Anticristo en la persecución de los fieles. Entonces la inflación acumulada sale por sus narices, porque toda la iniquidad de su soberbia se demuestra con los abiertos soplos de la malicia. Porque, por tanto, el estornudo sacude principalmente la cabeza, se llama estornudo de este

Leviatán a aquella su extrema conmoción por la que entra en el hombre condenado y a través de él impera sobre los réprobos. Quien entonces se conmueve con tanta virtud que perturbaría incluso a los miembros electos del Señor, si fuera posible; usa tantos signos y prodigios que por la potencia de los milagros parece resplandecer como con cierta luz de fuego. Porque, por tanto, su cabeza conmovida se esfuerza por clarear con milagros, rectamente su estornudo es llamado esplendor del fuego. En aquello, pues, que se conmueve para perseguir a los justos, luce ante los ojos de los réprobos con las virtudes de los signos. Y porque a su tiranía se adhieren los sabios del mundo, y por los consejos de ellos ejerce todo lo perverso que trama, rectamente se subraya:

CAPÍTULO XXXIII

[Vet. XXXV].

IBÍD. --- Y sus ojos son como los párpados de la aurora.

57. Sus ojos, es decir, sus consejeros, por qué se comparan con los párpados de la aurora. Por los ojos, que, adheridos a la cabeza, sirven a la utilidad de la visión, no sin razón se designan sus consejeros, quienes mientras prevén por perversas maquinaciones qué cosas y cómo deben hacerse, proporcionan a sus malignos operarios como un camino mostrado a los pies. Los cuales rectamente se comparan con los párpados de la aurora. Pues por párpados de la aurora entendemos las últimas horas de la noche, en las cuales como si

la noche abriera los ojos, mientras ya muestra los inicios de la luz venidera. Los prudentes del siglo, pues, adhiriéndose a los perversos consejos de la malicia del Anticristo, son como párpados de la aurora, porque la fe que encuentran en Cristo la aseguran como una noche de error, y prometen que la veneración del Anticristo es la verdadera mañana. Pues prometen que repelen las tinieblas y anuncian la luz de la verdad con signos esclarecedores, porque no pueden persuadir lo que quieren, si no profesan exhibir cosas mejores. De donde esta misma serpiente hablando en el paraíso a los primeros hombres (Gén. 3, 5), en aquello que simuló proveer algo mejor, abrió como los párpados de la aurora, cuando reprendió en las mentes inocentes la ignorancia de la humanidad, y prometió la ciencia de la divinidad. Pues repelía como las tinieblas de la ignorancia, y anunciaba una mañana divina de ciencia eterna, diciendo: Se abrirán vuestros ojos, y seréis como dioses, conociendo el bien y el mal (Ibíd.). Así, viniendo en aquel hombre entonces condenado, sus ojos se comparan con los párpados de la aurora, porque sus sabios rechazan la simplicidad de la verdadera fe como tinieblas de la noche pasada, y muestran sus signos mentirosos como los rayos del sol que nace. Pero porque este Leviatán no solo tiene ojos que provean cosas perversas con malignos consejos, sino que también abre la boca para pervertir las mentes de los hombres, ya que a través de predicadores perversos enciende los corazones de los oyentes para amar la falacia del error, aptamente se subraya:

CAPÍTULO XXXIV

[Rec. XXVI].

VERS. 10. --- De su boca proceden lámparas.

58. La boca del Anticristo son sus predicadores. Pues los que proveen se llaman ojos, pero los que predican se llaman boca. Pero de esta boca salen lámparas, porque encienden las mentes de los oyentes para el amor de la perfidia; y de donde lucen, como a través de la sabiduría, de allí sin duda queman a través de la maldad. Pero qué clase de luz sea su sabiduría misma, se muestra cuando se añade inmediatamente:

CAPÍTULO XXXV

[Vet. XXXVI].

IBÍD. --- Como teas de fuego encendidas.

59. Arden por malicia, lucen por simulación de virtud. He aquí que ya se describe abiertamente la hipocresía de aquellos cuya predicación se compara con las lámparas de las teas. Pues la tea, cuando se enciende, tiene ciertamente un olor suave, pero una luz oscura. Así estos predicadores del Anticristo, porque se arrogan la apariencia de santidad, pero sin embargo ejercen obras de iniquidad, es como agradable lo que huelen, pero negro lo que lucen. Pues huelen por la simulación de la justicia, pero arden oscuramente por la perpetración de la maldad. Cuya malicia de simulación Juan, en el Apocalipsis, comprendió en una breve descripción, diciendo: Vi otra bestia que subía de la tierra, la cual tenía dos cuernos

semejantes a los de un cordero, y hablaba como un dragón (Apoc. 13, 11). Pues ya había narrado a la anterior bestia, es decir, al Anticristo, en una descripción superior; después de la cual también se dice que esta otra bestia subió, porque después de él una multitud de sus predicadores se gloría en el poder terrenal. Pues subir de la tierra es ensoberbecerse por la gloria terrenal. La cual tiene dos cuernos semejantes al cordero, porque por la hipocresía de la santidad miente que reside en ella tanto la sabiduría singular como la vida que el Señor tuvo verdaderamente en Sí mismo. Pero porque bajo la apariencia de cordero infunde veneno serpentino a los oyentes réprobos, rectamente se añade allí: Y hablaba como un dragón. Esta bestia, pues, es decir, la multitud de los que predican, si hablara abiertamente como dragón, no parecería semejante al cordero; pero asume la apariencia de cordero para ejercer la operación del dragón. Lo cual aquí se expresa en ambos casos por las lámparas de las teas, porque arden oscuramente por el efecto de la malicia, y como que huelen suave por la simulación de la vida.

60. Muchos predicadores del Anticristo existen ya. Su vida debe ser explorada como una moneda. Que concuerde con las instituciones de los antiguos padres. Pero de ningún modo ha de estimarse que solo entonces aparecerán los predicadores del Anticristo, y que ahora faltan en las humanas decepciones. Pues ahora mismo, antes de que él aparezca por sí mismo, algunos lo predican con sus voces, pero muchos con sus costumbres. ¿O no son predicadores de su simu-

lación quienes, cuando obtienen los órdenes sagrados de Dios, retienen con todos sus deseos al mundo que huye; quienes muestran ser virtudes lo que hacen, pero es vicio todo lo que obran? [Vet. XXXVII.] Pero la mente de los electos, cuanto más se adhiere a la luz interna, tanto más sutilmente ve de qué modo debe discernir las virtudes de los vicios. ¿Qué maravilla es que nosotros hagamos esto espiritualmente, lo cual vemos diariamente que los cambistas cumplen corporalmente? Quienes cuando perciben una moneda, primero examinan su calidad, después la figura, pero al final el peso, no sea que bajo la apariencia del oro se oculte el bronce, o que la figura de una moneda réproba deshonre lo que verdaderamente es oro; o que aquello que es oro y de recta figura, no tenga el peso íntegro. Cuando, pues, vemos hechos admirables de hombres desconocidos, debemos residir en la balanza de nuestra mente como solícitos cambistas, para que primero la discreción examine el oro, no sea que el vicio se oculte bajo la virtud, y lo que se hace con intención perversa sea paliado por la visión de la rectitud. Cuya calidad de intención si es aprobada, pronto ha de buscarse la figura de la fórmula impresa, si se deriva de monetarios aprobados, esto es, de los antiguos padres, y no es viciada por ningún error de la semejanza de la vida de ellos. Pero cuando tanto la calidad por la intención, como la recta figura por el ejemplo son conocidas, resta que se busque su peso íntegro. Pues el bien que centellea por signos y milagros, si no tiene la suma de la perfección, debe ser pesado con solicitud por la cautela de

la circunspección, no sea que mientras se acepta una cosa imperfecta como si fuera perfecta, se convierta en daño del que la recibe. Los predicadores del Anticristo, por tanto, ¿cómo mantienen la verdadera calidad de la moneda, quienes en estas cosas que hacen no conocen la fuerza de la intención recta, porque por medio de estas no buscan la patria celestial, sino la cumbre de la gloria temporal? ¿Cómo no discrepan de la figura de la moneda quienes, al perseguir a los justos, discuerdan de toda la piedad de los justos? ¿Cómo muestran en sí el peso de la integridad quienes no solo no han alcanzado de ningún modo la perfección de la humildad, sino que ni siquiera han tocado su primera puerta? De aquí, pues, de aquí conozcan los electos cómo han de despreciar sus signos, cuya acción ciertamente impugna todo lo que se recuerda como gestado por los piadosos padres. Pero también los mismos electos, mientras ven tantos signos, mientras, despreciando la vida, temen sus tan grandes milagros, sufren cierto nublado de duda en el corazón, porque mientras su malicia se eleva por los prodigios, en estos se oscurece un tanto la visión más certera. De donde rectamente se añade:

CAPÍTULO XXXVI

[Rec. XXVII].

VERS. 11. --- De sus narices procede humo.

61. Vistos los prodigios del Anticristo, los electos se turbarán y titubearán. Que sean captados plenamente en el error no puede ser. Pues el filo

de los ojos es herido por el humo. Se dice, pues, que el humo procede de sus narices, porque de las insidias de sus milagros se genera por un momento una caliginosa duda incluso en el corazón de los electos. De las narices del Leviatán sale humo, porque de sus prodigios mentirosos la calígine de la trepidación confunde incluso los ojos de las buenas mentes. Pues entonces, contemplados los terribles signos, se conglomera un oscuro pensamiento en los corazones de los electos. De donde aquello que ya hemos aducido arriba se dice por la boca de la Verdad a través del Evangelio: Surgirán pseudocristos y pseudoprofetas, y darán signos y prodigios, de modo que sean inducidos a error, si es posible, incluso los electos (Mc. 13, 22). En lo cual ha de preguntarse mucho cómo o bien estos que son electos pueden ser inducidos a error, o por qué Si es posible se añade como por duda, cuando el Señor, conociendo todo de antemano, aguarda lo que ha de hacerse. Pero porque el corazón de los electos tanto es sacudido por el trépido pensamiento, y sin embargo su constancia no se mueve, el Señor comprendió ambos aspectos en esta única sentencia, diciendo: De modo que sean inducidos a error, si es posible, incluso los electos. Pues ya como que errar es titubear en el pensamiento; pero pronto se añade Si es posible, porque sin duda no puede ser que los electos sean captados plenamente en el error. Pero en esta calígine del humo bien se expresa también el mismo fervor de los ánimos cuando se añade inmediatamente:

CAPÍTULO XXXVII.

IBÍD. --- Como de una olla encendida y hirviente.

62. Con cuánto celo hervirán entonces. Qué obra el diablo en los corazones humanos con el humo de su pestífero aliento. Dios no puede ser conocido sino por un corazón tranquilo. Pues como una olla hirviente es cada alma entonces, sosteniendo el ímpetu de sus propios pensamientos como espumas de ondas ardientes, que tanto el fuego del celo conmueve, como la misma opresión temporal, a modo de olla, mantiene cerradas en su interior. De donde Juan también, cuando narraba los signos de esta bestia, añadió: De modo que haga descender fuego del cielo (Apoc. 13, 13). Pues descender fuego del cielo es que las llamas del santo celo emanen de las almas celestiales de los electos. [Vet. XXXVIII.] Pero porque este Leviatán es llamado en otra parte no solo serpiente, sino también régulo (basilisco), por el hecho de que impera sobre los espíritus inmundos o los hombres réprobos, como dice Isaías: De la raíz de la culebra saldrá un régulo (Is. 14, 29), debemos inspeccionar sumamente de qué modo el régulo mata, para que, por la operación del régulo, su malicia se nos haga más claramente conocida. Pues el régulo no mata con la mordedura, sino que consume con el aliento. A menudo también afecta el aire con su aliento, y cualquier cosa que toque, aunque esté situada lejos, la corrompe con la sola inspiración de sus narices.

63. De aquí, pues, de aquí nos vemos obligados a considerar, por esto que se dice que de sus narices procede humo, incluso antes de que aparezca abiertamente, qué obra diariamente en los corazones humanos con el humo de su pestífera exhalación. Porque, como también dijimos arriba, el filo de los ojos se debilita con el humo, no sin razón se afirma que de sus narices procede humo, por cuyas nocivas inspiraciones nace en los corazones humanos el pensamiento perverso, por el cual se embota el filo de la mente, para que no se vea la luz interna. Pues como por el aliento de sus narices emite calígine, porque en los corazones de los réprobos, con las aspiraciones de sus insidias, amontona, por el amor a la vida temporal, el hervor de múltiples pensamientos. Y como que multiplica los globos de humo, porque amontona las vanísimas preocupaciones de la presente vida en la mente de los hombres terrenales. Este humo que sale de sus narices toca a veces incluso los ojos de los electos. Pues este humo interno padecía el Profeta cuando dijo: Turbado está por la ira mi ojo (Sal. 6, 8). Por la inundación de este era oprimido, diciendo: Mi corazón está conturbado en mí, y la luz de mis ojos no está conmigo (Sal. 37, 11). Pues este humo embota el filo del corazón, porque con el nublado de su calígine turba la serenidad de la quietud íntima. Pero Dios no puede ser conocido sino por un corazón tranquilo. De donde por el mismo profeta se dice de nuevo: Vaciad vuestro corazón y ved que yo soy Dios (Sal. 45, 11). Pero no puede estar vacía la mente que es oprimida por las inundaciones de este humo,

porque en ella se aglomeran los volúmenes de los pensamientos terrenales por el amor a la presente vida. La luz de la quietud interna, por tanto, se pierde con este humo, porque mientras el ojo del corazón se confunde por el prurito de las preocupaciones, se entenebrece.

64. Este humo turba las mentes de los electos de un modo, y ciega los ojos de los réprobos de otro. Pero este humo turba los ánimos de los electos de un modo, y ciega los ojos de los réprobos de otro. Pues de los ojos de los buenos es dispersado por el aliento de los deseos espirituales, para que no se densifique por el prevaleciente pensamiento miserable. Pero en las mentes de los réprobos, cuanto más lícitamente se recoge a través de los tetros pensamientos, tanto más les quita fundadamente la luz de la verdad. Cuantos deseos ilícitos este humo ingiere en los corazones de los réprobos, tanto se hincha ante ellos como por otros tantos globos.

[Vet. XXXIX.] 65. En el alma carnal, unos globos de humo de concupiscencia se desvanecen arriba, otros surgen abajo. Los vicios suceden a los vicios. Y ciertamente conocemos los globos de humo, que mientras unos se desvanecen arriba, otros surgen abajo; así también en el pensamiento carnal, aunque pasen otros deseos de depravación, otros suceden. A menudo, sin embargo, la mente miserable ve lo que ya pasó, pero no ve dónde todavía es retenida. Se alegra de ciertos vicios porque ya no le están sujetos, y descuida precaverse y gemir, porque en su lugar han sucedido otros, a los cuales tal vez sucumba

más inicuamente; y así sucede que, mientras unos vicios pasan y otros siempre suceden, el corazón de los réprobos es retenido sin intermisión por esta serpiente. De donde bien se dice por el profeta Joel: Lo que quedó de la oruga lo comió la langosta, y lo que quedó de la langosta lo comió el pulgón, y lo que quedó del pulgón lo comió la herrumbre. Despertad, ebrios, y llorad (Joel 1, 4, 5). Pues ¿qué se designa por la oruga (eruca), que repta con todo su cuerpo por la tierra, sino la lujuria? la cual mancha de tal modo el corazón que posee, que no puede levantarse al amor de la limpieza superior. ¿Qué se expresa por la langosta, que vuela con saltos, sino la vana gloria, que se ensalza con vanas presunciones? ¿Qué se figura por el pulgón (bruchus), cuyo cuerpo casi todo se recoge en el vientre, sino la glotonería del comer? ¿Qué se insinúa por la herrumbre (rubigo), que cuando toca quema, sino la ira? El residuo de la oruga, por tanto, lo come la langosta, porque a menudo cuando el vicio de la lujuria se ha retirado de la mente, sucede la vana gloria. Pues porque ya no se abate por el amor del corazón, se gloría en sí misma como santa por la castidad. Y el residuo de la langosta lo come el pulgón, porque a menudo cuando se resiste a la vana gloria, que venía como de la santidad, se entrega uno más inmoderadamente al vientre o a cualesquiera deseos de ambición. Pues la mente que desconoce a Dios es llevada tanto más atrozmente a cualquier ambición, cuanto no se refrena por ningún amor ni siquiera a la alabanza humana. El residuo del pulgón lo consume la herrumbre, porque a

menudo, mientras la glotonería del vientre se restringe por la abstinencia, domina más agriamente la impaciencia de la ira; la cual, a modo de herrumbre, come la cosecha como agostándola, porque la llama de la impaciencia hace marchitar los frutos de las virtudes. Cuando, pues, los vicios suceden a los vicios, una peste devora el campo de la mente mientras deja a otra.

[Vet. XL.] 66. Ebrios son los que, turbados por el amor de este mundo, no sienten los males que padecen. Bien, sin embargo, se añade allí: Despertad, ebrios, y llorad (Joel 1, 5). Pues son llamados ebrios los que, confundidos por el amor de este mundo, no sienten los males que padecen. ¿Qué es, pues, decir: Despertad, ebrios, y llorad (Joel 1, 5), sino: sacudid el sueño de vuestra insensibilidad, y, en la devastación del corazón por tantas pestes de vicios que se suceden, salid al encuentro con vigilantes lamentos? Por tantos globos de humo, por tanto, surge el humo de las narices de Leviatán, por cuantas pestes, sin duda, consume el fruto del corazón réprobo por una oculta aspiración. Cuya fuerza del humo todavía expresa el Señor solícitamente, cuando añade inmediatamente: Como de una olla encendida y hirviente. Pues la olla se enciende cuando la mente humana es instigada por las persuasiones del maligno enemigo. Pero la olla hierve cuando ya también por el consentimiento se enciende en los deseos de la depravada persuasión. Y proyecta tantas ondas, como hirviendo, por cuantas maldades se extiende hasta las obras exteriores. Pues este fervor de la conciencia carnal, es decir,

de la olla, que viene del humo de Leviatán, lo había visto el profeta cuando decía: Veo una olla encendida, y su cara desde la cara del Aquilón (Jer. 1, 13). Pues desde la cara del Aquilón se enciende la olla del corazón humano, mientras se inflama por deseos ilícitos a instigación del espíritu adversario. Pues aquel que dice: Me sentaré en el monte del pacto, en los lados del Aquilón (Is. 14, 13), enciende la mente que una vez ha tomado con los malignos soplos de su persuasión, como con fuegos puestos debajo, para que, no contenta con las cosas presentes, hierva incesantemente por los deseos, de modo que apetezca unas cosas despreciables, y desprecie otras una vez obtenidas: que ahora anhele sus propios provechos, ahora contradiga las comodidades ajenas incluso con el propio detrimento, ahora satisfaga los halagos de la carne, ahora, como arrebatada a una cierta cumbre por la soberbia del pensamiento, pospuesto el cuidado carnal, se eleve toda ella en la vanidad de la elación. Porque, por tanto, el corazón es llevado por varios deseos, el cual se inflama por las instigaciones de este Leviatán, rectamente se dice que su humo es semejante a una olla encendida y hirviente, porque por tantos fervores se yergue la conciencia, soplada por sus tentaciones, por cuantos pensamientos se hincha dentro de sí. Lo cual todavía sigue la verdad más claramente con otras palabras, mientras se añade:

CAPÍTULO XXXVIII

[Rec. XXVIII].

VERS. 12.---Su aliento hace arder las brasas.

67. La mente carnal, como una brasa inflamada por el soplo del diablo.---¿Pues a qué llama "brasas" sino a las mentes de los hombres réprobos, encendidas en las concupiscencias terrenales? Pues arden cuando apetecen cualquier cosa temporal, porque sin duda queman los deseos que no permiten que el ánimo esté quieto e íntegro. Tantas veces, por tanto, el aliento de Leviatán enciende las brasas, cuantas veces su oculta sugestión atrae las mentes humanas a los deleites ilícitos. Pues a unas inflama con las hachas de la soberbia, a otras de la envidia, a otras de la lujuria, a otras de la avaricia. Ciertamente puso la hacha de la soberbia bajo la mente de Eva, cuando la instigó a despreciar las palabras del mandato dominical (Gén. 3, 5). La llama de la envidia también encendió el ánimo de Caín, cuando se dolió del sacrificio aceptado de su hermano, y por esto llegó hasta el crimen del fratricidio (Gén. 4, 8). Con las hachas de la lujuria consumió el corazón de Salomón, a quien sometió a tan gran amor por las mujeres que, conducido hasta la veneración de los ídolos, mientras seguía el deleite de la carne, se olvidó de la reverencia del Creador (1 Rey. 11, 4). Con el fuego de la avaricia también calcinó el ánimo de Acab, cuando lo impulsó con deseos impacientes a apetecer la viña ajena, y por esto lo atrajo hasta el reato de homicidio (1 Rey. 21). Tanto, por tanto, sopla este Leviatán con su aliento en las brasas, cuanto inflama las mentes humanas a lo ilícito con el esfuerzo de la sugestión oculta. De donde también bien se añade pronto:

CAPÍTULO XXXIX

[Vet. XLI]

IBID.---Y una llama sale de su boca.

68. Se ensañará más ardientemente a través del Anticristo. No consume sino madera, heno, estopa. Las lágrimas extinguen su llama.---La llama de su boca es ciertamente la misma instigación de la locución oculta. Pues dirige palabras de depravada persuasión al ánimo de cada uno, pero es llama lo que sale de su boca, porque el ánimo arde en deseos cuando es instigado por sus sugestiones. Esto lo sugiere diariamente, esto no desiste de sugerirlo hasta el término de la presente vida; pero entonces se dilata más inicuamente cuando, viniendo a través de aquel hombre condenado, se ostenta más abiertamente en la gloria de este mundo. Entonces de sus narices procede un humo más vasto, porque una instigación más amplia golpea los corazones humanos, aterrados por las admiraciones de sus signos. Entonces su aliento hace arder las brasas más vehementemente, porque las mentes de los réprobos, que ya haya encontrado calentándose con el amor de la gloria temporal, las enciende con los soplos de su sugestión hasta el ejercicio de la maldad de la crueldad. Entonces de su boca sale una llama, porque todo lo que habla por sí mismo, todo lo que habla por sus predicadores, es fuego con el que se queman las maderas infructuosas. Con el fuego de la concupiscencia terrenal se toca la mente de aquellos que de ninguna manera desean llegar a ser metales preciosos. El que, por

tanto, no quiera ser afectado por la llama de su boca, según la sentencia del verdadero doctor, procure encontrarse no madera, heno, estopa, sino oro, plata y piedra preciosa (1 Cor. 3, 12), porque tanto más incendia el fuego de aquella persuasión, cuanto cada uno se haya mostrado a él más blando para consentir. Pero porque por ninguna razón se concede que la mente puesta en esta carne corruptible no sea tocada por el ardor de aquella persuasión, resta que, abrasada por los malignos soplos, se convierta sin cesar al auxilio de la oración. Pues la onda de las lágrimas extingue más pronto la llama de sus sugestiones.

LIBRO TRIGÉSIMO CUARTO.

Se expone el verso 13 del capítulo XLI con los demás, especialmente sobre la soberbia del diablo y las saquísimas persecuciones del Anticristo contra los santos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Al envejecer el mundo, las tribulaciones crecen con los tiempos. El diablo se ensaña tanto más ferozmente, cuanto más cerca está de la consumación de su pena.---Como llevamos un cuerpo de este mundo, consideremos el fin del universo desde esa parte en la que nosotros estamos. Pues reconocemos más pronto cuál es el fin del mundo, si miramos solícitamente esto que llevamos del mundo. Pues nuestra edad florece con más robustez por los años juveniles, pero en el tiempo senil se consume por las enfermedades crecientes; y mientras se prolonga más para subsistir, en vez de morir desfallece diariamente por los momentos de vivir. Así también el tiempo del mundo, mientras aumenta con los años venideros, se ve afectado por los males crecientes; y de donde percibe el aumento de la edad, de allí siente el gasto de la salud. Pues las tribulaciones le crecen con los tiempos, y tolera los detrimentos de la vida tanto más débilmente cuanto dura más

avanzado, por así decir, hacia la vida. Pues contra él se desata el antiguo enemigo con todas sus fuerzas, el cual, aunque ya ahora haya perecido por haber perdido la bienaventuranza de su condición suprema, entonces sin embargo se extingue más plenamente cuando, retirado también de la licencia de tentar, sea atado en los incendios eternos. De donde también accede a tentar más atrozmente los extremos del mundo, porque se vuelve tanto más ferviente para la crueldad, cuanto más cerca se siente de la pena. Pues considera que está cerca el momento de perder la licencia de su nequísima libertad, y cuanto se estrecha por la brevedad del tiempo, tanto se expande por la multiplicidad de la crueldad, como se dice de él por la voz angélica a Juan: ¡Ay de la tierra y del mar!, porque el diablo ha descendido a vosotros teniendo gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo (Apoc. 12, 12). Entonces, por tanto, se dilata en el fervor de una gran ira, para que quien no pudo estar en la bienaventuranza, no caiga solo con pocos en la fosa de su condenación. Entonces todo lo que malvadamente pudo, lo busca más astutamente; entonces eleva más alto la cerviz de la soberbia, y a través de aquel hombre condenado que lleva, muestra inicuamente todo lo que temporalmente prevalece. De donde también por la voz divina rectamente se dice ahora:

CAPÍTULO II.

VERS. 13.---En su cuello morará la fortaleza.

2. A la soberbia del Anticristo se le añadirá la potestad de cumplir su maldad. ¿Pues qué se

designa por el cuello de este Leviatán, sino la extensión de la elación? Por la cual, levantándose contra Dios, se ensalza con simulación de santidad y también con el tumor de la potestad. Pues que por el cuello se expresa la soberbia, lo atestigua el profeta Isaías, que reprende a las hijas de Jerusalén, diciendo: Caminaron con el cuello erguido (Is. 3, 16). En el cuello, por tanto, de este Leviatán se dice que demora la fortaleza, porque la potencia adjunta también sufraga su elación. Pues todo lo que entonces se ensalza soberbiamente, todo lo que astutamente se maquina, también lo ejecuta con la virtud de la potencia secular. Lo cual, mirando el profeta Daniel, dice: El dolo se dirigirá en su mano (Dan. 8, 25). Pues el dolo en su mano es el fraude en la virtud, porque todo lo que inicuamente quiere, esto puede también ejecutarlo fuertemente por un tiempo. Pero su dolo se dice que se dirige, porque la malicia de su fraude no es impedida por ninguna dificultad. Pues esto suelen tener frecuentemente como propio este Leviatán o sus vasos, que para el cúmulo de su iniquidad pueden cumplir más inicuamente lo que inicuamente apetecen.

3. Es don divino para con los electos el que no puedan perpetrar el mal pensado. Pues cuando tal vez los electos se debilitan y caen en deseos ilícitos, son retenidos la mayoría de las veces por la mano del don divino en esto, en que no encuentran efectos de su miserable voluntad. Y cuando a sus votos les nace una válida contrariedad, la mayoría de las veces se corrigen por la misma imposibilidad, y por un admirable orden

de la disposición interna, sigue por la conversión la mutación de la mala voluntad, mientras por la enfermedad se deniega la perfección. De aquí es, en efecto, que, bajo la especie de cada alma, de la debilitada Judea y que camina por senderos depravados, dice el Señor por el profeta: He aquí que yo cercaré tu camino con espinas, y lo cercaré con un muro, y no hallará sus sendas, y seguirá a sus amantes, y no los alcanzará, y los buscará, y al no hallarlos dirá: Iré y volveré a mi primer marido, porque me iba mejor entonces que ahora (Os. 2, 6). Pues con espinas se cercan los caminos de los electos, mientras encuentran el dolor de la punción en esto que temporalmente codician. Como una muralla interpuesta sale al encuentro de sus caminos, cuyos deseos ciertamente impugna la dificultad de la perfección. Las almas de estos por cierto buscan a sus amantes y no los encuentran, mientras siguiendo a los espíritus malignos, de ninguna manera alcanzan aquellas delicias de este siglo que apetecen. But it is well added that from that very difficulty she should soon say: I will go and return to my first husband, because it was better with me then than now (Mt. 12, 44). Pues el primer marido es el Señor, que se unió a sí el alma casta por el amor interpuesto del Espíritu Santo. A quien entonces desea la mente de cada uno, cuando encuentra múltiples amarguras como unas espinas en aquellas delectaciones que temporalmente codicia. Pues cuando por las adversidades del mundo que ama el alma empieza a ser mordida, entonces entiende más plenamente cuánto mejor le fue con su primer marido.

4. La adversidad suele corregir a quienes la voluntad depravada pervierte. A aquellos, por tanto, que la voluntad depravada pervierte, la mayoría de las veces la adversidad los corrige. De donde también es muy de temer que sigan las cosas prósperas cuando se desean las injustas, porque más difícilmente se corrige el mal que se apoya también en la prosperidad de la perfección. Este Leviatán, pues, que con sus miembros está destinado a los eternos suplicios, y el dolo se dirige en su mano, y en su cuello demora la fortaleza, porque esto que desea temporalmente con voluntad perversa contra los buenos, lo consuma con facultad más perversa, para que tanto no le obste nada de la adversidad en el presente, cuanto no le queda nada de prosperidad en lo futuro. Y porque todo el que por costumbres perversas llega a conocer sus amistades, primero pierde las verdaderas riquezas de la mente, aptamente se subyunge:

CAPÍTULO III.

IBID.---Y la penuria irá delante de su cara.

5. La pobreza de los electos es haber perdido las riquezas celestiales. Pues por la cara suele designarse el conocimiento. De donde está escrito: Y mi cara irá delante de ti (Éx. 33, 14), esto es, el conocimiento proporcionará el guía. Pero se ha de saber que la penuria en la sagrada elocuencia se pone de una manera para los electos y de otra para los réprobos. Pues la penuria de los electos es cuando las verdaderas riquezas de la patria celestial vuelven a su ánimo, y puestos en este

penoso exilio de la vida presente, se acuerdan de que son pobres. Pues suspiran sin cesar por aquellas riquezas de las cuales dice Pablo: Para que sepáis cuál es la esperanza de su vocación, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos (Ef. 1, 18). Y porque todavía de ninguna manera las contemplan, gimen entretanto estudiosamente en la tribulación de esta pobreza. Jeremías sin duda había mirado esta pobreza cuando decía: Yo soy el varón que ve mi pobreza en la vara de su indignación (Lam. 3, 1). Pues la vara de la indignación de Dios es el golpe de la estrechez. La cual indignación sufrió entonces el hombre cuando, expulsado del paraíso, perdió las verdaderas riquezas del gozo interno (Gén. 3, 24). Pero porque todos los electos contemplan incesantemente que han caído en la penuria de la vida presente desde aquella facultad de la potencia ingénita, bien se dice: Yo soy el varón que ve mi pobreza (Lam. 3, 1). Pues quienquiera que todavía desea estas cosas visibles, no entiende el mal de su peregrinación, y no sabe ver esto mismo que padece. Mirando esta pobreza el profeta David, dice: Se ha debilitado en la pobreza mi virtud (Sal. 30, 11). Pues se dice que la virtud se debilita en la pobreza porque el ánimo, caído en esta peregrinación y reverberado por las molestias de su corrupción, se ve impedido de contemplar aquello que perdió.

6. Los réprobos no conocen esta pobreza. Son vaciados de las riquezas de las virtudes y no lo entienden.

Pero los réprobos no saben considerar esta pobreza, porque mientras siguen las cosas que contemplan, descuidan pensar en las invisibles que perdieron. De donde también su penuria se dice propiamente tal, porque mientras se llenan de vicios, se vacían de las riquezas de las virtudes. A los cuales a menudo sucede que, elevados por la demencia de la elación, mientras de ninguna manera consideran los daños de su ruina, no se conocen a sí mismos como indigentes también de buenas acciones. De donde por la voz angélica se dice al predicador de Laodicea: Dices que soy rico, y estoy enriquecido, y de nada tengo necesidad; y no sabes que tú eres un miserable, y un digno de lástima, y pobre, y ciego, y desnudo (Apoc. 3, 17). Como rico se afirma el que se ensalza por la arrogancia de la santidad, pero como pobre, ciego y desnudo es reprendido. Pobre ciertamente, porque no tiene las riquezas de las virtudes; ciego, porque ni siquiera ve la pobreza que padece; desnudo, porque perdió la primera estola, pero lo que es peor, porque ni siquiera conoce que la ha perdido. Porque, por tanto, como dijimos, la penuria de los réprobos es la defraudación de los méritos, rectamente se dice del Leviatán: La penuria irá delante de su cara. Pues nadie se une a su conocimiento, si no es despojado primero de las riquezas de las virtudes. Pues primero sustrae los buenos pensamientos, y entonces les infunde un conocimiento más abierto de su iniquidad. La penuria, por tanto, se dice que precede a su cara, porque primero se pierde la facultad de las fuerzas, para que como por familiaridad se conozca

después su noticia. O ciertamente porque a muchos se les desliza tan fraudulentamente que de ninguna manera puede ser detectado por ellos, y así evacua sus virtudes, a fin de no mostrar la malicia de su astucia, se dice que la penuria precede a su cara, como si se dijera abiertamente, que cuando tienta acechando, despoja antes de ser visto. De aquí es, en efecto, que de Efraín se dice por el profeta: Comieron los extraños su fuerza, y él no lo supo (Os. 7, 9). Pues por extraños suelen entenderse los ángeles apóstatas, que comen la fuerza mientras consumen la virtud de la mente pervirtiéndola. Lo cual Efraín padeció y no lo supo, porque en la tentación de los espíritus malignos perdió la fuerza del alma y no entendió esto mismo, que la había perdido. La penuria, por tanto, antecede a la cara del Leviatán, porque despoja primero las mentes de los negligentes tentando, antes de que el que es tentado reconozca sus lazos. Por esto, pues, que se dijo: En su cuello morará la fortaleza, se muestra la virtud de la violencia. Pero por esto que se añade: Y la penuria irá delante de su cara, se designa la sutileza del fraude.

7. Antes del advenimiento del Anticristo, los signos de las virtudes serán sustraídos de la Iglesia, o quedarán pocos.

Aunque de esto que conocemos que la penuria precede a su cara, se nos ofrece otra cosa que sin embargo expliquemos más tristemente. Pues por un terrible orden de la disposición oculta, antes de que este Leviatán aparezca en aquel hombre condenado que asume, los signos de las virtudes

son sustraídos de la santa Iglesia. Pues la profecía se esconde, la gracia de las curaciones se quita, la virtud de la abstinencia más prolongada disminuye, las palabras de la doctrina callan, los prodigios de los milagros se retiran. Las cuales cosas ciertamente la suprema dispensación de ninguna manera las sustrae totalmente, pero no las muestra estas tan abierta y múltiplemente como en los tiempos anteriores. Lo cual sin embargo se hace por una admirable dispensación, para que de una sola cosa se cumplan a la vez la divina piedad y la justicia. Pues mientras, sustraídas las virtudes de los signos, la santa Iglesia aparece como más abyecta, crece el premio de los buenos, que la veneran por la esperanza de las cosas celestiales y no por los signos presentes, y la mente de los malos se muestra más pronto contra ella, que descuidan seguir lo invisible que promete mientras no son retenidos por los signos visibles. Mientras, por tanto, la humildad de los fieles se ve como destituida de la multitud y manifestación de los signos, por un terrible examen de la oculta disposición, la misericordia es más generosa para los buenos de donde se acumula la justa ira para los malos. Porque, por tanto, este Leviatán, antes de que venga manifiesto y conspicuo, cesan en gran parte los signos de las virtudes en la santa Iglesia, rectamente se dice ahora: La penuria irá delante de su cara. Pues primero se sustraen de los fieles las riquezas de los milagros, y entonces aquel antiguo enemigo se muestra contra ellos por prodigios abiertos, para que en aquello en que él se ensalza por los signos, sea vencido más

robusta y laudablemente por los fieles sin signos. Aunque también a los fieles no les faltarán signos en su certamen, pero tantos serán los de aquel que los nuestros parecerán pocos o ningunos. Cuya virtud por cierto se hace más poderosa que todos los signos, cuando pisa con el talón de la constancia interna todo lo que contempla que él hace terriblemente. Pero el maligno enemigo se exhibe con tanto más acre immanidad contra ellos, cuanto más le duele ser despreciado incluso con milagros clarísimos. Todo él, pues, se recoge para la perdición de ellos, y conjuga a todos los réprobos en la muerte de los fieles con unánime crueldad, para que ejerza su crueldad tanto más robustamente, cuanto en aquellas cosas que apetece hacer perversamente, ningunos miembros de su cuerpo discrepan de él. De donde también rectamente se dice:

CAPÍTULO IV.

VERS. 14.---Los miembros de sus carnes coherentes entre sí.

8. La nociva concordia de los réprobos con Satanás y entre sí. Pues las carnes de este Leviatán son todos los réprobos, que no se elevan por el deseo al intelecto de la patria espiritual. Pero los miembros de sus carnes son aquellos que se unen a los mismos que obran perversamente y que se preceden a sí mismos hacia la iniquidad, como por el contrario se dice por Pablo al cuerpo del Señor: Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y miembros de miembro (1 Cor. 12, 27). Pues una cosa es el miembro del cuerpo y otra el miembro

del miembro. Pues el miembro del cuerpo es parte respecto al todo, pero el miembro del miembro es una partícula respecto a la parte. Pues el dedo es miembro del miembro respecto a la mano, la mano respecto al brazo; pero miembro del cuerpo es todo esto junto respecto al cuerpo universal. Así pues, como en el cuerpo espiritual del Señor llamamos miembros de miembro a los que en su Iglesia son regidos por otros, así en aquella réproba congregación de este Leviatán son miembros de las carnes los que en obra inicua se unen a algunos más inicuos que ellos. Pero porque el enemigo maligno concuerda consigo mismo en la obra perversa desde los primeros hasta los últimos, el divino sermón menciona en él los miembros de sus carnes coherentes entre sí. Pues de tal manera sienten unánimemente cosas perversas, que no se dividen por ninguna disputa entre sí recíprocamente. Ninguna altercación de diversidad los corta entonces, y por eso prevalecen vehementemente contra los buenos, porque se mantienen concordemente en el mal. Pues como ya dijimos más arriba (Libro XXXIII, núm. 55), así como es pernicioso si falta la unidad a los buenos, así es más pernicioso si no falta a los malos. Pues la unidad de los réprobos impide tanto más duramente el camino de los buenos cuanto más duramente se le opone por la congregación.

9. Es lícito disolver esta unidad, según el ejemplo de Pablo. Esta unidad de los réprobos perniciosa para sí la había visto Pablo, cuando sorprendido en medio de los saduceos y fariseos decía: De la esperanza y resurrección de los muer-

tos soy juzgado (Hech. 23, 6). Por cuya voz herida, al punto saltó en pedazos contra sí recíprocamente la turba de los oyentes. Y cuando la multitud de los tumultuosos se divide en dos partes, se abre a Pablo el camino de la liberación, porque a quien la turba de los perseguidores unida había constreñido, la dividida lo soltaba. Se libran, pues, los justos mientras se dividen los injustos, y los votos de los electos llegan a la perfección mientras las filas de los réprobos se confunden por la discordia. Lo cual bien se designa también por la partición del Mar Rojo (Éx. 14, 21, ss.). Pues mientras el agua se divide en dos partes, se tiende por el pueblo electo hacia la tierra de la promesa, porque mientras la unidad de los malos se corta, las mentes buenas son conducidas hacia lo que apetecen. Si la unidad de los malos no hubiera sido nociva, de ninguna manera la divina providencia habría disipado las lenguas de los soberbios en tanta diversidad (Gén. 11, 8). Si la unidad de los malos no hubiera sido nociva, de los enemigos de la santa Iglesia no diría el Profeta: Precipita, Señor, y divide sus lenguas (Sal. 54, 10). Porque, por tanto, este Leviatán se desenfrena entonces contra los electos de Dios en sus fuerzas, para el aumento de su malicia se permite que haya también unidad en los réprobos, para que ejerza tanto más robustamente sus fuerzas contra nosotros, cuanto no solo nos impugna con el golpe de la fortaleza, sino también con la mole de la unión. Pero ¿quién bastará contra estas cosas? ¿Qué mente no temblará desde la raíz misma de los pensamientos ante los pesos de tanta elación

y trabazón? De donde, porque nos contempla trepidar por la enfermedad, al punto la divina clemencia añade lo que ella hace por sí misma. Pues sigue:

CAPÍTULO V.

IBID.---Enviará contra él relámpagos, y no serán llevados a otro lugar.

10. Serán quebrantados por el relámpago en el juicio, quedando los justos ilesos y gozosos. ¿Qué se designa por la apelación de relámpagos sino aquellas tremendas sentencias del juicio extremo? Las cuales se llaman relámpagos por esto, porque ciertamente incendian para siempre a aquellos a quienes hieren. Pablo había visto venir relámpagos sobre él cuando decía: A quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca, y destruirá con la ilustración de su advenimiento (2 Tes. 2, 8). Pero estos relámpagos que se envían contra él no se llevan a otro lugar, porque gozándose los justos, hieren entonces solo a los réprobos. Pues tras la trilla de la vida presente, en la que ahora el trigo gime bajo la paja, de tal manera se distingue entre el trigo y la paja por aquel bieldo del juicio extremo, que ni la paja pase al granero del trigo, ni los granos del granero caigan en el fuego de la paja. Aquellos relámpagos, por tanto, de ninguna manera tocan otro lugar, porque ciertamente incendian con su fuego no a los granos, sino a la paja. Pero porque la pena no corrige a este Leviatán, lo insinúa mientras añade:

CAPÍTULO VI.

VERS. 15.---Su corazón se endurecerá como piedra.

11. La impenitencia de Satanás. Con toda propiedad se dice que es semejante al yunque. Pues el corazón del antiguo enemigo se endurecerá como piedra, porque nunca se ablandará por ninguna penitencia de conversión. El cual, porque se adaptará solo a los golpes de la eterna venganza, rectamente se subinfiere al punto:

IBID.---Y se apretará como el yunque del herrero.

Pues el herrero fija el yunque como apto solo para las percusiones. Pues para esto se establece el yunque, para que sea herido con frecuentes golpes. El Leviatán, por tanto, se aprieta como yunque de herrero, porque será coartado por los vínculos del infierno, para que sea golpeado por la continua percusión del suplicio eterno. El cual ahora también es golpeado, mientras todos los justos se salvan, estando él vigilante en acechanzas, pero consumiéndose por los dolores. Pero en el yunque se forman otros vasos, mas él mismo no se transfiere en otro vaso por tantas percusiones. Rectamente, por tanto, este Leviatán ha sido comparado al yunque, porque nosotros somos compuestos mientras él nos persigue, pero él mismo es siempre golpeado y nunca se muda en vaso útil. Lo dejamos a la eterna percusión, y nosotros, heridos por la mano del supremo artífice en su tentación, pasamos como vasijas formadas por él. Pues en él somos golpeados, pero para que lleguemos al uso de la casa suprema. Él, en cambio, se aprieta como yunque, porque aunque

ahora rodee el mundo tentando, puesto sin embargo en el infierno, ya no vaga bajo el golpe de la sentencia. Sigue:

CAPÍTULO VII.

VERS. 16.---Cuando sea arrebatado, temerán los ángeles, y aterrados se purgarán.

12. Al caer los ángeles réprobos, se aterrraron los buenos y se consolidaron por el miedo.

La Sagrada Escritura mezcla a veces de tal modo el tiempo pasado y el futuro, que algunas veces usa el futuro por el pasado, y otras en cambio usa el pasado por el futuro. Pues usa el futuro por el pasado cuando a Juan se le muestra la mujer que va a parir un varón, que rija a las naciones con vara de hierro (Apoc. 12, 5). Lo cual, porque ya se había hecho entonces al venir el Señor encarnado, se anunciaba el hecho. Por el contrario, usa el pasado por el futuro, como habla el Señor por el Salmista, diciendo: Horadaron mis manos y mis pies, contaron todos mis huesos (Sal. 22, 18). Con cuyas palabras ciertamente se describe la especie de la pasión del Señor como si ya hubiera pasado, pero sin embargo se anuncia todavía como futura mucho tiempo después. En este lugar, por tanto, en que se dice: Cuando sea arrebatado, temerán los ángeles, nada obsta para entender que bajo el modo del tiempo futuro se describen cosas pasadas. Ni dejamos el sentido de la recta inteligencia si creemos que al caer este Leviatán de la alcázar de la bienaventuranza, en su ruina también los ángeles electos se espantaron, para que mientras el lapso de la soberbia lo expulsaba a aquel del

número de ellos, el miedo mismo los consolidara a ellos para estar más robustamente. De donde también sigue: Y aterrados se purgarán.

13. De qué manera fueron purgados entonces. Al caer unos, se dio a los demás que no pudieran caer. Pero fueron purgados porque ciertamente, al salir este con las legiones réprobas, quedaron solos en las sedes celestiales los que habrían de vivir bienaventuradamente para siempre. Su caída, pues, los aterró y los purgó: los aterró para que no despreciaran soberbiamente a su Creador; y los purgó porque, al salir los réprobos, se hizo que los electos solos quedaran. Y porque Dios, artífice de todas las cosas, sabe usar bien incluso la mala acción de los réprobos para la custodia de los buenos, convirtió la caída de los que caían en el provecho de los que quedaban; y de donde fue castigada la culpa de los soberbios, de allí para los humildes ángeles se encontraron y consolidaron los aumentos de los méritos. Pues al caer estos, se dio a aquellos en don el que no pudieran caer en absoluto. Pues los santos ángeles, mientras contemplan en estos los daños de su naturaleza, consisten ya en sí mismos más cauta y robustamente. De donde sucede, ordenándolo todo maravillosamente el Señor autor de todas las cosas, que incluso su propia ruina aprovecha a aquellas patrias de los espíritus electos, mientras de allí sea más firmemente construida de donde había sido en parte destruida.

14. Los santos predicadores se llaman ángeles. Pero porque a menudo la Sagrada Escritura suele designar con el nombre de ángeles a los predica-

dores de la Iglesia, por el hecho de que anuncian la gloria de la patria celestial, podemos en este lugar tomar por ángeles a los santos predicadores. De aquí es, en efecto, que Juan en el Apocalipsis, escribiendo a las siete Iglesias, habla a los ángeles de las Iglesias, esto es, a los predicadores de los pueblos (Apoc. 1, 4). De aquí dice el profeta: Y los ángeles de paz llorarán amargamente (Is. 33, 7). De aquí de nuevo dice el profeta Malaquías: Los labios del sacerdote custodian la ciencia, e inquieren la ley de su boca, porque es el ángel del Señor de los ejércitos (Mal. 2, 7). De aquí dice Pablo: Grande es el sacramento de la piedad, que se manifestó en la carne, fue justificado en el espíritu, apareció a los ángeles, fue predicado a las gentes, creído en este mundo, fue asumido en la gloria (1 Tim. 3, 16). Quien, por tanto, después de decir que el misterio de la dispensación había aparecido a los ángeles, añadió que había sido predicado a las gentes, ciertamente con el nombre de ángeles designó a los santos predicadores, esto es, a los nuncios de la verdad.

15. Éstos son aterrados y purgados por la caída y la pena de los ángeles. Si, pues, lo que se dice: Cuando fuere quitado, temerán los ángeles, y aterrados se purgarán, se refiere al tiempo futuro, al venir el juez severo, aquí se designa la extrema condenación de este Leviatán, porque es quitado de este mundo por la ira del juicio el que ahora es tolerado con maravillosa longanimidad de mansedumbre. Pero es sacudido de aquí con tanto peso de terror, que incluso la fortaleza de los santos predicadores se turba; porque Cuando fuere

quitado, temerán los ángeles, ya que cuando es arrebatado por el torbellino del juicio, los que puedan hallarse en sus cuerpos, sacudidos por un inmenso terror, incluso los nuncios de la patria celestial tiemblan. Pues aunque ya son fuertes y perfectos, todavía, porque están puestos en la carne, no pueden en el torbellino de tanto terror dejar de ser sacudidos por algún temor. Pero cuando este Leviatán es arrebatado, y cuando en su ruina todos los elementos son sacudidos, a los santos predicadores a quienes, como dije, aquel tiempo del juicio hallare todavía en sus cuerpos, la esperanza de la proximidad del reino los alegra, y la flaqueza de la carne los perturba por la manifestación de la ira. Habrá, pues, en ellos de algún modo un temblor alegre, y un temor seguro, porque están ciertos de que son remunerados con el reino celestial, y tiemblan por la flaqueza de la carne por el miedo de tan gran torbellino.

16. Cuán grande será la conmoción de los réprobos cuando los justos tiemblen. Consideremos, pues, cómo se conmueve entonces la conciencia de los inicuos, cuando incluso la vida de los justos se turba. Los que odieron la venida del juez, ¿qué harán si el terror de tan gran juicio lo temen incluso los que lo aman? Y porque en los santos predicadores con este pavor se purifica, si alguna herrumbre de leves pecados pudo haber en ellos, después que dijo: Cuando fuere quitado, temerán los ángeles, aptamente añadió luego: Y aterrados se purgarán. Pero porque hemos conocido estas cosas sobre el fin de este Leviatán,

entretanto, antes de que perezca, oigamos qué hace. Sigue:

CAPÍTULO VIII

[Rec. VIII].

VERS. 17. --- Cuando la espada lo alcanzare, no podrá subsistir, ni la lanza, ni el tórax.

17. El Anticristo es rectamente llamado espada del diablo. En la sagrada Escritura, a veces por la espada se designa la santa predicación, a veces la eterna condenación, a veces la tribulación temporal, a veces la ira o persuasión del antiguo enemigo. Pues la espada se pone por la santa predicación, como dice Pablo: Y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios (Ef. 6, 17). Con el nombre de espada se designa la eterna condenación, como está escrito del herético que predica: Si sus hijos se multiplicaren, estarán en gozo (Job 27, 14), porque por mucha numerosidad con que germinen aquí, son consumidos por la eterna condenación. La espada se toma por tribulación temporal, como se le dice a María sobre las tribulaciones que han de seguir: Y una espada atravesará tu propia alma (Lc. 2, 35). De nuevo, por la espada se expresa la ira o persuasión del maligno enemigo, como dice el Salmista: Que libraste a David tu siervo de la espada maligna (Sal. 143, 10). Pues benigna es la espada de la santa predicación, con la cual somos heridos para que muramos a la culpa. Pero maligna es la espada de la persuasión diabólica, con la cual cada uno es herido malamente para que se extinga de la

vida de rectitud. La espada del antiguo enemigo, por tanto, es aquel hombre entonces condenado, asumido para el uso de su ministerio. Pues lo afila por la malicia del fraude, y traspasa los corazones de los débiles. La espada de este Leviatán, por tanto, lo alcanza cuando su propio hombre condenado lo haya recibido. Pero si con el nombre de espada se significa su ira, rectamente se describe no que él alcance la espada, sino que es alcanzado por la espada. Pues se vuelve entonces en tan gran locura que, apeteciendo dominar a todos, de ninguna manera domina su propia ira. Pues nosotros, cuando asumimos la ira en el uso de la justicia, tenemos la espada, porque poseyéndola bajo la equidad del juicio la moderamos. Pero él, porque es arrebatado por los precipicios del furor, se dice no que alcance la espada, sino que es alcanzado por la espada. Pues no tiene la ira como poseyéndola, sino que es tenido por la ira como ensañado.

18. En qué sentido se dice que la lanza y el tórax ceden a esta espada. Pues a todos es manifiesto que con la lanza herimos al adversario, pero con el tórax somos protegidos del adversario. Por la lanza inferimos heridas, por el tórax somos cubiertos para no ser heridos. ¿Qué, pues, se designa por la lanza sino el dardo de la predicación, qué por el tórax sino la fortaleza de la paciencia? Este Leviatán, pues, porque se desenfrena en ira de toda clase de crueldad por el hombre réprobo asumido, se dice ser alcanzado por la espada. Pues por la manifestación de inmensa fortaleza muestra entonces cuanto puede inicuamente. Y

ni la lanza ni el tórax podrán subsistir, porque viniendo en el Anticristo, aparecerá de tanta virtud que, si falta el auxilio soberano, embote la agudeza de los predicadores y destruya la longanimidad de los que padecen. Pues si la gracia soberana no consolida la vida de los justos, no subsiste la lanza, porque la virtud de los predicadores se rompe; no subsiste el tórax, porque la paciencia de los constantes es atravesada y rota. Por lo cual también se añade:

19. Ensañándose el Anticristo, peligrarán la virtud de los predicadores y la constancia de los más fuertes. Lo que arriba llamó lanza, esto abajo lo repitió con la apelación de hierro; y lo que profirió como tórax, esto de nuevo lo señaló con la conmemoración del bronce. Pues el hierro se afila para que el adversario sea herido, pero el bronce no es consumido por casi ninguna herrumbre. Por el hierro, pues, se designan los dardos de la predicación, y por el bronce la constancia de la longanimidad. Por lo cual también bajo la especie de Aser se dice de la santa Iglesia por Moisés: Hierro y bronce su calzado (Dt. 33, 25). Pues el calzado en la sagrada Escritura se toma por el muro de la predicación, como está escrito: Calzados los pies en la preparación del Evangelio de la paz (Ef. 6, 15). Porque, pues, por el hierro se expresa la virtud, y por el bronce la perseverancia, el hierro y el bronce se dicen su calzado, cuando su predicación se protege a la vez por la agudeza y la constancia. Pues por el hierro penetra los males adversos, y por el bronce guarda longánimamente los bienes que propuso. Cuya perseverancia allí

ciertamente insinúa más abiertamente, diciendo: Como los días de su juventud, así será su vejez (Dt. 33, 25). [Rec. IX.] Pero este Leviatán, cuando hubiere asumido aquella espada que los sagrados elocucios llaman Anticristo para el ejercicio de su iniquidad, reputará tanto el hierro como paja, y el bronce como madera podrida, porque si la gracia divina no protege, consumirá con el fuego de su malicia las fuerzas de los predicadores como paja, y reducirá a polvo la constancia de los que padecen como madera podrida. Y, por tanto, desfallecen tanto la agudeza del hierro como la fortaleza del bronce, mientras por la violencia de su virtud tanto se embota el sentido de la predicación, como se disipa la longanimidad de la paciencia.

20. Y si Dios no prestare auxilio, desfallecerán. Si, pues, la ayuda divina no robustece a sus elegidos, ¿dónde estarán entonces los flacos, si los fuertes son reputados como paja? ¿Qué hará entonces este Leviatán de la paja, si estimare el hierro como paja? ¿Qué ha de hacer de las maderas podridas, si deshiciere la fortaleza del bronce como madera podrida? Pero ¡oh!, cuántos, que por sus propias fuerzas se estiman ser hierro o bronce, en aquel fuego de la tribulación entonces se descubren ser paja; y cuántos, que por su propia flaqueza temen ser paja, apoyados por el auxilio divino, se robustecen en la solidez del hierro y del bronce, para que contra su adversario tanto más fuertes sean en Dios, cuanto más se acordaron de que ellos eran flacos por sí mismos. Pero cuanto más alto se levanta este Behemoth

contra los elegidos de Dios por los milagros, tanto más vehementemente todos los santos se ciñen a las palabras de la predicación. Quien, sin embargo, de tal modo posee las mentes de los réprobos, que no las deja atravesadas por ninguna lanzada de la verdad. Por lo cual también se añade:

IBID. 19. --- No lo ahuyentará el varón sagitario.

21. De los corazones de los réprobos no ahuyenta a Satanás la santa predicación. ¿Pues por qué tomamos las saetas, sino por las palabras de los predicadores? Las cuales, mientras se distinguen por la voz de los que viven bien, traspasan los corazones de los oyentes. Por estas saetas la santa Iglesia había sido herida, la cual decía: Herida de caridad estoy yo (Cant. 2, 5). De estas saetas se narra por la voz del Salmista: Saetas de párvulos se han vuelto sus llagas (Sal. 63, 8), porque a saber, las palabras de los humildes penetraron los ánimos de los soberbios. De estas saetas se dice al propugnador que viene: Tus saetas agudas, poderosísimo, los pueblos caerán debajo de ti en el corazón (Sal. 44, 6). Es, pues, un varón sagitario el que por el arco de la santa intención clava en los corazones de los oyentes las palabras de la recta exhortación. Porque, pues, este Leviatán desprecia las palabras de los que predican, y, cuando hubiere mordido las mentes de los réprobos persuadiendo malamente, duro entre los dardos de ninguna manera las deja, rectamente se dice: No lo ahuyentará el varón sagitario. Como si abiertamente se dijera: De los corazones de los réprobos no lo sacude la saeta

del santo predicador, porque cualquiera que es atrapado por él, ya desprecia oír las palabras de los que predican. Por lo cual bien, airándose por los pecados precedentes, de aquellos a quienes deja en la mano del antiguo enemigo, dice el Señor por el profeta: Os enviaré serpientes régulos, para los cuales no hay encantamiento (Jer. 8, 17). Como si dijera: Por justo juicio os entregaré a tales espíritus inmundos, que no puedan ser sacudidos de vosotros por la exhortación de los que predican como por el sermón de los que encantan. Porque verdaderamente este Leviatán no es movido de los corazones de los réprobos por los dardos de la santa predicación, se añade también el mismo desprecio de los varones santos, cuando allí mismo se subañade:

CAPÍTULO XI

[Vet. VI].

IBID. --- En estopa se han vuelto para él las piedras de la honda.

22. Contra él y el Anticristo el robur de los santos se ve como estopa. Nada, sin embargo, puede contra su alma. ¿Pues qué se figura la honda sino por la santa Iglesia? Pues mientras la honda se hace girar en círculo, así salen de ella las piedras con que se golpean los pechos de los adversarios; así la santa Iglesia, mientras es conducida por el circuito de las tribulaciones por la volubilidad de los tiempos, de ella salen varones fuertes con quienes se golpean los corazones de los inicuos como con golpes de piedra. Por lo cual al profeta

sobre los buenos doctores dice el Señor: Devorarán y sujetarán con las piedras de la honda (Zac. 9, 15). Pues los santos doctores que instruyen a otros para la virtud, devoran a los enemigos mientras los mudan dentro de su cuerpo por la fuerza de la conversión. A quienes sujetan a las piedras de la honda, porque mientras instruyen a cada uno de los varones fuertes en la santa Iglesia, por ellos rompen los pechos de los adversarios que se ensoberbecen. Por lo cual también Goliat, inmensísimo, muere por la piedra de la honda (1 Sam. 17, 49), porque por la piedra singular de la santa Iglesia se vence la alteza diabólica. Este Leviatán, pues, porque, asumido aquel hombre condenado, desprecia a cualesquiera fuertes de la Iglesia como flacos, y oprime temporalmente sus fuerzas, rectamente se dice ahora: En estopa se han vuelto para él las piedras de la honda. Como si abiertamente se dijera: Reduce la fortaleza de los santos como a la blandura de la estopa, cuya lengua antes golpeó el pecho de aquél con duros golpes. Pues ejercitando toda la fortaleza de su iniquidad, cuanto más le duele ser vencido por ellos espiritualmente, tanto más atrozmente prevalece contra ellos corporalmente. Y porque considera que nada prevalece contra el espíritu de ellos, consuma en la carne de ellos todos los argumentos de su crueldad. [Vet. VII.] Pero ¿qué maravilla si desprecia las fuerzas humanas, quien desprecia incluso los mismos tormentos eternos del juicio soberano sobre sí? Por lo cual también se añade:

23. El soberbio desprecia la venganza de Dios. Como si dijera: Desprecia también el peso de su animadversión, que lo hiere por el suplicio que viene de arriba. Pues en la sagrada Escritura con el nombre de martillo a veces se designa al diablo, por quien ahora son heridas las culpas de los que delinquen; pero a veces se toma la percusión celestial, por la cual o los elegidos sienten los golpes soberanos para que sean corregidos de los caminos depravados, o la justa ira hiere a los réprobos para que, ya previniendo los suplicios eternos, muestre qué merecen también en lo futuro. Pues porque con la apelación de martillo se expresa el antiguo enemigo, el profeta lo testifica cuando contempla sobre él la fuerza del juicio extremo, diciendo: ¡Cómo se ha roto y desmenuzado el martillo de toda la tierra! (Jer. 50, 23). Como si dijera: ¿Quién pesará con qué torbellino, al venir el juicio extremo, quebranta en la eterna condenación a aquel por quien el Señor golpea sus vasijas para que sean formadas para el uso de su ministerio? De nuevo, por el martillo se expresa la percusión celestial, lo que se señala por Salomón que edifica el templo, cuando se dice: Pero la casa, cuando se edificaba, de piedras labradas y perfectas fue edificada, y el martillo y el hacha, y toda herramienta de hierro no se oyeron en la casa cuando se edificaba (1 Rey. 6, 7). ¿Pues qué figuraba aquella casa sino la santa Iglesia, en la cual habita el Señor en los cielos? Para cuya edificación las almas de los elegidos, como ciertas piedras pulidas, son llevadas. La cual cuando se edifica en los cielos, ningún martillo de disci-

plina resuena ya allí, porque somos llevados allí piedras labradas y perfectas, para que seamos dispuestos en lugares congruos según el mérito. Pues aquí fuera somos golpeados, para que allí vengamos sin reprensión. Aquí el martillo, aquí el hacha, aquí resuenan todas las herramientas de los golpes. Pero en la casa de Dios no se oyen ningunos golpes, porque en la patria eterna todos los estrépitos de las percusiones ya callan. De ninguna manera hiere allí el martillo, porque ninguna animadversión aflige. De ninguna manera el hacha corta, porque ninguna sentencia de severidad arroja fuera a los recibidos interiormente. De ninguna manera las herramientas de hierro suenan, porque ya no se sienten allí ni siquiera cualesquiera mínimos flagelos. Porque, pues, por el martillo que viene de arriba se expresa el peso de la percusión celestial, ¿qué es que este Leviatán desprecia el martillo, sino que desprecia temer los golpes de la animadversión soberana? Y reputa el martillo como estopa, porque se prepara para los pesos de la justa ira como contra terrores levísimos. Por lo cual también más expresamente se añade:

CAPÍTULO XIV

[Rec. XII].

IBID. 21. --- Debajo de él estarán los rayos del sol.

25. Se le someten algunos que parecían brillar en la Iglesia por la doctrina o la santidad. En la sagrada Escritura, cuando figuradamente se pone

el sol, a veces se designa al Señor, a veces la persecución, a veces la manifestación de una visión manifiesta de cualquier cosa, pero a veces la inteligencia de los sabios. Pues por el sol se figura al Señor, como se refiere en el libro de la Sabiduría, que todos los impíos en el día extremo del juicio, conocida su condenación, han de decir: Erramos del camino de la verdad, y la luz de la justicia no nos lució, y el sol no nació para nosotros (Sab. 5, 6). Como si abiertamente dijeran: El rayo de la luz interna no nos refulgió. Por lo cual también dice Juan: Una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus pies (Apoc. 12, 1). Pues en el sol se toma la ilustración de la verdad, pero en la luna, que desfallece por los suplementos mensuales, la mutabilidad de la temporalidad. Pero la santa Iglesia, porque se protege con el esplendor de la luz soberana, se viste como del sol; pero porque desprecia todas las cosas temporales, oprime la luna bajo sus pies. De nuevo, por el sol se deisgna la persecución, como en el Evangelio dice la Verdad, que las semillas nacidas sin raíces se secaron al nacer el sol (Mt. 13, 6), porque a saber, las palabras de vida que reverdecen por un momento temporal en el corazón de los hombres terrenos, se secan al sobrevenir el ardor de la persecución. De nuevo, por el sol se deisgna la manifestación de una visión manifiesta, como el Profeta denuncia al Señor apareciendo a los ojos de todos, diciendo: En el sol puso su tabernáculo (Sal. 18, 6). Como si dijera: El sacramento de la humanidad asumida lo mostró en la luz de la visión manifiesta. Y como al mismo Profeta se le dice por la voz divina por

medio de Natán: Tú lo hiciste en oculto, pero yo haré esta palabra en presencia de todo Israel, y en presencia del sol (2 Sam. 12, 12). ¿Pues qué insinúa por la presencia del sol sino el conocimiento de la visión manifiesta? De nuevo, con el nombre del sol se expresa el intelecto de los sabios, como está escrito en el Apocalipsis: El cuarto ángel derramó su copa en el sol, y le fue dado afligir a los hombres con ardor y fuego (Apoc. 16, 8). Derramar la copa en el sol es, a saber, irrogar los suplicios de la persecución a los varones que brillan con el esplendor de la sabiduría: Y le fue dado que afligiera a los hombres con ardor y fuego, porque mientras los varones sabios, vencidos por los tormentos, son tocados por el error de obrar mal, todos los flacos, persuadidos por el ejemplo de aquéllos, se encienden en deseos temporales. Pues las ruinas de los fuertes prestan aumentos a las perdiciones de los flacos. Porque por el sol se deisgna la agudeza de la sabiduría, por comparación se dice también por Salomón: El sabio permanece como el sol, el estúpido se muda como la luna (Eclo. 27, 12). [Vet. VIII.] En este lugar, pues, ¿qué se demuestra por los rayos del sol sino las agudezas de los sabios? Porque como muchos, que en la santa Iglesia parecían resplandecer por la luz de la sabiduría, entonces o captados por persuasiones, o aterrados por amenazas, o quebrantados por tormentos, se someten a la sedición de este Leviatán, rectamente se dice: Debajo de él estarán los rayos del sol. Como si abiertamente se dijera: Éstos que dentro de la santa Iglesia parecían esparcir luz por las

agudezas de la sabiduría, y resplandecer desde arriba por la autoridad de la rectitud, se someten a la operación inicua de este Leviatán, para que ya no luzcan desde arriba predicando cosas rectas, sino que le sirvan perversamente obedeciéndole. Los rayos del sol, pues, están debajo de él, cuando algunos incluso varones doctos no levantan las agudezas de su sabiduría obrando libremente, sino que las inclinan a las huellas de este Leviatán tanto por la perversidad de la obra como por el halago de la adulación, para que la inteligencia, que les fue como sol desde arriba por don celestial, se someta a los pies del antiguo enemigo por la codicia terrena. Por lo cual también ahora, cuando cualquiera de los sabios y de los doctores, por el cómodo o la gloria de la vida temporal, por el lapso de la adulación se somete a las potestades terrenas que obran depravadamente, como bajo las huellas del Anticristo que viene se tiende con los rayos del sol. Y Behemoth se humilla como la luz del cielo, mientras pisa las mentes de los sabios por el asentimiento pestífero. Pero tantas veces se someten los rayos del sol a los pies de este Leviatán, cuantas estos que parecen resplandecer con la luz de la doctrina, por una agudeza inmoderada sienten cosas depravadas en el sacro elocuio, y se someten a sus errores por sentidos perversos, porque mientras se levantan contra los fieles predicamentos de la verdad, sirven a las huellas de este Leviatán sintiendo cosas falsas. Tantas veces los rayos del sol están debajo de él, cuantas los doctos ciertamente, y que valen por la luz de la inteligencia, o se levantan en elación

despreciando a los demás; o posponiendo las cosas sumas que saben, se manchan con sórdidos deseos de la carne; o fingiendo olvidar las celestiales, ambicionan las terrenas; o no acordándose de que son tierra, se glorían vanamente del conocimiento de las celestiales. Por lo cual también rectamente se subraya allí:

CAPÍTULO XV

[Rec. XIII].

IBID. --- Se tenderá oro debajo de él como lodo.

26. Qué significa el oro en la sagrada Escritura. Pues con la apelación del oro en el sacro elocuio, a veces se toma la claridad de la divinidad, a veces el esplendor de la ciudad soberana, a veces la caridad, a veces el primor de la gloria saecular, a veces la hermosura de la santidad. Pues con el nombre de oro se deisgna la misma íntima claridad de la divinidad, como se describe la especie del esposo en el Cantar de los cantares: Su cabeza es oro óptimo (Cant. 5, 11). Porque siendo la cabeza de Cristo Dios, y nada habiendo en los metales más fúlgido que el oro, la cabeza del esposo se dice oro, porque su humanidad nos preside por la claridad de su divinidad. De nuevo, con el nombre de oro se toma el esplendor de la ciudad soberana, como Juan testifica haber visto a ésta, diciendo: La ciudad misma oro puro semejante al vidrio puro (Apoc. 21, 18). Pues el oro de que consta aquella ciudad se dice semejante al vidrio, para que se designe tanto clara por el oro, como transparente

por el vidrio. De nuevo, con el nombre de oro se intima la caridad, como el Ángel que el mismo Juan vio hablándole (Apoc. 1, 13), lo vio ceñido a los pechos con una zona áurea, porque ciertamente los pechos de los ciudadanos soberanos, mientras ya de ninguna manera están sujetos al temor penal, y no se sueltan entre sí por ninguna escisión, se constriñen por la sola caridad. Tener una zona áurea cerca de los pechos es restringir ya todos los movimientos de los pensamientos mudables por los vínculos del solo amor. De nuevo, con el nombre de oro se expresa el primor de la gloria temporal, como se dice por el Profeta: Cáliz áureo Babilonia (Jer. 51, 7). ¿Pues qué se designa con el nombre de Babilonia sino la gloria de este mundo? La cual se dice cáliz áureo, porque mientras ostenta que las cosas temporales son bellas, embriaga a las mentes estúpidas en su concupiscencia, para que apetezcan las cosas temporales hermosas, y desprecien las invisibles bellas. Con este cáliz áureo se embriagó primero Eva por su propia voluntad, de la cual dice la historia de la verdad, que cuando codiciara el leño prohibido, vio que era bello a la vista, y deleitable al aspecto, y comió (Gén. 3, 6). Cáliz áureo es, pues, Babilonia, porque mientras muestra la visión de la hermosura exterior, quita el sentido de la rectitud interna. De nuevo, con el nombre de oro se toma el esplendor de la santidad, como Jeremías deplora al pueblo judaico mudado del esplendor de la justicia a las tinieblas de la iniquidad diciendo: ¿Cómo se ha oscurecido el oro, se ha mudado el color óptimo? (Lam. 4, 1). Pues como dijimos

arriba, el oro se oscurece cuando, siguiendo las tinieblas de las iniquidades, se abandona la hermosura de la justicia. El color óptimo se muda cuando el esplendor de la inocencia se vuelve en fealdad de la culpa.

[Vet. IX.] 27. Qué es el lodo. Con el nombre de lodo también, en el sacro elocuio a veces se deisgna la multiplicidad de las cosas terrenas, a veces una doctrina inicua que sabe a lo sórdido, a veces el halago del deseo carnal. Pues por el lodo se figura la multiplicidad de las cosas terrenas, como se dice por el profeta Habacuc: ¡Ay de aquel que multiplica lo que no es suyo! ¿hasta cuándo agrava contra sí el espeso lodo? (Hab. 2, 6). Pues con espeso lodo se agrava quien, multiplying las cosas terrenas por avaricia, se angustia por la opresión de su pecado. De nuevo, con el nombre de lodo se deisgna la doctrina que sabe a lo sórdido, como se dice al Señor por el mismo profeta: Hiciste camino en el mar para tus caballos, en el lodo de muchas aguas (Hab. 3, 15). Como si dijera: Abriste camino a tus predicadores entre las doctrinas de este siglo que saben a cosas sórdidas y terrenas. Por el lodo también se expresa el deseo de la sórdida voluptuosidad, como el Salmista suplicando dice: Sácame del lodo, para que no quede pegado (Sal. 68, 15). Pues quedar pegado en el lodo es mancharse con los sórdidos deseos de la concupiscencia carnal.

28. El antiguo enemigo se burla de unos bajo la especie de la santidad, e intercepta a otros por los torpes vicios de la vida carnal. En este lugar, por tanto, por el oro se toma la claridad de la

santidad, pero el lodo no impide que se entienda o bien como la avaricia de las cosas terrenas, o como el contagio de las doctrinas erradas, o como las suciedades de las voluptuosidades carnales. Pues porque a muchos este Leviatán, que dentro de la santa Iglesia parecían resplandecer con el fulgor de la justicia, entonces se los sujeta ya sea por la concupiscencia de las cosas terrenas, o por el contagio de la doctrina errante, o por las voluptuosidades carnales, ciertamente se tiende el oro para sí como lodo. Pues tender el oro como lodo es conculcar en algunos la limpieza de la vida por los deseos ilícitos, para que éstos también sirvan a sus sórdidas huellas, quienes antes rutilaban contra él con el esplendor de las virtudes. El antiguo enemigo, pues, entonces se burla de unos bajo la especie de la santidad, pero a otros los intercepta por los torpes vicios de la vida carnal. Pero entonces se ensañará abiertamente por medio de éstos, mas ahora domina ocultamente en los corazones de muchos, como dice el Apóstol Pablo: Para que se revele en su tiempo, pues ya obra el misterio de la iniquidad (2 Tes. 2, 6). Tantas veces, por tanto, también ahora se sujeta el oro como lodo, cuantas veces derriba la castidad de los fieles por los vicios de la carne. Tantas veces pisa el oro como lodo, cuantas veces disipa el sentido de los continentes por los deseos inmundos. Lo cual entonces realiza tanto más vehementemente cuanto, entregado a su perdida libertad, perpetra esto que apetece más desenfrenadamente.

29. Quienes se substernan al diablo, aunque parezcan oro, son lodo. Y tal vez mueva a alguien por qué el Dios misericordioso permite que se hagan estas cosas, que este Leviatán, ya sea ahora por sugestiones astutas, o bien entonces por aquel hombre condenado a quien llena, sujete incluso a los rayos del sol, esto es, a cualesquiera doctos y sabios, o tienda el oro, esto es, a los varones que brillan con la claridad de la santidad, como lodo para sí manchándolos con vicios. Pero respondemos más pronto porque el oro que pudo ser tendido como lodo por sus perversas persuasiones, nunca fue oro ante los ojos de Dios (De poenit., dist. 2, c. Citius). Pues quienes pueden ser seducidos alguna vez para no volver, parecen perder a los ojos de los hombres la santidad que se creían tener; pero nunca la tuvieron ante los ojos de Dios. Pues a menudo el hombre se ve envuelto ocultamente en muchos pecados, y en alguna virtud se muestra grande. La cual virtud misma también languideciendo desfallece, porque mientras se da a conocer a los hombres, ciertamente es alabada, y su alabanza se apetece ansiosamente. De donde resulta que la virtud misma ante los ojos de Dios no es virtud, mientras esconde lo que disgusta y muestra lo que place. ¿Qué méritos puede haber, pues, ante Dios, cuando tanto los males son ocultos, como los bienes públicos? Pues la mayoría de las veces, como dijimos, late la soberbia, y la castidad se manifiesta; y por eso la castidad mostrada por largo tiempo se pierde cerca del fin de la vida, porque la soberbia encubierta se retiene incorre-

gible hasta el fin. Otro se dedica a las limosnas, distribuye lo propio; pero sin embargo sirve a muchas injusticias, o tal vez ejercita la lengua en las detracciones. Y sucede la mayoría de las veces que aquel que había sido misericordioso cerca del término de su vida se encienda con los estímulos de la rapacidad y la crueldad. Lo cual se hace por un muy justo juicio, para que también pierda ante los hombres aquello por lo que plugo a los hombres, quien nunca se cuidó de corregir aquello por lo que plugo mal a Dios. Otro se dedica a la paciencia; pero mientras no se cuida de envidiar a otros, y de guardar malicia en su corazón, se vuelve alguna vez impaciente, quien por largo tiempo estuvo latente doliéndose. Éstos, por tanto, por algo son oro, y por algo son lodo. Y este oro se tiende como lodo, cuando, exigiéndolo los pecados ocultos, también se disipa la virtud que públicamente había brillado. Pero creemos que vale el precio del trabajo si en éstos pesamos más sutilmente el poder del orden soberano.

30. Dios tolera los males ocultos de algunos, para que los bienes que hacen en público aprovechen a los elegidos. Pues a menudo el Dios omnipotente tolera los males ocultos de algunos, para que sus bienes manifiestos los dispense para utilidad de sus elegidos. Pues algunos, no abandonando de ninguna manera el mundo de raíz, y no habiendo de perseverar, emprenden el camino estrecho, pero para buscar la vía angosta encienden con su ejemplo a aquellos que han de perseverar. De donde la mayoría de las veces sucede que esto mismo que parecen vivir bien, no lo vi-

ven para sí, sino más bien para los solos elegidos, mientras que con sus ejemplos los que no han de perseverar provocan a otros que sí perseverarán a los estudios de vivir bien. Pues a menudo vemos a algunos entrar en el camino, apresurarse hacia el lugar propuesto, a quienes otros siguen porque los ven yendo; y buscan paritariamente el mismo lugar. Pero sucede la mayoría de las veces que, sobreveniendo algún artículo de complicación, los que precedían vuelvan tras de sí, y éstos lleguen al lugar que los seguían. Así ciertamente son aquellos que, no habiendo de perseverar, emprenden el camino de la santidad. Por eso en efecto inician el viaje de la virtud, no habiendo de llegar, para mostrar a aquellos que han de llegar por dónde caminen. Cuya caída también, con no pequeña utilidad, sirve a los provechos de los elegidos, porque mientras contemplan el lapso de aquéllos, tiemblan por su propio estado; y la ruina que condena a aquéllos humilla a éstos. Pues aprenden a confiar en la protección del auxilio soberano, mientras contemplan que muchísimos han caído de sus propias fuerzas. Cuando, por tanto, los réprobos parecen obrar bien, muestran como un camino llano a los elegidos que los siguen; cuando en cambio caen en el lapso de la iniquidad, muestran a los elegidos que avanzan tras ellos como una hoya de soberbia que debe evitarse. Era, pues, este Leviatán, y se someta los rayos del sol, y sujete el oro al modo del lodo. Sabe el Dios omnipotente usar bien del mal de los réprobos para el consuelo de sus elegidos, cuando éstos que han de llegar a Él, tanto aprovechan

para Él por sus propios méritos, como a menudo en aquello que saben soberbiamente, se corrigen por los lapsos ajenos. Pero si este Leviatán hace estas cosas incluso en aquellos a quienes alguna virtud muestra claros, ¿qué ha de hacer con aquellos cuya mente ni siquiera en alguna parte ha sido levantada de las concupiscencias terrenas? A quienes sin embargo el discurso divino expresa abiertamente, mientras subraya:

CAPÍTULO XVI

[Rec. XIV].

VERS. 22. --- Hervir hará como olla el profundo mar.

31. En la última persecución la ira de los réprobos hervirá contra los Santos. ¿Qué se expresa por el mar sino la vida de los seculares, qué por lo profundo sino las altas y ocultas cogitaciones de ellos? El cual profundo mar este Leviatán hace hervir como una olla, porque ciertamente consta que, en el tiempo de la persecución extrema, estudia excitar los ánimos de los réprobos contra la vida de los elegidos por la llama de la crueldad. Entonces el profundo mar hierve como una olla, cuando inflama los corazones de los amantes del siglo con un válido ardor, y aquellas cosas que en este tiempo de paz latieron cerradas dentro de su malicia, entonces hierven en el aestu de la persecución immanísima, y por la abrupta licencia de la crueldad abierta exhalan aquellos odios del antiguo livor que largamente habían presionado. Pero porque, persuadidos por el pestífero error,

de tal modo sirven en estas cosas al Anticristo que entonces más verdaderamente estiman prestar obsequio a Cristo, después que dijo: Hervir hará como olla el profundo mar, aptamente añadió:

CAPÍTULO XXVII

[Vet. XI]

IBID. --- Pondrá como cuando los ungüentos hierven.

32. Quienes militen para el Anticristo contra los santos, creerán prestar obsequio a Dios. Pues los ungüentos, cuando hierven, despiden fragancia de suavidad. Porque, por tanto, este Leviatán seducirá de tal modo los corazones de los réprobos que cualquier cosa que hagan por la iniquidad de la perfidia sospecharán que lo hacen por la verdad de la recta fe, aquello que ejercen con celo de religión les huele como bien. De donde en el Evangelio dice la Verdad a los discípulos: Que todo el que os mate, arbitre que presta obsequio a Dios (Juan 16, 2). Por tanto, como una olla hierven, mientras cruelmente persiguen; pero ante ellos la persecución misma redole la fragancia de los ungüentos, mientras su mente, engañada por vanas sospechas, estima que presta obsequio a Dios. Pues en la sagrada Escritura por los olores de los ungüentos suele signarse la opinión de las virtudes. De donde la esposa en el Cantar de los cantares deseando al esposo dice: En el olor de tus ungüentos corremos (Cant. 1, 3). Y de donde el apóstol Pablo, sabiéndose fragante por la alabanza de las virtudes, dice: Olor bueno de Cristo

somos para Dios (2 Cor. 2, 15). Así, pues, porque este Leviatán intercepta a los ministros de aquel perdido vaso suyo en obras de crueldad bajo la opinión de alabanza y el pretexto de virtud, después que dijo: Hervir hará como olla el profundo mar, rectamente luego añadió: Pondrá como cuando los ungüentos hierven. Pues esto que por el incendio de la crueldad el mar hierve, lo muestra en el juicio de aquellos mismos que son excitados por el falso nombre de la virtud, como si los ungüentos hirvieran, para que se vuelvan tanto más atroces para la crueldad, cuanto también estiman merecer premios como por el celo de la religión. Y esto es justo por el divino juicio, para que quienes descuidan el sopesar y custodiar la fuerza de la piedad, sean engañados por el olor de su propia sospecha. De donde también, para aumento de la ilusión, a ellos que perpetran cosas crueles los siguen también señales y prodigios, como también rectamente se añade:

CAPÍTULO XVIII

[Vet. XII, Rec. XV].

VERS. 23. --- Tras él lucirá la senda.

33. La senda del Anticristo lucirá con milagros. Tras el Leviatán ciertamente se afirma que luce la senda, porque por dondequiera que pasa, deja una admiración nimia por la claridad de sus milagros; y ya sea que proceda por sí mismo, o por sus ministros, fulgura con señales mentirosas. De donde también esto que ya a menudo hemos proferido en el Evangelio dice la Verdad: Surgirán

pseudocristos y pseudoprofetas, y darán señales y prodigios, de tal modo que sean inducidos a error, si puede hacerse, incluso los elegidos (Mc. 13, 22). La senda, por tanto, luce tras el Leviatán, porque ilustra con prodigios las obras de aquellos cuyos corazones penetra, para que ciertamente mantenga sus mentes tanto más profundamente en las tinieblas del error, cuanto por ellos fuera como más potentemente ostenta la luz de los milagros. Pero hay algunos que, reteniendo en la memoria tanto las palabras proféticas como los preceptos evangélicos, sepan que son falsas las señales que exhibe, y verdaderos los suplicios a los cuales arrastra engañando. Los corazones de éstos este Leviatán, porque no los intercepta por la ostentación de la santidad, se les presenta en otra ilusión. Pues a algunos que saben estas cosas, pero que sin embargo aman la vida presente, contempla, cuyas mentes prontamente aligera de los suplicios venideros, afirma que los juicios de la estrechez han de terminarse alguna vez, y arrebata a los engañados astutamente a los placeres presentes. De donde también aptamente luego se añade:

CAPÍTULO XIX

[Rec. XVI].

IBID. --- Estimar hará el abismo como envejeciendo.

34. Los réprobos, inducidos a error por el diablo, no creen en la eternidad de las penas. Se responde a sus falsas razones. Que los juicios

eternos e incomprensibles suelen deisgnarse con el nombre de abismo, lo testifica el Salmista diciendo: Tus juicios abismo mucho (Sal. 35, 7). La vejez, en cambio, a veces se pone por la proximidad del fin. De donde dice el Apóstol: Lo que se envejece y envejece, cerca está del interito (Heb. 8, 13). Este Leviatán, por tanto, estimará el abismo como envejeciendo, porque de tal modo infatúa los corazones de los réprobos que les infunde la sospecha de que el juicio venidero como que se termine. Pues estima que el abismo envejece quien piensa que la animadversión soberana ha de terminarse alguna vez en los suplicios. Por tanto, este antiguo persuasor en sus miembros, esto es, en las mentes de los inicuos, aligera las penas futuras, las cuales determina como con un fin cierto, para extender las culpas de ellos sin término de corrección; y tanto más aquí no terminan los pecados, cuanto allá estiman que han de terminarse los suplicios de los pecados.

35. Pues hay también ahora quienes por eso descuidan poner fin a sus pecados, porque sospechan que los juicios futuros sobre sí han de tener alguna vez fin. A los cuales brevemente respondemos: Si alguna vez han de terminarse los suplicios de los réprobos, alguna vez han de terminarse, pues, también los gozos de los bienaventurados. Pues por sí misma dice la Verdad: Irán éstos al suplicio eterno, mas los justos a la vida eterna (Mt. 25, 46). Si, por tanto, esto no es verdadero lo que amenazó, tampoco aquello es verdadero lo que prometió. Pero dicen: Por eso amenazó con la pena eterna a los pecadores, para contenerlos

de la perpetración de los pecados, porque debió amenazar a su criatura con suplicios eternos, no inferirlos. A los cuales respondemos más pronto: Si falsedades amenazó para corregir de la injusticia, también falsedades prometió para provocar a la justicia. ¿Y quién toleraría esta vesania de ellos, que mientras por sus promesas afirman que los suplicios de los réprobos se terminan, por su aserción también confunden los premios y remuneraciones de los elegidos? ¿Quién toleraría esta vesania de ellos, que intentan astruir que no es verdadero lo que la Verdad amenazó sobre el fuego eterno, y mientras se afanan por presentar a Dios misericordioso, no temen predicarlo falaz?

36. Cuán justo es que los pecadores sean adictos a penas eternas. Pero dicen: No debe castigarse sin fin la culpa con fin. Justo es ciertamente el Dios omnipotente, y lo que no fue cometido por un pecado eterno, no debe ser castigado por un tormento eterno. A los cuales respondemos más pronto que rectamente dirían, si viniendo el juez justo y estrecho, no pesara los corazones de los hombres, sino los hechos. Pues los inicuos por eso delinquieron con fin, porque vivieron con fin. Pues hubieran querido vivir sin fin, para haber podido permanecer en las iniquidades sin fin. Pues más apetecen pecar que vivir; y por eso aquí desean vivir siempre, para nunca dejar de pecar mientras viven. A la justicia del juez estrecho, pues, pertenece que nunca carezcan de suplicio aquellos cuya mente en esta vida nunca quiso carecer de pecado; y que no se dé al inicuo término

de la venganza, porque mientras pudo, no quiso tener término del crimen.

[Vet. XIII.] 37. Los justos, viendo en los tormentos de los malos qué suplicios han evitado, se excitan a las alabanzas de Dios. Pero dicen: Ningún justo se alimenta de crueldades, y el siervo delincuente es mandado azotar por un amo justo por esto, para que sea corregido de la maldad. Para algo, pues, es azotado cuando su amo no se deleita con los tormentos. Pero los inicuos entregados a los fuegos de la gehena, ¿con qué fin arderán siempre? Y porque es cierto que el piadoso y omnipotente Dios no se alimenta de los tormentos de los inicuos, ¿por qué son atormentados los miserables, si no son expiados? A los cuales respondemos más pronto que el Dios omnipotente, porque es piadoso, no se alimenta del tormento de los miserables; pero porque es justo, no se calma de la venganza de los inicuos para siempre. Pero todos los inicuos son castigados con el suplicio eterno, y ciertamente por su propia iniquidad; y sin embargo son quemados para algo, a saber, para que todos los justos vean en Dios los gozos que perciben, y contemplen en aquéllos los suplicios que han evitado, para que tanto más en la eternidad se reconozcan deudores de la gracia divina, cuanto en la eternidad ven castigados los males que por su ayuda pudieron evitar.

38. Por qué los santos ya no oran por sus enemigos adictos a la gehena. Pero dicen: ¿Y dónde está que sean santos, si no orarán por sus enemigos, a los cuales entonces verán arder, a los

cuales ciertamente se les dijo: Orad por vuestros enemigos (Mt. 5, 44)? Pero respondemos más pronto: Oran por sus enemigos en aquel tiempo en el cual pueden convertir sus corazones a la penitencia fructuosa, y salvarlos por esa misma conversión. Pues ¿qué otra cosa se ha de orar por los enemigos, sino esto que dice el Apóstol: Que Dios les dé penitencia, y se recobren de los lazos del diablo, por quien son tenidos cautivos, a su voluntad (2 Tim. 2, 25. 26)? ¿Y cómo se orará por ellos entonces, cuando ya de ningún modo pueden ser conmutados de la iniquidad a las obras de la justicia? Por tanto, la misma causa es por la que no se ora entonces por los hombres condenados al fuego eterno, que es ahora también la causa para que no se ore por el diablo y sus ángeles destinados al suplicio eterno. La cual ahora también es causa para que los hombres santos no oren por los hombres infieles e impíos difuntos, quienes ciertamente sobre aquéllos que ya conocen destinados al suplicio eterno ante aquel acatamiento del juez justo, rehúyen que se anule el mérito de su oración. Porque si ahora también los justos vivientes mínimamente se compadecen de los muertos y condenados injustos, cuando todavía ellos mismos conocen padecer algo juzgable de su carne, ¿con cuánta más estrechez contemplan entonces los tormentos de los inicuos, cuando, despojados de todo vicio de corrupción, se adhieran ya más cercana y estrechamente a la justicia? Pues de tal modo la visión de la estrechez absorbe sus mentes por esto que se adhieren al juez justísimo, que de ningún modo les place cualquier

cosa que discrepe de la sutileza de aquella regla interna.

Pero porque, surgido un artículo de ocasión, hemos dicho estas cosas brevemente contra los Origenistas, recurramos a aquel orden de exponer que omitimos. Después de que el misericordioso Señor indicó las astutas maquinaciones de este Leviatán, predicando abiertamente todo lo que oprime vehementemente a los elegidos exteriormente, todo lo que por su sugestión infunde halagüeñamente a los réprobos interiormente, insinuando pronto brevemente la inmanidad de la virtud de aquél, añade:

CAPÍTULO XX

[Vet. XIV, Rec. XVII].

VERS. 24. --- No hay potestad sobre la tierra que se le compare.

39. El diablo, perdida su felicidad, conservó sin embargo la magnitud de su naturaleza angélica. Su potestad sobre la tierra es presentada como más eminente que todas, porque aunque por el mérito de su acción cayó por debajo de los hombres, sin embargo trasciende a todo el género humano por la condición de su naturaleza angélica. Pues aunque perdió la bienaventuranza de la felicidad interna, sin embargo no perdió la magnitud de su naturaleza, con cuyas fuerzas todavía supera todas las cosas humanas, aunque esté sujeto a los hombres santos por la deyección de sus méritos. De donde también para esos mismos santos que luchan contra él, el mérito de su retri-

bución crece por esto, porque aquél es vencido por ellos, quien por la potencia de la naturaleza se gloria como por derecho de estar por encima de los hombres. Sigue:

CAPÍTULO XXI.

IBID. --- El cual fue hecho para que a nadie temiese.

40. El primer ángel fue así condicionado para que temiera a Dios castamente. Lo ató la libertad que apeteció. Así ciertamente fue hecho por naturaleza, que debió haber temido a su creador castamente, a saber, con temor sobrio y seguro; no con el temor que la caridad echa fuera, sino con el temor que permanece por los siglos de los siglos (1 Jn. 4, 18), esto es, el que la caridad engendra. Pues de un modo teme al cónyuge la esposa amante, y de otro al señor la criada pecadora. Así pues había sido aquél condicionado, en tanto que con temor alegre, amando, temiera a su autor, y temiendo, lo amara. Pero por su perversidad fue hecho tal, que a nadie temiera. Pues despreció estar sujeto a Aquél por quien había sido creado. Pues de tal modo Dios está sobre todas las cosas, que Él mismo no está bajo nadie. Pero este Leviatán, contemplando la cumbre de Su alteza, apeteció el derecho de una libertad perversa, para presidir a los demás y no estar bajo nadie, diciendo: Subiré sobre la altura de las nubes, y seré semejante al Altísimo (Is. 14, 14). Cuaya semejanza perdió por eso mismo por lo que codició serle soberbiamente semejante en la alteza. Pues el que debió imitar Su caridad, estando sujeto,

ambicionó Su alteza, y esto que podía imitar, lo perdió elado. Alto ciertamente sería si hubiera querido adherirse a Aquél que es verdaderamente alto. Sería alto si se hubiera contentado con la participación de la verdadera alteza. Pero mientras apeteció soberbiamente una alteza privada, por derecho perdió la participada. Pues dejado aquel principio al que debió adherirse, apeteció ser para sí en cierto modo su propio principio. Dejado Aquél que verdaderamente le podía bastar, juzgó que podía bastarse a sí mismo; y tanto más cayó por debajo de sí, cuanto más se irguió contra la gloria de su creador. Pues a quien exaltaba la libre servidumbre, lo derribó la cautiva libertad. Por cuya libertad ahora se desenfrena para no temer a nadie, pero por ese mismo desenfreno es gravemente restringido. Pues ordenándolo todo maravillosamente el juicio soberano, lo ató la libertad que apeteció, porque ahora, no temiendo de ningún modo, yace bajo todos los suplicios, quien podía estar incluso sobre los elementos si hubiera querido temer a uno solo a quien debió. Ciertamente poseería todas las cosas temiendo a uno solo, quien ahora, no temiendo a uno solo, lo padece todo.

41. Perdió el temor de Dios. Con cuánto daño suyo. Fue hecho, pues, para no temer a nadie, a nadie a saber, porque ni a Dios ni tampoco esto que ha de padecer teme. Para quien ciertamente hubiera sido más feliz evitar los suplicios temiendo, que tolerarlos no temiendo. Así pues, convirtió el apetito de la alteza en rigor de la mente, para que ya por la dureza no sienta haber

obrado mal el que buscaba presidir por la gloria. Pues porque no obtuvo el derecho de la potestad buscada, encontró como un cierto remedio de su soberbia la insania de la insensibilidad; y porque no pudo trascenderlo todo por el provecho, se preparó contra todo por el desprecio. [Vet. XV.] Cuaya soberbia todavía se describe estudiosamente cuando se subañade inmediatamente:

CAPÍTULO XXII.

VERS. 25. --- Todo lo sublime ve.

42. Inmensa soberbia del diablo y de sus miembros. Saúl reprobado por la elación. Humildad de David en la suprema dignidad. Esto es, contempla a todos como puestos debajo de sí como desde lo sublime, porque mientras por la intención lucha contra el Autor, desdeña estimar a cualquiera semejante a sí. Lo cual aptamente también conviene a sus miembros, porque todos los inicuos, elados por el tumor del corazón, desprecian con el fasto de la soberbia a todos los que ven; y si alguna vez veneran exteriormente, sin embargo por dentro, en el secreto del corazón, donde ante sí son grandes por su propia estimación, posponen a sí la vida y el mérito de todos, y los contemplan como estando por debajo de sí, porque por la elada cogitación del corazón se han puesto en el alcázar de una cierta altura. A los cuales bien se les dice por el profeta: ¡Ay de vosotros que sois sabios a vuestros ojos, y prudentes ante vosotros mismos! (Is. 5, 21). De aquí también dice Pablo: No queráis ser prudentes ante vosotros mismos (Rom. 12, 16). De aquí se dice a

Saúl por la increpación divina: ¿No es verdad que cuando eras pequeñito a tus ojos, te constituí cabeza en las tribus de Israel? (1 Rey. 15, 17). Pues pequeñito a sus propios ojos es quien en esto que se considera a sí mismo, se piensa impar a los méritos ajenos. Pues como grande se contempla quienquiera que se extiende por la elación de la cogitación sobre los méritos ajenos. Saúl, en cambio, réprobo, no permaneció en el bien que había comenzado, porque se entumeció por el fasto de la potestad recibida. [Vet. XVI.] Pero al contrario, David, sintiendo siempre de sí cosas humildes, y posponiéndose a la comparación de ese mismo Saúl, después que encontró lugar para herir y perdonó a ese mismo adversario que se enfurecía, se postró con humilde profesión diciendo: ¿A quién persigues, rey de Israel? ¿a quién persigues? ¿A un perro muerto y a una pulga sola? (1 Rey. 24, 15). Y ciertamente ya había sido ungido como rey, ya por la oración de Samuel y por el cuerno que derramaba óleo sobre él, había aprendido que la gracia divina, reprobado Saúl, lo reservaba para poseer el gobierno del reino, y sin embargo se subordinaba con mente humilde al adversario que lo perseguía, a quien por el juicio divino sabía haber sido antepuesto. A aquél, pues, se posponía humildemente de quien por la gracia de la elección sabía ser incomparablemente mejor. Aprendan, pues, cómo deben humillarse ante los prójimos los que todavía ignoran en qué lugar son tenidos ante Dios, si así se humillan incluso los elegidos de aquél, a quienes ya por los juicios internos descubren haber sido antepuestos.

43. Humildad propia de los elegidos. Pero esto suele ser el espécimen propio de los elegidos: que siempre sienten de sí por debajo de lo que son. Pues de aquí se dice por ese mismo David: Si no sentía humildemente, sino que exalté mi alma (Sal. 130, 2). De aquí Salomón llama a los pequeñitos a la sabiduría diciendo: Si alguno es pequeñito, venga a mí (Prov. 9, 4). Pues el que todavía no se desprecia a sí mismo, no aprehende la humilde sabiduría de Dios. De aquí en el Evangelio dice el Señor: Te confieso, Señor Padre del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los pequeñitos (Mt. 11, 25). De aquí de nuevo dice el Salmista: El Señor que custodia a los pequeñitos (Sal. 114, 6). De aquí dice el maestro de las gentes: Nos hicimos pequeñitos en medio de vosotros (1 Tes. 2, 7). De aquí amonestando a los discípulos dice: Considerándose superiores unos a otros (Fil. 2, 3). Pues porque cada inicuo piensa que es inferior a sí todo el que conoce, por el contrario el justo se esfuerza por atender a cualquier prójimo como superior. Y para que mientras uno se humilla ante el otro, la humillación no fuera para el otro motivo de elación, bien amonestó a ambas partes diciendo: Considerándose superiores unos a otros, para que en las cogitaciones del corazón tanto yo lo prefiera a él a mí, como él a su vez a mí a sí, para que cuando por ambas partes el corazón es presionado hacia abajo, nadie sea realzado por el honor dispensado.

44. Esta forma de humildad no la mantienen los réprobos, sino que la desprecian. Pero esta

forma de humildad los réprobos, porque son miembros de este Leviatán, o desprecian conocerla o mantenerla, porque aunque alguna vez se muestren humildes en la apariencia solamente, descuidan conservar la fuerza de la humildad por dentro. A los cuales a menudo les sucede que si alguna vez hacen un bien cualquiera, aun el mínimo, inmediatamente apartan el respeto de la mente de todos sus males, y esto que hicieron como el bien extremo, siempre lo inspeccionan con toda su intención, y por ello se contemplan ya como santos, olvidados de todos los males que cometieron, memoriosos solo de su único bien, que tal vez ni siquiera pudieron hacer perfectamente; como suele suceder al contrario a los elegidos, para que cuando abundan por la gracia de muchas virtudes, un vicio aun el más tenue, fatigándolos mucho, los golpee, a fin de que mientras por una parte se consideran debilitarse, de esas virtudes en las cuales prevalecen mínimamente se exalten; y mientras tiemblan por la enfermedad, esto también donde son fuertes lo conserven más humildemente. A menudo, pues, los réprobos, por esto que incautamente contemplan su único o mínimo bien, no reconocen los males muchos y graves en los cuales están sumergidos. Y a menudo los elegidos, por esto que tiemblan debilitarse ante su más tenue mal, por una maravillosa dispensación se actúa para que los grandes bienes a los cuales han sido promovidos no los pierdan.

45. A los elegidos ayudan los males, a los réprobos dañan los bienes. Del bien usa mal el

réprobo, y bien del mal el probo. Así pues, se dispone la medida del justo y oculto examen, para que tanto a éstos ayuden los males, como a aquéllos graven los bienes, mientras tanto éstos usan para el provecho del bien males leves, como aquéllos usan para el aumento del mal bienes mínimos. Éstos ciertamente de allí perfeccionan más el bien de donde son tentados por el mal; aquéllos, en cambio, de allí desfallecen hacia un mal mayor de donde se glorían del bien. Así pues, mal usa del bien el réprobo, y bien usa del mal el probo; como a menudo acontece que uno por un alimento saludable tomado inordinadamente incurra en la peste de la languidez; otro, aplicado el veneno de la serpiente en el medicamento de una ordenada confección, venza la molestia de la languidez. Aquel, pues, que no quiso usar rectamente del alimento saludable, de allí muere perniciosamente de donde otros viven salubremente; éste, en cambio, que se esforzó por usar cautamente del veneno de la serpiente, de allí vive salubremente de donde otros mueren perniciosamente. El veneno de la serpiente, pues, no decimos que sea la maldad misma, sino la sugestión de la maldad, por la cual a menudo, no queriendo y resistiendo, somos tentados. Lo cual entonces se convierte en medicamento cuando la mente, erguida por las virtudes contempladas, se humilla por las tentaciones contra sí. Los inicuos, por tanto, y los réprobos por la aprobación del examen interno, cualesquiera obras hagan, en cualesquiera virtudes brillen, ignoran profundamente el sentido de la humildad, porque cierta-

mente son miembros de este Leviatán, de quien se dice por la voz soberana: Todo lo sublime ve, porque no solo por sí mismo, sino también por los corazones de aquéllos que capturare, contempla a todos como desde lo sublime por debajo de sí.

[Vet. XVII.] 46. La soberbia por los ojos como por ciertas ventanas se muestra. Debe notarse, empero, que este Leviatán, que es designado por la bestia corpórea, se describe ver lo sublime, porque a saber la soberbia del corazón cuando exteriormente se extiende hasta el cuerpo, primero se indica por los ojos. Pues ellos mismos, inflados por el fasto del tumor, contemplan como desde lo sublime, y por cuanto se deprimen, más alto se exaltan. Pues si no se mostrara la soberbia por los ojos como por ciertas ventanas, de ningún modo el Salmista hubiera dicho a Dios: Al pueblo humilde salvarás, y los ojos de los soberbios humillarás (Sal. 17, 28). Si no se fundiera la soberbia por los ojos, Salomón tampoco sobre la elación de Judea diría: Generación cuyos ojos son excelsos, y sus párpados erguidos a lo alto (Prov. 30, 13). Porque, pues, por el animal corpóreo este Leviatán es significado, y la soberbia saliendo hasta el cuerpo más abiertamente señorea en los ojos, el antiguo enemigo se describe ver a todos como desde lo sublime. Pero porque muchas cosas se han proferido para mostrar al enemigo del género humano, mucho desea la mente que en el fin de la locución dominical se exprese una sola cosa más manifiestamente, de donde los miembros de aquél nos sean mostrados con una breve designación. Sigue:

CAPÍTULO XXIII.

IBID. --- Él es rey sobre todos los hijos de la soberbia.

47. La raíz de los vicios y de todos los males es la soberbia. Para que este Leviatán cayera en todas las cosas que arriba se han dicho, solo la soberbia lo hirió. Pues ni se secaría por tantos ramos de vicios si no se hubiera podrido antes en la raíz por ésta. Escrito está, en efecto: El inicio de todo pecado es la soberbia (Eclo. 10, 15). Por ésta él mismo sucumbió, por ésta derribó al hombre que lo seguía. Pues con aquel dardo acometió la salud de nuestra inmortalidad con el que extinguió la vida de su propia bienaventuranza. Pero por eso el Señor insertó esto al fin de su locución, para que cuando dijera la soberbia de este Leviatán después de todos los males, indicara qué era más detestable que todos los males. Aunque también por esto que se pone en lo ínfimo se muestra que es la raíz de los vicios. Como en efecto por abajo se cubre la raíz, pero de ella se expanden exteriormente los ramos, así la soberbia se oculta intrínsecamente, pero de ella pronto brotan los vicios abiertos. Pues ningún mal saldría a lo público si ésta no constriñera la mente en lo oculto. Ésta es la que hace hervir el sentido de este Leviatán como una olla. De donde también sacude las mentes humanas en un cierto fervor de insania, pero por las obras abiertas muestra de qué modo derriba el alma del sacudido. Por dentro, en efecto, primero hierve en la elación, lo que fuera después espuma en la obra.

[Vet. XVIII.] 48. No solo una virtud, como los demás vicios, sino todas las expugna. Pero porque la ocasión de la disputa sobre la soberbia se ha presentado, debemos discutir ésta más sutil y solícitamente, y demostrar a las mentes humanas cuánto o cuál venga, y a quiénes o de qué modo se subrogue. Otros vicios, en efecto, acometen solo aquellas virtudes por las cuales ellos mismos son destruidos, como a saber la ira a la paciencia, la glotonería a la abstinencia, la libido a la continencia expugna. La soberbia, en cambio, que llamamos raíz de los vicios, de ningún modo contenta con la extinción de una sola virtud, contra todos los miembros del alma se erige, y como una enfermedad general y pestífera corrompe todo el cuerpo, para que cualquier cosa que se haga invadiendo ella, aunque se muestre ser virtud, no por ello se sirva a Dios, sino solo a la vana gloria. Pues como un cierto tirano intercepta la ciudad obsesionada cuando la soberbia irrumpe en la mente; y por cuanto más rico a cada uno capturase, tanto más duro surge en el dominio, porque cuanto más ampliamente se hace la cosa de la virtud sin humildad, tanto más extensamente domina aquélla. Quienquiera que, empero, hubiere recibido su tiranía con mente cautiva, este primer daño padece: que, cerrado el ojo del corazón, pierde la equidad del juicio. Pues todas las cosas que por otros incluso bien se hacen le desplacen, y solo le placen aquéllas que él mismo incluso depravadamente hubiere hecho. Siempre desprecia las obras ajenas, siempre admira las que él mismo hace, porque también cualquier cosa que hubiere

hecho, cree haberla hecho singularmente, y en esto que exhibe por la codicia de gloria, se favorece a sí mismo por la cogitación, y cuando estima que en todo trasciende a los demás, deambulando consigo por amplios espacios de cogitaciones, callado clama sus propias alabanzas. No pocas veces, empero, la mente es conducida a tanta elación que en esto que se entumece, incluso se desenfrena por la ostentación de la locución. Pero tanto más fácilmente sigue la ruina cuanto ante sí cada uno más impúdicamente se exalta. De aquí, en efecto, está escrito: Antes de la ruina se exalta el corazón (Prov. 16, 18). De aquí se dice por Daniel: En el aula de Babilonia deambulaba el rey, y respondió y dijo: ¿No es esta la gran Babilonia, que yo edifiqué para casa del reino, en el roble de mi fortaleza, en la gloria de mi decoro (Dan. 4, 26)? Pero este tumor cuán concitada vindicta lo reprimió, al punto lo adjuntó diciendo: Cuando todavía estaba el sermón en la boca del rey, una voz del cielo cayó: A ti se te dice, rey Nabucodonosor: El reino pasará de ti, y de los hombres te echarán, y con las bestias y fieras será tu habitación; heno como buey comerás, y siete tiempos se mudarán sobre ti (Dan. 4, 28). He aquí que porque el tumor de la mente se llevó hasta las palabras abiertas, la paciencia del Juez al punto irrumpió hasta la sentencia; y tanto más estrechamente lo hirió cuanto su soberbia más inmoderadamente se irguió; y porque enumerando dijo los bienes en los cuales se plació, escuchó los males enumerados en los cuales sería herido.

[Vet. XIX.] 49. Una elación surge de las cosas seculares, otra de las espirituales. Una es la soberbia de los prepósitos, otra de los súbditos. La humildad es la madre de las virtudes. Solo para la ruina crece lo que edifican los soberbios. Debe saberse, empero, que esta misma elación de la que tratamos posee a unos por las cosas seculares, a otros en cambio por las espirituales. Uno, en efecto, se entumece por el oro, otro por el elocuio, otro por las cosas ínfimas y terrenas, otro por las virtudes sumas y celestiales; una sola y misma cosa, sin embargo, se actúa ante los ojos de Dios, aunque viniendo a los corazones humanos se palié con diverso velo en sus acatamientos. Pues cuando aquel que antes se ensoberbecía por la gloria terrena después es exaltado por la santidad, de ningún modo la elación abandonó su corazón, sino que viniendo a él como de costumbre, para que no pueda ser conocida, mudó el vestido.

Debe saberse también que ésta tienta de un modo a los prepósitos y de otro a los súbditos. Al prelado, en efecto, le sugiere en sus pensamientos que por solo el mérito de la vida creció sobre los demás; y si algunas cosas por él bien se hicieron alguna vez, éstas importunamente las objeta a su ánimo; y cuando insinúa que éste ha placido a Dios singularmente, para que más fácilmente persuada las cosas sugeridas, llama al testimonio de la potestad entregada la misma retribución, diciendo que si el Dios omnipotente no te viera mejor que estos hombres, no te hubiera dado a todos éstos bajo tu régimen; y pronto yergue la

mente de aquél, muestra viles e inútiles a los que son súbditos, de modo que a ninguno ya respete como digno a quien hable ecuánimemente. De donde también pronto la tranquilidad de la mente se convierte en ira, porque mientras desprecia a todos, mientras reprende el sentido y la vida de todos sin moderación, tanto más desenfrenadamente se dilata en la iracundia cuanto piensa que los que le han sido encomendados son indignos de sí mismo.

[Vet. XX.] 51. Pero al contrario, cuando la soberbia instiga el corazón de los súbditos, se esfuerza por hacer esto sumamente: que descuiden por completo considerar sus propios actos, y siempre por tácitas cogitaciones se hagan jueces de su rector; quienes mientras respetan importunamente en aquél lo que deben reprender, nunca ven en sí mismos lo que corrijan. De donde también tanto más atrozmente perecen cuanto apartan de sí los ojos, porque en el camino de esta vida caen tropezando mientras atienden a otra parte. Y ciertamente se asientan pecadores, pero no tanto como para que fueran entregados a personas tan nocivas en el régimen. Y mientras desprecian los hechos de aquél, mientras contemplan los preceptos, se deslizan hasta tanta insania que no estiman que Dios cuide las cosas humanas, porque les duele estar encomendados a quien como por derecho es reprendido. Y así, mientras se ensoberbecen contra el rector, también se entumecen contra los juicios del creador; y mientras juzgan la vida de su pastor, también impugnan la misma sabiduría del que lo dispone todo. A

menudo, empero, se oponen protervamente a los dichos de su rector, y llaman a esa misma soberbia de la voz libertad. Pues así la elación se objeta como por la rectitud de la libertad, como a menudo también el temor se supone por la humildad. Pues como muchos callan por temor y sin embargo estiman que callan por humildad, así algunos hablan por la impaciencia de la elación y sin embargo creen que hablan por la libertad de la rectitud. A veces, empero, los súbditos de ningún modo profieren las cosas protervas que sienten; y éstos, cuya locuacidad apenas se reprime, no pocas veces por la sola amargura del íntimo rencor enmudecen. Quienes, sustrayendo por el dolor de la mente las palabras de su procacidad, cuando suelen hablar mal, peor callan, porque cuando pecando escuchan algo sobre la corrección, indignados suspenden incluso las palabras de respuesta. Con éstos, cuando se actúa ásperamente, a menudo saltan a la voz de querella por esta misma aspereza. Cuando, empero, sus maestros los previenen blandamente, de esta misma humildad con que han sido prevenidos se indignan más gravemente, y tanto más vastamente se enciende la mente de ellos cuanto más consideradamente es juzgada ínfirma. Éstos ciertamente, porque ignoran la humildad, que es la madre de las virtudes, pierden el uso de su trabajo, aunque haya algunas cosas buenas que parezcan obrar, porque no se fija la robusta alteza de una fábrica que surge, la cual de ningún modo se solidifica en la piedra por la fortaleza del fundamento. Solo para la ruina, pues, crece lo que edifican, porque

ante la mole de la fábrica no procuran los fundamentos de la humildad. A los cuales bien los producimos desde lo íntimo si en pocas cosas los mostramos en lo exterior.

52. Imagen del soberbio. Pues en todos los que se entumecen ante sí por la soberbia cogitación, hay clamor en la locución, amargura en el silencio, disolución en la hilaridad, furor en la tristeza, deshonestidad en la acción, honestidad en la imagen, elación en el andar, rencor en la respuesta. La mente de éstos siempre es válida para irrogar contumelias, ínfima para tolerarlas; perezosa para obedecer, pero importuna para provocar a los demás; ignava para aquello que debe y puede hacer, pero preparada para aquello que ni debe ni puede hacer. Ésta, en lo que espontáneamente no apetece, por ninguna exhortación se dobla, pero para esto que latente desea busca que se le coaccione, porque mientras teme envilecerse por su deseo, opta por tolerar fuerza en su misma voluntad.

[Vet. XXI.] 53. Exhortación a la humildad. Por tanto, porque hemos dicho que los ánimos humanos son tentados de un modo por las cosas carnales y de otro por las espirituales, oigan aquéllos: Toda carne es heno, y su gloria como la flor del heno (Is. 40, 6). Oigan también éstos lo que se dice a algunos después de los milagros: No sé de dónde sois, apartaos de mí todos los obradores de la iniquidad (Lc. 13, 27). Oigan aquéllos: Si las riquezas abundan, no queráis poner el corazón (Sal. 61, 11). Oigan éstos que las vírgenes fatuas, que vienen con los vasitos vacíos, son excluidas

de las nupcias internas (Mt. 25, 12). De nuevo, porque hemos prefaciado que los prelados son tentados de un modo y los súbditos de otro, oigan aquéllos lo que se dice por un cierto sabio: ¿Te han constituido guía? no te exaltes, sino sé entre ellos como uno de ellos (Eclo. 32, 1). Oigan éstos: Obedeced a vuestros prepósitos y estad sujetos a ellos; pues ellos vigilan como quienes han de dar razón por vuestras almas (Heb. 13, 17). Oigan aquéllos, cuando se glorían de la potestad recibida, esto que se dice por la voz de Abraham al rico que ardía: Acuérdate, hijo, de que recibiste bienes en tu vida (Lc. 16, 25). Oigan éstos, cuando saltan en querellas contra sus rectores, esto que se responde al pueblo que murmuraba por las voces de Moisés y Aarón: Ni contra nosotros es vuestra murmuración, sino contra el Señor. Nosotros, en efecto, ¿qué somos? (Ex. 16, 8). Oigan aquéllos: Se turbarán ante el acatamiento de aquel que es padre de los huérfanos y juez de las viudas (Sal. 67, 5). Oigan éstos lo que se dice contra la contumacia de los súbditos: Quien resiste a la potestad, a la ordenación de Dios resiste (Rom. 13, 2). Oigan todos juntos: Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes da la gracia (Sant. 4, 6). Oigan todos: Inmundo es ante Dios todo el que exalta su corazón (Prov. 16, 5). Oigan todos: ¿De qué te ensoberbeces, tierra y ceniza? (Eclo. 10, 9). Contra la peste de este languor oigamos todos lo que la maestra Verdad enseña diciendo: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mt. 11, 29).

[Vet. XXII.] 54. El Dios humilde enseña que el hombre no sea soberbio. Para esto, en efecto, el Hijo unigénito de Dios recibió la forma de nuestra enfermedad, para esto el invisible no solo visible sino también despreciado apareció, para esto toleró los ludibrios de las contumelias, los oprobios de las irrisiones y los tormentos de las pasiones, para que el Dios humilde enseñara que el hombre no sea soberbio. ¡Cuán grande es, pues, la virtud de la humildad, por la cual sola para ser verazmente enseñada Aquél que es grande sin estimación fue hecho pequeño hasta la pasión! Porque habiendo la soberbia del diablo proporcionado el origen de nuestra perdición, la humildad de Dios se encontró como instrumento de nuestra redención. Pues nuestro enemigo, creado grande entre todas las cosas, quiso ser visto elado sobre todas las cosas. Nuestro Redentor, en cambio, permaneciendo grande sobre todas las cosas, se dignó ser hecho pequeño entre todas las cosas.

55. Qué enseña el autor de la muerte, qué el condicionador de la vida. Pero mejor detectamos la causa de la elación y abrimos los fundamentos de la humildad si por una breve conmemoración recorremos qué dice el autor de la muerte y qué el condicionador de la vida. Aquél, en efecto, dice: Al cielo subiré (Is. 14, 13); Éste, en cambio, dice por el Profeta: Repleta de males está mi alma, y mi vida al infierno se aproximó (Sal. 87, 4). Aquél dice: Sobre las estrellas del cielo exaltaré mi solio (Is. 14, 13); Éste al género humano expulsado de las sedes del paraíso dice: He aquí que vengo pronto, y habitaré en medio de ti (Zac. 2, 10). Aquél dice: Me

sentaré en el monte del testamento, en los lados del Aquilón (Is. 14, 13); Éste dice: Yo soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y abyección de la plebe (Sal. 21, 7). Aquél dice: Subiré sobre la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo (Is. 14, 14); Éste, cuando estaba en la forma de Dios, no juzgó rapiña ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo (Fil. 2, 6); y por sus miembros habla diciendo: Señor, ¿quién semejante a ti? (Sal. 34, 10). Aquél habla por sus miembros diciendo: No conozco al Señor, y a Israel no lo dejaré ir (Ex. 5, 2). Éste dice por sí mismo: Si dijere que no lo conozco, seré semejante a vosotros, mentiroso; pero lo conozco y guardo su palabra (Jn. 8, 55). Aquél dice: Míos son los ríos, y yo los hice (Ez. 29, 9); Éste dice: No puedo por mí mismo hacer nada (Jn. 5, 30), y de nuevo: Mi Padre que permanece en mí, Él hace las obras (Jn. 14, 10). Aquél, mostrando todos los reinos, dice: A ti te daré toda esta potestad y la gloria de ellos, porque a mí me han sido entregados y a quien quiero se los doy (Lc. 4, 6); Éste dice: Mi cáliz ciertamente beberéis, pero sentaros a mi derecha o a mi izquierda no es mío dároslo, sino a aquéllos para quienes ha sido preparado por mi Padre (Mt. 20, 23). Aquél dice: Seréis como dioses, conociendo el bien y el mal (Gén. 3, 5); Éste dice: No es vuestro conocer los tiempos o los momentos que el Padre puso en su potestad (Hech. 1, 7). Aquél, para que la voluntad divina sea despreciada y para que pueda ser persuadida la propia, dice: ¿Por qué os preceptuó Dios que no comierais de todo leño del paraíso? (Gén. 3, 1). Y poco

después: Sabe en efecto Dios que en cualquier día que comierais de él, se abrirán vuestros ojos (Ibíd. 5); Éste dice: No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió (Jn. 5, 30). Aquél habla por sus miembros diciendo: Ningún prado haya que no atraviese nuestra lujuria; coronémonos de rosas antes de que se marchiten, en todas partes dejemos signos de nuestra alegría (Sab. 2, 8); Éste a sus miembros preanuncia diciendo: Lloraréis y gemiréis vosotros, mas el mundo se alegrará (Jn. 16, 20). Aquél nada más enseña a las mentes a él sujetas que apetecer la cumbre de la alteza, trascender todo lo igual por el tumor de la mente, atravesar la sociedad de todos los hombres con alta elación y erigirse también contra la potencia del creador, como de los mismos se dice por el Salmista: Pasaron a la disposición del corazón, cogitaron y hablaron maldades, iniquidad en lo excelso hablaron (Sal. 72, 7. 8); Éste, viniendo a los salivazos, a las bofetadas, a los golpes, a la corona de espinas, a la cruz, a la lanza y hasta a la muerte, amonesta a sus miembros diciendo: Si alguno me sirve, que me siga (Jn. 12, 26).

[Ant. 23] 56. Signo evidentísimo de reprobación, la soberbia; de elección, la humildad. --- Puesto que, por tanto, nuestro Redentor rige los corazones de los humildes, y este Leviatán es llamado rey de los soberbios, conocemos abiertamente que el signo más evidente de los réprobos es la soberbia, y por el contrario la humildad de los elegidos. Cuando, pues, se conoce cuál posee cada uno, se descubre bajo qué rey milita. Pues cada uno lleva como un cierto título de su obra,

por el cual muestre fácilmente bajo la potestad de qué rector sirve. De donde también por el Evangelio se dice: Por sus frutos los conoceréis (Mt. 7, 16). Para que, por tanto, los miembros de este Leviatán no nos engañaran incluso haciendo maravillas, el Señor demostró un signo abierto por el cual puedan ser descubiertos, diciendo: Él es rey sobre todos los hijos de la soberbia. Los cuales, aunque a veces asuman una fingida apariencia de humildad, sin embargo de ningún modo pueden ocultarse en todo, porque su soberbia, no soportando estar oculta por mucho tiempo, cuando se cubre por una acción, se desnuda por otra. En cambio, los que militan bajo el rey de la humildad, siempre pávidos y circunspectos por todos lados, luchan contra los dardos de la elación y, como contra los golpes que vienen, custodian sobre todo el ojo en su cuerpo, mientras tutelan principalmente la humildad en sí mismos.

Libro trigésimo Quinto

Y ÚLTIMO.

En el cual por recapitulación se revocan muchas cosas ya dichas, y este inmenso trabajo se absuelve con la más humilde confesión de la humana enfermedad.

[Ant. y Rec. 1] 1143 1. Qué ha de prestarse en este libro. ---Puesto que este es el último libro de esta obra y, tratados los lugares más difíciles, son menos oscuras las cosas que quedan, place recorrer este más indulgente y remisamente. Como si habiendo medido un gran mar, ya divisamos el litoral y, deponiendo las velas de nuestra intención, no somos llevados por el mismo ímpetu que antes, pero sin embargo todavía vamos por la impulsión del antiguo soplo. Como si el viento de nuestra ansiedad hubiera caído, pero sin embargo su fuerza, ya por sí misma más tranquila, nos impele hasta la estación del litoral. Por lo tanto, después de que el Señor mostró a su fiel siervo cuán fuerte y astuto es Leviatán su enemigo, mientras patentizó sutilmente sus fuerzas y fraudes, el bienaventurado Job respondió a ambas cosas diciendo:

CAPÍTULO PRIMERO

[Rec. 2].

CAP. 42, VERS. 2.---Sé que todo lo puedes, y ninguna cogitación se te oculta.

2. A las fuerzas del diablo se opone la omnipotencia de Dios, a las maquinaciones la infinita Sabiduría. ---Contra sus inmensas fuerzas, en efecto, introdujo: Sé que todo lo puedes; pero contra sus ocultas maquinaciones subyungió: Y ninguna cogitación se te oculta. De donde también pronto reprocha al mismo Leviatán diciendo:

VERS. 3.---¿Quién es éste que oculta el consejo sin ciencia? Sin ciencia, en efecto, Leviatán oculta el consejo; porque aunque se oculte por muchos fraudes contra nuestra enfermedad, sin embargo es descubierto por la santa inspiración de nuestro Protector para nosotros. Sin ciencia oculta el consejo, porque aunque se oculte a los tentados, sin embargo no puede ocultarse al protector de los tentados. Por lo tanto, oída la fortaleza y astucia del diablo, oída también la potencia de nuestro creador, la cual y a aquél valientemente reprime y a nosotros misericordiosamente cubre, te rogamos, bienaventurado Job, que lo que sientes de ti mismo de ningún modo nos lo ocultes. Sigue:

CAPÍTULO II.

IBÍD.---Por lo tanto hablé insipientemente, y cosas que excedieran mi ciencia sobremanera.

3. Lo que en las cosas creadas se compara con Dios, se hace vano y nada. ---Toda sabiduría humana, por más que brille por su agudeza, comparada con la sabiduría divina, es insipiencia. Pues todas las cosas humanas que son justas, que son bellas, comparadas con la justicia y belleza

de Dios, ni son justas ni son bellas, ni son en absoluto. El bienaventurado Job, por tanto, creería que había dicho sabiamente lo que había dicho, si no oyera las palabras de la sabiduría superior. 1144 En cuya comparación es necio todo lo nuestro que tiene sabor. Y quien ciertamente había hablado sabiamente a los hombres, escuchando sin embargo las divinas sentencias, conoce más sabiamente que no es sabio. De aquí es que Abraham, entre las palabras dominicales, nada se vio sino polvo, diciendo: Hablaré a mi Señor, siendo yo polvo y ceniza (Gén. 18, 27). De aquí es que Moisés, instruido en toda la sabiduría de los egipcios, desde que oyó al Señor hablando, se descubrió de lengua más impedida y lenta, diciendo: Te ruego, Señor, no soy elocuente; pues desde ayer y anteayer, desde que hablaste a tu siervo, soy de lengua más impedida y lenta (Ex. 4, 10). De aquí es que Isaías, después de que vio al Señor sentado sobre un solio excelso y elevado, después de que vio a los serafines con dos alas cubrir la faz, con dos los pies y con dos volar, después de que oyó aquello que es Santo, Santo, Santo el Señor Dios de los ejércitos, clamar el uno al otro (Is. 6), volviendo a sí mismo dijo: Ay de mí porque callé, porque soy varón poluto de labios y en medio de un pueblo que tiene labios polutos habito yo (Ibíd. 5). Y pronto subyungiendo la polución misma de donde la había conocido, dijo: Y al rey Señor de los ejércitos vi con mis ojos (Ibíd.). De aquí también Jeremías, oyendo las divinas palabras, conoció que no tenía palabras, diciendo:

A, a, a, Señor Dios, he aquí que no sé hablar, porque niño soy yo (Jer. 1, 6).

[Ant. 2] De aquí Ezequiel, hablando de los cuatro animales, dice: Cuando se hacía una voz sobre el firmamento, que estaba sobre la cabeza de ellos, se detenían y bajaban sus alas (Ez. 1, 25). Pues ¿qué se designa por el vuelo de los animales, sino la sublimidad de los evangelistas y de los doctores? ¿O qué son las alas de los animales, sino las contemplaciones de los santos que los elevan a las cosas celestiales? Pero cuando se hace una voz sobre el firmamento, que está sobre su cabeza, estando de pie bajan sus alas, porque cuando oyen la voz interna de la sabiduría superna, deponen como las alas de su vuelo, porque a saber conocen que ellos pueden contemplar menos la misma altura de la verdad. Bajar las alas ante la voz que viene de arriba es, conocida la potencia superna, humillar las propias virtudes y por la consideración del creador no sentir de sí otra cosa que cosas abyectas. Los varones santos, por tanto, mientras oyen las sentencias de la divinidad, cuanto más aprovechan contemplando, 1145 tanto más, despreciando lo que son, conocen que ellos son o nada o casi nada. Responda, pues, a los divinos sermones el bienaventurado Job y, aprovechando sabiamente, descúbrase necio diciendo: Hablé insipientemente, y cosas que excedieran mi ciencia sobremanera. He aquí que tanto más se redarguye cuanto más aprovecha, y creyó que su ciencia había excedido la medida porque en las palabras del Señor conoció los secretos de su sabiduría más de lo que había estimado. Sigue:

CAPÍTULO III

[Rec. 3].

VERS. 4.---Escucha, y yo hablaré; te interrogaré, y respóndeme.

4. Qué sea el hombre interrogar a Dios; o qué Dios responder al hombre. ---Nuestro oír es acomodar el oído puesto en otro lado al sonido que viene de otra parte. Por el contrario, para Dios, a quien nada le es exterior, oír es propiamente percibir nuestros deseos que surgen bajo sí mismo. Hablar a Dios, por tanto, que conoce también los corazones de los que callan, es para nosotros no manifestar con voces de la garganta lo que sentimos, sino anhelar con prontos deseos hacia Él. Y porque por eso cada uno interroga, para poder aprender lo que ignora, para el hombre interrogar a Dios es conocerse como ignorante en su presencia. Mas el responder de Dios es instruir con ocultas inspiraciones a aquel que se ha conocido humildemente como ignorante. Dice, pues, el bienaventurado Job: Escucha, y yo hablaré. Como si dijera: Percibe misericordiosamente mis deseos, para que mientras esta tu piedad percibiendo ayuda, hacia ti surjan deseos más multiplicados. Pues los buenos votos, cuantas veces perciben el efecto, se multiplican. De donde en otra parte está escrito: Yo clamé, porque me oíste (Sal. 16, 6). Pues no dice: Porque clamé, me oíste; sino clamé, porque me oíste. Pues el que hablando había sido oído, oído por los votos que aprovechaban, clamaba: Te interrogaré, y respóndeme. Como si dijera: Me conozco

ignorante por la contemplación de tu ciencia. Responde, pues, al que interroga, esto es, enseña al que humildemente conoce su propia estulticia. Pues que él interrogaría por deseo de humildad y buscaría que Dios le respondiera por magisterio de aspiración, se declara por las palabras siguientes. Pues dio a entender que interrogaría, pero nada subyunge interrogando. Pues sintiendo sólo cosas humildes de sí y reconociendo lo que misericordiosamente ha percibido del Señor, pronto añade:

CAPÍTULO IV

[Rec. 4].

VERS. 5.---Con el oído de la oreja te oí, mas ahora mi ojo te ve.

5. Cuánto Job aprovechó por los azotes en el conocimiento de Dios y de sí mismo. ---Con estas palabras, ciertamente, indica abiertamente que cuanto la vista es superior al oído, tanto difiere de aquello que existió antes, esto que después aprovechó por los azotes. Y porque con el ojo interno había contemplado más la luz de la verdad, juzgando las tinieblas de su humanidad veía más. De donde también sigue:

CAPÍTULO V

[Rec. 5].

VERS. 6.---Por lo cual yo mismo me reprendo.

6. Cuanto más cada uno se ve, más se desplacer a sí mismo. ---Pues cuanto menos cada uno

se ve, tanto menos se desplacer; y cuanto percibe la luz de una gracia mayor, tanto más se conoce como reprensible. Pues cuando es elevado intrínsecamente por todo lo que es, se esfuerza por concordar con aquella regla que contempla sobre sí. Y porque todavía la humana enfermedad lo impide, ve que él discrepa de ella en no mínima parte; y todo lo que de sí mismo le es oneroso, es lo que no conviene a la regla interna. La cual regla el bienaventurado Job, aprovechando después de los azotes, recibe más plenamente y discrepa de sí mismo en gran redargución de sí, 1146 diciendo: Por lo cual yo mismo me reprendo. Pero porque ninguna es la noticia de la reprensión si no siguen también los lamentos de la penitencia, rectamente tras la reprensión se añade:

CAPÍTULO VI.

IBID.---Y hago penitencia en rescoldo y ceniza.

7. Vana es la noticia de nosotros mismos a la que no sigue la penitencia. Qué se ha de considerar en el cilicio y la ceniza de la penitencia. ---Pues hacer penitencia en rescoldo y ceniza es, contemplada la suma esencia, no conocerse a sí mismo sino como rescoldo y ceniza. De donde también el Señor dice en el Evangelio a la ciudad réproba: Si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, hace tiempo que habrían hecho penitencia en cilicio y ceniza (Mat. XI, 21). Pues en el cilicio se muestra la aspereza y punción de los pecados, y en la ceniza el polvo de los muertos. Y por eso ambos suelen emplearse para la penitencia, para que en la punción del ci-

licio conozcamos lo que hicimos por la culpa, y en el rescoldo de la ceniza ponderemos lo que somos por el juicio. Considérense, pues, en el cilicio los vicios punzantes, considérese en la ceniza la justa pena de los vicios que sigue por la sentencia de muerte. Porque como tras el pecado surgieron los ultrajes de la carne, vea el hombre en la aspereza del cilicio lo que hizo ensoberbeciéndose, vea en la ceniza hasta dónde llegó pecando. Puede también por el cilicio designarse la misma punción de los dolores por el recuerdo y la penitencia. Pues esto que dice el bienaventurado Job: Yo mismo me reprendo, es punzado como por un cierto cilicio, mientras en su mente es frotado con los ásperos aguijones de las redarguciones. Pero hace penitencia en la ceniza, porque atiende solícitamente desde el primer pecado a lo que fue hecho por el justo juicio, diciendo: Hago penitencia en rescoldo y ceniza. Como si dijera abiertamente: De ningún don de mi Autor me ensoberbezco, porque tomado del polvo, conozco que por la sentencia de la muerte inferida vuelvo al polvo.

8. El juicio de Dios sobre Job y sus amigos.--- Oídos, pues, todos los sermones de Job, conocidas también las respuestas de los amigos, place convertir la expectación de nuestra mente a la sentencia del Juez interno, y decirle: He aquí, Señor, que hemos oído en tu presencia ambas partes de los que discurrían, y conocimos a Job revolviendo en este certamen los hechos de su virtud, y a sus amigos contra él defendiendo la gloria de tu justicia. Pero entre esto, tú sabes lo que nuestra mente siente. Pues no podemos

nosotros reprender los dichos de ellos, a quienes conocemos estar al servicio de tu defensa. Pero he aquí que asisten las partes, esperan la sentencia; profiere, pues, Señor, desde la regla invisible el sutilísimo examen de tu discreción, y muestra quién en esa contienda ha hablado más rectamente. Sigue:

VERS.---Después que el Señor hubo hablado estas palabras a Job, dijo a Elifaz temanita: Se ha encendido mi furor contra ti y contra tus dos amigos, porque no habéis hablado ante mí lo recto, como mi siervo Job.

9. Él es absuelto, ellos son condenados. ¿Por qué?---Oh Señor, la sentencia de tu juicio indica cuánto nuestra ceguera discrepa de la luz de tu rectitud. He aquí que por ti como Juez conocemos que el bienaventurado Job es el vencedor, a quien creíamos haber pecado contra ti al hablar. Por ti como Juez son condenados los que creyeron que trascendían los méritos del bienaventurado Job al hablar por ti. Como, pues, hemos conocido por la divina sentencia qué debemos pensar de las partes, ponderemos ahora las palabras de la misma sentencia un poco más sutilmente. Pues, ¿cómo es reprendido arriba el bienaventurado Job, si en comparación con su rectitud sus amigos se mencionan como no habiendo hablado en absoluto lo recto ante el Señor? ¿O se confirma todavía aquella sentencia sobre él, por la cual se dice al antiguo enemigo: ¿Has visto a mi siervo Job, que no hay otro semejante a él en la tierra (Job I, 8)? Pero, ¿qué es esto, que es a la vez alabado ante el enemigo y reprendido en sí mismo: es reprendido

en sí mismo y, sin embargo, es antepuesto a sus amigos que hablan, sino porque el santo varón trasciende a todos por la virtud de sus méritos; pero por el mismo hecho de que fue hombre, no pudo estar sin reprensión ante los ojos de Dios? Pues en el hombre santo que mora entre tanto en esta vida, la regla del divino examen tiene todavía qué juzgar, aunque ya por la comparación con los demás hombres tenga qué alabar. El bienaventurado Job, pues, creyó que era azotado por la culpa, y no por la gracia; estimó que se cercenaban en él los vicios, no que se aumentaban los méritos. Y en esto es reprendido, en que sospecha que la intención del azote fue otra, y sin embargo es antepuesto a sus amigos resistentes por la definición del Juez interno.

[Vet IV.] De donde se colige abiertamente de cuánta justicia fue en aquello que contra las palabras de sus amigos afirmó la inocencia de su obrar, él que por el divino juicio es antepuesto incluso a estos mismos defensores del divino juicio. En el comienzo de este libro supimos que Satán había dicho al Señor sobre él: Extiende tu mano y tócalo, y verás si no te bendice en tu cara (Job II, 5). A cuya petición se permite que el bienaventurado Job sea tocado por daños, orfandad, llagas y escándalos de palabras, porque ciertamente Aquel que lo había alabado estaba seguro de que el santo varón de ningún modo caería en la culpa de la maldición según la aserción del diablo. Como, pues, dijimos arriba, quienquiera que estime que el bienaventurado Job pecó en su locución tras los azotes, abiertamente juzga que el Señor

perdió en su aserción. Y aunque el Señor, hablando al diablo, prefirió sus bienes presentes, pero no prometió su perseverancia, debe saberse, sin embargo, que de ningún modo hubiera permitido que su justicia fuera tentada si no previera que él podía persistir como justo en la tentación. Permitido, pues, divinamente el diablo en su tentación, quienquiera que piense que él sucumbió en la tentación, acusa de ignorancia al que lo permitió.

10. Unos son los juicios de Dios, otros los de los hombres.---Aprobemos, pues, verazmente a Job en sus dichos, para no acusar inicuamente a Dios en su providencia. Y ciertamente, en cuanto a los juicios humanos, se creería que sus amigos dijeron muchas cosas más rectamente que él; pero la Verdad, profiriendo desde lo oculto otra regla, dice: No habéis hablado ante mí lo recto, como mi siervo Job. Ante mí, dice, esto es, por dentro, donde a menudo desplacer la vida de muchos, la cual incluso place por fuera a los hombres. De donde con mucha cautela se dice en alabanza de los justos cónyuges: Eran ambos justos ante Dios (Luc. I, 6). Pues no es alabanza segura aparecer justos ante los hombres. Pues a menudo la sentencia humana aprueba a alguien como si fuera grande ante Dios; pero Dios omnipotente ignora a este que es aprobado como por sí mismo. De aquí es que el Salmista ora vigilantemente, diciendo: Dirige en tu presencia mi camino (Sal. V, 9). 1148 Sin duda porque la mayor parte de las veces en presencia de los hombres se cree recto el camino que incluso está depravado del itinerario de la verdad. Y se ha de notar que no se dice:

No habéis hablado ante mí lo recto como Job, sino, como mi siervo Job, para que ciertamente por la interposición de la servidumbre, mientras lo conmemora como bajo una cierta propiedad, muestre que todo lo que él había dicho en su defensa, no lo dijo con contumaz soberbia, sino con humilde verdad. [Vet. V.] Pero porque justo y misericordioso es Dios, a los amigos de él tanto los redarguye estrechamente por la justicia, como los convierte benignamente por la misericordia. Pues sigue:

CAPÍTULO VIII

[Rec. VII].

VERS. 8.---Tomad para vosotros siete toros y siete carneros, e id a mi siervo Job, y ofreced holocausto por vosotros. Pero mi siervo Job orará por vosotros; aceptaré su rostro para que no se os impute vuestra estulticia.

11. Dios redarguye a los amigos de Job por la justicia, y los convierte por la misericordia.---He aquí que el Dios justo y misericordioso ni deja las culpas sin reprensión, ni abandona el reato sin conversión. Pues porque es el Médico interno, primero dio a conocer la podredumbre de la llaga, y después indicó los remedios para conseguir la salud. Pero ya hemos dicho a menudo que los amigos del bienaventurado Job tienen la figura de los herejes, que mientras intentan defender a Dios, lo ofenden, puesto que en sus dichos son rebeldes a la verdad, a la cual sospechan servir en su falsa aserción. Como, pues, Dios omnipotente

a menudo los incorpora al cuerpo de la santa Iglesia por el conocimiento de la verdad, bien se designa también su misma conversión, que a menudo se obra misericordiosamente, por este perdón que los amigos de Job perciben.

12. Los herejes, por el sacrificio ofrecido por sí mismos, no pueden aplacar a Dios. No pueden ser reconciliados sino por la Iglesia.---Se ha de notar verdaderamente en gran manera que se les manda ofrecer el sacrificio de su conversión al Señor no por sí mismos, sino por Job. Sin duda los herejes, cuando vuelven del error, de ningún modo pueden aplacar la ira del Señor hacia ellos por el sacrificio ofrecido por sí mismos, a menos que se conviertan a la Iglesia católica, a la que el bienaventurado Job significa, para que obtengan su salud por las oraciones de ella, cuya fe impugnaban con perversas aserciones. Pues dice: Job mi siervo orará por vosotros; aceptaré su rostro para que no se os impute vuestra estulticia. Como si dijera abiertamente a los herejes: No acepto vuestros sacrificios, no oigo las palabras de vuestras peticiones, sino por la intercesión de aquel cuyas palabras de profesión sobre mí reconozco como veraces. Y vosotros ciertamente traed toros y carneros para exhibir los sacrificios de vuestra conversión, pero pedid vuestra salud a mí por la Iglesia católica, a la cual amo. Pues a ella misma quiero perdonar aquello en que me ofendisteis en ella, para que esta obtenga vuestra incolumidad, ella que trabajaba por vuestra flaqueza.

[Vet. VI.] 13. Prerogativas de la Iglesia.---Pues ella es la única por la cual el Señor acepta de buen

grado el sacrificio (24, q. 1, c. 22, § Sola quippe), la única que interceda con confianza por los errantes. De donde también el Señor mandó sobre la víctima del cordero, diciendo: En una casa se comerá, ni sacaréis fuera nada de sus carnes (Éxod. XII, 46). Pues en una sola casa se come el cordero, porque en una sola Iglesia católica se inmola la verdadera víctima del Redentor. 1149 De cuyas carnes la ley divina prohíbe que se saquen fuera, porque prohíbe que se dé lo santo a los perros (Mat. VII, 6). Ella es la única en la que la obra buena se realiza fructuosamente, de donde también el salario del denario no lo recibieron sino los que habían trabajado dentro de la viña (Mat. XX, 8). Ella es la única que custodia a los puestos dentro de sí con el vínculo de la sólida caridad. De donde también el agua del diluvio elevó ciertamente el arca a lo más sublime, pero extinguió a todos los que halló fuera del arca (Gén. VII, 20, 21, ss.). Ella es la única en la que contemplamos verazmente los misterios supremos. De donde también el Señor dice a Moisés: Hay un lugar junto a mí, y estarás sobre la piedra (Éxod. XXXIII, 21). Y poco después: Quitaré mi mano y verás mis espaldas (Ibíd., XXIII, 24). Porque como desde la sola Iglesia católica se contempla la verdad (Q. 1, c. 22), el Señor afirma que hay un lugar junto a él desde el cual se vea. En la piedra es puesto Moisés para que contemple la especie de Dios, porque a menos que alguien mantenga la solidez de la fe, no conoce la divina presencia. De la cual solidez dice el Señor: Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia (Mat. XVI, 18). ¿Qué es, pues, decir en este

lugar a los amigos de Job: Id a Job, sino subid a la piedra? ¿Qué es, Aceptaré su rostro por vosotros para que no se os impute vuestra estulticia, sino aquello que allí se dice: Mis espaldas verás (Éxod. XXXIII, 23)? esto es, entenderás los misterios de la encarnación que ha de ser después.

14. Qué se ha de prestar a los herejes para que vuelvan a la Iglesia.---Pero los herejes, por el hecho de que desprecian estar sobre la piedra, no ven las espaldas del Señor que pasa, porque puestos fuera de la Iglesia, no conocen los misterios de su encarnación tal como son. Pero como ya dijimos arriba, por los toros se expresa la cerviz de la soberbia, y por los carneros el liderazgo, que es ejercido por los herejes sobre los pueblos persuadidos, como si fueran rebaños seducidos. Pues de los herejes soberbios se dice, los cuales corrompen las mentes de los débiles con mala persuasión: El concilio de los toros entre las vacas de los pueblos (Sal. LXVII, 31). Y porque traen tras de sí a los pueblos como rebaños, a veces son llamados carneros. Pues los carneros guían el rebaño. De donde por reprensión dice Jeremías: Tus príncipes como carneros (Lam. I, 6). Como, pues, los herejes cuando vuelven a la santa Iglesia, abandonan la elación de la soberbia, y ya de ningún modo traen las escuadras de los pueblos como rebaños que los siguen hacia la perdición, se manda a los amigos del bienaventurado Job ofrecer toros y carneros. Pues ofrecer toros y carneros en sacrificio es inmolar el soberbio liderazgo por la humildad de la conversión, para que domada la cerviz de la soberbia aprendan a seguir

obedeciendo los que hace poco se esforzaban por preceder enseñando. Rectamente también esta soberbia de ellos es expiada con siete sacrificios, porque los herejes que vuelven a la Iglesia reciben por la hostia de la humildad los dones de la gracia septiforme del Espíritu, para que los que se habían consumido por la vejez de su elación, se reformen por la novedad de la gracia.

15. El número septenario es perfecto. ¿Qué significa? La perfección de la eternidad, el tiempo de la vida presente, la universalidad de la Iglesia.--- Pero el número septenario es tenido entre los sabios de este siglo por perfecto por una cierta razón suya, porque se consuma del primer par y del primer impar. Pues el primer impar es el tres, y el primer par el cuatro. De los cuales dos consta el septenario, el cual multiplicado por esas mismas partes suyas sube al duodenario. Pues ya sea que llevemos tres por cuatro, o cuatro por tres, llegamos al duodenario. Pero nosotros, puesto que percibimos los predicamentos de la verdad por un don supremo, pisamos estas cosas despreciándolas con fija altura de ciencia, 1150 reteniendo esto sin duda con fe inconmovible, que el Espíritu de la gracia septiforme perfecciona a quienes llena, y les presta no solo la noticia de la Trinidad, sino también la operación de las cuatro virtudes, esto es, de la prudencia, la templanza, la fortaleza y la justicia. El cual se aumenta también en cierto modo en esas sus mismas partes por las que ingresa, mientras tanto por la noticia de la Trinidad se recibe la acción de las cuatro virtudes, como por la operación de las cuatro virtudes se

llega hasta la especie manifiesta de la Trinidad. Y entre nosotros, pues, el septenario es perfecto, pero de modo muy diferente, porque sube plena y no vanamente al duodenario, mientras tanto por la fe perfecciona las obras, y de nuevo por las obras perfecciona la fe. También los santos apóstoles, que debían ser llenados por el Espíritu de la gracia septiforme, fueron doce elegidos. Pues a las cuatro partes del mundo eran enviados para dar a conocer la Trinidad, que es Dios. Doce, pues, fueron elegidos para que también por la razón del mismo número quedara clara la causa de que por las cuatro cosas ínfimas predicaran las tres sumas.

16. Ya sea, pues, por esta o quizá por alguna otra razón, sin embargo en la Sagrada Escritura por el número septenario a veces se designa el descanso seguro de la eternidad, a veces la universalidad de este tiempo presente, y a veces la universalidad de la santa Iglesia. Pues por el número septenario se insinúa la perfección de la eternidad, cuando el día séptimo es llamado santificado para el descanso del Señor (Gén. 2, 2). Al cual ya no se dice que le pertenezca la tarde, porque el descanso de la eterna bienaventuranza no se estrecha por ningún término. De aquí es también que dada la ley se manda que el día séptimo sea feriado (Éxod. 20, 11), para que por él se designe el descanso eterno. De aquí es que en el curso de los años el número septenario multiplicado siete veces, añadida la mónada, se lleva al quincuagenario, para que significando la perpetua bienaventuranza se observe el sacratísimo

descanso del jubileo (Lev. 25, 8, 9). De aquí es que el Señor resurgiendo y apareciéndose frecuentemente (Jn. 21), se describe que comió con siete discípulos en el último convite, porque los que en él son ahora perfectos, se sacian con la eterna refección por él.

[Vet. VII.] 17. De nuevo, por el número septenario se entiende esta universalidad de la temporalidad. Pues de aquí es que por siete días se desarrolla todo este tiempo de la vida presente. De aquí es que en tipo de la santa Iglesia, la cual en todo tiempo rodea este mundo predicando, el arca del Señor con el clamor de las trompetas rompió los muros de Jericó rodeada durante siete días (Jos. 6, 20). De aquí dice el Profeta: Siete veces al día te dije alabanza (Sal. 118, 164). Lo cual él mismo de nuevo significando que lo había dicho por todo y el universo tiempo de su deprecación, dice: Siempre su alabanza en mi boca (Sal. 33, 1). Pero que por el número septenario se designa la universalidad de la vida presente, se muestra más entonces, cuando después de él también se introduce el octonario. Pues cuando al septenario sigue todavía otro, se expresa por su mismo aumento que la temporalidad que ha de terminarse se concluye por la eternidad. Pues de aquí es que Salomón amonesta, diciendo: Da partes a siete, y también a ocho (Ecl. 11, 2). Pues por el número septenario expresó este tiempo presente que se hace en siete días; pero por el octonario designó la vida perpetua, la cual el Señor nos abrió por su resurrección. Pues resucitó el día del Señor, el cual mientras sigue al día séptimo, esto es,

al Sábado, 1151 se encuentra el octavo desde la creación. Pero bien se dice: Da partes a siete, y también a ocho, porque ignoras qué mal ha de haber sobre la tierra (Ibid.). Como si se dijera abiertamente: Dispensa de tal modo lo temporal, que no olvides apetecer lo eterno. Pues conviene que para el futuro proveas obrando bien, tú que ignoras cuánta tribulación seguirá del juicio venidero. De aquí es que al templo se asciende por quince grados, para que de su misma ascensión se aprenda en qué medida por el siete y el ocho se dispense solícitamente la acción temporal, y se busque providentemente la mansión eterna. De aquí es también que mientras la mónada sube a la decena, el Profeta cantó ciento cincuenta salmos. Por razón de este número septenario que significa lo temporal, y el octonario lo eterno, sobre ciento veinte fieles que residían en el cenáculo fue infundido el Espíritu Santo (Hech. 2). Pues por siete y ocho se componen quince, y si contando desde el uno hasta el quince nos levantamos poco a poco por incrementos, llegamos al número ciento veinte. Por cuya efusión del Espíritu Santo aprendieron ciertamente tanto a pasar por lo temporal tolerándolo, como a apetecer lo eterno con ansia.

18. De nuevo, por el número septenario se designa la universalidad de la santa Iglesia. De donde Juan en el Apocalipsis escribe a las siete Iglesias (Apoc. 1, 4); pero por ellas ¿qué otra cosa quiso que se entendiera sino la Iglesia universal? La cual Iglesia universal, para que fuera marcada como llena del Espíritu de la gracia septiforme, se describe que Eliseo inspiró siete veces sobre el

niño muerto (4 Rey. 4, 34). Pues el Señor viniendo sobre el pueblo muerto, bosteza como siete veces, porque le otorga misericordiosamente los dones del Espíritu de la gracia septiforme. Como, pues, a menudo se figura la universalidad de la santa Iglesia por el número septenario, vengan al bienaventurado Job sus amigos, y ofrezcan el holocausto mandado divinamente. Pero guarden con toda vigilancia los arcanos del número septenario, a saber, que los que están puestos fuera se mezclen primero con la universalidad de la santa Iglesia, y entonces por fin busquen el perdón de la culpa de su antigua elación. Por su culpa ofrezcan siete sacrificios, porque no reciben la ablución de su reato, a no ser que por el Espíritu de la gracia septiforme sean agregados a la paz universal de la que habían sido cortados. Dígase, pues: Tomad para vosotros siete toros y siete carneros, e id a mi siervo Job, y ofreced un holocausto por vosotros; Job, mi siervo, orará por vosotros; su cara recibiré, para que no se os impute la estulticia. Como si se dijera abiertamente a los herejes que vuelven: Uníos a la Iglesia universal por la humildad de la penitencia, y obtened de mí por las oraciones de aquel ese perdón de ella del cual no sois dignos por vosotros mismos; los cuales, cuando por ella aprendéis a ser verdaderamente sabios, borráis ante mí la estulticia de vuestra sabiduría anterior. Sigue:

CAPÍTULO IX

[Vet. VIII]. VERS. 8.---Pues no habéis hablado ante mí lo recto, como mi siervo Job.

19. La reiteración de la sentencia en las sagradas letras es argumento de su inmutabilidad.---Esto ya lo había proferido el Señor poco antes, y sin embargo añade esto mismo reiterándolo. ¿Qué es esto, sino que la sentencia que una vez había dicho juzgando, la confirma replicándola de nuevo? y para que se demuestre más manifiestamente la justicia del bienaventurado Job y la injusticia de sus amigos, su alabanza y la reprensión de ellos se emite con voz reiterada, para que replicadas aparezcan por fuera cuán fijas se tienen por dentro. Pues cuando 1152 el rey de Egipto hubo conocido por una visión doble bajo la especie de bueyes y espigas los temibles tiempos del hambre venidera, oyó de la voz del santo intérprete: Lo que viste por segunda vez el sueño perteneciente a la misma cosa, es indicio de firmeza (Gén. 41, 32). De cuya cosa se colige abiertamente que cualquier cosa que se repite en el elocuio divino, se confirma más robustamente. Pero ya que hemos oído lo que el juez decretó, oigamos también lo que hacen los condenados. Sigue:

CAPÍTULO X.

VERS. 9.---Fueron, pues, Elifaz temanita, y Bildad suhita, y Sofar naamatita, e hicieron como les había hablado el Señor, y recibió el Señor la cara de Job.

20. El orden del perdón.---Por eso callamos la interpretación de estos nombres, porque recordamos haber disertado sobre ella más largamente al comienzo de esta obra. Pero debe observarse

que el orden del perdón recibido se guarda tan cautamente, como se había predicho, que en los sacrificios se refiere que el Señor recibió no la cara de ellos, sino la cara del bienaventurado Job. Pero como quienquiera que se esfuerza por interceder por otros, se ayuda más bien a sí mismo por esa misma caridad, rectamente se añade:

CAPÍTULO XI.

VERS. 10.---El Señor también se convirtió a la penitencia de Job, cuando oraba por sus amigos.

21. Somos escuchados más pronto orando por nosotros, si nuestra oración está sazonada con la dilección del prójimo y máxime del adversario.--- Pues ya arriba se muestra que fue escuchado por sus amigos, cuando se recuerda el hecho que predijimos: Hicieron como les había hablado el Señor, y recibió el Señor la cara de Job. Pero cuando se añade a continuación: El Señor también se convirtió a la penitencia de Job, cuando oraba por sus amigos, se muestra abiertamente que también por sí mismo como penitente mereció ser tanto más pronto escuchado, cuanto devotamente intercedió por los otros. Pues hace que sus preces valgan más por sí mismo el que las emplea también por otros. Pues más de buena gana se recibe el sacrificio de la oración que en presencia del juez misericordioso está sazonado con la dilección del prójimo. Lo cual cada uno acumula verdaderamente si emplea esto también por los adversarios. Pues de aquí es que la maestra Verdad dice: Orad por los que os persiguen

y calumnian (Lc. 6, 28). De aquí de nuevo dice: Cuando estéis para orar, perdonad si tenéis algo contra alguien, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone vuestros pecados (Mc. 11, 25). Pero cuánto obtuvo para sí el que intervino por otros, se demuestra al punto cuando se añade:

CAPÍTULO XII

[Rec. VIII]. Ibíd.---Añadió el Señor todas las cosas que habían sido de Job al doble.

22. Según el peso de la aflicción se dispone la medida de la consolación.---Todas las cosas que había perdido las recibió al doble, porque por la piedad del benigno juez los sufragios de las consolaciones vencen el dispendio de nuestra tentación. Pero menos tienta la prueba de lo que la remuneración consuela, para que por el mérito de la retribución reconozca que fue leve lo que toleró el que por el peso de la percusión juzgaba que toleraba algo grave. De donde también se dice a la afligida Judea: Por un momento en un poco te abandoné, y en grandes miseraciones te recogeré (Is. 54, 7). A veces, pues, según el peso de la aflicción se dispone la medida de la consolación. De donde en otra parte está escrito: Según la multitud de mis dolores en mi corazón tus consolaciones alegraron mi alma (Sal. 93, 19). Pues indica que fue consolado en aquella medida en la que había sido afligido el que clama que fue alegrado según la multitud de los dolores. Pero no poco se instruye el lector si contempla el orden

mismo de la remuneración. Pues a la venia 1153 siguen los dones, a la penitencia la venia, a la corrección la penitencia, al exceso la corrección. Pero como, herido por el permiso de la divina dispensación, fue afligido también por las palabras de sus amigos, consolado por los dones de la divina piedad, debe también ser reconfortado por la humana caridad; para que de todas partes le respondan los gozos de la consolación a quien de todas partes las tristezas y adversidades de los dolores laceraban. De donde también se añade:

CAPÍTULO XIII. VERS. 11. Vinieron, pues, a él todos sus hermanos, y todas sus hermanas, y todos los que le conocían antes; y comieron con él pan en su casa, y movieron sobre él la cabeza.

23. No solo de la divina, sino también de la humana.---¿Qué se designa en el comer el pan sino la caridad?, ¿y qué en el movimiento de la cabeza sino la admiración? Bien se añade: IBÍD.---Y le consolaron por todo el mal que el Señor había traído sobre él. Pues consolar el dolor del herido es congratularse con él por el perdón después de la percusión. Pues cuanto se ve que alguien se alegra por la salud restaurada del prójimo, tanto indica que le dolió que le fuera quitada.

CAPÍTULO XIV

[Rec. IX]. IBÍD.---Y le dieron cada uno una oveja, y un pendiente de oro.

24. La Iglesia ha de recibir alguna vez el doble.---Aunque todas estas cosas están dichas verazmente según la historia, por los mismos

dones ofrecidos nos vemos obligados a recurrir al misterio de la alegoría. Pues no debemos tomar ociosamente que ofrecieron una oveja, que una, que un pendiente de oro, que uno. Y si quizá según la letra no es de admirar por qué una oveja ofrecida, sin embargo es muy de admirar por qué un pendiente ofrecido, uno. ¿Qué pertenece la oveja al pendiente, o qué el pendiente a la oveja? Por el fin mismo de los dones nos vemos obligados a indagar en los misterios de la alegoría también las cosas anteriores, que recorremos tocando superficialmente según la sola historia. Como, pues, Cristo y la Iglesia, esto es, la cabeza y el cuerpo son una persona, a menudo hemos dicho que el bienaventurado Job designa ya la figura de la cabeza, ya la del cuerpo [Vet. IX]. Preservada, pues, la verdad de la historia, sintamos bajo tipo el hecho de la santa Iglesia en aquello que está escrito: Añadió el Señor todas las cosas que habían sido de Job al doble. Pues la santa Iglesia aunque ahora pierde a muchos por la percusión de la tentación, al fin sin embargo de este siglo recibe sus cosas al doble, cuando recibidas plenamente las gentes, toda Judea que entonces se encuentre, consienta también en correr a su fe. Pues de aquí está escrito: Hasta que entrara la plenitud de las gentes, y así todo Israel se salvara (Rom. 11, 25). De aquí en el Evangelio también la Verdad dice: Elías vendrá, y él restaurará todas las cosas (Mt. 17, 11). Pues ahora la Iglesia ha perdido a los israelitas, a quienes no pudo convertir predicando, pero entonces predicando Elías, mientras

recoge a cuantos encuentre, recibe como más plenamente lo que perdió.

25. Antes de la resurrección los santos reciben sendas estolas, dobles después de la resurrección.---O ciertamente recibir el doble la santa Iglesia en su fin es en cada uno de nosotros gozarnos tanto de la bienaventuranza del alma, como de la incorrupción de la carne. Pues de aquí es que por el profeta se dice de los elegidos: En su tierra poseerán el doble (Is. 61, 7). Pues de aquí es que Juan el apóstol dice de los santos que buscan el fin del mundo: Se les dieron a cada uno sendas estolas blancas, y se les dijo que descansaran todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y hermanos (Apoc. 6, 11). Pues como dijimos mucho antes (a saber, en el prefacio, c. 10, n. 20), antes de la resurrección los santos 1154 reciben sendas estolas, porque disfrutan de la sola bienaventuranza de las almas; pero al fin del mundo han de tener dobles, porque con la bienaventuranza de la mente poseerán también la gloria de la carne.

26. La conversión de los judíos al fin del mundo preanunciada.---Pero las cosas que están subunidas, testifican que anuncian la conversión del pueblo judaico más bien al fin de este siglo. Pues se añade: Vinieron, pues, a él todos sus hermanos, y todas sus hermanas, y todos los que le conocían antes, y comieron con él pan en su casa. Pues entonces sus hermanos y hermanas vienen a Cristo, cuando del pueblo judaico cuantos hayan sido traídos se conviertan. Pues de aquel pueblo tomó la materia de su carne. Enton-

ces, pues, hermanos y hermanas se acercan a él, cuando de aquella plebe que le está unida por parentesco, o los que han de ser fuertes, como hermanos, o los débiles, como hermanas, concurren a él por el conocimiento de la fe con devota gratulación. Entonces celebran con él el convite de celebérrima festividad, cuando ya de ningún modo despreciándolo como hombre puro, sino acordándose de su parentesco, se congratulan de adherirse a su divinidad. Entonces comen el pan en su casa cuando, pospuesta la observancia de la letra subyacente, se alimentan en la santa Iglesia con la médula del elocuio místico como de grano [Vet. X]. Bien se añade: Todos los que le conocían antes. Pues antes conocían a quien en su pasión despreciaron como desconocido. Pues nadie que aprendió plenamente la ley ignoró que Cristo había de nacer. De donde también el rey Herodes, aterrado por el encuentro de los magos, se esmeró en inquirir de los sacerdotes y príncipes dónde sabían de antemano que Cristo había de nacer; a los cuales respondieron al punto: En Belén de Judea (Mt. 2, 5). Antes, pues, conocían a quien en el tiempo de su pasión, mientras despreciaban, ignoraban. Cuya noticia anterior e ignorancia posterior se marcan bien y brevemente por la ceguera de Isaac. Quien mientras bendecía a Jacob, preveía qué sucedería en el futuro, y no sabía quién le asistía presente (Gén. 27). Así pues fue el pueblo de los israelitas, que recibió los misterios de la profecía, pero sin embargo tuvo los ojos ciegos en la contemplación, porque no vio presente a aquel de quien previó tantas cosas en

el futuro. Pues de ningún modo pudo distinguir al que tenía puesto ante sí, cuyo poder de advenimiento anunció mucho antes. Pero he aquí que al fin del mundo vienen, y reconocen a aquel a quien antes conocían. He aquí que comen el pan en su casa; porque en la santa Iglesia se alimentan con el grano del sagrado elocuio, y sacuden toda la insensibilidad del antiguo torpor. De donde también se añade: Y movieron sobre él la cabeza. Pues ¿qué se entiende por la cabeza sino lo principal de la mente?, como se dice por el Salmista: Ungiste con óleo mi cabeza (Sal. 22, 5). Como si se dijera abiertamente: Mi mente, que estaba seca en sus pensamientos, la regaste con la unción de la caridad. La cabeza, pues, se mueve cuando, tocada por el temor de la verdad, la mente se sacude de su insensibilidad. Vengan, pues, los parientes al convite, y sacudido el torpor muevan la cabeza, esto es, los que habían estado unidos a nuestro Redentor por la carne, perciban alguna vez en la fe la refección de la palabra, y pierdan la dureza de la insensibilidad anterior. De donde bien se dice por Habacuc: Sus pies se detuvieron, y se movió la tierra (Hab. 3, 6). Pues deteniéndose el Señor, sin duda se mueve la tierra, porque cuando 1155 imprime en nuestro corazón las huellas de su temor, todo pensamiento terreno en nosotros tiembla. En este lugar, pues, mover la cabeza es sacudir la inmovilidad de la mente, y acercarse al conocimiento de la fe con los pasos de la creencia.

27. Cuánta consolación de la Iglesia por la conversión de ellos. Qué deben ofrecer a Cristo los convertidos.---Pero como la santa Iglesia ahora

se ve afectada por la aversión de los hebreos, y entonces es aliviada por su conversión, rectamente se añade [Vet. XI]: Y le consolaron por todo el mal que el Señor había traído sobre él. Consuelan a Cristo, a saber, consuelan a la Iglesia, los que se arrepienten del error de su antigua infidelidad, y abandonan la perversidad de la vida por la que habían resistido a los que enseñaban lo recto. ¿Acaso no es un grave dolor predicar infructuosamente a corazones duros, tomar el trabajo de mostrar la verdad, pero no encontrar ningún fruto del trabajo por la conversión de los oyentes? Pero al contrario, la gran consolación de los predicadores es el progreso subsiguiente de los oyentes. Pues el alivio del que enseña es el cambio del que aprovecha. Y ha de notarse que no quisieron consolarle cuando estaba puesto en el azote, sino que vienen a consolarle después del azote, porque ciertamente en el tiempo de su pasión los hebreos, despreciando los predicamentos de la fe, desdeñaron creer que era Dios aquel a quien por la muerte habían probado que era hombre. De donde por el Salmista dice el Señor: Esperé a quien se entristeciera conmigo, y no lo hubo; busqué quien me consolara, y no lo encontré (Sal. 68, 21). Pues de ningún modo encontró quien le consolara en la pasión, porque en el desprecio de la muerte soportó incluso a esos mismos enemigos por los cuales vino a la muerte. Después de los azotes, pues, los parientes vienen a la consolación, porque en sus miembros el Señor padece ahora también; pero en el tiempo extremo todos los israelitas concurren a la fe, conocida la predi-

cación de Elías, y vuelven a la protección de aquel de quien habían huido, y entonces se celebra aquel eximio convite por la múltiple agregación de los pueblos. Entonces después de los azotes Job se muestra como sano, cuando después de su pasión y resurrección el Señor es conocido por la certidumbre de la fe que vive inmortal en los cielos por los convertidos y creyentes. Entonces Job es visto como remunerado, cuando en la potencia de su majestad se cree que es Dios como es, y se ve que se sujetan a su fe los que antes habían resistido. Al fin del mundo, pues, concurran los hebreos creyentes, y paguen los votos de sus oblaciones al redentor del género humano en la potencia de su divinidad como a Job sano [Vet. XII]. De donde también bien se añade: Y le dieron cada uno una oveja, y un pendiente de oro. ¿Qué se designa por la oveja sino la inocencia, qué por el pendiente sino la obediencia? Pues por la oveja se expresa el ánimo simple, y por el pendiente el oído adornado con la gracia de la humildad.

[Rec. X.] 28. Encomio de la obediencia. La obediencia debe guardarse hasta la muerte.

Pero dado que se ha presentado una ocasión oportuna para mostrar la virtud de la obediencia, agrada discutir esta con un poco más de vigilancia y solicitud, y demostrar de cuánto mérito sea. Pues la obediencia es la única virtud que inserta las demás virtudes en la mente, y custodia las ya insertadas. De donde también el primer hombre recibió un precepto que guardar (Gén. II, 1), al cual, si hubiera querido someterse obediente, habría llegado a la eterna bienaventuranza sin

trabajo. De aquí que Samuel dice: Mejor es la obediencia que las víctimas, y escuchar más que ofrecer el sebo de los carneros, porque es como pecado de adivinación el resistir, y como crimen de idolatría el no querer aquiescer (I Sam. XV, 22). La obediencia, por cierto, se antepone con derecho a las víctimas (8, q. 1. can. sciendum, § Obedientia), porque por las víctimas se mata la carne ajena, pero por la obediencia la voluntad propia. Por tanto, tanto más pronto aplaca uno a Dios, cuanto ante sus ojos, reprimida la soberbia de su propio juicio, se inmola con la espada del precepto. Por el contrario, la inobediencia es llamada pecado de adivinación, para que se demuestre cuán grande virtud es la obediencia. Por lo opuesto, pues, se muestra mejor qué se siente sobre su alabanza. Pues si es como pecado de adivinación el resistir, y como crimen de idolatría el no querer aquiescer, ella es la única que posee el mérito de la fe, sin la cual cualquiera es convencido de ser infiel, aunque parezca ser fiel. De aquí que por Salomón se dice en la demostración de la obediencia: El varón obediente habla victorias (Prov. XXI, 28). Pues el varón obediente habla victorias, porque mientras nos sometemos humildemente a la voz ajena, nos superamos a nosotros mismos en el corazón. De aquí que en el Evangelio la Verdad dice: Al que viene a mí, no lo echaré fuera, porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió (Juan VI, 37). ¿Pues qué? ¿si hiciera la suya habría repelido a los que vienen a Él? ¿Pero quién ignora que la voluntad del Hijo no discrepa

de la voluntad del Padre? Pero como el primer hombre, porque quiso hacer su voluntad, salió del gozo del paraíso (Gén. III, 24), el segundo, viniendo para la redención de los hombres, al mostrar que hace la voluntad del Padre y no la suya, nos enseñó a permanecer dentro. Por tanto, cuando no hace su voluntad sino la del Padre, no echa fuera a los que vienen a Él, porque mientras con su ejemplo nos sujeta a la obediencia, nos cierra la vía de salida. De aquí que de nuevo dice: No puedo yo por mí mismo hacer nada, sino que según oigo juzgo (Juan V, 30). Pues se nos prescribe la obediencia hasta la muerte. Pero Él, si juzga según oye, entonces también obedece cuando viene como juez. Para que, por tanto, la obediencia no nos parezca laboriosa hasta el término de la vida presente, nuestro Redentor indica que la guarda aun cuando venga como juez. ¿Qué maravilla, pues, si el hombre pecador se sujeta a la obediencia en la brevedad de la vida presente (11, q. 3, c. Quid ergo), cuando el mediador entre Dios y los hombres no la abandona ni aun cuando remunera a los obedientes?

[Vet. XIII.] 19. El mal nunca debe hacerse por obediencia, pero el bien debe ser a veces interrumpido.

Pero debe saberse que nunca debe hacerse el mal por obediencia, pero a veces el bien que se hace debe ser interrumpido por obediencia. Pues no fue cosa mala el árbol en el paraíso, que Dios prohibió al hombre que tocara (Gén. II). Pero para que el hombre, bien creado, creciera mejor por el mérito de la obediencia, había sido digno que

fuera prohibido incluso de una cosa buena, a fin de que tanto más verdaderamente fuera virtud lo que hiciera, cuanto que, cesando incluso de lo bueno, se exhibiera más humildemente súbdito a su Autor. Pero debe notarse que allí se dice: De todo árbol del paraíso comed, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no toquéis (Ibíd., 16). Pues quien prohíbe a sus súbditos de un bien cualquiera, es necesario que conceda muchas cosas, no sea que la mente del obediente perezca totalmente si ayuna rechazada por completo de todos los bienes. Pues el Señor concedió todos los árboles del paraíso para comer cuando prohibió uno solo, para que tanto más fácilmente restringiera a su criatura, a la cual no quería extinguir sino promover, de uno solo, cuanto más ampliamente le permitiera todos los demás.

30. Cuándo la obediencia es de ningún mérito, cuándo del mínimo.

Pero dado que a veces se nos mandan las cosas prósperas de este mundo, pero a veces las adversas, debe saberse sobremanera que la obediencia a veces, si tiene algo de lo propio, es nada; pero a veces, si no tiene nada de lo propio, es mínima (8, q. 1, c. Sciendum). Pues cuando se prescribe el éxito de este mundo, cuando se ordena un lugar superior, aquel que obedece para percibir estas cosas evacua para sí la virtud de la obediencia, si anhela estas cosas también por el propio deseo. Pues no se dirige bajo la obediencia quien, para recibir la prosperidad de esta vida, sirve a la libido de la propia ambición. Por el contrario, cuando se prescribe el desprecio del mundo, cuando se

manda alcanzar oprobios y contumelias, a menos que el ánimo apetezca estas cosas de sí mismo, disminuye para sí el mérito de la obediencia, porque desciende invito y de mala gana a aquellas cosas que son despreciadas en esta vida. Pues la obediencia es llevada a detrimentos cuando al ánimo, para recibir los oprobios de este siglo, de ninguna manera lo acompañan ni siquiera en parte sus propios votos. Debe, pues, la obediencia tener algo de lo suyo en las adversidades, y por el contrario en las prosperidades no tener absolutamente nada de lo suyo, a fin de que en las adversidades sea tanto más gloriosa cuanto más se une al orden divino aun por el deseo, y en las prosperidades sea tanto más verdadera cuanto de la mente se separa totalmente esa misma gloria que percibe por disposición divina.

31. Las cosas prósperas deben ser asumidas por solo mandato, pero las adversas también por devoción, según se nos enseña por el ejemplo de Moisés y de Pablo.

Pero mostramos mejor este peso de la virtud si recordamos los hechos de dos varones de la patria celestial. Pues Moisés, cuando apacentaba ovejas en el desierto, fue llamado por el Señor por medio de un ángel que hablaba en el fuego, para que presidiera a toda la multitud de los israelitas que debía ser librada (Éx. III). Pero porque existió humilde de mente en sí mismo, se espantó de la gloria de tan gran régimen ofrecida al punto, y pronto recurrió al patrocinio de la enfermedad, diciendo: Ruego, Señor, no soy elocuente; desde ayer y antes de ayer, desde que comenzaste a ha-

blar a tu siervo, me he vuelto de lengua más tarda e impedida (Ibíd. IV, 10). Y, posponiéndose a sí mismo, pide a otro, diciendo: Envía a quien has de enviar (Ibíd. 13). He aquí que habla con el Autor de la lengua, y para no asumir la potestad de tan gran régimen, alega que es mudo. Pablo también había sido amonestado por Dios que debía haber subido a Jerusalén, según él mismo dice a los Gálatas: Después, pasados catorce años, subí de nuevo a Jerusalén, habiendo tomado a Bernabé y a Tito; pero subí según revelación (Gál. II, 1). Y en el camino, habiendo hallado al profeta Ágabo, oyó cuánta adversidad le esperaba en Jerusalén (Hech. XXI). Escrito está, en efecto, que el mismo Ágabo, metiendo sus pies en el cinturón de Pablo, dijo: Al varón de quien es este cinturón lo atarán así en Jerusalén (Ibíd., 11). Pero por Pablo se responde al punto: Yo no solo estoy dispuesto a ser atado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre de Jesús, pues ni hago mi alma más preciosa que yo (Ibíd., 13). Yendo, pues, por el precepto de la revelación a Jerusalén, conoce las cosas adversas, y sin embargo las apetece libremente; oye qué temer, pero anhela estas cosas con más ardor. Moisés, por tanto, nada tiene de lo propio para las cosas prósperas, porque se resiste con ruegos para no ser preferido a la plebe israelita. Pablo es llevado a las cosas adversas aun por su propio voto, porque percibe el conocimiento de los males inminentes, pero por la devoción del espíritu se enfervoriza también hacia cosas más acres. Aquel quiso declinar la gloria de la potestad presente por mandato de Dios; este, disponiendo

Dios cosas ásperas y duras, se esmeró en prepararse para cosas más graves. Precediendo, pues, la infracta virtud de ambos guías, somos instruidos para que, si nos esforzamos por aprehender verdaderamente la palma de la obediencia, militemos para las prosperidades de este siglo por solo mandato, pero para las adversidades también por devoción.

32. La obediencia es el ornamento de la inocencia.

Debe notarse que en este lugar se ofrece la oveja con el pendiente, y con la oveja el pendiente, porque ciertamente a las mentes inocuas siempre se les une el ornamento de la obediencia; atestiguándolo el Señor, quien dice: Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen (Juan X, 27). Al bienaventurado Job, por tanto, nadie le ofreció el pendiente sin la oveja, ni la oveja sin el pendiente, porque de cierto no obedece a su Redentor quien no es inocente; y no puede ser inocente quien desprecia obedecer. Pero porque esa misma obediencia debe ser guardada no por temor servil sino por afecto de caridad, no por terror a la pena sino por amor a la justicia, se dice que todos los que vienen al convite ofrecieron un pendiente de oro, para que evidentemente en esa obediencia que se exhibe reluzca la caridad, la cual trascienda a todas las demás virtudes como el oro trasciende a los otros metales.

33. No puede haber ninguna inocencia ni obediencia sino en la sola y verdadera Iglesia.

Pero porque no puede haber ninguna inocencia, ni puede haber verdadera obediencia en las

múltiples divisiones de los herejes, los que vienen al conocimiento de la fe ofrezcan una oveja, pero una sola; ofrezcan un pendiente, pero uno solo; es decir, que vengan tales que persistan inocuos y obedientes en la unidad de la santa Iglesia. Pues lo uno no puede dividirse por números, porque aun esto mismo que llamamos uno no es número. Ofrezcan, pues, una oveja, pero una sola; ofrezcan un pendiente, pero uno solo; es decir, viniendo a la santa Iglesia con inocencia y obediencia, traigan esa mente que los cismas de las sectas no dividan.

[Vet. XV.] 34. Cuánto gozo ha de haber en la Iglesia por la conversión de los judíos, y el convite que se ha de celebrar en algún momento.

Agrada abrir los ojos de la fe y contemplar aquel convite extremo de la santa Iglesia sobre la recepción del pueblo israelita. Para el cual convite ciertamente se emplea a aquel gran Elías que viene como invitador de los comensales; y entonces los parientes, entonces los conocidos vienen con dones a aquel a quien poco antes despreciaron puesto en el azote. Pues acercándose el día del juicio, ya sea por las voces del precursor o por ciertos signos que irrumpen, ya se les trasluce de algún modo la virtud del Señor que viene. Mientras se apresuran a prevenir su ira, aceleran el tiempo de su conversión. Y convertidos vienen con dones, porque a aquel de quien poco antes se mofaron en la Pasión, lo veneran entonces ofreciendo obras de virtudes como dones, cumpliendo sin duda con esta oblación suya aquello que vemos ya hecho en gran parte, y creemos que aún

ha de hacerse perfectamente: Las hijas de Tiro lo adorarán con dones (Sal. XLIV, 13). Pues entonces las hijas de Tiro lo adoran más plenamente con dones, cuando las mentes de los israelitas, ahora sujetas a los deseos de este mundo, aportan a Aquel a quien soberbiamente negaron, una vez conocido, las hostias de su confesión. Y aunque en esos mismos tiempos en los que se aproxima el Anticristo, aparezca en cierto modo que la vida de los fieles es de menor virtud, aunque en el conflicto de aquel hombre perdido un grave temor contraiga también los corazones de los fuertes: sin embargo, robustecidos por la predicación de Elías, no solo persisten todos los fieles en la solidez de la santa Iglesia, sino que, como dijimos arriba, también muchos de los infieles se convierten al conocimiento de la fe; de modo que las reliquias de la nación israelita, que antes habían sido rechazadas por completo, concurran al seno de la madre Iglesia con toda piadosa devoción.

CAPÍTULO XV

[Vet. XVI].

VERS. 12. Pero el Señor bendijo los últimos días de Job más que su principio.

35. Dios bendecirá los últimos tiempos de la Iglesia con una múltiple colección de almas.

Creemos que estas cosas se hicieron históricamente, esperamos que han de hacerse místicamente. Pues se bendice más a los últimos días de Job que a su principio, porque en lo que pertenece a la recepción del pueblo israelita, apremiando el

fin del siglo presente, el Señor consuela el dolor de la santa Iglesia con una múltiple colección de almas. Pues tanto más ricamente se enriquecerá, cuanto más manifiestamente se da a conocer que la temporalidad apremia hacia el fin de la vida presente. Pues el Salmista había visto a los predicadores de la santa Iglesia enriquecerse con la bendición del tiempo extremo, cuando decía: Aún se multiplicarán en una vejez fecunda, y serán bien sufridos para que anuncien (Sal. XCI, 15). Se multiplican, evidentemente, en una vejez fecunda, porque cuando su vida se difiere, siempre se produce su fortaleza hacia lo mejor, y les crecen los lucros de los méritos por el aumento de los tiempos. Y son bien sufridos para que anuncien, porque predicando las cosas celestiales, tanto más robustamente toleran las adversas, cuanto más ricamente reportan los provechos de las almas por su tolerancia. Sigue:

CAPÍTULO XVI

[Rec. XI].

VERS. 12, 13. Y tuvo catorce mil ovejas, y seis mil camellos, y mil yuntas de bueyes, y mil asnas; y tuvo siete hijos y tres hijas.

36. En los animales y rebaños duplicados de Job se designa la universidad agregada de los fieles: los inocentes, los que antes soberbios en los vicios, los sujetos al yugo de la ley, los gentiles.

La misma prefación de la historia muestra que tuvo siete mil ovejas, y tres mil camellos, y quinientas yuntas de bueyes, y quinientas asnas

antes de la prueba de la percusión; las cuales cosas perdidas por el azote, son ahora restituidas al doble. Pero los hijos le fueron devueltos en igual número que los perdidos. Pues tuvo siete hijos y tres hijas, y se describe que ahora recibió siete hijos y tres hijas, para que se demuestre que viven también los que habían sido extinguidos. Pues mientras se dice: Añadió el Señor al doble todas las cosas que habían sido de Job (Job I), y sin embargo le restituyó tantos hijos cuantos perdió, también añadió los hijos al doble, pues le restituyó diez después en la carne, pero reservó en la oculta vida de las almas a los diez que se habían perdido [Vet. XVII]. Si alguno, pues, en los predichos animales, pospuesto el tallo de la historia, desea como animal intelectual alimentarse del fruto de los misterios, es necesario que reconozca lo que sentimos. Pues podemos entender que en estos animales se designa la universidad agregada de los fieles. De aquí es que por el Salmista se dice al Padre sobre el Hijo: Todo lo sujetaste bajo sus pies, ovejas y bueyes todos ellos, además y las bestias del campo (Sal. VIII, 8). De aquí es que el mismo profeta, viendo que todos los simples habitan la santa Iglesia, dice: Tus animales habitarán en ella (Sal. LXVII, 11).

37. ¿Qué recibimos, pues, en las ovejas sino a los inocentes, qué en los camellos sino a los que pasan por encima de los males ajenos con la tortuosa mole de los vicios exuberantes, qué en los bueyes uncidos sino a los israelitas sujetos a la ley, qué en las asnas sino las mentes simples de los gentiles? Pues porque todos los inocentes son

designados con el nombre de ovejas, lo atestigua el Salmista, quien dice: Nosotros, empero, pueblo suyo y ovejas de su dehesa (Sal. XCIV, 7). Pues no se sacian con aquel refrigerio de la dehesa interna quienes descuidan guardar la inocencia.

38. Con el nombre de camello a veces se expresa en el sacro elocuio al Señor, a veces la soberbia de los gentiles, como tortuosa por el tumor desde arriba. Pues porque el camello se humilla espontáneamente para recibir las cargas, no inmerecidamente designa la gracia de nuestro Redentor, quien en aquello que se dignó asumir las cargas de nuestra enfermedad, descendió espontáneamente de la celsitud de su potestad. De donde también dice por el Evangelio: Tengo potestad de poner mi vida, y tengo potestad de tomarla de nuevo (Juan X, 18), y nadie me la quita. Y de donde otra vez dice: Más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos (Mat. XIX, 24). ¿Pues qué significa con el nombre de rico sino a cualquier elado, y qué con la apelación de camello sino su propia condescendencia? Pues el camello pasó por el ojo de la aguja cuando nuestro mismo Redentor entró por las estrecheces de la Pasión hasta la asunción de la muerte. La cual Pasión existió como una aguja, porque punzó el cuerpo con el dolor. Más fácilmente, empero, pasa el camello por el ojo de la aguja que el rico ingresa en el reino de los cielos, porque si Él primero, recibiendo las cargas de nuestra enfermedad, no nos mostrara por su Pasión el ojo de la humildad, de ninguna manera nuestra soberbia rigidez se inclinaría a la

humildad de Aquel. Por el contrario, con el nombre de camello se designa la gentilidad tortuosa y llena de vicios, según se dice por Moisés que Rebeca, declinando ya el día, vio a Isaac que había salido al campo sentado en un camello, y al punto descendió del camello, y se cubrió con el palio avergonzada ante la visión de aquel (Gén. XXIV, 64). ¿Pues a quién otro designaba Isaac, en aquello que declinando ya el día había salido al campo, sino a Aquel que en el tiempo extremo de este mundo, viniendo como al fin del día, salió como fuera al campo? porque siendo invisible, se demostró visible en este mundo. Al cual vio Rebeca sentada en un camello, porque la Iglesia viniendo de las gentes, mientras aún estaba apoyada en los vicios, y no aún adherida a los movimientos espirituales sino a los animales, lo atendió. Pero al punto descendió del camello, porque desertó los vicios por los que antes había sido soberbiamente elada, y también cuidó de cubrirse con el palio, porque, visto el Señor, se avergonzó de la enfermedad de su acción, y aquella que antes era llevada libre en el camello, descendiendo después se cubre avergonzada. De donde a la misma Iglesia convertida de su anterior elación se le dice por la voz apostólica, como a Rebeca que desciende del camello y se echa encima el palio: ¿Qué fruto tuvisteis entonces en aquellas cosas de las que ahora os avergonzáis (Rom. VI, 21)?

[Vet. XVIII.] 39. En los bueyes, en verdad, a veces se expresa la demencia de los lujuriosos, a veces la laboriosa fortaleza de los predicadores, a veces la humildad de los israelitas. Pues porque

con el nombre de buey se designa por comparación la demencia de los lujuriosos, Salomón lo indica, quien habiendo premiso la petulancia de la mujer que mal persuade, añadió: Y al punto la sigue, como buey llevado a la víctima (Prov. VII, 22). Por el contrario, porque con el nombre de buey se expresa el trabajo del predicador; lo atestiguan las palabras de la ley, que dicen: No bozalearás al buey que trilla (Deut. XXV, 4). Como si dijera abiertamente: No prohibirás a los predicadores de la palabra la percepción de sus estipendios. Por el contrario, porque con el nombre de buey se figura la plebe israelita, lo aserta el profeta, quien denunciando el advenimiento del Redentor dice: Conoció el buey a su poseedor, y el asno el pesebre de su Señor (Isa. I, 3), significando por el buey ciertamente al pueblo israelita domado por el yugo de la ley, pero por el asno indicando al pueblo gentil, entregado a las voluptuosidades, y más gravemente bruto.

40. Con el nombre de los asnos y las asnas también, a veces se designa la petulancia de los lujuriosos, a veces la mansedumbre de los simples, pero a veces, como ya dijimos, la estulticia de los gentiles. Pues que la petulancia de los lujuriosos se expresa con la apelación de los asnos por comparación se declara abiertamente cuando se dice por el profeta: Cuya carne es como carne de asnos (Ezeq. XXIII, 20). Por el contrario, porque con el nombre de las asnas se figura la vida de los simples, se recuerda que nuestro Redentor, cuando iba a Jerusalén, se sentó sobre una asna. Jerusalén, en efecto, se dice visión de paz.

¿Qué significa, pues, que el Señor llevando la asna sentado la conduzca a Jerusalén, sino que mientras posee las mentes simples presidiéndolas, las conduce hasta la visión de la paz por su sagrada sesión? Por el contrario, porque con el nombre de los asnos se designa la estulticia de los gentiles, lo atestigua el profeta, diciendo: Bienaventurados vosotros que sembráis sobre todas las aguas, enviando el pie del buey y del asno (Isa. XXXII, 20). Pues sembrar sobre todas las aguas es predicar a todos los pueblos las fructuosas palabras de la vida. Enviar, empero, el pie del buey y del asno es ligar las vías del pueblo israelita y del gentil por los vínculos de los preceptos celestiales.

[Vet. XIX.] 41. Por la letra de la Sagrada Escritura se refieren las cosas pasadas y se predicen las futuras.

Preservada, pues, la verdad de la letra, no inmerecidamente creemos que bajo el nombre del bienaventurado Job se designan con todos estos animales los pueblos de la santa Iglesia, a fin de que todas aquellas cosas que están escritas, ordenándolo todo maravillosamente la dispensación del Espíritu Santo, nos refieran las cosas transcurridas y nos predigan las futuras. Reconozcamos, pues, en las ovejas a los pueblos fieles e inocentes de Judea, saciados desde antiguo por las dehesas de la ley. Reconozcamos en los camellos a los simples que vienen de la gentilidad a la fe, los cuales antes bajo el rito sacrílego, como con una cierta deformidad de los miembros, se mostraron muy torpes, a saber, por la fealdad de los vicios. Y porque a menudo, como ya dijimos, los sacros

elocuio cuidan de repetir lo que afirman, pueden otra vez recibirse en los bueyes los israelitas, como desgastados por el yugo de la ley; en las asnas, empero, como se ha dicho, se designan los pueblos gentiles, los cuales mientras se inclinaban a adorar las piedras, no con mente reluctante, sino como con el dorso estultamente supuesto, servían a cualesquiera ídolos con sentido bruto. La santa Iglesia, pues, que en sus inicios presionada por innumerables tentaciones, perdió o bien al pueblo israelita o bien a muchos de entre los gentiles, a saber, a aquellos que no pudo ganar, recibe al doble al fin, porque en ella crece más múltiple el número de los fieles de ambas naciones. También pueden entenderse por los bueyes uncidos los predicadores. De donde cuando el Señor los enviaba a anunciar, testificándolo el Evangelio (Marc. VI, 7), se describe que los envió de dos en dos, para que, o bien porque son dos los preceptos de la caridad, o bien porque no puede haber sociedad entre menos de dos, los santos predicadores conocieran por la misma calidad de su misión cuánto debían amar la concordia de la sociedad. Pueden, como ya dijimos, designarse por las asnas las mentes de los simples. La santa Iglesia, en verdad, recibe dobles bueyes y asnas, porque los santos predicadores, que, presionados por el temor, habían callado antes en la tentación de ella, y las mentes de los simples, que, vencidas por los terrores, temían confesar la verdad de ella, tanto más robustamente ejercen ya ahora sus voces en la confesión de la verdad, cuanto más débilmente temieron antes.

42. Misterios latentes en los diversos números, y en los nombres de las tres hijas de Job.

Estas cosas hemos dicho brevemente en la significación de la Iglesia: las cuales, de qué modo sirvan a la Cabeza de la misma santa Iglesia, recordamos haberlo dicho más ampliamente al inicio de esta obra (Prefacio, num. 14). Quien, pues, se esfuerce por satisfacerse más plenamente de estas cosas, dígnese leer el segundo libro de esta obra (Especialmente num. 43). Ya en verdad si se nos pregunta para que también disertemos sobre el mismo número de los animales, por qué se numeran mil yuntas de bueyes, o mil asnas, y seis mil camellos, y catorce mil ovejas, podemos decir brevemente que en la ciencia secular el número milenario se tiene por perfecto por eso, porque devuelve el cuadrado sólido del número denario. Pues diez llevados diez veces se hacen cien, que ya es figura cuadrada, pero plana. Para que, empero, surja hacia la altura y se haga sólida, otra vez cien se multiplican diez veces, y son mil. El número senario, empero, es perfecto por eso, porque es el primero en los números que se completa con sus partes, esto es, con su sexta parte, y la tercera, y la mitad, que son uno, y dos, y tres, los cuales llevados a la suma se hacen seis. Ni se halla otro antes del número senario que, mientras se divide en sus partes, se complete toda su suma. [Vet. XX, Rec. XII.] Pero porque trascendemos todas estas cosas aprovechando por la celsitud de la Sagrada Escritura, allí encontramos por qué el senario, allí el septenario, allí el denario, allí el milenario es perfecto. Pues el número senario

es perfecto en la Sagrada Escritura porque en el origen del mundo el Señor cumplió en el sexto día las obras que comenzó el primer día (Gén. II, 2). El septenario es perfecto en ella porque toda obra buena se hace por las siete virtudes mediante el Espíritu, para que tanto la fe como las obras se consumen juntas. El número denario es perfecto en ella porque la ley se concluye en diez preceptos, y toda culpa no se cohíbe por más de diez palabras, y, narrándolo la Verdad, los operarios de la viña son remunerados con un denario (Mat. XX, 10, 11). Pues en el denario tres se unen a siete. El hombre, empero, que consta de alma y cuerpo, se contiene en siete cualidades. Pues en tres vige espiritualmente, y en cuatro corporalmente. Pues en la dilección de Dios es excitado espiritualmente por tres cualidades, cuando se le dice por la ley: Amarás al Señor tu Dios con toda tu mente, y con toda tu alma, y con toda tu fortaleza (Mat. XXII, 37). Corporalmente, en verdad, se contiene en cuatro cualidades, porque ciertamente se compone de materia cálida y fría, húmeda y seca. El hombre, pues, que consta de siete cualidades, se dice que es remunerado con el denario, porque en aquella percepción de la patria superna nuestras siete se unen a las tres eternas, para que el hombre reciba la contemplación de la Trinidad y viva consumado por la remuneración de la obra como con un cierto denario. O ciertamente que son siete las virtudes con las que se trabaja en esta vida, y mientras se les devuelve en remuneración la contemplación de la Trinidad, la vida de los trabajadores es remunerada con el denario. Pero

todo perfecto recibe el denario incluso en esta vida, mientras une a las mismas siete virtudes la esperanza, la fe y la caridad. El número milenario también se recibe como perfecto en el sacro elocuio, porque con su apelación se designa la universidad. De donde está escrito: De la palabra que mandó en mil generaciones (Sal. CIV, 8). Pues no debiendo creerse de ninguna manera que el mundo se extiende a cien generaciones, ¿qué otra cosa se figura por mil generaciones sino la universidad de las generaciones? El bienaventurado Job, por tanto, recibió catorce mil ovejas. Pues porque en la santa Iglesia la perfección de las virtudes es llevada a ambos sexos, el número septenario se duplica en ella. Y seis mil camellos, porque reciben en ella plenitud de obra quienes antes perecieron por aquella fealdad de sus vicios. Recibió también mil yuntas de bueyes y mil asnas, porque asume a los israelitas y a los gentiles, a los doctos y a los simples, después de las caídas de las tentaciones, hacia la cumbre de la perfección. [Rec. XIII.] Recibió también siete hijos y tres hijas, porque a las mentes de aquellos que había engendrado por las siete virtudes les une la esperanza, la fe y la caridad hacia la suma de la perfección, para que tanto más verdaderamente se goce de su prole, cuanto piensa que a sus fieles nada les falta de virtud. [Vet. XXI.] Pero porque recorremos estas cosas sucintamente, atendamos ahora también a indagar los mismos vocablos de las hijas. Sigue:

CAPÍTULO XVII.

VERS. 14. Y llamó el nombre de una Día, y el nombre de la segunda Casia, y el nombre de la tercera Cuerno de Estibio.

43. Estos nombres, por el hecho de que han sido tomados de las virtudes, el intérprete cuidó aptamente de no ponerlos tal como se hallan en el habla arábiga, sino demostrarlos más abiertamente vertidos al elocuio latino. ¿Pues quién ignora que Día o Casia son vocablos latinos? Pero en Cornustibii (aunque no se dice cornus, sino cornu, ni la flauta de los cantantes se llama Tibium, sino tibia), sin embargo, en la lengua latina, no habiéndose custodiado mínimamente el género del habla, prefirió, creo, manifestar la cosa, y perdurar en la propiedad de aquella lengua de la cual transfería. O porque por el cuerno y la flauta compuso un solo verbo de ambos, llamó lícitamente por el género que quiso a ambos verbos transfundidos por una sola parte de la oración en la lengua latina. [Vet. XXII.] ¿Qué es, pues, que la primera hija del bienaventurado Job se dice Día, la segunda Casia, pero la tercera se recuerda que fue llamada Cuerno de Estibio, sino que el universo género humano, que es elegido por la benignidad del Creador y por la misericordia del mismo Redentor, se designa con estos nombres? Pues el hombre brilló como día por su condición, porque su Autor lo roció con el esplendor de la inocencia ingénita. Pero habiendo caído espontáneamente a las tinieblas del pecado, porque desertó la luz de la verdad, se escondió como en la noche del error, porque en otro lugar se dice que siguió la sombra. Pero porque a nuestro Autor no le faltó la

largueza de su bondad, también contra las tinieblas de nuestra iniquidad revocó del error a aquel que antes creó potentemente para la justicia, redimiéndolo más potentemente después. Al cual, porque después de su caída le faltó aquella firmeza prístina de su condición, lo apuntaló contra las guerras íntimas de la corrupción repugnante con las múltiples virtudes de sus dones. Las cuales virtudes ciertamente fraguan como con suavidad de olores en la noticia de los demás hombres de los que aprovechan. De aquí es, en efecto, que por Pablo se dice: Buen olor de Cristo somos para Dios (II Cor. II, 15). De aquí es que la santa Iglesia, habiendo olido una cierta fragancia de suavidad en sus electos, habla en el Cantar de los cantares, diciendo: Mientras el rey está en su reclinatorio, mi nardo dio su olor (Cant. I, 11). Como si dijera abiertamente: Mientras el rey se esconde de mis vistas ante sí en el reposo del secreto celestial, la vida de los electos se ejercita por los admirables olores de las virtudes, para que por donde aún no ve a aquel que apetece, arda más ardientemente por el deseo. Pues puesto el rey en su reclinatorio, el nardo da su olor, mientras, reposando el Señor en su bienaventuranza, la virtud de los santos en la Iglesia nos administra la gracia de una gran suavidad. Porque, por tanto, el género humano tanto brilló creado con la luz de la inocencia, como redimido roció el olor de suavidad por el ejercicio de las buenas obras, la primera hija rectamente se nombra Día, y la segunda no incongruentemente Casia. Bien, empero, se dice Casia, la que se dilata en tanto olor de vida subli-

me. Pues en su misma origen en la que el hombre justo había sido creado no necesitaba de tantas virtudes cuantas ahora son necesarias, porque si hubiera querido estar tal como fue creado, habría podido vencer sin dificultad al enemigo puesto fuera. Pero después que por el asenso del hombre el adversario irrumpió una vez hacia lo íntimo, ya se expulsa más laboriosamente como vencedor a quien, aún impugnando, sería repelido sin trabajo.

44. Necesitamos de muchas virtudes, que en el paraíso no habrían sido necesarias.

Pues muchas cosas han de ser exhibidas ahora que no fueron necesarias en el paraíso. Pues ahora es necesaria la virtud de la paciencia, la laboriosa erudición de la doctrina, la castigación del cuerpo, la asiduidad del ruego, la confesión de los delitos, la inundación de las lágrimas; de todas las cuales ciertamente el creado en el bien no necesitó, porque percibió el bien de la salud por su misma condición. Pues al enfermo se le alarga el cáliz amargo, para que sea revocado al estado de la salud una vez quitada la enfermedad. Al sano, empero, de ninguna manera se le prescribe qué reciba para que convalezca, sino de qué cosas se guarde para que no languidezca. Ahora, pues, usamos mayores estudios, puesto que de ninguna manera conservamos la salud tenida, sino que cuidamos de reparar la quitada. Y porque todos estos esfuerzos de nuestra reparación valen dentro de la santa Iglesia por grandes opiniones, el nombre de la segunda hija huele como casia por el mérito, para que, así como la primera hija

existió como día por la dignidad de la condición, la segunda sea casia por la fragancia de la fortaleza por la gracia de la redención. [Vet. XXIII.] De donde también al mismo Redentor que viene se le dice por el Profeta: Mirra, y gota, y casia desde tus vestiduras desde las gradas de marfil, por las cuales te deleitaron las hijas de los reyes en tu honor (Sal. XLIV, 9). ¿Pues qué se designa con el nombre de mirra, gota y casia sino la suavidad de las virtudes? ¿Qué por las gradas de marfil sino el ascenso de los que aprovechan, resplandeciente con gran fortaleza? El Redentor, pues, que viene, usa mirra, gota y casia en su vestidura, porque de sus electos, de los cuales misericordiosamente se viste, rocía la fragancia de la virtud de la mirra. En los cuales aquel olor es llevado por gradas de marfil, porque en ellos la opinión de las virtudes se genera no por la ostentación de la simulación, sino por el ascenso de la obra verdadera y sólida. Bien, empero, se añade: Por las cuales te deleitaron las hijas de los reyes en tu honor. Pues las almas santas dadas a luz al conocimiento de la verdad por los antiguos padres deleitan a su Redentor en su honor, porque de aquello que hacen bien nada vindican para su propia alabanza. Pero porque en el tercer orden el género humano, renovado también por la resurrección de la carne, es asumido en aquel concierto de la eterna alabanza, la tercera hija es llamada Cornustibii. ¿Pues qué se expresa por Cornustibii sino el canto de los que se alegran? Allí, en efecto, se cumple verdaderamente lo que ahora se dice por el Profeta: Cantad al Señor un cántico nuevo (Sal. CXLIX,

1). Allí se cumple verdaderamente, donde el cántico de la alabanza de Dios se cantará ya no por la fe, sino por la especie contemplada. Allí recibe de nosotros nuestro Creador los cantos veraces de sus alabanzas, quien hizo al género humano tanto creándolo Día, como redimiéndolo Casia, y asumiéndolo Cuerno de Estibio. Pues los que fuimos luz creados, y ahora somos redimidos Casia, seremos en algún momento Cuerno de Estibio, asumidos en la exultación de la eterna alabanza. Pero antes de que la esposa llegue al tálamo de las bodas, desecha de sí toda fealdad de vida, y preparándose para el amor del esposo se adorna y se compone por las especies de las virtudes. Se esmera, pues, por placer al juicio del Árbitro interno, y, sublevada por los íntimos deseos, trascender las feas costumbres de la conversación humana. De donde bien se añade también sobre las mismas hijas del bienaventurado Job:

CAPÍTULO XVIII

[Rec. XIV].

VERS. 15.---No se hallaron, pues, mujeres tan hermosas como las hijas de Job, en toda la tierra.

45. La hermosura de los electos.---Pues las almas de los electos trascienden a todo el género humano, que conversa en la tierra según el hombre, en el decoro de su hermosura; y cuanto más se desprecian afligiéndose exteriormente, tanto más verdaderamente se componen interiormente. Por esto es, en efecto, por lo que se dice a la santa Iglesia, que es decorada con la hermosura

de los electos, por el Salmista: Codició el Rey tu hermosura (Sal. XLIV, 12). De la cual poco después se añade: Toda la gloria de ella, hija de reyes, desde dentro (Ibíd., 14). Pues si buscara la gloria fuera, no tendría dentro la especie que el Rey codiciaría. [Vet. XXIV.] En la cual ciertamente, aunque muchos resplandezcan con el decoro de las virtudes, y por la misma perfección del vivir trasciendan los méritos de los demás, algunos, sin embargo, porque no bastan para alcanzar cosas más altas, conscientes de su debilidad, son contenidos en el gremio de su piedad. Los cuales, en cuanto prevalecen, evitan los males, aunque en cuanto apetecen cosas más altas, no cumplan los bienes. A los cuales, sin embargo, benignamente el Señor recibe, y los admite cabe sí según el modo de la digna retribución. De donde también sigue:

CAPÍTULO XIX.

IBÍDEM.---Y dioles su padre heredad entre sus hermanos.

46. Cristo admite entre los fuertes y perfectos, a los débiles y humildes a la suerte de la herencia suprema.---Ellas, pues, son recordadas como hermosas por el mérito de los perfectos, ellas también como por tipo de los imperfectos reciben como débiles heredad entre sus hermanos. Pues el uso de la vida vieja no tenía que las mujeres obtuvieran heredad entre los varones, porque la severidad de la ley eligiendo las cosas fuertes, despreciando las débiles, se esmeró en sancionar cosas estrictas más que benignas. 1166 Pero vi-

niendo nuestro piadoso Redentor, ninguno consciente de su debilidad desespere de obtener la herencia del patrimonio celestial. Pues nuestro Padre concedió los derechos de sucesión incluso a las mujeres entre los varones, porque entre los fuertes y perfectos, admite a los débiles y humildes a la suerte de la herencia suprema. De donde la Verdad misma dice en el Evangelio: En la casa de mi Padre hay muchas mansiones (Jn. XIV, 2). Pues cabe el Padre hay muchas mansiones, porque en aquella vida de la bienaventuranza no dispar cada uno según el mérito dispar percibe un lugar dispar, pero no siente los daños de esa misma disparidad, porque le basta tanto cuanto ha percibido. Las hermanas, pues, vienen a la herencia con los hermanos, porque los débiles son admitidos allí con los fuertes, a fin de que si alguno por la imperfección no fuere el sumo, no sea empero extraño a la suerte de la herencia por la humildad. Las cuales mansiones bien insinúa Pablo distribuidas a cada uno según los méritos, cuando dice: Una es la claridad del sol, y otra la claridad de la luna, y otra la claridad de las estrellas. Pues una estrella difiere de otra estrella en claridad (I Cor. XV, 41). Sigue:

CAPÍTULO XX

[Rec. XV].

VERS. 16.---Vivió, pues, Job después de estos azotes ciento cuarenta años; y vio a sus hijos, y a los hijos de sus hijos hasta la cuarta generación; y murió anciano, y lleno de días.

47. Quiénes son llamados llenos de días en las sagradas letras. Job restituido al estado prístino, incluso aumentadas las cosas, es tipo de la Iglesia.---En la sagrada Escritura no fácilmente se pone "lleno de días", sino aquel cuya vida por la misma escritura es alabada. Pues vacío de días es el que, aunque haya vivido mucho, consumió los tiempos de su edad en la vanidad. Pero por el contrario, es llamado lleno de días aquel para quien de ninguna manera sus días pasan pereciendo, sino que por la diaria merced de la buena obra son reservados ante el justo Juez incluso después de que hayan pasado.

[Vet. XXV.] 48. Pero porque hay quienes desean interpretar estas cosas también en tipo de la santa Iglesia, a cuyos deseos tanto más se debe obedecer cuanto más se ha de congozar con su inteligencia espiritual, si multiplicamos catorce por diez, llegamos al número de ciento cuarenta. Y rectamente la vida de la santa Iglesia es computada multiplicada por diez y cuatro, porque guardando ambos Testamentos, y viviendo tanto según el decálogo de la ley, como según los cuatro libros del Evangelio, se extiende hasta la cumbre de la perfección. De donde también el apóstol Pablo, aunque escribió quince Epístolas, la santa Iglesia sin embargo no tiene más que catorce, para mostrar por el mismo número de las Epístolas que el doctor egregio había escudriñado los secretos de la ley y del Evangelio. Bien, empero, se dice que el bienaventurado Job vive después de los azotes, porque también la santa Iglesia es herida primero por el azote de la disciplina,

y después es robustecida por la perfección de la vida. La cual también ve a sus hijos y a los hijos de sus hijos hasta la cuarta generación, porque en esta edad que gira en los cuatro tiempos anuales, contempla hasta el fin del mundo por la boca de los predicadores las proles que le nacen diariamente. Ni aborrece de la verdad el que digamos que por las generaciones se designan los tiempos. ¿Pues qué es cada sucesión sino un cierto vástago del género? Y el copero del rey de Egipto habiendo visto un sueño de que brotaban tres sarmientos (Gén. XL, 12), José, dotado para la solución de los sueños, declara que tres sarmientos designan tres días. Si, pues, por tres sarmientos se expresa el espacio de tres días, ¿por qué no también por cuatro generaciones se figurarán los cuatro tiempos anuales? La santa Iglesia, pues, ve a sus hijos cuando contempla la primera prole de los fieles. Ve a los hijos de los hijos cuando conoce que también nacen hijos para la fe de los mismos fieles. La cual también muere anciana y llena de días, porque, siguiendo la luz por la merced de las obras diarias, depuesto el peso de la corrupción, es mudada a la incorrupción de la patria espiritual. Muere, a saber, llena de días aquella para quien los años que se deslizan no pasan, sino que se consolidan por la retribución de los actos que permanecen. Muere llena de días la que por estos tiempos transitorios obra aquello que no pasa. De donde también se dice a los apóstoles: Obrad no la comida que perece, sino la que permanece para la vida eterna (Jn. VI, 27). Sus días, pues, la santa Iglesia, incluso cuando deja la vida

presente, no los pierde, porque en sus electos encuentra la luz de ellos tanto más multiplicadamente, cuanto ahora en ellos se guarda de toda tentación más cauta y solícitamente. La Iglesia no pierde sus días, porque no descuida pesarse vigilante cada día en esta vida, y por ninguna inercia se entorpece para todas las cosas que pueda hacer rectamente. Por esto es, en efecto, por lo que de ella se dice por Salomón: Considera las sendas de su casa, y no comió el pan ociosa (Prov. XXXI, 27). Considera, en efecto, las sendas de su casa, porque investiga sutilmente todos los pensamientos de su conciencia. No come el pan ociosa, porque aquello que percibió del sacro elocuio por el entendimiento, lo muestra con obras exhibiéndolo ante los ojos del Juez eterno. Se dice, empero, que muere, porque cuando la contemplación de la eternidad la haya absorbido, la extingue fundamentalmente de esta vicisitud de su mutabilidad, para que en ella ya no viva de ningún modo nada que impida la agudeza de la visión íntima. Pues tanto más verdaderamente contempla entonces las cosas internas, cuanto más plenamente sucumbe a todas las externas. Esta muerte, pues, esta plenitud de días, creamos que se hizo tanto en el bienaventurado Job, a saber, en un miembro de la Iglesia, y esperemos que se ha de hacer en toda la Iglesia junta, a fin de que de tal modo se sostenga la verdad del hecho gestado, que no se evacue la profecía de lo que se ha de gestar. Pues los bienes que conocemos de la vida de los santos, si carecen de verdad, no son nada; si no tienen misterios, son mínimos. Así

pues, la vida de los buenos que se describe por el Espíritu Santo, tanto resplandezca para nosotros por el entendimiento espiritual, como empero el sentido no receda de la fe de la historia, a fin de que tanto más fijo permanezca el ánimo en su entendimiento, cuanto a este lo liga, constituido como en un cierto medio, tanto la esperanza hacia lo futuro, como la fe hacia lo pasado.

[Vet. XXVI, Rec. XVI.] 49. Conclusión de toda la obra. Cuán de temer es que quienes hablan de Dios, o digan cosas malas incautamente, o cosas buenas no bien. A la intención de placer a Dios la intención de la alabanza humana se interpone. Acabada, pues, esta obra, veo que he de volver a mí mismo.

1168 Pues mucho nuestra mente, incluso cuando intenta hablar rectamente, se esparce fuera de sí misma. Pues mientras se piensan las palabras de qué modo se profieran, porque lo arrastran intrínsecamente, disminuyen la integridad del ánimo. Por tanto, del público de la locución se ha de volver al alcázar del corazón, para que como en un cierto concilio de consulta convoque los pensamientos de la mente para discernirme a mí mismo, a fin de que allí vea si no habré dicho o incautamente cosas malas, o cosas buenas no bien. Pues entonces se dice bien lo bueno, cuando aquel que lo dice, desea placer sólo a Aquel de quien lo recibió por aquello mismo que dice. Y ciertamente, aunque no encuentro haber dicho algunas cosas malas, sin embargo no defiendo que no las haya dicho en absoluto. Pero si he dicho algunas cosas buenas recibiéndolas

de Dios, profeso haberlas dicho menos bien por mi propio vicio. Pues volviendo a mi interior, pospuestas las hojas de las palabras, pospuestas las ramas de las sentencias, mientras inspecciono sutilmente la raíz misma de mi intención, conozco ciertamente haber querido placer a Dios con ella sumamente, pero a esa misma intención por la que me esmero en placer a Dios, furtivamente se interpone, no sé de qué modo, la intención de la alabanza humana. Lo cual cuando ya después y tarde discierno, encuentro que hago de otro modo lo que sé que empecé de otro modo. Pues así a menudo nuestra intención, mientras ante los ojos de Dios se empieza rectamente, ocultamente subyunta, y como comprendiéndola en el camino, la intención de la alabanza humana la sigue, así como por necesidad ciertamente se toma la comida, pero en el comer mismo, mientras furtivamente la gula sube, se mezcla la delectación del comer. De donde frecuentemente sucede que la refacción del cuerpo, que empezamos por causa de la salud, la acabamos por causa de la voluptuosidad. Se ha de confesar, pues, que a nuestra intención recta, que apetece placer sólo a Dios, a veces la acompaña insidiando la intención menos recta, que de los dones de Dios busca placer a los hombres. Pero si sobre estas cosas somos discutidos estrechamente por Dios, ¿qué lugar de salud queda entre esto, cuando tanto nuestros males son puros males, como los bienes que nosotros creemos tener de ninguna manera pueden ser puros bienes? Pero esto creo que me vale la pena, que a los oídos fraternos abro sin vacilación

todo aquello que en mí latente yo mismo reprendo. Pues porque exponiendo no callé lo que sentí, confesando no escondo lo que padezco. Por la exposición patenticé los dones, por la confesión detecto las llagas. Y porque en este tan grande género humano, ni faltan párvulos que deban ser instruidos por mis dichos, ni faltan grandes que valgan para compadecerse de mi conocida debilidad, por ambas cosas a unos hermanos en cuanto puedo les confiero cuidado, de otros lo espero. A aquellos les dije exponiendo qué hagan, a estos les abro confesando que perdonen. A aquellos no les sustraigo los medicamentos de las palabras, a estos no les escondo la laceración de las llagas. Por tanto ruego que quienquiera que esto leyere, ante el estrecho Juez me impenda el solatium de su oración, y todo lo que en mí encuentre sórdido lo diluya con llantos. Unida, empero, la virtud de la oración y de la exposición, mi lector en la recompensa me supera, si cuando por mí recibe palabras, por mí devuelve lágrimas.